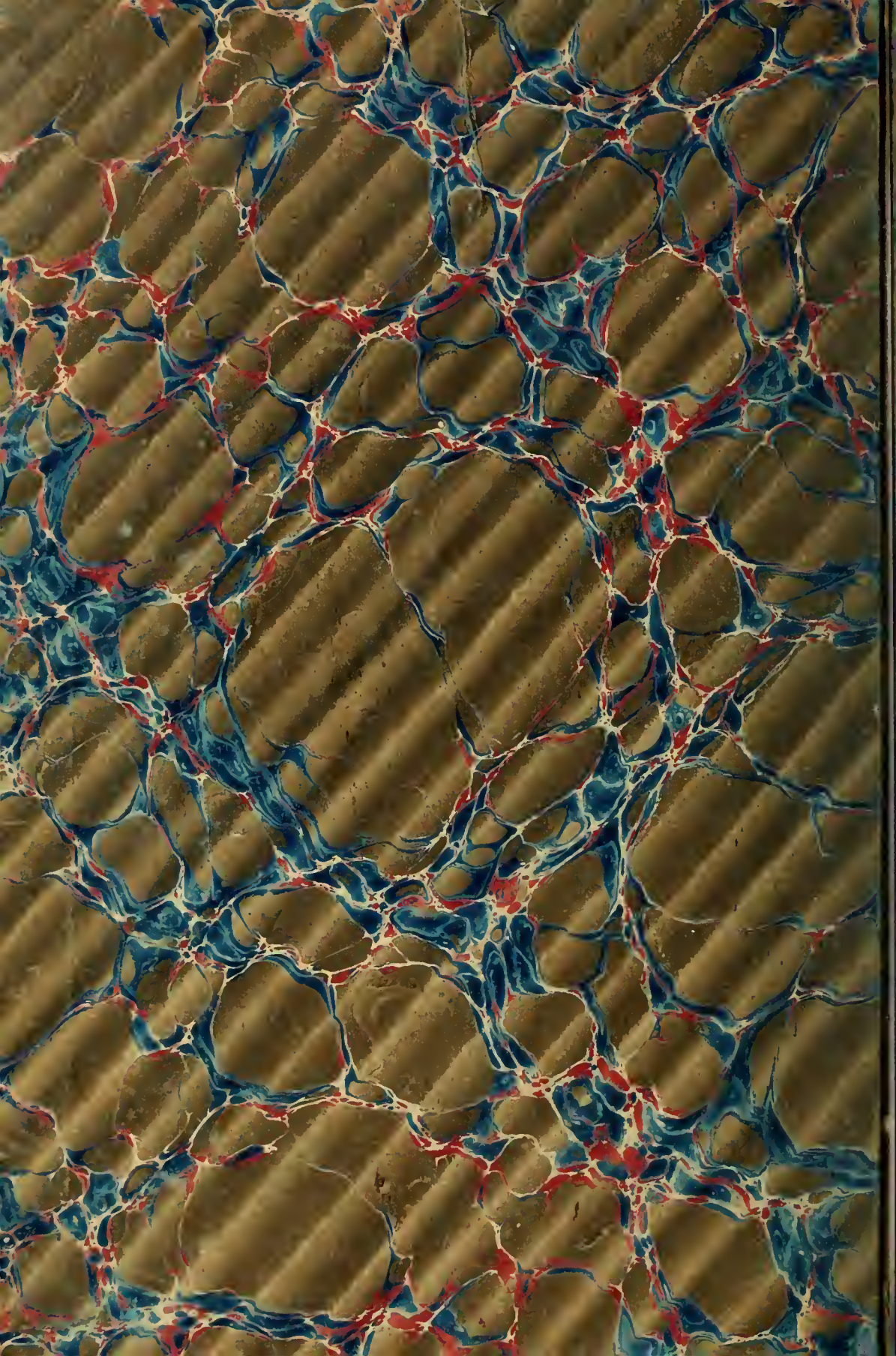
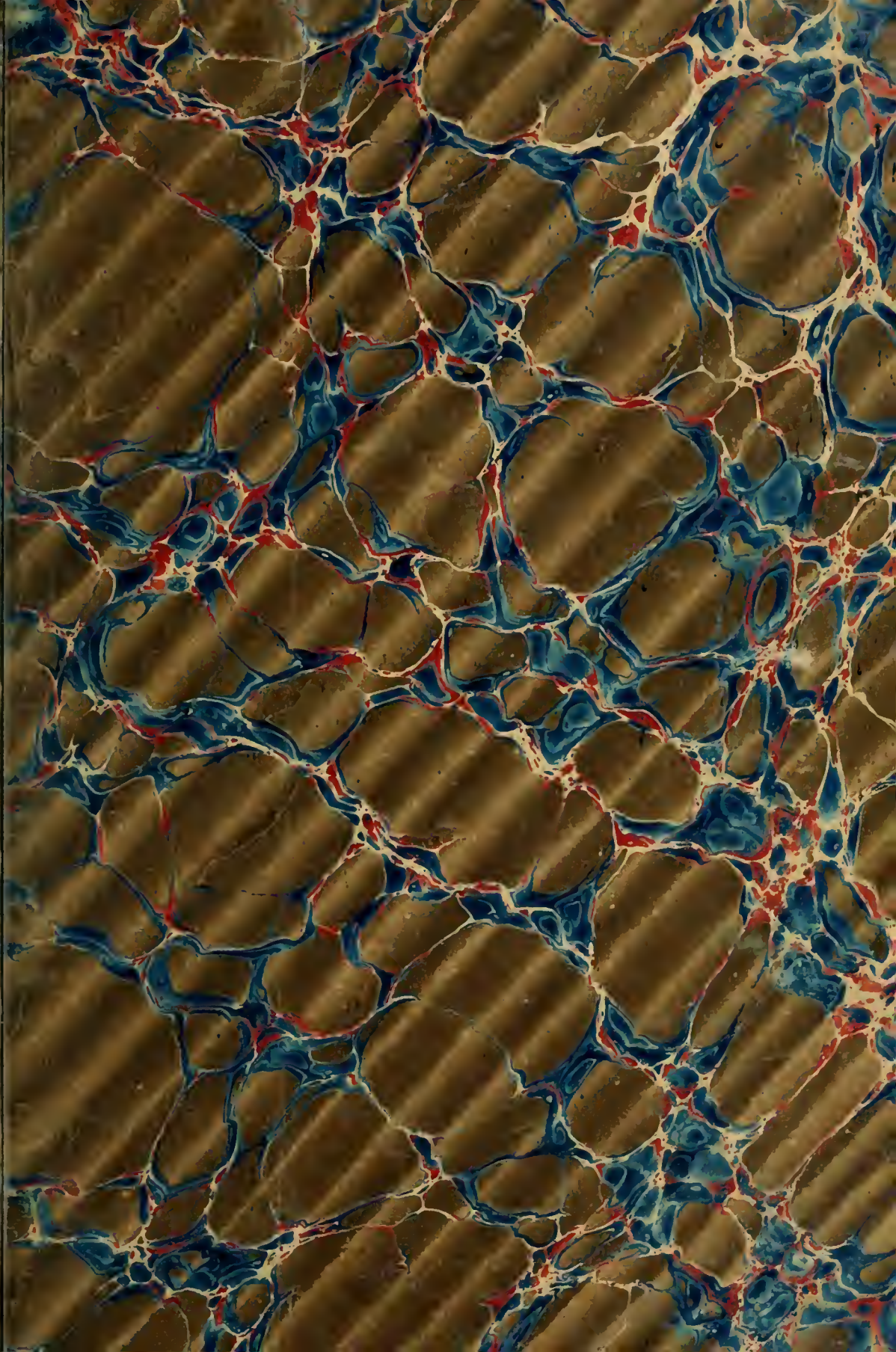


UNIV. OF  
TORONTO  
LIBRARY





















BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.



BIBLIOTECA

L.S.C.  
B5823

DE

# AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

---

**OBRAS**

---

publicadas é inéditas

DE D. GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS,

COLECCION HECHA É ILUSTRADA

**POR D. CANDIDO NOCEDAL.**

---

TOMO PRIMERO.

---



MADRID.

M. RIVADENEYRA — IMPRESOR — EDITOR,

CALLE DE LA MADERA, 8.

---

1858.



PQ

6171

A2B5

+ 46

20481

6

---

## DISCURSO PRELIMINAR.

---

CONSAGRADO á las obras de JOVELLANOS el presente tomo de la BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES, que con laudable perseverancia publica el señor Rivadeneyra, justo es y necesario dedicar algunas líneas al exámen de la vida y escritos de aquel ilustre varón, uno de los mas insignes que han florecido en España. Confiésase poco apto el autor de este *Discurso preliminar* para el trabajo que emprende; pero la admiracion que profesa á JOVELLANOS, el respeto que tiene á esa noble figura histórica, no de todos bastante conocida, y que se debe á su talento, á su patriotismo, á sus virtudes y á su ilustracion, le darán aliento y fuerzas para desempeñar tan honrosa tarea, si no continuo, por lo menos con amor y buen deseo.

En todas las situaciones de su vida, en todas las crisis por que atravesó su patria, que fueron graves y terribles, mostró JOVELLANOS altísimas cualidades, las mas relevantes prendas, la virtud mas heroica y el mas distinguido talento. Y sin embargo, le verémos, ya perseguido por la corte y encerrado en una fortaleza, ya calumniado por el vulgo y fugitivo ante las iras populares. Nadie sirvió con mayor celo ni con mas acierto á sus reyes y á su patria, y no obstante es sañudamente perseguido, cuándo por los aduladores de los reyes, cuándo por los lisonjeros de las turbas; serviríale de gran consuelo y descanso en ambas ocasiones el testimonio de su conciencia, con la cual siempre quiso vivir en paz; y en ambas le ha de ofrecer cumplido desagravio el juicio de la posteridad en el tribunal de la historia. ¡Dichosos los que despues de una vida de azares y desgracias se satisfacen con semejantes recompensas! Dichosos los que al bajar al sepulcro, despues de haber dedicado su vida á la patria, pueden elevar al cielo serena su vista y entregar á Dios su alma limpia de impureza! Tal el sábio y prudente JOVELLANOS. Despues de él se han visto algunas medianías colmadas de favores de la fortuna, abrumadas con el peso de innmerecidos premios y de honores injustificables; pero la historia olvida sus nombres, y levanta un monumento de estimacion, si no de gloria, para el recto, probo é incorruptible repúblico.

Triste es considerar que los atinados y generosos pensamientos de un hombre eminente no logren acogida, y en su lugar prevalezcan el error y las pasiones, trayendo á los pueblos numeroso cortejo de males y desventuras; mas no por eso es menor la fama del entendido y discreto consejero. Antes por el contrario, los errores ajenos confirman y justifican el acierto propio, mientras la historia, maestra de los hombres, recoge para los por venir las lecciones de la experiencia con mano imparcial y segura. La Providencia no ha querido que la tierra sea la mansion de la felicidad; patrimonio del género humano es el error, y la desgracia su compañera. Hay además para los pueblos épocas miserables de abatimiento, en que Dios quiere probar su constancia, y acaso depurarlas para fortalecerlas. Esa la triste suerte de nuestra España en el período

que vamos á bosquejar : la voz del hombre esclarecido se pierde en el tumulto de las pasiones ó entre la algazara de la corrupcion ; pero mas tarde se le hace justicia , y los mas apasionados y los mas corrompidos rinden tributo á su memoria.

Nació DON GASPAR MELCHIOR DE JOVELLANOS el dia 5 de enero de 1744 en la villa de Gijon , del principado de Astúrias , hoy provincia de Oviedo. Su padre, don Francisco, fué un caballero ilustre de aquella tierra , muy aficionado á los buenos estudios, docto en humanidades y amante de su patria. Doña Francisca Jove Ramirez, su madre, señora de extremada hermosura y de mayor virtud , cuidó de inspirar á sus hijos en los primeros años de la vida los sentimientos religiosos que tanto ayudaron á DON GASPAS, andando el tiempo , á sufrir con resignacion las desgracias que , como espantoso nublado, se desplomaron sobre su cabeza. Aun por entonces la impiedad y la falta de toda creencia no habian emponzoñado el corazon de los españoles ; todavia no era moda en nuestra patria dudar de todo . burlarse de todo , querer reemplazar los milagros de la fe con los delirios de la razon. La madre de JOVELLANOS era el tipo de las damas españolas : religiosas y creyentes , educaban á sus hijos en las verdades de la santa religion : y cuando salian de sus brazos para entregarse al estudio de las ciencias , ó al cultivo de las letras , ó al manejo de las armas , si eran varones , ó para contraer matrimonio , si eran hembras , llevaban grabados en el pecho los principios eternos de virtud , de honor verdadero , de caridad y de temor de Dios , que saben inspirar las mujeres cristianas y que jamás abandonaron á nuestro DON GASPAS. Mas de una vez en sus grandes tribulaciones , el ministro de Carlos IV y el miembro de la Junta Central que gobernó los reinos de España en la cautividad de Fernando VII , tuvo ocasion de recordar aquellas máximas santas y preciosas con que su buena madre templó su alma elevada antes de entregarle á los peligros del mundo ; alguna vez le parecieron á JOVELLANOS de mas subido precio que los bienes de fortuna que heredó de sus padres , que por otra parte no serian muchos , porque fueron nueve los hijos de aquel feliz matrimonio. Tan dilatada familia no podia menos de preocupar vivamente el ánimo previsor de unos padres cariñosos , y contando con las excelentes disposiciones que mostraba DON GASPAS , con su precoz inteligencia , docilidad y buena índole , resolvieron dedicarle á la Iglesia , para que libre de todo otro lazo , pudiera servir de amparo á sus hermanos , y muy particularmente á las hembras , pues siendo cuatro , no seria extraño que alguna menos dichosa hubiese menester el arrimo y seguro apoyo de persona tan allegada. Con este fin , despues de haber aprendido primeras letras y latinidad en Gijon y filosofia en Oviedo , pasó en edad de trece años á la universidad de Ávila , donde emprendió la carrera de leyes y cánones bajo la inmediata solicitud del prelado de aquella diócesis don Romualdo Velarde y Cienfuegos , gran protector de sus paisanos , que habia convertido el palacio episcopal en una especie de seminario de los hijos de Astúrias. Encantaron al Obispo el talento , la viveza y la aplicacion del nuevo alumno ; y deseoso de estimular sus progresos , le confirió la institucion canónica de dos beneficios. Mas adelante , contemplándole con su carrera concluida y ya licenciado en ambos derechos , creyó reducido campo á la capacidad y al saber de su protegido los límites de aquel palacio y provincia , y proporcionándole una beca en el colegio mayor de San Ildefonso , dispuso su traslacion á la ciudad de Alcalá de Henares , cuya universidad era centro de doctrina , escuela de sábios , plantel de operarios entendidos para las diversas carreras del Estado.

Dos años residió nuestro DON GASPAS en la ciudad que hizo famosa en todo el mundo



el cardenal Jimenez de Cisneros, brillando en las academias, distinguiéndose en los ejercicios, haciéndose amar de todos, cuando resuelto á colocarse, y noticioso de que se abrian oposiciones á la canongía doctoral de la santa iglesia de Tuy, determinó aspirar á ella y emprender al efecto el necesario viaje á Galicia. Teníalo Dios dispuesto de otra suerte: en Madrid trataron todos sus amigos de persuadirle á que desistiese de la carrera eclesiástica, y en ello su tío el duque de Losada, sumiller de corps, formó particular empeño, prometiéndole obtener alguna plaza de alcalde del crimen entre las que á la sazón habia vacantes en varias audiencias de la Peninsula. Accedió don GASPAS á sus deseos, aunque ya habia recibido la primera tonsura, y se dejó proponer dos veces por la cámara de Castilla.

Ocupaba el trono español el buen rey Carlos III, príncipe escrupuloso por demás en la eleccion de todos los funcionarios públicos, y muy especialmente de los que tenían á su cuidado la administracion de justicia. Padre amoroso de sus pueblos, diligente investigador del mérito y circunstancias de los que habia de elegir para cargos tan importantes, y deseoso de conservar en sus puestos ó adelantar en sus carreras á los hombres dignos que una vez nombraba, hacia poco caso del favor y de la recomendacion, y se pagaba mucho de los merecimientos, llegando á distinguirse por sus elecciones acertadas y por el empeño de conservar á los buenos servidores. Si andando luego los años, aquel esclarecido monarca hubiese podido ver las incesantes variaciones que se han hecho un día y otro en todos los ramos del servicio público, sin exceptuar la administracion de justicia; si hubiera podido presenciar las destituciones en masa y los nombramientos en turbion al compás de las sucesivas revueltas y mudanzas, y el favor entronizado en el lugar propio del mérito, y el espíritu de bandería reemplazando al santo amor de la patria, ¿cómo no habria desesperado de un buen régimen en España, de una buena administracion de los intereses públicos, la cual principalmente descansa en la inteligencia, que la mayor parte de los hombres solo adquieren con la práctica, y en la pureza, que algunos, aunque no todos por dicha, solo hacen compatible con su conservacion y perpetuidad? ¡Lamentables consecuencias de las revoluciones posteriores! Son así las cosas del mundo: revuelto el mal con el bien, cuando por un lado se progresa, se retrocede por otro: y el espíritu humano ¡lastimoso error! presume en no pocas ocasiones de haber encontrado remedio eficaz y seguro contra las dolencias que afligen á la sociedad. En unos tiempos se confieren los destinos públicos, de que dependen la suerte del país y la tranquilidad ó el honor de las familias, al favor de los palaciegos ó de oscuros intrigantes de antesala; en otros se atiende á ganar votos para la eleccion de un diputado complaciendo á los que se llaman electores influyentes, ó se encumbra á los mas altos puestos, en vísperas de una votacion parlamentaria, á un hombre político importante, como ahora se dice. ¿Cuál es mejor entre los dos sistemas? No lo sabemos; solo pedimos á Dios, y en eso estamos seguros de no errar, para el sόlio español, reyes como Carlos III; para los consejos, para los tribunales, para el gobierno en fin de nuestra patria, magistrados como JOVELLANOS.

Accedió al cabo el Monarca á la segunda consulta de la Cámara, y fué nombrado don GASPAS alcalde de la cuadra (1) de la real audiencia de Sevilla, para donde

(1) Llamábanse así los alcaldes de la sala del crimen en la audiencia de Sevilla. Habian tomado este nombre por suceder en la jurisdiccion á los antiguos alcaldes

mayores de aquella ciudad, que tenían el juzgado en la sala capitular, conocida con el nombre de *cuadra*, esto es, sala cuadrada.



marcho, no sin haber ido antes á Astúrias á ver á sus ancianos padres, y á Ávila á abrazar tiernamente á sus compañeros de estudio y á visitar el sepulcro del prelado su favorecedor y patrono. Al despedirse en Madrid del conde de Aranda, encargóle este que no siguiera la costumbre de cortarse el pelo para encasquetarse el enipolvado pelucon que usaban todos los golillas. Hé aquí sus propias palabras, segun refiere el mismo JOVELLANOS: «No Señor, no se corte usted su hermosa cabellera; yo se lo mando. Haga usted que se la ricen á la espalda, y comience á desterrar tales zaleas, que en nada contribuyen al decoro y dignidad de la toga.» Fué en efecto JOVELLANOS el primer magistrado que dejó de usar la peluca de estilo; y su ejemplo, imitado por otros en cuanto se supo que era tal el gusto del presidente del Consejo, desterró esa costumbre de los tribunales españoles. Lo cual, dicho sea de paso, ocasionó algunas punzantes murmuraciones contra el jóven alcalde, puesto que imaginaron muchos que era el deseo de lucir su figura lo que le obligaba á prescindir del ridiculo adorno. Porque era JOVELLANOS de proporcionada estatura, airoso de cuerpo, de semblante agraciado y expresivo, ojos rasgados y vivos, larga y rizada cabellera, y de modales sueltos y elegantes: su vestido siempre esmerado, su voz agradable y simpática, su conversacion amena y entretenida. Era religioso sin afectacion, ingénuo, sencillo como un niño, siendo fácil empeño engañarle; amante de la verdad, aficionado al órden, suave en el trato, firme en las resoluciones, agradecido á sus bienhechores, en la amistad constante, en el estudio incansable, duro y fuerte para el trabajo. Oia con placer los consejos de sus amigos y respetaba la opinion de los doctos; pero cuando su conviccion ó su conciencia le impulsaban á obrar de una manera, todos los esfuerzos del mundo no fueron bastantes á desviarle de su propósito. Esa es la base de la justa reputacion de JOVELLANOS: los hombres nacidos á gobernar y á influir en las sociedades humanas, se han de distinguir mas bien acaso por el carácter que por la inteligencia. Con largos estudios y con un ingenio privilegiado, pero con un carácter débil, se puede ilustrar y causar asombro á la humanidad, pero no se la gobierna. Si JOVELLANOS brillara no mas que por sus talentos, admirariamos del mismo modo sus escritos; pero su levantado carácter es lo que hace sobresalir su figura en la corte desventurada de María Luisa, y que se le contemple como una clara estrella en aquel nublado cielo.

No es mucho que con tan notables prendas el jóven y agraciado alcalde se hiciese estimar pronto de los moradores de Sevilla. Concurria á la tertulia del ilustrado asistente don Pablo Olavide, y era su mas bello adorno; se le confiaba la redaccion de todos los informes y consultas del tribunal; y las actas, que todavia se conservan, dan testimonio de su laboriosidad, de su influencia, de su golpe de vista, de sus dotes de gobierno. Mas tarde pasó de la sala de alcaldes del crimen á una plaza de oidor, y en ella se ensanchó el horizonte de su actividad y el estímulo para sus estudios. Olavide, que le apreciaba sobremanera, le aconsejó que se dedicase al de ciencias que entonces no se habian generalizado, y le hizo aprender idiomas á la sazón poco sabidos en España. De esta suerte añadió á los conocimientos que en las letras humanas adquirió de estudiante y conservó toda la vida, otros no menos útiles para el desarrollo de la inteligencia y para el gobierno de los pueblos. Tuvo asiento en la sociedad de Amigos del País, y fué ocupacion de sus mejores horas el desarrollo de todos los ramos de la industria. Sevilla no olvidó en mucho tiempo los favores de que le fué deudora. Él estableció escuelas patrióticas de hilaza, buscó por sí mismo los edificios en que se debian plantear, maestras expertas que supiesen dirigir, tornos y lino para

las discípulas, proporcionó recursos, hizo el reglamento por que todas se habian de gobernar, y propuso premios para las que hiciesen mayores progresos. Introdujo en la provincia un modo de perfeccionar la poda de los olivos y la elaboracion del aceite, trabajando mucho, y no sin algun resultado, en mejorar el beneficio de las tierras, los instrumentos agrarios y las pesquerias de las costas de aquella parte del Océano; procuró introducir el uso de los prados artificiales, y con sus consejos y socorros auxiliaba á un gran número de inteligentes artistas y de menestrales honrados. Así que, necesariamente su casa fué el centro de los sábios, de los literatos y de los artistas; en ella se discurría sobre los negocios mas graves de la gobernacion y sobre las obras maestras del ingenio humano, sobre los adelantamientos de las ciencias y sobre la belleza de las artes. Allí acudían tambien los pobres sin dejar de recibir constantemente proteccion y recursos; y si los necesitados no encontraban grandes socorros, porque no era rico JOVELLANOS, conseguian de él eficaces recomendaciones para que se los prestasen los poderosos.

Encarecer cuánto se afaná por el establecimiento de un hospicio que llenase las grandes condiciones que él se proponia, es imposible. No parece sino que ya leia en lo porvenir aquella alma elevada, movida por la caridad, los problemas sociales que á algunos espíritus atrevidos estaba reservado plantear. Parece que adivinaba ya su inteligencia que andando los dias habian de tener las casas de misericordia un importante fin de gobierno, mayor aun que en los tiempos antiguos. Si fué siempre necesario y justo que la sociedad socorra al desvalido, lo es mas hoy, que se oyen por todas partes extrañas teorías sobre el derecho al trabajo, y suena en nuestros oídos la palabra *socialismo* y otras no menos peregrinas, nacidas de las revoluciones pasadas, y engendradoras de otras futuras. En vano se esforzarán los hombres; en vano buscarán remedio á los males que los afligen y atormentan, en el estudio de quiméricas teorías, absurdas y peligrosas, ó lanzándose á las calles, acero en mano, en busca de mejor fortuna. La tierra no es el paraíso; la igualdad es de todo punto imposible, y ni siquiera por aproximacion puede establecerse: habrá siempre familias opulentas, gentes de mediana suerte, y muchedumbres de pobres y miserables. El remedio de todos estos males está dicho hace diez y ocho siglos y medio, y no hay otro ni puede haberlo: es preciso predicar á los pobres resignacion, y caridad á los ricos; así, y solo así, lanzándose los gobiernos y los pueblos por las vías católicas con perseverancia infatigable, se evitarán algun dia las revoluciones, que no hacen sino agravar la dolencia, y se reducirá todo lo posible el número de infelices que carecen de lo necesario para la vida.

No en balde dijimos antes que el bien y el mal andan siempre revueltos en el mundo: la sociedad descansaba sobre instituciones seculares, imperfectas, es verdad, llenas de inconvenientes y de defectos; pero en nuestros dias se han destruido precipitadamente con ciega imprevision, no se han reemplazado á tiempo, y ya el edificio parece como que se bambolea y amenaza ruina al impulso de violentas pasiones, de encontrados intereses, de aspiraciones infinitas. ¡Quiera Dios iluminar á los gobiernos, para que reprimiendo con mano vigorosa y fuerte las malas pasiones que por todas partes rugen feroces y desencadenadas, merced á los hábitos de licencia y de inmoderada discusion sobre todas las cosas divinas y humanas, se levante algun dia puro y sereno el sol de la caridad, remedio divino de los males humanos!

La residencia de JOVELLANOS en Sevilla tuvo tambien gran influjo en su aficion á las bellas artes, y en el buen gusto y exquisita erudicion que avaloran sus ulteriores escri-



tos. Así como hizo amistad en aquel pueblo con Olavide, y emprendió de sus results una série de estudios que le dieron mas tarde justo renombre, así igualmente hubo de conocer á don Agustín Cean Bermudez, que inclinó su ánimo á la contemplacion de las bellezas artisticas y á meditar sobre un punto que tambien le habia de valer merecida fama. Allí además es difícil que un hombre medianamente dotado de sentimiento artistico no avive su aficion y dé vuelo á su fantasía. La gótica bellísima catedral, el alcázar morisco, la lonja del severo Herrera, los lienzos de Roelas, del granadino Alonso Cano, de Zurbarán y de Murillo, y tantas maravillas como encierra en su seno la hermosa ciudad del Rey Santo, hablan á la imaginacion un lenguaje elocuente, á que no resisten nunca los corazones sensibles y las inteligencias bien dispuestas. Y luego, aquel ardiente clima, y aquel purísimo cielo, y aquella atmósfera embalsamada con la mas rica fragancia, todo, todo convida en Sevilla á gustar de las artes y á dejarse llevar del irresistible encanto de las obras de ingenios peregrinos. Allí adquirió don GASPÁR las vastas noticias y el delicado gusto, que admiraron despues en Madrid los discretos, ya en la oracion pronunciada en la academia de San Fernando el dia 14 de julio de 1781, con motivo de la distribucion de premios á los alumnos, ya en el elogio del arquitecto mayor de esta villa, don Ventura Rodriguez, que con ocasion de su muerte, acaecida en 26 de agosto de 1783, leyó á la sociedad Económica, y que no satisfecho, adicionó mas tarde con notas de arquitectura sobremanera curiosas. En el discurso pronunciado cuando la distribucion de premios, exclama de esta manera JOVELLANOS :

« ¡Gran Murillo! Yo he creido en tus obras los milagros del arte y del ingenio; yo he visto en ellas pintados la atmósfera, los átomos, el aire, el polvo, el movimiento de las aguas, y hasta el trémulo resplandor de la luz de la mañana.»

Estas palabras revelan que comprendia maravillosamente la belleza, y sentía como sienten los varones inspirados por el genio de las artes. Una y otra oración demuestran con evidencia que poseia en estas materias JOVELLANOS una instruccion riquísima, de que no podian hacer alarde sus contemporáneos: él fija el origen, hasta entonces por lo comun ignorado, de la arquitectura llamada gótica, y examina tantos autores y con tan exquisito criterio, y presenta tan delicadas observaciones, tan acertadas conjeturas, deducciones tan verosímiles, y decisiones por lo comun tan seguras y bien fundadas, que no solamente le granjearon el aplauso de los doctos nacionales y extranjeros, sino que le valieron tambien el dictado de historiador de las artes españolas y cronista de la arquitectura, la cual es para algunos la primera, la mas importante y necesaria de todás. ¡Con qué acierto juzga á los grandes profesores de las varias escuelas de nuestra patria! Con qué buen gusto describe las obras de Lucas Jordan y de Claudio Coello, insignes ambos, precipitado el uno por la avaricia á ser cabeza de los depravadores del arte, y llevándose el otro al sepulcro la esperanza de su restauracion! Con cuánta exactitud refiere el paso de la arquitectura que llamamos gótica á la del renacimiento, y de esta á la que ha hecho inmortales á un Toledo y un Herrera! Con qué gracia y tino presenta luego el tránsito al género bastardo que introdujo el italiano Borromini, al que Churriguera ha tenido en España la desgracia de dar su nombre, y en que don Pedro Rivera, su mas desatentado imitador, dejó tan ridículos monumentos! Las fachadas del Hospicio y del cuartel de Guardias de Corps, y los temples y torrezuelas del puente de Toledo, serán siempre una elocuente muestra de los extravíos del humano entendimiento; y en cambio las observaciones de JOVELLANOS, guía segura para los que no estimen necesario que el ingenio riña con el juicio, y así

durarán todo el tiempo que duraren el buen gusto que las dictó y el idioma en que se escribieron.

A la época de su residencia en Sevilla pertenecen varios escritos de JOVELLANOS, que demuestran ya la generalidad de sus estudios, y la prodigiosa flexibilidad y extension de su entendimiento; cuéntanse, entre otros, un informe al consejo de Castilla sobre el establecimiento de un monte pío en aquella ciudad; una carta dirigida á don Pedro Rodríguez de Campomanes, remitiéndole un proyecto de erarios públicos ó bancos de giro; un luminoso informe sobre el estado de la sociedad médica de Sevilla y del estudio de medicina en su universidad, y otro al Consejo sobre la extraccion de aceites á reinos extranjeros. Allí tambien escribió varias de sus composiciones poéticas, entre las que sobresale la epístola á sus amigos de Salamanca, Melendez Valdés y los padres Gonzalez y Fernandez, estimulándolos á que empleasen sus versos en asuntos graves, para que, labrando su propia gloria, consiguiesen la correccion de las costumbres y el ejercicio de la virtud. En Sevilla es tambien donde escribió su tragedia intitulada *Pelayo* y la comedia *El delincuente honrado*; esta, con la siguiente ocasion: disputábase en cierta tertulia sobre el mérito de la comedia sentimental en prosa, ó sea á la *larmoyant*, como entonces con una frase extranjera se decia, ó *llorona*, como en son de burla algunos la llaman ahora. Convinieron los tertuliantes en calificar de espúreo aquel género; pero así y todo, sostuvo la mayor parte de ellos que era interesante y propio para excitar los afectos del alma. JOVELLANOS fué de este sentir, y se propuso componer una inmediatamente. Es su comedia interesante en efecto; y hoy, que se aplauden y se traducen á varios idiomas, y se ensalzan á las nubes inverosímiles dramas y novelas estupendas, no teniendo en su abono sino que logran interesar, es de todo punto imposible ser severos con una produccion, perteneciente en verdad á un género bastardo, pero que estaba entonces muy en boga, y ha vuelto á estarlo despues, escrita en prosa fácil y elegante, cuya distribucion está muy bien calculada, cuya tendencia es laudable y cuya lectura gusta y enternece. El autor de estas líneas asistió siendo niño á una de sus representaciones en el teatro de la Cruz, y confiesa que le hizo profunda y muy grata impresion, que nunca olvidará, y de que participó todo el auditorio; y eso que ya la moda habia pasado, ó por lo menos no era exclusiva, que el escritor habia muerto hacia bastantes años, y que las opiniones dominantes no eran á la sazón favorables á las del ilustre JOVELLANOS. Hay en el poema controversias un tanto dilatadas, disertaciones algo difusas, y el empeño de que la moral que se propone el dramático resulte de lo que se dice, y no de lo que sucede, contra lo que, á nuestro juicio, conviene en el teatro; bien que todo nace de que el fin de la obra es político, puesto que su propósito evidente es censurar la pragmática sobre desafíos. Pero digase lo que quiera, por aquellos tiempos no se escribió comedia mejor en España, y á no brillar despues don Leandro Fernandez de Moratin, nadie aventajaria á JOVELLANOS entre los escritores cómicos del pasado y primeros años del presente siglo. Ciertó que *El delincuente honrado* no sufre comparacion con *El sí de las niñas*; pero en el propio caso se encuentran muchas comedias, antiguas y modernas, de autores justamente celebrados. Tal como es, ¿quién no la estima superior á *La Petrimetra*, de Moratin padre, á *El señorito mimado* y *La señorita mal criada*, debidas á la pluma de Iriarte, y aun á *El filósofo enamorado*, escrita por Forner? La de JOVELLANOS fué representada por vez primera en uno de los sitios reales, y es de notar que se la acogiese con aplauso en tal coliseo, proponiéndose en ella censurar severamente una pragmática del Soberano.



Menos feliz sin duda en la tragedia, confiesa el mismo autor que su plan es incorrecto y está poco examinado. Escribióla atropelladamente, y sacó del molde mil defectos; trató despues de corregirlos, pero con poco fruto, porque los vicios originales nunca ceden á la correccion, como él propio asegura con noble ingenuidad. Ni el *Pelayo* de JOVELLANOS, ni la *Hormesinda* de don Nicolás Moratin, que se asemejan bastante, merecen exámen detenido: uno y otro hubieran hecho mejor en estudiar los grandes modelos del arte que en lanzar sátiras contra Huerta, quien con su *Raquel* les dió, y á todos sus impugnadores, harto mas brillante y gallarda respuesta que con sus apasionadas diatribas. Por lo visto, son de todos los tiempos tales escándalos: enfermedad muy frecuente en el *genus irritabile vatum*; pero como hija del amor propio, aflige tambien á los demás hombres aun cuando no sean poetas. Hacen desmerecer la tragedia de nuestro autor principalmente los versos, que parecen mas bien prosa elegante y esmerada; defecto que deslustra cuantas composiciones suyas pertenecen á aquella época. Hasta mas tarde no supo imprimir á sus escritos el carácter de verdadera poesia: entre sus pasatiempos de Sevilla y la descripeion del Paular, ó las dos excelentes sátiras que le han valido celebridad tan justa, hay toda la distancia que separa del verdadero poeta á un hombre instruido, conocedor de su idioma y de las sílabas de que han de constar los versos. Para mayor desventura de su *Pelayo*, la tragedia que con igual título escribió despues Quintana hace imposible que se recuerde otra alguna de las que se han compuesto hasta ahora sobre el mismo asunto; como que aun seguiria sin rival en todo lo que va de siglo, si Martinez de la Rosa no hubiese escrito el *Edipo*, y Tamayo la *Virginia*.

Lástima grande nos parece que no ejercitase JOVELLANOS su flexible talento en escribir mayor número de comedias. Su genio observador, su posición en la sociedad y su notoria aptitud, nos dan derecho á presumir que habria sabido retratar las costumbres de su época de un modo admirable. Gran servicio es este último que hacen los escritores cómicos. La historia de los sucesos que agitan á un pueblo no es todo lo que interesa á la posteridad; es una buena parte, pero no lo único que busca la mirada diligente del estudioso. Para mostrarnos retratadas con viveza y con exactitud las costumbres españolas en el siglo xvii no hay historia mas propia que el teatro. Aquellas máximas de honor de que eran perpétuamente esclavos los caballeros; aquel respeto á la palabra empeñada, aquella galanteria que los distingue en el trato con las mujeres, serán buscados en vano en historia alguna; el teatro refleja todo eso como un espejo, y en él hay que buscar, por regla general, los accidentes de la vida íntima y el carácter de un pueblo, con preferencia á los documentos que guardan los mas ricos archivos. ¿Quién, por ejemplo, no echa de ver que en los dramas de nuestro siglo de oro aparecen rara vez las madres de familia? Quién no habrá reparado que en aquellos lances amorosos, que constituyen la fábula de todas las comedias, no figuran jamás las mujeres casadas? Doncellas son siempre las heroínas del teatro de nuestros abuelos, y cuidan de su honra los padres y los hermanos. En nuestros tiempos las cosas pasan de otra manera: el marido y la mujer suelen ser las principales figuras del cuadro; una pasion adúltera y culpable, que á veces se resiste, que á veces produce mayor caida, forma el nudo de la mayor parte de los dramas que se componen en nuestros dias. La mujer casada aparece constantemente en la escena, y la santidad de la familia está puesta siempre á discusion, aunque sea para que resulte enaltecida, que es lo mejor que puede suceder, y lo que no siempre acontece. ¿Inventan eso por ventura los poetas dra-

máticos? No por cierto; lo copian, lo toman de la sociedad que ven, y son el eco fiel de los sucesos que presencian; unos para enderezarlos por el camino de la virtud, otros para aumentar el daño, pintando la pendiente, que ellos llaman irresistible, de las pasiones. Sucede lo propio con los caracteres: el poeta dramático dibuja constantemente los que presenta, copiándolos de los que andan por el mundo. Por eso Moratin nos ofrece en su don Carlos de *El sí de las niñas* un jóven enamorado y con todas las condiciones propias de su edad, pero que respeta á su tío, obedece sus órdenes, y le besa la mano al despedirse para volver á su regimiento; mientras Hartzzenbusch, en su comedia intitulada *Un sí y un no*, hace de Florencio un licenciado en leyes, que acabó su carrera ayer y ya solo piensa en adquirir á toda costa bienes de fortuna, y no aspira al matrimonio sino como medio de proporcionarse una renta, y conversa con su padre con el desenfado de camarada y con la desvergüenza de un calavera. Por eso el mismo don Carlos de Moratin asegura á su tío, y precisamente cuando cree que este le roba su amada, «que ella se portará siempre como conviene á su honestidad y á su virtud;» mientras Vega, en su *Hombre de mundo*, hace que diga don Juan, tipo del calavera corrompido de estos tiempos: «Volveré dentro de un año,» al ver que no ha podido viciar á una esposa y turbar para siempre la paz de una familia quizá por ser reciente el matrimonio. Vega y los otros dos, como él ilustres ingenios, han procedido cuerdamente: los tres han pintado lo que veian al rededor suyo, y no merecen en verdad pequeña alabanza los dos que hoy viven, presentando en sus excelentes comedias triunfante la virtud y ridiculizado el vicio. Tambien Moratin, si ahora viviese, enriqueciendo con sus producciones el teatro, habria huido, no hay dudar, de exponer á la risa del público la disculpable ignorancia de una madre sencilla, apurando, por el contrario, los chistes y el gracejo en sacar á la vergüenza tantos ridículos tipos como desdoran y envilecen la sociedad; y en vez de censurar el forzado, pero noble *sí* que daban las niñas educadas en un convento, arrojaría al público desprecio y á la condenacion general de las almas honradas, el *no* que pronuncian ahora algunos jóvenes educados de otra manera.

Pues bien, fundados en esto, y seguros de la índole y dotes del ingenio de JOVELLANOS, permítasenos lamentar que no hubiese retratado su época en muchas y sazonadas composiciones cómicas, cuando en *El Delincuente honrado* y en las *sátiras* se muestra capaz de producir obras muy apreciables y joyas dignas del teatro español.

Muy contento con su género de vida, y satisfecho con su posicion desahogada y cómoda se hallaba nuestro DON GASPAR en Sevilla, cuando el Soberano determinó, en 1778, trasladarle á Madrid, confirniéndole el codiciado y honroso destino de alcalde de casa y corte. No le satisfizo, antes bien sintió con todas las veras de su alma este ascenso, y (segun dice en carta á su hermano don Francisco) hubo de abandonar bañado en lágrimas las orillas del Guadalquivir. Esta para él sensible traslacion le inspiró una *epístola* á sus amigos, en que pinta con vivos colores el dolor que le causaba separarse de ellos y de la hermosa ribera del *Bétis*, *centro feliz de sus venturas en dias mas claros y serenos*. Y cuando mas adelante, en la real academia de San Fernando, leia la oracion ya citada á propósito de la distribucion de premios, todavía dedicaba sus recuerdos á la ciudad querida: «Pasando á hablar de Sevilla, dice, permítame vuecelencia que no esconda los sentimientos de aprecio y gratitud con que mi corazon oye el nombre de un pueblo cuyos ilustres hijos han señalado la mejor parte de mi vida con singulares beneficios. Si, gran Sevilla; sí, generosos sevillanos, voy á consagrar mi lengua en vuestro obsequio. ¡Feliz en este instante, en que la verdad me permite pagar



á vuestra inclinacion el tributo de gratitud y de alabanza que os debo de justicia! »

Entre las causas que aumentaban su disgusto, era grande la consideracion de volver á ocuparse en el conocimiento de los negocios criminales, que miró siempre con aversion y profunda pena. Asi es que no pudo menos de apreciar como señalada muestra de la piedad del cielo que al año y medio de su nombramiento para alcalde de corte le pasaran al consejo de las Ordenes, en cuyo dia se le descargó el pecho de una incómoda pesadumbre y respiró tranquilo. Mas en ese período, en que era su ocupacion ordinaria repesar los comestibles, asistir á los incendios, averiguar y perseguir atroces delitos ó reprimir raterías de la vida holgazana y vagabunda, á fe que no estuvo ocioso para las letras. Entonces cabalmente escribió la célebre descripcion del Paular, que entre sus mas bellas composiciones ocupa lugar aventajado, presentándola Quintana como una prueba irrecusable de haber sabido llegar á veces JOVELLANOS á la mas alta y verdadera poesía. Es una epístola á don Mariano Colon, duque de Veragua, oculto bajo el nombre de Anfriso. La bosquejó en la misma cartuja del Paular, á la sazón en que allí permanecia formando la sumaria de un robo escandaloso hecho en el convento, aprovechando asi los breves ratos que le permitia su comision, y desahogando su espiritu de la pena de tan incómodo empleo. En nuestros dias hay quien tiene (1), y es sin duda competente su voto, la tal epístola, no solo por la mejor composicion de JOVELLANOS, sino tambien por la mas perfecta y acabada de cuantas produjo el siglo anterior en idioma castellano. Que es una de las mejores créenlo todos; y es que brota espontáneamente del corazon, es que nace de la inspiracion verdadera, es que educado en las máximas de buen gusto y de sana crítica, y seguro en ellas, deja volar su fantasía por los ricos horizontes de la belleza moral y material que descubren sus ojos extasiados, y acierta su pluma con la dición poética cuando su alma se ha empapado en las regiones de la mas sublime poesía.

Llegado apenas á Madrid, le llamó á su seno la Sociedad Económica; poco despues, á propuesta del conde de Campomanes, ingresó en la Academia de la Historia; coincidió con su nombramiento de consejero de las Ordenes su entrada en la de Nobles Artes de San Fernando, y en 24 de julio de 1781 le concedió la Española el título de académico supernumerario. Fuera prolijo y cansado en demasía referir los trabajos científicos, artisticos y literarios que en el espacio de diez años salieron de su pluma, ya por encargo de los cuerpos referidos, ya para el tribunal de que era parte, ya para las academias de Cánones y Derecho patrio, fundadas por Carlos III, y á que perteneció JOVELLANOS. Nuestros lectores pueden consultar sus informes, dictámenes ó discursos sobre tantos y tan diversos ramos del saber, y les causará maravilla aquella extension de conocimientos, aquella profundidad de estudios, aquella seguridad de doctrina, aquella claridad en la expresion, aquella elocuencia vigorosa, aquella sensibilidad, aquel exquisito tacto que resplandecen en todos sus escritos. La vida entera de un hombre se necesita para adquirir los rudimentos no mas de las ciencias en que sobresalió; parece imposible que el cronista de la arquitectura sea el profundo juriconsulto y canonista eminente, que el poeta inspirado del Paular sea el sábio economista; que escriba con igual acierto y con la misma superioridad sobre literatura, sobre artes, sobre la roturacion de los campos, sobre el cultivo de las tierras, sobre la conservacion y aumento de nuestra ganadería, sobre la extraccion y contratacion de nues-

(1) Don Manuel Cañete.



tros productos. Si en la silenciosa y ordenada paz de la vida monástica hubiera pertenecido á una de aquellas órdenes regulares cuyos hijos pasaban la vida dedicados al estudio y á la meditacion, aun costaria trabajo explicar su inagotable deseo de aprender y el éxito pasmoso que alcanzó en tan variadas materias; pero viviendo en el mundo, asistiendo constantemente al desempeño de su obligacion en sus destinos, y no faltando jamás ni á las corporaciones que se honraban con tenerle en su seno, ni á las tertulias y reuniones de los hombres doctos de su época, toma el escritor y repúblico á nuestros ojos la proporecion de un verdadero prodigio. Ciertó es que escribimos en un tiempo en que son muy comunes los hombres enciclopédicos; cierto que desde las aulas se practica ahora el método de enseñarlo todo en confuso revoltijo, y que apenas salidos de la escuela, pluma en ristre, acometen mozos imberbes la tarea de enseñar al género humano desde una y otra tribuna. Mas cabalmente por eso crece nuestro asombro; los escritos de JOVELLANOS viven, y los de nuestros dias, á que vamos ahora aludiendo, mueren antes que sus autores; mal hemos dicho, mueren con el sol que los vió nacer, pareciéndose en eso, por lo menos, á la pura, encendida rosa, de quien Ríoja decia:

Tan cerca, tan unida  
Está al morir tu vida,  
Que dudo si en sus lágrimas la aurora  
Mustia tu nacimiento ó muerte llora.

Son las de JOVELLANOS á las de sus imitadores de hoy, lo que las obras monumentales á los productos efimeros del tercio de siglo en que vivimos; lo que el acueducto de Segovia y la catedral de Toledo á los puentes colgantes que cerca de Madrid y Zaragoza vinieron abajo apenas construidos en estos últimos años, y la iglesia parroquial del barrio de Chamberí, que se tiene en pié á duras penas; lo que un sólido edificio á una decoracion de teatro.

Ni somos panegiristas ciegos de nuestro autor, ni enemigos jurados de la época en que vivimos: antes bien aquel tiene defectos, y no hemos vacilado en señalarlos: en esta hay ingenios peregrinos y adelantamientos portentosos, y no los desconocemos. Pero milagros como aquel no son de todos los dias, y en tiempos como los presentes, en que abundan los medios de que abusa la charlataneria, importa recordar á cada paso con el poeta,

¡Cuán callada que pasa las montañas  
El aura, respirando mansamente!  
¡Qué gárrula y sonante por las cañas!

Gozaba entonces de grandes satisfacciones JOVELLANOS y duraron cuanto el reinado de Carlos III, que pasó de esta vida en 14 de diciembre de 1788. Un mes antes, el 8 de noviembre, leia DON GASPÁR en la Sociedad Económica Matritense el elogio de aquel monarca, en el que con el vigoroso estilo de su correcta prosa, parece como que le despedia del mundo, exhortando á los príncipes á cumplir la obligacion de atraer la prosperidad sobre los pueblos que les tiene encomendados la Providencia divina, y con voz enérgica les trae á la memoria cómo de sus acciones depende que sean venerados ó maldecidos sus nombres en los siglos futuros. Conviene advertir que era un panegírico, y no un estudio histórico, lo que la sociedad habia encargado al autor; que si esto último fuese, echaríamos nosotros de menos la censura que merecen algunos lunares de aquel período. El pacto de familia y la expulsion de los jesuitas de los dominios

españoles, nunca hallarán, para quien escribe estas líneas, justificación ni disculpa. Merece sin embargo DON GASPÁR, no siendo de aquella sazón entrar en tales por menores ni juzgar uno por uno los hechos de aquel reinado; ni estaba bien á la sociedad que con laudable propósito habia erigido el Príncipe, alzar la voz para otra cosa que para rendirle agradecidas alabanzas. Fuera de que á Carlos III se le podia alabar sin pecar de adulador: la lisonja habia de consistir solamente en pasar en silencio algo que, por otra parte, no era tampoco de la incumbencia de aquel cuerpo. Aun así, es menester juzgar al autor por la atmósfera que respiraba, dado que con sus palabras ó con su silencio hubiera alabado ó dejado de censurar la persecucion de la Compañía de Jesus; porque hoy es, y todavia á pesar del tiempo transcurrido, de las justificaciones publicadas y de las preocupaciones desvanecidas, no falta quien ensalce con sinceridad y con brio aquel acto de inquisitorial y tremenda tiranía (1). De gran provecho ha sido para la memoria de don Carlos que la voz de JOVELLANOS se alzara en su elogio; por eso ni lo olvidan ni lo dejan de consignar cuantos hacen su apología. Pero de todos modos, ¿se puede pronunciar mejor discurso en su alabanza que la proteccion que dispensó á los sábios, que las mejoras que hizo, que los monumentos artisticos que erigió, que las carreteras con que cruzó la Península? No es lo mejor que salió de la pluma de JOVELLANOS el *Elogio de Carlos III*; pero los edificios y monumentos que labró este rey son los mejores que Madrid ostenta, y no los aventajan ni igualan otros en lo demás de España, á pesar de la época de cultura en que vivimos (2). Fué propósito constante de aquel monarca remover los obstáculos que se oponian á la prosperidad del reino, y entre ellos, los que no dejaban tomar vuelo á la decaida agricultura. Con tal objeto formó el consejo de Castilla un expediente de ley agraria, sobre cuyo punto quiso oír á la Sociedad Económica, y es el origen del famoso *Informe* que escribió JOVELLANOS, que todos conocen siquiera de oídas, aun los menos doctos, y que ha valido á su autor grandes alabanzas y amargas censuras, al compás de las diversas opiniones que han subdividido á nuestra patria en variados grupos y partidos encontrados andando luego los tiempos.

La imparcialidad mas severa exige que el libro de nuestro autor se juzgue con arreglo á la época en que fué escrito y al estado social del reino: mirado por ese prisma, es imposible dejar de tributarle grandes alabanzas. Procediendo de otro modo, ¿cuáles serán las obras humanas que se libren de áspera censura? Cualquiera otra manera de juzgar es contraria á las exigencias mas vulgares de la razon y de la buena fe. Todos los males que especifica el *Informe sobre la ley agraria* son ciertos y reales, y era urgente el remedio. No es JOVELLANOS responsable de que la revolucion haya aplicado fuego al edificio antiguo antes de tener levantado el nuevo, dejando descubiertos y á la intemperie grandes y respetables intereses, que se han visto en peligro, y que acaso no

(1) El silencio de JOVELLANOS, no solo en esta ocasion sino en todas, mas parece significar desaprobacion que otra cosa. No hay que olvidar que terminó su carrera en el colegio de San Ildefonso, y que Carlos III era poco aficionado á los que estudiaban en los colegios mayores, porque los suponía, y con razon, contrarios al partido de los *regalistas*, tan en boga en su reinado, y mas adictos que estos y que él á la Compañía de Jesus; así es que procuraba á toda costa conferir los cargos públicos á los *manteístas*, amigos por regla general de novedades. Probable es que fuese esta la razon

de la primera repulsa del Rey, cuando la Cámara propuso á JOVELLANOS para un destino en la magistratura.

(2) No son estos, ni la buena administracion de las rentas públicas, los únicos motivos de justa alabanza que presenta el reinado de Carlos III. Tratándose de este monarca, aunque sea tan incidentalmente como aqui se hace, seria injusto y pareceria parcial pasar en silencio que el que recobró á Menorca y procuró reconquistar á Gibraltar merece por ello la gratitud de la nacion española.



están aun del todo asegurados. Si se juzga así de las obras humanas, ya lo hemos dicho, ninguna hay buena ni digna de alabanza. Fuera de que nace al punto la contienda entre los que sostienen que la irritacion revolucionaria proviene del que señala los males existentes, y los que aseguran que es hija de los males mismos; disputa de imposible solucion. Cuando JOVELLANOS decia que era conveniente enajenar las tierras concejiles, para entregarlas al interés individual y ponerlas en útil cultivo, asentaba una verdad evidente á nuestros ojos; cuando decia que uno de los medios mas seguros de proteger el interés particular de los agentes de la agricultura seria variar las leyes que favorecian la amortizacion, exponia un principio ciertísimo, y á nuestro modo de ver, incontrovertible. ¿Tiene él, por ventura, la culpa de que haya llegado una época en que se mandase todo eso sin respeto á los derechos adquiridos y con notorio detrimento del orden social, que exige el mayor pulso y cordura en buscar la sazón y disponer el modo de plantear las mas necesarias mejoras? No por cierto; semejante acusacion es una injusticia enorme, y no puede pesar sobre el ilustre JOVELLANOS en cuanto las pasiones, irritadas por espectáculos dolorosos, dejan libre paso á la razón serena. Si de aquella suerte fuera lícito apreciar las obras de los hombres, habria que decir que nuestro inmortal Cervantes, descargando el golpe de gracia sobre los libros de caballeria y sobre sus gigantes y vestiglos, es culpable del positivismo en que ha venido á caer la sociedad moderna; que el primero que predicó á los reyes máximas de prudencia y de amor á la justicia, como Fenelon, tiene la culpa de los horrores de la revolucion francesa y de los asesinatos de Luis XVI y de su real familia; que el inventor de la imprenta es responsable de los libros inmundos ó de los extravíos del periodismo. No: tal modo de razonar es absurdo, tan absurdo como suponer que el autor del *Informe sobre la ley agraria* tiene la culpa de que se haya despojado á la Iglesia de sus bienes sin su consentimiento y contra su voluntad; de que se hayan arrebatado sus rentas á las casas de caridad, sin reemplazarlas siquiera con otras igualmente sancadas, por ellas con gusto recibidas; y de que se haya atentado á la propiedad colectiva, abriendo ancha puerta á los ataques contra la propiedad individual. No: JOVELLANOS no es el que inspira con su libro á las modernas asambleas para romper tratados, infringir pactos solemnnes, y arrancar de cuajo el firmísimo cimiento de la sociedad, que es el respeto debido á todo linaje de propietarios; lo que hace es manifestar el rumbo que deben seguir los gobiernos y los legisladores para poner remedio á males positivos y gravísimos, con medidas eficaces, pero sucesivas, bien meditadas y tomadas con anuencia de los propios dueños. Sobre esto no puede quedar duda: cuando comienza la parte que dedica á las tierras concejiles, por cuya venta ó distribucion se decide, no olvida que «esta propiedad es tan sagrada y digna de proteccion como la de los particulares»; cuando sostiene ser la excesiva amortizacion eclesiástica una de las causas que tienen atrasado el cultivo, no olvida manifestar que «la aplicacion del remedio toca á la Iglesia, y al Rey nada mas que promoverle»; y por último, para que en todo se note la gran prevision y prodigioso tacto que le hacian eminente repúblico, cuando se declara enemigo de las vinculaciones, de que en efecto se hallaba plagado el territorio español, no se olvida de aconsejar que retenga la nobleza sus mayorazgos; porque es justo que, ya que no puede ganar en la guerra estados ni riquezas, se sostenga con las que ha recibido de sus mayores; porque es igualmente justo que el Estado asegure en la elevacion de sus ideas y sentimientos el honor y la bizarría de sus magistrados y defensores; porque si no puede negarse (¿y cómo pudiera?) que la



virtud y los talentos no están en el nacimiento vinculados, y que fuera una grave injusticia cerrar á nadie el paso á los servicios y á los premios, es, sin embargo, tan difícil esperar de una educacion oscura y pobre el valor, la integridad, la elevacion de ánimo y las demás grandes calidades que piden los grandes empleos, cuanto es fácil hallarlas en medio de la abundancia, del esplendor y aun de las preocupaciones de aquellas familias que están acostumbradas á preferir el honor á la conveniencia, y á no buscar la fortuna sino en la reputacion y en la gloria. Firme en estas ideas, que sostiene con elocuencia admirable, propone que se cierre en lo sucesivo la puerta á las vinculaciones: pero si un ciudadano, á fuerza de grandes y continuos servicios, se colocare en aquella altura que atrae á sí la veneracion de los pueblos, cuando las recompensas dispensadas á su virtud le hubiesen engrandecido con autoridad y largos bienes de fortuna, sea entonces remate y corona de los premios la facultad de fundar un mayorazgo que trasmita su nombre á las generaciones futuras.

Al cabo de tantos años, de tantas experiencias, de tan grandes escarmientos y de tantas exageraciones, á lo que proponia JOVELLANOS hemos venido á parar, y al arsenal de sus razones han acudido los defensores de la última reforma constitucional, entre los cuales se cuenta el autor de este discurso, para esgrimir buenas y bien templadas armas. ¡Quiera Dios que no se malogre la empresa por no tener presentes los consejos del *Informe* que vamos analizando! Segun el cual se han de dispensar esas gracias con parsimonia y con notoria justicia para que no se envilezcan. «Si el favor ó la oportunidad las arrancan para los que se han enriquecido en la carrera de Indias ó en los asientos, dice JOVELLANOS, ¿qué podrá reservar el Estado para el premio de sus bienhechores?»

No se limita el *Informe* á solo estas materias; abraza una exposicion clara y metódica de los estorbos que se oponen al interés de los agentes de la agricultura, y por consecuencia á su progreso, ya sean políticos ó derivados de la legislacion, ya morales ó nacidos de las opiniones á la sazón reinantes, ya físicos ó producidos por la naturaleza de nuestro suelo. Desenvolviendo ó demostrando la existencia de tan diferentes estorbos, se indican los medios de removerlos; y una y otra tarea se ven desempeñadas con profundo conocimiento de causa, y generalmente con singular acierto. Muchas de las opiniones allí sustentadas son hoy comunes en plazas y corrillos, pero eran poco estimadas y conocidas en aquel tiempo, y aun por eso existian abusos entonces que hoy parecen imposibles. En conclusion, el *Informe sobre la ley agraria* puede presentarse como modelo, así por la claridad y sencilla elegancia del lenguaje, como por la profundidad de las ideas; así por el acierto en recorrer y presentar los males, como por el tino en señalar los remedios. En este último punto se puede muy bien no discurrir ni opinar siempre como JOVELLANOS, pero nadie dejará de tributarle el respeto que merecen opiniones sinceramente profesadas, vigorosamente expuestas, y razonadas con un caudal de noticias y de observaciones á que no es dado llegar sin grandes estudios, sin vasta capacidad, y sin gran elevacion de miras y alteza de pensamientos.

Hemos dicho mas arriba que pasó JOVELLANOS á ocupar una plaza en el Consejo de las Ordenes, y ya adivinará el lector que allí no estaria ocioso quien en todas partes se distinguió por su laboriosidad. La *Consulta acerca de la jurisdiccion temporal del Consejo*, y el *Reglamento del colegio imperial de Calatrava*, en la ciudad de Salamanca, se han de estimar como dos modelos en sus respectivos géneros. La consulta, que es un resumen de la historia política de las órdenes militares y del cuerpo que aconseja al

Rey al ejercer el cargo de gran maestro, brilla por la escogida erudicion que oportunamente ostenta, por la atinada distribucion del plan, por la gracia del estilo y por la perspicuidad con que están presentadas las ideas. El reglamento es mas bien un plan completo de estudios, el mas cabal y perfecto que hubo hasta entonces en parte alguna de Europa, filosófico y cristiano á un mismo tiempo; lo cual de intento decimos, no por creer que corren separados el cristianismo y la filosofia, sino porque se escribió en época en que se llamaba vulgarmente filosofia á una coleccion de máximas reñidas con los preceptos de nuestra santa religion, y en que se pensaba (; mentira parece!) que era preciso ser impío para merecer el nombre de filósofo. Los que tengan obligacion de ocuparse en mejorar la instruccion pública, ó en preparar métodos de enseñanza, ó en dirigir establecimientos de educacion para la juventud, no pueden dispensarse de leer el *Reglamento del colegio imperial de Calatrava*, en que se hallan juntos un plan de estudios sábiamente pensado, y reglas de disciplina dictadas por el ingenio observador y profundo de quien habia cursado en las aulas y conocia el humano corazon y las mudanzas que experimenta en las diversas épocas de la vida.

Apenas hacia un año que ocupaba Cárlos IV el sòlio español, cuando empezó contra el varon cuyos hechos bosquejamos la cadena de infortunios y desventuras que ya, puede decirse, no habian de tener término hasta el fin de su vida; pero tambien comienza en este momento la época de su mayor gloria, que corre pareja con sus fatigas y quebrantos. Fué el primero, y el que abrió la puerta á los demás, la persecucion que en 1789 sufrió el conde de Cabarrús: era JOVELLANOS su amigo, preciábase de ello, y no consentia su carácter firme y honrado que renegara de sus cordiales afectos á la hora de la desgracia. Tomó parte en sus tribulaciones por lo tanto; y como á título de representante y apoderado de varios pueblos de Nueva España concurriese á las juntas del banco nacional de San Cárlos, y ellas fuesen terreno el mas propio para defender á Cabarrús, no quiso desperdiciar la ocasion, y tuvo á gala mostrarse á los ojos del público y de la corte como su protector decidido. Lerena, á la sazón ministro de Hacienda, y sus agentes, dirigian terribles tiros contra el Conde, siendo el resultado de la intriga encerrarle incomunicado en un castillo, y mandar que JOVELLANOS saliese de Madrid inmediatamente y partiese á Astúrias para hacer un reconocimiento general y prolijo de las minas de carbon de piedra. Dejar á su amigo en situacion tan triste y sin poderle valer fué lo que sintió DON GASPAS, que no volver á su país y recorrer los lugares en que pasó su infancia, y dedicarse á estudios que tanto le agradaban, y á otros que él revolvía en su mente, y que en efecto habia de realizar con gran provecho del principado y gloria suya. Tardó en llegar á Gijón, porque se hubo de detener en Salamanca desempeñando unas comisiones del consejo de Ordenes, á quien informó sobre ellas; con lo cual desembarazado, siguió su camino, y á 12 de setiembre de 1790 entró en la casa de su hermano mayor, que era la misma en que habia nacido. Recibióle con agasajo el dueño, pues le amaba tiernamente, y en su compañía pasó el largo período de su primera desgracia. Asi la llamaremos, porque al cabo así la llama el mundo. Llamaremosla así además porque es en efecto desgracia para un súbdito leal incurrir en el enojo de su rey, aunque sea inmotivado é injusto; merece tambien ese nombre porque fué la primera entre las varias vicisitudes que cayeron sobre su cabeza desde allí en adelante, sin darse lugar unas á otras y en precipitado torbellino; pero es lo cierto, que aquellos años dedicados por JOVELLANOS al estudio, á la lectura, á la contemplacion de la naturaleza, al exámen de cuestiones



importantes para el desarrollo de la riqueza pública, y sobre todo, á la fundacion del Real Instituto Asturiano, fueron para él felicísimos, y comparables solamente con los de su residencia en Sevilla. Y en aquel honesto destierro se vigorizó su alma para los sucesos posteriores; que en eso principalmente se distinguen los hombres de levantado espíritu, que son los menos sin duda, de la muchedumbre de los mortales. El aislamiento, la injusticia del mundo ó de los poderosos, las persecuciones no merecidas, abaten los corazones vulgares, y los hacen escépticos, insensibles, contemporizadores con todo género de demasías. Las almas elevadas reciben nuevo temple, se purifican, se enaltecen, y en lugar de abatirse, se preparan á las nuevas luchas que en lo porvenir les depare la Providencia. Hombres como JOVELLANOS perdonan á sus enemigos, olvidan los agravios, no guardan rencor á sus perseguidores; pero salen de sus tribulaciones con nueva fuerza, con mas fe, con propósito mas decidido de no transigir nunca con lo que no sea decoroso y propio para labrar su fama y la prosperidad de su patria. En aquel rincon de la Península, en que le creian mortificado y abatido, pasaba días serenos y alegres, consagrado á planes que Astúrias no olvidará jamás. Visitó las recién descubiertas minas de carbon de piedra, hizo presente al Gobierno el estado en que las encontró, y propuso para su beneficio y explotacion los medios mas convenientes. Promovió y erigió despues el célebre Instituto, abriendo en él desde luego cátedras de matemáticas, de fisica, de mineralogía y de náutica, que eran las mas necesarias para que los alumnos se dedicaran con provecho al beneficio y comercio del carbon; y con su acostumbrada actividad formó por sí mismo los planes de enseñanza, arregló los métodos y aun regentó las cátedras cuando faltaban profesores. Tuvo siempre amor de padre á este instituto, sin descansar hasta que mas tarde le completó y realzó, agregándole los estudios de humanidades, geografía, historia, dibujo y de los idiomas inglés y francés, escribiendo él mismo, por cierto con lucidez admirable, los tratados que habian de servir de texto en la mayor parte de estas últimas cátedras.

No contento con eso, y deseoso de emplear en mas ancho campo las fuerzas de su privilegiada inteligencia, propuso al Gobierno con las mas vivas instancias la construccion de una carretera de Oviedo á Leon. Demostró en sábios informes y extensos memoriales, que la situacion ventajosa de Astúrias en la costa septentrional convidaba á un poderoso comercio con las demás provincias litorales del reino y con ambas Américas; que los frutos sobrantes de las Castillas se exportarian por los puertos asturianos, y recibirian en cambio, por el mismo conducto, los preciosos frutos de Andalucía y de Valencia, y los azúcares, cacao y demás efectos ultramarinos que necesitasen para su consumo. Demostró asimismo con copia de datos que el camino que proponia produciria grandes ventajas para la cómoda extraccion de lanas del ganado trashumante; que fijada como estaba la trashumacion de las merinas en las montañas de Leon, no estarian mejor en ninguna parte los esquilos y lavaderos que en las orillas de los rios Bermuesga y Luna; que si se habian establecido en las faldas del Guadarama, país frio, falto de pastos, y así distante de los veraniegos como de los puertos de mar, habia sido por la falta de carretera; hecha la cual y establecidos los esquilos en las referidas márgenes, conducirian las ovejas sus lanas hasta el pié de los mismos montes en que habian de veranear, librándose de atravesar, ya desnudas, cincuenta leguas por un territorio destemplado y yermo, en una estacion en que todavia hay heladas, lluvias y ventiscas; se haria el esquileo en mas apacible clima, en país de-



fendido de los vientos y rico en sabrosos pastos; tendrían los lavaderos á la mano abundantes y regaladas aguas, y las lanas, apenas cortadas y empaquetadas, podrían ser conducidas al puerto de extracción con un viaje de veinte y dos leguas, en lugar de sesenta, que recorrian con enorme dispendio. La demostración de tan palpables beneficios no pudo menos de decidir al Gobierno á aprobar el plan de JOVELLANOS, á lo que también se agregó el deseo de tenerle entretenido para prolongar sin violencia su destierro; y en su virtud se le nombró subdelegado y director de la carretera. Este y otros encargos análogos, que recibió durante su destierro, le obligaron á recorrer variados territorios de Castilla la Vieja, Rioja, Santander y provincias Vascongadas, cuidando de extender unos diarios, en que puntualmente describe cuanto en aquellas comarcas halló digno de estudio perteneciente á los reinos animal, mineral y vegetal; todo lo relativo á la población de las ciudades, villas y lugares; á los fueros, privilegios y gobierno civil y eclesiástico de cada pueblo; al estado de la agricultura, industria y comercio, ferias y mercados, usos y costumbres de los habitantes; describiendo las montañas con expresión de su materia, situación y figura; el nacimiento, dirección y confluencia de los ríos, con su pesca y las vegas ó arboledas situadas en las orillas; el giro y construcción de los caminos nuevos, y la dirección que llevaban los antiguos; los monumentos arruinados, los templos, castillos, palacios, conventos, hospitales y colegios; los puentes, muelles y dársenas: los archivos de los pueblos, con expresión de sus códices y documentos antiguos; en fin, de todo cuanto se presentaba á su vista indagadora, dan razón esos preciosos diarios.

En Gijón, y en la época que vamos reseñando, como que tiene la fecha de 29 de diciembre de 1790, escribió la *Memoria para el arreglo de la policía de los espectáculos y diversiones públicas, y sobre su origen en España*. Acerca de este escrito nada podemos decir, porque pronunció su fallo tribunal competentísimo; y siendo nuestra opinión, aunque humilde, en todo conforme á él, nos limitamos á copiarle. La Real Academia de la Historia, por cuyo encargo lo había compuesto JOVELLANOS, celebró su lectura con vivo y general aplauso, acordando darle las gracias, como en efecto lo hizo, por medio de la siguiente comunicación, firmada por el secretario don Antonio Capmany:

«Di cuenta á la Academia del informe sobre los espectáculos públicos que usía ha trabajado y remitió con su carta de 29 de diciembre último por conducto del señor director; y habiendo acordado que se leyese, lo ejecutó nuestro compañero señor Vargas, con grandísima satisfacción de todos los oyentes, y del señor conde de Campo-manes, que la tuvo particular en la junta de ayer, ya que no pudo asistir por sus ocupaciones á la anterior en que se empezó la lectura. Celebraron todos á una voz la elocuencia, la energía, la suma política y sólida filosofía con que usía ha tratado tan nueva, árdua é importante materia en tan corto tiempo, y falto de los auxilios que se podía procurar en la corte. La Academia, muy complacida del esmero y acierto con que usía ha desempeñado su encargo, me manda darle en su nombre las mas expresivas gracias, como lo ejecuto con especial satisfacción mia.» ¿Qué añadir á estas palabras, que no las desvirtúe? Dijolas una corporación justamente apreciada por todos los sábios de Europa; y se sirvió para que las transmitiera á JOVELLANOS, del autor de la *Filosofía de la elocuencia*.

Mas adelante, á 12 de junio de 1792, escribió DON GASPAR una carta á Vargas Ponce, en que le propone el plan que debía seguir en una disertación que iba á escribir este

contra las fiestas de toros. De aquí sin duda nació la idea, que aun conservan algunos, de que fué JOVELLANOS el autor del opúsculo intitulado *Pan y Toros*, la cual es completamente equivocada. Fuera de que no es suyo el estilo, ni se parece siquiera el de esta obrilla al de ningún otro escrito del mismo autor, la carta á que nos referimos lo demuestra de una manera á nuestros ojos evidente. Publicámosla en esta coleccion por haber logrado una copia que posee la Academia de la Historia, y la acompañan las notas que consideramos suficientes para esclarecer este punto. Don Carlos Posada, amigo de JOVELLANOS, que le trató toda la vida con la mayor intimidad, y á quien habló sobre el particular en una carta, que tambien damos á luz, aseguró que el tal opúsculo le fué atribuido por la malicia de alguno de sus enemigos con el designio de perderle; nosotros podemos añadir que los que aun insistan en adelante en sustentar que es obra suya *Pan y Toros*, ó no se han enterado de la cuestion, ó quieren falsear deliberadamente el carácter y las opiniones de JOVELLANOS (1).

En tal situacion, entregado á tales entretenimientos, desterrado de la corte, estándole prohibido llegar á ella ni á sus inmediaciones en los viajes y correrías, ¿cómo habia de esperar la nueva que vino súbito á sorprenderle en su retiro? Que no fué otra sino la de que su majestad le habia nombrado primero su embajador en Rusia, y muy poco despues ministro de Gracia y Justicia.

¿Qué era aquella mudanza repentina? ¿Por ventura un capricho de la corte? ¿Acaso el conocimiento de que se habia obrado mal, y el deseo de reparar un agravio? Estas y otras muchas imaginaciones revolvía JOVELLANOS en su acalorada mente, y se propuso renunciar el ministerio; prohibióselo su hermano, y don GASPAS, dócil á quien tenia en lugar de padre por el amor y el respeto, triste, pero resignado, seguro de un fracaso, pero resuelto á cumplir dignamente con su obligacion, emprendió el viaje. Despedianle con júbilo y algarazas sus agradecidos paisanos porque le veian caminar á la cima del poder; respondiales él con serena apostura, amable, pero no alegre; como quien sabia que adonde caminaba era al fondo de un precipicio. La corte estaba en el Escorial: en el puerto de Guadarrama le esperaba un amigo; contóle la causa y la historia de su nombramiento, y emprender la fuga fué el primer impulso del ministro; pero su honor, su decoro, la confianza que tenia en sí mismo para resistir las malas tentaciones y para sufrir las consecuencias de la integridad de su carácter, ganaron, como debian, la partida, y se presentó en su puesto. ¿Puesto de espinas siempre en épocas revueltas y azarosas! Mas aun en aquella en que le ocupó el ilustre JOVELLANOS.

Mas ¿por qué caminaba triste el nuevo ministro? ¿Por qué habia sido nombrado? ¿Qué le dijo el amigo que salió á recibirle en Guadarrama?

Sabiase en Asturias y en todo el reino español la situacion de la corte. Ciertamente que

(1) En la coleccion de las obras de nuestro autor, publicada en Madrid en la imprenta de don Leon Amara, de 1830 á julio de 1832, tuvieron ya cuidado de no insertar *Pan y Toros*. El editor de Barcelona, en la que dió á luz en 1839, manifestó sus dudas. Insértase, sin embargo, en la edicion hecha en los años 1846 y 1847 en Logroño y en las oficinas de don Domingo Ruiz, y se afirma que la tiene por de JOVELLANOS la inmensa mayoría de los que leen sus obras; pero con tan buena fe y con tal deseo de acertar, que se omite toda la correspondencia de JOVELLANOS con Posada, á pesar de que se halla en las ediciones anteriores. Y para que no se

crea que es hija esta omision de que en el plan de aquel editor no entrase el propósito de publicar la correspondencia particular, debemos decir á nuestros lectores que esta es la única que omite, hallándose en la coleccion misma la que siguió con otras personas, como Bayen y Trigueros. ¿Será necesario recordar que en la correspondencia de Posada aparece una prueba de que no es JOVELLANOS el autor de *Pan y Toros*? Es cosa sabida que no gustaba don GASPAS de las fiestas de toros, y que deseaba su abolicion; pero en el folleto de que se trata, los toros es lo de menos, y lo que se quiere es autorizar todo lo demás con un nombre respetable.



no había entonces telégrafos, ni frecuentes comunicaciones, ni correos diarios, ni siquiera diligencias, que condujeran viajeros de uno á otro extremo de la Península; pero las malas nuevas corrieron siempre con rapidez espantosa sin necesidad de alambres eléctricos. Quien sepa lo que acontecía en aquella lamentable época, si ha podido formar con la lectura del presente escrito una idea cabal, ó al menos aproximada, de JOVELLANOS y de su carácter, no se sorprenderá de verle venir camino de la corte, resignado, aunque no abatido; sereno, pero triste. Dócil instrumento de ajenas é interesadas miras no podía ser aquel hombre, ni cómplice siquiera; remediar el cáncer que devoraba las fuerzas y la vitalidad de la monarquía, no lo estimaba posible: luchar en vano era pues su destino, lidiar sin esperanza y volverse á su destierro, si es que no le estaban reservados mayores males á su pronta salida del ministerio.

Su nombramiento se verificó de esta manera: había logrado el conde de Cabarrús la gracia del príncipe de la Paz. Era el privado de instruccion escasa, y aunque no destituido de entendimiento, como han querido suponer sus implacables y desatentados enemigos los consejeros del entonces príncipe de Asturias, todavía no alcanzaba aquella elevacion de inteligencia, única que alguna vez logra el perdón de una subida rápida y de un favor incesante; pero no fué hombre de mala intencion, ni cruel, ni de duras entrañas. Habría querido (¿y cómo no?) hacer la ventura de su patria y eternizar su nombre; que eso quieren sin duda cuantos llegan al poder, si no tienen una naturaleza depravada y un corazón pervertido. Pero no sabía cómo hacerlo, no conocía los males, menos aun los remedios; y como se apoyaba además su grandeza en reprobados cimientos, faltábale el apoyo de la opinion pública, faltábale la ayuda de varones rectos y entendidos. Sagaz y emprendedor el conde de Cabarrús, digno por su talento é ilustracion de la amistad de JOVELLANOS, pertenecía al número de esos hombres frecuentes en tiempos de universal trastorno y algazara, de conciencia elástica y acomodaticia, que piensan que debe hacerse el bien, sean cuales fueren los medios, buenos ó malos; de esos hombres que se llaman conocedores del mundo, que de sus preocupaciones, hasta de sus vicios, creen que es licito valerse para aspirar al logro de sus propósitos, y llegan hasta hacer alarde de su doctrina si sus propósitos son buenos. Pero; ay! que la Providencia es la única y sola que por medios desconocidos convierte el mal en bien algunas veces, y hace brotar de una série de crímenes y de escarmientos la regeneracion de un pueblo: camino vedado para los hombres. Deben estos cumplir con la conciencia; y dejar á Dios, por cuya voluntad se gobierna el mundo y se rigen todas las cosas, que las disponga á su arbitrio y con arreglo á sus designios.

Conversaban á menudo el Príncipe y el Conde sobre las necesidades de la nacion, procurando Cabarrús hacer que recayese la plática sobre la conveniencia de que el valido se rodease de hombres eminentes que lograran sacar á salvo la nave del Estado, y que hiciesen memorable la época de su privanza: amenazábale con la triste suerte de antiguos privados, y ponía delante de sus ojos con singular osadía el desastroso fin de don Álvaro de Luna, que, vencedor de los moros en Sierra-Elvira, y de sus adversarios en Olmedo, no había acertado á dar prosperidad ni abundancia ni reposo al pueblo castellano. Deducía de todo que era indispensable hacer el bien de la monarquía para perpetuar el favor, y que el único medio de lograrlo había de ser nombrar ministros á un JOVELLANOS y á un Saavedra, á quien quería que se encomendase el despacho de los negocios de Hacienda. Dejóse convencer el Príncipe por las razones del



Conde; y fuerza es confesar que si habia algun modo de salvarse, era en efecto el que le aconsejaban, y que él aceptó de buen grado. La justicia exige tambien que digamos que no era un perverso quien así procuraba que su privanza redundara en provecho de todos. Tiene razon cuando estampa en sus *Memorias* que nadie podrá afirmar que JOVELLANOS le hubiese adulado en ningun tiempo; tiénela asimismo cuando asegura que ni con él ni con Cabarrús le ligaba de antemano lazo ninguno de amistad; envanécese con justicia de haberle hecho nombrar ministro sin tratarle, ni deberle servicios ni lisonjas; pero rinde igualmente tributo á la verdad, y debe agradecérselo la historia, cuando añade que «los principios de una estrecha y severa filosofía (deberia haber dicho virtud) le produjeron (á JOVELLANOS) los poderosos enemigos que contaba en el reino».

La persona que le esperaba en el puerto, que no era otra que Cabarrús, le enteró de la situacion de la corte, confirmando las noticias que por Astúrias corrian; refirióle lo sucedido, le enteró de la causa de su elevacion al ministerio, y no le ocultó que se habia logrado contra la voluntad y la opinion de la Reina, que era la que pocos dias antes le habia hecho nombrar embajador en Rusia para desviarle del gabinete, cediendo al fin, mal su grado, á las reiteradas instancias y al empeño decidido del príncipe de la Paz. ¿Cómo no habia de aterrarse en oyendo tales noticias? Pero era imposible retroceder; su renuncia habria sido inexplicable en aquellos momentos, y no quedaba otro recurso que resignarse; fuera de que tal vez pondria la suerte en su mano hacer un gran servicio á su patria: consiguiendo ganarse la voluntad del Monarca, aficionándole á los negocios, podria enterarle del mal estado del reino, interesarle en acudir al remedio y reorganizar la administracion pública; acaso lograria alejarle poco á poco del privado, y ¡quién sabe! separar á este de la corte con algun motivo honroso ó con alguna comision en que fuese útil á su soberano y á su patria. Resolvióse pues á ser ministro del Rey, nada mas que del Rey, y á llevar adelante su hidaigo propósito, el cual le habia de conducir, saliendo bien, cosa al parecer imposible, á salvar la monarquía, mal encubiertamente amenazada por la revolucion vecina; y saliendo mal, que era lo mas probable, á volverse en breve á su retiro. Continuó pues el viaje, presentóse en la corte, visitó á la real familia, y tomó posesion de su cargo despues de conferenciar con Saavedra, trabando con él desde aquel momento relaciones de compañerismo sincero y de cariñosa amistad.

Seguir paso á paso este período importante, aunque corto, de la vida de nuestro autor, no es de la índole de la presente publicacion estereotípica; quien escriba la historia del reinado de Carlos IV tendrá obligacion de explicar ese episodio; nosotros hemos echado sobre nuestros hombros la tarea de componer una biografia de JOVELLANOS para que aparezca al frente de sus obras, y de examinar sus principales escritos; y como él no habló nunca de tales sucesos, como jamás salió de su pluma, ni aun creemos que de sus labios, una sola palabra contra sus perseguidores ni contra los enemigos que le concitó su vida ministerial, entendemos que es nuestro deber encerrarnos en igual silencio. Dirémos solo que á poco tiempo de subir al ministerio salió del gobierno el príncipe de la Paz, quedando en él JOVELLANOS, lo cual prueba que no fracasaron, antes bien comenzaron á lograrse, los proyectos de tan insigne varon; quien á los cinco meses de esto cayó en desgracia sin causa alguna conocida y fué exonerado, reemplazándole en la secretaría del despacho de Gracia y Justicia don José Antonio Caballero, personaje de infausta memoria. Nada mas añadiremos sino que en

el destierro á que volvió, en el convento en que estuvo mas tarde recluso, en la fortaleza en que fué despues encerrado con extraordinario rigor, nos parece mas grande que en la fortuna sus contemporáneos; mas digno le creemos de envidia en la cartuja de Valdemuza y en el castillo de Bellver, que los gobernantes que en el pueblo español, abatido, pobre, sin ejército, sin arsenales, sin recursos y sin crédito, ofrecieron cebo tentador á una invasion alevosa y criminal. Toca á estos últimos la responsabilidad de grandes calamidades, que no habrian llovido tal vez sobre nosotros á no venir á tierra los planes de JOVELLANOS; pero son inexcrutables los juicios de Dios, cuyos fines desconoce el hombre. La sangre de nuestros padres, derramada en los campos de batalla durante la guerra de la Independencia, que hicieron necesaria los sucesos de nuestro autor, nos regeneró sin duda, y las glorias del Dos de Mayo, de Bailen, de Zaragoza y de Gerona, atrajeron hácia esta tierra de España la estimacion y el respeto de la asombrada Europa. Y aunque sea adelantar el discurso, no se ha de omitir aquí una consideracion, que completa el cuadro, probando que aun en esta vida reciben muchas veces las buenas acciones el merecido premio. En la heroica y gigantesca lucha que hemos de ver mas tarde sostenida por esta nacion altiva y pundonorosa contra el hombre mas grande que han producido los siglos modernos, y uno de los mas famosos de todas las edades; en esa guerra que ilustra el nombre español tanto como su cruzada de siete siglos y sus conquistas en Europa y en América, verémos figurar el nombre de JOVELLANOS organizando la resistencia nacional, gobernando á un pueblo huérfano de sus monarcas, y dirigiendo la poderosa voz en nombre de su rey á sus compatriotas. ¡Justo galardón de la virtud!

Pero tomemos de nuevo el hilo de los sucesos: volvió JOVELLANOS á su destierro, y Carlos IV á su vida acostumbrada, que, segun él mismo referia despues á Napoleon, corrió veinte años empleada en salir á cazar todos los dias por mañana y tarde, en invierno y en verano, sin mas tregua que la precisa para comer y regresar al instante al cazadero. Y para que á todo buen español sea mas doloroso este periodo de la historia patria, conviene advertir que, segun atestiguan cuantos conocieron y trataron á aquel rey, tuvo comprension fácil y memoria vasta; amó la justicia, y cuando por acaso alguna vez se empleaba en el despacho de los negocios, mostraba expedicion y tino; llegando el conde de Toreno á afirmar, en su *Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España*, que con otra esposa que María Luisa, no hubiera desmerecido su reinado del de su augusto antecesor y padre. Mas eran tales prendas deslucidas por un insigne defecto, á saber: la dejadez y habitual abandono, con los de ningun otro monarca comparables; y esto cabalmente cuando rugia en nuestra frontera misma la revolucion francesa, y mas que nunca se necesitaban tranquilidad interior y un gobierno solícito, previsor y vigoroso.

Al llegar á su casa de Gijón nada de cuanto dejaba atrás ocupó el animo del desterrado; afligiale vivamente la falta de su hermano, á quien durante su ausencia habia arrebatado la muerte. Su amor le era antes consuelo y compañía, y ahora estaba solo, abandonado á sí mismo; todo le traia á la memoria la persona querida que habitaba allí de ordinario, y cuanto mas agradables los objetos que se ofrecian á su vista, convertianse mas fácilmente en torcedor de su alma. Quiso buscar reposo en el trabajo, y puso el pensamiento en su instituto, pero el Gobierno le negó todo auxilio; no persistió por eso, y hubo de sufrir grandes amarguras. En vano dirigia repetidas súplicas reclamando la proteccion necesaria para aquella escuela; ninguna obtenia resolucion



ni respuesta. ¿Ni cómo podía ser otra cosa? Estaba meditada su ruina, y á fe que no se hizo esperar mucho tiempo. Cuando fué destituido del ministerio se procuró extender la voz de que era hereje, y que por ello cabalmente habia caído del poder. Llegó la noticia á sus oídos sin que le causase mella alguna: tal era y tan absurda la calumnia, que no merecia mas castigo que el desprecio. Pero se esparcieron por Astúrias algunos ejemplares de una version del *Contrato social*, impresa en Lóndres, y diciéndole sus amigos que en cierta nota del traductor se le dispensaban grandes elogios, receló si seria algun lazo que le tendian sus émulos: que tales cosas habian hecho con su persona, que estaba autorizado á temerlo todo. Escribió inmediatamente al ministro de Estado contando lo que pasaba, segun lo referian personas de crédito, porque él no habia logrado tener á la vista ningun ejemplar de semejante libro; se le contestó que recogiese cuantos pudiera, y como no diesen resultado ninguno las mas exquisitas diligencias, lo puso de nuevo en conocimiento del Gobierno; esta comunicacion tuvo por respuesta prevenirle que se abstuviera en adelante de escribir á los ministros. Pocos dias despues, el 13 de marzo de 1801, fué sorprendido en la cama antes del amanecer, y con escolta de soldados, en la mas rigorosa incomunicacion, le hicieron atravesar toda la Península por Leon, Búrgos y Zaragoza hasta la ciudad de Barcelona, de donde, embarcándole en el bergantin correo, le llevaron con las mismas precauciones á Mallorca. En llegando fué al punto presentado al Capitan General, quien sin dilacion le envió á su destino, que era la cartuja de Jesus Nazareno, en Valdemuza, á tres leguas de Palma, sin fijar plazo ni término á su reclusion, y disponiendo que no tuviese trato con otros que con los monjes.

Al propio tiempo que hacian presa en su persona, se apoderaban de todos sus papeles, que examinaron y sellaron. Fué el reconocimiento prolijo y minucioso, indudablemente queriendo dar á entender que buscaban ó habian hallado pruebas de que era hereje, ó ateo, ó revolucionario; y este escrutinio le causó mas honda pena que su prision incomunicada, que su traslacion humillante y vergonzosa, y mas, en fin, que todas las vejaciones personales. Comprendia muy bien (porque á su costa iba sabiendo ya á qué punto suele llegar la perversidad humana) que se le hiciese víctima de una venganza inmerecida, no provocada, injusta; pero no podia sufrir que para cohonestar su persecucion, villanamente se supusiera y extendiese que él, tan religioso, tan monárquico, tan temeroso de Dios, tan amante del trono, era capaz de haber escrito cosa alguna que menoscabara los sentimientos de piedad ó la lealtad á sus reyes que distinguieron siempre á los españoles. Así es que apenas instalado en la Cartuja, el 24 de abril, dirigió una exposicion á su majestad, respetuosa, pero llena de vigor; documento bellísimo, que nuestros lectores hallarán en el lugar correspondiente, porque le merece distinguido en la presente coleccion; suplica en ella al Rey, no en son de pedir gracia, sino reclamando justicia, que si se le ha imputado algun delito se le haga cargo de él y se le oigan sus defensas, con arreglo á las leyes, ante cualquier tribunal públicamente reconocido, ya fuese el consejo de Estado, de que era miembro, ya el de las Ordenes, á que habia pertenecido, ó á título de caballero profeso de la de Alcántara, ya en el Consejo Real, el primero de los tribunales civiles de la nacion, ya ante el acuerdo de la real audiencia de aquellas islas, á que habia sido conducido con extremo rigor y ruidoso aparato; y que declarada que fuese su inocencia, «de lo cual, dice, estoy bien seguro,» se dignase su majestad, no solo reintegrarle en su antiguo estado, que era para él lo de menos, sino tambien reparar amplísimamente la nota y



baldon que tantas violencias y atropellamientos cometidos en su persona hubieren podido causar á su reputacion y buen nombre. Remitió esta exposicion al marqués de Valdecarzana, sumiller de corps y primo suyo, con encargo de que la pusiera en las propias manos del Rey; mas eran tales los aires que corrian, que el Marqués, hombre sin duda apocado y á quien no podemos librar de la nota de egoista, no se atrevió á presentarla. Súpolo el preso á los seis meses, allá por el de octubre, y en seguida hizo nuevo recurso, vigoroso y digno, pero en frase la mas respetuosa. Unióle copia de la anterior y lo envió á su casa, encomendando al capellan de ella, don José Sampil, que pasase á la corte y viese el modo de que tan importantes documentos llegasen al poder del Soberano. Habia en Asturias agentes secretos con la comision de averiguar las comunicaciones que mediasen entre el preso de Mallorca y sus amigos, parientes y paisanos, y en trasluciendo el encargo que tenia el sacerdote, dando pronto aviso á Madrid, enviaron postas á la ligera para detener en el camino al conductor de la instancia. Bien comprendió el honrado capellan que era preciso emplear suma diligencia en su cometido; y usó de tanta, que los espías supieron el caso cuando llevaba algunos dias de viaje, por lo cual no pudo ser habido en el camino. Fueron mas felices los agentes de policia en Madrid; se apoderaron de él en los momentos de entrar en la corte por la puerta de Segovia, y le condujeron á la cárcel llamada de la Corona, por estar destinada para reclusion de eclesiásticos. Siete meses estuvo allí encerrado en premio de su lealtad y diligencia, y al cabo de ellos le llevaron á Oviedo, previniéndole que no saliera de la ciudad y se presentase todos los dias al reverendo Obispo. Conocemos gentes que en vista de este suceso dirán cómo hizo bien el de Valdecarzana en guardarse el papel y no entregarlo: seguros estamos de que la historia imparcial continuará calificándole de egoista.

Entre tanto eirenaban por Madrid copias de las dos representaciones, y eran leidas con afan donde quiera que no llegaba la vigilancia de los agentes del Gobierno; en las tertulias y reuniones de toda especie se hablaba continuamente de JOVELLANOS, siendo su nombre objeto de veneracion, y de lástima su mala ventura; los padres le proponian por modelo á sus hijos, y hacian las mujeres gala de mostrársele aficionadas; que siempre fué compasiva y generosa esa bella mitad del género humano. Un sugeto desconocido, por caridad sin duda y creyendo dispensarle un singular obsequio, hizo una copia de ambas exposiciones, y dióse tan buena maña, que logró ponerla en manos del Rey; pero este en seguida se la entregó á sus ministros para que la examinaran. Grande debió ser despues la desesperacion de aquella buena alma, al saber que su oficiosa compasion habia sido causa de que se le sacase á JOVELLANOS del convento y se le condujese, en medio de un destacamento de dragones, al castillo de Bellver, situado en una alta colina, á media legua de la capital de la isla de Mallorca.

Fuerza es hacer mencion del trato que recibió el preso mientras estuvo en la cartuja de Jesus Nazareno, porque son aquellos cenobitas, encargados de su custodia, dignos de los mayores elogios, y seguro es que se los prodigarán cuantos lean la vida de JOVELLANOS. Su propia familia no le hubiera asistido con mayor esmero; atentos á su comodidad y regalo, ellos en persona le cuidaban, aderezándole y sirviéndole la comida con sus propias manos, y ya solícitos le acompañaban para hacerle olvidar su aislamiento, ya se ocupaban en buscarle libros, ya descubierta su aficion á toda clase de útiles conocimientos, sacábale á pasear por aquellos fragantes montes y pintorescos valles con pretexto de buscar plantas y yerbas para el estudio de la botánica, que

en efecto le enseñaban los religiosos, explicándole la figura, virtudes y propiedades de las plantas: DON GASPAS escribía con método estas explicaciones, y entre todos hicieron un tratado de botánica, que repartido á los moradores de las cercanías, fué muy útil á mas de una familia necesitada. En una ocasion se le hincharon las piernas de un modo tal, que infundió serios temores al facultativo á quien llamaron los monjes para que le asistiese; creyóse que no solo las amarguras padecidas y las molestias del viaje de doscientas leguas, que preso, incomunicado, sin comodidad alguna, acababa de hacer, serian causa de su mal, sino que tambien podia tener parte la continua comida de pescado que, con sujecion á la regla del convento, servian al recluso. Aquellos buenos religiosos acudieron al Soberano Pontífice pidiendo una bula para servirle otros manjares, y un dia le sorprendieron presentándole cubierta la mesa con los mas excelentes y regalados; ellos, que en todo tiempo, en la juventud como en la vejez, en la fuerza de la vida como en la proximidad del sepulcro, insistian en comer sus pobres viandas. Resistióse el cautivo á probar alimentos allí exóticos; mostráronle el breve de Su Santidad y le dijeron la opinion del médico; todo en vano: el enfermo dió la comida á los pobres del pueblo y no probó otra que la de sus compañeros y amigos, los santos moradores del convento. Pero tan tierna solicitud le hizo derramar lágrimas de purísimo gozo; su corazon, naturalmente benévolo y expansivo, se abrió á los consuelos de sus nuevos hermanos, y no solo se curó, sino que llegó á olvidarlo todo y á vivir satisfecho y alegre en aquella sociedad, que bien valia tanto, por lo menos, como la mejor que hubiese cultivado en todos los dias de su vida. No hubo medio tampoco de que los religiosos aceptaran nada en remuneracion del gasto que les hacia; dijéronle que era uno de ellos y que no podian admitir estipendio. Vínoles bien á los pobres, porque JOVELLANOS destinó sus ahorros á socorrer con limosnas á los vecinos necesitados de Valdemuza y á dar pensiones á los jóvenes de escasos recursos que se dedicaban al estudio de la latinidad. Cuando le arrancaron de aquella santa casa, no pudiendo darle otra cosa, diéronle lágrimas y bendiciones, que no dudamos nosotros le infundieron la fortaleza necesaria para soportar resignado seis años de encierro en una nueva cárcel.

¿Moveria acaso el interés á los monjes? Necesitado estaba JOVELLANOS de favores, que no en ocasion de dispensárselos á nadie; ni por entonces se columbraba que para él habian de amanecer mejores dias. Tampoco los guiaba el espíritu de partido, menos el deseo de vengar agravio alguno; la caridad tan solo. Ni ¿qué premio podian ellos esperar? Por palacio su convento, por viandas los pescados de aquellos mares, por ordinaria ocupacion el rezo, la penitencia y las obras de misericordia, por esparcimiento y regalo los montes y las selvas de las cercanías, por lujo un tosco sayal, por esperanza la gloria eterna; nada de esto les habia de arrancar el poder, quien quiera que lo ejerciese. Ninguna otra recompensa aguardaban pues aquellos piadosos varones, sino la que ya habrán alcanzado, porque han fallecido todos.

Muy diversa fué la vida de nuestro héroe en el castillo, donde tenia siempre un centinela de vista, el cual y su criado eran las únicas personas con quien podia comunicarse. Mas se permitió luego la entrada á un religioso, y en él halló el pobre cautivo compañía, consuelo, docta y amena plática, y alivio á todas sus amarguras. Llevóle dos códices antiguos que existian en la librería del convento de San Francisco, y de ellos el preso copió, y tradujo despues al castellano, una geometría que Raimundo Lulio compuso en Paris el último año del siglo xiii; viendo el religioso que así lograba distraerle, facilitóle tambien un códice original de mano del célebre Juan de Herrera, que



contenia un discurso sobre la figura cúbica, y DON GASPAS lo copió igualmente con todas las figuras geométricas, añadiendo á la copia una larga y erudita advertencia sobre el origen y circunstancias del códice. Estos trabajos, una curiosa y amena descripción que hizo de la propia fortaleza que le servía de cárcel, y otros varios escritos sobre antigüedades de la isla, sobre fábricas preciosas y sobre excelentes pinturas (1), sirviéronle de ocupacion y entretenimiento durante algunos períodos de aquellos siete años de persecucion tenaz y rigurosa.

Quien así tenia presente las bellas artes, no era natural que se olvidase de las letras; en el castillo de Bellver escribió tres excelentes epístolas, una á Cean Bermudez y dos á don Cárlos Posada, canónigo de Tarragona. Bien merecia este los repetidos recuerdos que le consagraba DON GASPAS; en cuanto supo su destierro voló á Palma, se disfrazó de religioso, penetró en la prision, y con grave riesgo de ser descubierto y de sufrir los mismos daños que su amigo, tuvo el placer de abrazarle. DON GASPAS en una de las epístolas que le dedica le exhorta á que no le tenga compasion, porque no es infeliz su suerte :

¿Infeliz?... ¿Cómo?  
 ¿Acaso puede un inocente serlo?  
 ¿Con la virtud, con la inocencia puede  
 Morar el infortunio? El justo cielo  
 No lo permite. . . . .  
 El las sostiene, las conforta, y tiende  
 Para apoyarlas pródiga su mano.

Aconséjale igualmente que no haga caso de las calumnias que contra él se divulguen, ni sufra por ellas molestia alguna :

¿Qué puede el ronceo  
 Rumor de la calumnia? Qué la envidia,  
 Aunque con soplo venenoso incite  
 Las furias del poder, su fragua encienda,  
 Y sus rayos invoque en mi ruina?  
 Yo en tanto escucho intrépido su aullido.

Ruégale que no se aflija, suponiendo que le falta la libertad, puesto que no le falta :

No, no; que no le es dado  
 Hasta el alma llegar, donde se anida,  
 Y alherrojarle no puede. . . . .  
 ¿Es esto esclavitud? No, Posidonio.  
 Por mas que esta porcion de polvo y muerte  
 Yaga en austera reclusion sumida,  
 Libre será quien al eterno alcázar  
 Pueda subir; al Protector, al Padre  
 De la inocencia y de la vida, absorto  
 Y postrado adorar.

Quiérole consolar. él, que está preso, al amigo que vive libre y en la abundancia; y para quitarle todo motivo de pena, le recuerda cuál ha sido su vida :

Que fui patrono  
 De la verdad y la virtud, y azote  
 De la mentira, del error y el vicio (2).

(1) Los escritos sobre pintura á que aludimos son las cartas que dirigió desde el castillo al padre fray Manuel Bayeu, conventual de Mallorca. Llamamos sobre ellas la atencion de los aficionados á las artes.

(2) Tambien es á don Cárlos Posada dirigida la oda sáfica que se halla á la página 23 de este tomo, que empieza así :

Ya cierra Febo plácido la línea,  
 Cárlos, que el curso de tus años mide.



Contra nuestra costumbre hemos copiado estos versos de una de las epístolas, porque habrían sido inútiles cuantos esfuerzos hubiésemos hecho para pintar el espíritu de que estuvo poseído JOVELLANOS durante su larga prision, y la lectura de estas pocas palabras dan de ello una idea completa. Es tambien preciosa la composicion dedicada á Cean Bermudez pocos meses antes de salir de su encierro; figurar en el mundo, dice, es un presuntuoso y necio desvarío: en la virtud y en la práctica de la religion está la felicidad. Enternece ver que quien llevaba mas de seis años de comunicacion rigorosa, tuviera cristiana resignacion suficiente para escribir á sus amigos que vivia tranquilo, que era feliz, que su corazon se abrasaba en amor de Dios, y se deshacia en inmensa gratitud por los bienes que sobre él á manos llenas derramaba la suprema Misericordia. Razon tenia; semejante conformidad era don de la Providencia, mil veces mas envidiable que las riquezas y los honores.

Todo esto prueba su resignacion, pero hay todavía mas: JOVELLANOS gozaba de la serena tranquilidad con que Dios se digna fortalecer las almas de los justos. ¿Quién acertaria á discurrir que en aquella mansion escribiese una obra encaminada á la enseñanza de la niñez? Pues así es en verdad; encerrado en las mazmorras de Bellver, compuso el *Tratado sobre educacion pública con aplicacion á las escuelas y colegios de niños*. Lo cual vale tanto como decir que estaba en la prision entregado á las mismas meditaciones que en Sevilla, en Madrid, en Astúrias; que su fantasía volaba con deleite y con libertad detrás de los muros en que estaba aprisionado su cuerpo. Y si por acaso se le antoja á alguno sospechar que estaba animado nuestro héroe de la estóica filosofia que precedió en el imperio romano á la venida del Redentor, y que fué resucitada en Francia á fines del siglo pasado por los revolucionarios, los cuales, renegando de la doctrina de Jesucristo, necesitaban buscar en cualquiera parte un átomo de fuerza y de valor para marchar á la vengadora guillotina, ó un disfraz para la criminal cobardia de refugiarse contra ella en el suicidio, sepa que tenemos al punto contestacion cumplida para demostrarles que era la de DON GASPAS cristiana conformidad y resignacion valerosa, capaz únicamente de ser infundida por la religion del Crucificado. Y la respuesta ha de ser elocuente, porque no la darémos nosotros, sino el mismo JOVELLANOS: « Pero entre todos los objetos de la instruccion, dice en la obra á que nos referimos, siempre será el primero la moral cristiana, de que va á tratarse ahora; estudio el mas importante para el hombre, y sin el cual ningun otro podrá llenar el mas alto fin de la educacion. Porque ¿qué hará esta con formar á los jóvenes en las virtudes del hombre natural y civil, si les deja ignorar las del hombre religioso? Ni ¿cómo los hará dignos del título de hombres de bien y de fieles ciudadanos, si no los instruye en los deberes de la religion, que son el complemento y corona de todos los demás? Yo no creo que sea necesario persuadir entre nosotros esta preciosa máxima, cuyo abandono y olvido ha producido ya en otras partes tantos males. Pero ¿acaso ha tenido el influjo que debiera en nuestros métodos de educacion? Creo que no, y hé aquí por qué me he propuesto tratar con mas detenimiento esta parte de mi plan... La enseñanza de la moral cristiana presupone el conocimiento de los misterios de la religion que estableció su divino Autor. Pero ¿cuál es el plan de educacion que haya reunido en un mismo sistema estos dos sublimes estudios? Cuál es el que haya consagrado á ellos todo el tiempo y todo el cuidado que requieren? Cuál es el que los haya tratado en el orden, por el método y con la extension que convienen á su dignidad é importancia?... ¿Qué hay por qué admirar que en materia de religion sea la instruccion tan imperfecta y li-

mitada, aun en personas que se dicen bien educadas? ¿Ni qué tampoco que la juventud salga al mundo tan indefensa y poco prevenida contra los solismas y artificios de una impiedad que la asesta por todas partes?... Este presentimiento (de Platon) fué confirmado para dicha del género humano con la aparición de nuestro Salvador en el mundo, el cual vino á iluminar, derramando sobre él aquella luz divina que debia disipar todas las tinieblas, deshacer todos los errores de los filósofos, confundir la presuncion de la sabiduria humana, y abrir á los hombres las fuentes de la verdad y los caminos de la verdadera sabiduria. Así que quisiéramos que la enseñanza de las virtudes morales se perfeccionase con la luz divina que sobre sus principios derramó la doctrina de Jesucristo, sin la cual ninguna regla de conducta será constante, ni verdadera ninguna virtud.» Tenemos que resistir á la tentacion de prolongar la cita; nuestros lectores además acudirán presurosos á admirar por sí mismos y por completo este escrito del cautivo, que se tenia por dichoso, y lo era en efecto, porque creia en Dios y practicaba la religion.

No crea el lector que estos pasatiempos, mereced á los cuales solian correr veloces para JOVELLANOS las interminables horas de la cautividad, eran benévolamente consentidos por la corte ni por sus carceleros. Antes al contrario, segun las prescripciones de la consigna dada al oficial de su guardia, y la cual ha llegado hasta nosotros, dos centinelas debian de vigilarle constantemente, colocado el uno delante de la puerta, y enfrente el otro de una ventana del encierro; á toda costa era preciso evitar que nadie le hablase ni le diese papel, lápiz ó tintero; y el propio oficial de la guardia habia de estar presente cuando necesitase del criado para su servicio ó el aseo de la persona, á fin de impedir que este le entregara cartas ó le comunicase noticias. ¿Qué mas? Para que pudiera confesarse fué menester consultarlo al Gobierno, y el ministro Caballero respondió que confesara en buen hora, pero exigia que de antemano prometiese el sacerdote no tratar con el de mas asuntos que de los relativos á su conciencia, y ordenaba que se cuidase de que por tal conducto no recibiera papel alguno, y que en adelante se le impidiese comunicar hasta con su mismo criado. De resultas de la inflamacion de una parótida, producida por la falta de ejercicio y por el calor y poca ventilacion del cuarto que le servia de encierro, tuvo que sufrir una operacion dolorosa y una larga cura para que se le cerrase la herida; el comandante de la plaza representó espontáneamente para que se le permitiese algun desahogo y ejercicio, acompañando la certificacion de los médicos, que así lo estimaban indispensable; el Gobierno no contestó, creyendo sin duda que la necesidad no seria urgente cuando nada reclamaba el interesado. ¿Cómo lo habia de pedir, sin papel, pluma ni tinta? Probable es que aun pudiendo nada habria solicitado. Un principio de cataratas le acometió al año siguiente, originado, segun dictámen de los facultativos, por las mismas causas, y el Capitan General pidió permiso para que se bañase en el mar; accedió á la instancia el ministro Caballero, pero con la condicion de que el preso, vigilado por dos centinelas, se bañase en un paraje público cercano al paseo; JOVELLANOS renunció al remedio probable de sus padecimientos, no queriendo hacerse blanco de la lástima y el desprecio de las gentes. Un año despues el General reprodujo su peticion, y entonces el Gobierno, ordenando que en nada se alterasen las demás formalidades antes prevenidas, consintió en que se eligiera un sitio menos concurrido para los baños: con ellos, con el consiguiente paseo de ida y vuelta y con el aire libre, alcanzó alivio en sus dolencias: debióse esto al general don Juan Miguel de Vives, asi como el que pudiese leer y escribir en la cárcel



al religioso de que ya hemos hablado, y cuyo nombre sentimos mucho ignorar.

Yacia nuestro héroe en el encierro donde le tenían confinado enconos palaciegos, cuando el motin de Aranjuez vino á arrancar el cetro de las débiles manos de Carlos IV y á dar en la persona de Godoy nuevo testimonio de la inconstancia de la fortuna. Aun no se habian quebrantado los hierros de la ilustre víctima, y ya estaban castigados sus verdugos. El valido encerrado, no en un castillo, sino en un rollo de esteras, acosado por la sed, con un panecillo por toda provision, debió acordarse de los pronósticos de Cabarrús, si estaba serena su mente; mas aun debió sentir no haber dejado que el Rey gobernase la monarquía, aconsejado por ministros entendidos y leales. Suelen ser lecciones de Dios lo que se ha dado en llamar caprichos de la veleidosa fortuna; cuando atravesaba la plaza de San Antonio, jadeando, herido, insultado por la amotinada plebe, apoyadas las manos en los caballos de los guardias de corps que corrian al trote, cuando se miraba tendido sobre unas miserables pajas, sonó sin duda en sus oídos, tremendo y pavoroso, el nombre de JOVELLANOS: magnífico palacio le hubiera parecido entonces el castillo de Bellver.

No era este, sin embargo, el último golpe que le tenia reservado su fatal estrella; á perder la vida en aquella ocasion á manos de los revoltosos, librárase de la afrenta de firmar despues, como plenipotenciario de Carlos IV, el indigno tratado que se concluyó en Bayona á 5 de mayo de 1808, por el cual se cedia al emperador de los franceses todos los derechos á la corona de las Españas y las Indias. Ningun español debió suscribir semejante convenio; jamás echó sobre su fama borron mas negro que aquella firma el principe de la Paz. ¡Cuántas veces lo habrá llorado en los largos años que ha sufrido despues de expatriacion y de pobreza! Cuántas veces habrá envidiado la firma de JOVELLANOS, puesta al pié de los decretos de la Junta Central! Inútilmente procura defenderse de este cargo en sus *Memorias*; supóngase en buen hora que sin conocimiento suyo habia hecho el Soberano la renuncia; que él reprobó este acuerdo cuando, ya tarde para el remedio, le enteraron de lo acaecido; que aun insistió, prestándose á sostener la negativa en nombre de su majestad; créase cuanto el Príncipe dice, y así y todo, antes que estampar su firma en tan ignominioso papel, debió cortarse ambas manos, que no la derecha solamente. Verdad es que hay otro convenio, el de 40 de mayo, y una firma en él de otro español, don Juan Escoiquiz, en que el rey don Fernando hace igual renuncia; el ignorante y presumido canónigo ¡mal pecado! despues de infamar de tal modo su nombre, reconoció y juró á José Napoleon como rey de las Españas. ¡Y habia creído poder gobernar la monarquía, guiando á su angusto alumno! ¡Habia imaginado perpetuar su fama rigiendo la nave del Estado por entre los escollos de tan revueltos y furiosos mares! A lo menos el principe de la Paz se habrá podido consolar, y se ha consolado en efecto, con los versos de Melendez Valdés y de Moratin (1), cuyo protector fué y enyos elogios envanecerian á los mas grandes monarcas; ¿qué le queda á Escoiquiz, sepultado ya como escritor en el polvo del olvido, y vivo solo en la memoria de las gentes como consejero funestísimo de un príncipe jóven é inexperto?

(1) El Príncipe, en sus *Memorias*, tomo II de la edición de Madrid de 1836, copia una nota de las poesías sueltas de Moratin, escrita por el mismo poeta, y que no reproducimos aquí por hallarse señalada con el número 3 en el tomo II de la presente BIBLIOTECA, diciendo que en ella le hace justicia aquel eminente es-

critor; y con razon añade que el libro en que consta vivirá mas tiempo que sus enemigos y sus nietos y biznietos. Copia en el propio pasaje y en otros, varios versos del mismo autor y de Melendez. No fueron estos dos los únicos hombres de mérito que debieron proteccion al príncipe de la Paz.



La fecha del primer tratado, por el cual hace Napoleon que se le traspasen los derechos á la soberanía de España, consumando una gran iniquidad, es capaz de asombrar el ánimo mas despreocupado y descreído. EL DIA CINCO DE MAYO: este día fué tambien el primero que vió amanecer en su destierro de la isla de Elba, y el último que alumbró su vida en la roca de Santa Elena.

Entre tanto habia corrido ya la generosa sangre española; Madrid dió el grito de guerra, y despues, toda á un tiempo, se levantó la nacion por su Dios, por su Rey y por su Patria. JOVELLANOS, á quien se mandó poner en libertad en un real decreto de 22 de marzo, expedido por Fernando VII y refrendado (¡quién lo diria!) por el marqués Caballero, volvía entonces á su hogar, deseoso de reponerse de los males padecidos en su larga prision. Tan pronto como salió del castillo, no mas tarde que al día siguiente, corrió á la Cartuja de Valdemuza y pasó la Semana Santa en compañía de los ejemplares anacoretas que tanto le habian favorecido, recibiendo ahora de ellos nuevas pruebas de amor; y no se desprendiera tan pronto de sus brazos á no instarle dentro del pecho el recuerdo que siempre vivo conservaba de sus paisanos, del pueblo que le vió nacer, del Instituto y de sus alumnos. Ardía en ansia de volver á Gijón para consagrar los años que le restasen de vida á dirigir su escuela, enseñar á los jóvenes de la provincia, y procurar la felicidad y los adelantamientos de su país natal. Esperaba además reparar en aquel sitio el quebranto de su salud; tenía tan escasa, y tal le habia dejado de macilento y extenuado su encierro, que aun dos meses despues no le conoció al verle un grande amigo suyo, don Juan Arias Saavedra, con quien fué á pasar unos días en su casa de Jadraque. Pero antes de embarcarse para el continente, que fué á 19 de mayo, residió algun tiempo en Palma, y visitó varios puntos de la isla; entonces bosquejó una memoria sobre las fábricas de Santo Domingo y San Francisco de Palma y una descripcion histórico-artística del edificio de la Lonja de la misma ciudad, cuyos opúsculos, con la descripcion del castillo de Bellver, de que ya antes hemos hecho mérito, y las memorias de la misma fortaleza, compuestas tambien mientras en ella estuvo preso, forman un precioso estudio de gran interés para la historia general de la arquitectura, y utilísimo para conocer á fondo la de la edad media.

Al llegar á Barcelona le recibió con grandes muestras de aprecio el general Ezpeleta, que tenía el mando de las armas en aquella provincia y era sabedor de sus merecimientos y desgracias. Ofrecióle su casa y le instó á que tomase en ella algun descanso; pero despues de tan largo encierro le era á JOVELLANOS insoportable el bullicio de las grandes poblaciones, y determinó partir inmediatamente á Molins de Rey, dejando en la ciudad á su mayordomo con el encargo de recoger el equipaje y de buscar y disponer un coche para continuar en breve la marcha; y como el fiel servidor supiese cuán ardientemente deseaba su amo partir, para mayor desembarazo y celeridad resolvió dejar confiado á persona amiga el equipaje. Perdióse este á la entrada de los franceses, y con él una escogida coleccion de libros y algunos manuscritos y apuntamientos, que eran fruto de sus tareas en los breves espacios en que durante su dilatada reclusion se le permitió leer y escribir. «Pérdida pequeña en sí, dice él mismo en su *Memoria*; grande en mi estimacion;» grande sin duda para los aficionados al estudio de las ciencias y al culto de las letras.

Cuando llegó á las puertas de Zaragoza, ya se habia levantado este pueblo, y al punto con ruido y confusion rodearon su coche gentes de la ciudad y del campo, informadas de que venia de Barcelona. Pedían unos á voces que se registrara con la mayor

escrupulosidad el carruaje, y otros que se arrestase al viajero y se le llevara á presencia del nuevo general, don José de Palafox. En esto conocióle alguno de los circunstantes, supúose quién era, y corriendo la voz, cesó el tumulto; trocóse en aplauso la desconfianza, y fué entre vítores conducido á casa de su amigo el marqués de Santa Coloma. Apresuróse Palafox á verle, y con reiteradas instancias le pidió que permaneciese en su compañía y le ayudara con sus consejos; pero JOVELLANOS no podia tenerse de pié; mas parecia un moribundo que un hombre capaz de organizar ejércitos y juntas de gobierno, y sintiéndose falto de todo vigor, suplicó al caudillo de los aragoneses que léjos de detenerle, protegiera la prosecucion de su viaje. Cedió benévolo Palafox á sus ruegos, le acompañó durante la noche á una posada extra-muros, y al amanecer del siguiente día le puso en camino, dándole una escolta de escopeteros, mandada por el tío Jorge, el insigne patriota que murió despues sobre una bateria en la primera defensa de la ciudad siempre heroica, cuyo nombre ha de servir perpétuamente de enseñanza y de bandera á los pueblos que quieran resistir el yugo de extraña gente.

Llegó por fin á Jadraque, y allí estaba bien avenido con la tranquilidad de espíritu que aquella residencia le proporcionaba, respirando el aire puro del campo, y confortándose con las atenciones de la amistad, cuando se presentó á deshora un correo de Madrid; enviábale el príncipe Murat, general en jefe de las tropas francesas que habian invadido la Península, y era portador de una orden para que se presentase JOVELLANOS en la capital. Contestó que estaba enfermo y no podia moverse, y con esta evasiva despachó al posta, proponiéndose desoir todos los nuevos mandatos que á este tenor se le hiciesen. Mas no es posible figurarse la sorpresa, la indignacion, la vergüenza que se apoderaron de su ánimo candoroso cuando otro correo, despachado desde Bayona por el mismo Napoleon, le trajo la noticia de haber sido nombrado ministro de lo Interior en el gobierno del rey intruso, y la orden del Emperador para que antes de encargarse del ministerio pasase á Astúrias y con su ejemplo y su voz apaciguara el principado. Habian de ser sus compañeros en el ministerio grandes amigos suyos, como Urquijo, Azanza, Mazarredo y Cabarrús; de uno de ellos traíale carta el portador de las órdenes; en ella le referia Azanza todo lo acaecido en Bayona, y noticiábale que en lo sucesivo regiria á los españoles una constitucion ilustrada, destruyéndose los abusos contra cuya existencia habia clamado siempre el perseguido escritor, y al propio tiempo planteándose las mejoras por él aconsejadas y defendidas antes, con lo cual muy luego se trasformaria el reino; participábale tambien cómo el mismo rey don Fernando, no contento sin duda con haber hecho renuncia de todos sus derechos, acababa de escribir una carta á Napoleon felicitándole por el advenimiento de su hermano José al trono de España; y añadia, por último, que los mismos individuos de la comitiva de Fernando, apegados á su persona y consejeros de sus actos, un duque de San Carlos, un Escoiquiz, habian dirigido un humilde escrito al rey de la nueva estirpe, *considerando como obligacion suya muy urgente la de conformarse con el sistema adoptado y estar prontos á obedecer ciegamente su voluntad (la de José) hasta en lo mas mínimo*. Cierta era, por desgracia, lo que Azanza referia, como que están copiadas textualmente estas palabras del espontáneo memorial presentado al rey intruso por la servidumbre del legítimo monarca. Tales noticias, ya de muchos españoles conocidas, no pudieron hacer cambiar de resolucion á JOVELLANOS; contestó al Emperador en términos parecidos á los que habia usado con Murat, y á Azanza dijo que «estaba muy léjos de admitir ni el encargo ni el ministerio, y que le parecia vano el empeño de reducir con exhortaciones á un



pueblo tan numeroso y valiente y tan resuelto á defender su libertad». Redoblaron sus instancias los de Bayona; y Ofarril, Mazarredo y Cabarrús le escribieron esforzando las razones de Azanza, exponiendo otras nuevas y pintándole como desesperada é inútil toda resistencia. A unos y otros dió respuesta, repitiendo lo que ya tenia manifestado, y expresando en una de sus cartas «que cuando la defensa de la patria fuese tan desesperada como ellos se pensaban, seria siempre la causa del honor y la lealtad, y la que á todo trance debia preciarse de seguir un buen español». Palabras dignas de eterna alabanza y de pasar á la posteridad.

Absurda y desatinada era por entonces sin duda la resistencia de los españoles, si han de juzgarse empresas de este género por sus probables resultados. Abatida y en silencio la Europa, vencidos grandes y poderosos ejércitos capitaneados por ilustres caudillos, obedientes casi todos los gabinetes á la voz del emperador francés, ni aun siquiera podia soñarse que la resistencia española fuese mas que una gran locura, una heróica, pero inútil calaverada. Si á esto se agrega el mal estado del reino, si se toma en cuenta que los consejeros del monarca nuevamente aclamado eran mucho mas ineptos que los del anterior, que su conducta habia sido torpe hasta llegar á Bayona, y ajena á toda grandeza y elevacion en llegando á aquella ciudad; si se trae á la memoria que nuestros reyes habian abdicado la corona y traspasádola á las sienes del jefe del imperio, dando con ello pretexto á que se acallaran los escrúpulos de la lealtad jurada; y si, por último, se tiene presente que José Bonaparte comenzaba su reinado prometiendo todas ó la mayor parte de las mejoras por que anhelaban los hombres doctos de aquel tiempo, y se proponia sostenerlas con gran número de aguerridos soldados, fácilmente se comprenderá por qué no era de esperar otra cosa sino que ante el nuevo ídolo doblasen la rodilla los españoles. Así se explican las defecciones que tuvo la causa de la patria, y la circunstancia de reclutarse aquellos á quien se llamó *afrancesados*, entre los hombres que pasaban por mas instruidos y capaces. ¿Y cuál otra hubiera podido dejarse alucinar con mayor disculpa que JOVELLANOS, á quien siete años tuvo preso el gobierno de la dinastía legitima, y que ahora recobraba la libertad en virtud de un decreto refrendado por el mismo ignorante ministro que antes se habia prestado á ser instrumento de todas sus desgracias? No oyó, sin embargo, la instigadora voz del rencor, ni tampoco la persuasiva de la amistad; y sin vacilar un instante abrazó la noble causa de su patria, que se arrojó denodada á la pelea.

A pesar de sus constantes negativas y explicitas declaraciones, dieron el mal paso sus amigos de insertar su nombramiento en la *Gaceta de Madrid*: conducta que habria de estimarse pérvida si no la abonase la buena intencion; mas ni empañaron con eso el lustre de su limpia fama, ni le obligaron á aceptar el ministerio; expusieronle, sí, á una nueva persecucion del usurpador y del general Murat, que no pecó de blando para con los españoles. La jornada de Bailén, por siempre memorable en los fastos de nuestra historia, le libró de todo riesgo; la corte de José y su ejército tuvieron que retirarse de Madrid, y no pararon hasta verse en las orillas del Ebro. JOVELLANOS pudo respirar tranquilo en medio de los ardientes aplausos que todos le prodigaban por haber desdenado el ministerio y acogidose desde el primer momento á las banderas de la patria.

Gloriosa fué, á mas no poder, la conducta de España: invadida alevemente, ocupada por sorpresa, no tenia á quien volver los ojos; de ejércitos organizados carecia por completo; de generales prácticos en la guerra, dignos de medirse con los invictos caudillos de las armas francesas, nadie tenia noticia; los hombres de estado, supo-



niendo que algunos mereciesen tal nombre, por cálculo los unos creyendo segura la victoria, por convencimiento los otros pensando que la dinastía de Bonaparte reinaria con gloria sobre los españoles, habíanse hecho partidarios de José Napoleon. Pero el instinto general juzgó de otra manera, y resolvió con acierto: someterse equivalia á perder la nacionalidad, derribar la línea natural del Pirineo, entregarse al coloso de Francia, uncirse al carro triunfador del héroe extranjero, borrarse del mapa de Europa como pueblo independiente, y sufrir el yugo infamante que pesa sobre las naciones envilecidas que hacen traicion á la santa causa tradicional de su existencia. Quizá no se discurrió sobre nada de esto en el momento primero; pero todo se sintió con vivísimo impulso, y produjo el levantamiento mas universal, mas espontáneo, y mas glorioso por consiguiente, que en sus páginas registra la historia. Los jóvenes que se dedicaban al estudio abandonaron las universidades, los religiosos dejaron sus conventos, los canónigos sus catedrales, los médicos se olvidaron de sus enfermos, los abogados de sus pleitos, los labradores soltaron el arado, los fabricantes sus máquinas, y todos corrieron á combatir, en confuso turbion algunas veces, con mas orden despues, con desgracia en muchas ocasiones, con gloria siempre, al enemigo que alevoso y artero se habia apoderado de nuestro territorio.

Se han burlado algunos, y entre ellos nuestros mismos poco desinteresados auxiliares, y sus capitanes mas célebres, de aquellos nuestros ejércitos improvisados, sin táctica, sin disciplina, sin conocimiento del arte de la guerra, sin oficiales experimentados ni generales famosos; en esto precisamente se cifra nuestra gloria, y por esto además vencieron los españoles. Que la tierra en que vimos la luz produce grandes hombres y capitanes invencibles, lo tenian ya demostrado muchas generaciones. Los mas de nuestros antiguos reyes fueron eminentes caudillos: bastan los Alfonsos, los Fernandos, los Pedros y los Jaimes de Castilla y de Aragon para formar un catálogo tal de heróicos monarcas, que no pueda presentarle mas numeroso ni de mayor valía pueblo alguno de Europa; el Gran Capitan, el duque de Alba y Hernan-Cortés han elevado su gloria y la de la patria, sin que nadie se atreva á oscurecerla; nuestra infanteria en Italia, nuestros tercios en Flándes, nuestros hombres de armas en Pavia, en San Quintin y en Otumba no han menester que ahora nuevamente se les alabe. De lo que á España cumplia dar testimonio, y patente lo dió, asombrando al orbe entero, es de que sin soldados veteranos, sin generales expertos, sin planes estratégicos y sin plazas pertrechadas, todavia es incontrastable por el indómito valor de sus moradores. Tan gloriosa es á nuestros ojos la batalla de Bailén como la rota de Ocaña: figurará la primera en los fastos de nuestras marciales glorias; la segunda contribuye á formar esa magnifica epopeya en que vencedores ó vencidos, bien acaudillados como en Bailén ó mal dirigidos como en Ocaña, nuestros padres no economizaban su sangre, ni perdian el denuedo, ni se arredraban por los reveses, ni se cuidaban del éxito de una batalla, ni dejaban de volver á la pelea. Hambrientos casi siempre y desnudos, guiados por hombres de humilde extraccion, como Mina y Morillo, ó por hijos de casas solariegas, como Castaños y Palafox; revueltos los descendientes de nobles familias, como los que despues fueron duques de Frias y de Rivas, con proletarios, como el Empecinado, y con modéstos representantes de la clase media, como el padre del autor de estas líneas, soldado voluntario en aquellas campañas, nunca cejaron en su propósito, aunque alguna vez, aunque muchas veces, fueron derrotados en encuentros infelices. Las guerras de gabinete terminan en un dia con batallas como la de Austerlitz ó la de Jena; las guerras nacionales no concluyen

ni aun con derrotas tan sangrientas como la de Medellin, en que perecieron al filo de las espadas vencedoras diez mil españoles, cuyos despojos blanqueron por mucho tiempo en aquella vasta llanura, ocultando las pintadas flores de una y otra primavera.

Momentos hubo, y el que siguió á este glorioso desastre fué uno de ellos, en que los caudillos imperiales dieron por terminada la guerra; pero España continuó luchando, puesta la confianza en Dios y en su justicia. En tal coyuntura se redoblaron las solicitudes dirigidas á JOVELLANOS, escribiéndole el general Sebastiani una carta que así decia :

« Señor : La reputacion de que gozais en Europa , vuestras ideas liberales , vuestro amor por la patria , el deseo que manifestais de verla feliz y floreciente , deben haceros abandonar un partido que solo combate por la Inquisicion , por mantener las preocupaciones , por el interés de algunos grandes de España , y por los de la Inglaterra . Proponer esta lucha es querer aumentar las desgracias de la España . Un hombre cual vos sois , conocido por su carácter y sus talentos , debe conocer que la España puede esperar el resultado mas feliz de la sumision á un rey justo é ilustrado , cuyo genio y generosidad deben atraerle á todos los españoles que desean la tranquilidad y prosperidad de su patria . La libertad constitucional , bajo un gobierno monárquico , el libre ejercicio de vuestra religion , la destruccion de los obstáculos que varios siglos há se oponen á la regeneracion de esta bella nacion , serán el resultado feliz de la constitucion que os ha dado el genio vasto y sublime del Emperador . Despedazados con facciones , abandonados por los ingleses , que jamás tuvieron otros proyectos que el debilitaros , el robaros vuestras flotas y destruir vuestro comercio , haciendo de Cádiz un nuevo Gibraltar , no podeis ser sordos á la voz de la patria , que os pide la paz y la tranquilidad . Trabajad en ella de acuerdo con nosotros , y que la energía de España solo se emplee desde hoy en cimentar su verdadera felicidad . Os presento una gloriosa carrera ; no dudo que acojais con gusto la ocasion de ser útil al rey José y á vuestros conciudadanos . Conoceis la fuerza y el número de nuestros ejércitos , sabeis que el partido en que os hallais no ha obtenido la menor vislumbre de suceso ; hubierais llorado un dia si las victorias le hubieran coronado , pero el Todopoderoso , en su infinita bondad , os ha libertado de esta desgracia . Estoy pronto á entablar comunicacion con vos y daros pruebas de mi alta consideracion . »

Quiso la buena suerte de JOVELLANOS depararle ocasion oportuna para que , á raíz de la sangrienta catástrofe presenciada por el pueblo en que nació Hernán-Cortés , fuese el órgano de los sentimientos de España . Su respuesta contiene las siguientes palabras , que no han menester elogio ni comentario :

« Señor General : Yo no sigo un partido ; sigo la santa y justa causa de mi patria , que unánimemente adoptamos los que recibimos de su mano el augusto encargo de defenderla y regirla , y que todos habemos jurado seguir y sostener á costa de nuestras vidas . No lidiamos , como pretendeis , por la Inquisicion , ni por soñadas preocupaciones , ni por el interés de los grandes de España ; lidiamos por los preciosos derechos de nuestro Rey , nuestra Religion , nuestra Constitucion y nuestra Independencia . . . No hay alma sensible que no llore los atroces males que esta agresion ha derramado sobre unos pueblos inocentes , á quienes , despues de pretender denigrarlos con el infame título de rebeldes , se niega aun aquella humanidad que el derecho de la guerra exige y encuentra en los mas bárbaros enemigos . Pero ¿ á quién serán imputados estos males ? ¿ A los que los causan , violando todos los principios de la naturaleza y la justicia , ó á los que



»lidian generosamente para defenderse de ellos y alejarlos de una vez y para siempre  
»de esta grande y noble nacion? Porque, señor General, no os dejéis alucinar; estos  
»sentimientos, que tengo el honor de expresaros, son los de la nacion entera, sin que  
»haya en ella un solo hombre bueno, aun entre los que vuestras armas oprimen, que  
»no sienta en su pecho la noble llama que arde en el de sus defensores... En fin, señor  
»General, yo estaré muy dispuesto á respetar los humanos y filosóficos principios que,  
»segun vos decís, profesa vuestro rey José, cuando vea que ausentándose de nuestro  
»territorio, reconozca que una nacion, cuya desolacion se hace actualmente á su nom-  
»bre por vuestros soldados, no es el teatro mas propio para desplegarlos. Este seria  
»ciertamente un triunfo digno de su filosofia; y vos, señor General, si estáis pene-  
»trado de los sentimientos que ella inspira, deberéis gloriaros tambien de concurrir á  
»este triunfo para que os toque alguna parte de nuestra admiracion y nuestro reco-  
»nocimiento. Solo en este caso me permitirán mi honor y mis sentimientos entrar con  
»vos en la comunicacion que me proponéis, si la suprema Junta Central lo aprobare.»

Tiene por fecha esta carta el 24 de abril de 1809; sus palabras nos conducen naturalmente á referir cómo habia sido nombrado JOVELLANOS para la Junta Central.

Cuando despues del Dos de Mayo se hubo levantado todo el reino con irresistible impulso y como si de pronto le agitara con la rapidez del pensamiento algun secreto resorte, cada provincia encomendó su direccion y gobierno á una junta especial. Muchos han creido que este proceder fué hijo de conservar cada cual de las comarcas españolas distintas tendencias y costumbres, y anhelo inextinguible por aislarse de las demás á consecuencia de haber formado en lo antiguo todas ellas reinos separados, independientes y aun rivales. Nosotros, sin negar que este mal exista en España y que seria conveniente acudir á su remedio con tino y perseverancia á fin de que se arraigue y fortifique la unidad nacional, no nos conformamos con la opinion de los que juzgan que fué tal la causa de conducirse las provincias segun se ha visto en los principios de la guerra contra los franceses en 1808. Hicieron entonces lo que únicamente les era dado, no habiendo de elegir sino entre dos caminos: ó someterse y tolerar el oprobio y la aniquilacion de la España independiente, ó levantarse como se levantaron, organizarse como se organizaron y combatir como combatieron. De la capital del reino estaba ya apoderado el extranjero, y de varias plazas y fortalezas; no era posible una comunicacion tranquila, periódica, á través de ejércitos numerosos distribuidos en varios puntos de la Península. ¿Pues qué otro partido adoptar, sino el que adoptaron los españoles, aconsejados del patriotismo para su alzamiento, y de la necesidad para su organizacion? Cabalmente entonces no habia peligro alguno, ni el mas pequeño, de que se desmembrase el reino tan á duras penas formado en el trascurso de muchos siglos y á costa de tan grandes fatigas. El lazo de union entre las diversas comarcas de la Península es la religion y la monarquia; sin la unidad católica y sin el sentimiento monárquico no hay para qué disputar si habriamos adelantado mas ó menos en las pasadas edades, porque no habria España. Y como la religion y la monarquía, el catolicismo y la legitimidad del trono, fueron los dos móviles de aquella santa y patriótica guerra, no habia nada que temer de la formacion necesaria, indispensable, de las juntas de gobierno para cada una de las diversas provincias. No se nos oculta que en adelante, puestos los ojos en aquel ejemplo, se ha procedido de la misma manera organizando resistencias rebeldes contra gobiernos legítimos; pero eso nada quiere decir contra las juntas de 1808. Las unas por los medios que están á su alcance se proponen



defender la nacionalidad; introducen las otras el desconcierto en el seno de la madre patria, y tienden á desbaratar y destruir la monarquía, haciendo imposibles por muchos años el gobierno y la administración; las unas son el resultado de un pensamiento universal y unánime, que tiene por mira libertarse de extraño yugo; y son hijas las otras de las intrigas de un partido en contra de sus adversarios, siendo el fin de cada uno de ellos apoderarse del mando y repartir entre sus secuaces los cargos públicos y los sueldos que les sirven de estipendio.

Prueba irrecusable es de que las juntas formadas para el gobierno de las provincias en la invasión francesa no hacían peligrar la integridad del territorio y la unidad nacional, el haber procurado estas corporaciones, en cuanto les fué posible, ponerse de acuerdo entre sí, uniformar sus medios de acción, y sujetarse á un centro superior y único. Tan pronto como la batalla de Bailén obligó á retroceder hasta la frontera de Francia á los ejércitos imperiales, entraron en tratos y negociaciones las juntas de provincia para la formación de una Central y Suprema, que gobernase el reino en nombre del ausente y oprimido monarca. Se ha dicho que también este pensamiento fué desacertado y anárquico, y que en vez de la Junta, debió crearse una regencia de uno, tres ó cinco individuos, como manda la ley de Partida, y concentrar el poder en pocas manos, y estas vigorosas y firmes. Nueva ilusión y error, que se desvanece con el mero recuerdo de los hechos y sus circunstancias. La regencia que en sentir de algunos procedía formar, según la misma ley, había de ser nombrada por las Cortes. ¿Y á estas entonces quién las convocaba? Y si las Cortes no, ¿quién nombraba la regencia? Desde que pasó la corona á la dinastía austriaca, en España realmente no se habían reunido las Cortes; menos aun pensó en ellas la augusta estirpe de Borbon. Antiguamente celebráronse en Castilla de una manera, de otra en Aragon, de otra en Navarra, y aun separadamente en Valencia y Cataluña; y de las de Castilla fueron expulsados los grandes y los nobles en el reinado del emperador don Carlos. Fuerza era pues, en la ocasión de que se trata, resolver en qué forma deberían convocarse. ¿Podía llamar por sí cada junta unas cortes especiales? Absurda presuncion, propia solo para aumentar la anarquía y aniquilar el reino. ¿Habían de congregarse cortes distintas en cada una de las antiguas monarquías peninsulares? Hubiera sido esto incurrir en el propio defecto que se censura, y en un solo día deshacer la obra lenta y progresiva de los siglos, separar de un solo golpe lo que poco á poco juntó infatigable perseverancia: perpetuar, sin que la necesidad lo disculpara, el sistema de gobiernos provinciales, que por el pronto habían sido necesarios. ¿Y cuál sistema se había de elegir? ¿El antiguo de Castilla, acaso el moderno, el de Aragon, el de Navarra, ó uno que respetando las tradiciones comunes á todos, se pudiera llamar español? Pues mientras todas estas cosas se resolvían, para resolverlas, y para gobernar entre tanto, era de todo punto indispensable formar la suprema Junta Central. El Rey no lo podía resolver, ausente como se hallaba é incomunicado con sus pueblos; tuvo solamente ocasión de manifestar que de su renuncia estaba pesaroso, ó que la había hecho forzado; había dicho también que era su voluntad que se celebraran cortes; pero sin ordenar nada acerca del modo de celebrarlas y proveer á la gobernación de la monarquía. Hizose pues á la sazón, como al principio, lo que únicamente permitían las circunstancias; y ahora, como antes, hubiera equivalido el no hacerlo á desistir de la guerra, ó cuando menos á dar de mano al pensamiento patriótico y salvador de formar un gobierno que aunase los esfuerzos de todos los miembros dispersos.

Lo que si estaba en lo posible y aconsejaba la prudencia era que la misma Junta Central, una vez instalada y reconocida por todos los defensores de la legitimidad, crease con individuos de su propio seno una regencia interina, que ya así se llamara, ya comision ejecutiva ó de gobierno, ya de otro modo diferente; la cual hubiera debido conservar á la Junta para que, en calidad de auxiliar ó consultiva, la informase y la ayudara, y aun para que determinase la forma, sitio y ocasion en que conviniera reunir las Cortes, si bien ejerciendo el mando ella sola, dirigiendo las operaciones militares, reasumiendo el poder que las juntas de provincia habian delegado en la Central, y que esta podia delegar á su vez en su comision ejecutiva ó de gobierno. Tal fué el parecer de JOVELLANOS; pero, sin desaprobarlo jamás, fueron sus colegas aplazando de dia en dia el tomarlo en cuenta, y no llegó al fin á discutirse, porque lo impidieron las circunstancias y los enemigos, que seguian apurando cada vez mas á los españoles. Convenimos en que debió hacerse lo que queda expresado, y la iniciativa del pensamiento corresponde precisamente á DON GASPAS; en que la reunion de la Junta pecase de ilegítima y desacertada no convenimos de ningun modo. Como quiera que sea, para esa Junta Central y Suprema es para la que fué elegido JOVELLANOS por el principado de Asturias.

Tan pronto como se le comunicó el nombramiento, dejó su retiro de Jadraque, se dirigió á Madrid y se dispuso á cumplir las obligaciones de su cargo, á pesar de sus muchos años, graves achaques y escarmientos anteriores; que nunca fué sordo á la voz de su patria, y menos que nunca era noble y justo en aquellos dias anteponer la conveniencia personal al interés y á la defensa del Estado. Quería en sus previsores pensamientos que la Junta se reuniese en Madrid; pero habiendo resuelto el mayor número que se estableciera en Aranjuez, verificóse solemnemente su instalacion en el palacio de este real sitio á 25 de setiembre de 1808.

No es el presente escrito lugar oportuno para juzgar á aquel gobierno: formado de muchas personas, no tuvo la cohesion conveniente; reinando en él diversas y aun encontradas opiniones, no fué posible que señalara con mano segura el rumbo que en España debian seguir las ideas nuevas para producir resultados ventajosos sin trastornos y perturbaciones. Pero en fidelidad á su rey y á su patria, en celo por la defensa del territorio, en constancia para sostener la guerra contra el invasor, ninguno de cuantos gobiernos le sucedieron logró aventajarle. En el seno de la Junta Central comenzó el famoso litigio entre las ideas antiguas y las modernas acerca de la forma de gobierno; pendiente está todavia de fallo en el continente europeo, y darle ahora y en este sitio seria presuncion temeraria. Puede tan solo asegurarse con evidencia que en algunos periodos de la vida de los pueblos no es fácil elegir entre dos opuestos sistemas; los que son llamados á gobernar no han de proceder como un filósofo, que medita y escribe en el fondo de su gabinete, sin consideracion á los dias presentes ni á las circunstancias del momento. Decida este de un modo abstracto y absoluto cuál es á sus ojos el sistema mejor para regir las sociedades; el repúblico ha de enterarse de lo que pase á su alrededor, ha de tomar las cosas tal cual las halle, los hombres segun sean, las opiniones como corran y dominen, contentándose con hacer el bien que esté en su mano, lo cual muchas veces consiste en evitar el mayor número de males posible. A principios del presente siglo, formada la inteligencia de los jóvenes con la lectura de los libros que habia dado á luz la revolucion de Francia, con el ejemplo vecino y con el espectáculo doloroso del reinado de Carlos IV y de la privanza de Godoy,



cuyas consecuencias exageraba unánime el pueblo español, era imposible no decidirse por el régimen representativo. El conde de Floridablanca, presidente de la Junta Central, fué en ella el jefe de un partido que se oponia á innovaciones peligrosas y queria conservar intacto, y aun ensanchar, el poder de nuestros monarcas; ni era enemigo de las luces ni de las mejoras morales y materiales que exige la moderna cultura y el espíritu de la época; pero á su juicio, mejor las realizaria un rey dotado de amplias facultades y asesorado de Consejos sábios y numerosos, que los gobiernos que se llaman representativos, condenados á perpétua inestabilidad y agitacion extraordinaria. Tenia acaso razon el antiguo y afamado ministro de Carlos III, y llegará quizá dia en que su plan sea por todos considerado como el solo capaz de salvar á las naciones de una espantosa ruina; pero se engañaba tal vez sosteniendo que en aquel tiempo era posible dejar de dar al pensamiento alguna latitud, y un tinte al gobierno de representacion pública, de libre discusion y de formas constitucionales, ó por mejor decir parlamentarias. JOVELLANOS opinaba lo contrario. ¿Cuál de estos dos sistemas predominará cuando vuelvan en su acuerdo los pueblos, curados al fin del horrible delirio que hoy los conmueve? ¿Quién de ambos acertaba, Floridablanca ó JOVELLANOS? Ya lo hemos dicho: no es todavía llegada la ocasion de sentenciar definitivamente este proceso; cualquiera fallo pecaria aun de apasionado y habria de tenerse por alegacion de una de las partes contendientes, y no por sentencia inapelable de competente tribunal. Falle como juez la posteridad algo mas remota, amaestrada por la historia de los pasados siglos y fortalecida con el caudal de experiencia que nosotros le legarémos.

Pero lo que ya no es lícito dudar, lo que está ya patente para la vista menos perspicaz y el mas vulgar entendimiento, es que una vez decididos nuestros padres por el régimen constitucional ó representativo, para designarle como ahora se estila, ó seáse por las soluciones de la escuela liberal, lo que tan solo ofrecia probabilidades de permanencia y duracion y virtud suficiente para librar al reino de las revoluciones y reacciones que tantas veces le han alterado, presentándonos rebajados á los ojos de la Europa, aun despues de tan gloriosas campañas como las de la Independencia, era el plan que proponia JOVELLANOS.

Quería este varon insigne, verdadero fundador del partido conservador ó moderado, que se convocasen unas solas cortes generales para todo el reino, atento á no romper la unidad nacional; pero queríalas parecidas á las que de antiguos tiempos recordaban la historia y la tradicion. Si este dictámen hubiera prevalecido; si en lugar de seguir el ejemplo de la asamblea constituyente de Francia, se hubieran tenido en cuenta los que presentaba la historia patria; si nuestros prelados y nuestros grandes hubiesen tomado asiento desde luego en las asambleas legislativas, lícito es pensar que otra habria sido la suerte de la nacion española. JOVELLANOS afirmaba que España tenia ya su constitucion, no articulada, no escrita en un cuaderno de pocas páginas, pero si fundada en sus antiguas costumbres y consignada en sus códigos y en su historia. Recopilarla y restablecerla era su anhelo y su propósito, é imitar así la conducta que observó Inglaterra en su revolucion de 1668; consiguiendo provechosos y permanentes resultados, porque nunca se salió del carril histórico-tradicional. A no haberse empeñado todos en aquel país (que los liberales del continente, sin reflexionar lo que dicen, presentan como modelo) en que los lores temporales, cubiertos con sus arminios y adornados con sus blasones, y los espirituales con sus vestiduras, siguiesen recibiendo siempre en la barra á los comunes, en que jamás se considerase completo el parlamento



sin el concurso del Rey, y en sostener la constitucion antigua por respeto á las formas tradicionales, ¡cuántas veces se habrian visto cubiertas de barricadas las calles de Lóndres! Cuántas habria ya corrido la sangre de aquellos isleños en las ciudades y los campos de la Gran Bretaña! Pero aqui se procedió á la francesa, y aun peores frutos que nuestros vecinos recogimos nosotros. Se convocó una asamblea popular, única, omnipotente; hizo esta una constitucion medio monárquica, medio republicana, monstruo informe de partes abigarradas, exótica en España, contraria á nuestras costumbres y antiguas leyes, y vino abajo por su propio peso, sin que lo sintieran el clero ni los nobles. cuyas pretensiones mas legítimas habia desairado, sin que en el mismo pueblo produjera su caída disgusto, sino antes al contrario cierta alegría, y teniendo motivo el Rey, que no pretexto, para derribarla de un soplo. Librenos Dios de justificar, ni de disculpar siquiera, la conducta rigorosa y cruel que se observó despues con sus cándidos autores, que pecaron de inexperiencia, y no de malicia; pero su obra por fuerza tenia que morir al punto, y si bien es probable que la historia se muestre severa con la reaccion de 1814, no será blanda con los autores de un código que echaba por tierra la monarquía, y no se podia presentar con formalidad al Rey para que le aprobase.

Figúrese el lector que el plan de JOVELLANOS se hubiera realizado. ¡Cuán diversas habrian sido las consecuencias, no solo para la tranquilidad pública, sino tambien para los mismos partidarios de las opiniones liberales! Solo Dios puede sondear el corazon de los hombres y saber lo que habria hecho Fernando VII al regresar de Francia, próximo á despeñarse Napoleon de su portentosa grandeza; pero no es temerario suponer que acaso habria aceptado, de buena ó mala gana, las instituciones antiguas, vestidas en lo posible á la moderna; lícito es creer que no habria derribado una constitucion que se pareciese á la de nuestros antiguos reinos, siempre que la monarquía hubiese quedado incólume en su representacion, y fuerte y libre y desembarazada en sus prerogativas. Y si aun así el Rey tampoco la hubiese aceptado, esta constitucion á lo menos, restablecida mas tarde, no habria sido derribada ciertamente por un ejército de Luis XVIII de Francia, cruzándose de brazos y consintiéndolo Inglaterra.

Todo lo que escribió á este propósito JOVELLANOS es propio de un verdadero hombre de estado y merece ser detenidamente leído. Confesemos para gloria suya que cuanto se ha dicho en el mismo sentido desde 1834 hasta el presente por varios oradores y escritores, es una imitacion de sus informes á la Junta Central y de una parte relativa á este asunto de la *Memoria* que compuso en defensa de aquel cuerpo. Le ha sucedido en esta empresa lo mismo que con las opiniones que habia sustentado en el *Informe sobre la ley agraria*. Los enemigos de toda reforma política y algunos de los que hoy, escarmentados en vista de lamentables extravíos, que no admiten justificacion ni disculpa, vuelven los ojos con envidia á tiempos anteriores y quisieran resucitarlos, censuran á JOVELLANOS, haciéndole responsable de todos los males á que dió origen la reunion de las Cortes, por haber sido él en la Junta Central jefe del partido que la consideraba necesaria. Esta acusacion es tan injusta y tan fácil de desvanecer como la otra: su pecado (si es que le hay, que nosotros no lo hemos de decidir) consistiria, si acaso, en ser liberal, como ahora se dice; pero dentro del partido que desde entonces con este nombre se califica, no cabe proceder con mayor juicio. Cuando propuso á la Central, á poco de instalarse, en 7 de octubre de 1808, su pensamiento acerca de la institucion del nuevo gobierno, dejó asentado que ningun pueblo tiene el derecho de insurreccion, y que concedérsele en cualquiera forma seria destruir los cimientos de la

obediencia debida á la autoridad suprema , sin la cual no habria de ofrecer á la sociedad su constitucion garantia ni seguridad de ninguna clase. Ciertó es que en su arrebatado frenesí dieron al pueblo los franceses este derecho , consignándolo en un código que se hizo en pocos dias , llenó pocas páginas y duró muy pocos meses; «mas esto fué solo para arrullarle mientras que la cuchilla del terror corria rápidamente sobre las cabezas altas y bajas de aquella desgraciada nacion.» Cuando mas adelante elevaba á la Junta su dictámen sobre la convocacion de las Cortes por estamentos , decia que segun el derecho público de España , la plenitud de la soberanía reside en el Monarca , sin que la mas minima porción de ella exista ni pueda existir en otra persona ni en cuerpo ninguno ; que ha de considerarse , por lo tanto , como una herejia política el sostener que una nacion completamente monárquica es soberana , atribuyéndole las funciones de la soberanía ; y que siendo esta indivisible por su naturaleza , no puede haber manera de despojar al Soberano , ni tampoco de que el Soberano se despoje á si propio de parte alguna en favor de otro , ni aun de la nacion misma .

Pero donde mas notoriamente se comprende que seguidos los consejos de este ilustrado repúblico , no habrian ocurrido despues los sucesos que han abismado á España en opuestas direcciones ; donde mas resplandece su prevision , es en unas palabras notabilisimas , que nos creemos obligados á reproducir textualmente , porque son un testimonio positivo de la fidelidad con que hemos interpretado sus opiniones .

«Y aqui notaré (dice en la consulta ya citada sobre las Cortes por estamentos , firmada en Sevilla á 21 de mayo de 1809) que oigo hablar mucho de hacer en las mismas Cortes una nueva constitucion , y aun de ejecutarla ; y en esto sí que á mi juicio habria mucho inconveniente y peligro. ¿Por ventura no tiene España su constitucion? Tiénela sin duda ; porque ¿qué otra cosa es una constitucion que el conjunto de leyes fundamentales que fijan el derecho del Soberano y de los súbditos , y los medios saludables de preservar unos y otros? Y ¿quién duda que España tiene estas leyes y las conoce? ¿Hay algunas que el despotismo haya atacado y destruido? Restablézcanse. ¿Falta alguna medida saludable para asegurar la observancia de todas? Establézcase. Nuestra constitucion entonces se hallará hecha y merecerá ser envidiada por todos los pueblos de la tierra que amen la justicia , el órden , el sosiego público y la verdadera libertad , que no puede existir sin ellos. Tal será siempre en este punto mi dictámen , sin que asienta jamás á otros que so pretexto de reformas , tratan de alterar la esencia de la constitucion española. Que en ella se hagan todas las reformas que su esencia permita , y que en vez de alterarla ó destruirla la perfeccionen , será digno del prudente deseo de vuestra majestad (tenia este tratamiento la Suprema Junta) y conforme á los deseos de la nacion. Lo contrario , ni cabe en el poder de vuestra majestad , que ha jurado solemnemente observar las leyes fundamentales del reino , ni en los votos de la nacion , que cuando clama por su amado rey es para que la gobierne segun ellas , y no para someterle á otras que un celo acalorado , una falsa prudencia ó un amor desmedido de nuevas y especiosas teorías pretenda inventar.»

Digan ahora los hombres de recto juicio , y aquellos , sobre todo , que por su edad ó por sus circunstancias estén desapasionados y no hayan tomado parte en la contienda , si practicándose lo que JOVELLANOS propuso , habria sido de esperar la conducta observada por el Monarca en 1814 , ni la série de revueltas que , originadas por el grave desacierto en que se incurrió desoyendo consejos tan sábios y propios de un previsor estadista , empezó entonces , y dura todavia cuando esto escribimos .



No cabe mayor desdicha que la de España en estos últimos tiempos : pudiérase creer, en leyendo las precedentes líneas, que las opiniones de JOVELLANOS no prevalecieron en la Junta Central, y no fué sin embargo tal cosa lo que aconteció; antes al contrario, con su claro razonamiento y persuasiva elocuencia triunfó de sus colegas, logrando que se aprobara su dictámen. Pero la mano aciaga de los motines comenzó ya en este punto á revolver las heces de la sociedad, y bajo el pretexto de que el enemigo se entraba por Andalucía y se habia apoderado de Jaen y de Córdoba, impacientáronse las turbas en Sevilla, movidas por descarados revoltosos, y la Junta Central tuvo que salir fugitiva, encaminándose á la isla de Leon, habiendo sido JOVELLANOS el último que se embarcó en el Guadalquivir. Perdieron sus equipajes aquellos leales defensores de la patria, y corrió gran peligro de perder tambien la vida el arzobispo de Laodicea, que desde que murió Floridablanca hacia veces de presidente. ¡Como si la Junta Central tuviese la culpa de que nuestros ejércitos hubieran sido desbaratados! ¡Como si no hubiese hecho bastante con no desmayar en medio de tantos crudos reveses, y con rechazar tenaz y heroica todos los tratos que movió el enemigo para que abandonase la causa de su legitimo soberano! Pues ¡qué! ¿ignoraban que habia triunfado nuevamente del Austria el dominador de la Francia, obligando á los antiguos céesares á darle una princesa para su tálamo imperial? ¿No sabian que el autócrata de todas las Rusias tenia por entonces á honra solicitar su amistad y su alianza? ¿No habian visto al ejército inglés retroceder delante de su persona, y no parar hasta refugiarse en sus naves, ancladas en la Coruña? Jamás injusticia igual se cometió con un gobierno; pero quedó franca desde aquel instante la puerta á las asonadas, y ya en lo sucesivo no tienen cuenta las injusticias. Excusado parece añadir que los promovedores del alboroto, tan fieros y tan bravos con los inermes vocales de la Junta, no intentaron siquiera defender su hermosa ciudad, y permitieron que en ella entraran los franceses sin la menor resistencia.

Los pueblos del tránsito estaban ya alborotados por los emisarios de Sevilla, y aun hasta Cádiz llegaron sus manejos : la Junta Central acordó nombrar una regencia de cinco individuos y entregarle el mando, á fin de que, concentrado en pocas manos, cobrase vigor y fuerza : mas propúsose realizar lo acordado con dignidad y prudente calma, como en prueba de que no se disolvía con la precipitacion del miedo ni por sugeriones interesadas. Fijó, pues, en un reglamento los medios de accion de los regentes, hizo que estos jurasen por Dios y por Jesucristo crucificado conservar la religion católica apostólica romana, sin mezcla de otra alguna, expeler á los franceses del territorio español, volver al trono de sus mayores al rey don Fernando VII, *y no quebrantar ni permitir que se quebrantasen las leyes, usos y costumbres de la monarquía*; ordenó que ninguno de sus miembros pudiese formar parte de la nueva regencia, y expidió el decreto convocando las Cortes. En este notable documento, escrito por JOVELLANOS, se encuentran las siguientes cláusulas :

« El Rey, y á su nombre la Suprema Junta Central de España é Indias... he venido en mandar y mando lo siguiente. Primero : la celebracion de las Cortes generales y extraordinarias, que están ya convocadas para esta isla de Leon y para el primer dia de marzo próximo, será el primer cuidado de la Regencia que acabo de crear, si la defensa del reino, en que desde luego debe ocuparse, lo permitiere. Segundo : en consecuencia se expedirán inmediatamente convocatorias individuales á todos los reverendos arzobispos y obispos que están en ejercicio de sus funciones, y á todos los grandes



de España en propiedad para que concurran á las Cortes en el día y lugar para que están convocadas, si las circunstancias lo permitiesen. Tercero: no serán admitidos á estas Cortes los grandes que no sean cabezas de familia, ni los que no tengan la edad de veinte y cinco años, ni los prelados y grandes que se hallaren procesados por cualquiera delito, ni los que se hubieren sometido al gobierno francés... Duodécimo: serán estas (las Cortes) presididas á mi real nombre, ó por la Regencia en cuerpo, ó por su presidente temporal, ó bien por el individuo á quien delegare el encargo de representar en ellas mi soberanía... Décimoquinto: abierto el s6lio (ya antes en otro artículo se manda que esta ceremonia se haga segun las antiguas prácticas), las Cortes se dividirán para la deliberacion de las materias, en dos solos estamentos: uno popular, compuesto de todos los procuradores de las provincias de España y América, y otro de dignidades, en que se reunirán los prelados y grandes del reino.»

De propósito hemos transcrito estos mandatos, porque encargados de componer una biografía de JOVELLANOS, cúmplenos procurar que sea conocido con sus verdaderas facciones, y no con las que aparece en los falsos retratos que de él han hecho atrevidos dibujantes, fantaseándole á su propia hechura y semejanza, y delineándole á medida de su deseo.

¿Por qué no se publicó este decreto? No se ha podido averiguar, ignorándose además la causa de que no circularan las convocatorias á los grandes y prelados. En vez de cumplirse lo que en el citado documento se disponia, fueron llamadas Cortes de una sola cámara, y se proclamó el principio de la soberanía nacional. Los que tal mandaron dieron al olvido la tradicion y todos los antecedentes, entre los cuales figura el de que con la expulsion de los nobles de las Cortes habian desaparecido las libertades públicas en Castilla; olvidaron asimismo que las clases privilegiadas, que hoy no deben aspirar ni aspiran á otro privilegio, son las conservadoras naturales del órden social y de una libertad racional y prudente. Ellos son, pues, los que dieron muerte á la que JOVELLANOS llamaba con razon antigua constitucion de España, y engendraron otra sin ninguna condicion de posible vida; de ellos es la culpa de que naciese moribundo el gobierno representativo entre nosotros; de ellos tambien la mas grave de que los trastornos sucesivos hayan dado el triunfo alguna vez á los principios revolucionarios, y nunca á la libertad; la cual, como dice nuestro autor, «no puede existir sin la justicia, el órden y el sosiego público.»

¿Consistiria la falta de publicacion del decreto en que creyese la Regencia que habia sido ilegítima la Junta Central? No puede ser, porque de ella recibió la investidura y en su seno prestó juramento. ¿Eran acaso los miembros de la Regencia mas inclinados á las ideas nuevas que los de la Junta Suprema? No por cierto; antes se tachó á esta de haberlos elegido entre personas aficionadas al antiguo régimen. Fué sin duda que aun no habian pasado todos los dias de prueba que Dios tenia reservados para la nacion española.

Disolvióse, pues, la Junta Central en la noche del 31 de enero de 1810, asistiendo á su sesion postrera y tomando en ella posesion, la Regencia, presidida por el general Castaños, á quien tocaba este honor hasta tanto que se presentase el obispo de Orense, que habia de ser presidente en propiedad. Así coronó aquel cuerpo respetable las funciones de su augusto ministerio, procurando salvar á la patria de la horrible anarquía en que sus enemigos internos la tenian envuelta, y habiendo cumplido el sublime juramento que hizo en Aranjuez, acosada ya por las avanzadas del ejército enemigo, de

*no oir ni admitir proposicion alguna de paz sin que se restituyese á su trono el soberano legítimo, y sin que se estipulase por primera condicion la absoluta integridad de España y de sus Américas, sin la desmembracion de la mas pequeña aldea. ¡Aun es glorioso, al contemplar estos hechos, haber nacido en España! Parece que asistimos al senado romano cuando el ejército de Anibal acampaba no lejos de la ciudad, despues de la batalla de Canas.*

Los que tan rudamente combatieron á la Junta Central para derribarla, causaron á sus individuos un daño mayor que el de despojarlos del mando supremo: la calumnia se habia cebado en su fama, y en cuanto estuvieron reducidos á la clase de particulares y súbditos fueron por todas partes atropellados, no solo con falta de justicia, sino tambien de decoro. Primero y lastimoso ejemplo fué este (del cual, por cierto, han sobrevenido grandes daños) de humillar el principio de autoridad; seguido en mas de una ocasion, ha sido causa de que los gobiernos no hayan procedido siempre con el vigor y desembarazo indispensables para reprimir las malas pasiones. Se necesita un temple de alma nada comun, y esfuerzo casi heróico, para exponerse á riesgos ciertos en lo futuro, cumpliendo obligaciones que son además desagradables y penosas. Ciertó que debe ser examinada la conducta de los ministros, y castigados ellos si han cometido actos de infidelidad ó de peculado; mas hágase esto por quien tenga facultad competente, segun las leyes, y con la circunspeccion necesaria, á fin de que no redunde en descrédito de todos el desdoro de los malos gobernantes, y pierdan sus sucesores el prestigio que han menester para regir un reino. Cuando alzan su voz las pasiones, rompiendo todo freno; cuando se permite que la calumnia se ensañe con los que un dia gobernaron á su patria, y que la injuria sea el derecho comun de los caidos, los gobiernos no son fuertes, y la sociedad encierra en su seno un gérmen de perdicion. Los individuos de la Junta Suprema fueron atropellados indignamente por la chusma; la Regencia, que lo toleró y que en algun caso se convirtió en instrumento del ciego furor del vulgo, fué tambien á su vez calumniada y abatida. Las famosas cortes de Cádiz, mas atentas al afianzamiento de la libertad política que á la conservacion del orden, hicieron muy poco caso de estos desmanes, y tambien los diputados sintieron muy pronto estallar sobre sus cabezas la tormenta de la saña popular, y desenfrenada y ciega la muchedumbre, los calumnió y maltrató como antes á los beneméritos patricios de que la Junta se componia. Nada menos que de traidores y ladrones se oyeron acusar aquellos hombres de bien, y hasta osaron decir los mismos que habian trabajado con el fin de que soltasen las riendas del gobierno, que se apresuraban á dejarlas y abandonarlo todo para poner en salvo el fruto de sus rapiñas: á presencia de los alborotadores y de la tripulacion de la fragata *Cornelia*, surta en la bahía de Cádiz, y á cuyo bordo se habian trasladado los mas, fueron ignominiosamente registrados sus baules y maletas, sin que á ninguno de ellos se le encontrase otra cosa que las prendas habituales de su vestido y las sumas proporcionadas á su condicion respectiva.

JOVELLANOS, por una casualidad, se libró de esta afrenta: en compañía de su fiel amigo, el marqués de Campo-Sagrado, habíase embarcado tambien en la fragata que debiendo marchar á Galicia en busca del obispo de Orense, los conduciria hasta punto no lejano de su provincia, desde donde pensaban hacer por tierra el resto del viaje. Noticiosos de que se dudaba en Cádiz de su honradez, se apresuraron á remitir una especie de reto, provocando á los calumniadores á salir á la luz del dia y justificar en algun modo sus alevosas acusaciones. El Gobierno no consintió este noble desenfado,



temeroso de que se promoviera mayor bullicio, y JOVELLANOS trató de pasar á tierra á fin de poner en claro los sucesos; mas impidieronlo el Marqués y su esposa, conociendo que seria insultado por las audaces turbas y que no hallaria en las autoridades la proteccion necesaria. Supo tambien entonces que por la ciudad corria la nueva de que los miembros de la Central estaban arrestados á bordo de la *Cornelia*, voz que sin duda dejó correr el Gobierno con el intento de apaciguar á los revoltosos; y como JOVELLANOS era partidario decidido de las situaciones despejadas y claras, y á la sazón se encontraba en aquella bahía un bergantin de paso para los puertos de Astúrias, pidió permiso al consejo de Regencia para trasbordarse á él con Campo-Sagrado y su familia: accedióse al punto á su deseo, y con esto, vuelta la calma á su espíritu, pudo apreciar las intenciones del Gobierno respecto de su persona, y dió respuesta contundente, aunque muda, á los propagadores de la degradante noticia. A pesar de todo, pidió á la Regencia su jubilacion ó retiro de consejero de Estado, y licencia para marchar á Gijón con objeto de procurar alivio á sus achaques y cuidar del Instituto; el Gobierno, que procuraba ser justo cuando podia, no enterándose el público (sin reparar que la debilidad en los que mandan es tan perniciosa como la falta de justicia, y que ambos defectos vienen á confundirse en uno de trascendentales y funestas consecuencias), respondió que no consentia en su retiro, pero sí en que se trasladase á su casa por todo el tiempo que la total curacion de sus dolencias reclamara: bien entendido que una vez restablecida su salud, debería volver al consejo de Estado para coadyuvar á la salvacion del reino con sus notorias luces, acreditado celo y acendrado patriotismo; autorizábale juntamente á continuar desempeñando los encargos que en otro tiempo habia tenido, de adelantar la explotacion y comercio de carbon de piedra, que él habia promovido, y de perfeccionar el real Instituto Asturiano, por él fundado; y como hubiese renunciado á la mitad del sueldo que le correspondiera mientras durasen aquellas urgencias, disponíase en la misma real orden que lo cobrase íntegro y que emplease la mitad que queria ceder, del modo que le dictara su patriotismo. A darse á esta honrosa reparacion, suscrita por el marqués de las Hormazas, ministro de la Regencia, la debida publicidad, y á no tolerarse la persecucion de que eran blanco otros vocales de la Central, llegando dos de entre ellos á verse encerrados en los fuertes de la plaza y á morir uno en la prision, no habrian tenido que sufrir JOVELLANOS y Campo-Sagrado las nuevas vejaciones y molestias que en el camino les sobrevinieron.

Que no habian manejado con pureza los caudales públicos era uno de los delitos que les imputaba el revuelto populacho; á este cargo contesta nuestro autor refiriendo que cuando iba á salir de Cádiz examinó el estado de su pobre bolsillo, y halló que todo su haber se reducía á 7,985 reales vellon y 200 onzas de plata en cubiertos; es decir, que atendidas las circunstancias de aquellos dias, los riesgos que se corrian por todas partes y las dificultades que aun por mar ofrecian los viajes, á duras penas poseia lo necesario para llegar á su casa, en la que nada le quedaba, por haberla entrado á saco los franceses; y si tenia que parar en algun punto, bien á causa de que las operaciones del enemigo no consintiesen el desembarco, bien por accidente ocurrido en la navegacion, ignoraba cómo habia de procurarse la subsistencia (1). De este apuro le sacó

(1) Es de advertir que el principado de Astúrias señaló á JOVELLANOS cuatro mil ducados anuales como dietas mientras durase su encargo de individuo de la Junta Central; DON GASPAS se apresuró á renunciar

generosamente todo estipendio, y la provincia le dió las gracias, manifestando que aceptaba la renuncia por la estrechez de los tiempos.

su mayordomo, ofreciéndole 12,000 reales, ahorrados al cabo de trece años de servicios, y que aceptó agradecido JOVELLANOS. Llamábase tan leal servidor don Domingo Garcia de Lafuente, y es el mismo que le acompañó en la Cartuja y en el castillo con singular fidelidad y constancia, bien recompensadas por cierto con las tiernísimas palabras que en su célebre *Memoria* le dedica su amo. De infidencia era la otra acusacion; ya se ha visto la conducta de JOVELLANOS en particular y las cartas que mediaron con Sebastiani; fuera de que, como ya va apuntado, los franceses no le dejaron en su casa de Gijon ni muebles ni ropas, ni otra cosa mas que las paredes, y aun estas conmovidas y en ruina. Por lo que hace á la Junta, nadie hay ya que ponga en duda la pureza y desinterés de todos sus vocales; y en cuanto á la fidelidad con que cumplian sus juramentos, menester es consignar, para honra de aquellos varones, que por el mismo tiempo que se tentaba la de JOVELLANOS, un antiguo magistrado, de nombre Sotelo, que seguía la causa de los franceses, recibió el encargo de hacer proposiciones al gobierno de Sevilla, siendo el acuerdo que tomó la Junta digno en todo de la elevacion y grandeza de aquella guerra descomunal: «Si Sotelo trae poderes bastantes para tratar de la restitucion de nuestro amado Rey y de que las tropas francesas evacuen al instante todo el territorio español, hágalos públicos en la forma reconocida por todas las naciones, y se le oirá con anuencia de nuestros aliados. De no ser así, la Junta no puede faltar á la calidad de los poderes de que está revestida ni á la voluntad nacional, que es de no escuchar pacto, ni admitir tregua, ni ajustar transaccion que no sea establecida sobre aquellas bases de eterna necesidad y justicia. Cualquiera otra especie de negociacion, sin salvar al Estado, envileceria á la Junta; la cual se ha obligado solemnemente á sepultarse primero entre las ruinas de la monarquía que á oír proposicion alguna en mengua del honor é independencia del nombre español.» Y como Sotelo insistiese por conducto del general Cuesta, se limitó á ordenar á este caudillo que volviese á leerle el anterior acuerdo, y le advirtiese que en adelante no recibiria mas contestacion si los franceses no empezaban por allanarse á cumplir lo que el gobierno español tenia reclamado. Entre tanto, y considerando que en algunas jornadas, como en la de Ciudad-Real, habia reinado desorden y confusion, y que en Medellin se habia combatido, aunque con desgracia, con ánimo sereno, perdiendo la batalla, pero con el rostro siempre de frente al enemigo, elevó á Cuesta, que la habia mandado y dirigido, á la suprema dignidad de capitan general de los ejércitos. No conocemos resoluciones mas heroicas de gobierno alguno ni en los antiguos ni en los modernos tiempos; ni sintió decaido su ánimo la Central á pesar del peligro que le amenazaba de cerca, ni desesperó jamás de la salvacion de la patria. Otro tanto, y nada mas, era suficiente para adquirir renombre inmortal en la república romana. Mayor lauro merece quien no cuenta con la justicia de envidiosos contemporáneos, y vive en una tierra de quien ya se dijo en el siglo xiv: «Esta es Castilla, que hace los hombres y los gasta.»

Dió la vela el bergantin el dia 26 de febrero; por delante de las costas de Galicia navegaba en la noche del 4 al 5 de marzo, cuando se levantó furiosa borrasca, que puso el mar por los cielos. Perdió el barco su rumbo, y cerca del amanecer estuvo para estrellarse contra las rocas de la isla de Ons; pasado el grave peligro, no sin gran trabajo y á punto de naufragar, tomó abrigo en la ria de Muros de Noya, pueblo de aquel antiguo reino, en la parte que es hoy provincia de la Coruña. Los que salieron á reconocerle en cumplimiento de las leyes de sanidad, dieron á los pasajeros la triste



nueva de que segunda vez se habian enseñoreado de Astúrias los franceses: aquí fué el dolor de los dos amigos y su amargura y quebranto. Saltaron á tierra, inciertos del partido que tomarian, pero se hallaron sorprendidos con un recibimiento cordial y entusiasta en aquella para ellos casi ignorada poblacion, cuyos moradores agradecian á los miembros de la Junta Central los servicios prestados á la patria; allí no se les tenia envidia y no se les levantaba falsos testimonios; no llegaba á los oídos de aquellos sencillos y laboriosos gallegos la voz de la calumnia, que arrastra detrás de si la duda y la sospecha y las va depositando en el ánimo de los oyentes. Todos se les ofrecieron, y hubo familia que abandonó su casa para que la ocuparan los náufragos: premios son estos y compensaciones que Dios envia, que pasan ignorados del mundo, que no conocen las almas encenagadas en la soberbia, y que estiman de gran precio los corazones sensibles y generosos. Los labradores y pescadores (pues no era otra la ocupacion de los vecinos de Muros de Noya), celebrando en su antigua colegiata, con la posible solemnidad, la salvacion de las preciosas vidas de los dos tristes náufragos, dan testimonio de que nunca desampara el cielo la causa de la inocencia.

Pero las voces siniestras que esparcian los insurrectos de Sevilla y los maldicientes de Cádiz habian ya circulado por el reino, y los miembros de la Suprema Central eran en todas partes objeto de medidas violentas y bochornosas: cinco de ellos, que llegaron al Ferrol á bordo de la *Cornelia*, fueron presos en un castillo, y contra JOVELLANOS y Campo-Sagrado disparó la junta de la Coruña una comision militar que recogiese sus pasaportes y examinara sus equipajes, apoderándose de todos los papeles. Es fama que JOVELLANOS en aquel trance perdió su calma habitual y se condujo con un calor y vehemencia que jamás se le habian conocido en las adversidades de su vida; confiésalo él mismo, y da como causa de que la indignacion llegara á su colmo, «que habiendo sentido una vez la mano feroz del despotismo, ejecutando sobre él igual atropellamiento, ni le quedó humor para sufrirle otra, ni creía que llena ya la medida de horror con que la nacion miraba estas violencias, pudiese ningun ciudadano estar expuesto á ellas.» Lo cierto es que hizo enmudecer y vacilar al coronel encargado de tan penosa comision, y que dejándole registrarle todo, y aun sacar copia de sus papeles si queria, le dijo que estaba resuelto á no entregarlos, y que solo se los arrancaria á viva fuerza, para lo cual podia empezar á hacer uso de la que llevaba, cuando bien le pareciese. Retiróse en esto el jefe militar con todo su aparato de asesor, escribano y escolta, y la junta de la Coruña no pasó adelante, mandando, por el contrario, poner en libertad á los presos del Ferrol. ¡Tanto corrieron las injuriosas sospechas contra aquellos desventurados gobernadores de la monarquía! Pero ni un momento faltaron á los detenidos en Muros de Noya el aprecio y el respeto de sus generosos huéspedes; inútilmente quisieron alguna vez mudar de residencia para no causarles mayores vejaciones; opúsose todo el pueblo, sin aquietarse mientras no obtuvo palabra de que morarian en él hasta que estuviera libre de enemigos la villa de Gijon y sus contornos. Allí pues residió JOVELLANOS mas de un año, y en julio de 1811 dispuso y emprendió su viaje por tierra, noticioso de que los franceses se habian retirado de Astúrias.

Allí es donde entre honradas gentes, pero ignorantes y oscuras, sin libros, sin documentos, sin el consejo y censura de doctos amigos, ni otra guia que su claro juicio y recto corazon, escribió la *Memoria* en defensa de la Junta Central; oracion elocuentisima, la mas patética y tierna y vigorosa que recordamos en idioma español, y comparable con las mas renombradas del principe de los oradores del Lacio. Al acabar su

lectura desfallece el ánimo mas atrevido: estilo elegante y sencillo, vuelos elevados y majestuosos arranques, nunca reñidos con la dición pura y limpia, claridad portentosa, método ordenado y lógica irresistible, son las dotes que principalmente resplandecen en aquel precioso modelo de castellana elocuencia. Nunca tuvo aplicacion mas exacta que en el presente caso la máxima conocida de que el orador ha de ser hombre de bien y de honrados pensamientos; hay que nacer, ante todo, con disposicion, que solo concede el cielo; es necesario además cultivarla con el estudio incesante, y ser docto en las ciencias y conocedor de las bellas letras; es menester formar el buen gusto con la lectura de escogidos modelos, y sobre todas esas cualidades, nativas ó adquiridas, es preciso que guie la pluma ó mueva los labios la buena fe, la rectitud, la probidad sincera. Así brillan los autores de insignes oraciones dignas de pasar á la posteridad; no de otro modo habria podido componer su *Memoria* el defensor de la Junta Central. Quien escriba ó hable en apoyo de ridiculas paradojas, quien no se sienta inspirado por el amor de la justicia y de la verdad, quien no haya depurado su gusto con el estudio y la lectura, el que no haya meditado sobre la belleza de las formas literarias, ese que no escriba, que no hable, que no se llame orador, que no borrajee discursos que ha de matar en breve la mano implacable del tiempo. Ocasiones habrá en que sean aplaudidos los desaliñados esfuerzos de algun energúmeno ignorante, por el interés ó las pasiones de este ó aquel partido; mas la gloria sigue los pasos del que avanza por segura senda; muere y desaparece la maleza de tantos arbustos enanos, para que la vista se espacie en la contemplacion de algun árbol robusto y frondoso que desafie á la fortuna y al tiempo. Si de algo puede valer el desinteresado consejo para los que aspiran á brillar en la oratoria profana, rogámosles que en sus estudios no olviden esta oracion de JOVELLANOS: no ofrece nuestra lengua, de muchos años á esta parte, mejores modelos en que aprender, ni fuera de nuestra patria exceden á este otros que gozan de fama bien adquirida. Un defecto le hallamos, y no lo hemos de ocultar: en algunos pasajes, bien pocos por dicha, se deja llevar el autor de la irritacion disculpable que á la cuenta le dominaba, y rompe con insólita destemplanza en frases desnudas de todo miramiento, dirigidas á señaladas personas. Si hubiese tenido ocasion de dar la última mano á su trabajo, de seguro con la lima habrian desaparecido estos lunares; bueno es hacerlos notar para que, advertidos los estudiosos, no se vicien, ni confundan con la elocuencia el pugilato repugnante de descarados insultos; defecto fácil de adquirir, y contra el que, por lo mismo, hay que estar prevenidos en el régimen parlamentario: porque echados á luchar los representantes de los opuestos bandos á la vista del público, aguijoneados por la ardiente pasion de los amigos y por la contradiccion sistemática y tenaz de los adversarios, y bajo la impresion del amor propio herido ó lastimado, se llega á tomar la desvergüenza por gracia y el insulto por razon. Semejante tendencia, provocada por las discusiones públicas, es acaso uno de sus mayores riesgos, y el escollo, ó uno de ellos, en que pueden fracasar las instituciones modernas.

Dió, por fin, vista á su patria JOVELLANOS; al contemplar de lejos sus risueños campos se le humedecieron los ojos con lágrimas de placer. La acogida que tuvo en Gijon fué digna del huésped que recibia en su seno el pueblo en que habia nacido; echadas á vuelo las campanas, tronando la artillería como si se celebrase la feliz llegada de algun príncipe, la multitud se agolpaba á las calles, anhelosa de saludar al virtuoso magistrado. Desde que salió de su casa arrancado por la fuerza de las bayonetas, para



ser conducido de pueblo en pueblo y de convento en convento hasta la cartuja de Valdemuza, que ha hecho célebre su residencia, no le habian vuelto á ver sus amantes compatriotas. Las salvas sonaron en sus oídos con agrado, porque ellos las disponian, pero mas aun le conmovieron las lágrimas de hombres y mujéres, niños y ancianos; estos recordaban mejores tiempos y le hacian salva con sus corazones; los pequeñuelos lloraban de ver llorar á sus padres, y en aquel dia aprendieron á pronunciar con amor y respeto el nombre de JOVELLANOS. Aquel triunfal aparato, aquellas muestras de hidalga correspondencia, aquella veneracion, no han cesado todavia; los hijos de Gijón, los asturianos todos, llámanle aun su bienhechor y su padre. No ha sido, no, desgraciado JOVELLANOS: parécelo á los ojos de una generacion esclava del deleite, devorada por hambre y sed inextinguible de materiales goces; mas no fué desgraciado aquel cuyos dolores calman y cuyo espíritu fortalecen y alegran los cenobitas de Jesus Nazareno, los aldeanos de Muros, los habitantes de Gijón. Justo es ensalzar la memoria de los varones ilustres; pero no menos digno ni útil consagrar un recuerdo á sus bienhechores.

Las armas francesas volvieron en breve á dominar en aquella comarca; oponiéndose á la nueva invasion, hicieron otra vez rostro los asturianos al formidable enemigo. JOVELLANOS los animaba al combate, y entonces fué cuando escribió el himno guerrero que se hizo tan popular y que conocen todos los que presenciaron aquellos sucesos; vale mas esta composicion por el sentimiento patriótico que la vivifica, que por la inspiracion poética; tiene, no obstante, ardor y energia, con ser obra de un anciano. No favoreció la suerte de las armas á los soldados españoles, y de nuevo se desparramó el ejército enemigo por aquellas provincias; DON GASPAN se acogió en un barco vizcaíno que bogaba por la costa, con intencion de refugiarse en Rivadeo, pueblo limitrofe entre Astúrias y Galicia. Alborotado el mar, se opuso á sus intentos; una deshecha borrasca, que duró ocho dias, hizo al pequeño bergantin juguete de los vientos y de las olas; desembarcó al cabo JOVELLANOS en un pueblecito llamado Vega, en los confines de Astúrias, entre Luarca y Navia, y reposó en la casa y en los brazos de su amigo don Antonio Trelles Ossorio, caballero morador de aquella aldea. Uno de sus compañeros de infortunio, don Pedro de Valdés Llanos, rendido á la fatiga y al desvelo, contrajo una enfermedad mortal y entregó su espíritu al Criador; JOVELLANOS le asistió con amorosa solicitud de dia y de noche, hasta que una violenta pulmonía lo puso á él mismo en los umbrales del descanso eterno.

Preparóse á morir como buen cristiano, recibió los santos sacramentos con fervorosa devocion, y obtuvo de una vez, y para siempre, el premio de sus afanes, pasando á mejor vida, entre nueve y diez de la noche, el dia 27 de noviembre de 1814; faltábale poco mas de un mes para cumplir 67 años. Cuando iba á terminar su tránsito por este mundo, quiso Dios darle una muestra de su infinita misericordia: el constante servidor que nunca le abandonó en la desgracia, el leal compañero de su prision en Bellver, el honrado mayordomo que con tierna solicitud le entregó sus ahorros para que pudiese salir de Cádiz, quedóse allí colocado; mas á la hora de la muerte estuvo presente en Vega, salvándose milagrosamente de un naufragio, y pudo estrechar la mano desfallecida y cerrar los entornados ojos de su señor y su amigo. ¡Siempre vela la Providencia por los buenos! Teniendo á su lado JOVELLANOS á aquel hombre, tenia familia, amistad, cariño; tenia sobre todo quien al lado del sacerdote dirigiese humildes ruegos á Dios por el perdon de sus pecados, caliente aun su cadáver.

Llegó al fin para DON GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS la hora de las justas alabanzas; cundió por toda España la noticia de su fallecimiento, y calló la envidia, enmudecieron las pasiones; donde quiera, con clamoreo universal, se levantaba su nombre á las nubes. ¿Quién sabe si harian mayores alardes de entusiasmo sus propios detractores? De alguno consta que habiendo consentido sus crueles padecimientos, no escribió de él sino alabanzas despues de su muerte. Como patricio obtuvo la honra de ser calificado de benemérito de la patria en grado eminente y heróico, por las cortes generales y extraordinarias de Cádiz, en época en que este género de declaraciones no se habia aun prodigado; enalteciendo á la par tan solemne manifestacion la memoria de JOVELLANOS y la de los miembros de la Asamblea, puesto que es hija de la imparcialidad y la justicia, vencedoras esta vez de los malos sentimientos que suele engendrar la diferencia de opiniones políticas; recomendó además el Congreso á su comision de Agricultura que tuviera presente y en su dia estudiase el *Informe sobre la ley agraria*. Como escritor le encomia cuanto es debido, en su elegante *Introduccion á la poesia castellana del siglo XVIII*, don Manuel José Quintana, que sirvió á sus órdenes cuando jóven, como oficial de la secretaría de la Junta Central, y cuyo juicio no llegó á ofuscarse en el exámen de nuestro autor por la circunstancia de ser diversas, ó mejor dicho, contrarias sus respectivas tendencias filosóficas; mereciendo grande estima, por otra parte, el voto de Quintana en la apreciacion del mérito literario. Pero ya antes la lumbrera de nuestro moderno teatro, don Leandro Fernandez de Moratin, le habia dedicado una preciosa epístola, á la cual contestó JOVELLANOS con otra en igual metro, que en nada desmerece aun cuando se la compare con la primera y se lean ambas de seguida. En una de las notas que posteriormente puso á sus poesías sueltas aquel insigne escritor, gloria de nuestro Parnaso, le dedica las siguientes palabras, que son su mas completo elogio, hecho por persona tan competente y autorizada :

« DON GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS, uno de los mas distinguidos españoles que ilustran los reinados de Cárlos III y Cárlos IV, literato, anticuario, economista, jurisconsulto, magistrado, buen poeta, orador elocuente, unió á estas prendas la amabilidad de su trato, hija de su virtud tolerante y benéfica. A este hombre célebre debió Moratin una cordial estimacion, que ni la ausencia, ni el tiempo, ni las violencias ni alteraciones políticas pudieron extinguir ni debilitar. No se omita en el recuerdo de un varon tan ilustre el mayor elogio que puede dársele: sus ideas y su conducta no eran acomodadas á la edad de corrupcion en que vivia, ni al palacio, que nunca hubiera debido conocer. No es mucho pues que el autor de *El Delincuente honrado* padeciese destierros y cárceles, sin que ningun tribunal tuviese noticia de su delito. Agitada despues la nacion en el conflicto de una invasion, precisada á formar un gobierno para su conservacion, y un ejército que la defendiese, volvió JOVELLANOS á ocupar el puesto que le pertenecia; y á poco tiempo la envidia, la ambicion, los privados intereses, el furor de los malvados le arrojaron de él; que en tales agitaciones y desórdenes nunca es el mando recompensa de la virtud, sino del atrevimiento. Insultado, proscrito, fugitivo de una á otra parte, anciano y enfermo, evitando á un tiempo el encuentro de las armas enemigas y la injusticia de su patria, apenas halló el benemérito escritor de *la ley agraria* un asilo remoto en que poder espirar. Añádase este borron á los muchos que afean la historia de nuestra literatura.»

Negro debia ser el humor de Moratin al estampar en el papel estas últimas palabras. Arrojado á tierra extranjera por su mala ventura, léjos del cielo de España, espiró



fuera de ella, habiéndola ilustrado con sus escritos. Ya por fin reposan entre nosotros sus cenizas, y su sombra estará desagraviada al contemplar los unánimes aplausos que le dispensa su patria. Ex-profeso hemos dicho que era en extremo competente su voto: ¿quién mas autorizado que Moratin para dar la corona de buen poeta y de elocuente orador? Uno de los primeros entre nuestros poetas cómicos, el mas eminente de nuestros literatos en su tiempo, es el que honra la memoria de JOVELLANOS y le confiere sus títulos. Y en lo demás que de él dice, su elogio es doblemente imparcial y desinteresado, por lo mismo que nunca tuvo la dicha de estar conforme con su amigo: á la privanza del principe de la Paz, tan preñada de desastres para JOVELLANOS, fué deudor Moratin de proteccion y amparo singulares; cabalmente por haber conservado siempre viva dentro del corazon la llama del agradecimiento, y porque así lo hizo constar con generoso brio y noble franqueza cuando Godoy era desgraciado sin vislumbre alguna de esperanza, merece los plácemes de todos los hombres de bien, que cuentan la gratitud en el número de las mas esenciales virtudes. Si en la invasion francesa abraza JOVELLANOS la causa de su legítimo Rey, Moratin se hace partidario de la dinastía de Bonaparte, proviniendo de aquí su destierro y su desgracia; pero nada es superior á la fuerza de la verdad, y por mas que Moratin no reniegue de sus bienhechores ni parezca arrepentirse de su comportamiento en el conflicto de la invasion, no por eso deja de tributar á su antiguo amigo fervorosas alabanzas en todo lo que las merece, sin excepcion de aquello mismo en que siguió conducta y opiniones contrarias á las suyas. Confundidos ya por la muerte, confúndenlos tambien en la estimacion y el respeto sus compatriotas, aunque por causas distintas (1).

No fué casado JOVELLANOS: en estos últimos tiempos se ha atribuido á un defecto de

(1) No son Moratin y Quintana los únicos que han hablado de JOVELLANOS con elogio, ó que han trabajado por realzar su memoria. Don Agustín de Argüelles, verdadero autor de la Constitución de 1812, le retrata con primor y le encomia sin tasa, aunque combate sus opiniones, en el libro que publicó en Londres el año de 1835 con el título de *Exámen histórico de la reforma constitucional de España*. El conde de Toreno hace mencion honrosa y distinguida de su nombre en varios pasajes de la *Historia de la guerra de la Independencia*. El señor Ferrer del Río, en la que ha escrito del reinado de Carlos III, le consagra igualmente algunas frases de merecido elogio. El señor Amador de los Ríos ha publicado recientemente, compuesto ya el presente discurso, un escrito en la revista intitulada *La América*, reseñando los principales sucesos de su agitada vida. Don Manuel Cañete ha ensalzado el nombre del recto juzgador; entendido repúblico é inspirado poeta, al cantar en armoniosos y sentidos versos las venerandas y profanadas ruinas de la cartuja del Paular. Don José Caveda, cuyo padre fué amigo de nuestro autor, nos ha suministrado datos curiosos y escritos inéditos, que enriquecerán esta coleccion. Don Vicente Abello, hijo de Astúrias, como Caveda, ha puesto igualmente á nuestra disposicion con mano franca preciosos papeles, originales algunos de JOVELLANOS, y los cuales nadie copocia, y sus apuntes, trabajos y observaciones, dignos del mayor aprecio. A don Cayetano Rosell debemos el que

nos haya prestado su eficaz é ilustrada cooperacion en la empresa de dar á luz estas obras, cuya publicacion se ha retardado mas de lo que era de esperar, á causa de los quehaceres y diversos incidentes de nuestra vida política. La Academia de la Historia nos ha facilitado los documentos que en ella se custodian, por conducto de su digno individuo el señor don Aureliano Fernandez-Guerra, que con su notoria diligencia ha hecho este servicio á la memoria de JOVELLANOS, y en obsequio de la tierna amistad que con él nos une. Pero, á decir verdad, la Academia no ha dejado pasar ocasion alguna en que no se haya mostrado envanecida con la honra de haber contado entre sus miembros á tan insigne español: en la noticia extractada de sus actas, impresa el año de 1847 en el tomo v de las *Memorias*, se encuentran las siguientes notables palabras: «De la clase de número falleció, á 27 de noviembre de 1811, en el Puerto de Vega, principado de Asturias, el excelentísimo señor don GASPARD MELCHOR DE JOVELLANOS, modelo de magistrados, de patriotas y de sábios. No es posible reducir á breve suma los títulos que tiene la memoria de este grande hombre á la gratitud de la nacion y de las letras; asunto que la justicia exige se trate de propósito, y que es de esperar tenga lugar algun dia entre las *Memorias de la Academia*, de quien fué particular lustre y ornamento»; Dichoso el autor del presente discurso, si ha acertado á llenar una pequeña parte de los deseos de la docta Academia!

organizacion, porque la humana malignidad, siempre suelta, y mas ahora por carecer de todo freno, no quiere buscar la razon de ciertos fenómenos en principios de virtud que no comprende. Sintió JOVELLANOS prender en su corazon la llama del amor, y fué siempre galante y obsequioso con las damas; « mis versos contienen (dice á su hermano don Francisco, en una carta con la cual le remite las poesías compuestas en sus años juveniles) una pequeña historia de mis amores y flaquezas; mira tú si estando yo arrepentido de la causa, podré hacer vanidad de sus efectos.» A punto estuvo de contraer matrimonio en cierta ocasion: pero entonces y siempre desistió de tal idea por creer que, habiendo sido ordenado de primera tonsura, estaba en la obligacion de consagrar su vida á la castidad. Nueva prueba esta, y no la menor, de que no llegó á inficionarse con los aires *volterianos*, que corrieron en su tiempo y marchitaron el entendimiento de muchos de sus coetáneos. La epístola del Paular, las que escribió en la fortaleza de Bellver, su vida entera y su muerte demuéstranlo tambien con irresistible fuerza: como que á eso debió, en nuestra opinion, que, pensando de otro modo que sus amigos, no quisiera afrancesarse. Pueden, por consiguiente, reirse de él á mas y mejor los que se llaman *espíritus fuertes*, porque, gracias á Dios, no han hallado frase castellana con que darse á conocer: no nos opondrémos á que reciban los escritos de JOVELLANOS con insolentes careajadas ó con burlona y compasiva sonrisa, pero si nos oponemos á que intenten llevarse á sus filas, aun dado que prueben algun deslíz ó alguna equivocacion propios de la juventud; nos oponemos á que quieran hacer partidario suyo á quien no lo fué nunca, á quien los combatió tenazmente con sus escritos y con sus acciones.

Sus restos mortales fueron trasladados á Gijón en 1814 (1); yacen al presente en su iglesia parroquial (2), y señala su sepultura una inscripcion, compuesta por don Manuel José Quintana y don Juan Nicasio Gallego, que dice así:

**D. O. M.**

AQUI YACE EL EXCMO. SR. D. GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS,  
MAGISTRADO, MINISTRO, PADRE DE LA PATRIA,  
NO MENOS RESPETABLE POR SUS VIRTUDES QUE ADMIRABLE POR SUS TALENTOS;  
URBANO, RECTO, ÍNTEGRO, CELOSO PROMOTOR DE LA CULTURA  
Y DE TODO ADELANTAMIENTO EN SU PAÍS:  
LITERATO, ORADOR, POETA, JURISCONSULTO, FILÓSOFO, ECONOMISTA;  
DISTINGUIDO EN TODOS GÉNEROS, EN MUCHOS EMINENTE:  
HONRA PRINCIPAL DE ESPAÑA MIENTRAS VIVIÓ;  
Y ETERNA GLORIA DE SU PROVINCIA Y DE SU FAMILIA,  
QUE CONSAGRA Á SU ESCLARECIDA MEMORIA  
ESTE HUMILDE MONUMENTO.

R. I. P. A.

Nació en Gijón, en 1744.

Murió en el Puerto de Vega, en 1811.

Ahora sea lícito al autor de esta biografía dar fin á su imperfecto trabajo de un mo-

(1) Mandó hacer la traslacion don Baltasar Cienfuegos y Jovellanos, sobrino de don GASPAR y sucesor en el vínculo que poseyó por muerte de su hermano mayor.

(2) Desde 1812, en que sus sobrinos, don Gaspar Cienfuegos de Jovellanos, sucesor del don Baltasar, y doña Cándida Gracia de Cienfuegos, solicitaron y obtuvieron el competente permiso del gobierno de S. M. y de la autoridad eclesiástica, hizose á sus expensas un sencillo monumento, delineado por don Juan Miguel de Inclán Valdés, antiguo alumno del Instituto Astu-

riano; se verificó la traslacion en un acto exclusivamente religioso, acompañando al cadáver el clero con la cruz parroquial, haciendo de preste el beneficiado don José Peñerudes y Cienfuegos, sobrino del difunto, cantándose un solemne responso en el cementerio, y en la iglesia una misa de cuerpo presente, con oracion fúnebre, dicha por el presbítero don Justo Gonzalez Valdés Granda. A la misma hora se celebró otro oficio en el convento de Agustinas Recoletas del pueblo de Gijón, en atencion al especial recuerdo que de aquella comunidad hizo JOVELLANOS en su testamento.



do parecido á aquel con que JOVELLANOS terminó su oracion en elogio de un sábio amigo. ¡Ah! Si la envidia, que tanto persiguió en su vida á este célebre escritor y repúblico, tomase á mal, aun despues de su muerte, el débil obsequio que hoy dedico á su memoria, por lo menos me quedará el consuelo de haber desempeñado dos grandes obligaciones: la de pagar en nombre de los españoles el tributo debido á la virtud y al mérito, y la de vengar de la injusticia de sus coetáneos á un ciudadano sábio y virtuoso. ¡Ojalá que este pequeño monumento, que hoy levanta mi respeto á su reputacion, una para siempre mi nombre con el suyo! Ojalá que atrayendo constantemente á los lectores por el deseo de conocer la vida y las obras de JOVELLANOS, traslade juntos á la mas remota posteridad los nombres del escritor y del biógrafo! Así se salva acaso del olvido un nombre oscuro inserto por casualidad en un edificio destinado á larga vida; no de otro modo buscan los desvalidos en la tierra el auxilio de los poderosos. A quien no puede valer el mérito propio, como sucede al autor de este *Discurso*, válgale siquiera la profunda admiracion que consagra á la virtud y al talento.

*Madrid, 27 de febrero de 1858.*

CÁNDIDO NOCEDAL.

---

### ADVERTENCIA.

Las notas del Autor van al fin de los escritos á que hacen referencia; las del colector al pié de las respectivas páginas. Cuando las que aparecen de este último modo no son del colector, sino del Autor ó de otra persona, llevan en su debido lugar la expresion de su origen.

Con el tomo II y último de las obras de JOVELLANOS daremos un índice bibliográfico de todas las ediciones y manuscritos que se han tenido á la vista.



---

# POESIAS.

---

CARTA DE JOVELLANOS A SU HERMANO MAYOR, DON FRANCISCO DE PAULA,

DIRIGIÉNDOLE SUS

## ENTRETENIMIENTOS JUVENILES (1).

*Gloria felicis olim viridisque juventae.*  
(BOETIUS.)

Por fin, querido Frasquito, van á tus manos estos versos, que son el único fruto de mis ocios juveniles; y en ellos te envío una firme prueba de mi amor y confianza fraternal. Mil razones, que no se ocultarán á tu penetracion, me han obligado siempre á esconderlos, no solo de la vista del público, sino tambien de la mayor parte de mis amigos. Viéronlos solamente aquellos pocos á quienes una íntima y sencilla amistad y una perfecta confrontacion de sentimientos y de ideas tuvo siempre abiertas las puertas de mi corazon. Para los demás estos versos han sido siempre un misterio ignorado ó escondido.

Es verdad que, prescindiendo de la materia sobre que generalmente recaen, he creído que debía tambien ocultarlos por su poco mérito; porque, siendo hechos rápida y descuidadamente en los ratos que se llaman perdidos, y no habiendo recibido aquella correccion y pulimento, sin los cuales ninguna obra es acabada, no hay duda que serán muy defectuosos, por mas que hayan tenido algun dia el mérito respectivo á la ocasion y al tiempo en que se hicieron.

Pero sobre todo, nada debió obligarme tanto á reservarlos y esconderlos, como la materia sobre que generalmente recaen. En medio de la inclinacion que tengo á la poesia, siémpre he mirado la parte lírica de ella como poco digna de un hombre sério, especialmente cuando no tiene mas objeto que el amor. Sé muy bien que la juventud la prefiere en sus composiciones, y no lo repruebo. Es natural que un poeta joven busque el objeto de sus composiciones entre los que ocupan su corazon mas dulcemente: lo primero, porque así sentirá mayor placer en hacer versos, y lo segundo, porque los hará mejores. Aun por eso vemos que los que nacieron para grandes poetas han hecho sus ensayos en las poesias amorosas y tiernas, y estoy persuadido á que no tendríamos los grandes poemas, cuya belleza nos encanta y sorprende despues de tantos años, si sus autores no hubiesen desperdiciado muchos versos en objetos frívolos y pequeños. Cuando Virgilio dió principio á su *Enéida*, habia ya admirado á Roma con sus *Bucólicos* y con los inimitables *Geórgicos*; de manera, que primero cantó de amores, despues de placeres y ejercicios del campo, y al fin los hechos grandes y memorables que precedieron á la fundacion de la soberbia Roma: *pas-cua, rura, duces*.

Pero vuelvo á decir, sin embargo, que la poesia amorosa me parece poco digna de un hombre sério; y aunque yo, por mis años, pudiera resistir todavia este título, no pudiera por mi profesion, que me ha sujetado desde una edad temprana á las mas graves y delicadas obligaciones. Y ve aquí la razon que me ha obligado á ocultar cuidadosamente mis versos, conociendo que pues al com-

(1) Esta carta se insertó en la primera edicion de las obras de nuestro autor, delante de las poesias eróticas, que son á las que aqui se alude; nosotros hemos preferido ponerla como introduccion á ellas y á las restantes, por no intercalar entre los versos dos ó tres páginas de

prosa. Los primeros coleccionadores se disculparon de haber publicado unas composiciones que JOVELLANOS queria se diesen al olvido. El escrúpulo no carecia de fundamento; pero una vez impresas, no nos cabe á nosotros responsabilidad alguna en su reproduccion.

ponerlos habia seguido el impulso de los años y las pasiones, no debia hacer una doble injuria á mi profesion con la flaqueza de publicarlos.

Dirás acaso que en esto he pensado con demasiada delicadeza; y lo mismo que he dicho en favor del uso de la poesia ligera en los primeros años, te inclinará tal vez á desaprobarmela. Pero debes considerar que, aunque las obligaciones del hombre en la vida privada son iguales en todos los estados, su pública conducta debe variar segun ellos. Los hombres se revisten de tales personalidades hácia el público, por su profesion y sus destinos, que lo que es en unos una amable galantería, pasa justamente en otros por una liviandad reprehensible. Entre todos, son los magistrados los que están mas obligados á guardar unas costumbres austeras, porque el público tiene un derecho á ser gobernado por hombres buenos, y por lo mismo quiere que los que mandan lo parezcan; exige de nosotros un porte juicioso y una conducta irreprehensible; quiere que le dirijamos con nuestra doctrina y que le ediliquemos con nuestro ejemplo; y así como premia la aplicacion y la virtud de los buenos magistrados con un tributo de estimacion y alabanza, cuyo precio es inmenso, se venga, por decirlo así, de los malos, censurando sus errores y extravíos con la mayor severidad, y castigándolos con el odio y el desprecio. De este modo se compensa la desigualdad de las condiciones, y se igualan las suertes de los que obedecen y los que mandan.

Estas razones, que me obligaron á entregar al fuego la mayor parte de mis versos, y á sepultar en el olvido esos pocos, que por no sé qué casualidad se libraron de él, deben obligarte á tí tambien á ser muy circunspecto en el uso de esta confianza. Mis versos contienen una pequeña historia de mis amores y flaquezas; mira tú si estando yo arrepentido de la causa, podré hacer vanidad de sus efectos (1). Por lo comun, á cualquiera de estas composiciones sigue un pronto arrepentimiento de haberlas hecho. Y apenas se desvanece el entusiasmo con que se escribieron, cuando empieza á mirarlos con desprecio el mismo que las produjo. Por eso, si despues de haberlos leído quisieres quemarlos, podrás hacerlo á tu salvo, pues nunca estarán mas secretos que cuando se hayan reducido á cenizas.

Es verdad que entre estas composiciones hay algunas de que no pudiera avergonzarse el hombre mas austero, al menos por su materia. Pero, prescindiendo de su poco mérito, es preciso ocultarlas solo porque son versos. Vivimos en un siglo en que la poesia está en descrédito, y en que se cree que el hacer versos es una ocupacion miserable. No faltan entre nosotros quienes conozcan el mérito de la buena poesia; pero son muy pocos los que saben, y menos los que se atreven á premiarla y distinguirla. Y aunque no sea yo de esta opinion, debo respetarla, porque cuando las preocupaciones son generales, es perdido cualquiera que no se conforme con ellas.

Bien sé que no pensaban así los antiguos. El inmortal Ciceron no se desdendió de hacer versos, sin embargo de que obtuvo las primeras magistraturas de Roma; Plinio el mozo, magistrado, orador y filósofo del tiempo de Trajano, se ocupaba muchos ratos en hacer versos. Es muy notable lo que dice sobre esta materia, como se puede ver en la carta xiv del libro iv, y en la iv del libro vii, que no copio por la brevedad con que escribo.

Hubo tambien entre nosotros un tiempo en que la poesia era ocupacion de los hombres mas doctos y mas graves, y en el catálogo de nuestros poetas se leen gentes de todas dignidades y profesiones. Ni faltan en él obispos, sacerdotes, doctores, religiosos, magistrados, y cuando no hubiese mas ejemplos que los del célebre obispo Valbuena, del sábio Arias Montano, del elocuente fray Luis de Leon, sin contar los Mendozas, los Rebollados, los Crespis, Vegas y Calderones, bastarian para probar cuánto y por cuán grandes personajes fueron cultivadas las musas entre nosotros.

Pero vuelvo á decir que es preciso respetar la preocupacion al mismo tiempo que se trabaje en deshacerla. Yo encuentro la causa del descrédito de la poesia en el mal uso que hicieron de ella los poetas del siglo pasado; y ya que la casualidad me ha conducido hasta este punto, discurramos un poco sobre esta decadencia, y para averiguar un punto tan importante en nuestra historia literaria, acumulemos nuestras reflexiones sobre las que han hecho anticipadamente otros eruditos.

En la restauracion de los estudios se empezaron á cultivar cuidadosamente entre nosotros las humanidades ó bellas letras, y particularmente tuvo la poesia muchos y muy distinguidos profesores. Empezaron estos á imitar los grandes modelos que habia producido Italia, así en tiempo de los Horacios y Virgilio, como en el de los Petrarca y los Tasso. Entre los primeros imitadores, hubo muchos que se igualaban á sus modelos. Cultiváronse todos los ramos de la poesia, y antes que se

(1) Véase el *Discurso preliminar*.



acabase el dorado siglo xvi, habia ya producido España muchos épicos, liricos y dramáticos, comparables á los mas célebres de la antigüedad.

Casi se puede decir que estos bellos dias anohecieron con el siglo xvi. Los Góngoras, los Vegas, los Palavicinos, siguiendo el impulso de su sola imaginacion, se extraviaron del buen sendero que habian seguido sus mayores. La novedad, y mas que todo, la reputacion de estos corrompedores del buen gusto, arrastró tras de sí á los demás poetas de aquel tiempo, y poco á poco se fué subrogando, en lugar de la grave, sencilla y majestuosa poesia, una poesia hinchada y escabrosa, llena de artificio y extravagancias.

Cuando hablo generalmente de la poesia, no se crea que quiero calificar en particular los poetas. Sé que el siglo xvi produjo muchos de gran mérito, y sé que algunos de ellos, en medio de la corrupcion y el mal gusto, han producido algunos poemas excelentes. Pero esto debe mirarse como un argumento de lo que puede hacer un grande ingenio por sí solo, mas no como una prueba en favor de la bondad de la poesia de aquel tiempo en general. Seguramente Góngora, por no poner otro ejemplo, estimaba mas sus Soledades y sus sonetos que sus bellos romances. ¡Cuánta diferencia, sin embargo, se halla entre una y otra poesia!

Muchas veces he reflexionado que este mal gusto hizo mas daño, que utilidad habia causado el bueno á la poesia. Ningun siglo crió tan prodigioso número de poetas como el pasado; en ninguno tuvo la poesia tan grande estimacion. El reinado de Felipe IV era el de Augusto y de Mecénas. El mismo Rey se complacia en hacer versos, y á su imitacion, no habia persona que desdeñase un arte que hallaba estimacion hasta en el trono. Pero esto mismo acabó de arruinar la poesia. Todos quisieron ser poetas en un tiempo en que se hacia granjeria de los versos; y como para serlo al modo y gusto del tiempo, no era menester otra cosa que un poco de ingenio, eran pocos los que no podian ser poetas. Creció ilimitadamente el número de los cultivadores de las musas, y entre tantos era preciso que hubiese muchos despreciables, extravagantes, y lo que es peor, muchos que hicieron servir el lenguaje de los dioses á su ambicion y á su codicia. ¡Qué inmenso número de poesias pudiera recogerse entre las de aquel tiempo, en que no se halla mas lenguaje que el de la lisonja, mas calor que el del odio y la venganza, ni mas moral que la de los vicios y pasiones!

Con esto empezaron poco á poco á ser aborrecidos ó despreciados los poetas, y al fin el descrédito de los poetas se comunicó á la poesia.

Así entró el presente siglo, que debia formar una nueva época para nuestras musas. Los Cándamos, los Lobos y los Silvestres mantuvieron por algun tiempo el crédito de la mala poesia; pero poco á poco fué naciendo el buen gusto, y ya en el dia vemos con grande complacencia amanecer de nuevo los bellos dias en que las musas españolas deben recobrar su antigua gloria y esplendor. Sin embargo, la preocupacion dura todavía. Las gentes de juicio aun no se atreven á divulgar un talento que no tiene seguros el aprecio y estimacion del público. Entre tanto es preciso que las musas anden como unas ninfas vergonzantes, y que no se atrevan todavía á parecer en público, por no recibir algun insulto de las personas ignorantes, austeras ó preocupadas.

En cuanto á mí, estoy muy lejos de creer que mis versos tengan un gran mérito; pero si aseguraré que no se parecen á los del mal tiempo. Si, por otra parte, no merecen ser estimados, esta no será falta de crítica, sino de ingenio. Sin este nadie puede ser poeta, y como dice el Horacio francés:

*C'est en vain qu'au Parnasse un téméraire auteur  
Prétend de l'art des vers atteindre la hauteur,  
S'il ne sent point du ciel l'influence secrete,  
Si son astre en naissant ne l'a formé poète.*

Algo quisiera añadir en abono de los versos libres ó blancos; pero me insta el conductor que debe llevar esta coleccion. Queda este asunto para otra carta, si acaso los negocios de oficio me permitiesen dedicar á él algun rato, y entre tanto...





## LETRILLAS, ROMANCES, IDILIOS, ETC.

À PAULINO.

ALLÁ van á tus manos  
Mis versos, oh Paulino;  
Mis versos mal limados,  
Mis versos bien sentidos,  
De afecto y verdad llenos,  
Si de primor vacíos.  
Partid, partid alegres,  
¡Oh pobres versos míos!  
Partid de mí, sin miedo  
De ser mal admitidos.  
No vais emancipados,  
Del público al capricho,  
Injusto siempre y vario,  
Ni vais á ser ludibrio  
De zóilos envidiosos  
Ni críticos malignos.  
Mejor y mas dichoso  
Será vuestro destino.  
Pues vais á ser reereo  
De mi caro Paulino;  
Vais á llenar las horas  
Que hurtare á su preciso  
Descanso, y en sus ocios  
Vais de él á ser leídos.  
A ser vais por su vista  
Pasados de continuo,  
Y á ser de su memoria  
Mil veces repetidos.  
Tal vez, al repasaros,  
Saldrá, mal reprimido,  
El llanto á sus mejillas,  
Y tal enternecido,  
Os honrará su pecho  
Con un tierno suspiro.  
Empero, si por caso  
Alguna vez tenidos  
Dél fuereis por livianos;  
Si acaso del antiguo  
Ropaje, con que incanta  
Mi pluma os ha guarnido,  
Culpare la extrañeza  
Y el aire peregrino;  
En fin, si os reprendiere  
Por libres y sencillos,  
Y el tono licencioso  
Culpare acaso esquivo;  
Decidle solamente  
Que fuisteis concebidos,  
Unos del ocio blando  
En medio del descuido,  
Otros de los negocios  
En medio del bullicio,  
Y otros, al fin, en medio  
Del fuego mas activo  
De amor y en el tumulto  
De los años floridos.  
Empero si os diseulpa,  
Piadoso y compasivo,  
De ser de él estimados  
Vivid desvanecidos.  
Vividlo; mas no tanto,  
Que al público capricho  
De la comun censura

Salgais inadvertidos;  
No sea que os prevenga,  
Como á otros, el destino  
Borrascas, escarmientos,  
Naufragios y peligros.  
Vivid por tiempo largo,  
Contentos y escondidos,  
En el virtuoso pecho  
De mi caro Paulino.

À MIREO.

Historia de Jovino.

Mireo (1), pues te place  
Que sepa el caro Delio  
Mi profesion, mi nombre,  
Mi patria y mis sucesos,  
Aplicate un instante  
A ver este diseño,  
De ingenio y arte escaso,  
Si de verdades lleno.  
Cifrada en breves puntos  
Mi historia verá Delio;  
Verála sin asombro,  
Pero tambien sin tedio.  
Dile que en la ancha orilla  
Del mar Cántabro un pueblo (2)  
Sobre otros mil levanta  
Su erguida frente al cielo.  
Mil timbres le ennoblecen,  
Ganados en el tiempo  
Antiguo, cuando euna  
Sus altos muros fueron  
De claros capitanes  
Y heroicos semideos.  
De aquellos santos reyes  
Que á España redimieron  
Del yugo berberisco  
Fué corte y real asiento.  
En él naci, del sumo  
Rector del universo  
Sin duda descendido;  
Que á tanto Dios debieron.  
Si no mintió la fama,  
Su origen mis abuelos.  
Jovino me llamaron  
Desde los años tiernos  
Las ninfas gijonenses;  
Y allí do va el sereno  
Piles al mar de Astúrias  
Sus aguas refluyendo,  
El nombre de Jovino  
Con resonantes ecos,  
Náyades y tritones  
Mil veces repitieron.  
No aun mi blanca barba  
Manchara el pardo vello,  
Y ya del nombre mío  
Volaba el dulce acento,  
Llevado por las auras

(1) El religioso agustino fray Miguel de Miras. Esta composicion, que parece ser la primera del autor, está escrita para el maestro Gonzalez, á quien se alude en el nombre de Delio.

(2) Gijón.

Al complutense suelo.  
 Minerva despiadada  
 Firmó el cruel decreto  
 Que me pasó á Compluto  
 Desde el hogar paterno.  
 Mezclado á los ilustres  
 Hijos del gran Cisneros,  
 Allí me vió Dalmiro,  
 Al márgen, por do el viejo  
 Y sábio Henares fluye  
 Con pasos graves, ledo.  
 Allí me vió Dalmiro (1);  
 Dalmiro, cuyo ingenio,  
 Ya entonces celebrado,  
 Daba con vario efecto  
 Cuidados á las ninfas,  
 Y á los pastores celos.  
 De allí (quizá aguijado  
 De tan ilustre ejemplo)  
 Trepar osé al Parnaso  
 Por cima de escarmientos.  
 Inherbe aun, y falto  
 De inspiracion y fuego,  
 Tenté del sábio Apolo  
 Subir al tronó excelso.  
 Luego al intonso númen  
 Enderecé mis ruegos;  
 Y aunque de tal descaro  
 Mostrarse pudo ofenso,  
 La juvenil audacia  
 Me perdonó, y risueño  
 Me dió de alumno suyo  
 El nombre y los derechos.  
 Bajo de tal auspicio  
 Viví mil dias bellos,  
 Gocé mil dulces dichas  
 Y obré mil altos hechos.  
 Bebi de la armoniosa  
 Corriente del Permeseo,  
 Despues la de Hipocrene,  
 Y en fin, á tragos luengos  
 En el raudal Castalio  
 Sació mi afan sediento.  
 Montéme en el Pegaso,  
 Y en él volé ligero  
 Al elevado Pindo  
 Y al muy mas alto Pierio,  
 Donde las nueve hermanas  
 Favores mil me hicieron.  
 De Erato, aunque voluble,  
 Fui fino chichisveo;  
 Que en mi favor con ella  
 Tal vez intercedieron  
 Teócrito, Virgilio,  
 Catulo y Anacreón.  
 La corte hice á Talia  
 Tambien por algun tiempo,  
 Y entonces la taimada,  
 Con aire zahareño,  
 Enmascaró mi rostro,  
 Y al pié, que del proscenio  
 El polvo nunca hollara,  
 Calzó el humilde zueco.  
 La grave Melpomene  
 En tanto con severo  
 Semblante me miraba;  
 Quise obligarla atento;  
 Hugué, seguí sus pasos,  
 Y huyóme con desprecio.  
 Mas ¡ oh natura extraña  
 Del hombre en sus deseos,  
 Que el fuego los entibia,  
 Y los enciende el hielo!  
 La fuga de la ninfa  
 Irrita mi deseo;  
 La sigo á todas partes,  
 La busco entre los griegos,  
 Y solo hallé sus huellas,  
 Que ya al latino pueblo  
 Del ático pasara.

Corrí el pais que un tiempo  
 Fué trono de las musas,  
 Y ya sobre su suelo,  
 De sangre, de despojos  
 Y ruinas mil cubierto,  
 La ninfa no habitaba.  
 Desde uno al otro extremo  
 Crucé la sábia Europa,  
 Y al fin la hallé en los pueblos  
 A que uno y otro márgen  
 Del Sena dan asiento.  
 Con culto majestuoso  
 La ninfa vive entre ellos,  
 Tenida en grande estima.  
 Allí escuchó mi ruego,  
 Y dió á mis inquietudes  
 Y largo afan el premio,  
 Subiéndome al heroico  
 Coturno desde el zueco.  
 ¡ Oh cuántos ricos dones  
 A sus influjos debo!  
 Dióme que en largos hilos  
 De los humanos pechos  
 Mil lágrimas sacara,  
 Mil quejas y lamentos.  
 Dióme que hacer pudiese  
 Amables los senderos  
 De la virtud, por mas que  
 El fraude, el odio negro  
 Y la traicion los pinten  
 Penosos y molestos.  
 Dióme que al hombre hiciera,  
 Con sábios documentos,  
 De lealtad amigo  
 Y á vil perfidia adverso;  
 Que á los potentes reyes  
 Mostrase el fiero ceño  
 De la fortuna airada,  
 Y á los sufridos pueblos  
 El celo vigilante  
 Con que un poder supremo  
 Refrena los designios  
 De principes aviesos.  
 Dióme... Pero no digas  
 Cuánto me dió, Mireo.  
 Sus dones no divulgues;  
 Que Astrea tendrá celos.  
 Astrea, que hoy me tiene  
 A sus cadenas preso,  
 Me trata con ley dura,  
 Y con tirano imperio  
 Pretende ser la sola  
 Señora de mi ingenio.  
 Mal de mi grado cede  
 Mi corazon al peso  
 De ley tan inhumana,  
 Y no sin gran tormento,  
 A tan severo númen  
 Ofrece sus incienso.  
 ¡ Ay, Dios, los bellos dias  
 Pasaron! ¡ Pasó el tiempo  
 De holganza, de venturas  
 Y de contentamientos!  
 Pero, pues ya mis dichas  
 Y glorias perecieron,  
 ¿ Por qué no fué mi nombre  
 En hondo olvido envuelto?  
 Por qué me habeis dejado,  
 Cruel diva, en el recuerdo  
 De tan sabrosos gustos  
 Tan amargo tormento?  
 ¡ Oh, cuán dulces instantes,  
 Qué dias tan risueños  
 Los que pasar solia  
 Al márgen del Permeseo!  
 ¡ Cuántas veces mi nombre,  
 Y el de mi Enarda fueron  
 Escritos de consuno  
 Sobre los olmos tiernos,  
 Que ya encumbró á mas alta  
 Región el rauda tiempo!  
 De hiedra y verde mirto

(1) Era Cadalso.

Ornado, el suave plectro  
Cuántas veces tañía,  
Y al dulce son atento,  
Cantaba mis venturas,  
Que duplicaba el eco!  
De Enarda cuántas veces  
La gracia y dulce ingenio  
Loaba, y sus encantos  
Encaramaba el cielo!  
Cantaba de sus ojos  
El rutilante fuego,  
Su frente hermosa y grave  
Y los cabellos luengos,  
Que airosos abajaban  
Sobre su blanco pecho...  
Perdona, ¡oh santa Témis!  
Perdona estos recuerdos;  
Mireo los exige,  
Y los conduce á Delio:  
A Delio, aquel que supo  
Con tan sonoro plectro  
La integridad augusta  
Loar de tus decretos:  
A Delio, que, inflamado  
Con el divino fuego  
Que le inspiró tu numen,  
Extiende por el viento  
El triunfo de los sábios  
Ministros de tu templo;  
A Delio, al hijo ilustre,  
Imágen y heredero  
Del gran Leon, tu alumno,  
Tu gloria y tu recreo.  
¡Oh genio peregrino!  
Oh inimitable Delio!  
Oh honor, oh prez, oh gloria  
De los presentes tiempos!  
Ya las hispanas musas,  
Que en hondo y vil desprecio  
Yacían, por ti vuelven  
A su esplendor primero.  
A ti fué dado solo  
Obrar tan alto hecho;  
Y pues tamaña empresa  
Te reservaba el tiempo,  
El triunfo que á tal gloria  
Levanta el pueblo ibero,  
Será del plectro mío  
Perenne y grave objeto.  
Y de uno al otro polo  
Resonará en mis versos.

#### Á LAS MANOS DE CLORI.

La mano con que arroja  
Por los tauridios campos  
La diosa montivaga  
Su penetrante dardo,  
No pudo, oh bella Clori,  
Vencer á la tu mano  
En triunfo ni en blancura,  
En brío ni en estragos.  
Las fieras son de aquella  
Troveos señalados,  
Y humanos corazones  
Lo son ¡ay! de tu mano.

#### Á UN SOLITARIO.

Goza de los placeres  
Que ofrece el tiempo, Anfriso;  
No huyas de los hombres,  
Ni te ligas su enemigo.  
Mientras el monte mides,  
Cuidoso y discurativo,  
Mira con cuanta priesa  
El cielo en raudos giros  
Midiendo va las horas  
De tus años floridos.  
Goza, pues, de las dichas  
Que ofrece el tiempo, amigo;  
Que para el día horrendo,

De todos tan temido,  
Asaz de llanto y penas  
Te guardará el destino.

#### Á BATILO.

Mientras Batilo caota  
Con alto y dulce acento  
Los años de Cipáris,  
Muchacho, llena el cuenco;  
Que quiero celebrarlos  
Con el licor lieo,  
Brindándoles alegre,  
Y á su salud bebiendo.  
¡Eh! brindo por la tuya,  
Cipáris; quiera el cielo  
Que de tan digno amante  
Goces por largo tiempo.  
A tu salud va esotro,  
Batilo. — Llena presto,  
Muchacho. — Plegue al númer  
Que tiene culto en Délos  
Hacer que de tu canto  
Resuene el dulce acento  
Desde uno al otro polo  
Por siglos sempiternos.

#### Á MIREO.

Con dulce y docta pluma  
Pintaba el otro día  
Mireo, enamorado,  
Las gracias de Trudina.  
Pintaba de sus ojos  
Las luces homicidas,  
Su frente hermosa y grave,  
Sus rosadas mejillas,  
La nariz bien labrada,  
La boca bien partida.  
Pintaba el noble adorno  
Que á su semblante hacia  
La ceja vuelta en arcos.  
Y el cabello en sortijas.  
Después del cuerpo airoso  
Las gracias describía.  
Pintaba como al tallo,  
Graciosa y bien tejida,  
Sobre la igual espalda  
Su trenza descendía;  
Del hombro ancho y caído  
Al cabo de la fina  
Cintura imperceptible  
La distancia media.  
Pintaba, al fin, su nivea  
Garganta, bien unida  
Al alto ebúrneo pecho,  
Partido en dos provincias;  
Sus manos de alabastro,  
Sus gracias y sus risas.  
Qual era el alma Vénus  
Cuando buscaba en Siria  
Al malhadado Adónis,  
Graciosa y peregrina;  
Tal era y de tan altas  
Perfecciones vestida,  
En pluma de Mireo,  
La preciosa Trudina.

#### Á ANFRISO.

Con dulce y triste acento  
Cantaba el otro día  
Anfriso congojado  
Desdenes de su Lisa.  
Cantaba los enojos  
De la engañosa ninfa,  
Y al son bien acordado  
De su laud, salía,  
Envuelta en mil suspiros,  
Su queja bien sentida.  
Oyéronle, y sus males  
Sentieron, compasivas,



Las aves que cruzaban  
 Por la región vacía,  
 Los brutos en el centro  
 De las montañas silvas,  
 Y en su argentado márgen  
 Sus claras fuenteceillas.  
 Jovino, á cuya oreja  
 La flébilarmonía  
 Llegó también, dolióse  
 De pena tan esquivo.  
 «¿Cabe en humanos pechos  
 (Lleno de horror, decía)  
 Tan doble y falso trato,  
 Tan bárbara perfidia?  
 ¿Qué astro tan maligno,  
 Qué estrella tan impia,  
 Qué dios, qué avieso genio,  
 Con influencia esquivo  
 Pudo apartar dos almas  
 Que el blando amor unia?  
 Mas ¡ay! que son acaso  
 ¡Oh Anfriso! de tu Lisa  
 Fingidos los enojos;  
 Que á veces desconfían  
 Celosas las mujeres  
 De nuestra fe, y altivas,  
 Para probarnos solo,  
 Nos niegan sus caricias.  
 Cubren la ardiente llama  
 Que el pecho les agita,  
 Y en vez del dulce agrado  
 Y en vez de blanda risa,  
 Ofrece su semblante  
 Enojo y crueles iras.  
 Mas guarte, no las creas,  
 Anfriso, á las malignas;  
 ¡Ay! guarte, no te engañe  
 Con sus astucias Lisa.  
 Cuando se muestre airada,  
 No adules su malicia  
 Con quejas vergonzosas,  
 Con lágrimas indignas.  
 ¡Ay! guarte, no te dobles.  
 ¡Ay! guarte, no te rindas.  
 Si te ama, sufre y deja  
 Que con cruza impia  
 Traspase sus entrañas  
 La flecha vengativa  
 Con que ella herir de lleno  
 Tu corazón medita.  
 Verás que amor la vuelve  
 A tus halagos fina,  
 Y aquella que á tu pecho  
 Hizo sentir esquivo  
 Tan fieros sobresaltos,  
 De su desden corrida,  
 Hará, por obligarte,  
 Finezas exquisitas;  
 Y tú estarás vengado,  
 Cuando ella arrepentida.  
 Mas, si no te ama, ¡ay! guarte,  
 No adules su perfidia  
 Con quejas vergonzosas,  
 Con lágrimas indignas.

#### TRADUCCION DE UN IDILIO

DE MONTESQUIEU.

Un día que en los bosques  
 Frondosos de Idalia  
 Andaba yo en compañía  
 De la niña Cefisa,  
 Hallé al Amor, que oculto  
 Entre flores dormía,  
 Cubierto de unos mirtos,  
 En cuyas ramecillas  
 Del céfiro los soplos  
 Apenas se sentían.  
 Las risas y los juegos,  
 Perenne compañía  
 Del Dios, andaban lejos,

Retozando á porfía,  
 Y le dejaban solo.  
 Amor en aquel día  
 En mi poder estuvo,  
 Y yo pude á su vista  
 Robar todas sus armas.  
 Pues mientras el dormía,  
 Carcaj, arco y saetas  
 A su lado yacían.  
 Del mayor de los divos  
 Toma el arco Cefisa;  
 En él pone una flecha,  
 Y á mi, que no la vía,  
 La dirigió al instante.  
 Hirióme, y yo con risa  
 Le digo: «Yaya otra,  
 Y hazme mayor herida;  
 Que aquesta es muy pequeña.»  
 Al punto fué Cefisa  
 A poner otra; pero,  
 Del arco desprendida,  
 Cayó en su pie, y turbóse,  
 Porque era la maldita  
 Flecha la mas pesada  
 Que en el carcaj habia.  
 Por fin volvió á cogerla,  
 Tiróla, y la maligna  
 Me hirió otra vez el pecho.  
 «¿Qué haces, dije, Cefisa?  
 ¿Pretendes, inhumana,  
 Poner fin á mi vida?»  
 Ella se fué entre tanto  
 Adó el Amor yacía,  
 En sueño sepultado.  
 «Esta, dijo Cefisa,  
 De tan frecuentes tiros  
 Rendido á la fatiga.  
 Vamos á atar con flores  
 Sus piés y manecillas.—  
 No, dije yo, no lo bagas;  
 Que á su deidad mil dichas  
 Debemos y favores.—  
 Pues voy, dijo la niña,  
 A dispararle un dardo  
 De los que el malo tira,  
 Con cuanta fuerza pueda.—  
 Pero ¿no ves, Cefisa,  
 Que puedes despertarle?»  
 Y bien, si nos divisa,  
 ¿Podrá hacer otra cosa  
 Que darnos mas heridas?»  
 No, no, dije; dejemos  
 Que duerma sin fatiga,  
 Y estémonos sentados  
 Cabe él en compañía,  
 Para que á nuestras almas  
 Inflame mas su vista.»  
 Entonces recogiendo,  
 De mirtos que allí habia  
 Y rosas, muchas bojas,  
 «Voy, prosiguió Cefisa,  
 Voy á tapar del niño  
 El cuerpo y la carita,  
 Para que cuando vengan  
 Los juegos y las risas  
 En busca dél, no le hallen.»  
 Echóselas encima,  
 Y luego la taimada  
 Se holgaba y se reía  
 De ver que al Dioscecillo  
 Del todo le cubrían.  
 «Pero ¿qué es esto que hago?»  
 No, no, dijo Cefisa,  
 Cortémosle las alas,  
 Que así no habrá en la vida  
 Mas hombres inconstantes,  
 Porque este se ejercita  
 En inspirar á todos  
 Mudanzas y perfidias.»  
 Dicho esto, saca luego  
 Sus tijeras la niña;  
 Sentóse, y con gran tiento

Asió las puntecillas  
De las doradas alas  
Del Dios, que aun dormía.  
Yo entre tanto, sintiendo  
Mi alma conmovida,  
De susto y temor lleno,  
«Tente,» dije á Celisa;  
Mas ella, sin oírme,  
De las alas divinas  
Las puntas corta; suelta  
Las tijeras deprisa,  
Y huyendo del castigo,  
Salvarse solicita.  
Cuando á volar, despierto,  
El Dios se disponía,  
Sintió un peso que nunca  
En sí sentido había.  
Luego sobre las flores  
Notó que relucían  
Las puntas de las alas,  
Y echó á llorar. Su cuita  
Vió del Olimpo Jove,  
Y envió una nubecilla  
Que al Dios llevase á Guiso,  
Hasta posarlo encima  
Del seno de su madre.  
Al verla, «¡Ay, madre mía!  
La dijo, antes de ahora  
Mis alas se movían;  
Pero me las cortaron;  
¿Qué haré con tal desdicha?—  
No flores, hijo mío,  
La alma Vénus decía;  
Estáte aquí en mi seno,  
No te muevas y aflijas;  
Que ellas irán creciendo  
Con el calor. ¿No miras  
Cómo ya son mas grandes?  
Abrazame, alma mía;  
Que luego serán tales  
Como antes las tenías.  
¿Ves cómo ya las puntas  
Doradas se divisan?  
¡Eh! Ya han crecido; vuela,  
Vuela, hijo de mi vida.—  
Si, dijo el Dios; probemos  
Si puedo cual solía.»  
Voló en efecto un poco,  
Y se posó deprisa  
Cabe su linda madre;  
De allí revoló encima  
Del pecho de la Diosa,  
Que le hizo mil caricias;  
Luego con nuevo brio  
Movió las alicillas,  
Y se posó mas lejos,  
Volviendo todavía  
Al seno de su madre.  
Allí abrazó á la Diva,  
Y ella de su contento  
Gozosa se sonría.  
Repitó sus abrazos,  
Sus juegos y caricias,  
Hasta que al fin volando  
Subió sobre la limpia  
Region del aire, donde  
Reina con fuerza altiva  
Sobre cuanto en el orbe  
Naturaleza cria.  
Amor despues, queriendo  
Vengarse de Celisa,  
La hizo la mas voltaria  
De todas las bonitas.  
Con una nueva llama  
La enciende cada día;  
Primero á mí me quiso,  
A poco tiempo ardía  
Por Dáfnis, y al presente  
Ya por Cleon suspira.  
¿No ves, amor tirano,  
Que soy yo á quien castigas?  
¡Pronto á sufrir la pena

Estoy de tu osadía;  
Mas no con los desprecios,  
Oh Dios, cruel me allijas.

#### Á LOS DIAS DE ALMENA.

Pasan en raudo vuelo  
Los dias y los años,  
Y van de los vivientes  
La sucesion notando.  
A la niñez florida  
Sigue con breves pasos  
La juventud lozana,  
Del bullicioso bando  
De dichas y placeres  
Cercada; pero cuando  
Duerme desprovenida,  
Del dulce amor en brazos,  
Le sale al paso, llena  
De males y cuidados,  
La triste edad rugosa,  
La edad de afán y llanto.  
Solos en esta varia  
Vicisitud triunfamos  
Tu, Almena, y yo del tiempo,  
Y el invariable estado  
De las venturas nuestras  
Sin mengua conservamos;  
Pues sobre mi firmeza,  
Ni sobre tus encantos,  
Jamás darle pudieron  
Jurisdiccion los hados,  
Ni la implacable muerte,  
Ni los veloces años.

#### AL SOL.

Padre del universo,  
Autor del claro día,  
Brillante sol, á cuyo  
Influjo la inlinita  
Turba de los vivientes  
El ser debe y la vida;  
Tú, que rompiendo el seno  
Del alba cristalina,  
Te asonas en oriente  
A derramar el día  
Por los profundos valles  
Y por las altas cimas;  
De cuyo reluciente  
Carro las diamantinas  
Y voladoras ruedas  
Con rapidez no vista  
Hunden el aire vago  
De la region vacía;  
Enhorabuena vengas,  
De luces matutinas,  
De rayos coronado,  
Y llamas nunca extintas,  
A henchir las almas nuestras  
De paz y de alegría.  
La tenebrosa noche,  
De fraudes, de perdidas  
Y dolos medianera,  
Se alhuyenta con tu vista,  
Y busca en los profundos  
Abismos su guarida.  
El sueño perezoso,  
Las sombras, las mentidas  
Fantasmas y los sustos,  
Su horrenda comitiva,  
Se alejan de nosotros,  
Y en pos del claro día  
El júbilo, el sosiego  
Y el gozo nos visitan.  
Las horas transparentes,  
De clara luz vestidas,  
Señalan nuestros gustos  
Y miden nuestras dichas.  
O bien brillante salgas  
Por las altas cimas,  
Rigiendo tus caballos

Con las doradas bridas;  
O ya el luciente carro  
Con nuevo ardor dirijas  
Al reino anstral, de donde  
Mas luz y fuego vibras;  
O en fin, precipitado  
Sobre las cristalinas  
Occiduas aguas caigas  
Con luz mas blanda y tibia;  
Tu rostro refulgente,  
Tu ardor, tu luz divina  
Del hombre serán siempre  
Consuelo y alegría.

#### À UN SUPERSTICIOSO.

¿Por qué consultas, dime,  
Con las estrellas, Fabio,  
Y vas en sus mansiones  
Tu horóscopo buscando?  
¿Son ellas por ventura  
A quienes fué encargado  
Dar principio á tus días  
O término á tus años?  
Las vidas de los hombres  
No penden de los astros;  
Que en el Olimpo tienen  
Moderador mas alto.  
Aquel gran Ser, que supo  
Con poderosa mano  
Los orbes cristalinos  
Sacar del hondo caos;  
Que enciende el sol, y guia  
Su luminoso carr;  
Que mueve entre las nubes,  
De estruendo y furia armado,  
Su coche, y forma el trueno;  
Que vibra el fuerte rayo,  
Refrena el viento indócil  
Y aplaca el mar turbado;  
Aquel es de tu vida  
El dueño soberano,  
Y él solo en si contiene  
La suma de tus años.  
Implórale, y no fies  
Tu dicha á los arcanos  
Del tiempo, ni al incierto  
Compás del astrolabio.  
Implórale, y no alces  
Tus ojos al zodiaco;  
Que á sus constelaciones  
Del hombre no ligaron  
Las dichas ni el contento  
Con ciega ley los hados.  
Implórale, y ahora  
Escrito esté el amargo  
Momento de tu muerte  
Sobre el fogoso Tauro;  
Ora, por las pleyadas  
No visto, de Acuario  
Guardado esté en la urna,  
Respeto de su brazo  
La fuerza omnipotente,  
Y adórala postrado;  
Que no de los planetas  
Ni los volubles astros  
Pendiente está tu vida,  
Mas solo de su brazo.

#### CANTINELA

A DON RAMON DE POSADA, CON MOTIVO DE UNOS VERSOS  
ESCRITOS POR UNA SEÑORA AMERICANA.

¿De cuándo acá las musas,  
Que solo á los mozelos  
Sus gracias repartian  
Antes de ahora, hicieron  
Tan súbita alianza  
Con otras de su sexo?  
Injustas y envidiosas,  
Jamás en otro tiempo

A las graciosas ninfas  
Fiabán sus misterios.  
Del Pindo á la eminencia,  
Do su dorado asiento  
Tienen las orgullosas,  
Vecino al alto cielo,  
Las delicadas plantas  
Nunca subir pudierou,  
Ni de ellas ser solia  
Hollado aquel sendero:  
Que plantas mas robustas  
Condujo en otros tiempos  
Al templo de la gloria,  
O ya al del escarmiento.  
Mas de la americana  
Safó los dulces versos,  
De los pasados siglos  
Desmienten el ejemplo.  
¿Qué aguda, qué ingeniosa  
Se ostenta! Cuando menos,  
Acuden á su pluma  
El chiste y el gracejo.  
Pero ¿de dónde, dime,  
Ramon, su dulce ingenio  
Tomó la melodia,  
La exactitud del metro,  
El número armonioso,  
Los agudos conceptos,  
La gracia y la dulzura  
Que hierven en sus versos?  
El rubio y claro Apolo  
¿Fué acaso su maestro?  
¿Acaso de las musas  
Los virginales pechos  
Tocó algun dia? Acaso  
Crióse en el Permeso?  
Safó á Faon queria,  
Y amor la inspiró versos.  
¿Debió tal vez Leonarda  
A Amor su magisterio?  
¿Ah, cuántos envidiosos  
Tendrá tu entendimiento.  
Discreta Safó! ¿A cuántos  
Inflamarán sus celos!  
¿Dichoso el que alcanzare,  
Con bien tañido plectro,  
Loar condignamente  
Tan peregrino ingenio,  
Y mucho mas dichoso  
Quien logra ser tu empleo!

#### À MELENDEZ.

¿Quién me dará que pueda,  
Baño, remontado  
Sobre el humilde vulgo,  
Seguirte por el arduo  
Camino por do corres  
Con giganteos pasos  
Al templo de la fama?  
Quién me dará que al alto  
Monte contigo pueda  
Subir á bencbir mis labios,  
Qual tu, del dulce néctar  
En el raudal castallo?  
¿Pluguiera al Dios intonso  
Que, juntos, del Parnaso  
Venciésemos la cima,  
Y en ella rodados  
De gloria, á par del Nümen,  
Viviésemos loando  
De la virtud divina  
La gracia y los encantos!  
Entonces si que, libres  
Del soplo envenenado  
Del odio y de la envidia,  
Burláramos cantando  
Sus tiros descubiertos  
Y sus ocultos lazos;  
Entonces si que, lejos  
Del turbulento bando  
Que sigue los pendones



Del vicio, y agitados  
De un astro mas divino,  
Las liras, por la mano  
De la amistad guarnidas  
De oro y marfil, tecando,  
Los cielos de armonía  
Hinchierámos, en tanto  
Que la parlara fama  
Llevaba resonando  
Unidos nuestros nombres  
Desde el Arturo al Austro;  
Entonces si que, absortos  
Al peregrino encanto  
De nuestra voz, los hombres  
Huyeran desde el ancho  
Camino de los vicios  
Hasta los poco hollados  
Senderos que conducen  
A la virtud, ganando  
En santo ardor la altura  
Do tiene el soberano  
Rector del cielo al justo  
Su galardón guardado.

## A LA LUNA.

¿Adónde vas, vestida  
De suaves resplandores,  
Con paso tan callado,  
Oh reina de la noche,  
En tanto que Morfeo,  
Con plácidos vapores,  
Suspende las tareas  
De fieras, aves y hombres?  
¿Qué impulso, qué destino  
Tu reluciente coche  
Eleva en los collados  
Del húmedo horizonte?  
¿Por qué la sombra ahuyentas  
De los celestes orbes,  
Y en el paterno caos  
Sepultas sus horrores?  
Por qué con luz radiante  
Al Erebo te opones,  
Y su heredado imperio  
Le usurpas á la noche?  
¿Qué inútil desperdicio  
De luces y fulgores,  
Que el mundo soñoliento  
Ni ve ni reconoce!  
¿Cuán vana y ociosa  
Los derramas sin orden  
Por las desiertas playas,  
Por los medrosos bosques!  
Mas ¡ay! que ya descubro  
La fuerza que dispone  
Tus rumbos, é imperiosa  
Da causa á tu desorden.  
Un nimen implacable  
Te arrastra, un nimen rompe  
De tu poder los lazos,  
Y enciende tus pasiones.  
Ni el escuadrón inmenso  
De estrellas y de soles  
Que sigue lento el curso  
De tu esplendente coche;  
Ni el trono en que resides,  
Bañado en luz; ni el noble,  
Alto, inmortal origen  
De tu deidad triforme,  
Nastaron á librarte  
De amor y sus arpones.  
Tu amas, si; tú sigues  
La ley que reconocen,  
Con fuerza irresistible,  
Los hombres y los dioses.  
Y en tanto que, corrida,  
Quisieras las regiones  
Trocar del alto cielo  
Por los tartáreos bosques,  
Del duro amor guiada,  
Registras todo el orbe,

Las playas y los valles,  
Los mares y los montes,  
Buscando ansiosa y triste  
Al barragán que sobre  
Las cumbres de Fesaha  
El hado de ti esconde.  
Le hallas por fin; mas cuando,  
Amante, reconoces  
De tu pasión la causa,  
Y al dulce triunfo corres,  
El misero, insensible  
Y hundido en sueño torpe,  
Ni á tu esplendor despierta,  
Ni aun sueña tus favores.

## AL CUMPLEAÑOS DE GALATEA.

Mientras en raudos giros  
El cielo va contando  
La suma de tus días  
Y el curso de tus años,  
Tu vida ¡oh Galatea!  
Con floreciente paso  
Va al punto mas subido  
De juventud llegando.  
Del tiempo la incesante  
Consumidora mano,  
Que en otras hermosuras  
Consuma solo estragos,  
Hoy, sábia y generosa,  
La tuya sazonando,  
Mil altas perfecciones,  
Mil gracias, mil encantos  
Retoca de tu rostro  
Sobre el luciente espacio.  
Mas ¡ay! que también siente  
Mi corazón, al paso  
Que crece tu hermosura,  
Dolores mas amargos.  
Tú creces en belleza,  
Y yo en descos vanos;  
De mi esperanza inmóvil  
Es solo el triste estado.

## A LA MISMA.

## I.

Mientras de Galatea  
¡Oh incanto pajarillo!  
Ocupas el regazo,  
Permite que, afligido,  
Tan venturosa suerte  
Te envidie el amor mío.  
De un mismo dueño hermoso  
Los dos somos cautivos;  
Tú lo eres por desgracia,  
Y yo por albedrío.  
Violento en las prisiones,  
Maldices tú al destino,  
En tanto que yo, alegre,  
Besando estoy los grillos.  
Mas en los dos ¡cuán vario  
Se muestra el hado esquivo!  
Conmigo ¡ay, cuán tirano!  
Contigo ¡cuán benigno!  
Mil noches de tormento,  
Mil días de martirio,  
Mil ansias, mil angustias  
Lograrne no han podido  
La dicha inestimable  
Que debes tú á un capricho.  
Bañado en triste llanto,  
Tu dulce suerte envidio;  
Y en tanto tú, arrogante,  
Huellas con pie atrevido,  
Sin alma, sin deseos  
Ni racional instinto,  
La esfera donde apenas  
Llegar ha presumido  
El vuelo arrebatado  
Del pensamiento mío.

## II.

No sale mas galana  
 Por las doradas puertas  
 De Oriente, del anciano  
 Titon la esposa bella,  
 Que sales tú á mis ojos,  
 Oh dulce Galatea,  
 Cuando á gozar del día  
 El blando lecho dejas;  
 Ni mas resplandeciente  
 Su cara al cielo enseña  
 La plateada luna,  
 Que el tuyo tú á la tierra  
 Do imprimen hoy tus plantas  
 La delicada huella.  
 Sin duda de las gracias  
 El coro á tu lindeza  
 Añade en esta hora  
 Mil perfecciones nuevas.  
 Brilla tu frente hermosa  
 Con luz muy mas serena,  
 Y como al cielo el iris,  
 Así tus negras cejas  
 Dividen el nevado  
 Contorno de tu esfera.  
 Tus ojos... Musa mía,  
 ¿Cómo tu voz pudiera  
 Los rutilantes ojos  
 Pintar de Galatea?  
 ¿Quién me dará que junte  
 Del sol las luces bellas,  
 Las sombras de la noche  
 Y el fuego de la esfera,  
 Para pintar los brillos,  
 La gracia y la viveza  
 De tus divinos ojos,  
 Oh dulce Galatea?  
 Absorta el alma mía  
 Los mira y los contempla;  
 Sus luces la embriagan,  
 Sus llamas la penetran.  
 Veo que en tus mejillas  
 La rosa bermejea,  
 Y del clavel purpúreo  
 Tus labios son afrenta.  
 Juegan sobre tu boca  
 Las risas halagüeñas.  
 Y en el ebúrneo pecho  
 La cándida azucena  
 Derrama su blancura.  
 ¡Ay Dios! ¡cuántas bellezas  
 Mis ojos inflamados  
 Registran en tu esfera!  
 ¡Ay, no me las ocultes,  
 Oh cruda Galatea!  
 ¿Guarte que no se enoje,  
 Si al mundo se las niegas,  
 La mano bienhechora  
 De la naturaleza!  
 ¿Criólas por ventura  
 Para que no se vieran?  
 Si es ella generosa,  
 ¿Por qué eres tú avarienta?

## III.

¡Perdon, perdon mil veces,  
 Oh cruda Galatea!  
 Ya estoy arrepentido;  
 Perdona mi flaqueza.  
 Serena el ceño airado,  
 Y á tu semblante vuelvan  
 La risa y el agrado;  
 Serénale, no quieras  
 Dar tan atroz castigo  
 A culpa tan ligera.  
 Mas ¡ay! que amor tirano  
 Vengado ha ya tu ofensa;  
 Que en el delirio mismo  
 Me disfrazó la pena.  
 Despues que de tu rostro

Tocó la ardiente esfera  
 Mi labio, ¡ay, cuán aguda,  
 Cuán penetrante flecha  
 Mi corazon traspasa!  
 Ay, cómo me atormenta!  
 De ciego ardor movida,  
 Así tal vez la abeja  
 Liha en la fresca rosa  
 Los dulces jugos, mientras  
 Su blando pecho duras  
 Espinas atraviesan.

## ANFRISO Á DELISA.

## I.

Del Bétis recostado  
 Sobre la verde orilla,  
 Así el pastor Anfriso  
 Se lamentaba un día,  
 Culpando los desprecios  
 De la cruel Delisa:  
 «Permita el justo cielo,  
 Desapiadada ninfa,  
 Que en la aflicción que lloro  
 Te vea yo algún día;  
 Permitan de los dioses  
 Las siempre justas iras  
 Que con tu llanto y quejas  
 Consuele yo las mias.  
 Cuando de aquel que adoras,  
 Mofada y ofendida,  
 Te quejes á los cielos,  
 Los montes y las silvas;  
 Cuando tu rostro ingrato  
 Descubra las ruinas  
 De los rabiosos celos,  
 De las celosas iras;  
 Y cuando de tus ojos  
 Las luces homicidas  
 Cuidados oscurezcan,  
 Pesares y vigiliás,  
 Y del continuo llanto  
 Las mire yo marchitas;  
 Entonce, solazad a  
 La triste ánima mía,  
 Olvidará sus penas,  
 Sus males y sus culpas;  
 Entonce el llanto ardiente  
 Que hoy riega mis mejillas,  
 A vista de tu llanto,  
 Convertiráse en risa.  
 Entonce las angustias  
 Que el corazon me atristan,  
 Los celos que le agobian,  
 Las ansias que le aguijan,  
 Se trocarán en gusto,  
 Consuelo y alegría.»

## II.

En vano te deleitas  
 Al ver el llanto mio,  
 ¡Cruel Enarda! En vano  
 Celebras mis suspiros.  
 De lágrimas ardientes  
 Mi rostro humedecido,  
 Con las vigiliás flaco,  
 Con el dolor marchito,  
 Tu liviandad arguye,  
 Reprende tus caprichos,  
 Y al mundo entero grita  
 Tu infamia y tu delito.  
 Estos que en mi semblante  
 Ves de dolor indicios,  
 No son exequias tristes  
 Hechas á un bien perdido,  
 No son á tu hermosura  
 Tributos ofrecidos;  
 De tu perfidia solo  
 Son argumento fijo,  
 Horror de tus engaños,

Baldon de mis delirios.  
No lloro tus rigores.  
Ni siento haber perdido  
Correspondencias falsas,  
Favores fermentados;  
De mi ceguedad solo  
Y mis engaños gimo.  
Lloro a un ingrato número  
Los hechos sacrificios,  
Y el exhalado incienso  
Sobre un altar indigno.  
Lloro el recuerdo infame  
Del cautiverio antiguo,  
Y el peso vergonzoso  
De los llevados grillos.  
En mi memoria triste  
Revuelvo de continuo  
Obsequios mal pagados,  
Desdenes mal sufridos,  
Pospuestos y olvidados,  
Finezas y suspiros.  
Pero ¡ay Enarda! en vano  
Te agrada el llanto mío.  
Amor, que ya me mira  
Con ojos compasivos,  
Mil veces reprendiendo  
Mis lágrimas, me dijo:  
—Nada en perderlas pierdes;  
¿Por qué lloras, mezquino?—

## III.

Ya, gracias á los dioses,  
Enarda, estoy contento;  
Ya está mi rostro alegre,  
Mis ojos ya están secos.  
Aquel cuitado Anfriso,  
Que en el pasado tiempo  
En pos de tus encantos  
Corría sin sosiego;  
Aquel que en tu semblante  
Buscaba iluso y necio  
Delicias engañosas,  
Mentidos pasatiempos;  
Aquel que en tus dos ojos  
Hallaba dos luceros,  
Mil perlas en tu boca,  
Mil flores en tu seno;  
Ya sin amor, sin susto,  
Sin ansias ni deseos,  
Lejos de ti ó contigo.  
Tranquilo está y sereno.  
Si al paso de los suyos  
Salen tus ojos bellos,  
Ni su color se muda,  
Ni pierde su sosiego,  
Ni el corazón le avisa  
Del ya pasado incendio.  
Sobre los mismos labios  
Que en el antiguo tiempo  
Solo formar sabían  
Querellas y lamentos,  
Residen ya los ehistes,  
La risa y el contento,  
Las sazonadas hurras,  
Los dichos placenteros.  
Sus ojos deslumbrados,  
Que antes el dios pequeño  
Cerró con tierna mano  
Del mundo á los objetos,  
Dejándolos ¡oh cruda!  
Para ti solo abiertos;  
Lloy, llenos de alegría,  
Yivaces y traviesos,  
Siguen el dulce hechizo  
De mil semblantes bellos,  
Y de otros bellos ojos  
Beben el dulce incendio;  
Que ni los turba el llanto  
Ni ofuscan los desvelos.

## IV.

Enarda, al fin los cielos  
De mí se han apiadado;  
Tú lloras y te alliges,  
Yo estoy alegre y cunto.  
Al que antes, engañada,  
Favoreciste tanto,  
Ya con dolientes voces  
El nombre das de ingrato.  
Por el tu amor sin seso  
Rompió los dulces lazos  
Que mi inocente cuello  
Fucian á tu carro.  
Por él abandonaste  
Mi fe, mi amor, mi llanto,  
Tu honor y tu decoro  
Con engañoso trato.  
Por él, en fin, violaste  
Mil juramentos santos;  
Rompió mil promesas,  
Forjaste mil engaños.  
Ahora, despreciada,  
Derramas llanto amargo.  
Pues llora, injusta, llora;  
Que Anfriso está vengado.

## V.

Mientras los roneos silbos  
Del Aquilon helado  
Llenan á los mortales  
De susto y sobresalto,  
Cantemos, bella Enarda,  
En himnos acordados,  
De amor y sus dulzuras  
El delicioso encanto.  
Del hijo de la diosa  
Que reina en Gnido y Páfos  
Cantemos las victorias  
Y triunfos soberanos,  
Que á su dominio el cielo  
Y tierra sujetaron.  
Las dulces travesuras  
De aquel rapaz vendado,  
Que reina en nuestros pechos,  
Cantemos, y loando  
De su careaj el oro,  
La labor de su arco,  
Sus flechas penetrantes,  
Sus tiros acertados,  
Pasemos dulcemente,  
Uno de otro en los brazos,  
Las horas fugitivas  
Y los veloces años.  
Amor de cielo y tierra  
Es dueño soberano;  
Sus leyes reconocen  
La tierra y cielo esclavos.  
Los globos cristalinos,  
De solo amor guiados,  
Giran en torno al mundo  
Con vuelo arrebatado;  
Y del amor las leyes  
Eternas observando,  
Cuentan en raudos giros,  
Sonoros y acordados,  
Las horas y los días,  
Los meses y los años.  
Pero en la tierra ejerce  
Imperio mas templado  
El ciego dios, mas dulce,  
Mas firme y dilatado,  
Y no hay viviente alguno  
Que de él no viva esclavo.  
Allá en los altos montes  
Y en los oscuros antros  
Sienten de amor la llama  
Los brutos abrasados.  
Los peces en el golfo,  
Del tiro envenenado  
Salvarse no pudieron;



Ni sobre el aire vago  
 Las aves por su vuelo  
 Ni por su dulce canto.  
 Todos de amor al yugo  
 Se rinden, y á su carro  
 Unidos, todos vienen  
 Sus triunfos celebrando.  
 Pero entre todos ellos,  
 El hombre mas colmado  
 Obsequios, homenajes  
 Mas puros va prestando;  
 Que otros vivientes aman,  
 De su instinto arrastrados,  
 Empero el hombre solo  
 De la razon guiado.  
 El hombre venturoso  
 Encierra en los arcanos  
 De su razon las leyes  
 Que amor le ha señalado.  
 El hombre apreciar solo  
 Con dignos holocaustos  
 Sabe de la hermosura  
 La gracia y el encanto.  
 Digalo ¡ay Dios! ¡oh Enarda!  
 Jovino enamorado,  
 Que vive de tus ojos  
 Reconocido esclavo.  
 Un corazon lo diga  
 Donde grabó con rasgos  
 De fuego la tu imagen  
 Amor con tierna mano.  
 ¡Ay! yo era todavia  
 Entonces un muchacho  
 Alegre y bullicioso,  
 Sencillo y agraciado,  
 Y hoy ya sobre mi siento  
 El peso de los años.  
 Digalo una alma fina,  
 Do tiene levantado  
 Su trono tu hermosura,  
 Y do, vibrando rayos,  
 Tus ojos ejercitan  
 El peligroso mando.  
 ¡Ay! ¡cuántas veces, cuántas,  
 Los mios al extraño  
 Ardor de sus pupilas  
 Quedaron abrasados!  
 Digalo, en fin, Jovino,  
 A quien ni los halagos  
 De otras mil hermosuras,  
 Ni estorbos mil, ni el vario  
 Curso de la fortuna,  
 Ni el tiempo, ni el amargo  
 Dolor de larga ausencia,  
 Ni el incesante llanto  
 Que derramó al mirarte  
 Alegre en otros brazos,  
 Mudar nunca pudieroo,  
 Y en quien estorbos tantos  
 Del fuego primitivo  
 La llama no apagaron.  
 Cantemos pues, ¡oh Enarda!  
 En himnos acordados.  
 De amor y sus dulzuras  
 El delicioso encanto,  
 Mientras los roncós silbos  
 Del Aquilon helado  
 Llenan á los mortales  
 De susto y sobresalto.

## VI.

Riñenme, bella Enarda,  
 Los mozos y los viejos,  
 Porque tal vez jugando  
 Te escribo dulces versos.  
 « ¡Debiera un magistrado  
 (Susurran), mas severo,  
 De las livianas musas  
 Huir el vil comercio.—  
 ¡Qué mal el tiempo gastas! »  
 (Predican otros)... Pero,

Por mas que todos riñan,  
 Tengo de escribir versos.  
 Quiero loar de Enarda  
 El peregrino ingenio  
 Al son de mi zampoña  
 Y en bien medidos metros.  
 Quiero de su hermosa  
 Encaramar al cielo  
 Las altas perfecciones;  
 De su semblante quiero  
 Cantar el dulce hechizo,  
 Y con pincel maestro  
 Pintar su frente hermosa,  
 Sus traviesos ojuelos,  
 El carmin de sus labios,  
 La nieve de su cuello;  
 Y váyanse á la... al rollo  
 Los catonianos ceños,  
 Las frentes arrugadas  
 Y adustos sobrecejos;  
 Que Enarda será siempre  
 Celebrada en mis versos.

## EPIGRAMAS.

## Á UN AMIGO.

Pregúntame un amigo  
 Cómo se habrá de hoy mas con las mujeres;  
 Y yo á secas le digo  
 Que, bien que en esto hay varios pareceres,  
 Ninguno que llegare á conocellas,  
 Podrá vivir con ellas ni sin ellas.

## Á UNA DE LAS QUE EN MADRID LLAMAN COJAS.

¿Por qué te llaman coja, Dorotea?  
 ¿Quién hay que tu figura  
 Inhiesta y firme al caminar no vea?  
 Pues ¿á qué tal censura?  
 ¿Es porque suele tu virtud acaso  
 Tropezar y caer á cada paso?

## Á LA MISMA.

Los malignos fisgones  
 Que el apodo de coja te pusieron  
 Son, Dorotea, bravos picarones.  
 Si acaso conocieron  
 Que á tus ojos la luz del bien no llega,  
 ¿No era mejor que te llamasen ciega?

## Á UN MAL ABOGADO.

Se quejan mis clientes  
 De que pierden sus pleitos; pero en vano.  
 A mi ¿qué se me da, si siempre gano?

## Á OTRO QUE GRITABA MUCHO.

Ni me fundo en las leyes  
 Que los sábios de Roma publicaron,  
 Ni en las que nuestros reyes  
 Para esplendor de su nacion dejaron;  
 Mas tengo en los pulmones  
 Todo el vigor que falta á mis razones.

## Á UN MAL PREDICADOR.

Dijiste contra el peinado  
 Mil cosas, enardecido,  
 Contra las de ancho vestido  
 Y las de estrecho calzado.  
 Por eso alguno ha notado  
 Tu sermon de muy severo;  
 Pero que se engaña infiero,  
 Porque, olvidando tu oficio,  
 Solo la virtud y el vicio  
 Te dejaste en el tintero.

## NUEVA RELACION

Y CURIOSO ROMANCE, EN QUE SE CUENTA MUY A LA LARGA COMO  
EL VALIENTE CAVALLERO ANTIORO DE ARCADIA VENCIO POR SI  
Y ANTE SI A EN EJERCITO ENTERO DE FOLLONES TRASPIRENEI-  
COS (1).

## Primera parte.

Cese ya el clarín sonoro  
De la fama vocinglera,  
Mientras que mi cuerno entona  
De Antioro las proezas;  
Mónstruo de ingenio y pujanza,  
A cuya voz se esperezan  
De las pirinéicas cumbres  
Las erguidas eminencias.  
Cese, y vague el ronco estruendo  
De mi retumbante avena  
Por el anchuroso espacio  
De las cerúleas esferas;  
Y ya que justa la fama  
Supo encaramar sobre ellas  
El rumor de sus victorias,  
Tan grandes como estupendas,  
Lleven ahora del mundo  
Por las partes descubiertas  
Sus nuevos heroicos triunfos  
Los ecos de mi corneta.  
Llévenlos, y vuele el nombre  
De este fénix de la escena  
Desde la tórrida Angola  
Hasta la helada Noruega;  
Que no al magniloco vate  
Han de dar siempre materia  
Los lieros botes de lanza  
Con que el nimen de la guerra  
Bate de las altas torres  
Las titubeantes almenas;  
Ni siempre del ciego niño  
Las mal seguras ternizas  
Se han de publicar en breves  
Almbaradas eudechas.  
Venga pues el estro hinchado  
Del dios rubicundo, venga  
A ahuecar mi voz y henchirla  
Del nombre y timbres de Huerta;  
Y dime tú, heroica musa,  
Qué Dios tremendo a su excelsa  
Vencedora pluma dió  
Tan descomunales fuerzas;  
Fuerzas que abatir lograron  
Las arrogancias tifeas  
De los necios botarates  
Cimbrios, lombardos y celtas.  
Di cómo la heroica fama  
De este paladín poeta,  
Desde la Puerta del Sol  
(A cuya chorreante alberca  
Pudo agotar los raudales),  
Fué llevada en diligencia  
De las regiones de Arcadia  
Hasta las ignotas tierras;  
Y cómo arrancó á los vates  
Que las ilustran y pueblan  
Los altisonantes nombres,  
Que impresos en gordas letras,  
*Antioran y aletoflan*  
Su furibunda cabeza.  
Di la destemplada trompa  
Con que cantó las proezas  
De aquel rayo de Neptuno,  
De aquel capitán Tempesta,  
A cuya vista temblaron.  
Con mas miedo que vergüenza,  
Las inhospitales playas

De la Numidia altanera (2),  
Y hasta los viejos escombros  
De las ruinas tagasteas.  
Di la horrenda tritona  
De Alecto, Cronos y aquella  
Peste de sacres nadantes,  
Los rayos, Vesobios, Etnas,  
Los tremendos estallidos,  
Y el humo, el polvo y la gresca  
De demonios coronados  
Que emegrecieron la esfera.  
Di tú... pero nada digas;  
Que para tamaña empresa  
No basta, ¿que digo un cuerno?  
Mas ni cuatro mil trompetas.  
Pero si en cantarlo insistes,  
Pídele prestado á Huerta  
El ronco fagot con que  
Sus jácaras pedorra,  
Y con él á fuego y sangre,  
Guerra, inexorable guerra  
Puedes declarar á cuantos  
Malandrines y vadeas  
Del anti-hortense partido  
Siguen las rotas banderas;  
Declárala á aquel polbrete (3),  
Que en discordantes corcheas  
Solfeó las maravillas  
Del arte de las cadencias.  
Al que en cien metros, medidos  
Sin cartabon y sin regla,  
Fué por mas de cinco dias  
Mini-Esopn de las letras,  
Hasta que un tunante, envuelto  
En jironadas bayetas,  
Le hizo fábula del Prado  
Con rebuzno y con orejas (4);  
Ni te arredre el tal sopista,  
Que, calada otra visera,  
Quiso desfacér, Quijote,  
Los entuerlos de Minerva,  
Y echando por esos trigos,  
Se desnucó en la Acadèmia.  
Declárala al andaluz (5),  
Que con su porraza inhiesta,  
Para disfrazar la suya,  
Va magullando molteras,  
Ni á aquel gavilan Garnacha (6),  
Archibufon de la legua,  
Perdones, que anda adobando  
Sus navajas y taucetas;  
Aquel que en lánguidos versos,  
Zurecidos á la violeta,  
Quitó el crédito á Celinda  
Y el buen nombre al mal profeta  
Ni al otro culto prosista,  
Lagrimaniaco en melena,  
Que autorizó el desafío  
Contra las musas y Astrea (7).  
Pero sobre todo, acosa  
Hasta en las londas cavernas  
Del Báratro á aquel follon (8),  
Que con su azote y palmeta  
Fabulizó una doctrina  
Digna de niños de escuela;  
A aquel momo vascongado,  
Que al compás de su vihuela,  
Calado el yelmo y cubierto  
Con máscara aragonesa,  
Supo epistolear sus pullas  
Y encartar sus cuclinfletas.  
Y en fin, después que tendido  
Hubieres en la palestra  
A tanto ruin endriago,

(2) Alude á cierto elogio que escribió Huerta, de un capitán de marina.

(3) Iriarte.

(4) Turner, que escribió contra Huerta *El Asno erudito*.

(5) Lopez de Ayala.

(6) Nuñez.

(7) El mismo Jovellanos.

(8) Samaniego.

(1) Este romance, y los dos que siguen, están escritos contra don Vicente García de la Huerta, y forman parte de las famosas contiendas literarias de aquella época.

Y que con sus calaveras  
 Alfombrada y deslucida  
 Dejares la ilustre arena,  
 Haz que en volandas te lleven  
 Hasta la orilla del Sena,  
 Y allí las gálicas huestes  
 Reta á mas cruda pelea,  
 Rétalas, y no te asusten  
 En tan peligrosa escena,  
 Ni la borleada Serbona,  
 Ni los temidos Cuarenta,  
 Ni los doce de la Fama,  
 Ni toda la vil caterva  
 De futres y de gabachos,  
 Que con nevadas cabezas,  
 Ya en los tejares cabriolan,  
 Y ya en Luxemburg gallean.  
 Querrán, ya se ve, asustarte  
 Con las sombras lastimeras  
 De aquellos que, maridando  
 Consonantes machos y hembras,  
 Dieron á luz no sé cuantas  
 Trivialísimas tragedias;  
 Y querrán que humilde inclines  
 La inhumillable cabeza  
 Al catequista de Jaira (1)  
 O al adúltero de Fedra (2);  
 Pero tú, tiesa y finchada,  
 Cual matrona portuguesa,  
 Ni á uno ni á otro espantajo  
 Rendirás la erguida cresta;  
 Antes por broquel tomando  
 El carton de taracea,  
 Que salpicado y repleto,  
 Por toda su vara y media  
 De diámetro, de rimbombos,  
 Azafran y unciales letras,  
 Fué en la Imprenta Real blason  
 Digno del valle de Huesga.  
 Embrázale, y denodado  
 Brincando por la palestra,  
 Para en él los sesgos hotes  
 Con que las pieas francesas  
 Para herirte en la tetilla  
 Se enristrarán á docenas;  
 Y si por suerte flaqueare  
 Tan tremebunda rodela,  
 Para mas fortificarla,  
 Clava el retrato de Huerta,  
 A guisa de ombligo, en medio,  
 Y pon debajo esta letra:  
 « Dióme cuna Zafra, abuelos  
 Me dió Castilla la Vieja,  
 Dióme fama Oran, y dióme  
 Carnicero (3) vida eterna,  
*Quam mihi et vobis*, amén. »  
 Verás cuál la vil caterva,  
 Estupefacta á la vista  
 De su frente medusea,  
 Huye de tanto conjuro  
 Con el rabo entre las piernas.  
 Entonces si que triunfante,  
 Con mas de veinte carretas,  
 ¿Qué es veinte? mas de cien mil,  
 De entremeses, de comedias,  
 Tragedias, sainetes, follas,  
 Autos, loas y zarzuelas,  
 Podrás entrar sin embozo  
 Por las calles de Lutecia;  
 Donde si acaso topares  
 Con aquel jóven vadea,  
 Que sin ton ni son su bolsa  
 Fió á un loco, y con afrenta  
 De la razon y el buen seso  
 Se hizo aprendiz de Mécenas,  
 Empobreciendo su fama  
 Por enriquecer á Huerta,  
 Dile... Pero, musa, ¿qué

Le dirás que bien le venga?  
 Dile: « Salve, oh patroncito  
 De las musas jacareras;  
 Salve, limosnero aodante  
 De las Piérides ibéricas,  
 Por quien España con H (4)  
 Alcanzó tan estupendas  
 Victorias como hoy publican  
 Los eruditos horteras,  
 Parientes de Mariblanca,  
 Por el lado de las tiendas;  
 Salve, nata; salve, espuma;  
 Salve, flor, y salve, estrella  
 Del Parnaso, á quien, repletos  
 De entusiasmo los poetas  
 Hambrientos, vida y dulzura  
 Llamau y esperanza nuestra;  
 Salve, y plegue á Dios que llegue  
 Hasta tus tataranietas  
 La immortal dedicatoria  
 Que al ver la bolsaza abierta  
 Contra ti y toda tu casta  
 Lanzó la musa de Huerta!  
 Salve, salve, y plegue al cielo  
 Que algun día el mundo sepa,  
 Cuando el teatro español  
 Tu nombre por él extienda,  
 Que no pudo haber en toda  
 La redondez de la tierra,  
 Desde Augusto acá, tal obra,  
 Tal autor ni tal Mécenas.  
 Dile... Pero, musa, basta;  
 Toma aliento, y menos liera,  
 Para la segunda parte  
 Vé limpiando tu corneta.

### Segunda parte

de la historia y proezas del valiente caballero Antioro de Arcadia,  
 en que se da cuenta cómo venció y destruyó en singular batalla  
 al descomunal gigante Polifemo el brujo.

Por los balcones de oriente  
 Rayaba la blanca amiga  
 De Titon, regando aljofar  
 Sobre las verdes colinas,  
 Cuando el valiente Antioro  
 De su castillo salia,  
 Armado de punta en blanco,  
 Lanza en mano, espada en cinta,  
 Lleno el cuajo de alacranes,  
 Y de venablos la vista.  
 De un largo alazan candongo  
 La aguda espalda ceñia,  
 Tan seguro en los estribos,  
 Cuanto brioso en la silla.  
 No vieron tan bizarrote  
 Las guadianesas orillas  
 Del paladin de la Mancha  
 Allí, cuando peregrinas  
 Aventuras demandando,  
 De Rocinante oprimia  
 El llaco armazon, al peso  
 De espaldar, casco y loriga,  
 Como vosotras, oh vegas,  
 Que el claro Alfeo ameniza,  
 Al triunfador pirenaico  
 Visteis con pismo este dia.  
 Por todas partes las aves  
 Salvas á su nombre hacian;  
 Sahumábanse las flores,  
 Le abanicaban las brisas.  
 Hubiera salido en busca  
 De un gigante que en el dia  
 De la pasada refriga  
 Logró escapar de sus iras;  
 Mas no bien diera de Arcadia  
 Por las campañas floridas  
 Su alazan treinta corecos,

(1) Voltaire.

(2) Racine.

(3) Por el retrato que hizo de Huerta.

(4) Alude á la ortografía particular que adoptó Huerta, y de la cual resultaba *español* con *h*.



Cuando hétéle que á su vista  
Se apareció Politemo  
(Que así al gigante apellida  
La fama, prodiga siempre  
En elogios y mentiras).  
Dime tú, chuscante musa,  
Tú, que la pasada riza  
Cantando, supiste el cuerno  
Hlenchir de flatos y ebispas;  
Tú, que en la parte primera,  
Con tan pomposa armonía,  
De los galicos pendones  
Pintaste la triste ruina,  
Y de mi campeón el triunfo  
A las celestes guardillas  
Encaramaste ingeniosa:  
Dime ahora, por tu vida,  
¿Quién era ó de dónde vino  
A nuestra tierra esta hidra  
Infernal, este vestigio,  
Este monstruo y esta arpla,  
Que del invencible Antioro  
Pudo despreciar las iras?  
¿No es este aquel á quien juntos  
El Duero y Túrta prohijan,  
Y á cuyo ingenio oficiosas,  
De uno y otro las orillas  
Dieron sales de secano  
Con liviandad regadia?  
No es aquel que con Proteo  
Puede apostar á engañifas,  
Pues sabe cascar las liendres  
Bajo mil formas distintas?  
No es el que osó dar asalto  
A los muros de la China,  
Y hacer en sus mandarines  
Horrenda carnicería?  
; Oh malhadada victoria,  
Por el tiempo oscurecida!  
Deslucióronte los brujos,  
Piciáronte las jorquinas.  
¿No es aquel que allá del Bétis  
En las desmandadas linfas  
Zambulló qué sé yo á cuántas  
Deidades hechas de prisa,  
Ya de récia carne humana,  
Y ya de estraza y de tinta?  
¡Epico divinizante!  
Tú lo dirás, ó lo digan  
Las prensas, que ya en tu alono  
Resudan quizá ó reclinan.  
¿No es, en fin, quien nuevas armas  
Fundiendo está á la sordina  
Contra el *Teatro Español*,  
Allá en las forjas sanchinas?  
El mismo es pitioparado,  
Que con el albor del día  
Al enenentro de Antioro  
Se salió medio en camisa,  
Solo, y sin mas armadura  
Que su astucia serpentina;  
Va caballero en un asno.  
Duchó ya en cruentas rizas.  
Apenas le ve Antioro,  
Cuando elavando en las tripas  
De su hipogrifo tres palmos  
De acicate, á suelta brida  
Corre á él, y puesto en jarras,  
De esta suerte le exorciza:  
«Vén acá, desacordado  
Gigante, á quien apellidan  
Azote de altos ingenios  
Las gálicas savandijas;  
Vén acá, follon cobarde.  
Tú, que nunca abierta liza  
Otogaste en campo raso,  
Sino con riin perfidia  
Parapetado y cubierto  
Detrás de cien celosias,  
Contra la flor del Parnaso  
Tú municion encaminas:  
En mala hora á mis manos

Te cahestró tu desdicha,  
Que has de perecer en ellas,  
Sin mas ni mas, como hay viñas.»  
Dijo; y blandiendo el lauzon,  
Con tal aire á la tetilla  
Le apuntó, que ya le enviara  
A almorzar en la otra vida,  
A no ser porque en un punto  
(¡Esta sí que es maravilla!)  
Se le convirtió en barbero  
Con guitarra y con bacía.  
¿Quién podrá contar la rabia,  
La furia, el livor, la tirria  
Con que el bueno de Antioro  
Trago la burla maldita?  
Pero, por fin, reparado  
De su vergüenza, a la liza  
Vuelve, diciendo al endriago  
Estas dulces palabritas:  
«Ya, ya conozco, espantajo,  
Tus mágicas arterias,  
Y estoy bien seguro de ellas  
Por la estafeta mambрина;  
Mas no te valdrán por cierto,  
Pues juro a la charca Estigia  
De no rizarne los tufos  
En mas de euarenta dias,  
Hasta poner fin y postre  
A tu duendesca estantigua.»  
Dijo; y ya iba el lauzon  
A alzar, cuando una neblina  
(Que no sé de dónde diablos  
Bajó) robó de su vista  
El burro, el flebotomano,  
La guitarra y la bacía;  
Y en su lugar, ¡oh portento!  
Quedó un ciego romancista  
Con su garrote, su perro,  
Lazarillo y sinfonía.  
¡Yálame Dios, y qué burla  
Tan pesada y tan rolliza!  
¿Viste alguna vez chasqueado  
Por la astucia peregrina  
De Pepe Hillo un torazo  
De Gijón, cuál las sortijas  
Del negro testud encrespa,  
Brama, hufa, y con la vista  
Torva al débil enemigo  
Impropia y desafia?  
Pues así, ni mas ni menos,  
Antioro, ardiendo en ira  
Y echando trinos y tacos,  
Por la estrada corre y brinca,  
Como un sándio, y al trasgüelo  
Quiere engullir con la vista.  
*Imperlérrito* entre tanto  
El ciego á la sinfonía,  
Cantaba la horrenda rota  
De las huestes cisalpinas,  
Y el lazarillo hacia el son  
Con su vara y sortijillas.  
De tan desigual combate  
Bien quisiera la indecisa  
Suerte evitar Antioro.  
O que una bruja maldita  
Súbito le trastrocara  
En *Bereber de Numidia*,  
En *Hebrea toledana*  
O en *Orate de Chinchilla*;  
Mas reparóse, y membrando  
De corazon la alta estima  
De su nombre, el juramento  
Que jurara, y la rechilla  
De todo el género humano,  
«Pues nada, dijo, me auxilian,  
Ni el valor, ni tan tremendas  
Armas contra una estantigua,  
Mágicamente endiablada,  
Venza otro encanto sus iras;  
Que *industrias contra finezas*,  
Dijo una pluma erudita:»  
Y al punto arrojó la lanza

Tan veloz, que por la limpia  
Region del aire crujiendo,  
Fué á dar á la puerta misma  
De la tienda de Copín (1),  
Donde hasta hoy se divisa  
Profundamente clavada,  
Y aun hay quien diz que se cimbra.  
«Ahora las habrá conmigo,»  
Dijo entonces al sinfonista;  
¿Y qué hace...? ¿Quién lo creyera!  
Toma y coge... ¡oh maravilla!  
El prólogo del Teatro  
Con toda su ortografía,  
Preñada de *III* y *XX*,  
De tal temple y con tan finas  
Puntas armadas, que un muro  
De diamante herir podrían;  
Añadióle por contera  
*La advertencia de Xáira*,  
*Las obras sueltas*, *El pedo* (2)  
*Dispersador*, y una ristra  
De romanzones heroicos  
Y jácaras, embutidas  
Con desvergüenzas tamañas  
Como el puño. A tan dañina  
Metralla, ¡qué hombre, qué ángel,  
Qué dios resistir podría!  
Y porque á ningún ensalmo  
Se doblase, la exorciza,  
Leyendo en alto el romance  
De las playas de Numidia,  
Con sus horrendos conjuros  
Y sus nombres de Paulina.  
Conoció el riesgo el gigante,  
Y la mortal batería  
Temiendo, vuelve á su forma,  
Y se presenta á la liza.  
Empero, viendo la rabia  
Con que hacía él se movía  
Su fiero rival, turbóse,  
Y con voz interrumpida,  
Puesto en cuclillas el burro,  
Y de hinojos él encina,  
«Bravo campeón, le dijo,  
En vano la industria mía  
Contra tu invencible diestra  
Se movió, cuando aturdidas  
No quieren venir las hadas  
A darme ayuda; en tal cuita,  
Duélete por Dios, y triunfa  
De mí y mis hechicerías,  
Que yo juro de no ser  
A tu pesar helenista,  
Ni volterista, ni brujo,  
En los días de mi vida.»  
¡Qué corazón tan guijarro,  
Qué alma tan diamantina  
A tan modesta plegaria  
No envainara su ojeriza!  
Pero al contrario, Antioro,  
Regoldando nuevas iras,  
Y con voz aun mas tremenda  
Que la del trueno, decía:  
«No, juro á Dios, no me duelo  
De tu susto ni tus cuitas,  
Follon, y haz cuenta que ya  
Te cayó la lotería.»  
Viendo, por fin, que al combate  
Se preparaba, su ruina  
Temió Polifemo, y para  
Evitarla, con gran prisa  
Dió de varazos al burro,  
Y acá y acullá la brida  
Moviendo, pensó burlarse  
De la cólera huertina;  
Pero Antioro, echando rayos  
Por la boca y por la vista,  
Le enderezó su metralla  
Con tal tino y con tal dicha,

Que en la frente del gigante  
Elocó una octava rima  
Enredada entre dos *III*  
Y la *X* de Xáira,  
Con que le estrelló, y dejóle  
Tuerto por toda su vida.  
Desconcertado, sin pulsos,  
Sin voz, y al golpe reuidas  
Su fuerza y las de sus magos,  
Sobre la arena batida  
Cayó de su burro el triste  
Polifemo, y con su ruina  
Acreditó al orbe entero  
Que no hay ni en las hondas simas  
Del averno, ni en la tierra  
Ni en el cielo tan divina  
Pujanza, que á la pujanza  
De Antioro no se rinda.

## JÁCARA EN MINIATURA,

À DON VICENTE GARCÍA DE LA HUERTA.

Desde este desvan,  
O caramanchon,  
Donde una gran vida  
Papándome estoy,  
Yeo cuanto pasa,  
Señor don Simon,  
Por toda la tierra  
Medida al redor.  
De Lima á Madrid,  
De Roma al Mogol,  
No hay corte, villorrio,  
Cabaña ó rincón,  
Do no se haya entrado  
De hoz y de coz  
La Envidia, y metido  
Su jurisdiccion.  
¡Qué estragos no causa!  
Qué desolacion!  
Soy duende, y con todo,  
Me lleno de horror.  
Empero mas punza  
Su contradiccion  
La infame, y mas clava  
Su diente feroz  
En gente sabianda  
De fama y de pro.  
No hay cura ni fraile,  
No hay estudianton,  
Togado, letrado,  
*Doctora* ó doctor,  
Que no hiera y manche  
Con torpe livor.  
Mas ya los poetas  
A quienes guiñó  
Minerva propicia,  
Y Apolo fió  
Su citara eburna,  
Son blanco desde hoy  
De su venenoso  
Sangriento furor.  
Los sigue y acecha,  
Los zunba al redor.  
Los ladra, los muerde,  
Y sin compasion  
Los roe y engulle  
Con rabia feroz.  
Digalo uno de ellos,  
Digalo, si no,  
Aquel ingeniazo  
De los de á doblon,  
Aquel gran poeta  
Que al mundo aturdió  
De Aranda á Paris,  
De Zafra al Tirol;  
Aquel cuyos versos,  
Sonando á tambor,  
Atruenan y aturden  
Oído y razon.  
¡Oh, qué testimonios

(1) Un librero.

(2) Con este título publicó Huerta cierta obrilla.

Que le levantó  
La Envidia! qué chismes!  
Qué enredos! qué horror!  
Que cosas no dijo!  
; Con cuanta pasión  
De apodos y mote  
Su nombre cubrió!  
Llamóle trompeta  
De Puerta de Sol,  
Chispero del Pindo,  
Pluma de antuvion,  
Autor de desvan,  
Candil y jergon;  
Y para que fuese  
Su fama mayor,  
Mas lindo su nombre,  
Mas hueca su voz,  
Le trujo de Arcadia  
Un mote burlon.  
Y *Antioro y Delia*  
Tambien le llamó.  
Ni así la perversa  
Sació su rencor;  
Sus dichos, sus hechos  
Sangrienta infamó,  
Y a *liesma* y *Cutierrez*  
(; Qué mala intencion!)  
En prosa y en verso  
Su nombre igualó.  
Mas todo á la Envidia  
Lo pasara yo,  
Si no fuese un cuento  
De ruin invencion,  
Que para reirse  
La picara urdió.  
Contarle quisiera,  
Señor don Simon;  
Pero habeis de oírle  
Con grande atencion,  
Como que os lo cuenta  
La Envidia, y no yo.  
En fin, como digo,  
Amigo y señor,  
Entre otras cosuelas  
Que le levantó,  
Decía la Envidia  
(; Vea usted qué invencion!),  
Decía que cuando  
Al suelo *hespañol*  
Del vientre materno  
Cayó este señor,  
Bajaron las musas,  
Y en un corralon  
Juntaron conejo  
Con grande rumor,  
; Qué mimos no hicieron  
Al niño rollon!  
Qué cocos! qué muecas!  
Sea todo por Dios.  
Erato, primero,  
Sus dones le dió,  
Le untó con meloja  
La lengua y pulmon,  
Y para que un día  
Cantase de amor,  
En vez de su lira  
Le dió un guitarron.  
«Clarín y trompeta  
No te daré yo.  
Dijo doña Clio  
Con tono burlon;  
Mas, para que cantes  
Al gran Barceló,  
Zampona y corneta  
Te daré, por Dios,  
Y para otros dropes  
Un ronceo fagot.»  
Con aire gitano,  
Ladino y chuscon,  
La buena ventura  
Urania le echó;  
Y el signo anunciando

De su mamanton,  
«¡Oh Neue! le dijo,  
; Qué fama! qué honor!  
Qué gloria! qué timbres,  
El tiempo andador  
Guardadas te tiene  
En su gabeton!  
Un día en la corte  
Del reino *hespañol*  
Serás tu un gazapo  
De marca mayor.  
Tus obras por calles,  
Por tiendas y por  
Zaguanes, traídas  
Como en procesion,  
De viejos, de niños,  
Y aun *fembras* de pro,  
Serán ensalzadas  
Sin son y sin ton;  
Y entonces tu nombre,  
Impreso al primor,  
Por esos dinteles  
Y esquinas de Dios,  
Será en letras gordas  
Sobre un cartelon  
Rumboso, pomposo,  
Tamaño ó mayor  
Que el que á sus bragueros  
*Menine* ofreció.  
A oscuras, en medio  
De tanto esplendor,  
Quedarán los nombres  
Que estén al redor,  
Incluso el frescote  
Y atroz titulon  
Del santo Concilio,  
Paz sea al traductor.»  
Pero sobre todas  
Las musas mostró  
Talia aquel día  
Su garbo y primor.  
Al vate en mantillas  
De dijes lleuó;  
Chillote, arrullóle,  
Cantóle el ron, ron;  
Besóle en la boca,  
Y el rubio pezon,  
Para alimbararle,  
En ella ordeñó,  
Diciendo: «Hijo mio,  
Bendito sea Dios,  
Que para mi gloria  
Al mundo te echó.  
Tú seras un día  
Mi lustre, mi honor,  
Y aun mi *patroncito*,  
Por vida de briós.  
Por ti ya no temo  
A aquél regañon  
Que del Peripato  
La jerga inventó,  
Y las unidades  
Sacó en procesion;  
Aquel viejo chocho,  
Que el Pindo pensó  
Rendir á sus leyes  
Como el Macedon,  
Su cria á porrazos  
El mundo rindió.  
Ni del Venusino,  
Rancio preceptor,  
Que á Octavio y Mecénas  
Sin tino aduló,  
Las reglas me asustan  
Que en larga lición  
Dictó á los Pisones,  
Ni las que le hurtó,  
Sin Dios ni conciencia,  
El chusco Boileau,  
Para ir las cantando  
En su *facistal*.  
Ni temo á otros tantos]



Poetas de pro,  
 Que de preceptistas  
 Tienen opinion,  
 Y van con sus reglas  
 Vendiendo alfajor  
 Desde el Tajo al Sena,  
 Desde el Duero al Pó.  
 Más que ellos y ellas  
 Valemos tú y yo,  
 Amén de Moreto,  
 Lope y Calderon,  
 Y toda la chusma  
 Del zucoo *hespañol*. »  
 Así de las musas  
 La risa y favor  
 Gozaba este niño  
 Desde que nació.  
 Solo Melpomene  
 En tal ocasion  
 Adusta y tacaña  
 Con él se mostró,  
 Puesto que ni un dije  
 Ni un beso le dió.  
 La causa, señores,  
 De tanto rigor  
 (Decía la Envidia)  
 Bien me la sé yo.  
 ¿Y quién no la sabe?  
 Oídme, por Dios,  
 Lo que, andando el tiempo,  
 Con él sucedió.  
 Un día el tal nene  
 (Si fué chanza ó no,  
 Ninguno lo sabe)  
 Al templo subió  
 De la cancamusa,  
 Y en él de rondon  
 Entrando, el coturno  
 Izquierdo le hurtó.  
 Calzóle en chancleta;  
 Y aunque le atisbó  
 Y siguió un portero,  
 Iofame y ladrón  
 Llamándole á gritos,  
 Por fin se escapó.  
 Cojeando y saltando,  
 Por un corredor.  
 De allí por las tapias  
 Del corral ganó  
 La casa de Ulloa (1),  
 Que estaba con Dios.  
 Ni sala, ni cuarto,  
 Ni alcoba dejó,  
 Que no pescudase,  
 Cual diestro ladrón;  
 Hasta que la moza  
 Por fin le sopló.  
 Montóla á las aucas  
 De un rucio frison;  
 Llevóla á Toledo,  
 Y allí la atavió  
 Con tocas flamantes,  
 Refajo y jubón,  
 Y en fin, de tal arte  
 Me la disfrazó,  
 Que no la extremara  
 Ni quien la parió.  
 Despues su manecba,  
 Sin ley y sin Dios,  
 La hizo; dotóla  
 Con gran profusion;  
 La dió su retrato  
 En arras, y aun hoy  
 Perdido por ella  
 Anda el pobreton.  
 ¿Quién tal pensaria  
 De un hombre de honor?  
 Mas caro la fiesta,  
 Pardiez, le costó;  
 Pues tal amorio

Ensuma purgó,  
 No sé si en Melilla,  
 Orán ó Peñon.  
 Con todo, hay quien jura  
 Que no escarmentó,  
 Y debe ser cierto,  
 Segun la opinion  
 De aquellos que dicen  
 Que a Oliva robó  
 Despues los gregüescos  
 De su Agamenon,  
 Y á otros... Mas basta  
 De chisme, Señor.  
 Y aun estos los dice  
 La Envidia, y no yo.  
 Vea usted aquí un cuento,  
 Señor don Simon,  
 Que, asi Dios me ayude,  
 No puede ser peor.  
 ¿Qué embrollo! qué enredo!  
 Parece invecion  
 Del tuerto *Segarra*;  
 Mas témome yo  
 Que en otra oficina  
 Tal vez se forjó.  
 ¿Qué va que aquí anduvo  
 Algun camastron  
 Medio *farmaceuta*?  
 Qué va, en conclusion,  
 Que á modo de emplasto  
 El cuento amasó,  
 Y no hubo almirer,  
 Mortero, perol,  
 Retorta, alambique  
 Ni matraz, que no  
 Saliese á la danza  
 En esta ocasion?  
 ¿No lo dice el duende?  
 Pues apuesto yo  
 A que para ello  
 Ya tiene razon.  
 ¿Ay diablo de duende!  
 No hay bicho peor.  
 Y ¿qué polvareda  
 Al fin levantó  
 Por dar vaya al nuevo  
*Teatro hespañol*!  
 Que viva, que viva  
 Por tal invencion.  
 Voltaire y Racine,  
 Linguet y Caron,  
 El buen Signorelli,  
 Forner y el bufon  
 De Cosme Damian,  
 Con toda la flor  
 De los anti-hortenses,  
 Al duende inventor  
 Darán mil palmadas,  
 Y harán bien, por Dios.

## DOS FÁBULAS DE LA FONTAINE.

## LA ENCINA Y LA CAÑA.

Dijo un día la encina,  
 Hablando con la caña.  
 « Con sobrada razon, oh pobrecita,  
 Te pudieras quejar de la fortuna.  
 Cualquiera pajarillo  
 Es para tí una carga muy pesada,  
 Y el soplo mas ligero,  
 Que suele apenas encrespar la lisa  
 Superficie del agua,  
 Te obliga á dar de hocicos en el polvo.  
 Al contrario, mi copa,  
 Cual eminente Cáucaso elevada,  
 Del sol se opone á los ardientes rayos,  
 Y insulta y desafia  
 Al impetu ruidoso de los vientos.  
 Al menos si te hubieses  
 Criado aquí al abrigo de los ramos  
 Con que cubro este monte,

(1) La Raquel, de Ulloa.

Vivieras mas segura,  
Guarecida por mi de las tormentas.  
Pero tú, desdichada,  
Creces sobre esas playas descubiertas,  
A ser débil juguete de los cierzos.  
Por cierto que contigo  
Aulvo bien cruel naturaleza.—  
Amiga, yo agradezco  
Tu compasión, la respondió la caña;  
Mas no tengas envidia,  
Pues yo, doblando el cuello á los embates  
Del viento, mas segura  
Estoy que tu, por mas que hayas aliva  
Resistido hasta ahora. Vamos viendo.\*  
Mientras la caña habla,  
Del opuesto horizonte  
Un récio vendabal se precipita  
Con furia impetuosa.  
Al punto se encorvó la débil caña;  
Mas la robusta encina  
Resiste á los embates,  
Hasta que al fin, doblando sus esfuerzos  
El viento asolador, desenaja y troncha  
Al árbol que escondia  
Su alta copa en las nubes,  
Y su raíz en el profundo abismo.

## LOS DOS MULOS.

Iban dos mulos caminando un día,  
Cargado uno de yeso,  
Y otro de gran tesoro para el fisco.  
Iba este tan ufano con el peso  
De su opulenta carga,  
Que no la soltaria por un reino.  
Marchaba mesurado  
Con grave paso y levantado el cuello,  
Tocando su cencerro;  
Cuando hiele que sale  
De pronto una cuadrilla de bandidos,  
Que, hambrientos de dinero,  
Sobre el ufano conductor se arrojan;  
Le rodean, le agarran por el freno,  
Le oprimen y detienen.  
Pretende resistirle;  
Pero, sintiendo al punto  
De todas partes sobre si mil palos,  
«¿En esto, dijo sollozando, en esto  
Han venido á parar mis esperanzas?  
Este otro que me sigue,  
Me sigue sin peligro;  
Yo caigo en él, y del salir no fio.—  
No siempre provechosos  
Los grandes cargos son, amigo mio,  
Le dijo el camarada;  
Que agora en tal apuro no te vieras  
Si, á ejemplo mio, hubieses  
Prestado tus servicios á un yesero.»

## HIMNO A LA LUNA,

EN VERSOS SÁFICOS.

Astro segundo de la ardiente esfera,  
Que en el espacio de la noche fria  
Suples la ausencia del radiante hermano,  
Fulgida luna.  
Tu, que la sombra disipando, sacas  
Plantas y flores del funesto caos,  
Volviendo al suelo, con tu luz dorada,  
Vida y colores;  
Tú, que del carro rutilante envías  
Al triste mundo pálidos reflejos,  
Mientras en dulce sueño sus fatigas  
Olvida el hombre;  
Tu, que brillando con fulgor sereno,  
Guias piadosa el vacilante paso  
Del peregrino que la ignota senda  
Pisa medroso;  
Ya que de la alta region celeste  
Bajas tranquila el silencioso carro

Hasta la cima do el pastor Latmeo  
Yace dormido;  
Y allí, del bello Endimion cautiva,  
Y de la augusta majestad cansada,  
Le honras con dulces ósculos, del triste  
Nunca sentidos;  
Sé una vez sola generosa y pia  
Con dos amantes que tu gracia imploran;  
Sélo contigo, y las doradas luces  
Timida oculta.  
Así, sin mengua del real decoro,  
Podrás llegar al barragan Tesalio,  
Podrás gozarle sola, y á despecho  
De cielo y tierra;  
Y en tanto, á espaldas de la sombra oscura,  
Libre de susto y turbacion, Fileno  
Morir de amores en los dulces brazos  
Podrá de Glori.  
Si esto te deben dos amantes almas,  
En la coyunda del amor unidas,  
Siempre á tu nimen quemarán devotas  
Nocturno incienso;  
Siempre á tu nimen cantarán unidos  
Himnos de culto y gratitud sonoros,  
Ora en el lleno de tu luz le adoren,  
Ora en menguante.

## CANTO GUEHRRERO

PARA LOS ASTURIANOS.

A las armas, valientes astures,  
Empuñadlas con nuevo vigor;  
Que otra vez el tirano de Europa  
El solar de Pelayo insultó.

Ved que lieros sus viles esclavos  
Se adelantan del Sella al Nalon,  
Y otra vez sus pendones tremolan  
Sobre Torres, Naranco y Gozon.

*Corred, corred briosos,  
Corred á la victoria,  
Y á nueva eterna gloria  
Subid vuestro valor.*

Cuando alivia al dominio del mundo  
La señora del Tíbre aspiró,  
Y la España en dos siglos de lucha  
Puso freno á su loca ambicion;  
Ante Asturias sus águilas solo  
Detuvieron el vuelo feroz (1),  
Y el feliz Octaviano á su vista  
Desmayado y enfermo temblo.

*Corred, corred briosos, etc.*

Cuando suevos, alanos y godos  
Inundaban el suelo español;  
Cuando atónita España rendia  
La cerviz á su yugo feroz;  
Cuando audaz Leovigildo, y triunfante  
De Toledo, corria á Leon;  
Vuestros padres, alzados en Arvas,  
Refrenaron su insano furor.

*Corred, corred briosos, etc.*

Desde el Lete hasta el Piles Tarique  
Con sus lunas triunfando llegó,  
Y con robos, incendios y muertes  
Las Españas llenó de terror;  
Pero opuso Pelayo á su furia  
El antiguo asturiano valor;  
Y sus huestes el cielo indignado  
Desplomando, el Auseva oprimió.

*Corred, corred briosos, etc.*

En Asturias Pelayo alzó el trono,  
Que Ildelonso afirmó vencedor;  
La victoria ensanchó sus confines,  
La victoria su fama extendió.  
Trece reyes su imperio rigieron,  
Héroes mil realzaron su honor,

(1) Así las ediciones anteriores. Es probable que Jovellanos escribiera *reloz*.

Y engendraron los héroes que altivos  
Dieron gloria á Castilla y Leon.

*Corred, corred briosos, etc.*

Y hoy, que viene un villano enemigo  
Libertad á robaros y honor,

¿En olvido pondréis tantas glorias?

¿Sufriréis tan indigno baldon?

Menos fuerte que el fuerte romano,

Mas que el godo y el árabe atroz,

¿Sufriréis que esclavice la patria,

Que el valor de Pelayo libró?

*Corred, corred briosos, etc.*

No creáis invencibles ni bravos

En la lid á esos bárbaros, no;

Solo en artes malignas son fuertes,

Solo fuertes en dolo y traicion.

Si en Bailen de sus águilas vieron

Humillado el mentido esplendor,

De Valencia escaparon medrosos,

Zaragoza su fama infamó.

*Corred, corred briosos, etc.*

Alcañiz arrastró sus banderas,

El Alberche su sangre bebió.

Ante el Tormes cayeron batidos,

Y Aranjuez los llenó de pavor.

Fué la heroica Gerona su oprobio,  
Llobregat reprimió su furor,  
Y las ondas y muros de Gádes  
Su sepulcro serán y baldon.

*Corred, corred briosos, etc.*

Y vosotros de Lena y Miranda

¿No los visteis huir con terror?

Y no visteis que en Grado y Doriga

Su vil sangre los campos regó?

Pues ¿quién hoy vuestra furia detiene?

Pues ¿quién pudo apagar vuestro ardor?

Los que ayer eran flacos, cobardes,

¿Serán fuertes, serán bravos hoy?

*Corred, corred briosos, etc.*

Cuando os pide el amor sacrificios,

Cuando os pide venganza el honor,

¿Cómo no arde la ira en los pechos?

¿Quién los brazos nerviosos ató?

A las armas, valientes astures,

Empuñadlas con nuevo vigor:

Que otra vez con sus huestes el Corso

El solar de Pelayo maneó.

*Corred, corred briosos,*

*Corred á la victoria,*

*Y á nuera eterna gloria*

*Subid vuestro valor.*

## ODAS.

EN LA MUERTE DE DOÑA ENGRACIA OLAVIDE.

### ODA SÁFICA,

Al capitán D. José de Alava.

Mientras cubierto el beaciense suelo  
De triste luto, la eternal ausencia  
Siente de Filis, y las fuentes claras

Llorán su muerte;

Mientras al cielo sus dolientes voces

Tristes envían las graciosas ninfas,

Que con su llanto la urna transparente

Del Bétis hincen;

Mientras al son de roncós instrumentos

Van entonando lúgubres endechas

Los pastoreillos que los verdes prados

De Ubeda cruzan;

Vén tú, Lisardo, y con veloces plantas

Huye ligero del funesto clima

Que á la divina, á la inocente Filis

Causó la muerte.

Huye, y contigo del letal recinto

Subito arranca al dolorido Fabio

Que aún la sombra y las cenizas frias

De Fili adora.

¡Guay! que al influjo de maligna estrella

No quede expuesto el huérfano inocente;

Sálvale, salva, y en tu seno amigo

Séale oculto.

¡Ah! no permitas que al horrendo triunfo

Otros agreguen los funestos hados,

Ni que la Parca mas ilustres almas

Destierre al Orco.

¡Oh cruda muerte! ¡Cómo en un instante,

De la mas bella y adorable ninfa

Todas las gracias, los encantos todos

Vuelves en humo!

La que atraía con su dulce canto

Del aire vago á las canoras aves,

Y los feroces brutos extraía

De sus cavernas;

Cuyo sonoro penetrante acento

Daba sentido á los peñascos duros,

Y detenía en su corriente rauda

Fuentes y rios,

¿Dónde se ha ido? ¿Cómo no resuenan

En los amenos Carolíneos valles

Sus peregrinos, melodiosos ecos

Dulcisonantes?

Cuando, á la excelsa Venus semejante,

Salía al campo, los humildes chopos,

El olmo erguido y los ancianos robles

Se le inclinaban.

Donde estampaba con airoso impulso

La breve huella su fecunda planta,

Allí á porfía mil galanas flores

Luego brotaban.

En otro tiempo ¡oh triste remembranza!

Tú mismo viste los marianos montes

Al dulce encanto de su voz alegres

Y conmovidos.

Di, ¿no te acuerdas cuando señalaba

Su blanca mano con devotos signos

Sobre la arena del futuro pueblo (1)

Todo el recinto;

Cuando miraba del eimiento humilde

Salir erguido el majestuoso templo,

El ancho foro, y del facundo Elpino

La insigne casa;

Cuando al anciano documentos graves

Daba, y al jóven prevenciones blandas,

Y á las matronas y á las pastoreillas

Santos ejemplos;

Cuando sus lares consagraba pia;

Cuando sus fueros repetía humana;

Cuando ayudaba en la civil faena

Al sábio Elpino;

O cuando, envuelta en celo religioso,

Su voz enviaba del angusto templo

Votos profundos, reverentes himnos

Al Dios eterno?

Cuando... Mas huye, huye presuroso;

Huye, Lisardo, del fatal recinto;

Huye con todos, y haz que humana planta

Mas no le oprima.

(1) Las poblaciones nuevas de Sierra-Morena.



Otra vez sea hórrido desierto,  
De inculcas fieras solamente hollado,  
Donde de Filis vague solamente  
La flébil sombra.

Huye, pero antes á la tumba fría,  
Do ella descansa, llega reverente,  
Y allí con puntas de diamante eternas  
Graba estas voces:

« De Fili un tiempo la presencia hermosa  
Era delicia de este suelo ingrato;  
Hoy es su afrenta el sueño sempiterno  
De sus cenizas. »

## ODA SÁFICA (1).

DE JOVINO Á PONCIO (2).

Dejas; oh Poncio! la ociosa Mantua,  
Y de sus musas separado, corres  
Ado las torres de Cipion descuellan  
Sobre las ondas;

Sobre las ondas, que la grande armada  
Mecan humildes del monarca hispano,  
A cuya mano, tímido Neptuno,  
Cedió el tridente.

¡ Oh cuánta noble juventud te espera!  
Oh cómo hierve, y animosa explyea  
Sobre la playa su valor, de triunfos  
Impaciente!

Sube las altas naos presurosa,  
Y por el ancho piélago cruzando,  
Ira bramando cual león que hambriento  
Busca su presa.

Tiembla á su vista, palida, y se esconde,  
Despavorida, la feroz Quimera (3),  
Que la bandera tricolor impia  
Sigue proterva.

Caerá rendida, y con horrible estruendo  
En el profundo báratro lanzada,  
Será herrojada por las negras furias  
De sus cavernas.

Y allí sus dogmas y cruentos ritos,  
Y allí sus leyes y moral nefanda,  
Y allí su infanda deleznable gloria  
Serán sumidos.

Allí, de donde por desdicha fueran  
De la llorosa humanidad salidos,  
Serán hundidos con espanto, y dados  
A olvido eterno.

¡ Guay de ti, triste nación, que el velo  
De la inocencia y la verdad rasgaste  
Cuando violaste los sagrados fueros  
De la justicia!

¡ Guay de ti, loca nación, que al cielo  
Con tan horrendo escándalo afligiste  
Cuando tendiste la sangrienta mano  
Contra el ungido!

Firmó su santa cólera el decreto,  
Que la venganza confió á la España,  
Y ya su saña corre el golfo, armada  
Del rayo y trueno.

Lidiará Poncio do la roja insignia  
Se diere al viento por la empresa santa,  
Do la almiranta despareciere en torno  
Ruina y espanto.

Lidiará, empero, de Minerva al lado;  
Que ella su brazo y asistencia pide,  
Y ella su egide tenderá piadosa  
Para cubrirle.

¡ Cúbrele, oh Diva! La naval corona  
Cine á su frente, y tu graciosa oliva  
Envía; oh Diva! por la amiga mano  
Del caro Poncio.

Guárdale; oh Diva! para culto y gloria  
De tus altares y delicia mía;  
Guárdale pia, y á mis tiernos brazos  
Vuélvele salvo.

## ODA SÁFICA.

Ya cierta Febo plácido la línea,  
Carlos, que el curso de tus años mide,  
Ya se despide, y de los verdes campos  
Lleva el otoño.

Hínelo el colono las vacías trojes,  
Y el mosto llena las sedientas cubas,  
Do de las uvas el humor herviente  
Cae bullendo.

Reina en los techos rústicos el gozo,  
Y alegres himnos con piedad sincera  
La vocejlera juventud entona  
A Baco y Ceres.

Asoma entonces por las altas cumbres  
El frío invierno la nevada frente,  
Y al diligente labrador intima  
Su largo imperio.

Le oye, madrugá, y los humeantes bueyes  
Signe, moviendo pródigo su mano,  
Y al rubio grano, que derrama Vesta,  
Abre su seno.

¿ Y los alumnos de Sofía en tanto  
A risa y juego se darán tan solo,  
Mientras de Apolo y de Minerva el grito  
Los apellida?

Sus... despertemos, y á las doctas artes  
El disipado espíritu volvamos;  
Carlos, subamos del abismo al cielo  
Sobre sus alas;

Que en lo mas alto, de la gloria el templo  
Está, do solo virtuoso toca  
El que provoca la deidad con dones  
He ella no indignos;

Pues no al que liero desoló la tierra,  
Ni á quien los mares atronó furioso  
El rumoroso quicio de sus puertas  
Dócil se vuelve;

Se abre al que al bando del error persigue,  
Y al negro Averno la ignorancia envía,  
Y al que porfia, y á la verdad santa  
Descorre el velo;

Al que su patria vigilante ilustra,  
Y los varones inclitos ensalza,  
Y sábio alza á la region etérea  
Su claro nombre;

Al que del mundo la discordia ahuyenta,  
Y mientras brama Némesis proterva,  
La ley conserva de amistad, é incienso  
Quema en sus aras;

Sin que ni al oro ni á los altos puestos,  
Ni de los grandes al favor mudable  
Ceda, ni instable sacrifique al ruego  
Su fe constante.

AL SEÑOR DON FELIPE RIBERO.

## EPITALAMIO.

Dobla sin susto al yugo sacrosanto,  
Claro Felipe, el receloso cuello,  
Mientras el sello á tu futura dicha  
Pone Himeneo.

Mira cuál viene, y de su triunfo ufano,  
De paz al suelo y de contento inunda,  
Y tu coyunda en los celestes signos  
Bando coloca.

Se alegra en tanto la remota orilla  
Del mar Cántabro á la dichosa nueva,  
Que al punto lleva al venerable anciano  
Presta la fama.

Y allí de Europa las erguidas cumbres  
Oyen los himnos de alabanza y gozo,  
Que el alborozo del vecino pueblo  
Canta á tu nombre.

De la pobreza y la orfandad escudo  
Firme te aclama, y de virtud dechado,  
En el Senado, que las santas leyes  
Dicta y protege.

Te aclama, y vuela presuroso el eco  
De tus loores por la gente ibera,

(1) Escrita en 1795, cuando iba á empeñarse la guerra con la república francesa.

(2) Don José Vargas Ponce.

(3) La revolucion de Francia.

Que alegre espera de tu recta mano  
Paz y justicia.

Oyele alegre la amistad, y henchido  
De amable risa y de candor el pecho,  
Tu casto lecho y tus ilustres lares  
Siembra de flores.

Después al estro abandonada entona,  
Con voz que excede al lírico de Tracia,  
La amable gracia y celestial modestia  
De tu alma esposa.

Y con ardor fatídico predice  
Paz á la España y general ventura,  
Y tu futura descendencia iguala  
Con las estrellas.

#### AL AMOR.

Amor, pues rota la fatal coyunda,  
Me has arrojado de tu dulce imperio,  
Y el cautiverio de mí fe soltaste,  
Duro y tirano.

Deja que en nueva esclavitud no siga  
Mi fatigado corazón tu rueda;  
Deja que pueda venerar tu nùmen  
Libre y contento.

Pagará entonces mi inocente mano  
Ante tus aras en devoto incienso  
El justo censo á tu piedad debido,  
Grata y humilde.

Y si no aplacan tu deidad severa  
Tan pura ofrenda, tan humilde ruego,  
Haz que tu fuego en mis entrañas prenda  
Rápido y fiero.

Y ardan, y suba hasta el Olimpo el humo,  
Con tal que al cabo tu rigor mitigue,  
Y que te obligue á lastimar mi culpa  
Fausto y propicio.

Mas ¡ay! que entanto que á tu sordo nùmen  
Mi voz con ruego fervoroso clama,  
Con nueva llama el corazón derrites,  
Fiero y terrible.

#### ODA

EN EL NACIMIENTO DE DON ANTONIO MARÍA DE CASTILLA Y VELASCO, PRIMOGÉNITO DE LOS MARQUESSES DE CALTOXAR.

¿Adónde estoy? ¿Qué fuego  
Es este que mi pecho y mente inflama?

¿Quién atiza esta llama,  
Que turba mi razón y mi sosiego?  
¿Qué espíritu halagüeño  
Mi musa arranca del pesado sueño?

Mándame un nùmen santo  
Que tome al punto la sonante lira;  
Pero un ignoto canto  
Al agitado pecho aliento inspira,  
Y con fuego elocuente  
Inflama los espacios de mi mente.

¿Y á quién ¡oh lira mía!  
Debes encaminar el alto acento?  
¿Dónde de tu armonía  
El objeto se halla? ¿El firmamento  
Le encierra acaso? ¿Habita en el profundo,  
O se oculta en los ámbitos del mundo?

Mas tú serás mi guía,  
Santa naturaleza, pues afable  
Presentas á la hinchada mente mía  
El objeto mas tierno, mas amable,  
De mas delicias lleno,  
Que el sabio Autor depositó en su seno.

El tronco derivado  
Del real augusto tronco de Castilla,  
Al noble y sin mancilla  
Tronco de los Velascos enlazado,  
Germina, rellorrece,  
Y nuevos frutos á la tierra ofrece.

Un bello infante nace,  
De mil generaciones claro anuncio;  
En él un pueblo entero se complace...  
Ven, descado nuncio  
Del gozo y paz que nos ofrece el cielo;

Vén á alegrar el bispalense suelo.

¡Oh cuánta dicha, cuánta,  
Anuncia este suceso venturoso!  
Musa mía, levanta  
El vuelo perezoso;  
Cauta, y rompiendo al tiempo el seno obscuro,  
Revela los arcanos del futuro.

Sobre las nubes veo  
Una turba de héroes congregados.

Se ofrecen al deseo  
Sacerdotes, guerreros, magistrados,  
Cuya virtud se mira ejercitada  
En la toga, en la mitra y en la espada.

En sus semblantes luce  
Una modesta y noble compostura.

La verdad majestuosa  
Les da su amor, los guía y los conduce  
A una virtud incorruptible y pura.

¡Oh sucesión dichosa,  
Al bien de los mortales consagrada,  
Cuánto serás en otra edad loada!  
¡Estos son los altivos

Descendientes del tronco de Castilla,  
Dignos de fama y de inmortal renombre!  
Los siglos sucesivos

Verán sobre los muros de Sevilla  
Los bustos erigidos á su nombre,  
Y de su fama el eco peregrino  
Oirán el turco y el peruano y chino.

Un delicado infante,  
Mas que el lucero matutino hermoso,  
Y como el sol brillante,  
Preside á todo el escuadron glorioso;  
Sobre su tierna frente ¡oh maravilla!  
Impreso miro el nombre de Castilla.

Su ilustre padre al lado,  
Lleno de majestad y de alegría,  
Del honor y el valor acompañado,  
Los tiernos pasos del infante guía;  
Le dirige, y presenta á su memoria  
Los templos del honor y de la gloria.

Y tú, admirable madre  
De tan claros varones, cuyo seno  
Concha fué del tesoro mas precioso;  
Tú, que el nombre de padre,  
Nombre de gloria y de ternura lleno,  
Entre susto y dolor diste á tu esposo;  
Tú, de modestia y de candor dechado,  
Gloria y honor del sexo delicado!

También tú en el congreso,  
De tantos descendientes rodeada,  
Estabas arrullando al tierno infante.  
Tú eras de tantos héroes embeleso,  
De gracias y virtudes coronada,  
A la estrella de Venus semejante,  
O cual se ve la aurora en el oriente,  
Viva, graciosa, clara y refulgente.  
¡Oh venturoso amigo!

¡Cuántos previene el cielo á tus virtudes  
Altos y soberanos galardones!  
Vén, registra conmigo  
La faz del tiempo y sus vicisitudes.  
En la suerte de todas las naciones  
Descubrirás la mía... mira... atiende,  
Sigue mi voz... Mas ¿quién mi voz suspende?

Mándanne ya que calle,  
Y una mano invisible  
Corta á mi musa el temerario vuelo.  
Mortales que habitáis en este valle  
De confusion, estirpe corruptible,  
Que de males y horror henchis el suelo,  
Vosotros no sois diños  
De penetrar arcanos tan divinos.

MANIFESTACION DEL ESTADO DE ESPAÑA, BAJO DE LA INFLUENCIA  
DE BONAPARTE, EN EL GOBIERNO DE GODÓY.

#### ODA.

No existe, Arnesto, ya ni remembranza  
De los claros varones  
Que, á la frente de ibéricas legiones,

Llevaron el terror y la matanza  
De la una á la otra zona,  
En su esfuerzo, en su brazo, en su tizona  
La poderosa lanza que terciaba  
Villandrando en sus hombros,  
Y adó quier que forzado la vibraha,  
Lanzaba muerte, asolacion y escombros,  
Yace ha tiempo olvidada,  
Envuelta en polvo y del orin tomada.  
Las ruinas de Sagunto son padrones  
Que al pié del Turia nudoso  
Explican, con silencio majestuoso,  
Que fueron sus indómitos campeones  
Confusion del romano,  
Hoy vergüenza y baldon del castellano.  
Él atrevido, el inclito Extremeño,  
Que con las huestes fieles,  
Fió su vida al Ponto en fragil leño,  
Y se orló en otro mundo de laureles,  
Desde la fria tumba  
Nos da en rostro con Méjico y Otumba.  
Sí, Arnesto; dispósese cual espuma  
El tiempo bienhadado  
En que el valor de España vió asombrado  
El lacto imperio, el moro y Motezuma.  
Hubo, Arnesto, hubo día  
En que la patria tuvo nombradía.  
Mas hoy, triste, llorosa y abatida,  
De todos despreciada,  
Sin fuerzas casi al empuñar la espada,  
Que ha sido en otros tiempos tan temida,  
Mueve apenas la planta,  
Y los ojos del suelo no levanta.  
A su lado se ve el pálido miedo,  
La encogida pobreza,  
La indolente y estólida pereza,  
Y la ignorancia andaz, que con el dedo  
Señala á pocos sábios,  
Y con risa brutal cierra sus labios.  
La religion del cielo descendida,  
Con tanto acatamiento  
Por abuelos á nietos transmitida,  
Ve en el retiro de su augusto asiento  
Que los hijos que crecen  
Bajo su sombra la ajan y escarnecen.  
Los ministros sacrilegos de Astrea  
Penetran en el templo,  
Y con maldad horrible, sin ejemplo,  
Pisan, rompen el velo de la dea,  
Y el liel de su balanza  
Lo inclinan al poder ó á la venganza.  
El adulterio por los patrios lares  
Entra y sale corriendo,

Y las palmas con júbilo batiendo,  
Cuenta ufano los triunfos á millares;  
Los justos se comprimen;  
¡Mora llimenco, las virtudes gimen.  
La devorante fiebre ultramarina  
Al suelo hispano pasa;  
Deja yermo el lugrío, al pueblo arrasa,  
Y el sacro Bétis la cabeza inclina  
Sobre su barba cana,  
Viendo el estrago de la peste insana.  
Nuestras naos, preñadas de riqueza  
De las minas indianas,  
Surrean el golfo, navegando ufanas  
Al puerto herculeo; ¡ay!; ¡Que de tristeza,  
De males y de estrago  
Las de Albión preparan sobre el lago!  
Al mismo tiempo de su templo Jano  
Va las puertas abriendo,  
Y el aldañon los clavos sacudiendo,  
Forma un ruido que aterra el pecho humano;  
Da el bronce el estampido,  
Salta la sangre, escuchase el quejido.  
En tanto España, flaca y amarilla,  
El ropaje rugado,  
Destreuzado el cabello, y á su lado  
Postrados los leones de Castilla,  
Alza las manos bellas  
A los cielos, de bronce á sus querellas.  
«¿Hasta cuándo, prorrumpe, Dios eterno,  
Ha de estar levantada  
La veneranda, la terrible espada  
De tu justicia inmensa? Tu amor tierno,  
Tu piedad sacrosanta  
¿A mis hijos no acorre en pena tanta?  
»Los talleres desiertos, del arado  
Arrumbado el oficio,  
El saber sin estima, en trono el vicio,  
La belleza á la puja, Marte airado,  
Sin caudillo las tropas...  
¿Tornan, Señor, los tiempos de don Opas?  
»¿En esto habia de parar mi gloria?  
¿Mi fin ha de ser este,  
Y falsas y guerra, y hambre y peste  
Los postrimeros fastos de mi historia?  
Mi llanto continuado  
¿No podrá contener tu brazo airado?  
»Vuelve, Señor, el rostro á mis pesares;  
Vuelve al arco la guerra,  
Pureza al éter, brazos á la tierra,  
El debido respeto á tus altares,  
Prez y valia al hueno,  
A Témis libertad, paz á Miseno.»

## SONETOS.

## A ENARDA.

Quiero que mi pasión ¡oh Enarda! sea,  
Menos de ti, de todos ignorada;  
Que ande en silencio y sombras embozada,  
Y ningún necio mofador la vea.  
Sea yo dichoso, y mas que nadie crea  
Que es con tu amor mi fe recompensada;  
Que no, por ser de muchos envidiada,  
Crece la dicha á mas sublime idea.  
Amor es un afecto misterioso,  
Que nace entre secretas confianzas,  
Mas muere al soplo de mordaz censura;  
Y solo aquel que logra, ni envidioso  
Ni envidiado, cumplir sus esperanzas,  
Colma su gozo y fija su ventura.

## A LA MAÑANA.

Vén, cenida de rayos y de flores  
La rósea frente ¡oh placida mañana!  
Vén, vén, y ahuyenta con tu faz galana  
La perezosa noche y sus horrores;  
Vén, y vuelve á los cielos sus ardores,  
Su frescura á la tierra, y su temprana  
Gloria a mi pecho en Clori soberana;  
En Clori, mi delicia y mis amores.  
Vén, vén; que si piadosa me escuchares,  
Yo te alzaré un altar sobre el florido  
Suelo que honrará Clori con su planta;  
Y en el despusne te ofrecerá a millares  
Las victimas mi pecho agradecido,  
Y los devotos himnos mi garganta.



## Á LA NOCHE.

Vén, noche amiga; vén, y con tu manto  
Mi amor encubre y la esperanza mia;  
Vén, y mi planta entre tus sombras guía  
A ver de Clori el peregrino encanto:  
Vén, y movida á mi amoroso llanto,  
Envuélve y lleva en tu tiniebla fría  
El malicioso resplandor del día,  
Testigo y causador de mi quebranto.  
Vén esta vez no mas; que si piadosa  
Tiendes el velo á mi pasión propicio,  
Y el don que pide otorgas á mi ruego,  
Tan solo á ti veneraré por diosa,  
Y para hacerte un grato sacrificio,  
Mi corazón dará materia al fuego.

## Á ALMENA.

Las dudas, bella Almena, y los celos  
Que en mi seneillo corazón se abrigan,  
De mi desgracia el fiero mal mitigan,  
Sin agravarle con infames celos.  
Llegará acaso el día en que los cielos  
Mi sufrimiento y mi temor bendigan,  
Cuando por premio de su afán consigan  
Serenidad y gozo mis desvelos.  
¡Dichoso entonces yo, si coronando  
La firme fe de una pasión sincera,  
Premiaras tú mi humilde sufrimiento!  
Dichoso entonces mi tormento, cuando  
Seguridad cumplida y duradera  
Suceda á la inquietud de mi tormento!

## Á ENARDA.

Bello trasunto del semblante amado,  
Que acá en mi corazón llevo esculpido,  
¿Cómo pudo el pincel, aunque regido  
De diestra mano, haberte bosquejado?  
¿Cómo en humana idea tal dechado  
De perfección ser pudo concebido?

¿Por qué milagro en el marfil bruñado  
Respira y ve mi dueño idolatrado?  
Del bello original la gracia, el brio,  
El peregrino encanto, el gentil arte,  
Y hasta el alma copiados en ti veo.  
¡Gracias á su deidad y al amor mío!  
Porque solo pudieran inspirarte  
Belleza, Enarada, y vida mi deseo.

## Á CLORI.

Sentir de una pasión viva y ardiente  
Todo el afán, zozobra y agonía:  
Vivir sin premio un día y otro día.  
Dudar, sufrir, llorar eternamente;  
Amar á quien no ama, á quien no siente,  
A quien no corresponde ni desvia;  
Persuadir á quien cree y desconfía,  
Rogar á quien otorga y se arrepiente;  
Luchar contra un poder justo y terrible,  
Temer mas la desgracia que la muerte;  
Morir, en fin, de angustia y de tormento,  
Víctima de un amor irresistible;  
Ve aquí mi situación, esta es mi suerte;  
Y ¿aun pretendes ¡crnel! que esté contento?

## Á LA MISMA.

De agudo mal el golpe no esperado  
Asusta, Clori, tu preciosa vida,  
Y al mirarte doliente y afligida,  
Mi enfermo corazón tiembla asustado.  
Dos veces con influjo porfiado  
Ejerce el mal su saña enfurecida:  
Una turbando mi alma dolorida,  
Otra afligiendo tu ánimo angustiado.  
¿Cuál, Clori, de los dos, pues la inclemencia  
Del mal sentimos ambos de consuno,  
Cuál, dime, sufrirá mayor martirio,  
Tú, en quien se ceba la cruel dolencia,  
O yo, que todo el mal siento importuno  
De tu misma dolencia y mi delirio?

## TRADUCCION LIBRE DEL PRIMER CANTO DEL PARAISO PERDIDO, DE MILTON.

Canta la inobediencia ¡oh santa musa!  
Del padre de los hombres, que gustando  
Con labio ansioso el fruto prohibido,  
Trajo los males y la muerte al mundo:  
Y di de las moradas venturosas  
De Eden la triste pérdida, negadas  
A la raza mortal, hasta que plugo  
Al Hombre-Dios bajar á recobrarlas:  
Y ora en silencio ocupes la alta sombra  
De Oreb ó Sinai, de do inspirastes  
Al gitano pastor, que á la escogida  
Gente enseñó despues cómo al principio  
Del hondo caos salieron cielo y tierra;  
Ora el alto Sion mas te deleite,  
Y el río Silóé, que cabe el santo  
Oráculo de Dios fluye en silencio;  
Baja á guiar mi peligroso canto,  
Que se levanta sobre el monte Aonio,  
Mientras, de ti ayudado, emprende cosas  
Hasta ahora en prosa ó rima no cantadas.  
Y tú, divino Espíritu, á quien mas place  
Que los augustos templos la morada  
De un puro y recto corazón, instruye  
Con ciencia divina mi torpe lengua:  
Tú, que desde el principio fuiste á todo  
Presente, y cobijando el ancho abismo  
So tus inmensas alas, con activo  
Prolífico calor te fecundaste,

Vén, y eleva mi voz, y lo que es débil  
En mí sosten, y limpia y ilumina  
Lo inundo y tenebroso, porque pueda  
Subir de un vuelo al encumbrado asunto,  
Justificar la eterna providencia  
De Dios, y abrir al hombre sus caminos.  
Pero primero di, pues nada esconden  
De tu vista los cielos ni las hondas  
Cavernas del infierno; di, ¿qué causa  
Indujo á la gran madre de los hombres,  
Bienandanza nacidos, á que, ingratos,  
A su Hacedor violasen el precepto,  
El único precepto que, al hacerlos  
Dueños del paraíso, les pusiera?  
A tal traición ¿quién los llevó engañados?  
El dragon infernal, cuya malicia,  
De negra envidia y de venganza armada,  
Engañó á la gran madre de los hombres,  
Poco despues que fuera con sus haces  
De espíritus rebeldes despeñado  
De la región del cielo. Allí soberbio,  
En su fuerza fiado y sus parciales,  
Sobre toda criatura alzarse quiso,  
Y aun presumió que, opuesto, igualaría  
Al Altísimo en gloria. Así, ambicioso,  
Contra el reino de Dios y su alta silla  
Enarboló el pendón, y tocó á guerra  
En los celestes campos; pero hallóse

Burlado en sus intentos; porque armado  
De santa ira el brazo omnipotente,  
Le derrocó del alto firmamento,  
Con horrisono estruendo y con ruina,  
Precipitado hasta el inmenso abismo,  
Ibo el que insultó, atrevido, al Poderoso  
Yace ahora en cadenas de diamante  
Preso, y á eterno fuego condenado.  
Nueve veces el tiempo que en el mundo  
Mide la duracion de noche y día  
Corriera, y otro tanto, con sus rotos  
Batallones, anduvo el fiero jefe  
En un lago de llamas revolcado;  
Revolcado, vencido y destruido,  
Aunque inmortal. Pero á mayor venganza  
Le guardaba su suerte: porque agora  
De las pasadas dichas y el presente  
Eterno mal le aflige la memoria.  
En derredor de sí los tristes ojos,  
Do profunda ambición y calmiento  
Con pertinaz orgullo y firme odio  
Se notaban mezclados, vuelve, y presto  
Con perspicacia angélica su suerte  
Penetra de una vez; su triste, horrenda,  
Desesperada suerte. A todas partes  
Ve un ancho calabozo y un inmenso  
Horno, con negras llamas encendido,  
A cuya escasa luz pudiera apenas  
Descubrirse aquel reino pavoroso.  
Region de horror y espanto, de visiones  
Horribles habitada, donde nunca  
El reposo y la paz se han albergado,  
Ni la dulce esperanza, cuyo influjo  
Alcanza á todas partes, llegar pudo;  
Mas, en vez de ella, atigen de continuo  
Un tormento sin fin y un mar de fuego,  
De inextinguible azufre alimentado.  
Tal es la habitacion y horrible cárcel  
Por la eterna Justicia preparada  
A sus rebeldes ángeles, y en ella  
Señaló su mansion, tres veces tanto  
Como del alto polo el centro dista,  
Separada de Dios y su alto trono.  
¡Ah, cuán desemejante de la clara  
Region de donde fueron despeñados!  
En diluvios de fuego tempestuosos  
Sepultados, y en negros torbellinos,  
Vio el dragon á los socios de su ruina,  
Y junto revolcándose al que en brio  
Casi y en impiedad le emparejaba:  
Aquel que con el tiempo en Palestina  
Se llamó Belcebub. A él de esta arte  
Habló el archi-enemigo (en el empero  
Satán despues nombrado), con muy fieras  
Expresiones rompiendo su silencio:  
«¿Eres tú aquel... Mas ¡ay, á cuál bajura  
Caido! Ay, cuán mudado del que un día  
Allá en los reinos de la luz brillaba  
Con resplandor y gloria trasparente  
Entre todos los ángeles! ¿No eres  
El que en valor y heroicos pensamientos  
Igual casi conmigo, en la gloriosa  
Faccion siguió arrogante mis banderas,  
Compañero del riesgo y la esperanza?  
¡Ay! Ahora nos hizo la desdicha  
Iguales en la ruina. ¡A qué profunda  
Simá, donde qué altura hemos caido!  
¡Tanto pudo del Todopoderoso  
El trueno destructor!... Mas ¿quién probara  
La fuerza de sus armas hasta entonces?  
Empero ni sus armas, ni los males  
Que el vencedor en su ira nos reserva,  
Me harán arrepentir, ni de mi pecho,  
Aunque de gloria y esplendor privado,  
Borrar podrá jamás la cruel memoria  
De la pasada injuria, de la injuria  
Hecha al mérito nuestro, que grabada  
En mi mente, me opuso al Rey eterno,  
Contendiendo con él en la alta guerra  
Y horrenda comocion que de su lado  
Innumerables spiritus valientes  
Atrajo á mi partido, y oponiendo

Nuestro unido poder al poder suyo,  
Por los llanos del cielo, en lid dudosa,  
Hicieron vacilar su santo trono.  
Por fin, se perdió el campo; mas ¿qué importa?  
No se ha perdido todo. Inconquistable  
Aun dura el albedrío, el odio eterno,  
El intimo deseo de venganza,  
Y el valor invencible á los reveses  
Del caso ó de la fuerza. No; tal gloria,  
La ira del vencedor ni su soberbia  
Jamás de mí obtendrán. Tampoco espere  
Ver que, acatando su deidad, postrado  
Y lleno de rubor, su gracia implore  
El mismo, cuyo brazo hizo poco antes  
Indecisa la suerte de su imperio:  
Que abatimiento tal, aun mas infame  
Fuera y mas vergonzoso que la afrenta  
De la pasada ruina. Y pues no pudo  
La celestial sustancia de los dioses  
Pererer, ni su fuerza, y la experiencia  
Nos ha hecho mas cautos, declaremos,  
De mas feliz suceso esperanzados,  
La guerra al gran contrario; eterna guerra,  
Por fuerza ó por engaños continuada  
Contra el duro opresor, que ahora triunfa  
Contento y sin rival, reina orgulloso,  
Solo, tirano del inmenso cielo.»  
Así el ángel infiel, mientras el despecho  
Roía sus entrañas, se jactaba;  
Y así su compañero le responde:  
«Oh príncipe, oh candillo de las altas  
Potestades del cielo, que gñando  
Los bravos serafines á la guerra,  
En cerrada falange fuiste asombro  
Con hechos memorables del Empíreo,  
Susto del Rey eterno, y disputaste  
La excelsa primacia, que á él la fuerza,  
El bado ó la fortuna adjudicaron!  
Demasiado conozco y siento el triste  
Caso de aquella rota ignominiosa  
Que nos privó del cielo, derribando  
Nuestro brillante ejército á este abismo,  
Do yace destruido, enanto pueden  
Ser las puras sustancias destruidas.  
Empero aun vive el ánimo invencible,  
Y bien que oscurecida nuestra gloria  
Y todas nuestras dichas, en este hondo  
Piélago de miserias anegadas,  
El antiguo vigor renacer siento.  
Pero si el Vencedor omnipotente  
(Que tal le creo, pues vencernos pudo)  
Solo nos ha dejado nuestras fuerzas  
Y espíritu sin mengua, para hacernos  
Sufrir y soportar los crueles males  
Que su insaciable ira nos prepara;  
Ó si, ya que el derecho de la guerra  
Nos hace esclavos suyos, quiere solo  
Que cual esclavos viles le sirvamos  
En este horrible infierno, ejecutores  
Por la honda oscuridad de sus designios,  
¿De qué nos servirá sentir sin mengua  
Nuestra angélica fuerza, ó del ser nuestro  
La eterna duracion, eterna solo  
Para sufrir sin fin eternos males?»  
A esto Satan así responde al punto:  
«Caido querubín, mostrar flaqueza  
En la prosperidad ó en la desgracia,  
Cosa es por cierto infame. No presumas  
Que podrá el bien de las acciones nuestras  
Ser objeto jamás. El mal solamente  
Lo puede ser; el mal, tan aborrido  
De la alta voluntad que repugnamos.  
Y pues de nuestro mal su providencia  
El bien sacar pretende, nuestro empeño  
Sea que del bien mismo el mal resulte;  
Y esta gloria, que, ó niente ni esperanza,  
Ó será muy copiosa, nos consuele;  
La gloria de afligirle, de inquietarle,  
Y trastornar sus últimos designios.  
Ya ves que el vencedor detuvo el brazo  
De los fieros ministros de sus iras,  
Que airados nos cargaban, y á las puertas

Los obligó á volver del alto cielo.  
 Una lluvia de azufre tempestuosa.  
 Que arrojó tras nosotros, cerró el paso  
 A esta honda cueva, en que de allá caímos.  
 Ya ni la luz medrosa del relámpago  
 Deslumbra en el infierno, ni resuena  
 Por su hueca extension del trueno horrendo  
 El retumbante son. Acaso toda  
 Su furia ha consumido en la venganza.  
 Mas, ora le debamos esta tregua  
 A su dormida saña ó su desprecio,  
 No la desperdiciemos. Mira á aquella  
 Parte un llano desierto y solitario,  
 Asiento del horror, do escasamente  
 Llega el medroso y pálido reflejo  
 Que estas lúgubres llamas de sí envían.  
 Guíenos allá el paso, y retirados  
 De este golfo encendido, allí busquemos.  
 Si le hay, algun reposo. Nuestra tropa  
 Dispersa reunamos, y arbitremos  
 Por qué medios de hoy mas del enemigo  
 Turbarémos la gloria, ó la que tristes  
 Perdimos cobrarémos, ó por cuáles  
 Nuestro destino su vivir se puede;  
 Qué alivio en fin nos muestra la esperanza.  
 O á qué extremo el despecho nos arroja.»  
 Así Satan á Belcebú le habla,  
 Y mientras su semblante levantado  
 Sobre la onda, los ojos centellantes  
 Relucían, el resto de su cuerpo,  
 Monstruosamente grande, en el ardiente  
 Golfo tendido á una y otra parte,  
 Ocupaba, flotando, un trecho inmenso;  
 Tal cual las viejas fábulas nos pintan  
 A los monstruosos hijos de la tierra,  
 Que hicieron guerra á Jove. Briareo,  
 Y el que su nombre al antro dió tilonio;  
 O como Leviatan, la mas enorme  
 Criatura que habita el mar ceniceo:  
 Tal vez un navichuelo en noche oscura  
 Perdido en las espumas de Noruega,  
 Le topa allí rendido á torpe sueño,  
 Y el piloto, creyéndole una isla  
 (Así los marinantes lo refieren),  
 En su escamosa piel aferra el ancla,  
 Guareciendo tras el del viento insano.  
 Tan grande el archidiablo y tan enorme  
 Parecía tendido sobre el golfo  
 De fuego, y nunca de él salido hubiera,  
 Ni su altanera frente levantado,  
 Si el gran Rector del cielo, á cuyo arbitrio  
 Se regula el destino, á sus astucias  
 No hubiese permitido un curso libre,  
 Para que mientras busca con delitos  
 Reiterados el mal de otras criaturas.  
 Labre su propia perdición, y vea  
 Que sus negros designios de la inmensa  
 Bondad de Dios sacar pudieron solo  
 Gracia y misericordia para el hombre,  
 Seducido por él; ira y venganza  
 Y eterna confusión para sí mismo.  
 De repente levanta sobre el lago  
 Su gigante estatura. A un lado y otro  
 Las llamas rechazadas, en undosos  
 Remolinos se cortan y retiran,  
 Y descubren en medio un ancho valle.  
 Entonces él con extendidas alas  
 Emrende el alto vuelo sobre el aire,  
 Que extrañó el peso insólito pendiente,  
 Y trayendo el gran vacío oscuro,  
 Posó en la seca tierra, si tal nombre  
 Cuadra á un suelo que abrasa de continuo  
 Con inflamado azufre y fuego sólido,  
 Como con llamas fluidas el lago.  
 Pues tal en su color aparecía  
 Como cuando la fuerza soterraña  
 Del viento arranca un cerro del Peloro,  
 O de la airosa cumbre del tranante  
 Etna, en cuyas entrañas, de inflamable  
 Materia heochidas, cuando prende el fuego  
 Hierve con furia mineral, y rompe  
 Violento el aire libre, y chamuscando

El suelo, de humo y de betun le cubre.  
 Tal descanso como este halló la planta  
 Del pie precito. En pos su compañero  
 Le sigue, y ambos, necios, presumían  
 Haber la estigia cárcel escalado  
 Por su antigua virtud, cual otros dioses,  
 Y sin que otro mayor lo consintiese.  
 «¿Es aqueste el país, el suelo, el clima?  
 Dijo entonces el mal ángel: ¿es aquesta  
 La region adó, echados del Empíreo,  
 Venimos á morar? ¿A esta medrosa  
 Oscuridad, de palma luz del cielo?  
 Será, pues le plugo así mandarlo  
 Al tirano que hoy triunfa; sea en buen hora.  
 Cuanto mas lejos de él, mejor estamos,  
 Ya que, á pesar de la razon, la fuerza  
 Le juzga superior á sus iguales.  
 Adios, dichosos campos, donde siempre  
 Moran el alma paz y la alegría.  
 ¡Salve, horrible mansion! ¡Infierno, salve!  
 ¡Y tú, profundo abismo, abre tu centro  
 Al nuevo habitador, cuyos designios  
 Jamás el tiempo mudarán ni el hado!  
 Él vivirá en sí mismo, y en sí puede  
 Hacer cielo al infierno, infierno al cielo.  
 Si es su ser uno siempre, nada importa  
 Que mude de lugar, pues será siempre  
 Sobre toda criatura, inferior solo  
 A uno á quien el trueno hace mas grande.  
 En esta tierra al menos, que la envidia  
 No excitará del Todopoderoso,  
 Habitarémos libres, sin el susto  
 De ser mas desterrados. Reinarémos  
 Seguros, y el reinar es, por mi voto,  
 Noble ambicion, aun en el hondo abismo,  
 Y mejor suerte que la vergonzosa  
 Servidumbre del cielo. ¿Por qué causa  
 Dejamos pues que los amigos fieles,  
 De nuestro riesgo y ruina compañeros,  
 Yagan hundidos en el hondo lago,  
 Y del mortal asombro poseídos?  
 Por qué no los llamamos á que gocen  
 Tambien su parte en este suelo infame,  
 O para que, de nuevo reunidas  
 Nuestras fuerzas, probemos si ser puede  
 Algo del cielo aun reconquistado,  
 O si algo mas perdido en el infierno?»  
 Esto dijo Satan, y tal respuesta  
 Le dió Belcebú: «Noble caudillo  
 De aquel brillante ejército, que solo  
 Vencer pudiera el brazo omnipotente,  
 Si ellos oyen tu voz, la mas segura  
 Prenda de su esperanza en los peligros.  
 Tantas veces oída en tan extremos  
 Casos, y en el conflicto árduo y dudoso  
 De la cruel batalla en los asaltos,  
 Y en todo trance su señal segura.  
 Tú los verás volver con nuevo aliento  
 Al antiguo vigor. Que no es extraño  
 Que, dende el alto cielo á este hondo abismo  
 Caídos, yagan ora cual nosotros  
 Poco há, de horror y asombro penetrados.»  
 Apenas acabó, cuando á la orilla  
 El fiero capitán se fué acercando.  
 De temple celestial, ancho y macizo,  
 Era el redondo escudo que pendía  
 De sus robustos hombros, semejante  
 En su circunferencia al orbe lleno  
 De la luna, mirado por la tarde.  
 A través de algun óptico instrumento.  
 Tal cual con firme vista, desde lo alto  
 De Fesol, ó en Valdarno, le observaba  
 El inventor etrusco, y descubría  
 Tierras, rios y montes en su globo.  
 El mas gigante pino de Noruega,  
 En los montes cortado para mastil  
 De una grande almiranta, un junco leve  
 Sería, comparado con la lanza  
 En que apoyaba sus molestos pasos.  
 No cuales algun día dió en el cielo  
 Por la flamante arena, mientras el ígneo  
 Muro y la ardiente bóveda le herían



Con fuego abrasador por todas partes.  
Empero él lo sufría, y procediendo  
Hasta el vecino golfo, allí parado,  
Llamo á sus tercios de ángeles, que yacen  
Rendidos al terror, y agonizantes  
Sobre la herviente onda; tan espesos  
Como las secas hojas que en otoño  
Cubren de Valumbrosa las corrientes,  
De los frondosos árboles caídas;  
O como cuando Orion con turbulento  
Soplo azota las playas eritreas,  
Nadan sobre las ondas las livianas  
Algas, sobre las ondas que sobrieron  
Un día á Faraon con su robusta  
Caballería de Ménfis, cuando airados  
Las rescatadas tribus perseguían,  
Mientras seguras, de la opuesta orilla  
Vieron ellas hundirse sus jinetes,  
Yelmos, banderas, carros y caballos;  
Tan espesos cubrían los rebeldes  
Espíritus el lago, al fiero asombro  
De la mudanza súbita rendidos.  
Llamólos pues, y á la gran voz, los huecos  
Senos del fondo inferno resonaron.  
«Príncipes, potentados y guerreros,  
Flor del cielo, antes nuestro y ya perdido;  
Pues qué, ¿pudo confundirse en inmortales  
Espíritus tal pasmo? Por ventura,  
Después del duro afán de la batalla,  
¿Pensais hallar aquí sueño y reposo  
Cual si estuvierais en el blando cielo?»  
«O es que así prosternados heis jurado  
Dar culto al vencedor, que ora se goza  
De ver desde su trono á tantos fuertes  
Querubines y excelsos serafines  
En este golfo hundidos con sus rotas  
Armas y sus banderas revolcadas,  
Mientras que de las puertas eternas  
Caen sobre vosotros sus ministros  
Prontísimos, del fuerte rayo armados  
Y el aterrante trueno, y os traspasan  
Con mas cruces heridas, y al mas hondo  
Fondo de aquesta cueva os precipitan?  
Sus, despierta, ó queda por siempre hundidos.»  
Oyéronle; y al punto avergonzados,  
Volaron hacia arriba; y como suele  
Una guardia tal vez en torpe sueño,  
Por su mayor tomada, á la tremenda  
Voz al arma correr, y darse prisa  
No bien despierta aun, así los diablos;  
Que ni el horrendo pozo en que cayeron,  
Ni los fieros tormentos, ocupados  
Del terror, perebieron. Mas con todo,  
La voz del general obedecieron  
Innumerables. Tal, en el mal día  
De Egipto, apenas hubo al alto cielo  
Tendido la su vara portentosa  
Moisen, cuando hé aquí que dende oriente  
Una muy densa nube de langostas  
Viene, cubriendo el aire, y sobre el reino  
Del duro Faraon se extiende negra,  
Como la noche, del fecundo Nilo  
Las dilatadas playas asombrando.  
Tan sin número entonces parecían  
Los ángeles precitos, so la ardiente  
Copa revolteando del infierno,  
De tres voraces fuegos, alto y bajo  
Y lateral, en torno acometidos;  
Hasta que su lanzon Satan moviendo,  
Señaló el sitio do posar debían;  
Y ellos en ala igual bajaron prontos  
Al sulfúreo terreno, hinchiendo el llano.  
Jamás tal muchedumbre el populoso  
Norte arrojó de su escarchado seno,  
Cuando sus hijos bárbaros, pasando  
El Danubio ó el Rin, como un diluvio  
Inundaron el Sur, y hasta las playas  
De la arenosa Libia se extendieron.  
Desde cada escuadron y tercio al punto  
Los jefes destacados vienen prontos  
De su gran comandante á la presencia,  
Semidioses en aire y estatua,

De formas sobrehumanas; personajes  
De real dignidad, que alla en el cielo  
Antes en altos tronos se asentaron,  
Bien que hoy en los registros eternos  
No se halla ya memoria de sus nombres,  
Para siempre borrados y raídos,  
Por su traicion, del libro de la vida  
Ni entre los hijos de Eva otros tuvieron  
Hasta mucho después que sobre el mundo  
Por alta permisión de Dios vengado,  
Para probar al hombre, corrompieron  
Con fraudes y mentiras muy gran parte  
De la raza mortal. Los desviaron  
Del Dios que los criara, hasta que torpe-  
Mente, trocando su invisible gloria  
En la imagen de un bruto, muchas veces  
Erigieron en dioses los demonios,  
Y entre oro y pompa y ceremonias vanas,  
Le dieron torpe culto. Varios nombres,  
Después ídolos varios, los hicieron  
En el mundo gentil mas conocidos.  
Nómbrales, musa, tú; di, quien primero,  
Y quién al fin, el sueño sacudido,  
Subió del negro lago á la llamada  
Del gran Emperador. ¿Cuáles mas dignos  
Se hallaron, di, de estar cabe él situados  
En la desierta playa, mientras queda  
Lejos, en pos, la turba indistinguida?  
Salieron ante todos desde el hondo  
Abismo al ancho mundo, los que, hambrientos  
De estragos y miserias, luego osaron  
Sus asientos fijar cabe el asiento  
Del Señor, levantando sus altares  
A par del altar suyo; y adorados,  
En derredor de las naciones necias,  
Cual dioses, insultaron atrevidos  
Al santo Jehová, que recién venido  
Tronaba allá en Sion, su faz velada.  
Entre los querubines. ¿Cuántas veces  
Fué la abominación tan consumada,  
Que en el santuario mismo colocaron  
Sus armas, y oponiendo sus tinieblas  
Al resplandor y gloria inmarcesibles,  
Con torpes ceremonias las solemnes  
Fiestas y el santo rito profanaron!  
Fué el primero Moloc, monarca horrendo,  
En la sangre de víctimas humanas  
Y en paternales lágrimas bañado,  
Por mas que de atambores y timbales  
El rumor estruendoso confundiese  
El nunca oído grito de los tiernos  
Hijuelos, por el fuego devorante  
A su horroroso ídolo arrastrados.  
Allá en Babb y sus llanos aguanosos  
Le adoró el Ammonita, hasta do corren  
Por Argoh y Basan de Arnon las aguas.  
Ni se hartó su altivez con esta gloria,  
Antes del mas sapiente de los hombres  
Corrompió el corazón, y con engaños  
Hizo que el viejo Salomon le alzara  
Sobre el monte de oprobio un alto templo,  
Frente al templo de Dios, y que por bosque  
Le consagrara el antes deleitoso  
Valle de Hennon, Tofet después llamado,  
Y negro Gehenna, imagen del infierno.  
Chamos viene tras él, terror inmundo  
Del Mohabita, de Aroer á Nebo,  
Y hasta el austral desierto de Aharimo,  
Por Hesehon y Hironaim, dominios  
Del rey Seon, y aun mas allá de Sibma,  
De sus viñedos y floridos valles,  
Desde Eleale al lago de Asfaltite,  
So el nombre de Fegor tambien sedujo  
A Israel en Sitim, á su partida  
Del Nilo, y logró del obscenos ritos,  
Después con duros males castigados.  
Mas todavia sus orgias torpes  
Extendió al monte infame, cabe el bosque  
De Hennon, juntando el odio á la hujura,  
Hasta que el buen Josias, con ardiente  
Celo, los arrojó de allí al infierno.  
Tras estos parecieron los que dende

Las confinantes ondas del Enfrátes  
Hasta el arroyo que divide á Siria  
De la egipciana tierra, so los nombres  
De Baalim y Astarot, aqueste de hembra  
Y el otro de varon fueron servidos;  
Que es dado á los espíritus cualquier sexo  
Tomar que les agrade, ó los dos juntos;  
Tan simple y desleida es su natura,  
No trabada con nervios, ni en el frágil  
Apoyo de los huesos sustentada,  
Cual maestro deleznable y torpe cuerpo;  
Sino en cualquiera forma que les place,  
Grave, sutil, oscura ó trasparente,  
Prosiguen sus designios, y sus obras,  
Ora de amor ó enemistad, completan.  
Muchas veces por estos se olvidara  
Israel de su Dios, y abandonando,  
Infiel, su altar, hincara la rodilla  
A otros brutales é impotentes dioses;  
Por eso fué humillado en las batallas,  
Y del Señor dejado á que cayese  
Despojo vil del enemigo alfanje.  
También vino Astarot en esta tropa,  
A quien llaman Astarte los fenicios.  
Reina del cielo, de crecientes cuernos,  
A cuya clara imagen en las noches  
De luna sus canciones y plegarias  
Las sidonias doncellas dirigian;  
Y hasta en Sinn sus himnos resonaron  
Sobre el monte de escándalo, en el templo  
Que aquel rey muliebriso le ensalzara,  
Y cuyo corazon al culto inmundo  
Cayó de vanos dioses, por la astucia  
De sus idolatrasas enlabiado.  
En pos vino Tamud, de quien la herida  
Atraía cada año á la alta cumbre  
Del Libano las virgenes sirianas,  
A plañir tiernas todo un dia estivo  
Su desventura con devoto llanto;  
Mientras que el dulce Adónis, desprendido  
De su nativa roca, la purpúrea  
Corriente enviaba al mar, teñida en sangre  
De Tamud, segun dicen, añalmente.  
Igual lamento hicieron con la torpe  
Fabula, ilusas, de Sion las hijas,  
Cuyas livianas lágrimas vertidas  
A la puerta del templo vió en su rapto  
Ezequiel, cuando puesta ante sus ojos  
Le fué ¡oh Judá! tu negra idolatria.  
Aquel vino despues, que gran tormento  
Sintió cuando cautiva el arca santa  
Mutiló la su imagen, derribando  
Allá en su mismo templo sobre el polvo,  
Sin brazos ni cabeza el tronco horrible,  
Afrenta de su culto y sacerdotes.  
Llamáronle Dagon, monstruo marino.  
Hombre del medio arriba, el resto pece.  
Tuvo, empero, en Azorb también su templo,  
Temido por la corta Palestina;  
En Gath, en Ascalon, y en las fronteras  
De Ascaron y de Gaza. A él se seguía  
Rimmon, que tuvo asiento allá en Damasco,  
En la fecunda y deleitosa orilla  
De Abana y Fáfara, transparentes rios.  
Rival también de Dios y de su templo,  
Si perdió á un rey leproso, otro (su necio  
Conquistador Achaz) vino á su culto,  
Y derribó en su obsequio el altar santo.  
Poniendo en su lugar uno erigido  
A la siriana moda, do quemase  
Vergonzosas ofrendas, adorando  
Los mismos dioses que vencido habia.  
Detrás venia innumerable turba,  
Por diferentes nombres distinguida,  
De no reciente fama: Osiris, Isis,  
Horo y su comitiva, que con formas  
Espantables y extrañas brujerías  
Al fanático Egipto embaucaron,  
Y aun á sus sacerdotes, que buscaban  
Sus dioses vagamundos, en figuras  
De animalias torpes escondidos.  
También dañó á Israel el mal contagio,

Cuando adoró en Oreb sus arracadas,  
Por el arte fusoria convertidas  
En un becerro de oro, cuya culpa  
Dobló en Bethel y en Dan el rey protervo  
Que contrahia su Dios, y en vez del santo  
Jehová, quemó incienso á un bucy rumiante.  
Por eso ¡oh Egipto! en una triste noche  
Fueron tus primogénitos despojo,  
Y tus balantes dioses, de su ira.  
Belial vino por fin, que igual del cielo  
Ningun mas torpe espíritu cayera,  
Ni que mas sucialmente el vicio amase.  
No tuvo templo alzado, ni humo nunca  
De altar suyo subió. Mas ¡ay! ¿Quién tiene  
Culto mayor en templos y en altares,  
Cuando niegan á Dios sus sacerdotes,  
Cual los hijos de Eli, que el santo templo  
Con lujuria y violencia profanaron?  
Reina también en cortes y palacios  
Y en las ciudades, de torpeza asiento,  
Donde del alboroto y las injurias  
Sube el rumor sobre las altas torres,  
Cuando á la sombra de la noche negra  
Salen los hijos de Belial, de orgullo  
Y vino henchidos, á rondar sus calles.  
Testigüenlo las tuyas ¡oh Sodoma!  
Y las de Gabaá, do sin respeto  
A la hospitalidad fué escarnecida  
La dueña de Bethel, cuyo alto ultraje  
Libró de otro mas torpe al su velado.  
Estos eran en orden los primeros  
Y en brio. Los demás eran sin cuento,  
Y largos de expresar, aunque famosos  
Dioses, á quienes de Jaban los hijos  
Adoraron en Jonia, mas recientes,  
Empero, que sus padres cielo y tierra:  
Titan el primogénito, y su enorme  
Familia, de la herencia por Saturno.  
Bien que hermano menor, desposeido,  
Aunque el hijo torante justo pago  
Le dió, usurpando el usurpado cetro;  
Primero en Ida y Creta enocidos,  
Despues también sobre la blanca cima  
Del viejo Olimpo, el aire de la media  
Region reglando su mas alto cielo;  
O ya en la cumbre délica en Dodona  
Y por la tierra dórica y sus lindes;  
O al fin, do aquel que con Saturno el viejo  
Por el mar de Adria á los hesperios campos  
Fué, y de los Celtas trayendo el golfo,  
Logró subir á sus lejanas islas.  
Todos estos y mas vinieron juntos,  
Y aunque abatidos, tristes y en silencio,  
Todavía en sus ojos un oscuro  
Vislumbre de contento aparecia  
De ver al jefe altivo esperanzado,  
Y así en la perdición aun no perdidos.  
El entonces seguro, y recobrando  
La sálita soberbia, con muy graves  
Razones, aunque vanas de sentido,  
Reparó su temor, y gentilmente  
Desterró de sus pechos el desmayo.  
Luego mandó que fuese prontamente,  
Al son de las trompetas y clarines,  
El tremendo estandarte enarbolado.  
Tocárale esta gloria por derecho  
A Azazel, querubin de alta estatura,  
El cual al punto la imperial insignia  
Desdobló del bruido hastil, y en alto  
La enarbolando, al viento tremolada,  
Brilló cual meteoro refulgente,  
Con el oro y rubies, que expresaban  
En rica bordadura los trofeos  
Y blasones querúbicos; en tanto  
Sonaron los marciales instrumentos,  
Y todas las legiones respondieran  
Con un muy alto grito, á que los hondos  
Cóncavos del infierno retemblaron,  
Y aun se sintió de fuera el tenebroso  
Reino del caos y la anciaa noche.  
Otras diez mil banderas al momento,  
Por el oscuro aire tremoladas,



Brillaron con colores orientales,  
 A cuya luz se viera un bosque espeso  
 De picas, de bruñidos capacetes,  
 Y escudos muchos fuertemente unidos,  
 Que el formidable ejército ostentaban.  
 Al punto en ordenados batallones  
 Se pone en marcha la tremenda hueste  
 Al son de dulces flautas y de pifanos,  
 Al tono dorio y pausas acordados;  
 Tono que en otro tiempo el noble pecho  
 De los antiguos heroes encendia  
 En los combates, no con rabia inútil,  
 Sino con reflexivo y firme aliento,  
 Despreciador del susto y de la muerte;  
 Tono grave y solemne, que inspiraba  
 Tranquilos pensamientos, arrojando  
 De los mortales ó inmortales pechos  
 La angustia, el duelo, el susto y el quebranto.  
 Marchaba, pues, unida y animosa  
 La falange de espíritus en silencio,  
 Y al dulce son de las acordes flautas  
 La ardiente arena alegres discurrían;  
 Hasta que ya avanzados se pararon,  
 Mostrando un ancho fuerte formidable  
 Con las feroces relumbrantes armas;  
 Y cual las huestes del heroico tiempo,  
 Con lanzas y pavese muy cerrados,  
 Esperaban la voz del gran candillo.  
 Entonces el por las arimadas filas  
 Tendio la experta vista, y travesando  
 Rápido los inmensos batallones,  
 Vio el orden de los suyos, sus semblantes,  
 Su aire y estatura, cual de dioses;  
 Al fin sumó su número, y benediciendo  
 Su corazon entonces de soberbia,  
 Se glorió en su poder vano y protervo;  
 Porque jamás desde su infancia el mundo  
 Viera ejército tal, ni comparados  
 Con él los mas famosos, parecieran  
 Otro que cual la enana infantería  
 Que lidia con las grullas, aunque á un tiempo  
 Se ayuntasen la prole gigantea  
 De Flegra y los heroicos escuadrones  
 Que lidiaron en Teba y Troya en uno  
 Revueltos con sus dioses auxiliares;  
 Los que ensalza y describe el fabuloso  
 Cuento de Artús, seguido por sus fuertes  
 Caballeros britanos y bretones;  
 Los que despues, ya infieles, ya cristianos,  
 En Montalvan justaron ó Aspremonte,  
 En Marruecos, Damaseo ó Trebisonda;  
 Y los que, en fin, Biserta envió de Africa  
 Cuando allá Carlo-Magno y los sus pares  
 Fueron en Roncesvalles derrotados.  
 ;Tanto dista el ejército tartáreo  
 De las mortales fuerzas! Todavía  
 Guardaban sujecion al gran candillo.  
 Él, entre los demás sobresaliendo  
 En aire y gentileza, estaba erguido  
 Como una torre; ni del todo hubiera  
 Su lustre original perdido y gloria;  
 Antes como un arcángel relucía,  
 Con luz, empero, y resplandor menguados.  
 Cual al romper del día el sol naciente  
 Lanza al través de niebla matutina  
 Su luz remisa, ó tras la luna oculto  
 En pardo eclipse, á la mitad espanta  
 De las naciones crédulas, y anuncia  
 Ruinas y sustos á medrosos reyes;  
 Así, aunque escurecido todavía,  
 Entre todos brillaba el alto arcángel.  
 Del rayo celestial las cicatrices  
 Señalaba profundas su semblante,  
 Y los fieros cuidados le anublaban;  
 Empero heroico aliento y concentrada  
 Soberbia á la venganza siempre pronta  
 Anunciaba su ceño, aunque feroces  
 Todavía en sus ojos parecían  
 Gran lástima y cruel remordimiento.  
 Al ver de su traicion los compañeros,  
 O mas bien los secuaces (¡cuán distintos  
 De lo que un tiempo fueran!) condenados

También con él á pena perdurable;  
 Mil millones de espíritus por su culpa,  
 Arrojados del cielo, de la eterna  
 Lumbre inmortal por su traicion privados,  
 Y fieles á su alianza, aunque perdido  
 Su nativo esplendor; así de fuego  
 Del cielo heridos los montanos robles,  
 O los pinos de un bosque, aunque desnudos  
 De su frondosa pompa, y chamuscados  
 Sobre el marchito suelo, todavía  
 Duran erguidos los eternos troncos.  
 Dispuesto á razonar, hace que al punto  
 Plieguen las dobles filas de ala á ala;  
 Luego en medio sus grandes le tomaron,  
 Tres veces quiso hablar, y tres las lágrimas,  
 Cual verter puede un ángel, á sus ojos,  
 A pesar de su orgullo, se asomaron.  
 Por fin rompió, y mezcladas con suspiros  
 Hallaron su camino estas palabras:  
 «¡Oh, ejército de espíritus inmortales,  
 Heroes sin par! Oh, al Todopoderoso  
 Solamente comparables! Nuestra empresa  
 No tuvo infame fin, aunque esta horrible  
 Prision, y tan acerba y espantosa  
 Mudanza el triste caso testifiquen.  
 Mas ¿qué penetración, qué agudo ingenio,  
 Por mas que diestro combiar supiese  
 Lo presente y pasado, adivinara  
 Que un tal poder, tan grande y tan unido,  
 Como el que aquí miramos, cederia  
 Venido y rechazado? Y ¿quién, no obstante,  
 Aun despues de tal rota, habrá que dude  
 Que estas fuertes legiones, cuya ruina  
 Tiene vacío el cielo, reanimadas  
 Podrán con nuevo ardor subir de un vuelo  
 A recobrar sus tronos primitivos?  
 En cuanto á mi, testigos sean los altos  
 Moradores del cielo, si dudoso  
 En la resolución ó en los peligros  
 Cobarde, malogré vuestra esperanza;  
 Pero el supremo Rey, que hasta aquel día  
 Ocupara su trono muy seguro,  
 Solo en su antigua posesion fundado,  
 O en la opinion y tolerancia nuestra,  
 Descubriendo la gloria majestuosa  
 De su real dignidad, mantuvo oculto  
 El lleno de sus fuerzas, y este engaño  
 Nos deslumbró y atrajo nuestra ruina.  
 En fin, ya desde hoy son conocidos  
 Nuestro poder y el suyo; y si seria  
 Locura provocarle á nueva guerra,  
 Fuera infamia evitarla, provocados;  
 Porque de nuestro ser la mejor parte  
 No está vencida aun, y el alto ingenio  
 Nos queda para obrar por escondidos  
 Fraudes aquello del poder no aleanza.  
 Esto á lo menos hallara en nosotros;  
 Que no vence del todo á su contrario  
 Quien solo en fuerza le aventaja y vence.  
 Ya sabeis que criarse nuevos mundos  
 Pueden en el vacío, y que el muy Alto,  
 Segun la tradicion que desde antiguo  
 Corria por el cielo, proyectaba  
 Formar para estos tiempos uno, donde  
 Plantase cierta gente venturosa,  
 Caro objeto de todas sus delicias,  
 E igual en dicha á sus celestes hijos.  
 Probemos, pues, y á él ó á otro hagamos  
 Nuestra primer salida; que no siempre  
 Han de vivir en esta sima hundidos  
 Los hijos de la luz, ni por mas tiempo  
 Cubiertos de las sombras baratrales.  
 Pero esto debe consultarse agora  
 Con maduro consejo, pues perdida  
 La esperanza de paz, ¿quién hay que opine  
 Por la vil sumision? Guerra, pues, guerra,  
 Abierta ó oculta, resolver debemos.»  
 Dijo; y luego aprobando su discurso  
 Millones de querubes, las espadas,  
 Por el aire vibradas, relumbraron,  
 Iluminando en torno el aecho inferno,  
 Y todos ensañados contra el trono



Del muy Alto, con armas resonantes  
 Dieron en los broqueles rícidamente;  
 Tanto, que el fiero son de insulto y guerra  
 Llegó al alta techumbre del Empíreo.  
 Estaba cerca un monte, cuya horrible  
 Cima lanzaba fuego y denso humo,  
 Cubierto en lo demás de una lustrosa  
 Costra, señal de oro, que encubrían,  
 Impregnadas de azufre, sus entrañas.  
 Allá voló prontísima una inmensa  
 Brigada de guerreros, como suelen  
 Ante un real campamento, bien armados  
 De picos y de sables, correr listos  
 Los piquetes de bravos gastadores  
 A alzar una trinchera ó parapeto.  
 Guíabalos Mammon; Mammon, de cuantos  
 Espíritus cayeron del Empíreo  
 Espíritu el mas vil, pues en el mismo  
 Cielo siempre sus ojos y deseos  
 Fijos del rico pavimento al oro,  
 Pisado allí de todos, le admiraba  
 Sobre la clara y refulgente gloria  
 Que inundaba de Dios el trono santo.  
 De él primero aprendieron los mortales  
 A robar de la tierra el centro oscuro;  
 De la tierra, su madre, y con impías  
 Manos dilacerando sus entrañas,  
 A sacar los tesoros que piadosas  
 Escondían. Al punto sus soldados  
 Abren en medio el monte una ancha boca,  
 Y grandes peñas del metal brillante  
 Sacan. Nadie se admire si el infierno  
 Engendra tal riqueza; que es muy digno  
 Tan precioso metal de aquel terreno.  
 Vosotros, que ensalzais los mundanales  
 Bienes, y con asombro andais loando  
 Las obras que erigieron los monarcas  
 De Babilonia y Menfi á tanta costa,  
 Ved aquí sus famosos monumentos,  
 Milagros de arte y fuerza, traspasados  
 Por espíritus pécitos, que en un hora  
 Acaban lo que apenas en un siglo  
 Logró el continuo afán de tantas manos.  
 En el próximo llano, en muchas fragnas  
 Que el lago ardiente por ocultas venas  
 Del derretido fuego bastecía,  
 El macizo metal con arte extraño  
 Fundia otra cuadrilla, y le afinaba;  
 Y otra que ya en la tierra varios moldes  
 Había formado, por ocultas vías  
 Llena sus huecos de metal herviente;  
 Bien cual suele en los órganos un soplo  
 Henchir toda la máquina, infundido  
 El aire á un tiempo por diversos tubos.  
 Al punto sale de la tierra, pronto  
 Como una exhalacion, un ancho templo,  
 Al son de melodiosas sinfonías  
 De instrumentos y voces, todo en torno  
 Cercado de pilastras, y en robustas  
 Columnas de orden dórico apoyado,  
 Que el dorado alquitrabe sostenían.  
 Ni friso ni cornisa allí faltaban  
 De exquisitos relieves, y era de oro  
 Ricamente labrado el alto techo.  
 Las grandezas de Menfi y Babilonia  
 En su mas alta gloria no igualaron  
 A estas, ni los templos de sus dioses,  
 Belo y Serápis, ni el dorado asiento  
 De sus reyes, entonces cuando Siria  
 Y Egipto en fausto y pompa compitieran.  
 Subió la excelsa mole, y se mantuvo  
 Sobre su mismo peso. De repente  
 Se abren bronceadas puertas, y descubren  
 De lo interior el ámbito espacioso  
 Y el liso y bien labrado pavimento.  
 Sendas filas de lámparas pendían,  
 Y de ardientes faroles, de la arqueada  
 Bóveda, que alumbraban por encanto,  
 De asfalto y pingüe nafta bastecidos,  
 Y daban clara luz cual la del cielo.  
 Entre la muchedumbre presurosa  
 Y admirada, la obra alaban unos,

Y otros del diestro artífice el ingenio,  
 Cuya mano de antiguo conocida  
 Fuera en el cielo, por las altas torres  
 Que allá labrara, asiento y residencia  
 De los excelsos tronos; á quien tanto  
 Ensalzó el Rey supremo, que le diera  
 El cargo de reglar en varias clases  
 Las brillantes etéreas jerarquías.  
 Ni de la antigua Grecia fué ignorado  
 Su nombre, ni del Lacio, do le dieron,  
 So el de Muleiber, culto los ausonios;  
 Y como dende el cielo había caído,  
 Pingiéronle arrojado de las altas  
 Almenas cristafinas por la furia  
 De Júpiter airado, y que rodando  
 Rápido por el aire, desde el alba  
 Al mediodía, y desde el mediodía  
 Hasta la húmeda tarde, todo el curso  
 De un día de verano, al esconderse  
 El sol, cual una estrella desgajada  
 Desde el alto cenit, cayera en Lémnos,  
 Isla del mar Egeo. Así lo cuentan  
 Ilusos; mas mucho antes con los otros  
 Rebeldes derribado hubiera sido;  
 Que ni las altas torres en el cielo  
 Alzadas le valieran, ni salvarle  
 Las máquinas pudieron de que fuese  
 Con su diestra cuadrilla despeñado  
 Y enviado á edificar en el infierno.  
 Entre tanto, por orden del gran Jefe,  
 Los alados heraldos, con terrible  
 Aparato y al son de las trompetas,  
 Todo el tartáreo ejército convocan  
 A un general consejo, que juntarse  
 Debía en Pandemon, insigne corte  
 De Satan y sus pares. Los mas dignos  
 Fueron allí llamados desde el frente  
 De sus tercios, según de cada uno  
 El mérito y lugar. Al punto todos  
 Vienen en tropa, todos escoltados  
 De varia y numerosa comitiva.  
 Todas las avenidas con inmensa  
 Confluencia, las puertas y anchos atrios  
 Se hinchán, y mas el gran salon (aunque era  
 Cual un campo espacioso, do guarnidos  
 De reluciente acero y bien montados  
 Suelen tornear los bravos campeones,  
 Y á vista del Soldan, al mas cumplido  
 Paladin, á batirse cuerpo á cuerpo  
 Provocan, ó á justar con lanza en ristre),  
 Como un inmenso enjambre los espíritus  
 Cubren el suelo, y al través del aire  
 Sacuden segos las silbantes alas.  
 Así en la primavera, cuando monta  
 El sol ardiente en el bicorno signo,  
 Sacan su prole numerosa en torno  
 De los melifluos corchos las abejas,  
 Y ellas entre las flores, de suave  
 Rocio humedecidas, susurrando,  
 Vuelan, girando acá y allá ligeras,  
 O por la lisa tabla y odorosa,  
 Ancho arrabal de su ciudad pajiza,  
 Se solazan paseando, y los negocios  
 Tratan de su gobierno; tan espesa  
 La aérea muchedumbre se estrechaba.  
 Mas, dada la señal, ¡portento extraño!  
 Los que mucho en tamaño á los terrígenas  
 Gigantes excedieran, reducidos  
 A mas breve estatura, ya parecen  
 Enanos. Mas espesos é incontables  
 Que la pigmea gente colocada  
 Allende el monte indiano, ó que los duendes,  
 Cnyas nocturnas zambras á la orilla  
 De un solitario bosque ó fuente clara  
 Mira tal vez, ó sueña que lo mira,  
 Un rústico extraviado en su camino,  
 Mientras la luna, presidiendo en alto,  
 Se descubre, y mas cerca de la tierra  
 Lanza su tibia luz, en tanto hierve  
 La bulliciosa danza, y la festiva  
 Música encanta el alma y el oído  
 Del rústico, medroso y solazado;

De esta arte los espíritus encogen  
Su talla gigantea, á breve forma  
Reduciéndola, y bien que innumerables,  
Quedaron á su holgura en la gran silla  
Del infernal palacio. Mas adentro,  
Y en su propia estatura, retirados  
Formaban su sesion los serafines

Y querubines, grandes y señores  
De la tartárea corte, y en dotadas  
Sillas, de gloria y majestad cubiertos,  
Mas de mil semidiosos se sentaban.  
Puesto silencio, y la convocatoria  
Leida en alta voz, la junta empieza

## SÁTIRAS Y EPISTOLAS.

Á ARNESTO.

*Quis tam patiens ut leuol se?*  
(JUVENAL.)

Déjame, Arnesto, déjame que llore  
Los fieros males de mi patria, deja  
Que su ruina y perdicion lamente;  
Y si no quieres que en el centro obscuro  
De esta prision la pena me consuma,  
Déjame al menos que levante el grito  
Contra el desórden; deja que á la tinta  
Mezelando hiel y acibar, siga indócil  
Mi pluma el vuelo del hufon de Aquino.  
¡Oh! cuanto rostro veo, á mi censura,  
De palidez y de rubor cubierto!  
Animo, amigos, nadie tema, nadie  
Su punzante aguijón; que yo persigo  
En mi sátira al vicio, no al vicioso.  
¿Y qué querrá decir que en algun verso,  
Encrespada la bilis, tire un rasgo,  
Que el vulgo crea que señala á Alcinda,  
La que olvidando su orgullosa suerte,  
Baja vestida al Prado, cual pudiera  
Una maja con trueno y rascamolio,  
Alta la ropa, erguida la caramba,  
Cubierta de un cenital mas trasparente  
Que su intencion, á ojeadas y meneos  
La turba de los tontos concitando?  
¿Podrá sentir que un dedo malicioso,  
Apuntando este verso, la señale?  
Ya la notoriedad es el mas noble  
Atributo del vicio, y nuestras Julias,  
Más que ser malas, quieren parecerlo.  
Hubo un tiempo en que andaba la modestia  
Horando los delitos; hubo un tiempo  
En que el recato tímido cubría  
La fealdad del vicio; pero huyése  
El pudor á vivir en las cabañas.  
Con él huyeron los dichosos dias,  
Que ya no volverán; huyó aquel siglo  
En que aun las necias burlas de un marido  
Las bascuñanas crédulas fragaban;  
Mas hoy Alcinda desayuna al suyo  
Con ruedas de molino; triunfa, gasta,  
Pasa saltando las eternas noches  
Del crudo enero, y cuando el sol tardío  
Rompe el oriente, admírala golpeando,  
Cual si fuese una extraña, al propio quicio.  
Entra barriendo con la nudosa falda  
La alfombra; aquí y allí cintas y plumas  
Del enorme locado siembra, y sigue  
Con débil paso sonolienta y mustia,  
Yendo aun Fabio de su mano asido  
Hasta la alcoba, donde á pierna suelta  
Ronca el cornudo y sueña que es dichoso.  
Ni el sudor frio, ni el hedor, ni el rancio  
Erupto le perturban. A su hora  
Despierta el necio, silencioso deja  
La profanada holanda, y guarda atento  
A su asesina el sueño mal seguro.  
¿Cuántas, oh Alcinda, á la coymda oucidas,  
Tu suerte envidian! Cuántas de himeneo  
Busean el yugo por lograr tu suerte,

J.-I.

Y sin que invoquen la razon, ni pese  
Su corazon los méritos del novio,  
El sí pronuncian y la mano alargan  
Al primero que llega! ¿Qué de males  
Esta maldita ceguedad no aborta!  
Veo apagadas las unpeiales teas  
Por la discordia con infame soplo  
Al pié del mismo altar, y en el tumulto,  
Brindis y vivas de la tornaboda,  
Una indiscreta lágrima predice  
Guerras y oprobios á los mal unidos.  
Veo por mano temeraria roto  
El velo conyugal, y que corriendo  
Con la impudente frente levantada,  
Ya el adulterio de una casa en otra;  
Zumba, festeja, ríe, y descarado  
Canta sus triunfos, que tal vez celebra  
Un necio esposo, y tal del hombre honrado  
Hieren con dardo penetrante el pecho,  
Su vida abrevian, y en la negra tumba  
Su error, su afrenta y su despecho esconden.  
¡Oh viles almas! oh virtud! oh leyes!  
¡Oh pundonor mortífero! ¿Qué causa  
Te hizo liar á guardas tan infieles  
Tan preciado tesoro? ¿Quién, oh Témis,  
Tu brazo sobornó? Le mueves cruda  
Contra las tristes victimas, que arrastra  
La desnudez ó el desamparo al vicio;  
Contra la débil huérfana, del hambre  
Y del oro acosada, ó al balago.  
La seducion y el tierno amor rendida;  
La expilas, la deshonras, la condenas  
A incierta y dura reclusion; y en tanto  
Ves, indolente, en los dorados techos  
Cobijado el desórden, ó le sufres  
Salir en triunfo por las anchas plazas,  
La virtud y el honor escarneciendo!  
¡Oh infamia! oh siglo! oh corrupcion! Matronas  
Castellanas, ¿quién pudo vuestro claro  
Pundonor eclipsar? ¿Quién de Lucrecias  
En Lais os volvió? ¿Ni el proceloso  
Océano, ni, lleno de peligros,  
El Lilibeo, ni las áridas cumbres  
De Firene pudieron gnareceros  
Del contagio fatal? Zarpa preñada  
De oro la nao gaditana, aporta  
A las orillas galicas, y vuelve  
Llena de objetos fútiles y vanos;  
Y entre los signos de extranjera pompa  
Ponzoña esconde y corrupcion, compradas  
Con el sudor de las iberas frentes;  
Y tú, misera España, tú la esperas  
Sobre la playa, y con afán recoges  
La pestilente carga y la repartes  
Alegre entre tus hijos. Viles plumas,  
Gasas y cintas, flores y penachos,  
Te trae en cambio de la sangre tuya;  
De tu sangre, ¡oh baldon! y acaso, acaso  
De tu virtud y honestidad. Repara  
Cual la liviana juventud los busca.  
Mira cual va con ellos engreida  
La impudente donecella; su cabeza,  
Cual nave real en triunfo empavesada,  
Vana presenta del favonio al soplo

La miés de plumas y de airones, y anda  
Loca, buscando en la lisonja el premio  
De su indiscreto afán. ¡Ay triste! gnarte,  
Gnarte, que está cercano el precipicio.  
El astuto amador ya en asechanza  
Te atisba y sigue con lascivos ojos;  
La adulación y la caricia el lazo  
Te van á armar, do caerás incauta,  
En el tu oprobio y perdición hallando.  
¡Ay cuánto, cuánto de amargura y lloro  
Te costarán tus galas! ¡Cuán tardío  
Será y estéril tu arrepentimiento!  
Ya ni el rico Brasil, ni las cavernas  
Del nunca exhausto Potosí no bastan  
A saciar el hidropico deseo,  
La ansiosa sed de vanidad y pompa.  
Todo lo agotan; cuesta un sombrerillo  
Lo que antes un estado, y se consume  
En un festín la dote de una infanta;  
Todo lo tragan; la riqueza unida  
Va á la indigencia; pide y pordiose  
El noble, engaña, empuña, malbarata,  
Quiebra y perece, y el logrero goza  
Los pingües patrimonios, premio un día  
Del generoso afán de altos abuelos.  
¡Oh ultraje! ¡oh mengua! todo se trafica;  
Parentesco, amistad, favor, influjo,  
Y hasta el honor, depósito sagrado,  
O se vende ó se compra. Y tú, belleza,  
Don el mas grato que dió al hombre el cielo,  
No eres ya premio del valor, ni paga  
Del peregrino ingenio; la florida  
Juventud, la ternura, el rendimiento  
Del constante amador ya no te alcanzan.  
Ya ni te das al corazón, ni sabes  
De el recibir adoración y ofrendas.  
Rindeste al oro. La vejez hedionda,  
La sucia palidez, la faz adusta,  
Fiera y terrible, con igual derecho  
Vienen sin susto á negociar contigo.  
Daste al barato, y tu rosada frente,  
Tus suaves besos y tus dulces brazos,  
Corona un tiempo del amor mas puro,  
Son ya una vil y torpe mercancía.

AL MISMO.

*Perit omnis in illa  
Nobilitas, cujus laus est in origine sola.*  
(LYCAN, Carm. ad Pisan.)

¡Ves, Arnesto, aquel majo en siete varas  
De pardomonte envuelto, con patillas  
De tres pulgadas afiado el rostro,  
Magro, pálido y sucio, que al arrimo  
De la esquina de enfrente nos acecha  
Con aire sesgo y baladí? Pues ese,  
Ese es un nono nieto del rey Chico.  
Si el breve chupetín, las anchas bragas  
Y el alhorno, no sin primor terciado,  
No te lo han dicho; si los mil botones  
De filigrana berberisca, que andan  
Por los confines del jubón perdidos,  
No lo gritan; la faja, el guadigeño,  
El arpa, la bandurria y la guitarra  
Lo cantarán; no hay duda; el tiempo mismo  
Lo testifica. Atiende á sus blasones:  
Sobre el porton de su palacio ostenta,  
Grabado en berroqueña, un ancho escudo  
De medias lunas y turbantes lleno.  
Nácente al pié las bombas y las balas  
Entre tambores, chuzos y banderas,  
Como en sombrío matorral los hongos.  
El águila imperial con dos cabezas  
Se ve picando del morrión las plumas  
Allá en la cima, y de uno y otro lado,  
A pesar de las puntas asomantes,  
Grifo y león rampantes le sostienen.  
Ve aquí sus timbres; pero signe, sigue,  
Entra, y verás colgado en la antesala  
El árbol gentilicio, ahumado y roto  
En partes mil; empero de sus ramas,  
Cual suele el fruto en la pomposa higuera,

Sombreros penden, mitras y bastones.  
En procesion aquí y allí caminan  
En sendos cuadros los ilustres dandos,  
Por habil brocha al vivo retratados.  
¡Que gregüescos! qué caras! qué bigotes!  
El polvo y telarañas son los gajes  
De su vejez. ¿Qué mas? hasta los duros  
Sillones moscovitas y el chinisco  
Eseritorio, con ámbar perfumado,  
En otro tiempo de moarfil y nácar  
Sobre ébano embutido, y hoy deshecho,  
La ancianidad de su solar pregonan.  
Tales, tan rancia y tan sin par su alcurnia,  
Que aunque embozado y en castaña el pelo,  
Nada les debe á Ponce ni Guzmanes.  
No los aprecia, tiénese en mas que ellos,  
Y vive así. Sus dedos y sus labios,  
Del humo del cigarro encallecidos,  
Indice son de su crianza. Nunca  
Pasó del Be á Ba. Nunca sus viajes  
Mas allá de Jetafe se extendieron:  
Fué antaño allá por ver unos novillos  
Junto con Pacotrigó y la Caramba;  
Por señas, que volvió ya con estrellas,  
Beodo por demás, y durmió al raso.  
Examinale, ¡oh idiota! nada sabe.  
Trópicos, éra, geografía, historia  
Son para el pobre exóticos vocablos.  
Dile que dende el hondo Pirineo  
Corre espumoso el Bétis á sumirse  
De Otagilla en el mar, ó que cargadas  
De almendra y goma las inglesas quillas,  
Surgen en puerto Lápicchi, y se levantan  
Llenas de estaño y de abadejo; ¡oh! todo,  
Todo lo creará, por mas que añadas  
Que fué en las Navas Witiza el santo  
Deshecho por los celtas, ó que invicto  
Triunfó en Aljubarrota Mauregato.  
¡Qué mucho, Arnesto, si del padre Astete  
Ni aun leyó el catecismo! Mas no creas  
Su memoria vacía. Oye, y dírate  
De Candido y Marchante la progenie;  
Quién de Romero ó Costillares saca  
La muleta mejor, y quién mas limpio  
Hiere en la cruz al bruto jarameño.  
Hárate de Guerrero y la Catuja  
Larga memoria, y de la malograda,  
De la divina Ladvénant, que ahora  
Anda en campos de luz paciéndo estrellas,  
La sal, el garabato, el aire, el chiste,  
La fama y los ilustres contratiempos  
Recordará con lágrimas. Prosigue,  
Si esto no basta, y te dirá qué año,  
Qué ingenio, qué ocasión dió á los chorizos (1)  
Eterno nombre, y cuántas cuchilladas  
Dadas de día en día, tan pujantes  
Sobre el triste polaco los mantienen.  
Ve aquí su ocupación; esta es su ciencia.  
No la debió ni al domine, ni al tonto  
De su ayo mosen Mare, solo ajustado  
Para irle en pos cuando era señorito.  
Debiósele á cocheros y lacayos,  
Dueñas, fregonas, truhanes y otros bichos,  
De su niñez peregrinos compañeros;  
Mas sobre todo á Pericuelo el paje,  
Mozo avieso, chorizo y pepillista  
Hasta morir, cuando le andaba en torno.  
De él aprendió la jota, la guaracha,  
El bolero, y en fin música y baile.  
Fuéle también maestro algunos meses  
El sota Andrés, chispero de la huerta.  
Con quien, por órden de su padre, entoneces  
Pasar solia tardes y mañanas  
Jugando entre las mulas. Ni dejaste  
De darle tú santísimas lecciones.  
¡Oh Paquita! despues de aquel trabajo  
De que el Refugio te sacó, y su madre  
Te ajustó por doncella; ¡tanto puede

(1) Recuérdese que con el nombre de *chorizos* se designaba á los partidarios del teatro del Príncipe, y que los *polacos*, de que se habla despues, eran los apasionados al de la Cruz.



La gratitud en generosos pechos!  
De ti aprendió á reírse de sus padres,  
Y á hacer al pedagogo la mamota,  
A pellizcar, á andar al escondite,  
Tratar con crijanos y con viejas,  
Beber, mentir, trampear, y en dos palabras,  
De ti aprendió á ser hombre, y de provecho.  
Si algo mas sabe, deléalo á la buena  
De doña Ana, patron de zurcidoras,  
Pudosa como tu none, y mas chuchera  
Que la embaidora Celestina. ¡Oh cuanto  
De ella alcanzo! Del Rastro á Maravilla,  
Del alto de San Blas á las Bellocas,  
No hay barrio, calle, casa ni zahurda  
A su padron negado. ¡Cuántos nombres  
Y enales vido en su librote escritos!  
Allí leyó el de Candida la inviata,  
Que nunca se rindió, la que una noche  
Venció. . . . .

Allí el de aquella siete veces virgen,  
Mas que por esto, insigne por sus robos,  
Pues que en un mes enapobrecio al indiano,  
Y chupó á un escocés tres mil gineas,  
Veinte acciones de banco y un navio.  
Allí aprendió á temer el de Belisa  
La venenosa. . . . . (1)

Y allí también en torpe mescolanza  
Vio de mil bellas las ilustres cifras,  
Nobles, plebeyas, majas y señoras,  
A las que vio nacer el Pirineo,  
Desde Juquerá hasta do muere el Miño,  
Y a las que el Ebro y Turia dieron fama,  
Y el Darro y Bétis todos sus encantos;  
A las de rancio y perdurable nombre,  
Ilustradas con turea y sombrerillo,  
Simón y paje, en cuyo abono sudan  
llandas, veneras, gorras y bastones  
Y aun (chito, Arnesto) cuellos y cerquillos,  
Y en fin, á aquellas que en nocturnas zambas,  
Al son del cuerno congregadas, dicen  
fama á la Unión (2).

¡Ah! cuánto allí la cifra de tu nombre  
Brillaba, escrita en caracteres de oro,  
¡Oh Cloe! El sólo deslumbrar pudiera  
A nuestro jaque, apenas de las uñas  
De su doncella libre. No admiraban  
Tu casa entonces, como ogaño, ricas  
Telas de Italia ó de Canton, ni lustrós  
Venidos del Adriático, ni alfombras,  
Sofá otomano ó muebles peregrinos.  
Ni la alegraban, de Bolonia al uso,  
*La simia, il pappagallo, e la spineta.*  
La salserilla, el sahnmador, la esponja,  
Cinco sillas de enea, un pobre anafe,  
Un bufete, un velon y dos cortinas  
Eran todo tu ajuar, y hasta la cana,  
Do alzó después tu trono la fortuna.  
¡Quién lo diría! entonces era humilde.  
Pusote en zancos el hidalgo, y dióte  
A dos por tres la escandalosa suma  
Que treinta años de afanes y de ayuno  
Costó á su padre. ¡Oh! cuánto tus jubones,  
De perlas y oro recamados, cuánto  
Tus francachelas y tripiñidos dieron  
En la cazuela, el Prado y los tendidos  
De escandalo y envidia! Como el humo  
Todo pasó, duró lo que la hijuela.  
¡Pobre galán! ¡qué paga tan mezquina  
Se dió á su amor! ¡cuán presto le ferieron  
Al último doblon el postrer heso!  
Viérasle, Arnesto, desolado; vieras  
Cuál iba humilde á mendigar la gracia  
De su perjurá, y cual correspondía  
La infiel con carcajadas á su lloro!  
No hay medio: le plantó; quedó por pueras.  
¿Qué hará? ¿Su alivio buscará en el juego?

¡Bravo! Allí olvida su pesar. Prestóle  
Un amigo. ¿Qué amigo! Ya otra nueva  
Esperanza le anima. ¡Ah! salió vana.  
Marro la cuarta sota; adios, bolsillo.  
Toma un censo, adelante; mas perdiólo  
Al primer trascarton, y quedó asperges.  
No hay ya amor ni amistad. En tan gran cuita  
Se halla; ¡oh Zulmi Zegri! tu nono nieto.  
¿Será mas digno, Arnesto, de tu gracia  
Un adénique perfumado y ludo,  
De noble traje y rimes pensamientos?  
Admiran su solar el alto Arceva,  
Liria, Pamplona ó la feroz Cantabria,  
Mas se educó en Sorez; París y Roma  
Nueva le le inundieron, viejos nuevos  
Le inocularon; cátele perdido.  
No es ya el mismo; ¡oh, cual otro el Yidasoa  
Tornó á pasar! cuál habla por los codos!  
¿Quién calará su atroz galimatías?  
Ni Du Marsais ni Aldrete le entenderán.  
Mira cual corre, en polison vestido,  
Por los mañanas, de un burdel á otro,  
Y entre alechuetas y infantes bulle.  
No importa, vaja incógnito con palo,  
Sin insignias y en frac; nadie le mira.  
Vuelve, se adaba, sale y huele á almizcle  
Desde una milla... ¡Oh, cómo el sol chispea  
En el clerol del coche ultramarino!  
¿Cuál brillan los tirantes carmesies  
Sobre la negra cria de los hisones!  
Visita, come en noble compañía,  
Al Prado, á la luneta, á la tertulia,  
Y al garito despues. ¡Qué linda vida,  
Digna de un noble! ¿Quieres su compendio?  
Puteo, jugó, perdió salud y bienes,  
Y sin tocar á los cuarenta abriles  
La mano del placer le hundió en la huesa.  
¿Cuántos, Arnesto, así! Si alguno escapa,  
La vejez se anticipa, le sorprende,  
Y enemica ó infame soltera,  
Solo, aburrido y lleno de amarguras,  
La muerte invoca, sorda á su plegaria.  
Si antes al ara de himeneo acoge  
Su delincuente corazón, y el resto  
De sus amargos días le consagra,  
¡Triste de aquella que á su yugo uncido  
Victima cae! Los primeros meses  
La lleva en triunfo acá y allá; la mira,  
La galantea... Paleo, galas, dijes,  
Coche á la inglesa, ¡miseros recursos!  
El buen tiempo paso; del vicio infame  
Corre en sus venas la cruel ponzoña,  
Tímido, exhausto, sin vigor... ¡oh rabia!  
El talamo es su potro. Mira, Arnesto,  
Cuál desde Gádes á Briguencia el vicio  
Ha inicionado el gérmen de la vida,  
Y cuál su virulencia va enervando  
La actual generacion! Apenas de hombres  
La forma existe... ¿Adonde está el forzudo  
Brazo de Villandrando? ¿Dó de Arguello  
O de Paredes los robustos hombres?  
El pesado mortron, la penachuda  
Y alta cimera ¿acaso se forjaron  
Para cráneos raquíticos? ¿Quién puede  
Sobre la cuera y la emallada cota  
Vestir ya el duro y centellante peto?  
¿Quién enristrar la ponderosa lanza?  
¿Quién... Vuelve, ¡oh fiero berberisco! vuelve,  
Y otra vez corre desde Calpe al Deva,  
Que ya Pelayos no hallarás, ni Alfonsos,  
Que te resistan; débiles pigmeos  
Te esperan: de tu corva cimitarra  
Al solo anagao caerán rendidos,  
¿Y es este un noble, Arnesto? ¿Aquí se cifran  
Los timbres y blasones? ¿De qué sirve  
La clase ilustre, una alta descendencia,  
Sin la virtud? Los nombres venerados  
De Laras, Tello, Haros y Girones,  
¿Qué se hicieron? Qué ingenio ha deslucido  
La fama de sus triunfos? ¿Son sus nietos  
A quienes ha su defensa el trono?  
¿Es esta la nobleza de Castilla?

(1) Con estas supresiones apareció la primera edicion.

(2) En baile así llamado.

Es este el brazo, un día tan temido,  
En quien libraba el castellano pueblo  
Su libertad? ; Oh vilipendio! oh siglo!  
Faltó el apoyo de las leyes; todo  
Se precipita; el mas humilde cieno  
Fermenta, y brota espíritus altivos,  
Que hasta los tronos del Olimpo se alzan.  
¿Qué importa? Venga denodada, venga  
La humilde plebe en irrupcion, y usurpe  
Lustre, nobleza, títulos y honores.  
Sea todo infame belietría; no haya  
Clases ni estados. Si la virtud sola  
Les puede ser antemural y escudo,  
Todo sin ella acabe y se confunda.

#### À EYMAR (1).

*Sequitur, et qua ducitis adsum.*  
(VIRG., *Æneid.*, lib. 11.)

Mientras te alejas de la verde orilla,  
Querido Eymar, del caudaloso Bétis,  
Huyendo de los brazos de tu amigo,  
Y en tanto que atraviesas los confines  
De una y otra provincia, sus estudios,  
Sus leyes y costumbres meditando;  
Mientras, lleno de un ansia generosa  
De conocer al hombre, le examinas  
Por los distintos climas donde mora,  
Léjos vagando de la dulce patria;  
Permite que, admirada de tu celo,  
Siga mi musa tus ilustres huellas,  
Y te acompañe por los ricos campos  
De Astigi, que con giro majestuoso  
Fecundiza el Genil, y hasta las puertas  
Te siga, por do entraron tantas veces  
El ayo de Neron y el numeroso  
Cantor de los farsálicos horrores;  
Que en pos de ti discurra el ancha falda  
De los Marianos montes, patria un tiempo  
De fieras alimañas, y hoy milagro  
Del arte y de la industria; que penetre  
Por los sedientos campos de la Mancha,  
Tumba la Guadiana memorable,  
No bollados ya de héroes ni gigantes:  
Que te acompañe, en fin, hasta que pueda  
Besar contigo la imperial corriente  
Del pobre y respetado Manzanares.  
Permitela tambien que al lado tuyo  
Pise despues con planta temerosa  
El suelo Carpentano, la dorada  
Arena de Carpeno, do tuvieron  
Su cuna y su mansion mil altos reyes.  
Juntos allí verémos las grandezas  
Del imperio español, y reducidos  
A muy breve recinto, admirarémos  
El sudor y opulencia de dos mundos.  
Luego entrarámos tímidos al trono  
Que ocupa Carlos con augusta gloria,  
Y sentados verás allí á su diestra  
La religion, el celo, la justicia,  
La piedad y el amor, firmes apoyos  
De su poder, su gloria y ornamento.  
De su real familia en los semblantes  
Verás la tierna humanidad pintada,  
Cautivando mil almas, y el glorioso  
Espirtu varonil del Quarto Carlos,  
Sucesor destinado á sus virtudes  
Y su trono, y objeto ya constante  
De amor á los hispanos corazones.  
Despues que beses las augustas manos  
Con labio reverente, y relexivo  
Tanto esplendor y majestad contemples,  
Bueno será que en la intrincada senda  
Del matritense laberinto guie  
La alma filosofia nuestros pasos;  
La alma filosofia, á cuyas voces

Tan avezada, Eymar, está tu oreja.  
Con ella subiremos á los templos  
Do tiene culto Astrea, y do del Nümen,  
Atentas á la voz de sus oráculos,  
La infalible sancion escucharémos.  
Allí verás, sentados á la sombra  
Del sölío, en alto escaño, á los severos  
Ministros de la Diosa, con oscuras  
Y luengas vestiduras ataviados.  
De la suprema voluntad del Nümen  
Son órgano sus bocas, y dos mundos  
Ven su felicidad de ellas pendiente.  
El celo del bien público las abre  
Y las hace elocuentes, y del Nümen  
Calor é inspiracion reciben solo.  
Pero si alguna, al interés movida,  
Profana la verdad; si ves que usurpa  
La mentira tal vez su santo adorno;  
Si el dolo, si el arbitrio introducidos  
Vieres en el congreso, Eymar, ¡oh, huye,  
Huye de allí con planta presurosa!  
Huyamos, ¡ah, no sean de la impura  
Profanacion testigos nuestros ojos!  
Huyamos á buscar á los tranquilos  
Alumnos de Sofia en su gimnasio (2).  
Pasado el anejo foro y los umbrales  
Del alto consistorio, los verémos  
Trabajar por el bien de sus hermanos  
Sin fausto, sin escolta, sin señales  
De imperio ó dignidad; solo al provecho  
Los verás de su patria consagrados.  
El patrio amor preside las sesiones;  
El solo los congrega, los inspira,  
Los inflama, los guia y los corona.  
El pobre labrador, á la inclemencia  
Del sol y el viento expuesto, y de las lluvias;  
En su taller el misero artesano;  
El rico mercadante en su trastienda,  
O bien del bravo mar entre las ondas,  
Objeto son de su incesante estudio.  
Mira aquel que entre todos sobresale  
Con cana cabellera (3) y luengas ropas,  
Encendido el semblante, y penetrado  
De patrio celo. Aplica, Eymar, atento  
Tu oído á sus discursos; ya resuenan  
En ambos hemisferios sus clamores.  
La patria está á su diestra, y con la suya  
Le ofrece una corona. ¡Vive, oh ilustre  
Alumno de Sofia! Vive, y goza  
El tributo de gloria y alabanza  
Que te ofrece la patria, mientras el cielo  
Labra mas alto premio á tus virtudes!  
Mira tambien entre los mismos muros,  
Eymar, otros alumnos de Minerva,  
Deteniendo del tiempo el rauda curso.  
Miralos renovando la memoria  
De los pasados héroes, y sus nombres  
A los siglos futuros perpetuando.  
Otros allí verás, atentos siempre  
A conservar la gloria y la pureza  
Del lenguaje español, de sus dominios  
Las ajenas y bárbaras palabras.  
Y las espúrias frases desterrando.  
Admiralos, Eymar, mientras, muy dignos  
De eterna gratitud, al bien consagran  
De su patria y hermanos sus fatigas.  
Ven conmigo despues á la ancha casa  
Do están depositados los milagros  
De arte y naturaleza (4). ¡Bulce amigo!  
Ve aqui de tu atencion dignos objetos.  
Cuanto produce el ámbito espacioso  
De uno y otro hemisferio, en aire, en tierra,  
En fuego, en mar, aquí verás cifrado.  
Sacia tu sed, y por las varias clases  
De entes, ó ya perfectos ó monstruosos,  
Ricos, raros, hermosos ó terribles,  
Tiende la experta y penetrante vista.

(1) Monsieur d'Eymar, abad de Valchretien, tradujo al francés el *Delincuente honrado*, de nuestro autor, como se verá mas adelante. Hizo un viaje desde Sevilla á Madrid, y Jovellanos le describió en esta epistola lo que mas podia interesarle en la corte.

(2) La sociedad Económica Matritense.

(3) El conde de Campomanes, á la sazón presidente de la Sociedad.

(4) El gabinete de historia natural

Cárlos redujo toda la natura  
A tan breve recinto. También mora,  
Gracias á su piedad, con ella el arte;  
El arte, imitador de la natura,  
Pues cuanto alla produce y perfecciona,  
La mano del artista imita diestra,  
En lienzo, en piedra ó sempiterno breuce.  
¡Oh benéficas artes, que el muy Alto  
Para alentar á la virtud produjo!  
¡A vosotras es dado solamente  
El hacer inmortales! ¡Almas grandes,  
Corred al heroismo! Vuestros nombres  
Ya no irán con vosotros al sepulcro.  
Carlos hará que vivan respetados  
En la posteridad, y en vuestra muerte  
No morireis del todo. Pero vamos,  
Eymar, y nuestros pasos á mas dulces  
Objetos dirijamos, también dignos  
De tu especulación. Anables niñas  
Del claro Manzanares, salid prontas,  
Salidnos al encuentro, y por un rato  
Permitidnos llegar á vuestros coros.  
¿No ves, Eymar, la gracia y gentileza  
Que brilla en sus semblantes? La alma Venus  
Su imperio les cedió; su dulce imperio,  
Sobre esforzados pechos ejercido,  
Donde viven esclavos los mas altos,  
Nobles y generosos corazones.  
Ea pues, moradoras de Carpeno,  
Venid, y con guirnaldas de oloroso  
Mirto tejidas, y de verde hiedra,  
Venid y coronad al nuevo huésped;  
Venid á coronarle, y pues su lira,  
Diestramente tañida tantas veces  
A orillas del Secuana, fué embeleso  
De sus graciosas niñas, de vosotras  
Logre también el galardón debido.  
Llega, Eymar, nada temas; el agrado  
Es su virtud genial. ¡Ah, si al hechizo  
De sus ojos resistes; si no rindes  
Tu albedrío al imperio de sus labios;  
Si las ves, si las oyes con tranquilo  
Y libre corazón... Guárdate, ¡oh amigo!  
Guárdate de pasar por insensible;  
Guárdate... Mas permite que mi musa  
Vuelva sus pasos á la fresca orilla  
Del Bétis, do, quejosas de esta ausencia,  
La esperan ya las uñas sevillanas.

JOVINO Á SUS AMIGOS DE SALAMANCA.

*Est quodam prodire tenuis si non datur ultra.*  
(HORACIO.)

A vosotros, ¡oh ingenios peregrinos!  
Que allá, del Tórmes en la verde orilla,  
Destinados de Apolo, honrais la cuna  
De las hispánicas musas renacientes;  
A ti, oh dulce Batilo (1), y á vosotros,  
Sábbo Delio (2) y Liseno (3), digna gloria  
Y ornamento del pueblo salmantino;  
Desde la playa del ceuóreo Bétis  
Jovino el gijonense os apetece  
Muy colmada salud; aquel Jovino,  
Cuyo nombre, hasta ahora retirado  
De la común noticia, ya resuena  
Por las altas esferas, difundido  
En himnos de alabanza bien sonantes,  
Merced de vuestros cánticos divinos  
Y vuestra lira al sonoro acento;  
Salud os apetece en esta carta,  
Que la tierna amistad y la mas pura  
Gratitud desde el fondo de su pecho  
Con intima expresion le van dictando;  
Que pues le niega el hado el dulce gozo  
De estrechar con sus brazos vuestros pechos,  
De urbanidad y suave amor henchidos,  
Podrá al menos grabar en estas letras

La dulce sensacion que en su alma imprime  
Del vuestro amor la tierna remembranza.  
Y no extrañéis que del eólico canto  
Causada ya su musa, se convierta  
Al compás lento y numeroso que ama  
Tanta la didascálica poesia;  
Que en vano de su pecho, penetrado  
Del lorente rumor, y conmovido  
Al llanto del opreso, de la viuda  
Y huérfano inocente, presumiera  
Lanzar acentos dulces; ni su lira,  
Otras veces sonora, y ora falta  
De los trémulos armoniosos nervios,  
Al acordado impulso respondiera.  
¡Ah mis dulces amigos, cuán ilusos,  
Cuanto de nuestra fama descuidados  
Vivimos! ¡Ay, en cuán profundo sueño  
Yacemos sepultados, mientras corre  
Por sobre nuestras vidas, aguijada  
Del tiempo volador, la edad ligera!  
Por ventura queremos que nos tope  
Sumidos en tan vil é infame sueño  
La arrugada vejez, que poco á poco  
Se viene hácia nosotros acercando,  
O que la muerte pálida sepulte  
Con nosotros también nuestra memoria?  
¡Y el hombre á quien el Padre sempiterno  
Ornó con alto ingenio y con espíritu  
Eterno y celeste, estará siempre  
A oscura y muelle vida mancipado,  
Sin recordar su divinal origen  
Ni el alto fin para que fué nacido?  
¡Ay Batilo! ay Liseno! ay caro Delio!  
Ay! ay, que os han las magas salmantinas  
Con sus jorguerías adormido!  
Ay, que os han infundido el dulce sueño  
De amor, que tarde ó nunca se sacude!  
No lo dudeis; mis ojos, aun no libres  
Del susto, en un sueño misterioso  
Sus infernales ritos penetraron.  
¿Contárosle he? ¿Qué nimen me arrebató,  
Y fuerza á traspasar de mis amigos  
El tierno corazón? Acorre, ¡oh Diva!  
Y pues mi voz, á tu mandar atenta,  
Renueva en triste canto la memoria  
Del infando dolor, acorre, y alza  
Con soplo divinal mi flaco aliento.—  
Yacen del Tórmes á la orilla, ocultos  
Entre ruinas, los restos venerables  
De un templo frecuentado en otros siglos  
Por la devota gente salmantina,  
Mas ora solo de agoreros luhos  
Y medrosas lechuzas habitado.  
La amenidad huyó de aquel recinto,  
Y solo en torno de él dañosas yerbas  
Crecen, y altos y funebres cipreses.  
Aquí su infame junta celebraron  
Las Lánias. ¡Oh, si fuera poderosa  
Mi voz de describirla, y dar al mundo  
Cuenta de sus misterios nunca oídos!  
En la mitad de su carrera andaba  
La noche, y ya su manto tenebroso  
Cubría en torno el soñoliento mundo;  
Todo era oscuridad, que hasta la luna  
Su blanca faz del cielo retirara  
Por no ver el nefando sortilegio,  
Y el horror y el silencio mas medroso  
Hacían el imperio de las sombras;  
Cuando desde una puerta del palacio  
Del Sarrén, un negro ensueño desprendido  
Llegó de un vuelo ondeado y yacia.  
Con la siniestra suya asió mi mano,  
Y con medrosa voz, «Jovino, dice,  
Ven y verás el duro encantamiento  
Que prepara la Envidia á tus amigos.  
Ven, y si en tal ejemplo no escarmentas,  
Triste de ti, mezquino!» Dijo, y luego  
Sobre sus negras alas me condujo  
Por medio de las sombras hasta el pórtico  
Del arruinado templo. No bien hube  
Llegado, cuando asidas de las manos,  
Siete horrendas figuras parecieron

(1) Melendez Valdés.

(2) El maestro fray Diego Gonzalez.

(3) El padre Fernandez.



Desnudas, y de hediondas confecciones  
 Ungido el sucio cuerpo. Presidenta  
 Del congreso infernal, la fiera Envidia  
 Venía, de serpientes coronada  
 La frente, triste, airada, desdeñosa,  
 Y de los celos y el rencor seguida.  
 En medio del silencio un gran suspiro  
 Lanzó del hondo pecho, y revolviendo  
 La sesga vista en torno, «Nunca tanto,  
 Dijo, de vuestro auxilio y vuestras artes  
 Necesité, ¡oh amigas! ni tan fiero  
 Ni tan grave dolor clavó algún día  
 En mi sensible corazón su punta.  
 ¡Oh, si capaz de aniquilar el orbe  
 Fuese la llama atroz que le devora!  
 Tres celebrados nombres (y con rabia,  
 Batilo, pronunció su torpe boca,  
 Delio y Liseno) por el ahuco mundo  
 Va esparciendo la fama, mi enemiga.  
 Su trompa los proclama en todas partes,  
 Y ya á mas alto vuelo preparada,  
 Si no la emudecemos, estos nombres  
 Serán muy luego alzados á las nubes,  
 Y sonarán del uno al otro polo.  
 Febo los patrocinó, y no le es dado  
 A mi flaco poder mancharlos; pero  
 Se rendirán al vuestro, si adormidos  
 En blando amor...» No bien tan fiera idea  
 Cayó del sucio labio, cuando en torno  
 Del demolido templo en ruidos giros  
 Dió el maléfico coro siete vueltas.  
 Después alternativas susurraron  
 Muchos versos de ensalmo, con palabras  
 De magico vigor y rabia henchidas,  
 A cuya fuerza desde la honda entraña  
 De la tierra salieron redivivos  
 Los frios huesos que de luengos días,  
 Del humal vestido ya desnudos,  
 Allí dormían. ¡Ay, cuán prestamente  
 En los hambrientos dientes de la Envidia  
 Los vi yo triturados, y en sus manos  
 A leve y sucio polvo reducidos...!  
 En esto hacia los angulos internos  
 Del templo corren las malignas sagas,  
 Y del sombrío suelo mil dañosas  
 Plantas recogen con siniestra mano  
 Y misteriosos ritos arrancadas.  
 También allí prestó la cruda Envidia  
 Su auxilio, y en sus palmas estrujando  
 Las hojas y raíces, hizo luego  
 Que destilasen los dañosos jugos.  
 ¡Cuánta virtud en ellos se escondía!  
 El zumo de la fria adormidera,  
 Cortada su cabeza al horizonte,  
 Que infunde á veces el eterno sueño;  
 El de la yerba mora, que altamente  
 El cerebro perturba; el hyosciamo,  
 Y el coagulante jugo que destilan  
 Heridas las raíces misteriosas  
 De la fria mandrágula, allí fueron  
 Diestramente extraídos, y con nuevo  
 Ensalmó derramados sobre el polvo  
 De los humanos huesos. Mientras una  
 De las sagas volvía y revolvía  
 El preparado adormeciente lodo,  
 Sacó la Envidia del enidoso pecho  
 Tres relucientes nóminas, con rasgos  
 De roja y venenosa tinta escritas.  
 ¡Ay, no creáis, amigos, que mi pluma  
 Os pretenda engañar! Mis propios ojos,  
 En tierno llanto entonces anegados,  
 Vieron ¡oh maravilla! los tres nombres,  
 Los dulces nombres de Cipáris bella,  
 De Julinda y de Mirta la divina,  
 Que estaban allí escritos; y cual suele  
 (Si tiene tal privilegio semejante)  
 Brillar con propia luz en noche oscura,  
 La líquida purpúrea, que en su rumbo  
 Suspende al receloso caminante,  
 Así en la oscuridad resplandecían  
 Los tres amados nombres. Entre tanto  
 Mi corazón absorto palpitaba

De pismo y de temor. La Envidia entonces,  
 Dividiendo en pedazos muy menudos  
 Las esplendentes nóminas, de este arte  
 Habló á sus compañeras: «Consumémos  
 ¡Oh amigas! nuestra obra, y estos nombres,  
 Adorados de Delio y sus secuaces,  
 A la maligna confección mezclemos.  
 Su virtud penetrante, aun mas activa  
 Que los venenos mismos, ira recta-  
 mente á iludir sus tiernos corazones,  
 Y á blando amor eternamente dados,  
 La vida pasaran adormecidos,  
 Y morirán sin gloria.» Dijo; y luego  
 Mezcló los rutilantes caracteres  
 Al cruel maleficio, y infundióles  
 Nuevo vigor con su maligno soplo.  
 Repitieron las brujas el susurro  
 Sobre la masa ponzoñosa, y dieron  
 Alegre lin á la perversa junta.  
 Yo en tanto, lleno de dolor, enviaba  
 Del hondo pecho á Apolo ardientes votos.  
 «Brillante Dios, decía, si la gloria  
 De tan dignos alumnos interesa  
 Tu pía omnipotencia en favor suyo,  
 ¡Ay, destruye la fuerza venenosa  
 Del duro encantamiento, y de la intamia  
 Y de la eterna oscuridad redime  
 Los nombres que otra vez has protegido!  
 Desata el preparado encantamiento  
 Y sálvalos, ¡oh Dios! para que eterna-  
 mente suba á tu trono el dulce acento  
 De su lira, en cantares eucarísticos  
 Gratamente empleado...!» Aquí llegaba  
 El bien sentido ruego, que sin duda  
 Oyó piadoso el Nímen, porque al punto  
 Descendió un resplandor desde lo alto,  
 Al meridiano sol muy semejante,  
 Que iluminando el pavimento umbrío,  
 Al golpe de su luz postró á la Envidia  
 Y á sus viles ministras, y arrojolas  
 Precipitadas hasta el hondo abismo.—  
 ¿Será estéril ¡oh amigos! de este ensueño  
 El misterioso anuncio? ¿Siempre, siempre  
 Dará el amor materia á nuestros cantos?  
 De cuántas dignas obras ¡ay! privamos  
 A la futura edad por una dulce  
 Pasajera ilusión, por una gloria  
 Frágil y deleznable, que nos roba  
 De otra gloria inmortal el alto premio.  
 No, amigos, no; guiados por la suerte  
 A mas nobles objetos, recorramos  
 En el afán poético materias  
 Dignas de una memoria perdurable.  
 Y pues que no me es dado que presuma  
 Alcanzar por mis versos alto nombre,  
 Dejadme al menos en tan noble intento  
 La gloria de guiar por la árdua senda  
 Que va á la eterna fama, vuestros pasos.  
 Ea, facundo Delio, tú, á quien siempre  
 Minerva asiste al lado, sus; asocia  
 Tu musa á la moral filosofía,  
 Y canta las virtudes inocentes  
 Que hacen al hombre justo y le conducen  
 Á eterna bienandanza. Canta luego  
 Los estragos del vicio, y con urgente  
 Voz descubre á los miseros mortales  
 Su apariencia engañosa, y el veneno  
 Que esconde, y los desvía dulcemente  
 Del buen sendero, y lleva al precipicio.  
 Después con grave estilo cosala al cielo  
 La santa religion de allá abajada,  
 Y canta su alto origen, sus eternos  
 Fundamentos, el celo inextinguible,  
 La fe, las maravillas estupendas,  
 Los tormentos, las cárceles y muertes  
 De sus propagadores, y con tono  
 Victorioso concluye y emudece  
 Al sacrilego error y sus fautores.  
 Y tú, ardiente Batilo, del Meonio  
 Cantor emulo insigne, arroja á un lado  
 El caramillo pastoril, y aplica  
 A tus dorados labios la sonante

Trompa para entonar ilustres hechos,  
Sean tu objeto los héroes españoles,  
Las guerras, las victorias, y el sangriento  
Furor de Marte. Dinos el glorioso  
Incendio de Sagunto, por la furia  
De Ambal atizado, o de Numancia,  
Terror del Capitolio, las cenizas,  
Canta después el brazo omnipotente,  
Que desde el hondo asiento hasta la cumbre  
Commueve el monte Aeusela, y le desploma  
Sobre la hueste herberisca, y suban  
Por tu verso a la esfera cristalina  
Los triunfos de Pelayo y su renombre,  
Las hazañas, las lides, las Victorias  
Que al imperio de Carlos, casi inmenso,  
Y al Evangelio santo un nuevo mundo  
Mas pingüe y opulento snjetaron.  
Canta también el inmortal renombre  
Del héroe metellimneo (1), á quien mas gloria  
Que al bravo macedon debió la fama;  
O en fin, la furia canta y las facciones  
De la guerra civil que el pueblo hispano  
Alió, y opuso al alemán soberbio.  
Diras el golfo catalán en furia  
Contra Luis y su nieto, los leopardos  
Vencidos en Brihuega, y los sangrientos  
Campos de Almansa, do cortó á Filipo  
Sus mejores laureles la victoria.  
La empresa que á tu pluma reservada  
Queda, ¡oh caro Liseno! ¡ah, cuán difícil  
Es de acabar! ¡cuán ardua! Mas ya es tiempo  
De proscribir los vicios indecentes,  
Que manchan nuestra escena. ¡Cuánto, oh cuánto  
La gloria de la patria se interesa  
En este empeño! Triunfan mil enormes  
Vicios sobre el proscenio, y la ufanía,  
El falso pundonor, el duelo, el rapto,  
Los ocultos y torpes amores,  
Contra el desvelo paternal fraguados,  
Y todas las pasiones son impune-  
Mente sobre las tablas exaltadas.  
Despierta pues, ¡oh amigo! y levantado  
Sobre el coturno trágico, les hechos  
Sublimes y virtuosos, y los casos  
Lastimeros al mundo representa.  
Ensalza la virtud, persigue el vicio,  
Y por medio del susto y de la lastima  
Purga los corazones; vea la escena  
Al inmortal Guzman, segundo Bruto,  
Lamolando la sangre de su hijo,  
De su inocente hijo, al amor patrio...  
¡Oh espíritu varonil! oh patria! oh siglos  
En héroes y altos hechos muy fecundos!  
Vuestro auxilio también en esta empresa  
Imploro, ¡oh mi Batilo! oh sábio Dello!  
¡Ah, vea alguna vez el pueblo hispano  
En sus tablas los héroes indigenas  
Y las virtudes patrias bien loadas!  
Bajar podréis también al zueco humilde,  
Y describir con gesto y voz picantes  
Las costumbres domésticas, sus vicios  
Y sus extravagancias... Pero ¿dónde  
Encontraréis modelos? Ni la Grecia,  
Ni el pueblo anasiano, ni la docta Francia  
Han sabido formarlos. Reina en todos  
El vicio licencioso y la impudencia.  
Mas cabe el ancha vía hay una trocha,  
Hasta ahora no seguida, do las burlas  
Y el chiste nacional yacen en uno  
Con la modestia y el decoro aliados.  
Seguid, pues, este rumbo. ¡Qué tesoros  
Descubriréis en él! ¡Será el teatro  
Escuela de costumbres inocentes,  
De honor y de virtud! Será... Mas ¿dónde  
Del bien común el celo me arrebata?  
... Ah, si su llama alcanza á vuestro pecho,  
De los trabajos vuestros, cuán opínus  
Frutos debo esperar! Y ¡cuánta gloria  
Estará en otros siglos reservada  
Al celo de Jovino, si esta insigne,

Si esta dichosa conversion, que tristes  
Y llenas de rubor, tanto ha que anhelan  
Las musas españolas, fuese el fruto  
De sus avisos dulces y amigables!

JOVINO A SUS AMIGOS DE SEVILLA.

*L. abitur ex oculis nunc quoque gutta meis.*  
(OVIDIO.)

Voyme de ti alejando por instantes,  
¡Oh gran Sevilla! el corazón cubierto  
De triste luto, y del continuo llanto  
Profundamente aradas mis mejillas;  
Voyme de ti alejando y de tu hermosa  
Orilla, ¡oh sacro Betis! que otras veces  
En días ¡ay! mas claros y serenos  
Eras centro feliz de mis venturas;  
Centro do, mal mi grado, todavía  
Me detienes las prendas deliciosas  
De mi constante amor y mi ternura;  
Prendas que allá te deja el alma mía,  
Dulces y alegres cuando á Dios le plugo,  
Y agora, por mi mal, en triste ausencia,  
Origen de estas lágrimas que lloro.  
¡Ay! ¿dónde iré á esconder, de ti distante  
Y de su dulce vista, mi congoja?  
¿En qué clima del mundo ballar pudiera  
Algun solaz esta ánima mezquina?  
Sumergido mi espíritu en un profundo  
Golfo de congojosos pensamientos,  
Va mi cuerpo arrastrado al albedrío  
De los crueles hados. ¡Ay cuán randa-  
Mente me alejan las veloces mulas  
De tu ribera, oh Betis deleitosa!  
Siguen la voz, con incesante trote,  
Del duro mayoral, tan insensible,  
O muy mas que ellas, á mi amargo llanto.  
Siguen su voz; y en tanto el enojoso  
Sonar de las discordes campanillas,  
Del látigo el chasquido, del blasfemo  
Zagal el ruego amenazante grito,  
Y el confuso tropel con que las ruedas  
Sobre el carril pendiente y pedregoso,  
Laudas el eje rechinando vuelven,  
Mi oído á un tiempo y corazón destrozan.  
De ciudad en ciudad, de venta en venta  
Van trasladando mis dolientes miembros,  
Cual si ya fuese un rígido cadáver.  
¡Ah, cuál me lleva triste y mal parado  
El acerbo dolor! ¡Ay, cuál me lleva,  
De tal arte abatido, que no hay cosa  
Que vuelva el gozo á mi ánima angustiada!  
Ni los alegres campos, del otoño  
Con las doradas galas ataviados,  
Ni la inocente y rústica algazara  
Con que hace resonar los hondos valles  
La bulliciosa juventud, que roba  
Del padre llaco los opimos dones;  
Ni en las verdes laderas los rebaños,  
Do con las llenas ubres de su madre  
Juega balando el tierno corderillo;  
Ni las canoras aves por el viento,  
Ni en su argentada margen, por mil giros  
Serpeando el arroyuelo murmurante,  
Ni toda, en fin, la gran naturaleza,  
En su estación mas rica y deleitosa,  
Le causa algun placer al alma mía!  
En vano se presentan á mis ojos  
La ancha y fecunda carmoneuse vega,  
Ora de sus tesoros despojada;  
La orilla del Genil, ceñida en torno  
Del árbol á Minerva consagrado,  
Donde ya el pingüe fruto hermejea;  
Los cordobenses muros, con la cuna  
De tanto ilustre vate ennoblecidos;  
Mil pueblos que del seno emaranñado  
De los Marianos montes, patria un tiempo  
De fieras alimañas, de repente  
Nacieron cultivados, do, á despecho  
De la rabiosa envidia, la esperanza  
De mil generaciones se alimenta;  
Lugares algun día venturosos,

(1) De Medellin, es decir, Herman Cortes.

Del gozo y la inocencia frecuentados,  
Y que honró con sus plantas Galatea;  
Mas hoy de Filis con la tumba fria,  
Y con la triste y vacilante sombra  
Del sin ventura Elpino ya inflamados,  
Y á su primer horror restituidos;  
En vano todo aquesto mis cansados  
Ojos, al llanto solamente abiertos,  
En sucesiva progresion repasan;  
Que aunque tal vez en lágrimas bañados  
Del sol los halla el rayo refulgente,  
Nada les da placer. Por todas partes  
Descubren solo un árido desierto,  
Y esles molesta hasta la luz del dia.  
Mas ¡ay! léjos de ti, ¡Sevilla! léjos  
De vosotros, ¡oh amigos! ¿cómo puede  
Ser de mi corazón huésped el gozo?  
¿Por ventura moraron de consuno  
Alguna vez la pena y el contento?  
La clara luz del sol mas enemiga  
No es de la negra noche y su tiniebla  
Que lo es de la alegría mi tristura.  
Busco solo la acerba remembranza  
Del bien perdido, y solo me consuela  
Llorar mi desventura y mi mancilla.  
Van por el aire vago mis querellas,  
Capaces de ablandar las rocas duras,  
Do las repite el eco lastimado.  
Vosotros, vienteccillos, que batiendo  
Las alas odoríferas, al clima  
Que el meridiano sol inflama y dora  
Llevais el refrigerio apetecido,  
¡Ay! sobre ellas tambien llevad piadosos  
Mis débiles acentos á su esfera.  
Y tú, piadoso Bétis, que al encuentro  
Tantas veces me sales, conolido  
De mi dolor, y en tu corriente pura  
Mis lágrimas recoges tantas veces,  
¡Ay! llévalas do puedan con las tuyas  
Mezclarlas Galatea y mis amigos;  
Llévaselas, ¡oh padre venerado!  
Que si por otras dotes eminente,  
De hoy mas serás por tu piedad famoso.  
De hoy mas serás nombrado, y de tu orilla  
Los cisnes cantarán en loor tuyo  
Frecuentes himnos; subirá tu fama  
Sobre la fama del sagrado Tíbre,  
Y en tu alabanza emplearán por siempre  
Jovino y sus amigos la su lira.  
Mas ¡ay! ¿dó estáis agora, oh mis amigos?  
Tú, mi dulce Miguel, tú, gloria mia,  
Gloria y honor del hispalense suelo,  
De pundonor y de amistad decchado,  
Tesoro de virtud y de doctrina,  
Oculto empero en ejemplar modestia,  
Y abierto solo al pecho de Jovino;  
Tú, amado Caltozar, que en floreciente  
Y hermosa juventud eres espejo  
Y flor de la andaluza gallardia,  
Buen esposo, buen padre, buen patriota,  
En fe constante, en amistad sincero;  
Y tú, querido Isidro, oira esperanza,  
Ausente yo de la hispalense Témis,  
Perseguidor del vicio, y de la santa  
Virtud apoyo; eternos compañeros  
De mi florida edad, dulces amigos,  
Pedazos de mi alma, ¿dó estáis hora?  
¿Acaso vais al ancho consistorio  
A consagrar, alumnos de Sofia,  
Vuestros talentos á la dulce patria?  
¡Ay! ¿os diera yo ejemplos otras veces  
De esta virtud florida y provechosa,  
De este amor patrio, y juntos le buscabais  
En pos de mi con generoso anhelo!  
¿Por ventura pisais la verde orilla  
Del ancho Bétis, y en discursos graves  
O sazonados chistes, vais las horas,  
Las fugitivas horas engañando?  
¡Ay! en tan dulce y noble compañía  
¿Por qué no se halla el triste de Jovino?  
¿Quién le arrancó de tan feliz morada?  
¿Quién le privó de tan cabal ventura?

¡Ay! ya no volverán esos lugares,  
Do el alma paz, el gusto y la alegría  
Moran de asiento, á recrear sus ojos.  
Mas hora, que en las aguas lusitanas  
Su rostro esconde el padre de las luces,  
¿Acaso vais en dulce compañía  
A ver á la angustiada Galatea?  
¡Ay! ¿dó se esconde? ¿Acaso en la espesura  
Del verde, enmarañado laberinto  
Del real jardín, morada deliciosa,  
Do al canto de ella, en tiempo mas felice,  
De vosotros tambien acompañado,  
Se solazaba el triste de Jovino?  
Acaso avergonzado, entre las murtas  
Esconde su semblante; aquel semblante,  
Trono de la modestia y alegría,  
Y agora en tristes lágrimas bañado?  
¡Ay! di, ¿por qué te escondes, Galatea?  
Divina Galatea, ¿desde cuándo  
La natural ternura es un delito?  
¿El ojo mas procaz notar pudiera  
Las lágrimas vertidas en el seno  
De una amistad virtuosa y sin mancilla?  
Su llanto escondan los que en él al mundo  
Un testimonio dan de sus flaquezas;  
Pero el sensible corazón, al casto  
Fuego de la amistad solamente abierto,  
¿Se habrá de avergonzar en su ternura?  
¡Ah! no se cubra la virtud sencilla  
Con el color de la vergüenza infame;  
Y el rubor y el atroz remordimiento  
Vayan á atormentar las almas reas.  
¡Ay, cuántas veces, ¡ay! entre esas murtas  
Pasó contigo del sereno otoño  
Las sosegadas tardes en alegres  
Dulces coloquios el que sin ti agora  
En muda y triste soledad las pasa!  
¿Cuántos blandos coloquios, mientras leda  
Y de los tus amigos en compañía  
El florido recinto discurrías!  
Cuántos blandos coloquios deleitaban  
Nuestros unidos inocentes pechos!  
Tambien contigo la florida estancia  
Cruzaban divertidas la virtuosa  
Marina, de leal y blando pecho  
(Mal de su intiel zagal correspondida),  
Y la envidiosa Lice, que aunque en años  
Con la antigua corneja compitiendo,  
Todavía en donaire y hermosura  
Contigo (¡ay necia!) competier queria.  
¡Oh cuántas veces la infeliz, cantando,  
Llamó con voz temblona al perezoso  
Amor, que en tu semblante reposaba;  
En tu jóven semblante, y no la oía!  
Que sobre seca rama nunca el malo  
Hacer quisiera asiento ni manida.  
Reianse á su espalda y se admiraban  
De su sandez Jovino y sus amigos,  
Y tú con blando enojo los reñías.  
¡Ay! ¿qué maligna estrella, qué hado impio  
Le arrebató á Jovino esta ventura,  
Esta feliz y llena bienandanza?  
¡Ay! ¿dó le arrastra su fatal destino?  
Llévale á corta edad á que se engolfé  
En alta mar, donde el continuo embate  
De afanes y vigiliás, de ti ausente,  
Su vida á un tiempo y su ventura acabe.  
Llévale á sepultar su triste llanto  
En lejana region, solo habitada  
De pechos insensibles, do no tienen  
La compasion y la piedad manida.  
Llévale á ser esclavo de una anstera  
Terrible obligacion, y ¡cuán costosa  
¡Ay! de su blando pecho á la ternura!  
Llévale, en fin, á que en afán continuo  
Espere la vejez, la edad del llanto,  
De males y cuidados combatida,  
Y de los dulces años con la triste  
Remembranza, mas triste y congojosa.  
Vendrá en pos de ella, aunque con lento paso,  
La perezosa muerte, unico puerto  
A los extremos males. Mas vendráse



Lentamente la cruda, solo pronta  
A cortar con segur inexorable  
La flor de juventud viva y alegre,  
Empero siempre sorita y detenida  
Al infeliz que en su favor la invoca.  
¡Ay! ¿cuando, cuando el deseado día  
Vendra á acabar con mi perenne llanto!

FABIO Á ANFRISO (1).

*Credibile est illi Numen inesse loco.*  
(OVIDIO.)

Desde el oculto y venerable asilo,  
Do la virtud austera y penitente  
Vive ignorada, y del liviano mundo  
Huída, en santa soledad se esconde,  
El triste Fabio al venturoso Anfriso  
Salud en versos débiles envía;  
Salud le envía á Anfriso, al que inspirado  
De las mantuanas musas, tal vez suele  
Al grave son de su celeste canto  
Precipitar del viejo Manzanares  
El curso perezoso, tal suave  
Suele ablandar con amorosa lira  
La altiva condiccion de sus zagalas.  
¡Pluguiera á Dios, oh Anfriso, que el cuitado,  
A quien no dio la suerte tal ventura,  
Pudiese huir del mundo y sus peligros!  
¡Pluguiera á Dios, pues ya con su barquilla  
Logró arribar á puerto tan seguro,  
Que esconderla supiera en este abrigo,  
Á tanta luz y ejemplos enseñado!  
Huyera así la furia tempestuosa  
De los contrarios vientos, los escollos  
Y las fieras borrascas, tantas veces  
Entre sustos y lágrimas corridas.  
Así tambien del mundanal tumulto  
Lejos, y en estos montes guarecido,  
Alguna vez gozara del reposo,  
Que hoy desterrado de su pecho vive.  
Mas ¡ay de aquel que hasta en el santo asilo  
De la virtud arrastra la cadena,  
La pesada cadena, con que el mundo  
Oprime á sus esclavos! Ay del triste  
En cuyo oído suena con espanto,  
Por esta oculta soledad rompiendo,  
De su señor el imperioso grito!  
Busco en estas moradas silenciosas  
El reposo y la paz, que aquí se esconden,  
Y solo encuentro la inquietud funesta,  
Que mis sentidos y razon conturbra.  
Busco paz y reposo, pero en vano  
Los busco, oh caro Anfriso; que estos dones,  
Herencia santa, que al partir del mundo  
Dejó Bruno en sus hijos vinclada,  
Nunca en profano corazón entraron  
Ni á los parciales del placer se dieron.  
Conozco bien que fuera de este asilo  
Solo me guarda el mundo sinrazones,  
Vanos deseos, duros desengaños,  
Susto y dolor; empero todavía  
A entrar en él no puedo resolverme.  
No puedo resolverme, y despechado,  
Sigo el impulso del fatal destino,  
Que á muy mas dura esclavitud me guía.  
Sigo su fiero impulso, y llevo siempre  
Por todas partes los pesados grillos,  
Que de la ansiada libertad me privan.  
He afan y angustia el pecho traspasado,  
Pido á la muda soledad consuelo,  
Y con dolientes quejas la importuno.  
Salgo al ameno valle, subo al monte,  
Sigo del claro río las corrientes,  
Busco la fresca y deliciosa sombra,  
Corro por todas partes, y no encuentro  
En parte alguna la quietud perdida.  
¡Ay, Anfriso, qué escenas á mis ojos,  
Cansados de llorar, presenta el cielo!  
Rodeado de frondosos y altos montes

Se extiende un valle, que de mil delicias  
Con sábia mano ornó naturaleza.  
Pártele en dos mitades, despeñado  
De las vecinas rocas, el Lozoya,  
Por su pesca famoso y dulces aguas,  
Del claro río sobre el verde margen  
Crecen frondosos álamos, que al cielo  
Ya erguidos alzan las plateadas copas,  
O ya sobre las aguas encorvados  
En mil figuras, miran con asombro  
Su forma en los cristales retratada.  
De la siniestra orilla un bosque umbrío  
Hasta la falda del vecino monte  
Se extiende, tan ameno y delicioso,  
Que le hubiera juzgado el gentilismo  
Morada de algun dios, ó á los misterios  
De las silvanas Dryades guardado.  
Aquí encamino mis inciertos pasos,  
Y en su recinto umbrío y silencioso,  
Mansión la mas conforme para un triste,  
Entro á pensar en mi cruel destino.  
La grata soledad, la dulce sombra,  
El aire blando y el silencio mudo  
Mi desventura y mi dolor adulan.  
No alcanza aquí del padre de las luces  
El rayo acechador, ni su reflejo  
Viene á cubrir de confusion el rostro  
De un infeliz en su dolor sumido.  
El canto de las aves no interrumpe  
Aquí tampoco la quietud de un triste,  
Pues solo de la vinda tortolilla  
Se oye tal vez el lastimero arrullo,  
Tal vez el melancólico trinado  
De la angustiada y dulce Filomena.  
Con blando impulso el céfiro suave,  
Las copas de los árboles moviendo,  
Recrea el alma con el manso ruido;  
Mientras al dulce soplo desprendidas  
Las agostadas hojas, revolando,  
Bajan en lentos círculos al suelo;  
Cúbrende en torno, y la frondosa pompa  
Que al árbol adornara en primavera,  
Yace marchita, y muestra los rigores  
Del abrasado estío y seco otoño.  
Así tambien de juventud lozana  
Pasan, oh Anfriso, las livianas dichas.  
Un soplo de inconstancia, de fastidio  
O de capricho femenil las tala  
Y lleva por el aire, cual las hojas  
De los frondosos árboles caídas,  
Ciegos empero, y tras su vana sombra  
De continuo exhalados, en pos de ellas  
Corremos hasta hallar el precipicio,  
Do nuestro error y su ilusion nos guían.  
Volamos en pos de ellas, como suele  
Yolar á la dulzura del reclamo  
Incauto el pajarillo. Entre las hojas  
El preparado visco le detiene;  
Lucha cautivo por huir, y en vano;  
Porque un traidor, que en asechanza atisha,  
Con mano infiel la libertad le roba,  
Y á muerte le condena, ó cárcel dura.  
¡Ah, dichoso el mortal de cuyos ojos  
Un pronto desengaño corrió el velo  
De la ciega ilusion! Una y mil veces  
Dichoso el solitario penitente,  
Que, triunfando del mundo y de sí mismo,  
Vive en la soledad libre y contento!  
Unido á Dios por medio de la santa  
Contemplacion, le goza ya en la tierra;  
Y retirado en su tranquilo albergue,  
Observa reflexivo los milagros  
De la naturaleza, sin que nunca  
Turben el susto ni el dolor su pecho.  
Regalante las aves con su canto,  
Mientras la aurora sale reluciente  
A cubrir de alegría y luz el mundo.  
Nácele siempre el sol claro y brillante,  
Y nunca á él levanta conturbados  
Sus ojos, ora en el oriente raye,  
Ora del cielo á la mitad sobiendo,  
En pompa guía el reluciente carro,

(1) El duque de Veraguas, don Mariano Colon.

Ora con tibia luz, mas perezoso  
 Su faz esconda en los vecinos montes.  
 Cuando en las claras noches envidioso  
 Vuelve desde los santos ejercicios,  
 La plateada luna en lo mas alto  
 Del cielo mueve la lucente rueda  
 Con augusto silencio; y recreando  
 Con blando resplandor su humilde vista,  
 Eleva su razon, y la dispone  
 A contemplar la alteza y la inefable  
 Gloria del Padre y Criador del mundo.  
 Libre de los envidados enojos  
 Que en los palacios y dorados techos  
 Nos turban de continuo, y entregado  
 A la inefable y justa Providencia,  
 Si al breve sueño alguna pausa pide  
 De sus santas tareas, obediente  
 Viene á cerrar sus párpados el sueño  
 Con mano amiga, y de su lado abuyenta  
 El susto y las fantasmas de la noche.  
 ¡Oh suerte venturosa, á los amigos  
 De la virtud guardada! Oh dicha, nunca  
 De los tristes mundanos conocida!  
 Oh monte impenetrable! Oh bosque umbrío!  
 Oh valle deleitoso! Oh solitaria,  
 Taciturna mansion! Oh quién, del alto  
 Y proceloso mar del mundo huyendo  
 A vuestra eterna calma, aquí seguro  
 Vivir pudiera siempre y escondido!  
 Tales cosas revuelvo en mi memoria,  
 En esta triste soledad sumido.  
 Llega en tanto la noche, y con su manto  
 Cobija el ancho mundo. Vuelvo entonces  
 A los medrosos claustros. De una escasa  
 Luz el distante y pálido reflejo  
 Guia por ellos mis inciertos pasos.  
 Y en medio del horror y del silencio,  
 ¡Oh fuerza del ejemplo portentosa!  
 Mi corazon palpita, en mi cabeza  
 Se erizan los cabellos, se estremecen  
 Mis carnes, y discurre por mis nervios  
 Un súbito rigor que los embarga.  
 Parece que oigo que del centro oscuro  
 Sale una voz tremenda, que rompiendo  
 El eterno silencio, así me dice:  
 «Huye de aquí, profano; tú, que llevas  
 De mundanas pasiones lleno el pecho,  
 Huye de esta morada, do se albergan  
 Con la virtud humilde y silenciosa  
 Sus escogidos; huye, y no profanes  
 Con tu planta sacrilega este asilo.»  
 Pe aviso tal al golpe confendido,  
 Con paso vacilante voy cruzando  
 Los pavorosos tránsitos, y llevo  
 Por fin á mi morada, donde ni hallo  
 El ansiado reposo, ni recobran  
 La suspirada calma mis sentidos.  
 Lleno de congojosos pensamientos  
 Paso la triste y perezosa noche  
 En molesta vigilia, sin que llegue  
 A mis ojos el sueño, ni interrumpian  
 Sus regalados bálsamos mi pena.  
 Vuelve por fin con la risueña aurora  
 La luz aborrecida, y en pos de ella,  
 El claro día á publicar mi llanto,  
 Y dar nueva materia al dolor mio.

#### Á CERVENO.

Sobre los vanos deseos y estudios de los hombres (1).

Sus, alerta, Bermudo, y pon en vela  
 Tu corazon. Rabiosa la fortuna  
 Le acecha, y mientras arrullando á otros,  
 Los adormece en mal seguro sueño,  
 Súbito asalto quiere dar al tuyo.  
 El golpe atroz, con que arruinó sañuda  
 Tu pobre estado, su furor no barta,  
 Si de tu pecho desterrar no logra  
 La dulce paz que á la inocencia debe.

(1) Escrita á Ceán Bermudez pocos meses antes de que saliera de su prision el Autor.

Tal es su condicion, que no tolera  
 Que á su despecho el hombre sea dichoso.  
 Así á tus ojos insidiosa ostenta  
 Las fantasmas del bien, que va sembrando  
 Sobre la senda del favor; y pugna  
 Por arrancar de tu virtud los quicios.  
 ¡Guay! no la atiendas, mira que robarte  
 Quiere la dicha que en tu mano tienes.  
 No está en la suya, no; puede á su grado  
 Venturosos hacer, mas no felices.  
 ¿Lo extrañas? ¿Quieres, como el vulgo idiota,  
 De la felicidad y la fortuna  
 Los nombres confundir, ó por los vanos  
 Bienes y gustos con que astuta brinda  
 El verdadero bien medir? ¡Oh engaño  
 De la humana razon! ¡Bí, ¿qué promete  
 Digno de un ser, que á tan excelsa dicha  
 Destinado nació? ¡Pesa sus dones  
 De tu razon en la balanza, y mira  
 Cuánta es su liviandad! ¡Hay quien, ardiendo  
 En pos de gloria y rumoroso nombre,  
 Suda, se afana, y despiadado al precio  
 De sangre y fuego y destruccion le compra;  
 Mas si la muerte con horrendo brazo  
 De un alto alcázar su pendon tremola,  
 Se hincha su corazon; y hollando fiero  
 Cadáveres de hermanos y enemigos,  
 Un triunfo canta, que en secreto llora  
 Su alma horrorizada. Altivo menos,  
 Empero astuto mas, otro suspira  
 Por el inquieto y mal seguro mando;  
 Y adula, y va solícito siguiendo  
 El aura del favor; su orgullo esconde  
 En vil adulacion; sirve, y se humilla  
 Para ensalzarse; y si á la cumbre toca,  
 Irque altanero la ceñida frente,  
 Y sueño y gozo y interior sosiego  
 Al esplendor del mando sacrifica;  
 Mas mientras incierto en lo que goza teme,  
 A un giro instable de la rueda cae  
 Precipitado en hondo y triste olvido.  
 Tal otro busca con afan estados,  
 Oro y riquezas; tierras y tesoros.  
 ¡Ah! con sudor y lágrimas regados,  
 Su sed no apagan; junta, ahorra, aucha,  
 Mas con sus bienes crece su deseo,  
 Y cuanto mas pusee mas anhela.  
 Así, la llave del arcon en mano,  
 Pobre se juzga, y pues lo juzga, es pobre.  
 A otra ilusion consagra sus vigilias  
 Aquel que, huyendo de la luz y el lecho,  
 De la esposa y amigos, la alta noche  
 En un garito ó misera zahurda  
 Con sus viles rivales pasa oculto.  
 Entre el temor fluctua y la esperanza  
 Su alma atormentada. ¡Héle, ya expuso,  
 Con mano incierta y pecho palpitante,  
 A la vuelta de un dado su fortuna.  
 Cayó la suerte; pero ¿qué le brinda?  
 ¿Es buena? Su ansia y su zozobra crecen.  
 ¿Aciaja? ¡Oh Dios! le abruma, y le despeña  
 En vida infame ó despechada muerte.  
 Y ¿es mas feliz quien fascinado al brillo  
 De unos ojuelos arde, y enloquece,  
 Y vela, y ronda, y ruega, y desconfía,  
 Y busca al precio de zozobra y penas  
 El rápido placer de un solo instante?  
 No le guia el amor; que en pecho impuro  
 Entrar no puede su inocente llama.  
 Solo le arrastra el apetito; ciego  
 Se desbocea en pos del. Mas ¡ay! que si abre  
 Con llave de oro al fin el torpe quicio,  
 Envuelta en su placer, traga su muerte.  
 Pues mira á aquel, abandonado al ocio,  
 Ve vacias huir las raudas horas  
 Sobre su inútil existencia. ¡Ah! lentas  
 Las cree aun, y su incesante curso  
 Precipitar quisiera. En qué gastarlas  
 No sabe, y entra, y sale, y se pasea.  
 Fuma, charla, se aburre, torna, vuelve.  
 Y huyendo siempre del adan, se afana:  
 Mas ya en el lecho está; cédete al sueño

La mitad de la vida, y aun le roga  
Que la enojosa luz le robe. ¡Oh necio!  
¿A la dulzura del desahiso aspiras?  
Buscala en el trabajo. Si; en el ocio  
Siempre tu alma roerá el fastidio.  
Y hallará en tu reposo su tormento.  
Mas ¿qué si á Baco y Ceres entregado,  
Y arreclinado ante su mesa, engulle  
De uno al otro crepusculo, poniendo  
En su vientre a su dios y á su fortuna?  
La tierra y mar no bastan á su gula.  
Lenguaraz y gloton, con otros tales  
En francachelas y embriagueces pasa  
Sus vanos dias, y entre obscenos humidos,  
Carcajadas y broma disoluta,  
Se harta sin tasa, y sin pudor delira.  
Mas á fuerza de hartarse, embota y pierde  
Apetito y estómago. Ofendida  
Naturalidad, inspidos le ofrece  
Los sabores que al pobre deliciosos.  
En vano espera de una y otra India  
Estímulos, en vano pide al arte  
Salsas, que ya su paladar rehusa;  
El ansia crece y el vigor se agota,  
Y así consunto en medio á la carrera,  
Antes su vida que su gula acaba.  
¡Oh placeres amargos! ¡Oh locura  
De aquel que los codicia, y humillado  
Ante un mentido nimen los implora!  
Oh, y cuál la diosa périda le burla!  
Sonríele tal vez, empero nunca  
De angustia exento ó sin sabor le deja;  
Que á vueltas del placer le da el fastidio,  
Y en pos del goce, saciedad y tedio.  
Si le confia, luego un escarnimiento  
Su mal prevista condicion descubre.  
Avara, nunca sus deseos llena;  
Voltaria, siempre en su favor vacila;  
Inconstante y cruel, alige ahora  
Al que halago poco ha, ahora derriba  
Al que ayer ensalzó, y ora del cieno  
Otro á las nubes encarama, solo  
Por derribarle con mayor estruendo.  
¿No ves, con todo, aquella inmensa turba,  
Que rodeando de tropel su templo,  
Se avanza al aldabon, de incienso hediondo,  
Para ofrecer al idolo, cargada?  
¡Huye de ella, Bermudo! ¡No el contagio  
Toque á tu alma de tan vil ejemplo!  
Huye, y en la virtud busca tu asilo;  
Que ella feliz te hará. No hay, no lo pienses,  
Dicha mas pura que la dulce calma  
Que inspira al varon justo. Ella modesto  
Le hace en prosperidad, ledo y tranquilo  
En sobria mediania, resignado  
En pobreza y dolor. Y si bramando  
El huracan de la implacable envidia,  
Le hunde en el infortunio, ella piadosa  
Le acorre y salva, su alma revistiendo  
De alta, noble y longánime constancia.  
¿Y qué, si hasta su premio alza la vista!  
¿Hay algo, di, que á la esperanza iguale  
De la inmortal corona que le atiende?...  
Mas te oigo preguntar: ¿aqueste instinto,  
Que mi alma eleva á la verdad, esta ansia  
De indagar y saber, ¿será culpable?  
¿No podré hallar, siguiéndola, mi dicha?  
¿Condenarás? No. ¿Quién se atreviera,  
Quién, que su origen y su fin conozca?  
Sabiduria y virtud son dos hermanas  
Descendidas del cielo para gloria  
Y perfeccion del hombre. Le alejando  
Del vicio y del engaño, ellas le acercan  
A la Divinidad. Si, ni Bermudo:  
Mas no las busques en la falsa senda  
Que á otros, astuta, muestra la fortuna.  
¿Dónde pues? Corre al templo de Sofia,  
Y allí las hallarás. Ruégala... ¿Mira  
Cual se sonríe! ¡lástala, interpone  
La intercesion de las amables musas,  
Y te la harán propicia. Pero guarte,  
Que si no cabe en su favor engaño,

Cabe en el culto que le da insolente  
El vano adorador. Nunca propicia  
La ve quien, oro ó fama demandando,  
Impuro incienso quemante sus aras.  
¿No ves á tantos como de ellas tornan,  
De orgullo llenos, de saber vacios?  
¿Ay del que, en vez de la verdad, iluso,  
Su sombra abraza! En la opinion fiado,  
El buen sendero dejara, y sin guia  
De razon ni virtud, tras las fantasmas  
Del error correa precipitado.  
¿El sábio entonces hallara la dicha  
En las quimeras que sediento busca?  
¡Ah! no: tan solo vanidad y engaño.  
Mira en aquel, á quien la aurora encuentra  
Midiendo el cielo, y de los astros que huyen  
Las esplendentes orbitas. Insomne,  
Aun á la noche llama perzozosa,  
Y acusa al astro que su afán retarda.  
Vuelve; la obra portentosa admira,  
Sin ver la mano que la obró. Se eleva  
Sobre las lunas de Frano, y de un vuelo  
Desde la nave á los triones pasa.  
Mas ¿qué siente despues? Nada; calcula,  
Mide, y no ve que el cielo, obedeciendo  
La voz del grande Autor, gira, y callado,  
Lloras luttando á su existencia ingrata,  
A un desengaño subito le acerca.  
Otro, del cielo descendido, lee  
En el humilde polvo, y le analiza.  
Su microscopio empuña; árnale y cae  
Sobre un átomo vil. ¡Cuán necio triunfa,  
Si allí le ofrece el magico instrumento  
Leve señal de movimiento y vida!  
Su forma indaga, y demandando al vidrio  
Lo que antevio su ilusa fantasia,  
Cede al engaño, y da á la vil materia  
La omnipotencia, que al gran Ser rehusa.  
Así delira ingrato; mientras otro  
Pretende escudriñar la intima esencia  
De este sublime espíritu que le anima.  
¡Oh cuál le anatomiza! y cual si fuese  
Un fluido sutil, su voz, su fuerza,  
Y sus funciones, y su accion regula!  
Mas ¿qué descubre? Solo su flaqueza;  
Que es dado al ojo ver el alto cielo.  
Pero verse á sí, en sí, no le fué dado.  
Con todo, osada su razon penetra  
Al caos tenebroso; le recorre  
Con paso titubeante; y desdeñando  
La lumbré celestia, en los senderos  
Y laberintos del error se pierde.  
Confuso así, mas no desengañado,  
Entre la duda y la opinion vacila.  
Busca la luz, y solo palpa sombras.  
Medita, observa, estudia; y solo alcanza  
Que cuanto mas aprende, mas ignora.  
Materia, forma, espíritu, movimiento.  
Y estos instantes que incesantes huyen,  
Y del espacio el piélago sin fondo,  
Sin cielo y sin orillas, nada alcanza,  
Nada comprende. Ni su origen halla,  
Ni su término, y todo lo ve, absorto,  
De eternidad en el abismo hundirse.  
Tal vez, sabiendo del mas deslumbrado,  
Se arroja á alzar el temerario vuelo  
Hasta el trono de Dios, y presuntuoso,  
Con débil luz escudriñar pretende  
Lo que es inescrutable. Sondeando  
De la divina Esencia el golfo inmenso,  
Surrea ciego por él. ¿Qué hará sin rumbo?  
Dudas sin cuento en su ignorancia busca,  
Y las propone y las disputa, y piensa  
Que la ignorancia que excitarlas supo  
Resolverlas saldrá. ¿Viste ¡oh Bermudo!  
Intento mas andaz? ¡Qué! ¿sin mas lumbré  
Que su razon, un átomo podría  
Lo incomprendible comprender? ¿Linderos  
En lo inmenso encontrar, y en lo infinito  
Principio, medio ó fin? ¡Oh Ser eterno!  
¿Has dado parte al hombre en tus consejos,  
O en el santuario, á su razon cerrado,



Le admites ya? ¿Tan alta es la tarea  
Que á su débil espíritu fiaste?  
No, no es esta, Bermudo. Conocerle  
Y adorarle en sus obras; derretirse  
En gratitud y amor por tantos bienes  
Como benigno en tu mansion derrama;  
Cantar su gloria y bendecir su nombre;  
Hé aquí tu estudio, tu deber, tu empleo,  
Y de tu ser y tu razon la dicha.  
Tal es, oh dulce amigo, la que el sábio  
Debe buscar, mientras los necios la huyen.  
¿Saber pretendes? Franca está la senda;  
Perfecciona tu ser, y serás sábio.  
Ilustra tu razon, para que se alce  
A la verdad eterna, y purifica  
Tu corazon, para que la ame y siga.  
Estúdiate á ti mismo, pero busca  
La luz en tu Hacedor. Allí la fuente  
De alta sabiduria, allí tu origen  
Verás escrito, allí el lugar que ocupas  
En su obra magnífica, allí tu alto  
Destino, y la corona perdurable  
De tu ser, solo á la virtud guardada.  
Sube, Bermudo; allí busca en su seno  
Esta verdad, esta virtud, que eternas  
De su saber y amor perenne manan:  
Que si las buscas fuera de él, tinieblas,  
Ignorancia y error hallarás solo.  
Deste saber y amor lee un destello  
En tantas criaturas como cantan  
Su omnipotencia; en la admirable escala  
De perfeccion con que adornarlas supo,  
En el orden que siguen, en las leyes  
Que las conservan y unen, y en los fines  
De piedad y de amor, que en todas brillan,  
Y la bondad de su Hacedor pregonan.  
Esta tu ciencia sea, esta tu gloria.  
Serás sábio y feliz si eres virtuoso;  
Que la verdad y la virtud son una  
Solo en su posesion está la dicha;  
Y ellas tan solo dar á tu alma pueden  
Segura paz en tu conciencia pura;  
En la moderacion de tus deseos  
Libertad verdadera, y alegría  
De obrar y hacer el bien en la dulzura.  
Lo demás, viento, vanidad, miseria.

#### Á POSIDONIO (1).

Desde el castillo de Bellver, á 8 de agosto de 1802.

¿Dudas? ¿La desconoces? De tu amigo  
Esta la letra es; la cara letra,  
¿Oh Posidonio! un tiempo tan preciada  
De tu amistad, y con tan vivo anhelo  
Deseada y leida. Estos sus rasgos  
Son, mal formados, pero siempre fieles  
Intérpretes de fe y amistad pura.  
Lee, y tu tierno corazon recibia  
Déllos algun solaz. Lee; la envidia  
Borrarlos quiere en vano; en vano intenta,  
La péñola rompiendo, en duros hierros  
Mi mano encadenar; pues sus esposas  
La amistad quebrantó, y á su despecho,  
Me dicta ahora intrépida estas líneas.  
¿Resistirlas podré? ¿Quién á su impulso  
No rinde el corazon? Tú, Posidonio,  
Cual nadie, tú, la imperiosa fuerza  
Conoces de su voz. Tú la seguiste,  
Con qué presteza, ¡ay Dios! cuando bramaba  
Mas fiero el monstruo, y de uno en otro clima,  
Cual lobo hambriento al mudo corderillo,  
A tu inocente amigo iba arrastrando!  
¿Detuviste su ceño? ¿Su amenaza  
Te intimidó? ¿Cediste, te humillaste  
Ni al rumor ni al aspecto del peligro?  
Y cuando todos, al terror doblados,  
Medrosos se escondian, tú, ¡tú solo  
No te mostraste firme, y á la furia  
No presentaste intrépido la frente?

¡Oh alma heroica! oh noble! oh grande esfuerzo  
De la amistad! ¿Podré olvidarte? ¡Oh! antes  
Me olvide yo de mí, si te olvidare.  
Nunca, nunca; que en rasgos indelebles  
De fuego está grabado en los escriños  
De mi inocente corazon. El sabe,  
El solo sabe cuánto de dulzura  
Sobre mi alma derramó, cuán grata  
Me es su memoria, y cuánto me consuela  
En mi suerte infeliz! ¿Infeliz?... ¿Cómo?  
¿Acaso puede un inocente serlo?  
¿Con la virtud, con la inocencia puede  
Morar el infortunio? El justo cielo  
No lo permite, caro Posidonio.  
El las sostiene, las conforta, y tiende  
Para apoyarlas, pródigo, su mano.  
Lo sé; lo siente, y sin temor lo dice,  
Serena y pura, mi conciencia. Nada  
La turba; ni voraz remordimiento,  
Ni del crimen la fea, adusta imagen,  
Ni ingratitud, ni deslealtad, ni alguno  
De los verdugos de las almas viles  
Sus senos agitó. Contra esta blanda  
Consoladora voz ¿qué puede el ronco  
Rumor de la calumnia? Qué la envidia,  
Aunque con soplo venenoso incite  
Las furias del poder, su fragua encienda,  
Y sus rayos invoque en mi ruina?  
Yo en tanto esucho intrépido su anillo.  
¿Qué me puede robar, di, Posidonio?  
¿La libertad? No, no, que no le es dado  
Hasta el alma llegar donde se anida,  
Y alherrojarla no puede. Ni esta pura  
Emanacion de la divina Esencia,  
Este sutil y celestial aliento  
Que nos anima y nos eleva, puede  
Ser cerrado entre muros, y con hierros  
Encadenado ni oprimido. Mira  
Cómo cruzando los vecinos mares,  
Se lanza ora hácia ti, te abraza, y busca  
Conhorte y paz en tu amigable pecho;  
Y ¡oh! ¡cuál los busca, cierto de encontrarlos!  
De ti partido, á los amados lares  
Que me vieron nacer rápido vuela;  
Besa el virtuoso umbral, se postra humilde  
Ante las santas sombras que le guardan,  
Y con piadosas lagrimas le riega.  
¡Oh sombra ilustre de Paulino, cuánto  
De amargura y rubor te aborrió la muerte!  
Libre está, sí... ¿Del globo las regiones  
No puede en torno recorrer? ¿Absorto  
Ver cuál la vida y la abundancia llenan  
Sus vastos climas? ¿Los remotos mares  
Surcar veloz? ¿Tocar entranchos polos,  
Y á las esferas altas remontarse?  
¿Y no mas? Mira cuál, atravesando  
Los campos de la luz, sobre las lunas  
De Herschel se encumbra; rápido las puertas  
Eternales penetra, y á los coros  
Querúbicos unido, allí extasiado,  
Su patria encuentra y su Hacedor adora.  
¿Es esto esclavitud? No, Posidonio.  
Por mas que esta porcion de polvo y muerte  
Yaga en austera reclusion sumida,  
Libre será quien al eterno alcázar  
Puede subir; al Protector, al Padre  
De la inocencia y de la vida, absorto  
Y postrado adorar; ver cómo el rayo  
Arde en su mano omnipotente, y cómo,  
Contra la iniquidad alzado, llena  
De espanto á la calumnia... Mas ¿si en tanto  
Maucha este monstruo con su voz mi fama?  
Si esta segunda y mas preciosa vida  
Del hombre... ¡Ay! Posidonio, de tu amigo  
Ve aquí el mayor, el mas voraz tormento.  
Mas ¿qué es la fama? ¿quién la da y mantiene?  
¿No es el supremo Arbitro del mundo.  
Si fiel dispensador? Suyo es, no nuestro,  
Tan estimable bien; pródigo y justo  
Le da á quien fiel por merecerle lucha.  
La inocencia le alcanza; con su égide  
La virtud le deliende, y el que sabe

Respetarias y amarlas le conserva.  
 ¿Le perderá quien nunca holló los santos  
 Fueros de la verdad? ¿Quién, obediente  
 A su voz, al error y á la ignorancia  
 Pertinaz persiguió? Tú, Posidonio,  
 Lo sabes; tú, testigo y compañero  
 De mi vida interior, de mis designios,  
 Viajes, estudios, y tal vez en ellos  
 Auxilio y consultor... ¡Oh! ¡cuánto ahora  
 De esta feliz seguridad la idea  
 Es á mi corazón dulce y sabrosa!  
 Si, tú lo sabes; sabes que mis días,  
 Partidos siempre entre Minerva y Témis,  
 Corrieron inocentes, consagrados  
 Siempre al público bien. Sabes que en ellos  
 Sumiso y fiel la religión augusta  
 De nuestros padres, y su culto santo  
 Sin ficción profesé. Que fui patrono  
 De la verdad y la virtud, y azote  
 De la mentira, del error y el vicio.  
 Que fui de la justicia y de las leyes  
 Apoyo y defensor, leal y constante  
 En la amistad, sensible y compasivo  
 A los ajenos males; de la pura  
 Y candida niñez padre, maestro,  
 Celoso institutor; y de la patria,  
 ¡Oh cara patria! de tu bien, tu gloria  
 Constante y ciego promotor y amigo.  
 Di, ¿son otros mis crímenes? El alto  
 Testimonio que grita en mi conciencia...  
 ¿Qué digo? ¡Oh Posidonio! el de la tuya,  
 El de todos los buenos, la voz misma,  
 Esta voz fuerte y vigorosa que oye  
 La envidia con terror; la voz del pueblo,  
 La pública opinión, ¿qué otros me imputa?...  
 Mas ¿por ventura sueño?... ¿Es el orgullo  
 El que, adulando mi razón, la engaña  
 Con la grata ilusión, ó es la voz pura  
 De la inocencia? Ella es, oh Posidonio;  
 Que el delito es cobarde. Si, ella sola  
 Valor dar pudo á un corazón que firme  
 Desconoce el temor; que, fiel al cielo,  
 A la patria, al honor, adora humilde  
 La Providencia altísima; que sufre  
 Del infortunio el peso, y resignado  
 Sabe esperar impavido su suerte.  
 ¡Ah! si el destino de rubor y angustia  
 Tal peso carga sobre mí; si tantos  
 Bienes me roba, y de tan caras prendas...  
 ¡Oh dulces prendas, por mi mal perdidas!  
 Me priva injusto, y rígido me aleja;  
 Si, en fin, las heces del amargo caliz  
 Me hace tragar; mi alma, oh Posidonio,  
 Ser herida podrá, mas no doblada.  
 ¿No ves siempre indefenso, empero nunca  
 Rendido al fiero embate de las olas,  
 Inmóvil estar el risco de Antromero (1).  
 Cual castillo roquero á los doblados  
 Ataques de rabiosos enemigos?  
 Así ella inmóvil esperará sus golpes.  
 Lloro, es verdad, negártelo no debo;  
 Lloro la ausencia de mi triste patria,  
 De mis caros penates, de mis pocos  
 Fieles amigos, y de todo cuanto  
 Mi corazón amaba, y reunido  
 Colmo era de mi gloria y mi ventura...  
 Entre tantos un alto, un digno objeto,  
 ¡Ay! cada instante su llorosa imágen  
 A mis ojos envía, y las paredes  
 De esta medrosa soledad conturba.  
 Tu adivinas cuál es; tú, amigo, sabes  
 El generoso afán con que mi mano,  
 Allá donde el paterno Piles corre  
 A morir entre arenas, una hermosa  
 Viña plantó que consagró á Sofia (2).  
 A su sombra creció por siete abríles;  
 Mostró su esquilmo, y ya de la comarca  
 Era delicia y gloria... y lo era mi;  
 ¡Oh, cuál sus tiernos vástagos tendía

Por el amado suelo! ¡Cuán lozanos  
 Sus pámpanos frondosos de frescura  
 Y verdor la cubrían! Tu admiraste  
 Sus sazonados y tempranos frutos,  
 ¡Oh Posidonio! y con ardiente celo  
 Tu voz dió aliento y vida a su cultivo.  
 ¡Ah! ¡cuán otra es su suerte! Combatida  
 De un violento huracán, toda su gala  
 Yace agostada por el suelo al soplo  
 Del viento asolador; y aporilladas  
 Sus altas cercas, secos de su riego  
 Los copiosos raudales, ahuyentados  
 O medrosos sus fieles viñadores,  
 Llena esta ya de espinas y de abrojos,  
 Que á próxima ruina la condenan;  
 Mientras cantivo el mayoral no puede  
 Salvarla ni correr á su socorro...  
 ¡Ay! ¡ya no verán mas sus tristes ojos  
 Tan preciosa heredad, ni ella su influjo  
 Recibirá ya más!... Tal vez los tuyos,  
 Posidonio, sobre ella detenidos,  
 Su antigua gloria buscarán en vano,  
 Y con piadosas lágrimas un día  
 Honrarán mi memoria... ¡Ah! si la vieres  
 Desamparada y yerma, huye y maldice  
 El cruel astro que influyendo adverso,  
 Su ruina decretó. Huye, si, huye,  
 Y allá do su raudal tan ingenioso  
 Derrama Saltarúa (5), esconde y mezcla  
 Tu llanto en su corriente cristalina,  
 Y este preza á su nombre y mi memoria...  
 Mas no; sin duda suerte más propicia  
 Se guarda á la virtud. De su alto asiento  
 Me lo anuncia el gran Ser. «Sufre, me dice,  
 Y espera. De los miserables mortales  
 Las suertes todas son en mi albedrío.  
 Está en mi mano la balanza, y solo  
 Puedo yo dar á la inocencia el triunfo,  
 Y bendecir y eternizar sus obras.»  
 Hé aquí mi apoyo y mi esperanza, amigo;  
 Confiado en él, ni temo ni resisto  
 De la suerte el rigor; sufro y espero  
 Sin susto y sin alar... Tal vez un día  
 A vernos volverá, gozosa entonces,  
 La triste Gigia, oídos y felices.  
 Tal vez las copas de los tiernos chopos,  
 Con que la ornó mi mano, y que ya el tiempo  
 Alzó á las nubes, cubrirán á entrambos  
 Con su filial y reverente sombra.  
 Juntos tal vez sus playas resonantes  
 Tornaremos á ver; aquellas playas  
 Pisadas tantas veces de consuno,  
 Mientras el sol buscaba otro hemisferio,  
 Y el mar Cantabro con alternas ondas  
 Besar solía las amigas huellas.  
 ¡Ah! ¡si nos diese el cielo tal ventura,  
 Cuánto dulces serían nuestros abrazos!  
 ¡Ah! ¡cuánto nuestras pláticas sabrosas!  
 ¿Cuál cantaremos, de zozobra exentos,  
 De la pasada tempestad la furia  
 Y el horrendo peligro, mientras alegres  
 Y asegurados en el puerto damos  
 Al ocio blando las veloces horas!  
 ¡Cumplase ¡oh Dios! tan placida esperanza!  
 Empero, si tal bien del justo cielo  
 Los decretos me niegan; si mas alta  
 Retribución á mi inocencia guardan,  
 Brame la envidia, y sobre mi desplome  
 Fiero el poder las bóvedas celestes;  
 Que el alto estruendo de la horrenda ruina  
 Escuchará impertérrita mi alma.

AL MISMO.

Bellver, agosto 15 de 1806.

«El hombre que morada un punto solo  
 Hiciera en la ciudad, maldito sea.»

(5) Fuente de Cándas, de la que dicen los naturales:

La fuente de Saltarúa  
Hace la gente aguda.

(1) Arrecife de la costa del Océano, entre Cándas y Luarca.

(2) El real instituto asturiano.

Así la musa de Leon un día  
 Cantó, al profano Tibulo imitando.  
 ¿Dirás tu *amén*, oh Carlos, á tan dura  
 Impia maldición? ¡Ah! no, enjuto:  
 No puedes, ya que obligación severa  
 Te hizo del campo con veloz galope  
 Volver á la ciudad, y mal tu grado,  
 Te alejó de la gran naturaleza.  
 A la antigua ciudad volviste, y ora  
 Vas confundido entre su uenia turba,  
 Triste cruzando las hediondas calles,  
 Do el viejo muro y nuevos techos niegan  
 Entrada al sol y libre paso al viento,  
 Y donde el lujo deshonesto excita  
 Pena en tu corazón, riesgo en tus ojos.  
 O bien huyendo del bullicio insano,  
 Te aprisionas aun mas y á voluntaria  
 Soledad en tu casa te condenas,  
 Y allí diciendo triste adios al campo,  
 Te sepultas con él; ¡Oh cuánto pierdes!  
 Que ya no mas recrearás tu alma,  
 Ni de la aurora el rosicler dorado  
 Cuando al oriente asoma, ni el brillante  
 Bosel que de encendidos arboles  
 Retoca el sol para hermosear su lecho.  
 No gozaras ya allí del claro cielo  
 La vasta; angusta escena; ni en tu oído  
 Sonarán las canoras avecillas.  
 Si ya no alguna, como tú enjaulada,  
 Por su perdida libertad suspira.  
 La pompa vegetal tendida al viento  
 En árboles frondosos ó en mil flores  
 Y plantas, ricamente derramada  
 Por los abiertos campos y colinas,  
 No mas verán con éxtasis tus ojos.  
 ¡Oh! ¡cuánto menos echarán ahora  
 El rico esmalte de los verdes prados,  
 Do con incierto giro serpentea  
 El arroyuelo que del monte cae  
 Sonando, y de su margen tortuosa  
 Las tiernas camanillas salpicando!  
 Cuánto su aspecto y cuánto su frescura  
 Refrigeraba tus cansados miembros!  
 ¡Qué bien clamó Leon: «¡Oh necio! oh necio  
 El que de tantos bienes y delicias  
 Voluntario se aleja, y aquel triste  
 A quien los niega misero destino!...»  
 Pero ¿qué digo? ¿Al hombre pueden solo  
 Recrear los sentidos? ¿Por ventura  
 Verá en ellos el único instrumento  
 De su felicidad, ó podrá iluso  
 Colocarla en sus ojos y su vientre?  
 ¡Oh blasfemia de Tibulo! ¡Oh descuido  
 De la musa del Darro, profanada  
 Al repetirla en su sagrada lira!  
 Carlos, guarde, no hagas en la tuya  
 Tal injuria á tu ser. Pues ¡qué! ¿en tu pecho  
 No hay un sentido superior que anima  
 Cuanto en su imperio la natura ostenta?  
 Su riqueza magnífica, sus gracias  
 Para el bruto ¿qué son? Nada sin vida:  
 Que él pace y bebe estúpido, y vagando,  
 Huella las flores, el arroyo enturbia,  
 Y ni ama el campo ni á los cielos mira.  
 No así tu, Carlos; tu razon, imagen  
 De la divina inteligencia, y ese  
 Espíritu sublime que á una ojeada  
 Cielos, tierra y abismos ve, no esclavo  
 Se hará de sus esclavos, ni á ellos solos  
 Felicidad demandará. Mas noble,  
 Mas encumbrado objeto va buscando,  
 De su destino y alto ser mas digno.  
 Por él suspira de continuo y vuela  
 Sin descanso ni paz hasta encontrarle.  
 ¿De vista le perdió? ¿Desconocióle?  
 ¿Se lanzó acaso descarriado y ciego  
 En pos de alguno de su alteza indigno?  
 Pues todavía huyendo de él le busca,  
 Y en él tan solo puede hallar reposo.  
 ¡Oh alto, oh inmenso, oh sumo bien! Tú solo  
 Puedes saciar las almas que criaste!  
 Hácia ti vuelan cuando van perdidas

En pos de las bellezas que benigno  
 Criaste tú tambien. Pero ninguna  
 Hincó su corazón, y de ti lejos,  
 Nada le haría, todo le fastidia.  
 ¡Oh divina virtud! Á ti fué dado,  
 A ti sola entrever de bien tan sumo  
 La sublime morada! Tú, tú solo  
 En este valle, de amargura lleno,  
 Puedes gustar con labio reverente  
 Alguna gota del raudal inmenso  
 De gozo y paz que en torno de su alcázar  
 Corre peregrino, y que en reposo eterno  
 A luengos tragos beberás un día!  
 Dichoso tú do quiera que morares,  
 Oh Carlos, si andas en la sola senda  
 Por do seguro la virtud te guía  
 Hácia tan alto bien. ¿Qué puede, dime,  
 Causar enojo al que fiel la sigue?  
 Tú lo conoces: tú, que en el bullicio  
 De la ciudad de Augusto, ó ya ejercitás  
 La santa caridad, suma y tesoro  
 De todas las virtudes, ó alejado  
 Del liviano rumor, dias y noches  
 Entre el estudio y la oración repartes,  
 Y en pios ó inocentes ejercicios  
 Santificas tu ocio. Y no presumas  
 Que tal consuelo á la virtud no alcance  
 Cuando ahorrrojada está, victima triste  
 De la calumnia y del poder; no, Carlos,  
 No; que su escudo de templado acero,  
 Tres veces doble, las agudas flechas  
 Rechaza, y ni le vence ni traspasa  
 Su venenosa punta. Sufre, es cierto;  
 Pero sufre tranquila. Ve el insano  
 Triunfo de la injusticia, ve el ultraje  
 De la inocencia desvalida, y sufre.  
 Mas sufriendo, su mérito acrisola.  
 Su fuerza aumenta y su corona labra.  
 La ve, la espera, y aun vencida vence.  
 ¿Dúdaslo acaso? Dime, ¿qué en su daño  
 Puede el rencor de un enemigo crudo?...  
 ¿Encadenar su cuerpo?... Pero ¿libre  
 No rompe su espíritu los fierros?  
 ¿No volará por la sublime esfera?  
 ¿Y no columbrará de aquella altura,  
 Al través de los muros transparentes  
 Del alcázar eterno, la corona  
 Que está allí á su paciencia preparada?  
 Y entonces, di, ¿no volverá á su cárcel  
 Con tan rica esperanza conhortado,  
 Y el alma henchida en celestial consuelo?  
 ¡Oh cómo entonces del destino triunfa!  
 Tal vez alegre al olvidado plectro  
 La mano alargará, y en dulce raptó  
 Al son de las cadenas acordándole,  
 Ensayará sobre sus cuerdas de oro  
 Liras á la amistad, himnos al cielo...  
 Y si la tierna compasión, rompiendo  
 Los pechos de diamante, ¡ay Dios! abriese  
 La hermosa luz del éter á sus ojos  
 Y el verdor de los campos, cuánto, oh, cuánto  
 Dulce placer rebosará en su pecho!  
 Entonces si que de naturaleza  
 Gozaría el espectáculo, subiendo  
 Desde él á contemplar el sumo Artífice,  
 Que con benigna omnipotente mano  
 Tantas lumbreras encendió en el cielo  
 Para aumentar su gloria, y en la tierra  
 Tanta belleza y tantos ricos dones  
 En bien del hombre derramó piadoso.  
 ¡Ah! desdichado el que á tan alta dicha  
 Y inefable consuelo abrir no puede  
 Su duro corazón, y no conoce  
 Que no hay desdicha en la virtud, y solo  
 La virtud santa puede hacer dichosos.

RESPUESTA Á UNA EPÍSTOLA DE MORATIN (1).

Te prohibí un tiempo la fortuna, y quiso,  
 Oh caro Inarco, de tu fuerte pecho

(1) Véase el tomo II de nuestra BIBLIOTECA, pág. 384.



La constancia pesar. Duro el ensayo  
 Fue; pero te hizo digno de sus dones.  
 ¡Oh venturoso! Oh una y mil veces  
 Feliz Inarco, a quien la suerte un día  
 Dio que los anchos términos de Europa  
 Lograses visitar! ¡Feliz quien supo  
 Por tan distantes pueblos y regiones  
 Libre vagar, sus leyes y costumbres  
 Con firme y fiel balanza comparando;  
 Que viste al fin la vacilante cuna  
 De la francesa libertad, mecida  
 Por el terror y la impiedad; que viste,  
 Mal grado tanta coligada envidia,  
 Y de sus lurias a despecho, rotas  
 Del belga y del batavo las cadenas;  
 Que al fin, venciendo peligrosos mares  
 Y asperos montes, viste todavía  
 Gemir en dobles grillos ahorrado  
 Al Tibre, al antes orgulloso libre,  
 Que libre un día encadenó la tierra!  
 ¡Cuanto ¡ah! sobre su luz destruyó el tiempo  
 De vicios y virtudes! Cuanto, cuanto  
 Cambió de Bruto y Babelico la patria!  
 ¡Oh que mudanza! Oh que lección! Bien dices,  
 La experiencia te instruye. Sí; del hombre  
 He aquí el mas digno y provechoso estudio;  
 Ya ornada ver la gran naturaleza  
 Por los esfuerzos de la industria humana,  
 Varía, fecunda, gloriosa y llena  
 De amor, de union, de movimiento y vida;  
 O ya violadas sus eternas leyes  
 Por la loca ambicion, con rabia insana,  
 Guerra, furor, desolacion y muerte;  
 Tal es el hombre. Ya le ves al cielo  
 Por la virtud alzado, y de él bajando,  
 Traer el pecho de piedad henchido,  
 Y fiel y humano y oficioso darse  
 Todo al amor y fraternal concordia...  
 ¡Oh, cuán entonces se solaza y rie,  
 Ama y socorre, hora y se conduce!  
 Mas ya le ves que del Averno oscuro  
 Sale blandiendo la enemiga autorchia.  
 Y acá y allá, frenetico bramando,  
 Quema y mata y asuela cuanto topa.  
 ¡Námale puedes, ni odiarle; puedes  
 Tan solo ver con lastima su hado;  
 Hado cruel, que á enemistad y fraude  
 Y susto y guerra eterna le conduce!  
 Mas ¿por ventura tan adverso influjo  
 Nunca su fuerza perdiera? ¿Qué! ¿el hombre  
 Nunca mejorara?... Si perfectible  
 Nació; si pudo á la mayor cultura  
 De la salvaje estúpida ignorancia  
 Salir; si supo las angustias leyes  
 Del universo columbrar, y alzado  
 Sobre los astros, su brillante giro,  
 Su luz, su ardor, su numero y su peso,  
 Infalible midió; si, mas osado,  
 Voló del mar sobre la incierta espalda  
 A ignotos climas, navegó en los aires,  
 Dio al rayo leyes, y á distantes puntos,  
 Como el veloz, por la tendida esfera  
 Sus secretos envió; por fin, si puede  
 Perfeccionarse su razon, ¿tan solo  
 Será a su tierno corazon negada  
 La perfeccion? Tan solo esta divina,  
 Deliciosa esperanza? ¡Oh caro Inarco!  
 ¿No vendrá el día en que la humana estirpe,  
 De tanto duelo y lagrimas cansada,  
 En santa paz, en mutua union fraterna,  
 Viva tranquila? ¿En que su dulce imperio  
 Santifique la tierra, y á él rendidos  
 Los corazones de uno al otro polo,  
 Hagan reinar la paz y la justicia?  
 ¿No vendrá el día en que la adusta guerra  
 Tengan en odio, y bárbaro apelliden  
 Y enemigo común al que atizare  
 De nuevo su furor, y le persigan  
 Y con horror le lancen de su seno?  
 ¡Oh sociedad! Oh leyes! Oh crueles  
 Nombres, que dicha y proteccion al mundo  
 Engañado ofrecéis, y guerra solo

Le daís, y susto y opresion y llanto!  
 Pero vendrá aquel día, vendrá, Inarco,  
 A iluminar la tierra y los ciudades  
 Mortales consolar. El fatal nombre  
 De propiedad, primero detestado,  
 Será por fin desconocido. ¡Infame,  
 Funesto nombre, fuente y sola causa  
 De tanto mal! Tu solo desterraste,  
 Con la concordia de los siglos de oro,  
 Sus inocentes y serenos días;  
 Empero al fin sobre el lloroso mundo  
 A lucir volverán cuando del cielo  
 La alma verdad, su rayo poderoso  
 Contra las torres del error vibrando,  
 Las vuelva en humo, y su asquerosa lúste  
 Aviente y hunda en sempiterno olvido.  
 Caerán en pos la negra hipocresia,  
 La atroz envidia, el dolo, la nunca harta  
 Codicia, y todos los voraces monstruos  
 Que la ambicion alimentó, y con ella  
 Serán al hondo báratro lanzados;  
 Allí, de do salieran en mal hora,  
 Y ya no mas insultarán al cielo,  
 Nueva generacion desde aquel punto  
 La tierra cubra, y entrambos mares;  
 Al franco, al negro etiope, al britano  
 Hermanos llamara, y el industrioso  
 Chino dará, sin dolo ni interesse,  
 Al transido japon sus ricos dones.  
 Tu solo pueblo entonces, una sola  
 Y gran familia, unida por un solo  
 Común idioma, habitará contenta  
 Los indivisos términos del mundo.  
 No mas los campos de inocente sangre  
 Regados se vean, ni con horrendo  
 Brantido, llamas y feroz tumulto  
 Por la ambicion frenética turbados.  
 Todo será común; que ni la tierra  
 Con su sudor ablandará el colono  
 Para un ingrato y orgulloso dueño,  
 Ni ya, surcando tormentosos mares,  
 Hambriento y despechado marinero,  
 Para un malvado, en bárbaras regiones  
 Buscará el oro, ni en ardientes fraguas  
 O al banco atado, en sótanos hediondos,  
 Le dará forma el misero artesano;  
 Afán, reposo, pena y alegría,  
 Todo será común; será el tfabajo  
 Pension sagrada para todos; todos  
 Su dulce fruto partirán contentos.  
 Una razon común, un solo, un mutuo  
 Amor los atarán con dulce lazo;  
 Una sola moral, un culto solo.  
 En santa union y caridad fundados,  
 El mudo estrecharán, y en un solo himno,  
 Del Austro á los Triones resonando,  
 La voz del hombre llevará hasta el cielo  
 La adoracion del universo, á la alta  
 Fuente de amor, al solo Autor de todo.

JOVINO Á PONCIO (1).

*Non est quod contemnas hoc studendi genus,  
 mirum est, ut animus agitatione, motuque  
 corporis excitetur.*

(C. PLINIO CORNEL. TACITO SPO.)

¡Oh, cuán feliz nació la golondrina,  
 Que dos veces al año viaja, y muda  
 De andurrial, de tejado y de vecina!  
 Vuela y revuela siempre la picuda  
 En pos de su galan, que á hacer el nido,  
 Cantar, cazar y procrear la ayuda.  
 Fuérame yo tan listo y tan sabido  
 Como ella, ó de la gran naturaleza  
 Con tan preciosos dones favorito,  
 Y otra vezgada echara á mi cabeza  
 Fuera de este rincón, y en mi castaño  
 Me diera á andar sin miedo ni pereza.

(1) Don José Vargas Ponce.

Mas, pues se toca á recoger ogaño,  
Y es preciso pasar bochorno y frío,  
Arrellanado en el antiguo escaño,  
Vamos charlando un poco, Poncio mío,  
Del digerido y trasnochado viaje  
Que abrí con Aries y cerré en estío.  
El hablarte de coche ni equipaje,  
Reposterus, lacayos y cantina,  
Ni de otro señorial matalotaje,  
Fuera de mas; que es algo teatina  
Mi condicion, y va siempre de gorja,  
Y con tanto boato se amolina.  
En mi cuartago, y llena bien la alforja,  
Me voy cantando, y no se me da un bledo  
Por los inventos que el melindre forja:  
Quiero ver el gran mundo abierto y ledo,  
Cual le supo adornar la industria humana,  
Y escudriñarle cuanto gusto y puedo.  
¿Hay por ventura angustia mas tirana  
Que andarse emparedado entre ladrillos (1),  
Sin ver mas que la torda y la gitana,  
Ni oír mas que rechinos y chasquidos,  
O al son de las malditas campanillas,  
Ajos, votos, blasfemias y aullidos?  
Téngase ese regalo otros golillas,  
Y buena pro, mientras que yo, escotero,  
Llevo á salvo de vuelos mis costillas.  
Pues, Señor, como digo, salí entero,  
Montado en mi capon, contento y libre,  
No sin buena compañía y mal dinero.  
No me asustaban Rosas ni Colibre,  
Ni la furia que allá mata y arrulla  
Al choque horrendo de infernal calibre;  
Me importaba dormir, comer mi olla,  
Y hallar sereno y esplendente el día.  
Mas que tan triste y barbara hambolla.  
A dos por tres doble con alegría,  
Aunque sudando, los ervasios puertos,  
Y llevé hasta Leon mi correría.  
De allí vi ya horizontes mas abiertos,  
Y aun tambien mas ajenos de conhorre,  
Pobres, incultos, rasos y desiertos;  
Hombres tristes, de oscuro y sucio porte,  
Casas de barro, calles de inmundicia,  
Pueblitos, en fin, sin dicha ni deporte.  
Tal vez en torno dellos la codicia,  
Si no va la miseria, labra un poco,  
Sin afán, sin provecho ni pericia.  
De árboles no hay que hablar; este es un eco  
Que asusta al propietario y al labriego,  
Y á quien los planta le apellidan loco:  
«Los habrá», dicen, cuando venga el riego.»  
Mas cielo y tierra ¿no sabrán eriarlos,  
Sin andar con los rios en trasiego?  
Eh, ya le tienen... Pero vé á buscarlos,  
Y ninguno hallarás sino en la orilla  
Del canal que nos trajo monsieur Carlos.  
¡Ay! aquí es do el ánimo se bumilla,  
Viendo tan malogrado el beneficio  
Y vuelta la esperanza en gran mancilla;  
Campos sin árbol, seto ni edificio,  
Plagadas de amapola y jaramago,  
Y aguas, bueyes y brazos sin oficio.  
Aun vi las huellas del horrendo estrago  
Que desoló á Castilla cuando andaba  
Matando moros el señor Santiago.  
¿Qué hacen las leyes? me dirás. Estaba  
Por decirte que duermen, mas no puedo;  
Que antes bien su desvelo nos acaba.  
Siempre duras y firmes en su quedo  
De mandar y vedar, y siempre iguales  
En enseñarnos su importuno dedo,  
Cierran á toda industria los canales,  
Y halagan y alimentan la pereza,  
Y acrecen y eternizan nuestros males.  
Bórralas de una vez, y la cabeza  
Verás sacar al laborioso ingenio,

Y aliarse con la gran naturaleza;  
Libre de susto y sujecion el genio,  
Sus premios buscará, y á nuestro clima,  
Con Baco y Ceres, traerá á Cilenio;  
Cercará, poblará, pondrá en estima  
El riego, y su sudor sobre la tierra  
Derramará, si no halla quien le oprima.  
No son las leyes las que harán la guerra  
Al ocio, que las burla y las quebranta,  
Y cuanto mas le gruñen mas se emperrea;  
El interés, unido con la santa  
Necesidad, le arrojarán del mundo;  
Que él los imperios á esplendor levanta...  
Mas mientras torres en el aire fundo,  
El hilo voy perdiendo y la jornada;  
Va de viaje, capítulo segundo:  
Llegué á Burgos, ¡oh corte derrotada!  
Ya vuelve á ser ciudad; planta, edifica,  
Limpia, proyecta; pero ¿instruye? Nada.  
Aun la pereza allí se santifica  
Y la ignorancia se regala. ¿Esperas  
Que estas dos Melisendras la hagan rica?  
Á Briviesca, á Pancorvo, y de sus fieras  
Escenas alejándome, en la Rioja  
Me entré, cruzando prados y laderas.  
Juntas las aguas del Tison y el Oja,  
Forman un ancho y venturosa vega.  
Do con la industria la abundancia aloja,  
Y allí con rica profusion allega  
Mieses y viñas, y árboles y prados  
Cuanto el raudal fertilizante riega.  
Por el pié de sus muros derrotados  
Haro los ve correr al padre lbero,  
De cederle agua y nombre no asustados.  
Corta el gran río, ó plácido ó severo,  
No sin desden, la playa polvorosa,  
Que alguna vez inunda, osado y fiero;  
Mas ¡qué dolor! la tierra, siempre ansiosa  
De abrir á su onda la sedienta entraña,  
Le pide auxilio, y dársele no osa;  
Y mientras el borde de sus labios baña,  
Pierde sus aguas la vecina orilla  
Y su esplendor el árida campaña.  
Después se traga al rico Najerilla,  
Que, de su altivo puente envanecido,  
Tarde y mal de su grado se le humilla.  
Disculpárasle acaso, si el florido  
País que riega, como yo, observaras  
Desde do muere hasta do fué nacido.  
Caen sus aguas, rápidas y claras,  
De la cana cogolla á dar recreo  
De Emiliano á las devotas aras,  
Y de allí al valle do encendió Berceo,  
Aunque con vieja y mal templada lira,  
De otros mas altos vates el deseo;  
Mas impetuoso Nájera le admira  
Cuando á postrar su vacilante muro  
A sus rotos alcázares aspira.  
¡Oh, qué de bienes á su raudal puro  
Deben, y encantos, la comarca y valle;  
Do el premio del afán siempre es seguro!  
¿Cuándo Somalo deja de gozalle,  
Allá escondido en el ombrio soto,  
Entre encinas y chopos de alto talle?  
Después ni sufre márgenes ni coto,  
Hasta que Manso osado le refrena  
Con su puente invencible, si antes roto;  
Se humilla al fin, y con desmayo y pena,  
Herido de los fuertes tajamares,  
Muere del Ebro en la desierta arena;  
Del Ebro, que desdeña otros solares,  
Y á ver unidos, vano, se apresura  
De Tobia y Bazan los nobles lares.  
¿Temas que aquí yo diese en la censura  
Que coge á tanto caballero andante?  
No, no lo permitiera mi ternura  
De amigo el nombre, mas que de informante,  
Dictó el obsequio, y supo la confianza  
Unirse á la amistad fina y galante.  
Hé aquí do fué colmada mi esperanza.  
¡Oh Fuenmayor! Oh plazo venturoso  
De amistad, de alegría y bienandanza!

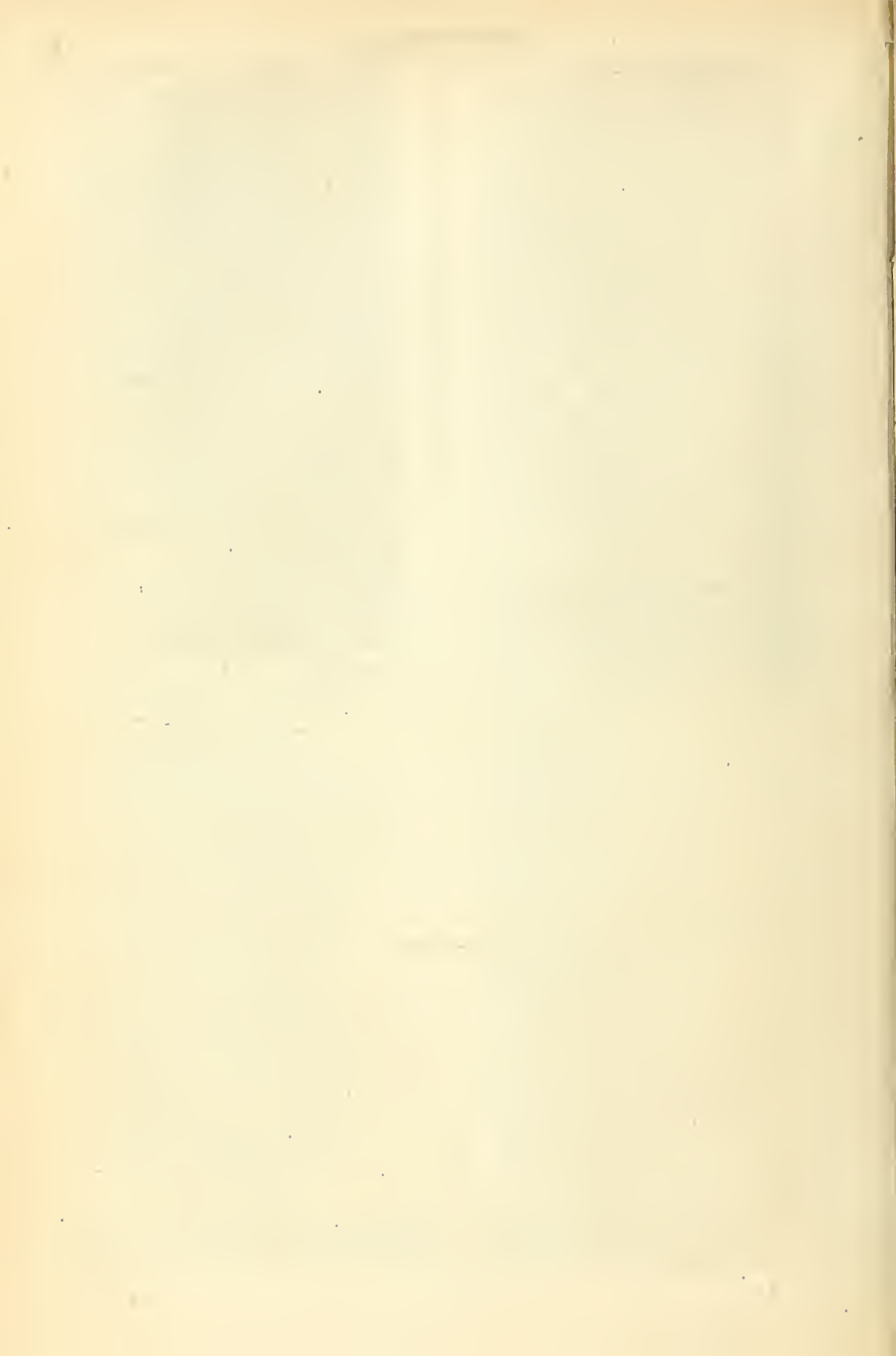
(1) Ladrillos no es consonante de chasquidos y aullidos, con los que rima en el terceto siguiente. O es descuido del autor, o errata de la primera impresion. Debiera decir emparedado entre ó en rehenchidos, u otra cosa equivalente.

¡Fértil Búicio! ¡Valle deleitoso!  
 ¡Campos que siempre enriqueció Lico!  
 ¡Santa hospitalidad! ¡Dulce reposo!  
 Nunca os olvidaré; continuo empleo  
 Seréis de mi ternura y mi memoria,  
 Y aunque en vano, también de mi deseo.  
 Mas vamos con el viaje y con su historia  
 A Logroño, do apenas sobrevive  
 La sombra débil de su anciana gloria;  
 Pero capaz de recobrarla vive  
 Un sábio allí, de ardiente celo henchido,  
 Que sin cesar inspira, instruye, escribe  
 ¡Oh Barrio, si así fueras atendido!  
 ¡Recibe al menos este de mi aprecio  
 Testimonio sincero y bien sentido!  
 De sus pingües campiñas alza el precio  
 El árbol de Minerva, cuyo fruto  
 Mira Baco en las otras con desprecio.  
 ¡Cómo el ingenio roba y vierte, astuto,  
 Por ellas del Iregua los raudales,  
 Que al fin á Ibero rinden su tributo!  
 ¡Campos de Navarrete! do con Palas,  
 Minerva y Ceres anda Baco asido  
 Por entre olivos, mieses y frutales,  
 ¡Con cuánto gozo os admiré, subido  
 Al cerro del altísimo homenaje,  
 Que el tiempo y la codicia han dirruído!  
 Volví despues á Najera mi viaje,  
 Donde á los padres de la patria Ervías  
 A un tiempo daba ejemplo y hospedaje.  
 ¡Oh, que noble espectáculo! Verías  
 Los claros hijos de la Rioja unidos  
 Trabajar en su bien noches y días;  
 Viéraslos ya luchar, enardecidos,  
 Con la pereza, y ya de la ignorancia  
 Parar los rudos golpes repetidos;  
 Hollar la envidia, y desde aquella estancia,  
 Abriendo rocas, puentes y caminos,  
 Llamar á todas partes la abundancia.  
 Los vi, los admiré, loé sus dignos  
 Esfuerzos, y con voz quizá atrevida  
 Predije de su patria los destinos.  
 «Llevad, les dije, la onda fugitiva

Del Ebro en torno hasta tocar la sierra;  
 A Baco luego declarad la guerra,  
 Y haced que, reducido á sus collados,  
 Minerva y Ceres cubran vuestra tierra.  
 Divididla, cercadla, y los no arados  
 Campos llenad de activos moradores,  
 Y verlos heis felices y poblados.  
 Mas propietarios, mas cultivadores,  
 Menos ociosos, menos jornaleros,  
 Menos pobres, en fin, menos señores,  
 Menos leyes y plumas, y maneros  
 De raplúa y de error, y hasta Sofia  
 Mas seguros y francos los senderos;  
 Así... Mas basta ya de profecía;  
 Que á besar voy de Aguirre los despojos  
 En la Cogolla antes que fine el día.  
 Su corazón y púrpura entre abrojos  
 Vi venerados, y en prolija historia  
 Los triunfos de Millan vieron mis ojos.  
 Mejor culto despues di á la memoria  
 Del eremita (1), que granjearse supo  
 Con su puente y calzada nombre y gloria;  
 Tanta ni tal ¿á qué otro santo cupo?  
 Mas á otra parte vuelvo rienda y boca;  
 Que por demás con fábulas te ocupo.  
 Por fin doblé los altos montes de Oca,  
 Y fui por Burgos y Palencia al valle  
 Do el Carrion en Pisuerga desemboca  
 Vi allí á Batilo; el gozo de abrazalle  
 Tú lo concebirás sin que lo cuente,  
 Como también la pena de dejalle.  
 Despues, de senda en senda y puente en puente,  
 Sufriendo soles, lluvias y pedriscos,  
 Malas posadas y bendita gente,  
 Volví a Leon y á los paternos riscos,  
 Y cai de sus altos vericuetos  
 A este emporio de peces y mariscos,  
 Donde, en tanto que duermen mis folletos,  
 Me harto de sueño, frutas y pescados,  
 Y aun ¿lo oyes, alma mía? de tercetos.

(1) Santo Domingo.





# PELAYO.

TRAGEDIA.

## PRÓLOGO.

Esta tragedia, escrita en el año de 1769, y corregida en los de 1771 y 72, sale ahora á ver la luz pública. Algunas personas acostumbradas á mirar con indulgencia mis trabajos, la creyeron digna de tan buena suerte; yo no sé lo que piense de su mérito: mi juicio se arreglará al del público, que es las mas veces juez imparcial de estas materias.

En medio de una multitud de ocupaciones, á que me tienen siempre sujeto el capricho y la necesidad, concebí el designio de escribir esta tragedia. Al punto puse en ejecucion esta idea, pero sobre un plan incorrecto y poco examinado. La escribí por intervalos en aquellos ratos que se llaman perdidos, porque no se consagran al desempeño de las principales obligaciones; pero que no merecen este nombre cuando, satisfechas aquellas, llenan los hombres de letras sus ocios con tareas mas dulces, ó emplean en ellas los momentos que hurtaron al sueño y al reposo. Con esto digo que la escribí atropelladamente, y era forzoso que sacase del molde mil defectos. Traté despues de corregirlos, pero con poco fruto, porque los vicios originales de una obra nunca ceden á la correccion.

Dicen algunos que este *Pelayo* se parece mucho á la *Hormesinda* del Sr. Moratin. Yó digo que es muy posible, porque son hermanos.

Si con esto quieren decir que me aproveché de su trabajo, se engañan. Las personas que leyeron el *Pelayo* en el año de 69, y los que quieran cotejarle ahora con la *Hormesinda*, saben que no miento.

Dicen otros que mi *Pelayo* sale vestido á la francesa; que su estilo huele al de los trágicos ultramontanos, y á otras mil cosas. Confieso que antes, y al tiempo de escribirle, leía muchísimo en los poetas franceses. Confieso mas: procuré imitarlos; si no otra cosa, á lo menos debo este defecto á mis modelos.

Leía mucho el orador romano Antonio en los historiadores griegos, y de resultas decia: *Sic cum istos libros studiosius legerim, sentio orationem meam illorum cantu quasi colorari.* (Cic., *De Orat.*, lib. II.)

En cualquiera composicion se debe observar cuidadosamente la pureza del idioma, y siempre es defecto reprehensible afectar en el estilo cierto aire de una lengua extraña; pero hay gentes tan escrupulosas en estas materias...

¡Cuántos extranjeros han procurado enriquecer sus obras, tomando voces y frases del nuestro!

Yo no traté de imitar, en la formacion de esta tragedia, á los griegos ni á los latinos. Nuestros vecinos los imitaron, los copiaron, se aprovecharon de sus luces, y arreglaron el drama trágico al gusto y á las costumbres de nuestros tiempos; era mas natural que yo imitase á nuestros vecinos que á los poetas griegos.

Cuando Horacio decia á sus paisanos:

. . . . . *Vos exemplaria graeca*  
*Nocturna versate manu, versate diurna,*  
(Art. Poet.)

ya conocia Roma muchos trágicos y muchísimas tragedias latinas; con todo, les mandaba seguir los modelos griegos; pero si viviese en el dia, y nos diese reglas, acaso nos mandaria que leyésemos á Racine y Voltaire.

No tendria yo reparo en confesar otros defectos que reconozco en esta obra, si creyese que mi confesion podria pasar por sincera; pero en todo caso seria inútil.

Nadie perdona á un poeta los defectos graves; todos deben perdonarle los descuidos ligeros, imitando la indulgencia del maestro Horacio, que decia:

. . . . . Non ego paucis  
Offendar maculis, quas aut incuria fudit,  
Aut humana parum cavit natura.

(Art. Poet.)

La accion sobre que escribí mi tragedia es la muerte de Munuza; accion la mas grande y distinguida que contiene nuestra historia, si no por su esencia, á lo menos por el íntimo enlace que tiene con los principios de la restauracion de la patria. ¿Para qué buscamos argumentos en la historia de otras naciones, si la nuestra ofrece tantos, tan oportunos y tan sublimes?

Belloy mereció en Francia las distinciones que á todos constan, por haber ensalzado las glorias de su nacion en el sitio de Calais.

Horacio, que conocia muy bien la importancia de esta máxima, alaba á sus paisanos por haberla observado:

Nec minimum meruere decus vestigia gracca  
Ausí deserere, et celebrare domestica facta.

(Art. Poet.)

Ultimamente, mi *Pelayo* sale al público sin patrono ni aprobantes. No los tiene, porque no los ha buscado. ¿A quién faltan hoy dia aprobantes ó patronos?

Nunca se han graduado las obras por el mérito ó el poder del Mecénas que las protege. ¿De qué sirve, pues, importunar á los poderosos con dedicatorias lisonjeras, hinchadas y pomposas? ¿Qué se adelanta con empeñarlos en la proteccion de los trabajos literarios?

Las dedicatorias nunca aprovechan al escritor que las hace ni engrandecen al Mecénas que las recibe; todos saben que las dicta la necesidad y las adorna la adulacion. Lo mismo digo de las aprobaciones. No hay mejor censura que la que hace privadamente un amigo docto y sincero, consultado por autor prudente y dócil, ni aprobacion mas honrosa que los elogios con que distinguen las personas ilustradas los útiles trabajos de un escritor. Pero ¿de qué sirven estas aprobaciones molestas y afectadas, que son aun de moda, y salen al frente de las obras, autorizadas con el impropio nombre de censuras? Las obras buenas no las necesitan, en las malas son inútiles, y en todas importunas.

Por otra parte, á mi tragedia no le faltarán aprobantes ni patronos: el nombre solo de *Pelayo* (1), respetable en todo el mundo, dulce y grato al oído de los buenos españoles, es el mejor título en que puedo fundar la esperanza de una favorable acogida. Cuando ensalzo las glorias del país en que nací, cuando recuerdo las grandes virtudes del héroe de la nacion, debo esperar que mis paisanos y compatriotas sean los aprobantes y patronos de mi trabajo.

Si ellos reciben con indulgencia esta tragedia, habré logrado el único premio á que puedo aspirar; premio dulce y honroso, que bastará para recompensar abundantemente mis tales cuales tareas.

*Ipsi veniunt ad nos in multitudine contumaci et superbia, ut disperdant nos, et uxores nostras, et filios nostros, et ut spolient nos: nos verò pugnabimus pro animabus nostris et legibus nostris.* (*Machab.*, lib. I, cap. III, v. xx.)

(1) Con el de *Munuza* se reimprimió esta tragedia en 1814 sin prólogo ni notas, y con muchos versos alterados; el nombre de *Dosinda* se trasformó tambien en el de *Hormesinda*.



# PELAYO.

## ARGUMENTO.

El argumento de esta tragedia es la muerte de Munuza, gobernador de Gijón puesto por los moros, donde residía Dosinda, hermana de Pelayo. Mientras este permanecía en Córdoba ajustando varios tratados con el rey Tarif, Munuza intenta casarse con Dosinda, prometida á Rogundo, noble y distinguido jóven asturiano. Lo manifiesta á entrambos; y porque lo resisten con heroísmo, manda poner á Rogundo en el castillo, y conducir á su palacio á Dosinda. En este estado se presenta Pelayo, que vino precipitadamente de Córdoba cuando menos le esperaba Munuza, y cuando le aguardaban por momentos los asturianos. Antes de acabar de instruirle sobre los motivos de su repentina vuelta, le pregunta la causa de la reclusión de su hermana y de Rogundo. Munuza le dice que como premio de sus altos servicios y como prueba de lo mucho que le estimaba. Pelayo se sorprende al oír tal intento y tal insulto, se enfurece y le imprópera. El tirano procura mitigarle, y no consiguiéndolo, manda asegurarle secretamente en el castillo, y que se acelere la preparación de su desposorio con Dosinda. Se subleva el pueblo; los gijoneses se apoderan del fuerte, y al tiempo de conducir los moros á él á Pelayo, Rogundo, libre, les arrebató la presa, y capitaneando á los nobles, lleva el exterminio á todas partes. Lo sabe Munuza, que rabioso quiere correr al combate; le detiene Achmet, su confidente, y en este estado le presentan los moros á Pelayo desarmado, quien procura recobrar su espada, amparado de los asturianos. Munuza, que le ve inerte, va á él con un puñal en la mano; pero Rogundo, que en este tiempo se habia aparecido en el fondo de la escena, advirtiéndole el peligro de Pelayo, vuela á herir á Munuza; lo advierte Achmet, y procura estorbarlo para defender al tirano; de modo que, interpuesto entre Munuza y Pelayo, defiende sin querer la vida de este, y no la de aquel, que cae herido por Rogundo. Pelayo se apodera de su hermana; Munuza se retira á morir, sostenido por Achmet; huyen de Gijón los moros asustados, y Pelayo, Rogundo, Suero y los demás asturianos celebran esta acción, tan venturosa para la restauración y tranquilidad de aquel país.

## ACTORES.

PELAYO, duque de Cantabria, de la sangre real de los godos.  
MUNUZA, gobernador de Gijón puesto por los moros.  
DOSINDA, hermana de Pelayo.

ROGUNDO, señor principal de Gijón, de sangre goda, amante de Dosinda.  
SUERO, amigo de Pelayo.  
ACHMET-ZADE, jefe de la guardia del Gobernador.

KERIN, oficial moro.  
INGUNDA, confidente de Dosinda.  
GUARDIAS DE MUNUZA.  
CIUDADANOS DE GIJÓN.

*La escena se representa en la ciudad de Gijón.*

## ACTO PRIMERO.

El teatro representa á un lado el palacio del Gobernador, en cuyo átrio se supone la escena; á otro un resto de la ciudad de Gijón, y en el un fuerte, que domina á la marina, que deberá también descubrirse en el fondo de la escena.

### ESCENA PRIMERA.

ROGUNDO, SUERO.

ROGUNDO.

Nome culpes, amigo; considera  
Que la desconfianza y los cuidados  
Viven siempre en los pechos oprimidos.  
¡Ah! ¡Qué infelices somos!

SUERO.

Don Pelayo  
Conoce mi lealtad, Señor; la carta  
Que os traigo desde Córdoba probaros  
Debe su confianza y mi obediencia.  
Si supierais, Rogundo, cuán turbado  
Queda su corazón... Apenas puso  
Vuestras últimas cartas en su mano

El tiel Egila, cuando á su presencia  
Me llamó y dijo: «Al punto, Suero amado,  
Da la vuelta á Gijón; dile á Rogundo  
Que queda mi amistad acelerando  
La conclusión de todos los negocios  
Para volver á Asturias; que entre tanto  
Resista las ideas de Munuza;  
Y en fin, si recelase algún osado  
Intento de su parte... Pero corre,  
Suero, pon esos pliegos en su mano;  
Vuela, que allá sabrás cuanto ha ocurrido.»  
A pesar del estorbo de los años,  
Mi celo le obedece, y vos, no obstante,  
Reservado y dudoso...

ROGUNDO.

Los quebrantos  
Que alligen á la patria, noble amigo,  
Nos hacen recelar de todo cuanto  
Se pone á nuestra vista; de Munuza  
La perspicaz política ha minado  
Todos los corazones con astucias;  
Solo los que se humillan á su mando  
Logran su confianza, y los leales  
Viven entre cadenas. Sin embargo,  
Fío de la lealtad, Nadie nos oye;

El honor y la vida de Pelayo  
Corren, oh amigo, el último peligro;  
Munuza va á perderselos.

SCENO.

¡Dios sagrado!

Pues ¿que, Señor, Munuza...

ROGUNDO.

Ya te acuerdas

De aquel día terrible y maldonado  
Para la triste España, en que Rodrigo  
Rindió al furor del bárbaro africano  
Nuestra gloria, su vida y su corona;  
De aquel sangriento día en que los llanos  
De Jerez se sintieron oprimidos  
De cadáveres godos, cuyos brazos  
Debilitó la cólera del cielo;

De aquel día infeliz, en que, aumentando  
Con la sangre española sus corrientes,  
Vió el turbio Guadalete revolcados  
En su arena los miserables despojos  
Del mejor trono y mas ilustre campo;  
De aquel día, por fin, tan lamentable,  
Que consumió las ruinas y el estrago  
En que yace la patria. Desde entonces

Las armas sarracenas inundaron  
Todas nuestras provincias. No hubo plaza  
Que no viese en su alcázar tremolado  
El pendon berberisco; y aun nosotros,  
Que, al setentrion de España retirados,  
Y al abrigo de rocas y montañas  
Opusimos los pechos esforzados  
Por última defensa á sus violencias,  
Nos vimos oprimir de los contrarios,

Y hoy sufrimos el peso de su yugo.  
El robo, el sacrilegio, el desacato  
Y la profanacion fueron resultados  
Del triunfo de los bárbaros. Quemados  
Los templos, insultadas las matronas  
Y violadas las virgenes, lloraron  
Las tristes consecuencias de aquel día;  
¡Día infeliz, con sangre señalado  
En los fastos de España! tu recuerdo  
Triste origen será de eterno llanto.  
Dueño el moro de casi toda España,  
Pensó en otras conquistas; y aspirando  
Soberbio á domeñar el universo,  
Pasó los Pirineos. Hoy los francos  
Sienten toda la furia de sus golpes.

Mientras él maquinaba temerario  
Tan altivos proyectos, esta plaza,  
Que siempre fué de su ambicion el blanco,  
Quedó sujeta al desleal Munuza,  
Y á una porcion escasa de africanos  
Que la guardaban. Todos al principio  
Vivíamos tranquilos, esperando  
De nuestra libertad el venturoso  
Retardado momento. ¡Ah! ¡Cuán livianos  
Son los juicios de todos los mortales!  
Tú sabes bien que apenas respiramos  
Lejos del vencedor, y que Munuza  
Que hoy gobierna á Gijón, tomó á su cargo  
El agravarnos tan pesado yugo.

¿Podrás creerlo? Este era el secretario  
Del comun opresor, duro instrumento  
De la saña y furor del africano;  
Traidor á España, á la virtud y al cielo,  
Quiere erigir un trono soberano  
Sobre las tristes ruinas de la patria.  
De este intento murmuran ya los cabos  
Moriscos sin rebozo, mientras diestro  
Los sabe él deslumbra. ¡Ah! ¡Si entre tanto  
No abrigase en su pecho otras ideas!  
Fuera menos temible; pero osado,  
Su corazon aspira á la fortuna  
De enlazarse á la sangre de Pelayo.

SCENO.

¿Qué me dices!

ROGUNDO.

Si, amigo; de su hermana  
A cualquier precio logrará la mano.  
Apenas de Gijón se ausentó el Duque,

Empezó con obsequios disfrazados  
A tentar la constancia de Bosinda;  
Politico y amante le observamos  
Fingir, para obligarla, mil finezas;  
Pero, viendo despues que sus cuidados  
Le hacian importuno, cauteloso  
Los suspendió del todo, y entre tanto  
Nos da tal cual indicio de un proyecto  
Que me llena de horror y sobresalto.  
¡Oh justo Dios! La sangre de los godos,  
Que nuestros nobles pechos conservaron,  
Y el premio á mis lealtades ofrecido,  
¿Serán la recompensa de un tirano?

SCENO.

Pero, Señor, ¿podrá olvidar Munuza  
Que esta princesa desde tiernos años  
Está ofrecida á vos? ¿Que solo faltan  
Las santas ceremonias para que ambos  
Os unais con un lazo indisoluble?  
Pues qué, ¿vuestro valor, el de Pelayo,  
La promesa, el honor, la amistad santa,  
Y le fe esponsalicia...

ROGUNDO.

Tan sagrados

Vinculos no detienen á un impio;  
¿Y quién podrá hacer frente á sus conatos?  
Siguiendo una política perversa,  
Este fiero opresor ha procurado  
Separar los estorbos que pudieran  
Oponerse á su furia. Soberano  
Absoluto del fuerte y de las tropas;  
So color de inquietud aprisionados  
Los mas de nuestros nobles: detenido  
En Córdoba Pelayo, el gran Pelayo,  
Nuestro último apoyo y esperanza,  
¿Quién nos dará socorro? ¿Quién librarnos  
Podrá de tanto riesgo? El mismo cielo,  
Contra nuestros delitos irritado,  
Nos entrega al furor de los infieles,  
Y abandonando su piadoso brazo  
La nacion otras veces protegida,  
Aun esta esclavitud que toleramos  
Es por ventura el miserable fruto  
De los excesos nuestros.

SCENO.

Y entre tanto,

¿Será de nuestro aliento único empleo  
La inútil queja? Humilde nuestro labio,  
¿Aprobará el desprecio de las leyes?  
¿Podréis sufrir vos mismo que, violando  
Los vinculos mas santos, un perjurio  
Os venga á arrebatár de entre los brazos  
Con mano infiel la prometida esposa?  
¿Que el vil Munuza mezcle temerario  
A su sangre la sangre de los godos?  
Y este ilustre depósito fiado  
Al valor asturiano, esta reliquia  
De la estirpe real, ¿será un temprano  
Fruto de sus traiciones, mientras quietos  
Y derramando ignominioso llanto,  
Sufrimos el mayor de nuestros males?  
¡Miserable de aquel que en el naufragio  
De nuestra gloria cede á la tormenta!  
No, Rogundo; aun nos queda el medio hidalgo  
De ofrecer nuestras vidas por las leyes.  
Los templos y el honor; sepa Pelayo  
Que el suyo, aunque está ausente, en todo trance  
Merece nuestro apoyo.

ROGUNDO.

Honor sagrado,

¿Podrá ser nuestra sangre precio digno  
De su conservacion? ¡Ay Suero! Aplando  
Tus consejos, y en ellos reconozco  
Cuál es mi obligacion. Pero ¿has pensado  
Que yo soy tan cobarde, que prefiera  
La ignominia á la muerte? No; corramos.  
Entremos en palacio: verás como,  
La furia del tirano despreciando,  
Le culpo su perfidia...

SUERO.

Todavía

Es temprano, fogundo; mas despario  
 Las heróicas empresas se meditan.  
 El ardor juvenil de vuestros años  
 Os puede ser fatal, si la prudencia  
 No les sirve de guía; disfrazando  
 Munuza sus ideas bajo el velo  
 De una falsa amistad, ha procurado  
 Ocultarlas á todos, y no es justo  
 Que intempestivamente le arguyamos  
 De un delito que oculta cauteloso  
 Alla en su corazon. Al que es malvado,  
 Sus mismos artificios le descubren.  
 Huid, pues, de su vista, y entre tanto  
 Reprimid el dolor y los recelos,  
 Que si imprudente los liais á malbio,  
 Peligrará sin duda nuestra empresa;  
 Sabra Munuza precaverse, y cuando  
 Corramos á echar mano del remedio,  
 Ya no podrá el remedio aprovecharnos.  
 Ahora solo conviene el disimulo;  
 Vivan nuestros temores sepultados  
 En el fondo del pecho; en adelante  
 Dios abrirá camino.

FOGUNDO.

Los cuidados

Que llenaban mi alma de amargura  
 Se templan con tu voz, y hallo descanso  
 En tu noble lealtad y tus consejos.  
 Observemos, amigo, del malvado  
 Munuza las oscuras intenciones;  
 Leamos sus ideas, y entre tanto  
 Yo voy á consolar á la Princesa  
 Y á contarle tu arribo. De palacio  
 Debe salir Munuza, y no quisiera  
 Que viese en mi semblante mis cuidados.

SUERO.

Id sin temor, en tanto que yo espero  
 Para hablarle de parte de Pelayo;  
 Y porque mi venida no le sea  
 Sospechosa... Ya llega... Retiráoos.

## ESCENA II.

MUNUZA, ACHMET, GUARDIAS. — SUERO.

MUNUZA.

¿Que me dices, Achmet?

ACHMET.

Señor, yo mismo

Le vi llegar; pero, si no me engaño,  
 Vedle allí; aquel es Suero.

MUNUZA.

Te aseguro

Que su arribo me cuesta algun cuidado.

SUERO.

El duque de Cantabria, deseoso  
 De que sepais el favorable estado  
 De sus ajustes con Tarif, me envia  
 A vos.

MUNUZA.

Poes ¿cómo? ¿Dónde esta Pelayo?

SUERO.

En Córdoba, Señor; y su embajada  
 Se va ya á fenecer.

MUNUZA.

Pero ha pensado

Sin mi orden...

SUERO.

Cuando haya concluido

Todas las comisiones de su cargo,  
 No debiera esperar órden alguna  
 Para volver á Asturias. Los cuidados  
 De su casa y el ruego de Dosinda  
 Claman por su regreso; sin embargo,  
 No sé qué diferencias, suscitadas

Por el jefe agareno, le obligaron  
 A detenerse en Córdoba.

MUNUZA.

Si; aun debe

Permanecer allí por tiempo largo;  
 Los intereses suyos y los míos,  
 Y el bien de este país, todo está en mano  
 De Tarif; el le hará volver á Asturias  
 Premiado y satisferbo. Y qué, ¿Pelayo  
 Se halla en Córdoba bien? Decidme, ¿cómo  
 Los moros andaluces le han tratado?

SUERO.

Bien conocen, Señor, todos los moros  
 El mérito del Duque; pero cuando,  
 A pesar de su sangre, sus virtudes  
 Y la opinion que le adquirió su brazo,  
 Quisieran rehusarle un justo obsequio,  
 Solo en vuestra amistad funda el mas alto  
 Derecho á sus aplausos y favores.  
 Sin embargo, el amor que profesamos  
 Todos á sus virtudes, las continuas  
 Instancias de su hermana, y el cuidado  
 De repetiros nuevos testimonios  
 De su amistad, pudieron algun tanto  
 Disgustarle de aquella residencia.  
 Tambien han concurrido sus vasallos  
 A turbar su sosiego; de Cantabria  
 Le avisan que la guerra en sus estados  
 Ha vuelto á renacer; que Eudon y Pedro,  
 Emulos de su gloria, aspiran ambos  
 A usurpar de Vizeaya el señorio;  
 Y aunque los naturales á Pelayo  
 Se conservan muy fieles, su presencia  
 Es allí indispensable mientras tanto  
 Que duran las facciones. ¿Y quien sabe,  
 Señor, si acaso tienen sus cuidados  
 Un origen mas grave y mas oculto?

MUNUZA.

Es justa su inquietud; pero el tratado  
 Que ajusta con Tarif le importa mucho;  
 Con mi amistad y la del africano, —  
 Libre de dos rivales importunos,  
 Gozará sin recelo unos estados  
 Que contra nuestro gusto no pudiera  
 Conservar mucho tiempo; otros mas altos  
 Honores serán paga de su celo;  
 Yo puedo asegurarlo, y entre tanto  
 No me olvido del vuestro. Cuidad mucho  
 De merecer los premios que os preparo,  
 Y no los malogreis. Idos.

## ESCENA III.

MUNUZA, ACHMET.

MUNUZA.

Amigo,

¿Las noticias de Suero has escuchado?  
 Conozco que la suerte favorece  
 Mis altivos proyectos. Muy en vano  
 Querrá volver Pelayo á ser objeto  
 Del amor de estos lieros ciudadanos.  
 Rebeldes siempre al agareno yugo  
 Y al eco de mi voz, ya irán notando —  
 Desde hoy quien es Munuza.

ACHMET.

Yo no creo,

Señor, que haya en Gijón quien, temerario,  
 Ose poner en duda vuestro esfuerzo.  
 Vos sois aquí un monarca; todo el mando  
 De tierra y mar teneis en esta plaza;  
 La guarnicion, el fuerte, los soldados  
 Y las galeras, todo os obedece;  
 Aun fuera de Gijón, solo un escaso  
 Numero de rebeldes se resiste  
 A prestar la obediencia, y retirados  
 A los montes, medigan un asilo  
 En la prision oscura de sus antros.  
 Pero toda la costa está sujeta,  
 Y á vuestra voz rendido el asturiano,  
 Ni aun se atreve á llorar su cautiverio.



MUNUZA.

Y qué, porque los miras humillados,  
¿Te parece que puede su silencio  
Sosegar mi inquietud? No; los vasallos  
Que sojuzga el derecho de la guerra,  
A su primer gobierno aficionados,  
Idolátran la sangre de los reyes  
Que les daban la ley; siempre aspirando  
A recobrar el yugo primitivo,  
Abrigan en su pecho los mas falsos  
Y pérfidos designios. Poco importa  
Que afecten someterse resignados  
A una nueva coyunda; su obediencia  
Siempre es hija de un ánimo forzado:  
El temor del castigo puede solo  
Reprimir su furor, y en estos casos  
Nunca ha sido prudente la blandura.

ACHMET.

Pero, Señor, ¿por qué con tal cuidado  
Alejais de Gijón al de Cantabria?  
Yo me acuerdo de un tiempo en que Pelayo  
Derramaba absoluto en vuestro nombre  
Favores y mercedes, entre tanto  
Que vos, enamorado de Dosinda  
(Sufrid que os lo recuerde), erais esclavo  
De su tibio desden y sus rigores.

MUNUZA.

Yo lo confieso, Achmet; el dulce encanto  
De sus ojos, su noble compostura,  
Y otros mil atractivos soberanos  
Que brillan en su rostro, á su belleza  
Mi pecho y mi albedrio sujetaron.  
Pero este mismo amor es el motivo  
Que tiene ausente en Córdoba á su hermano.

ACHMET.

¿El amor de Dosinda?

MUNUZA.

Si; no culpes. Querido Achmet, el fuego en que me abraso.  
Yo la adoro. Bien sé que me aborrece;  
Sé que espera Rogundo de su mano  
La dulce posesion; pero, no obstante,  
A pesar de Rogundo, de Pelayo,  
De su mismo desden y de mi gloria.  
Pretendo ser su esposo.

ACHMET.

¡Cielo santo!

¿Vos su esposo, Señor?

MUNUZA.

Si; estoy resuelto;  
Y antes que acabe el día, á mi palacio  
Vendré, donde la rinda humildes cultos  
Este pueblo feroz; determinado  
A ponerla en mi lecho y mi familia,  
Ved si debi apartarla de su hermano,  
Y aun librarle en Gijón de otros estorbos.  
Tú me oyes con asombro; no lo extraño.  
La lid es peligrosa; mas, supuesto  
Que mi poder y el fuego en que me abraso  
Exigen este enlace, no hay peligro  
Que me pueda apartar de ejecutarlo.  
Unido yo á la estirpe de los godos  
Por el ilustre enlace de su mano,  
A pesar de Pelayo, vendrá un tiempo  
En que mi amor reuna los sagrados  
Derechos de la sangre y de la guerra.  
¡Ah! Si todas las ansias que consagro  
A esta amable princesa; si mis ruegos,  
Mi eterna gratitud, mi humilde llanto  
Ablandan su desden... si yo consigo  
Enternecer el pecho que idolatro,  
¿Qué triunfo para mi tan halagüeño!

ACHMET.

Perdonadme, Señor; el sobresalto  
Con que acabo de oír vuestro discurso  
Me tiene sin aliento. ¿Desde cuándo  
Pudo un pecho animoso, endurecido  
Debajo del arnés, rendirse incauto  
A las leyes de amor? Pues qué, ¿Munuza.

El amigo mas fiel del africano,  
El fiero imitador de sus costumbres,  
Cederá sin rubor á los encantos  
De una mujer la gloria de sus triunfos,  
Y correrá á entregar á un dueño ingrato  
Un corazón formado en los combates?  
Señor, ved que os perdeis. Hablemos claro:  
Esta gente aguerrida y caprichosa,  
Idolatra del nombre de Pelayo,  
Se opondrá á vuestro intento; y aun los mismos  
Que hoy viven sin zozobra, despojados  
De hacienda y libertad, harán furiosos  
Las últimas violencias, si tratamos  
De combatir su honor. Estos insultos  
Fomentará Rogundo, á quien la mano  
De Dosinda robais... Pero, vos mismo,  
¿Olvidais la amistad de don Pelayo?  
Y cuando su amistad no os interese,  
¿Despreciaréis su odio? Venerado  
Por los nobles de Asturias como un resto  
De la sangre real, solo en su brazo  
Funda España su única esperanza.  
Nacido en este suelo, y reputado  
Sucesor de Rodrigo, á quien la suerte  
Negó otra descendencia, en tiernos años  
Fué llevado á la corte de su tío.  
En ella los señores toledanos  
Le miraron crecer al pie del trono;  
Las trompas y las cajas despertaron  
Su espíritu marcial; nosotros mismos  
Temimos el impulso de su brazo  
Cerca del Guadalete, y cuando todo  
Se postraba en España al africano,  
Invencible Pelayo y casi solo,  
Defendia con ánimo irritado  
Los últimos rincones de su patria.  
Si esto os parece poco, contempladlo  
Retirado en Gijón, donde se atreve  
A dejarse rogar, y aun á negaros  
La mano de Dosinda... Y vos, no obstante,  
¿Despreciáis su amistad? Señor, si en algo  
Creéis que vuestra gloria me interesa,  
Pensad mejor...

MUNUZA.

Ya lo he reflexionado.  
No receles, Achmet; están tomadas  
Las mejores medidas.

ACHMET.

Pero acaso  
Los nobles de Gijón...

MUNUZA.

Los mas altivos  
Gimen en el castillo aprisionados  
Bajo algunos pretextos especiosos,  
Y ya no temo el brio de su brazo,  
Que oprimen y enflaquecen las cadeas.  
Mi cautela alejó de aquí á Pelayo,  
Y el celo de Tarif sabrá burlarse  
De sus solicitudes, prolongando  
La conclusion de una embajada inútil.  
Si pretende Rogundo temerario  
Alegar la razon de sus derechos,  
¿No sabré yo oprimirlo ó aplacarlo?  
Y cuando, en fin, todo ese feroz pueblo  
Osare resistirme, los soldados  
Que le guarnecen salvarán mi intento.  
La menor inquietud pondrá á mi lado  
Los moros que se esparcen á la orilla  
Del golfo de Cantabria. A congregarlos  
Partió Kerin, y volverá muy presto.  
Nada me da temor. Si con halagos  
Puedo vencer el pecho de Dosinda,  
Será feliz mi suerte; mas si tantos  
Desvelos no la obligan, si no logro  
La posesion de su adorable mano,  
Tiemble de mi furor España toda.  
Esto ha de ser. Achmet, á este palacio  
Debes tú conducirla de mi orden;  
Vé á decirla mi amor y mis cuidados,  
Implora su piedad; mas, sobre todo,  
Si no bastan el ruego y el engaño,

Usarás del poder y la violencia.  
Kerín llega; ya es tiempo. — Retíraos.

**ESCENA IV.**

KERIN. — MUNUZA.

KERIN.

He corrido, Señor, en vuestro nombre  
Desde la triple ara que el romano  
Apuleyo erigió en honor de Augusto,  
Hasta el último puerto colocado  
Sobre el inquieto Océano de Asturias.  
Las tropas sarracenas, que á su cargo  
Tiene el fuerte Alalor en esta costa,  
Se van ya de su orden congregando,  
Y estarán prontas al primer aviso;  
Impacientes y altivos los soldados  
Esperan vuestra orden.

MUNUZA.

Yo agradezco  
Tu celo y obediencia, y entre tanto  
Que tomo otras medidas, vé al castillo,  
Arregla su custodia, y á palacio  
Vuelve despues á preparar la guardia.  
Sobre todo, Kerín, sigue los pasos  
De Rogundo, y observa sus acciones.  
Achmet de lo demás podrá informaros.

**ESCENA V.**

MUNUZA.

En fin, bella Dosinda, estos desvelos,  
Síntomas de un afecto arrebatado,  
Te abran un camino para el trono.  
Yo aspiro á ser tu esposo; mas mi mano  
No osaría enlazarse con la tuya,  
Si no ganase un cetro. ¡Ah, si al halago  
De empuñarle se ablandan tus desdenes!  
Dichosa la inquietud que le consagra.  
De Gijón los soberbios moradores  
Te verán en mi corte y á mi lado,  
Ceñida la diadema; en tu presencia  
Hablarán la rodilla; y enlazados  
De nuevo los leones y las lunas,  
Serán en mis insignias el espanto  
De los pechos rebeldes. ¡Miserable  
Del que á mi amor se oponga, temerario!

**ACTO SEGUNDO.**

Gran salon del palacio de Munuza. Dosinda desde el fondo del teatro se va acercando al frente de la escena con mucha pausa y con semblante lloroso y afligido; Ingunda la sigue, demostrando tambien su sentimiento con algunos ademanes de compasion.

**ESCENA PRIMERA.**

DOSINDA, INGUNDA.

DOSINDA.

¿Adónde estoy? ¿A qué mansion odiosa  
Me han traído? Sin fuerza y sin aliento,  
Puedo apenas mover con tardo paso  
Los fatigados y dolientes miembros.  
Para este nuevo susto, cruel destino,  
Me vuelves á la vida? ¡Ah, yo preveo  
Los terribles combates que prepara  
A mi inocencia un opresor violento!  
Ah, hermano infeliz! ah, triste amante!  
El dolor que amenaza á vuestro pecho  
Redobra la amargura del que sufro.

INGUNDA.

Templad vuestro dolor, Señora; el cielo  
Concede á mi lealtad en este trance  
El que pueda asistirlos. De mi afecto  
Oíd la voz.

DOSINDA.

Ingunda, no interrumpas  
El curso de las lágrimas que vierto;  
Combatida de angustias y temores,  
Solo hallará en el llanto algún remedio  
Mi triste corazón.

INGUNDA.

Pero, Señora,  
No os dejéis oprimir del sentimiento;  
Yo os miro enternecida; vuestro llanto,  
Vuestro dolor es justo, os lo confieso;  
Pero, en vez de ceder á esta desgracia,  
Es forzoso pensar en el remedio.  
Una atrevida orden de Munuza  
Os tiene en su palacio; sus intentos  
Pueden conjeturarse; sin embargo,  
Yo no creo, Señora, que, violento,  
Olvide en un instante cuanto debe  
A vos y á don Pelayo; sus deseos  
Tal vez aspiran solo...

DOSINDA.

Calla, Ingunda,  
No aumentes mi dolor. ¿El mas violento  
Insulto cometido en mi persona  
No me hará recelar? Tus ojos vieron  
Con qué extremos de furia y de violencia  
Me condujo su guardia; ni mis ruegos  
Humildes ni mis lágrimas amargas  
Pudieron reprimir el vil intento  
Del inflexible Achmet. Abandonada  
De mi familia, sola, sin consuelo,  
Y en un mortal desmayo sumergida,  
A este odioso palacio me trajeron  
Los crueles ministros de su orden;  
Y cuando vuelvo á recobrar mi aliento...  
¡Oh, Dios! mira qué objetos se presentan  
A mis ojos. ¡Y qué! ¿temer no debo  
Que Munuza stropelle mi decoro?  
¡Ah! despues de este arrojó sus intentos  
Quizá pronto... Mas ¿quién en esta angustia  
Querrá darme favor? ¿Querido dueño!  
Triste Rogundo! ¿Adónde está tu brio?  
El honor de Dosinda está en gran riesgo;  
Tu rival menosprecia su decoro,  
¿Y tú no la defiendes? ¿Qué! ¿no perverso  
Se atreverá á insultar á la que adoras?  
Pero ¡triste de mí! quizá el afecto  
De Rogundo... ¿quién sabe si pretende  
Abandonar cobarde un himeneo  
Que ha de costarle riesgos y disgustos?  
No lo dudes, Ingunda; este silencio  
Que reina en el palacio de Munuza  
Prueba bien mi desdicha. Los extremos  
Y furias de Rogundo deberían  
Ser una prueba de sus ansias; pero  
Ya no me ama Rogundo, me abandona.

INGUNDA.

¿Y creeréis capaz de un sentimiento  
Tan vil al corazón que por vos arde?  
¿Tan bajo proceder cabrá en su pecho?  
¿Y así haceis á su amor constante y puro  
Tan cruel agravio? ¿Y cuando va a perderos,  
Cuando os va á ver robada y ofendida,  
Le añadiréis tan bárbaro tormento?  
Quizá Rogundo ignora esta desdicha;  
Pero cuando penetre los proyectos  
De Munuza, tal vez demasiado  
Ardiente... ¡ay de mí! permita el cielo  
Que su amor no acelere vuestra ruina.  
En fin, si él olvidase sus derechos,  
¿Creéis que los valientes asturianos  
No armarán su valor por defenderos?  
A pesar de las artes de Munuza,  
Vos sabéis cuánto anhelan el momento  
De sacudir un yugo intolerable;  
El cielo está propicio á sus deseos,  
Y el arribo de Suero os asegura  
Que vuestro hermano volverá muy luego.  
Entonces su presencia...

DOSINDA.

¡Ah, cuán en vano  
Pretendes adular mi sentimiento!  
No da treguas el riesgo en que me hallo,  
Ni en el presente mal; ¡oh Ingunda! tengo  
Quien me pueda librar de un brazo injusto.  
El vil perseguidor, astuto y diestro,  
Supo ocupar en Córdoba á Pelayo;  
¿Y quién sabe si acaso con su acuerdo,  
Cómplice en mi desdicha el jefe moro,  
Detiene allá con frívolos pretextos  
La vuelta de mi hermano? ¡De qué tramas  
No son capaces los áviles pecios!  
Pero entre tanto pierdo vacitante  
Un tiempo muy precioso. Amante tierno,  
¿Tú me abandonarás? No, corre. Ingunda,  
Rúscate á Rogundo, dile... Pero, ¡cielos!  
Munuza viene aquí. ¡Qué horror! Amiga,  
Corre, dile que venga, ó que yo muero.

## ESCENA II.

MUNUZA, ACHMET, KERIN.—DOSINDA.

MUNUZA. *(En el fondo de la escena.)*  
Kerin, haz que la guardia esté dispuesta  
Para el primer aviso.—Tú del pueblo *(A Achmet.)*  
Observa los semblantes, y á Rogundo  
Nunca pierdas de vista.

DOSINDA.

¡Justo cielo!  
¡Habrá dolor que iguale al dolor mío!

## ESCENA III.

MUNUZA, DOSINDA.

MUNUZA.

Señora, ya mi amor y mis deseos,  
Contentos con la dicha de miraros  
En esta habitación, se han satisfecho.  
Sin embargo, no logro esta ventura  
Sin mezcla de dolor. El blando ruego  
De Achmet, que fué á llamaros de mi órden,  
Hubiera sido inútil, si los cielos,  
Privándoos de sentido, no se hubiesen  
Declarado por mí en aquel momento.  
Saben ellos las finas inquietudes  
Que este accidente conmovió en mi pecho;  
Pero, en fin, ya, Dosinda, vuestros ojos  
Houan estas paredes, y ya os veo  
Donde debéis mandar como señora.  
¡Ah, si por suerte mi amoroso intento  
No os halla mas pialosa, si ahora mismo  
Mi tierno amor irrita vuestro ceño,  
Mucho dolor se mezclará á mis glorias!

DOSINDA.

Tan afligida estoy, que apenas puedo  
Dar el preciso aliento á mis palabras.  
Vos lábeis ultrajado mi respeto.  
Y á pesar del honor y la decencia,  
Por medio de un insulto el mas horrendo  
Me hicisteis conducir á este palacio;  
Venís aquí á buscarme, y cuando espero  
Que me déis la razon de esta violencia,  
¿Solo me habláis de amor? Pues qué, mi pecho,  
Después de una desgracia tan sensible,  
¿Temerá otra mayor? Pero dejemos  
De recordar una pasión odiosa;  
Mal podrá el corazón oír sus ecos,  
Lleno de tan funestas inquietudes.  
Decidme pues, Munuza, ¿por qué exceso  
Vengo á ser hoy objeto miserable  
De vuestra tiranía? Cuando os veo  
Pronto á olvidar mi estado y mis mayores,  
No se si miro en vos un juez severo,  
Que trata de juzgarme, ó un tirano,  
Entregado al furor de sus deseos;  
Porque nunca, Señor, las santas leyes  
Oprimen la inocencia, y yo sospecho  
Que vuestro proceder...

MUNUZA.

Señora, en vano  
Baldonais un delito, que mi afecto  
Dehiera disculpar. El amor solo—  
Ha podido inspirarle, os lo confieso;  
Pero cuando el ardor con que os adoro  
No sirva de disculpa, el desden vuestro  
Hará menor la ofensa. Apenas puse  
Las plantas en Gijón, y apenas vieron  
De vuestro rostro el resplandor mis ojos,  
Os rendí el corazón; un cruel silencio  
Retiró esta pasión de vuestro oído;  
Yo resistí su triunfo, y conociendo  
Que el triunfo de agradaros se perdiera,  
Negado á mi pasión y á mis ruegos,  
Solicité olvidaros. Por lograrlo  
Se esforzó el corazón; pero ¡ah, cuán cierto  
Es que el amor arrastra al albedrío!  
La misma resistencia y el silencio  
Atizaron el fuego de mi llama.  
Su ardor me alucinó, rompí el secreto,  
Os declaré mi amor, y empuicé en vano  
Ternezas y suspiros por vengeros;  
Pero todo sin fruto, pues no pude  
Ablandar el rigor de vuestro pecho.  
Siempre un frío desden fué triste paga  
De mis ardientes ansias, y á mis ruegos,  
Aunque envueltos en un humilde llanto,  
Siempre opusisteis un cruel desprecio.  
Entre tantas angustias, don Pelayo,  
Ingrato á mi amistad, sordo á mis ruegos,  
Y cómplice tal vez en vuestro odio,  
Pretendió destinaros á otro dueño.  
— Tal vez el corazón mas reverente  
Sus límites señala al sufrimiento;  
Así, cansado el mío de un desaire,  
Injurioso á su ardor y á mi respeto,  
Meditó al fin un medio que salvase  
Mi gloria y mi pasión á un mismo tiempo.

DOSINDA.

Pero ¿debió aquietarse vuestra gloria  
A costa de mi fama, por un medio  
Injurioso al decoro de mi estado.  
Al honor de mi hermano?

MUNUZA.

¡Ah! á mis ruegos  
Estuvo sordo siempre vuestro hermano;  
Su ingratitud da causa á estos extremos.

DOSINDA.

Y ¿os parece bastante esta disculpa?  
¿Por qué debió Pelayo, en menosprecio  
De una promesa santa, esperanzaros  
Del logro de mi mano, cuando el fuero  
De los godos, la ley de las naciones,  
El cielo y la razon dan un derecho  
Firme y sagrado al prometido esposo?  
Vos sabéis que Rogundo fué el primero  
Que mereció la oferta de mi mano;  
Por eso mi desden en ningún tiempo  
Podrá justificar vuestra conducta;  
El era un solo natural efecto  
Del recato que siempre me inspiraron  
La virtud, el honor y el nacimiento.  
Vos lo hubierais notado si miraseis  
Mis ruegos con ojos mas serenos;  
Y ¿por qué presumís que yo, insensata,  
Tratase solamente de ofenderos.  
A vos, de cuya mano están pendientes  
El bien y el mal de este infelice pueblo?  
El honor ha reglado mi conducta;  
Yo respeto sus leyes, y os protesto  
Que ellas solas me dictan estas voces.  
Pero, Señor, vos mismos, que en el centro  
Estáis de las grandezas y las dichas,  
¿Podréis desatenderlas? No, no creo  
Que en vuestro corazón quepa esta mancha.  
Si el amor hasta aquí seguisteis ciego,  
Seguid ya del honor, que por mí os habla,  
La religiosa voz, y obedeciendo  
A sus inspiraciones, alejadme



De esta ingrata mansión, volvedme al seno  
De mis padres, y haced que una infelice  
Pueda tranquila ver la luz del cielo.

MUNUZA.

No, Señora, ya es tarde; no es posible  
Revocar una empresa cuyo efecto  
Debe ser mi quietud y vuestra gloria.  
Vencido el primer paso, ya no puedo  
Volver atrás; que un público desaire,  
Cuando estoy á la frente del gobierno,  
Tendría muy fatales consecuencias.  
Vuestro hermano y Rogundo verán luego  
Que yo mando absoluto en este sitio,  
Y que nadie...

#### ESCENA IV.

ACHMET. — Dichos.

ACHMET. (Entra con alguna aceleracion.)

¡Señor!

MUNUZA.

Achmet, ¿qué es esto?

ACHMET.

A pesar de una inútil resistencia,  
Rogundo...

MUNUZA.

Acaba, di.

ACHMET.

Se acerca.

DOSINDA.

¡Cielos!

Yo temo que se pierda.

ACHMET.

Apenas supo  
Que estaba aquí Dosinda, cuando, lleno  
De orgullo, quiso averiguar qué causa  
La tenía en palacio; en el momento  
Se encaminó á este sitio. Vuestra guardia  
Se le quiso oponer; pero su esfuerzo,  
Penetrando las picas... Mas él llega.

#### ESCENA V.

ROGUNDO. — Dichos.

ROGUNDO.

Yo venia, no sé si á pesar vuestro,  
Munuza, á dedicar á esta princesa  
Mis humildes obsequios; pero advierto  
Que me estorban el paso. ¿Desde cuándo  
Le es negado á Rogundo que á este puesto  
Se acerque libremente?

MUNUZA.

Desde hoy mismo,  
Y esta es la última vez que mi respeto  
Sufrirá una pregunta tan osada.

ROGUNDO.

Los nobles de Gijón en otro tiempo  
Con su presencia honraban este sitio;  
Vos mismo los rogabais, mas atento,  
Viniesen á palacio; hoy, orgulloso,  
La entrada les negais; pues ¿qué misterios  
Anuncia esta mudanza? ¿Qué? ¿Privarnos  
Quereis de una fortuna que, violento,  
Quizá usurpais vos mismo? ¿Habeis pensado  
Disfrutar sin testigos el supremo  
Honor de acompañar á esta princesa?  
Y sus fieles paisanos, que en su aspecto  
Se consuelan de pérdidas tan grandes,  
¿No podrán dedicarla algun obsequio?  
En fin, Señor, ausente don Pelayo,  
¿Quién tiene mas legítimo derecho  
Para velar sobre su suerte?

MUNUZA.

Basta,  
No puedo sufrir mas; en este suelo  
Ninguno ha de pensar en oponerse

A cuanto yo disponga; á vos, al pueblo,  
Y aun al mismo Pelayo, mi voz sola  
Puede dictarles leyes y preceptos.  
Yo soy aquí absoluto, y en mi mano  
Se hallan depositados los derechos  
De una entera conquista.

ROGUNDO.

Y la conquista

¿Pudo adquiriros el poder violento  
De profanar los vínculos mas santos?  
La fuerza y la invasion hicieron dueño  
De esta ciudad al moro; pero el moro  
Contentó su ambición con el terreno,  
Sin pasar á oprimir nuestro albedrío.  
Y ¿vos quereis, por un culpable exceso,  
Extender el arbitrio de la guerra  
Hasta los corazones? Nuestros cuellos,  
Nunca sujetos á un extraño yugo,  
Se doblarán á vos? En fin, yo vengo  
A que restituais á la Princesa  
Al seno de su casa. Si haceis esto,  
Yo no os disputaré las facultades,  
Y cualquiera que sea el poder vuestro,  
Será para Rogundo en adelante  
Del todo indiferente.

MUNUZA.

No gastemos  
En frívolas razones los instantes;  
Retiraos al punto; yo os advierto  
Que no saldrá Dosinda de este sitio  
Sin orden de Munuza. Idos, soberbio;  
Y agradeced á su presencia amable  
Que os dejo sin castigo.

DOSINDA.

¡Yo no puedo

Sufrir tanto dolor!

ROGUNDO.

¡Ciel! ¿adónde

Aspiran vuestros perdidos deseos?  
¿Sabeis que soy el dueño de su mano?

MUNUZA.

Solo sé que su mano es un supremo  
Don, que me ha reservado la fortuna.

ROGUNDO.

¡Oh, gran Dios! ¿qué es lo que oigo?

DOSINDA.

¡Santo cielo!

¿Aun faltaba este golpe á mis angustias?—  
Con que, en fin, ¿vuestros bárbaros intentos  
Están ya declarados?

MUNUZA.

Si, Señora;

Yo os descubri mi amor, y á cualquier precio  
Debo ser vuestro esposo. Los cuidados  
Que os dediqué, los importunos ruegos  
Que inútilmente dirigí á Pelayo,  
Fueron en ambos vancs. Ni yo quiero  
Sufrir estos desaires, ni los puede  
Tolerar mi decoro; y pues los medios  
Suaves y rendidos no han bastado,  
Yo probaré si bastan los violentos.

ROGUNDO.

¿Así pues, los servicios de Pelayo,  
El honor de Dosinda y mis derechos  
Todos se olvidarán en un instante?  
Y cuando, destinado á este gobierno,  
Debeis ser el custodio de sus leyes,  
Infiel á la amistad y al deber vuestro,  
¿Seréis vos el primero que las viole?  
¿Por ventura ignorais que soy el dueño  
De la fe de Dosinda, que una libre  
Promesa suya alianza mis derechos.  
Que un tratado solemne, confirmado  
En nuestros propios fueros...

MUNUZA.

Vuestros fueros

Yacen con sus autores en la tumba;

Los alegais en vano; el sarraceno  
Es hoy legislador, y en adelante  
No habrá en Gijón mas ley que mis preceptos.

ROGUNDO.

En fin, ya ese vil labio ha declarado  
Todos vuestros sacrilegos intentos;  
Mas no esperéis que tan infame yugo  
Pueda sufrir, cobarde, nuestro pueblo.  
¿Creéis que el infortunio ha desterrado  
La virtud y el honor de nuestros pechos?  
Que el amor de la patria, afecto ilustre,  
Que dió siempre la ley en este suelo,  
Y cuyo ardor jamás habeis sentido,  
¿No nos podrá inflamar entre los hierros  
Que vergonzosamente nos oprimen?  
¿Nos juzgas tan cobardes? No, perverso;  
No creas que en los pechos asturianos  
Cabe tan vil flaqueza. Tus proyectos  
Irritan demasiado su bravura,  
Y no podrás gloriarte en ningún tiempo  
De haberlos ultrajado impunemente.  
Teme, traidor, que nuestro heroico esfuerzo  
Castigue la perfidia y sus autores;  
Tiembla por ti y por tus compañeros;  
Que puede ser que con el tiempo sea  
De nuestra libertad tu sangre el precio. —  
Entre tanto, Señora, consolaos;  
Y esperad de mi amor y mi despecho  
Que os sabré defender, buscando siempre  
La venganza ó la muerte.

MUNUZA.

Detenéos.

Los moradores de Gijón no ignoran  
Cuánto vale mi voz; pero un ejemplo  
Hará ver de una vez quién es Munuza. —  
¡Hola, guardias!

#### ESCENA VI.

KERIN, GUARDIAS. — DICHOS.

KERIN.

¡Señor!

MUNUZA.

Escucha.

DOSINDA.

¡Oh cielo!

¿Qué intenta este cruel?

MUNUZA.

Aseguráos

De Rogundo, llevadle con secreto  
Al castillo, y cuidad de su persona.

DOSINDA.

¡Señor!...

MUNUZA.

Llévadle al punto.

ROGUNDO.

Ya comprendo

Cuál será mi destino; sin embargo,  
Espero que la cólera del cielo,  
Que ve tu crueldad y mi inocencia,  
Volverá contra ti todo su ceño.  
Témelo por lo menos, ¡monstruo horrible!  
La dicha no es durable en los perversos.

MUNUZA.

Retirate, infeliz, y no presumas  
Que me irritan tus voces; los dunnestos  
Suenan muy mal en boca de un rendido.

#### ESCENA VII.

MUNUZA, DOSINDA, ACHMET.

MUNUZA.

Señora, aprovecháos de este ejemplo,  
Y ved en él la suerte que preparo  
Al que resista, altivo, á mis preceptos.

DOSINDA.

Vos seguiréis el rumbo que os agrade;  
Yo sé que mi opinion y mis alientos  
Están, por mi desgracia, en vuestro arbitrio;  
Mas no esperéis, Señor, que esos extremos  
Sean nunca aprobados por Dosinda.  
Firme siempre en mi amor y mis intentos,  
Fiel á mi obligacion y mi decoro,  
Jamás podré aceptar vuestros deseos;  
Contra la persuasion y las astucias  
Estoy ya precavida. Mas si, fiero,  
Para rendirme usais, como presumo,  
De un violento poder, entonces el cielo,  
A cuya sombra la inocencia vive,  
Sabrá poner á vuestra audacia freno.

#### ESCENA VIII.

MUNUZA, ACHMET.

MUNUZA.

¡Qué obstinacion!... ¡Cruel! estos rigores  
No podrán mitigar el vivo incendio  
Que mantiene en mi pecho tu hermosura. —  
Achmet, tú ves cómo un rival soberbio  
Me insulta aun oprimido en las cadenas;  
Que, á pesar de lo débil de su sexo,  
Inmóvil á la vista del peligro,  
Manifiesta esta ingrata un odio eterno  
Al enlace que fino la propongo...  
¿Y yo no he de triunfar de su desprecio?  
¿Débil é infame esclavo de sus gracias,  
Gemiré siempre en vergonzosos hierros  
Mi triste corazón, sin que le obliguen  
Un duro amor y unos amargos celos  
A romper ó estrechar el fatal nudo?  
No puedo sufrir mas; yo me resuelvo  
A celebrar este funesto enlace.  
Una vez declarado, á cualquier precio  
Se deben sostener los intereses  
De mi amor y mi gloria. — Parte al templo;  
Haz que todo al momento se prepare  
Para la ceremonia. Antes que el cielo  
Se cubra con la sombra de la noche,  
Quiero que se concluya este himeneo.  
Corre... Pero ¿tú dudas? ¿Qué recelas?

ACHMET.

Señor...

MUNUZA.

Di.

ACHMET.

Permitid á mi respeto  
Que os disuada una idea tan injusta,  
Y capaz de arruinar cuantos progresos  
Se deben hasta ahora á nuestros triunfos.  
Pensad quién es Rogundo, y mas atento  
A la nobleza y prendas que le ilustran,  
Respetad su pasion y sus derechos.  
Él es deudo y amigo de Pelayo;  
El amor y las leyes le hacen dueño  
Del corazón y mano de Dosinda;  
Sobre todo, temed que un himeneo  
Fraguado por sorpresa en este sitio  
A espaldas de Pelayo, en menosprecio  
De la decencia y los cristianos ritos,  
Comueva contra vos enantos aceros  
Empuñan los valientes asturianos.  
Vos conoceis muy bien el ardimiento  
De estos hombres valientes y feroces;  
Nacidos entre riscos, sus recreos  
Son el salto y la lucha. Tal vez suelen  
Disputar su pujanza, despidiendo  
De la robusta mano enormes troncos,  
Cual si fuera un liviano ó fácil peso;  
Siguen las fieras por los altos montes,  
Las rinden, y las quitan sus hijuelos;  
Solo por pasatiempo siempre armados,  
Segun su usanza, de nudosos leños,  
Corren al enemigo presurosos,  
Y por guardar su libertad y fueros,

Quieren mas bien ser muertos que vencidos;  
 Virtud feroz, comun á todos ellos!  
 ¿Y creéis que podrémos resistirles,  
 Hallándonos sin gente, en un terreno,  
 Lleno de precipicios y angosturas,  
 De todos ignorado, y donde el miedo  
 Y el horror lidiarán en favor suyo?  
 Dejad, Señor, tan peligroso intento  
 Para otra situacion mas oportuna;  
 Haced que el disimulo, los obsequios  
 Y el tiempo mismo ablanden á Dosinda;  
 Presentadla un amor mas circunspecto,  
 Mas tierno, mas sufrido, y una mano  
 Menos violenta y dura. El rendimiento  
 Y la ambicion podrán al fin vencerla;  
 Y cuando no, Señor, vuestros descos  
 Tienen siempre un recurso á la violencia.  
 Sufrid, pues...

MUNUZA.

¿Y entre tanto seré objeto  
 Del bárbaro desprecio de una ingrata?  
 La veré siempre sorda á mis lamentos,  
 Mientras su amante en la prision me insulta?  
 Y cuando sufro en mi abrasado pecho  
 Un infierno de celos y de ansias,  
 ¿Queréis que el disimulo y que los ruegos  
 Me expongan nuevamente á sus desaires?  
 No, Achmet, los males graves y violentos  
 No se pueden curar con lenitivos;  
 Vea Gijón la llama y el acero  
 En mi mano, y aprenda á respetarme.  
 Parte pues, ejecuta lo que ordeno;  
 Y en prueba de que aprecio tus avisos,  
 No marcharé al altar, sin que primero  
 Oiga Dosinda todas mis razones.  
 ¿Cruel amor! promueve mis intentos,  
 Y gulame con tu potente mano  
 De la fortuna ó la venganza al templo.

## ACTO TERCERO.

Gran salon del palacio de Munuza.

### ESCENA PRIMERA.

DOSINDA, INGUNDA.

INGUNDA.

Templad, Señora, el llanto; no así triste  
 Y consumida en un dolor continuo  
 Afijáis vuestro espíritu. Acordáos  
 Que aun no ha llegado el último peligro.  
 Ya, como me mandasteis, dije á Suero  
 Todos vuestros cuidados, y este amigo,  
 Dispuesto á consolaros...

DOSINDA.

¿Ay Ingunda!  
 Si de templar el grave dolor mío  
 Fuese alguno capaz sobre la tierra,  
 Menor fuera mi mal. Pero el destino,  
 Negando á mi desgracia los recursos,  
 Ha cerrado las puertas del alivio.  
 No creas tú que solo me atormenta  
 La triste situacion en que me miro;  
 La suerte de Pelayo, expuesta siempre  
 Al furor del tirano, y los designios  
 De este contra un esposo y un hermano  
 Son la mayor razon de mi martirio.  
 Estos graves temores despedazan  
 Mi corazon, que, atento á otros peligros,  
 El propio riesgo olvida facilmente.  
 De la lealtad de Suero y los amigos  
 De Pelayo conozco cuánto debe  
 Esperar mi dolor; pero no fio  
 De sus fuerzas. Son pocos, y les falta  
 Un jefe autorizado, cuyo brio

Los guie á la venganza y los oponga  
 Al cruel opresor. ¡Ah! sin caudillo,  
 Sin armas, sin recursos, ¿te parece  
 Que irán á provocar á un enemigo  
 Bárbaro y poderoso? Y cuando todos...  
 Pero Munuza viene; de este sitio  
 No te apartes un punto.

INGUNDA.

En todo trance  
 Estará mi lealtad pronta á servirlos.

### ESCENA II.

MUNUZA.—DICHAS.

MUNUZA.

Segunda vez mi enamorado pecho  
 Quiere, hella Dosinda, repetiros  
 Las pruebas de su ardor y su fineza.  
 Vos me habeis disgustado y ofendido  
 Pagando con desdenes mis bondades.  
 Si quisiese vengarme, en este sitio  
 Nadie lo estorbaria. Vuestro hermano  
 En un clima distante está tranquilo;  
 Suspira entre cadenas vuestro amante  
 En lo interior del fuerte; sus amigos  
 Confiesan mi poder, y en Gijón nadie  
 Es capaz de oponerse á mis designios.  
 Sin embargo, resuelvo perdonaros;  
 Os amo tiernamente, y este fino  
 Exceso de bondad lo manifiesta.  
 Vos sois el solo objeto á cuyo hechizo  
 Se rinde mi altivez. Cuantos proyectos  
 La ambicion y el amor me han sugerido,  
 Todos se han dirigido á vuestra gloria.  
 Mis ideas promueve el cielo mismo;  
 Y la fortuna, la ocasion y el tiempo  
 Van de acuerdo con todos mis designios.  
 Bien sabeis que los moros, ocupados  
 En llevar el terror y el exterminio  
 Al fondo de las Galias, penetraron  
 Los Pirineos. Ya el furor activo  
 De innumerables tropas sarracenas  
 Inunda aquel pais, y divertido  
 En esta vana y temeraria empresa  
 El orgullo africano, los castillos  
 Y las plazas de Asturias se abandonan  
 A unos viles soldados, que, vencidos  
 Con oro y con promesas, están prontos  
 A seguir mi estandarte. En fin, yo aspiro  
 A hacermne respetar por rey de Asturias,  
 Y á elevar mi fortuna y vuestro hechizo  
 Al trono de Gijón. Mas no por eso  
 Presumais que el orgullo ha dirigido  
 Mis ideas altivas y ambiciosas;  
 Solo el amor constante que os dedico  
 Las puede sugerir. ¡Ah, cuánto gozo  
 Inundará mi pecho si consigo  
 Ceñiros en Gijón la real diadema,  
 Poniendo en vuestra frente el distinguido  
 Adorno á quien los cielos os destinan!  
 En fin, ya habeis oido mis designios.  
 En premio pues de ofertas tan ilustres,  
 Solo quiero un pequeño sacrificio:  
 Que olvideis á Rogundo. Él será siempre  
 Víctima de mis celos, y si digno  
 Se cree aun de vos y vuestra mano,  
 Solo esta presuncion es mi delito,  
 Que le hará triste objeto de mi enojo;  
 Él morirá, celoso ó preferido...  
 Mas yo no he de deber esta victoria  
 A la venganza, ni á un rival tan digno  
 Ha de vencer Munuza con la fuerza.  
 Mostráos pues sensible al atractivo  
 De un trono que el amor ha consagrado,  
 Y atenta á su pasion y beneficios,  
 Dad vuestra mano á un príncipe que os ama,  
 Y no la malogreis en un cautivo.

DOSINDA.

Munuza, no esperéis de esta infelice



Tan vil condescendencia. Ya os he dicho  
Cuanto aprecio los vínculos sagrados  
Que me unen á Rogundo, y aquel mismo  
Honor que me sostuvo en otro tiempo  
Contra vuestros obsequios y artificios.  
Me hace hoy insensible á vuestros dones.  
Yo renuncio unos viles beneficios,  
Que me harían infame, pues ceñida  
Del angusto diadema, entre sus brillos  
Se leyerá también todo el oprobio  
De una alma infiel, en mi semblante escrito.  
Si á una gloria tan vil y vergonzosa  
Puede ceder un corazón indigno;  
Si á otros puede del trono y del diadema  
Cegar el resplandor, creed que el mío,  
En lugar de aceptar un trono injusto,  
Irà á ofrecer contento en sacrificio  
Al templo del honor los dones vuestros.  
Pero ¿por qué os persuado, si vos mismo  
Quizá me disculpais interiormente?  
Vos conocéis muy bien que solo sigo  
Las leyes del honor y la decencia.  
¿Y podré presumir que vuestro brio,  
Esclavo de un afecto pasajero,  
Que es hijo del acaso ó del capricho,  
Las quiere atropellar indignamente?  
Rogundo es ya mi esposo. Si los ritos  
No han consagrado aun tan dulce nombre.  
No por eso estará nuestro albedrío  
Mas libre de las leyes que se ha impuesto.  
Vos no las ignorais, y yo confío  
Que sabréis respetarlas.

MUNUZA.

Y entre tanto

¿Quereis que de Munuza el hombre altivo  
Sea un objeto de burla al universo?  
Quereis que sobre el trono á que yo aspiro  
Oscurezca mis glorias el recuerdo  
De un publico desaire, repetido  
Por el mismo rumor que las divulgue?  
Quereis, en fin, que un pueblo que os ha visto  
Traer á este palacio, y que conoce  
Mi amor, mis inquietudes y suspiros,  
Ose menospreciarme, á vuestro ejemplo,  
Y se oponga orgulloso á mis designios?  
No, Señora; primero en sus venganzas  
Sera Munuza escándalo del siglo,  
Que se humille al extremo vergonzoso  
De apreciar un estorbo tan indigno.  
Rogundo morirá, y el mismo acero  
Que corte su cerviz, tendrá otro filo  
Para romper esos funestos lazos  
Con que se unen el vuestro y su destino:  
Tal debe ser su suerte, si me ofende.  
Pero si él mismo cede, habré cumplido  
Con el honor que me oponéis en vano.  
Sí, para huir del triste precipicio  
Que preparo á sus locas esperanzas  
Es forzoso que siga este camino.  
Y en fin, pues sus derechos nos estorban,  
Que venga aquí, y decida por sí mismo  
De su suerte y la nuestra.—¡Guardias, hola!

### ESCENA III.

KERIN, SOLDADOS.—MUNUZA, DOSINDA.

MUNUZA.

Traed aquí á Rogundo del castillo.

(Kerin entra, recibe la orden, y se va con los soldados.)

### ESCENA IV.

MUNUZA, DOSINDA.

MUNUZA.

Sus labios han de ser en este instante  
Árbitros de su vida y su destino.

DOSINDA.

Pero, ¡cruel! despues de tantos males  
Con que se balla mi pecho combatido,  
Y cuando estoy cercada de aflicciones,  
¿Me obligas tú también á ser testigo  
De esta prueba cruel? ¿Podré tranquila  
Ver turbado á mi esposo, é indeciso  
Entre la muerte y el rubor? Dejádme  
A lo menos que huya de este sitio,  
Donde ha de ser mi mano desgraciada  
Causa fatal de tan atroz conflicto.

(Puesta de rodillas.)—

Permitid que distante de estos muros  
Yaya á ocultarme.

### ESCENA V.

ROGUNDO, KERIN, SOLDADOS.—DICHOS.

ROGUNDO. (En el fondo de la escena.)

¡Oh, Dios! ¿qué es lo que miro!  
¡Así triunfa un traidor de la inocencia!

MUNUZA. (A Rogundo.)

Acercáos, Señor; vuestro enemigo  
No ha resuelto del todo vuestra ruina.  
Si quereis, aun os queda algun partido  
Para salvar la vida; aprovechadle,  
Y respetad la fuerza del destino.

ROGUNDO.

Para el varón honrado no es la vida  
El mas sublime bien. De ella es indigno  
Quien al buen nombre y fama la prefiere.  
Creedlo así, y hablad.

MUNUZA.

De mi cariño

Bien podeis prometeros uno y otro.  
Un próximo himeneo debe unirnos  
A mi y á esta princesa. Ya están prontos  
El aparato, el templo y el ministro,  
Y antes de mucho tiempo un lazo angusto  
Del todo habrá enervado y destruido  
Esos derechos que oponéis en vano;  
Mas, pues debe la fuerza suprimirlos,  
Creedme, y renunciadlos desde luego.  
Solo para esto os llamo. Si, vencido  
De mi razon, cedéis el nombre inútil  
De esposo de Dosinda, yo me olvido  
De todos mis disgustos; mas si acaso  
Os empeñais tenaz en producirnos  
Un título ideal é imaginario;  
Si, opuesto nuevamente á mis designios,  
Intentais... Mas no quiero recordaros  
Hasta dónde pudiera, resentido,  
Llevar mi justo enojo sus extremos.

ROGUNDO.

¡Propuesta temeraria!

DOSINDA.

¡Cruel destino!

Mi alma está pendiente de su labio.

ROGUNDO.

Munuza, en un discurso tan indigno,  
Ya no debo admirar vuestra malicia.  
Este último rasgo, dirigido  
A sobornar, á amedrentar mi afecto;  
Esta falsa bondad y este artificio  
Son un efecto vil, pero forzoso,  
De vuestra tiranía; solo admiro  
Que el mas sagaz de todos los tiranos,  
Que el impostor mas diestro haya querido  
Fiar á una experiencia tan inútil  
El suceso de todos sus designios.  
Yo penetro hasta el fondo vuestras viles  
Intenciones. Conozco que un suplicio  
Será efecto fatal de mi respuesta.  
Pero ¿cuándo han logrado los peligros  
Rendir á un corazón amante y noble?  
¡Ved si á vuestro furor cederá el mío

¡Fios derechos santos é inviolables,  
De que á mi vista os reputais indigno!  
Dejo aparte los medios indecentes  
Por que aspirais, amante inadvertido,  
A un sublime favor, que se conquista  
Solo con rendimientos y suspiros.  
Dejo aparte tambien una promesa  
Establecida sobre el nombre activo  
Del ilustre Pelayo, y confirmada  
Con el voto comun de los patricios  
De esta noble provincia. No recuerdo  
Mis grandes ascendientes, confundidos  
En la real prosapia. Pero cuando  
No tuviese mi amor tan distinguidos  
Y sublimes apoyos de su parte,  
¿Seria yo tan vil, tan poco fino,  
Que abandonase el campo y la victoria  
A un rival orgulloso y mal nacido?  
Y vos esperaréis de mi constancia  
Una accion tan infame? No; yo estimo  
Con demasiado ardor esta esperanza,  
Que os tiene tan celoso, y los castigos  
No me harán renunciarla en ningun tiempo.  
Sé que voy á morir; vuestro artificio  
Para usurparme el bien en que idolatro  
Me expone á los mortales precipicios.  
Pero antes de ferir la amistad vuestra  
Al precio de una infamia, determino  
Comprar con una muerte heroica y grande  
La gloria de triunfar y resistiros...—  
Sí, Señora, (A *Dosinda*.) yo sé que el vil despecho  
Inspira á los tiranos abatidos  
La venganza de todos sus desaires;  
No es el que nos oprime mas benigno.  
Yo sé que he de morir, pues le disgusto;  
Pero en fin, si yo muero honrado y digno —  
De nuestro tierno amor, muero gustoso.  
¡Ojalá que la muerte y los suplicios  
llagan en vos eterna mi memoria!

DOSINDA.

¡Qué terrible dolor!

MUNUZA.

¡Habrá nacido

Hombre mas insolente! Con qué, ¡ingrato!

¿No os hasta despreciar con pecho altivo  
Vuestra vida, mi gloria y mis favores,  
Sino que osais, soberbio y atrevido,  
Insultar mi bondad? Y cuando puedo  
(*Se dirige á Dosinda*.)

Con solo una palabra destruirlo.  
Cuando al favor de mi piedad respira,  
¿He de vivir expuesto á los indignos  
Y groseros baldones de un ingrato?  
¡Kerin! Que le preparen un suplicio.

DOSINDA.

¡Barbaro! ¿qué intentais?

MUNUZA.

Kerin, llevadle.

DOSINDA.

Señor...

ROGUNDO.

No le roguéis. Yo os lo suplico.  
Dejadme ir á morir; que pues no puedo  
Vivir en vuestros brazos, determino  
Perpetuar con mi muerte el dulce nombre  
De esposo vuestro.—Si, cruel; si, impio;  
Por mas que suspirais por esta dicha,  
No sabeis su valor ni sus hechizos,  
Y vuestro corazon es muy pequeño  
Para poder juzgar cuánto la estimo;  
Pero venid á verlo en mi constancia.  
Destrozadme, saciad vuestro apetito;  
Hiere, ¡cruel! embriágate en mi sangre;  
Sea yo desde ahora objeto lijo  
De esa tu rabia; pero ten por cierto  
Que á vista del horror de los suplicios,  
Cercado de las sombras de la muerte,  
Lleno de sus angustias, y en el mismo  
Umbra del hondo reino del espanto,

Se ocupará mi corazon tranquilo  
En la apacible y venturosa idea  
De un nombre tan augusto; nombre digno  
De conservarse al precio de mil vidas,  
Titulo santo que el favor divino  
Concedió á mis legitimos deseos,  
Y que será en el último conflicto  
Mi gloria y mi consuelo. Sí, ¡tirano!  
Y será al mismo tiempo tu martirio.

(*Dosinda cae como desmayada. Munuza se arroja á un sitio, que habrá prevenido á un lado del teatro. Kerin y la guardia conducen á Rogundo; al tiempo de salir, entra Achmet apresurado, y va en busca de Munuza.*)

MUNUZA.

¿Qué osadia! No sé cómo reprimo  
Mi cólera... Quitadle de mis ojos.  
Y que espire al momento en un suplicio.

## ESCENA VI.

ACHMET.—Dichos.

ACHMET.

Deteneos, Señor... (A *Kerin*.)—Señor... (A *Munuza*.)MUNUZA. (*Levantándose asustado.*)

¿Qué es esto?

ACHMET.

Yo daba en este instante los precios  
Órdenes en el templo, cuando escucho  
Por todas partes tumultuosos gritos  
De alegría. Pregunto, receloso,  
Cual de esta conmocion es el motivo,  
Y acabo de saber que cuando todos  
Estaban en Gijon desprevenidos,  
Vieron llegar al duque de Cantabria.

MUNUZA.

¿A Pelayo?

ROGUNDO.

¡Oh, gran Dios!

DOSINDA.

¿Cielo propicio,

En qué forzooso instante nos le vuelves!

MUNUZA.

Yo no sé dónde estoy... ¡Un repentino  
Terror... ¡Ah, vil fortuna! Pero ¿dónde?...  
(*Volviéndose á sentar.*)

ACHMET.

Luego que tuve tan extraño aviso  
Me encaminé, Señor, hasta su casa,  
Y allí le pude ver entre el bullicio  
De inmensa gente que le rodeaba;  
Y por no perder tiempo, hácia este sitio.  
Vuelvo...

MUNUZA.

¿Qué triste acaso! Escucha. Al punto

Haz que á Rogundo lleven al castillo,  
Y á Dosinda á su cuarto.

(*Munuza se vuelve á arrojar en el sitio, donde guarda por un rato un profundo silencio. Entre tanto Kerin entra por la puerta del castillo con Rogundo, y Achmet por otra parte con Dosinda; y este último vuelve y se acerca á la silla con silencio, sin que Munuza repare en él.*)

## ESCENA VII.

MUNUZA, ACHMET.

MUNUZA.

En fin, fortuna,

Tú has logrado abatirme; tus caprichos  
Han agotado toda mi constancia.  
Mujer inexorable! falso hechizo  
De un corazon que adora tus desdenes,  
Yo cedo á tu rigor y á mi destino.  
Pero ¡cruel! el tuya está en mi mano,  
(*Levantándose, y mirando al lado por donde entró Dosinda.*)

Y me quiero vengar. ¡Querido amigo!  
Tú ves las confusiones que me cercan;

Dirige mi razon, muestra un camino  
De mitigar mis ansias.

ACBET.

Solo es tiempo,  
Señor, de que penseis en preveniros  
Para sufrir la vista de Pelayo;  
El vendrá aquí quejoso y ofendido;  
Vos le debéis templar y proponerle,  
Antes que los descubra, los designios  
Que, una vez declarados, ya es forzoso  
Sostener con vigor... Pero imagino  
Que él se acerca á nosotros.

MUNUZA.

Pues bien, marcha,  
Y no te alejes.

### ESCENA VIII.

MUNUZA, y despues PELAYO.

MUNUZA.

¡Barbaro destino,  
Tú me humillas aun al que aborrezco! —  
En fin, Señor, el cielo se ha movido  
A mis frecuentes ruegos, pues os trae  
Tan presto á mi presencia; los avisos  
Que Suero me habia dado en vuestro nombre,  
Suponian á Tarif muy indeciso  
Sobre mis pretensiones.

PELAYO.

Mis instancias  
Y el amor que os profesa le han vencido.  
Mi celo, acelerando los tratados,  
Los concluyó por fin, y con un vivo  
Deseo de llegar... Pero, Munuza,  
Perdonad si dilato el instruiros  
De vuestros intereses hasta tanto  
Que cese mi zozobra. Cuanto miro,  
Cuanto escucho y advierto me sorprende.  
¡Arrestado Rogundo en el castillo,  
Reclusa en el palacio la Princesa,  
Turbado vos, el pueblo conmovido,  
Mudos y misteriosos los semblantes!  
Todo me hace temer algun designio  
En que quizá se ofende mi decoro.  
A la verdad, despues de mis designios  
Y pruebas de amistad, yo no debiera  
Reclar que Munuza ha perseguido  
El honor puro de un amigo ausente:  
Pero mil conjeturas, mil indicios  
Me llenan de zozobra y os acusan.

MUNUZA.

Señor, pues me haceis cargo de un delito,  
Fundado en conjeturas, sin dar tiempo  
A que me justifique, ya es preciso  
Enteraros de todos mis intentos;  
Pero antes permitid á mi cariño  
Que os recuerde las gracias singulares  
Hechas á vuestra patria y á vos mismo.  
Cuando Astúrias yacia sepultada  
Debajo de sus ruinas, y el pié altivo  
Del africano hollaba este terreno,  
Como su vencedor, los beneficios  
Que repartió la diestra de Munuza  
Templarón de un despótico dominio  
Y un cautiverio el insufrible yugo.  
Colocado en Gijón, á sus vecinos  
Y á los cercanos pueblos dieté leyes.  
No como sustituto de un altivo  
Conquistador, sino como un patriota,  
Que sentia mirarlos oprimidos;  
La nobleza de España y de los godos,  
A quien la guerra retiró á estos riscos,  
Halló bajo el amparo de Munuza  
Un inviolable y natural asilo;  
Vuestros altares, leyes y costumbres  
Quedaron en pacífico ejercicio;  
Y de esta capital, en fin, los nobles  
Lograron mi amistad. Muy buen testigo  
Sois vos de la blandura de un gobierno

Que, en mano menos suave, hubiera sido  
Un funesto ejemplar de las miserias  
Que suelen afligir á los vencidos.  
Pero nadie de todas mis bendades  
En este suelo pareció mas digno  
Que el hijo de Favila; á mi confianza  
Os admiti, tratándoos como amigo,  
Y despreciando la razon de estado,  
Que os hacia temible al berberisco;  
El presuntivo sucesor del trono  
Que perdieron los godos, distinguido  
Se vió con la privanza de Munuza.  
Para alianzar mas bien nuestro cariño  
Os pedi á vuestra hermana; mi ternura  
Os creyó favorable á este designio.  
Sin desdeñar la súplica, mi labio  
Imploró vuestra alianza, y vuestro oído  
Escuchó con asombro el ruego humilde  
Del que era, á pesar vuestro, en este sitio  
Arbitro soberano de las vidas;  
Pero vos, inflexible, mis suspiros  
Tuvisteis en tan poco, que un desaire  
Selló vuestra respuesta. En los principios  
Resolvi con las armas en la mano  
Vengarme de esta ofensa, y el castigo,  
En el primer arranque de mi enojo,  
Igual con el agravio hubiera sido;  
Pero amor y amistad me contuvieron.  
Creí tambien hallaros mas propicio  
Con el tiempo, y que fuese vuestra hermana  
Menos fiera algun día á mis suspiros.  
¡Ah! ¡cuánto me engañaba! ¡Cuán en vano  
Luchaba con la fuerza del destino!  
En fin, para quitar todo recurso  
A mi esperanza, sé que habeis querido  
Acelerar la dicha de Rogundo.  
Yo escuché con horror que en este sitio  
Se iba á encender la antorella de himeneo;  
La amistad y el honor desatendidos  
Me irritaron contra ese odioso enlace,  
Y disponiendo mi desagravio digno  
De tan atroz ofensa, cuando todos  
Respetaban mi voz, ahora mismo  
Munuza va á ser dueño de Dosinda.

PELAYO.

¿De mi hermana? ¡Gran Dios! ¿Qué me habeis dicho?  
¿Estoy despierto, ó sueño lo que escucho?  
¿Sois vos el que me hablais?

MUNUZA.

Y ¿qué motivo  
Os obliga á dudarlo?

PELAYO.

¡Oh vil perfidia!  
¡Oh traicion! ¡Oh proyecto fementido!  
¡Oh delito el mas negro y mas odioso!

MUNUZA.

Serenaos, Señor, y mi cariño  
No difameis con títulos tan viles.  
Respetad el ardor y los designios  
De un corazon amante y desdenuado.

PELAYO.

¿De esta suerte en un punto, ingrato amigo,  
Despreciando los santos juramentos,  
El lustre de mi sangre y mis servicios,  
La fuerza de los pactos mas solemnes  
Y la pura amistad, ibais sin tino  
A profanar con mano temeraria  
Un vinculo sagrado? Y cuando, indigno  
Del suelo que os sostiene, estáis fraguando  
Los mas negros y púridos designios,  
¿Pronunciáis sin rubor los santos nombres  
De honor y de amistad? Pues qué, el sobrino  
Del último rey godo, á cuyas sienes  
Se debe la corona de Rodrigo,  
¿Querrá entregar la mano de su hermana  
A un vil engañador, á un fementido,  
Partidario del nombre sarraceno,  
Infame ejecutor de sus designios?  
Sin duda el cielo aceleró mi vuelta



Para estorbar proyecto tan ímpio,  
Y en vano alegrarás en favor tuyo  
Una falsa amistad, cuyos principios  
Fueron el interés y la perfidia:  
Amistad vergonzosa, que abomino,  
Léjos de respetarla...

MUNUZA.

Sin embargo,  
A vos es favorable, pues reprimo  
Mi justa ira y sufro estos baldones;  
Vos estáis en Gijón, y yo me humillo  
A implorar nuevamente vuestro agrado.  
A esta atención me obliga mi cariño;  
Pero advertid que sin el gusto vuestro  
Puedo llevar á efecto mis designios,  
Y ponerlos, con sola una palabra,  
En situación de ser menos temido.  
No obstante, desde hoy los intereses  
De vuestra casa se unirán al mío,  
Si aprobaís este enlace, y desde luego  
La corona de Asturias será un digno  
Adorno de las sienes de Dosinda.  
Con mi amistad, mi alianza y mis auxilios  
Podréis asegurar unos estados  
Cuyo derecho está muy indeciso.  
Estas y otras brillantes esperanzas  
Os pueden inclinar á que benigno  
Mi súplica otorguéis; pero si ingrato,  
Ajais con un desaire repetido  
Mi decoro, temed que á la blandura  
Sucedan el estrago y los cuchillos.

PELAYO.

¡Así pues tu política insidiosa  
Es de los mas negros artificios  
Para empeñarme en una acción infame!  
¡Promesas, amenazas! medios dignos  
De un corazón rebelde, en cuyos senos  
Tienen el fraude y la traición su asilo.  
¿Por ventura la cólera del cielo  
Me hará sobrevivir al exterminio  
Del trono de mis padres, solamente  
Para verte triunfar del honor mío.  
Único bien que del común naufragio  
Me salvó la virtud? Y tú, nacido  
Para servir entre la oscura plebe  
Debajo de mis leyes, ¿has creído  
Que adornará Pelayo tu vil frente  
Con su misma corona, con el digno  
Premio de su valor y sus virtudes?  
Conozco tu amistad; estos designios  
Ambiciosos me prueban su carácter.  
Aun no contento con haber vendido  
Tu religión, tus leyes y tu patria  
Al infame interés de ser caudillo  
De un ejército infiel, quieres en vano  
Que el trono y un enlace esclarecido  
De tu conducta cubran el oprobio.  
Así las consecuencias de un delito  
Son siempre unos delitos mas odiosos,  
Y así en la oscura senda de los vicios  
Quien no cye á la virtud va deslumbrado,  
Cayendo de un abismo en otro abismo.  
Pero en vano con locas esperanzas  
Lisonjea la suerte tus caprichos;  
Pues qué, ¿los esforzados españoles  
No podrán sacudir un yugo indigno  
Sin doblar su cerviz á otro mas duro?  
¡No lo esperéis, traidor! Entre estos riscos  
Conserva aun la patria muchos brazos,  
Que en este trance lucharán altivos  
Hasta romper los hierros vergonzosos.  
Aun viven asturianos... Tiembla, ímpio;  
Tú los verás siguiendo mis pisadas,  
Por el despecho y el honor movidos,  
Busear la libertad con rostro alegre  
Al través de la muerte y los peligros;  
Y cambiadas las suertes, quizá entonces  
Te pesará de haberlos oprimido.

## ESCENA IX.

MUNUZA.

Aun faltaba esta prueba á mi constancia;  
¡Con qué liero tesón, astro enemigo,  
Deseo ciertas y turbas mis proyectos!  
Pero ¿el fatal influjo del destino  
Podrá mas que mi rabia? — ¡Hola, soldados!

## ESCENA X.

ACHMET.—MUNUZA.

ACHMET.

¿Señor?

MUNUZA.

Querido Achmet, yo estoy perdido;  
Parte, busca á Pelayo, y con secreto  
Procura asegurarle en un castillo.  
Contigo irá mi guardia; pero escucha:  
(*Achmet se retira, y vuelve, llamado de Munuza*)  
Este arresto quizá será un motivo  
De sedición para los malcontentos;  
El golpe es arriesgado... Si... Es preciso  
Seguir un rumbo menos peligroso;  
Esto ha de ser. Vé al punto; que el ministro,  
La pompa y los altares estén prontos  
Para esta noche. ¡Ingrato é infiel amigo!  
Mi intento y mi venganza están seguros;  
La esposa y el rival tengo á mi arbitrio.  
Burlate de mi alianza y mis favores;  
Que yo haré que respetes mis designios. —

## ACTO CUARTO.

## ESCENA PRIMERA.

PELAYO, SUERO y ALGUNOS CIUDADANOS de Gijón.

PELAYO.

Suero, ¿qué me decís?

SUERO.

He registrado  
El palacio, y en él todos descansan;  
Achmet se ha retirado en este instante  
Del cuarto de Munuza con la guardia;  
También Dosinda, al retirarse al suyo,  
Se acercó á mí, medrosa y asustada,  
A preguntar por vos y por Rogundo;  
Lleva de sobresalto, recelaba  
De la misma quietud de su enemigo  
Alguna infiel resulta; pero, gracias  
Al cielo, por ahora no hay sospecha  
Que nos pueda asustar.

PELAYO.

¡Oh dulce patria!  
Oh amada libertad! ¡En favor vuestro  
También conspiran las heroicas almas!  
Valientes asturianos, resto ilustre  
De la terrible y oprimida España,  
Altivos corazones, exceptuados  
De la ruina común para esperanza  
De nuestra libertad; vosotros mismos,  
Que, agobiados del peso de las armas,  
Vecinos siempre al jabalí y al oso,  
Vivís en el horror de esas montañas,  
Libres, independientes y tranquilos;  
Vosotros, que debeis solo á la espada  
La posesión de los paternos lares,  
La libertad, las leyes y las armas;  
Y vosotros, en fin, cuyos abuelos  
Jamás tuvieron su cerviz doblada  
A extraño, infame ni usurpado yugo,  
Vais á ver en un punto sepultadas  
Vuestras glorias, á ser esclavos viles

Y respetar las lunas africanas;  
 Al destino que affige á las provincias  
 Que están al sur de Asturias retiradas.  
 Se va á igualar el vuestro, y ya muy luego  
 Veréis que en estos muros se levanta  
 Un tirano, á quien doble el asturiano  
 La orgullosa cerviz; sobre las armas  
 De los nietos de Agar el vil Munuza  
 Quiere ser elevado por monarca  
 De Gijón y de Asturias; y este infame,  
 Desertor de su iglesia y de su patria,  
 Os va á imponer su yugo, ensangrentando  
 En nuestros cuellos su cobarde espada.  
 La sangre ilustre de los héroes godos,  
 Que aun conservan las venas de mi hermana.  
 Los restos de una estirpe casi extinta,  
 Objeto es ya de la ambición tirana  
 Del malvado opresor; y esta infelice,  
 Despues de haberse visto atropellada  
 Por los viles ministros de este impio,  
 Se destina á ser victima en las aras  
 De su indecente amor, en menosprecio  
 Del legítimo esposo; ¡oscura mancha,  
 Que no podrá borrarse en ningún tiempo!  
 Pero ¡pluguiera á Dios que esta desgracia  
 Fornase únicamente nuestro susto!  
 Yo temo otras mas graves, que mi alma,  
 Llena de justo horror, previene y llora;  
 ¿Quién podrá de vosotros tolerarlas?  
 ¿La descendencia de Ismael precita  
 Vendrá á reinar en la nacion mas santa,  
 Y á la torpeza vil de los califas  
 Las ilustres doncellas destinadas,  
 Poblarán la clausura de un serrallo!  
 ¿Los jóvenes, honor de nuestra España,  
 Escualidos, hambrientos y llorosos,  
 Fallecerán cautivos en su patria!  
 ¿Gemirá el tierno niño en las mazmorras,  
 Y en el común desorden, aun las canas  
 No podrán eximirnos del oprobio!  
 ¡Oh inefable dolor! La angusta casa  
 De Dios, donde resuenan nuestros votos,  
 Será en mezniquita impura transformada.  
 Al sacerdote santo de Dios vivo  
 El musulman remplazará en las aras;  
 Y en fin, el Alcoran será bien presto  
 Predicado, en lugar de la ley santa;  
 ¿Y solo este torrente de desdichas  
 Podrá llenar ¡oh Dios! vuestras venganzas?  
 Tal es, bravos amigos, el destino  
 Que el perdido Munuza nos prepara,  
 Y si un heroico esfuerzo no le aleja,  
 La tempestad horrible que amenaza  
 Va ya á caer sobre nosotros mismos.  
 Pero qué, ¿en tan finestas circunstancias,  
 Y tan cerca del riesgo, sufrirémos  
 Que la inclita patria, abandonada  
 A la supersticion y al desenfreno,  
 Venga por nuestra culpa á ser la esclava  
 De un pueblo infiel? ¿Adónde está la suma  
 Del valor asturiano? ¿Qué! ¿la fama  
 Podrá dudarlo en los futuros siglos?  
 Acordáos del tiempo en que la espada  
 De nuestros padres supo en estos montes  
 Asustar á las ágailas romanas,  
 Codiciosa Cartago, vuelve á Asturias,  
 Rompe este suelo, mira en sus entrañas  
 El oro por que en vano combatias...  
 Si, ilustres compañeros, nuestra patria  
 Se debe restaurar á cualquier precio;  
 Y esta noble provincia, que en España  
 Fué la postrera en tolerar el yugo,  
 La primera ha de ser que con las armas  
 De sus patricios fieros le sacuda.  
 El tiempo de una empresa tan bizarra  
 Es el último instante del peligro;  
 Ya nos vemos en él; está cerrada  
 La puerta á otros recursos. Uno solo  
 Nos queda, el de lidiar por nuestra patria,  
 Comprando con el resto de las vidas  
 La muerte ó la victoria.

SUERO.

¿Qué desgracias  
 Bastarán á entibiar el ardor santo  
 Que abriga nuestro pecho? ¡Oh dulce patria!  
 ¿Quién podrá consentir en tu desdoro?  
 Señor, creed que nuestra fuerte espada  
 Os seguirá hasta el borde del sepulcro;  
 Y pues cada uno de los nuestros trata  
 De conservar su honor y sus hogares,  
 No habrá quien no derrame por la causa  
 Comun toda la sangre de sus venas;  
 Sin embargo, al presente es arriesgada  
 Cualquier accion. Munuza á su albedrio  
 Dispone de las tropas; esta plaza,  
 Por parte del poniente defendida  
 De un gran fuerte, por otra rodeada  
 Del ancho mar, no tiene mas salida  
 Que una muy peligrosa, y será vana  
 Cualquiera tentativa, si el auxilio  
 De los vecinos pueblos no repara  
 Este estorbo fatal. Quizá sería  
 Nuestra empresa, Señor, mas acertada  
 Si, tomando algun tiempo, se avisase  
 A los nobles dispersos que se hallan  
 En lo interior de la provincia.

PELAYO.

Amigo,  
 Cuando el riesgo es urgente, la tardanza  
 Y lentitud destruyen las empresas;  
 A la nuestra, movida por la causa  
 Del cielo y del honor, ningún peligro  
 Debe servir de estorbo. Nuestras armas,  
 Aunque sean hoy en número inferiores,  
 Crecerán por momentos. Las quebradas  
 Rocas de esta provincia son asilo  
 De muchos combatientes, que la saña  
 Del vencedor evitan en sus grutas,  
 Y al mas leve rumor de las espadas  
 Correrán á juntarse á nuestros tercios.  
 ¿Cuántos tambien en lo interior de España  
 Gimen en un forzoso cautiverio,  
 Que vendrán á alistarse á esta comarca  
 Bajo nuestro estandarte tremolado?  
 Y ¿qué tropas, en fin, qué heroicas armas  
 Opondrán á las nuestras los traidores?  
 El ejército infiel se ocupa en Francia  
 En derribar los tronos que los godos  
 Tienen allí erigidos, y las plazas  
 De Asturias, de Leon y de Galicia  
 Se rinden hoy á una porcion escasa  
 De soldados alarbes que las cercan.  
 ¡Animo pues, amigos, nuestra patria  
 Va á deber al valor de vuestro brazo  
 Su libertad. ¡Qué gloria tan hidalga  
 Para un patricio fiel!

SUERO.

Señor, tus voces  
 Nuestra razon y nuestro pecho inflaman;  
 La inquietud que advertis es no indicio  
 Del asenso comun, y nuestra espada  
 Estará pronta á herir en el momento  
 Que vos habéis. Pero esta accion bizarra  
 Necesita un candillo, y pues el cielo  
 Conserva en vos la esclarecida raza  
 De nuestros reyes, sedlo desde ahora;  
 Y entre tanto que Asturias, ayudada  
 De sus nobles, sobre un luciente escudo  
 Levanta en vos á su primer monarca,  
 Dignáos de aprobar nuestros deseos.

PELAYO.

Mi amistad los acepta.

SUERO.

Ya está echada  
 La suerte. Hablad, Señor.

PELAYO.

Vamos al punto  
 A disponer el modo; y pues la saña  
 Del opresor encierra en el castillo  
 A muchos de los nuestros, cuya espada

Lidiará á nuestro lado, á socorrerlos  
Volemos desde luego. — Tú repara (A Suero.)  
En tanto las ideas de Munuza,  
Y pues no le eres sospechoso, guarda  
Con él una constante indiferencia;  
Quizá esta prevención es necesaria.  
Y en cualquier accidente nos importa  
Conservar un amigo, cuyas trazas  
Descubran los ardides y los riesgos. —  
A tu, ¡oh Dios bueno, Dios propio, ampara  
En esta empresa á los que van, áttivos,  
A lidiar por su honor y el de su causa!

### ESCENA II.

PELAYO, solo, despues de alguna pausa.

Nobles y angustos munes de los héroes  
Que oprimieron las furias africanas,  
Sombra llorosa y triste de Rodrigo,  
Augusta religion, promesas santas,  
Ya ha llegado por fin aquel momento  
En que deben los filos de esta espada  
Borrar y castigar vuestros ultrajes.  
Con la sangre de Agar, que nuestras lanzas  
Van á sacar de los traidores pechos.  
Se lavará tu afrenta, ¡oh dulce patria!  
Y tu, noble inquietud de los mortales,  
Tú, dulce libertad, vén y embriaga  
Nuestro fiel corazon en tus dulzuras,  
Infunde un santo ardor en nuestras almas...  
Pero ¿quién á esta hora? ¡Oh Dios! Munuza.

### ESCENA III.

MUNUZA, ACHMET, GUARDIAS, con hachas, á lo lejos.

ACHMET.

Ya está la ceremonia preparada  
Con el mayor secreto: el sacerdote  
Mismo ignora el motivo, y de esta rara  
Resolucion ninguno se ha instruido.  
Sin embargo, la creo algo arriesgada.  
He observado á Pelayo cuidadoso  
Y lleno de zozobras: si le ultrajas,  
Se ofenden sus amigos. De una ofensa  
Nace una sedicion, y esta quebranta  
Los lazos de la paz. Tambien se ha dicho  
Que él mismo con secreto convocaba  
Los nobles de Gijón. En fin... yo dudo...

MUNUZA.

Nada dudes, Achmet, ni temas nada;  
Yo voy á acelerar este limenueo,  
Y una vez concluido, su arrogancia  
Hará necesidad del sufrimiento.  
Tal vez corre uno ciego á la venganza  
De su agravio, y al fin no la consume  
Si el tiempo, el miedo ó la razon le aplacan.  
Vé pues, y haz que Dosinda aqui se acerque.

ACHMET.

Ella viene hácia aqui, Señor.

MUNUZA.

Pues marcha,  
Y haz que todo esté pronto.

### ESCENA IV.

DOSINDA, INGUNDA. — MUNUZA, GUARDIAS,  
con hachas, á lo lejos.

DOSINDA.

Perdonadme,  
Señor, si vengo en hora tan extraña  
A interrumpir vuestra quietud. Dignaos  
De decirme si acaso mi desgracia  
O vuestra ira alejan de mis brazos  
A un hermano infeliz. Yo, desdichada,  
Creia consolarme en su presencia;  
Pero vos retirais de cuanto ama  
Un corazon que eu nada os ha ofendido.

MUNUZA.

Otra inquietud mas grave y mas infausta  
Ocupa el de Munuza en este instante,  
Y en él tendreis la ultima y mas clara  
Prueba de su pasion y sus bondades.  
Cuando quiero mostraros de mi saña  
Todo el resentimiento, me detiene  
No sé qué oculta voz, que por vos habla.  
Yos ignorais sin duda todo el riesgo  
A que os expuso la feroz constancia  
Con que habeis resistido mis deseos;  
Yo debiera olvidar á un alma ingrata,  
Que desaira mi amor, y este amor mismo  
Me inclina sin arbitrio á perdonarla.

DOSINDA.

Pues, Señor, castigadme; yo consagro  
Mi vida á vuestro enojo; y pues no hastan  
A separaros de un horrible intento  
Los mas santos derechos, vuestra saña  
Acabe de oprimir el triste resto  
De mis amargos dias.

MUNUZA.

Pero ¡ingrata!  
Cuando, olvidando mis ardientes celos,  
A que os perdone el duro amor me arrastra,  
¿No ois en vuestro pecho inexorable  
Alguna voz piadosa, que mis ansias  
Apruebe ó las disculpe? Siempre fiera,  
En lugar de seguirme resignada  
Hasta el paterio sòlio, do pudierais  
Librar de un yugo infame vuestra patria,  
Reinando en el afecto de Munuza,  
¿Pensaréis solo en irritar mi saña?  
Y ¿de qué os servirá rigor tan fiero?  
¿Por ventura esperais que, sosegada  
Mi violenta pasion... No, yo no puedo  
Resolverme á perderos, ni mi alma  
Puede admitir tan vergonzosa idea;  
En este caso el odio y la venganza  
Levantarán mi brazo poderoso  
Contra un rival que logra vuestras ansias,  
Contra un amigo infiel que me desprecia,  
Y en fin contra su sangre, que, adorada  
Hasta este punto, se veria entonces  
Correr de vuestro pecho y su garganta.  
El odio la hara el blanco de mis furias,  
Si el amor la hizo objeto de mis ansias;  
Y con la misma mano que otras veces,  
Bel dulce amor guiado, os presentaba  
Una corona ilusire, á vuestro tio,  
Para darosla á vos, solo arrancada,  
Laharé en los excesos de mi furia  
Un trueno inexorable, en que la rabia,  
La desesperacion, la ira, el odio  
Presidirán á todas mis venganzas,  
Y donde solo pensarán mis celos  
En horrar hasta el nombre de una ingrata,  
Obstinada en hacerme desdichado.  
A lo menos, cruel, tendran mis ansias  
Este funesto y bárbaro consuelo;  
Pero ¡ay! ¿de qué me sirve esta esperanza,  
Si pierdo á la que adoro, ni mis glorias,  
Si vos no las haceis dulces y gratas  
Con vuestra mano? En fin, ya estoy resuelto;  
El altar está pronto, y preparada  
La nupcial pompa, y el ministro espera;  
Sea pues vuestra mano dulce paga  
De mi pasion. Venid conmigo al templo,  
Y lo que está en arbitrio de mi saña  
Concededlo al amor y á la ternura.

DOSINDA.

¡Ay, Señor, perdonadme; mi constancia,  
Dispuesta á resistir vuestros intentos,  
Del pundonor y la virtud guiada,  
Se ha hecho superior al infortunio;  
En vano con promesas y amenazas  
Pretendiis seducirme. Yo adivino  
Hasta dónde podrá vuestra venganza  
Extender sus furores. Si, ya veo  
Muerto á mi esposo, y que en su pecho rasga



Una mano cruel mi triste imagen;  
 Sepultado á mi hermano entre las altas  
 Ruínas del imperio de sus padres,  
 Me llena de terror. Miro en las aras  
 Arder cobarde el religioso fuego,  
 Y que desde el altar, ensangrentada,  
 Vuestra mano me ofrece una corona.  
 ¿Qué de engaños, oh Dios! ¿Qué de asechanzas  
 Contra el honor de una infeliz doncella!  
 Pero este mismo honor, que es la mas santa  
 De mis obligaciones, el recuerdo  
 De mi cuna, la fe de mi palabra,  
 El amor, la virtud, el cielo, todo  
 Sostiene y favorece mi constancia  
 Contra un amor cruel y artificioso.  
 Pues qué, ¿yo iré á ofrecerlos, deslumbrada,  
 En el corazón perjuro, y enlazada  
 Mi mano con la vuestra, entre las aras  
 Iré á ser en mi patria vil objeto  
 Del comun menosprecio? No; la saña  
 De mis crueles tiranos, sus astucias,  
 La pérdida de un trono, ni la infausta  
 Muerte de un tierno esposo y un hermano,  
 No podrán despeñar mi triste alma  
 A un estado de tanto vilipendio.  
 Piérdase todo, y sálvese la fama.  
 Bien sé que al fin sin fuerza y sin auxilio  
 Me podréis conducir, aunque arrastrada,  
 Hasta el pie del altar; pero allí mismo  
 Renovaré mi amor y mis palabras  
 Al infeliz Rogundo, y haré al cielo  
 Testigo y vengador de tan osada  
 Y sacrilega accion. Si... yo os lo juro;  
 Y no espereis, cruel, que vuestra llama,  
 El talamo nupcial ni los altares  
 Le puedan arrancar á mi constancia  
 La mas leve caricia. No; Munuza  
 Será eterno verdugo de mi alma.

MUNUZA.

¡Oh, Dios! todos me insultan, y no puedo  
 Vencer esta pasión. ¡Mujer ingrata!  
 Yo os haré conocer... — Hola, soldados...

## ESCENA V.

KERIN.—MUNUZA, DOSINDA, INGUNDA.

KERIN.

Señor...

MUNUZA.

Kerin, al punto con mi guardia  
 Lleva á Dosinda al templo. Yo te sigo.

DOSINDA.

Pero, cruel, ¿no oís...

MUNUZA.

Kerin, llevadla.—  
 Yo pretendo agotar, fiera enemiga,  
 Todo vuestro rigor.

DOSINDA.

¡Oh, cielo! ¡ampara  
 Mi inocente virtud en este trance!

## ESCENA VI.

MUNUZA.

No sé cómo es capaz la débil alma  
 De una mujer de tanta resistencia;  
 Algun genio infernal en sus entrañas  
 Ha derramado el odio y el desprecio.  
 Todo el mundo me ofende, todos tratan  
 De abatir mi altivez... un brazo oculto  
 Mi amor y mis proyectos deshará.  
 ¿Acaso el cielo injusto está de acuerdo  
 Con los que me persiguen? ¡Qué martirio (1),

(1) Faltaba un verso, que debía preceder á éste y seguir el asonante. El *Munuza*, reimpresso en Barcelona, sin fecha, llena así este vacío:

¿Acaso el cielo injusto está de acuerdo  
 Con los que me abandonan? ¿Qué, ¿su saña  
 Querría trastornar...? ¡Ah! ¿qué martirio, etc.

Para un pecho inflamado, ver frustradas  
 Tantas ideas dulces y halagüeñas!  
 Pero ¿qué dudo? Si el amor me llama  
 A poseer la gracia de Dosinda,  
 Su mano en los altares me prepara  
 Una suave vida, que mi afecto  
 Y el tiempo hará legítima. Sagrada  
 Unión, para otros dulce y venturosa,  
 ¿Serás para Munuza solo infausta?  
 No, no podrá romperte un pecho indócil;  
 Y cuando lo pretenda esa alma ingrata,  
 ¿Qué me podrá importar, si la poseo,  
 Su odio pertinaz? Fortuna, acaba  
 De coronar mis dichas. Yo desprecio  
 Un escrúpulo fútil, que á mis ansias  
 Se pretende oponer; ceda cobarde  
 A los remordimientos el que afana  
 Por ascender al trono, que no escuche (2)  
 De la austera virtud la voz cansada.  
 Mas ¿qué gritos se escuchan á estas horas?  
 ¡Oh, Dios! ¿qué puede ser?

## ESCENA VII.

KERIN, SOLDADOS.—MUNUZA.

KERIN.

Señor.

MUNUZA.

¿Quién causa

Este rumor, Kerin?

KERIN.

Somos perdidos

Si no enviáis socorro á vuestra guardia.  
 Gijón se ha sublevado...

MUNUZA.

¡Sublevada!

¿Y contra quién?

KERIN.

Señor, casi se hallan

Todos sus moradores conmovidos.  
 Apenas de nosotros escoltada  
 Salía para el templo la Princesa,  
 Cuando el mismo Pelayo, puesto en armas,  
 Y algunos de los suyos nos salieron  
 Al encuentro. La vista de su hermana  
 Le sorprendió al principio; pero viendo  
 Que nuestra tropa al templo la llevaba,  
 Se arrojó hacia nosotros impetuoso,  
 Se detiene, nos mira, y con la lanza  
 En ristre y lleno de ira, «Moros, dice,  
 Viles moros, no así con mano osada  
 Profanéis el decoro de mi sangre.»  
 Se vuelve hacia los suyos, les encarga  
 Recobren á Dosinda, y nos embiste.  
 Siguen todos su ejemplo; nuestra guardia  
 Le hace frente; Achmet acude al choque;  
 Todos se mezclan, y la lid se trava;  
 Y yo, viendo, Señor, que este accidente  
 Puede tener resultas bien infaustas,  
 Me adelanto á decirlos...

MUNUZA.

Entre tanto  
 Que voy á socorrerlos con mi espada,  
 Corre, amigo, apresúrate y ordena  
 Cuantas tropas hallares entregadas  
 Al sueño y al descanso, que te sigan;  
 Infúndeles aliento, y haz que caiga  
 Su terrible furor sobre los viles.—  
 ¡Amor, haz tú sangrienta mi venganza!

(*Munuza se retira por el fondo del teatro, y Kerin entra al fondo del castillo por la puerta que sale á la escena, dejando en ella algunos soldados; el cual le dará aviso luego que Suero y los demás aparecen en el teatro.*)

(2) Quizá escucha.—En el *Munuza* citado hay aquí, como á cada paso, una variante, en estos términos:

Turbe otros pechos  
 El vil remordimiento, y el que afana  
 Por ascender al trono, que no escuche,  
 Importuna virtud, tus voces dadas

ESCENA VIII.

DOSINDA, INGUNDA, SUERO y ALGUNOS ESPAÑOLES.

SUERO.

Señora, huid, buscad algún asilo;  
Perdonad si no puede nuestra espada  
Daros otro socorro; nuestro jefe  
Peligra, y en su vida soberana  
Tiene la patria su mayor apoyo.  
Retiraos.

DOSINDA.

¡Oh, Suero! ¿qué? ¿Me encargas  
Que me retire? ¿Quieres que Dosinda  
Sobreviva á la ruina de su patria?

SUERO.

¿Y os queréis quedar sola? Estáis expuesta  
A la furia...

ESCENA IX.

KERIN, LOS CENTINELAS.—DICHOS.

KERIN.

¡Ah, traidores!

SUERO.

¡Qué desgracia!

Señora, huid.

KERIN.

Dejad á la Princesa,

Aleves.

SUERO.

No. Primero, vil canalla,  
Perderemos la vida en su defensa.

(Suero y los suyos entran por el fondo de la escena,  
acuchillando á los moros.)

ESCENA X.

DOSINDA, INGUNDA.

INGUNDA.

Venid, Señora, huyamos: mis pisadas  
Os guiarán á algún asilo oculto;  
No expongais vuestra vida desdichada  
Al furor de unas tropas que nos buscan.  
El hondo mar, las cóncavas montañas  
Resuenan con los gritos de los nuestros;  
Lejos de este terreno, do las armas  
Van sembrando la muerte y los horrores,  
La paz y algún consuelo nos aguardan:  
Corramos á buscarlos.

DOSINDA.

¿Dónde; oh cielos!

Se esconderán dos vidas desdichadas,  
Que todos abandonan? Vuestra ira  
Descarga ya sobre la triste España  
Los últimos y mas violentos golpes.  
Munuza triunfa. ¡Oh Dios! ¿y qué destino (1) —  
Será el tuyo, mujer desventurada!  
Tú vas á estar en el sangriento trono,  
De enemigos y angustias rodeada,  
Y de un impuro amor hecha el objeto;  
Allí, cuando las muertes, las desgracias  
De tu familia, el odio insaciable,  
Ofrecerá á tus ojos sepultadas  
Eo humo, polvo y sangre las ruinas,  
Las tristes ruinas de la angusta España;  
El esposo, el hermano, tus apoyos,  
Victimas de la furia sanguinaria  
Del opresor... sobre sus tristes cuellos  
Levantada la corva cimitarra.  
Llevadme á su presencia, tierna Ingunda:  
Que nos junte el tirano en la desgracia.—  
Y vos, gran Dios, que desde el alto trono

1) Otros dos versos libres seguidos, que corrige así el Munuza de Barcelona:

Munuza triunfa, y su funesta rabia...  
¿Munuza triunfa? ¡Oh Dios! Y ¿qué destino, etc.

Mirais tranquilo la aflicción de España  
Y la desolación de vuestro pueblo;  
Vos, cuya voz enciende las batallas,  
Forma, ensalza y arruina los imperios,  
¿Podréis sufrir que sobre vuestras aras  
Venga á erigir sus templos la impostura,  
Victima del error y las violencias (2),  
Vaya á incensar al impostor de Arabia,  
Y adorar su sepulcro á otras regiones?  
¡Oh, buen Dios! ¡alejad de nuestras almas  
El temor de un destino tan funesto!  
Enviad sobre esta barbara canalla  
Un ángel destructor, que la extermine,  
Que redima y que vengue vuestras aras,  
Que arranque la victoria á los infieles,  
Que los confunda, y triunfe la ley santa.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

SUERO y ALGUNOS CIUDADANOS de Gijón salen por la parte  
de la marina, y se encaminan al castillo.

SUERO.

¡Qué horror! ¡Oh santo Dios! ¡De vuestra ira  
Los efectos se ven en todas partes!  
La sangre corre, y sobre nuestros muros  
La muerte ha desplegado su estandarte.  
Pelayo, nuestro apoyo, está en peligro;  
Oprimidos los nuestros, todo el aire  
Pueblan ya de alaridos y lamentos,  
Cuyo eco pavoroso por los mares  
Va esparciendo el clamor de la venganza.  
La victoria, que estuvo vacilante  
Hasta ahora, se inclina á los infieles,  
Y ya el león de nuestros estandartes  
Se humilla ante las lunas africanas;  
Pero permite el cielo favorable  
Que aun nos quede un recurso; este castillo,  
Que es al presente pavorosa cárcel,  
Donde el valor de Asturias desfallece,  
Y donde arrastra una cadena infame  
La nobleza española, se ha quedado  
Desierto de las guardias, que al combate  
Fueron en seguimiento de Munuza.  
Corramos, pues, á socorrer leales  
A nuestros compañeros, y franqueando  
Una salida al mar por la otra parte,  
Que corresponde al muelle... Mas ¿qué veo?

(Kerin y algunos soldados atravesarán el fondo de la escena, persiguiendo á los cristianos.)

Los nuestros se retiran, y en su alcance  
Corren encarnizados los infieles.—  
Amigos, al castillo, antes que acabe  
De hacernos infelices la victoria.

(Suero y los suyos entran en el castillo, y mientras se dicen los últimos versos, acabarán de pasar los moros, después de los cuales se presentará Pelayo, prisionero, y Achmet.)

ESCENA II.

PELAYO, prisionero, ACHMET y SOLDADOS.

ACHMET.

Sosegáos, Señor, y perdonadme  
Si serví de instrumento á vuestra ruina;  
Yo venero á mi rey en su estandarte;  
Munuza es quien le rige, y le obedezco;  
Sin embargo, no miro vuestros males

(2) El mismo descuido; pero aquí el Munuza echa por el atajo, suprimiendo varios versos, y enlazando los demás como mejor le ha parecido.

Con ánimo tranquilo; vuestro brio  
Siempre, á pesar del riesgo incontrastable,  
Os ha hecho acreedor á nuestra envidia  
Y á nuestra compasion.

PELAYO.

El inconstante  
Capricho de la suerte eleva un dia  
Lo que al siguiente sin razon abate.  
Un corazon virtuoso nunca debe  
Ceder á estas mudanzas. Los cobardes  
Se humillan al destino; pero el héroe  
Sufre inmóvil su halago y sus combates.

ACHMET. (*Ilócia sí.*)

Ve aquí de la virtud el santo idioma. —  
¡Oh altivos españoles! Oh almas grandes!  
De qué le sirve el brio y la bravura  
Al árabe fogoso, si un desastre  
Llena de susto el fondo de su pecho?

PELAYO. (*Mirando al fuerte y á la ciudad.*)

¡Fuerte muro, testigo venerable  
Del antiguo valor de los astures,  
Llora nuestra desgracia! Las edades  
Futuras de tus altos torreones  
¿Verán solo un padron abominable,  
Que publique y extienda nuestro oprobio  
A la posteridad? El mas brillante  
Blason de tu grandeza, Gijia ilustre,  
¿Se ha convertido en vergonzosa cárcel?  
¡Oh voluble fortuna! Oh tristes tiempos!

ACHMET.

Señor, Munuza viene.

PELAYO.

¡Ah, cuántos males  
Nos van á resultar de esta victoria!

### ESCENA III.

MUNUZA, DOSINDA É INGUNDA. — DICHOS.

DOSINDA. (*Viendo á su hermano.*)

¡Pelayo! ¡cruel momento!

MUNUZA.

¡Qué agradables  
Objetos me presentas, oh fortuna! —  
(*Mirando á Pelayo con falsedad.*)

Acercáos, Señor, felicitadme,  
Pues logro una victoria tan completa.  
Este día, que empieza ya á anunciarse  
Con luz serena, aplaude mi ventura;  
Y el astro que le rige favorable  
Me mostrará en la cumbre de la gloria. —  
Ya no pensaréis mas en disputarle  
A Munuza ninguna de sus dihas;  
Y pronta vuestra hermana á que se acaben  
Todas mis inquietudes, con su mano  
Honraré de mis triunfos el mas grande.  
Así mi amor lo espera (1).

PELAYO.

En fin, tú triunfas,  
Inhumano, me insultas y me abates;  
Fascinados tus ojos, no conocen  
Que la fortuna adula á tus maldades  
Con un honor fugaz y lisonjero.  
Tú no temes al cielo, y estas frases,  
Con que insultas la suerte de un rendido,  
De tu pecho descubren el carácter.  
Pero ¡infel! mi virtud, aunque oprimida,  
No cederá á tus furias ni á tus artes.

MUNUZA.

Tú me hablas de virtud, y sin embargo,  
Supiste ser traidor.

PELAYO.

El que combate  
Por defender sus leyes y sus aras  
No es digno de este nombre. Tus crueldades  
Hicieron justa y santa nuestra empresa,  
Y si no hubiese el cielo formidable  
Lidiado en favor tuyo, ya estaría  
Libre el mundo de un monstruo tan infame.

MUNUZA.

No obstante, se ha dignado el mismo cielo  
De proteger el monstruo que tú abates;  
Reconoce, orgulloso, en estos golpes  
Las señas de su ira respetable.  
Tú me llenas de injurias y baldones;  
Pero dime, insolente, ¿qué maldades  
Distinguen el gobierno de Munuza?  
Si España está oprimida, los infames  
Delitos de sus reyes arrastraron  
Su grandeza á la ruina y al desastre.  
Hecho el moro señor de todo el reino  
Por vía de conquista, su estandarte  
Se fió á la conducta de mi brazo.  
Yo no quise pagar con un desaire  
Tan honrosa confianza, y como suele  
Doblar la frágil caña, á los embates  
De un récio vendabal, su dócil cuello,  
Mientras el soplo asolador deshace  
Toda la pompa del robusto robble,  
Cedi yo á la invasion de los alarbes;  
Pero fué por comprar con mis servicios  
La salud de la patria; mis bondades,  
Y la paz que ha reinado en estos muros,  
Fueron el fruto ilustre de la infame  
Conducta que envilece tu osadía.  
Tú lo sabes, infel! tú disfrutaste  
La mitad de mi gloria y mis derechos;  
Tu dañosa amistad pudo inspirarme  
El funesto deseo de una alianza,  
Que ahora con orgullo insoportable  
Desdeño tu altivez; y despues de esto,  
¿Querías que Munuza abandonase  
Una tan justa causa ya explicada?  
¿Pudiera yo sufrir que en los altares,  
Posponiendo mi honor y mis ruegos,  
Otros menos ilustres se aceptasen?  
Pudiera ver que tú, sin mi noticia  
Y á mis ojos, formabas otro eulace,  
Disponiendo de aquella ilustre mano.

(*Mirando á Dosinda.*)

Sin que este atroz desprecio me incitase  
A defender mi gloria y mis derechos?  
Demasiado seguí la voz culpable  
De una fiel amistad, cuando debiera,  
Sin escuchar sus gritos, gloriarme  
De que puedo vengarme y oprimirte...  
Sí; yo puedo oprimirte... Pero aun laten  
En mi seno los placidos impulsos  
De esta misma amistad, que, mas constante  
Cuanto tú mas ingrato y mas rebelde,  
Mueve con fuerza oculta mis piedades.  
Por última razon yo voy al templo —  
A confirmar mi dicha en los altares;  
Ya todo se me humilla, y nadie puede  
Oponerse á la gloria de este enlace.  
Si vos le autorizais, todo lo olvido,  
Y esta última prueba, que negarle  
No podeis á un amigo que os perdona,  
Sellará mi fortuna y nuestras paces.

PELAYO.

No lo esperéis, Munuza; nuy en vano  
Renováis un proyecto abominable,  
Que oire con horror mientras respire;  
Yo no quiero admitiros á un enlace,  
Cuyo recuerdo en los futuros siglos  
Haría mi memoria detestable.  
No quiero que se diga en tiempo alguno  
Que aquel mismo Pelayo que constante  
Supo vengar injurias de Munuza,  
Fué á vista del suplicio tan cobarde,  
Que, manchando la gloria de su cuna,

(1) Este hemistiquio se halla en la edición del *Munuza*, mas no en las del *Pelayo*. Por no dejar mauco el verso, le copiamos de la primera.



✓ 1 Mezcló á la de un traidor su ilustre sangre.

Tú me llamas ingrato; pero ahora  
Veo cuál era el fin de unas heridas  
Que nunca he pretendido, y fueron hijas  
De tu ambición perversa é insaciable.  
Ella sola ha regido tus acciones,  
No el amor de la patria, cuyos males  
Son hoy de tu perfidia triste efecto.  
Fuído estrechamente á los cobardes  
Hijos é imitadores de Witiza,  
Y hecho parca de la facción infame  
Del falso don Julian y el traidor Opas. —  
Fuiste de los primeros que al turbante  
Ofrecieron sus cultos en España.  
Tú con esos rebeldes convocaste  
A los feroces pueblos que habitaban  
La inculta Berberia, y su estandarte,  
Junto al de los facciosos, fué en tu mano  
Repentino terror de los leales.  
La destrucción, la muerte y los estragos  
Que lamenta tu patria; tanta sangre  
Vertida cruelmente en este sitio,  
Tantas víctimas tristes, cuyos males  
Piden sobre estos muros la venganza,  
Serán de tus designios execrables  
Eternos y funestos testimonios.  
Y no tienes rubor de recordarme  
Los servicios que España te ha debido?  
Tú, cuya autoridad es el infame  
Precio de la perfidia y las traiciones!  
Tú, que aun estás sediento de la sangre  
De tus conciudadanos! ¿Y tú quieres  
Que Pelayo consienta en un enlace  
Que manche eternamente su memoria?  
No... no... lejos de ser favorable,  
Rindo gracias al cielo, que, propicio,  
En el último extremo de los males  
Me reserva el arbitrio de abatirte  
Con la venganza de un atroz desaire.

MUNUZA.

Tú no tendrás, traidor, por mucho tiempo  
Tan bárbaro consuelo. Los altares  
Van á ser ya garantes de mi dicha,  
Y tú vas á morir. Tiembla, cobarde;  
Una muerte afrentosa será el fruto  
De tus baldones.

PELAYO.

Solo al que es culpable  
Debe asustar la muerte. El varón justo  
La espera sin mudanza en su semblante.  
Tú deberás mas bien estremecerte  
Si contemplas la suerte miserable  
Que ha de llenar tus días. Rodeado  
De amigos lisonjeros, inconstante  
En todos tus designios, hecho presa  
De mil remordimientos implacables,  
Del cielo y de tu patria aborrecido,  
Gozarás sin sosiego del infame.  
Fruto de tus delitos y traiciones,  
Sobre el trono usurpado, en tus umbrales,  
Y hasta en el fondo oscuro de tu pecho,  
Continuamente asistirá la imagen  
De la espantosa muerte. Su presencia  
Vendrá á llenar de acibar tus manjares,  
Tu lecho de ilusiones y de espías,  
Y en aprensión de los eternos males  
Que su brazo prepara á los impíos.  
Triunfa, pues, inhumano, triunfa, aplaude  
Tu dicha y mi infortunio; que algún día  
Pondrá límite el cielo á tus maldades.

MUNUZA.

Baste ya de delirios; profetiza,  
Hombre iluso, si quieres, mis desastres.  
Pero corre á sufrir lo que merece  
Tu ciega obstinación.

DOSINDA.

¡Oh duro trance!  
Oh conflicto terrible y doloroso!

MUNUZA.

¿Achmet?

ACHMET.

¿Señor?

MUNUZA.

Haced que en el instante  
Conduzcan á Pelayo al mas oscuro  
Galabozo del fuerte; que se alce  
Al momento un suplicio en esta plaza.  
Marcha despues al templo, y mientras arden  
Sobre el altar las nupciales teas,  
Que muera quien se atreve á despreciarme.

DOSINDA.

Pero, bárbaro, dime...

MUNUZA.

Nada escucho;  
Que se cumpla mi orden al instante.

PELAYO.

Si, yo voy á morir. Recibe, oh cielo,  
En sacrificio mi inocente sangre. —  
¡Oh, si fuese capaz de expiar todas  
Las culpas de la patria! — En este trance  
Acuérdate, Dosinda, de tu cuna,  
Tus leyes y tu honor.

MUNUZA.

Achmet, llevadle,  
Y haced que me reserven la cabeza; —  
Ella será, traidor, en mis umbrales  
Horroroso espectáculo que asuste  
A tus imitadores.

#### ESCENA IV.

MUNUZA, DOSINDA, INGUNDA.

MUNUZA. (A Dosinda.)

Los altares  
Están prontos, venid: la resistencia  
Os sera muy inutil, pues ya nadie  
Os puede defender.

DOSINDA.

¡Oh monstruo fiero,  
Hombre el mas vil de todos los mortales.  
Asombro, horror y afrenta de este siglo!  
¿Qué espíritu infernal contra la sangre  
Mas ilustre conmueve tus entrañas?  
¿Qué furia vierte en ese pecho infame  
La rabia pertinaz con que persigues  
A una estirpe inocente? ¿Te persuades  
A que podrá forzarne tu liebreza  
A recibir en un funesto enlace  
Esa mano cruel, mano asesina,  
Que va á teñirse en la inocente sangre  
Del infeliz Pelayo? No, no quiero  
Unirme con un monstruo. Los altares  
Serán solo testigos de mi odio.  
Pero si acaso en este mismo instante,  
Víctima del furor de tus ministros,  
La vida de mi hermano... si su sangre  
Se va ya á derramar... estoy mirando  
El sacrilego acero sepultarse  
En su cuello... ¿Qué horror!; Yo me estremezco!  
Ahora mismo un brazo formidable...  
¡Cruel! suspende el órden inhumano...  
¿No escuchas los gemidos lamentables  
Que se oyen en el centro de la tierra?  
¡Oh Dios! Del hueco de las tumbas salen  
Las sombras de los que has asesinado.  
Yo las oigo, las veo... Mira, infame,  
En las trémulas manos los cuchillos,  
Que aún gotean inocente sangre. —  
Revuelven frias los vacíos cráneos,  
Buscando á su verdugo en todas partes;  
Sobre ti abren las oscuras bocas.  
Y fijando en tus manos execrables  
La encarnizada y tenebrosa vista,  
Corren despavoridas á buscarte.  
Ya todas te rodean, y en tu seno  
Van á elayar rabiosas los puñales.  
Huye, bárbaro... — ¡Oh Dios! de nuevo se oyen  
Los tristes alaridos (¡duro trance!);  
No puedo sostenerme... — Ingunda,

*(Dosinda cae desmayada en los brazos de Ingunda. A este tiempo entra Achmet, apresurado, por la puerta del castillo, y Munuza, asustado, le sale al paso.)*

### ESCENA V.

ACHMET.—DICHOS.

ACHMET.

Presto,

Señor...

MUNUZA.

¿Qué es esto, amigo?

ACHMET.

Ahora salen

Todos los prisioneros del castillo.  
Mientras duraba el anterior combate,  
Todo el fuerte quedó desamparado,  
Y aprovechando este fatal instante,  
El traidor Suero y otros violentaron  
Las prisiones... Al punto los cobardes  
Corren, y se apoderan de las armas;  
Furioso Rogundo, á todas partes  
Lleva el horror, la muerte y el estrago.  
Apenas á su vista favorable  
Se presentó Pelayo entre cadenas,  
Cuando, lleno de ira y de coraje,  
Se arrojó entre las picas; hiere, mata,  
Atropella, y bañado en nuestra sangre,  
Nos arranca la presa. El desdichado  
Kerin murió á sus manos, y el combate  
Prosigue sostenido por la guardia,  
Cuyos cabos valientes y leales  
Aumentan el destrozo; pero todos  
Los sediciosos lidian implacables  
Sin temor de la muerte, y los oprimen.  
Yo os vengo á suplicar que en este trance  
Cuideis de vuestra vida. De ella solo  
Pende nuestra victoria. ¡Ah, si faltase!  
¿Quién pudiera librarnos de la rabia  
De un pueblo enfurecido?

MUNUZA.

¡Oh suerte instable! —

¡Hado funesto! ¡En qué profundo abismo  
Precipitas mi gloria en un instante!  
¿Que conserve la vida me aconsejas,  
Y arriesgo la venganza? No, cobardes,  
Yo no os veré triunfar...

ACHMET.

Señor, ¿adónde

Correis de esa manera?

MUNUZA.

¡Almas infames!

Pues qué, ¿podré sufrir que el vil Pelayo  
Salve su odiosa vida, y sin vengarme  
Volveré á estar expuesto á los baldones?  
No; la muerte será mas tolerable  
Que su infame presencia.

*(Munuza quiere ir al combate. Achmet le detiene; entre tanto crece el rumor, y se oye como á la puerta del castillo.)*

DOSINDA.

¡Justo cielo!

Yo empiezo á respirar; pero el combate  
Parece que de nuevo se ha encendido;  
Crece el rumor, y cada vez mas grande  
Se hace la confusion. ¡Ah, si los nuestros  
Cansados... Mas ¡qué veo! ¡Oh Dios afable!  
Protegedles.

*(Pelayo y algunos de sus amigos saldrán por la puerta del castillo á la escena, retirándose de los moros, y pelean-do al mismo tiempo.)*

### ESCENA VI.

PELAYO y ALGUNOS ESPAÑOLES.—DICHOS.

PELAYO.

La vida, amigos míos,  
No se debe apreciar en este instante;

Perdámosla en defensa de la patria.

MUNUZA.

Achmet, amigos, guardias, destrozadle.

DOSINDA.

Bárbaros, ¿dónde vais? ¡Ay, triste hermano!

PELAYO.

Sin la espada, ya es fuerza...

### ESCENA VII.

ROGUNDO.—MUNUZA, PELAYO, DOSINDA, ACHMET, INGUNDA, GUARDIAS ESPAÑOLAS.

*(Pelayo pierde la espada, y procura cobrarla, defendido de los suyos. Munuza corre hácia él con el punal en la mano. En este tiempo se habra descubierto Rogundo en el fondo de la escena, y advirtiendo el peligro en que está Pelayo, corre á herir á Munuza; Achmet, que advierte la accion de Rogundo, procura estorbarlo, para defender al tirano; de modo que, interpuesto entre Munuza y Pelayo, defiende sin arbitrio la vida de este, y no la de Munuza, que cae, herido por Rogundo.)*

Los dos a { MUNUZA, corriendo á Pelayo. } Muere, infame.  
un tiempo. } ROGUNDO, á Munuza.

(Lo mismo.) { ACHMET, queriendo estorbar } ¿Qué haces, trai-  
á Rogundo. } dor?  
DOSINDA, á Munuza.

MUNUZA. (Sintiéndose herido.)

¡Ah bárbaro! Yo muero.

*(Munuza cae en los brazos de Achmet; Pelayo se asegura de Dosinda, y Rogundo, con los demás cristianos, salen persiguiendo á los moros.)*

ROGUNDO.

Compañeros, seguid á estos cobardes;  
Que el cielo nos proteja.

### ESCENA VIII.

PELAYO, DOSINDA, MUNUZA, ACHMET, INGUNDA.

PELAYO. (A Munuza.)

Reconoce,

Hombre cruel, en este horrible trance,  
El brazo poderoso que me venga,  
Y pone fin á todas tus maldades.

MUNUZA.

Tú has vencido, traidor; el cielo injusto }  
Sobre mí ha descargado en este instante }  
Los tormentos que yo te destinaba. }  
Yo pierdo un trono, pierdo un alto enlace,  
Y pierdo, en fin, mis grandes esperanzas;  
Pero este es el menor de mis pesares.  
Tú vives, tú triunfas á mis ojos;  
Yo muero desairado y sin vengarme,  
Y esta idea, dos veces afrentosa,  
Me aflige y me atormenta en este trance  
Aun mas que las angustias que me cercan.  
¿Por qué, oh muerte, has querido arrebatarme  
La venganza mas fiera y mas gozosa?—  
Acércate, cruel, mira en mi sangre (A Dosinda.)  
El fruto de mi amor y tus rigores.—  
Querido Achmet, yo muero sin premiarte;  
Corre á excitar la ira de los tuyos,  
Llévalos mi rencor.—Tiembra, cobarde, (A Pelayo.)  
Y espera un fin igual al de Rodrigo.—  
Ya mis fuerzas...—Amigo, separadme

(Después de una gran pausa.)

De estos viles objetos que me cercan,  
Y llevadme á morir en otra parte.

### ESCENA IX.

PELAYO, DOSINDA, INGUNDA.

PELAYO.

¡Ay, hermana, de qué terrible riesgo  
Nos ha librado el cielo favorable!

DOSINDA.

A Suero y á Rogundo les debemos  
La vida y el honor.—¡Oh tierno amante!  
Pero él se acerca.

## ESCENA X.

ROGUNDO.—DICHOS.

DOSINDA.

¡Oh dulce y liel esposo!  
En fin puede mi aferto inalterable  
Gozar de vuestra vista sin zozobra.  
Ya el tirano murió.

ROGUNDO.

Su pecho infame  
Abrí con esta espada; mas su muerte  
Fué justa recompensa de los males  
Causados á la patria y á nosotros.  
En fin, ya empieza España á recobrarse  
De una injusta opresion; y vuestra vida,  
Señor, es el anuncio mas constante  
De los triunfos que el cielo nos ofrece. —

PELAYO.

Yo os la debo, Señor, y en esta parte  
A vos tambien se deberá la gloria.  
Vamos pues á buscarla, vamos antes  
Que puedan los contrarios rehacerse.  
Huyamos de estos funebres parajes  
A buscar un asilo en las montañas;  
En su fragosa cima insuperables  
Serémos al orgullo berberiseo;  
Y si entre tanto llega algun instante

De menos inquietud, agradecida  
Dará Dosinda á tan heroico amante  
La apeterida mano.

## ESCENA XI.

SUERO. — DICHOS.

PELAYO. (A Suero.)

Tierno amigo,

Nuestro libertador, corre á abrazarme.

SUERO.

Ya todo está en quietud. Los agarenos,  
Que huyeron asombrados del combate,  
Van ya léjos del puerto. Sus galeras  
Les dieron un asilo, y los cobardes  
Salvan, favorecidos de los remos,  
El resto de sus vidas miserables;  
Pero tambien se sabe que Munuza,  
Para poder mejor asegurarse  
En sus viles ideas, ha perdido  
Socorro á los soldados que se esparcen  
Por las costas de Astúrias y Vizcaya;  
Ellos vendrán sin duda á este paraje  
Con el primer aviso; y pues nosotros  
Pudimos redimir de tantos males  
Vuestra ilustre persona y nuestras vidas,  
Vamos, aprovechando estos instantes,  
A buscar otro asilo mas seguro, —  
En donde la virtud, que aqui renace,  
Se afirme con acciones valerosas.

DOSINDA.

¡Oh feliz dia! Oh dia memorable!



## NOTAS DEL AUTOR

### PARA ACLARAR ALGUNOS PASAJES DE ESTA TRAGEDIA.

*Ista studia non improbo, moderata modo sint.*  
(Cic., *De Orat.*, 1, 2.)

1.º No me mueve a escribir las presentes notas la manía de hacer comentarios, de que estuvieron tan poseídos nuestros antiguos, ni el deseo de hacer creer que mi tragedia es digna de ellos. Estoy tan lejos de la ostentación como de la pedantería. Las escribo solamente para dar algunas noticias, que en el prólogo hubieran parecido importunas y sido molestas; pero aquí podrán ser útiles a los lectores menos instruidos, sin incomodar á los eruditos y sabios.

2.º Quien da al público una obra con el conocimiento de que se le pueden oponer algunos reparos, ¿por qué no podrá prevenir y adelantar algunas respuestas?

3.º Sería nimiedad ridícula querer examinar con todo el rigor de la crítica algunos hechos que se indican en esta tragedia. Quien escribe como poeta no está sujeto á las leyes de historiador. Este, ligado á la observancia de la verdad, debe despreciar las ficciones y las fábulas; pero en el poeta, que tiene la facultad de inventar, nada se debe desechar por fabuloso, pues cumple con dar a las mentiras las apariencias de la verdad. Así el nacimiento de Pelayo en Asturias, su crianza en Toledo, su viaje á Córdoba, la existencia y nombre de Dosinda, sus esponsales con Rogundo, los amores de Munuza, y los intentos de este sobre ocupar el trono de Asturias, con otras especies, ó inciertas ó mal averiguadas, entran en el plan de mi tragedia como si fuesen verdades incontrastables. El poeta las pudo inventar; ¿por qué no podría adaptarlas, si las halló inventadas por otros?

4.º PELAYO.—Aunque pudiera intitular esta tragedia *La muerte de Munuza*, he querido distinguirla con el ilustre nombre de Pelayo, tomando el fundamento de su título, no de la acción, sino de la persona mas famosa que interviene en ella. Por la misma razón me abstuve de imitar al señor Moratin, que dió á la suya el nombre de *Hermesinda*. Esta persona, cuya existencia no está aun bien probada, y cuyos amores pasan por fabulosos, no debe dar nombre á un drama en que entra como persona episódica para los críticos, y como persona verdadera para los eruditos.

5.º MEXZA.—No están de acuerdo los historiadores sobre el nombre, la patria y la religion de este personaje. Unos le llaman Monza, como el cronicon de don Alonso y el de Albelda. Otros Numancio, como Garibay y Saavedra. Algunos le llaman Manuces, como Abulcacin (ó el novelero Miguel de Luna); y otros, en fin, Munuza, como don Rodrigo y Ferreras. Cuál le hace moro, y por consiguiente mahometano; cuál godo, y por lo mismo católico. En estos términos, nos pareció que podíamos aplicarle el carácter y cualidades que tiene en este drama, para hacerle mas sobresaliente en su acción. Como quiera que sea, no se debe confundir este Munuza con otro del mismo nombre, árabe de nación, que fué gobernador de Gelliberia, se rebeló contra Abderramen, hizo alianza con el duque de Aquitania, Eudon, casó con una hija suya, y últimamente, perseguido de sus enemigos y compatriotas, se dió la muerte, precipitándose de las alturas de los Pirineos, como refieren el Pacense y Ferreras.

6.º DOSINDA.—Todos habrán extrañado que demos este nombre á la hermana de Pelayo, á quien otros han llamado *Hermesinda*, aunque acaso con meos fundamento. Este punto merece alguna investigación.

7.º Debe advertirse que los historiadores que refieren estos amores de Munuza con una hermana de Pelayo, no han señalado á esta señora nombre alguno, ni el arzobispo don Rodrigo, á quien

siguieron los demás, le señala. Posteriormente se le aplicó el nombre de *Hermesinda*, acaso porque, habiendo de darle alguno, les pareció mas regular á algunos modernos aplicarle el mismo que tuvo la hija de Pelayo, que casó despues con don Alfonso el Católico, y á quien llamaron los antiguos *Hermesinda*, *Hermosinda* ó *Hermiselda*.

8.º En un privilegio ó escritura de donación que existía el siglo pasado en el archivo de la insigne iglesia colegial de Santillana, y que copió, en su *Crónica de los principes de Asturias y Cantabria*, el padre fray Francisco de Sota, atribuyéndole á nuestro don Pelayo, se halla memoria de dos hermanas de este principe, llamadas Ana y Dosinda, retiradas á vivir en el monasterio de Santa Juliana, á quien es hecha la citada donación. Ya conozco que se puede dudar con bastante fundamento que aquel documento sea del tiempo de nuestro don Pelayo, y no quisiera pasar por fiador de esta noticia; pero el padre Sota se empeña tanto en persuadir que no pudo ser otro el autor de aquella donación, que nos pareció poder seguir su opinion para este efecto.

9.º Deseoso de averiguar la autenticidad de aquel documento, acudí á ver el dictámen del reverendísimo Florez en su *España Sagrada*; pero su obra no desvaneció mis dudas. No hace este reverendísimo, hablando de la *Iglesia de Santillana*, memoria alguna de la citada escritura; pero refiere ciertas expresiones que hacen relacion á ella. «Desde lo muy antiguo, dice, gozaba el antiguo monasterio de Santa Juliana de grandes exenciones, de no contribuir al Obispo, ni admitir merced ni sayon, etc., ni pagar pechos ni portazgos, y que ninguno de esta iglesia pueda ser compelido por juez seglar ni usurpar sus bienes;» cuyas cláusulas, que parecen copiadas casi á la letra de la escritura que refiere el padre Sota, me han dado lugar á conjeturar una de tres cosas, á saber: ó que el reverendísimo Florez halló en aquel archivo el citado documento, de donde copió las tales cláusulas, ó que las tomó de alguna copia del mismo documento, conservada en el mismo archivo; ó la letra de esta escritura (como dice el padre Sota), «por su mucha antigüedad, estaba ya despintada en algunas partes, á cuya causa no la pudimos leer enteramente.» ¿Quién sabe si sucedió lo mismo al reverendísimo Florez? ¿No pudo ser que ballase aquel documento mas deteriorado despues de un siglo, y que no pudiendo determinar su época, se contentase con poner aquella cláusula desde lo muy antiguo?

10. Como quiera que sea, sin decidirme por la opinion del padre Sota, me pareció que podía aprovecharme de ella para señalar el nombre de Dosinda á la hermana de Pelayo. Y si alguno fuese tan escrupuloso, que reputé por temeraria la libertad con que aplico á la hermana de nuestro héroe un nombre del todo nuevo, reflexione que la existencia de esta dama no está mejor averiguada, y que en mi plan ha entrado como persona episódica para los que piensan con tanta nimiedad.

11. ROGUNDO.—Este personaje, y sus amores y esponsales con Dosinda, son de pura invención. Nos hacia mucha falta en nuestro plan una persona que conviniere á Munuza en sus designios durante la ausencia de don Pelayo; y así, inventamos la persona de Rogundo, que nos parece contribuye singularmente á este fin, aumentando al mismo tiempo el interés de la acción, sosteniéndole en los tres primeros actos, y haciéndole mas complicado. En efecto, ¿quién pudiera oponerse á los designios de Munuza, ausente don Pelayo? ¿Dosinda? ¿Una mujer débil, sola y desampa-

rada de todos? Una princesa perseguida por un tirano, robada violentamente de su casa y privada de todo recurso? La presencia de Rogundo, sus justas instancias sobre la restitucion de Dossinda, y la promesa espansional que las justificaba, eran los únicos estorbos capaces de reprimir al tirano. En lo demás creemos haber observado las reglas del arte en cuanto al carácter de esta persona, y cumplido exactamente con el precepto de Horacio:

*Si quid in perpetuum scenae committis, et audeas  
Personam formare novam, seruetur ad finem  
Qualis ab incepto processerit, et sibi constet.*

12. *ACOMETZADE.*—Este personaje, tambien episódico, le hemos dado un carácter de probidad, medio que acaso extrañaran los que están acostumbrados á ver que nuestros dramáticos pintan siempre con colores negros y abominables á todos los sectarios de otras religiones. Pero no hemos querido imitarlos, ni tampoco colocar al lado de Munuza uno de aquellos hombres pestíferos que prostituyen la virtud por conseguir la gracia de los poderosos. Es verdad que al lado de los tiranos se ven frecuentemente los aduladores; pero esta especie de monstruos, si es perjudicial en los palacios, lo es tambien sobre la escena, donde no debe ponerlos el poeta sino cuando puede abatirlos y castigarlos. Con cuánta satisfaccion leerá un corazon virtuoso en nuestra celebre tragedia *El Guzman* (1), los discursos de Abdalla, llenos de aquella pura y sublime filosofía, cuyos principios se aprecian en todos los países, porque están grabados en todos los corazones!

13. Los demás personajes episódicos no merecen nota particular.

14. *La escena en Gijón.*—Hemos fijado la escena en Gijón, porque todos los autores que cuentan los amores de Munuza con la hermana de Pelayo, suponen que Gijón fue el teatro de ellos. Es verdad que no lo fué de la muerte de Munuza, pues este murió en Olalies, perseguido de los mismos asturianos, después de la victoria de Covadonga. Pero para conservar las unidades ha sido preciso adelantar esta muerte, y ponerla en Gijón; licencia poetica, que no carece de ejemplares, y que debe, por consecuencia, disimularse.

15. Se le da á Gijón el título de ciudad, y justamente, porque en aquellos tiempos no solo lo era, sino la capital de Asturias. Ambrosio de Morales asegura que don Pelayo y algunos de sus sucesores se titularon reyes de Gijón, y que el título de reyes de Leon, que se les dió después, se fundó en la equivocacion de los nombres. Lo mismo afirma el maestro Alfonso Sanchez por estas palabras: *Inde Gijonius Reges dicti, et errandi occasio unius litterae Legionis pro Gijonius. (De rebus Hisp., lib. III, cap. II.)*

Véase á Ortiz de Valdes, *Mem. impr. por el principio de Asturias contra las pretensiones de los condes de Noreña.*

16. En el plan original de esta tragedia la escena estaba siempre en el atrio de Munuza; pero después, advertido por persona inteligente de los reparos que podrian oponerse, y deseoso de venir á la verosimilitud, pasé la representacion del segundo y tercer acto á no salir del mismo palacio, con lo que no se interrumpe la unidad del lugar, que solo excluye la mudanza de la escena á largas distancias y diversas poblaciones.

17. *Hoy sufrimos el peso de su yugo.* (Acto 1.º)—Esta expresion debe entenderse solamente de los habitadores de Gijón y otros lugares de la costa, que ocuparon los moros; pero no de toda la provincia de Asturias, pues es constante que la mayor parte de ella quedó libre del yugo sarraceno. (Casella, *Corona de Asturias*, MS.; Trelles, Mariana y Ferreras.)

18. *Que esta princesa.* (Acto 1.º)—Rigorosamente este título no corresponde á Dossinda; pero, siendo preciso darle alguno que conviniere á su condicion, en calidad de descendiente de reyes, le aplicamos el de princesa, autorizado con el uso, y siguiendo el ejemplo de los poetas franceses.

19. *El duque de Cantabria.* (Acto 1.º)—Damos á Pelayo este título, que con efecto tuvo, si creemos al padre Sota, Mariana y otros. Su padre, Favila, fué tambien duque de la region occidental de Cantabria, que comprendia en si parte de las Asturias, y en cuyos estados sucedió Pelayo, después que Witiza privó de ellos y

de la vida á su padre. (Casella, *Corona de Asturias*; Sota, *Crónica de los principes de Asturias y Cantabria*.)

20. *Eudon y Pedro.* (Acto 1.º)—De tres príncipes ó duques de Cantabria hace memoria la historia de estos tiempos.

1.º Eudon, duque de Cantabria y de Aquitania, vencedor del sarraceno en Narbona y padre de una princesa desgraciada, que casó con Munuza, gobernador de Ceitilleria, y de quien ya se habló mas arriba. Este fué hijo y sucesor de Andera. 2.º Pedro, descendiente de Recaredo y padre de don Alonso, primero de este nombre y tercero rey de Asturias, que casó con una hija de Pelayo. 3.º Favila, padre del mismo Pelayo.

Para desvanecer la dificultad que resulta de esta multitud de señores de una misma provincia, dice el padre Sota que estaba entonces la Cantabria dividida en tres soberanías. Una comprendia la region occidental de aquella provincia y parte de Asturias, y en esta dominaron Favila y Pelayo; otra la parte oriental, y esta fué la que poseyó el duque Pedro; en la última, que se componia de los territorios intermedios, sucedió el célebre Eudon á su padre Andera. Como quiera que esto fuese, y prescindiendo ahora de los fundamentos de esta opinion, nadie extrañará que me haya aprovechado de ella en la parte que conduce á mi objeto. (Véase al mismo Sota y á Mariana.)

21. *Desde la triple ara.* (Acto 1.º)—De las aras sextianas han hablado los antiguos como de un edificio digno de la magnificencia romana, y los modernos como de un venerable monumento de la antigüedad. No están de acuerdo los autores sobre el sitio en que se colocaron; pero la mas comun opinion, y apoyada en la tradicion que aun se conserva entre aquellos naturales, se inclina á que estuvieron cerca de Gijón, en un sitio en que hoy se ve una pequeña poblacion, distinguida actualmente con el nombre de Jove; los antiguos y modernos dicen que eran tres. El padre Carballu las describe, y asegura que reconocó en su tiempo algunas reliquias de ellas. Lo mismo Morales, diócese que se llamaban sextianas por haberlas erigido Sexto Apuleyo, general romano, acabada la guerra de Asturias; erigiéronse en nombre de César, y se consagraron á Júpiter. Hace memoria de ellas Pomponio Mela, lib. III, cap. I; Plinio, lib. IV, cap. XX, con todos los modernos.

22. *El fuero de los godos.* (Acto 1.º)—Se indican por estas palabras las leyes de los godos, cuyo código conserva hoy el título de *Fuero juzgo*. La coleccion de estas leyes fué anterior á la irrupcion de los arabes en España, pues se empezó en tiempo de Recesvinto y se perfeccionó en el de Egica. En ellas se castiga con graves penas el rapto y la infraccion de las pactos espansiales. Los primeros reyes de Asturias restablecieron su observancia, que se extendió después á todo el reino de Leon, y aun á algunos pueblos de Castilla; por esto no debe parecer extraño que las reclamasen Rogundo y Dossinda, descendientes de los mismos monarcas que las promulgaron. (Véanse las leyes 2.ª, 3.ª, lit. 1, y la 2.ª del lib. III de dicho código.)

23. *Nuestras cuellus  
Nunca sujetos á un extraño yugo.* (Acto 1.º)

Sin reparo se puede admitir esta asercion, entendida respecto de los asturianos. Los venció Augusto, pero sacudieron tan brevemente el yugo, que apenas tuvieron tiempo para echar menos su libertad. Dudare si los vencieron los godos. Trelles, cap. XIX, dice y trata de probar que no; pero la opinion contraria, que asegura los conquistó Sisibuto, tiene mas padrius, aunque no sé si mejores fundamentos. Como quiera que sea, estos pueblos conservaron siempre su gobierno, sus leyes, sus usos y costumbres. La autoridad de Pablo Emilio es decisiva en este punto. *Tota Hispania (dice) in dittonem sarracenorum venit; praeter astures, et cantabros, qui mortalium ultimi in romanorum dittonem venerunt, et novissimi ab eis defecerunt; et cum Visigothi Hispanis jura darent, nunquam imperatum fuisse, suis semper legibus uti.* (De rebus gestis Franc., lib. II.)

24. *Vuestros fueros  
Yacen, con sus autores, en la tumba.* (Acto 2.º)

Los autores de las leyes que contiene el *Fuero juzgo* fueron los reyes visigodos desde Eurico hasta Egica, y aun hay algunos á que se da el nombre de antiguos, y son acaso las costumbres góticas que recopiló el mismo Eurico. A la formacion de estas leyes concurran desde el tiempo de Recaredo con el Príncipe los grandes y prelados de la nacion, congregados en los concilios de

(1) Tres tragedias corren manuscritas con este mismo título. Hablo de la del señor D. E. R., que es la mejor de cuantas se han escrito hasta ahora en nuestro idioma, y digna del teatro de Alénas.

D. E. R. es don Enrique Ramos. Sabido es que hay ya un nuevo drama, muy superior á todos los anteriores, debido á la pluma del señor don Antonio Gil y Zárate.



Toledo desde el iv hasta el xvi. Al principio se escribieron en latín, la que no ignoró el glosador Villadiego, como aseguran con equivocación los eruditos autores de las instituciones de Castilla; después se tradujeron al castellano, y habiendo sido esto en tiempo de san Fernando, la equivocación de Villadiego consistió en haber creído la traducción coetánea al original, sin advertir que en aquel tiempo no se conocía en España otra lengua que la latina. (Véase el sumario de las leyes que pone Villadiego al frente del *Fuero juzgo*, y la erudita introducción á las instituciones de Castilla.)

25. *Nacidos entre riesgos.* (Acto 2.º)—Esta pintura del carácter, genio y costumbre de los antiguos asturianos es muy conforme á las noticias que tenemos de ellos en Estrabon y en los autores latinos que escribieron la guerra de Cantabria. En tiempo de don Pelayo distarian muy poco el genio y costumbres de aquellos pueblos de los que habian tenido originalmente, pues no habiendo mudado de clima, de gobierno ni de legislación, las demás causas no pudieron haber influido en ellos sino ligeramente; por consecuencia, no pudieron alterarlos. Después acá, el gobierno moderado, la nueva legislación, el comercio con extranjerios, y la cultura de los últimos tiempos, introducida en los países mas retirados, han dulcificado y pulido la rudeza de las primeras costumbres de los asturianos. Pero siempre los distinguieron el pundonor, la buena fe, el amor á su libertad y á su patria, y la constancia en los peligros. Y á pesar del influjo de estas causas extrañas, si se registran con ojos filósofos los rincones de aquella provincia, se hallarán aun en ellos muchos asturianos que son puntuales copias del retrato que hizo Estrabon de sus mayores.

26. *Es de ella indigno  
Quien al buen nombre y fama le prefiere.* (Acto 3.º)

Esta honrada delicadeza con que Rogundo previene las ideas del tirano, y la constancia con que rechaza después sus propuestas, descubren todo el carácter de un noble descendiente de los godos, nacido en un clima templado, y educado bajo un gobierno monárquico y una legislación marcial. Si á presencia de su dama vacilase un solo instante entre la muerte y la renuncia de sus derechos á la mano de Dosinda, sería indigno de los títulos que le aplicamos en este drama.

27. *Vieron llegar al duque de Cantabria.* (Acto 3.º)—Porque alguno puede creer que Pelayo sale muy tarde á la escena, es preciso dar aquí las razones que hemos tenido para retardar tanto su salida. Suponemos al espectador con una suma inquietud, nacida del deseo de su arribo, y del temor de que no llegue á tiempo. El peligro de Rogundo, y la suerte de Dosinda deben interesarle igualmente, y por lo mismo la incertidumbre en que está de la vuelta de Pelayo, confusamente anunciada por Suero, debe excitar una grande inquietud en los corazones.

28. Preso Rogundo, y destinado al suplicio, queda Dosinda sin recurso, y el tirano sin estorbos. Si la resistencia de aquella es uo, lo es muy débil. Trata Munuza de removerle con ruegos, aunque en vano; le ofrece una corona, y la recusa; por último, le

propone el perdón y la vida de su esposo en premio de su condescendencia. Pero despreciando el mismo Rogundo este partido, va á completar Munuza sus crueles designios. ¿Adónde (dirá entre tanto el espectador) se entretiene Pelayo? Este Pelayo, que será el protector de la inocencia perseguida, de la virtud atropellada, del honor oprimido... ¿Qué otra situación hubiera sido oportuna para el arribo de Pelayo? A su arribo todo muda de aspecto, y el espectador, sin perder su primer interés, entra en nueva curiosidad, y empieza á interesarse en la persona de Pelayo, á observar su conducta, y á esperar con inquietud el progreso y término de toda la acción.

29. *Que el hijo de Favila.* (Acto 3.º)—El cronicon de Albelda hace á don Pelayo hijo de don Bermudo; pero es una clara equivocación, que no atribuímos al autor, sino al copiante; todos los demás escritores, antiguos y modernos, le hacen hijo de aquel Favila de quien ya hemos dado noticia en la nota del número 19.

30. *Sobre un luciente escudo.* (Acto 4.º)—Los godos, después de haber elegido rey, hacían con él una solemne elevación. Esta ceremonia se ejecutaba en el campo, donde poniendo al nuevo rey sobre un escudo, le levantaban en alto á vista de todo el ejército, entre el ruido de las aclamaciones públicas y al son de los instrumentos militares. (Casiodoro, lib. x, cap. xxxi; Valenzuela, *discurso sobre la introducción de los godos en España, su elección, coronación*, etc., MS.)

31. *A aloror su sepulcro.* (Acto 4.º)—El sepulcro de Mahoma se ve aun hoy día en uno de los ángulos de la gran mezquita de Medina, adonde hacen frecuentes peregrinaciones los sectarios de aquel impostor.

32. *Del hueco de las tumbas.* (Acto 5.º)—No faltará algun escrupuloso que culpe el extremo á que llega en este lugar el dolor de Dosinda, ó el entusiasmo del poeta, que le hace ver y oír las sombras de los inocentes muertos á mano de Munuza. Pero este pasaje tiene á su favor tantos ejemplares en los poetas antiguos y modernos, que nadie podrá culparle sin temeridad. La Alceste de Eurípides, cercana á la muerte, dice á su marido que está oyendo las voces de Caron, que llega á buscarle en su funesta barca. La Fedra de Racine ve desplomada la urna de Minos sobre su cabeza. La Ciane de D. C. M. T. oye tambien desde Siracusa los ladridos del Cerbero y el ruido de los remos de la barca de Aqueronte. El Edipo de M. V. corre por la escena, huyendo de las furias que le persiguen. Estos y otros ejemplos, igualmente ilustres, son bastantes para probar que tiene tambien sus éxtasis el dolor.

33. *Muere, infame.* (Acto 5.º)—Uno de los defectos que se achacan en el día á nuestros dramáticos es esta concurrencia de ideas unívocas en dos distintas personas á un mismo tiempo. Confieso que sobre este punto han llevado la ridiculez hasta el extremo algunos autores cómicos. Pero la primera regla del poeta en esta materia, como en todas las de su resorte, es la imitación de la naturaleza. Si alguno creyese que no es conforme á ella lo que hablan Munuza y Rogundo, Dosinda y Achmet en la situación supuesta, consiento desde luego en que se me haga el mismo cargo que se ha hecho á otros malos poetas.



# EL DELINCUENTE HONRADO.

(COMEDIA.)

---

## ADVERTENCIA

PUESTA POR EL AUTOR AL FRENTE DE UNA EDICION QUE HIZO DE ESTA COMEDIA EN MADRID EL AÑO DE 1787 CON EL CARÁCTER DE ANÓNIMO, QUE PUEDE SERVIR DE HISTORIA DE LA MISMA.

UNA disputa literaria, suscitada en cierta tertulia de Sevilla á principios del año de 1775, produjo la comedia que ahora damos á luz. A poco tiempo de escrita, pasó confidencialmente á las manos de un amigo del autor, y muy luego á la noticia de otros muchos, por una de aquellas casualidades que suelen evaporar los secretos de literatura mas bien guardados. En 1774 se representó por la primera vez en el teatro de Aranjuez ó de San Ildefonso, y de allí fué trasplantada á los demás de España, donde siempre se recibió con general aplauso.

Para acomodarla al gusto del pueblo, segun decia, la puso en verso, la añadió y desfiguró cierto ingenio de esta corte; y aun así, fué aplaudida sobre las tablas de Madrid. Con mejor suerte siguieron despues el mismo empeño otros dos ingenios de Madrid y Granada; y aunque mas fieles á las ideas que metrificaron, todavia no pudieron conservar aquella energía, aquel calor que brillan en la dición y en el diálogo del original.

Pero la escena de Cádiz dobló mas justamente el crédito de este drama en 1777, ya por los elogios con que le honraron los cultos extranjeros establecidos en aquella plaza, y ya por la fortuna de hallarse entre ellos un ilustre viajero, que le tradujo al francés, y le hizo representar en 23 de octubre de aquel año por la compañía y en el teatro de su nacion. En 1778 se trabajaba en Sevilla otra version al alemán, y si hay fe en las relaciones de viajes, en 1779 estaba tambien traducido al inglés, y admitido ya en los teatros de la Gran Bretaña.

No producimos estos hechos para probar que el *Delincuente* sea una excelente comedia, sino para tejer su historia y llenar las obligaciones anejas al cargo del editor. Creemos, sin embargo, que un aplauso tan uniforme, tan general y tan constantemente sostenido, prueba á lo menos que esta es una de aquellas comedias que interesan y agradan á todo el mundo; y ora se deba esta ventaja á la buena eleccion de su fábula, ora al acierto con que ha sido conducida, ¿quién nos podrá negar que hacemos un servicio al público en presentársela bien impresa y fielmente corregida?

Otra razon mas decisiva podemos añadir en abono de nuestro celo, y es, que la misma aceptacion con que el público de España recibió el *Delincuente*, sugirió la idea de publicarle á uno de aquellos impresores aventureros que andan siempre á caza de obras expósitas, librando sobre el crédito de ellas la ganancia que nunca podrian esperar del de sus prensas. Apareció, en efecto, el *Delincuente* impreso en Barcelona; ¡válgame Dios, y cuán desfigurado! Dígalo quien tuviere la paciencia de cotejar aquella edicion con la presente. Mas ¡qué mucho que lograrse tan mala suerte en unas manos que antes habian afeado otras bellas composiciones, de que justamente se gloriaban las musas españolas!

Ahora damos esta comedia al público, no solo corregida, sino tambien completa, y tal cual ha salido de las manos de su autor. Con ella presentamos dos cartas, sacadas de la correspondencia de éste con el ilustre traductor francés, que andaban unidas al manuscrito que tuvimos á la vista;

y creemos que, completando así su historia, nos hacemos mas y mas acreedores á aquella pequeña alabanza á que puede únicamente aspirar un simple editor.

¡Ojalá que este celo no ofenda la delicadeza del autor, á quien el empeño de ocultar su nombre hizo tolerar en silencio la horrible corrupeion que sufrió su obra en las prensas de Cataluña! Pero una reflexion nos ha tranquilizado, y es que el deseo de ofrecer al público en toda su pureza una obra tantas veces aplaudida y tan horriblemente desfigurada, no puede merecer su desaprobacion.

Por otra parte, si es cierto que hay una especie de propiedad en los escritos y en las ideas que cada uno ordena para su uso privado, y que es un injusto violador de este derecho quien los publica á hurtadillas de su autor, también lo es que cuando los escritos se han hecho comunes por medio de la prensa, á nadie se ofende en reproducirlos y multiplicarlos; y que quien lo hace para mejorarlos, mas que de reprension, es digno de agradecimiento.

No obstante, temporizando con la modestia del autor, ocultaremos su nombre, y en recompensa de la alabanza que tan generosamente renuncia, le ofreceremos este obsequio, tan debido á su moderacion como á sus talentos.

## CARTA

DIRIGIDA AL AUTOR POR EL ABATE DE VALCHRETIEN, HACIÉNDOLE ALGUNAS OBSERVACIONES  
SOBRE ESTA CONEDIA.

MONSIEUR : La crainte de ne pas m'expliquer aussi clairement que je le désire, m'engage, en vous écrivant, de le faire en français, qui est ma langue naturelle. Je vous prie d'excuser ma liberté, et d'accueillir avec bonté la demande que j'ai á vous faire.

Curieux de m'instruire pendant mon séjour en Espagne, et de connoître surtout où en est la littérature dans ce royaume, je fréquentois le spectacle, et lorsque je sçavois qu'on représentoit quelque comédie, dont le titre paroissoit intéresser, je ne manquois pas de m'y rendre. Trois mois se sont écoulés sans que mes observations aient été bien favorables au théâtre de vótre nation; et je vous avoue que je le crois bien reculé encore dans ce genre essentiel, où les français, les anglais et les italiens ont fait de si rapides progrès. Il faudroit plusieurs hommes comme vous, Monsieur, pour accélérer ceux des espagnols, et les mettre de niveau avec leurs voisins.

Je vis afficher il y a quelque temps le *Delincuente honrado*, drame dont vous êtes l'auteur, et qui feroit honneur á ceux des français et des anglais qui ont le mieux réussi dans ce genre. Je crus d'abord que ce pourroit être la traduction ou l'imitation d'une comédie française, qui a pour titre *L'honnête criminel*; mais je fus agréablement surpris en voyant que votre pièce est absolument originale, y voyant surtout qu'elle diffère totalement de toutes celles que j'ai entendu représenter sur votre théâtre, où l'on méconnoit presque toujours l'unité de l'action, celle du lieu et souvent la vraisemblance. La vótre m'inspira un intérêt si vif, que je courus la revoir, et que j'ai fini par la lire avec le même plaisir, et en lui donnaut les mêmes éloges. Je parlai de tout celá á quelques personnes de cette ville, qui ont goûté comme moi la lecture et la représentation de ce drame, et auxquels je fis convenir que le théâtre français se feroit honneur de le posséder. On m'engage á le traduire, et je l'ai fait. Je ne puis me flatter d'avoir fait passer dans notre langue toutes les beautés, toutes les graces de l'espagnol; mais j'ose me promettre au moins que les acteurs de la comédie française ne vous feront point le tort que vous recevez des comédiens espagnols. J'ose vous assurer qu'il faut tout l'intérêt des situations, toute la beauté du dialogue pour ne pas cesser de se plaire á la représentation de cette pièce. La plupart des acteurs espagnols sont froids, manquent de mémoire, pèchent du côté du geste, et ignorent l'art de la déclamation. Il en faut bien moins, je crois, pour faire disparaître l'intérêt d'une pièce et dégouter l'auditeur. Quoiqu'il en soit, je suis au moment de distribuer les rôles aux français, mais j'attendrai pour celá la réponse á la question que j'ai á vous faire.

Quel est, je vous prie, le vrai caractère que vous avez voulu tracer dans le rôle de *don Simon, corregidor*? Il m'a paru tantôt un bon-homme, d'un esprit assez borné, et tantôt un homme de



bon sens. S'il m'étoit permis de vous faire quelques observations, elles tomberoient en partie sur ce caractère, qui est excellent, et neuf peut-être au théâtre. Vous savez qu'il est essentiel que tout personnage soutienne jusqu'au bout le caractère qu'on lui impose; il m'importe d'ailleurs, à raison de la différence des langues, de connoître votre intention à ce sujet. S'il est possible que vous me donniez quelque détail là-dessus, je voudrais bien que ce pût être par le courrier prochain. Monsieur don José Artecona, qui veut bien avoir la bonté de vous faire passer ma lettre, m'a donné déjà quelques documents dont je suis très-reconnoissant. Il m'a parlé de vous, Monsieur, avec les éloges que vous méritez; et je voudrais bien être à portée de vous témoigner de vive voix tous les sentimens d'estime et d'admiration qu'inspirera votre ouvrage à tous ceux qui le liront. Je tiens à honneur d'en faire présent à ma nation, qui m'en saura gré certainement. Agréez, je vous prie, Monsieur, l'assurance du sincère et respectueux attachement avec le quel j'ai l'honneur d'être, — Monsieur, — Votre très-humble et très-obéissant serviteur. — A Cadix, le 8 septembre 1777.

P. S. Je dois vous dire au reste, Monsieur, qu'à raison de nos usages particuliers et de notre extrême délicatesse, j'ai été obligé de changer une grande partie de pantomime dans le cinquième acte. Le dénouement ne seroit pas assez rapide sur notre scène, et languiroit trop: votre pièce est trop bonne pour lui laisser aucun défaut.

### CONTESTACION A LA CARTA ANTERIOR.

Muy señor mio: Acabo de recibir la apreciable carta de usted de 8 del corriente, y lleno de reconocimiento á las honras que en ella me dispensa, paso á satisfacer sus dudas, tomándome también, para ser mas claro, la licencia de escribir en mi lengua.

*Scimus, et hanc veniam petimusque, damusque vicissim.*

Si no me engaño, el carácter de don Simon de Escobedo está delinido en una sentencia con que remata la escena tercera del tercer acto de mi *Delincuente*. *Este hombre*, dice allí don Justo, *tiene muy buen corazon, pero muy malos principios*. Yo haré una explicacion de la idea que envuelve esta sentencia, y de los accidentes con que está adornado el personaje de nuestro viejo.

Siendo el objeto de este drama descubrir la dureza de las leyes, que, sin distincion de provocado y provocante, castigan á los *duelistas* con pena capital, me pareció conveniente introducir en la accion dos personajes de una misma profesion, pero de diverso carácter, para que, haciendo reciproco contraste uno á otro, realzasen el interés de la misma accion, y ofreciendo muchas y varias situaciones, mantuviesen al espectador en una ordenada alternativa de sentimientos.

A este fin di el primer lugar á un magistrado filósofo, esto es, ilustrado, virtuoso y humano. Ilustrado, para que conociese los defectos de las leyes; virtuoso, para que supiera respetarlas, y humano, para que compadeciese en alto grado al inocente que veía oprimido bajo de su peso. Tal es don Justo; penetra todo el rigor de la legislacion en cuanto á *desafios*, y le respeta; palpa la inocencia de don Toreuato, y le condena; ve la preocupacion del Gobierno contra los *duelos*, y representa y clama en favor de un *duelista*.

Don Simon es todo lo contrario. Esclavo de las preocupaciones comunes, y dotado de un talento y de una instruccion limitados, aprueba sin conocimiento cuanto disponen las leyes, y reprueba sin exámen cuanto es contrario á ellas. Respétalas como leyes, y no como leyes buenas. Cree que los magistrados no son justos si no son sangrientos, y que la pena de los *duelistas* es siempre justa. Pero por otra parte intercede por un *duelista*, y cree que está en manos del magistrado no obrar segun las leyes. Es duro y cruel por ignorancia, blando y flexible por genio; y en el mismo punto en que juzga que su yerno es un ingrato, un engañador, un asesino, se le ve tomar á su cargo su defensa; esto es, la defensa de su ofensor. Si alguna vez, herido de la punta de un agravio, se le oye prorumpir en quejas sensatas, luego su conducta y sus razonamientos descubren su inconstancia. En fin, es siempre frivolo, siempre chocarrero y siempre importuno.

Yo pudiera haberle pintado con todos sus defectos, y hacerle además de un genio duro é inflexible; pero este personaje entonces no hubiera tenido tanta novedad ni tanta gracia; no lu-



biera hecho tan buen contraste con el de don Justo; hubiera irritado al espectador, y dado menos lugar á la variedad de las situaciones.

Con esto he respondido al reparo que usted indica con mucha urbanidad. Es cierto que Horacio quiere que el poeta conserve siempre á sus personas el carácter que les hubiese atribuido al principio :

. . . . . *scrvetur ad imum*  
*qualis ab incepto processerit, et sibi constet.*

Pero esta regla no exige que el personaje sea inalterable, sino que no pierda su carácter. No excluye aquella alteracion que las situaciones presentes pueden causar en sus sentimientos, sino aquella que supone un cambio absoluto de índole é ideas. El frívolo puede parecer grave por un instante, cuando algun poderoso sentimiento lije su liviandad, y el cruel sentir la compasion á vista de un objeto digno de ella; pero ambos volverán despues á su carácter, el uno á su crueldad y el otro á su inconstancia. Las pasiones alteran momentáneamente la índole de los hombres, pero no la destruyen; y esta alteracion, que no es contraria á la naturaleza, nunca lo será al arte, que la remeda, ni á la ilusion, que es su primer objeto.

A pesar de lo dicho, estoy muy léjos de pretender que el personaje de don Simon ni los demás del *Delincuente* guarden todo el decoro y toda la conseeuencia que exige la dramática. Escrita esta pieza con precipitacion, y no corregida ni limada detenidamente, podrá muy bien ser defectuosa; yo lo creo así; y no solo espero de usted que la corrija en su traduccion, sino que le ruego lo haga. De la gloria que resultare al autor original, será usted principal acreedor, y yo participante; con que intereso no menos que usted en que la traduccion salga perfecta.

Séame lícito ahora decir alguna cosa en defensa de mis compatriotas, á quienes supone usted muy atrasados en punto de poesía dramática, á la verdad sin mucha razon, aunque con alguna disculpa.

Del buen ó mal gusto de una nacion no deben decidir las ideas del vulgo, sino las de las personas cultas y literatas. En todas partes el vulgo es ciego y mal estimador de las cosas que no conoce; y yo juzgo que la diferencia entre una nacion generalmente culta, y otra que no lo es aun del todo, no consiste en que la primera tenga buen gusto, y la segunda no, sino en que en la una el buen gusto esté mas propagado que en la otra; ó, lo que viene á ser lo mismo, que en una haya mas vulgo y en otra menos.

Así, si en lugar de juzgar de nuestros dramas por la escena, se hubiera usted dirigido á quien le señalase las mejores comedias de Calderon, Moreto, Zamora y Cañizares, hallaria en ellas cosas excelentes y dignas del mas encarecido elogio. Estas son las que alaban nuestros literatos, pero las alaban sin desconocer sus defectos, y están muy léjos de compararlas á los pocos, poquísimos dramas perfectos que poseen otras naciones. Justos apreciadores del mérito, aplauden las obras excelentes y vituperan las despreciables; hacen justicia á unas y otras, y entre tanto conservan religiosamente el depósito del buen gusto, mientras llega el feliz momento de comunicarle al pueblo.

Si no se clama abiertamente contra el mal gusto del vulgo, esto debe atribuirse á otras causas que, aunque remotas, no por eso influyen menos en la necesidad de tolerarle. Los que le defienden son mas en número, están bien hallados con él, se burlan de los que piensan de otro modo, y los señalan con el dedo. En fin, entre ustedes, quien combate las preocupaciones comunes es un hombre celoso; entre nosotros suele pasar por entusiasta. Pero esto pasará. La luz de la ilustracion no tiene un movimiento tan rápido como la del sol; pero cuando una vez ha rayado sobre algun hemisferio, se difunde, aunque lentamente, hasta llenar los mas lejanos horizontes; y, ó yo conozco mal mi nacion, ó este fenómeno va ya apareciendo en ella.

Otra razon hay para que el mal gusto triunfe por mas largo tiempo sobre nuestro teatro. La profesion histriónica está entre nosotros en el último desprecio, y se ejerce en casi todo el reino por personas de infima extraccion, sin cultura, sin educacion y sin conocimientos algunos. Los teatros de las provincias están dirigidos por otras personas, á quienes el interés y la avaricia gobierna enteramente. Conocen el mal gusto del vulgo, y no pretenden reformarle, sino ponerle á logro. El Gobierno mira con abandono un ramo de policía combatido en los púlpitos, desestimado de las personas austeras, y nada favorecido de las que no lo son. Vea usted aquí por qué no hace progresos el teatro, y por qué continúa tratado con tanto descuido, como si en su reforma no in-

teresas en la gloria y las costumbres de la nacion. Pero sobre este abandono lloran en silencio las musas y sus amadores, y alguna vez se oyen sus gritos clamando contra la preocupacion, que al fin han de vencer y desterrar.

Ni crea usted que el *Delincuente* es la única cosa que ha producido la imitacion de los buenos modelos. Yo conozco, y pudiera citar algunos dramas del mismo género escritos modernamente, que tienen un mérito muy sobresaliente; pero sus autores los guardan con mas cuidado que el que yo tuve con el mio, y se libran de muchas desazones, que á mi me ha costado su publicacion. Conocen que no ha llegado aun el momento de entregar al público estos testimonios de sus útiles tareas, y se contentan con esperarle, fiando su desagravio á la posteridad.

Concluyo con tres súplicas, que dirijo á usted con el mayor encarecimiento. Primera: que pues en poder del amigo don Ramon Carlos de Miera existe una copia del *Delincuente*, mas completa y correcta que la que sirve al teatro, tenga usted la bondad de arreglar á ella su traduccion. Segunda: que haga siempre un misterio de mi nombre, sin fijarle en ninguna copia de su traduccion, y mucho menos si la diere á la prensa. Tercera: que me haga el favor de franquear al mismo señor Miera esta traduccion, para que yo tenga el gusto de leerla y de copiarla.

En lo demás debe usted vivir seguro de mi gratitud al singular honor que me ha hecho en creer esta obrilla digna del aprecio de su nacion, y en encargarse de comunicarsela. Conozco que ganará en este cambio, adquiriendo gracias y perfecciones que no tiene, y que al fin elevarán al *Delincuente* á un grado de estimacion, que no mereceria sin el trabajo de usted.

¡Ojalá pueda yo acreditarle esta gratitud con testimonios mas infalibles! Viva usted seguro de ella, como del sincero afecto con que quedo su muy reconocido y obligado servidor, que sus manos besa. — Sevilla, 15 de setiembre de 1777. — Señor...

# EL DELINCUENTE HONRADO.

Es cosa muy terrible castigar con la muerte una accion que se tiene por honrada.

(Acto I, escena v.)

## INTERLOCUTORES.

DON JUSTO DE LARA, *alcalde de casa y corte.*

DON SIMON DE ESCOBEDO, *corregidor de Segovia y padre de*

DOÑA LAURA, *viuda del marqués de Montilla, y esposa actual de*

DON TORCUATO RAMIREZ, *hijo natural, desconocido, de don Justo.*

DON ANSELMO, *amigo de don Torcuato.*

DON CLAUDIO, *escribano, oficial de la sala.*

DON JUAN, *mayordomo de don Simon.*  
FELIPE, *criado de don Torcuato.*

EUGENIA, *criada de doña Laura.*

UN ALCALDE, DOS CENTINELAS, TROPA  
Y MINISTROS DE JUSTICIA.

*La escena se s. pone en el alcázar de Segovia.*

## ACTO PRIMERO.

El teatro representa el estudio del Corregidor, adornado sin ostentacion. A un lado se verán dos estantes con algunos libretos viejos, todos en gran folio y encuadernados en pergamino. Al otro habrá un gran bufete, y sobre él varios libros, procesos y papeles. Torcuato, sentado, acaba de cerrar un pliego, le guarda, y se levanta con semblante inquieto.

### ESCENA PRIMERA.

TORCUATO.

No hay remedio; ya es preciso tomar algun partido. Las diligencias que se practican son muy vivas, y mi delito se va á descubrir... ¡Ay, Laura! ¿qué dirás cuando sepas que he sido el matador de tu primer esposo? ¿Podrás tú perdonarme?... Pero mi amigo tarda, y yo no puedo sosegar un momento. (*Vuelve á sentarse, toma un libro, empieza á leer, y le deja al punto.*) Este ministro que ha venido al seguimiento de la causa es tan activo... ¡Ah! ¿Dónde hallaré un asilo contra el rigor de las leyes?... Mi amor y mi delito me seguirán á todas partes... Pero Felipe viene.

### ESCENA II.

FELIPE.—TORCUATO.

FELIPE.

Señor.

TORCUATO.

Pues ¿y don Anselmo?

FELIPE.

Viene al instante. ¡Oh, qué trabajo me costó despertarle! Cuando entré en su cuarto estaba dormido como un tronco; pero le hablé tan récio, metí tanta bulla y di tales tirones de la ropa de su cama, que hubo de volver de su profundo letargo, y me dijo que venia corriendo. Ya yo me volvía muy satisfecho de su respuesta, cuando veo que, dando una vuelta al otro lado, se echó á roncar como un prior; con que me quité de ruidos, y con grandísimo del tiento le fuí poco á poco incorporando; le arimé las calcetas, ayúdeme á

vestirse, y gracias á Dios, le dejo ya con los huesos en punta.

TORCUATO.

Muy bien. ¿Y has sabido si tendremos carruaje?

FELIPE.

¿Carruaje? Cuantos pidais. Mientras la corte está en San Ildefonso, no hay cosa mas de sobra en Segovia; pero, como yo no sabia dónde era nuestro viaje, no me atreví á ajustar alguno. Si vamos á Madrid, tendremos retornos á docenas. El coche que trajo al alcalde de corte aun no se ha ido, y se podrá ajustar barato. ¡Ah, Señor! (me acuerdo ahora por el alcalde de corte), ¿no sabeis lo que hay de nuevo?... (*Torcuato nada le responde.*) Acaban de traer á la cárcel á Juanillo, el criado del Marqués. (*Torcuato se inmuta.*) ¡Pobrete! Ahora tendrá que confesar de plano, si no quiere cantar en el ansia. Dicen que sabe cuanto pasó en el desafio de su amo. Par diez, él será muy tonto en no desembuchar cuanto ha visto.

TORCUATO.

(*Ap.* Ya el riesgo es mas urgente)... Felipe.

FELIPE.

Señor.

TORCUATO.

Haz que mis vestidos se pongan en los baules; á Eugenia que te entregue toda mi ropa blanca; y date prisa, porque nuestro viaje es pronto, y durará algunos dias.

FELIPE. (*Ap.*)

Aquí hay algun misterio. (*Anda por el cuarto, poniendo en órden los muebles, y recogiendo alguna ropa de su amo que habrá sobre ellos.*)

TORCUATO.

Aun no parece Anselmo... (*Sacando el reloj.*) Las siete y cuarto. ¿Qué tardo pasa el tiempo sobre la vida de un desdichado!

FELIPE. (*Sin dejar su ocupacion.*)

¡Tan recien casado hacer un viaje!... ¡Él está tan triste!... ¿Qué diablos tendrá?

TORCUATO.

Acaso juzgará intempestiva mi resolucion. ¡Ah! no sabe toda la afliccion de mi alma.



FELIPE. (*Mirando á su amo.*)

¡Tiene un genio tan reservado!...

TORCUATO.

Ya parece que viene.

FELIPE.

No quiero interrumpirlos.

TORCUATO.

Cuidado con lo que te tengo prevenido. Si álguien me buscare, que no estoy en casa, y si don Simon preguntase por mí, que estoy escribiendo.

### ESCENA III.

ANSELMO. — TORCUATO.

ANSELMO.

A fe, amigo mío, que me has hecho bien mala obra. ¡Dejar la cama á las siete de la mañana!... Hombre, no lo haría ni por una duquesa; mas tu recado fué tan ejecutivo... (*Después de alguna pausa.*) Pero, Torcuato, tú estás triste... Tus ojos... Vaya, ¿apostemos á que has llorado?

TORCUATO.

En mi dolor apenas he tenido ese pequeño desahogo.

ANSELMO.

¿Desahogo las lágrimas?... No lo entiendo. Pues qué, ¿un hombre como tú no se correría...

TORCUATO.

Si las lágrimas son efecto de la sensibilidad del corazón, ¿desdichado de aquel que no es capaz de deramarlas!

ANSELMO.

Como quiera que sea, yo no te comprendo. Torcuato, tus ojos están hinchados, tu semblante triste, y de algunos días á esta parte noto que has perdido tu natural alegría. ¿Qué es esto? Cuando debieras... Hombre, vamos claros; ¿quieres que te diga lo que he pensado? Tú acabas de casarte con Laura, y por más que la quieras, tener una mujer para toda la vida, sufrir á un suegro viejo é impertinente, empezar á sentir la falta de la dulce libertad y el peso de las obligaciones del matrimonio, son sin duda para un joven graves motivos de tristeza; y ve aquí á lo que atribuyo la tuya. Pero, si esta es la causa, tú no tienes disculpa, amigo mío, porque te la has buscado por tu mano. Por otra parte, Laura es virtuosa, es linda, tiene un genio dócil y amable, te quiere mucho; y tú, que has sido siempre derretido, creo que no la vas en zaga. Sobre todo (*viendo que no le responde*), Torcuato, tú no debes afligirte por frioleras; goza con sosiego de las dulzuras del matrimonio; que ya llegará el día en que cada cual tome su partido.

TORCUATO.

¡Ay, Anselmo! Esas dulzuras, que pudieran hacerme tan dichoso, se van á cambiar en pena y desconsuelo; yo las voy á perder para siempre.

ANSELMO.

¿A perderlas? Pues ¿qué?... ¡Ah! (*Dándose una palmada en la frente.*) Ahora me acuerdo que tu criado me dijo no sé qué de un viaje... Pero yo estaba tan dormido...

TORCUATO.

Tú eres mi amigo, Anselmo, y voy á darte ahora la última prueba de mi confianza.

ANSELMO.

¡Pues sea sin preámbulos, porque los aborrezco. ¿Puedo servirte en algo? Mi caudal, mis fuerzas, mi vida, todo es tuyo; dí lo que quieres, y si es preciso...

TORCUATO.

Ya sabes que fui autor de la muerte del marqués de Montilla, y que este funesto secreto, que hoy llena mi vida de amargura, so conserva entre los dos.

ANSELMO.

Es verdad; pero en cuanto al secreto no hay que recelar. Tú sabes también cuánto hice con Juanillo, el criado del Marqués, para alejar toda sospecha; pues aunque solo tenía algunos antecedentes del desafío, yo le gratifiqué, le traspuse á Madrid, donde nadie le conoce, y mi amigo, el marqués de la Fuente, está encargado de observar sus pasos. No; léjos de pensar en ti ese bribon, tal vez creerá... Pero no hablemos de eso, porque no es posible...

TORCUATO.

¡Ay, Anselmo, cuánto te engañas! Ese criado está ya en las cárceles de Segovia.

ANSELMO.

¿Cómo? ¿Juanillo? ¿Juanillo!... Pero ¿el Marqués no me avisaría?...

TORCUATO.

Tal vez no lo sabe, porque todo se ha hecho con el mayor secreto. Desde que de orden del Rey vino á continuar la causa el alcalde don Justo de Lara, es infinito lo que se ha adelantado. Aun no há seis días que está en Segovia, y quizá sabe ya todos los lances que precedieron al desafío. Él tomó por sí mismo informes y noticias, examinó testigos, practicó diligencias, y procediendo siempre con actividad y sin estrépito, logró descubrir el paradero de Juanillo, despachó posta á Madrid, y le hizo conducir arrestado. Antes de su arribo vivíamos sin susto. El Alcalde mayor, que previno esta causa, se afaná mucho al principio por descubrir el agresor; pero solo pudo tomar algunas señas por aquellos soldados que nos vieron reñir; y contentándose con despachar las requisitorias de estilo, cesó en la continuación del sumario y le dejó dormir. Pero la corte, que cuando el desafío, estaba, como ahora, en San Ildefonso, esperaba con ansia las resultas de este negocio. Las recientes pragmáticas de duelos, las instancias de los parientes del muerto, y la cercanía de esta ciudad al sitio, interesaron al Gobierno en él, y de aquí resultó la comision de este ministro, cuya actividad... ¿Quién sabe si á la hora de esta mi nombre... Ya ves, Anselmo, que en tal conflicto no me queda otro recurso que la fuga. Estoy determinado á emprenderla; pero no le he querido hacerlo sin avisarte.

ANSELMO.

Cuanto me dices me deja sorprendido. Estaba yo tan descuidado en este punto... Pero Juanillo ignora absolutamente que tú fueses el matador de su amo... ¿Y quién sabe si esta ausencia precipitada hará sospechar?... Por otra parte, la fuga es un recurso tan arriesgado... tan poco honroso...

TORCUATO.

¿Y piensas tú que cuando recurro á ella lo hago por evitar el castigo? ¡Ah! en el conflicto en que me hallo,

la muerte fuera dulce á mis ojos. Pero si se descubre mi delito, ¿cómo sufriré la presencia de don Simon, mi bienhechor, á quien ofendi tanto; la de Laura, á quien hice verter tan tiernas lágrimas sobre el sepulcro de su esposo, y á quien despues hice el atroz agravio de ocultarle mi delito? ¡Ah! yo llené sus corazones de luto y desconsuelo, yo desterré de esta casa el gusto y la alegría, y yo, en fin, turbé la paz de una familia virtuosa, que sin mi delito, gozaria aun del sosiego mas puro. Este remordimiento llenará mi alma de eterna amargura. Sí, amigo mio, lejos de Laura y de su padre, buscaré en mi destierro el castigo de que soy digno, y al fin me hallará la muerte donde nadie sea testigo de mi perfidia y mis engaños.

ANSELMO.

¡Ay, Torcuato! el dolor te enajena y te hace delirar. ¿Qué quiere decir «mi delito, mi perfidia, mis engaños»? ¿Acaso lo que has hecho merece esos nombres? Es verdad que has muerto al marqués de Montilla; pero lo hiciste insultado, provocado y precisado á defender tu honor. Él era un temerario, un hombre sin seso. Entregado á todos los vicios, y siempre enredado con tahures y mujercillas; despues de haber disipado el caudal de su esposa, pretendió asaltar el de su suegro, y hacerte cómplice en este delito. Tú resististe sus propuestas, procuraste apartarle de tan viles intentos, y no pudiendo conseguirlo, avisaste á su suegro para que viviese con precaucion; pero sin descubrirle á él. Esta fué la única causa de su enojo. No contento con haberte insultado y ultrajado atrocemente, te desafió varias veces. En vano quisiste satisfacerle y templarle; su temeraria importunidad te obligó á contestar. No, Torcuato, tú no eres reo de su muerte; su genio violento le condujo á ella. Yo mismo vi que mientras el Marqués, como un leon furioso, buscaba tu corazon con la punta de su espada, tú, reportado y sereno, pensabas solo en defenderte; y sin duda no hubiera perecido, si su ciego furor no le hubiese precipitado sobre la tuya. En cuanto á tu silencio, ¿no me has dicho que don Simon, prendado de tu juiciosa conducta, movido de su antigua amistad con tu tia, doña Flora Ramirez, y cierto de tu inclinacion á Laura, te la ofreció en matrimonio? ¿Hiciste otra cosa que aceptar esta oferta? Y qué, despues de lo que debes á esta familia, ¿pudieras despreciarla sin agraviar al amor, al reconocimiento y á la hospitalidad? No, amigo mio, no; tú tomarás el partido que te acomode, pero tu interior debe estar tranquilo.

TORCUATO. (*Con viveza.*)

¿Tranquilo despues de haber engañado á Laura? ¡Ah! su corazon no merecia tal perfidia. Yo le entregué una mano manchada en la sangre de su primer esposo, le ofrecí una alma sellada con el sello de la iniquidad, y le consagré una vida envilecida con el reato de este crimen, que me hace dendor de un escarmiento á la sociedad y siervo de la ley. ¿Qué de agravios contra el amor y la virtud de una desdichada! No, Anselmo, yo no podré sufrir su vista; no hay remedio, voy á ausentarme de ella para siempre.

ANSELMO.

Amigo mio, yo no puedo aprobar un partido tan pe-

ligroso; pero si tú estás resuelto á marchar, yo debo estarlo á servirte. ¿Quieres que te siga? Que vayamos juntos hasta los desiertos de Siberia? Quieres...

TORCUATO.

No, Anselmo; conviene que te quedes. Yo necesito aquí de un fiel amigo, que me envíe noticias de mi esposa, y se las dé de mi destino. No porque piense en ocultar á Laura mi resolucion, no; este nuevo engaño me haria indigno de su memoria y de la luz del dia. Aunque haya de serle amarga la noticia de mi separacion, quiero que la deba á mi franqueza y fidelidad, y remediar de algun modo mis antiguas reservas.

ANSELMO.

Pues bien; ¿y cuándo piensas...

TORCUATO.

Despues de comer. He pretextado un viaje de pocos dias á Madrid para deslumbrar á mi suegro, y aun no le dije cosa alguna. En cuanto á mis intereses y negocios, este pliego te dirá lo que debes hacer. Contiene una instruccion puntual conforme á mis intenciones, y un poder general, de que podrás valerte cuando llegare el caso. Sobre todo, querido amigo, te recomiendo á Laura. En ella te dejo mi corazon; procura consolarla... ¡Ah! ¿cómo podrá consolarse su alma desdichada?

ANSELMO. (*Enternecido.*)

Mi buen amigo, lejos de tí, tambien yo habré menester de consuelo, y no le hallaré en parte alguna. ¿Cuánto me duele tu amarga situacion! ¿Qué amigo, que consolador, qué compañero voy á perder con tu ausencia! Pero te has empeñado en alligirnos... En fin, cuenta con mi amistad y con el puntual desempeño de tus encargos. ¡Ah, si fuese capaz de mejorar tu suerte!

TORCUATO. (*Abatido.*)

El cielo me ha condenado á vivir en la adversidad. ¡Qué desdichado nací! Incierto de los autores de mi vida, he andado siempre sin patria ni hogar propio, y cuando acababa de labrarme una fortuna, que me hacia cumplidamente dichoso, quiere mi mala estrella... Pero, Anselmo, no demos ocasion en la familia... Felipe vuelve... Aun nos veremos antes de mi partida.

ANSELMO.

Sí; tengo que volver á complimentar á ese ministro; entonces hablaremos. Adios.

#### ESCENA IV.

FELIPE. — TORCUATO.

TORCUATO. (*Con serenidad.*)

¿Han preguntado por mí?

FELIPE.

El señor don Simon, y con algun cuidado. Dijo que iba á misa, y que volvia al instante. Tambien preguntó mi ama; díjela que estabais con vuestro amigo.

TORCUATO. (*Inquieto.*)

¿Cómo? Pues ¿no te previne...

FELIPE.

Vos no me previnisteis que callase.

TORCUATO. (*Con severidad.*)

Anda á ver si hay algun retorno de Madrid, y ajústale para despues de mediodia. ¿Entiendes?



FELIPE.

Muy bien, Señor. — ¡Qué mal humor tiene!

## ESCENA V.

SIMON. — TORCUATO.

SIMON.

¿Qué es esto de retorno? Qué viaje es este, Torcuato? Tú traes á Felipe alborotado con tu viaje, y no me has dicho cosa alguna. Tampoco Laura...

TORCUATO.

Perdonad si no he solicitado antes vuestro permiso. ¡Andais tan ocupado con el huésped! Cuando me vestí aun dormía Laura, y por no incomodarla... Ya sabéis que por muerte de mi tía quedaron en Madrid aquellos veinte mil pesos... Yo quisiera pasar á recogerlos.

SIMON.

Me parece muy bien. Pero me haces tanta falta para acompañar á este ministro... Él gusta tanto de tu conversacion...

TORCUATO.

En todo caso estoy pronto á complacerlos; si os parece...

SIMON.

No, hijo mio, haz tu viaje y procura volver cuanto antes. Laura sin tí no vivirá contenta, ni yo puedo pasar sin tu ayuda, porque las ocupaciones son muchas, y el trabajo excesivo me aflige demasiado. ¡Ah! en otro tiempo... Pero ya soy muy viejo... A propósito, ¿qué te parece de este don Justo?

TORCUATO.

Jamás traté ministro alguno que reuna en sí las cualidades de buen juez en tan alto grado. ¡Qué rectitud! Qué talento! Qué humanidad!

SIMON.

Pero, hombre, es tan blando, tan filósofo... Yo quisiera á los ministros mas duros, mas enteros. Me acuerdo que le conocí en Salamanca de colegial, y á fe que entonces era bien enamorado. Pero, hijo mio, ¡si tú hubieras alcanzado á los ministros de mi tiempo!... ¡Oh! ¡aquellos sí que eran hombres en forma! ¡Qué teoricones! Cada uno era un *Digesto* vivo. ¿Y su entereza? Vaya, no se puede ponderar. Entonces se ahorcaban hombres á docenas.

TORCUATO.

Habria mas delitos.

SIMON.

¿Mas delitos que ahora? Pues ¿no ves que estamos rodeados de ladrones y asesinos?

TORCUATO.

Segun eso, ¿habria menos conocimiento de las leyes?

SIMON.

¿De las leyes? ¡Bueno! Ahí están los comentarios que escribieron sobre ellas; míralos, y verás si las conocieron. Hombre hay que sobre una ley de dos renglones escribió un tomo en folio. Pero hoy se piensa de otro modo. Todo se reduce á libritos en octavo, y no contentos con hacernos comer y vestir como la gente de extranjia, quieren tambien que estudiemos y sepamos á la francesa. ¿No ves que solo se trala de planes, métodos, ideas nuevas?... ¡Así anda ello! ¿Querrás creerte que, hablando la otra noche don Justo de la muerte de mi yerno, se dejó decir que nuestra legisla-

cion sobre los duelos necesitaba de reforma; y que era una cosa muy cruel castigar con la misma pena al que admite un desafio que al que le provoca? ¡Mira tú qué disparate tan garrafal! ¡Como si no fuese igual la culpa de ambos! Que lea, que lea los autores, y verá si encuentra en alguno tal opinion.

TORCUATO.

No por eso dejará de ser acertada. Los mas de nuestros autores se han copiado unos á otros, y apenas hay dos que hayan trabajado seriamente en descubrir el espíritu de nuestras leyes. ¡Oh! en esa parte lo mismo pienso yo que el señor don Justo.

SIMON.

Pero, hombre...

TORCUATO.

En los desafios, Señor, el que provoca es por lo comun el mas temerario y el que tiene menos disculpa. Si está injuriado, ¿por qué no se queja á la justicia? Los tribunales le oirán, y satisfarán su agravio segun las leyes. Si no lo está, su provocacion es un insulto insufrible; pero el desafiado...

SIMON.

Que se queje tambien á la justicia.

TORCUATO.

¿Y quedará su honor bien puesto? El honor, Señor, es un bien que todos debemos conservar; pero es un bien que no está en nuestra mano, sino en la estimacion de los demás. La opinion pública le da y le quita. ¿Sabéis que quien no admite un desafio es al instante tenido por cobarde? Si es un hombre ilustre, un caballero, un militar, ¿de qué le servirá acudir á la justicia? La nota que le impuso la opinion pública ¿podrá borrarla una sentencia? Yo bien sé que el honor es una quimera, pero sé tambien que sin él no puede subsistir una monarquía; que es el alma de la sociedad; que distingue las condiciones y las clases; que es principio de mil virtudes políticas; y en fin, que la legislacion, léjos de combatirle, debe fomentarle y protegerle.

SIMON.

¡Bueno, muy bueno! Discursos á la moda y opinioncitas de ayer acá; déjalos correr, y que se maten los hombres como pulgas.

TORCUATO.

La buena legislacion debe atender á todo, sin perder de vista el bien universal. Si la idea que se tiene del honor no parece justa, al legislador toca rectificarla. Despues de conseguido se podrá castigar al temerario que confunda el honor con la bravura. Pero mientras duren las falsas ideas, es cosa muy terrible castigar con la muerte una accion que se tiene por honrada.

SIMON.

Segun eso, al reptado que mata á su enemigo se le darán las gracias, ¿no es verdad?

TORCUATO.

Si fué injustamente provocado; si procuró evitar el desafio por medios honrados y prudentes; si solo cedió á los impetus de un agresor temerario y á la necesidad de conservar su reputacion, que se le absuelva. Con eso, nadie buscará la satisfaccion de sus injurias en el campo, sino en los tribunales; habrá menos de-



safios ó ninguno; y cuando los haya, no reñirán entre sí la razon y la ley, ni vacilará el juez sobre la suerte de un desdichado... Pero, Señor, Laura estará impaciente... Si os parece...

SIMON.

Si, si, vamos allá. (*Se va y vuelve.*) ¡Ah! ¿sabes que han preso á Juanillo? No, ¿don Justo adelanta terriblemente en la causa! Tanto como eso, es menester confesarlo: él es activo como un diablo. (*Yéndose.*) Si, como un diablo... ¡Fuego!

### ESCENA VI.

TORCUATO, paseándose.

En fin, voy á alejarme para siempre de esta mansion, que ha sido en algun tiempo teatro de mis dichas y fiel testigo de mis tiernos amores. ¡Con cuánto dolor me separo de los objetos que la habitan! Errante y fugitivo, tus lágrimas ¡oh Laura! estarán siempre presentes á mis ojos, y tus justas querellas resonarán en mis oídos. ¡Alma inocente y celestial! ¡Cuánta amargura te va á costar la noticia de mi ausencia! Tú has perdido un esposo, que ni te amaba ni te merecía; y ahora vas á perder otro, que te idolatra, pero que te merece menos, pues te ha conseguido por medio de un engaño. (*Después de alguna pausa.*) ¿Y adónde iré á esconder mi vida desdichada?... Sin patria, sin familia, prófugo y desconocido sobre la tierra, ¿dónde hallaré refugio contra la adversidad? ¡Ah! la imagen de mi esposa ofendida y los remordimientos de mi conciencia me afligirán en todas partes.

## ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una sala decentemente adornada. A un lado estará doña Laura, haciendo labor; á alguna distancia don Torcuato, con aire triste y extremadamente inquieto; Eugenia en pie, detrás de la silla de su ama, y don Simon se pasea por el frente de la escena.

### ESCENA PRIMERA.

SIMON, TORCUATO, LAURA, EUGENIA.

SIMON.

Y bien, Torcuato, ¿piensas estar en Madrid muchos dias?

TORCUATO.

El asunto de que os hablé pudiera despacharse en pocas horas; pero las gentes de comercio son tan prolijas y gastan tantas formalidades...

SIMON.

¡Oh! eso de soltar dinero á nadie le gusta.

LAURA. (*A Eugenia.*)

¿Están ya compuestos los baules?

EUGENIA.

Sí, Señora, ya están cerrados, y Felipe ha recogido las llaves.

LAURA.

¿Qué ropa blanca has puesto en ellos?

EUGENIA.

Toda la de mi señor.

LAURA. (*Con alguna admiracion.*)

¿Toda?

EUGENIA.

Felipe me lo dijo.

TORCUATO.

Sí, yo se lo previne. Aunque deseo que mi vuelta sea breve, ¿qué sabemos lo que podrá suceder?

LAURA. (*Ap.*)

¡Yo estoy sin sosiego! Este viaje tan repentino... Su tristeza... Las expresiones que me dijo anoche... ¡Todo me inquieta!

TORCUATO. (*Mirándola.*)

¿Qué afligida está Laura! ¡Ah! ¡Si supiera la noticia que la preparo!

SIMON. (*Siempre paseándose.*)

Este don Justo toma las cosas con un calor... Desde las siete de la mañana está zampado en la cárcel. Quizá tendrá órdenes tan estrechas... ¡Oh! La corte quiere que se hagan las cosas á galope tendido. (*Mirando á Laura y Torcuato.*) Pero mis hijos están tristes... ¿Si será por el viaje? ¡Eh! mimos de recién casados.

TORCUATO. (*Con inquietud.*)

Si este hombre no se va, yo no podré decírselo.

SIMON.

Laura, ¿qué es eso? Tú estás triste, tambien lo está Torcuato. ¿Qué! ¿un viajecillo de pocos dias puede turbar vuestro buen humor?

TORCUATO.

Para dos corazones que se aman, la menor ausencia, Señor, es un mal grave. Como cuentan sus gustos por momentos, cualquiera tiempo, cualquiera distancia que los separe, los alige.

LAURA. (*Con énfasis.*)

Añadid al que se queda la incertidumbre, y veréis cuánto es mas justo su dolor.

SIMON.

¡Bueno! ¡Lindo! No lo dijeran mejor dos amantes de Calderon. Ea, niña, no te vayas haciendo melindrosa. Que tu marido vaya y venga á sus negocios cuando le acomode; que harto tiempo os queda para vivir juntos.

TORCUATO. (*Ap.*)

¡Pluguiera al cielo!

SIMON. (*A Laura.*)

Mira si quieres que te traiga algo de Madrid, y díselo.

LAURA. (*Mirando á Torcuato con ternura.*)

Solo quiero que vuelva pronto.

TORCUATO.

¡Ah! ¡Cómo podré dejarla!

### ESCENA II.

JUAN. — DICHOS.

JUAN. (*A Simon.*)

Señor, el ministro Garroso dice que os quiere hablar; ha hecho no sé qué prisiones...

SIMON. (*Siempre paseándose.*)

¿Algunos raterillos, eh?

JUAN.

Dicen que son gitanos.

SIMON.

Eso es peor. Dile que voy allá... Pero mira; que antes avise á mi alcalde mayor, y que luego vuelva. ¡Gitanos!... ¡Fuego!

JUAN. *(Se va y vuelve.)*

¡Ah, Señor!... También ha estado ahí aquel don Vicente...

SIMON.

¡Litigante eterno! ¿Y qué te has dicho?

JUAN.

Que estabais ocupado.

SIMON.

Lindamente. Él solo viene á quitarme el tiempo, como si yo no tuviese que hacer mas que atender á su pleito. *(Juan se va.)*

TORCUATO. *(Ap.)*

¡Infeliz! Acaso penderá de este pleito la subsistencia de su familia.

### ESCENA III.

FELIPE. — Dichos.

FELIPE. *(A Torcuato.)*

Ya está ahí el carruaje, Señor.

LAURA.

¡Tan temprano! Aun no hemos comido.

SIMON.

Tanto peor para ellos. Que se aguarden.

TORCUATO. *(A Felipe.)*

Haz que entro tanto se vayan poniendo los cofres en la zaga. *(Se va Felipe.)*

### ESCENA IV.

JUAN. — Dichos.

JUAN.

El señor don Justo envía á decir que si acaso no está aquí al mediodía, no se le aguarde á comer.

SIMON.

Pardiez que lo ha tomado bien de asiento. Voyme á trabajar á mi despacho; si acaso viniere, que me avisen, y si tardare demasiado, que nos den de comer.

LAURA. *(A Eugenia.)*

Vé tú, Eugenia, á disponer lo que tengo prevenido, y haz que den de comer á Felipe, para que no haga falta á su amo.

### ESCENA V.

TORCUATO, LAURA.

LAURA. *(Mirando á Torcuato.)*

Al fin nos han dejado solos; veamos lo que dice. *(Torcuato la mira, levanta los ojos al cielo y suspira.)* ¡Qué afligido está! No me atrevo á preguntarle... Pero es preciso salir de tantas dudas.—*(Con serenidad.)* Torcuato, este viaje que vas á hacer te tiene muy inquieto; yo lo conozco en tu semblante, y no sé cómo una ausencia de tan pocos dias, y que, por otra parte, es voluntaria, te puede costar tanto desasosiego.

TORCUATO. *(Se levanta, mirando á todas partes.)*

¡Ah! ¿cómo se lo diré?

LAURA. *(Asustada.)*

Pero ¿qué es esto, Torcuato? ¿Tú suspiras? ¿Nada me respondes? *(Levantándose.)* Querido esposo...

TORCUATO. *(Con pasión.)*

¡Ah, Laura!

LAURA. *(Con blandura.)*

Querido amigo, ¿qué es esto? ¿Tú desconías de tu esposa? ¿Puede haber en tu pecho alguna pena de que

Laura no partcipe? ¡Ah! yo he perdido tu confianza... Si, tú me aborreces.

TORCUATO.

¿Yo aborrecerte? ¡Oh Dios! No, tierna esposa, no; jamás mi corazon te ha querido con mas ardor ni con mayor ternura.

LAURA. *(Con inquietud.)*

Pues bien, ¿qué es lo que te allige?

TORCUATO. *(Con extremo dolor.)*

El temor de perderte.

LAURA. *(Con sobresalto.)*

¿De perderme?

TORCUATO. *(Con extremo dolor.)*

Si, Laura mía, y de perderte para siempre.

LAURA. *(Asustada.)*

¡Oh, Dios! ¿Qué oigo!

TORCUATO.

Mi corazon, querida esposa, no siente sus tormentos. Es muy digno de los que sufre y de los que le aguardan. Pero la aliecion que te preparo... ¡ah! esto, esto es lo que me tiene sin sentido!

LAURA. *(Con resolucion.)*

Ahora bien, Torcuato, el cielo por rumbos muy extraños me ha conducido hasta tu lecho. Mil veces me has oido que vivo contenta en este destino, y que en él he encontrado mi felicidad. Desde que un santo nudo unió nuestros corazones, nuestros gustos y nuestras penas deben ser comunes, y si yo fuese capaz de ocultarte alguno de mis cuidados, creeria faltar á la fidelidad que te debo. Háblame claro, descúbreme tu alma, y librame de las angustias en que me tiene tu silencio.

TORCUATO.

Si, Laura mía; voy á satisfacer ese justo deseo. Tu virtud y tu candor lo merecen, y ¡ojalá mi corazon les hubiese hecho en otro tiempo tanta justicia como ahora! Pero ya no hay remedio... Preven el tuyo para el terrible golpe que va á descargar en él este bárbaro esposo... ¡Ah! ¡cuánto dolor me cuesta el afligirte!

LAURA. *(Sobresaltada.)*

Mi alma se estremece al escucharte.

TORCUATO.

Ya ves con cuánto ardor se busca al matador de tu primer marido, y cuántas y cuán vivas diligencias se practican por descubrirle. El brazo de la justicia está levantado contra su vida miserable, el Soberano ha empeñado su augusto nombre en esta pesquisa, tu padre y los parientes del muerto están sedientos de su sangre, y tal vez tú misma ofreces el deseo de su muerte á la buena memoria de tu primer amor; pues este delincuente, este hombre proscrito, desdichado, aborrecido de todos y perseguido en todas partes... soy yo mismo.

LAURA. *(Cae sobre su silla.)*

¡Oh, cielo!

TORCUATO.

Sí, adorada Laura, yo soy ese objeto miserable de la ira del cielo y de los hombres; y sin embargo, viviria tranquilo si no mereciese serlo tambien de la tuya... Pero yo te he ofendido, y lo conozco. Ocultándote mi situacion, hice á tu alma inocente el mas atroz agravio, y esto solo me hace digno de los mayores suplicios.

No; la muerte de tu esposo fué de mi parte un delito involuntario. El cielo es testigo de cuanto hice por evitarla. Pero mi silencio... mi perfidia... haberte engañado... ¡Ah! En vano querrá perdonarme tu alma virtuosa; yo no puedo perdonarme á mí mismo.

LAURA. (*Con sumo abatimiento.*)

Mujer desventurada, ¡qué es lo que acabas de saber!

TORCUATO. (*Con despecho.*)

Pero, Laura, consuélate; yo voy á vengarte. No; mi perfidia atroz no quedará sin castigo. Voy á huir de tí para siempre, y á esconder mi vida detestable en los horribles climas donde no llega la luz del sol, y donde reinan siempre el horror y la obscuridad. Y no creas que voy huyendo de la muerte. ¿Qué hay en ella de horrible para los desdichados? ¡Ah! léjos de tu vista, el dolor de haberte ofendido será para mi alma un suplicio mas duro y mas terrible que la muerte misma.

LAURA. (*Como arriba.*)

Buen Dios, ¿por qué delito castigas á esta desdichada?

TORCUATO.

¡Triste esposa! Yo soy el único autor de tus desdichas... Soy un monstruo, que está envenenando tu corazón y llenándole de amargura. (*Ap.* ¡Ah! ¡mi silencio!... A lo menos, si despues de perderla conservase su estimacion...)

#### ESCENA VI.

FELIPE. — DICHOS.

FELIPE. (*Asustado.*)

Señor, Señor...

TORCUATO.

¿Qué? qué quieres?

FELIPE.

Acaban de traer preso al señor don Anselmo á una de las torres de este alcázar. Yo estaba sobre el foso disponiendo las zagas, y le vi entrar. Tambien me vió su merced, y me dijo al paso: «Corre, Felipe, corre, dile á tu amo lo que pasa; que vaya sin cuidado; que no se detenga, y que me escriba desde Madrid.»

TORCUATO. (*Con notable admiracion y susto.*)

¡Oh, Dios! ¡qué golpe tan terrible!

FELIPE.

Dicen los que le trajeron, que es quien mató al señor Marqués, y que Juanillo lo ha declarado.

TORCUATO.

Bien está; véte. (*Se va Felipe.*)

#### ESCENA VII.

TORCUATO Y LAURA.

TORCUATO. (*Resolviéndose, despues de una gran pausa.*)

No; yo no sufriré que padezca un momento por mi causa. Él está inocente, y voy á socorrerle.

LAURA. (*Deteniéndole.*)

¡A socorrerle! ¿Y podrás hacerlo sin exponer tu vida?

TORCUATO.

Pero, Laura, ¿cómo he de sufrir que padezca mi amigo por mi culpa? ¿Le veré arrestado, deshonorado y tenido por delincuente, sin correr á ayudarle, siendo

el único autor de su calamidad? No, no; voy á delatarme, á librar su preciosa vida y á morir, pues solo soy digno de este infortunio.

LAURA.

¿Y las lágrimas de tu esposa, hombre cruel, no podrán reprimir tus ímpetus violentos? ¿Quieres exponer mi triste vida á nuevos desconsuelos? Sosiégate, desdichado, y ten compasion de esta infeliz. Don Anselmo está inocente; el cielo velará sobre su vida, y nos dará medios de conservársela. Salva ahora la tuya, pues nos importa tanto. Huye, huye al instante de este funesto clima, donde te persigue el infortunio, y deja á nuestro cuidado la libertad de tu amigo.

TORCUATO.

No, querida Laura, no puedo obedecerte. Las cosas han tomado otro semblante, y ya no puedo separarme de aquí sin hacer traicion al mas honrado y digno amigo. Anselmo está preso por mi causa. Conozco su razon; es incapaz de descubirme, y antes correrá mil veces á la muerte, que contribuya á la desgracia de un amigo. Yo no expondré temerariamente mi vida, no, Laura mía; tú me la haces amable; pero tampoco puedo abandonarle. Voy á enterarme de todo, á poner en salvo su vida y su reputacion, y en fin, si no pudiese conseguirlo, á tomar el partido que me dicten el honor y la amistad.

#### ESCENA VIII.

LAURA, *sentada y muy ofligida.*

Yo no sé dónde estoy... El cielo sin duda se complace en llenar mi corazón de susto y desconsuelo... ¡Desventurada! Aun no há dos horas que gozaba de la dicha mas pura, y ahora, rodeada de aflicciones, me veo expuesta á perder lo que idolatro. ¡Cruel esposo! Tu silencio... ¿Era indigno mi corazón de tu confianza? ¡Ah! ¡si conocieras la ternura con que te ama!... Pero yo soy injusta; tú me amabas tambien; tenías perderme, y un exceso de amor te hizo conmigo delincuente... Y ¿sufriré que tu vida en tan urgente riesgo se vea?... (*Levantándose.*) No; corro á defenderte... (*Deteniéndose.*) Y ¿á quién acudiré con mis lágrimas?... Mi padre... ¡Ah! ¿podrá sufrir mi padre que interceda por el matador de mi esposo? (*Con resolución.*) Pero este mismo ¿no es mi esposo tambien? Si; ya reconozco mi primera obligacion. — (*Viendo á su padre.*) Padre...

#### ESCENA IX.

SIMON.—LAURA.

SIMON. (*Desde la puerta.*)

¡Vaya, vaya, que la hemos hecho buena! Laura, ¿no sabes lo que pasa? ¡Jesus! ¡Jesus! Estoy aturdido. El amigo de tu marido está en la torre, y dicen es quien mató al Marqués. ¿Quién lo creyera? ¡sobre que no se puede fiar de los hombres! Pero á fe que no le arrienda la ganancia. Ya, ya; el amigo don Justole dirá cuántas son cinco. Que vaya, que vaya ahora á defenderle tu marido con sus filosofías. Qué, ¿no hay mas que andarse matando los hombres por frioleras, y luego disculparlos con opiniones galanas? Todos estos mo-



deros gritan : la razon , la humanidad , la naturaleza . Bueno andar  el mundo cuando se haga caso de estas cosas . Pero don Justo...

### ESCENA X.

JUSTO, ESCRIBANO.—Dichos.

JUSTO. (Al Escribano, en el fondo.)

Don Cláudio, v yase   descansar un rato, y vuelva despúes de las dos.

ESCRIBANO.

Señor, las doce han dado ya.

JUSTO.

Y bien,   no le bastan dos horas para comer y reposar? Ponga esos papeles sobre mi bufete, y vuelva   la hora que le digo. (El Escribano pasa con los papeles   un cuarto interior, y vuelve á salir por la misma pieza.)

SIMON. (Viéndole pasar.)

  Eh! Yo apuesto que no va contento. Este bribon querr  trabajar poco, y que la comision dure mucho... Si,   mi con esas.

### ESCENA XI.

JUSTO, SIMON, LAURA.

JUSTO. (Acercándose.)

 Qu en podrá reposar tranquilo mientras los infelices maldicen su descanso!

SIMON.

Vaya, señor don Justo, que esta mañana se ha trabajado mucho.

JUSTO.

Si, amigo, pero se ha adelantado poco.

SIMON.

 Poco! Pues  no habeis atrapado dos reos, que se escaparon   la penetracion de mi alcalde mayor?

JUSTO.

Cierto es; pero, si no me engaño, aun estamos muy léjos de la verdad.—(A Laura.) Señora,  por qué estáis tan triste?  Qu ...

SIMON.

No hagais caso de ni erias. Su marido se va   Madrid por una   dos semanas, y ved ahí lo que la tiene sin consuelo.

### ESCENA XII.

TORCUATO, FELIPE.—Dichos.

FELIPE. (A su amo, en el fondo.)

Con qué,  les digo que se vayan?

TORCUATO.

Si; p gales el día, pues ya no los necesito.

FELIPE.

Jamás le vi tan impertinente. (Se va.)

SIMON.

Pues qué, Torcuato,  ya no te vas?

TORCUATO.

No, Señor; no puedo desamparar   mi amigo.

JUSTO.

Si yo fuese delicado, señor don Torcuato, atribuiria esta ausencia   la incomodidad de mi hospedaje; pero tengo de vos mejor opinion.

TORCUATO.

Señor, las personas de vuestro mérito, léjos de in-

comodar, hacen dichoso   cualquiera que las obsequia. Un negocio doméstico me obliga á pasar   Madrid; pero vos me habeis detenido, arrestando   un amigo, á quien no puedo desamparar.

JUSTO.

Siempre me es apreciable vuestra compaña; pero no quisiera lograrla   tanta costa. La suerte de don Anselmo me compadece mucho, y la amistad con que le honrais no es lo que menos me interesa en su favor.

TORCUATO.

Nunca tendréis que arrepentiros de haberle honrado con vuestra compasion, pues además de sus buenas cualidades, tiene, para merecerla, la de ser inocente. (Al oir esto se inmola Laura.)

JUSTO.

Así lo espero. Su semblante, su compostura, y la serenidad que manifiesta, no son compatibles con una conciencia delincuente. Pero él se ha obstinado en callar cuanto sabe sobre el desafio y muerte del Marqués, y esto no se lo perdonarán las leyes.

SIMON.

 Oh! Cuando lo sabe y no lo dice, algo será ello. Señor don Justo, no hay que juzgar   los hombres por sus semblantes; reos he visto yo que parecian unos santos, y eran peores que Barrab s.

TORCUATO.

No es Anselmo de ese número, ni es tan fácil   los perversos ocultar la iniquidad de su corazon. En fin, soy su amigo, y debo hacer por él cuanto me permitan el honor y la justicia.

JUSTO. (Ap.)

 Qu  juicio, qué compostura! No he visto mozo mas cabal.

### ESCENA XIII.

JUAN.—Dichos.

JUAN. (En el fondo.)

Señores, la sopa est  en la mesa.

SIMON.

 Santa palabra! Vamos, vamos á comerla antes que se enfrie; que lo demás lo descubrir  el tiempo.

### ESCENA XIV.

TORCUATO, muy pensativo y paseando.

En fin, ya no hay recurso... Ya no puedo salvar á mi amigo sin exponer mi propia vida.  Anselmo tiene contra si tantas sospechas!... Si se obstina en callar sufrir  todo el rigor de la ley... Y tal vez la tortura... (Horrorizado.)  La tortura!...  Oh nombre odioso! Nombre funesto!...  Es posible que en un siglo en que se respeta la humanidad y en que la filosofía derrama su luz por todas partes, se escuchan aun entre nosotros los gritos de la inocencia oprimida?... Pero  sufrir  yo que por mi causa... No; el honor me sujeta   la dureza de las leyes, y yo ser  digno de ella si le expusiese por evitarla. Perdona, triste Laura, t , cuyas virtudes eran dignas de suerte mas dichosa; perdona á este infeliz el sacrificio que va á hacer de una vida que es tuya, en las aras del honor y de la amistad.

## ACTO TERCERO.

El teatro representa lo mismo que en el acto primero.

### ESCENA PRIMERA.

JUSTO, SIMON, TORCUATO.

JUSTO.

Si, señor don Torcuato; quien sabe de los autores de un delito, debe esta triste noticia á la causa pública y á la seguridad de los demás. Las leyes no pueden castigar los delitos si antes no los prueban. Y ¿cómo los probarán si miran con indiferencia la ocultacion de la verdad? Así que, don Anselmo podrá estar inocente en cuanto al desafío; pero él contesta haber gratificado al criado del Marqués, enviándole á Madrid y mantenidole á su costa hasta el día; y esto supone que tiene noticia de la ejecucion, y aun del autor del delito. Os aseguro que esto mismo excita mi compasion hácia él, pues conozco que por un efecto de generosidad labra su propia ruina por evitar la de algun otro.

SIMON.

Allá se las avenga; si no quiere pernear, que cante de plano. Tñ, hijo mio, ya has abogado bastante en su favor; deja ahora que el señor don Justo haga su oficio, pues sabe lo que se hace.

TORCUATO.

(A Simon.) Tambien sé yo lo que me toca hacer por un amigo de cuya inocencia estoy seguro.—(A Justo.) Y ¿habrá algun inconveniente en que yo le hable?

JUSTO.

No os lo permitirán sin orden mia; pero os la daré, y no habrá embarazo. (Justo se acerca á la mesa, escribe un papel, le entrega á Torcuato, y este se retira.) (Ap. ¡Cuánto me compadece! La suerte de su amigo le tiene inconsolable. ¡Qué corazon tan honrado!)

### ESCENA II.

JUSTO, SIMON.

JUSTO. (Paseándose.)

Mucho me agradan, señor don Simon, el juicio y los talentos de este mozo. La señora Laura será muy dichosa en su compañía.

SIMON.

¡Oh! ella está loca de contento. Es verdad que salió de un marido tan malo... El Marqués era un calaveron de cuatro suelas. ¡Qué malos ratos dió á la muchacha, y qué pesadumbres á mí! A los ocho dias de casado ya no hacia caso de ella, y á los dos meses no tenia de la dote ni dos cuartos. Ahí nos engañaron con que sus parientes eran grandes señores en la corte, y nos hicieron creer... ¡Eh! palabrones de cortesanos, que se llevó el viento. ¡Oh, Torcuato! Torcuato es otra cosa. ¡Qué mujer era su tia! Yo la conocí mucho en Salamanca. A su muerte le dejó una corta herencia, porque siempre le quiso como si fuera su hijo; y aun hubo malas lenguas... Pero era muy virtuosa; Dios la tenga en descanso. En fin, las locuras del Marqués me dejaron harto de señoritos; con que, por no tropezar con otro, viendo que Laura quedaba viuda

y niña, y que Torcuato la tenia inclinacion, se la ofreci, sin esperar que él la pidiese, y hoy viven ambos dichosos y contentos.

JUSTO.

Y ¿no pensais en darle algun destino?

SIMON.

¿Destino? No, Señor; soy ya muy viejo; mañana ó esotro me moriré, les dejaré cuanto tengo, y con ello podrán vivir sin quebraderos de cabeza. ¿Destino? ¡Buena es esa! Los hombres de empleo no sosiegan un instante. ¡Yo no sé cómo pretenden los que tienen con qué pasar! Y luego ¡se premia tan mal!...

JUSTO.

Señor don Simon, para el hombre honrado la satisfaccion de servir bien es el mejor premio.

SIMON.

Y ¿os parece que la alcanzan los que sirven mejor? No, por cierto. Hasta el crédito y la buena fama se reparte sin ton ni son. ¡Ah, Señor! vos no conocéis todavía el mundo. Antiguamente era otra cosa; pero hoy se juzga solo por apariencias. Todo consiste en un poco de maña y de ingeniatura. Los hombres honrados por lo comun son modestos; pero los picaros sudan y se afanan por parecer honrados, con que pasa por bueno, no el que lo es en realidad, sino el que mejor sabe fingirlo.

JUSTO.

En todo caso el hombre de bien, despues de haber cumplido con sus deberes, vivirá contento, y la injusticia de los que le juzguen no podrá quitarle su tranquilidad, que es el mas dulce fruto de las buenas acciones.

### ESCENA III.

ESCRIBANO. — Dichos.

ESCRIBANO. (A la puerta.)

Señor, las dos han dado.

JUSTO.

Bien está. (A Simon.)—Yo trataré de volver á buen tiempo para haceros la partida.

SIMON.

Señor, vos trabajais mucho y á malas horas; cuidad mas de vuestro descanso; que al cabo de la jornada sale mas bien librado el que se incomoda menos.

JUSTO.

Este hombre tiene muy buen corazon, pero muy malos principios. (El Escribano entra, y vuelve á salir con los papeles que dejó en el acto antecedente. Con él sale un criado, que entrega á Justo baston, sombrero y espada, y se van.)

### ESCENA IV.

SIMON, solo.

El hombre no sosiega. Con el bocado en la boca vuelve á su trabajo. ¡Fuego de Dios! El que cogiere debajo, no se le ha de escapar á dos tirones.

### ESCENA V.

LAURA. — SIMON.

LAURA. (Asustada.)

Señor, ¿habeis visto á Torcuato?

SIMON.

Poco há que salió de aquí. Pero ¿qué tienes, muchacha? ¿Por qué vienes tan asustada?... Tú has llorado... ¿eh?

LAURA.

¡Ay padre!

SIMON.

Pues ¿qué? ¿Qué te ha dado? ¿Has perdido el juicio? Yo no os entiendo. Desde que tu marido resolvió su viaje andas tan alborotada y tan triste, que no te conozco; y el otro, desde que prendieron á su amigote, anda también fuera de sí. Antes mucha prisa por irse, y ahora ya parece que no se va... Aquí estuvo charlando una hora con don Justo sobre las cosas de don Anselmo, y al fin se fué diciendo que iba á verle.

LAURA. *(Mas asustada.)*

Y qué, ¿le habeis dejado ir?

SIMON. *(Serenamente.)*

¿Dejado? ¿Por qué no?

LAURA.

¡Ay, padre, yo temo una desgracia!

SIMON. *(Cuidadoso.)*

¿Una desgracia? ¿Cómo?

LAURA.

¡Ah! No ha querido oírme... Sin duda se complace en hacerme desdichada... Tal vez á la hora de esta...

SIMON.

Pero, muchacha... — *(Viendo á Felipe, que entra corriendo y llorando.)* ¿Otra tenemos?

## ESCENA VI.

FELIPE. — Dichos.

FELIPE. *(Sollozando.)*

¡Ay, Señor, qué desgracia! ¿Quién creyera lo que acaba de suceder!

SIMON.

Pues ¿qué? ¿Qué hay? ¿Qué traes? ¡Jesus! Hoy todos andan locos en mi casa.

FELIPE.

Señor, yo estaba en este instante con los centinelas que guardan al señor don Anselmo, cuando veo á mi amo llegar á la torre con mucha prisa, diciendo que quería hablarle; y aunque los soldados trataban de estorbárselo, manifestó una orden del señor don Justo, y le dieron entrada. Al punto corre hácia su amigo, le abraza, y sin reparar en los que estaban presentes: «Anselmo, le dice, yo vengo á librarte; no es justo que por mi causa padezcas inocente.» Don Anselmo, que conoció su idea, procuró contenerle para que callase, le hizo mil señas, le interrumpió mil veces, y hasta le tapó la boca; pero todo fué en vano, porque mi amo, desatinado y como fuera de sí, proseguía diciendo á voces que él había dado muerte al señor Marqués. A este tiempo entra el señor don Justo, á quien mi amo repite la misma confesion, intercediendo por su amigo y asegurándole que estaba inocente. De todo tomó razon el escribano, y ya quedan examinándolos. Don Anselmo quería persuadir al juez que él solo era el reo; pero mi amo se afligió tanto é hizo tantas protestas, que le obligó á desdecirse. El señor don Justo queda sorprendido sobremanera, su

amigo confuso é inconsolable, y hasta los centinelas, viendo su generosidad, lloraban como unas criaturas. No, yo no puedo vivir si pierdo á mi amo.

LAURA.

¡Ah, mi corazón me anunciaba esta desgracia! ¡Padre mío!...

SIMON. *(Paseándose muy aprisa.)*

¡Yo no sé dónde estoy! ¿Qué! ¿Torcuato?... ¿Mi yerno?... No, no puede ser... — Felipe, ¿estás bien seguro?

FELIPE.

Ay, Señor, ¡ojalá no lo estuviera! Por señas, que antes de apartarse de nuestra vista me dijo: «Corre, querido Felipe, dile á mi esposa que ya está vengada; pero que si la interesa mi sosiego, me restituya su gracia y moriré contento.»

LAURA.

¿Que le restituya mi gracia!... ¡Ah! si pudiera salvarle á costa de mi vida. ¡Desdichada de mí!... ¿A quién acudiré? ¿Quién me socorrerá en tan terrible angustia? ¿Querido padre! ¿Vos me abandonais en este conflicto? ¿Cómo no volamos á socorrerle?

SIMON.

No, hija mía, yo no lo creo aún. ¿Qué! ¿tu marido, Torcuato? No, no puede ser... ¿Cómo es posible que nos engañara?... *(Después de una larga pausa.)* Pero si es cierto, si ha sido capaz de una superchería tan infame... No, Laura, no lo esperes, yo no podré perdonársela; antes será el primero que clame por su castigo... Pues qué, después de haberle hospedado y protegido, de haberle agregado á mi familia y teniéndole en lugar de hijo, ¿habrá sido capaz de olvidar todos mis beneficios y de engañarme de esta suerte?... Pero no, no puede ser... yo no lo creo... Él es allá medio filósofo, y tal vez querrá librar á su amigo por medio de una accion generosa.

LAURA.

No, Señor; ya es tiempo de hablar con claridad; su delito es cierto; él mismo me lo ha confesado.

SIMON. *(Muy enojado.)*

¿El te lo ha confesado? ¿Y tuviste sufrimiento para oírlo? ¡Pícaro engañador! ¡Llenar de afliccion la familia donde estaba acogido, asesinar al que yo tenía en lugar de hijo, aspirar á la mano de su misma vinda, y lograrla por medio de un engaño!... No, Laura; él es muy digno de toda nuestra cólera, y tú misma no puedes olvidar los agravios que te ha hecho.

LAURA.

Padre mío, estoy muy segura de su inocencia; no, Torcuato no es merecedor de los viles títulos con que afeais su conducta... Sobre todo, Señor, él es mi esposo, y debo protegerle; vos sois mi padre, y no podeis abandonarme. *(Simon continúa paseándose, sin ceder de su enojo.)* Pero si vuestro corazón resiste á mis suspiros, yo iré á lanzarlos á los piés del señor don Justo; su alma piadosa se enternecerá con mis lágrimas; le ofreceré mi vida por redimir la de mi esposo; y si no pudiese salvarle, morirémos juntos, pues yo no he de sobrevivir á su desgracia.

SIMON. *(Mas aplacado.)*

¡Laura, Laura!... Yo no sé lo que me pasa; tantas cosas como han sucedido en solo un día me tienen sin



cabeza... Y ¿qué? qué puedo hacer en su favor, aunque quisiera protegerle? No; su delito es de aquellos que nunca perdonan las leyes; su juez es justo y recto, y las consecuencias son muy fáciles de adivinar.

LAURA.

¿Con qué, todos me abandonarán en esta tribulación? ¿Y vos también, padre cruel, queréis ver á vuestra hija reducida á nueva y mas desamparada viudez? ¡Alma sin compasión! Las lágrimas de una desdichada... Pero no importa; yo sola correré... (*Quiere irse, y se detiene viendo á Anselmo.*)

### ESCENA VII.

ANSELMO.—Dichos.

LAURA.

¡Ay don Anselmo! Ya lo sabemos todo.

ANSELMO.

Señora, no soy capaz de explicaros cuánta es mi aflicción. ¡Generoso amigo!... ¡Con cuánto gusto hubiera dado la vida por salvarle! Pero la suya queda en el mas terrible riesgo... No; yo no puedo abandonarle en esta situación; desde ahora voy á sacrificar mi caudal y mi vida por su libertad. Si fuere preciso, iré á los pies del Rey...—Pero, Señor... (*A Simon.*) No perdamos tiempo; juntemos todos nuestros ruegos, nuestras lágrimas...

LAURA. (*Con eficacia.*)

Sí, padre mio; él está inocente y es muy digno de vuestra protección. ¡Ah! en su alma virtuosa no caben el dolo y la perversidad que caracterizan los delitos.

SIMON.

Pero, señores, lo que yo no puedo comprender, es por qué este hombre nos llamó su situación. Al fin, si me lo hubiera dicho, yo no soy ningún roble... Pero haber callado... haberse casado...

ANSELMO.

¡Ay Señor! él es muy disculpable; el amor que profesaba á Laura y el temor de perderla le alucinaron. Creedme, señor don Simon; yo era testigo de todos sus secretos. Apenas se celebraron las bodas, cuando un continuo remordimiento empezó á destrozarle el corazón, y en sus angustias lo que mas le afligía era el temor de perder á Laura y de disgustar á su bienhechor.

LAURA.

¡Esposo desdichado! yo no te merecía.

SIMON. (*Enternecido.*)

¡Pobrecita!... Sosiégate, hija mia, y no te abandones al dolor con tanto extremo. (*Ap. Sus lágrimas me enternecen...*) (*Viendo á Justo.*) ¡Ah, señor don Justo!

### ESCENA VIII.

JUSTO.—Dichos.

JUSTO. (*En el fondo de la escena.*)

¡Cuán graves y penosas son las pensiones de la magistratura!

LAURA. (*A Justo.*)

¡Ay, Señor, si pudiesen las lágrimas de una desdichada!...

JUSTO.

¡Qué terrible conflicto! Yo he traído la tribulación

al seno de esta familia.—(*A Laura.*) Señora, la virtud y generosidad de don Torcuato excitan mi compasión aun mas eficazmente que vuestras lágrimas, y me hallo mas interesado en favor suyo de lo que podeis imaginar. Sosegáos pues, y confiad en la Providencia, que nunca desampara á los virtuosos.

SIMON.

¡Ay señor don Justo! ¿quién nos diría que vuestro amigo y mi yerno era el delincuente que buscábamos?

JUSTO.

¡Ah! no podré yo explicar la turbación que causó en mi alma su vista al llegar á la torre. La presencia de don Anselmo, lleno de prisiones, le tenía fuera de sí, y apenas me vió, cuando empezó á clamar por su libertad con un ardor increíble; pero no bien le miró libre, cuando volvió repentinamente á su natural compostura. Mientras duró la confesión se mantuvo tranquilo y reposado, respondió á los cargos con serenidad y modestia; y aunque conocía que su delito no tenía defensa alguna contra el rigor de las leyes, no por eso dejó de confesarle con toda claridad. La verdad pendía de sus labios, y la inocencia brillaba en su semblante. Entre tanto estaba yo tan conmovido, tan sin sosiego, que parecía haber pasado al corazón del juez toda la inquietud que debiera tener el reo. En medio de este conflicto, ciertas ideas concurrieron á alterar mi interior... ¡Qué ilusión!—(*A Laura.*) Pero, Señora, pensad en vuestro reposo, y moderad los primeros ímpetus del dolor.—Señor don Simon, no la abandoneis en situación en que tanto os necesita. Su esposo me la ha recomendado con la mayor ternura, y este era el único cuidado que afligía su buen corazón.

LAURA.

¡Desventurada!

ANSELMO.

¡Ah, mi buen amigo!

SIMON.

Sí, hija; vamos á pensar en tu alivio, y cuenta con la ternura de un padre que no es capaz de olvidarse de tu bien. (*Yéndose.*) ¡Este don Justo es un ángel! Otros jueces hay tan desabridos, tan secos... No he visto otro por el término.

JUSTO. (*Profundamente pensativo.*)

La fisonomía de don Torcuato... el tono de su voz... ¡Ah, vanas memorias!... Pero es forzoso averiguarlo.

### ESCENA IX.

ESCRIBANO.—JUSTO.

ESCRIBANO.

Señor, acaba de llegar del sitio un expreso con este pliego, y me ha pedido testimonio de la hora de su entrega.

JUSTO. (*Tomando el pliego.*)

Veamos. Id á despacharle.

### ESCENA X.

JUSTO, solo.

(*Lee.*) «Enterado el Rey de que las averiguaciones hechas últimamente en la causa del desafío y muerte del marqués de Montilla, en que vuestra señoría entendiéndose de su orden, han producido la prisión del sir-

«viente del mismo Marqués, que se hallaba prófugo en Madrid, y de que con este motivo se espera descubrir» y arrestar al matador, quiere su majestad que, si así «sucediése, proceda vuestra señoría á recibir su «confeccion al reo; y no exponiendo en ella descargo ó «excepcion que, legítimamente probados, le eximan de «la pena de la ley, determine vuestra señoría la causa «conforme á la última pragmática de desafíos, consul- «tando con su majestad la sentencia que diere, con re- «mision de los autos originales por mi mano; todo con «la posible brevedad. Nuestro Señor guarde á vuestra «señoría muchos años.—San Ildefonso, etc.—Señor don «Justo de Lara.» (*Paseándose con inquietud*) ¡Tanta priesa! Tanta precipitacion!... ¡Así trata la corte un negocio de esta importancia!... Pero no hay remedio; el Rey lo manda, y es fuerza obedecer. Yo no sé lo que me anuncia el corazon... Este don Torcuato... Él está inocente... Un primer movimiento... un impulso de su honor ultrajado... ¡Ah, cuánto me compadece su desgracia!... Pero las leyes están decisivas. ¡Oh leyes! Oh duras é inflexibles leyes! En vano gritan la razon y la humanidad en favor del inocente... Y ¿seré yo tan cruel, que no exponga al Soberano... No; yo le representaré en favor de un hombre honrado, cuyo delito consiste solo en haberlo sido.

## ACTO CUARTO.

El teatro representa el interior de una torre del alcázar, que sirve de prision á Torcuato. La escena es de noche. En esta habitacion no habrá mas adorno que dos ó tres sillas, una mesa, y sobre ella una bujía. En el fondo habrá una puerta, que comunique al cuarto interior, donde se supone está el reo, y á esta puerta se verán dos centinelas. Justo está sentado junto á la mesa con aire triste, inquieto y pensativo, y el Escribano en pié, algo retirado.

### ESCENA PRIMERA.

JUSTO, ESCRIBANO.

ESCRIBANO. (*Acercándose.*)

Señor, ya está todo evacuado; á las cinco y media en punto partió el posta con los autos y la representacion.

JUSTO.

Muy bien, don Cláudio; idos á mi cuarto, y espedradme en él sin separaros un instante. Si alguno me buscare para cosa urgente, avisadme; y si no lo fuere, que nadie me interrumpa. Si volviese el expreso, traedle aquí con reserva; sobre todo, un profundo silencio...

ESCRIBANO.

Ya entiendo, Señor.—(*Yéndose.*) ¡Qué afligido está!

### ESCENA II.

JUSTO, *después de alguna pausa.*

En fin, he cumplido con mi funesto ministerio sin olvidar la humanidad. ¡Quiera el cielo que mis razones sean atendidas! Pero el Ministro no verá las lágrimas de estos infelices, ni los clamores de una familia desolada podrán penetrar hasta su oído... ¡Ve aquí

por qué los poderosos son insensibles!... Sumidos en el fausto y la grandeza, ¿cómo podrán sus almas prestarse á la compasion? ¡Ah! ¡desdichados los que se creen dichosos en medio de las miserias públicas!... Mas yo confío en la piedad del Soberano... Su ánimo benigno no puede desatender tan justas instancias. (*Se levanta y pasea inquieto.*) No sé de qué nace esta inquietud que me atormenta. ¿No pudiera ser que don Torcuato... ¡Haber nacido en Salamanca... no tener noticia de sus padres... Su edad... su fisonomia... ¡Ah dulce y funesta ilusion! ¡El fruto desdichado de nuestros amores pasó rápidamente de la cuna al sepulcro!... No obstante, quiero hablarle.—(*Llamando á los centinelas.*) ¡Hola! que venga el reo á mi presencia. (*Se sienta. Los centinelas entran por la puerta del cuarto interior; salen luego con Torcuato, que debe venir poco á poco por causa de los grillos, y le conducen hasta la presencia del Juez.*)

### ESCENA III.

TORCUATO.—JUSTO.

JUSTO.

Si, yo le preguntaré... (*Viéndole.*) Su vista me quebranta el corazon.—(*A los centinelas.*) Despejad.—(*A Torcuato.*) Sentáos. (*Los centinelas se retiran, y Torcuato se irá acercando poco á poco á una de las sillas, donde se sienta.*) Sentáos, amigo mio; ya no soy vuestro juez, pues solo vengo á consolaros y daros una prueba de lo que os estimo. Vuestra honradez me tiene sorprendido, y vuestra franqueza me parece digna de la mayor admiracion; pero siento que os hayan sido tan perjudiciales.

TORCUATO.

El honor, que fué la única causa de mi delito, es, Señor, la única disculpa que pudiera alegar; pero esta excepcion no la aprecian las leyes. Respeto, como debo, la autoridad pública, y no trato de eludir sus decisiones con enredos y falsedades. Cuando acepté el desafío previ estas consecuencias; por no perder el honor me expuse entonces á la muerte, y ahora por conservarle la sufriré tranquilo.

JUSTO.

Pero ¡tanto empeño en callar las injurias con que os provocó vuestro agresor!... Tal vez su atrocidad, representada al Soberano...

TORCUATO.

¡Ay Señor! las leyes son recientes y claras, y no dejan efugio alguno al que acepta un desafío. ¿Por qué queriais que dejase perpetuados en el proceso los nombres viles...

JUSTO.

Pues qué, ¿acaso el Marqués...

TORCUATO.

Me habeis dicho que no me habláis como juez; por eso os voy á responder como amigo. Mi ofensor, Señor, era uno de aquellos hombres temerarios, á quienes su alto nacimiento y una perversa educacion inspiran un orgullo intolerable. En nuestro disgusto me dijo mil denuos, que yo disimulé á su temeridad. Me desafió varias veces, y yo me desentendi sin contestarle; pero al fin insistió tanto y llevó á tal extremo su

provocacion, que me echó en cara un defecto... El rubor no me deja repetirle. (*Se cubre el rostro.*)

JUSTO.

Y bien, ¿qué os dijo? Habladme con lisura.

TORCUATO. (*Llorando.*)

¡Ay Señor! entre mis desgracias cuento por la mayor la de no saber á quien debo la vida. Yo he sido fruto desdichado de un amor ilegítimo; y aunque este defecto estuvo siempre oculto, ciertos rumores... En fin, el Marqués...

JUSTO. (*Sobresaltado y con prontitud.*)

Ya, ya entiendo... Y con efecto, ¿habeis nacido en Salamanca?

TORCUATO.

Sí, Señor; allí nací, y allí tuve mi primera educacion.

JUSTO. (*Siempre sobresaltado.*)

Y ¿á quien la debisteis?

TORCUATO.

A una parienta de mi propia madre, que me negó siempre el dulce nombre de hijo.

JUSTO. (*Con mayor inquietud.*)

Pero ¿supisteis despues que lo erais en efecto?

TORCUATO.

Una criada antigua me dió las únicas noticias que tengo de mi origen. Mi madre, Señor, fué una de aquellas damas desdichadas á quienes el arrepentimiento de una flaqueza empena para siempre en el ejercicio de la virtud. Su pundonor y su recato eran extremos. No se contentó con ocultar al público su desgracia por los medios mas exquisitos, sino que pensó toda su vida en remediarla. Una parienta anciana fué la única confidenta de su cuidado; por medio de esta me hizo criar en una aldea vecina á Salamanca; despues me agregó á su familia con el título de sobrino, fingiendo que mis padres habian muerto en Vizcaya; y en fin, engañó aun á su mismo amante, suponiendo mi muerte, y reservando para otro tiempo la noticia de mi existencia. Ni paró aquí su delicadeza; clamó continuamente por la vuelta de mi padre, á quien la necesidad obligara á buscar en países lejanos los medios de mantener honradamente una familia. Estaba ya cercana su vuelta, y para entonces preparado un matrimonio que debia asegurarme la noticia y la legitimidad de mi origen; pero la muerte desbarató estos proyectos. Un accidente repentino privó á mi madre de la vida, y á mí de tan dulces y legítimas esperanzas... Mas, Señor, vos estáis inquieto; ¿sentis acaso alguna novedad?

JUSTO. (*Mirándole atentamente y conturbado en extremo.*)

No hay duda, él es... sí, él es...

TORCUATO.

¡Señor!...

JUSTO. (*Esforzándose para mostrar serenidad.*)

No, amigo mio, no tengais cuidado; y decidme: ¿nunca habeis sabido el nombre de ese padre desdichado?

TORCUATO.

No, Señor; la única noticia que pude adquirir de él fué que habia pasado con empleo á Nueva-España y que debia regresar con la última flota.

JUSTO.

¡Oh Dios! Oh justo Dios! Mi corazon me lo habia dicho... ¡Hijo mio!...

TORCUATO. (*Asombrado.*)

¡Qué! Señor, ¿es posible...

JUSTO. (*Prontamente.*)

Sí, hijo mio; yo soy ese padre desdichado que nunca has conocido.

TORCUATO. (*De rodillas, y besando la mano de su padre con gran ternura y llanto.*)

¡Mi padre!... ¡Ay padre mio! despues de haber pronunciado tan dulce nombre, ya no temo la muerte.

JUSTO. (*Con extremo dolor y ternura.*)

¡Hijo mio! Hijo desventurado!... ¡En qué estado te vuelve el cielo á los brazos de tu padre!

TORCUATO. (*Como antes.*)

No, padre mio; despues de haberos conocido, ya moriré contento.

JUSTO. (*Levantándole.*)

El cielo castiga en este instante las flaquezas de mi liviana juventud... Pero ¿sabes, hijo infeliz, cuál es tu desgracia? Sabes cuánto debe ser mi dolor en este dia?... ¡Ah! ¿Por qué no suspendí una hora, siquiera una hora... Tu desdichado padre ha vuelto de su largo destierro solo para ser causa de tu ruina... ¡Ay Flora! ¡por cuántos títulos me debe ser dolorosa la noticia de tu muerte!

TORCUATO. (*Con serenidad y ternura.*)

Bien sé, padre mio, cuál es mi situacion, y cuál el funesto ministerio que debeis ejercer conmigo. Pero suponiendo mi suerte inevitable, ¿no es un favor distinguido de la Providencia que me restituya á los brazos de mi padre? Ya no moriré con el desconsuelo de ignorar el autor de mis dias; vos me confortaréis en el terrible trance, vuestra virtud sostendrá mi flaqueza, y á Laura (*Enternecido.*) le quedará un digno consolador en su triste viudez.

JUSTO. (*Enternecido.*)

¡Hijo infeliz! Hijo digno de mejor suerte y de un padre menos desdichado! tu virtud me encanta y tus discursos me destrazan el corazon... ¡Ah, yo pude salvarte, y te he perdido!... Solo la bondad del Soberano... Sí; su corazon es grande y benéfico, y no desatenderá mis razones.

#### ESCENA IV.

ESCRIBANO.—Dichos.

ESCRIBANO. (*A Justo, desde el fondo de la escena.*)

Señor, el caballero Corregidor solicita entrar.

JUSTO. (*Al Escribano.*)

Aguardad un momento.—(*A Torcuato.*) Hijo mio, reserva en tu corazon este secreto, porque importa á mis ideas; y si el cielo no se doliere de este padre desventurado, ocultemos á la naturaleza un ejemplo capaz de horrorizarla.

ESCRIBANO. (*Desde la puerta.*)

¡Con qué ternura le habla! Hasta le da el nombre de hijo por consolarle. ¡Oh, qué ejemplo tan digno de imitacion y de alabanza!

JUSTO. (*Al Escribano.*)

Que entre. (*El Escribano se retira, vuelve con Simon hasta la puerta, y se va.*)

TORCUATO.

Solo me toca obedecerlos.



## ESCENA V.

SIMON.—JUSTO y TORCUATO.

SIMON.

Perdonad, señor don Justo. Esta muchacha no me deja sosegar un instante; si no la detengo, ya venia despenada á echarse á vuestros piés. Clama por su marido, y dice que no quiere separarse de su lado. También desea verle don Auselmo.

JUSTO.

¡Ah, si supieran cuál es su suerte!

SIMON. (A Torcuato.)

¡Muy buena la hemos hecho, Torcuato! ¡Mira en qué estado nos has puesto!

JUSTO. (Con gravedad.)

Señor don Simon, ya no es tiempo de reconvencciones; si no os doleis de su triste situacion, al menos no le alijais.

TORCUATO. (A Justo.)

Pero, Señor, ¿se me negará el consuelo...

JUSTO. (Con blandura.)

¿Para qué queréis exponeros á la angustia de ver las lágrimas de vuestra esposa y vuestro amigo? Tan tiernos objetos solo pueden servir de mayor quebranto. Yo quiero excusárosle, amigo mio; retiráos un instante, y tratad de tranquilizar vuestro espíritu. Quizá en mejor ocasion podréis satisfacer tan justo deseo. — (A los centinelas.) ¡Hola! retiradle. (Los centinelas se van con Torcuato en la misma forma que han salido.)

## ESCENA VI.

JUSTO y SIMON.

SIMON. (Viendo salir á Torcuato.)

¡Este mozo nos ha perdido! Mi casa está hecha una Babilonia; todos lloran, todos se afligen y todos sienten su desgracia. Ve aquí, señor don Justo, las consecuencias de los desafíos. Estos muchachos quieren disculparse con el honor, sin advertir que por conservarle atropellan todas sus obligaciones. No; la ley los castiga con sobrada razon.

JUSTO.

Otra vez hemos tocado este punto, y yo creia haberos convencido. Bien sé que el verdadero honor es el que resulta del ejercicio de la virtud y del cumplimiento de los propios deberes. El hombre justo debe sacrificar á su conservacion todas las preocupaciones vulgares; pero por desgracia la solidez de esta máxima se esconde á la muchedumbre. Para un pueblo de filósofos seria buena la legislacion que castigase con dureza al que admite un desafío, que entre ellos fuera un delito grande. Pero en un país donde la educacion, el clima, las costumbres, el genio nacional y la misma constitucion inspiran á la nobleza estos sentimientos fogosos y delicados á que se da el nombre de pundonor; en un país donde el mas honrado es el menos sufrido, y el mas valiente el que tiene mas osadia; en un país, en fin, donde á la cordura se llama cobardía, y á la moderacion falta de espíritu, ¿será justa la ley que priva de la vida á un desdichado solo porque piensa como sus iguales; una ley que solo podrán cumplir los muy virtuosos ó los muy cobardes?

SIMON.

Pero, Señor, yo creia que el mejor modo de hacer á los mozos mas sufridos era agravar las penas contra los temerarios.

JUSTO.

Cuando haya mejores ideas acerca del honor, convendrá acaso asegurarlas por ese medio; pero entre tanto las penas fuertes serán injustas y no producirán efecto alguno. Nuestra antigua legislacion era en este punto menos bárbara. El genio caballeresco de los antiguos españoles hacia plausibles los duelos, y entonces la legislacion los autorizaba; pero hoy pensamos, poco mas ó menos, como los godos, y sin embargo, castigamos los duelos con penas capitales.

SIMON.

Esos discursos, Señor, son demasiado profundos; yo no soy filósofo ni los entiendo, pero estoy muy mal con que los mozos...

JUSTO. (Con alguna aspereza.)

Dejemos una conversacion que debe alligirnos á entrambos, y vamos á consolar á Laura, pues tanto lo necesita.

SIMON.

Pero, decidme, ¿no habrá algun medio de salvar á Torcuato?

JUSTO. (Con seriedad.)

Esa pregunta es bien extraña en quien sabe las obligaciones de un juez. El órgano de la ley no es árbitro de ella. No tengo mas arbitrio que el de representar; y pues habeis oido como pienso, podréis inferir si lo habré hecho con elicacia.

SIMON.

¡Oh! pues si habeis representado, yo confio...

JUSTO.

No haréis bien en confiar. Las representaciones de un juez suelen valer muy poco cuando conspiran á mitigar el rigor de una ley reciente. Sin embargo, la Providencia... la piedad del Soberano...

## ESCENA VII.

ESCRIBANO. — DICHOS.

ESCRIBANO.

Señor, acaba de llegar el expreso.

JUSTO. (Recibiendo el pliego.)

Veamos... (Asustado.) No sé lo que me altera; el razon no me cabe en el pecho.

SIMON.

¿Qué tendrá, que tanto se ha turbado?

JUSTO. (Leyendo en secreto la carta, manifesta en su semblante grande conmocion y extremo dolor, y despues de haber acabado se arroja en una silla.)

¡Oh padre sin ventura! Oh hijo desdichado!

ESCRIBANO.

¡Malo, malo! Sin duda se ha confirmado la sentencia! (Se va el Escribano, y Simon, como temeroso de interrumpir á Justo, se retira al fondo de la escena, sin resolverse á desampararle.)

SIMON.

Yo no comprendo... El ha perdido el color... ¿Cuál se ha puesto, Dios mio! ¿Qué traerá esta carta? (Cuan-to dice Justo en el resto de la presente escena, se entien-de aparle.)

JUSTO.

Si, si; yo he sido el cruel que ha acelerado su desgracia... ¡Ah! Yo esperaba que mis clamores en favor de un inocente... ¡Hijo desventurado!

SIMON.

¿Señor?... (*Acercándose con timidez.*)—¿Qué tendrá, que tanto exclama?

JUSTO. (*Sin oírle.*)

¡No solo aprueban su muerte, sino que quieren también atropellarla! (*Levantándose.*) No; al Soberano le han engañado. ¡Ah! Si hubiera oído mis razones, ¿cómo pudiera negarse su piadoso ánimo á la defensa de un inocente?

SIMON. (*Desde lejos.*)

Señor don Justo...

JUSTO. (*Pasándose por la escena, como fuera de sí.*)

¡Hijo mio! ¡Hijo desdichado! ¿Cómo he de consentir?... Iré á bañar los pies del mejor de los reyes con mis humildes lágrimas.

SIMON.

¡Cuál está, Dios mio! No sosiega un instante!—Señor don Justo... Por vida de... Señor don Justo...—Pero ¡qué gritos!...

## ESCENA VIII.

LAURA, ANSELMO.—Dichos.

(*Laura entra corriendo en la escena, y Anselmo deteniéndola.*)

ANSELMO.

Señora, Señora, detenéos.

LAURA. (*Mirando á todas partes.*)

¡Qué! ¿El correrá á la muerte, y yo no podré abrazarle?... Querido esposo, ¿dónde te esconden? ¿Quiénes son los crueles que nos separan?

SIMON.

¡Hija mia! ¿qué es esto?...—Don Anselmo...

ANSELMO.

Señor, no he podido contenerla... El posta que llegó de la corte esparció la voz de que traía malas nuevas; entendiéronlo algunos de la familia, y sus lágrimas...

LAURA. (*De rodillas á Justo.*)

¡Ay, Señor! ¿Así abandonais á vuestro amigo? ¿Sufriréis que su esposa desventurada...

JUSTO. (*Volviendo el rostro.*)

¡Ve aquí lo que faltaba al complemento de mi desdicha!—Señor don Simon, separad á vuestra hija de este sitio, donde nada es capaz de aliviar su dolor.

SIMON.

Vamos, hija, vamos.

LAURA. (*Resistiéndose.*)

No, yo no me separaré de aquí... ¡Qué! Despues de perderle, ¿me negarán también el consuelo de morir en sus brazos? ¡Cruelles! todos son crueles con esta desdichada. (*Simon lleva casi violentamente á su hija, y Anselmo pretende seguirlos, pero se detiene, avisado por Justo.*)

## ESCENA IX.

JUSTO, ANSELMO.

JUSTO.

Quedáos, don Anselmo. Los sucesos de este triste día me han hecho conocer la fina amistad que profesais

á don Torcuato. ¿Quereis dar un paso en su favor, que le pueda librar de la desdicha que le amenaza?

ANSELMO.

¡Pues qué! ¿lo dudais, Señor? ¡Ah! no es posible comprender cuánto estimo sus virtudes ni cuánto me duele su triste situacion. ¡Ah! Si pudiera á costa de mi vida...

JUSTO.

A menos costa podeis serle muy útil y defender la suya. A pesar de cuantas razones expuse en su favor, la corte ha resuelto lo que oiréis ahora.

ANSELMO.

¡Oh Dios!

JUSTO. (*Lee con dolor y turbacion.*)

«He dado cuenta al Rey de la causa escrita sobre el desafío que hubo en esa ciudad, el día 4 de agosto del año próximo pasado, entre el marqués de Montilla y don Torcuato Ramirez, de que resultó la muerte del primero; y sin embargo de cuanto usía expone en su representacion á favor del homicida, su majestad, considerando el escándalo que ha causado este suceso en esa ciudad, este real sitio y todo el reino, singularmente cuando estaba tan reciente la publicacion de su pragmática de 28 de abril del mismo año pasado, y teniendo asimismo presente que el reo está llanamente confeso en su delito, se ha servido resolver que usía ponga en ejecucion la sentencia de muerte y confiscacion que ha dado en dicha causa, concediendo al reo solo el tiempo preciso para disponerse á morir como cristiano; y usía me dará cuenta de haberse ejecutado en la forma prevenida.—Nuestro Señor, etc.»

ANSELMO. (*Lloroso.*)

¡Infeliz amigo! Yo no podré sobrevivir á tu muerte.

JUSTO.

¡Desdichado! ¡Todos se compadecen de su desgracia! Solo la corte está sorda á nuestros clamores. Pero, don Anselmo, aun no sabeis hasta dónde llega la desdicha de vuestro amigo.

ANSELMO.

¡Qué, Señor! ¿despues de una sentencia...

JUSTO.

Sí, amigo mio, esta bárbara sentencia ha sido dictada por su mismo padre.

ANSELMO. (*Asombrado.*)

¿Vos padre suyo? ¡Oh Dios!

JUSTO. (*Trasportado de pena.*)

No, yo no soy su padre; soy un monstruo, que le ha dado la vida para arrebatársela despues... ¡Insensato! Yo hubiera podido... Pero no perdamos, amigo, un tiempo tan precioso. La terrible sentencia se va á notificar á Torcuato; la corte está cerca; vos sois su amigo; teneis en ella valedores... Tal vez nuestras instancias...

ANSELMO. (*Yéndose con precipitacion.*)

Basta, Señor; he entendido; no me detengo ni un instante.

JUSTO. (*Seguiéndole.*)

Si fuere preciso que el nombre de su padre...

ANSELMO. (*Desde la puerta, y sin volver el rostro.*)

Entiendo, entiendo.

## ESCENA X.

JUSTO, solo.

¡Santo Dios, encamina sus pasos!... Ve aquí el natural y dulce fruto de la virtud: todos se complacen en protegerla, y todos corren ansiosos á sostenerla en la adversidad. Pero ¡cuán débiles son sus apoyos contra la fuerza y el poder!—¡Virtud santa y amable! tú serás siempre respetada de las almas sencillas, mas no esperes hallar asilo entre los vanos y poderosos... ¡Cuánto ha cambiado mi suerte en solo un día! ¿Es posible que me he de hallar en la dura necesidad de derramar mi propia sangre?... ¡Hijo desventurado!... La mano de tu bárbaro padre te va á ofrecer el amargo cáliz de la muerte! ¡Funesta obligacion!... ¡Horrible ministerio!... Si acaso don Anselmo... ¡Ah! ¿Qué podrán sus débiles ruegos contra los de tantos importunos... contra el respeto de las leyes... contra la preocupacion del Gobierno!... ¡Ah!...

## ACTO QUINTO.

Descúbrese á Torcuato, sentado, con prisiones y con la misma ropa que debe llevar al suplicio. Justo, algo distante, se pasea con aire profundamente inquieto y abatido. El Escribano estará retirado lejos de todos, y habrá centinelas dobles. La escena es de día.

## ESCENA PRIMERA.

JUSTO, TORCUATO, EL ESCRIBANO.

JUSTO. (Al Escribano.)

Dejadnos solos por un rato, y avisad cuando sea tiempo. (Se va el Escribano, sacando el reloj.) —Ya no me queda esperanza alguna... La hora funesta está cercana, y don Anselmo no parece... ¡Oh justo Dios! ¿Negaréis este consuelo á mis ardientes lágrimas?

TORCUATO. (Con voz desmayada.)

En este triste y pavoroso instante la imagen de Laura ocupa únicamente mi memoria, y el eco penetrante de sus suspiros resuena en el fondo de mi alma. ¡Ay Laura! Yo no soy digno de tan amargas lágrimas... (Mirando á su padre.) Mi padre... ¡Ah! su venerable presencia y su tristeza me destrozan el corazón... ¡Oh muerte! Sin estos objetos tú no serías terrible á mis ojos. — (Llamando á su padre.) Padre...

JUSTO. (Sin oírle, y paseándose.)

¡Hay que vencer tantas dificultades antes de hablar á un soberano!

TORCUATO. (Con voz mas animada.)

Padre...

JUSTO. (Paseándose, pero sin volver el rostro.)

Las lágrimas me ahogan... No puedo responderle.

TORCUATO. (Esforzando mas la voz.)

Querido padre...

JUSTO. (Prontamente.)

¡Hijo mio!

TORCUATO. ¿

Yo estoy fatigado, y el peso de los grillos no me deja llegar á vuestras plantas... Mi hora se acerca...

J.-1.

Dignaos de bendecir por la última vez á este hijo desgraciado.

JUSTO. (Acercándose y tomando su mano.)

¡Hijo mio! Tus angustias se acabarán muy luego, y tú irás á descansar para siempre en el seno del Creador. Allí hallarás un Padre, que sabrá recompensar tus virtudes.

TORCUATO.

¡Sí, venerado padre; voy á ofrecerle mi espíritu, y á interceder en su presencia por los dulces objetos de que me separa su justicia... ¡Padre mio! Vuestro corazón y el de Laura, llenos de pureza y rectitud, tendrán todo su valor ante el Omnipotente. ¡Ah, qué consuelo! ¡Esperar en el seno de la eternidad la compañía de dos almas tan puras!

JUSTO.

Tú has cumplido, hijo mio, con todos tus deberes, y puedes creerte dichoso, pues vas á recibir el galardón. ¡Ah! nosotros, infelices, que quedamos sumidos en un abismo de aflicción y miseria, mientras tu espíritu sobre las alas de la inmortalidad va á penetrar las mansiones eternas y á esconderse en el seno del mismo Dios que le ha criado. Procura imprimir en tu alma estas dulces ideas; que ellas te harán superior á las angustias de la muerte. (A este tiempo se oye el reloj que da las once; Torcuato se estremece; Justo, horrorizado, se aparta de él, volviendo el rostro á otro lado, é inmediatamente entra el Escribano.)

## ESCENA II.

ESCRIBANO. — DICHOS.

ESCRIBANO. (Desde la puerta y con voz tímida.)

Señor... la hora ha dado ya.

TORCUATO. (Asustado.)

¡Oh Dios!... Esta es la última de mi vida... Con qué, ¿no hay remedio?... (Resignado, despues de alguna pausa.) Vamos pues á morir.

JUSTO. (Con extrema inquietud, paseando por el frente de la escena.)

Este don Anselmo... ¡Don Anselmo!... ¡Gran Dios! ¿Así abandonais al inocente?... (Hace seña al Escribano, que se habrá mantenido á la puerta.)

## ESCENA III.

DICHOS.

(El Escribano, sin salir, hace una seña desde la puerta, y á ella entran sucesivamente el Alcaide, la tropa y los ministros de justicia. El Alcaide despoja á Torcuato de sus prisiones, los soldados, con bayoneta calada, le rodean por todos lados, y la gente de justicia se coloca parte al frente y parte cerrando la comitiva. El Escribano precede á todos. En este orden irán saliendo con mucha pausa, y entre tanto sonará á lo lejos música militar lúgubre. Justo se mantiene inmóvil en un extremo del teatro con toda la serenidad que pueda aparentar, pero sin volver el rostro hacia el interior de la escena.)

TORCUATO. (Mientras le quitan las prisiones.)

Querido padre, yo os recomiendo á la inocente Laura; sustituidla el lugar de este hijo, que vais á perder.



JUSTO.

Hijo mio, ella será mi único consuelo en las angustias que me aguardan.

TORCUATO. *(Empezando á salir.)*

¡Padre! Adios, querido padre. *(Justo no le puede responder por el exceso de su dolor; se arroja en una silla, luego se reclina sobre la mesa, cubriendo su rostro con las manos, y entre tanto acaba de salir todo el acompañamiento.)*

JUSTO. *(Levantando las manos al cielo.)*

¡Este don Anselmo!...

TORCUATO. *(Fuera de la escena.)*

¡Adios, querido padre! *(Justo, al oírle, se vuelve á cubrir el rostro, y reclinado como antes, guarda silencio por un rato.)*

## ESCENA IV.

JUSTO, con voz interrumpida.

¡Hijo infeliz!... Yo soy quien te priva de tu inocente vida... Lo que hice para salvarte ha sido tan poco... ¡Qué idea tan horrible! Pero no hay remedio... Bien presto la fúnebre campana me avisará de su muerte... *(Levantándose asustado.)* Ya parece que suena en mis oídos. ¡Santo Dios! *(Paseándose por la escena con suma inquietud.)* No hallo sosiego en parte alguna. ¡Hijo desdichado! ¿Es posible?... ¿Con qué, tu inocencia, tus virtudes, los ruegos de un amigo, los tiernos suspiros de una esposa, las lágrimas de un padre y el sentimiento universal de la naturaleza, nada pudo librarte de la muerte; de una muerte tan acerba y tan ignominiosa?.. ¡Buen Dios! ¿Por qué no le socorres?... *(Asustado.)* Pero ¿qué ruido se oye? ¿Si estará ya espirando?

## ESCENA V.

SIMON, LAURA.—JUSTO. *Laura entra en la escena corriendo, desgreñada y llorosa, y su padre deteniéndola.*

SIMON. *(Desde el fondo.)*

Señor, Señor, no puedo detenerla. Un solo instante que nos descuidamos...

LAURA. *(Mirando á todas partes.)*

No, no; todos me engañan. ¡Cruelles! ¿por qué me quitais á mi esposo? ¿Dónde está? ¡Qué! ¿no parece? ¿Se le han llevado ya? ¡Verdugos! ¡Cruelles verdugos de mi inocente esposo! ¿Estaréis ya contentos?... No; él no ha muerto aun, pues yo respiro. Dejadme, dejadme que vaya á acompañarle; que la sangrienta espada corte á un mismo tiempo nuestros cuellos... ¡Querido esposo! ¡Ah! Tú lucharás tambien con tus verdugos por venir á unirme con tu Laura. ¿Por qué no quieren que espiremos juntos?

JUSTO. *(Procurando templar á Laura.)*

Hija...

LAURA. *(Mirándole con horror.)*

Yo no soy vuestra hija, ¡cruel! yo no soy vuestra hija. Vos me habeis quitado mi esposo; sí, vos me le habeis quitado. Y no os disculpeis con las leyes, con esas leyes bárbaras y crueles, que solo tienen fuerza contra los desvalidos.

JUSTO.

¡Qué alma podrá resistir á tantas aliecciones! *(Se*

*oye á lo lejos una confusa griteria, y casi al mismo tiempo el toque de campana que se acostumbra en semejantes casos.)* Pero ¡qué oigo! Qué rumor!... ¡Oh santo Dios! Recibe su espíritu. *(Se vuelve á arrojar en la silla, tomando la misma situacion en que antes estuvo. Laura corre como furiosa; su padre manifiesta tambien mucho dolor, y la sigue sin hablar.)*

LAURA.

¡Qué! ¿ya espiró? No, no puede ser... Mi esposo... ¡Oh triste, oh desdichado esposo!... tu sangre corre ya derramada... ¡Ah! voy á detenerla. *(Hace un esfuerzo por salir de la escena, y cae al suelo, oprimida del dolor.)*

SIMON.

¡Hija mia! Hija de mi vida!—¡Ah! que no respira. *(Aquí se hace una larga pausa, y durante ella continúa el sonido de la campana.)*

JUSTO.

Este melancólico silencio llena mi alma de luto y de pavor. ¡Eterno Dios! ¡Tú has recibido ya su espíritu en la morada de los justos!

SIMON.

Hija mia... ¡Oh padre desdichado!

LAURA. *(Volviendo en sí.)*

Con qué, ¿ya no hay remedio? Con qué, el golpe fatal... No, yo no puedo vivir. ¡Querido esposo! ¡Ah bárbaros! Ah crueles verdugos!

JUSTO.

Buen Dios, pues nos envías esta tribulacion, conforta nuestras almas para sufrirla.

SIMON.

¡Hija mia! ¡Querida Laura!

LAURA. *(Levantándose con furor.)*

¿Y el justo cielo no vengará la sangre del inocente? ¡Oh Dios! atiende á mi ruego, y haz que perezcan los verdugos que le han asesinado; que la triste sombra de mi inocente esposo llene sus corazones de susto y de zozobra; que los gritos, los atroces lamentos de su viuda infeliz resuenen siempre en sus almas impías; que sean eterno objeto de tu terrible cólera. *(Vuelve á caer en los brazos de su padre, como antes.)*

SIMON.

¡Hija!...—El dolor la tiene sin sentido.—¡Hija mia!...

JUSTO.

¡Ah! ¡su dolor es muy justo! ¡Desventurada! Pero ¿qué nuevo rumor? Qué habrá sucedido?

## ESCENA VI.

EL ALCAIDE, EL ESCRIBANO, EUGENIA y ALGUNOS OTROS DOMESTICOS *salen apresurados á la escena, diciendo todos á una voz:*

Albricias, albricias.

SIMON.

Pues ¿qué? ¿qué hay?

ESCRIBANO.

Albricias; el Rey le ha perdonado.

JUSTO Y SIMON.

¡Oh Dios!

LAURA. *(Corriendo hácia el Escribano.)*

Pues ¡qué! ¿vive todavía? Amigo...

ESCRIBANO. *(Fotigado.)*

Si el señor don Anselmo tarda un instante mas, to-

do se ha perdido; pero el cielo le trajo á tan buen tiempo.. Si, señores, vive aun, y está perdonado; este es su indulto. (*Entrega un pliego á Justo.*)

LAURA.

Y ¿dónde está? Vamos á verle. (*Simon la detiene.*)

JUSTO. (*Abriendo el pliego, besa la real firma, la pone sobre la cabeza, y se retira á leer, diciendo:*)

Al fin ¡buen Dios! los clamores de un padre desdichado no han sido vanos en tu adorable presencia.

SIMON. (*Al Escribano.*)

Pues vaya, hombre, cuéntenos lo que ha pasado, y saquémos de dudas.

ESCRIBANO. (*Mientras lee Justo.*)

Yo no sé si podré, porque estoy tan alterado, tan gozoso... Ya todo estaba pronto, y el reo había subido á lo alto del cadalso; toda la ciudad se hallaba en la gran plaza de este alcázar, ansiosa de ver el triste espectáculo; el susto y la curiosidad tenían al pueblo en profundo silencio, y solo se oía el funesto pregon de la sentencia y las voces de los religiosos que auxiliaban. Entre tanto conservaba Torcuato en su semblante la compostura y gravedad de su natural, y los ojos de todo el concurso estaban clavados en él, cuando el verdugo le advirtió que había llegado su hora. Entonces, sereno y mesurado, se acomoda la lúgubre vestidura, tiende su vista por toda la plaza, la fija por un rato en este alcázar, y lanzando un profundo suspiro, se dispone para la sangrienta ejecución. Todos guardaban un melancólico silencio, y ya el verdugo iba á descargar el fatal golpe, cuando una voz que clamaba á lo lejos «¡Perdon, perdon!» detuvo el impulso de su brazo. A esta voz siguió una grande y confusa gritería del pueblo, como rumor encañó al que tenía á su cargo la campana; de suerte que el funebre sonido de esta y las alegres voces del indulto y del perdon resonaron á un tiempo en todos los oídos. Va á este punto llegaba don Anselmo á caballo al sitio del suplicio. El susto, el polvo y el sudor habían desfigurado su semblante de forma, que nadie le conocía. Traía en la mano la real cédula del indulto, que me entregó al instante (*Justo acaba de leer, y se acerca á oír al Escribano*); y dándome orden de que viviese á presentarla, se apeó, subió al cadalso, y allí queda, dando tiernos abrazos á su amigo y bañando su rostro en lágrimas de gozo.

JUSTO.

¡Ay amigo! corre; no os detengais un punto; poned á mi hijo en libertad, y que venga al instante á nuestra vista. (*El Escribano se va con precipitación.*) —¡Oh buen Dios! Mi corazón desfallece de contento. Si, querida Laura, él es mi hijo, y tú lo eres tambien... Vén á mis brazos, y ayúdame á dar gracias á la Providencia por este inefable beneficio.

LAURA. (*Corriendo á abrazarle.*)

¿Qué, Señor? ¿Vos sois su padre?

SIMON.

¿Su padre? ¿Tambien tenemos esa?

JUSTO.

Sí, soy su padre, y sin embargo, había decretado su muerte. ¡Ah! Si el cielo no le hubiese salvado, solo el sepulcro pudiera terminu mis tormentos. Sosiégate, querida hija, y tranquiliza tu espíritu agitado. En me-

por tiempo te descubriré los designios de la Providencia sobre el origen de tu esposo.

LAURA. (*Mesando la mano á Justo.*)

¡Querido padre! El cielo me le vuelve por vuestro inano, y á su virtud y á la vuestra debo tan gran ventura.

SIMON.

Señores, cuanto pasa parece una novela; yo estoy aturrido, y apenas creo lo mismo que estoy viendo... —Querida Laura, vén á los brazos de tu padre. (*Laura va á abrazar á su padre; pero viendo á su esposo, corre á encontrarle al fondo de la escena, donde se abrazan estrechamente.*)

## ESCENA VII

ANSELMO, lleno de polvo y en traje de posta; TORCUATO, desgredado, pero sin las vestiduras de reo, con semblante risueño, aunque muy conmovido; FELIPE. — DICHOS.

LAURA.

¡Ah querido esposo!...

TORCUATO. (*Corriendo á abrazarla.*)

¡Ah Laura mia!...

JUSTO. (*Abrazando á Anselmo.*)

¡Mi bienhechor, mi amigo! ¿Con qué podremos responder á tan sublime beneficio?

ANSELMO.

En él mismo, Señor, está mi recompensa. He tenido la dulce satisfacción de salvar á mi amigo.

TORCUATO. (*A su padre, abrazándole.*)

¡Querido padre!

JUSTO.

Vén á mis brazos, hijo mio; vén á mis brazos... Tu serás el apoyo de mi vejez.

LAURA.

¡Ah! El gozo me tiene fuera de mí... Querido don Anselmo, yo seré eternamente esclava vuestra.

TORCUATO. (*A Simon.*)

¡Padre mio!

SIMON. (*Abrazándole.*)

Buen susto nos has dado, hijo; Dios te lo perdone. Vaya, señores, dejemos los abrazos para mejor tiempo, y díganos don Anselmo cómo se ha hecho este milagro.

ANSELMO.

Jamás sufrí mi alma tan terribles angustias. Cuando llegué á la corte estaba su majestad recogido, y mis gritos, mis clamores fueron vanos, porque nadie se atrevió á interrumpir su descanso. Yo no dormí en toda la noche ni un instante, pero tampoco dejé sosegar á nadie. El ministro, el sumiller, el mayordomo mayor, el capitán de guardias, todos sufrieron mis importunidades. En vano me decían que mi solicitud era inasequible; porque yo no los dejaba respirar. Al fin, por librarse de mí ofrecieron pedir á su majestad una audiencia, y con esto los dejé por un rato; pero empleé el tiempo que restaba hasta la hora señalada en prevenir á los que debían extender la cédula, en caso de ser el despacho favorable, con lo cual todos estuvieron prontos y propicios. A las siete me admitió el Soberano. Le expuse con brevedad y con modestia cuanto había pasado en el desafío; le pinté con colores muy

vivos el genio provocativo del Marqués, el corazón blando y virtuoso de Torcuato, el candor y la virtud de su esposa, y sobre todo, la constancia y rectitud del juez, diciendo que era su mismo padre. El cielo sin duda animaba mis palabras, y disponia el corazón del Monarca. ¡ Ah, qué monarca tan piadoso! ¡ Yo vi correr tiernas lágrimas de sus angustos ojos! Después de haberme oído con la mayor humanidad, « La suerte de ese desdichado, me dijo, conmueve mi real ánimo, y mucho mas la de su buen padre. Anda, ya está perdonado; pero no pueda jamás vivir en Segovia ni entrar en mi corte. » Al punto me postré á sus piés y los inundé con abundoso llanto. Salgo corriendo, acelero el despacho, tomo el caballo, vuelo en el camino, y ¡ oh Dios! un instante mas me hubiera privado del mejor amigo.

TORCUATO.

Querido amigo, vuelve otra vez á mis brazos; tú has sido mi libertador. ¡ Cuántos y cuán dulces vínculos unirán desde hoy nuestras almas!

JUSTO.

Hijos míos, empecemos á corresponder á los beneficios del Rey, obedeciéndole. Vamos á tratar de vuestro destino, y demos gracias á la inefable Providencia, que nunca abandona á los virtuosos ni se olvida de los inocentes oprimidos.

*¡ Dichoso yo, si he logrado inspirar aquel dulce horror con que responden las almas sensibles al que defiende los derechos de la humanidad!*

(BECCARIA, *Delitos y Penas.*)



## CURSO

DE

# HUMANIDADES CASTELLANAS <sup>(1)</sup>.

### PLAN DE ESTA OBRA.

ESTE curso supone una perfecta inteligencia del arte de leer y escribir; esto es, de las primeras letras.

Empezará por los principios de la gramática general, enseñados segun nuestro método, de que separadamente darémos bastante razon.

Como estos principios serán enseñados en lengua castellana, podrán excusar el estudio particular de esta lengua.

Con todo, para ilustrar mas y mas uno y otro estudio, se explicará separadamente la índole de la lengua castellana, y comparándola con los principios de la gramática general, resultará á los jóvenes un completo conocimiento de la gramática de su lengua; y por este método, cuando los jóvenes hubieren de pasar al estudio de las lenguas muertas ó vivas, y de sus gramáticas, la enseñanza se reducirá á hacer esta misma comparacion de la lengua cuyo estudio emprendieron.

Cuánto facilitará el estudio de las lenguas este método, solo se podrá calcular cuando la experiencia y el tiempo lo demostrare.

De aquí se pasará naturalmente al estudio de la elocuencia, y por el mismo método; es decir, se darán aquellos principios generales de este arte, que siendo tomados inmediatamente de la naturaleza, son unos y extendidos para todas las lenguas. Si la gramática es el arte de hablar, la elocuencia es el de hablar con elegancia; y esta elegancia, siendo regulada por los diferentes objetos del discurso, debe tener sus preceptos generales y relativos á la naturaleza de estos objetos. Y no se diga que la elocuencia es el arte de mover y persuadir, porque esta definición, mas bien que el arte, explica su objeto y último fin. Explicados los principios de la elocuencia, se dará á los jóvenes la idea particular de aquellos que pertenecen á nuestra lengua, atendida su índole, su sintáxis, sus modismos, sus figuras, etc.; y otro tanto se hará cuando alguno de los jóvenes hubiere de aplicar los principios generales de la elocuencia á las demás lenguas que hubiere estudiado. Tambien la poética tiene sus principios universales y que abrazan todas las lenguas. Por ellas de-

berá empezar la enseñanza, y como todas las lenguas tengan sus diferencias de estilo, prosodia, ritmos y metros, la enseñanza particular de estos se hará separadamente, primero de la lengua castellana, y sucesivamente de aquellas á que se aplicaren los jóvenes. Al estudio de la poética debe seguir el de la lógica; pero las semillas y primeros principios de este arte deberán haberse sembrado en la enseñanza de la elocuencia general. Y en efecto, si de la lógica se dice que es el arte de pensar y discurrir, ¿cómo se podrá enseñar bien la elocuencia, que se define el arte de hablar con elegancia, y que tiene por fin persuadir y mover, sin dar alguna idea del arte de enlazar y ordenar nuestros pensamientos del modo mas conveniente á dicho fin? Pero la lógica, remontándose mucho mas, sube á explicar el origen de nuestras ideas, á calificar por él la naturaleza de nuestros pensamientos, la comparacion de unos con otros, y los juicios que resulten de esta comparacion; y así es como resultará aquel arte de poner en uso todos los argumentos que podemos emplear en nuestros discursos para persuadir la verdad, y lo que es mas, para buscarla y alcanzarla. ¿Y cómo se podrá subir al origen de nuestras ideas, sin entrar al conocimiento del ente que las forma y produce, y al de aquellos con quien está enlazada por su origen y relaciones? Hé aquí pues naturalmente trabado con el estudio de la lógica el de la ontología, que le debe seguir, ó mas bien acompañar. Se deben pues enseñar á los jóvenes los principios de la metafísica, esto es, de la naturaleza de los entes; y como el primero de todos, y el que los abraza y contiene en sí, es el supremo Autor de cuanto existe, es visto que en esta enseñanza de la metafísica debe entrar la teología natural, esto es, la enseñanza y demostracion de la existencia de Dios con aquellos grandes atributos que son inseparables de ella; esto es, su omnipotencia, su sabiduría y su bondad.

Así pues, conocido el Criador y conocida la criatura racional, y en fin, conocidas las relaciones entre uno y otra, se hallarán naturalmente establecidos los

(1) Escribióse para el Instituto Asturiano. Véase el discurso preliminar.

principios de la ética acerca del Sumo Bien, y del fin de las acciones humanas, los del bien y el mal, y los de la virtud y el vicio. Este conocimiento establece los principios del derecho natural; porque, descubiertas las relaciones que tiene el hombre hacia su Criador y hacia sus semejantes, serán fácilmente establecidos sobre ellas sus derechos y obligaciones. Pero los hombres, reunidos primero en familias, después en tribus, y al fin en sociedades, contrajeron nuevas obligaciones, y adquirieron nuevos derechos particulares y relativos al cuerpo moral que resultó de esta reunión. Estos derechos y obligaciones debían ser de dos clases: unos relativos á las diferentes sociedades, en cuanto se interesase el bien y tranquilidad de unas y otras para sostenerse recíprocamente y no dañarse; y otros que señalasen los derechos y obligaciones del hombre social, así respecto del cuerpo moral á que cada uno pertenece, como con respecto á los demás hombres reunidos en la misma sociedad.

Resta solo el estudio de la política para completar la filosofía especulativa ó racional; pero la política, ó es una ciencia incierta y vana, ó no es otra cosa que la aplicación de los principios del derecho público y privado que acabamos de explicar, y en uno ú otro sentido, no nos parece digna de particular enseñanza.

Más hay una política que dice relación al gobierno interior de cada sociedad, y que, por lo mismo, se llama económica, cuyos principios son ya generalmente conocidos, y cuyo estudio es digno de la más seria atención, por lo mismo que de su observancia pende infaliblemente el bien ó el mal, la prosperidad ó la decadencia de las sociedades.

Hé aquí los estudios que deben servir de cimiento á todos los demás, y sin los cuales el teólogo, el jurisconsulto, el filósofo natural jamás alcanzará otra cosa que ideas vagas, inconexas y faltas de todo buen cimiento.

#### Bellas letras.

Las bellas letras consideran al hombre como un ser dotado de imaginación. A ellas pertenece todo lo relativo á la belleza, á la armonía, á la elegancia, á la grandeza, y todo lo que puede ablandar el ánimo, lisonjear la fantasía y mover los afectos. Su fin principal es formar el gusto, aquella preciosa facultad, cuya falta es la que menos se disimula en la edad presente.

El gusto se contrae á todas las artes liberales, como la música, la pintura, etc. Nosotros le consideramos solamente con relación al lenguaje, estilo y composición, cuyas tres partes componen el estudio de las bellas letras.

El hombre, destinado por su Criador para vivir y tratar con sus semejantes, tiene en la admirable composición de sus órganos la facultad de articular palabras, y la facilidad de emplearlas para la expresión de sus ideas. Además de las palabras, usa el hombre de gritos, que expresan los afectos de su alma, de gestos y de ciertos movimientos del rostro, que contribuyen

á dar mucha fuerza á la expresión, mucha gracia al que habla y mucho gusto al que oye.

El alma del hombre conoce todos los objetos de la naturaleza por medio de los sentidos, y después de conocerlos, tiene la facultad de conservar su imagen. Llámase sensación la impresión que el alma recibe de los objetos que están presentes, é idea la imagen que el alma conserva de los objetos que están ausentes. Luego cuando decimos que las palabras expresan las ideas del hombre, entendemos que expresan aquellas imágenes de los objetos que el alma conserva después de haberlos conocido por medio de los sentidos.

Siendo cinco los sentidos, recibirá el alma cinco especies de sensaciones. Luego, si queremos conocer un objeto, no habrá más que dirigir nuestros sentidos á él, observando las sensaciones que recibimos; estas sensaciones serán distintas, porque son distintos los sentidos, y distintas las cosas que se hallan en un mismo objeto. Llámense calidades aquellas cosas distintas. De ahí se infiere: 1.º que un objeto es un punto de varias calidades; 2.º que nuestros sentidos no perciben en un objeto sino sus calidades.

No percibiendo el alma las calidades de los objetos sino por medio de los sentidos, claro está que el que no hubiese percibido una calidad, no comprenderá la palabra que la indica, por más esfuerzos que se hagan para explicársela. Mas puede cualquiera comprender una palabra que indica un objeto, aunque no le hubiese percibido, con tal que le digan sus calidades.

No hay en la naturaleza dos objetos que tengan sus calidades iguales. Todos son distintos los unos de los otros, y por esta razón se llaman individuos. Luego, si hubiéramos de dar nombres distintos á todos ellos, no hay memoria humana que pudiese retenerlos.

Para remediar este inconveniente se dividieron los objetos en varias clases, de esta manera: se observó que varios objetos tenían algunas calidades semejantes, por cuyo motivo se les puso en una misma clase, con un nombre que puede darse á cada uno de ellos. Así se formaron las palabras *hombre*, *casa*, *caballo*, *árbol*, etc. Observando después las calidades semejantes entre dos ó más clases, se formaron otras más generales; por ejemplo, comparando los hombres con los caballos, los perros, etc., se formó otra clase, que tiene el nombre de animal, y haciendo del mismo modo otras comparaciones, se hicieron otras clases.

Pero aquellos nombres generales, por convenirá todos los individuos de una misma clase, no determinaban bastante aquellos objetos que el hombre podía necesitar á menudo. De ahí la necesidad de nombres menos generales; por ejemplo, las palabras *manzana* y *caballo* se refieren á muchos individuos; y como entre estos hay muchas diferencias, se formaron las palabras *camuesa*, *repinaldo*, etc., con respecto á la manzana; y *alazan*, *overo*, etc., con respecto al caballo. Estas palabras se llaman *especies*; de modo que puede decirse que *camuesa* es una especie de manzana, y *alazan* una especie de caballo; donde se ve que, después de hacer clases generales, fueron los hombres haciendo otras menos generales siempre que necesitaban determinar con



mas distineion algunos individuos. Quanto mas importantes eran estos, tanto mas hubieron de determinarse; así la palabra *hombre* se subdividió en *viejo*, *jóven*, *niño*, etc.; y siendo todavía muy generales estas clases, por el grande é indispensable trato que tenían entre sí sus individuos, se llegó á dar nombres distintos á cualquiera de ellos.

Así como se formaron clases de objetos, se formaron tambien clases de calidades. Por ejemplo, observando que algunos objetos eran blancos y otros negros, etc., se formaron las palabras *blancura*, *negror*, etc.; observando despues que estas calidades tienen de comun el que se perciben con la vista, se formó otra clase mas general con el nombre de *color*; lo mismo puede decirse de las calidades percibidas por los demas sentidos.

Hasta aqui hemos visto cómo el hombre percibe los objetos y cómo puede darles nombre; se reducen estos á individuales y generales. Nombre individual ó propio es el que conviene á un objeto determinado; nombre general es el que puede darse á muchos objetos; el primero representa un objeto que existe en la naturaleza; el segundo representa una clase formada por el hombre y que no existe sino en su entendimiento.

El hombre tiene la facultad de percibir los objetos de la naturaleza, pero tiene tambien la facultad de compararlos y de reflexionarlos. Esta es la base de todos sus conocimientos. Luego, antes de aprender cualquiera ciencia, conviene examinar en qué consiste esta facultad y cómo puede dirigirse bien. Sucede en esto lo que en una obra mecánica, cuya perfeccion pende de la perfeccion del instrumento con que se hizo.

Nosotros comparamos, juzgamos y raciocinamos, sin saber que estas son tres operaciones de nuestra alma y sin examinar cómo se hacen; luego, para conocerlas, no hay mas que observarnos á nosotros mismos. Primeramente, cuando ponemos la vista en algunos objetos, sin atender á uno mas que á otro, observamos que todos ellos producen, poco mas ó menos, en nosotros las mismas sensaciones; pero si fijamos la vista en uno de ellos, los demás que están junto á él producen en nosotros sensaciones muy ligeras, y nuestra alma recibirá una sensacion que parece exclusiva; luego la atencion es ocuparse el alma en aquella sensacion sola.

Así como hemos puesto nuestra atencion en un objeto, podemos ponerla en dos al mismo tiempo, en cuyo caso recibirá nuestra alma dos sensaciones exclusivas; esto es, dos sensaciones que se observan juntamente, sin atender á otra ninguna. Esto se llama *comparar*; luego la comparacion no es mas que una doble atencion.

Pero no podemos comparar dos objetos sin recibir dos sensaciones semejantes ó distintas. Hallar en aquellos objetos semejanza y diferencia, es *juzgar*; luego el juicio se funda en la comparacion.

Nuestra alma reflexiona cuando pone la atencion sucesivamente en varios objetos ó en varias calidades de un objeto, comparando y juzgando; luego la *reflexion* es la atencion que se dirige sucesivamente á varios objetos para compararlos y juzgarlos.

Sucede muchas veces que, comparando dos ideas una contra otra, no podemos juzgar de su semejanza ó diferencia, sin la intervencion de otra idea, con quien se compara cada una de las dos.

Por ejemplo, cuando decimos: *el hombre es mortal*, *Pedro es hombre*, luego *Pedro es mortal*, comparamos *Pedro* y *mortal* con *hombre*; y cuando hallamos dos cosas iguales á una tercera, decimos que son iguales entre sí. Esto se llama *raciocinar*; donde se ve que el raciocinio se compone de tres juicios.

Hay pues en nuestra alma cinco facultades principales: la atencion, la comparacion, el juicio, la reflexion y el raciocinio, á las cuales podemos añadir la memoria, de que se habló anteriormente. Hemos reconocido estas facultades observándonos á nosotros mismos, esto es, observando cómo nuestra alma obra sobre las sensaciones producidas en ella por los objetos exteriores.

La observacion de estas facultades nos hace conocer que no pertenecen á nuestro cuerpo. Este no hace mas que recibir por los sentidos las impresiones de los objetos exteriores, cuyas impresiones se reunen despues en una sustancia, una é indivisible, á que llamamos alma.

Esta es una é indivisible, porque, si no lo fuera, las sensaciones que recibe se repartirian entre sus partes; por ejemplo, las sensaciones de la vista correspondirian á una parte, las sensaciones del oído á otra, y así de las demás; por consiguiente, no habria ninguna parte que pudiese comparar todas las sensaciones; luego el alma es una é indivisible; luego es distinta del cuerpo.

Y si suponemos que cada parte del alma recibe las mismas sensaciones, recibirá el alma tantas sensaciones cuantas partes tiene; es decir, que si las partes son ciento, siempre que miramos á un objeto recibimos cien sensaciones; pero esto es contra la experiencia; luego el alma no puede componerse de partes; luego es una é indivisible.

De ahí se infiere que el alma es distinta del cuerpo: 1.º porque el cuerpo se compone de partes, y el alma no; 2.º el cuerpo de por sí no percibe, compara ni reflexiona, pues hay algunos en quienes no se descubren estas facultades; 3.º el cuerpo se convierte en nuevas sustancias por la traspiracion, el alimento, las enfermedades, la edad, y puede ser privado de uno de sus miembros sin que el alma padezca mudanza alguna; luego el alma es distinta del cuerpo.

Por la reflexion y observacion de nosotros mismos, hemos llegado á conocer la existencia, simplicidad é inmortalidad del alma. Digamos pues que si por los sentidos conocemos las cosas materiales, por la reflexion podemos conocer las espirituales. Hemos tratado ya del alma; tratemos ahora de Dios.

Cuando miramos un edificio soberbio, y atendemos á su belleza, grandiosidad, y al orden y proporcion de las partes entre sí y con el todo, suponemos naturalmente que el autor de aquella magnífica obra es un artifice inteligente; luego si paramos la atencion en el orden del universo, el curso regular de los astros, el equilibrio de los elementos, la organizacion de los animales, la estructura interior y exterior de los vegeta-



les, y observamos cómo todas las partes concurren á formar aquel todo llamado naturaleza, ¿no hemos de decir que tan admirable obra tuvo también un artífice, y que este artífice es inteligente?

Tienen los hombres grabada en sus corazones una ley sagrada é inviolable, que aprueba lo justo y reprueba lo injusto; ley independiente de todos los convenios y voluntades de los hombres, y que existiría y obligaría aun cuando los legisladores humanos aboliesen, de común acuerdo, las leyes que han establecido; luego existe en la naturaleza un legislador invisible y supremo.

Vemos que en la naturaleza todos los objetos son causas y efectos los unos de los otros. Nosotros, por ejemplo, debemos el ser á nuestros padres, estos á

nuestros abuelos, etc. Lo mismo sucede en todos los otros animales, vegetales y minerales; pero en esta sucesion de seres debe por precision haber una que siempre existió y es causa de todas las demás, porque repugna el admitir una série infinita de seres sucesivos; luego existe y existió un ser independiente, criador de todo.

Así es como podemos elevarnos al conocimiento de Dios, como lo hicieron aquellos que no tuvieron la dicha de recibir la luz de la revelacion. De la existencia de una primera causa se infiere que es inteligente, todopoderosa, independiente, libre, inmutable, eterna, inmensa, buena, justa y misericordiosa. Estos son los atributos divinos, cuyo conjunto forma la idea de la Providencia.

## RUDIMENTOS DE GRAMATICA GENERAL,

### Ó SEA INTRODUCCION AL ESTUDIO DE LAS LENGUAS.

Entre todas las criaturas, solo el hombre recibió de su Criador el don de la palabra, esto es, la facultad de hablar, de la cual trataremos en la leccion de mañana. En la de hoy se explicará lo que debeis entender por estas palabras *lengua* y *gramática*, y de esta explicacion deduciremos lo que se entienda por gramática general, que es el objeto de estas lecciones.

Solo el hombre es capaz de hablar, y en este privilegio ha recibido dos grandes ventajas: 1.<sup>a</sup> la de comunicar á sus semejantes sus mas internos sentimientos; 2.<sup>a</sup> la de percibir los mas íntimos pensamientos de sus semejantes; de entrambas ha resultado la perfeccion de la razon humana, la cual no puede extender sus ideas, ni compararlas ni perfeccionarlas, sino por medio de la palabra ó el discurso.

A la coleccion de sonidos articulados ó palabras de que se valen los naturales de una nacion ó provincia, uniéndolas y ordenándolas para tratarse y comunicar sus pensamientos, se ha dado el nombre de *lengua*; así que, el conjunto de palabras de que se valen los españoles, franceses ó ingleses, y de que se valieron los hebreos, griegos ó romanos, se llama propiamente *lengua castellana*, *francesa* ó *inglesa*, ó bien *lengua hebrea*, *griega* ó *latina*.

Al arte de unir y enlazar las palabras de una lengua para expresar por su medio los pensamientos y formar un discurso seguido, se ha dado el nombre de *gramática*, la cual puede ser definida así: *gramática* es el arte de hablar bien una lengua, ó es el conjunto de reglas que deben ser seguidas y observadas para hablar bien una lengua; así que, el conjunto de reglas establecidas para hablar con propiedad la lengua castellana podrá ser llamada *gramática castellana* ó *arte de hablar bien el castellano*; y lo mismo se puede decir de todas las demás lenguas.

Estas reglas, establecidas por el uso y reunidas por la observacion, fueron en parte derivadas de la natu-

raleza, y en parte de combinaciones arbitrarias; y por eso hay algunas que son comunes á todas las lenguas del mundo, y otras que son propias y peculiares de cada lengua particular.

Al conjunto de reglas de la primera clase daremos el nombre de *gramática general*, y al de la segunda, de *gramática particular*. Las primeras servirán de materia á vuestro estudio en estas lecciones preliminares; las segundas son de inmensa extension; pero nosotros abrazaremos solamente en nuestra ensenanza las que pertenecen á las lenguas inglesa y francesa.

Hemos visto que todas nuestras ideas proceden de la sensacion ó de la reflexion, y observado cómo pueden expresarse con palabras. Hemos visto también cómo nuestra alma forma juicios y raciocinios, considerando la relacion de dos ó mas ideas; réstanos ahora saber cómo aquellos juicios y raciocinios se expresan con palabras, ó lo que es lo mismo, cómo expresan nuestros pensamientos.

Para esto acordémonos de que formar un juicio es percibir entre dos ideas que se comparan una relacion de semejanza ó diferencia; por consiguiente, para expresar un juicio se necesitan tres palabras. Así, cuando decimos *el hombre es mortal*, *hombre* y *mortal* representan dos ideas, y *es* representa aquella percepcion del alma que halla una relacion entre ellas. El juicio expresado con palabras se llama *proposicion*.

Esta proposicion, *el hombre es mortal*, no solamente sirve para expresar un juicio, sino que en ella se hallan señaladas clara y distintamente las ideas y operaciones que el alma hizo para formar aquel juicio; luego por medio de palabras logramos analizar nuestro pensamiento, esto es, descomponerle para considerar sus partes.

La palabra *hombre*, como se dijo arriba, es un nombre general, pues que indica las calidades comunes á todos los individuos de una misma especie; y la pala-

bra *mortal* indica una de aquellas calidades; luego la diferencia que hay en las dos es, que la primera indica un conjunto de calidades, y que la segunda indica una calidad sola. Ved aquí dos especies de palabras, indicantes de objeto ó de sustancia é indicantes de calidad, ó con otro nombre, sustantivo y adjetivo.

Se dió á esta palabra el nombre de adjetivo, porque debe juntarse á un sustantivo para significar algo, siendo propio de ella indicar la calidad como perteneciente á un objeto. Pero si consideramos la calidad abstracta, esto es, separada de un objeto, entonces la palabra que la indica se convierte en sustantivo. Así, de la palabra *blanco* se formó *blancura*, como de *virtuoso* *virtud*; y así, *blancura* y *virtud* son nombres generales, como *hombre*, *árbol*, pues expresan una calidad que conviene á muchos individuos.

La palabra *es*, que se halla en la proposición de arriba, representa, como hemos dicho, una percepción del alma, cuya percepción se reduce á juzgar que la calidad está en el objeto; luego esta palabra puede llamarse indicante de estado, bien que otros la llaman verbo. Sucede algunas veces que el verbo y la calidad se incluyen en una sola palabra. Así, *Pedro piensa*, es lo mismo que decir *Pedro está pensando*.

#### Propiedades de las palabras indicantes de ser.

Como los vivientes se distinguen en número y sexo, así también las palabras que los indican; por ejemplo, cuando hablamos de un individuo de la clase de las aves, si es macho decimos *palomo*, y si es hembra decimos *paloma*; de suerte que *palomo* y *paloma* indican, el primero género masculino, y el segundo género femenino. Del mismo modo, si hablamos de un individuo solo, decimos *palomo* ó *paloma*; si de muchos individuos, *palomos* ó *palomas*; donde se ve la diferencia que hay entre el número singular y el número plural.

#### De los indicantes de calidad ó adjetivos.

La propiedad de los indicantes de calidad es, que deben concordar en género y número con las indicantes de ser; como *ciudad santa*, *hombre valeroso*.

#### De los verbos ó indicantes de estado.

La primera propiedad de las indicantes de estado es que se refieren á tiempo; porque una calidad puede estar ahora, haber estado antes, ó estar después, en un objeto. De ahí se originan tres divisiones de tiempo, conocidas con los nombres de presente, pasado y venidero.

Pero estos tiempos pueden considerarse de distintos modos, por ejemplo: una cosa pudo haber pasado há mucho tiempo ó poco tiempo, cuyas variaciones se expresan con diferentes terminaciones del verbo. *Leí*, *pensé* indican un pasado remoto, y *he leído*, *he pensado* indican un pasado cercano. Puede también el tiempo ser pasado y expresar una cosa no acabada, como *leía*, *pensaba*; ó ser pasado respecto del otro también pasado, como *había leído cuando me puse á escribir*. El primero de estos tiempos se llama imperfecto, y el segundo pluscuamperfecto.

Además de estas terminaciones, dirigidas á señalar

el tiempo, tienen los verbos otras para expresar la persona á quien se refiere la calidad del verbo. Siendo seis las personas, tres para el singular y tres para el plural, diremos que en cada tiempo hay seis terminaciones.

Cuando decimos *yo leo*, *Pedro estudiaba la lección*, estas dos proposiciones tienen un sentido completo; pero si en lugar de *leo* y *estudiaba*, decimos *lea* y *estudiase*, observaremos que el sentido queda incompleto, y es menester alguna proposición ó alguna palabra equivalente á una proposición para completarle. Así, podemos decir: *es tiempo de que yo lea*, aunque *Pedro estudiase la lección*; donde se ve que los dos verbos están subordinados, el primero á la proposición *es tiempo*, y el segundo á la palabra *aunque*.

Los tiempos subordinados tienen sus propias terminaciones: *yo lea* indica tiempo presente; *yo leyera*, *leería* y *leyese*, tiempo imperfecto; *yo haya leído*, tiempo pasado; *yo hubiese leído*, tiempo pluscuamperfecto, y *yo leyere* ó *hubiere leído*, tiempo venidero.

Hay otros tiempos que parecen referirse al presente y al venidero, como cuando se dice *piensa*, *pongamos*. Los gramáticos le llaman presente del imperativo, porque envuelve una orden de parte del que habla.

Por último, cuando el verbo no se refiere á tiempo, número ni persona, como *pensar*, *decir*, suele llamarse infinitivo ó indeterminado. Los participios se llaman así porque participan del verbo y del adjetivo, como *pensante* y *pensado*, el primero de los cuales se llama participio presente, y el segundo pasado; al participio presente se refiere lo que suele llamarse gerundio, como *pensando*, *escribiendo*.

Hay otra especie de palabras cuyo oficio es determinar aquellas de que hemos hablado, y por esto se llaman palabras determinantes. Cuando decimos *dame los libros*, la palabra *los* denota que son ciertos y determinados los libros que se piden; pero cuando se dice *dame libros*, no se señala ni determina cuáles son; y así, no se usa de aquella palabra que suele llamarse artículo.

Hay otras palabras que determinan también los sustantivos; tales son los adjetivos posesivos *mi*, *tu*, *su*; los demostrativos *este*, *ese*, *aquel*, y los conjuntivos *que*, *cuya*, *el cual*. Pondránse en la explicación ejemplos de cada uno de ellos.

Así como el artículo y los adjetivos determinan los sustantivos hay también otra palabra que determina y modifica el verbo, y por esta razón la llaman adverbio. Cuando decimos *el que estudia sabe*, los dos verbos expresan cierta calidad; pero si decimos *el que estudia mucho sabe bien*, los dos adverbios *mucho* y *bien* añaden un grado á las calidades contenidas en los dos verbos.

La preposición es una palabra determinante que expresa una relación entre dos cosas; porque cuando decimos *las facultades del alma*, la palabra *de* expresa una relación de pertenencia entre *facultades* y *alma*. En *estudia con atención*, la palabra *con* expresa una relación de modo entre *estudia* y *atención*, y así de las demás.

La conjunción sirve para juntar dos palabras ó dos proposiciones, como *es menester que el hombre estudie*



para saber. La interjeccion expresa un afecto del alma: tales son; *ah, ay, oh*, etc. Por último, los pronombres son unas palabras que se ponen unas en lugar

de otra; *yo, tú, él* son pronombres posesivos, y *que, el cual, quien* son pronombres relativos.

## RUDIMENTOS DE GRAMATICA CASTELLANA.

*Plurima posse dicere, sed pauca debere.*

Hay en una lengua principios comunes á todas las demás, porque se fundan en la naturaleza de las cosas y la constitucion del corazon humano; y principios peculiares que forman su hermosura y gala, los cuales deben el ser, ya al arbitrio de los nacionales, ya al clima y genio del país, ya á la legislacion, ciencias, trato y comercio. Hemos hablado de los primeros en la gramática general; trataremos de los segundos en la gramática castellana.

Pero estas lecciones no se dirigen tan solamente á manifestar las reglas generales y elementales de nuestra lengua, sino que se extienden á la enseñanza de lo necesario para hablarla y escribirla con correccion y con elegancia. Esta es la parte práctica, y sin duda la mas importante; porque no tanto se aprende una lengua con reglas, cuanto con ejemplos selectos; no tanto en una gramática, cuanto en los buenos autores.

Esto sentado, llama desde luego nuestra atencion una especie de palabras, que sin duda alguna fueron las primeras sugeridas al entendimiento humano, á las que todas las demás se refieren, y sin las cuales no puede subsistir ninguna en la oracion. Tales son los substantivos que sirven para nombrar las cosas ó personas, y para distinguir las, sin señalar cantidad, calidad, accion ó relacion. Hemos visto en la gramática general de dónde les viene este nombre (1), y cómo se divide en comun, abstracto y propio.

Las mas de las palabras de que se compone una lengua son nombres comunes, cada uno de los cuales puede expresar un género, esto es, una clase de individuos; una especie, esto es, una clase menos general ó un individuo solo. Por ejemplo, cuando decimos *el hombre es mortal*, la palabra *hombre* expresa todos los individuos de una especie; cuando decimos *el hombre bueno es estimable*, *hombre* expresa una porcion de individuos; y cuando decimos *el hombre que vimos ayer era muy alto*, *hombre* expresa un individuo solo.

Para saber ahora por qué en estos tres ejemplos la misma palabra expresa tres cosas distintas, observaremos que en el primero, *hombre* se junta con *el*; en el segundo, con *el* y con *bueno*, y en el tercero, con *el* y la proposicion incidente *que vimos ayer*. Digamos pues que estas palabras con quienes se junta son las que le hacen referirse á mayor ó menor número de individuos; esto es, las que le determinan.

(1) JOVELLANOS añadió amplias explicaciones de viva voz á estas lecciones en el Instituto. A ellas debe referirse en este caso, y lo mismo en otros que no se hallan las referencias.

Vemos aquí señalado el oficio del artículo en la lengua castellana. Por sí solo determina las palabras, refiriéndolas á las clases mas generales; unido con adjetivos ó sus equivalentes, las determina refiriéndolas á clases menos generales y á individuos.

Cuando el nombre comun no necesita determinarse, porque solo se atiende á la idea que expresa, sin referirla á mayor ó á menor número de individuos, entonces se omite el artículo. Así, decimos: *no es hombre, obrar con prudencia*, antiguos filósofos dicen.

Tambien se omite cuando otras palabras determinan bastante al nombre comun; como *mi casa*, y *no la mi casa*; *un hombre*, y *no el un hombre*.

Por la misma razon debe omitirse ante los nombres propios, bien que en esto hay algunas variedades. Dicese comunmente: *el Dios de misericordia, la Virgen del Rosario, los Cervantes, los Mendozas, el sol, el cielo, el Ebro, el Guadalquivir, la España, la Coruña*, etc.; pero en estos casos, ó solo se considera en el nombre propio una calidad, que es la que se determina, ó se supone un nombre comun unido al propio, con el cual se suple para mayor brevedad, energía ó elegancia.

Los artículos son tres: *el* para el masculino, *la* para el femenino y *lo* para el neutro. Sucede, sin embargo, que el artículo masculino se junta á ciertos nombres femeninos que empiezan con la vocal *a*, como *el agua, el alma, el águila, el ave*; lo que se hace por razon de buen sonido. Por el mismo motivo pierde el artículo su primera letra cuando le preceden las preposiciones *de* y *a*, pues decimos: *del hombre, al hombre*, y *no de el hombre, á el hombre*.

Observemos ahora algunos usos del artículo. Esta expresion *otro día* se refiere á tiempo venidero. *Encerraban toros para correr otro día* (Santa Teresa de Jesus); y con el artículo, á tiempo pasado. *Escribióme el Duque, mi señor, el otro día* (Cervantes). Nótese, sin embargo, que precediendo al artículo las preposiciones *á* ó *para*, significa siempre día venidero, como: *Se tomó la resolucion de combatir los enemigos en su fuerte al otro día* (Mendoza). *Sancho, si os sobran las albondiguillas, las guardais en el seno para el otro día* (Cervantes).

Algunos nombres suelen dejar el artículo. Tales son: *naturaleza, amor, fortuna, hombre*. Mas poderosos quiso *naturaleza* que fuesen los males para dar pena que los placeres para dar alegría (Fray Luis de Granada.)

Otros dijeron que amor era un no sé qué, que heria



no sé cómo y que abrasaba no sé de qué manera (Pérez del Castillo). Al cabo de pocos meses volvió fortuna su rueda (Cervantes). Nunca hombre fué pródigo de lo suyo, que no fuese después robador de lo ajeno (Granada).

Otros nombres pueden separarse del artículo con mucha gracia. Junto a la almohada del al parecer cadáver (Cervantes). Las cosas de la guerra y las á ella tocantes (El mismo). ¿Qué vale el no tocado tesoro? (Fray Luis de León). Cantaréis la mi muerte cada día (Garcilaso de la Vega). Madre, la mi madre, guardias me ponéis (Cervantes).

Hemos dicho que los adjetivos juntos con el artículo concurren á determinar un nombre común, reduciéndolo á clases menos generales ó á individuos. Pero estas palabras no siempre determinan, pues suelen muchas veces juntarse con nombres propios, en cuyo caso no hacen más que significar una calidad en ellos contenida, como Dios justo, querido Antonio, etc. También puede referirse á esta clase una especie de palabras que tienen todas las propiedades de los adjetivos; tales son los que hemos llamado posesivos, demostrativos y conjuntivos en la gramática general. Estos siempre son determinantes.

Luego podemos distinguir dos especies de adjetivos: unos que determinan, otros que califican. Mi, este, un pertenecen á la primera especie; bueno, blanco, á la segunda; todos ellos deben siempre unirse á un sustantivo, con quien concuerdan en género y en número.

Bueno, malo, uno, alguno, ninguno, primero, postrero pierden la misma vocal delante de un sustantivo; y ciento y santo, su última sílaba. Solo se exceptúan santo Tomás, santo Tomé, santo Toribio y santo Domingo.

Grande pierde también por lo regular su última sílaba cuando precede á los sustantivos; bien que suele no perderla ante aquellos que empiezan por vocal, ó cuando significa, no calidad y estimación, sino cantidad ó tamaño, como gran caballero, gran caballo.

Los nombres comunes pueden referirse, ya á una cosa ó á una persona, ya á varias cosas ó á varias personas. En el primer caso se dice que están en número singular, y en el segundo en número plural; señalándose estos números con distintas terminaciones. Los nombres que acaban en vocal breve forman el plural añadiendo una s al singular, como casa, casas; los que acaban en vocal aguda ó en consonante toman es al plural, como borcegui, borceguies, razon, razones.

Esto se entiende de los nombres comunes; porque los propios, llevando consigo la unidad, no tienen plural. Tampoco le tienen los nombres de los metales, los de las virtudes, los de ciencias y artes, y los que expresan ideas que miramos como singulares, cuales son: hambre, sed, sueño, sangre, etc.

Al contrario, hay nombres que no tienen singular, como albricias, viveres, visperas y otros.

Veamos ahora la variación que en el número llevan algunos nombres: 1.º una misma palabra puede significar cosas distintas en ambos números. Tal es el plural partes por prendas, panes por mieses.

Hay plurales que tienen verbos por raíz, como: va-

mos á tener dares y tomares con gigantes (Cervantes). El maece Pedro no quiso entrar en mas dimes ni directes con don Quijote (El mismo).

Otros son irregulares, como mientes respecto de mente, y maravéis respecto de maravedí.

Dos maravedís de luna  
Alumbraban á la tierra,  
Que por ser yo el que nacia,  
No quiso que un cuarto fuera.

(Quevedo.)

Hay algunas veces variación de número entre nombres y verbos, como en los ejemplos siguientes: La misma gente salieron en público; parte se quedaron en tiranada (Mendoza). ¡Valgate mil Satanases, por no maldecirte por encantador y gigante Malambruno! (Cervantes). Se tuvo nuevas de la liga (Moncada).

Los nombres, ya sean comunes, propios ó abstractos, se refieren también á género, como lo hemos visto en la gramática general; por lo que no harémos más que apuntar algunas reglas propias de nuestra lengua.

En primer lugar, son masculinos los nombres de varones y animales machos, como Pedro, caballo; exceptuase haca ó jaca.

2.º Los nombres que significan empleos propios de varones, como polvorista, poeta.

3.º Los nombres de ríos, como Tajo y Guadalquivir, y los de vientos, como Norte, Levante; exceptuase brisa, tramontana.

En segundo lugar son femeninos: 1.º los nombres de mujeres y animales hembras, como Isabel, cabra.

2.º Los que significan empleos propios de las mujeres, como costurera, abadesa.

3.º Los de las artes y ciencias, como gramática, escultura; exceptuase el dibujo y el grabado.

4.º Los nombres de las figuras de la gramática, poética y retórica, como elipsis, hipotiposis, polisíndeton; exceptuase metaplasmo, pleonasma é hipérbaton. Hipérbate es de ambos géneros.

5.º Los de las letras del alfabeto, como la b, la m.

6.º Los aumentativos y diminutivos son, generalmente hablando, del género de los nombres de donde nacen, como hambra, perrazo, angelote, mujerona, mujercilla.

Pero son masculinos los acabados en on, aunque se deriven de primitivos femeninos, como de aldaba, al-daban; de olla, olton; de jicara, jicaron.

Los nombres que significan macho y hembra con una misma terminación y son constantemente de un género se llaman epímenos. Tales son raton, milano, cuervo, siempre masculinos, aunque se hable de las hembras; águila, perdiz, anguila, siempre femeninos, aunque se hable de los machos.

Los nombres que significan macho y hembra, y varían el género según el sexo de que se habla, se llaman comunes, como virgen, mártir, testigo, y son masculinos cuando se refieren á varones, y femeninos cuando se refieren á hembras.

Hasta aquí hemos hablado de las reglas del género de los nombres por su significación; tratemos ahora de aquellas que se fundan en sus terminaciones.

1.º Los acabados en a son femeninos, como palma,

rentana. Exceptúanse por masculinos los siguientes: *adema*, *albacea*, *almea*, *anagrama*, *aneurisma*, *antipoda*, *aporisma*, *apoteagma*, *axioma*, *carisma*, *clima*, *crisma*, *día*, *diafragma*, *digama*, *dilema*, *diploma*, *dogma*, *drama*, *melodrama*, *cdema*, *entimema*, *epigrama*, *elna*, *fa*, *guarda-costa*, *guarda-vela*, *idioma*, *largo-mira*, *lema*, *mandá*, *mapa*, *numista*, *paradigma*, *pentagrama*, *planeta*, *poema*, *prisma*, *problema*, *progimnasma*, *sintoma*, *sistema*, *sofisma*, *tapa-boca*, *tema*, *teorema*, y algun otro.

Usanse como masculinos y femeninos *albalá*, *anatemata*, *cisma*, *emblemata*, *hermafrodita*, *nema*, *neuma* y *reuma*.

Los acabados en *e* son tambien masculinos, como *adarve*, *declive*, *conclave*, *lacre*, *poste*, *talle*. Exceptúanse por femeninos los siguientes: *aguachirle*, *azumbre*, *barbarie*, *base*, *calvicie*, *calle*, *capelardente*, *cariátide*, *carne*, *catástrofe*, *certidumbre*, *churre*, *clase*, *clave*, *cohorte*, *compaje*, *corambre*, *corte*, *costumbre*, *crasieie*, *creciente*, *crenche*, *cumbre*, *dulcedumbre*, *esferóide*, *especie*, *estirpe*, *falange*, *fase*, *fe*, *fiebre*, *fuerite*, *hambre*, *hojaldre*, *hueste*, *incertidumbre*, *indole*, *ingle*, *intemperie*, *lande*, *lundre*, *laringe*, *láude*, *leche*, *legumbre*, *lente*, *lite*, *llave*, *lumbre*, *madre*, *manse-dumbre*, *menguante*, *mente*, *molicie*, *muchedumbre*, *muerle*, *mugre*, *nave*, *niere*, *noche*, *paralaje*, *parase-lene*, *parte*, *patente*, *pesadumbre*, *peste*, *pirámide*, *planicie*, *plebe*, *podre*, *podredumbre*, *pringue*, *progenie*, *prole*, *quiete*, *salumbre*, *salve*, *sangre*, *sede*, *serie*, *servidumbre*, *sirte*, *suerte*, *superficie*, *tarde*, *teame*, *techumbre*, *tilde*, *torre*, *trabe*, *tripode*, *troje*, *ubre*, *urdimbre*, *velambre* y algun otro.

Usanse como masculinos y femeninos *arte*, *dote* y *punte*.

Los acabados en *i* son masculinos, como *atheli*, *mavredi*, *tahali*. Exceptúanse por femeninos *diócesi*, *gracia-Dei*, *metrópoli*, *palma-Christi*, *paráfrasi* y algun otro.

Los acabados en *o* son masculinos, como *areo*; exceptúanse *mano* y *nao*.

Los acabados en *u* son masculinos, como *alajú*, *biriú*, *espíritu*; exceptúase *tribu*.

Los acabados en *d* son femeninos, como *bondad*, *merced*. Exceptúanse *almud*, *archilaud*, *ardid*, *ataud*, *azud*, *sud*, *talmud*.

Los acabados en *l* son masculinos, como *panal*, *clavel*. Exceptúanse *agua-miel*, *cal*, *decretal*, *piel* y algun otro.

Los acabados en *n* son masculinos, como *pan*, *almanacen*. Exceptúanse los verbales en *ion*, como *leccion*, *confesion*, y tambien los siguientes: *arrumazon*, *barbechazon*, *binazon*, *caneion*, *cavazon*, *clín* ó *crin*, *concion* y otros.

*Márgen* y *órden* se usan como masculinos y femeninos.

Los acabados en *r* son masculinos, como *collar*, *placer*, *zafir*. Exceptúanse *bezoar*, *bezaar*, *bezar* flor, *secur* y *zoster*.

Los acabados en *s* son masculinos, como *arnés*, *anis*, *mes*. Exceptúanse *anagiris*, *antiperistasis*, *apothoe-sis*, *bacaris*, *bilis*, *cola-piscis*, *crisis*, *diaperisis*, *diar-*

*trosis*, *diesis*, *enfteusis*, *epiglotis*, *elites*, *galiopsis*, *hemátiles*, *hipóstasis*, *hipótesis*, *lis*, *macis*, *metamorfosis*, *metempsicosis*, *miés*, *paralaxis*, *parálisis*, *parenesis*, *polispastos*, *raquitis*, *res*, *selenites*, *sirenites*, *sin-déresis*, *sintáxis*, *tésis*, *tísis*, *tos* y algun otro.

*Cútis* se usa como masculino y femenino.

Usanse como masculinos y femeninos *azúcar* y *mar*; pero los compuestos de este siempre son femeninos, como *baja-mar*, *pleamar*.

Los acabados en *t* son masculinos, como *cenit*, *azimut*.

Los acabados en *x* son masculinos, como *carcax*, *relox*, *almoradux*. Exceptúanse *salsifrax*, *sardonix* y *trox*.

Los acabados en *z* son masculinos, como *antifaz*, *almez*, *barniz*, *arroz*, *capuz*. Exceptúanse *estrechez*, *palidez* y los acabados en *ez* que significan propiedad ó calidad, y tambien los siguientes: *cerviz*, *cicatriz*, *coz*, *paz* y otros.

Varias especies de nombres.

Llámanse primitivos los nombres que no nacen de otros, como *cielo*, *tierra*.

Derivados, los que nacen de los primitivos, como *celestes*, de *cielo*; *terrestre*, de *tierra*.

Gentilicios, los que denotan la gente, nacion ó patria, como *español*.

Patronímicos, los nombres de apellidos, como *Sanchez*, *Alvarez*.

Aumentativos, los que aumentan la significación, como *hombro*.

Diminutivos, los que disminuyen la significación, como *hombrecillo*.

Colectivos, los que significan en el número singular muchedumbre de cosas, como *ejército*, *rebaño*.

Numerales, los que significan número. Estos se dividen en cardinales, como *uno*, *dos*; en ordinales, como *primero*, *segundo*; en partitivos, como *mitad*, *tercio*, y en colectivos numerales, como *decena*, *centena*.

Pronombres. — Sus variaciones.

El pronombre se pone en lugar de un nombre; *yo* en lugar de la persona que habla, *tú* en lugar de aquella á quien se habla, *él*, *ella* en lugar del sujeto ó de la cosa de que se habla. Las variaciones en los casos del primero son: *yo*, *mi*, *me*, *conmigo*; las del segundo *ti*, *te*, *contigo*; las del tercero *él*, *le*, *ella*, *la*; pero no reciben variación alguna en el plural, que es: *nosotros*, *nosotras*, *vosotros*, *vosotras*, *ellos*, *ellas*.

Estos pronombres van callados comunmente en la oración cuando son sujetos de ella. Sin embargo, el primero suele acompañar aquellas voces de tiempo en que la primera y tercera persona tienen una misma terminación, para distinguir la una de la otra, como *yo decia*, *él decia*. Se ponen tambien algunas veces para avivar la expresion. *Tú me harás desesperar*, *Sancho*; *vén acá, hereje*; *¿no te he dicho mil veces que en todos los dias de mi vida no he visto á la sin par Duleinea?* (Cervántes).

En lugar de *nosotros*, *vosotros* se usa algunas veces de las palabras *nos*, *vos*, que son comunes á varones y



hembras; y sin embargo de ser plurales, se juntan tambien con nombres del número singular, como: *Y ¿dónde hallasteis vos ser bueno nombrar la sogá en casa del ahorcado?* (Cervántes). Más particularmente en provisiones reales y despachos de curias eclesiásticas, como: *por quanto por vos... me ha sido hecha relacion. Nos, Antonio de... obispo de... Vos pierde en algunos casos su primera letra: os dije, os encargo.*

No puede haber duda sobre el uso del tercer pronombre. *El, ella* son siempre sujetos de la accion; *le, la* son términos de ella. Mas puede haberla cuando *le* y *la* se refieren ambos á dos á género femenino, en cuyo caso observáremos si el verbo tiene otro término además de este pronombre, ó si no le tiene. Si tiene otro término, se usa de la variacion *la, le* en ambos géneros, como: *Atico usó de la exencion que le daba su edad* (Vida de Atico, por Cornelio Nepote). *Hallaron á Leandra en una cueva, preguntáronle su desgracia; contó cómo el soldado, sin quitarle su honor, la robó quanto tenía* (Cervántes). Si no le tiene, se usa de la variacion *le* para el masculino y de *la* para el femenino, como:

Despues que hubo gustado  
De Filis la paloma  
El regalado néctar  
De sus labios de rosa,  
La deja, y de un vuelito  
Al hombre se me posa,  
Y de allí le destila  
Con su pico en mi boca. (Melendez.)

Lo mismo puede decirse de *lo*, que se usa con poca exactitud en lugar de *le*, como en este ejemplo de Rivadeneira: *con solo saberse que el Príncipe tiene el cuidado de premiar servicios, muchos le servirán que no lo sirvieran* (Príncipe cristiano).

#### Variaciones.

Ultimamente, hay tres variaciones del tercer pronombre, que sirven para señalar la relacion que tiene una cosa ó una persona consigo misma, por lo que se llaman recíprocas; tales son: *si, se, consigo. La vanidad á nadie quiere sino á sí, no se halla sino consigo, y se fastidia de todo lo que no es suyo* (Sentencias de Marco Aurelio). La segunda de estas variaciones sirve para suplir la voz pasiva de los verbos que no tenemos en castellano, como: *se ve una escuadra, se dice. Sospéchabase en el pueblo que no era cristiana vieja, aunque ella, por los nombres de sus padres, esforzaba que salia de los del triunvirato romano* (Quevedo, Vida del gran Tacaño, cap. 1).

#### De los verbos.

Se dijo en la Gramática general que cada terminacion en los verbos puede expresar muchas circunstancias ó relaciones. *Estudiar*, por ejemplo, dice relacion á la segunda persona, á una accion ó facultad de esta persona, á una afirmacion acerca de esta accion, á un tiempo denotado en aquella afirmacion, y á una condicion implicita, de la cual está suspensa la accion. Donde se ve que los verbos son, entre todas las partes de la oracion, las mas artificiales y dificultosas.

Los tiempos suelen expresarse en nuestra lengua por medio de auxiliares ó con distintas terminaciones del verbo. De ahí dos especies de tiempos: simples y compuestos. *Estudio, estudiaba* pertenecen á la primera; *he, habia, habré estudiado*, á la segunda. Los auxiliares son *dos, ser y haber*; bien que los verbos *querer, poder, deber* y otros hacen muchas veces el mismo oficio, v. g.: *he podido, he querido, he debido estudiar*, segun veremos despues, tratando de sus variaciones.

Hemos visto tambien cómo el tiempo puede dividirse en tres épocas distintas, por donde recibe el nombre de presente, pasado y venidero; y considerándose las cosas pasadas como mas ó menos concluidas, y las venideras como mas ó menos distantes, se formaron otros tiempos, que se refieren á alguna de aquellas épocas, por ejemplo: *estudio, estudié, estudiaré* expresan los tres tiempos primitivos; al pasado se refieren el cercano *he estudiado*, el remoto *estudié*, el imperfecto *estudiaba* y el pluscuamperfecto *habia estudiado*; al venidero se refieren el indefinido *estudiare* y el definido *habré estudiado*.

Estas circunstancias contenidas en los verbos pueden expresarse de varios modos: cuando las indicamos ó manifestamos directamente, hablamos en el modo indicativo; cuando mandamos, en el imperativo; cuando las expresamos bajo la forma de una condicion ó con subordinacion á alguna otra cosa á que se hace referencia, en el subjuntivo; y cuando señalamos la accion contenida en el verbo, sin referirla á tiempo, número, persona ni afirmacion, en infinitivo; primer modo *estudio*, segundo *estudia*, tercero *aunque estudies*, cuarto *estudiar*.

#### Tiempos del subjuntivo.

El indicativo y el subjuntivo tienen distintas terminaciones; pero las del subjuntivo no se refieren á un tiempo solo, como las del indicativo, sino que pueden expresar varios tiempos, segun las palabras ó proposiciones á que están subordinadas; por ejemplo, en estas dos expresiones: *aunque estudies, es menester que estudies*, el verbo expresa tiempo presente en la primera, y venidero en la segunda. A pesar de esto, los gramáticos no señalan esta terminacion sino con el nombre de presente del subjuntivo, y llaman de imperfecto las terminaciones *estudiara, estudiaría, estudiase*; pasado, *haya estudiado ó hubie estudiado*; pluscuamperfecto, *hubiera, habria ó hubiese estudiado*; y venidero, *estudiare ó hubiere estudiado*.

El imperativo solo admite un tiempo, que es presente respecto al que manda, y venidero respecto al que debe ejecutar lo mandado: *estudia tú, estudiaid vosotros, estudie aquel, estudien aquellos*.

El infinitivo puede llamarse el nombre del verbo, y algunas veces hace oficio de sustantivo, como *es dulce morir por la patria*.

El gerundio, lo mismo que el infinitivo, no expresa tiempo alguno de por sí, sino que puede expresarlos todos, segun las palabras con que se junta. Esta palabra no es otra cosa mas que un adjetivo, pues concierta siempre con un sustantivo, expreso ó suplido: *ma-*



nando las fuentes; en explicando esto, pasaremos á otra cosa.

Yo vi sobre un tomillo  
Quejarse un pajarillo,  
Viendo su nido amado,  
De quien era caudillo,  
De un labrador robado. (Villegas.)

Los participios, así llamados porque participan del verbo, se dividen en activos y pasivos: los primeros significan acción, como *leyente*, *oyente*; y los segundos pasión, como *leído*, *oído*. Ambos á dos expresan tiempo por medio de los verbos, expresos ó suplidos, con que se juntan, v. g.: *es amante*, *es amado*; *era amante*, *era amado*.

Cuando el participio pasivo se junta con el auxiliar *haber* para formar los tiempos compuestos, no tiene plural ni terminación femenina; mas sucede lo contrario cuando concierne con algun sustantivo, como *hombre perdido*, *mujer estimada*, ó cuando sirve para suplir la voz pasiva de los verbos, como la *riqueza es apetecida*, los empleos son deseados.

El infinitivo es la norma y sirve para la formación de los tiempos, y como los infinitivos en castellano acaban en *ar*, *er* ó *ir*, suele decirse que hay tres conjugaciones, esto es, tres especies de terminaciones, arregladas á estos tres infinitivos: la primera acaba en *ar*, la segunda en *er*, la tercera en *ir*. En los verbos *amar*, *temer*, *partir* son radicales *am*, *tem*, *part*, y las letras que excedan á estas forman las terminaciones de los tiempos y personas.

Juntando pues las radicales con cada una de las terminaciones correspondientes á cada persona, se formarán los tiempos de los verbos, advirtiendo que cada conjugación tiene distintas terminaciones. Esta formación es tan clara, que no necesita mas explicación que sus ejemplos.

Verbos irregulares son los que en la formación de los tiempos y personas se apartan de algun modo de las reglas que guardan constantemente los regulares. Mas no dejan de ser regulares los verbos que en sus radicales ó en sus terminaciones reciben aquellas leves mutaciones á que obliga la ortografía, como *tocar*, *vencer*, *resarcir*, *pagar*, *delinquir*, *arguir*, de los cuales se forman *toqué*, *venzo*, *resarzo*, *pagué*, *delinco*, *arguyo*.

En la primera conjugación hay algunos verbos irregulares, como *acertar*, *alentar*, etc., que admiten en algunos tiempos antes de la *e* del infinitivo una *i*, que este no tiene, como *acierto*, *acierte*, *acierta*; otros, como *acostar*, *almorzar*, etc., que mudan su *o* radical en *ue*, como *acuesto*, *acueste*, *acuesta*. El verbo *andar* tiene su irregularidad en el pasado remoto del indicativo y en el imperfecto y venidero del subjuntivo, como *anduve*, *anduviera*, *anduviere*. El verbo *estar*, en la primera persona singular del presente indicativo, como *estoy*; pero en el imperfecto y venidero del subjuntivo sigue en todo al verbo *andar*. *Dar* tiene la irregularidad en las mismas personas que el precedente, pero con variedad en las terminaciones, como *doy*, *diera*, *diere*, *diese*. *Jugar* admite una *e* después de la *u* radical en el singular de estos tiempos, *juego*, *juegue*, *juega*.

Los demás verbos irregulares pertenecientes á esta conjugación se hallarán en la cartilla siguiente:

## CARTILLA DE VERBOS IRREGULARES.

### PRIMERA CONJUGACION.

#### Toman i ante e :

|             |              |             |
|-------------|--------------|-------------|
| Acertar,    | confesar,    | infernar,   |
| acrecentar, | decentar,    | invernar,   |
| adestrar,   | derrengar,   | mentar,     |
| alentar,    | despertar,   | merendar,   |
| apacentar,  | despernar,   | negar,      |
| apretar,    | desterrar,   | nevar,      |
| arrendar,   | empedrar,    | pensar,     |
| asentar,    | empezar,     | quebrar,    |
| ateslar,    | encerrar,    | recomeodar, |
| aterrar,    | encomendar,  | reventar,   |
| atravesar,  | enmendar,    | segar,      |
| aventar,    | enterrar,    | sembrar,    |
| calentar,   | escarmentar, | sentar,     |
| cegar,      | fregar,      | sertar,     |
| cerrar,     | gobernar,    | temblar,    |
| comenzar,   | herrar,      | tropezar,   |
| concertar,  | helar,       | tentar.     |

#### Mudan la o en ue.

|             |             |                                 |
|-------------|-------------|---------------------------------|
| Acostar,    | desollar,   | revolearse,                     |
| acordar,    | emporcar,   | rodar,                          |
| agorar,     | ecordar,    | soldar,                         |
| almorzar,   | encontrar,  | soltar,                         |
| amolar,     | engrosar,   | sonar,                          |
| apostar,    | forzar,     | soñar,                          |
| aprobar,    | holgar,     | trocar,                         |
| asolar,     | hollar,     | tronar,                         |
| avergonzar, | mostrar,    | volar,                          |
| colar,      | poblar,     | volcar,                         |
| consolar,   | probar,     | andar, uve, uviera, ere;        |
| contar,     | regoldar,   | estar, oy, uve, uviera, uviere; |
| costar,     | renovar,    | dar, oy, iera, iese, iere;      |
| descollar,  | rescontrar, | jugar, nego, uega, negue.       |

Todos los verbos acabados en *ecer*, como *empobrecer*, *enriquecer*, *permanecer*, reciben una *z* antes de la *c* radical en los tiempos siguientes: *empobrezco*, *que yo empobrezca*; y la misma irregularidad tienen los acabados en *acer* y *ocer*, como *nacer*, *complacer*, *conocer*; *ascender* admite una *i* antes de su *e* radical en estos tiempos: *asciende*, *ascienda*; *absolver* muda la *o* radical en *ue*, como *absuelvo*, *absuelva*. Los demás irregulares se hallarán en la cartilla siguiente:

### SEGUNDA CONJUGACION.

#### Reciben z ante c :

|             |             |                       |
|-------------|-------------|-----------------------|
| Empobrecer, | permanecer, | conocer,              |
| enriquecer, | nacer,      | hacer, ago, ice, aré, |
| establecer, | complacer,  | aga, iciera, iciere.  |

#### Admiten i ante e :

|               |              |              |
|---------------|--------------|--------------|
| Ascender,     | desatender,  | heder,       |
| atender,      | desentender, | perder,      |
| cerner,       | ecender,     | reverter,    |
| condescender, | entender,    | tender,      |
| contender,    | extender,    | transcender, |
| defender,     | heder,       | verter.      |

#### Mudan la o en ue:

|              |           |           |
|--------------|-----------|-----------|
| Absolver,    | doler,    | recocer,  |
| cocer,       | envolver, | remorder, |
| condoler,    | llover,   | remover,  |
| conmover,    | moler,    | resolver, |
| demoler,     | morder,   | retorcer, |
| desenvolver, | mover,    | revolver, |
| destorcer,   | oler,     | torcer,   |
| devolver,    | poder,    | volver.   |
| disolver,    | promover, |           |

Otros verbos irregulares de la segunda conjugacion.

*Caer*, caigo, caiga.

*Caber*, quepo, cupe, cabré, quepa, cupiera, cupiere.

*Poner*, pongo, puse, pondré, ponga, pusiera, pusiere.

*Querer*, quiero, quise, querré, quiera, quisiera, quisiere.

*Saber*, sé, supe, sabré, sepa, supiera, supiere.

*Tener*, tengo, tuve, tendré, tenga, tuviera, tuviere.

*Traer*, traigo, traje, traiga, trajera, trajere.

*Valer*, valgo, valdré, valga, valiera, valiere.

Irregulares de la tercera conjugacion.

Todos los verbos acabados en *ucir*, como *lucir*, *re-lucir*, reciben *z* antes de *c* en los dos presentes del indicativo y del subjuntivo; pero los acabados en *ducir* tienen, además de esta irregularidad, otra en los tiempos siguientes: *conduje*, *condujera*, *condujere*. *Sentir* admite *i* antes de *sn* e radical en algunas personas, y en otras muda la *e* en *i*, segun veremos despues. *Dormir* y *morir* mudan la *o* radical en *ue*, y otras en *u*: *duermo*, *durmió*, *duerma*, *durmiera*, *durmiere*. *Pedir* muda la *e* en *i* en estos tiempos: *pido*, *pida*, *pidiera*, *pidiese*, *pidiere*. Los demás irregulares se hallarán en la cartilla siguiente:

#### TERCERA CONJUGACION.

Reciben *z* ante *c*:

|                       |             |             |
|-----------------------|-------------|-------------|
| Lucir, uzco, uzca,    | deducir,    | reproducir, |
| relucir,              | introducir, | seducir,    |
| conducir, uzco, uzca, | producir,   | traducir.   |
| oje, njere;           | reducir,    |             |

Admiten *i* ante *e*, ó mudan *e* en *i*:

|                        |               |            |
|------------------------|---------------|------------|
| Señalir, sento, intió, | consentir,    | invertir,  |
| solieron, ienta, in-   | controvertir, | herir,     |
| tierra, intiere;       | convertir,    | hervir,    |
| adherir,               | deferir,      | mentir,    |
| advertir,              | diferir,      | presentir, |
| arrepentirse,          | digerir,      | referir,   |
| aseñalir,              | disentir,     | requerir,  |
| conñerir,              | ingerir,      | resentir.  |

Mudan *o* en *ue* ó en *u*:

*Dormir*, *duermo*, *durmió*, *duerma*, *durmiera*, *durmiere*;  
*morir*.

Mudan *e* en *i*:

|                       |            |           |
|-----------------------|------------|-----------|
| Pedir, ido, idió ida, | perseguir, | repelir,  |
| idlera, idiese,       | proseguir, | reteñir,  |
| ldiere,               | regir,     | revestir, |
| gemir,                | reir,      | sonreir,  |
| impedir,              | reñir,     | teñir,    |
| medir,                | readir,    | vestir.   |

Otros verbos irregulares de la tercera conjugacion.

*Venir*, vengo, vine, vendré, venga, viniera, viniere.

*Asir*, asgo, asga.

*Decir*, digo, dije, diré, diga, dijera, dijere.

*Bendecir*, bendice tú, bendije, bendeciré, bendiga.

*Contradecir*.

*Desdeñir*.

*Podrir*, pudro, pudrí, pudriré, pudra, pudriera, pudriere.

*Oir*, oigo, oiga.

*Salir*, salgo, saldré, salga.

*Ir*, voy, iba, fui, iré, vaya, fuera, fuere.

Hay tambien verbos que tienen sus participios irregulares, esto es, no acabados en *ado* ó en *ido*, como *abrir*, *abierto*; *absolver*, *absuelto*; *cubrir*, *cubierto*; *decir*, *dicho*; *disolver*, *disuelto*; *escribir*, *escrito*; *hacer*, *hecho*; *morir*, *muerto*; *poner*, *puesto*; *resolver*, *resuelto*; *ver*, *visto*; *volver*, *vuelto*, y sus compuestos.

Otros verbos tienen dos participios, uno regular y otro irregular: el primero se usa con el auxiliar *haber* para formar los tiempos compuestos; el segundo se usa como adjetivo. Tales son los siguientes:

#### VERBOS QUE TIENEN DOS PARTICIPIOS.

|               | Regulares.     | Irregulares. |
|---------------|----------------|--------------|
| Abitar,       | abitado,       | alito,       |
| bendecir,     | bendecido,     | bendito,     |
| compeler,     | compelido,     | compulso,    |
| concluir,     | concluido,     | concluso,    |
| confundir,    | confundido,    | confuso,     |
| convencer,    | convencido,    | convicto,    |
| convertir,    | convertido,    | converso,    |
| despertar,    | despertado,    | despierto,   |
| elegir,       | elegido,       | electo,      |
| enjuagar,     | enjugado,      | enjuto,      |
| excluir,      | excluido,      | excluso,     |
| expeler,      | expelido,      | expulso,     |
| expresar,     | expresado,     | expreso,     |
| extinguir,    | extinguido,    | extincto,    |
| fijar,        | fijado,        | fijo,        |
| hartar,       | hartado,       | harto,       |
| incluir,      | incluido,      | incluso,     |
| incurrir,     | incurrido,     | incurso,     |
| insertar,     | insertado,     | inserto,     |
| invertir,     | invertido,     | inverso,     |
| ingerir,      | ingerido,      | ingerto,     |
| juntar,       | juntado,       | junto,       |
| maldecir,     | maldecido,     | maldito,     |
| manifestar,   | manifestado,   | manifesto,   |
| marchitar,    | marchitado,    | marchito,    |
| omitir,       | omitido,       | omiso,       |
| oprimir,      | oprimido,      | opreso,      |
| perfeccionar, | perfeccionado, | perfecto,    |
| prender,      | prendido,      | preso,       |
| prescribir,   | prescrito,     | prescripto,  |
| proveer,      | proveido,      | provisto,    |
| recluir,      | recluido,      | recluso,     |
| romper,       | rompido,       | roto,        |
| suprimir,     | suprimido,     | supreso.     |

Los dos participios de los cuatro verbos, *prender*, *prescribir*, *proveer*, *romper*, sirven igualmente para formar los tiempos compuestos, pues se dice: *ha prendido*, *ha preso*, *ha prescrito* y *ha prescrito*.

#### Verbos impersonales.

Por último, hay verbos que solo se usan en las terceras personas de singular, como *amanecer*, *anochecer*, *helar*, *llover*, y otros; los cuales, por no referirse á persona determinada, suelen llamarse impersonales. Sin embargo, expresamos algunas veces la persona diciendo: *cuando Dios amanezca*, *amaneció el día*, *yo anochece* en *Toledo*... A esta clase pertenece el verbo *haber*, que tiene la propiedad de convenir á ambos números cuando se usa como impersonal; el verbo *placer*, que no solo carece de primeras y segundas personas, sino de algunos tiempos; y el verbo *yacer*, que apenas tiene uso fuera de la tercera persona del presente de indicativo.

Tratarémos ahora de la tercera clase de palabras,



cuyo oficio es determinar ó modificar los substantivos ó los verbos. Cuando decimos *habla poco, estudia mucho*, las palabras *poco* y *mucho* modifican los verbos *habla* y *estudia*. Cuando decimos *Dios es infinitamente justo*, *Ciceron es muy elocuente*, las palabras *infinitamente* y *muy* modifican los adjetivos *justo* y *elocuente*; y cuando decimos *Dios castigará muy severamente á los pecadores*, la palabra *muy* modifica *severamente*, donde se ve que el adverbio puede modificar un verbo, un adjetivo ó otro adverbio.

Los adverbios se dividen en *simples* y *compuestos*. Llámase *simples* los que constan de una voz sola, como *entonces*, *tarde*, *mucho*; y *compuestos*, los que se componen de dos ó mas voces, como *así mismo*, *por demás*, *desde aquí*, *hacia allí*.

Estas palabras pueden expresar varias relaciones. Expresan relacion de lugar las siguientes: *ahí*, *aquí*, *allí*, *acá*, *acullá*, *cerca*, *lêjos*, *donde*, *adonde*, *dentro*, *fuera*, *arriba*, *abajo*, *delante*, *detrás*, *encima*, *debajo*.

Los de tiempo son: *hay*, *ayer*, *mañana*, *ahorâ*, *luego*, *tarde*, *temprano*, *presto*, *pronto*, *siempre*, *nunca*, *jamás* y otros.

Haylos tambien de modo, como *bien*, *mal*, *así*, *quedo*, *recio*, *despacio*, *alto*, *bajo*, *buenamente*, y los mas de los acabados en *mente*.

Otros hay de cantidad, como los siguientes: *mucho*, *poco*, *muy*, *harto*, *bastante*.

Otros de comparacion, como *mas*, *menos*, *por*, *mejor*.

Otros de órden, como *primeramente*, *últimamente*, *antes*, *después*.

Otros de afirmacion, como *si*, *cierto*, *ciertamente*, *verdaderamente*, *indubitavelmente*.

Otros de negacion, como *no*.

Otros de duda, como *acaso*, *quizá*.

*Jamás* se usa algunas veces en lugar de *nunca*, como *jamás he oido músico tan perfecto*; y contribuye á dar viveza á la expresion cuando se une con *nunca* ó *siempre*, como *nunca jamás lo haré*; *siempre jamás me acordaré de los beneficios que le debo*.

El adverbio *no* sirve algunas veces para avivar la afirmacion, sin expresar negacion alguna, como *mejor es el trabajo que no la ociosidad*. Pero se expresa mayor negacion añadiendo á este otro adverbio negativo, como *no quiero nada*, *no sabe nadie*; bien que en estos dos se puede con elegancia suprimir su primer adverbio *no*.

*Mas* y *menos* se juntan con adjetivos para expresar comparacion, como *el maestro es mas docto que el discipulo*; con substantivos, como *Pedro es mas hombre que Juan*; con verbos, como *menos es decir que hacer*; con adverbios, como *canta menos bien*, ó con modos adverbiales, como *se empeñó mas de veras*. Lo mismo se puede decir de *muy*, pues se dice *muy docto*; *Fulano es muy hombre*; *vive muy santamente*; *lo digo muy de mala gana*.

*Dónde* y *cuándo* sirven para preguntar, como *¿dónde está?* y tambien se usan afirmativamente, como *cuan- do venga que avise*.

Sobre los adverbios acabados en *mente* hay que ob-

servar que cuando hay necesidad de poner dos, tres ó mas juntos, se excusa de poner la terminacion *mente* en el primero ó primeros, y solo se pone en el último, v. g.: *César habló clara, oportuna y concisamente*.

Hay adjetivos que se usan como adverbios, v. g.: *hablar claro*; *peor ó mejor habla que escribe*; *corre mucho*.

Hay tambien palabras, que unas se usan como substantivos y otras como adverbios, por ejemplo: *estudia bien*; *no conoce el bien que le hacen*; *sea enhorabuena*; *dar la enhorabuena*.

Por último, hay adverbios que unas veces expresan una relacion, y otras veces otra, v. g.: cuando decimos *luego vendrá*, *después irá*, los dos adverbios expresan una relacion de tiempo; y cuando decimos *primero estaba sentado el presidente*, *después el decano*, *luego un diputado*, los adverbios expresan una relacion de órden.

La preposicion, llamada así porque se pone antes de otras partes de la oracion, denota la diferente relacion que tienen unas con otras; tales son las siguientes: *á*, *ante*, *cada*, *como*, *con*, *contra*, *de*, *desde*, *en*, *entre*, *hacia*, *hasta*, *para*, *por*, *segun*, *sin*, *sobre*, *tras*.

La conjuncion sirve para juntar las demás partes de la oracion. Llámase copulativas las siguientes: *y*, *é*, *ni*, *que*; como: *el cielo y la tierra*; *sabiduria é ignorancia*; *no descansa ni de dia ni de noche*; *dicen que la ociosidad es madre de todos los vicios*.

Las disyuntivas denotan alternativa entre las cosas, como *ó*, *ú*, *ya*; *entrar ó salir*; *siete ú ocho*; *ya reía, ya lloraba*.

Las que sirven para expresar alguna contradiccion ó contrariedad se llaman adversativas, como las siguientes: *mas*, *pero*, *cuando*, *aunque*, *bien que*.

Las condicionales son las que envuelven alguna condicion, como *si*, *sino*.

Las causales expresan una causa ó motivo, como *por que*, *pues*, *pues que*.

Las continuativas sirven para continuar la oracion, como *mientras*, *pues*, *así que*.

Hay expresiones que constan de dos ó mas voces separadas, y sirven como de conjunciones para trabar las palabras ó sentencias. Tales son las siguientes: *á la verdad*, *aun cuando*, *á saber*, *esto es*, *á menos que*, *con tal que*, *fuera de esto*, *entre tanto que*, *mientras que*, *dado que*, *supuesto que*, *como quiera que*, *donde quiera que*, y otras semejantes.

La interjeccion sirve para denotar los afectos del ánimo, ó por mejor decir, llámase interjecciones aquellos breves sonidos ó voces con que el ánimo prorrumpe casi involuntariamente para desahogo suyo, ó para advertir alguna cosa á otro, ó llamar la atencion, v. g.: *ay*, *ah*, *oh*, *eh*, *tate*, *ta*, *chito*, *ea*, *hola*, *ce*, *gi*, *ge* y otras.

Sintáxis ó construccion.

Hasta aquí hemos tratado de las palabras que componen nuestra lengua, considerándolas cada una de por sí; pasaremos ahora á tratar de su union, esto es, del órden con que deben colocarse para expresar con claridad los pensamientos.



La union de las palabras puede señalarse de varios modos: por el lugar que se les da en la oracion, por la mudanza que reciben en la terminacion, por medio de proposiciones que indican el segundo término de una relacion, de adjetivos que juntan las proposiciones incidentes con los sustantivos á quienes modifican, y de conjunciones que sirven para trabar las diferentes partes de la oracion.

En esta union y debida colocacion de las palabras se cifra la claridad, que es la primera cosa á que debe atender el que habla ó escribe, y sobre esto observaremos que la oracion es tanto mas clara, cuanto mas natural el orden con que se colocan las palabras; por ejemplo, es conforme al orden natural decir las cosas con aquella antelacion que tienen por naturaleza ó mayor dignidad. El sustantivo debe preceder al adjetivo, porque antes es la substancia que la calidad; el sugeto al verbo, porque antes es el agente que la accion; el verbo al término, porque este supone aquel. Dirémos tambien *cielo y tierra, sol y luna, padre y madre, usted y yo*, por razon de dignidad.

Mas quizá no hay lengua alguna donde se observe con exactitud el orden que acabamos de indicar. El pueblo, por quien y para quien se formaron las lenguas, no sabe por lo regular qué cosa es sustancia, causa, efecto ó calidad, ni atiende á todas estas nociones metafísicas, de que solo se valen los sabios cuando discuten ó analizan sus ideas. Puede decirse que el uso formó todas las lenguas, y por consiguiente debe haber en cada una ciertas diferencias de construccion, que constituyen su forma particular y la distinguen de las demás. Consideremos en la nuestra las variedades que el uso consagró sobre este particular, y veamos cómo se conforma ó aparta del orden natural.

1.º El sugeto se pone unas veces antes y otras veces despues del verbo. En las cláusulas que constan de tres palabras, como esta: *Dios es justo*, los tres términos siguen casi siempre el orden natural, con motivo de señalar mejor la relacion que hay entre ellos; y no se puede decir: es *Dios justo*, ni *justo es Dios*. En las cláusulas que se componen de mas palabras puede el sugeto posponerse al verbo por razon de elegancia, cometiéndose entonces la figura hipérbaton, de que hablaremos despues.

2.º El adjetivo, artículo y participio tienen su lugar, antes ó despues, junto al sustantivo, con quien conciertan en género y en número; bien que se separan algunas veces de él, sin que por eso resulte oscuridad ó ambigüedad, pues la terminacion de estas palabras judica bastante á qué sustantivo deben referirse. Nos convenceremos de esto con los ejemplos siguientes: *Tenia ganado Cristóbal de Olid el primer foso cuando llegaron las canoas enemigas* (Solís, *Historia de Méjico*). *Cuatro días faltaban para llegar aquel en el cual los padres de Ricardo querian que su hijo inclinase el cuello al yugo santo del matrimonio, teniéndose por prudentes y dichosísimos de haber escogido á su prisionera por su hija* (Cervantes, novela de *La Española inglesa*).

Sobre la concordancia del sustantivo con el adjeti-

vo observaremos que el adjetivo que se refiere á dos sustantivos en número singular, recibe siempre número plural, como: *la aplicacion y constancia en el estudio son muy necesarias al que quiere adelantar*. Y cuando los sustantivos son de distintos géneros, el adjetivo recibe con el número plural género masculino, como: *el cielo y la tierra son dignos de admiracion*.

Los pronombres personales, sugetos de la accion, se ponen inmediatamente antes ó despues del verbo: *digo yo, creen ellos, tú piensas, él asegura*; y lo mismo sucede cuando son términos de ella, como: *me dicen ó dicenme, se va ó vase*. Solo el imperativo tiene el privilegio de que sus términos se pospongan, sin poder nunca ir delante: *créame usted, decídle que venga*. Pero esto se entiende de los tiempos simples, porque en los compuestos el término debe siempre ir delante, como: *me ha suplicado, aunque se le haya dicho*, etc.

En una oracion el sugeto puede ser determinado por un artículo, un participio ó un adjetivo, como acabamos de decir, y tambien por un sustantivo con preposicion, como *hombre de bien*; por una proposicion incidente, como *hombre que cuida de su casa*; por conjunciones que le enlazan con otro sugeto, como *Juan y Antonio*, y por interjecciones ó expresiones de gozo, tristeza ó miedo, v. g.: *mi hijo; ah! ya habrá perecido... Mi padre; oh, qué dicha! está para llegar al puerto*.

El adjetivo puede tambien ser determinado por un sustantivo con preposicion, como *hombre lleno de dinero*; y lo mismo el participio, como *hombre amante de la patria*.

Pueden determinar el verbo: 1.º un adverbio, como *estudiar atentamente*; 2.º un sustantivo con preposicion, como *estudiar con gusto*; 3.º un nombre que significa la persona ó cosa á que se dirige la accion, como: *envió una carta á Madrid; el maestro da leccion al discípulo*; 4.º palabras que significan circunstancias ó modos que puede recibir la accion, como: *el Rey encarga la justicia á sus ministros con particular cuidado para bien de sus vasallos*.

Al término le pueden determinar las mismas palabras que determinan el sugeto.

Sintáxis figurada es aquella que permite algunas mudanzas en la construccion natural, ya alterando el orden y colocacion de las palabras, ya omitiendo unas, ya añadiendo otras, ya quebrantando las reglas de la concordancia. Cuando se invierte el orden de las palabras se comete la figura hipérbaton, que significa inversion. Cuando se callan palabras, es por la figura elipsis, que equivale á falta ó defecto. Cuando se aumentan, es por la figura pleonasmo, que vale sobra ó superfluidad; y cuando se falta á la concordancia, es por la figura silepsis ó concepcion.

La inversion ó perturbacion del orden natural que se hace por la figura hipérbaton se funda en la mayor elegancia y energia. Si decimos *dichosos los padres que tienen buenos hijos... Feliz el reino donde viven los hombres en paz... Acertadamente gobierna el que sabe evitar los delitos*, el objeto de la primera cláusula es expresar la dicha de los padres que tienen bue-

nos hijos, y así empieza por el adjetivo *dichosos*, que llama la atención desde el principio; el objeto de la segunda es expresar la felicidad del reino en que se vive en paz, y así empieza por el adjetivo que denota esta calidad; el objeto de la tercera es expresar el acierto en el gobierno, y así empieza la sentencia por el adverbio que significa este acierto.

Cuando en el modo común de hablarnos y saludarnos decimos *adiós, buenos días, qué tal, bien, buena*, cometemos la figura elipsis, porque en estas expresiones se suple un verbo, sin el cual no puede haber oración gramatical. Lo mismo sucede en esta cláusula: *un vasallo pródigo se destruye así mismo; un príncipe, á sí y á sus vasallos*.

Hay pleonismo en estas expresiones: *subir arriba, lo escribí de mi mano, lo vi por mis ojos*. Se usa tam-

bien de esta figura, añadiendo las palabras *mismo y propio* para dar mas fuerza á los nombres, como *yo mismo lo presencié*; y tambien cuando por el mismo motivo se repiten los pronombres personales, como: *á mí me dicen, á ti te llaman*.

La silépsis ó falta de concordancia se comete de dos modos: ó en el género, como: *vuestra majestad es justo, vuestra alteza sea servida*, ó en el número, como: *parte de ellos se quedaron en Granada, parte murieron, parte desaparecieron*.

Ni temais que para darle (la enseñanza de las bellas letras) oprimamos vuestra memoria con aquel fárrago importuno de definiciones y reglas á que vulgarmente se han reducido estos estudios (Oración pronunciada por el autor en el instituto asturiano).

## LECCIONES DE RETORICA Y POÉTICA.

*Emollit mores, nec sinit esse ferox.*

(HORAT.)

Hace al hombre suave y dulcifica sus costumbres

Después de haber tratado de la gramática de nuestra lengua, pasaremos á considerar qué cosa es estilo, y cuáles son las reglas de él.

Llámase estilo aquel modo peculiar con que un hombre expresa sus conceptos por medio del lenguaje. Sus calidades pueden reducirse á dos, *perspicuidad y ornamento*, porque todo lo que se exige del lenguaje es que nuestras ideas se presenten con claridad al entendimiento de los otros, y que tengan al mismo tiempo aquel adorno capaz de darles gusto y de interesarlos. Cumplidas estas dos cosas, se logra el fin que debe cualquiera proponerse cuando habla ó escribe.

La *perspicuidad* es tan esencial en cualquier género de composicion, que nada puede suplir su falta. Por consiguiente, el primer objeto que debemos proponernos es darnos á entender clara y completamente y sin la menor dificultad. «La oración, dice Quintiliano, debe ser clara é inteligible aun para aquellos mas descuidados en oír: de modo que, no solo comprendan lo que se dice, sino que no puedan dejar de comprenderlo.»

Nos aficionamos por lo regular á un autor que nos ahorra el trabajo de buscar la significacion de sus palabras, que nos lleva al término sin embarazo ni confusión, y cuyo estilo corre á manera de un río limpio, donde se ve hasta el fondo.

La *perspicuidad* se refiere á las palabras y cláusulas, ó á la construccion de las sentencias.

La *perspicuidad*, considerada con respecto á las palabras y cláusulas, exige pureza, propiedad y precisión.

La pureza del lenguaje no debe confundirse con la propia tal, como suele hacerse muchas veces. Llámase pureza el uso de aquellas voces y construcciones que

pertenecen á la lengua que estamos hablando, en contraposicion de aquellas palabras y cláusulas tomadas de otros idiomas, arcaísmos, voces nuevas ó sin propia autoridad. La propiedad consiste en la eleccion de aquellas palabras de la lengua patria, apropiadas por el uso establecido á aquellas ideas que intentamos expresar por ellas. El estilo puede ser puro, esto es, puede ser del todo español, sin galicismos ó expresiones irregulares, y sin embargo, puede ser defectuoso por falta de propiedad. Pueden las palabras ser mal escogidas, no adecuadas al asunto, y no expresar completamente el sentido del autor. Pero el estilo no puede ser propio sin ser tambien puro; y cuando la pureza y la propiedad se hallan juntas, no solo hacen el estilo perspicuo, sino tambien agradable. No hay otras reglas de pureza y propiedad que la práctica de los mejores escritores y oradores del país donde se vive.

Cuando decimos que las palabras anticuadas ó nuevas son incompatibles con la pureza del estilo, no dejamos de conocer que en esto debe haber algunas excepciones. La poesía admite mas latitud que la prosa acerca del uso de esta especie de palabras; con todo, debe usarse de esta libertad con parsimonia. En la prosa seria arriesgado el hacer uso de ellas, pues hacen el estilo afectado; por lo que se deja la licencia de emplearlas á aquellos cuya fama, establecida ya, justifica la autoridad dictatorial que se toman en el lenguaje.

Debe tambien evitarse la introduccion de palabras extrañas, á no ser cuando la necesidad lo exige. Las lenguas estériles pueden necesitar de estos socorros; pero la nuestra no se halla en tal caso, y nadie puede menos de condolerse al ver la majestuosa lengua patria desfigurada por el gran número de vocablos extraños con que cada dia la van oprimiendo.



Consideremos ahora el influjo que tiene la precision en el lenguaje. Derivase esta palabra de la latina *præcidere*, cortar, y significa que debe cortarse todo lo superfluo en la oracion, reduciendo de tal modo la expresion, que presente ni mas ni menos una copia exacta de la idea que se quiere expresar. Sobre esto observaremos que las palabras con que un hombre expresa sus ideas pueden ser defectuosas de tres maneras: pueden no expresar aquella idea que tiene el autor en la mente, sino otra que se le parece; ó pueden expresar aquella idea, pero no entera y completamente, ó pueden expresarla junto con otras ideas que el autor no intenta expresar. La precision se opone á estos tres yerros, y mas principalmente al último.

La importancia de la precision puede deducirse de la naturaleza del entendimiento humano. Este no puede contemplar clara y distintamente sino un objeto solo, y si atiende á dos ó á varios objetos, principalmente á los que tienen semejanza ó conexión, se halla confuso y embarazado. Si quiere adquirir conocimiento de un animal, mando quitarle todos sus arcos, y hago que esté solo ante mí para que nada pueda distraer mi atencion. Lo mismo sucede con las palabras; si cuando me participais una cosa, decís más de lo que se necesita para su expresion, juntando circunstancias extrañas al objeto principal; si variando sin necesidad la expresion, alejais el punto de vista, y me haceis ver unas veces el mismo objeto, otras veces otro unido á él, me obligais á mirar muchas cosas á un tiempo, y pierdo de vista la principal. Por lo que acabamos de decir se demuestra que un autor puede ser perspicuo sin ser preciso. Usa de voces propias, su construccion lo es tambien; presenta la idea con la misma claridad con que la concibe, pero las ideas no son en su entendimiento tan claras como deberían ser; son difusas y generales, y por lo mismo no pueden expresarse con precision. Todos los asuntos no necesitan igualmente de la precision, pues basta en algunos casos que tengamos una idea general del asunto, y presentar á nuestros oyentes un bosquejo de ella.

Pero nada es tan contrario á la precision como el uso inmoderado de aquellas palabras llamadas sinónimos. Estos convienen entre sí en expresar una idea principal; mas por lo regular, si no siempre, la expresan con alguna variedad de circunstancias. Apenas se hallan en alguna lengua dos palabras que presenten rigurosamente la misma idea; y el que conoce la propiedad de su lengua observará siempre algo que las distingue. Siendo como diferentes sombras del mismo color, un escritor exacto puede emplearlas con gran ventaja para fortalecer y perfeccionar la pintura que está formando. Por ejemplo, hay diferencia entre las palabras *gozo* y *gusto*, aunque las mas veces se usen una por la otra. *Gozo* se aplica solo á lo moral, y *gusto* á lo físico; no se dice el gozo de comer una pera, sino el gusto; ni el gusto del alma, sino el gozo.

*Jóven, mozo.*

La voz *jóven* explica la idea absolutamente, la voz *mozo* la explica comparativamente. Un hombre de treinta años no es ya *jóven*, pero es *mozo* todavía.

*Palabra, voz*

*Palabra* se refiere á la pronunciacion, *voz* á la gramática. Un predicador usa de voces propias y de palabras armoniosas.

*Auxilio, socorro, amparo.*

Se da el *auxilio* al que ya tiene y le conviene tener mas, el *socorro* al que no tiene lo suficiente, y el *amparo* al que no tiene nada. Se auxilia al industrioso, se socorre al necesitado, se ampara al desvalido.

*Adulador, lisonjero.*

El *lisonjero* es mas fino que el *adulador*; este lo alaba todo sin distincion, el otro da mas aparienicia de verdad á su alabanza. Un hombre prudente debe despreciar la adulacion y temer la lisonja.

*Romper, quebrar.*

*Romper* se aplica á toda accion por la que se hace pedazos un cuerpo; pero *quebrar* supone que la accion se ejerce determinadamente en un cuerpo inflexible ó vidrioso, y de un solo golpe ó esfuerzo violento. Se rompe un papel, una tela, pero no se quiebra, como una taza, un vaso.

Habiendo considerado hasta aqui la claridad y precision, principalmente con respecto á las palabras, réstanos ahora considerar estas calidades solamente con respecto á las sentencias que de ellas se componen. La sentencia ó período se puede definir un conjunto de palabras rectamente ordenadas, por el que en uno, dos ó mas miembros se expresa solamente un pensamiento principal. Antes que vayamos á dilucidar esta definicion en todas sus partes, harémos una division de la sentencia, á que su misma definicion nos conduce. Esta puede ser sencilla y corta, ó cumplida y larga. No podemos fijar el numero de palabras ó miembros de que debe constar una buena sentencia; pero nos debemos persuadir á que puede haber extremos viciosos por uno y otro lado. Las demasiado largas ó que constan de muchos miembros pecan siempre contra alguna de las reglas de la buena sentencia, de que trataremos despues, y en las muy cortas puede haber el mismo defecto.

De esta diferencia de sentencias ó períodos nace la division que hacen algunos del estilo en periódico y cortado. Estilo periódico es aquel en que las sentencias se componen de varios miembros encadenados entre sí y que penden unos de otros, de suerte que no se cierra el sentido del todo hasta el fin. Esta manera de composicion es la mas pomposa, de mas armonia y propia de la oratoria. Estilo cortado es aquel que se compone de proposiciones breves, independientes y todas completas en su linea; tiene mucha viveza y energia, y conviene bien á los asuntos alegres y fáciles; pero llevado al extremo, hace la composicion muy rigida y poco armoniosa. Así que, para atemperar lo enarrazoso y oscuro del uno, y la aridez y pobreza del otro, será conveniente mezclarlos en toda composicion, cuidando siempre de que esta participe mas de aquel á quien pertenezca por su carácter.

Las propiedades mas esenciales de la buena sentencia pueden reducirse á cuatro, á saber: claridad y pre-



cision, unidad, fuerza y armonía. De la claridad en las palabras hemos tratado en las lecciones pasadas. Réstanos ahora hablar de la claridad y precision con respecto á las sentencias. Para que una sentencia pueda llamarse clara, es necesario que exprese perfecta y distintamente el pensamiento, y para que sea precisa ha de constar de las palabras solamente necesarias. En ambos casos es preciso evitar con el mayor cuidado toda ambigüedad, como vicio opuesto á la claridad. De dos maneras se puede incurrir en este defecto: eligiendo palabras poco correspondientes á las ideas, ó colocándolas mal. Ya hemos tratado de la eleccion de las palabras; vamos ahora á mostrar la debida colocacion de ellas y su importancia.

Lo primero que se debe procurar en esta parte es observar exactamente las reglas gramaticales; pero esto no basta, pues bien puede una sentencia estar perfectamente sujeta á ellas, y tener, no obstante, el sentido ambiguo. Se debe tambien poner el mayor cuidado en que las palabras ó miembros que tengan mas estrecha conexion entre sí, tengan en la sentencia el lugar mas cercano que sea posible, para que manifiesten mejor su mútua relacion. El adverbio, por ejemplo, que califica la significacion de otra palabra, debe colocarse inmediato á ella; y de no ejecutarlo resulta muchas veces el sentido dudoso, y siempre alguna oscuridad y poco aliño en la sentencia.

Igual cuidado se debe poner en la colocacion de alguna circunstancia que ocurra en la sentencia, para que la desnude de toda ambigüedad; pero aun mas que á todo lo dicho, se debe atender á la disposicion propia de los pronombres relativos *quien*, *cual*, *que*, *cuyo*, y de todas aquellas particulas que expresan la conexion de las partes de la oracion. Como todo raciocinio depende de esta conexion, nunca seremos en esto demasiado exactos. Un error ligero puede oscurecer el sentido de una sentencia; y aun donde es inteligible, si estas particulas relativas están fuera de su lugar, habrá siempre algun desaliño en la estructura de la sentencia.

Tambien convendrá evitar, en cuanto sea posible, la demasiada repeticion de algunos de estos relativos, particularmente cuando se refieren á distintas personas, porque oscurece á veces el período, y le hace, cuando menos, embrollado y desaliñado. En fin, el que en la construccion de sus períodos observe exactamente estas reglas: que los adverbios se coloquen inmediatos á las palabras que califican; que si interviene alguna circunstancia, por el lugar que ocupa, quede determinada en uno ú otro miembro del período, y que cada palabra relativa presente luego su antecedente al ánimo del lector, dará en esta parte á su estilo, no solamente claridad, sino gracia y belleza.

La segunda calidad de una sentencia bien ordenada es la unidad. Esta es tambien una propiedad fundamental. Es preciso que entre sus partes haya algun principio que las enlace ó algun objeto que sobresalga. En toda composicion, sea historia, oracion, poema épico ó dramático, se requiere algun grado de unidad para que sea bella; pero en una sola sentencia se debe verificar mas rigurosamente. Ella puede componerse

de partes ó miembros; pero es preciso que estos estén ligados tan estrechamente, que hagan en el ánimo la impresion de un solo objeto.

Para conservar la unidad en una sentencia, se observará, en primer lugar, que en el curso de ella se cambie la escena lo menos que sea posible. No se nos debe llevar precipitadamente, pasando de repente de un lugar á otro ni de una persona á otra. Por lo comun hay en toda sentencia alguna cosa ó persona dominante, y esta debe regir, si es posible, desde el principio hasta el fin de ella. Debe huirse tambien de acumular en una sentencia cosas que tienen tan poca conexion, que pudieran dividirse en dos ó mas. La violacion de esta regla nunca deja de disgustar al lector, y acaso le ofenderá menos el extremo contrario, esto es, el que las sentencias pequen por demasiado breves. Los paréntesis, mayormente los muy largos, se deben evitar lo mas que sea posible, y solo pueden tener lugar en ciertas ocasiones, en que por la vivacidad del pensamiento se toca una cosa ajena de la sentencia, como encontrada al paso. Finalmente, para que la sentencia aparezca con toda la unidad y limpieza que se requiere, se debe cerrar completamente, sin que le sobre palabra alguna hasta la conclusion del sentido.

La tercera calidad de una buena sentencia es la energía ó fuerza. Esta consiste en una disposicion de sus diversas partes y miembros, que presente el sentido con las mayores ventajas para que haga en el ánimo toda la impresion que se pretende. La claridad y la unidad son absolutamente necesarias para producir este efecto; y aun lo es tambien la precision, con tal que no pase de un medio prudente. Es máxima general que todas las palabras que no añaden algo al sentido, se lo quitan; esto es, que no pueden ser supérfluas sin ser embarazosas. Mejor es dejar de expresar en la sentencia alguna cosa que se pueda suplir fácilmente, que hacerla redundante; pero se ha de observar cuidadosamente que de cercenarla mucho no resulte dureza y aridez en el estilo. Lo mismo se debe entender del último miembro de la sentencia cuando esta tiene dos ó mas, pues si no se añade en él alguna cosa nueva ó viene á ser solamente un eco ó repeticion del primero, deja la sentencia fria y desmayada.

Las particulas copulativas, disyuntivas, relativas y todas las demás usadas para las transiciones y conexiones deben ocupar su propio lugar, y se observará cuidadosamente cuando viene bien el omitirlas ó multiplicarlas. Sobre esto apenas se puede dar regla general, y la atencion á la práctica de los escritores mas exactos es la que nos debe dirigir.

No obstante, siempre que se pretenda pasar rápidamente la imaginacion por diferentes objetos, abrazándolos todos como con un solo golpe de vista, la supresion de la particula copulativa hará bellísimo efecto, pues se presentarán sin ella mas estrechamente unidos. Por el contrario, cuando se desea parar algo la reflexion en cada uno de ellos, la misma particula los muestra entonces mas desunidos y especificados. La razon es, que en el primer caso se supone que el ánimo corre tan aceleradamente por una viva sucesion de objetos, que no halla tiempo para señalar su conexion, al

paso que en el segundo, caminando con lentitud y señalando con la partícula copulativa la relacion de un objeto con otro, quiere dar á entender que son distintos entre sí, y que cada uno merece particular reflexion.

Aquella palabra ó expresion que es la capital en la sentencia, y que de consiguiente debe llevar la primera atencion, se ha de colocar en el mejor lugar de ella. Sobre señalar este tampoco se puede dar regla general, pues deberá variar segun la naturaleza de la sentencia. Parece, no obstante, que las palabras mas importantes deberán ocupar las mas de las veces el principio, porque el orden mas natural y sencillo es colocar al frente el objeto principal de la proposicion. Algunas veces convendrá tambien colocar estas palabras en el medio, y aun en el fin del periodo, mayormente cuando es de suyo sentencioso y se le pretende dar peso. En todo caso es preciso atender á que estas palabras, donde quiera que se coloquen, estén limpias y desentendadas de cualesquiera otras que pudieran embarazarlas; á que nunca su colocacion ocasione inversiones violentas, por ser estas contra la indole de nuestra lengua y de todas las vivas; y finalmente, á que por ningun capitulo se dañe la claridad, que es la mas importante calidad de la sentencia.

La que se puede dar por regla general, y la mas importante para construir las sentencias con energía, es hacer que sus miembros tengan á lo menos el mismo grado de importancia desde el primero hasta el último. Bellísimo será, si se puede conseguir sin afectacion, el que la importancia de los miembros ó palabras vaya siempre en aumento; pero nunca será tolerable el orden retrógrado, porque en todas las cosas gustamos naturalmente ir ascendiendo á lo que es mas y mas bello, y nos es enojoso, despues de haber puesto la vista en un objeto considerable, pasarla sucesivamente á otros de menos valor. Debe tambien cuidarse que cuando la sentencia se compone de dos miembros, se concluya casi siempre con el mas largo de ellos; lo primero, porque los periodos divididos de esta suerte se pronuncian con mas facilidad; y lo segundo, porque colocado primero el miembro mas corto, se percibe mas pronto la conexion que hay entre los dos.

Tambien puede ser regla general el que la sentencia se concluya siempre con palabra de alguna importancia. Por buena que sea la construccion de un periodo, perderá este mucho de su vigor y hermosura si finaliza con un adverbio ó alguna circunstancia de poco momento. Pero cuando la mayor fuerza del periodo se funda en una de estas palabras, como sucede algunas veces, tendrán buen lugar en la conclusion, porque el adverbio ó circunstancia viene á ser entonces la palabra capital. Cuando en los miembros del periodo se comparan ó contraponen dos cosas entre sí, debe procurarse guardar la mayor semejanza en el lenguaje, porque la concordancia ó discordancia de ellas aparece mas perfecta con la semejanza de las expresiones. Finalmente, la regla fundamental, que comprende á todas las demás, para una construccion hermosa y enérgica, es dar el orden mas claro y natural á las ideas que intentamos trasladar á los ánimos de otros. Esto será muy fácil á los que tienen bien concebidas las ideas que van

á expresar y poseen bien el idioma en que hablan.

La cuarta y última calidad de la sentencia es la armonía. Esta consiste en cierta eleccion y colocacion de las palabras de que consta la sentencia, de forma que resulte grata al oído y fácil á la pronunciacion. No parece á primera vista de mucha importancia esta calidad; pero reflexionando sobre su utilidad, debe ser muy atendida. Es muy difícil transmitir al ánimo ideas agradables por medio de palabras de sonido áspero y de cuya mala colocacion resulte dureza y desagrado tanto para el que las oye como para el que las profiere. La música tiene naturalmente mucho poder sobre todos los hombres para excitarles los afectos y conmoverles á lo que se intenta; y siendo el lenguaje susceptible en cierto grado de este poder de la música, es claro que no se debe desatender esta calidad suya, tan útil y deliciosa.

Dos cosas hay que considerar en la armonía de los periodos: primera, el sonido agradable en general ó sin expresion; segunda, el sonido agradable por la expresion de la idea. La primera belleza es mas comun, la segunda mas relevante. Para lograr la primera es necesario atender, en primer lugar, á que las palabras del periodo sean de sonido agradable y fácil pronunciacion. Cuando estas son ásperas, y por la mala coordinacion de sus vocales y consonantes, difíciles de pronunciar, son tambien penosas al oído, y se les deben sustituir otras que expresen ó se acerquen á la misma idea. Pero aun mayor cuidado se debe poner en la colocacion de ellas. Es imposible formar un periodo armonioso, si á sus palabras, por mas blandas y agradables que sean, no se les da una colocacion desenbarazada y sonora. Debe pues evitarse, en cuanto sea posible, la concurrencia de dos palabras que acabe la primera y comience la segunda con una consonante de pronunciacion fuerte, pues se hace muy duro el paso de una á otra, y desagrada notablemente al oído. Las vocales de un mismo sonido, cuando se juntan dos ó mas, fatigan tambien al pronunciarse, y se procurará disponer la sentencia de forma que no concurren. Aquellas pausas ó reposos con que terminan los miembros del periodo se distribuirán de modo que faciliten la respiracion y caigan al mismo tiempo á tales distancias, que tengan entre sí cierta proporecion musical; pero tambien se observará que estos reposos no sean demasiados, ni estén colocados á distancias precisamente iguales y que se eche de ver su mesuracion; porque tiene entonces el periodo cierto sabor de afectacion, que hace desagradable el estilo. La buena conclusion ó cadencia del periodo contribuye tambien mucho para que este salga armonioso. En la melodía se verifica generalmente lo mismo que observamos en la energía. Así que, para alcanzarla cuidaremos de que el sonido, juntamente con la importancia de los miembros de la sentencia, vaya siempre en aumento hasta la conclusion; que esta se haga con una palabra llena y sonora, y que el último miembro sea, no solo el mas interesante, sino el mas largo del periodo. Los pronombres, particulas, adverbios y palabras cortas son tan desgraciadas al oído en la conclusion como incompatibles con la energía. Es muy probable que el sentido y el sonido influyen mi-



tuamente uno en otro; que lo que ofende al oído, parece que disminuye realmente la energía del significado, y que lo que realmente degrada el significado en consecuencia de este primer efecto, parece que hace un mal sonido.

En la segunda belleza, ó en el sonido expresivo de la idea, se pueden señalar dos grados: primero, la cuerda de un sonido adaptado al tenor de un discurso; segundo, una semejanza particular entre los objetos y los sonidos empleados para expresarlos. Es evidente que se debe adaptar al tenor del discurso cierta cuerda ó tono particular. A un discurso magnífico, importante ó sentencioso, pertenece un tono grave y calmado, y á este corresponden unas cláusulas llenas y numerosas. Los discursos violentos, los raciocinios acalorados, y aun las conversaciones familiares, piden un tono mas subido, y de consiguiente, las medidas de sus cláusulas deberán ser mas vivas, mas cortas y mas fáciles. Tan absurdo sería escribir en una misma cadencia un panegírico y una invectiva, como poner una letra amorosa en el aire y tono de una marcha guerrera. Por tanto es necesario que nos formemos de antemano una idea cabal del tono que corresponde al asunto; esto es, de aquel tono que toman naturalmente los sentimientos que vamos á expresar, y en el cual suelen manifestarse ellos mismos, ya sean redondos y blandos, ya graves y majestuosos, ya brillantes y vivos, ya interrumpidos y variados. Esta idea general debe dirigir el tenor de nuestra composicion; ella debe darnos la clave para hablar en estilo musical, debe formar el cuerpo de la melodía, que ha de ser variada y diversificada en partes, segun varien nuestros sentimientos y segun sea necesario para causar una variedad que halague y lisonjee al oído.

La semejanza entre los objetos y los sonidos empleados para expresarlos, aunque es mas propia de la poesia, no deja de tener algun lugar en la prosa. Puede emplearse el sonido de las palabras para representar principalmente tres clases de objetos: primera, otros sonidos; segunda, el movimiento; tercera, las conmociones y pasiones del ánimo. En la primera clase no se duda que por una buena eleccion de palabras conseguimos imitar los sonidos que intentamos describir; siendo, como es, este género de belleza el mas sencillo y fácil de alcanzar. En todas las lenguas se ve que los nombres de muchos sonidos están formados de manera que llevan consigo alguna afinidad con el sonido que significan; en la castellana tenemos el susurrar de los vientos, el zumbido de los insectos, el silbido de las serpientes, el chasquido del látigo de posta, el maullido del gato, el aullido del perro, el balar de la oveja, el graznar del cuervo, gruñir, gargarrear, cacarear, rechinar, etc.

La segunda clase de objetos que imita á veces el sonido de las palabras es el movimiento, segun que este es ligero ó lento, violento ó delicado, igual ó interrumpido, fácil ó acompañado de algun esfuerzo. Aunque no hay afinidad natural entre el sonido, cualquiera que este sea, y el movimiento, sin embargo hay una afinidad fuerte en la imaginacion, como aparece por la conexion entre la música y la danza. Por lo mis-

mo está en manos del poeta, á quien principalmente toca esto, el darnos una viva idea del movimiento que quiere describir, por medio de sonidos que en nuestra imaginacion correspondan con aquel movimiento. Las sílabas largas naturalmente causan la impresion de un movimiento lento, como, por el contrario, una tirada de sílabas breves presenta al ánimo un movimiento vivo, y tanto mas ó menos en uno y otro caso, cuanto mas ó menos abunde el verso ó la sentencia de palabras compuestas de largas y breves.

La tercera clase de objetos que puede representar el sonido de las palabras, son las pasiones y conmociones del ánimo. Parecerá á primera vista que el sonido nada tiene que ver con ellas, ni puede haber semejanza alguna entre uno y otro; pero en nuestra imaginacion experimentamos muchas veces lo contrario. Un mismo pasaje, expresado con palabras mas ó menos significantes por su material sonido, excitará muy diferentemente la pasion que envuelve. Quien lee, por ejemplo, en la *Jerusalén libertada* el congreso de los espíritus infernales, se halla extrañamente conmovido de horror, y tanto, que le parece hieren sus oídos el horrendo sonido de la trompeta que los convoca y los temerosos silbos de aquellas abominables serpientes. Este efecto que causan las valentísimas voces que emplea el poeta en aquella descripcion, sin duda que no se experimentaría con otras menos expresivas por su semejanza en el sonido, aunque bastante claras para representar la idea.

Por fin, la regla general que sobre esto se puede dar es que el poeta ó el orador se deje arrebatar cuanto le sea posible del sentimiento que su asunto le excite. Entonces uno y otro, cuando describe el placer, la alegría y otros objetos agradables, del sentimiento de su asunto pasará naturalmente ó con muy poco estudio á emplear palabras de número blando, líquido y corriente. Cuando las sensaciones son fogosas y animadas, se valdrá de las que tengan números mas vivos y animados. Finalmente, los asuntos melancólicos y sombríos, ellos mismos se expresarán naturalmente en medidas lentas y palabras largas.

### Lenguaje figurado.

Hemos tratado completamente hasta aquí de la estructura de las sentencias respecto á su claridad, y tambien de su ornato en cuanto proviene de una eleccion y colocacion de palabras graciosa, fuerte y melodiosa. Otra gran fuente del ornato del estilo vamos ahora á descubrir, que contribuye en gran manera á su fuerza y hermosura, y es el lenguaje figurado. Aunque este modo de expresar las ideas le usamos hoy casi solamente por ornato y lujo, hay razones fuertes para creer que fué parto de la necesidad, y tan antiguo como los primeros rudimentos del lenguaje. En aquel tiempo en que los primeros hombres no conocian mas artes y ciencias que las puramente necesarias para satisfacer las cortas necesidades de alimentarse y conservarse, es preciso que el número de palabras fuese muy corto, á proporcion del corto número de ideas que entonces tenían. Por la inspeccion de nuevos objetos, y por la comparacion y reflexion que



sobre ellos iban haciendo, fueron progresivamente adquiriendo nuevas ideas y formando nuevos raciocinios. Pero como es forzoso que antecediase el conocimiento de los objetos, su comparacion y reflexion, á las palabras que iban formando para expresar uno y otro, es tambien necesario que antes de formadas estas, se viesen algunas veces en la precision de expresarse, ya con señas, ya con gestos, ya con figuras. Un nuevo objeto que hallaban, un nuevo conocimiento que adquirian ó una nueva necesidad que les comenzaba á dominar, les infundia el deseo y á veces la necesidad de significarse á los demas. Entonces, no temiendo aun palabras con que darse á entender propiamente, es natural que recurriesen primero á las señas y gestos, y cuando estos no alcanzaban, á otras palabras y expresiones ya formadas y que tuviesen la mayor analogia con la idea que intentaban comunicar. De aquí nacieron los similes, las comparaciones, las metáforas, las alusiones y las alegorías. Es cierto que á proporcion de sus conocimientos y necesidades, seria tambien corto el número de sus pasiones; pero por la misma razon serian estas mas intensas é impetuosas. Esto se comprueba muy bien con lo que hoy experimentamos en algunos sujetos que tienen muchas pasiones, pues es siempre en grado mas reniso que el que adolece de una sola. Tambien debemos creer que obrasen mas en ellos que en nosotros la sorpresa, la admiracion, el asombro y otras commociones del ánimo, por el mayor número de objetos nuevos que hallaban, fenómenos raros que experimentaban, riesgos y daños inesperados en que se veían. Siendo, pues, las figuras de elocucion el lenguaje propio de las pasiones violentas y commociones del ánimo, es preciso que se hubiesen formado entonces la admiracion, la interrogacion, el apóstrofe, la prosopopeya, hipérbole y otras figuras y tropos, que expresan con vehemencia aquellos afectos.

De esto se infiere que el lenguaje en los principios, si era escaso de palabras, era tambien expresivo por los gestos y tonos de que se ayudaba, y poético por las figuras y coordinacion caprichosa que le animaban. Tenia en él mucha mayor parte la imaginacion que el discurso. No atendian tanto los primeros hombres á expresarse con claridad y sencillez, cuanto á desahogar aquellos violentos accesos de sustos, admiraciones y asombros, de que su imaginacion era frecuentemente acometida. No obstante, se debe creer que en los tiempos modernos, no solamente se perfeccionaron las figuras y tropos, que en su origen serian toscas y mal aliñadas, sino que se crearon otras, que contribuyen solamente á hacer el estilo ameno y florido.

Al paso que se fué enriqueciendo el lenguaje y se fueron familiarizando los hombres con todos los objetos y con todos los acacimientos de la vida humana, fué cediendo la necesidad y el frecuente uso del estilo figurado. Parece que en las mudanzas que ha padecido el lenguaje con los adelantamientos de la sociedad, el entendimiento ha ido ganando terreno, y perdiéndolo la imaginacion. Sus progresos en esta parte se parecen á los de la edad en el hombre: creciendo en años, se resfria su imaginacion y se madura en su juicio. Aquellos caractéres del lenguaje en sus princi-

pios, como sonido descriptivo, tonos y gestos vehementes, estilo figurado y coordinacion inversa, han ido dando lugar á sonidos vagos, pronunciacioun calmada, estilo sencillo y coordinacion recta. En los tiempos modernos se ha hecho, á la verdad, mas correcto y exacto; pero al mismo paso menos enérgico y animado. En su estado antiguo era mejor para la poesia y oratoria, ahora es mas favorable á la razon y á la filosofia. Fueron abandonando los hombres en su trato ordinario el antiguo vestido metafórico y poético del lenguaje, y lo reservaron para aquellas ocasiones señaladas en que viniere bien ó fuese necesario el adorno.

Los tropos y figuras contribuyen á la belleza, gracia y energía del estilo por cuatro razones: primera, ellas enriquecen el lenguaje y le hacen mas copioso; por medio de ellas se encuentran palabras y frases para expresar toda suerte de ideas, para describir hasta las diferencias mas menudas, las mas delicadas sombras y colores del pensamiento, lo cual no pudiera hacer el lenguaje por solas las palabras y expresiones propias.

Segunda. Ellas dan dignidad al estilo. La familiaridad de las palabras comunes, á las cuales están muy acostumbrados nuestros oídos, no es á propósito para dar aquel grado de elevacion y majestad que necesitamos muchas veces acomodar á un asunto, lo cual se logra por medio de tropos y figuras bien manejadas. Estas producen en el lenguaje el mismo efecto que un rico y espléndido vestido en una persona de carácter, á saber, causar respeto y dar un aire de magnificencia al que le lleva.

Tercera. Las figuras nos dan el gusto de gozar de dos objetos á un tiempo y sin confusion: de la idea principal, que es el asunto del discurso, y de la accesoria, que le da el vestido figurado. Podemos decir que vemos una cosa en otra, lo cual siempre es agradable al ánimo. Las comparaciones y semejanzas de los objetos deleitan en gran manera á la fantasía, y todos los tropos se fundan en alguna relacion ó analogia entre una cosa y otra.

Cuarta. Las figuras tienen la ventaja de darnos frecuentemente una idea mas clara y viva del objeto principal que la que tendríamos si se expresase en términos sencillos y desnudo de sus ideas accesorias. Esta es la mayor ventaja, y por la cual se dice que ilustran ó que derraman luz sobre cualquiera asunto, mostrando en una forma pintoresca el objeto en que se emplean, y haciendo en algun modo objetos de los sentidos las ideas abstractas.

#### De las figuras y su division.

Podemos pues definir las figuras, un modo de expresar los pensamientos, que se desvia en parte ó en un todo del natural y sencillo, y que da fuerza, nobleza y gracia á la oracion.

Dividense estas en tropos y figuras propiamente dichas. Los tropos consisten en el cambio de la significacion propia de la palabra, pasando esta á significar una cosa diferente. Las figuras se subdividen en figuras de palabra, que están en ella de tal modo, que quitada ó cambiada esta, desaparece la figura; y en figuras

de pensamiento, que consisten absolutamente en él; de forma que aunque se cambien las palabras, queda intacta la figura, con tal que el pensamiento se conserve. Trataremos de todas estas por su orden, ilustrándolas con ejemplos escogidos.

Los tropos principales, y á los que reduciremos otros que son solamente variaciones de estos, son cinco, á saber: metáfora, metonimia, sínecdoque, ironía y antonomasia.

#### Metáfora.

Es la metáfora la expresion de una idea por medio de una palabra ó palabras cuya significacion propia es diferente, pero que tiene alguna analogía con la idea que se va á expresar. Este tropo es de mucha importancia, y acaso de mas uso en la oratoria y poesia que todas las demás figuras. Por lo mismo, y por cuanto sus reglas convienen en parte á las demás tropos y figuras, le trataremos con mas extension. Fúndase esencialmente en la semejanza entre dos objetos; envuelve siempre un símil y comparacion, y solo se diferencia de esta en que la comparacion se expresa, y la metáfora es una comparacion oculta, pero que se presenta al instante al ánimo del oyente. Por lo mismo en brillo y magnificencia lleva tanto ó mas ventaja á la comparacion, como esta á la expresion natural. Esta idea, por ejemplo, *ya sale el sol alumbrando montes y valles*, es bella y agradable, aunque expresada en términos propios; pero si se vierte con una comparacion feliz en esta forma:

Ya viene el que parece luminoso  
Rey del dia, los montes y los valles  
Alegando;

se ennoblece la idea y se la da un aire de majestad y hermosura; y si omitiendo *el que parece*, que es el que constituye la comparacion, se expresa con la bellísima metáfora:

Ya viene el luminoso rey del dia,  
Los montes y los valles alegrando;

sin duda alguna que es mayor su brillo y magnificencia.

Empléase frecuentemente este tropo, no solo en la oratoria y poesia, sino tambien en los demás estilos, y hasta en el familiar. De él nos valemos casi por necesidad para tratar de las ideas abstractas y cosas espirituales, presentándolas al ánimo del oyente como por medio de los sentidos. A toda composicion da mucha gracia, majestad y belleza, usando de él en los debidos términos, para lo que observaremos las siguientes reglas:

1.<sup>a</sup> Que la semejanza entre los dos objetos sea tan clara y manifiesta, que se presente al instante al entendimiento, pues de lo contrario la metáfora se hace dura y fatiga el ánimo del que oye ó lee, desagradándole por la misma razon. En el ejemplo propuesto se ve al instante la conexion que tiene el sol y el buen rey, tanto por su nobleza y majestad, como por sus benéficos influjos.

2.<sup>a</sup> Que jamás se tome la metáfora de cosas bajas, asquerosas ó poco honestas. Siendo el fin principal de este tropo ennoblecer el objeto de que se trata, mal se podria conseguir tomándole de cosas semejantes. No obstante, se observará que la dignidad ó lo magnificen-

cia de los objetos de que se toma la metáfora no exceda sobremanera á la de los que se quieren expresar. El estilo debe siempre acomodarse á la materia, y las figuras que en él se emplean deben igualmente ser proporcionados á ella en mediania y grandiosidad.

3.<sup>a</sup> Que se atienda en la condueta de las metáforas á no mezclar jamás el lenguaje figurado con el sencillo, ni construir el periodo de forma que parte de él se haya de entender metafóricamente y parte literalmente, lo cual produce siempre la confusion mas desagradable. Los efectos, las calidades y demás circunstancias que se aplican en el periodo al objeto de que se toma la metáfora, deben siempre convenir á aquel de que se trata; pero cuando alguna de estas cosas se puede aplicar solamente á este, se corta el hilo á la figura, y se halla confundido el oyente entre el sentido propio y el figurado.

4.<sup>a</sup> Que sobre un objeto no se acumulen dos ó mas metáforas diferentes. Esto cansaria sin duda y desagradaria al ánimo del oyente, pues complaciéndose con desenhrrir la propiedad y la belleza de la primera, le seria penoso pasar repentinamente á examinar la segunda, por mas perfecta que fuese.

Estas son las principales reglas para la buena construccion de la metáfora, á las que añadiremos estas observaciones: 1.<sup>a</sup> los objetos de que se tome esta figura, aunque agradarán mas siendo nuevos ó poco triviales, no obstante, deberán ser no muy desconocidos, por no hacer el sentido oscuro ó del todo impenetrable; 2.<sup>a</sup> deberán evitarse las metáforas demasadamente ingeniosas, que se fundan siempre en un sentido falso, el cual una vez descubierto, dan solamente frialdad y pequenez al asunto; 3.<sup>a</sup> y por fin, se cuidará de no prodigar este tropo, sino usar de él con mucho tiento, y solamente cuando parece que lo exige la narracion ó el discurso.

Cuando se sigue una misma metáfora en un discurso entero, pasa á ser alegoria, que solo se diferencia de aquella en que la metáfora se circunscribe á un periodo, y á la alegoria no se le pone limite. Debe seguirse con la misma exactitud que la metáfora, y además en el fin de ella, y tal vez en el principio, se debe indicar el objeto sobre que recae, pues el lector y el oyente le pueden perder de vista por su dilatado curso. Son alegorias los apólogos y fábulas morales, y muy á propósito para cierta especie de poesias, y entran tambien en esta clase los enigmas y proverbios, pero unos y otros son de ningun uso en la poesia y oratoria.

#### Metonimia.

La *metonimia* consiste en tomar la causa por el efecto, ó el efecto por la causa; el continente por el contenido, ó al contrario; el abstracto por el concreto, ó el concreto por el abstracto; lo moral por lo fisico, ó lo fisico por lo moral. Comienza, por ejemplo, el Tasso su *Jerusalén: Canto las armas y el varon piadoso*, tomando la causa por el efecto, pues lo que canta es lo que obró con su prudencia y con su brazo en aquella famosa expedicion. Decimos comunmente *beber un vaso de agua*, tomando el continente por el contenido. *A san Juan, obispo de Constantinopla, le llamaron*



*Crisóstomo, esto es, pico de oro*, tomando el órgano físico de la elocuencia por ella misma; en donde se acompaña esta figura de una hermosa metáfora, denotando la pureza y sublimidad de su elocuencia por la del oro. Solemos también decir *esto es la verdad*, tomando el abstracto por el concreto, pues lo que intentamos significar es *que esta es cierto y verdadero*.

#### Sinécdoque.

Este tropo tiene mucha afinidad con el anterior, y consiste en emplear la parte por el todo, ó el todo por la parte; el género por la especie, ó la especie por el género. Se dice, por ejemplo, de un buen ministro, *es una gran cabeza*, tomando la parte por el todo. Pedimos á Dios pan para cada día, tomando una especie de alimento por el género. Refieren también los retóricos á este tropo el cambio de números, de personas y de tiempos. Para señalar el carácter de las naciones se dice ordinariamente *el español es constante, el francés ligero, el inglés meditando*, etc., hablando de todos los individuos de cada nación.

Cuandodamos á alguno reprensión ó consejo cambiamos alguna vez de persona, diciendo: *Debemos siempre comportarnos de este ó aquel modo*. Para hacer una descripción fuerte y animada empleamos muchas veces el presente por el pasado; tal es la de Dachesne de la famosa batalla de Cannas. Dice pues hablando de Aníbal: *Cae de improviso sobre este cuarto ejército, mas brillante que animoso, le atropella, le despedaza, le devora; y harto ya de sangre y carnicería, grita, fatigado, á sus soldados: Hijos, dad cuartel á los rendidos*.

Estos dos tropos contribuyen mucho á la energía y elegancia de la expresión, y los usamos con frecuencia hasta en el estilo familiar; pero se debe atender á que estén recibidos por el uso común. Será buena y elegante esta expresión: *pasaron los ingleses el Sund con veinte velas*; pero sería intolerable decir *con veinte mástiles*, siendo así que en uno y otro caso se toma la parte por el todo. Del mismo modo se puede decir de cierto pueblo: *consta de cien hogares*, y sería expresión ridícula la de *cien cocinas*, por estar recibida aquella, y no esta, por el uso común.

#### Ironía.

La *ironía* es una expresión enteramente contraria á lo que se siente y se intenta persuadir. Es de mucho uso en todos estilos, mayormente en la elocuencia del púlpito y del foro para acriminar alguna acción poco digna en un sujeto. A cada paso se nos ofrece esta expresión: *vaya, que está usted un buen hombre*. Los predicadores, por medio de esta figura, pintan con energía la ingratitud de los hombres con el Criador, y Cicerón debe á ella mucha parte de la fuerza de sus invectivas contra Antonio y Catilina.

#### Antonomasia.

La *antonomasia* emplea un nombre común en lugar del propio, ó un nombre propio en lugar del común. En el primer caso se pretende dar á entender que aquella persona ó cosa de que se habla tiene alguna exce-

lencia sobre las que son comprendidas bajo el nombre común. Estos nombres *apóstol* y *filósofo* son sin duda nombres comunes, y los usamos muchas veces para denotar con el primero á san Pablo y con el segundo á Aristóteles. En el segundo caso se quiere expresar la gran semejanza que tiene la persona de que se habla con otra cuyo nombre se haya hecho célebre por alguna virtud ó vicio. Para exagerar la elocuencia de algun sujeto decimos comunmente que es un Cicerón, y para notarle de cruel ó voluptuoso, que es un Nerón ó un Sardanápalo. Tiene mucho uso este tropo, mayormente en el estilo noble, por la mucha energía que da á la oración.

#### Figuras propiamente dichas.

Las figuras, á diferencia de los tropos, dan vehemencia, nobleza y gracia á la oración, sin cambiar el sentido de las palabras que emplea el orador. Omite términos que se pueden fácilmente suplir, emplearlos con superabundancia; la interrogación, el apóstrofe, la exclamación son los ornamentos de esta especie, donde no hay mutación alguna de sentido en las palabras. Divídense, como ya hemos dicho, en figuras de palabra y figuras de pensamiento. Las de palabra, que consisten en ella de tal modo, que suprimiéndola ó cambiándola desaparece la figura, son las siguientes:

##### Repetición.

Esta figura consiste en repetir una ó muchas veces alguna palabra ó expresión en que principalmente se contiene la pasión del que habla. Expone con igual energía la indignación, el furor y la ternura; de suerte que se puede llamar con propiedad el lenguaje de todas las pasiones. Narbal, por ejemplo, dice al joven Telémaco: *¡Feliz el que se ve á punto de alejarse de aquí para siempre! Feliz el que pudiese seguirnos hasta las mas desconocidas regiones! Feliz el que pudiese vivir y morir con vos!* No es menos á propósito para probar cualquiera aserción, como se puede ver en Tertuliano á favor de la religión católica.

##### Derivación.

Semejante á la figura de que acabamos de tratar es la derivación, y consiste en emplear dos ó mas voces en una misma frase ó período, que tengan una misma derivación. Cicerón dice á César: *Vos habeis vencido la victoria misma*. Corneille, en el *Cid*: *Tu brazo no fué jamas vencido, pero no es invencible*. Se puede llamar figura solamente de ornato, y debe usarse de ella pocas veces y sin que se eche de ver afectación.

##### Sinonimia.

Algunas veces ni se repiten las mismas voces ni las que son derivadas de un mismo origen, sino que se acumulan muchas diferentes, pero de un mismo sentido, con intento de afirmar con vehemencia alguna cosa. Esta figura se llama *sinonimia* y es muy común en los discursos. Decimos muchas veces: *Te aseguro, te protesto que no he hecho tal cosa*. Boileau califica la *Eneida* de Virgilio de *agradable, dulce, armoniosa*.



## Expolicion.

Cuando no son voces sinónimas las que se acumulan, sino pensamientos semejantes en cuanto al sentido, pero diferentes en la manera de expresarle, se usa entonces de la expolicion, que es figura de pensamiento, pero que se pone aquí por su estrecha conexi6n con la sinonimia. El uso de esta figura es muy frecuente, y se emplea cuando se quiere desenvolver un pensamiento para insinuarle mas y mas en el ánimo del oyente. Para los predicadores, abogados y todos los que hablan en público es absolutamente necesaria, porque sus palabras, volando como ligeras flechas, no dan bastante lugar al oyente para la reflexi6n, y les es preciso reproducir una misma idea bajo diferentes formas, para persuadirla ó hacerla entender suficientemente. De aquí se infiere que es menos necesario su uso para aquellos que escriben solo para ser leidos. No obstante, cuando las cosas que tratan, ó son difíciles de comprender, ó tales que debe acompañar en ellas el sentimiento á la inteligencia, es preciso que insistan y vuelvan sobre las mismas ideas, variando solamente las expresiones. Aunque esta figura es de mucho valor, se puede abusar de ella, como de todas las demás, ya sea empleándola en asuntos donde no conviene, como son los de puro razonamiento, ya sea multiplicándola tanto, que se empobrezca la materia á fuerza de abundancia.

## Asindeton y polisindeton.

Estas dos figuras, contrarias entre sí, consisten, la primera en suprimir las conjunciones que deben enlazar varios objetos, cuando se ha de pasar por ellos con rapidez y viveza, y la segunda en multiplicarlas cuando conviene parar la reflexi6n sobre cada uno de los objetos. Ya tratamos de ellas con bastante extension en la energía de las sentencias, aunque no como figuras de retórica.

## Elipsis y pleonasma.

Son tambien contrarias la elipsis y el pleonasma. La primera suprime una voz que es necesaria para la integridad de la frase. Es muy propia en las pasiones tristes, que parecen que no permiten al que está agitado de ellas completar su discurso. *¡Ay de mí!* ; *Ya qué partido tomar en este caso!* Aquí se usa de la elipsis, suprimiendo la voz *puedo* ó *se puede*. La segunda produce el mismo efecto que la polisindeton, que es insistir fuertemente sobre una idea, usando de voces superfluas para la integridad del sentido. Decimos para dar fuerza á la asercion : *Yo lo vi por mis propios ojos*.

Hay una especie de elipsis, bellisima por sí, pero que no conviene á pasiones violentas, y es, cuando sin prevencion alguna se introduce á hablar una persona de quien se está refiriendo algun suceso. De esta suerte Homero introduce á Héctor, amenazando á sus troyanos: *Héctor entonces, llenando de clamores la ribera, manda á sus soldados que dejen el pillaje y corran á las naves. Porque juro á los dioses que á cualquiera que ose apartarse de mi vista, lavaré yo su vergonzosa codicia con su propia sangre*.

## Reticencia.

La reticencia viene á ser otra especie de elipsis, pero de mas alto grado. Por la elipsis se suprime una voz, y por la reticencia se suprime y se indica solamente una proposici6n entera. Esta figura puede ser efecto mas de la reflexi6n y de la prudencia que de la pasi6n, como se ve en este bello pasaje de Cicer6n por Ligario, hablando con César: *Si en la alta fortuna que gozáis no tuvieseis vos aquella dulzura á que por naturaleza propendeis, yo os aseguro, y yo me entiendo; que vuestra victoria seria un manantial de sangrientas catástrofes*.

## Antitesis.

Hay algunas figuras que consisten en cierto órden simétrico ó en puro juego de palabras, de las cuales, por ser todas estas pueriles y á propósito solamente para materias jocosas, elegirémos solo la antitesis. Es esta figura una disposici6n de los miembros del período, de forma que á un nombre ó verbo del primero corresponda otro nombre ó verbo del segundo, y será tanto mejor la figura, cuanto haya mayor oposici6n entre las palabras que se correspondan, por ejemplo: *A los voluptuosos se les hace por sus excesos enojosa la vida, y por sus remordimientos terrible la muerte*. Es muy agradable por sí misma, por aquel gusto natural que tenemos de la simetría; pero para que no sea viciosa se deben observar en ellas tres cosas: 1.<sup>a</sup> que caiga siempre sobre palabras de sentido verdadero y sólido, y jamás sobre pensamientos falsos; 2.<sup>a</sup> que se use de ella con sobriedad y discreci6n, pues aquellas cosas que causan el placer mas vivo son precisamente las que mas fastidian con su uso demasiado ó inoportuno; 3.<sup>a</sup> que no se emplee en el estilo elevado ó de movimiento, á no ser que salga tan naturalmente de la cosa misma, que de ningun modo se eche de ver que fué buscada.

## Epiteto.

El epiteto es un nombre adjetivo aplicado á un sustantivo, á quien engrandece ó disminuye, segun la calidad que le confiere. Da mucha gracia, y algunas veces vehemencia, á la expresi6n cuando es bien aplicado; de suerte que suprimiéndole, pierde la frase mucha parte de su mérito. No obstante, deben usarse con sobriedad, pues acumulados sin medida, hacen la oraci6n abundante mas de palabras que de cosas. Compara graciosamente nuestro Quintiliano un discurso cargado de epítetos á un ejército donde hubiese tantos pajes como soldados, que seria doble en número, pero no en fuerzas. Debe tambien el epiteto, particularmente en la prosa, ser acomodado al sentido de toda la frase, como en esta: *El ambicioso Alejandro emprendió la conquista del universo*. Se ve bien la intima relacion que tiene el epiteto *ambicioso* con el proyecto del dominio universal.

## Aposicion.

La aposicion tiene mucha afinidad con el epíteto. Este es un adjetivo aplicado á un sustantivo, á quien califica, y la aposicion emplea los sustantivos como

epítetos. Fray Luis de Leon califica así á Saturno en su *Noche serena* :

Rodéase en la cumbre  
Saturno, padre de los siglos de oro.

En cuyo pasaje el substantivo *padre* califica á *Saturno* de bienhechor de la humanidad, como fundador de aquel imperio de la inocencia y felicidad que tanto decantan los poetas. Muchas veces se une esta figura á la metáfora, como en el ejemplo propuesto; pero se usa tambien sin ella, como en este otro: *La retórica, ciencia tan importante como deliciosa*, etc. Conviene solamente esta figura al estilo elevado, y sería desagradable en el familiar. Aun la elocuencia y la poesía deben hacer de ella un uso muy sóbrio, porque, aunque da majestad y elegancia, quita la fluidez al estilo, empleada con profusion.

#### Hipérbaton.

Es muy corto el uso que no sea vicioso de esta figura en las lenguas vivas, respecto al que hicieron de ella la griega y la latina. Consiste en invertir el orden natural de las palabras que componen el período, para darle mas armonía y elegancia. Y como las lenguas modernas carecen en los nombres de aquellas diferentes terminaciones que tuvieron las antiguas, no pueden colocarlos tan arbitrariamente como ellas, sin incurrir en la ambigüedad de sentido. No obstante, siempre que este quede bien claro y determinado, se podrá trastornar el orden natural de las palabras segun convenga á la mayor elegancia y buen sonido de la cláusula.

Hay una especie de hipérbaton muy comun entre nosotros, y aun entre los franceses, nimiamente escrupulosos en esta parte, que es comenzar la arenga de una persona que introducimos á hablar en un discurso, antes de prevenirle. Así Cervantes, en su *Ingenioso Hidalgo* : *Desde la memorable aventura de los batanes*, dijo don Quijote, *nunca he visto á Sancho con tanto temor como ahora*; donde se ve que el orden natural de las palabras debería ser : *Dijo don Quijote : Desde la memorable aventura*, etc.

#### Figuras de pensamiento.

Va llevamos dicho que las figuras de pensamiento son aquellas que consisten en él de tal modo, que aunque las palabras se cambien, permanece la figura, con tal que el pensamiento se conserve. La parte principal en estas figuras es la expresion de los sentimientos, y por lo mismo, comenzaremos por los que con mas viveza los exprimen.

#### Interrogacion y exclamacion.

La interrogacion, figura de retórica, no es aquella por la cual preguntamos para saber lo que ignoramos, como cuando se dice *¿Qué hora es? ¿qué hay de novedades?* La figura de que tratamos es aquella interrogacion que se introduce en el discurso para animarle, para exprimir la indignacion, el dolor, el temor y todos los demás movimientos del alma. Así en Virgilio, dando cuenta Anquises á su hijo de sus descendientes, que vagan en sombras por los campos Eliseos,

le dice : *¿Quién pasará en silencio á los dos Esepciones, rayos de la guerra?*

La exclamacion expresa aun con mas viveza las pasiones, y por lo mismo es mas á propósito para las fuertes conmociones del ánimo. En el mismo pasaje, tratando Anquises del jóven Marcelo, exclama : *¡Oh piedad! oh fe antigua! oh indomable diestra en las batallas!*

#### Apóstrofe.

El apóstrofe es tambien una expresion muy viva del sentimiento que ocupa al que habla cuando, arrebatado y como olvidándose de sus oyentes, dirige su discurso á una persona ausente ó á la misma de que trata. En el lugar arriba citado, prosiguiendo Anquises el informe que va haciendo á su hijo, deja á este, y arrebatado, endereza su discurso al mismo sugeto de quien lo informa. *¡Ah jóven digno de compasion! Si por alguna via logras romper los duros hados que te amenazan, tú serás Marcelo.*

Hay un uso mas atrevida de esta figura, que solo tiene lugar en el mayor fuego de una pasion; y es cuando se dirige el discurso á algun ser inanimado, como suponiéndole capaz de inteligencia y sentimiento. Entonces se acompaña esta figura de la personificacion de que vamos á tratar, y por su mucha elevacion se debe emplear solamente en la poesía, y muy rara vez en la prosa. No obstante, Ciceron hace uso de ella en una de sus oraciones por Milon, hablando con el monje Albano, en cuyas inmediaciones fué muerto Clodio. *Yo os imploro y os pongo por testigos, oh sagrado monte Albano, bosques religiosos y altares albanos, tan antiguos como los del mismo pueblo romano, y asociados á su culto; vosotros, que fuistes profanados por este insensato con las masas enormes de sus edificios.*

#### Personificacion.

La personificacion ó prosopopeya expresa con tanta ó mas vehemencia que las figuras anteriores las fuertes conmociones del ánimo. Consiste en transformar los seres insensibles en personajes animados, atribuyéndoles inteligencia y afectos propios de los hombres. Es muy comun su uso en los violentos accesos de algunas pasiones, y á cada paso se nos ofrece llamar á los cielos ó á otros seres insensibles que nos rodean, cuando nos vemos sumergidos en una profunda tristeza ó nos sobreviene alguna desgracia, como suponiéndolos capaces de entender y sentir la pasion que nos agita. Tres son los modos mas generales de esta figura: 1.º Cuando solo referimos de un ser inanimado alguna accion ó afecto propio de los hombres. Así Plinio el mayor, para realzar el valor y la sencillez de los antiguos romanos, dice : *Regocijase la tierra al verse romper con el arado entretejido de laureles, y por la mano del labrador triunfante.*

2.º Cuando dirigimos nuestro discurso á un ser inanimado, como si este fuese capaz de entendernos y de penetrarse de los afectos de que estamos conmovidos; entonces se une esta figura al apóstrofe, y supone el mas alto grado de conmocion y arrebatamiento del afecto que nos ocupa. La poesía nos ofrece á cada paso hermosos ejemplos de esta figura, ya sea en los afectos



tos dulces, ya en los trágicos. Así fray Luis de Leon, en su *Noche serena*, hablando con el cielo:

Morada de grandeza,  
Templo de claridad y hermosura,  
El alma que á tu alteza  
Nació, ¿qué desventura  
La tiene en esta cárcel baja, oscura?

En la prosa se emplea rara vez, como llevamos dicho en la figura anterior, y solo cuando la materia exige la mayor elevacion. Barthelemy, en su *Anacarsis*, refiriendo el heroico sacrificio de sus vidas, que los trescientos esparciatas hicieron por la patria en el paso de los Termópilas: *Perdonad, sombras generosas, la debilidad de mis expresiones; yo os ofrezco un homenaje mas digno cuando visite aquella colina en donde rendisteis los últimos suspiros; cuando, apoyado sobre uno de vuestros sepulcros, bañe con mis lágrimas aquellos lugares, teñidos de vuestra generosa sangre.*

3.º Cuando, además de atribuirles sentimiento, se hace hablar á las cosas inanimadas, á los ausentes y á los muertos. Es de tanta elevacion en este modo, que se necesita, segun Quintiliano, prepararle el camino con un esfuerzo grande de elocuencia, para que no aparezca muy atrevida. La *Profecía del Tajo*, de fray Luis de Leon, nos suministra un hermoso ejemplo de la prosopopeya en este tercer modo, desde los versos:

El rio sacó fuera  
El pecho, y le habló de esta manera:  
«En mal punto te goces,  
Injusto forzador, etc.»

Aunque esta figura es mas propia de los asuntos serios y del estilo elevado, se usa tambien en materias jocosas y en los apólogos, como el *Lutrin* de Boileau, y algunas fábulas que contienen diálogos entre seres inanimados.

#### Hipotiposis.

*Hipotiposis* es voz griega, que significa imagen ó pintura. Consiste esta figura en una descripcion tan viva de aquello que se refiere, que parece ponerse delante de los ojos mismos. Muéstrase, por decirlo así, lo que no hace mas que referirse. Dase en alguna manera el original por la copia, el objeto mismo por la pintura. Contribuye mucho á esta viveza de descripcion el poner siempre el verbo en presente, pues las acciones paradas parece que se ponen entonces á la vista. La descripcion que el abate Seguí hace de la arribada de san Luis á Africa en el panegirico de este santo, es un bellissimo ejemplo de la hipotiposis: *Parte, dice, bañado en lágrimas y cubierto de bendiciones de su pueblo; ya gimen las ondas con el peso de su poderosa armada, ya se ofrecen á su vista las costas de Africa, ya se forjan en batalla las innumerables tropas de los sarracenos. Cielo y tierra, sed testigos de las prodigios de su valor. Arrójase con precipitacion á la costa, seguido de su armada, que su ejemplo anima, á pesar de los espantosos gritos del enemigo, y rompiendo una nube espesa de dardos, que le cubre, avanza hácia los campos donde le llama la victoria, toma tierra, acomete, penetra los espesos batallones de bárbaros, etc.*

#### Amplificacion.

Algunas veces se ejecuta esta pintura con solo uno ó pocos rasgos, pero fuertes y expresivos, y otras se ponen á la vista todas aquellas circunstancias que la puedan hacer mas interesante. Esto se llama *amplificacion* ó *acumulacion*, que no es tanto una figura cuanto el manejo artificioso de varias que hacemos dirigirse á un mismo punto. Si se dice *que una ciudad fué tomada por asalto, arrasada, y pasados á cuchillo sus habitantes*, con pocas palabras se ponen á la vista todos los horrores que acompañan un desastre igual. Pero si se desenvuelve lo que comprenden aquellas palabras, se verán allí llamas, que devoran las casas y los templos; la ruina de los edificios, que vienen á tierra con horrible fracaso; los gritos diversos, de que resulta un ruido confuso y espantoso, huyendo unos sin saber adónde encaminan sus pasos, y abrazando otros estrechamente las personas que mas aman, sin poder separarse de ellas; los alaridos lamentables de mujeres y niños, y los lamentos de los viejos, que se quejan al cielo de haberlos reservado para tan desafortunado dia.

La enumeracion de todos los particulares y la reunion de todas las circunstancias interesantes constituyen esencialmente esta figura, y se le dará mas valor si se emplea en ella el *climax*, que consiste en disponer de tal modo las circunstancias que se refieren, que vaya siempre en aumento su importancia é interés. Así Ciceron: *Delito es grande encadenar un ciudadano romano, maldad terrible azotarle, casi parricidio matarle; pues ¿qué diremos de ponerle en una cruz?* Donde se ve que esta progresion gradual aumenta en gran manera el ultimo delito. Se debe advertir, sin embargo, que en estos climax ó graduaciones se ha de procurar esconder el artificio en cuanto sea posible, pues aunque tienen mucha belleza, quitan tambien mucho al calor y sentimiento cuando se echa de ver el estudio.

#### Hipérbole.

Las pasiones aumentan ó disminuyen su objeto, segun su interés. La admiracion aumenta, el menosprecio disminuye, y del mismo modo las demás. De aquí nace la *hipérbole*, que algunos retóricos la dividen por lo mismo en dos, esto es, aumentacion y disminucion; pero realmente es una sola figura; pues, sea que el objeto se engrandezca, sea que se disminuya, siempre se exagera. Es de uso muy ordinario, y muchas expresiones hiperbólicas han pasado ya al lenguaje familiar. Es muy comun la expresion de *tan ligero como el viento, tan blanco como la nieve*, y otras semejantes. Cuando esta figura tiende á disminuir, se emplea frecuentemente en materias jocosas, y tiene poco lugar en el estilo elevado; pero en este se emplea felizmente cuando con el juego de la pasion se aumentan los objetos y se sacan de su natural proporcion. No obstante, la prudencia, tan recomendada en el uso de las demás figuras, es mas necesaria en el de esta. Las hipérboles muy frecuentes ó las desmesuradas y muy extravagantes hacen lánguida la composicion, y no pocas veces ridicula.



## Énfasis.

La voz *énfasis* se toma algunas veces por la pompa y el esplendor del estilo, por aquel gusto de sublimidad y nobleza que reina en el total de las ideas y de las expresiones, y que resulta de la eleccion de pensamientos nobles y de palabras dignas de expresarlos. Pero, como figura particular de retórica, es la eleccion y colocacion de una frase en donde da á entender mucho mas de lo que expresa. Así Mitridates, en Itacine, al verse repellido de Monima: *¿Es esta Monima? ¿Soy yo Mitridates?* Cuyas enfáticas voces envuelven todo este sentido: ¡Monima me desprecia! Monima, á quien he sacado de la condicion privada para hacerla reina, y que está enteramente en mi dependencia! ¡Soy yo Mitridates! Soy aquel cuya severa majestad hace temblar al mundo, y que, no obstante, sufre tranquilamente la insolencia de una mujer! »

## Perífrasis.

La *perífrasis*, al contrario de la *énfasis*, desenvuelve una cosa con un número considerable de palabras. Parece á primera vista que esta figura es mas bien un vicio que una virtud de la locucion. En efecto, la circunlocucion, que es lo mismo, es desagradable las mas de las veces, por exprimir en muchas palabras lo que se conoce que se podría decir en una sola, huyendo así de la propiedad de los términos, que es una virtud fundamental en un discurso. No obstante, en muchas ocasiones es útil y en algunas absolutamente necesaria. Cuando el orador se propone, no solamente darse á entender, sino tambien agradar á sus oyentes, lo consigue mejor usando de esta figura, aunque con moderacion, que expresándose en un estilo minuciosamente preciso y austero. Pero cuando tiene que tocar un punto desagradable, duro ó menos honesto, tiene en ella el socorro necesario para expresarse con decencia y placer de los oyentes. Va casi siempre unida á otras figuras, especialmente á la metáfora, y da á la poesia mucha belleza y esplendor. Así pinta Homero un ananecer: *Ya la aurora abria con sus dedos de rosa las doradas puertas del oriente.*

## Litote.

Esta figura es la expresion de un pensamiento por medio de unas palabras que parece que le debilitan, mas cuya fuerza se sabe que han de hacer sentir las ideas accesorias. Se dice menos de lo que se siente, por modestia ó por otro respeto, pero se sabe bien que este menos subirá mas de punto que el pensamiento. Es muy comun su uso, y decimos frecuentemente para reprehender ó detestar: *Yo no puedo atabar tal conducta.* Igualmente, para calificar á alguno de discreto solemos decir: *Pues Fulano no es bobo.* Es el lenguaje de la modestia, é indispensable su uso cuando uno trata de sí mismo, cuando se da consejo á persona que se debe respetar, cuando se representa sobre méritos y servicios, mayormente al trono, adonde se propone llevar la verdad, pero donde el respeto no permite emplear expresiones fuertes y atrevidas, y hasta una afirmacion modesta es mejor recibida que una decision cortante.

## Pretericion.

La *pretericion* consiste en figurar que se omiten algunas circunstancias ó hechos pertenecientes al asunto, tocándolos ligeramente, para insistir sobre uno que se supone ser el principal, y fundar en él todo el peso de un discurso. Acontece muchas veces al orador presentársele varias razones para probar y persuadir alguna cosa; y siéndole embarazoso y expuesto á confusion el desenvolverlas todas, pasa rápidamente por aquellas que le parecen de menos valor, para insistir fuertemente sobre aquella que elige como de mas peso. Consiguiese de este modo el presentarlas todas sin embargo á la reflexion del oyente, á quien suelen herir mas, por la misma razon de posponerlas á la que se juzga de mas fuerza. Algunas veces se toca solamente una cosa que, aunque es de la mayor fuerza, no se halla por conveniente el insistir sobre ella. Así en Corneille, objetando Flaminio á Laodisea que habia procedido temerariamente en oponerse á los romanos, y que el valor sin la prudencia es una virtud brutal, responde esta reina: *Mi prudencia jamás estuvo dormida, y sin examinar por qué celoso destino estáis tan mal avenidos con la grandeza de alma, paso á haceros ver que mi valor en esta empresa no fué de modo alguna virtud brutal.*

## Prolepsis.

La *prolepsis* es una figura que previene las objeciones que se pueden hacer contra nosotros, y que destruyéndolas de antemano, vuelve inútiles en la mano de nuestro adversario las armas con que se prometia destruírnos. Echase de ver al instante la gran importancia de esta figura, por ser máxima general que el golpe prevenido hace siempre menos daño. Los oradores por lo comun, mientras puedan prever razones contrarias á aquello que afirman ó intentan persuadir, las van proponiendo y refutando, logrando de este modo embotar las armas que les pudieran dañar, ó á lo menos disminuir su efecto. Apenas habrá una oracion ó discurso de los antiguos y modernos que no se pueda proponer por ejemplo de esta figura.

## Sentencia y epifonema.

Estas dos figuras consisten ambas en un pensamiento digno de observacion, que contiene alguna razon ó máxima de importancia. Diferéncianse en que la *epifonema* se emplea para terminar la relacion de un hecho ó la discusion de una proposicion, y de consiguiente, debe ceñirse precisamente á su materia, viniendo á ser como sustancia de ella; la *sentencia* se puede colocar en cualquiera parte del discurso, por ser máxima general en materia de costumbres. Es muy frecuente el uso de ambas, ya en prosa, ya sea en poesia, y dan mucha elevacion y nobleza al estilo; pero se debe observar que la mucha profusion en las sentencias le hace enervado y poco fluido.

## Transicion.

La *transicion* une y traba la diferencia de materias ó pensamientos que entran en la composicion de un discurso, pero de una manera fina y delicada. Aquel tránsito simple de una materia ó otra, que se hace con

prevencion al auditorio, y habiendo dividido antes el discurso en partes, aunque no siempre es reprehensible, no merece el nombre de figura de retórica. Estaligacion ha de nacer de la naturaleza de las mismas cosas entre las cuales se busca alguna afinidad ó relacion por donde se enlazan, llevando insensiblemente al oyente de un objeto á otro, sin hacerle sentir interrupcion alguna. Entonces es cuando la transicion pide arte y delicadeza, y conserva la energía y fluidez del estilo.

### De las tres especies de estilo.

Hemos tratado hasta ahora de la perspicuidad y ornamento del estilo en general; réstanos pues examinarle con respecto á la *conveniencia* que debe tener con las materias á que se aplica.

Esta conveniencia debe dirigir siempre al orador, tanto en la elocucion de que ahora tratamos, como en la invencion y disposicion de sus discursos, como veremos despues. Todo lo que acabamos de decir perteneciente al ornamento, si se hace de ello un uso desagradable, si no se pone el mayor cuidado en acomodarlo á la exigencia de las materias; si se tratan los objetos grandes en un estilo humilde y dulce, los pequeños magníficamente y los patéticos con frialdad; si se aplica un estilo alegre á una materia triste, y triste á la que le pide alegre y adornado, áspero y duro á un discurso suplicatorio, y humilde al que le conviene un tono amenazante; todos nuestros preceptos, digo, vendrán á ser, no solo inútiles, sino tambien nocivos. Aquel solo se debe tener por elocuente que sabe tratar las cosas pequeñas con simplicidad, las grandes con elevacion y movimiento, y las medianas en un estilo mas relevado que el simple y menos animado y fuerte que el grande.

Esto es lo que propriamente se llama conveniencia en la elocucion, y la atencion á observarla produjo necesariamente los tres géneros de estilo que mas han señalado los retóricos, es á saber: el estilo simple, el adornado ó florido, y el grande ó elevado. Otras varias divisiones hacen algunos del estilo; pero pondrémos solo estas tres clases, tanto porque irémos reduciendo á ellas todas las demás, cuanto porque estas solas responden visiblemente á los tres deberes de un orador, es á saber: al de instruir, al de agradar, al de conmover. El estilo simple es el mas á proposito para instruir, el adornado para agradar, y el fuerte ó grande para herir y conmover; y aunque á este último pertenece principalmente la victoria en la elocuencia, los otros dos son absolutamente necesarios, pues nada se puede hacer sin primero instruir, y es un socorro muy importante el agradar para alcanzar la persuasion. Así que, el orador verdaderamente digno de este nombre no será aquel que sea solo eminente en uno de los tres géneros, sino el que los reuna todos, y los emplee siguiendo la diferencia de las materias. Este es el único modo de practicar la regla fundamental de un discurso, que es el proporcionar los estilos á la naturaleza de los objetos.

De este modo se consigue tambien la inestimable ventaja de la variedad, tan justamente recomendada á los poetas y oradores. Ni es necesario para alcanzarla un arte muy estudiado, pues dejándose gobernar por la

materia de su discurso, ella misma conducirá al orador á aquella alternativa de estilo que exige la infinita variedad de objetos que se le presentan. Solo se necesita dejarse poseer de ellos, y darles el tono correspondiente, y se hallará un discurso vario por la impresion misma de la naturaleza, y sin esfuerzo alguno de parte del orador.

Es tan natural, dice Quintiliano, la division que acabamos de hacer del estilo, que en Homero, el escritor mas antiguo que conocemos, se nota y señala con sus propios caracteres. Describiendo la elocuencia de Menelao, las virtudes de estilo que le atribuye son una brevedad elegante, la propiedad de los términos y la precision ó descarte de palabras superfluas; y hé aquí las virtudes del género simple. El carácter propio del género adornado es la delicia y la dulzura. Homero pinta este gusto en el estilo de Néstor, de cuya boca, dice el poeta, *corria un discurso mas dulce que la miel*. Pero á la elocuencia de Ulises le da un carácter diferente. *Su boca, dice, derramaba las palabras con la abundancia y la impetuosidad de las nieves que caen en el invierno*. Así define el tercer género, cuya esencia consiste en la abundancia, la fuerza y el movimiento; y no solamente le define, sino que le aprecia, dándole la superioridad sobre los otros. *Ningun mortal, añade, podia disputar á Ulises la gloria de decir bien*. Vamos ahora á tratar de ellos en particular.

### Del estilo simple.

El estilo simple es mas fácil de definir por la exclusion de aquello que no le conviene que por la exposicion de lo que abraza. No admite ni lo sobresaliente en figuras y construccion, ni lo que se resiente de ornato y esplendor, ni lo que hiere por el vigor de los movimientos, ni lo que se eleva por la grandeza de las ideas. Repugna igualmente los periodos numerosos y las cadencias armoniosas ó estudiadas. Una eleccion de términos propios, una frase neta, corriente y desembarazada de toda superfluidad, y una elegancia modesta son los caracteres que le constituyen, y que le proporcionan, tanto á las materias para que es hecho, que son aquellas que no inducen movimiento, cuanto á su principal objeto, que es el de instruir.

Admite, no obstante, todas las gracias de la simple naturaleza; pero repugna aquellas que tiran á embellecerla por medio de rasgos brillantes. A un trozo escrito con una amable simplicidad, si se le quisiese adornar con ellos, le sucederia lo que á una estatua de Lisipo, que Neron hizo vestir ricamente; esto es, que la riqueza ofuscaba todas las gracias, y fué necesario despojarla y volverla á su primer estado, para restituirla su mérito.

Como en este género de estilo reina mas que en otro alguno la claridad, así es mas á propósito para aquellas partes de la oracion que comprenden la simple discusion de los hechos y sus pruebas, para las disertaciones académicas, para los discursos filosóficos, para diálogos, cartas, diarios y demás papeles públicos, y para las obras didácticas, de cualquiera especie que sean.

La historia es grande y noble por su objeto, y de



consiguiente lo debe ser tambien su estilo. Pero la nobleza no es de modo alguno enemiga de la simplicidad; al contrario, lo que es verdaderamente grande, jamás lo parece tanto como cuando desnuda y simplemente se presenta tal cual ella es. En este estilo escribió Julio César sus comentarios, que son sin duda el mejor modelo de él, y de los que hace Ciceron un gran elogio. En este mismo gusto de simplicidad escribió el abate Fleury su *Historia eclesiástica*, obra muy estimada de todos los buenos conocedores. No obstante, debemos confesar que los mas de los historiadores, así antiguos como modernos, no se contuvieron dentro de sus límites. Aun el mismo Ciceron abre más ancho campo al historiador, quien siguiendo su plan, puede acompañar su relacion de reflexiones, señalar su juicio, ligar por medio de transiciones las diferentes circunstancias y adornar su obra con retratos. Pero en esta parte, conformándonos con el gusto de nuestro siglo, deberémos seguir un camino medio entre los dos estilos sencillo y adornado. Podemos adornar la narracion con las mejores figuras de retorica cuando el mismo pasaje parece que lo exige, pero no derramarlas con profusion; descartando asimismo toda pompa de palabras, toda frase armoniosa y periódica, y sobre todo, aquellas expresiones de movimientos impetuosos y pasiones propiamente oratorias. Las reflexiones pueden ser finas é ingeniosas; pero es preciso que sean fundadas en el mismo discurso, y que no rompan de modo alguno el hilo de la narracion. No son del gusto presente, ni las excelentes, pero largas reflexiones de Polibio entre los griegos, ni la profusion de sentencias de Tácito y Tito Livio entre los latinos, ni el refinamiento, demasiadas flores y descripciones poéticas de nuestro Solís.

De todo lo que acabamos de decir se concebirá á primera vista que el estilo sencillo es el mas fácil de alcanzar; pero bien considerado, y segun el juicio de Ciceron, ninguno es mas difícil. En el estilo adornado brillan las flores retóricas, aun cuando falte algunas veces la solidez de los pensamientos, que constituye la verdadera hermosura. En el grande y vehemente hay la ventaja de que el propio ímpetu de la pasion conduce naturalmente al orador á aquella sublimidad que tanto encanta á los oyentes, y que les hace perder de vista algunas veces los mayores defectos. Pero en el sencillo no hay socorro alguno que supla las gracias y encubra los descuidos. Abandonado á la misma naturaleza de los pensamientos, tiene que buscar en ellos toda su gala y hermosura. Aun aquel pequeño adorno que se le concede ha de estar tan hermanado con la solidez de los discursos, que parezca nacer precisamente de ella; considerando toda su belleza en un aire natural, en una simplicidad fácil, elegante y delicada, y en presentar al espíritu unas imágenes comunes, pero vivas y agradables.

#### Del estilo florido.

Este género de estilo se llama tambien atemperado, porque viene á ser un medio entre el sencillo y el vehemente, mas grande y rico que el primero, y menos fuerte y elevado que el segundo. Pero el nombre de florido es el que propiamente exprime su carácter y su

gusto dominante; porque el ornato dirigido á agradar es lo que le constituye y diferencia de los otros. No es decir que se deba desterrar todo ornato del estilo sencillo, y mucho menos del vehemente, sino que en el uno y en el otro debe el orador dispensar con mucha sobriedad, en lugar que en el florido lo puede derramar con abundancia. La utilidad domina particularmente en aquellos, y en este el lujo, el deseo de agradar y de conseguir aplausos. Por esta definicion es muy fácil conocer á qué naturaleza de objetos ó á cuál género de causas conviene ó no conviene el estilo adornado y florido. En los informes, deliberaciones y demás partes en que el orador tiene un objeto, del cual debe estar enteramente ocupado, no convendrá usar de ornato alguno que no se encamine á ponerle claro y patente. Pero cuando el orador está sin interés particular, y el auditorio nada mas busca que su placer, como en las arengas académicas, en discursos de aperturas de tribunales, esuelas y funciones públicas; en fin, en todos aquellos discursos que no tienen por principal objeto la instruccion, entonces acomodará bien el estilo florido, entonces podrá desplegar todas las riquezas del arte y ostentar toda su pompa; entonces podrá emplear los pensamientos ingeniosos, las expresiones brillantes, las colocaciones y figuras agradables, las metáforas atrevidas, el orden numeroso y periódico; en una palabra, todo aquello que tiene el arte de mas brillante y magnífico. A nada aspira entonces mas que á agradar, y todo cuanto á esto se dirige llenará su objeto.

Pero esta libertad de ornato no carece de límites ó de medida. Ella está sujeta á la inflexible ley de la verdad, que jamás sufre excepcion alguna. Así que, no se da lugar aun en el estilo de que hablamos, ni á los pensamientos falsos, ni á las hipérboles desmesuradas, ni á aquellas antítesis en que la exactitud se sacrifica al brillo, ni á los adornos que jueguen solamente sobre palabras y que desaparecen cuando se intenta pasarlos á otra lengua.

Los pensamientos demasiado finos, aunque sean fundados sobre la verdad, tambien es necesario sembrarlos con discrecion. Un discurso lleno de ellos fatigaria al espíritu del oyente y disgustaria tambien por su uniformidad. Cuanto mas viva y uniformemente hieren las cosas en nuestra imaginacion, tanto mas pronto nos cansan y fastidian, como dice Ciceron en su *Orador*.

#### Del estilo vehemente.

Este género de estilo encierra dos, que se confunden muy ordinariamente, es á saber: el patético y el sublime. Es cierto que tienen alguna cosa de comun, esto es, un carácter de elevacion, que hiere el espíritu del oyente ó del lector, le eleva y le transporta; por obstante, se distinguen los dos por su naturaleza y por sus efectos. El patético, á quien se le puede dar nombre de estilo ardiente, apasionado y vehemente, exprime y excita la pasion, bien sea de amor, odio, ternura, indignacion ó furor. La propiedad del sublime es de excitar solamente la admiracion y el asombro. Las lecciones de Job son los mejores modelos del patético, por la vivísima expresion de la amargura en que se hallaba sumergido aquel patriarca, y los salmos de David es-



tán sembrados de trozos del verdadero sublime. Y pues hay una distincion real entre los dos, los trataremos separadamente.

Del patético.

Quintiliano caracteriza con mucho acierto y energía el estilo vehemente y patético cuando, despues de haber comparado el estilo adornado á un gran rio que corre majestuosamente entre dos riberas adornadas de verdes florestas, designa á este de que ahora tratamos, por un impetuoso torrente, que arrebatá las piedras que encuentra al paso; que indignado de verse detenido ó embarazado por algun puente, le trastorna con violencia, y que no sufriendo los límites de su lecho, se derrama por todas partes con impetuosidad. Un estilo, dice, cuya vehemencia imite la de este torrente, arrastrará los ánimos del auditorio, y los revestirá de aquel afecto que pretende excitar. Como tiene por objeto el mover las pasiones, se vale para ello de aquel mismo fuego que agita al orador, y viene á ser el lenguaje de un hombre cuya imaginacion está recalentada y fuertemente penetrada de lo que dice ó escribe.

De esta comparacion se deduce que el carácter propio del estilo patético es la energía y fogosidad. Ama la sencillez de las expresiones, y no admite aquellas figuras que solo sirven para el ornato de la locucion. El buen orador no emplea en este estilo ninguna ostentacion ni estudio; antes bien, mostrando cierto desaliño, cierto desórden, cierta perturbacion, nos dice que está vehementemente poseido del entusiasmo de aquella pasion que exprime. Debe estarlo en efecto, pues mal podrá herir á sus oyentes sin estar él herido de antemano. Para conseguirlo es necesario que penetre profundamente el asunto que trata, que se convenza plenamente de su objeto, que sienta toda su verdad é importancia, que se grabe fuertemente la imágen de las cosas que quiera emplear para mover á sus oyentes, y que las pinte con tanta naturalidad como energía. Los discursos fuertes y vehementes siempre son proferidos por hombres apasionados. El ingenio ni el arte en esta ocasion no pueden suplir el sentimiento, porque el que no ha probado una pasion ignora su idioma, y solo muy imperfectamente se le puede enseñar el arte. Las pasiones deben ser miradas como la semilla productiva de los grandes pensamientos; ellas son las que mantienen una perpétua fermentacion en nuestras ideas, y fecundan en la imaginacion las que serian estériles en una alma tibia. Las pasiones, en fin, siempre serán el alma del discurso elocuente, pues le dan la fuerza que necesita para arrebatarlo todo.

Aunque parece que las pasiones deben reinar por intervalos en aquellos trozos de la composicion en que es menester mover y persuadir, sin embargo, el lugar mas propio de su imperio es el epílogo ó peroracion. Aquí es donde se deben reunir, como en un foco, todos los rayos de un discurso para tomar mayor actividad. Aquí es donde el hombre elocuente, para acabar de subyugar los ánimos y arrancarles sus últimos sentimientos, emplea tumultuariamente, segun la importancia y naturaleza de las cosas, ya lo mas tierno, ya lo mas fuerte de la elocuencia.

Los objetos de las pasiones en la oratoria deben ser

siempre cosas grandes, y en que resplandezca la justicia, la bondad y la conmiseracion; unas son grandes por su naturaleza, como las divinas, las celestes, el bien de la humanidad, la salud de la patria, la vida del ciudadano, el triunfo de la virtud, la defensa de la justicia, etc. Otras son grandes por convencion humana, como el honor, la reputacion, la dignidad, la riqueza, la prosperidad, etc. En todas ellas serán las pasiones excelentes cuando se nos hace esperar lo que debe ser verdadero y digno objeto de nuestras esperanzas, temer los males que nos amenazan, aborrecer las acciones que la virtud y la religion condenan, amar la verdad y la justicia, detestar la iniquidad y la imprudencia, desear el honor y la felicidad, y compadecer la inocencia oprimida. Expresándose, pues, el orador con naturalidad y conveniencia á cada una de ellas, conseguirá todo el efecto que pretende, pues la verdadera elocuencia no es otra cosa que la efusion de una alma sencilla, sensible y juntamente grande.

Del sublime.

Lo sublime en todas las cosas es lo que hace en nosotros la impresion mas fuerte, por razon de que siempre envuelve un sentimiento profundo de admiracion ó respeto, nacido de la grandeza ó terribilidad de los objetos por sus circunstancias ó caractéres. Como el efecto de esta impresion proviene á veces de dos cosas diferentes, podemos distinguir dos especies de sublime: la una de imágen y la otra de sentimiento. A la primera pertenecen aquellas sensaciones profundas de una admiracion ó estupor secreto, causado por la grandeza de las cosas. Así lo veremos en la naturaleza, donde los objetos que excitan sensaciones mas fuertes son siempre la inmensidad de los cielos, la prodigiosa extension de los mares, las erupciones de los volcanes, los estremecimientos de la tierra y la furia de las tempestades.

Algunos fueron de parecer que la sublimidad en los objetos estaba ceñida precisamente al espacio, esto es, á aquella inmensidad que se concibe en su prodigiosa extension ó profundidad; pero no debemos ser de su opinion, porque hay muchos objetos que aparecen sublimes, sin que tengan relacion alguna al espacio. Si un altísimo monte ó una desmesurada torre nos presenta una idea sublime, no lo será menos la que nos imprime el hórrido bramido de los vientos ó el temeroso estallido de un trueno ó cañon. Si una llanura interminable á la vista ó la prodigiosa extension del Océano son objetos verdaderamente sublimes, lo son del mismo modo la rapidez de un relámpago y la voracidad de un incendio. Son tambien objetos grandes y sublimes el espantoso ruido que forman las aguas despeñadas de una grande altura, una oscuridad muy densa, el profundo silencio de una selva ó campiña solitaria, el majestuoso sonido de una gran campana, mayormente en medio del silencio ó calma de la noche, y en general lo son muchas escenas nocturnas, sin que todas estas cosas y otras muchas que se pueden proponer tengan relacion alguna con el espacio. Finalmente, no hay ideas tan sublimes como las que se toman del Ser supremo, el mas desconocido, pero el mas

grande de todos los objetos, cuya infinita naturaleza y eterna duracion, juntas con su omnipotencia, aunque sobrepujan mucho nuestras ideas, las exaltan sobremanera.

El sublime de sentimiento tiene por objeto las grandes acciones de nuestros semejantes, que producen en nosotros el mismo efecto que la vista de los objetos grandes de la naturaleza, llenando el ánimo de admiracion y elevándolo sobre sí mismo. Sentimos esta conmocion siempre que en una situacion critica vemos á un hombre singularmente intrépido y que se confia á sí mismo, superior á la pasion y al miedo, y animado por algun gran principio al desprecio de las opiniones populares, del interés personal, de los peligros y de la muerte. Las virtudes heroicas son la fuente mas copiosa y natural de la sublimidad moral ó del sentimiento; sin embargo, hay ocasiones en que, teniendo poco lugar, ó manifestándose muy poco la virtud, con tal que se descubra en ellas una fuerza y vigor extraordinario del ánimo, no dejamos de sentir cierta grandeza en el carácter, y no podemos dejar de admirar á un conquistador brillante ó á un osado conspirador, aunque estes bien léjos de aprobarlo.

Siendo una misma la conmocion que nos producen las dos especies de sublime, esto es, un asombro ó elevacion de ánimo sobre sí mismo, parece que debe haber y podremos hallar una causa fundamental comun á las dos. En efecto, algunos juzgaron que la amplitud ó grande extension, junta con la sencillez, era la calidad fundamental de todo lo sublime; pero ya hemos visto que la amplitud está limitada á cierta especie de objetos sublimes, y que no puede aplicarse sin violencia á todos los demás. Cierta autor opina que el terror es la fuente del sublime, y que ningun objeto tiene este carácter sino el que nos hace impresion de terror y de pena. Tampoco podemos asentir á esta opinion, pues aunque hay objetos terribles que son muy sublimes, hay otros que, causando mucho terror, nada tienen de sublimidad, como la amputacion de un miembro y la mordedura de una serpiente; y hay tambien otros que son sublimes sin que produzcan terror alguno, como el magnifico prospecto de unas grandes llanuras y las disposiciones ó sentimientos morales, que miramos con la mayor admiracion. Con mas fundamento podremos juzgar que la fuerza y el poder son la calidad fundamental del sublime. Bien examinado todo, ningun objeto hay que lo sea, en cuya idea no entren directamente el mucho poder y fuerza, ó que, á lo menos, no estén íntimamente ligados con ella, guiando nuestros pensamientos á algun poder superior que intervenga en la produccion del objeto. Aquella comparacion que involuntariamente hacemos de este poder en el hecho mismo de observarle con nuestra debilidad produce inmediatamente el asombro; pero dejando esto solamente en el grado de verosímil, vamos á averiguar el estilo que corresponde al sublime.

Suponiendo que el orador ó poeta debe estar bien penetrado del objeto que va á describir, es necesario que procure presentarle en el aspecto mas propio para darnos de él una impresion clara y llena. Para esto deberá describirle con sencillez, concision y fuerza; la

sencillez ó exclusion de aquellos atavíos artificiales de la retórica, que solo tienen lugar en el estilo florido, conviene á este aun mas que al patético. Cuanto mas adornado y hermoso se presente el objeto, tanto menos tendrá de sublime, aun cuando por su naturaleza lo sea en alto grado. Lo propio sucede si en su descripcion hay redundancia ó superfluidad en las expresiones. La conmocion causada en el ánimo por algun objeto grande ó noble le da un tono mas elevado, y le comunica una especie de entusiasmo, muy agradable mientras dura, pero por instantes viene esta á caer en su situacion ordinaria; y cuando un autor nos ha puesto en este estado, ó nos quiere poner en él, si multiplica las palabras sin necesidad, si enriquece con adornos brillantes el objeto sublime que nos presenta, si prodiga las decoraciones y con ellas oculta la imagen principal, en el momento altera la clave, relaja la tension del ánimo y enerva la fuerza del sentimiento; de forma que podrá quedar lo bello, pero desaparecerá por grados el sublime. Cuando César dice al piloto, que temia hacerse con él á la mar en una tormenta: «¿Qué temes? Llevas á César,» nos conmueve la osada magnanimidad de uno que reposa con tanta confianza en su causa y su fortuna; pero Lucano, tratando de amplificar y adornar el pensamiento, le va demudando mas y mas del sublime, hasta que al cabo viene á parar en una hinchada declamacion.

César, que siempre armó la confianza  
Contra amenazas ultimas del hado,  
«Mi naufragio, responde, es la tardanza.  
Larga velas en contra el golfo airado,  
Combate su altivez, sus fuerzas doma;  
Y si te niegan puerto, en mi le toma.»

La fuerza de la descripcion nace en gran parte de la concision sencilla; pero requiere tambien una eleccion de circunstancias tales, que muestren el objeto en el mejor punto de vista. Cada objeto tiene diversos aspectos por los cuales se nos puede presentar, segun las circunstancias que le acompañan; y aparecerá mas ó menos sublime, segun estén mas ó menos bien escogidas estas circunstancias. Si la descripcion es demasiado general y está desnuda de circunstancias, el objeto, aunque grande, aparecerá bajo una luz desmayada, y hará en el lector una impresion muy débil, ó no le hará ninguna; lo mismo sucederá si se le mezclan algunas circunstancias impropias, triviales, bajas y ridiculas. Una tempestad es sin duda un objeto sublime en la naturaleza; pero las propias y grandes circunstancias que Virgilio felicisimamente le acomoda, le presentan al ánimo en un grado muy alto de elevacion.

El mismo Padre celestial, cercado  
De tempestad y noche tenebrosa,  
Rayos fulmina con la diestra armada.

Hemos considerado ya el estilo segun sus tres principales especies, en las cuales se refunden todas las demás que señalan los retóricos, y que recorreremos brevemente, por ser de poca importancia estas subdivisiones. La primera es en estilo conciso y difuso: aquel se ciñe á las expresiones absolutamente necesarias, presentando el objeto bajo un solo punto de vista; y este desenvuelve completamente el pensamiento,



presentándole bajo de diferentes aspectos para su mayor inteligencia. Señalan despues el nervioso y el débil: este coincide casi siempre con el difuso, y aquel con el conciso, pues la redundancia en la expresion pocas veces deja de debilitarla, como la precision de darla fuerza y energía. Finalmente, desde el árido, que es el que excluye todo ornato, de cualquiera clase que sea, ponen el llano, el limpio y el elegante, que van por grados admitiendo el adorno, hasta llegar al florido, que es el que emplea toda la pompa y flores de la retórica.

De todos los géneros de estilo que hemos tratado no es fácil, ni aun necesario, determinar cuál sea el mejor. Es cierto que hay calidades generales de tal importancia, que se deben tener siempre presentes en cualquiera especie de composicion, y que se debe procurar evitar siempre ciertos defectos. Un estilo pomposo, por ejemplo, un estilo débil, árido, oscuro ó afectado son siempre defectuosos, y la claridad, fuerza, limpieza y sencillez son bellezas á que debemos siempre aspirar. Pero en cuanto á la mezcla de estas buenas calidades, ó al grado en que debe prevalecer cada una de ellas para formar nuestra manera particular y característica, no pueden darse reglas precisas ni se puede señalar ningun autor por modelo. Darémos, sí, algunas reglas en enanto al método propio de conseguir un buen estilo en general, dejando al asunto sobre que se compone y al impulso peculiar del genio del compositor la formacion del carácter particular del estilo.

La primera es procurar adquirir ideas claras acerca del asunto sobre el cual hemos de hablar ó escribir. El estilo y los pensamientos de un autor están enlazados tan intimamente, que es por lo comun difícil distinguirlos. Siempre que la impresion que hacen las cosas sobre el ánimo es débil é indistinta, ó embarazosa y confusa, nuestro estilo lo será igualmente tratando de estas cosas mismas, al paso que naturalmente expresamos con claridad y con fuerza lo que concebimos y sentimos clara y fuertemente.

En segundo lugar, para formar un buen estilo es indispensable la práctica de componer frecuentemente. Hemos observado muchas reglas para el estilo, pero todas ellas serán inútiles sin un ejercicio habitual; ni basta tampoco para adquirir un buen estilo el componer de cualquiera manera. Está tan lejos de ser esto así, que adquirimos sin duda un estilo malísimo por componer mucho, de priesa y sin cuidado; y para olvidar defectos y corregir negligencias, hallamos despues mas dificultad que si no hubiéramos tenido práctica alguna. Por tanto se ha de cuidar á los principios de escribir con lentitud y esmero, pues la facilidad y soltura han de ser obra del tiempo y de la práctica.

No obstante, es preciso observar que puede haber un extremo en punto al nimio cuidado y afan por las palabras. La demasiada atencion á cada una de ellas puede cortar algunas veces el hilo de las ideas y resfriar el calor de la imaginacion. Será pues conveniente dejar para la lima aquella última perfeccion ó pulimento que se debe dar á la composicion, pero que tiene poca conexion con el calor que debe animarla.

En tercer lugar, es de la mayor importancia el familiarizarnos bien con el estilo de los mejores autores. Esto se requiere tanto para formarnos un buen gusto en punto de estilo, cuanto para adquirir un rico caudal de palabras sobre cualquier asunto. Para sacar el mayor fruto de este ejercicio, será conveniente este método: traducir en nuestras propias palabras alguna página de un autor clásico, habiéndola leído antes dos ó tres veces; comparar despues lo que hemos escrito con el estilo del autor, y observar por la comparacion y corregir los defectos en que hayamos incurrido.

En cuarto lugar, es preciso precavernos al mismo tiempo de la imitacion servil de un autor, cualquiera que sea. Esto es siempre dañoso, porque embota el genio y fácilmente hace resbalar en una manera dura; y los que se dan á una imitacion rigurosa, del mismo modo imitan los defectos del autor que las bellezas. Ninguno será buen escritor ú orador sin segoir con alguna confianza su genio. Debemos guardarnos en particular de adoptar ciertas frases de un autor y de copiar pasajes suyos. Mucho mejor será que nuestras composiciones sean de nuestro propio caudal, aunque no sean sobresalientes, que no que brillen con adornos prestados, que cuando mas, servirán para poner en claro la total falta de genio.

La quinta regla, tan importante como obvia, es que evitemos siempre de acomodar el estilo al asunto, y aun á la capacidad de los oyentes si componemos para hablar al público.

No merece nombre de elocuepte ó bello lo que no es para la ocasion y personas á quienes se habla, y es el mayor absurdo tratar de decir alguna cosa en estilo florido y poético en ocasiones en que se debe tratar solamente de argüir y raciocinar, ó hablar con pompa y aparato de expresiones delante de gentes que no son capaces de comprenderlas. Estos defectos no son tanto de estilo, cuanto, lo que es peor, de sentido comun. Cuando tratamos de escribir ó hablar, debemos formarnos de antemano el fin á que aspiramos, conservar siempre á la vista esta idea, y adaptar á ella el estilo. Si á tan importante fin no sacrificamos todos los adornos intempestivos que pueden presentarse á nuestra fantasia, no merecemos disimulo alguno; y aunque nos captemos la admiracion de los niños y los tontos, darémos que reir con nuestro estilo á los hombres de juicio.

#### De la elocuencia.

Concluida la parte perteneciente al lenguaje y estilo, vamos á examinar las materias en que aquel se emplea. Comenzarémos por lo que se llama propiamente elocuencia ó locucion pública. Para esto hemos de considerar los varios géneros de materias de locucion pública, la manera correspondiente á cada una, la buena distribucion y desempeño de todas las partes de un discurso, y su recitacion ó pronunciacion propia. Pero, antes de entrar en ninguno de estos capítulos, será bien dar algunas nociones de la naturaleza de la elocuencia en general. La definicion mejor que se puede dar de la elocuencia es el arte de hablar de manera, que se consiga el fin para que se habla. Siempre que un hombre habla ó escribe se supone, como que es



racional, que aspira á algun fin, sea á instruir, á entretenir, á persuadir ó á influir de un modo ó de otro sobre sus semejantes. Aquel que habla ó escribe de manera que con mayor acierto acomodada á este fin las palabras, es el hombre mas elocuente. La elocuencia tiene lugar en cualquiera materia, en la historia y en la filosofía, como en las oraciones.

La definicion que hemos dado de la elocuencia comprende todos sus diversos géneros, ora se emplee para instruir, ora para persuadir ó agradar; pero, como el objeto mas importante del discurso es la accion ó la conducta, por eso el poder de la elocuencia se ve principalmente cuando se emplea para influir en la conducta ó para persuadir á la accion. Siendo este fin el principal objeto del arte, la elocuencia, bajo este punto de vista, se puede definir *el arte de la persuasion*.

Establecido esto, se siguen inmediatamente ciertas consecuencias, que señalan las máximas fundamentales del arte. De aquí se infiere claramente que, para persuadir, los requisitos mas esenciales son argumentos sólidos, método claro y un carácter de probidad reconocida en el orador, junto con las gracias del estilo y de la expresion, que exciten nuestra atencion á lo que dice. El buen sentido es el fundamento de todo; ningún hombre sin el puede ser verdaderamente elocuente, pues los locos solo pueden persuadir á otros locos. Para persuadir á un hombre que está en su juicio, es preciso convencerle, y esto solo se puede conseguir dándole á entender que es muy útil lo que se le propone. Esto nos hace observar que convencer y persuadir, aunque algunas veces se confunden, son, sin embargo, cosas diferentes; lo que debemos distinguir desde luego, para no confundirlas en adelante.

La conviccion es relativa solamente al entendimiento; la persuasion, á la voluntad y á la práctica. Oficio es del filósofo convencer de la verdad; oficio es del orador persuadir á obrar conforme á ella, inclinándose á su partido y empeñándose en él. La conviccion no va siempre acompañada de la persuasion; ellas deberían á la verdad ir juntas, é irian tambien si nuestra inclinacion siguiese constantemente el dictámen de nuestro entendimiento; pero sucediendo muchas veces lo contrario, puedo yo estar convencido de que la virtud, la justicia y el patriotismo son laudables, y no estar al mismo tiempo persuadido á obrar conforme á ellas. La inclinacion puede oponerse, aunque esté satisfecho el entendimiento, y las pasiones pueden prevalecer contra el juicio.

No obstante, la conviccion facilita siempre la inclinacion del corazon, y el orador debe desde luego poner su mira en ganarle, porque la persuasion no puede regularmente ser durable si no va cimentada en la conviccion. Pero para persuadir debe el orador hacer mas que convencer, porque necesita considerar al hombre como una criatura movida por muchos y diferentes resortes, que debe poner en ejercicio; es preciso que se dirija á las pasiones, es preciso que pinte á la imaginacion y toque al corazon. Por tanto, en la idea de la elocuencia, además de argumentos sólidos y método claro, entran todas las artes de conciliar é interesar.

Hechas previamente estas reflexiones acerca de la

naturaleza de la elocuencia en general, pasamos á considerar los diferentes géneros de locucion pública, el carácter distintivo de cada uno, y las reglas concernientes á ellos.

Los antiguos dividieron todas las oraciones en tres géneros, á saber: el demostrativo, el deliberativo y el judicial. El fin del demostrativo es la alabanza ó vituperio; el deliberativo, persuadir ó disuadir, y el del judicial, acusar ó defender. Las principales materias de la elocuencia demostrativa fueron los panegíricos, las invectivas y las oraciones gratulatorias y fúnebres. El género deliberativo se empleaba en las materias de interés público, ventiladas en el senado ó en las juntas populares. El judicial es el mismo que la elocuencia del foro empleada en hablar á los jueces, que tenían poder de absolver ó condenar. Esta division, abrazada por los modernos, es bastante exacta, pues comprende casi todas las materias de los discursos hechos en público. No obstante, nos parece mas conveniente seguir la division que naturalmente nos indica el estado de la elocuencia moderna en las tres grandes escenas, á saber, juntas populares, foro y púlpito, pues cada una de estas tiene un carácter distinto, que peculiarmente le pertenece. Esta division coincide en parte con la antigua. La elocuencia del foro es precisamente la que los antiguos llamaban judicial. La elocuencia de las juntas populares, aunque por la mayor parte es de aquella especie que los antiguos llamaron deliberativa, admite tambien el género demostrativo. La elocuencia del púlpito es de naturaleza enteramente distinta, y no se puede reducir con propiedad á ninguna de las especies que imaginaron los antiguos retóricos.

A todos tres, púlpito, foro y juntas populares son comunes las reglas concernientes á la conducta de un discurso en todas sus partes, de las cuales trataremos despues. Pero primero verémos lo que sea peculiar de cada una de ellas en su espíritu, carácter y manera, de lo cual es esencialísimo formar una idea exacta para dirigir la aplicacion de las reglas generales.

Comenzaremos por el género que derrama mas luz sobre los demás, conviene á saber, la elocuencia de las juntas populares. Teatro de este género de elocuencia es toda junta, y do quiera que se congregue cierto número de hombres para debates ó consultas puede tener lugar esta elocuencia, aunque en formas diferentes. Su objeto es, ó debe ser siempre, la persuasion. Debe proponerse algun fin, algun punto, por lo regular de utilidad comun, y determinar en su favor á los oyentes. Pero en su conducta debe caminar sobre el principio de que para persuadir á un hombre es necesario convencer su entendimiento. Seria gran error imaginar que por admitir la elocuencia popular mas que otros el estilo declamatorio, no tenga necesidad de apoyarse en razonamientos sólidos; los que se gobernarán por esta falsa idea podrian acaso parecer mas elocuentes, pero no producirian efecto alguno.

Cualesquiera que sean los oyentes, debe juzgar el orador que no les hará impresion alguna con arengas hinchadas y pomposas, sin buen sentido y pruebas sólidas. Aun el pueblo juzga de la solidez de las pruebas mejor de lo que muchas veces pensamos; y sobre cual-

quiera cuestion interesante, un rústico que hable al caso sin arte, prevalecerá generalmente sobre el mas diestro orador, que haga mas ostentacion de flores y paramentos que de razones. «Póngase cuidado en las palabras, y mucho esmero en las cosas,» dice Quintiliano.

Es tambien regla fundamental para persuadir con eficacia en las juntas populares, la de que estemos persuadidos de lo que intentamos recomendar á otros. Siempre que se pueda, debemos ceñirnos á aquella parte de la prueba que nos parezca mas justa y verdadera. Nunca será elocuente un orador sino cuando está apasionado, y mal podrá estarlo de aquello á que no está íntimamente persuadido.

Ya llevamos dicho que la elocuencia sublime debe nacer siempre de la pasion ó emocion ardiente. Esto es lo que hace persuasivos á los hombres, y lo que da á su ingenio una fuerza desconocida en cualquier otra ocasion. Pero ¿qué desventaja no lleva para eso el que, no sintiendo lo que dice, se ve precisado á fingir un calor que le es extraño?

Los debates en estas juntas raras veces dan lugar al orador á que de antemano componga y perfeccione su discurso, como lo permite siempre el púlpito, y algunas veces el foro. Las pruebas se deben conformar al tono que toma la disputa; y como ninguno puede preverlo exactamente, al que se fie en un discurso estudiado, compuesto en su gabinete, le sucederá muchas veces que son ineficaces ó fuera de propósito sus raciocinios, por el nuevo rumbo que tomaron los negocios. Por esta razon nunca será demasiada la preparacion con respecto á la materia hasta que el orador se haga enteramente dueño del asunto que ha de tratar. Y por cuanto en estas oraciones repentinas hay el riesgo de contraer el hábito de hablar de una manera floja é indigesta, será conveniente que los principiantes las eviten en cuanto sea posible, hasta que adquieran aquella firmeza, aquella presteza de ánimo y posesion del buen lenguaje, que únicamente pueden dar el hábito y la práctica de recitar discursos compuestos.

Despues que esto se haya adquirido, irán saliendo de estos límites, escribiendo de antemano aquellas sentencias de que piensan valerse para ponerse en el buen camino, y apuntando unas breves notas de los tópicos ó pensamientos principales en que han de insistir; dejando que el calor del discurso les sugiera la correspondiente locucion. Por este método se acostumbrarán á algun grado de exactitud, á pensar mas de cerca en la materia en cuestion, y á coordinar metódicamente sus pensamientos.

Lo mas importante en toda locucion pública es ciertamente el método propio y claro; no aquel método formal de capitulos y subdivisiones, que comunmente se practica en el púlpito, pues este disgustaría á los oyentes, como que semejantes introducciones presentan siempre el aspecto melancólico de un discurso largo. Pero aquel método que consiste en coordinar de antemano los pensamientos y colocarlo todo en su propio lugar, es lo que mas contribuye á la claridad y fuerza del discurso, ayudando al mismo tiempo á la memoria del orador, y guiándola en todo él sin estar

expuesto á aquella confusion que padece á cada paso el que no se forma un plan distinto de lo que ha de decir. El estilo que corresponde á la elocuencia de las juntas populares debe ser sin duda el mas animado. La vista de una concurrencia numerosa, empeñada en debates de importancia y atenta toda al discurso de un hombre solo, es capaz de inspirar al orador tal calor y elevacion, que le sugieran las expresiones mas fuertes y mas rípias. Aquí tienen su propio lugar aquellas valientes figuras de que hemos hablado, como lenguaje espontáneo de la pasion; aquel ardor de locucion, aquella vehemencia de sentimiento, que nacen de un ánimo agitado é inflamado por algun objeto grande y público, forman el carácter propio de la elocuencia popular en su mayor perfeccion.

No obstante, esta libertad que vamos dando á esta manera fuerte y apasionada, se debe entender con algunas limitaciones. En primer lugar, el calor que manifestamos debe ser proporcionado á la ocasion y á la materia. No puede haber cosa mas intempestiva que hablar con vehemencia en un asunto de poca importancia, y que por su naturaleza requiere ser tratado con flemma; y el que en cualquiera ocasion se muestra apasionado y vehemente, será tenido por un importuno declamador.

En segundo lugar, debemos guardarnos de fingir un calor que no sentimos. Es muy difícil, como ya dijimos, aparentar una pasion de que no estamos revestidos, y nunca puede ser tan perfecto el disfraz, que no se descubra. Esto nos lleva siempre á una manera violenta, que nos hace fastidiosos y no pocas veces ridiculos. Debemos en este caso, como en cualquiera otro, seguir la naturaleza, proporcionando el estilo á nuestro genio y sensibilidad. Puede uno ser orador de mucha reputacion por el género calmado del raciocinio. Para conseguir el patético y el sublime de la oratoria se requieren aquella fuerte sensibilidad de ánimo y aquel gran poder de expresion que se conceden á muy pocos.

En tercer lugar, debemos cuidar de que nuestra impetuosidad no sea tanta, que los arrebatte y lleve demasiado lejos, aun cuando la materia justifique la manera vehemente y el genio la favorezca. La elocuencia, como ya apuntamos, no causará los mayores efectos si el orador no está conmovido; pero si se deja arrebatar tanto, que pierda el dominio de sí mismo, bien pronto perderá tambien el de su auditorio. Este le debe acompañar en el camino de la pasion; y si él se precipita ó corre demasiado apresurado, sucederá que el auditorio quede atrás en la mayor frialdad. Cuando está el orador mas acalorado por su asunto, ha de permanecer, no obstante, tan dueño de sí mismo, que conserve una firme atencion á las pruebas y algun grado de correccion en la expresion. Entouces este señorío de sí mismo, esta presencia de ánimo en medio de la pasion, hará un asombroso efecto, sea para agradar, sea para persuadir, pues la mayor excelencia de la elocuencia está en unir la fuerza de las razones con la vehemencia y fuego de las pasiones.

Por último, se debe dar la mayor atencion al decoro, lugar y carácter. La vehemencia, que sienta bien



á una persona de carácter y autoridad, puede ser impropia de la modestia que se espera de un orador joven. La manera alegre é ingeniosa que corresponde á un asunto en ciertas juntas, es enteramente intempestiva en negocios de gravedad y en una junta respetable. La cordura, dice Ciceron, es el fundamento de la elocuencia, como de todo lo demás. No se ha de hablar con un mismo estilo y unos mismos pensamientos á hombres de diferentes clases, edad y fortuna, y en diferentes tiempos, lugares y auditorios. En cada parte del discurso se ha de atender, como en la conducta, á lo que es decente, viendo lo que piden el asunto de que se trata, las personas que hablan y aquellas á quienes se habla.

El estilo en general debe ser llano, franco y natural; las expresiones agudas y artificiosas, y los adornos pomposos no son aquí del caso, y siempre dañan á la persuasión. Se debe procurar un estilo fuerte, varonil y nada difuso, y el lenguaje metafórico, introducido con propiedad, produce regularmente buenos efectos.

#### Elocuencia del foro.

La mayor parte de lo que llevamos dicho en la elocuencia de las juntas populares es aplicable á la del foro, y por tanto, nos reducirémos á señalar la diferencia entre una y otra. En primer lugar, el fin principal de ambas es por lo comun diverso. El que se debe proponer el orador en una junta popular es determinar á los oyentes á que tomen alguna resolución, despues de convencerles de que es buena y conveniente. Para conseguir este fin tiene que valerse de todos los resortes que puede poner en accion nuestra naturaleza, y dirigirse á las pasiones y al corazon no menos que al entendimiento. Pero el fin principal en el foro es convencer. Aquí no es negocio del orador persuadir á los jueces lo bueno y lo útil, sino mostrarles lo justo y lo verdadero; y de consiguiente, su elocuencia se debe dirigir principalmente al entendimiento, al paso que en las juntas populares á la voluntad. Esta es la diferencia característica que hay entre las dos, y que se debe tener siempre á la vista.

En segundo lugar, los oradores en el foro hablan á uno ó pocos jueces, y aun estos son por lo comun personas de edad, gravedad y carácter. Aquí carecen de las ventajas que ofrece una junta numerosa para emplear todas las artes de la locucion, aun suponiendo que las admitiese el asunto, porque las pasiones no se excitan aquí tan fácilmente; todos escuchan con frialdad al orador, le observan con mas severidad, y se veria este expuesto á que le tuviesen por ridiculo, si tomase un tono muy vehemente, el cual solo corresponde á las juntas populares.

Finalmente, la naturaleza y el manejo de las materias pertenecientes al foro piden un género de oratoria muy diverso del de las juntas populares. En estas tiene el orador mucho mas campo, y raras veces se ve atado con regla alguna precisa, pudiendo tomar sus tópicos de infinitos parajes y emplear las ilustraciones que le sugiera su fantasia; pero en el foro el campo del orador está reducido al rigor de las leyes y estatutos, siendo su principal oficio el hacer continua apli-

cacion de ellos al asunto de que se trata, dejando muy poco lugar á la imaginacion.

Siendo la elocuencia del foro mas limitada y modesta que la de las juntas populares, no debemos considerar las oraciones de Demóstenes y Ciceron como rigurosos modelos de la manera y estilo que conviene al estado presente del foro; la diferencia del antiguo y el moderno es bien manifiesta, pues aunque las oraciones de aquel fuesen sobre causas civiles ó criminales, no obstante la naturaleza y circunstancias del foro permitiesen antiguamente, tanto en Grecia como en Roma, que su elocuencia se acercase mas que ahora á la de las juntas populares. Siempre se podrán estudiar con mucho provecho estos dos famosos oradores, por la destreza con que abren la materia, por la facilidad con que se insinúan para granjearse el favor de los jueces, por la buena coordinacion de los hechos, por lo gracioso de su narracion y por el plan y exposicion de las pruebas. Pero seria ahora ridiculo imitarlos en sus exageraciones y amplificaciones, en su difusa y vehemente declamacion y en su empeño de excitar las pasiones.

Suponiendo que el orador del foro debe estar completamente instruido de la causa de que se encarga, y sin que para ello perdone la mas diligente y penosa atencion, es preciso observar que la elocuencia es de la mayor importancia para dar apoyo á una causa. Do que sea poco á propósito la antigua y vehemente manera de orar, no se ha de inferir que la elocuencia no tenga ya lugar en el foro. Aunque se ha mudado la manera, con todo siempre hay una propia y conveniente, que se debe estudiar cuanto se pueda. Acaso no hay escena pública donde sea mas necesaria la elocuencia. En otras ocasiones la materia sobre que se habla es por lo comun suficiente para interesar por si sola á los oyentes; pero la aridez y tenuidad de las que generalmente se ventilan en el foro, piden mas que otras algunas cierto género de elocuencia para granjearse la atencion, para dar el peso competente á las pruebas, y para impedir que se oiga con indiferencia, y acaso con desprecio, al abogado.

Aunque el estilo debe ser del género templado y calmado, sea de palabra, sea por escrito, no obstante se debe dar á la imaginacion un poco de soltura, para animar un asunto árido y aliviar algo la atencion fatigada. Pero esta libertad se debe tomar siempre con sobriedad, porque un estilo demasiado brillante y una manera florida harian que el orador fuese escuchado de los jueces con sospecha de que no hubiese solidez y fuerza en sus pruebas. Se debe procurar con especialidad la pureza y limpieza de expresion de un razonamiento preciso, que no esté inútilmente cargado de términos legales, però que tampoco se eche de ver en él la afectacion de evitarlos, siempre que valgan ó sean necesarios.

Una propiedad esencial de la locucion del foro es la distincion, la cual se ha de mostrar principalmente en dos cosas. Lo primero en establecer la cuestion, mostrando claramente cuál es el punto contencioso que se niega, y dónde comienza la línea de separacion entre nosotros y la parte contraria.



Lo segundo se debe ver en el orden y disposicion de todas las partes del informe. En todas las oraciones es de la mayor importancia un método claro; pero este es casi el todo en los casos embrollados y dificultosos del foro. Por eso nunca será demasiado el cuidado que se ponga en estudiar de antemano el plan y el método. Donde hay desorden y confusion nunca puede haber acierto en convencer, porque toda la causa queda en tinieblas.

Finalmente, debe guardarse el orador de hacer injusticia alguna á las pruebas de la parte contraria cuando va á refutarlas, ya sea desfigurándolas, ya presentándolas bajo otro aspecto del que deben tener. Es muy de temer que descubriéndose pronto el engaño, entresen los jueces en desconfianza del orador, que ó no tuvo discernimiento para percibir la fuerza de las razones contrarias, ó ingenuidad para confesarlo. Por el contrario, cuando expone con ingenuidad y candor los argumentos puestos contra él, aun antes de pasar á rebatirlos, se preocupan fuertemente los jueces en su favor, y se ponen en mejor disposicion para recibir las impresiones que intenta hacerles un orador en quien hallan ingenuidad, entendimiento y probidad, que es la prenda que debe brillar siempre en su carácter.

#### Elocuencia del púlpito.

Siendo la verdadera elocuencia el arte de colocar la verdad en la luz mas ventajosa para convencer y persuadir, en ningun teatro puede interesar y brillar tanto como en el púlpito. Las materias que en él se tratan, en cualquiera clase de sermones, son siempre las mas nobles y de la mayor importancia. Grande es la ventaja que por esta razon tiene el orador del púlpito sobre todos los demás; pero tampoco carece de desventajas. Si las materias de sus discursos son tan altas é interesantes, son tambien trilladas y familiares. Siglos enteros han sido ocupacion de tantos oradores y tantas plumas, y el público está tan acostumbrado á oírlas, que el predicador necesita hacer un esfuerzo extraordinario para cautivar su atencion.

Ninguna composicion requiere tanta destreza como la que afianza todo su mérito en la ejecucion; porque no está la gracia en enseñar una cosa nueva ni en convencer á los hombres de lo que no creen, sino en dar á verdades conocidas tales colores, que irremediablemente conmuevan su imaginacion y su corazon.

Los principales caracteres de la elocuencia del púlpito son dos, á saber: la gravedad y el calor. La naturaleza de las materias pertenecientes al púlpito pide gravedad; su importancia exige calor. No es fácil ni comun unir estos dos caracteres en el grado conveniente. Si prepondera la gravedad, viene á parar en una majestad informe y fastidiosa. El calor, cuando le falta la gravedad, raya en teatral y ligero. Deben pues los predicadores poner su principal conato en unirlos, tanto en la composicion de sus discursos como en el modo de recitarlos.

Entonces conseguirán aquella manera de predicar afectuosa y penetrante, que nace de una fuerte sensibilidad de su corazon á la importancia de las verdades que tienen en la boca, y de un ardiente deseo de que

hagan la mas profunda impresion en el corazon de sus oyentes.

En orden al estilo del púlpito, el primer requisito es que sea claro. Como los discursos que se han de recitar son para la instruccion de toda suerte de oyentes, debe reinar en ellos la claridad y sencillez. Se han de evitar las palabras desusadas, hinchadas y altisonantes, con especialidad las que son meramente poéticas ó filosóficas. El púlpito requiere dignidad de expresion en el mayor grado, y por ningun caso se deben tolerar expresiones débiles ó arrastradas, ni modos de hablar bajos ó vulgares. El fervor que debe animar á un predicador y la grandeza é importancia de la materia justifican y aun exigen expresiones ardientes y animadas, pues se concilian tanto con la claridad y sencillez. Finalmente, le vendrán bien al predicador en ocasiones oportunas las metáforas atrevidas, las comparaciones, los apóstrofes, las personificaciones, las exclamaciones vehementes, y en general tiene á sus órdenes las figuras mas patéticas de la locucion.

#### Partes de un discurso.

Examinado ya todo lo peculiar á cada uno de los tres espaciosos campos de la locucion pública, tratémoslos ahora de lo que es comun á todos ellos; esto es, de la conducta de un discurso ó oracion en general. Sea cual fuere la materia sobre que el orador piense hablar, por lo regular ha de comenzar preparando los ánimos de los oyentes por medio de alguna introduccion; ha de fijar el asunto explicando los hechos relativos á él; se ha de valer de pruebas para establecer su opinion, y destruir las contrarias, y en fin, despues de haber dicho cuanto juzgare oportuno, ha de cerrar su discurso con alguna peroracion ó conclusion. Siendo este el curso natural de la locucion, las partes componentes de una oracion regular y completa se reducen á cuatro: primera, el exordio ó introduccion; segunda, la narracion ó exposicion; tercera, confirmacion ó pruebas; cuarta, peroracion ó conclusion. Algunos retóricos señalan otras dos partes, que son la proposicion con la division de la materia, y la parte patética; pero nosotros incluiremos la proposicion en la narracion, y la parte patética en la peroracion, por ser ese su propio lugar, cuando es necesario usarlas. Tratarémoslos ahora de cada una de las cuatro esenciales, comenzando por el exordio.

#### Introduccion ó exordio.

A todas tres especies de locucion pública conviene el exordio, y tanto, que se debe tener menos por invencion retórica que por fundado en la naturaleza y sugerido por el sentido comun. Siendo el fin principal de cualquier discurso convencer y persuadir, es natural que el orador pase á hacerlo, no de golpe, sino con alguna preparacion, comenzando con alguna cosa que pueda inclinar á las personas á quienes se dirige á que juzguen favorablemente de lo que va á decir, y disponerlas de modo que coadyuven al intento que se propone. Este es, ó debe ser siempre, el fin de toda introduccion. Conforme á esto señalan Ciceron y Quintiliano tres fines, de los cuales es necesario siempre acomodarse á alguno, cuando no á todos ellos; es á saber,

hacer benévolo, atentos y dóciles á los oyentes.

El primer fin es conciliarse la voluntad del auditorio, haciéndole benévolo y adicto al orador y á su asunto; para esto se puede tomar el argumento de la naturaleza de la materia, como intimamente enlazada con el interés de los oyentes, y de la buena intencion con que el orador toma parte en el asunto. El segundo fin de la introduccion es excitar la atencion de los oyentes, lo cual puede conseguirse dándoles alguna idea, ya de la importancia, dignidad ó novedad del asunto, ya de la claridad y precision con que va á tratarle. El tercero es hacer dóciles á los oyentes ó prepararlos para la persuasion, para lo cual hemos de procurar desvanecer todas las preocupaciones que pueda haber contra la causa ó contra la parte que sostenemos.

Por ser el exordio una parte del discurso que exige no poco cuidado, ya porque de su naturaleza es difícil una buena introduccion, ya porque siendo el principio del discurso, pende de ella la primera impresion, mas ó menos favorable, que comienzan á sentir los oyentes, estableceremos ciertas reglas para su composicion.

La primera es que la introduccion sea fácil y natural. La misma materia del discurso debe sugerirla; se ha de procurar, como dice Ciceron, que brote enteramente del asunto de que se trata. Para que las introducciones sean fáciles y naturales, lo mejor es no bosquejarlas hasta que se haya meditado bien el fondo del discurso. De otro modo, hallará el que compone serle forzoso echar mano de lugares comunes, y acomodar despues el discurso á la introduccion, y no la introduccion al discurso, como debiera ser. En segundo lugar, se debe cuidar en un exordio de que las expresiones sean las mas correctas. Esto lo exige el estado mismo de los oyentes, los cuales se hallan entonces mas dispuestos á criticar, porque, como no están todavía ocupados con el asunto, fijan su atencion en el estilo y la manera del orador. Además de esto, debe la introduccion ser modesta, sin declinar en baja, pues de un aire de arrogancia y ostentacion se da luego por ofendido el amor propio de los oyentes, que ya por todo el discurso escuchan al orador con frialdad y menosprecio. No obstante, servirá de mucho al orador mostrar, á una con la modestia y deferencia á sus oyentes, cierta dignidad, nacida del conocimiento de la justicia ó de la importancia del asunto. Del mismo modo se cuidará de no prometer mucho en el exordio. Es regla general que el orador no manifieste al principio todas sus fuerzas, sino que las vaya aumentando, al paso que va adelantando en el discurso. Hay casos, no obstante, en que desde el principio puede tomar un tono elevado; por ejemplo, cuando se presenta á hablar á favor de una causa que ha sido muy censurada ó infamada del público, ó cuando ha de versar su discurso sobre materia de naturaleza declamatoria, que entonces hará buen efecto una introduccion fuerte ó magnífica, con tal que despues se sostenga bien. Pero muy pocas veces tienen lugar en el exordio la vehemencia y las pasiones. Los ánimos de los oyentes se deben preparar por grados, antes que el orador llegue á aventurar sentimientos vehementes y apasionados. Mas, aunque en las introducciones no es donde regularmente se manifiesten

tan las ardientes conmoviciones, sin embargo se ha de preparar en ellas el camino para las que se quieran excitar en lo restante del discurso. Así, por ejemplo, si en su discurso ha de insistir en la compasion, la indignacion ó el desprecio, ha de sembrar sus semillas en la introduccion, y debe comenzar respirando aquel mismo espíritu que intenta inspirar. También se cuidará de no anticipar en la introduccion alguna parte principal de la materia. Si en ella se apuntan y en parte se explican los tópicos ó pruebas que despues se han de extender, pierden á la segunda vez su gracia y novedad. La impresion que se intenta hacer con un pensamiento interesante, es siempre mayor cuando se hace de una vez y en el lugar que corresponde. Finalmente, debe ser la introduccion proporcionada al discurso que la sigue en duracion y en género, pues la razon nos dicta que cada parte del discurso debe corresponder al todo en el espíritu, en el tono y aun en el estilo.

#### Narracion.

La segunda parte constitutiva de un discurso es la narracion ó explicacion. Pondremos juntas á estas dos, ya porque las comprenden unas mismas reglas, ya porque comunmente se dirigen á un mismo intento, sirviendo para ilustrar la causa ó asunto de que se trata, antes de proceder á sus pruebas ó argumentos. La claridad, distincion, probabilidad y concision son las calidades que exigen principalmente los criticos en una narracion; y cada una de ellas lleva bastantemente consigo la evidencia de su importancia. La distincion pertenece á toda la série del discurso; pero en la narracion se requiere con especialidad, pues ella debe derramar luz sobre todo lo demás. Un hecho, ó una simple circunstancia pasada por alto ó mal entendida por el auditorio, puede destruir el efecto de todas las pruebas y razonamientos que emplee el orador. Si su narracion es improbable, el auditorio no hace aprecio de ella; y si empalagosa y difusa, se cansa pronto y la olvida. Para la distincion se requiere una atencion particular á disponer con claridad los nombres, las datas, los pasajes y cualquiera otra circunstancia esencial de los hechos que se refieren. Para que la narracion sea probable, es esencial ponernos en lugar de las personas de que hablamos, y hacer ver que sus acciones procedieron de motivos que se pueden tener por fidedignos y naturales. Para que sea concisa, si lo permite la materia, es necesario despojarla de toda circunstancia supérflua, con lo cual se hará probablemente mas clara y vigorosa la narracion.

En los sermones, donde raras veces tiene lugar una narracion propia, la explicacion de la materia sobre que se ha de hablar sustituye á la narracion en el foro y se ha de moderar por el tono mismo; esto es, ha de ser concisa, clara y distinta, y en estilo correcto y elegante antes que muy adornada. La division de la materia, que hemos reducido á esta parte, y que se debe ejecutar en el principio de ella, tiene algunas reglas generales, que apuntaremos para su mejor ejecucion. Primera, las diversas partes en que se divide un discurso han de ser realmente distintas unas de otras; esto es, que la una no incluya á la otra, pues este método serviria solo para



dar al asunto nueva confusion y desórden; segunda, se ha de seguir en la division el órden de la naturaleza, comenzando por los puntos mas sencillos, mas fáciles de comprender, y que se deben examinar los primeros, pasando despues á los que están fundados en estos y que suponen su conocimiento; tercera, los diferentes miembros de una division deben apurar la materia, pues de otro modo no sería completa la division, y se presentaría el asunto por trozos, sin dar un plan que lo manifestase todo; cuarta, los términos con que se expresan las divisiones han de ser los mas concisos que sean posibles. Debe huirse de toda circunlocucion, y no admitirse ni una sola palabra que no sea necesaria. Se ha de estudiar la precision, sobre todo cuando se establece el método. Lo que principalmente hace que una division sea limpia y elegante, es que las diferentes partes ó capitulos se propongan con las palabras mas claras y mas expresivas. Esto produce siempre una impresion agradable á los oyentes, y es además muy importante para que las divisiones se conserven mas fácilmente en la memoria; quinta y última, se debe evitar una multiplicacion de partes y capitulos que no sea necesaria. El rajar una materia en muchas particillas con infinitas divisiones y subdivisiones hace mal efecto en la locucion. Podrá venir bien en un tratado de lógica, pero á una oracion la hace dura y árida, y fatiga la memoria sin necesidad. La division, cuyas reglas hemos dado, no conviene, aunque se observen todas, á todo género de discursos. En los que se hacen para el púlpito y el foro tienen á su favor la práctica comun, y está fundada en razones de bastante peso. Si las particiones formales hacen que un sermón sea menos oratorio, tambien le hacen mas claro y mas fácil de comprender, y de consiguiente mas instructivo al comun de los oyentes; objeto principal que se debe tener siempre presente. Los puntos de un sermón sirven de mucho auxilio á la memoria, tanto del orador, como de los oyentes, y tambien para fijar la atencion de estos. Hacen que les sea mas llevadero el aguardar con sosiego el fin del discurso, y les dan pausas y descansos donde pueden reflexionar sobre lo que se ha dicho, y discurrir lo que se ha de seguir. Finalmente, el estilo que conviene á todas las partes de la narracion es sin duda alguna el sencillo; pues este es el mas á propósito para exponer un asunto con claridad, tan necesaria en esta parte del discurso.

#### Confirmacion.

El órden natural pide que, despues de haber expuesto y distribuido su objeto, entre el orador en probarle. Así que, despues de la narracion y division, que ordinariamente andan juntas, se sigue la confirmacion, que contiene y pone en órden las pruebas de la causa, y que destruye las que oponen ó pueden oponer los contrarios. Esta parte del discurso es sin duda la mas esencial, y de consiguiente aquella en que el orador debe poner su mayor esfuerzo. Este prepara los espíritus por medio del exordio, y presenta el hecho con exactitud é inteligencia por medio de la narracion, para venir á las pruebas, que son las que le pueden dar el triunfo y alcanzar una sentencia tal como la desea. Es ciertamente muy útil en cualquiera asunto el agradar y

conmover los ánimos; pero todo aquello que se llama sentimiento está subordinado á la prueba, y tiene solamente el mérito de servir á hacerla valer. Comprendemos bajo un mismo artículo aquello que mira directamente á probar la causa, y lo que se emplea para destruir las objeciones contrarias.

Los oradores pueden usar en la conducta de sus razonamientos dos métodos distintos, los cuales en términos del arte se llaman *analítico* y *sinético*. El analítico es cuando el orador encubre su intencion tocante al punto que va á probar, hasta que por grados ha conducido á sus oyentes á la conclusion deseada. Los lleva paso á paso, de una verdad conocida á otra desconocida, hasta encontrar con el fin, como consecuencia necesaria de una série de proposiciones. Así, por ejemplo, cuando uno intenta probar la existencia de Dios, comienza por observar que todas las cosas que vemos en el mundo han tenido principio; que todo lo que tiene principio ha de tener una causa anterior; que en las producciones humanas, el arte que vemos en el efecto, arguye necesariamente un designio en la causa; así va procediendo de una causa en otra, hasta llegar á una suprema y primera, de la cual se derivan todo el órden y los designios que vemos en sus obras. Este método es casi el mismo que el socrático, y es muy artificioso, susceptible de mucha belleza, y muy á propósito para cuando, prevenido el auditorio contra alguna verdad, se le quiere convencer de ella imperceptiblemente.

Pero no todas las materias admiten este método, ni se ofrecen siempre ocasiones de emplearlo. El método de razonar usado mas generalmente, y el mas conforme al género de locucion popular, es el llamado *sinético*. Por este se señala claramente el punto que se ha de probar, y se va cargando una prueba sobre otra hasta que los oyentes queden enteramente convencidos.

Es evidente que el buen efecto de las pruebas ha de depender en parte de su recta disposicion. Deben colocarse de modo que no embaracen unas á otras, sino que se den un auxilio mútuo y vayan encaminadas á un fin, para lo cual observaremos las reglas siguientes: Primera, no se deben mezclar en un discurso pruebas que sean de distinta naturaleza. Todas se dirigen á probar una de estas tres cosas: ó que lo que se trata es verdadero, ó que es moralmente recto, ó que es provechoso. Estas son las que constituyen las tres grandes materias entre los hombres, á saber, verdad, obligacion ó interés; pero las pruebas que se dirigen á cada una de ellas son genéricamente distintas, y el que las confunda todas bajo de un tópico, hará una oracion confusa y nada elegante. Segunda, se ha de observar el climax ó graduacion en el órden y disposicion de las pruebas, esto es, que la fuerza y eficacia de ellas vaya siempre en aumento. Esta debe ser casi siempre la conducta del orador, teniendo una causa clara y esperando probarla evidentemente. No hay peligro en comenzar por las pruebas mas débiles, subiendo poco á poco, y sin desplegar hasta el último toda su fuerza, cuando se tiene seguridad de hacer una completa impresion sobre los oyentes, preparados ya por lo que antes se ha dicho.

Pero si el orador tiene poca confianza en su causa, en este caso le conviene presentar al frente su prueba



principal, para ganar de antemano á los oyentes, y hacer al principio el esfuerzo posible, para que, removidas las preocupaciones y dispuestos los ánimos en su favor, escuchen lo restante con mas docilidad. Cuando entre varias pruebas hay una ó dos que no son tan concluyentes como las otras, pero que, sin embargo, son buenas, aconseja Ciceron que se pongan en el medio, por ser un paraje no tan visible como el principio ó el fin. Tercera, cuando nuestras pruebas son fuertes y convincentes, serán tanto mejores, cuanto mas distintas y separadas estén unas de otras, porque se puede presentar cada una en toda su extension, amplificarla é insistir en ella. Pero cuando son dudosas y solamente del género presuntivo, será mejor acumularlas y mezclarlas unas con otras, para que aunque de suyo tengan poca fuerza, se sostengan mutuamente. Cuarta, se ha de cuidar de no extender mucho las pruebas ni multiplicarlas demasiado, porque esto antes sirve de hacer sospechosa una causa, que de darla autenticidad. La multiplicacion no necesaria de las pruebas confunde la memoria y disminuye el convencimiento que podrian hacer pocas bien escogidas. Se ha de observar tambien que si las pruebas se amplifican y extienden fuera de los límites de una ilustracion razonable, tienen siempre poca fuerza y enervan el vigor y la agudeza, que debe ser el distintivo de la parte argumentativa de un discurso.

Finalmente, despues de poner la conveniente atencion en la disposicion de las pruebas, otro requisito esencial para el buen manejo de estas es expresarlas en estilo conveniente, y recitarlas de manera que se les dé toda su fuerza. El estilo debe ser claro y preciso en cuanto sea posible, por contribuir estas calidades al vigor que se pretende, y podrá, no obstante, participar de los mas de los adornos de la locucion.

#### Peroracion.

Luego que las pruebas han sido concluidas, y refutadas las objeciones contrarias, parece que la causa está absolutamente concluida y la materia completamente tratada; pero aun resta alguna cosa al orador. Del mismo modo que le seria duro entrar en la materia sin la preparacion del exordio que la debe anunciar, así la dejaría desairada sin aquella conclusion que sirve como de corona al discurso, y es la que llaman peroracion. Esta tiene dos objetos, es á saber: el resumir las partes principales del discurso, y el acabar de conciliar y mover los ánimos del auditorio. La recapitulacion de las partes mas importantes es absolutamente necesaria en las causas grandes, las que, por su extension y por la variedad de los objetos que pueden abrazar, hay riesgo de que dejen alguna confusion y embarazo en el ánimo de los oyentes. Aquí es donde el orador debe juntar todas aquellas especies que deja esparcidas; reducir lo que le habia sido preciso extender, y presentar toda la causa ó materia de su discurso bajo un solo punto de vista, si le es posible, ó á lo menos bajo un pequeño número de razones fáciles de combinar y retener. La parte patética de un discurso, hemos dicho ya que tiene aquí su principal lugar, aunque en algunas ocasiones se puede usar en todas ó en las mas de las divisiones que hemos hecho. Es cierto que, instruido el auditorio y convencido su entendimiento del objeto del discurso, parece que solo resta moverle el ánimo, hablándole á la pasion que corresponde, para alcanzar triunfo completo. Así que, debe esforzarse mas aquí este género de locucion, observando en él aquellas reglas que prescribimos para el estilo vehemente.

## LECCIONES DE POÉTICA.

Hemos dado fin á nuestras observaciones sobre las diferentes especies de composiciones en prosa; tratémos ahora de las composiciones poéticas en todas sus formas, aunque mucha parte de lo que llevamos observado en la retórica, particularmente el lenguaje figurado, pertenece tambien á esta facultad. Antes de entrar á examinar ninguna de sus especies en particular, trataremos, por modo de introduccion, de la naturaleza de esta facultad, y daremos alguna razon de su origen y progresos, como tambien de la versificacion ó números poéticos.

Sobre la definicion de la poesia han variado mucho los críticos, haciendo algunos consistir su esencia en la ficcion, sostenidos con la autoridad de Aristóteles y Platon; pero ya la opinion comun desecha esta definicion, por ser constante que hay muchos puntos que, sin ser fingidos, son muy propios para la poesia. Otros han hecho consistir la esencia de la poesia en la imitacion; pero esto es una cosa muy general y que no la define, pues conviene tambien á otras artes que imitan igualmente que la poesia.

La definicion mas exacta que nos parece se podrá dar de la poesia es, el lenguaje de la pasion ó de la imaginacion animada, formado por lo comun en números regulares. La llamamos lenguaje de la pasion ó de la imaginacion, porque del mismo modo que el orador, el historiador y el filósofo hablan principalmente al entendimiento, esta á la imaginacion y á las pasiones; el fin directo de aquellos es informar, instruir ó persuadir, pero el principal objeto que se propone la poesia es agradar y conmover, aunque secundaria ó indirectamente puede y debe tener la mira de instruir y corregir. Se supone el ánimo del poeta avivado por algun objeto interesante, que enciende su imaginacion ó empeña su corazon, y que de consiguiente comunica á su estilo una elevacion proporcionada á sus ideas, y muy diferente de aquel tono de expresion que es natural al hombre en el estado ordinario de su alma. Añadimos que es formado por lo comun este lenguaje en números regulares, por no detenernos ni decidirmos enteramente sobre una cuestion poco interesante, pero muy batida entre los críticos, de si es ó no la versifica-

ción de esencia de la poesía, y si hay ó no límites entre una prosa numerosa y una versificación desaliñada. Es cierto que hay obras en prosa que poseen los principales constitutivos de la poesía, que son la invención artificiosa y agradable, y el lenguaje apasionado y en cierto modo numeroso, como el *Telémaco* de Fenelon, las *Elegías sobre la guerra de Mesenia*, de Barthelemy, y otros muchos rasgos épicos y aun dramáticos; pero nosotros, siguiendo la opinión mas comun, pondremos la versificación, ya que no por su principal constitutivo, por una propiedad de la poesía, que la caracteriza y distingue de las composiciones prosáicas.

El origen de la poesía, así como el de todas las ciencias y artes, se le atribuyen á sí los griegos, y ponen por los primeros poetas á Orfeo, Linco y Museo, porque acaso fueron estos los primeros que se distinguieron en la Grecia; pero es muy cierto que hubo poesía mucho antes que hubiese noticia de tales hombres, y entre gentes donde jamás fueron conocidos. No se debe imaginar que la poesía y la música son artes que pertenecen solo á las naciones civilizadas; ellas tienen su fundamento en la misma naturaleza del hombre, y pertenecen á todas las naciones y á todas las edades; bien que, semejantes á las demás artes que tienen el mismo fundamento, han sido mas cultivadas, y por un conjunto de circunstancias favorables, llevadas á mas perfección en unos países que en otros. Para hallar el origen de la poesía hemos de recurrir á los desiertos y los bosques; debemos volver á la edad de los cazadores y los pescadores, y en fin, al estado mas sencillo de la naturaleza humana.

Es comun opinión y voto unánime de toda la antigüedad que la poesía es mas antigua que la prosa. No se debe entender por esto que los primeros hombres en sociedad conversasen entre sí en números poéticos; antes bien se debe imaginar que las primeras familias se comunicarían en prosa la mas humilde y escasa las necesidades y menesteres de la vida; pero las primeras composiciones que se transmitieron á la posteridad, ya por medio de la memoria, ya por la escritura, despues que esta se inventó, se cree fueron en verso. Desde el principio de las sociedades es natural que hubiese ocasiones en que se congregasen los hombres para fiestas, sacrificios, juntas populares; y en ellas, es bien sabido que la música, el canto y la danza eran su principal divertimento. En la América principalmente es donde hemos tenido lugar de éconocer al hombre en su estado salvaje, y por las relaciones de todos los viajeros sabemos que entre todas las naciones de aquel vasto continente, la música y el canto encienden en gran manera su entusiasmo y reinan en todos sus congresos.

Así, los primeros rudimentos de las composiciones poéticas se encuentran en aquellas toscas efusiones que el entusiasmo de la fantasía ó de las pasiones sugería á los hombres rudos, excitados por acaecimientos interesantes ó por su reunion en las concurrencias públicas. Dos particularidades distinguirían desde luego este lenguaje del canto de aquel en que conversaban en su trato ordinario; á saber: una desusada coordinacion de las palabras y el uso del lenguaje figurado. Ellos invertirían las palabras, ó de aquel órden regular en que

las colocaban en su trato ordinario, las harían pasar á aquel que mas convenia á la pasión del que hablaba ó á la cadencia que requeria aquel canto. Bajo el poderoso influjo de una pasión fuerte ó de una conmoción vehemente, los objetos no parecen aquello que son en realidad, sino lo que los hace parecer la pasión. Se engrandece, se exagera, se comparan las cosas menores con las mayores, se habla á los ausentes como si estuvieran presentes, y aun se dirige el discurso á las cosas inanimadas. De aquí, en conformidad con los movimientos del ánimo, nacen aquellos giros de expresión, que distinguimos ahora con los doctos nombres de hipérbole, prosopopeya, simil, etc.; pero que no son otra cosa que el lenguaje nativo de la poesía entre las naciones mas bárbaras.

Esta especie de composición poética no se ha de creer propia ó característica de ciertas naciones ó países, sino de cierta edad ó de aquel período que dió el primer origen á la música y á la poesía en todas las naciones. Comunes son á todas los motivos ú ocasiones de estas composiciones, como las alabanzas de los dioses y de los héroes, la celebridad de sus ascendientes, la relación de las hazañas marciales, los cantos de victoria, y las querellas por los infortunios y la muerte de sus compatriotas; y el mismo calor y entusiasmo, la misma composición tosca, pero animada; el mismo estilo conciso y relumbrante, y unas figuras igualmente extraordinarias que atrevidas, son los rasgos que distinguen y caracterizan las poesías antiguas y originales.

Pero la diversidad del clima y de la manera de vivir debió sin duda haber ocasionado alguna diferencia en el carácter de la primera poesía de las naciones, segun que estas fueron mas feroces ó mas humanas, y segun que adelantaron mas ó menos lentamente en las artes de la civilización. Así vemos que todos los fragmentos de la antigua poesía goda son señaladamente feroces y no respiran sino sangre y carnicería, mientras que desde los tiempos mas remotos las canciones orientales giraban sobre asuntos mas blandos y tiernos. Entre los griegos parece que las poesías recibieron pronto un tono filosófico, segun estamos informados de los asuntos de los tres antiguos poetas Orfeo, Linco y Museo. Estos trataron de la creación y del caos, de la generación del mundo y del origen de las cosas. Pero sabemos al mismo tiempo que los griegos se inclinaron mas pronto á la filosofía, y dieron en ella pasos mas largos que la mayor parte de las demás naciones en todas las artes.

En la infancia de la poesía todas sus diferentes especies estaban confundidas y mezcladas en la misma composición, segun que el entusiasmo, la inclinación ó la casualidad dirigian la vena del poeta. Con los progresos de la sociedad y de las artes comenzaron á tomar aquella regularidad de formas diferentes y á distinguirse por aquellos nombres diversos con que ahora las conocemos. Pero en el primer estado grosero de las efusiones poéticas, podemos fácilmente discernir las semillas y los principios de todas las especies de poesía regular; himnos y odas de todas clases serían naturalmente las primeras composiciones, segun que los sentimientos



religiosos, el amor, el resentimiento, el júbilo ó algun otro afecto vehementemente movían á los poetas á derramar en cánticos sus conceptos. La poesía elegíaca ó lastimera nacería naturalmente de las querellas por la muerte de sus parientes y amigos. La narracion de las hazañas de los héroes y ascendientes dió origen á la poesía épica; y como, no contentos con recitar ó cantar sencillamente estas hazañas, se verían sin duda inducidos á representarlas en algunas de sus concurrencias públicas, introduciendo diferentes personajes, que hablaban en el carácter de sus héroes, y se respondían unos á otros, hallamos en esto los primeros bosquejos de la tragedia ó poesía dramática.

Ninguna de estas especies de poesía se distinguió como quiera en los primeros tiempos de la sociedad, ni tuvo la separacion propia que hacemos ahora entre ellas. Al principio fueron una misma cosa la historia, la elocuencia y la poesía. Cualquiera que necesitaba mover ó persuadir, instruir ó deleitar á sus compatriotas y amigos, fuese cual fuese el asunto, acompañaba sus sentimientos y narraciones con la melodía del canto. Esto fué lo que sucedió en aquel período de la sociedad en el que se reunían en una sola persona el carácter y las ocupaciones de labrador, de arquitecto, de guerrero y de político.

Cuando, con los progresos de la sociedad é invencion de la escritura, se fué haciendo separacion entre los negocios de la vida civil, se fué reflexionando sobre lo que era real y fabuloso, y se comenzaron á poner en custodia las apuntaciones de los hechos pasados y aquellos discursos que interesaban al entendimiento; se fué tambien haciendo por grados la separacion de las diferentes ocupaciones literarias. El historiador abandonó los arreos de la poesía, escribió en prosa, y emprendió dar una fiel y juiciosa relacion de los acaecimientos anteriores. El filósofo se dirigió principalmente al entendimiento; el orador trató de persuadir con raciocinios, y retuvo mas ó menos el estilo antiguo, apasionado y relumbrante, segun que era mas ó menos conducente á sus designios. La poesía vino á hacerse de este modo un arte separado, dirigido principalmente á agradar, y ceñido por lo general á aquellos asuntos que se referian de cerca á la imaginacion y á las pasiones.

La poesía en su antigua condicion original debió de ser mas vigorosa que en su estado moderno. Entonces rebosaba todo el ardor del corazon del hombre, y este ponía en ejercicio toda su imaginacion y todas sus potencias. Impelido el poeta, inspirado por objetos que le parecían grandes, por acaecimientos que interesaban á su patria ó á sus amigos, se levantaba y cantaba. Cantaba á la verdad en un tono desordenado y tosco; pero sus canciones eran las efusiones espontáneas de su corazon, los ardientes conceptos de admiracion y reconocimiento, de dolor ó amistad. Cuando la poesía llegó ya á ser un arte regular, y se cultivó por ganar reputacion é interés, los autores comenzaron á afectar lo que no sentían; componiendo á sangre fria en sus gabinetes, se esforzaron á imitar las pasiones, mas bien que á expresarlas, y trataron de violentar su imaginacion, fingiendo arrebatos que no experimentaban, ó de suplir la falta de calor nativo con atavíos artificiales,

que podían dar á la composicion un exterior espléndido.

La separacion entre la poesía y la musica produjo efectos nada favorables en algunos respectos á la poesía, y acaso tambien á la musica. La de aquellos primeros períodos fué sin duda muy sencilla, y del mismo modo los instrumentos con que acompañaban á la voz y realizaban la melodía del canto. Oíase siempre la voz del poeta, y tenemos varios fundamentos para creer que entre los antiguos griegos, igualmente que entre otras naciones, el poeta cantaba sus versos y tocaba al mismo tiempo su arpa ó su lira. En este estado fué cuando la musica obró aquellos efectos prodigiosos que leemos en las historias antiguas, y que dieron origen á portentosas fabulas, como las de Orfeo y Arion. Parece cierto que solo de la musica, acompañada del verso ó del canto, debemos esperar aquella fuerte expresion y aquel poderoso influjo sobre el corazon del hombre.

Aun conserva, sin embargo, la poesía algunas reliquias de su primera y original conexion con la musica. Para ser expresada en canto se dispuso en números ó en una coordinacion artificial de palabras y sílabas. Esta calidad característica, que hoy conserva y llamamos versificacion, la trataremos ahora.

Las naciones cuyo lenguaje y pronunciacion eran musicales, cimentaron su versificacion principalmente en las cantidades; esto es, en la longitud ó brevedad de las sílabas. Otras, que no hacian percibir tan distintamente en la pronunciacion la cantidad de las sílabas, fundaron la melodía de sus versos en el número de sílabas que contenian, en la disposicion propia de los acentos y de las pausas, y frecuentemente en aquella repeticion de sonidos correspondientes, que llamamos rima. Sucedió lo primero entre los griegos y romanos; lo último es lo que sucede entre nosotros y entre las mas de las naciones modernas. Entre los griegos y romanos cada sílaba tenía conocidamente una cantidad fija y determinada, y su manera de pronunciarla hacia á esta tan sensible al oído, que una sílaba larga era computada precisamente por igual en tiempo á dos breves. Pero el genio de nuestra lengua no corresponde en esta parte al de la griega y latina. Es cierto que miramos de algun modo en la pronunciacion á la cantidad de las sílabas; pero es tan corta la diferencia que hacemos de las largas y breves, son tantas las que no tienen cantidad fija, como en las palabras monosílabas y algunas bisílabas, y tan grande la libertad que nos tomamos de alargar las sílabas breves, y al contrario, segun mas nos acomoda, que la cantidad sola es muy poca cosa en la versificacion castellana. La única diferencia perceptible entre nosotros es la de pronunciar algunas sílabas con aquella presion mas fuerte de voz que llamamos acento. Este acento, sin haver siempre mas larga la sílaba, la da un sonido mas fuerte, y la melodía del verso entre nosotros depende infinitamente mas de cierto orden y sucesion de sílabas acentuadas que de ser estas largas ó breves.

Nuestro verso endecasílabo ó heróico es compuesto de una sucesion alternativa de sílabas, no breves y largas, sino acentuadas y no acentuadas. Quanto al lugar de los acentos, tenemos alguna libertad por amor de la



variedad. Las mas veces comienza el verso con una sílaba no acentuada, y algunas en el curso de él van segnidadas y aun tres sílabas no acentuadas; pero en general en cada verso hay cuatro ó cinco sílabas acentuadas, y cuantos mas acentos lleve, suele ser mas corriente y numeroso. El número de las sílabas es once, á no ser que el verso concluya en sílaba aguda ó acentuada, la cual allí tiene el valor de dos, ó que por una concurrencia de vocales se haga alguna sinéresis, ó enmudezcan algunas sílabas líquidas en la pronunciaci6n; de suerte que si atendemos solo á su efecto en el oído, nunca bajan ni suben de once. La sílaba última no deberá ser acentuada, por convenir poco á la armonía; pero convendrá siempre que lo sea la penúltima, y nunca la antepenúltima, porque la precipitaci6n á que arrastra el esdrújulo no se adapta bien á nuestra gravedad y medida.

Otra circunstancia esencial en la estructura del verso es la pausa de cesura. Casi todas las naciones dan al verso una pausa de esta especie, dictada por la melodía. En el verso heroico francés es muy perceptible, por tenerla constantemente en el medio, dividiéndole así en dos hemistiquios iguales. Lo propio se advierte en nuestros antiguos poetas, hasta la época de Roscan y Garcilaso. Aquellos versos pareados de catorce y de diez y seis sílabas del monje Berceo, y los de Juan de Mena y sus coetáneos, de doce, observan siempre la regla de dar la pausa ó cesura en el medio, incurriendo, por lo mismo, en la ingrata monotonía que hoy notan todos en los heroicos franceses, que son tambien de doce sílabas. Pero la versificaci6n actual castellana, ora sea adoptada por Boscan, Garcilaso y Mendoza de la italiana, ora conocida antes y mejorada por estos, lleva en este punto mucha ventaja á la nuestra antigua y á la francesa moderna. Aquella facilidad y licencia de colocar esta cesura en cuatro sílabas diferentes, variándola arbitrariamente y segun lo exige el sentimiento, dan á nuestros endecasílabos mucha melodía y fuerza.

Esta cesura ó pausa puede caer despues de la cuarta, de la quinta, de la sexta y de la séptima sílabas. Cuando cae despues de la cuarta ó de la quinta, se da mucha viveza á la melodía y se anima en gran manera el verso, como en estos de Cienfuegos:

Pluguiera al cielo  
Que de Jaen | en la sangrienta arena  
La paz gozase | del eterno sueño.

Cuando la cesura cae despues de la sexta ó séptima sílaba, se da peso y majestad al tono, y el verso camina con mas lentitud y con pasos mas medidos, como en estos de Garcilaso:

Divina Elisa, | pues agara el cielo  
Con inmortales piés | pisas y mides,  
Y su mudanza ves | estando queda.  
¿Por qué de mí te olvidas, | y no pides  
Que se apresure el tiempo | en que este velo  
Rompa del cuerpo, | y verme libre pueda?

Pero siempre convendrá variar esta cesura; pues de este modo se huye la monotonía, se varia la melodía del verso, y se diversifican su aire y cadencia, como se nota en estos de Melendez:

¿Adónde, incauto, | desde la anchá vega  
Del claro Tórres, | que con onda pura  
De Otea el valle | fertiliza y riega,  
Dejanda ya! | á los tímidos pastores  
El humilde rabel, | canta atrevido  
La gloria de las artes, | sus primores,  
Y de la patria | el nombre esclarecido?

Donde se ve la ventaja que llevan en melodía los cuatro últimos á los tres primeros, por tener aquellos variada la cesura, y estos todos despues de la quinta sílaba.

Convendrá tambien que el sentido acompañe en cuanto sea posible el órden de las cesuras; esto es, que la pausa dictada por la misma construcci6n del verso coincida con la que pide el sentido, ó que á lo menos no le violente ni le interrumpa. Por esta raz6n, cuando hay alguna oposici6n entre la melodía formada por las pausas y el sentido de los versos, se deben leer estos segun lo dicta el sentido, sin hacer alto en la cesura; porque, aunque esto haga perder al verso parte de su gracia, no destruye enteramente el sonido.

El verso suelto no rimado tiene muchas ventajas, y es en realidad una especie de versificaci6n noble, grandiosa y desembarazada. El defecto principal de la rima es la precisi6n en que pone al compositor de cerrar el sentido al fin de cada estancia, á mas de la sujeci6n del consonante. El verso suelto no tiene este embarazo, y permite que los versos monten unos á otros con la misma libertad que los latinos. Aun por esto enadra tan bien en los asuntos que por su dignidad y vehemencia piden números mas libres y robustos que los que permite la rima. La violenta y metódica regularidad de esta destruye mucha parte del sublime y patético, y por lo mismo, se debe juzgar menos á propósito para la epopeya y la tragedia que el verso suelto, á pesar de algunos trozos que tenemos de esta clase de una versificaci6n algo corriente y numerosa.

No obstante, asentará bien la rima en las composiciones cuyos sentimientos no son muy vehementes y cuyo estilo no exige la mayor sublimidad, tales como las églogas, elegías, epístolas, sátiras, etc. A estas les da aquel grado de elevaci6n que les es propio, y sin otro auxilio, distingue fácilmente su estilo del de la prosa.

Pero donde campea mas nuestra versificaci6n es en los géneros cortos. Hemos adoptado el verso de ocho sílabas para la prodigiosa variedad de romances, ya heroicos, ya amorosos, ya jocosos, ya burlescos; y en estos hemos empleado una media rima que nos es peculiar, esto es, el asonante. Este, sin atar tanto al poeta, da á la composici6n una sonoridad sencilla, que acompaña naturalmente á la expresi6n ingénuo y nativa del sentimiento. Este verso octosílabo y asonantado es el que generalmente se emplea en la comedia; pues el diálogo no debe de ser en redondillas, liras, sonetos ni décimas, que son de un mecanismo trabajado y muy ajeno del estilo de la conversaci6n.

Para el género anacreóntico hemos adoptado el verso de siete sílabas, que es casi idéntico con el de Anacreonte; y aun en el mismo género hemos empleado el de seis sílabas, que se acomoda tambien á las endechas y á las letrillas. Las arietas, que hemos imitado de

los italianos modernos, quieren tambien este género de verso corto, bien sea de ocho, siete, seis y aun cinco sílabas, con la particularidad solamente de haberse de rimar una copla en final aguda.

Finalmente, para concluir lo que pertenece á la versificación, observaremos: 1.º Que así los endecasílabos como los versos cortos se deben terminar las menos veces que sea posible en adjetivos, porque, entre otras razones, el sentido de una cláusula no reposa tan bien en un adjetivo como en un sustantivo; y se tiene averiguado que los mejores poetas pusieron en esto particular esmero. 2.º Se debe cuidar mucho de que no vayan seguidos dos ó mas versos asonantados ó que tengan consonantes poco diferentes, por el mal efecto que hacen en el oído. 3.º Por la misma razon se debe evitar en un mismo verso la concurrencia de dos ó mas vocablos asonantados, y mucho mas consonantados, porque su inmediatez los hace monótonos y destruye la melodía. Hablando de la armonía del lenguaje hemos dicho acerca de ella lo conveniente, lo que es aun mas aplicable al asunto de que tratamos; porque de suyo exige mayor sonoridad, y de consiguiente, se resiste muchas veces á los hiatos que resultan de las diéresis, á la atropellada ó sorda pronunciación que producen las sinéresis, y á veces tambien á las sinalefas. 4.º Finalmente, se debe siempre poner el mayor cuidado en la fluidez y sonoridad del verso; pero con especialidad en dos géneros de composiciones: en el poema épico, cuyo interés se debilitaría mucho sin este auxilio, y en la poesía lírica, por requerir esta, como destinada al canto, la mas subida y delicada armonía imitativa; y lo propio convendrá en todas aquellas poesías cortas en que se describe un pensamiento delicado, y cuyo mérito depende por la mayor parte de la felicidad de la expresión.

#### POESÍA PASTORAL.

Finalizadas las observaciones sobre el origen y progresos de la poesía y las principales reglas de la versificación castellana, vamos á tratar ahora de las diferentes especies de composiciones en que esta se emplea, comenzando por la poesía pastoral, no por ser esta la mas antigua, como algunos pensaron con poco fundamento, sino por ser la mas simple y de menos vehemencia en los afectos.

La materia de esta poesía es la vida pacífica, inocente y deliciosa que se imagina en los primeros hombres, cuyo ejercicio fué por la mayor parte pastoril.

Cuando, ya formadas las sociedades, reunidos los hombres en ciudades populosas, y hechas las distinciones de clases y estados, se hicieron conocer el bullicio y tedios de las cortes, y la doblez y mala fe de sus habitantes, entonces fué cuando algunos volvieron los ojos con placer á la vida, mas sencilla é inocente, que habian ó imaginaban haber llevado sus antepasados; entonces fué cuando, figurándose en aquellas escenas campestres y ocupaciones pastoriles un grado de felicidad superior á la que ellos disfrutaban en su estado, concibieron la idea de celebrarla en la poesía. Teócritó escribió las primeras pastorales de que tenemos noticia, en la corte del rey Tolomeo, y Virgilio le

imitó en la de Augusto. En ellas recuerdan á la imaginación aquellas escenas, aquellas vistas risueñas de la naturaleza, que son las delicias de nuestra infancia y juventud, y á las cuales volvemos con gusto la vista en edad mas avanzada. No hay asunto mas hermoso y á propósito para la poesía. La naturaleza presenta á nuestros ojos en el campo objetos para las descripciones mas delicadas y halagüeñas. Parece que corren de suyo á ponerse en números poéticos los arroyos y las montañas, los prados y los oteros, los rebaños y los árboles, y los pastores exentos de cuidados.

Para estas composiciones no se ha de considerar la vida pastoril en el estado que tiene al presente, cuando el pastor se halla reducido á un estado bajo, servil y laborioso; cuando sus ocupaciones han llegado á hacerse desagradables y groseras, y ruines sus ideas; sino como podemos suponer que fué alguna vez, cuando era una vida de comodidad y abundancia, porque las riquezas de los hombres consistían principalmente en ganados, y el pastor, aunque no refinado en su estilo y maneras, era respetable en su estado, y de costumbres sencillas é inocentes. De este modo la pintaron los referidos poetas, y lo debe hacer cualquiera que se emplee en composiciones de este género, ya sean églogas, idilios y aun dramas; y pintaron, digo, la sencillez é inocencia de la vida del campo, sin mencionar su grosería y miserias. Pueden atribuírsele á la verdad inquietudes y desgracias, porque sería violentar la naturaleza suponer exenta de ellas ninguna condicion de la vida humana; pero han de ser estas de tal naturaleza, que no presenten á la fantasía cosas que puedan disgustarnos de la vida pastoril. Puede alligarse el pastor de hallarse mal correspondido en sus honestos amores, de la pérdida de un corderillo á quien amaba y acariciaba, ó con otros sentimientos que manifiesten igualmente su sencillez é inocencia. Mas para hacer recomendable este estado, basta que no tenga otros males que llorar. Finalmente debe el poeta presentarnos la vida pastoril algo hermoseada, ó vista á lo menos por el lado mas bello. Debe hermosear la naturaleza, pero cuidando de no desfigurarla; pintando con los colores mas agradables aquellos objetos halagüeños que algunas veces encantan á nuestra vista é imaginación, como los prados amenos y floridos, los bosques sombríos y deliciosos, las fuentes y arroyos cristalinos, los venticillos suaves, y el dulce canto de los pajarillos, etc., cuidando siempre de variar las escenas, por ser esta una circunstancia que se debe observar en todo género de composiciones poéticas.

#### POESÍA LÍRICA.

El carácter peculiar de la oda ó poesía lírica le viene de su destino á ser cantada y acompañada con la música. El nombre mismo envuelve esta idea, pues oda en griego es lo mismo que canto ó himno en nuestro idioma; y aunque todos los demás géneros de poesía tuvieron en su principio el mismo destino, este solo retuvo el nombre. En la oda retiene, por tanto, la poesía su primera y mas antigua forma; esto es, aquella en que los poetas antiguos expresaban los conceptos, hijos de su entusiasmo, alababan á sus dioses y á



sus héroes, y se lamentaban de sus infortunios. Ningun asunto le viene á ser ajeno; pero los de sentimiento le son sin duda mas propios. Por lo mismo comprenderémos este género de poesía bajo cuatro denominaciones:

1.<sup>a</sup> Odas sagradas, himnos dirigidos á Dios ó sobre asuntos religiosos. De esta naturaleza son los salmos de David, que nos muestran esta especie de poesía lírica en el punto de su perfeccion. 2.<sup>a</sup> Odas heroicas, empleadas en las alabanzas de los héroes y en la celebracion de las hazañas marciales y de las acciones. De esta especie son todas las de Pindaro y algunas de las de Horacio. Estas dos especies deben tener por carácter dominante la sublimidad y elevacion. 3.<sup>a</sup> Odas filosóficas y morales, donde los sentimientos son principalmente inspirados por la virtud, la amistad y la humanidad. De esta especie son muchas de las de Horacio y otros, y aquí es donde la oda ocupa aquella region media que antes hemos dicho. 4.<sup>a</sup> Odas festivas y amorosas, destinadas meramente al placer y entretenimiento. De esta naturaleza son todas las de Anacreonte, algunas de las de Horacio, y muchos cantos y composiciones de los modernos. El carácter dominante de estas debe ser la elegancia, la alegría, la blandura y la jovialidad.

En todas ellas debe haber siempre un asunto, y este debe tener partes, pero tan conexas, que resulte de su union un todo perfecto. Aun las transiciones de un pensamiento ó de un afecto á otro deben ser tan delicadas y suaves, que se eche de ver al instante alguna conexion, que haga natural y nada violento este paso.

#### POESÍA DIDÁCTICA.

Como el fin último de la poesía y de toda composicion consiste en hacer alguna impresion útil en el ánimo, todas ellas se dirigen á él, aunque las mas por medios indirectos, como la fábula, la narracion y la descripcion de caractéres; pero la poesía didáctica declara abiertamente su intencion de instruir y de dar conocimientos útiles. Por tanto, solo se diferencia en la forma, y no en la esencia y fin, de un tratado en prosa, filosófico, moral ó critico.

En toda obra didáctica se requieren esencialmente método y orden, aun mas que en cualquiera otra especie de poesia. Tambien hay en esta mas libertad para los episodios y adornos, por el riesgo de hacerse tediosa una instruccion nada interrumpida, mayormente en la poesia, donde tanto se busca la diversion. Pero los episodios deben estar enlazados con el asunto; y en esto se admiran el arte y la felicidad con que los introducen Virgilio en sus *Geórgicas* y Lucrecio en los seis libros *De la naturaleza de las cosas*. Deben pues tales episodios no ser extraños de la propia materia que se trata, ni de una extension desproporcionada, y el estilo que les compete, tanto á ellos, como al total de la composicion, deberá ser por lo general un medio entre el llano y el sublime.

#### POESÍA DE LOS HEBREOS.

Aunque la antigua poesia de los hebreos ó de las Escrituras Sagradas no constituye una especie diversa de

las que hasta aquí hemos tratado; por contener los rasgos mas sublimes que se leen de esta facultad, examinaremos sus diferentes géneros y los caractéres distintivos de algunos de los principales escritores.

Los géneros poéticos que vemos en la Escritura son principalmente el didáctico, el elegiaco, el pastoral y el lírico. De la poesia didáctica, el ejemplo principal es el libro de los *Proverbios*. Sus nueve primeros capítulos son muy poéticos, escritos con mucha gracia y distinguidas figuras de expresion; el libro del *Eclesiástico* es tambien de este género, y lo son del mismo modo algunos de los salmos de David.

En la Escritura hallamos bellísimos ejemplos de la poesia elegiaca, como las lamentaciones de David sobre su amigo Jonatás, varios pasajes de los profetas, y algunos salmos que respiran tristeza y afliccion. Pero la composicion elegiaca mas regular y perfecta de la Escritura, y acaso de todo el mundo, es el libro intitulado *Las lamentaciones de Jeremías*.

Los cánticos de Salomon nos presentan el mejor ejemplo de la poesia pastoral; su forma es dramática ó un diálogo continuo entre personas del carácter de pastores, y consiguientemente, están sembrados del principio al fin de imágenes rurales y pastoriles.

El Viejo Testamento está lleno todo de poesia lírica, ó que al parecer iba acompañada de música. Fuera de infinitos himnos y cánticos esparecidos por los libros historiales y proféticos, como el cántico de Moisés, el de Débora y otros muchos, todo el libro de los salmos se ha de considerar como una coleccion de odas sagradas. En ellos encontraremos la oda en sus varias formas y con todo el fuego y el sublime de la poesia lírica, á veces vivo, alegre, triunfante; á veces grave y magnífico, y á veces tierno y blando. Por estos ejemplos se ve que en la Escritura Sagrada hay dechados perfectos de varios de los principales géneros poéticos.

#### POESÍA ÉPICA.

Es ya universalmente reconocido que el poema épico es el mas noble de todos. Su definicion se puede reducir á la relacion de alguna empresa esclarecida, hecha en forma poética. Es constante tambien que es el de mas difícil ejecucion, segun la idea que dan de él todos los autores, porque debe ser una historia que agrade é interese á todos los lectores, uniendo al mismo tiempo la diversion, la instruccion y la importancia; que esté llena de incidentes oportunos, animada con la variedad de caractéres y descripciones, y que se conserve en toda aquella propiedad de sentimientos y aquella elevacion de estilo que requiere un poema de la mayor nobleza.

Pretenden algunos que el poema épico, por su esencia, debe ser una alegoría ó fábula, fabricada para ilustrar alguna verdad moral; y aun por lo mismo descartan de esta clase á la *Farsalia* de Lucano y otros poemas que tratan materia puramente histórica. Pero los mayores criticos están por la opinion contraria, y solo pretenden que el hecho que refiere este poema esté adornado de tales circunstancias, ya verdaderas, ya fingidas, que interese y suspenda el ánimo de los lectores. El fin que se propone el poema de esta clase es



extender ideas acerca de la perfeccion humana y excitar la admiracion. Esto solo puede conseguirse por una representacion propia de acciones heroicas y de caracteres virtuosos; porque los hombres están por naturaleza propensos á admirar las acciones grandes, y por eso los poemas épicos son por precision favorables á la causa de la virtud. En el discurso de estas composiciones se deben presentar con los colores mas vivos y espléndidos el valor, la verdad, la justicia, la fidelidad, la amistad, la compasion y la magnanimidad. Con esto se empeñan nuestros afectos en favor de los personajes virtuosos; nos interesamos en sus designios y en sus afectos; se despiertan las afecciones generosas y patrióticas; se purga el ánimo de las inclinaciones sensuales y bajas, y se acostumbra á tomar parte en las empresas grandes y heroicas.

El tono y el espíritu general de toda composicion épica la distinguen bien de las otras especies de poesia. En la pastoral la idea dominante es la inocencia y tranquilidad. La compasion es el objeto principal en la tragedia, el ridiculo es el campo de la comedia; pero el carácter que prevalece en la epopeya es la admiracion que excitan las acciones heroicas. Requiere mas que otra especie una dignidad grave, igual y sostenida; y aunque es composicion mas calmada que la tragedia, admite tambien el patético y aun el sublime, pero no son estos sus caracteres generales.

La accion del poema épico debe tener tres propiedades: debe ser una, grande é interesante. Debe ser una, esto es, que comprenda esta composicion una sola accion principal, y que esta se eche de ver por todo el curso de ella, pues cuanto mas sensible sea á la imaginacion esta unidad, tanto mayor será el efecto del poema; pero no se ha de entender esta unidad de forma que excluya los episodios ó acciones subordinadas. Una composicion épica puede contener algunos episodios, que, bien manejados, adornarán mucho el total de ella; pero para que produzcan este efecto se observarán las reglas siguientes: primera, que estén introducidos naturalmente, teniendo bastante conexion con el asunto del poema, y que sean siempre inferiores á él en grandeza y circunstancias; segunda, que pongan á la vista objetos diferentes, en especial de los que anteceden y siguen en el curso del poema, porque los episodios se introducen principalmente en las composiciones épicas por amor de la variedad; tercera, que siendo de suyo el episodio un adorno, se ha de procurar en él una elegancia particular, y que esté bien acabado, como en efecto vemos que se han esmerado en ello los mejores poetas épicos. Como la unidad de la accion épica supone por necesidad que esta ha de ser entera y completa, debe tener por lo mismo su principio, su medio y su fin, ya sea reliriéndose toda, ya sea introduciendo alguno de sus autores, que dé cuenta de lo que ha pasado antes de abrir el poema; de forma que el poeta debe darnos siempre cabal noticia de todo el asunto, ha de satisfacer completamente nuestra curiosidad, y nos ha de llevar al punto preciso en que concluye su plan y cierra el poema.

La segunda propiedad de la accion épica es que sea grande; es á saber, que tenga el esplendor y la impor-

tancia suficiente, ya para fijar nuestra atencion, ya para justificar el magnifico aparato de que se ha valido el poeta. Este requisito es tan evidente, que no necesita de ilustracion, y se ve que todos los poetas épicos han escogido asuntos de importancia, ó por la naturaleza de la accion ó por la fama de los personajes interesados en ella.

A la grandeza del asunto épico contribuye que no sea de una data reciente, y que no esté comprendido en un período de la historia con el cual estamos intimamente familiarizados. La antigüedad es favorable á aquellas ideas elevadas y angustas que debe excitar la poesia épica, contribuye á engrandecer en nuestra imaginacion tanto las personas como los acontecimientos, y concede al poeta la libertad de adornar su asunto por medio de la ficcion; pero, en entrando en la esfera de la historia real y auténtica, se coarta mucho esta libertad, porque entonces es preciso que el poeta se ciña rigurosamente á la verdad, á expensas de la riqueza de la poesia.

La tercera propiedad del poema épico es que sea interesante. Para esto no basta que su accion sea grande; porque hay hazañas que, por heroicas que sean, no dejarán de aparecer en el poema frias y cansadas. Es necesario pues que el asunto que se elige interese por su naturaleza al público, escogiendo por héroe á uno que es el fundador, el libertador ó el favorito de alguna nacion, ó escribiendo hazañas de gran celebridad ó trascendentales á la causa pública.

Pero la principal circunstancia que hace interesante un poema épico es la artificiosa conducta del autor en el manejo del asunto. Debe disponer de tal manera su plan, que abrace muchos incidentes. No siempre ha de presentar á los lectores hazañas heroicas, porque se cansarian de estar viendo perennemente encuentros y batallas; debe pues mezclar con lo grave y majestuoso lo tierno y patético, y entre las escenas heroicas, presentar tambien algunas delicadas y placenteras. De estas debe preferir aquellas situaciones que mas despiertan los sentimientos de la humanidad, y estarán sin duda en ellas los pasajes mas interesantes de la obra, como se ve en Virgilio y Tasso.

El carácter de los héroes que presenta en su poema hace tambien en gran parte el interés de él. Todos estos deben ser tales, especialmente el que preside ó es el objeto del poema, que interesen fuertemente al lector y le hagan tomar parte en los peligros que arrostran. Estos peligros ó obstáculos forman el nudo ó el enredo del poema, y el artificio y belleza de él consiste por la mayor parte en su juiciosa conducta. Aquí se excita la atencion del lector á vista de las dificultades que le hacen temer se malogre la empresa de sus personajes favoritos, y debe ir subiendo de punto y tomando por grados mas cuerpo, hasta que, habiendo tenido por algun tiempo al lector en agitacion y confusion, se van superando estas dificultades y riesgos, se va allanando el camino por una preparacion propia de los incidentes, y desenredando el nudo de una manera natural y probable.

El éxito de la accion épica quieren los mas de los críticos que sea siempre feliz, porque un remate des-

dichado en un poema épico abate el ánimo y se opone á la elevacion de commociones que pertenecen á esta especie de poesia. El terror y la compasion son asuntos propios de la tragedia, y del poema épico la elevacion de ánimo y admiracion de lo heroico; y así, el éxito infeliz es mas propio de aquella que de este; no obstante, hay algunos poemas de mucho nombre que le tienen infeliz, como *La Farsalia*, de Lucano, en la ruina de la libertad romana, y *El Paraíso perdido*, de Milton, en la expulsion del hombre de este sitio feliz.

La introduccion de seres sobrenaturales, como ángeles buenos y malos, encantadores y nigrománticos, fué adoptada por los mas de los poetas épicos, antiguos y modernos, y en ella fundaban gran parte del interés del poema; es á lo que llamaron máquina, y en que pusieron particular esmero; pero, aunque absolutamente hoy no se prohíbe, parece menos á propósito para interesar en un tiempo en que ya no se creen semejantes patrañas ni aun por el infimo vulgo, y se puede suplir ventajosamente con la commocion de los afectos y vehemencia de las pasiones, en que se deberá poner el mayor conato.

#### POESIA DRAMÁTICA.

Poesía dramática es aquella en que, escondiéndose el poeta, habla solo en voz de aquellos personajes que introduce para representar una accion. Sus principales especies son la comedia y la tragedia, segun los incidentes de la vida humana sobre que estriba, ya ligeros y festivos, que constituyen la primera; ya graves y patéticos, que dan materia á la segunda. Pero, como los asuntos grandes y serios dominan mas la atencion que los pequeños y burlescos; como la caída de un héroe interesa mas al público que el casamiento de un particular, se ha mirado siempre la tragedia como composicion mas noble que la comedia; aquella estriba en las grandes pasiones, las virtudes, los crímenes y los trabajos de los hombres; esta, en sus extravagancias, locuras y caprichos. El terror y la compasion son los instrumentos principales de la primera; el ridículo es el único de la segunda; por tanto, trataremos primeramente y con mayor extension de la tragedia.

#### *Tragedia.*

La tragedia se puede definir una representacion de un hecho grande, acaecido á personas de alta esfera, que se dirige á purgar nuestras pasiones por medio de la compasion y el terror. De esta definicion se deduce que en la accion trágica han de intervenir necesariamente riesgos, desdichas y grandes mutaciones de fortuna, que aterren y muevan la compasion de los espectadores. Algunos pretenden que el éxito de esta accion haya de ser precisamente infeliz; pero los mas de los críticos llevan que no es absolutamente necesario, y que bastará que el héroe ó personaje principal se vea en grandes peligros y persecuciones, que commuevan fuertemente nuestros ánimos y nos interesen á favor de la virtud oprimida. Para esto se ve bien que este personaje se debe delinear con los rasgos mas brillantes de honradez, nobleza y virtud. Así se conseguirán todos los fines morales de la tragedia, interesándonos

á favor del virtuoso afligido, moviendo nuestra indignacion contra el autor de sus males, y por medio del interés que excita en nosotros la desgracia ajena, guiándonos á la precaucion de entregarnos á la violencia de las pasiones que deben producir los riesgos y desdichas en la tragedia.

Para conseguir estos fines el primer requisito es que el poeta escoja una historia poética é interesante, porque la naturalidad y la probabilidad son la base de la tragedia, y son en ella mucho mas esenciales que en la poesia épica. El objeto del poeta épico es excitar nuestra admiracion por la relacion de aventuras heroicas, y para esto no es necesario un grado tan alto de probabilidad; pero la tragedia pide una imitacion mas rigurosa de la vida y de las acciones de los hombres, porque el fin á que aspira, no tanto es elevar la imaginacion, cuanto commover el corazon, y este juzga siempre de lo que es probable con mas escrupulosidad que la imaginacion.

Por este principio se excluye de la tragedia toda máquina ó intervencion de seres sobrenaturales, aunque la usaron algunos dramáticos antiguos, que hoy destruirian la probabilidad, por las diferentes ideas que tenemos de aquellos seres.

Para aumentar esta probabilidad, tan necesaria para el buen éxito de la tragedia, será conveniente, aunque no absolutamente preciso, que el asunto no sea de invencion del poeta, sino que se tome de la historia verdadera y aun de los pasajes mas célebres y conocidos; pero en los incidentes tiene el poeta facultad de inventar á su arbitrio, con tal que nunca salga de la línea de lo verosímil.

Para mejor conservar la verosimilitud se ha fijado la regla de las tres unidades que debe haber en la accion trágica, es á saber: unidad de accion, unidad de lugar y unidad de tiempo. La unidad de accion es la principal de las tres, y mas importante en la tragedia que en todas las demás composiciones poéticas de que hemos tratado. Consiste en que haya solamente en la tragedia una accion principal; dividen esta los críticos en simple y complexa; esto es, en accion destituida de incidentes ó acciones subordinadas, y la que abraza otras muchas, pero dependientes siempre de ella. Aun en esta última se puede y debe conservar perfectamente la unidad, haciendo que cualquiera otra accion que se introduzca en el drama esté intimamente enlazada con la principal, y sea de suyo menos interesante que ella. La unidad de lugar requiere que jamás se mude la escena, sino que la accion continúe hasta el fin en el mismo lugar donde se supone que comenzó. La unidad de tiempo, tomada en rigor, requiere que el tiempo de la accion no sea mas largo que el de la representacion del drama, aunque Aristóteles parece que dió un poco mas de libertad al poeta, permitiendo que la accion comprendiese el tiempo de un día entero.

El objeto de estas dos últimas unidades es cargar lo menos que sea posible la imaginacion de los espectadores con circunstancias inverosímiles en la representacion del drama, y hacer que la imitacion se acerque mas á la realidad; pero la práctica moderna de suspender totalmente el espectáculo por un corto tiempo,



entre acto y acto, da algo mas campo á la imaginacion, haciendo menos necesaria la precision en que estaban los antiguos griegos, cuyos dramas carecian de la division de actos, de ceñirse al mismo lugar y tiempo; pues mientras queda interrumpida la representacion, se puede suponer que pasan algunas horas entre acto y acto, ó figurar se traslada del salon de un palacio á otro y de una parte de la ciudad á otra, y no parece que debe preferirse la observancia rigida de estas unidades á bellezas superiores de ejecucion y á la introduccion de situaciones mas patéticas, las cuales no pueden realizarse algunas veces sin traspasar estas reglas.

Pero no debe ser esta libertad sin límites, pues seria una cosa absurda, y cortaria toda la verosimilitud é ilusion de los espectadores, comenzar la representacion con un hecho acaecido en Madrid, y finalizarla con el mismo, concluido en Paris ó otro paraje distante, ó que la accion que se representa en tres ó cuatro horas comprenda el espacio de muchos meses ó años. La mayor extension que dan los criticos modernos á la unidad de tiempo es hasta el espacio de tres dias, y á la de lugar el recinto de una ciudad ó poblacion, con sus cercanías; pero se debe tener siempre presente que cuanto mas se acerque el poeta á la rigida observancia de estas unidades, tanta mayor perfeccion y verosimilitud dará á sus dramas, por acercarse mas de este modo lo fingido á lo verdadero, y ser mas completa la impresion que hará en los espectadores.

La division en actos se tiene hoy por arbitraria, pudiendo formarse el drama en cinco, en cuatro y hasta en un solo acto; pero se debe observar que á esta division de actos ha de corresponder la de accion, esto es, que cada acto debe terminar en una parte señalada de ella, dividiéndola para esto, cuando se forma el plan del drama, en aquellos pasajes mas notables, para arreglar á ellos el número de los actos.

Tampoco se da regla fija para el número de personajes ó interlocutores que deben entrar en una tragedia; solo, si, se puede decir que cuanto menor sea este, tanto mas fácil le será al poeta sostener el carácter de cada uno, en lo cual se debe poner muy particular esmero, y los espectadores podrán tambien mejor formar idea de ellos y conservar su conocimiento en todo el discurso del drama. Podrá ser bastante el número de seis interlocutores, y excesivo el que pasa de diez á doce cuando mas; pero siendo demasiado corto, hallará tambien el poeta dificultad en conservar la escena para que nunca llegue á verse enteramente vacía, lo que no debe suceder, por cortarse con esto el curso al sentimiento y algunas veces á la ilusion de los espectadores. En cuanto á las salidas y entradas de los interlocutores, se deberá observar que ninguno entre ni salga de la escena sin que lo exija la misma accion y enlace del drama. Si presenta el poeta en la representacion un personaje que no es necesario entonces, y le hace ausentarse sin necesidad, falta notoriamente á la propiedad y verosimilitud, que deben reinar siempre en las composiciones dramáticas.

Finalmente, se debe disponer la materia de forma, que el interés vaya siempre en aumento, exponiendo el

asunto del drama en el primer acto, formando y aumentando el enlace en los siguientes, y reservando para el último la solucion ó desenredo, que se deberá ir preparando para que sea mas natural; y en todos ellos se debe conservar aquella elevacion de estilo que exige lo grande de la materia, pero sin faltar á la naturalidad, tan necesaria para la conmocion de los afectos.

### *Comedia.*

La comedia conviene con la tragedia en estar sujeta á todas las reglas que dimos para la formacion de esta, y solo se diferencia en la materia y estilo que se le debe adaptar. Ya dijimos que la materia de la tragedia son los peligros, desdichas y mutaciones de fortuna de personajes célebres, proveniente todo de entregarse á la violencia de las pasiones; pero los asuntos de la comedia se deben tomar de acaecimientos ordinarios y entre gentes de menos alta clase. Así como el fin moral de la tragedia es purgar nuestras pasiones por medio de la compasion y el terror, el de la comedia es corregir nuestros vicios por el eficazísimo medio de verlos ridiculizados. La observancia de las tres unidades, y todo enanto puede contribuir á sostener la verosimilitud, es aun mas necesaria en la comedia que en la tragedia; porque, como los asuntos de aquella nos son mas familiares y están mas á nuestro alcance, nos serian por lo mismo mas reparables y enojosos los defectos en esta parte. Tiene tambien la tragedia mas libertad en los asuntos, no limitándose estos á tiempo ni país alguno; pero en la comedia será muy conveniente que el asunto se refiera al tiempo presente ó recién pasado, y al país propio ó cercano. La razon es, porque los sucesos y las pasiones que tienen lugar en la tragedia son comunes á todos los hombres y á todos los tiempos; pero los vicios que particularmente se deben castigar en la comedia son los que mas dominan en el país y en los tiempos presentes.

Puede dividirse la comedia en dos especies: comedia de carácter y comedia de enredo. En la primera se aspira principalmente á desenvolver algun carácter particular, siendo en ella la accion como subordinada á aquel; pero en la segunda la trama ó accion del drama es el objeto principal. De uno y otro género tenemos varias y muy ingeniosas, aunque las mas de ellas enormemente defectuosas en las unidades.

Para llevar la comedia á su perfeccion se deben mezclar con oportunidad las dos especies; sin alguna historia interesante y bien manejada, el diálogo y la conversacion se hacen inspidos. Debe haber siempre el enredo que sea suficiente para hacernos desear y temer alguna cosa. Los incidentes se deben suceder unos á otros, de forma que presenten situaciones apuradas y que lleven toda nuestra atencion, dando lugar al propio tiempo para mostrar los caracteres, que deben ser siempre el objeto principal del poeta cómico. El estilo de la comedia debe ser puro, elegante y animado, sin levantarse apenas del tono ordinario de una conversacion entre personas atentas, y sin descender jamás á expresiones vulgares, bajas y groseras. El verso que mas la compete es el octosílabo aconautado, por ser este el que mas se acerca á la prosa, que debiera ser el len-



guaje de la comedia, como propio de una conversacion familiar, sobre que por la mayor parte ella versa. Por esta razon se debe tener por importuno en la comedia el estilo demasiado adornado y culto, y la versificacion artificiosa de sonetos, décimas, quintillas, y otras, cuyo defecto se nota en nuestros dramáticos antiguos.

Há pocos años que apareció en el teatro francés una especie de comedia, que cultivaron despues con ventaja los ingleses y alemanes. Esta es la comedia tierna ó drama sentimental, de que tenemos un buen modelo en *El Delincuente honrado* (1), original, y en la traduccion de *La Misanthropia*. Esta especie de drama ó comedia tiene por principal objeto el promover los afectos de ternura y compasion, sin que deje de dar lugar

al desenvolvimiento de caractéres ridiculos, que fueron desde sus principios el fundamento de las composiciones cómicas. No es fácil decidir cuál especie es mas digna de imitacion; pues si la primera castiga los vicios y extravagancias de los hombres con el ridiculo, esta otra forma el corazon sobre los útiles sentimientos de humanidad y de benevolencia. Todas serán muy interesantes bien manejadas y dispuestas de forma, que induzcan el amor á la virtud, aunque se mire oprimida, y el horror al vicio, aunque parezca afortunado, que es el fin principal que se debe proponer todo poeta dramático, y aun los compositores en todos los demás géneros de poesia.

## TRATADO DE DECLAMACION.

La declamacion puede dividirse en dos partes principales, que son *pronunciacion* y *accion*; trataremos de cada una de ellas separadamente.

El que habla en público debe tener una pronunciacion clara y distinta; esto es, debe hablar despacio, distinguir los sonidos, sostener los finales, separar las palabras, las sílabas, y algunas veces las letras, que podrian confundirse ó producir, al encontrarse, algun mal sonido; pararse en los puntos, las comas, y donde quiera que lo pidan el sentido y la claridad. Es la pronunciacion respecto del discurso lo que la impresion respecto de la lectura; así como una obra hermosamente impresa, en buen papel, con todos los acentos y debidos espacios entre las palabras y entre los renglones, parece que adquiere un nuevo mérito y encanta la vista; del mismo modo se oye con indecible gusto una pronunciacion clara, que lleva las palabras al oído sin confusion y sin embarazo.

La pronunciacion debe ser tambien expedita, no precipitada. Tampoco se ha de alentar frecuentemente, para que no se corte el sentido de la oracion, ni seña de aguantar el aliento hasta que falte, porque es muy disonante el eco producido por el aliento que se acaba; por cuya razon, los que tienen que decir un periodo dilatado deben tomar el aliento de tal manera, que esto se haga por un instante, sin ruido y sin que se conozca. Con todo, bueno es ejercitar el aliento para que dure lo mas que sea posible, como hizo Demóstenes, que recitaba sin alentar los mas versos que podia subiendo cuestas, y solia perorar en su casa revolviendo piedrecillas con la lengua, para pronunciar las palabras con mas expedicion.

Pero la gracia principal de la pronunciacion consiste en la variedad, enyo vicio opuesto se llama *monotonía*, esto es, un solo tono y sonido de la voz. No conviene decirlo todo á gritos, lo cual es una locura; ó como en una conversacion, lo cual carece de efecto; ó en un bajo murmullo, lo que quitaria á la pronuncia-

cion toda la viveza; sino que se deben variar las inflexiones de la voz, segun lo pidiere, ó la dignidad de las palabras, ó la naturaleza de los conceptos, ó el remate y principio de los periodos, ó el tránsito de una cosa á otra. Sobre todo, atiéndase á no esforzar la voz mas de lo que se puede, porque la voz sofocada y despedida con esfuerzo es siempre oscura, y algunas veces violentada viene á dar en aquel tono que los griegos llamaban *clamos*, esto es, canto de gallina, tomado el nombre del canto de los pollos pequeños.

- La pronunciacion debe ser conveniente; es decir, que se ha de tomar un tono de voz proporcionado á lo que se dice. Siendo estos tonos infinitos en número, seria dificultoso señalar todas sus diferencias y dar reglas acerca de ellos; con todo, parece que se pueden reducir á tres especies: tono familiar, sostenido y medio.

El primero es de la conversacion: se compone de inflexiones suaves y sencillas; no es monótono ni muy desigual, y no tanto se aprende con reglas cuanto con la imitacion; pero es menester escoger un buen modelo, porque hay que distinguir el tono familiar de los hombres cultos del tono familiar de la gente ordinaria, y entre los primeros, unos tienen mas finura que otros. A este tono pertenecen las definiciones, reflexiones y relaciones; en una palabra, todo lo que es narracion.

El tono sostenido se emplea en la declamacion de discursos graves ó cuando se leen obras serias. La voz entonces es llena, las sílabas se pronuncian con cierta melodía parecida al canto y se varian las inflexiones con dignidad. Dicense con este tono las oraciones públicas y los trozos de poesia sublime.

El tono medio tiene mas aparato que el familiar y menos que el sostenido; se extiende su jurisdiccion á las recitaciones en verso y prosa, cuando no pertenecen al género sublime, y á las disertaciones literarias, romances y fábulas.

Despues de la pronunciacion no hay cosa mas importante que la accion. Con ella expresamos algunas

(1) Véase la nota de la pág. 152.

veces las cosas mejor que con las palabras, y de ella pende toda la gracia del que habla en público. Por esta razón solía Demóstenes ejercitarse en esta parte de la oratoria, mirándose en un espejo de cuerpo entero.

La cabeza es uno de los miembros principales en la acción, como lo es en el cuerpo, y contribuye, no solamente á dar gracia, sino también expresión. Lo que se requiere es, que esté siempre derecha y en una postura natural; porque baja denota humildad, demasiado levantada, arrogancia; inclinada á un lado, desfallecimiento, y muy tiesa, grosería.

En segundo lugar, debe tener unos movimientos proporcionados á la misma acción, de tal manera que acompañe las manos y se conforme al ademán. Esto deberá observarse siempre, menos cuando desaprobamos, negamos ó mostramos aversión á alguna cosa, de tal manera que parece que con el semblante detestamos y con las manos desechamos aquello mismo, como cuando decimos: *¡Oh dioses, apartad tumba peste!* Hay otros muchos modos con que la cabeza expresa los sentimientos del corazón, porque además de los movimientos que tiene para *afirmar, negar y asegurar*, los tiene también para mostrar *vergüenza, duda, admiración e indignación*, conocidos y sabidos de todos.

Mas no debe hacerse uso del movimiento solo de la cabeza; aun el moverla frecuentemente no deja de ser cosa viciosa, y moverla con demasiado ímpetu, sacudiendo los cabellos, es propio de un hombre que está furioso.

El semblante es el que mas dominio tiene en la acción. Con él nos mostramos suplicantes, con él amenazamos, con él somos benignos, tristes, alegres, soberbios y humildes. De él están como pendientes los hombres, á él es á quien miran, con él mostramos nuestro amor, por él entendemos muchísimas cosas, y algunas veces sirve por todas las palabras. Pero en el semblante hacen los ojos el papel principal, pues en ellos se pinta el alma, de manera que aun sin moverse, no solo se revisten de claridad con la alegría, sino que con la tristeza se cubren como de una nube. Además de esto, la naturaleza les dió las lágrimas por intérpretes del sentimiento ó del gozo.

Con el movimiento muestran conato ó indiferencia, soberbia, fiereza, dulzura ó aspereza; de cuyas formas se revestirá el que hable en público, segun el lance lo pidiere. alguna vez deberá fijar la vista en un objeto, ofenderse, ó manifestar desfallecimiento, asombro, alegría, viveza ó deleite, ó ponerla atravesada y, por decirlo así, amorosa, en ademán de hacer alguna súplica. Porque ¿quién, sino un hombre enteramente rudo é ignorante, tendrá los ojos cerrados ó fijos siempre en un objeto mientras habla?

Mucho hacen también las cejas, pues parece que ponen en otra disposición los ojos y gobiernan la frente. Con ellas se arruga, se baja ó se levanta; y como si la naturaleza hubiese querido que una misma cosa sirviese para muchos afectos, aquella sangre que sigue los movimientos del alma, movida por la vergüenza, hace cubrir el rostro de un color encendido, y cuando se retira por el miedo, queda todo el hombre exangüe,

frio y pálido; mas templada, produce un buen medio de serenidad.

Apenas puede decirse cuántos movimientos tienen los brazos; las demás partes del cuerpo acompañan al que habla, pero estas casi estoy por decir que hablan por sí mismas. ¿Por ventura no pedimos con ellas, no prometemos, llamamos, perdonamos, amenazamos, suplicamos, detestamos, tememos, preguntamos, negamos, y mostramos gozo, duda, confusión, tristeza, arrepentimiento, moderación, abundancia, número y tiempo? Ellas mismas ¿no incitan, no suplican, no aprueban, no se admiran, no se avergüenzan? Para mostrar los lugares y personas, ¿no hacen las veces de adverbios y pronombres, de tal manera que siendo tan grande la variedad de lenguas que hay entre todas las gentes y naciones, este parece ser un lenguaje común á todos los hombres?

Pero el aire de los brazos no se consigue sino con mucha aplicación, y por mas favorables que puedan ser nuestras disposiciones naturales, el punto de perfección depende del arte. Para que el movimiento de los brazos sea agradable se observará la siguiente regla: siempre que se levante el uno, es menester que la parte superior, quiero decir, la que se comprende de la espalda al codo, se separe del cuerpo la primera, y que esta arrastre las otras dos, que deben moverse sucesivamente y sin precipitación. De consiguiente, la mano deberá moverse la última, permaneciendo inclinada hasta tanto que la parte anterior del brazo haya llegado á la altura del codo; entonces la mano se mueve hácia arriba, mientras que el brazo continúa su movimiento para elevarse al punto en que debe permanecer.

Cuando se quiere bajar el brazo deberá la mano caer la primera, y las demás partes del cuerpo seguirán por su orden, atendiendo á que los brazos no estén tiesos, y se haga ver el pliegue del codo y del puño. Los dedos no deben estar extendidos: es necesario presentarlos con suavidad, y hacer que se conserve entre ellos la gradación natural, que es fácil observar en una mano medianamente doblada.

Igualmente es necesario no accionar con viveza, porque cuanto mas lenta y suave es la acción, es tanto mas agraciada.

Separándose de las expresadas reglas, y moviéndose, por ejemplo, primeramente la mano y la parte inferior del brazo, la acción es zurda; si el brazo se extiende con precipitación y con fuerza, la acción es dura. Cuando se acciona solamente con medio brazo y los codos se mantienen unidos al cuerpo, semejante postura es en extremo desairada. No obstante, los brazos no deben estar igualmente extendidos ni elevarse á la misma altura, porque es una regla bastante conocida que la mano no debe levantarse mas arriba del codo, ó á todo mas, de los ojos; pero cuando una violenta pasión arrebatada al que declama, puede olvidar todas las reglas, y en tal caso le será lícito accionar con viveza y levantar los brazos encima de la cabeza.

El movimiento de la mano comienza muy bien desde el lado izquierdo y remata en el derecho; la izquierda por sí sola jamás hace buen ademán; comunmente acompaña á la mano derecha, y se levanta algunas ve-



ces á la altura de la otra para la expresion de algunos afectos.

La postura del cuerpo debe ser recta; los piés iguales, ó el izquierdo muy poco trecho delante del otro; las rodillas derechas, pero no de manera que parezca se tienen estiradas; los hombros quietos, los brazos algo separados del cuerpo, y las manos en la disposicion que se dijo arriba.

#### SOBRE LA CONGRUENCIA EN LA PRONUNCIACION (1).

Peca contra la congruencia:

Primero. El que, hablando á un superior ú orando, no da á sus palabras el tono de respeto ó veneracion que debe.

Segundo. El que, predicando en el templo, exhortando á un concurso, perorando en un consejo, no proporciona su pronunciacion al lugar y auditorio.

Tercero. Lo mismo el que pronuncia discursos piadosos con irreverencia ó descorapostura, graves con ligereza, jocosos con gravedad, alegres con chocarrería.

Cuarto. El que habla con descaro á sus mayores, con altanería á sus iguales, con menosprecio á sus inferiores; pues tal es el efecto de la pronunciacion, que muchas veces se ofende mas con el tono que con las palabras.

Quinto. Y en fin, casi siempre que se peca contra el sentimiento, se peca también contra la congruencia. Así que, para evitar equivocaciones, debe notarse que la diferencia que hay entre estas dos propiedades es, que la congruencia mira principalmente al tono general de la pronunciacion, y el sentimiento á la modulacion particular de cada expresion, aunque sin perder de vista el tono general.

Este tono en la congruencia dice relacion al sentido; pero el sentimiento de la pronunciacion al afecto del ánimo ó al sentimiento mismo.

Para que se comprenda mejor esta diferencia debe advertirse:

Primero. Que nosotros podemos muy bien enunciar con palabras las ideas de raciocinio, mas no las de sentimiento.

Segundo. Que para estas no tenemos signos bastante congruentes.

Tercero. Que aunque en las lenguas hay palabras ó signos sentimentales, por ejemplo, las interjecciones, ni aun estas lo son por sí solas, independientemente de la pronunciacion.

Cuarto. Que solo podemos enunciar bien nuestros sentimientos cuando á las palabras que los representan, sean las que fueren, acompañamos la modulacion que corresponde á cada uno en particular.

Quinto. Que siendo tantos y tan varios los que pueden afectar nuestra alma, la pronunciacion no será congruentemente sentida sino en cuanto se acomode, multiplicando y variando y uniendo sus modulaciones, al número y variedad de nuestros sentimientos.

Sexto. Y en fin, que siendo cada sentimiento particular, por ejemplo, de horror, de sorpresa, de lástima, de gozo, capaz de tantos grados de fuerza, dentro de su misma naturaleza, no bastará para la completa expresion del sentimiento que la modulacion sea general correspondiendo á su naturaleza, sino que deberá también acomodarse á su grado.

Peca contra la armonía el que peca en las demás calidades de la pronunciacion, porque el que no exprese clara y ordenadamente sus palabras ó no señale con las pausas convenientes su distincion y la de las frases y períodos; el que no acomode su tono y modulacion á los objetos y sentimientos de su discurso, claro es que no será armonioso en su pronunciacion, pero tampoco lo será el que por defecto natural ó vicio adquirido (que es lo mas comun) pronuncia con voz oscura, ó cascareña, ó desentonada; el que da á las palabras sonidos ásperos, confusos ó desagradables; el que chilla, ó ladra, ó canta en vez de hablar; esto es, cuyo tono ó modulaciones son ya agudos, ya bajos, ya ásperos en demasía ó ya demasiado afectados en la expresion; el que cae en monotonía, esto es, en uniformidad de tono, pronunciando todo cuanto dice con un mismo sonido, ó que, por el contrario, varia sin razon ni objeto sus sonidos, ó pronunciando, como se suele decir, sin ton ni son; finalmente, el que pronuncia sus discursos sin cadencia, esto es, sin elevacion ó depresion de la voz, ó tiene esta cadencia fuera de los puntos en que la requieren las frases ó períodos, ó las emplea en mas alto grado, ó bajo, del que ellas requieren.

Para confirmar estos principios de pronunciacion con ejemplos es indispensable la viva voz. Con todo, citaremos dos escritos para mayor ilustracion. El primero será en prosa, á saber, las arengas pronunciadas en Tlascala antes de su conquista por los españoles, tomadas de Solís. El segundo la *Profecía del Tajo*, de fray Luis de Leon. De uno y otro hablaré según la ocasion.

En cuanto á la claridad, las reglas dadas no han menester explicacion, ni se puede dar sino á la voz. Solo noto que, debiendo ser la pronunciacion de Xicoteneal mas animada, pide ya un sonido mas fuerte, ya unas pausas menos detenidas y marcadas que la de Magiscacín; y tambien que en la primera estancia de la *Profecía del Tajo*, en que habla el poeta, se debe pronunciar con menos fuerza que las otras, en que habla el río, y que la pausa entre ella y las demás debe ser mas larga y marcada.

En las arengas se debe considerar: primero, la dignidad de los que hablan como senadores; segundo, de los que oyen, el senado ó consejo soberano de la república; tercero, el asunto, la deliberacion, la paz y la guerra con un ejército de fuerza y poder desconocido; cuarto, el estado, esto es, la division de pareceres en el Senado, y la necesidad de tomar un partido para responder á los embajadores. Estas consideraciones son comunes á uno y otro interlocutor, y piden de entrambos: primero, gravedad circunspecta y respetuosa al cuerpo que oye; segundo, vigor para esforzar las razones y persuadir y convencer con ellas; tercero, ca-

(1) Lo que sigue es un trozo perteneciente á la última parte de otro tratado que escribió el autor en Belver; el resto se ha perdido, y por eso, imitando á otros editores ó colectores de las obras de JOVELLANOS, le colocamos en este lugar.



lor y vehemencia de pronunciaci3n para expresar el amor á la patria, que las dicta y anima, y el temor de las consecuencias del contrario dictámen; cuarto, confianza en la fuerza y peso de las razones en que se funda cada uno.

Pero el carácter personal de los que hablan modifica variamente estas consideraciones.

Magiscacín era anciano, lleno de madurez y experiencia, amante de la paz por raz3n y del reposo por su edad; su patriotismo era mas desinteresado, y todo esto le daba una gran consideraci3n en todo el Senado y mayor confianza en su opini3n. Por el contrario, Nicotencal, mozo de profesi3n militar, general de las tropas y acreditado en la guerra, tenia de una parte inclinaci3n preferente á ella, y de otra mas confianza en las armas; la ambici3n tomaba en él la máscara del patriotismo. Conocia la consideraci3n de Magiscacín, pero la sentia al mismo paso que la desdenaba; y para quitársela y destruir el peso de ella, queria pintar su prudencia como hija del miedo y la cobardía, y su inclinaci3n como efecto de la vejez y amor al reposo. Si pues las razones que dimos antes presentaban á entrambos unos mismos puntos de congruencia, las que acabamos de indicar presentan otros particulares á cada uno de estos interlocutores, como prueban sus mismos discursos.

Así que, el tono de Magiscacín será firme y circunspecto, porque solo quiere llamar la atenci3n del Senado á sus razones, y no á su persona, y no trata de deslucir el dictámen ajeno, sino de establecer el propuesto. Pero el de Nicotencal debe ser vehemente y orgulloso, porque quiere superar á Magiscacín y llamar la atenci3n del Senado á sí solo. Magiscacín empezará con gran reposo y sin prelude, recordando la tradici3n en que se funda, hasta las palabras «no puedo negaros»; en ellas habla con mas énfasis, porque aplica el vaticinio á los españoles, y confirma esta aplicaci3n con los recientes portentos; hasta «pues ¿quién habrá», donde su expresi3n empieza á ser mas sentimental y acalorada; témplase en las palabras «pero yo», donde, prescindiendo del vaticinio, se funda solo en razones de probidad y política; pero entrando en las palabras «sobre que injuria», toma nuevo calor, cuyo sentimiento y expresi3n van creciendo gradualmente hasta «mi sentir es», donde concluye su dictámen con firme é imparcial seguridad.

Pero Nicotencal, desde su exordio, que acaba en las palabras «verdad es», trata de desviar la atenci3n del Senado de Magiscacín y de menguar su autoridad. Debe, pues, empezar con cierta templanza, pero orgullosa, y cuando dice que venera el dictámen de Magiscacín, debe manifestar mas desden que respeto. Sigue templado en las palabras citadas, concediendo como de gracia la certeza del vaticinio, pero con cierto énfasis, que indica sus dudas acerca de él. Luego toma calor su expresi3n desde «pero dejadme», donde reprueba la aplicaci3n que hizo Magiscacín á los españoles. Continúa creciendo su calor, y muestra menosprecio de estos enemigos y de los que los temen, hasta «esto se pondera»; desde aquí mas fuerza de calor y altanería; mas aun desde «estos nuestros», donde hay

una mezcla de horror, encono y envidia hácia el enemigo, variados y graduados segun los males de que los acusa. En todo aspira á llamar hácia su persona toda la consideraci3n. Por fin, interpreta las últimas señales del cielo en favor de su intento, menosprecia la intercesi3n de los zempoales, y concluye lleno de arrogante confianza en favor de la guerra que desea.

### *Profecía del Tajo.*

Crelan los gentiles que en los rios y fuentes habitan genios, y los poetas, fingiéndolo mismo, los personificaban y hacían hablar. Así, fray Luis hace al Tajo, río principal de España por su caudal y porque baña la ciudad de Toledo, antigua corte de los godos, profetizar á su rey don Rodrigo la irrupci3n sarracénica. Un río pues que es una especie de semidios, anunciando en tono profético al soberano de una gran naci3n los males y la ruina que la amenaza, debe tomar en su expresi3n el último grado de vehemencia, aunque graduándola segun la serie de los pensamientos. Esta vehemencia crece por el estado del Rey, que, siendo á quien principalmente incumbe la defensa de la naci3n, en vez de atender á ella, está descuidado y entretenido en amores ilícitos. A esto se agrega que en poesia la expresi3n debe ser mas fuerte y marcada que en la prosa, y todas las calidades de la pronunciaci3n mas cuidadosamente distinguidas. De estos principios se inferirá el tono de congruencia general con que se debe pronunciar toda oda.

El poeta expone en la 1.ª estancia el objeto y la escena de la profecía; en la 2.ª rompe súbitamente el río por una amarga imprecaci3n al Monarca; en la 3.ª deplora tristemente los males que amenazan á su patria; declara en la 4.ª y en la 5.ª la grande extensi3n de país á que se extenderán; en la 6.ª declara con vehemencia los aparatos de la guerra que le viene encima, y su progreso y cercanía en las siguientes hasta la 12, siempre graduando la vehemencia de la expresi3n conforme á ellos. El ¡ay triste! con que rompe la 12, y la reconciliaci3n que hace el río al Monarca, debe expresarse en tono profundamente lastimoso y desconsolado; pero en la 13 pone al río en todo su calor y priesa para mover al Rey. Al fin, en la 14, 15 y 16 desesperado de todo remedio, lamenta en tono muy doloroso y abatido los horrores de la guerra, derrota del ejército y ruina de la patria.

### *Gesto.*

El gesto acompaña, ayuda y completa la pronunciaci3n. Consta de dos partes: una á quien conviene mas particularmente este nombre, y es el aire ó aspecto que sucesivamente va tomando nuestro semblante al paso que pronunciamos; y otra, á que se da el nombre de acci3n, y es el movimiento con que nuestro cuerpo, y particularmente nuestra cabeza y brazos, acompañan nuestras palabras.

Para conocer cuánto es el poder del gesto, reflexiónese que la experiencia enseña que nuestro rostro, aun sin hablar, puede manifestar atenci3n, aprobaci3n ó desaprobaci3n, duda, recelo, temor, complacencia, gravedad, respeto, desden, desprecio, inclinaci3n,

amor, despego, odio, aborrecimiento, horror, templanza, moderacion ó alteracion, sobresalto, ira, furor, despecho, contento, alegría, gozo extremado, seriedad, tristeza, melancolía, etc.; en suma, no solo todos los sentimientos que se pueden expresar con palabras, sino tambien algunos para cuya expresion no hay palabras en ninguna lengua conocida.

Para determinar mas la expresion de estos sentimientos los dividiremos en tres clases: 1.<sup>a</sup> disposiciones, 2.<sup>a</sup> afecciones, 3.<sup>a</sup> pasiones del ánimo. La prime-

ra indicará el estado tranquilo de nuestra alma, aunque modificado por su disposicion actual, como sério, grave, circunspecto, plácido, sereno, satisfecho, afable, agradable, etc. La segunda los movimientos mas vivos del ánimo, conmovido por alguna afeccion, como de gozo ó dolor, orgullo, recelo, admiracion, repugnancia, aversion, etc. La tercera los movimientos mas impetuosos del ánimo, poseído ó arrebatado por alguna passion, como de odio, horror, furor, sorpresa, profunda tristeza, extrema alegría, etc.

## TRATADO DEL ANÁLISIS DEL DISCURSO,

CONSIDERADO LÓGICA Y GRADUALMENTE.

. . . . . *Cui lecta potenter erit res,  
Nec facundia deseret hunc, neque lucidus ordo.*

ANALIZAR una cosa es dividirla en todas las partes de que se compone, para observar cada una separadamente, y volver despues á unir las, para observar su conjunto. Hecho este análisis se conoce una cosa cuanto cabe en el entendimiento humano.

Así, si queremos conocer el mecanismo de un reloj, le dividiremos en todas sus partes, poniéndolas unas junto á otras. Examinaremos su forma y su destino, cómo obran unas sobre otras, y cómo desde el primer muelle pasa el movimiento de rueda en rueda hasta la aguja que señala las horas.

Luego tambien para analizar el discurso observaremos el oficio y la significacion de cada palabra, sus relaciones unas con otras, cómo de su enlace se forman los pensamientos, y cómo estos, reducidos á cierto orden, componen el discurso.

De ahí se ve que el discurso no es mas que una série de pensamientos expresados con palabras. Luego, haciendo el análisis del discurso, se hace al mismo tiempo el del pensamiento. Aun podemos decir que el análisis del pensamiento se halla hecho en el discurso, porque las palabras nos representan las ideas que percibimos por la sensacion ó por la reflexion. Las relaciones de las palabras son las de nuestras ideas. En la union de las palabras vemos claramente las comparaciones, los juicios y los raciocinios que forma nuestro entendimiento. Todas estas cosas están separadas y puestas en orden en el discurso; nos podremos detener en cada una para observarla con cuidado, y ver despues cómo se unen entre sí para formar el pensamiento.

Este método, pues, nos ha de enseñar cómo formamos y cómo expresamos nuestros pensamientos. Por él adquirirá nuestro entendimiento aquella rectitud necesaria

para hallar la verdad en las ciencias, y la precision, que se dirige á facilitar tan precioso hallazgo. Conocida la generacion de las ideas, y por consiguiente, la de las palabras, no tropezaremos en ninguna que pueda causar confusion; rectificaremos las ideas falsas que hemos contraído por el hábito, y distribuiremos todos nuestros conocimientos en un orden tan claro, que podremos desde el último subir progresivamente hasta el primero, y desde este bajar hasta el último.

El análisis es el único método que tenemos para aprender y saber bien las ciencias, porque es aquel con que ellas se formaron. Las matemáticas, v. g., infunden al entendimiento tanta claridad y conviccion, porque sus proposiciones se derivan unas de otras; y así, no es posible convencerse de una de ellas antes de haberse convencido de aquella en que se funda su demostracion.

Del mismo modo, sin el análisis nunca podremos conocer el arte de pensar y el de hablar, que se reducen á lo mismo. Una cosa es pensar y hablar, y otra pensar y hablar bien. Todos los hombres piensan y hablan, porque sus necesidades les precisan á esto desde la infancia. Mas ¿qué diferencia reina entre ellos en este punto!

Dejemos aparte aquella clase de hombres que viven en la mas baja esfera de la sociedad, pues estos, no con sus luces, sino con su trabajo, contribuyen al bien comun; por lo que el corto número de sus ideas se contrae únicamente á sus oficios respectivos y á los objetos que diariamente se presentan á su vista. Solo contemplemos los que recibieron una educacion, sea la que fuere, y veremos desde luego que la mayor parte de ellos puede dar razon de lo que ha aprendido. ¿Quién duda que explicarán bien sus ideas si estuviesen coloca-



das en su entendimiento en un orden claro? Pues en este caso solo tendrian que dar á las palabras el mismo orden que tienen sus ideas.

Al contrario, estando sus ideas envueltas en la mayor confusion, ¿quién se admirará de que la misma confusion reúne en las palabras?

A lo mismo se debe atribuir la facilidad con que olvidan lo sabido ya. No habiendo orden, no están sus conocimientos enlazados unos con otros. Por consiguiente, cuando perciben una idea no pueden representarse todas aquellas con quienes tiene relacion; así como estando separadas varias bolas de marfil, el impulso dado á una de ellas no comunicará movimiento alguno á las demás; pero estando unas unidas con otras, bastará dar impulso á una para que todas reciban movimiento.

Apuremos mas nuestras observaciones, aplicándolas á aquella porcion de hombres que llamamos de instruccion. Muchos de ellos, dotados de ingenio, por la falta de método no logran la extension de luces á que podian aspirar. Por mas que lean los mejores modelos y traten con los mas eruditos, reina siempre en su entendimiento un caos, que no pueden disipar. De ahí se ven en sus producciones los pensamientos mas sólidos junto á los mas ridiculos, y la verdad mezclada con el error. Algunos tienen el don de hablar con facilidad, mas sus discursos son por lo regular fútiles y vacios de sentido. Su facundia les ofrece muchas palabras y su imaginacion muchas ideas placenteras con que quieren encubrir esta falta; pero este afeite no puede engañar á la razon, y solo fascina los ojos de la ignorancia.

Si volvemos ahora la vista hácia aquellos que, siempre claros en sus pensamientos, lo son tambien en sus expresiones; que esparcen la misma claridad en todas las materias que tratan; que juzgan con solidez y eligen con buen gusto; cuya conversacion agrada tanto, porque siempre es sencilla, amena y del alcance de todos; estos diremos que piensan bien, porque estudiaron como se piensa bien; estos hablan bien, porque hablan del mismo modo que piensan.

Por último, si en cualquiera ciencia ó arte, el que estudia por principios lleva tanta ventaja al que solo sabe por la práctica; si un arquitecto es superior á un albañil, un pintor á un enbarrador, y un piloto á un práctico, lo mismo en el arte de expresar nuestros pensamientos, el mas perfecto será el que conozca mejor sus principios.

Ya conocemos la importancia de este arte; estudiemos sus principios, que llegarán á nuestro conocimiento por medio del análisis del discurso.

#### PRINCIPIOS DEL ANÁLISIS.

El discurso es una série de pensamientos expresados con palabras. Luego todas las veces que hablamos ó escribimos con alguna extension formamos un discurso.

Puesto que un discurso consta de varios pensamientos, para analizarle será preciso considerar aparte cada pensamiento, y despues considerar cómo se enlazan unos con otros.

Pero un pensamiento tiene varias partes, que están desenvueltas en lo escrito. Para conocerlas no hay mas que tomar un pensamiento en cualquier obra, y observarle con cuidado. Sea, por ejemplo, el trozo siguiente, sacado del discurso de don Ventura Rodríguez por don Gaspar de Jovellanos. Trátase en él de la ereccion del nuevo templo de Covadonga.

*A vista de una de aquellas grandes escenas en que la naturaleza ostenta toda su majestad, Rodriguez se inflama con el deseo de gloria, y se prepara á luchar con la naturaleza misma. ¿Cuántos estorbos, cuántas y cuán árduas dificultades no tuvo que vencer en esta lucha! Una montaña, que escondiendo su cima entre las nubes, embarga con su horridez y su altura la vista del asombrado espectador: un rio caudaloso, que taladrando el ciaviento, brota de repente al pié del mismo monte: dos brazos de su falda, que se avanzan á ceñir el rio, formando una profunda y estrechisima garganta: horrendos peñascos suspendidos sobre la cumbre, que anuancian el progreso de su descomposicion: sudaderos y manantiales perennes, indicios del abismo de aguas cobijado en su centro; árboles robustísimos, que le minan poderosamente con sus raíces: ruinas, cavernas, precipicios... ¿qué imaginacion no desmayaria á vista de tan insuperables obstáculos?*

*Mas la de Rodriguez no desmaya; antes su genio, empeñado de una parte por los estorbos, y de otra mas y mas aguijado por el deseo de gloria, se muestra superior á sí mismo y hace un alto esfuerzo para vencer todos los obstáculos. Retira primero el monte, usurpando á una y otra falda todo el terreno necesario para su invencion; levanta en él una ancha y majestuosa plaza, accesible por medio de bellas y cómodas escalinatas, y en su centro esconde un puente, que da paso al caudaloso rio y sujeta sus márgenes; coloca sobre esta plaza un robusto panteon cuadrado, con graciosa portada, y en su interior consagra el primero y mas digno monumento á la memoria del gran Pelayo; y elevado por estos dos cuerpos á una considerable altura, alza sobre ella el majestuoso templo de forma rotunda, con gracioso vestibulo, y cúpula apoyada sobre columnas aisladas; le enriquece con un bellissimo tabernáculo, y le adorna con toda la gala del mas rico y elegante de los órdenes griegos.*

*¡Oh, qué maravilloso contraste no ofrecerá á la vista tan bello y magnifico objeto en medio de una escena tan hórrida y extraña! Dia vendrá en que estos prodigios del arte y de la naturaleza atraigan de nuevo allí la admiracion de los pueblos, y en que disfrazada en devocion la curiosidad, rescuite el muerto gusto de las antiguas peregrinaciones, y engendre una nueva especie de supersticion, menos contraria á la ilustracion de nuestros venideros.*

#### NÚMERO 1.º

##### Partes de un pensamiento.

Todo este trozo se reduce á un solo pensamiento. Rodriguez hizo un magnifico edificio en Covadonga;



mas el autor le desenvuelve con claridad, precision y elegancia (1).

Primero le divide en tres partes principales, señaladas con tres párrafos distintos. En el primero presenta los obstáculos que Rodríguez tuvo que vencer, en el segundo todo lo que hizo para vencerlos, y en el tercero la admiracion que causa tan magnífica obra. Estas tres partes, distintas en lo escrito, se presentaban al mismo tiempo al entendimiento del autor. No pudo separarlas sin desenlazar su pensamiento, ni expresarlas con primor sin analizar con exactitud y perfeccion.

Luego que el autor descubrió en su pensamiento tres partes principales, trató de desenvolver cada una separadamente. Cada una de estas tres partes se hizo, pues, como un nuevo pensamiento, cuyas nuevas partes fué preciso señalar. En efecto, las vemos señaladas en el primer párrafo, ora con un punto, ora con dos, ó coma, ó con punto y coma.

Estas palabras, v. g., «Rodríguez se inflama con el deseo de gloria, y se prepara á luchar con la naturaleza misma,» se terminan con un punto porque presentan un sentido completo. Todas las demás partes de este párrafo se terminan con dos puntos, porque el sentido se halla suspenso de una á otra, y así todas concurren á desenvolver la primera, cuyo desenvolvimiento acaba con el párrafo. En cada parte vemos una coma, última subdivision del pensamiento, que sirve para separar una idea de otra.

Lo mismo podemos observar en los dos párrafos siguientes. Como quiera, ocurre en ellos una nueva division, señalada con punto y coma. Esta tiene casi el mismo oficio que los dos puntos, pues si en algunos casos el punto y coma no señala una relacion tan próxima entre lo que se dijo y lo que se va á decir como la que señalan los dos puntos, siempre se puede asegurar que uno y otro se confunden las mas de las veces, y que ambos son partes que desenvuelven un pensamiento.

#### NÚMERO 2.º

##### *Naturaleza de estas partes.*

Hemos visto el pensamiento dividido en varias partes; consideremos ahora cada parte separadamente.

Para esto hemos de advertir que un pensamiento se compone de uno ó mas juicios, porque cuando pensamos no hacemos sino juzgar de dos ó mas cosas, y cuando expresamos con palabras estos juicios de nuestra alma formamos lo que se llama proposicion.

Ahora bien, volvamos á nuestro asunto, y veremos en el trozo precedente tres especies de proposiciones. En la primera parte del primer párrafo, «Rodríguez se

inflama...» hallamos una proposicion, llamada principal, porque la que precede y las que siguen se refieren á ella, y no hacen mas que desenvolverla. Su carácter consiste en que presenta por sí sola un sentido completo. Llamamos subordinada la que está antes, «A vista de una...» porque no forma sentido alguno, sino en cuanto se une á la proposicion principal. Puede estar antes ó despues de ella, sin que por eso pierda su carácter.

Se observa la última especie de proposicion en estas palabras: «una montaña, que embarga la vista del espectador.» *Que embarga* no es proposicion principal, tampoco es subordinada; determina solamente la palabra *montaña*, señalando la calidad que tiene de embargar la vista, por lo que se le da el nombre de incidente.

En la primera parte del último párrafo vemos una proposicion principal que carece de miembros. Esta tiene el nombre de frase ó de oracion.

En el primero y segundo párrafo varias proposiciones desenvuelven la proposicion principal; se da el nombre de período á su conjunto, y á cada una el de miembro del período.

#### NÚMERO 3.º

##### *Análisis de la proposicion.*

Se asentó arriba que una proposicion es la expresion de dos ó mas juicios; luego para conocer qué cosa es proposicion, debemos considerar antes en qué consiste el juicio.

Esta es una operacion de nuestra alma. Para comprender mejor cómo se hace, toinémosla desde su principio.

Sabemos ya que todas nuestras ideas proceden de la sensacion ó de la reflexion; de la sensacion cuando las percibimos por medio de los sentidos, y de la reflexion cuando el alma se pára á considerar sus propias operaciones.

Supongamos ahora que el alma recibe por la sensacion dos ideas. ¡En este caso su primera operacion es la atencion; esto es, atiende á ellas. No podría el alma atender é ellas si no fuesen presentadas por los sentidos; mas pueden los sentidos presentárselas, sin que por eso les dé siempre el alma su atencion, como sucede cuando miramos una cosa y pensamos en otra.

Despues de la atencion el alma pasa á la comparacion; esto es, compara una idea con otra. Si despues de compararlas percibe entre ellas semejanza ó diferencia, esta percepcion es un juicio de nuestra alma.

Luego el juicio procede de la comparacion de dos ideas; la comparacion es la atencion dada á cada una de estas dos ideas, y se debe la atencion á la direccion de nuestros sentidos á un objeto particular.

Estas tres operaciones son simultáneas en nuestra alma, como lo podemos conocer por nuestra propia experiencia. Siempre que hablamos formamos uno ó muchos juicios, sin advertir que nuestra alma atiende ó compara para formarlos. Obrando las tres al mismo tiempo, nuestra alma percibe por ellas al mismo instante una relacion de semejanza ó de diferencia, que constituye el juicio.

(1) No disculpamos á JOVELLANOS de haber incurrido en la flaqueza de elogiarse; pero bueno será tener presente que no compuso este tratado para el público, sino para el uso exclusivo de los alumnos del instituto. También elogia, y sin duda por el mismo motivo, su *Delincuente honrado* al hablar de la comedia en el *Curso de humanidades castellanas*. Todos los hombres tienen flaquezas, y rasgos de candorosa sencillez tiene muchos don Gaspar; en el seno de la propia familia se explican naturalmente, y él consideraba como hijos suyos á los alumnos del instituto asuriano.

Mas si queremos expresar este juicio con palabras, tendríamos que separar estas operaciones. Así, representáremos por medio de dos palabras las dos ideas de que consta necesariamente cada juicio; y hecha la comparacion, representáremos por medio de una tercera palabra la relacion de semejanza ó de diferencia que se advierte en las dos primeras. De ahí se ve cómo las operaciones de nuestra alma se analizan con palabras, ó lo que es lo mismo, con el discurso.

Si el juicio expresado con palabras constituye la proposicion, este juicio *Rodriguez es arquitecto* se llamará proposicion, y halláremos en ella el análisis de las operaciones que hizo nuestra alma para formar este juicio.

Luego toda proposicion consta de tres palabras. La primera se llama sugeto, la segunda atributo; ambos son seguidos de dos ideas que hemos comparado; y la tercera, que es signo de la operacion de nuestra alma, se llama verbo.

Las proposiciones son simples ó compuestas; simples cuando constan de tres palabras ó de dos, porque en este caso el verbo y el atributo se confunden en una misma palabra. Así, *yo hablo* es una proposicion simple, que equivale á *yo estoy hablando*.

Llábase proposicion compuesta la que contiene en compendio varios juicios, como la siguiente: «Rodriguez tiene ingenio, osadía, talento.» Es claro que en esta proposicion hay tantos juicios cuantos atributos. Es lo mismo que decir: «Rodriguez tiene ingenio... Rodriguez tiene osadía... Rodriguez tiene talento.»

Tambien puede una proposicion ser compuesta respecto del sugeto, como se advierte en esta: «Rodriguez, dotado de un alma sublime, superior á todos los obstáculos, formado por los mejores modelos, tiene ingenio, osadía, talento.» *Dotado, superior y formado* son otros tantos atributos que se refieren á *Rodriguez* por medio del verbo que se suple en cada uno de ellos.

Por último, los varios miembros de que se compone un período son otros tantos juicios, que se refieren al sugeto ó al atributo de una proposicion principal, como lo podemos ver en el primero y segundo párrafo del trozo mencionado.

Se infiere de esta doctrina que un juicio es simple, y que una proposicion es compuesta cuando encierra en sí varios juicios.

#### NÚMERO 4.º

##### *Análisis de los términos de una proposicion.*

El sugeto, el verbo y el atributo, que tambien suelen llamarse términos de una proposicion, tienen sus oficios respectivos. El sugeto representa la cosa de que se habla, el atributo la calidad que se juzga que tiene, y el verbo refiere la calidad al sugeto.

Primero. El sugeto representa la idea de una cosa que existe ó la idea de una cosa que miramos como existente: En el primer caso se contrae únicamente á la cosa que representa, distinguiéndola de cualquier otro

individuo, por lo que se llama nombre propio, como *Madrid, Tajo*. En el segundo comprende en su significacion una clase de muchos individuos, como *hombre, caballo*, y se llama nombre general.

Luego el nombre propio expresa la idea que tenemos de un individuo, y el nombre general una clase de muchos individuos.

La idea de un individuo es una idea de sensacion, pues no la tendríamos si los sentidos no presentasen este individuo á nuestra alma, y los sentidos no le presentarían sino existiese verdaderamente. Al contrario, la idea que tenemos de una clase es una idea de reflexion, pues los sentidos no presentan esta clase á nuestra alma, sino que la formó ella de por sí, por medio de varias expresiones; luego el nombre general no representa una cosa que existe verdaderamente.

Consideremos ahora las operaciones que hizo el alma para lograr la idea de una clase. Los sentidos le presentaron sucesivamente varios individuos, á quienes dió su atencion, primera operacion; comparó estos individuos unos con otros, segunda operacion; juzgó que tenían varias calidades comunes, tercera operacion; dió al alma la idea de un conjunto de calidades comunes de muchos individuos, cuyo conjunto se representa por la palabra *clase*, ó lo que es lo mismo, por la de *nombre general*.

Así como hemos formado varias clases de individuos que existen, formaríamos tambien varias clases de las calidades que percibimos en los individuos. Tales son las clases representadas por las palabras *blancura, olor, virtud*.

Se infiere de estos principios que el sugeto de una proposicion representa indistintamente un nombre propio ó un nombre general, cuyos nombres se reducen comunmente al de sustantivo.

El atributo representa un nombre general, como en la proposicion «Rodriguez es arquitecto», ó un adjetivo, como en esta, «Rodriguez es ingenioso.» Consideremos ahora el carácter de esta última palabra.

El adjetivo determina siempre el sustantivo, y se podria llamar incidente, pues hace el mismo oficio que la proposicion de este nombre. En *hombre ilustre*, la palabra *hombre* representa la idea de un nombre general, y la palabra *ilustre* determina esta idea, haciéndola considerar con la relacion de *ilustre*. En *vuestro padre*, la palabra *vuestro* determina la idea *padre*, pues señala la relacion que tiene con vosotros. En *este libro*, la palabra *este* determina la idea de *libro*, porque manifiesta la relacion que tiene con lo que indica. Y generalmente todo adjetivo añade á la idea principal otra idea, que por esta razon se llama adjetiva.

Estas tres relaciones suponen tres juicios de nuestra alma. No conoceríamos, v. g., la relacion que existe entre *hombre* y *ilustre*, sin haber comparado estas dos ideas. Luego cuando decimos *hombre ilustre* significamos que la idea de *hombre* conviene con la de *ilustre*, ó lo que es lo mismo, que la primera tiene relacion con la segunda. Conforme á esto, *hombre ilustre* es lo mismo que *hombre que es ilustre; vuestro padre,*



lo mismo que *padre que es vuestro; este libro*, lo mismo que *libro que es este*. Donde se ve claramente que los adjetivos tienen el mismo oficio que las proposiciones incidentes; esto es, el de determinar los sustantivos.

Los sustantivos con preposicion tienen tambien el mismo oficio que los adjetivos y las proposiciones incidentes. *Hombre de ingenio* es lo mismo que *hombre ingenioso*, ó lo mismo que *hombre que es ingenioso*. Sentaremos pues por principio general que las proposiciones incidentes, los adjetivos y los sustantivos con preposicion se identifican, y que todos ellos determinan los sustantivos.

#### NÚMERO 5.º

##### *Análisis del verbo.*

El verbo, segun hemos dicho, juzga de la relacion de semejanza ó de diferencia que existe entre el sugeto y el atributo; de donde se podría inferir que no hay mas que un verbo en el lenguaje. Mas los hombres procuraron reducir la expresion de sus pensamientos á un corto número de palabras, por cuya razon impulsieron á una sola palabra la significacion de varias relaciones, que deberian expresarse con distintas palabras.

Así unieron la idea del verbo *estar* con la idea de un adjetivo, expresando las dos con una sola palabra, cual es *vivir*, *amar*, *estudiar*, en lugar de *estar viviendo*, *estar amando*, *estar estudiando*; y estos compuestos se llamaron tambien verbos.

Además de esto, imaginaron varias terminaciones del verbo, para expresar con ellas varias relaciones: 1.º con un sugeto conocido por medio de esta terminacion, y que por lo mismo puede suplirse en el discurso; 2.º relacion con el número de sugetos; si es uno se dice *estudio*, si son muchos, *estudiamos*; 3.º relacion al tiempo, *estudio ahora mismo*.

Si tomamos por punto fijo del tiempo un momento determinado, estableceremos tres divisiones: tiempo presente, tiempo pasado ó perfecto, y tiempo venidero, cuyos tres periodos se señalan con distintas terminaciones del verbo.

La accion, una de las calidades transitorias de un sugeto, puede tener relacion con dos periodos. De ahí nuevas terminaciones del verbo, conocidas bajo los nombres de imperfecto, pluscuam perfecto, imperativo.

Por último, todos estos tiempos reciben distintas terminaciones en las proposiciones subordinadas, lo que constituye la diferencia de tiempo del indicativo y tiempo de subjuntivo. Tales son las relaciones expresadas con las terminaciones del verbo; veamos las que le acompañan.

Cuando se dice *la naturaleza ostenta*, se puede preguntar: ¿qué es lo que ostenta? *Toda su majestad*; donde se ve que *majestad* es objeto del verbo. Luego si hemos hallado una relacion entre el sugeto y su calidad, comparando el primero con la segunda hallaríamos del mismo modo una relacion entre el sugeto y el objeto del verbo. Esta relacion no se expresa en el discurso sino por el lugar que tiene el objeto, pues

suele posponerse al verbo; y cuando no, se alcanza esta relacion por medio del buen sentido.

*La naturaleza ostenta su majestad á todos los hombres*, es otra relacion expresada con la preposicion *á*; porque la calidad del sugeto se dirige ó se termina en *todos los hombres*, porque *todos los hombres* se llaman término del verbo.

*En una de aquellas grandes escenas*; relacion del lugar, señalada con la preposicion *en*.

*Se inflama con el deseo de gloria*; relacion de causa, señalada con la preposicion *con*.

*Dos brazos de su falda*; relacion de pertenencia, señalada con la preposicion *de*.

Bastan las relaciones que acabamos de apuntar para formar concepto de las demás, cuyo número es considerable, y con esto concluimos el análisis del discurso, puesto que le hemos dividido en varias partes, y subdividido estas en proposiciones principales, subordinadas, incidentes, simples y compuestas; hallado en cada proposicion sustantivos, adjetivos, verbos y preposiciones, y visto cómo unas palabras sirven para determinar otras. Hé aquí pues el discurso reducido á sus elementos, y acabado su análisis.

#### NÚMERO 6.º Y ÚLTIMO.

##### *Observaciones sobre el análisis del discurso.*

Con el análisis que acabamos de hacer hemos reparado que muchas palabras se suplen en el discurso con motivo de darle mas precision. Esta calidad del discurso es muy grata al que escribe y al que lee, al que habla y al que oye, porque con ella unos y otros logran mas pronto su intento. Las percepciones de nuestra alma son obra de un instante, mas su expresion exige todo el tiempo necesario para descomponerlas. Percibiendo varias ideas al mismo tiempo, desearíamos, si fuese posible, expresarlas del mismo modo; mas no pudiendo ser esto, nuestro mayor gusto pende de la mayor precision. Cuanto mas se reduce el tiempo, tanto mas pronto se verifica la expresion y tanto menos trabajo cuesta la descomposicion. A esto se puede atribuir el origen de las palabras compuestas en el discurso. El adverbio, el pronombre y la conjuncion, por ejemplo, no representan una sola idea, sino varias ideas, que deberian expresarse con distintas palabras. Por esta razon no tratamos de ellos en el análisis.

Consideremos ahora estas palabras compuestas, y veamos á qué elementos se reducen.

El adverbio equivale á un sustantivo con preposicion. Se dice *prudentemente*, en lugar de *con prudencia*; *mas*, en lugar de *en cantidad superior*, y así de los demás.

El pronombre equivale algunas veces á una proposicion compuesta, como *venid á ver á un rey á quien los reyes pagaron tributo*, á *un soberano de quien eran vasallos ocho soberanos*, *al monarca mas célebre de su siglo*, *al mas sábio de Europa*, y *todos menos su corazon le fallaron*. Donde vemos que el pronombre *le* representa las cuatro partes de que consta esta proposicion.

La conjuncion encierra en sí el pensamiento ó la



idea que se acaba de expresar, uniéndola con la que sigue. Tales son las siguientes: *entonces*, en lugar de *en aquel tiempo*; *así*, en lugar de *esta suerte*; *pues*, en lugar de *por consiguiente*.

La conjuncion y entre dos substantivos, como *orador* y *poeta*, manifiesta que se va á hacer respecto de poeta el mismo juicio que se hizo de orador.

Por último, la conjuncion que suple el lugar de varias palabras, como *dicese que la jurisprudencia es el alma de la sociedad*. La conjuncion que en esta proposicion es una expresion abreviada, que corresponde á esta otra: *dicese una cosa que es la jurisprudencia*, etc.; donde se ve que su oficio es unir la primera proposicion con la segunda.

## RESÚMEN GENERAL.

### PRIMERA PARTE.

Primero. Nuestros pensamientos se contraen á cosas que existen en la naturaleza ó á cosas que miramos como existentes.

Segundo. Una cosa que existe es un conjunto de calidades, porque las calidades de las cosas son todo lo que podemos percibir en ellas.

Tercero. Las calidades pueden ser esenciales ó transitorias. *Animado* es una calidad esencial del hombre. La accion de sus miembros es una calidad transitoria, porque pende de su voluntad.

Cuarto. En una cosa que existe consideramos las calidades esenciales y transitorias; mas en una cosa que miramos como existente prescindimos de las transitorias, y solo consideramos las esenciales; de donde se infiere que la idea de las primeras es de sensacion, y la de las segundas de reflexion.

Quinto. La palabra que representa la idea de una cosa que existe se llama nombre propio. La que repre-

senta la idea de una cosa que miramos como existente se llama nombre general. Ambos tienen nombre de substantivos.

Sexto. El nombre propio siempre es sugeto; el nombre general puede ser sugeto de una proposicion.

### SEGUNDA PARTE.

Primero. Las cosas tienen entre si varias relaciones; luego las mismas relaciones habrá entre nuestras ideas.

Segundo. Percibimos estas relaciones por medio de una operacion de nuestra alma.

Tercero. Una cosa puede tener relacion con otra cosa, ó con una ó varias calidades.

Cuarto. Para expresar estas relaciones en el discurso usamos de nombres generales, adjetivos, proposiciones incidentes y substantivos con preposiciones que se refieren al sugeto por medio del verbo expresado ó suplido.

Quinto. El adjetivo, llamado así porque siempre se uno al substantivo, expresa en el discurso lo que se refiere al sugeto.

Sexto. El adjetivo, la proposicion incidente y el substantivo con preposicion son siempre atributos de una proposicion.

Sétimo. El verbo es el signo de una operacion de nuestra alma, que juzga de la relacion de semejanza ó diferencia que existe entre el sugeto y el atributo.

Octavo. Damos tambien el nombre de verbo á una palabra compuesta que comprende el verbo verdadero en adjetivo y varias relaciones expresadas con sus terminaciones, aunque algunos los diferencian llamando verbo substantivo al primero y verbo adjetivo al segundo.

Noveno. Las demás palabras compuestas que vemos en el discurso se reducen á las que acabamos de señalar, como el pronombre, el adverbio y la conjuncion.

# RUDIMENTOS DE LA GRAMÁTICA FRANCESA.

## IDEA DE LA PRONUNCIACION.

La verdadera pronunciaci6n de la lengua francesa consiste en dar á cada sílaba un sonido conforme al genio de la lengua. Las sílabas se componen de letras, así como en los demás idiomas; consideraremos pues la pronunciaci6n de cada letra por sí sola, y despues llegaremos á la pronunciaci6n de las letras en cuanto forman sílabas.

Las letras se dividen en vocales y consonantes. Las vocales son cinco: *a, e, i, o, u*, cuya pronunciaci6n solo en la *e* y en la *u* se diferencia de la castellana; la *e* se articula con mas ó menos lentitud, segun lo requieren los acentos, que en francés son tres: agudo, grave y circunflejo. Por medio de estos tres acentos la *e* toma tres nombres y tres pronunciaci6nes distintas: *e* cerrada se pronuncia como en castellano *amé*; *e* abierta pide una abertura de boca mas grande, y *e* muda tiene un sonido sordo, como en la palabra *madré*; la pronunciaci6n de la *u* se hará conocer con la viva voz.

Dos ó tres vocales pueden andar unidas en una misma palabra, y sin embargo se reducen al sonido de una sola vocal; llámense entonces vocales compuestas. Así, en la voz francesa *plaire*, la *a* y la *i* juntas suenan como una *e*; en la voz *autel*, la *a* y la *u* tienen el valor de una *o*. No sucede lo mismo en la lengua castellana, donde se pronuncia como se escribe, y se escribe como se pronuncia. Procuraremos hacer conocer con ejemplos algunas de estas vocales compuestas, dejando al uso el conocimiento de las demás, que son en gran número.

Ejemplos de vocales compuestas: *ai, ei, oi* tienen el sonido de una *e* abierta (1), como: *maison*, casa; *peine*, trabajo; *connoître*, conocer.

*Ea* suena *a*, v. g.: *il mangea*, él comió; *eo* suena *o*, v. g.: *nous mangeons*, nosotros comemos; *eu* forma un misto de *e* muda y de *u* francesa, v. g.: *peu*, poco; *ou* hace *u* castellana, v. g.: *fou*, loco; *ui* se pronuncia como *i*, v. g.: *guide*, guía.

Cada una de estas vocales no sigue la misma pronunciaci6n en todas las palabras; las excepciones son muchas, y por consiguiente reservaremos para el tiempo de la lectura el indicarlas á medida que se ofrezca.

Las consonantes de la lengua francesa son diez y

nueve, á saber: *b, c, d, f, g, h, j, k, l, m, n, p, q, r, s, t, v, x, z*.

No pueden pronunciarse sin ayuda de vocal; aplicáremos pues cada una de ellas á cada una de las cinco vocales para determinar su pronunciaci6n respectiva. En estas combinaciones observaré sus diferencias del castellano, particularmente en los tres sonidos de la *e*.

La *b* se ha de distinguir de la *v* en la pronunciaci6n. El sonido de la primera se forma arrojando el aliento al tiempo de desunir los labios, y el de la *v* hiriendo en los dientes de arriba el labio de abajo, al modo con que se pronuncia la *f*, como en estas vocales *base* y *vase*, *bague* y *vague*, *bain* y *vain*. Los españoles confunden estas dos letras en la pronunciaci6n, mas no en lo escrito, como lo manifestaremos en la pronunciaci6n.

*C* y *k* son isónonas hiriendo á las vocales *a, o, u*; la *c* se pronuncia *s* antes de *e* y de *i*; suena *g* algunas veces, v. g.: *second*, *cicogne*, *secret*; suena *s* delante de las cinco vocales cuando está con cedilla.

La *g* suena como en castellano delante de *a, o, u*; pero es necesario oír la viva voz para pronunciarla con *e, i*. Se pronuncia delante de *a, o, u* como delante de *e, i* cuando á dicha *g* sigue inmediatamente una *e* muda, como *il mangea*. A la pronunciaci6n de la *g* delante de *e, i* se arregla la pronunciaci6n de la *j* delante de las cinco vocales, v. g.: *jardin*, *joli*.

La *h* es aspirada *hamau*, ó muda, v. g.: *homme*, *honneur*. La primera corresponde á una consonante, la segunda suple las veces de vocal.

La *d, f, l, n, p, q, r, t* no se apartan de la pronunciaci6n castellana.

La *s* simple tiene el sonido de la *c* francesa (2), que se hará conocer con la viva voz, como *baiser*, *poison*; la doble tiene el sonido de una *s* castellana, v. g.: *baisser*, *poisson*.

La *x* tiene en francés dos sonidos: el primero suena como *ks*, v. g.: *sexe*, *axe*; y el segundo suena *s*, como *deuxième*, *sixième*.

La pronunciaci6n de cada letra por sí sola conduce á la pronunciaci6n de las letras en cuanto forman sílabas; llamamos sílaba un sonido que se articula con un solo impulso de la voz; una sílaba se compone de una consonante con una vocal, v. g.: *me*, *pe*; ó de una vocal con varias consonantes, v. g.: *prompt*; ó de una consonante con varias vocales, v. g.: *Dieu*; ó de una sola vocal, v. g.: *a*.

(1) *Oi* tenia en efecto el sonido que aquí le apropia nuestro autor, en los tiempos de los verbos. Ahora *oi* se pronuncia *oa*, y en los verbos se usa en su lugar de *ai*.

(2) Querrá decir de la *s*.

Nacen de aquí dos dificultades : primera, ¿cómo se distinguen las sílabas en una palabra que tiene muchas? Segunda, ¿cómo se distinguen las sílabas largas de las breves? Dejarémos para mañana el responder á ellas.

La division de las sílabas en una palabra depende del oído solo; de modo que toda la doctrina sobre este asunto se reduce á que los alumnos atiendan á la voz de su maestro, y apunten en la palabra tantas sílabas cuantos sonidos fueren señalados en la pronunciacion. Ilustrados por la experiencia, conocerán despues fácilmente los caprichos del uso francés sobre este particular.

Formada la division de las sílabas en una palabra, falta dar á cada una su sonido correspondiente. Si la sílaba fuere compuesta de una consonante con una vocal, os será fácil pronunciarla, habiendo aplicado cada consonante á cada una de las cinco vocales. Si la consonante fuere combinada con una vocal compuesta, no os detendrá tampoco su pronunciacion, sabiendo que una vocal compuesta se reduce al sonido de una simple vocal. Está toda la dificultad en la combinacion de consonantes con diptongos ó con vocales nasales, que serán el objeto de las lecciones siguientes.

El conjunto de dos vocales que se pronuncian con dos sonidos se llama diptongo; en la palabra *moi* la *o* y la *i* tienen dos sonidos distintos; en la palabra *mai* la *a* y la *i* juntas tienen un solo sonido. Ved aquí la diferencia del diptongo y de la vocal compuesta.

Los diptongos se componen de dos vocales simples, como *suave*; ó de una vocal simple con una vocal compuesta, como *mauler*; ó de dos vocales compuestas, v. g. : *ouais*.

El diptongo forma siempre sílaba, y si las vocales no pueden pronunciarse en una sola sílaba deja de ser diptongo, como en estas voces : *criant*, *songlier*. Los diptongos pertenecen á los dos idiomas, francés y castellano; los triptongos solo al castellano, y no al francés, segun nuestro dictámen, que motivarémos en la explicacion.

Cuando una vocal simple ó compuesta se une con la *m* ó la *n*, forma una vocal nasal, por salir de las narices su pronunciacion, v. g. : *plan*, *can*, *paon*; en y *em* suenan algunas veces *an* y *am*, v. g. : *enfant*, *empire*; otras veces suena *en*, v. g. : *ennemi*, *lien*; *im* y *in* siguen la misma pronunciacion, como *faim*, *jardin*.

Cesan de ser nasales la *m* y la *n* cuando se pronuncian separadas de la vocal y forman distintas sílabas, v. g. : *amitié*, *vaine* (1). Harémos conocer la pronunciacion de estas vocales nasales con la viva voz, aplicando á cada una de ellas cada una de las consonantes; y así facilitarémos á los alumnos el pronunciarlas en sus sílabas.

Las sílabas largas y breves son el objeto de la segunda dificultad; la sola regla para distinguir las es el uso y el ejemplo de aquellos que hablan puramente. Las sílabas largas son señaladas regularmente con el acento grave ó el circunflejo, v. g. : *tempête*, *après*; debiéndose advertir que la pronunciacion francesa es diametralmente opuesta á la castellana en cuanto á los

(1) *Vaine* no puede servir de ejemplo de esta regla.

acentos. Las sílabas breves en castellano son largas en francés, v. g. : *ingénua*, *ingénue*; *série*, *serie*; *géné-sis*, *genèse*.

Se ha dado á conocer la pronunciacion de cada letra por sí sola y la pronunciacion de las letras formando sílabas. Era el único fin de nuestras lecciones, porque sabida la pronunciacion de cada sílaba, no hay trabajo en pronunciar cualquiera palabra. Concluirémos este bosquejo con algunas reglas generales de pronunciacion.

Primera regla. No se ha de pronunciar ninguna consonante final, á excepcion de *e*, *l*, *m*.

Segunda regla. Si la consonante final fuere seguida de una vocal inicial de voz, la consonante se pronunciará en la poesia y discursos académicos, mas no en la prosa y discursos familiares, sino en ciertas palabras que hacen excepcion.

Tercera regla. Se pronuncia larga la sílaba final de los plurales.

#### Observaciones particulares.

La *d* final se pronuncia con el sonido de la *t*, v. g. : *grand homme*; la *g* con el de la *k*, v. g. : *sang et cau*. La *l* no se pronuncia en *il ó ils*, v. g. : *il mange*, *ils luiissent*, sino cuando se sigue una vocal inicial de voz; *quelque* y sus derivados se pronuncian sin *t*; *cel* suena *st*, y *cette* suena *ste*, v. g. : *cel oiseau*, *cette femme*.

Es muy desagradable la pronunciacion que se da en Paris á la *l* mojada, á las vocales compuestas *ou*, *eu*, *aou* y á *gn*; restablecerémos estas letras en su verdadera pronunciacion, indicando los abusos de la lengua parisiense.

Concluirémos aquí nuestras lecciones de pronunciacion, persuadidos de que en esta materia no conviene multiplicar las reglas, sino apuntar las precisas y sostenerlas con buenas explicaciones; más hace aquí la viva voz del maestro que la teoria mas sublime de los principios.

#### Principios de gramática francesa.

Se han considerado las palabras como simples sonidos en el tratado de la pronunciacion; conviene ahora considerarlas como signos de nuestros pensamientos; esto es, dando á conocer á los otros hombres, por medio de la voz ó de la escritura, lo que pasa en nuestra mente, bien sean los objetos ó las formas de nuestros pensamientos. Las palabras, así consideradas, se llaman partes de la oracion.

En la lengua francesa, como en las demás lenguas, todas las palabras son indicantes ó determinantes. Cada una de estas especies se divide en varias clases, segun se ha explicado en la Gramática general. Seria ocioso repetir una cosa sabida ya; prescindamos pues de estas definiciones, y económicos del tiempo, nos detendrémos solamente en las diferencias de la lengua francesa.

#### Palabras indicantes de ser y de calidad.

Estas dos clases de palabras son susceptibles en todas las lenguas de sexo, número y caso.

En la lengua francesa el sexo se distingue por las palabras *le* y *la*; *le* conviene á la especie varonil, y *la* á



la especie de hembras. Sería un error manifiesto querer determinar el sexo por la terminacion, existiendo palabras de diferentes sexos que se terminan del mismo modo, como *porte, homme, gain, main*; hemos de advertir que *le y la* no pueden determinar el sexo cuando la palabra que sigue principia con vocal, porque la vocal anterior se omite por evitar la cacofonía, quedando su lugar señalado con el apóstrofe, como *l'ame, l'esprit*; en estos casos el *Diccionario* puede servir de guía á los principiantes. Es de grande importancia para nuestros alumnos el reparar con cuidado los sexos de las palabras francesas, y cotejarlos con los de las palabras correspondientes en castellano; de este modo no se dejarán engañar por la analogía de su idioma. El dolor se dice en francés *la douleur*; el fin, *la fin*; la primavera, *le printemps*; la sangre, *le sang*. Sucede algunas veces que la misma palabra indicante de ser muda su sexo mudando su significacion: *le garde du corps, la garde d'une épée; un poste avantageux, courir la poste*.

Otras, sin mudar su significacion, mudan su sexo en ciertas ocasiones; *gens* indica sexo femenino cuando es precedido de una palabra indicante de calidad; así, se dice *les bonnes gens*; y al contrario, es masculino cuando le sigue una indicante de calidad, como *les gens savans*.

*Amour* es masculino refiriéndose á uno, y femenino refiriéndose á muchos; *les folles amours*.

*Chose* es femenino por sí mismo, y masculino cuando se une con *quelque*, v. g.: *quelque chose de bon*.

Las palabras indicantes de calidad tienen dos sexos: el masculino y el femenino, aumentado con la letra *e*, v. g.: *savant, savante*. Esta regla tiene muchas excepciones; primeramente las voces terminadas en *l, n, s, t* duplican estas en la formacion del femenino, como *bel, belle*.

Lo segundo *beau* hace *belle, blanc blanche, public publique, bref breve, long longue, favori favorite, pêcheur pêcheuse, acteur actrice, frais fraîche, honteux honteuse, doux douce, malin maligne*.

Las palabras francesas reciben tambien número. El plural se forma añadiendo una *s* al singular, como: *porte, puerta, portes*; se exceptúan las voces terminadas en *au, eu, ou*; estas toman una *x* en el plural, en lugar de una *s*, como: *eau, agua, caux; caillou, guijarro, cailloux*.

La palabra determinante *la* hace *les* al plural, y no *las*; los terminados en *al* se convierten en *aux*, como *cheval, caballo, chevaux*; salen de esta excepcion *bal, baile; regal, regalo; carnaval, carnaval*, y algunos otros.

Los que acaban en *z, s, x* guardan estas letras en el plural, como *le nez, la nariz; le fils, el hijo; la voix, la voz*. Algunos plurales son irregulares; *le ciel, el cielo, hace les cieux; ayeul, abuelo, hace ayeux; ail, ojo, hace yeux*.

En fin las palabras francesas son susceptibles de casos; no renovaremos aquí la teoría de los casos, por haberse establecido en la Gramática general; bástanos decir que se forman en francés, como en castellano, por medio de palabras determinantes, segun se sigue:

El hombre, *l'homme*;  
Del hombre, *de l'homme*;  
Al hombre, *à l'homme*;

El hombre, *l'homme*;  
O hombre, *o homme*;  
Del hombre, *de l'homme*.

El plural francés se refiere tambien al castellano, como:

Los hombres, *les hommes*;  
De los hombres, *des hommes*;  
A los hombres, *aux hommes*;

Los hombres, *les hommes*;  
O hombres, *o hommes*;  
De los hombres, *des hommes*.

Hay alguna variacion en el uso de las determinantes cuando la palabra principia con vocal y es masculina, como:

El pan, *le pain*;  
Del pan, *du pain*;  
Al pan, *au pain*;

El pan, *le pain*;  
O pan, *o pain*;  
Del pan, *du pain*.

Las palabras femeninas no siguen esta diferencia; se dice:

De *l'eau*, del agua;  
A *l'eau*, al agua;

De *la fleur*, de la flor;  
A *la fleur*, á la flor.

Por lo que queda dicho se infiere que la lengua francesa y la castellana son conformes en cuanto á los casos; que solo se diferencian en las palabras que principian con consonantes, y que entrambas se apartan del mismo modo de la latina, excluyendo las terminaciones y representándolas con palabras determinantes.

Convendría pues establecer aquí los usos y variaciones de esta palabra determinante, llamada por los latinos articulo; sin embargo, no le señalaremos este lugar, por conformarnos al orden que se ha puesto en la gramática general.

Las palabras indicantes de ser pueden ser representadas por otras palabras, para evitar una repeticion frecuente; los latinos llamaron á estas últimas pronombres. Son de uso comun en todas las lenguas, y por ser dificultosa su aplicacion en la francesa, nos detendremos en considerarlas por menor, explicando sus diferencias.

Primera especie. En el discurso, uno puede hablar de sí mismo, de otro ó á otro; y para no repetir sus apellidos respectivos, se ha convenido en representarlos por medio de otras palabras. En castellano se dice *yo, tú, él*; en francés *je, tu, il*; tienen la misma significacion las palabras *moi, toi, lui*, y corresponden á *mi, ti, si*.

Luego se puede establecer que para expresar la primera persona se puede usar de las palabras *je, me, moi*; para la segunda de *tu, te, toi*, y para la tercera de *il, le, lui*; falta ahora determinar la aplicacion de cada una. *Je, tu, il* son sujetos de la accion, como: yo veo, *je vois*; *me, te, le* se ponen cuando sigue una palabra indicante de accion, como: él le mató, *il le tua*; *moi, toi, lui* se ponen despues de la indicante de accion, como: dale, *donne lui*.

Cuando las personas indican muchedumbre, se dice *nous, vous, ils*, nosotros, vosotros, ellos. Se ha de advertir que *nous* y *vous* no varían delante ó despues de una palabra indicante de accion, como: *nous aimons*, nosotros amamos; *il nous aime*, él nos ama; *aimés nous*, amados. No sucede así respecto á la tercera persona; se dice *ils* cuando es el sujeto de la accion, v. g.: *ils veulent*; se dice *les* antes de una palabra in-

dicante de accion, como *il les ennuie*, él les enfada; se dice unas veces *les* y otras *leurs* despues de una indicante de accion; perinitidles, *permettez leurs*; matad-les, *tuez les*.

Segunda especie. Estas palabras indicantes de *ser* se convierten en indicantes de calidad cuando se trata de posesion. *Je*, primera persona, se convierte en *mon* ó *mien*; *tu*, segunda persona, en *ton* ó *tién*; *il*, tercera persona, en *son* ó *sien*. De modo que se dice *mon*, *ma*, *mien*, *mienné*, *mi*, *mio*, *mia*; *ton*, *ta*, *tién*, *tienné*, *tú*, *tuyo*, *tuya*; *son*, *sa*, *sien*, *sienne*, *su*, *suyo*, *suya*.

Teneis que advertir que las palabras castellanas *mi*, *tu*, *su* no reciben género femenino como las francesas, v. g. : *mi libro*, *mi casa*, *mon livre*, *ma maison*. La aplicacion de estas dos especies *mon*, *mien*, *ton*, *tién*, *son*, *sien* es la misma en los dos idiomas, y por tanto no habláremos de ellas.

Aunque *mon*, *ton*, *son* sean propios del masculino, se usarán para ambos géneros cuando el nombre que sigue empieza con vocal ó *h* muda, v. g. : *mon ami*, *mi amigo*; *mon ame*, *mi alma*.

Tercera especie. No se pueden colocar en esta clase, segun mi dictámen, *ce* y *cet*, que corresponden en castellano á *este*, porque en francés estas palabras se juntan siempre á un nombre; luego no se les puede llamar pronombres, sino meras palabras indicantes de calidad.

En lugar de *ce* y *cet*, cuando se quiere usar de estas palabras como pronombres, se ha de decir *celui-ci*, *celui-là*, v. g. : ¿quién es este? *qui est celui-ci*? ¿quél es mi primo, *celui-là est mon cousin*.

Sucede algunas veces que para indicar mayor inmediacion, las silabas *ci* y *là* se posponen á *ce*, v. g. : *este libro*, *ce-livre-ci*; *aquel baneo*, *ce-banc-là*.

Cuarta especie. Llámense relativos aquellos que se refieren á una cosa ó persona antecedente; tales son en francés *qui*, *que*, *quoi*, *quel*, *dont*; *qui* es sugeto de la accion, como : *la vertu qui plait*; *que* es término de accion, v. g. : *la vertu que j'aime*, la virtud que yo amo; *quoi* se usa en ciertas ocasiones, v. g. : ¿con qué escribe usted? *avec quoi écrivez vous*? Se dice *quel* antes de una palabra indicante de *ser*, cuando el sentido es admirativo ó la oracion interrogativa, v. g. : ¿qué hombre es este? *quel homme est celui-ci*? *Dont* corresponde á las palabras castellanas de que ó de quien, v. g. : el libro de que hablo, *le livre dont je parle*.

Quinta y última especie. Hay en francés una palabra que indica una especie de tercera persona, general é indeterminada, como cuando se dice : *on étudie*, se estudia. Esta palabra *on* parece tener las propiedades de pronombre, y por tanto la hemos colocado en esta clase, apartándonos de las ideas recibidas en las gramáticas francesas.

Pueden tambien ser contraidas á esta especie *y*, *en*; la primera corresponde á las voces castellanas en él ó en ellos, y la segunda á las voces de él ó de ellos, v. g. : hablando de un sitio hermoso, *je m'y diverts*, yo me divierto en él; hablando de manzanas, *j'en ai mangé*, comí de ellas; ampliáremos esta doctrina en la explicacion.

## Palabras indicantes de accion.

Habeis aprendido á expresar ideas simples con palabras indicantes de *ser*; conviene ahora unir estas entre sí para formar una oracion completa, lo que se hace por medio de palabras indicantes de accion. Infundirémos claridad sobre esta materia, considerando primero sus conjugaciones, segundo sus propiedades, tercero sus especies.

### Sus conjugaciones.

Conjugar una palabra indicante de accion es decir la con todas las diferencias de que es capaz, de lo cual hablarémos despues. No se conjugan del mismo modo todas las palabras, porque existe su diferencia en la terminacion del tiempo indeterminado de cada una; pueden reducirse á cuatro sus terminaciones, *er*, *ir*, *oir*, *re*; luego son cuatro las conjugaciones.

Conviene hablar ahora de los auxiliares *haber* y *ser*, porque no reciben regla alguna para su conjugacion peculiar, y entran en la conjugacion de las demás palabras.

## CONJUGACION DEL AUXILIAR HABER.

### Tiempo presente.

|        |             |
|--------|-------------|
| J'ai,  | nous avons, |
| tu as, | vous avez,  |
| il a,  | ils ont.    |

### Prétérito imperfecto, ó tiempo pasado referente al presente.

|           |              |
|-----------|--------------|
| J'avois,  | nous avions, |
| tu avois, | vous aviez,  |
| il avoit, | ils avoient. |

### Tiempo pasado perfecto.

|                     |                              |
|---------------------|------------------------------|
| J'ai eu, ó j'eus,   | nous avons eu, ó nous eumes, |
| tu as eu, ó tu eus, | vous avez eu, ó vous eutes,  |
| il a eu, ó il eut,  | ils ont eu, ó ils eurent.    |

### Tiempo pasado referente á otro mas pasado.

|              |                 |
|--------------|-----------------|
| J'avois eu,  | nous avions eu, |
| tu avois eu, | vous aviez eu,  |
| il avoit eu, | ils avoient eu. |

### Tiempo venidero.

|           |              |
|-----------|--------------|
| J'aurai,  | nous aurons, |
| tu auras, | vous aurez,  |
| il aura,  | ils auront.  |

### Tiempo presente referente al venidero.

|            |               |
|------------|---------------|
| Aie,       | ayez,         |
| qu'il ait, | qu'ils aient. |
| ayons,     |               |

### Tiempo indeterminado.

Avoir.

### Participio activo.

Ayant.

### Participio pasivo.

Eu.

Los mismos tiempos sugetos á una causa de la accion.

|                    |                 |
|--------------------|-----------------|
| Il faut que j'aie, | que nous ayons, |
| que tu aies,       | que vous ayez,  |
| qu'il ait,         | qu'ils aient.   |

*Tiempo pasado referente al presente.*

|                  |                     |
|------------------|---------------------|
| Quand j'aurois,  | quand nous aurions, |
| quand tu aurois, | quand vous auriez,  |
| quand il auroit, | quand ils auroient. |

*Tiempo pasado.*

|                     |                        |
|---------------------|------------------------|
| Quoique j'aie eu,   | quoique nous ayons eu, |
| quoique tu aies eu, | quoique vous ayez eu,  |
| quoiqu'il ait eu,   | quoiqu'ils aient eu.   |

*Tiempo pasado referente á otro mas pasado.*

|                  |                      |
|------------------|----------------------|
| Si j'eusse eu,   | si nous eussions eu, |
| si tu eusses eu, | si vous eussiez eu,  |
| s'il eût eu,     | s'ils eussent eu.    |

*Tiempo venidero.*

|                    |                       |
|--------------------|-----------------------|
| Quand j'aurai eu,  | quand nous aurons eu, |
| quand tu auras eu, | quand vous aurez eu,  |
| quand il aura eu,  | quand ils auront eu.  |

## CONJUGACION DE LA PALABRA AUXILIAR SER.

*Tiempo presente.*

|          |              |
|----------|--------------|
| Je suis, | nous sommes, |
| tu es,   | vous êtes,   |
| il est,  | ils sont.    |

*Tiempo pasado referente al presente.*

|           |              |
|-----------|--------------|
| J'étois,  | nous étions, |
| tu étois, | vous étiez,  |
| il étoit, | ils étoient. |

*Tiempo pasado perfecto.*

|                      |                               |
|----------------------|-------------------------------|
| J'ai été, ó je fus,  | nous avons été, ó nous fumes, |
| tu as été, ó tu fus, | vous avez été, ó vous fûtes,  |
| il a été, ó il fut,  | ils ont été, ó ils furent.    |

*Tiempo pasado referente á otro mas pasado.*

|               |                  |
|---------------|------------------|
| J'avais été,  | nous avions été, |
| tu avais été, | vous aviez été,  |
| il avait été, | ils avoient été. |

*Tiempo venidero.*

|           |              |
|-----------|--------------|
| Je serai, | nous serons, |
| tu seras, | vous serez,  |
| il sera,  | ils seront.  |

*Tiempo presente referente al venidero.*

|             |                |
|-------------|----------------|
| Sois,       | soyez,         |
| qu'il soit, | qu'ils soient. |
| soyons,     |                |

*Tiempo indeterminado. Participio pasiva.*

|       |      |
|-------|------|
| Être. | Êté. |
|-------|------|

*Participia activo. Gerundio.*

|        |           |
|--------|-----------|
| Êtant. | En étant. |
|--------|-----------|

## TIEMPOS DETERMINADOS DE UNA CAUSA DE LA ACCION.

*Tiempo presente.*

|                      |                  |
|----------------------|------------------|
| Il faut que je sois, | que nous soyons, |
| que tu sois,         | que vous soyez,  |
| qu'il soit,          | qu'ils soient.   |

*Tiempo pasado referente al presente.*

|                  |                     |
|------------------|---------------------|
| Quand je serois, | quand nous serions, |
| quand tu serois, | quand vous seriez,  |
| quand il seroit, | quand ils seroient. |

*Tiempo pasado.*

|                      |                         |
|----------------------|-------------------------|
| Quoique j'aie été,   | quoique nous ayons été, |
| quoique tu aies été, | quoique vous ayez été,  |
| quoique il ait été,  | quoiqu'ils aient été.   |

*Tiempo pasado referente á otro mas pasado.*

|                   |                       |
|-------------------|-----------------------|
| Si j'eusse été,   | si nous eussions été, |
| si tu eusses été, | si vous eussiez été,  |
| s'il eût été,     | s'ils eussent été.    |

*Tiempo venidero.*

|                     |                        |
|---------------------|------------------------|
| Quand j'aurai été,  | quand nous aurons été, |
| quand tu auras été, | quand vous aurez été,  |
| quand il aura été,  | quand ils auront été.  |

Conocidas las conjugaciones de los auxiliares *ser* y *haber*, veamos cómo entran en la conjugación de las demás palabras: á este efecto estableceremos aquí las cuatro conjugaciones.

## PRIMERA CONJUGACION.

*Tiempo presente.*

|           |              |
|-----------|--------------|
| J'aime,   | nous aimons, |
| tu aimes, | vous aimez,  |
| il aime,  | ils aiment.  |

*Tiempo pasado referente á otro mas pasado.*

|            |               |
|------------|---------------|
| J'aimois,  | nous aimions, |
| tu aimois, | vous aimiez,  |
| il aimoit, | ils aimoient. |

*Tiempo pasado.*

|                         |                                  |
|-------------------------|----------------------------------|
| J'ai aimé, ó j'aimai,   | nous avons aimé, ó nous aimames, |
| tu as aimé, ó tu aimas, | vous avez aimé, ó vous aimâtes,  |
| il a aimé, ó il aima,   | ils ont aimé, ó ils aimèrent.    |

*Tiempo pasado referente á otro mas pasado.*

|                |                   |
|----------------|-------------------|
| J'avois aimé,  | nous avions aimé, |
| tu avois aimé, | vous aviez aimé,  |
| il avoit aimé, | ils avoient aimé. |

*Tiempo venidero.*

|             |                |
|-------------|----------------|
| J'aimerai,  | nous aimerons, |
| tu aimeras, | vous aimerez,  |
| il aimera,  | ils aimeront.  |

*Tiempo presente referente al venidero.*

|             |                |
|-------------|----------------|
| Aime,       | aimez,         |
| qu'il aime, | qu'ils aiment. |
| aimons,     |                |

*Tiempo indeterminado. Participio.*

|        |       |
|--------|-------|
| Aimer. | Aimé. |
|--------|-------|

*Participio activo. Gerundio.*

|         |            |
|---------|------------|
| Aimant. | En aimant. |
|---------|------------|

## TIEMPOS DEPENDIENTES DE UNA CAUSA DE LA ACCION.

*Tiempo presente.*

|                     |                   |
|---------------------|-------------------|
| Il faut que j'aime, | que nous aimions, |
| qu'il aime,         | qu'ils aiment.    |
| qu'il aime,         | qu'ils aiment.    |

*Tiempo pasado referente al presente.*

|                    |                       |
|--------------------|-----------------------|
| Quand j'aimerois,  | quand nous aimerions, |
| quand tu aimerois, | quand vous aimeriez,  |
| quand il aimerait, | quand ils aimeraient. |



*Tiempo pasado.*

|                       |                          |
|-----------------------|--------------------------|
| Quoique j'aie aimé,   | quoique nous ayons aimé, |
| quoique tu aies aimé, | quoique vous ayez aimé,  |
| quoiqu'il ait aimé,   | quoiqu'ils aient aimé.   |

*Tiempo pasado referente á otro mas pasado.*

|                    |                        |
|--------------------|------------------------|
| Si j'eusse aimé,   | si nous eussions aimé, |
| si tu eusses aimé, | si vous eussiez aimé,  |
| s'il eût aimé,     | s'ils eussent aimé.    |

*Tiempo venidero.*

|                      |                         |
|----------------------|-------------------------|
| Quand j'aurai aimé,  | quand nous aurons aimé, |
| quand tu auras aimé, | quand vous aurez aimé,  |
| quand il aura aimé,  | quand ils auront aimé.  |

SEGUNDA CONJUGACION.

*Tiempo presente.*

|           |                 |
|-----------|-----------------|
| Je finis, | nous finissons, |
| tu finis. | vous finissez,  |
| il finit, | ils finissent.  |

*Tiempo pasado referente al presente.*

|               |                  |
|---------------|------------------|
| Je finissais, | nous finissions, |
| tu finissais, | vous finissiez,  |
| il finissait, | ils finissaient. |

*Tiempo pasado.*

|                         |                                  |
|-------------------------|----------------------------------|
| J'ai fini, ó je finis,  | nous avons fini, ó nous finimes, |
| tu as fini, ó tu finis, | vous avez fini, ó vous finîtes,  |
| il a fini, ó il finit,  | ils ont fini, ó ils finirent.    |

*Tiempo pasado referente á otro mas pasado.*

|                |                   |
|----------------|-------------------|
| J'avais fini,  | nous avions fini, |
| tu avais fini, | vous aviez fini,  |
| il avait fini, | ils avaient fini. |

*Tiempo venidero.*

|             |                |
|-------------|----------------|
| Je finirai, | nous finirons, |
| tu finiras, | vous finirez,  |
| il finira,  | ils finiront.  |

*Tiempo presente referente al venidero.*

|                |                   |
|----------------|-------------------|
| Finis,         | finissez,         |
| qu'il finisse, | qu'ils finissent. |
| finissons,     |                   |

*Tiempo indeterminado. Participio activo.*

|        |            |
|--------|------------|
| Finir. | Finissant. |
|--------|------------|

*Participio pasivo. Gerundio.*

|       |               |
|-------|---------------|
| Fini. | En finissant. |
|-------|---------------|

TIEMPOS DEPENDIENTES DE UNA CAUSA DE LA ACCION.

*Tiempo presente.*

|                         |                      |
|-------------------------|----------------------|
| Il faut que je finisse. | que nous finissions, |
| que tu finisses,        | que vous finissiez,  |
| qu'il finisse,          | qu'ils finissent.    |

*Tiempo pasado referente al presente.*

|                    |                       |
|--------------------|-----------------------|
| Quand je finirois, | quand nous finirions, |
| quand tu finirois, | quand vous finiriez,  |
| quand il finiroit, | quand ils finiroient. |

*Tiempo pasado.*

|                     |                  |
|---------------------|------------------|
| Quoique j'aie fini, | quoique to, etc. |
|---------------------|------------------|

J.-i.

*Tiempo pasado referente á otro mas pasado.*

Quand j'aurai fini, etc.

TERCERA CONJUGACION.

*Tiempo presente.*

|            |                |
|------------|----------------|
| Je reçois, | nous recevons, |
| tu reçois, | vous recevez,  |
| il reçoit, | ils reçoivent. |

*Tiempo pasado referente al presente.*

|              |                 |
|--------------|-----------------|
| Je recevois, | nous recevions, |
| tu recevois, | vous receviez,  |
| il recevoit, | ils recevoient. |

*Tiempo pasado.*

J'ai reçu, ó je reçus, etc.

*Tiempo referente á otro mas pasado.*

J'avais reçu, etc.

*Tiempo venidero.*

|              |                 |
|--------------|-----------------|
| Je recevrai, | nous recevrons, |
| tu recevras, | vous recevrez,  |
| il recevra,  | ils recevront.  |

*Tiempo presente referente al venidero.*

|                |                   |
|----------------|-------------------|
| Reçois,        | recevez,          |
| qu'il reçoive, | qu'ils reçoivent. |
| recevons,      |                   |

*Tiempo indeterminado. Participio activo.*

|           |           |
|-----------|-----------|
| Recevoir. | Recevant. |
|-----------|-----------|

*Participio pasivo. Gerundio.*

|       |              |
|-------|--------------|
| Reçu. | En recevant. |
|-------|--------------|

TIEMPOS DEPENDIENTES DE UNA CAUSA DE LA ACCION.

|                         |                     |
|-------------------------|---------------------|
| Il faut que je reçoive, | que nous recevions, |
| que tu reçoives,        | que vous receviez,  |
| qu'il reçoive,          | qu'ils reçoivent.   |

*Tiempo pasado referente al presente.*

|                     |                         |
|---------------------|-------------------------|
| Quand je recevrais, | quand nous recevriions, |
| quand tu recevrais, | quand vous recevriez,   |
| quand il recevrait, | quand ils recevraient.  |

*Tiempo pasado.*

J'ai reçu, etc.

*Tiempo pasado referente á otro mas pasado.*

Si j'eusse reçu, etc.

*Tiempo venidero.*

Quand j'aurai reçu, etc.

CUARTA Y ÚLTIMA CONJUGACION.

*Tiempo presente.*

|             |                 |
|-------------|-----------------|
| Je défends, | nous défendons, |
| tu défends, | vous défendez,  |
| il défend,  | ils défendent.  |

*Tiempo pasado referente al presente.*

|               |                  |
|---------------|------------------|
| Je défendois, | nous défendions, |
| tu défendois, | vous défendiez,  |
| il défendoit, | ils défendoient. |

*Tiempo pasado perfecto.*

J'ai défendu, ó je défendis, etc.

*Tiempo pasado referente á otro mas pasado.*

J'avois défendu, etc.

*Tiempo venidero.*

|               |                  |
|---------------|------------------|
| Je défendrai, | nous défendrons, |
| tu défendras, | vous défendrez,  |
| il défendra,  | ils défendront.  |

*Tiempo presente referente al venidero.*

|                |                   |
|----------------|-------------------|
| Défends,       | défendez,         |
| qu'il défende. | qu'ils défendent. |
| défendons,     |                   |

*Tiempo indeterminado. Participio activo.*

|           |            |
|-----------|------------|
| Défendre. | Défendant. |
|-----------|------------|

*Participio pasivo. Gerundio.*

|          |               |
|----------|---------------|
| Défendu. | En défendant. |
|----------|---------------|

## TIEMPOS DEPENDIENTES DE UNA CAUSA DE LA ACCION.

*Tiempo presente.*

|                         |                      |
|-------------------------|----------------------|
| Il faut que je défende, | que nous défendions, |
| que tu défendes,        | que vous défendiez,  |
| qu'il défende,          | qu'ils défendent.    |

*Pasado referente al presente.*

|                      |                         |
|----------------------|-------------------------|
| Quand je défendrois, | quand nous défendrions, |
| quand tu défendrois, | quand vous défendriez,  |
| quand il défendrait, | quand ils défendraient. |

*Tiempo pasado.*

Quoique j'aie défendu, etc.

*Pasado referente á otro mas pasado.*

Si j'eusse défendu, etc.

*Tiempo venidero.*

Quand j'aurai défendu, etc.

Hasta aquí se trató de las conjugaciones de las palabras indicantes de accion regulares; vamos ahora á tratar de sus propiedades.

Las palabras indicantes de accion reciben números, personas y tiempos. El número se distingue cuando la accion se hace por uno ó muchos agentes; en el primer caso es singular, en el segundo plural. De esto se infiere que los agentes determinan el número en esta especie de palabras.

Las personas ó agentes son tres, como lo hemos establecido hablando de los pronombres. En francés acompañan á las palabras indicantes de accion, de manera que no pueden ser separadas de ellas; no sucede lo mismo en la lengua castellana, como se comprobará en la explicacion.

Regularmente se colocan las personas precediendo á las palabras de accion; sin embargo, puede suceder que se pospongan á ellas: 1.º cuando hay interrogacion en el discurso: 2.º cuando se encuentran despues de las voces *aussi*, *peut-être*, *du moins*, *en vain*, á *peine*. Cuando se habla interrogativamente, y que se termina la palabra de accion con *e* muda, no basta po-

poner la persona correspondiente, sino que la *e* muda se convierte en *e* cerrada; *parle-je bien?* se ha de pronunciar, *parlé-je bien?*

En estos casos de interrogacion pueden ser expresadas en la oracion palabras indicantes de *ser*, y no obstante se les debe expresar los pronombres, y posponerlos á las palabras de accion, v. g.: *Pierre est-il paresseux?*

Consta por lo que queda dicho que á cada persona corresponde en cada palabra de accion una terminacion diferente; con que se hace preciso conocer esta variedad para aplicarla en el discurso.

Los tiempos son objeto de la última propiedad de las palabras de accion. Seria muy ocioso considerar ahora sus diferencias y definiciones, por haber sido desenvuelta esta teoría en la Gramática general; bastará, para recapitularse en la memoria, reunir sencillamente aquellas mismas expresiones en la explicacion. Ceñirás nuestra tarea á observar cómo se aplican en francés los tiempos dependientes de una causa de la accion con oposicion á la lengua castellana, siendo así que los dos idiomas suelen muchas veces expresar una misma accion con varios tiempos.

Primeramente cuando el presente parece referirse á una accion venidera, varían las dos lenguas en su expresion; creo que venga, *je crois qu'il viendra*; cuando yo venga, *quand je viendrai*. 2.º El pasado referente al presente no recibe la terminacion de tiempo dependiente cuando encierra una condicion inmediata, v. g.: Si yo respondiera, *si je répondois*. 3.º No hay diferencia alguna tocante al pasado. 4.º El pasado referente á otro mas pasado se arregla siempre á la terminacion dependiente, por afectado que sea de condicion. Si yo hubiese respondido, *si j'eusse répondu*. 5.º Sucede en castellano expresarse el venidero dependiente con el pasado relativo al presente, y en francés con el futuro, v. g.: Cuando yo hubiese leído, *quand j'aurais lu*.

La formacion de los tiempos es materia de mucha dificultad en la lengua francesa, y no se pueden dar reglas generales sobre este particular, porque hay ciertas palabras que con la calidad de ser de una misma conjugacion, no por eso se arreglan á una misma formacion en todos sus tiempos; las primeras se llaman defectuosas, las segundas irregulares; por consiguiente, no pueden los alumnos arreglarse á aquellas conjugaciones que se han establecido, sino en ciertas palabras de accion. Pero ¿cómo sabrán distinguir las unas de las otras? Cómo conocerán las que son irregulares, defectuosas ó regulares? Mi dictámen es, que la sola experiencia debe ilustrarles sobre esto, porque no es posible desenvolver las conjugaciones de todas las palabras, por ser infinitas en número, ni conviene apuntar algunas de ellas, si no han de dar luz para la formacion de las demás. Me pareció pues conveniente el reducir todo lo que se debe saber ahora á tres partes principales, que se señalarán en una cartilla: 1.º las terminaciones de los tiempos que se arreglan á una misma conjugacion; 2.º sus diferencias en algunas palabras defectuosas; 3.º una porcion considerable de palabras irregulares.

CARTILLA DE CONJUGACIONES.

PRIMERA CONJUGACION

Terminaciones.

| 1.     | 2.      | 3.    | 4.       | 5.         |
|--------|---------|-------|----------|------------|
| er,    | ant,    | é,    | e,       | ais.       |
| aimer, | aimant, | aime, | je aime, | je aimois. |

Todas las palabras pertenecientes á esta conjugacion se arreglan á una misma terminacion, prescindiendo de las palabras *aller* y *puer*.

SEGUNDA CONJUGACION.

| 1.     | 2.         | 3.    | 4.        | 5.            |
|--------|------------|-------|-----------|---------------|
| ir,    | issant,    | i,    | is,       | ais.          |
| finir, | finissant, | fini, | je finis, | je finissois. |

Primera diferencia. Palabras defectuosas.

En algunos verbos varian las palabras pertenecientes á esta clase en cuanto á la terminacion de su tiempo presente; tales son los siguientes: *sentir, je sens; bouillir, je bous; dormir, je dors; mentir, je mens; partir, je pars; se repentir, je me repens; servir, je sers; sortir, je sors.*

Segunda diferencia.

| 1.     | 2.      | 3.    | 4.        | 5.        | 6.         |
|--------|---------|-------|-----------|-----------|------------|
| entr,  | euant,  | enu,  | iens,     | ius,      | enois.     |
| tenir, | tenant, | tenu, | je tiens, | je tiens, | je tenois. |
| veoir, | venant, | venu, | je viens, | je vins,  | je venois. |

Tercera diferencia.

| 1.       | 2.        | 3.       | 4.         | 5.          | 6.           |
|----------|-----------|----------|------------|-------------|--------------|
| rir,     | rant,     | ert,     | re,        | ris,        | rois.        |
| couvrir, | couvrant, | couvert, | je couvre, | je couvris, | je couvrois. |

TERCERA CONJUGACION.

| 1.        | 2.        | 3.    | 4.         | 5.        | 6.           |
|-----------|-----------|-------|------------|-----------|--------------|
| evoir,    | evant,    | u,    | ois,       | us,       | erois.       |
| recevoir, | recevant, | reçu, | je reçois, | je reçus, | je recevois. |

CUARTA CONJUGACION.

| 1.        | 2.         | 3.       | 4.        | 5.         | 6.          |
|-----------|------------|----------|-----------|------------|-------------|
| dre,      | dant,      | du,      | ds,       | dis,       | dois.       |
| rendre,   | rendant,   | rendu,   | je rends, | je rendis, | je rendois. |
| répondre, | répondant, | répondu, | etc.      |            |             |

Primera diferencia.

| 1.        | 2.         | 3.     | 4.         | 5.            | 6.            |
|-----------|------------|--------|------------|---------------|---------------|
| indre,    | ignant,    | int,   | ins,       | ignis,        | ignois.       |
| craindre, | craignant, | crain, | je crains, | je craignois, | je craignois. |
| peindre,  | peignant,  | peint, | etc.       |               |               |
| joindre,  | joignant,  | joint, |            |               |               |

Segunda diferencia.

| 1.      | 2.        | 3.   | 4.        | 5.       | 6.           |
|---------|-----------|------|-----------|----------|--------------|
| aire,   | oisant,   | u,   | ais,      | us,      | sois.        |
| plaire, | plaisant, | plu, | je plais, | je plus, | je plaisois. |
| faire,  | faisant,  |      |           |          |              |

Tercera diferencia.

| 1.        | 2.          | 3.       | 4.          | 5.            | 6.             |
|-----------|-------------|----------|-------------|---------------|----------------|
| uire,     | uisant,     | uit,     | uis,        | uisis,        | uisais.        |
| produire, | produisant, | produit, | je produis, | je produisis, | je produisois. |

Cuarta diferencia.

| 1.        | 2.         | 3.    | 4.         | 5.        | 6.             |
|-----------|------------|-------|------------|-----------|----------------|
| oltre,    | oissant,   | u,    | ois,       | us,       | oissois.       |
| paroltre, | paroisant, | paru, | je parois, | je parus, | je paroissois. |
| conoltre, | conoisant, | etc.  |            |           |                |

IRREGULARES DE LA PRIMERA CONJUGACION.

| 1.     | 2.      | 3.    | 4.       | 5.       | 6. |
|--------|---------|-------|----------|----------|----|
| aller, | allant, | allé, | je vais, | j'allai. |    |
| puer,  | puant,  | pué,  | je pus,  | je puai. |    |

IRREGULARES DE LA SEGUNDA CONJUGACION.

| 1.      | 2.       | 3.     | 4.        | 5.         |
|---------|----------|--------|-----------|------------|
| courir, | courant, | couru, | je cours, | je courus. |

|           |            |          |             |              |
|-----------|------------|----------|-------------|--------------|
| cueillir, | cueillant, | cueilli, | je cueille, | je cueillis. |
| faillir,  | faillant,  | failli,  | je faux,    | je faillis.  |
| fuir,     | fuyant,    | fui,     | je fuis,    | je suis.     |
| hâir,     | haissant,  | hâi,     | je hais,    |              |
| mourir,   | mourant,   | mort,    | je meurs,   | je mourus.   |
| ouir,     | oyant,     | oui,     | j'ois,      | j'ois.       |
| acquérir, | acquérant, | acquis,  | j'acquiers, | j'acquies.   |
| saillir,  | saillant,  | sailli,  | je saillis, | je saillis.  |
| vêir,     | vêtant,    | vêtu,    | je vêts,    | je vêtis.    |

IRREGULARES DE LA TERCERA CONJUGACION.

| 1.        | 2.        | 3.     | 4.        | 5.         |
|-----------|-----------|--------|-----------|------------|
| érhoir,   | échuant,  | échu,  | échois.   |            |
| mouvoir,  | mouvant,  | mu,    | je meus,  | je mus.    |
| pleuvoir, | pleuvant, | plu,   | il pleut, | il plut.   |
| pouvoir,  | pouvant,  | pu,    | je puis,  | je pus.    |
| savoir,   | sachant,  | su,    | je sais,  | je sus.    |
| valoir,   | valant,   | valu,  | je vaux,  | je valus.  |
| voir,     | voyant,   | vu,    | je vois,  | je vis.    |
| vouloir,  | voulant,  | voulu, | je veux,  | je voulus. |

IRREGULARES DE LA CUARTA CONJUGACION.

| 1.        | 2.         | 3.      | 4.          | 5.          |
|-----------|------------|---------|-------------|-------------|
| battre,   | battant,   | battu,  | je bats,    | je battis.  |
| boire,    | buvant,    | bu,     | je bois,    | je bus.     |
| conclure, | concluant, | conclu, | je conclus, | je conclus. |
| confire,  | confisant, | confit, | je confis,  | je confis.  |
| croire,   | croyant,   | cro,    | je crois,   | je crus.    |
| dire,     | disant,    | dit,    | je dis,     | je dis.     |
| lire,     | lisant,    | lu,     | je lis,     | je lis.     |
| mettre,   | mettant,   | mis,    | je mets,    | je mis.     |
| vivre,    | vivant,    | venu,   | je vis,     | je vécu.    |

Especies de palabras indicantes de accion.

En francés, como en castellano, hay palabras de accion activas, pasivas, neutras, reflexivas, recíprocas é impersonales; por tanto no las tomaremos en consideracion, dejando á la práctica su conocimiento y distincion; tocarémos algo en la explicacion acerca de las tres primeras, señalando la diferencia que reina entre ellas por lo tocante á la formacion de sus tiempos compuestos, porque se aparta en esto el francés del castellano, siendo así que las activas piden el auxiliar *haber*, y las pasivas y neutras el auxiliar *ser*.

Palabras determinantes.

Las palabras determinantes sirven á determinar la idea de un objeto; se pueden dividir en determinantes de relacion y determinantes de modificacion; las primeras ejercen principalmente su determinacion sobre las palabras indicantes de ser; las segundas sobre las palabras indicantes de accion. Se han tratado separadamente estas dos especies en la gramática general, y el francés no se aparta de lo establecido en ella, ni se diferencia tampoco del castellano. Dejamos de apuntar aquí una série de palabras determinantes, por no ser esto un diccionario, bastando para la instruccion de los alumnos el considerar las variaciones que recibe en la lengua francesa el artículo.

El artículo en francés determina el sentido de una palabra indicante de ser, ó expresa una parte de un todo, ó indica un individuo de una especie; en estas tres diferencias recibe tres nombres diversos. En la primera se dice *le, la*, v. g.: *le livre que vous voyez*. En la segunda *du, de la* sin negacion, y *de* con negacion, v. g.: *donne moi du pain, ne me donnes pas de pain*. En la tercera *un* sin negacion, y *de* con negacion, v. g.: *apporte une chaise, n'apporte pas de chaise, j'ai des livres, je n'ai pas de livres*.



# RUDIMENTOS DE LA GRAMATICA INGLESA.

La gramática inglesa puede ser dividida en cuatro partes: la 1.<sup>a</sup> considera las letras respecto de su pronunciación; la 2.<sup>a</sup> queda contrahida á las sílabas con relación á sus acentos; la 3.<sup>a</sup> abraza todas las especies de palabras, sus derivaciones, mudanzas y analogía; la 4.<sup>a</sup>, en fin, trata de la colocación y enlace de las palabras con motivo de formar una oración. Estas cuatro partes se irán explyando en otros tantos artículos.

## ARTÍCULO PRIMERO.

### *De las letras respecto de su pronunciación.*

No se debe equivocar la verdadera pronunciación de la lengua inglesa con aquella que se da en varias provincias, pues sucede en ellas lo que en España, donde no hablan todos con igual pureza y corrección, ya penda esta diferencia de sus relaciones comerciales, ya de la influencia de otro idioma particular, ya de los vestigios de una lengua antiguamente usada. Tendrán, pues, por objeto estos principios, la pronunciación universal de la lengua inglesa, prescindiendo de la variedad que pueda tener en los países donde se habla adulterada.

Las letras son los elementos de la pronunciación en todas las lenguas; se dividen en vocales y consonantes, pero solo al inglés toca la subdivisión de las vocales en simples y compuestas; las primeras se pronuncian con un solo impulso de la voz, sin ninguna alteración de los órganos de la palabra, como *a, e, o*. Las segundas necesitan para pronunciarse de la aplicación de uno ó mas órganos; tales son *i, u*.

Las vocales son cinco *a, e, i, o, u*; pueden ser consideradas como vocales *y, w* cuando terminan una sílaba; si no, siempre son consonantes. Hay otra vocal cuyo sonido corresponde casi al de la *u* castellana; se escribe con dos *oo* y se halla en *woo, coo, look*.

La vocal *a* tiene cuatro sonidos: el 1.<sup>o</sup> corresponde al de *a* castellana, v. g. *fáther*; el 2.<sup>o</sup> no es mas que una prolongación del 1.<sup>o</sup>, y se advierte en *wáter*; el 3.<sup>o</sup> suena como una *e* acentuada, y se halla en la palabra *fáte*; el último, en fin, puede igualarse con el precedente, sino que es muy breve, y participa algo del sonido de la *a*, como en las palabras *fát, mán* (1).

(1) Creemos poco exactas y un tanto oscuras estas reglas para la pronunciación inglesa.

La *a* tiene el sonido número primero cuando termina una sílaba y tiene acento, como *áper, spectátor*.

Se exceptúan solamente *fáther, wáter, máster*. Tiene el sonido segundo cuando se halla seguida de una consonante con *e* muda, v. g.: *tráde, spáde*. Las solas excepciones son *háve, áre, gápe*, y *bade*. El tercer sonido se advierte en las voces que acaban en *tion*, como *creation, gesticulation*.

El sonido número segundo corresponde á las palabras que terminan en *rp* ó *bn*, como en estas palabras *farp, salm*; se halla algunas veces en las que se terminan en *lf* ó *th*, como *ealf, bath*. En fin en las abreviadas *cánt, hánt, shánt*.

La *a* tiene el sonido número tres cuando precede á *ll*, como *áll, wáll*, ó cuando se halla acompañada de *w*, como *was, what*. En fin, el sonido número cuarto le corresponde siempre que le sigue una consonante, como *mán, fát*, y que el acento recaiga sobre esta consonante.

La *e* inglesa suena como una *i* castellana, y algunas veces como una *e* castellana muy breve. Tiene el primer sonido siempre que la sigue una consonante con *e* muda, como en las palabras *glébe, théme*. El otro sonido se halla en ciertos monosílabos, como *féd, béd, red*.

El primer sonido de la *i* inglesa se compone del sonido de la *a* en la palabra *fáther*, y del sonido de la *e* en la palabra *hé*, los dos pronunciados tan juntos como pueda ser; corresponde á las voces que acaban con *e* muda, como *time, thine*. El segundo sonido puede igualarse con el de la castellana, como *thin, him*.

La *i* tiene su sonido breve cuando se halla delante de una ó dos *rr* seguidas de una vocal, como *irritate, conspiracy*; si la *r* se halla seguida de una consonante, ó fuese letra final de dicción, le corresponde el sonido de la *e* castellana, como *virtue, sir*.

La *i* suena como *e* número 1 en ciertas palabras tomadas de otras lenguas ó idiomas, como *verdegris, chiopoine, signior*. Suena como *i* en *miliaris*,

*pinion*. Le toca el sonido largo siempre que forma sílaba, y que el acento recae sobre la sílaba siguiente, como *idea*, *idolatry*. En fin, conserva el sonido largo cuando se halla seguida de otra vocal y que las dos forman distintas sílabas, como *diameter*.

Los ingleses dan regularmente á la *o* cuatro sonidos. El primero puede ser contraído al de la *o* castellana, como *tone*, *bone*; el segundo corresponde á una *u* castel-

llana, como *mòve*, *pròve*; el 3 se confunde con el de la *a* número 3, como *nor*, *for*, *or*; el cuarto se identifica con el primero, sino que es breve, como *not*, *hot*, *got*.

El primer sonido de la *u* inglesa se compone de los sonidos de la *i* y de la *u* castellana; se halla en las vo-

ces *tube*, *mule*. El segundo corresponde á la vocal francesa *eu*. El tercero suena como la *u* castellana, como *bull*, *full*.

La *y* inglesa es vocal: 1.º cuando termina sílaba ó dición, y así es que toma el sonido largo en las voces *thyme*, *rhyme*; 2.º cuando terminando sílaba, se halla precedida de una *f*, como *justify*, *qualify*. *H* es también vocal en fin de dición ó de sílaba, y corresponde al sonido de una *u* castellana, como *row*, *towel*.

Un diptongo es la reunión de dos vocales en una sílaba. El diptongo es propio cuando cada vocal tiene un sonido, é impropio cuando las dos se reducen á un solo sonido; en este caso llánase también vocal compuesta.

#### Diptongos ingleses con sus sonidos castellanos correspondientes.

|           |                                 |
|-----------|---------------------------------|
| <i>ae</i> | caesar,                         |
| <i>ai</i> | pail, raisin, ailes,            |
| <i>ao</i> | gaol,                           |
| <i>au</i> | taught, hauboy,                 |
| <i>aw</i> | bawl,                           |
| <i>ea</i> | each, bear, heart,              |
| <i>ee</i> | meet, mean,                     |
| <i>ei</i> | vein, ceil, height,             |
| <i>eo</i> | people, georgie, feod, surgeon, |
| <i>eu</i> | feud,                           |
| <i>ew</i> | new, to sew,                    |
| <i>ia</i> | poniard, mariag.                |
| <i>ie</i> | grieve, twentie, bratier,       |
| <i>io</i> | priory, marchioness, cushion,   |
| <i>oa</i> | boat, broad,                    |
| <i>oi</i> | boil, tortoise, connoisseur,    |

|           |                                        |
|-----------|----------------------------------------|
| <i>oo</i> | noon, blood, door,                     |
| <i>ou</i> | account, country, house, court, ought, |
| <i>ow</i> | now, know,                             |
| <i>ua</i> | antiquate, guard,                      |
| <i>oe</i> | economy, foe, shoe,                    |
| <i>ue</i> | mansuetude, guest, blue, true,         |
| <i>ui</i> | languid, guide, guitar, juice, bride,  |
| <i>uo</i> | quote,                                 |
| <i>uy</i> | tobuy, plaguy.                         |

#### Triptongos ingleses.

|            |               |            |            |
|------------|---------------|------------|------------|
| <i>aye</i> | aye,          | <i>ieu</i> | adien,     |
| <i>eau</i> | beauty, beau, | <i>iew</i> | view,      |
| <i>eou</i> | pleonteous,   | <i>oeu</i> | manoeubre. |

#### De las consonantes.

La *b* no se pronuncia: 1.º después de la *m* en una misma sílaba, como *lamb*, *kemb*, *comb*, *dumb*; 2.º delante de *t* en una misma sílaba, como *debt*, *doubt*. En la palabra *rhomb* se oye distintamente.

La *c* suena como *k* delante de *a*, *o*, *u*, como *card*, *cord*, *curd*; suena como *s* delante de *e*, *i*, como *cement*, *city*; como *tch* en *vermicelo*, y como *z* en *suffice*, *sacrifice*, *discern*. Combinada con *h* tiene dos sonidos; el primero equivale á *tch*, como *child*, y el segundo á *sh*, como *chaise*. Conserva este último sonido precediendo á los diptongos *ea*, *ie*, *io*, *aeou*, como *ocean*, *social*, etc.

La *d* se acerca mucho á la *t* en la pronunciación, y se confunde con ella en los participios pasivos de ciertos verbos, como *blessed*, *cursed*. Delante de los diptongos *ia*, *ie*, *io*, *eou* suena como *dje*, v. g.: *soldier*, *verdure*; su sonido es imperceptible en la palabra *ordinary*.

La *f* suena como en castellano.

La *g* tiene dos sonidos delante de *e*, *i*; el primero es muy suave en las voces derivadas del griego, latín y francés, como *gentil*; el segundo es fuerte en las voces sajonas, como *finger*; suena como en castellano delante de *a*, *o*, *u*, *l*, *r*.

La *h* es siempre aspirada, sino en ciertas palabras, que se harán conocer en la lectura.

La *j* se pronuncia como *g*, y la *k* como *c*. De veinte años acá se omite la *k* en fin de dición cuando le precede una *c*.

La *l* es muda en muchas palabras; cuando se halla seguida de una *c* tiene un sonido imperfecto, que se advierte en las palabras *able*, *people*; la *m* y la *n* suenan como en castellano.

La *q* suena como *k* en la palabra *queen*, y otras tomadas del francés, como *piquet*.

La *r* nunca es muda, pero se traspone algunas veces, como *sabre*, *saffron*; esta letra se pronuncia con fuerza al principio de dición; si no, es siempre suave.

La *s* tiene dos sonidos: el primero conforme al cas-

tellano; el segundo, particular al inglés, suena como *z*, equivale á *sh* en *censure*, *tonsure*, y á *zh* en *mansion*, *pleasure*.

La *t* delante de las diptongos suena como *sh*, con tal que el acento recaiga sobre la sílaba diptongal, como *nation*. Tiene el mismo sonido delante de *u*, como *nature*.

La *x* tiene dos sonidos, el primero como *ks* en la palabra *exercise*, el segundo como *g* inglesa en la palabra *example*. La *z* no es otra cosa mas que una *s* muy suave. Es aspirada delante de los diptongos, como en la palabra *vizier*.

#### Combinacion de consonantes.

GN. La *g* antes de *n*, en una misma sílaba, es siempre muda, como *resign*. Formando distintas sílabas, tiene cada una su sonido, como *signify*. Se advierte la misma diferencia respecto de *gm*.

GH. Al principio de dición se pronuncia como si no hubiese *h*, v. g.: *ghost*; en fin de dición suena f algunas veces, como *laugh*, ó no tiene sonido alguno, como *high*.

#### ARTÍCULO II.

##### De las palabras indicantes de SER.

Las palabras indicantes de *ser* reciben en inglés número y caso; el plural se forma añadiendo una *s* al singular, cuyo aumento no comunica mas sílabas al uno que al otro; así *stick* hace *sticks* en el plural.

Es de advertir que muchas palabras se apartan de esta regla: 1.º las que se acaban en *ch*, *ss*, *sh*, *x* añaden *es* al singular como *church*, *churches*; 2.º las que se acaban en *f* ó *fe*, convierten la *f* en *v*, como *wife*, *wives*; 3.º las que tienen *y* final toman *es* al plural, v. g.: *faintly*, *faintly's*.

Además de esto, muchos plurales son irregulares, como *man*, *men*, *child*, *children*, *foot*, *feet*, *tooth*, *teeth* y otros.

Los casos se señalan por medio de palabras determinantes; solo el genitivo inglés puede ser expresado por la terminacion segun sigue:

|                         |               |
|-------------------------|---------------|
| a child.                | a child,      |
| of a child, or child's, | of child,     |
| to a child.             | from a child. |

##### Palabras indicantes de calidad.

Esta especie de palabras no tiene en inglés sexo, número y caso; mas, á imitacion del latín, suelen expresarse con diferentes terminaciones sus diferentes grados en comparacion.

El primer grado, llamado positivo, se señala por la primera palabra; el segundo, que es el comparativo, se forma añadiendo *er* al primero; y el tercero, llamado superlativo, añadiendo *est* ó *most*, como *fair*, *fairer*, *fairest* ó *most fair*.

No todas las palabras de calidad pueden ser contraindas á estas tres terminaciones, porque algunas se comparan por medio de palabras determinantes, como en castellano, v. g.: *more or most benivolent*.

Los pronombres ingleses no se diferencian ni en su

formacion ni en su colocacion; van indicados en la cartilla siguiente:

##### Primer pronombre personal.

|          | Sujetos de la accion. | Términos de la accion | Con palabras de ser. | Sin palabras de ser. |
|----------|-----------------------|-----------------------|----------------------|----------------------|
| Singular | I                     | me                    | my                   | mine.                |
| Plural.  | We                    | us                    | our                  | ours.                |

##### Segundo pronombre personal.

|          | Sujetos de la accion. | Términos de la accion | Con palabras de ser. | Sin palabras de ser. |
|----------|-----------------------|-----------------------|----------------------|----------------------|
| Singular | thou, or you          | thee                  | thy                  | thine.               |
| Plural.  | ye, or you            | you                   | your                 | yours.               |

##### Tercer pronombre personal.

|                               | Sujetos de la accion. | Términos de la accion | Con palabras de ser. | Sin palabras de ser. |
|-------------------------------|-----------------------|-----------------------|----------------------|----------------------|
| Singular mascul. <sup>o</sup> | he                    | him                   | his                  | his.                 |
| Singular femenino             | she                   | her                   | her                  | hers.                |
| Singular neutro.              | it                    | it                    | its                  | its.                 |
| Plural.                       | they                  | them                  | their                | theirs.              |

##### Interrogativos.

|             | Sujetos de la accion. | Términos de la accion | Con palabras de ser. | Sin palabras de ser. |
|-------------|-----------------------|-----------------------|----------------------|----------------------|
| De personas | Who                   | Whom.                 | Whose                | Whose.               |
| De cosas.   | What                  |                       | Whereof.             |                      |

No se pueden llamar pronombres *this*, *that*, *which* porque no se ponen en lugar de nombres, sino que se unen á ellos; así se dice *this book*, *that man*, *the thing which you lost*.

##### Palabras indicantes de accion.

Estas palabras indican por lo regular una accion hecha por un sugeto, la cual puede ser presente, pasada y venidera; y para expresar estos tres estados hay varias terminaciones de palabras, que llaman tiempos; en inglés son dos, presente y pasado.



El presente se señala por la misma palabra, v. g. : *I burn*; el pasado añadiendo *ed* al primero, v. g. : *I burned*. Las palabras acabadas en *d* ó *t* tienen sus tiempos iguales, y solo se distinguen en la pronunciación, v. g. : *to lead*, conducir; *lead*, plomo.

No puede uno hablar sin referir la acción á sí mismo, á aquel con quien habla ó á otro. De aquí nacen tres personas en cada tiempo, cada una con su terminación correspondiente, según sigue.

*Tiempo presente.*

|                      |                   |
|----------------------|-------------------|
| <i>I burn,</i>       | <i>we burn,</i>   |
| <i>thou burnest,</i> | <i>you burn,</i>  |
| <i>he burns,</i>     | <i>they burn.</i> |

*Tiempo pasado.*

|                       |                    |
|-----------------------|--------------------|
| <i>I burned,</i>      | <i>we burned,</i>  |
| <i>thou burnedst,</i> | <i>you burned,</i> |
| <i>he burned,</i>     | <i>they burned</i> |

Prescindiendo del presente y pasado, todos los demás tiempos suelen señalarse en inglés por medio de auxiliares, cuyo oficio se extiende también á los tiempos dependientes de una causa de la acción.

Los auxiliares son siete, *do, will, shall, may, can, have, be*. Los cuatro primeros solo tienen presente y pasado, y carecen de participio pasivo; en lugar que los dos últimos pueden expresar todos los demás tiempos. Trataremos de cada uno en particular.

El auxiliar *do* denota tiempo presente, y su derivado *did* tiempo pasado; así, en lugar de *I burn*, se puede decir *I do burn*; y en lugar de *I burned*, *I did burn*.

Las terminaciones de esta palabra correspondientes á cada persona son :

*Tiempo presente.*

|                          |                          |
|--------------------------|--------------------------|
| <i>I do,</i>             | <i>he doth, or does.</i> |
| <i>thou dost, or do,</i> |                          |

*Tiempo pasado.*

|                            |                |
|----------------------------|----------------|
| <i>I did,</i>              | <i>he did.</i> |
| <i>thou didst, or did,</i> |                |

El auxiliar *may* denota tiempo presente dependiente de una causa de la acción; *might*, su derivado, se aplica al pasado referente al presente, también dependiente de una causa de la acción.

*Tiempo presente.*

|                    |
|--------------------|
| <i>I may,</i>      |
| <i>thou maist,</i> |
| <i>he may.</i>     |

*Tiempo pasado.*

|                      |
|----------------------|
| <i>I might,</i>      |
| <i>thou mightst,</i> |
| <i>he might.</i>     |

El oficio de los auxiliares *will, shall* es indicar tiempo venidero, y el de sus derivados *would, should*, de señalar el pasado referente al presente dependiente de una causa de la acción.

*Tiempo presente.*

|                   |
|-------------------|
| <i>I will,</i>    |
| <i>thou wilt,</i> |
| <i>he will.</i>   |

*Tiempo pasado.*

|                      |
|----------------------|
| <i>I would,</i>      |
| <i>thou wouldst,</i> |
| <i>he would.</i>     |

*Tiempo presente.*

|                    |
|--------------------|
| <i>I shall,</i>    |
| <i>thou shalt,</i> |
| <i>he shall.</i>   |

*Tiempo pasado.*

|                       |
|-----------------------|
| <i>I should,</i>      |
| <i>thou shouldst,</i> |
| <i>he should.</i>     |

*Can* tiene en inglés el mismo oficio que *may*; estas son sus terminaciones :

*Tiempo presente.*

|                    |
|--------------------|
| <i>I can,</i>      |
| <i>thou canst,</i> |
| <i>he can.</i>     |

*Tiempo pasado.*

|                      |
|----------------------|
| <i>I could,</i>      |
| <i>thou couldst,</i> |
| <i>he could.</i>     |

*Must* y *ought* no reciben variación en sus personas, y corresponden á la expresión castellana *es menester que*.

El auxiliar *have*, que corresponde á la palabra castellana *haber*, no se diferencia de este en su aplicación á las palabras indicantes de acción.

*Tiempo presente.*

|                   |
|-------------------|
| <i>I have,</i>    |
| <i>thou hast,</i> |
| <i>he has.</i>    |

*Tiempo pasado.*

|                    |
|--------------------|
| <i>I had,</i>      |
| <i>thou hadst,</i> |
| <i>he had.</i>     |

El auxiliar *be* suple la voz pasiva de las palabras indicantes de acción, como en castellano.

*Tiempo presente.*

|                            |
|----------------------------|
| <i>I am, or he,</i>        |
| <i>thou art, or beest,</i> |
| <i>he is, or he.</i>       |

*Tiempo pasado.*

|                            |
|----------------------------|
| <i>I was, or were,</i>     |
| <i>thou wast, or wert,</i> |
| <i>he was, or were.</i>    |

Conocidos los auxiliares ingleses y su oficio en la formación de los tiempos, no será dificultosa la conjugación de las palabras indicantes de acción, con tal que sean regulares. Nos referimos pues á la práctica para su completa inteligencia.

La irregularidad de esta especie de palabras estriba en la formación del pasado y participio pasivo, que no terminan en *ed*. En las palabras, sobre esto, se ha de advertir : 1.º que en ciertas palabras irregulares el pasado y participio pasivo se identifican; 2.º que en otras el pasado se diferencia del participio. Bastará dar algunos ejemplos para acreditar esta doctrina.

PRIMERA ESPECIE DE PALABRAS IRREGULARES.

*Tiempo indeterminado. Pasado y participio pasivo.*

|                |                   |                |
|----------------|-------------------|----------------|
| <i>abide,</i>  | <i>habitar,</i>   | <i>abode.</i>  |
| <i>awake,</i>  | <i>despertar,</i> | <i>awoke.</i>  |
| <i>leave,</i>  | <i>dejar,</i>     | <i>left.</i>   |
| <i>spring,</i> | <i>salir,</i>     | <i>sprung.</i> |

SEGUNDA ESPECIE DE PALABRAS IRREGULARES.

*Tiempo indeterminado. Pasado y participio pasivo.*

|                 |                  |                 |                  |
|-----------------|------------------|-----------------|------------------|
| <i>be,</i>      | <i>ser,</i>      | <i>was,</i>     | <i>been,</i>     |
| <i>bear,</i>    | <i>llevar,</i>   | <i>bore,</i>    | <i>born,</i>     |
| <i>befall,</i>  | <i>llegar,</i>   | <i>befell,</i>  | <i>befallen,</i> |
| <i>forgive,</i> | <i>perdonar,</i> | <i>forgave,</i> | <i>forgiven.</i> |

Las palabras determinantes inglesas no presentan novedad alguna, porque prescindiendo de su pronunciación peculiar, se contraen en todo lo demás al uso castellano. Haylas de relación y de modificación; ejerciendo las primeras su determinación sobre las palabras indicantes de ser, y las segundas sobre las indicantes de acción.

*Derivación de las palabras inglesas.*

Para enterarse á fondo de la lengua inglesa, y quitar los embarazos que dificultan su traducción, será muy del caso exponer aquí brevemente los modos de derivarse unas voces de otras, indicando el origen que traen las primitivas de otros idiomas.

Las palabras indicantes de ser se derivan de las in-

dicantes de *accion*, como que expresan la cosa producida por la accion, y suelen contraerse á la primera persona del presente; así, las palabras *alove*, *fright*, *strooke*, se contraen á las terminaciones *I love*, *I fright*, *I strook*.

El agente ó persona que hace la accion se denota por la sílaba *er*, añadida á la palabra de accion, v. g.: *lover*, *frighter*, *strooker*.

Las palabras indicantes de *ser*, las de calidad y otras partes de la oracion, pueden convertirse en palabras indicantes de accion, sin mas diferencia que el hacerse la vocal larga, como *house*, *to house*; *brass*, *to brass*; *glass*, *to glass*; *oil*, *to oil*; *further*, *to further*; *forward*, *to forward*.

La terminacion *en*, añadida á una palabra indicante de calidad, forma algunas veces una palabra indicante de accion, como *haste*, *to hasten*; *length*, *to lengthen*; *short*, *to shorten*.

De las palabras indicantes de *ser* se derivan algunos indicantes de calidad, añadiendo las terminaciones *y* ó *ful*, como *wealth*, *wealthy*; *might*, *mighy*; *joy*, *joyful*; *plenty*, *plentiful*.

La terminacion *some* hace que las palabras de calidad expresen una especie de disminucion, v. g.: *delight*, *delightsome*. La terminacion *less* denota una falta, v. g.: *worth*, *worthless*; la privacion ó contrariedad se señala con la palabra *un*, v. g.: *unpleasant*.

Veamos ahora cómo las palabras inglesas han sido tomadas de otros idiomas. Muchas parece derivarse del latín, lo que consta por la grande analogía que tienen con las palabras de aquel idioma; sin embargo, todos los autores ingleses dicen que han sido trasladadas al inglés de la lengua francesa.

Las palabras inglesas que parece derivarse del latín, se forman del presente ó del supino, como *spend*, de *expendo*; *supplicate*, de *supplicatum*; *suppress*, de *suppressum*.

Las palabras que no son ni latinas ni francesas proceden de la lengua griega, que es la que formó todos los idiomas del Norte, exceptuando algunas, que traen su origen del griego.

Es de notar que en esta traslacion de las palabras de otros idiomas á la lengua inglesa se han suprimido muchas vocales y las mas de las terminaciones, quedando solamente las consonantes, como la parte mas sustancial; como de *expendo*, *spend*; *exemplum*, *sample*; *executio*, *execute*.

### ARTÍCULO III.

#### De la colocacion y enlace de las palabras.

El sugeto de la accion en una oracion afirmativa se debe colocar antes de la palabra indicante de accion, como *Alexander conquered Darius*; y despues de ella, ó entre ella y su auxiliar, cuando fuere la oracion interrogativa, como *did Alexander conquer*? El régimen siempre se pospone á la accion, como en el primer ejemplo.

La palabra indicante de calidad debe preceder á la de *ser*, como *a good man*, y se coloca despues cuando entre las dos se halla una indicante de accion, como

*the lord is great*; las palabras determinantes de modificacion suelen ponerse delante de la palabra de accion y su régimen, como *Alexander entirely vanquished Darius*; ó entre el auxiliar y el participio, como *I am exceedingly fatigued*.

La palabra de calidad y la de accion siguen el número de las indicantes de *ser*, como *this man*, *I love*, *the sun shines*.

Cuando los pronombres fueren términos de la accion se deben colocar despues de las palabras de accion: *I love her*, *I wrote this for him*.

El pronombre *it* se debe usar cuando entre discurso que expresa el estado de alguna cosa, ó lo que es causa de algun suceso, como en los ejemplos siguientes: *'twas at the Royal feast of Persia won*; *I appeared on a summers day*; *how is it with you*?

Es de advertir que la palabra de accion *be* tiene siempre un sugeto despues de ella, como *it was I that did it*.

*Do*, antes de una palabra indicante de accion, indica por lo regular tiempo indeterminado. Sucede, sin embargo, que muchas palabras se hallen seguidas de otra palabra de accion, sin admitir *to*, v. g.: *I bade him do it*, *I will make him feel it*.

El tiempo indeterminado se usa algunas veces como palabra indicante de *ser*, para expresar la accion, como *to win is pleasant*.

El participio, con una palabra determinante antes de él y su régimen despues, corresponde al gerundio de los latinos, y se usa muy frecuentemente en la construccion inglesa, v. g.: *felicity is to be obtained by avoiding evil*.

La palabra determinante suele algunas veces separarse de su régimen, colocándose despues de la palabra de accion, como *Horace is an author whom I am much delighted with*.

Las determinantes *in*, *on* se suplen por lo regular delante de un pronombre, como *give me the book*, *get me the money*; en lugar de *give to me*, *get for me*.

Algunas palabras determinantes rigen terminacion de tiempos dependientes; tales son *if*, *though*, *unless*, *whether*, como: *if thou be the son of God*, *though he slay me*, *unless he wash his flesh*, *whether it were I or they*.

Estas son las pocas reglas que, por ser peculiares de la lengua inglesa, necesitan de alguna mas consideracion; en las demás partes de la construccion no ofrece esta lengua dificultad alguna, siendo, al parecer de muchos eruditos, la mas fácil de todas las lenguas en su sintaxis (1).

No trataremos ahora de la última parte de la gramática (la prosodia, ó las sílabas con relacion á sus acentos), porque no es de gran importancia para enterarse de los principios de la traduccion. Darémos algunas reglas ligeras en las explicaciones sobre su ser peculiar en la lengua inglesa, solo en cuanto se satisfaga la curiosidad.

(1) Sin embargo, tan incompletos son estos rudimentos, que no pueden considerarse ni aun como un epitome gramatical. El autor, como alguna vez lo indica, se reservaba dar mas amplitud á este tratado en las explicaciones de viva voz.

# REGLAMENTO LITERARIO É INSTITUCIONAL,

EXTENDIDO PARA LLEVAR Á EFECTO EL PLAN DE ESTUDIOS DEL COLEGIO IMPERIAL DE CALATRAVA,  
EN LA CIUDAD DE SALAMANCA.

## SUMARIO.

### TITULO PRIMERO.

#### DE LA DISCIPLINA DEL COLEGIO.

CAPÍTULO PRIMERO. DE LOS INDIVIDUOS DEL COLEGIO Y SUS CLASES. — CAPÍTULO II. *Párrafo 1.º* De las clases de individuos del colegio y sus ministerios. — 2.º Del rector. — 3.º De los regentes y catedrático. — 4.º De los colegiales de número. — 5.º De los colegiales supernumerarios. — 6.º De los familiares. — CAPÍTULO III. DE LOS OFICIOS DEL COLEGIO Y SUS OBLIGACIONES. — *Párrafo 1.º* De la eleccion de oficios. — 2.º De los ensiliarios. — 3.º Del maestro de ceremonias. — 4.º Del analista. — CAPÍTULO IV. DE LA COMUNIDAD EN GENERAL. — *Párrafo 1.º* De las juntas de la comunidad. — 2.º De la distribucion general del tiempo. — 3.º De los ejercicios piadosos. — 4.º De la comida y cena. — CAPÍTULO V. DE LA DISCIPLINA EN GENERAL. — *Párrafo 1.º* Del hábito de los colegiales. — 2.º De la conducta doméstica. — 3.º De la conducta pública. — 4.º De las salidas de día. — 5.º De las salidas de noche. — 6.º De las ausencias del colegio. — 7.º De las entradas en el colegio.

### TITULO II.

#### DE LOS ESTUDIOS DEL COLEGIO.

CAPÍTULO PRIMERO. DEL ESTUDIO DE HUMANIDADES. — *Párrafo 1.º* De los que deben estudiar las humanidades. — 2.º Del catedrático de humanidades. — 3.º Del método de enseñar las humanidades. — 4.º De los autores en que se deben enseñar las humanidades. — 5.º De la division de esta enseñanza en épocas, y del paso de la primera. — 6.º Del paso de la segunda y tercera época. — 7.º Del paso de la cuarta y última época. — 8.º Del paso dominical y lectura de la Santa Biblia. — CAPÍTULO II. DEL ESTUDIO DE FACULTADES MAYORES. — *Párrafo 1.º* Del método de la enseñanza doméstica, y su combinacion con el plan publico en quanto á facultades mayores. — 2.º De las obras en que deben hacer los estudios preliminares y subsidiarios de las facultades mayores. — CAPÍTULO III. DEL ESTUDIO TEOLÓGICO EN PARTICULAR. — *Párrafo único.* De la division de este estudio, y de los pasos relativos á él. — CAPÍTULO IV. DEL ESTUDIO CANÓNICO EN GENERAL. — *Párrafo 1.º* De los estudios preliminares y subsidiarios que deben hacer los canonistas. — 2.º Del estudio de la ética, de derecho natural y público. — 3.º Del estudio del derecho romano. — 4.º Del estudio del derecho nacional. — 5.º Del estudio particular de los cánones. — CAPÍTULO V. DE LOS MEDIOS DE FACILITAR Y PERFECCIONAR LA ENSEÑANZA GENERAL. — *Párrafo 1.º* De los maestros de estudiantes. — 2.º De la junta censoria. — 3.º De los ejercicios semanales y sus turnos. — 4.º De las materias de los ejercicios semanales. — 5.º De la forma de idem. — 6.º De los ejercicios de oposicion á las colegiaturas. — 7.º De los exámenes privados. — 8.º Del exámen público y su preparacion. — 9.º De la forma del exámen público. — 10. De la censura literaria de los colegiales. — 11. De la censura moral de los colegiales. — 12. De los premios y castigos.

DON GASPARD MELCHOR DE JOVELLANOS, del consejo de su majestad en el real de las Ordenes, caballero de la

de Alcántara, visitador general extraordinario del imperial colegio de la Inmaculada Concepcion que la órden de Calatrava tiene en esta ciudad de Salamanca, y particularmente comisionado por su majestad en su real consejo de las Ordenes para establecer y llevar á debida ejecucion el plan de estudios domésticos del mismo colegio, propuesto á su majestad por el citado real Consejo en consulta de 7 de diciembre de 1787, y aprobado por real decreto publicado en él á 13 de setiembre de 1788; habiendo concluido ya las visitas pública y secreta de este dicho colegio, que nos fueron asimismo encargadas, y tomado todas las noticias é informes convenientes, tanto del rector y otros individuos de su comunidad, quanto de personas doctas, celosas de los progresos de la literatura; y bien enterados del estado actual de ella en las escuelas públicas de esta insigne universidad, como tambien de los varios abusos y estorbos que impiden ó retardan su mejoramiento en esta comunidad, y de los medios mas oportunos de ocurrir á ellos; y usando de las facultades que por su majestad nos están conferidas, por su real despacho de 31 de marzo de este presente año, mandamos al rector, regentes, catedráticos, colegiales, familiares y demás personas que al presente componen ó en adelante compusieren esta comunidad, y al prior y conventuales presentes y futuros del sacro y real convento de Calatrava, y á cualesquiera otras personas á quienes tocare ó perteneciere, ó de cualquier modo pudiere tocar y pertenecer, que guarden, cumplan y ejecuten todos y cada uno de los artículos insertos en el presente reglamento, formado para los fines y efectos que van referidos, y cuyo tenor es como sigue:

#### *Del objeto, autoridad y observancia de este reglamento.*

1.º El objeto del plan aprobado por su majestad ha sido extender á todos los individuos que entraren en el sacro convento de Calatrava la proporcion de venir á estudiar las ciencias eclesiásticas en este imperial colegio, mejorar la condic'ón y subsistencia de los que en adelante vinieren á él, reducir á mejor y mas provechoso método sus estudios domésticos, y estimular su aplicacion con premios y recompensas. Este es tambien el objeto del presente reglamento.

2.º Al mismo fin se han encaminado las visitas pú-



blica y secreta de este colegio, que se acaban de hacer, y por tanto, los artículos comprendidos en el presentereglamento son y se entenderán ser la parte principal de sus mandatos, y como tales serán obedecidos.

3.º Mas si para el logro de tan importante fin fuese necesario uniformar el gobierno de este imperial colegio al nuevo método de sus estudios, así los referidos mandatos como este reglamento han debido abrazar, no solo los puntos relativos á estudios, sino tambien los demás que pertenecen á su gobierno económico é institucional.

4.º Por tanto, el presente reglamento se dividirá en tres partes: en la primera se tratará de la hacienda (1), en la segunda de la disciplina, y en la tercera de los estudios del colegio.

5.º Léjos de derogarse por este reglamento las primitivas constituciones del colegio, aprobadas por el señor don Carlos I, su fundador, de gloriosa memoria, las providencias que contiene se dirigen á asegurar su mejor observancia y á desterrar los abusos introducidos contra su espíritu y tenor.

6.º Pero como el nuevo plan aprobado y mandado ejecutar por su majestad exigiese la alteracion de algunos establecimientos que el actual estado de la órden, de las letras y de los estudios públicos hacia ya inútiles y aun dañosos, y la subrogacion de otros mas acomodados al tiempo y circunstancias presentes, declaramos que las referidas constituciones quedarán en su fuerza y vigor en todo, aquello que no esté señaladamente dispuesto y decretado en el presente reglamento.

7.º Por tanto, y para que sean mas conocidas y mejor observadas en todos los demás puntos en que se deba estar á ellas, mandamos que se impriman á continuacion de este reglamento, junto con el plan aprobado por su majestad.

8.º Para esta edicion servirán de texto la real cédula original que contiene dichas constituciones, y existe en el archivo del colegio, y el real despacho original, que anda con los autos de la presente visita. Asimismo mandamos que se entiendan derogados todos y cualesquiera autos, providencias, órdenes, acuerdos, mandatos de visita, actos capitulares anteriormente dados ó formados, acerca del gobierno y disciplina de este colegio, en cuanto no fueren conformes con dichas constituciones primitivas en el plan aprobado por su majestad y con el presente reglamento.

9.º Tambien se entenderá derogado y del todo suprimido cuanto se contiene en el libro llamado de ceremonias, cuya compilacion se hizo sin necesidad, sin órden ni autoridad legítima, y cuya aprobacion se obtuvo artificiosamente del real Consejo en 1766. Y por cuanto dicho libro, además de los citados vicios, se halla escrito en estilo bárbaro y embrollado, se opone en puntos esenciales al espíritu y letra de las definiciones generales de la órden y de las primitivas constituciones del colegio, y autoriza muchas prácticas viciosas y abusivas, no se conforma con el estado presente de los estudios públicos, ni es en manera alguna

conciliable con el plan que se trata de establecer, mandamos que desde luego se recojan todos los ejemplares que de él existan, así impresos como manuscritos, tanto en el archivo del colegio como en poder de particulares, los cuales se remitan al Consejo, para que los haga archivar ó cancelar, y no quede memoria alguna de un monumento tan poco decoroso á la órden de Calatrava.

10. Por consiguiente, declaramos que este colegio de la Inmaculada Concepcion se deberá regir y gobernar desde ahora en adelante perpétuamente por el presente reglamento, y en cuanto no estuviere contenido en él, por las citadas primitivas constituciones.

11. Las dudas que de nuevo ocurrieren, ya sobre materias no contenidas en ellos, ya acerca de su inteligencia, se resolverán por su majestad, por el real consejo de las Ordenes, por acuerdos de la comunidad ó por providencia del rector ó consiliarios, segun la naturaleza é importancia de cada una.

12. Pero de tales decisiones no se formará jamás coleccion ni tratado alguno, sino que se dejarán escritas y consignadas en los libros y lugares á este fin destinados, para evitar que á la sombra de este pretexto se pierda de vista y vaya alterándose el órden y sistema que ahora establecemos.

Ni la comunidad ni el rector podrán en cosa alguna alterar las reglas y providencias contenidas en este reglamento ni en las citadas constituciones, pues cuando hallaren inconveniente ó perjuicio en la observancia de alguna, lo representarán al real consejo de las Ordenes, para que, examinando el caso, resuelva lo conveniente por sí ó lo consulte á su majestad, segun su importancia.

13. Del presente reglamento, cuyo original quedará en autos de visita pública, se sacará una copia fehaciente para colocar en el archivo del colegio, y además se copiará íntegramente en el libro de visitas junto con los demás mandatos de la presente, y en el de actas ó decretos de la comunidad á continuacion del que contenga su notificacion y obediencia.

14. Su observancia deberá tener pleno y cumplido efecto desde el dia de la citada notificacion, sin perjuicio de la aprobacion y confirmacion del real consejo de las Ordenes.

15. Verificada que sea esta confirmacion, y no antes, se procederá á imprimirla, poniendo á su continuacion el real despacho y las constituciones primitivas del colegio, como queda indicado al número 5.º

16. A cada individuo de los que actualmente existen en el colegio ó que de nuevo vinieren á él, ya sea de rector, regente ó catedrático, ya de colegial, se dará un ejemplar de este impreso, en lugar del libro de ceremonias que recibian antes de ahora.

17. En el primer dia de cada año se juntará la comunidad, y á su presencia se leerá por el secretario todo el reglamento, y el rector exhortará á los individuos á cumplirlo, haciéndoles las advertencias y prevenciones convenientes acerca de la omision ó abusos que hubiere advertido en su observancia.

18. Será de particular cuidado del maestro de ceremonias el que los colegiales y familiares nuevos estu-

(1) No se ha publicado nunca la parte relativa á la hacienda.

dien y aprendan su contenido, y del rector y demás á quienes respectivamente pertenece, que todos lo observen inviolablemente.

## TITULO PRIMERO.

### DE LA DISCIPLINA DEL COLEGIO.

#### CAPITULO PRIMERO.

DE LOS INDIVIDUOS DE LA COMUNIDAD Y SUS CLASES; DEL NÚMERO DE INDIVIDUOS Y DEPENDIENTES DEL COLEGIO.

1.º La buena disciplina de los cuerpos colegiados debe establecerse sólidamente sobre la jerarquía y órden de sus miembros, sobre la exacta distribución de los derechos y obligaciones respectivas de los que mandan y obedecen, y sobre la uniformidad de la conducta de todos con el espíritu del instituto que le gobierna; por tanto, declaramos primero el número y clasificación de los individuos que deben componer este colegio, los ministerios y obligaciones particulares de cada uno, y despues las obligaciones comunes á todos.

2.º El colegio de la Inmaculada Concepcion de la órden de Calatrava se compondrá perpétuamente de un rector, un regente de teología, otro de cánones, un catedrático de humanidades, diez colegiales de número, y los colegiales supernumerarios que cupieren, segun el artículo 2.º del plan aprobado y mandado observar por su majestad.

3.º Todos estos colegiales, aunque existentes en Salamanca, serán y continuarán siendo miembros de la comunidad del sacro convento de Calatrava, sin que por su pase al colegio pierdan la plaza ó hábito que gocen en él, ni los demás derechos y prerogativas que pertenecen á todo conventual ausente.

4.º Por consiguiente, cumplido que sea el tiempo de la colegiatura, volverán todos á la casa, y ocuparán en ella su plaza segun la antigüedad que les correspondiere por el tiempo de su primera entrada en la órden.

5.º Con arreglo á lo mandado por su majestad en el artículo 9.º del nuevo plan, se prohiben por punto general las hospederías, y ningún conventual podrá residir en el colegio como no sea con alguno de los títulos en las clases y por el tiempo arriba expresado, ó yendo de paso á algun viaje ó comision, conforme á las constituciones.

6.º Para el servicio de esta comunidad habrá perpétuamente en ella cinco familiares, que residirán dentro del colegio, y cuyos ministerios y obligaciones se señalarán despues.

7.º Habrá tambien un portero, encargado únicamente del cuidado de las puertas y demás cosas relativas á este ministerio.

8.º Habrá un cocinero y un ayudante, los cuales morarán tambien en el colegio, viviendo y pernoctando en él, si ser puidiere, para evitar los inconvenientes que trae consigo la residencia de sirvientes en la ciudad.

9.º El colegio tendrá un médico asalariado para la

asistencia de sus enfermos, con el salario que queda expresado en el número 27.

10. Tambien tendrá un cirujano titular, con el salario expresado en el mismo número, entendiéndose que será de su cargo hacer barbas y sangrias en el colegio.

11. Habrá asimismo para el servicio del colegio una lavandera comun; y si pareciere al rector que no basta para este ministerio una sola, podrá nombrar dos, con acuerdo de los consiliarios, dividiendo su asistencia por mitad entre los individuos, y señalándoles el salario que fuere correspondiente.

12. No podrá haber en el colegio criados particulares, ni tenerlos ningún colegial, en su cuarto ni fuera de él, con este título ni otro alguno, pues todos deberán ser asistidos en lo que les fuere menester por los familiares ó sirvientes de la comunidad.

13. Esta regla tendrá las excepciones que se explicarán en los títulos correspondientes.

#### CAPITULO II.

DE LAS CLASES DE LOS INDIVIDUOS DEL COLEGIO, Y SUS MINISTERIOS.

1.º Habrá perpétuamente un rector para cuidar de su hacienda, disciplina, estudios y gobierno, como prelado y superior de él.

2.º Habrá un regente de sagrada teología para enseñar y pasar esta facultad y todos los estudios previos y subsidiarios de ella.

3.º Habrá otro regente de cánones para la enseñanza y paso del derecho civil y canónico y demás estudios anexos á esta facultad.

4.º Habrá un catedrático de humanidades con el cargo de enseñar la propiedad latina, elocuencia y poesía, y de pasar la filosofía y estudios preparatorios á las facultades mayores, que se expresarán en su lugar.

5.º Habrá siempre dos consiliarios para ayudar y aconsejar al rector, intervenir con él en la administración de la hacienda y gobierno del colegio.

6.º Habrá un maestro de ceremonias para promover la observancia ritual de las obligaciones de todos los individuos, segun sus clases y ministerios, y vigilar sobre los abusos que puedan introducirse en ella.

7.º Habrá un secretario, que llevará y autorizará los hechos de la comunidad congregada en sus juntas ordinarias y extraordinarias, y para las correspondencias del colegio y demás cargos de este oficio.

8.º Habrá un analista, segun se manda en la presente visita, para apuntar los hechos y acaecimientos dignos de memoria que tengan relacion con el bien del colegio, y conservarlos para lo futuro.

9.º Habrá un bibliotecario para cuidar de la biblioteca del colegio, y del aumento, órden, conservacion y buen uso de sus libros.

10. Asimismo, segun se ha mandado en esta visita, habrá un archivero encargado de la ordenanza, custodia y buena conservacion de todos los papeles pertenecientes al colegio.

11. Habrá un veedor de capilla para cuidar de la decencia y aseo de la capilla pública del colegio, y buena



conservacion de sus vasos y ornamentos, alhajas y muebles.

12. Habrá un veedor de enfermería para velar sobre la buena y caritativa asistencia de los colegiales y familiares, criados y enfermos.

13. Habrá un veedor de despensa y otro de refectorio, cocina y cantina, otro de ropería y otro de portería, para velar sobre los objetos relativos á estos ministerios.

#### *Del rector.*

1.º El rector gozará de la misma racion, vestuario y salario que quedan declarados en el título primero (1), por cada uno de los cuatro años que durare su prelatura, con arreglo al artículo 3.º del plan.

2.º El rector contribuirá anualmente, como todos los demás individuos del colegio, á los 89 reales vellon que quedan declarados en el título primero de este reglamento.

3.º No solo exceptuamos al rector de la providencia de no tener criado, sino que hallamos necesario que tenga uno, con título de paje, para que su persona esté acompañada y asistida con mas decencia; pero la sustentacion de este sirviente será de cargo del mismo rector.

4.º No ocupará beca en el colegio, y conservará siempre la representacion que tuviere en la órden cuando entrare á la prelatura, ora sea sugeto colocado, ora sea conventual.

5.º Si fuere nombrado alguna vez para el empleo de rector algun colegial de número, en quien concurren las calidades necesarias, vacará inmediatamente su beca, aun cuando no se hayan cumplido los nueve años de su colegiatura.

6.º No podrán ser elegidos para el empleo de prelado los regentes ni el catedrático de humanidades, pues para adelante se declaran incompatibles estos cargos.

7.º El rector podrá hacer oposicion á las cátedras de la universidad durante el tiempo de su prelatura; pero si en este plazo obtuviere alguna, no podrá permanecer en el colegio con el pretexto de seguir las carreras de cátedras.

8.º No podrá ser elegido rector el individuo de órden que tuviere en la universidad cátedra propia; pero sí el que la tuviere de regencia, porque es justo que el que la hubiere obtenido se proporcione para pasar á las primeras.

9.º Si el rector en el tiempo de su prelatura obtuviere cátedra de propiedad, vacará inmediatamente su empleo, pues se declara incompatible con estas cátedras.

10. Al rector toca convocar las juntas de comunidad siempre que lo juzgare necesario ó conveniente.

11. Presidirá todos los actos de comunidad dentro y fuera del colegio, ora pertenezcan á su gobierno, ora sea á su disciplina y literatura.

12. Todos los regentes, colegiales del número y supernumerarios, familiares, criados y dependientes del

(1) Debe ser en la parte 1.ª, relativa á la Hacienda, que no llegó á publicarse, como queda dicho.

colegio le prestarán la obediencia y respeto que le deben como prelado y cabeza de la comunidad.

13. Será de su cargo cuidar de la dotacion y renta del colegio y su buena recaudacion, inversion, cuenta y razon, segun lo prevenido en el presente reglamento.

14. Cuidará tambien de que todos cuantos tienen en el colegio algun oficio ó ministerio particular cumplan exactamente sus funciones, estando á la vista de todos, exhortándolos y reprendiéndolos, ó castigándolos segun sus excesos.

15. Velará sobre el desempeño de las obligaciones de los regentes, catedráticos, colegiales de número y supernumerarios, familiares y demás dependientes, amonestando y corrigiendo á los que faltaren á ellas, ó castigando por sí ó con acuerdo de los consiliarios ó comunidad á los contraventores, segun la calidad de los excesos, y exhortando á todos al mas exacto cumplimiento de ellas.

16. Pues que el cargo de rector es un ministerio de direccion y caridad, y no una potestad de señorío y opresion, se encarga al que lo fuere que en el desempeño de su prelatura haga resplandecer el espiritu de amor, suavidad y vigilancia, mas bien que el de rigor y severidad, considerándose solo como el primero de sus hermanos, y como destinado á dirigirlos con celo y mansedumbre.

17. Será uno de sus primeros cuidados velar sobre la observancia del instituto primitivo de la órden, y conservarla en todos los individuos del colegio, en cuanto sea compatible con el particular objeto de su institucion, recordando siempre á los colegiales que no por hallarse destinados á seguir la carrera de las letras en las escuelas públicas, están absueltos de las obligaciones religiosas que contrajeron en su profesion.

18. Tambien cuidará con el mayor desvelo de la aplicacion de los colegiales y de su aprovechamiento en los estudios, considerando que no por otra razon se desprende de ellos el sacro convento, los asiste y mantiene tan decorosamente, y se priva de sus auxilios por tan largo tiempo, que para que algun dia le recompensen con los frutos de virtud y doctrina que deben coger en el colegio y universidad.

19. Cuidará sobre todo del recogimiento y modestia de los colegiales, tanto dentro como fuera del colegio; dentro, porque ninguna sabiduría aceptable podrán adquirir que no se funde sobre la virtud y santo temor de Dios; y fuera, porque ligados por una profesion mas estrecha, deben sobresalir en modestia y compostura entre toda la juventud escolástica mas que los que se reunen en los estudios públicos, y servir mas á su edificacion que á su escándalo.

20. Cuidará el rector de que además de los documentos de piedad y doctrina que deben recibir los conventuales que vienen al colegio, aprendan los de urbanidad y política, que son tan necesarios para el desempeño de los ministerios y funciones á que están destinados; teniendo presente por una parte que esta comunidad no es otra cosa que un seminario de educacion eclesiástica, y por otra que sus individuos ocuparán algun dia, no solo las dignidades, curatos, vicarías y beneficios de la órden, sino que servirán fuera



de ella á la Iglesia y al Estado en todos los empleos y cargos para que su majestad se dignare nombrarlos.

21. Por esta razon procurará desterrar del colegio y de sus individuos, no solo los vicios y malos hábitos y usos que se opongan á la honestidad de vida y costumbres que debe observarse, sino tambien aquellos que desdigan de la decencia, de la urbanidad y de los principios de la buena educacion, que corresponden á personas de noble nacimiento y profesion eclesiástica.

22. Procurará que haya en el colegio el mas cuidadoso aseo y limpieza, así en el refectorio y habitaciones comunes y privadas, como en las personas de todos los individuos; porque estas prendas, lejos de oponerse á la virtud y modestia eclesiástica, son unos de sus mas ciertos indicios y su mejor ornamento.

23. Cuidara de que, así en los actos públicos como en las conversaciones privadas, además de la moderacion y compostura en las palabras, gestos y acciones, que es tan debida, tengan tambien los colegiales aquella especie de urbanidad y decencia civil, que es tan recomendable y bien vista en personas nobles, y tan necesaria para hallar buen acogimiento en las concurrencias distinguidas.

24. Por lo mismo procurará el rector con el mayor desvelo, no solo alejar del trato del colegio toda conversacion indecente y libre, sino tambien evitar ó cortar las disputas porfiadas y tenaces, las zumbas groseras é indiscretas, y las risas y algazaras descompostas y ruidosas, que sobre ser contrarias á la circunspeccion y mansedumbre eclesiástica, disipan el espíritu y corrompen del todo los principios de urbanidad y buena educacion.

25. Ningun título, ningun grado, ningun oficio ni ministerio del colegio dispensará al que le tenga de la plena é inmediata obediencia que todos deben prestar en los objetos de su peculiar ministerio al rector, como superior y prelado de la comunidad.

26. Los regentes, catedrático y maestro de ceremonias, sin embargo de la autoridad que tendrán, y se declarará en su lugar, se abstendrán de ejercitarla en presencia del rector, si ya no fuere con anuencia suya; pues á su vista todas se entenderán reunidas en él, como superior y cabeza.

27. Aun fuera de la presencia del rector, los que por su ministerio tuvieren algun cargo, alguna autoridad ó mando particular, lo ejercerán siempre con su acuerdo, dándole cuenta de las ocurrencias que merecieren su noticia y sujetándose siempre á sus órdenes.

28. El rector dará cuenta á la comunidad de todos los asuntos que deban decidirse por ella, y en los que no siendo de tanta importancia, merezcan sin embargo determinarse con ajeno consejo, procederá de acuerdo con los consiliarios, que debe mirar siempre como auxiliares en el gobierno, segun despues se aclarará mas ampliamente.

29. Recomendamos al rector en su conducta pública y doméstica la mayor circunspeccion, celo y rectitud en el desempeño de sus obligaciones, para que su direccion, confirmada con la fuerza de su ejemplo, conserve siempre con esta conformidad la buena disci-

plina, en cuya observancia se cifra todo el bien de su institucion.

30. En la vacante del rectorado por muerte ó cumplimiento del tiempo, sucederá en el mando y autoridad del empleo el colegial de número mas antiguo que fuere licenciado y sacerdote, y á falta de ambas calidades, el mas antiguo que tuviere una de ellas.

31. En ambos casos se dará cuenta al Supremo Consejo, quien confirmará el mando del colegial mas antiguo ó nombrará rector interino de su satisfaccion.

32. En las ausencias del rector sucederá interinamente en su empleo la persona que nombrare, con la aprobacion del Consejo.

33. En ambos casos el rector sustituto tendrá la autoridad que el propietario, y deberá ser igualmente respetado y obedecido.

#### *De los regentes y catedrático de humanidades.*

1.º Ninguno podrá ser regente que no tenga el grado de licenciado por esta universidad, conforme al artículo 8.º del mismo plan.

2.º Los regentes, en caso de vacante, se nombrarán precisamente por oposicion hecha ante el real consejo de las Ordenes, con arreglo al art. 5.º del mismo plan.

3.º A este concurso no se admitirán sino los licenciados en la facultad á que perteneciere la regencia vacante.

4.º Pero á la regencia de humanidades se admitirán indistintamente los teólogos y canonistas que fueren licenciados.

5.º Tambien se admitirán para esta sola regencia los que hubieren recibido el grado de maestros en filosofia por esta universidad, como se explicará en el título III.

6.º Mientras alguna regencia ó cátedra estuviere vacante, podrá el rector nombrar, con acuerdo de los consiliarios, persona que la sirva interinamente dentro del colegio, ó bien de la universidad cuando en él no lo hubiere de las partes convenientes para su desempeño, lo que sucederá casi siempre, pues los que fueren á propósito se deben suponer ausentes ú ocupados con algun otro cargo.

7.º Los regentes no podrán ocupar jamás beca en el colegio, ni plaza ni hábito en el convento, sino que se tendrán y contarán por acomodados, y serán considerados en esta órden como los individuos que lo están en empleos perpétuos.

8.º En el colegio tendrán, despues del rector, lugar y voz preferente á todos los colegiales, de cualquiera grado que fueren, y gozarán de todos los derechos pertenecientes á estos, como individuos y miembros de la comunidad.

9.º No habrá distincion alguna entre los dos regentes y el catedrático de humanidades, pues todos son y se entenderán iguales, sin mas diferencia que la que diere á cada uno la antigüedad de regencia, segun la cual se sentarán y votarán en todos los actos de comunidad.

10. Cada uno de los tres gozará del salario, racion y vestuario que quedan explicados en el capítulo II del

título primero, y les están señalados conforme al artículo 3.º del nuevo plan.

11. Los dos regentes de facultad mayor y el catedrático de humanidades se entenderán exentos de la prohibición de tener criados, y podrán, si quieren, tener uno para su asistencia, con la calidad que le deberán mantener á su costa, sin que por ello abone la comunidad cosa alguna.

12. Estos regentes y catedrático contribuirán anualmente la cantidad de 80 reales vellon para los objetos de gasto comun que se han declarado al capítulo primero del título primero de este reglamento.

13. Estas regencias serán perpétuas, y solo podrán vacar por colocacion, renuncia ó muerte.

14. Los regentes podrán oponerse, si quisieren, á las cátedras de la universidad, así de regencia como de propiedad.

15. Por el ascenso á cátedra de regencia no se entenderá vacante la del colegio; pero será del cargo del regente que la obtuviere poner un sustituto á su costa, para que supla en los pasos domésticos sus funciones, en cuanto fueren incompatibles con la enseñanza de escuelas, y el rector cuidará de que así se observe, debiendo ser el sustituto de su satisfaccion.

16. Mas por el ascenso á cátedra de propiedad, cualquiera que ella sea, vacará inmediatamente la regencia ó cátedra, y de ello se avisará al real Consejo, para que se proceda al concurso y eleccion de nuevo regente ó catedrático.

17. Desde este tiempo, no solo cesarán la racion y el sueldo del regente ó catedrático, sino que será obligado á salir del colegio para morar en la ciudad, dándole algun plazo para que busque casa en que vivir y la aderece sin alago.

18. Este plazo será á arbitrio del rector, pero nunca podrá pasar de tres meses.

19. Vacarán asimismo las regencias y cátedra por cualquiera otra colocacion dentro ó fuera de la órden.

20. Los regentes y catedrático no podrán ser elegidos para el empleo de rector ni para otro oficio alguno del colegio, fuera del de consiliarios, pues los demás serán incompatibles con su cargo, así como lo son con las funciones á él anexas.

21. Como las funciones de los regentes son enteramente relativas al oficio de la literatura, se reserva la expresion individual de ellas para el título III de este reglamento.

#### *De los colegiales de número.*

1.º Los colegiales de número serán diez, los cinco teólogos y los cinco restantes canonistas, segun está declarado por el artículo 3.º del nuevo plan.

2.º Cada uno gozará de la racion, vestuario y asistencia del colegio, que están declarados en el capítulo II, título primero de este reglamento.

3.º Estos gozes, á excepcion del vestuario, serán solo por el tiempo de su residencia y personal asistencia en el colegio, sin que por ausencia ú otra causa pueda pretender ningun colegial se le abone lo que no hubiere comunicado.

4.º El vestuario se pagará íntegramente á todo co-

legial de número, á razon de 730 reales al año; pero se rebajarán de esta cantidad los abonos que por cualquiera título tuviere que hacer el colegial, en caso de no pagarlos separadamente.

5.º El colegial de número residirá en el colegio por tiempo de nueve años, contados desde el día de San Lucas despues de su venida al colegio.

6.º Como las colegiaturas de número se llenarán por personas que estén en las supernumerarias, se declara que el tiempo corrido en estas se contará en los dichos nueve años, con arreglo al artículo 4.º del plan.

7.º Si alguno viniere al colegio con grado de bachiller en facultad mayor, la duracion de su beca, ya sea de número ó supernumeraria, no será mas que de cinco años, contados en la forma que va dicha y segun el espíritu de las primeras constituciones.

8.º A todo colegial de número se costeará íntegramente por el colegio el grado de bachiller en su facultad, cuando se hallare en estado de tomarle, con arreglo al artículo 6.º del plan.

9.º Asimismo se le abonarán las dos terceras partes del coste del grado por esta universidad, siempre que le quiera tomar en su facultad respectiva, segun el artículo 7.º del mismo plan.

10. Ningun colegial podrá cambiar de facultad, ni dejar de seguir la que pertenezca á la beca que ocupare, pues sobre este punto no se concederá la menor dispensa, por ser contrario á las constituciones y al bien de los estudios.

11. Las colegiaturas de número vacantes se proveerán por oposicion entre los colegiales supernumerarios, en la forma que se dirá en el título III de este reglamento.

12. Cumplidos los nueve años, ningun colegial de número podrá permanecer en el colegio con el pretexto de graduarse, seguir oposiciones á regencias, hospederia ni otro alguno, pues deberá remitirse inmediatamente al sacro convento para residir en él y seguir los últimos estudios que allí se establecerán, conforme á los artículos 9.º y 10 del nuevo plan.

13. Si algun colegial de número fuere promovido al rectorado ó á alguna de las regencias ó cátedras del colegio, vacará inmediatamente su beca y se procederá á proveerla.

14. Los colegiales de número tendrán voto en todas las juntas de comunidad y en cualesquiera materias que se trataren en ellas.

15. Tendrán tambien voz pasiva para ser elegidos á los oficios y cargos del colegio, concurriendo en ellos las circunstancias que se señalarán para cada uno.

16. Si alguno pasare á colegial de número antes de cumplir el año primero de colegio, entonces podrá asistir á todas las juntas; pero no tendrá voto en alguna de ellas hasta cumplido el año.

17. Tampoco podrá ser elegido en este primer año para los oficios de consiliario, maestro de ceremonias, secretario de capilla, bibliotecario, analista ni archivero, aunque fuere bachiller en facultad mayor; pero sí para las veedurias y oficios menores.

18. Cada colegial de número contribuirá al colegio, por representacion de la contribucion de entrada, que



antes se hacia para dotacion de capilla, libreria, utensilios, muebles, etc., la cantidad anual expresada en el capítulo primero, título primero de este reglamento.

10. La antigüedad de los colegiales de número se contará, primero por el grado, y luego por la fecha de entrada á la colegiatura supernumeraria.

*De los colegiales supernumerarios.*

1.º Todo conventual, hecha su profesion, vendrá inmediatamente al colegio á seguir la carrera de estudios, segun lo mandado en el artículo 2.º del nuevo plan.

2.º Ningun pretexto de pobreza, cortedad de genio, debilidad de complexion ni otro semejante excusará de esta obligacion, porque cuantos entran en el sacro convento la tienen de instruirse para servir á la órden, á la Iglesia y al Estado, segun sus fuerzas; y dándoseles en el colegio todo lo preciso para su honesta sustentacion, ninguna causa bastará á dispensarlos de ir á él.

3.º Por esto, en los primeros quince dias siguientes á la profesion, se preparará todo conventual para venir al colegio, y se presentará en él dentro de otros quince dias, contados desde el vencimiento de los primeros.

4.º De su salida del convento y su presentacion en el colegio se dará cuenta al real consejo de las Ordenes por el prior y rector respectivamente, para acreditar el cumplimiento de la obligacion que va dicha.

5.º Llegado al colegio, gozará el supernumerario de la misma racion y asistencia que los colegiales de número, bajo las reglas prevenidas, pues en este punto no habrá diferencia alguna entre unos y otros.

6.º La duracion de estas colegiaturas será igual á las de número; esto es, de nueve años, y los corridos en unas serán contados cuando pasaren á otras, como está prevenido en el nuevo plan.

7.º El tiempo que mediare entre la llegada del supernumerario al colegio y el principio del curso próximo no se contará en el primer año de colegio ni en los nueve de colegiatura; pero si será destinado al estudio de humanidades, como se dirá en su lugar.

8.º El colegial supernumerario no elegirá facultad hasta que haya pasado el primer año, contado como va dicho, y entonces elegirá, con acuerdo del rector, la que mas conviniere.

9.º Esto no se entiende con el que viniere graduado de bachiller en facultad mayor, el cual seguirá aquella en que estuviere graduado, y solo podrá entrar en las colegiaturas de número de su facultad.

10. En esta eleccion procurará el rector que haya entre los supernumerarios igual número de teólogos que de canonistas, para que si se verificasen las vacantes de las colegiaturas de número, se hallen sujetos de todas facultades que se opondan á ellas, y en la órden haya siempre personas capaces de llenar sus varios ministerios.

11. Pero el rector procurará, en cuanto pueda, conciliar esta máxima con la inclinacion del colegial supernumerario y con sus conocimientos y disposiciones naturales para sobresalir en una ú otra facultad.

12. Tambien serán obligados estos colegiales á pagar anualmente al colegio, para los fines antes indi-

cados, la contribucion de 85 reales, de que en general se habla al capítulo primero del título primero.

13. Los colegiales supernumerarios serán miembros de la comunidad como los de número, asistirán á todos sus actos y ejercicios, y se les mirará y atenderá con el mismo amor y consideracion que á los demás.

14. Mas como convenga establecer algunas diferencias que les sirvan de estímulo para aspirar á las colegiaturas de número, se declara que deberá haber las siguientes:

15. Que el colegio solo abonará á los supernumerarios por razon de vestuario 500 reales vellon al año.

16. En el órden de la comunidad no serán contados sino despues de los colegiales de número, sea la que fuere su antigüedad, y este órden se guardará en los asientos, votos y demás que piden los actos y concurrencias comunes.

17. Aunque serán llamados y deberán asistir á las juntas de comunidad, no podrán votar en ellas sino en la forma siguiente:

18. En el primer año de la colegiatura supernumeraria, solo podrán entrar en las juntas relativas á literatura, aunque no tendrán voto en ellas.

19. Cumplido el primer año, si estuvieren graduados de bachiller en facultad mayor, asistirán á todas las juntas, y votarán en todas las materias pertenecientes á literatura y disciplina, pero no en los negocios de economia ó hacienda.

20. No teniendo este grado, solo podrán votar en los puntos de disciplina, pero no en los de literatura y hacienda, aunque asistirán á sus juntas.

21. En los puntos que no tienen voto los supernumerarios, tampoco podrán hablar y discurrir, si el rector no les preguntare ó se lo mandare, y en este caso su dictámen será solo deliberativo, y no decisivo, no formará número ni será contado para las resoluciones.

22. A todo supernumerario que quiera recibir el bachillerato se le costeará por el colegio; pero nada se le abonará al que aspirase al grado de licenciado, para que así apetezcan las colegiaturas de número, á las cuales solamente está concedido el abono de las dos terceras partes del coste de este grado por el artículo 7.º del nuevo plan, capítulo v.

*De los familiares.*

1.º Habrá en el colegio perpétuamente para el servicio de la comunidad cinco familiares, que sean sujetos de probidad, acreditada conducta, y capaces de desempeñar cumplidamente los encargos y ministerios que se les confiaren.

2.º No podrá ser nombrado familiar ninguno que tenga parentesco conocido con el rector, regentes ni colegiales, segun está prohibido en las constituciones.

3.º Los familiares gozarán la racion que queda señalada en el capítulo ii del título primero de este reglamento.

4.º La eleccion de los familiares se hará por el rector, con acuerdo de los consiliarios y la comunidad, á quien se le dará cuenta de ella y la confirmará, siempre que no la tachare de inhabilidad ó defecto substancial en la persona del elegido.



5.º Pero una vez admitido el familiar, no podrá ser despedido sino por acuerdo de la comunidad, ni esta procederá á hacerlo sino á propuesta del rector, hecha con acuerdo de los consiliarios.

6.º Los familiares serán criados comunes del colegio, y asistirán á todos y á cada uno de los colegiales en cuanto les fuere necesario en sus cuartos y personas.

7.º Por consecuencia, todos los colegiales tendrán derecho á llamarlos, y encargarlos y mandarles hacer lo que necesitare para su precisa asistencia, y los familiares estarán obligados á obedecerlos.

8.º El rector cuidará de que estos criados comunes asistan con fidelidad y respeto á los colegiales, pues su auxilio será tanto mas preciso á estos, cuanto se les prohíbe por punto general servirse de criados particulares.

9.º Pero los colegiales cuidarán de no ocupar á los familiares sino en cosas justas y necesarias, considerando que su ministerio es comun; que además de atender al servicio de todos, deben desempeñar los encargos particulares á cada uno, y sobre todo, que son tambien acreedores al descanso.

10. Así que, cuidará el rector de que sean tratados por los colegiales con humanidad y decoro, y de que no se agrave su ministerio con ajamientos y humillaciones que hagan mas dura y desagradable su condicion.

11. Si acomodare al rector valerse de un solo familiar para su particular asistencia, podrá elegirle para ella, y entonces declarará la excepcion que debe gozar de otras obligaciones incompatibles con este destino.

12. Y si tambien juzgare mas conveniente dividir la asistencia de los individuos del colegio entre los familiares, el rector hará esta distribucion, señalando á cada uno las personas que debe asistir.

13. Finalmente, cuidará el rector de que los familiares se dediquen al estudio de alguna facultad, y que no se les ocupe el tiempo de tal manera que no les quede alguno que destinar á este objeto, considerando que es del honor de las comunidades literarias ayudar en las carreras á los que por falta de medios las siguen á su sombra.

14. Los familiares serán encargados de diferentes ministerios, cuyas funciones y obligaciones se expresarán en su lugar por separado.

### CAPITULO III.

#### DE LOS OFICIOS DEL COLEGIO Y SUS OBLIGACIONES.

##### *De la eleccion de oficios.*

1.º El rector será nombrado, como hasta aquí, por su majestad, á consulta del real consejo de las Ordenes.

2.º Ninguno podrá ser consueledo para esta dignidad que no se hallare graduado de licenciado por esta universidad, segun está mandado por su majestad en el artículo 8.º del nuevo plan.

3.º Tampoco podrá obtener este cargo el que no fuere sacerdote, como está prevenido en las antiguas constituciones.

4.º La duracion de este empleo será de cuatro años solamente, con arreglo á constitucion, salva siempre

á su majestad la facultad de prorogar este plazo, y al real Consejo de representar la utilidad de la prorogacion.

5.º Los regentes y el catedrático de humanidades serán nombrados por el real consejo de las Ordenes en concurso de rigurosa oposicion, hecha á su presencia, como tambien está mandado por su majestad en el artículo 5.º del nuevo plan.

6.º Tampoco podrán aspirar á estos empleos los que no fueren licenciados por esta universidad en la facultad á que perteneciere la regencia, segun el citado artículo 8.º del plan.

7.º Declaramos, no obstante, que para obtener la de humanidades no solo bastará el grado de licenciado de teología ó derecho canónico, sino tambien el de maestro de filosofia por esta universidad.

8.º Los oficios de consiliarios, maestro de ceremonias, secretario, analista, bibliotecario y archivero serán nombrados por la comunidad, á propuesta del rector, y su duracion será indefinida, pues solo vacarán por muerte, ascenso ó cumplimiento de la beca del que los obtuviere.

9.º Estos oficios solo podrán recaer en colegiales de número, graduados de bachiller, y no en los supernumerarios, aunque lo estuviere.

10. Los veedores de dispensa, rectorio, cocina, cantina, capilla, enfermería, ropería y portería serán anuales, y de nombramiento del rector en junta de consiliarios.

11. Para estas veedurías podrán ser nombrados promiscuamente los colegiales de número no graduados, y los supernumerarios bachilleres en facultad mayor, á excepcion del veedor de portería, que podrá ser de cualquiera clase, ó el mas nuevo, como hasta aquí, á arbitrio del rector.

12. Los oficios de dispensero, refectorero, capillero, enfermero y ropero, que tendrán los familiares, serán asimismo nombrados por el rector, y la duracion de ellos será á su arbitrio, pudiendo ser trasladados de un oficio á otro, ó encargados de uno, dos ó mas á un mismo tiempo, siempre que el rector, con consejo de los consiliarios y del respectivo colegial veedor, lo determinase así.

13. El portero, que deberá ser de la entera confianza del rector, podrá ser nombrado por él, y en su arbitrio estará continuarle ó renovarle cuando y como le pareciere, oyendo en este caso el dictámen del veedor de portería, porque deberá estar enterado de su conducta mejor que otro alguno.

14. La eleccion de los oficios propuestos se hará, luego que cada uno vacare, en junta convocada con cédula *ante diem* y congregada en la rectoral.

15. En esta junta, á que asistirá toda la comunidad, tendrán voz activa los colegiales de número, aun cuando no la tengan pasiva para ser elegidos; mas no tendrán una ni otra los supernumerarios que no fueren bachilleres en facultad mayor.

16. La eleccion se hará en la forma y segun las reglas comunes, por votos públicos, oída la propuesta y precedida deliberacion, quedando al arbitrio de la comunidad dispensar alguna de las calidades arriba prescritas para los elegidos cuando el rector, de acuerdo

con los consiliarios, lo propusiere así, y no en otro caso alguno.

17. Encargamos al rector que en sus propuestas y nombramientos tenga siempre á la vista la aptitud y calidades de los sujetos para los respectivos ministerios, pues de ello penderá el buen desempeño de los oficios de la comunidad y su provechoso gobierno.

*De los consiliarios.*

1.º Los consiliarios serán elegidos por la comunidad en la forma que queda prevenida, y su ministerio durará por todo el tiempo de la colegiatura de los que fueren.

2.º Podrán ser elegidos los regentes y catedrático de humanidades para los empleos de consiliarios, porque creemos que sus obligaciones pueden ser compatibles con las funciones de su ministerio, y por no defraudar al rector del auxilio que hallará en su prudencia y consejos.

3.º No podrá ser nombrado consiliario ningún colegial supernumerario, pues sobre necesitar estos empleos de conocimientos y experiencias, que regularmente no concurrirán en los nuevos, su falta de representación en la comunidad los excluye del gobierno, hacienda y disciplina, como se verá después.

4.º En poder de los consiliarios existirán siempre dos de las tres llaves del arca de caudales del colegio, y en calidad de claveros deberán asistir personalmente con ellas al cuarto del rector siempre que se haya de hacer entrada ó salida de caudales en dicha arca, según lo establecido al capítulo III del título primero.

5.º Será de su cargo entender en todas las cuentas del colegio, reconocer los asientos y recados de su justificación, formarlas en los libros general y de arcas, y ayudar al rector en cuanto sea relativo al gobierno de la hacienda de la comunidad.

6.º Lo será igualmente sentar y firmar todas las partidas de entrada y salida en el libro de arcas, enterarse de los objetos de que provienen ó á que se destinan, y recoger los recibos ó cartas de pago que se dieren.

7.º También deberán intervenir los libramientos que se despacharen ó recibieren para cobranzas del colegio, así como los recibos ó cartas de pago dados en su favor.

8.º Reconocerán con el rector el estado y cuenta mensual, cotejándolos con los manuales, diarios y recados de justificación, liquidándolos y aprobándolos en la forma prevenida en el título primero.

9.º Formarán asimismo con el rector la cuenta general anual, ajustándola y liquidándola según los estados mensuales y libros de asientos generales, y aprobándola y firmándola, como también el estado general, que se debe presentar á la comunidad con los recados de justificación.

10. A este fin el rector procurará proponer y la comunidad elegir para el empleo de consiliarios, sujetos inteligentes en cuentas y manejo de hacienda, para que el gobierno de este importante ramo sea siempre bien y ordenadamente dirigido.

11. El rector procederá con consejo y acuerdo de los consiliarios á hacer por mayor las prevenciones nec-

sarias á la sustentación del colegio y para cualquiera otro gasto de grave consideración é importancia.

12. También tomará su consejo en aquellos negocios graves de gobierno que por su naturaleza no pertenecieren á la decisión de toda la comunidad, y los consiliarios procurarán asistirle y ayudarle en el desempeño de las funciones de su ministerio, como auxiliares de su solicitud.

13. En suma, la buena distribución de la hacienda del colegio, la observancia de su disciplina y los progresos del estudio doméstico serán los principales objetos de la solicitud de los consiliarios, y el cuidado de evitar en ellos todo desorden y de ayudar al rector en las funciones relativas al mismo fin deberá caracterizar su celo.

*Del maestro de ceremonias.*

1.º El maestro de ceremonias será elegido como los demás oficios, y durará todo el tiempo de la colegiatura del que fuere nombrado para este empleo.

2.º Este oficio no podrá recaer en los regentes ni en los colegiales supernumerarios; en aquellos por no distraerlos de sus obligaciones, y en estos por las razones contenidas en el número 3.º del párrafo antecedente.

3.º El principal objeto de este oficio será velar cuidadosamente sobre la observancia del presente reglamento en todos sus artículos, advirtiéndolo á cada uno de los individuos las faltas en que hubiere incurrido, para que las evite, ó dando cuenta al rector para que las corrija por sí ó con la comunidad, cuando su importancia lo pidiere.

4.º En el desempeño de este ministerio será el maestro de ceremonias tan exacto como circunspecto, no dejando pasar sin advertencia aquellos ligeros principios de inobediencia por donde empieza siempre la violación y el desprecio de las leyes é institutos mas santos, ni gravando ni recriminando los pequeños descuidos, que son como inseparables de la humana flaqueza.

5.º También será muy circunspecto en el modo de hacer sus advertencias, así en público como en secreto, guiándose siempre por el espíritu de amor fraternal que debe reinar entre los miembros de una misma comunidad, y advirtiéndolo que el áspero ó injurioso lenguaje, exasperando en vez de corregir, hace menos provechosas las amonestaciones.

6.º La materia y el grado de las contravenciones serán la medida de su celo, el cual deberá ejercitar mas cuidadosamente acerca de aquellos puntos de disciplina institucional y literaria de cuya observancia penden los progresos de los colegiales en la virtud y en las letras, y por consiguiente el bien del instituto del colegio y el decoro de sus individuos.

7.º En los actos en que la comunidad se congregare, ya sea para tratar materias de gobierno, ya para funciones y oficios religiosos, ó en fin para ejercicios literarios, cuidará el maestro de ceremonias de que se observe la mayor circunspección, considerando que entonces es cuando los individuos deben manifestar el respeto que profesan al cuerpo de que son miembros, y aparecer en la comunidad con todo el decoro que pide su instituto.



8.º Pero á presencia del rector nunca dirigirá el maestro de ceremonias la palabra á ningun individuo para prevenirle ó corregirle; pues si alguno lo mereciese, lo reservará en el mismo acto al prelado para que por sí provea, á no ser que el caso merezca mas señalada correccion, pues entonces se reservará para quando sea tiempo oportuno.

9.º Hará el maestro de ceremonias que los colegiales que entraren de nuevo lean repetidamente el presente reglamento, y se enteren, no solo de sus actuales obligaciones, sino tambien de todos los cargos y oficios del colegio, pues que habrán de ocuparlos algun dia.

10. Cuidará tambien de que los familiares lean y estudien, en particular cuanto es respectivo á los ministerios que se les deben fiar.

11. Cuidará el maestro de ceremonias con particular esmero de la limpieza del colegio y de su capilla, de la rectoral, biblioteca y demás piezas, amonestando á los colegiales y familiares, á cuyo cargo respectivamente correiere este punto, sobre las omisiones que advirtiere en él.

12. Del mismo modo cuidará de la limpieza y aseo de todos los individuos del colegio, así en sus cuartos como fuera de ellos, recomendándoles muy particularmente este cuidado, como tan propio de una honesta y distinguida educacion.

13. En esta parte procurará que se huya de todo exceso, repriendiendo con igual cuidado el desaliño y falta de limpieza en el vestido, como dañosos á quien incurre en ellos é indecentes á los ojos de los demás, y la estudiosa compostura, que solo supone orgullo y liviandad de ánimo.

14. Será de su cargo advertir la necesidad de renovar el vestuario á cada individuo, dando cuenta al rector para que disponga se haga en la forma que está prevenido.

15. Guiará que en los oficios de capilla se observe por todos la modestia y recogimiento interior, que son el mayor indicio de la virtud, y califican la verdadera devocion.

16. En los ejercicios literarios cuidará, tanto de que se deje á cada individuo la honesta libertad de preguntar, argüir y replicar, que es inseparable del deseo de alcanzar la verdad, como de refrenar las acaloradas y tenaces porfias, que solo pueden nacer de orgullo y vana presuncion.

17. Sobre todo cuidará de que brille en estos ejercicios aquella urbanidad literaria que tanto los recomienda, y de que ninguno se arroje á usar de voces descompuestas ni de gestos y palabras que supongan menosprecio de los demás, porque estos vicios, tan reparables en sí mismos, lo son mucho mas entre los individuos de una profesion y comunidad.

18. Quanto diga relacion con la observancia ritual de las ceremonias y formalidades de todos los actos públicos y privados del colegio, será objeto de la solicitud del maestro de ceremonias.

19. En consecuencia de esto, cualquier oficio ó paso de atencion y obsequio, cualquiera visita ó encargo que hubiere que hacer á nombre de la comunidad ó de su

prelado, se desempeñará por medio del maestro de ceremonias.

20. Será tambien de su obligacion desempeñar cualquiera otra funcion ó encargo relativo á su ministerio, que le hiciere el rector, aunque no esté aquí expresado; porque esta subordinacion es el primer deber de todos los individuos y oficiales de la comunidad.

#### *Del bibliotecario.*

1.º El oficio de bibliotecario será tambien perpétuo y electivo, segun las reglas que quedan señaladas para los demás.

2.º Será de su cargo cuidar la biblioteca del colegio, de custodiarla, conservarla, y del buen uso de sus libros y efectos.

3.º Cuidará primeramente de la limpieza, comodidad, ventilacion y abrigo de la biblioteca, para que no sea una mansion desagradable á los individuos del colegio, antes por el contrario atraiga y detenga á los que necesiten ó deseen venir á estudiar en ella.

4.º A este fin el colegial bibliotecario se valdrá del ministerio del familiar que tuviere el titulo de librero, así para cuidar del aseo y abrigo en la biblioteca, como para la compra de las cosas que se necesiten en ella, cuyas cuentas ajustará, interviniéndolas, siendo mensuales, segun las reglas prescritas.

5.º Puesto que la biblioteca ha de tener un fondo señalado de dotacion y aumento, cuidará el bibliotecario muy particularmente de la buena inversion de sus caudales, y de que se vayan destinando á los objetos de su cargo por el orden siguiente :

6.º Cuidará de que la biblioteca esté bien surtida de víveres, esteras y braseros, segun los tiempos, así como de estantes, mesas, bancos, sillas, atriles, tinteros y papel para el uso de los colegiales.

7.º Se previene, para evitar el riesgo de incendios, que los braseros deberán estar colgados sobre pié ó tarima alta, que tendrán siempre campana que los cubra, cuidando el bibliotecario de que no sean descubiertos ni movidos sino con necesidad.

8.º Cuidará tambien de que en la compra de libros se siga el orden señalado por la importancia de sus objetos, por ejemplo : Escritura, concilios, santos Padres, códigos legales y canónicos, filosofía, historia, bellas artes, etc.

9.º Mas no se empeñará en completar de una vez ningun ramo particular de doctrina, pues que esto cederia en perjuicio de los demás; sino que irá alternando y adquiriendo sucesivamente lo mejor y lo mas necesario de cada uno de ellos.

10. Siguiendo este orden y objetos, no se empeñará en recoger cuanto está escrito en cada ramo de doctrina, cosa que ni seria provechosa ni posible, sino que observará rigurosamente las siguientes máximas :

11. Que en cada uno deberá preferir los libros textuales, que son las fuentes de las ciencias ó facultades mayores, por ejemplo : para la Escritura sagrada, las políglotas y Biblias; para los concilios, las colecciones, actas é historias particulares; para los santos Padres, los mas antiguos apologistas de la religion y los que les siguieron por su orden; para uno y otro dere-



cho, las mas puras ediciones de los cuerpos legales; puesto que el estudio de semejantes obras es el que verdadera y propiamente puede formar hombres sábios en las mismas materias.

12. Que prefiera siempre las obras de grandes colecciones, tanto generales como particulares, á los libros ó tratados particulares y sueltos, no solo por la gran ventaja que hay en tener á la mano todo lo mejor de cada objeto, con las ilustraciones y noticias mas escogidas y reconocidas, y la historia de cada ramo de literatura, sino tambien porque solo así se puede formar sin enorme dispendio una biblioteca abundante y completa para un instituto particular.

13. En la compra de libros preferirá siempre las ediciones mas puras y correctas, las mas completas y bien ilustradas, á las mas adornadas y aun á las mas baratas; huyendo con igual cuidado de la manía de poseer los libros en que mas sobresale el lujo tipográfico, que de la de amontonar libros, aunque de impresiones furtivas é inieles, solo porque son de corto precio.

14. Debiendo poseer todo colegio los libros necesarios para su particular estudio, segun el nuevo establecimiento, tendrán que ocurrir á la biblioteca para leer y estudiar en ella las obras costosas de que no pueden estar surtidos, y cesará desde ahora la libertad que cada colegio ha tenido hasta aquí de llevarse á su cuarto los libros que le parecia.

15. El bibliotecario cuidará de que esto se observe inviolablemente, sin negarse por eso á que, con grave, justa y conocida necesidad, logren los individuos del colegio el uso de algun libro ó obras que temporalmente y para algun ejercicio señalado les hiciere falta; cuyo punto se deja á su prudencia y á la del rector, y se lo recomendamos muy particularmente.

16. Aunque estas gracias no deberán ser comunes, para evitar los extravíos á que pudieran dar ocasion, el bibliotecario tendrá un libro de conocimientos, y en él se sentará el sugeto á quien se hubiere entregado el libro, con expresion del titulo y volumen de la obra á que pertenezca.

17. Esta partida se deberá firmar por el mismo individuo que recibiere el libro, y sin esta formalidad no permitirá el bibliotecario que salga ninguno de la biblioteca.

18. A la restitution del libro que se hubiere sacado, se buscará la partida de entrega, y al márgen de ella pondrá el bibliotecario *recibido en tantos*, rubricando esta nota, y cuidando de ello el que devolviera el libro, para quedar absuelto de su obligacion.

19. Cuidará el bibliotecario de que estas devoluciones se hagan con exactitud, sin permitir que ningun individuo se abrogue el uso exclusivo de las obras que pertenecen al de todos, ni que anden fuera de la biblioteca por mas tiempo del necesario.

20. Cuidará asimismo de que los libros sean bien tratados por las personas á quienes se entregaren, encargando en el uso de ellos aquel aseo que es de esperar de la aficion y aprecio con que se disfrutan, y que además es una obligacion de quien usa de lo ajeno.

21. En los últimos dias de junio y diciembre, el bibliotecario cerrará las partidas de conocimientos, ha-

ciendo que todos los libros sean restituidos á la biblioteca, y sentando una partida general en que se dé por entregado de ellos, haciendo despues para el semestre futuro nuevas partidas de asiento de los mismos ó de otros libros que salieren, con la formalidad que va indicada.

22. Esta diligencia deberá ser autorizada por el señor rector y consiliarios, y firmada de los mismos y del bibliotecario; de este modo, por un término medio entre la absoluta prohibicion y la libre facultad de sacar libros de la biblioteca, esperamos hacer que sea de general uso y provecho del colegio, conservarla íntegra y completa, y evitar los extravíos, que son tan frecuentes en otras.

23. El bibliotecario cuidará tambien de que en la biblioteca se guarde un profundo silencio, porque pudiendo hallarse leyendo muchos á un tiempo, ninguno sea incomodado ni distraído de aquella atencion que pide la buena y reflexiva lectura.

24. Deberá hallarse bien enterado, no solo de todas las obras y tratados que contiene la biblioteca, y su ordenada situacion, para indicar su paradero á quien las necesitase, sino tambien, en cuanto fuere posible, de cuáles son aquellas de mas escogida doctrina y en que se hallan mas clara y abundantemente tratadas las materias, puntos ó cuestiones que cada uno buscasse, para que su auxilio pueda ser provechoso á los demás que no tengan manejo y conocimiento de libros.

25. Los manuscritos pertenecientes á literatura existirán siempre en la librería, colocados con separacion, y conservados con tanto mas particular cuidado, cuanto su pérdida es irreparable, ó por lo menos no puede repararse sin gran dispendio.

26. Cuidará de tener con separacion y bajo de distinta llave los libros prohibidos, y no permitirá su lectura sino á los que tuvierien licencia.

27. Será de su cargo formar dos índices ordenados y completos de todas las obras, y otro de los manuscritos; ambos por el orden de los apellidos de sus autores, y en las anónimas por el de sus títulos, segun orden alfabético.

28. Separadamente tendrá un suplemento para notar todos los libros que se fueren comprando, y de ellos formará índice por el mismo orden; y al fin de cada año, ó siempre que parezca necesario, cuidará de refundirlos en el general, formándole de nuevo.

29. En la formacion de listas para las nuevas compras de libros, y formalidades con que debe hacerlas, se atenderá á lo mandado en las constituciones y reglas prevenidas al capítulo in del título primero de este reglamento.

#### *Del analista.*

1.º Por pequeña que parezca la importancia de los sucesos y revoluciones que pueden ocurrir en los institutos y cuerpos colegiados, es siempre de suma utilidad para su buen gobierno conservar la memoria de los hechos mas señalados acaecidos en ellos, y consignar para lo sucesivo los casos extraordinarios y los ejemplos de virtud y sabiduría que deben calificar su gloria en la posteridad. Por tanto hemos mandado,

por auto de la presente visita, que en este colegio de la Inmaculada Concepcion haya perpétuamente un oficio con el título y ministerio de analista.

2.º Este oficio solo se podrá conferir á un colegial de número que esté graduado de bachiller; será perpétuo, y su eleccion se hará segun las reglas prevenidas.

3.º Por ahora permitimos que el oficio de analista ande unido é incorporado con el de secretario del colegio; pero encargamos al rector que cuando se haya aumentado el número de individuos del colegio, y se pueda hacer cómodamente la division de estos oficios, la haga, y proceda inmediatamente á la eleccion del analista.

4.º A su cargo correrá primeramente el libro de posesiones, que se formará para este fin, y en él se asentarán las que vayan ocurriendo, por el mismo orden señalado para el libro de decretos.

5.º La posesion dada á cualquier individuo que viniere al colegio, ya sea en calidad de supernumerario ó de número, ya de rector, regente ó catedrático, se sentará por el orden de su fecha, poniendo al márgen de cada una el nombre y título del posesionado.

6.º Estas partidas se extenderán con la mayor individualidad, como señalando en ellas nombre, edad, patria y padres del individuo, sus grados literarios, órdenes eclesiásticos y título con que venga al colegio.

7.º Cada partida se sentará en una foja separada, y el blanco que quedare en ella se reservará para escribir los destinos que tuviere el individuo despues de haber salido del colegio, y cualquiera suceso memorable relativo á su carrera literaria, ó su vida pública ó privada, dentro ó fuera de la orden.

8.º Mas nada se anotará de lo que fuere respectivo al tiempo y sucesos de su colegiatura, regencia ó rectorado, porque esto pertenecerá al libro de anales, que se llevará respectivamente.

9.º En este libro de anales se sentarán por el orden de sus fechas: 1.º todos los acaecimientos, hechos y cosas memorables, particularmente respectivas á este colegio ó á sus individuos, 2.º los que fueren relativos al interés general de la orden de Calatrava; 3.º los que tuvieren relacion con el bien de esta ciudad, su universidad, sus cuerpos políticos y eclesiásticos, y mas señaladamente con los demás colegios militares; 4.º los que la tuvieren con el bien general del estado é iglesia de España, y 5.º aquellos que dicen relacion á los intereses de la Iglesia universal y al orden natural, político y moral del mundo.

10. Este orden indica por sí mismo enáles hechos deben ser consignados en estos anales, y cuáles no; pues para que merezcan lugar en ellos los que pertenecen á los tres primeros números, bastará que sean de cualquier modo importantes al bien de la comunidad y congregacion á que pertenecen, y del pueblo y escuela pública en que residen y estudian los colegiales; así como para consignar los pertenecientes á los dos números siguientes es necesario que sean verdaderamente grandes, memorables y de conocida influencia en los intereses de la España, de la cristiandad ó de los hombres.

11. Por el mismo principio, ni se exigirá al analista

aquella fastidiosa y menuda prolijidad que apetece la ridicula curiosidad de algunos, para no desperdiciar las mas menudas é inútiles circunstancias de los hechos históricos, ni se permitirá aquella escasa indicacion de ellos, que en algunos memoriales y apuntamientos apenas conserva mas que nombres y fechas.

12. El estilo del analista será puro y conciso, sin ponderaciones ni calificaciones afectadas, y reducido á un sencillo y breve apuntamiento de cada suceso.

13. Deberá acordarse con el rector y consiliarios siempre que le ocurriere duda acerca de la consignacion de algun hecho ó del modo de extenderlo, y los tres cuidarán además de que no se introduzca en este libro cosa que sea contraria á la verdad, á la buena fe, al decoro de los cuerpos y personas de quienes se tratase, al interés de la causa pública ni al bien de los particulares.

14. Mas no por esto dejará el analista de sentar con fidelidad los hechos ciertos, sea de la naturaleza que fueren, puesto que el conocimiento de la verdad es siempre bueno y provechoso, y el cuidado de conservarla en la memoria justo y saludable.

15. A este fin, el rector y consiliarios visitarán el libro de anales cada seis meses, y entonces le rubricarán, poniendo en él la correspondiente nota, que firmarán con el analista.

16. Acabado de escribir cada libro, así de posesiones como de anales, se pasará inmediatamente al archivo y se formarán legajos separados, dándoles el número que segun el orden les correspondiere.

17. La inscripcion de los libros de posesiones y anales será respectivamente la misma que está señalada para el de decretos.

18. El maestro de ceremonias cuidará tambien de que se noten en este libro las noticias que fueren conducentes á la observancia ritual de la comunidad, pero sin detenerse en fórmulas y observancias menudas; cuando vuelva la ocasion de repetir las, se arreglarán mejor por razon que por los ejemplares.

#### *Del archivero.*

1.º Para cuidar del archivo del colegio, mandado establecer por auto de la presente visita, se nombrará un colegial de número, con el título de archivero.

2.º Por ahora este oficio correrá á cargo del bibliotecario, hasta que la abundancia de individuos ofrezca la proporcion de fiarle separadamente á alguno en quien concurren las calidades necesarias para su buen desempeño.

3.º Este oficio será tambien de duracion indefinida, y se hará la eleccion para él en la forma que se ha prevenido.

4.º Será la primera obligacion del archivero clasificar y ordenar los papeles que actualmente tiene el archivo, dividiéndolos segun las materias y objetos á que pertenecen, y colocándolos en legajos separados con arreglo á ellas.

5.º Los papeles y documentos pertenecientes á cada legajo se colocarán en él por orden de sus fechas, poniendo á cada uno su carpeta é inscripcion separada, y el número que le corresponda.



6.º El legajo tendrá su inscripcion y carpeta general sobre la hoja exterior de ella, donde se copiarán por números las inscripciones de los documentos con-  
tenga, para facilitar su hallazgo á la primera ojeada.

7.º Los varios legajos que pertenezcan á un objeto general se dividirán y clasificarán entre sí por mate-  
rias, y se colocarán en los estantes, arreglándolos por el orden de ellas.

8.º Arreglado que sea el archivo, se formará de él un índice exacto por orden de materias, el cual se reducirá á copiar, segun la principal distribucion de ellas y sus subdivisiones particulares, las inscripciones de cada legajo, segun los números y orden cronológico en que se hallarán escritas.

9.º Esta operacion podrá ser penosa, mas no será difícil, puesto que en la carpeta general de cada legajo se hallará un índice por números de los documentos contenidos en él, y por lo mismo solo se tratará de copiarlos en el general.

10. A este índice se irán añadiendo los aumentos que sucesivamente tuviere el archivo, á cuyo fin se dejará un blanco correspondiente al pié de cada legajo, puesto que deberán colocarse en ellos los documentos aumen-  
tados, segun la division á que pertenecieren y al número que la correspondiere en el orden cronológico de su peculiar colocacion.

11. Se recopilarán separadamente los papeles que pertenezcan á hacienda, y bajo de este título se forma-  
rán los legajos que fueren necesarios, segun la mas có-  
moda subdivision que pareciere; por ejemplo, dotacion, trigo, cuentas, vestuarios, grados, colegiaturas, etc.

12. Tambien se recopilarán separadamente los que pertenezcan á disciplina, y para este ramo se forma-  
rán legajos separados; por ejemplo, para los libros de decretos, órdenes, posesiones, anales, y para órdenes relativas á distribuciones, licencias, correcciones, etc.

13. Igualmente se formará clase particular para las materias que pertenezcan á literatura, y en ella lega-  
jos separados para regentes, ejercicios literarios, gra-  
dos, biblioteca, estudios públicos, etc.

14. Las correspondencias seguidas con el consejo, sacro convento y otros cuerpos ó personas se clasifi-  
carán asimismo y pondrán en legajos separados, segun estos objetos.

15. Para las órdenes superiores formará el archivero legajos separados, segun la division de materias que va indicada, y sin mezclarlas nunca con los documen-  
tos de otra clase pertenecientes á las mismas materias, pues estos tendrán tambien sus legajos, y se cuidará al tiempo de carpetarlas de enunciar claramente el origen, la fecha y la materia de cada una, para que pueda en-  
contrarse con mayor facilidad.

16. Este mismo orden se observará con cualquiera especie de documentos que vengan al archivo; pues luego que el archivero los haya recibido, los colocará en el legajo á que correspondieren, con el número y formalidad que va indicado.

17. Cuando algun legajo llegase al mayor volúmen que debe tener para su cómodo uso, se le señalará con el número 1.º, y se empezará á formar otro con el nú-  
mero 2.º, y así sucesivamente.

18. Todos los manuales, estados mensuales y anna-  
les, y todos los que fuesen libros de areas, de cuentas, de decretos, posesiones, anales, órdenes, conocimien-  
tos, y otros cualesquiera que se llevaren en el colegio, concluidos que sean, pasarán inmediatamente al archi-  
vo, y se colocarán segun el orden que les corresponda en la clasificacion general de sus documentos.

19. El archivo tendrá tres llaves, y estas existirán en poder del rector, del archivero y del bibliotecario; y cuando estos dos oficios los tuviere una misma per-  
sona, la tercera llave existirá en poder del consiliario mas antiguo.

20. Sin la concurrencia de estos tres claveros no se abrirá el archivo, ni se podrá sacar ni entrar alguno de los documentos que son de su pertenencia.

21. Las certificaciones que se mandaren dar de los documentos ó órdenes existentes en el archivo, solo se podrán expedir por el secretario del colegio, reducién-  
dose el archivero á entregar el documento mandado certificar, con intervencion de los claveros.

22. Pues que el archivo existe dentro y bajo la llave de la biblioteca, el bibliotecario, que será tambien cla-  
vero del archivo, cuidará de abrir y cerrar por sí la bi-  
blioteca para este uso siempre que fuere necesario.

## CAPITULO IV.

### DE LA COMUNIDAD EN GENERAL.

#### *De las juntas de la comunidad.*

1.º La comunidad se congregará para los actos de gobierno, de piedad y literatura que deben ejecutarse en comun, segun la forma y espíritu de las primitivas constituciones y antiguas costumbres del colegio.

2.º Se formará y ordenará para todos ellos, teniendo por su cabeza al rector, y siguiendo: 1.º los regentes y catedrático de humanidades, segun la antigüedad de su ministerio; 2.º los colegiales de número que fueren licenciados, segun la antigüedad de su grado; 3.º los colegiales de número no licenciados, segun la de su colegiatura; 4.º los colegiales supernumerarios, por el orden de antigüedad en el colegio.

3.º Los oficios no darán preferencia en el grado, ni orden de asientos en la comunidad ni tampoco en el de deliberacion.

4.º Para los negocios de gobierno, ya toquen á las humanidades, ya á la disciplina ó estudios del colegio, se congregará la comunidad en la sala rectoral precisa-  
mente, y no en otro algun lugar, sin que esto se pue-  
da alterar en ningun tiempo ni por motivo alguno.

5.º Habrá en la rectoral una mesa del tamaño y ex-  
tension conveniente al número de individuos de que constará la comunidad, la cual se colocará á distancia proporcionada del dosel y silla del fundador, y fuera de su vuelo.

6.º Al frente de esta mesa estará la silla del rector, y á sus lados las que deberán ocupar los demás voca-  
les, segun el orden indicado; poniéndose al lado dere-  
cho el regente ó catedrático mas antiguo, al izquierdo el que le sigue, y despues seguirán los licenciados y demás, alternada y sucesivamente, por el orden indi-  
cado al número 2.



7.º No se celebrará junta alguna de comunidad sin expresa órden del rector, á quien toca exclusivamente congregarlas, siendo del cargo del maestro de ceremonias insinuarle cualquiera justo y grave motivo que pueda haber para ello; pero quedando siempre á su prudencia la resolucíon.

8.º Para los asuntos muy graves se convocará la junta por cédula *ante diem*, en que se expresará la materia de la deliberacion; mas para los que no lo sean tanto, bastará que se haga la convocacion á toque de campana, precedido aviso á los que deben concurrir, para que se hallen desembarazados y prontos al llamamiento.

9.º Para graduar la necesidad de las convocaciones y forma de las juntas y sus clases, declaramos ser nuestra voluntad que los negocios diarios y comunes deben resolverse por el rector con acuerdo del colegial á cuyo oficio perteneciere el asunto, segun mejor lo pareciere; los de alguna mas consideracion é importancia por el mismo rector, con consejo de los consiliarios, y los de mayor gravedad por todos los individuos congregados legitimamente en junta plena, expresamente avisados por cédula *ante diem* ó por avisos, y congregados á toque de campana.

10. El rector propondrá en todas las juntas el motivo de su convocacion, exponiéndolo brevemente, y fijando el punto ó puntos sobre que debe recaer la deliberacion, y hasta que haya concluido, á ninguno será lícito hablar en la materia.

11. Hecha la propuesta, se empezará á deliberar por el órden de asientos, empezando el último de los que tengan voz, y subiendo hasta el primero, exponiendo cada uno con modestia y libertad el dictámen que formare, y ciñéndose á hablar en lo que fuere del caso, sin distraccion ni extravíos.

12. A ninguno se podrá interrumpir ni replicar mientras vote; pero el rector podrá y deberá advertir al que se alejare del punto de la deliberacion, ó se detuviese en repeticiones inútiles, ó al que faltare á la compostura y decoro con que debe hablar para traerlos al buen camino.

13. El rector hablará el último, resumirá y calculará los votos, publicará la resolucíon, y la dictará, si quisiere, al secretario, para que la extienda, ó bien fiará la extension á su cuidado.

14. Extendido el acuerdo que resultare, se firmará, si ser pudiere, en el mismo acto, y si no, dentro del mismo dia en que se hubiere tenido la junta precisamente.

15. Ninguno podrá resistirse á firmar los acuerdos á que hubiere asistido, aunque no sean conformes á su dictámen.

16. Sin embargo, en asuntos de muy grave importancia, y particularmente en los que pueda resultar responsabilidad personal, podrá cualquiera vocal pedir al rector mande extender su voto, y concedido, lo dictará por sí, y el secretario lo escribirá en el mismo acuerdo.

17. En este punto encargamos al rector que atienda á la justa libertad y derecho que tienen los vocales de dejar consignadas sus opiniones en los libros de decretos.

18. Pero reflexionando que hay ciertos espíritus y complexiones demasiado inclinados á la singularidad, y propensos á divertir y contradecir por tenacidad ó por orgullo, queremos que ponga en esto la mano, y no permita la extension de votos particulares cuando vea que no es la razon, sino la vanidad, quien apeste esta distincion.

19. Los individuos que solo tengan derecho á asistir á las juntas, se abstendrán de hablar en las deliberaciones, si no se lo mandare el rector; pero convendrá que este lo mande con frecuencia, aun cuando no haya gran necesidad de oírlos, para que se vayan acostumbrando á hablar ante otros y á razonar sobre los asuntos de gobierno y utilidad comun.

20. Para los actos de piedad se congregará la comunidad en la capilla pública del colegio, y allí se formará una especie de coro, colocando la silla rectoral en medio, frente del altar mayor, y á los lados los bancos que tiene el colegio para este fin.

21. En ellos se observará el mismo órden de asientos que va prevenido para las juntas de gobierno; pero se tendrá presente que siendo en la iglesia mas digno el lado del evangelio, lo será tambien el izquierdo del rector, cuya silla estará frente del altar, y por lo mismo el regente ó catedrático mas antiguo ocupará el de enfrente, y así sucesiva y alternadamente los demás.

22. Los maitines, la salve y demás actos de piedad prevenidos por las constituciones se tendrán y celebrarán en la capilla pública bajo la misma forma.

23. Los ejercicios literarios de la comunidad se tendrán precisamente en el aula destinada para ellos, y no en otra parte.

24. El grado de los asientos será el mismo, aunque no el órden, porque estos actos exigen una distribucion conforme á su indole y objetos.

25. En la cátedra, que estará en el testero del aula, se sentará el regente ó catedrático de la facultad á que perteneciere el ejercicio, y en la silla colocada al pié de ella el colegial que le tuviere; el rector ocupará el primer asiento á la derecha de la cátedra, el regente ó catedrático, que sigue en órden, el primero de la izquierda, y así los demás alternadamente.

26. Pero aun en estos actos, como en todos, será el rector quien presida, y su voz dirigirá cuanto se haga en ellos; siendo tambien la primera para empezar á preguntar ó argüir, si le acomodare, ó para hacer preguntar, dejar los argumentos y disolver los ejercicios.

27. Despues del rector, la primera voz en estos actos será la del regente de la facultad á que pertenecieren, al cual el rector podrá permitir que dirija el acto en la parte literaria, mientras no hallare necesario interponer su voz y autoridad.

#### *De la distribucion general del tiempo.*

1.º La hora de levantarse por la mañana será á las cinco desde 1.º de mayo hasta 1.º de octubre, y á las seis desde este hasta 1.º de mayo.

2.º Esta hora será inalterable, tanto en dias festivos como de universidad, y el rector cuidará de que todos se levanten, vistan y preparen para el estudio al tiem-

po prescrito, sin conceder excepcion alguna, fuera del caso de enfermedad.

3.º El paso de los colegiales dedicados á facultad mayor será, desde 1.º de octubre hasta 1.º de mayo, á las seis y cuarto, y durará hasta las ocho menos cuarto; y desde 1.º de mayo hasta 1.º de octubre, á las cinco y cuarto, y durará hasta las siete menos cuarto.

4.º Mas como en el mes de julio cese enteramente la obligacion de asistir á la universidad, estos pasos podrán empezar tres cuartos de hora mas tarde, y durarán por dos horas enteras, ó mas si pareciere necesario.

5.º Acabado el paso en tiempo lectivo, se prepararán para ir á las cátedras los colegiales que hubieren de asistir á ellas, y los demás se ocuparán en el estudio, retirándose á sus cuartos ó á la biblioteca, sin distraerse á otros objetos.

6.º A esta hora procurará el rector que haya misa en el Colegio, para que la oigan todos los que no se hallen ocupados en la universidad.

7.º En los domingos, dias festivos y de asueto habrá precisamente misa conventual á hora fija y determinada, y á ella asistirán el rector, los maestros y todos los demás individuos, sin excepcion alguna.

8.º A las siete en punto de la mañana en verano, y á las ocho en invierno, empezarán las lecciones matutinas de humanidades, cuya enseñanza durará por lo menos hasta las nueve en la primera, y hasta las diez en la segunda temporada.

9.º Las horas que resten de la mañana, fuera de las de cátedra y paso, serán de estudio y recogimiento, y no se podrán emplear en otro objeto ó distribucion.

10. La comida será á las doce en punto en todo tiempo, debiendo asistir todos los individuos á ella; y pues que en esto no deberá haber excepciones ni dispensas, y que entonces deben hallarse todos los individuos en el colegio, y cerradas sus puertas, mandamos que al que no bajare á comer no se le suministre comida por aquel dia.

11. Despues de comer, concurrirán los individuos del colegio al cuarto del rector, y en él pasarán en honesta y agradable conversacion el tiempo que restare hasta la hora de prepararse para ir á las cátedras.

12. A esta hora, ó antes, segun el arbitrio del rector, se levantará la conversacion, para que cada uno se recoja á su cuarto y siga sus respectivas distribuciones.

13. A las dos en el invierno, y á las tres en el verano, será el paso vespertino de humanidades, el que durará dos horas en la primera temporada, y una y media á lo mas en la segunda.

14. Restituidos al colegio los que hubieren ido á la cátedra, y libres de su paso los humanistas, el tiempo que restare hasta la oracion será todo de recreacion y descanso.

15. Para que en él puedan hallar los colegiales una diversion honesta y agradable, se les permitirá ocupar estas horas en el juego de trucos, á cuyo fin se ha mandado construir y colocar una mesa por auto de la presente visita.

16. Para el arreglo de esta diversion se ha man-

dado por el auto que el rector, de acuerdo con los maestros y consiliarios, forme un reglamento, cuya aprobacion nos reservamos, como parte de la presente visita.

17. Al anochecer, recogidos todos los individuos en el colegio, y cerradas sus puertas, se bajará á la capilla y rezará la Salve en la forma acostumbrada, y precedido toque de campana.

18. Creemos que acabado este acto religioso, se podría pasar al ajuste de cuentas entre los familiares y colegiales veedores; mas como hayamos fiado al rector el arreglo de esta operacion, dejamos tambien á su cuidado el señalamiento de la hora en que debe hacerse, recomendándole que sea una fija para todos, y que procure señalarla de manera que no interrumpa el hilo del estudio de los colegiales.

19. Acabado este acto, todos los individuos se recogerán á sus cuartos, y permanecerán en ellos dados al estudio hasta la hora de cenar, que será á las nueve en invierno, y á las diez en verano.

20. Acabada la cena, en el invierno, todos los colegiales no graduados de bachiller deberán ir al cuarto del maestro de ceremonias, donde tendrán un rato de agradable conversacion, que no deberá pasar de las diez.

21. Los colegiales bachilleres tendrán libertad de pasar en la mesa de trucos el tiempo que restare desde la cena hasta las diez, con tal que á esta hora se retire cada uno á su cuarto.

22. Por el verano no se tendrá esta conversacion, porque debiendo ser la cena mas tarde y la madrugada mas temprano, no quedara tiempo suficiente para el descanso.

23. Sin embargo, si los colegiales miraren como un desahogo la libertad de conversar en el cuarto del maestro de ceremonias ó en el del rector, ó juntos en otra parte hasta las once, podrán hacerlo tambien durante el verano.

24. Los regentes, catedrático y licenciados podrán tener su conversacion en el cuarto del rector, pero sin obligacion forzosa de concurrir á ella.

25. Por consiguiente, á las diez y media en el invierno y á las once y media en el verano se tocará á recogimiento y silencio, y desde este punto ningun colegial ni otro individuo podrá andar ni estar fuera de su cuarto.

26. El rector cuidará de que esta distribucion de horas se observe siempre con el mayor rigor, porque en ella se cifran principalmente el orden y buen uso del tiempo, y sin ella no puede conservarse la buena disciplina en ningun establecimiento, y mucho menos en los institutos eclesiásticos literarios.

27. Los regentes y catedrático tendrán el cuidado, singularmente en la parte de distribucion que es relativa á los estudios, y sin cuya observancia no podrian ejercitar con provecho su ministerio.

28. Pero, pues que el rector por sus graves cuidados, y los regentes por su precisa aplicacion, no podrán atender tan inmediatamente á este objeto, el maestro de ceremonias ejercitará acerca de él su vigilancia y su celo, como uno de los mas primeros de su cargo, lo que le recomendamos muy encarecidamente,



*De los ejercicios piadosos.*

1.º En los dias festivos y en los dias de asueto se dirá la misa de comunidad á las siete en el invierno y á las seis en el verano, y á ella asistirá principalmente el rector con todos los individuos del colegio, sin excepcion alguna.

2.º En los dias lectivos procurará el rector que los sacerdotes que hubiere en el colegio repartan de tal manera la hora de su misa, que puedan oirla todos ó la mayor parte de los colegiales, sin perjuicio de sus distribuciones literarias.

3.º La comunidad se formará para oír la misa convencional en el cuarto del rector, á toque de campana, bajará formada á la capilla, y ocupará el orden de asiento que queda indicado.

4.º Aquí es donde el rector no podrá disimular, no solo cuanto desdiga de la verdadera y sólida piedad, sino las mas pequeñas faltas de atencion y compostura, pues todas son graves en la morada y presencia del Señor.

5.º Las comuniones de orden se tendrán en los dias señalados por constitucion y arreglados por el real consejo de las Ordenes, en una de 23 de octubre de 1787; y en este santo y solemne acto tampoco se permitirá cosa que desdiga del espíritu de compuncion, fervor y recogimiento que es tan necesario en él.

6.º A las comuniones asistirá la comunidad con mantos capitulares, como está mandado por constitucion, como se ha prevenido de nuevo por auto de la presente visita y como exige la santidad de aquel acto.

7.º El rector se irá mucho á la mano en lo de dar dispensas de esta obligacion, considerando que nada acredita mas bien la piedad de los institutos eclesiásticos que la repeticion de estos actos religiosos, claros testimonios de la virtud de sus individuos.

8.º Mas en el conceder de la dispensa tampoco perderá de vista que la frecuencia de los sacramentos, tan laudable y provechosa cuando el fervor y la santidad de vida la apetecen, no está libre de inconvenientes cuando se impone como obligacion periódica é indispensable, y se cuenta para ella con una disposicion interior, que no siempre halla reunida simultáneamente en muchos la flaqueza de nuestra condicion.

9.º Conociendo la importancia, la gravedad y la delicadeza de este punto, le cometemos del todo á la conciencia del rector, descansando en ella, y recomendándole muy entrañablemente que disponga y gobierne de tal manera el espíritu de la comunidad, que se halle mas bien instado á multiplicar estos santos ejercicios que á disimularlos y dispensarlos.

10. Cuidará asimismo de que se digan los maitines en los dias, tiempos y horas prevenidos por constitucion, segun las declaraciones del real Consejo y antiguas costumbres del colegio.

11. Tambien será muy parco en la dispensa de esta obligacion, no concediéndola sino con grave y justa causa, por no hacer raros estos actos religiosos, que sirven para conservar el buen espíritu de los individuos del colegio y acreditar el de la comunidad.

12. La Salve se dirá diariamente en la capilla y por

toda la comunidad, siguiendo en esto la antigua y loable costumbre del Colegio.

*De la comida y cena.*

1.º El rector, los regentes, catedrático, los colegiales de número, con grado ó sin él, y los supernumerarios, comerán todos precisamente en el refectorio á la hora que queda señalada, sin que de esta regla se exceptúen otros que los que estuvieren enfermos.

2.º Solo al rector será lícito, cuando sus graves ocupaciones no se lo permitan, quedarse á comer en su cuarto; pero le encargamos muy estrechamente lo excuse en cuanto pueda, porque nunca su presencia es mas necesaria que en los actos en que se halla congregada la comunidad, de quien es cabeza.

3.º Si algun regente ó graduado de licenciado quiere comer en la ciudad con ocasion de algun convite preciso, podrá hacerlo, de acuerdo con el rector, y solo en este caso será dispensado del refectorio; porque conocemos que en él es muy conveniente el cumplimiento de la comunidad y la presencia de sus individuos mas autorizados, para ejemplo y provecho de los demás.

4.º En el refectorio se guardará el mismo orden de asientos que queda prevenido para los demás actos de la comunidad.

5.º El tiempo que durare la comida se empleará en alguna lectura provechosa, siendo el cargo de leer, no de los familiares, como hasta aquí, sino de los colegiales de número ó supernumerarios, no graduados de bachilleres, á arbitrio del rector, que nombrará, por meses, dias ó semanas, el que le pareciere mas apto para el asunto.

6.º Tambien quedará al arbitrio del rector la eleccion de las obras que se han de leer en el refectorio; mas para que este objeto se uniforme con el designio general del presente establecimiento, le hacemos acerca de él los encargos siguientes:

7.º Primero. Que pues la hora de la comida, destinada á reparar las fuerzas corporales y á satisfacer una necesidad natural é indispensable, es por lo mismo una hora de descanso y honesto recreo, procure que la lectura señalada, no solamente sea provechosa, sino tambien agradable y conveniente al objeto.

8.º Segundo. Que por ningun motivo permita leer en el refectorio aquellos legendarios que en otras partes se usan, y en los cuales, á vuelta de algunos casos y acciones verdaderamente maravillosas y bien averiguadas, ha introducido la supersticion y la ignorancia muchedumbre de milagros apócrifos, de hechos inciertos y ridiculos, y de relaciones vanas y supersticiosas, no solo poco conformes, sino positivamente repugnantes á la santidad, y contrarios á las máximas de ilustracion y sana critica que deben observarse en los institutos literarios.

9.º Tercero. Con el mismo cuidado cortará toda lectura triste y desagradable, considerando que la oportunidad es la que califica muchas veces la bondad de las acciones y reglas de conducta en la vida civil y cristiana, y que la virtud misma reconoce un tiempo para llorar y otro para reir, uno de recogimiento y otro de solaz y alegría.



10. Cuarto. La lectura se hará siempre en obras provechosas y convenientes al instituto del Colegio, mezclando el deleite á la utilidad y la instruccion al agrado.

11. Quinta. Los libros historiales de la santa Biblia, esto es, los de *Josué*, *Los Jueces*, *Ruth*, *Los Reyes*, *Paralipomenon*, *Esdras*, *Tobías*, *Judit*, *Job* y *Los Macabeos*, podrán leerse en la temporada del curso, pero de seguida y sin interrumpirlos.

12. Desde 1.º de enero á 4.º de mayo la lectura podrá ser de historia natural, la cual, sobre ser muy agradable, es en gran manera provechosa, pues que nada levanta tanto el espíritu del hombre hácia el supremo Hacedor como las maravillas de la creacion, y nada deleita, nada instruye mas poderosamente su ánimo, que el conocimiento de aquel órden admirable y sapientísimo con que se producen y conservan en la sucesion de los siglos.

13. Para esta lectura no quisiéramos que el rector echase mano de la historia universal de Plinio, pues aunque sea una de las obras mas sábias que ha producido el espíritu humano, ni su latinidad, ni su critica, ni sus principios físicos tienen la pureza, la exactitud ni la seguridad convenientes cuando deseamos dirigir esta lectura á la instruccion de la juventud.

14. Por el contrario, hallamos ser muy oportuna para este objeto la célebre historia del sábio conde de Buffon; pues sobre estar escrita originalmente, con elegancia, critica y profundo conocimiento de las ciencias naturales, se halla traducida á nuestro idioma con mucha fidelidad y pureza.

15. Pero encargamos al rector que en la lectura de esta obra haga suprimir aquellos tratados que le parezcan menos convenientes á la hora, lugar y oyentes ante quien debe hacerse.

16. Desde mayo á octubre procurará el rector que la lectura sea de historia nacional, prefiriendo por ahora algun compendio, como el latino del maestro Alonso Sanchez, ó el de Buchesne, traducido al castellano por el padre Isla, pues aunque no aprobamos del todo ni el estilo ni la critica de una y otra obra, no hallamos cosa mas proporcionada que sustituir en su lugar.

17. Cuando esta lectura se haya repetido, y el rector suponga á los colegiales bien instruidos, podrá hacer que en lugar de los compendios, se lea en el refectorio la historia castellana del padre Juan de Mariana, que reúne todas las calidades que apetecemos en las obras destinadas á aquella hora y lugar.

18. Mas, como tambien convenga la lectura de historias particulares, podrán algun año, en la temporada de verano, leerse en refectorio los *Hechos de los castellanos y aragoneses en Oriente*, de Moncada, y la *Historia de la guerra de Granada*, por Mendoza, que ofrecen buenos modelos de estilo, y aun las *Conquistas de Méjico*, por Solís, y *del Perú*, por Garcilaso, que tienen respectivamente el mérito que es bien conocido.

19. Para alternar la lectura de estos tres ramos, podrá el rector sustituir unas obras á otras, así en latin como en castellano, prefiriendo entre estas las que mas sobresalgan en pureza de lenguaje; y por lo mismo, no negará á las de Miguel de Cervántes el lugar que mere-

cen, singularmente aquella que es la primera de todas, y que, suprimidos los episodios extraños, se puede proponer sin iniecho como el mas puro modelo de elegancia castellana, sin que su erudicion, su critica ni su moral desmerezean esta preferencia.

20. Si al acabar de la comila pareciere al rector suspender la lectura para destinar un corto rato á hablar de la materia á que hubiere pertenecido, la mandará cesar, así para que quede mas bien impresa en la memoria de los jóvenes, como para aco-tumbrarlos á ejercitar su razon sobre la doctrina, critica y estilo de las obras que se leen.

21. En estas conversaciones procurará que haya órden y compostura, sin mengua de la honesta libertad de discurrir, que es propia de aquella hora y lugar, y tan conveniente y provechosa cuando la razon y la caridad literaria la contienen en sus justos limites.

22. No prescribimos reglas de ceremonial para este acto, en que nos parecen excusadas, ni menos de buena crianza para comer con aseo y compostura, porque, además de suponerla en cuantos vengán al colegio, por las obligaciones de su nacimiento, creemos que la correccion de los defectos opuestos á ella será el primer cuidado del rector, en cualquier acto público ó privado de la comunidad.

23. Pero sí le recomendamos: 1.º, que por sí, y principalmente por medio del colegial veedor y familiar respectivo, cuide de que las viandas que se sirvan sean escogidas, sanas, bien y limpiamente sazonadas; 2.º, que haya el mas exquisito aseo en las ropas y útiles del refectorio y mesa, reprehendiendo cualquier asomo de desaliño y descuido con la mayor severidad; 3.º, que procure, en cuanto las rentas del colegio lo permitieren, que las comidas sean siempre suficientes y que toquen mas en abundantes que en escasas; que no falten en sus tiempos las frutas, la leche y los dulces; y en fin, que haya todo aquel regalo que pueda conciliarse con la prudente economía de la comunidad y la parsimonia de sus individuos.

24. La cena se regulará en todo por los mismos principios, debiendo continuar la lectura de temporada durante ella; pero deberá ser siempre muy ligera, porque así conviene á personas de profesion sedentaria, dadas á las letras y precisadas á madrugar.

## CAPITULO V.

### DE LA DISCIPLINA EN GENERAL.

#### *Del hábito de los colegiales.*

1.º Por cuanto hemos advertido que la uniformidad del traje en las comunidades literarias suele ser un impedimento opuesto á la subordinacion que exige su mismo instituto y jerarquia, y por otra parte, que algunas diferencias sóbriamente establecidas en este punto pueden asegurarla mejor, uniformando la conducta é ideas de los individuos con las obligaciones de sus respectivos cargos, hemos establecido en este punto las reglas siguientes:

2.º El rector vestirá el traje sacerdotal, así dentro como fuera del colegio, llevando en casa balandran, y

fuera el hábito de san Pedro, con la cruz de la orden al lado izquierdo.

3.º Los regentes y catedráticos, que suponemos serán sacerdotes y graduados de licenciados, y que además tendrán el carácter de maestros, llevarán el mismo hábito que el rector, así dentro como fuera del colegio.

4.º Los colegiales graduados de licenciados que fueren sacerdotes, llevarán fuera de casa el hábito de san Pedro, pero dentro de casa usarán siempre el balandran de los colegiales.

5.º Los licenciados que no fueren sacerdotes, y los colegiales que lo fueren, aunque no tengan grado, deberán llevar el hábito del colegio dentro y fuera de él; pero bien permitimos al rector que les pueda dar licencia para salir fuera con hábito de san Pedro.

6.º Los demás individuos usarán dentro y fuera de casa el hábito acostumbrado, llevándole con el aseo y compostura que tantas veces hemos recomendado.

7.º Una máxima casi general en estos cuerpos, cuyo origen ignoramos, ha introducido la costumbre de no renovar jamás el hábito del colegio, y aun de hacer en cierto modo gala de llevarle sucio, raído y hecho jirones. Nosotros, penetrados de los inconvenientes que produce, y de que generalmente están convencidos los mismos que ceden á ella, la condenamos y proscribimos del todo, y rogamos á los rectores y maestros de ceremonias que por tiempo fueren, nos ayuden á desterrarla para siempre de esta comunidad.

8.º Deseando sustituir á aquella máxima la de inspirar amor al aseo y limpieza á todos los individuos de la comunidad, mandamos que la falta de ellos en el vestido se reprenda ó castigue como un defecto contrario á la buena educacion y disciplina.

9.º Por lo mismo mandamos que tanto el hábito doméstico de los colegiales, cuanto el que deben llevar fuera, sea siempre limpio y bien tratado, y que á este fin se lave, y aun se renueve cuando sea necesario, previniendo que para juzgarle tal no se espere á que su desaseo ó deterioracion sean muy visibles.

10. Y para que la observancia de esta regla sea mas segura, queremos que esto se haga á arbitrio del rector, deduciéndose del haber de cada individuo, por razon de vestuario, cualquiera gasto que en esto se lixiere.

11. El maestro de ceremonias velará muy cuidadosamente sobre este punto, y avisará con oportunidad al rector la necesidad de remedio que advirtiere, cuando sus amonestaciones fraternales no le alcanzaren.

12. Pero así como deseamos desterrar de esta comunidad todo desaliño, prohibimos muy severamente toda afectacion y exceso de compostura, como cosa liviana, impropia de la moderacion eclesiástica, y mucho mas del instituto y profesion de esta comunidad.

13. A este fin, cuidará el rector y el maestro de ceremonias de que tanto en el vestido exterior, quanto en las ropas interiores que se desembran, como tambien en el calzado y porte del cabello, nada exceda ni traspase la moderacion y decencia, que son propias del estado y profesion de los colegiales.

14. Cuando la comunidad vaya formada en público á cualquiera acto religioso, como, por ejemplo, para

asistir á la iglesia de padres clérigos menores en la fiesta sacramental, ó á otro igualmente público y solemne, llevarán todos sus individuos el manto capitular sobre el vestido que á cada uno corresponde, segun las reglas anteriores.

15. Todos los colegiales deberán llevar interiormente el escapulario de la orden, como está mandado por definiciones, atendiendo á que es el único resto del hábito antiguo, fuera de la insignia de la cruz, que exteriormente los distingue.

16. El familiar dispensero, el refitolero y capillero, llevarán manto sin beca fuera de casa, y balandran sin monjiles ó mangas perdidas dentro de ella; pero no podrán usar ni llevar la cruz de la orden.

17. Los demás familiares y criados de comunidad usarán del vestido comun á su voluntad, con tal que sea limpio y modesto.

#### *De la conducta doméstica.*

1.º De poco servirán las reglas que acabamos de prescribir para dirigir el porte exterior de los colegiales, si no se estableciesen las convenientes para regular su conducta interior y doméstica. Por eso consignaremos aquí las que pueden tener mas principal influencia en este objeto, fiando las restantes á la prudencia del rector y demás á quienes respectivamente pertenezca este cuidado.

2.º El recogimiento y retiro que exigen la profesion é institutos de los individuos del colegio no pueden ser compatibles con la continua comunicacion que la ociosidad suele ocasionar entre los de algunas comunidades. Por tanto, cuidará el rector de que fuera de las horas de recreo y distribuciones comunes, cada uno de los colegiales esté precisamente en su cuarto, sin permitir que vaya á los de otros, ni ande baldío y sin destino por los tránsitos del colegio.

3.º Esta regla, que es tan conforme á la profesion de los clérigos de orden, es absolutamente indispensable en una comunidad literaria, donde, despues de cumplidas las obligaciones del instituto, ningun mas recto uso se puede hacer del tiempo que el de emplearse en la meditacion y el estudio. Así que, los regentes, el catedrático de humanidades y el maestro de ceremonias clararán con el mayor cuidado sobre este importante objeto de buena disciplina.

4.º El plan de estudios domésticos que prescribirémos en el título II de este reglamento nos obliga á exigir en la observancia de este punto la mayor exactitud y rigor, que de nuevo recomendamos, haciendo presente á los colegiales jóvenes que no les habríamos impuesto una carga tan grave, si el temor de aventurar su aprovechamiento con otro método menos laborioso no hubiese formado, por decirlo así, nuestro carácter á exigir mas aplicacion y mas continuo estudio de los que son compatibles con una vida cómoda y desahogada.

5.º Por lo mismo, rogamos muy encarecidamente á los jóvenes que vinieren al colegio reflexionen á todas horas que cuando profesaron la regla de la orden renunciaron las dulzuras de la vida libre y regalada que podían llevar fuera de ella; que la sabiduría es un don



sublime, negado á los soñolientos y perezosos, y solo dispensado á los que velan y se afanan por adquirirla; que la estacion de la vida que deben pasar en el colegio es precisamente la que está destinada por la naturaleza, por la religion y por su mismo instituto á recibir este precioso don; y finalmente, que sin el jamás podrán perfeccionar su ser ni profesion, desempeñar dignamente las obligaciones que tienen como ciudadanos y como religiosos, ni hacerse dignos de los premios de utilidad, de honor y de fortuna á que debe aspirar el hombre cuando la virtud y la sabiduria le hacen digno de ellos.

6.º Les pedimos asimismo que no pierdan jamás de vista que el desperdicio del tiempo en este periodo de su vida es mas dañoso é irreparable que en otro alguno; que de su buen uso y empleo pende su felicidad espiritual y temporal, y que cuando observen religiosamente esta máxima, hallarán en ella, no solo la felicidad de llenar cumplidamente todas las tareas y obligaciones que les prescribimos, sino tambien tanto gusto en el recogimiento, lectura y meditacion, que renunciarán tal vez voluntariamente á las recreaciones y entretenimientos que se permiten para su alivio, á trueque de hallar mas tiempo que consagrar á las letras.

7.º En estas horas de recreo los colegiales tendrán toda la libertad y desahogo que es compatible con la moderacion de su estado, empleándolas en lo que mas les agradare dentro ó fuera de sus cuartos, solos, acompañados ó todos juntos.

8.º Como estas serán las horas de trato mas comun que tendrán los colegiales, recomendamos en ellas la paz, armonia y union fraternal que deben reinar entre los hijos de una misma madre y profesores de un mismo instituto, y deseamos muy ardientemente que de tal manera se arraiguen en esta comunidad, que jamás puedan introducirse en ella las discordias y parcialidades, que son las verdaderas pestes de toda santa disciplina.

9.º En las horas de estudio y en las de sueño enmarcará el rector de que reine en el colegio la mayor quietud y silencio, procurando que en ellas no entren personas de afuera, ni se roben á los colegiales con importunas é inútiles visitas los preciosos instantes que necesitan para su estudio y recogimiento.

10.º Cuando faltan la aplicacion y amor á las letras, ningun recogimiento basta para asegurar el buen uso del tiempo, pues la ociosidad es muy ingeniosa para hallar medios de desperdiciarle, aun en medio del mayor retiro; por eso queremos que, no solo el rector, sino tambien los regentes y catedrático y el maestro de ceremonias puedan entrar en los cuartos cuando bien les parezca, observar cómo cada colegial emplea y distribuye su tiempo, y cuidar de que estudien y le aprovechen, como es de su obligacion, castigando con el mayor rigor á los haraganes.

#### *De la conducta pública.*

1.º El instituto, el estado y la profesion literaria de los colegiales piden que su conducta exterior sea tan circunspecta y arreglada, que acredite en todas partes

el respeto que tienen á sus obligaciones, y no desdiga un punto de ellas.

2.º Queremos por lo mismo que resplandezca en todos la mayor modestia, y que no solo sean distinguidos en la calle, en la universidad y en las concurrencias por la decencia é irreprehensibilidad de sus costumbres, sino tambien que la afabilidad y el decoro en sus acciones y palabras sean las prendas exteriores de que todos procuren adornarse, y en que cifren la estimacion de cuantos los trataren.

3.º En este punto recomendamos al rector la mas extrema vigilancia, y rogamos que no contentándose de que en la interioridad todos sus súbditos vivan en el santo temor de Dios y con el mayor arreglo de costumbres, procure además que su exterior sea un continuo testimonio de su virtud, y que su conducta ofrezca siempre á la juventud secular que se congrega en las escuelas públicas, los ejemplos de modestia y circunspeccion de estado y obligacion regular.

4.º Mas como no aspiremos á infundir en los colegiales el vano deseo de captar estimacion por medio de simples apariencias de virtud, sino á que verdaderamente la merezcan por la sincera y pública profesion de ella, queremos que la hipocresia se mire entre todos como el vicio mas detestable, y que la afectacion de desaliño, abatimiento y tristeza sean aborrecidos y castigados como sintomas suyos.

5.º El nimio cuidado de la persona, el aire libre y desenvuelto, la infancia y la elacion, que indican orgullo y liviandad de ánimo, y son tan contrarios á la modestia religiosa, deben ser reprendidos y castigados con igual severidad en los que tuvieren la desgracia de manifestarlos.

6.º La presuncion de sabiduria, que es un vicio tanto mas temible, cuanto mas poderosamente le estimula el amor propio, singularmente en las ciudades de estudios, será tambien severamente reprehendida en cualquiera individuo del colegio que adoleciere de ella, y no menos cierto charlatanismo literario, que no solo es contrario á la modestia y á la buena educacion, sino que frecuentemente se desliza ó despeña contra la templanza y caridad cristiana.

7.º Al mismo tiempo que quisiéramos separar á los colegiales de la frecuente é íntima compañía de otros jóvenes escolares, que no sujetos á las mismas obligaciones y reglas de conducta que ellos, ni se conformarian fácilmente con la suya, ni menos podrian perfeccionarles con su ejemplo, deseamos que los individuos de esta comunidad manifiesten el amor que deben á su profesion y á cuantos la cultiven; mas no por medio de un trato íntimo y frecuente de sus condiscipulos, sino por el de una disposicion sincera y prontísima á prestar todos los oficios de humanidad y buena correspondencia que en su mano estuvieren á cuantos los busquen ó pudieren necesitarlos.

8.º Quisiéramos tambien prohibir del todo la costumbre de visitar y hacer cumplidos en la comunidad, como contraria al recogimiento y á la buena economía del tiempo que tanto hemos recomendado; pero forzados á ceder á la costumbre y obligaciones de opinion introducidas en el trato civil, permitimos que se desempe-



ñen los que estas exijan, con tal que no se hagan otras visitas que aquellas que la urbanidad ó la caridad hicieren absolutamente necesarias.

9.º La parsimonia que encargamos en este punto nos excusa de prescribir reglas acerca del modo con que se deben haber los colegiales en estos forzosos cumplidos de urbanidad, contentándonos con prevenirles que no los empleen sino en casas y con sujetos de cuyo trato no puedan avergonzarse, y que su conducta sea tal, que jamás desmienta los respetos que deben á las personas que los admitieren á su trato, y á sus propias obligaciones.

10. Aunque respetamos y alabamos los establecimientos que la autoridad pública patrocina y admite para conservar el orden y buena policía de los pueblos; conociendo que la asistencia á las representaciones dramáticas en teatros públicos es indecorosa al estado y perjudicial á la profesion de los colegiales, les prohibimos absolutamente que puedan asistir á ellas, y mandamos al rector que no lo permita con ningun motivo ni pretexto, y antes castigue con severidad á los que contravinieren.

11. En las demás grandes concurrencias á que tal vez los condujere alguna ocasion de regocijo público, no desconveniente á su estado, deseamos que la moderacion y compostura de los colegiales sea aun mayor que en las ocasiones comunes; porque solo al favor de este deseno podrian excitar la disipacion y distraimientos que trae consigo el bullicio de las diversiones tumultuosas, tanto mas temibles en los jóvenes, cuanto su edad está mas expuesta á incurrir en ellos.

12. En suma, deseamos que los individuos de esta comunidad parezcan solo en público cuando la necesidad los sacare de casa; que entonces sean alegres y afables, sin dejar de ser modestos y bien morigerados; que en todas partes procedan conforme á los principios de la buena y distinguida educacion que corresponde á su nacimiento y su estado, y que en ninguna desmientan la santidad de su instituto, ni desluzcan el esplendor del noble é ilustre cuerpo de que son miembros.

#### *De las salidas de día.*

1.º Los colegiales que tengan que asistir á cátedras en dias lectivos, ó academias en los de asueto, podrán ir y volver solos á la universidad, llevando el camino acostumbrado y sin detenerse, conforme á lo dispuesto en las primitivas instituciones, observadas desde antiguo inconcusamente.

2.º Pero esto se entenderá cuando uno solo tuviere que asistir en hora determinada á cátedra ó academia, pues si hubiere dos ó mas que deban concurrir á la universidad á la misma hora, irán precisamente juntos, aunque la concurrencia sea á distinta cátedra ó academia, y lo mismo se entenderá en cuanto á su vuelta.

3.º A la vuelta de la universidad, los colegiales que hubieren ido juntos á ella, ó separados, se presentarán al rector antes de entrar en sus cuartos, para que le pueda constar la hora en que llegaren.

4.º El rector cuidará de que esto se observe inviolablemente, y tendrá gran cuidado de que con motivo de

estas idas y venidas de la universidad no se introduzca algun abuso en adelante.

5.º Sobre esta observancia cuidará tambien el maestro de ceremonias, dando cuenta al rector de las contravenciones que advirtiere, para que se corrijan y evite su continuacion.

6.º Tambien podrán salir solos los colegiales á confesarse á los conventos señalados, los dias de comunión; pero cuidará el rector, no solo que esta licencia no sirva de pretexto para salir á otras partes, sino tambien de que vayan juntos á una misma, ó por lo menos de dos en dos, en cuanto ser pueda, salva la libertad que tiene cada uno de elegir el director de su conciencia que mas le conviniere.

7.º En estas salidas á confesar, será obligacion de los colegiales presentarse al rector antes de ir y despues de volver de los conventos, así como decirles á cuáles van, y si juntos ó separados, para que jamás ignore el destino y distribuciones de los individuos de la comunidad que gobierna, y pueda siempre observar su conducta.

8.º Fuera de estos casos, ningun colegial podrá salir del colegio sin compañero, aun cuando por ocupacion momentánea de los que deban serlo no le hubiere.

9.º El rector podrá salir con compañero ó sin él, cuando y cómo le pareciere y los negocios del colegio lo exigieren, dejando á su prudencia el uso libre de esta facultad en beneficio de la comunidad.

10. Y pues que su traje sacerdotal y distincion de orden le harán parecer con decoro en todas partes, y además podrá llevar su paje, con arreglo á lo dispuesto en el capítulo n de este título, le pedimos que no ocupe compañero sino cuando la diligencia á que fuere lo pida ó cuando necesite ir mas autorizado.

11. Los regentes no solo podrán, sino que deberán salir sin compañero, y no le podrán llevar nunca, para que así quede mas tiempo libre á los colegiales y no se les distraiga de sus estudios.

12. Fuera de las horas de paso, en que los regentes no podrán faltar del colegio por ningun motivo, les será libre salir á cualquiera hora del día, sin necesidad de pedir licencia al rector.

13. Pero considerado que, en calidad de maestros, están obligados á cuidar de la aplicacion de los colegiales y á darles ejemplo de recogimiento y amor al retiro, que son tan propios de la profesion literaria, les rogamos muy eficazmente que usen con gran parsimonia de esta misma libertad que por respeto á su carácter les concedemos.

14. Los colegiales graduados de licenciado no podrán salir del colegio por la mañana en los dias lectivos; pero si tal vez tuvieran necesidad de hacer algun preciso cumplido, lo expondrán al rector, y saldrán con su licencia.

15. Pero podrán muy bien salir diariamente á paseo por las tardes, y en las fiestas y asuetos por las mañanas, sin necesidad de pedir licencia al rector, aunque si con su noticia, y lo mismo los sacerdotes graduados de bachiller.

16. Dejamos enteramente á arbitrio del rector el permitir á los colegiales licenciados y á los sacerdotes

bachilleres salir sin compañero en las ocasiones que van dichas, con tal que en este caso les permita tambien salir con hábito de san Pedro, y no de otra manera.

17. Los colegiales de número y supernumerarios, graduados de bachiller, podrán salir á visitas por la mañana en los dias festivos y de asueto, siempre con licencia del rector y con compañero; pero no saldrán jamás por la mañana en los dias lectivos, ni el rector les dará licencia, aunque la pidan, si ya no fuere con gravísima y urgente causa.

18. Estos colegiales podrán salir en todo tiempo un rato de paseo despues de las horas de cátedra; pero deberán pedir para ello licencia al rector, y obtenida, llevar compañero.

19. Los demás colegiales de número y supernumerarios, no graduados, no podrán salir de casa mañana alguna en tiempo de curso; pero durante el verano podrá el rector permitirles que salgan tal cual vez, en las mañanas de dias festivos, á hacer alguna visita de precisa atencion.

20. Por las tardes del tiempo de curso tampoco podrán salir á paseo los colegiales no graduados; pero, aunque el que les restare de la asistencia á cátedra sea de descanso y recreo, deberán emplearle en la mesa de trucos establecida á este fin, ó pasarle en otra honesta diversion dentro de casa.

21. Pero en las tardes de verano podrán salir á paseo unos y otros, con tal que los colegiales de número vayan de dos en dos, y los supernumerarios todos juntos, á no ser que alguno vaya de compañero con colegial de número ó que quede solo, pues en este último caso dispondrá el rector que se una á los que van pareados, y salgan tres.

22. Encargamos muy particularmente al rector que en lo de señalar compañeros atienda: 1.º á que se unan y aparezcan los que tienen libertad, segun las reglas dadas; 2.º á que no se distraiga del estudio el que tuviere á su cargo algun ejercicio ó acto literario de los que piden aplicacion mas continua; 3.º á no perder de vista jamás el uso que cada uno hace de la libertad que se le concede, para estrecharla ó ampliarla, segun fuere necesario; 4.º á que no haya compañeros señalados habitualmente, sino que en cada caso señale á cada uno el que mas conviniere, segun la combinacion momentánea; 5.º á que los individuos que anden fuera del colegio, ya solos, ya acompañados, no desmientan con su porte y conducta pública la modestia y regularidad que exigen su instituto y profesion.

23. Finalmente, hacemos presente, así al rector como á todos los individuos de este cuerpo, la obligacion que tienen de conservar el decoro, y aun de aparecer en el público como una porcion muy distinguida de él, para que de tal manera procedan, que solo se hagan notables por los ejemplos de virtud y edificacion que deben esperarse de su profesion.

#### *De las salidas de noche.*

1.º La necesidad de destinar las noches al recogimiento y estudio, tan recomendables en una comunidad eclesiástica y literaria, nos obliga á prohibir enteramente las salidas de noche, salvo aquellas justas

excepciones que no pueden negarse á la exigencia de las circunstancias ni al mérito y aplicacion de los individuos, las cuales expresaremos aquí, para que sean públicas á todos.

2.º El rector podrá salir de noche á la ciudad cuando le pareciere necesario ó conveniente, procurando retirarse al colegio á las diez en el invierno y á las once en el verano; pero en este punto le recomendamos la mayor moderacion, así por lo que importa al decoro de su empleo, como porque de él deben recibir ejemplo los demás.

3.º Los regentes, catedrático y graduados de licenciado podrán salir las noches de verano y por las de vacaciones y asueto, en tiempo de curso, y no en otra alguna; pero deberá ser siempre con noticia del rector.

4.º Los colegiales de número, sacerdotes y graduados de bachiller podrán salir tambien algunas noches de vacaciones y de verano; pero con licencia expresa del rector, y con la obligacion de presentarse á él á la salida y á la vuelta.

5.º Los demás colegiales, así de número como supernumerarios, no podrán salir noche alguna; pero dejamos á la prudencia del rector que en las vacaciones y en el verano pueda permitir tal cual salida á los primeros, y muy rara á los últimos, yendo unos y otros juntos con el maestro de ceremonias ú otro antiguo que nombrare el rector, y no en otra forma.

6.º Mas todas estas excepciones cesarán en las noches de ejercicio doméstico; pues cuando le haya, sea de la facultad que fuere, no podrán salir del colegio ni el rector, ni los regentes, ni el catedrático de humanidades, ni otra persona alguna de las que componen la comunidad.

7.º Para las citadas salidas prohibimos absolutamente el uso de la capa y redecilla, como indecoroso é impropio de la profesion de los individuos; y mandamos que los que salieren, sean de la clase que fueren, vayan siempre en hábito de san Pedro, y cuando por el rigor del estío apetiesen mayor desahogo, podrán salir de casaca negra, con cuello y solideo, y no de otra forma.

8.º Encargamos al rector la mayor vigilancia en este punto, como tan importante para la conservacion de la buena disciplina, y queremos además que el maestro de ceremonias cele con el mayor desvelo la observancia de cuanto va prevenido, y advierta al rector de cualquiera contravencion que descubriere, para que la castigue con la mayor severidad.

9.º Tambien deseamos que el rector, al mismo tiempo que se vaya á la mano en lo de dar licencia en los casos de excepcion, cuide de que las dadas sean un premio de la aplicacion y arreglada conducta, distinguiendo en la concesion de este desahogo á los aprovechados y sobresalientes en el estudio, de los flojos y atrasados, y á los que se porten con la modestia y compostura propias de su estado, de los que abusen de la libertad para profanarle ó menguar su decoro.

#### *De las ausencias del colegio.*

1.º Acerca de licencias para salir fuera de la ciudad, mandamos que se observe lo prevenido en las definiciones y constituciones del colegio, y en diferentes ór-



denes del real Consejo, existentes en el archivo, en cuanto fuere conforme á las prevenciones siguientes :

2.º Los regentes y catedrático de humanidades no podrán salir de la ciudad con motivo ni pretexto alguno, singularmente en tiempo de curso, para que así puedan mas exactamente desempeñar su ministerio.

3.º Por lo mismo no podrán tener comisiones de pruebas, visitas ni otras algunas, ni pedir ni obtener licencia para salir de la ciudad, con ningun pretexto, durante el tiempo referido de curso.

4.º Pero si con alguna grave y urgente causa se les nombrare, tanto en tiempo de curso como fuera de él, para alguna comision ó encargo, ó de cualquiera otro modo alcanzaren licencia para ausentarse del colegio por alguna temporada, será de su obligacion dejar sugeto que los sustituya en el desempeño de sus funciones, á su costa y con expresa aprobacion del rector.

5.º Ningun colegial, de número ó supernumerario, sean los que fueren sus grados, podrá solicitar licencia para salir de Salamanca en tiempo de curso, ni le será tampoco concedida con motivo alguno.

6.º Y por cuanto el pretexto de falta de salud, apoyado con dictámen del médico, suele arrancar muchas veces estas licencias, cediendo de ordinario los facultativos á impulsos de piedad, de ruego ó de importunacion para darlas, y librando sus certificaciones en términos generales y vagos, y algunas veces afectadamente ambiguos y oscuros, para temporizar sin comprometer su opinion, mandamos que ningun individuo de este colegio pida ni pueda obtener con semejante pretexto licencia para salir de Salamanca, y que, pues está proveido suficientemente en este reglamento á la curacion de las dolencias y enfermedades de los colegiales, las pasen dentro del colegio, donde serán asistidos con toda caridad y desvelo.

7.º Mas, porque puede suceder que la necesidad de alguna curacion extraordinaria sea cierta, y no afectada, queremos que en este caso el médico ó cirujano del colegio lo representen al rector, y que este, informándose por sí ó bien por consejo de otros médicos de su satisfaccion, de la certeza de la causa, y hallándola tal, lo represente al Consejo, donde se atenderá su instancia con la piedad que acostumbra, y merece el objeto.

8.º Los colegiales de número, graduados de licenciados ó de bachilleres en facultad mayor, podrán despues del curso, y durante el verano, ser nombrados para comisiones de pruebas y visitas; pero los que solo fueren bachilleres no podrán pedir ni obtener licencias para ausentarse sino con grave causa, y entonces por solo el tiempo de dos meses.

9.º Ningun colegial supernumerario podrá tener semejantes comisiones, aunque estuviere graduado de bachiller.

10. En los casos que es permitido pedir y obtener licencia, los regentes, catedrático ó colegiales, sean del grado ó clase que fueren, dirigirán su instancia al rector, quien, si la hallare justa, la acompañará con su informe al Consejo, para que resuelva lo conveniente.

11. Encargamos muy estrechamente al rector que examine con particularidad las causas en que estas instancias se fundaren, y que no dé curso á ellas ligera-

mente sino cuando las hallare racionales y justas, considerando que la obligacion de residir en el colegio es absoluta y general, y no ceñida á tiempos ni á personas, y que el arreglo de estudios que se va á establecer la exige indispensablemente de todo individuo para llenar cumplidamente sus objetos.

12. Por las reglas aquí prescritas no pretendemos disminuir las facultades que el real Consejo y el señor Presidente tienen respectivamente de conceder las licencias y nombrar para las comisiones que van expresadas, las cuales quedan en su fuerza y vigor; pero estamos muy seguros de que el celo con que siempre han mirado este importante objeto estará mas inclinado y dispuesto á ceñir que á ampliar estas reglas.

#### *De las entradas en el colegio.*

1.º Para evitar los inconvenientes que pueden resultar de la entrada de mujeres en el colegio, la prohibimos absolutamente, y restablecemos en este punto lo mandado en las antiguas constituciones.

2.º Con este fin hemos mandado en auto de la presente visita que se ponga un portero, destinado únicamente á cuidar de este y los demás puntos relativos á su oficio, y encargamos al rector que cuide de que acerca de él no haya condescendencias ni disimulos que relajen tan útil establecimiento.

3.º Con el mismo fin hemos mandado que haya lavandera de comunidad, y prevenimos de nuevo que esta no pueda entrar tampoco en el colegio, sino que haga fuera de él los recibos y entregas de las ropas al familiar ropero, en la forma que dispusiere el rector.

4.º No será prohibido á ningun individuo dar alguna parte de su ropa á lavar á distinta lavandera, pero deberá ser á su costa y haciéndolo por medio del mismo familiar ropero, sin que esto pueda servir de pretexto para que entre ninguna mujer en el colegio.

5.º Mientras las puertas estuvieren cerradas, de día ó de noche, no será lícito al portero abrirlas ni permitir la entrada á ninguna persona, sea del sexo ó calidad que fuere, sin noticia y expresa orden del rector, quien no la concederá sino con urgente necesidad.

6.º Pero en las horas en que se hallen abiertas no se mezclará el portero en estorbar la entrada á los sugetos que vinieren al colegio, á no ser que sean mujeres, personas desconocidas ó sospechosas, ú otras de que el rector le hubiere prevenido.

7.º Cuidará el rector de que tampoco entren tantas personas en el colegio, que puedan turbar la quietud y recogimiento de sus individuos, encargando al portero particularmente que aleje del patio y corredores los muchachos, para que no alteren el sosiego doméstico con sus inocentes voicerías.

8.º Para la mejor observancia de este punto el rector se valdrá del ministerio del colegial veedor de portería, el cual deberá velar por sí sobre este objeto, ocurriendo á los abusos ó excesos que advirtiere, y dando cuenta al rector para que tome providencia.



## TÍTULO II.

### DE LOS ESTUDIOS DEL COLEGIO

4.º El estudio de las ciencias, que fué el primer objeto de la institucion de este colegio, lo es tambien del presente establecimiento; y no con otra mira hemos procurado hasta aquí arreglar con particular cuidado su economía y disciplina, que la de proporcionar mas seguramente el aprovechamiento en los estudios eclesiásticos á todos los individuos que vengan á adquirirlos en él. Instituido como un seminario de virtud y letras, para formar personas doctas y de partes, no solo para bien y utilidad de la misma órden, sino para aprovechamiento y servicio de la misma Iglesia universal, ¿cuánto desvelo no merecería de nuestra parte un fin tan importante y sublime?

2.º Asi que, sin perderle un punto de vista, hemos ordenado, con consejo de personas doctas y experimentadas, las reglas que abajo se explicarán, las cuales, aunque examinadas en sí y sin relacion determinada no parezcan las mejores que pudieran dictarse, ni se extiendan hasta donde quisiera llegar nuestro celo por el bien de la literatura, estamos muy persuadidos á que, atentamente considerada la disposicion de los individuos que deben observarlas, la especie de doctrina que es mas análoga á su instituto, y en fin, la necesidad de combinar su estudio doméstico con el plan actual de los estudios de esta universidad, son por lo menos las mas convenientes y las únicas que hemos podido prescribir.

3.º En consecuencia, y para proceder con el órden y distincion que pide este objeto, se tratará primero del método con que se debe estudiar dentro de casa cada una de las facultades á que estarán destinados los colegiales, y luego de los medios y auxilios que deben emplearse para hacer mas fácil y provechosa la enseñanza.

### CAPÍTULO PRIMERO.

#### DEL ESTUDIO DE HUMANIDADES.

*De los que deben estudiar las humanidades.*

1.º Sin una sólida instruccion en este utilísimo ramo de literatura, no nos atrevemos á esperar ningun fruto ni adelantamiento en el estudio de las que llaman facultades mayores. El buen gusto, la buena y sana crítica, el exacto y preciso estilo de hablar y de escribir, el discernimiento de las doctrinas y opiniones, el amor á los buenos libros y el hastío y horror á los malos penden casi del todo de este estudio preliminar, base y fundamento de todos los demás.

2.º Penetrado de esta verdad, fué su majestad servido de mandar por el artículo segundo del plan de estudios, que el primer año de colegio se destinase precisamente al de las humanidades, lo cual se cumplirá inviolablemente, y el rector no concederá en este punto la menor dispensa.

3.º Este año deberá entenderse escolástico, y el tiempo que mediare entre la venida del colegial al colegio y el principio del curso próximo no se contará

para el cumplimiento del año de humanidades, sin embargo de que deberá precisamente dedicarse al estudio de ellas.

4.º Ninguno podrá dispensarse de este estudio con pretexto de haberle hecho anteriormente; porque, como los ramos que comprende son tan varios y de tanta extension, siempre deberán prometerse en él mas grandes y útiles progresos.

5.º Mas como pudiera suceder que viniese al colegio algun conventual que antes de entrar en la órden hubiese adquirido una muy completa instruccion en las bellas letras, cuando esto resultase del exámen de que despues se hablará, el primer año de colegio se dedicará únicamente al estudio de las lenguas y al de la filosofia, en la forma que se dirá tambien.

6.º Tampoco podrán excusar este estudio los que vinieren graduados de bachiller en facultad mayor con el pretexto de que su colegiatura no tendrá mas duracion que la de cinco años; pues, sobre bastar los cuatro restantes para cerrar el círculo de los estudios mayores y recibir la licenciatura en teología ó cánones, estamos íntimamente persuadidos á que tanto mas ciertos serán sus progresos en ellos, cuanto mas adelantaren en el año de preparacion destinado á las humanidades.

7.º Sin embargo, con los que se hallaren en este caso bien permitimos que al estudio de humanidades, y sin perjuicio de él, puedan mezclar particularmente el preparatorio ó auxiliar de la facultad que profesaren; pero nunca el de las materias ordinarias y comunes de su pertenencia y dotacion, reservadas para los años sucesivos.

8.º Al tercero dia de la llegada del nuevo colegial á Salamanca se hará un exámen rigoroso de sus conocimientos, así en las humanidades como en la filosofia, del cual resultará precisamente una idea cabal de los progresos que hubiere hecho ó dejado de hacer en uno y otro estudio, en cuál esté mas y en cuál menos adelantado, y por consecuencia, cuál sea la especie de instruccion mas necesaria para él, á fin de volver á este punto toda la atencion y cuidado del catedrático.

9.º Este exámen se hará privadamente ante el rector y catedrático de humanidades, á fin de evitar el rubor que pudiera causar la presencia de toda la comunidad á un jóven recién venido á ella, desconocido á sus individuos y tal vez poco acostumbrado á hablar en público.

10. La forma del exámen, que dirigirá el catedrático, deberá ser acomodada á la índole del nuevo colegial, y por el método que pareciere mas oportuno para sondear su talento y descubrir su instruccion, procurando á este fin animarle é inspirarle seguridad, para que el encogimiento y temor no le inhabiliten ni estorben de decir lo que sabe, y para que la prueba no sea de dudoso y falible éxito.

11. Si á pesar de estas precauciones no se pudiese formar por el primer exámen juicio seguro de la instruccion del recién venido, se repetirá la misma diligencia una, dos y tres veces, ya por el catedrático de humanidades solo, ya por este y el rector, hasta ase-

guirse bien del estado de su instruccion, talento y disposiciones, así naturales como adquiridas.

12. El resultado de esta prueba indicará la clase en que debe entrar el nuevo colegial al estudio de humanidades, y se le aplicará, ó á empezar este estudio desde su primer grado, ó á seguirle desde aquel que correspondiere á su instruccion, segun la division que abajo darémos.

13. Si esta prueba convenciese al rector y catedrático de la plena instruccion del nuevo colegial en las humanidades, dispondrán que despues de una temporada de ejercicio en los pasos ordinarios del colegio, de que siempre necesitará, puesto que el estudio de la filosofía y el año de noviciado le habrán alejado algun tanto de los buenos modelos, se dedique á perfeccionarse en la filosofía, haciéndole aplicarse á aquel ramo o parte de ella en que estuviere menos adelantado.

14. Mas si tal vez resultare tambien de la prueba ser buen filósofo y estar instruido en todas las partes de esta facultad, entonces, pasado igual tiempo del ejercicio de humanidades, se le aplicará á estudiar las lenguas griega ó hebrea, y alguna de las lenguas vivas de los pueblos cultos de Europa.

15. En la eleccion de estas lenguas se consultará, respecto de las muertas, su analogía con la facultad que hubiere de seguir en el colegio, prefiriendo la hebrea para el teólogo, ó bien destinándole á entrambas si tuviese ánimo y disposicion para tanto, y la griega para el canonista, y dejando á su eleccion aquella de las lenguas vivas que mas le acomodare, pues que en todas, y principalmente en la francesa ó inglesa, hallará exelentes obras y modelos de elocuencia, poesía, literatura, filosofía, ciencias exactas y naturales, y aun de las ciencias eclesiásticas.

16. Aunque no nos resolvemos á incluir el estudio de las lenguas en nuestro plan general de humanidades, por parecernos corto el tiempo destinado á ellas para abrazar tantos objetos, bien quisiéramos que hubiese siempre un individuo por lo menos que se dedicase de propósito á estudiar completamente el griego y el hebreo, para que de este modo pudiesen formarse maestros que las enseñasen algun dia en el convento y colegio con aprovechamiento.

17. Pero pues que este solo estudio, sin otra especie de instruccion, nunca formaria un sugeto capaz de servir útilmente á la orden, mandamos que el que abrazase esta carrera haya de estudiar durante el tiempo de su colegiatura, no solo las humanidades y las lenguas, sino tambien las matemáticas, la física experimental y las demás ciencias naturales sus subalternas.

18. Si pareciere mas conveniente destinar señaladamente una beca para estos estudios, el rector, de acuerdo con los regentes, catedrático y consiliarios, lo podrá representar al real Consejo para obtener su aprobacion.

19. En este caso la exigencia del grado de licenciado, indicada al art. 8.º del plan, se cumplirá por el que ocupare esta beca, tomando el de maestro en filosofía por esta universidad.

20. Fuera de estos casos, los colegiales nuevos se

dedicarán desde luego al estudio de las humanidades por los libros y segun el método que se prescribirán en los párrafos siguientes.

21. Mas como el fundamento de la filosofía sea á nuestros ojos igualmente importante para asegurar el progreso de los estudios mayores, queremos que ya en el tiempo del primer año escolástico, ya en el espacio del que mas acomodado pareciese, los que entraren débiles filósofos estudien además aquella parte de la filosofía en que estuvieren menos aprovechados.

22. Esto será de cargo del catedrático de humanidades, el cual se dedicará muy particularmente á formar buenos lógicos y metafísicos, redoblando su cuidado cuando hallare que el individuo hubiese hecho el estudio de la filosofía por los autores vulgares de confusa y partidaria doctrina, que antes de ahora estuviesen admitidos en los estudios públicos, y por desgracia no se han desterrado todavía de nuestras escuelas.

23. Finalmente, si del exámen resultare que alguno de los colegiales nuevos tiene tan buena instruccion y tan felices talentos que puedan prometerse de él mayores y mas extendidos progresos, el catedrático de humanidades hará, con acuerdo del rector, que se aplique al estudio de la geometría y de la buena física, ya en la universidad ó ya con maestro particular, que en este caso se costeará temporalmente del fondo sobraute del colegio.

24. El rector y catedrático no perderán ninguna ocasion de promover en cuanto puedan estos últimos estudios, que nos parecen dignos de la mayor recomendacion, porque destinados los individuos de la orden al ejercicio del ministerio parroquial, creemos que hallarán en las ciencias naturales, no solo un recurso contra el fastidio de la vida solitaria y aldeana, sino tambien un tesoro de útiles conocimientos que, bien dispensado entre sus leigreses, puede contribuir en gran manera á la instruccion y felicidad de los pueblos agrícolas.

25. Pero nunca perderán de vista que este primer año de colegiatura está particularmente destinado por su majestad al estudio de humanidades, cuya relacion con el de facultades mayores es mas íntima y conocida, y sobre todo de indispensable necesidad.

26. Por lo mismo queremos que este cuidado, no solo ocupe á los colegiales en el año particularmente destinado á él, sino tambien en los ocho restantes, cuanto permitieren las distribuciones de sus respectivas facultades; porque estamos íntimamente persuadidos á que cuando por su medio se hayan infundido en el colegio el buen gusto y la sana critica, los progresos generales en las ciencias serán mas rápidos y seguros.

#### *Del catedrático de humanidades.*

1.º La cátedra de humanidades solo se fiará á un sugeto plenamente instruido en todos los ramos de literatura que se comprenden bajo de este nombre, y tambien en la filosofía; dotado del discernimiento y buen gusto que exige esta enseñanza, en quien además concurren el celo, la dulzura y la paciencia necesarias para hacerla con fruto.

2.º Cuando no hubiere persona de orden adornada de estas dotes, que apetezca la cátedra de humanidades,



como sucede en el día, se desempeñará interinamente por un regente de afuea de ella, que ahora dejarémos nombrado, y que el rector nombrará en lo sucesivo con acuerdo de los regentes y consiliarios, y con aprobacion del Consejo; y entre tanto se suspenderá la declaracion de vacante y fijacion de edictos para el concurso, pues este no deberá publicarse hasta que el estudio que ahora establecemos haya producido, no solo buenos discípulos, sino tambien buenos maestros.

3.º Los que regentaren esta cátedra tendrán siempre presente el objeto de su institucion, y se arreglarán á él en el ejercicio de sus funciones. Mas para que nunca puedan perderle de vista, consignarémos aquí las principales máximas por que deben regular su enseñanza, y les recomendamos muy encarecidamente su puntual cumplimiento.

4.º El objeto de este estudio es formar el gusto de los colegiales que vengan al colegio, dándoles los conocimientos que se comprenden bajo el nombre de humanidades, que, en suma, se reducen al arte de pensar, de hablar y escribir bien.

5.º Conocemos que el método ordinario de esta enseñanza, reducido á llenar el espíritu de los jóvenes de reglas y preceptos gramaticales, retóricos y poéticos, sobre ser muy largo y poco conforme con las circunstancias de este colegio, con la edad y estado de los que vendrán á recibirla en él, es tal vez el menos directo y seguro para llegar al fin. Por tanto, el catedrático de humanidades se alejará de propósito de este método, prefiriendo siempre el de enseñar á los colegiales por medio de ejemplos y modelos bien escogidos y explicados.

6.º Mas como algunos de dichos preceptos sean una especie de principios universales, deducidos de la observación de los modelos mismos, y ya que no excusen la repetición de nuevas observaciones, por lo menos las hacen mas provechosas, queremos que el catedrático enseñe é inculque con gran cuidado esta especie de preceptos en el ánimo de sus discípulos.

7.º Pero queremos tambien que así estas reglas universales de buen gusto, como otras que son peculiares á varios géneros de literatura, y dignas tambien de ser conocidas, se estudien y enseñen, no separadamente ni en las instituciones, compendios y tratados escritos por los modernos á este fin, sino sobre los mismos modelos, y á una con el estudio y observacion de ellos.

8.º Por tanto encargamos que estos modelos sean muy diligentemente escogidos, frecuentemente manejados, no solo para inspirar á los jóvenes aquel buen gusto general que sirve para juzgar con exactitud las producciones del ingenio, y el particular que descubre las bellezas peculiares de las obras de elocuencia, poesía, historia, etc., sino tambien para que conozcan y para que se familiaricen con los mas excelentes que hay en cada género, así en lengua latina como en la castellana.

9.º A este fin, así como deseamos evitar que el catedrático cargue la memoria con una muchedumbre de inútiles preceptos, deseamos que procure ilustrar sus espíritus, haciéndoles decorar y repetir de memoria una y muchas veces los pasajes mas señalados de los auto-

res príncipes en el arte de hablar, así en latin como en castellano, pues familiarizándose por este medio con su estilo, hallarán mas fácil y llano el camino de su instruccion.

10. Pero el catedrático, que en esta eleccion no debe perder de vista la utilidad de sus discípulos, de tal modo la desempeñará, que los mismos modelos presentados para que conozcan la excelencia del estilo en cada género, envuelvan en cuanto sea posible otros conocimientos provechosos, ora sean preceptos relativos al mismo género, ora convenientes para preparar los jóvenes á otros estudios ó para comunicarles una erudicion mas llena y escogida, como despues indicarémos.

11. En el ejercicio que se haga sobre los modelos, la explicacion del catedrático no principiará por el estudio de las reglas, pues cuidando este de inculcar frecuentemente la razon ó principio universal de que se derivan las bellezas de la diction, á vista del modelo mismo en que están observadas, esperamos que no solo se grabarán mas tenazmente en la memoria de los discípulos, sino que los penetrará y abrazará mejor su espíritu.

12. El catedrático tendrá tambien presente que no prescribimos este trabajo y ejercicio sobre los excelentes modelos latinos para enseñar á hablar bien esta lengua, cuyo uso condenariamos para siempre, á no detenernos la necesidad de conformar este establecimiento con las escuelas públicas, donde se conserva todavía, sino para que la entiendan y conozcan íntimamente sus bellezas, y aplicando las ideas del buen gusto que recibieren en ella á la lengua castellana, puedan algun día usar dignamente de su idioma en todos los géneros de decir, ya hablando, ya escribiendo.

13. Por lo mismo deberá mezclar el catedrático al uso de los modelos latinos el de los mejores que encontrare en nuestra propia lengua, y analizarlos y explicarlos por el mismo método y con el mismo cuidado que los primeros, con aplicacion á todos los ramos de literatura.

14. Para que esta enseñanza sea gradual y ordenada se dividirá en cuatro épocas, destinadas: la 1.ª á la propiedad latina y al estilo en general; la 2.ª á la índole particular de los dos estilos retórico y poético y sus varias especies; la 3.ª al artificio de las obras pertenecientes á cada género en todos sus ramos y especies; y la 4.ª á la perfeccion de este estudio en general y su aplicacion al de otras facultades.

15. La 1.ª época se subdividirá en dos: una destinada al análisis gramatical, llamado vulgarmente construccion, en lo que se deberá consumir muy poco tiempo; y otra al análisis filosófico, si así se puede decir, dando en la 1.ª todas las ideas relativas á la buena sintaxis y formacion ó construccion mecánica, tanto de la lengua castellana como de la latina, y en la segunda las convenientes á la propiedad, excelencia y bellezas del estilo en general.

16. La 2.ª época se destinará á demostrar por el mismo medio la excelencia y bellezas del estilo conveniente á cada género, así en general como en particular; esto es, así al estilo retórico y sus especies, como al poético y las suyas.



17. La 3.<sup>a</sup>, elevándose sobre el estilo, se extenderá al artificio de las obras de prosa y verso, segun sus géneros y especies subalternas y la índole particular de cada una, y á las dotes de que deben constar todas las obras de ingenio, segun su naturaleza y objeto.

18. Pero repetimos todavia que el catedrático no debe sujetarse nunca en esta enseñanza, ni á los compendios, ni á los métodos acostumbrados antes de ahora, ni sujetar tampoco á sus discípulos al árido y poco útil estudio de las reglas; basta que las demuestre sobre los modelos, que las ilustre con oportunas y luminosas observaciones, y que las inculque en el espíritu de los oyentes por medio de su repetición, explicación y frecuentes declaraciones.

19. Para evitar alguna parte del trabajo y estudio que lleva consigo este método, permitimos que el catedrático forme un breve extracto de los preceptos mas esenciales con respecto al estudio de cada época, y haga que se lean por los discípulos repetidamente, y sobre todo, que se apliquen al estudio de los modelos, como despues mas ámpliamente se dirá.

#### *Del método de enseñar las humanidades.*

1.<sup>o</sup> Nuestro método requiere mas ejercicio que lectura, y mas lectura reflexiva que decoracion ó estudio de memoria. Por esto mandamos que para la enseñanza de humanidades haya diariamente cuatro horas de paso, dos por la mañana y otras dos por la tarde.

2.<sup>o</sup> Ningun dia y con ningun pretexto se omitirá el paso de mañana, ni aun los domingos, fiestas y asuetos, pues destinados estos en la universidad para los actos y academias extemporáneas, justo es que los que estudian en casa tengan en ella los ejercicios que se dirán despues.

3.<sup>o</sup> Pero en los domingos y fiestas de universidad cesará el paso vespertino de los humanistas, y se dará á sus tareas este justo alivio.

4.<sup>o</sup> Desde el dia de San Juan hasta el de San Lúcas el paso vespertino será de sola una hora; pero el de la mañana continuará como en tiempo de curso, y durará dos horas, ó mas si fuere necesario.

5.<sup>o</sup> La hora de estos pasos será en el invierno desde las ocho á las diez de la mañana y desde las dos á las cuatro de la tarde, y en el verano de siete á nueve por la mañana y de cuatro á cinco por la tarde, cuidando el catedrático, de acuerdo con el rector, de arreglar estas horas en las estaciones medias segun su prudencia.

6.<sup>o</sup> Si alguna vez sucediere que la universidad cambie las horas de asistencia á sus cátedras, el rector arreglará de tal manera las del paso de humanidades, que sean siempre distintas de las destinadas á los de facultad mayor, para evitar inconvenientes.

7.<sup>o</sup> Si el rector advirtiere que el ejercicio con el catedrático produce mas aprovechamiento que el estudio privado, podrá aumentar la duracion del paso de humanidades, ya por la mañana, ya por la tarde, de acuerdo con el mismo catedrático; pero tendrá cuidado de que quede siempre á los jóvenes el tiempo necesario para estudiar y recrearse, pues ambos objetos son de igual necesidad.

8.<sup>o</sup> En los dias en que haya ejercicio general de humanidades, la materia del paso ordinario será la misma que la del ejercicio señalado, la cual explicará muy de propósito el catedrático, para que todos los discípulos vayan instruidos y sea mayor el aprovechamiento.

9.<sup>o</sup> En la cercanía de los exámenes, de que se hablará despues, deberá redoblar la aplicación de los discípulos, y aumentarse así el tiempo de ejercicio como de estudio; pero uno y otro se dirigirá entonces á la generalidad de las materias sobre que debe recaer el examen.

10. El paso de humanidades se tendrá precisamente en el aula mandada formar de nuevo, y no en otra parte, á no ser en los casos que se dirán despues.

11. En esta aula se colocarán dos armarios ó estantes, y en ellos una coleccion de los autores pertenecientes á estudio, de buenas correcciones y ediciones, para ocurrir al uso de ellos siempre que fuere necesario.

12. Las llaves de estos armarios estarán siempre en poder del catedrático de humanidades.

13. Además tendrá cada individuo destinado á este estudio todos los autores en que debe hacerlo, procurando el rector y catedrático que los traigan ó compren á su llegada, ó proveyéndoles de ellos á cuenta de su haber por razon de vestuario.

14. El rector procurará presenciar estos pasos siempre que pueda, y el maestro de ceremonias y consilarios podrán tambien asistir á ellos cuando bien les pareciere, pues aunque sea cargo del catedrático velar continuamente sobre el buen orden, tanto mas libremente se podrá dedicar al ejercicio de la enseñanza, cuantos mas auxilios tuviere para darla con fruto.

15. El catedrático distribuirá de tal manera las horas del paso que emplee con los colegiales de cada clase ó época de estudio, que dedique á cada uno el tiempo que exigiere su enseñanza, empezando por los de primera, y pasando sucesivamente á las siguientes.

16. Si alguno de los nuevos viniere tan atrasado al colegio, que necesite ser instruido en los rudimentos de la sintáxis latina y castellana, encargará el catedrático á alguno de los discípulos mas aprovechados que le vaya instruyendo separadamente en ellos, ya sea en su cuarto, ya en el aula, apartado de los otros, concurriendo por sí tambien á su enseñanza y aprovechamiento en las horas del paso y fuera de ellas.

17. Si un solo colegial se hallare en la última época del estudio de humanidades, y ya en los preparatorios para facultades mayores, el rector y catedrático podrán fiar á algun colegial de los mas adelantados en la facultad á que convenga destinarle, su particular instruccion y paso.

18. Finalmente, de tal manera economizará el catedrático el tiempo de los pasos, que pueda aplicar la mayor parte de él y de su atención á aquella enseñanza á que estuviere dado el mayor número de discípulos.

19. Ni por esto se dispensará de dedicar otras horas del dia ó de la noche á la instruccion separada de los discípulos mas necesitados, ya para no desperdiciar con pasos particulares en el aula las que exige y necesita

la enseñanza general, que es la mas provechosa, y ya para proporcionar á los atrasados mayor adelantamiento, para que despues la reciban con fruto.

20. Por esto prevenimos al catedrático de humanidades que por tiempo fuere, que no crea haber llenado su obligacion con asistir á sus discipulos en el paso comun, sino que reconociéndola tan urgente respecto de la instruccion de cada uno como de la de todos, asi divida entre ellos su tiempo, su celo y vigilancia, que á ninguno defraude de la parte que necesitare, segun su atraso ó adelantamiento.

21. Sobre este punto tendrá el rector el mas continuo cuidado, estimulando el celo del catedrático á su observancia, y este obedecerá puntualmente sus órdenes.

*De los autores en que se deben enseñar las humanidades, y del método de explicarlos.*

1.º Los ejercicios de construccion y version se harán en las obras de Cornelio Nepote y Julio César, que son las mas fáciles y puras, prefiriendo en el primero las vidas de Milciades, Trasibulo, Caton, Atico y Aníbal, y en el segundo lo respectivo á la guerra de España y las Galias.

2.º A estos autores seguirán Terencio y Ciceron, traduciéndose del primero las comedias intituladas *La Andria*, *El Heautontimorumenos* y *Los Adelfos*; y del segundo el libro intitulado *Brutus*, seu *de claris oratoribus*, que contiene la historia de la elocuencia; los *De inventione rethorica*, y el de los *Tópicos*, que se pueden mirar como las mejores fuentes de la lógica; todos los libros de *Officiis*, que están llenos de excelentes principios de ética y derecho natural y social, y los diálogos de la *vejez y amistad*, y *El sueño de Escipion*, tan recomendables por su moral como por su estilo.

3.º El catedrático presentará á sus discipulos este último autor como el primero entre todos los modelos, no solo por ser el padre de la elocuencia latina, sino tambien por la excelencia de su estilo didáctico, que es el mas necesario y de mas uso para los que siguen carrera.

4.º De aquí pasará el catedrático á sus discipulos á la version de las oraciones del mismo Ciceron, las cuales los ocuparán por todo el año, segun las épocas en que se hallaren; y á este fin se preferirán las siguientes: *Pro lege Manilia*, *pro Marcello*, *pro Ligario*, *pro Rege Deiotaro*, *pro Archia poeta*, la primera y segunda *contra Catilinam*, *pro Milone*, la segunda filípica, y la quinta *in Verrem*; pues en ellas, no solo hallarán los mejores modelos de elocuencia, sino tambien mucha, importante y curiosa doctrina para su instruccion.

5.º Tambien hará traducir el catedrático en Tito Livio todo lo perteneciente á la segunda *Púnica*, tan importante para el conocimiento de nuestra antigua historia, y la mayor parte de sus bellas arengas.

6.º De Salustio hará traducir la *Conjuracion de Catilina* y las arengas de Jugurta, advirtiéndole á los discipulos la afectacion con que este autor usó de los arcaismos.

7.º De estos autores, que pertenecen á la época mas

señalada del buen gusto, podrá pasar el catedrático sin riesgo á otros, que aunque inferiores en la pureza y belleza del estilo, son, sin embargo, muy recomendables por su critica, por su filosofia y por las materias que trataron.

8.º Entre estos preferirá á Plinio el mozo, dando á traducir á los discipulos el bello panegirico de *Traiano*; á Tácito, tanto en las costumbres de los germanos, donde están las semillas de la antigua constitucion y legislacion visigoda, como en la vida de J. Agricola, su suegro, llena de excelentes reflexiones morales y políticas.

9.º Tambien hará traducir el diálogo *De oratoribus*, que anda con las obras del mismo Tácito, y puede mirarse como una continuacion de la historia de la elocuencia latina y su decadencia desde Ciceron; bien que esta obra se atribuya mas comunmente á Quintiliano.

10. Las instituciones de este insigne español, que serán objeto de todo el curso, como se dirá despues, podrán empezarse á traducir en la primera época, dándose en ella el libro i y ii, que contienen muy pura doctrina sobre la educacion y buen gusto, y son como un preliminar al estudio de la retórica.

11. Ya que no se puedan destinar otros autores para estos ejercicios diarios, por lo menos se darán á conocer perfectamente, cuidando el catedrático de leer y explicar lo mas escogido de ellos, y en este sentido recomendamos tambien á nuestros españoles Séneca y Columela, aquel en sus *Cartas y cuestiones naturales*, y este en su preciosísimo *Tratado de agricultura*.

12. La traduccion de los poetas latinos deberá ser simultánea á la de los autores de prosa, cuidando el catedrático de que no se dejen de la mano en todo el curso; porque ellos son los que contienen aquella flor de sublimidad, agudeza y buen gusto que caracteriza las bellezas del estilo y perfecciona el talento del humanista.

13. Virgilio y Horacio darán materia á los pasos de todo el año, por ser los padres y primeros modelos de la poesia latina, dando el catedrático á traducir todo el primero; esto es, su *Eneida*, sus *Eglogas*, y con mas particular cuidado sus *Geórgicas*; y del segundo todas las *Odas* honestas; la primera, cuarta, sexta, novena y décima del libro primero de sus *Sátiras*; la primera, segunda, sexta y sétima del ii, y todas las *Epistolas*, pero particularmente la dirigida á Augusto, que es la primera del libro ii, y la que escribió á los Pisones.

14. Estas dos epístolas se deberán saber de memoria, y darán materia á la continua explicacion del catedrático, pues formarán por sí solas una especie de código general del buen gusto con relacion á todas las producciones del ingenio.

15. De Catulo, Tibulo y Propercio escogerá y dará á traducir al castellano las elegias mejores y mas puras. De Ovidio alguna de las *Heroides*, y algo de los *Metamorfoseos*. De Séneca, las tragedias *Hipólito*, *Medea* y las *Trojanus*. De Juvenal, la primera, segunda, tercera, sétima, octava, décima y décimacuarta de sus *Sátiras*, y todas las seis de Persio.

16. Los demás poetas no se podrán admitir jamás en la enseñanza de las humanidades, para que sus vi-



cios, agradables á la juventud, no corrompan el buen gusto de los discípulos; pues aunque hay entre ellos algunos dignos de ser leídos, son mejores para espíritus formados que para principiantes.

17. El catedrático de humanidades usará tambien en su enseñanza, como va dicho, de los libros y autores castellanos, presentando á los discípulos los mas escogidos modelos, y explicando sobre ellos, ya la índole de la sintáxis, ortografía y prosodia castellana, ya del estilo conveniente en ella, tanto á las obras de prosa como á las de verso.

18. Entre los autores de prosa preferirá el catedrático al maestro Perez de Oliva, á fray Luis de Granada, á fray Luis de Leon, al padre Juan de Mariana, al ilustrisimo Lanuza, á Cervántes, Moneada, Mendoza, y aun á Solís; y entre los poetas, á Garcilaso, Herrera, Rioja, Ercilla, Valbuena, los Argensolas, y sobre todo, al mismo fray Luis de Leon, el primero y mas recomendable entre todos.

19. Como sea tambien muy provechoso conocer la lengua castellana en sus principales épocas, queremos que además de los citados autores, el catedrático presente á sus discípulos el mejor modelo de la primera época, dándoles á leer y explicándoles la segunda de las *Siete Partidas del señor rey don Alfonso*, y los mejores de la segunda en el libro intitulado *El conde Lucanor*, *El Centon epistolar*, del bachiller Hernan Gomez de Cibdat-Real, las *Trescientas*, de Juan de Mena, y sobre todo las coplas de Jorge Manrique *A la muerte del maestro de Santiago*, que es la mas bella produccion de nuestra antigua poesia, y por lo mismo se les hará tomar de memoria.

20. El ejercicio en estos autores se aplicará por el catedrático á los diferentes ramos de las humanidades, demostrando en unos la parte mecánica y gramatical de nuestra lengua, y en otros las bellezas del estilo castellano, ya en general, ya respectivamente al género oratorio, poético, histórico, didáctico y epistolar, y á sus especies subalternas, segun las épocas que señaláremos despues.

*De la division de esta enseñanza en épocas, y del paso de la primera.*

1.º Debemos suponer que los colegiales nuevos traigan por lo menos un suficiente conocimiento de la sintáxis latina; mas si respecto de alguno no sucediere así, su enseñanza deberá empezar por la construccion literal de los autores que hemos citado, explicando el catedrático á vista de ellos la índole de la sintáxis latina y sus principales reglas.

2.º Y para que este ejercicio sea de mayor provecho, le extenderá el catedrático á la sintáxis de la lengua castellana, usando á este fin de la gramática de la real Academia Española, y de las particulares observaciones que hubiere hecho sobre ella.

3.º Prohibimos absolutamente en este ejercicio el uso de lo que llaman platiquillas, y aun el de decorar cosa alguna del arte, en especial del de Nebrija, y finalmente, el de componer por oraciones co-as que solo sirven para corromper el gusto y facilitar el uso bárbaro y vicioso de una lengua, sin entenderla.

4.º Como este paso pudiera ocupar mucho tiempo, el catedrático le fiará á algun colegial aprovechado, dándole las instrucciones convenientes y cuidando de su buen desempeño; porque al fin, aunque prolijo, tenemos este ejercicio por muy necesario para adelantar en los demás.

5.º La primera época de la enseñanza de humanidades empezará en 1.º de octubre y durará hasta fin de diciembre, y estos tres meses se dedicarán á la buena version de los autores de prosa y verso que se han citado, cuidando el catedrático de llevar este ejercicio sucesivamente con sus discípulos, sin pasar de un autor á otro hasta que haya hecho entender y conocer con toda perfeccion el primero.

6.º La version será libre y hecha de seguida por oraciones ó por periodos enteros, pero exacta y tal, que no se debilite la fuerza del original con perifrasis redundantes, ni se omita cosa sustancial de él.

7.º Como para hacerla así se necesite gran conocimiento de entrambas lenguas, el catedrático cuidará con gran desvelo de explicar la propia y verdadera significacion de las palabras del texto original, y las equivalentes que corresponden á la version, así como la belleza y propiedad de las frases originales y de las que pueden sustituirse á ellas, segun la índole de cada lengua.

8.º En esta época se ocupará el catedrático en dar las reglas convenientes á conocer la belleza del estilo en general, tanto respecto de la lengua latina cuanto de la castellana, exponiéndolas é inculcándolas á vista de cada ejemplo, para que puedan los discípulos juzgar por sí mismos de los demás.

9.º Para facilitar este método, el catedrático explicará por mayor, y de un dia para otro, las lecciones que deben traer los discípulos, aclarándoles los lugares mas difíciles, y señalándoles las versiones ó comentarios de que pueden valerse, puesto que sin este auxilio no podrán, sin inmensa fatiga, traducir tanta copia de autores como van señalados, y que el ejercicio y amplias explicaciones del paso, producirán tanta mayor utilidad cuanto mejor preparados entraren á él.

10. En el acto del paso el catedrático encargará la traduccion de los pasajes señalados, no solo á uno, sino á varios discípulos, ya en partes y alternativamente, ya sucesivamente y en el todo, para que ninguno deje de recibir sus explicaciones ni de manifestar su aplicacion y el fruto con que las recibe.

11. No solo advertirá el catedrático las gracias, sino tambien los defectos de cada autor, distinguiendo en ellos lo que es bello y sublime de lo que es trivial y defectuoso, y extendiendo sus reflexiones sobre este punto á las palabras que se emplearen ó debieren emplear en la version.

12. En estas explicaciones expondrá las diferencias de los estilos asiático y laónico, las ventajas é inconvenientes de cada uno, y la especie de escritos á que mas convengan.

13. Expondrá asimismo las diferencias graduales del mismo estilo; esto es, el sublime, medio é ínfimo, indicando las obras á que respectivamente pertenece, y descubriendo las bellezas propias de cada uno sobre los modelos que tendrá á la mano.



14. También procurará distinguir cuidadosamente lo que es sublime de lo que es bello, indicando aquellos caracteres mas señalados que determinan estas dos calidades del estilo.

15. Cuando el catedrático exponga la doctrina que pertenece á la sublimidad y belleza del estilo, señalará con el mayor cuidado las diferencias del sublime y el bello, el filosófico, patético y gramatical; esto es, de sentencia, sentimiento y de expresion; puesto que el discernimiento analítico de estas propiedades es el que perfecciona el gusto del humanista.

16. Para que esta aplicacion sea mas fácil y provechosa, el catedrático formará un extracto de lo mas importante que se halla en la obra de Heinkeio intitulada *Fundamenta stili cultioris*; y sin hacerlo tomar de memoria, lo leerá y hará leer frecuentemente á sus discípulos, cuidando de repetiré inculcar sus preceptos en el acto mismo de la version y en sus explicaciones.

17. Recomendamos muy ardientemente al catedrático que para hacerlas mas útiles y claras, procure dar en ellas noticia de la historia geográfica, constitucion política, y de los usos, costumbres y ritos de los pueblos de que tratan los autores sobre que recayeren los ejercicios, para que así puedan mas bien ser entendidas y se perciban mejor las bellezas de cada uno.

18. Por lo que toca á los poetas, cuidará el catedrático de que la version sea poética tambien, esto es, en estilo conveniente á la poesia; explicando la índole particular de este estilo, las dotes que le constituyen, las bellezas y defectos relativos á él, así en la lengua latina como en la castellana, y demostrándolo con ejemplos oportunos, tomados de una y otra.

19. En esta parte redoblará su atencion y cuidado, para no defraudar á los discípulos del conocimiento de aquellas gracias y bellezas de elocucion que son peculiares á la poesia, y se esconden de ordinario á la mayor parte de los que leen y manejan los poetas sin meditacion ni discernimiento.

20. Sobre todo, recomendamos muy encarecidamente al catedrático de humanidades que no levante la mano en la exposicion de esta doctrina hasta haber dado á los colegiales ideas claras y ciertas de las dotes que constituyen la verdadera y castiza diction poética castellana; porque una triste experiencia enseña que habiendo sido tan comun, aun entre poetas medianos, en el siglo xvi, y desaparecida del todo hácia los fines del xvii, apenas vuelve á rayar entre nosotros quando va á cerrar el xviii.

21. En la version de los poetas es mas necesaria todavía la explicacion del catedrático y la interpretacion de las alusiones que dicen relacion, ya á la historia, usos y costumbres de varios pueblos, ya á las ciencias y artes, ya á la teologia pagana ó mitologia, ya á las sectas filosóficas que prevalecieron en ellos.

22. Para facilitar la inteligencia de los discípulos acerca de estos puntos, hará el catedrático que lean con atencion la obra de Nienport, intitulada *De ritibus ac moribus Romanorum*, y el tratado de mitologia que anda con ella, llevando diariamente una parte bien leida y entendida, examinándolos acerca de ella, sin obligarlos á decorarla, y explicando

con extension los pasajes de los autores citados en sus noticias.

### *Del paso de la segunda y tercera época.*

1.º Instruidos así los discípulos en la primera época, pasarán á la segunda, que deberá empezar en 1.º de enero y acabará en fin de marzo de cada año.

2.º Desde entonces el ejercicio de version se arreglará de forma, que pueda darse á los discípulos una exacta idea del estilo que corresponde á cada especie de obras de ingenio; y con este objeto se escogerán los autores que han de servir para la version, y sobre ellos recaerán particularmente las explicaciones del catedrático.

3.º En cada uno de los dias de esta época se explicará por el catedrático una parte de las *Institutiones oratorias de Quintiliano*, que los discípulos llevarán bien leida y meditada, aunque no de memoria.

4.º Primeramente dará el catedrático á sus discípulos una idea general del estilo conveniente al género oratorio; explicará luego sus varias especies y las dotes peculiares de cada una, y al fin aplicará su doctrina á las diversas especies de oraciones, á saber, demostrativas, deliberativas y judiciales.

5.º Les dará tambien idea exacta del estilo propio de la historia, segun sus especies y objetos, demostrándolo con ejemplos latinos y castellanos, y descubriendo las gracias y defectos de estilo que advirtiere en cada uno de sus modelos.

6.º Explicará tambien los que pertenecen al estilo epistolar, con ejemplos tomados de Ciceron y Plinio el jóven, del bachiller de Cibdat-Real, y algun otro de las colecciones del Mayans, que escogerá con particular cuidado, prefiriendo aquellas cartas en que á la belleza del estilo halle reunidos conocimientos mas convenientes á la instruccion de los jóvenes.

7.º En fin, explicará mas ámpliamente la índole y dotes del estilo didáctico, procurando descubrir y señalar sobre las obras filosóficas de Ciceron aquella reunion admirable de la fuerza lógica de su estilo, si así decirse puede, con la hermosura, número y armonía de su diction.

8.º En la version de los poetas expondrá el catedrático cuanto convenga á los estilos épico, dramático y lírico, segun las partes y especies subalternas en que se dividen, escogiendo á este fin los mejores modelos latinos y castellanos que encontrare, y explicando con el mayor cuidado sus gracias y defectos.

9.º Esta explicacion abrazará cuanto corresponde al estilo de cada especie de poemas, no solo los mayores, como la epopeya, tragedia y comedia, ó medianos, como la égloga y sátira, sino tambien los menores, hasta el epigrama, explicando los metros convenientes á cada uno, así en latin como en castellano, las propiedades que los distinguen, y las bellezas y defectos correspondientes á cada poema; pero reduciéndose al estilo, y sin tratar del artificio, que corresponde á la época siguiente.

10. Empleada la segunda época en este ejercicio, se pasará á la tercera, que debe empezar en 1.º de abril y acabar en fin de junio.

11. El objeto de ella será el artificio conveniente á las obras de ingenio, tanto en prosa como en verso; y á este fin continuará la version en los autores, presentándolos el catedrático como modelos con relacion á este objeto, pero sin olvidar ni perder de vista los demás.

12. Continuará tambien en esta época el ejercicio diario de version y explicacion en las *Instituciones* de Quintiliano, y á él se añadirá otro sobre las dos epístolas de Horacio á Augusto y á los Pisones, con las explicaciones convenientes á esta obra.

13. En ellas no solo dará noticia el catedrático del artificio conveniente á cada especie del género retórico, sino tambien á las partes menores de cada una de estas especies; por ejemplo, al exordio, proposicion, division, pruebas y epilogos de las oraciones, y á las figuras y ornamentos oratorios correspondientes á lo mismo en las del género poético.

14. Pero se detendrá mas particularmente en la parte lógica y didáctica de las oraciones, como de otras especies de escritos del género retórico, explicando con mucha extension las diversas clases de pruebas y argumentos, y la doctrina de la invencion y tópicos, ya sobre los libros doctrinales de Ciceron y Quintiliano, y sobre las mismas oraciones y arengas de que hiciere uso para la version.

15. En cuanto al artificio histórico, explicará, no solo las dotes que pertenezcan esencialmente á la historia en particular, como son la claridad, la precision, el orden, la fidelidad, la critica, sino tambien la íntima relacion que tienen con ella la cronología y la geografia, y el conocimiento de la religion, constitucion, leyes, usos y costumbres de los pueblos de quien se escribe.

16. Tambien será de cargo del regente distinguir las diferentes especies de historia, y señalar las propiedades convenientes á cada una, á saber: á las historias generales, particulares y sus especies, y á los compendios, sinópsis, anales, diarios, etc.

17. En estas últimas explicaciones podrán ser de grande auxilio para el catedrático el antiguo tratado de Luciano, y el reciente del abate Mably sobre el modo de escribir la historia y las dotes convenientes á ella.

18. Pero en nada se detendrá tanto como en señalar á los discípulos los vicios que admite este ramo de literatura, descubiertos y presentados en paralelo á vista de los ejemplos contrarios, que se podrán escoger y presentar tanto en autores latinos como castellanos.

19. Cuando trate el catedrático del artificio didáctico, explicará muy ámpliamente, no solo las dotes de este estilo, sino tambien los diferentes métodos analítico, sintético, demostrativo ó geométrico, en que se pueden tratar las obras doctrinales, exponiendo la naturaleza de cada uno, su aplicacion, sus ventajas é inconvenientes, y presentando los modelos mas escogidos de este género, el cual deberán conocer y cultivar con preferencia los discípulos.

20. Estas reglas se aplicarán por el catedrático al artificio poético, enseñando, ya en la version de los poetas latinos, ya en la particular explicacion de las dos

citadas epístolas de Horacio, las reglas y dotes correspondientes al artificio de varios poemas, las partes de que debe constar la epopeya, la tragedia, la comedia, etc., y lo demás que fuere relativo á este objeto.

21. En esta parte queremos que se proceda con mas detenimiento en cuanto á nuestra poesia y poetas castellanos; sobre lo cual deseamos á los colegiales una completa instruccion, pues aunque estamos muy léjos de querer formar poetas, quisiéramos formar hombres capaces de juzgar las poesias con gusto y buena critica, y por otra parte sabemos cuánto fruto pueden sacar de este ejercicio los que necesitan conocer profundamente nuestra lengua, y usarla con gracia ó con decoro hablando ó escribiendo.

22. A este fin podrá el catedrático inclinar á los discípulos á la lectura de los orígenes de nuestra poesia, escritos por el marqués de Valdeflores, y de la poética de don Ignacio Luzan, no tanto para cargar su memoria de noticias y preceptos, cuanto para que conozcan la historia y adelantamientos de nuestra poesia, y sobre todo, los buenos modelos que tenemos en cada género.

23. Una cosa deseamos tambien y encargamos muy particularmente al catedrático de humanidades, y es, que desde la primera á la última época cuide de enseñar á sus discípulos á leer y recitar, tanto los autores de prosa como los poetas, con buena y clara pronunciacion, y expresion y sentido convenientes, distinguiendo en ellos, no solo el tono de la asercion, narracion, interrogacion, admiracion, sino tambien aquella especie de sensacion íntima que corresponde á la pasion de cada frase y sentenciana.

24. A este fin explicará los pasajes de Quintiliano relativos á la accion y gesto del orador, y cuanto corresponde á la declamacion, representacion ó simple pronunciacion de las oraciones ó poemas; sobre lo cual pondrá tanto mayor cuidado, cuanto mas generales y notables son los vicios que se advirtieren en este punto, tan olvidado en la enseñanza de las bellas letras.

25. En cuanto á pronunciacion, gesto y accion, procurará el catedrático dar ideas llenas de los que corresponden al púlpito y oratoria sagrada, que es un género particular, que pide mas decoro, vehemencia y propiedad que otro alguno.

26. Recomendamos en ambos puntos el mayor cuidado en que aleje el catedrático de sus discípulos tanto aquel tono, manoteo y desenvoltura, apenas dignos de la escena profana, que se oyen y ven alguna vez en la cátedra del Espíritu Santo, como aquella pronunciacion lánguida, sin vigor, sin inflexion ni sentido; aquella accion, aquel gesto helado, sin movimiento ni vida, que enervan la fuerza de la persuasion, y no son capaces de penetrar á los íntimos senos del corazon humano.

#### *Del paso de la cuarta y última época.*

• 1.º La cuarta y última época, que empezará en 1.º de julio y acabará en 15 de setiembre, se dedicará á dos objetos: perfeccionar los estudios de las épocas precedentes, y preparar los discípulos tanto para los



exámenes que se deben hacer desde 15 hasta 30 de setiembre, cuanto á los estudios de facultad mayor á que deberán destinarse en el octubre próximo.

2.º Para lograr el primer objeto el catedrático enseñará á los discípulos á analizar, extractar é imitar los mismos autores latinos y castellanos que van señalados, pues nuestro deseo es que los conozcan perfectamente, y este último medio es el que les hará penetrar el mérito de su doctrina, y los dispondrá para imitarlos ó igualarlos algun día.

3.º Para el análisis presentará el catedrático á sus discípulos una oracion de Ciceron ó arenga de Tito Livio ó de Salustio, alguna tragedia de Séneca ó comedia de Terencio, alguna oda, égloga, sátira, elegía, para que la analicen en castellano, dando razon de sus partes, y de la excelencia ó vicios que advirtieren en la invencion, ordenacion ó estilo, con precision y buen orden.

4.º Para que esto se haga rectamente, el catedrático habrá enseñado antes á sus discípulos el método de hacer bien estos análisis; valiéndose de los de las arengas de Tito Livio, que andan al fin de la última edicion de este autor, hecha en Venecia, y que podrá proponerles por ejemplo.

5.º Cuidará mucho tambien de la pureza y propiedad del estilo de estos análisis, corrigiendo por menor sus defectos, asi de lenguaje como de confusion en la exposicion de la doctrina, oscuridad en la enunciacion de las ideas, etc., notando tambien las digresiones, las citas importunas, la afectacion, la pedanteria y demás vicios de que es capaz el arte de escribir, y procurando en este ejercicio perfeccionar el gusto y las ideas de los jóvenes en cuanto dice relacion á las obras de prosa y verso.

6.º Y por quanto la lectura hecha sin atencion ni discernimiento suele ofuscar la razon en lugar de ilustrarla, y en vez de llenar la memoria de los principios de las artes y ciencias, la convierte en un depósito de ideas vagas é incoherentes, el catedrático, que en parte habrá ocurrido á este inconveniente por medio de los análisis, le evitará del todo enseñando á sus discípulos á extractar lo que hubieren leído.

7.º A este fin, despues de haberlos instruido en el método de analizar, les enseñará el de hacer extractos, presentando á cada uno de ellos uno ó mas libros, tratados ó capítulos de algun autor, pertenecientes al género didáctico ó doctrinal, para que le extraeten, y deduzcan de él con claridad, con orden y buena eleccion lo que haya de mas singular y estimable en su estilo, locucion y doctrina, citando al márgen los libros y capítulos en que cada cosa se contiene, copiando á la letra los pasajes mas acendrados y sobresalientes, y omitiendo é indicando ligerísimamente lo menos importante.

8.º Las poesías y obras de ingenio se extractarán de distinto modo; pues se debe tratar de descubrir en ellas las bellezas relativas á su invencion, sublimidad, armonia y los pasajes mas sobresalientes de imaginacion ó elocuencia que contuvieren.

9.º Por este método, que el catedrático perfeccionará con sus frecuentes correcciones y explicaciones, los

jóvenes aprenderán á leer con aprovechamiento, se dispondrán á adquirir con poco trabajo una erudicion escogida y sólida, y entrarán al estudio de las fuentes y obras elementales de las facultades mayores con toda la disposicion necesaria para aprovechar en ellas.

10. Pues que es preciso ceder á la necesidad de hacer en latin los ejercicios de estas facultades mientras dure este método en las escuelas públicas, el catedrático procurará tambien durante esta época ejercitar alguna vez á sus discípulos en la composicion, y á este fin les hará poner en latin algun pasaje de la historia del padre Mariana ó de otro autor castellano, corrigiendo sobre la traduccion latina los defectos que advirtiere, y demostrando el modo en que debieron proceder para evitarlos.

11. Asimismo les presentará el catedrático algun trozo escogido de un autor latino, bien traducido por él al castellano, sin expresarles de dónde se sacó, y haciéndolo volver al latin, cotejará á su preseneia uno y otro texto, y del paralelo de entrambos deducirá las observaciones y explicaciones convenientes al arte de componer en latin.

12. Prohibimos absolutamente que este ejercicio se haga en otro tiempo que el de la última época, ó á lo mas, en el último mes de la 3.ª, no solo porque nuestro ánimo no es enseñar á hablar, si solo á escribir con pureza, la latinidad, cuando la necesidad lo pidiere, sino porque este será uno de los objetos de los ejercicios semanales de facultades mayores, como se verá despues.

13. El tiempo restante se dedicará á repasos y preparaciones para los exámenes, que deberán verificarse en el último mes, como se dirá en su lugar.

14. Recomendamos muy particularmente al catedrático que en los ejercicios de esta época no se reduzca solo al objeto peculiar de las humanidades, sino que extendiendo sus explicaciones á la doctrina de las obras sobre que ejercitase á sus discípulos, procure preparar sus ánimos para los estudios ulteriores, puesto que las obras de Ciceron y otros autores le darán ocasion para imbuirlos en los buenos principios de lógica, ética, derecho natural, historia romana, y otros igualmente importantes y necesarios para hacer progresos en las ciencias.

#### *Del paso dominical y lectura de la santa Biblia.*

1.º Aunque la lectura de los libros sagrados habrá ocupado á los conventuales que vengan al colegio la mayor parte del año de su aprobacion, y será, andando el tiempo, objeto de un estudio particular en la universidad, á lo menos en los que sigan la facultad de teología, la creemos tan importante, tan provechosa y tan urgente para todos, que no podemos dejar de incluirla en la distribucion de los pasos del primer año, sintiendo vivamente que la necesidad de abrazar otros estudios no nos permita destinar á este un plazo mas proporcionado á su importancia y nuestro deseo.

2.º Esta lectura, tan propia de todo buen cristiano, tan necesaria á los que siguen el sacerdocio, tan esencial y recomendada en las mas célebres congregacio-



nes de la Iglesia, será único y peculiar objeto dominical del colegio.

3.º Por medio de este santo ejercicio se cumplirá con lo prevenido en el cánón xxv de nuestro concilio iv de Toledo y en las antiguas leyes de las órdenes militares, y se desempeñará la estrecha obligacion que impone el Tridentino, en la sesion v, capítulo primero, *De reformatione*, á todas las comunidades é iglesias de ejercitarse frecuentemente en ella.

4.º Este paso correrá á cargo del catedrático de humanidades, se tendrá precisamente en el aula, empezará inmediatamente despues de oida misa conventual de cada domingo, y concurrirán á él todos los individuos de la comunidad.

5.º En el primer domingo de octubre por la mañana empezarán las lecciones preparatorias á esta lectura, las cuales se reducirán: Primero, á un trozo del *Breve compendio de la historia del Viejo y Nuevo Testamento*, traducido al latin para el uso del seminario Patafino, é impreso en aquella ciudad en 1775, en un tomo en 16.º; el cual dividirá á este fin el catedrático en 25 lecciones, que llevarán los colegiales bien leídas, y de tal manera entendidas y meditadas, que puedan decir en castellano el contenido de cada una.

6.º Segundo. Dada esta leccion, seguirá otra de instituciones bíblicas, á cuyo fin se usará de las que andan al frente de la *Biblia* de Du-Hamel, impresa en Madrid, enidando el catedrático de señalar de un domingo á otro lo que se haya de leer, para que los discípulos se instruyan en el discurso de la semana.

7.º A esto seguirá una hora de lectura en la santa Biblia por el orden de sus libros, exceptuando los históricos, que se irán leyendo en el refectorio, como se dispone al párrafo 1.º, capítulo v del título primero de este reglamento, la cual se alternará con la de los prolegómenos que despues se dirá; y este método se observará precisamente todos los domingos, sin alteracion alguna.

8.º A la lectura de cada libro sagrado precederá la del prolegómeno correspondiente á él, y para esto se valdrá el catedrático de los de san Jerónimo y san Isidoro, que andan en la misma *Biblia* de Du-Hamel, y aun de los de Erasmo á los libros del Nuevo Testamento, que son muy breves é instructivos, leyendo y explicando unos y otros en la parte que fuere respectiva á la lectura de cada domingo.

9.º Aunque haya en las santas Escrituras muchos pasajes áridos y difíciles, á cuya perfecta inteligencia solo podrán aspirar los que hagan mas profundamente este estudio en la universidad, el catedrático, sin detenerse mucho en ellos, procurará facilitar á sus discípulos la suficiente inteligencia del texto de la santa Biblia, que es á lo que ahora aspiramos, persuadidos de que su lectura es para todos; de que no hay alguno que no pueda sacar de ella grande aprovechamiento, de que encierra los fundamentos de la verdadera y sólida moral, y de que este estudio jamás se hace bien en sumas y compendios.

10.º Como haya en este divino libro muy frecuentes alusiones á la historia de los pueblos y naciones del Oriente y Mediodía, y otros que tuvieron relaciones

militares, mercantiles y políticas con el pueblo de Dios, y á las artes, ritos, usos y costumbres de unos y otros, el catedrático, que deberá estar instruido en ellos, y que además podrá valerse del *Aparato* del Lami y de la obra grande del padre don Agustin Calmet, las explicará con brevedad y claridad en las ocasiones oportunas.

11. Bien conocemos que para llenar toda la lectura de la santa Biblia es corto el tiempo que pueden presentar los pasos dominicales de un año; mas no por eso se interrumpirán, aun acabado el primero, sino que seguirán hasta concluirla en los sucesivos, siendo obligados todos los colegiales á continuar este ejercicio por todo el tiempo de su colegiatura, sin dispensacion alguna.

12. Como las santas Escrituras forman el primero de los lugares, así teológicos como canónicos, y sean la primera, la mas esencial y abundante fuente de ambos estudios, el catedrático, explicando con mayor cuidado, aunque brevemente, los pasajes que dicen relacion al dogma, á la moral y á la jerarquía y disciplina de la Iglesia, dará á sus discípulos la mas provechosa preparacion para los estudios ulteriores, sin entrar por eso en lo intimo de estas materias, que serán objeto de los mismos estudios ulteriores.

13. Recomendamos por lo mismo muy entrañablemente al rector que vele con particular cuidado sobre la observancia de lo aquí prevenido, que asista y presencie por si mismo estos pasos, que haga asistir á ellos á todos los colegiales que no tengan que concurrir á actos ó academias de universidad, y que nada omita ni descuide, ni permita que por otros se altere en tan importante objeto.

14. Como de la perpétua y constante observacion de este ejercicio resultará que los colegiales hayan dedicado los domingos de todos los nueve años de su colegiatura á esta importante leccion, esperamos que la instruccion adquirida en ella, y perfeccionada con su estudio privado, la hagan cada dia mas y mas provechosa, que domicilien para siempre y hagan comunes tan sublimes conocimientos en esta comunidad, y que santifiquen y perfeccionen su instituto. Tal es por lo menos nuestro deseo.

## CAPITULO II.

DEL MÉTODO DE LA ENSEÑANZA DOMÉSTICA, Y SU COMBINACION CON EL PLAN PÚBLICO EN CUANTO Á FACULTADES MAYORES.

1.º La importancia del estudio teológico, su grande extension, la muchedumbre de conocimientos subsidiarios que se necesitan para perfeccionarle, y sobre todo, su intima relacion y analogía con el instituto de los clérigos de orden y con los ministerios á que están destinados, nos hace mirarle como el primero y mas recomendable de este colegio.

2.º Lo es tambien en gran manera el estudio de los sagrados cánones, el cual quisiéramos reunir, como lo estuvo en el buen tiempo antiguo, al de la sagrada teología, no solo por ser una parte esencial, sino tambien porque jamás tendríamos por sábio en ninguna de

estas facultades al que no hubiere estudiado sólidamente una y otra.

3.º Esta reunion, que algun dia se deberá al celo é ilustracion de nuestro gobierno, perfeccionará necesariamente ambos estudios; pues, siendo unas mismas las fuentes ó lugares en que debe tomarse su doctrina, bastará reunir en un solo sistema los principios de una y otra facultad, no solo para facilitar su enseñanza simultánea, sino tambien para purgarlas de una vez de los vicios y superfluidades que el olvido de las fuentes, la falta de crítica, el escolasticismo y el casuismo moral y forense han introducido en su jurisdiccion.

4.º Pero mientras llega tan dichoso tiempo, mirando estos estudios como diferentes y separados, consignaremos aqui algunas máximas, á las cuales deseamos que los regentes de teología y cánones arreglen su enseñanza doméstica, recordándoles, sin embargo, que nunca pierdan de vista la analogia que estas facultades tienen entre si, para que, considerándolas á lo menos como auxiliares unas de otras, procuren ilustrar reciprocamente los ánimos de sus discípulos con aquellos conocimientos promisenos, sin los cuales seria muy aventurado su aprovechamiento.

5.º Por lo mismo encargamos muy estrechamente á cuantos ahora y en cualquier tiempo puedan tener influencia en el nombramiento de los regentes, destinados á dirigir una y otra enseñanza, que elijan para estos ministerios personas muy recomendables, dotadas de la virtud, doctrina y celo necesario para promover con fruto unos estudios de cuyo mejoramiento vemos pendiente el bien espiritual y temporal de la órden.

6.º Los individuos destinados á estas facultades deberán estudiarlas en la universidad y seguir sus asignaturas con arreglo á las constituciones primitivas del colegio y al nuevo plan aprobado por su majestad, como exigen todavia el decoro de la órden y el bien de sus individuos.

7.º Por lo mismo mandamos que todo colegial dado al estudio de teología ó cánones asista diaria y continuamente á todas las cátedras de su respectiva facultad, ganando los cursos que pide el plan interino de la universidad, y arreglándose en todo á sus disposiciones; de lo que cuidarán el rector y regentes con el mayor desvelo.

8.º Siendo pues necesario acomodar el método del estudio doméstico al que se sigue en la enseñanza pública, el principal objeto de los regentes de teología y cánones será suplir en sus pasos y conferencias los defectos que ya se reconocen generalmente en estas facultades, y que trata muy sériamente de reformar la insigne y sabia universidad de Salamanca.

9.º Estos defectos, segun las observaciones de muchos sábios individuos de la misma universidad, se pueden reducir á tres: 1.º que no se hallan incluidos en sus asignaciones muchos estudios preparatorios y subsidiarios, sin los cuales no es posible hacer sólidos progresos en la teología y derecho canónico; 2.º que en la enseñanza se sigue un órden prepóster, dando primero los conocimientos que debian enseñarse despues,

y posponiendo los que debian preceder á ellos; 3.º que no se usa siempre de obras elementales y escogidas, como requiere la enseñanza de la juventud, y que las adoptadas en su lugar, aunque buenas y recomendables en si mismas, no lo son con respecto á esta enseñanza elemental.

10. Será pues la primera máxima de los regentes de teología y cánones ocurrir al remedio de estos defectos, supliendo y rectificando, ya por medio de los libros que se señalarán para el estudio privado de los colegiales, ya por el de frecuentes explicaciones, ejercicios y conferencias, cuanto faltare ó sobrare en el método y asignaturas de la enseñanza general.

11. Deberán considerar á este fin que, así la teología como el derecho canónico, aunque con bastante diferencia entre si, son facultades de autoridad y tienen su apoyo en ella; que el verdadero y sólido estudio de una y otra se debe hacer en las fuentes, y que por lo mismo será la primera obligacion de su ministerio el darlas á conocer y entender á sus discípulos completamente, y dirigirlos sin cesar á ellas.

12. La multiplicidad de estas fuentes y su grande extension ha obligado á reducir su estudio á sistema, y aun á reunir en sumas y compendios sus principios elementales, para facilitar la enseñanza de los jóvenes. Reconociendo pues la utilidad del método de enseñar por compendios ó instituciones, permitimos que uno y otro regente se valgan de su auxilio para instruir á los colegiales en la teología y derecho canónico.

13. Pero advirtiendo, por otra parte, que las ventajas del estudio sistemático de la teología desaparecieron luego que el escolasticismo, casi coetáneo á él, mezcló á la pura y santa teología positiva las sutilezas aristotélicas, y substituyó al estudio de las fuentes el de una increíble muchedumbre de cuestiones frívolas y ridiculas, y tanto mas peligrosas, cuanto se trataban por un método expuesto de suyo á oscurecer con solismas el esplendor de la verdad, cuyo mal se comunicó tambien al estudio de los cánones, luego que empezó á hacerse por el decreto de Graciano y en las obras de sus comentadores, escritas en el mismo método y llenas de los mismos vicios; encargamos, por tanto, á uno y otro regente que, penetrados de estos inconvenientes, alejen con el mayor cuidado á sus discípulos de la confusion y peligros del antiguo método escolástico, así como de las obras, sumas, cursos, compendios é instituciones escritas segun él, y los conduzcan al conocimiento de las fuentes por medio del estudio analítico, imparcial y positivo de ellas.

14. Otro mal, nacido del mismo origen, acabó de embrollar el estudio teológico, y aun el de los cánones, cuando las opiniones nuevas y encontradas que produjo el escolasticismo, y en las cuales era libre la eleccion de partido, abortaron varias sectas, que, inventando otras para sostener las primeras, dividieron al fin todos los profesores de ambas facultades en escuelas, obligándolos á dar al estudio y defensa de sus opiniones características toda la atencion, que solo debieran consagrar á los puntos del dogma, de disciplina y de moral, que forman el verdadero patrimonio de las ciencias eclesiásticas.



15. Por tanto, para evitar semejante abuso y desterrar sus consecuencias de este instituto literario, prohibimos absolutamente á los regentes que ahora son y á los que adelante fueren, para siempre jamás, que puedan abrazar ni seguir ninguna de estas escuelas, ni enseñar ni dirigir á los discípulos segun ellas, ni darles siquiera otra noticia de su doctrina y sistemas que las que fueren necesarias para conocer históricamente sus desvarios, y aborrecerlos y evitarlos.

16. Sean pues máximas inviolables de los regentes en una y otra enseñanza: 1.<sup>a</sup> que, para aprovechar las ventajas del estudio sistemático y elemental, se puedan valer de las mejores instituciones que en el progreso de los tiempos se conocieren; 2.<sup>a</sup> que por ahora se valgan de las que señaláremos en su lugar, por estar libres de los vicios del antiguo escolasticismo y ser las que mas se acercan á la perfeccion que deseamos en este método; 3.<sup>a</sup> que nunca olviden que estas obras elementales son solo una guía para conducir á los jóvenes á las fuentes por caminos mas derechos y cortos; 4.<sup>a</sup> que les hagan conocer y les encarguen que solo puede ser y llamarse teólogo ó canonista el que mejor conociere y mas continuamente estudiare las fuentes y depósitos de la autoridad de donde se derivan todos los estudios eclesiásticos.

17. Deberán tambien entender los regentes que el patrimonio de toda ciencia ó facultad, segun la observacion del célebre canceller Bacon, se cifra en saber: 1.<sup>o</sup> su historia; 2.<sup>o</sup> la coleccion de verdades adquiridas en ella; 3.<sup>o</sup> los puntos entregados á la duda y la controversia; 4.<sup>o</sup> los ramos, partes ó tratados que le pertenecen, y no están todavía descubiertos ó comprendidos en sus sistemas. Este órden natural y sencillo será el que sigan en la comunicacion de su enseñanza.

18. Por lo mismo la historia literaria de la teología y del derecho canónico será considerada por los regentes como un estudio preliminar y necesario para sus respectivos discípulos, y procurarán, ante todas cosas, enseñársela con el órden y claridad convenientes, y con tanto mayor cuidado, cuanto es una parte omitida y deseada en la enseñanza de la universidad.

19. Abrazarán tambien los regentes en la suya, no solo todos los ramos y partes en que se dividen el estudio teológico y canónico, sino tambien aquellos estudios subsidiarios que tienen relacion y analogia con ambas facultades, y sin los cuales nadie con justicia podrá llamarse sábio en ellas. Tales son, sin contar las humanidades, las lenguas, la filosofia, las ciencias exactas y naturales, que pertenecen en cierto modo al patrimonio de todas las demás; la historia, la cronología, la geografia, y otros estudios, de que podrán enterarse muy menudamente con la lectura de los metodistas.

20. Pero se aplicarán mas particularmente á dar á los discípulos aquellos conocimientos que, aunque se llaman auxiliares, tienen una relacion mas estrecha con estas facultades. Tales son la historia y disciplina eclesiástica y la particular de las fuentes ó lugares de que se hablará despues.

21. La parte respectiva á las dudas, opiniones ó controversias ocupará tambien la atencion de los re-

gentes, y singularmente del de cánones, puesto que en este estudio hay menor número de verdades y menor certidumbre, si así puede decirse, en los principios por que se deben resolver; pero jamás perderán de vista que toda la suma de estas facultades, reducidas á práctica, estará cifrada en conocer bien sus principios por el estudio de las fuentes, y adquirir el hábito de sacar de ellos legítimas consecuencias para la resolucion de cuantas proposiciones pertenezcan á la jurisdiccion de cada una.

22. Como los regentes conocerán que la necesidad de asistir á la universidad y de hacer los estudios que requieren sus respectivas asignaturas deben robar á los discípulos una grande y preciosa parte del tiempo necesario para su ilustrada y metódica enseñanza, les encargamos estrechamente que sean muy económicos y exactos en la distribucion del tiempo destinado al estudio, haciendo que gasten la menor porcion posible de él en los estudios defectuosos y prepósteros del plan público, y dediquen al estudio ordenado y metódico del colegio la mayor posible.

23. Les encargamos y recomendamos igualmente que aquellos conocimientos auxiliares que son indispensables para alcanzar con provecho las facultades mayores, y que por falta de tiempo no pueden adquirir los colegiales en las obras y tratados que los contienen, se les den y comuniquen en los pasos y conferencias diarias, supliéndolos con frecuentes y eruditas explicaciones, é infundiéndolos é imprimiéndolos en sus ánimos por medio de continuas é inculcadas advertencias y de breves y claros extractos, que deberán trabajar para auxilio suyo y de los mismos discípulos.

24. Tambien recomendamos á los regentes, no solo que á fuerza de continuo estudio y meditacion en los orígenes y obras extendidas de sus respectivas facultades aspiren á formarse sólida y completamente sábios en ellas, para comunicar á sus discípulos la mas escogida y abundante doctrina, sino que diaria y sucesivamente, en lo que perteneciére á la materia de cada paso y explicacion, lleven vistos y bien meditados todos los puntos de doctrina y erudicion que deben explicar y enseñar en el día á sus discípulos, y procuren que no salgan de su mano sin haberles dispensado la mayor suma de luces y conocimientos que les sea posible.

25. Finalmente, encargamos á los regentes de teología y cánones que recomienden continuamente á sus discípulos, no solo la importancia, sino tambien la santidad de estos estudios, propios del estado sacerdotal y religioso, y que los convenzan de que para alcanzar las sublimes verdades que encierran, no basta la meditacion y el estudio, sino que se requiere un espíritu recto y penetrado de su altura y dignidad, y un corazon puro y sin mancha, libre de la turbulencia de las pasiones, y dirigido y sostenido continuamente por la caridad y el santo temor de Dios.

*De las obras en que se deben hacer los estudios preliminares y subsidiarios de las facultades mayores.*

1.<sup>o</sup> Los regentes de teología y cánones, no solo se encargarán de dar á los colegiales profesores de estas



facultades los conocimientos preliminares y subsidarios de ellas, sino tambien de dirigir y perfeccionar el estudio que hicieren en la universidad.

2.º A este fin, sin perder de vista las asignaturas correspondientes á cada uno de los años en que están divididos los estudios teológico y canónico en las escuelas públicas, irán proporcionando y acomodando á ellas los pasos y ejercicios domésticos de su cargo.

3.º Al estudio de la historia del Viejo y Nuevo Testamento, de que habrán tomado ya los colegiales alguna idea en los ejercicios dominicales del primer año, sucederá el de la historia literaria de la teología y del derecho canónico.

4.º Para la enseñanza de la primera se valdrá el regente de teología de la que el Cisterciense Wiest mezcló en la primera edicion de sus *Prelecciones al estudio de la teología*; y cuando este autor hubiese perfeccionado y publicado separadamente la misma historia, como ofreció en el prólogo á la segunda edicion de dicha obra, el regente se valdrá con preferencia de esta última.

5.º El regente de cánones podrá enseñar la historia del derecho canónico por la que escribió el abogado del parlamento de Aix monsieur Durand de Maillane, que anda en un volumen, 8.º, al fin de sus *Instituciones eclesiásticas*, y es, por su método y brevedad, muy acomodada para este objeto.

6.º El conocimiento de la historia eclesiástica, aunque propio tambien de otras facultades, es mas particularmente necesario para los teólogos y canonistas; y bien que tenemos gran dificultad en colocarle entre los estudios preliminares de estas facultades, á causa de su grande extension, por lo cual sin duda se ha reservado en las escuelas públicas para los últimos años del círculo teológico; con todo, deseamos que los regentes enseñen anticipadamente á los colegiales algun breve compendio de ella, valiéndose del de Berti, que nos parece el mas acomodado entre cuantos conocemos, bien que no aprobamos del todo su critica.

7.º Aunque la disciplina de la Iglesia sea uno de los primeros objetos de su historia, exige en cierto modo estudio particular y separado, singularmente para los teólogos y canonistas. Por tanto, deseando que sea tambien uno de los objetos peculiares del paso y ejercicio diario de estas facultades, señalamos para este estudio la obra de Alejo Pelliccia, igualmente recomendable por su método que por su doctrina.

8.º Estos dos estudios pueden hacerse simultáneamente, dándolos los regentes por el orden de los siglos ó épocas en que esté dividida la historia de la Iglesia, para que ambos se ilustren y ayuden entre sí, y sea mayor y mas seguro el fruto de la enseñanza.

9.º Cada fuente ó lugar teológico y canónico piden estudio peculiar y separado, sin el cual es inaccesible su conocimiento y buen uso. Quereinos por lo mismo que los regentes pongan grande atencion en enseñar á sus discípulos cuanto es conducente al conocimiento de todos ellos, ocupando en esto el tiempo que fuere necesario y pudieren, y habilitándose por medio de un continuo y constante estudio, para hacer mas provechosa su enseñanza.

10. Por tanto, en continuacion de los conocimientos que habrán adquirido los discípulos en los ejercicios dominicales, cuidarán los regentes de comunicarles mas amplias nociones acerca de la autoridad de los libros sagrados, sus autores, sus versiones, su autenticidad, su uso y aplicacion á las materias dogmáticas, morales y de disciplina, cuidando de señalar particularmente en cada uno los lugares mas notables y análogos á los estudios teológico y canónico.

11. Nunca olvidarán los regentes que esta es la primera, la mas pura é importante fuente de los estudios eclesiásticos, de la cual manan, á la cual se refieren todos los demás, y en la cual deben hacer el teólogo y canonista un profundo y continuo estudio.

12. El mismo cuidado aplicarán para dar á conocer la tradicion apostólica, intérprete y suplemento de las santas Escrituras, señalando sus fuentes, su maravillosa cadena y série no interrumpida, los puntos principales del estudio teológico y canónico, fundados en ella, y los testimonios y autoridades en que se apoya cada uno, aprovechándose á este fin de todas las luces que el estudio de la historia y disciplina de la Iglesia y el particular de la misma tradicion puedan suministrarles.

13. El estudio de los concilios y de los santos Padres, como mas vasto é indefinido, pide de parte de los regentes una atencion mas detenida y una aplicacion mas constante. Los discípulos necesitarán continuamente de ser dirigidos y auxiliados en el conocimiento de estas dos abundantísimas fuentes, que en uno con las demás han de ser materia del estudio de toda su vida.

14. Por lo mismo, no solo los instruirán en cuanto conduce á conocer la esencia, clases, diferencias, forma y autoridad de estas asambleas, en que los depositarios de la doctrina de la Iglesia se han reunido en diferentes tiempos, ya para declararla, ya para defenderla contra sus enemigos, sino que explicarán y señalarán determinadamente los sucesos que dieron motivo á la congregacion de cada una, los puntos de doctrina que sirvieron de objeto á su deliberacion, y las principales decisiones que produjeron con relacion al estudio teológico y canónico.

15. Además de esta instruccion, que es relativa á la parte histórica de la doctrina conciliar, convendrá dar á los discípulos algun tratado que reuna todas las noticias correspondientes á la autoridad, uso y aplicacion de la misma doctrina. A este fin, señalamos con preferencia el que escribió Juan Bautista Ladvocat, doctor de la Sorbona, intitulado *Traetatus de Conciliis in genere*; el cual purgado, como se debe, por los regentes de las heces y superfluidades escolásticas que tiene, podrá enseñarse á los discípulos en pocas lecciones con imponderable utilidad.

16. Los santos Padres merecen tanta mas atencion de parte de los regentes, cuanto su autoridad es relativa á la época en que escribió cada uno, á las materias que ilustró y defendió, y al estilo, erudicion, critica, profundidad y pureza de doctrina.

17. Por esto procurarán los regentes enseñar á sus discípulos la historia literaria de cada santo padre, y

enterarlos de los principios filosóficos, método, estilo, carácter y obras de cada uno; pero mas particularmente de los puntos de dogma, tradicion, moral y disciplina, promovidos ó agitados en su tiempo, y á cuya ilustracion contribuyeron con su doctrina.

18. Será imposible que los regentes puedan desempeñar dignamente objeto tan vasto, si por medio de un profundo estudio no se hacen dueños de él; y por lo mismo, los rogamos muy encarecidamente que leyendo con el mayor cuidado la coleccion de los autores eclesiásticos del sábio benedictino D. Ceillier, procuren sacar de ella buenos y breves extractos para el uso y direccion de sus discípulos, pues sin este auxilio podrán adelantar muy poco en tan difícil y extendida materia.

19. Enseñarán con particular cuidado los regentes cuanto conduce al establecimiento de la Iglesia, su autoridad y jerarquía, considerándola ya solemnemente congregada, ya dispersa, aunque siempre una por la union moral de sus miembros; y explicarán con toda claridad y distincion los legítimos derechos de su cabeza y primado, los que corresponden originalmente al órden jerárquico, procediendo con gran tino y sana crítica en esta delicada materia, tan importante para canonistas y teólogos, y en la que á los puras principios del dogma inconcusamente reconocidos y confesados por la Iglesia, se mezcló en los siglos oscuros la ignorancia, é hizo valer el interés muchas opiniones distantes ó contrarias á ellos, singularmente despues que el estudio de las falsas decretales, introducido en Bolonia, propagado por todas partes y sustituido al de las puras fuentes, desfiguró la faz de la antigua y pura disciplina de la Iglesia.

20. Entre estas fuentes cuidarán los regentes de ilustrar las que pertenecen al uso de la razon en el exámen del dogma, de la moral y disciplina, y al estudio de la filosofia y de la historia profana, y su aplicacion, así á la teología como á los cánones; considerando que hay muchos espíritus libres y despreciadores de toda autoridad, contra los cuales es preciso que el teólogo y aun el juriconsulto usen de argumentos tomados de estas fuentes, por mas que sean las menos principales en las ciencias de auto-  
ridad.

21. Por este método perfeccionarán los regentes la instruccion de sus discípulos con el conocimiento de los lugares teológicos y canónicos, el que no podemos mirar solamente como preliminar y subsidiario, sino como muy principal, puesto que el estudio sistemático y elemental de las materias de ambas facultades, que ocupará á los discipulos por el largo espacio de ocho años, debe apoyarse sobre él, y aun hacerse en las fuentes mismas, en cuanto sea compatible con las asignaturas públicas y extension de sus lecciones.

22. No olvidarán los regentes que la enseñanza relativa al conocimiento de estas y las demás fuentes se puede unir fácil y provechosamente al de la historia y disciplina eclesiástica, y que conviene así, para que estos estudios se ilustren y ayuden reciprocamente, y los jóvenes se penetren con facilidad de su importancia, y acudan á perfeccionar despues sus conocimien-

tos, ya en las obras y tratados mas vastos, ya en las fuentes mismas.

23. Pero recomendamos muy particular y entrañablemente al regente de teología que en su enseñanza no pierda un punto de vista las actuales necesidades de la Iglesia, mas aquejada ahora de los impíos é incrédulos, que sin detenerse en artículos particulares del dogma y la moral, atacan en su raíz todo el sistema de la religion revelada, que de los herejes que impugnan particularmente alguno de sus artículos.

24. Asimismo prevenimos al regente de cánones tenga en consideracion que la jurisprudencia forense, que antes de ahora fué el principal y casi único objeto del estudio canónico, es ya de muy corto uso y utilidad en un tiempo en que la concordia del sacerdocio y el imperio, y el restablecimiento de la pureza de la disciplina, llevan todo el cuidado de los magistrados civiles y eclesiásticos.

25. Los pasos de teología y cánones se tendrán á las horas y durarán el tiempo que se ha prescrito á los números 2.º y 3.º del párrafo 2.º, capítulo v, título primero de este reglamento, congregándose á este fin los teólogos en la biblioteca y los canonistas en el aula; y de la materia y forma particular de estos pasos trataremos en los capítulos siguientes.

### CAPITULO III.

#### DEL ESTUDIO TEOLÓGICO EN PARTICULAR.

*De la division de este estudio, y de los pasos relativos á él.*

1.º El primer año de teología se destina en la universidad á estudiarlos *Lugares teológicos* por el Melchor Cano. Pero el regente deberá considerar que esta obra, aunque por otra parte digna de la mayor recomendacion, no es la mas á propósito para principiantes, por no ser elemental, por no estar completa, por tratar algunos puntos con demasiada profusion de cuestiones y argumentos escolásticos, y últimamente, por haberse escrito cuando no estaba aun reconocida la falsedad de las decretales isidorianas, ni tan bien ilustrados como en el dia otros puntos de crítica de igual importancia.

2.º Por tanto queremos que en este primer año estudien los colegiales en casa el tomo primero del *Curso teológico lugdunense* (1), dividiéndole en lecciones, que durante el curso serán muy breves, para dejar el tiempo necesario para el estudio del Cano, pero mas largas en el verano; cuidando mucho el regente de que unas y otras sean bien estudiadas, aunque sin obligar á los discipulos á decorar otra cosa que las autoridades mas importantes.

3.º Al órden mismo de estas lecciones acomodará el

(1) Esta obra fué despues prohibida por la sagrada congregacion del Indice, mas no lo estaba cuando JOVELLANOS escribia el reglamento. Sirva esto de respuesta á los que le acusan por ignorancia ó malicia, y no se olvide que consultó con personas doctas de la universidad de Salamanca, como él mismo dice en el preámbulo. Vedada su lectura por autoridad competente, cesa toda cuestion, y de seguro no la habria recomendado nuestro autor, cuyos sentimientos eran siempre propios de hijo fiel y obediente de la santa Iglesia católica, apostólica, romana.



regente las explicaciones que sean relativas á cada una de las fuentes teológicas, segun hemos indicado, acompañando al mismo tiempo las lecciones y explicaciones relativas á historia y disciplina eclesiástica, singularmente en el verano y dias de asueto, en que, libres los discípulos de las asignaturas de universidad, podrán dedicar mas tiempo á la adquisicion de estos conocimientos importantísimos.

4.º Los cuatro años siguientes del curso teológico se destinan en la universidad al estudio de la *Suma* de santo Tomás, obra verdaderamente admirable y digna de ser conocida y manejada por todo buen teólogo.

5.º Pero con todo, no debemos ocultar que esta obra, á pesar de su excelencia, no es, segun el juicio de personas muy doctas, proporcionada para la enseñanza elemental de la teología, porque, excluidos de ella gran número de artículos por recientes órdenes de su majestad (1), alterados por consiguiente el complemento y série sistemática de su doctrina, quedándole muchas cuestiones que eran ciertamente importantes cuando se trataba de combatir á todas horas el mahometismo y el judaismo, pero que no lo son tanto en medio de los actuales enemigos de la Iglesia, estando combinados sus principios con los de la filosofía peripatética, destrerrada ya en casi todas las escuelas de España, y expuestos en el antiguo método escolástico, cuyo general destierro no puede estar muy distante; y finalmente, adoleciendo de la falta de crítica, que no era vicio de su santo y sábio autor, sino del tiempo en que se escribió, creemos que no puede ofrecer un alimento proporcionado á los tiernos espíritus de los jóvenes principiantes, y que solo se les puede y debe recomendar su doctrina para que la estudien y cultiven con discernimiento cuando estén ya formados.

6.º Por esto, durante el segundo año del curso teológico, destinado en la universidad al estudio de la primera parte de la *Suma* de santo Tomás, dará el regente en el colegio el tomo II del *Curso teológico lugdunense*, dividiéndole en lecciones, en la forma que va prevenida, para que los discípulos puedan cumplir con uno y otro.

7.º En las explicaciones de este segundo tomo del *Curso lugdunense* será el regente tanto mas diligente y cuidadoso, cuanto la alteza y dignidad de su materia piden de su parte el mayor desvelo; pues tratándose de la existencia y atributos del Ser supremo, de la grande obra de la creacion del mundo y formacion del hombre, y del augusto é inefable misterio de la encarnacion del Verbo, es visto que en él se encierra todo el apoyo del sistema teológico, al cual se refieren y sobre el cual descansan y se afirman los demás estudios.

8.º Otra razon nos hace recomendar mas particularmente el de este año, y es, que habiendo producido la filosofía de nuestros dias una especie de hombres atrevidos é incrédulos, que, con el nombre de deístas y materialistas, atacan los principales dogmas de nues-

tra religion, y singularmente los que se enseñan en este año del círculo teológico, es necesario, no solo confirmar á los teólogos en los robustos fundamentos de su ciencia, sino tambien enterarlos de los argumentos de estos impíos, y enseñarles á rebatirlos y desvanecerlos poderosamente.

9.º A este fin hará el regente un estudio profundo, no solo en las obras de los antiguos apologistas de la religion, que la defendieron contra los ataques de semejantes incrédulos, que tanto abundan en el paganismo, sino tambien en las del sábio obispo de Abranches, Daniel Huet, cuya ilustracion es tan conocida y evangélica, y en las del canónigo de Paris monsieur Bergier, que en su excelente tratado histórico-dogmático de la religion, y en refutaciones separadas del materialismo y el deísmo, combatió de propósito á los impíos, que en nuestros dias renovaron sus argumentos; haciéndose así capaz de ilustrar en sus conferencias y frecuentes explicaciones los ánimos de los discípulos sobre puntos tan impor antes, y señalándoles las obras en que deben estudiarlas mas profundamente cuando, acabada la enseñanza elemental, se entreguen por sí mismos al vasto y profundo estudio de las materias teológicas.

10. En el tercer año, en que la universidad enseña la primera segunda de santo Tomás, estudiarán los teólogos en el colegio el tomo III de las *Instituciones lugdunenses*; y pues á él pertenece la importantísima materia de la gracia, íntimamente enlazada con los dogmas de la predestinacion y del libre albedrio, tan combatidos por los herejes antiguos y modernos, y la de los sacramentos en general, á que se deben referir los estudios sucesivos, nos parece que ellas mismas recomiendan bastante su importancia y el desvelo con que deberá aplicarse el regente á ilustrar profundamente los ánimos de sus discípulos acerca de sus principios.

11. A este fin cuidará el regente de teología de darles á conocer históricamente, no solo los errores que sobre ambos puntos han sostenido los antiguos herejes, y combatido y condenado los antiguos padres y concilios, sino tambien los que se renuevan y sostienen en nuestros dias, y los fundamentos y demostraciones que ofrece contra ellos la pura y santa doctrina de la Iglesia.

12. En el cuarto año de teología, en que la universidad da la segunda segunda de santo Tomás, el regente hará que los colegiales estudien el tomo IV del *Curso lugdunense*; y pues que en él se trata la materia de los sacramentos en particular, y que esta es tan importante, de tanto uso en la práctica y tan absolutamente indispensable para las personas destinadas al ministerio parroquial, como lo están por su instituto los clérigos de orden, cuidará de instruirlos profundamente en ella, no contentándose con darles los principios desnudos del dogma y disciplina relativa á los sacramentos, sino subiéndolos con ellos, y conduciéndolos á las fuentes y autoridades de donde se derivan, é ilustrándolos por medio del estudio de la historia y disciplina de la Iglesia en cuanto dice relacion con esta utilísima parte de la teología.

(1) Así era verdad; pero muerto ya JOVELLANOS, en 25 de setiembre de 1836 fué restablecida en toda su integridad y señalada por principal texto para el estudio de la sagrada teología.



13. Para suplir el largo estudio que es necesario á fin de adquirir tantos conocimientos, y que es difícil de comunicar á unos jóvenes principiantes, á quienes las asignaturas de la universidad y la asistencia á sus cátedras roban una preciosa parte del día, procurará el regente, por medio de continuas y sábias explicaciones y conferencias, infundirlos en sus ánimos, haciendo uso de la historia de los sacramentos, que escribió el sábio benedictino D. C. Chardon, sacando de ella algunos breves extractos para el uso de los discípulos, y dándoles noticia de las demás obras doctrinales que deben estudiar con el tiempo, cuando se entreguen del todo al completo conocimiento de esta materia.

14. En el quinto año enseña la universidad la tercera parte de santo Tomás; pero en el colegio se estudiará además el quinto tomo del *Lugdunense*, que estando destinado á los dos grandes sacramentos de orden y matrimonio, y conteniendo tambien la doctrina relativa á la materia benefical y la de las acciones humanas, cimiento y basa de la ética teológica, es visto cuánta diligencia y cuidado exija de parte del regente.

15. Por lo mismo encargamos muy encarecidamente que siguiendo el método y principios de la enseñanza que hemos recomendado hasta aquí, procure ilustrar los ánimos de sus discípulos en estos importantes artículos del sistema teológico, valiéndose por lo tocante á los últimos sacramentos, del autor citado al número 13, y en cuanto al último tratado, de los principios de la ética natural, sin los cuales no puede ser entendida materia que es de suyo tan oscura como delicada.

16. En el sexto año de teología, destinado en la universidad por la mañana á la enseñanza de los *Prolegómenos de la santa Biblia*, por el doctor Cantalapiedra, y por la tarde á la de la teología moral por la *Suma* del padre Cungiati, enseñará el regente del colegio el sexto y último tomo del *Curso lugdunense*, cuya materia se puede decir tambien, así como la anterior, del todo perteneciente á la teología práctica y moral, por abrazar los principales tratados de este importante ramo del estudio teológico.

17. No será necesario recomendar de nuevo al regente la importancia de los estudios que deben ocupar este año á sus discípulos; pero penetrados de ella, queremos significarle nuestro deseo de que se redoble su atencion y su celo para completar en él la enseñanza de cuanto pertenece al perfecto conocimiento de uno y otro.

18. A la inteligencia de la santa Biblia, que suponemos habrán adquirido los colegiales en los pasos dominicales de los seis años precedentes, y en el estudio particular del primer curso teológico, deseamos que añadan ahora una mas amplia instruccion en todas las materias relativas al conocimiento é interpretacion de las santas Escrituras, y á este fin, recomendamos al regente que les haga leer con grande aplicacion el *Aparato* de Lami, distribuyendo en sesenta y dos lecciones, por lo menos, los tratados mas importantes de él, y extendiendo en los pasos y conferencias diarias sus explica-

ciones á todos los que abraza esta eruditísima obra, segun el orden en que se hallan propuestos en ella.

19. Y pues que las materias que comprende el último tomo del *Curso lugdunense* son en la mayor parte relativas al ramo práctico del estudio teológico, y por lo mismo al de mas frecuente uso en la vida pública y privada de los sacerdotes y al mas necesario para el ministerio parroquial, á que están principalmente destinados los clérigos de orden, el regente cuidará en sus explicaciones y conferencias de ilustrarlas con todo el lleno de doctrina que pueda aplicar al conocimiento de cada una, haciendo uso en este año de cuanto dice relacion á ellas en los libros sagrados, y principalmente en los santos Evangelios y epístolas apostólicas, fuente abundantísima de la moral cristiana.

20. Al estudio de este año pertenece en gran parte lo que puede propiamente llamarse teología mística; y por tanto, así como recomendamos al regente que cuide de instruir á sus discípulos en los altos y sublimes principios de la pura y verdadera mística, tan necesarios para la direccion de las conciencias, le exhortamos tambien que les haga distinguir y evitar con el mayor cuidado los abusos y extravíos de aquella viciosa y abusiva ascética, que solo sirven para formar visionarios, para alimentar las vanas ilusiones del espíritu y para conducir á la supersticion y al fanatismo.

21. Recomendamos asimismo al regente que en la enseñanza de las materias morales nunca olvide que su primera fuente es la razon; que el Ser supremo grabó en ella todos los preceptos naturales que debe observar el hombre; que esta luz ha sido perfeccionada por Aquel que vino en el tiempo destinado á iluminar el mundo, y le instruyó con su Evangelio, donde están consignados su doctrina y ejemplos, que son la primera norma de la conducta cristiana; que por consiguiente, el estudio de la ética y el de la santa Biblia forman las primeras fuentes de la buena moral, y que para ser buen moralista es preciso acudir á ellas, y huir de la arbitrariedad y confusion que el espíritu escolástico y el casuismo moderno introdujeron en este importante y utilísimo estudio.

22. El sétimo año teológico se destina por el plan de la universidad al estudio de los concilios con referencia á la teología; y deseando que los colegiales se impongan á fondo en esta importantísima fuente del dogma y disciplina de la Iglesia, y completen los conocimientos que se les habrán dado acerca de ella en el estudio de los lugares teológicos, mandamos que el regente enseñe por todo este año á sus discípulos el tratado elemental que hemos citado al número 18 del párrafo 2.º, abrazando en él las explicaciones de cada uno de los concilios generales, y valiéndose para esto de la ya citada obra del padre D. Ceillier, que contiene la historia de los antiguos concilios, de las disertaciones de Natal Alejandro, y de los extractos que deberá formar, así de estas obras como de las historias particulares que hay escritas de algunos de dichos concilios y de sus mismas actas.

23. Mas, como estamos persuadidos á que una parte muy necesaria de este estudio sea para los teólogos españoles el de los concilios nacionales, en que está de-

positada la antigua, pura y verdadera disciplina de la iglesia de España, mandamos que el regente se aplique con particularísimo cuidado á la peculiar enseñanza de estos concilios. Y para que en esta parte pueda reducir á método sus lecciones, queremos que las divida en dos partes: una relativa á la historia y otra á la doctrina de nuestros concilios.

24. Para llenar la primera, el regente, despues de dar una clara y distinta idea de la forma con que se celebraban estas santas asambleas, de las personas que concurrían á ellas, de las materias que se proponían y trataban, del orden con que se procedía en su convocacion, deliberacion, acuerdos, publicacion, suscripcion y confirmacion; de la intervencion de la autoridad real, de la asistencia personal de los soberanos y oficiales de la corona, del examen de las materias temporales y de puro gobierno civil, que se mezclaba al de las eclesiásticas, y de otras circunstancias que fueron peculiares á nuestros concilios, pasará á instruir á sus discípulos en la historia particular de cada uno, dando razon del motivo, del tiempo y del fin de su celebracion, de los prelados y personas, de la intervencion de la autoridad civil en ellos, y de las principales materias, ya eclesiásticas, ya temporales, que allí se trataron y delinieron; á cuyo fin distinguirá cuidadosamente las dos épocas principales, á saber: la que precedió á la irrupcion de los árabes, y la que siguió á ella, señalando cuidadosamente las diferencias de una y otra.

25. Para la segunda parte de las lecciones ordenará el regente las decisiones mas señaladas de nuestros concilios, por el mismo método seguido en la enseñanza de las materias teológicas que queda señalado; y cuando esto no le fuere posible, seguirá el que adoptó el doctor don Silvestre Pueyo en su reciente *Código de derecho canónico nacional*, para reducir á sistema la doctrina de nuestros concilios, que corre impreso en un tomo en folio, bajo la respetable autoridad del actual primado de las Españas.

26. Mas, como no sea accesible á los discípulos estudiar en un solo año cuanto contienen estas fuentes de la historia y doctrina de nuestros concilios, el regente elegirá para sus lecciones lo mas importante y señalado de ellas, formando á este fin por sí mismo breves y metódicos extractos, y valiéndose para la parte histórica, de las noticias que andan sembradas en las notas del Loaysa, en la *España sagrada* y en otras historias, y para la doctrina, de las colecciones del mismo Loaysa y del cardenal de Aguirre, de las sumas de Carranza y Villanuño, del código sistemático del Pueyo, y de cuantos auxilios pudiese recoger en este punto.

27. En el año octavo de teología, que será el último de colegio, el plan de escuelas públicas no obligará á los colegiales á ningun estudio particular, aunque sí á asistir y hacer las explicaciones de extraordinario establecidas en él, las cuales, segun el actual estado, de que estamos bien informados, les dejarán bastante tiempo para dedicarse á otros estudios.

28. Por eso quisiéramos que este año se destinase precisamente á estudiar en el colegio las antigüedades eclesiásticas y cuanto pertenece á la teología y disci-

plina litúrgica y ritual, cuidando el regente de distribuir con economía las lecciones relativas á este estudio, valiéndose para ellas de las antigüedades de Juan Lorenzo Selvagio, y señalando en cada una la doctrina particular litúrgica de la iglesia de España, de que deberá hacer peculiar estudio, ya en nuestros concilios, ya en la historia particular de nuestras iglesias, y sobre todo, en la *España sagrada* de los sábios agustinianos Florez y Risco.

29. Tal es el plan que nos proponemos para completar la enseñanza elemental de nuestros teólogos; pero como los suponemos en este año en la preparacion para el grado de licenciado, que deberán tomar durante el verano, deseamos que redoblando su aplicacion, se dediquen al estudio de algun tratado mas amplio de teología, huyendo de todos los que son sistemáticos ó de escuelas, y prefiriendo por ahora el comentario al maestro de las sentencias, del célebre cancelario de Douvai, Guillermo Estío, que sin adhesión á escuela ni partido, aunque con las faltas de critica que nadie evitó en su tiempo, ilustró las materias teológicas, con aprobacion de todos los sábios desocupados, ó bien el amplio y sábio tratado de teología de Juan Lorenzo Berti, admitido para la enseñanza en algunos de nuestros seminarios conciliares y muy recomendado por su método y profunda erudicion eclesiástica, así como por estar escrito segun la mente y doctrina del gran doctor de la Iglesia y padre de la teología expositiva, san Agustin.

30. El regente redoblará tambien sus auxilios en la direccion de este estudio, ya para descartar de las obras citadas las cuestiones menos importantes y las en que el colegial estuviere mas bien instruido, ya para ilustrar con las nuevas luces de la critica muchos puntos y cuestiones en que la doctrina de ambos autores no merece tan llena aprobacion, ya, en fin, para reducir á las fuentes la que solo puede entenderse bien y sólidamente con el auxilio de ellas.

31. Pero le prevenimos que aunque no podemos dejar de mirar como partes importantes del estudio teológico la escolástica y la polémica, deseamos que procure inspirar á sus discípulos la mayor parsimonia en el uso de ellas, alejándolos del abuso de deducir cuestiones y argumentos sutiles y frívolos, en que cayó la primera, para convertir en una esgrima de palabras y silogismos el arte de descubrir las verdades morales y dogmáticas, y del de inventar nuevas y peregrinas controversias, como hizo la segunda, para convertir contra los profesores de una misma creencia, divididos en escuelas, un estudio cuyo único objeto es la conviccion de los herejes y enemigos de la Iglesia.

32. Por lo mismo, en cuanto á la primera, se contentará el regente con enseñar á sus discípulos el uso y la aplicacion de la buena dialéctica á las discusiones teológicas, y en cuanto á la segunda, con agregar á la enseñanza de cada dogma la noticia de las herejías suscitadas en diferentes tiempos contra él, de los argumentos de que se valieron y de los de su refutacion; procediendo en esto con la parsimonia que corresponde á la enseñanza elemental y á la tierna disposicion de los ánimos que la reciben.



33. Conocemos y confesamos de buena fe que los estudios que acabamos de señalar exigirán una aplicación y un trabajo grande y continuo, así de parte del regente como de los colegiales teólogos; pero sin embargo, les hacemos presente que no exigiendo de los discípulos que lleven las lecciones de memoria, sino bien y atentamente leídas y meditadas, librando todo el fruto y provecho de esta enseñanza en la ilustración y explicaciones del regente, esperamos que serán tanto más sabias y abundantes, cuanto más el estudio y la experiencia le hayan perfeccionado en el arte de enseñar; que cuando se haya verificado la reforma del estudio teológico en las escuelas públicas, tan deseada por muchos de sus sabios maestros, será nuestro método más fácil y asequible, y finalmente, que los progresos que producirá el mismo método en los primeros estudios, facilitarán maravillosamente los de los últimos años. Pueden ciertamente esperar que la experiencia confirmará la exactitud de nuestras reglas, recompensando la firme confianza con que nuestro celo por su bien, por la gloria de este colegio y por el adelantamiento de las letras la ha dictado.

#### CAPITULO IV.

##### DEL ESTUDIO CANÓNICO EN GENERAL.

##### *De los estudios preliminares y subsidiarios que deben hacer los canonistas.*

1.º Los objetos de este paso serán tres: primero, la filosofía moral; segundo, el derecho civil; tercero, el derecho eclesiástico; y será del cargo del regente de cánones dar ordenadamente á los colegiales todos los conocimientos que abrazan estos importantes objetos, según permitiere la distribución de los estudios públicos.

2.º Entre ellos preferirá los que son preliminares y subsidiarios respecto de estas tres facultades, poniendo en su comunicación tanto más cuidado, cuanto menos pueden esperarlos de la enseñanza pública, en cuyo plan interino no se hallan en manera alguna incluidos.

3.º Procurará primero enseñar á sus discípulos la historia literaria de la filosofía moral, deduciendo de la historia general de la filosofía lo perteneciente á este ramo principalísimo de ella, el más importante para el uso de la vida civil, y por lo mismo el más cultivado por los antiguos filósofos y que lleva la mayor atención de los modernos.

4.º Dará el regente á conocer las vidas y opiniones de los filósofos griegos, señalando primero el tiempo en que florecieron, las sectas ó escuelas que fundaron, los dogmas ó principios de cada una, la serie de los que las profesaron y promovieron, y el progreso de sus opiniones; mostrando luego cómo los principios éticos del Stagirita, corrompidos y desfigurados por los traductores árabes, y comunicados por su medio á la filosofía de la media edad, se difundieron por Oriente y Occidente; la influencia que tuvieron en las opiniones religiosas, filosóficas y políticas de los siglos medios; el aspecto que dieron á la moral de los últimos, y fi-

nalmente el restablecimiento de la buena ética y el mejoramiento de este estudio en el presente.

5.º Para esta enseñanza se valdrá el regente de las vidas de los antiguos filósofos, que escribió Diógenes Laercio, y de las de los modernos, que andan esparcidas en varias bibliotecas, diccionarios y tratados sueltos, ó bien de la *Historia universal de la filosofía*, escrita por Bruckero, del compendio que hizo de ellas monsieur Jormey, ó de los varios tratados de monsieur Saverien, que las comprenden hasta nuestro tiempo, formando de todo breves y ordenados extractos para el uso de los colegiales.

6.º Asimismo les enseñará la historia literaria de los derechos romano, nacional y eclesiástico, según el orden con que hicieren estos estudios, y anticipadamente á cada uno, para que puedan aprovechar y hacer en ellos más rápidos progresos.

7.º Mas como estos penden en gran parte del estudio del derecho natural, fuente y cimiento de todos los demás, será también de cargo del regente de cánones dar á sus discípulos las lecciones necesarias para el conocimiento de este derecho.

8.º En ellas enlazará el regente las lecciones de derecho público universal, pues enseñando este al hombre sus obligaciones y derechos respectivos á la sociedad general del género humano, y á las sociedades particulares en que está dividido, es claro que su conocimiento debe preceder al del estudio de cualquiera otro derecho particular.

9.º Dará el regente á sus discípulos un exacto conocimiento de los principios de cada uno de estos derechos, comunicándoselos ordenada y distintamente, sin perder nunca de vista que siendo este estudio el más propio del hombre, considerado como ciudadano, ninguna profesión, ningún estado puede librarle de la obligación que tiene á hacerle y promoverle con celo y aplicación.

10. Y pues que la razón pura y despreocupada es la única fuente de la ética, del derecho natural y aun del público universal, el regente guiará á sus discípulos en la aplicación de esta luz celestial, que el Criador colocó en nuestras almas para que discerniésemos y conociésemos los derechos imprescriptibles del hombre, sus primitivas obligaciones, y los oficios á que está obligado respecto de su eterno Hacedor, de sí mismo, de sus prójimos, de la sociedad universal del género humano, de las particulares en que está dividida, y de aquella bajo cuya protección vive y goza de su libertad personal y de todos los derechos unidos á ella.

11. Mas como las preocupaciones de la primera educación, el trato frecuente de personas ignorantes, los malos libros y estudios, la falta de reflexión, la precipitación en los juicios, el interés, las pasiones y otras muchas causas pueden extraviar la razón é inducir la en errores gravísimos, y aun contrarios á sus puros y primitivos dictámenes, el regente instruirá plenamente á sus discípulos en todos estos orígenes del error, para que en el uso de la razón, fuente purísima de los derechos y obligaciones naturales, los eviten con el mayor cuidado.



12. A este fin, considerando el regente que esta luz natural fué perfeccionada por la religion, que sancionó, por decirlo así, todos sus dictámenes, fortifican lo la autoridad de las legítimas potestades, estableciéndolas para conservación del orden público, y consagrándolas para derechos y obligaciones recíprocos de los que mandan y obedecen, cuidará de ilustrar los principios del derecho natural y público por medio de la ética cristiana, alejándolos así de los errores y extravíos en que la razon libre y desarreglada pueda inducirlos y precipitarlos.

13. La primera fuente del derecho romano es la misma razon natural, ó por mejor decir, la ética que profesaron los filósofos y juriscónsultos; mas como este derecho, así público como privado, se hubiese derivado de los principios filosóficos y políticos, y de las ideas religiosas, usos y costumbres que el romano tomó de otros pueblos, y sobre todo, se hubiese acomodado á la particular constitucion de su república, segun sus varias revoluciones y estados, el regente deberá subir á estas fuentes, señalándolas á sus discípulos y dirigiéndolos en el conocimiento y uso de ellas.

14. Pero siendo el derecho eclesiástico ó canónico el principal objeto del estudio de los colegiales destinados á esta facultad, respecto de los cuales los demás se deben reputar como puramente preliminares y subsidiarios, el regente aplicará su mayor cuidado y vigilancia á darles á conocer mas llena y abundantemente las fuentes particulares de este derecho.

15. Y siendo estas, como ya hemos notado, casi las mismas que las del estudio teológico, aunque bajo de distintos respectos y dirigidas á distintos fines, segun el método actual del estudio del derecho canónico, queremos que lo prevenido y mandado en cuanto al estudio teológico se entienda tambien con el regente de cánones, quien deberá seguir en esta parte el método y las máximas que dejamos prescritas en los párrafos 1.º y 2.º del capítulo II de este título.

16. Esta regla es tanto mas esencial, cuanto alguna vez será necesario que los ejercicios relativos al conocimiento de las fuentes, su uso y aplicacion, sean comunes á teólogos y canonistas, y la enseñanza de este punto promiscua y simultánea, como se advertirá mas adelante.

17. Sin embargo, como á pesar de esta identidad de las fuentes, sea muy difícil su uso y aplicacion á unos estudios tan diversificados en el día, queremos, siempre que cómodamente se pueda, que cada regente dirija y enseñe á sus discípulos el conocimiento, autoridad y aplicacion de ellas á su respectiva facultad.

18. Aunque se cree de ordinario que los principios del dogma y la moral son exclusivamente del patrimonio de la sagrada teología, y que el objeto del derecho canónico está circunscrito á la disciplina exterior de la Iglesia, cuya absurda opinion no solo turbó é hizo vacilar todos los principios de este último estudio, sino que le fué reduciendo mas y mas cada día, hasta encerrarle casi del todo en el derecho privado eclesiástico, alejándole así de sus verdaderas fuentes, y conduciéndole poco á poco á la escasa é incierta doctrina de las Decretales y sus comentadores, nosotros, que

deseamos formar buenos y sábios canonistas, que algun día puedan servir dignamente á la órden de Calatrava, á la Iglesia y al Estado, prohibimos absolutamente al regente de cánones que se encierre en tan estrechos cañales, y que dirija su enseñanza sobre tan absurdo y pernicioso sistema.

19. Queremos tambien y mandamos que sin distraerse á las cuestiones particulares del dogma, acostumbre á sus discípulos á buscar en las purísimas fuentes de la Santa Escritura, de la tradicion, de los concilios y de los santos Padres un perfecto conocimiento del establecimiento de la Iglesia, su jerarquía, su autoridad, su gobierno, su disciplina, sus ritos, y todo cuanto dice relacion al estudio del derecho eclesiástico y sus verdaderos y genuinos principios, que han de ser objeto del estudio de toda su vida.

20. El uso y aplicacion de las fuentes á estos objetos, así como el de los conocimientos relativos á la historia, disciplina y antigüedades eclesiásticas, formará la única distincion que debe haber entre el teólogo y el canonista en el estudio preparatorio. Por lo mismo, recomendamos al regente de cánones que habida la conveniente consideracion á esta diferencia, se atenga á las reglas y métodos arriba prescritos, y los observe inviolablemente.

#### *Del estudio de la ética, derecho natural y público.*

1.º Para los que deben estudiar los sagrados cánones, el primer año de universidad se destina á la enseñanza de la filosofía moral por el padre Jacquier.

2.º Como la lectura de los oficios de Ciceron, que habrán hecho con toda reflexion los colegiales en el año de humanidades, los dispondrá admirablemente para recibir con facilidad y aprovechamiento, no solo los elementos de la ética, sino tambien los del derecho natural y social, á que se extiende la doctrina de aquella excelente obra, queremos que estos tres estudios, que juzgamos muy necesarios para el conocimiento de todos los demás derechos, sean objeto de los ejercicios domésticos del colegio por toda la duracion de este año.

3.º Para facilitar la enseñanza de los elementos de estas facultades, quisiéramos proponer una obra que los reuniese todos ordenada y sistemáticamente; mas no conociendo alguna que lleve este nuestro deseo ni que sea acomodada para dar esta enseñanza simultáneamente, mandamos que el regente la dé por obras separadas, supliendo con sus explicaciones los inconvenientes que trae consigo la desunion de los principios.

4.º Pero pues el uso mismo de su magisterio hará conocer al regente la analogia que hay entre estos diferentes estudios y el órden en que se deben colocar los principios de cada uno, segun su reciproca afinidad, quisiéramos que aplicase todo su cuidado á la formacion de unas instituciones que abrazasen los elementos de la ética, del derecho natural y del público universal, para el uso de sus discípulos; á cuyo fin podrá tener á la vista el sistema de filosofía moral del irlandés Francisco Hutcheson, cuyo método es el que mas se acerca á nuestras ideas y deseos.

5.º Entre tanto, contentándonos con que por ahora

estudien los colegiales la ética del padre Jacquier, adoptada para la enseñanza de la universidad, recomendamos al regente que procure ilustrar en sus conferencias y pasos las materias pertenecientes á las lecciones que los colegiales sucesivamente llevarán á las escuelas públicas, cuidando de suplir también en ellas los vacíos que regularmente ocurren en la enseñanza periódica é interrumpida de las cátedras.

6.º Pero el principal cuidado del regente de cánones, durante este curso, será enseñar en casa á sus discípulos el derecho natural, que estudiado á una con la ética, lo aprenderán con mayor facilidad y provecho.

7.º Para no gravar á los jóvenes con grandes lecciones, mandamos que esta enseñanza se haga por ahora en las breves posiciones ó principios del derecho natural que el jurisconsulto Carlos Antonio de Martini publicó en 1762.

8.º Y como la brevedad de esta obra admita cómodamente las oportunas explicaciones del regente de cánones, queremos que se extienda en ellas cuanto el tiempo permita, valiéndose á este fin de la obra grande del Wolfio, que le suministrará amplísima materia para ellas.

9.º Nuestro deseo es, que de tal manera distribuya el regente esta enseñanza, que pueda concluir las lecciones privadas de derecho natural al tiempo que acaban las públicas de filosofía moral en la universidad, á fin de dejar libre el verano para otro estudio igualmente importante.

10. Acabado uno y otro estudio, el regente empezará á enseñar á los colegiales el derecho público universal, valiéndose para esto de la obra del mismo jurisconsulto Carlos Antonio de Martini, intitulada *Posiciones de jure civilis*, la cual, como escrita por un sábio que á su mucha doctrina reunía una grande experiencia, por haber enseñado esta facultad en la universidad de Viena, es muy á propósito para el objeto y digna de nuestra particular recomendación.

11. Aunque esta obra, contenida en un volumen en 8.º y escrita en método demostrativo ó geométrico, sea de moderada extension, atendiendo á las molestias de la estacion estiva, queremos que el regente de cánones se reduzca precisamente á ella, sin distraerse á otros estudios, que no podrían cultivar los discípulos sin menoscabo de este, que juzgamos de la mayor necesidad y provecho.

12. Sin embargo, no podemos dejar de hacerle tres prevenciones: primera, que no deje de destinar algun tiempo al repaso de los principios de ética y derecho natural, que los colegiales habrán estudiado durante el curso; cosa que podrá hacer muy fácilmente, aun en el acto mismo de sus ordinarias explicaciones y conferencias, puesto que el derecho público universal se puede considerar como una aplicacion de aquellos principios á las obligaciones del hombre social respecto de la gran sociedad del género humano, y de las demás sociedades en que está dividido.

13. Segunda. Que para hacer mas abundantes y provechosas sus explicaciones relativas al derecho público universal, haga de él un profundo estudio en los

autores príncipes de esta facultad, cuales son el Hugo Grocio, el Samuel Puffendorf y Cristiano Wolfio, que tan sábiamente las ilustraron y trataron.

14. Tercera. Que aunque en esta enseñanza, como en las demás, deberá el regente dirigir y encaminar sus discípulos á estas sábias obras, para que las lean y manejen cuando, libres de la enseñanza elemental, hagan un estudio mas profundo de las materias que tratan, deberán también advertirles con particular cuidado los errores en que han incurrido y los vicios que se conocen en su doctrina, que aunque en general sea pura y recomendable, es en algunos puntos poco conforme á nuestra creencia y á la moral cristiana.

15. Sobre todo, recomendamos al regente la mayor parsimonia en esta enseñanza, puesto que nuestro deseo no es ni puede ser de que en un solo curso crie grandes publicistas, sino de que enseñe bien á los discípulos los elementos de una facultad sin cuyo conocimiento serian muy arriesgados sus progresos en el estudio de las demás.

#### *Del estudio del derecho romano.*

1.º Los canonistas dedican solamente dos años de universidad al estudio del derecho romano, y en ellos deben llevar, no solo los cuatro libros de las *Institutiones* del emperador Justiniano, sino también el comentario que escribió á ellas el jurisconsulto Arnaldo Vinió.

2.º La importancia y la extension de este estudio nos hace creer que quedará muy corto tiempo al regente para ocupar á sus discípulos en otras materias; sin embargo, como esperamos que pueda sacar gran partido, ya de la aplicacion de los mismos colegiales, ya de la buena y económica distribucion del tiempo, y sobre todo, del largo período de vacaciones estivas, en que cesa del todo la enseñanza pública, queremos y mandamos que en el espacio de estos dos años se enseñen en el colegio los tratados y materias siguientes:

3.º Durante el primer curso de instituciones civiles enseñará el regente en sus ejercicios diarios la historia del mismo derecho civil; estudio preliminar é indispensable para entender bien y distintamente los principios y materias que abraza la enseñanza elemental de la universidad.

4.º A este fin hará que los colegiales lleven diariamente al paso una leccion de la obra que escribió el citado jurisconsulto Martini, intitulada: *Ordo historiae juris civilis praelectionibus institutionum praemissis*, la cual, por su método, por su brevedad y perspicuidad, juzgamos muy oportuna para el objeto.

5.º Mas como convendrá que el regente extienda y amplie sus explicaciones, para dar á sus discípulos alguna mas cabal idea del origen y forma de la constitucion romana, de sus principales revoluciones, y de los ritos, usos y costumbres de aquel insigne pueblo, le exhortamos á que procure estudiar cuidadosamente su historia y á que se valga para esto de otras obras y auxilios.

6.º A este fin se impondrá bien el regente en el sábio tratado de Vicente Gravina, *De ortu et progressu*



*juris civilis*, que no solo contiene en breve la historia de la legislación, sino tambien la de la jurisprudencia romana, y en el del padre Cautheo, *De re militari et civili romanorum*, donde hay noticia, no solo de las magistraturas militares, civiles y religiosas, sino tambien de las fiestas, ferias, sacrificios y juegos de los comicios, matrimonios y entierros, y de los usos y costumbres de la vida pública y privada de aquellos ciudadanos, cuyo conocimiento conduce en gran manera para la ilustración é interpretación de las leyes que obedecieron.

7.º Con la doctrina de estas obras, comunicada por el regente en sus explicaciones, y la que los discípulos hayan adquirido en el año de humanidades, ya por la lectura y explicación de la obra del Nieuport, ya por el frecuente manejo de los oradores, historiadores y poetas romanos, esperamos que tendrán toda la erudición necesaria para recibir fácilmente la enseñanza elemental del derecho civil.

8.º Sin embargo, quisiéramos que el regente, leyendo y extractando cuidadosamente la historia del foro romano, que escribió Francisco Polleti, procurase comunicar á sus discípulos la doctrina de esta obra, que contiene, no solamente cuanto es relativo á los juicios de aquel pueblo, sino tambien un tesoro de noticias importantísimas para la inteligencia de la mayor parte de las materias que abraza su derecho.

9.º Con estas luces, que el regente comunicará á los colegiales ordenadamente y segun proeedieron en el estudio público; con el texto de las instituciones, que hará llevar bien decorado á la universidad; con el *Comentario* de Arnolfo Vinió, y con las sábias explicaciones que recibirán del catedrático de la universidad, esperamos que los individuos del colegio, al cabo de los dos años, saldrán completamente instruidos en el estudio elemental del derecho romano.

10. Aunque tan importante estudio se mire como puramente preliminar y subsidiario para los que han de pasar inmediatamente á los elementos del derecho canónico, nosotros, convencidos de la grande utilidad que hallarán los colegiales en adquirir mas profundo conocimiento de sus materias y tratados, aun cuando solo aspiren á llamarse puros ó meros canonistas, hacemos á los regentes de esta facultad las prevenciones siguientes.

11. Primera. Que sin empeñarse en dar á conocer á sus discípulos todas las íntimas relaciones que hay entre la constitución, las opiniones religiosas y filosóficas, y las fórmulas y supersticiones judiciales de los romanos y su legislación peculiar, se aplique con el mayor desvelo á descubrirles la mayor parte de sus leyes positivas y los principios purísimos de la justicia original y primitiva; esto es, del derecho natural, de que fueron deducidas; á cuyo importante objeto convertirá frecuentemente sus explicaciones y conferencias en estos dos años.

12. Segunda. Que para que los discípulos puedan adquirir algun mas extendido conocimiento de todas las materias que se contienen en el *Digesto*, y de las innovaciones hechas en el antiguo derecho romano por las nuevas constituciones de los emperadores del Orien-

te, procure el regente darles á conocer el contenido del *Digesto*, del *Código* y *Novelas*, formando una breve sinópsis de sus títulos, ó valiéndose de la de Sebastiano Brant, que es la mas concisa y acomodada que conocemos.

13. Tercera. Que manifieste á sus discípulos la íntima persuasión en que deben estar de que para ser profundos en esta, así como en las demás facultades de autoridad, es absolutamente necesario hacer grande estudio en sus fuentes, y que no se puede formar un buen juriconsulto sin que maneje dia y noche el *Digesto* y el *Código*.

14. Cuarta. Que el conocimiento de este último libro textual es muy esencial é importante para los canonistas, por contener gran parte de la disciplina de la iglesia oriental, y sobre todo, porque en él se aprende á conocer el enlace y concordia de las dos potestades, y la intervencion de los sumos imperantes en la disciplina exterior de la misma iglesia, por los establecimientos relativos á este fin, hechos desde el tiempo de Constantino y contenidos en el derecho nuevo.

15. Quinta. Que para este objeto no basta leer el código de Justiniano, sino que conviene mucho mas conocer y manejar al Teodosiano, en el cual, no solo reconocen las revoluciones de la jurisprudencia civil, sino tambien el progreso de la disciplina eclesiástica en el Oriente, y la continua intervencion de los emperadores cristianos en las materias relativas á ella; por lo cual recomendará muy particularmente el estudio de este precioso *Código* y aun el de la doctísima ilustración que escribió á sus leyes el sábio juriconsulto Gotofredo.

16. Sexta. Finalmente, enterará á sus discípulos de que para conocer profundamente el derecho romano, la principal y única obra que deben estudiar, fuera de los textos, es la de Jacobo Cujacio, despues de la del padre Lumbreira en su *Restauración de la jurisprudencia civil*.

#### *Del estudio del derecho nacional.*

1.º Miramos como verdadera desgracia de los jóvenes destinados al estudio del derecho civil y canónico que en el plan interino de la universidad no se les haya señalado algun plazo, aunque brevísimo, para dedicarse al conocimiento elemental del derecho patrio, tan esencial para el profesor español, pero singularmente para los que se hubieren de aplicar algun dia al ejercicio de la judicatura. ¿Quién se atreverá dentro de España á decidir como juez ni aconsejar como patrono, sea la que fuere la materia de sus juicios y consultas, sin saber las leyes del estado en que vive y de que es miembro, y contra las cuales nada debe ni puede juzgar ni aconsejar? Quién podrá desempeñar dignamente los ministerios eclesiásticos, cualesquiera que sean sus funciones, ni dirigir bien los pueblos cometidos á su vigilancia y cuidado, sin saber las leyes que obedecen, la sociedad en que viven, y sin conocer la constitución en que está acogida la Iglesia, admitida y protegida su jerarquía, y con cuya legislación debe llevar



conformidad y consonancia su régimen y gobierno particular?

2.º Asi que, para ocurrir á tan grave inconveniente, deseamos que el regente de cánones, á costa de un continuo estudio y trabajo, llene en los pasos y ejercicios diarios este grande y pernicioso vacío que se advierte en el plan público, mientras la ilustracion del presente gobierno le remedia, como esperamos con la mayor confianza. A este fin le dejaremos aquí consignadas algunas prevenciones.

3.º Si les fuere posible enterar cumplidamente á sus discípulos en la historia del derecho y foro romano durante el primer curso de leyes, ó por lo menos en los dos primeros meses del verano sucesivo, empiencen desde el mes de agosto del mismo año á dar á sus discípulos alguna idea de la historia de nuestro derecho nacional.

4.º Y por cuanto no tenemos hasta ahora una obra en que estén recogidos los hechos y noticias relativos á esta historia con el órden y método que pide su enseñanza preliminar, y por lo mismo, es necesario que el regente los busque y entresaque de varios tratados en que andan dispersos y como perdidos, exhortamos á los regentes de cánones que por tiempo fueren, que leyendo muy atentamente las obras de Prieto Sotelo y Fernandez de Mesa sobre esta materia, la historia del derecho de Espinosa, que anda manuscrita; la *Témis hispana* de don Juan Lucas Cortés, de la última edicion, ilustrada por el licenciado don José Cerdan; la introduccion á las *Instituciones de Castilla* de los doctores Aso y Manuel, y la carta del padre Andrés Buriel al licenciado Juan de Amaya, recientemente publicada en el *Semanario económico*, y procurando además ilustrar esta materia, no bien cultivada hasta ahora, con la lectura de los fueros, cortes, ordenamientos y pragmáticas, y de otras preciosas noticias y documentos que aun permanecen inéditos, procure ordenar una breve, clara y puntual historia del derecho de Castilla, que puedan estudiar cómodamente sus discípulos.

5.º Mas como debe pasar mucho tiempo antes que el regente pueda adquirir y ordenar tantas y tan esparcidas noticias, le rogamos que en sus pasos y explicaciones les vaya dando por lo menos algun conocimiento de nuestros códigos y colecciones con arreglo á las máximas que despues se indicarán.

6.º Estas noticias históricas del derecho patrio se darán por el regente á los colegiales desde fines del verano siguiente al curso primero de leyes, y sucesivamente al estudio de la historia del derecho romano, como queda indicado.

7.º Mas no pudiendo contentarnos con ellas, ni permitiendo la estrechez del tiempo que empeñemos á los colegiales en el estudio separado de las instituciones castellanas, queremos que el regente, teniendo á la vista las de los doctores Aso y Manuel, ya citadas, vaya aplicando su doctrina por el órden mismo de las materias contenidas en las instituciones imperiales y por el de las lecciones que los discípulos llevan á la universidad.

8.º Como la edicion de los *Comentarios* de Arnoldo

Vinio, que estudian los legistas en la universidad, contenga ya alguna, aunque ligerísima, noticia del derecho patrio, el cuidado del regente se reducirá á ampliarla en sus explicaciones, valiéndose á este fin, no solo de las *Instituciones de Castilla*, sino tambien de los mismos códigos nacionales, y particularmente de las sabias leyes de Partida, y de las contenidas en la *Nueva Recopilacion*, en las cuales le recomendamos muy estrechamente haga un continuo y profundo estudio.

9.º Y como entre estos dos códigos haya la notable diferencia de que el primero, sin embargo de ser el mas completo, el mas sistemático y aun el mas sábio de los dos, atendida la diferencia de los tiempos, sea todavia menos recomendable y necesario que el segundo, porque este contiene las leyes que están en vigor y goza de la primera autoridad en los juicios; queremos que el regente, atendiendo á estas calidades, ilustre los ánimos de sus discípulos en el conocimiento, uso y aplicacion de estas fuentes, y los encamine continuamente á ellas, para que cuando se entreguen á un estudio mas ámplio del derecho de Castilla las puedan disfrutar con mayor aprovechamiento.

10. A este fin, en las lecciones históricas del derecho patrio insertará la historia analítica de uno y otro código, y hará ver á sus discípulos que el código Alfonsino, tomado por la mayor parte en la partida 1.ª del decreto de Graciano y de las opiniones de la escuela Boloñesa; en la 2.ª, 4.ª y 7.ª del derecho feudal, de la ética arábigo-peripatética, y de los antiguos fueros, leyes, costumbres y fazañas de Castilla, y en la 3.ª, 5.ª y 6.ª de los ritos y fórmulas del fuero eclesiástico y de las mismas fuentes nacionales y extrañas, encierra toda la buena y mala doctrina, y tiene toda la excelencia y vicios de sus orígenes, y que por lo mismo debe ser leído y manejado con el mayor cuidado y discernimiento.

11. Tambien les hará ver que la *Nueva Recopilacion* se compone por la mayor parte de las leyes derogadas, propuestas por los representantes del reino en las cortes ó juntas nacionales, y otorgadas y publicadas por los soberanos, y que si por una parte esta circunstancia las hace recomendables, por otra hace mas necesario el previo conocimiento de la historia y de los tiempos, causas y objetos de su concesion.

12. A este fin, cuando en las explicaciones sistemáticas relativas á nuestro derecho positivo tuviere que interpretar alguna ley tomada de dichos códigos; si fuere del Alfonsino, procurará explicarla por medio del señalamiento de la fuente particular de donde se tomó, deduciendo de ella su fuerza y autoridad; y si de la *Recopilacion*, la ilustrará con la noticia, ya de las cortes en que se otorgó y de la peticion del reino que precedió á ella, ya del ordenamiento, fueros y costumbres de que fué derivada, ya, en fin, del monarca que la promulgó; descubriendo siempre la época, el autor, la causa y el fin de cada ley, é interpretándola por ellos; pues sin esta ilustracion es en gran manera difícil penetrar ni conocer el espíritu de nuestras leyes patrias.

13. Tambien recomendamos al regente que no olvide en las citadas lecciones históricas de nuestro de-

recho la porcion mas antigua y la mas reciente de él, pues el conocimiento de una y otra es absolutamente necesario al juriconsulto español.

14. Por esto dará á sus discípulos una noticia puntual de nuestras leyes visigotas, descubriendo sus fuentes, sus compilaciones y su uso y autoridad, no solo bajo la dinastía goda, sino tambien bajo los trece reyes de Astúrias, que restauraron la antigua constitucion cuando la estrechez y turbacion de los tiempos permitieron, y bajo los primeros reyes de Leon, y aun en Castilla, antes y despues de la incorporacion de las dos coronas.

15. Explicará tambien á sus discípulos el origen, uso y autoridad de la legislacion foral, dándoles noticia de los fueros, así generales como particulares, y de las cartas-pueblas concedidas por diferentes soberanos y señores, explicando su naturaleza y diferencias, y advirtiéndoles cuán respetadas han sido siempre las libertades y derechos municipales que contenian, puesto que en el orden de autoridad señalado á nuestras leyes tienen todavia el primer lugar estos fueros en todos los puntos de antigua y no interrumpida observancia.

16. Sobre todo, dará el regente á sus discípulos noticia de nuestra legislacion moderna, contenida en reales pragmáticas, cédulas, autos acordados, decretos y órdenes, singularmente de aquella parte que se puede decir *extravagante*, por no haberse recopilado todavia, y cuyo conocimiento es muy importante, no solo en cuanto destruye, reforma y modifica el antiguo derecho patrio, sino tambien porque contiene aquella parte mas preciosa de él; esto es, la que está acomodada á nuestras actuales necesidades, ideas, situacion y costumbres.

17. Pero en la explicacion de esta última parte, así como en la de las primeras de nuestro derecho y su particular historia, cuidará mucho el regente de dar á conocer mas ampliamente á sus discípulos aquella porcion que tiene relacion mas estrecha con las materias eclesiásticas; esto es, las diferentes leyes y reales decretos que nuestros soberanos, usando ya de la potestad protectiva que tienen, como tales, en el régimen y negocios eclesiásticos, ya de la tuitiva, como defensores de los cánones, ya, en fin, de la económica, que han ejercitado en todos tiempos, para conciliar con el bien político del Estado la disciplina externa de la Iglesia y sus instituciones y establecimientos, expidieron y publicaron en diferentes tiempos; pues sobre esta parte de nuestra legislacion se apoyan las libertades de la Iglesia, y su conocimiento es absolutamente necesario é indispensable para la instruccion de nuestros canónistas.

18. Asimismo cuidará al tiempo de las explicaciones y conferencias relativas á aquellas pocas lecciones del estudio de la *Instituta* en que se expone el derecho público particular del imperio romano, dar á sus discípulos una breve, pero clara idea de nuestro derecho público interno, exponiendo el origen y naturaleza de nuestra constitucion, su estado antiguo y presente, de su suprema cabeza y miembros, las clases en que estos se dividen, los diferentes cuerpos políticos, las varias

magistraturas creadas para el gobierno interior de los pueblos, y la autoridad y funciones de cada una, para ilustrar los ánimos de los discípulos con tan provechosos é importantes conocimientos.

19. No en vano prescribimos estas reglas y exigimos esta instruccion en nuestros canonistas, sino porque la observacion y la experiencia nos han convencido intimamente de que es inútil estudiar las leyes sin entenderlas, y de que para entenderlas y penetrar su espíritu es absolutamente necesaria la luz de estos conocimientos previos y subsidiarios, que no inspirándose en la primera educacion escolástica, tarde, mal ó nunca se adquieren.

20. Ni por esto desconocemos que tantas tareas como pide su adquisicion parecen una carga demasiado pesada para los jóvenes, emplea los al mismo tiempo en el estudio del amplio *Comentario* de Arnaldo Vinio en la universidad; pero sobre haber procurado no sobrecargar con largas lecciones la suma de su estudio diario, y librar toda la esperanza de su aprovechamiento en las amplias y continuas explicaciones del regente en los pasos, estamos persuadidos á que cuando este los imbuya bien y ordenadamente en tales conocimientos por medio de breves y puntuales extractos, las sucesivas conferencias domésticas bastarán á completar el conocimiento elemental del derecho patrio, que tan justamente deseamos en nuestros canonistas.

#### *Del estudio particular de los cánones.*

1.º Hasta el año quinto de colegiatura no entrarán los colegiales destinados á la carrera de los cánones á estudiar los elementos ó instituciones del derecho eclesiástico; pero confiamos que si en los cuatro primeros hubieren adquirido los conocimientos que dejamos indicados al párrafo precedente, los progresos de su estudio ulterior serán tanto mas rápidos y seguros, cuanto mas llena y abundante sea la instruccion preparatoria con que la emprendieron.

2.º Sin embargo, despues de haber adquirido la que va particularmente señalada, aun faltará al canonista la peculiar y mas necesaria preparacion para el estudio de su facultad, y por lo mismo será cuidado del regente comunicársela por el método que ahora prescribiremos.

3.º El primer objeto de esta preparacion será la historia del derecho canónico, sin cuyo conocimiento no se debe entrar al estudio de esta ni de otra alguna facultad, y por lo mismo mandamos al regente de cánones que la abrace en sus lecciones, y enseñe á todos sus discípulos cuan completamente le fuere posible.

4.º Por falta de una obra de este género en idioma latino ó castellano, que sea acomodada á la enseñanza elemental segun nuestros principios, señalamos por ahora el tratado de Segismundo Lakies, intitulado: *Præcognita Juris Ecclesiastici universi*, el cual, aunque no merezca el nombre de historia del derecho canónico, reúne los conocimientos mas importantes que deseamos para la preparacion, por la excelencia de su método y la eleccion de su doctrina.

5.º Este tratado comprende las noticias necesarias y convenientes para el conocimiento elemental de las fuentes ó lugares canónicos, y es por lo mismo bastan-



te acomodado al sistema que nos hemos propuesto en nuestro método, y á la enseñanza privada y doméstica del colegio.

6.º Solo advertimos al regente que habiendo enlazado el Lakies á este tratado general la historia particular del derecho canónico de la Alemania, y la noticia de sus peculiares fuentes, será en gran manera necesario que formando unos breves extractos de las noticias relativas á la historia particular de nuestro derecho canónico de España, los haga leer á sus discípulos en el curso mismo de las lecciones, sustituyéndolas á las que trae el Lakies, y ampliándolas en sus explicaciones, para que adquieran mas abundantemente este conocimiento, tan necesario y provechoso.

7.º A este fin deseamos que el regente de cánones dedique una buena parte del verano sucesivo al segundo curso del derecho civil, para empezar á enseñar el tratado de Lakies, el cual, siendo de corta extension, pues se reduce á 150 fojas en 8.º menor, podrá muy bien concluirse cuando los discípulos estén en la universidad á la mitad del primer año del curso canónico ó antes.

8.º Esta economia de tiempo es tanto menos dispensable, cuanto creemos absolutamente necesario que acabado el estudio de este primer tratado de Segismundo Lakies, proceda inmediatamente el regente á enseñar á sus discípulos el derecho público universal eclesiástico por otro tratado del mismo autor, igualmente sábio y perspicuo, que anda unido al primero, y en que se hallan los elementos de esta esencialísima y antes poco cultivada parte del estudio canónico.

9.º Pero en la enseñanza de este segundo tratado, creemos aun mas necesario repetir y recomendar al regente el encargo que le hicimos al número 6.º precedente, acerca de enlazar con los principios y máximas del derecho público universal eclesiástico los del derecho público eclesiástico particular de España, así como lo hizo Lakies del de Alemania; operacion tanto mas importante, cuanto uno de los primeros objetos de esta obra es señalar el enlace de las dos potestades eclesiástica y civil, descubrir y fundar los derechos legítimos de cada una, y fijar aquellos aldeaños de entrambas, tan confundidos y tan recíprocamente traspassados allá cuando el gracianismo, la ignorancia y la falta de critica de una parte, y de otra el espíritu escolástico y polémico, y el casuismo práctico, introducidos en el estudio canónico, conspiraron á una á oscurecerlos y turbarlos.

10. También deseamos que el regente, á la historia general y particular de los cánones, mezele la historia literaria de la jurisprudencia canónica, tanto general como peculiar de España, para descubrir los vicios con que fué cultivado este estudio desde su introduccion en nuestras escuelas públicas; señalando particularmente á los discípulos las obras de los mas célebres canonistas españoles y extranjeros, y dirigiéndolos en el uso y lectura de ellas; pero indicándoles al mismo tiempo las que carecen de critica y buen gusto, y en que reinan toda la confusion, superfluidad y viciosas máximas que introdujeron en esta facultad la

ignorancia de sus fuentes legítimas, la ciega y exclusiva veneracion de los textos del Decreto y las Decretales, la adhesion á la autoridad de los glosadores ultramontanos, el escolasticismo aristotélico, y otros vicios de que abundan muchos libros de uso comun, y á los cuales deseamos inspirar á los colegiales una aversion eterna é invencible.

11. Nuestro deseo es que estos dos importantes ramos del estudio preliminar canónico se absuelvan enteramente en el invierno y verano del primer año de cánones, y no desconfiamos que así se pueda verificar: 1.º porque conteniendo, aunque mas reducidamente, estas mismas nociones el primer tomo de las *Instituciones* de Lorenzo Selvagio, que los discípulos llevarán á la universidad, creemos que será muy grande la facilidad de adelantar simultáneamente en ambos autores; 2.º porque no siendo la citada obra del Selvagio de mucho volumen y extension, creemos que las lecciones asignadas en la universidad para este año dejarán el tiempo suficiente para que los discípulos se enteren tambien en las del Lakies, que no llevarán de memoria, sino bien y atentamente leídas; 3.º porque en la parte relativa á la historia y principios peculiares del derecho canónico nacional hallará el regente, así como los discípulos, mucha y buena materia recogida en las ilustraciones que andan con la edicion del Selvagio que se da en la universidad, la cual allanará considerablemente la dificultad de esta enseñanza.

12. Pero aun hay otra razon que anima mas poderosamente nuestra confianza, y es el conocimiento que tenemos del celo con que los catedráticos de instituciones canónicas enseñan en la universidad la obra del Selvagio; de forma que podemos prevenir al regente que fiando enteramente la enseñanza elemental al estudio y explicaciones de la universidad, se convierta del todo á dar en el colegio los demás conocimientos auxiliares, que son tan necesarios en el estudio de los cánones.

13. Por esto quisiéramos que en el invierno y verano del segundo año de instituciones canónicas enseñase el regente á sus discípulos el compendio de la historia eclesiástica del Berti y el de la disciplina de Alejo Pellicia, que hemos señalado para los teólogos; ampliando y concretando estos estudios á los de historia y disciplina particular de España, conforme á lo que dejamos advertido hablando de aquel estudio.

14. En el año tercero de cánones, que será ya el sexto de los estudios preseritos á esta facultad, enseñe la universidad por la mañana el decreto de Graciano, y por la tarde la historia eclesiástica, llevando los discípulos para el primer estudio el excelente tratado critico de Sebastian Berardi, y para el segundo el citado compendio de Berti.

15. Y pues que este último estudio no deberá ya ocupar á los discípulos ni en casa, porque ya le habrán hecho, ni en escuelas, porque les bastará repasar las lecciones y aprovecharse de las sábias explicaciones del catedrático, deseamos que el regente dedique todo el presente año á la enseñanza de la doctrina del Decreto.

16. A este fin empezará el regente dando á sus dis-



cupulos la historia de este código y una idea analítica de su doctrina, descubriendo ya la falta de crítica con que fue compilada y ordenada, ya los vicios de las fuentes secundarias de donde se tomó.

17. Les hará conocer mas particularmente cómo la refundición de la coleccion de Isidoro Mercator en el Decreto confundió la doctrina de la pura y venerable disciplina que observó la Iglesia en los ocho primeros siglos, con las falsas Decretales y cánones apócrifos que aquel impostor introdujo en su coleccion, para servir de apoyo á nuevas y peregrinas opiniones, y cómo admitidas estas de buena fe en el siglo ix y siguientes, agregadas despues á otras colecciones, é incorporadas con las de Graciano, y propagadas, finalmente, por medio de los juriconsultos de la escuela de Bolonia, embrollaron de todo punto los principios del derecho eclesiástico, dándole desde entonces un aspecto ajeno de su primitiva pureza y majestad.

18. Les enterará, por fin, de las enmiendas que en diferentes épocas se hicieron de este código, de lo que contribuyeron á ellas nuestros españoles, de las varias ediciones que se hicieron conforme á ellas, y sobre todo, de la absoluta necesidad de tener siempre á la mano para el uso de ellas á la obra citada del Berardi, en que la doctrina del Decreto está reducida á la pureza original de las fuentes.

19. Pero de ningún modo queremos que el regente obligue á sus discípulos á que estudien este difuso tratado de Sebastian Berardi, pues siendo una obra puramente crítica, escrita, no para ser estudiada, sino para dirigir otros estudios, y principalmente el del Decreto, y para tenerla á la mano en el uso de esta coleccion, no debe ocuparse con su lectura el tiempo necesario para estudiar sistemáticamente el derecho canónico antiguo, mucho mas cuando este auxilio es ya menos necesario á los que usan la edicion correcta de los hermanos Pitheos, y dejará de serlo del todo cuando se logre una que contenga todas las correcciones y enmiendas del Decreto hechas hasta el Berardi, y las que admite todavía esta obra.

20. El regente tendrá entendido que, á no recurrir á las fuentes primitivas, el estudio del Decreto, que casi las abraza todas, es el primero, y acaso debería ser el último; y que despues de haberse purgado esta preciosa coleccion de las heces con que el monje Graciano manchó su doctrina, mas por falta de pericia, de crítica y de buenos códices, que de buena fe, se puede esperar mas fruto de su lectura y estudio reflexivo que del de las glosas y comentarios admitidos en las escuelas.

21. También enseñará el regente á los discípulos la historia particular de las Decretales, y les advertirá el gran cuidado y discernimiento con que deben adoptar la doctrina de esta coleccion, á la cual por desgracia se ha reducido en los últimos tiempos todo el estudio del derecho eclesiástico; pues aunque las decisiones contenidas en los varios libros que comprende actualmente no adolezcan de las faltas de pureza é ingenuidad achacadas á la coleccion de Graciano, es constante que su doctrina está mezclada con las opiniones nuevas y anticanónicas (si así decirse puede) que la viciosa

compilacion del Decreto acreditó hasta el punto que tomándose solo de las Decretales la materia del estudio canonico nuevo, se fueron olvidando mas y mas cada día los cánones antiguos, y por consecuencia la pura y primitiva disciplina de la Iglesia, contenida en ellos. Esto deberá explicar ordenadamente el regente de cánones, para que los discípulos puedan distinguir la respetable doctrina canónica, dictada por muy santos y venerables papas en los siglos medios, con el fin de arreglar los negocios eclesiásticos segun las exigencias de los tiempos, y llevando siempre por norte el espíritu de los antiguos cánones, de las doctrinas nuevas, tomadas, aunque con buena fe, de fuentes turbias y orígenes apócrifos, cuya divisa se buscará siempre en la disonancia que hay entre ellas y la pura y antigua disciplina de la Iglesia.

22. Advertirá asimismo el regente que reduciéndose la doctrina de las Decretales, por la mayor parte, al derecho privado eclesiástico, y aun casi á la jerarquía jurisdiccional y á los negocios contenciosos, y abrazando todo el aparato, rito y fórmulas del foro, apenas conocido en la Iglesia antes del siglo xii, es claro que su estrecho y reducido estudio, aun prescindiendo de los defectos originales ya indicados, nunca podrá formar un canonista que lleve dignamente el nombre de tal.

23. Sin embargo, convencidos de que el conocimiento de este derecho nuevo es ya absolutamente necesario; de que hay muchos cánones, bulas, rescriptos, concordatos posteriores, y aun leyes y decretos reales, que forman una parte esencial de él y no se hallan todavía reunidos en un cuerpo; de que el método de la coleccion de Graciano no es tampoco el mejor ni mas acomodado para estudiar el derecho antiguo, y de que todo esto hace necesario el estudio de un cuerpo sistemático de derecho eclesiástico universal, mandamos al regente que al mismo tiempo que vaya instruyendo á sus discípulos en la historia de las colecciones canónicas, les haga emprender el estudio de un tratado que reuna las circunstancias que van indicadas, continuando esta enseñanza por todo el tiempo que les restare del colegio.

24. Y pues que el voto universal de los buenos y sabios canonistas ha dado preferencia entre todos al tratado del derecho eclesiástico universal de Bernardo Van-Espen, por la abundancia y eleccion de su doctrina, por la pureza y exactitud de sus principios, tomados en las fuentes mas puras, y por la sana é ilustrada crítica con que los ha derivado de ellas, y aplicado á las diferentes materias que abraza el estudio canónico (1), mandamos que por ahora, y mientras no salga á luz otra obra libre de algunos defectos que conocemos todavía en esta, ella sola se estudie en el colegio, y que los regentes no puedan explicar por otra alguna el derecho eclesiástico universal, sin prévia y expresa licencia del Consejo.

25. Creemos, no obstante, hacerles dos prevenciones: 1.ª que en el progreso de este estudio deben cui-

(1) Una parte de la obra de Van-Espen ha sido prohibida por la Iglesia. A esa parte alude sin duda JOVELLANOS cuando habla de sus defectos.

dar mucho de encaminar frecuentemente los discípulos á las fuentes mismas, para beber allí la pura y santa doctrina canónica, singularmente en las materias de derecho público eclesiástico universal, que deben servir de apoyo y fundamento al estudio del derecho privado de la Iglesia y aun del particular de España.

2.<sup>o</sup> Que eniden mucho de ilustrar en sus conferencias y pasos estas mismas materias por medio de la aplicación á cada una de ellas del derecho canónico nacional, cuyo conocimiento creemos absolutamente necesario á nuestros canonistas.

26. En el año cuarto del estudio canónico enseña la universidad, bajo el nombre de *Colecciones*, lo que se puede llamar la historia del derecho eclesiástico, dándose esta enseñanza por las prenociones del Doujat; mas como nuestros canonistas habrán tomado en el estudio del primer tratado de Segismundo Lakies estas mismas nociones, queremos que el regente, abandonando á las explicaciones del catedrático la doctrina del Doujat, que perfeccionarán los estudios del año anterior, continúe por todo este el paso de Van-Espen, cuya extensión pide un estudio continuo y no interrumpido de parte de los discípulos.

27. Sin embargo, creyendo de gran necesidad para todo canonista el conocimiento de las *Antigüedades* litúrgicas y rituales, que abrazan la mayor y mas importante porción de la disciplina de la Iglesia, deseamos que en este año al estudio del Van-Espen unan los discípulos el del primer tomo de las antigüedades de Juan Lorenzo Selvagio, bajo el método que llevamos prescrito para los teólogos, á lo que se podrá destinar el verano sucesivo al curso, que sería bastante, si se descartasen de esta obra las cuestiones de liturgia que trata también Van-Espen, y podrán estudiarse en él.

28. En el año quinto, último del estudio canónico y de colegiatura, acabará el regente el paso de Van-Espen y el tomo II de las *Antigüedades* del Selvagio, procurando cerrar uno y otro al fin del curso, puesto que en el verano de este año deberán ya recibir los canonistas su licenciatura por la capilla de Santa Bárbara.

29. Mas como en este año enseñe la universidad la doctrina de los concilios, dándose por la mañana la que corresponde á los generales, y por la tarde á los nacionales, deseamos que el regente, al tiempo de dirigir á los discípulos en el estudio de sus respectivas asignaturas de universidad, amplie con sus explicaciones esta provechosa enseñanza, para que ayudada del conocimiento que les habrá dado el tratado del *Advocat* y los demás estudios comprendidos en nuestro plan, coronen provechosamente sus estudios en un tiempo en que deben presentarse á la mas respetable palestra que reconoce la polémica literaria de nuestra nación.

30. Finalmente, considerando cuán importante es á todo canonista el estudio de la teología moral ó ética cristiana, y de que la muchedumbre de objetos que abraza el estudio del derecho eclesiástico no nos permite abrazar en nuestro plan una enseñanza particular y separada de sus elementos, le rogamos muy encarecidamente que, pues muchas de sus materias están

comprendidas en las instituciones y *Antigüedades* de Juan Lorenzo Selvagio, y mas ampliamente en el *Tratado universal sistemático* del Van-Espen, procure ampliar y extender de tal manera sus explicaciones, que los discípulos se instruyan cumplidamente en las mas necesarias para la dirección de las conciencias, á fin de que puedan desempeñar dignamente los importantes ministerios á que están destinados.

## CAPÍTULO V.

### DE LOS MEDIOS DE FACILITAR Y PERFECCIONAR LA ENSEÑANZA GENERAL.

#### *De los maestros de estudiantes.*

1.<sup>o</sup> La entrada sucesiva de los conventuales en el colegio ofrecerá un grave inconveniente á la ejecución de nuestro método; porque no pudiendo arreglarse á tiempos ni períodos determinados, sino que debe verificarse conforme fueren haciendo su profesion, sucederá que los estudiantes de facultad mayor se hallen repartidos en los diferentes años y dados á los varios estudios que abraza el círculo literario de cada una; y por consiguiente, que estando dividida entre muchos la atención de los regentes, no puedan desempeñar con cada colegial las obligaciones que les están señaladas tan cumplidamente como quisiéramos.

2.<sup>o</sup> Para ocurrir á este inconveniente, tan digno de nuestra atención, hemos procurado proporcionar á los maestros todos los auxilios que permite el sistema mismo de enseñanza que queda expuesto, y al favor de los cuales nos lisonjamos que serán mas llevaderas sus funciones y mas asequibles los fines que en la ordenación de este plan se ha propuesto nuestro celo por el bien del colegio y la literatura.

3.<sup>o</sup> Para la enseñanza de las humanidades y facultades mayores habrá perpétuamente en el colegio, además del catedrático y regentes, tres sustitutos, con el nombre de maestros de estudiantes, cuyo ministerio tendrá por objeto principal ayudar á los primeros en las funciones y ejercicios domésticos.

4.<sup>o</sup> Para el magisterio de estudiantes de humanidades podrá ser elegido cualquiera colegial en quien concurren la instrucción y conducta convenientes, ora esté graduado ó no, ora sea de número ó supernumerario, pues solo se atenderá en la elección á su mérito y aptitud para este ministerio.

5.<sup>o</sup> Pero si, con arreglo á lo que se ha prevenido al capítulo primero de este título, hubiere en el colegio algun individuo particularmente dedicado al estudio de las lenguas y de las ciencias exactas y naturales, este será maestro de estudiantes de humanidades, y no otro alguno, durante su residencia en el colegio.

6.<sup>o</sup> Para las facultades mayores solo se podrá nombrar maestro de estudiantes á los colegiales que estuvieren graduados de bachiller en ellas respectivamente; porque ni podemos suponer en los demás los conocimientos necesarios para este ministerio, ni convendrá distraer con la enseñanza de otros á los que están en la mayor necesidad de recibirla.

7.<sup>o</sup> Siempre que hubiere en el colegio algun indivi-



duo graduado de licenciado en facultad mayor, cesará la elección de maestro de estudiantes, y será de cargo del licenciado desempeñar sus funciones; y si hubiere mas de uno, el rector nombrará, de acuerdo con el catedrático, al que le pareciere mas conveniente, ó dividirá entre ambos el trabajo.

8.º La duración del magisterio de estudiantes será á arbitrio del rector y catedrático ó regentes, los cuales, atendida la necesidad de todo colegial respecto de su particular estudio, y la utilidad de la enseñanza general, podrán repartir esta pension equitativa y prudentemente, consultando al bien comun con el menor perjuicio posible del particular.

9.º El nombramiento de los maestros de estudiantes será privativo del rector, con acuerdo del catedrático ó regente de la facultad á que respectivamente pertenecieren, así como la duración del encargo y la separación de él; pues ora se mire este ministerio como un honor, ora como una carga, es justo que se reparta y turne, si no entre todos, por lo menos entre los que fueren capaces de desempeñarle con fruto.

10. Los maestros de estudiantes no tendrán dotacion ni salario alguno; pero el mérito que hicieren en el ejercicio de sus funciones será muy recomendable á los ojos del Consejo, sobre todo cuando el fruto de la enseñanza puesta á su cuidado le califique.

11. Además de esto, confiamos en el celo del rector y regentes, á quienes tocan estos nombramientos, que al hacerlos, de tal modo atenderán al mérito de las personas y al bien de la enseñanza, que los individuos de esta casa mirarán como el mejor premio de sus fatigas el honor de ser elegidos para los cargos contenidos en ellos.

12. No nos atrevemos á señalar las particulares funciones de estos sustitutos; porque siendo necesario combinarlas, ya con la necesidad de auxilio que tengan el catedrático y los regentes, y ya con el que pueda dar el nombrado, segun la mayor ó menor importancia de las demás atenciones de su particular estudio, tenemos por mas seguro confiar enteramente este punto á la prudencia del rector y de los mismos regentes.

13. Rogamos por lo mismo al rector que atendiendo á las circunstancias coetáneas de la enseñanza general y particular, procure ocurrir á la necesidad, y proveerla con la mayor utilidad y el menor perjuicio posible, teniendo siempre á la vista las graves obligaciones del catedrático y regentes, y la importancia del aprovechamiento de los colegiales.

14. Como los maestros de estudiantes tendrán que asistir á las cátedras de la universidad, su auxilio por lo tocante á humanidades solo podrá prestarse fuera de las horas lectivas, y por consiguiente en pasos particulares. Por tanto, el catedrático señalará, de acuerdo con el rector, la hora en que deben tenerse estos, las personas que han de asistir á ellos, y aun la materia y forma que debe regularlos.

15. En las facultades mayores los auxilios de los maestros de estudiantes serán, ó en las horas del paso comun, ó fuera de ellas, arreglándose cuanto se dispusiere en este punto entre el rector y el regente respectivo, con presencia del sustituto, y no de otra ma-

nera, para que nada se resuelva que no sea con el mayor acierto y equidad.

16. Pero queremos que cualquiera paso privado y fuera de hora, que los maestros de estudiantes hayan de tener con uno ó mas colegiales, se tengan precisamente en el aula ó en la biblioteca, y no en otra parte.

17. Cuando no bastare el auxilio de los maestros de estudiantes para la gran división de los estudios, el rector y los regentes harán que los colegiales mas aprovechados ayuden á los que lo estuvieren menos en su respectiva facultad.

18. Siempre que el catedrático ó alguno de los regentes se hallare enfermo, ó de otro modo impedido dentro del Colegio, suplirá enteramente sus funciones el maestro de estudiantes de aquella facultad, alterando el rector en este caso las horas del paso y ejercicio diario, para combinarlos con las distribuciones escolásticas del sustituto.

19. Pero estando ausentes los referidos regentes ó catedráticos en comision, ó con licencia, se observará lo mandado al párrafo 3.º, capítulo II, título primero de este reglamento.

20. El rector procurará tambien que los regentes y catedrático se ayuden reciprocamente entre sí; y pues que los estudios preliminares y subsidiarios de teólogos y canonistas son en cierto modo los mismos, procurará, cuando la necesidad lo pidiere, que la historia, la disciplina, las antigüedades eclesiásticas, y aun los lugares ó fuentes de una y otra facultad, se expliquen promiscuamente por un solo regente.

21. Para este caso, encargamos al regente que diere esta enseñanza tenga particular consideracion al objeto, uso y aplicacion de las fuentes y estudios citados á los principios de cada facultad, á fin de que instruyendo á los discípulos de una y otra, conforme á la exigencia de la que cultivaren, pueda ser igual el aprovechamiento de todos.

22. Finalmente, cuando la distribucion de los estudios domésticos no ofreciere dentro de casa los auxilios que deseamos, permitimos al rector se valga de algun profesor aprovechado de la universidad, encargándole temporalmente de algun paso que no pueda verificarse de otro modo, recompensándole del fondo del colegio, con acuerdo de los consiliarios.

#### *De la junta censoria.*

4.º Para la direccion general de los estudios del colegio se formará una junta, con el nombre de *junta censoria*, compuesta del rector, de los regentes de teologia y cánones, del catedrático de humanidades, y de los consiliarios que por tiempo fueren.

2.º Aunque el catedrático ó alguno de los regentes sea interino y fuera de la órden, será, sin embargo, vocal de la junta censoria.

3.º Esta junta no tendrá sesiones ordinarias ni determinadamente; pero se convocará por el rector siempre que haya que tratar alguno de los asuntos de su pertenencia, que aqui se declararán, y entonces se congregará precisamente en el cuarto del rector, y no en otra parte.

4.º Sus facultades serán momentáneas, y reducidas



á arreglar los casos ó resolver las dudas que ocurrieren acerca de su objeto, y por lo mismo no formará actas ni acuerdos escritos; sus resoluciones se intimarán por el rector, y serán obedecidas como suyas y como emanadas de la cabeza de la comunidad.

3.º El rector no tendrá obligación de congregar esta junta sino para los casos que aquí se expresarán específicamente; pero le exhortamos á que en las materias relativas á estudios proceda con su consejo, aunque deberá atender mas particularmente al de los regentes y catedrático en lo respectivo á sus facultades.

6.º En consecuencia, declaramos que esta junta se debe considerar solamente como un consejo del rector, para auxilio suyo, y destinada á partir su solicitud y sus cuidados en los varios objetos á que se extiende, y particularmente en los estudios.

7.º Como no presunamos haber acertado con lo mejor y mas conveniente á todos los puntos que comprenderá esta última y principal parte de nuestro reglamento, y por otra parte estemos persuadidos á que la experiencia y la observacion podrán presentar algunas dudas, dificultades ó inconvenientes acerca de la ejecucion de nuestro plan, deseamos que las que ocurrieren se traten en esta junta literaria.

8.º A este fin mandamos que todo cuanto pueda conducir á perfeccionar el método que hemos dispuesto se trate y examine por esta junta, y lo que el rector, con su consejo, resolviere, se establezca y ejecute, dando de ello noticia al real consejo de los Ordenes.

9.º Tambien permitimos que acerca de las horas de los pasos, dias de los ejercicios y exámenes, forma y tenor de ellos, se puedan hacer por el rector, con consejo de la junta censoria, las alteraciones y reformas que parecieren mas convenientes, con la misma formalidad.

10. Mas si se juzgare indispensable reformar del todo alguno de los puntos principales del sistema literario que dejamos establecido, en este caso deberá el rector consultarlo con la junta, y con su acuerdo lo representará al real Consejo con toda claridad, para que resuelva lo mas conveniente.

11. En esta junta se hará el arreglo de los turnos que dejamos establecidos para la distribucion de los ejercicios semanales, y el señalamiento de los artículos particulares sobre que se deberá disertar en cada uno.

12. Tambien se arreglará en ella cuanto fuere relativo á los exámenes privados y públicos, de que se hablará en su lugar.

13. La aprobacion ó reprobacion de los colegiales en los exámenes se hará tambien por acuerdo y votacion formal de esta junta.

14. Entenderá en lo que sea relativo al tiempo y forma de las oposiciones que se deben hacer en el colegio á las colegiaturas de número.

15. En el concurso á ellas, la junta censoria formará por sí sola y por rigurosa votacion la censura de los ejercicios de los opositores, la cual se presentará despues á la comunidad, y esta, con presencia de ella, hará la propuesta que está acordada en uno de los artículos del nuevo plan, y la dirigirá al Consejo.

16. Por lo mismo, aunque á los ejercicios de estas oposiciones asistirá toda la comunidad, se declara que solo serán jueces de la suficiencia los vocales de la junta.

17. La clasificacion anual del mérito y circunstancias de los colegiales se hará tambien con consejo de la junta censoria.

18. En los puntos de economia y disciplina que tuvierien relacion con el ramo de estudios, el rector procurará tomar consejo de esta, ó por lo menos de algunos de sus vocales.

19. Lo mismo sucederá en lo que fuere relativo al desempeño de las funciones de los regentes y catedráticos respectivamente á su conducta en la parte de recogimiento y aplicacion al estudio.

20. Finalmente, los estudios en general, los ejercicios literarios, los exámenes, las oposiciones á las colegiaturas, los grados de bachiller y licenciado, y toda la policia y disciplina literaria se gobernarán por el rector, con acuerdo de la junta censoria ó con su consejo, segun las prevenciones que quedan indicadas.

#### *De los ejercicios semanales y sus turnos.*

1.º Para que la enseñanza recibida en la universidad y en los pasos particulares se aumente y perfeccione por medio de ejercicios comunes, se tendrán en el colegio dos cada semana de dos distintas facultades, segun la division que abajo prescribiremos.

2.º Estos ejercicios se tendrán precisamente en el aula que con el mismo objeto hemos mandado disponer en forma de general, y surtir de cátedra, silla y asientos, segun conviene al uso de semejantes actos.

3.º Tendránse estos en las noches de los miércoles y sábados de cada semana, por ser libres del estudio de lecciones para la universidad, que tienen sus asuetos en los siguientes dias.

4.º Por lo mismo, cuando la universidad alterase el asueto del juéves por haber otro en la semana, se adelantará ó trasladará tambien el ejercicio del miércoles á la víspera del asueto público.

5.º Empezarán los ejercicios inmediatamente despues de dicha la save, y durarán á voluntad del rector, con tal que nunca sea menos de hora y media.

6.º Estos ejercicios se tendrán tanto en invierno como en verano, á excepcion de los meses de agosto y setiembre, destinados á los exámenes y preparacion de ellos.

7.º Sea de la facultad que fuere el ejercicio, asistirán á él todos los individuos del colegio, sin que el rector los dispense de esta obligación por ningun motivo, fuera de la falta de salud.

8.º Mucho menos podrá dispensar el rector enteramente alguno de dichos ejercicios, pues si ocurriese grave y urgente causa, que no permita tenerle en el día ó la hora señalados, podrá adelantarle ó atrasarle, pero nunca suprimirlo del todo.

9.º La materia de estos ejercicios será tomada de los tres principales objetos de la enseñanza del colegio, á saber: humanidades, teología y cánones, entre los cuales se establecerá un turno de rigurosa igualdad; de

forma que la primera semana sean los ejercicios de humanidades y teología, la segunda de teología y cánones, la tercera de cánones y humanidades, y así sucesivamente.

10. Además del turno general, se establecerán otros particulares y subalternos para cada facultad, á fin de abrazar en ellos todos los estudios preliminares, auxiliares y elementales que pertenecen á cada una.

11. El turno de humanidades se dividirá en dos: el primero, destinado á bellas letras; el segundo, á filosofía. El primero, como mas principal, tendrá dos tercios; el segundo, uno solo de los ejercicios; esto es, á cada dos ejercicios de humanidades se interpolará uno de filosofía.

12. Estos mismos turnos se subdividirán, y se formarán otros subalternos, de forma que en los ejercicios de humanidades alterne el género retórico con el poético, y en la filosofía la lógica con la metafísica y ética, y aun tambien los conocimientos subsidiarios con los elementales de unos y otros estudios.

13. El turno de teología se dividirá en tres, destinados: el primero á elementos, el segundo á estudios preliminares, y el tercero á estudios subsidiarios, y alternando siempre el primero con los segundos de manera, que un ejercicio sea siempre de elementos teológicos, y otro, ya de conocimientos preliminares, ya de subsidiarios de la teología.

14. En el turno de derecho canónico se establecerán dos principales: uno de leyes y otro de cánones; el primero tendrá una, y el segundo dos terceras partes, de forma que á cada dos ejercicios de cánones siga uno de leyes.

15. Pero cada derecho tendrá sus turnos subalternos: el civil entre el romano y el patrio y los estudios auxiliares y elementales de ambos; y el canónico entre la historia particular eclesiástica, la disciplina, los concilios y demás estudios preliminares y subsidiarios, y las materias elementales de su pertenencia, y aun entre el derecho eclesiástico universal y el nacional.

16. Para que estos turnos sean públicos y se observen inviolablemente, la junta censoria los distribuirá y arreglará en cualquiera de los últimos dias del mes de setiembre de cada año.

17. Arreglados que sean, se pondrán por escrito, formando una tabla, en que se noten todos los dias de ejercicios del año escolástico siguiente, y la materia de cada uno de ellos en general, segun la adjudicacion y turnos que acabamos de señalar.

18. No exigimos de los vocales de la junta que señalen anticipadamente en esta tabla los particulares puntos ó cuestiones de cada ejercicio, sino solo la materia de que deben sacarse, por parecernos conveniente reservar esta declaracion para el tiempo que indicaremos despues.

19. Arreglada que sea la distribucion general de los turnos y ejercicios, se publicará en el dia 1.º de octubre, fijando la tabla en el aula ó general, para que llegue á noticia de todos.

*De las materias de los ejercicios semanales.*

1.º Los ejercicios literarios serán presididos por el ca-

tedrático ó regente á quien perteneciere el ejercicio; pero esta presidencia se entenderá en la forma que se expuso en el párrafo 2.º, capítulo II de este título.

2.º La junta censoria señalará en principio de cada mes los individuos que han de ejercitar en él, y la materia particular de cada ejercicio semanal; esto es, el punto ó cuestion sobre que habrá de recaer, y de ello formará lista, que tendrá reservada para su uso.

3.º Los ejercicios de humanidades y filosofía se tendrán por los colegiales de número y supernumerarios no graduados en facultad mayor, ora la estudien ya, ora estén todavía en las humanidades.

4.º Los ejercicios en facultad mayor se tendrán solamente por los graduados de bachiller en ella.

5.º Entre unos y otros se establecerá un turno de personas para cada facultad, y segun él se distribuirán los ejercicios.

6.º Ocho dias antes de cada uno se comunicará al colegial que le hubiere de tener el punto ó cuestion que la junta señalare, explicado con toda claridad, para que el nombrado pueda instruirse y prepararse para el desempeño, y además se publicará, fijándole en la tabla del general, para que los demás se instruyan tambien y vayan preparados al ejercicio; de lo que cuidarán mucho los regentes.

7.º La junta, en el señalamiento de las materias particulares de cada ejercicio, tendrá consideracion, no solo al estado en que se hallare de sus estudios el individuo que le debe tener, sino tambien á sus disposiciones y adelantamientos, no poniendo sobre cada uno mas carga de la que corresponda á sus fuerzas.

8.º Los ejercicios de humanidades se reducirán á llevar de memoria algún trozo de un autor clásico, y traducirle, explicarle, analizarle ó extractarle, á arbitrio de los oyentes, dando razon de todo lo que sea relativo á su mas completa exposicion.

9.º Pero se tendrá consideracion á la época del estudio en que se hallare el humanista, no exigiendo de los de la primera sino las explicaciones relativas á las diferencias de los estilos y sus bellezas en general; de los de la segunda, las que lo fueren á cada especie de las comprendidas en los géneros retórico y poético, así como las interpretaciones relativas á historia, geografia, mitología, usos y costumbres á que aludieren los autores; de los de la tercera lo que perteneciere al artificio de las obras de ambos géneros en toda su extension, y de los últimos, lo que fuere respectivo á la enseñanza y arte de analizar, extractar, orar, recitar y componer en ambas lenguas.

10. Con esta misma idea se señalarán los autores y materias del ejercicio de humanidades, sin perder de vista la division de esta enseñanza, que hemos individualmente señalado al párrafo V, capítulo primero de este título.

11. Por lo mismo, á los humanistas de la primera época se podrá encargar la recitacion, version y explicacion de las *Vidas del Nepote*, de algun trozo de los *Comentarios* de César ó de los *Oficios* de Ciceron, si el ejercicio fuere de retórica; y si de poética, de una ó mas estancias de una oda de Horacio ó de una égloga de Virgilio; á los de la segunda, una arenga



de Livio ó de Salustio, un libro ó trozo señalado de la *Encida*, ó una epístola ó sátira de Horacio, y á los de la tercera, dos ó tres partes escogidas de una oracion de Tulio, las epístolas á los Pisones y á Augusto de Horacio, ó bien un acto ó escena de una tragedia de Séneca.

12. Los ejercicios de filosofía y facultades mayores se reducirán á una disertacion latina, que el sustentante deberá componer en el término de ocho días, sobre la cuestion ó artículo determinado de la materia que se le señalare para el ejercicio, y á dar razon de su contenido, así en cuanto á su latinidad, orden y estilo, como en cuanto á la doctrina de ella y sus principios.

13. La junta censoria de tal manera distribuirá la materia particular de los ejercicios, ya en humanidades y filosofía, ya en facultades mayores, que al cabo del año se hallen ejercitados los discípulos en los puntos y cuestiones mas principales de estos estudios.

14. Tambien cuidará de variar y alterar con prudente distribucion la materia, puntos y cuestiones de los ejercicios en la sucesion de los años, para que abrazando en ellos la universidad de los estudios preliminares, subsidiarios y elementales de humanidades, teología y cánones, se hayan comprendido en un periodo determinado todos los principios y materias de las facultades que se estudiarán en el colegio.

15. Notificado que sea el objeto del ejercicio al sustentante, el catedrático respectivo le instruirá muy detenidamente en cuanto sea necesario para su buen desempeño, dando idea de la forma en que se puede disponer su disertacion, señalándole los libros en que debe tomar la instruccion y noticias convenientes, y cuidando de dirigirle, corregirle y prepararle en el discurso de la semana, por medio de pasos y conferencias particulares, para que pueda llenar su encargo con esplendor y aprovechamiento.

#### *De la forma de los ejercicios semanales.*

1.º Llegada la hora, y formada la comunidad como se ha dicho en el párrafo 1.º, capítulo iv del titulo primero, el sustentante, á la voz del rector, leerá la disertacion en tono perceptible á todos, con buena y clara pronunciacion, con sentido y expresion oportunos; y si el ejercicio fuere de humanidades, el sustentante recitará de memoria el trozo ó pasaje que se le hubiere señalado en los mismos términos.

2.º Acabada la recitacion ó lectura, se empezará á preguntar por el rector ó por la persona que este señalare, debiendo preferir á los que fueren de la facultad en que se tuviere el ejercicio, sin excluir á los demás que le pareciere conveniente, ó significaren deseo de preguntar ó hacer alguna observacion.

3.º Cuando el ejercicio fuere de disertacion, antes de preguntar sobre la doctrina de ella, se examinará su forma, dirigiéndose las preguntas á su latinidad, su estilo, y al orden y sucesion de las ideas, de las proposiciones, de las pruebas, y aun al tono, accion y gesto con que se hubiere leído.

4.º A esto seguirán las preguntas acerca de la doctrina de la misma disertacion, en las cuales se procu-

rár sondear la instruccion del sustentante en la materia á que perteneciere.

5.º Estas preguntas se podrán hacer tambien sobre puntos no tocados en la disertacion, con tal que sean pertenecientes al objeto de ella ó á la materia de donde fué sacada, ó que tengan íntima relacion con uno y otro.

6.º El rector, los regentes de otra facultad y los colegiales mas aprovechados procurarán con sus observaciones y preguntas hacer mas vario y provechoso el ejercicio, extendiéndolas á todos los conocimientos de la materia, pero con precisa aplicacion á ella, y sin divagar fuera de sus confines.

7.º En esto habrá grande economía, porque ni los mas adelantados deben defraudar á los que lo son menos del gusto de observar y preguntar por sí, ni tampoco abandonarles enteramente este cuidado, en perjuicio de la variedad y provecho del mismo ejercicio.

8.º Aun por esto será muy conveniente que el rector disponga que las observaciones y preguntas se empiecen á hacer por los mas modernos, y sigan el orden gradual hasta los mas antiguos.

9.º No solo se podrán hacer preguntas y observaciones, sino que se podrán poner dificultades y argumentos, de que deberá enterarse y á los que deberá responder el sustentante.

10. Pero la última satisfaccion á las observaciones y la resolucion de las dudas se dará siempre por el catedrático ó regente, si fuere necesario.

11. En esto procederán con el mayor miramiento, absteniéndose de tomar la palabra sin necesidad, no tomándola hasta que el sustentante haya puesto de su propio fondo cuanto supiere para satisfacer á la observacion, y dando, cuando la tomare, soluciones ó respuestas terminantes, breves y dignas de un maestro.

12. Ni por esto prohibimos á los regentes ó catedrático que las exornen con la doctrina y erudicion que fueren oportunas y puedan procurar la mayor ilustracion de los puntos discutidos; antes, persuadidos á que deben estar profundamente instruidos en ellos, exhortamos á que nada de útil y curioso omitan en este punto, con tal que jamás pierdan de vista que estos ejercicios no se establecen para el lucimiento de los maestros, sino para el provecho de los discípulos.

13. Las preguntas, observaciones y reparos, así como las respuestas y satisfacciones en los ejercicios de humanidades, se harán precisamente en castellano, y prohibimos absolutamente que se puedan hacer en latin, con ningún pretexto.

14. Lo mismo sucederá en los ejercicios de facultades mayores, salvas las excepciones que despues señaláremos, bien que á nuestro pesar, y solo por conformarnos con la necesidad del dia.

15. Ni de aqui se arguya que tenemos en poco la lengua latina, cuyas bellezas amamos y admiramos; tenemos por muy importante y necesario el conocimiento de ella, y por lo mismo hemos recomendado tan particularmente su ensenanza; pero pues la facilidad de hablarla de repente nos parece mas dañosa que útil, creemos que podemos prohibir su uso, no solo sin inconveniente, sino con esperanza de grande utilidad.



16. Consideren por lo mismo los maestros y discípulos de este colegio que la ventaja, si acaso lo es, de hablar de repente una lengua muerta, nunca puede compensar el tiempo y trabajo necesarios para adquirirla; que aun adquirida, sería perjudicial en estos ejercicios, no solo porque en una lengua extraña nunca se podrán enunciar las ideas tan propia y distintamente como en la nativa, sino porque segun la observacion del Brocense, nada corrompe tanto la pureza de la latinidad como el uso frecuente y familiar de ella; y en fin, porque en el uso de la vida, sean los que fueren los ministerios en que el hombre se empleare, el hábito de hablar latin es de una absoluta y notoria inutilidad.

17. Tambien prohibimos por punto general que para los argumentos y dificultades se use de la forma silogística; pues aunque harémos en esto alguna excepcion, no con menor repugnancia que en lo de hablar latin, deseamos desterrar de los ejercicios literarios de esta comunidad un uso que la experiencia ha acreditado de pernicioso.

18. Sea lo que fuere del origen de este uso y modo de argumentar, á nuestros ojos y en nuestros dias solo aparece como si se hubiese inventado de propósito para hacer á los literatos tercios é inconvertibles, para inspirar al que acomete un falso calor en favor de los sofismas y opiniones de escuela, substituir las tranquilas y sutilezas escolásticas á las dudas prudentes y bien fundadas de la critica y la sana razon, y para proporeionar al que se defiende efugios y escapatorias miserables, con que eludir la conviccion y el triunfo de la verdad. Por lo mismo, esperamos que el público ilustrado no reprobará la censura con que impugnamos esta especie de esgrima literaria, la cual apenas se conserva y sostiene entre nosotros sino por la preocupacion y la costumbre.

19. A pesar de esto, permitimos que en uno de los ejercicios de cada mes, perteneciente á facultad mayor, se pueda usar de argumentos en lengua latina y en forma silogística; pero entonces se cuidará de que se observe y siga bien esta forma; de que el sustentante resuma y absuelva las proposiciones segun ella, y de que se guarde el rito y el lenguaje que admite este método, procurando al mismo tiempo evitar sus excesos con el mayor cuidado.

20. Ni por esto se crea que condenamos el uso del silogismo, sino su abuso; conocemos que su forma es aplicable, no solo á los métodos analítico y sintético, sino tambien el geométrico y demostrativo, y que así como no hay silogismo que no se pueda descomponer y recibir las demás formas de argumentar, tampoco hay alguna en que las proposiciones no se puedan reducir á silogismos.

21. Por tanto, y para que no se maledicieren ni malinterpreten nuestras ideas, prevenimos que nuestro ánimo es solo desterrar de los ejercicios del colegio aquella forma árida é ingrata de argumentar, canonizada por los escolásticos, á cuya sombra han desaparecido de los teatros literarios la claridad, la solidez, el orden, la belleza, y en una palabra, todas las dotes que recomiendan el estilo didáctico ó doctrinal, y de

que existen tan excelentes modelos en la antigüedad, y sobre todo en Ciceron.

22. En suma, con la permission que llevamos hecha, y con el uso y ejercicio de la universidad, en cuyos actos y academias deberán seguir los colegios muy religiosamente el método general, esperamos que no aparecerán en la palestra pública inermes ni desprevenidos, ni seguirán con desventaja las lides literarias.

23. Recomendamos muy particularmente al rector que aun en estos argumentos, como en las observaciones y reparos que se hicieren segun la forma establecida, al paso que proteja la honesta libertad de hablar y conferir, evite muy vigilantemente las disputas acaloradas y tenaces; porfias que suelen encenderse muchas veces en los actos literarios mas por vanidad y por tema, que por amor á la verdad ó deseo de descubrirla.

24. Sobre todo, recomendamos á los individuos del colegio la mayor moderacion y cortesania en sus acciones y palabras durante estos ejercicios, y que nada se diga ni oiga en ellos que pueda ser contrario, no ya á la caridad que debe reinar entre hermanos, mas ni á aquella urbanidad literaria que la buena educacion exige para con todos, á fin de que, acostumbrados á ella, y presentados despues en los ejercicios públicos, acrediten con su compostura los principios que les fueron inspirados en los estudios domésticos.

#### *De los ejercicios de oposicion á las colegiaturas.*

1.º Para multiplicar los estímulos de la aplicacion de los colegiales, fué su majestad servido de ordenar por uno de los artículos del nuevo plan, que las becas ó colegiaturas de número se proveyesen en los supernumerarios, no por opeion, sino por oposicion.

2.º Y á fin de que tan sábia providencia tenga el debido cumplimiento, y que las oposiciones se arreglen á un método uniforme, constante y provechoso, mandamos que en ellas se observen perpétuamente las reglas siguientes.

3.º Ningun supernumerario que no haya cumplido el año primero de su colegiatura, ó no se halle aprobado en el exámen de humanidades, podrá ser admitido por oposicion á las colegiaturas de número.

4.º Mas si al tiempo de la vacante no hubiere en el colegio otro supernumerario que tenga las dos circunstancias arriba dichas, podrá ser admitido á oposicion cualquier supernumerario, aunque sea muy moderno; pero no el que cumplido el año, hubiere sido reprobado en el exámen de humanidades.

5.º En este caso, si hubiese dos ó mas humanistas modernos, se admitirán á oposicion, y se guardará la forma de ella; mas si hubiere uno solo, será examinado en los puntos y materias de la época ó épocas que hubieren pasado, segun la division hecha al capítulo primero, párrafo 6.º de este título.

6.º Si el tal único opositor saliere aprobado en este exámen, la comunidad le propondrá al Consejo para que se provea la vacante; mas si no lo fuere, se suspenderá la provision de la vacante hasta que haya opositores dignos de ascender á ella.

7.º Los opositores harán sus ejercicios en las ma-

terias que hubiesen estudiado ya, y no en las que estudien actualmente: por ejemplo, el teólogo que estudiare lugares teológicos y el canonista que estudiare la ética ejercitarán en humanidades; los que estudiaren el primer curso de santo Tomás y el segundo tomo del *Lugdunense*, ó el año primero de instituciones romanas, ejercitarán en lugares teológicos ó en ética, y así sucesivamente.

8.º Cuando los opositores fueren de diversos estudios, sin que haya suficiente número para combinar y formar trinca, ó á lo menos pareja entre ellos, los ejercicios de oposicion se reducirán á un exámen en los estudios que cada uno hubiese hecho.

9.º Mas cuando pueda combinarse trinca ó pareja entre los opositores, se observará la forma rigurosa de oposicion, para asegurar mas bien el juicio comparativo de los sujetos.

10. El ejercicio de los humanistas se reducirá á una disertacion latina sobre el punto que les tocare, cuya lectura dure por lo menos veinte minutos, y á preguntas que le harán el opositor ó opositores contrincantes, ya sea sobre la buena version, ya sobre las calidades del estilo ó del artificio retórico ó poético, ó ya sobre el arte de analizar, extractar y componer; pero sin salir de la memoria y objeto del ejercicio.

11. Para dar los puntos se formarán por el catedrático doce edulitas, cada una de las cuales contendrá un asunto ó materia de disertacion, las seis de ellas pertenecientes al género retórico, y las seis restantes al estilo poético.

12. Cuarenta y ocho horas antes de las del ejercicio, el opositor parecerá á presencia de la junta, y allí, colocadas las doce cédulas en un pilorio, caja ó bolsa, y bien revueltas, sacará el rector una de ellas, la entregará al opositor, que la leerá en público, la copiará por su mano, y quedará señalado el punto de la disertacion.

13. En el acto mismo, y presente la junta, el catedrático le hará las prevenciones convenientes para el modo de formar y ordenar su disertacion y estudiar su materia, indicándole los libros de que puede valerse, y dándole la direccion y luces necesarias para el mejor desempeño de su ejercicio; lo que se hará así con todos, observando en esto la mas escrupulosa igualdad.

14. Desde este instante le llevará el rector á un cuarto, que estará destinado para el asunto, del cual no saldrá el opositor hasta el día y hora del ejercicio, pues allí se le asistirá con comida, y tendrá cama y demás necesario para su subsistencia y descanso.

15. Tendrá tambien los libros que indicare el catedrático y los demás que pidiere, ya sean propios, ya de la biblioteca, papel, tintero y demás necesario para su trabajo.

16. Colocado allí el opositor, cerrará el rector la puerta, y tendrá en su poder la llave del cuarto, sin fiarla mas que al familiar asistente, por cuyo medio sabrá de tiempo en tiempo si algo desea ó necesita, y cuidará de que se le asista á sus horas con comida, luz y cama, procurando evitar cualquiera superchería capaz de frustrar los efectos de tan acertado método.

17. El mismo se observará con los opositores de otros estudios, sin mas diferencia que la de acomodar las cédulas á los puntos y materias que hubiere estudiado cada uno, la de formarse por el regente de su facultad, y dar este la direccion é ilustracion prevenida al número 14.

18. Mientras el opositor continuare en su encierro, la junta hará que se publique el punto del ejercicio, poniéndole en la tabla general, para que todos, y particularmente los contrincantes, puedan enterarse de él y prepararse para hacer sus preguntas y observaciones.

19. Llegada la hora, se congregará la comunidad en el aula, y bajará á ella el opositor, acompañado del maestro de ceremonias, y ocupará desde luego la cátedra.

20. Hecha por el rector la señal correspondiente, empezará á leer la disertacion en tono claro y perceptible, con buen sentido y expresion, y sin que se le interrumpa.

21. Prohibimos absolutamente el uso de arengas, vénias, elogios y demás abusos de esta clase; pero no los exordios retóricos, con tal que sean buenos y acomodados á la naturaleza de un escrito breve y didáctico.

22. Leida la disertacion, empezarán las preguntas, esperándose siempre la voz del rector, quien despues de alguna pausa, cedida al descanso del ejercitante, hará la señal de costumbre.

23. Estas preguntas durarán media hora de parte de los opositores, preguntando un cuarto de hora cada contrincante; pero si fuere uno solo, podrá preguntar toda la media hora, y no acomodándose á ello, cumplirá con preguntar un cuarto de hora, y seguirá otro colegial, no opositor, que el rector dispondrá que vaya prevenido para el caso.

24. Acabadas estas preguntas, el rector podrá hacer que los regentes y consiliarios hagan otras sobre la materia del ejercicio, consumiendo en esto el tiempo que le pareciere, con tal que sea determinado é igual en todos los opositores.

25. Concluido el acto, á la voz del rector, se disolverá la comunidad; el ejercitante volverá á su cuarto, acompañado del maestro de ceremonias y contrincantes, y los vocales de la junta censoria quedarán solos en el aula para hacer la graduacion del ejercicio.

26. Esta graduacion se hará por el método que hemos prescrito para los de los exámenes secretos anuales, de que trata el párrafo 7.º, capítulo iv de este título.

27. Como la graduacion del exámen se hará por las notas de *sobresaliente*, *aprovechado*, *atrasado*, si resultaren dos ó mas opositores en igual grado y nota, los jueces en la censura general, atendiendo á aquellas ventajas, que aunque accidentales, distinguen el mérito individual de los literatos, señalarán un orden de preferencia en la escritura de ellos, bien que siempre con respecto al método literario de cada uno, y no al de otra especie.

28. Acabada por este método la oposicion, se exten-



derá la censura general por la junta censoria, fundándola en el mérito positivo y comparativo de cada ejercicio, de que se dará razon exacta, y fundándola todos los vocales.

29. A consecuencia, el rector juntará la comunidad cuando mejor le pareciere, y haciendo leer en ella la censura, se procederá á formar la propuesta para remitir al Consejo.

30. En esta propuesta no se podrá incluir mas que tres sujetos: uno en 1.º, otro en 2.º y otro en 3.º lugar; y si fueren solo dos los opositores, se pondrá á uno en 1.º, y á otro en 2.º lugar.

31. Esto se observará tambien aun cuando los opositores sean de diversos estudios, por cuanto la diferencia de ellos no excluye las ventajas de la graduacion.

32. Estos lugares de la propuesta se arreglarán por voto riguroso y en quienes obtuvieren la mayoría, sin que haya necesidad de expresar cuántos tuvo, ni cuántos faltaron al propuesto en cada lugar.

#### *De los exámenes privados.*

1.º Entrado el mes de agosto de cada año, cesarán los ejercicios semanales, y los pasos diarios tendrán por objeto principal el repaso de los estudios hechos en todo el año, y la preparacion de los colegiales para el examen general, que deberá sufrir en fin de él.

2.º Hacia la mitad del mes de setiembre, término del año escolástico, la junta censoria fijará los dias en que debe hacerse este examen general y privado de todos los individuos del colegio, así humanistas como canonistas y teólogos.

3.º Los regentes y catedrático deben haber empleado todo su celo, y los colegiales toda su aplicacion, para preparar de antemano esta prueba, en que están librados la gloria de los primeros y el crédito de los segundos.

4.º A cada facultad se señalará un dia, y en la mañana del examen empezará este por el colegial mas antiguo de la facultad, y se continuará por el mismo orden hasta el último, empleando en esto, cuando no bastare la mañana, la tarde y aun la noche del mismo dia.

5.º Ni tampoco será necesario cerrar todo el examen dentro del dia, pues si tal vez no pudiera hacerse cómodamente en él, se podrá continuar y acabar en el siguiente.

6.º Ningun colegial que no estuviere graduado de licenciado se eximirá de este examen con ningun pretexto, pues lá prueba debe ser general por todo el tiempo que preceda á la licenciatura.

7.º Si algun bachiller en facultad mayor hubiere sido nombrado en comision ú obtenido licencia para ausentarse durante alguna temporada del verano, conforme á lo dispuesto en el párrafo 6.º, capítulo III del título primero; si la comision ó licencia comprendieren el plazo de los exámenes, no podrán salir del Colegio al tiempo que deban sufrirlo.

8.º Pero si por alguna casualidad, habiendo salido sin examen, se hallare fuera del colegio al tiempo que debió sufrirlo, le sufrirá irremisiblemente á su vuelta.

9.º Finalmente, si algun colegial se hallare enfermo en el dia de los exámenes, y la enfermedad no fuere afectada, su examen se verificará luego que haya convallecido de ella, pues por ninguna manera queremos que se omita esta prueba de la suficiencia de los colegiales, que tenemos por muy importante.

10. Estos exámenes se harán en la rectoral, á puerta cerrada y á presencia de toda la comunidad, sentados al frente los vocales de la junta literaria, como jueces; al lado derecho los individuos de las facultades á que no pertenezca el examen, como espectadores; al izquierdo los que deben sufrir el examen en el mismo dia, como aspirantes, y en medio de todos el examinando.

11. El examen consistirá principalmente en preguntas sobre todas las materias que deben haber estudiado cada uno de los examinados en todo el tiempo de sus estudios; pero en especial en el curso precedente.

12. En la parte relativa á humanidades, además de las preguntas, se harán otras pruebas, como de traducir, extractar, analizar y componer.

13. En filosofia y facultades mayores, en lugar de las preguntas se harán observaciones y se pondrán reparos, para descubrir el fondo de doctrina que hubiere adquirido el examinando, sus progresos en los estudios que hubiere hecho, y la aplicacion de su talento y luces á las materias de su pertenencia.

14. Si en ellas se quisiere por alguno de los que hayan de preguntar, argüir en forma silogistica, lo podrá hacer con permiso del rector, que no lo dispensará muy largamente.

15. Empezará á preguntar el rector si quiere, y si no, el regente ó catedrático de la facultad á que perteneciére el examen, el cual tanteará al examinando por todas las materias que debe haber estudiado.

16. Cuando hubiere acabado el regente ó catedrático, seguirán preguntando los de ajena facultad, variando siempre el objeto de sus preguntas, para tantear mejor el fondo del examinando.

17. Seguirán por orden de antigüedad los colegios de ajena facultad, preguntando, aprobando y observando en la misma forma.

18. Ultimamente, preguntarán los que deben ser examinados en aquel dia; pero no los que ya lo hubieren sido, por evitar despiques.

19. Convendrá que en las pruebas y preguntas se guarde por todos un cierto orden, empezando en humanidades por lo que corresponde á las dotes del estilo en general en los géneros retórico y poético, siguiendo por las del estilo particular en las especies comprendidas en ellos, pasando luego á la parte del artificio, y concluyendo con los ejercicios de pronunciacion, accion, gesto, análisis, extracto y composicion.

20. En la parte relativa á filosofia y facultades mayores, empezarán las preguntas por los estudios principales, seguirán por los auxiliares y acabarán por los elementales de cada facultad.

21. En estas pruebas se tendrá gran consideracion á la edad, indole y complexion del examinando, procurando todos á una animar al tardo, encogido y ver-



gonzoso, aplaudir al pronto y despejado, y entrar en regla al presumido é indolente.

22. Como nuestro ánimo sea que esta prueba no se reduzca jamás á formularia, sino que se haga siempre de buena fe y segun reglas de justicia, cuidará el rector que de tal manera se dirijan las preguntas y tentativas, que la generalidad de ellas comprenda cuantos estudios debió haber hecho el examinando.

23. Por tanto, si así no sucediere, aun despues de haber preguntado todos, el rector no dará por fenecido el exámen, sino que mandará al individuo ó individuos que eligiere continuar preguntando sobre ciertas y determinadas materias, hasta que teniendo por bastante la prueba, mande acabar el ejercicio.

24. Cuidará mucho el rector de que en estos exámenes no haya confabulacion ni padrinzagos ni partidos, abriendo mucho los ojos sobre esta especie de enredos, que suelen corromper las mas prudentes constituciones.

25. Pero cuidará mucho mas de que tampoco haya preguntas capciosas, argumentos sofísticos ni tentativas insidiosas; yendo á la mano á cualquiera que saliere de los límites que prescribe la buena fe, y reprendiendo con severidad esta especie de raterías literarias.

26. En ambos puntos velará muy particularmente sobre los condiscipulos de cada examinando, mas expuestos que otros á las afecciones de amistad y aversion, ó por el trato mas familiar y continuo, ó por la identidad de deseos é intereses que tendrán en aquel instante.

27. Pero el celo del rector distinguirá muy cuidadosamente la envidia de la noble emulacion, reprimiendo el livor de aquella como feo y detestable, y tolerando en esta aquella natural impaciencia con que el hombre aplicado desea cobrar en opinion y aplauso cuanto ha expendido en afan y vigiliass.

### *Del exámen público y su preparacion.*

1.º Al mismo tiempo que la junta censoria señalará dias para los exámenes privados, fijará el del exámen público y solemne, que deberá ser uno de los últimos de setiembre.

2.º Los regentes y catedrático habrán dispuesto antes una especie de prospecto en lengua castellana, en el cual se dará razon de los jóvenes que se deben presentar á este exámen, de la facultad que sigue cada uno y de las materias que ha estudiado y en que podrá ser preguntado por los concurrentes.

3.º Este prospecto se examinará por la junta, y aprobado que fuere, se imprimirá y repartirá á las personas que se convidaran al exámen.

4.º En él se prevendrá que los convidados podrán preguntar, y aun tambien que preguntarán ellos solos, y no los individuos del colegio.

5.º Se convidará precisamente para este exámen á los individuos de los dos colegios militares del Rey y de Alcántara, pasándoseles oficio por el maestro de ceremonias, con ejemplares del prospecto impreso.

6.º Se convidarán tambien y repartirán ejemplares á los señores Intendente, Corregidor, Obispo, Dean,

rector y cancelario de la universidad, y á otros individuos de los demás cuerpos civiles, eclesiásticos y literarios de esta ciudad, á voluntad del rector, que distinguirá siempre á los catedráticos y facultativos, para mayor lucimiento del acto.

7.º Los colegiales libres de exámen se esmerarán este dia en acompañar y obsequiar á los concurrentes, recibiendoles y proporcionándoles asiento, despidiéndoles y prestándoles todos los oficios de atencion y obsequio debidos á las personas que honraren con su presencia el acto mas solemne de la comunidad.

8.º Pero en esto se señalará mas particularmente el maestro de ceremonias, por la obligacion de su ministerio, á cuyas funciones pertenece la representacion de la comunidad en esta especie de obsequios.

9.º El exámen se tendrá en la rectoral, á puerta abierta, y con todo el aparato que permitieren las facultades del colegio, donde se mirará siempre este dia como destinado á la gloria de los individuos sobresalientes, al estímulo de los aprovechados y á la confusion y vergüenza de los perezosos.

10. Al frente de la sala, y á una vara de distancia de la silla del fundador, se pondrá una mesa atravesada; en medio se sentará el rector, á sus lados los dos regentes, ó uno y el catedrático, y en la fila de bancos y sillas, que correrán á una y otra banda, los convidados, segun el órden que mas bien le pareciere.

11. La comunidad no estará formada, y sus individuos tomarán los asientos que les quedaren libres despues de colocados los concurrentes.

12. No se negará entrada ni asiento á persona alguna decente que quisiere asistir; pero serán preferidas las convidadas, y jamás se dará lugar á la confusion que pudiese atraer la demasiada concurrencia.

13. Sobre la mesa rectoral habrá ejemplares de los autores clásicos que hubieren de servir para el exámen, los cuales se ofrecerán á los concurrentes que quierian preguntar.

14. Habrá asimismo un ejemplar de la *Santa Biblia*, y otro de los cuerpos de derecho civil y canónico, por si los concurrentes quisieren citar en sus preguntas y reparos alguno de sus textos.

15. El bibliotecario estará prevenido, por si se pidiere alguna coleccion de concilios ó santos Padres, ú otro libro que no exista en la mesa, para ofrecerle al punto y traerle á la sala.

16. Sufrirán este exámen: 1.º en humanidades, los que hubieren cumplido el primer año de colegio; 2.º en ética, derecho natural y social, los que hubieren cumplido el segundo; 3.º en derecho civil y patrio, los que estuvieren para entrar al quinto curso; 4.º en derecho canónico, los que hubieren cerrado el sexto; 5.º y en teologia todos, segun las materias que cada uno hubiere estudiado.

17. Los colegiales graduados de bachiller en facultad mayor estarán dispensados de este exámen; pero podrán presentarse á él, si quisieren acreditar públicamente su aprovechamiento.

18. En este caso manifestarán su deseo á la junta con anticipacion, la cual, no hallando reparo, hará

colocar sus nombres en el anuncio entre los que deben presentarse á examen.

19. Si algun colegial se hubiere aplicado á cualquier estudio extraordinario y no comprendido en el plan, y quisiere ser examinado en él, lo podrá conseguir por el mismo medio.

20. Si de los exámenes privados resultare alguno reprobado, se le excluirá del examen público, por evitar su vergüenza y la confusion de los demás.

*De la forma del examen público.*

1.º Este examen se tendrá por mañana y tarde, y durará dos horas ó mas, si no desagradare á los concurrentes.

2.º Las horas se fijarán por el rector, quien cuidará de que sean las mas cómodas para los asistentes y de que se anuncien en el prospecto.

3.º Al pié de la sala habrá otra mesa atravesada, mirando á la mesa rectoral, y en ella se sentará el regente ó catedrático á quien perteneciere el examen, y á los lados todos los discípulos examinandos por su antigüedad.

4.º El examen se hará por facultades, por la mañana de humanidades, ética y derecho civil, y por la tarde de derecho canónico y teología.

5.º El acto empezará por una oracion latina, que compondrá el catedrático de humanidades, alusiva al objeto del día, y leerá ó recitará el discípulo que él mismo eligiere.

6.º A esto seguirán las preguntas, empezando por el colegial mas moderno, y siguiendo hasta el mas antiguo de la facultad.

7.º El rector convidará primero á que pregunten las personas condecoradas del concurso, y si no gustaren de ello, ó cuando hubieren acabado, dirigirá particularmente la palabra á los sujetos que sigan la facultad en que se hiciere el examen.

8.º En este convite distinguirá siempre á los individuos de nuestros colegios militares, como á quienes toca mas de cerca el lucimiento de este acto, por la hermandad que reina entre todos.

9.º Tambien dirigirá su palabra á otros convidados; pero declarando desde el principio que todos podrán preguntar cuando gustaren y por su orden.

10. Si algun concurrente no convidado pidiere permiso para preguntar, se le concederá cuando el orden y el tiempo no lo estorbaren, y entonces se le ofrecerá un ejemplar del prospecto, si ya no le tuviere.

11. Las preguntas se reducirán á los términos del prospecto, y el rector cuidará de recordarlo con la debida atencion, si alguno se olvidare de ello, así como de que se guarde en las preguntas el orden señalado.

12. Pero los que preguntaren podrán, si quieren, dirigir alguna pregunta á determinado colegial, cuidando de que se vuelva á seguir el orden, y sobre todo, de que el examen y preguntas se extiendan á todos, para que ninguno deje de manifestar su aprovechamiento.

13. Los colegiales á quienes se dirigieren las preguntas las absolverán con la mayor claridad y exactitud que pudieren, dando acerca de ellas toda la razon que cupiere en sus conocimientos.

14. El regente no los interrumpirá; pero animará á los tímidos y encogidos, y socorrerá la memoria de todos, recordándoles muy ligeramente lo que entiendan que saben, y sin encargarse nunca de responder por ellos.

15. Mas como los preguntantes podrán hacer algunas observaciones y proponer algunas dudas cuya solucion sea superior á la inteligencia de los jóvenes, el regente ó catedrático, despues que el discípulo haya dicho lo que sabe, añadirá por sí muy brevemente lo que baste para satisfacer del todo la pregunta ó duda que se hubiere propuesto.

16. Todas estas respuestas serán en castellano, aunque las preguntas se hiciere en latin, y esto se prevendrá tambien en el prospecto.

17. Aunque los colegiales bachilleres no entrarán en este examen sino voluntarios, quisiéramos que alguno ó todos juntos se animasen á sustentar por este tiempo un acto público en alguna de las importantes materias que hubieren estudiado de su facultad, para que nunca faltase de su parte un medio de acreditar en público su aprovechamiento.

18. En este caso, el día, el convite, la materia, la forma y demás relativo á este acto se arreglarán por la misma junta censoria, pues por lo mismo que será un ejercicio extemporáneo y voluntario, dejamos enteramente á su arbitrio la disposicion de él.

*De la censura literaria de los colegiales.*

1.º No hemos propuesto estos exámenes para que se haga de ellos ostentacion; fines mas altos y provechosos han movido nuestro ánimo á instituirlos y ordenarlos en la forma que va prescrita.

2.º El primero es ofrecer al talento y la aplicacion rennidos aquel dulce premio de aplauso y reputacion que se les debe de justicia; el segundo, estimular por medio de esta perspectiva aquellos ánimos capaces de llegar á ella, pero que fluctúan todavía entre los atractivos de la gloria y el descanso; el tercero, despertar á los que duermen entorpecidos en la pereza, con el fuerte llamamiento de la humillacion, que es el castigo mas análogo á su flojedad y abandono.

3.º Por esto mandamos que en los exámenes privados la junta literaria forme una censura exacta y rigurosa del mérito de cada colegial, regulándole con toda exactitud y justicia.

4.º Esta censura será expresiva del aprovechamiento que haya acreditado cada colegial en sus diversos estudios.

5.º En las humanidades serán tres los objetos de la censura, á saber: *version*, *artificio* y *composicion*; extendiéndose bajo el nombre de *version* cuanto abraza la enseñanza de las dos primeras épocas; bajo el de *artificio* lo que pertenece á la tercera; y en el de *composicion* cuanto toca al arte de analizar, extraer y componer.

6.º En facultades mayores la censura será tambien expresiva de la instruccion del examinando en los estudios *preliminares*, *subsidiarios* y *elementales*.

7.º Los jueces, que durante el examen de los colegiales habrán aplicado su atencion á todos estos objetos,



se congregarán en la noche del mismo día, y según lo que acordare la mayoría, oído y atendido siempre el informe del catedrático ó regente respectivo, se acordará la censura que corresponda á cada uno.

8.º Esta censura no se hará por puntos, sino por grados; pero la graduación será respectiva á cada uno de los objetos indicados á los números 4.º, 5.º y 6.º

9.º Los grados serán solamente tres, á saber: *excelencia*, *aprovechamiento* y *atraso*; y así, á cada colegial y en cada estudio se le notará por *sobresaliente*, *aprovechado* ó *atrasado*.

En las humanidades, por ejemplo, la graduación se hará así:

| Nombres. | Artificio.   | Versión.       | Composicion latina y castellana. |
|----------|--------------|----------------|----------------------------------|
| D. N.    | Aprovechado. | Sobresaliente. | Sobresaliente.                   |
| D. N.    | Idem.        | Aprovechado.   | Atrasado.                        |
| D. N.    | Atrasado.    | Idem.          | Idem.                            |
| D. N.    | Idem.        | Atrasado.      | Idem.                            |

10. La graduación en las facultades mayores se hará con respecto á la facultad y años de estudio de cada uno y á los objetos indicados al número 6.º; por ejemplo:

| Nombres. | Facultades. | Años. | Preliminares.  | Subsidiarios. | Elementales.   |
|----------|-------------|-------|----------------|---------------|----------------|
| D. N.    | Ética.      | »     | Aprovechado.   | Aprovec.      | Sobresaliente. |
| D. N.    | Leyes.      | 1.º   | Idem.          | Atrasado.     | Aprovechado.   |
| D. N.    | Cánones.    | 1.º   | Atrasado.      | Idem.         | Idem.          |
| D. N.    | Teología.   | 6.º   | Sobresaliente. | Idem.         | Idem.          |

11. Para que el examen logre aprobación, es necesario que el colegial examinando saque la graduación de aprovechado en el principal y primer objeto de sus estudios.

12. Por consiguiente, el humanista á quien se gradúe de atrasado en la versión latina, y el canonista ó teólogo en los elementos de su facultad y curso, se entenderán reprobados en el examen.

13. Las demás calidades se tendrán en consideración para la graduación general, de que se hablará en el capítulo siguiente; pero no para la reprobación del examen.

14. Queremos que entiendan los vocales de la junta censoria que para hacer estas graduaciones procedan con toda imparcialidad y sin aceptación de personas, puesto que libramos en ellas el primero de todos los estímulos que se pueden presentar á los jóvenes, y que por otra parte tendrán la mayor influencia en su colocación.

15. Al colegial que fuere reprobado en el examen no se le permitirá pasar adelante en sus estudios, sino que continuará en los que acaba de hacer, mientras no obtuviere aprobación en la forma que va dicha.

16. Aunque nuestro ánimo sea, no solo estimular la aplicación, sino tambien castigar la pereza, estamos muy lejos de querer que se agrave la aflicción de aquellos que tuvieron la desgracia de ser reprobados, pues la humillación que de esto les resulte será un castigo harto grave.

17. Por tanto, el regente ó catedrático, á quien mas particularmente toca el consuelo de sus discípulos, al mismo tiempo que represente al reprobado las malas consecuencias de la inaplicación, ensanchará su ánimo, haciéndole conocer que la pérdida no es tan irreparable, que no se pueda remediar con el estudio y el trabajo sucesivos.

18. Tambien prevenimos á los jueces tengan en estas observaciones el miramiento y templanza que piden la edad, el talento y la complexión de cada individuo; siendo indulgentes con aquellos espíritus tardos y apocados en quienes son estériles los esfuerzos de la aplicación, y no manchando con esta nota sino á aquellos que por inaplicación y abandono la hubieren merecido.

#### *De la censura moral de los colegiales.*

1.º Aunque los estudios sean uno de los principales objetos de este instituto, no podemos prescindir de que, siendo tambien un seminario de virtud, al cual vienen los conventuales á recibir la educación conveniente al estado y regla que han profesado, y á los ministerios para que los destina su madre la orden, deben ser igualmente recomendables á nuestros ojos por los ejemplos de virtud y conducta religiosa que dieren, que por sus adelantamientos en la literatura.

2.º Por lo mismo, habiendo extendido nuestro reglamento á la conducta institucional, así como á la literaria de los colegiales, queremos que entiendan todos que nuestro ánimo fué reunir en cada uno las dotes correspondientes á estos dos principalísimos objetos de la institución del colegio.

3.º Así que, se deberá persuadir todo colegial que no será tenida en mucho cualquiera excelencia que alcanzare en las letras, si el arreglo de su conducta no acreditare que está acompañada del santo temor de Dios; ni la conducta moderada y sin nota bastará para recomendarle cuando estuviere desuada de aquella instrucción y conocimientos que son indispensables para desempeñar los ministerios en que serán colocados algun día.

4.º En suma, destinados á enseñar y edificar á los pueblos, deseamos que puedan serles tan provechosos con su ejemplo como con su doctrina, y que los que en un día han de ilustrar y santificar á otros, empiecen temprano á ilustrarse y santificarse á sí mismos.

5.º Movidos de este justo deseo, hemos mandado por auto de la presente visita que se lleve perpétuamente en este colegio un libro de matrícula, donde consten las calidades personales de cada uno de sus individuos,



tanto por lo respectivo á su conducta moral como á la literaria.

6.º Para que esto se cumpla con toda exactitud y justicia, mandamos que además de la graduacion de los exámenes, de que trata el párrafo precedente, y que será reducida al mérito literario de los colegiales, se haga otra respectiva al que tenga cada uno por las demás calidades de que esté adornado.

7.º Esta graduacion tendrá tres objetos, á saber: *talento, aplicacion y conducta*, pues todas tres dotes pueden contribuir, no solo á calificar la integridad del mérito literario de cada individuo, sino tambien á fijar el juicio de sus calidades y prendas morales.

8.º Serán igualmente tres los grados ó escalas de esta graduacion, á saber: en talento, *sobresaliente, bueno, corto*; en aplicacion, *grande, mediana, escasa*; en conducta, *ejemplar, regular, mala*.

9.º Esta graduacion se hará por el rector, y este deberá oír antes el dictámen del maestro de cada colegial, y aun del maestro de ceremonias del colegio.

10. Rogamos muy encarecidamente, así al rector como á los que hubieren de aconsejarle en la calificación del talento y de la aplicacion de los colegiales, guarden la mas estrecha imparcialidad y rigurosa justicia, puesto que del exacto conocimiento de ambas dotes ha de resultar el juicio del mérito actual de cada uno, y aun las esperanzas que puede anunciar para lo sucesivo.

11. Pero les rogamos con mayor encarecimiento todavía que en lo de graduar la conducta de los colegiales tengan consideracion á la flaqueza é inesperienza de sus años, y que reflexionen que tal vez en la lozanía de la vida es solo un defecto, una imperfeccion, lo que en la edad adulta es un vicio, y que pedir á un jóven la madurez y circunspeccion de la vejez, es lo mismo que desconocer la naturaleza, ó no contar con ella para dirigirla al bien y al orden.

12. Hechas estas graduaciones, se extenderán por el rector en un libro que llevará á este fin, en la forma que se dirá despues.

13. Le encargamos en este punto la mayor reserva, no solo por ser conforme á la caridad, atendida la materia de estas graduaciones, sino por evitar las quejas, resentimientos y discordias que ocurren ordinariamente en semejantes juicios.

14. El rector se arreglará á ellas para formar la matrícula ó extracto de las circunstancias de cada individuo del colegio.

15. A este fin llevará un libro ó cuaderno de matrículas, y en él sentará al fin de cada año el resultado general de la graduacion moral y literaria de cada colegial.

16. Para que esta matrícula sea mas llena y abrace la noticia de todas las circunstancias personales de los individuos del colegio, se notará tambien en ella la patria, edad, antigüedad de hábito y grados y oficios de cada colegial.

17. Y á fin de que esto se haga siempre bajo un método uniforme y constante, la forma de cada matrícula se arreglará al modelo que se dará al efecto.

18. Este libro estará siempre secreto y reservado en

poder del rector, sin que de él se pueda en ningun tiempo pedir ni dar testimonio favorable ni adverso con motivo alguno.

19. Cuando entre nuevo rector, el que salga le entregará el libro de matrícula de cada colegial, y recogerá recibo de él para su resguardo, y el nuevo rector continuará en él las matrículas sin alteracion alguna.

20. Cuando vinieren á visitar el colegio, se presentará el libro de matrículas en la visita secreta, para que los que la hagan se instruyan por él de las cualidades de todos los individuos; pero jamás se copiará en todo ni en parte en los autos de vista, sin expresa especifica comision de su majestad ó del Consejo.

21. Dos son los principales lines á que aspiramos por medio de este saludable establecimiento: primero, que el rector en los informes que debe dar al Consejo en fin de cada año, tenga en su poder un testimonio de sus aserciones, pues arreglándose á lo que resulte de cada matrícula, sin necesidad de expresarla, nunca podrá ser tachado de predileccion ni aversion en favor ni en contra de ningun individuo.

22. Segundo. Que sabiendo todos que sus buenas ó malas circunstancias se califican anualmente sin parcialidad ni contemplacion, y que el resultado de estas calificaciones ha de fijar el concepto de su mérito moral y literario ante sus superiores, é influir en su reputacion y en su fortuna, sientan á todas horas un estímulo que los aguije poderosamente hácia el bien, y un fuerte freno que los aleje del mal.

23. Mas como dentro de los grados del *talento, aplicacion y conducta* de los individuos puedan contenerse grandes diferencias, puesto que entre lo bueno y óptimo hay su medio, así como entre lo malo y lo pésimo, el rector, á quien toca mas particularmente velar sobre la conducta pública y privada de sus súbditos, podrá expresar en los informes anuales estas diferencias y calificarlas con los hechos que supiere.

#### De los premios y castigos.

1.º Aunque deseamos que la santa y dulce tranquilidad que nace del ejercicio de la virtud, y el amargo desasosiego que produce el abandono de los propios deberes sean el principio de conducta que prevalezca en el colegio, hemos querido fortificar este estímulo, propio de las almas virtuosas, por medio del aplauso y el vituperio, que no podrán ser indiferentes á la noble y honrada juventud que vendrá á poblarle.

2.º Mas como tampoco podamos prescindir de que tal vez vendrán á este colegio alguno ó algunos individuos que arrastrados del amor al descanso, entorpecidos por la pereza ó apegados en demasia á su propia conveniencia, se hagan insensibles á los atractivos de la virtud y del honor, nos ha parecido necesario moverlos por los del interés, presentándoles el premio y el castigo una espuela y un freno mas poderosos para encastrarlos al bien y retraerlos del mal.

3.º Con esta mira hemos dictado muchas de las providencias contenidas en el presente reglamento, y señaladamente en este título, cuya repeticion evitaremos aquí, ciñéndonos á expresar los principales premios y

castigos que se aplicarán á la buena ó mala conducta de los colegiales.

4.º A ninguno se obligará á recibir el grado de bachiller, y á cualquiera que quisiere tomarle se le costeará íntegramente por el colegio; pero el que no le hubiere obtenido no será admitido á oposicion á los curatos de la órden, en concurrencia de otros individuos que estuvieren graduados, segun lo dispuesto en el plan aprobado por su majestad.

5.º Tampoco se obligará á ninguno á recibir la licenciatura por esta universidad; pero á los colegiales de número que aspiraren á ella se les ayudará con las dos terceras partes de su costo total, que suplirán los fondos del colegio, con arreglo á lo determinado en el mismo plan.

6.º Además de esto, solo los individuos de la órden que hubieren alcanzado este grado tendrán derecho en lo sucesivo á las dignidades y beneficios de la órden que se confieren por consulta, á las prelaturas del convento y colegio, y á las cátedras y regencias de una y otra comunidad, como está mandado en otro artículo del plan.

7.º El colegial supernumerario que hubiere sido reprobado en el examen de humanidades será inhábil para ascender á las colegiaturas de número, y no podrá ser admitido á la oposicion de las vacantes que ocurrieren en su tiempo.

8.º Los colegiales que hubieren sido reprobados en alguno de los exámenes anuales antes de recibir el bachillerato, no podrán pasar á los estudios progresivos de su facultad, sino que permanecerán por otro año en los mismos en que fueron reprobados en el anterior, y por consiguiente perderán un curso en la universidad, atrasarán un año la recepcion del grado, y tal vez perderán el derecho de ser admitidos á la licenciatura.

9.º Los que despues del bachillerato hubieren sido aprobados en todos los exámenes anuales podrán aspirar á la licenciatura de la universidad, sin necesidad de prueba ninguna en el colegio; pero el que hubiere sido reprobado una vez sola, no podrá sin que preceda una rigurosa tentativa.

10. Esta tentativa, que se hará segun la forma de los ejercicios semanales, ó la que determinare en tiempo el rector, y con consejo de la junta censoria, decidirá de su derecho al grado, pero si no fuere aprobado en ella, no se le permitirá recibirle ni se le ayudará con los fondos del colegio.

11. El que hubiere sido reprobado una vez sola en el examen anual antes ó despues del bachillerato, no podrá obtener comision de pruebas durante su residencia en el colegio, sino que se dará cuenta de su reprobacion al Consejo y al señor Presidente, para que no se le distinga con esta confianza.

12. Aunque no privamos absolutamente al colegial que hubiere sido reprobado una vez del derecho de obtener licencias y otras comisiones, en la forma que está arreglada al párrafo vi, capítulo iii del título primero, esperamos de la justificacion del Consejo y del señor Presidente, á quienes se dará cuenta de su reprobacion, que la tendrán en memoria para no dispensarle, sino con muy urgente motivo, semejantes gracias.

13. Finalmente, cualquier colegial que fuere reprobado dos años seguidos ó tres interpolados en los exámenes anuales del colegio será inmediatamente privado de su colegiatura y restituído al convento para asistir al coro y emplearse en los ministerios de la casa.

14. Sobre todo, el rector cuidará de que los informes anuales, que debe enviar al Consejo, sean á un mismo tiempo premio de los buenos y aplicados y castigo de los malos y perezosos, recomendando con igual celo á la justificacion del Consejo el mérito de los primeros y el atraso de los segundos.

15. No queremos comprender en esta disciplina aquellos delitos que se oponen á las leyes del Estado y de la Iglesia, porque si algun individuo del colegio incurriere en ellos (lo que no esperamos), se procederá contra él conforme á lo dispuesto en las definiciones y leyes de la órden.

16. Tampoco comprendemos aquí el castigo de las faltas y excesos contrarios al instituto y disciplina general de la órden misma, pues este será tambien regulado por sus leyes y definiciones.

17. Pero las culpas y delitos comunes y contrarios al instituto peculiar del colegio se corregirán y castigarán con arreglo á lo que se declara en el presente artículo.

18. Las penas de que podrá valerse el rector para el castigo de estos excesos se reducirán á reprension, humillaciones y privaciones.

19. Y para que en la aplicacion de ellas se observen siempre un método y máximas constantes, hacemos al rector las prevenciones siguientes:

20. Las reprensiones se aplicarán para la correccion de aquellos excesos que suelen cometerse por inconsideracion y ligereza mas que por malicia y depravacion, y serán de tres especies: secretas, privadas y públicas.

21. Cuando la falta ó exceso, por su tamaño ó por su publicidad, no fuere de la mayor gravedad, el rector la reprenderá en secreto, llamando al culpado á su cuarto, sin nota, y amonestándole y apercibiéndole como mereciere; á cuyo fin usará de la blandura ó del rigor, de la templanza ó severidad, segun pidieren las circunstancias del caso y la persona, y con arreglo á los principios de caridad y justicia de que le suponemos penetrado.

22. Si la falta ó exceso fuere, por su tamaño ó por el escándalo doméstico que produjere, de alguna gravedad, en tal caso la reprension y apercibimiento se hará privadamente por el rector, ó en presencia de los consiliarios y maestro de ceremonias, si fuere contrario á la disciplina regular, ó ante la junta censoria, si lo fuere á la literaria.

23. Pero en uno y otro caso esta junta se formará y tendrá en la sala rectoral, aunque sin noticia del resto de la comunidad, y en ella solo hablará el rector, á quien corresponde, como á prelado, la correccion de sus súbditos, pues la asistencia de los demás solo será de solemnidad en aquel acto.

24. Cuando el exceso fuere mas grave y público, aunque solo digno de ser corregido por medio de la re-



prension y apereibimiento, el rector lo hará ante toda la comunidad, solemnemente congregada en la rectoral á toque de campana; y entonces el secretario del colegio extenderá el acta en el libro de decretos, refiriendo con expresion el objeto de ella y su ejecucion.

25. Las humillaciones, especie de pena muy saludable para castigar los excesos que nacen de presuncion y vanidad, se aplicarán para la correccion de aquellos con que tuviere una conocida analogia.

26. No quisieramos que en esta aplicacion se sujetase el rector á ciertas fórmulas introducidas en muchas comunidades, que aunque canonizadas por la antigüedad, ha manifestado ya una larga experiencia ser de poco ó ningun efecto, acaso por el abuso que se ha hecho de ellas ó por las ridiculeces con que se han mezclado.

27. Por lo mismo prohibimos por punto general el uso de los arrestos que defraudan, sin utilidad, el tiempo necesario para el estudio; el de comer en el suelo del refectorio, repugnante á los principios de la limpieza y aseo que hemos establecido en este reglamento, y otras prácticas de igual naturaleza, que se conservan todavia solo porque se usaron en otro tiempo.

28. Asistir sin bonete á los actos literarios ó de disciplina ó cualquiera otro dentro del colegio, por cierto tiempo; llevar en ellos el último lugar ú otro separado de la comunidad; comer en el refectorio, despues ó antes que los demás, y á presencia del rector ó de otra persona que él nombre; acompañar al regente, al maestro de ceremonias ó al colegial mas nuevo desde su cuarto á la capilla, al refectorio ó á la rectoral, y desde estos sitios y actos hasta dejarle en su cuarto, y otras humillaciones públicas, impuestas con parsimonia y siempre con justa causa, y continuadas por mas ó menos tiempo, podrán hacer, á nuestro juicio, mejor efecto, sin los inconvenientes que las que hemos prohibido.

29. Sobre todo, el rector tendrá presente que esta especie de pena solo puede convenir á aquellos sujetos á quienes el amor propio, así como hace demasiados en aspirar á indebidas distinciones, los hace tambien mas sensibles á las notas de humillacion; pero que hay espíritus tan lerdos y flojos, que indiferentes á los estímulos del honor, las sufren sin rubor ó las menosprecian, para los cuales son necesarios castigos de otra especie.

30. Entre las privaciones tenemos por la primera la de la libertad, tan dulce y agradable á los mortales y tan identificada siempre con todos sus deseos. El rector podrá sacar mucho fruto de este interés natural, para cercenarle mas ó menos, segun los casos y personas lo pidieren.

31. La libertad de deliberar y votar en las juntas

de comunidad, de preguntar, observar y arguir en los ejercicios literarios, de hablar y discurrir en las conversaciones familiares en el cuarto del rector ó del maestro de ceremonias despues de comer, concurriendo á ellas, podrá ser un objeto de privacion, que aplicado con discernimiento, sirva de correccion y castigo para muchos excesos.

32. La privacion absoluta de concurrir con la comunidad á ciertos actos ó á todos, de asistir á la mesa de truchos en las horas de recreo, de salir de casa ó del cuarto por cierto tiempo, podrá asimismo aplicarse con utilidad á otros excesos.

33. Ultimamente, podrán llegar estas penas hasta la de reclusion, que reúne todas las privaciones, y que continuada constantemente por el tiempo correspondiente á la gravedad de los excesos, podrá servir de castigo á los mas señalados.

34. Acordada por el rector esta pena, la llave del cuarto del colegio al recluso existirá siempre en su poder, y solo la llevará al familiar asistente, para que acuda á administrarle lo necesario para su subsistencia y descanso, volviendo siempre á recogerla.

35. Si el caso lo mereciere, el rector podrá cercenar de la comida del recluso todo lo que no fuere necesario para su alimento, pero nada de lo que juzgare sorlo, ni menos hasta reducirle á pan y agua, porque jamás tendríamos por prudentes ni provechosas las penas disciplinares que puedan menoscabar la salud, por enanto su conservacion es una de las primeras leyes de la naturaleza.

36. Estas varias penas se podrán aplicar solas y separadas, ó gradualmente ó juntas, segun las ocurrencias, y á arbitrio del rector, á quien, como á prelado y cabeza de la comunidad, toca exclusivamente su aplicacion.

37. Tales son las máximas á que el rector deberá arreglarse en la aplicacion de las penas, sin que por esto pretendamos privarle del derecho que tiene á castigar con una mortificacion extraordinaria cualquiera exceso que, por la complicacion ó circunstancias, lo fuere tambien.

38. Pero le rogamos al mismo tiempo: primero, que procure siempre en la aplicacion de los castigos seguir la analogia que tienen con los excesos; segundo, que nunca olvide la proporeion de la gravedad que debe haber entre unos y otros; tercero, que toda pena sea cierta en su forma y duracion; cuarto, que delibere bien antes de aplicarlas, usando entonces de todos los temperamentos que pueden aconsejar la misericordia y la caridad; pero que una vez impuestas, las haga cumplir irremisiblemente, sin destruir con remisiones ni condescendencias el saludable efecto para que son instituidas.



# MEMORIA

## SOBRE EDUCACION PUBLICA,

652A

### TRATADO TEÓRICO-PRÁCTICO DE ENSEÑANZA,

CON APLICACION Á LAS ESCUELAS Y COLEGIOS DE NIÑOS (1).

Ilustre Sociedad Mallorquina: Un hombre amante de nuestra patria, y en cuyo corazon arde el mas vivo deseo de su bien y su gloria, te alaba y bendice porque has levantado tus ojos hasta el primer origen de su prosperidad. Te felicita de que hayas reconocido que este origen se halla en la instruccion pública, y se congratula contigo de que, viendo que la educacion es la primera fuente en que esta instruccion debe buscarse, hayas concebido la idea de un establecimiento literario, que la mejore y comunique en nuestra isla. Esta idea hace tanto honor á tu celo como á tus luces, y ella es por sí sola el mayor elogio del espíritu y del carácter de tus individuos.

Penetrado de estos mismos sentimientos, sigo tu voz, y vengo al llamamiento que has hecho en la *Gaceta* del 40 de abril á todos los buenos ciudadanos. ¿Quién será tan frio en el amor de nuestra patria, que le niegue el oído? Quién tan insensible, que no corra á ayudarte en el gran designio en que está principalmente cifrado? Por lo menos me siento poderosamente llamado en tu auxilio por el grito de mi conciencia y por los mas poderosos estímulos de mi patriotismo; y cediendo á ellos, vengo á depositar en tu seno algunas ideas que el estudio, la observacion y la experiencia me han sugerido acerca de tan importante materia. ¡Dichoso yo si fuese capaz de producir una sola idea que merezca tu aprobacion y concurra al bien de nuestra patria! El asunto es ciertamente muy superior á mis fuerzas; pero ¿quién tendrá las que son necesarias para desempeñarle dignamente? Un ingenio sublime, una instruccion vastísima, una experiencia consumada, apenas bastaran para poner á su nivel los escritores que hayan de tratarle. Pero tratarle es demasiado importante, para que cada uno no se apresure á reunir y depositar en tu seno las ideas que puedan conducir á su ilustracion. Este es un derecho innegable á nuestra patria, es un deber sagrado de nuestro patriotismo. Es necesario trabajar acerca de él, traer á un punto comun todas las luces, y hacer un depósito general de cuanto la observacion y la experiencia hayan enseñado

acerca de la educacion pública. ¿Puede ser otro el designio de la Sociedad cuando quiere reunir las luces de los sábios á las suyas? Vengo pues á consagrarle mis pobres talentos. Hagan los demás otro tanto; háganlo sobre todo aquellos que están dotados de superiores conocimientos, y los deseos de la sociedad serán cumplidos.

Con esto digo que no escribo para obtener el premio, ni lo espero, ni aspiro á él; cedo al estímulo de mi corazon, y escribo para cooperar en cuanto pueda á un designio en que tanto se interesa nuestra patria. ¡Ojalá que concurriendo otros muchos con mayores luces, lo disputen! Ojalá que algun ingenio sobresaliente lo arebate! El placer de verle bien desempeñado será mi premio.

Por lo mismo, no me ceñiré á los términos del programa; pero discutiré algunas cuestiones que están enlazadas con él. Primera, si la instruccion pública es el primer origen de la prosperidad de un estado; segunda, si el principio de esta instruccion es la educacion pública; tercera, cuál es el establecimiento mas conveniente para dar esta educacion; cuarta, cuál es y qué ramos abraza la enseñanza necesaria para difundirla y mejorarla; quinta, cómo debe ser distribuida y por qué manos comunicada esta enseñanza; sexta, qué dotacion será necesaria para sostener el establecimiento mas conveniente á la educacion pública, y cómo se podrá recaudar. Resolver estas cuestiones será el objeto de la presente memoria. Lo haré con la brevedad posible, lo haré con el candor y libertad que conviene al objeto. No llamaré en mi auxilio la erudicion ni la autoridad, sino la razon y la experiencia, ni trataré de lucir, sino de convencer. *Hoc opus, hic labor est.*

#### Primera cuestion.

¿Es la instruccion pública el primer origen de la prosperidad social? Sin duda. Esta es una verdad no bien reconocida todavia, ó por lo menos no bien apreciada; pero es una verdad. La razon y la experiencia hablan en su apoyo.

Las fuentes de la prosperidad social son muchas;

(1) Escrita en el castillo de Bellver. Véase el discurso preliminar.

pero todas nacen de un mismo origen, y este origen es la instruccion pública. Ella es la que las descubrió, y á ella todas están subordinadas. La instruccion dirige sus raudales para que corran por varios rumbos á su término; la instruccion remueve los obstáculos que pueden obstruirlos, ó extraviar sus aguas. Ella es la matriz, el primer manantial que abastece estas fuentes. Abrir todos sus senos, aumentarle, conservarle es el primer objeto de la solicitud de un buen gobierno, es el mejor camino para llegar á la prosperidad. Con la instruccion todo se mejora y florece; sin ella todo decae y se arruina en un estado.

¿No es la instruccion la que desenvuelve las facultades intelectuales y la que aumenta las fuerzas físicas del hombre? Su razon sin ella es una antorcha apagada; con ella alumbra todos los reinos de la naturaleza, y descubre sus mas ocultos senos, y la somete á su albedrío. El cálculo de la fuerza oscura ó inexperta del hombre produce un escasisimo resultado, pero con el auxilio de la naturaleza, ¿qué medios no puedo emplear? qué obstáculos no puede remover? qué prodigios no puede producir? Así es como la instruccion mejora el ser humano, el único que puede ser perfeccionado por ella, el único dotado de perfectibilidad. Este es el mayor don que recibió de la mano de su inefable Criador. Ella le descubre, ella le facilita todos los medios de su bienestar, ella, en fin, es el primer origen de la felicidad individual.

Luego lo será tambien de la prosperidad pública. ¿Puede entenderse por este nombre otra cosa que la suma ó el resultado de las felicidades de los individuos del cuerpo social? Definase como se quiera, la conclusion será siempre la misma. Con todo, yo desenvolveré esta idea para acomodarme á la que se tiene de ordinario acerca de la prosperidad pública.

Sin duda que son varias las causas ó fuentes de que se deriva esta prosperidad; pero todas tienen un origen y están subordinadas á él; todas lo están á la instruccion. ¿No lo está la agricultura, primera fuente de la riqueza pública y que abastece todas las demás? No lo está la industria, que aumenta y avalora esta riqueza, y el comercio, que la recibe de entrambas, para expendirla y ponerla en circulacion, y la navegacion, que la difunde por todos los ángulos de la tierra? ¿Y qué! ¿no es la instruccion la que ha criado estas preciosas artes, la que las ha mejorado y las hace florecer? ¿No es ella la que ha inventado sus instrumentos, la que ha multiplicado sus máquinas, la que ha descubierto ó ilustrado sus métodos? ¿Y se podrá dudar que á ella sola está reservado llevar á su última perfeccion estas fuentes fecundísimas de la riqueza de los individuos y del poder del Estado?

Se cree de ordinario que esta opulencia y este poder pueden derivarse de la prudencia y de la vigilancia de los gobiernos; pero ¿acaso pueden buscarlos por otro medio que el de promover y fomentar esta instruccion, á que deben su origen todas las fuentes de la riqueza individual y pública? Todo otro medio es dudoso, es ineficaz; este solo es directo, seguro é infalible.

¿Y acaso la sabiduría de los gobiernos puede tener

otro origen? ¿No es la instruccion la que los ilumina, la que les dicta las buenas leyes y la que establece en ellas las buenas máximas? No es la que aconseja á la política, la que ilustra á la magistratura, la que alumbra y dirige á todas las clases y profesiones de un estado? Recórranse todas las sociedades del globo, desde la mas bárbara á la mas culta, y se verá que donde no hay instruccion todo falta, que donde la hay todo abunda, y que en todas la instruccion es la medida comun de la prosperidad.

Pero ¿acaso la prosperidad está cifrada en la riqueza? ¿No se estimarán en nada las calidades morales en una sociedad? ¿No tendrán influjo en la felicidad de los individuos y en la fuerza de los estados? Podría creerse que no, en medio del afán con que se busca la riqueza y la indiferencia con que se mira la virtud. Con todo, la virtud y el valor deben contarse entre los elementos de la prosperidad social. Sin ella toda riqueza es escasa, todo poder es débil. Sin actividad ni laboriosidad, sin frugalidad y parsimonia, sin lealtad y buena fe, sin probidad personal y amor público; en una palabra, sin virtud ni costumbres, ningún estado puede prosperar, ninguno subsistir. Sin ellas el poder mas colosal se vendrá á tierra, la gloria mas brillante se disipará como el humo.

Y bien, esta otra fuente de prosperidad, ¿no tendrá tambien su origen en la instruccion? ¿Quién podrá dudarlo? ¿No es la ignorancia el mas fecundo origen del vicio, el mas cierto principio de la corrupcion? No es la instruccion la que enseña al hombre sus deberes y la que le inclina á cumplirlos? La virtud consiste en la conformidad de nuestras acciones con ellos, y solo quien los conoce puede desempeñarlos. Es verdad que no basta conocerlos, y que tambien es un oficio de la virtud abrazarlos; pero en esto mismo tiene mucho inllajo la instruccion, porque ajenas hay mala accion que no provenga de algun artículo de ignorancia, de algun error ó de algun falso cálculo en su determinacion. El bien es de suyo apetecible; conocerle es el primer paso para amarle. Salva pues siempre la libertad de nuestro albedrío, y salvo el influjo de la divina gracia en la determinacion de las acciones humanas, ¿puede dudarse que aquel hombre tendrá mas aptitud, mas disposicion, mas medios de dirigirlas al bien, que mejor conozca este bien, esto es, que tenga mas instruccion?

Aquí debo ocurrir á un reparo. Se dirá que tambien la instruccion corrompe, y es verdad. Ejemplos á millares se pueden tomar de la historia de los antiguos y los modernos pueblos en confirmacion de ello. Si la instruccion, mejorando las artes, atrae la riqueza, tambien la riqueza, produciendo el lujo, inficiona y corrompe las costumbres. ¿Y qué es la instruccion sin ellas? Entonces ¿qué males y desórdenes no apoya! qué errores no sostiene! qué horrores no defiende y autoriza! Y si la felicidad estriba en las dotes morales del hombre y de los pueblos, ¿quién, que tienda la vista sobre la culta Europa, se atreverá á decir que los pueblos mas instruidos son los mas felices?

La objecion es demasiado importante para que quede sin respuesta. Sin duda que el lujo corrompe las



costumbres; pero absolutamente hablando, el lujo no nace de la riqueza. Hay lujo en todas las naciones, en todas las provincias, en todos los pueblos y en todas las profesiones de la vida, ora sean ó se llamen ricas ó pobres. Hayle en las naciones cultas é instruidas como en las bárbaras é ignorantes. Hayle en Constantinopla como en Londres; y mientras un europeo adorna su persona con galas y preseas, el salvaje rasga sus orejas, horada sus labios y se engalana con airones y plumas. En todas partes el amor propio es el patrimonio del hombre, en todas partes aspira á distinguirse y singularizarse. Hé aquí el verdadero origen del lujo.

Sin duda que la riqueza le fomenta; pero ¿cómo? Donde las leyes autorizan la desigualdad de las fortunas; cuando la mala distribucion de las riquezas pone la opulencia en pocos, la suficiencia en muchos y la indigencia en el mayor número, entonces es cuando un lujo escandaloso devora las clases pudientes, y cuando, difundiendo su infeccion, las contagia, y aunque menos visible, las enflaquece y arruina.

Pero sea la que fuere la causa del lujo, la instruccion, lejos de fomentarle, le modera; mejora, si así puede decirse, los objetos; le dirige mas bien á la comodidad que á la ostentacion, y pone un límite á sus excesos. Ciertamente que no es un defecto de hombres instruidos; es de hombres frívolos y vanos. Es, en fin, el vicio, es la pasion de la ignorancia.

No por eso negaré que haya desórdenes y horrores producidos ó patrocinados por la instruccion; pero por una instruccion mala y perversa, que tambien en ella cabe corrupcion, y entonces ningun mal mayor puede venir sobre los hombres y los estados. *Corruptio optimi pessima.*

La instruccion que trastorna los principios mas ciertos, la que desconoce todas las verdades mas santas, la que sostiene y propaga los errores mas funestos, esa es la que alucina, extravía y corrompe los pueblos. Pero á esta no llamaré yo instruccion, sino delirio. La buena y sólida instruccion es su antídoto; y esta sola es capaz de resistir su contagio y oponer un dique á sus estragos; esta sola debe reparar lo que aquella destruye, y esta sola es el único recurso que puede salvar de la muerte y desolacion los pueblos contagiados por aquella. La ignorancia los hará su victima, la buena instruccion los salvará tarde ó temprano; porque el dominio del error no puede ser estable ni duradero; pero el imperio de la verdad será eterno como ella.

### *Segunda cuestion.*

Por mas que la discusion precedente parezca ajena de nuestro asunto, he querido anticiparla y detenerme en ella, porque ha de servir de cimiento á cuanto dijere en adelante. Hemos visto que la buena instruccion es el primero y mas alto principio de la prosperidad de los pueblos; veamos ahora si la educacion es la primera fuente de esta instruccion.

La sociedad cree que sí, pues que en la ereccion de un seminario de educacion no se puede proponer otro fin que promover por este medio la instruccion pública. Con todo, son muchos (y con estos hablaré-

mos ahora) los que no miran la instruccion como perteneciente á la educacion; que llaman bien educado, no al jóven que ha adquirido conocimientos útiles, sino al que se ha instruido en las fórmulas del trato social y en las reglas de lo que llaman buena crianza, y tachan de mal educado á todo el que no las observa, por mas que esté adornado de mucha y buena instruccion. Sin duda que estas reglas y estas fórmulas pertenecen á la educacion; pero ¡pobre país el que la cifra en ellas! Hombres inútiles y livianos devorarán su sustancia. La urbanidad es un bello barniz de la instruccion y su mejor ornamento; pero sin la instruccion es nada, es solo apariencia. La urbanidad dora la estatua, la educacion la forma. Entre todas las criaturas, solo el hombre es propiamente educable, porque él solo es instruable. A él solo dotó el supremo Hacedor de razon, ó por lo menos de una razon perfecta. Así que, educarle no es otra cosa que ilustrar su razon con los conocimientos que pueden perfeccionar su ser. Por eso decia el gran canceller de Verulamio que el hombre vale lo que sabe.

La educacion de otros animales, si acaso puede llamarse tal, es de otra especie. Algunos enseñan á sus hijos á volar, á cazar, á precaver los peligros y defenderse de ellos; pero esto pertenece á su instinto, supliendo el de los padres por la debilidad de los hijos. Este instinto es completo en todos, todos nacen instruidos en el conocimiento de los objetos y con los recursos necesarios para su conservacion, preservacion, propagacion y bienestar. Pero en ninguno puede residir mas perfeccion que la que sacó de las manos de la naturaleza. Si algunos parecen capaces de doctrina, como el buey que enseñamos á arar, el caballo á andar en torno, las aves á hablar ó cantar, y á tener otras habilidades que á veces parecen portentosas, esto ¿qué quiere decir, sino que dirigidos por la industria del hombre, son capaces de ciertos hábitos? Pero su razon, ó sea su instinto, siempre es el mismo, y ninguna especie de instruccion puede llegar á su alma. Solo el alma humana es instruable, y esto por dos medios: por observacion y por comunicacion; aquel pertenece, por decirlo así, á la naturaleza; este á la educacion; pero ¿cuánta diferencia entre uno y otro! Veámosla.

El hombre nace sujeto á muchas necesidades, y guiado por su instinto á socorrerlas, empieza observando los objetos que le rodean. La experiencia le enseña á distinguirlos, y la razon á convertirlos en su provecho. Por eso la observacion y la experiencia son las primeras fuentes de los conocimientos humanos. Pero este medio, sobre insuficiente, es lentísimo, y sin otro, el hombre solitario se levantaria muy poco sobre el instinto animal.

No así comunicando con otros hombres. Entonces, sobre los conocimientos debidos á su propia observacion y experiencia, alcanzará por comunicacion los que han adquirido sus semejantes; y como cualquiera grado de instruccion conduce á otro mayor, es claro que en tal estado puede ya hacer mayores progresos. Esto se ve en los pueblos salvajes, que ora vivan de raíces y frutas, ora de la caza ó la pesca, poseen una much-

dumbre de artes, que aunque groseras, tal vez admiran á los mas ilustrados europeos. Con todo, la pobreza y la ignorancia de estos pueblos son la mejor prueba de la insuficiencia de este medio.

Otra cosa sucede en las sociedades ya instruidas. No son raros en ellas los que sin ninguna educacion ni enseñanza metódica adquieren muchos conocimientos y desenvuelven altos talentos. Dotados de perspicaz y sólido ingenio, y colocados en una grande esfera de luz y de accion, la observacion y el trato concurren á enriquecer su razon y á ilustrar su alma. Y hé aqui lo que ha engañado á muchos, hé aqui lo que les hace creer que la educacion no es necesaria. Pero dos cosas son dignas de reflexion en este punto. La primera, que en medio de aquellos seres privilegiados, los talentos de la muchedumbre yacen, por falta de educacion, en oscuridad y reposo; porque el hombre es de suyo perezoso y descuidado, y aunque dotado de ingenio, por lo comun ve sin ver, oye sin oir, y observa y pasa rápidamente por la experiencia sin someterla á su razon. Solo el estímulo de la necesidad le puede sacar de esta indolencia, y este estímulo es sentido de pocos en la primera edad. Entonces, por decirlo así, sus necesidades no son suyas; son de aquellos á cuyo cargo están confiadas, son de sus padres ó tutores.

La segunda, que la instruccion adquirida por este medio de comunicacion casual es meramente práctica. Ninguno por él podrá subir hasta aquellas verdades teóricas que constituyen los verdaderos conocimientos; ninguno por él se ha hecho hasta ahora geómetra, mecánico ni astrónomo. Y ahora bien, con esta sola instruccion, ¿á cuántos errores no estaria expuesto el general, el magistrado, el piloto, el maquinista y el arquitecto?

Se dirá que tambien estas verdades teóricas se han ido alcanzando por la observacion y la experiencia, y así es. Pero una vez distinguidas y separadas, una vez reunidas las de cierto orden, y reducidas á método y sistema; es decir, una vez formadas las ciencias, ya no pueden adquirirse sino por medio de una comunicacion metódica, á que llamaremos mas propiamente enseñanza. Hé aqui el método mas seguro y mas breve de instruccion, hé aqui el que conviene á la juventud, hé aqui el que hace necesaria la educacion.

Las ciencias bajo de este punto de vista no son otra cosa que un depósito de todas las verdades que la observacion y la experiencia del género humano han descubierto desde los siglos mas remotos. Los que las fundaron y promovieron son sus grandes bienhechores. Los métodos que establecieron han facilitado su adquisicion, y tales son sus ventajas, que en pocos años puede un hombre alcanzar cuanto alcanzaron Euclides en la matemática, Ciceron en la ética, Newton en la física y Casini en la astronomia. Pero esto supone una enseñanza, y esta pertenece á la juventud.

La razon es porque en la vida del hombre hay una edad destinada para la instruccion y otra para la accion; una para adquirir la verdad, y otra para obrar segun ella. Este debe ser el fin de toda instruccion. Pasada la adolescencia, el individuo de cualquiera so-

ciudad debe abrazar alguna profesion ó carrera, y tomar algun estado ó destino. Si deja para entonces el cuidado de instruirse, ó no lo podrá conseguir, porque debe su tiempo á las funciones y deberes de su estado, ó defraudará á la sociedad, obrando sin instruccion, de todo el bien que pudiera hacer instruido. De aqui es que la puericia y la adolescencia forman el periodo propio para la instruccion.

Pero, se dirá, el camino de las ciencias es largo, y apenas basta la vida de un hombre para adquirir completamente una sola. ¿Y qué? ¿Le detendremos en su estudio, y le haremos consumir en la indagacion de la verdad el tiempo que necesita para practicarla? No por cierto. Hay una instruccion que conviene á los jóvenes y otra que es propia de los adultos. En las ciencias hay ciertas verdades primitivas y que se llaman elementales, porque sobre ellas se levantan y de ellas se derivan todas las demás del mismo orden. Estas verdades pertenecen á la educacion. Para alcanzarlas es necesaria una enseñanza metódica, y lo es la direccion y auxilio de un maestro. Las demás verdades que forman el fondo de cada ciencia están reservadas al estudio y meditacion del hombre adulto. Las primeras se refieren por la mayor parte á la teoria de las ciencias; las segundas á su práctica y aplicacion, porque no hay alguna que no la tenga. Esto es lo que distingue los estudios del joven y del adulto.

Además, entre estas ciencias hay algunas que se pueden llamar metódicas, porque facilitan el estudio de las demás. Sin la lógica, por ejemplo, es muy difícil hacer progresos en la filosofia racional, como en la natural sin la geometría. ¿Quién pues dudará que el estudio de estas ciencias pertenece á la educacion?

Infírese que por la palabra *educacion* entendemos principalmente la educacion literaria. A esta se refieren por ahora los deseos de la Sociedad, y á esta cuanto dijéremos en la presente memoria. No porque en ella se prescinda de lo que corresponde á la educacion física del hombre, sino porque esta, en cuanto simplemente supone el cuidado de su fuerza física, de su salud, de su robustez, de su agilidad, pertenece y siempre pertenecerá á la crianza doméstica. Nuestro objeto abraza cuanto es relativo al esclarecimiento de la razon humana, ya en el uso de las fuerzas físicas, ya en el de las facultades intelectuales. En este sentido decimos que la educacion debe ser mirada como la primera fuente de la instruccion pública. Cuando expusiéremos los objetos que debe abrazar se completará esta demostracion. De esto mas adelante. Veamos ahora cuál es la institucion mas conveniente para educar la juventud.

### *Tercera cuestion.*

Voy á acometer una discusion muy importante; pero ruego á la Sociedad que no la tache de temeraria. Su opinion parece decidida por el establecimiento de un seminario; pero se haria grave injusticia á sus luces si se creyese que no conoce otra especie de institucion capaz de mejorar la educacion pública. Es claro que proponiendo un seminario, seguirá las ordenes y benéficas intenciones del Consejo, y acaso temporiza tambien



con las ideas comunes, que dan la preferencia á esta especie de institucion, confirmadas con tan distinguidos ejemplos dentro y fuera de España. Sea lo que fuere, ¿cómo podrá tener á mal que un ciudadano, penetrado de sus mismos deseos en favor de la educacion pública, le presente con candor sus reflexiones acerca del mejor medio de perfeccionarla? Tengo demasiada confianza en su ilustracion y su celo, para temer que ninguna especie de orgullo ni indocilidad se mezclen á estas dotes.

Trátase pues de un seminario de nobles y gente acomodada, y aunque suele decirse que los títulos son indiferentes á las cosas, veo yo en este un grave inconveniente. El prueba á la verdad cuánto los amigos de Mallorca se han levantado sobre las ideas vulgares, pues que no tratan de un establecimiento limitado á una sola clase, y esa la menos numerosa. Conocen que una educacion noble es necesaria á todos los que están destinados á vivir noblemente, y que este destino no se regula por pergaminos, sino por facultades; y en fin, que el bien público exige que la buena y liberal instruccion se comunique á la mayor porcion posible de ciudadanos. Hé aquí lo que, á mi juicio, reguló sus ideas; pero hé aquí tambien lo que puede frustrarlas.

¿Por ventura la Sociedad, elevándose sobre las preocupaciones comunes, podrá lisonjearse de haberlas desterrado? Temo que no alcance á tanto su ilustre ejemplo. Si se trata de la educacion de los nobles, ¿por qué, dirán estos, se admiten al seminario los que no lo son? Y si solo de educar la gente acomodada, ¿por qué, dirán otros, se llamará el seminario de nobles? Por qué no se trata solo de un seminario de educacion?

Mas cuando así fuera, estas distinciones, desechadas del título y del establecimiento, serian deseadas por la ignorancia y el orgullo. Noble habria que temiese infamar y perder á sus hijos enviándolos á un seminario que no fuese exclusivamente de nobles. Otro, menos linajudo, pero algun tanto escrupuloso, repugnaria todavia la mezcla de los suyos con los de ciertas clases ó familias. Estos mismos escrúpulos penetrarian á las familias acomodadas, y es de temer que pocas se salvaran de ellos; porque, al fin, el amor propio, lo quiera que se anide, trata de clasificarse y distinguirse. ¿No se han clasificado entre sí las mismas familias nobles? No hacen otro tanto las que están destinadas á las profesiones liberales, al comercio, á la agricultura? ¿Qué digo? El mismo pueblo, dividido en tantas artes y ocupaciones humildes, ¿no se ha clasificado tambien? Qué nacion, qué provincia podrá gloriarse de no haber cedido á esta flaqueza? Y si alguna, ¿será la de Mallorca?

Fuera de que el establecimiento de un seminario será siempre exclusivo por otras razones. Desde luego en él solo se podrán educar de ciento á ciento cincuenta jóvenes, y Mallorca tendrá quinientos, tendrá mil, tendrá mas de mil, en estado de educarse. ¿Trátase de dar en él una educacion gratuita? Entonces, ó deberá ser excluida la gente rica, ó se caerá en el absurdo de educar de balde á los pudientes, sin proveer á la edu-

cacion de los pobres. Mas si se trata de educacion pensionada, estos lo serán por el mismo hecho, y aun lo serán tambien todas las familias que no están sobre la mediana fortuna. Porque, ¿cuántas serán en Mallorca las que puedan pagar de 300 á 400 libras para la educacion de un hijo, y cuántas la pension de dos, de tres ó cuatro hijos? Luego el seminario será siempre un establecimiento exclusivo; será, por lo mismo, un medio incompleto é insuficiente para mejorar la educacion pública.

Diráse que la necesidad de la educacion es siempre mayor respecto de las familias pudientes, porque las que no lo son, destinadas á las artes prácticas, no aspiran á ninguna especie de instruccion teórica, ó porque la instruccion se deriva siempre y difunde desde las clases altas á las medianas é ínfimas. Todo esto es cierto; pero un establecimiento limitado las excluye á todas, y todas tienen derecho á ser instruidas. Le tienen, porque la instruccion es para todas un medio de adelantamiento, de perfeccion y felicidad; y le tienen, porque si la prosperidad del cuerpo social está siempre, como hemos probado, en razon de la instruccion de sus miembros, la deuda de la sociedad hácia ellos será igual para todas y se extenderá á la universalidad de sus individuos. Aun se puede decir que esta deuda crece en razon inversa de las facultades de las familias, pues que al fin, sobre poseer siempre mayor grado de instruccion las que son ricas, tienen en sí mismas los medios de adquirir la que les faltare, dotando ayos y maestros, y empleando los arbitrios y recursos necesarios para ello, mientras tanto que los pobres carecen de todo, y solo los pueden esperar del Gobierno.

Infírese de aquí que lo que conviene á Mallorca no tanto es un seminario de educacion, cuanto una institucion pública y abierta, en que se dé toda la enseñanza que pertenece á ella; una institucion en que sea gratuita toda la que se repinte absolutamente necesaria para formar un buen ciudadano. A esta institucion, siendo la enseñanza libre y abierta, nadie se desdenaria de enviar sus hijos, así como no se desdenia de enviarlos á la universidad literaria porque lo es. No habria en ella distinciones odiosas, como no las hay en la universidad. La instruccion necesaria seria accesible á la mediana fortuna, á la mas sublime y á cuantos pudiesen costearla. En suma, esta institucion seria pública, y la educacion recibida en ella pudiera llamarse verdaderamente pública tambien.

Es verdad, se dirá; pero la educacion no está cifrada en la enseñanza literaria. La parte civil y moral, que son mas importantes en ella, se deben aprender prácticamente, así como cuanto pertenece á urbanidad y policía, de que no puede prescindir ninguna clase, y señaladamente la de los ricos. Otro tanto se dirá de los talentos agradables, que deben cultivarse en la primera edad, para ser el ornamento y la delicia de la vida. Se dirá que todos estos objetos se combinan muy bien con la disciplina de un seminario, mas no con la de una escuela pública y abierta. Y si á esto se agrega la continua vigilancia de los maestros, el recogimiento y subordinacion de los jóvenes, y el cui-

dado del aseo en la persona, la salubridad en la comida, la moderacion en los ejercicios y pasatiempos, y otras atenciones que solo se pueden tener en un colegio, se concluirá que con todos los inconvenientes, la educacion de un seminario es preferible á las demás.

Reconozco de buena fe la solidez de este reparo, que fuera difícil satisfacer si yo reprobare la institucion de los seminarios, de que estoy muy lejos. Mi ánimo es solamente demostrar que son un medio insuficiente para promover la instruccion pública, y que este importante objeto será mas bien y completamente alcanzado por medio de una institucion en que la enseñanza sea libre, abierta y gratuita. Creo haberlo demostrado en cuanto á la parte literaria de la educacion; mas en cuanto á la civil y moral, ¿no será preferible la educacion privada y doméstica á la de cualquiera otra institucion? No es esta educacion la que está inspirada por la naturaleza, prescrita por la religion, reclamada y deseada por la política? No es esta la que supone amor y celo en los que deben darla, respeto y subordinacion en los que deben recibirla, y en unos y otros aquel tierno y reciproco interés, que ninguna institucion humana puede excitar ni suplir? No es la única que puede combinar sus principios, sus máximas, sus métodos con la clase y condicion, con la índole y carácter, con la edad, el talento y la complexion de los educandos? No es la única que puede darles documentos oportunos y ejemplos eficaces, y grabar mas profundamente unos y otros en su espíritu y corazon? Y pues que la correccion debe suponerse necesaria, porque la pereza, la distraccion, la ligereza y tal vez la indocilidad son achaques ordinarios de la edad tierna é inexperta, ¿no es ella sola la que puede dirigirla y templarla en su aplicacion? ¿Quién mejor que un padre observará el gérmen de las virtudes ó los vicios de su hijo, ó aplicará mejor los estímulos ó los remedios? Quién sabrá sentir mejor el interés, excitar el celo y moderar el rigor de la enseñanza?

Estas verdades son demasiado palpables para que ninguno las desconozca; pero nuestra indolencia las desoída, y nuestras mismas instituciones las hacen perder de vista. A no ser así (¿por qué lo callaríamos?), ¿cuál sería el padre que olvidando su obligacion y sus derechos, y despojándose de los mas tiernos sentimientos de su alma, echase de su casa á un hijo en la edad en que está mas necesitado de su auxilio y consejos; que le asociase á una muchedumbre de niños de diversas edades, genios y complexiones, y que le abandonase al cuidado y á la indiferencia de institutores mercenarios? ¿Y cómo no temeria que esta temprana emancipacion, al mismo tiempo que desnudase el corazon de su hijo de los sentimientos de respeto, de gratitud y de piedad filial, entibiase en el suyo los de ternura y compasion; de aquel delicioso interés que debiera hacer el encanto de su vida y la mejor prenda de su felicidad doméstica? Y sobre todo, ¿cómo no temeria que este desvío, este desapiadado alejamiento, extinguiendo poco á poco en las familias las virtudes domésticas, que hacen su consuelo y su gloria, in-

fluyese en la ruina de la sociedad, de que son el principal apoyo y ornamento?

Pero reconociendo estas verdades, todavía se me opondria que su efecto pende de la ilustracion de los padres, pues que estos no podrán educar bien á sus hijos sin tener una instruccion y unas luces, que lejos de ser comunes, se hallarán en muy pocos; que serán muy pocos los que conozcan sus principios y penetren sus máximas; que los iliteratos, por mas amor, por mas celo que se suponga en ellos, jamás podrán inspirar á sus hijos principios que no conocen ni sentimientos de que no están penetrados, y que los desidiosos y disipados desecharán una instruccion cuya importancia no conocen, y los expondrán á unas consecuencias que no pueden prever. Que por lo mismo es mejor fiar este cuidado á hombres instruidos en el arte difícilísimo de la educacion, y colocar los niños en unas casas donde todo el sistema de vida y enseñanza esté combinado con este importante objeto. Hé aquí lo que inspiró la idea de los seminarios, hé aquí lo que tanto los recomienda.

Es verdad; pero una triste preocupacion ha dado á este raciocinio mas fuerza y extension de la que tiene en sí, y es de nuestro instituto reducirle á ella. Supongo, primero, que no se le puede aplicar á aquella parte de educacion que se refiere á la crianza física. Siendo su objeto la salud, la robustez, la agilidad del educando, es claro que requiere un amor activo, una asistencia asidua, una vigilancia, un cuidado individual y continuo, que no se pueden esperar fuera de la casa paterna. En ninguna otra parte será el sugeto mas conocido ni el objeto mas deseado; en ninguna estarán los auxilios mas prontos, y en ninguna el interés y la disposicion necesarios para aplicarlos serán mas ciertos que en ella. En este cuidado, que por lo comun está confiado al amor materno, la naturaleza le ha enriquecido con una prevision tan cumplida de interés y ternura, que solo podrá faltarle lo que nuestras preocupaciones y nuestros vicios le usurparen. Fuera, pues, un delirio preferir en este punto la educacion externa.

¿Y por qué no diremos lo mismo de la educacion moral? Si se trata de los principios teóricos de la moral religiosa y civil, es claro que pertenecen á otra edad, y que forman la parte principal de la enseñanza literaria. Mas si se trata de la direccion de las acciones y el ejercicio de las virtudes que se refieren á estos principios, siempre creeré que esta parte sea tan difícil, cuando no inasequible á la disciplina de los seminarios, por buena y vigilante que sea, como fácil y adecuada á la vida y educacion doméstica. Semblante enseñanza es mas bien de hecho que de raciocinio, y se da mas bien con ejemplos que con discursos. Para darla no se necesita ciencia ni erudicion; bastan la piedad y prudencia, dirigidas por aquel precioso interés que la mano de la naturaleza imprimió en el corazon de todos los padres; porque no se debe olvidar que las verdades morales son verdades de sentimiento.

El hombre, por decirlo así, las halla antes en su espíritu, las siente mas bien que las conoce, ó las co-



noce y ve de una ojeada y sin necesidad de profundas reflexiones. Una luz clara que el Criador infundió en su corazón, se las descubre, y una voz secreta que excitó en su interior, se le anuncia y recuerda poderosamente aun en medio del tumulto de las pasiones. No es pues necesaria grande instruccion para enseñar estas verdades, y mas cuando esta enseñanza ha de consistir mas bien en ejemplos que en ratiocinios.

Pues ahora bien; la conducta virtuosa de un padre, de una madre, de una familia entera, ¿no inspirará, no enseñará estas virtudes, que pertenecen á la moral religiosa y civil mejor que ninguna educacion sistemática? No es ella la única que puede presentar vivos y frecuentes ejemplos de amor conyugal, de ternura paterna, de respeto y piedad filial, de union y afecto fraternal y doméstico? ¿Dónde podrán ser mejor inspirados el recato y decoro, la paciencia y templanza, la frugalidad y amor al trabajo, á las ocupaciones honestas, y el orden y la paz interior? Dónde la liberalidad, la beneficencia, la compasion y las demás virtudes que pertenecen á la inefable virtud de la caridad? Y en cuanto á urbanidad y policia, si el trato y conversacion doméstica, y las reglas de decoro y honestidad, prácticamente observadas, así en la conducta interior de una familia como en el trato de las que están unidas á ella con relaciones de parentesco, de amistad ó de política, no las enseñan, ¿cómo se aprenderán de los estériles documentos de un pedagogo ó de los imperfectos remedos de un seminario?

Es esto para mí tan cierto, que creo que aun aquellas virtudes civiles que nacen mas bien de reflexion que de sentimiento pueden ser mejor inspiradas en la educacion doméstica, y que si un jóven no observare los primeros ejemplos de respeto á la religion y á las leyes, de amor á la constitucion y al gobierno, de desinterés y celo público en lo interior de su familia y en la conducta pública de sus individuos; si estos ejemplos no ilustraren su espíritu, y grabaren en su corazón estas virtudes, mal las podrá esperar de las frias lecciones de la escuela.

No negaré yo por eso que la ignorancia y la indolencia sean los principales obstáculos de la educacion doméstica, ni aun tampoco que en medio de la indiferencia con que es mirada esta educacion, sea grande el número de los padres que adolezcan de estos achaques. Pero este no es un defecto del sistema, sino de las personas. Los padres que sean tales, no sintiendo ó desestimando las ventajas de la buena educacion, tampoco se curarán de enviar sus hijos al seminario. Semejante abandono cederá poco al influjo de la instruccion pública, la cual primero hará sentir la necesidad de la educacion doméstica, y despues perfeccionará sus métodos. Ella es la que desterrando la ignorancia, destruirá el primero de estos obstáculos. ¿Y por qué no tambien el segundo? La indolencia nace tambien de la ignorancia, y debe desaparecer con ella, así como tantos vicios que tienen en ella su primera raíz. Bien sé que la ilustracion no bastará por si sola para refrenar, y menos para extinguir las pasiones que nacen con el hombre, y solo pueden ceder á un influjo sobrenatural y divino. Pero si la instruccion no hace que

todos los padres sean buenos, á lo menos hará que sean cautos; les dará á conocer cuánto importa que lo parezcan á los ojos de sus hijos; les hará sentir mejor las tristes consecuencias que sus flaquezas y vicios pueden atraer sobre su familia y posteridad; les hará avergonzarse de ellas, y tal vez el tierno interés de su corazón, unido á las luces de su espíritu, arrancándolos del camino de las pasiones, los pondrá en el buen sendero de la virtud.

En conclusion, los progresos de la educacion doméstica irán siempre á la par con los de la instruccion pública. A pesar de lo dicho, no es mi ánimo negar que los seminarios sean una institucion buena y laudable: por tal los he creído siempre, y mas aquellos que están destinados para jóvenes que acabada, por decirlo así, su educacion, quieren seguir con mas recogimiento los estudios de universidad y formarse para el desempeño de los empleos de la Iglesia y del foro. Y ahora añadiré que los seminarios destinados á la puericia son hasta cierto punto necesarios. Hay huérfanos entregados á tutores indolentes, hay hijos de viudas desamparadas ó que pasan á segundo lecho, haylos de padres notoriamente estúpidos, disipados y corrompidos; y todos estos, no pudiendo recibir buena educacion en su casa, será muy conveniente, será necesario que la reciban en un seminario. Pero esta necesidad, que es notoria en un reino, en una gran provincia, ¿se puede reputar grande ni urgente respecto de una isla? Los amigos del país de Mallorca decidirán. Yo, aunque tan interesado en su bien, creo que no, y digo sinceramente lo que creo, porque callando esta opinion, hubiera hecho tanto agravio á mi celo como al de la sociedad.

Concluiré este artículo satisfaciendo á un reparo que tal vez ocurrirá á los que le lean. Viendo proponer el establecimiento de una escuela pública en Mallorca, para mejorar la educacion literaria, dirán que ya la tienen en su universidad. Pero el objeto de la universidad es enseñar las facultades que llaman mayores, y el de aquella debe ser toda la enseñanza conveniente á una educacion liberal, la cual no pertenece al plan de la universidad. La una estará destinada para educar la puericia, la otra lo está para instruir la adolescencia y juventud; y lejos de encontrarse en su objeto ni ser incompatibles, la una debe mirarse como preparatoria de la otra.

Nuestras universidades no son propiamente institutos de educacion, sino de enseñanza científica. Aun en este sentido son limitadas en su objeto. Desde su origen se consagraron principalmente á la enseñanza de las ciencias eclesiásticas; y cuando la multiplicacion de las iglesias y de los tribunales civiles y eclesiásticos levantó á facultad mayor una y otra jurisprudencia, el estudio del derecho civil y canónico fué abrazado en su plan. Es verdad que en el círculo de los antiguos estudios se comprendian las llamadas entonces artes liberales, á las cuales pertenecia la matemática; pero pertenecia en el sentido de aquellos tiempos, en que el álgebra, la geometria trascendental y las ciencias fisico-matemáticas eran apenas conocidas entre nosotros. Aun aquellos estudios fueron

poco á poco olvidados, y la filosofía aristotélica, la teología escolástica, las *Instituciones* de Justiniano, y las *Decretales*, con un poco de medicina, llenaron sus asignaturas. Entre tanto se fueron adelantando las ciencias exactas, nacieron otras de la jurisdicción de la física; el estudio de la naturaleza arrebató la primera atención de los literatos, y el imperio de la sabiduría tomó un nuevo aspecto, sin que nuestras universidades, sujetas á su principal instituto y á sus leyes reglamentarias, pudiesen alterar ni los objetos ni los métodos de su enseñanza. Si pues la educación pública se ha de acomodar al estado presente de las ciencias y á los objetos de exigencia pública, ¿cómo se pretenderá que basten para ella los estudios de la universalidad?

Y bien, se dirá todavía, ¿hay mas que agregar los nuevos estudios al plan de nuestra universidad? Pero ¿acaso es esto fácil? Creo que no, y aun me atrevo á decir que es imposible. Sin alterar los estatutos, los métodos y el espíritu de este cuerpo, no es posible combinar con ellos el sistema y los objetos de la nueva enseñanza, que desenvolveremos despues. La universidad supone recibidas la mayor parte de ellas, porque no admite sino gramáticos, y aun los supone humanistas. La universidad da toda su enseñanza en latín y por autores latinos, y en esta lengua se explica, se diserta, se arguye, se conferencia, y en suma, se habla en ella; porque la lengua latina, por razones que se esconden á mi pobre razón, se ha levantado á la dignidad de único y legal idioma de nuestras escuelas, y lo que es mas, se conserva en ellas á despecho de la experiencia y el desengaño. Por otra parte, sus ejercicios de discusión, de aprobación, de oposición; su jerarquía, su disciplina, sus métodos; en una palabra, toda su organización es absolutamente ajena de la que conviene á la nueva institución que Mallorca necesita. Y como todo esto sea fijo por la estabilidad de sus estatutos, no puede reformarse sin trastornar, ó mas bien sin destruir, un cuerpo tan respetable. La sociedad pues no debe tratar de destruir, sino de edificar.

No se tema que esta nueva institución dañe ni á los objetos ni á los estudios de la universidad, pues por el contrario les servirá de gran provecho. La enseñanza que se diere en ella presentará en las aulas jóvenes bien educados y perfectamente dispuestos á recibir la suya. Su objeto será abrir la entrada á todas las ciencias, y por lo mismo vendrá á ser una enseñanza preparatoria. En esta se instruirán la puericia y la adolescencia, en la universidad la adolescencia y la juventud; así se ayudarán reciprocamente. ¿Y quién sabe si la perfección de los estudios de universidad penderá algun dia de los de esta nueva institución? Vamos pues á dar alguna razón de ellos.

#### Cuarta cuestion.

Empezaremos este artículo explicando lo que entendemos por educación pública, para determinar despues la instrucción que le conviene; porque no es nuestro ánimo significar por este nombre lo que entendieron los antiguos pueblos. Entre ellos la educación

se llamaba pública porque se extendía á todos los ciudadanos; se daba en comun, formaba el primer objeto de su política y era regulada por la legislación. Sus máximas, sus métodos, sus ejercicios se referían siempre á la constitución y se nivelaban con su espíritu. Y como el fin político de las antiguas constituciones fuese la independencia y seguridad del Estado, el patriotismo y el valor, como únicos medios de alcanzar este fin, eran tambien los únicos objetos de la educación. En estas dotes cifraban los antiguos toda la doctrina de la virtud, y si alguna otra promovían, era solo con dirección y subordinación á estas; y hé aqui el punto adonde llegó la filosofía política de los antiguos legisladores.

Semejantes instituciones correspondieron admirablemente á sus fines, porque no presentaban dificultad alguna en pueblos rudos y groseros y en repúblicas de reducido territorio, donde todo ciudadano era soldado, donde la agricultura y las artes necesarias se abandonaban á los esclavos, y donde los esclavos, aunque iguales ó superiores en número á los hombres libres, se contaban mas en la propiedad que en el número de estos, y solo en este concepto eran considerados por la legislación.

Ni Roma salió de este caso cuando extendió tan prodigiosamente los límites de su dominación; porque este inmenso estado se contenía, por decirlo así, en los muros de su capital, y en sus moradores residía virtualmente el ejercicio de la soberanía, aun despues que el derecho de ciudadano se comunicó á Italia y las provincias. Fuera de que esta y otras repúblicas, cuando engrandecidas perdieron ya de vista el primer fin político de su constitución, ó por lo menos le extendieron y ampliaron con otras miras, desde entonces se puede decir que ya no tuvieron sistema de educación pública, si acaso no damos este nombre á los ejercicios de la juventud ciudadana, que tenían por objeto el servicio de los ejércitos.

Como quiera que sea, en el plan de educación pública de los antiguos nunca entró la instrucción que se deriva del estudio. Es cierto que la filosofía, que entonces abrazaba todas las ciencias, se enseñaba pública y abiertamente; pero la legislación no se emaba de esta enseñanza, y el Gobierno, sin dar protección ni sujeción á las escuelas de la filosofía, prescindía de ellas, mientras no turbaban ó embarazaban sus funciones.

No dirémos por eso que los antiguos menospreciaron la instrucción; antes, por el contrario, cuando las letras obtuvieron entre ellos la estimación que les era debida, cuidaron mucho de los estudios de la juventud. Pero este cuidado no pertenecía á la educación pública, sino á la particular y privada. Los griegos enviaban sus hijos á la escuela de algun filósofo ó los ponían bajo de su inmediata dirección; y cuando Roma, subyugada la Grecia, quiso tambien conquistar las ciencias y sus artes, los esclavos y libertinos griegos servían á este objeto en el interior de las familias. La filosofía, de donde tomaba su fondo la elocuencia, que abría el paso á los empleos públicos, y la jurisprudencia, que habilitaba para desempeñarlos, eran el principal objeto



de los antiguos estudios; y para preparar á ellos se enseñaban tambien las bellas letras, porque la profesion de los antiguos gramáticos abrazaba todo cuanto entendemos hoy por el nombre de humanidades; y hé aquí la suma de la instruccion que la educacion privada procuraba á la juventud.

Pero en cualquiera tiempo y estado que consideremos la educacion pública ó privada de los antiguos, sus planes no podrán convenir ni acomodarse á los estados modernos. Grandes imperios de varia y complicada constitucion, donde los ciudadanos, aunque iguales á los ojos de la ley, están divididos en diferentes clases y profesiones; donde la jerarquía directiva es mas compuesta y mas artificiosamente graduada; donde el poder y la fuerza pública, no tanto se regula por el valor, cuanto por la fortuna de los ciudadanos; donde por lo mismo las artes lucrativas, el comercio y la navegacion, fuentes de la riqueza privada y de la renta pública, son el primer objeto de la política; y donde, en fin, el gérmen de ruina y disolucion anda envuelto y escondido en el mismo principio de la prosperidad, el campo de la instruccion se ha dilatado, se han multiplicado sus objetos, y ha nacido la necesidad de un sistema de educacion literaria proporcionado á la exigencia de tantas miras políticas.

¿Y por ventura lo hemos abrazado en nuestros planes de educacion literaria? No, por cierto; y sea dicho esto sin mengua del respeto que profesamos á nuestras antiguas instituciones. Ellas atendieron sin duda á objetos muy recomendables; porque ¿cuáles lo serán mas que la religion, las leyes y la salud de los ciudadanos? Pero descuidaron, ó por mejor decir, no conocieron otros, de órden inferior á la verdad, pero acaso mas enlazados con la felicidad individual y la prosperidad pública. De aquí resultó una especie de contradiccion harto notable, y es, que mientras la política se afanaba por extender el comercio y buscar la riqueza en los últimos términos de la tierra, las ciencias, sin las cuales no podia ser alcanzado este fin, aquellas, sin las cuales no pueden perfeccionarse las artes, que aumentan el comercio, y la navegacion, que le dirige, parece que fueron desdeñadas por ella.

No fué este un defecto peculiar á nuestras instituciones literarias; lo fué de las de toda la Europa, que erigidas sobre el mismo plan, se consagraron á los mismos objetos. Ni fué, por decirlo así, un defecto suyo, sino de la época en que nacieron. Se acomodaron al estado político coetáneo, y la estabilidad de sus estatutos no les permitió seguir sus vicisitudes y mudanzas. Así que, cuando la política hubo cambiado sus planes y ensanchado sus miras, vinieron á hallarse insuficientes para tantos objetos como fueron abrazados por ella.

Si queremos pues tener una educacion literaria que conduzca á llenarlos, es necesario que comprenda los estudios que tengan relacion con ellos; y como á su logro deban concurrir, por diferentes medios y caminos, no solo to las las clases, sino aun todos los individuos de un estado, aquella educacion se dirá pública, que despues de abrazarlos, esté abierta á cuantos quieran recibirla. Veamos pues cuál es la instruccion que

debe formar el objeto de nuestra escuela pública.

Si, como hemos indicado antes, el hombre solo es educable, porque es la única criatura instruíble, y si toda instruccion debe dirigirse á la perfeccion de su ser; siendo este compuesto de dos diferentes sustancias, y dotado de facultades físicas é intelectuales, su perfeccion solo podrá consistir en el desenvolvimiento de estas facultades.

El de las primeras pertenece en gran parte á la crianza física, y por eso le querriamos confiar á la educacion doméstica. En efecto, la fuerza física se desenvuelve y aumenta con el uso y la observacion. Del uso nace el hábito, de la observacion la destreza, y ambos aumentan prodigiosamente el efecto de las facultades físicas en su aplicacion. Al uso debemos el hábito de sostenernos en pié y de conservar el equilibrio andando, corriendo ó saltando, así como la facilidad con que ejecutamos otras operaciones que llamamos naturales, y que, sin embargo, habemos aprendido de él, y sin él no ejecutaríamos; y de aquí es que un hombre habituado á correr, saltar, trepar, nadar, etc., vencerá en estos ejercicios á cualquiera que no lo esté, aunque dotado por otra parte de igual fuerza y vigor. Otro tanto podemos decir de la destreza, pues no es menos notorio que un hombre, á fuerza de observacion y experiencia, ha alcanzado el mejor modo de levantar ó arrojar un cuerpo pesado, ó de ejecutar otra operacion difícil ó penosa; es decir, que el que ha adquirido por uso y observacion la destreza que conviene á aquella operacion la ejecutará mejor y mas fácilmente que otro alguno. De este origen han nacido y por estos medios se han perfeccionado la mayor parte de las artes prácticas.

Con todo, si consideramos que el hábito mal dirigido apoca el objeto de la fuerza, en vez de aumentarla; que la destreza supone una direccion acertada; que entre los varios modos de ejecutar una accion cualquiera, hay uno solo para ejecutarla bien; que este modo no se puede alcanzar sino por medio de la observacion, y que esta pertenece á la razon humana, concluirémos que la perfeccion de la fuerza física consiste en la ilustracion de esta razon directriz de sus operaciones; esto es, la instruccion.

Esta verdad se hará mas palpable si se considera, como ya dejamos indicado, que la simple fuerza del hombre, aunque dirigida por su razon, solo puede producir un efecto muy limitado, y que su verdadero poder consiste en la aplicacion de las fuerzas de la naturaleza en su auxilio. El hombre mas robusto, el mas diestro, sin otro auxilio que el de su simple fuerza jamás podrá cortar una piedra, derribar un árbol, desquiciar una roca; pero con el auxilio de una hacha, de un pico, lo conseguiria fácilmente. Su razon instruída le descubre el aumento que puede dar á su fuerza empleando las de la naturaleza. Por este medio, ¿qué no ha hecho y qué no puede hacer todavia? Él ha allanado los montes, dirigido los rios, defendido las costas, cruzado los mares, levantándose sobre las nubes, y medido y pesado las lumbreras del cielo. Criado para dominar en la tierra, su razon, no su fuerza, ha establecido su dominio. Por su razon la fuerza ha propor-

cionado sus producciones con sus deseos. Su razon prescribe á estas producciones las varias formas que convienen á sus necesidades y á su comodidad y regalo. Parece inmenso el camino que le ha hecho andar su razon en el uso y direccion de su fuerza; pero ¿quién puede decir: De aquí no pasará?

Pero la necesidad que tiene de instruccion esta razon directriz es mas notoria respecto de ella misma; esto es, de las facultades intelectuales del hombre; porque es claro que se desenvuelven tambien con el uso, y se aumentan y mejoran por el hábito y observacion. El hombre desde que nace tiene sensaciones, y por consiguiente ideas; pero al uso debe el hábito de hablar, el cual, no solo supone el talento de expresar sus ideas, sino tambien el de ordenarlas; porque hablar no es otra cosa que expresar las ideas clara y ordenadamente. En este sentido podemos decir que por el uso podemos adquirir el hábito de pensar, ó lo que es lo mismo, que nuestra razon se desenvuelve y mejora. Así que, cuando decimos que un muchacho llegó al uso de razon, solo expresamos que sus facultades intelectuales llegaron ya á un completo desenvolvimiento.

Aquí no puedo dejar de hacer una digresion para recomendar la importancia de la crianza física, y por consiguiente, de la educacion doméstica; porque si á ellas pertenece el primer desenvolvimiento, así de las fuerzas físicas como de las facultades intelectuales del hombre, y si de la direccion que recibiere desde sus primeros años ha de depender, como es indispensable, la perfeccion á que pueda aspirar en adelante, visto es cuánto importa que esta direccion sea la mas ilustrada, y cuánta ilustracion es necesaria para llenar tan alto objeto. Debiendo, pues, fiarse este esencialísimo cuidado á la educacion doméstica, y no pudiendo esta perfeccionarse sino por medio de la instruccion pública, ¿cómo dudaremos que en ella están cifradas la felicidad individual y la prosperidad pública?

Volviendo á nuestro asunto, deduciremos de lo dicho hasta aquí dos grandes objetos de la instruccion que conviene al hombre: 1.º que pues su fuerza física se aumenta por el empleo que hace de las fuerzas de la naturaleza en su auxilio, es claro que debe estudiar la naturaleza; 2.º que pues á su razon toca dirigir estas fuerzas y estos auxilios en el empleo que de ellas haga, es claro que el hombre debe estudiar esta razon. En suma, el hombre debe estudiarse á sí mismo y estudiar la naturaleza.

Pero el hombre ¿podrá contemplar el grande espectáculo de la naturaleza sin levantarse al conocimiento de un supremo Hacedor? Podrá estudiar el orden magnífico que reina sobre toda la creacion, las maravillosas relaciones de conveniencia y de contraste que enlazan todos sus varios seres, las leyes que sostienen este orden, mas admirables por su sencillez que por su grandeza; en una palabra, podrá contemplar la constante é inefable armonia que resulta de este orden, de estas relaciones, de estas leyes, sin reconocer que este Ser criador es á un mismo tiempo omnipotente y omnisapiente? Sobre todo, ¿podrá el hombre bajar desde este conocimiento á la contemplacion de sí mismo,

comparar las facultades de que fué dotado con las dispuestas á los demás seres, observar la luz inefable que imprimió en su razon, y los purísimos sentimientos de que adornó su alma, sin reconocer que toda esta creacion se ha dirigido á un fin, y que tan preciosas dotes de cuerpo y alma le fueron dadas para vivir segun este fin?

Resulta, pues, que otro objeto esencialísimo de la instruccion humana es el estudio de este gran Ser y de los fines que se ha propuesto en esta obra tan buena, tan sabia y tan magnífica. Resulta que el objeto general de toda instruccion se cifra en el conocimiento de Dios, del hombre y de la naturaleza. Resulta que este es el término de toda instruccion; que en él se encierran todas las verdades que importa al hombre conocer; que en él deben estar contenidos los objetos de todas las ciencias, dignas de su ser y del alto fin para que fué criado, y que cuanto está fuera de él en el imperio de la literatura será vana curiosidad ó delirio.

Hemos indicado los objetos de la instruccion; calificaremos ahora los estudios en que debe buscarse, por la conveniencia ó relacion que tengan con ellos.

#### Quinta cuestion.

La inmensidad de estos objetos de la instruccion humana no asustó á los primeros filósofos, porque en sus especulaciones aspiraron á conocer todas las verdades que podian referirse á ellos. Por lo mismo hemos indicado que la antigua filosofia, cuyo modesto nombre solo significaba amor á la verdad, abrazaba todas las ciencias en su jurisdiccion. Mas como en el progreso del tiempo y del estudio algunos de los filósofos se dedicasen particularmente á la investigacion de la naturaleza y principios de las cosas visibles, y otros á la del origen y propiedades de esta facultad inteligente que reside en nuestro interior, y con la cual el hombre juzga de aquellas cosas y de sí mismo, de ahí es que la filosofia viniese á dividirse en dos grandes ramos, á saber, en natural y racional. Al primero de ellos se atribuyó el conocimiento de la naturaleza; al segundo el del hombre; y en esta division las verdades relativas á la Divinidad, sin formar un estudio separado, pertenecieron, por decirlo así, á una y otra filosofia. Porque, ¿cómo era posible entonces separar del estudio de la naturaleza ó del hombre la investigacion del alto y eterno principio de donde se deriva y á que se refiere cuanto existe?

Esta particion de las ciencias puede convenir todavía á su presente estado, por mas que se hayan extendido tan prodigiosamente. No habiendo alguna que no tenga por objeto la investigacion de la verdad, todas pertenecen rigurosamente á la filosofia; y como las verdades derivadas de la luz natural, de cualquier orden que sean, deban referirse al hombre ó á la naturaleza, ninguna dejará de pertenecer á la filosofia racional ó natural. Por eso Wolfio abrazó todas las ciencias en su filosofia, bien que dividiéndola, conforme á los objetos y fines, en especulativa y práctica; y por eso tambien ha prevalecido entre nosotros otra particion mas vulgar, que divide las ciencias en intelectuales y naturales; pero todos estos títulos, como quiera que se esta-



blezcan y conciban, vienen siempre á referirse á los objetos de los antiguos estudios, como los únicos que califican la verdadera y sólida instruccion.

Con todo, nosotros, sin desechar estas divisiones, y atendiendo al objeto de la presente memoria, preferirémos otra, que nos parece mas adecuada á la direccion de los estudios de la juventud. Porque, consideradas las ciencias en relacion á la enseñanza de esta, ¿quién no advertirá que en su largo catálogo hay unas que se dirigen á instruirlos en los medios de inquirir la verdad en general, y otras á hacerles conocer con el empleo de estos mismos medios las verdades de cierto y determinado orden? Así que, esta diferencia esencialísima establece de suyo una division entre las ciencias, á saber, en metódicas é instructivas; la cual seguiremos en el discurso de este escrito, esperando que los sábios nos perdonarán esta innovacion, si acaso lo es, en favor del motivo que nos obliga á hacerla.

En efecto, si los métodos de inquirir la verdad son unos auxilios necesarios á la razon humana para alcanzar este sublime fin, es claro que el primer grado de instruccion que conviene al hombre es el conocimiento y recto uso de estos métodos; y por consiguiente, que las ciencias que los enseñan (y no se nos dispute este nombre, que aquí tomamos en su mas amplia y vulgar significacion) pertenecen esencialmente á la educacion literaria. Porque si es cierto, como no puede dudarse, que el jóven sin estos auxilios no podrá alcanzar las verdades que pertenecen á la filosofía natural ó racional, ó por lo menos que no la podrá alcanzar tan fácil, tan breve y tan cumplidamente como con su auxilio, es claro que ninguno que no los haya adquirido se podrá decir bien educado.

Seguiremos, pues, esta particion, sin perder de vista las antiguas; y tratando en una seccion separada de los que pertenecen á las ciencias metódicas, destinaremos otras para los que conducen á las instructivas, bien que no en toda su extension, sino en cuanto convienen á una educacion liberal y cumplida. Por lo mismo no haremos la enumeracion de unas y otras ciencias, sino al paso que hablemos de su estudio, y entonces cuidaremos mucho de indicar la relacion que tiene cada una con los grandes objetos de la razon humana, porque esto nos parece muy congruente al propósito de esta memoria y al fin á que aspira nuestra sociedad.

### SECCION PRIMERA.

#### ESTUDIO DE LAS CIENCIAS METÓDICAS.

De las ciencias metódicas se puede decir, en general, que son unos métodos de analizar nuestros pensamientos; y por lo mismo, considerándolas en su término, se pudieran reducir al arte de pensar de las cosas que percibimos por los sentidos ó deducimos por la reflexion. Mas como el hombre para pensar necesite de una coleccion de signos que determinen y ordenen las diferentes ideas de que sus pensamientos se componen, la lengua ha venido á ser para él un verdadero instrumento analítico, y el arte de pensar ha coincidido de tal manera con el arte de hablar, que vienen ya á ser virtualmente uno mismo.

En efecto, el don de la palabra, uno de los mas sublimes con que el Omnipotente enriqueció á la naturaleza humana, no solo hizo capaz al hombre de representar por ella los mas íntimos secretos de su alma, sino tambien de discernir por el mismo medio y ordenar interiormente las diferentes ideas que envuelven, las cuales, siendo todas compuestas, cuando se representan á su alma por los sentidos, y entrando, por decirlo así, en ella muchas á la vez, indistintas y confusas, él despues las distingue, las determina y las ordena por medio de los signos que convienen á cada una. Y aunque no se puede negar que el signo presupone la idea que representa, igualmente es constante que, supuesto ya el conocimiento de una lengua, el hombre no solo la empleará en enunciar sus pensamientos, sino tambien, y antes, en analizarlos y ordenarlos interiormente; de forma que así se puede decir que el hombre piensa cuando habla, como que el hombre habla cuando piensa, ó que para él pensar es hablar consigo mismo.

Cuando los hombres hubieron perfeccionado cuanto en ellos estuvo la lengua gramatical (permítasenos este nombre), y cuando al favor de ella hubieron perfeccionado tambien el arte de analizar sus pensamientos, conocieron que este instrumento era insuficiente para el discernimiento y análisis que en su progreso iban recibiendo las ideas de cantidad, y entrevieron que con signos mas abreviados y mas diestramente combinados podrian llevarlas mucho mas adelante. De aquí nació la aritmética, que es otra coleccion de signos, ó por mejor decir, otra lengua, otro instrumento analítico mas perfecto para discernir, ordenar y expresar con facilidad las ideas de cantidad en toda la extension en que la humana capacidad podia concebir las. Y ahora, ¿por qué no se nos permitirá decir otro tanto de la lengua geométrica? ¿No es ella tambien un método analítico para discernir y ordenar las ideas que percibimos de la extension? Y nótese que la geometría no de otro modo las analiza que calculando; de manera que aunque su objeto y sus medios sean diferentes que los de la lengua del cálculo, al cabo vienen á reducirse á unos mismos, porque la extension se mide calculando, y así se puede decir que el que cuenta mide, como el que mide calcula. Y de aquí es que toda la prodigiosa trascendencia que ha recibido la geometría en nuestros dias, no de otra parte le viene que de la aplicacion de la lengua del cálculo á sus operaciones y expresiones; con lo cual de las dos lenguas, esto es, de los dos instrumentos analíticos, se ha formado uno solo, compuesto y perfectamente adecuado para el discernimiento, ordenacion y expresion de todas las ideas que podemos concebir acerca de la extension.

Hé aquí el plan bajo del cual consideraremos las ciencias metódicas con relacion á los estudios que convienen á la educacion de la juventud. Si alguno tuviere dificultad en adoptar las ideas que me han conducido á él, no por eso dejará de tener alguna utilidad con respecto al objeto á que le destinamos. La vida del hombre es breve, y mas breve todavía el período que puede destinarse á la instruccion. Por tanto, cualquiera cosa que pueda conducir á economizar sus momentos,

cualquiera que facilite los medios de la instruccion, debe buscarse ansiosamente por cuantos se interesan en la pública prosperidad, dependiente de ella.

Consideradas, pues, las ciencias metódicas en su término, y reducidas al arte de hablar y calcular, ó sea á la lengua gramatical y á la lengua algebráica, distribuirémos los estudios que convienen á entrambas. A la primera adjudicarámos las primeras letras, la gramática, la retórica, dialéctica y la lógica; y á la segunda la aritmética, el álgebra, la geometría y trigonometría. De unos y otros estudios hablaremos en artículos separados.

#### *Primeras letras.*

Se extrañará, y no sin alguna razon, que hayamos contado las primeras letras entre las ciencias metódicas; pero sin disputar si les conviene el nombre de ciencias, que ya hemos dicho que tomábamos en su mas amplia acepcion, y que si se quiere, se puede suplir por el nombre de estudio, ¿quién dudará que en su conocimiento se cifra uno de los principales métodos de alcanzar la verdad y recibir la instruccion? Nos detendremos un poco en esta idea, siquiera para dar al estudio de las primeras letras el aprecio que no ha tenido hasta ahora, y que por tantos títulos merece; y tambien porque lo que dijéremos de ellas será aplicable á los demás estudios metódicos.

Es constante, y lo hemos indicado ya, que la observacion y la experiencia son las fuentes primitivas de la instruccion humana. A ellas se debe el mayor número de verdades que descubrieron los hombres, y de ellas han nacido todas las ciencias, que no son otra cosa que una coleccion de verdades de cierta clase ó relativas á ciertos objetos, dispuestas y enlazadas segun el orden de afinidad que la razon hallaba entre ellas. Mas como las verdades descubiertas por los primeros hombres pudieron comunicarse de unos á otros por medio de la palabra, y conservadas despues en la memoria, pasar de una en otra generacion, sucedió que la tradicion fuese tambien un medio, aunque imperfecto, de alcanzar la verdad; y le llamaron imperfecto porque, sobre el riesgo de la mala expresion ó de la siniestra inteligencia de los que trasladaban ó recibian la tradicion, siendo la memoria el depositario y conductor de las verdades, visto es cuán expuesto estaba el medio á falibilidad y olvido.

Pero los hombres, habiendo inventado despues la escritura, señaladamente la alfabética, dieron á la tradicion toda la perfeccion que podia recibir; pues pudiendo representar ya sus ideas con palabras, sus palabras con signos convenientes á cada una, y siendo estos signos mas inalterables y duraderos que las palabras transitorias, la memoria, siempre frágil y limitada, no tenia ya necesidad de retenerlas, y por lo mismo la escritura vino á ser el fiel depositario de los conocimientos humanos. Y por último, la invencion de la imprenta, que facilitó la multiplicacion y adquisicion de los escritos, dió á este segundo medio toda la perfeccion y extension posible.

Y he dicho posible, porque este medio de adquirir la verdad será todavía imperfecto, pues que tanto pue-

de servir para la comunicacion de la verdad como para la del error. La razon es porque el que lo emplea suscribe á la experiencia ajena, y no á la suya; y como el juicio formado á consecuencia de ella puede ser erróneo, y el hombre no tiene los mismos medios para rectificar los juicios ajenos que los propios, es visto que en este medio de instruccion hay siempre algun defecto.

Pero si la escritura es un medio menos perfecto de alcanzar la verdad, es, por otra parte, el mas fácil y de mayor extension para conservarla y transmitirla, pues que no hay verdad de cuantas han descubierto y acumulado las generaciones pasadas que no se pueda derivar por él á la generacion presente. Se extiende al mismo tiempo á todos los países, así como á todas las edades, y viene á ser el verdadero tesoro en que el espíritu humano va depositando todas las riquezas, y donde deben entrar tambien todas las que fuere adquiriendo en la sucesion de los tiempos.

Y bien; si toda la riqueza de la sabiduría está encerrada en las letras; si á tantos y tan preciosos bienes da derecho el conocimiento de ellas, ¿cuál será el pueblo que no mire como una desgracia el que este derecho no se extienda á todos los individuos? Y de cuánta instruccion no se priva el estado que le niega á la mayor porcion de ellos? Y en fin, ¿cómo es que cuidándose tanto de multiplicar los individuos que concurren al aumento del trabajo, porque el trabajo es la fuente de la riqueza, no se ha cuidado igualmente de multiplicar los que concurren al aumento de la instruccion, sin la cual ni el trabajo se perfecciona, ni la riqueza se adquiere, ni se puede alcanzar ninguno de los bienes que constituyen la pública felicidad?

Esta reflexion me lleva á otra, que no pasará en silencio, porque mi propósito es persuadir la necesidad de la instruccion pública, y nada debo omitir de cuanto conduzca á él. Obsérvese que la utilidad de la instruccion, considerada políticamente, no tanto proviene de la suma de conocimientos que un pueblo posee, ni tampoco de la calidad de estos conocimientos, cuanto de su buena distribucion. Puede una nacion tener algunos, ó muchos y muy eminentes sábios, mientras la gran masa de su pueblo yace en la mas eminente ignorancia. Ya se ve que en tal estado la instruccion será de poca utilidad, porque siendo ella hasta cierto punto necesaria á todas las clases, los individuos de las que son productivas y mas útiles serán ineptos para sus respectivas profesiones, mientras sus sábios compatriotas se levantan á las especulaciones mas sublimes. Y así, vendrá á suceder que en medio de una esfera de luz y sabiduría, la agricultura, la industria y la navegacion, fuentes de la prosperidad pública, yacerán en las tinieblas de la ignorancia.

Y hé aqui lo que mas recomienda la necesidad del estudio de las primeras letras. Ellas solas pueden facilitar á todos y cada uno de los individuos de un estado aquella suma de instruccion que á su condicion ó profesion fuere necesaria. Mallorquínes, si deseais el bien de vuestra patria, abrid á todos sus hijos el derecho de instruirse, multiplicad las escuelas de primeras letras; no haya pueblo, no haya rincón donde los



niños, de cualquiera clase y sexo que sean, carezcan de este beneficio; perfeccionad estos establecimientos, y habréis dado un gran paso hácia el bien y gloria de esta preciosa isla.

Bien sé que este ramo de enseñanza debe estar separado de la institución pública que dejo indicada. Las primeras letras reclaman muchas escuelas segregadas y dispersas por toda vuestra isla; tal vez para la capital no bastará una ni dos; pero hay un medio de enlazarlas todas con aquel principal establecimiento. Estén todas bajo su dirección pertenezcan á él todos sus maestros, sea él quien los nombre y examine, y de él reciban métodos, libros y máximas de enseñanza. Así se establecerá aquella unidad moral, que es tan necesaria para que todos los métodos de instrucción se uniformen y conduzcan á un mismo fin, y para que las primeras letras, cimiento y base de toda buena educación y primer manantial de la instrucción pública, no estén abandonadas á la ignorancia, al descuido ó á la arbitrariedad.

Pero no bastará multiplicar estos establecimientos, si no se perfeccionan. Es esto de tanta importancia, que no sabemos si es mas de admirar la lastimosa imperfección de los métodos comunes de enseñar las primeras letras, ó la indiferencia con que se mira esta imperfección. No es de nuestro propósito exponerla, así como no lo es formar el plan de su enseñanza. Esto merecería ser tratado en una memoria separada, y merece toda la atención de la Sociedad. Pero no dejaré de exponer una idea, que debe servir de cimiento á la reforma que necesita un objeto tan importante.

Nada es mas constante ni acreditado por la experiencia que la viveza con que se imprimen en nuestros ánimos las ideas que se les inspiran en la niñez, y la facilidad con que las recibe, y la tenacidad con que conserva nuestra memoria cuanto se le presenta en esta tierna edad. Pero de esta observación no se ha sacado hasta ahora todo el partido que se pudiera, ó por lo menos se ha perdido de vista en la elección de los libros y de las muestras por donde se enseña á leer y escribir. Estos libros y estas muestras debieran contener un curso abreviado de doctrina natural, civil y moral, acomodado á la capacidad de los niños, para que al mismo tiempo y paso que aprendiesen las letras, se fuesen sus ánimos inbuendo en conocimientos provechosos y se ilustrase su razón con aquellas ideas que son mas necesarias para el uso de la vida. Por este método podrian los niños desde muy temprano instruirse en los deberes del hombre civil y el hombre religioso, y recibir en su memoria las semillas de aquellas máximas y de aquellos sentimientos que constituyen la perfección del ser humano y la gloria de las sociedades.

Bien sé yo que no existen tales libros, y que probablemente tardarán en existir; porque requiriendo gran fondo de talento, de instrucción y piedad, serán pocos los que poseyendo estas dotes, no se hallen interrumpidos por sus empleos y ocupaciones, y menos los que quieran consagrar sus vigilias á obras que no prometen utilidad ni gloria. Mas si el Gobierno, conociendo el influjo que puede tener en la prosperidad

pública, estimula-e los ingenios al desempeño de esta empresa con premios proporcionados á su importancia; si no les escasease aquellas distinciones y recompensas á que anda siempre unida la gloria literaria, ¿quién sería el sábio que no corriese en su auxilio? La empresa no es acaso tan árdua como puede parecer; ¿y quién sabe si la gloria de alcanzarla estará reservada á nuestra sociedad?

Entre tanto, hay una obrita, publicada con este objeto por el erudito don Tomás Iriarte, que contiene muchos elementos de moral, de geografía y de historia de España; y un tratado de las obligaciones del hombre por el señor Eusebio, que aunque no llenan completamente nuestro deseo, pueden suplir la falta de otros, y son preferibles á los que comunmente se usan.

Hemos dicho que el arte de calcular es una verdadera lógica; y siendo necesario su conocimiento en los usos comunes de la vida, cualquiera que sea la clase y profesion en que el hombre se halle, claro es que sin él ninguno se podrá decir instruido en las primeras letras. Por eso se ha mirado siempre como una parte de su estudio, mas en cuanto á él hay todavía mucho que desear. En muchas partes se descuida esta enseñanza ó se da muy imperfectamente, y en otras solo se enseña el mecanismo del cálculo. Pero es constante que el que no sabe la razón de cada una de las operaciones, no se puede decir que las sabe. Era pues preciso que todos los niños aprendiesen la aritmética. La cosa parece difícil, y acaso lo es, porque nuestros métodos son imperfectos; pero pues que las razones de los rudimentos del cálculo son tomadas de las ideas comunes que todos los niños virtualmente saben, y se trata solo de irselas haciendo distinguir y aplicar á cada operación, visto es cuán fácil sería perfeccionar esta enseñanza. Yo no debo detenerme acerca de ella; pero tampoco puedo dejar de recomendar su importancia, pues aun cuando solo aprendiesen los niños la parte de la aritmética que llaman cinco reglas, su instrucción sería mas sólida, y serviría de admirable preparación á los que hubiesen de emprender después el estudio de las matemáticas.

Quisiera yo unir al estudio de las primeras letras la enseñanza del dibujo, cuya grande utilidad, así para las ciencias como para las artes, generalmente está reconocida. Para esta enseñanza no se dirá que no están dispuestos los niños, pues en ella tiene mas parte la mano que la razón. Así lo ha acreditado la experiencia en todas las escuelas de diseño que hemos visto erigirse en nuestros días. Pero estas escuelas por desgracia no han producido todo el provecho que podía desearse: primero, porque no habiéndose reunido esta enseñanza á las primeras letras, no pudo hacerse general; segundo, porque presentada como un medio de hacer progresos en ciertas y determinadas artes, no se ha apetecido por los padres y tutores para una edad en que la carrera ó profesion de los niños no está decidida; tercero, porque adoptado el método de la academia que da esta enseñanza por la noche, y que ha tomado sus principios de la figura humana, es decir, de lo que hay mas compuesto y perfecto en la na-

turaliza, se ha huido de la sencillez que conviene á toda primera enseñanza, se ha perdido de vista la necesidad mas general y comun; y aspirándose á lo mas perfecto, se ha de-cuidado lo mas conveniente.

Todo se remediaría simplificando esta enseñanza y reuniéndola á las primeras letras. Un dibujo de líneas, de superficies y sólidos, claros, sombreados y perspectiva, ordenadamente arreglado en una breve cartilla, bastaria para la enseñanza general, y prepararia también admirablemente así á los que hubiesen de estudiar despues la geometría práctica ó el dibujo científico, como á aquellos á quienes llamase su genio al estudio de las bellas artes. Esta cartilla falta, pero el *Museo pictórico* de Palomino daria mucha luz para hacerla. He aquí otro asunto á cuyo desempeño convendría llamar y alentar á nuestros sábios artistas.

Reconozco de buena fe que así como faltan buenos libros, faltarán también buenos maestros para perfeccionar esta enseñanza; pero no faltarán siempre. El primer cuidado debe ser multiplicar las escuelas, que aunque imperfectas, siempre producirán mucho bien. Sea el segundo perfeccionar en lo posible las de nuestra capital, y esto no es tan difícil. Al paso que se vayan logrando las buenas escuelas, producirán óptimos maestros. Mas que ciencia y erudicion, este ministerio requiere prudencia, paciencia, virtud, amor y compasion á la edad inocente. Buenos reglamentos, buenas elecciones, buena direccion y continua vigilancia levantarán al fin estas instituciones al grado de perfeccion que necesita el bien de la patria.

¡Oh amigos del pais de Mallorca! Si deseais este bien, si estáis convencidos de que la prenda mas segura de él es la instruccion pública, dad este primer paso hácia ella. Reflexionad que las primeras letras son la primera llave de toda instruccion; que de la perfeccion de este estudio pende la de todos los demás; y que la ilustracion unida á ellas es la única que querrá ó podrá recibir la gran masa de vuestros compatriotas. Llamados, por su condicion, al trabajo desde que raya su juventud, su tiempo debe consagrarse á la accion, y no al estudio. Reflexionad, sobre todo, que sin este auxilio la mayor porcion de esta masa quedará perpétuamente abandonada á la estupidez y á la miseria; porque donde apenas es conocida la propiedad pública, donde la propiedad individual está acumulada en pocas manos y dividida en grandes suertes, y donde el cultivo de estas suertes corre á cargo de sus dueños, ¿á qué podrá aspirar un pueblo sin educacion, sino á la servil y precaria condicion de jornalero? Ilustradlo pues en las primeras letras, y refundid en ellas toda la educacion que conviene á su clase. Ellas serán entonces la verdadera educacion popular. Abridle así la entrada á las profesiones industriosas, y ponidle en los senderos de la virtud y de la fortuna. Educadle, y dándole así un derecho á la felicidad, labraréis vuestra gloria y la de vuestra patria.

## HUMANIDADES.

## Gramática.

Si las primeras letras, como instrumentos del arte de hablar, le facilitan y extienden, las humanidades, en calidad de métodos le pulen y perfeccionan. Este por lo menos debiera ser su único objeto; pero el deseo mismo de alcanzarle, perdiéndole de vista, ha llevado fuera de sus términos á los antiguos humanistas. Se ha creído hasta ahora, y tal vez se cree todavía, que el estudio de las lenguas latina y griega y de los preceptos de la retórica y poética constituan el fondo del estudio de las humanidades; pero esta idea, que pudo ser exacta, y que seguramente fué muy provechosa, ha venido á ser muy funesta á la educacion general. Es de nuestra obligacion fundar este juicio, así por la relacion que tiene con el objeto del presente escrito, como por su influjo en los progresos de la educacion.

Cuando renacian las ciencias en Europa, y las lenguas vulgares, incultas y groseras todavía, no eran capaces de recibir sus riquezas, nada parecia mas conveniente que el estudio de la lengua griega y latina; porque ¿dónde se buscarian entonces las verdades que habia acumulado la sábia antigüedad, ni dónde los sublimes modelos del bien decir, sino en los monumentos que ellas conservaban? En efecto, su estudio ilustró las naciones de Occidente, y se puede asegurar sin recelo que á él debe la culta Europa los pasmosos progresos que hizo en las ciencias y en la literatura.

Mas al cabo de tres siglos de estudio y trabajo en desenterrar estos tesoros; despues que los fértiles campos de la antigüedad están ya, no solo segados, sino espigados y rebuscados; despues, en fin, que las lenguas vulgares, enriquecidas también y pulidas, se han engrandecido y levantado al nivel de las antiguas bellezas, al mismo tiempo que se proporcionaron á la variedad, abundancia y exactitud de las ciencias, ¿será justa la preferencia que damos en el estudio de las humanidades á las lenguas muertas, en perjuicio y con abandono de las lenguas vivas?

Yo por lo menos veo en esta preferencia uno de los obstáculos que mas se oponen á los progresos de la educacion general. Desde luego prolongan demasiado su período, y por lo mismo la imposibilitan; porque la vida del hombre es muy breve, su juventud pasa como un relámpago, las artes y profesiones útiles lo llaman luego á un largo aprendizaje, y los empleos y cargos públicos á otros estudios que piden mas larga y detenida preparacion. Las primeras letras, bien aprendidas, le ocuparán hasta los nueve años. Si ha de estudiar bien la lengua y propiedad latina, la retórica y la poética, y la lengua griega, ¿no tocará ya en los quince años? Y bien; si no conoce todavía la gramática y retórica castellana, los elementos de geografía é historia sagrada y profana, los de aritmética y geometría, y algunos principios de lógica y ética, ¿se podrá decir bien educado? Pero estos estudios le llevarán hasta los veinte años de edad, á que no pueden esperar los que se destinan á profesiones activas, y menos los que des-



tinados á la Iglesia, al foro, á la milicia de mar y tierra ó á la política, necesitan de otra preparacion especial, que los detendrá hasta los 26 ó 28. Es pues claro que un sistema de educacion general que no sea imposible ó quimérico debe renunciar á alguno de estos estudios.

La razon señala desde luego las lenguas muertas. ¿Por ventura no podrá formarse sin ellas un buen humanista? El fin de este estudio no puede ser otro que formar el buen gusto de los jóvenes: primero, para discernir y juzgar el mérito de las obras que hubiere de leer ó estudiar; segundo, para discernir los mejores medios de expresar y ordenar sus ideas hablando ó escribiendo. Si pues lo que el hombre hubiere de hablar y escribir, y por la mayor parte lo que hubiere de leer en el discurso de su vida, no ha de pertenecer á las lenguas muertas, sino á las de la sociedad en que vive, y á la cual debe consagrar sus talentos, ¿quién duda que el estudio de estas le es mas provechoso y necesario?

Se dirá que siendo nuestra lengua menos perfecta, su estudio no puede conducir igualmente al mismo fin. Mas ¿por qué no? Si se trata de preceptos, ó no merecerán este nombre, ó serán aplicables á todas las lenguas. Si de ejemplos, ¿tan escasa y grosera se halla la nuestra todavía, que no pueda presentar una coleccion de ejemplos de pureza, de precision, de elegancia, de belleza y sublimidad en el decir? Y cuando en Oliva y Granada, en Mariana y Moncada, en Herrera y Leon, y en algunos modernos no se hallasen tan escogidos, ¿no podrian traducirse de Platon y Ciceron, de Jenofonte y Livio, de Homero y el Mantuano? Y si todavía se dice que no, ¿qué proharía esto? Primero, que el solo estudio de las lenguas muertas no ha bastado para perfeccionar las lenguas vivas; segundo, que la perfeccion de estas lenguas pende mas de su estudio que del de las lenguas muertas.

Y si se estudiase bien nuestra lengua, se conocería que tiene ya dentro de sí cuanto basta para servir á la perspicuidad didáctica, á la alteza oratoria y al colorido y gracias de la diction poética. Se conocería que si algo le falta todavía, vendrá de su mismo estudio, y sobre todo del estudio de la naturaleza, en cuya contemplacion se formaron los grandes modelos de la antigüedad, y no en serviles imitaciones. Se conocería que pues en ella tenemos el único instrumento de comunicacion de que nos habemos de servir en la sociedad, nada puede sernos tan importante como su perfeccion. Se conocería, en fin, que pues de esta perfeccion pende la de nuestra razon, porque la lengua propia es tambien el instrumento analítico de que debemos servirnos para discernir y ordenar nuestras ideas, el olvido de su estudio es el obstáculo que mas se opone á los progresos de la educacion general.

No se crea que damos una opinion nueva; damos la de esos mismos pueblos á quienes los antiguos meto-distas profesaron la mas ciega veneracion. ¿Por ventura los griegos se valieron de otra lengua que la propia para enseñar y aprender? Y cuando el grecismo se hizo de moda en Roma, ¿no vemos á Ciceron, el padre y bienhechor de la lengua latina, vehementemente ai-

rado contra los que escribian y pretendian enseñar en griego? ¿Y qué testimonio se puede buscar mas ilustre que el de un hombre que estudió en Atenas y que toda su vida se dedicó y que tan altamente recomendó la filosofia, la elocuencia y la literatura griega? Mas ¿para qué buscarémos testimonios extraños, cuando los hay tan ilustres dentro de casa? ¿Desecharémos los de Perez, de Ambrosio de Morales, de Abril, de Leon, lumbreras de la lengua castellana, que tanto declamaron contra el desprecio de nuestra lengua, y la preferencia de la latina para la enseñanza? Y por último, ¿desecharémos el de las naciones sábias, que cultivando y enseñando en su propia lengua todos los ramos de ciencia y literatura, han demostrado que no hay otro medio de popularizar, por decirlo así, la instruccion, y abrir á todo el mundo sus caminos?

Pero ¿abandonarémos la enseñanza del latin y el griego? No quiera Dios que yo asienta á esta blasfemia literaria: primero, porque estas lenguas ofrecen una recreacion inocente y provechosa á los que conocen y se complacen en sus bellezas; segundo, porque no solo contienen mejores modelos de belleza y sublime diction, sino tambien mucha riqueza de erudicion antigua, y mucha y estimable doctrina de filosofia racional y natural; tercero, porque supuesto su general conocimiento, ofrecen un medio de comunicacion mas extendido; cuarto, porque son absolutamente necesarias para los que estudian las ciencias de autoridad, cuyas fuentes originales están en estas lenguas. En efecto (y pase esto por digresion, pues que nuestro propósito nos permite vagar por los estudios que no pertenecen á la educacion general), ¿cómo podrá el teólogo, sin su perfecto conocimiento, ó por lo menos de la latina, estudiar las santas Escrituras, los concilios, los Padres, en una palabra, los escritos eclesiásticos que conservan el precioso depósito del dogma, la tradicion, la disciplina y la moral de la Iglesia? Y pues que los lugares canónicos coinciden de tal manera con los lugares y fuentes de la teología, que mas se puede decir que su estudio no pertenece á distintas ciencias, sino á una, ¿cómo se podrá llamar canonista el que no pueda leer y calar estas obras originales? Así que, no solo se deben juzgar necesarias estas lenguas al teólogo y al canonista, sino que se debe deplorar como un mal el abandono con que se mira la una, y la imperfeccion con que se estudia la otra, y que se puede pronosticar que la reforma y los progresos de estos estudios deben empezar por el de las letras griegas y latinas, y que será una consecuencia natural de las mejoras.

Con todo, la enseñanza de estas mismas ciencias se haria mejor en castellano que en latin. La lengua nativa será siempre para el hombre el instrumento mas propio de comunicacion, y las ideas dadas ó recibidas en ella serán siempre mejor expresadas por los maestros y mas bien entendidas por los discípulos. La enseñanza elemental no se puede dar en las mismas fuentes; pero se debe referir continuamente á ellas. Sea, pues, el que aspirare á saberlas, buen latino, buen griego, y si fuere posible, capaz de entender bien la lengua hebrea; acuda á las fuentes originales de la

antigüedad, pero reciba y exprese sus ideas en lengua propia.

De lo dicho hasta aquí se pueden deducir tres conclusiones: primera, que pues el estudio de las lenguas griega y latina es absolutamente necesario á alumnos y muy conveniente á muchos, debe ser fomentado y perfeccionado entre nosotros; segunda, que la perfecta inteligencia de estas lenguas, ó por lo menos de la latina, debe exigirse de cuantos aspiren al estudio de la teología y los cánones, y si se quiere, de los que se dediquen á la jurisprudencia civil y á la medicina; pero debe ser voluntario á los que aspiran á otras ciencias, cualesquiera que sean; tercera, que este estudio no pertenece esencialmente á la educacion general; pero que podrá admitirse en ella para los que quieran recibirla mas cumplida y perfecta.

Si la enseñanza de toda ciencia debe exponer ante todas cosas aquellas verdades abstractas que constituyen su teoría, la de la palabra deberá empezar por un estudio hasta ahora desconocido entre nosotros, y que sin embargo es absolutamente necesario para alcanzar con perfeccion el arte de hablar. Este estudio es el de la gramática general ó racional. Las gramáticas particulares de las lenguas, mas bien que teorías dirigidas al conocimiento científico de los principios de este arte, son unos métodos que enseñan el artificio mecánico de cada respectiva lengua. Detenidas en definir las varias partes de que se compone la oracion, explicar el oficio de cada una, el lugar que le conviene y las modificaciones que recibe en la construccion, jamás se elevan á la relacion que las palabras tienen con nuestros pensamientos, ni al sublime artificio con que los analizan, combinan y extienden para su mas exacta expresion. Hé aquí el oficio de la gramática racional, que prescindiendo de los sonidos, contempla en general las palabras en calidad de signos, y con relacion á la idea que presenta cada uno. De aquí es que sus principios son aplicables á cualquiera lengua, y que una vez conocidos, se facilita admirablemente el estudio de todas. Por consecuencia, el de la gramática general ofrece las siguientes ventajas: primera, conduce al mas perfecto conocimiento de la lengua propia; segunda, como en esta lengua se deben dictar sus preceptos, conocida la gramática general, el estudio de nuestra gramática se reducirá á unas brevisimas reglas de sintáxis castellana; tercera, servirá de llave para entrar fácilmente al estudio y perfecta inteligencia de las lenguas extrañas; cuarta, fundándose en principios que se pueden llamar lógicos, facilitará mucho el estudio de la retórica y de la lógica; y quinta, su sola enseñanza, bien dada y confirmada con el análisis y observacion de buenos ejemplos, tomados en autores clásicos, supliría por un curso de humanidades en aquellos que no puedan ó no quieran recibir mas larga educacion.

Sé que no tenemos libro para dar esta enseñanza, pero no es difícil tenerle; las gramáticas generales de Dumarsais, de Gibelin, Condillac, y de las enciclopedias francesa y británica están á la mano. ¿Faltará entre nosotros un hombre que las examine, que traduzca la que juzgare mejor, y le sustituya ejemplos escogidos

de nuestra lengua? Hé aquí otro objeto hácia el cual se debe llamar la atencion de los sábios y excitar con premios el ingenio.

A la gramática general debe suceder la castellana. Los que conocen una y otra saben que la enseñanza de la primera facilita admirablemente la de la segunda. Los mismos ejemplos que se hubieren tomado de esta para confirmar los principios de aquella, pueden servir para explicar la índole de su construccion, y señalar los caracteres que le son peculiares y la distinguen de otras lenguas. Pero en esta última enseñanza se deben multiplicar y variar los ejemplos, no solo para hacer conocer por medio del análisis la riqueza y el recto uso de nuestra lengua, sino tambien para preparar á los jóvenes á los estudios sucesivos. Por la misma razon, en este período de la enseñanza deberán empezar el ejercicio de composicion, presentándoles á los niños asuntos fáciles, no exigiendo de ellos sino la exactitud gramatical, haciéndoles dar razon de cuanto hicieren, y dándosela de cuanto no hicieren bien; porque no debe olvidarse jamás que solo el análisis de los buenos modelos de una lengua y la cuidadosa y frecuente composicion en ella pueden enseñar su propiedad y recto uso.

A esto se dirige el estudio de la gramática, y esto es lo que mas la recomienda; hablar con facilidad una lengua es lo que todos aprenden por uso ó imitacion; hablarla con pureza y propiedad, expresar con claridad y exactitud sus ideas, solo es dado á aquellos que por medio de la observacion y el análisis han penetrado su índole y artificio. Si pues este talento no solo es necesario para comunicar sus pensamientos, sino tambien para formarlos y ordenarlos rectamente, ¿cómo se podrá decir bien educado el que no lo alcanzare?

Quisiera yo asimismo que por via de apéndice de esta enseñanza, se aplicasen los principios de la gramática general á nuestra lengua mallorquina, y se diese á los niños una cabal idea de su sintáxis. Siendo la que primero aprenden, la que hablan en su primera edad, aquella en que hablamos siempre con el pueblo, y en que este pueblo recibe toda su instruccion, visto es que merece mayor atencion de la que le hemos dado hasta aquí. Se dirá que la amamos, y es verdad, pero no la amamos coniego amor. El mejor modo de amarla será cultivarla. Entonces conoceremos lo que vale y lo que puede valer; entonces podremos ir la llevando á la dignidad de lengua literata; entonces ir la proporcionando á la exactitud del estilo didáctico y á los encantos de la poesía; y entonces, escribiendo y traduciendo en ella obras útiles y acomodadas á la comprension general, abriremos las puertas de la ilustracion á esta muchedumbre de mallorquines cuya miserable suerte está vinculada en su ignorancia, y su ignorancia será invencible mientras no se perfeccione el principal instrumento de su instruccion.

### Retórica.

Así preparados los jóvenes, podrán estudiar con fruto la retórica y hacer progresos en la elocuencia castellana, cuya enseñanza no será ya mas que una ampliacion



de la de la gramática. Si la miramos como una facultad diferente, es porque hemos determinado mal su objeto, que siendo el de mover y persuadir, nos parece que está fuera de los límites del arte de hablar; como si este objeto no entrase también en el objeto general de la palabra, y como si el orador no moviese y persuadiese hablando. El verdadero objeto de la retórica es la aplicación del arte de hablar á los varios modos de hablar ó de decir. Es verdad que la elocuencia admite, ó mas bien requiere, un estilo figurado; pero ni las figuras del estilo salen de la jurisdicción de la gramática, ni hay alguno tampoco que no pertenezca á la de la retórica. Una y otra emplean un mismo instrumento y unos mismos elementos ó signos, y si se distinguen, es solo en el modo de aplicarlos.

De aquí es que nada ha dañado tanto á la elocuencia castellana como la idea siniestra de su naturaleza y objeto, dando mas valor á sus accidentes que á su sustancia; haciéndola casi consistir en la doctrina de los tropos, y cargando sobre los accesorios el estudio y cuidado que debíamos á su principal objeto. De donde se han derivado dos abusos, á cual mas funestos, á saber: primero, que han desaparecido de la oratoria aquellas palabras familiares de sentido recto y expresiva, y aquellas locuciones llanas y sencillas, pero nobles y enérgicas, que tanta fuerza y vigor dan á los discursos, como es de ver en los de Mariana y fray Luis de Granada, y se pudiera probar también con el ejemplo de Isócrates y Demóstenes, y aun de Ciceron; y segundo, introducir en el estilo didáctico las figuras y licencias retóricas, que en vez de engalanarle, le afean y le embrollan.

Así se ve que mientras algunos de nuestros oradores hablan á la imaginación y al oído mas bien que al espíritu y al corazón, muchos escritores doctrinales, que solo deberían dirigirse á la austera razón, sacrifican la precisión y la fuerza lógica del raciocinio á los afectos y tesoros del espíritu.

Semejantes abusos, que tienen su principal raíz en el desorden de la imaginación y en la falta de fondo y doctrina de los que escriben, se aumentan con la lectura y estéril imitación de los extranjeros, que adolecen también de este achaque. Pero ¿no se podrán atribuir también al abandono de nuestra lengua, y á que dando tanto tiempo y cuidado al estudio de las extrañas, no dedicamos ninguno al de nuestra gramática y retórica? Porque ¿cómo la hablará con dignidad el que no la conozca, ni cómo la conocerá bien el que no haya descubierto su abundancia ni penetrado sus bellezas en el análisis de los grandes modelos que la han ennoblecido?

Para dirigir pues la educación al restablecimiento de la retórica, déuse á los niños pocos y buenos preceptos, confirmados con muchos y escogidos ejemplos de elegancia castellana. Conozcan en ellos los diferentes estilos y modos de decir, y los objetos á que cada uno conviene. Conozcan en ellos la naturaleza y las verdaderas gracias del estilo figurado, y la templanza y oportunidad con que deben emplearse los ornamentos retóricos. Conozcan finalmente en ellos la índole del artificio oratorio, cuyas leyes jamás podrán pene-

trar sino por medio del análisis. Así es como los preceptos, ilustrados con el ejemplo, se inculcarán en el ánimo de la juventud, é inspirarán el gusto de la pura y castiza elocuencia.

Se ve por aquí que el análisis de que hablamos no se referirá ya al régimen y construcción gramatical, sino á la elegancia y fuerza de la frase, al enlace de las ideas ó pensamientos y á la serie y conducta del discurso; que en él se debe buscar la fuente y origen de donde se derivan aquellas y la razón en que estas se fundan; que se deben considerar las palabras como inseparables de las ideas, las ideas como enlazadas con los argumentos, y los argumentos como elementos esenciales del discurso, sobre que se levanta y apoya la conclusión que se trata de establecer y persuadir. Tal es el fin general de la retórica, cualquiera que sea el género de decir á que se aplicare.

Para conducir mas seguramente á la juventud á este fin, convendrá instruir á los niños en el arte de resumir y extraer; cosa de que no se ha cuidado hasta ahora, y que es de grande utilidad, así para aprovechar en la lectura y meditación de las obras de ciencia y literatura que hubieren de manejar en el progreso de sus estudios, como para acostumbrarlos mas y mas al análisis, y perfeccionarlos en él. Como en este ejercicio las locuciones figuradas se reduzcan al sentido recto; como se dirija particularmente la atención á la sentencia, para discernir las principales ideas de las subalternas y accesorias, y como para conocer el orden y fuerza del discurso se distinga todo lo que pertenece á los adornos y movimientos oratorios de lo que pertenece al raciocinio lógico, y se discierna y separe lo que es necesario y conducente á él de lo que es redundante é inútil, visto es que este ejercicio perfeccionará el arte de analizar, y cuánto conducirá á ilustrar la razón y formar el gusto de los jóvenes.

Entonces podrán pasar á la composición retórica, para la cual se les presentarán asuntos breves y sencillos, en que puedan ejercitar los diferentes estilos que convienen á los varios géneros de elocuencia, sin empeñarlos nunca en grandes oraciones y discursos, para los que ni pueden estar preparados, ni menos tener el fondo suficiente. Porque nunca se debe olvidar que nadie sale elocuente de la escuela; que la retórica, considerada como un arte, solo se perfecciona con el hábito, y sobre todo, que, como dice Horacio:

*Scribendi rectè, sapere est et principium, et fons.*

### Poética.

Todas las máximas prescritas para este estudio son aplicables al de la poética. Nada hay que decir de su doctrina teórica, de que tanto se ha escrito desde Aristóteles á Horacio, desde Horacio al Pinciano, y desde el Pinciano á Luzan. Pero no callaré que faltan todavía á nuestra lengua dos trataditos muy necesarios para completar esta enseñanza: uno de gramática y otro de prosodia poética. El primero debería determinar las verdaderas calidades del estilo y buena dicción con referencia á los varios estilos que requieren nuestros poemas; y el segundo determinar la construcción

mecánica que constituye la dulzura, el número y la armonía poética, con relación á los varios metros castellanos. Esta doctrina, confirmada con muchos y escogidos ejemplos, haría que los niños entrasen á analizar con provecho nuestros mejores poetas, y los dirigirían en el ejercicio de composición.

Porque yo tengo para mí que estos son los dos escollos en que mas frecuentemente han peligrado nuestros ingenios. A cada paso damos con poemas en que el gusto destruye los esfuerzos del genio, y en que una dición lánguida y prosaica, una frase sin colorido ni hermosura, hace frias y desmayadas las mas sublimes sentencias; ó bien, por el contrario, en que una frase hinchada, llena de rimbombos y palabriones, y adornada de figuras y metáforas atrevidas y descabelladas, aturde la razon y la imaginación del que lee, á las que no presenta ninguna idea juiciosa, ninguna imagen agradable, ni causa ninguna instrucción ni deleite. Y damos tambien en otros, en que la dición mas bella y escogida no satisface el gusto ni contenta al oído, por falta de número y de armonía. Los autores de los primeros no han conocido que en el lenguaje de la poesía la imaginación ocupa el lugar y ejerce los oficios de la razon; y aunque recibe de esta el fondo de sus ideas, se encarga de colorirlas y de engalanarlas; no han conocido que esta facultad sabe tomar de la naturaleza las bellezas de unos objetos para trasportarlas á otros, y adornarlas, inventar formas é imágenes para representar las ideas mas abstractas, y hacerlas reales y sensibles; no han conocido, en fin, que pues en este lenguaje la imaginación habla á la imaginación, el estilo debe ser siempre gráfico, aun en los poemas didácticos, y que la poesía que no pinta, jamás será digna de este nombre.

Pero los de los segundos, arrastrados por esta facultad, han olvidado que no basta que la poesía pinte á la imaginación, si no canta al oído, ni basta que su estilo sea gráfico, si no es al mismo tiempo dulce y armonioso. El lenguaje de la poesía es verdaderamente musical, y sus notas se señalan en el sonido de todos los elementos de la palabra. El de las consonantes y vocales, y el contraste de unas con otras; la cantidad y el número de las sílabas que componen cada palabra y el lugar conveniente dado á cada una; la colocación del acento principal, que marca la armonía con una especie de cesura, y su juego con los acentos subalternos de cada verso; el juego de unos versos con otros, así en la colocación de los acentos como en la de las pausas mayores á que obliga la terminación de la sentencia, ya en el verso, ya en el hemistiquio; y por último, la onomatopeya ó conveniencia de los sonidos con las imágenes que representan: hé aquí lo que constituye el canto de la poesía, y hé aquí la armonía musical, sin la cual la mas bella dición poética será siempre lánguida é insonora.

¿Como, pues, se evitarán estos escollos? Primero, enseñando á los jóvenes á leer bien los versos; esto es, no solo con buen sentido, sino tambien con recta expresión, marcando en ella el valor de cada sílaba, los acentos principales y subalternos de los versos, y las pausas mayores y menores de los periodos y finales

de las sentencias, y sobre todo, levantando esta expresión al tono de los sentimientos y las pasiones de que está siempre lleno el idioma del entusiasmo; segundo, dirigiéndolos en el análisis de los modelos escogidos á buscar, así las propiedades de la frase y locución poética, como las del número y armonía de los versos; tercero, haciéndolos primero componer en prosa poética (pues que el metro no es de esencia de la poesía), para acostumbrarlos y encastrarlos en la buena dición; cuarto, ejercitándolos en el verso blanco, para que libres de la sujeción de la rima, puedan formar mejor idea de la armonía métrica, pues es bien sabido que si de una parte la gracia y sonsonete de la rima cubre muchos defectos de la locución y armonía, de otra el verso blanco solo puede agradar y sostenerse por estos dotes; quinto, y sobre todo, dirigiéndolos al estudio de la naturaleza y del corazón humano, donde están los tipos primitivos de todas las bellezas físicas y sentimentales. En ellos se formaron Homero y Eurípides, en ellos se perfeccionaron Horacio y Virgilio, y Milton y Pope, y Boileau y Racine, y en ellos tambien Melendez y Moratin, Cienfuegos y Quintana, que podemos citar sin vergüenza al lado de aquellos modelos.

### Lenguas.

En la série de los estudios que pertenecen al arte de hablar, debemos poner tambien el de las lenguas, que tanto le fortifica y extiende, y del cual ya no se puede prescindir en la primera educación.

La santa Escritura nos presenta en la confusión de las lenguas el mayor castigo que pudo darse al orgullo y temeridad de los hombres. Impelidos despues de él por sus necesidades, fueron ocupando los diferentes climas de la tierra, y divididos en lenguas, hubieron de dividirse tambien en pueblos y naciones. La lengua vino á ser entre ellos el primer vínculo de union social, y por eso fué cultivada separadamente por cada sociedad. Mas como el espíritu de guerra y de conquista dominase en todas, y las relaciones de amistad y comercio fuesen todavia poco conocidas ó poco apreciadas, ninguno se enró de uniformar su lengua con la de sus vecinos, y por esto la division y diferencia de idiomas creció y se multiplicó mas y mas cada dia.

Pero al fin, ilustradas con el progreso del tiempo algunas naciones, y movidas de su propio interés á establecer entre si aquellas relaciones, hallaron que la diferencia de idiomas era un grande estorbo para la recíproca comunicacion de sus bienes y sus luces, y que el estudio de las lenguas era el único medio de franquear la barrera de division que su diferencia ponía entre ellas. De aquí el amor á este estudio, que la política y el amor á las letras abrazaron con ansia, mientras la sana filosofía, extendiendo sus experiencias, se lisonjeó de que el progreso de la razon y la comunicacion humana traeria tal vez la época venturosa en que una lengua universal estableciese entre todas las sociedades y todos los hombres un vínculo de union y fraternidad, por que suspiran á una la religion y la naturaleza.

Sea lo que fuere de esta esperanza, ó sea dulce y piadosa ilusion, la necesidad del estudio de las len-



guas no puede disputarse, porque ora las consideremos como medios de instruccion, ora como instrumentos de comunicacion, es claro que quien solo sepa la de su pais, ni podrá aspirar á mas instruccion que á la que estuviere consignada en ella, ni tampoco á comunicar la que hubiere adquirido mas que á sus compatriotas. Lo es tambien que el que aprendiere otras lenguas se hará capaz de adquirir toda la instruccion que estuviere atesorada en ellas; y lo es, en fin, que esta ventaja estará siempre en razon compuesta de la mayor suma de instruccion depositada en la lengua ó lenguas que se estudiaren, y de la mayor relacion ó conveniencia de esta instruccion con la carrera que hubiere de seguir y género de vida que hubiere de abrazar el que la aprendiere.

Graduando, pues, la utilidad de las lenguas por estos principios, daré yo el primer lugar á la lengua latina, bien que no indistintamente, sino, primero, para aquellos que se hubieren de consagrar á la Iglesia y al foro, y en general á los que hubieren de seguir los estudios de universidad; segundo, para los que quieran darse á los estudios de erudicion antigua y moderna que abrazan los varios ramos de la literatura; y tercero, para aquellos que uniendo los dones de fortuna á los de naturaleza, y no pensando abrazar ninguna profesion ni carrera determinada, aspiren solo á recibir una educacion cumplida en todos sus números.

Mas para aquellos que se hubieren de consagrar á las ciencias exactas ó naturales, y aun á las politicas y económicas, y para aquellos que hubieren de seguir la carrera de las armas en mar ó tierra, la diplomática, el comercio, las artes, etc., daria yo el primer lugar al estudio de las lenguas vivas, y señaladamente de la inglesa y francesa. Estas lenguas abrirán al jóven un abundantísimo campo de doctrina en todos los ramos de ciencia y literatura que quiera cultivar; y por lo mismo su enseñanza se debe estimar necesaria en cualquiera instituto de educacion.

Y ahora, si alguno que solo quiera estudiar una de estas lenguas preguntare cuál debe preferir, le diré que la francesa ofrece una doctrina mas universal, mas variada, mas metódica, mas agradablemente expuesta, y sobre todo, mas enlazada con nuestros actuales intereses y relaciones políticas; que la inglesa contiene una doctrina mas original, mas profunda, mas sólida, mas uniforme y generalmente hablando, mas pura tambien, y mas adecuada á la índole del genio y carácter español; y que por tanto, pesando y comparando estas ventajas, podrá preferir la que mas acomodase á su gusto y sus miras. Pero tambien diré que pues es tan conocida la utilidad de entrambas lenguas, así para la instruccion como para los demás usos de la vida, lo mejor será siempre que el que aspirare á perfeccionar su educacion se esfuerce á estudiar una y otra.

No exijo demasiado, porque sobre que el estudio de una lengua facilita siempre el de otra para el que se haya instruido bien en la gramática general, ninguna dificultad ofrece, ni requiere gran tiempo. Trátase solo de aplicar á cada una los principios generales del arte de hablar; y como esto se debe hacer de un modo

uniforme y por un mismo método, es visto con cuánta facilidad se aprenderán sus rudimentos y aun sus sintáxis. Fuera de que esta enseñanza debe reducirse en toda lengua á su buena y corriente version; pues cuanto hay relativo á la composicion y libre uso de las lenguas debe dejarse al tiempo, á la lectura y al uso práctico de ellas, y está, por decirlo así, fuera de los límites del estudio elemental y del círculo de la educacion.

Con todo, prevendré, por lo que esta interesa, que pues el estudio de version requiere muy frecuente y variada lectura, deben cuidar los maestros: primero, no solo de que esta sea de doctrina pura y escogida, sino tambien proporcionada á la capacidad de los jóvenes y conducente á su mayor instruccion; segundo, de que sirva para perfeccionarlos en los estudios hechos, y prepararlos para los que hubieren de hacer; tercero, de que contenga buenas máximas de educacion y reglas de conducta; cuarto, y finalmente, de ir sembrando en sus ánimos aquellas ideas sanas, aquellos puros sentimientos que constituyen el carácter civil y moral del hombre, y le disponen á buscar su felicidad en la perfeccion de los talentos y en el ejercicio de la virtud.

### *Lógica.*

Es tiempo ya de pasar á la enseñanza de la lógica, que servirá de cima y corona á la de la palabra. Considerada como el arte de hablar, no hay duda en que su principal objeto son las ideas, pues que á ella le toca explicar el origen, sucesion, y el órden con que se deben enlazar en nuestro espíritu para proceder al descubrimiento de la verdad. Mas como las palabras sean ya signos necesarios de nuestras ideas, y esto no solo para hablar, sino tambien para pensar, segun dejamos asentado, claro es que la lógica no pueda prescindir de ellas ni del artificio de su colocacion, y por consiguiente, que el arte de hablar y pensar, aunque diferentes en su objeto, se pueden reducir á uno solo.

Pero la lógica que deseamos para nuestro plan no es esta lógica escolástica y abstracta de nuestras universidades, la que podrá muy bien ser conducente para la especie de estudios que se dan en ellas; pero ciertamente no lo será para preparar la razon de los jóvenes á las varias clases de conocimientos á que deben aspirar. Aquella se ocupa principalmente en el artificio del raciocinio, ó bien en cuestiones estériles, dirigidas á ejercitarla. Mas para esto, ¿qué necesidad hay de llevar á los jóvenes por el largo é intrincado camino de las categorias y universales, ni tampoco de empeñarlos en las vueltas y revueltas del artificio silogístico, en que tanto se deleitan y detienen nuestros dialécticos? Cuando conozcan la naturaleza y diferencias de las ideas que puede concebir nuestro espíritu, las palabras y proposiciones con que deben enunciarlas, y el lugar, órden y enlace que conviene á cada una para proceder á la conclusion que se pretende demostrar, ¿no sabrán cuanto hay que saber de la buena argumentacion? ¿Es esta otra cosa, como observó muy bien Ciceron, que el desenvolvimiento de la razon, que en lo que percibiamos nos hace ver lo que no percibiamos aun?

No por esto condenaremos la enseñanza del arteificio silogístico, antes la creemos muy necesaria, no solo para acostumbrar á los jóvenes á enunciar con precisión y orden sus ideas, sino tambien para guiarlos en el camino de las ciencias, pues que todas, sin exceptuar las exactas, proceden al descubrimiento de la verdad por medio del raciocinio, y al cabo una demostracion no es otra cosa que un silogismo bien hecho. Pero en esta enseñanza quisiéramos: primero, que no se ejercitase á los jóvenes en la argumentacion, sino sobre materias familiares y conocidas, en que puedan ver exactamente la analogia de las ideas con las palabras, y su orden y enlace; no sea que en vez de aguzar su ingenio, como vulgarmente se dice y cree, se le haga inexacto, versátil y confuso; segundo, que se les ejercite con gran entidado y sobriedad, no sea que se aficionen á esta especie de esgrima de palabras, que giran continuamente en torno de la verdad, sin tocarla, hace estacionarios los errores, y las opiniones indestructibles y eternas.

Pero esta enseñanza nunca será ni la primera ni la mas importante de la lógica; porque si el objeto principal de ella son las ideas, ¿no deberá indagar su naturaleza antes de tratar de su enlace? Y bien, ¿podrá indagar, podrá explicar la doctrina relativa á uno y otro sin dar á conocer: primero, qué ser es el que las concibe; segundo, cuáles los objetos á que se refieren; tercero, á qué nociones puede subir procediendo de unas ideas en otras; cuarto, y supuesto el mas alto término de ellas, á qué nuevas series de ideas pueda descender desde este punto?

Se nos dirá tal vez que nada de esto pertenece á la lógica, y no sin alguna razon, si se atiende á la vulgar acepcion de esta palabra. Pero ¿no pertenecerá á la ciencia de las ideas? Y ¿no es esta ciencia la verdadera llave de las demás, la que debe colocarse á su entrada y ocupar el lugar dado al arte del raciocinio? Désele, pues, el nombre de ideología, que sin duda le conviene mejor; pero adjudíquesele la doctrina que pertenece esencialmente á su objeto. Hé aquí lo que hará nuestro plan de educacion mas sencillo y mas provechoso. Hemos reducido todos los estudios de humanidades al arte de hablar, procurando siempre referir las palabras á las ideas que debian enunciar, y preparando así los ánimos de los jóvenes para el estudio de la buena lógica, que enlazamos con aquel arte. Ahora reduciendo á la lógica, ó sea ideología, los principios de la filosofía racional, y evitando de que no prescindan jamás de las palabras que deben enunciar las ideas en que están contenidas, damos un paso mas hácia la verdadera y sólida ilustracion; porque en esta correspondencia y analogia está la fuente de todo saber, y fuera de ella todo es error é ilusion.

Así que, nuestra ideología deberá exponer: primero, la naturaleza del alma humana, de esta sustancia simple, incorpórea, inteligente, activa, inmortal, unida á nuestro ser, á la cual fué dada la facultad de sentir y percibir las impresiones que recibe de los objetos exteriores; segundo, las facultades del alma humana, y las diferentes operaciones por cuyo medio las ejercita, desenvuelve y mejora; tercero, la naturaleza de las im-

presiones que por el ministerio de los sentidos envian á ella los objetos exteriores, y las ideas y juicios que forma de ellos; cuarto, cómo aunque no pueda alcanzar la ciencia y sustancia de estos objetos, y aunque no perciba de ellos mas que accidentes y propiedades ó modos de existir, los distingue por ellas, y penetra por la fuerza activa de su razon las relaciones que hay entre uno y otros, y desenbre alguna parte de la série de causas eficientes y finales en que están unidos; quinto, cómo la série de causas eficientes le conduce al conocimiento de una causa primera, y en la de las finales ve un orden, y en este orden una inteligencia, y pasando de aquí á contemplar la grandeza, armonia y hermosura de la creacion, concluye que es obra de un Ser eterno, necesario, omnipotente, sapientísimo y perfectísimo por esencia; sexto, cómo volviendo despues hácia sí, y hallanlo ser entre todas las criaturas visibles la única capaz de conocerle y conocer sus obras, se pregunta á sí mismo, y halla en su corazon los principios eternos de honestidad, de justicia y de beneficencia que este supremo Legislador grabó en su alma, y son la verdadera fuente de la moral pública y privada. En suma, nuestra ideología deberá reunir y enlazar en el orden indicado por su misma naturaleza las ideas principales de la dialéctica, psicología, cosmología, outología, teología natural y ética; en una palabra, todos los principios de la filosofía racional.

Si se nos dice que abarcamos demasiado en nuestro plan filosófico, y que á fuerza de quererle perfeccionar, le hacemos inmenso, diremos: primero, que si de todas las materias que abraza se quitare lo que es opinable y dudoso, el residuo de verdades, ó sean nociones ciertas y constantes, que restará, será muy escaso; segundo, que para demostrar una verdad no son necesarias largas disertaciones; basta desenvolver la nocion en que está contenida, ó por mejor decir, la razon conocida con que está enlazada y que nos hace percibirla; tercero, que por consiguiente un tratado elemental, en que las verdades filosóficas estén bien enlazadas, debe ser muy corto; cuarto, que si algun mayor desenvolvimiento necesitaren estas verdades, ya sea para ampliarlas, ya para inculcarlas mejor en el ánimo de los jóvenes, ya en fin, para desvanecer las dificultades que pudieren ocurrir contra ellas, esto ya no pertenece al tratado elemental, sino á las oportunas y sucesivas explicaciones del maestro que las enseñare; y entonces bastará colocarlas y ordenar convenientemente estas nociones para que su estudio sea, no solo fácil, sino breve y provechoso.

Y bien, se dirá todavía, ¿qué necesidad hay de refundir en uno tantos y tan diversos estudios? ¿Podrá su reunion no ser dañosa? ¿No fuera mejor enseñarlos separadamente? No, por cierto. La clasificacion de los conocimientos humanos, así como la de los cuerpos físicos, no es obra de la naturaleza, sino nuestra; no existen en ella, sino en nuestro espíritu. Esta clasificacion ha sido sin duda muy útil para cultivarlos y adelantarlos, á la manera que la division de las artes prácticas ha servido para su mayor adelantamiento y perfeccion. En efecto, divididas las ciencias en varios ramos, fué consiguiente dar á cada uno mayor estudio



y meditacion, acumular acerca de él mayor suma de observaciones y experiencias, y descubrir en él mayor número de verdades. Y hé aquí á lo que deben las ciencias sus mayores progresos.

Pero ¿para promoverlas conviene separarlas, para comunicarlas ó enseñarlas conviene reunir las, conviene ensartar en una série el mayor número de verdades posibles, conviene en cuanto sea posible reducir las diferentes séries que andan sueltas y dislocadas á aquel punto de unidad que forma el principal carácter de la sabiduría. Porque la verdad es una, y estas nociones, á que damos el nombre de verdades, no son otra cosa que porciones de una verdad, ó sea nocion primera y fecunda, en que están esencialmente contenidas. No hay alguna que no se derive de otra, y de que otra no pueda ser derivada. Todas son eslabones de una cadena inmensa, cuya interrupcion marca los espacios de la ignorancia, y cuya continuidad lo que llamamos ciencia. Cada ciencia forma una série, una porcion de cadena separada. En ella se han ido eslabonando las verdades descubiertas por las generaciones pasadas, y se eslabonarán las que descubrieren la que respira y las que no han nacido aun. Así se ilustró, así se ilustrará el espíritu humano; pero su mayor perfeccion será siempre debida al eslabonamiento de estas séries de verdades.

Sí, el hombre se perfecciona en proporcion de los descubrimientos que hace la especie humana en razon de los métodos. Por medio de ellos alcanza un jóven en pocos años todas las verdades descubiertas por los sábios de los siglos pasados; y tal vez las alcanza mejor, porque las ve en la série á que pertenecen. Pero la perfeccion de estos métodos solo puede consistir en dos puntos: primero, en la perfeccion del instrumento de comunicacion de las ideas, es decir, de la lengua científica; segundo, en el enlace del mayor número de ideas en una série. De lo primero pende la exactitud, de lo segundo, la extension de cada ciencia.

Sirva de ejemplo el arte de calcular. Quando no tenía otro instrumento que la lengua comun, sus descubrimientos fueron escasos y se redujeron á una cortísima série de ideas. Inventáronse los signos y métodos aritméticos; los descubrimientos se multiplicaron, y la série se extendió inmensamente. Pero ¿cuánto no creció uno y otro quando la invencion de los signos del álgebra y sus métodos analíticos abrieron un campo inmenso á la ciencia del cálculo?

Por otra parte, ¿cuánta perfeccion y extension no recibió la geometría de la aplicacion del álgebra, esto es, la reunion del arte de calcular al de medir; cuánto las ciencias fisico-matemáticas de la geometría trascendental, la astronomía de la física, y finalmente, la geografía, la hidrografía y navegacion de la astronomía?

Pero volviendo á nuestra lógica, ó sea ideología, su perfeccion no bastará para reducir á ella todas las verdades de la filosofía racional, si al mismo tiempo no se perfecciona su nomenclatura. En ninguna ciencia hay mas palabras vacías de sentido, en ninguna tantas de oscuridad y ambigua significacion; y esto prueba que en ninguna las ideas sean tan inexactas y confusas, y acaso tambien que en ninguna hay mas erro-

res ó ilusiones. La razon es porque en su estudio se ha seguido el método sintético en vez del analítico, que es el único que puede conducir seguramente á la indagacion de la verdad; porque se ha creado su nomenclatura antes de determinar las ideas á que se referia, y en fin, porque se ha dado todo á la especulacion, y nada á la experiencia.

¿Por ventura no puede ser esta nuestra guia en el exámen de las operaciones de nuestra alma? No estamos tan ciertos de la existencia de esta operacion sublime de nuestro ser como de la mas material y grosera? No lo estamos tanto de las operaciones que pertenecen exclusivamente á la primera, como de las que son propias de la segunda? ¿Por ventura son mas ciertos nuestros sentidos para trasladar á nuestra alma las imágenes de los seres que la afectan, que ella misma para discernir las percepciones que recibe de ellos? Y estas operaciones ¿no son igualmente capaces de analizarse, distinguirse y determinarse? Pues ¿por qué no se preferirá este método? Hagan los maestros que los jóvenes entren en sí mismos; háganlos observar cómo sienten, perciben, se aseguran de sus perfecciones, atienden á ellas, reflexionan sobre ellas, las distinguen, comparan, juzgan, combinan, desenvuelven, extienden, y pasan así de lo conocido á lo desconocido. ¿No podrán hacerles observar cómo dudan ó se resuelven, asienten ó disienten, desean ó temen, quieren ó repugnan, y la diferencia que hay entre unas y otras operaciones? Hé aquí lo que yo quisiera, y lo que no puedo detenerme á explicar aquí. Conténtome con remitir los maestros al estudio de las obras de Locke y Condillac, donde hallarán sobre este punto muy perspicua y sólida doctrina.

Y no se diga que en estos autores hay no poco que censurar y mucho que temer, porque responderé con nuestro doctísimo Eximeno: «Después (dice á los maestros de filosofía) de haber imbuido y asegurado á vuestros discípulos en la materia de nuestro espíritu, y en la recíproca eficacia de él en nuestro cuerpo, y de este en él, no temáis engolfaros en la bellissima doctrina de los modernos acerca de la estructura de los sentidos y de los movimientos del ánimo, porque nada hallaréis en ella que pueda empecear á las razones que prueban que el ente sólido y corpóreo no es capaz de sentir ni pensar.»

Pero dándoles de todas estas cosas ideas claras y distintas, cuídese de determinar el sentido de las palabras con que ha de ser representada cada una, y cuídese tambien de hacer lo mismo con cada nueva idea que les fueren comunicando. No olviden jamás que en esta exacta correspondencia de los signos con las ideas consiste el verdadero saber, porque la verdad no es otra cosa que la conveniencia de los hechos ó percepciones con lo que afirmamos de ellas; que no por otra razon se llaman exactas las ciencias matemáticas, que porque en su nomenclatura hay esta exacta conveniencia entre las palabras y las ideas; y en fin, que este es el único camino de elevar las ciencias intelectuales á la clase de demostrativas.

Por aquí se verá que no en vano nos habemos detenido á dar una idea mas ámplia del estudio de la ideo-

logía, cuyas ventajas recopilaremos diciendo: primero, que perfeccionando el arte de hablar, esto es, el instrumento de comunicacion de nuestros pensamientos, nos une con toda la especie humana, y nos habilita para concurrir á su perfeccion; segundo, que perfeccionando el arte de hablar, se perfecciona tambien el arte de pensar, que es el instrumento de la razon humana, por el cual, al mismo tiempo que promovemos nuestra perfectibilidad individual, concurrimos á la del género humano; tercero, que por medio de uno y otro arte nos guia al descubrimiento de las verdades naturales, cuyo conocimiento es el mas connatural, el mas agradable, el mas provechoso y aun necesario al hombre, no solo porque ocurre á todas sus necesidades y aun á su comodidad y su regalo, sino porque poniendo á su disposicion las fuerzas de la naturaleza, le hace dominar en medio de ella; cuarto, que por el conocimiento de las verdades naturales nos eleva al del supremo Autor de la naturaleza, verdad eterna é increada, fuente y origen de toda verdad, y cuyo conocimiento nos levanta sobre todas las criaturas visibles, y nos iguala á las mas sublimes inteligencias; y quinto, que en el conocimiento de esta suprema verdad nos hace ver toda la série de verdades morales que constituyen la mayor perfeccion de nuestro ser, y proporcionándole á gozar de toda la felicidad que es posible en la tierra, le disponen á alcanzar la felicidad perdurable reservada á los justos.

### *Ética.*

Y hé aquí el último punto á que hemos procurado conducir el estudio de la ideología. Si solo tratásemos de instruir á los jóvenes en el buen uso de su razon, nos hubiéramos contentado con darles algunos principios de lógica; pero era necesario que preparásemos sus ánimos para las importantes verdades de la moral, sin cuyo conocimiento no podrá decirse buena ni completa su educacion. Importa ciertamente mucho ilustrar su espíritu, pero importa mucho mas rectificar su corazon. Importa mucho dirigirlos en el uso de sus ideas, pero mucho mas en el de sus sentimientos y afeciones; porque si, como decia Ciceron, toda virtud consiste en accion, no bastará que conozcamos la norma que debe regular nuestra conducta, si no se dispone nuestra voluntad para que se conforme á ella y conozca y sienta que en esta conformidad está su dicha. Tal es el objeto de la ética ó ciencia de las costumbres.

Antes de tratar de esta preciosa parte de educacion, no puedo dejar de deplorar el abandono con que hasido mirada hasta ahora. Si volvemos los ojos á nuestras escuelas generales, vemos que hasta nuestros dias no fué contada en el círculo de los estudios filosóficos; y si bien la enseñanza de la teología abraza muchas cuestiones de la ética cristiana, cualquiera que conozca sus planes echará de menos una enseñanza separada y metódica de este ramo importantísimo de la ciencia de la religion. Es cierto que al fin la ética natural, ó filosofía moral, fué admitida en nuestras universidades; pero ¿se enseña en todas? Se enseña á todos? Se enseña en el orden, por el método y con la extension que su objeto requiere? Lo dicho hasta aquí, y lo que resta por

decir acerca de ella, hará ver cuánto falta para llenarlo dignamente.

Pero es todavía mas doloroso ver cuán olvidado está el estudio de la moral en la educacion doméstica, la única en que la mayor parte de los ciudadanos recibe su instruccion; porque, sin hablar de aquellos que no reciben educacion alguna, ni de aquellos en cuya educacion no se comprende ninguna enseñanza literaria, los cuales por desgracia componen la gran masa de nuestra juventud, ¿cuál es el plan de enseñanza doméstica que haya abrazado hasta ahora la ética; y quienes los que la estudian, aun en aquellos seminarios establecidos para suplir los defectos de esta educacion? Se cuida mucho de enseñar á los jóvenes á presentarse, andar, sentarse y levantarse con gracia, á hablar con modestia, saludar con afabilidad y cortesía, comer con aseó, etc.; se consume mucho tiempo en enseñarles la música, la danza, la esgrima, y en cultivar todos los talentos agradables ó inútiles; y entre tanto se olvida la ciencia de la virtud, origen y fundamento de sus deberes naturales y civiles, y se les deja ignorar aquellos principios eternos de donde procede la honestidad; esto es, la verdadera decencia, modestia, urbanidad; en una palabra, los que enseñan la verdadera honestidad, fuente de las sublimes virtudes que hacen la gloria de la especie humana.

Estoy muy lejos por cierto de condenar aquellas enseñanzas; pero ¿quién no se dolerá de ver cifrada en ellas toda la doctrina de la buena crianza? No hay ya que temporizar con este error, no hay ya que despreciar sus consecuencias, que por desgracia son demasiado funestas, así como demasiado generales, porque este abandono, esta imperfeccion, estos vicios de la educacion pública y doméstica son mas ó menos de todos los tiempos y todos los países. En ellos, si no la única, está la primera causa de los males y desórdenes que inficionan y debilitan todas las sociedades. La ignorancia es el verdadero origen de ellos; pero la ignorancia en este artículo, la ignorancia moral, si así decirse puede, es el mas fecundo y poderoso, porque los demás estudios ilustran la razon, y este solo perfecciona el corazon; los demás disponen la juventud á recibir la luz de las ciencias y las artes; este dispone é inclina sus ánimos al ejercicio de la virtud; este solo forma, este solo reforma, este solo mejora y perfecciona las costumbres. Los demás forman ciudadanos útiles, este solo útiles y buenos. Los demás, en fin, pueden atraer á los estados la abundancia, la fuerza y cuanto lleva el nombre de prosperidad; este solo la paz, el orden, la virtud, sin los cuales toda prosperidad es precaria, es humo, es nada.

Por otra parte, la licencia de filosofar, que tanto cunde en nuestros dias, llama poderosamente la atencion de los gobiernos hácia este estudio. El solo puede hacer frente á tantos y tan funestos errores como han difundido por todas partes estas sectas corruptoras, que ya por medio de escritos impíos, ya por medio de asociaciones tenebrosas, ya, en fin, por medio de manejos, intrigas y seducciones, se ocupan continuamente en sostenerlos y propagarlos. Estos errores, corrompiendo todos los principios de moral pública y



privada, natural y religiosa, amenazan igualmente al trono que al altar. En vano se prohíben los escritos que los contienen; en vano se persigue á los autores que los propagan; en vano se prohíben sus asociaciones, y se vela sobre sus astucias y manejos; todo esto es bueno, todo es necesario; pero todo esto no basta contra la curiosidad de una juventud ignorante é incauta, contra el atractivo de unas doctrinas dulces y seductoras, y contra la constancia y los artificios de unos impíos, que meditan y maquinan en las tinieblas la subversion del orden público, y que cobijan el fuego hasta que cobre la fuerza necesaria para hacer inevitable el estrago. Si algun dique se puede oponer á este mal, es la buena y sólida instruccion. Es necesario oponer la verdad al error, los principios de la virtud á las máximas de la impiedad, y la sólida y verdadera á la falsa y aparente ilustracion. Es preciso formar el espíritu y rectificar el corazon de los jóvenes; es preciso desterrar de ellos aquella estúpida ignorancia, que no solo está igualmente dispuesta á recibir la verdad que el error, sino mas expuesta á recibir este cuando lisonjea sus pasiones. En una palabra, la educacion es el único dique que se puede oponer á este mal, y por lo mismo el estudio de la moral es el mas importante y mas necesario en su plan.

A este grande objeto hemos dirigido el plan de los primeros estudios de la juventud, y á él dirigiremos tambien el de la ética. Por lo mismo, abrazaremos en él todos los estudios que pertenecen á la moral, no solo porque todos son necesarios para la buena educacion, sino porque no pueden separarse sin grave inconveniente. La ética, ora se considere simplemente como la ciencia de las costumbres, ora como la que determina las obligaciones naturales y civiles del hombre, envuelve necesariamente en sí la nocion del derecho natural, de donde se derivan sus principios; del de gentes, que tiene el mismo origen, ó mas propiamente es uno con él, y del derecho social derivado de entrambos. Así que, la ensenanza de la ética será imperfecta é incompleta si no abraza toda la doctrina que los modernos metodistas han desmembrado para adjudicarla á estos tratados, y acaso para confundir sus principios.

Por lo menos sin esta reunion será difícil, si no imposible, establecer los principios de la moral universal sobre su verdadero y sólido fundamento, pues no por otra razon es vacilante y oscura la moral de los antiguos éticos y de muchos modernos filósofos, sino porque no reconocieron su verdadero origen, ó por mejor decir, no establecieron sus principios sobre un fundamento reconocido é indubitable. Los juriscónsultos romanos, imbuidos en la doctrina de los estóicos ó de los peripatéticos, fundaron el derecho natural sobre aquellas afecciones del instinto animal que nos son comunes con los brutos, con los cuales de tal manera mancomunaron al hombre, que ni aun contaron su razon entre los orígenes de este derecho, y si sobre ella levantaron las máximas del derecho de gentes, fué solo para fundarlas sobre el asenso general de los pueblos. Así que, no reconocieron otro autor de estos derechos que la naturaleza misma, ya considerada en

toda la especie animal, y ya solo en la racional. Y aunque muchos de estos filósofos reconocieron una causa primera, y tuvieron idea mas ó menos clara de su ser y perfecciones, ninguno se elevó á buscar sus orígenes en el Ser supremo, de quien solo pudo descender esta ley eterna, y esta voz íntima y severa que la anuncia continuamente á nuestra conciencia.

De aquí tantos errores como se hallan desde la entrada de la ética: primero, en suponer á los brutos capaces de derecho, cuando es claro que no puede haber derecho cuando no hay razon, y cuando, movidos por un instinto necesario, sin reflexion ni libertad, no podian seguir en sus acciones ninguna regla determinante, ni reconocer ninguna obligacion determinada por ella; segundo, en señalar á la naturaleza como autor de este derecho, cuando este nombre, ora se refiera á la coleccion de seres que componen el universo, ora á la coleccion de leyes que dirigen su conservacion, solo indica una idea universal y compleja, y no un ser simple é inteligente, de que solo pudo proceder su establecimiento; tercero, en dar este mismo concepto á la razon humana, cuando esta razon no es un ser, sino una cualidad ó facultad de nuestra alma; cuando esta facultad no supone conocimientos, sino disposicion para adquirirlos, y cuando por lo mismo esta razon nunca pudo preceder á la norma, ni ser la misma norma, por mas que pueda discernirla y determinar por ella nuestras acciones. En suma, el grande error en materia de moral ha sido y es reconocer derechos sin ley ó norma que los establezca, ó bien reconocer esta ley sin reconocer su legislador.

De aquí tambien la incertidumbre y ambigüedad con que los filósofos trataron la importante cuestion del sumo bien, y la variedad de opiniones en que se dividieron acerca del último fin del hombre. Aristipo y sus sectarios colocaron el sumo bien en el placer y el sumo mal en el dolor, y esta opinion, despreciada y olvidada por mucho tiempo, dice Ciceron que la renovó despues Epicuro, y la expuso su discípulo Metrodoro cerca de su edad. Coincidió en el mismo error Carneades, colocando el sumo bien en el interés y el provecho, y á esta opinion parece que aludió Horacio en aquella célebre sentencia:

*Quæque ipsa utilitas prope justis est mater et æqui.*

Por último, Hobbes, Espinosa, Helvecio y la turba de los impíos de nuestra edad, confundiendo el sumo bien con el último fin del hombre, siguieron con su ordinaria inconstancia una ú otra de estas opiniones, y desconociendo el origen, corrompieron toda la doctrina de las costumbres.

Estos éticos, si tal nombre merecen, observando la innata propension que mueve constantemente al hombre á buscar el placer y evitar el dolor, y viendo fundada en ella, así la ley de su preservacion y conservacion como la de la procreacion y reproduccion de la especie, hicieron de su objeto el sugeto de la humana felicidad. Su doctrina, como ya observó el docto Eximeno, pudiera admitirse sin reparo si hubiesen entendido el placer y el dolor segun la estimacion de la razon sana y cultivada; porque el hombre tiene sin

duda derecho á apeteer y buscar el bien, y á aborrecer y evitar el verdadero mal. Pero, como decia Ciceron, *¿cuán miserable ministerio fuera el de la virtud, si solo hubiera de servir al deleite!* Y despues de recomendar la modestia, la moderacion, la continencia y la templanza, *¿qué cosa, decia, podrá llamarse útil, si fuese contraria á este ilustre coro de virtudes?*

No por eso asentirémos á la opinion de este gran filósofo, á cuya dulce y sublime doctrina tanto deben por otra parte las ciencias morales, pues aunque, siguiendo á los estóicos y académicos, colocó el último fin del hombre en la honestidad, y aunque purgó, por decirlo así, la idea de la virtud de la dureza con que la concebían los primeros y de la incertidumbre con que la exponían los últimos, todavia no la derivó de su verdadero origen ni la dirigió á su verdadero término, el cual solo se puede hallar en el Ser supremo. Así que, no disintirémos de él en cuanto colocó la humana felicidad en el ejercicio de la virtud, sino en cuanto no la determinó segun su verdadero objeto. Ni tampoco negarémos el nombre de felicidad á la satisfaccion que produce este ejercicio, ya en el sentimiento interior de nuestra conciencia, y ya por la pública aprobacion de nuestra conducta; pero siempre la mirarémos como una felicidad imperfecta y pasajera. Porque ¿quién se atreverá á compararla con aquel puro y sublime sentimiento que goza el hombre religioso cuando, penetrado de amor y reconocimiento hácia el divino Autor de sus días, siente en su alma haber llenado, en cuanto pudo su flaca condicion, el alto fin de amor y de bondad para que le colocó sobre la tierra?

Es pues claro que toda moral será vana, que no coloque el sumo bien en el supremo Criador de todas las cosas, y el último fin del hombre en el cumplimiento de su ley; de esta ley de amor, cifrada en dos artículos tan sencillos como sublimes; primero, amor al supremo Autor de todas las cosas, como al único centro de la verdadera felicidad; segun lo, amor á nosotros y á nuestros semejantes, como criaturas suyas, capaces de conocerle, de adorarle, y de concurrir á los fines de bondad que se propuso en todas sus obras. En el cumplimiento de esta ley se contiene la perfeccion del hombre natural, civil y religioso, y la suma de la moral natural, política y religiosa, cuya enseñanza, reducida á este punto de unidad, se debe hacer con la debida separacion y por el orden que va indicado.

De este puro y sublime origen se deben deducir primero los oficios ó deberes naturales del hombre. Los éticos modernos, y aun los antiguos, se han detenido muy poco en este punto, tratando solo de las obligaciones civiles, sin distinguirlas de las naturales. Pudo nacer este descuido de haber creído que la sociedad era el estado natural del hombre, en lo cual ciertamente no se engañaron; porque, digan lo que quieran los poetas y los pseudo-filósofos, la historia y la experiencia jamás nos le presentan sino reunido en alguna asociacion mas ó menos imperfecta. Pero no es menos cierto que el hombre pertenece al gran círculo del género humano; que la ley eterna le une con un

vínculo de amor á toda su especie, y que esta ley le impone oficios y deberes que dicen relacion á todos y á cada uno de sus individuos. No es menos cierto que las instituciones sociales, léjos de debilitar estos deberes, los confirman y perfeccionan, dirigiéndolos y determinándolos en su objeto.

En ellos está el fundamento de la justicia natural, y por ellos se debe regular la justicia de todas las leyes y la bondad de todas las instituciones civiles.

Los escritos de los antiguos filósofos y la conducta de los antiguos pueblos acreditan hasta qué punto habian perdido de vista estas obligaciones naturales. Si de una parte establecieron la esclavitud, y violaron en ella todos los derechos de la humanidad, de otra, no menos inhumanos, miraban como sinónimos los nombres de extranjero y enemigo. De aquí nació aquella política destructora, cuyos proyectos de engrandecimiento y vanagloria se levantaron sobre la ruina de cuanto estaba fuera de su círculo. La fuerza y el fraude fueron sus medios, sus instrumentos la muerte y la desolacion, y una dominacion sin limites, y por lo comun tan funesta á los usurpadores como á los subyugados, su objeto y último fin. De aquí tambien aquella vergonzosa rivalidad de intereses, ya políticos, ya mercantiles, que armó unas naciones contra otras, y á cuyo impulso se persiguieron, se suplantaron y conspiraron á su reciproca destruccion. Tal es la suma de la historia, no ya de los pueblos bárbaros, sino de las sábias repúblicas de Grecia y Roma; tal de la de Tiro y Sidon y Cartago. Hé aquí el origen de tantas guerras como alligieron al género humano desde sus mas remotas épocas. ¡Y ojalá que la historia moderna no presentase tambien tantos ejemplos de esta feroz política, de este funesto olvido de la eterna ley de amor, que el supremo Legislador quiso que reinase entre los hombres!

Estoy muy léjos de erigirme en censor de mis contemporáneos; pero tratando de la educacion pública en una nacion humana y generosa, creo tener algun derecho para encaminar sus estudios hácia aquellas máximas y sentimientos que son tan conformes á su noble carácter como á la dulce y divina religion que profesa. Quisiera que sus hijos, preciándose de ser españoles y católicos, no se olvidasen jamás de que son hombres; por lo mismo que su imperio se extiende por todo el ámbito del globo, quisiera que mirasen como hermanos á cuantos viven sobre él. Quisiera, en fin, que sirviendo fielmente á su patria, no perdiesen jamás de vista el vínculo que los une á toda su especie, y que á su perfeccion y felicidad deben concurrir á una todos los pueblos y todos los hombres.

En estos deberes de la ley natural se debe buscar tambien el fundamento de la sociedad civil, porque los hombres no se reunieron para saculirlos, sino para determinarlos, ni tampoco para abandonar los derechos relativos á ellos, sino mas bien para preservarlos. Rodeados de necesidades y peligros, y expuestos continuamente á los insultos de la fuerza y á las asechanzas de la astucia, sintieron la necesidad de reunirse para hallar en la fuerza y razon comun la seguridad individual. El amor á su especie, connatural á



cada individuo, estrechó mas y mas los vínculos de esta asociacion, y los hizo mas dulces y firmes. Sin duda que este amor, como ilimitado en su objeto, tiende constantemente á la asociacion general. Pero los hombres, esparcidos por la vasta superficie del globo, divididos en climas y regiones, y separados por montes y mares, hubieron de limitar el ejercicio de este amor á círculos mas reducidos. Por esto se reunieron sucesivamente en familias y tribus, en pueblos, en pequeñas, y al fin grandes sociedades. Y por esto tambien, sean las que fueren las convulsiones de la ambicion y las empresas de la politica, los hombres vivirán siempre en sociedades separadas, mientras los medios de union y de comunicacion general no los proporcionen á llenar todos los votos y todos los límites del amor á su especie.

Tal fué el origen de la sociedad civil, cuyos deberes, como derivados de la ley natural, no pueden ser desconocidos ni dudosos. Mas como la moderna sofisteria haya tratado tambien de pervertir los principios de la moral civil, é introducido en ellos muchos errores absurdos, es de nuestra obligacion y del objeto de la presente memoria indicar los mas principales, para establecer la enseñanza de esta importantísima parte de la ética sobre su verdadero fundamento. ¿Y quién pudiera prescindir de ellos en un plan de educacion pública? Precaverlos es ya un objeto que reclama la atencion de todos los gobiernos que quieran asegurar la pública tranquilidad contra su perniciosa influencia. Pero ¿cómo se precaverán, sino por medio de la educacion? Solo ella puede preparar los ánimos de los jóvenes contra la ilusion de unas doctrinas que tanto halagan por su novedad como por la desenfrenada licencia de pensar y obrar que ofrecen á los incautos. El Gobierno pues, que descurriendo la educacion pública, abandonar su juventud á una estúpida ignorancia ó á una enseñanza defectuosa, ¿qué otro medio hallará de preservarla de un contagio que, aunque á la sordina, va cundiendo rápidamente por todas las naciones?

De la perversion de los principios de la moral natural nació el mas monstruoso de estos errores; so pretexto de amor al género humano y de conservar á sus individuos la integridad de sus derechos naturales, una secta feroz y tenebrosa ha pretendido en nuestros dias restituir los hombres á su barbarie primitiva, soltar las riendas á todas sus pasiones, privarlos de la proteccion y del auxilio de todos los bienes y consuelos que pueden hallar en su reunion, disolver como ilegítimos los vínculos de toda sociedad, y en una palabra, envolver en un caos de absurdos y blasfemias todos los principios de la moral natural, civil y religiosa.

Si la razon delirante hubiese fraguado tan extravagante sistema, no fuera difícil combatirle con las solas luces de la razon sana y sensata. Porque ¿quién creerá que el hombre dotado de un amor innato á su especie, de una razon capaz de penetrar todas las relaciones de este amor, y de dirigirle segun ellas, y llamado por el sublime don de la palabra á la comunicacion y participacion con sus semejantes de todos

los movimientos de su alma, nació para vivir separado de ellos? Quién creerá que el hombre, á quien esta comunicacion conduce á la perfeccion de sus facultades físicas y mentales, y que halla en esta perfeccion todos los elementos de su felicidad y todos los medios de alcanzarla; que ve crecer y extenderse estos medios al paso que se estrecha aquella comunicacion, y que ve nacer de ella las ciencias, que esclarecen su espíritu, las artes, que aumentan su bienestar, y las instituciones, que le aseguran su posesion tranquila, nació para vivir sin comunicacion, sin cultura ni asociacion alguna? Quién creerá que, perteneciendo á una especie privilegiada con tan sublimes dones en el orden de la creacion, destinada á tan alta felicidad, é impelida por la voz de la naturaleza y de su divino Autor á crecer, multiplicarse, henchir la tierra y dominar sobre los demás seres, nació para vivir emancipado de esta especie y sus individuos, errante y solitario en los bosques; que nació para vivir sin patria, sin familia, sin educacion, y en continua guerra, no solo con los elementos y los brutos, sino tambien con sus semejantes? Quién creerá que un ser tan ignorante y débil podrá hallar ninguna especie de felicidad, abandonado á sí mismo sobre una tierra horrible, inculta y llena de seres enemigos y superiores á él en fuerza y recursos? Quién creerá que suspirando continuamente por el conocimiento de las propiedades de estos seres, y arrastrado por una innata invencible curiosidad en pos del orden que los enlaza en el sistema de la naturaleza, y que la hace aparecer á sus ojos tan magnífica, tan bella, tan provechosa, tan conveniente á su ser, nació para vivir sin cultura ni instruccion? Y cuando del conocimiento de este orden deriva las sublimes verdades y los purísimos sentimientos que tanto ennoblecen su ser; y cuando por este conocimiento se levanta al conocimiento de su divino Autor y de sus inefables perfecciones y de sus benéficos designios; y cuando, en una palabra, por este conocimiento descubre la razon por qué fué dotado de un espíritu inmortal, el fin para que fué colocado sobre la tierra, y la suprema eterna felicidad destinada por remuneracion de su cumplimiento, ¿quién creerá que nació para vivir sepultado en una brutal y absoluta ignorancia?

Pero semejante sistema no pudo caber ni aun en los extravíos de la razon. Fué aborto del orgullo de unos pocos impíos, que aborreciendo toda sujecion, buscaron su gloria y su interés en la subversion de todo orden social, bajo el nombre especioso de cosmopolitas; y dando un colorido de humanidad á sus ideas antisociales y antireligiosas, pretenden iludir á los incautos, cuyo consuelo aparentan desear y cuya miseria y destruccion secretamente meditan. Enemigos de toda religion y de toda soberanía, y conspirando á envolver en la ruina de los altares y los tronos todas las instituciones, todas las virtudes sociales, no hay idea liberal y benéfica, no hay sentimiento honesto y puro á que no hayan declarado la guerra, que no hayan pretendido borrar del espíritu de los hombres. La humanidad suena continuamente en sus labios, el odio y

la desolacion del género humano brama secretamente en sus corazones.

Los males y desórdenes que afligen á las sociedades políticas, realizados por estos monstruos criados en su seno, sirvieron de pretexto y apoyo á su pèrvida doctrina. Mas ¿quién no ve que estos males no son vicios de las instituciones, sino de los hombres, y que gobernadas por ellos, deben resentirse de los desvíos y flaquezas inseparables de su condicion? Quién no ve que estos males nunca serán tan necesarios como los que nacen del estado de disolucion ó independencia absoluta á que aspiran, y nunca tan atroces como entre hombres abandonados al impetu de sus pasiones, sin mas derecho que la guerra, sin mas ley que el capricho, sin mas razon que el momentáneo impulso de sus irrefrenadas apetitos? Quién no ve que estos males, ora provengan de la imperfeccion de las mismas instituciones, ora de la ignorancia ó corrupcion de sus miembros, deben ir á menos al favor de la instruccion que las mismas sociedades promueven, y que no se puede hallar fuera de ellas? ¿Quién no ve que perfeccionadas por una parte las facultades físicas y morales del hombre, y por otra los sistemas de asociacion que los reunen, debe mejorarse la conducta pública y privada de los pueblos, y que sus males y desórdenes menguarán en razon inversa de lo que crezca su ilustracion? ¿Quién no ve que en el progreso de esta ilustracion los gobiernos trabajarán solo y constantemente en la felicidad de los gobernados, y que las naciones, en vez de perseguirse y destrozarse por miserables objetos de interés y ambicion, estrecharán entre sí los vínculos de amor y fraternidad á que las destinó la Providencia? Quién no ve que el progreso mismo de la instruccion conducirá algun día, primero las naciones ilustradas de Europa, y al fin las de toda la tierra, á una confederacion general, cuyo objeto sea mantener á cada una en el goce de las ventajas que debió al cielo, y conservar entre to las una paz inviolable y perpétua, y reprimir, no con ejércitos ni cañones, sino con el impulso de su voz, que será mas fuerte y terrible que ellos, al pueblo temerario que se atreva á turbar el sosiego y la dicha del género humano? Quién no ve, en fin, que esta confederacion de las naciones y sociedades que cubren la tierra es la única sociedad general posible en la especie humana, la única á que parece llamada por la naturaleza y la religion, y la única que es digna de los altos destinos para que la señaló el Criador?

Otro error, mucho mas funesto, por lo mismo que es mas especioso, ha pretendido introducir la filosofía sofística en los principios de la moral civil. Su objeto parece reducirse á reformar las imperfecciones y remediar los abusos de las sociedades políticas. Este sistema, menos tenebroso, pero mas extendido que el precedente, y demasiado conocido por la sangre y las lágrimas que ha costado á la Europa, se ha pretendido establecer sobre una base que la sibia razon no puede reconocer ni aprobar. Su principal apoyo son ciertos derechos que atribuyen al hombre en estado de libertad ó independencia natural. Pero si las memorias mas antiguas y venerables y los descubrimientos mas autén-

ticos y recientes representan constantemente al hombre unido en sociedad con sus semejantes en todas las épocas y en todos los climas de la tierra; si el estudio mismo de su naturaleza, sus necesidades, sus afecciones, su ignorancia, su debilidad demuestran que nació para vivir en comunicacion con ellos, ¿cómo no se ha visto que tal estado es puramente ideal y quimérico, y que el estado de sociedad es natural al hombre? Y cuando quisiéramos suponer la realidad de aquella quimera, ¿puede dudarse que el hombre insociable debería reconocer algun imperio, ora de la razon mas ilustrada, ó por lo menos de la fuerza de la astucia natural? Luego no se puede concebir un estado en que el hombre fuese enteramente libre ni enteramente independiente. Luego unos derechos fundados sobre esta absoluta libertad ó independencia son puramente quiméricos. No diré yo por eso que el hombre no tenga sus derechos, como obligaciones naturales; pero pues el estado social es conforme á su naturaleza, diré, sí, que están modificados por el principio de su asociacion, cualquiera que ella sea. Diré tambien que este principio modificante, como dirigido á la conservacion y perfeccion de aquellos derechos y obligaciones, será el mismo, y tanto mas perfecto, cuanto mas perfeccione y menos disminuya unos y otros. Diré, finalmente, que la tendencia á esta perfeccion se debe mirar como propia y esencial al principio de toda sociedad política.

De aquí es que aun suponiendo como ciertas, pues sin duda lo son, las imperfecciones de las sociedades, y aun suponiendo que algunas de ellas, en vez de modificar y perfeccionar, menguan en demasia, y acaso destruyen algunos de los derechos y obligaciones naturales del hombre; y aun suponiendo que toda sociedad debe cuidar de corregir sus imperfecciones, y que este saludable propósito debe dirigirse: primero, á la conservacion de la mayor porcion posible de los derechos y obligaciones naturales del hombre; segundo, á su mayor perfeccion posible; siempre será constante: primero, que á esta perfeccion se debe proceder no arbitrariamente y segun el capricho de cada individuo, sino con acuerdo del jefe del estado y por los medios contenidos en el mismo principio de asociacion, ó sea la ley fundamental, ó por lo menos que no sean contrarios al orden por él establecido; segundo, que pues no hay forma alguna de gobierno legítimo que no pueda recibir toda la perfeccion de que es capaz la sociedad civil, las reformas sociales nunca deberán consistir en la mudanza de la forma de gobierno, sino en la perfeccion mas análoga á ella; tercero, que por consiguiente los medios de reforma nunca deberán ser dirigidos á destruir, sino á mejorar; nunca á subvertir el orden establecido para sustituirle otro nuevo, sino á dar la mejor direccion posible al orden establecido hácia los verdaderos fines de la institucion social; cuarto, y por último, que cualquiera reforma que se solicite por el medio de insurreccion de los individuos contra la autoridad legítima; cualquiera que so pretexto de mejorarla, la desconoce y atropella; cualquiera, en fin, que en vez de dirigirla al bien social, la ataca y la destruye, y busca este bien por medio de la anarquía y el desorden, es injusta, agresiva y contraria á los principios del derecho social.



Bien sé que estas verdades, á pesar de su claridad y solidez, serán combatidas por la solistería. Ella pronunció: *Todos los hombres nacen libres é iguales*, y de este su axioma favorito sacó las funestas consecuencias que son tan contrarias á ellas. Pero si todo hombre nace en sociedad, sin duda que no nace enteramente libre, sino sujeto á alguna especie de autoridad, cuyos dictados debe obedecer; sin duda que no nace enteramente igual á todos sus consocios, pues que no pudiendo existir sociedad sin jerarquía, ni jerarquía sin orden gradual de distincion y superioridad, la desigualdad, no solo es necesaria, sino esencial á la sociedad civil. El axioma pues de que todos los hombres nacen libres é iguales, tomado en un sentido absoluto, será un error, será una herejía política; pero será cierto y constante en el sentido relativo al carácter esencial de la asociacion política; es decir: primero, que todo ciudadano será independiente y libre en sus acciones, en cuanto estas no desdigan de la ley ó regla establecida para dirigir la conducta de los miembros de la sociedad; segundo, que todo ciudadano será igual á los ojos de esta ley, y tendrá igual derecho á la sombra de su proteccion; será igual para todos, así en gozar de los beneficios de la sociedad, como igual la obligacion de concurrir á su seguridad y prosperidad. Tal es el carácter de la perfeccion social; no aquella perfeccion quimérica, cuya idea ha causado ya tantos males y tantos errores, sino aquella que teniendo por objeto la plena y constante preservacion de los derechos sociales, produce á un mismo tiempo la felicidad de los estados y de sus miembros. Pero estos derechos sociales, aunque derivados de la naturaleza, no deben suponerse tales cuales los tendria el hombre en una absoluta independencia natural, sino tales cuales se hallan despues de modificados por la institucion social en que nace. Ni esta modificacion debe ser arbitraria, sino señalada y determinada por las relaciones esenciales del Estado, resultante de la asociacion con sus miembros, de estos con el Estado, y de los mismos entre sí. Las primeras y segundas, que deben declararse y fijarse por la ley fundamental, pertenecen al derecho público exterior é interior del Estado; las últimas, que deben regularse por la legislación, al derecho privado ó positivo, que impropriadamente se llama derecho civil.

En efecto, estas relaciones no pueden ser oscuras ni dudosas, pues que toda asociacion bien constituida supone una autoridad que dirija, una fuerza que defienda y una coleccion de medios que sustente. De aquí es que todo miembro de una asociacion, por el hecho solo de nacer ó pertenecer á ella, debe: primero, sacrificar una porcion de su independencia para componer la autoridad pública; segundo, una porcion de su fuerza personal para formar la fuerza pública; tercero, una porcion de su fortuna privada para juntar la renta pública, y en la reunion de estos sacrificios se hallan los elementos esenciales del poder del Estado.

Pero el Estado, en cambio de estos sacrificios, debe á todos y á cada uno de sus miembros la proteccion necesaria para que goce en plena seguridad del residuo, primero, de su independencia; segundo, de su fuerza; tercero, de su fortuna individual. Y pues este gobierno

supone una jerarquía y funciones atribuidas á cada uno de los miembros, y orden y límites en el ejercicio de estas funciones, todo lo cual debe regularse, ya por la constitucion del Estado, ya por la legislación, he aquí el punto por que se debe graduar la perfeccion de una y otra; esto es, la de toda institucion social.

Tales son las verdades fundamentales de la moral civil. Si me he detenido algun tanto en establecerlas, es para acomodar esta enseñanza á las actuales exigencias de la educacion, y para que su doctrina diste tanto de la oscuridad y confusion con que la expusieron los antiguos, como de la temeraria arbitrariedad de los modernos éticos. De otro modo los jóvenes quedarían muy imperfectamente instruidos en materia tan importante, y sus ánimos, sin luz ni defensa, expuestos al contagio de tantas ilusiones y sofismas como ha inventado nuestra edad para corromper la moral de los pueblos.

No es de mi propósito tratar de las virtudes civiles, las cuales se derivan del mismo origen; pero no puedo dejar de decir alguna cosa acerca de la que es fuente de todas las demas, y que ha merecido poca atencion á los metodistas, sin embargo que es la que se debe inculcar con mas cuidado en la primera educacion.

Esta virtud primordial del hombre civil es el amor público. Ella es el verdadero apoyo de los estados, porque ella sola puede dar á la accion de sus miembros una continua y constante tendencia hácia la comun felicidad. Por el amor público son perfectamente mantenidas todas las relaciones, preservados todos los derechos, desempeñados todos los deberes y alcanzados todos los fines de la institucion social. Acercando á los que mandan y á los que obedecen, él es el que establece la unidad civil, y dirige uniformemente la accion de todos al término que conviene á aquellos fines. Por él cada individuo aprecia la clase á que pertenece, y cada clase los deberes y funciones que le son atribuidos. De él nace el respeto á la constitucion, la obediencia á las leyes, la sumision á las autoridades constituidas y el amor al orden y á la tranquilidad. En fin, él es el que obtiene del interés particular todos los sacrificios que demanda el interés comun, y hace que el bien y prosperidad de todos entre en el objeto de la felicidad de cada ciudadano.

Pero nada manifiesta mejor la importancia de esta virtud que los efectos del vicio que mas se le contrapone. Dásele en la nueva nomenclatura política el nombre de egoismo, y no sin mucha propiedad; porque así como el amor público refiere la conducta del ciudadano hácia el bien comun, este vicio, por el contrario, hace que el egoísta, mirándose como centro de todas las relaciones, refiera toda su conducta á su sola utilidad. Guiado siempre por el interés personal, jamás se cura de sus consocios ni de la prosperidad del Estado, y aun mira con indiferencia las injusticias, los desórdenes, el peligro y la ruina de la causa pública, con tal que se salve su conveniencia. ¿Es ministro público? Pospondrá el bien comun á las tentaciones de su ambicion, y preferirá su comodidad y descanso al pronto y exacto desempeño de sus funciones. ¿Es magistrado? Prostituirá la justicia á las insinuaciones del poder, á los manejos de la amistad ó al atractivo del interés. ¿Es

hombre opulento? Por satisfacer sus placeres ó los caprichos de un lujo excesivo y ruinoso, ó bien la sed de una avaricia sórdida, desconocerá la beneficencia, y defraudará á sus pobres concinladanos del sobrante de su fortuna que les pertenece. ¿Es comerciante? Combinará sus especulaciones con detrimento público, suplantará ó engañará á sus concurrentes, y antepondrá cualquiera tráfico ilícito y lucroso á las negociaciones permitidas y honestas. ¿Es, en fin, mercader, fabricante, artesano? No reparará en alterar la medida, contraheer las marcas, alterar la calidad de sus géneros y engañar al público, con tal que aumente sus ganancias. En suma, el egoísta promoverá constantemente su interés individual á expensas, ó por lo menos sin consideracion alguna al interés común.

Pero el perfecto desempeño del amor público supone otra obligacion civil, poco atendida y recomendada en la enseñanza común de la ética, y de la cual diré alguna cosa antes de cerrar este artículo. Hablo de la obligacion de instruirse, que aunque pertenezca igualmente al hombre natural y religioso, es, por decirlo así, mas propia del ciudadano, ó por mejor decir, es en el ciudadano mas fuerte y extendida. En efecto, si el amor público se refiere al recto uso de todos los deberes civiles, claro es que el ciudadano debe instruirse en unos y otros, porque mal se puede practicar lo que no se conoce bien. Debe, pues, el ciudadano aspirar á este conocimiento y emplear con el mas ardiente deseo y con la mas perfecta disposicion todos los medios de alcanzarle.

Esta disposicion es tanto mas necesaria, cuanto el objeto de la instruccion es mas extensivo, pues que abraza el conocimiento de todas las relaciones que constituyen el estado social ó nacen de él; y tambien, si puede decirse así, cuanto es mas preternatural, pues aunque estas relaciones se derivan del derecho de la naturaleza, no se hallan en las ideas y sentimientos primitivos de la razon humana, sino que se deducen de ellas por raciocinios fundados en los principios del mismo estado social. Por esto el objeto general de la instruccion en el hombre natural es la perfeccion de sus facultades físicas é intelectuales, como medios necesarios para aumentar su felicidad y la de su especie; pero la instruccion del ciudadano abraza además el conocimiento de los medios de concurrir particularmente á la prosperidad del estado á que pertenece, y de combinar su felicidad con la de sus conmiembros.

Sin duda que esta obligacion se modifica: primero, por el tiempo, la proporcion y los medios que cada ciudadano tenga; segundo, por el estado civil en que se halle. Pero siempre será cierto que todo ciudadano es obligado en cuanto y hasta que pueda, á instruirse: primero, en el recto uso de los derechos y obligaciones generales que tiene como tal; segundo, en las obligaciones y funciones particulares del estado, empleo ó profesion en que se hallare.

Entre las inducciones que emanan de este principio hay una que no se debe olvidar en la enseñanza de la ética civil, y es, que pues en la edad propia para recibir toda especie de instruccion, el ciudadano se halla bajo la potestad paterna ó tutelar, la obligacion de que hablamos es extensiva á los padres y tutores, y aun debe

ser tanto mas fuerte respecto de ellos, cuanto se deben suponer mayores las luces y los medios con que se hallan para desempeñarla. Los hijos, pues, serán siempre obligados á recibir con docilidad y buscar con ansia y aplicacion la instruccion que les proporcionen sus padres ó tutores; pero será un estrechísimo cargo de estos proporcionarles: primero, toda la instruccion necesaria para el desenvolvimiento de sus facultades físicas y mentales; segundo, para el desempeño de sus deberes civiles; tercero, para el de los deberes particulares del destino ó profesion á que los consagren.

Por esta determinacion del objeto de la instruccion se ve: primero, que ninguna calidad, distincion, ni riqueza puede dispensar al ciudadano de buscar los conocimientos que dejamos indicados; segundo, que ninguna especie de instruccion, por grande y sublime que sea, puede suplir la falta de estos conocimientos. Ellos forman la ciencia del ciudadano y son la guia y el apoyo del amor público y de la felicidad social. Así es que el hombre que con tiempo y proporcion para cultivar esta especie de estudio yace en una perezosa y estúpida ignorancia; el que pudiendo consagrar sus talentos al estudio de verdades útiles á la causa pública, los emplea en especulaciones inútiles y vanas; el que dado á estos conocimientos útiles, se contenta con cultivarlos especulativamente, y no los emplea en su propio provecho ó de la sociedad en que vive; y en fin, el que en vez de promoverlos, consagra sus talentos al error y al delirio, y en vez de servir á su patria, la seduce, turba su quietud ó la engaña, falta enorme y groseramente á una de las mas sagradas obligaciones del ciudadano.

#### *Moral religiosa.*

Pero entre todos los objetos de la instruccion siempre será el primero la moral cristiana, de que va á tratarse ahora; estudio el mas importante para el hombre, y sin el cual ningun otro podrá llenar el mas alto fin de la educacion. Porque, ¿qué hará esta con formar á los jóvenes en las virtudes del hombre natural y civil, si les deja ignorar las del hombre religioso? Si ¿cómo los hará dignos del título de hombres de bien y de fieles ciudadanos, si no los instruye en los deberes de la religion, que son el complemento y corona de todos los demás?

Yo no creo que sea necesario persuadir entre nosotros esta preciosa máxima, cuyo abandono y olvido ha producido ya en otras partes tantos males. Pero ¿acaso ha tenido el influjo que debiera en nuestros métodos de educacion? Creo que no: por lo menos yo debia mirarla como uno de los fundamentos de mi plan, y hé aquí por qué me he propuesto tratar con mas detenimiento esta parte de él. ¡Ojalá que achiere á llenar todas las miras que me ha sugerido el método que voy á proponer!

La enseñanza de la moral cristiana presupone el conocimiento de los misterios de la religion que estableció su divino Autor. Pero ¿cuál es el plan de educacion que haya reunido en un mismo sistema estos dos sublimes estudios? Cuál es el que haya consagrado á ellos todo el cuidado que requieren? Cuál es



el que los haya tratado en el orden, por el método y con la extension que convienen á su dignidad é importancia?

Sé que esta enseñanza se halla confiada así al cuidado de los padres de familia, como al celo de los párrocos y ministros de la Iglesia, y no debo dudar que sea el principal objeto de la vigilancia de unos y otros. Mas á pesar de esto, ¿quién no conoce la imperfeccion con que se hace? Porque es constante que muchos padres de familia la descuidan, ó por ignorancia, ó por desidia, ó porque están persuadidos á que es toda de cargo de los párrocos, y por otra parte lo es que los párrocos, no teniendo otro medio de comunicarla que las pláticas y exhortaciones dominicales, ni pueden suplir enteramente el descuido de los padres, ni hacerla descender individualmente á todos los feligreses. Hesta en verdad el cuidado de los maestros de primeras letras; pero ya se ve que este medio no alcanza á todos ni á la mayor parte de los niños, y que al cabo se reduce á hacerles decorar una parte del catecismo, que se aprende y no se comprende en la primera edad, y sobre la cual en ninguna otra se renueva ni amplía la enseñanza. ¿Qué hay pues que admirar que en materia de religion sea la instruccion tan imperfecta y limitada, aun en personas que se dicen bien educadas? Ni ¿qué tampoco que la juventud salga al mundo tan indefensa y poco prevenida contra los sofismas y artificios de una Impiedad que la asesta por todas partes?

No digo esto para censurar á otros; dígolo para justificar el método que voy á proponer, muy confiado de que merecerá la aprobacion de cuantos miran con verdadero interés el bien de la religion, del estado y de la humanidad.

El método de que hablo, entre otras ventajas, tendrá la de conciliar dos opiniones harto diferentes acerca de este asunto. Quisieran algunos que los niños, por decirlo así, mamasen con la leche la doctrina de la religion, y otros que no se les hablase de religion hasta que bien desenvuelta y cultivada su razon, fuese capaz de comprender la alteza de sus misterios. Aquellos atienden solo á la necesidad é importancia, estos á la dificultad y sublimidad del objeto. Para los primeros se trata solo de recibir y creer desde temprano las verdades sobre que está librada la eterna felicidad del hombre; para los segundos, de comprender su augusta sublimidad y abrazarlas con una intima persuasion. ¿Qué diremos? Que los primeros se contentan con poco, y los segundos exigen demasiado. Parecia por tanto necesario combinar la razon de unos y otros para dar mas perfeccion á esta enseñanza, y esto hemos hecho.

A este fin nos ha parecido que conviene distribuir el estudio de la religion por todos los periodos de nuestro plan; de forma que sin tener lugar ni período determinado entre los demás estudios, los siga y acompañe por toda su duracion. En las primeras letras se hará que los niños aprendan un breve catecismo para que los primeros destellos de su razon hallen ya estas importantes verdades sembradas en su alma; pero el restante tiempo se destinará á desenvolverlas y hacerlas comprender á los jóvenes, dándoles idea del

origen, historia y fundamentos de la religion cristiana, y representándola á su corazon tan augusta y amable como es en sí misma. Esto es lo que toca á la educacion; lo demás debe esperarse por el cristiano del Autor de la gracia, porque al fin la fe es un don sobrenatural, á que no puede alcanzar nuestra flaqueza si no le recibe de su mano.

Para hacer pues esta combinacion, y establecer en ella nuestro método, creemos tambien necesario destinar á él un dia cada semana por el tiempo que dure la enseñanza. Este dia quisiéramos que fuese el domingo, no tanto para no disminuir el número de los dias lectivos destinados á otros estudios, cuanto para dar á este mayor solemnidad. Ningun reparo me ha detenido para proponerlo así; porque ni el enseñar y aprender son obras mecánicas ó serviles, ni el tiempo destinado á ello puede defraudar á los maestros y discípulos del reposo á que son acreedores en tales dias. Por otra parte, si todo cristiano es obligado á santificar este dia, y si su santificacion requiere en él algunas obras ó ejercicios de piedad que muestren respeto y adoracion al Ser á quien está dedicado, ¿cuál otro pudiera ser mas piadoso, mas digno del cristiano, que el de consagrar algun tiempo al estudio y meditacion de las santas verdades del Cristianismo?

¿Y no tendria este método tambien la ventaja de deterrar de los ánimos de los jóvenes una idea que por desgracia es demasiado comun entre los adultos? Estos dias, dias del Señor, y particularmente consagrados á su adoracion, se miran solamente como dias de divertimento y placer. Oida de carrera una misa, todo el mundo corre en pos de los objetos de su entretenimiento, y los que en toda la semana apenas han levantado el espíritu hasta su Criador, llegado el dia santo olvidan su principal destino, y se dan enteramente á sus juegos y diversiones. Sin duda que las fiestas son dias de reposo santo y digno de su alta institucion. Nuestra tibieza los ha convertido en dias de zambra y alegría; ¿y quién duda que en esto tenga mucha parte la educacion, que nada hace para inspirar á estos santos dias la veneracion que se les debe? ¿Y no seria un modo de inspirarla destinar desde la edad primera algunas horas á tan alto objeto, acostumbrando los jóvenes á mirar las fiestas, no solo como dias de descanso, sino tambien de santificacion?

Tal por lo menos es mi deseo, proponiendo el domingo para la enseñanza de la religion. Si por desgracia esto no se adoptare, se podrá destinar otro dia de la semana, pues aunque se defraude á los demás estudios, y prolongue por lo mismo la duracion de sus períodos, ningun sacrificio debe ser sensible, si se atiende á la alteza é importancia de su objeto.

Esta enseñanza se debe dividir en cinco partes, á saber: el catecismo comun, el catecismo histórico, el símbolo de la fe, la historia del Nuevo y Viejo Testamento y la lectura de la santa Biblia. A ella deben asistir los discípulos de todas las clases, divididos, no segun ellas, sino segun la parte del estudio religioso que hiciere cada tanda. Pero todos recibirán la enseñanza á presencia unos de otros, y además se dará en público, para que puedan recibirla, si quieren, los jó-

venes que no hicieren otros estudios; y en una palabrta, enantos desearan aprovecharse de tan útil institucion.

Para los niños que aprendieren las primeras letras, la enseñanza se reducirá á decorar un breve catecismo. Haráseles llevar estudiada su leccion cada domingo, y decirla sucesivamente en público, cuyo ejercicio durará respecto de cada uno hasta que conste que sabe perfectamente de memoria toda la doctrina que contiene. No se hará explicacion alguna del catecismo en esta primera enseñanza, para que los niños que estén presentes á las de las sucesivas puedan y deban aprovecharse de ellas.

Para preparar á los discipulos de esta primera clase al estudio de la que debe seguirse, convendria que en el ejercicio de leer de la escuela, y en el texto de las muestras de escribir, se emplease el *Catecismo histórico* de Fleuri, por cuyo medio se facilitaria admirablemente su estudio.

Este catecismo se estudiará por los niños que hayan pasado de las primeras letras al estudio de las humanidades, que formarán la segunda tanda. A estos se señalará igualmente una lectura cada domingo, y se cuidará de que la digan, ó mas bien la expliquen, todos ó la mayor parte de ellos que cupiere. Y digo la expliquen, porque estas lecciones no se llevarán de memoria, sino que se hará que cada uno la haya estudiado de manera que pueda dar razon de su contenido cuando fuere preguntado. En esto no irán precisamente atendidos á la letra, y la doctrina se grabará mas bien en su razon que en su memoria.

La tercera tanda, á que entrarán los jóvenes que hayan pasado al estudio de la ideología, estudiará el símbolo de la fe á los fundamentos de la revelacion por el compendio de fray Luis de Granada. En esta parte se cuidará tambien de que los niños puedan hacer por sí mismos la explicacion de la leccion que se les señalare, destinando uno ó dos cada domingo para ella, y haciendo que los demás vengan de tal manera preparados, que puedan dar razon de lo que se les preguntare, así de la leccion del dia como de las atrasadas.

Bien quisiera yo que para hacer mas provechoso este estudio, una mano docta y piadosa se ocupase en acomodar á él la obra de Granada, reduciéndola á la forma que requiere su objeto, y distribuyéndola en lecciones breves y claras, y aun aligerando algunos capitulos, y ampliando y completando otros; porque, salva la justa fama de tan célebre autor y tan piadosa obra, creo que esto se pudiera hacer sin mengua de su gloria y con gran provecho de la enseñanza.

De cargo de la cuarta tanda será el estudio de la historia del Viejo y Nuevo Testamento por el breve y excelente compendio, trabajado para el uso del seminario Patavino, que anda impreso en latin y se deberá traducir en castellano. Este compendio se puede dividir cómodamente en cincuenta y dos lecciones, y ser estudiado en el periodo de un año. Y ya se ve cuánto prepararia el espíritu de los jóvenes para que despues biciesen con fruto la lectura de la santa Biblia.

Tampoco querria yo que se les obligase á llevar estas lecciones de coro, sino así estudiadas y entendidas, que

pudiesen dar razon de su contenido; quisiera empero que las datas cronológicas y los nombres de personas y lugares se tomasen por todos de memoria, y que se les hiciese repetirlos una y muchas veces, para fijarlos en ella. Lo primero, porque estos son los verdaderos puntos de apoyo que ha menester la memoria para retener las verdades de hecho y de raciocinio que abraza tan importante historia. Lo segundo, para que este estudio sirva de principal fundamento al de la geografia histórica, el cual tomado de la residencia y épocas del pueblo de Dios, se puede derivar y extender facilmente á los demás lugares é imperios de la tierra.

A este estudio sucederá el de la quinta tanda, que tendrá por objeto la lectura seguida de la santa Biblia en castellano. Para hacerla mas provechosa deberá ser precedida de algunas breves y claras explicaciones acerca de la antigüedad, integridad, autoridad, carácter y estilos de este divino libro, y acompañada de la sencilla exposicion de los lugares oscuros ó difíciles que fuere ofreciendo en su curso.

El objeto de uno y otro no debe ser formar profundos escriturarios, sino facilitar la inteligencia é infundir amor y veneracion á este libro inspirado por el mismo Dios, y que es el verdadero código del cristiano. Por fortuna está ya dirimida aquella antigua controversia, que no sé si con descrédito de nuestra piedad, se suscitó acerca de su lectura, negada por algunos á los legos como peligrosa, y abierta temerariamente por otros al uso é interpretacion de todo el mundo. Nosotros nos contentamos con mirarla como esencial á la buena educacion literaria; porque ¿quién nos disculparia si despues de haber dado tanto tiempo y cuidado á otros estudios y objetos, olvidásemos el que es mas propio de la sólida y verdadera instruccion, de la instruccion religioa?

Con todo, bien quisiéramos que los maestros encargados de esta enseñanza cuidasen mucho de infundir en los jóvenes aquel espíritu de docilidad y respeto con que deben acercarse á abrir su oido y su corazon á las palabras dictadas por el supremo Autor de la verdad. Quisiéramos cuidasen tambien de prevenirlos, así contra aquella liviana confianza de que dijo San Agustín (*De doctr. Crist.*, lih. II, cap. 6): *Cui facile investigata plerumque villescunt*, como contra aquella mas temeraria presuncion por quien dijo el Sábio que el que escudriña la Majestad será oprimido de ella. Quisiéramos, en fin, que se les hiciese mirar como indigno de un cristiano darse con afán á otras lecturas y estudios, mirando con desden ó con indiferencia el mas importante de todos, y el que es la cima y el complemento de la verdadera sabiduría.

La enseñanza de esta última época tendrá además otros dos grandes objetos: uno confirmar á los jóvenes en la historia y fundamentos de la revelacion, que habrán estudiado ya, y otro preparar sus ánimos para el estudio de la ética cristiana, que deberán hacer separadamente en los dias lectivos ordinarios y en seguida de los principios de moral natural y civil. Para lograr pues mas cumplidamente estos objetos, quisiéramos que el maestro los detuviese mas de propósito en la lectura y exposicion de los libros sapienciales, y seña-



ladamente de los *Proverbios*, de la *Sabiduría* y el *Eclesiástico*, y en la del Nuevo Testamento; porque en los primeros hallarian recogidas y en grande abundancia aquellas excelentes máximas de conducta pública y privada y de doctrina civil y religiosa, que en vano buscarán en los sábios y filósofos de la antigua edad, ni en los éticos de la nuestra; y en los segundos verian cómo el cumplimiento de las antiguas profecías, y la aplicación é interpretación de la larga série de hechos que prepararon desde el principio de los tiempos la obra de la redención del género humano, sirven de fundamento al angusto edificio de la Iglesia fundada por Jesucristo, confirman los dogmas y doctrinas que dejó en depósito, y explican la maravillosa celeridad con que los discípulos que se dignó escoger y enseñar, aunque rudos y sencillos, los difundieron por toda la tierra.

Pero la mejor y mas alta preparacion para el estudio de la ética cristiana será la frecuente lectura y detenida meditacion de los santos Evangelios, que contienen su verdadero código. En ellos verán los jóvenes confirmados y sublimemente expuestos aquellos preceptos de la ley natural y eterna que el Criador grabó en nuestras almas, y que la razon sana y despreocupada de todos los sábios y justos de la antigüedad reconoció y veneró. Verán cómo Jesucristo, lejos de alterar ó destruir los artículos de esta ley, vino solo á ilustrarla y perfeccionarlos. Verán cómo todos los pasos, todas las acciones, todas las palabras de este divino Maestro, las virtudes que ejerció, los prodigios que obró, los ejemplos y documentos que nos dejó, fueron dirigidos á la perfeccion de esta doctrina. Verán, en fin, cómo despues de haberla confirmado con la santidad de su vida, la consagró con la paciencia y voluntario sacrificio de su muerte; dejándonos en una y otra un perfectísimo dechado de santidad, de manselumbre y de benelicencia, y marcando el camino que deben seguir cuantos aspiren á santificarse y merecer la eterna recompensa que prometió á los justos.

Si se vuelve la atencion á la série de estudios filosóficos y religiosos que acabamos de exponer, se hallará que la enseñanza de la ética se puede reducir á un breve tratado de las virtudes. Porque instruido por el estudio de la teología y ética natural en las pruebas de la existencia de Dios y en el conocimiento del sumo bien y último fin del hombre, y ampliadas é ilustradas, y arraigadas en su ánimo estas pruebas por las lecciones dominicales, que habrán recibido desde el principio y por todo el curso de su educacion, ¿qué restará sino desenvolver estos principios, aplicarlos y deducir de ellos las reglas de conducta y costumbres propias del cristiano?

De aquí se inferirá que no nos contentamos con la doctrina de los antiguos acerca de las virtudes morales, porque aunque esta por sí sola pueda mejorar en gran manera la conducta del hombre y del ciudadano, y haya producido en todos tiempos ejemplos ilustres de justicia y de heroicidad, todavía hay en ella mucha incertidumbre é imperfeccion. Son sin duda dignos de imitacion los documentos que acerca de estas virtudes nos dejaron los antiguos y de que están henchidas las obras de Platon, Epicteto, Ciceron, Séneca, Marco

Aurelio y otros. Empero ni en sus principios hay la uniformidad y certidumbre, ni en sus consecuencias la claridad y constancia que la gravedad de sus objetos requiere. Lo que hemos dicho arriba acerca de la doctrina del sumo bien, sus disputas acerca del origen del bien y el mal moral, y sus varias opiniones sobre la justicia y honestidad de las acciones humanas, prueban bien claramente esta verdad.

Ni tampoco se ocultó á los mismos filósofos; Platon, el mas recomendable de ellos, y el que con tanta claridad y fuerza de raciocinio expuso, y con tanta gracia y vigor de elocuencia exornó la sublime doctrina de su maestro Sócrates, todavía reconoció con admirable sinceridad la insuficiencia de la razon humana acerca de este objeto. Solia decir, hablando de su doctrina, que nada habia alcanzado de ella por sí mismo, sino con el auxilio de la divina luz; y preguntado de sus discípulos hasta cuándo deberian seguirla y observarla, *seguidla*, les dijo, *hasta que aparezca sobre la tierra un hombre mas santo que yo, que abra á todos la fuente de la verdad y al cual todos sigan*.

Esta predicción, ó sea presentimiento de Platon, fué confirmada, para dicha del género humano, con la aparicion de nuestro Salvador en el mundo, el cual vino á iluminar, derramando sobre él aquella luz divina que debia disipar todas las tinieblas, deshacer todos los errores de los filósofos, confundir la presuncion de la sabiduría humana, y abrir á los hombres las fuentes de la verdad y los caminos de la verdadera sabiduría.

Así que, sin traspasar los límites de la ética, ni pretender que se enseñe á los jóvenes un tratado de teología moral, quisiéramos que la enseñanza de las virtudes morales se perfeccionase con esta luz divina, que sobre sus principios derramó la doctrina de Jesucristo, sin la cual ninguna regla de conducta será constante, ninguna virtud verdadera ni digna de un cristiano.

Llevando siempre esta mira, se deberá poner mas cuidado en enseñar á los jóvenes qué cosa sea la virtud, que en definir y en deslindar la naturaleza y carácter de las virtudes particulares; en lo cual acaso se han detenido demasiado los escritores de ética. Porque la virtud, así como la verdad, es una; es aquella constante disposicion de nuestro ánimo á obrar conforme á la voluntad del supremo Legislador; la cual, confirmada con el hábito de obrar bien, constituye el verdaderamente virtuoso. Y como esta disposicion ó inclinacion abraza y se extiende á todos los oficios y todas las acciones de la vida humana, claro es que en ella se contienen y á ella se refieren todas las virtudes, ó por mejor decir, que la virtud es una.

Aunque esta disposicion presuponga el conocimiento de la voluntad del supremo Legislador, esto es, de la ley que propuso para norma de nuestras acciones, la virtud consiste mas principalmente en el constante deseo de seguirla, y en que todas nuestras ideas y sentimientos se conformen con ella. Y por tanto, no bastará que se dé á los jóvenes una idea exacta de la virtud, si además no se los mueve á amarla, porque en esta ciencia, á diferencia de las otras, se trata mas de mover la voluntad que de convencer el entendimiento. La norma está escrita con mas ó menos claridad en el es-

píritu de todos. Importa sin duda desarrollarla, aclararla, ampliarla; pero importa mas todavía arraigarla en el corazón de los jóvenes, moverlos á amarla y abrazarla, y fortificarlos contra los estímulos del apetito inferior, que tiran á oscurecerla ó desconocerla.

Así que, se deberá hacer sentir á los jóvenes que solo por medio de la virtud podrán llegar á alcanzar aquella felicidad en pos de la cual los hombres, por una inclinacion innata é inseparable de su ser, suspiran y se agitan continuamente; que esta felicidad no es un bien que exista fuera de nosotros, sino una idea, ó mas bien un sentimiento, que reside en lo mas íntimo de nuestra conciencia; pues nadie es feliz sino el que está íntimamente persuadido de que lo es; y en tanto lo es, en cuanto goza las dulzuras de esta persuasion. Que aunque se suponga que los bienes exteriores sean elementos de felicidad, solo lo serán cuando su fruicion esté exenta de toda inquietud y remordimiento, y acompañada de aquella íntima y dulce persuasion que solo cabe en una conciencia pura y tranquila. Y por último, que no pudiendo la conciencia humana sentirse pura ni tranquila sin la seguridad de haber cumplido la voluntad del legislador, que es el mas dulce fruto de la virtud, solo deben mirar la virtud como medio de alcanzar la felicidad.

Así se desterrará de sus ánimos aquella preocupacion, tan comun como funesta, que hace mirar los bienes exteriores como elementos necesarios de la felicidad, y tener por dichosos á cuantos los poseen. Se debe hacer ver á los jóvenes que el hombre puede ser feliz sin ellos, porque la providencia del Criador, reduciendo á muy pocas las necesidades absolutas de la vida; derramando abundantemente por todas partes los objetos que pueden sustentarla, y aun hacerla agradable; facilitando de tal manera su adquisicion, que nadie carecerá de ellos sino por su propia desidia; y finalmente, haciendo que la felicidad naciese del ejercicio de la virtud, la puso al alcance de todos y la hizo independiente de la fortuna. Que la riqueza, los honores, los placeres no pueden constituir esta felicidad: primero, porque no son accesibles á todos ni aun al mayor número de los hombres; segundo, porque no se adquieren sin afán, no se poseen sin inquietud, no se pierden sin grave dolor y amargura; tercero, porque de suyo no son capaces de producir aquella tranquilidad de ánimo, aquella íntima y dulce persuasion de bienestar, en que consiste esencialmente la felicidad; antes bien la alejan, perturbando el ánimo con el caudado de males presentes, de peligros próximos ó de futuros temores; cuarto, finalmente, porque estos bienes solo pueden concurrir al aumento de la felicidad cuando son adquiridos con justicia, poseídos con moderacion y dispensados con beneficencia; es decir, cuando se emplean como medios de ejercitar y extender la virtud, y producir aquella dulce persuasion que es el verdadero elemento de la felicidad.

Por último, se les hará ver que el hombre no puede gozar esta dulce persuasion de felicidad sin la esperanza de alcanzar su último y mas sublime objeto. Porque el hombre, dotado de espíritu inmortal, penetrado de la idea de su existencia eterna, y convencido

de que no puede ser igual en ella la suerte de la iniquidad y la virtud, ni puede dejar de pensar en la suerte que le aguarda para despues de su vida, ni contentarse con una felicidad circunscrita á su fogaz y brevisimo plazo. Por consiguiente, no podrá gozar ninguna especie de felicidad temporal que no esté acompañada de la esperanza de la felicidad eterna. Si pues esta esperanza es independiente de todos los bienes de fortuna; si ninguno de ellos es por su naturaleza capaz de darla; si solo puede existir en una conciencia tranquila, y esta tranquilidad solo puede nacer del sentimiento de haber llenado la voluntad del supremo Legislador, y aspirado constantemente á la eterna recompensa que reservó á los justos, es indubitable que solo en la virtud hallará un medio de alcanzar la verdadera felicidad.

Estas verdades son tan claras, que todos las verian de bulto y sentirian su fuerza si las tinieblas de la ignorancia y las pasiones no las oscureciesen y debilitasen. Por lo mismo, y para darles el último grado de conviccion, se les hará ver: primero, cómo están contenidas en el apetito natural que tiene todo hombre á su felicidad. Porque el hombre, no solo apetece vehementemente su bien, sino de tal manera le apetece, que no contentándose con una porcion de él, por muy grande que sea, pasa continuamente de deseo en deseo, aspira á poseer la mayor suma posible de bien, y á esta posesion solamente une la idea de su felicidad; segundo, que con la misma vehemencia tiene una natural y absoluta aversion al mal, dando este nombre á todo cuanto es contrario al bien y de cualquiera manera le turba, le mengua ó aleja de nosotros. De forma que en el apetito al sumo bien se envuelve necesariamente la aversion al mínimo mal; tercero, por consiguiente, que el objeto de la verdadera felicidad debe ser infinitamente perfecto, é infinitamente bueno y amable; esto es, debe contener en sí, de una parte el complemento de toda perfeccion, toda bondad, y de otra la repugnancia y exclusion de toda imperfeccion y todo mal. ¿Quién pues no conoce que este natural apetito del hombre al sumo bien le conduce continuamente hácia Dios, único ser perfectísimo, y fuera del cual no puede existir ninguna especie de felicidad?

Y hé aquí el centro de toda la doctrina moral, y adonde deben ser conducidos la razon y el corazón de los jóvenes, para que vean reunidos en él el sumo bien con el último fin del hombre, y el objeto de la virtud con el de la felicidad.

La ley que existe en el corazón del hombre, y que es la fiel expresion de la voluntad del supremo Legislador, le conduce tambien al mismo centro, y en él tiene su complemento; porque no exige de nosotros sino amor á Dios, como nuestro sumo bien. Es verdad que abraza tambien el amor que debemos á nosotros mismos y á nuestros prójimos; pero este amor está virtualmente contenido en aquel, pues de él procede y á él debe encaminarse como á último término de la virtud y la felicidad. No exige pues de nosotros sino lo mismo que naturalmente apeteecemos y lo que un ser racional no puede dejar de apeteecer; esto es, intenso amor al sumo bien.



Mas porque no se crea que este es un círculo de palabras inventado para componer un sistema, ni se mire como ociosa ó repugnante una ley que solo manda al hombre lo que no puede dejar de apetecer, convenirá explicar con claridad á los jóvenes este artículo por la naturaleza misma del ser humano.

Es una verdad constante que el Criador imprimió á todos los entes animales el apetito de su felicidad para proveer á su conservacion y perfeccion. Los brutos siguen sin desvío la direccion de este apetito, segun la sola ley de su instinto, y siguiéndola, hallan en él los medios necesarios para alcanzar aquel fin. Pero el hombre, compuesto de dos sustancias entre sí diferentes, es movido, por decirlo así, de dos diversos apetitos. El uno procede del instinto animal, que nos es comun con los brutos, y por lo mismo se llama inferior; el otro, llamado superior, procede de la razon con que el hombre fué distinguido entre todas las criaturas. Sin combinar el impulso de estos dos apetitos, el hombre no puede hallar la perfeccion de su ser; porque el primero le mueve solamente á buscar el placer y evitar el dolor, sin considerar otra ley que la de su bienestar presente, y sin idea de otra perfeccion que la de la satisfaccion de sus sentidos. Pero el segundo, descubriéndole el fin para que fué criado, y presentándole la idea de un bien mas real y permanente y de una perfeccion mas propia de su ser, le inspira el deseo de aspirar á ella y de alcanzar la verdadera felicidad.

El Criador pues, aunque hizo al hombre libre para que pudiese merecer por sí mismo esta felicidad, pero al mismo tiempo dejó á su albedrío seguir uno ú otro apetito, y puso en su alma una luz capaz de conocer la norma que debia seguir para moderar los ímpetus del apetito animal, y dirigir sus acciones al verdadero y sumo bien.

Así que, ambos apetitos nos mueven hácia nuestra felicidad; pero el apetito animal, mirando solo á lo que nos parece deleitable y provechoso, da impulso á nuestras pasiones, y en vez de conducirnos, suele alejarnos de nuestro verdadero bien, mientras el apetito racional, siguiendo la norma impresa en nuestra alma, busca lo que es honesto y justo, y no reconoce deleite ni utilidad verdaderos donde no ve utilidad y justicia. Por lo mismo en este apetito está el principio de nuestras virtudes. Y hé aquí cómo el deseo del sumo bien, en que está cifrada toda la ley natural, es el único principio de la perfeccion humana, contiene en sí el último fin del hombre, y reúne en un punto el objeto de la virtud y el de la verdadera felicidad.

Infírese de aquí que pues el primer precepto de la ley es el amor á Dios, como sumo bien, y este amor debe crecer en razon, primero, de la alteza de su objeto; segundo, del número y excelencia de los beneficios dispensados al hombre; tercero, de la grandeza de las promesas que le hizo; el primer deber natural del hombre es perfeccionar este conocimiento, no solo porque el amor á Dios, en que se cifra toda la ley natural, presupone este conocimiento, sino porque tan infinita es la perfeccion de su ser, que no puede ser conocido sin ser amado, y que tanto mas perfectamente será

amado, cuanto sea mas perfectamente conocido. Es cierto que el hombre eleva fácilmente su razon hasta la existencia de Dios; pero lo es mas aun que extiende, engrandece y perfecciona esta idea á proporcion que aplica su razon á la contemplacion de sus obras, del órden admirable que las enlaza, y de los fines de amor y bondad á que las destinó; y á conocer por aquí alguna cosa de la omnipotencia, sabiduría y bondad infinita de su Dios. Y como el hombre penetrado de esta idea no puede dejar de amarle con todas las fuerzas de su alma, ni dejar de depositar en él toda la confianza y todas las esperanzas de su corazon, de aquí es que el hombre sea obligado á buscar y perfeccionar este conocimiento hasta donde la luz de su razon alcance y en cuanto su estado le permita. Y hé aquí cómo se reúnen en un punto central las tres primeras virtudes morales del hombre; esto es, la fe, la esperanza y la caridad naturales, y cómo la ética las debe presentar á los jóvenes mientras la doctrina cristiana les descubre la alteza y carácter de estas virtudes, como teologales y primeras de nuestra religion.

Tambien se infiere que el hombre es por naturaleza un ente religioso, y que como tal le presenta la ética. Porque, ¿cómo podrá concebir alguna idea de las infinitas perfecciones de Dios y de los inmensos beneficios que le dispensó, sin que además de amarle y confiar en él, se considere obligado á tributarle un humilde culto de adoracion y de gratitud? O ¿cómo podrá el hombre concebir esta idea, sin que sienta que esta adoracion y culto de su Criador es una de sus primeras obligaciones, y que su desempeño concurre á la perfeccion de su ser? Ni se trata solo de un culto puramente interno, porque si cuanto es, cuanto puede, cuanto tiene el hombre procede de la bondad de Dios, su adoracion no seria cumplida si no procediese de todas las facultades mentales y físicas, y si no se demostrase, además de los sentimientos internos de adoracion y sumision, con actos exteriores de culto y de gratitud. Es verdad que la razon por sí sola no especifica ni determina con precision los actos particulares de este culto exterior; pero porque reconoce á Dios como autor y señor de todo lo criado, y como criador y singular bienhechor del hombre, no hay duda sino que dicta: primero, que nuestro culto exterior debe ser un reconocimiento de su dominio absoluto y su bondad infinita; segundo, que esta expresion debe ser decorosa, humilde, agradecida; en suma, análoga, congruente de una parte con la grandeza y bondad de Dios, y de otra con nuestra pequeñez y gratitud.

A poco que se reflexione sobre esta primera virtud del hombre religioso, se la hallará colocada entre dos extremos, contra los cuales conviene precaver desde luego á los jóvenes. El primero es la impiedad, la cual no conociendo á Dios, ó para hablar con mas propiedad, desconociéndole, ni le puede amar debidamente, ni poner en él su confianza, ni mirarle como bien supremo y término y complemento de la felicidad. Tampoco le puede considerar como supremo legislador, y entonces la ley natural, si acaso reconoce alguna el incrédulo, no será para él sino una ley de conveniencia ó una eleccion de máximas de mera prudencia humana, que

seguirá sin escrupulo ó abandonará sin remordimiento, segun que el interés momentáneo le dictase. ¡Pluguiera á Dios que no estuviese tan cerca de nuestras moradas y de nuestros dias el ejemplo de los horrendos males á que puede arrojarle este monstruo! A sus ojos desaparece toda relacion entre el Criador y la criatura, y toda idea de armonia y orden moral se disipa de la faz de la tierra. El interés solo domina sobre ella. Ningun principio de equidad y justicia asegura, ningun sentimiento de honestidad y gratitud acrece, ningun vínculo de amor y fraternidad une á los hombres entre sí. Cada uno existe aislado y para sí solo, y el interés individual prepondera al bien, á la concordia y á la existencia misma del género humano.

Con ideas y sentimientos del todo diferentes, la supersticion produce males no menos funestos, cuando, so color de obsequio al Ser supremo, pretende consagrar todos los errores del espíritu y todas las ilusiones del corazón humano. Porque, ¿quién no verá con espanto los horrendos é indecentes cultos que estableció en los antiguos pueblos, y los atroces males y miserias á que sujeta aun á los que se hallan en estado de barbarie ó imperfecta cultura? Sometiendo de una parte los hombres á vanas y ridiculas creencias y á horribles ilusiones y temores, y de otra multiplicando sus leyes morales y rituales y las reglas de su conducta religiosa y civil, degrada á un mismo tiempo el augusto carácter de la Divinidad y la dignidad de la especie humana, robando á sus individuos hasta la escasa porcion de felicidad que pudieran gozar en la tierra. Hija de la ignorancia, es madre del fanatismo, si acaso el fanatismo no es la misma supersticion puesta en ejercicio, y arrojada por otro derrumbadero á los mismos males que produce la impiedad.

El amor á nosotros mismos está virtualmente contenido en el amor al Ser supremo; porque, ¿cómo podrá el hombre amar de corazón á Dios, su criador y bienhechor, sin que se ame á sí mismo como criatura suya y objeto señalado de su amor? Ni ¿cómo podrá amarse á sí mismo con puro y verdadero amor, sin que ame á este Ser perfectísimo, á quien debe su existencia, que le colmó de tantos beneficios y le elevó á tan augustas esperanzas? Y hé aquí por qué este amor se supone, mas bien que se manda, en la ley, y porque esta, mas que á excitarse, se dirige á regir y moderar sus aficiones. Él es connatural al hombre é inseparable de su ser, principio de perfeccion y medio de su felicidad.

Así que, el amor propio, tan injustamente calumniado por algunos moralistas, es en su origen esencialmente bueno, porque procede de Dios, autor de nuestro ser. Y lo es en su término, pues que tiende siempre á la felicidad, cuyo apetito nos es tambien innato. Debemos pues mirarle como una propiedad del ser humano, inspirada por su divino Autor, y por lo mismo esencialmente buena.

Y si esto es así, tambien serán esencialmente buenos los objetos que apetece este amor, porque su término es la posesion de los bienes que perfeccionan nuestro ser. Si se trata de aquellos que constituyen esta perfeccion y están identificados con el último fin y felicidad del hombre, esto es, de los bienes internos y sobrena-

turales, ya se ve que son el mas digno objeto de nuestro amor propio, como que son los únicos bienes puros y exentos de todo mal. Empero aunque los bienes naturales y externos sean de mas humilde y frágil condicion, y en ellos quepa mucha liga y mezcla de mal, todavia pueden concurrir á nuestra perfeccion, y para esto nos son dispensados por el supremo Bienhechor. Es verdad que estos bienes tienen mas analogia con la felicidad temporal que con la eterna del hombre, y que por lo mismo abusa mas fácilmente de ellos nuestra corrompida naturaleza. Mas pues que Dios nos ha dado derecho á una y otra felicidad, y ellos virtuosamente poseidos y dispensados son medios de alcanzar una y otra, visto es que deben ser mirados como bienes reales y esencialmente buenos.

Así que, los males y desórdenes á que nos conduce el amor propio no son de atribuir á su esencia ni á la de los objetos que apetece, sino al exceso con que los apetece y al abuso que hace de ellos en su fruicion y empleo, cuando extraviados por la depravacion de nuestra naturaleza, del fin de perfeccion para que nos fueron dados, los buscamos ó gozamos en sentido contrario del mismo fin. Por esto cuando el amor propio, sin consideracion á la norma impresa en nuestras almas para moderar sus aficiones, nos arrastra en pos de una felicidad puramente mentida y ajena de la dignidad de nuestro ser, es claro que lejos de perfeccionarle, lo corromperá y alejará de la verdadera felicidad. Empero si obedeciendo al apetito superior, regula nuestras determinaciones por el consejo de la razon sana y sensata, y nos conduce al sólido y verdadero bien, entonces será el verdadero principio de perfeccion y el mas poderoso medio de la felicidad humana. Los bienes naturales se pueden reducir á cuatro objetos: la vida, la fama, la hacienda y el placer; y nada probará mejor lo que habemos dicho que la consideracion del uso y abuso que puede hacer el amor propio de cada uno de estos bienes. Bien empleados sirven al desempeño de nuestros deberes y al ejercicio de las mas recomendables virtudes: mal empleados fomentan los vicios mas vergonzosos, y nos alejan de nuestro último fin. Por eso el Criador, al mismo tiempo que nos dió derecho á su posesion y nos inspiró el deseo de ellos, nos impuso la obligacion de emplearlos conforme á aquel fin, como medios de alcanzar la verdadera felicidad.

La vida es el don mas precioso que hemos recibido de su mano, y no solo podemos amarla, sino que debemos conservarla y perfeccionarla conforme al fin para que nos fué dada. Debemos por consiguiente buscar todo lo que conduce á esta perfeccion, á saber: primero, la salud, la fuerza, la agilidad, la destreza corporal y el buen uso de nuestros sentidos, pues que en esto se cifran los medios de socorrer nuestras necesidades y las de nuestros prójimos, y por consiguiente constituye nuestra perfeccion fisica; segundo, debemos cultivar las facultades de nuestra alma, ya facilitando el mas recto uso de nuestra razon, ya ilustrando nuestro entendimiento y memoria con conocimientos necesarios y útiles, ya rectificando nuestra voluntad con sentimientos y hábitos virtuosos; todo lo cual consi-



tituye nuestra perfeccion moral y nos conduce al mismo fin. Así que, del amor á la vida nacen la prevision para buscar todo el bien y huir todo el mal que se refiera á ella; la actividad y amor al honesto trabajo, la frugalidad y parsimonia, la moderacion y templanza en el placer, la constancia en el estudio y observacion, y esta venturosa curiosidad, que nos lleva constantemente hácia la verdad, y haciéndonos buscar con insaciable afán cuanto es sublime, bello y gracioso en el orden físico, y cuanto es honesto, provechoso y deleitable en el orden moral, es fuente de verdadera sabiduría y principio de la mayor perfeccion que puede alcanzar nuestro ser.

Pero nada le aleja mas de esta perfeccion que el desordenado amor á la vida. De él nace la pereza, la ociosidad, la indolencia, la acedia, la molicie, la afeminacion, la cobardía, la indiferencia en los males ajenos, el abandono de los deberes propios, y en una palabra, aquel desenfreno de nuestros deseos que enflaqueciendo nuestras fuerzas físicas, entorpeciendo nuestra razon y corrompiendo nuestra voluntad, nos sepulta en perpétua torpeza é ignorancia, y nos expone á los errores y excesos que mas degradan la dignidad de nuestro ser.

Después de la vida, es la fama el bien mas codiciado de nuestro amor propio, así por el placer que hallamos en el aprecio ajeno, como por las ventajas que nos proporciona en el curso de nuestra vida. El deseo de adquirirla, conservarla, aumentarla, es uno de los reguladores de las acciones humanas, y cuando no su primer móvil, jamás deja de tener en ellas algun influjo. Mozos y viejos, ricos y pobres, sábios é ignorantes, todos aspiran á distinguirse, aunque por diversos caminos. Pero el hombre de bien mira la reputacion y buen nombre como su mas precioso patrimonio; le considera como legítimo fruto de su buen proceder, y le estima como el único cuya posesion es independiente del poder y la fortuna. Por lo mismo que este bien no reside en nosotros, sino en la opinion ajena, nos mueve poderosamente hácia el mérito que la concilia; y mientras nos hace cultivar las dotes y talentos que recomiendan nuestra persona, regula nuestra conducta pública y privada por aquellos principios de honor y probidad que granjean la aprobacion y benevolencia general. El hombre poseído de este deseo todo lo emprende, todo lo sufre por alcanzarle. Él ha inspirado las ilustres hazañas y las heroicas virtudes que tanto realzan la dignidad del hombre, y ha sido siempre uno de los mas activos y constantes principios de la perfeccion de su especie.

Pero este deseo de excelencia y superioridad se desordena cuando desdeñando la luz y el consejo de la sana razon, se deja arrastrar hácia la vana gloria. ¿Qué de guerras no ha encendido, qué de laureles no ha ensangrentado, qué de naciones no ha desolado esta furiosa pasion de gloria militar, cuyo falso esplendor tanto deslumbra á los mismos infelices pueblos á quienes tanta sangre y lágrimas hace derramar!

No menos funesto ha sido el desenfrenado deseo de mando, de autoridad, de influjo, á que llamamos ambicion. Siempre ocupada en serviles adulaciones

para captarse el favor, ó en insidiosas maquinaciones para sorprenderle; siempre irritada por la envidia, acompañada del odio y seguida del espíritu de venganza, persigue el mérito modesto, cuya concurrencia teme; persigue la inocencia, cuya pureza y candor la corren, y persigue á la virtud, cuyo modesto esplendor la desluzca. Del mismo deseo de excelencia nace este lujo insensato, azote de las naciones cultas, que devora la fortuna pública y privada. El es el que, á falta de prendas y mérito real, busca la superioridad y la gloria en la vana ostentacion de galas y trenes, ricas preseas y muebles exquisitos, profusiones y gastos que satisfacen el capricho de unos pocos hombres ociosos é inútiles á costa del sudor de innumerables familias; y él es tambien el que llevando de clase en clase el contagio, inspira á las humildes el deseo de remedar á las mas altas, aumenta las necesidades de todas, corrompe sus costumbres, consume su miseria y la ruina del Estado. De él nace, en fin, esta vana y ridícula afectacion de mérito, de virtud, de valor, de nobleza y de ingenio, que infesta las sociedades con tantos hombres vanagloriosos, hipócritas, baladrones, quijotes ó charlatanes, y tanto degrada la perfeccion humana.

Del amor á nosotros mismos procede el amor á la hacienda, cuyo nombre abraza todos los medios de proveer á nuestras necesidades y comodidades. El deseo de adquirirlos, conservarlos y aumentarlos por vias lícitas y honestas, es en el hombre un principio de perfeccion, y por lo mismo esencialmente bueno. Por él provee á su sustentacion y á la de cuantos la naturaleza ó la sociedad pone á su cuidado, y de él depende en gran parte el bienestar de unos y otros. Como el primer móvil de su industria, él ha inventado las artes prácticas, que multiplican y diversifican estos bienes; ha investigado, descubierto y ordenado en sistema de ciencias los conocimientos útiles, que promueven el adelantamiento de estas artes, y se ocupa incesantemente en perfeccionar unas y otras. Como regulador de la economia doméstica y social, dicta la vigilante prevision y prudentes máximas que dirigen la conservacion y dispensacion de las fortunas pública y privada; y en este sentido es uno de los principios mas activos de la prosperidad de los estados y de las familias. Él facilita al hombre los medios de aumentar y perfeccionar sus facultades físicas y mentales, los de satisfacer aquellos puros é inocentes placeres que hacen mas dulce la vida, y sobre todo, los de ejercitar aquellas virtudes benéficas, sin las cuales las sociedades políticas no serian mas que congregaciones de fieras, y la especie humana una raza inmensa de salteadores y miserables.

Mas cuando la razon no regula por los principios de la ley este amor, ya sea en la adquisicion, ya en la posesion, ya en la dispensacion de los bienes de fortuna, su desórden produce los vicios y males mas funestos. El deseo inmoderado de adquirir engendra la codicia, cuya sed insaciable, absorbiendo en el hombre todos los principios de su actividad, le arrastra hácia todos los medios de saciarla, por inícuos y reprobados que sean. Fraudes, mentiras, usur-

paciones, logrerías, infidelidades, cohechos, sobornos; en una palabra, la prostitucion de todas las ideas de justicia y de todos los sentimientos de honestidad son compañeros inseparables de este monstruo, y la fuente mas copiosa de corrupcion y de miseria.

Otros dos vicios entre sí repugnantes suelen acompañar la codicia y aumentar sus estragos; de una parte la sórdida avaricia, que adquiere solo para atesorar, y atesora solo para adquirir, que insensible á los males ajenos y aun á los propios, va siempre en pos de un bien cuya bondad y usos desconoce, convierte la opulencia en penurias y se hace mártir voluntario de un temor que crece á la par que su seguridad. De otra la prodigalidad insensata desperdicia los bienes con la misma locura con que los apetece; devora despues de los suyos los ajenos, y disipando unos y otros sin razon ni objeto, ó por lo menos en objetos indignos de la razon humana, sigue siempre una ilusion, que siempre se le aleja, y va siempre tras de una sombra de felicidad, que nunca alcanza.

No les anda léjos la furiosa pasion del juego; la única que ha sabido hacer el monstruoso maridaje de la avaricia y la prodigalidad; pasion que absorbe todas las demás, que agita en la juventud y enloquece en la vejez, que busca siempre su felicidad en la fortuna, y la fortuna en el camino que conduce mas breve y seguramente á su ruina. En suma, el apetito desordenado de estos bienes, corrompiendo y extraviando el interés individual del hombre, convierte el principio mas activo de perfeccion social en el instrumento mas funesto de corrupcion, de iniquidad y de miseria pública y privada.

Pero ninguna propension del amor propio es mas poderosa que la que tiene por término el placer. Ella es acaso la única, la primera del hombre, que envuelve en sí todas las demás. Por el placer buscamos la gloria, y por él deseamos la riqueza. Por él vencemos nuestra natural aversion al dolor, y le sufrimos, y por él, en fin, aventuramos muchas veces esta misma vida, que queremos beatificar con él, y que sin él nos parece grave y molesta. Por su medio nos conduce el Criador á nuestra conservacion, haciendo que el placer sea inseparable de la satisfaccion, y el dolor de la privacion de nuestras necesidades. De ahí es que el comer, beber, ejercitar nuestras facultades físicas, descansar y dormir, sean á un mismo tiempo las primeras necesidades y los primeros placeres del hombre. Sin ellos ninguno conservaría su vida; con ellos vive contenta la mayor parte de la especie humana.

De aquí proviene la vehemencia con que el hombre se mueve hácia esta especie de bien, y la facilidad con que abusa de él. Entre el uso y el abuso de los objetos delectables no hay mas que un paso, y este paso le da la ilusion del placer. El deseo de comer declina en gula, y el de beber en embriaguez; el de ejercicio pasa á brutalidad, como se ve en la caza, en las luchas y juegos violentos y en los excesos de la lujuria; y el de descanso y sueño cae en torpeza y torpe poltronería. Pero en estos excesos ya no hay verdadero placer, porque consistiendo en la satisfaccion de alguna necesidad, es preciso que acabe el placer donde empieza

el exceso en la fruicion; esto es, cuando lo que apetece para nuestra conservacion empieza á convertirse en daño y ruina de nuestro ser.

Por este principio se pueden calificar los demás placeres de los sentidos, pues que todos los objetos que los afectan agradablemente pueden conducir á nuestra conservacion ó perfeccion. Hay pues alguna relacion de necesidad entre ellos y nuestro ser, en cuya satisfaccion consiste el placer que nos causan. El Criador, derramando en torno de nosotros tanta abundancia y variedad de bienes, dotándonos de la aptitud necesaria para convertirlos en nuestro uso y provecho y en nuestra comodidad y regalo; y excitando nuestra actividad hácia ellos por medio del placer, que hizo inseparable de su fruicion, quiso que fuesen para nosotros un medio de perfeccion y de felicidad. Así es que nuestro apetito naturalmente se dirige á la bondad que descubre en ellos, y esta bondad es siempre relativa á nuestra perfeccion, porque es la idea de la conveniencia que hay entre ellos y alguna especie de necesidad nuestra. Cuando, pues, regulamos el uso de estos bienes por su bondad, esto es, por la necesidad, que es término de su conveniencia, su fruicion conduce á nuestra conservacion ó perfeccion, y nos da un verdadero placer; mas cuando abusamos de ella desaparece su bondad, y con ella el placer.

Otra especie de placer producen en nosotros los objetos exteriores, en el cual el ministerio de los sentidos se reduce simplemente á pasar á nuestra alma las impresiones que reciben de ellos. Este placer pertenece esencialmente á nuestra alma, y ella sola es capaz de juzgarle, así como de sentirle. Este placer se refiere tambien á una necesidad primaria, pero no del cuerpo, sino del alma; tal es el de ejercitar y perfeccionar las facultades, en la cual puso el Criador un medio de conservacion y perfeccion, una vehemente curiosidad, que nace con nosotros, se desenvuelve con nuestra razon, y nos lleva por todo el curso de la vida hácia lo nuevo y lo desconocido. Cuanto existe nos interesa y llama nuestra atencion. Quisiéramos saber la naturaleza y propiedades de todas las cosas, por qué y para qué existen, descubrir sus causas y sus fines, y penetrar todas las relaciones que las unen con nuestro ser, entre sí mismas ó con el órden general del universo. Por estas relaciones juzga nuestra alma de la bondad de cada una; esto es, de su perfeccion, y se deleita en conocerla y descubrirla en ellas.

Y hé aquí la razon del placer que produce en nosotros la percepcion de la belleza de los objetos exteriores, y la única que se puede dar de la misma belleza. Do quiera que la percibimos nos arrebatamos en pos de sus encantos. No solo nos deleita en los objetos mismos, sino tambien en su imitacion. Aun parece que en esta se deleita mas suavemente nuestra alma, sin duda porque á la idea de perfeccion que se refiere á cada objeto, se agrega la de la perfeccion del arte con que está imitado. ¿Puede ser otro el origen del placer que nos dan la pintura y demás artes del diseño, las narraciones históricas, la poesia descriptiva, la música melodiosa y el baile pantomínico? Y cuál otro se puede dar de este vivísimo deleite que nos hacen sentir



las representaciones dramáticas, sino porque reúnen en sí la imitación de todas las bellezas que pueden herir nuestros sentidos ¿interesar nuestra alma? Aun por eso el teatro sería el espectáculo mas digno del hombre, si la ignorancia y la malicia no conspirasen á una á corromperle y desviarle de su fin.

Pero del mismo origen procede otro deleite mas puro y de mas alto orden: este dulcísimo y delicioso placer que excitan en nuestra alma la verdad y la virtud. Nuestro apetito respecto de ellas crece en razon de su conducencia á nuestra perfeccion, y por consiguiente de su necesidad. Nacemos en absoluta privacion de una y otra; pero el Criador, para movernos hácia ellas, encendió en nosotros una luz capaz de conocerlas, un activo deseo de alcanzarlas y un sentido íntimo de sus relaciones con la perfeccion de nuestro ser y nuestra felicidad. En efecto, ¿solo el hombre en medio de la inmensa naturaleza, y cercado de tantas necesidades y peligros, ¿cómo sería feliz sin conocer los objetos que le rodean? Hé aquí el origen de su curiosidad hácia ellos, por qué observa sus propiedades, por qué busca la razon y el término de su existencia, y por qué indaga las relaciones de utilidad y agrado que hay entre cada uno y su propio ser, y por qué siente un placer tan puro en descubrirlas. Cuando, pues, busca el hombre tan ansiosamente la verdad, la busca como un medio necesario de perfeccion y felicidad.

Pero no se satisface con la série de verdades físicas, que son objeto de las ciencias naturales, sino que busca otras de superior orden y mas de su naturaleza. En las causas eficientes y finales de los fenómenos busca las leyes generales que los producen, el orden que enlaza todos los seres, el fin general á que son destinados, y el lugar y dignidad que le cupo en esta admirable y magnífica creacion. Entonces, conociendo el fin de su existencia, se abre á sus ojos la gran cadena de relaciones morales que desde el supremo Autor corre por todo el universo, y une su ser con la inmensa cadena de los seres que abraza. En estas relaciones ve la norma de sus acciones, ve todos los principios de honestidad y todas las reglas de conducta; ve que su felicidad se cifra en la conformidad de sus acciones con el fin particular de su existencia y con el fin general de todas; esto es, con la voluntad del supremo Hacedor; ve en fin la virtud. Un sentido íntimo le hace conocer su belleza y sentir los atractivos que la hacen amable. Entonces, lanzándose en pos de su divina imagen, suspira por el alto grado de felicidad que juzga inseparable de su posesion. ¿Quién será el hombre tan desgraciado, que no haya sentido alguna vez este purísimo deleite que deja en el alma el descubrimiento de una verdad útil ó de una verdad provechosa? Y en medio de este caos de error é iniquidad en que anda envuelta la especie humana, ¿quién no descubre el esplendor con que brillan la verdad y la virtud? Cuando no hubiese tantos testimonios en favor de ellas, sería bastante el de esta ambiciosa hipocresía con que buscan y remedan sus apariencias los mismos que la insultan.

De aquí se puede deducir una regla harto segura

para calificar los movimientos del amor hácia el deleite, de cualquiera especie que sea. Gobernados por el dictámen de la sana razon, y dirigidos á la satisfaccion de alguna necesidad que los refiera á la conservacion ó perfeccion de nuestro ser, producirán un placer verdadero, serán conformes á la naturaleza humana, y por consiguiente buenos. Empero si arrastrados de la ilusion de los sentidos ó extraviados por los errores de la razon, buscan y siguen el deleite mas allá de la línea marcada en sus relaciones con el fin de nuestra existencia, entonces ya en lugar de la realidad hallarán solo una apariencia, una sombra de bien y de placer, y léjos de conducirnos á nuestra felicidad, solo serán causa de nuestra perturbacion y nuestra ruina.

En efecto, ¿hay algun hombre sensato que pueda creer conformes á la norma de honestidad y á la idea de perfeccion, que están grabadas en el alma humana, la perturbacion y delirios de la embriaguez y la voracidad y embrutecimiento de la glotonería? ¿Lo serán la torpe inmundicia del lujurioso, los raptos de inquietud y de despecho del jugador, ni la melindrosa flaqueza y absoluta inutilidad del hombre revolcado en las sensualidades? Y sin la série de afanes que preceden, de sobresaltos que acompañan, y de males y angustias y remordimientos que suceden al furor de estas pasiones, ¿quién es el que puede ver en ellas la menor idea de verdadero deleite? Quién la mas remota relacion de conveniencia con nuestra naturaleza, ni con la del sumo bien, cuyo apetito está grabado en nuestras almas?

De esta regla, que es aplicable al uso y al abuso de todos los bienes que el hombre apetece, se deduce una de sus primeras obligaciones, que es la de conocerse á sí mismo. Porque sin este conocimiento, su razon, falta de luz y discernimiento, no podría dirigir su amor propio ni moderar sus impetus. Debe pues observar la naturaleza de su ser, y la de la propension con que nace á conservarle y perfeccionarle; las necesidades á que nace sujeto, y los objetos á que se refieren, y las facultades de que fué dotado para proveer á ellas. Debe investigar el origen y último fin de su existencia, y los medios que tiene en su mano para llegar á esto, y el grado de perfeccion á que pueden conducirle. Debe, finalmente, conocer el auxilio y los estorbos que sus apetitos pueden presentarle para alcanzar esta perfeccion, y la línea en que los debe contener, para que no le alejen de ella y de la felicidad, que es el verdadero término de todos ellos.

Diráse acaso que pues la ley ó norma de nuestras acciones está grabada en nuestra alma, ella contendrá en sí este conocimiento, y podrá suplir por el estudio de nuestro ser. Pero reflexiónese que esta norma no nace con nosotros formada y desenvuelta, sino que nuestro espíritu nace con toda la aptitud necesaria para conocerla, discernir sus dictados, y dirigir segun ellos nuestra conducta. Es pues necesario cultivar las facultades que constituyen esta aptitud, y perfeccionar el discernimiento que resulta de su ejercicio; lo cual solo se puede hacer por medio del estudio de nuestro propio ser. En él ve el hombre las relaciones que hay entre el Ser supremo y los demás seres que le rodean,

y ve el lugar y funciones que le fueron señalados en el orden general de la creacion. De aquí deduce el conocimiento de sus derechos y sus obligaciones, y concluye que solo llenando fielmente estas y cuidando de no traspasar aquellos, puede alcanzar su perfeccion y felicidad, y concurrir á la felicidad general, que están contenidas en el mismo orden.

Por último, por el estudio de sí mismo se elevará, no solo á la verdadera idea de la virtud, sino tambien á la de aquellas modificaciones que se refieren á su conducta pública y privada, y que se distinguen con los

nombres de virtudes particulares. Hallará que la conformidad de sus acciones con ellas constituye la perfeccion de su ser, pues que ellas contienen la expresion individual de la voluntad del supremo Legislador; y en fin, hallará una íntima conviccion de que solo este camino le puede conducir al sumo bien, que es el último término de su felicidad (1).

1) La sexta cuestion, ó sea el capítulo relativo á los arbitrios necesarios para establecer el proyectado colegio, no llegó á tocarla el encarcelado autor, ni á presentar esta memoria á la Sociedad Mallorquina, á que estaba destinada.



# BASES

## PARA LA FORMACION DE UN PLAN GENERAL DE INSTRUCCION PUBLICA (1).

El objeto de la junta de Instruccion Pública será meditar y proponer todos los medios de mejorar, promover y extender la instruccion nacional.

Se le pasarán por la secretaría de la comision de Cortes todos los informes, memorias ó extractos que pertenezcan á este objeto.

Con presencia de estos escritos, de las reflexiones que sobre ellos se hicieren por los vocales de la junta, y del resultado que produjeren sus sábias conferencias, propondrá todas las providencias que juzgue mas necesarias para el logro de tan importante objeto.

En ellas abrazará la junta cuantos ramos de instruccion pertenecen á la ilustracion nacional, considerando el objeto de sus meditaciones en su mayor extension.

Se propondrá como último fin de sus trabajos aquella plenitud de instruccion que pueda habilitar á los individuos del Estado, de cualquiera clase y profesion que sean, para adquirir su felicidad personal, y concurrir al bien y prosperidad de la nacion en el mayor grado posible.

Considerará: primero, los medios de comunicar; segundo, los de propagar la instruccion necesaria para alcanzar este grande objeto.

Mirando á su fin, la considerará cifrada en la perfeccion de las facultades físicas, intelectuales y morales de los ciudadanos hasta donde pueda ser alcanzada.

Que los medios de acercarse á ella pertenecen principalmente á la educacion privada y pública.

Que aunque la primera no está sometida á la accion inmediata del Gobierno, su perfeccion resultará necesariamente, ya de la educacion pública, ya de los demás medios de difundir la buena instruccion por todas las clases del Estado.

### EDUCACION FÍSICA.

La educacion pública, que pertenece al Gobierno, tiene por objeto, ó la perfeccion física, ó la intelectual y moral de los ciudadanos. La primera se puede hacer por medio de ejercicios corporales, y debe ser general para todos los ciudadanos. La segunda por

medio de enseñanzas literarias, y se debe á los que han de profesar las ciencias. De la perfeccion de los métodos empleados en uno y otro resultará la mayor instruccion relativa á sus objetos.

La educacion física general tendrá por objeto la perfeccion de los movimientos y acciones naturales del hombre. Los que son relativos á las artes, oficios y ministerios particulares de los ciudadanos no pertenecen directamente á la educacion pública, aunque á su perfeccion concurrirá esta tambien en gran manera.

El objeto de la educacion pública física se cifra en tres objetos; esto es, en mejorar la fuerza, la agilidad y la destreza de los ciudadanos.

Aunque la fuerza individual esté determinada por la naturaleza, á la educacion pública pertenece desenvolverla en cada individuo hasta el mas alto grado que quepa en su constitucion física.

La agilidad es un efecto natural del hábito de ejercitar y repetir las acciones y movimientos; pero esta repeticion así produce los buenos como los malos hábitos, segun que es bien ó mal dirigida.

La destreza en los movimientos y acciones perfecciona así la fuerza como la agilidad de los individuos, y es un efecto necesario de la buena direccion en el ejercicio de ellos.

Esta buena direccion dada en la educacion pública, no solo perfeccionará las facultades físicas en los ciudadanos, sino que corregirá los vicios y malos hábitos que hayan contraido en la educacion privada.

La enseñanza y ejercicios de esta educacion se pueden reducir á las acciones naturales y comunes del hombre, como andar, correr y trepar; mover, levantar y arrojar cuerpos pesados; huir, perseguir, forcejear, luchar, y cuanto conduce á soltar los miembros de los muchachos, desenvolver todo su vigor, y dar á cada uno de sus movimientos y acciones toda la fuerza, agilidad y destreza que convenga á su objeto por medio de una buena direccion.

Aun el buen uso y aplicacion de los sentidos se puede perfeccionar en esta educacion, ejercitando á los muchachos en discernir por la vista y el oído los objetos y sonidos á grandes distancias, ó bien de cerca, por solo el sabor, el olor y el tacto; cosa que en el uso de la vida es de mayor provecho de lo que comunmente se cree.

(1) Escribió DON GASPAR estas bases siendo individuo de la Junta Central, para la comision de Instruccion Pública. Alcanzó tanto crédito este escrito, que mandó tenerlo presente el gobierno del rey intruso, que pensaba por entonces en decretar un plan general de estudios.

Para determinar la buena direccion de estos ejercicios, la junta considerará que en cada accion y movimiento del hombre no hay mas que un solo modo de ejercitarlos bien, y que todos los demás son mas ó menos imperfectos, segun que mas ó menos se alejan de él.

Se sigue que la educacion publica fisica se cifra en que los ejercicios señalados para ella sean dirigidos por personas capaces de enseñar el mejor modo de ejecutarlos para conseguir la mayor fuerza y agilidad de las acciones y movimientos de los muchachos.

Se sigue tambien que esta educacion puede ser comun y pública en casi todos los pueblos de España, y que debe serlo.

Se sigue que ningun individuo debe dispensarse de recibirla, por cuanto en ella interesa inmediatamente su felicidad y la del Estado.

Como la época en que la pueden recibir los muchachos es la que está destinada á la enseñanza de las primeras letras, los ejercicios de la educacion pública solo podrán verificarse en dias festivos, y en horas compatibles con su santo destino.

La junta determinará la edad en que pueda empezar y deba acabar esta enseñanza.

Determinará los dias, las horas y los lugares en que deba darse, las personas que deben encargarse de su direccion, y las que deban vigilar sobre el buen orden de los ejercicios y el buen método de dirigirlos.

A esta primera época de educacion pública de los muchachos, seguirá otra para los mozos, que tenga por objeto peculiar de su enseñanza habilitarlos para la defensa de la patria cuando fuesen llamados á ella.

Y como de tan sagrada obligacion no se halle exenta ninguna clase del Estado, ningun individuo tampoco debe estarlo de recibir esta educacion.

El objeto de ella deben ser las acciones y movimientos naturales, aplicados al ejercicio de las armas, y á las formaciones y evoluciones y movimientos combinados que pertenecen á él.

Pero comprenderá tambien el conocimiento y manejo del fusil, y la destreza necesaria para cargar, apuntar y dispararle con acierto.

La junta no olvidará que no se trata de enseñar á los mozos cuanto deba saber un buen soldado, sino cuanto conviene á disponerlos para que puedan perfeccionarse con facilidad en la instruccion y ejercicios propios de la profesion militar.

Tendrá presente que en el plan de esta educacion deberá entrar el manejo de las armas manuales y conocidas, como espada, sable, cuchillo, lanza, chuzo, onda, y otras que puedan contribuir á la defensa personal de los individuos, á la de los pueblos, y aun á la de la nacion, ya en auxilio de la fuerza reglamentada, ya supliendo las armas de fuego.

Cuanto conduzca á la perfeccion de esta enseñanza, á la organizacion de los establecimientos necesarios para ella, y á los reglamentos que convengan para su buena direccion, deberá ocupar la meditacion de la junta.

Pero sobre todo procurará dictar cuanto sea relativo á la parte racional y moral de esta enseñanza; esto

es, á la explicacion clara y sencilla que deberán dar los maestros y directores en cuanto enseñaren, y al orden y moderacion con que los muchachos deberán comportarse en todos los ejercicios en que se ocuparen.

Para complemento de esta enseñanza metódica examinará la junta los medios de establecer por todo el reino juegos y ejercicios públicos, en que los muchachos y mozos que la han recibido ya, se ejerciten en carreras, luchas y ejercicios gimnásticos, los cuales, tenidos á presencia de las justicias con el aparato y solemnidad que sea posible, en dias y lugares señalados, y animados con algunos premios de mas honor que interés, harán necesariamente que el fruto de la educacion pública sea mas seguro y colmado.

Entre estos ejercicios, merece particular cuidado el de disparar al blanco en concurrencia del pueblo, y con las circunstancias dichas, adjudicando con justicia el premio señalado al que hiciere el tiro mas certero, lo cual á la larga debe producir en la nacion los mas diestros tiradores, como está bien acreditado por el ejemplo de la Suiza.

#### EDUCACION LITERARIA.

La educacion pública literaria tendrá por objeto particular la perfeccion de las facultades intelectuales y morales del hombre.

Puede dividirse en dos ramos: primero, la enseñanza de los métodos necesarios para alcanzar los conocimientos; segundo, la de los principios de varias ciencias que abrazan estos conocimientos.

La primera de estas enseñanzas se debe á todos los ciudadanos que han de profesar las letras, y conviene generalizarla cuanto sea posible; la segunda á los que se destinen particularmente á alguna de las ciencias, y conviene facilitarla.

#### Primeras letras.

Entre los métodos de adquirir los conocimientos tiene el primer lugar el de las primeras letras, ó el arte de leer y escribir, no solo porque es el cimiento de toda enseñanza, sino por las ventajas que proporciona á los ciudadanos en el uso de la vida social.

Por la lectura se habilita el hombre para alcanzar todos los conocimientos escritos en su propia lengua.

Por la escritura se habilita para comunicar por medio de la palabra escrita sus ideas y conocimientos á cuantos sepan leer su lengua, en cualquier lugar y tiempo que viviesen.

Conviene en gran manera para perfeccionar una y otra enseñanza, la de los principios de la buena pronunciaci6n: primero, á fin de corregir los defectos del órgano vocal de los niños, ya sean naturales, ya contraidos en la educacion doméstica; segundo, para disponerlos al conocimiento de la buena ortografia, cuyos principios deberán enseñarse con el arte de escribir.

Es aun mas conveniente unir á esta enseñanza los principios de la educacion moral, haciendo que los libros destinados á la lectura y las muestras de escribir, no solo sean doctrinales, sino que contengan una serie



de doctrina moral acomodada á la edad y comprension de los niños, para que su espíritu se vaya preparando á recibir en adelante mas extendidos conocimientos.

### *Aritmética.*

Siendo tan necesario el arte de calcular para todos los destinos y profesiones de la vida civil, la junta examinará los medios de generalizar el estudio de la aritmética, que enseña á calcular las cantidades, y de la geometría elemental, que enseña á calcular ó medir la extension.

Meditará asimismo los medios de unir esta enseñanza á la de las primeras letras, para que los muchachos pasen de una á otra, y se acostumbren á mirar la segunda como parte y complemento de la primera.

Los establecimientos relativos á estas enseñanzas son de necesidad tan notoria y trascendental, que la junta aplicará toda su atencion, primero, á perfeccionarlos; segundo, á generalizarlos en tanto grado, que si es posible, á ningún individuo de la nacion falte la proporcion de recibirlas.

A este fin examinará si es conveniente que la legislacion prive de algunas gracias ó derechos á los ciudadanos que no las hubiesen recibido, para ofrecer un estímulo mas poderoso á su estudio.

### *Estudio de la lengua castellana.*

La lengua se aprende por el uso desde la primera niñez; pero el conocimiento de su artificio requiere un estudio separado, el cual debe seguir al de las primeras letras.

Este estudio del arte de hablar, no solo perfecciona el conocimiento y recto uso del principal instrumento de la instruccion, que es la lengua, sino que ofrece una disposicion general para aprender otras lenguas; pues que el artificio de todas es sustancialmente uno mismo.

Esta disposicion se adquirirá mas fácilmente si se formase una gramática racionada, en que los muchachos, al mismo tiempo que aprendiesen los rudimentos de su propia lengua, penetrasen los principios de la gramática general.

Al arte de hablar pertenece esencialmente la retórica ó arte de persuadir y mover por medio de la palabra.

Pertenece tambien la poética, en cuanto enseña á deleitar ó instruir por medio de un lenguaje figurado, sujeto á número y armonía, y realzado con ficciones y descripciones agradables.

Pertenece finalmente la dialéctica, en cuanto enseña á ordenar y disponer las ideas en el discurso, para llegar mas derecha y seguramente á la conviccion.

Convendrá por lo mismo examinar si será posible reunir en una sola gramática ó obra elemental toda la doctrina de estas enseñanzas, para que puedan recibirse con mayor facilidad y provecho.

En esta obra las reglas deberán ser pocas y los ejemplos muchos, para que el estudio y análisis de los excelentes modelos que presenta nuestra lengua proporcione el conocimiento de sus bellezas y la aplicacion de sus principios á la composicion.

Y como toda esta enseñanza sea muy conveniente para mejorar la educacion de los niños de ambos sexos, y no sea fácil que en unos mismos establecimientos la puedan recibir los de uno y otro, la junta examinará los que convengan particularmente á cada uno, y los medios de regularlos segun su objeto, no perdiendo de vista que la primera educacion del hombre es obra de las madres, y que la instruccion de estas tendrá el influjo mas señalado en las mejoras de la educacion general y en los progresos de la instruccion pública.

Por estos medios la nacion tendrá buenos humanistas castellanos, se difundirán en ella el conocimiento y aficion á las buenas letras, el buen gusto y la sana crítica para distinguir sus bellezas, y la rica, la majestuosa lengua castellana subirá al grado de pureza que conviene á su gran carácter.

Mas para levantar nuestra lengua á toda su perfeccion, y restituirla á su dignidad y derechos, la junta examinará si será conveniente adoptarla en nuestros estudios generales y en todo instituto de educacion, como único instrumento para comunicar la enseñanza de todas las ciencias, así como para todos los ejercicios de discusion, argumentacion, disertacion ó conferencia, con lo cual podrá ser algun dia depósito de todos los conocimientos científicos que la nacion adquiera, y será mas fácil su adquisicion á los que se dediquen á estudiarlos.

Para resolver este punto la junta tendrá presente:

1.º Que siendo la lengua nativa el instrumento natural, así para la enunciacion de las ideas propias como para la perfeccion de las ajenas, en ninguna otra lengua podrán los maestros exponer mas clara y distintamente su doctrina, y en ninguna la podrán percibir y entender mejor los discipulos.

2.º Que todos los pueblos sábios de la antigüedad y muchos de los modernos de Europa han empleado y emplean su propia lengua para la enseñanza de todos los ramos de literatura y de ciencias, sin distincion alguna, y con el mayor provecho.

3.º Que aun entre nosotros ha acreditado la experiencia que la enseñanza de las ciencias abstractas y naturales se comunica por medio de la lengua castellana sin inconveniente alguno, y que por lo mismo no hay razon para creer que no sea instrumento igualmente á propósito para la enseñanza de las ciencias intelectuales.

4.º Que aunque el conocimiento de las lenguas muertas, y señaladamente de la latina, griega y hebrea, se reputa necesario, como en realidad lo es, para adquirir un conocimiento profundo de algunas de las dichas ciencias, por cuanto las fuentes y depósitos originales de su doctrina se hallan escritos en ellas, no se infiere de aquí que la enseñanza de sus principios se deba comunicar por medio de lenguas extrañas, ni que la propia no sea mas á propósito para comunicarla.

5.º Que enseñadas y tratadas todas las ciencias en nuestra lengua, y mejorada en ella la confusa y embrollada nomenclatura con que la ha obscurecido el espíritu escolástico de nuestras escuelas generales, no solo dejarán de ser exclusivas y reservadas á un corto número de personas, sino que irán desapareciendo poco á poco

un gran número de cuestiones frívolas, que no tienen otro origen sino la diferente acepción de las palabras, y se abrirá una puerta mas franca para entrar á la participacion de los conocimientos científicos.

6.º Que la lengua propia no debe considerarse solamente como un instrumento necesario para enunciar y percibir las ideas, sino tambien para distinguirlas y determinarlas; puesto que nadie puede discernir, dividir y compararlas que envuelve un pensamiento, sino por medio de los signos que las determinan, concebidos, ordenados, y, por decirlo así, hablados interiormente en el espíritu; de que debe inferirse que la doctrina científica, no solo será recibida por medio de la lengua propia con mayor facilidad y provecho, sino que fructificará mas abundantemente en el ánimo de los que la reciben.

7.º Por último, que pudiendo pasar á nuestra lengua por medio de buenas versiones, no solo los conocimientos científicos que atesoran las lenguas sábias, antiguas y modernas, sino tambien aquellos ejemplos de sublimidad y belleza en el arte de hablar, con que las han realizado los autores célebres que las cultivaron, el estudio metódico de nuestra lengua, y su aplicacion á todos los ramos de enseñanza, allanará los caminos de la instruccion general, y difundirá por todas las clases del Estado la elegancia y el buen gusto.

#### *Enseñanza de la lengua latina.*

Pero en medio de esta justa preferencia dada á la lengua propia, estamos intimamente penetrados de cuán importante y aun necesario sea el conocimiento de las lenguas muertas para abrir á los jóvenes las fuentes purísimas de la antigua elegancia y sabiduría; y por lo mismo se recomienda á la junta que medite muy de propósito los medios de establecer y mejorar en España la enseñanza de estas lenguas, y señaladamente de la latina, que ha sido hasta aqui la general de los sábios de Europa.

Pero la junta no perderá de vista que no conviene generalizar demasiado esta enseñanza ni las sábias leyes que prohiben establecerla en pueblos cortos, para no ofrecer á los jóvenes de las clases industriales la tentacion de salir de ellas con tan poco provecho suyo como con gran daño del Estado.

Con presencia de estos principios, la junta determinará cuáles son los estudios á que pueden ser admitidos los jóvenes, sin necesidad del conocimiento de otra lengua que la propia, metódicamente estudiada, y procurará ampliar cuanto sea posible este derecho, para que los tres ó cuatro años que requiere el estudio completo de otras lenguas se empleen con mas provecho en el de las ciencias útiles, se haga mas breve el círculo de la educacion literaria, y el Estado se aproveche mas prontamente de la aplicacion y talentos de los que la hubiesen recibido.

Pero al mismo tiempo determinará la junta cuáles son los estudios á que los jóvenes no deben ser admitidos sin que antes acrediten por un riguroso examen, no solo haber estudiado la latinidad, sino hallarse bien instruidos en la propiedad y humanidades latinas; porque solo así podrán disfrutar con gusto y provecho

las obras originales que contienen la doctrina de su estudio.

#### *Lenguas griega y hebrea.*

Aunque reputemos tambien como muy provechoso, y aun necesario para el estudio de algunas ciencias, el conocimiento de las lenguas griega y hebrea, no nos parece que debe exigirse como indispensable para entrar al estudio de las ciencias intelectuales; pero la junta señalará cuidadosamente aquellas en las cuales los jóvenes no podrán ascender á los grados mayores, sin que acrediten haberlas estudiado con aprovechamiento por medio de un examen riguroso.

#### *Inglesa, italiana y francesa.*

En la enseñanza de las lenguas no deberán ser olvidadas las de los pueblos modernos, y señaladamente la inglesa, italiana y francesa, por las ventajas que ofrece su conocimiento, así para extender la instruccion pública, como para el ejercicio de diferentes profesiones útiles.

#### *Ciencias.*

Estudiadas las lenguas, las ciencias que debe abrazar en su círculo la educacion literaria se pueden dividir en dos grandes ramos: primero, las que se derivan del arte de pensar; segundo, las que se derivan del arte de calcular. Las primeras se pueden comprender bajo el nombre de filosofía especulativa; las segundas bajo el de filosofía práctica, segun el sábio sistema de Wolffio.

La junta, considerando maduramente el carácter de estas ciencias, no puede desconocer la gran dificultad y graves inconvenientes que ofrece la reunion de una y otra enseñanza en un mismo establecimiento. Sus objetos, sus métodos, sus ejercicios, el espíritu mismo de sus profesores son tan distintos, que harian, si no imposible, muy difícil y embarazoso el plan de su enseñanza bajo de un mismo techo y direccion. Parece por lo mismo que conviene adjudicar á nuestras universidades toda la enseñanza de las ciencias intelectuales, y dar la que se refiere á la filosofía práctica en institutos públicos erigidos para ella.

La junta considerará asimismo que para la enseñanza de las ciencias intelectuales basta un corto número de universidades, bien situadas, bien dotadas y sábiamente instituidas; pero que los estudios de la filosofía práctica deben aumentarse al mayor grado posible, como que ellos prometen una utilidad mas inmediata y general, por el influjo que tienen en la mejora de las artes y profesiones útiles, en que están libradas la riqueza y prosperidad de la nacion.

Por lo mismo, examinará la junta: primero, qué número de universidades deberá existir en España; segundo, cómo se podrán erigir institutos públicos para la enseñanza de ciencias exactas y naturales en las capitales de provincia del reino, ó en el pueblo que ofreciere mejor proporcion en cada una.

La enseñanza de la filosofía especulativa, destinada á perfeccionar las facultades intelectuales del hombre,



debe empezar por aquella parte de la lógica, que separada de la dialéctica, se ocupa en el análisis de las ideas, y lleva el título de arte de pensar, como verdaderamente lo es.

Esta parte de la lógica pertenece ya exclusivamente á la ontología ó metafísica; porque siendo el oficio de esta discernir y determinar la naturaleza abstracta de los entes, el análisis lógico de las ideas que se refieren á los mismos entes no puede dejar de mirarse como parte del estudio ontológico, y su principal fundamento.

En este sentido se puede decir también que pertenece al mismo estudio la física especulativa; porque teniendo por objeto el conocimiento de la esencia y atributos de los entes reales considerados en abstracto, forma verdaderamente otro ramo de estudio ontológico.

Y como sea constante que el estudio de la ontología conduce inmediata y necesariamente al descubrimiento de una causa primera y universal, objeto de la teología natural; que sobre este sublime conocimiento se levanta de una parte el estudio de la religión, perfeccionado por la revelación, y de otra el de la ética natural, perfeccionada y santificada también con la doctrina y ejemplo de nuestro Salvador; y finalmente, que siendo inseparables de este estudio el de la moral social, así pública como privada, base y fundamento de la legislación, de la jurisprudencia, de la economía pública y de la política, es visto ya el punto de unidad á que se debe referir, y la cadena de conocimientos que debe abrazar y enlazar el sistema de la enseñanza especulativa en el gran círculo de las ciencias que se unían en ella y de ella se derivan.

En esta última parte del estudio especulativo merece muy particular recomendación la ética; y como los jóvenes entrarán preparados á recibirla con las máximas y ejemplos que se les hayan comunicado en la primera enseñanza, los maestros de filosofía moral, al mismo paso que expliquen y desenvuelvan sus principios, tendrán un ancho campo para ampliar su doctrina y confirmarla con ilustres y escogidos ejemplos de virtudes morales y sociales, para inspirarles así las puras máximas de la moral cristiana, como el amor á la patria, el odio á la tiranía, la subordinación á la autoridad legítima, la beneficencia, el deseo de la paz y orden público, y todas las virtudes sociales que forman buenos y generosos ciudadanos, y conducen para la mejora de las costumbres, sin las cuales ningún estado podrá tener seguridad ni ser independiente y feliz.

Es asimismo muy recomendable el estudio de la economía civil, no solo por el grande influjo que el conocimiento de sus principios tendrá en la mejora de la legislación y del gobierno interior del reino, sino porque siendo su objeto abrir y conservar abiertas todas las fuentes de la riqueza pública, su influjo obra y se extiende á todas las artes y profesiones útiles, que promueven la prosperidad nacional.

Es visto por esto de cuán grande importancia sea toda la enseñanza de la filosofía especulativa, y cuánto serán dignos de la atención de la junta, así el método

de darla como el señalamiento de las obras elementales en que la hayan de estudiar los jóvenes, para que la ilustración nacional se adelante y mejore con tan preciosos conocimientos.

Pero la junta reflexionará al mismo tiempo que de la imperfección de estos métodos y de estas obras elementales han nacido tantas cuestiones frívolas y disputas interminables, tantos errores groseros y absurdas opiniones como han turbado la filosofía y detenido los progresos de su estudio, los cuales, ya que no desaparezcan del todo, por cuanto la naturaleza de sus objetos no lo permite, irán cada día á menos, cuando los puros y luminosos principios de este estudio, enseñados por un método sábio y por principios uniformes, sean abrazados y difundidos por toda la nación.

Por último, reflexionará que este ramo de los conocimientos humanos, como mas expuesto á opiniones y sistemas erróneos, es aquel que puede, no solo alterar, sino también corromper y hacer dañosos los frutos de la enseñanza, dando á la instrucción pública el influjo mas pernicioso, así al bien y quietud de los pueblos como á la felicidad personal de los ciudadanos; habiendo acreditado una triste experiencia que lo que importa á la dicha de las naciones no es el saber mucho, sino el saber bien, y que así como la buena y sólida instrucción es para ellas el mayor bien que pueden esperar, la siniestra y mala es el mayor de los males que pueden sufrir, verificándose en esto aquella admirable sentencia: *Corruptio optimi pessima*.

Aunque la premura del tiempo no puede permitir á la junta la formación de un plan completo de los estudios filosóficos, y menos para los de la legislación y jurisprudencia nacional, derivados de ellos, es muy de desear que establezca los principios y máximas sobre que debe establecerse, y los métodos de dar estas enseñanzas. Y si para aliviar sus trabajos, creyere necesario pedir informes y noticias acerca de este objeto á algunas personas sábias y experimentadas, lo hará, eligiendo á este fin las que hallare mas dignas de su confianza.

Aunque los objetos de la filosofía práctica sean de menor alteza y dignidad que los que van indicados, la junta se penetrará de su grande importancia si la midiere por los inmensos bienes que su aplicación á los usos de la vida civil ofrece á la nación. Por lo mismo examinará con la mayor atención los medios de mejorar y difundir su enseñanza, y de erigir los establecimientos que deben proporcionarla á los ciudadanos en toda la extensión de estos reinos.

La filosofía práctica abraza todas las ciencias conocidas con el nombre de matemáticas puras, todas las físico-matemáticas, y todas las que se pueden llamar experimentales y que se perfeccionan por la aplicación del cálculo al conocimiento de los entes reales. Las primeras comprenden desde la aritmética y principios de álgebra hasta el cálculo integral; las segundas desde la física general hasta la astronomía física, y las últimas desde la química hasta los últimos ramos del estudio de la naturaleza.

Aunque la parte metódica de esta enseñanza demos-

trativa esté menos expuesta que otras á la imperfección, la junta examinará cuanto sea necesario para perfeccionar los métodos y señalar las obras elementales en que debe estudiarse, teniendo presente que de la bondad de uno y otro pende, no solo la mayor facilidad, sino tambien el mayor provecho de su estudio. A ellos se debe que los jóvenes puedan alcanzar en un tiempo breve los conocimientos que han sido el fruto de muchos siglos y de las inmensas tareas de muchos sábios, y á ellos se deberá que perfeccionados y multiplicados estos estudios, la nacion adquiera en el espacio de una generacion aquellas luces y conocimientos que han de atraer sobre ella la abundancia y la prosperidad.

Como se haya indicado que conviene dar esta enseñanza en institutos separados, erigidos en las capitales ó pueblos de nuestras provincias en que haya mejor proporcion para ello, la junta examinará, así los medios de erigirlos, multiplicarlos y dotarlos, como los de organizar su gobierno ó instituir la enseñanza que deben abrazar.

Cuidará de que se comprendan en esta enseñanza aquellos estudios sin los cuales la educacion de los jóvenes seria imperfecta; y suponiendo que los que acuden á recibirla deben acreditar en riguroso exámen haber alcanzado todos los conocimientos que pertenecen al arte de hablar, recibirán en estos institutos:

1.º La enseñanza del dibujo natural, que es tan recomendable, no solo por la excelencia de este talento, aplicado á las bellas artes, sino tambien por las grandes ventajas que ofrece su aplicacion á las artes industriales y á todos los usos de la vida civil.

2.º La enseñanza del dibujo científico, que se deberá dar con los principios de la geometría práctica, y que perfeccionado con las gracias del dibujo natural, hará que los profesores de las ciencias físicas puedan aplicar este talento á la demostracion de planos, máquinas, obras é invenciones que pertenecen al ejercicio práctico de estas ciencias.

3.º Siendo el estudio de la moral una parte tan esencial de toda educacion, no puede ser excluido de la enseñanza de estos institutos. Mas como para penetrar su doctrina sea necesario conocer antes los principios de la ontología, la junta meditará un medio que abrazando los de la lógica analítica y metafísica, sirva de preparacion á los jóvenes que no hubiesen hecho el curso de filosofía especulativa, para que entren á estudiar con mayor extension y aprovechamiento los altos principios de la doctrina ética.

4.º Convendrá asimismo que en estos institutos se enseñe un tratado de comercio, dividido en dos partes: una que comprenda los principios del comercio considerado con relacion al Gobierno y tomado de la economía civil, y otra los principios y reglas prácticas de la profesion mercantil.

5.º Y si á estos tan provechosos estudios se agregase el de las lenguas inglesa, italiana y francesa, y la música, la danza y otras habilidades para los jóvenes que quisiesen aprenderlas, dedicando á ellas las horas de las tardes, es visto cuánto conducirían para

perfeccionar la educacion y extender la instruccion pública del reino.

Porque la junta penetrará que multiplicados estos institutos en todas las provincias, ofrecerán una educacion cumplida: primero, á todos los jóvenes que aspirasen á ejercer aquellas profesiones prácticas, para cuyo ejercicio es indispensable el conocimiento de las ciencias matemáticas y físicas; segundo, á aquellos que perteneciendo á familias ricas y acomodadas, y no aspirando á ellas, ni tampoco á la carrera de la Iglesia y del foro, deseen, sin embargo, recibir una educacion sabia y liberal, para llenar un día los deberes de buenos é instruidos ciudadanos, labrar su propia dicha y contribuir á la prosperidad de la patria.

Asimismo comprenderá que así divididos los estudios especulativos y prácticos, al mismo tiempo que en nuestras universidades se formen los dignos ciudadanos que han de hacer reinar en la nacion la piedad, la justicia y el orden público, llenando dignamente los cargos de la Iglesia, de la magistratura y del foro, los institutos de enseñanza práctica harán que abunden en el reino los buenos físicos, mecánicos, hidráulicos, astrónomos, arquitectos y otros profesores, sin cuyo auxilio nunca podrán ser ni conservarse abiertas las fuentes de la riqueza pública, ni la nacion alcanzar aquella prosperidad á que es tan acreedora.

Pero además de estos institutos públicos, la junta reconocerá la necesidad de otros, que aunque se pueden llamar privados, deben estar bajo de la vista y direccion del Gobierno y sus meditaciones.

A pesar de los defectos que suelen achacarse á la educacion de los seminarios, es preciso reconocer su necesidad en favor de aquellos jóvenes que por ser huérfanos, hijos de viudas, de padres ausentes ó de personas empleadas en cargos activos y laboriosos, no pueden esperar de la educacion doméstica los principios de enseñanza literaria, moral y civil, que tan necesaria es para formar buenos é ilustres ciudadanos. Es por tanto de desear que la junta medite cuanto sea necesario, así para la eleccion de estos establecimientos, como para organizar el plan de su enseñanza, que debe uniformarse del todo con la general del reino.

Y como no sea fácil ni tampoco conveniente multiplicar estos seminarios, y donde no los haya se puede suplir la falta de ellos por medio de pupilajes bien establecidos, sujetos al plan de enseñanza uniforme y sometidos á la direccion del Gobierno; la junta meditará los medios de organizar estos pupilajes en beneficio de la enseñanza general, cual exige un objeto de tan grande importancia y consecuencia.

Convendrá asimismo que al lado de las universidades haya tambien colegios destinados á aquellos jóvenes hijos de familias pudientes, que aspirando á la carrera de la magistratura ó de la Iglesia, se apliquen á los estudios que requiere su profesion con mas recogimiento y sin el peligro de las distracciones, á que está expuesta la vida independiente y libre de los escolares. Por tanto, la junta examinará los medios de arreglar la organizacion de estos colegios con todo el esmero que corresponde al alto destino á que se deberá consagrar la juventud que venga á ellos.



El ilustre ejemplo del real colegio de artillería y de las academias de reales guardias marinas basta para convencer á la junta de cuánto provecho será á la nacion el establecimiento de colegios destinados para los cadetes que aspiren á recibir la educacion militar conveniente, así al servicio de infanteria y al de caballeria como al del real cuerpo de ingenieros; porque, aunque á algunos de estos cuerpos se ha atribuido particularmente el título de cuerpos facultativos, la razon dicta que ninguno de los que se consagran al ejercicio de la guerra debe no serlo, y la experiencia acredita cuánto ganará la nacion en que todos lo sean. Por tanto la junta meditará y propondrá cuanto estime conveniente para la organizacion de estos cuerpos.

La educacion de las niñas, que es tan importante para la instruccion de esta preciosa mitad de la nacion española, y que debe tener por objeto el formar buenas y virtuosas madres de familia, lo es mucho mas tratándose de unir á esta instruccion la probidad de sus costumbres; de una y otra dependen las mejoras de la educacion doméstica, así como las de esta primera educacion tienen luego tan grande y conocido influjo en la educacion literaria, moral y civil de la juventud; por tanto meditará muy detenidamente la junta los medios de erigir por todo el reino: primero, escuelas gratuitas y generales, para que las niñas pobres aprendan las primeras letras, los principios de la religion, y las labores necesarias para ser buenas y recogidas madres de familia; segundo, de organizar colegios de niñas, donde las que pertenezcan á familias pudientes puedan recibir á su costa una educacion mas completa y esmerada.

Las ciencias eclesiásticas forman un ramo de instruccion práctica, tanto mas importante, cuanto abrazando la religion y moral cristiana, su objeto es de mayor alteza y dignidad; y aunque el arreglo de los seminarios conciliares, en que deben enseñarse, y el plan de sus estudios pertenezca á los trabajos de la junta eclesiástica que acaba de crearse, es de desear que la junta de Instruccion Pública medite tambien quanto sea necesario á fin de uniformar el plan y métodos de esta enseñanza con los de los demás estudios del reino, para que, así como la verdad es una, lo sean tambien, en quanto fuese posible, los métodos de investigarla y alcanzarla, y para que la instruccion nacional no sea turbada con tanta variedad de sistemas, métodos, escuelas y opiniones como ha sufrido hasta aqui, en daño de la pública instruccion y del progreso de los buenos y sólidos conocimientos. Y si á este fin fuese necesario que las dos juntas entren en comunicacion y conferencia para acordarse entre sí, los señores presidentes de una y otra procurarán reunir algunos individuos de entrambas, para convenir en el plan, método y máximas de la enseñanza general.

A fin de acordar los fundamentos sobre que se deban asentar los principios del método y doctrina elemental de la enseñanza general, convendrá que la junta me dite y determine las proposiciones siguientes:

1.<sup>a</sup> Si convendrá que toda la enseñanza conveniente á la generalidad de los ciudadanos, ya para su primera educacion, ya para el estudio de las ciencias es-

peculativas y prácticas, sea enteramente gratuita.

2.<sup>a</sup> Si convendrá que lo sea tambien la de los seminarios y colegios, de tal forma que sus individuos no costeen otra cosa que lo necesario para su alimento y vestido en cuota determinada, y además lo que fuese relativo á estudios voluntarios y habilidades accesorias.

3.<sup>a</sup> Si convendrá que en los pueblos de universidad ó instituto se permita á algun sugeto de eminente ciencia enseñar algun ramo particular de ella á costa de los que voluntariamente quieran estudiarla; y en tal caso, cómo deberá darse este permiso, velarse sobre esta enseñanza, y determinarse el honorario que habrá de recibir el maestro de sus discípulos.

4.<sup>a</sup> Si convendrá determinar que la enseñanza de las escuelas, universidades é institutos de todo el reino se haga por un mismo método y unas mismas obras, para que uniformada la doctrina elemental, se destierren los vanos sistemas y caprichosas opiniones, que no tienen mas origen que la diferencia de las obras estudiadas, y la arbitrariedad de los maestros en la exposicion de su doctrina, sin que por esto se pretenda dar á la instruccion nacional una estabilidad dañosa á los progresos de las ciencias: primero, porque los elementos escogidos para la enseñanza deberán ser siempre los mejores que sean conocidos en el día, y siempre propuestos á cualesquiera otros que en lo sucesivo aparecieren y sean mas á propósito; segundo, porque los sábios dados á cultivar ó promover las ciencias gozarán siempre de aquella absoluta libertad de opinion que no se oponga á la pureza de la religion y de la moral ni al orden y sosiego público.

5.<sup>a</sup> Si para abreviar el círculo de la enseñanza, y no cargar á los jóvenes con un largo y penoso estudio de memoria, convendrá que las obras elementales que se adoptaren sean muy breves y puramente reducidas á los principios de las ciencias, pudiendo contener en escolios ó notas lo meramente necesario á la ilustracion de los mismos principios, para que los jóvenes lo lean y mediten, sin necesidad de decorarlo, y dejando á cargo de los maestros, así el desenvolver y extender quanto fuese posible la doctrina científica, como señalar á sus discípulos las mejores obras en que acabada la enseñanza, ó durante ella (si á tanto se extendiese su aplicacion), deban hacer el estudio profundo de la misma doctrina.

6.<sup>a</sup> Si para complemento de la enseñanza elemental convendrá que las obras destinadas á ella abracen la generalidad de los principios de cada ciencia primitiva; lo cual será tanto mas provechoso, quanto de una parte los jóvenes comprenderán mas fácilmente las doctrinas derivadas de un mismo principio y de unas mismas fuentes, y presentadas en el orden y série determinados por la afinidad ó relacion de sus ideas; y de otra la enseñanza podrá extenderse á todos los ramos de estudio que han resultado de la subdivision de las mismas ciencias.

7.<sup>a</sup> A este fin reflexionará la junta que aunque esta subdivision sea muy ventajosa para promover y adelantar el estudio trascendental de las ciencias, cuando los sábios cultiven particular y separadamente algunos de sus varios ramos, es otro tanto mas perniciosa en la

enseñanza elemental cuando dada separadamente, se destruye y pierde de vista aquella unidad de principios á que debe referirse y sobre quo debe fundarse toda su doctrina.

8.<sup>a</sup> Y puesto que toda la enseñanza se haya de dar en lengua castellana, la junta meditará: primero, los medios de hacer traducir, reformar ó escribir de nuevo los libros elementales destinados á ella; segundo, si convendrá hacer traducir ó componer otros tratados mas amplos de las mismas ciencias, escritos sobre los mismos principios, para que sirvan de auxilio á los maestros en la explicacion, ilustracion y ampliacion de la doctrina que enseñaren.

9.<sup>a</sup> Convendrá tambien tenga presente que no bastando cursar las escuelas é institutos, ni recibir sus lecciones, para aprovechar en ellas, deberá ser máxima constante en todos los establecimientos de enseñanza, que ningun alumno pase, ni sea admitido al estudio de una clase, sin que acredite en un exámen público haber estudiado con aprovechamiento la doctrina de la que precede; cuya máxima, fielmente observada, ofrecerá á los jóvenes aplicados un estímulo para proceder á mayores adelantamientos, y á los zánganos y distraídos un justo castigo de su desidia.

No será menos conveniente que á la conclusion de cada curso se celebren certámenes literarios, á que se presenten los jóvenes mas aprovechados, para ejercitar sobre la doctrina de su enseñanza, y acreditar los progresos hechos en ella; pues que celebrados estos certámenes con aparato y publicidad, y animados con la solemne adjudicacion de algunos premios, no pueden dejar de ofrecer grande estímulo á la noble emulacion de la juventud estudiosa.

Por mas fruto que se pueda esperar de las mejoras de la enseñanza elemental, la Junta reconocerá que todavía son necesarios otros establecimientos para la extension, propagacion y progresos de la literatura y las ciencias, los cuales deben tener por objeto la parte trascendental y sublime de su estudio, y la aplicacion de sus verdades á los diferentes usos y necesidades de la vida. Este objeto solo pueden llenarle las academias ó asociaciones literarias, en que los profesores de literatura y ciencias se reunan para cultivar, extender y aplicar su doctrina, aprovechando en comun los medios y auxilios que el Gobierno les proporcionare á este fin.

Así que, atendiendo á la diferente naturaleza de los estudios que abraza el vasto plan de la enseñanza literaria, la Junta examinará los medios de establecer, organizar y dotar en las principales capitales del reino, y señaladamente en aquellas en que hubiese universidades ó instituto, cuatro especies de academias, destinadas: primero, á cultivar las humanidades, ó buenas letras castellanas, con extension al estudio de la historia y geografia nacional; segundo, á las humanidades latinas y griegas, con extension á la historia y geografia general; tercero, á todas las ciencias que abraza la filosofia especulativa; cuarto, á las que abraza la filosofia práctica.

Acaso convendrá tambien establecer en algunos puntos determinados academias militares, particularmente destinadas á cultivar la parte trascendental de las

ciencias pertenecientes al arte de la guerra, cuyas ventajas ha acreditado ya la experiencia en el gran fruto que produjo el establecimiento de estudios mayores aplicados á la marina real.

Verá asimismo si conviene que además de estas academias provinciales, se erijan en la corte ó en otra gran capital del reino dos academias generales, una de literatura y otra de ciencias, las cuales podrán ayudar al Gobierno con su consejo y luces para promover la mejora progresiva de la enseñanza general y de los ramos pertenecientes á la instruccion pública.

Por último, verá la junta si conviene que en las sociedades patrióticas, consagradas á promover la felicidad del reino, se forme una clase particularmente destinada á cultivar el estudio de la economía civil, y la aplicacion de sus principios al adelantamiento de la agricultura y artes útiles y á todas las empresas que se dirigen á aumentar la riqueza y prosperidad nacional.

Entre los demás auxilios que pueden prestarse al adelantamiento de esta instruccion, es de contar el establecimiento y multiplicacion de bibliotecas públicas, que son de tan grande auxilio, para que los literatos (que de ordinario abundan poco en conveniencias) hallen en ellas las obras y recursos que de suyo no pueden poseer. Por lo mismo convendrá que estas bibliotecas estén bien proveidas de globos, átlas, cartas geográficas é hidrográficas, modelos de máquinas é instrumentos científicos, monetarios y otros auxilios necesarios para el adelantamiento de la literatura y de las ciencias.

No será menos conveniente al mismo fin el establecimiento y multiplicacion de gabinetes de historia natural, y señaladamente de mineralogia, con los instrumentos y auxilios que pide este ramo de útiles é importantes conocimientos.

En el número de los auxilios mas importantes para difundir la instruccion pública se deben contar las imprentas, cuya multiplicacion es tan necesaria para aquel gran fin.

Entre las obras que pueden salir de estos depósitos y fuentes de sabiduria, se deben conocer como muy convenientes para difundir la instruccion los escritos periódicos, los cuales, por su misma brevedad y variedad, son mas acomodados para la lectura de aquel gran número de personas que no habiendo recibido educacion literaria ni dedicándose á la profesion de las letras, tampoco se acomodan bien á una lectura seguida y sedentaria; pero sin embargo gustan de leer por curiosidad ó entretenimiento esta especie de obras sueltas y agradables; razon por qué si fuesen bien escritas y sabiamente dirigidas y protegidas, serán muy á propósito para extender la instruccion y mejorar la opinion pública en la nacion.

La libertad de opinar, escribir é imprimir se debe mirar como absolutamente necesaria para el progreso de las ciencias y para la instruccion de las naciones; y aunque es de esperar que la junta de legislacion medite los medios de conciliar el gran bien que debe producir esta libertad con el peligro que pueda resultar de su abuso, es de desear que la junta de Instruccion Pública proponga tambien sus ideas sobre un objeto



tan recomendable y tan análogo al fin de su erección.

También se desea que la junta preste alguna atención al estado en que se hallan nuestros teatros, y al influjo que pueda tener su reforma en la de la educación y costumbres de la juventud, para que con esta mira proponga todas las mejoras que pueden recibir, considerándolos principalmente con respecto á tan recomendable objeto.

Por último, examinará la junta si convendrá erigir un tribunal ó consejo de Instrucción Pública, ó bien confiar el cuidado particular de ella á alguna sección ó sala del consejo de Estado ó del Supremo de España é Indias, para que velando sobre la enseñanza general del reino, promueva sus mejoras y dirija cuanto fuere necesario alterar ó establecer, así en los métodos y la doctrina de la enseñanza elemental, como en los estudios trascendentales de las ciencias, y cuanto sea relativo á la protección y gobierno de los institutos y cuerpos encargados de promover unos y otros, á fin de que un cuerpo tan recomendable sea dirigido por un cuerpo permanente y regido por máximas constantes de protección y vigilancia.

La junta, á vista de estas reflexiones, que se presentan á su consideración solo para llamar toda su atención hácia un objeto de tan grande importancia y trascendencia, después de haberlas meditado y mejorado con su celo y sus luces, propondrá á la comisión de Cortes cuanto crea necesario para dirigir, mejorar

y extender la instrucción nacional, considerándola como la primera y mas abundante fuente de la pública felicidad; porque no se le puede esconder que sin educación física no se podrán formar ciudadanos ágiles, robustos y esforzados; sin instrucción política y moral no se podrán mejorar las leyes con que estos ciudadanos deben vivir seguros, ni el carácter y costumbres que los han de hacer felices y virtuosos; y que sin ciencias prácticas y conocimientos útiles no se podrán dirigir y perfeccionar la agricultura, la industria, el comercio y las demás profesiones activas que los han de multiplicar, enriquecer y defender. Y por último, que siendo también constante que la nación mas sabia es siempre, en igualdad de circunstancias, la mas poderosa, España, colocada por la Providencia en la situación mas favorable, bajo de un cielo el mas benigno, sobre un suelo el mas fértil, poseedora de las mas ricas y dilatadas provincias, y llena de ingenios los mas perspicaces y profundos, puede y debe levantarse, por medio de leyes sabias y de una instrucción sólida, completa y general, á ser la primera nación de la tierra. Sevilla, 16 de noviembre de 1809.—GASPAR DE JOVELLANOS (1).

(1) No llegó á realizarse este plan; cayó á poco la Junta Central, y fué bastante causa el ser obra suya para que le diera al olvido el gobierno que la reemplazó. Tal modo de proceder sorprenderá poco á nuestros lectores, acostumbrados actualmente á verlo todos los días.

# INSTRUCCION

QUE DIÓ Á UN JÓVEN TEÓLOGO AL SALIR DE LA UNIVERSIDAD, SOBRE EL MÉTODO QUE DEBIA OBSERVAR PARA PERFECCIONARSE EN EL ESTUDIO DE ESTA CIENCIA.

*Experio crede.*

El hombre vale lo que sabe; pero no vale mas el que sabe mas, sino el que sabe mejor. Aquel podrá tener mayor número de ideas; pero este le tendrá mayor de ideas buenas, y estas valen mas que aquellas. Por esto se dijo que hay burros cargados de letras. La bondad de las ideas tiene dos solas medidas: primera, la verdad; segunda, la utilidad. Esta medida en las ciencias sagradas es una sola, porque en ellas lo que no es verdad es peor que nada, y nada es lo que no es útil.

En otros estudios la opinion puede ser buena en cuanto conduzca al descubrimiento de alguna verdad ó de alguna cosa útil; pero en estas las verdades, como establecidas por la autoridad, excluyen toda opinion, ó por lo menos la hacen peligrosa. ¿Cuál otra puede ser la causa de tantas herejías, derivadas de opiniones teológicas? ¿Cuál la de tantas discusiones, de tantas opiniones de escuela, que para ser inútiles les hasta no ser necesarias?

De aquí es que en las ciencias de autoridad, cual es la teología, el estudio se debe hacer en las fuentes, y que casi todo el que se hace fuera de ellas es casi, si no enteramente inútil.

Se dirá que otros estudios pueden conducir para ilustrarlas, y esto es verdad en el sentido que se explicará despues; pero nótese ahora que las fuentes de la teología son claras, porque las decisiones de la autoridad lo son tambien; y si pueden ofrecer alguna duda, no será ciertamente al que ha estudiado ya los principios de teología.

Concluyo pues que el teólogo debe hacer todo su estudio en las fuentes.

No diré cuáles son estas, porque supongo bien conocida la materia de *Lugares teológicos*. Si no lo estuviese, estudiéase y extráctese, y ante todas cosas la excelente obra de Cano. Otras hay mas breves, ninguna mejor.

Pero sí diré que pues la primera fuente teológica es la Sagrada Escritura, el primer estudio del teólogo debe ser la *Santa Biblia*. Si este es el libro de todo cristiano, si es el que debiera leerse por todos y meditarle por todos y á todas horas, ¿cómo no lo será del teólogo? Es preciso leerle todo, y de seguida, y con reflexion, y no solo una, sino dos ó mas veces, singularmente el Nuevo Testamento, que es la segunda fuente de la teología.

Siguen en orden los concilios. Este estudio es mas vasto y menos importante; pero lo es mucho: hay para él buenas sumas. Los ecuménicos deben leerse enteros, y mas que todos el tridentino, que dió el último punto de estabilidad á las materias de disciplina.

Pero el teólogo español debe estudiar tambien nuestros concilios; ningunos para él mas luminosos. Los generales léanse en Loaisa; para los otros basta el Villanúño.

*Santos Padres.* El estudio de los santos Padres es mas vasto aun, pero tambien muy necesario. En el dia se deben preferir los antiguos apologistas de la religion, porque estamos en un siglo en que ninguno merecerá el nombre de teólogo si no puede atacar como ellos, y con su auxilio, á los modernos incrédulos. Apenas producen estos argumento que no sea una renovacion de los que hacian los antiguos filósofos; y que no esté satisfecho por aquellos venerables defensores de la doctrina de Jesucristo.

Este estudio se puede hacer en extractos. Ningunos mejores que los de la Biblioteca del padre Cellier; está en francés. Pero hay algunos tratados, singularmente en san Agustin, el Crisóstomo y san Cipriano, que solo se deben leer en ellos.

*Las Decretales.* Ninguno se dirá tampoco teólogo que no sea canonista. ¿Por qué se habrán hecho dos ciencias de lo que debiera ser una sola? Para este estudio basta al teólogo una suma; pero cuidado con escogerla buena, porque hay muchas ruines y alguna muy mala. Aconsejo las instituciones del Selvagio.

*Historia eclesiástica.* Estudio necesario para entender y ordenar los demás. Ella sola no puede hacer un teólogo, pero ninguno lo será sin ella.

El establecimiento de la Iglesia, la progresiva exposicion de los dogmas por los concilios, la série de la tradicion, las vicisitudes de la disciplina; allí es donde se verán expuestas con claridad y orden.

Escójase una buena. Creo que lo sea la de Calmet, que abraza el Viejo y Nuevo Testamento; para la inteligencia de aquel es necesario algun aparato, y tengo por bueno el de Lami.

No hablo de otros lugares teológicos, como menos principales, y de cuya importancia y utilidad se hallará noticia en los tratadistas. Pero si concluiré que pues el conocimiento de estas fuentes es tan necesario



y su estudio tan vasto, todo el tiempo que se diere á otra especie de libros será perdido para ellas.

Mas para aprovechar en el estudio de las fuentes teológicas, y poner á logro el fruto que de él se sacare, el teólogo debe estar bien instruido en aquellos que se pueden llamar instrumentales, porque pertenecen al método, y por lo mismo conducen y son necesarios á la adquisicion de la verdad en todas las ciencias, sin exceptuar las de autoridad.

El primero de todos es el arte de discurrir. No se crea que basta para esto lo poco y malo que estudiamos de lógica y dialéctica, que acaso confunde y embrolla mas que ilustra la razon.

La mejor de todas las lógicas es el arte de hablar, sin el cual no se adquiere el de discurrir. Porque el hombre no habla solo cuando habla exteriormente, sino que habla tambien cuando interiormente discurre. Nosotros adquirimos nuestras ideas por sus signos; cada idea necesita uno; para adquirirlas es preciso conocer las palabras ó signos que las representan; y si no los conocemos, es preciso adquirir á un mismo tiempo uno y otro. Sin esto no tendremos nuevas ideas, ó por lo menos no las retendremos. Digo mas: es menester que poseamos el conocimiento de estos signos y el arte de reunirlos exactamente en una propia lengua; porque cuando pensamos, cualquiera que sea la materia de nuestros pensamientos, y aun cuando pertenezcan á alguna ciencia que hayamos adquirido por medio de otra lengua, siempre los referiremos á signos, ó tomados inmediatamente de la nuestra, ó referidos á ella desde otra. De forma que nosotros, aun cuando hablamos y discurrimos en latin, siempre haremos una simultánea referencia interior de las ideas y de los signos inmediatos á los signos de la lengua nativa.

Basta esto para probar la necesidad del conocimiento de nuestra lengua, no cual se habla en las plazas y tabernas, sino cual la hablan los buenos hablistas. Creo pues necesario: primero, un estudio reflexivo de la gramática castellana; segundo, la lectura frecuente de los buenos modelos de decir: Granada, Leon, Mariana, etc. Poco estudio de reglas; basta leer con cuidado la retórica de Granada, publicada por el señor Climent.

¿Qué diré de la necesidad del latin? Solo que, pues las fuentes teológicas están en esta bella lengua, y en ella se debe hacer el principal estudio de la teología, será en vano aspirar á ser un buen teólogo aquel que no sea buen latino.

Y digo bueno porque quien no entiende bien á Ciceron y á Livio, de seguro que no entenderá á Tertuliano, Lactancio, el Nacianceno y otros. Es pues necesario no contentarse con el latin de universidad, y leer y meditar mucho los autores del siglo de Augusto para entender bien las fuentes teológicas.

Ojalá que se supieran tambien el hebreo y el griego para leer mas originalmente algunas de aquellas fuentes. Esto bien seria, pero no es necesario.

Aconsejo el estudio del francés, cuya lengua es tanto mas útil cuanto no hay ya materia que no se discuta en ella. Basta citar los nombres de Bossuet, Fénelon, Fleuri, Bergier, Masillon, para hacer ver cuánto bueno puede el teólogo hallar en ella. ¡Es verdad que hay tanto de malo, tantísimo!... Pero el buen teólogo debe comer miel y manteca: *Ut sciat reprobare malum, et eligere bonum*.

No se me diga que pido mucho, si lo que pido es necesario; si lo es, es menester apechugar con todo ó renunciar á la ciencia. ¿De qué sirven á la Iglesia ni al Estado estos que llaman teologazos solo porque son buenos esgrimidores de escolástica? Fuera de que no lo pido todo de una vez, sino ordenadamente. Las materias mismas señalan el orden de los estudios. Parece que el mejor método seria dividir en dos ramos el estudio y las horas dadas á él; uno el estudio de las fuentes, dando á él la mayor y mejor parte del dia; otro los estudios auxiliares, como son lenguas, erudicion, historia, consagrándoles la otra. El que trabaja siempre trabaja mucho, aunque se vaya despacio. Hasta las tortugas vienen á nuestros mares desde los mas remotos, ¿por qué? Por que no cesan de andar. *Experto crede* (1).

(1) Esta instruccion, que es un bosquejo, fué para el presbítero don Manuel Vazquez. Está escrita en el castillo de Bellver durante el largo encierro del autor.

# INFORME

QUE DIÓ COMO JUEZ SUBDELEGADO DEL REAL PROTOMEDICATO EN SEVILLA AL PRIMER PROTOMÉDICO DON JOSÉ AMAR, SOBRE EL ESTADO DE LA SOCIEDAD MÉDICA DE AQUELLA CIUDAD, Y DEL ESTUDIO DE MEDICINA EN SU UNIVERSIDAD.

Muy señor mio: Evacuando el encargo que usía se sirve hacerme por su favorecida del 29 de julio último, paso á darle primero las noticias que he podido recoger en cuanto al origen, progresos y último estado de la real Sociedad Médica de esta ciudad, reservando para después las que son respectivas al estudio que se hace en la real universidad literaria de la medicina.

En uno y otro seré breve, porque ni usía pretende una historia de estos dos cuerpos, ni me permitirían mis ocupaciones inhuirme en el pormenor de los sucesos acaecidos en ambos desde su establecimiento.

La Sociedad debió su origen á una disputa, suscitada en el año de 1696, entre los médicos doctores de esta universidad, y los revalidados que no eran de su gremio y cláustro. Pretendían los primeros presidir á los segundos en las juntas y actos prácticos, por la cualidad de doctores y sin respeto á antigüedad. Los segundos insistían en que tocaba la presidencia al mas antiguo, sin consideracion á otra cualidad. La posesion y la costumbre estaban por este último partido, y contra ellas nada decían la razon ni la autoridad. Por eso, entablado juicio formal sobre esta diferencia, vencieron los revalidados.

Esta decision, léjos de reunir los ánimos, puso un sello al encono que los dividía, y desde entonces doctores y revalidados empezaron á tratarse como rivales y enemigos.

Como los primeros, unidos entre sí, no solo por la profesion, sino tambien por el grado, hacían la guerra en cuerpo á los revalidados, conocieron estos la necesidad de unirse tambien para la defensa. Esta necesidad les inspiró el pensamiento de formar una asociacion, y lo verificaron en el año siguiente de 1697. Tajó el principio de la Sociedad.

Los primeros asociados fueron el doctor don Juan Muñoz de Peralta, médico; don Salvador Leonardo Flórez, médico; don Juan Ordoñez de la Barrera, presbítero, médico y cirujano de la serenísima señora doña Mariana de Austria; don Gabriel Delgado, médico y cirujano, y don Alonso de los Reyes, boticario.

Juntábanse estos cinco todas las noches en casa del primero (á quien siempre miraron los demás como fundador y presidente), y tenían una hora de ejercicio, leyendo media con puntos de veinte y cuatro cada uno

alternativamente, y consumiendo la otra media en argumentos.

Conformes ya en el objeto de sus juntas, formaron ordenanza de comun acuerdo, imploraron la asistencia del Santo Espíritu, tomándole por patrono y protector del cuerpo, y le instituyeron una fiesta anual, que empezaron desde entonces á celebrar á su costa.

La medicina, la física y la historia natural daban materia á sus disertaciones y conferencias, y los autores modernos espárgiricos los guiaban en la indagacion de la verdad.

Consultábanse reciprocamente las dulces prácticas que ofrecía á cada uno el ejercicio de su facultad, y era uno en todos el deseo de hacerse dignos de su ministerio y de ejercerle con beneficio del público.

A tan buenos principios debían corresponder muy favorables consecuencias. Así fué: continuó este naciente cuerpo prosperando siempre, y haciéndose cada día mas digno de la estimacion del público. A ella debió la agregacion de otros individuos, y á ella tambien las primeras persecuciones que tuvo que sufrir.

Envidiosos sus enemigos de los progresos que hacia, empezaron á combatirla, procurando poner en descrédito su doctrina espárgirica ó medicina experimental, á inspirar desconfianza contra los que la profesaban. No contentos con zaherirla en sus conversaciones, la delataron al magistrado público. Culparon primero á los socios como infractores de las leyes, por haberse congregado y formado ordenanzas sin la debida autoridad real, y censuraron después su doctrina, como contraria á la doctrina de Aristóteles, Galeno é Hipócrates, mandada observar en las universidades del reino. Subió este punto al exámen del Supremo Consejo, cuyo tribunal, con profunda ilustracion, después de haber oído el informe del real protomedicato, consultó favorablemente al señor don Carlos II. Entonces fué cuando emanó del trono la real cédula de aprobacion de 23 de mayo de 1700, que puso á los socios á cubierto de la ira de sus contrarios.

No por eso dejaron estos de combatir las doctrinas que llamaron nuevas, con cuyo fin las impugnaron unos directa y otros incidentalmente en sus escritos.

Pero los socios no anduvieron cobardes en estas guerras escolásticas, antes se defendieron vigorosamente en varias apologías que publicaron; y como la razon



estaba de su parte, fué fácil desimpresionar al público imparcial de las malas ideas que había sugerido la malicia de sus émulos.

Por fin entró la sociedad bajo la real proteccion en el siguiente año de 1701, en que se expidió por el señor don Felipe V la real cédula de proteccion y aprobacion, dada en Barcelona á 1.º de octubre.

Corrieron despues varios años, en que la Sociedad hizo todos los progresos de que era capaz un cuerpo sin dotacion ni fondos, y sostenido solamente por el celo de sus individuos. Pero al fin halló un protector eficaz é ilustrado, cuyo influjo y buenos oficios la elevaron al mayor grado de felicidad que ha conocido.

Este protector era el señor don José Cervi, del consejo de su majestad en el de Hacienda, su primer médico, y presidente del real protomedicato. Vino á Sevilla, y residió en ella el corto tiempo en que logró ser corte del señor don Felipe V. Entonces conoció por si mismo la Sociedad, previó los abundantes frutos que podia producir bien protegida, y aceptando el título de presidente, que le ofreció agradecida, la tomó bajo de su proteccion.

Conocia muy bien el señor Cervi que la Sociedad no produciria nunca los saludables fines de su institucion sin alguna dotacion competente para adquirir libros, máquinas é instrumentos, asalarar ministros y empleados, dar á la prensa las memorias y escritos que trabajasen los socios, y acudir á otros gastos precisos para la subsistencia del cuerpo.

Todo lo representó con eficacia al señor don Felipe V, y fueron tan bien oídas sus súplicas, que por un real decreto de 13 de mayo de 1729 se dignó su majestad señalar á la Sociedad, por una vez, el derecho de 300 toneladas de la próxima flota, para que con su producto comprase casa y librería, y el de otras 100 anuales, perpétuamente, para el pago de los salarios asignados á sus oficiales é individuos.

Conocióse entonces que uno de los objetos mas dignos de la especulacion de los socios era el estudio de la anatomía práctica y de la botánica. Por lo mismo proveyó su majestad á uno y otro, mandando en el citado real decreto dotar un anatómico y un boticario, para que ambos, bajo la direccion de la Sociedad, ejerciesen prácticamente sus ministerios.

Para dar al cuerpo mas autoridad se nombró por juez conservador al asistente de esta ciudad, que por tiempo fuese, y se dotaron los empleos de asesor y abogado. Finalmente, se inspiró á la Sociedad el nuevo y vigoroso espíritu que conservó por muchos años despues.

Además de las gracias concedidas al cuerpo, se señalaron honores y distinciones para premio de sus individuos. Mandóse en dicho real decreto que los doce médicos socios de ejercicio cotidiano, de ocho años en las funciones de medicina práctica, y los cuatro cirujanos que tuvieren la misma antigüedad de asistencia, *gozasen el honor de resolver, oídos los demás, no habiendo en las juntas algun médico ó cirujano de la real cámara, porque en este caso debian ejecutarlo ellos.*

Mandóse tambien que en adelante, perpétuamente, hubiese en la Sociedad dos médicos honorarios de cá-

mara y dos cirujanos honorarios de la real familia, con dos boticarios de la real casa; debiendo nombrarlos la Sociedad por orden de antigüedad, dispensándoles pasar á Madrid á hacer el juramento, que deberian ejecutar en manos del excelentísimo señor Sumiller de Corps, y concediéndoles que pudiesen hacerlo en las del juez conservador.

Mientras la real munificencia repartía con mano generosa tantos beneficios sobre la Sociedad y los socios, renovaban los doctores la antigua pretension de presidencia en las juntas y actos prácticos. Hicieron nueva instancia en el Supremo Consejo, resucitando el antiguo expediente de que hemos dado noticia, y ya se trataba de oír á las partes, quando el Monarca, bien enterado del espíritu que movia á los doctores en sus recursos, mandó, por un decreto de 9 de junio de aquel año, que el expediente pasase desde la sala de justicia, donde estaba, á la real cámara; que se llevase á debido efecto lo mandado en el real decreto de 13 de mayo antecedente, y que sobre esto no se admitiesen recursos en la Cámara ni en el Consejo, con pretexto de agravios ó del pleito pendiente, á comunidad ni persona alguna, por haber concedido su majestad estas gracias para mayor honor de la real Sociedad. A consecuencia de todo, y para su cumplimiento, se expidió la real cédula de 27 de agosto de 1729.

Los tiempos que sucedieron fueron todos de prosperidad para los socios y su cuerpo. Con los copiosos rendimientos de su dotacion acudian con desahogo á llenar todos los objetos de su instituto, y eran frecuentes los ejercicios especulativos y prácticos, las disecciones anatómicas, los experimentos químicos y físicos, y muy abundante el fruto que producian. Hiciéronse mejores ordenanzas, mas extendidas y mas conformes á la nueva forma que habia tomado el cuerpo y á los nuevos conocimientos adquiridos. Estas ordenanzas fueron aprobadas y mandadas observar, como tambien los reales decretos de 13 de mayo y 9 de junio, por una real cédula de 16 de junio de 1736. En fin, todo prosperaba bajo los buenos auspicios del Monarca y eficaces influjos del presidente Cervi.

No molestaré á usia con la menuda relación de los nuevos objetos que se propuso la Sociedad para el ejercicio de sus tareas, de los varios oficios y cargos que creó para el desempeño de ellas, del ministerio y dotacion señalada á cada empleado, ni de otras distinciones concedidas al cuerpo y á sus individuos; todo ello está prolijamente explicado en las ordenanzas de la Sociedad, que andan impresas, y en las reales cédulas que están al fin de ellas, y seria ocioso repetir aquí unas noticias tan comunes.

Hasta aquí llegan los buenos tiempos de la Sociedad; jos que siguieron no fueron tan felices. La muerte del presidente Cervi privó á la Sociedad de un protector muy útil, y á poco tiempo de sucedida, conoció su falta en una desgracia que la puso á pique de disolverse. Faltóle del todo la dotacion, mandado suspender el derecho de toneladas, que solo cobró hasta 1738. Habíantle beneficiado con anticipacion algunos años mas en favor de un caballero de esta ciudad, y percibido su importe. Suspensa la dotacion, tuvo que sufrir un

juicio sobre la restitucion de las cantidades anticipadas, en que despues de haber agotado el poco sobrante que tenia, fué condenada al pago; con que vino á quedar á un mismo tiempo sin fondo, sin dotacion y deudora de una gruesa cantidad.

A esta época debemos atribuir la decadencia de la Sociedad, cuyo espíritu se fué entibiendo á proporcion que se disminuía el premio señalado á sus individuos. Los cuerpos morales y políticos deben su movimiento á la voluntad de los que los componen; pero esta voluntad no les da el impulso necesario, si por su parte no le recibe de la esperanza de algun premio. El interés las mueve casi siempre, y pocas veces el celo. Tan cierto es que las letras y los cuerpos literarios no pueden prosperar sin proteccion y recompensas.

Mucho tiempo clamó la Sociedad por el restablecimiento de su dotacion, y muchos años corrieron sin que fuesen oídos sus clamores. Pero por fin lograron mover el generoso ánimo de nuestro buen monarca don Carlos III, quien, por una real orden de 13 de octubre de 1764, reduciendo á 20 las 100 toneladas anuales, señaladas para la dotacion de la Sociedad en las cédulas anteriores, y rebajando á proporcion los salarios y gastos que en ellas se prevenian, mandó que desde el año de 63 inmediato se invirtiese el producto de las 20 toneladas en el pago de dichos salarios, y que el residuo se destinase precisamente á la impresion de escritos, conclusiones de ordenanza, anatomías, libros y demás objetos. Como esta real orden no está impresa (segun creo), incluyo á usía una copia de ella, para que pueda enterarse del pormenor de sus disposiciones.

Puesta en corriente esta nueva y mas tenue dotacion, fué el primer cuidado de la Sociedad satisfacer las deudas con que estaba gravada, y destinando con cuerda providencia á este objeto el producto del derecho de toneladas, logró quedar solvente, como está en el día, y con la facultad de acudir á sus ministros y empleados con la correspondiente asignacion.

No me atrevo á calcular las utilidades que produce en el día este cuerpo, y mucho menos á resolver si es tan beneficioso á la causa pública como pudiera. Solo diré, por honor á la verdad, que en él se hacen puntualmente los ejercicios semanales y conclusiones de ordenanza; que se han restablecido las disecciones anatómicas, suspensas hasta ahora, y que se trata de hacer jardin botánico, é invertir los sobrantes que se fueren verificando en los objetos prevenidos por reales órdenes.

Tambien diré que recelo que no hay entre los socios toda la union que necesitan semejantes establecimientos, y que no está enteramente restablecido entre ellos aquel espíritu de celo y concordia que produjo tan saludables efectos en la infancia de la Sociedad. Acaso las pequeñas desavenencias que tienen entre sí deben su origen y fomento á motivos pasajeros y de poca importancia, y por lo mismo se puede esperar, como yo espero, que el tiempo y el conocimiento de que nada les importa tanto como la paz y buena union volverá á reunir los ánimos de los socios, á lo menos cuanto baste para que concurren de comun acuerdo á promover el bien de la Sociedad y del público.

Ahora voy á dar á usía una breve idea del estado antiguo y presente del estudio de la medicina en la real universidad literaria.

Este estudio corre hoy sobre un método mas conveniente que el que se hacia pocos años há, pues por real provision de su majestad y señores del Consejo, dada en San Ildefonso á 22 de agosto de 1769, se aprobó el nuevo plan de estudios propuesto para todas las universidades, en el cual, por lo respectivo al estudio de la medicina, alterándose las antiguas asignaciones, se señaló para la enseñanza una senda mas segura y mas conforme á la ilustracion de los presentes tiempos.

Las cátedras de medicina que hoy mantiene la universidad son las mismas que siempre tuvo, á saber: una de prima, una de visperas, una de método y otra de anatomia. Los catedráticos que las regentaban en lo antiguo, esto es, antes de la real provision de 22 de agosto de 69, explicaban arbitrariamente á sus discípulos las cuestiones de medicina que les parecian mas convenientes, siguiendo cada uno en la eleccion su gusto ó su capricho. El Bravo y el Enriquez eran los autores por donde llevaba sus lecciones el discípulo y hacia su explicacion el maestro, uno y otro por las cuestiones seguidas ó salpicadas que cada uno señalaba.

Este estudio, que por estatuto debía durar cuatro años, se hacia ordinariamente en tres, en el último de los cuales destinaba el catedrático los ocho días que siguen á la festividad de la Concepcion para explicar una cuestion á su arbitrio; y á esto se daba el nombre de *cursete*, y contándose por un año, servia para complemento de los cuatro señalados por estatuto. Con ellos pasaba el profesor á recibir el grado de bachiller, que se le conferia tambien en virtud de un ejercicio de pura formalidad.

Con este arbitrario estudio, el grado de bachiller y dos años de mala práctica, acreditados con la certificacion voluntaria de cualquiera médico, quedaba el profesor proporcionado para el exámen prévio á su revalidacion; y si lograba la fortuna de obtener la aprobacion, corria con libre facultad de hacer estragos por toda la Peninsula.

En el nuevo plan de enseñanza dado á la universidad se trató de reformar estos inconvenientes en su raíz, señalando para el estudio de la medicina un método lo mas ilustrado y sistemático. Mandóse que en el primer año se enseñase á los estudiantes la anatomia por el compendio de Lorenzo Heister; en el segundo los tratados *De morbis*, *De sanitate tuenda*, y *De methodo medendi* de Boerhaave, con los siete libros de *Aforismos* de Hipócrates que empieren en el curso, entresacadas y elegidas las materias por el catedrático, entendiéndose que se debía estudiar al mismo tiempo el comentario de Juan Gorterius, en el cuarto la materia medicinal por el libro de Boerhaave *De viribus medicamentorum*.

Además de estos cuatro años, se estableció un quinto curso, llamado de pasantía, en el cual deben ocuparse los estudiantes de quinto año en ayudar al catedrático, repasar á los otros cursantes y estudiar los principios químicos, con lo cual quedan proporcionados para recibir el grado de bachiller. Y prevengo que segun el



plan de que vamos hablando, no podrá pasar estudiante alguno de un curso á otro sin haber sido antes examinado y aprobado en las materias que debió aprender en su año.

Despues de estos cinco debo tener el profesor otros tres de rigurosa práctica, y perfeccionarse durante ellos en la química, estudiando de la botánica y farmacia á lo menos lo preciso para el buen desempeño de la profesion médica. ¡Ojalá que un plan tan bien meditado se estableciese en todas las universidades del reino, y que el real protomedicato no admitiese á pretension de reválida profesor alguno que no hubiese estudiado su facultad segun los principios y por todo el tiempo que señala!

Yo no sé qué inconvenientes han hecho alterar este plan en alguna pequeña parte. Yo pondré aqui el método de enseñanza que hoy está en vigor, porque no le hallo en todo conforme con aquellas disposiciones.

En el primero y en el segundo año estudian hoy los cursantes de medicina la anatomía por el Heister, y algunos que carecen de esta obra, por el Martinez, señalando el catedrático las lecciones, y recayendo su explicacion sobre uno y otro.

Estudian tambien las *Instituciones médicas* y la *Medicina vetus et nova* del señor Piquer, uno y otro con los catedráticos de anatomía y de prima.

En los dos años siguientes se estudian los *Aforismos* de Hipócrates, comentados por el Gortner, con el catedrático de visperas, y con el de método la materia medicinal por el libro de Boerhaave, que señala el plan.

He hablado con esta division de años de los estudios, porque tambien se ha alterado el tiempo de ellos, pues á un mismo empiezan los estudiantes del primer año á estudiar las instituciones médicas con el catedrático de prima, y la anatomía con el de esta facultad, dividiendo entre los dos la tarde y la mañana, y en esta forma continúan haciendo los estudios que acabamos de proponer. En lo demás se observa lo dispuesto en el plan aprobado puntual ó equivalentemente.

Tengo observado desde que despacho la subdelegacion del real protomedicato, en los varios exámenes que ante mí se han hecho de algunos jóvenes profesores de esta universidad que aspiraban á revalidarse, que en estos últimos tiempos han dado á la facultad muy aventajados estudiantes; distinguiéndose singularmente, entre los demás aspirantes, aquellos que han hecho sus primeros estudios segun el nuevo método adoptado por la universidad.

Juzgo por lo mismo que la universidad literaria y la Sociedad Médica son dos cuerpos de conocida utilidad para el público, y ambos necesarios para perfeccionar el estudio de la ciencia médica. Lo es la universidad; porque en ella se deben enseñar los elementos y principios de ella que no pudieran aprender los cursantes, ni en la Sociedad, por no ser de su instituto esta enseñanza elemental, ni con maestros particulares, por los inconvenientes á que está expuesto el estudio doméstico y privado. Lo es tambien la Sociedad, porque no siendo posible que la universidad produzca hombres consumados, es de suma importancia un cuerpo cuyo instituto sea perfeccionar con frecuentes experimentos, disertaciones y conferencias el estudio médico; y serán tanto mas copiosas las utilidades de esta institucion, cuanto mayores y mas generales sean los conocimientos de los individuos que entran á desempeñarla. Ambos cuerpos fueron muy provechosos al bien comun y muy dignos por lo mismo de la proteccion del Gobierno. Estas son las noticias que he podido recoger de varios libros, papeles é informes de personas particulares para corresponder á la pregunta que usía se sirve hacerme. Un facultativo, individuo de estos cuerpos, hubiera podido darlas mas abundantes y satisfacer mas llenamente los deseos de usía; pero nadie me hubiera ganado en el de complacerle y obsequiarle. Espero que usía se asegure de esta verdad, y que continuándome sus apreciables órdenes, disponga á su arbitrio de mi fina voluntad, con la que quedo rogando que Dios guarde á usía muchos años. Sevilla, 3 de setiembre de 1777. — JOVELLANOS. — Señor don José Amar.

# ELOGIO FÚNEBRE

## DEL SEÑOR MARQUÉS DE LOS LLANOS DE ALGAZAS,

LEÍDO EN LA SOCIEDAD ECONÓMICA DE MADRID EL DÍA 5 DE AGOSTO DE 1780.

SEÑORES : Cuando la Sociedad se dignó de encargarme el elogio fúnebre del ilustre individuo que acaba de perder, sin duda no previó la dificultad de la empresa que ponía á mi cuidado. Las razones que pudieron moverla á hacerme este honor son acaso las mismas que me inhabilitan para su desempeño. En efecto, nadie es mas interesado que yo en la gloria del difunto marqués de los Llanos, y nadie por lo mismo menos á propósito para hacer su elogio. Otro cualquiera podría realzar, sin nota de parcialidad, las apreciables dotes que le adornaron en su vida ; pero cuando la uniformidad de estudio y profesion, la fraternidad de colegio y tribunal, y sobre todo, un íntimo, frecuente y amistoso trato me unian con los vínculos mas estrechos á nuestro difunto socio, ¿quién habrá que no crea que las palabras dichas en loor suyo, mas que dictadas por la verdad, son sugeridas por el afecto y la pasión?

Sin embargo, señores, la verdad sola será quien dé materia á mi discurso, y al mismo tiempo que me ponga á cubierto de to la censura, espero que hallaréis en ella el único mérito de este elogio. Dejemos á otros oradores el cuidado de engrandecer sus héroes á expensas de la verdad y aun de la verosimilitud ; pero cuando tratamos de pagar á nuestros difuntos compañeros este tributo póstumo de estimacion y de alabanza, no injuriemos sus cenizas con unos hipérboles facticios, que sean tan indignos de nuestra buena fe como de su memoria.

Por lo mismo, no esperéis que yo finja para este elogio una larga série de aquellas acciones ilustres y gloriosas, que hacen á un héroe grande y espectable, y á su orador elegante y grandilocuo. No, señores ; nuestro socio fué uno de aquellos pocos hombres á quienes hace la razon tan moderados, que jamás aspiran con ansia á la gloria popular. Contento con merecer las ajenas alabanzas, jamás se fatigó por obtenerlas, y á diferencia de otros, que como camaleones racionales, viven alimentados solamente del viento de las alabanzas del vulgo, nuestro socio se aplicaba en el silencio de su retiro á llenar sin estrépito el espacio de sus obligaciones ; de forma que en el ejercicio de las virtudes de su estado, mas estimaba la sólida satisfaccion de ejercitarlas, que la gloria vana y pasajera de ser tenido entre los hombres por virtuoso.

Repasemos pues, señores, la vida de este magis-

trado, y veamos lo que hubo en ella digno de imitacion y de alabanza. Tal debe ser la suma de nuestros elogios, para que al mismo tiempo que la sociedad satisfice á la memoria de los muertos, pueda tambien alentar el celo y la virtud de los vivos. De este modo las alabanzas de los primeros servirán de estímulo á los segundos, y con un acto mismo, dirigido á dos diversos fines, acreditará la sociedad con unos su gratitud y con otros su celo y su prudencia.

El señor don Francisco de Olmeda y Leon nació en Madrid el año de 1733 ; fué hijo del ilustrísimo señor don Gabriel de Olmeda Lopez de Aguilar, caballero del orden de Santiago, primer marqués de los Llanos de Alguazas, y del consejo y cámara de Castilla ; digno magistrado, cuyos méritos duran todavia en la memoria de los presentes, y de cuyos altos servicios podrán tal vez ser testigos muchos de los que me oyen. La nacion entera goza tranquilamente en nuestros dias del fruto de sus ilustres trabajos, y ella daría el mejor testimonio en su favor, si su misma notoriedad no nos dispensase de referirlos (1).

Habia casado este célebre ministro, en 1732, con la señora doña María Teresa de Leon y Escandon, matrona que realzaba el esplendor de su cuna con el esplendor, mucho mas brillante, de sus virtudes domésticas ; de aquellas virtudes que hacen á una señora de calidad el ornato de su sexo y la gloria de su familia. Nuestro don Francisco de Olmeda fué el primer fruto de este enlace, y su padre puso desde luego en este hijo su amor y su cuidado, y aplicó á su educacion el mayor desvelo, deseoso de formar un digno sucesor de su reputacion y su fortuna.

Despues que le vió fuera de aquellos tiernos años en que una triste necesidad tiene á los niños rodeados de mujeres incautas é ignorantes, procuró el ilustrísimo marqués que su hijo saliese á recibir su educacion literaria fuera de su familia. Por una parte advertía que las graves funciones de su empleo no le permitian aplicar á este objeto el desvelo necesario, y por otra conocia las distracciones y los riesgos de la educacion doméstica. El momento era el mas critico de la enseñanza. En él la ignorancia, el descuido, la supersticion

(1) Trabajó el primer marqués de los Llanos con gran celo en la conclusion del concordato ajustado entre las cortes de España y Roma, en 1753.



ó la malicia concurren, juntos ó separados, á desenvol-  
ver en el hombre las primeras semillas del vicio, que  
saca dentro de sí desde que nace á respirar. Por esto  
colocó nuestro marqués á su hijo en el seminario de  
nobles, siendo de solo siete años. Allí le hizo enseñar  
las primeras letras, la latinidad, la retórica y la filo-  
sofía, y allí fué donde empezó á recoger en su aprove-  
chamiento los primeros y mas dulces frutos de su vige-  
lancia paternal.

Acabados ya los primeros estudios, resolvió nuestro  
ilustrísimo que su hijo se aplicase á la jurisprudencia,  
para lo cual fué necesario volverle al seno de su fami-  
lia. Allí estudió los primeros elementos del derecho, y  
empezó á cultivar los demás estudios que eran relati-  
vos á la carrera á que ya estaba destinado.

En esta eleccion no siguió el sábio magistrado el  
ejemplo de aquellos padres que abandonan al capricho  
de una edad tierna é inexperta la eleccion de las pro-  
fesiones y destinos. Sabia muy bien que solo una pro-  
ocupacion grosera podia hacer á otros ó demasiado tí-  
midos ó extremadamente descuidados en este punto.  
Sabia que aunque no es lícito á un padre violentar el  
albedrío de sus hijos en la eleccion de estado, la natu-  
raleza, la religion y la política fían á su madurez y á sus  
luces la direccion de sus tiernos años en la eleccion  
de destinos y carreras. ¿Qué seria de una república  
donde fuese lícito á los niños arrojarse inconsiderada-  
mente á la profesion que les hiciese preferir su capri-  
cho? ¿Qué de males no resultarían de un sistema tan  
irracional y pernicioso!

Con efecto, nuestro ilustrísimo marqués, imbuido  
en mejores máximas, habia elegido para su hijo la mis-  
ma carrera que á él le habia producido tanta reputa-  
cion y tanta gloria. Por esto puso gran cuidado en que  
adelantase en el estudio del derecho. Nuestro socio,  
que habia descubierto desde el principio de su educa-  
cion un talento claro y despejado y una comprension  
viva y penetrante, tardó poco en hacer conocidos pro-  
gresos en sus estudios, y en dar á su padre la indeci-  
ble satisfaccion de ver que el cielo empezaba á recom-  
pensar con ellos los cuidados que aplicaba á la educacion  
de este hijo.

Para no malograr tan felices principios, fué nuestro  
socio enviado á continuar sus estudios á la universidad  
de Alcalá. Conocia muy bien su vigilante padre que la  
corte no era el teatro mas proporcionado para la car-  
rera de las letras; conocia cuántos motivos de distrac-  
cion podria ofrecer á un jóven escolar la casa de un  
magistrado querido y necesitado de todos, y abierta  
siempre al afecto de los amigos y á la solicitud de los  
pretendientes. La observacion y la experiencia le ha-  
bian enseñado que las grandes concurrencias, la fre-  
cuencia de visitas y cumplidos, autorizados por la cos-  
tumbre; la multitud y variedad de regocijos públicos  
y privados, y en fin otras innumerables distracciones  
que ofrece la corte, eran otros tantos escollos, donde  
tropieza de ordinario la aplicacion de los jóvenes. Aquel  
buen padre no hallaba medio para librar de ellos á su  
hijo; sabia que estos desahogos causan igual efecto con-  
cedidos ó negados; porque concedidos, llenan de ideas  
turbulentas el espíritu de un jóven, y le roban el tiempo

y el reposo necesario para el estudio; y negados, afligen continuamente su memoria con la molesta idea de una privacion, que siempre es dura, y que nunca atribuye el jóven al amor, sino á la dureza de sus padres y directores.

Pasó con efecto nuestro socio á continuar sus estu-  
dios á la ciudad de Alcalá; ciudad que parecia funda-  
da en obsequio de las ciencias, poblada solamente de  
escolares, y la mejor residencia de un jóven que entra-  
ba en la carrera de las letras.

Todo en estos pueblos anima y favorece la aplica-  
cion de los estudiosos. La conversacion de los buenos  
instruye, su ejemplo alienta y estimula, y su amistad  
inspira un amor preferente á la sabiduría. Como los  
hombres obran casi siempre por imitacion, cuidan an-  
siosamente de adquirir, ó al menos de remedar, aque-  
llas sobresalientes dotes que granjean á otros la mayor  
estimacion y lucimiento. La ciencia es sin disputa el  
mejor, el mas brillante adorno del hombre, especial-  
mente en las ciudades de enseñanza. En otras pobla-  
ciones la gallardía, la riqueza, el lujo y los talentos frívo-  
los roban por lo comun la atencion y los ojos de los jó-  
venes; pero en estas nada es estimable, nada bien visto,  
que no tenga relacion con los estudios y las ciencias.

Colocado, pues, en este teatro nuestro jóven Olme-  
da, no desmintió las muestras que habia dado de su  
penetracion y talento. Siguiendo las asignaciones del  
antiguo método, estudió con grande aplicacion el de-  
recho civil de los romanos, y se ocupó en los frecuen-  
tes ejercicios del gimnasio, que tanto contribuyen á  
aclarar las ideas científicas y á fijarlas tenazmente en  
el ánimo. Sustentó públicas conclusiones, hizo rigo-  
rosas oposiciones á las cátedras de leyes, regentó por  
sustitucion las de lóstituta y Decretales mayores y me-  
nores, é impaciente por adquirir algun título que diese  
testimonio de su aprovechamiento, pasó á la universidad  
de Sigüenza, recibió allí los grados de bachiller y li-  
cenciado en cánones, y volvió á su universidad para  
continuar con mas vigor su carrera escolástica.

Para recompensar esta honrada conducta, y dar al  
mismo tiempo un nuevo estímulo á la aplicacion de  
nuestro jóven, pensó su padre en adornar su persona  
con otros títulos que la hiciesen mas recomendable. Con  
esta idea, ya le habia distinguido antes con la cruz de  
Santiago, que adornaba tambien su pecho, y con la  
misma pensó ponerle en el colegio mayor de San Ilde-  
fonso, para que allí continuase con mayor lucimiento  
sus estudios.

Pero no creais, señores, que este fué en el ilustrísi-  
mo Olmeda un pensamiento de pura vanidad, sino mas  
bien una prueba de su ternura y de su desvelo hacia  
este hijo. El conocia muy bien que la libre residencia  
en aquella ciudad literaria podria exponerle todavía á  
algunas distracciones perniciosas á su instruccion y á  
sus costumbres. Veia confundidos en la universidad  
una multitud de jóvenes, nacidos en diferentes cunas  
y provincias, y dotados de varias inclinaciones y cos-  
tumbres, á quienes el estudio de una misma facultad  
igualaba en el trato y los hacia familiares y amigos.  
Notaba que esta familiaridad era no pocas veces perni-  
ciosa, pues en fuerza de ella, tal vez los jóvenes in-

cautos, en lugar del ejemplo de los buenos y estudiosos, se dejaban arrastrar del de los malos y distraídos. Consideraba, por otra parte, el gobierno de aquellas comunidades, que en la renovación de los estudios había erigido el celo de algunos célebres prelados para habitación de la juventud estudiosa, y veía que en ellas gozaban los jóvenes de las mismas ventajas que los que vivían en la ciudad, sin estar expuestos á los mismos inconvenientes y peligros. Mirábalos como unos baluartes, levantados en los buenos tiempos contra el atractivo del libertinaje y la disipación, ó bien como otros tantos santuarios, donde recibe gustosa la sabiduría á sus alumnos. Los hombres célebres que habían salido de estas almázeas á ilustrar con su sabiduría los empleos civiles y eclesiásticos, se presentaban frecuentemente á su memoria, y le excitaban un ardiente deseo de proponerlos á su hijo por modelos de imitación en la carrera á que estaba destinado. ¡Ved ahora, señores, si estas ideas eran dignas de la ilustración de aquel magistrado, y si prueban bien su desvelo y ternura en la educación de nuestro socio!

Con efecto, fué este recibido en el colegio mayor de San Ildefonso de Alcalá en 1753, y allí continuó el estudio de las leyes civiles y eclesiásticas, aumentándose su aplicación y sus tareas al paso que los conocimientos que iba adquiriendo cada día. Pero el derecho romano era el mas conforme á su inclinación. En él halló un tesoro de sábias máximas y excelente doctrina, de que usó después con acierto y oportunidad en el ejercicio de sus empleos. Nunca perdió de vista el ejemplo de aquellos sábios juriseconsultos, que en este solo manual habían tomado la ciencia que los elevó á la mayor reputación y los mas altos empleos. Yo sé muy bien que no se cifra en estas leyes, según la necia opinión de Acursio, toda la ciencia del juriseconsulto; pero ¿quién se atreverá á negar que están fundadas sobre los mas ciertos y luminosos principios de la equidad y justicia natural?

No estaba contento nuestro Olmeda con la licencia que había obtenido en la universidad de Sigüenza; y deseoso de prepararse para el doctorado de la de Alcalá, se sometió en ella al riguroso exámen que debía preceder al título de licenciado. Desempeñó con singular lucimiento los ejercicios público y privado que dispone el estatuto de aquella universidad, y mereciendo la unánime aprobación de aquel respetable claustro, recibió la licencia en 1757.

Había llegado ya el tiempo de dar alguna recompensa á la constante aplicación de nuestro escolar. Su padre, á quien la muerte había anticipado un terrible aviso en el accidente con que le atacó en 1756, deseaba con ansia ver á su primogénito colocado en la misma carrera de la magistratura, que él debía abandonar dentro de poco. Deseaba que fuese heredero de su misma profesión el que lo había de ser de su nombre y su fortuna. No le fué muy difícil conseguirlo, pues que además de ser entonces uno de los sumos magistrados á quienes el Rey conía la elección de los que deben servirle en sus tribunales, sus servicios distinguidos y el mérito y la aptitud de su hijo hacían mas fácil el cumplimiento de sus deseos.

Con efecto fué nuestro socio nombrado alcalde de hijos-dalgo de la chancillería de Granada en el año 1757, y pasó á servir esta plaza, bien penetrado de las altas obligaciones que le imponían la confianza del Soberano, los ejemplos domésticos (1) y los títulos exteriores que adornaban su persona.

Colocado, pues, en aquella sala de hijos-dalgo, que entonces conocía solamente de las causas de nobleza, fueron singulares la aplicación y el desvelo con que desempeñó las funciones de su nuevo ministerio. Sabía de cuánta importancia era para un estado monárquico oponerse á la confusión de las condiciones y las clases. Sabía que las leyes, la razón y la buena política obligan á guardar estrechamente á la nobleza unos privilegios comprados por sus predecesores al precio de su sangre derramada por la patria, ó de otros insignes servicios hechos en obsequio de ella. Sabía, en fin, que nada es mas injusto, nada mas pernicioso que introducir al goce de estos privilegios á unos hombres oscuros, que no tienen otra distinción que sus riquezas, y que al mismo tiempo que suben á una clase que los desconoce, á pesar de sus ejecutorias, hacen recaer toda la obligación de los pechos y servicios sobre otros dignos y honrados ciudadanos; sobre aquellos mismos que, contentos con su suerte, no tienen por qué envidiar la de otros, ni apetecen otro lustre, otra nobleza que los que nacen del ejercicio de la virtud y del cumplimiento de sus deberes.

Imbuído nuestro socio en tan sábias máximas, fué siempre el mas celoso antagonista de los seudo-nobles y el mas terrible enemigo de ciertos ministros inferiores, fabricantes de ejecutorias y noblezas, que infieles á su obligación, sacrifican al oro y á las dádivas su fe, su conciencia y la verdad misma. Granada está llena de testigos de esta verdad, y en los archivos de su chancillería existirán todavía las pruebas mas auténticas del celo y la constancia de nuestro magistrado.

Yo apelo también á los sábios ministros del mismo tribunal para que depongan de la exactitud, aplicación y sabiduría con que nuestro socio sirvió la plaza de oidor en ella, á que fué promovido en 1766. Muchos de estos testigos sirven actualmente en la corte los últimos empleos de la toga, á que los elevó la Providencia. Ellos, que le observaron de cerca, que vieron su conducta, que leyeron sus escritos, que vieron sus decisiones y discursos, que vengan á este circo y testifiquen de la verdad de mis palabras.

Era nuestro socio hombre muy amante de su profesión y de su clase, al contrario de aquellos espíritus volubles, que jamás están contentos con su estado y con su suerte; estimaba la carrera de la toga sobre todas las demás, y hallaba singular placer en conversar con los individuos de su clase. En sus distribuciones, en su vestido y en su porte exterior seguía un tenor de vida conforme á la seriedad de sus obligaciones. Bien sé que

(1) Además de su padre, tenía otros parientes altamente colocados en empleos públicos. El ilustrísimo don Francisco Antonio de Escandon, arzobispo de Lima, y don Pedro Leon y Escandon, del consejo y cámara de Castilla, eran sus tíos carnales, y de don Domingo Tres-Palacios, del consejo y cámara de Indias, era tambien sobrino, aunque no tan inmediato.



no por eso se libró de amargas y sangrientas murmuraciones, que recayeron sobre su conducta privada. Yo no debo ser aquí su censor ni tampoco su apologista; pero si es cierta la nota que opone la malicia á su conducta, muy lejos de culparle, yo hallo en ella misma un testimonio irrefragable de su pundonor y de la rectitud de su conciencia. Los hombres, des pues de haber errado, nada pueden hacer mas justo, mas plausible que reparar los males de que fueron autores en un momento de flaqueza. Los que proceden de otro modo... pero corramos el velo sobre esta parte oscura y du losa de su conducta, cuya discusion no conviene á la circunspeccion de este sitio ni al objeto de este acto.

Despues que nuestro socio habia servido al Rey por espacio de veinte años, solicitó una licencia para venir á ver á sus hermanos, de quienes habia vivido ausente desde su colocacion. Vino en efecto á Madrid en 1775, tiempo en que acababa de erigirse la Sociedad que hoy consagra estos instantes á su memoria. Conoció su penetracion cuánta utilidad podria resultar en lo sucesivo á toda la nacion del establecimiento de unos cuerpos únicamente destinados á promover su felicidad, y penetrado de esta idea, fué de los primeros que corrieron á solicitar que se le incluyese en la nueva Sociedad, y en efecto fué agregado á la lista de los socios en 1776.

Permitaseme ahora, señores, admirar la ilustracion y celo de este magistrado, que sin estar domiciliado en Madrid, quiso dar á nuestro cuerpo este claro testimonio de su estimacion en un tiempo en que tantos otros individuos de la corte huian afectadamente de ser incluidos en él. Vosotros sois testigos de que un gran número de personas, dignas por otra parte de nuestro respeto, no solo se desdeñaron de venir á sentarse entre nosotros, sino que en algun modo se declararon nuestros émulos. Enemigos de todo lo nuevo, sin examinarlo, y partidarios de la ignorancia y la pereza, unos murmuraron en secreto de nuestro celo, otros pretendieron ridiculizar nuestros trabajos, y aun hubo quienes llegaron al extremo de consagrar su pluma y su talento al odio y al descrédito de nuestro Instituto.

De tales gentes estaba llena la corte, cuando nuestro magistrado, menospreciando las hablillas de estos genios mal contentadizos, y siguiendo el ejemplo de otros buenos y honrados ciudadanos, que le habian precedido, vino á sentarse con ellos en esta morada de la amistad patriótica, y dió á las personas de su clase un ejemplo, que bastaria por sí solo para hacerle digno del tributo de gratitud y de alabanza que le consagramos en este dia.

Esta conducta y el conocimiento de sus méritos le proporcionaron en fin su colocacion en la regencia de la real audiencia de Sevilla, á que fué promovido en el mismo año de 1776.

Colocado pues nuestro socio á la cabeza de aquel respetable tribunal, nada omitió de cuanto puede hacer un sábio regente para que en él floreciese la mas pura y vigorosa administracion de justicia. Asiduo en la asistencia, constante en el trabajo, pronto y activo en el despacho de los negocios, jamás dió lugar á que la tolerancia, la pereza ni la acepcion de personas

causasen al litigante las largas y molestas detenciones, que de ordinario le son mas ruinosas que la misma pérdida de sus instancias. Exacto hasta el extremo en el cumplimiento de las ordenanzas, conservó siempre en su tribunal la pureza de aquella antigua disciplina, quo aunque cifrada muchas veces en menudas observancias y meras formalidades, es alma de la justicia, apoyo y ornamento de la magistratura. Era afable y familiar con los compañeros, grave y circunspecto con los inferiores, severo y tolerante, recto y compasivo; en fin, era uno de aquellos pocos magistrados que han descubierto el secreto de hacerse amar y temer á un mismo tiempo.

Pero esta última prenda era, si se puede decirlo así, la virtud favorita de nuestro socio. Conocia muy bien que el oficio de juez, aunque generalmente respetado por los altos fines para que fué instituido, era empero odioso muchas veces por el modo con que se ejerce. Le habia enseñado la experiencia que nada es mas aborrecible á los ojos del pueblo que un juez duro y desabrido en el trato. De su mano ni se estiman las decisiones favorables, porque se compran al amargo precio de duros desaires y repulsas, ni se disculpan las adversas, que se atribuyen, mas bien que al rigor de la ley, á la dureza del que juzga por ella. El pueblo sabe que la judicatura no se ha establecido para servir á la vanidad de los que la ejercen, sino al consuelo de los que la buscan. Sabe que el mas humilde de sus individuos tiene, como decia Plinio el mozo, derecho á importunarnos, y que si nos debe respeto y veneracion, es acreedor tambien á nuestra rectitud, paciencia y afabilidad.

Penetrado de esta máxima nuestro socio, era en extremo afable y popular con los pretendientes. Consolaba á unos, animaba á otros, daba á este consejo para dirigir sus justas pretensiones, dictaba á aquel recursos para llevarlas al deseado fin; y en conclusion, hacia que todos se separasen contentos de su vista. Así hacia muchas veces amable la justicia aun á aquellos mismos á quienes la justicia despojaba de sus posesiones y derechos.

¡Ojalá fuese esta máxima generalmente seguida entre nosotros! Pero ¿cómo no lo seria si los magistrados reflexionasen cuán delicioso objeto es sobre la tierra un juez humano, afable y popular! Discurre por todos los estados en que coloca la Providencia á los hombres, y decidme si alguno gozará mas seguramente de la benevolencia universal que el digno magistrado que despues de haber cedido una parte de su corazon á la justicia, reserva otra para consagrarla al consuelo de los infelices ciudadanos, á quienes la mano imparcial de la justicia misma arranca la vida que recibieron del cielo, el honor que heredaron de sus padres, ó los dulces bienes de que están pendientes la dicha y el sosiego de los mortales.

Era tambien nuestro socio muy estudioso. Conocia que las leyes apenas contienen otra cosa que los axiomas primitivos, ó como suele decirse, los primeros principios de justicia positiva. Conocia que los casos litigiosos rara vez ó nunca están expresamente contenidos en las leyes, y que para decidirlos con acierto

era preciso recurrir con frecuencia á sus intérpretes. No creía, como otros presuntuosos, que hallaría en el propio fondo la misma luz que en aquellos venerables jurisconsultos, que á costa de largas vigiliás é incesante meditación lograron penetrar el verdadero espíritu de las leyes. Tampoco creía que la obligación de estudiar prescribía con los años ni se escondía en la muchedumbre de negocios. Así, á pesar de los graves cuidados que le rodeaban, consultaba con frecuencia los autores, y jamás se arrojaba á decidir los negocios árdüos y dudosos, sin que antes buscara en los comentadores aquellos dogmas de jurisprudencia escondida, que siempre están ocultos al orgullo, á la ociosidad y á la pereza.

Estas continuas tareas, seguidas con teson en los veinte y cuatro años que estuvo empleado en la toga nuestro socio, habian hecho no poca impresion en su naturaleza. Habia algun tiempo que padecía un afecto de opresion al pecho, que aunque no le afligia diariamente, solia atormentarle por temporadas, especialmente en la mudanza de las estaciones. Como esta dolencia provenia de una causa antigua, que obraba lenta y disimuladamente, no daba á nuestro socio todo el cuidado que merecia. Muchas veces este mal habia puesto en riesgo su vida, y sin embargo no se recelaba de su malignidad, ó porque desatendia un riesgo de que se habia librado muchas veces, ó porque, á ma-

nera del soldado que corrió sin desgracia las contingencias de muchas campañas, se habia familiarizado ya con el peligro.

Como quiera que sea, el terrible momento que, segun la frase de la Escritura, ha de venir siempre escondido y no esperado, sorprendió á nuestro socio el día 4 del último mes de junio. Tres dias antes se habia sentido acometido de su ordinario accidente, acompañado de algun dolor de costado, que por ligero no dió susto al paciente ni á los físicos. Sangráronle al tercero día y al punto huyó el dolor, se aumentó la opresion al pecho y descubrió el mal toda su malignidad y su peligro. Aunque corto, tuvo el paciente algun tiempo para confesarse y recibir el santo Viático. Tratóse de atender al arreglo de los negocios temporales; pero la vehemencia del mal no dejó al enfermo capacidad ni tiempo para hacerlo, porque creciendo por instantes, puso término á su vida en el mismo día tercero de su enfermedad, en que falleció nuestro socio, siendo de edad de cuarenta y siete años (1).

(1) Hízose este discurso en el término de cuarenta y ocho horas, y sin desatender el autor las obligaciones de su empleo. Nos parece notable lo que dice de la universidad de Alcalá, que en época reciente se ha trasladado por completo á Madrid, ocasionándose con tal desacierto todos los males que indica Jovellanos, y algunos otros que calla. También creemos dignas de atencion las palabras que dedica á los colegios mayores.



# DISCURSO

LEIDO POR EL AUTOR EN SU RECEPCION Á LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, SOBRE LA NECESIDAD DE UNIR AL ESTUDIO DE LA LEGISLACION EL DE NUESTRA HISTORIA Y ANTIGÜEDADES.

*Et illud in primis statuo frustra tentore plurimos inter perfectos, consummatusque jurisconsultos numerari, nisi una simul historiarum periti sint, et antiquitatis colligant memoriam.*

(JANUAR. IN REP. J. C.)

SEÑORES: Este día, en que vengo á manifestaros mi reconocimiento por la singular distincion con que me ha honrado esta ilustre academia, debe ser para mí el mas gozoso y el mas plausible de mi vida. El rubor con que me miro adornado de un título á que no me juzgo acreedor, disminuiría mi actual satisfaccion, si no contemplase que cuando me dais el derecho de sentarme entre vosotros, no tanto considerais lo que soy, como lo que deseo ser; que hallais en mis buenos deseos una especie de mérito anticipado, y que para dar mayor estímulo á mi amor á la sabiduría, me adelantais el premio, que solo debiera recompensar á la sabiduría misma.

Incorporado pues en esta asamblea, que es el depósito de la erudicion y de la crítica de España; sentado entre unos sábios, que al conocimiento de la historia juntan el de las ciencias útiles, y agregado á esta porcion de hombres escogidos, que huyendo de la ociosidad y de la disipacion, vienen á dar culto á la verdad en su santuario, mientras la ignorancia y las preocupaciones se apoderan por fuerza de la muchedumbre; empiezo á considerarme á mí mismo como un hombre distinto del que antes era, y me siento animado de una poderosa emulacion á seguir vuestros pasos é imitar vuestro celo; porque estoy bien seguro de que solo siendo compañero de vuestras vigilias y trabajos puedo aspirar con justicia á ser participante de vuestra reputacion y verdadera gloria.

Pero nada contribuye tanto á mi presente satisfaccion como la esperanza de adquirir en vuestra conversacion y compañía alguna parte de vuestros conocimientos, de enriquecer con ellos el escaso patrimonio de mis ideas, y de hacerme así mas digno de vuestro lado y de mi propio ministerio. Porque, señores, si la ciencia de la historia es, como creo, del todo necesaria al jurisconsulto, ¿dónde mejor que entre vosotros podré adquirir unos conocimientos de que confieso estar desprovisto, y sin los cuales nunca podré desempeñar dignamente las funciones de la magistratura?

Mas cuando me confieso desprovisto del conoci-

miento de la historia, no creais que mi amor propio ha hecho algun esfuerzo extraordinario. Yo hago esta confesion con la sencilla ingenuidad que es propia de mi carácter y de este sitio. Por otra parte, ¿cuál será mi culpa en no haber hecho un estudio sério y reflexivo de la historia? En mis primeros estudios seguí sin eleccion el método regular de nuestros preceptores. Me dediqué despues á la filosofia, siguiendo siempre el método comun y las antiguas asignaciones de nuestras escuelas. Entré á la jurisprudencia sin mas preparacion que una lógica bárbara y una metafísica estéril y confusa, en las cuales creia entonces tener una llave maestra para penetrar al santuario de las ciencias. Mis propios directores miraban como inútiles los demás estudios, incluso el de la historia; y dedicados siempre á interpretar las leyes romanas, creian perdido el tiempo que se gastaba en leer los fastos de aquella república. De forma que hasta el ejemplo de mis propios maestros contribuyó á separarme de un estudio que despues el tiempo me hizo conocer del todo necesario.

Con efecto, despues de haber estudiado el derecho civil de Roma, me apliqué á la lectura de las leyes de España; de unas leyes que había de ejecutar algun día. Las mismas dificultades que hallaba en penetrar su espíritu me hacian desear el conocimiento de su origen; y este deseo me guiaba ya naturalmente á las fuentes de la historia. Pero en este estado me vi repentinamente elevado á la magistratura y envuelto en las funciones de la judicatura criminal. Jóven, inexperto y mal instruido, apenas podia conocer toda la extension de las nuevas obligaciones que contraía. Desde aquel punto yo no vi delante de mí mas que las leyes que debía ejecutar, el riesgo inmenso de ejecutarlas mal, y la absoluta necesidad de penetrar su espíritu para ejecutarlas bien. Entonces fué cuando empezó á triunfar la verdad de la preocupacion; entonces conocí que los códigos legales estaban escritos en un idioma enigmático, cuyos misterios no podian desatarse sin la ciencia de la historia; provechoso, pero tardío des-

engaño, que sirvió mas para hacerme conocer los riesgos que para librarme de ellos.

Permitid pues, señores, que yo saque de este desengaño la materia de mi discurso; permitidme que comuniqué con vosotros algunas de las reflexiones que me sugirió la misma experiencia, y que me hicieron conocer que el estudio de la historia es del todo necesario al jurisconsulto. Este argumento no parecerá ajeno de mi presente obligacion ni de vuestro instituto; y yo me resuelvo á tratarle, no solo para daros una prueba de mi reconocimiento, sino tambien del deseo de ocuparme en objetos dignos de verdadera atencion. ¡Ojalá que pudiera hacerlo de un modo digno de vuestra sabiduría!

Es la historia, segun la frase de Ciceron, el mejor testigo de los tiempos pasados, la maestra de la vida, la mensajera de la antigüedad. Entre todas las profesiones á que consagran los hombres sus talentos, apenas hay alguno á quien su estudio no convenga. El estadista, el militar, el eclesiástico pueden sacar de su conocimiento grande enseñanza para el desempeño de sus deberes. Hasta el hombre privado, que no tiene en el orden público mas representacion que la de simple ciudadano, puede estudiar en ella sus obligaciones y sus derechos. Y finalmente, no hay miembro alguno en la sociedad política que no pueda sacar de la historia útiles y saludables documentos para seguir constantemente la virtud y huir del vicio.

Pero entre todas las profesiones, es la del magistrado la que puede sacar mas fruto del estudio de la historia. El debe por su ministerio gobernar á los hombres. Para gobernarlos es menester conocerlos, y para conocerlos estudiarlos. ¿Dónde, pues, se podrán estudiar los hombres mejor que en la historia, que los pinta en todos los estados de la vida civil: en la subordinacion y en la independencia, dados á la virtud y arrastrados del vicio, levantados por la prosperidad y abatidos por la desgracia? Por otra parte, ¿qué otro estudio tiene tanta relacion como la historia con la ciencia del jurisconsulto? Yo veo á la verdad que esta ciencia no puede completarse sin el estudio de otras facultades. La gramática enseñará al jurisconsulto á hablar, la retórica á mover y persuadir, la lógica á raciocinar, la crítica á discernir, la metafísica á analizar, la ética á graduar las acciones humanas, las matemáticas á calcular y á proceder ordenadamente de unas verdades en otras; pero la historia solamente le podrá enseñar á conocer los hombres, y á gobernarlos segun el dictámen de la razon y los preceptos de las leyes.

El mismo Ciceron, á cuyo vasto talento no se ocultó alguno de los estudios referidos, solia decir que los que ignoraban la historia debian ser comparados con los niños, sin duda porque la esfera de sus conocimientos no pasa de un breve espacio de tiempo. Añadía que la edad del hombre era un átomo, si no se aumentaba con la noticia de las edades pasadas. Pero ¿qué diria Ciceron si hablase precisamente de los que estudian el derecho? Como dice con agudeza el erudito Aurelio de Januario, ¿cómo es posible que llegue á ser un consumado jurisconsulto aquel que, en dictámen

de Ciceron, vive en perpétua puericia; esto es, aquel que no sabe por la historia las revoluciones y sucesos de los tiempos pasados? Por eso han recomendado tanto este estudio los sábios jurisconsultos que hallaron en la historia de todos los pueblos el mejor comentario de sus leyes, Gravina, Heineccio, d'Aguesseau y todos los metodistas. Por eso tambien el mismo Januario se burlaba de aquellos juristas que esclavos de la preocupacion, se atrevieron á afirmar que el solo estudio de las leyes romanas bastaba para formar un sábio dotado de todos los conocimientos que pueden adornar el espíritu y rectificar el corazon del hombre.

Hasta aquí hemos probado con argumentos generales la necesidad de reunir el estudio de la historia al de las leyes; pero las pruebas mas conducentes se deberán tomar del íntimo y particular enlace que hay entre la historia de cada país y su legislacion. Pasemos, pues, de los argumentos generales á los particulares, y para no vagar inútilmente sobre el estudio de las leyes extrañas, reduzcamos nuestras reflexiones á los que se dedican al estudio del derecho español. Busquemos el enlace que hay entre nuestras leyes y la historia de nuestra nacion, y demosremos, en cuanto sea posible, la necesidad que tiene de saber esta quien pretende conocer aquellas. Pero cuando hayamos demostrado esta necesidad, no creamos haber descubierto una verdad oculta y desconocida, sino haber hecho una invectiva contra el olvido de los que la conocen y contiesan sin seguirla y practicarla.

Nosotros, señores, nos gobernamos en el día por leyes, no solo hechas en los tiempos mas remotos de nuestra monarquía, sino tambien en las épocas que corrieron desde su fundacion hasta el presente. El código que tiene en nuestros tribunales la primera autoridad es una coleccion de leyes antiguas y modernas, donde, al lado de los establecimientos mas recientes, están consignados, ó mas bien confundidos, los que dispuso la mas remota antigüedad. Varias colecciones de leyes hechas en los siglos medios se han refundido y renovado en este código; y las leyes que no han entrado en la coleccion, no por eso han perdido su primitiva autoridad, pues está mandado que se recurra á ellas en falta de decision reciente. Así el buen jurisconsulto que quiere conocer nuestro derecho debe revolver continuamente nuestros códigos antiguos y modernos, y estudiar en el inmenso cúmulo de sus leyes el sistema civil que siguió la nacion por espacio de tres siglos.

Bien comprendemos que seria empresa muy árdua dar la particular descripcion de cada uno de estos códigos, y mucho mas hacer el análisis de sus leyes. Pero el objeto que seguimos nos obliga á lo menos á pasar, aunque rápidamente, la vista por los mas principales, á buscar las fuentes del derecho que cada uno encierra, y á descubrir con la luz de la historia las relaciones que hay entre este derecho y la constitucion y costumbres coetáneas. Esta sencilla revision, mas que los mas fuertes raciocinios, descubrirá la necesidad de reunir el estudio de la historia al de las leyes. Subamos pues á la fuente primitiva de nuestro derecho, y descubramos el antiguo manantial de las leyes que



nos gobiernan, y que habiendo tenido su origen bajo la dominacion de los godos desde el siglo v hasta el viii, se obedecen todavia por los españoles del siglo xviii.

Los godos, gente feroz y belicosa, que arrojó de su seno el Septentrion para ser sucesivamente enemigos, aliados, súbditos y destructores del imperio romano, mal hallados con la escasa suerte que les habian ofrecido en su decadencia los señores del mundo, pensaron en buscar otra menos dependiente, y en deberla solo á sus esfuerzos y victorias. Con este designio invadieron varias provincias del imperio; y mientras algunas de sus tribus ocupaban el resto de la Europa, los visigodos se extendieron por España y parte de las Galias, y fundaron aquí una de las mas brillantes monarquías. Con su imperio trajeron á ella sus leyes y costumbres, y aunque el trato con los romanos les habia hecho adoptar su religion y participar de su cultura, no por eso olvidaron del todo ni la natural ferocidad de su carácter, ni su dominante inclinacion á la independendencia y á las armas. El valor fué siempre su virtud, y la libertad su idolo.

La política de los primeros príncipes que dominaron en España pretendió conciliar el interés del pueblo conquistador con la utilidad del conquistado. Para recompensar al primero le repartió las dos terceras partes de las tierras de esta conquista, y le dejó vivir con sus costumbres y derecho no escrito; y para acallar al segundo le reservó el restante tercio de sus tierras y el uso de las leyes romanas. Para que no se perdieran las leyes que debian obedecer unos y otros, Curcio hizo una compilacion de las costumbres góticas, y Alarico hizo recoger y publicar un código de leyes romanas. Así vivia dividido el pueblo español, y aunque la dominacion era una sola, la condicion de los súbditos era muy diferente. Distinguióanse, no solo en las leyes que obedecian y en los derechos que gozaban, sino tambien en el amparo y proteccion de las mismas leyes; en fin, hasta en los nombres, dándose el de los godos á los vencedores, y el de los romanos á los vencidos.

Sobre este peligroso sistema se estableció al principio la dominacion visigoda, hasta que sus príncipes empezaron á descubrir y á temer los inconvenientes que producía. Los riesgos á que los exponia esta division les abrieron los ojos. Pensaron seriamente en evitarlos, y para conseguirlo formaron el gran proyecto de borrar unas distinciones que separaban al pueblo vencedor del vencido, y eran tan peligrosas al que mandaba como á los que obedecian. En una palabra, trataron de hacer de los dos pueblos uno solo; diéronles primero una misma y la mejor creencia para reunir los ánimos, divididos entre la verdadera religion, la idolatría y el arrianismo; permitiéronles los recíprocos matrimonios para confundir las familias; desterraron el nombre de romanos, para que todos se llamasen godos; y en fin, los sometieron á unas mismas leyes, para igualar su condicion política. De este modo, uniformando el gobierno, empezaron á consolidar su autoridad y hacer mas segura su dominacion.

Después de esta época se redujeron á unidad todos los miembros del Gobierno, de tal manera, que aun

aquellas dos potestades, á quienes siempre ha dividido, mas que la diferencia de sus objetos, los encontrados intereses de sus depositarios, se vieron concurrir desde entonces unidas y conformes al arreglo de los negocios públicos. Con efecto, oficiales de palacio, grandes y señores de la corte, obispos y prelados eclesiásticos, presídidos del Príncipe, se juntaban frecuentemente en unas asambleas, que eran á un mismo tiempo cortes y concilios, y en ellas arreglaban los negocios relativos al gobierno de la Iglesia y del Estado; examinaban los males necesitados de remedio, y para ocurrir á ellos dictaban y proponian leyes, que eran una explicacion de la voluntad general, declarada por los principales miembros que representaban la Iglesia y el Estado; union admirable, á la que debió España su seguridad y su reposo en aquellas épocas de confusion y discordia civil, en que los aspirantes al mando ó á la tutela de los reyes pupilos ó imbéciles ponian el Estado, con sus bandos y pretensiones ambiciosas, á orilla de su ruina. Acudíase entonces á buscar el último remedio en las Cortes, y estas, atrayendo á unos, amedrentando ó refrenando á otros; ya haciendo observar religiosamente las leyes, ya templando su rigor algun tanto, para traer á conciliacion los partidos contendientes, conseguian asegurar, con su constante y firme prudencia, la paz y sosiego interior del reino, que eran entonces inasequibles por otros medios.

Pero las leyes hechas en estas augustas asambleas recaian por la mayor parte sobre objetos respectivos al derecho público y á la política superior del reino. Los negocios de los particulares se decidian entre tanto, ó por las costumbres góticas, que habia recopilado Curcio, ó por las leyes de sus sucesores, publicadas hasta el tiempo de Leovigildo, y agregadas por este á la compilacion de Curcio, ó en fin, por las leyes romanas, que obedecian el clero y los españoles, y de que tambien se hallan vestigios en la compilacion de Egica. En suma, las leyes conciliares dieron el último complemento á esta coleccion. Chindaswinto, Receswinto y Wamba las fueron sucesivamente agregando á la compilacion de Leovigildo, hasta que Egica, para quien estaba reservada esta gloria, le dió la última mano, formando el admirable código que hoy conocemos todos con el nombre de *Fuero de los Jueces*.

Al considerar las diversas fuentes de donde se derivan las leyes que encierra esta preciosa coleccion; al examinar el sistema de gobierno civil que en ella se descubre, y finalmente, al indagar las causas y las ocultas relaciones que hay entre sus decretos y el genio, las costumbres y las ideas del pueblo para quien se hicieron, ¿quién habrá que no conozca que es preciso recurrir al estudio de la historia para penetrar el espíritu y conocer la esencia de estas leyes?

Con efecto, la primera fuente de donde se han derivado es el derecho no escrito que trajeron los godos á España con su dominacion. Pero ¿quién podrá conocer las costumbres góticas sin saber la historia antigua de estos pueblos, su gobierno mientras estaban allende del Rin, su religion, su cultura, sus usos y costumbres? Este estudio no se ha de hacer solamente

en los códigos septentrionales, sino tambien en los historiadores de aquellos pueblos. César y Tácito, dice al propósito Montesquieu, se hallan de tal modo conformes con las leyes de los pueblos del Norte, que leyendo sus obras, se tropiezan á cada paso estos códigos, y leyendo estos códigos, se encuentra en todas partes á Tácito y á César.

¿Y por qué no dirémos lo mismo de los establecimientos hechos en España por los antecesores de Recaredo, que forman la segunda fuente del derecho visigodo? ¿Quién podrá conocer su espíritu sin saber antes por la historia cómo se estableció en España la dominacion de los godos, qué forma se dió á su gobierno, cuál fué su jerarquía política, civil y militar, cuáles las obligaciones y derechos del pueblo godo y español, y hasta qué punto influia en el carácter de los primeros la constitucion que adoptaron, el clima en que vivieron, la religion que profesaron, las nuevas ideas, usos y costumbres que recibieron de los segundos? No se dude, dice el mismo Montesquieu, que estos bárbaros conservaron por mucho tiempo en sus conquistas las inclinaciones, usos y costumbres que tenían en su país; porque una nacion no muda de repente su modo de pensar. Pero ¿quién dudará tampoco que una nacion trasladada á vivir á un clima distante, bajo de un gobierno diferente, y en nuevas y desconocidas regiones, iria mudando poco á poco sus ideas y sus costumbres?

Yo miro el derecho romano como la tercera fuente de las leyes visigodas; y no me cansaré en persuadir cuán necesario sea el estudio de la historia para conocer las leyes de aquella famosa república. Otros han desempeñado felizmente esta empresa, y acaso algun dia será este punto objeto de un discurso particular que yo ofrezca á vuestro exámen.

Pero no puedo dejar de detenerme á hablar mas particularmente de los decretos conciliares hechos desde el tiempo de Recaredo, que forman la cuarta y principal fuente de la legislacion visigoda. ¿Por qué no lo dirémos claramente? Ellos alteraron la constitucion del Estado en los puntos capitales, y la dieron una nueva forma. Esta alteracion fué un efecto de la prepotencia del clero. Veamos si es posible descubrir las causas de una revolucion, que ya habia experimentado el gobierno de Roma bajo los emperadores católicos, y de que pueden testificar no pocas leyes de los códigos de Teodosio y Justiniano. Pero no quiera Dios que mi lengua se atreva á manchar temerariamente las santas intenciones de aquellos venerables prelados, sin cuyo consejo, todo, hasta la Iglesia misma, hubiera zozobrado en unos tiempos y entre unos legos que no conocian mas virtud que el valor, mas ejercicio que el pelear, ni mas ciencia que la de vencer y destruir. No, señores; yo aplaudo con sincera veneracion el celo que los guiaba, y si me atrevo á indicar el origen de las leyes que dictaron, no es para censurarlas, sino para conocerlas.

Un pueblo marcial, ignorante y supersticioso debia tener costumbres sencillas, pero al mismo tiempo rudas y feroces. Para hacerle feliz era menester cultivarle é instruirle. Los principes fiaron este cuidado á

los eclesiásticos, únicos depositarios de la instruccion y de la virtud de aquellos tiempos; con el encargo de reformarle, les dieron toda la autoridad precisa para el desempeño. La historia nos los representa, desde el siglo vii, concurriendo á la formacion de las leyes en los concilios. Allí los vemos ocupados, no solo en la reforma de la disciplina eclesiástica, sino tambien en dictar reglas políticas de conducta á los pueblos, á los magistrados y ministros públicos, á los grandes y señores de la corte, y aun á los reyes mismos. Los oficiales del palacio, los prefectos del fisco, los jueces y altos magistrados debian responder al concilio del buen ejercicio de sus funciones. Aun fuera del concilio ejercian particularmente los obispos una especie de superintendencia general sobre la administracion civil, en tanto grado, que de las providencias injustas del magistrado secular se llevaba recurso de fuerza á los obispos. Por este medio la mejor parte de la potestad temporal se subordinó á la eclesiástica, creció ilimitadamente el influjo de los obispos en los negocios públicos, y en fin, las mismas leyes autorizaron una novedad, que mirada á la luz de las ideas de nuestro siglo, parecerá, no solo extraordinaria, sino es tambien prodigiosa.

Como quiera que sea, ¿quién podrá conocer estas leyes sin el auxilio de la historia, y dónde, sino en ella, se hallará una idea cabal de su espíritu y carácter? Si los profesores del derecho no las estudian con este auxilio, ¿cuántos principios erróneos y funestos no podrán deducir de ellas? Ved aquí por qué me he detenido mas particularmente en descubrir las relaciones que se hallan entre la historia y las leyes de aquellos tiempos. Pero otra razon mas urgente me hubiera obligado á hacerlo así. Nosotros verémos en la siguiente época de nuestra legislacion empeñados los principes en renovarlas, y á pesar de las mudanzas que padeció la constitucion por las revoluciones que acaecieron, verémos tambien conservado hasta nuestros dias el respeto que estas leyes se habian conciliado desde su origen.

Con efecto, los tiempos que siguieron á la inundacion de los árabes vieron renacer la legislacion visigoda, y con ella la antigua constitucion, que no perdió su forma sino muy poco á poco. Para demostrar esta alteracion, me es forzoso seguir, aunque rápidamente, la historia de los tiempos que la produjeron, y descubrir en ellos la naturaleza y carácter de la nueva constitucion y de las nuevas leyes que obedeció la España durante un largo período de siglos.

Mientras los godos y españoles, hechos ya una nacion y un solo pueblo, gozaban de la proteccion de estas leyes que acabamos de describir, la eterna Sabiduría, que preside á la suerte de todos los imperios, habia señalado en el reinado de don Rodrigo el término á la dominacion de los godos. El siglo viii vió en sus primeros años el amago y el cumplimiento de esta revolucion. Los árabes que habitaban la Mauritania, atraídos quizás por los judíos, cuya suerte habian hecho demasiado dura en España las leyes conciliares, ó acaso llamados por los hijos de Witiza, que no pudiendo sufrir á otro sobre el trono de su padre, habian formado una conspiracion para destronar á Rodrigo, ca-



yeron de repente sobre la España , é inundaron casi todas sus provincias , á guisa de un torrente impetuoso que destruye cuantos estorbos se oponen á su furia. Todo desapareció entonces bajo las huellas del pueblo conquistador : nacion, estado, religion, leyes, costumbres, todo hubiera perecido enteramente, si aquella misma Providencia que enviaba esta calamidad, no hubiera preparado en los montes de Astúrias un asilo á las reliquias del antiguo imperio de los godos.

Estas reliquias , reunidas bajo la proteccion del cielo y la conducta del invencible don Pelayo , no solo tuvieron por aquella parte la irrupcion, sino que ayudaron al establecimiento de un nuevo imperio, destinado á reparar las pérdidas del antiguo, y aun á llevar mas adelante su gloria y esplendor. Con efecto, don Pelayo, cuyas heroicas virtudes premió el cielo con altos y señalados beneficios, echó en Astúrias los fundamentos del nuevo trono. Ocupóle por espacio de veinte años, y en ellos logró fijar la suerte de aquella pequeña nacion, acogida á su sombra, para que no volviese á temer jamás las cadenas que le preparaba el sarraceno. Don Alfonso el Católico, su yerno, y su nieto don Fruela, agregaron al nuevo reino de Astúrias la mayor parte de Galicia y Vizcaya, y aun de Portugal y Castilla. Don Alfonso el Casto, bisnieto, llevó sus victoriosas banderas hasta las orillas del Tajo, y en un reinado de medio siglo, en que brillaron igualmente la gloria de sus armas y la sabiduría de su gobierno, logró restituir la antigua constitucion á su esplendor primitivo.

Con efecto, este habia sido el principal designio de sus predecesores; pero parece que la Providencia detuvo de propósito á don Alfonso sobre el trono para que le llevase al cabo. Desde su tiempo vemos consolidada una forma de gobierno del todo semejante á la constitucion visigoda: los empleos y oficios de la corte y del palacio se distribuyen, y el ceremonial y la etiqueta se arreglan segun la norma de la corte antigua; la jerarquía civil se establece á semejanza de la de los godos; se divide en condados el país reconquistado, y se fían á cada conde la jurisdiccion y defensa de su distrito.

Renúvase el uso de aquellas asambleas, que eran á un mismo tiempo cortes y concilios, y en ellas los grandes y prelados arreglan los negocios del Estado y de la Iglesia. Finalmente, restitúyese su autoridad á las leyes godas, conocidas desde estos tiempos con el nombre de *Fuero de los Jueces*, y se gobiernan segun ellas los negocios públicos y privados, en cuanto permiten las circunstancias de aquella época.

Desde entonces todos los lugares que se iban agregando á la corona de Leon recibian para su gobierno las leyes godas; leyes que aun en tiempos mas recientes se dieron tambien á muchos lugares de la corona de Castilla. Y este es un claro é irrefragable testimonio del respeto que se adquirieron entre nosotros desde el principio de la restauracion.

Como quiera que sea, lo dicho hasta aquí demuestra que los primeros reyes de Astúrias pensaron seriamente en restablecer la constitucion visigoda. Pero este designio era en aquel tiempo casi impracticable:

una constitucion perfeccionada en el espacio de dos siglos, y cuyo objeto era conservar un imperio extendido, ni autener un gobierno pacífico y reunir dos pueblos diferentes, no podia acomodar al nuevo estado; esto es, á un estado pequeño, vacilante, rodeado de poderosos enemigos, faltar de fuerzas y recursos, y donde la poblacion y la defensa nacional debian formar su principal objeto.

Esto se conoció muy bien cuando los castellanos empezaron á sentir la fuerza de los moros de Leon, y cuando, sacudiendo el yugo que los oprimia, empezaron á reconocer á sus condes como á soberanos independientes, asegurando por este medio su libertad misma. Este suceso, por mas que fuese una consecuencia natural del estado mismo de las cosas, debia causar, y causó con efecto, una considerable alteracion en el antiguo sistema de gobierno. Por eso vemos despues consolidarse poco á poco otra constitucion notablemente diversa de la antigua, y cuyo principio merece tambien de nuestra parte algun exámen, por la influencia que tuvo en las leyes que nacieron de ella. ¡Ojalá que á mi pluma le fuera dada aquella feliz energia que sabe pintar de un rasgo las ideas mas complicadas, para poder descubrir sin molestarlos la esencia de esta constitucion y los progresos por donde fué pasando desde su principio hasta su complemento!

A los reyes de Astúrias, que empezaron á recobrar del sarraceno los pueblos invadidos, no les era tan fácil mantenerlos como conquistarlos. Don Alfonso el Católico extendió tanto su dominacion, que le fué necesario abandonar una parte de sus conquistas por no aventurarlas todas. Poco á poco se fueron estableciendo presidios en algunos pueblos, en otros se capituló con los moros y antiguos habitantes establecidos en ellos, y los demás quedaron abandonados á la fidelidad de los pocos españoles que habia preservado del estrago el mismo interés del vencedor.

Pero cuando la victoria habia afirmado ya los fundamentos del trono de Leon; cuando acudieron de todas partes españoles y extranjeros á vivir á su sombra y á tener alguna parte en la fatiga y en el premio de las nuevas conquistas, entonces solo se pensó en repartir las tierras ocupadas y establecer en ellas nuevas poblaciones. Los grandes y señores de la corte, los nobles, los caballeros, los extranjeros y voluntarios que asistian á los reyes en la guerra, obtenian de ellos lugares y términos, sin mas cargo que el de poblarlos y el de concurrir con sus personas y las de los nuevos vecinos á la defensa del Estado. Los principes, cuya liberalidad hallaba abundante materia para estos dones, á nadie dejaban descontento. Su piedad y celo por la religion extendió tambien á las iglesias y monasterios los efectos de su munificencia. De tan remoto origen se derivan las grandes riquezas que hoy admiramos en muchos monasterios de antigua fundacion. En fin, los reyes, despues de haber recompensado á los compañeros de sus victorias, reservaban muchos pueblos para su propio patrimonio, y dejaban á otros la facultad de vivir libres de obligaciones y servicios, ó de elegir el dueño y protector que les pluguiese.

De aquí nació aquella obligacion casi feudal que

descubrimos en la historia de estos primeros tiempos. Los repartimientos de tierras y lugares eran de parte de los príncipes, mas que un don, una paga de los servicios de sus vasallos. Un ejército compuesto de hombres libres pedía con justicia, en recompensa de sus fatigas, una porción del terreno sobre que habían derramado su sudor y su sangre. Los condes de Castilla tuvieron mayor necesidad de seguir esta máxima, por lo mismo que habían fundado sobre ella su independencia. Por esto la vemos uniformemente seguida desde los tiempos mas remotos, y por esto debemos mirar á los nobles castellanos como á los primeros que aseguraron los privilegios, libertades y franquicias que concedió la constitución á su clase.

Seria cosa demasiado prolija indagar toda la extension de estas mercedes reales, así en cuanto á su esencia como en cuanto á su duracion. Pudieren al principio ser vitalicias, pudieron tener algunas restricciones, pero tardaron poco en ser absolutas y perpétuas. Los señores, no solo poseian el suelo, sino tambien la jurisdiccion, los tributos, los servicios y los demás derechos dominicales de las tierras repartidas y sus habitantes. Parece que los príncipes se habian visto forzados á partir su soberanía con los que les ayudaban á extenderla. Los mismos señores particulares, las iglesias y monasterios subdividian tambien su propiedad, y repartiéndola en menores porciones, criaban vasallos que los asistiesen en las guerras comunes y privadas. Tal vez estos vasallos se erigian en señores, repartiendo á otros sus tierras, con el cargo de asistirlos en la guerra. Tal era la condicion de aquellos tiempos, que nunca se separaba el derecho de poseer de la obligacion de militar. De aquí nació aquella multitud de clases, subordinadas unas á otras, y todas al monarca; de aquí aquella diferencia de señoríos, realengos, solariegos, abadengos y de behetría; de aquí, en fin, aquella diferencia de estados, ricos-hombres, hijos-dalgo, infanzones, señores, deviseros, caballeros, vasallos, subvasallos, y otros muchos, que todos dicen relacion á un mismo tiempo al derecho de poseer y á la obligacion de servir y militar; relacion que solo puede enseñar el estudio de la historia y de las leyes, y para cuya comprension apenas son bastantes las mayores tareas.

La legislación siguió siempre los progresos de este sistema de poblacion y defensa, que fomentaba la constitucion y era en todo conforme á ella. Dejemos á un lado las leyes que obedeció el reino de Leon, y se habian desviado menos de la constitucion visigoda, cuyas huellas siguieron mas de cerca los leoneses, y hablemos solo de la legislación de Castilla. Yo la encuentro en un código, cuyo origen se pierde en la oscuridad de los primeros tiempos de la restauracion. En él están señaladas las obligaciones y derechos de las clases altas, y los cargos y deberes de las inferiores; en él se halla una coleccion de fazañas, albedrios, fueros y buenos usos, que no son otra cosa que el derecho no escrito ó consuetudinario, por que se habian regido los castellanos cuando se iba consolidando su constitucion; en él, en fin, están depositados los principios fundamentales de esta constitucion, y de la

legislacion que debia mantenerla. No debo advertir que hablo del *Fuero Viejo* de Castilla, tesoro escondido hasta nuestros tiempos, mirado con desden por los jurisconsultos preocupados y por los juristas melindrosos, pero cuyo continuo estudio debiera ocupar á todo hombre amante de su patria, para que nadie ignorase el primer origen de una constitucion ó forma de gobierno que todavia existe, aunque alterada por la vicisitud de los tiempos y la diversidad de costumbres y circunstancias.

Bien quisiera yo que el tiempo me permitiese señalar con menos generalidad el origen, y explicar mas detalladamente el carácter de las leyes que contiene este código, y que son tan venerables por su sabiduría como por su antigüedad. Llámenlas en buen hora bárbaras y groseras los que ignorando su origen, son incapaces de penetrar su esencia; pero yo admiraré siempre la prodigiosa conformidad que hay entre ellas y la constitucion coetánea. Las guerras privadas entre los señores, los duelos, treguas y seguranzas de los particulares, los combates judiciales, el aprecio pecuniario de las ofensas personales, las pruebas de agua y fuego, las fórmulas solemnes para tomar ó dejar la hidalguía, probar la legitimidad, atestiguar los esponsales, calificar la violacion y el rapto, y otros mil establecimientos, que parecen absurdos y monstruosos á los que son peregrinos en el país de la antigüedad, ¿qué otra cosa son que unas reglas claras y sencillas para terminar brevemente las contiendas suscitadas entre los individuos de una nacion marcial, iliterata, sincera y generosa? Y á la verdad, señores, ¿qué es lo que falta á las leyes para ser sábias cuando son convenientes? ¿Acaso las leyes de Zoroastres, de Solon, de Licurgo y de Numa tuvieron otra bondad que la de ser acomodadas á los pueblos para quienes se hicieron?

Pero lo que hace mas á mi propósito es, que el espíritu de estas leyes antiguas solo se puede descubrir á la luz de la historia; sin este auxilio el jurisconsulto dedicado á estudiarlas correrá deslombrado por un país tenebroso y lleno de dificultades y tropiezos. Yo quisiera poderlos descubrir menudamente, para inculcar en los ánimos una verdad tan provechosa é importante; pero la generalidad de mi objeto no me permite tanta detencion. Por eso, dejando á un lado otras dificultades, hablaré solamente de una, que es acaso la mas principal de todas.

Esta dificultad consiste en el mismo lenguaje en que están escritas nuestras leyes antiguas; en este lenguaje venerable, que por mas que le motejen de toscó y de grosero los jurisconsultos vulgares, está lleno de profunda sabiduría y altos misterios para todos aquellos á quienes la historia ha descubierta los arcanos de la antigüedad. Las palabras y frases que le componen están casi desterradas de nuestros diccionarios, y el preferente estudio que han hecho nuestros jurisconsultos en unas leyes extrañas, y escritas en un idioma forastero, las ha puesto enteramente en olvido. Sus significaciones, ó se han perdido del todo, ó se han cambiado ó desfigurado extrañamente; los glosadores no las han explicado, y acaso no diré mucho si afirmo que ni las han entendido; ¿qué dificultad pues



tan insuperable no ofrecerá á los juriconsultos su lectura? ¿Y cómo podrán evitarla si el estudio de la historia y de la antigüedad no les abre las fuentes de la etimología?

Y no creais, señores, que el conocimiento de este lenguaje primitivo sea una ventaja de pura curiosidad. Su importancia es notoria y su necesidad absoluta; sin él no puede conocerse la verdadera esencia de la propiedad de las tierras, la extension del señorío real eminente, ni las diferentes especies de los señoríos particulares, realengos, solariegos, abadengos y de behetría; sin él no se puede conocer la jerarquía política y militar del reino, ni los miembros que la componen, ricos homes, infanzones, fidalgos, señores, deviseros, vasallos, caballeros, atemaderos, peones, villanos y mañeros; sin él no se puede comprender la jerarquía civil ni las facultades de sus miembros, consejeros del Rey, condes, adelantados, merinos, alcaldes, alguaciles, sayones y otros semejantes. ¿Quién entenderá, sin este auxilio, los nombres de solar, feudo, honor, tierra, condado, alfoz, merindad, sacada, coto, concejo, villa, lugar, y otros que señalan la esencia de las propiedades ó los límites de las jurisdicciones? ¿Quién los de mañería, infurecion, conducho, yantar, abunda, martiniega, marzagda y otros que distinguen la calidad de los tributos? ¿Quién los de amistad, fidelidad, fe, desafío, riepto, tregua, paz, desegurancia, homecillo, despez, caloña, coto, entregas, enmiendas y otros pertenecientes á la jurisprudencia civil y á la legislacion criminal? ¿Quién, finalmente, podrá entender otros infinitos nombres, verbos, frases, idiotismos de aquel lenguaje, cuyas significaciones ha perdido ó desfigurado la decantada cultura de nuestro siglo? Pero volvamos á hablar de nuestros códigos, y sigamos, aunque con paso acelerado, el progreso de nuestra antigua legislacion.

La misma série de la historia nos conduce á hablar de otros códigos particulares, cuya autoridad no ha sido en lo antiguo menos respetada que la del *Fuero Viejo*. Ellos contienen una parte de legislacion que sirvió de complemento al derecho antiguo, y nació, digámoslo así, en la misma cuna. Hablo de los fueros y cartas-pueblas dados á las villas y ciudades que la suerte de la guerra iba reduciendo al dominio de nuestros reyes. El número de estos códigos se contaria por el de las capitales restituidas ó fundadas despues de la restauracion, si el tiempo y el descuido no hubieran consumido unos y olvidado otros. En aquel tiempo todos querian vivir con leyes propias, y esta máxima se siguió tan tenazmente, que muchas veces se daban á un solo pueblo distintos fueros. En Toledo le obtuvieron de su conquistador, don Alfonso VIII, no solo los castellanos que licieron la conquista, sino tambien los antiguos moradores católicos que habian vivido bajo la dominacion sarracena, conocidos por el nombre de mozárabes. Hasta los extranjeros que habian acudido como auxiliares á la conquista, conocidos generalmente por el nombre de francos, lograron tambien su fuero. Además de esto, estaban otorgados á cada clase particulares fueros; de manera que cada individuo podia vivir confiado en la proteccion de unas leyes que eran

propias, y que se debian interpretar por jueces de su misma clase.

Pero lo que mas merece nuestra observacion es, que al favor de estos fueros se perfeccionó poco á poco la forma del gobierno municipal de los pueblos, conocida ya desde los tiempos mas remotos. Hablo de los ayuntamientos, á quienes les fué dada desde el principio la autoridad precisa para dirigir los negocios tocantes al procomunal de los pueblos. Los concejos formaron desde entonces como unas pequeñas repúblicas, y su gobierno se podia llamar por semejanza democrático, ó bien porque el pueblo nombraba todos los miembros de su primer senado, ó bien porque en este residia siempre uno ó mas representantes de sus derechos. Estos cuerpos políticos habian sido tambien considerados en el repartimiento de las tierras, señalándose unas para el aprovechamiento comun de los vecinos, y otras como propio patrimonio de la comunidad. Con estas rentas, de que tenian los concejos la facultad de disponer libremente, acudian á las necesidades públicas, no solo de su comun, sino tambien del Estado. Nosotros vemos desde muy antiguo á estos concejos haciendo un gran papel en la historia, concurriendo con sus pendones á la guerra, con su voto á las Cortes, teniendo una conocida influencia en el arreglo de los negocios y en la suerte del Estado.

Pero este sistema de gobierno, en que estaban como aisladas las varias porciones en que se dividia la nacion, hubiéra hecho nuestra constitucion varia y vacilante, si las Cortes, establecidas desde los primitivos tiempos, no reunieran las partes que la componian, para el arreglo de los negocios que interesaban al bien general. Al principio, como hemos dicho, estas cortes eran tambien concilios, y en ellas el Rey, los grandes, los prelados y señores arreglaban los negocios del Estado y de la Iglesia. Pero despues que la nacion creció en individuos y provincias, despues que empezaron á distinguirse los tres estados, y despues que se fijó la representacion y la influencia de cada uno en los negocios, las Cortes solo cuidaron del gobierno civil y politico del reino. Todo el mundo sabe cuánto contribuian entonces estas asambleas para conservar la paz interior del reino, y á mantener las clases en su debida dependencia, y á refrenar los excesos de la ambicion y del poder de los magnates; en ellas se reunia la voluntad general por medio de los representantes de cada estado, se clamaba por el remedio de los males públicos, se descubrian sus causas, y se indicaban los medios de extirpar los abusos que la relajacion ó inobservancia de las leyes introducian en los diferentes ramos de la administracion pública.

Pero, señores, ¿podré yo ahora convertir mis reflexiones hácia los vicios y defectos de esta constitucion? ¿Cuál es la desgracia que hace á los hombres tímidos y los retrae de descubrir sus opiniones en las materias de gobierno? El santo nombre de la verdad ¿no bastará para ponerlos á cubierto de toda censura? ¿Por qué se han de callar las verdades útiles, por mas que desagraden á unos pocos, vergonzosamente interesados en alejarlas del conocimiento de aquellos mismos á quienes conviene mas descubrirlas y saberlas? Pero

yo hablo á un congreso donde nada de lo que voy á decir parecerá nuevo ni extraordinario, y sobre todo á unos sábios que dotados de tanta buena fe como ilustracion, no creerán que mi voz se dirige á sus oídos para inspirarles ideas menos convenientes á la gravedad de los que oyen que á la modestia del que discorre.

Digámoslo claramente: si la antigua legislacion de que hablamos es digna de nuestros elogios por la absoluta conformidad que habia entre ella y la constitucion coetánea, es preciso confesar que esta misma constitucion tenia dentro de sí ciertos vicios generales que conspiraban á destruirla, y que estos vicios estaban de algun modo autorizados por las leyes. El poder de los señores era demasiado grande, y en la primera dignidad no habia entonces bastante autoridad para molestarlo. Toda la fuerza del Estado estaba en manos de los mismos señores; cada uno podia disponer de un pequeño ejército, compuesto de sus vasallos y amigos y parientes; los maestros de las órdenes militares tenían en su séquito una porcion de milicia, la mas ilustre y numerosa; los prelados, en calidad de propietarios, disponian tambien de una porcion de brazos que se sustentaban de sus tierras, y aun los concejos acudian á las guerras, llevando una numerosa comitiva bajo de sus pendones. Es verdad que toda esta fuerza estaba subordinada por la constitucion al Príncipe, á quien debia seguir todo vasallo en sus expediciones, pero en el efecto estos eran siempre unos auxilios precarios, y dependientes de la voluntad ó del capricho de los señores. Aun cuando se prestaran sin resistencia á los designios del Monarca, era de cargo de este mantenerlos en la guerra. Por un antiguo privilegio de la nobleza, no debia esta militar sino á sueldo del Príncipe. El erario era entonces muy pobre, los tributos pocos y temporales, los recursos difíciles y siempre pendientes del arbitrio de las Cortes; ¿qué era pues el Príncipe en esta constitucion, sino un jefe subordinado al capricho de sus vasallos?

Yo bien sé que en otros muchos puntos la dependencia era reciproca, y que los nobles debian seguir al Monarca, ó porque podia separadamente oprimirlos, ó porque de él solo podian esperar grandes recompensas; pero esto mismo dividió la nacion muchas veces en partidos, y aquel era mas fuerte donde cargaba la mayor parte de los grandes propietarios. El Príncipe no tenia por la constitucion medios para reprimir estos excesos: era preciso que los buscara en el arte y la política. Ninguno tan seguro como el de dividir á los señores para debilitarlos; y como el interés era el móvil universal, los príncipes astutos manejaban diestramente este muelle para ganar á unos y castigar á otros, recompensando á sus afectos con lo que quitaban á sus contrarios. Así se vió muchas veces vacilando la suerte del Estado, sepultada la nacion en la anarquía mas funesta, y empleadas en guerras intestinas las armas que debieran dirigirse contra los comunes enemigos.

Pero sobre todo, en esta constitucion yo busco un pueblo libre, y no le encuentro. Entre unos príncipes subordinados y unos señores independientes, ¿qué

otra cosa era el pueblo que un rebaño de esclavos, destinado á saciar la ambicion de sus señores? Este pueblo, que debia mantener con su sudor al Príncipe, se ve separado del Príncipe para alimentar la codicia de los señores; y puesto bajo la proteccion de los señores, se le forzaba á levantar sus manos contra el Príncipe que debia proteger. Ninguna cosa podia librar de esta suerte á un pueblo que no sabia lo que era libertad. Con efecto, la libertad era entonces un bien tan desconocido á la última clase, que los mismos pueblos libres, llamados behetrías, creian no poder vivir sin reconocer un dueño. Para huir de la opresion que los amenazaba la ambicion por todas partes, buscaban un protector y hallaban un tirano; y como el derecho de eleccion los autorizaba para abandonarlo, no pudiendo vivir sin obedecer, corrian voluntariamente á otras cadenas; á la manera de aquellos miserables de quienes cuenta Aristóteles que rendian espontáneamente su libertad para asegurar en los horrores del cautiverio una precaria y miserable subsistencia.

El único resorte que podia mover la constitucion para evitar los inconvenientes que producía ella misma, eran las Cortes. Pero en las Cortes preponderaba tambien el poder de las primeras clases: la nobleza y los eclesiásticos eran igualmente interesados en su independencia y en la opresion del pueblo; los concejos que le representaban eran representados tambien por personas tocadas del mismo interés y á quienes dolía muy poco la suerte de la plebe inferior; en una palabra, una constitucion que permitia que el Estado se compusiese de muchos miembros poderosos y fuertes, en que los vínculos de union eran pocos y débiles, y los principios de division muchos y muy activos; una constitucion, en fin, en que los señores lo podian todo, el Príncipe poco y el pueblo nada, era sin duda una constitucion débil é imperfecta, peligrosa y vacilante.

La legislacion siguió siempre sus huellas, y aunque es preciso confesar que confrontada con la constitucion, era buena y sabia, tambien es cierto que participaba de sus vicios y defectos. El mas particular era la falta de uniformidad. Apenas se conocian leyes generales. Todos vivian con sus leyes y eran juzgados por sus jueces: los hijos-dalgo tenian su fuero particular, cada concejo tenia el suyo, y aun dentro de una misma villa, como hemos dicho, cada clase de habitantes tenia sus leyes y sus jueces. Por lo mismo el gobierno civil era vario, incierto y dividido, y en aquel tiempo la porcion de España libre del yugo sarraceno, mas que una nacion, compuesta de varios pueblos y provincias, parecia un estado de confederacion, compuesto de varias pequeñas repúblicas.

Tal era el estado de las cosas cuando el deseo de reducir la legislacion á un sistema uniforme sugirió en el siglo xiii la idea de formar un código general. Dos grandes príncipes, don Fernando el Tercero y don Alonso el Décimo trabajaron en esta digna empresa; esto es, el mas santo y el mas sabio de los reyes que dominaron en aquellos siglos. El primero apenas hizo otra cosa que proyectarla; pero animado el último por aquella constancia invencible con que se aplicaba á promover los proyectos literarios, logró llevar al cabo la formacion



de las Partidas, código el mas sábio, el mas completo, el mas bien ordenado que pudo producir la rudeza de aquellos tiempos.

Bien conocia el Rey Sábio que era menester preparar la nacion para que conociese este beneficio y le admitiese. Con esta idea compuso el *Fuero de las leyes*, y aforó segun él algunas villas y ciudades. En 1255 le declaró en Búrgos por fuero general, y le dió como tal á los concejos de Castilla. Así trataba de acostumbrarlos á reconocer una legislacion uniforme, para abrir despues el tesoro de sus Partidas, y hacerlas introducir en todas partes.

Los nobles de Castilla, que conocieron el golpe que iba á recibir su autoridad con la admission de estos códigos, trataron seriamente de evitarle. Empezaron desde luego á manifestar su resentimiento con poco disimulo. Quejábanse de que se les quitaban sus propias y antiguas leyes, para someterlos á otras nuevas, y pidiendo altamente la restitution de sus fueros, le decían á don Alfonso que debía conservárselos, como habian hecho su padre y abuelos. El sábio Rey hubiera desatendido la queja que sugeria el interés y avivaba la prepotencia de los señores, si la necesidad de conservar los amigos no le hubiese forzado á recibirla. Por fin los clamores de los hijos-dalgo lograron ser oídos al cabo de diez y siete años, y por una ordenanza, expedida en 1272, se mandó que se volviese á juzgar, como antes, por el *Fuero Viejo* de Castilla.

Un siglo de tentativas y pretensiones costó despues la admission de las Partidas, que al fin se publicaron en Alcalá en 1348. Pero aun entonces quedó salva la autoridad de los fueros municipales, y de forma, que las Partidas se recibieron mas bien como un sulemento á la incompleta legislacion antigua que como una nueva legislacion, hasta que con el progreso de los tiempos, el empeño de unos, la tolerancia de otros, y las ocultas y pequeñas causas, que influyen siempre en el destino de los sucesos públicos, hicieron admitir y respetar generalmente los códigos alfonsinos.

Con efecto, desde este punto, que forma una nueva época en la historia de la legislacion de España, es ya mas fácil señalar las causas que la alteraron, y por mejor decir, la corrompieron. Me parece que se puede decir sin temeridad que ninguna cosa contribuyó tanto como las Partidas á trastornar nuestra jurisprudencia nacional, por donde volvió á introducirse entre nosotros el gusto de las leyes romanas. Los juriscultos que ayudaron á don Alfonso en esta compilacion, que eran sin duda de la escuela de Bolonia, copiaron en ella, no solo las leyes de Roma, sino tambien las opiniones de los juriscultos italianos. Desde entonces no se pudieron entender las Partidas sin recurrir á estas fuentes. La jurisprudencia romana empezó á ser por este medio uno de los estudios mas estimados, y los que la profesaban formaban en el público una clase distinguida y separada. La interpretacion de las leyes del *Digesto* y *Código* era, no solo su principal, sino su único objeto. Todo se juzgaba segun la jurisprudencia romana, y de aquí vino que empezando á respetarse como leyes las opiniones de los juriscultos boloñeses, se introdujese entre nosotros un derecho, que era muchas

veces diferente, y no pocas contrario á nuestras leyes nacionales.

Pero aun es mas digno de notar que las Partidas fueron tambien el conducto por donde se introdujo el derecho canónico, con todas las máximas y principios de los canonistas italianos. La simple lectura de la primera partida es una prueba concluyente de esta verdad. Y ved aquí cómo una nacion que con las decisiones de sus propios concilios podia formar un código eclesiástico el mas puro y completo, fué abrazando sin discrecion el decreto de Graciano y las decretales gregorianas, con todo cuanto habia introducido en ellos de apócrifo y supuesto la malicia del impostor Isidoro, la buena fe de los compiladores y la adulacion de los juriscultos boloñeses. Este derecho se vió desde entonces formar como una parte de la legislacion nacional, en la que se abrazaron todas las máximas ultramontanas, para que fuesen repentinamente erigidas en leyes. Y de aquí provino que autorizadas despues con el tiempo, dominaron, no solo generalmente en nuestras escuelas, sino tambien en nuestros tribunales, sin que la ilustracion de los mas sábios juriscultos ni el celo de los mas sábios magistrados hayan logrado desterrarlas todavia al otro lado de los Alpes, donde nacieron.

Séame licito preguntar aquí si podrán nuestros juriscultos concebir sin el auxilio de la historia este trastorno, que causaron en las ideas legales los códigos alfonsinos; si podrán conocer las fuentes de las varias leyes contenidas en ellos; si podrán penetrar su espíritu, descubrir su fuerza, calcular sus efectos y deducir su utilidad ó su perjuicio. Pero yo no debo fatigar vuestros oídos con unas reflexiones que excita á cada paso la narracion de los hechos. ¿Quién de vosotros no las habrá formado muchas veces leyendo nuestra historia?

Pero, por otra parte, veo que las Partidas, al mismo tiempo que iban alterando nuestra legislacion, causaban un bien efectivo á la nacion entera. A pesar de la diferencia que se halla entre ellas y la constitucion coetánea, debemos confesar que introdujeron en España los mejores principios de la equidad y justicia natural, y ayudaron á templar, no solo la rudeza de la antigua legislacion, sino tambien de las antiguas ideas y costumbres. Por donde quiera que se abra este precioso código se encuentra lleno de sábios documentos morales y políticos, que suponen en sus autores una ilustracion digna de siglos mas cultivados. Las obras de los antiguos filósofos, y lo que es mas, las de los santos Padres, frecuentemente citados en las Partidas, guiaron la nacion al estudio de la antigüedad profana y eclesiástica, y la inspiraron las máximas de humanidad y justicia, que tanto brillaron en los gobiernos antiguos. Así se fueron poco á poco suavizando la ferocidad y rudeza que inspiraba en los ánimos la esclavitud feudal, el espíritu caballeresco y la ignorancia de los primeros siglos. Desde entonces se empezó á estimar á los hombres, y se hizo mas preciosa su libertad; la nacion, que ya se congregaba con mas frecuencia en las cortes, inbuida ya en mejores ideas, demandaba y obtenia de los reyes algunos reglamentos útiles á la libertad de los pueblos; y por fin, la idea de que estos eran

el principal apoyo de toda autoridad, y de que donde no hay pueblo, no hay tampoco nobleza ni soberanía, despertó el amor á la muchedumbre, y este amor, aunque interesado, fué poco á poco extendiendo la libertad y produciendo todos los bienes á que conduce de ordinario.

Entre tanto iba creciendo en las grandes poblaciones la libertad de los plebeyos á la sombra del gobierno y privilegios municipales. Vivian por aquel tiempo los señores en sus castillos y casas fuertes, ejerciendo sobre sus vasallos y colonos un dominio ruinoso y opresivo, mientras que el pueblo, recogido en las villas y lugares, empezaba á gozar de una tranquilidad provechosa. La consecuencia natural de este sistema fué que pasase á las ciudades una parte de la poblacion de los campos, como sucedió. Fué poco á poco creciendo la poblacion de las ciudades, y con la poblacion crecieron tambien la industria y el comercio bajo la proteccion municipal. Se empezaron á cultivar las artes de la paz, y con el aumento de sus productos se aumentaba tambien el numero de sus cultivadores. Como estos, cuya subsistencia no pendia ya de la liberalidad de los señores, estuviesen libres del servicio militar, quedaban tranquilos dentro de sus muros, mientras la guerra lo alteraba todo por defuera, y arrancando de los campos á los pobres labradores, los hacia cambiar la esteva por el mosquito. Por este medio empezó á ser España á un mismo tiempo una nacion sabia, guerrera, industrial, comerciante y opulenta; y por este medio tambien fué subiendo poco á poco á aquel punto de gloria y esplendor á que no llegó jamás alguno de los imperios fundados sobre las ruinas del romano.

Varias causas concurrieron sucesivamente á acelerar esta feliz revolucion; arrojados los moros de toda España, reunidas á la de Castilla la corona de Aragon y Navarra, agregados á la dignidad real los maestrazgos de las órdenes militares, descubierta y conquistado á la otra parte del mar un dilatado y riquísimo imperio, crecieron el poder y la autoridad real á un grado de vigor que jamás habia tenido. A vista de este coloso se desvanecieron aquellas potestades que habian dividido hasta entonces la soberanía, y se empezó á conocer que los nobles y los grandes no eran mas que unos vasallos distinguidos. Por fin, el grande, profundo y sistemático genio del cardenal Cisneros acabó de moderar el poder de los grandes señores, y aseguró á la soberanía una fuerza que hubiera sido perpétuamente freno saludable de la prepotencia señorial, si la ambicion ministerial no la hubiese convertido algunas veces en instrumento de opresion y tiranía.

Como quiera que sea, es preciso que miremos esta época como aquella á que debió nuestra legislacion su último complemento. Como todos los ramos de administracion tomaron un asombroso incremento, fué preciso que la legislacion se aumentase respectivamente con cada uno de ellos. Todas las leyes, pragmáticas, órdenes y reglamentos respectivos á la agricultura, artes, industria, comercio y navegacion; todas las que afirmaron el gobierno municipal de los pueblos, todas las que señalaron la jerarquia civil y fijaron la autoridad de los tribunales, jueces y magistrados que la

componian; y en fin, todas las que completaron nuestro sistema civil y económico, debieron su origen á estos tiempos y fueron efecto de la favorable revolucion que hemos indicado.

La multitud de estas nuevas leyes, la diferencia que se notaba entre ellas y los códigos antiguos, hizo por fin conocer la necesidad de una nueva compilacion. Proyectóla la inmortal Isabel, princesa que habia nacido para elevar á España á su mayor esplendor; pero prevenida por la muerte, no pudo completar este designio, y se contentó con dejarle muy recomendado en su testamento. Promovióle con calor don Carlos I, instado por las cortes, y de su órden trabajaron en él los doctores Alcocer y Escudero, que tampoco pudieron acabarle. Pero por fin don Felipe II, á quien estaba reservada esta gloria, encargó la continuacion de estos trabajos á los licenciados Arrieta y Atienza, y logró publicar la *Nueva Recopilacion*, que hoy conocemos, por su pragmática de 11 de marzo de 1567, que dio al nuevo código la sancion y autoridad necesarias.

Pero, señores, permitid que os pregunte quién será el hombre á quien el cielo haya dado las luces y talentos necesarios para hacer el análisis de este código, donde están confusamente ordenadas las leyes hechas en todas las épocas de la constitucion española. Yo confieso que esta es una empresa superior á mis fuerzas. Si hubiese un hombre que reuniera en sí todos los conocimientos históricos y toda la doctrina legal, esto es, que fuese un perfecto historiador y un consumado jurí-consulto, este solo seria capaz de acometer y acabar tamaña empresa.

Pero entre tanto, ¿quién se atreverá á interpretar estas leyes sin saber la historia de los tiempos en que se hicieron? Que vengan á esta asamblea los jurí-consultos españoles, pero especialmente aquellos á quienes el estudio de la historia parece una tarea inútil y superflua; yo los emplazo para que me digan si es posible conocer el espíritu de las leyes recopiladas sin mas auxilio que el de su lectura. Vosotros, ministros, magistrados y jueces, á quienes el Rey confia el pensamiento y distinguido encargo de ejecutar estas leyes, decidme si os creéis capaces de conocerlas sin la historia. Pero yo tiemblo al esperar vuestra respuesta. Si me decís que es necesario el estudio de la historia para el complemento de la doctrina legal que piden vuestras árduas é importantes funciones, ¿de dónde viene que la historia se estudia tan poco entre los de nuestra profesion? Pero si decís que este estudio es inútil, ¿qué podremos esperar de unos ingenios tiranizados por tan absurda preocupacion, y expuestos siempre á que la ignorancia de los tiempos antiguos separe de sus ojos el hermoso simulacro de la verdad?

Confesemos pues de buena fe que sin la historia no se puede tener un cabal conocimiento de nuestra constitucion y nuestras leyes, y confesemos tambien que sin este conocimiento no debe lisonjearse el magistrado de que sabe el derecho nacional. Porque, en efecto, ¿cuál es la obligacion de un vasallo á quien su príncipe encarga el importante depósito de las leyes? ¿Por ventura bastará que sepa los principios del derecho privado para terminar con equidad y justicia las con-



tiendas de los particulares? Si se trata de defender las prerogativas de la soberanía, los privilegios del clero y la nobleza, los derechos del pueblo, ¿cómo lo podrá hacer sin saber el derecho público nacional? Sin este conocimiento, ¿cómo podrá saber dónde llegan los límites de la potestad real y eclesiástica, los deberes del clero y la nobleza, los cargos y obligaciones de los pueblos? Cómo conocerá la jerarquía que preside el gobierno, la autoridad de sus cuerpos políticos y la de cada uno de sus miembros? Cómo la residencia de la soberanía y de la potestad legislativa y ejecutriz, sus modificaciones y sus términos? Cómo, en fin, podrá calcular el grado de libertad política que concede la constitución al ciudadano, y hasta dónde son inviolables por ella los derechos de su propiedad? ¿Cuántas veces en el ejercicio de la jurisdicción criminal se ha desconocido y aniquilado esta libertad política! Cuántas en el uso de la potestad se ha destruido y atropellado este derecho de propiedad! Cuántas, en fin, en la imposición de tributos, en la cantidad y calidad de ellos, y en el modo de recaudarlos, se han vulnerado á un mismo tiempo el derecho de propiedad y la libertad política de los conciudadanos! Pero si el estudio de la historia puede librar de estos males, ¿cómo no temblarán aquellos á quienes separa de él una pereza vergonzosa?

Confieso, señores, que de lo que hemos dicho resulta á nuestros jurisconsultos un cargo demasiado grave; su profesión les obliga al estudio de una inmensidad de leyes antiguas y modernas, compiladas y sueltas, sin cuyo conocimiento vivirán expuestos á continuos errores. Precisados, por otra parte, al estudio de la historia, ¿qué multitud de volúmenes no deberán revolver continuamente para estudiarla con provecho! Yo no tengo empacho de decirlo: la nación carece de una historia. En nuestras crónicas, anales, historias, compendios y memorias, apenas se encuentra cosa que contribuya á dar una idea cabal de los tiempos que describen. Se encuentran, sí, guerras, batallas, conmociones, hambres, pestes, desolaciones, portentos, profecías, supersticiones, en fin, cuanto hay de inútil, de absurdo y de nocivo en el país de la verdad y

de la mentira. Pero ¿dónde está una historia civil, que explique el origen, progresos y alteraciones de nuestra constitución, nuestra jerarquía política y civil, nuestra legislación, nuestras costumbres, nuestras glorias y nuestras miserias? Y ¿es posible que una nación que posee la mas completa colección de monumentos antiguos; una nación donde la crítica ha restablecido el imperio de la verdad, y desterrado de él las fábulas mas autorizadas; una nación que tiene en su seno esta academia, llena de ingenios sábios y profundos, carezca de una obra tan importante y necesaria? Permitidme, señores, que yo sea el órgano de los deseos públicos; todos esperan de vosotros este beneficio tan provechoso; los que cultivan las ciencias, los que estiman su patria, los que aman la verdad; pero sobre todo aquellos á quienes su ministerio obliga al estudio de unas leyes que no se pueden comprender sin el auxilio de la historia.

Ved aquí, señores, las reflexiones que me rodean he podido ordenar á costa de inmensos afanes. Cuando proyecté este discurso yo no preví que acometía una empresa, no solo superior á mis talentos y corta instrucción, sino tambien al tiempo que me dejan libre las diarias funciones de mi empleo. Mas despacio, y despues de un estudio mas sério y reflexivo, hubiera tal vez expuesto mis ideas con menos aridez y difusión; pero trabajando interrumpida y precipitadamente, distraído el ánimo á mil varios importunos objetos, y estimulado á todas horas del deseo de venir á manifestaros mi gratitud, ¿qué podía yo producir que fuese digno de la gravedad de la materia y de la instrucción del auditorio? Pero ¿qué ocasión tan oportuna para este ilustrísimo cuerpo de ejercitar conmigo la benevolencia que ha empezado á manifestarme! Yo le suplico humildemente, y á sus sábios individuos, que me disimulen una tardauza involuntaria y unos defectos inevitables de mi parte, y que asegurándose de mi ardiente deseo de concurrir en cuanto pueda á los fines de su provechoso instituto, se digne de aceptar mi sincero y cordial reconocimiento, que durará tanto tiempo como mi vida.

## DISCURSO

LEIDO EN SU ENTRADA A LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, SOBRE LA NECESIDAD DEL ESTUDIO DE LA LENGUA PARA COMPRENDER EL ESPÍRITU DE LA LEGISLACION.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR : Cuando vengo á dar á vuecelencia las gracias por el honor con que acaba de distinguirme, quisiera tener el mas profundo conocimiento de la lengua castellana para explicar mi gratitud de un modo correspondiente á su intencion y á la dignidad del cuerpo que es acreedor á ella; pero antes que la enseñanza y trato de vuecelencia me abran la entrada á los tesoros de esta rica y majestuosa lengua, ¿cómo podré encontrar expresiones tan significativas que descubran todo el fondo de mi reconocimiento? ¿De un reconocimiento que es tan grande y tan extraordinario como el beneficio que le produce?

Los que hasta ahora han recibido igual honor, mirándole como una recompensa debida á su aplicacion y á sus talentos, pudieron contentarse con expresar sencillamente aquella dulce satisfaccion que producen en una alma modesta y generosa las mismas distinciones que les atribuye la justicia; pero no debiendo yo mirar como un efecto de mi mérito, sino de la bondad de vuecelencia, la fortuna de contarme entre sus individuos, ¿de cuán nueva y expresiva elocuencia no habria menester para manifestar mi gratitud cumplidamente?

Y en efecto, señores, si el honor con que vuecelencia me ha distinguido es infinitamente estimable en sí mismo, yo puedo asegurar que lo es para mí mucho mas por la intencion con que vuecelencia me le dispensa. Estoy sinceramente persuadido á que el ilustre cuerpo que hoy me agrega á su lista ha querido dar con este honor un nuevo estímulo á mi natural aficion al estudio de nuestra lengua; estudio que, como vuecelencia sabe, es el que me puede proporcionar mayores progresos, no solo en la literatura, sino tambien en la ciencia de las leyes, que forma el principal objeto de mi profesion.

Bien sé que un gran número de juriconsultos reputa por inútil este estudio, que á los ojos de los mas sensatos parece tan esencial y necesario; pero cuando nuestra profesion nos obliga á procurar el mas perfecto conocimiento de nuestras leyes, ¿cómo es posible que parezca inútil el estudio de la lengua en que están escritas?

Acaso los que se obstinan en una opinion tan absurda están persuadidos á que para la inteligencia de las leyes les basta aquel conocimiento de nuestra lengua que han recibido en sus primeros años, y cultivado despues con la lectura y con el uso; pero ¿cuánto les queda aun

que saber de la lengua castellana á los que han entrado en ella por esta senda comun y popular, sin que las llaves de la gramática y la etimologia les abriesen las puertas de sus tesoros!

Es digno de observarse que á la mayor parte de los hombres fué atribuido el don de la palabra para satisfacer por su medio á sus propias necesidades; pero el magistrado le recibe para servir con él á sus hermanos, esto es, á aquellos que la Providencia ha destinado para objeto de su vigilancia y de su estudio. Examinemos, pues, la obligacion que nace de este principio en los que la patria ha escogido para la magistratura.

Cuando la patria levanta un ciudadano á esta clase, le impone á la verdad una obligacion tanto mas grave y difícil, cuanto necesita para su desempeño de mayor suma de conocimientos y virtudes. «Tú vas, le dice, á gobernar á mis hijos, mas no por tu propia voluntad ó tu capricho, sino por las reglas de convencion, autorizadas por la potestad legislativa y recibidas por el mismo Estado. Ve aquí los códigos en que se contienen estas reglas, ve aquí mis leyes; ellas son una expresion de la voluntad soberana, que debes sustituir á la tuya. Estúdialas, arregla á ella tus dictámenes; yo te hago órgano suyo, para que los oráculos que salgan de tu boca sean norma de la conducta de tus conciudadanos.»

Tal es, Señor, la idea que debe formar un magistrado de sus obligaciones. ¿Qué obligaciones tan grandes, tan árduas, tan augustas! Cuánto se pudiera reflexionar sobre la extension é importancia de cada una de ellas! Pero hablemos solamente de la obligacion de entender las leyes patrias; obligacion primitiva, fundamento de todas las demás, y á que debe consagrar el magistrado todas sus vigilias.

Echemos una ojeada sobre estas leyes, y considerémoslas como objeto de la ciencia y de las obligaciones del magistrado. ¡Qué multitud de códigos, qué inmensa variedad de leyes, qué oscuridad, qué confusion se presenta á sus ojos al primer paso!

Yo no hablaré aqui de aquellas venerables leyes promulgadas en tiempo de los godos, que son como el cimiento de toda nuestra legislacion, ni tampoco de las que fueron publicadas desde el principio de la restauracion hasta el siglo xiii. Estas leyes, escritas en lengua latina, no entran en el objeto de mis reflexiones. Sin embargo, ¿cuánto conduciria el estudio de la lengua castellana para entenderlas bien! La buena latinidad,



cuando ellas se escribieron, estaba ya desfigurada con nuevos idiotismos, alteradas notablemente las terminaciones de sus palabras, las declinaciones de sus nombres, las conjugaciones de sus verbos y la forma y tenor de su sintaxis. Esta alteracion llegó á tal punto, que el lenguaje de algunos fueros y privilegios de los siglos xi y xii ni bien puede llamarse latino, ni merece todavía el nombre de castellano, sino que forma un perfecto medio entre las dos lenguas. ¿Cómo podrá entender estos monumentos quien no haya estudiado á fondo una y otra?

Pero hablemos solamente de aquellas leyes que se escribieron originalmente en castellano, ó que fueron traducidas á esta lengua despues que el Rey Sábio la introdujo en la real cancelleria. Algunas de estas leyes nacieron con la misma lengua, otras se formaron en su puericia y juventud, y las mas en su edad robusta; esto es, desde los Reyes Católicos hasta el dia. Pero ¿qué diferencia tan notable entre el lenguaje de las primeras y las últimas!

Esta diferencia no consiste solo en las palabras, sino tambien, y aun mas principalmente, en la construccion ó sintaxis. Sin hablar de las leyes de Partida, cuyo estilo tiene una pureza y elegancia muy superior á los tiempos en que fueron escritas, ¿qué oscuridad no se encuentra en algunos códigos del mismo siglo, y aun de los posteriores, cuyo lenguaje, no solo dista mucho del que hablamos hoy dia, sino tambien del mismo lenguaje de las Partidas!

Buen ejemplo se puede hallar en el *Fuero Juzgo* castellano, cuya traduccion es del tiempo de san Fernando, ó acaso de su hijo don Alfonso; en los fueros de Toledo, Córdoba, Sevilla y Carmona, que dados en latin por el mismo santo rey, fueron traducidos en tiempo del Rey Sábio; y finalmente, en el *Ordenamiento de Alcalá* y el *Fuero Viejo* de Castilla, cual le tenemos en el dia, que pertenecen á los reinados de don Alfonso XI y don Pedro el Justiciero; esto es, al siglo xiv.

Esta misma diferencia que se advierte entre los códigos citados y las leyes de Partida me ha hecho creer siempre que estas leyes fueron extendidas por el mismo sábio rey don Alfonso. Permitame vuecelencia que haga una digresion para exponer los fundamentos de esta conjetura, en cuya confirmacion se interesa no menos la lengua que la legislacion de Castilla.

Prescindo ahora de que el mismo don Alfonso se declara autor de estas leyes en el prólogo general y septenario que precede á las Partidas; prescindo tambien de que en ellas está usada la lengua castellana con una especie de majestad, con cierto aire de soberanía, que solo pudo caber en el espíritu de un monarca; prescindo, finalmente, de que no sabemos de otro escritor que en aquel siglo hubiese manejado tan diestramente la lengua castellana; pero reflexione vuecelencia, lo primero, que el lenguaje de las Partidas es tan igual en todo el código, que no puede dejar de ser obra de una sola mano; lo segundo, que este lenguaje es enteramente conforme al de las obras genuinas que salieron de la pluma del Rey Sábio; lo tercero, que este lenguaje es mucho mas puro y majestuoso que el de las obras de otros autores del mismo tiempo. Yo no negaré que

el mismo sábio legislador se valió para la formacion de es'as leyes de muchos hombres entendidos en la ciencia eclesiástica, en la filosofia y el derecho, como lo asegura él mismo en dicho prólogo; pero la gloria de haber ordenado, dividido y extendido estas leyes se debe de justicia á él solo. Sea lo que fuere del autor de este admirable código, y concediendo que sea la obra mas perfecta del siglo xiii, ¿quién será el jurisconsulto que pueda entenderle sin haber hecho un profundo estudio de la lengua castellana en todas sus épocas?

Bien sé que hay muchos que con una ciega confianza se presumen capaces de interpretar estas leyes, sin conocer mejor la lengua castellana que las personas rudas ó ignorantes de quienes la aprendieron. Les parece que porque no están escritas en árabe ni en griego, sino en un idioma accesible por la mayor parte á su comprension, pueden ya penetrar hasta sus mas recónditos arcanos. Juzgan de la significacion de las palabras por un principio ciego de analogia y semejanza, y creen que á la simple lectura de cada ley se apoderan de todo el espíritu con que la escribió el sábio y profundo legislador. ¿Cuánto estudio, sin embargo, cuánta meditacion es necesaria aun á los que están consumados en nuestra lengua, para entenderlas!

Yo pudiera citar aqui muchos ejemplos, tomados, no ya del *Fuero Viejo*, del *Fuero Juzgo* castellano ó de otros códigos, que son tan incomprensibles á los que no han estudiado los orígenes de nuestra lengua, como pudiera serlo el nuevo código de Catalina II; sino de las mismas Partidas, que es sin duda el mas claro de todos nuestros antiguos códigos. ¿Qué multitud de voces desconocidas no se encuentran en ellas! ¿Cuántas desusadas! Cuántas cuya significacion se ha oscurecido ó alterado! ¿Qué construccion tan diferente de la que usamos al presente! En cuántas y cuán varias acepciones no se toman los verbos y los nombres, que han pasado ya á significar diferentes y aun contrarias acciones ó cosas de las que significaban entonces! El temor de molestar á vuecelencia no me permite descender á las observaciones particulares que pudieran hacerse sobre los verbos *tener*, *poner*, *castigar*, *traer* y *retraer*, *partir* y *departir*, y sobre los nombres *pleito*, *postura*, *entendimiento*, *derecho*, *tuerto*, y otros innumerables, cada uno de los cuales pudiera ser por si solo digno objeto de una disertacion.

Parece que el sábio legislador habia pronosticado la dificultad que costaria algun dia á sus súbditos entender estas leyes, y por eso les decia en una de ellas: *Onde conviene que el que quisiere leer las leyes de este nuestro libro, que pare en ellas bien mientes, é que las escodriñe de guisa que las entienda*. Pero si esta es una obligacion del súbdito, obligado á vivir segun ellas, ¿cuál será la del magistrado, que debe interpretarlas y hacerlas observar?

Y si el magistrado necesita de un profundo conocimiento de nuestra lengua para entender las leyes, ¿cuánto mas le habrá menester para corregirlas ó formarlas de nuevo; esto es, para ejercer la mas noble y augusta de sus funciones? Cómo responderá al Príncipe cuando, honrándole con su confianza, le llame para asistirle en la formacion de las leyes? Cuando le diga: «Yo voy á

hablar con mi pueblo y á darle documentos de paz y de justicia para que viva segun ellos, ejercite las virtudes públicas y domésticas, y sea conducido á la abundancia y la felicidad. Tú, que debes ser el depositario y el órgano de ellos, sé tambien quien los forme y publique. Habla el sagrado idioma de la justicia, y explica sus preceptos en unas sentencias que no desdigan de su majestad y su importancia. Haz tú las leyes, y yo les inspiraré con mi sancion la fuerza de ligar á tu voluntad los habitantes de dos mundos.»

¿Qué encargo tan angusto, pero qué encargo tan árduo y peligroso! Prescindamos por un momento de la materia de las leyes, y hablando solo de su forma, ¿quién es el hombre que pueda lisonjearse de que sabe hablar el idioma que les conviene; el idioma de estas leyes, que deben hablar con precision y claridad á los que rodean el trono y á los que están escondidos en las cabañas; de estas leyes, que deben ser entendidas del que ha consagrado toda su vida á la indagacion de la sabiduria y del que apenas tiene otra idea que la de su existencia; de estas leyes, que deben servir de norte al navegante en los mas remotos climas de la tierra, y de luz al labrador en el retiro de su alqueria; de estas leyes que, segun el oráculo de nuestro sábio legislador, *deben explicar las cosas segun son, e el verdadero entendimiento de ellas; que deben contener enseñamiento ó castigo escrito para que liguén e apremien la vida del hombre; que deben hablar en palabras llanas ó paladinas, para que todo home las pueda entender ó retener; que deben ser sin escatima ó sin punto, porque no puedan del derecho sacar razon tortizera por mal entendimiento, ni mostrar la mentira por verdad,*

*ni la verdad por mentira; que deben....* Pero acaso estoy abusando ya de la bondad de vuecelencia, á quien no pueden esconderse, ni la certeza, ni la importancia de esta verdad. ¡Ojalá que todos aquellos á quienes el legislador llama á su lado para formar las leyes la tengan siempre ante sus ojos! Ojalá que penetrados de su importancia, señalen en la distribucion de sus tareas una buena parte al estudio de la lengua en que deben dictar á los pueblos los decretos del Soberano!

Entre tanto pueda yo celebrar la fortuna de verme asociado á un cuerpo que con su ejemplo y enseñanza me puede dar tantos auxilios para el desempeño de una obligacion tan delicada! Séame lícito explicar el gozo con que entro á ejercer las funciones de académico, bajo la direccion del esclarecido ciudadano que en el antiguo lustre de su cuna, en el gran nombre de sus claros ascendientes y en los brillantes titulos de su casa no ha encontrado un pretexto para entregarse al ocio, sino un estímulo poderoso para consagrar al bien público sus tareas, labrándose así un lustre personal, tanto mas apreciable, cuanto le debe solamente á su aplicacion y á su celo (1). Séame lícito, en fin, congratularme con la escogida porcion de ciudadanos, que trabajando á todas horas en limpiar y enriquecer la lengua castellana, se erigen en maestros de sus hermanos, enseñando á los pueblos el lenguaje de las leyes que deben obedecer, y á los magistrados el idioma en que deben dictar sus oráculos á los pueblos. Madrid, 23 de setiembre de 1781.—GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS.

(1) Era director de la Academia Española el excelentísimo señor don José Joaquín de Bazán y Silva, marqués de Santa Cruz.



## DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA SOCIEDAD DE AMIGOS DEL PAÍS DE ASTÚRIAS, SOBRE LA NECESIDAD DE CULTIVAR EN EL PRINCIPADO EL ESTUDIO DE LAS CIENCIAS NATURALES.

SEÑORES: Si el amor de la patria fuese en mí un sentimiento estéril y subordinado al amor propio, como suele ser por desgracia aquel de que la mayor parte de los hombres se gloria, difícilmente pudiera persuadirlos que en este instante, y en medio de tantos y tan distinguidos patriotas, excita en mi corazón una muchedumbre de sentimientos, mas fáciles de percibir que de explicar; pero como hablo á una asamblea de personas que animadas del mismo afecto, ni pueden desconocer las verdaderas señas del amor patriótico, ni ignorar los efectos que produce en los corazones que inflama, no tengo empacho de deciros que todos los esfuerzos de la elocuencia serian insuficientes para hallar palabras bastante significativas con que explicar las ideas que me inspiran en este momento el lugar en que me hallo, el objeto que me hace hablar y las personas que me escuchan.

Permitid pues que en lugar de un discurso pomposo (que solo pudiera ser fruto de otra imaginacion fria y tranquilamente aplicada á ataviarle con los adornos facticios de la elocuencia), os declare sencillamente alguna parte de la dulce satisfaccion que gozo al verme sentado entre vosotros. Permitidme que entregado á los agradables sentimientos que excita en mi corazón vuestra presencia, siga en la exposicion de mis ideas aquel mismo desórden con que atropelladamente se suceden las sensaciones que las producen. Permitidme, en fin, que abriendo mi alma á la muchedumbre de afectos que engendran la amistad, el parentesco y el paisanaje en un corazón nacido para sentirlos con la mayor delicadeza, se ocupe enteramente en gozar las dulzuras de este dichoso instante, en que todo cuanto la rodea concurre á llenarla de la mas pura y sabrosa satisfaccion.

Sí, señores, este instante es para mí completamente dichoso, no solo porque miro entre vosotros á mis parientes, á mis amigos y paisanos, y á los compañeros de mi niñez y mis primeros estudios, sino principalmente porque estoy sentado entre una porcion escogida de patriotas, seriamente aplicados por el bien y felicidad de mi país. Muchos de vosotros sois testigos de las ansias con que he deseado la ereccion de esta sociedad; muchos, del gozo con que celebré su solemne aprobacion, y todos, del ardor con que he concurrido al complemento de sus útiles designios. Ahora puedo renovar en vuestra presencia estos mismos sentimientos; testificaros de nuevo el deseo que me con-

sume de la felicidad de mi país, y lo que es para mí de inexplicable complacencia, aseguraros que he visto y observado por mí mismo que ya reside en nuestra patria una gran parte de aquella misma felicidad que todos deseamos.

En efecto, en el discurso de mi viaje he visto por todas partes la abundancia y la prosperidad: he visto la agricultura increíblemente extendida, y reducidos á cultivo, no solo las vegas y los valles, sino tambien las hondas cañadas y las altas cimas de los montes. He visto considerablemente aumentada la cría de ganados, y abiertos en los sitios mas ásperos y difíciles una muchedumbre de hermosos prados, que aseguran para lo sucesivo su aumento y subsistencia. He visto introducido el uso de diferentes instrumentos y abonos, y labradas y engrasadas las tierras con un esmero imponderable; y finalmente, he visto el manantial de riqueza que producen la aplicacion y el trabajo, en las inmensas porciones de frutos extraídos á los mercados de Castilla, cuyo valor, no solo igualará, sino que debe exceder en mucho á los que recibimos de otras provincias.

Y no creais, señores, que son estas las únicas ventajas en que libra Astúrias la esperanza de su felicidad. El estado de su industria es igualmente ventajoso, en especial si hablamos de aquella que por estar abrigada en el seno de las familias, se llama industria popular. Apenas hay concejo en Astúrias donde no se hilan y tejan los lienzos, sayales y paños ordinarios de que se visten sus naturales, y donde no se fabrican sus ropas, sus calzados, sus muebles, sus instrumentos rústicos, y lo demás necesario para el uso de la vida. De aquí es que puede asegurarse de Astúrias una proposicion, que acaso no podrá verificarse en alguna otra provincia de España, y es, que la subsistencia de su pueblo no pende de otro alguno, porque se alimenta, se viste y calza de su industria y producciones.

Es verdad que bajo de esta palabra *pueblo* no comprendo yo los propietarios ni gentes acomodadas, cuyo lujo atrae á nuestro país las producciones de otras provincias. Los vinos y licores, los lienzos, sedas y paños delicados, las alhajas de piedras falsas y preciosas, las obras exquisitas de quincalla y orfebrería, y en fin, todos los géneros raros y costosos, que son materia del lujo de los particulares, vienen de otras provincias, por la mayor parte extranjeras. Pero siendo

muy corto el número de personas que consumen estas producciones, en comparacion de las innumerables que consumen las obras trabajadas por la industria popular, siempre resultará que, á pesar de la diferencia de los precios que hay de unas á otras, el valor total de las primeras debe ser mucho menor que el de las segundas.

De esta observacion resulta una máxima frecuentemente inculcada por los economistas, y es, que para dar impulso á la industria de una provincia, se debe empezar por aquellas manufacturas ordinarias cuyo consumo es general, y fomentarlas con preferencia á las que sirven de materia al lujo de los ricos. Aquella especie de industria produce una riqueza tanto mas provechosa, cuanto mas bien repartida, pues se derrama por todas las clases del Estado, y tanto mas libre de riesgos y menoscabos, cuanto el consumo de sus productos no está expuesto á las alteraciones de la moda, sino asegurado sobre las costumbres de los pueblos, que son tan tenaces en conservar sus usos, cuanto propensos los poderosos á seguir las novedades que introducen el capricho y el gusto dominante.

Sin embargo, cuando una provincia ha logrado extender su industria popular hasta el punto que yo la supongo en Asturias, no debe perder de vista el fomento de la otra especie de industria, que es siempre muy lucrativa. Asturias tiene doble motivo para pensar de este modo, porque en sus linos y en sus metales tiene seguras las primeras materias para los géneros mas preciosos. Por eso me parece que el momento de pensar en el establecimiento de algunas fábricas ha llegado ya, y yo se lo anuncio con la mayor satisfaccion, no para que piense desde ahora en los ramos que debe fomentar con preferencia (porque estas operaciones son demasiado importantes y delicadas para entrar en ellas á ciegas), sino para que desde luego procure atraer y derramar por esta provincia aquellas luces y conocimientos sin los cuales podria errar en la eleccion y direccion de las empresas.

Yo no me detendré en asegurar á la Sociedad que estas luces y conocimientos solo pueden derivarse del estudio de las ciencias matemáticas, de la buena fisica, de la química y de la mineralogía; facultades que han enseñado á los hombres muchas verdades útiles, que han desterrado del mundo muchas preocupaciones perniciosas, y á quienes la agricultura, las artes y el comercio de Europa deben los rápidos progresos que han hecho en este siglo. Y en efecto, ¿cómo será posible, sin el estudio de las matemáticas, adelantar el arte del dibujo, que es la única fuente donde las artes pueden tomar la perfeccion y el buen gusto? Ni ¿cómo se alcanzará el conocimiento de un número increíble de instrumentos y máquinas, absolutamente necesarias para asegurar la solidez, la hermosura y el cómodo precio de las cosas? ¿Cómo, sin la química, podrá adelantarse el arte de teñir y estampar las fábricas de loza y porcelana, ni las manufacturas trabajadas sobre varios metales? Sin la mineralogía, la extraccion y beneficio de los mas abundantes mineros ¿no sería tan difícil y dispendiosa, que en vano se fatigarían los hombres para sacarlos de las entrañas de la tierra?

¿Quién, finalmente, sin la metalurgia, sabrá distinguir la esencia y nombre de los metales, averiguar las propiedades de cada uno, y señalar los medios de fundirlos, mezclarlos, purificarlos y convertirlos, y los de darles color, brillo, dureza ó ductilidad, para hacerles servir á toda especie de manufacturas?

Pero yo no debo cansarme en persuadirlos la utilidad de unos estudios de cuya necesidad estáis convencidos. Lo que conviene es buscar los medios de atraerlos á esta provincia y arraigarlos en ella. Ved aquí lo que voy á proponeros en este instante; y para no vagar inútilmente en discursos supérfluos, reduzco mis ideas á esta proposicion. Para que la Sociedad pueda hacer á este país el beneficio de atraer á él las ciencias útiles, conviene que abra una suscripcion para juntar el fondo necesario á dotar dos pensionistas, que salgan de la provincia á estudiarlas, y adquieran viajando los conocimientos prácticos que tengan relacion con el adelantamiento de las artes.

Para que esta proposicion no parezca extravagante, voy á exponer por partes su contenido, y á indicar los medios de verficarla.

1.<sup>a</sup> Se buscarán dos jóvenes naturales de este país, de buen nacimiento, y que hayan estudiado bien la gramática, las humanidades y la lógica, y se les señalará una pension competente para que puedan pasar á la ciudad de Vergara, y estudiar en ella: primero, un curso completo de matemáticas; segundo, otro de fisica experimental; tercero, otro de química; cuarto, otro de mineralogía y metalurgia.

2.<sup>a</sup> Acabados estos estudios, deberán los pensionistas hacer un viaje á Francia, Inglaterra y algunas otras provincias del Norte, para examinar en ellas las minas de diferentes metales que allí se extraen, las fábricas de loza y porcelana, los tintes de sedas y lana, las oficinas de estampados de lienzo y algodón, y los talleres de diferentes artistas; tomando razon de los métodos, operaciones, máquinas ó instrumentos usados en otros países, y haciendo de ellos una descripcion la mas exacta y completa que les fuere posible, para presentarla á su vuelta en esta Sociedad.

3.<sup>a</sup> Para que los pensionistas puedan aprovechar en sus estudios, la Sociedad deberá recomendarlos á la de los amigos del país vascongado, suplicándole se digne tomar á su cargo el velar sobre la conducta de ellos, por medio de los individuos que cuidan del colegio de Vergara y de los maestros que enseñan allí las facultades que van mencionadas.

4.<sup>a</sup> Asimismo deberá la Sociedad dirigir una representacion al excelentísimo señor conde de Floridablanca, recomendando á los pensionistas cuando llegue el caso de que salgan á viajar fuera del reino, y suplicando á su excelencia los tome bajo su proteccion y los recomiende á los ministros y cónsules de su majestad residentes en las provincias por donde hubieren de viajar, para que les faciliten la proporcion de ver y observar todos los objetos relativos á su estudio, y la de tomar la demás instruccion y conocimientos que fueren análogos á él.

5.<sup>o</sup> Durante el tiempo que consumieren los pensionistas en estudiar y viajar, la Sociedad deberá pensar



sériamente en el establecimiento de un seminario de nobles, y si para entonces se hubiere verificado, se podrá establecer en él la enseñanza de las referidas facultades, nombrando por maestros en ellas á sus pensionistas con alguna dotacion competente.

6.<sup>a</sup> Si la ereccion del seminario no puede verificarse, la Sociedad deberá pensar en los medios mas oportunos para dotar una ó dos cátedras donde se enseñen las referidas facultades, destinando á este objeto los pensionistas.

7.<sup>a</sup> Para el arreglo de todos estos artículos, cuidado y asistencia de los pensionistas, gobierno de la suscripcion y demás puntos relativos á ella, deberá la Sociedad nombrar una comision de cuatro ó seis individuos, con el nombre de Junta de Suscripcion, á cuyo cargo correrá todo lo que sea respectivo á este objeto, bajo la aprobacion de la Sociedad, á quien se dará cuenta de todo lo acordado.

8.<sup>a</sup> Respecto de que para el estudio de las facultades que se le han señalado podrá bastar el tiempo de cuatro años, y el de uno para hacer el viaje que tambien se ha indicado, la cantidad señalada á los pensionistas pudiera ser de cuatrocientos ducados anuales á cada uno de ellos, por el tiempo de los estudios, y de mil para el año de viaje; cuyas cantidades, con mas otros mil ducados á cada uno para el viaje de ida y vuelta á Vergara y para la compra de libros é instrumentos necesarios, compondrian la suma total de siete mil y doscientos ducados, que hacen sesenta y nueve mil y doscientos reales, los cuales divididos en cinco años, resulta que la suscripcion necesitará ser de quince mil ochocientos y cuarenta reales anuales.

9.<sup>a</sup> A este fin, señalando la cantidad de cien reales anuales á cada suscriptor, se juntaria el fondo necesario, siempre que concurriesen á firmar ciento cincuenta y ocho personas.

10. Para facilitar este pensamiento se podria extender é imprimir un plan de esta suscripcion por la comision encargada de ella, y convidar por medio de él á nuestros socios de número y honorarios, y á las demás personas pudientes, naturales de este país, para que concurrieran á suscribirse, con lo cual seria fácil juntar el número que va señalado.

11. Si por ventura no acudiese el número suficiente de suscriptores, la Sociedad podria enviar un solo pensionista, en cuyo caso bastaria la mitad del fondo señalado, ó bien podria hacer que los dos nombrados estudiasen las matemáticas en esta ciudad, y fuesen á Vergara á hacer los demás estudios por solo el tiempo de dos ó tres años.

12. Pero si acaso, además del número de suscriptores necesarios, acudiesen otros con el deseo de contribuir á tan importante objeto, la Sociedad podria nombrar otro pensionista mas, ó bien destinar el fondo excedente á la compra de los instrumentos y máquinas necesarios para establecer en esta ciudad un laboratorio químico y de fisica experimental, que tanto facilitaria la propagacion de estos estudios.

Estas son las reflexiones que me han ocurrido para facilitar un objeto de cuyo cumplimiento pende acaso la suerte de la industria de Astúrias. Yo las expongo sencillamente á la Sociedad, para que se sirva tomarlas en consideracion y mejorarlas con sus luces. Oviedo, 6 de mayo de 1782.

# FELICITACION

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA AL SEÑOR DON CARLOS III CON MOTIVO DEL NACIMIENTO DE SUS NIETOS LOS DOS INFANTES DON CARLOS Y DON FELIPE.

SEÑOR: La Academia Española llega á los piés de vuestra majestad, llena de extraordinario júbilo, á tributarle el mas expresivo parabien por el feliz nacimiento de los dos infantes Carlos y Felipe.

Muchas veces ha interrumpido las tareas de su instituto para unir sus voces con las aclamaciones públicas, y manifestar á vuestra majestad cuánto se complace en ver premiadas sus virtudes con los prósperos acontecimientos que hacen feliz y glorioso su reinado; pero el que ahora la acerca al trono es tanto mas digno de celebrarse extraordinariamente, cuanto es mas importante, singular y oportuno.

Poco tiempo há que el pueblo español, libre ya de los males de una forzosa guerra, celebraba alborozado los dias de gloria y de ventura con que le había favorecido el cielo. Puestos los ojos en la augusta persona de vuestra majestad, miraba su frente adornada con los nuevos laureles que le ciñó la victoria en el Mediterráneo y en la América, llevando en una mano el símbolo de la paz, que acababa de dar al mundo, y abriendo con la otra los tesoros de su generosidad para derramarlos sobre los que con su valor y esfuerzo habían contribuido á sus triunfos.

La duracion de estos bienes parecia firmemente afianzada en la constante y vigorosa salud de vuestra majestad, en la robusta persona del príncipe de Asturias, en la preciosa y floreciente vida del infante Carlos Eusebio, y en las nuevas señales de fecundidad que ya se reconocian en su augusta madre. Todo era entonces júbilo y alegría, todo favorable á la conservacion y esplendor de la real familia, todo conforme á los deseos y á las esperanzas de la nacion, y todo, en fin, presentaba una perspectiva de felicidad, cuyos léjos se perdian en los últimos términos del mundo y de los tiempos.

La muerte cambió de repente esta agradable y lisonjera perspectiva en una triste escena de dolor y sentimiento, llenó de susto los pechos españoles, conternó á los augustos principes de Asturias, y turbó tambien el generoso y magnánimo corazon de vuestra majestad.

Pero mientras la nacion, entregada á los extremos de tan grave dolor, publicaba con su tristeza que la muerte del real nieto de vuestra majestad había frustrado las esperanzas de la patria y del Estado, contemplaba la Academia, fijos siempre los ojos en el trono, la sublime y ejemplar constancia con que vuestra majestad y su amado primogénito supieron tolerar aquel acerbo gol-

pe; y llena de admiracion y de consuelo, concebía la mas firme esperanza de que alguna grande y saludable recompensa estaba reservada por el Omnipotente para premio de resignacion tan grande y tan heroica.

No fueron vanos estos presentimientos; á aquel profundo y terrible dolor siguió muy luego un general consuelo y alegría. Los dos nietos gemelos que el cielo ha concedido á vuestra majestad, ambos varones é iguales en robustez, gracia y hermosura, ofrecen un espectáculo admirable, nuevo del todo, y sin ejemplo en la real familia. Pero la singular circunstancia de haberlos dado la Providencia en lugar de otros dos que nos fueron dolorosamente arrebatados, la de haber nacido en el seno de la paz mas gloriosa que ha firmado España en muchos siglos, la de haber sido concedidos al justo anhelo de vuestra majestad, á las tiernas ansias de su angusto primogénito, á los ardientes ruegos de toda la nacion y á la necesidad misma del Estado, califican este don por uno de aquellos mas sublimes y extraordinarios con que el cielo suele premiar las grandes virtudes de los monarcas justos, y muestra la particular proteccion que dispensa á los pueblos que les confia.

Pero cuando habla la Academia de tan singular beneficio, ¿podrá dejar de hacer la mas grata memoria de la augusta princesa por quien España le disfruta? ¿De una princesa que es el encanto de la nacion por el torrente de gracias que el cielo ha derramado sobre su amable persona, y por la maravillosa fecundidad con que nos asegura y multiplica los apoyos del trono, y con ellos la pública felicidad, afianzada en una série no interrumpida de herederos descendientes de la esclarecida sangre de Borbon en la real casa de España? Este era entonces el objeto de los votos públicos, y es ahora la prenda mas segura de nuestra verdadera prosperidad, que principalmente consiste en los estrechos lazos que unen los ánimos de los principes con aquellos á cuyo carácter, ejemplos y costumbres se conforma su educacion.

En efecto, ¿de quién esperarán mejor los españoles el talento y las virtudes necesarias para gobernarlos que de un príncipe que desciende de vuestra majestad, nacido de su mismo primogénito, y unido intimamente á los que ha de gobernar algun dia por el trato, por el amor, por el reconocimiento y por todos los vínculos que las leyes, la religion y la naturaleza hacen tan fuertes y tan sagrados?

La Academia, á quien la contemplacion de tantos



bienes como acompañan á este grande suceso arrebatada en un éxtasis de inexplicable alegría, se atreve á vaticinar sin recelo que en los infantes se verán copiadas con el tiempo las virtudes de sus gloriosos ascendientes. Llena del dulce entusiasmo que inspira el júbilo, y fijando su atencion en el que la Providencia destina para el trono, se deleita al contemplar desde ahora aquellos afortunados dias en que brillando en su persona la piedad de un san Fernando, la sabiduría de un Alonso X, la prudencia de un Fernando el Católico, el valor invencible de un Carlos I, la magnanimidad de un Felipe V, el celo, la religion y la justicia de un Carlos III, será el ídolo, la gloria y delicia de toda la nacion. Hijo de un príncipe que unido á la suerte de sus pueblos por sus derechos al trono y por el amor que les profesa, se une mucho mas á ellos por el empeño con que se dedica á aprender de vuestra majestad el sublime arte de reinar, y nieto de un monarca en cuyo

gobierno tanto se han mejorado la legislacion y las ciencias, tanto se han perfeccionado la literatura y las artes, tanto se han aumentado la poblacion, la riqueza y el lustre de la monarquía, ¿qué no deberá esperar el pueblo, que le ha visto nacer en medio de tan ventajosas circunstancias, para fijar su destino y perpetuar sus felicidades?

La Academia, Señor, pone su consideracion con tanto mas gusto en aquellos dichosos tiempos, cuanto los mira como la época mas proporcionada para el ejercicio de los talentos que cultiva. Entonces, llena de majestad y energia la lengua castellana, de vigor y hermosura la elocuencia, de armonia y suavidad la poesia, se ocupará gustosa en levantar hasta el cielo la gloria del trono y de la nacion, y en celebrar las dichas destinadas por la Providencia á la posteridad, en premio de las heroicas virtudes del grande, del justo, del magnánimo Carlos III.

## FELICITACION

DE LA REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE MADRID A CARLOS III CON MOTIVO DEL DOBLE DESPOSORIO DE LOS SEÑORES INFANTES DE ESPAÑA DOÑA CARLOTA JOAQUINA Y DON GABRIEL ANTONIO CON LOS SEÑORES INFANTES DE PORTUGAL DON JUAN Y DOÑA MARÍA ANA VICTORIA.

*Finitimas gentes, quasque amplius dividit Orbis,  
Auspice te, duplici foedere jungit Hymen.*

SEÑOR: Cuando vuestra majestad, proporcionando dignos y gloriosos enlaces á dos augustos individuos de su real familia, presenta á sus fieles vasallos el mas ilustre ejemplo de vigilancia paternal y doméstica, la Sociedad de Madrid, llena de amor y de respeto se acerca al trono de vuestra majestad para ofrecer á sus reales piés un puro testimonio de su edificación y su contento. Obligada por instituto á promover en todas partes aquellas provechosas virtudes á que siempre anduvieron unidos el bien y la prosperidad de los estados, tiene la satisfaccion mas cumplida en rendir á vuestra majestad este tributo de obsequio y gratitud, tan propio de su ardiente celo como debido al desvelo paternal de su piadoso fundador.

Otros cuerpos, Señor, aprovechando tan plausible ocasion, recordarán la gloriosa série de acciones con que vuestra majestad, ya dilatando sus dominios, ya dando la paz á sus pueblos, ya mejorando la legislación y los estudios, y ya animando la agricultura, las artes, la navegacion y el comercio, ha extendido el esplendor de su trono y la gloria de su reinado. Pero los amigos de Madrid, contemplando en vuestra majestad al padre y protector de sus vasallos, solo se dejarán arrebatados del brillante esplendor que derrama sobre su augusta persona el ejercicio de estas virtudes sociales y domésticas, que por medio de tan sublime ejemplo esperan ver difundidas y domiciliadas en las familias.

¡Ojalá que los pueblos á cuyo bien consagra la Sociedad sus tareas, atentos á su voz y al respetable modelo que les propone, se empeñasen, se apresurasen á porfía por imitarle! Qué de bienes no produciría á la nacion esta dichosa competencia! Cuánto no ganarían en ella las costumbres públicas, cuánto la educacion, que tiene tan señalada influencia en la prosperidad de los reinos! Esta educacion, cuyo desecuido es la causa primitiva y mas general de todos los males políticos; esta educacion, cuyos defectos han engendrado el orgullo, la ignorancia, la pereza, la ociosidad y todos los monstruos que combate la Sociedad por instituto!

La nacion, Señor, deberá á vuestra majestad la dicha de desterrarlos de su seno, cuando todos los padres de familia, auxiliando los débiles esfuerzos de este cuerpo

patriótico, se preparen, á ejemplo de vuestra majestad, á perseguirlos y hacerles la guerra. Los presentes sucesos anuncian ya la proximidad de tan feliz instante. ¡Qué espectáculo tan tierno, tan eficaz no será á los ojos de los españoles ver á vuestra majestad, que despues de haberse aplicado como buen padre á labrar la felicidad de sus hijos, cuidando de su educacion con el mayor desvelo, adornándolos de los conocimientos convenientes á su estado, é infundiendo en sus ánimos las semillas de todas las virtudes, se dispone ahora á premiar su aplicacion con una recompensa digna de su mérito y de sus altas virtudes!

¡Dichoso Portugal, que legará en la señora infanta doña Carlota Joaquina una princesa educada en estas sábias máximas! La Sociedad, que ha participado ya de la admiracion universal con que mas de una vez ha aplaudido la Europa los rápidos progresos, en que no brillan menos la superioridad de sus talentos que el desvelo de vuestra majestad y el paternal incesante enidado de los augustos príncipes de Asturias, mezcla ahora su voz á las del regocijo público para celebrar su dichosa union con el señor infante don Juan de Portugal. La extraordinaria comprension de esta eselarecida esposa, sus raros conocimientos, sus suavísimas costumbres, y el lleno de gracias que la adornan, si han sido hasta ahora el consuelo de vuestra majestad, la delicia de sus heroicos padres y la esperanza del pueblo español, serán dentro de poco la admiracion y hechizo del pueblo lusitano, cuando sazoadas por la edad y la experiencia tan tempranas virtudes, den un nuevo apoyo á aquel trono, y tengan la primera influencia en su esplendor y prosperidad.

Tal es la gloria que el cielo reservaba á vuestra majestad: la gloria de estrechar con este lazo la alianza de dos reinos, siempre unidos por la naturaleza, separados alguna vez por la política, y vueltos ahora á enlazar en una perpétua concordia, que dió el amor, aplaude la razon y afianza el interés recíproco. Por tan suave medio el alma benéfica de vuestra majestad ha sabido sustituir al odio irracional con que la envidia suele dividir los pueblos hermanados por la naturaleza, una santa y sólida amistad, que es el primer bien que pueden dar á la tierra los monarcas.

La Sociedad, Señor, cuyo instituto se cifra en este



espiritu de amistad y concordia pública, no puede dejar de aplaudir el celo con que vuestra majestad le hace resplandecer en su conducta, doblando los vínculos que deben unir al pueblo español y al portugués. El desposorio del señor infante don Gabriel con la señora infanta de Portugal doña María Ana Victoria es otra firme y recíproca prenda de la seguridad de esta union y de las felicidades que promete á entrambas monarquías. Los sublimes talentos de este augusto hijo de vuestra majestad, su amor á las letras, su ardiente deseo del bien público, su ilustración, su afabilidad y sus nobles virtudes, le hacian acreedor sin duda á la alta recompensa con que vuestra majestad señala ahora su amor y su justicia hácia su digna persona.

Tambien esta gloria se deberá al paternal desvelo de vuestra majestad; la gloria de extender y multiplicar las ramas de su real estirpe, antes esterilizadas por

una política severa y recelosa, y ahora restituidas por vuestra majestad á los dulces derechos que les daban el cielo y la naturaleza. La Sociedad se complace tanto mas en tan plausible suceso, cuanto le abre una rica y dilatada perspectiva de esperanzas para aquel tiempo en que las angustas generaciones, cifradas en este vínculo, formen en el Estado una nueva clase, que sirva de apoyo al trono, de esendo á la nobleza, de protección al pueblo, y sea el primero y mas firme eslabon de aquella maravillosa cadena que une al último de los vasallos con la suprema cabeza de la monarquía.

Tan sublimes bienes, tan ricas esperanzas sacan a la Sociedad de su modesto retiro, para renovar á los piés del trono los testimonios del constante y patriótico amor con que se interesa en la gloria de vuestra majestad, en el esplendor de su real familia, y en el bien y prosperidad de todos sus vasallos.

# DISCURSO

## SOBRE EL LENGUAJE Y ESTILO PROPIO DE UN DICCIONARIO GEOGRÁFICO (1)

Ilustrísimo señor: No pudiendo encargarme de concurrir á la ejecución del acuerdo del 16 anterior, por no haber tenido parte en el extracto de las cédulas geográficas, he extendido algunas reflexiones acerca de la formación del *Diccionario* á que están destinadas (2). Mi deseo no es otro que el de contribuir, en la parte que pueda, al complemento de una idea tan provechosa, y por lo mismo someto mis observaciones á la censura de usía ilustrísima para que les reciba con indulgencia y las mejore con sus luces.

Algunos señores han escrito ya con erudición y acierto sobre la materia de nuestro *Diccionario* y sobre la forma y distribución de ella, y á sus observaciones sería difícil añadir cosa apreciable. Parece pues que solo resta tratar de un punto no menos principal en la empresa, ni menos digno de la atención de la Academia.

Hablo del estilo. Vivimos en un siglo en que la singularidad, la solidez y el orden de la doctrina no bastan para hacer recomendable una obra, cualquiera que sea, si su estilo no tiene toda la claridad, toda la exactitud, y principalmente toda la analogía y proporción convenientes á la naturaleza de su objeto.

Esta delicadeza es el primer fruto de los progresos de la literatura, y prueba desde luego el buen gusto de una nación, ó al menos de aquella parte de individuos que la posee.

En efecto, cada género de escritos debe ser tratado de un modo peculiar y distinto. La poesía, la elocuencia, la historia, las ciencias naturales, las abstractas exigen un estilo propio, análogo á su naturaleza, conveniente á los varios métodos con que pueden tratarse, y proporcionado á sus objetos.

Pero sobre todo, las descripciones, ora tengan por objeto las producciones de la naturaleza, ora los trabajos del arte, requieren un estilo peculiarísimo, un estilo que presente los objetos á la imaginación y que los grave en la memoria; un estilo cuyo fin, no tanto sea convencer y persuadir, como instruir y deleitar. A este estilo se le podría llamar con propiedad la pintura de la elocuencia.

La geografía, mas que otra facultad, toca á este género de escritos, porque abraza tantos objetos como

la naturaleza, y su oficio no es otro que el de describirlos y pintarlos.

El oficio del geógrafo es presentar á sus lectores una idea la mas viva y completa que sea posible de los países que describe, excitando en su imaginación y grabando en su memoria aquella misma sensación que imprimiera en ellos la vista material de los objetos.

Pero la pluma del geógrafo no debe pintarlo todo. La inmensa extensión y variedad de sus objetos le obliga á una especie de economía que hace mas difícil su ministerio, y que solo podrá lograr por medio de la precisión y parsinomia de su estilo. Debe, por consiguiente, reducir á una cuadrícula pequeña los objetos mas grandes, copiar exactamente sus contornos, señalar y distinguir sus perfiles, describir sus partes principales é indicar ligeramente sus accesorios; debe tirar rasgos grandes y certeros, debe representar con ellos el tamaño, la figura y las proporciones de cada objeto; debe dar el término, la posición y el colorido conveniente, y sin detenerse en los accidentes ni en las partes inútiles, menudas ó menos principales, debe despertar en el lector aquella idea viva y profunda, que es el fin primario de su profesión.

Tal debe ser en general el estilo de la geografía; claro, exacto, conciso, y en una palabra, gráfico y pintoresco, porque solo así se conformará con el nombre y el objeto de esta facultad.

Pero además convendrá que este estilo sea tambien figurado y en cierta manera poético, no solo porque debe pintar, sino porque debe pintar con gracia y con viveza. De otro modo, las obras de geografía serán áridas y desaliñadas, y no podrán hallar lectores aplicados y atentos. Compuesta por la mayor parte de nombres propios, muchas veces comunes é innobles, y no pocas extravagantes y exóticos; de nombres insignificantes, siempre ingratos á la imaginación y al oído, y precisada á retratar unos objetos casi siempre parecidos, y pocas veces nuevos y agradables, ¿quién podrá sobrellevar la sequedad de su estudio, si las gracias del estilo no le hacen entretenido y gustoso?

Así lo conocieron los célebres filósofos de la antigüedad, y por eso el estilo fué uno de sus principales cuidados. Si se examinan atentamente sus obras, se hallará que Plinio, Estrabon, Ptolomeo, y sobre todo, nuestro Mela, tanto como de las cosas que habian de referir, cuidaron del arte y modo de referirlas; porque creian que esta especie de obras no podian producir utilidad

(1) Leído por el autor en la Real Academia de la Historia.

(2) Esta obra no llegó á concluirse; pero Jovellanos terminó los trabajos que se le encomendaron.



sino en cuanto las recomendaba el ingenio y gracia con que se escribian.

Y si tantas calidades requiere en general el estilo geográfico, ¿cuántas mas deberán brillar en un diccionario, donde las cosas mas grandes deben colocarse al lado de las mas pequeñas; donde una pobre aldea tendrá su lugar, como una opulenta capital; un escaso torrente, como un caudaloso rio; una humilde colina, como las altísimas montañas de Europa? ¿En un diccionario, que debe abrazar la extension de los mares, la figura y senos de las costas, la situacion y cadenas de los montes, el origen y el curso de los rios, la distincion y limites de los reinos y provincias, y hasta las últimas divisiones que exigen la geografia física y civil? ¿Un diccionario, en fin, donde cada artículo, por pequeño que sea, debe contener un breve tratado, y donde por lo mismo las descripciones han de ser mas uniformes, mas interrumpidas, mas repetidas y mas menudas?

Agréguese á esta dificultad la que nace de las peculiares calidades que, segun lo acordado, debe tener nuestro diccionario.

Además de la geografia física y civil, debe abrazar tambien la geografia económica y política de la nacion. Esta parte, que es sin duda muy importante, y que mas que otra alguna contribuirá á la utilidad de nuestra empresa, hará tambien mucho mas árduo y penoso su desempeño, y sobre todo aumentará las dificultades expuestas de parte del estilo. En las demás partes, los errores, las omisiones, la inexactitud, la obscuridad, serán defectos de corta consecuencia; pero en esta nada será tolerable, porque podria producir enormes perjuicios. Por lo mismo, en este punto todo debe ser completo, exacto, perceptible; todo debe instruir, convencer, desengañar; todo debe servir igualmente al ministerio y al magistrado público, al jefe político y al eclesiástico, al sábio y al ignorante, al nacional y al extranjero.

Es pues indispensable que el estilo de nuestro diccionario se lleve una gran parte de la atencion de la Academia, para que sea cual conviene al objeto de la obra y á la reputacion del cuerpo que la presenta al público.

Pero ¿se podrá lograr esta idea en una obra trabajada por tantas y tan diversas plumas? El don de enunciarse con claridad y precision no es dado á todos, y entre los mismos sábios hay una diferencia tan grande de estilos como de semblantes. La disposicion natural, los primeros estudios, la eleccion de modelos, el hábito de tratar tales y tales materias, la profesion, el genio, el gusto, todo concurre á formar el estilo de cada uno, y á dar, por decirlo así, á cada estilo una fisonomia particular. Cuál se enamora de la abundancia del estilo asiático, y escribe con una facunda, pero redundante

difusion; cuál del énfasis lacónico, y escribe con una enérgica, pero obscura brevedad. Es pues imposible que tantas y tan diferentes plumas se acomoden á un estilo que requiere tantas y tan diversas calidades, y mucho mas que acierten á producir, no ya un estilo uniforme ó semejante, mas ni tampoco conveniente y análogo á la naturaleza de la obra propuesta.

El único arbitrio de remediar este mal seria cometer la extension de las cédulas á un cortísimo número de personas. Fórmense enhorabuena por todos los individuos del cuerpo; desempeñe cada uno su parte segun le pluguiere, escriba en el lenguaje y estilo que le sea familiar; pero estos trabajos vengan despues á muy pocas manos, á personas que bien convencidas de las calidades que requiere el estilo del diccionario, poseyéndolas en alto grado, las hagan brillar en cada artículo, y la obra salga tal cual puede desearse.

Entonces no será tan difícil lograr la uniformidad, la concision y las demás gracias peculiares que requiere este estilo. Los encargados de arreglarle podrán estudiar sus principios, ejercitarse en su práctica, observar los bellos modelos de la antigüedad, y no descansar hasta igualarlos. ¿Cuántas bellas descripciones geográficas no hallarán en Homero, en Virgilio, en Valerio Flacco, en Rufo, Festo y otros poetas! Cuántas en Livio, César, Tácito y otros historiadores!

Pero deberán estudiar mas particularmente los célebres geógrafos griegos y latinos, y revolviendo dia y noche sus excelentes obras, copiar de ellas la erudicion de Estrabon, la exactitud de Plinio, el arte de Ptolomeo, y el lleno de bellezas que brillan en las de nuestro Mela. Si Ciceron hubiera cumplido su propósito de escribir la geografia, como prometió á su amigo Atico; si la pluma de este sábio y elocente romano hubiese descubierto en el estilo geográfico las singulares bellezas con que adornó los estilos de la elocuencia, de la política, de la moral y de la filosofía, yo le propondria acaso como el primero, como el único de todos los modelos. Pero en defecto suyo, solo merece esta gloria un insigne español: el mismo Pomponio Mela. A este excelente geógrafo, que en las gracias del estilo sobrepusó á todos los demás, tanto griegos como latinos, deberán imitar con preferencia nuestros redactores. Ninguno supo reunir tan bien la precision á la claridad, la elegancia á la exactitud, el mérito de la doctrina á las gracias de la elocucion. En sus obras y en sus diligentes versiones, hechas por Tribaldos y Salas, deberán trabajar continuamente nuestros académicos, llenar su idea de los rasgos, las frases, las elocuciones y las fórmulas de este gran geógrafo y beber aquellas bellezas de expresion, que trasladadas despues á nuestro diccionario, hagan que parezca en el público como una obra digna del decoro de la nacion, de la reputacion de la Academia y de la ilustracion del siglo xvm.

# ELOGIO DE CARLOS III,

LEIDO EN LA REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE MADRID EL DIA 8 DE NOVIEMBRE DE 1783

E. aon deben (los reyes) honrar é amar á los maestros de los grandes saberes... por cuyo consejo se mantienen é se enderezan muchas veces los reinos.

(R. D. ALF. EL SABIO, en la ley 3.<sup>a</sup>, tit. x de la partida II.)

## ADVERTENCIA DEL AUTOR.

Como el primer fin de este elogio fuere manifestar cuanto se habia hecho en tiempo del buen rey Carlos III, que ya descansa en paz, para promover en España los estudios útiles, fué necesario referir con mucha brevedad los hechos, y reducir estrechamente las reflexiones que presentaba tan vasto plan. La naturaleza misma del escrito pedia tambien esta concisión; y de aquí es que algunos juzgasen muy conveniente ilustrar con varias notas los puntos que en él se tocan mas rápidamente.

No distaba mucho el autor de este modo de pensar, pero cree sin embargo que ni puede ni debe seguirle en esta ocasion, por dos razones para él muy poderosas. Una, que los lectores en cuyo obsequio prefirió este á otros muchos objetos de alabanza, que podian dar ámplia materia al elogio de Carlos III, no habrán menester comentarios para entenderle; y otra, que habiendo merecido que la Real Sociedad de Madrid, á quien se dirigió, prohibiese, por decirlo así, y distinguiese tan generosamente su trabajo, ya no debía mirarle como propio, ni añadirle cosa sobre que no hubiese recaído tan honrosa aprobacion. Sale pues á luz este elogio tal cual se presentó y leyó á aquel ilustre cuerpo el sábado 8 de noviembre del año pasado; condescendiendo, en obsequio suyo, el autor, no solo á la publicacion de un escrito incapaz de llenar el grande objeto que se propuso, sino tambien á no alterarle, y renunciar el mejoramiento que tal vez pudiera adquirir por medio de una correccion meditada y severa.

Mas si el público, que suele prescindir del mérito accidental cuando juzga las obras dirigidas á su utilidad, acogiese esta benignamente, el autor se reserva el derecho de mejorarla y de publicarla de nuevo. Entonces procurará ilustrar con algunas notas los puntos relativos á la historia literaria de la economia civil entre nosotros, que son, á su juicio, los que mas pueden necesitar de ellas, y aun merecerlas (1).

Señores: El elogio de Carlos III, pronunciado en esta morada del patriotismo, no debe ser una ofrenda de la adulacion, sino un tributo del reconocimiento.

(1) Extendió las notas Jovellanos algunos años despues; pero se han perdido, como tantos otros papeles del autor.

Si la tímida antigüedad inventó los panegíricos de los soberanos, no para celebrar á los que profesaban la virtud, sino para acallar á los que la perseguían, nosotros hemos mejorado esta institucion, convirtiéndola á la alabanza de aquellos buenos principes cuyas virtudes han tenido por objeto el bien de los hombres que gobernaron. Así es que mientras la elocuencia, instigada por el temor, se desentona en otras partes para divinizar á los opresores de los pueblos, aquí, libre y desinteresada, se consagrará perpétuamente á la recomendacion de las benéficas virtudes en que su alivio y su felicidad están cifrados.

Tal es, señores, la obligacion que nos impone nuestro instituto; y mi lengua, consagrada tanto tiempo há á un ministerio de verdad y justicia, no tendrá que profanarle por la primera vez para decir las alabanzas de Carlos III. Considerándole como padre de sus vasallos, solo ensalzaré aquellas providencias suyas que le han dado un derecho mas cierto á tan glorioso título; y entonces este elogio, modesto como su virtud y sencillo como su carácter, sonará en vuestro oído á la manera de aquellos himnos con que la inocencia de los antiguos pueblos ofrecia sus loores á la Divinidad, tanto mas agradables cuanto eran mas sinceros, y cantados sin otro entusiasmo que el de la gratitud.

¡Ah! cuando los soberanos no han sentido en su pecho el placer de la beneficencia; cuando no han oído en la boca de sus pueblos las bendiciones del reconocimiento; ¿de qué les servirá esta gloria vana y estéril que busean con tanto afán para saciar su ambicion y contentar el orgullo de las naciones? También España pudiera sacar de sus anales los títulos pomposos en que se cifra este funesto esplendor. Pudiera presentar sus banderas llevadas á las últimas regiones del ocano, para medir con la del mundo la extension de su imperio; sus naves cruzando desde el Mediterráneo al mar Pacífico, y rodeando las primeras la tierra para circunscribir todos los límites de la ambicion humana; sus doctores defendiendo la Iglesia, sus leyes ilustrando la Europa, y sus artistas compitiendo con los mas céle-



bres de la antigüedad. Pudiera, en fin, amontonar ejemplos de heroicidad y patriotismo, de valor y constancia, de prudencia y sabiduría. Pero con tantos y tan gloriosos timbres, ¿qué bienes puede presentar, añadidos á la suma de su felicidad?

Si los hombres se han asociado, si han reconocido una soberanía, si le han sacrificado sus derechos mas preciosos, lo han hecho sin duda para asegurar aquellos bienes á cuya posesion los arrastraba el voto general de la naturaleza. ¡Oh principes! Vosotros fuisteis colocados por el Omnipotente en medio de las naciones para atraer á ellas la abundancia y la prosperidad. Ved aquí vuestra primera obligacion. Guardáos de atender á los que os distraen de su cumplimiento; cerrad cuidadosamente el oído á las sugestiones de la lisonja y á los encantos de vuestra propia vanidad, y no os dejéis deslumbrar del esplendor que continuamente os rodea ni del aparato del poder depositado en vuestras manos. Mientras los pueblos afligidos levantan á vosotros sus brazos, la posteridad os mira desde lejos, observa vuestra conducta, escribe en sus memoriales vuestras acciones, y reserva vuestros nombres para la alabanza, el olvido ó la execracion de los siglos venideros.

Parece que este precepto de la filosofía resonaba en el corazon de Carlos III cuando venía de Nápoles á Madrid, traído por la Providencia á ocupar el trono de sus padres. Un largo ensayo en el arte de reinar le enseñara que la mayor gloria de un soberano es la que se apoya sobre el amor de sus súbditos, y que nunca este amor es mas sincero, mas durable, mas glorioso que cuando es inspirado por el reconocimiento. Esta leccion, tantas veces repetida en la administracion de un reino que habia conquistado por sí mismo, no podia serlo menos en el que venía á poseer como una dádiva del cielo.

La enumeracion de aquellas providencias y establecimientos con que este benéfico soberano ganó nuestro amor y gratitud ha sido ya objeto de otros mas elocuentes discursos. Mi plan me permite apenas recordarlas. La ereccion de nuevas colonias agrícolas, el repartimiento de las tierras comunales, la reduccion de los privilegios de la ganadería, la abolicion de la tasa y la libre circulacion de los granos, con que mejoró la agricultura; la propagacion de la enseñanza fabril, la reforma de la policia gremial, la multiplicacion de los establecimientos industriales, y la generosa profusion de gracias y franquicias sobre las artes en beneficio de la industria; la rotura de las antiguas cadenas del tráfico nacional, la abertura de nuevos puntos al consumo exterior, la paz del Mediterráneo, la periódica correspondencia y la libre comunicacion con nuestras colonias ultramarinas en obsequio del comercio; restablecidas la representacion del pueblo para perfeccionar el gobierno municipal, y la sagrada potestad de los padres para mejorar el doméstico; los objetos de beneficencia pública distinguidos en odio de la voluntaria ociosidad, y abiertos en mil partes los senos de la caridad en gracia de la aplicacion indigente; y sobre todo, levantados en medio de los pueblos estos cuerpos patrióticos, declado de institucio-

nes políticas, y sometidos á la especulacion de su celo todos los objetos del provecho comun, ¿qué materia tan amplia y tan gloriosa para elogiar á Carlos III y asegurarle el título de padre de sus vasallos!

Pero no nos engañemos: la senda de las reformas, demasiado trillada, solo hubiera conducido á Carlos III á una gloria muy pasajera, si su desvelo no hubiese buscado los medios de perpetuar en sus estados el bien á que aspiraba. No se ocultaba á su sabiduría que las leyes mas bien meditadas no bastan de ordinario para traer la prosperidad á una nacion, y mucho menos para fijarla en ella. Sabia que los mejores, los mas sábios establecimientos, despues de haber producido una utilidad efímera y dudosa, suelen recompensar á sus autores con un triste y tardío desengaño. Expuestos desde luego al torrente de las contradicciones, que jamás pueden evitar las reformas, imperfectos al principio por su misma novedad, difíciles de perfeccionar poco á poco, por el desaliento que causa la lentitud de esta operacion, pero mucho mas difíciles todavía de reducir á unidad, y de combinar con la muchedumbre de circunstancias coetáneas, que deciden siempre de su buen ó mal efecto, Carlos previó que nada podria hacer en favor de su nacion, si antes no la preparaba á recibir estas reformas, si no le infundia aquel espíritu, de quien enteramente penden su perfeccion y estabilidad.

Vosotros, señores, vosotros, que cooperais con tanto celo al logro de sus paternales designios, no desconoceréis cuál era este espíritu que faltaba á la nacion. Ciencias útiles, principios económicos, espíritu general de ilustracion: ved aquí lo que España deberá al reinado de Carlos III.

Si dudais que en estos medios se cifra la felicidad de un estado, volved los ojos á aquellas tristes épocas en que España vivió entregada á la supersticion y á la ignorancia. ¡Qué espectáculo de horror y de lástima! La religion, enviada desde el cielo á ilustrar y consolar al hombre, pero forzada por el interés á entristecerle y eludirle; la anarquía establecida en lugar del orden; el jefe del estado tirano ó víctima de la nobleza; los pue'blos, como otros tantos rebaños, entregados á la codicia de sus señores; la inteligencia agobiada con las cargas públicas; la opulencia libre enteramente de ellas, y autorizada á agravar su peso; abiertamente resistidas, ó insolentemente atropelladas las leyes; menospreciada la justicia, roto el freno de las costumbres, y abismados en la confusion y el desorden todos los objetos del bien y el orden público, ¿dónde, dónde residia entonces aquel espíritu á quien debieron despues las naciones su prosperidad?

España tardó algunos siglos en salir de este abismo; pero cuando rayó el xvi, la soberanía habia recobrado ya su autoridad, la nobleza sufrió la reduccion de sus prerogativas, el pueblo asegurado su representacion, los tribunales hacian respetar la voz de las leyes y la accion de la justicia, y la agricultura, la industria, el comercio prosperaban á impulso de la proteccion y el orden. ¿Qué humano poder hubiera sido capaz de derrocar á España del ápice de grandeza á que entonces subió, si el espíritu de verdadera ilustracion la hu-

biese enseñado á conservar lo que tan rápidamente habia adquirido?

No desdeñó España las letras, no; antes aspiró tambien por este rumbo á la celebridad. Pero ¡ah! ¿cuáles son las útiles verdades que recogió por fruto de las vigiliass de sus sábios? ¿De qué la sirvieron los estudios eclesiásticos, despues que la sutileza escolástica le robó toda la atencion que debía á la moral y al dogma? ¿De qué la jurisprudencia, obstinada por una parte en multiplicar las leyes, y por otra en someter su sentido al arbitrio de la interpretacion? De qué las ciencias naturales, solo conocidas por el ridiculo abuso que hicieron de ellas la astrologia y la química? De qué, por fin, las matemáticas, cultivadas solo especulativamente, y nunca convertidas ni aplicadas al beneficio de los hombres? Y si la utilidad es la mejor medida del aprecio, ¿cuál se deberá á tantos nombres como se nos citan á cada paso para lisonjear nuestra pereza y nuestro orgullo?

Entre tantos estudios no tuvo entonces lugar la economia civil, ciencia que enseña á gobernar, cuyos principios no ha corrompido todavía el interés, como los de la política, y cuyos progresos se deben enteramente á la filosofía de la presente edad. Las miserias públicas debian despertar alguna vez el patriotismo y conducirle á la indagacion de la causa y al remedio de tantos males, pero esta época se hallaba todavía muy distante. Entre tanto que el abandono de los campos, la ruina de las fábricas y el desaliento del comercio sobresaltaba los corazones, las guerras extranjeras, el fausto de la corte, la codicia del ministerio y la hidropeia del erario abortaban enjambres de miserables arbitristas, que reduciendo á sistema el arte de estrujar los pueblos, hicieron consumir en dos reinados la sustancia de dos generaciones.

Entonces fué cuando el aspecto de la miseria, volando sobre los campos incultos, sobre los talleres desiertos y sobre los pueblos desamparados, difundió por todas partes el horror y la lástima; entonces fué cuando el patriotismo inflamó el celo de algunos generosos españoles, que tanto meditaron sobre los males públicos y tan vigorosamente clamaron por su reforma; entonces cuando se pensó por la primera vez que habia una ciencia que enseñaba á gobernar los hombres y hacerlos felices; entonces, finalmente, cuando del seno mismo de la ignorancia y el desórden nació el estudio de la economia civil.

Pero ¿cuál era la suma de verdades y conocimientos que contenia entonces nuestra ciencia económica? ¿Por ventura podríamos honrarla con este apreciable nombre? Vacilante en sus principios, absurda en sus consecuencias, equivocada en sus cálculos, y tan deslumbrada en el conocimiento de los males como en la eleccion de los remedios, apenas nos ofrece una máxima constante de buen gobierno. Cada economista forinaba un sistema peculiar, cada uno le derivaba de diferente origen, y sin convenir jamás en los elementos, cada uno caminaba á su objeto por distinta senda. Deza, amante de la-agricultura, solo pedia enseñanza, auxilios y exenciones para los labradores; Lerpuela, declarada por la ganaderia, pensaba aun en entender

los enormes privilegios de la Mesta; Ciales descubre la triste influencia de los mayorazgos y grita por la circulacion de las tierras y sus productos; Perez de Herrera divisa por todas partes vagos y pobres baldíos, y quiere llenar los mares de forzados, y de albergues las provincias; Navarrete, deslumbrado por la autoridad del Consejo, ve huir de España la felicidad en pos de las familias expulsas ó expatriadas que la desamparan, y Moncada ve venir la miseria con los extranjeros que la inundan. Cevallos atribuye el mal á la introduccion de las manufacturas extrañas, y Olivares á la ruina de las fábricas propias; Osorio á los metales venidos de América, y Mata á la salida de ellos del continente. No hay mal, no hay vicio, no hay abuso que no tenga su particular declamador. La riqueza del estado eclesiástico, la pobreza y excesiva multiplicacion del religioso, los asientos, las sisas, los juros, la licencia en los trajes, todo se examina, se calcula, se reprende, mas nada se remedia. Se equivocan los efectos con las causas, nadie atina con el origen del mal, nadie trata de llevar el remedio á su raíz; y mientras Alemania, Flándes, Italia sepultan los hombres, tragan los tesoros y consumen la sustancia y los recursos del Estado, la nacion agoniza en brazos de los empirícos que se habian encargado de su remedio.

A tan triste y horroroso estado habian los malos estudios reducido á nuestra patria, cuando acababa con el siglo xvi la dinastía austriaca. El cielo tenia reservada á la de los Borbones la restauracion de su esplendor y sus fuerzas. A la entrada del siglo xviii el primero de ellos pasa los Pirineos, y entre los horrores de una guerra tan justa como encarnizada, vuelve de cuando en cuando los ojos al pueblo, que luchaba generosamente por defender sus derechos. Felipe, conociendo que no puede hacerle feliz si no le instruye, funda academias, erige seminarios, establece bibliotecas, protege las letras y los literatos, y en un reinado de casi medio siglo le enseña á conocer lo que vale la ilustracion.

Fernando, en un período mas breve, pero mas floreciente y pacífico, sigue las huellas de su padre; cria la marina, fomenta la industria, favorece la circulacion interior, domicilia y recompensa las bellas artes, protege los talentos, y para aumentar mas rápidamente la suma de los conocimientos útiles, al mismo tiempo que envia por Europa muchos sobresalientes jóvenes en busca de tan preciosa mercancía, acoge favorablemente en España los artistas y sábios extranjeros, y compra sus luces con premios y pensiones. De este modo se prepararon las sendas que tan gloriosamente corrió despues Carlos III.

Determinado este piadoso soberano á dar entrada á la luz en sus dominios, empieza removiendo los estorbos que podian detener sus progresos. Este fué su primer enuidado. La ignorancia defiende todavía sus trinebras, pero Carlos acabará de derribarlas. La verdad lidia á su lado, y á su vista desaparecerán del todo las tinieblas.

La filosofía de Aristóteles habia tiranizado por largos siglos la república de las letras, y aunque despreciada y expulsada de casi toda Europa, conservaba todavía la



veneracion de nuestras escuelas. Poco útil en sí misma, porque todo lo da á la especulacion y nada á la experiencia, y desfigurada en las versiones de los árabes, á quienes Europa debió tan funesto don, habia acabado de corromperse á esfuerzos de la ignorancia de sus comentadores.

Sus sectarios, divididos en bandos, la habian oscurecido entre nosotros con nuevas sutilezas, inventadas para apoyar el imperio de cada secta; y mientras el interés encendia sus guerras intestinas, la doctrina del Estagirita era el mejor escudo de las preocupaciones generales. Carlos disipa, destruye, aniquila de un golpe estos partidos, y dando entrada en nuestras aulas á la libertad de filosofar, atrae á ellas un tesoro de conocimientos filosóficos, que circulan ya en los ánimos de nuestra juventud, y empiezan á restablecer el imperio de la razon. Ya se oyen apenas entre nosotros aquellas voces bárbaras, aquellas sentencias oscurísimas, aquellos raciocinios vanos y sutiles, que antes eran gloria del peripato y delicia de sus creyentes; y en fin, hasta los títulos de tomistas, escotistas, suaristas han huido ya de nuestras escuelas, con los nombres de Froilan, Gonzalez y Losada, sus corifeos, tan celebrados antes en ellas, como pospuestos y olvidados en el día. De este modo la justa posteridad permite por algun tiempo que la alabanza y el desprecio se disputen la posesion de algunos nombres, para arrancárselos despues y entregarlos al olvido.

La teología, libre del yugo aristotélico, abandona las cuestiones escolásticas, que antes llevaban su primera atencion, y se vuelve al estudio del dogma y la controversia. Carlos, entregándola á la critica, la conduce por medio de ella al conocimiento de sus purísimas fuentes, de la santa Escritura, los concilios, los Padres, la historia y disciplina de la Iglesia, y restituye así á su antiguo decoro la ciencia de la religion.

La enseñanza de la ética, del derecho natural y público, establecida por Carlos III, mejora la ciencia del juriconsulto. Tambien esta habia tenido sus escolásticos que la extraviaban en otro tiempo hácia los laberintos del arbitrio y la opinion. Carlos la eleva al estudio de sus orígenes, fija sus principios, coloca sobre las cátedras el derecho natural, hace que la voz de nuestros legisladores se oiga por la primera vez en nuestras aulas, y la jurisprudencia española empieza á correr gloriosamente por los senderos de la equidad y la justicia.

Pero Carlos no se contenta con guiar sus súbditos al conocimiento de las altas verdades que son objeto de estas ciencias. Aunque dignas de su atencion por su influjo en la creencia, en las costumbres y en la tranquilidad del ciudadano, conoce que hay otras verdades menos sublimes por cierto, pero de las cuales pende mas inmediatamente la prosperidad de los pueblos. El cuidado de convertirlos con preferencia á su indagacion distinguirá perfectamente en la historia de España el reinado de Carlos III.

El hombre, condenado por la Providencia al trabajo, nace ignorante y débil. Sin luces, sin fuerzas, no sabe donde dirigir sus deseos, dónde aplicar sus brazos. Fué necesario el trascurso de muchos siglos y la reunion de

una muchedumbre de observaciones para juntar una escasa suma de conocimientos útiles á la direccion del trabajo, y á estas pocas verdades debió el mundo la primera multiplicacion de sus habitantes.

Sin embargo, el Criador habia depositado en el espíritu del hombre un grande suplemento á la debilidad de su constitucion. Capaz de comprender á un mismo tiempo la extension de la tierra, la profundidad de los mares, la altura é inmensidad de los cielos; capaz de penetrar los mas escondidos misterios de la naturaleza, entregada á su observacion, solo necesitaba estudiarla, reunir, combinar y ordenar sus ideas para sujetar el universo á su dominio. Cansado al fin de perderse en la oscuridad de las indagaciones metafísicas, que por tantos siglos habian ocupado estérilmente su razon, vuelve hácia sí, contempla la naturaleza, cria las ciencias que la tienen por objeto, engrandece su ser, conoce todo el vigor de su espíritu, y sujeta la felicidad á su albedrío.

Carlos, deseoso de hacer en su reino esta especie de regeneracion, empieza promoviendo la enseñanza de las ciencias exactas, sin cuyo auxilio es poco ó nada lo que se adelanta en la investigacion de las verdades naturales. Madrid, Sevilla, Salamanca, Alcalá ven renacer sus antiguas escuelas matemáticas. Barcelona, Valencia, Zaragoza, Santiago y casi todos los estudios generales las ven establecer de nuevo. La fuerza de la demostracion sucede á la sutileza del silogismo. El estudio de la fisica, apoyado ya sobre la experiencia y el cálculo, se perfecciona; nacen con él las demás ciencias de su jurisdiccion: la química, la mineralogía y la metalurgia, la historia natural, la botánica; y mientras el naturalista observador indaga y descubre los primeros elementos de los cuerpos, y penetra y analiza todas sus propiedades y virtudes, el político estudia las relaciones que la sabiduría del Criador depositó en ellos para asegurar la multiplicacion y la dicha del género humano.

Mas otra ciencia era todavia necesaria para hacer tan provechosa aplicacion. Su fin es apoderarse de estos conocimientos, distribuirlos útilmente, acercarlos á los objetos del provecho comun, y en una palabra, aplicarlos por principios ciertos y constantes al gobierno de los pueblos. Esta es la verdadera ciencia del Estado, la ciencia del magistrado público. Carlos vuelve á ella los ojos, y la economia civil aparece de nuevo en sus dominios.

Habia debido ya algun desvelo á su heróico padre en la proteccion que dispensó á los ilustres ciudadanos que le consagraron sus tareas. Mientras el marqués de Santa Cruz reducía en Turin á una breve suma de preciosas máximas todo el fruto de sus viajes y observaciones, don Jerónimo Uztáriz en Madrid depositaba en un amplio tratado las luces debidas á su largo estudio y profunda meditacion. Poco despues se dedica Zavala á reconocer el estado interior de nuestras provincias y á examinar todos los ramos de la hacienda real, y Ulloa pesa en la balanza de su juicio reetísimo los cálculos y raciocinios de los que le precedieron en tan distinguida carrera.

Es forzoso colocar estos economistas sobre todos los

del siglo pasado, reconocer que había mas unidad y firmeza en sus principios, y confesar que se elevaron mas al origen de nuestra decadencia. Sin embargo, aun duraba entre ellos el abuso de tratar las materias económicas por sistemas particulares. Cada uno aspiraba á una particular reforma. Navia, proponiendo la de la marina real, piensa eriar la mercantil y abrir los mares á un rico y extendido comercio; Uztáriz, declamando contra la alcabala, contra las aduanas internas y contra los aranceles de las marítimas, concibe un plan de comercio activo, tan vasto como juiciosamente combinado; Zavala demuestra y dice abiertamente que la prosperidad de la agricultura y las artes, únicas fuentes del comercio, es incompatible con el sistema de rentas provinciales, opresivo por su objeto, ruinoso por su forma y dispendioso en su ejecución, y libra todo el remedio sobre la única contribucion, y Ulloa aplica las luces del cálculo y la experiencia á todos los objetos de la economía pública y á todos los sistemas relativos á su mejoramiento, y sin fijarse en alguno, quiere remediar los vicios generales por medio de parciales reformas.

Algo mas dignamente apareció este estudio bajo los auspicios de Fernando. La doctrina del célebre José Gonzalez, mejorada por Zavala, resucitada por Loinaz, modificada y adoptada al fin por el célebre Ensenada, hubiera á lo menos reducido á unidad el sistema de los impuestos, si la impericia de sus ejecutores no malograra tan benéfica idea. Sin embargo, la nacion no perdió todo el fruto de estos trabajos, pues se libró entonces de la plaga de los asientos, y ahuyentó para siempre de su vista el vergonzoso ejemplo de tantas súbitas y enormes fortunas como la pereza del gobierno dejaba fundar cada dia sobre la sustancia de sus hijos.

Entre tanto un sábio irlandés, felizmente prohibido en ella, se encarga de enriquecerla con nuevos conocimientos económicos. A la voz de Fernando, don Bernardo Ward, instruido en las ciencias útiles y en el estado político de España, sale á visitar la Europa, recorre la mayor parte de sus provincias; se detiene en Francia, en Inglaterra, en Holanda, centros de la opulencia del mundo; examina su agricultura, su industria, su comercio, su gobierno económico; vuelve á Madrid con un inmenso caudal de observaciones; rectifica por medio de la comparacion sus ideas; las ordena, las aplica; escribe su célebre *Proyecto económico*, y cuando nos iba á enriquecer con este don preciosísimo, la muerte le arrebató, y hundió en su sepulcro el fruto de tan dignos trabajos.

Estaba reservado á Carlos III aprovechar los rayos de luz que estos dignos ciudadanos habian depositado en sus obras. Estábele reservado el placer de difundirlos por su reino y la gloria de convertir enteramente sus vasallos al estudio de la economía. Sí, buen rey: ve aquí la gloria que mas distinguirá tu nombre en la posteridad. El santuario de las ciencias se abre solamente á una porcion de ciudadanos, dedicados á investigar en silencio los misterios de la naturaleza para declararlos á la nacion. Tuyo es el cargo de recoger sus oráculos, tuyo el de comunicar la luz de sus investigaciones; tuyo el de aplicarla al beneficio de tus súbditos.

La ciencia económica te pertenece exclusivamente á ti y á los depositarios de tu autoridad. Los ministros que rodean tu trono, constituidos órganos de tu suprema voluntad; los altos magistrados, que la deben intimar al pueblo, y elevar á tu oído sus derechos y necesidades; los que presiden al gobierno interior de tu reino, los que velan sobre tus provincias, los que dirigen inmediatamente tus vasallos, deben estudiarla, deben saberla, ó caer derrocados á las clases destinadas á trabajar y obedecer. Tus decretos deben emanar de sus principios, y sus ejecutores deben respetarlos. Ve aquí la fuente de la prosperidad ó la desgracia de los vastos imperios que la Pr videncia puso en tus manos. No hay en ellos mal, no hay vicio, no hay abuso que no se derive de alguna contravencion á estos principios. Un error, un descuido, un falso cálculo en economía llena de confusion las provincias, de lágrimas los pueblos, y aleja de ellos para siempre la felicidad. Tú, Señor, has promovido tan importante estudio; haz que se estremezcán los que debiendo ilustrarse con él, le desprecien ó insulten.

Apenas Carlos sube al trono, cuando el espíritu de exámen y reforma repasa todos los objetos de la economía pública. La accion del gobierno despierta la curiosidad de los ciudadanos. Renace entones el estudio de esta ciencia, que ya por aquel tiempo se llevaba en Europa la principal atencion de la filosofía. España lee sus mas célebres escritores, examina sus principios, analiza sus obras; se habla, se disputa, se escribe, y la nacion empieza á tener economistas (1).

Entre tanto una súbita convulsion sobrecege inesperadamente al gobierno y embarga tola su vigilancia. ¡Qué dias aquellos de confusion y oprobio! Pero un genio superior, nacido para bien de la España, acude al remedio. A su vista pasa la sorpresa, se restituye la serenidad, y el celo, recobrando su actividad, vuelve á hervir y se agita con mayor fuerza. Su ardor se apodera entonces del primer senado del reino é inflama á sus individuos. La timidez, la indecision, el respeto á los errores antiguos, el horror á las verdades nuevas, y todo el séquito de las preocupaciones huyen ó emmudecen, y á su impulso se acelera y propaga el movimiento de la justicia. No hay recurso, no hay expediente que no se generalice. Los mayores intereses, las cuestiones mas importantes se agitan, se ilustran, se deciden por los mas ciertos principios de la economía. La magistratura, ilustrada por ellos, reduce todos sus decretos á un sistema de orden y de unidad antes desconocido. Agricultura, poblacion, cria de ganados, industria, comercio, estudios, todo se examina, todo se mejora segun estos principios; y en la agitacion de tan

(1) No puedo dejar de citar aquí una obra que basta por sí sola para que no se tache de arrogante la proposicion que acaba de sentar. Tiene por título *Discurso sobre la economia política*, Madrid, 1769, un volumen en 8.º, en casa de Ibarra. Este escrito, tan excelente como poco conocido, se publicó entonces con el nombre de don Antonio Muñoz; pero su verdadero autor es uno de los literatos que hacen mas honor á nuestra edad, y con cuyo nombre hubiera ilustrado yo esta parte de mi discurso si no respetase la modestia con que trata de enmudecirla. Mas no por eso dejaré de aconsejar á los amantes de los estudios económicos que le lean y releen noche y dia, porque es de aquellos que encierran en pocos capítulos grandes tesoros de doctrina. (Nota del autor.)



importantes discusiones, la luz se difunde, ilumina todos los cuerpos políticos del reino, se deriva á todas las clases y prepara los caminos á una reforma general.

¡Oh! cuán grandes, cuán increíbles hubieran sido sus progresos, si la preocupacion no hubiese distraído el celo, provocándole á la defensa de otros objetos menos preciosos! La nacion, no discerniendo bien todavía los que estaban mas unidos con su interés, volvía su expectacion hácia las nuevas disputas que el espíritu de partido acaloraba mas y mas cada día. Era preciso llamarla otra vez hácia ellos, mostrarla la luz que empezaba á eclipsarse, y disponerla para recibir sus rayos bienhechores.

Entonces fué cuando un insigne magistrado, que reunía al mas vasto estudio de la constitucion, historia y derecho nacional, el conocimiento mas profundo del estado interior y relaciones políticas de la monarquía (1), se levantó en medio del Senado, cuyo celo habia invocado tantas veces, como primer representante del pueblo. Su voz, arrebatando nuevamente la atencion de la magistratura, le presenta la mas perfecta de todas las instituciones políticas, que un pueblo libre y venturoso habia admitido y acreditado con admirables ejemplos de ilustracion y patriotismo. El Senado adopta este plan, Carlos le protege, le autoriza con su sancion, y las sociedades económicas nacen de repente.

Estos cuerpos llaman hácia sus operaciones la expectacion general, y todos corren á alistarse en ellos. El clero, atraído por la analogía de su objeto con el de su ministerio benéfico y piadoso; la magistratura, despojada por algunos instantes del aparato de su autoridad; la nobleza, olvidada de sus prerogativas; los literatos, los negociantes, los artistas, desnudos de las aliciones de su interés personal, y tocados del deseo del bien comun, todos se reúnen, se reconocen ciudadanos, se confiesan miembros de la asociacion general antes que de su clase, y se preparan á trabajar por la utilidad de sus hermanos. El celo y la sabiduría juntan sus fuerzas, el patriotismo hierve, y la nacion, atónita, ve por la primera vez vueltos hácia si todos los corazones de sus hijos.

Este era el tiempo de hablarla, de ilustrarla y de poner en accion los principios de su felicidad. Aquel mismo espíritu que habia excitado tan maravillosa fermentacion, debia hacerle tambien este alto servicio. Carlos le protege, el Senado le anima, la patria le observa, y movido de tan poderosos estímulos, se ciñe para la ejecucion de tan árdua empresa. Habla al pueblo, le descubre sus verdaderos intereses, le exhorta, le instruye, le educa, y abre á sus ojos todas las fuentes de su prosperidad.

Vosotros, señores, fuisteis testigos del ardor que inflamaba su celo en aquellos memorables días en que nuestro augusto fundador con su sancion daba el ser á nuestra sociedad. Su voz fué la primera que se escuchó en nuestras asambleas; la primera que pagó á Carlos el tributo de gratitud por el beneficio cuyo aniversario celebramos hoy; la primera que animó, que

guió nuestro celo; la primera, en fin, que nos mostró la senda que debia llevarnos al conocimiento de los bienes propuestos á nuestra indagacion.

Los antiguos economistas, aunque inconstantes en sus principios, habian depositado en sus obras una increíble copia de hechos, de cálculos y raciocinios, tan preciosos como indispensables para conocer el estado civil de la nacion y la influencia de sus errores políticos. Faltaba solo una mano sabia y laboriosa que los entresacase y esclareciese á la luz de los verdaderos principios. El infatigable magistrado lee y extracta estas obras, publica las inéditas, desentierra las ignoradas, comenta unas y otras, rectifica los juicios y corrige las consecuencias de sus autores; y mejoradas con nuevas y admirables observaciones, las presenta á sus compatriotas. Todos se afanan por gozar de este rico tesoro; las luces económicas circulan, se propagan y se depositan en las sociedades, y el patriotismo, lleno de ilustracion y celo, funda en ellas su mejor patrimonio.

¡Ah! Si la envidia no me perdonare la justicia que acabo de hacer á este sábio cooperador de los designios de Carlos III, aquellos de vosotros que fueron testigos de los sucesos de esta época memorable, sus obras, que andan siempre en vuestras manos, sus máximas, que están impresas en vuestros corazones, y estas mismas paredes, donde tantas veces ha resonado su voz, darán el testimonio mas puro de su mérito y mi imparcialidad.

Pero á tí, oh buen Carlos, á tí se debe siempre la mayor parte de esta gloria y de nuestra gratitud. Sin tu proteccion, sin tu generosidad, sin el ardiente amor que profesabas á tus pueblos, estas preciosas semillas hubieran perecido. Caidas en una tierra estéril, la zizaña de la contradiccion las hubiera sofocado en su seno. Tú has hecho respetar las tiernas plantas que germinaron, tú vas ya á recoger su fruto, y este fruto de ilustracion y de verdad será la prenda mas cierta de la felicidad de tu pueblo.

Si, españoles; ved aquí el mayor de todos los beneficios que derramó sobre vosotros Carlos III. Sembró en la nacion las semillas de luz que han de ilustraros, y os desembarazó los senderos de la sabiduría. Las inspiraciones del vigilante ministro, que encargado de la pública instruccion, sabe promover con tan noble y constante afan las artes y las ciencias, y á quien nada distinguirá tanto en la posteridad como esta gloria, lograron al fin restablecer el imperio de la verdad. En ninguna época ha sido tan libre su circulacion, en ninguna tan firmes sus defensores, en ninguna tan bien sostenidos sus derechos. Apenas hay ya estorbos que detengan sus pasos; y entre tanto que los baluartes levantados contra el error se fortifican y respetan, el santo idioma de la verdad se oye en nuestras asambleas, se lee en nuestros escritos, y se imprime tranquilamente en nuestros corazones. Su luz se recoge de todos los ángulos de la tierra, se reúne, se extiende, y muy presto bañará todo nuestro horizonte. Si, mi espíritu, arrebatado por los inmensos espacios de lo futuro, ve allí cumplido este agradable vaticinio. Allí descubre el simulacro de la verdad sentado so-

(1) Campomanes.

bre el trono de Cárlos; la sabiduría y el patriotismo le acompañan; innumerables generaciones le reverencian y se le postran en derredor; los pueblos beatificados por su influencia le dan un culto puro y sencillo, y en recompensa del olvido con que le injuriaron los siglos que han pasado, le ofrecen los himnos del contento y los dones de la abundancia que recibieron de su mano.

¡Oh vosotros, amigos de la patria, á quienes está encargada la mayor parte de esta feliz revolucion! mientras la mano bienhechora de Cárlos levanta el magnífico monumento que quiere consagrar á la sabiduría, mientras los hijos de Minerva congregados en él rompen los senos de la naturaleza, desentran sus íntimos arcanos, y abren á los pueblos industriosos un minero inagotable de útiles verdades, cultivad vosotros noche y día el arte de aplicar esta luz á su bien y prosperidad. Haced que su resplandor inunde todas las avenidas del trono, que se difunda por los palacios y altos consistorios, y que penetre hasta los mas distantes y humildes hogares. Este sea vuestro afán, este vuestro deseo y única ambicion. Y si quereis hacer á Cárlos un obsequio digno de su piedad y de su nombre, cooperad con él en el glorioso empeño de ilustrar la nacion para hacerla dichosa.

Tambien vosotras, noble y preciosa porcion de este cuerpo patriótico, tambien vosotras podeis arrebatara esta gloria, si os dedicais á desempeñar el sublime oficio que la naturaleza y la religion os han confiado. La patria juzgará algun dia los ciudadanos que le

presenteis para librar en ellos la esperanza de su esplendor. Tal vez correrán á servirla en la Iglesia, en la magistratura, en la milicia, y serán desechados con ignominia si no los hubiereis hecho dignos de tan altas funciones. Por desgracia los hombres nos hemos arrogado el derecho exclusivo de instruirlos, y la educacion se ha reducido á fórmulas. Pero, pues nos abandonais el cuidado de ilustrar su espíritu, á lo menos reserváos el de formar sus corazones. ¡Ah! ¿De qué sirven las luces, los talentos, de qué todo el aparato de la sabiduría, sin la bondad y rectitud del corazon? Si, ilustres compañeras, si, yo os lo aseguro; y la voz del defensor de los derechos de vuestro sexo no debe seros sospechosa (1); yo os lo repito, á vosotras toca formar el corazon de los ciudadanos. Inspirad en ellos aquellas tiernas afecciones á que están unidos el bien y la dicha de la humanidad; inspiradles la sensibilidad, esta amable virtud, que vosotras recibisteis de la naturaleza, y que el hombre alcanza apenas á fuerza de reflexion y de estudio. Hacedlos sencillos, esforzados, compasivos, generosos; pero sobre todo hacedlos amantes de la verdad y de la patria. Disponedlos así á recibir la ilustracion que Cárlos quiere vincular en sus pueblos, y preparadlos para ser algun dia recompensa y consolacion de vuestros afanes, gloria de sus familias, dignos imitadores de vuestro celo y bienhechores de la nacion.

(1) Alude á haber sostenido que se las debia admitir en aquella sociedad. El discurso que escribió con este motivo se insertará en el lugar correspondiente.



# ORACION INAUGURAL

## Á LA APERTURA DEL REAL INSTITUTO ASTURIANO.

*Quid rerum, quid utile.*

SEÑORES: Doce años habrá que habiendo yo en nuestra Sociedad Patriótica sobre los medios de acelerar la prosperidad de Asturias, tuve el honor de proponer á sus celosos individuos que ninguno sería tan eficaz y provechoso, ninguno tan digno de su celo y solicitud, como el atraer á su suelo el estudio de las ciencias naturales. Algunos de los que ahora me oyen fueron testigos del ardor con que procuré persuadir tan provechosa verdad, por mas que nos juzgásemos todavía muy distantes de las felices circunstancias que hacen hoy mas y mas necesario este estudio. ¿Quién nos diría entonces que despues de un periodo tan breve, y en medio de las brillantes esperanzas que abren á nuestra idea la proteccion de un rey bueno y el influjo de un ministro celoso (1), veríamos cumplido aquel justo deseo? Y ¿quién me diría á mí que volvería de tan léjos á ocupar esta silla, tan cerca de las paredes que me vieron nacer, entre los compañeros de mi niñez y primeros estudios, y rodeado de tantos y tan distinguidos personajes, para anunciar á mi patria tan señalado beneficio? Pues no es otra, amados compatriotas, la mision de que estoy encargado; no es otro el objeto de la presente solemnidad. Preparaos ya á recibir el bien que os traigo, preparaos á celebrarle, no con vanas demostraciones de alegría, sino con puros sentimientos de amor y gratitud al monarca que os le dispensa. Despues de haber empleado en su logro todos los esfuerzos de mi celo, ¿qué me resta que hacer, sino presentar á vuestros ojos las ventajas que os promete y la obligacion en que os constituye? Esto es lo que servirá de materia al presente discurso, si mereciere vuestra atencion.

Sí, señores; la deuda que contraemos hoy es inmensa, porque lo es en valor el don con que nos ha enriquecido nuestro buen rey. ¿Hay por ventura sobre la tierra cosa mas noble ni mas preciosa que la sabiduría? Pues ved aquí que Carlos IV quiere domiciliarla entre vosotros. Ya no tendréis que abandonar vuestra patria para alcanzarla, ni que peregrinar en pos de ella, buscándola, como Pitágoras, en paises remotos. Este instituto de enseñanza que ahora inauguramos es un monumento que su mano benéfica levanta á las ciencias, para que en él sean perpétuamente cultivadas y honradas. Aquí tendrán siempre alimento y morada, y los

depositarios de su doctrina se ocuparán continuamente en derramar sobre este suelo su luz y sus tesoros.

¿Y qué otro don pudiera ser mas digno de vuestro reconocimiento? Sin duda que entre cuantos puede hacer á sus pueblos un monarca justo, ninguno es tan grande, tan provechoso como la ilustracion. Si le quereis estimar justamente, pensad en los males que ha desterrado del mundo, y volved un instante los ojos á aquellos infelices pueblos que yacen todavía en su ignorancia primitiva. La tierra no produce para ellos sino malezas y abrojos. Pobres y vagabundos sobre ella, tienen que disputar con las fieras el suelo que pisan, las grutas en que moran y hasta el grosero alimento de que viven y se mantienen. ¿Qué artes acuden, no ya á la satisfaccion de sus deseos, sino al socorro de sus necesidades? O condenados á sufrir el continuo estímulo de tan punzantes privaciones, ¿qué esperanzas, qué ideas de resignacion y consuelo pueden conservar la paz y tranquilidad de su espíritu? ¿Hay por ventura espectáculo mas triste que ver sujeto y esclavizado á la naturaleza el hombre que nació para enseñorearla?

Y hé aquí por qué la instruccion de los pueblos fué entre los sábios de la antigüedad el primer objeto de la legislacion. Desde Confucio á Zoroastro, y desde Solon hasta Numa Pompilio, cultivar el espíritu y formar el corazon de los hombres fué el grande fin de las instituciones políticas. Leed los fragmentos de sus leyes, y los hallaréis mas henchidos de máximas de educacion que de reglamentos de policia. Todas se dirigen á engrandecer las almas, y si algunas á perfeccionar las facultades físicas del cuerpo, endureciéndole y acostumbRANDOLE á la agilidad y á la fatiga, era solo para arraigar en los ciudadanos aquellas dos grandes virtudes sobre que descansan los estados: el valor, como el primer apoyo de la seguridad pública, y el amor al trabajo, como primera fuente de la felicidad individual. Tal era entonces, tan sencillo y sublime el carácter de la sabiduría. La moral pública y privada era su único objeto. Este solo estudio ilustró á tantos hombres célebres, este solo mereció la aplicacion y vigiliass de tantos legisladores y filósofos; por él fueron afirmadas y ennoblecidas las antiguas repúblicas, por él exaltadas las almas de sus ciudadanos; y por él engendradas aquellas altas virtudes que arrebatan todavía nuestra admiracion, y que darán eterno testimonio de la excelencia de su sabiduría.

(1) Alude á don Antonio Valdés.

¡Pluguiera á Dios, amados compatriotas, que en este día, consagrado á la verdad y á la utilidad pública, no tuviese yo que proponer otro estudio á vuestra aplicacion! ¡Pluguiera á Dios que en él solo se afianzasen todavía la seguridad de los estados y la fortuna de sus miembros! ¡Pluguiera á Dios que en la presente corrupcion de ideas y costumbres rayase á lo menos la esperanza de recobrar algún día aquella inocente y venturosa sencillez! Entonces la sabiduría que reinó en medio de ella, fuera el primero, fuera el único objeto de mis exhortaciones. Entonces, temeroso de corromperla ó de alejarla de nuestro suelo, y señalando con el dedo los augustos aledaños que le circunscriben, «Volved, os diria, volved los ojos á esas rocas altísimas que se levantan al mediodía, y ved en ellas el valladar inaccesible que la naturaleza interpuso para separarnos del resto de la tierra. Tended la vista al proceloso mar Cantábrico, y ved en esas olas bramadoras, que baten el cimientto de vuestras moradas, el terrible limite que señaló á vuestra ambicion. Allende de estas eternas barreras no encontraréis sino monstruos y peligros. Guardaos de traspasarlas en busca de una felicidad que la Providencia colocó mas cerca de nosotros. Miradlas mas bien como términos señalados á la division de vuestros pueblos, para reducir la esfera de su trabajo y sus deseos, para reconcentrarlos en el seno de sus familias, y para estrechar mas y mas aquellos tiernos vínculos que las hacen venturosas. No aspireis á otra felicidad, no aspireis á otra sabiduría que á la que puede asegurarla, y para ser felices, tratad solamente de ser virtuosos.»

Pero ¡ah! ¿quién podrá revocar aquella inocente edad, que pasó como un relámpago, para no aparecer mas sobre la tierra? La ambicion la desterró para siempre de su superficie; la ambicion, que levantando su trono sobre el de la virtud, todo lo trastocó, todo lo corrompió, todo, hasta los objetos de la sabiduría, que parecian inmutables como ella. Un general frenesí que difundió por todas partes y que infundió en todos los corazones, hizo á los hombres poner su gloria en la muerte y la desolacion. Desde entonces la fuerza triunfó de la virtud, y la ignorancia de la sabiduría. Así la sábia Grecia, ennoblecida con la santidad de Cimon y de Sócrates, pereció á manos del grosero Mummio; y así tambien la prudente Roma, á quien engrandecieran mas las virtudes de Régulo y Caton que sus sangrientos triunfos, cedió al furor del pueblo insipiente y bárbaro, que restableció sobre la tierra el imperio de la ignorancia.

¡Ah! separemos la vista de una época tan funesta para la humanidad como vergonzosa á la sabiduría. ¿Qué nos presenta la historia de diez siglos, sino violencias é injusticias, guerra y destruccion, horror y calamidad? ¡Oh siglos de ignorancia y supersticion! ¡Siglos de ambicion y de ruina, y de infamia y de llanto para el género humano! La sabiduría os recordará siempre con execracion, y la humanidad llorará perpétuamente sobre vuestra memoria.

Al salir de este triste periodo, volvieron á conocer los legisladores que la fortuna de los estados era inseparable de la de los pueblos, y que para hacer á los pue-

bllos felices era preciso ilustrarlos. Entonces renació el aprecio de las letras, y la legislacion, reconciliada con la sabiduría, se apresuró á multiplicar los institutos de enseñanza pública.

¿Y cuáles, en tan feliz revolucion, pudieran ser los objetos de esta enseñanza? ¿Cuáles, cuando la legislacion tenia que purgar el santuario de las inmundicias con que la supersticion habia pretendido manchar el dogma, la moral y la venerable disciplina de la Iglesia; cuando tenia que desterrar las feroces máximas que la prepotencia feudal introdujera en el templo de la justicia; cuando tenia que hacer la guerra á la ambicion de las clases poderosas, encaramadas sobre las débiles solo para oprimirlas y conculcar sus derechos; cuando, en fin, tenia que alinar los cimientos de la soberanía, y mientras refrenaba con una mano las irrupciones del poder, tender la otra para cubrir á los inermes pueblos con el escudo de su proteccion? Estos santos oficios pedian á la legislacion nuevos y muy varios conocimientos. Para alcanzarlos era preciso perfeccionar las artes del discurso y el raciocinio, corrompidas tambien por la ignorancia, y ved aquí por qué las humanidades, la dialéctica, la teología y la jurisprudencia fueron los primeros objetos del estudio en la renovacion de las letras.

En aquel general impulso que arrastró en pos de ellas todas las naciones de Europa, ninguna las buscó con mas afán, ninguna las cultivó con mas gloria que la ingeniosa España. ¡Ah! si esta gloria pudiese contentar nuestro celo, si en esta sola sabiduría descansase la dicha y la seguridad de un pueblo, ¿qué nacion pudiera decirse mas fuerte y venturosa que la nuestra?

Pero mientras, desvanecidos con este esplendor y confiados en nuestra propia grandeza, dábamos todas nuestras vigiliás á las ciencias intelectuales, otros pueblos, mas atentos á su seguridad, promovian el estudio de la naturaleza, que una nueva política hacia de cada día mas y mas necesario. Conocieron que la firmeza de los estados ya no se derivaba tanto de la virtud y el valor, cuanto del número y riqueza de sus miembros; conocieron que se apoyaba principalmente en aquel arte mortífero que inventó la ambicion, y en la ingeniosa disciplina y en las horrendas armas que tan cruelmente perfeccionó y multiplicó; conocieron, en fin, que este poder funesto no se compraba ya sino á fuerza de oro; que si los pueblos no eran ricos, no podrian ser libres ni dichosos; y que levantado sobre la tierra este ídolo, era preciso esperar de la sabiduría los únicos dones que podian aplacarle.

¿Y por ventura, amenazados por todas partes de los feroces designios de la ambicion, pudieron los legisladores rehusar este culto? Temer aquellos designios era una prudencia necesaria, prepararse contra ellos, un sacrificio debido á la paz y á la seguridad de los pueblos. En medio de tan general convulsion, ¿qué pudo hacer el gobierno mas justo, sino temporizar con esta terrible necesidad, y conciliarla con el sosiego y la dicha de sus miembros? Y cuando la fuerza pública no puede establecerse ya sino en el supérfluo de las fortunas privadas, ¿qué deberá buscar el gobierno mas justo, sino el aumento de las fortunas privadas, para



hacer mas firme la seguridad y mas respetable la fuerza pública?

Asturianos, ved aquí el grande objeto de los nuevos estudios á que hoy os llama nuestro buen rey: promover los conocimientos útiles para perfeccionar las artes lucrativas, para presentar nuevos objetos al honesto trabajo, para dar nueva materia al comercio y á la navegacion, para aumentar la poblacion y la abundancia, y para fundar sobre una misma base la seguridad del Estado y la dicha de sus miembros: tal es el término de su beneficencia, y tal debe ser el de vuestras vigilias.

Para conseguir tan grandes fines os llama vuestro rey al estudio de la naturaleza, y os convida á que busqueis en ella aquellas útiles verdades sobre que están librados. Hé aquí la divisa de este nuevo Instituto. No se tratará en él de ofuscar vuestro espíritu con vanas opiniones ni de cebarle con verdades estériles; no se tratará de empeñarle en indagaciones metafísicas, ni de hacerle vagar por aquellas regiones incógnitas donde anduvo perdido tan largo tiempo. ¿Qué es lo que puede encontrar en ellas la temeraria presuncion del hombre? Desde Zenon á Espinosa y desde Thales á Malebranche, ¿qué pudo descubrir la ontología, sino monstruos ó quimeras ó dudas ó ilusiones? ¡Ah! sin la revelacion, sin esta luz divina, que descendió del cielo para alumbrar y fortalecer nuestra oscura, nuestra flaca razon, ¿qué hubiera alcanzado el hombre de lo que existe fuera de la naturaleza? ¿Qué hubiera alcanzado aun de aquellas santas verdades que tanto embolecen su ser y hacen su mas dulce consolacion?

Si algun estudio nos puede levantar á estas verdades, es el estudio de la naturaleza, es el estudio de este orden admirable que reina en ella, que descubre por todas partes la sábia y omnipotente mano que le dispuso, y que llamándonos al conocimiento de las criaturas, nos indica los grandes fines para que fuimos colocados en medio de ellas. Corred pues, amados compatriotas, á cultivar este inocente y provechoso estudio. Corred, y mientras una parte de nuestra juventud, ansiosa de ejercer los ministerios de la religion y de la justicia, recibe en las escuelas generales los principios del dogma y la moral pública y privada, venid vosotros á estudiar la naturaleza; poned los ojos en este gran libro que la Providencia abrió ante todos los hombres para que continuamente le leyesen; buscad en su inmenso volumen aquellas páginas que el dedo de la verdad ha señalado; aumentad este patrimonio, todavía pequeño, pero muy precioso, y este sea el fin de vuestras tareas, este el de vuestra ambicion y vuestra gloria.

No temo yo, amados compatriotas, que le menospreciéis. Dotados de una razon clara y penetrante, y de un espíritu capaz de remontarse á los altos principios de las ciencias, mi voz no se ocupará tanto en excitar vuestra aplicacion, como en recomendaros la modestia con que debeis entrar en esta nueva senda de la sabiduria; no tanto en aguijaros para que corrais inconsideradamente por ella, cuanto en señalaros los riesgos y precipicios que están en su orilla, y las oscuras é intrincadas trochas en que podeis extraviaros. La

verdad y la utilidad, que son objeto de este Instituto, lo serán hoy de mis exhortaciones. ¡Dichoso yo si el celo que me las dicta lograrse inspiraros aquella sobriedad, aquella constancia, sin la cual no puede ser alcanzado objeto tan sublime!

Sin duda que el hombre nació para estudiar la naturaleza. A él solo fué dado un espíritu capaz de comprender su inmensidad y penetrar sus leyes; y él solo puede reconocer su orden y sentir su belleza, él solo entre todas las criaturas. ¿Hay otra por ventura capaz de abrasar este sistema de union y de armonia en que están enlazados todos los entes, desde los brillantes escuadrones de estrellas que vagan por el inmenso cielo, hasta el mas pequeño átomo de materia que duerme en el corazon de los montes? Hay otra que pueda columbrar en esta armonia, en este orden, en esta grandeza, la mano sapientísima del Criador, ó que absorba en la contemplacion de tantas maravillas, pueda subir hasta su trono, y entonarle ardientes himnos de gratitud y de alabanza? Ved aquí, amados compatriotas, señalada la vocacion, ved aquí indicado el objeto de vuestro estudio.

Pero estos dones preciosísimos, dados al hombre para conocer la naturaleza y poseerla, ¿serán convertidos por su orgullo en instrumentos de opresion y de ruina? A la verdad que en ellos se encierra, por decirlo así, el título de su soberanía. Pero si el hombre hubiese de ejercerla segun su albedrio ó sus pasiones, ¿naceria tan débil y desnudo, tan tímido y desarmado como sale al mundo? Sin duda que entonces la Providencia le habria dotado de mas vigor y agilidad que á las otras criaturas, y dándole una fuerza superior á la fuerza y poder de los elementos. Entonces no le hubiera cercado de tantos peligros ni sujetado á tantas necesidades y miserias. Reconozcamos, pues, que no teniendo otra superioridad que la de nuestra razon, si por ella dominamos en la naturaleza, debemos tambien dominar segun ella.

Empecemos pues perfeccionando esta razon, cuya excelencia no se cifra tanto en su vigor cuanto en la facultad de adquirirla, no tanto en su perfeccion cuanto en su perfectibilidad. Débil y tenebrosa mientras se abandona á su natural pereza, se fortifica y extiende en el ejercicio de sus facultades, hasta que remontada sobre la naturaleza, se lanza á la contemplacion de las verdades mas sublimes y mas distantes de ella.

Pero en este progreso la imaginacion suele engañarla, y las pasiones la extravian á cada paso. ¿Qué de precauciones, qué de apoyos no necesita para seguir constantemente el único camino que guía á la verdad, y para no perderse en los infinitos senderos del error! Busquemos pues estos apoyos, y tratemos de perfeccionar nuestra razon, antes de llamar á las puertas de la sabiduria.

Cultivemos primere el don de la palabra, cultivemos este admirable instrumento de perfeccion y comunicacion, dado al hombre solo para analizar y ordenar sus pensamientos, para sacarlos de los íntimos escondrijos de su alma, para imprimirlos en las de sus semejantes, para extenderlos por toda la tierra y transmitirlos de generacion en generacion hasta la mas lejana

posteridad. Por su medio se hacen comunes todos los bienes y todas las verdades. ¡Ah! ¿Por qué la ambición, por qué las frenéticas pasiones, multiplicando este instrumento, le han inutilizado? Por qué han levantado en la diferencia de idiomas un muro de separación mas insuperable al hombre que los montes y mares? Por qué han dividido en pueblos y naciones, por qué han condenado á perpétua discordia, la gran familia del género humano? Pero cediendo á tan poderosa necesidad, tratemos de disminuirla. Estudiemos las lenguas de las naciones cultas, estudiemos por lo menos aquellas que atesoran las riquezas de la antigua y moderna sabiduría, y adquiriendo las que hablaron Newton y Priestley, Buffon y Lavoisier, traslademos á nuestra patria los grandes monumentos de la razon humana.

¿Y por ventura reputaréis indigno de su grandeza el arte del diseño? Si el lujo le esclavizó á los placeres de la imaginación, la sabiduría, aplicándole al socorro de la razon y de nuestras necesidades, ennoblecerá su ministerio. Toda la naturaleza pertenece á su jurisdicción. Capaz de imitarla, capaz, por decirlo así, de mejorarla, de criarla de nuevo, servirá á las ciencias demostrativas como fiel depositario de sus verdades, y servirá á las ciencias naturales y á las artes útiles como primera guía en sus operaciones. Sus signos hablan con todos los pueblos y á todos los hombres, y expresan las producciones de todos los climas y todos los tiempos. Cultivadle pues, y los rasgos de vuestra mano presentarán un día, así á los ojos del malabar y el samoyedo como al sábio inglés y al industrioso chino, las ricas producciones de este suelo.

Ni os contentéis con estos auxilios. El ejercicio de vuestra razon necesita de mas firmes apoyos. Buscad el primero, el mas seguro de todos en aquellas ciencias que solo dan culto á la verdad demostrada; ciencias que el hombre mismo inventó y llevó á la mayor altera. Ellas son el grande, el poderoso instrumento de la razon humana; son las precursoras de la verdad y sus inseparables compañeras. Nada hay en su jurisdicción de ambiguo ni dudoso, nada que no sea cierto y demostrado. El escepticismo se postra ante su imagen, y el error huye avergonzado de sus confines. Con estas alas vuela seguro nuestro espíritu desde los principios mas sencillos indicados por la naturaleza hasta las verdades mas altas colocadas sobre sus inmensas regiones. Ningunas perfeccionan tanto nuestro ser, ningunas le ennoblecen mas. ¿Hay por ventura un objeto mas grande, mas digno de nuestra contemplación, que ver el débil espíritu del hombre levantado por esas ciencias á tanta altura, pesando las inmensas aguas del Océano, averiguando el tamaño, la distancia y el movimiento de los planetas, midiendo su luz y sus espléndidos caminos, y sujetando á sus cálculos el infinito mismo?

Pero guardáos, amados compatriotas, de abusar de este precioso instrumento; guardáos de aplicarle á objetos que no sean dignos de su excelencia y nuestra vocación. No olvidemos jamás que nos fué dado para mejorar nuestra existencia y concurrir al bien del género humano, y que si somos llamados al estudio de la naturaleza, no es para satisfacer nuestro orgullo, sino

para socorrer nuestra miseria. ¿Qué! ¿no será en el hombre necia temeridad arrojarle á medir la inmensa extensión de los cielos, sin conocer la tierra que habita y le alimenta?

Y ved aquí una ventaja de que ciertamente se puede gloriarse nuestra edad. Sin duda que tendríamos pocos nombres que oponer á los claros nombres de Euclides y Arquímedes; ellos fueron los maestros del mundo, y son todavía sus guías en el estudio de las verdades abstractas. Pero ¿qué fruto sacó de ellas la presuntuosa antigüedad? Levantada sobre la naturaleza, apenas se dignó de observarla, y mientras indagaba desvanecida las propiedades abstractas de los cuerpos, yacía en la mas grosera ignorancia de su esencia y destinos; como si tantos bienes derramados por la sobrelija de la tierra fuesen indignos de su contemplación, ó como si pudiese llamarse sabiduría la que no se consagra al bien y al consuelo de los mortales.

Concluamos de aquí que perfeccionando el órgano de nuestra comprensión, debemos aplicarle al conocimiento de los entes que nos rodean; que no debemos contentarnos con averiguar las propiedades de los cuerpos como separadas, sino tambien como inseparables de ellos. Este es el carácter de aquellas ciencias que entre las exactas se llaman físicas; de aquellas que conduciendo el espíritu humano á la observación y haciéndole bajar de las obscuras regiones en que andaba extraviado, le forzaron, por decirlo así, á seguir los lentos pasos de la experiencia, y le introdujeron poco á poco en el alcázar de la naturaleza.

Con tan poderoso auxilio, ¿qué progresos no hicieron las ciencias naturales? ¿Qué progresos tan portentosos, despues que el hombre unió la observación al raciocinio, se sujetó á la experiencia y al cálculo, y se acostumbró á caminar continuamente á su lado? Los antiguos filósofos cultivaron tambien estas ciencias; pero desconfiando de sus sentidos, se entregaron del todo á su razon, y la física no fué para ellos mas que una ciencia especulativa, eternamente ocupada en el estudio de las propiedades abstractas de la materia. El gran genio de Aristóteles, que tanto ennoblecíó el espíritu humano, acabó de tiranizarle; y su prodigiosa comprensión, asombrando á los sábios, subyugó á su autoridad los sábios y la sabiduría. ¿Qué de siglos no corrieron, en que su solo nombre establecía los dogmas de la física como los de la dialéctica y ontología? Y si Descartes y Newton, sacudiendo estas cadenas, no hubiesen sometido su doctrina el criterio de la experiencia, ¿cuán lejos no vagaría todavía nuestra razon de los umbrales de la naturaleza?

Entremos por ellos, amados compatriotas, y sigamos las huellas de estos ilustres genios, nacidos para conocerla y honrarla. Estudiemos, como ellos, la naturaleza, uniendo la experiencia al raciocinio y haciendo que la observación sea perpétua compañera de entrambos. Pero guardémonos de seguir esta sola guía, de entregarnos ciegamente á ella. Si los antiguos filósofos, asustados de la falibilidad de sus sentidos, se fiaron solo de su razon, y privados del auxilio de la experiencia, cayeron en la vanidad y el error, ¿cuántos de los que ahora filosofan, desconfiados de su razon, pretenden



esclavizar la verdad á la tiranía de los sentidos? ¿Qué de sistemas absurdos, qué de hipótesis atrevidas y locas no ha producido esta manía, este nuevo frenesí en el estudio de la física? Pero ¿acaso puede desconocer el hombre su propio ser? ¿Puede ignorar que le fué comunicado este destello de la luz celestial para socorro de sus débiles y falaces sentidos? ¿O puede olvidar que su espíritu fué atado á la materia y como ahorrado en medio de ella para que recibiese las ideas por medio de las sensaciones, y para que no pudiese percibir sin sentir, ni pensar sin haber sentido? Hayamos, amados compatriotas, de tan funestos, de tan locos extremos. Respetemos este vínculo con que la Omnipotencia, ennobleciendo nuestro ser, quiso distinguirnos entre todas las criaturas; este vínculo admirable, que al mismo tiempo que nos ata á vivir en medio de ellas, nos levanta á la contemplacion de sus obras magníficas y al conocimiento de sus santos y benéficos designios. Preparados así, entrad enhorabuena á los nuevos estudios á que os llama la patria. Entrad á buscar la sabiduría en este nuevo templo, cualquiera que sea vuestra profesion, vuestros designios. ¿Quereis entregarnos al terrible Océano que brama á vuestra vista? La sabiduría levantará sobre sus abismos una morada firme y segura, y os enseñará á conducirla á los extremos de la tierra. Ella pondrá en vuestra mano la llave de los vientos, y haciéndoos leer en el cielo los rumbos que debéis seguir sobre las ondas, os enseñará á triunfar de peligros y tempestades. Mientras el astro del día alumbrare los climas que están bajo de vuestros piés, os mostrará la estrella de los navegantes velando sobre vuestras cabezas, y si las tinieblas la robaren á vuestros ojos, pondrá en vuestro mano un instrumento débil, pero maravilloso, que os señalará continuamente los polos sobre que gira el mundo. Así surcaréis seguros los anchos mares, y así conduciréis á las regiones mas remotas el pacífico negociante que buscare en ellas la recompensa de vuestro sudor. Y si tal vez el deseo de fama y nombradía hinchare vuestros corazones, así tambien subiréis á la gloria inmortal que hoy ilustra los nombre célebres de Colon y Magallanes, de Cook y Malespina.

Pero si mas tímidos, menos ambiciosos, prefirieréis una felicidad mas cercana y segura, estudia la naturaleza, y ella os franqueará sus tesoros. Estudiad estas numerosas repúblicas de entes que vagan sobre vuestras cabezas y que yacen bajo de vuestros piés, y que están ó se mueven en derredor de vosotros. Investigad su esencia y propiedades, y lo que es aun mas digno de vuestra aplicacion, investigad los usos á que los destinó la benéfica mano del Criador. La naturaleza, complacida de ser el único objeto de vuestro estudio y contemplacion, os abrirá su fecundo seno, derramará ante vosotros su rica cornucopia, y ninguno la solicitará que no vuelva de su presencia enriquecido y mejorado.

¡Oh amados compatriotas! ¿Cuánto se complace mi alma al contemplaros dedicados á tan inocente, tan agradable, tan provechoso estudio, á un estudio tan propio para mejorar y engrandecer vuestro espíritu! ¿Qué escenas tan magníficas no presentará la física á

vuestra razon, al pasar en alarde la rica coleccion de seres que pueblan el universo, y al reconocer las eternas leyes que dirigen su movimiento y reproduccion: cuando os enseñare á distinguir la índole de estos fluidos, que traen á nosotros la luz y el calor y el fuego y el sonido; de estas admirables y tenuísimas sustancias, que minan y penetran todos los entes, y en medio de los cuales nada, por decirlo así, y se sumerge toda la naturaleza! ¿Qué perspectivas tan nuevas y agradables, cuando la química, corriendo el velo misterioso que envuelve la esencia y propiedades de los cuerpos, y reduciéndolos á sus simplicísimos elementos, ponga delante de vosotros aquellas afinidades, aquellas íntimas relaciones de amor ó de aversion que los atraen ó repelen, que los hacen buscarse ó huirse, y que con tan portentosa armonía los conservan en la gran cadena de la creacion! Entonces todo aparecerá en derredor de vosotros lleno de movimiento y vida, todo animado, todo colocado y dispuesto en un orden invariable y sapientísimo; todo, en fin, formado y dirigido por una mano santa y benéfica al bien y al consuelo del género humano.

No quiera Dios, amados compatriotas, que perdais nunca de vista este gran carácter que brilla en las obras de la naturaleza, y señale el fin de vuestro estudio. No quiera Dios que le empleeis jamás en aquellas estériles indagaciones que solo pueden alimentar una liviana ó presuntuosa curiosidad. Desconfiad de esta terrible passion, tanto mas funesta cuanto mas halagüeña al espíritu humano; y si alguno de vosotros se hallare tentado á seguir su voz, sepa que la verdad se esconde de los que la buscan con temerario orgullo; que se complace en burlar sus conatos, y que mientras ceba su presuncion con fantasmas y vanas apariencias, solo se presenta clara y brillante, cual bajó del cielo, á los que la buscan con sobriedad y rectitud de intencion. Sea así como estudiéis vosotros la naturaleza; sea así como busqueis en ella aquellas verdades que están calificadas por el bien y el provecho, y la verdad y la utilidad, que forman la doble divisa de este instituto; sean el constante, el único fin de vuestra aplicacion.

¿Podréis negar esta prueba de gratitud al piadoso monarca que tan benignamente la solicita, y que para excitar vuestro celo os distingue con tantas señales de proteccion y beneficencia? Ved cómo lucha con la naturaleza para remover los estorbos que opone por todas partes á nuestra felicidad, y cómo la fuerza á concurrir á ella; cómo mejora nuestros puertos, cómo franquea nuestros caminos, cómo para hacer navegables nuestros rios emplea la actividad y el raro talento del sábio ingeniero (1) que teneis á la vista; cómo, en fin, busca solícito para vosotros la abundancia y la prosperidad. Y si acaso no bastare tan poderoso estímulo, si necesitareis todavia un ejemplo privado de patriotismo y amor público, volved los ojos al amable, al honrado ministro que con tanta constancia promueve vuestro bien. ¡Ah, cuánto se afana por sacar á luz los tesoros que yacen ignorados en vuestro territorio! Ah, cómo protege su propiedad, cómo promueve su circulacion, cómo anima su exportacion con gracias y fran-

(1) Era aquel ingeniero el capitán de navío don Fernando Casado de Torres.

quicias! ¡Cómo, en fin, os llama al estudio de la naturaleza, para que conozcáis los bienes que os rodean y que hasta ahora despreciasteis!

Pero ¡ah, que en medio de esperanzas tan dulces para mi corazón, un triste recelo introduce en él la desconfianza, y desconcierta su constancia y su celo! Sin duda que nace de esta terrible alianza que tienen en todas partes la ignorancia y la pereza. «¿Quién (me parece que las oigo susurrar), quién vendrá á recoger estas preciosas doctrinas? Los hombres están clasificados en toda sociedad; cada profesion, cada estado tiene su destino y sus funciones, cada uno tiene sus ocupaciones y sus placeres; todos tienen distribuidos los momentos de su fatiga y su descanso. ¿Quién será el que los sacrifique á la aplicacion y al estudio? Las verdades científicas solo se pueden alcanzar á costa de largo tiempo y largas vigiliass, y el pobre solo trata de subsistir, como el rico de gozar. ¿Quién pues se encargará aquí de buscarlas, de ponerlas á logro y de difundirlas entre sus hermanos?»

Asturianos, ved aquí indicados todos mis temores, ved el escollo en que han zozobrado las mas útiles instituciones. Pero ¿serémos nosotros tan desgraciados? ¿Qué digo? ¿Serémos tan indolentes y perezosos, que teniendo el bien tan cerca, no levantemos nuestro espíritu para recibirle? ¿Quién es el que no puede sacar provecho del estudio de la naturaleza? ¿Hay por ventura clase, hay estado, hay profesion á quien no sirvan las importantes verdades que enseña?

Venid vosotros á recibirlas, generosos descendientes del gran Pelayo, venid; la patria os convoca á este Instituto. El pueblo que os mantiene necesita de vuestra direccion y vuestras luces. Si su desamparo no os moviere á socorrerle, muévao á lo menos nuestro interés y el decoro de vuestra clase. Ya no sois, como en otro tiempo, los únicos apoyos de la seguridad nacional, ni los defensores de sus derechos, ni los intérpretes de su voluntad. Vuestros blasones, vuestros privilegios ya no se libran sobre tan firmes títulos; solo el verdadero patriotismo, solo la virtud, una virtud ilustrada y benéfica, pueden justificarlos y conservarlos. Venid, instruid al pueblo, socorredle, y recompensad con vuestras luces y consejos el continuo sudor que derrama sobre vuestras tierras; este sudor inocente y precioso, á quien debeis vuestro esplendor y vuestra misma existencia.

Venid tambien vosotros, ministros del santuario; no desdeñéis este inocente estudio, que tanto puede perfeccionar vuestra sabiduría. ¡Ah! una triste necesidad os llama poderosamente hácia él. La impiedad pretende corromperle; acudid vosotros á santificarle y conservar su pureza. Una secta de hombres feroces y blasfemos, buscando sus armas en la naturaleza, se levanta contra el cielo, como los titanes. Venid, estad en ella esta varia y magnífica coleccion de seres, este orden constante, estas inefables armonías que los enlazan, esta prodigiosa abundancia de bienes y placeres derramados en derredor de nosotros, y ved cómo predicán, cómo demuestran al hombre la omnipotencia, la sabiduría y la bondad de su Hacedor. Venid, estudiadlos, y combatid con sus mismas armas á la in-

grata incredulidad; confundidla, aterrada, conservad al pueblo que os honra y alimenta el mejor de todos los consuelos, y mientras le doctrináis en las verdades eternas, ayudadle tambien á conocer aquella escasa porcion de felicidad que le está concedida en la tierra.

Y tú, pueblo laborioso, primer objeto de mis desvelos; tú, clase menos recomendable á mis ojos por tus olvidados derechos que por tus inocentes fatigas, mientras tanto que las continuas en beneficio de todos los órdenes del Estado, envía tu juventud á educarse en este Instituto; aquí aprenderá á despreciar los peligros del Océano y á buscar en las lejanas playas tu alivio y tu consuelo; aquí aprenderá á multiplicar los objetos de tu trabajo, á mejorar tus instrumentos y máquinas, y á perfeccionar las artes útiles en que continuamente te empleas; aquí aprenderá á romper esas rocas altísimas de que estás circundado, á penetrar los senos de la tierra, y á sacar de sus intimas entrañas los bienes que la Providencia depositó en ellas para tu alivio; estos bienes negados á la pereza y al indolente orgullo, y solo reservados al ingenio y la aplicacion laboriosa. Envíala, instrúyela, y así recobrarás la consideracion que te rinden ya todas las almas buenas y sensibles.

Y vosotros, gijoneses míos, privilegiados en la vecindad de este Instituto, guardáos de alimentar con él vuestro orgullo. Considerad que no para vosotros, sino para todos los asturianos, se ha levantado aquí este monumento á las ciencias, y que cuanto mas cerca estáis de él, tanto es mayor vuestra obligacion de honrarle y defenderle. Poned á logro esta ventaja, y fundad en ella un título al amor y al aprecio de vuestros hermanos. Sea de hoy mas la hospitalidad vuestra primera virtud. De do quiera que vengan, recibidlos en vuestros brazos, abridlos vuestro corazón, y formad con ellos un solo pueblo, animado por el amor á la sabiduría. Ojalá que llamados todos igualmente á su participacion, sea ella un vínculo de fraternidad firme y eterno, que extinga para siempre los ruines partidos que dividen vuestros ánimos, y los reina en una sola voluntad, en el solo desiguio de trabajar por el bien de la patria.

Españoles, cualesquiera que seáis, ved aquí vuestra vocacion; seguidla, y husead la felicidad en el conocimiento de la naturaleza. Y si respetando sus arcanos, no os atreviereis á tocar el velo que encubre á los mortales sus misteriosas operaciones, estudiad por lo menos su historia en esta rica muchedumbre de bienes que presenta á vuestra observacion. Contemplad el oficioso reino animal, en medio del cual brilla y preside el hombre, como el sol entre las estrellas del firmamento; y ved cómo sus individuos, despues de llenar la tierra de accion y de alegría, se prestan dóciles á ayudarle en sus fatigas, ó se esconden de su poder y respetan su imperio. Observad cómo la tierra se ennoblee con la frondosa pompa del reino vegetal, y cómo desde la humilde grama hasta el alto cedro del Libano, despues de aumentar su majestad, presentan al deseo del hombre una inmensidad de bienes y consuelos. Ved, en fin, cómo la naturaleza oprime con la pesa-



dumbre de los montes, ó encierra en sus hondas cavernas, el enorme reino mineral, materia de tantos bienes y tantos males; y cómo, sin embargo, confia generosa sus llaves al hombre, cuyo albedrío y dominio reconoce. Admirad tanta exuberancia, tanta profusion, tanta variedad de producciones, y apresurados á convertirlas en el comun provecho.

¡Felices vosotros, una y mil veces felices aquellos á cuyo estudio solo se propone tan delicioso y sublime fin! Si, demasiado se han escudriñado las fuerzas de la naturaleza solo para aligirla y conturbarla; demasiado se han perfeccionado ya los instrumentos de su ruina y desolacion. Vosotros, amados compatriotas, no tendréis que profanar tan ferozmente el nombre y los oficios de la sabiduría. Consagradla sola y enteramente á aquellas artes inocentes y pacíficas, que honran y consuelan la especie humana; consagradla á la multiplicacion y perfeccion de sus instrumentos y métodos; y abriendo con ellos los manantiales de abundancia y de vida, que una ambicion frenética pretende continuamente cerrar, haced que el reino de la razon y la concordia universal sucedan á estos tristes dias de confusion y escándalo, que la afligida humanidad mira con tanto horror.

Sobre todo, hijos míos (que bien debeis permitir este nombre á la ternura de mi celo), sobre todo, consagrad vuestro estudio á aquella arte que es mas amiga y allegada de la sabiduría, y que mas ennoblece y perfecciona la naturaleza. Consagradle á la primera, á la mas necesaria, á la mas provechosa, á la inocente agricultura. Observando la inmensa mole de materia ruda é inorgánica, que parece destinada al socorro de nuestras miserias, fijad vuestra atencion en la tierra, en esta madre universal, cuya juventud se renueva con la anual revolucion de los cielos, y estudiad á todas horas aquella virtud maravillosa de fomentar las semillas que se confian á su seno, y de asegurar en su reproduccion la multiplicacion y el consuelo del género humano. Y cuando tan útiles y preciosos dones como presenta á vuestra vista no saciasen vuestros deseos, abrid por fin sus entrañas, y descubriréis nuevas fuentes de riqueza y prosperidad. ¡Qué de bienes no os guardan en sus tenebrosos abismos! Piedras, sales, betunes, metales... ¡Ah! No os deslumbréis con la codicia de tantos tesoros; elegid los que son mas útiles é inocentes, y detenéos sobre todo en

este admirable y abundantísimo fósil (1), que la Providencia descubrió en vuestros dias para colmar vuestra felicidad.

Ved aquí un objeto bien digno de vuestra particular aplicacion. La patria os llama á estudiarle y conocerle. No os desdeñéis de volver hácia él los ojos, por mas que os parezca humilde y grosero. Dentro de poco, él solo servirá de recurso al abrigo, de auxilio á la industria, y de materia al comercio y á la navegacion de los españoles. Vuestros hermanos, derramados por las provincias de oriente y mediodía, le desean y esperan de vosotros. Vendrá tambien un dia en que las demás naciones se hagan vuestras tributarias, y corran ansiosas á buscarle en nuestras orillas, ó le reciban de las naos que llevarén este consuelo á los helados habitantes de uno y otro polo. Entonces todo será en Astúrias abundancia y felicidad. Entonces, mejorada vuestra agricultura, animadas vuestras artes, extendidos vuestro comercio y navegacion, os multiplicaréis como las arenas de vuestras playas, y la paz y alegría morarán en medio de vosotros.

¡Oh dias venturosos, dias de plenitud y de holganza y de gloria para los asturianos! ¡Dichosos aquellos que os alcanzaren, y que renovando la memoria aniversaria de este solemne dia, puedan celebrar su aparicion en el círculo de los años! Dichosos los que oyeren los cánticos de gratitud y alabanza que entonarán nuestros venideros al nombre y á la gloria del buen rey que domiciliando las ciencias en este suelo, abre hoy las fuentes de la felicidad que gozarán entonces! Entonces sus bendiciones renovarán tambien el tierno y venerable nombre del ministro patriota que preparó los caminos á su sabiduría, y le irán llevando de generacion en generacion á la mas remota posteridad. Y si en el entusiasmo del reconocimiento algun tierno recuerdo despertare la memoria de los débiles esfuerzos de mi celo, de este celo de vuestro bien que ahora me consume, entonces mis yertas cenizas, que no reposarán léjos de vosotros, recibiendo el único premio que pudo anhelar mi corazon, os predicarán todavia desde el sepulcro que estudiéis continuamente la naturaleza, que solo busqueis en ella las verdades útiles, y que consagreis toda vuestra aplicacion, toda vuestra sabiduría, todo vuestro celo al bien de vuestra patria y al consuelo del género humano.

(1) El carbon de piedra.

## DISCURSO

# SOBRE EL ESTUDIO DE LA GEOGRAFÍA HISTÓRICA,

PONENCIADO EN EL INSTITUTO DE GIJÓN.

SEÑORES: Cuando preparaba yo el certámen que vamos á cerrar, me proponía recomendaros á presencia del público la importancia de los estudios que vais sucesivamente cultivando, en uno de aquellos discursos en que mi alma, puesta toda en vosotros, renueva y extiende complacida las dulces esperanzas que al concebir el plan de vuestra educacion la llenaban de energia y consuelo. Entonces, contando de seguro con el desempeño que tan sobresalientemente habeis acreditado, me lisonjeaba de que nuestro celo seria recompensado, si no con la gratitud, que es virtud harto rara en el público, por lo menos con aquel aprecio y estimacion á que el esmero de vuestros jefes y maestros y vuestra misma aplicacion se hicieron tan acreedores. ¿Cuál pues no habrá sido mi sorpresa al advertir en la falta de concurrencia á tan solemne acto, que alguna vez tocó en absoluta desercion de nuestras sesiones, un claro testimonio de la indiferencia ó del desvío con que este mismo público empieza á mirar los progresos de vuestra enseñanza, como si no estuviese enteramente consagrada á su bien y prosperidad? ¿Qué mucho pues que tan amarga idea me hiciese enmudecer, y que prefiriese un modesto silencio al desperdicio de unas reflexiones, que solo podrian ser provechosas cuando bien oídas y apreciadas? Pero hoy, que coronando á los que mas se distinguieron en esta palestra de aplicacion é ingenio, debo tambien aplaudir el desempeño de todos vosotros; hoy, que debe ser para todos un día de alegría y de triunfo, tanto mas puro cuanto mas desinteresado, y tanto mas notable cuanto menos reconocido de aquellos por cuyo bien nos desvelamos; hoy, en fin, que el testimonio de nuestra conciencia y el aplauso de las pocas pero ilustradas personas que honraron nuestras sesiones, recompensan suficientemente nuestro celo, mi espíritu cobra nuevo aliento para volver á su antiguo propósito, y atendiendo mas á vuestro provecho que al desvío del público, confia nuestro desagravio á la posteridad, que ha de juzgarnos, y á vosotros, que seréis en ella nuestra mejor apologia.

Mas no por eso os esconderé que la opinion pública es la primera de las ventajas que deseo para nuestro Instituto. Mirándola siempre como su mas firme apoyo, he hecho y haré cuanto en mí estuviere para que la merezca, y ved aqui por qué la busco con tanto afan y la espero con tanta impaciencia. Pero al fin debemos convencernos de que esta opinion no es obra de un dia, y que bien tan precioso solo se puede alcanzar á fuerza de constancia y fatiga. Por grandes y provechosos que

sean los objetos de vuestra enseñanza, debemos sufrir por algun tiempo que la ignorancia y el egoismo los desestimen, y aun tambien que la envidia los muera y los persiga. Por fortuna tan ruines juicios no pertenecerán á los elementos de la opinion pública. Ella no se mendiga ni pretende; se deja conquistar. Sus juicios no se doblan al ruego ni se prostituyen al favor, pero jamás se niegan al mérito. Nace y se forma en silencio, se alimenta y crece con el aprecio de la imparcialidad y con la aprobacion de la sabiduría, y cuanto mas lentos son sus progresos, tanto son mas seguros y durables. Pero al fin, cuando cobra aquella fuerza imperiosa que la hace superior á los mayores obstáculos y arrastra en pos de sí todos los votos, entonces el pavor de la ignorancia y la confusion de la envidia harán mas dulce y mas plausible la gloria de su triunfo. Permitidme pues que mientras llega este día de consuelo y justicia, que no puede estar muy distante para nuestro Instituto, discurra un rato con vosotros sobre la importancia de la geografia histórica, que hemos agregado al plan de vuestra educacion, y cuyas primicias hemos presentado ya al público. Este estudio, tan recomendable por su objeto como por el auxilio que presta á las demás ciencias, lo es mucho mas á mis ojos por el desprecio ó el olvido con que ha sido mirado en otros institutos. Es bien raro por cierto que ninguna de nuestras escuelas generales le haya adoptado hasta ahora en los planes de su enseñanza, y que adoptado alguna vez en los de educacion privada, haya sido confundido en la literatura, cual si solo servir pudiese para ornamento de la memoria. Tócanos pues á nosotros vengar á la geografia de este agravio; tócanos darle el digno lugar que sus recientes progresos le han adquirido entre las ciencias útiles, y á este Instituto, erigido en los fines del siglo xviii para servir de modelo á los que la nacion se apresurará á multiplicar en el xix, le toca abrir en este, como en otros ramos de enseñanza pública, la senda gloriosa por donde nuestra posteridad debe caminar á la verdadera ilustracion. La mas sencilla, la mayor recomendacion de esta ciencia, se encierra en su nombre, porque geografia quiere tanto decir como pintura ó descripcion de la tierra. Pero si reflexionais que ella debe conducirnos al conocimiento del lugar que fué señalado á nuestro planeta en el gran sistema del universo, al de su figura y tamaño, al de los climas y regiones en que está dividido, de los mares que le abrazan, de las montañas que le cruzan, de los pueblos y naciones que le habitan, y finalmente, al de esta superabundancia de bienes y con-



suelos que la bondad del Criador derramó en su superficie ó encerró en sus entrañas para dicha del hombre, fácilmente concebiréis cuánta sea la extension, cuánta la excelencia de este nuevo estudio.

Pero esta excelencia se realizará mas á vuestros ojos cuando reuniendo el estudio de la historia al de la geografia, considerareis la tierra como morada del género humano. Entonces este estudio, levantándoos á mas alta contemplacion, os pondrá delante los hombres de todos los tiempos, como los de todos los países, las varias sociedades en que se reunieron, las leyes é instituciones que los gobernaron, y los ritos, usos y costumbres que los distinguieron. Él os descubrirá las secretas causas y las grandes revoluciones que levantaron los imperios de la tierra y los borraron de su sebrehaz, y en el rápido torrente de tantas generaciones, viendo al hombre subir lentamente desde la mas estúpida ignorancia hasta la mas alta ilustracion, ó caer precipitado desde las virtudes mas sublimes á la mas corrompida depravacion, conoceréis que no puede presentárseos un estudio mas provechoso ni mas digno del hombre.

Y todavía este estudio recibe mayor recomendacion por el auxilio que presta á las demás ciencias, pues si bien se adelanta y perfecciona por ellas, tambien las vuelve con usura lo que recibe, concurriendo á perfeccionarlas. El conocimiento de la naturaleza es el fin á que se encaminan todas las ciencias; pero el hombre no puede subir á este conocimiento sino por el estudio del planeta do tiene su morada, y por el exámen de las relaciones que le enlazan con el gran sistema del universo. La misma astronomía, que mas que otra alguna ha concurrido á ilustrar los principios geográficos, parte desde el conocimiento de este planeta á contemplar los cielos, y busca en él sus puntos de apoyo para fijar la situacion de los astros, señalar sus órbitas, y seguir su curso en los inmensos desiertos del espacio. En él toma la geometria el tipo original y eterno de sus medidas, para perfeccionar sus teorías y aplicarlas despues á tantos usos públicos como la hacen recomendable. La geografia dirige al navegante por los inciertos mares, al mismo tiempo que abre al geólogo todos los ángulos de la tierra, y conduciendo por su inmenso ámbito al historiador y al estudioso de la naturaleza, desenvuelve á sus ojos todos los seres que debe describir, todos los hechos que debe recozer, todos los fenómenos que debe someter á la observacion y á la experiencia para indagar estas leyes eternas, á que obedece constantemente el universo, y que forman el grande y universal objeto de las ciencias. Pero las que pertenecen á la política tienen aun mas clara dependencia de la geografia. ¿Pueden por ventura sin su conocimiento organizarse las sociedades ni regularse su gobierno? Ella es la que fija sus límites y los subdivide, la que determina los objetos de las leyes y su conveniencia, y la que señala la necesidad y el provecho de sus instituciones. Sin ella no puede la política combinar sus empresas, la magistratura dirigir su vigilancia y providencias, ni la economía perfeccionar su sistema y sus planes. La agricultura, la industria y el comercio deben consul-

tarla á todas horas, ya sea para dirigir sus operaciones, ya para rectificar sus cálculos, ó ya para buscar, determinar y extender la esfera de sus consumos; y si es cierto que las ciencias morales se apoyan principalmente sobre el conocimiento del hombre, ¿cuánta luz, cuánto auxilio no podrán esperar de la geografia histórica, la única que le puede presentar en todas las épocas, en todos los climas, en todos los estados y en todas las situaciones de la vida pública y privada?

No os negaré yo que los hombres, abusando de la geografia, han prostituido sus luces á la direccion de tantas sangrientas guerras, tantas feroces conquistas, tantos horrendos planes de destruccion exterior y de opresion interna como han afligido al género humano; pero ¿quién se atreverá á imputar á esta ciencia inocente y provechosa las locuras y atrocidades de la ambicion? ¿No será mas justo atribuir á sus luces estos pasos tan lentos, pero tan seguros, con que el género humano camina hácia la época que debe reunir todos sus individuos en paz y amistad santa? No será mas glorioso esperar que la política, desprendida de la ambicion é ilustrada por la moral, se dará prisa á estrechar estos vínculos de amor y fraternidad universal, que ninguna razon ilustrada desconoce, que todo corazon puro respeta, y en los cuales está cifrada la gloria de la especie humana? Entonces ya no indagará de la geografia naciones que conquistar, pueblos que oprimir, regiones que cubrir de luto y orfandad, sino países ignorados y desiertos, pueblos condenados á oscuridad é infortunio, para volar á su consuelo, llevándoles, con las virtudes humanas, con las ciencias útiles y las artes pacíficas, todos los dones de la abundancia y de la paz, para agregarlos á la gran familia del género humano, y para llenar así el mas santo y sublime designio de la creacion.

Por mas distante que se halle de la presente corrupcion esta halagüeña perspectiva, no parecerá ajena del espíritu humano al que, siguiendo su historia, calculare por los pasos dados los que puede dar todavía hácia su perfeccion. Esta historia acredita que los hombres se cultivaron al paso que se conocieron y reunieron; que sus luces se adelantaron á la par de sus descubrimientos, y que la geografia fué siempre ante ellos alumbrándolos en la investigacion y conocimiento de la naturaleza. A la luz de esta antorcha se fueron disipando poco á poco los seres monstruosos, los errores groseros y las fábulas absurdas que habia forjado el interés combinado con la ignorancia, y que tan fácilmente adoptara la sencilla credulidad.

Cuando no se habia explorado la tierra, fué tan fácil creerla llena de sátiros y faunos, de centauros y esfinges, como suponer driadas y náyades en bosques y ríos nunca vistos, ó tritones y sirenas en mares nunca surcados. Sobre esta credulidad levantaron sus descripciones los antiguos naturalistas; ella dió asenso á los gigantes y pigmeos, y á los monóculos y hermafroditas; ella forjó la salamandra y el basilisco, y el pelicano alimentado con la sangre materna, y al fénix renaciendo de sus cenizas; ella, en fin, abortó estos entes quiméricos, estas propiedades maravillosas, estas ocultas y estupendas virtudes, que embrollando la an-

tigua historia natural, la convirtieron en un caos confuso de portentos y fábulas. ¿Y por ventura pudo tener otro origen aquella superstición, que tanto ha corrompido la antigua moral, y cuyos restos han penetrado hasta nosotros por medio de tantos siglos y generaciones? Vosotros veis que cuando los entes mitológicos no existen ya sino entre los adornos de la poesía, todavía un mundo ideal, poblado de seres imaginarios, llena de terror al vulgo crédulo con sus genios y hadas, sus espectros y duendes, sus brujas y adivinos, sus encantos y sortilegios. Tan horrenda creación solo pudo concebirse en la ignorancia de la naturaleza. Pero al fin la geografía descubrió todos sus espacios, la verdad los iluminó, y el mundo mágico va desapareciendo por todas partes.

Una ojeada, aunque rápida, sobre la geografía de los antiguos, acabará de convenceros de esta verdad. Veréis por ella cuán lentamente procedieron los hombres en el conocimiento de la tierra, y á cuántos y cuán groseros errores dió crédito su primera ignorancia. Hubieron de correr muchos siglos y de sucederse muchas generaciones antes de alcanzar unas verdades que vosotros habeis aprendido en pocos dias. Sea esto dicho, no para vuestro orgullo, sino para vuestra enseñanza. Por mucho que se haya adelantado en este camino, vosotros estais forzados á seguirle con la misma lentitud, aunque con mayores auxilios; y si teneis alguna ventaja sobre vuestros mayores, la debeis á las luces que han esparcido sobre él y á las ilustres fatigas que emplearon en franquearle y abrir sus senderos. Sigámoslos pues un instante, y observando sus pasos, veréis en las dificultades mismas que vencieron, cuán dignos se han hecho de vuestra gratitud y veneración.

Hubo un tiempo en que el hombre, no sospechando mas tierra que la que alcanzaban sus ojos, juzgaba que el horizonte natural le circunscribía. Notando que el sol se escondía tras la cumbre vecina, esperaba tranquilo verle asomar al otro dia por la montaña opuesta ó salir de entre las aguas del mar cercano. Forzado despues por sus necesidades á mudar de residencia y clima, hubo de ensanchar el mundo; pero habia cruzado ya muchas y distantes regiones, cuando empezó á concebir la tierra como una llanura inmensa, rodeada en torno por las aguas y cubierta de la ancha bóveda del cielo. Aquí solo llegó la geografía en la infancia del espíritu humano; esta era la geografía de los sentidos, y esta es todavía la del hombre salvaje, cuya razon no se elevó sobre sus necesidades naturales.

Pero al fin los hombres, mirando al cielo, dieron un paso en el conocimiento de la tierra, y aquí verdaderamente empezó la geografía racional. Observando que en proporcion que se adelantaban, aparecian en el cielo nuevos astros y sobre el horizonte nuevos objetos, hubieron de inferir que describían una curva, mas no se atrevieron á determinar su naturaleza, pues que unos concibieron el mundo como una enorme barca, y otros como un inmenso cilindro, cortado por los polos. Bastaba sin duda repetir esta observacion en diversos sentidos y hácia diferentes playas, para coleccionar la esfericidad del globo, y con todo, corrieron muchas edades antes que fuese sospechada esta verdad. Y si acaso la

alcanzó mas temprano un pueblo desconocido, de cuya antigua existencia y sabiduría dan indicios algunos conocimientos importantes, derivados á las groseras naciones del Oriente, ved aquí otra prueba de la desidia del espíritu humano, pues que hubieron de pasar mas de euarenta siglos antes que Thales y Anaximandro la volbiesen á anunciar á la sábia Grecia.

Pero si esta luminosa verdad puso á los griegos en el buen sendero de la geografía, enseñándoles á buscar en la esfera celeste el conocimiento de nuestro globo, su ardiente imaginacion, arrebatada por el magnífico espectáculo que se abría á sus ojos, se lanzó á contemplarle, y perdida, por decirlo así, en los cielos, se olvidó de la tierra ó se desdeñó de mirarla. Así es como, en medio de sus grandes descubrimientos astronómicos, debemos admirar con humillacion lo poco que adelantaron en la geografía.

En vano la critica pretende librarlos de esta nota, que oscurecerá siempre su fama en la historia de las ciencias. Por ella vemos que habiendo partido el globo en cinco zonas, condenaron las tres á perpétua soledad y muerte, no creyendo que pudiese penetrar la vida ni los rayos de la luz benéfica por las tinieblas y eterno hielo de los polos, ni que cosa alguna pudiese respirar ni germinar bajo los rayos perpendiculares del sol equinoccial. Creyeron solo habitables las dos zonas medias, la una por experiencia, y la otra por la analogía de su temperamento; pero al mismo tiempo las juzgaron incommunicables y condenadas á perdurable separacion, por la interposicion de la zona tórrida. Ved aquí el límite en que se detuvo la geografía práctica de los griegos, y ved aquí tambien dónde pereció con la libertad y la gloria de aquel gran pueblo, pues que ni la escuela de Alejandría, ni los estudios de Roma, aunque ennoblecidos con los nombres de Ptolomeo y Estrabon, de Mela y Plinio, la pudieron sacar de tan estrechos confines. Vedla, en fin, reducida á una escasa porcion de las regiones contenidas entre el círculo boreal y el trópico de Cáncer. ¿Qué mucho que el cronista de la naturaleza se quejase del cielo porque despues de abandonar al Oceano la mayor parte del orbe, hubiese robado al hombre tres partes de la tierra!

¿Y por ventura eran de esperar mayores luces de una edad que abandonaba el progreso de las ciencias á la especulacion de algunos filósofos, y en que el espíritu de descubrimientos no tenia mas estímulos que los de la ambicion? Ya Estrabon observó con su acostumbrado juicio que todos los progresos de la geografía fueron debidos al genio de la guerra; que las conquistas de Alejandro le abrieron el Oriente, las de Mitridates el Norte, y las de Roma el Occidente. Pero como si estos azotes del género humano tratasen mas de oprimirle que de conocerle, ó como si se horrorizasen de contemplar unas regiones que habian inundado en sangre y cubierto de ruinas, sus nombres apenas merecen entrar en la historia de la geografía. Llámelos enhorabuena señores del mundo la ignorancia; pero siempre será cierto que su oriente no pasó del Ganges, su norte de los montes Carpatos, su mediodía de las costas mediterráneas de Africa, y su occidente de las orillas del Elba; siempre será cierto que nada conocieron de las



regiones que con los nombres de Suecia, Dinamarca, Prusia, Polonia y Rusia hacen tan gran figura en el mapa político de Europa; nada de los vastos países situados hacia el Ártico y en los extremos del Asia; nada, en fin, del nuevo inmenso continente de América, cuya extensión abraza los círculos polares, y cuyo conocimiento es ya tan familiar á cada uno de nosotros.

Aun esta débil gloria de la antigua geografía debía perecer con la del nombre romano. En vano la buscaréis entre las bárbaras naciones que inundando su imperio, ahuyentaron de él las ciencias, las artes y los descubrimientos de la antigüedad. Entonces dividida la Europa en reinos pequeños, partida en mas pequeños señoríos, turbada con frecuentes guerras, infestada por aventureros y bandidos, sin estudios, sin comercio, sin ninguna relacion de correspondencia ó comunicacion habitual, dejó de conocer el resto de la tierra y aun de conocerse á sí misma. Apenas el tráfico de Constantinopla, comunicando por grandes rodeos con la India, conservó algún conocimiento del Asia; y si los árabes con las ciencias matemáticas cultivaron la geografía, fué para ilustrar sus principios, sin extender sus límites fuera del imperio de la media luna. A los antiguos errores añadió la ignorancia otros nuevos, y para mayor confusion del espíritu humano la poblacion de las zonas, la existencia de los antípodas, las verdades mas triviales de esta ciencia eran miradas como una impiedad ó como un sueño por los genios mas superiores de la baja edad.

Pero en medio de sus tinieblas, España, á quien tanta gloria estaba reservada en la historia de la geografía, mientras rechazaba con una mano los enemigos de la libertad y de su culto, preparaba con otra la feliz revolucion que debía ilustrar los principios y ensanchar los límites de esta noble ciencia. Ya en el siglo xii el intrépido Benjamin de Tudela, penetrando por nuevas y desconocidas regiones, le habia dado á conocer el Asia y el Africa. Ya en el xiii una reunion de sábios, á la sombra de un príncipe justamente distinguido por este nombre, habia prohibido y comunicado á la Europa el *Almagesto* de Ptolomeo, mejorado por Albategnio. Ya en el xiv, engolfándose en el Atlántico, habia descubierto y dado á Betancourt las Canarias, cuando en el xv, cultivando la astronomía y la náutica, inventando la hidografía y arrojándose á ignotos mares, se disponia á llevar sus banderas á los extremos del Oriente y Occidente, para abrir toda la tierra á la contemplacion de la filosofía.

¡Loor te sea dado, oh valerosa y magnánima nacion, escogida por el cielo para descubrir un nuevo mundo y unir con eterno vínculo dos hemisferios, antes tan desconocidos como separados! Loor á los héroes intrépidos que despreciando la muerte y los naufragios, corrieron los vastos continentes de Ocaso y Mediodía, y penetraron hasta los mas escondidos extremos del mar Atlántico y Pacífico! Loor inmortal á Colon y á Gama, á Balboa y Magallanes, cuyos nombres brillarán con perdurable esplendor en los fastos de la geografía! Loor, en fin, al valeroso Elcano, que con su nao Victoria rodeó el primero la tierra, circunscribiendo en su giro todos los límites del mundo! Desde entonces nada que-

dó escondido en él á la intrepidez del genio español. Nuevas expediciones y descubrimientos se suceden en Oriente y Ocaso; los continentes mas ignorados, las islas mas remotas ven tremolar en nuestras naves el león de España, y explorados todos los senos del Océano, la geografía sacó de entre las ondas su brillante cabeza.

Mientras la envidia pesa en injusta balanza la sangre y lágrimas de tantos pueblos descubiertos y conquistados, sin poner en ella la santa moral, las leyes justas y las instituciones benéficas que recibieron en cambio, saquemos nosotros una útil leccion de estas pasadas glorias, y veamos cómo España, despues de haber despertado la atencion de las demás naciones, y dádoles el primer impulso para que la siguiesen en tan ilustre carrera, contenta con el fruto de sus victorias y dormida sobre sus laureles, empezó á desdenar los estudios á que los debiera, y cómo, olvidándolos casi por dos siglos enteros, se abandonó á las especulaciones de una filosofía estrepitosa y vacía, en tanto que otros pueblos, contemplando los cielos, explorando la tierra y cultivando las ciencias naturales, corrian á un mismo paso á la cumbre de la ilustracion y la opulencia.

¡Qué época tan gloriosa no abre aquí la historia á vuestros ojos, y cuántos ilustres genios no presenta á vuestra veneracion! Copérnico fijando el sol en su trono, Keplero dando leyes al giro de los planetas, Newton reduciéndolas á un principio tan sublime por su sencillez como por su grandeza, Galileo, Hevelio, Casini, Lacaille y Herschel, describiendo, poblando y ensanchando los cielos, y tantos como buscando en ellos el conocimiento del globo, lograron colocar su nombre entre los fundadores de la geografía moderna.

Su ilustre ejemplo infunde un ardiente espíritu de investigacion en la filosofía, que aliada con las artes, inventa instrumentos, perfecciona métodos, multiplica recursos, y doblando el alcance de la vista y las fuerzas de la razon humana, abre á su contemplacion los cielos y la tierra, y somete á sus cálculos, así los cuerpos grandes y remotos, como los mas imperceptibles y escondidos de la naturaleza.

Entonces fué cuando la política, avergonzada de no tener alguna parte en esta gloria, empezó á inspirar en los gobiernos el deseo de asociarse á las ciencias y acalorar y proteger sus designios. Y ved aquí el noble impulso á que fueron debidas aquellas empresas memorables, que solo pudo coronar la generosidad del poder, reunida al amor de la sabiduría, y que levantaron á tanto esplendor la ciencia geográfica. Premios señalados á los inventores de instrumentos para combinar con mayor exactitud las medidas del tiempo y del espacio; colonias de sábios, destinadas al Ecuador y á nuestro polo para resolver la cuestion cardinal de la figura y tamaño de la tierra; astrónomos derramados por todas las playas del mundo para determinar el tránsito de Vénus por el disco solar, la parálaje de este gran planeta, y su tamaño y distancia de nosotros; navegantes entregados á mares nunca conocidos para descubrir entre peligros y naufragios los helados continentes de uno y otro polo... No, no nos es dado reducir á los estrechos límites de un discurso tan amplia materia de alabanza. Algun dia la descubriréis en la

historia de las ciencias, cuando con los nombres de Condamine y Maupertuis os presente los de tantos dignos compañeros de sus trabajos, y algun dia tambien, leyéndola, honraréis con vuestras lágrimas los de Cook, Malespina y Lapeyrouse, y deploraréis el maligno hado que se complació en confundir en su memoria, como en la de Colon y Magallanes, la gloria y el infortunio.

España, cediendo al mismo noble impulso, habia asociado sus hijos á la gloria y á las fatigas de estas empresas; pero como si solo hubiese recobrado su antigua energia para hacer mas digno uso de tantas luces y experiencias, la veréis ahora acometiendo otra empresa, cuya grandeza se recomienda por su misma utilidad. Yo os la recuerdo con tanto mas placer, cuanto con algunos nombres, muy caros á mi amistad, presento á vuestra gratitud el del piadoso monarca á quien Astúrias debe este Instituto, y vosotros esta enseñanza. Carlos IV, siguiendo las huellas de su ilustre padre y los consejos de un celoso ministro, nuestro protector y compatriota, supo aplicar todas las luces atesoradas por la astronomía y la náutica al adelantamiento de nuestra geografía nacional. A ellas se debe el excelente atlas hidrográfico que teneis á la vista, trabajado con tan sábia diligencia y publicado con tanta generosidad. El encierra un rico depósito de útiles é indispensables conocimientos, y él es el mas irrefragable testimonio de la beneficencia del Soberano y de la ilustracion de su ministro. El fijó con eternas señales los limites del continente de España, ofreciendo á sus pilotos y al extranjero navegante una senda segura en sus mares, una cierta guia en los arrumbamientos de sus costas, una sonda y una luz constante en las radas y puertos do quieran conducir sus naves. Nuevas cartas esféricas se suceden todos los dias, y enriquecen nuestra coleccion hidrográfica, y extienden tan importante beneficio á los vastos continentes de nuestras colonias; y si algun hado adverso no detuviese tan loable impulso, la hidrografía española, ilustrando la mayor porcion de la tierra, restablecerá el nombre de España al digno lugar que ocupó algun dia, y que ya le destina la posteridad en la historia geográfica.

¡Ojalá que pudiese yo tambien reivindicar para mi patria la gloria de haber perfeccionado su topografía interior! Gloria debida en otro tiempo al celo de Felipe II y á las sábias operaciones y tareas del maestro Esquivel; pero de que se hizo indigno el triste siglo xvii, que con el fruto y las reliquias de esta empresa, la primera acometida y la única acabada en Europa, perdió tambien, para mayor baldon suyo, su rastro y su memoria. ¡Ojalá que condolido de pérdida tan lamentable, ojalá que ansiosa de repararla, vuelva los ojos á este objeto, y renniendo tantas luces astronómicas y geométricas como andan dispersas y ociosas por nuestra juventud militar, las consagre á la formacion de una nueva y exacta carta de nuestra península! De aquella carta tan deseada, sin cuya luz la política no formará un cálculo sin error, no concebirá un plan sin desacierto, no dará sin tropiezo un solo paso; sin cuya direccion la economía mas prudente no podrá, sin riesgo de desperdiciar sus fondos ó malograr sus fines,

emprender la navegacion de un rio, la abertura de un canal de riego, la construccion de un camino ó de un nuevo puerto, ni otro alguno de aquellos desigios que abriendo las fuentes de la riqueza pública, hacen florecer las provincias y aumentan el verdadero esplendor de las naciones.

Miremos como una desgracia del espíritu humano que sea mas propia de su condicion esta inquietud curiosidad de saber lo que menos le importa que la constancia en adquirir lo que mas le interesa. ¿Por qué correrá desalado tras lo distante y extraño, descuidando lo cercano y doméstico? Observamos con mas ahinco el cielo que la tierra, y preferimos el descubrimiento de regiones extrañas y remotas al conocimiento de nuestra propia morada. Estudiamos con mas afán las historias de Roma y Grecia que la de España, y la geografía del Japon que la de nuestra península. Y mientras podemos señalar con el dedo el lugar que ocupa una estrella solitaria en los cielos y una isla desierta en la inmensidad de los mares, ignoramos el origen de nuestros rios, las raíces de nuestros montes, la situacion de nuestras provincias, y acaso el punto que ocupa en España el centro de nuestra circulacion y el asiento de nuestro gobierno. ¡Funesto abandono, que pareceria increíble si, propio de la humana flaqueza, no fuese mas ó menos imputable á todos los gobiernos!

¡Oh Astúrias, porcion preciosa de España! ¿Cuándo llegará el dia que, poniendo á logro las luces que vamos difundiendo en tu seno, emplees en tan noble objeto estos jóvenes, que serán sus depositarios, y que ahora te presentamos como primicias de nuestro celo y prenda y anuncio de tu futura prosperidad? ¡Oh amados jóvenes! ¿cuándo os verán mis ojos, precedidos de vuestros maestros, trepar por estas cumbres que nos rodean, con el teodolito al ojo y el compás en la mano, medir en vastos triángulos el territorio de Astúrias, y preguntar al cielo cuál es el espacio que ocupa vuestra patria en el globo, cuáles los limites que le dividen, las fuentes de sus rápidos rios, las concas de sus hondos valles, el rumbo y la altura de sus montes y la extension de estas tierras y playas, donde vuestros hermanos buscan con diario sudor el alimento y la dicha de tantas familias? Cuándo os veré yo reducir este trabajo á una breve y exactísima carta topográfica, que multiplicada por el buril, difunda por todas partes, con la imágen de vuestra patria, el mas ilustre testimonio del amor que la profesais?

¡Oh Gijón, anada cuna mia y objeto de mis continuos desvelos! No, no será ilusorio el dulce presentimiento de que el cielo te tiene reservada esta gloria, que llegará el dia venturoso en que veas á tus hijos, llevando en la mano esta carta, fruto de su celo y sus luces, correr todos los ángulos de Astúrias, indagar las varias clases de vivientes que los pueblan, los vegetales que los adornan, los minerales que los enriquecen, y observar y ordenar y describir cuantos dones derramó sobre ellos la Providencia. Tú los verás ilustrar la topografía, la geografía física y la historia natural de este precioso suelo, en que vieron la luz, en que recibieron la educacion y á cuyo bien están consagrados estos estudios.



# ORACION

QUE PRONUNCIÓ EN EL INSTITUTO ASTURIANO, SOBRE LA NECESIDAD DE UNIR EL ESTUDIO  
DE LA LITERATURA AL DE LAS CIENCIAS.

SEÑORES: La primera vez que tuve el honor de hablaros desde este lugar, en aquel día memorable y glorioso, en que con el júbilo mas puro y las mas halagüeñas esperanzas os abrimos las puertas de este nuevo Instituto y os admitimos á su enseñanza, bien sabéis que fué mi primer cuidado realzar á vuestros ojos la importancia y utilidad de las ciencias que veníais buscando. Y si algun valor residía en mis palabras, si alguna fuerza les podia inspirar el celo ardiente de vuestro bien, que las animaba, tampoco habréis olvidado la tierna solicitud con que las empleé en persuadiros tan provechosa verdad y en exhortaros á abrazarla. ¿Y qué? despues de corridos tres años, cuando habeis cerrado ya tan gloriosamente el círculo de vuestros estudios, y cuando vamos á presentar al público los primeros frutos de vuestra aplicacion y nuestra conducta, ¿estaremos todavía en la triste necesidad de persuadir é inculcar una verdad tan conocida?

Esto acaso exigiria de nosotros la opinion pública, y esto haríamos en su obsequio, si no nos prometiésemos captarla mas bien con hechos que con discursos. Sí, señores; á pesar de los progresos debidos á nuestra constancia y la vuestra, y en medio de la justicia con que la honran aquellas almas buenas que penetradas de la importancia de la educacion pública, suspiran por sus mejoras, sé que andan todavía en derredor de vosotros ciertos espíritus malignos, que censuran y persiguen vuestros esfuerzos; enemigos de toda buena instruccion, como del bien público, cifrado en ella, desacreditan los objetos de vuestra enseñanza, y aparentando falsa amistad y compasion hácia vosotros, quieren poner en duda sus ventajas y vuestro provecho particular. Tal es la lucha de la luz con las tinieblas, que presentí y os predije en aquel solemne día, y tal será siempre la suerte de los establecimientos públicos que haciendo la guerra á la ignorancia, tratan de promover la verdadera instruccion.

Pero ¿qué podria yo responder á unos hombres, que no por celo, sino por espíritu de contradiccion; no por porvercion, sino por envidia y malignidad, murmuran de lo que no entienden y persiguen lo que no pueden alcanzar? No, no esperéis que les respondamos sino con nuestro silencio y nuestra conducta. Vean hoy los frutos de vuestro estudio, y enmudezcan. Ellos serán nuestra mejor apologia, y ellos serán tambien su mayor confusion, si menospreciando nosotros

sus susurros, seguis constantes vuestras útiles tareas, como las industriosas abejas labran tranquilamente sus panales mientras los zánganos de la colmena zumban y se agitan en derredor.

Un nuevo objeto, no menos censurado de estos Zóilos ni á vosotros menos provechoso, ocupa hoy toda mi atencion y reclama la vuestra. En el curso de buenas letras, ó mas bien en el ensayo de este estudio, que hemos abierto con el año, visteis auunciar el designio de reunir la literatura con las ciencias, y esta reunion, tanto tiempo há deseada y nunca bien establecida en nuestros imperfectos métodos de educacion, parecerá á unos extraña, á otros imposible, y acaso á vosotros mismos inútil ó poco provechosa.

Es nuestro ánimo satisfacer hoy á todos, porque á todos debemos la razon de nuestra conducta. La debemos al Gobierno, que nos ha encargado de perfeccionar este establecimiento; la debemos al público, á cuyo bien está consagrado; y pues que nos habeis confiado vuestra educacion, la debemos á vosotros principalmente. ¡Qué! ¿me atreveria yo á pedir os este nuevo sacrificio de trabajo y vigiliass, si no pudiese presentar os en él la esperanza de un provecho grande y seguro? Ved pues aquí lo que servirá de materia á mi discurso. No temais, hijos míos, que para inclinarnos al estudio de las buenas letras trate yo de menguar ni entibiar vuestro amor á las ciencias. No por cierto; las ciencias serán siempre á mis ojos el primero, el mas digno objeto de vuestra educacion; ellas solas pueden ilustrar vuestro espíritu, ellas solas enriquecerle, ellas solas comunicar os el precioso tesoro de verdades que nos ha transmitido la antigüedad, y disponer vuestros ánimos á adquirir otras nuevas y aumentar mas y mas este rico depósito; ellas solas pueden poner término á tantas inútiles disputas y á tantas absurdas opiniones; y ellas, en fin, disipando la tenebrosa atmósfera de errores que gira sobre la tierra, pueden difundir algun día aquella plenitud de luces y conocimientos que realza la nobleza de la humana especie.

Mas no porque las ciencias sean el primero, deben ser el único objeto de vuestro estudio; el de las buenas letras será para vosotros no menos útil, y aun me atrevo á decir no menos necesario.

Porque ¿qué son las ciencias sin su auxilio? Si las ciencias esclarecen el espíritu, la literatura le adorna; si aquellas le enriquecen, esta pule y avallora sus teso-

ros; las ciencias rectifican el juicio y le dan exactitud y firmeza; la literatura le da discernimiento y gusto, y le hermosea y perfecciona. Estos oficios son exclusivamente suyos, porque á su inmensa jurisdiccion pertenece cuanto tiene relacion con la expresion de nuestras ideas; y ved aquí la gran línea de demarcacion que divide los conocimientos humanos. Ella nos presenta las ciencias empleadas en adquirir y atesorar ideas, y la literatura en enunciarlas; por las ciencias alcanzamos el conocimiento de los seres que nos rodean, columbramos su esencia, penetramos sus propiedades, y levantándonos sobre nosotros mismos, subimos hasta su mas alto origen. Pero aquí acaba su ministerio, y empieza el de la literatura, que despues de haberlas seguido en su rápido vuelo, se apodera de todas sus riquezas, les da nuevas formas, las pule y engalana, y las comunica y difunde, y lleva de una en otra generacion.

Para alcanzar tan sublime fin no os propondré yo largos y penosos estudios; el plazo de nuestra vida es tan breve, y el de vuestra juventud huirá tan rápidamente, que me tendré por venturoso si lograre economizar algunos de sus momentos. Tal por lo menos ha sido mi deseo, reduciendo el estudio de las bellas letras al arte de hablar, y encerrando en él todas las artes que con varios nombres han distinguido los metodistas, y que esencialmente le pertenecen.

¿Y por qué no podré yo combatir aquí uno de los mayores vicios de nuestra vulgar educacion, el vicio que mas ha retardado los progresos de las ciencias y los del espíritu humano? Sin duda que la subdivision de las ciencias, así como la de las artes, ha contribuido maravillosamente á su perfeccion. Un hombre consagrado toda su vida á un solo ramo de instruccion pudo sin duda emplear en ella mayor meditacion y estudio; pudo acumular mayor número de observaciones y experiencias, y atesorar mayor suma de luces y conocimientos. Así es como se formó y creció el árbol de las ciencias, así se multiplicaron y extendieron sus ramas, y así como nutrida y fortificada cada una de ellas, pudo llevar mas sazonados y abundantes frutos.

Mas esta subdivision, tan provechosa al progreso, fué muy funesta al estado de las ciencias, y al paso que extendia sus límites, iba dificultando su adquisicion, y trasladada á la enseñanza elemental, la hizo mas larga y penosa, si ya no imposible y eterna. ¿Cómo es que no se ha sentido hasta ahora este inconveniente? Como no se ha echado de ver que truncado el árbol de la sabiduria, separada la raíz de su tronco, y del tronco sus grandes ramas, y desmembrando y esparciendo todos sus vástagos, se destruia aquel enlace, aquella íntima union que tienen entre sí todos los conocimientos humanos, cuya intuicion, cuya comprension debe ser el único fin de nuestro estudio, y sin cuya posesion todo saber es vano?

¿Y cómo no se ha temido otro mas grave mal, derivado del mismo origen? Ved cómo multiplicando los grados de la escala científica, detenemos en ellos á una preciosa juventud, que es la esperanza de las generaciones futuras, y cómo cargando su memoria de impertinentes reglas y preceptos, le hacemos consagrar

á los métodos de inquirir la verdad el tiempo que debiera emplear en alcanzarla y poseerla. Así es como se le prolonga el camino de la sabiduria, sin acercarla nunca á su término; así es como en vez de amor, le inspiramos tédio y aversion á unos estudios en que se siente envejecer sin provecho; y así tambien como se llena, se plagla la sociedad de tantos hombres vanos y locuaces, que se abrogan el título de sábios, sin ninguna luz de las que ilustran el espíritu, sin ningun sentimiento de los que mejoran el corazón. Para huir de este escollo, así como hemos reducido al curso de matemáticas los elementos de todas las ciencias exactas, y al de física los de todas las naturales, reduciremos al de buenas letras cuanto pertenece á la expresion de nuestras ideas. ¿Por ventura es otro el oficio de la gramática, retórica y poética, y aun de la dialéctica y lógica, que el de expresar rectamente nuestras ideas? ¿Es otro su fin que la exacta enunciacion de nuestros pensamientos por medio de palabras claras, colocadas en el orden y serie mas convenientes al objeto y fin de nuestros discursos?

Pues tal será la suma de esta nueva enseñanza. Ni temais que para darla oprimamos vuestra memoria con aquel farrago importuno de definiciones y reglas á que vulgarmente se han reducido estos estudios. No por cierto; la sencilla lógica del lenguaje, reducida á pocos y luminosos principios, derivados del purísimo origen de nuestra razon, ilustrados con la observacion de los grandes modelos en el arte de decir, harán la suma de vuestro estudio. Corto será el trabajo, pero si vuestra aplicacion correspondiere á nuestros deseos y al tierno desvelo del laborioso profesor que está encargado de vuestra enseñanza, el fruto será grande y copioso.

Mas por ventura, al oirme hablar de los grandes modelos, preguntará alguno si trato de empeñarlos en el largo y penoso estudio de las lenguas muertas para transportaros á los siglos y regiones que los han producido. No, señores; confieso que fuera para vosotros de grande provecho beber en sus fuentes purísimas los sublimes raudales del genio que produjeron Grecia y Roma. Pero valga la verdad; ¿seria tan preciosa esta ventaja como el tiempo y el improbable trabajo que os costaria alcanzarla? ¿Hasta cuándo ha de durar esta veneracion, esta ciega idolatria, por decirlo así, que profesamos á la antigüedad? ¿Por qué no habemos de sacudir alguna vez esta rancia preocupacion, á que tan neviamente esclavizamos nuestra razon y sacrificamos la flor de nuestra vida?

Lo reconozco, lo confieso de buena fe; fuera necesidad negar la excelencia de aquellos grandes modelos. No, no hay entre nosotros, no hay todavía en ninguna de las naciones sábias cosa comparable á Homero y Pindaro ni á Horacio y el Mantuano; nada que iguale á Jenofonte y Tito Livio ni á Demóstenes y Ciceron. Pero ¿de dónde viene esta vergonzosa diferencia? ¿Por qué en las obras de los modernos, con mas sabiduria, se halla menos genio que en las de los antiguos, y por qué brillan mas los que supieron menos? La razon es clara, dice un moderno: porque los antiguos crearon, y nosotros imitamos; porque los antiguos estudiaron



en la naturaleza, y nosotros en ellos. ¿Por qué pues no seguiremos sus huellas? Y si queremos igualarlos, ¿por qué no estudiaremos como ellos? Hé aquí en lo que debemos imitarlos.

Y hé aquí también adónde deseamos guiarnos por medio de esta nueva enseñanza. Su fin es sembrar en vuestros ánimos las semillas del buen gusto en todos los géneros de decir. Para formarle, para hacerlas germinar, harto modelos escogidos se os pondrán á la vista de los antiguos en sus versiones, y de los modernos en sus originales. Estudiad las lenguas vivas, estudiad sobre todo la vuestra; cultivadla, dad mas á la observacion y á la meditacion que á una infructuosa lectura; y sacudiendo de una vez las cadenas de la imitacion, separaos del rebaño de los metodistas y ceptadores, y atrevéos á subir á la contemplacion de la naturaleza. En ella estudiaron los hombres célebres de la antigüedad, y en ella se formaron y descollaron aquellos grandes talentos en que, tanto como su excelencia, admiramos su extension y generalidad. Juzgadlos, no ya por lo que supieron ó dijeron, sino por lo que hicieron, y veréis de cuánto aprecio no son dignos unos hombres que parecian nacidos para todas las profesiones y todos los empleos, y que como los soldados de Cadmo brotaban del seno de la tierra armados y preparados á pelear, así salian ellos de las manos de sus pedagogos á brillar sucesivamente en todos los destinos y cargos públicos. Ved á Pericles, apoyo y delicia de Atenas por su profunda política y por su victoriosa elocuencia, al mismo tiempo que era por su sabiduría el ornamento del Liceo, así como por su sensibilidad y buen gusto el amigo de Sófocles, de Fidas y de Aspasia. Ved á Ciceron mandando ejércitos, gobernando provincias, aterrando á los facciosos y salvando la patria, mientras que desenvolvía en sus officios y en sus academias los sublimes preceptos de la moral pública y privada; á Jenofonte dirigiendo la gloriosa retirada de los diez mil, é immortalizándola despues con su pluma; á César lidiando, orando y escribiendo con la misma sublimidad; y á Plinio, asombro de sabiduría, escudriñando entre los afanes de la magistratura y de la milicia los arcanos de la naturaleza, y describiendo con el pincel mas atrevido sus riquezas inimitables.

Estudiad vosotros como ellos el universo natural y racional, y contemplad como ellos este gran modelo, este sublime tipo de cuanto hay de bello y perfecto, de majestuoso y grande en el órden físico y moral; que así podréis igualar á aquellas ilustres lumbreras del genio. ¿Quereis ser grandes poetas? Observad, como Homero, á los hombres en los importantes trances de la vida pública y privada, ó estudiad, como Enrípides, el corazón humano en el tumulto y fluctuacion de las pasiones, ó contemplad, como Teócrito y Virgilio, las deliciosas situaciones de la vida rústica. ¿Quereis ser oradores elocuentes, historiadores disertos, políticos insignes y profundos? Estudiad, indagad, como Hortensio y Tulio, como Salustio y Tácito, aquellas secretas relaciones, aquellos grandes y repentinos movimientos con que una mano invisible, encañenando los humanos sucesos, compone los destinos de los hombres, y fuerza

y arrastra todas las vicisitudes políticas. Ved aquí las huellas que debeis seguir, ved aquí el gran modelo que debeis imitar. Nacidos en un clima dulce y templado, y en un suelo en que la naturaleza reunió á las escenas mas augustas y sublimes las mas bellas y graciosas; dotados de un ingenio firme y penetrante, y ayudados de una lengua llena de majestad y de armonía, si la cultivareis, si aprendiereis á emplearla dignamente, cantaréis como Pindaro, narraréis como Tucídides, persuadiréis como Sócrates, argüiréis como Platon y Aristóteles, y aun demostraréis con la victoriosa precision de Euclides.

¡Dichoso aquel que aspirando á igualar á estos hombres célebres, luchare por aleazar tan preciosos talentos! ¡Cuánta gloria, cuánto placer no recompensará sus fatigas! Pero si una falsa modestia entibiare en alguno de vosotros el inocente deseo de fama literaria, si la pereza le hiciere preferir mas humildes y fáciles placeres, no por eso crea que el estudio que le propongo es para él menos necesario. Porque ¿quién no le habrá menester para su provecho y conducta particular? Creedme: la exactitud del juicio, el fino y delicado discernimiento; en una palabra, el buen gusto que inspira este estudio, es el talento mas necesario en el uso de la vida. Lo es, no solo para hablar y escribir, sino tambien para oír y leer, y aun me atrevo á decir que para sentir y pensar; porque habeis de saber que el buen gusto es como el tacto de nuestra razon; y á la manera que tocando y palpando los cuerpos nos enteramos de su extension y figura, de su blandura ó dureza, de su aspereza ó suavidad, así tambien tentando ó examinando con el criterio del buen gusto nuestros escritos ó los ajenos, descubrimos sus bellezas ó imperfecciones, y juzgamos rectamente del mérito y valor de cada uno.

Este tacto, este sentido critico, es tambien la fuente de todo el placer que excitan en nuestra alma las producciones del genio, así en la literatura como en las artes, y esta deliciosa sensacion es siempre proporcionada al grado de exactitud con que distinguimos sus bellezas de sus defectos. Él es el que nos eleva con los sublimes raptos de fray Luis de Leon ó nos atormenta con las hinchadas metáforas de Silveira, y él es el que nos embelesa con los encantos del pincel de Murillo ó nos fastidia con la descarnada sequedad del Greco; por él lloramos con Virgilio y Racine ó reimos con Moreto y Cervantes; y mientras nos aleja desabridos de la ruidosa palabreria de un charlatan, nos ata con cadenas doradas á los labios de un hombre elocuente; él, en fin, perfeccionando nuestras ideas y nuestros sentimientos, nos descubre las gracias y bellezas de la naturaleza y de las artes, nos hace amarlas y saborearnos con ellas, y nos arrebatá sin arbitrio en pos de sus encantos.

Perfeccionad, hijos míos, este precioso sentido, y él os servirá de guía en todos vuestros estudios, y él tendrá la primera influencia en vuestras opiniones y en vuestra conducta. Él pondrá en vuestras manos las obras marcadas con el sello de la verdad y del genio, y arrancará ó hará caer de ellas los abortos del error y de la ignorancia. Perfeccionadle, y vendrá el día en

que difundido por todas partes, y no pudiendo sufrir ni la extravagancia ni la medianía, ahuyente para siempre de vuestros ojos esta plaga, esta asquerosa colubie de embriones, de engendros, de monstruos y vestiglos literarios, con que el mal gusto de los pasados siglos infestó la república de las letras. Entonces, comparando la necesidad que tenemos de buena y provechosa doctrina con el breve periodo que nos es dado para adquirirla, condenaremos de una vez á las llamas y al eterno olvido tantos enigmas, sofismas y sutilezas, tantas fábulas y patrañas y supercherías, tanta paradoja, tanta inmundicia, tanta sandez y necesidad como se han amontonado en la enorme enciclopedia de la barbarie y de la pedanteria.

Esto deberá la educacion pública á la reunion de las ciencias con la literatura; esto le deberá la vuestra. Alcanzadlo, y cualquiera que sea vuestra vocacion, vuestro destino, apareceréis en el público como miembros dignos de la nacion que os instruye; que tal debe ser el alto fin de vuestros estudios. Porque ¿qué vale la instruccion que no se consagra al provecho comun? No, la patria no os apreciará nunca por lo que supiereis, sino por lo que hiciereis. ¿Y de qué servirá que atesoreis muchas verdades, si no las sabeis comunicar?

Ahora bien; para comunicar la verdad es menester persuadirla, y para persuadirla hacerla amable. Es menester despojarla del oscuro científico aparato, tomar sus mas puros y claros resultados, simplificarla, acomodarla á la comprension general, ó inspirarle aquella fuerza, aquella gracia que fijando la imaginacion, cautiva victoriosamente la atencion de cuantos la oyen.

¿Y á quién os parece que se deberá esta victoria, sino al arte de bien hablar? No lo dudeis: el dominio de las ciencias se ejerce solo sobre la razon; todas hablan con ella, con el corazon ninguna; porque á la razon toca el asenso, y á la voluntad el albedrio. Aun parece que el corazon, como celoso de su independencia, se revela alguna vez contra la fuerza del raciocinio, y no quiere ser rendido ni sojuzgado sino por el sentimiento. Ved pues aquí el mas alto oficio de la literatura, á quien fué dado el arte poderoso de atraer y mover los corazones, de encenderlos, de encantarlos y sujetarlos á su imperio.

Tal es la fuerza de su hechizo, y tal será la del hombre que á una sólida instruccion uniere el talento de la palabra, perfeccionado por la literatura. Consagrado al servicio público, ¿con cuánto esplendor no llenará las funciones que le confiare la patria? Mientras las ciencias alumbren la esfera de accion en que debe emplear sus talentos, mientras le hagan ver en toda su luz los objetos del público interés que debe promover, y los medios de alcanzarlos, y los fines á que debe conducirlos, la literatura le allanará las sendas del mando. Dirigiendo ó exhortando, hablando ó escribiendo, sus palabras serán sienpre fortificadas por la razon ó endulzadas por la elocuencia, y excitando los sentimientos y captando la voluntad del público, le asegurarán el asenso y gratitud universal.

Comparemos coneste hombre respetable uno de aquellos sábios especulativos, que desdeñando tan precioso talento, deben tal vez á la incierta opinion de sus teo-

rias la entrada á los empleos públicos. Veréis que sus estudios no le inspiran otra pasion que el orgullo, otro sentimiento que el menosprecio, otra aficion que el retiro y la soledad; pero al emplear sus talentos, vedle en un país desconocido, en que ni descubre la esfera de su accion, ni la extension de sus fuerzas, ni atina con los medios de mandar ni con los de hacerse obedecer. Abstracto en los principios, inflexible en sus máximas, enemigo de la sociedad, insensible á las delicias del trato; si alguna vez los deberes de urbanidad le arrancan de sus nocturnas lubricaciones, aparecerá desaliñado en su porte, embarazado en su trato, taciturno ó importunamente misterioso en su conversacion, como si solo hubiese nacido para ser espantajo de la sociedad y baldon de la sabiduría.

Pero la literatura, enemiga del mando y amartelada de la dulce independencia, se acomoda mucho mejor con la vida privada, y en ella se recrea y en ella ejerce y desenvuelve sus gracias. Miontras los conocimientos científicos, levanta los en su alta atmósfera, se desdennan de bajar hasta el trato y conversacion familiar, ó son desdeñados de ella, veréis que la erudicion pule y hace amable este trato, le adorna, le perfecciona, y concurre así al esplendor de la sociedad, y tambien al provecho. Si, señores: tambien al provecho. ¿Por ventura es la sociedad otra cosa que una gran compañía, en que cada uno pone sus fuerzas y sus luces, y las consagra al bien de los demás? Cortés, amigable, expresivo en sus palabras, ninguno obligará, ninguno persuadirá mejor; cariñoso, tierno, compasivo en sus sentimientos, ninguno será mas apto para dirigir y consolar; lleno de amabilidad y dulzura en su porte, y de gracia y de policia en sus palabras, ¿quién mejor entretendrá, complacerá y conciliará á sus semejantes?

Y ved aquí por qué el hombre adornado de estos talentos agradables y conciliatorios será siempre el amigo y el consuelo de los demás. ¿Quién resistirá al imperio de su expresion? Llena de vigor y atractivos, siempre amena é interesante, siempre oportuna y acomodada á la materia presentada por la ocasion, le atraerá sin arbitrio la atencion y el aplauso de sus oyentes; y orar y exponga, ora reflexione y discurra, ora ria, ora sienta, le veréis ser siempre el alma de las conversaciones y la delicia de los concurrentes.

Pero ¡ah! que mas de una vez le arrojarán de ellas la ignorancia y mala educacion. ¡Ah! que atormentado del estúpido silencio, de la grosera chocarrería, de la mordaz y ruin maledicencia, que suele reinar en ellas, se acogerá mas de una vez á su dulce retiro; pero seguidle, y veréis cuántos encantos tiene para él la soledad. Allí, restituído á sí mismo y al estudio y á la contemplacion, que hacen su delicia, encuentra aquel inocente placer cuya inefable dulzura solo es dado sentir y gozar á los amantes de las letras. Allí, en dulce comercio con las musas, pasa independiente y tranquilo las plácidas horas, rodeado de los ilustres genios que las han cultivado en todas las edades. Allí, sobre todo, ejerceita su imaginacion, y allí es donde esta imperiosa facultad del espíritu humano, volando libremente por todas partes, llena su alma de grandes ideas y senti-



mientos; ya la entenece ó eleva, ya la conmueve ó inflama, hasta que arrebatándola sobre las alas del fogoso entusiasmo, la levanta sobre toda la naturaleza á un nuevo universo, lleno de maravillas y de encantos, donde se goza extasiada entre los entes imaginarios que ella misma ha creado.

Alguno me dirá que todo es una ilusion, y es verdad; pero es una ilusion inocente, agradable, provechosa. Y ¿qué bien, qué gozo del mundo no es una ilusion sobre la tierra? ¿Es acaso otra cosa lo que se llama en él felicidad? ¿Acaso la encuentra mas seguramente el hombre ambicioso en la devorante sed de gloria, de mando y de oro, ó el sensual en la intemperancia, que paga brevisimos instantes de gozo con plazos prolongados de inquietud y amargura? ¿Se halla acaso entre el sudor y las fatigas de la caza ó en la zozobra y angustiosa incertidumbre del juego? Se halla en aquel continuo vagar de calle en calle, con que veis á algunos hombres indolentes andar acá y allá todo el día, aburridos con el fastidio y agobiados con el peso de su misma ociosidad? No, hijos míos; si algo sobre la tierra merece el nombre de felicidad, es aquella interna satisfaccion, aquel íntimo sentimiento moral que resulta del empleo de nuestras facultades en la indagacion de la verdad y en la práctica de la virtud. ¿Y qué otros estudios excitarán mejor esta pura satisfaccion, este delicioso sentimiento, que los del literato? Aun aquellos que los sábios presuntuosos motejan con el nombre de frívolos y vanos concurren á mejorar é ilustrar su alma. La poesía misma, entre sus dulces ficciones y sábias alegorías, le brinda á cada paso con sublimes ideas y sentimientos, que enterneciéndola y elevándola, la arrancan de las garras del torpe vicio y la fuerzan á adorar la virtud y seguirla; y mientras la elocuencia, adornando con amable colorido sus victoriosos raciocinios, le recomienda los mas puros sentimientos y los ejemplos mas ilustres de virtud y honestidad, la historia le presenta en augusta perspectiva, con las verdades y los errores, y las virtudes y los vicios de todos los siglos, aquella rápida vicisitud con que la eterna Providencia levanta los imperios y las naciones, y los abate y los rae de la faz de la tierra. Y si en este magnífico teatro ve al mayor número de los hambres arrastrados por la ambicion y la codicia, tambien le consuelan aquellos pocos modelos de virtud que des-

enellan acá y allá en el campo de la historia, como en un bosque devorado por las llamas, tal cual roble salvado del incendio por su misma proceridad.

¿Y por ventura no pertenece tambien la filosofía á los estudios del literato? Sí, hijos míos; esta es su mas noble proviucia. No la creais ajena ni distante de ellos; porque todo está unido y enlazado en el plan de los conocimientos humanos. ¿Por ventura podríamos tratar de la expresion de nuestras ideas sin analizar su generacion, ni analizarla, sin encontrar con el origen de nuestro ser, ni contemplar este ser, sin subir á aquel alto supremo origen que es fuente de todos los seres como de todas las verdades? Ved aquí pues el alto punto á que quisiera conduciros por medio de esta nueva enseñanza. Corred á él, hijos míos; apresuráos, sobre todo, hácia aquella parte sublime de la filosofía que nos enseña á conocer al Criador y á conocernos á nosotros mismos, y que sobre el conocimiento del sumo bien establece todas las obligaciones naturales y todos los deberes civiles del hombre.

Estudad la ética; en ella encontraréis aquella moral purísima, que profesaron los hombres virtuosos de todos los siglos, que despues ilustró, perfeccionó y santificó el Evangelio, y que es la cima y el cimiento de nuestra augusta religion. Su guía es la verdad y su término la virtud. ¡Ah! ¿por qué no ha de ser este tambien el sublime fin de todo estudio y enseñanza? Por qué fatalidad en nuestros institutos de educacion se cuida tanto de hacer á los hombres sábios, y tan poco de hacerlos virtuosos? Y ¿por qué la ciencia de la virtud no ha de tener tambien su cátedra en las escuelas públicas?

¡Dichoso yo, hijos míos, si puidere establecerla algun día, y coronar con ella vuestra enseñanza y mis deseos! Las obras de Platon y de Epílecto, las de Ciceron y Séneca ilustrarán vuestro espíritu é inflamarán vuestro corazon. Nuestra religion sacrosanta elevará vuestras ideas, os dará moderacion en la prosperidad, fortaleza en la tribulacion, y la justicia de principios y de sentimientos que caracterizan la virtud verdadera. Cuando llegueis á esta elevacion, sabréis cambiar el peligroso mando por la virtuosa obscuridad, entonar dulces cánticos en medio de horribos tormentos, ó morir adorando la divina Providencia, alegres en medio del infortunio.

# ORACION

PRONUNCIADA EN EL INSTITUTO ASTURIANO, SOBRE EL ESTUDIO DE LAS CIENCIAS NATURALES.

SEÑORES: Despues de haber pagado á la venerable memoria de nuestro difunto director (1) el tributo de gratitud y de lágrimas que era tan debido á sus virtudes como á su celo y vigilancia paternal; despues de haber coronado á los alumnos que lidiaron con mas ventaja en el certámen de ingenio y aplicacion que habeis sostenido; despues de haber satisfecho así la espectacion del público, vamos al fin á presentarle el último de los títulos que nos deben asegurar de su benevolencia; vamos á anunciarle que hoy es el dia señalado para abrir la enseñanza de ciencias naturales; aquella enseñanza que debe ser término de vuestros estudios, que lo ha sido siempre de nuestros deseos, y que lo será un dia de la prosperidad y la gloria de nuestro Instituto.

Cuanto sea el gozo que inunda mi alma al haceros este precioso anuncio, vosotros mismos lo podeis inferir del afan con que he procurado acelerarle y de la constancia con que combati los estorbos que le retardaban. Cedieron todos por fin, y mi corazon se siente penetrado de ternura al considerar por cuán raros y desusados caminos plugo á la divina Providencia conducirme á este alegre y bienhadado instante. ¿Por ventura habrán caído ya de vuestra memoria aquellos dias de sorpresa y de angustia, en que súbitamente arrancado de vuestra presencia, me vi llevar por un impulso irresistible á otro destino tan superior á mis fuerzas como lo era á mis deseos, ó no habréis echado de ver el ansia con que volví á vosotros desde que me fué dado recobrar mis antiguas y gloriosas funciones? Sí, hijos míos, en su desempeño habia puesto yo toda mi gloria, y la pongo todavia. Porque ¿cuál otra puede ser mas ilustre, cuál otra mas agradable á un verdadero amigo del público, que la de ilustrar el espíritu y perfeccionar el corazon de una preciosa juventud que es la mejor esperanza de nuestra patria?

Ni creais que lo diga por orgullo ni por ostentacion de mi celo, aunque no os esconderé que mi alma apenas acierta á resistir aquella inocente vanidad que alguna vez se mezcla al ejercicio de la beneficencia pública. Dígolo solamente para congratularme con vosotros en el advenimiento de este dia, cuya gloria es de todos, porque todos habeis cooperado conmigo á su logro; dígolo para fijarle mas bien en vuestra memoria, como una época de nueva y provechosa ilustracion, que abrimos hoy á nuestra posteridad; dígolo, en fin, para solemnizarle como un dia de renovacion y de esperanza, en que llamados al estudio de la naturaleza, vais á domiciliar en este suelo las preciosas verdades en

que está cifrada la prosperidad de los pueblos y la perfeccion de la especie humana.

Pero haciéndoos este anuncio, el amor que os profeso y la obligacion que me impone la confianza del Soberano me llaman á discurrir un rato con vosotros acerca de la importancia del estudio que vais á emprender. Yo invoco en su favor toda vuestra atencion, todo vuestro celo; su novedad, su grandeza, su misma incertidumbre exigen de vosotros una aplicacion constante, una meditacion profunda, una paciencia heroica. Los cielos, la tierra, cuanto alcanza la vasta extension del universo, será materia de vuestra contemplacion; pero este admirable, este inmenso objeto, desenvuelto ante vuestros ojos, y sometido al parecer á la jurisdiccion de vuestros sentidos, está mudo y silencioso para vosotros; nada dice todavia á vuestra razon, y nada le dirá mientras no la pongais en comercio con la naturaleza misma. Conocerla para perfeccionar vuestro ser; aplicar este conocimiento al socorro de vuestras necesidades, al servicio de vuestra patria y al bien del género humano: ved aquí el fin de la nueva ciencia á que os preparais. Ella es la ciencia del hombre, la que califica todas las demás y en la que todas buscan su complemento, y es, en fin, la que perfeccionando vuestros estudios, cerrará gloriosamente el círculo de vuestra educacion.

Acaso alguno de vosotros, desvanecido con los sublimes conocimientos de la matemática, se creará capaz de penetrar al santuario de la naturaleza; pero habeis de saber que estáis muy lejos todavia de sus umbrales. Son por cierto muy importantes y provechosas las verdades que habeis alcanzado; pero serán estériles mientras no las aplicareis á la investigacion de la naturaleza. Conoceis ya la cantidad y la extension, grandes y esenciales propiedades de la materia; pero solo las conocéis en abstracto y como separadas de los cuerpos. Teneis que investigarlas como unidas y como inseparables de ellos; y con todo, nada alcanzaréis de la naturaleza mientras no la observareis en los cuerpos mismos. ¿Qué importa que podais calcular la rápida sucesion del tiempo, la inmensa extension del espacio, la direccion y los progresos del movimiento, si el movimiento, el espacio, el tiempo son unos seres ideales y abstractos, unos seres que no existen; si son nada, mientras no los considereis como medida del estado y sucesion de los entes reales? Debeis pues contemplar estos entes en sí mismos, observar su accion y sus mudanzas ó fenómenos, y subiendo desde ellos á sus causas, investigar aquellas eternas y constantes leyes que la sabiduria del Criador dictó á la naturaleza para la inmutable conservacion de su grande obra.

Y ved aquí por qué los antiguos, abandonando este

(1) Su hermano don Francisco de Paula, que habia muerto algunos meses antes, siendo don GASPAS, ministro de Gracia y Justicia, que es el destino superior á sus deseos, de que habla en el párrafo siguiente.



camino de investigación, han delirado tanto en la filosofía natural. Bien conocieron que su objeto era el universo; pero asombrados de su inmensidad, buscaron algún breve camino de descubrir las leyes que le regían. Investigarlas en la innumerable muchedumbre de seres que abraza, pareció inaccesible á la constancia y á las fuerzas del espíritu humano. ¿No era mas fácil y mas gloriosa empresa subir derechamente á ellas, buscándolas en su misma razon? Esto juzgaron y esto hicieron, y en vez de consultar los hechos, inventaron hipótesis, sobre las hipótesis levantaron sistemas, y desde entonces todo fué sueño é ilusión en la filosofía natural. Cuál señaló el fuego por principio universal de las cosas, como Zoroastro, fundador de la filosofía oriental; cuál el agua, como Tháles, padre de la filosofía griega; Pitágoras, admirando el orden del universo, le derivó de su armonía, y Zenon, viendo solo un aparente desorden, le atribuyó á la casual reunion de los átomos. ¿Quién apurará los sueños de los antiguos corifeos de la filosofía? Cada uno forjaba un sistema, cada uno le pretendía demostrar á fuerza de ratiocinios. El arte de disputar se hizo el grande instrumento de los filósofos; las ciencias experimentales se convirtieron en especulativas, y desde entonces el universo fué entregado al gobierno de agentes invisibles, de fuerzas muerntes y de cualidades ocultas. Así que, mientras el espíritu de partido multiplicaba estas ilusiones y las defendía, la naturaleza, abandonada á las disputas y caprichos de las sectas, parecia haber vuelto al caos tenebroso de donde saliera el primero de los días.

Tal era el aspecto de la filosofía natural, cuando Aristóteles, rigiendo sus cielos cristalinos por la mano de supremas inteligencias, y sujetando nuestro globo á sus tres famosos principios, negando cantidad y cualidad á la materia para dársela á la forma, y atribuyendo existencia real á las formas universales, echó los fundamentos del peripato, destinado á dominar la tierra. Las conquistas de Alejandro llevaron su doctrina por el Asia y la India y le dieron autoridad en Grecia; las de Roma la difundieron por el orbe latino, y después de haber triunfado del platonismo, ora llevada al imperio de la media luna, ora traída y canonizada por las escuelas generales de Europa, extendió al fin por todas partes su influjo, y le supo conservar casi hasta nuestros días.

No os detendré yo en la exposicion de unos errores que la antorcha de la experiencia ha descubierto ya y casi desterrado del mundo; básteos reflexionar que Aristóteles fué menos funesto á la filosofía por sus doctrinas que por sus métodos. ¿Cuál de los antiguos y aun de los modernos filósofos se gloriará de no haber pagado su tributo al error? Pero el método de investigación señalado por Aristóteles extravió la filosofía del sendero de la verdad. Este método era precisamente lo contrario de lo que debió ser, pues que trataba de establecer leyes generales para explicar los fenómenos naturales, cuando solo de la observacion de estos fenómenos podia resultar el descubrimiento de aquellas leyes. Es sin duda muy ingenioso su sistema de categorías y predicamentos, y lo es tambien el artificio de sus silogismos; pero la aplicacion de uno y otro fué

equivocada y pernicioso. Su método sintético es admirable para convencer el error, pero no para descubrir la verdad; es admirable para comunicarla, pero inútil para inquirirla; y cuando la indulgente sabiduría perdonare á este gran filósofo los errores que introdujo en su imperio, ¿cómo le perdonará el haber cegado sus caminos y atrancado sus puertas?

La gloria de abrirlas de par en par estaba reservada al sublime genio de Bacon. Él fué quien con intrépida resolucion y fuerte brazo quebrantó los cerrojos que tantos esfuerzos y tantos siglos no pudieron descorrer; él fué quien aterró al monstruo de las categorías, y sustituyendo la induccion al silogismo, y el análisis á la síntesis, allanó el camino de la investigación de la verdad y franqueó las avenidas de la sabiduría; él fué quien primero enseñó á dudar, á examinar los hechos, y á inquirir en ellos mismos la razon de su existencia y sus fenómenos. Así ató el espíritu á la observacion y la experiencia; así le forzó á estudiar sus resultados, y á seguir, comparar y reunir sus analogías; y así, llevándole siempre de los efectos á las causas, le hizo columbrar aquellas sábias admirables leyes que tan constantemente obedece el universo.

Por tan segura y gloriosa senda entraron á explorar la naturaleza los hombres célebres cuyos pasos debeis seguir y cuyos descubrimientos darán tan amplia materia á vuestro estudio. Sus útiles trabajos, ilustrando la generacion á que perteneceis, le dieron un derecho á mas altos y provechosos conocimientos. Buscándolos vosotros, reconocereis por todas partes los caminos que anduvieron, las huellas que dejaron estampadas en las vastas regiones del universo. Allí veréis cómo Copérnico, desbaratando los cielos de Hiparco y Ptolomeo, se atrevió á restituir el sol al centro del mundo, y fijar para siempre allí su inmóvil trono; y cómo Keplero en torno de él señaló nuevas vías á los planetas y dispó las sábias ilusiones de su maestro Tico, en tanto que Harelio espiaba los inconstantes pasos de la luna, y subía hasta ella para contar sus valles, medir sus montes y determinar el espacio de sus mares, y el gran Newton se alzaba sobre la candente masa del sol para regir desde ella los escuadrones celestes. Allí veréis á Galileo y Hugenso ensanchar con la fuerza de su telescopio aquel brillante imperio que debían poblar despues el sábio Cassini y el laborioso Herschel, mientras Descartes sometía el de la tierra á su sublime geometría, Leibnitz penetraba hasta las primeras moléculas de la materia, Torricelli encadenaba el aliento para pesarle en su balanza, Franklin estudiaba el fuego para apoderarse del rayo, y Priestley descomponia el aire para conocer su varia índole y su fuerza portentosa. Allí hallaréis á la intrépida cohorte de los químicos destruyendo para reedificar, y desmoronando las obras de la naturaleza para observar sus materiales, penetrar sus elementos y remedar sus operaciones. Allí veréis cómo mas atentos otros á recoger hechos que á sacar inducciones, se derramaron por todos los ángulos de nuestro globo para ilustrar su historia; cómo Kleint conversó con los cuadrúpedos, Adanson con los que cruzan la region del aire, y Yonston y Lacepede con los que surcan las aguas; cómo Reaumur se abatió hasta la rastrera repú-

blica de los insectos, y Bondelet hasta las conchas moradoras de las desiertas playas. Nada, nada quedó por observar, nada por describir desde que Tournefort y Linceo se atrevieron á formar el inmenso inventario de las riquezas naturales, como si no fuesen inagotables. Hasta que al fin el inmortal Buffon, subiendo á los primeros días del mundo, resolviendo sus antiguas épocas, lustrando los cielos y las regiones intermedias, y corriendo con pasos de gigante toda la tierra, coronó aquel glorioso monumento que Plinio había levantado á la naturaleza, y que debe de ser tan durable como ella misma.

Al entrar á estudiarla, ¡qué espectáculo tan augusto no se abrirá á vuestra contemplacion! Vosotros, acostumbrados á verle á todas horas y familiarizados con su grandeza, apenas os dignais de examinarle; pero levantad á él vuestro espíritu, y veréis cómo, atónito con tantas maravillas, se enciende y suspira por conocerlas. La razon os fué dada para alcanzar una parte de ellas; elevadla hasta el sol, inmenso globo de fuego y resplandor, y veréis cómo fué colocado en el centro del mundo para regir desde allí los planetas situados á tan diversas distancias. Como padre y rey de los astros, él los ilumina y fomenta y dirige sus pasos y prescribe sus movimientos. Cada uno oye su voz, la sigue obediente y gira en torno de su brillante trono. La tierra, este pequeño globo que habitamos, y uno de sus planetas inferiores, reconoce la misma ley, y de él recibe luz y movimiento. ¿Queréis formar alguna idea del gran sistema de que somos una pequeñísima parte? Pues sabed que el lugar que ocupáis dista sobre veinte y siete millones de leguas del sol, que es su centro, que Saturno dista del mismo centro sobre doscientos y sesenta y cinco millones de leguas, que el planeta Urano, columbrado en nuestros días, dista todavía mas de Saturno que Saturno del sol, que todavía se alejan mas y mas de él los cometas en sus giros excéntricos, y que todavía la flaca razon del hombre no ha podido tocar los límites de este magnífico sistema.

Y ¡qué! cuando los hubiese alcanzado, cuando pudiese trasportarse hasta ellos, ¿divisaría desde allí los términos de la creacion? Preguntallo á esa muchedumbre de estrellas fijas, que en el silencio de la noche veis centellear sobre los remotos cielos; parece que su número crece cada dia al paso que se perfeccionan los instrumentos ópticos, y cada dia nos hace ver que el Altísimo las sembró como brillante polvo en el espacio inmensurable. Fijas en el lugar que les fué señalado, cada una es un sol, centro de otro sistema, en torno del cual giran sin duda otros cuerpos opacos, y acaso en torno de estos otras lunas como las que siguen nuestro globo y el de Júpiter. Hé aquí lo que alcanzamos, pero ¿quién adivinará dónde empieza ni dónde acaba la naturaleza inaccesible á nuestros débiles sentidos, ó quién comprenderá los límites de la creacion, sino aquella suprema Inteligencia, que encierra en su misma inmensidad el vastísimo imperio de la existencia y del espacio?

Pero en torno de vosotros existen mas cercanos testimonios de esta grandeza. ¿No veis esa dilatada region que se extiende entre los cielos y la tierra? A

J.-1.

vuestros ojos se presenta vacía; mas ¡cuál será vuestro asombro cuando os convenciéreis de que toda está henchida y penetrada de aquella naturaleza activa, benéfica, y á que se da el nombre de elemental, porque parece ocupada perennemente en la sucesiva reproducción de los entes y en la conservación del todo! Allí sabréis cómo la luz, emanada del sol, ya se lanza á iluminar el anillo de Saturno y las radiantes cabelleras de los cometas remotísimos, y ya descendiendo sobre nosotros, inunda la tierra en un océano de esplendor. Corpórea, pero impalpable; penetrante hasta traspasar los poros del diamante mas duro, pero flexible hasta ceder al encuentro de una plumilla, ella vivifica cuanto existe, y no visible en sí, hace visibles todas las cosas. Simple y inmaculada, ella las colora y cubre de bellas y variadas tintas. Sabe recogerse y extenderse, y ya la veis reunida en esplendentes manojos, ya suelta y desatada en brillantes hilos. Su solo movimiento produce el calor, y la agitacion del calor este fuego elemental, alma de la naturaleza, que difundido por todos los cuerpos, los penetra, los llena, los dilata, y así reside en la deleznable arcilla como en el duro pedernal, así en el agua terrenal como en el fríisimo carámbano. Este agente poderosísimo los mueve y los anima, su influjo los fomenta y vivifica, pero tambien su enojo los destruye y anonada, ora sea que anunciada por el traeno, caiga desde las nubes á derrocar las altas torres, ora que desgarrando las entrañas de la tierra, reviente por las nevadas cumbres para sepultar en ríos de lava y ceniza los bosques y los campos, las solitarias alquerías y las ciudades populosas.

El aire le alimenta; el aire, otro fluido elemental, invisible, movable, elástico por excelencia, y grave y velocísimo. En él, como en un golfo inmenso, náda sumergida la tierra. Un dia conoceréis cómo la estrecha y abraza por todas partes, y cómo gravita sobre ella y la sostiene, y cómo la sigue constante en su diurno y anual movimiento. Por él respiran los entes animados, por él alienta la vegetation y se renueva todos los años, y á él deben todos los cuerpos solidez, sonoridad y armonía. Por él el hombre anuncia la serenidad y las tormentas, y por él mide la elevacion y compara la temperatura de los climas. Su movimiento forma los vientos salutíferos, purificadores de la atmósfera y conservadores de la existencia y la vida. ¡Cuán benéficos y regalados cuando en las mañanas de primavera cubren de flores los valles y colinas, ó en las tardes de estío difunden el refrigerio sobre los campos abrasados! Pero ¡cuán terribles si rotas alguna vez sus cadenas, se precipitan á conmover los cielos, y llamando las tempestades, turban y sublevan el vasto imperio de los mares!

Estos mares son abastecidos por el agua, otro benéfico elemento, líquido, diáfano y siempre ansioso del equilibrio; que ya se congrega en las nubes para descender suelta en lluvias y rocíos ó coagulada en nieves y granizos, ya se deposita en el corazon de los montes para brotar en fuentes y arroyos, abastecer lagos y ríos, y despues de haber llenado la tierra de fecundidad y los vivientes de salud y alegría, sumirse en el inmenso Océano; en el Océano, lleno tambien



de riqueza y de vida, que enlaza y acerca los separados continentes y forma aquel extendido vínculo de comunicacion que el Dios omnipotente quiso establecer entre la especie humana, y que en vano pretende desatar la loca ambicion de los hombres.

Estos seres purísimos, tan diferentes en sus propiedades, que siguen tan constantemente la ley que les fué impuesta por el Criador, que siguiéndola concurren á la continua reproduccion de los demás seres y que perpetúan la naturaleza, aun cuando parece que amenazan su destruccion, ¡cuán admirable materia no ofrecerán á vuestro estudio!

Pero nacidos para vivir sobre la tierra, ella es la que os presentará los objetos mas dignos de vuestra contemplacion. ¿Qué nos importaría el conocimiento de los seres superiores, si no fuese por las admirables relaciones que los enlazan con nuestro globo? ¡Oh, cómo resplandece sobre él la beneficencia de Dios! Do quiera que volvais los ojos hallaréis impresa la marca de su omnipotencia y su bondad. Considerad el activo y oficioso reino animal derramado por todo el orbe; consideradle desde el elefante, que roe los hojosos bosques de Abisinia, hasta el minador, que se esconde y mantiene en las membranas de una hojilla, desde el águila caldal que se remonta á las nubes para beber mas de cerca los rayos del sol, hasta el pájaro mosca, que revolotea entre las flores de América; y desde la enorme ballena, que sondea los mares del Norte ó se tiende sobre sus espaldas como una isla batida en vano de las ondas, hasta la inmóvil lapa, que nace y muere pegada á nuestras peñas. ¡Qué muchedumbre de pueblos y familias, qué variedad de formas y tamaños, de instintos é instintos, y qué escala de perfeccion tan maravillosa! Buscadle, y le hallaréis poblando la pura region de la atmósfera, como el fétido ambiente de las cavernas, así en las aguas dulces y corrientes como en las salobres y estancadas, en las plantas como en las rocas, en lo alto de los montes como en el fondo de los valles, y en la superficie como en las entrañas de la tierra; todo está poblado, todo henchido de vida y sentimiento. ¿Qué digo henchido? La vida misma es alimento de la vida, y los vivientes de otros vivientes. Nosotros mismos, nuestra carne, nuestra sangre, nuestros huesos encierran dentro de sí numerosas familias de otros vivientes, que acaso encerrarán tambien en sí y darán morada y alimento á otros y otros vivientes. Porque ¿quién sabe hasta dónde plugo al Omnipotente multiplicar la vida y extender los términos de la creacion animada?

Y ¿quién alcanzó todavía los de la creacion vegetal? Este reino, lleno tambien de vigor y de vida, ostenta por todas partes la misma grandeza, la misma variedad, la misma exquisita graduacion de formas y tamaños. Ved cuál culbre toda la tierra y forma su gala y ornamento, y cuál va difundiendo sobre ella la abundancia y la alegría. Tan admirable en lo grande como en lo pequeño, en el cedro del Líbano como en el lirio de los valles, y así en la madrepora, que nace en el fondo del mar, como en el moho, que crece y fructifica sobre una piedrezuela, sirve de sustento y abrigo á la vida animal, es origen fecundísimo de inocente riqueza

y el mejor apoyo de la union social. ¡Cuánto no consuela al labrador llenando sus trojes con las doradas mieses ó hinchendo sus hervientes cubas, inocente recompensa de sus fatigas! Y ¡cuánto no enriquece al industrioso artesano, ora le ofrezca preciosa materia para que le inspire nuevas formas, ora multiplique los instrumentos de las artes útiles, desde el arado, que nos alimenta, hasta el telar, que nos viste, y desde el carro, que da los primeros pasos del comercio, hasta las naves voladoras, que llevan á los habitantes del Septentrion los frutos y manufacturas del Mediodía!

Así es como la naturaleza reúne siempre estos caracteres de grandeza y utilidad, que resplandecen en sus obras, y que vosotros descubriréis hasta en el informe reino mineral. ¡Qué inmensa mole de materia ruda y inorgánica, tendida debajo de nuestros piés, y compuesta de seres tan diferentes por su substancia, por su forma y por sus propiedades! Tierras y piedras, sales y betunes, metales y cristales... ¡cuántos bienes presentados á las necesidades y al recreo del hombre! Y ¡cuál se ostenta en ellos aquella delicada progresion de perfecciones, que tanto embellece y armoniza las obras de la naturaleza! ¿Quién comparará el barro con el minio, el asperon con el jaspe, el fierro con el oro, y el oscuro pedernal con el lucidísimo diamante de Golconda? Quién explicará la naturaleza del iman, guía constante de la navegacion, ó la virtud atractiva y repulsiva del succino, ó la indocilidad de este mineral flúido inquietísimo, que así se niega al derretimiento como á la congelacion, y que tan fácilmente se reúne como se disuelve y sublima? Quién dirá por qué el fuego que funde la platina deja ileso al amianto, ó por qué la platina resiste tan tenazmente al martillo, que extiende un átomo de oro á distancias incalculables? Y como si la naturaleza se complaciese en acumular mayores prodigios en los seres que nuestra orgullosa ignorancia mira con mas desprecio, ¿quién explicará las virtudes de esta tierra que hollamos, y que es cuna y sepulcro de cuanto existe sobre ella? ¿No veis cómo de ella nace y en ella se resuelve cuanto vive y muere delante de vosotros? Engendre ó destruya, ¡cuán portentosa es su fuerza, ó ya de un grano menudísimo haga brotar el roble, cuya sombra cobija rebaños numerosos, ó ya devore y convierta en sustancia propia animales y plantas, mármoles y broncees, palacios y templos, y todo cuanto existe; que todo está condenado á caer en el abismo de sus entrañas.

Y hé aquí cómo la simple observacion de la naturaleza os conducirá á mas altas indagaciones de filosofía natural; porque habéis de saber que vuestro espíritu jamás se contentará con el recuento y clasificacion de los seres, sino que suspirará principalmente por conocer sus propiedades. El hombre no puede anhelarlos, sin tambien anhelar su conocimiento; una insaciable curiosidad, inherente á su ser, y que no en vano le fué inspirada, sino para levantarle á la contemplacion del universo, le lleva en pos del gran sistema de causacion que imagina y descubre por todas partes. Mira en torno de sí otros seres, y no viendo en ellos cosa estable ni duradera, se apresura á observar su flujo sucesivo. Entonces cada alteracion es para él un fenó-

meno, en cada fenómeno ve un efecto, y en cada efecto busca una causa. Reune las analogías de los fenómenos particulares, y deduce la existencia de causas generales, que erige en leyes. Sigue tambien estas leyes, y viendo en su tendencia y direccion un fin determinado, se levanta al conocimiento del orden general que las enlaza; de este orden admirable, cuya contemplacion tanto ennoblece su espíritu y tanto magnifica las obras de la naturaleza.

Cuánto se hayan desvelado los hombres desde que rayó la aurora de la filosofía, y cuán admirables hayan sido sus progresos en la investigación de este orden, lo echaréis de ver á cada paso en el progreso de vuestro estudio. Observando la varia muchedumbre de seres que veian en derredor de sí, reuniendo unos por la analogía de sus formas y propiedades, separando otros por la semejanza de sus fenómenos, y inquiriendo, siguiendo y calando las relaciones que parecian enlazar á unos con otros, lograron al fin componer estos sistemas celestes, estos reinos geológicos, estos géneros y especies, y familias y clases que veréis tan menudamente deslindados en la historia de la naturaleza; y como el navegante señaló ciertos puntos y alturas para atravesar sin peligro el ciego y vasto Océano, así el filósofo marcó estas divisiones para no perderse en la inmensidad del universo. No, yo no las condenaré, bijos míos, ni os privaré de un auxilio que la grandeza misma del objeto hace indispensable; empero advertiros he que no atribuyais á la naturaleza las invenciones de la flaqueza humana. Estas clasificaciones son obra nuestra, no suya. La naturaleza no produce mas que individuos, de cuyo número y propiedades, así como de las relaciones que los unen, solo conocemos una porcion pequenísima. Sin duda que en la grande obra de la creacion todo está enlazado, graduado, ordenado; pero tambien en ella está todo lleno, henchido, completo. En la inmensa cadena de los seres no hay interrupcion ni vacío, y mientras percibimos algunos eslabones sueltos acá y allá, y distinguidos por muy notables caracteres, perdemos de vista los demás y se nos escapan aquellas imperceptibles transiciones con que la naturaleza pasa de uno en otro ser. ¿Hay por ventura quien alcance las esencias intermedias que el Omnipotente colocó entre el sentimiento y la animacion, entre la animacion y la vida, y entre la vida y el movimiento y la simple existencia? Hay quien penetre las relaciones y los grados de perfeccion que intercaló entre la razon y el instinto, el instinto y la propension, la propension y la gravedad, y estas afinidades, estas aversiones y estas apatencias á ciertas formas que descubren los seres conocidos?

¡Ah! fuérame dado penetrar la esencia del mas pequeño de ellos; de una mariposilla, una flor, un grano de arena de los que agita el viento en nuestras playas, y yo sorprenderia vuestro espíritu, llenándole de admiracion y pavor! Pero ignorante como vosotros de la economia de la naturaleza, solo podré llamar vuestra atencion hácia los grandes caracteres que distinguen los entes. Volvedla hácia aquellos á quienes fué dada vida y sentimiento, y detenedla por un rato sobre la organizacion animal. ¿Quién ha sondeado todavía los

prodigios que abraza la muchedumbre y delicadeza de sus partes, su trabazon y enlace, la proporecion relativa de cada una, su conveniencia recíproca, y aquella tendencia uniforme con que concurren á la unidad de accion que les fué prescrita? ¿Y quién explicará los varios y diversificados movimientos de esta accion multifaria, siempre certera, siempre congruente á tantas y tan diferentes funciones, y siempre determinada á un fin conocido, y jamás equivocado ni alterado? Observad enalquiera de los individuos de este reino animado, y desde el leon, que atruena con su bramido los desiertos de Africa, hasta el imperceptible animalillo que se esconde en la pimienta, cien millones de veces mas pequeño que un grano de arena, no hallaréis alguno cuya organizacion no sea tan cumplida y perfecta cual conviene á su ser y al grado que le cupo en la escala de la naturaleza animal. En todos, en cada uno hallaréis completos los órganos de respiracion, digestion, secrecion, generacion, alimentacion, movimiento y sensacion; en todos, los instrumentos y los recursos necesarios para labrar su morada, buscar su alimento, engendrar y criar su prole y defender su vida. ¿Y á quién no sorprende la congruencia de esta organizacion con el elemento que debe habitar, el alimento de que debe vivir y las funciones en que se debe ocupar cada especie y aun cada individuo? ¿Y no más? ¿No les fué dada tambien aquella partecilla de razon que convenia á su ser? Aquí es donde el observador de la naturaleza admira extasiado la conveniencia portentosa que hay entre el instinto y la organizacion animal, y la constante fidelidad con que el mas pequeño viviente llena este fin de conservacion, y la sagacidad y el acierto con que camina á la perfeccion para que fué criado. Ninguno desmiente la tendencia de esta ley. Todos la siguen, así los que amigos de soledad, huyen á los bosques y cavernas umbrías, ó pasan su vida eremítica en un tronco, en una roca ó en el corazon de una gruta, como los que, amando la compañía, se reúnen en rebaños ó bandadas para hacer comunes sus pastos, sus juegos, sus amores y su seguridad. Fieles algunos á la voz de la naturaleza, ved cómo se buscan, se congregan para volar sobre las altas cumbres, ó cruzan los hondos mares en busca de otro cielo, otro clima, otro suelo mas conveniente á su ser; mientras que otros, aspirando á mas perfecta union, forman aquellas oficiosas repúblicas, donde el interés personal aparece siempre sacrificado al bien comun, donde reina siempre el orden y la laboriosidad, y donde tanto brillan la prevision y la justicia del Gobierno como la subordinacion y el celo público de los individuos. ¡Dehados admirables, que debiera observar con mas vergüenza que pavor el hombre temerario, que rompiendo los vínculos sociales, arma tal vez su razon ó su brazo contra la patria, á quien debe la vida, y el Estado, que se la asegura!

Sin duda que tales ejemplos tienen derecho á nuestra admiracion, sin duda que la prudencia de las hormigas, los trabajos de las abejas, las estupendas obras de los castores nos presentan grandes prodigios y grandes documentos; pero nosotros debemos esta admiracion á su excelencia, y la damos solo á su singu-



laridad. Descuidados de la naturaleza, no vemos que el mas rudo de los vivientes nos presenta iguales prodigios, y los presenta en todos los períodos, en todos los accidentes, en todas las funciones de su vida. Observadlos en cualquiera de ellas, observadlos en una sola, en aquella que los mueve á la propagacion de su especie, y sobre la cual se apoya la gran ley de la conservacion; ¡cuán tierno y expresivo no es entonces el idioma de sus amores! Sus querellas ¡cuán afectuosas y bien sentidas! ¡Qué solercia, qué industria en la nidificacion! Qué mansedumbre, qué paciencia en la incubacion y lactacion! Qué solitud en la crianza y educacion de su prole! Y si algun enemigo le amenaza, ¡qué valor tan intrépido, qué resolucion tan heroica para defenderla!

Pero estos medios de preservacion y propagacion brillan mas todavía en seres menos perfectos. ¡Qué! ¿no descubrimos esta sombra de instinto, esta propension determinada al mismo fin en el reino vegetal, aunque inmóvil, y á nuestro parecer dotado de menos perfecta organizacion? A cuál de sus individuos faltan los medios de conservar su vida y propagar su especie? Poned una planta en la obscuridad, y veréis cómo alterando su natural direccion, se encamina en busca del aire que debe respirar y de los fecundos rayos de luz que la alimentan. Todas extienden sus raíces al paso que sus ramas, para proporcionar el cimiento á la cumbre. Todas las apartan de los lugares estériles, y las dirigen á los húmedos y pingües. Todas busean, todas hallan su equilibrio, y perdido, todas saben restablecerle. Apenas columbramos sus amores; pero la diferencia de sexos y el don de fecundidad los atestiguan. Ninguna ignora el arte de distribuir y defender sus semillas, que ora siembran y esparcen, ora las fian al ambiente ó á las aguas, provistas de airones ó quillas para que vayan á germinar lejos de su tallo. Si son hambrientas y voraces, ved cuál se adhieren á los verdes troneos ó á los ancianos muros, y trepan por ellos, y tienden sus brazos y multiplican sus bocas, hasta saciarse de los jugos convenientes. Si débiles y flacas, ved cuál dirigen sus ramillas en busca del cercano apoyo, y le estrechan y abrazan en líneas espirales, ó buscan otros medios de seguridad y subsistencia. Así es como las propensiones se proporcionan á los recursos, y los recursos á las necesidades; y mientras la robusta encina, cuyas raíces ocupan una region entera, resiste apenas los embates del Aquilon, la dócil caña, doblando su cuello, salva su vida y se burla de los mas violentos huracanes.

Pero al examinar las propiedades de los seres, ¿dónde llevaréis vuestros ojos, que no descubran nuevas maravillas? ¿Por ventura carece de ellas el reino mineral? ¡Ah! ¡cuántas no reserva para vosotros la química; esta ciencia de nuestros dias, que saliendo apenas de su infancia, levanta ya entre las demás su orgullosa cabeza, y como la astronomía al imperio de los cielos, parece aspirar al de las sustancias sublunares! Ella es hoy el antejo de la física y la exploradora de la naturaleza. Perspicaz y desconfiada en sus combinaciones, pero constante y atrevida en sus designios, logró desatar los vínculos de la materia, y sorprender algunos

de estos secretísimos agentes, que la naturaleza emplea en la formacion y disolucion de los cuerpos. ¿Quién no admirará la índole de sus sales, su forma regular, su tenaz propension á recobrarla, su amor y afinidad con unos cuerpos y su aversion y repugnancia á otros? Poned en contacto los alcalinos y los ácidos, y ved qué odio tan fervoroso, qué guerra tan encarnizada excita entre ellos. Ninguno cederá hasta que mutuamente se destruyan, ú otro agente los neutralice, para producir una sustancia diversa. Pero separados, ¿quién resiste á su fuerza? Troncos, rocas, metales, todo lo disuelven, todo lo rinden y avasallan. A su lado pelea la numerosa legion de los gases, que parten su dominio; los gases, otras sustancias aeriformes, elásticas, impetuosísimas, y que invisibles como el espíritu, solo pueden ser conocidas por sus efectos. Cuanto nos rodea reconoce su influjo. Este ambiente que respiramos, estos alimentos de que nos nutrimos, la sangre que bulle en nuestras venas, el aire, el agua, el fuego, todo es gas, todo pertenece á estos estupendos fluidos, en mil maneras combinados; sustancias impalpables, indóviles, y que sin embargo ha sabido sujetar á su mano el poderoso genio de la química:

Pero ¿acaso la química robará á la naturaleza todos sus arcanos? No, por cierto; una mano invisible detendrá sus pasos, y refrenará su temeridad si no los respetare. El hombre no verá jamás en los seres sino formas y apariencias; las sustancias y las esencias de las cosas se negarán siempre á sus sentidos. En vano los esforzará por observar los cuerpos; en vano seguirá las huellas que la naturaleza va rápidamente imprimiendo en sus formas; en la fluida vicisitud de su estado solo verá mudanzas ó fenómenos. En vano por estos efectos querrá subir hasta sus causas; tal vez alcanzará algunas de las inmediatas, pero no las intermedias y remotas, y por mas que las siga, las verá confundirse todas en aquella eterna, única primera causa, de que todo procede y se deriva, y por la cual existe todo cuanto existe. ¡Dichoso si siguiendo la maravillosa cadena de la existencia, se prosternare á adorar la mano omnipotente, que tiene su primer eslabon! Pero si esta gran causa, si este sér adorable y benéfico ha rodeado de sombras los principios de las cosas, ved cómo por todas partes nos descubre sus fines. Mas atento á socorrer nuestras necesidades que á contentar nuestro orgullo, nos presenta en todos los fenómenos y en todas las leyes naturales una tendencia, una determinacion á fines conocidos y provechosos, y en la reunion de estas determinaciones nos hace columbrar aquel órden grande y admirable que armoniza el universo, y en el cual tan gloriosamente resplandece el fin de la creacion.

Ved aquí donde debéis encaminar vuestros estudios. La naturaleza se presenta por todas partes á vuestra contemplacion, y do quiera que volvais los ojos veréis brillando la conveniencia, la armonía, el órden patente y magnífico que atestiguan este gran fin. Consultadla, y nada os esconderá de cuanto conduzca á la perfeccion de vuestro ser; el único entre todos dotado de una perfectibilidad indefinida. Nada os esconderá, porque esta perfeccion pertenece al mismo órden y está contenida en el

mismo fin. Consultadla, y luego desenvolverá á vuestros ojos el admirable y portentoso lazo con que sostiene el universo, atando y subordinando todos los seres, haciéndolos depender unos de otros, y ordenándolos para la conservacion del todo. Veréis que en él todo está enlazado, todo ordenado; que nada existe por sí ni para sí; que toda existencia viene de otra, y se determina hácia otra; y que todo existe para todo y está ordenado hácia el gran fin. Nada producirian los elementos primitivos sin los principios secundarios, ni existirían estos principios sin la sucesiva y perenne destruccion de los cuerpos. Sin la atraccion, sin esta ley de amor, que coloca y sostiene todos los seres, y á la cual así obedece el anillo de Saturno como la arista arrebatada por un torbellino, la naturaleza, trastrocada, solo presentaria confusion y desórden. Ella detiene al sol en el centro del mundo, y lleva en torno de él los grandes y pequeños planetas. Sin sus ordenados movimientos no luciera sobre nosotros el dia, ni la callada noche protegeria nuestro reposo; ni habria meses ni años, ni medida que reglase nuestros cuidados y placeres, nuestros deberes civiles y religiosos. Sin ella no asomaria la primavera á renovar la vida y la vegetacion, ni la sucederian el estio con sus doradas mieses y el otoño con sus opimos frutos, ni el invierno cobijaria en sus hielos y nieves las esperanzas de una futura renovacion. Así es como el Omnipotente ató los cielos con la tierra, y como enlazó sobre ella todas las cosas en un mismo vínculo de amor y mútua dependencia. ¿No veis cómo las rocas durísimas, penetrando con sus raíces las entrañas de nuestro planeta, le ciñen, le estrechan por el Ecuador y las zonas, y dan estabilidad á su superficie? Ved cómo abren un ancho asiento á los tendidos mares; pero ved también cómo les oponen los promontorios y dilatados continentes para refrenar el furor de sus olas, y cómo rompiendo acá y allá seguros abrigos y ensenadas, llaman el hombre al uso de las riquezas que produce su fondo, y le convidan á la pesca, al comercio y á la navegacion. Sobre estas rocas, como sobre un incontestable fundamento, se levantan los montes; las nieves cobijan y las nubes riegan sus cumbres, é hinchen sus entrañas con aguas salutíferas, y la tierra las cubre y enriquece con majestuosos árboles, en que hallan abrigo y alimento fieras y aves, insectos y reptiles. Sin los despojos de estos árboles y estos vivientes, sin las aguas que fluyen de las alturas, fueran estériles los valles, y no nacieran el rubio grano, ni la brizna de yerba, ni el trabajo del hombre recogeria tanta abundancia de bienes y regalos, que la industria mejora y multiplica, el comercio cambia y la navegacion difunde por toda la tierra. Así es como se enlazan también todos los pueblos que la habitan, como se hacen comunes sus conocimientos, sus artes, sus riquezas y sus virtudes, y como se prepara aquel día tan suspirado de las almas, en que perfeccionadas la razon y la naturaleza, y unida la gran familia del género humano en sentimientos de paz y amistad santa, se establecerá el imperio de la inocencia y se llenarán los augustos fines de la creacion. Día venturoso, que no merece la corrupcion de nuestra edad, y que está reservado sin duda á otra generacion mas inocente y

mas digna de conocer, por la contemplacion de la naturaleza, el alto grado que fué señalado al hombre en su escala.

El hombre, ved aquí el rey de la tierra y el término de vuestros estudios. Vedle colocado en el centro de todas las relaciones que presenta la armonía del universo. Él es la única criatura capaz de comprender esta armonía, y de subir por ella hasta el supremo Artífice que la ordenó. Derramado por la superficie del globo, capaz de habitar todos sus climas, dotado de la organizacion mas exquisita y de la forma mas augusta, aparece en todas partes destinado á dominar la tierra. Firme y erguido entre los demás seres, su aspecto mismo anuncia su superioridad. ¿Ved cuán excelsa se levanta su frente al empyreo en busca de objetos dignos de su contemplacion, y cómo sus ojos penetrantes circundan de un vuelo los dilatados horizontes y las bóvedas celestes! Habla, y todo viviente reconoce la voz de su señor, y viene humilde á su morada para ayudarle y enriquecerle, ó tímida se esconde, respetando su imperio. No le resiste el rinoceronte en los umbríos bosques, ni la garza en la sublime region del viento, ni el leviatan en el profundo de los mares. Todo se le rinde; á su albedrío está el planeta en que tiene su morada, y ya le veis penetrar sus abismos, remover sus montes, levantar sus rios, atravesar sus golfos, ya remontarse á las nubes para colocar su tróu entre los cielos y la tierra. Su mano es instrumento admirable de invencion, de ejecucion, de perfeccion, capaz de mejorar la naturaleza, de dirigir sus fuerzas, de aumentar y variar y trasformar sus producciones, y de someterlas á sus deseos. Su palabra, vínculo inefable de union y comunicacion con su especie, le da la portentosa facultad de analizar y ordenar el pensamiento, pronunciarle al oído, pintarle á los ojos, difundirle de un cabo al otro de la tierra, y transmitirle á las generaciones que no han nacido aun. Sobre todo, su alma; ved aquí el mas sublime de los dones con que plugó al Altísimo enriquecer al hombre, y el que corona todos los demás; su alma, destello de la luz increada, purísima emanacion de la eterna Sabiduria, sustancia simple, indivisible, inmortal, que anima y esclarece la parte corpórea y perecedera de su ser, y encaramándola sobre toda la naturaleza visible, la acrea y asimila á las supremas inteligencias. Mas aguda que la saeta en penetracion, mas veloz que el rayo en su movimiento, mas extendida que los cielos en su comprension, abraza de una ojeada todos los seres, penetra sus propiedades, sus analogias, sus relaciones, y subiendo hasta la razon de su existencia, ve en ella la gran cadena que los enlaza, y columbra la mano omnipotente que la sostiene.

Entonces es cuando extasiado en la contemplacion de tan admirable armonía, pierde de vista cuanto hay de material y perecedero en la tierra, y levantándose sobre sí mismo, reconoce otro universo mas noble y magnífico que el que le habian mostrado los torpes sentidos, poblado de seres mas perfectos, gobernado por leyes mas sublimes y ordenado á mas excelsos é importantes fines. En medio de este universo moral, descubre el alto grado que le fué concedido en la escala de



los seres, ve mas de lleno las relaciones que enlazan tantas y tan varias esencias, y se lanza de un vuelo hasta el inefable principio de donde todas manan y se derivan. Allí es donde penetrado de admiracion y reverencia, reconoce aquella eterna y purísima Fuente de bondad, en la cual esencialmente residen, y de la cual perennalmente fluyen los tipos de cuanto es sublime, bello, gracioso en el mundo físico, y de cuanto es justo, honesto, deleitable en el mundo moral. Allí es donde se inunda, se embebe en estos puros y generosos sentimientos, que tanto realzan la gloria de la naturaleza y la dignidad de la especie humana; en la activa ilimitada sensibilidad que le interesa, en el bienestar de cuanto existe, en la augusta longanimidad que le fortifica contra el dolor y la tribulacion; en la gran prudencia, la noble gratitud, la tierna compasion y la celestial beneficencia, corona de todas sus virtudes; allí ve, en fin, cómo á él solo fueron dados este amor á la verdad, este respeto á la virtud, este íntimo religioso sentimiento de la Divinidad, que desprendiéndole de todas las criaturas, le mueve y le fuerza á buscar solamente en el seno de su Criador la causa y el fin de toda existencia y el principio y término de toda felicidad.

Ved aquí, amados jóvenes, los títulos de vuestra dignidad; títulos gloriosos, á ninguno negados, y ante los cuales se eclipsan ó se disipan como el humo todos los títulos y vanas distinciones que la ambicion y el orgullo han inventado. Conocerlos, merecerlos, perfeccionarlos es el sublime objeto de vuestros estudios y de mis ardientes deseos. ¡Venturosos vosotros si en medio de la depravacion de un siglo en que la supersticion y la impiedad se disputan el imperio de la sabi-

duria, siguiereis el único camino que ella señala á los que quiere conducir á su templo! Venturosos si le hallareis en el estudio de la naturaleza y en la contemplacion del alto fin para que fuisteis colocados en medio de ella! Venturosos si ilustrado vuestro espíritu con el conocimiento de las verdades que encierra, y perfeccionado vuestro corazon con la posesion de las virtudes á que conduce, alcanzareis la verdadera sabiduria para asegurar vuestra felicidad, mejorar vuestro ser y acelerar la perfeccion de la especie humana! Entonces podréis convencer con la razon y con el ejemplo á aquellos hombres tímidos y espantadizos, que deslumbrados por una supersticiosa ignorancia, condenan el estudio de la naturaleza, como si el Criador no la hubiese expuesto á la contemplacion del hombre para que viese en ella su poder y su gloria, que predicán á todas horas los cielos y la tierra. Entonces sí que podréis confundir mas bien á aquellos espíritus altaneros é impíos, baldon de la sabiduria y de su misma especie, que solo escudriñan la naturaleza para atribuirle al acaso ó abandonarla al gobierno de un ciego y necesario mecanismo, usando solo, ó mas bien abusando, del privilegio de su razon para degradarla bajo del nivel del instinto animal. Entonces sí que subiendo continuamente de la contemplacion de la naturaleza á la de vuestro ser, y de esta á la del Ser supremo, y adorando en espíritu á este Ser de los seres, Ser infinito, que existe por sí mismo y que es principio y término de toda existencia, perfeccionaréis el conocimiento de los grandes objetos en que está cifrada toda la humana sabiduria: Dios, el hombre y la naturaleza.

# APUNTAMIENTO

## SOBRE EL DIALECTO DE ASTÚRIAS (1).

MIENTRAS se forma el diccionario del dialecto asturiano, que tanta luz dará á nuestras antigüedades; mientras algun sábio, entresacando de él las palabras de origen desconocido, se remonta por medio de ellas á conocer los pueblos que se establecieron en nuestro suelo antes que los romanos; en fin, mientras el señor Posada emplea su talento, su erudicion y sus tareas en recoger é ilustrar los materiales que requiere una y otra empresa, séame licito á mi llamar la atencion de todos, y particularmente de este último, á una sola de las relaciones en que puede ser considerado este dialecto, y que si es entre todas la mas óbvia y fácil, tambien es, si no me engaño, la mas provechosa, así como la mas conducente á los objetos del diccionario geográfico. Remóntense otros enhorabuena hasta los tiempos remotísimos del mundo primitivo, y palpen y penetren, si les place, las espesas tinieblas que los envuelven, para darnos despues como sublimes descubrimientos sus atrevidas conjeturas; mientras yo, sin salir de la atmósfera que cubre la actual region de la etimologia, trato solo de sacar de ella algun conocimiento seguro y provechoso.

Mi objeto es hacer ver que por el dialecto de Asturias se puede demostrar que los romanos introdujeron en nuestro pais la agricultura, y como esta arte preciosísima marque el primero y mas señalado progreso de los pueblos en su civilizacion, concluir de aquí que Asturias debe la suya á aquella nacion guerrera y sábia.

No se diga que esta investigacion parece inutil, pues que Strabon, Floro, Plinio y otros suponen á nuestros trasmontanos en estado de barbarie cuando el dominio romano se extendió hasta ellos. Porque además de que un amor propio mal entendido se resiste á ceder á estos testimonios, como ellos no determinen la época de la civilizacion de nuestros abuelos, parece que el intento de fijarla no puede no merecer la aprobacion de los doctos (2).

Dos solos argumentos, bien probados, bastarian para llegar á este intento. Porque si se hiciere ver: primero, que los nombres de establecimientos rústicos; segundo, y los que se refieren al prélio rústico en nuestro dialecto se derivan por lo comun de raíz latina, estará probado que fueron introducidos por los romanos, puesto que es bien sabido que las palabras entran en todas partes con las cosas ó las ideas que represen-

tan. ¡Cuánto mas si se refieren á objetos de uso comun, cuyos signos conservan tan tenazmente los pueblos que no conceden á las vicisitudes del tiempo y otras causas mas influjo sobre ellos que el de alterarlos sin destruirlos!

Es visto, por tanto, que para formar y confirmar estos argumentos bastaria presentar una lista de nombres *geográficos* y *geopónicos*, indicando y estableciendo al mismo tiempo su derivacion latina, y este seria el método que yo seguiria si tuviese á la mano los apuntes y auxilios que en otro tiempo. Pero privado de ellos, y no teniendo siquiera á la vista un buen vocabulario latino, ¿cómo pudiera acometer esta empresa?

Con todo, y por via de ejemplo y de ensayo, y estrujando cuanto pueda mi memoria, formaré una listita, que aunque pobre y ayuna, podrá bastar para el fin propuesto; no porque ella sola le complete, sino porque á su vista el señor Posada, ó cualquiera otro que tenga la instruccion y auxilios convenientes, la podrá enriquecer y completar fácilmente, en cuanto á los nombres *geográficos*, con solo repasar la nomenclatura formada para nuestro diccionario, y en cuanto á los *geopónicos*, formando primero un pequeño vocabulario rústico-asturiano, y subiendo despues con algun cuidado á la raíz de sus palabras. Bien sé que no se encontrará en la lengua latina la raíz de todas; pero ni esto es absolutamente necesario, ni daria á la prueba mayor grado de certidumbre.

Mas antes de presentar este ensayo, adelantaré algunas reflexiones, que creo convenientes para ilustrar mi pequeña lista.

I. Que los nombres de los grandes objetos que presenta un pais á los que de nuevo vienen á él pertenecen siempre á la lengua de sus primeros pobladores, ó por lo menos á alguno de los pueblos que de muy antiguo se mezclaron con ellos. Tales son, por la mayor parte, los de montes y rios y costas, y tales los de los pueblos de primitivo establecimiento, así en la costa como en el interior. Es claro, por lo mismo, que estos no pertenecen á la época romana, y que el que aspire á descubrir su origen deberá levantarse á tiempos mas remotos y buscarle en lenguas mas viejas que la latina.

Sin duda que sobre estos nombres se pudieran adelantar desde ahora algunas curiosas reflexiones; pero yo me abstengo de ellas, porque no son de mi propósito. Bástame recordar que me circunscribo á los que suponen algun establecimiento rústico; pues aunque en los otros se hallará uno que otro de raíz latina, ni este origen dará mayor valor á mis pruebas, ni el que le tengan en otra lengua las debilitará.

II. Que para formar la parte geográfico-rústica de mi pequeña lista he escogido: primero, los nombres tomados de plantas, pues aunque pertenezcan alguna vez

(1) inédito; es uno de los que hemos copiado de los manuscritos que posee la Real Academia de la Historia.

(2) Así dice el manuscrito que tenemos á la vista; parece que debería decir *no puede ménos de merecer*, que es la frase generalmente usada, y la que emplea el mismo Jovellanos en casos análogos, ó esta otra: *no puede dejar de merecer la aprobacion de los doctos*.



á poblaciones de otra especie, esto proviene de que empezando por antiguos establecimientos rústicos, crecieron despues por efecto del cultivo y de la industria, y vinieron á ser poblaciones urbanas. Segundo, los que se tomaron de lugares campestres, y que suponen el hombre establecido ó estableciéndose en torno de ellos, y esto por la misma razon. Tercero, los que directamente indican, así un establecimiento rústico, como su pertenencia á un dueño romano. Tales son, por ejemplo, la mayor parte de los que tienen su terminacion en *ana*, pues que al oír los nombres de *cornellana* y *semproñana*, nadie hay que no conozca que en su origen se dijeron *villa corneliana* ó *semproñana*, esto es, quinta, heredamiento ó heredad de Cornelio ó Sempronio. Lo que tambien se verifica cuando se refieren al plural, pues que *rubianes*, *veranes* deben venir de *villas rufianas*, *veranas*, ó de Rufo y Vero. Y en fin, lo mismo sucede cuando la terminacion indica el genitivo de un nombre romano, como Marcel (de Cornellana), que antes fué *Villa Marcelli*; bien que en estos se conservó mas frecuentemente el título de *villa* (ó *villare*, á que pasó en la media edad), como Villa Marcel (de Quirós), Villar Dobeyo, que antes serian *Villa* ó *Villare Marcelli* ó *Aufidii*. Cuarto, que no he desechado de este número los que al parecer pertenecen á nombres góticos, tales como *Llibardon*, *Villartodoric*, no solo porque muchos de estos nombres, como ya notó el maestro Florez, son de origen romano, como por ejemplo, Ponce, Alvarez, Lopez, Sanchez, Florez y otros muchos, sino porque desde el siglo v godos y romanos anduvieron en España tan mezclados y confundidos, que no seria mucho que se comunicasen sus nombres y pasasen á Astúrias. Fuera de que, estos nombres siempre indicarian, si no el origen, el progreso y extension del cultivo, y por consiguiente, que los establecimientos rústicos á que pertenecen no fueran anteriores á la época romana.

III. Que en los nombres geopónicos hemos escogido principalmente los que pertenecen á la casa y pródigo, y á los instrumentos y labores rústicos; porque entonces la luz que nos darán de su origen será mas clara, cuando reunidos y comparados entre sí, se ilustren unos á otros. Por lo mismo, no solo hemos adoptado los nombres principales de estos objetos, sino tambien de sus partes, como por ejemplo del *horru* y del *carru*, porque el complemento de esta nomenclatura hace la prueba mas luminosa.

IV. Que muchos de estos nombres, no solo prueban el origen romano, sino tambien los progresos de los que los introdujeron en la profesion rústica. Y como este sea un objeto digno de ilustrarse mas detenidamente, pondré aqui algunos ejemplos que puedan servir de materia á la meditacion de otros mas entendidos.

1.º El *horru*, atendida su nomenclatura, parece de origen romano; pero ¿cómo es que en todos los geopónicos latinos (que he leído y extractado muy de propósito, aunque con otro designio) no se encuentra noticia clara de tan singular edificio? Hablan, sí, del *horreum* en la significacion de granero; pero siempre suponiéndole un edificio cerrado, y tal como los graneros comunes. Y hablando tambien de los *silos* y de otros

muchos medios de conservar los granos y frutos, parece extraño este silencio respecto de un granero que reune en si tan singulares circunstancias; de un granero que es á un mismo tiempo inmóvil y transportable, fijo y péndulo en el aire, cerrado y ventilado en todos sentidos, inaccesible á la humedad y á toda especie de insectos ó animales dañosos, y propio, en fin, y aun absolutamente necesario, no solo para conservar granos y frutos, muebles y ropas, sino tambien para morada de sus dueños, en un clima templado y extremadamente nebuloso y lluvioso, cual el de Astúrias, donde ofrece el único reparo que se puede oponer á tantos y tamaños inconvenientes.

Agregue usted (1) á esto la singularidad de que este edificio escasi todo de madera; de que en su construccion no entra el hierro ni especie alguna de mezcla ó mortero, y que por otra parte, su fábrica es tan sólida, tan agraciada y tan bien entendida, que supone la reunion de mucho gusto á grandes conocimientos artísticos. Agregue, en fin, que se puede decir un edificio propio de Astúrias. Por lo menos yo he corrido toda la costa septentrional desde Vigo á Fuenterrabía, y penetrado en muchas partes por lo interior de estas provincias, cuyo clima es muy análogo al nuestro, y no he visto en ellas un horrio solo. Tampoco en las otras de España donde he viajado; ni he leído ni oído que le haya en Francia ni en Italia, y solo tengo alguna idea de que hay esta especie de graneros en la Suiza, aunque harto desemejantes de los de Astúrias.

¿Qué se infiere de aqui? Mi opinion es que los horrios son de un origen remotísimo; que los romanos, sábios cual ningun otro pueblo de aquella época en la ciencia rústica, conociendo la necesidad y las ventajas de esta especie de graneros para los países húmedos y templados, le prefirieron para Astúrias, donde primero le hallaron, y le dieron la perfeccion que hoy tiene. Mucho me detuve; pero el objeto merece todavía una disertacion, que acaso se hará, si *Diis placet*.

2.º Yo no sé si los eruditos han averiguado exactamente cuál era el carro romano; pero los nombres del nuestro pueban que de aquel país nos vino su idea. Entre estos es muy notable la palabra *trechoria*, derivada del verbo *stringo*, *strictum*, *strictoria*. Sin duda que los romanos conocieron los carros de cubo, en que el eje es inmóvil, y por lo mismo de mas fácil tiro, tal como nuestros carros castellanos. Pero ¿no conocerian tambien los carros de eje móvil, cuyo uso es tan conveniente en países quebrados y llenos de altibajos, cual es el de Astúrias? En este carro, el eje, empotrado en las ruedas, gira con ellas, y para templar su movimiento tiene dos gargantas á uno y otro lado, con dos cuñas en cada una, que mas ó menos apretadas, le facilitan ó retardan. Estas cuñas pues son nuestras *trechorias* ó apretaderas.

Los que piensan poco miran esto como una imperfeccion de nuestra máquina, sin reflexionar que en terrenos quebrados y pendientes, los carros de cubo están expuestos al doble inconveniente de cargar á la

(1) Así dice el manuscrito, que no tiene, por otra parte, señal ninguna de ser carta ni de estar dirigido á persona determinada.

subirla todo el peso á la zaga, haciendo mas difícil el tiro, y á la bajada, de desplumarle todo sobre el ganado y oprimirle. Para evitar el primero no ofrecen aquellos carros medio alguno. Para el segundo no hay otro que el de atar una rueda, y ya se ve que esto no es para muy repetido, como seria necesario en terrenos en que casi siempre se sube ó baja, como en la mayor parte de nuestros caminos. Nuestra *trechoria*, pues que ocurre admirablemente á entrambos inconvenientes, supone mucha pericia en los que nos la dieron á conocer, y el nombre latino lo indica bien claramente.

No diré por esto que nuestro carro sea perfecto; antes reconozco que tiene otros defectos, cuya exposicion no es de este lugar. Explicólos bien el inglés Thousand, en su reciente viaje de España, donde los podrán ver los curiosos. Pero estos defectos han sido solo vistos por los peritos en mecánica, y nuestro propósito no es probar que los romanos que vinieron á Astúrias eran insignes matemáticos, sino buenos agricultores.

3.º No puedo dejar de añadir á estas palabras la de *llaviegu*, que en nuestro dialecto significa el arado, y que parece venir del latin *clavus*, en su diminutivo *claviculus*. Esta derivacion se puede comprobar con una conjetura, muy atrevida á la verdad, mas que no me parece improbable. Yo supongo que el primitivo arado de los romanos, que seria imperfecto, y su reja algun hierro en la forma de *clavo*, se llamó *clavus*, y que (pues sin duda fueron antes labradores que navegantes) de allí vino que esta palabra, por la analogia de semejanza, pasase á significar el timon del navío, puesto que en la significacion primitiva de *clavus* no se halla ninguna especie de analogia con el *timon* sino por este medio. Supongo tambien que los latinos, adoptando despues el arado de los griegos como mas perfecto, adoptaron tambien su nombre *aratron*, llamándole *aratrum*, y que desde entonces la palabra *clavus* se fué antiquando, y saliendo del estilo culto y comun, quedó reducida al pueblo rústico.

Y no se extrañe ni uno ni otro, pues que son tantos, como poco conocidos, los caminos por donde la analogia ha extendido y confundido la significacion de las palabras. Sirva de ejemplo la palabra latina *femo*, *nis*, que significó primero la vara del *arado*, despues la del *carro*, y despues la del *timon*, y aun el timon entero; como todo se podría probar, si necesario fuese, con testimonios de Ovidio, Virgilio, y otros autores de primera nota. Pues ¿por qué no pudo suceder otro tanto con la palabra *clavus*? Es verdad que para esto no hay autoridad; pero tambien lo es que un número muy considerable de palabras latinas que tenia esta lengua, cuando viva, se han perdido, no siendo posible que se hallen tolas en los escritos que se salvaron de ella. Y ¿cuánto mayor número de acepciones de sus palabras conservadas no se habrán perdido? Sarciniento pretende que muchas de ellas se le podrían restituir por medio de las lenguas hijas, á que sirvieron de raíces, y particularmente de su dialecto gallego. Pero ¿con cuánta mas razon lo pudiera pretender el asturiano?

No se oponga que el diminutivo *claviculus* no cuadra bien á un objeto que no lo es. Todos saben que en la alteracion de las lenguas los diminutivos han logrado

muchas veces la preferencia, sin relacion á la grandeza de los objetos. Hemos derivado *abeja*, *oreja*, *oveja*, de *apicula*, *auricula*, *ovicula*, y no de *apis*, *auris*, *ovis*, y artejo de *articulus*, y no de *artus*. Pues ¿por qué no se diria *llaviegu* de *claviculus*, y no de *clavus*?

1.º Es digna tambien de observacion la palabra *sechoria*, que significa un instrumento muy comun en Astúrias, singularmente en la costa. Derivase del verbo *seco sectum*, y de allí *sectoria*; y es una reja de filo muy agudo y corte perpendicular, algo levantado al horizonte, que tirada de los bueyes, hiende las tierras arcillosas y duras, y al mismo tiempo corta los hondos y fuertes raigones de las malas yerbas, que el exceso de humedad produce en ellas, preparando asi la operacion del arado que le sucede, y haciéndola tan poderosa y cumplida como su objeto requiere.

Ahora bien, tampoco me ocurre haber leído en los *geopónicos* latinos descripcion ni noticia alguna de este instrumento; pero me basta su nombre para creer que le conocieron. Y ¿quién lo negará? ¿Por ventura no habria en Italia ni en los vastos dominios de Roma terrenos duros y empedernidos en que fuese necesario este auxilio? Acuérdomme de un pasaje de Plinio el viejo, que hablando de ciertos terrenos feracisimos del Africa, dice que despues de las lluvias los labraba un asnillo, dirigiendo el arado una vieja; pero que cuando secos no los podian romper los mas fuertes toros. ¿Quién pues dudará que en ellos seria muy necesaria la *sechoria*?

Yo bien sé que el silencio de estos autores se opone á mis conjeturas; pero, pues que este instrumento era en sustancia un arado solo diferente del comun por la forma de la reja, ¿no podríamos creer tambien que la palabra *comis* ó *romer*, significaba asi la reja del arado como la de la *sechoria*? Me lo hacen sospechar así dos pasajes de los *Geórgicos* de Virgilio. El uno es del libro primero, donde, hablando de los instrumentos rústicos, indica el *romis* ó reja, no como parte, sino como instrumento distinto del arado:

*Vomis et inflexi primum grave rubur aratri.*

El otro es del libro segundo, donde habla del brillo que dan los surcos despues de arado el campo.

*At rudis enituit impulso vomere compus.*

Sé que los comentadores dan á la palabra *enituit* otro sentido, que yo no puedo aprobar, teniéndole tan natural y propio. Tampoco negaré que este brillo se pueda ver en los surcos que abre la reja del arado; pero como su filo es obtuso y su corte horizontal, este efecto no puede ser ni tan comun ni tan visible y notable como cuando el filo cortante de la *sechoria* ha precedido, dando al terreno una superlicie tan tersa y polida, que revuelta despues por el arado, refleja los rayos del sol como pudiera la piedra mas bruñida. ¿Cuántas veces en mis correrias esta observacion me hizo acordar con placer de aquel bellissimo verso!

Pero no insistiré en esto, bastándome el nombre del instrumento para conocer su origen. Sea pues que los romanos le inventasen, ó que conocido antes, le aplicasen á los terrenos de la costa de Astúrias, que el soplo secante del nordeste casi petrifica, su sabiduría



estará tan bien probada como el origen de la palabra.

He quebrantado mi propósito de no admitir otras raíces que las que estuviesen bien descubiertas y caracterizadas; pero el objeto era tan importante, que no pude excusarlo, para evitar el grande argumento que se nos podría hacer si el nombre de un instrumento tan principal en la agricultura nos hubiese venido de otra parte.

3.º Hay algunas palabras asturianas que tienen el sabor romano tan decidido, que el erudito que piense en ellas no puede dejar de paladearlas con gran placer.

Véase, por ejemplo, el adjetivo *preso*, en significacion de *cuajado*, aplicado por asturianos y latinos casi exclusivamente á la leche, pues que para otros líquidos tiene el *cuayado* y *coagulatus*. Véanse los de *corbates*, *pulguines*, *mayuques*, para indicar los diferentes estados de las castañas, y véase despues si el sencillo convite de Titiro á Melibeo al fin de la primera égloga de Virgilio no representa al vivo una cena rústica de Astúrias, con sus mazanes, corbates ó pulguines y lleche preso...

*Mitia poma, castanes molles, et pressi copia lactis.*

Y no se culpe que traduzca *corbates*, pues el adjetivo *molles* prueba que las castañas de Titiro no eran crudas ni secas, porque entonces no serian blandas ni suaves.

V. Por último, hemos añadido á nuestra listita varias palabras de uso comun, y que por representar ideas tocantes á la vida doméstica y privada, deben dar mucha luz al objeto propuesto. Esta parte de la lista, sin ser muy rica, es algo mas abundante, porque, y con el mismo fin, no solo incluimos en ella voces pertenecientes á la vida y profesion agricola, sino otras que pertenecen á la vida comun y social que ella supone.

Entre estas no puedo dejar de llamar la atencion hácia dos palabras, que aunque de introduccion mas moderna, porque supone ya establecido el Cristianismo en Astúrias, se deben á la lengua romana, y por su significacion marcan muy señaladamente las antiguas y sencillas costumbres de nuestro pueblo rústico.

La primera es el verbo *domenicar*, que en Astúrias vale tanto como hablar ó tratar de negocios, y pues se usa solo entre labradores, se ve que significa tratar de negocios é intereses de la vida rústica; ¿quién pues no ve en ella á un pueblo inocente y ortodoxo, que despues de haber trabajado sin distraccion ni descanso toda la semana, se reúne el domingo en torno de su iglesia, y cumplidos los deberes de su religion, arregla fraternalmente sus intereses y negocios?

La otra es la palabra *estaferia* ó *fostaferia*, que significa el trabajo comun y gratuito que hacen los labradores, reunidos por parroquias ó lugares, ya en la reparacion de los caminos de su distrito, ó ya en otro objeto de pro communal. Sin duda que en la institucion de esta costumbre, el dia de la semana señalado para ella fué el viernes, ó la feria sexta de cada una, y que de ahí le vino el nombre. El mismo hace sospechar que la intimacion en lo antiguo se haria por el párroco y en la iglesia, pues que el nombre pertenece al rito eclesiástico. Estos accidentes de una costumbre ver-

daderamente patriarcal pasaron ya; pero el nombre dura, y los recuerda dulcemente á nuestra memoria.

Y hé aquí por qué querria yo que los amantes y peritos de nuestro dialecto procurasen formar listas separadas de palabras pertenecientes á varias artes y ministerios, y á los instrumentos y operaciones empleados en ellos. Esto daria mucha luz á nuestros orígenes históricos, y esto haria tambien conocer á los preocupados de la opinion contraria que léjos de ser vano é inútil el estudio de la etimología, es uno de los que, seguidos con juicio, pueden dar mucha luz y muchos auxilios á la historia.

VI. Que en prueba de esta reflexion, he puesto en apéndice separado unas pocas palabras *marineras*, que al parecer son de origen septentrional. No dudo que estas palabras, aumentadas, como podrán ser cuando tengamos un vocabulario asturiano, acreditarán que de las costas de Francia y Flándes, donde los nuestros hicieron en la media edad su comercio y tuvieron varias relaciones mercantiles, vinieron á Astúrias muchos conocimientos relativos á las artes de pesca y navegacion.

VII. Acabaré con una reflexion, que sirviendo á mi particular objeto, se puede extender en general á los orígenes de nuestro dialecto, á saber: que si en las listas geográficas ó geopónicas, ó de otra especie que se formaren, se hallasen algunas palabras de origen, ya oriental, ya septentrional, se tendrá presente, en cuanto á estas, lo que queda indicado en el número 3.º de la reflexion II y en la VI; y en cuanto á aquellas, lo siguiente.

1.º Que estas palabras pueden ser para nosotros de origen griego; pero tomadas por medio del latin, que tanto bebió de aquella lengua, como ella de las orientales.

2.º Que teniendo los romanos esclavos de todas las naciones, y empleándolos en la agricultura y artes ministeriales, no es improbable que hubiesen llevado á Astúrias algunos esclavos griegos, y empleádolos en labrar sus campos, ni que estos nos hubiesen comunicado algunas palabras.

3.º Que pueden ser de origen árabe, porque aunque esta nacion no se estableció en Astúrias, no hay duda en que despues de la conquista de España, y en la dinastía asturiana, nuestro país estuvo lleno de esclavos árabes, tomados en la guerra. Tampoco la hay en que estos esclavos eran empleados en el ejercicio de las artes, y particularmente en la agricultura. Este importante ministerio los hizo mas estimables y templó poco á poco su suerte. Las escrituras del tiempo medio los presentan agregados con sus familias á los establecimientos rústicos, con los cuales pasaban de un poseedor en otro. Vinieron pues á ser como los antiguos *adscriptios*, ó siervos *glebae adscripti*, entre los romanos; y si no se quiere derivar desde estos el origen de nuestros solariegos, que no eran otra cosa, aunque su condicion fué progresivamente mas y mas templada, es preciso que vengan de aquellos esclavos árabes. Como quiera que sea, estos hombres, empleados en la agricultura por señores ó eclesiásticos, que solo cuidaban de la religion y la guerra, pudieron

dar algunos nombres á los ministerios que ejercian y á los instrumentos que empleaban, los cuales pasasen despues á nuestro dialecto, como yo pienso de la palabra *macon*, que en árabe significa cierta medida de áridos. No se olvide pues esta reflexion, que es importante para ocurrir á algunos argumentos que se quieran oponer á mi conjetura.

Basta, y vamos ya á mi pobre listita. ¡Cuánto gus-

to tendria en poderla enriquecer! Pero pues lo hace el señor Posada con no menor celo y con mas erudicion y mayores auxilios, me contento con decir, con mi consolador Boecio, á los que, amantes como él de uestra gloria, le quieran imitar:

*Hic nunc fortes ubi celsa magni  
Ducit exempli via.*

## LISTA DE ALGUNAS PALABRAS GEOGRÁFICAS Y GEOPÓNICAS ENTRESACADAS

POR VIA DE EJEMPLO DEL DIALECTO ASTURIANO.

### I.

#### NOMBRES GEOGRÁFICOS DERIVADOS.

##### 1.º

###### De plantas.

|                      |                  |
|----------------------|------------------|
| Bedular. . . . .     | <i>Betulo.</i>   |
| Castañedo. . . . .   | <i>Castanea.</i> |
| Faedo. . . . .       | <i>Fagus.</i>    |
| Felguera. . . . .    | <i>Filix.</i>    |
| Figaredo. . . . .    | <i>Ficus.</i>    |
| Figueras. . . . .    |                  |
| Fortigueira. . . . . | <i>Urtico.</i>   |
| Fresnedo. . . . .    | <i>Froxinus.</i> |
| Lloreda. . . . .     | <i>Laurus.</i>   |
| Moreda. . . . .      | <i>Morus.</i>    |
| Noeda. . . . .       | <i>Nur.</i>      |
| Pereda. . . . .      | <i>Pirus.</i>    |
| Pobeda. . . . .      | <i>Populus.</i>  |
| Prueda. . . . .      | <i>Prunus.</i>   |
| Robredo. . . . .     | <i>Robur.</i>    |

##### 2.º

###### De objetos locales.

|                                  |                   |                     |                    |
|----------------------------------|-------------------|---------------------|--------------------|
| Agueria. . . . .                 | <i>Aqua.</i>      | <i>Ara.</i>         | <i>Mare.</i>       |
| Agueria. . . . .                 |                   |                     |                    |
| Aramar. . . . .                  | <i>Ara.</i>       | <i>Mile.</i>        | <i>Caesar.</i>     |
| Aramil. . . . .                  |                   |                     |                    |
| Arances. . . . .                 |                   |                     |                    |
| Arango. . . . .                  |                   |                     |                    |
| Ares. . . . .                    | <i>Plural.</i>    | <i>Bellum-Mons.</i> | <i>Calidonium.</i> |
| Arco. . . . .                    |                   |                     |                    |
| Belmonte. . . . .                | <i>Campus.</i>    | <i>Longus.</i>      | <i>Manes.</i>      |
| Calidones. . . . .               |                   |                     |                    |
| Camplongo. . . . .               | <i>Castellum.</i> | <i>Castrum.</i>     | <i>Cubile.</i>     |
| Campu-manes. . . . .             |                   |                     |                    |
| Castiello. . . . .               | <i>Aqua.</i>      | <i>Clousum.</i>     | <i>Mare.</i>       |
| Castro. . . . .                  |                   |                     |                    |
| Cobiella. . . . .                | <i>Fanum.</i>     | <i>Ferrum.</i>      | <i>Planum.</i>     |
| Entraigo (inter). . . . .        |                   |                     |                    |
| Entrellusa (id.). . . . .        | <i>Gloria.</i>    | <i>Petra.</i>       | <i>Laurus.</i>     |
| Entromero (id. ó intra). . . . . |                   |                     |                    |
| Faoo. . . . .                    | <i>Prisco.</i>    | <i>Escoputum.</i>   | <i>Summulum.</i>   |
| Ferrera. . . . .                 |                   |                     |                    |
| Llano. . . . .                   | <i>Via.</i>       | <i>Tutela.</i>      | <i>Argoma.</i>     |
| Llanera. . . . .                 |                   |                     |                    |
| Llera (area, la era). . . . .    | <i>Artus.</i>     | <i>Artus.</i>       | <i>Artus.</i>      |
| Pedreira. . . . .                |                   |                     |                    |
| Per-lora (per). . . . .          | <i>Artus.</i>     | <i>Artus.</i>       | <i>Artus.</i>      |
| Priesca. . . . .                 |                   |                     |                    |
| Sobre-scobio (super). . . . .    | <i>Artus.</i>     | <i>Artus.</i>       | <i>Artus.</i>      |
| Somiedo. . . . .                 |                   |                     |                    |
| Totres-tio (torris). . . . .     | <i>Artus.</i>     | <i>Artus.</i>       | <i>Artus.</i>      |
| Trevies (tres). . . . .          |                   |                     |                    |
| Tudela. . . . .                  | <i>Artus.</i>     | <i>Artus.</i>       | <i>Artus.</i>      |

Los que empiezan con Val, como Val de Dios, etc., ó con Villa, como Villaviciosa, Villanueva, etc.

### 3.º

#### De personas.

|                              |                          |
|------------------------------|--------------------------|
| Bedriñana. . . . .           | <i>Petronius.</i>        |
| Cabraes. . . . .             | <i>Coprus.</i>           |
| Cadanes. . . . .             | <i>Calius.</i>           |
| Canelanes. . . . .           | <i>Cantus ó cantius.</i> |
| Corneyana. . . . .           | <i>Cornelius.</i>        |
| Fanjul (Fanum). . . . .      | <i>Julius.</i>           |
| Guimaran. . . . .            | <i>Wimaronus.</i>        |
| Illao. . . . .               | <i>Ælius.</i>            |
| Jomezana (sub). . . . .      | <i>Metius.</i>           |
| Laciana. . . . .             | <i>Flaccus.</i>          |
| Laviana. . . . .             | <i>Flavus.</i>           |
| Lavio. . . . .               |                          |
| Llivar-don (Clivus). . . . . | <i>Ordonius.</i>         |
| Lloriana. . . . .            | <i>ó Florus.</i>         |
| Claudius. . . . .            |                          |
| Clodius. . . . .             |                          |
| Chlorus. . . . .             | <i>Plotus.</i>           |
| Llozana. . . . .             | <i>Lucretius.</i>        |
| Logrozana. . . . .           | <i>Marcellus.</i>        |
| Marcel. . . . .              | <i>Metius.</i>           |
| Meana. . . . .               | <i>Neobulus.</i>         |
| Novellana. . . . .           | <i>Alvinus.</i>          |
| Oviñana (Ovinus). . . . .    | <i>Pinnarius.</i>        |
| Piñera. . . . .              | <i>Porcius.</i>          |
| Porceo. . . . .              |                          |
| Porcia. . . . .              | <i>Sempronius.</i>       |
| Semproñana. . . . .          | <i>Tiberius.</i>         |
| Teberga (I). . . . .         | <i>Tinnius.</i>          |
| Tiñana. . . . .              | <i>Turanus.</i>          |
| Tirana. . . . .              | <i>Ruffus.</i>           |
| Rubianes. . . . .            | <i>Ordonius.</i>         |
| Valdornon (Vallis). . . . .  | <i>Verus.</i>            |
| Veranes. . . . .             |                          |
| Veriña. . . . .              | <i>Ælius.</i>            |
| Jana. . . . .                | <i>Marcellus.</i>        |
| Villa. . . . .               | <i>Moxentius.</i>        |
| Marcel. . . . .              | <i>Maximus.</i>          |
| Mexao. . . . .               | <i>Aurelius.</i>         |
| Mexim. . . . .               | <i>Petrus.</i>           |
| Oril. . . . .                |                          |
| Peri. . . . .                | <i>Verus.</i>            |
| Semplis. . . . .             | <i>Simplitius.</i>       |
| Tresmil. . . . .             | <i>Tremehus.</i>         |
| Valer. . . . .               | <i>Valerius.</i>         |
| Villar D'Obeo. . . . .       | <i>Aufidius.</i>         |
| Opilis. . . . .              | <i>Theodoric.</i>        |
| Todoric. . . . .             |                          |

### II.

#### NOMBRES GEOPÓNICOS.

|                               |                    |
|-------------------------------|--------------------|
| Alfendar. (Vid. Llendi.)      |                    |
| Añojo. . . . .                | <i>Annulus.</i>    |
| Armentio. . . . .             | <i>Armentum.</i>   |
| Arfueyn. . . . .              | <i>Agrifolium.</i> |
| Argoma. . . . .               | <i>Argoma.</i>     |
| Artos (2) (adjetivo). . . . . | <i>Artus.</i>      |



|                       |                                    |
|-----------------------|------------------------------------|
| Carro (y sus partes). | <i>Carrus.</i>                     |
| — Esquirpia (5).      | <i>Stirps.</i>                     |
| — Estadorio.          | <i>Statorius.</i>                  |
| — Lladrales.          | <i>Laterales.</i>                  |
| — Pertega.            |                                    |
| — Pertegal.           |                                    |
| — Povines (4).        | <i>Pulvinus.</i>                   |
| — Trechoria.          | <i>Strictoria.</i>                 |
| Caxello.              | <i>Capsulus.</i>                   |
| Cebra.                | <i>Cibaria.</i>                    |
| Chichu.               | <i>Cicer.</i>                      |
| Cobil.                | <i>Cubile.</i>                     |
| Collecha.             | <i>Collecta.</i>                   |
| Corte.                | <i>Cohors.</i>                     |
| Corneyal.             | <i>Cornu.</i>                      |
| Cucho-ar.             | <i>Coctus.</i>                     |
| Cuerria.              | <i>Curia.</i>                      |
| Demir.                | <i>Demo.</i>                       |
| Endecha.              | <i>Indicta.</i>                    |
| Esame-ar (apum).      | <i>Examen.</i>                     |
| Estrada-ax.           | <i>Stratum.</i>                    |
| Escanda.              | <i>Escanna.</i>                    |
| Esfoya-za-ar.         | <i>Ex-foliare.</i>                 |
| Horru (y sus partes). | <i>Horreum.</i>                    |
| — Aguileres.          | <i>Aqua</i><br>ó<br><i>Aquila.</i> |
| — Gatos.              | <i>Catus.</i>                      |
| — Lliños.             | <i>Lignum.</i>                     |
| — Pegollos.           | <i>Pediculus.</i>                  |
| — Traves.             | <i>Travis.</i>                     |
| Fesoria.              | <i>Fosum.</i>                      |
| Forcadu.              | <i>Furca.</i>                      |
| Foz.                  | <i>Falz.</i>                       |
| Focete.               |                                    |
| Forniella-ar.         | <i>Furnicula.</i>                  |
| Llende-dar.           | <i>Limes.</i>                      |
| Llosa.                | <i>Clausum.</i>                    |
| Mayadera.             | <i>Malleus.</i>                    |
| Mesoria.              | <i>Messum.</i>                     |
| Mucir.                | <i>Mulgeo.</i>                     |
| Reciella.             |                                    |
| Retiga-ar.            |                                    |
| Sallu-ar.             | <i>Sarculum.</i>                   |
| Sebe.                 | <i>Seps.</i>                       |
| Torga-ar.             | <i>Torgues.</i>                    |
| Tricenta.             | <i>Tridens.</i>                    |

## III.

PALABRAS TOCANTES Á LA VIDA RÚSTICA, DOMÉSTICA  
Y PRIVADA.

## 1.º

## Nombres sustantivos.

|                      |                     |
|----------------------|---------------------|
| Andarina.            | <i>Hirunda.</i>     |
| Borrina.             | <i>Pruina.</i>      |
| Cain.                | <i>Caligo.</i>      |
| Calamieres (5).      | <i>Cremo.</i>       |
| Caramiellu (monton). | <i>Calamellus.</i>  |
| Id. (silbato).       |                     |
| Coruxa (noctis).     | <i>Corax.</i>       |
| Dacil.               | <i>Ductile.</i>     |
| Enxulla.             | <i>Insululum.</i>   |
| Escobiu.             | <i>Seopulum.</i>    |
| Esguiños (6).        | <i>Esocinus.</i>    |
| Experteu.            | <i>Vespertilio.</i> |
| Estafieria-ar.       | <i>Sexta-seria.</i> |
| Farrapes-Fariñes.    | <i>Farina.</i>      |
| Fenoyu.              | <i>Feniculum.</i>   |
| Folla.               | <i>Holla.</i>       |
| Follern.             |                     |
| Forion.              | <i>Foria.</i>       |
| Formientu.           | <i>Fermentum.</i>   |
| Ginoyu.              | <i>Geniculum.</i>   |

|                           |                    |
|---------------------------|--------------------|
| Gorgoyu.                  | <i>Gurges.</i>     |
| Goxa.                     | <i>Capsa.</i>      |
| Llamuerga (7).            | <i>Amurca.</i>     |
| Llar.                     | <i>Lar.</i>        |
| Llercia.                  | <i>Inertia.</i>    |
| Llixu.                    | <i>Lizus.</i>      |
| Furacu-car.               | <i>Foramen.</i>    |
| Maniega.                  | <i>Manus.</i>      |
| Masera.                   | <i>Massa.</i>      |
| Marbueyu (maris).         | <i>Folium.</i>     |
| Nal.                      | <i>Nidas.</i>      |
| Neru.                     |                    |
| Pantoduno (panis).        | <i>Totus-unus.</i> |
| Paxu.                     | <i>Paleus.</i>     |
| Pebida.                   | <i>Piluita.</i>    |
| Peñera (8).               | <i>Vannum.</i>     |
| Pesllera.                 | <i>Pesulus.</i>    |
| Revelgos.                 | <i>Pellis.</i>     |
| Segondo (farina ó panis). | <i>Secundus.</i>   |
| Señerdá.                  | <i>Seguis.</i>     |
| Sol'ombra (9).            | <i>Solis.</i>      |
| Sol'ombreru.              |                    |
| Tariegu.                  | <i>Terricus.</i>   |
| Tarabica.                 | <i>Travis.</i>     |
| Tayuela.                  | <i>Tabella.</i>    |
| Tortoriu.                 | <i>Tortum.</i>     |
| Trabiella.                | <i>Trabis.</i>     |
| Trebeyu.                  | <i>Tripudium.</i>  |
| Tremera.                  | <i>Tremo.</i>      |
| Xatu.                     | <i>Satus.</i>      |
| Xareyu.                   | <i>Sericus.</i>    |
| Vedriu.                   | <i>Vitrum.</i>     |
| Vidayes.                  | <i>Vitalia.</i>    |

## Adjetivos.

|                       |                     |
|-----------------------|---------------------|
| Ablucada (ab y lux).  | <i>Ab-lucatus.</i>  |
| Apandadu (ad y poas). | <i>Adpontatus.</i>  |
| Corbates (castaneae). | <i>Corticale.</i>   |
| Dondo (10).           | <i>Domitum.</i>     |
| Llavianes (cerisiae). | <i>Flavianae.</i>   |
| Llisgu.               | <i>Luscus.</i>      |
| Narientu.             | <i>Madoriens.</i>   |
| Mayoques (castaneae). | <i>Maji.</i>        |
| Melgoera.             | <i>Mel.</i>         |
| Nidin.                | <i>Nitidus.</i>     |
| Paraxismeru.          | <i>Paraxisimus.</i> |
| Pinyadu.              | <i>Pinguatus.</i>   |
| Preso (leche).        | <i>Pressum.</i>     |
| Pronu.                | <i>Pronus.</i>      |
| Fechu.                | <i>Factus.</i>      |

## 2.º

## Verbos.

|                                            |                     |
|--------------------------------------------|---------------------|
| Afuracar. (Vid. <i>Furacu</i> .)           |                     |
| Añerar. (Vid. <i>Neru</i> .)               |                     |
| Apurrrir.                                  | <i>Adporriga.</i>   |
| Calecer.                                   | <i>Calesco.</i>     |
| Catar.                                     | <i>Captare.</i>     |
| — Mirar.                                   |                     |
| — Ordeñar.                                 |                     |
| Domenicar.                                 | <i>Dominica.</i>    |
| Entrugar.                                  | <i>Interrago.</i>   |
| Enxareyar. (Vid. <i>Xareyu</i> .)          |                     |
| Escaeter (cado, cx).                       | <i>Cadesco.</i>     |
| Esforiase (11). (Vid. <i>Forion</i> .)     |                     |
| Esfrerer.                                  | <i>Ex-frigesco.</i> |
| Esmucise.                                  | <i>Ex-mulceo.</i>   |
| Esnidiar. (Vid. <i>Nidiu</i> .)            |                     |
| Espurrrir.                                 | <i>Ex-porriga.</i>  |
| Frñer.                                     | <i>Franga.</i>      |
| Furar. (Vid. <i>Furacu</i> ) [per-lorare]. |                     |
| Igaar.                                     | <i>Eguare.</i>      |
| Merer.                                     | <i>Misceo.</i>      |
| Miar.                                      | <i>Meo.</i>         |
| Murar. (Vid. <i>Mure</i> .)                |                     |
| Pesllar. (Vid. <i>Pesllera</i> .)          |                     |
| Provecar.                                  | <i>Profecto.</i>    |

|                                 |           |
|---------------------------------|-----------|
| Pruir.. . . . .                 | Pruris.   |
| Pulgar (pellis).. . . . .       | Pellico.  |
| Tarrecer (terreo).. . . . .     | Terresco. |
| Trebeyar. (Vid. Trebeyu.)       |           |
| Trebolga (rebolicare).. . . . . | Bullio.   |
| Torrear.. . . . .               | Torreo.   |
| Xintar.. . . . .                | Sancto.   |

3.º

Adverbios.

|                                |                   |
|--------------------------------|-------------------|
| Abondó.. . . . .               | Abunde.           |
| Anaora. Adhuc-in-hac-hora.     |                   |
| Ende.. . . . .                 | Dende.. . . . .   |
|                                | Perende.. . . . . |
| Estonce.. . . . .              | Ex-tunc.          |
| Lloñe.. . . . .                | Longe.            |
| Metañes (in).. . . . .         | Meta.             |
| Metaniques (adv.º diminutivo). | Id.               |
| U.. . . . .                    | D'd.. . . . .     |
|                                | Per ó.. . . . .   |
| Uñe.. . . . .                  | Donde.. . . . .   |
|                                | Peronde.. . . . . |
| U.. . . . .                    | D'v.. . . . .     |
|                                | Per v.. . . . .   |
| Y.. . . . .                    | D'y.. . . . .     |
|                                | Per y.. . . . .   |

4.º

Compuestas.

|                                |               |
|--------------------------------|---------------|
| D'aque.. . . . .               | De aliquo.    |
| V'lu.. . . . .                 | Ubi.. . . . . |
|                                | Illle?        |
|                                | Ille?         |
|                                | Illos?        |
|                                | Illas?        |
| Y'vos (pronombres personales). | Illl.         |
|                                | Illis.        |

IV.

PALABRAS DE ORIGEN SEPTENTRIONAL, POR LA MAYOR PARTE MARINERAS.

|                   |           |
|-------------------|-----------|
| Fola.. . . . .    | Monle.    |
| Llexa.. . . . .   | Liege.    |
| Sable.. . . . .   | Id.       |
| Refolon.. . . . . | Refouter. |
| Tuaxe.. . . . .   | Tourage   |
| Vasa.. . . . .    | Vase.     |
| Xorra.. . . . .   | Xhorrer.  |
| Tastu.. . . . .   | Tast.     |
| Cuertia.. . . . . | Ghost.    |

# NOTAS

SOBRE ALGUNAS PALABRAS DE LA LISTA ANTEREDENTE.

(1) En el libro del *Codo* de Tebergahay una nota antigua en que á su iglesia se llama *Ecclesia Tibiricensis*.

(2) Bentlejo, interpretando á Horacio en aquellos versos con que acaba la Oda 12 (lib. III),

. . . . . *el celer arto latitantem*  
Fruticeto, *excipere oprum*,

corrige la antigua lerecion, y entiende el *artum fruticetum* por lo que se diria en Castilla *matorral* y en Asturias *artos*.

(3) La esquirpia se forma de varas delgadas, que en latin se llaman *stirpes* ó arbolitos tiernos, y aun creo que haya en Castilla la palabra *chirpia* con la misma significacion. Puede tambien venir de *stirpes*.

(4) Los *porrines* son los maderos que sobresalen en el plano del portegal del carro, y sobre los cuales se apoya y descansa la carga (como sobre aluohadas) y esto descubre claramente la analogia con su raíz.

(5) Alguna vez creí que esta palabra venia del francés *cremail-liers*; pero pues esta indica proceder de raíz latina (en la media edad *cremallaria* ó *cremaloris*), creo que tenemos igual derecho á este origen.

(6) He hallado esta palabra en el latin de la media edad, y en no sé cuál de las leyes septentrionales, y es probable que existiese en el antiguo latin.

(7) Puede venir de *Amurca* con la *u* tomada del articulo; mas como las palabras *llames* y *llamazar* tengan igual significacion, la raíz

es dudosa. Con todo, el origen para mí no lo es, pues he visto en el *Ethimologicon* de Vossio otra raíz latina, que conviene á todas, y de que ahora no me acuerdo.

(8) En la media edad, de *rannum* se formó *vannaria*, como se ve en Du-Cange. Yo creo que se formaria tambien el verbo *vannare*, y no dudo que en Asturias se dijo antes *vanneria* y *vannerare*, y despues *peñera* y *peñerar*.

(9) Ya observó Sarmiento que la *s* de las palabras castellanas *sombra* y *sombrero* indicaba que su raíz no era la sola palabra latina *umbra*, sino que venian de *solis-umbra*. Nuestro dialecto demuestra aquella juiciosa conjetura.

(10) Esta palabra pertenece al estilo forense. En nuestras escrituras de ventas de tierras, las palabras *brabo* y *dondo* quieren decir tierra ó terreno *inculto* y *cultivado*, ó por lo menos ya roto y descuajado.

(11) Esforiase. En el latin *foria*, *orium* significa el excremento auelto y casi liquido de las vacas. De ahí sin duda las palabras *forion* y *esforiase*, que indican el que tiene el vientre muy suelto y la accion correspondiente. No cabe pues duda en el origen.

Pero ¿no podrémos inferir de aquí que en la lengua viva de los romanos, por lo menos despues de Augusto, existió el verbo *exforiari*, y lo mismo de las palabras *pessullarias* y *pessullore*, *sectoria*, *strictoria*, *clariculus* en la significacion que conservamos en sus derivados? Si fuese así, hé aquí confirmada la opinion de Sarmiento, de que por las lenguas hijas se podrian restaurar las riquezas que perdió la lengua madre.



# ELOGIO DE LAS BELLAS ARTES,

PRONUNCIADO EN LA ACADEMIA DE SAN FERNANDO.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR: Estoy persuadido á que en este instante la mayor parte de los ilustres concurrentes que están á nuestra vista tendrá ocupada su atencion, aun mas que en la novedad del objeto que nos ha congregado, en la desproporcion del orador escogido para hablar en su presencia. Despues de haber oido otras veces en este mismo sitio á tantos individuos de nuestro cuerpo ensalzar con floridos y brillantes discursos el mérito y la excelencia de las bellas artes, ¿quién es este, dirán, que desde el foro viene á consagrar su estéril y desaliñada elocuencia á un objeto tan nuevo para él y peregrino?

Y á la verdad, señores, ¿qué hay de comun entre los sérios y profundos estudios de un magistrado y el sublime y delicado conocimiento de las bellas artes? Mi espíritu se turba y se confunde al contemplar que Ciceron, el mas elocuente jurisconsulto que admiró la antigüedad, se hallaba en un país desconocido cuando, para acusar á Verres de sus robos en la pretura de Sicilia, tuvo que hablar de los artistas y las artes, y que el mismo Verres, que se preciaba de tener un fino y delicado gusto para discernir sus bellezas, se burlaba de la impericia de su acusador y de sus jueces, y los baldonaba con el título de ignorantes é idiotas (1).

Pero si este ejemplo me debe llenar de confusion, ¿cuánto mas deberá turbarme la alteza y dignidad del objeto que nos ha congregado! Cuando le examino de propósito, ¿qué cúmulo de singulares circunstancias no hallo reunidas en él! Este es aquel día que el celo de nuestros mayores consagró al desempeño de la mas importante y provechosa obligacion de nuestro instituto; el día en que sentada la justicia entre nosotros, corona con una mano á los tiernos atletas que han lidiado mas diestramente en el certámen de aplicacion y de ingenio que les hemos propuesto, y con otra les señala la senda por donde deben caminar hasta la perfeccion; este es, en fin, el día en que España, y aun las naciones amigas, representadas en los ilustres individuos que honran este circo, vienen á medir el espacio que han corrido las artes hácia la misma perfeccion, y á calcular por él la actividad de nuestra aplicacion y nuestro celo.

¿Qué elocuencia pues será capaz de llenar debidamente un objeto tan grande y tan sublime! Y cuando, ansioso de responder á la confianza con que vuecencia me distingue, quisiera emplear mi débil voz en alguna materia digna del día, digna de los oyentes y digna de nuestro mismo instituto, ¿dónde hallaré un

asunto en cuya dignidad y riqueza puedan esconderse el desaliño y la pobreza de mis palabras; un asunto, cuya general aceptacion é importancia no deje aparecer la pequeñez del orador?

Acaso el gusto que reina en nuestros días, el motivo de la presente celebridad y la aceptacion de mis oyentes deberian inclinar mi atencion hácia la parte sublime y filosófica de las artes; estudio que ha ocupado en este siglo, no solo á los sábios artistas, sino tambien á los profundos filósofos. Pero despues que la mas penetrante metafísica ha logrado descubrir los recónditos y sublimes principios del gusto y la belleza, ¿qué podria añadir mi pobre ingenio á lo que han escrito tantos dignos literatos de nuestro tiempo? No, señores; contento con meditar sus observaciones y aplaudir sus descubrimientos, yo no seré tan vano, que aspire á colocar mi nombre y mi reputacion al lado de la suya.

Mi discurso seguirá una senda menos quebrada y peligrosa. El destino de las bellas artes en España, desde su origen hasta el presente estado, será mi único asunto; asunto al parecer trivial y conocido, pero que es todavia capaz de mucha ilustracion. Mas no le trataré como artista ni como filósofo, pues solo hablaré de las artes como aficionado. Atraído de sus encantos, las buscaré atentamente por el campo de la historia, y despues de haberlas encontrado en los tiempos mas lejanos, seguiré cuidadosamente sus huellas, sin perderlas de vista hasta llegar á nuestros días.

Las bellas artes, cultivadas en varios antiguos pueblos desde los siglos mas remotos, promovidas en Grecia desde el tiempo de Pisistrato, y elevadas á su mayor perfeccion en el largo gobierno de Péricles, el protector y el amigo de Fidias, se conservaron en todo su esplendor hasta la muerte de Alejandro, amigo tambien de Apéles, protector de Lisipo y digno apreciador de los artistas y las artes.

Las sangrientas turbaciones que agitaron la Grecia despues de la muerte de Alejandro; las feroces guerras de Pirro y de Perseo y Mithridates, y la total sujecion de una y otra Grecia al duro yugo de los romanos, acabaron casi del todo con las artes griegas.

Los bellos monumentos de escultura y pintura, de que habia tanta copia en las célebres ciudades del Peloponeso, de Achaya y del Epiro, ó perecieron en los estragos de la guerra, ó fueron trasladados á la triunfante Roma. Desde entonces los artistas griegos pasaron tambien á servir á sus vencedores los romanos, que ya contaban entre sus pasiones el lujo y la aficion de

las artes. Pero Roma, ni supo conocerlas ni honrarlas debidamente, ni menos acertó con los medios de fijarlas en su imperio (2).

Primero alteraron los romanos la sencillez de las artes griegas; luego empezaron á gustar de los adornos magníficos, y al cabo perdieron todas las ideas de gusto y proporcion. Sabemos por Plinio (3) que el honor de la pintura no pasó del tiempo de Tiberio, y que en el de Trajano ya la habian desterrado de Roma los mármoles y el oro (4).

La traslacion de la silla imperial á Bizancio en tiempo de Constantino, la ruina de los sepuleros, templos, ídolos, vasos y todos los instrumentos del culto gentilico en el de sus sucesores; la ignorancia, las guerras intestinas, y sobre todo, las irrupciones de los bárbaros del Norte, y su establecimiento en el imperio, acabaron con las artes en todo el mundo culto (5).

Cuando Roma empezó á manifestar alguna pasion por ellas, era ya España una de sus provincias; y á ella, acaso mas que á otra del imperio, extendieron los romanos el influjo de su magnificencia. Por este tiempo se erigieron en España aquellos célebres monumentos, templos, anfiteatros, circos, naumachias, puentes, acueductos y vias militares, cuyas ruinas han sobrevivido al estrago de tantas guerras y al curso de tantos siglos.

Pero las irrupciones de los septentrionales hicieron de nuevo á España un teatro de desolacion y de ruinas. Mérida, Tarragona, Itálica, Sagunto, Numancia y Clunia ofrecen todavía á los curiosos una idea de la magnificencia romana y del espíritu destructor que animaba á los feroces visigodos.

Aquí seria preciso, señor excelentísimo, interrumpir el curso de nuestra oracion, y pasar de un salto el vacío que nos presenta la historia de los conocimientos humanos. En este vacío se hunden á un mismo tiempo la literatura, las ciencias, las artes, el buen gusto, y hasta el genio criador que las podia reproducir. Parece que cansado el espíritu humano de las violentas concusiones con que le habian afligido el desenfreno y la barbarie, dormia profundamente, negado á toda accion y ejercicio, abandonando el gobierno del mundo al capricho y la ignorancia.

En el espacio de muchos siglos casi no encontramos las artes sobre la tierra, y si de cuando en cuando divisamos alguno de sus monumentos, es tal, que apenas nos libra de la duda de su existencia; así como aquel rio que despues de haber conducido penosamente sus aguas por sitios pedregosos y quebrados, desaparece repentinamente de nuestra vista, sumido en los abismos de la tierra, y vuelve á brotar despues de trecho en trecho, no ya rico y majestuoso como antes era, sino pobre, desfigurado y con mas apariencias de lago que de rio.

En medio de las tinieblas que cubrian la Europa en esta época triste y memorable, divisamos á España haciendo grandes esfuerzos por sacudir el yugo de la ignorancia, y buscar su ilustracion. En el siglo xi vemos en ella abiertos estudios públicos para la enseñanza de las ciencias y artes liberales; en el xiii aparece la lengua castellana despojada de su antigua rudeza, y cu-

bierta ya de esplendor y majestad. Los poetas, los historiadores y los filósofos la cultivan y acreditan; y finalmente, un sábio legislador, á quien deben eternas alabanzas otras ciencias, produce un código admirable, que será perpétuo testimonio de los progresos del espíritu humano en aquel tiempo.

Por entonces vuelven á aparecer las bellas artes en España, desfiguradas é imperfectas á la verdad, mas no por eso indignas de la especulacion de los aficionados. La arquitectura especialmente ofrece muchos monumentos dignos de admiracion por su inmensa grandeza, por el lujo de sus adornos y por la delicadeza de su trabajo.

Los romanos habian hecho primero mas complicados los principios de este arte, añadiendo á los tres órdenes griegos el toscano y el compuesto, y designando despues todos los órdenes con adornos extraños. Los griegos del bajo imperio empezaron á alterar los principios y reglas de proporcion de la arquitectura antigua, y los árabes y alemanes, trabajando á imitacion de estos griegos, pero sin ningun sistema cierto de proporcion, produjeron dos especies de arquitectura, á la última de las cuales se dió impropiaamente el nombre de gótica.

Ambas se ejercitaron en España con esplendor desde el siglo xiii, y aun se ven algunas obras, donde se observa confundido el gusto de una y otra. Parece que esta arquitectura representa el carácter de los tiempos en que fué cultivada. Grosera, sólida y sencilla en los castillos y fortalezas; seria, rica y cargada de adornos en los templos; ligera, magnífica y delicada en los palacios, retrataba en todas partes la marcialidad, la supersticion y la galanteria, que distinguió á los nobles de los siglos caballerescos.

Pero sobre todo es admirable en los templos. ¡Qué suntuosidad! qué delicadeza! qué seriedad tan augusta no admiramos todavia en las célebres iglesias de Burgos, de Toledo, de Leon y Sevilla! Parece que el ingenio de aquellos artistas apuraba todo su saber para idear una morada digna del Ser supremo. Al entrar en estos templos, el hombre se siente penetrado de una profunda y silenciosa reverencia, que apoderándose de su espíritu, le dispone suavemente á la contemplacion de las verdades eternas.

Pero examinad las partes de estos inmensos edificios á la luz de los principios del arte. ¡Qué multitud tan prodigiosa de delgadas columnas, reunidas entre sí para formar los apoyos de las altas bóvedas! Qué profusion, qué lujo en los adornos! Qué menudencia, qué nimiedad en el trabajo! Qué laberinto tan intrincado de capiteles, torrecillas, pirámides, templetes, derramados sin orden y sin necesidad por todas las partes del templo! Qué desproporcion tan visible entre su anchura y su elevacion, entre las partes sostenidas y las que sostienen, entre lo principal y lo accesorio!

Lo mismo se puede decir de la pintura y escultura contemporáneas. Alguna vez hallamos en las obras de aquel tiempo ciertos rasgos de ingenio que nos sorprenden: nobleza en los semblantes, expresion en las actitudes, gentileza en las formas, grandiosidad en los pliegues; sin que por eso el todo de las figuras ofrezca á nuestros ojos la idea del gusto y la armonia, que solo



pueden resultar de la mas exacta proporcion. Al lado de una figura lánguida y esbelta, se halla tal vez otra enana y reducida. Las edades y los sexos no se distinguen por la simetría, sino por el tamaño de las figuras; y en fin, los movimientos de aquel tiempo no nos ofrecen la idea de otra proporcion que la que determinaba el ojo del artista.

Y ved aquí, señores, por qué desde el siglo xii al xv se hicieron tan cortos adelantamientos en las artes. Como en ellas no se seguía un sistema fijo y seguro de proporciones, sus progresos, tales cuales fuesen, nunca podían llevarlas hasta la perfección. El artista buscaba la belleza en su idea, y girando continuamente dentro de este círculo, donde no existía, se fatigaba en vano sin encontrarla. ¡Cuánto mas eficaces hubieran sido sus esfuerzos si, saliendo de aquella corta esfera, se hubiese elevado á estudiar el bello prototipo de la naturaleza!

Pero entre tanto iba llegando el tiempo destinado para la restauración de las artes. El trato con los griegos, refugiados á Italia después de la toma de Constantinopla por Mahometo, hijo de Amurátes II, habia adelantado mucho la instrucción de los italianos, y mejorado el arte del dibujo, que ya cultivaban con aplicación desde el siglo antecedente. El célebre Besarion acreditó en Italia, entre otras obras estimables, los libros de Vitrubio, único autor en que los artistas modernos podían estudiar la simetría de los antiguos (6). Brunelleschi halló en él las proporciones de la antigua arquitectura, y conducido á la observación de los antiguos monumentos, arregló el nuevo sistema de edificar, que desterró para siempre el gusto bárbaro.

Va entonces habia nacido al mundo y madurado para las artes el genio de Miguel Angel, su principal restaurador. El ejemplo de Brunelleschi y sus imitadores le pone desde luego en el buen camino, y conduciéndole á las mismas fuentes, le hace estudiar los libros de Vitrubio, observar los restos de las obras antiguas, y subir hasta el trono de la naturaleza, fuente de toda belleza y perfección. Desde entonces ejerce con el mayor esplendor la arquitectura, establece las verdaderas proporciones del cuerpo humano, y eleva la pintura y escultura á igual grado de gloria. Rafael, sobre los mismos principios, descubre en el país de las artes nuevas bellezas, que se habian escondido á su competidor; y las obras y discípulos de uno y otro fijan y extienden por todas partes las reglas del buen gusto.

Este era el estado de las bellas artes en Italia, cuando la conquista del reino de Nápoles abrió á los españoles sus puertas para que entrasen á buscarlas. Ya Pedro Berruguete y el ilustre Fernando del Rincon, pintor de los señores Reyes Católicos, habian empezado á desterrar la manera bárbara, y sembrado en España las primeras semillas del buen gusto. Estos ejemplos sacan á otros españoles de su patria, y los conducen á Roma y Florencia, donde agregados á las escuelas de Rafael y Buonarota, estudian sus principios y sus obras, observan cuidadosamente los monumentos antiguos, y ricos de excelente doctrina, vuelven á establecerla y propagarla por su patria.

El genio español hallaba en todas partes poderosos estímulos, que le aguijaban en pos de la gloria y la fortuna. La grandeza á que habian elevado la nación los Reyes Católicos, la inclinación de la nobleza, que habia adquirido en las guerras de Nápoles el gusto y las aficiones italianas, y el oro del Nuevo-Mundo, destinado á recompensar el ingenio y el trabajo, inspiraban á los artistas españoles el mas ardiente deseo de sobresalir en el ejercicio de las artes.

Bajo el gobierno de Carlos V empezó España á recoger el fruto de esta noble emulación. Alonso Berruguete, después de haberse instruido en la escuela de Buonarota, viene á trabajar á Toledo al lado de Felipe de Borgoña y otros flamencos é italianos, que el interés habia atraído á España. Sus obras deslucen á las de sus competidores. Sus discípulos Prado y Monegro siguen religiosamente sus máximas, y ayudados de Covarrubias, Toledo y los Veigaras, fijan entre nosotros el buen gusto.

Cuando una nación, dice cierto filósofo (7), saliendo de su rudeza, recibe las primeras ideas de orden y comodidad, naturalmente se inclina con preferencia hácia la arquitectura. Así sucedió entre nosotros. Berruguete hizo desde luego grandes progresos en el arte de edificar, y con sus obras logró desterrar el gusto gótico. Gumiél, Ontañón y Covarrubias le ayudaron en esta empresa, y establecieron aquella arquitectura del medio tiempo, que aunque distaba mucho de la gótica, no llegaba todavía al gusto y majestad de la griega y romana.

El estilo de estos arquitectos no era sério ni grandioso. Conocían ya los órdenes griegos y latinos, y los observaban en sus obras; pero su espíritu no se atrevía aun á remontarse sobre las antiguas ideas, acaso por contemporizar algun tanto con sus apasionados. Habían desechado la filigrana de los adornos góticos, pero substituyendo otros, aunque mas bellos y regulares, siempre ajenos de la sencilla majestad del arte. En estos adornos se descubre el gusto de los grotescos que Rafael habia autorizado en la pintura. Covarrubias usó de ellos con mas parsimonia que Arfe y Berruguete, hasta que Toledo y Herrera los desterraron del todo, y acabaron de acreditar el gusto sério y grandioso que descubrimos en sus obras.

Pero Berruguete aspiraba á introducir la reforma en las tres artes, y es preciso reconocerle como á su primer restaurador en España. A él se debe el conocimiento de la simetría del cuerpo humano (8), primer fundamento de la belleza y principio capital del arte del dibujo. Garico, Borgoña y Durero habian establecido en este punto diferentes sistemas. El primero daba á la figura del hombre la proporcion de nueve rostros; el segundo la de nueve y un tercio, y el tercero la de diez. Cada uno de estos sistemas tenia sus partidarios en España. Berruguete establece una nueva simetría por la observación del antiguo, la autoriza con sus obras, y atrae á su opinion todos los artistas (9).

Entre tanto Becerra, empeñado en superar á Berruguete, huye de su escuela á Roma, estudia las obras de Rafael y Miguel Angel, observa cuidadosamente el antiguo sistema, y vuelve á España á disputar á su

maestro el título de restaurador del buen gusto. Su simetría era aun mas exacta que la de Berroguete; sus figuras mas llenas, sus formas mas redondas y elegantes (10). Los artistas desamparan las banderas de Berroguete, se declaran por las proporciones y el estilo de Becerra, y las artes españolas reciben nuevo esplendor con su enseñanza, con sus obras y con las de Barroso y los Perolas, sus discípulos.

Entonces fué cuando deseosos nuestros príncipes de domiciliar las artes en su corte, atrajeron á ella gran número de artistas para hermosearla. Becerra, Mingot, Polo, Coello, Leoni y Carducci el mayor enriquecen los palacios del Pardo y de Madrid con obras excelentes. Todo se pintaba en aquel tiempo; todo se llenaba de estucos, de estatuas y adornos exquisitos, en que brillaban á un tiempo el genio de los artistas y la grandeza de los monarcas.

Pero la obra inmortal de San Lorenzo fué sin duda el mejor teatro de gloria que se abrió á los ingenios de aquella época. Felipe II, deseoso de erigir un monumento que atestiguase á la posteridad su devoción y su grandeza, despliega en la fábrica del Escorial todo su poder. La gloria de llenar el espacio de sus vastos deseos coronó entonces á dos famosos españoles, á Toledo y Herrera, de cuyos nombres durará la memoria tanto como la eterna maravilla en que la dejaron vinculada.

Para el adorno del templo, del monasterio y del palacio, acudieron de todas partes los mas acreditados artistas. Entre los extraños trabajaron con esplendor Pelegrin de Bolonia, Jácome Trezo y Rómulo Cincinato; pero otros no fueron tan felices, porque al mismo tiempo que los españoles Carvajal, Navarrete, Barroso y Monegro (11) adquirían inmortal fama con sus obras, las de Zúcaro, Cambiaso y el Greco (12) se vieron sucesivamente despreciadas. Parece que la fortuna vengaba el genio español del desaire de no haberle fiado toda la empresa. Aquellos artistas gozaban de una grande reputación en Italia, que no supieron conservar entre nosotros, como sucede á ciertas plantas indígenas de un suelo, que trasplantadas á otro se debilitan y empeoran, producen frutos de poco gusto y suavidad, y acaban perdiendo la virtud de germinar y producir.

A ejemplo de los príncipes, los grandes y señores de la corte apreciaban tambien las artes, protegían á los artistas y los empleaban en el adorno de sus palacios. El gran duque de Alba y el del Infantado, los marqueses de Tarifa, de Berlanga y Santa Cruz del Viso, el ministro Cobos, los Zúñigas, los Vargas y otros muchos señores, dejaron señalados testimonios de su buen gusto en Alba y la Abadía, en Lerma y Guadalajara, en Sevilla, en Berlanga, en el Viso, en Ubeda, en Plasencia, en Toledo y en otras partes, donde se conservan todavía dignas y respetables memorias de aquel tiempo (13).

Va entonces no estaban las artes encerradas en el ámbito de la corte, ni era uno mismo el centro del lujo y la riqueza, y el de la magnificencia y el buen gusto. Las grandes capitales les habían señalado honroso domicilio, y las protegían y alimentaban en su seno. Toledo, Sevilla, Córdoba, Granada, Valencia y

otras ciudades tenían sus estudios, que competían con la escuela de la corte, y producían cada dia muy buenos profesores. Yo no puedo pasarlas en silencio. La grande extension del plan que me he propuesto me obliga por una parte á no olvidarlas, y por otra á correr con paso acelerado el campo inmenso que se abre á nuestra vista. ¡Qué muchedumbre de maestros célebres, de famosos discípulos, de obras y monumentos inmortales se ofrecen á nuestra imaginación en este instante! Ojalá tuviera yo el tiempo y la elocuencia necesarias para hacer de todos digna y detenida memoria!

En el renacimiento de las artes fué Toledo, como hemos visto, la cuna del buen gusto. La justicia que acabamos de hacer á los insignes artistas que establecieron allí las buenas máximas nos dispensa de repetir sus nombres. Solo añadiremos que la doctrina de Berroguete, Covarrubias, Toledo y Vergara se conservó sin mengua en muchos profesores que salieron de su escuela; que á pesar de su seco y desagradable estilo en la pintura, añadió el Greco mucho esplendor á las artes toledanas, y que sus discípulos Maino y Tristan, herederos de su doctrina, sin serlo de sus extravagancias, lograron allí un distinguido nombre, al mismo tiempo que los Basanes, Orrente y otros hábiles forasteros ilustraban con sus obras aquella antigua capital. Yo he visto en ella una copiosa série de monumentos, donde puede estudiar el curioso el origen, progresos y alteraciones de nuestras artes hasta el dia, en que el celo de un prelado patriota y generoso las va restituyendo al esplendor que antes lograron.

Pero pasando á hablar de Sevilla, permítame vuestrelencia que no esconda los sentimientos de aprecio y gratitud con que mi corazón oye el nombre de un pueblo cuyos ilustres hijos han señalado la mejor parte de mi vida con singulares beneficios. Si, gran Sevilla; si, generosos sevillanos, yo voy á consagrar mi lengua en vuestro obsequio. ¡Feliz en este instante, en que la verdad me permite pagar á vuestra inclinación el tributo de gratitud y de alabanza que os debo de justicia!

Sevilla había cultivado las artes antes de los Reyes Católicos más como un oficio mecánico, que como una profesion noble y liberal (11). El desgraciado Torregiani, contemporáneo y rival de Buonaiuti, y los flamencos Flores y Campaña introdujeron en ella la emulación y el buen gusto (13). Villegas, en cuyo favor, no solo hablan sus obras, sino tambien la amistad con que le distinguió Arias Montano (16) y Luis de Vargas, llamado el Jacob de la pintura, porque la buscó apasionado en Italia (17) á costa de dos viajes de siete años, fundaron en su patria aquel famoso estudio, que produjo con el tiempo tan célebres artistas.

Era entonces moda en aquella culta y opulenta ciudad vestir las casas de cierta especie de tapicerías pintadas al temple, á que llamaban sargas. Como este género de pintura no dejaba lugar al arrepentimiento ni á la corrección, y era preciso para ejercitarle, sobre una grande exactitud en el dibujo, mucha destreza en el manejo del pincel, los antiguos pintores de Se-



villa adquirieron en su ejercicio aquel valiente espíritu que caracteriza sus obras (18). Luis de Vargas y sus discípulos trabajaron en sargas con gran crédito, y en esta ocupacion se criaron tambien Luis Fernandez, artista eminente, segun el testimonio de Pacheco; los Castillos, los Vazquez, Valdivieso y el mismo Pacheco, insigne teórico, aunque no tan feliz en la práctica, más célebre por su enseñanza que por sus obras, y mucho mas célebre aun por haber sido suegro y maestro del gran Velazquez.

Este ejercicio y el de las academias de dibujo, que nunca faltaron y fueron siempre muy frecuentadas en Sevilla (19), conservaron allí por mucho tiempo las buenas máximas, dando cada dia nuevo esplendor á las artes.

¡Ojalá pudiese yo hacer digna memoria de todos los insignes profesores de la escuela sevillana! Pero ¿cómo podré olvidarme del doctor Pablo de las Roelas, del digno discípulo de Ticiano, que alguna vez se acercó en el colorido á su maestro, y que le excedió acaso en la invencion, en el dibujo y en los nobles caracteres de sus figuras? Cómo pasaré en silencio á Zurbaran, al imitador del Carabagio, insigne por la fuerza de claro-oscuro, por la verdad de sus ropajes y por la facilidad de su dibujo? Cómo no hablaré de Murillo, del suave y delicado Murillo, cuyo diestro pincel comunicaba al lienzo todos los encantos de la hermosura y de la gracia (20)? ¡Gran Murillo! yo he creído en tus obras los milagros del arte y del ingenio; yo he visto en ellas pintados la atmósfera, los átomos, el aire, el polvo, el movimiento de las aguas y hasta el trémulo resplandor de la luz de la mañana. Tu nombre es el celebrado de todas las personas de buen gusto; pero ¿cuánto mas lo sería si el buril hiciese mas conocidas tus obras!

No es este el lugar destinado para hablar del gran Velazquez ni del célebre Cano, dos grandes lumbreras de la escuela de Sevilla, de que harémos digna memoria en otra parte. Los nombres de los Herreras, los Valdeses, los Caros, de Antolínez, Ayala, Varela y otros muchos nos ocuparían tambien en este elogio si, precisados á seguir los progresos de la pintura en otras partes, nouviésemos que separarnos de los sevillanos y Sevilla.

Al tiempo que Luis de Vargas galanteaba las artes en Italia para atraerlas á Sevilla, otro célebre andaluz, Pablo de Céspedes, hombre verdaderamente singular por su ingenio, por su literatura y sus virtudes, trataba tambien de domiciarlas en Córdoba, su patria (21). Despues de haber estudiado en Roma las tres artes cuando reinaba en ella el mejor gusto; despues de haber pintado en la Trinidad del Monte al lado de los Zúcaros, de Pelegrin de Bolonia y Perin del Vaga; y finalmente, despues de haber inmortalizado su nombre restituyendo una bella cabeza á la estatua de su paisano Séneca (22), vuelve á Andalucía con su amigo César de Arvasia, valiente discípulo de la escuela de Leonardo, y establecen los dos en Córdoba un estudio famoso.

Dedicado continuamente Céspedes á las artes y á las letras, hizo en uno y otro los mas brillantes progresos. Su poema de la pintura bastaría para darle un

lugar muy distinguido entre los amenos literatos y entre los sábios artistas. Pero su pincel no fué menos feliz que su pluma, pues escribía y pintaba con igual inteligencia y gusto (23). Era exacto en el dibujo, gracioso en las lisonomías, grandioso en los caracteres y sábio en el uso de las tintas. Pacheco y Palomino le reconocen por uno de los maestros del buen gusto en Andalucía; pero todas las artes españolas deben á su doctrina y sus ejemplos una grata y respetable memoria.

Muerto Céspedes, sostuvieron la gloria de las artes en Córdoba sus discípulos Mohedano, excelente fresquista por el gusto de Arvasia; Zambrano, cuyas obras descubren algo de la gran manera de Rafael; Vela, que transmigró á la escuela de Carlucci; Contreras, que pintó retratos con mucha correccion y frescura, y Peña, cuyas obras horró del todo la envidiosa mano del tiempo.

Habia por aquellos dias entre las escuelas de Córdoba y Sevilla una correspondencia tan estrecha, que muchos de sus profesores pertenecen á una y otra, como tambien la gloria que añadieron al arte. Tales son los Castillos, los Valdeses, y otros que conservaron la buena doctrina en Córdoba hasta los tiempos de Palomino, hijo de esta escuela, y á cuyos escritos deben mucha parte de su gloria las artes y los artistas españoles.

Entre tanto se iba formando en Granada otro estudio, que en el siglo xvii hizo famoso el nombre de Alonso Cano. Ya en los principios del siglo antecedente habia llevado allí el gusto y las buenas máximas de la escuela florentina el Torregiani; aquel infeliz artista, á quien la eminencia de ingenio, lejos de conducir á la fortuna, le hizo blanco y juguete de la persecucion y la desgracia. Despues de él trabajaron allí sobre el gusto de la escuela romana dos discípulos de Juan de Udina, Julio y Alejandro, que Carlos V (24) envió á pintar en la Alhambra de Granada, deseoso de ilustrar con adornos romanos el mejor monumento de la arquitectura arabea.

De estos artistas pudo ser discípulo Juan Fernandez Machuca (25), uno de los fundadores de la escuela de Granada, y que segun Palomino, siguió la gran manera de Rafael. Partió con Machuca esta gloria Pedro de Moya, que educado en la doctrina de Juan del Castillo, se perfeccionó en sus viajes á Inglaterra y Flándes, donde por algun tiempo oyó los preceptos y observó las obras de Wandick. De estas dos fuentes se derivó el suave y agraciado estilo que siguieron los pintores granadinos de aquella época.

Va entonces se habia formado en Sevilla el hombre eminente que debía levantar al mayor punto de gloria y esplendor la escuela de Granada. Alonso Cano, hijo de un arquitecto granadino, hábil en la profesion de su padre, pero mas sobresaliente en la pintura y escultura, descubrió muy temprano su gran destreza en las tres artes. Discípulo sucesivamente de Pacheco, Herrera y Castillo, y siempre superior á sus maestros y á sus contemporáneos, parece que debió solo á la naturaleza toda su enseñanza. Correcto en el dibujo, exacto en la simetría, gracioso y encantador en el colorido, sus pin-

turas serán siempre la delicia de las gentes de gusto. No fué inferior la gloria con que cultivó la escultura, de que nos ha dejado admirables monumentos. Pero ¿qué lástima para Granada que tantos talentos se hubiesen eclipsado con las mayores extravagancias! La gloria de la pintura murió con Cano en su patria, sin que hubiese dejado un solo discípulo digno del nombre de tan gran maestro.

Yo quisiera tener un tiempo menos limitado para hablar del estudio de Valencia y sus valientes profesores. Juan Juevez merecería el mas distinguido lugar en esta escuela, aun cuando no hubiese sido su primer maestro y fundador. Instruido en Italia en la doctrina de Rafael (26), vino á comunicar á su patria los conocimientos que habia adquirido. No diré yo, con Palomino, que logró exceder al gran Sanzio; tales expresiones se deben graduar como hipérbolos dictados por el afecto nacional; pero siempre alabaré en Juevez la hermosura y suavidad de su colorido, la verdad de su expresion, la gracia, la ternura, la divinidad de sus fisonomías. Parece que sus obras no están pintadas con la mano, sino con el espíritu; pero ¿con qué espíritu tan sábio, tan devoto, tan profundo!

Algo mas tarde que Juevez, pasaron á Italia Zariñena y Rivalta, y aplicados á los maestros mas famosos de su tiempo, Ticiano y Anibal, se hicieron dignos de volver á pintar en Valencia al lado de Juevez. Parece que el segundo abandonó el estilo de su maestro por seguir el de Rafael, á que se acerca mucho mas su manera, si ya no debió esta ventaja á los ejemplos que recibió del mismo Juevez. El primero fué un digno imitador del gran Ticiano, y tomó de él aquella gracia y verdad de colorido que es peculiar de su escuela. Valencia debe á estos tres maestros la buena enseñanza de sus artistas; pero sobre todo á Rivalta el padre, que por medio de su hijo y de Espinosa conservó allí por largo tiempo la gloria y el esplendor de la pintura.

Acaso me culpan ya mis oyentes porque tardo en hacer memoria del gran Ribera. Pero ¿qué falta harán mis elogios á un pintor tan celebrado en toda Europa? ¿Quién manejó con mas valentía el pincel? ¿Quién tocó con mas vigor las luces y las sombras? ¿Quién expresó mas vivamente los efectos de la humanidad alterada, ora estuviese marchita por los años, ora macerada con penitencias, ora destrozada y moribunda en la agonía de los tormentos? ¿Habrá por ventura algun espectador de alma tan insensible, que no se llene de un reverente horror á la vista de sus ancianos, de sus anacoretas y sus mártires?

Aunque por diferente camino, adquirió tambien mucha gloria en Valencia uno de los discípulos de Orrente, Estéban Mare, que guiado por la naturaleza hácia los objetos hórridos y fieros, logró expresar con gran verdad la confusion y el horror de los combates. Apenas se pueden considerar sus batallas, sin sentir alguna parte de la conmocion que causaria la misma verdad. Parece que el genio de la guerra daba al pincel de este hombre extraordinario el mismo impulso que pudiera al brazo de un soldado, para hacerle caminar al heroísmo por medio de la carnicería y el destroz.

Ni pereció del todo con estos profesores la gloria de

las artes valencianas. Sotomayor, que pasó de la escuela de Mare á la de Carreño; el erudito Victoria, el malogrado Itue, Conchillos, Vila, Huerta y otros muchos, conservaron las semillas del buen gusto hasta el tiempo destinado á la renovacion de las artes por su ilustre academia y bajo los auspicios de su gran protector Carlos III.

Este nombre augusto vuelve toda mi atencion á la escuela de la corte, y me obliga á suprimir la memoria de otros estudios que florecieron por aquel tiempo en varias provincias. Pero permítame vucelencia que no olvide del todo los ilustres nombres de Martínez, Harselin, Pertús y Raviela, que ilustraron con sus obras á Zaragoza; ni el del célebre aragonés Jimenez, honor del arte, por su ilustrada y ardiente caridad (27); que recuerde los nombres de Enguet, Guirró y Juncosa, gloria del principado de Cataluña; el del famoso naturalista Orrente, el vencedor de Caxesi (28), honor de Murcia, su patria, digno por sus obras y por sus valientes discípulos de eterna fama; el de Cristóbal Morales, lustre de Badajoz (29), llamado el Divino por haber representado siempre objetos de santidad y devocion; finalmente, los nombres de Salmeron y Vargas, de Cerreo y Ledesma, de Gonzalez, Pereda y Gil, de Gallegos, Vañez, Valpuesta y Baussá, que ilustraron en varios tiempos á Cuenca, Búrgos, Valladolid, Salamanca, Almedina, Osma y Mallorca, sus patrias. Yo no puedo detenerme á ponderar las partes en que sobresalieron, ni hacer memoria de otros muchos, que el coronista de nuestras artes vengará algun dia de este silencio involuntario.

La corte de Felipe II, habitada de un príncipe que apreciaba y conocia las artes, de una nobleza ilustrada por su educacion y sus viajes, y de un pueblo rico con el mismo oro que le empobreció despues; donde el comercio y la carrera de las armas hacia cada dia grandes y repentinamente fortunas, donde los buenos estudios se promovian y estimaban, las musas agradables se cultivaban y distinguian, y donde, finalmente, se habia extendido á todas las clases la inclinacion y el aprecio de las artes, era sin duda el teatro mas brillante que jamás pudo abrirse á la ambicion de los artistas.

En los gloriosos reinados de Carlos V y del mismo Felipe, Berruguete, Becerra, Moro y el Bergamasco, que siguieron la escuela de Buonarota; Zúcaro, que formado sobre el estilo de Rafael, fué despues maestro de Carducci, y el gran Ticiano, que dejó vinculado el gusto de su escuela en el Greco, y aun mejor en el canónigo Roelas, fueron los fundadores de la escuela de la corte. Del inmenso número de discípulos que tomaron la doctrina de estos maestros y la propagaron á otros, permítame vucelencia que entresaque solamente aquellos nombres mas dignos de memoria.

Alonso Sanchez Coello, discípulo de Antonio Moro, imitador de Ticiano, y á quien su protector, Felipe II, solia llamar el Ticiano portugués, era merecedor de este nombre por el exacto dibujo y por la belleza de colorido que brilla en sus retratos. Jamás artista alguno se vió favorecido de la fortuna tanto como Sanchez Coello.

Solia Felipe divertirse asistiendo con familiaridad á su obrador, como se cuenta de Alejandro, que reposó



alguna vez en el taller de Apéles de sus gloriosas fatigas. Algun día se vió tambien al monarca español halagando al artista portugués con la misma mano que regía el cetro de dos mundos. Las primeras personas de la corte remedaban con sus obsequios el gusto y la humanidad del Soberano, concurriendo á visitar á Sanchez Coello. El cardenal Granvella, los arzobispos de Toledo y Sevilla, el gran don Juan de Austria, y aun el malogrado príncipe don Carlos, solian hallarse en el cortejo del artista (30). ¡Raros, pero notables ejemplos, que hacen mas lamentable el vilipendio en que cayeron despues las artes, y deben llenar de confusion y de vergüenza á los que no saben apreciarlas!

Muerto Alonso Sanchez, sostuvieron el crédito del arte en la corte de Felipe III, no solo sus discípulos Liaño y el delicado Pantoja, sino tambien dos hábiles extranjeros, Bartolomé Carducci y Patricio Caxesi, de cuyas obras, como de las de Sanchez, pereció la mayor parte en el incendio de los palacios del Pardo (31) y de Madrid. Vicente, hermano del primero, y Eugenio, hijo del segundo, fueron tambien herederos de su reputacion y doctrina. Felipe III los empleó con Nardi, el hijo de Cincinato (32), y otros muchos en la renovacion de los a lornos del Pardo, que fué la mas brillante palestra de los ingenios de aquel tiempo. El duque de Lerma los atraía á la corte, los recompensaba, y cuidaba á un mismo tiempo de la gloria del monarca y de la fortuna de los artistas. Entonces se llenó tambien Valladolid de obras estimables, y donde quiera que fijaba el Rey su residencia, dejaba durables monumentos de su grandeza y su buen gusto.

Pero la época mas señalada en la historia de las antiguas artes españolas fué sin duda el reinado de Felipe IV, príncipe que conversaba con las musas, que entendía y ejercitaba las artes, y se gloriaba de proteger á los poetas y á los artistas. Apenas habia subido al trono, cuando Velazquez, cuyas obras ya admiraba su patria, vino á buscar en Madrid un teatro mas proporcionado á la extension de sus talentos. El Conde-Duque conoce en sus primeros ensayos al mejor artista de su tiempo; le aplaude, le anima, le ofrece su proteccion, y se da prisa por granjearle la de la corte y el Monarca (33). Sus primeras obras, expuestas al público, fijan en un instante su reputacion y su fortuna. ¡Qué día tan glorioso para Velazquez, para Sevilla y para toda España, aquel en que los artistas mismos, á vista del retrato ecuestre de Felipe IV, reconocieron en su pincel el principado de la pintura!

En este triunfo fueron comprendidos pintores naturales y extranjeros. Carducci, Caxesi, Angelo, Nardi (34), profesores de mérito distinguido, ceden tambien á la superioridad de Velazquez. Él solo logra el honor de retratar al Soberano, como otra vez Apéles á Alejandro. Todas las bocas se ocupan en alabanza suya, y hasta el silencio y los susurros de la envidia concurren al aplauso del pintor sevillano.

Tanto se debía á las eminentes calidades que le adornaban; porque ¿quién tuvo mas verdad en el colorido, mas fuerza en el claro-oscuro, mas sencillez en la expresion, mas variedad, mas verdad, mas sabiduría en los caractéres? Él solo, entre tantos, supo dar á sus per-

sonajes aquel aire propio y nacional, á cuyo hechizo no pueden resistirse los ojos ni el corazon de quien los mira. Él solo, por medio de una sábia aplicacion de los principios ópticos, expresó los efectos de la luz en el ambiente y los del aire iluminado por ella en los cuerpos, y hasta en los vagos intermedios que los separan. Alaben otros, en hora buena, las gracias de la belleza ideal, buscada casi siempre en vano por los correctores de la verdad y la naturaleza, mientras que aplaudiendo sus conatos, damos nosotros á Velazquez la gloria de haber sido singular en el talento de imitarlas.

Nobles jóvenes que me estáis escuchando, honor, delicia y esperanza de nuestras artes, no os desdéis de seguir las huellas de tan gran maestro. La verdad es el principio de toda perfeccion, y la belleza, el gusto, la gracia no pueden existir fuera de ella. Buscadlas en la naturaleza (35), eligiendo las partes mas sublimes y perfectas, las formas mas bellas y graciosas, los partidos mas nobles y elegantes; pero sobre todo, aprended de Velazquez el arte de animarlas con el encanto de la ilusion; con este poderoso encanto, que la naturaleza habia vinculado en los sublimes toques de su mágico pincel. Las obras de Velazquez convertian hácia las artes la atencion de la corte y la nobleza, y hacian que todos se gloriasen de protegerlas. Las casas de los grandes y señores, emulando el lucimiento de los reales palacios, se pintaban tambien al fresco y se adornaban con cuadros, estatuas, estucos y broncees exquisitos. ¿Quién podrá referir los nombres de tanto ilustre protector como entonces lograron las artes y los artistas? Los duques de Medinaceli (36) y Medina de las Torres; los condes de Monterey, de Oñate y Benavente; los marqueses de Leganés, de la Torre y Villanueva del Fresno, el príncipe de Esquilache, el Condestable, y sobre todo, el almirante de Castilla (37), aquel gran Mecénas de los artistas españoles, digno por su celo y su buen gusto de eternas alabanzas, tenían en sus palacios preciosas y abundantes colecciones, que buscaban con ansia y registraban con admiracion los naturales y extranjeros.

Yo no puedo apartar de mi imaginacion aquellos memorables dias en que el desdichado príncipe de Gáles (38), tan célebre por su aficion á las artes como por sus ruidosas desgracias, iba reconociendo estas colecciones al lado del famoso Rubens, el amigo de Velazquez y el príncipe de los pintores flamencos. ¡Oh! cuánto tuvieron que admirar uno y otro en el gusto y la magnificencia de nuestros grandes! ¡Con cuánta generosidad ofreció la corte á aquel príncipe las buenas obras que apetecía! Con qué profusion ¡agaba él mismo las que solo se sacrificaban al interés! Pero el destino habia resuelto que este ilustre aficionado, lejos de ennobrecer, enriqueciese el tesoro de nuestras artes. El mismo sacrilego furor que privó de la vida y la corona al infeliz Carlos I, hizo tambien la guerra á sus gustos y aficiones, y la mas preciosa parte de sus pinturas vino, por su muerte, á enriquecer la admirable coleccion del Escorial (39).

En medio de la gloria que derramaban sobre las artes el genio sublime de Velazquez y los esfuerzos de muchos dignos artistas, se iban poco á poco olvidando las buenas máximas, y sucediendo á ellas la arbitrariedad, que debia un día desterrarlas de nuestro suelo. Una

muchedumbre increíble de Ingenios pobres y mezquinos había entrado en las artes, llevada de la esperanza de sorprender en ellas la fortuna. Sin pasar á Italia, sin observar el antiguo, sin adornarse de los conocimientos necesarios, y lo que es mas, sin estudiar por elementos el dibujo, creían que la fuerza sola de su genio les podría levantar hasta la esfera adonde se habían remontado sus deseos.

Este vano empeño solo produjo un enjambre de artistas aventureros, que ejercitando las nobles artes como profesion mecánica y servil, apenas sacaban de ellas una miserable subsistencia, al mismo tiempo que las envilecían. Para vender sus malas obras las exponían en tiendas públicas (40), que eran otras tantas redes tendidas á la afición del ignorante vulgo. El Gobierno, que vió de repente confundidas las artes nobles con las mecánicas en el humilde tráfico que se hacia con los productos de unas y otras, juzgó que las debía confundir tambien en el tributo de la alcabala. La pintura estuvo por algun tiempo amenazada de un golpe, que la hubiera sepultado para siempre en el mayor vilipendio, si tres celosos y sábios profesores, el Grieco, Nardi y Carducci no hubiesen defendido su nobleza y ejecutoriado solemnemente su libertad (41). ¿A tanto desercito había reducido las nobles artes la codicia de algunos oscuros profesores!

Pero el conocimiento de este mal despertó al fin el designio de remediarle. Ningun recurso mas oportuno que el de erigir un cuerpo permanente, que conservando las buenas máximas, velase siempre sobre la gloria de las artes. En efecto, se concibe y propone el plan de una academia pública para la enseñanza del dibujo y de las ciencias auxiliares y amigas de las artes. El reino junto en cortes examina este plan, le aprueba y elama por su establecimiento. El Conde-Duque se declara protector de la empresa, y el Monarca la autoriza con su sancion (42). Todo se dispone para el logro de tan loable designio, todo se facilita. Pero ¿qué confusión; qué oprobio para algunos artistas de aquel tiempo! ¿Será creíble que los obstáculos que frustraron tan gloriosa empresa nacieron de entre los mismos profesores? Por fortuna los nombres de estos enemigos de las artes se hundieron con ellos en los abismos del tiempo y del olvido. ¿Quién, si no, los hubiera librado de la execración de su posteridad?

Entretanto Velazquez descollaba sobre todos sus contemporáneos, y hecho el Atlante de la pintura, sostenia sobre sus hombros toda la gloria del arte. Un viaje que hiciera al Escorial en compañía de su amigo Rubens (43), y otro á Italia, siguiendo al marqués de los Balbases (44), habían extendido maravillosamente la esfera de sus conocimientos por medio del estudio de las obras del Veronés, del Tintoretto, Buonarota y Rafael, y por el de los antiguos modelos del palacio de Médicis. Su reputacion era ya superior á los tiros de la envidia y á los reveses de la suerte; pero no había corrido aun todo el campo de gloria que le señalara la fortuna.

Felipe IV, siempre deseoso de promover las artes, forma el proyecto de hacer una coleccion de modelos antiguos y modernos, que librase á sus vasallos de la

necesidad de ir á buscarlos á Italia. Velazquez, nombrado para esta empresa, se embarca con el duque de Nájera (45); observa en Génova las obras del Calvo y la célebre estatua de Andrea Doria; pasa á Milan, á Padua y á Venecia, donde recoge algunos cuadros del Veronés y el Tintoretto; vuela de allí á Bolonia, y rechina á Colona y Miteli, célebres fresquistas, para traerlos á Madrid; reconoce las colecciones de Florencia y Módena; detiènese en Parma á ver las obras del Parmesano, y admirar la prodigiosa cúpula del Correggio, y libre de aquel encanto, abraza en Nápoles al famoso Ribera y llega por fin á Roma. Los retratos de Inocencio X, del cardenal Pamplili, su ministro, y de otros personajes, le granjean el favor de aquella corte. Vuelto de él, compra algunos originales antiguos y hace sacar modelos de los demás; el Laocoonte, el Héculles de Glycon, la Cleopatra, el Antinoo, el Mercurio, el Apolo, la Niobe, el Gladiator; finalmente, cuanto había conservado el tiempo de bueno y admirable, todo fué objeto de la observacion de Velazquez, todo lo busca, lo adquiere, lo copia y lo conduce para enriquecer la coleccion de su protector y soberano.

Vuelto á España, se vacian en bronce y gesso las estatuas (46) y se colocan en el palacio de Madrid para ser algun dia alimento de las llamas. Las pinturas que había adquirido, las compradas en la almoneda de Carlos I y los que presentaron á su majestad varios señores de la corte, se trasladan al Escorial, donde Velazquez las describe y coloca (47). Todo se hace por su direccion y por su arbitrio. La gracia del Monarca y la estimacion de la corte habían subido al mas alto punto, y el retrato de la infanta doña Margarita, milagro del arte, que Jorden llamaba el dogma de la pintura, y de donde el delicado Mengs no sabia apartar sus ojos, acabaron de llenar el espacio que el cielo había señalado á su reputacion.

¡Ojalá pudiese yo separar de mi discurso la triste memoria de la muerte de este hombre célebre, que por espacio de treinta y siete años fué el mejor ornamento de las artes españolas! Pero la verdad me obliga á recordarla á vuerencia, y aun á decir que con Velazquez murió tambien en España la gloria de la pintura.

Aunque Carreño, Camilo, Arias y algun otro se habían distinguido en la escuela de Pedro de las Cuevas, y aventajado á su maestro, Ricci y Roman, discípulos de Carducci, Muzo y Villacis, que lo fueron de Velazquez, sostenian muy débilmente la gloria de sus nombres.

Los demás artistas, entregados á su sola imaginacion, buscaban caminos nuevos para sobresalir entre la muchedumbre, así como hacian, con afrenta de las musas, los poetas de aquel tiempo. Cuál buscaba la sublimidad y hallaba la hinchazon, cuál queria ser correcto y se hacia amanerado, unos huyendo de la vulgaridad, caian en la afectacion, otros, siguiendo demasiado la inclinacion del vulgo, se hacian triviales y groseros. Finalmente, algunos discípulos de Juan del Castillo, en Andalucia, de Mare, en Valencia, y de Cuevas, en Madrid, empezaron á alterar las buenas máximas, y desde entonces, como hubo Góngoras (48) y Silveiras, Vegas y Montalvanes, Paravicinos y Val-



divisios, que corrompieron y desfiguraron la poesía y la elocuencia, hubo tambien Alfaro, Donoso y Atanasios, que alteraron y corrompieron la pintura.

Lo mismo sucedió con la escultura; Cano, Montañés, Hernandez y Pereira la habian cultivado con esplendor en Granada, Sevilla, Valladolid y Madrid, pero por su muerte apenas quedó alguno capaz de reemplazarlos, si ya no damos esta gloria á Mena y á Roldana (49).

La ruina de la arquitectura precediera algun tanto á la de las otras artes. Perdió primero la regularidad y el decoro de que habian dado tan buenos ejemplos Toledo, Herrera, el Greco y los mismos Cano y Hernandez, y empezó despues á producir edificios infarrones, donde la riqueza del ornato escondia la falta de orden y sistema, y deslumbraba al ignorante espectador. Herrera, Barnuevo, Ricci y Donoso (50) pueden contarse entre los que pusieron en boga el gusto mezquino y embrollado, y abrieron el camino á las extravagancias de Churriguera.

Entre tanto se aparece en Madrid el hombre extraordinario que debía acabar de una vez con los artistas y con las artes españolas. Bien conozeo que muchos de los presentes oirán con escándalo su nombre; pero es forzoso pronunciarle. Es forzoso decir que Lucas Jordan fué uno de los destructores de nuestras artes. Esta triste verdad se ha descubierto mucho tiempo há por los buenos observadores de nuestro siglo, y la autoridad y la razon la confirman de un modo incontestable.

Jordan, nacido al mundo con un sublime y elevado talento para la pintura, educado primero en la libre y descuidada escuela de su padre (51), adelantado despues en la de nuestro Ribera, y perfeccionado finalmente en Roma y en Venecia con el estudio del antiguo y de las obras de los grandes maestros, se hizo capaz de aventajarse á cuantos artistas le habian precedido y de reunir en si solo toda la gloria del arte. Poseedor del talento de imitar en un grado eminente, dotado de una imaginacion la mas fecunda y brillante que se ha conocido, prodigiosamente diestro en la ejecucion de sus ideas, en el uso de los colores y las tintas y en el manejo del pincel, ¡con qué obras no hubiera immortalizado su nombre, si en lugar de sacrificar sus talentos al interés y á la fortuna, los hubiese consagrado solamente á la perfeccion y á la gloria!

Pero Jordan fué siempre esclavo de la codicia, y solo pintó para satisfacerla. Despues de haber imitado á Ribera, al Tintoretto, á los Caracci, y aun al mismo Rafael, le vemos preferir el defectuoso estilo de Pedro de Cortona, y seguirle siempre como á su guía y maestro. ¡Ah! Si le juzgamos por la mayor parte de sus obras, ¡cuán diferente le hallamos de lo que pudo ser! ¡Cuánto descuido no se advierte en su dibujo! ¡Cuánta confusion, cuánto bullicio en sus composiciones! ¡Cuán poco decoro en las personas y en las actitudes! ¡Qué uniformidad tan cansada en los semblantes (52)! Yo no puedo dejar de compararle á un célebre poeta de su siglo; Lope de Vega y Jordan fueron muy parecidos en la elevacion de sus talentos y en el intinjo que tuvieron en la poesía y la pintura por el abuso de ellos. Dotados ambos de una facilidad incomparable, parece

que se contentaban con producir mucho, sin empeñarse en producir bien. Uno y otro publicaban sus ideas originales, sin que el pincel ni la pluma las corrigiesen ni acabasen. Uno y otro arrastraban tras si los ojos del vulgo, y aun los de muchos profesores, mas por la pompa y aparente armonia que reinaba en sus obras, que por el mérito intrínseco de ellas. Lope llenó nuestros teatros de dramas irregulares y monstruosos, que desterraron de la escena el orden, la verdad y el decoro; Jordan llenó nuestros palacios y nuestros templos de composiciones recargadas, donde el decoro, la verdad y la exactitud se ven sacrificadas á la abundancia y vana ostentacion. El uno hizo de sus imitadores unos poetas insulsos, afectados y charlatanes; el otro de los suyos unos pintores atrevidos (53), incorrectos y amanerados. Finalmente, los dos desterraron el orden, la regularidad y la decencia de la poesía y la pintura.

Entre tanto la corte, la nobleza, la nacion toda se habia declarado por Jordan, y empezaba á mirar con hastio las obras que con mano juiciosa y detenida trabajaban los pocos partidarios del buen gusto. Claudio Coello, el discípulo de la naturaleza y la última esperanza de las artes españolas, apuraba todo su saber en una obra capaz de restituirles el honor que habian perdido. Despues de un prolijo y detenido estudio, presenta al señor Carlos II el admirable cuadro de la *Santa Forma*. A su vista todos aplauden la verdad y la exactitud; pero todos culpan la lentitud y detencion de su trabajo (54). ¡Como si fuese fácil producir una maravilla en un momento, ó como si no fuese disculpable la lentitud de quien pintaba para la eternidad! En fin, la preocupacion, que habia contagiado desde el primero hasta el último hombre de la corte, hizo que Jordan triunfase, que Coello muriese desairado, y que profetizando la ruina de las artes, llevase consigo al sepulcro la esperanza de su restauracion.

Pero dejémoslas otra vez sumidas en el olvido, y volvamos por un rato los ojos á España, envuelta ya en aquella famosa guerra que aseguró el trono al padre de los Borbones, sus restauradores. Las musas habian huido medrosas de nuestra corte, engolfada en un piélagos de proyectos marciales y políticos, y esperaban en silencio que llegasen á su sazón los triunfos de Felipe para volver á descansar á la sombra de sus laureles. Entre tanto el mal gusto hacia tambien la guerra á los belios monumentos del tiempo antiguo. Las pinturas, estatuas, vasos y otras preciosidades, que antes adornaban los grandes edificios, iban saliendo de ellos poco á poco, y en su lugar entraban las telas, el oro, los cristales y otros adornos, sustituidos por la moda y el capricho. Desde entonces empezamos á mirar con hastio la sencillez de nuestros padres; y cansados de lo que ellos habian tenido en grande estima, feriamos los adornos de moda al cambio de las mejores producciones de las artes.

¡Quién podrá recordar sin lástima aquel tiempo en que, al favor de la universal confusion, iba saliendo de nuestros confines la mayor parte de los preciosos monumentos que tantas personas de buen gusto habian recogido en el largo espacio de dos siglos! ¿Adónde estan ahora aquellas copiosas y exquisitas co-

lecciones que honraban otras veces los palacios de nuestros grandes y las casas de nuestros nobles? ¿Qué se ha hecho de aquellos preciosos museos, formados á tanta costa, aumentados con tanto afán y poseídos con tanto gusto? Que se abran por un instante á nuestra vista los palacios de la corte y las provincias; entremos de repente en ellos, busquemos las obras de los célebres artistas, recogidas por nuestros abuelos... Pero ¿qué digo? Preguntemos siquiera por aquellas venerables séries de retratos que conservaban en otro tiempo á sus poseedores la historia de sus familias y la imagen de sus ilustres ascendientes. ¿Qué se hizo de ellas? ¿Cómo han desaparecido de nuestra vista? ¿A tanto pudo llegar el descuido, que no exceptuásemos del común menosprecio los semblantes de nuestros mismos abuelos? ¿Por ventura podremos aplicarnos aquella sentencia de Plinio en tiempo de Trajano (55)? «Desde que nuestras costumbres, decía, no se parecen á las de nuestros mayores, nos curamos muy poco de conservar sus imágenes.»

«La pintura, decía también Plinio (36), era una arte noble cuando los reyes y los pueblos la sabían apreciar; mas ya han logrado desterrarla los mármoles y el oro.» ¡Oh! ¿qué diría si viese nuestras casas, no ya cubiertas de láminas de oro ni adornadas con raros y exquisitos mármoles, sino vestidas de estofas y damascos, ó lo que es peor, de humildes lienzos y de ridículos papeles?

Pero ¿por qué renuevo á vuecelencia la memoria de una época tan triste para las artes, si el nombre solo de Felipe nos ofrece la idea de su restauracion? Cuando este gran monarca pasó los Pirineos, ya le inflamaba el deseo de restaurar en España las ciencias y las artes; y aun no le librara del todo de los cuidados de la guerra la célebre paz de Utrecht, cuando ya le vemos ocupado en la ejecución de tan glorioso designio. Casi al mismo tiempo de fundadas las sábias academias, por quienes la lengua castellana, la poesia, la elocuencia y la historia recobraron su primitivo esplendor, levanta en los ásperos montes de Valsain y en el sitio que ocupaba el antiguo alcázar de Madrid dos insignes monumentos, que llevarán su gloria á la mas remota posteridad. Los mejores artistas que conocian en su tiempo Italia y Francia, Fermin Tierri, Dumander, Wanloó, Procacini, Ynbarra, Sacchetti, trabajan en la ejecución de sus designios. Abre su generosa mano, y trae á España la preciosa coleccion de antiguos monumentos que habia juntado en Roma la célebre reina Cristina (37); y deseoso de fijar para siempre las artes en su reino, se dispone á la fundacion de una academia (58).

¿Quién podrá negarte, oh ilustre Villarias, la gloria que es debida al patriótico y generoso afán con que promoviste este designio ante aquel buen monarca; ni á ti, Olivieri, ni á vosotros, celosos miembros de la junta creada por Felipe, la de haber cooperado á los intentos del Soberano y del Ministro? Volved la atencion, oh nobles concurrentes, á ese monumento de gratitud que teneis á la vista, y hallaréis en él perpetuada la memoria del solemne dia que descubrió á toda España la idea de un establecimiento tan glorioso. ¡Ah! La muerte no permitió á Felipe que gustase el fruto de

tan generosa proteccion; y transfiriendo á sus augustos hijos el cuidado de coronar sus designios, privó á España de un padre y á las artes de un protector, que vivirá eternamente en su memoria.

Fernando sube al trono, tan anheloso de seguir el ejemplo de su gran padre, que parecia haberle sucedido solo para cumplir sus intenciones. Apenas le informa Villarias, cuando dispensa una completa aprobacion á los designios de Felipe. El feliz dia de tu glorioso nacimiento amaneció entonces, ¡oh ilustre Academia! Otro ministro patriota, el esclarecido Carvajal, cuya memoria será siempre grata y respetable en tus fastos, se declara también en favor tuyo. A su inspiracion, Fernando te dota generosamente, te da prudentes leyes, te comunica su nombre, y solemnizando con su sancion tu existencia, erige en ti un perpétuo asilo para las artes españolas.

¡Ojalá tuviera yo la elocuencia de Fulio, para perpetuar la memoria de este origen, oh nobles académicos! ¡Ojalá pudiera renovar toda la gloria de aquel dia, en que un grave magistrado anunciaba con voz de oráculo á la nacion española las grandes esperanzas que vuestro celo y aplicacion han realizado! Mas ¿quién será tan insensible al bien de su país, que olvidándose de una época tan señalada, no bendiga continuamente la memoria de Carvajal, el augusto nombre de Fernando, y el perdurable monumento que los conserva á las generaciones futuras.

Yo entro, finalmente, á tratar de la última y mas gloriosa época de nuestras artes. Pero al pasar desde el elogio de los muertos á la alabanza de los vivos, ¿habrá acaso entre los que me oyen quien recele que mi boca, consagrada tanto tiempo á un ministerio de verdad y justicia, pueda prestar su voz en este instante á la mentira y á la adulacion? Mas ¿qué ridiculo temor me turba y embaraza? ¿No son cuantos me escuchan fieles testigos de lo que voy á referir? Si, nobles oyentes: yo espero, yo exijo de vosotros que honreis con vuestra aprobacion esta parte de mi discurso; con una aprobacion que imponiendo silencio á la murmuracion y á la envidia, sea el mas irrefragable testimonio de la verdad de mis palabras.

Mientras honraba España con abundosas lágrimas la tierna memoria de Fernando, sorprendido por la muerte en la mitad de su carrera, venia desde Nápoles á ocupar su trono el augusto Carlos III; este monarca generoso, á quien ya daba Italia el nombre de restaurador de las artes, por haber ennoblecido con magníficas obras á Nápoles, Portici y Caserta; por haber descubiert y sacado de las entrañas de la tierra dos grandes ciudades de la antigüedad, Pompeya y Herculano; por haber derramado en todo el mundo la noticia de sus bellos monumentos, y finalmente, por haber recompensado á los artistas con una generosidad digna del tiempo y del espíritu de Alejandro.

Cuánta atencion le hubiesen merecido las artes despues de su venida á España, lo publica una multitud de grandes y bellos monumentos, erigidos en la extension de sus dominios, donde brillan igualmente la magnificencia y el buen gusto; lo publican estas mismas paredes, augusto domicilio de la naturaleza y del arte,



debido á su beneficencia; lo publican los célebres estudios de Valencia, Barcelona, Sevilla y otras ciudades, fomentados por su generosa proteccion, y las artes fugitivas de las provincias restituídas á su seno; lo publican, en fin, las mismas artes, levantadas bajo su glorioso gobierno á un punto de prosperidad donde no pudieron llegar en las edades precedentes.

Mas ¿para qué buscamos ejemplos distantes de nosotros? Esta misma corte en que habitamos, Madrid, sacada del abismo de la inmundicia á la luz del mas brillante esplendor; renovadas sus calles, sus plazas, sus puertas y paseos; llena de suntuosos edificios, gallardas fuentes, bellas estatuas, areos magníficos y toda especie de exquisitos adornos; Madrid, donde la arquitectura ha recobrado su antigua majestad, la escultura su gentileza, la pintura su gracia y su decoro, el grabado y todas las artes del dibujo su gusto y elegancia, ¿no será en lo venidero el mas glorioso y durable testimonio de la magnificencia de Carlos?

Pero hagamos tambien justicia á los instrumentos de su beneficencia, y tejiendo en el elogio de Augusto las alabanzas de Mecenas, aplaudamos el celo del sábio ministro que tenemos presente (59); del que supo convertir una parte de la legislacion hácia la gloria de las artes; del que ha dado á nuestro cuerpo la suprema magistratura del buen gusto; del que negó al gusto depravado la entrada en nuestras ciudades, en nuestros templos y edificios públicos; del que nos ha perpetuado la posesion de los monumentos del buen tiempo, cerrando nuestros puertos á las obras de los pintores célebres, con que antes hacian un vil comercio la ignorancia y la codicia. La posteridad, que cogerá todo el fruto de su ilustrada proteccion, hará algun dia á su memoria un elogio mas cabal que el mio, sin el riesgo de lastimar su moderacion ni de ofender su modestia.

Aquí debiera yo hacer memoria de los valientes profesores que la penetracion de Carlos supo escoger para el adorno de sus cortes y palacios; pero no es tiempo todavía de hablar de los que viven y aumentan con sus obras el patrimonio de su reputacion; y cuando quisiera tratar de aquellos cuya fama ha fijado ya la muerte, veo la sombra de un profesor gigante, que desennella entre los demás y los ofusca: la sombra de Mengs, del hijo de Apolo y de Minerva, del pintor filósofo, del maestro, el bienhechor y el legislador de las artes.

Sí, señores; nosotros debemos á Mengs estos honrosos títulos; y cuando yo los atribuyo á su memoria, creo que mi boca es solo un órgano destinado á hacer la expresion de nuestros comunes sentimientos. Mas no penseis que Mengs ha muerto para nuestra academia ni para España. Su nombre vive y vivirá en la mas distante posteridad. Vivirá en sus discípulos, esperanza de nuestras artes; vivirá en el célebre museo que adorna estas moradas, vivirá en sus divinas obras, vivirá en sus profundos escritos, tesoro de inestimable doctrina, que se puede llamar el catecismo del buen gusto y el código de los profesores y amantes de las artes; vivirá, finalmente, en los elogios que la amistad y la justicia dictaron á un distinguido miembro de nuestra asociacion (60), con cuya florida elocuencia no puede entrar en lid la rudeza de mis palabras.

Y ¿cómo, hablando de Mengs, no haré memoria de uno de sus amigos, del mas ardiente partidario de su doctrina y del buen gusto, del celoso viajero que guiado por el patriotismo corre de un cabo al otro nuestra Península, visita sus villas y ciudades, las plazas, los templos, las obras públicas, busca por todas partes los monumentos de las artes, hace conocer y apreciar las obras estimables, ejerce una imparcial y rigida censura contra los abortos de la extravagancia, y persigue y acosa el mal gusto hasta hacerle huir avergonzado de los dominios que habia tiranizado por tantos años?

Sí, ilustre Academia; yo me atrevo á anunciarte que el feliz tiempo de mirar las artes subidas al ápice de la perfeccion está ya muy cercano. Tú ves difundido por todo el reino y comunicado á todas las clases el amor y aprecio de sus bellezas, que es el mejor anuncio de su prosperidad. Una centella de este amor, desprendida del corazon de Carlos, ha bastado para inflamar todos los corazones. ¿V quién pudiera resistirse á la influencia de tan ilustre ejemplo?

Pero ¿no tenemos á la vista otro ejemplo, que es la mas segura prenda de nuestras esperanzas? El primogénito de Carlos, delicia y esplendor de la nacion española, ¿no es el primero y el mas ardiente apasionado de nuestras artes? ¡Con cuánto laudable afan recoge sus monumentos! Con qué delicado discernimiento los distingue y aprecia! Con cuánta generosidad emplea y recompensa, con cuánta bondad alienta y estimula á nuestros artistas! ¡Oh augusto príncipe! si acaso mi humilde voz puede subir á la encumbrada esfera donde habitas, dignate oírlo propicio, pues te habla á nombre de las mismas artes que proteges! Continúalas, oh generoso Carlos, esta benigna proteccion, que tanto las ensalza y en que está cifrada la esperanza de su prosperidad. Reconoce la influencia de tu ejemplo en el ansia con que todos le imitan. Mira á tu digno hermano, al serenísimo Gabriel, uniendo á la proteccion de las letras este mismo amor á los bellos monumentos de las artes. Mira la mayor parte de la nobleza de España, los jefes de la Iglesia y de los pueblos, las comunidades y cuerpos públicos, animados del mismo espíritu. Inspira, oh príncipe venerado, inspira al augusto infante, al hijo de la patria y su mas dulce esperanza, inspirele, con tus virtudes y las de tu excelso padre, tu afición y la suya á nuestras artes, para que creciendo y educándose en ellas, se eternice algun dia entre nosotros su esplendor y su gloria.

¡Felices vosotros, amables juvenes, que empezais á coger el fruto de vuestra aplicacion á vista de unos príncipes que saben estimar vuestros sudores! Felices, por haber nacido en un tiempo en que los sublimes principios de las artes están ya generalmente reconocidos, y en que los partidarios de la preocupacion y la ignorancia huyen desde su campo á las banderas del buen gusto! Felices, por haber estudiado en un suelo en que podeis observar de noche y dia los ejemplares griegos, las obras de vuestros ilustres paisanos, y sobre todo, la naturaleza, primer modelo y prototipo de las artes! El honor, que es su mejor alimento; el honor, dulce y gloriosa recompensa de los

artistas, ya no os abandonará en vuestra carrera. Este ilustre cuerpo está encargado de su conservacion. Vosotros sois los hijos de sus desvelos; vuestra gloria es suya, y despues de haber coronado los primeros esfuerzos de vuestro ingenio, habeis adquirido un derecho inamisible á su generosa proteccion.

Ve aquí, noble Academia, la primera obligacion de nuestro instituto, y ve aquí tambien el primer objeto de mis exhortaciones. Si mi débil voz, sin el auxilio de los conocimientos técnicos y sin el aparato de la elocuencia, se ha atrevido á pintar el inmenso cuadro que representa el destino de las artes desde su origen hasta el presente estado, solo ha sido para poner á tus ojos la série de causas que han influido otras veces en su elevacion ó su ruina. Tú las has visto nacer en el siglo de oro de la nacion, prosperar hasta la época del mal

gusto, caer precipitadamente en vilipendio, hasta que el padre de los Borbones pudo volver hácia ellas una parte de su atencion; reflorecer en los reinados de Felipe y Fernando, y levantarse en el de Carlos III á un punto de esplendor que nun á habian conocido. A tí te toca velar de hoy mas sobre su gloria y prosperidad. Un continuo desvelo en establecer y propagar las buenas máximas, en hacer sangrienta guerra á las obras de bárbaro y depravado gusto, en promover la aplicacion y el honor de los artistas, harán que nuestras artes, protegidas por nuestros príncipes, estimuladas por nuestros nobles y apreciadas por todas las clases del Estado, suban á tu vista á un punto de esplendor y de gloria que no te deje envidiar los tiempos de Alejandro, de Augusto, de Leon X y de Felipe II.

## NOTAS.

(1) Lib. iv, *Accusat. in C. Verrem*, orat. 9 de *Signis*.

(2) La averiguacion de las causas que estorbaban los progresos de las bellas artes entre los romanos pudiera dar digna materia á una disertacion.

(3) Lib. xxv, cap. 5. *Hactenus dictum sit de dignitate artis morientis*.

(4) Lib. xxxv, cap. 1.

(5) Robertson, *Disc. prelim. á la Hist. de Carlos V* y en las notas al mismo.

(6) Mr. Felibien, *Entret sur les vies, et sur les ouvrages des Peintres... Architectes, etc.*, tom. vi, pág. 227 et suiv.

(7) Mr. Sulzer, *Theor. gener. des Beaux Arts. Diction. Encyclop., art. Architecture*.

(8) Arfe y Villafañe, *Variorum comensurae*, lib. II, tit. 1, cap. 1. Palomino, art. *Monse Berruguete*.

(9) Esta simetría, segun Palomino, era de diez rostros y un tercio, y parece que con ella se conformó Juan de Arfe, *Museo Pictor.*, lib. iv, cap. 5, § 1.

(10) Arfe y Villafañe, en el lugar citado. Palomino, art. *Gaspar Becerra*, y en el lugar citado del *Museo Pictor.*, donde dice que la simetría de Becerra era de diez rostros y medio.

Nuestros artistas, así como los italianos, han arreglado siempre sus sistemas de proporciones por tamaños de rostros y cabezas, ó por que ballaron esta medida mas conforme con la naturaleza, ó por que creyeron haberla seguido los antiguos, ó por uno y otro. Sin embargo, lo que dicen Plinio y Vitruvio apenas nos deja inferir cuál fué la medida de proporcion seguida en la antigüedad. Winkelman sostiene que los griegos arreglaron la proporcion de sus figuras por el tamaño del pié, y no por el del rostro ó cabeza. Véase su *Historia del Arte* entre los antiguos, pág. 1, cap. 4, sec. 2, § 1 de la traduccion de don Antonio Capmani.

Es tambien digno de verse el fragmento sobre las proporciones del cuerpo humano, que se halla entre las obras de Mengs, página 387 de la edicion de la Academia.

(11) Supone Palomino equivocadamente que J. B. Monegro murió en Madrid por los años de 1700; pero está averiguado que despues de haber dirigido las reales obras bajo los señores don Felipe II y III, otorgó su último testamento en Toledo á 12 de diciembre de 1620, instituyendo por heredera á su mujer, doña Catalina Salcedo, y por muerte de esta, á doña Catalina, doña Antonia y doña Juana Carvajal, hijas de su hermano Luis Carvajal; finalmente, consta que falleció en la misma ciudad en 6 de febrero de 1621.

Debemos estas noticias al erudito señor Vallejo, canónigo de aquella santa iglesia y grande apasionado de las bellas artes.

(12) Son bien sabidos los defectos que el señor don Felipe II notó en el cuadro del nacimiento, de mano de Federico Zúcaro, y los que señala el *Viaje de España* en la bóveda del coro, pintada

por Luqueto; el cuadro del nacimiento del Zúcaro, el de las once mil vírgenes de Cambiaso, y el de san Mauricio del Greco existen todavia retirados en la iglesia vieja y en la del colegio de aquel real monasterio.

(13) Pudiera ponerse una larga lista de obras magníficas y de exquisito gusto, hechas por particulares en los reinados de Carlos V y Felipe II; pero, como no escribimos una historia, nos contentamos con indicar algunas de las mas célebres.

(14) En prueba de esta verdad, basta leer en las *Ordenanzas de Sevilla* el título de los pintores y sargueros, que se halla á la pág. 162 vuelta de la primera edicion. Las antiguas *Ordenanzas de Toledo, Barcelona* y otras ciudades prueban que no estaban en ellas las artes mas adelantadas que en Sevilla. Si se tratase algun dia de volverlas á arruinar, será un bello expediente el reducirlas otra vez á gremios.

(15) Palomino, en sus respectivos artículos, desde la pág. 235.

(16) *Viaje de España*, tom. ix, cart. 1, núm. 27.

(17) Palomino, art. *Luis de Vargas*, pág. 239. Pacheco dice que Vargas estudió en Italia veinte y ocho años. Lib. 1, cap. 9.

(18) Véase á Pacheco en el lib. III, cap. 2, desde la pág. 341.

(19) Palomino, en los artículos *Murillo, Roelas y Voldés*, *Viaje de España*, tom. ix, cart. últ., núm. 12.

(20) Es muy difícil que los que no han examinado las grandes obras de Murillo puedan formar una justa idea de sus estilos. Por las del primer tiempo solo se le podrá colocar entre los naturalistas; pero en las del segundo se advierte que siguió el estilo gracioso, y que se acercó alguna vez al de la belleza. Al que toviere la tentacion de sostener lo contrario, le rogamos que examine antes los cuadros que existen en las iglesias de la Caridad, de Capuchinos y de Santa María la Blanca de Sevilla.

(21) No sabemos de donde tomó un escritor de nuestro tiempo la noticia de que Céspedes fué natural de Sevilla y racionero de su santa iglesia. Pacheco, su contemporáneo, le hace natural de Córdoba, lib. II, cap. 9, pág. 300; y que fuese racionero de su catedral consta por la inscripcion sepulcral que copia Palomino, art. *Céspedes*, pág. 275.

(22) Palomino, en su art. *Pacheco*, lib. III, cap. 1, pág. 337.

(23) La justa celebridad que tuvo en lo antiguo el poema de Céspedes sobre la pintura hará siempre sensible su pérdida, y muy apreciables los fragmentos que se conservan de él en la obra de Pacheco. El público debe al editor del *Parnaso español* el cuidado de recogerlos en un cuerpo, como se hallan á la pág. 272 del tomo IV de aquella obra.

(24) Palomino, art. *Julio y Alejandro*, pág. 237.

(25) Palomino no trata de este pintor separadamente; pero sí en el art. *Pedro de Moya*, pág. 338, donde asegura que fué discípulo de Rafael. El señor Ponz ha averiguado que un tal Machuca, pintor, escultor y arquitecto, fué el que corrió con la obra del



alcázar de Carlos V en aquella ciudad, y que le sucedió en este cuidado su hijo, Luis Machuca. Es pues posible que fuese el mismo Juan Fernandez de que habla Palomino.

(26) Palomino asegura que Jueanez fué discípulo de Rafael, cometiendo un grosero anacronismo; porque está averiguado que nació en 1525, y Rafael había muerto en 1520. Lo mas singular es que supone á Jueanez varido hacia los años de 1540, pues asegura que murió de cincuenta y seis años, y pone su muerte en el de 1596. Sin embargo, el estilo de Jueanez nos obliga á creer que estudió con alguno de los discípulos de Rafael, y que procuró imitar en cuanto pudo á este gran maestro. Véase en el *Viaje de España*, tom. iv, la carta ii, núm. 25 y 26 y la nota al pié de este.

(27) Palomino, art. *Francisco Jimenez*, pág. 239.

(28) El mismo, art. *Pedro Orrente*.

(29) *Viaje de Esp.*, tom. viii, cart. v, n. 15. Palom., art. *Morales*, pág. 237.

(30) Palomino, art. *Alonso Sanchez Caello*, pág. 260. Pacheco, lib. i, cap. 7, pág. 91.

(31) Aunque Pacheco pone este incendio en 1601, lib. i, cap. 6, pág. 62, debemos creer á Carducci, que dice haber sucedido en el de 1608. La quema del palacio de Madrid sucedió en 21 de diciembre de 1754.

(32) Palomino, en los art. *Diego Rómulo* y demás nombrados.

(33) El mismo, art. *Don Diego Velazquez de Silva*, § 2, pág. 525.

(34) El mismo, en el lug. cit. y pág. 526.

(35) Cuando recomendamos tan encarecidamente á nuestros jóvenes artistas la imitación de la bella naturaleza, no se crea que pretendemos retraerlos de trabajar sobre el antiguo; antes por el contrario quisiéramos que observándole y estudiándole á todas horas, aprendiesen á buscar en la naturaleza misma aquellas sublimes perfecciones, que tan bien imitaron de ella los griegos. Pero nunca deberán olvidar que en las artes de imitación la verdad debe formar el primer objeto del artista; porque

*Rien n'est beau que le vrai, le vrai seul est aimable;  
Il doit régner par tout, et meme dans la fable.* (Despreaux.)

(36) Vicente Carducci, *Diálogos de la pintura*, diálogo vii, pág. 159. Palomino y Pacheco hacen memoria de otros muchos aficionados á las artes, cuyos dignos nombres podrán ver en sus obras los curiosos.

(37) Cuán copiosa y escogida fuese la coleccion de pinturas de los almirantes de Castilla, se puede inferir por las que dió al convento de monjas de San Pascual su fundador don Gaspar Enriquez de Cabrera, y por las que presentó al señor don Felipe IV el almirante don Juan Alonso, de que hablaremos despues. Hálabase esta coleccion en las casas del Prado, llamadas del Almirante, que hoy posee el marqués de Brancacho, y en ellas habia una sala destinada para pintores españoles. La colocacion de un cuadro en esta sala decidida en aquel tiempo de la reputacion del artista que la lograba. Es verdad que Palomino señala algunos, cuyos nombres nos hacen sospechar que no siempre fué este honor una recompensa del mérito.

(38) Carducci, diál. viii. Palomino, art. *Rubens*, pág. 297 y artículo *Velazquez*, § 2, pág. 527.

(39) Con noticia de que por muerte del rey Carlos I se hacia en Londres almoneda de su célebre museo, don Luis Mendez de Haro, heredero de la fortuna y los diseños de su tío, el Conde-Duque, encargó al embajador de España en aquella corte, don Alonso de Cárdenas, que comprase algunos buenos cuadros para su majestad, lo que verificó en 1619. Fray Francisco de los Santos, *Descrip. del Escorial*, pág. 51 de la 1.<sup>a</sup> edición, Madrid, 1698, en fól. *Viaje de Esp.*, tom. ii, cart. iii, núm. 49, nota 2 de la 2.<sup>a</sup> edic. Mas adelante daremos noticia de la traslacion de estos cuadros al Escorial.

(40) Contra esta práctica declamó Carducci en sus *Diálogos*, y despues de él, Palomino, á quien puede verse, art. *Juan de Aréllano*, pág. 575.

(41) La primera ejecutoria fué ganada por Dominico Greco, el año de 1601, en juicio contradictorio que siguió con el alcahalero de Hescas en el real consejo de Hacienda. La segunda se ganó por Vicente Carducci y Angelo Nardi, contra el fiscal de su majestad en el mismo Consejo, á 11 de enero de 1595. En este último litigio declararon en favor de la nobleza é inmunidad de la pintura los ingenios mas celebrados de aquel tiempo: Frey Lope Felix de Vega Carpio, el licenciado don Antonio de Leon, el maestro José de Valdivielso, don Lorenzo Vanderhamen, don Juan de Jáuregui; y fué defensor de la pintura el licenciado don Juan Alonso Butron. Estos informes se imprimieron en la obra de Carducci, en Madrid, 1655, en 1.<sup>a</sup>, desde la pág. 161 hasta el fin.

(42) Carducci, diál. viii, pág. 157 vuelt. y 158.

(43) Palomino, art. *Velazquez*, § 2, pág. 527.

(44) El mismo, § 5, pág. 528.

(45) El mismo, § 5, pág. 535.

(46) Para hacer los vaciados trajo Velazquez de Roma á Jerónimo Ferrer, y empleó tambien á Domingo de Rioja, hábil escultor de Madrid. Palomino, art. *Velazquez*, § 5, pág. 540.

(47) Entre otros argumentos de la proteccion que el señor don Felipe IV concedió á las artes, es digno de particular memoria el designio que tuvo de formar una coleccion de bellos monumentos de pintura y escultura. En la *Descripcion del Escorial* del padre Santos, en Palomino, y en el *Viaje de España*, se hace mencion de varias obras recogidas con este intento; y como tales noticias sean de ordinario agradables á los aficionados á las artes, creemos hacer un obsequio á nuestros lectores con presentarlas reunidas en esta nota.

En cuanto á las piezas de escultura que trajo Velazquez de Italia, nos remitimos á la larga lista que pone de ellas Palomino; y solo añadiremos que las estatuas vaciadas en bronce se colocaron en una pieza del real palacio llamada la *Ochavada*, y las de estuco en la *bóveda del Tigre*, en la *galería del Cierzo* y otras partes.

Trajo tambien Velazquez de Italia varios cuadros para su majestad, y entre ellos una *Gloria*, una *Conversion de san Pablo*, y los *Israelitas cogiendo el maná*, de mano de Tintoretto; una *Vénus abrazada con Adonis*, y algunos retratos de Pablo Veronés.

Por este tiempo se adquirió tambien en Italia para su majestad el célebre cuadro de *Nuestra Señora del Pez*, de mano de Rafael de Urbino.

El embajador de España, don Alonso de Cárdenas, compró en la almoneda de Carlos I, para su majestad, la *Perla*, del mismo Rafael, en dos mil libras esterlinas; una *Virgen*, de Andrea del Sarto, en doscientas treinta; el *Lavatorio*, de Tintoretto, en doscientos cincuenta; las *Badas de Caná*, y otras, del mismo Tintoretto; el *Triunfo de David* y la *Caida de san Pablo*, de Jacobo de Palma el viejo.

Varios señores de la corte presentaron á aquel soberano, para enriquecer su coleccion, los siguientes cuadros.

Don Luis Mendez de Haro, un *Descanso de la Virgen*, de mano de Ticiano, comprado tambien en la almoneda de Carlos I; un *Eremita*, del Veronés; un *Cristo á la columna*, de Cambiaso.

El almirante de Castilla, don Juan Alonso Enriquez de Cabrera, un cuadro de *Santa Margarita resucitando á un muchacho*, de Miguel Angel Caravaggio, y otros muy escogidos.

El duque de Medina de las Torres, don Ramiro Nuñez de Guzman, la *Aparicion de Cristo resucitado á la Magdalena*, del Correggio; la *Huida de Egipto*, de Ticiano, y una *Purificacion*, del Veronés.

El conde de Castrillo, don Garcia de Avellaneda, trajo tambien, á su vuelta de Nápoles, varias pinturas para su majestad.

En 1636 fué nombrado Velazquez para que pasase á colocar en el real monasterio del Escorial estos y otros cuadros, hasta el número de 41; lo que así ejecutó, formando de ellos para su majestad una exacta descripcion, que Palomino pondera de elegante y erudita. Véase á este autor, art. *Velazquez*, § 7, pág. 545. Fray Francisco de los Santos, *Descripcion del Escorial*, pág. 51 y 52. *Viaje de España*, tom. ii, cart. iii, n. 40, not. 2 y núm. 47, carta vi, núm. 28, 56 y 41.

(48) Como en esta lista de enrruptores de nuestra poesia y elocuencia hay algunos nombres que lograron alta reputacion en cierto tiempo, pudiera parecer necesario fundar nuestro dictámen, y ponernos á cubierto de la critica, que acaso está ya afilando sus armas para combatirle. Pero, no conviniendo á la naturaleza de estas notas las discusiones criticas, nos contentaremos con remitir nuestros lectores á los *Origenes de la poesia castellana*, de don Luis Velazquez, desde la pág. 67 hasta la 75, y desde la 107 hasta la 118; á la *Disertacion de don Blas Nasarre*, impresa al frente de las comedias de Cervantes, edicion de Madrid, 1719; á la *Carta del abate don Juan Andrés* sobre la corrupcion de nuestra poesia, y finalmente, al *Dictámen del maestro Valdivielso* sobre la nobleza de la pintura, que se halla en la obra de Carducci ya citada, á la pág. 178, y es una notable muestra de la elocuencia de aquel tiempo.

(49) Véase á Palomino, art. *Don Pedro de Menay y doña Luisa Rodana*, pág. 464.

(50) Los artistas que pintaban las decoraciones para el teatro del Retiro contribuyeron no poco á autorizar el mal gusto de la arquitectura. Nici dirigió por mucho tiempo estos trabajos, y de su

gusto se podrá formar alguna idea por el altar y adornos de la Santa Forma del Escorial, ejecutados sobre dibujos suyos. Del gusto de José Duoso es muy buen testimonio la Iglesia de San Luis de esta corte. Véase á Palomino en los artículos *Don Francisco Ricci*, *don Sebastian Herrera*, *Jose Duoso*.

(51) Este pintor fue conocido algun tiempo en Italia por el mote de *Luca*, *fa presto*; palabras con que le estimulaba frecuentemente su padre para que pintase sin detenerse. Palomino, *art. Jordan*, página 165. *Permy, diction. des Peint., Sculpt. et Grav., art. Jordan*.

(52) A pesar de estos defectos, las obras de Jordan serán siempre apetecidas y estimadas de los inteligentes, por los rasgos de ingenio y entusiasmo que en ellas se descubren. Pero sucederá lo contrario con las de sus discípulos; porque estos copiaron necesariamente sus defectos, como inseparables de la manera fácil y resuelta de su maestro; mas no copiaron sus aciertos, que eran incompatibles con ella. El milagro de hallar alguna vez la exactitud y la sublimidad entre la precipitación y el descuido estaba reservado á la destreza de Jordan.

(53) Sin embargo de que Jordan logro algun dia en Italia la misma reputacion que entre nosotros, tambien se cree allí que él y sus discípulos consumaron la ruina de la pintura (Obra de don Antonio Rafael Mengs, carta sobre el principio, progresos y decadencia de las artes, pág. 269 de la edicion de la Academia). El estrago que debian causar en España sus maximas no se ocultó al profundo Claudio Coello, ni aun al mismo Palomino, con ser el mas fastidioso elogiador de sus obras. Véanse en este los artículos *Coello y Jordan*, al fin, pág. 115 y 180.

(54) Es tradicion en aquel real monasterio, que un personaje respetable, á vista del cuadro de la *Santa Forma*, le dijo á Coello: *Buena esta; pero Jordan le hubiera hecho mas presto.*—*Si, Señor*, respondió; *pero no le hubiera hecho tan bien.* Bien unos que tardó éntonces años en acabarle; otros, que solamente siete. Palomino no determina el tiempo, pero da á entender con bastante claridad que Coello no corría tanto en sus obras como *Luca, fa presto*.

(55) Lib. xxx, cap. 2. *Artes desidia perdidit; et quantum animorum imagines non suat, negligenter etiam el corporum.*

(56) Lib. xxx, cap. 1, *supr. cit.*

(57) De esta coleccion, que existe todavia en las galerias bajas del real palacio de San Ildefonso, se hallará una puntual noticia en el *Viaje de España*, tom. x, cart. iv, MS.

(58) Como en la historia de las artes españolas debe ocupar con el tiempo un lugar muy distinguido la fundacion de nuestra academia, acaso no serán ajenas del presente las noticias de su origen, que se hallan en el archivo de la primera secretaría de Estado y del Despacho, y resumirémos en esta nota, en obsequio de nuestros lectores.

En 1711 don Domingo Olivieri, primer escultor del señor don Felipe V, tenia en su casa una academia privada de escultura, donde muchos jóvenes estudiaban el dibujo con aplicacion y aprovechamiento. El Gobierno, que deseaba perfeccionar las artes, y fijarlas en el reino por medio de una academia pública, empezó á proteger este establecimiento, tan conforme á sus designios. Con este motivo la academia de Olivieri celebró una junta pública en las casas de la princesa de Robec, que presidió el ministro de Estado, marqués de Villarias; y concurriendo gran número de artistas, de aficionados y personas de distincion, se pronunció una oracion, que habia escrito en italiano el padre Casinero Caliberti, de los menores conventuales, y traducida al castellano por un religioso descalzo, la cual tenemos á la vista, impresa en ambos idiomas.

El general aplauso que merecieron los esfuerzos de Olivieri le animó á proponer á su majestad la ereccion de una academia de las tres nobles artes bajo su real proteccion, y aunque este pensamiento mereció la aprobacion del Rey en principios del siguiente año de 1742, algunas dificultades, advertidas despues, estorbaron su complemento.

Entretanto continuaba Olivieri la enseñanza del dibujo, no solo protegido, sino tambien eficazmente auxiliado por el Gobierno; y como el ministro marqués de Villarias deseara vivamente verificar un establecimiento que era tan conforme á las piadosas intencio-

nes del Soberano y á los deseos de la nacion, se proyectó en 22 de abril, y se aprobó en 13 de julio de 1744, la ereccion de una junta preparatoria, que dirigiendo por dos años los estudios y observando lo conveniente, perfeccionase el plan de la futura Academia.

Nombró su majestad por protector de esta junta al mismo marqués de Villarias; por viceprotector á don Fernando Treviño; por individuos al marqués de Santiago, conde de Saceda, don Baltasar de Helgueta, don Miguel de Zuaznabar y don Nicolás Arnaud, por director general á don Domlugo Olivieri, y por maestros directores de las respectivas profesiones á don Luis Wantó, pintor y escultor; don Juan Bautista Peña, pintor; don Andrés Calleja, pintor; don Santiago Bonavia, pintor; don Antonio Dumandré, escultor; don Antonio Gonzalez Ruiz, pintor; don Juan de Villanueva, escultor, don Francisco Melendez, pintor; don Nicolás Carisana, escultor; don Juan Bautista Sacchetti, arquitecto; don Santiago Pavia, arquitecto, y don Francisco Ruiz, arquitecto. Finalmente, se señaló una competente dotacion para los gastos ordinarios, y se destinó la real casa de la Panadería para las juntas y trabajos académicos.

Esta junta preparatoria celebró su primera asamblea pública en 1.º de setiembre del mismo año, y la segunda en 15 de julio de 1745, trasladada ya los estudios á la Panadería. En ambas pronunció el viceprotector una oracion alusiva al asunto, que existe en el citado archivo, y en ambas fué el concurso lucido y numeroso.

Para perpetuar la memoria de este establecimiento, pintó entónces el director, don Antonio Gonzalez Ruiz, el cuadro alegórico que existe en la sala de juntas públicas, colocado allí en virtud de real orden.

La grande afluencia de discípulos, el órden y aprovechamiento con que estudiaban, el celo de los maestros é individuos de la junta, la proximidad del cumplimiento del plazo señalado para la aprobacion de la Academia, y la favorable inclinacion del Soberano y su ministro á este objeto, habian inspirado al público las mas seguras esperanzas de verle realizado, cuando la muerte del gran Rey, sucedida en 9 de julio de 1746, las desvaneció repentinamente.

Pero el cielo, que habia reservado á Fernando el Sexto la gloria de ser fundador de la Academia, dispuso tan favorablemente su real ánimo, que habiéndole informado el marqués de Villarias en agosto del mismo año del proyecto, providencias y operaciones que van referidas, les concedió su plena aprobacion, y permitió se procediese á formar las ordenanzas para la Academia.

Varias ocurrencias retardaron despues el ultimo complemento de este designio, sin que entretanto cesasen los estudios, ardentemente protegidos por el nuevo ministro de Estado don José Carvajal y Lancaster, basta que, á impulsos de su celo, despues de haberse aumentado la dotacion de la Academia en 1750, enviando pensionados á Roma en el mismo año, y confirmado los estatutos en 8 de abril de 1751, se expidió por su majestad en 12 del mismo mes de 1752 el real decreto de ereccion, en quo se dió á la Academia el titulo de San Fernando, fué admitida bajo la real proteccion, etc.; y en memoria de este suceso pintó el referido director, don Antonio Gonzalez y Ruiz, otro cuadro alegórico, que se halla colocado en la sala de la Academia.

Las actas, sucesivamente impresas desde la primera junta pública del mismo año de 1752 hasta el presente, podrán instruir á los curiosos de la serie de providencias y operaciones que testifican los útiles desvelos de la Academia y de sus dignos protectores.

(59) El conde de Floridablanca.

(60) El señor don José Nicolás de Azara, académico honorario, á quien debe Mengs una gran parte de su reputacion, por haber escrito su vida y publicado sus obras en español y en italiano, con la inteligencia y gusto que acreditan los aplausos de los buenos conocedores (a).

(a) La oracion precedente, á que se refieren estas notas del mismo Jovellanos, es la que leyó el 14 de julio de 1781 con motivo de la distribucion de premios á los alumnos de la Academia. (Véase el discurso preliminar.)



## INFORME

QUE DIÓ, SIENDO INDIVIDUO DE LA ACADEMIA DE SAN FERNANDO, SOBRE ARREGLAR LA PUBLICACION DE LOS MONUMENTOS DE GRANADA Y CÓRDOBA, GRABADOS POR ÓRDEN SUPERIOR.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR: En junta particular, que celebró esta academia el domingo 2 del mes pasado, se trató de arreglar la publicacion de los monumentos de Granada y Córdoba, que tiene grabados, en cumplimiento de la orden de vucelencia de 29 de enero anterior.

No teniendo entonces reunidas todas las noticias necesarias para la resolucion de este expeliente, ni constando á la junta el estado en que se hallaban las estampas de su coleccion, acordó comisionar á uno de sus consiliarios para que, con vista de los antecedentes, informase en la primera sesion lo que se le ofreciese sobre ambos puntos.

Verificóse así en la junta del domingo 7 del corriente, y despues de haberse visto en ella un extracto individual de las operaciones de la Academia para perfeccionar esta empresa, y deliberado sobre el asunto detenidamente, se acordó representar á vucelencia que la coleccion de monumentos arabescos, fruto de tantos trabajos y dispendios, no solo es digna de la luz pública, sino tambien de una sábia y cuidadosa ilustracion, en la cual no interesa menos el decoro de la Academia que la utilidad del público; que esta ilustracion deberá dirigirse á dar una idea cabal de la aplicacion y desvelo con que ha procedido la Academia en la coleccion de estos monumentos; de las personas empleadas en delinearlos, dibujarlos, grabarlos é ilustrarlos; del número, mérito y rareza de las piezas contenidas en la coleccion, y del objeto, destino y calidades de cada una.

Como este primer trabajo prepara necesariamente el íntimo conocimiento de los principios y gusto con que los árabes cultivaron la arquitectura, el análisis científico de estos monumentos debería ocupar un buen lugar en su ilustracion, y conducir á la exposicion de los principios generales de aquel arte.

Esta parte de la ilustracion es, en dictámen de la Academia, la mas esencial é importante, como que sin ella, y por la simple vista de los dibujos, es imposible conocer el modo de edificar que siguieron los árabes; la solidez, comodidad y belleza de sus edificios; el uso de las piedras, maderas, estucos, pinturas y otras materias empleadas en su fábrica y adorno; los varios miembros de que constaba su ornato, los módulos á que estaba arreglado cada uno, y en una palabra, el sistema general de proporciones que debe resultar de la confrontacion de todas las medidas y de su paralelo con las de los órdenes griegos y latinos.

En efecto, señor excelentísimo, sin esta ilustracion las láminas grabadas serán mudas y muertas, podrán entretener, mas no instruir, y cuando satisfagan la curiosidad, ciertamente que no llenarán el deseo de los amantes de las artes.

Por el contrario, ilustrados analíticamente estos monumentos, ofrecerán al público la mas cabal idea de una arquitectura hasta ahora desconocida, y servirán á un mismo tiempo á la instruccion de los artistas, al recreo de los aficionados, á la gloria de las artes y á la ilustracion de su historia.

Los ingleses han pretendido robarnos esta gloria; han venido á España, han reconocido, medido y dibujado estos monumentos, han publicado lo mas precioso de ellos en 1779, y han pretendido, aunque no con el mejor suceso, explicarlos é ilustrarlos. La Academia no puede negar que este ejemplo la empeña mas y mas en perfeccionar sus trabajos, y no contenta con sobrepujar á los ingleses en la abundancia y magnificencia de su coleccion, quisiera vencerlos tambien en el acierto de ilustrarla, y libra sobre su aplicacion las esperanzas de conseguirlo.

Crea vucelencia que este es el único deseo de la Academia, y no el de prolongar el término de una empresa tan largo tiempo detenida, bien que por estorbos accidentales y en la mayor parte independientes de su arbitrio. Reconoce que debe la brevedad al deseo de vucelencia y á su misma reputacion; pero no puede perder de vista que estas mismas causas la empeñan mas eficazmente en la perfeccion de la empresa, pues las dejaria entrambas deairadas si la desluciese por acelerarla. Ni por esto cree la Academia que debe retardarse por mucho tiempo la publicacion de sus láminas. Es verdad que no podrá llenar sus ideas sin que alguno de sus individuos vuelva á Granada á tomar nuevas medidas y hacer otras observaciones que faltan y son del todo indispensables; pues se ignora el tamaño, el destino, el lugar y aun la materia del mayor número de los monumentos. Pero reflexiona, por una parte que este trabajo parece inexcusable, aun cuando solo se tratase de dar un catálogo raciocinado de los mismos monumentos ó de formar una lista por títulos, y por otra que un arquitecto hábil, jóven y activo pudiera desempeñar este encargo en pocos meses.

La version de las inscripciones puede muy bien omitirse; pero será ciertamente doloroso privar á la coleccion de un realce tan estimable, y al público de la instruccion que pudiera sacar de ellas. Agregue á esto

vuecelencia que en algunas se hallan los nombres de los monarcas moros en cuyo tiempo se construian ó ampliaban, y que por lo mismo, no solo servirán á ilustrar su historia, sino tambien la cronologia de las dinastías árabes, tan ignorada como sus artes.

Por tanto, cree la Academia que si este trabajo se pudiese adelantar en Madrid mientras las medallas se hacen en Granada, no seria del desagrado de vuecelencia el que intentase su logro. Acaso sus esfuerzos no serán vanos. En otro tiempo se contaba solo con la inteligencia de don Miguel Casiri, mas hoy su discípulo, el padre Banqueri, y el maestro de lengua árabe de los reales estudios y algun otro perito en este idioma pudieran ayudar al mismo objeto. Los granadinos aseguran tambien que en los archivos de su ayuntamiento existe una version de todas las inscripciones árabes de Granada, mandada hacer por la ciudad en 1557, y á ser verdad, podrá servir de grande auxilio.

En suma, señor excelentísimo, la Academia al mismo tiempo que desea cumplir las órdenes de vuecelencia y satisfacer á su mismo celo en la publicacion de estos raros y preciosos monumentos, quisiera que salieran á luz de un modo digno de la espectacion del pú-

blico y de la cultura á que han llegado las artes bajo los auspicios del Rey, su augusto protector.

Por esto espera que vuecelencia le permita dedicarse desde luego á perfeccionar su coleccion en la forma indicada, lo que ofrece sin pérdida de tiempo, aplicando á este objeto toda su actividad.

Pero si, no obstante cuanto ha expuesto, fuere del agrado de vuecelencia que lleve á debido y literal cumplimiento su orden de 29 de enero anterior, en este caso solo tardará en verificarlo lo que tardare en perfeccionar las láminas con las siguientes operaciones: primera, haciéndolas numerar y foliar, para que puedan venderse en cuadernos; segunda, poniendo á cada lámina su título, pues falta en la mayor parte de ellas; tercera, explicando como pueda aquellas cuyo original es incierto en cuanto á su tamaño, objeto, situacion y materia; cuarta, arreglando un catálogo ó lista por números y títulos para cada cuaderno; quinta, escribiendo un breve prólogo, que contenga la historia de lo que hizo y de lo que no pudo hacer para la perfeccion de esta empresa.

Vuecelencia resolverá lo que fuese de su agrado. Madrid, 14 de mayo de 1786.

## INFORME SOBRE LA MATERIA DEL ANTERIOR.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR: He reconocido el expediente formado ante vuecelencia acerca de la publicacion de las antigüedades árabes de Granada y Córdoba, que de su orden me pasó la secretaria, y aunque no hallo en él todos los documentos necesarios para formar una historia completa de esta empresa, podré, sin embargo, con los que existen, y ayudado de algunas apuntaciones que me suministró el señor secretario, y otras que han sido fruto de mi aplicacion á este objeto, dar á vuecelencia una idea de las operaciones que este real cuerpo dirigió á su mas completo desempeño, del estado en que actualmente se halla, y de lo que pueda faltar para que se presente al público como digno de la reputacion de la Academia.

Era muy natural que un cuerpo dirigido á desterrar el mal gusto introducido en nuestras artes, y á llevarlas al mayor grado de perfeccion bajo de su enseñanza y auspicios, quisiese tener á la vista todos aquellos modelos que podian contribuir á este objeto, y lo era mucho mas que dedicado á buscarlos, prefiriese los que tiene dentro de casa á los que están deramados en otros reinos y paises.

Bien sea por esto, ó porque la opinion que tienen los socios acerca del mérito de la literatura y artes de los árabes, la moviese á examinar los monumentos que esta nacion habia dejado entre nosotros, ello es que ya desde la mitad del presente siglo pensaba la Academia en recoger noticias y dibujos relativos á estos monumentos.

En 1736 se hizo encargo formal al presidente de la chancilleria de Granada para que, valiéndose del pin-

tor de aquella ciudad don Manuel Jimenez, hiciese copiar enteramente los retratos de los reyes moros, y otras antigüedades pintadas en las bóvedas de la Alhambra.

No consta que este encargo hubiese producido algun fruto, pero si que en 1760 se repitió el mismo al gobernador de aquella fortaleza, don Luis Buccareli, por el viceprotector, previniéndole buscarse profesor de aquella ciudad que pudiese desempeñarle, y remitiéndole despues una instruccion de once capítulos para la direccion de la empresa.

Este encargo tuvo mejor suceso, puesto que en diciembre del mismo año remitió Buccareli á la Academia tres copias al óleo de algunas pinturas de la Alhambra, tres inscripciones, y una relacion de los adornos y monumentos arabescos que alli se conservan, todo formado por el pintor don Diego Sanchez Sarabia.

En esta relacion indicó Sarabia que en poder del canónigo Viana existian copias de otras varias inscripciones árabes, con sus versiones castellanas, uno y otro del tiempo del primer arzobispo de aquella ciudad, don fray Hernando de Talavera. La Academia, en 13 del mismo diciembre, le dió orden de copiarlas, y le encargó tambien levantase el plano del palacio ó fortaleza de la Alhambra. Hizolo así Sarabia, y en junio de 61 habia enviado ya copias de cuanto contenia el cuaderno de Viana, y además otros tres lienzos, que completaban las pinturas de la Alhambra, y añadió que quedaba formando los planos del palacio.

Al paso que la Academia reconocia estos trabajos,



iba extendiendo sus ideas acerca de una empresa de cuyo cabal desempeño esperaba que le podría resultar mucha gloria. En consecuencia, no solo encargó á Sarabia la continuacion de los planos del palacio ó fortaleza árabe, sino que mandó levantar tambien los del palacio que el señor emperador Carlos V hizo edificar allí mismo.

En 1762 remitió ya Sarabia la primera parte de su trabajo en dos tomos, que contenian, el primero las vistas, planos, elevaciones, pavimentos, frisos, capiteles y otros ornatos del palacio árabe, y el segundo una explicacion de todo ello. La Academia recibió con entusiasmo estos dibujos, y en junta ordinaria de 12 de setiembre de aquel año declaró estar hechos con exactitud é inteligencia, recomendó á la junta particular hiciese grabar é imprimir dibujos y explicacion, diciendo que no podian dejar de dar crédito á la Academia y á la nacion, y en fin, para recompensar el trabajo de Sarabia, le acordó el título de académico de mérito. En consecuencia, se empezó á pensar en la publicacion de la obra, se mandaron traducir las inscripciones, remitiéndose á este fin al sábio don Miguel Casiri, y se tomaron otras providencias relativas al objeto. En el año siguiente vinieron los dibujos del palacio de Carlos V, que fueron recibidos con igual aprecio; mostráronse al nuevo protector, marqués de Grimaldi, en la junta de 18 de diciembre, en que tomó posesion; lo llevó todo para manifestarlo al Rey, y avisó haberlo reconocido su majestad con particular agrado.

No habiendo visto yo las pinturas, dibujos y explicacion de Sarabia, que ni se han pasado con el expediente ni sé dónde existan, no me es lícito hablar del mérito de estos trabajos.

La Academia pudo muy bien darles entonces una aprobacion poco meditada, siendo harto comun entre los hombres, naturalmente perezosos cuando se trata de hacer grandes y extraordinarios esfuerzos, aprobar lo fácil y mediano, solo por no empeñarse en lo mejor y mas difícil. Lo que me toca es continuar la série de estos trabajos, que un momento de reflexion hizo mirar como inútiles, y puso á la Academia en el conflicto de abandonar la empresa ó de acometerla de nuevo.

Don Fr. Vicente Pignatelli, encargado de examinar la obra de Sarabia, fué el primero que abrió los ojos á la Academia, y la hizo reconocer que una obra en que estaba comprometida su reputacion no debía salir al público sino acabada y perfecta. Dijo pues, en junta particular de 14 de marzo de 1764, que el palacio árabe estaba dibujado sin inteligencia de perspectiva, y que por tanto no se podia publicar sin que se corrigiese, ó formase de nuevo otra vista arreglada por persona inteligente; dijo que faltaba otra vista de la fachada principal del palacio de Carlos V, y dijo, en fin, que en todos los dibujos faltaba el gusto y la gracia de las sombras.

La Academia cedió á su dictámen, y para no verse nuevamente frustrada en sus designios, acordó que se corrigiesen los planos de la Alhambra, que se sacase la vista del palacio imperial, que se formasen nuevos cortes y elevaciones de ambos edificios, y todo lo demás

que fuere conducente á la perfeccion de la obra, y confirió al señor viceprotector y secretario todas las facultades necesarias para cumplir este acuerdo, sin necesidad de dar cuenta á la junta particular.

Aquí se halla un vacío de dos años en la série de estas operaciones. Verosímilmente se suspendieron del todo, acaso por falta de persona de confianza que pudiese corregir en Granada los defectos en que habia caído el mejor de los profesores. Entre tanto los granadinos, ó resentidos de la lentitud de la Academia, ó queriendo contrahacer sus designios, ó en fin para ganarla por la mano y usurparla la gloria de dar al mundo la primera noticia de estos raros y preciosos monumentos, aprovecharon la ocasion de una obra periódica, que con título de *Paseos por Granada* se empezó á publicar en aquella ciudad en el mismo año, para incluir en ella varias descripciones de los dos palacios árabe é imperial, la noticia de sus edificios, distribucion, ornato, inscripciones y otras antigüedades.

Puede muy bien ser rara esta conjetura; pero la trasversura de los doctores Medina, Conde y Velazquez Echavarría, autores de aquella obra; los elogios que hacen en ella del mérito y talento de Sarabia, y la afeccion con que emprendieron y continuaron la descripcion de estos monumentos, hace ciertamente sospechar que los granadinos hubiesen tomado parte en el resentimiento de Sarabia, que no pudo mirar con indiferencia el descrédito en que habian caído en 1764 los trabajos tan aplaudidos en el de 62, y que por lo mismo pudo haberlos ayudado suministrándoles luces y noticias.

Esta digresion debe parecer tanto mas necesaria en la presente relacion, cuanto es indispensable no perder de vista jamás la obra que dejo citada, ya para que sirva de auxilio en las descripciones que debe formar la Academia, y ya para hacer de ella la justa crítica donde convenga, pues no hay duda en que aquellos fabricantes de monumentos y patrañas hicieron de este papel periódico uno de los arcaduces por donde conducian sus ficciones y descubrimientos.

Como quiera que sea, esta obrita pudo haber concurrido á sacar á la Academia de su letargo, y darle aquel impulso que poniendo en movimiento su celo en 1766, la hizo acometer de nuevo esta empresa, y aun proceder con calor casi hasta su conclusion, pues á no haberse entibiado despues, ciertamente que la hubiera conducido á su última y mas gloriosa perfeccion.

Es preciso confesar, en honor de los que componian entonces esta Junta, que en aquella época la animaba un ardiente deseo de reputacion y de gloria. En un mismo dia implora la atencion del Monarca para dos empresas igualmente grandes y magnificas, bien que no igualmente dignas de su celo, á saber: perfeccionar los dibujos de Granada y publicarlos, y hacer la misma operacion en el palacio, jardines y esculturas antiguas de San Ildefonso. El Rey aplaudió entrambos designios, aprobó el primero, mandó suspender el segundo, y ofreció toda la proteccion y auxilios que la Academia pedia en su representacion. Esto fué en 2 de setiembre de 1766.

Todo despues procedió con la mayor actividad. En la junta ordinaria del 6 se acordó grabar los planos, alzados, adornos y pinturas de la Alhambra y palacio de

Cárlos V, y para asegurar la perfeccion de esta obra se nombró al académico de honor don José Hermosilla, para que sobre el mismo sitio rectificase los diseños ya trabajados, y dispusiese los que faltaban, llevando por delineadores á don Juan de Villanueva y á don Juan Pedro Arbal; y para esto se le dió una instruccion, compuesta de catorce capítulos, los cuatro relativos á la correccion de los trabajos de Sarabia, y los demás al cumplimiento de la empresa; todo lo que obtuvo la real aprobacion.

Entretanto se instaba aquí á don Miguel Casiri para que concluyese la version de las inscripciones, encargada en 1762; y con papel de 18 de noviembre del mismo año de 66 se le pasaron los dibujos de ellas, pidiéndole que pusiese al pié de cada una su version, é hiciese sobre todas las objeciones que mereciesen; de su desempeño nada consta en el expediente.

Volvieron de su viaje los encargados de la Academia, y esta entró al instante á reconocer los trabajos, en los que consta se ocupaba en abril del siguiente año de 67. En setiembre estaban ya puestos en limpio todos los dibujos y acabada felizmente la empresa, no solo por lo respectivo á los monumentos granadinos, sino tambien por los de Córdoba, que habian sido reconocidos y dibujados con igual exactitud. En 1.º de octubre remitió el académico Hermosilla al vicepresidente, marqués de Sarria, todos los dibujos trabajados bajo sus órdenes, y además sus observaciones sobre los monumentos de Granada y Córdoba. La Academia acordó presentarlos á su majestad, y comisionó para ello al secretario. Viólos el Rey con singular gusto, los vieron y admiraron los ministros y grandes de la corte, y se distinguió singularmente en su elogio don Manuel de Roda.

Desde este tiempo ya no produce el expediente otra cosa que multiplicados oficios, pasos y diligencias dirigidas á activar, distribuir y avivar la ejecucion de las láminas, pagar á los artistas empleados en ellas, y ponerlas en estado de darse á la luz pública, en lo cual se trabajaba todavía en fines de 1771.

En esta época vuelve á dormir, ó por mejor decir, muere y acaba el expediente que se me ha pasado. Los trabajos relativos á esta empresa, ó cesaron del todo, ó constarán de otros documentos que no he visto. Lo cierto es que esta nueva suspension no fué sin inconveniente.

En el año inmediato de 1773 emprendió su viaje por España el inglés Enrique Swinburne, siendo uno de sus principales objetos reconocer los monumentos de las artes romanas y árabes que existían entre nosotros. En 1776 estuvo sucesivamente solicitándolo en Granada, Sevilla y Córdoba; lo vió todo, lo examinó todo, y mientras nuestro tesoro dormía en los depósitos de la Academia, Swinburne y su compañero se ocupaban en dibujar los mismos monumentos que nosotros á costa de tantos desvelos teníamos ya grabados. No fueron ciertamente perezosos estos viajeros; luego que volvieron á Londres trataron de grabar sus dibujos, y en una docena de láminas, grabadas con inteligencia y gusto, recopilaron lo mas precioso de nuestros monumentos árabes, y en 1779 los publicaron con sus des-

cripciones; debiendo el mundo á un extranjero este beneficio, del que le defraudó tan largo tiempo nuestra pereza.

No he apuntado estas noticias para desalentar á la Academia, sino para estimularla mas y mas, poniendo á su vista este ejemplo, y descubriéndole el empeño en que nos constituye. En efecto, señor excelentísimo, nuestra pereza ya no puede ser disculpable; el público está en espectacion, tiene un derecho á ver nuestros trabajos, y sobre todo, el Rey quiere que los disfrute. Veamos pues el estado en que se hallan.

Yo no puedo informar si la coleccion de láminas se halla completamente acabada, pues aunque se me han pasado ochenta y cinco ejemplares, algunos de los cuales son duplicados, ni hallo lista completa de las que deben ser, ni el expediente produce acuerdo ó documento que fije y señale su número. Mucho menos puedo decir si cada una de las láminas está concluida, porque no teniendo á la vista sus originales, me es imposible juzgar de su integridad. Sin embargo, del reconocimiento que he hecho sobre los ejemplares que tengo á la vista, saco las siguientes deducciones:

1.ª Que las láminas no están numeradas ni foliadas, como es indispensable si se han de vender en cuadernos, y mucho mas si les ha de preceder alguna explicacion.

2.ª Que les falta tambien intitulacion; cosa muy necesaria para conocer qué especie de monumento representan, y el lugar en que se halla.

3.ª Que la mayor parte de las que tienen inscripciones se hallan sin version castellana; circunstancia que deberán tener, segun los acuerdos de la Academia, y sin la cual son inútiles.

4.ª Que las hay de tan varios tamaños, que parece muy difícil acomodarlas á una misma encuadernacion. Es verdad que esto se podrá suplir con la igualdad del papel; pero siempre resultará no poca deformidad.

5.ª Que en aquellas que no están arregladas á pitiplé, falta la expresion de su tamaño ó medida, tan necesaria para juzgar del objeto que representan.

6.ª Que al parecer no se halla entre ellas ninguna que pertenezca á monumentos de pintura árabe, constando del expediente que Buccarelli envió tres copias en 1760, y Sarabia otras tres en 1762.

Esto solo, que he notado de paso, basta para concluir que nuestra coleccion está muy léjos todavía de poder exponerse al público, aun cuando la Academia solo pensase en vender las estampas sueltas ó encuadernadas, sin explicacion ó ilustracion alguna. Pero como una obra de esta naturaleza, publicada por un cuerpo como el nuestro, debe llenar la espectacion del público y salir en la forma mas cabal y completa que sea posible, voy á hacer sobre este punto mis observaciones, para cerrar el encargo que se me ha hecho.

Debemos creer que la Academia, en la publicacion de estos preciosos monumentos, no solo trata de satisfacer la curiosidad de los aficionados á antigüallas, sino tambien de instruir á los artistas, beneficiar las artes y deleitar á sus amadores. Pero estos objetos no podrán llenarse, si á la publicacion de las estampas no acompaña toda la ilustracion que merecen, ó por mejor decir, que necesitan.



Cuál sea esta, solo lo podrá juzgar cabalmente la Academia con su profundo conocimiento en la materia. A mí me toca indicarle lo que juzgo acerca de ella, para que meditándolo con la debida atencion, resuelva lo que fuere de su agrado.

Como el objeto principal es dar al público una idea de las artes de los árabes españoles, la ilustracion de esta obra deberá dirigirse únicamente á este punto, y constar de las partes siguientes:

1.<sup>a</sup> De una descripción general y racionada del palacio y fortaleza de la Alhambra, en la cual despues de fijar la etimología de su nombre y la época de su construcción, se dé una idea cabal de la situación, destino, extension, distribución y ornato de estos edificios; pues aunque algo de esto se puede inferir de los dibujos, arreglados á escala, esto no es para todos, y falta mucho que desear, no solo á los aficionados, mas tambien á los profesores.

2.<sup>a</sup> Otra igual descripción de la antigua mezquita de Córdoba.

3.<sup>a</sup> Otra igual del palacio de Carlos V; y estas tres podian muy bien extenderse bajo de un contexto, pero en artículos separados.

4.<sup>a</sup> Un análisis general de la arquitectura árabe, formado sobre los monumentos dibujados, en el cual se contenga una idea científica del sistema de edificar que siguieron estos pueblos en España, considerado con relacion á la solidez, comodidad y belleza de los varios edificios.

5.<sup>a</sup> Un análisis particular de las partes ó miembros del ornato de esta arquitectura, midiéndolos y comparándolos exactamente, y deduciendo de esta operacion las proporciones arquitectónicas de cada uno, á saber: columna, base, capitel, cornisa, arcos, puertas, etc.

Es innegable que entre todas las partes de estos edificios hay una proporcion y conveniencia visibles; hay una imitad, y esto basta para conocer que tenian principios. El objeto del análisis propuesto debe ser descubrirlos y demostrarlos. Nada de esto conoce el mundo literato; ¿por qué no hemos de aspirar á ser los primeros ilustradores de un punto tan importante en la historia de nuestras artes?

En este análisis no se debe olvidar el paralelo de las proporciones árabes con las de los griegos y romanos, para que se vea en qué convienen y en qué se distinguen; nada contribuirá tanto á ilustrar este punto. Si nos fuesen mas conocidas las proporciones de la arquitectura llamada gótica, yo propondria tambien un paralelo entre ella y la de los árabes, y de él resultaria acaso la confirmacion de una conjetura, que he formado mucho tiempo há, por razones que no son de este expediente, á saber: que la arquitectura tudisca ó gótica es hija legítima de la árabe y que tomó de ella inmediatamente sus principios. Volvamos á nuestro objeto.

6.<sup>a</sup> Un breve análisis de la escultura de los árabes. Este seria muy fácil, suponiendo que estos pueblos no podian imitar ningun viviente, por estarles vedado en el Alcoran, y que por lo mismo dejaron de imitar los demás objetos de la naturaleza. Su escultura debió reducirse á puros caprichos; pero como estos pueden tambien sujetarse á reglas arbitrariamente establecidas al

principio, y seguidas despues por sistema, tambien este objeto seria digno de alguna discusion.

7.<sup>a</sup> Quisiera igualmente proponer que se hiciesen algunas observaciones acerca del modo de pintar de los árabes. Este punto es acaso el mas importante, porque acerca de él nada absolutamente sabemos. En efecto, un pueblo que no dibujaba el cuerpo humano, tipo original de la belleza y principio de toda proporcion, no pudo hacer progreso considerable en este arte. Con todo, ¿cuánto convendria saber si pintaban al óleo, al temple ó al fresco; cómo preparaban y usaban sus colores y metales para pintar ó estofar; hasta qué punto habian conocido el uso del claro oscuro, el manejo de luces y sombras en todas las tintas, y otras cosas igualmente curiosas é importantes? Las seis copias enviadas por Buccarelli y Sarabia pudieran ser para esto de algun auxilio.

8.<sup>a</sup> Un catálogo racionado de todos los monumentos que se publican, con expresion del tamaño, destino y colocacion de cada uno, y con explicacion de su materia; esto es, si está en piedra, estuco, azulejo, madera, pintura, etc.

9.<sup>a</sup> Observaciones sobre las varias materias empleadas por los árabes en sus edificios, á saber: piedras, maderas, cales, barro, y modos de prepararlos, mezclarlos, cortarlos y emplearlos.

10. Observaciones sobre el dibujo, gusto, materia y viadrio de los celebrados azulejos arabescos, que tanto admiran á los curiosos.

11. Observaciones sobre los mosaicos arabescos.

12. Observaciones sobre los artesonados, maderas empleadas en ellos, y modos de enlazarlos y trabarlos en los techos con tanta firmeza y hermosura, y asimismo del modo de estofarlos y obrarlos.

13. Observaciones sobre los caracteres de nuestras inscripciones árabes, variedad de ellos, y sobre el uso de los puntos diacríticos, tan necesario para los lectores de esta algarabía. Tambien del modo de enlazarlos en sus adornos, haciendo de ellos una parte de su escultura.

Otras cosas pudieran añadirse sin salir del objeto de nuestra obra; pero yo temo que aun las dichas habrán asustado á la junta. Reconozco la dificultad de hacer una obra tan completa; pero veo tambien que sin esta ilustracion la Academia no aparecerá en el público con el decoro que merece. La ocasion es de ganar mucha gloria ó mucho vituperio, y yo nada debí omitir de cuanto pudiese contribuir al logro de la primera y evitar el segundo.

Tambien reconozco que la mayor parte de lo que llevo propuesto no debe desempeñarse sin otro viaje á Granada. Lo único que hay en el expediente relativo á mis proposiciones es la descripción de los edificios que presenté á la Academia el digno individuo destinado á esta empresa; pero esta descripción, dirigida á diferente objeto, no abraza estas ideas; y como por otra parte la muerte nos ha robado á su autor, que pudiera á viva voz suplir lo que falta en ella, parece indispensable completar por medio de nuevas observaciones este plan, que yo propongo al exámen de la junta, como el único que puede contribuir al esplendor de la Academia. Madrid, etc.

## ELOGIO

DE DON VENTURA RODRIGUEZ, ARQUITECTO MAYOR DE ESTA CORTE; PRONUNCIADO EN LA SOCIEDAD ECONÓMICA DE MADRID, Y ADICIONADO CON NOTAS DEL MISMO AUTOR.

SEÑORES: Si el aprecio que debe una nacion á los talentos se ha de graduar por la suma del bien que le granjean, el individuo que hemos perdido, y cuyo elogio habeis fiado á mi voz, será ciertamente uno de los mas justos acreedores á la estimacion de nuestra patria. Don Ventura Rodriguez, dedicado á la primera, á la mas difícil, á la mas importante y necesaria de las bellas artes, consagró á su ejercicio y perfeccion su vida y sus talentos, la levantó desde la mayor decadencia al mas alto grado de esplendor, arrancó á la opinion pública el título de primer arquitecto de su tiempo, y fijó en él la época mas brillante de la arquitectura española. Grande en la invencion por la sublimidad de su genio, grande en la disposicion por la profundidad de su sabiduria, grande en el ornato por la amenidad de su imaginacion y por la exactitud de su gusto, reunió en sí todas las dotes que constituyen un arquitecto consumado, y se hizo digno de ser propuesto á la posteridad como un modelo.

Tal es, señores, la idea que os voy á dar de este digno socio, y tal el obsequio que su memoria exige de nuestra gratitud. Rindámosle, pues, el tributo de alabanza que le es tan debido, y mientras el vulgo, deslumbrado por el esplendor de la riqueza y de las dignidades, no sabe apreciar á los hombres por lo que valen, sino por lo que representan, acreditemos nosotros á la patria que el aprecio y la recomendacion del verdadero mérito es la primera virtud de sus amigos y la mas sagrada obligacion de nuestro instituto.

Don Ventura Rodriguez, individuo de esta sociedad, primer arquitecto de Madrid y de la santa iglesia de Toledo, académico honorario de la de San Lúcas de Roma, y director general de la real academia de San Fernando, nació en la villa de Ciempozuelos, inmediata á esta corte, el día 14 de julio de 1714 (1), y parece que la Providencia le destinaba desde entonces al restablecimiento de nuestra arquitectura, colocándole en el país y en la época de su mayor decadencia. Una temprana y vehemente inclinacion al dibujo confirmó este presagio, que acaso presintieron sus padres, cuando, contra el órden de las comunes ideas, lejos de apagar, animaron esta primer centella de su genio.

Si Rodriguez no debió á la naturaleza los títulos pomposos con que distingue aquellas opulentas familias condenadas á ser alternativamente en un estado objeto de la veneracion y la censura de las demás, no miremos esto como mengua suya. Nació en una fa-

milia hidalga, pero pobre, debió á la medianía de su fortuna la educacion que conduce naturalmente á las profesiones útiles, y si por una parte no tuvo que avergonzarse de su origen, por otra halló en él aquella venturosa necesidad, que es madre de la virtud y el mejor estímulo de los grandes talentos.

El que debió Rodriguez á la Providencia le llevó sin arbitrio al ejercicio de las bellas artes. Dotado de un entendimiento exacto y profundo, de una imaginacion fecunda y brillante, y de un carácter reflexivo y grandioso, ni podía ser incierta su vocacion ni tardíos los testimonios de su aprovechamiento.

Dado al dibujo, fué primer objeto de su aficion aquella arte sublime y criadora, que extendiendo su imperio sobre toda la naturaleza, arrebató sin arbitrio en pos de sus encantos los espíritus mas elevados, y es al mismo tiempo delicia de las almas tiernas y sensibles.

Por esta senda hubiera llegado muy presto á la primera reputacion. Ya no existian en España aquellos célebres pintores que la habian dado tanto esplendor en el siglo precedente. Coello y Carreño habian fallecido sin dejar herederos de su talento y de su fama, y la pintura, reposando en el monumento que habia alzado á su gloria Palomino, su cronista, esperaba un restaurador bajo el augusto patrocinio de los Borbones. El vigor y la gracia que resplandecian en los dibujos de Rodriguez le anunciaban ya á la nacion, cuando el cielo, que reservaba este triunfo á otras manos, le extravió hácia la arquitectura, y le puso en la senda que debia conducirle á una gloria mas sólida y colmada.

El ingeniero en jefe, don Estéban Marchand, director de las reales obras de Aranjuez, viendo casualmente los dibujos de Rodriguez, que era entonces de solos catorce años, le agregó á sí, le dió las primeras lecciones de su arte, y conociendo su aprovechamiento, le empleó en calidad de delineador en la extension de aquel bello palacio, que ejecutaba entonces de órden de Felipe el Animoso. Allí fué donde la necesidad de seguir los antiguos planos presentó á Rodriguez la ocasion de observar las máximas del célebre Juan de Herrera, y allí donde sintió por la primera vez la secreta analogia que la naturaleza habia puesto entre el carácter de este gran maestro y el suyo, naturalmente inclinado á la grandiosidad sencilla y majestuosa.

Trabajó Rodriguez al lado de Marchand hasta 1733, y con Galuchi y Bonavía, sábios pintores y arquitectos



de la corte, hasta 1735, delineando todas las obras que se proyectaron en Aranjuez, y haciendo cada día en su arte mas señalados progresos.

Entre tanto el incendio del alcázar de Madrid habia inspirado al gran Felipe la idea de erigir una augusta morada á los sucesores del trono que acababa de afirmar con diestra vencedora. Esta empresa, la mayor que podia presentarse á la arquitectura, clamaba por el primero de sus genios. Lo era entonces Yubarra (2), cuya fama, adquirida en los magníficos palacios, templos, teatros y otros edificios con que decoró á Roma, á Mesina, á Turin y á Lisboa, resonaba ya en toda Europa. Fiase la nueva empresa á este célebre profesor, viene á Madrid, columbra el talento de Rodriguez, le llama á su lado, le nombra su delineador, se vale de su auxilio, y juntos trabajan aquel precioso modelo, que aun hace nuestra admiracion, y cuyo abandono lloran todavía las artes y las musas (3).

La delineacion de esta obra insigne y la conversacion de este hombre célebre engrandecen el genio de Rodriguez, fecundan su imaginacion, rectifican su juicio, y desenvuelven todas las semillas de orden, de gusto y de grandiosidad con que la naturaleza habia enriquecido su carácter.

Muerto Yubarra en 1736 (4), concluyó Rodriguez solo el magnifico plano que habia dejado incompleto; y nombrado Sacchetti para formar otro en el mismo sitio que ocupara el antiguo alcázar, le ayuda tambien Rodriguez como su primer delineador. En este ministerio levanta los planos del suelo, plaza y calles aya-centes al antiguo palacio, asiste á delinear todas las obras del nuevo, se ocupa continuamente en su ejecucion, sustituye á Sacchetti en todas sus ausencias, y le arrebatada por este medio una gran parte de la gloria cifrada en tan ilustre empresa.

El mérito adquirido en ella y en las obras de Aranjuez y San Ildefonso le iban proporcionando para mayores empresas. A la edad de veinte y cuatro años se halla nombrado primer aparejador del real palacio; empieza á trabajar por sí solo en Madrid y en las provincias, y su reputacion, no cabiendo en los confines de España, penetra en Roma, le obtiene sin manejos el título de académico de San Lucas, y este honor extranjero le empeña con mayor ardor en el servicio de su patria (5).

Desde entonces se le consulta, se le oye, se respetan sus dictámenes á la par de los del primer arquitecto, y se adoptan con preferencia. Así sucedió con los de las obras exteriores, plaza, bajadas al campo y jardines del Palacio, en que tuvo la ventaja de conciliar, mejor que Sacchetti, la belleza y comodidad de los accesorios con la majestad y conveniencia del objeto principal. De este modo el genio inmortal de Rafael de Urbino, despues de haberse perfeccionado sobre las pinturas de Buonarota, las superó del todo en expresion y belleza, triunfando, por decirlo así, de sus mismos dechados.

Tal era la suerte que estaba reservada á Rodriguez: sobresalir entre lo mas sobresaliente de su profesion, y aparecer ante los profesores de su tiempo como un modelo. Cuando el padre de los Borbones pensó en vincular las bellas artes en una nueva academia. Ro-

driguez se halla entre los mejores maestros de arquitectura, da las primeras lecciones en la junta preparatoria, deja atrás el celo de los artistas extranjeros, y es al fin nombrado primer director de su arte. De forma que al consolidarse bajo Fernando el Pacifico un establecimiento tan glorioso á las artes españolas, se vió ya al frente de la arquitectura el hombre que debia restablecer su esplendor entre nosotros.

Mas ¡ah, cuán deplorable era entonces el estado de nuestra arquitectura! Yo quisiera, señores, excusaros el disgusto de oír su triste descripcion. Pero ¿podré descubrir sin ella el abismo de ignorancia y mal gusto en que la halló Rodriguez sepultada? Podré fijar aquel lejano punto de donde partió en su larga y penosa carrera? Destinado á restituírle su antiguo decoro, debia subir hasta su origen, observar sus progresos y sus vicisitudes, y estudiar su historia en los edificios de sus diversas épocas. Tal es la ventaja de esta arte provechosa; sus grandes monumentos, resistiendo al torrente destructor de los tiempos, que perennemente cambia y desfigura la superficie del globo, duran y permanecen por largos siglos, y conservan, hasta en sus ruinas, la historia de la cultura ó la ignorancia de innumerables generaciones.

Rodriguez, llevado sucesivamente por su reputacion á muchas de nuestras provincias, busca en ellas ansioso los edificios célebres de todas las edades; los analiza, los mide, los compara, los sujeta al infalible criterio de los principios del arte. Igualmente enseñado por la observacion de los errores que por la de los aciertos de los siglos pasados, prepara la revolucion con que debia ennoblecer el presente. Vosotros, los que para rebajar su mérito habeis repetido con tanta afectacion: *Nunca estuvo en Roma*, venid, observadle, acompañadle en este estudio, y decidme despues si los largos y distantes viajes, que tanto aumentan cada día el rebaño de los serviles imitadores, han enseñado á ninguno lo que aprendió en sus curiosas expediciones este genio meditador y profundo, mientras que yo, aplaudiendo su celo y siguiendo sus pasos, me atrevo á mezclar un rasguño de la historia del arte al elogio de su restaurador.

Quando Rodriguez, subiendo á las primeras épocas de nuestra arquitectura, tendió la vista sobre la superficie de la España romana, la halló sembrada de aquellos magníficos edificios cuyas ruinas acreditan todavía á la presente generacion el poder y la cultura del pueblo dominador del orbe. Entonces vió cómo el celo del Cristianismo se afanaba por levantar sus iglesias sobre los escombros de estos insignes monumentos, y cómo las artes ofrecian resignadas el sacrificio de su antigua pompa al nuevo culto que empezaba á santificarlas, empleándolas en objetos mas sublimes y mas dignos de su majestad y belleza (6).

A este glorioso espectáculo vió suceder una escena de horror y desolacion para las artes. Los visogodos, no por espíritu de destruccion, como el vulgo cree, sino por sistema de religion, miraron con escándalo los templos, los teatros, los circos consagrados á un culto que habian sinceramente abandonado y proscrito.

Sin gusto, sin conocimientos y sin cultura propia,

no apreciando otra gloria que la adquirida en las campañas, ni formando mas designios que los que conducian á esta gloria, estuvieron muy lejos de imitar la magnificencia romana, y prefirieron en sus habitaciones la sencillez septentrional. Su dominacion, que forma una época señalada en la historia de los conocimientos humanos, pareció á Rodríguez singularmente memorable por el vacío espantoso que ofrecia en la de nuestra arquitectura (7).

A la entrada del siglo vin los árabes abren á los ojos de Rodríguez otra perspectiva todavia mas desagradable. La arquitectura, acogida por la religion entre los visogodos, habia hallado á lo menos un pobre asilo en los templos católicos; mas los árabes los arrasan todos desde Tarifa á Gijón; nada se libra de los golpes de su brazo asolador (8), y la pequeña porcion de españoles que se salvara del naufragio, libre ya de su riesgo, cuida solamente de reganar paso á paso el país que habia perdido en un instante.

En tan difícil situacion Rodríguez descubre apenas las bellas artes. La guerra y la reconquista, únicos objetos del pueblo asturiano, fijan el espíritu de su constitucion, y las costumbres emanadas de este espíritu se hacen, como él, sencillas y feroces. Solo reconocen las artes primitivas que puede conservar la necesidad en una nacion guerrera, mientras las artes de la paz y del lujo, ó quedan del todo ignoradas ó notablemente imperfectas. Rodríguez divisa entre ellas la arquitectura, no sirviendo al gusto y la comodidad, sino á la seguridad y al abrigo. La simetria y la decoracion son objetos enteramente desconocidos en ella, ó del todo sacrilegas á la firmeza y la duracion. Hasta en los palacios y castillos, en que se busca principalmente la defensa, ve Rodríguez que la aspereza de la situacion suple por la robustez de las fabricas, y que se mendigan de la naturaleza remedios contra la insuficiencia del arte. Los monasterios, los templos mismos eran entonces humildes y mezquinos (9), y andaba tan desconocida la magnificencia arquitectónica, que aun no acertó á encontrarla, en obsequio del Ser supremo, el pueblo mas religioso y liberal con la Iglesia y sus ministros.

Tan triste idea formó Rodríguez de la arquitectura desde esta época oscura y turbulenta, y tal será siempre su suerte en los pueblos que condenare la Providencia á la misma situacion. «Cuando se lidia, decia un filósofo (a), por la libertad y los hogares; cuando entro el rumor y tumulto de las armas oye el corazon la voz de tan preciosos intereses, entregarse tranquilamente al estudio de las artes que solo tienen por objeto la comodidad y el gusto seria el mayor, el mas vil extremo de indolencia y de infamia.» Jamás ha desmentido esta verdad la historia del espíritu humano, y cuando Rodríguez le observó entre nosotros en aquellas épocas en que la obligacion sagrada de defender la patria no se liaba, como ahora, á manos mercenarias, le halló continua y ardientemente entregado á este importante objeto, el único que podia darle una ocupacion digna de su grandeza.

Pero los siglos xii y xiii ofrecieron mas digna y ámplia materia á la observacion de nuestro socio. La conquista de Toledo, que trasladó la corte castellana á la antigua capital de los godos bajo Alfonso el Sexto; la célebre victoria de las Navas, que lijó para siempre nuestra superioridad sobre los árabes bajo Alfonso VIII; los viajes á Ultramar, que descubrieron á los europeos las reliquias del lujo asiático; la pompa de los torneos y fiestas públicas, los trovadores y juglares, los romances y cuentos amorosos, y todas las instituciones caballerescas, á que se daba ya tanta estima bajo Alfonso el Sábio, cambiaron enteramente el carácter de los españoles, y produjeron aquella mezcla de ferocidad y galanteria, que distinguirá perpétuamente esta época de las que precedieron y de las que debian seguirla.

La arquitectura sintió tambien esta revolucion, y se acomodó al carácter de su siglo. Desde entonces no buscó ya en sus formas la regularidad, sino la rareza; en sus proporciones no lo bello y lo grande, sino lo atrevido y lo maravilloso, y en su decoracion no la conveniencia y el gusto, sino la profusion y la delicadeza. En esta última parte la arquitectura europea (10) venció la de los orientales. Corrompida la antigua majestad del arte por los persas, por los árabes y por los mismos griegos en el Oriente, pasó sin ella á los alemanes, franceses, italianos y españoles, que observándola allí durante las cruzadas, la trasplantaron á Europa y la difundieron de repente por todos sus confines. España la adoptó en todo su lujo y sus defectos (11). Robusta y sencilla en las fortalezas, liviana y sumptuosa en los templos, osada y profusa en los palacios, Rodríguez la vió remedar en todas partes la marcialidad, la supersticion y la galanteria de su tiempo.

Pero si esta época enseñó á nuestro socio hasta qué punto puede extraviarse el genio, abandonado á las inspiraciones del capricho, la siguiente le hizo admirar los progresos de que es capaz el mismo genio, dirigido por el estudio y la observacion á los principios de un arte. Entonces vió cómo el estudio de las obras de Vitrubio y la observacion de los monumentos antiguos dieron á Italia un Brunelleschi, un Alberti y un Bramante, y cómo mientras Roma empleaba el talento de muchos célebres artistas para perfeccionar la obra inmortal del Vaticano, España ostentaba ya en los dos grandes alcázares de Granada y Toledo cuanto se habia acertado á la perfeccion por el mismo camino.

Sin embargo, la arquitectura en esta crisis pasó por una segunda infancia, y tuvo los vicios de esta edad. Igualmente distante de la majestad griega que de la osadia alemana, se acercó mas en las formas á la primera, y usó de los adornos con mas gusto y parsinonia que la segunda. Debió á Sagredo su doctrina, á Machuca y Covarrubias su espíritu, y á Berruguete, Badajoz, los Vegas y los Salamancas, su gracia y su riqueza (12). Solo un paso le faltaba para restituirse á su antiguo decoro, y Rodríguez, que habia corrido rápidamente los pasados tiempos, impaciente por llegar á este punto, se detuvo en él á considerar muy despacio los esfuerzos con que Toledo y Villalpando abrian aquella senda gloriosa, que corrió despues tan denodadamente el inmortal Herrera, hasta que logró

(a) Adam Ferguson, *An Essay on the history o. civil society*, part. III, sec. 1. (Nota del autor.)



vincular en la maravilla de San Lorenzo su gloria y la del arte.

Pero tal es la condicion de las cosas humanas, que nada hay seguro, nada durable sobre la tierra. La gloria misma de las naciones; esta gloria, comprada con tan sangriento afán y poseida con tan loco entusiasmo, pasa como un relámpago que en la oscuridad de la noche ilumina por un instante la bóveda del cielo, para restituirla despues al imperio de las tinieblas. Los títulos pomposos, de que tanto se precian los pueblos; los títulos de guerreros, de sábios, de poderosos y opulentos, pasan incesantemente de unos en otros, siempre acompañados del orgullo y vana confianza, que al fin los envilecen y destruyen con la misma vicisitud. Apenas poseyó España por una centuria la gloria que le habian adquirido tantos valientes soldados, tantos sábios famosos y tantos célebres artistas, cuando apareció ya aquel triste período en que la literatura, las artes y las ciencias caminaron á su ruina al mismo paso acelerado que la riqueza, el poder y la gloria del imperio español.

En esta edad de corrupcion, abandonados otra vez los principios del arte de edificar, volvió á adoptar el capricho de los arquitectos todas las extravagancias que habia inventado el de los escultores y pintores. Aquellos convertidos en tallistas, para servir en los templos á una supersticion tan vana y tan ignorante como ellos, alteraron todos los módulos, trastocaron todos los miembros, desfiguraron todos los tipos del ornato arquitectónico, y produjeron una muchedumbre de nuevas formas, si muy distantes de la sencillez y majestad de las antiguas, mucho mas todavía de la decencia y el buen gusto. Pasó la depravacion á los pintores destinados á figurar cuerpos de arquitectura para el adorno del teatro del Buen-Retiro, y mientras Montalban, Rojas y Matos-Fragoso engalanaban con indecentes atavíos las musas dramáticas, para lisonjear el mal gusto de los cortesanos de Felipe V y Carlos II, Barnuevo, Ricci y Donoso prostituian la arquitectura, disfrazándola y sacándola á la escena sin unidad, sin gracia y sin decoro (13).

En medio de esta corrupcion general de principios, Rodriguez observó que el torrente de la opinion iba arrastrando los arquitectos hácia el error que habian autorizado ya los escultores y pintores. Viendo aplaudir desde la corte hasta en la mas humilde aldea los mónstruos que engendraba el mal gusto y que abortaba la ignorancia, ¿quién podria separarlos de una senda que conducia tan seguramente á la riqueza y al aplauso? Cedieron por fin al ejemplo, y trasladaron á los pórticos, frontispicios y fachadas las extravagancias de los retablos y escenas. Desde entonces los templos, las casas, las fuentes, los edificios públicos y privados, todo se cubrió de torpes gámbainas y groseros follajes; monumentos ridiculos que testifican todavía la barbarie de quien los hacia y el mal gusto de quien los pagaba.

Tal era el que dominaba á la entrada del siglo XVIII, y mientras Rodriguez consagraba su juventud al estudio de los buenos y sólidos principios de la arquitectura, Barbás, Tomé, Churruiguera y Ribera llevaban

la corrupcion del arte, en Sevilla, en Toledo, en Salamanca, y aun en Madrid, á aquel extremo de depravacion donde suele ser necesario que toquen los males públicos para empeñar á la indolencia en su remedio (14).

El que necesitaba la arquitectura abrazaba todos sus objetos. Los arquitectos mas nombrados de aquella edad no sabian hallar la majestad para los templos, el decoro para los edificios públicos, ni la comodidad y la gracia para los particulares. Privados de conocimientos matemáticos, ignorantes de los principios de su profesion, y entregados á su solo capricho, violaban á porfía todas las máximas de la razon y el gusto, y se alejaban mas y mas cada vez de la belleza que no puede existir fuera de ellos.

Entre tanto Rodriguez, nacido para establecer su imperio, é instruido por la enseñaanza y el escarmiento de las edades pasadas, iba acreditando su doctrina con obras dignas de los mejores tiempos. Su mérito, antes sobresaliente á vista de los mas famosos extranjeros, brillaba casi solo en la corte y en las provincias; y cuando llegó á su mitad el presente siglo, la gloria de nuestra arquitectura descansaba enteramente en sus obras.

¿Cuán digna, cuán agradablemente llenaria su descripcion esta parte de mi discurso, si sus estrechos limites pudieran contenerla! ¿Qué campo tan abierto y proporcionado para hacer brillar á un mismo tiempo las bellezas de la elocuencia, unidas á las de la arquitectura! Qué materia tan abundante no prestarian al elogio de Rodriguez el bello templo de San Márcos de Madrid y la excelente colegiata de Santa Fe de Granada, las magnificas capillas de Zaragoza y Arenas, los suntuosos palacios de Liria y Altamira, el elegante pórtico de los Premostratenses, y las preciosas obras con que enriqueció las catedrales de Toledo, de Cuenca, de Jaen y Pamplona! Pero tan digna empresa pide otra pluma mas sabia y delicada. ¡Ojalá que entre los herederos del nombre y la doctrina de nuestro socio se encontrara alguna que dedicada á formar la historia científica de sus obras, vincule en ella el mejor y el mas durable monumento de su reputacion!

Mas ¡ah, que un adverso influjo se oponia obstinadamente á esta misma reputacion! Digámoslo de una vez; digámoslo para confusion nuestra y para la enseñaanza de nuestros venideros: la envidia, perenne acechadora del mérito y atroz perseguidora de los grandes talentos, no pudo ya tolerar los de Rodriguez, y al paso que iba creciendo la fama de este insigne arquitecto, redoblaba su saña y artificios para oscurecerla. Escondida ó déscarada, astuta ó insolente, segun le venia mejor para asestar sus tiros; ora adulando la ignorancia, ora acariciando la miseria; tomando aquí por pretexto la seguridad pública, y allá la conveniencia privada, contrariaba á todas horas y en todas partes los designios que este gran genio formaba para inmortalizarse en el silencio de su retiro.

¿Quién se atreveria á pronunciar tan amarga verdad, si no existiesen los vergonzosos testimonios en que está consignada? Si, señores, los principales, los mas dignos trabajos de don Ventura Rodriguez han quedado sin ejecucion. El proyecto de un hospital general, en que

brillan á porfía la sencillez, la comodidad y salubridad, tan necesarias en estos asilos de la humanidad doliente; el de un suntuoso y magnífico convento para los pobres y humildes hijos de san Francisco, el de un devotísimo oratorio para los de san Felipe Neri, el de una riquísima iglesia, de forma elíptica, decorada con toda la pompa del orden corintio, para los de san Bernardo; de un palacio para los correos, de otro para la suprema luquiscion, y en fin, de una muchedumbre de edificios, ideados por orden del Gobierno ó por encargos de particulares, forman un riquísimo tesoro de preciosas obras, escondidas en la coleccion de sus papeles, y robadas á la comodidad y al decoro público por la envidia y la calumnia.

Robadas al público, sí, mas no á la reputacion de Rodriguez, que está apoyada en ellas. Y á la verdad, ¿qué es lo que resta al arquitecto despues de haber perfeccionado sus planes? La ejecucion ya pertenece á otra mano, y acaso en esto mas que en otra cosa se distingue su profesion de las demás. Cuando el genio criador de la arquitectura, guiado por la sabiduría é inflamado del deseo de inmortalidad, concibe un diseño digno de ella; cuando inventa, mide, calcula y distribuye su objeto; cuando proporciona cada parte á su destino, y de la sábia combinacion de todas hace que resulte la armonia general, cuando da en la unidad un apoyo y un vínculo á esta misma armonía; en fin, cuando concilia la solidez con la conveniencia y la belleza con la comodidad, todo está hecho. Lo que resta no es ya la parte noble, sino la mecánica del arte; no pertenece al arquitecto, sino al aparejador; en una palabra, no es obra del ingenio, sino de las manos.

Pero ¡ah! la arquitectura no puede existir sin su auxilio, y esta necesidad fué tambien funestísima á nuestro socio. ¿Cuántas de sus obras, ejecutadas fuera de su vista, carecen hoy de aquella belleza original que les imprimiera su inventor! En la arquitectura, donde todo es exacto, todo geométrico, todo sujeto al compás y la regla, el menor extravío pro luce los mas grandes defectos. Una levisima infidelidad en la observancia del plan, un pequenísimos desenido en la exactitud de las medidas, cualquiera falta de diligencia y gusto en la ejecucion de los adornos, bastarian á corromper las sábias ideas del mismo Vitrubio. ¿Qué seria de los planos de Rodriguez, tantas veces fiados en las provincias á manos mercenarias, (y ¡qué manos, buen Dios!) á codiciosos destajistas, y tal vez á torpes é imperitos albañiles!

¡Imparcial posteridad, tú no juzgarás á Rodriguez por los errores ajenos, sino por los aciertos propios! Justa aprecioadora del mérito, distinguirás la perfeccion y sublinidad de sus ideas de los vicios de la ejecucion, y atribuirás la gloria ó el descrédito á quien los hubiere merecido. Cuando tú fallares, la envidia habrá enmudecido ya, y mil obras célebres, que durarán mas que sus débiles ecos, confirmarán por largo tiempo la rectitud de tus juicios. La confirmará aquella rica y graciosa decoracion que consagró Rodriguez á la majestad del culto en la nueva capilla real y en los templos de la Encarnacion, de San Isidro y del Salvador de Madrid. La confirmará la memoria de aquellos

monumentos magníficos, testimonios del amor y regocijo público con que esta capital abrió sus puertas al monarca que mas debia realzar su esplendor. La confirmarán los bellísimos adornos que, como primer arquitecto de Madrid, hizo ó proyectó para hermosear su gran paseo; obra digna del ilustre y celoso ciudadano que la emprendió, digna de la edad de Carlos III, y el mejor ornamento de su corte. La confirmará la excelente mina destinada en el mismo sitio á la seguridad y al aseo público, y comparable á la gran cloaca en que Dionisio y Casiodoro creian cifrada la magnificencia romana (15). Y sobre todo, la confirmará el siguiente edificio de Covadonga, nuevo milagro que va á sustituir la piedad al que nos robó la Providencia en los montes de Asturias.

Permitidme, señores, que en este portentoso sitio haga una breve detencion. ¿Quién, transportado á él, no sentirá su alma llena y penetrada de las venerables memorias que recuerda? Un horrible incendio consumió en 1773 aquel humilde templo, que sostenia el brazo omnipotente, donde la respetable antigüedad hacia excusada la magnificencia, y donde la devocion corria desalada de todas partes á derramar su ternura y sus lágrimas. Este triste suceso lleno de luto al pueblo asturiano, se difundió por toda la nacion, penetra hasta el trono del piadoso Carlos III, y conmovido su real ánimo, resuelve la ereccion de un nuevo y magnífico templo, concede libre curso á la generosa piedad de sus vasallos, y les da, con sus hijos, el primer ejemplo de liberalidad.

Rodriguez, nombrado para esta empresa, vuela á Asturias, penetra hasta las faldas del monte Auseva, y á vista de una de aquellas grandes escenas en que la naturaleza ostenta toda su majestad, se inflama con el deseo de gloria y se prepara á luchar con la naturaleza misma. ¿Cuántos estorbos, cuántas y cuán árduas dificultades no tuvo que vencer en esta lucha! Una montaña, que escondiendo su cima entre las nubes, embarga con su horripidez y su altura la vista del asombrado espectador; un rio caudaloso, que taladrando el cimiento, brota de repente al pié del mismo monte; dos brazos de su falda que se avanzan á ceñir el rio, formando una profunda y estrechísima garganta; enormes peñascos, suspendidos sobre la cumbre, que anuncian el progreso de su descomposicion; sudaderos y manantiales perennes, indicios del abismo de aguas cobijado en su centro; árboles robustísimos, que le miran poderosamente con sus raíces; ruinas, cavernas, precipicios... ¿qué imaginacion no desmayaría á vista de tan insuperables obstáculos?

Mas la de Rodriguez no desmaya, antes su genio, empeñado de una parte por los estorbos, y de otra mas y mas aguijado por el deseo de gloria, se muestra superior á si mismo, y hace un alto esfuerzo para vencer todos los obstáculos. Retira primero el monte, usurpando á una y otra falda todo el terreno necesario para su invencion; levanta en él una ancha y majestuosa plaza, accesible por medio de bellas y cómodas escalinatas, y en su centro esconde un puente que da paso al caudaloso rio y sujeta sus márgenes; coloca sobre esta plaza un robusto panteon cuadrado con gra-



ciosa portada, y en su interior consagra el primero y mas digno monumento á la memoria del gran Pelayo; y elevado por estos dos cuerpos á una considerable altura, alza sobre ella el majestuoso templo, de forma rotunda, con gracioso vestíbulo y cúpula apoyada sobre columnas aisladas; le enriquece con un bellissimo tabernáculo, y le adorna con toda la gala del mas rico y elegante de los órdenes griegos.

¡Oh, qué maravilloso contraste no ofrecerá á la vista tan bello y magnifico objeto en medio de una escena tan horrible y extraña! Dia vendrá en que estos prodigios del arte y la naturaleza atraigan de nuevo allí la admiracion de los pueblos, y en que disfrazada en devocion la curiosidad, resucite el muerto gusto de las antiguas peregrinaciones, y engendre una nueva especie de supersticion, menos contraria á la ilustracion de nuestros venideros.

Pero á Rodriguez no le fué dado gozar de tan sabrosa consolacion. Condenado, como todos los grandes genios, á no gustar anticipadamente en sus dias los dulces premios de la posteridad, iba caminando á su término, siempre perseguido de la envidia y la desgracia. Varios estorbos retardaron el principio de esta obra, que era la primera en su estimacion por su grandeza y singularidad, y esta tardanza dió tiempo á la envidia para minar contra ella. Fué necesaria toda la proteccion, toda la constancia de un tribunal firme, ilustrado, para acallar los clamores de la ignorancia, conjurada en su ruina. ¿Quién lo creyera! Los mas obligados á promover su ejecucion fueron los primeros á resistirla. La paciencia mas templada, la moderacion mas reflexiva apenas bastan á contener el horror que inspiran los ruines manejos del interés personal, quando con máscara de celo resiste el bien y se conjura contra los que le aman y promueven.

No, señores, yo no callaré estas verdades, cuya triste repeticion hace mas necesaria la corrupcion de nuestra edad, ni dejaré sin respuesta aquel grito general de acusacion tan livianamente pronunciado contra el mérito de Rodriguez, y que llenó su vida de tantas amarguras. La ruin economia le lanzó, y la envidia le difundió por todas partes. Sí, señores; Rodriguez fué grande, fué magnifico, y si se quiere, fué dispendioso en sus ideas; pero fué lo que debía. Quando se erige sobre la tierra una morada á aquel Dios que no cabe en la inmensidad de los cielos, quando se quiere apoyar el esplendor de una corte ó de una populosa ciudad en la magnificencia de sus edificios, ora estén consagrados á la administracion pública, ora á la recreacion y solaz de los pueblos, ora en fin á su aseo, á su seguridad ó al alivio de sus miserias, el artista que temporizando con las ruines ideas de su siglo, les sacrifica la dignidad de su profesion y de los objetos que se le fían, solo dejará en pos de sí un rastro de ignominia, que perpetúe en la posteridad la infamia de su nombre.

¿Y acaso estarán exceptuados en esta regla los edificios particulares? ¿No habrá alguna relacion entre ellos y las jerarquias del Estado? ¿Por ventura ignoran los ricos-hombres de Castilla que el lustre de su clase se alimenta de la opinion y muere en la oscuridad de sus

individuos? Pues ¡qué! despues de haber abandonado sus antiguos solares, venerables monumentos de la grandeza de sus mayores; despues de haber venido á confundir su esplendor en el océano de luz que inunda el solio, ¿no se atreverán á levantar en la corte una morada que los distinga de la muchedumbre, y que vincule el lustre de su cuna y el decoro de sus familias?

¡Oh tiempo venturoso para las artes, aquel en que los Toledos, los Bazanes, los Vargas, celosos de conservar su heredado esplendor, y no contentos de verlo aumentado con heróicas hazañas, sacrificaban una parte de su fortuna á la ereccion de palacios magnificos, donde su nombre brilla todavia á par del de los artistas que emplearon!

Rodriguez, no inferior á los que vivieron en tan dichosa edad, observó constantemente sus máximas, y mientras la envidia condenaba su profusion, seguia tranquilamente tratando los objetos que se le encargaban con toda la dignidad que exigia su decoro y el de sus dueños, y que era tan conforme á su mismo carácter.

Pero esta senda, tan segura para llegar á la gloria, no lo era ciertamente para subir á la fortuna. La envidia alzó el grito, y puestas de su parte la ruindad y la preocupacion, estorbaron la ejecucion de sus mejores obras. No importa; vendrá un tiempo en que la posteridad, mas imparcial, buscará entre el polvo sus diseños, ansiosa de realizarlos, y le vengará de una vez de la injusticia de sus contemporáneos.

Entre tanto aquella injusticia le hubiera hecho muy infeliz, si como era grande en calidad de arquitecto para no merecerla, no lo fuese tambien como hombre para despreciarla. En esta parte su modestia era incomparable, y tanto mas digna de elogio, cuanto mas rara y mas difícil de reunir con la elevacion de ánimo que suponen los grandes talentos. Siempre perseguido, ¿quién le oyó jamás una queja? Nunca bien recompensado, ¿cuándo prorumpió en el mas ligero desahogo? Cercado continuamente de envidiosos y malquerientes, ¿cuándo dió la mas pequeña señal de odio ó malevolencia?

Parece que por hacer mas heróico su sufrimiento se privaba hasta de aquellos justos desenfados con que tal vez el mérito ofendido deposita sus resentimientos en el seno de la consoladora amistad. No era Rodriguez insensible, no; pero su constancia, superior á su sensibilidad, le habia inspirado aquella alta firmeza que sabe sufrir y callar; don sublime de la filosofia, que infundiendo el conocimiento de los hombres, enseña al mismo tiempo á compadecer sus flaquezas y á despreciar sus injusticias.

Tanta constancia, tan admirable modestia no podian quedar sin premio, y si el cielo no recompensó á Rodriguez con aquellos dones de fortuna en torno de los cuales giran tan oficiosas de continuo la ambicion y la codicia, le dió á lo menos en la ostimacion de sus amigos un bien mas abundante, mas digno de su alma y mas apeteido de ella.

Si yo tratase de formar aqui el catálogo de las personas que honraron á Rodriguez con su amistad y con

su aprecio, ¡qué nombres tan augustos y respetables no pudiera pronunciar en este instante (16)! Pero la posteridad no los ignorará; ellos pasarán hasta las últimas generaciones con las obras célebres que le confiaron, y que serán otros tantos monumentos de su celo y buen gusto.

Uno solo indicaré, que no me permiten pasar en silencio la notoria amistad y proteccion constante con que distinguió á Rodríguez. Hablo de aquel sábio ciudadano que hoy ocupa tan dignamente la primera silla de la magistratura (a); de aquel insigne patriota, que no contento con haber señalado su celo y sabiduría en una serie jamás interrumpida de útiles y gloriosos trabajos, se afanó siempre por acrear á sí los mayores talentos de su tiempo, para empeñarlos en el bien de la nacion. Su casa, abierta siempre á la aplicacion y al mérito, parecia la morada propia del ingenio, y cualquiera que debia á la Providencia este don celestial, estaba seguro de ser en ella acogido, apreciado y distinguido. Lemaux, el mas sábio de nuestros ingenieros; Mengs, el primer pintor de la tierra; Castro, á quien tanto debió la escultura española; Rodríguez, el restaurador de nuestra arquitectura, se vieron asiduamente en aquel pequeño círculo, donde la ciencia y la virtud, únicos títulos de entrada, igualaban á los concurrentes y hacian de la conversacion ordinaria un teatro de erudicion y una escuela de la mas útil y provechosa doctrina.

Aquí fué donde yo noté muchas veces aquella admirable reunion de modestia y de sabiduria que tanto realizaban el mérito de Rodríguez. Vosotros, señores, le visteis brillar tambien en este santuario del patriotismo (17), á cuya ereccion concurrió, y donde le atrajeran su virtud y su celo por el bien público. Grave y sencillo en su porte, urbano y afable en su trato, instruido y comunicable en sus conversaciones, distaba tanto de aquel fausto científico con que algunos hombres, inflados con el aire de la alabanza, pretenden fundar su gloria sobre el desprecio de los demás, como de cierta charlataneria insolente, que decidiendo soberanamente de todo, aspira á arrebatarse el aprecio debido solo á la sabiduria.

Tan incapaz de envidia como de presuncion, ni buscaba alabanzas, contento con merecerlas, ni se afligia del talento ajeno, siempre ansioso de comunicar el propio. Enseñar, dirigir, comunicar sus conocimientos, en una palabra, formar buenos y aprovechados discípulos: hé aquí el primer objeto de su ambicion. Su celo, su mansedumbre, su paciencia, su desinterés, eran en este punto admirables; y mientras otros artistas, huyendo de la publicidad, seguian entre cerrojos sus estériles estudios, condenados á morir sin sucesores de su doctrina, y semejantes á ciertos curanderos, á quienes ninguna razon de humanidad ó decoro obliga á describir el específico que sirve de hipoteca á su codicia, Rodríguez se afanaba por comunicar todos sus conocimientos y depositarlos en una porcion de sobresalientes jóvenes, que hoy hace tanto ho-

(a) El conde de Campomanes.

nor á su nombre, y que trabaja tan ardentemente por igualarle en reputacion.

Tal era, señores, el carácter del compañero que hemos perdido, tan digno de nuestra ternura en calidad de artista como en razon de ciudadano, y tan respetable por sus talentos como por sus virtudes. Vosotros habeis visto cuán dignamente llenó en su vida las obligaciones de ambos títulos, y si algo resta aun para captar vuestra admiracion, venid, vedle y observille en sus últimos dias.

Muchos años habia llevado sobre su semblante el anuncio de su destruccion en uno de aquellos síntomas funestísimos, que al principio fijan apenas la atencion de quien los padece, y fortificados despues con el tiempo, causan infaliblemente su estrago. Pero sin que un riesgo tan vecino y formidable turbase su aplicacion, Rodríguez no cedió un punto del ardor con quo so daba al estudio y al trabajo. Apoderado el mal de sus fuerzas, sufrió con admirable constancia las mas crueles operaciones de la cirujia, dando al mismo tiempo á los cuidados de su profesion todos los instantes que le dejaba libres el de su vida. Madrid disfruta en el dia una muy sencilla y graciosa portada (18), que diseñó en la vispera misma de su muerte. Aquí es, en esta situacion triste y dolorosa, aquí es donde el hombro presenta á sus iguales un espectáculo bien digno de su contemplacion: la paciencia en medio de los mas agudos dolores, y la serenidad en la mayor tribulacion. Este, este es el mas ilustre, el mas heroico triunfo de la virtud. ¿Puede acaso proponer la humana filosofia un objeto mas augusto, mas digno de admiracion y de alabanza? ¡Ah! no, señores, la autoridad, la riqueza, los talentos, lo que se llama sabiduria, no son poderosos de inspirar á los mortales esta tranquilidad, fruto precioso de una vida irreprehensible, y testimonio de una conciencia pura y nunca alterada por el remordimiento.

Tal era la situacion de nuestro socio el 26 de agosto de 1783; de aquel año funestísimo para la arquitectura española, en que la muerte, despues de haber arrebatado violentamente de nuestra vista al ilustre don Carlos Lemaux, y mientras preparaba otro golpe para llevarse tambien al sábio don Julian Sanchez Bort, puso término á los dolores y á los dias de don Ventura Rodriguez, que acababa de cumplir los sesenta y ocho años de su edad (19).

¡Ah! si la envidia, que tanto persiguió en su vida á este célebre artista, oyere mal, aun despues de su muerte, el débil obsequio que hoy consagro á vuestro respeto y su memoria, por lo menos me quedará el consuelo de haber desempeñado dos grandes obligaciones: la de pagar en vuestro nombre el tributo debido á la virtud y al mérito, y la de vengar á un ciudadano quo los reunió de la injusticia de sus coetáneos. ¡Ojalá que este pequeño monumento que hoy levanta mi amistad á su reputacion una para siempre mi nombre con el suyo! Y ojalá que, trasladándolos juntos á la mas remota posteridad, los haga sobrevivir en ella á los edificios perdurables en que Rodríguez dejó vinculada la admiracion y la gratitud de los venideros (20)!



## NOTAS.

## ADVERTENCIA.

Hubiéramos querido excusar estas notas, pero nos ha parecido que la materia del precedente elogio las necesitaba, principalmente en la parte que dice relación á la historia de nuestra arquitectura. Temíamos escandalizar á algunos lectores con varias opiniones que solo pudieron indicarse en el discurso, y que explicadas aquí parecerán acaso bien fundadas. Esta por lo menos es la razon que tuvimos para comentar nuestro texto. Si el comun de los lectores no se satisface con ella, puede ser que los artistas y aficionados den á nuestras reflexiones algun aprecio, y entonces no habrémos perdido el tiempo ni el trabajo.

(1) Don Ventura Rodriguez fué hijo de don Antonio Rodriguez, profesor de arquitectura, vecino de la villa de Ciempozuelos, y de una de las mas antiguas y conocidas familias de aquel pueblo, como mostrará muy bien la siguiente noticia de su ascendencia.

*Bisabuelos.* Don Marcos Rodriguez y doña Catalina Salinero.

*Abuelos.* Don José Rodriguez y doña Micaela Pantoja.

*Padres.* Don Antonio Rodriguez y doña Jerónima Tizon.

Don Ventura Rodriguez.

(2) El abate don Felipe Yubarra, presbítero y abad de Selva, habia nacido en Mesia en 1685 y estudiado la arquitectura en Roma con el caballero Carlos Fontana, célebre en aquella capital bajo los pontificados de Inocencio XII y Clemente XI. Restituido á su patria, ganó allí mucha reputación, la que aumentó en Turin, nombrado primer arquitecto de aquel soberano, y completó despues en otras capitales de Europa. Segun el marqués Maffei, el palacio de Estopinigi, destinado para la diversion y caza del mismo príncipe, es la mas bella de sus obras, pues sin defectos ni extravagancias, se hace tan recomendable por la sabiduría y buen gusto con que Yubarra observó en ella los principios del arte y los buenos documentos de la antigüedad, como por la conveniencia de cada una de las partes con su destino.

El autor de las *Vidas de los arquitectos* (a) rebaja algun tanto este elogio, tachaado á Yubarra de poco amante de la sencillez, unidad y corrección. Algo me parece que peca contra estos dotes el modelo que conservamos sayo, y de que se hablará despues; pero este mismo modelo justifica muy bien que la censura del biógrafo no fué menos severa con Yubarra que con otros célebres arquitectos, cuyo mérito disminuye con demasiada afección.

Don Ventura Rodriguez, elegido por Yubarra con la ocasion que luego referirémos, trabajó á su lado desde que llegó á Madrid basta su muerte; fué de él singularmente estimado, recibió con grande aplicación sus lecciones, y le veneró siempre como á su maestro, confesando que le debía lo mejor que sabia de su arte, y conservándole la mas grata y tierna memoria.

(5) Habiéndose reducido á cenizas en 1731 el antiguo alcázar de Madrid, y venido Yubarra á edificar un nuevo palacio, se preparó para dejar en esta obra el mejor monumento de su pericia. Dotado de gran genio, de mucha doctrina y de largas experiencias, y animado por la grandeza misma de la empresa que se le propuso, concibió un plan magnífico, que no solo comprendia las habitaciones de ceremonia y uso ordinario para la real Persona y familia, servidumbre, secretarías del despacho, oficinas y cuernos de guardia, sino tambien iglesia patriarcal, consejos, biblioteca y otros muchos objetos importantes.

Como para tan vasta obra fuese muy reducido el espacio que ocupara el antiguo alcázar, Yubarra, cuyo espíritu se ceñia difícilmente á límites estrechos, eligió para su plan un sitio capaz de abrazar tantos objetos. En consecuencia proyectó el nuevo palacio sobre el terreno que se extiende fuera de la puerta de los Pozos, entre las de Santa Bárbara y San Bernardino, sitio bien ventilado, de sana y agradable exposicion, y donde además del principal edificio, podia disponer parque, jardines, bosque y

cuantas obras adyacentes conviniecen á la comodidad y al gusto de las altas personas que debían ocuparle.

Dispuesta la traza, se mandó á Yubarra ejecutarla en modelo, lo que empezó á verificar inmediatamente, trabajando en esta obra con la mayor aplicación y esmero, y siempre ayudado de don Ventura Rodriguez, que tuvo gran parte en la empresa, como despues veremos.

Pero tal es la suerte de las artes, y tal la desgracia de los hombres de mérito dados á su ejercicio, que rara vez se pueden combinar sus idas con las de aquellos que los emplean. La corte no quiso conformarse con esta traslación; exigió que el nuevo palacio se idease sobre el mismo terreno que ocupara el antiguo, y Yubarra murió con el desconsuelo de saber que su plan no sería ejecutado.

(4) La muerte de Yubarra se verificó en 31 de enero de 1736, y no en 1735, como equivocadamente supone el citado autor de las *Vidas de los arquitectos*. Para comprobar este hecho con un documento irrefragable, publicamos la adjunta partida de entierro, que hemos reconocido y sacado de los libros parroquiales de San Martín de esta corte. Dice así:

«Certifico yo, fray Antonio Calonge, teniente mayor de cura de la iglesia parroquial de San Martín de Madrid, que en uno de los libros de difuntos de dicha iglesia, al folio 272, hay una partida del tenor siguiente:

«Don Felipe Yubarra, presbítero y natural de Mecina, reino de Sicilia, abad y arquitecto mayor de su majestad, parroquiano de esta iglesia, calle Ancha de San Bernardo, casas del concurso de don Juan de las Peñas, habiendo recibido los santos sacramentos, murió ab intestado en el día 31 de enero de 1736 años, el que se previno de órden del ilustrísimo señor obispo de Málaga, gobernador del Consejo, por el señor alcalde don Gabriel de Roxas y Loyola, y por testimonio que dió Diego Cetilio de Aguilar, escribano real y oficial de la sala de señores alcaldes y de las reales caballerizas de la Reina, nuestra señora, su fecha dicho día, mes y año, consta todo lo referido, y con licencia del señor teniente Vicario se enterró de secreto en San Martín, en la bóveda del santísimo Cristo de los Milagros, en nicho; pagó de rompimiento á su fábrica diez y seis reales.

«Concuerda con su original, á que me remito. San Martín de Madrid y febrero 11 de 1738. — Fray Antonio Calonge.»

Aunque despues de la muerte de Yubarra se encargó á don Juan Bantista Sacchetti el proyecto del nuevo palacio que hoy existe, no por eso se dejó de mirar con aprecio el primer modelo, de que Sacchetti se aprovechó en cuanto pudo, y cuya continuación y conclusion se fió á don Ventura Rodriguez. Consérvase este precioso monumento en uno de los cuartos del callejón que va desde la bajada de Palacio al jardín de la Priora, donde se enseña todavía á los curiosos, y se observa con admiración y deleite por los profesores y amantes de las artes.

Don Manuel Martín Rodriguez, sobrino y heredero de don Ventura, conserva, además de un buen retrato de Yubarra, dos dibujos originales de su mano, que representan dos vistas del Capitolio, hechas de aguadas, y en una manera tan libre y graciosa, que prueban bien el superior gusto y destreza con que aquel insigne artista manejaba la pluma. Las firmas que se leen en ambos dicen así: *Veduta del Campidoglio di Roma, come ol presente si trova, disegnata da me n'el dì 26 de marzo 1709. — Filipp. Yubarra, architetto.*

Los aficionados á la historia de nuestras artes no podrán desaprobarnos que nos hayamos detenido á ilustrar las memorias de un artista que pertenece á ella, y que por haber sido maestro de don Ventura Rodriguez, merecia un distinguido lugar en estas notas.

(5) Por decreto del señor don Felipe V, á consulta de la junta de obras y bosques, de 28 de abril de 1741, habia sido nombrado don Ventura Rodriguez para una plaza de arquitecto aparejador del real palacio, de que se le libró cédula en 18 de junio del mismo año. Ya en este tiempo don Domingo Olivieri, primer escultor de su majestad, pensaba erigir en Madrid una escuela de las artes, y para ello contaba con Rodriguez. Hecha la proposición formal,

(a) Francisco Milizia, *Memor. degli archit. antiq. é moder.*, tomo II, art. Yubarra. (Nota del autor.)

ladró poco en autorizarse la junta preparatoria en que tuvo su cuna nuestra real academia de San Fernando, como se podrá ver mas á la larga en el cuaderno de sus actas, publicado en 1781, á la pág. 91. Los extranjeros Sacchetti, Pavla y Carlier, destinados á la enseñanza de la arquitectura, no pudieron desempeñar este cargo por varias causas de ausencia, enfermedad y ocupaciones. Rodriguez empezó supliendo por ellos, y acabó subrogándolos del todo en esta honrosa tarea.

Entre las obras que trabajó entonces, parecieron singularmente estimables la idea y planos de un magnifico templo, que enviados á Roma y reconocidos por la academia de San Lúcas, merecieron la aprobacion y el aplauso de aquel cuerpo, que acordó en consecuencia distinguir á Rodriguez con el diploma de académico de mérito y justicia en 1747.

Posteriormente, atendiendo el señor don Fernando vi á la distincion que Rodriguez habia merecido de los artistas de Roma, á los progresos que habia hecho en el estudio de las matemáticas, á sus servicios en la obra del palacio nuevo, y al fruto de su enseñanza en la academia de San Fernando, le nombró arquitecto delineador mayor del mismo real palacio, de que se le exedió título en 5 de marzo de 1749.

6. Mientras algun sábio arquitecto, analizando las ruinas de los monumentos romanos y los edificios de la media y última edad que existen en España, se aplica á formar la historia de la arquitectura española, no podrán ser desagradables á sus profesores y aficionados las noticias que tengo recogidas acerca de sus orígenes. Pero lejos de aspirar por este medio á la opinion de inteligente en tan difícil arte, mi objeto no es otro que presentar á los que lo son las reflexiones que la observacion y el estudio me han sugerido, para que, examinándolas á la luz de los buenos principios, hallen menos que vencer en una empresa que les pertenece, y que es por cierto digna de su aplicacion y celo.

Es ocioso subir á épocas anteriores á la dominacion romana, de las cuales no existe ya monumento ni vestigio alguno de cierta fe. Pero que durante ella se llenó España de grandes edificios, es una verdad que puede sentarse como demostrada por la evidencia, conservándose todavia sus ruinas é insignes restos en varias de nuestras provincias.

La suerte que sufrió despues la arquitectura en España fué sin duda la misma que en el resto del imperio, porque las causas de su decadencia fueron unas, comunes y de general influencia. Perpetuase por lo mismo á España cuanto se diga de la historia general del arte en esta primera época.

Los romanos adoptaron la arquitectura de los griegos, la cultivaron en el tiempo de su mayor gloria, y aun la aumentaron con dos órdenes, sin que nos atrevamos á decidir si con esta la perfeccionaron ó corrompieron. Pero ello es que quien lea con cuidado á Vitruvio, hallará que ya bajo el imperio de Augusto habia entre los arquitectos de Roma abusos muy dignos de la censura de aquel sábio profesor, y que empezaba ya el capricho de los artistas á olvidar los principios del arte.

Lo que Plinio indica en varios lugares de su *Historia Natural* acerca del estado de las artes en tiempo de Vespasiano, y lo que dice particularmente del gusto dominante en Roma en cuanto al adorno interior de las casas, no deja dudar que las nobles y sencillas formas del antiguo ornato estaban ya harto olvidadas. ¿Y quién podrá negar que desde entonces fué siempre á oas la corrupcion en aquel siglo y los dos que siguieron?

Constantino, trasladando la silla del imperio á la ciudad que honró con su nombre, alejó los artistas de Roma y de los grandes monumentos con que estaba decorada aquella capital del mundo, porque los arquitectos insignes, que solo pueden residir y trabajar en las ciudades populosas, centro de la riqueza de los estados y teatro de la primera de las artes, debieron trasladarse entonces á la nueva corte. Olvidados pues los nuevos principios, y lejos de los grandes modelos, todo debió ir de mal en peor.

No importa que los arquitectos se hubiesen acercado mas á los bellos monumentos de la Grecia, porque las guerras que habian precedido á la conquista de este sábio pais, los robos que hicieron en él para hermosear á Roma los magistrados y principes aficionados á las artes, y sobre todo, mas de tres siglos de esclavitud, que habian corrido ya entonces, hicieron en ellos grandes estragos, singularmente en el último tiempo, en que las ciencias y el buen gusto habian caído en tan miserable estado.

Digamos los monumentos del siglo iv, y entre ellos la famosa iglesia de Santa Sofia (a), si es que la que hoy existe conserva su forma primitiva, como creen muchos, á pesar de las grandes reparaciones que sufrió, y singularmente de la que habla Felibien en tiempo de Basilio el Macedon (b).

Sin embargo, no puede negarse que en la Europa y el Asia quedaban aun insignes monumentos del buen tiempo, que hubieran durado muchos siglos si una pronta y general revolucion no los hubiese desaparecer de la superficie de la tierra.

Colorado el Cristianismo en el trono, se abrió una guerra feroz y general contra las artes; y la arquitectura, la mas pagana de todas, si así decirse puede, sufrió mas que otra alguna sus estragos. Para comprender hasta donde pudo extenderlos el celo religioso, permítasenos hacer sobre este punto algunas observaciones.

La supersticion gentilica habia mezclado las ceremonias y símbolos de su culto á todos los establecimientos públicos y á todas las ocupaciones de la vida privada; las entradas y salidas de año, sus varias estaciones, las temporadas de siembra, siega y vendimia, los meses, los dias de la semana estaban consagrados á alguna divinidad. Los comicios y juntas públicas, los ejercicios del foro, las ferias y mercados, los juegos y espectáculos se regulaban por el ceremonial religioso. Habia por todas partes templos, aras, altares, y á todas horas sacrificios, lustraciones, expiaciones y ágüeros; pudiendo asegurarse que ningun instante ni lugar dejaba de estar consagrado á los dioses. Estos se habian multiplicado hasta un numero increíble, porque Roma habia tomado los de los pueblos vencidos, y además habia divinizado los entes puramente metafísicos, como la paz, la victoria, la salud, la constancia, el temor, consagrando á cada uno su culto peculiar. Se veian ídolos y simulacros, no solo en los templos, plazas, calles y plazuelas, en los teatros, anfiteatros, circos y basilicas, sino tambien en las casas particulares, donde los penates, lares y dioses caseros se tropezaban desde el umbral hasta en los últimos retretes. Ni los campos estaban libres de esta inundacion, puesto que además de los faunos, sacelos, lucos ó bosques sagrados, sepulcros y otros lugares religiosos, habia dioses rústicos en los caminos, veredas y enrucijadas, en las lindes y cercas de las heredades, y hasta en los huertos y cortinales, sirviendo de términos y mojoneras, y alguna vez de espantajos.

Luego que la religion verdadera se hubo sentado en el trono imperial, empezó á desaparecer esta plaga de ridículos dioses, persecuida acá y allá por las leyes y edictos imperiales y por el celo de los magistrados públicos, como atestigua la historia de aquel tiempo, y se podrá ver en los Comentarios de Gotofredo al código Theodosiano, particularmente al título *De paganis, sacrificiis et templis*.

Nadie duda que Constantino, aunque algo tolerante con la supersticion gentilica, mandó cerrar los templos, cesar los oráculos, suspender los sacrificios, derribar las aras y proscribir todo culto público y doméstico. No está tan generalmente reconocido que procediese tambien á derribar los templos; pero contestando este hecho Orosio, san Jerónimo, Eusebio (c), seria temeridad desecharle de la historia de aquel tiempo.

Sus hijos Constancio y Constante siguieron sus pisadas, derribando los ídolos, aras y templos, y conservando solo alguno de estos fuera de Roma. Libanio se queja amargamente del primero, porque abatió gran numero de templos y profanó otros muchos, dándolos á palaciegos y ramera. La prohibicion de los sacrificios nocturnos, y el castigo de los adoradores de simulacros, aumentado hasta la pena capital, no proeban menos el celo religioso del segundo.

(a) La época de la primitiva construccion de la iglesia de Santa Sofia consta de la *Historia tripartita*, lib. iv, cap. 48, donde Sócrates, hablando del emperador Constancio, dice: *Hac tempore Imperator majorem ecclesiam fabricabat, quae nunc Sophia vocatur, et est copulata ecclesiae, quae dicitur Irene, quam pater Imperatoris, cum esset prius modicus, ad pulchritudinem, magnitudinemque perduxerat, quae modo rebus sub uno circulo contineri noscuntur*; y al cap. 59 del lib. v dice el mismo Sócrates: *Eudoxio patre constituto Constantinopoli, tunc etiam major ecclesia, quae dicitur Sophia, deducitur Consulatu Constantii, et Juliano Caesaris III, quinta decima die februarii mensis*. (Nota del autor.)

(b) *Recueil de la vie et des ouvrages des plus celebres archit.*, tomo v, (Id.)

(c) *In vita Eusebii*, pág. 56. *Fieri namque potest ut istud occultum habuerit Eusebius, ob temporum iniquitatem, quod tunc Constantinum imperium regeret, qui fama toto orbe celeberrima ereticebat, et christianarum aedificia extruebat*. (Id.)



Aunque Julliano hizo despues algunos esfuerzos para restablecer la idolatria y aun el judaismo; aunque Joviano cedió algun tiempo á las circunstancias, y aunque Valentiniano, Valente y Graciano establecieron la tolerancia civil y la libertad de conciencia, consta en Teodoreto que el segundo prohibió el culto gentílico, y el tercero y el cuarto aplicaron al disco todos los bienes de los templos, y la dotacion del culto y sacerdocio en Oriente y Occidente.

Teodosio restableció los antiguos edictos contra la idolatria, y derribó muchos templos, segun Libanio, que deplora muy tristemente esta persecucion, hablando de uno que era famosísimo en Persia. Estos ejemplos bastan para probar cuánto debieron sufrir en esta guerra sagrada, no solo los templos y aras, sino tambien los teatros, circo, basilicas y otros edificios publicos, ó dedicados inmediatamente al culto, ó llenos de simulacros, ó destinados á objetos que perecieron ó cayeron en desprecio con la idolatria.

Si á esto se agrega el afan con que desde entonces algunos emperadores se dieron á aprovechar los restos de los templos paganos para las nuevas iglesias y aun para el adorno de sus palacios y otros edificios, ¿quién dudará que el siglo iv fué el mas funesto de todos para las antiguas artes?

Puédese juzgar por lo dicho de lo que sucedería en España, donde el Cristianismo, predicado y abrazado desde el primer siglo, hizo cada dia mayores progresos. ¿Qué monumentos pudieron conservarse en ella de un culto tan desfavorecido y despreciado en toda su extension? Reconozcamos pues una época en que nuestra arquitectura perdió sus mas bellos modelos, y en que olvidados, por otra parte, los buenos principios, debió ser cada dia mayor y mas general su decadencia.

(7) La época de la dominacion de los septentrionales no tiene arquitectura propia. Estos pueblos no la conocian en el pais de su origen, donde la construccion de groseros y humildes edificios nunca mereció el nombre de arte. Cuando despues establecieron nuevas monarquias en las regiones del Oriente y Mediodia, ya habian adoptado la religion, los usos y costumbres del imperio, a quien antes sirvieron como estipendiarios y aliados; bien que sin sacudir del todo su antigua rudeza, ni admitir mas cultura que aquella de que eran capaces unos hombres groseros, cuya única ocupacion era la guerra y cuyos entretenimientos se cifraban siempre en el ejercicio de las armas.

No era ciertamente su carácter feroz y asolador, como ordinariamente se pinta. Si en sus primeras irrupciones mataron y destruyeron, ¿qué pueblo conquistador de la antigüedad no señaló del mismo modo sus victorias? Era tambien natural que los pueblos afeinados y cultos que invadieron y dominaron, encareciesen sobremanera la idea de sus estragos, y diesen á su vigor y rudeza el nombre de ferocidad y barbarie. Esta sin duda es la causa del terror y espanto con que hablan de ellos los historiadores coetáneos, que despues copiaron sin discernimiento los modernos.

Pero si consideramos á los godos reducidos ya al sosiego y artes de la paz, ¿qué otro pueblo de aquella época ofrece mayores ejemplos de humanidad y templanza? Cuando la historia misma no testificase estas virtudes, ¿quien de los que han examinado y conocen su legislacion no los verá brillar en medio de su sencillez ó ignorancia?

Sea como fuere, sin poder presentarlos como aficionados ni protectores de las artes, pretendemos que no se les debe mirar como sus perseguidores. Si acaso destruyeron algunos de sus monumentos consagrados á la idolatria, atribuyase esto á celo de religion, y no á odio de ellas. Alguna vez los vemos estimarlas y protegerlas, y cuando faltasen otros testimonios, los que dejó el gran Teodorico consignados en las obras de Casiodoro, y otros de que hace memoria Felibien (a), son barto ilustres y suficientes para salvarlos de la nota de destructores de las artes; nota que, á nuestro juicio, se achaca á los padres de la moderna Europa con taeta injusticia, como otras de que algun dia los librarán la sana critica y la imparcial filosofia.

Sin embargo, estamos muy lejos de pretender que las artes hubiesen prosperado bajo su dominacion; por el contrario, hemos asegurado que la arquitectura perdió en ella hasta el nombre. Abandonado enteramente su ornato, olvidadas todas las ideas de proporcion, gusto y comodidad, y reducida, como dice Felibien, al ejercicio de hacer mezclas y levantar paredes, sus profesores no

fueron ya ni se llamaron arquitectos, sino albañiles, á que se dió el nombre de *structores parietarii*, que nosotros traducimos en alarifes.

Es muy dudoso que exista hoy algun monumento de su tiempo. Las iglesias y otros edificios que mandaron levantar, reparados ó engrandecidos despues, ó reedificados enteramente, nada conservan de su forma primitiva. Por eso hemos dicho que su dominacion formaba una época del todo vacía en la historia de la arquitectura.

(8) Los árabes del tiempo de Mahoma no eran menos todos y bárbaros que los primeros pueblos que pasaron el lio, y desde luego se puede asegurar que fueron mas destructores. Una razon no bieo considerada hasta ahora, hizo que sus conquistas fuesen mas funestas á las artes que las que habian precedido; y fué, que queriendo Mahoma levantar su secta sobre la ruina del Cristianismo, el judaismo y la idolatria que dividian entonces el Oriente, trató de inspirar á sus pueblos un horror igual á estos cultos; sistema que no se descubre menos en sus dogmas y leyes que en su conducta civil y militar. De aqui provino aquel furor con que sus tropas se dieron á arruinar cuantos monumentos de arquitectura, pintura y escultura se les presentaban, singularmente si estaban dedicados al culto, cualquiera que fuese; y á esto no ayudó poco la prohibicion de esculpir ó imitar cuerpos animados, que de las leyes judáicas fue trasladado al Alcoran. Púedese inferir de aqui si las iglesias, templos y sinagogas serian exceptuados en la general devastacion de las conquistas mahometanas.

Por lo que toca á España y artes españolas, está llena nuestra historia de testimonios que acreditan hasta qué punto fueron perseguidas y desoladas por estos feroces pueblos; pero entre todos se distingue el del arzobispo don Rodrigo, que vale por muchos. Al cap. 21, del lib. iii de su *Historia de España* se explica así: *Et captæ fuerunt omnes Hispanie civitates, et monibz diripentium sunt subversæ.* Y mas claramente al cap. 24 dice: *Conticuit religio sacerdotum... Adeo enim pestis invaluit quod in tota Hispania non remansit civilis cathedralis, quæ non fuerit aut incensa, aut diruta.*

Varios lugares de la historia de los árabes, escrita por el mismo prelado, confirman esta opinion, y señaladamente el cap. 14, donde contando la desolacion de varias iglesias y pueblos de Francia, que incendió y arruinó Abderramen cuando iba en seguimiento del célebre duque Eudon, dice así: *Oppida et ecclesias devastando, et igne continuo consumendo, et Turonis civitatem, et ecclesiam et palatia vastatione et incendio simili diruit et consumpsit.*

Debemos, sin embargo, prevenir que hablamos de los árabes del primero y aun del segundo siglo de la egira; porque despues, lejos de presentarse en la historia como enemigos de las artes, aparecen ya en ella deseosos de protegerlas, empiezan á ejercitarlas por si mismos, y erian una propia y peculiar arquitectura, de que luego tendremos ocasion de hablar. Pero la época de su cultura no debe confundirse con la de sus conquistas, mas señaladas con testimonios de ignorancia y ferocidad que con ejemplos de humanidad y buen gusto.

Hemos deducir de lo dicho que si algo bueno dejaron los godos en España del tiempo de su dominacion, todo pereció al furor de los árabes, y si algo se salvó todavia de los monumentos romanos, aunque mas antiguos, esto se debería á su grandeza y á su inutilidad. Por eso hemos señalado la época que corre desde la entrada de los godos en España hasta el establecimiento de los árabes en ella, como enteramente vacía para la historia de la arquitectura española.

Nada dirémos de la cruellísima guerra que los iconoclastas hicieron por este tiempo á las artes, porque en ella fué preservada la arquitectura; pero ¿cuánto daño no le habria resultado de los estragos hechos en la escultura y la pintura; artes que sobre ser tan necesarias al ornato arquitectónico, eran las que en la imitacion del cuerpo humano conservaban el modelo de toda proporcion y el tipo de toda belleza?

(9) Los que han tratado de fijar las épocas de la arquitectura miran tambien como vacío para la historia del arte aquel periodo de tiempo que corrió desde la ruina de las monarquias fundadas por los septentrionales hasta la introduccion del gusto que hoy llamamos *gótico* ó *tudescos*. Pero nosotros creemos que el modo de edificar ejercitado en España desde la entrada de los árabes hasta el siglo xiii, teniendo un carácter peculiar y señalado, debe tambien formar una época en la historia de nuestra propia arquitectura. Esta época comprende cuatro siglos y medio, poco mas ó

menos; esto es, desde los principios del *vin* hasta los fines del *xii*, y á ella pertenecen dos especies de arquitectura: una la verdadera y propiamente *arabesca*, de que hablaremos algo en la nota siguiente; y otra, que yo llamaría con mucho gusto, y no sin buena razón, *arquitectura asturiana*, por el país en que principalmente se usó, y de la cual daremos aquí alguna noticia.

Son ciertamente raros y poco célebres los edificios pertenecientes á esta época. En ella la construcción, aunque haría gruesa y maciza, no por eso resultaba sólida, pues no basta acumular materiales para hacer edificios firmes, si los principios científicos no distribuyen el peso y fuerzas de cada parte de la obra según el oficio y destino que tienen en el todo. Fuera de esto, los edificios de aquel tiempo eran humildes y ruines, digan lo que quieran sus encomendadores; estaban todos cubiertos de madera, porque se ignoraba el arte de hacer bóvedas, y de aquí resultaba, no solo la facilidad de incendiarse, sino también la de desplomarse frecuentemente los techos, correrse las aguas, recalcarse las paredes, y llegar mas prontamente al término que la condición precaria de las cosas humanas tiene señalado á las de esta especie.

Sin embargo, Asturias conserva todavía algunos edificios muy preciosos de esta época, que bastan para calificar el gusto dominante en ella. La iglesia del monasterio de Villanueva, del tiempo de Alfonso el Católico; la Cámara Santa de Oviedo, del de Alfonso el Casto; las de San Miguel y Santa María de Naranco, del de Ramiro I; la pequeña del monasterio de Valde-Hijos, llamada la iglesia vieja, del de Alfonso el Magno; las parroquiales de Villamayor, de Villar-Doveyo, de Amandi, de Avamia, de Deva, de Trevias, y otras de incierto tiempo, pero sin duda anteriores al siglo *xii*, ofrecen á los amantes y profesores de arquitectura una curiosa colección de monumentos, por la mayor parte de entera y perfecta conservación, que no se hallarán en otro país alguno, y que señalan exactamente el estado del arte de edificar en este largo período. ¡Ojalá que nuestros profesores, antes de pasar los Alpes en busca de los grandes monumentos con que el genio de la arquitectura enriqueció la Italia, buscasen al pié de los montes de aquella provincia estos humildes, pero preciosos edificios, que atestiguan todavía la sencillez y sólida piedad de nuestros padres!

Entre tanto no me propondré ya á analizarlos, pues aunque los reconozco muchas veces, nunca he tenido el tiempo ni la pericia necesarios para una operación tan prolija y delicada. Pero sí diré que el carácter que les doy en mi discurso se descubre constantemente en todos. Pequeños en extremo, de escaso y grosero ornato, mas macizos que firmes y mas pesados que sólidos; si por una parte indican la ignorancia de sus artífices, por otra prueban mas claramente la pobreza de aquellos tiempos, en que, desatendidos del todo la industria y el comercio, ocupada la nación en la guerra, el pueblo solariego, agricultor y guerrero á un mismo tiempo, y obligado además á sustentar al Rey y á los señores, bacia bastante con extender los productos de su trabajo al puro necesario para llevar estos objetos. No habia pues sobrantes, esto es, riqueza; no habia lujo, no habia bellas artes; ¿cómo pues podría haber cosa que mereciese llevar dignamente el nombre de arquitectura?

Pero una observación muy curiosa ofrecen algunos de estos monumentos; y es, que aunque en ellos se descubren todavía los tipos y miembros del antiguo ornato toscano, bien que bastante alterados en sus formas y módulos, alguna vez presentan tal cual rasgo del gusto y ornato arabesco, como se ve en la Cámara Santa de Oviedo, y en los trepados de las ventanas exteriores de la iglesia de San Miguel de Lino, que son del siglo *ix*, y acaso veodrán del mismo origen los capiteles labrados con caprichos de escultura, como los de la iglesia de Villanueva y otros. Mas no por eso calificaré yo esta arquitectura de arabesca, no solo porque la que hoy lleva este nombre no nació hasta los fines del siglo *viii* ó principios del *ix*, sino porque nada hay mas distante que el carácter de esta y de la que llamamos *asturiana*. No obstante, conjeturamos que, consistiendo entonces la mayor riqueza de las iglesias y señores en esclavos negros, ganados en la guerra, pudo muy bien haber entre ellos algunos arquitectos, así como ciertamente habia algunos orfebres y plateros de este origen, los cuales verosimilmente ayudaron á los artífices asturianos, inspirándoles tal cual idea del gusto oriental acerca del ornato, que ya empezaba á prevalecer entre los suyos. Por lo menos no hallamos otro modo de señalar el origen de este gusto arabesco, que se descubre en alguna de las obras de arquitectos asturianos.

Tales son, por ejemplo, las que construyó Tloda, que vivió y trabajó en tiempo de Alfonso el Casto, y á quien no se puede tener por moro ni por esclavo, porque ni lo sufre la analogía de su nombre, ni menos la distinción y realidad de su persona, que se lee firmando los privilegios reales á la par de los obispos y de los oficiales del palacio (a).

Bien conocemos que esta arquitectura no se contendría dentro de los límites de Asturias por el largo espacio de tiempo que comprendemos en su época. Ella sirvió sin duda para todas las poblaciones y establecimientos hechos por los reyes de Asturias de la parte de acá de los montes, y mucho mas después que trasladada la corte á Leon, á principios del siglo *x*, fué mas rápida la población de aquel reino y el de Castilla. Sin embargo, conjeturamos que hasta después de la conquista de Toledo no pudo engrandecerse ni mejorarse su estilo; y una prueba de esto es, que para encarecer don Lucas de Tuy la excelencia de las obras que mandó construir en Burgos don Alfonso VIII cuando fundó allí el monasterio de las Huelgas, el hospital de Peregrinos y el palacio real, dice, por gran ponderación, que estos edificios se hicieron de piedras ó ladrillo (b), cuya expresión repite, hablando de los que mandó edificar en Leon la reina doña Berenguela (c). Esto nos hace creer que por entonces la mayor parte de las fábricas serian de tapia ó terrizas, ó tal vez de adobes; pues de otro modo, ¿á qué vendrían las expresiones del Tudense, si no consprasen á dar una idea de la magnificencia de aquellas obras? Mas por lo que toca á su carácter, tenemos por cierto que no se alteró ni cambió hasta los fines del siglo *xii*, como esperamos manifestar en las notas siguientes.

(10) Ya están de acuerdo los eruditos en que la arquitectura llamada *gótica* lleva sin razon este título, y que no habiéndola inventado ni ejercitado los godos, no puede pertenecer en manera alguna á los tiempos de su dominación. En consecuencia, han querido distinguirla con otro título que no envolviese una idea falsa ó equivocada de su origen; y persuadidos á que este modo de edificar se debía á los alemanes, le bautizaron sin detención con el nombre de *arquitectura tedesca*, apelativo que ha prevalecido entre muchos modernos, no del todo forasteros en la historia de las artes, y de que hemos nosotros mismos usado alguna vez. Mas ahora vivimos persuadidos á que este último sobrenombre conviene tan poco á la arquitectura de la edad media como el de *gótica*, pues no constando que los alemanes la hayan inventado, mejorado ni ejercitado jamás exclusivamente, creemos que no hay razon bastante para atribuirsele en ningún concepto. Esta opinión nos ha obligado á investigar mas de propósito su origen, y el resultado de nuestras indagaciones dará materia á la presente nota. Creemos que no se esperarán de nosotros pruebas concluyentes en materia que es de suyo incierta y conjetural, y en la cual, si abrimos un sistema que los profesores puedan confirmar por medio del análisis científico de las obras pertenecientes á ella, tendremos la satisfacción de haber adelantado mucho mas de lo que debe esperarse de un mero aficionado.

Es muy frecuente en los libros que tratan de arquitectura atribuir á tiempos muy remotos edificios de época reciente, y conviene tener á la vista esta observación para no dejarse alucinar con el testimonio de los escritores. Como, por otra parte, los edificios de la media edad hayan sido muy percederos, según hemos notado, y de aquí resultase la necesidad de repararlos y aun reedificarlos del todo, perdiéndose así ó desfigurándose sus formas primitivas, es claro que el testimonio de su primera construcción nunca producirá por sí solo una prueba decisiva en favor de su presente forma.

Sirva de ejemplo la célebre iglesia de Santa Sofía, que hemos probado arriba, con autoridad de la historia tripartita, habersa construido en el siglo *iv*. Milizia (d) da una razon exacta de la renovación que hizo de esta iglesia Justiniano, valiéndose de los célebres arquitectos griegos Antemio é Isidoro. Felibien (e) habla de varias reparaciones que recibió después, y entre otras, de

(a) Ambr. de Morales, en el lib. *xiii*, cap. 40 de su *Crónica general*. (Nota del autor.)

(b) *Tam praeclitum monasterium, quam palatium regale, quam etiam hospitale cum capello suo de lapidibus, vel laterculis coctis, et calce constructa sunt, et auro ac variis coloribus depicta.* (Lucas Tudensis, *Cron. Mundi*, pág. mli 108.) (Id.)

(c) *Edificavit Regina Berengaria palatium regale in Legionem ex lapidibus et calce, juxta monasterium Sancti Isidori, et turres Legionenses quas Rex barbarus quodam destruxerat Almaraz ex calce et lapidibus similiter restauravit.* (Id., pág. mli 140.) (Id.)

(d) Libro II, cap. 1, art. Antemio. (Id.)

(e) Tomo v, lib. *iii*. (Id.)



una harto grande y considerable en tiempo del emperador Basilio el Macedon, esto es, en el siglo ix. No sabemos si hubo otras posteriores; pero los que observen de propósito su estado presente no podrán dudar que los turcos alteraron tambien su forma, por lo menos en lo exterior, añadiéndole muchos ornamentos de su propio gusto. No afirmaremos por eso que esta iglesia haya perdido enteramente su forma primitiva. Pudieron muy bien conservar alguna parte de ella Justiniano y el emperador Basilio en sus renovaciones; pudieron hacer lo mismo los turcos, contentándose con adornarla por defuera á su gusto; pero ¿quién se atreve á sostener con el testimonio de la Tripartita, que la arquitectura de la actual iglesia de Santa Sofía pertenece al siglo iv?

Es pues necesario, para fijar el sugeto de nuestras investigaciones, buscar edificios de entera conservación, y averiguando con buenos testimonios el tiempo en que fueron contruidos, someterlos al exámen analítico, como el único medio de conocer su forma y esencia, sin caer en error ni equivocaciones.

Procediendo, pues, sobre este método, se puede asegurar sin reparo que no se hallará en Europa edificio alguno del género llamado *gótico* ó *tudescos*, que conste ser anterior al último tercio del siglo xii. Esto es lo que podemos deducir de la observacion de aquellas fábricas cuya época está seguramente conocida; pues las que son sin disputa anteriores á la que ahora fijamos, pertenecen al modo de edificar de que hablamos en la nota anterior; y las que conocemos del género llamado *gótico* no tocan ni alcanzan á aquella época.

Ni nos detiene la autoridad de Vasari, de Felibien, de Milizia y otros escritores, pues los testimonios de que se valen, ó solo prueban, como ya hemos notado, la primera edificacion de las obras que citan, ó favorecen positivamente nuestra opinion cuando siguen la serie de sus reparaciones.

El mismo Felibien, que fué el mas exacto en señalar esta serie y el estado progresivo de varias obras célebres, se puede citar en abono de nuestras conjeturas. Los famosos edificios de Francia, á que se da tan remota antigüedad, contruidos con los restos de otros mas antiguos, como la famosa capilla de Aix, pero destruidos despues por las devastaciones, por los incendios ó por el tiempo solo, y repetidamente reparados y renovados, no han tomado, segun este autor, la forma que hoy tienen; esto es, la forma llamada *gótica*, sino en el periodo que comprende nuestra época. Tales son la catedral de Amiens, la mas antigua de aquel reino, segun nuestros cómputos, que pertenece al 1220; la de Reims, incendiada en 1210 y reedificada hácia la mitad del siglo xiii; la de Strasburgo, quemada á los fines del xii, reedificada desde fines del xii á los principios del xiv, y ampliada con su célebre torre hácia la mitad del xv; las de Rohan y Bourges, que pertenecen tambien al xiv, y otras muchas, cuya citacion omitimos por evitar molestia, pero se podrán ver en el mismo Felibien (a).

Otro tanto puede decirse de las iglesias de Italia, donde la mas célebre de la media edad, que es el Domo de Florencia, contruida en el siglo xi, no pertenece todavía al género *gótico*, pues no es mas que un conjunto de muchos trozos del antiguo traídos de Oriente por los negociantes pisanos, ni tiene otro mérito que la buena union de estas partes, debida á la pericia del griego Buscheto. Los dos Pisas, Nicolás y Juan, padre é hijo, célebres y antiguos arquitectos de aquel pais en el gusto llamado *gótico*, no florecieron hasta el siglo xiii; prueba bien clara de que entonces fué introducido en Italia, pues no se cita obra alguna de este género anterior á las de los Pisas.

Lo mismo pensamos de las de Alemania, porque sobre no citarse ni constar de ningun edificio del gusto *gótico* anterior á nuestra época, nos atestigua Felibien que en la escuela de arquitectura que Juan de Pisa tenía en Arezzo, su patria, habia muchos discípulos alemanes, algunos de los cuales trabajaron con crédito en Roma; y no es verosímil, ni que si en su patria floreciese este modo de edificar saliesen los tudescos á estudiarle fuera, ni que si ellos hubiesen sido sus inventores, estuviese decadente en Alemania cuando florecia en el resto de Europa.

Finalmente, pensemos lo mismo de nuestra España, pues las catedrales de Leon, de Burgos Toledo, las mas bellas y antiguas de todas, pertenecen tambien al siglo xiii, con la circunstancia de que la de Leon, que en nuestro dictámen sobrepaja á todas las de Europa en belleza, las vence tambien en antigüedad, por haber dado principio á ella el obispo don Manrique al espirar el siglo xi,

esto es, en 1199. (*España Sagrada*, tomo xxxv.) Concluyendo pues que el principio de esta arquitectura no puede atrassarse mas que hasta los fines de aquel siglo, veamos si podemos descubrir quiénes fueron sus inventores en Europa, y de dónde tomaron sus orígenes.

Un modo de edificar tan diferente en su forma y ornato del que prevalecia en la época antecedente, y si se puede hablar así, de tan contrario y distinto carácter, ciertamente que no pudo hallar sus modelos ni tener sus orígenes en los paises que le adoptaron. A haber nacido en ellos, seria muy fácil señalar en algunos edificios de aquella época la serie de alteraciones por donde el gusto arquitectónico, desde los fines del siglo xi, habia venido á hacerse rico, atrevido y elegante, de sencillo, tímido y pesado que antes era. Podrian por lo menos señalarse en cada pais de los que adoptaron este nuevo modo de edificar las causas que produjeron tan notable revolucion, y nada de esto nos presenta la historia de las artes antes de la época que hemos señalado.

Por el contrario vemos dos cosas bien dignas de advertirse en abono de nuestra opinion: una que la arquitectura llamada *gótica* ó *tudescos* se apareció de repente y casi á un mismo tiempo en toda Europa, y otra, que apareció ya en su mayor pompa y perfeccion. Francia, Italia, Alemania, España (a), que no vieron acabado ningun edificio *gótico* en el siglo xii, presentan ya en el xiii sus mas augustas catedrales; y lo que es todavía mas raro, tienen ya por este tiempo los mas célebres arquitectos que florecieron en este género. Tales fueron Couci y Montreuil en Francia, los Pisas en Italia, Erwino en Alemania, y Pedro Perez, autor de la iglesia de Toledo, en España. ¿Quién pues dudará que esta revolucion artistica se verificó hácia los fines del siglo xii? Ni que la causa que tuvo tan general influencia en toda Europa estaba fuera de ella?

Esta reflexion, que nos obliga á buscarla en otra parte, nos conduce naturalmente al Oriente, en pos de aquellos innumerables ejercitos que pasaron del Occidente, á los fines del siglo xi, á conquistar la Tierra Santa; que penetraron por la Europa oriental al Asia y al Egipto; que conquistaron una parte del Asia menor,

(a) La piedad de los reyes, tan dados en el siglo xi á restablecer la dignidad del culto y las iglesias, y á enriquecerlas mas y mas cada dia, y el aumento de poder y riqueza á que caminaba la nacion despues de la conquista de Toledo y la victoria de las Navas, prepararon tambien á la entrada del siglo xiii el engrandecimiento de la arquitectura y la introduccion del gusto oriental, que tantos españoles y extranjeros venidos de Ultramar á España habian podido extender por ella. Nosotros no tememos fastidiar al lector con la ilustracion de punto tan importante á la historia de nuestras artes, y singularmente de la arquitectura, y por esto no omitimos los testimonios que pueden servir de apoyo á nuestras conjeturas. Entre ellos es muy recomendable el del obispo don Lucas de Tur, autor contemporáneo, que con singular estudio nos conservó la época de la construccion de una gran parte de nuestras catedrales *góticas*, y otras obras insignes del mismo gusto. Copiáremos pues exactamente sus palabras, dejando á cada uno el cuidado de aplicarlas al objeto de la presente nota.

Hace primero memoria de las iglesias de Leon y Santiago, edificadas en tiempo de Alfonso el Onceno, diciendo *Chron. Mund.* pág. 110: *Tunc reverendus Episcopus Legionensis Mauricius (debe decir Monreus) ejusdem sedis Ecclesiam fundavit opere magno, sed eam ad perfectionem non duxit. Tunc etiam fundata est ecclesia B. Jacobi Apostoli, que postea per reverendissimum patrem Petrum Jacobensem, Archiepiscopum fuit gloriosissime consecrata.* Habla despues del celo con que los obispos, movidos del piadoso ejemplo del santo rey don Fernando y su madre doña Berenguela, se dieron á construir magnificas iglesias, y dice (Ib., pág. 115): *Et tempore reverendissimus pater Rudericus, Archiepiscopus Toletanus, ecclesiam Toletanam mirabili opere fabricavit. Prudentissimus Mauricius, Episcopus Burgenis, ecclesiam Burgensem fortiter et pulcre construxit. Et sapientissimus Joannes Rex Ferdinandi cancellarius ecclesiam Vallisoletí fundavit... Hic, tempore procedente, factus Episcopus Oziemiensis, ecclesiam Oziemiensem opere magno construxit.*

*Nobilis Nunnus Astoriensis Episcopus inter alia quae prudenter gessit, muros Astoriensis urbis, episcopium et ecclesie claustrum fortiter et pulcre studuit reparare. Regula juris Laurentius Auriensis Pontifex ejusdem ecclesiam et episcopium, quadris lapidibus fabricavit, et pontem in flumine Minco juxta eandem civitatem fundavit. Generosus ciam Stephanus Tudensis, ejusdem ecclesie magnis lapidibus consummavit et ad consecrationem usque perduxit. Pius autem et nobilis Martinus, Zamorensis Episcopus, in ecclesiis construentis monasteriisque restaurandis, pontibus et hospitalibus aedificandis continuo precebat operum effluentem.*

*His et aliis sanctis operibus nostri beati insistant Pontifices, et Abbates isti, et alii quorum nomina scripta sunt in libro vite. Adjuvant his sanctis operibus largissimo manu Rex magnus Fernandus et prudentissima mater ejus Regina Berengaria multo auro, argento, pretiosis lapidibus et sericis ornamentis Christi ecclesias decorantes.* (Nota del autor.)

la Palestina y la Siria; que erigieron soberanías y principados en Nicea, en Antioquia, en Jerusalén, en Cesarea, en Tolemaida y en una y otra orilla del Jordán, y finalmente, que en estos países, por espacio de dos siglos, repararon, ampliaron y aun fundaron de nuevo ciudades, pueblos, castillos y fortalezas.

Nada es tan natural como atribuir la revolución de que tratamos á este principio, que reúne en sí cuantos caracteres son necesarios para producirla. La industria, el comercio, las artes nobles y mecánicas estaban por entonces tan atrasadas en la Europa occidental, como florecientes y aventajadas en el Oriente, y si particularmente se trata de la arquitectura, esta diferencia era sin duda mas notable, como despues veremos. Prescindiendo, pues, de la revolución que las Cruzadas causaron en las ideas y costumbres generales de Occidente, de que han tratado muy de propósito el inglés Robertson y otros autores, ¿quién desconocerá la influencia que tuvieron en el arte de edificar?

Para probarlo mas particularmente, es preciso suponer que los ejércitos que pasaron de las varias partes de Europa llevaron consigo arquitectos, y que los emplearon, no solo en levantar máquinas militares, sino tambien en la reparacion y fundacion de las ciudades y poblaciones que hubieron de construir mientras duró su dominacion. Consta por el testimonio del señor Joinville que con san Luis pasaron á Ultramar arquitectos franceses, y de Eudon de Montreuil, uno de ellos, dice Felibien que edificó en el siglo xiii muchas iglesias en Francia. Paulo Emilio atribuye á arquitectos genoveses y lombardos muchas de las obras que se hicieron en el cerco de Antioquia y en el de Jerusalén; y era tambien lombardo el autor de aquel famoso castillo, que nuestra *Historia de Ultramar* describe y pondera tan de proposito, diciendo que el arquitecto se llamaba Cisamás (lib. i, cap. 226; y aunque en este punto no tengamos memorias muy exactas, yo no dudo que irian tambien arquitectos de los demás reinos de Europa, sin exceptuar la España (a); porque, ¿cómo podia dejar cada caudillo de llevar consigo esta especie de ministros, tan necesarios en la dotacion de un ejército que iba á conquistar y hacer establecimientos? Ni ¿cómo será creíble que abandonasen un ob-

(a) Se extrañará sin duda la conjetura que hacemos de que tambien habrian pasado á Ultramar arquitectos españoles, cuando nuestra nacion es excluida del número de las que enviaron tropas á la guerra santa. Así lo siente Paulo Emilio, fundado en una razon plausible, á saber: que entonces teniamos nuestra particular cruzada dentro de casa. *Hispani, dice, suum sacrum bellum domi adversus Saracenos et reliquos gerebant.* (De R. G. Franc., lib. iv.) Pero nosotros hallamos testimonios muy positivos para desecher la autoridad del escritor venonés, y nos parece conveniente indicarlos aquí, á fin de desvanecer un error que se ha hecho demasiado comun, no sé si en incremento ó mengua de nuestras glorias.

La *Gran Conquista de Ultramar*, traducida, á mas bien compilada de órden de nuestro sábio rey don Alonso X, hace honrosa y singular memoria de algunos españoles que estuvieron en Palestina; cita á Juan Gomez, que prestó su caballo al rey de Jerusalén en el aprieto de Hamaico (lib. iii, cap. 291; á Pedro, prior del Sepulcro, y luego arzobispo de Tiro, natural de Barcelona, de quien dice que hizo muchas buenas obras en la tierra (lib. iii, cap. 299; á don Perogonzalez, que salvó la vida al conde de Flandes sobre Antioquia (lib. ii, cap. 55); y á un caballero de España, que no nombra, á quien Licoradio, soldan de Hamaico, pagado de su valor y virtud, encomendó á su muerte la guarda de su estado y de sus hijos (lib. iv, cap. 508). Por otros documentos de aquel tiempo consta de muchos españoles que pasaron tambien á Ultramar: tales fueron el judío Benjamin de Tudela, que en medio del movimiento general de los cristianos para ganar el sepulcro de Jesu- cristo, fué á saber el estado de su nacion en el Oriente; don Lucas, despues obispo de Tui, que consta haber estado en Jerusalén hacia los fines del siglo xii ó principios del xiii, y el célebre Lúlio, que despues de haber corrido como misionero aquellas vastas regiones, formó á su vuelta un nuevo proyecto para ganar la Tierra Santa, acaso mejor combinado que los que antes se habian seguido y tristemente malogrado. Pero los testimonios mas decisivos se hallan al cap. 20 del lib. i de la misma historia en estas palabras: «E estos dos hombres honrados, el conde de Tolosa é el obispo de Puy, de que ya dijimos, cuando salieron de su tierra para ir á Ultramar, movieron gran gente con ellos de buenos caballeros de armas e de hombres honrados, tan bien de Tolosa, como de Provença, como de Alborná, é de Santonge, é de Lemocin, é de tierra de Cahors, é del rondado de Hedes, é de Cartases, é de Gascoña, é de catalanes. E como quier que gran guerra hubiesen con moros en España desde los puertos adentro, que es llamada España la Mayor, ca de la una parte don Alonso el Viejo, rey de Castilla, guerraba con Toledo, y el rey don Blamiro de Aragon sacara su guereba para ir á cercar á Lerida, mas por todo esto no cesó que de todos los reinos de España que de cristianos eran no fuesen caballeros é otras gentes.» Al cap. 20 del lib. ii: «E eran tambien con ellos una gran pieza de España la Mayor;

jeto tan esencial como la arquitectura militar y civil á los artistas del país enemigo?»

Supongamos ahora estos arquitectos europeos, dados antes á la construcion de groseros y humildes edificios, como eran los de Occidente en la época anterior, y trasladados de repente á la vista de tantos grandes monumentos como contenian entonces la Grecia, la Fenicia, el Egipto y otras regiones por donde penetraron; ¿pueden no serian su sorpresa y su admiracion? Llevados despues á la imitacion por la naturaleza misma, y estimulados mucho mas por el interés, ¿quién duda sino que harian los mayores esfuerzos para engrandecer su estilo y tomar de sus modelos cuanto fuese accesible á sus conocimientos y acomodable á los objetos en que se empleaban? He aquí pues los conductos por donde el gusto oriental pudo pasar, y pasó probablemente, al Occidente.

No obstante, se dirá que el modo de edificar de que hablamos no se hallaba en alguna parte del Oriente real acá le conocemos, y que por tanto no pudo ser objeto de su imitacion. El reparo es justo; pero ¿no pudieron hallarse esparcidos aquí y allí sus tipos, sus formas y carácter? Esta investigacion dará materia á la nota siguiente. Entre tanto creemos haber hecho verosímil y probable que el modo de edificar llamado gótico ó *tudesco* vino del Oriente á Europa, traído por los ingenieros y arquitectos que pasaron con los cruzados. Parece, por lo mismo, que se le pudiera dar el nombre de arquitectura oriental, despojándole de una vez de los titulos que lleva sin ninguna razon.

(1) Habiendo indicado el origen, la época y los inventores de la arquitectura llamada gótica, réstanos determinar las fuentes donde pudieran tomarse aquellas partes ó miembros que mas señaladamente la caracterizan y distinguen. En exámen analítico de ellos, hecho científicamente, y aplicado al paralelo de este modo de edificar con los que prevalecian en Oriente, produciria la mejor demostracion de nuestras conjeturas; pero como esta operacion exija, no solo mucho discernimiento, sino tambien muchísima pericia en la teoría del arte, nos contentaremos con hacer una tentativa acerca de este punto, que es hasta donde pueden llegar nuestros esfuerzos.

é todos estos posaban juntos, porque se entendian mejor é se armaban de una manera; y mas abajo: «A la otra puerta, cerca aquella do estaba un furro que llamaban Carcan, posó el conde don Remon de Tolosa e el obispo de Puy, é con ellos don Gaston de Bearte, é todos los tolosanos é provençales é gascones, é otros los de Cataluña é de todos los otros reinos de España, que eran abi gran pieza de ellos en la hueste.» Al cap. 49: «E una compañía de caballeros españoles, que abi habia, que aguardaban al conde de Tolosa, de que el fiero cabdillo á don Perogonzalez el Romero, que era muy buen caballero de armas, e era natural de Castilla, é hizo muy bien aquel dia; así que, tres de los mejores caballeros que habia entre los moros mató por su mano de lanza é de espada.» Y finalmente, al cap. 120, donde recordando las tropas que salian á la famosa batalla de Antioquia, y la descripción que iba haciendo de ellas al rey Corvalán su privado Amegdelis, al pasar de uno de los cuerpos ó tercios, dice: «Entonce Corvalán, que estaba en su tienda, cuando vió aquella gente tan desemejada de la otra parte, preguntó á Amegdelis é dijole: ¿Sabes tu quién son aquellos que están apartados? Nunca vi otros tales, ni otra tal gente, ni semejanse de ellos. Dijo Amegdelis: Señor, bien lo puedes saber; que aquellos son los muy buenos caballeros del tiempo viejo, que conquirieron á España por el su grant esfuerzo; que mas moros mataron ellos despues que nacieron que vos non truxisteis aquí de toda gente. E aunque los otros fuyan del campo, sepades que estos non fuirán por ninguna manera; que conocen que han logrado bien sus dias; é si les acaciere, querrán ante morir en servicio de Dios, que tornar las cabezas para fuir.» Este tercio de viejos españoles pasaba de siete mil hombres, segun la misma historia (111).

En suma, no es menos probable que así como con el conde de Tolosa pasaron á Ultramar muchos españoles, hubiesen pasado tambien con el cardenal Pelayo, nuestro compatriota, que en calidad de legado pontificio y como general mandó la celebre expedicion de Hamiata; y con Tibaldo, rey de Navarra, cuyos estados, no solo confinaban, sino que se mezclaban, con los de la Navarra española.

Diráse que todo esto probará el paso á Ultramar de muchas tropas de España, mas no que pasaron arquitectos españoles; pero siendo el ejército que llevó el conde de Tolosa uno de los mas numerosos y ricos que pasaron á la guerra santa, que mas se detuvieron en el Oriente y que mayor parte tuvieron en las conquistas y establecimientos hechos allí, ¿por qué no podremos conjeturar que entre tantos españoles como le siguieron, fuese algun arquitecto ó ingeniero, singularmente de Cataluña, donde empezaban ya á florecer las artes y el comercio? Por cierto que no hay mejores pruebas para conjeturar que en el siglo xi asistieron á las expediciones de la guerra santa arquitectos alemanes, ingleses y aun franceses; y sin embargo, la conjetura es tan probable en favor de ellos como queda demostrado. (Nota del autor.)



Pues que los orígenes de la arquitectura de que tratamos existían en el Oriente al tiempo de las cruzadas, es necesario reconocer cuál era entonces allí el estado de la arquitectura, y qué especie de edificios pudieron presentarse á la vista de los arquitectos europeos que pasaron allá desde los fines del siglo xi.

Si por ventura estos profesores observaron algun edificio medianamente conservado del buen tiempo de la arquitectura griega, latina, egipcia y fenicia, ó bien las célebres ruinas de otros, que sin duda existían en el Asia por aquella época, no por eso contaríamos estas obras entre los modelos de imitación que se propusieron, no tanto por lo que dista de ellas la arquitectura de que hablamos, cuanto porque atendidos el gusto y las ideas de aquellos artistas, se puede asegurar que no les parecerían dignos de atención. La sencillez y la regularidad, tan apreciables á los que juzgan por buenos principios, sorprenden mucho menos á quien no los conoce, que la extrañeza y el artificio; porque nada arrebató tanto al hombre rudo como los objetos que saliendo mucho del orden común, y presentándose á sus ojos como otros tantos prodigios, cuyas causas no alcanza, suspenden su atención y le fuerzan, por decirlo así, á encarecerlos y admirarlos. De aquí es que las bellezas arquitectónicas del antiguo estarían tanto mas lejos de ser admiradas é imitadas por los profesores europeos, cuanto mas se acercaban á la regular y sencilla naturaleza, donde se habían tomado sus modelos.

Por el contrario, la arquitectura griega de la media edad presentaría á los cruzados gran número de edificios, que por su misma extrañeza y novedad les debieron parecer mas dignos de imitación. Las historias de aquella guerra están llenas de testimonios que prueban la extraordinaria sorpresa con que los europeos vieron y admiraron las iglesias, palacios y edificios de Constantinopla, por donde todos pasaban para penetrar al Asia. Pueden leerse muchos de estos testimonios en el discurso preliminar á la *Historia de Carlos V*, escrita por el inglés Robertson, y sabiamente alegados en apoyo del paralelo general que formó allí de la rudeza de los europeos con la cultura oriental, los cuales con mayor razón se pueden aplicar al de la arquitectura de uno y otro país. Nosotros, sin repetir los que se hallan en aquella obra (a), solo añadiremos uno, tomado de nuestra *Historia de Ultramar*, que es muy del propósito.

Hablando, al cap. 41, lib. iv, de la visita que el rey de Jerusalem Almorique hizo al emperador de Constantinopla, después de poderse extraordinariamente la arquitectura de los palacios llamados Constantiniano y de Balquerna, dice el historiador: «E las gentes del Emperador hacían muy grandes honras al Rey, é hacíanle hacer grandes despendas, é á sus ricos hombres otrosí; é después leváronle por la ciudad de Constantinopla é por las iglesias, donde había muchos pilares y columnas de cobre é de mármol, é ballábanlas en muchos lugares labradas con imágenes de muchas maneras, é vieron muchos arcos de piedra, que decían cristales entallados é de diversas historias, é catábanlas muy de buena mente las compañías del Rey, é maravillábanse mucho.» No es pues dudable que estos edificios, entre los cuales era sin duda el mas notable la iglesia de Santa Sofia, excitarían poderosamente los europeos á la imitación, pues tanto hallaron que admirar en ellos.

Ni podemos dudar tampoco que habiesen llevado su atención los edificios árabes, de que había gran copia en el país que fué teatro de la guerra santa. Los árabes, rudos y bárbaros en tiempo de Mahoma, empezaron á cultivar las ciencias y las artes desde el siglo ii de la egira; hicieron grandes progresos en las matemáticas, y con ellas fueron capaces de cultivar la arquitectura, cuyos principios residen en la geometría y la mecánica. Sus primeros edificios se compusieron de los mejores restos del antiguo, hallados en abundancia por los países de su dominación, como consta de los testimonios que cita Felibien (b) hablando de la fundación de las célebres ciudades de Bagdad, de Fez y de Marruecos. Después, observando estos mismos restos de la antigua arquitectura, á lo que es mas probable, los de la *persiana y egipcia*, formaron una arquitectura propia y peculiar, cuya época puede fijarse entre los siglos ii y iii de la egira, que coinciden con el viii y ix de nuestra era.

Nos inclina á este dictamen el carácter de la célebre mezquita de Córdoba (c), que pertenece á los fines de nuestro siglo viii, y

de que conservamos todavía tan preciosos restos en la presente catedral, pues aunque este edificio tiene ya todo el carácter de la arquitectura árabe, se advierte que fueron también aprovechados en él no pocos restos del *antigua*, particularmente columnas y capiteles de orden corintio y de carácter grandioso, que aun existen allí, bien que miserablemente mutilados las primeras para acomodarlas al tamaño de las otras, y picados los segundos para esculpir en ellos inscripciones árabes. Esto prueba, á nuestro juicio, que los moros no se desdaban todavía á fines de aquel siglo de hermosear sus edificios con adornos extraños. Pero habiendo enriquecido después el ornato de su arquitectura propia, desecharon del todo el *antigua*, y aunque no podamos fijar la época de este mejoramiento, no hay duda que precedería al siglo xii, pues tan adelantada se hallaba ya á la entrada del ix. Nosotros sabemos que pertenecen al xiv gran parte de las obras hechas en el alcázar de Sevilla y en la Alhambra de Granada, donde la arquitectura árabe aparece en su mayor riqueza y esplendor (d).

Es pues creible que desde el siglo iii y iv de la egira en adelante, esto es, desde el ix y siguientes de nuestro cómputo, se empezaron á llenar el Asia y el Africa, dominadas en gran parte por los árabes, de insignes monumentos de su arquitectura, cuyo imperio debió conservarse todavía bajo la dominación de los turcos; porque siendo estos bárbaros tambien en el principio de sus conquistas, tomaron poco á poco, si no las ciencias, por lo menos la religión, la lengua, las artes, los usos y costumbres del pueblo que habían dominado. Y hé aquí como los arquitectos europeos pudieron hallar muchos modelos de imitación en la arquitectura árabe.

Como los cruzados penetraron tambien por la Persia y el Egipto, no hay duda sino que pudieron observar y admirar muchos de los antiguos y grandes monumentos de la arquitectura de estas dos naciones, y singularmente de la última. Pudiésemos formar de esto alguna idea por lo que los mensajeros enviados al califa de Egipto por el rey de Jerusalem, antes citado, contaron á su vuelta del palacio en que, este príncipe turco los había recibido, cuya entrada describe con referencia á ellos nuestra *Historia de Ultramar*, al cap. 5 del lib. iv (e). Y si este edificio, que por lo que de él se dice, se deduce que no era de antigua arquitectura egipcia, sino de gusto y carácter moderno, y acaso obra de los árabes, llevó tanto la atención de los pobres y rudos alarifes europeos, ¿cuánto no sorprenderían su vista las ruinas de la gran Tebas y las enormes pirámides, que ya habían llenado de admiración al malogrado Germánico en tiempo de Tiberio (f)! Cuánto los altos obeliscos, que

(De R. H., lib. ix, cap. 17): *Quae omnes mezquitas arabum ornata et magnitudine superabat*, se empezó á edificar por Abderramen, y se concluyó por su hijo Issem. El mismo arzobispo nos conservó la memoria de este suceso en su *Historia de los árabes*, al capítulo 18: *Anno autem arabum cuxix, dice, cepit Cordubensem mequitam edificare, ut praerogativa opera omnes mequitas arabum superaret*. Y hablando después de la conquista de Narbona, hecha por Abdelmelich á nombre de su hijo Issem, dice: *Et tot spatia secum duxit, ut in quinta parte Issem suo principi morbiturum 45,000 praeroverunt, ex quibus mequitam cordubensem quum Pater suus inaeoperat consummavit*. Finalmente, tal fué para los árabes la importancia de este edificio, que para hacerle mas glorioso pactó Abdelmelich en una de las condiciones de la paz urdida con los carbonenses, que hubiesen de llevar á hombros y en carros hasta Córdoba la tierra necesaria para concluir la gran mezquita. (Don Rodrigo, H. A., cap. 20.) (Nota del autor.)

(d) Los edificios de Granada y Córdoba se hallan en la *Colección de antigüedades árabes*, que acaba de publicar nuestra academia de San Fernando. Antes había dado á luz otra colección de ellas el inglés Enrique Swinburne en su viaje hecho por España los años de 1775 y 1776; pero estando ya concluida la colección de la Academia desde 1762, sospechamos que se pudo aprovechar de sus trabajos. Véase la obra intitulada *Travels through Spain, etc.*, by Henry Swinburne (Londres, 1779, pág. 171). Id.

(e) Son muy dignas de notarse sus palabras, que se pondrán aquí para satisfacción de los curiosos. «E levároulos, dice, por unas entradas de unos lugares que eran luengas é angostas, é no había en aquel lugar ninguna claridad, é quando llegaron á la lumbré fallaron tres puertas ó cuatro, una cerca de otra, é gozábantase muchos moros, que estaban muy bien armados, é quando fueron adelante fallaron un corral muy grande, é el suelo era de losas de mármol obrado de muchas colores. E había ahí una torre muy buena é muy noble, é había capiteles labrados muy nobles sobre mármoles obrados muy nobilmente con oro de música, é las vigas é la madera pintado con oro labrado muy ricamente, é en aquella torre un muchos lugares nacían fuentes, que venían por caños de oro é de plata, é todo el suelo era de losas de mármol, etc.» (Id.)

(f) *Max risit (Germanicus) reterum Thebarum magna vestigia, et monebant structis molibus litterae Egyptiae priorum opulentiam complexas*. (Tacit., Ann., lib. ii, núm. 60.) Y luego, hablando de las

(a) Véase la nota xiv al citado *Discurso preliminar*. (Nota del autor.)

(b) Tomo v, lib. iii. Id.

(c) Esta mezquita, de la cual dice el arzobispo don Rodrigo.

no hubiesen salvado de la codicia de algunos sucesores de este tirano! Cuanto, en fin, otros célebres monumentos, que á costa de largos y dispendiosos viajes basearon con ardor y reconocen con entusiasmo los cultos europeos!

He aquí, pues, las fuentes de la arquitectura llamada gótica, á saber: los edificios griegos, árabes y egipcios, existentes en el Oriente por los siglos xi, xii y xiii, en que se hizo la guerra santa.

Para conferir con estos orígenes las obras del gusto gótico, se debe tener á la vista su carácter general, sobre el cual anticiparemos aquí algunas observaciones, tomándolas principalmente de las Iglesias, que son sin duda los edificios mas notables que produjo.

Este carácter general se señala visiblemente por medio de cierta gallardía (a) ó gentileza que presentan las iglesias góticas, ora se observen exterior, ora interiormente; y esta gallardía resulta tanto de las proporciones como de la forma de sus partes. Colocadas sobre un plano oblongo, dividida su área á lo largo en tres ó cinco naves, levantados los muros hasta rematar en bóvedas, cuya elevación crece gradualmente de los extremos hasta el medio; apoyadas estas bóvedas en arcos altos y estrechos, sostenidos sobre columnas delgadas, y en fin, adornado el todo por fuera con altas torres y con cuerpos de iguales proporciones, era indispensable que presentasen á la vista un objeto de notable esbelteza y gallardía.

Pero este carácter resulta todavía mas visiblemente por la forma de las partes que componen tales edificios, siempre inclinada á la figura piramidal. Por dentro la altura, la estrechez y la terminación aguda de las bóvedas, el corto diámetro de los arcos altos y ponteados, y la esbelteza de todos los miembros menores del ornato, siempre rematados en punta; y por fuera las altas agujas de las torres, los grupos de torrecitas y merlonillos, pegados á sus ángulos, y terminados tambien á diversas alturas en agujas muy delgadas; los arbotantes, que cayendo de bóveda en bóveda sirven de estribos á los muros, y toda la coronación compuesta de templecitos, pirámides, agujas y obeliscos, pródigamente sembrados y repetidos por el frente y costados, realzan tan notablemente el carácter de las obras góticas, que nadie podrá desconocer en ellas esta gentileza que las distingue de todas las demás.

Si á esto se agrega la filigrana de los trepados y perforaciones en las ventanas, claraboyas, arcos, agujas y aun muros, que tanto realzan la delicadeza del edificio, resultará un carácter tan rico, tan ligero y gentil, que no sea equivocal con el de ninguna otra especie de arquitectura conocida.

Pero si este carácter general no pertenece particularmente á ninguno de los modos de edificar conocidos en el Oriente, ¿cómo, se dirá, pudo venir de allí? Cómo y de dónde le tomaron los arquitectos europeos? No sería mejor pensar, con l'elbien (b), que se había tomado de la naturaleza misma, y que los árboles delgados que, subiendo paralelamente, y enlazando sus ramas en lo alto, forman una especie de bóvedas elevadísimas, dieron la primera idea de este carácter gótico?

Sin embargo, lo que llevamos dicho hasta aquí resiste esta conjetura. Cuando la arquitectura nació de la necesidad tomó probablemente de la naturaleza los tipos de sus partes y miembros, los cuales fué después puliendo y mejorando el arte; y es muy creíble, como opina Milizia (c), que la primera cabafia contuvo ya en sí el modelo del mas bello edificio del antiguo. Pero criado una vez el arte, la razón no hizo mas que perfeccionarle, sin perder de vista su modelo, y cuando el capricho le usurpó este oficio, ya no volvió á consultar con la naturaleza ni con la razón, sino que huyó de entrambas para seguir libremente sus ilusiones. ¿Por qué pues no seguiremos nosotros el progreso de estas, buscando las alteraciones del arte en el arte mismo? He aquí lo que nos

pirámides, dice el mismo autor: *Ceterum Germanicus alius quoque miraculis intendit animum, quorum precipua fuerit Memnaeum sacra effigies, ubi radius solis icta rotalem sonum reddens; disiectaque inter et viz peritis arenas insit montium eductae piramides, certamine et opibus regum.* (Tacit., Ann., lib. ii, núm. 61.) (Nota del autor.)

(a) Para evitar cuestiones de voz prevenimos que por gallardía y gentileza entendemos aquella atrevida y extraordinaria delicadeza, que escondiendo la verdadera solidez de los edificios góticos, los hace parecer notablemente esbeltos y ligeros. (Id.)

(b) Tomo vi, *Dissertation touchant l'architecture antique et l'architecture gothique*, pag. mlii-229. (Id.)

(c) En el prefacio de la obra citada arriba. La rozza capanna, dice, è il modello della bellezza de la architettura civile. (Id.)

hemos propuesto en la presente indagación, esperando que el público, sin anticipar el juicio de nuestras conjeturas, leerá con atención y paciencia la serie de reflexiones en que las apoyamos.

Sea la primera, que los inventores del gusto gótico no hicieron otra cosa que seguir naturalmente el que habían adquirido en el ejercicio de su profesión, convertida en el Oriente á naevos y mas grandes objetos. Pasaron al Asia á construir instrumentos, máquinas y obras militares de ataque y de defensa. Entre estas, la construcción de un alto y fuerte castillo apuraba todos sus esfuerzos, en ella se cifraba la suma de su pericia y de ella pendía toda su reputación, porque al fin, á esta especie de obras se debió la expugnación de las ciudades de Nicea, Antioquia, Jerusalén y otras, y á ellas las grandes conquistas, acabadas tan gloriosamente en Galilea, Palestina, Siria y Egipto. ¿Qué no harían, pues, por perfeccionarla unos hombres á quienes el interés, la gloria y el entusiasmo religioso aguijaban á un mismo tiempo?

Para dar una exacta idea de estos castillos, copiaremos la descripción que hace la *Historia de l'Ultramar* del primero que se construyó en Oriente por arquitectos europeos, en el cerco de Nicea. Tratando de la angustia en que se hallaban los sitiadores para preparar el asalto de tan fuerte ciudad, dice al lib. ii, cap. 226: «Estando así, vino á ellos un hombre de Lombardia que habla nombre Cisamás, é dijoles que era buen maestro de engeños, é si le diesen todo lo que hobiese menester, que haria un engeño tan fuerte, que non temeria ninguna cosa que las de dentro pudiesen hacer; así que, en pocos dias les derribaría la torre, é haria tan gran portillo en el muro, por el cual los de la hueste podriesen entrar por la villa por llano. Cuando los hombres buenos oyeron esto, plugoles mucho, é mandáronle dar todo lo que pidiese, é demás prometiéronle que si él lo acabase, que le darian muy gran galardón. É él tomó luego muchos maestros, é mandó cortar mucha madera é muy gruesa; así que, en pocos dias hobo hecho un castillo muy grande é muy fuerte, que habia veinte y cuatro brazadas en alto é catorce de ancho, é habia colgadizo, así como portales, que cobrian las ruedas de diestro é de siniestro, de entro brazadas en ancho, é de alto siete; é allí iban los hombres que empujaban las ruedas, é allanaban el camino por donde iba el castillo. É el castillo habia cuatro sobrados, de que podrian combatir los que en el estuviesen, é tirar de balistas é de ondas, é en cada sobrado habia una escalera por do subian al muro ó las otras torres; é en lo mas alto puso un árbol así como de nave pequeña, é encima de él habia un cadahalso en que podrian estar dos hombres, que verian cuanto se biciese en la villa, é cada vez que veian que se armaban los de dentro para venir al castillo, daban voces á los de la hueste, de manera que los podian acorrer; é despues que metió hi hombres de armas cuantos entendió que era menester, hizolo llegar el conde de Tolosa á la gran torre del alcázar que él combatia.»

Mas por robustas que fuesen estas fortalezas movibles, tardó poco la experiencia en demostrar cuán embarazosas y débiles eran para tan arduas empresas. Por esto, sin dejar de usarlas en las de menor monta, empezaron los cruzados á construir sus castillos en firme sobre cimientos de mampostería hasta cierta altura, levantando despues las torres de madera, y multiplicándolas segun la exigencia de las empresas. La misma historia, lib. ii, capítulo 61 (a), habla, entre otros, de uno muy grande y fuerte que en la facción de Antioquia mandó construir el conde de Tolosa, en el cual, no solo eran do mampostería el cimiento y las cortinas, sino tambien las ocho torres que le guarnecian, sobre las cuales se alzaban despues los cadalsos de madera.

Ni puede dudarse que eran mas altos y fuertes todavía los que se levantaron sobre Jerusalem (b), puesto que los medios del ataque debían crecer con los de la defensa, y la de la santa ciudad fue la mas tenaz y vigorosa de todas. Desde ellos, no solo se batieron los muros con el ariete y manganillas, sino tambien las torres de otros castillos que los sitiados habían alzado para batir los nuestros, contra los cuales extendieron su rabia hasta usar del fuego griego para incendiar las máquinas, obligando así con

(a) «E tambien pagaba muchos e grandes jornales á oficiales é obreros de carpintería é albañiles; los unos hacían la cava, é los otros labraban el muro é las torres del castillo; otrosí á los que hacían la cal é á los que dolaban la madera para hacer los cadalsos encima de las torres; é en tal manera acurio la labor, que en seis semanas fué hecho todo el castillo, é hobo en el ocho torres é los cadalsos puestos encima allí do convenia; todo aderezado de lanceras é saceteras, é de todas las otras cosas que habían menester para defenderse.» (Nota del autor.)

(b) Véase lib. iii, capítulos 15, 17 y 31. (Id.)



el vigor de la defensa á engrandecer y redoblar las máquinas de aquel felix y glorioso ataque.

Nos hemos detenido en esta descripción para declarar mas y mas la forma de las fortalezas de Oriente, y hacer las deducciones que sean mas de nuestro propósito, y que por ahora reducirémos á dos: primera, que siendo uno de los objetos á que se destinaban las torres observar todos los movimientos de los sitiados, era preciso que dominasen, no solo los muros, sino tambien lo mas interior de las ciudades, y esto prueba cuánta debia ser su altura; segunda, que no siendo verosímil que el cadalso levantado para los vigías se pudiese sostener sobre la punta del árbol y mástil, de que habla la descripción del castillo de Nicea, es preciso suponer que estuviese como al tercio ó á la mitad de él, en cuyo caso solo podria afirmarse por medio de tornapuntas ligados desde su circunferencia al ápice del mástil, ó bien con largas y fuertes amarras que hiciesen el mismo oficio. En ambos casos resultaria una figura piramidal, semejante á la que hace la mas alta cufa de un navio hasta el gallardete, ó á la aguja de una de nuestras torres.

Ahora bien: fórmese la idea que se quiera de la figura exterior de estos castillos flanqueados de altas torres, con terminacion piramidal, y al instante se hallará la indole de la arquitectura *gótica* ó *judesca*, y una clara analogia con el gusto de sus edificios sagrados. En efecto, ¿qué otra idea ofrecen á la vista nuestras grandes catedrales? Su fortaleza exterior, su incomparable ligereza, y la altura y gentileza de las torres colocadas á sus ángulos, ¿no presentan un fiel remedo de los castillos de Ultramar? Pongamos por ejemplo la célebre iglesia de Burgos, cuyo dibujo se halla publicado en el tomo xvi de la *España Sagrada*, y en el xii, carta ii del *Viaje de España*, y si por un instante se prescinde de su grandeza y la delicadeza de su trabajo, ¿quién desconocerá el modelo de donde se tomó aquel atrevido y ligerísimo carácter que la distingue, así como las demás de su especie, de cuantos edificios conocio la antigua arquitectura de las naciones cultas?

Bien conocemos que nuestras iglesias, trabajadas con un espíritu, un dispendio y una diligencia prodigiosos, y destinadas á usos mas augustos y pacíficos, deben distinguirse en muchos puntos de las fortalezas del Oriente. Pero rogamos á nuestros lectores que reflexionen dos cosas: primera, que ahora solo tratamos de buscar el modelo de su carácter general, y no del pormenor de su ornato; segunda, que este modelo, empezado á imitar en el siglo xii, y aplicado despues por un siglo entero á edificios de diferente indole y destino, debió sufrir grandes alteraciones, singularmente en las partes accesorias y de puro ornato.

Esta reflexion nos conduce á otra harto obvia, y sin embargo, nueva, si no nos engañamos, y es la que ofrece el paralelo de la altura y riqueza de nuestras torres góticas con su inutilidad. Ellas son, así como la mas noble, la menos necesaria, ó por mejor decir, la mas inútil parte de los edificios sagrados. ¿De qué sirven en nuestras catedrales estas moles altísimas, tan dispendiosas, tan arriesgadas y multiplicadas tan en vano? Diráse que de puro ornamento, y así lo creemos; pero ¿de dónde vino el gusto de este ociosísimo ornato? Es preciso buscarle un origen ó en la necesidad ó en el capricho; y no teniendo en la primera, debemos atribuirle al segunda, y rastrear la razon que le inspiró. La imitacion, tan natural y tan grata al hombre, es la primera que ocurre, singularmente en las artes, y mas singularmente en la arquitectura, que si bien toma sus modelos de la naturaleza, no se esclaviza á sus formas, como la pintura y escultura. ¿De dónde, pues, pudo venir la idea de aplicar estas torres al ornato de nuestras iglesias?

La antigüedad griega y romana no conoció las torres en sus templos, y aunque los egipcios levantaban obeliscos en los suyos, colocando dos á los lados de cada puerta (a), se sabe que habia una razon particular para este ornato. Los obeliscos eran una sustitucion de las antiguas columnas literarias, ó sea jeroglíficas, y se destinaban, como ellas, á escribir y conservar hechos y memorias muy importantes (b). Por otra parte, siendo unos cuerpos simples, aislados, y existiendo acaso muy pocos en pie por el siglo xi, mal pudieron servir de modelo á nuestras torres.

No las conoció tampoco la arquitectura griega de la media edad, pues la iglesia de Santa Sofia, construida, ó al menos renovada,

á fines del siglo ix, no tiene torre alguna, y las agujas que hoy la adornan, terminadas en medias lunas, son probablemente del siglo xv, ó tal vez posteriores, añadidas por los turcos despues de la conquista de Constantiopia.

Ni la arquitectura de que hablamos en la nota 9 usó jamás de torres, no mereciendo este nombre los humildes campanarios, que, contenidos en los límites que les señaló la conveniencia con su destino, no se atrevieron á erguirse hasta despues del siglo xi.

Los árabes, en fin, no las usaban en sus mezquitas, y ni las alayas militares, ni las torres religiosas destinadas á convocar á las preces públicas, unas y otras de forma y gusto muy diferentes del *gótico*, y siempre separadas de los templos, pudieron ser modelo de nuestras torres.

Es, por lo mismo, muy verosímil que este se tomase de las fortalezas orientales; conjetura tanto mas probable, cuanto los primeros arquitectos eran ingenieros, principalmente ejercitados en la construccion de estos edificios, y muy expuestos á conservar en los civiles las formas que la necesidad les habia hecho dar á los militares. Creemos, pues, que las conservaron, engalanando las iglesias con accesorios de la misma indole, que el espíritu, la piedad y el gusto de aquel país y aquella época llevaron hasta un extremo de abundancia y delicadeza que no cabian en la estrechez de las ideas del Occidente.

Si nos dominase el espíritu de sistema, buscaríamos tambien en estos mismos castillos los tipos de todo el ornato *gótico*; haríamos venir sus altísimas columnas de los postes ó piés derechos, ya solos, ya agrupados, sobre que se levantaban las torres y cadalsos de madera; los arcos agudos de los tornapuntas, oblicuamente colocados para sostener las vigas horizontales y ayudarlas á llevar el peso; las bóvedas, de la continuacion de estos apoyos de torre en torre, y las fajas que las abrazan interiormente, de las cimbras sobre que se hubiesen construido. Pero hallando en el ornato *oriental* tipos mas aproximados á las partes del *gótico*, nos parece mas probable referirlas á ellas, siguiendo la máxima que hemos establecido de buscar las alteraciones del arte en el arte mismo.

La forma piramidal, que tanto caracteriza el gusto *gótico*, así en el todo como en las partes de sus edificios, no tiene un mismo origen. En cuanto al todo y partes mayores, hemos dicho ya bastante para que no se derive esta forma sino de las torres militares. La del castillo de Cisamás tenia su terminacion piramidal, como ya hemos dicho; y este castillo, como el primero, fué probablemente modelo de todos los demás, singularmente en las partes necesarias, y que tenían un destino de perpétua utilidad. De ahí es que esta terminacion vendría á ser comun á todas las torres militares, y por consiguiente, que nuestras iglesias, no solo tomasen de ellas aquel aire de gentileza que las caracteriza, sino tambien la forma piramidal para la terminacion de sus torres y otras partes menores de su ornato. Sin embargo, hay algunas de estas en que columbramos otro origen mas señalado, y las iremos reconociendo brevemente.

Creemos que las columnas góticas se hayan derivado de la arquitectura griega de la media edad, en la cual se ven algunas muy semejantes á ellas. Citaremos todavía la iglesia de Santa Sofia (c), donde, sin embargo de ser un edificio robusto y tal vez pesado, el fuste de las columnas que sostienen la galería interior que corre en derredor y por fuera del presbiterio excede mucho los módulos del orden corintio, pues cuanta el solo de diez diámetros, y la proporcion total de la columna es de diez y seis á diez y siete módulos, pareciendo aun mas esbelta y ligera á la vista por su altísima base. Esta, que es doble y redonda, se compone de dos cuerpos de figura de redoma, colocados uno sobre otro, y sobre la boca del mas alto y pequeño se apoya una especie de collarín, ó por mejor decir, la verdadera y propia base de la columna, pues los cuerpos inferiores son dos plintos, ó mas bien dos zócalos. El capitel tira á la forma del corintio, aunque muy alterada, y todo esto se acerca mucho al carácter mas comun de las columnas góticas. Varias pilstras que se ven en la mas interior tienen la misma ligereza de carácter, aunque apoyadas sobre basas mas regulares.

Todos saben que las columnas egipcias eran por lo comun de

(a) *Ricerche sur l'archittettura egiziana del signor Giuseppe del Rossi.* Firenze, 1787, pág. 59. (Nota del autor.)

(b) Véase el lugar de Tiro arriba citado, y la interpretacion que hicieron á Germánico los sacerdotes de las jeroglíficas del gran templo de Tebas. (Id.)

(c) Poseemos un exactísimo dibujo de esta iglesia, trabajado bajo la direccion del jefe de escuadra don Gabriel Aristizábal, en 1784, y hubiéramos pensado en publicarle si no estuviese destinado á ilustrar las relaciones de la curiosa expedicion hecha aquel año á Constantinopla de orden de su majestad, al mando de aquel sabio general, cuya edicion está en la prensa. (Nota del autor.)

solos cinco diámetros; y aunque los viejos han reconocido algunas de siete, esta proporción es muy rara, y comprende, no solo el fuste, sino también el capitel. Los griegos, que abrazaron al principio la proporción de la columna egipcia, fueron después aumentándola; pero nunca pasaron de diez diámetros, y eso en el corintio, el más delicado y gentil de sus órdenes. Los romanos fueron solo sus imitadores. No hay pues que buscar en una ni en otra arquitectura el modelo de las columnas góticas.

Es verdad que los árabes dieron mas diámetros al fuste de sus columnas, y que alguna vez usaron de base redonda; pero el uso común del capitel cuadrado, de columnas sin base alguna, el de parearlas muchas veces, apoyando sobre una misma base dos ó tres, pero sin unir las ni agruparlas, y sobre todo su forma, mas regular y sencilla que la de las góticas, nos obliga á referir estas mas bien á las griegas de la edad media que á las árabes.

Otra señal caracteriza mas determinadamente la columna gótica, y es la de usarse casi siempre en grupos y rara vez aislada, como en testimonio de su flaqueza. En esta parte el capricho cedió solo á la necesidad, pues cuando la índole del edificio lo permite, se halla preferida la columna sola y aislada, como en la bella lonja de Valencia. Sin embargo, en otros edificios, y particularmente en las catedrales, están por lo común agrupadas en gran número, ya unidas en bases y enlazadas entre sí, ya en derredor de un fuste ó machón que se esconde en su centro. Obligados los arquitectos á fortalecer las partes de apoyo, en razón de la desproporcionada altura y peso de sus edificios, ó debían aumentar el diámetro al fuste de sus columnas, ó repartir entre muchas el oficio para que era insuficiente una sola. Preferieron, pues, este partido, el cual, sin alterar la forma alta y ligera de su columna, conservaba aquel aire de gentileza y gallardía que tan ansiosamente buscaban en sus obras.

Digase, si se quiere, que este gusto pudo tomarse también de las fortalezas de madera, donde muchas veces sería menester agrupar en gran número los pies derechos para sostener lo edificado sobre ellos; á lo cual pudo obligar, tanto la altura de las torres, cuanto la falta de grandes y robustos árboles, que no siempre se hallarían á mano. Esta razón de analogía parecerá menos débil si se reflexiona: primero, que el uso de las columnas en grupos no se descubre en ninguna otra especie de arquitectura; segundo, que los hombres solo inventan y erian cuando no tienen que imitar.

Por este principio nos inclinamos á creer que el arco gótico ó apuntado es copio de la arquitectura egipcia. Según el señor Jusepe del Rosso, los egipcios no sabían cortar las dovelas en semicírculo ni conocieron el arco redondo, del cual asegura no hallarse un solo ejemplo en toda aquella región (b). Nosotros entendemos esto de las obras genuinas de arquitectura egipcia, y no de las que los griegos y romanos alzaron después allí; pues aunque los primeros tomaron de los egipcios el arco agudo, tardaron poco en desecharle, inventando el redondo, y perfeccionándole y acomodándole á sus órdenes; y los segundos, que en lo antiguo usaron de un arco extremadamente rebajado, como se ve todavía en los puentes Nomentano y Saloro, y en las puertas Pia y Chiura de Roma (c), adoptaron también el redondo de los griegos, y solo usaron de él aun en la decadencia de su arquitectura.

Es verdad que los árabes conocieron y usaron el arco agudo; pero sobre ser de diferente carácter que el gótico, solo le vemos en ventanas y puertas interiores, y entonces muy desfigurado con picaduras y recortes en medias lunas, que giran por las dovelas de imposta á imposta (d). Por otra parte, hallamos que los árabes inventaron para su uso el arco de herradura; esto es, aquel en que corrido el medio círculo hasta salir fuera de la imposta, acaba formando la figura de media luna, tan misteriosa y grata entre los mahometanos. Este era el arco propio y característico de la arquitectura árabe, como se puede ver en la colección de nuestras antigüedades de Córdoba y Granada, y dista demasiado del simplicísimo arco piramidal, para creer que hubiese servido de tipo al gótico.

(a) La proporción de las columnas del patio de los Leones de Alhambra está como entre doce y medio y trece diámetros, incluso base y capitel. (Nota del autor.)

(b) Abbiamo ai giu detto che non sapemmo contare le pietre per fare gli archi alte porte, de quali non se ne scorge alcun' in tutto l'Egitto. (Part. I, cap. 11, pag. 159.) (Id.)

(c) Véase la colección del Vasi, tom. v, lám. 82 y 83, y tom. I, lám. 4 y 5. (Id.)

(d) Tales son los arcos de la capilla del Alcoran, en la catedral de Córdoba, y algunos del patio de los Leones de la Alhambra de Granada. (Id.)

Es posible que los fenicios, los persas y otros pueblos de Oriente hubiesen usado del arco agudo; mas no por eso dejaremos de preferir el origen egipcio, seguros de no engañarnos mucho; pues cuando este arco fuese conocido en otros pueblos orientales, siempre se habría tomado de la arquitectura gitana, madre de todas las que merecieron este nombre en el antiguo Oriente.

Solo advertiremos que el arco egipcio no tenía mas uso que en las puertas. Eran estas muy altas y grandes, porque no usando aquella nación de ventanas en sus templos, servían también para dar alguna luz al interior de ellos. El origen de su forma se debe buscar en los tiempos en que los edificios eran de madera. Entonces los tornapuntas, apoyados oblicuamente sobre las jambas para sostener el gran dintel, producían la forma piramidal, que después se copió en el uso de la piedra. De esta forma, según el sabio Pococke, eran las enormes puertas del templo de Tebas y las de todos los monumentos reconocidos en aquella región.

Hay, sin embargo, en el gótico una especie de arcos, que debemos derivar inmediatamente de los árabes, y son los arcos dobles, ó mas bien triples, que frecuentemente se ven en los edificios góticos, no solo en ventanas, sino alguna vez en puertas. Dos arcos pequeños, unidos entre sí, se apoyan en el centro sobre una misma columna, y en los extremos sobre las impostas de un arco mayor, que los cubija dentro de su diámetro. El vacío que queda entre las dovelas exteriores de los pequeños y la interior del grande se rellena con trepados y lazos calados del gusto arabesco. Muchas veces se unen en el gótico un gran número de estos arcos pequeños, continuados á la sombra de otros mas grandes, que los señorean y abelgan, como se ve en las ventanas altas de la catedral de Burgos. En fin, la semejanza de estos arcos en ambos modos de edificar no deja duda alguna en la identidad del tipo que siguió el mas reciente.

Otro tanto se puede decir de casi todo el ornato menudo del gótico. La hiligrana de su escultura, los calados de ventanas y charboyas, los trepados y labores de lazos y nudos, tienen su tipo mas ó menos señalado en el ornato arabesco. Hay, sin embargo, dos diferencias, que no podríamos omitir sin mengua de la ilustración de este punto. Primera, que los árabes usaban de pocas ventanas, y esas altas y estrechas; por el contrario, los arquitectos europeos, no solo multiplicaron y engrandecieron las suyas, sino que muchas veces perforaron los muros principales, como se advierte en los de la catedral de Leon, aunque cerrados en parte, y como lo estuvieron también los de la de Oviedo, según se colige de dos inscripciones que hemos copiado á otro fin, y que algun dia publicaremos. Segunda, que la escultura del ornato arabesco era del todo insignificante, pues no permitiendo el Alcoran esculpir ningún viviente, se dieron los árabes á inventar lazos y figuras de puro capricho, sin objeto ni significación alguna, y muchas veces se valieron de las letras floreadas, haciéndolas servir al ornato, al mismo tiempo que á la vanidad y devoción de los dueños de la obra. No así los arquitectos góticos, cuya escultura imitó frecuentemente la figura humana en el adorno de sus puertas, y alguna vez convirtió los apóstoles en estípites para sostener los arcos dobles, como se ve en las ventanas de la catedral de Burgos, ya citadas. ¿Por ventura imitaron en esto nuestros ingenieros el orden persico, en que se representaban prisioneros ó esclavos caríjides, sosteniendo las fábricas, ó á los egipcios, cuyos edificios estaban llenos de jeroglíficos, en que hacia gran papel la figura humana, ó bien siguieron á los griegos de la media edad, cuando la imaginaria estaba en grande uso, como resulta de uno de los testimonios arriba citados? No lo decidamos todo; nuestros lectores serán mejores jueces en este punto.

Tampoco decidiremos sobre el origen de aquella parte del ornato gótico, que consiste en ciertos cuerpecitos redondos á manera de bolas ó cabezas, que se ven en lo interior de los arcos, en los ángulos de agujas y pirámides y en otros de sus miembros. En cuanto á esto no podemos dejar de adoptar las conjeturas de un erudito escritor de nuestros dias. «Pero esas crestas (dice el autor del Gabinete de lectura española, al núm. III de su obra periódica, pag. 43) no podrán ser una significación poética ó translaticia de las torres orientales de triunfo y de las paredes donde clavaban ó colgaban las cabezas de los enemigos? Semejante ostentación de triunfo es trivial entre los orientales. Los persas han hecho montones piramidales ó torres de las cabezas de sus enemigos, etc (f).

(e) Descript. of the Eastek, vol. I. (Nota del autor.)

(f) Otras muchas reflexiones en apoyo del origen oriental que damos á la arquitectura gótica se podrán ver en esta obra, á la cual confesamos haber debido mucha luz para seguir la penosa carrera en que nos empeñó nuestro sistema. (Id.)



En confirmacion de esto notarémos que semejante uso fué propio tambien de los árabes, pues solo así se puede explicar aquel cuidado con que los generales de sus ejércitos recogian gran número de cabezas de los vencidos para celebrar sus victorias. Estas cabezas se enviaban á la corte de los déspotas y otras partes, sin duda para ostentar y extender la gloria del triunfo. El arzobispo don Rodrigo, despues de contar la rota de Maroan por el ejército de Abdalla: *Tunc* (dice, cap. 18, H. A.) *capita magnorum ad Abdallam dirigit quasi xenia preciosa*; y refiriendo otra celebre rota al capítulo 27, *et fecit, dice, rex Mahomat multa capita detruncari, quae Cordubum, et ad maritima, et in Africam pro victorie glorio destinavit*. Y en el mismo capítulo: *Tolctani*, dice, *Tolaveram invadere praesumpsit; sed egressus Princeps qui praerat Tolaverae venientes congressu obvio debellavit, et pluribus captis et interfectis usque ad 700 capita occisorum Regi Cordubam destinavit*. ¿A qué, pues, vendría este inmenso acopio de cabezas, sino para adornar con ellas sus torres y edificios publicos?

La costumbre de hacíarlas en montones piramidales aun está en vigor en Africa. Un horrible y reciente ejemplo de ella leímos en el *Diario de Madrid* de 19 de abril de 1788. Un reyecuelo de Antahar habia mandado prender doscientos setenta de sus súbditos por sospechas de infidelidad. Intercedió por ellos un tratante de negros que allí estaba, y se le ofreció el perdón siempre que dentro de tres dias pareciese algun navío que los comprase. Pasados varios plazos, *cual seria mi sorpresa*, dice este negociante, *cuanado á la mañana siguiente vi delante del palacio tres montones de cabezas humanas colocadas á modo de bolas de cañon en las baterías!*

Y qué diríamos, si ciertos caerpetos salientes, á manera de garfios, con que se ven adornados los ángulos de las agujas de algunas torres *góticas*, por ejemplo en la catedral de Burgos, significasen las escarpas ó ganchos en que estas cabezas se colgaban? Pero descomiemos de las ilusiones sistematías.

¿Cúal seria extender nuestro análisis á otras partes pequeñas del ornato *gótico*; mas ¿quien podría seguir tantos y tan menudos objetos sin experimentar aquel *seclantem levia* de Horacio? Concluyamos pues satisfaciendo á una objecion general que se puede oponer á nuestro sistema.

¿Como es posible, se dirá, que los arquitectos de Occidente, tan rudos é ignorantes, de tan estrecho espíritu y tan pobre imaginacion como se los supone, hubiesen criado una arquitectura cuyo carácter se distingue por la osadía, grandezza y gallardia de sus edificios? Respondemos que esta revolucion se hizo como otras muchas, como casi todas las que presenta la historia de las artes.

El espíritu humano, cobarde y perezoso en el estado de quietud, se hace impetuoso y atrevido cuando algun grande estímulo le aguija. En los árdus empeños busca y encuentra en sí mismo fuerzas que antes no conocia, y en medio de grandes y peligrosas escenas corre denodado donde le llaman la necesidad y la gloria. Entonces el corazon le ayuda, acalla las sugerencias de la fria prudencia, y sin ver mas que la gloriosa perspectiva que se le presenta, se lanza alla por medio de los riesgos y sobre los obstáculos que se le oponen. Semejantes situaciones son las que han desenvuelto los mayores talentos y han producido en el mundo las mas altas hazañas y las mas heroicas virtudes.

Tal era la que encendió y engrandeció el espíritu de nuestros arquitectos. ¿Qué empresa ofrece la historia mas grande que la guerra de Ultramar? ¿Pudo abrirse á los ojos de un europeo de entonces escena mas nueva, mas gloriosa? Tantas y tan varias naciones puestas en movimiento, tantos principes, tantos y tan poderosos señores, prelados y caballeros unidos para una misma empresa; tantas batallas, tantos y tan peligrosos encuentros heroicamente vencidos; tantos pueblos sujetos, tantas ciudades conquistadas, tantos principados y señorios levantados; en una palabra, ganado el grande objeto de tantos afanes, á despecho del poder y con mengua de la gloria de los temibles déspotas del Oriente, ¿qué influencia no tendrian en el corazon de los agentes de tan maravillosa conquista! Qué revolucion no causarían en su espíritu, en sus ideas!

Mídanse por aquí las de los arquitectos europeos. Trasladados repentinamente á un pais culto, el mas propicio á las artes, y embuelto de insignes monumentos del antiguo y presente poder asiático; puestos en medio de las magníficas escenas que abrió aquella santa guerra, y en que fueron tan gran parte; y arrastrados, como los demás, del entusiasmo religioso y de la noble ambicion de gloria y de fortuna, su espíritu no pudo dejar de henchirse de aquel carácter osado, grande y amigo de la pompa y gentileza, que distingue entre todas la arquitectura que inventaroo.

(12) La arquitectura llamada *gótica* tuvo de duracion tres siglos; nació con el xiii, como hemos probado en la nota 10, y ahora podemos decir que acabó con el xv. Es verdad que hay fábricas insignes de este género trabajadas en el siglo xvi, por ejemplo las bellas catedrales de Salamanca y de Segovia, obras de los dos Hontañones, Juan y Rodrigo Gil, padre é hijo; mas el primero de ellos, por su edad y doctrina, pertenece rigurosamente al siglo anterior, así como el segundo á la época de la restauracion de la arquitectura, que nació con este, por haber sido uno de los que primero adoptaron y cultivaron el nuevo estilo.

En efecto, los viajes de muchos artistas españoles á Italia, á la entrada del siglo xv, el gusto y la doctrina traídos de allá y difundidos entre nosotros, y los dogmas de Vitruvio, publicados en lengua vulgar, ayudados del consejo y exhortaciones de Diego de Sagredo (a), y autorizados con el ejemplo de los mas famosos arquitectos de aquel tiempo, pusieron en descrédito la *manera gótica*, y aceleraron el renacimiento de la arquitectura greco-romana. Los tipos y proporciones de los antiguos órdenes se ven ya en muchos edificios del primer período de aquel siglo, bien que algo alteradas las formas de los primeros, y no muy rigurosamente observados los módulos de las segundas. Sobre todo, se distinguió este nuevo estilo por los accesorios de escultura, que aunque de buen origen, de buen gusto y de bounísima y diligentísima ejecución, eran impropia y muy pródigamente aplicados á la arquitectura, y en lugar de enriquecerla, la hacian confusa y mezquina.

No fuimos ciertamente nosotros los que ofuscamos su esplendor con estas nubes, venidas tambien de Italia en uno con la luz de los buenos y sólidos preceptos. Por otra parte, la escultura se habia hermanado tanto con la *manera gótica*, y esta dádose tanto en su vejez á engalanarse con ella, que era muy difícil desprender de todo punto á sus apasionados de la aficion que le habian cobrado. Por fin, este capricho pueril paso con la primera edad de la renacida arquitectura, la cual, bajo las sabias manos de Villalpando, Toledo y Herrera, apareció ya con aquella robusta y sencilla majestad que habia tenido en sus mejores tiempos. De este modo una bella matrona, contenta con el noble y sencillo adorno que conviene á su estado y á su decoro, abandona con desden los galanos y superfluos atavios que tanto la destaciecian en sus años juveniles.

Entaria yo gustoso á investigar las causas de esta revolucion, y á señalar su principio y progresos mas detenidamente, si no supiese que me ha precedido en este empeño uno de aquellos literatos que nada dejan que hacer á otros en las materias que ilustran, y cuyas obras llevan siempre sobre sí el sello de la perfeccion. El publico tendrá algun dia acerca de este punto y los demás relativos á nuestra arquitectura en las épocas de su restauracion y última decadencia mucho mas de lo que puede esperar, cuando el sábio y modesto autor de la obra intitulada *Noticia de los arquitectos y arquitectura de España desde su restauracion*, le haga participante del riquísimo tesoro que encierra (b). Los hechos y memorias mas exactas, las relaciones mas fieles y completas, los juicios mas atados é imparciales se encuentran allí, escritos en un estilo correcto, elegante y purísimo, apoyados en gran copia de documentos raros y auténticos, é ilustrados con mucha doctrina y muy exquisita erudicion. Por eso nos abstenemos de propósito de entrar en tales indagaciones; pero mientras nos dolemos de que la nacion carezca de esta preciosa obra, que un dia le hará tanto honor, queremos tener el consuelo de anunciársela, anticipando al publico tan rica esperanza, y al autor este sincero testimonio de aprecio y gratitud, á que su aplicacion y talentos le hacen tan acreedor.

(13) Aunque ennoblecida por Herrera la arquitectura, y difundidas sus buenas máximas en toda España por sus imitadores y discípulos desde la mitad del siglo xvi, todavía quedó en algunos profesores la manía de cargarla con adornos de escultura ajenos de su pureza y majestad. Esta manía se descubre mas abiertamente en los retablos y obras de madera; sin duda porque la facilidad de entallarla ayudaba á la conservacion de las antiguas ideas. A semejante principio atribuimos los fustes calzados de grotescos en su ultimo tercio, y el uso de este adorno en el vano de los pedestales, en frisos, entablamentos y otros miembros menores. De esto se en-

(a) La obra de Diego de Sagredo, intitulada *Medidas del romano*, se imprimió por la primera vez en Toledo en 1526. (Nota del autor.)

(b) Obra postuma del ministro don Eugenio Llaguno, aumentada despues por Ceán Bermúdez, é impresa en Madrid en el año de 1825. (Id.)

cuenta bastante en retablos, pulpitos y silleras de cora del mismo siglo XVI, y mucha mas en el XVII.

Pero hacia la mitad de este último, no solo habia perdido su sencillez la arquitectura, sino que empezaba ya á peligrar su decoro, pues se habian introducido en ella, sobre aquellos adornos impropios, otros espúrios y monstruosos, que la oscurecian y mancillaban. Las licencias de Borromini, primer autor de esta corrupción en Italia, según Milizia, habian pasado el golfo y corrido rápidamente por España, donde las puso en crédito; quien lo creeria? un Herrera, don Sebastian Herrera Barnuevo, arquitecto, pintor, escultor, maestro y tratador de obras reales. Tanto títulos eran necesarios para autorizar la nueva y pestilente doctrina *borrominesca* (a).

Muchos secretarios la abrazaron, la difundieron y ampliaron en el reinado de Carlos II, haciendo caer la arquitectura en un carácter tan plebeyo y mezquino, que aunetaba ya la funesta depravación á que llegó en el próximo siglo. ¿Quién puede ver sin cólera, ó por lo menos sin lástima, en el sitio mas noble y público de Madrid, en el medio de su magnífica y espaciosa plaza, un edificio real de tan humilde y ruin aspecto como la casa de la Panadería? Tal era el espíritu de Donoso, su autor, uno de los mas sobresalientes arquitectos de aquel reinado. La casa de Mouserrat, en la calle de Atocha, que tenemos por suya, y la portada de San Luis, cuyas columnas están labradas á facetas, cual si fuesen diamantes de Golconda, no desmentiran ciertamente los quilates del talento que mostró este arquitecto en las rubricas y molditos con que adornó el palacio de la Panadería.

En otra parte hemos atribuido esta decadencia á los pintores de escenas y decoraciones para el Buen-Retiro, entre los cuales sobresalieron don Francisco Ricci, que fué muchos años director de aquel teatro, según Palomino, y el nombrado don José Jimenez Donoso. Una razon harto probable puede confirmar nuestra antigua opinion, y es que reducido un pintor á representar cuerpos grandes en un espacio de corta altura y extension, ó ha de suplir este inconveniente por medio de la magia de la perspectiva, ó caer irremediablemente en el mezquino. El abreslara las partes grandes de los edificios, reduciéndolos sus proporciones, aumentaría los adornos accesorios, y queriendo enervar mucho en poco, nada produciría de majestuoso y de grande. Ricci, Donoso y otros, aunque llamados por Palomino célebres *perspectivistas*, no eran á nuestro juicio muy peritos en este ramo de las ciencias matematicas, ni comparables á don Alejandro Velazquez ni á los hermanos Tadei. Por eso presentaban á la vista enanos cuando pensaban producir gigantes.

Ni, á la verdad, era este vicio suyo, sino del siglo en que vivieron. La elocuencia, la poesia, la politica, y aun las ideas religiosas de aquel periodo tenían el mismo carácter. ¿No es verdad, mi querido lector, que las metáforas binchadas, los versos rimbombantes, los proyectos quiméricos, las hechicerías y diabluras áulicas presentan á la sana razon la misma mezquiteria gigantescas que caracteriza los edificios de Barnuevo, de Ricci y de Donoso?

(14) ¿A tantos errores y licencias como dejamos indicados en la nota precedente, ¿qué podía suceder sino los barbarismos, las insolencias y las herejías artisticas que se vieron á la entrada de nuestro siglo? Por fortuna no es necesario hablar mucho de ellos, puesto que están á todas horas y en todas partes á la vista de todo el mundo. Cornisamentos curvos, oblicuos, interrumpidos y vacilantes; columnas ventradas, tábidas, opiladas y raquíticas; obeliscos inversos, substituidos á las pilasstras; arcos sin cimiento, sin base, sin imposta, metidos por los arquivadas, y levantados

(a) Los aplausos que gozaba en Roma el caballero Bernini en el último tercio del siglo XVI irritaron el genio fogoso de Francisco Borromini, su contemporáneo, su compañero, y al fin su émulo y competidor. Bernini, así como otros grandes genios, sufría con impaciencia el yugo de los preceptos, y se daba tal vez á ciertas licencias, que su reputación hacia entonces admirables, pero que la posteridad le notó como otras tantas flaquezas. La grande obra de la confesion de san Pedro, tan cargada de los romanos por sus columnas espirales ó *solomónicas*, y por la profusion de sus adornos, aparece ya como defectuosa y reprensible á los ojos amantes de la sencilla majestad del arte. Borromini, que no pudo igualarle en genio y en pericia, le excedió mucho en extravagancia, y le arrebató la triste gloria de fundar una nueva secta. Quien desee de esto noticias mas puntuales vaya al Milizia, y las encontrará en la obra que hemos citado á los artículos *Borromini* y *Bernini*.

Cuando florecian estos artistas en Roma, estuvo allí nuestro Jimenez Donoso, y admiró las ligerezas del uno y los extravíos del otro. Hé aquí cómo vino á nosotros esta peste. El autor de la obra que citamos en la nota 12 ilustra muy juiciosamente este punto. (Nota del autor.)

hasta los segundos cuerpos; metopas inertes en los dinteles, y triglifos echados en las jambas de las puertas; pedestales enormes, sin proporcion, sin division ni miembros, ó bien salvajes, sáltricos, y aun ángeles, condenados á hacer su oficio; por todas partes parras y frutales, y pajaros que se comen las uvas, y eulebras que se emboscan en la maleza, por todas partes conchas y corales, cascadas y fuenteillas, lazos y moños, rizos y copetes, y bulla y rambra y despropósitos insufribles, hé aquí el ornato, no solo de los retablos y ornatejas, sino tambien de las puertas, pórticos y frontispicios, y de los puentes y fuentes de la nueva arquitectura diez y ochena.

A esta pésima manera se ha dado el título de *churriguerraca*, y no con gran razon, porque don José Churriguera el padre, aunque mucho, no fué tan destinado en ella como otros; y sus dos hijos, desgraciados en la obra de Santo Tomás de Madrid, fueron á marcellar con los restos de su naufragio el decoro de Salamanca, su patria. El mas frenético de todos estos delirantes fué don Pedro de Herrera, maestro mayor de Madrid, mal empleado muchas veces por el digno y celoso corregidor marqués de Vadillo. Las fachadas del Hospicio, San Sebastian y cuartel de Guardias de Corps, las fuentes de la Red de San Luis y Anton Martin, y el enorme puente de Toledo, con sus ridiculos retablos y sus miserables torrezuelas, hacen ciertamente su nombre mas acreedor que otro alguno al primer lugar en la lista de los secretarios de Borromini.

El arte de soñar á ojos abiertos, que el tal Herrera acreditó en Madrid, cundió luego por todas partes, y tuvo en las primeras ciudades de España los corifos subalternos que hemos nombrado en el elogio. No hay para qué buscar nuevas causas á esta depravación, ni que atribuir la al dibujo *chino*, á las estampas *augustales* ni á otras igualmente pequeñas. Abandonados de todo punto los preceptos y máximas del arte, convertidos los albañiles en arquitectos, y en escultores los tallistas; dado todo el mundo á imitar, á inventar, á disparatar, en una palabra; perdida la vergüenza, y puestos en crédito la arbitrariedad y el capricho, ¿cuál es el limite que podian reconocer los ignorantes protectores?

Algun influjo pudo tambien tener en este mal el gusto literario dominante en aquel periodo. ¿Se quiere una prueba de ello? Pues léase la descripción de las fiestas de Toledo en el estreno de sus

b Esta obra, impresa en Toledo en 1752, se intitula así: *Octava maravilla, confusa en octava rítmica. Breve descripción del maravilloso transparente que costosamente erigió la primada Iglesia de las Españas; compuesta por el Sr. P. predicador fray Francisco Redregio, talun: Panegirista... Bomba; y alla va una muestra de esta maravillosa y reverendísima composición.*

Al entrar á la descripción artistica del susodicho transparente, canta el Poeta:

Aquí pues erigió la arquitectura,  
A diestra proporcion de los niveles,  
Maravillosa célebre es cultura,  
De Lisipo emulada y Praxitelés;  
Pues en la menos singular militera  
Un milagro fabric de los cincelos  
Esculpir puede solo sus civildas  
La diestra gavia del famoso Fidias.

Después, comparando el transparente á otras mas pequeñas maravillas de arquitectura, prosigue:

Oh tú, Barbara Menfis, cura vana  
Piramidal grandeza, aliva y flera,  
Ovulada de Rodope liviana,  
Suroc adorno de la azul esfera;  
Oh tú, gran Babilonia, la que ufana  
Lograste portentosa ser quimera;  
Pues te puso Semiramis por muros  
Deslices tiernos de alabastos duros.

Al cabo de otras cuatro ó cinco *oh itras* y de otros mil quilientos despropósitos, se halla una escandalosa comparación de las iglesias de santa Leocadia y santa Casilda, con una estatua de Venus, célebre en la historia de las artes griegas, por los indecentes amores que inspiró; la cual falsamente atribuye el poeta al escultor Myron en esta octava, que debe ser célebre tambien por sus indecentes alusiones:

Mira, Myron, su injuria milagrosa  
En dos estatuas del cinel, que ufano  
Labro en el mármol la disrupla hermosa  
De aquella escudada de Solimbriano;  
Tan bellas, que en sententia litigiosa,  
Para justiliarse el juez trovano,  
Dejara á Venus mas premiada y vana,  
Partiendo á las elgias la manzana.

Hasta aquí pudieron llegar los desatados poéticos del panegirista de Narciso Tomás y del digno competidor de sus delirios arquitectónicos. (Nota del autor.)



monstruoso transparente. ¿Quién no verá allí la analogía que se ocultaba en las cabezas del arquitecto y del poeta?

Pero estas fueron las últimas boqueadas del espirante estilo *riberesco*, porque ya entonces estaba cercana la venida de Yubarrá á Madrid, al cual, á Sacchetti, á la magnífica obra del nuevo palacio, y finalmente á la erección de nuestra real academia de San Fernando, se debe el renacimiento de la buena y majestuosa arquitectura. Hemos dicho cuánto le aceleró don Ventura Rodríguez; pero no fué solo en este designio, porque le ayudaron otros buenos ingenios con el ejemplo, con la enseñanza y aun con la crítica. Entre estos es preciso contar á don Diego de Villanueva, director de arquitectura en nuestra Academia, y digno por cierto de alabanza por el valor con que zahiró y persiguió los restos del mal gusto, que aun se escondían en los talleres de los plateros y tallistas, y de algunos arquitectos sus contemporáneos; y por la destreza con que supo embozar la buena doctrina, ya en alusiones agudas y festivas, y ya en alabanzas idólicas para que fuese, como fué, bien recibida. Su obra se intitula: *Colección de diferentes papeles críticos sobre todas las partes de la arquitectura*, Valencia, 1766, en tomo en 8.º.

Ni podría yo sin injusticia dejar de alabar aquí á un hombre que perteneciendo á todas las bellas artes, porque todas las estudió, estimó y protegió, ha contribuido mas particular y señaladamente al mejoramiento y esplendor de la arquitectura, desterrando los monstruos y vestigios, que se habían apoderado de ella, y que echados de la corte, se guarecían en las provincias y pueblos mas distantes. Hablo del autor del *Vinje de España*.

Infatigable en el designio de descubrirlos y delatarlos al tribunal de la sana razón, sus descripciones exactas, sus juicios atinados, sus exhortaciones, sus declamaciones, han logrado al fin hacerlos detestables en todas partes; y si bien no ha podido librarse enteramente de ellos las casas y los templos, por lo menos logró que se les cerrasen para siempre sus puertas. Difundiendo hasta en las mas retiradas aldeas la luz de la buena doctrina, y ridiculizando las viejas y extravagantes preocupaciones, ha preparado los caminos á la legislación, que hoy trata con tan laudable celo de arrancar de las manos imperitas las obras en que se cifran la seguridad y el decoro público.

Quisiera cerrar estas notas con el elogio de los sublimes genios que por la misma senda en que anduvo Rodríguez, caminan aceleradamente á la gloria. Pero no es de mi instituto alabar á los arquitectos vivos. El tiempo llenará su reputación, y á su muerte podrán esperar otro órgano mas sonoro que el mio para conducir sus nombres á la inmortalidad.

*Ite nunc fortes ubi celsa magni  
Ducit exempli via.*

(Sever. Boet., *De Consol.*)

115. Con grande admiración y encarecimiento hablan los antiguos escritos de las cloacas de Roma, y particularmente de la *maxima*. Plinio (*H. N.*, lib. xxxvi, cap. 21) las califica diciendo que eran, por confesión de todos, la mayor obra que se habia hecho en Roma; y Haddonin, sobre el mismo lugar de Plinio, cita las palabras con que Dionisio Halicarnaseo encareció su mérito. *Mhi sane, dice, tria magnificentissima videntur, ex quibus maximè apparent amplitudo Romani imperii, aquaeductus, viarum stratae, et hae cloacae*. En efecto, solo en limpiarlas gastaron de una vez los censores 1,000 talentos, que, según el cálculo de Harduin, equivalían á 9.600,000 reales de nuestra moneda. Ni habló de ellas con menor admiración Teodorico, en la carta dirigida al prefecto de Roma Argólico, en que las recomienda por estas palabras: *Quae cloacae tantum risentibus conferunt stuporem ut aliarum civitatum possint miracula superare. Hinc, Roma, singularis quanta in te sit potes colligi magnitudo. Quae enim urbium audeat tuis culminibus contendere quando nec ima tua possunt similitudinem reperire?* (Cassiodor. Var., lib. iii, epist. 50.)

No es ciertamente de tanto coste y grandeza la mina construida por don Ventura Rodríguez á orilla del paseo del Prado; pero acaso no es menos recomendable su mérito, si se atiende á su forma interior y exterior, á su solidez y extensión, y sobre todo, á su conveniencia con los objetos á que está destinada; por cuyas

circunstancias es sin disputa una de las obras mas señaladas que debió Madrid al celo del Gobierno en el reinado de Carlos III.

La inscripción esculpida para perpetuar esta memoria en el arco de la desembocadura que está á la salida de la puerta de Atocha sobre mano izquierda del paseo de las Delicias, dice así:

D. O. M.

AUSPICE. CAROLO. III. HISPANIARUM. ET. INDIARUM. REGE. SUPREMIQUE. CASTELLAE. SENATUS. JUSSU. HUNC. AQUAEDUCTUM. DCCCL. PASSUM. AD. PURGANDAM. URBEM. ET. AQVAS. PLUVIAS. A. VIA. ARGENDAS. S. P. Q. MADRIDENSIS. FIERI. CURAVIT. ANNO. A. CHRISTO. NATO. MDCCXXVI. BONAVENT. ROD. ARCE.

Los críticos decidirán si hay ó no entre el objeto de la obra y su dedicación algo que sea repugnante al buen gusto ó á los principios de la razón sana, y no preocupada por los ejemplos de la antigüedad.

116. El buen nombre de don Ventura Rodríguez no nos permite pasar en silencio la ilustre y generosa protección con que fué honrado por el serenísimo señor infante don Luis de Borbon durante su vida. Gustaba mucho este benéfico príncipe de su trato y conversacion; y no contento con haberle nombrado su primer arquitecto, dotándole generosamente, y empleándole en el mejoramiento y extension de sus palacios de Realidad y Arenas, le distinguió y trató siempre con aquella noble familiaridad, que naciendo en el corazon, solo puede perfeccionarse en el espíritu, pues no solo supone el aprecio de los grandes talentos, sino tambien el conocimiento de que el dinero es siempre la parte menos preciosa de su recompensa. Para señalar mas bien este linaje de aprecio, mandó su alteza retratar á Rodríguez, significando que gustaba de tenerle siempre á la vista, y fúe este encargo al diestro y vigoroso pincel de don Francisco Goya, pintor de cámara de su majestad, y uno de los artífices con quienes señaló tambien su augusta protección. Este retrato existe hoy en poder de la señora viuda de aquel buen príncipe, cuyo nombre ha colocado ya la gratitud en la lista de los protectores de los artistas y las artes.

117. Don Ventura Rodríguez fué uno de los primeros que se adscribieron á nuestra Sociedad Económica, y su nombre se halla ya en la lista de los treinta y seis fundadores, formada en 24 de junio de 1775 (a). Asistió á la primera sesion, que se celebró en 16 de julio siguiente en casa del señor don Tomas de Landazuri, y fué despues uno de los individuos mas concurrentes á las juntas ordinarias, informando de palabra y por escrito en varios expedientes científicos; y sobre todo, asistiendo á las adjudicaciones de premios pertenecientes á la clase de artes y oficios, donde su probidad, pericia y buen gusto hacian mas importantes sus dictámenes. El ardiente celo que distingue aquellos primeros y venturosos dias de nuestra sociedad, formará en sus fastos una época muy gloriosa para todos los nombres que pertenecen á ella, como el de don Ventura.

118. La de la nueva casa de las carnicerías, que mira á la cárcel de corte.

119. Fué enterrado don Ventura Rodríguez en la misma iglesia de San Marcos que habia construido, y puede decirse que es el unico monumento sepulcral que hasta ahora tiene esta bella obra de su mano. Sin embargo, la gratitud de su sobrino, don Manuel Martin Rodríguez, director de arquitectura en nuestra academia de San Fernando, le prepara otro muy digno de su memoria, en un busto, de que está encargado el director de escultura don Miguel Alvarez, grande amigo y apreciador del difunto.

120. Procurando no sentir hecho alguno que no estuviese exactamente averiguado, hemos tenido á la vista el breve y elegante elogio de don Ventura Rodríguez, que leyó en la real academia de San Fernando el segundo director de matemáticas don José Moreno en la junta ordinaria de 4 de diciembre de 1783, y además una muy exacta relacion de todas las obras ejecutadas por el mismo don Ventura en la corte y las provincias, que nos fraqueó su sobrino, y gran parte de los planos de aquellas que no han llegado á ejecucion.

(a). Véase el número 4 del Apéndice á las *Memorias de la Sociedad Económica de Madrid*, impreso al fin del tomo II. (Nota del autor.)

## CARTA

DIRIGIDA AL REDACTOR DEL DIARIO DE MADRID, CON MOTIVO DE LAS FUNCIONES HECHAS EN LOS DESPOSORIOS DEL SEÑOR DON FERNANDO VII Y DOÑA CARLOTA.

SEÑOR DIARISTA: Como los progresos de la razón marcan mas visiblemente la perfección del espíritu humano, no debe parecer extraño que ellos sean el tema mas ordinario de nuestros predicadores políticos, y aun de nuestros críticos censores. La acumulación de conocimientos útiles y la mejora de los métodos de adquirirlos son los dos objetos por que suspiran continuamente, para lo cual tienen mucha razón, y ojalá que los frutos de su celo fuesen mas conocidos y copiosos.

Mas me parece á mí que esta suspirada perfección del espíritu no se manifiesta menos en los progresos del gusto. Si los de la razón hacen preferir la ciencia á la ignorancia, y la verdad al error, los del gusto hacen anteponer la elegancia á la grosería y la sólida utilidad á la mera apariencia. ¿Por qué, pues, las mejoras del gusto no han entrado hasta ahora en el plan ni en el objeto de nuestros reformadores? *In hoc non laudo.*

Esta reflexión, que es susceptible de muchas aplicaciones, puede tener una muy provechosa y muy digna de las circunstancias del día, y hé aquí lo que me obliga á llamar un rato la atención de usted hacia ella.

Los vínculos que van á estrechar mas y mas la unión de las dos augustas familias de España y Nápoles, el desposorio del heredero del trono de España, y el movimiento general de la esperanza pública hacia nuestra futura felicidad, son dignos por cierto del regocijo que ocupa en este instante á todos los corazones españoles, y lo son por lo mismo de las demostraciones que deben señalar este regocijo. Cualesquiera que sean estas demostraciones, pequeñas ó grandes, finas ó groseras, pasajeras ó durables, siempre merecerán la aprobación de los buenos por la pureza de su origen y por la alteza de su augusto objeto.

Pero ¿no será dado á la crítica extender su jurisdicción hasta ellas? No podrá el buen sentido hallar alguna regla para distinguir las y calificarlas? Y la diferencia de fortunas y condiciones ¿no deberá producir alguna en su calidad y en su forma? ¿Por qué se esperan de la escasa ó mediana fortuna las mismas que de la opulencia? Por qué se medirán las del grande, el título, el noble, por la misma regla que las del humilde plebeyo?

Y note usted que esta diferencia no debe referirse solamente á la diferencia de poder, sino tambien á la de condición; porque si las clases mas altas y distinguidas deben mas á la protección social, es claro que la medida de su gratitud debe llenar en la manifestación el tamaño de su deuda. Un simple artesano concurrirá

suficientemente al adorno de la carrera, vistiendo su antepuerta ó ventana con la frazada de su pobre lecho, iluminándola con su candil. ¿Y cumplirá con tanto un gran señor, un millonario?

Pero esta diferencia debe brillar tambien en el gusto de las demostraciones, porque donde hay mas alta condición y mayores facultades, se supone mejor educación, y ya se ve no puede haber buena educación donde falta el buen gusto. Que un hombre humilde crea que puede lucir presentando en su casa un mamarracho borrajado con azafrán, nada tiene de extraño; pero ¿no lo sería que un gran señor lo creyese, exponiendo al público en su palacio ricos y costosos mamarrachos?

Confieso que en este punto ha hecho algunos progresos el gusto. En la coronación de nuestros actuales soberanos todos vimos con gran placer que á los tafetanes, lienzos y encartujados, y á las vajillas y aparadores de engrudo y papel plateado, se subrogaron pórticos y frontispicios de bella arquitectura, que acreditaban el estado de nuestro gusto á los fines del siglo XVIII. Y con todo, jamás echo los ojos sobre el precioso cuaderno que nos ha conservado la idea y la memoria de los mas apreciables de estos adornos, que no se excite en mí un vivo sentimiento de dolor. Porque no puedo dejar de exclamar á vista de sus bellas estampas: «¡Hé aquí lo único que nos ha quedado de tantos millones gastados en 1789!»

En efecto, señor diarista, los progresos del gusto no se deben medir solamente por la preferencia de lo majestuoso á lo humilde, y de lo elegante y gracioso á lo grosero y extravagante, sino tambien y principalmente por la de lo útil y sólido á lo aparente é inútil. ¿Quién, pues, á vista de aquel bello cuaderno no exclamará: «¡Qué lástima! Todas estas obras eran de cartón, sirvieron un día y cayeron al fuego!»

Tratemos, pues, de conciliar en estas demostraciones el gusto con la utilidad. ¿Y cómo? dirá usted. ¿Cómo? Erijanse monumentos durables, y todo está hecho.

¿Cuántas puertas, cuántos postigos, cuántas fuentes groseras ó mezquinas de Madrid están pidiendo otras mas regulares, mas graciosas, mas dignas de la majestad de nuestra corte y de la ilustración de nuestro siglo! Cuántas fachadas, cuántas portadas de templos y edificios públicos y privados claman por la grandiosa elegancia de Villanueva para desterrar la ruina y monstruosa hojarasca de los Churriguera!

Y esto, que se puede decir con tanta razón de nuestra magnífica corte, ¿con cuánta mas no se dirá de



tantas derrotadas ciudades y villas, donde el regocijo general se manifestará respectivamente con iguales esfuerzos? ¡Y qué! ¿no sería mejor gastar en estas obras permanentes el dinero que se desperdicia en armatostes de carton?

Sé que usted me opondrá algunas objeciones, porque ¿qué buen pensamiento no tropieza con ellas? Las prevengo, y voy corriendo á desvanecerlas.

1.<sup>a</sup> Se dirá que estas obras piden mucho tiempo, y que el momento del regocijo iusta. Y ¿qué importa? Cuando se trate de una demostracion permanente, basta que se ofrezca al público, basta que se le presente el diseño. Este será el mejor adorno, esta la mejor demostracion de regocijo.

Pero ¿el ornato y la iluminacion de la carrera? Pocos y graciosos festones para engalanar una casa por el dia, muchas antorchas ó morteretes para iluminarla por la noche, bastan y sobran para completar tan distinguido obsequio.

2.<sup>a</sup> Se dirá que estas obras piden mucho dinero, y es verdad, pero tambien serán eternas. Pudiendo cada uno elegir las y acomodarlas á sus facultades, nunca se podrán decir superiores á ellas. Pero ¿qué digo? ¿No hemos visto gastar en 89, en obras efimeras, en maravillas de un solo dia, uno, dos, tres millones? Y ¿cómo? ¡Oh, Dios mio! Todo el mundo puede dar la respuesta.

Fuera de que, si el espíritu de nuestros poderosos se levantara á empresas mas grandes, ¿por qué no se podrían reunir dos ó tres para acometerlas? Por qué no se podrían suscribir veinte ó cincuenta para alguna sola que fuese digna de su condicion y de la alteza del objeto?

3.<sup>a</sup> Pero se dirá tambien que estos dias de regocijo piden bailes y cenas, y que estas fiestas son muy dispendiosas. No las repruebo; el regocijo tiene su lenguaje, y es menester dejarle hablar en él. Esperemos que se perfeccione su idioma para exigir que se explique de otro modo. Entre tanto digo que no repruebo los bailes y las cenas; pero repruebo altamente la profusion con que se dan. ¿Por qué desgracia se pierde de vista en estas fiestas la verdadera idea del placer? ¿Por ventura se holgaría menos la gente joven y retonzona, ó comerian mas los glotonos y golosos, si se diesen con delicada moderacon?

4.<sup>a</sup> Por último, se dirá que las obras que propongo pertenecen al lujo público, y por lo mismo, la profusion en ellas fuera todavia reprehensible. ¿No fuera mejor dedicar los capitales que exigen á objetos de mas real utilidad?

Sin duda, señor diarista, sin duda. Mis principios no me permiten negar esta verdad. ¿Quién duda que sería mejor manifestacion de regocijo construir un camino ó un puente, fundar una escuela de primeras letras ó alguna institucion de caridad, casar doncellas huérfanas y virtuosas, animar artistas pobres é ingeniosos, etc., etc....? Habrá algun corazon tan frio, tan insensible, que no suscriba á estas ideas? ¡Ojalá que penetrasen el corazon de los poderosos, como ahora agitan el mio!

Pero confiese usted que estamos aun muy distantes de ellas. Los progresos del espíritu humano son natu-

ralmente muy lentos, y por desgracia solo sus últimos pasos se encaminarán á la moral. Esta especie de perfeccion se halla en cierto sentido dependiente de la razon y el gusto. No nos empeñemos pues en hacerlo saltar, porque dará de hocicos en mil despeñaderos; dejémosle andar á su paso, que él llegará á su término. Entre tanto temporiceemos con sus flaquezas, y conténdonos con dar mejor direccion á su vanidad, que es la mayor de ellas. Hagamos que prefiera lo sólido á lo aparente y lo útil á lo agradable, y despues podrémos llevarle de lo útil á lo mas útil, y de lo bueno á lo mejor. ¡Dichosa la nacion cuando todos los españoles levanten á tan alto punto su vanidad!

Mientras tanto sigamos la corriente del dia, y tratemos solo de mejorar su direccion. Si yo fuese un poderoso... Pero usted querrá que aplique mis reflexiones, y que acabo con algun proyecto conforme á ellas. Pues allá va.

Si yo fuese un poderoso, repito, levantaria sobre un magnífico embasamento de mármol un obelisco de cincuenta piés ó mas de altura, de buena piedra berroqueña, de una sola pieza, si ser pudiese; le ceñiria con un bello enrejado de bronce, le adornaria con ornatos y emblemas del mejor gusto, ó bien dejaría este envidado á los herederos de mi nombre, y entre otras inscripciones, en el frente principal del embasamento haria poner en letras de oro la siguiente:

A CARLOS Y TERESA,  
REYES DE ESPAÑA Y DE LAS INDIAS,  
PADRES DE LA PATRIA,  
EN MEMORIA DEL FELIZ DESPOSORIO  
DE FERNANDO Y CARLOTA,  
PRÍNCIPES DE ASTURIAS,  
DELICIA Y ESPERANZA DE LA NACION.  
D. D.  
G. D. J. O. P. L. C. E. R. C. D. B.  
A. M.DCCC.II.

¿Y el sitio? dirá usted. Le dejo á su disposicion. Sea señalado por razones de decoro público, y esto basta para que sea el mejor. Mas do quiera que se levanten estos monumentos, siempre conservarán la memoria de su objeto y los nombres de los dedicantes.

¿Es el amor propio, es la ambicion solapada, es solamente la vanidad, aunque presentada de perfil, la que inspira estas dedicaciones? Sea cual fuere su impulso, sea cual fuere su fin, el pensamiento deberá llenarlos cumplidamente.

Esto querría yo que hiciesen nuestros poderosos entre tanto que no estuviesen intimamente persuadidos á que no el lujo público, sino la pública beneficencia, debe dictar el mejor, el mas digno obsequio que pueden hacer á sus reyes, y la mejor, la mas sublime demostracion de su concurrencia al regocijo universal.

Perdone usted, señor diarista, que haya distraído por un instante su atencion; y si mis ideas le pareciesen dignas de la del público, tenga la bondad de comunicárselas en su periódico, mientras queda de usted su mas afecto servidor.

# MEMORIAS HISTÓRICO-ARTÍSTICAS DE ARQUITECTURA.

SEÑOR DON JUAN CEAN BERMUDEZ.—Amigo y señor: Enviando á usted la descripción que me pidió, y le ofreci, creo que acredito mi confianza y mis vivos deseos de complacerle; porque en ella no hallará la exactitud y el mérito que esperaria de un artista ó de un aficionado mas inteligente, sino la sencilla representacion del objeto, tal cual aparece á mis ojos, y cual pudiera dar cualquiera comun observador. He reducido así mi propósito por no entrar en empeño que fuese superior á mis conocimientos; pero tambien me he distraído á varias reflexiones, que naturalmente ofrecia la presencia del mismo objeto. Tal vez esta libertad no se toleraria á un profesor; pero creo que podrá disimularse á quien no trata de pasar por tal, sino solo de complacer y divertir á usted.

¿Y por qué no? ¿Quién es el que se detiene á contemplar estas obras, que sobreviven á algunos siglos, sin hallarse asaltado de las ideas que naturalmente excita la comparacion de su edad con las que recuerdan? Aun el artista, para juzgarlas bien, no puede prescindir del tiempo en que se hicieron y del objeto á que se destinaron, ni tampoco no revestirse de las ideas del arquitecto que las construyó ni del dueño que las mandó construir. ¿Qué es, pues, lo que sucederá á un simple observador, cuya atencion es tanto mas libre, cuanto menos llamada á las reglas del arte, y menos distraida por las calidades artísticas de las mismas obras?

Sea pues lo que fuere, así es como yo me complazco en ver nuestras antiguallas y como he visto esta; y tal como la vi y la juzgué, la pinto. Si en mis reflexiones me he detenido demasiado, y si se miran con hastío por los observadores vulgares, que no ven en tales edificios mas que sillares y molduras, confio que no por eso desagradará á usted, que tanto ama la antigüedad y tanto se deleita con ella. ¿Y qué sé yo si acaso agradaré tambien á aquellos que, á vista del cacho de un obelisco, se trasportan á la edad de Sesóstris, y á quien las rampas del moderno Campidolio recuerdan los antiguos triunfos de los Camilos y Cipiones, y las vehementes arengas de Caton y de Tulio?

La descripción abraza así el castillo como sus términos, que no son menos dignos de observacion que su forma; y si usted quiere que la extienda á toda la hermosa escena que descubre, y que en cierto sentido domina, no será difícil complacerle. Pero esto pedirá mas vagar del que ahora tengo, y podrá formar una segunda parte. — MANUEL MARTINEZ MARINA (a).

## ADVERTENCIA (b).

A poco tiempo de hallarse el autor de estas memorias confinado en Mallorca, deseando ocuparse en algun objeto nuevo, capaz de hacerle olvidar la amargura de su situacion, empezó á leer la historia de la isla con toda meditacion y con aquella critica tan propia de sus elevados talentos. Desde luego conoció lo que habia que añadir en las de Dameto y Mut, que enmendar en la de Binimelis, y corregir en los manuscritos que se le presentaron. Se le avivó entonces la curiosidad de leerla en sus fuentes, procurándose los originales ó copias auténticas de los archivos públicos del

(a) Con este nombre firmaba algunas veces JOVELLANOS sus cartas cuando estaba encerrado en el castillo de Bellver; era el de un paje ó secretario suyo, sobrino del célebre D. Francisco Martinez Marina. Ya comprenderá el lector que tales precauciones eran hijas del rigor de su prision. Véase el discurso preliminar. Insertamos aqui esta carta, y no en el sitio destinado á las que escribió á varias personas sobre diversas materias, porque

sirve de introduccion á la *Memoria del castillo de Bellver*. Tambien hemos dado cabida en este lugar al escrito que precede, porque si bien se intitula *carta*, no lo es en rigor, sino lo que ahora se llama *un comunicado* en el lenguaje de los papeles periódicos.

(b) Puesta á la edicion de las obras del autor hecha en Madrid en 1832.



reino, ya prodigando dinero, ya valiéndose del favor de sus amigos. El resultado de este estudio fué quedar enteramente persuadido de que la historia de Mallorca estaba todavía por hacer, y que se debía empezar por disertaciones ó memorias particulares sobre los puntos mas interesantes de ella. Mereció una de sus primeras atenciones la descripcion artistica é histórica del castillo de Bellver, donde estaba detenido; de una bastilla desmoronada y solitaria, pero cuya esclavitud entre aquellos góticos torreones la hará eternamente célebre, pues como si agradeciese el reposo de una conciencia tranquila, que allí encontrara bajo el azote mismo de la opresion, quiso darle mas importancia de la que en sí merece, con sus elucubraciones eruditas. De aqui pasó á emprender otras sobre los hermosos y suntuosos edificios de la santa iglesia catedral, conventos de Santo Domingo y San Francisco, Lonja y casas del Ayuntamiento. Habia igualmente empezado unas interesantes notas para ilustrar la crónica del rey don Jaime el Conquistador, que deseaba se imprimiese correctamente, por ser el fundamento en que, á su juicio, debía zanjarse la historia de Mallorca, particularmente por lo respectivo á la última época de su restauracion. A esta debía seguir una edicion completa del *Repartiment*, que tan defectuoso y truncao publicó Dameto, y sobre el cual habia hecho el señor Jovellanos varias y nuevas observaciones. Tenia formado además los primeros ensayos de una biblioteca de los escritores baleares, de un diccionario de los artistas célebres de aquella isla, y de un monetario ó sea disertacion sobre el valor de las monedas que corrian allí en los primeros siglos de la conquista, que consideraba muy necesaria para entender las escrituras antiguas. Concluidas estas memorias, creia que estaba acabada la introduccion á la historia del país, obra que tambien tenia ánimo de emprender, si se lo permitia su destino, lo que al fin no llegó á verificarse, por haber recobrado su libertad en el año 1808, despues de mas de siete de prision, y por las ócurrencias que sobrevinieron despues con motivo de la guerra.

---

## MEMORIA

# DEL CASTILLO DE BELLVER,

DESCRIPCION HISTÓRICO-ARTÍSTICA.

*¡Le moyen de ne pas méditer sur  
ce que l'on voit tous les jours!*

(MAD. DE SEVIGNÉ.)

A cosa de media legua, y al oeste sudoeste de la ciudad de Palma, se ve descollar el castillo de Bellver, al cual nuestras desgracias pudieron dar alguna triste celebridad. Situado á medio tiro de cañon del mar, al norte de su orilla, y á muchos piés de altura sobre su nivel (1), señorea y adorna todo el país circunyacente. Su forma es circular, y su cortina ó muro exterior la marca exactamente; solo es interrumpida por tres albacaras ó torreonas, mochos y redondos, que desde el sólido del muro se avanzan, mirando al este, al sur y al oeste, y le sirven como de traveses. Entre ellos hay cuatro garitones, circulares tambien, y arrojados del parapeto superior, los tres abiertos, y al raso de su altura otro cubierto y elevado sobre ella. Iguales en diámetro y altura hasta el nivel de la plataforma, empiezan allí á disminuir y formar un cono truncado y apoyado sobre cuatro columnas colosales, que resaltadas del muro, los reciben en su collarín, y bajan despues á sumirse en el ancho vientre del talús. Escóndese este en el foso, y sube á toda su altura, formando con el muro del castillo un ángulo de cuarenta y cinco grados, y girando en torno de él y de sus torres. El foso, que lo abraza todo, es ancho y profundísimo, y sigue tambien la línea circular, salvo donde los cubos ó albacaras le obligan á desviarse y tomar la de su proyectura. En lo alto, y por fuera del foso, corre la explanada, con débiles parapetos, ancha y espaciosa, pero sin declives, y siguiendo siempre la forma y líneas que el foso le prescribe.

A la parte que mira al oeste, sale y se avanza del centro de la explanada un antiguo y débil baluarte, desde el cual hasta el puente levadizo se ve reforzado el muro exterior con una fuerte bateria de nueve cañones, levantada en él en el siglo anterior, á la moderna, para oponer á los fuegos que pudieran colocarse en las alturas vecinas. En torno del mismomuro corre por defuera un estrecho contrafoso, de forma y fondo irregular, y al todo rodea una buena estacada, con su camino cubierto y glásis, añadidos tambien á la moderna.

Éntrase de la estacada al castillo por una puerta que mira al norte. Pásase luego por el puente levadizo, echado sobre el contrafoso, á otra que mira al norte nordeste, y comunica con la explanada, desde la cual, por

otro puente, antes levadizo y hoy firme, con sus ladroneas en lo alto y dobles puertas, á la antigua, abajo, se pasa sobre el foso por frente del oeste noroeste al interior de la fortaleza, única entrada, pues que otro puente que habia á la parte del sur no existe ya.

Mirando al norte y entre los dos puentes se levanta de-de el fondo del foso, y aislada por él, la gran torre del homenaje, que venciendo la altura del castillo, descuella orgullosa mas de cuarenta y cinco piés sobre su plataforma. Es tambien circular, y su cima se ve ceñida en torno de treinta y ocho grandes modillones almohadillados, que naciendo del muro con tres piés de alto y dos y medio de proyectura superior, se avanzan en forma de tornapuntas á recibir el antepecho, volado en la cumbre, y la coronan majestuosamente, mientras que los claros entre unos y otros sirven de ladroneas, y dejan espacio suficiente para los usos de la defensa. Este edificio aislado comunicaba en lo antiguo con la explanada por un puente levadizo, ya demolido; hoy solo comunica con la plataforma por medio de otro puentecillo, firme ya, pero que fué y puede volver á ser levadizo, echado desde ella sobre dos altísimos arcos punteados, que nacen y tienen su apoyo del uno al otro muro.

El interior de la fortaleza se compone de un muro medianero, y fuera de él una galería, circulares y concéntricos al muro exterior. Entre los dos muros están las habitaciones; entre el medianero y la arcada alta el corredor ó galería abierta, que da paso á ellas. En el centro, y rodeado por la arcada inferior, el patio, circular y espacioso. Este patio cubre el aljibe, y sirve á su uso por medio de un gran brocal cuadrado y bien labrado, que está cerca de su centro. La belleza del todo es grande y digna de ser mas conocida.

Lo primero que admira en su interior es la osadía de las bóvedas que cubren las habitaciones. Volteadas en torno entre muros circulares y concéntricos, y sostenidas en grandes, pero estrechas y muy resaltadas fajas octógonas, que representan arcos encontrados y cruzados en lo alto, es visto de cuán graciosa y extraño efecto serán. Lo mas notable de ellas es el arte con que el arquitecto escondió su verdadera solidez, porque de



una parte representó estas bóvedas solo apoyadas en débiles fajas, y por otra no dió mas apoyo á estas que el de unas impostitas en forma de repisas ó peanas, voladas al aire de trecho en trecho como á un tercio de altura de la pared interior. A estas peanas viene á morir, y al mismo tiempo de ellas nace y arranca aquella muchedumbre de arcos, porque agrupados de tres en tres, y confundidos en uno, se van poco á poco levantando desde su raiz, y abriéndose y desplegándose de un lado al otro hasta cruzarse en el cenit de las bóvedas, para caer despues cerrando y reuniéndose hasta identificarlo sobre las repisas fronteras. Así es como el artista quiso representar estas bóvedas péndulas en el aire, y es fácil concebir cuán extraña y graciosa será su apariencia, y cuánto gusto y pericia supone la sinétrica degradacion de estos arcos, que enlazándose por todas partes y en todos sentidos entre tan desiguales muros, producen la mas elegante y caprichosa forma.

Las bóvedas de la galería alta siguen la misma degradacion en proporciones mas reducidas, pero mas notables aun; porque el arquitecto, constante siempre en su idea, en vez de apoyar sus fajas trinitarias, como pudo, sobre las columnas, haciéndolas morir en el frente que les presentaban sus capiteles, las dejó tambien péndulas sobre impostitas ó peanas arrojadas al vano desde la espalda de las segundas dovelas de los arcos, á igual altura del muro medianero, y de este modo completó el caprichoso designio de agradar con la hermosura y sorprender con la osadía y aparente ligereza de su obra.

Esta galería se compone de veinte y un grandes arcos punteados, ó mas bien de cuarenta y dos piés, que cada uno de los principales contiene dos embebidos en su luz. Otrastantas por consiguiente son sus columnas, todas ellas octógonas; y así las bases que las reciben como los capiteles que las coronan, y aun las plumas de los alornos de estos, que ofrecen algun vislumbre del tiempo corintíaco, y en fin, hasta las dovelas de los arcos siguen exactamente los cortes de sus ángulos y presentan las mismas faces. Esta igualdad simétrica, que es de muy gracioso efecto á la vista, la roban las pequeñas pero esenciales diferencias que hay en los módulos de unas y otras columnas y en las formas de sus miembros. La mas visible de ellas está en los plíots, que en las intermedias son octógonos y en las principales cuadrados, pero cubiertos de un cojin ó almohadilla, cuyas puntas caen en uña y cortan graciosamente sus ángulos. Cada tres columnas sostienen un arco doble, ó sean los dos embebidos en él, y colocadas todas á iguales distancias, vienen á serlo tambien las luces de unos y otros arcos. Y como todos se vayan enlazando entre si, y las enjutas de los arcos pequeños estén perforadas con sencillo y gracioso dibujo arabesco, y el todo diligentemente labrado y escudado en la buena piedra de Santañi (2), que es de bello color y finísimo grano, visto es cuán magnífica y armoniosa será esta galería, que casi se halla en su primera integridad.

La arcada descansa sobre un firme antepecho corrido entorno, y le sirve de embasamento, al mismo tiempo que corona al cuerpo inferior en que se apoya, y sobre

el cual arroja una graciosa cornisita arquitrabada. Este cuerpo es otra galería de arcos redondos, cuya luz corresponde á la de los grandes ó dobles de lo alto, y son por lo mismo veinte y uno. Fuertes columnas ó pilastrones cuadrados, aunque cortados los vivos de sus ángulos, los sostienen, y cierran en derredor el patio por do se entra de ella á las cuadras, en que la tropa se aloja. El techo de estas y de la galería es plano y de madera, única tacha de obra tan laudable y magnífica.

Desde el patio á la galería alta se subia por tres cómodas escaleras que descansan en las puertas de la capilla, de la principal de las habitaciones y de la cocina, y esta última, condenadas las otras, sirve solamente en el día. De aquí se sube á la plataforma por dos caracoles circulares y una escalera en escuadra, que desembocan en ella. Un antepecho corrido la desfiende al exterior, y otros dos mas bajos, el uno su orilla interior y el otro divide en dos partes su plano. Este embaldosado, en imperceptible declivio hácia el centro, y bien embetunado, sirve para recoger y abastecer de agua-lluvia la grancisterna, que, comedijimos, se esconde en el vientre del patio, y que la traga por conductos que penetran el sólido del muro medianero. Y como los terrados de las albacaras vierten tambien por canalones á la misma plataforma, y el del homenaje por su particular conducto, de tal manera se aumenta esta provision, que por muchos que se supongan los defensores del castillo y largo el plazo de su asedio, jamás, si bien cuidado, faltará agua en este aljibe.

A la torre del homenaje se pasa desde la plataforma por el ya mencionado puentecillo, y ya dentro de ella, se sube y baja por otro caracol, que va dando entrada á sus cámaras. Son estas cinco, y todas circulares; dos sobre el plano del puentecillo, y tres que bajan hasta el del foso. Nada aparece en ellas que no indique haberse dispuesto mas bien para cárcel que para habitacion. Muros robustísimos, puertas barreadas con fuertes trancones y cerrojos, ventanas altas, estrechas y guarnecidas de gruesas rejas de hierro, y otras defensas, que la codicia arrancó ya, pero cuyas huellas no pudo borrar, acreditan aquel triste destino. Pero descúbrense aun mas de lleno en la cámara inferior, llamada la Hoya, y no sin mucha propiedad, pues que mas propia parece para fues de muertos que para custodia de vivos. Ocupa en ancho el espacio interior de la torre, y en alto la parte mas honda de la cava, que está rodeada por el talús, sin otra luz que la que puede darle una estrechísima saetera al través de aquellos hondos, dobles y espesísimos muros. Tampoco tiene otra entrada que una tronera redonda, abierta en lo alto de la bóveda, y cubierta de una gruesa tapadora, que segun indicios, era tambien de fierro, con sus barras y candados. Por esta negra boca debia entrar, ó mas bien caer, desde la cámara superior, en tan horrenda mazmorra el infeliz destinado á respirar su fétido ambiente, si ya no es que le descolgaban pendiente de las mismas cadenas que empezaban á oprimir sus miembros.

El ánimo se horroriza al aspecto de esta tumba de vivos, y si de una parte reconoce que no hay crimen á que no pueda llegar en su heroismo la perversidad

de algunos hombres, de otra no puede menos de admirar que sean muchos mas los que han aspirado á la excelencia en el arte horrible de atormentar á sus semejantes.

Algo distrae de tan tristes reflexiones la idea de otros objetos que tuvo en algun tiempo este castillo, pues se dice haberse destinado para palacio de los reyes de Mallorca, y aun se añade que en él vivió y murió no sé qué persona real. Esto último parece una patraña, desmentida por la historia; pero la elegancia interior de la obra, y la distribucion de sus magnificas habitaciones, que no dosdicen de aquel noble destino, confirman lo primero. Puede probarlo tambien la grande y hermosa capilla, dedicada á san Marcos, su patrono (3), y otras oficinas del interior, y en fin, el que entre tantas obras grandes como se emprendieron en Palma despues de la conquista, no se halla otra que parezca destinada á la morada de sus reyes.

¿Quién, pues, se detendrá un poco á contemplarla en aquellos antiguos destinos, que trasportado en espíritu á tan remota época, y recordando el carácter y costumbres que la distinguian, no se halle sorprendido por las ideas y sentimientos que su misma forma presenta al hombre pensador? Porque figúrese usted este castillo cercado de un ejército enemigo, embrazado con armas y máquinas, y lleno de caballeros, escuderos y peones ocupados en su defensa. ¿Qué, no tropezará usted con ellos en todas partes, subiendo, bajando, corriendo y haciendo resonar en torno de estas huecas bóvedas la estrepitosa vocería del combate? ¿Y no le parecerá que ve á unos jugando desde los muros y torres sus armas ó máquinas, ó asestando sus tiros al abrigo de las troneras y saeteras, y otros en la barrera exterior, presentando sus pechos al enemigo, mientras los mas distinguidos defienden el pendon real que sobre el alto homenaje trepola al viento los blasones de Mallorca? Pues y los sitiadores, ¿cómo no figurárselos arremolinados por la cima del cerro, lanzando desde sus tornos, algarrabas y manganillas un diluvio de dardos y piedras sobre los sitiados, ó bien apiñados en redor de los muros y barreras, lidiando y pugnando por vencerlos? Y con tal conflicto, ¿quién no se horrorizará al contemplar la saña con que unos y otros harian subir hasta el cielo su rabioso alarido, y con que, llenos de sudor y fatiga y cubiertos de polvo y sangre, se obstinaban todavía en el horrendo ministerio de recibir ó dar la muerte?

Pero en otro tiempo y situacion, ¿cuán diferentes escenas no presentarían estos salones, hoy desmantelados, solitarios y silenciosos! ¿Cuál seria de ver á los próceres mallorquines, cuando despues de haber lidiado en el campo de batalla ó en liza del torneo á los ojos de su príncipe, venían á recibir de su boca y de sus brazos la recompensa de su valor! Y si la presencia de las damas realzaba el precio de esta recompensa, ¿qué nuevo entusiasmo no les inspiraría, y cuánto al mismo tiempo no lincharía el corazon de los escuderos y donceles, preparándolos para estas nobles fatigas, bien premiadas entonces con solo una sonrisa de la belleza! Y ¿qué si los consideramos cuando en medio de sus príncipes y sus damas, cubiertos, no ya del morrion y

coraza, sino de galas y plumas, se abandonaban enteramente al regocijo y al descanso, y pasaban en festines y banquetes, juegos y saraos las rápidas y ociosas horas! El espíritu no puede representarse sin admiracion aquellas asambleas, menos brillantes acaso, pero mas interesantes y nobles que nuestros modernos bailes y fiestas, pues que allí, en medio de la mayor alegría, reinaba el orden, la union y el honesto decoro; la discreta cortesanía templaba siempre el orgullo del poder, y la fiereza del valor era amansada por la tierna y circumspecta galantería (4).

Tales ideas, ó si usted quisiere, ilusiones, se ofrecen frecuentemente á mi imaginacion, y la hieren con tanta mas viveza, cuanto se refieren á objetos que no solo pudieron verse, sino que probablemente se vieron en este castillo; porque ha de saber usted que á fines del siglo xiv le habitaron don Juan I y doña Violante de Aragon (5), aquellos príncipes tan ágramente censurados por su afición á la danza, la caza y la poesía, y por la brillante galantería que introdujeron en su corte. Mallorca los recibió con extraordinaria generosidad, y no hubo demostracion, fiesta ó regocijo que no hiciese para lisonjear sus aficiones; pero Bellver, donde fijaron su residencia, fué el principal teatro de estos pasatiempos. ¿Quién pues, recordando aquella época, en medio de estos salones, cuya gallarda arquitectura armoniza tan admirablemente con tales destinos, no se detendrá á meditar sobre lo que en otro tiempo pasaba en ellos? De mí sé decir que á veces me representan tan al vivo aquellas fiestas, que creo hallarme en ellas; y siguiendo la voz y los pasos de sus concurrentes, admiro la enorme diferencia que el curso de pocos siglos puso entre las ideas y costumbres de aquel tiempo y del nuestro. Ya me figuro á una parte á los ancianos caballeros, tan venerables por sus canas como por las cicatrices ganadas en la guerra, hablando de las batallas arrancadas y peligrosos fechos de armas de un buen tiempo pasado, mientras que ahora los vigorosos paladines tratan solo de justas y torneos, encuentros y botes de lanza, despreciando en el seno mismo de la paz la fatiga y la muerte. A veces creo ver á unos y otros mezclados con los donceles y caballeros noveles que en la mañana de su vida adornaban ya las gracias de su edad con el respeto á los mayores; y entonces así admiro la reverente atencion con que estos mozos sabian oír y callar, como el celo con que los viejos desenvolvian ante ellos cuanto una larga experiencia les enseñaba en los duros ejercicios de la guerra y la caza. Si se trataba de la primera, marchas, correrías, peleas, cercos, asaltos de plazas eran materia de sus conversaciones; si de la segunda, alanos y sabuesos, osos y jabalíes, garzas y gerifaltes la llenaban. Duros encuentros en la guerra, estrechos lances de montería y cetrería era su delicia en la paz, sin que por eso se desdichasen de hablarles alguna vez de armas y caballos, lorigas y cimbras, adornos y paramentos militares para temporizar con su edad, y aficionarlos mas y mas á estos ejercicios. Tales eran sus conversaciones, tales los gustos de una nobleza que formaba la primera milicia y era el mas robusto apoyo del Estado; y yo no puedo recordarlos sin admirar una época en que hasta



las diversiones y pasatiempos la instruian y preparaban para llenar los altos fines de su institucion.

Y ¿cuál no seria en ella el influjo del amor en las costumbres públicas, cuando la hermosura le desdeñaba si las marciales gracias del valor no le ennoblecian? Figúrese usted por un rato el coro de la juventud militar, reunido al de las graves matronas y modestas damiselas, solo accesibles al trato en semejantes concurrencias.

No crea usted, no, que su conversacion versaba sobre brocados y cintas, airones y tocados, ó adornos mujeriegos, sino sobre los varoniles ejercicios de la liza y la caza; y si alguna vez se desviaba hácia la parte mas agradable de ellos, era para fijar con sus decisiones el gusto de las sobre-vistas y plumajes, y la agudeza de las divisas y empresas amorosas de los caballeros. Jueces de la gallardía y del gusto, jamás negaban su aprecio al valor discreto, y en sus danzas y banquetes, en sus cacerías y deportes privados, para él reservaban el agrado y la dulce sonrisa, mientras su ceño y desvíos arredraban al necio orgullo y á la flaca cobardía, y los escarmentaban.

Así es como á vista de estas paredes nacen una de otra mil agradables ilusiones, que fuera molesto referir; pero no quiero callar una, que en cierto modo pertenece á la historia de este castillo, y que tampoco desagradará á usted, para quien solo escribo. Por otra parte, ¿no seria muy árida y enojosa su descripcion, si detenido yo en las formas de sus piedras, desechase las reflexiones que despiertan, privando á usted y privándome á mí del placer con que se recuerdan tan respetables memorias?

Es bien sabido que en la época de que hablamos, la judicatura del ingenio estaba reservada á las damas, como la del valor, y que la literatura de entonces se reducía casi á la poesia provenzal (6), especialmente en la corte de Aragon, en cuyo molde fué vaciada la de Mallorca. Esta poesia, que habia nacido en Cataluña, y pasado de allí al país cuyo nombre tomó, era toda erótica, y toda consagrada al bello sexo, cuyos amores y celos, favores y desdenes, constancia y perfidias, daban materia á todos sus poemas. Y ¿quién ignora que las leyes del ingenio se tenian entonces en los consistorios ó cortes de amor (7), donde las damas presidian y juzgaban, ni que á esta diversion fueron sobremanera aficionados los soberanos que residieron aquí en 1391? ¿Será pues creible que en un país do esta poesia era de tan antiguo cultivada, y en una temporada que se dió toda á fiestas y alegrías, no se hubiese celebrado un consistorio para poner á prueba los ingenios de Aragon y Mallorca? ¡Oh, y cuán brillante y discreta asamblea no presentarian bajo de estas bóvedas, el Rey cercado de sus grandes y barones, la Reina presidiendo en medio de las damas aragonesas y palmisanas, y los nobles trovadores de Aragon, Cataluña y Mallorca, recitando ó cantando entre ellas á competencia sus terzetas y serventesias, trovos y decires, para obtener de su mano la violeta de oro, premio del vencedor! Y aun acabado tan solemne acto, ¿qué seria oírlos cantar al son del arpa ó del laud sus lais y virolais, para deporte de las mismas damas, ó bien hacerlos tañer y cantar por sus

juglares y menestres, mientras que las acompañaban en las danzas y zarabandas de sus saraos, esperando siempre de sus labios la recompensa de su ingenio? Y pensando en esto, ¿será posible no sentir alguna parte del entusiasmo que tales asambleas inspiraban?

Bien sé que al compararlas con las nuestras, el gusto melindroso y liviano que reina en ellas las tachará de groseras y bárbaras; pero ¿será con razon? Es innegable que los progresos hechos en las ciencias y en el gusto, y su aplicacion á la milicia, las artes y el trato civil, han mejorado la táctica, la literatura, la industria, y aun dado á la moderna galanteria un carácter tanto menos fiero cuanto mas pulido; pero compárense los tiempos á las costumbres, y búsquese á esta luz el influjo moral y político de unas y otras fiestas. El paralelo no será ventajoso para nosotros. Aquellos usos, de que hoy nos mofamos, hacian de los caballeros discretos poetas, de los poetas esforzados paladines, y de las damas jueces capaces de calificar el valor y el ingenio de unos y otros. ¿No se educaron en ellos los Moncadas y Terrellas, gloria de Aragon; los Rocaforts y Montañeros, terror del Oriente, y los Vidales y Mataplanas, delicia de Europa? No se educaron las Beatrices y Fanetas, musas de Aragon y Provenza, que al mismo tiempo que animaban las danzas y endulzaban las liras de sus próceres, formaban el corazon y el espíritu de sus damiselas? Y ¿á qué otra escuela se debieron los encantos de la bella Laura, la Safo de su edad, y aquel su amor puro y celestial, que sacó de la lira de Petrarca los sublimes suspiros que todavia respiran en las almas sensibles?

Y ¿podrémos atribuir algo de semejante á nuestras tertulias, á nuestras fiestas de sociedad, y (si queda alguna cosa á que cuadre este nombre) á nuestra moderna galanteria? ¿Citarémos algun despechado y tenebroso desafio, alguna llorona elegia, alguna muelle y torpe cantinela? Respondan por mí los intrépidos militares y los insignes poetas, que por nuestra dicha no se acabaron, y digan si tienen que agradecer alguna parte de su valor ó de su estro al trato público ó privado de nuestras damas.

Pero el tiempo, que disipó aquellos objetos, va consumiéndolos ahora con diente raedor hasta las duras piedras de este edificio, cuya decadencia ofrece al observador otras reflexiones de muy diferente naturaleza. Una de ellas, poco atendida, por mas que otros edificios la presenten, es que mirado por la parte del norte, no solo aparece en su primera integridad, sino que sus muros, endurecidos por los vientos frios y secos que soplan desde el nordeste al noroeste, se ven entapizados de una costra de musgo tenacísimo, cuyas escamas blanquecinas, jaldes, grises y negras, anuncian, como las hiedras en los viejos robles, su venerable, pero fresca y robusta ancianidad. Por el contrario, á la parte opuesta los vientos y lluvias australes, que frecuentemente le azotan, atacando el glúten y desuniendo el grano de la piedra, abren paso á los ardientes rayos del sol, que mientras corre de oriente á poniente, penetran hasta las entrañas de sus sillares, y los corroe y deshacen, y graban en ellos la marca de su flaca decrepitud. Pero ¿acaso la naturaleza, confiando al ob-

servador el secreto de sus operaciones, no le avisa tambien para que se instruya y oponga á sus estragos? Y por qué no se aprovechará de esta leccion la arquitectura? No podría, ayudada de la mineralogia, hallar materias ó preparaciones que resistiesen al influjo de los flúidos devastadores que vienen de aquella plaga? Y si lograse vencerla, ¿la duracion de sus bellezas no iria á la par con el deseo de los artistas y de los poderosos, que trabajan para la eternidad?

Con todo, la verdadera flaqueza de esta obra no se esconde á la observacion de su interior. Él dice que los muros van poco á poco perdiendo su aplomo, pues se los ve acá y allá desprendidos, y aun separados del labio de las bóvedas, sin duda, á lo que yo juzgo, á efecto del empuje de los garitones, que volados en lo mas alto del muro, luchan continuamente contra su nivel, á pesar del robusto, pero mal entendido apoyo que les fué dado. Y si á esto se añade el lento estrago que van haciendo en las bóvedas las aguas trascoladas desde la plataforma, que ya gotean en abundancia sobre las habitaciones y galerías, y las filtradas del aljibe, que atacan sus cimientos, fácil es de inferir que el hialo de ruina y mortalidad viene con paso acelerado sobre esta fortaleza.

Por otros medios menos perceptibles concurre tambien la naturaleza al mismo fin. El gran número de gorriones, vencejos, pinzones, trigueros y otros pajarrillos, que antes subian del bosque á revolotear ó pasearse en las torres y antepechos, socavan continuamente sus grietas, para abrir en ellas sus nidos y hacer sus erías. Hoy, á la verdad, van á menos por la causa que diré despues; pero probablemente no le abandonarán las aves de rapiña y mal agüero, que tambien anidan y moran en los hondos mechinales y anchas aberturas de las torres, que cada día ahondan y aumentan; entre ellas se distinguen el bulho y la lechuza, cuyos tristes ecos hacen en esta soledad mas medroso el silencio de la noche. Cria tambien aquí una especie de pequeño azor, llamado en el país *churriquer*, de tan extraña condicion, que así persigue á las aves inocentes y pacíficas, como á las malignas y guerreras de su raza, y tan valiente, que ataca á vencer en la lucha á los mas poderosos gavilanes. Pero el interior del castillo es todavia mas fecundo, especialmente en aquellos insectos y salandijas á cuya multiplicacion concurre la vejez de las obras, á una con su desaliño y abandono. Mientras que los ratones y ratas de enorme tamaño y las comadrejas y garduñas, sus perseguidoras, que crian en los fosos y conductos, le miran continuamente por los cimientos, una especie de lagartija muy numerosa, que se abriga en sus muros, trepa por ellos á todas horas, deshace el mortero que fija los sillares, y se introduce por las habitaciones; es mas corta, mas ancha y menos vivaracha que las que conocemos por allá; pero no menos inocente, aunque distinguida en esta isla con el horrible nombre de *dragó*. No sé si puedo aplicar este dictado al escorpion; pero sí que no es raro hallarle en el interior de los cuartos mas aseados, sin que yo sepa que hasta ahora haya ofendido á ninguno de sus moradores.

Pero si usted cuenta que en esta fortaleza, fuera de

algunas piezas, aseadas por los que hoy las ocupan, nada se repara, se cuida, se barre ni se limpia, no extrañará que sea mucho mayor en ella la abundancia de aquellos insectos que acompañan la inmundicia y la castigan, sobre todo en las cuadras de la pobre tropa. Por grande que sea la aficion de usted á la historia natural, bien me disimulará que pase en silencio la larga nomenclatura de esta parte asquerosa del reino animal bellvérico; pero al mismo tiempo gustará de tener noticia de dos insectos que hay aquí, y que no he visto en otra parte: el uno es una especie de escarabajo, harto hermoso; tiene la forma y tamaño de un grillo, aunque un poquito mas largo, y es muy notable por el brillante color de sus alas, barnizadas de oro y carmin. Críase, á lo que creo, en el foso; pero se ve alguna vez en las habitaciones altas, y aunque he procurado conservar des, no lo pude lograr por ignorar el método. El otro es una mosca, ó mas bien mariposa fosfórica, que se ve por las noches de verano (8); tendrá como media pulgada de largo, sobre dos líneas de ancho, en la cabeza una escama ó conchita blanca, que la cubre toda á manera de toca; por bajo de ella salen dos alas tan largas, que plegadas una sobre otra, cubren casi el resto de su cuerpo, y son espesas y de color pardo; de forma que cuando está en reposo, y mirada por las alas, presenta la forma de una monja. Bajo de estas tiene otras dos alitas blanquecinas, muy delgadas y transparentes, que solo desenvuelve un rato antes de elevarse; su vuelo es corto, circular, siempre de abajo arriba, y volviendo casi al punto de donde partió. El cuerpo tiene la figura de un gusano, y de la parte inferior y extrema de él lanza una luz amarillenta, pero tan viva, que se percibe aunque no sea en plena oscuridad, y que pues aparece y desaparece por intervalos, y especialmente si la tocan, es de creer que usa de ella á su arbitrio. Esta mosca ama mucho la luz, como las demás mariposas nocturnas, pero con harta mas cordura, pues que la galantea sin morirse por ella. Con esto, si usted quiere bautizarla, con tan buena razon la podrá dar el nombre de monjita como el de coqueta.

El reino vegetal que produce el castillo, si no mas fecundo, es mas vario y notable, y concurre así á acelerar su decadencia, como á hacer mas agradable y pintoresca su vista. Sin contar las varias especies de líquen ó musgo que cubren sus paredes, ni las yerbas y plantas que nacen libremente en su explanada y fosos, las torres, los muros, la plataforma y hasta las bóvedas interiores producen otras muchas. La bella y pomposa alcaparra, llamada aquí *tápara*, con sus grandes flores blancas y sus estambres violados, de entre los cuales se levanta erguido el verde pié de su fruto; la parietaria, el hinojo marino, y los allielles, blanco y carmesí, son los mas comunes, asoman en todas partes por las hendiduras de los sillares del muro y le entapizan; pero además se ve gran número de otras plantas, ya coronando los antepechos, y ya brotando en la plataforma. En solo el plano de esta he distinguido yo el llantero, la *stella maris*, la melera, la granza ó rubia, una especie de gamon juncoso, el enforbio, la pimpinela, el geranio, la verbena, el talasparviense, el erisimon, la bursa pastoris, la saxifraga y



hasta el venenoso hyosciamo, sin otros, que no encuentro por muy comunes ó por ignorar sus nombres.

¿Y qué juzgará usted si le digo que fuera de las parietarias y cerrajas (aquí *Hetsons*), que nacen por las paredes interiores de la galería alta, su bóveda misma presenta el rarísimo fenómeno de dos higueras inversas, una pequeña y otra grande, que escondiendo su raíz entre las claves, crecen perpendicularmente hacia abajo? La mayor de ellas extiende sus ramas hasta tres y mas varas de largo, formando una gran copa, y las de entrambas se cubren á su tiempo de muy grandes y lozanas hojas, aunque sin dar fruto. ¿No diría usted que el supremo Autor de la naturaleza se complació en alterar aquí el influjo de sus leyes ordinarias, para ofrecer en produccion tan extraña, materia de curiosa y entretenida contemplacion á los infelices que por sus altos decretos hubiesen de morar algun dia en esta triste soledad? El temor de que semejantes plantas dañasen á la bóveda ha hecho cortar mas de una vez estas higueras; pero ellas renacen luego, y de nuevo brotan con mayor fuerza; y tanto es el poder vegetal de su raíz, que viva siempre y firmemente agarrada al corazon de los sillares, parece que se obstina en acelerar su ruina para su libertad y sobrevivir á ella.

Considerado este castillo en su primera época, y cuando no conocida aun la moderna tormentaria, solo podia ser combatido con arietes y catapultas, su fuerza era de las mas respetables de aquel tiempo, asi por su áspera y eminente situacion, como por la solidez de sus muros y defensas, altura y robustez de sus torres, y anchura y profundidad de sus cavas. Hoy mal apenas pudiera resistir media hora á una batería de veinte y cuatro, obrando de los cerros que la dominan al oeste noroeste. Contra este inconveniente se ejecutaron las obras modernas, de que ya di á usted razon. Si las merecia ó no, otros lo juzgarán; bástame á mi reflexionar, con respecto á mi objeto, que pues existe aun este precioso monumento, será lástima que una mano diestra no extendiera por medio del dibujo y el grabado su noticia, preservándole de la ruina que amenaza, no solo á sus piedras sino tambien á su memoria. Yo lo he procurado, haciendo formar un bosquejo de su planta yalzada, que aunque imperfecto, servirá para dar á usted y conservar alguna idea de sus ya afeadas bellezas.

Quisiera tambien, para completar la parte histórica de esta descripcion, dar á usted noticia del año en que empezó á construirse el castillo y del arquitecto que le construyó; pero las mas exquisitas diligencias no han bastado para descubrirlos. El vulgo le cree obra de moros, como á todas las que se alejan un poco de su limitado conocimiento. Los historiadores de Mallorca lo atribuyen á su rey don Jaime el Segundo, y dicen que le destinó tambien para habitacion de sus sucesores; pero sin otro apoyo que el de la tradicion. Acerca de esto voy yo recogiendo algunas noticias y reuniendo varias conjeturas, que á usted no serán desagradables. Mas como no sea fácil exponerlas sin entrar en discusiones tal vez prolijas, las reservo para las notas, que la necesidad de ilustrar otros puntos hace necesarias. Entre tanto puede usted contar de seguro que el año

de 1309 estaba concluido este castillo, y que por lo menos tiene ya cinco siglos de edad.

Pero ¿qué son cinco siglos en comparacion de los que recuerda al espíritu este venerable monumento? Construido todo, salvo el exterior de la galería alta, de una especie de asperon llamado aquí *marés*, sus sillares se ven rellenos de pedrezuelas rodadas de diferentes tamaños y colores, ya confusamente agrupadas, ya sembradas y sueltas por su masa arenosa. Ahora bien, estas pedrezuelas fueron en algun tiempo desprendidas de las altas montañas de la isla, ó bien de algun continente mas distante, pues que su pasta y colores son harto varios; fueron despues rodadas y arrastradas por las aguas, privadas de sus ángulos y asperezas y depositadas en este cerro cuando era todavia arenal ó playa de arena suelta. Esta arena al fin, endurecida y petrificada por la accion de algun glúten ó fluido, se hubo de convertir en asperon, envolviéndola en su seno; conjetura que es tanto mas probable, cuanto así los sillares como la matriz de la cantera en que fueron cortados, envuelven tambien algunas conchas y mariscos, indicios de haber estado cubiertos del mar. Añada usted que estas conchas se hallan en lechos no muy espesos, pero muy extendidos en la misma cima del cerro, que se ven algunas por sus laderas, y que se desentran inerstadas en la roca y en las alturas y lugares adyacentes hasta un cuarto de legua de distancia. Añada tambien que son de las que llaman bivalvas y longitudinales, tan grandes, que tienen desde una tercera hasta media vara de largo, y por último, que de ellas, segun me han informado, no se halla hoy ninguna viva ni muerta en la vecina playa. Y hé aquí cómo el espíritu, á vista de semejante fenómeno, no puede menos de transportarse hasta los tiempos del diluvio por lo menos; esto es, á mas de cuarenta siglos antes que se levantara este hoy anciano y decrepito castillo. Así es como la naturaleza, obediente á las leyes que le dictó su divino Hacedor, volviendo y revolviendo, cambiando y desfigurando la faz de nuestro pequeño planeta, le renueva y conserva; mientras que las deleznales generaciones de los hombres, arrastradas en la impetuosa corriente del tiempo, se van sucediendo atropelladamente, y desaparecen y caen con todos sus monumentos en el abismo insondable de la eternidad!

Pero ya es tiempo de salir de este castillo para recorrer sus contornos y dar á usted mas cabal idea de su situacion, la cual es por todas partes áspera, fragosa y de difícil acceso, salvo hacia el oeste, donde presenta un poco de terreno algo llano y tratable. Su altura es tal, que apenas hay punto ni rincón en toda la escena que domina, por bajo y distante que sea, que no le descubra, y como su forma sea tan antigua y extraña, no se puede mirar de parte alguna sin que hiera fuertemente la imaginacion y despierte en ella las ideas mas caprichosas. Alguna vez, al volver de mis paseos solitarios, mirándole, á la dudosa luz del crepúsculo, cortar el altísimo horizonte, se me figura ver un castillo encantado, salido de repente de las entrañas de la tierra, tal como aquellos que la vehemente imaginacion de Ariosto hacia salir de un soplo del

seno de los montes para prision de algun maldonado caballero. Lleno de esta ilusion, casi espero oir el son del cuerno tocado de lo alto de sus albacaras, ó asomar algun gigante para guardar el puente, y aparecer algun otro caballero, que ayudado de su nigromante, venga á desencantar aquel desventurado. Lo mas singular es, que esta ilusion tiene aquí su poco de verosimilitud, pues sin contar otras aplicaciones, el castillo ha salido todo de las entrañas del cerro que ocupa.

A poca distancia de sus muros, y á la parte de oeste, se ve la tenebrosa caverna de donde se sacaron todos sus sillares, y cuya negra boca, que respira al mediodía, pone grima á cualquiera que se le acerca. Yo he reconocido gran parte de ella; está minada en diferentes galerías, mas ó menos espaciosas, y de mucha, pero no conocida extension, por mas que el vulgo crea que comunica de una parte al mar y de otra á la ciudad. Por estas galerías se puede dar la descripción de lo mas interior del cerro hasta cierta profundidad. Compónese por la mayor parte de grandes y espesas tongadas de marés ó asperon, echadas horizontalmente á diferentes alturas, alternadas y cortadas por otras capas de piedras rodadas, sueltas en arena ó marga, ya roja, ya blanquecina, con mezcla de greda, arena ó tierra caliza, pero unas y otras de menos espesor. Sobre todas ellas, y sobre la boca misma de la gruta, se ve la tongada de grandes conchas, de que ya hablé á usted, y sobre esta capa superior del cerro, que es una piedra compuesta de varias materias, en que predomina la arena, con no poca apariencia de lava, y no sin indicios de haber estado en fusión. En algunas partes esta piedra aparece en forma escoriosa; en otras no solo agujereada por insectos marinos, sino tambien llena de concreciones, con que se descubren algunos petrificados ó impresos univalvos, y que creo ser de los que llaman *barrenas*. Las cortaduras de las laderas del bosque describen tongadas de las materias primero dichas, y en lo hondo de sus cañadas aparecen á trechos capas de piedras angulosas de diferentes materias y tamaños, que parecen venidas aderrumbadas de lo alto.

Lo que llaman aquí *marés* es una piedra areniza ó asperon de grano grueso, y no sin mezcla de materias y cuerpos extraños. Es blanda en su lecho, y tan blanda, que recién sacada se asierra cual si fuese un leño, y labra con instrumentos fáciles. De ella se construyen casi todas las obras del país llano de la isla, y de ella se construyó el castillo; y las galerías de la cantera de do salió, algunas de las cuales corren por bajo de sus cimientos, indican á un mismo tiempo la dirección de sus tongadas y el lugar que ocuparon los sillares. Otros indicios confirman que todo el núcleo del cerro es de las materias ya dichas, pues que las capas de conchas, pulines, margas, etc., aparecen á la misma altura en las laderas de los cerros vecinos, y hasta las rocas de asperon que se descubren á las orillas del mar indican que esta materia continúa aquí hasta su nivel. Yo no sabré combinar estas varias observaciones con ninguno de los sistemas geológicos que han pretendido establecer Buffon, Lamellierie, Lamarche y Petrius; por eso me he contentado con in-

dicar los hechos, dejando á otros delirar, si quieren, sobre sus consecuencias (9).

La superficie del bosque ofrece observaciones menos aventuradas. Es de una tierra mista, cuya pequeña capa se compone de granos arenosos, con mezcla de marga y greda y de moléculas vegetales, resultantes aquellos del detrimento de la roca superior, y estas de la recomposicion periódica de tantas plantas como ha producido. Mas la tierra primitiva, que aparece á trechos en las hendiduras de la misma roca, es de color rojo subido, y cual si en algun tiempo hubiese sufrido la accion del fuego, toda su apariencia es de tierra de montaña ú óxido rojo de hierro, pero yo no sé si efectivamente lo fué.

La extension del término del castillo, regulada por el ruedo que ocupa, será como de tres cuartos de legua de circunferencia. Por el mediodía tocaba en otro tiempo en el mar; hoy, ocupada su orilla por el nuevo lazareto y otros edificios mas modernos, linda en el camino que pasa ante ellos, y como este corre á esto oeste desde la ciudad á Portopí, castillo de San Carlos, Calamayor y villa de Andraix, y sirve además de paseo, se ve de continuo transitado. Las cañadas que recogen las aguas de la altura coronada por el castillo limitan su término por lo restante del sur y por todo el norte, y las cercas de algunas heredades particulares por el este y oeste.

Por toda esta gran superficie el espinazo de asperon asoma acá y allá á la estrecha capa, ó mas bien costra de tierra que la cubre, y sin embargo, está en incesante produccion de vegetales. No há mucho tiempo que la adornaba un bosque espesísimo de pinaretes que en la mayor parte ha desaparecido á mi vista por las causas que apuntaré despues. Vense aun en ella no pocos algarrobos, y sus frondosas ramas, de un verde fresco y brillante, campean entre las capas amarillentas de los pocos pinaretes que han quedado, cuyos troncos, deformes y torcidos por la desigualdad y escaso fondo del suelo en que nacen, por el impetu de los vientos que los azotan de continuo, por el descuido con que se los deja crecer y la torpeza con que se los poda, y en fin, por los frecuentes insultos de hombres y bestias, aparecen pobres y desnudos, y mas que á la hermosura, concurren ya á la fealdad y tristeza del bosque.

Pero las grandes causas de su despoblacion son de muy otra naturaleza. Desde luego, contándose los despojos de su poda entre los derechos del gobernador del castillo, mientras la moderacion de alguno respetó los árboles como propiedad pública fiada á su cuidado, la codicia de otro solo trató de despojarlos, hasta reducir la copa de los pinaretes á un pequeño hopo en la cima. Agrégase á esto los insultos de los extraños, que en un país escaso de leñas, en un bosque situado entre una comarca pobre y una ciudad populosa, no podian ser ni pequeños ni raros. Con todo, su antigua espesura era tal, que daba, como suele decirse, para todo y para todos; esto es, para el uso legítimo y para el abuso. Para acabar con ella fué menester que este llegase á su término, y así sucedió.

Dios ha querido reservarme para ser testigo de esta desolacion. Ya en la penúltima guerra con Inglaterra y



Rusia la necesidad de renovar las estacadas de la plaza y sus castillos había obligado á hacer aquí una corta considerable; y como á la sombra de estos objetos de bien público suele esconderse algun interés privado, y este es tan ansioso de aumentar sus usurpaciones como diestro en cohonestarlas, la corta, segun dicen, pasó mucho mas allá de la exigencia. Pero ya fuese por la grande espesura del arbolado, ya por el tino y precaucion de la entresaca, el exceso se hizo menos visible. Mas despues acá, perdido ya el miedo á las consecuencias, el abuso continuó sin miramiento ni medida. Ya para cuatro años que oigo todos los dias y casi á todas horas los golpes de hacha desoladora resonar por las alturas, laderas y hondonadas del bosque. Nuevas y grandes estacadas añadidas recientemente á las obras de la plaza, exigiendo nuevas y grandes cortas, dieron pretexto á muchos y mas escandalosos excesos. Las cortas continuaron aun despues de satisfecho su objeto principal; poco á poco van viviendo al suelo los pinaretes que por pequeños se habian reservado, y el bosque, aclarado por todas partes, se abrió por fin á los rayos del sol, que no pudieron penetrarle en tantos siglos.

Por fortuna su suelo no producía solo pinaretes; además de los algarrobos, nacen espontáneamente por las faldas del cerro, y singularmente en toda la parte que mira al oeste, un increíble número de acebuches, que crecen con gran fuerza, pero de los cuales hasta ahora no se ha defendido, limpiado, trasplantado ni injertado uno solo, para que diesen, como pudieran, muchas y excelentes olivas. Y aun son pocos los algarrobos que recibieron aquí este beneficio, con ser tantos los que nacen por todas partes y su fruto tan precioso.

Pero si se trata de otras plantas y yerbas, por lo que dejo dicho de las que lleva el castillo, ya inferirá usted cuánta será la fecundidad de su término. Domina entre todas el lentisco, que en grandes y frondosas matas, por cuyo solo nombre es aquí conocido, brota á la par de los árboles indígenas, y da mucha y excelente leña para hogares y chimeneas, así como la dan para el consumo de los hornos las tres estepas (10), una especie de gema, llamada *bosch*, que es una retama fina, y otras matas, á todas las cuales distinguen con el nombre genérico de *garriga*. Abunda aquí sobremanera el gamon, que coronado al febrero de una hermosa piña de blancas flores, cubre todo el bosque y le adorna, hasta que al otoño sus altos y erguidos vástagos se cortan para hacer pajuelas, las únicas que se usan en el país con nombre de *lluquets*. Abundan tambien varias plantas olorosas, como tomillo y romero, hácia las faldas del cerro, y cantueso por todas partes. Este se conoce por el nombre de *garlanda*, y su violada y fragante flor por el de flor de san Márcos, sin duda porque en la fiesta de este santo, titular del castillo, es cogida con ansia por los que vienen á ella de la ciudad. El número y variedad de otras plantas parece increíble, si se atiende á la pobreza de un suelo tan peñascoso. Crece con fuerza en las faldas del cerro y en los altos y orillas de las sendas la sanguinaria con sus hermosos copitos de terciopelo blanco. Hay tres ó cuatro variedades de la centaurea, otras tantas del geráneo, y entre ellas el *moscatum*;

son comunes las anagalis, los dos sedos, mayor y menor, las dos achicorias, aquí *camarrotges*, dulce y amarga, el espárrago espinoso y la digital purpúrea, la buglosa con su flor celeste, y la cinoglosa, que la tiene rosada. Crece tambien por las cercas la doradilla, en los huecos de las peñas la rara y saludable poligala, y en la cañada del mediodía el mas raro aun hipericon, que Linneo llama *ballarico*, con sus flores jaldes y sus hojitas horadadas. En fin, tal es la muchedumbre y tantas las variedades de estas y otras plantas, que si algun sábio botánico se diese á describirlas, pudiera formar una flora bellvérica harto rica y digna de la atención de los amantes de esta ciencia encantadora.

Ahora bien, aunque usted considere tales producciones sin otro respecto que el adorno que añaden al ruedo del castillo en medio de su extrañeza y rusticidad, ¿dejará de formar una muy favorable idea de su hermosura, cuanto mas si reflexiona que la benignidad del clima hace que muchas de las plantas nombradas sean perpétuas, y que otras, como el cantueso, tomillo, enforbio, etc., aunque algo marchitas al fin del estío, conserven toda su hoja y á las primeras aguas del otoño reverdezcan y cobren su antigua lozanía, mientras que las pocas que perecen del todo, apenas sienten la primera humedad del rocío, cuando brotan de nuevo, sin dejar jamás á este suelo en aquella larga pausa de vegetacion que hace en otros tan hórrido el invierno?

Ni necesita esperar la primavera para verse lleno de flores. Desde los principios de octubre asoma á cubrirle la llamada flor de invierno, muy parecida á la del azafran, que sin tallo, rama ni hoja, despliega á flor de tierra sobre un tierno pedúnculo sus seis pétalos de hermoso color de lila. Acompañanla gran número de pequeños lirios blancos, muy parecidos al jazmín y de su tamaño, y tambien las flores de la jabonera, de un morado tirante á azul, que son tan tempranas como de corta vida. Siguen las del cantueso de violado claro, para durar casi todo el año; las del talespi, fornadas de pequeñísimos flósculos blancos, y las amarillas y celestes de las achicorias. Viene luego el gallardo gladiolo, aquí *clavell de moro*, de muy ardiente color carmesí, y luego un bellissimo orchis, que yo llamaria especular, porque la abejita que nace sobre su flor tiene la espalda de un gracioso color de acero tan brillante, que refleja la luz con su mero de finísima pelusa de terciopelo musgo; hasta que al fin, desvolviéndose toda la gala de la primavera, se ve la verde alfombra que cubre el cerro, matizada con tanta y tan rica variedad de colores y formas, que no se puede pisar sin el delicioso sentimiento que la bella y exuberante naturaleza excita, ni contemplarla sin levantar el espíritu hácia la inagotable bondad de su divino Autor.

De lo dicho inferirá usted fácilmente que este término no será menos rico en pastos, y con efecto, entre tanta muchedumbre de hermosas plantas, crece y amorchigua con el mayor vigor la numerosa plebe de las gramíneas, trifolios y demás yerbas pratenses, que nunca faltan en las cañadas, y solo se agostan en los altos en la fuerza del estío. Esta abundancia se debe á la de los rocíos que proporciona la vecindad del mar, la cual además hace estas yerbas muy sabrosas y pre-

ciadas por los pastores vecinos. Pero si uno ó dos rebaños de ovejas, abouando el suelo, las aumenta tanto como las disfruta, tres ó cuatro de voraces cabras asuelan con su diente venenoso hasta las plantas que las protegen. Los tiernos pinaretes, acebuches, algarrobos y lentiscos son devorados al nacer por este animal destructor, tan enemigo del arbolado como del cultivo; y viniendo alguna vez en pos de él los puercos con su hocico minador, tolo lo talan y apuran, hasta la esperanza de su reproduccion. Así es como mientras el celo duerme, la codicia vela, y se apresura á consumir la total ruina de un bosque, que bien cuidado y defendido, pudiera recobrar todavía su antigua riqueza y hermosura.

Desde la primavera era en otro tiempo muy frecuentado en los dias festivos, en que el pueblo palmesano venia á gozar en él las dulzuras de la estacion y á solazarse y merendar entre sus árboles. Extremadamente aficionado á esta inocente diversion, á que da el nombre de *pan-caritat* (14), se le veia llenar y hermosear el cerro, esparcido acá y allá en diferentes grupos, en que familias numerosas, con sus amigos y allegados, trincando, corriendo, riendo y gritando, pasaban alegremente la tarde y á veces todo el dia. Y como la juventud haga siempre el primer papel en estos inocentes desahogos, allí es donde se la veia bullir y derramarse por toda la espesura, llenándola de movimiento y alegre algazara, para abandonarla despues á su ordinaria y taciturna soledad. ¡Cuántas veces he gozado yo de tan agradable espectáculo, mirándole complacido desde mi alta atalaya! Pero estos inocentes y fáciles placeres, tan ardientemente apetecidos como sencillamente gozados por todo un pueblo alegre y laborioso, le fueron al fin robados, y desaparecieron con los árboles á cuya sombra los buscaba.

Yo no sé si alguna particular providencia quiso agravar mi infortunio, contemplando á mis ojos el horror de esta soledad; sé sí que al paso que caian los árboles y huian las sombras del bosque, le iban abandonando poco á poco sus inocentes y antiguos moradores. No há mucho tiempo que se criaba en él toda especie de caza menor, que como contadante entre los derechos del Gobierno, y por lo mismo poco perseguida, crecia en libertad y además se aumentaba con la que acosada en los montes vecinos, buscaba aquí un asilo. Abundaban sobre todo los conejos, cuya colonia, domiciliada aquí por don Jaime el Segundo, se habia aumentado á par de su natural fecundidad. Solíamos yo ver con frecuencia al caer de la tarde salir de sus hondas madrigueras, saltar entre las matas, y pacer seguros en la fresca yerba á la dudosa luz del crepúsculo. Criábanse tambien muchas liebres, y alguna, al atravesar yo por la espesura, pasó como una flecha ante mis piés, huyendo medrosa de su misma sombra. El roneo cacareo de la perdiz se oia aquí á todas horas, y ¡cuántas veces su violento y repentino vuelo no me anunció que escondia sus polluelos al abrigo de los lentiscos! Desde que la aurora rayaba, una muchedumbre de cálandrias, jilgueros, verderoses y otros pajarillos salia á llenar el bosque de movimiento y armonía, bullendo por todas partes, picoteando en insectos y flores, cantando, saltando de rama

J.-I.

en rama, volando á las distantes aguas y volviendo á buscar su abrigo so las copas de los árboles, y tal vez esconder en ellas el fruto de su ternura; y mientras la bandada de zancudos chorlitos, rodeando velozmente la falda y laderas del cerro, los asustaba con sus trémulos silbidos, el tímido ruiseñor, que esperaba la escasa luz para cantar sus amores, rompía con dulces gorjeos el silencio y las sombras de la noche, y enviaba desde la hondonada el eco de sus tiernos suspiros á resonar en torno de estos torreones solitarios. Usted comprenderá sin que yo se lo diga, cuánto consolarían este desierto tan agradables é inocentes objetos, pero todos le van ya desamparando poco á poco, todos desaparecen, y sintiendo conmigo su desolacion, todos emigran á los bosques vecinos, y abandonan una patria infeliz, que ya no les puede dar abrigo ni alimento, mientras que yo, desterrado tambien de la mia, quedo aquí solo para sentir su ausencia y destino, y veo desplomarse sobre el mio todo el horror y tristeza de esta soledad.

¡Qué mucho pues que la abandonen los hombres! No eclaré yo menos por cierto aquellos que duros é insensibles, alguna vez subian á este cerro para turbar la paz y la dicha de estos seres bien inocentes, y que hallando un bárbaro placer en la muerte y la destruccion, ya los sobresaltaban con el súbito ladrido de sus perros, ya los hacian caer sin vida al tiro de sus armas insidiosas, ó ya mas crueles, aprisionándolos en sus redes, los privaban de la compañía y libertad, que les eran mas caras que la vida. Pero ¿cómo no eclaré menos el espectáculo de un pueblo laborioso y pacífico, que de cuando en cuando subia á reposar aquí de sus fatigas, y á gozar á la sombra de los árboles y entre tan sencillos objetos un placer puro y sin remordimiento?

¡Ah! ¡con cuánta pena no observo ya desde esta atalaya, que si alguna vez la costumbre trae una que otra familia á estos antes amados lugares, se la ve volver triste y atónita, hallando yermas y desnudas las escenas que antes hermoseaba la naturaleza con sus galas y encantaba el amor con sus ilusiones! Su maldicion cae entonces sobre sus bárbaros devastadores, y acusando á la estéril venganza de los débiles, los condena al ceño de sus contemporáneos y á la execracion de la posteridad. A sus quejas responde mi alma afligida, y jamás oye resonar la segur sobre estos árboles, que no exclame, con el tierno cantor de los jardines:

..... Un ingrat possesseur  
Sans besoin, sans remords les livre à la coignée.  
Ils meurent: de ces lieux s'exilent pour toujours  
La douce rêverie et ses tendres amours!

Al norte y á tiro de fusil del castillo está el almacén de pólvora de la plaza; es un edificio de ciento cincuenta piés de largo sobre cincuenta de ancho, bien cerrado y defendido con un buen para-rayo, con su cuerpo de guardia para un oficial y doce ó quince hombres, todo bien construido, pero á mi juicio mal situado, el almacén por la cercanía del castillo, que sin duda perecerá en una explosion casual, y el cuerpo de guardia por la del almacén, de que apenas dista diez varas, teniendo además la puerta, ventana y dos chimeneas hácia él. Y hé aquí los únicos edificios del



recinto, si ya no se cuenta por tal la casa yerna de la *Joana*, que está al lado de su límite meridional.

Dase este nombre á una cueva excavada en la Peña, pero cerrada de pared, con su puerta y ventana y pozo al exterior, su habitacion alta y baja, su horno, su cocina y otras piezas dentro; todo ruinoso, abandonado y aun detestado. La tradicion vulgar dice que murió en ella no há mucho tiempo la *Joana*, grande hechicera, que en vida solia convertirse en gato y tomar otras formas á su placer, y que ahora su sombra se complace de visitarla de tanto en tanto. Esto se dice; dos higueras, que yo he visto plantadas ó casualmente nacidas cerca de su puerta, pueden haber confirmado esta vulgaridad, pues su fruto, aunque de buena apariéncia, se avanece y pudre sin llegar á sazonar, sin duda por hallarse estas plantas en una umbria y estar del todo descuidadas. No obstante, los simples pastores y cabreros del bosque cuentan y creen que cierto canónigo antojadizo murió de haberlos comido; y hé aquí la ridicula historia forjada sobre el abandono de esta casilla, que probablemente no tuvo otra causa que la esterilidad y fragosidad del terreno inmediato, destinado antes al cultivo, de que aun hay indicios. Sea lo que fuere, la fuerza de la supersticion la hace mirar con horror, y aleja de ella pastores y ganados, por mas que ofrezca algun pasto y un abrigo seguro contra la inclemencia. ¡Notable prueba de su poder, cuando no le vencen el interés ni la necesidad!

Sirven tambien al adorno del sitio de Bellver diferentes alquerías y casas de campo situadas en sus conlincs, las cuales, bien plantadas y cultivadas, completan la escena, y hacen agradable contraste con el agreste desaliño del cerro. A la parte del este se halla el predio de *son Armadans*, cuyas cercas forman por el oeste el lindero oriental de Bellver, mientras por el norte y sur confinan con dos caminos que bajan á la ciudad. A la del norte se ven los de *son Dureta* y *sa Taulera* (12), cuyos vastos términos corta por la espalda el torrente, que corriendo oeste este por una frondosísima cañada, lleva las aguas recogidas de diversas y distantes alturas al puente de *San Maxi*, do desemboca en el mar. Al oeste el término de la *Taulera* toca y se mezcla con los hermosos valles de *son Berga*, que recogiendo otra gran copia de aguas de los altos montes, que vierten al áspero camino de *Bendinat*, las introducen en las cañadas de Bellver, formando su límite por sudoeste norte sur, y saliendo despues á cortar el de Portopí y caer al mar entre los pequeños prédios litorales de Corbomari y el *Terren*. En las laderas y altura del otro lado de esta cañada se ven los graciosos prédios del *Retiro*, *son Vich*, *son Gual* y *sa Cova*, cuyos términos son mejor conocidos por el general y mas digno nombre de la *Bonanova*. Detenerme á describir tantos objetos, ó extenderme á otros que se descubren en sus cercanías, fuera salir demasiado de mi propósito. Basta decir que se ven tan graciosamente distribuidos en torno de Bellver, tan felizmente situado cada uno, y formando todos un conjunto tan vario y tan bien poblado, plantado y cultivado, que, por mas que se ob-

serve, jamás la vista apura sus gracias ni se cansa de verlas.

Pero sobre todo (y con esto voy á concluir), ninguna vecindad honra mas, ninguna recomienda ni alegra tanto los términos de Bellver, como el santuario de la *Bonanova*, que da su nombre al confin de que habló últimamente. Situado al oeste de Palma, y á medio tiro de cañon del castillo y del mar, y dedicado á la Virgen María, es, por decirlo así, el Begoña ó el Contruées de los mareantes mallorquines. Apenas estos han emprendido ó acabado alguna de sus pequeñas expediciones, cuando la familia del patron ó de los marineros viene en romería á *Bonanova*, donde, á vueltas de la devocion, pasa allí alegremente un dia entero ó una tarde. Ni esta devocion inflama solo á los navegantes, sino que se extiende á todo el pueblo de Palma y sus contornos, cuyas familias acostumbran asimismo visitar la ermita en algunos dias del año; mas cuando llega el del santo y dulcísimo Nombre de María, bien puedo decir que he gozado ya tres veces, aunque de léjos, del mas tierno espectáculo; porque entonces se despuebla la ciudad y los campos vecinos para venir á celebrarle en su pequeño y gracioso templo. Lumbradas y bailes al son de la gaita y tamboril anuncian desde la noche anterior la solemnidad preparada, y el primer rayo del siguiente dia halla ya cubiertos los senderos del bosque y las demás avenidas de la ermita de un inmenso gentío que viene á la fiesta, y á gozar de camino de la diversion que ofrece su concurrencia. Porque esta aquí, como sucede en muchas partes, es una de las solemnes ocasiones en que la devocion se hermana admirablemente con el regocijo de los pueblos, y santifica, si se me permite esta expresion, el placer y alegría de los corazones sencillos é inocentes. Los concurrentes, despues de hacer sus preces y satisfacer su primera curiosidad, se derraman por todo el recinto del santuario á ver, á ser vistos y á saludarse y tratarse entre sí; pero al acercarse el mediodía se dividen en grupos, y cada uno se separa y toma la situacion que desea ó que puede para comer y sestar. No hay algarrobo por allí, no hay olivo ni almendro que no abrigue una familia contra los rayos del sol equinoccial, ni familia, por pobre que sea, que no pueda á su sombra cantar alegre, con el lloracio español:

A mí una pobrecilla  
Mesa, de amable paz bien abastada,  
Me basta; y la vajilla,  
De oro fino labrada,  
Sea de quien la mar no tema alrada.

Entrar y salir en la ermita, charlar, correr, bailar ó ver los bailes, llevan el resto de la tarde; el mas señalado de ellos se tiene en el porche de la cercana casa de *son Gual*, bellísima quinta de la excelentísima señora marquesa viuda de Sollerie, que la edificó, así como la nueva ermita, y que en este dia admite y regala con generosidad á las personas de la nobleza que vienen á la fiesta, y acoge además en sus umbrales al pueblo que acude á solazarse ante ellos.

En toda la tarde y por todas partes reina el mas vivo y al mismo tiempo el mas pacífico y honesto re-

gocijo. Que tambien en esto es señalado y laudable el buen pueblo mallorquín, pues que manifestando en sus diversiones la alegría mas exaltada y bulliciosa, nunca ó rarísima vez da en ellas aquellos ejemplos de desacato, disolucion y discordia, que por desgracia turban y hacen amargas las de algunos otros países. A la de este dia convida tambien, y en gran manera la realza, la hermosura del sitio, porque es frondoso, elevado y pintoresco, con la magnífica vista de la bahía á una

parte, y á otra la de la rica y hermosa campiña, sobre la cual desqueña el castillo de Bellver, haciendo en ella muy distinguido papel. Algun dia, si quiere Dios, subiéndolo á su alto homenaje, describiré yo á usted esta grande escena tal cual desde allí se descubre. Por hoy basta lo dicho para que usted forme idea de uno de sus principales objetos, que por muchas circunstancias es tan digno de la atencion de los que saben pensar, como está olvidado de las almas corvas y vulgares.—*Marina.*

## NOTAS.

(1) Me han informado que habiéndose medido pocos años há por los Ingenieros de esta plaza la distancia y altura entre el castillo de Bellver y el mar, se halló que el centro de este patio dista de su orilla dos mil seiscientos cuarenta pies, y que está cuatrocientos cuatro pies, dos pulgadas sobre su nivel.

(2) Santafé es una de las villas de esta isla, señalada por sus canteras de un asperon finísimo, que se emplea en las obras de mayor consideración, y del cual se han construido la Catedral, la Lonja y otros nobles edificios de esta ciudad. He leído tambien que don Alonso V de Aragon la hizo llevar á Nápoles, y la empleó en la magnífica fortaleza de Castelnuovo, que construyó en aquel reino.

(3) Esta capilla ocupa cinco huecos de bóveda; su forma interior solo se distingue de la de otras piezas del castillo en que el presbiterio se eleva sobre el piso cosa de un pie, y está enbaldosado con buenos azulejos y dividido por una hermosa reja de gusto arabesco. Es gran lástima que no exista el primer retablo, que nos daría alguna idea de la pintura coetánea. En su lugar hay otro moderno, que se reduce á un carton de tabla, en que se ve mal pintado un retablo, de tan ruin escultura y arquitectura como prometia su edad. San Marcos, patron del castillo, en medio, y san José y san Liborio á sus lados, ocupan los nichos principales; sobre el cornisamento están san Pedro y san Pablo, en el ático el Salvador y la Virgen, y por remate las armas de los Montellanos. El dibujo y colorido van á la par con la idea, y me excusan de decir mas; pero no de copiar la memoria del buen gobernador que costó la obra. Conservase en una inscripcion, repartida en las aletas del embasamento que salen de la mesa del altar. Copiándola, descubriré á usted el nombre de un pintor mallorquín que no conoce; pero sea en la protesta de que no debe entrar en el apéndice de su biografía artística. La inscripcion dice así: «Siendo comandante de este castillo don Pedro Montellano, teniente coronel reformado, á su devoción se hizo este retablo. Antonio Venteyol me fecit, y se bendijo en 18 de diciembre de 1718.»

(4) Seria difícil describir el carácter de esta corte mejor que lo hizo el padre Mariana con su elocuencia y acrimonia acostumbrada. En el cap. 14 del lib. xviii de su *Historia* se despepita así: «El rey don Juan era de un natural afable y manso, si ya no le tocaba algun notable desacato. Mas inclinado al sosiego que á las armas, ejercitábase en la cetería, y era aficionado á la música y á la poesía; todo con atención á representar grandeza y majestad... La Reina, otro que tal, como cortada á la traza de su marido, aunque dentro de los límites de mujer honesta, usaba de entretenimientos semejantes. Así en la casa real todo era saraos, juegos, fiestas y regocijos. Las damas se ocupaban mas en cantar, tañer y danzar que en lo que á su edad y á mujeres convenia... Dábanse muy aventajados premios á los poetas, que conforme á las costumbres que corrian, componian y trovaban en lenguaje mallorquín, y se señalaban en la agudeza y primor de sus trovos, lo cual era en tanto grado, que despachó una embajada al rey de Francia, en que le pedía que le buscase con cuidado, y enviase algunos de aquellos poetas, los mas señalados (a).»

(a) Esta cita debe estar hecha de memoria, y prueba que la de Jovellanos era asombrosa. Dice así Mariana en el lugar citado: «El rey don Juan era de un natural afable y manso, si ya no le tocaba algun notable desacato; mas inclinado al sosiego que á las armas. Ejercitábase en la cetería y montería, y era aficionado

(5) Una peste, que cundía por Cataluña y Valencia en 1594, trajo á Mallorca la corte de Aragon. El Rey, la Reina, las infantas, con gran número de damas, barones y caballeros, se embarcaron en Barcelona para preservarse de aquel azote. Una récia tormenta dispersó las galeras; pudo arribar á Soller la del Rey; desembarcó, vino á Buñola, y pasando luego al palacio de Valldemusa, envió á inquirir la suerte de las restantes naus. Sabido que hubo que la galera de la Reina estaba en la bahía de Palma, se vino al castillo de Bellver y llamó á él toda su corte. La salubridad y hermosura de la situación, la abundancia de caza y la comodidad del edificio determinaron sin duda esta eleccion. Pasaron aquí ocho dias, esto es, desde el 21 al 28 de julio, en alegrías y diversiones. Bajaron luego, é hicieron su entrada solemne en Palma, donde fueron recibidos con la mayor ostentacion. Hubo para cortejarlos torneos, justas, saraos y todas las alegrías propias de aquel tiempo y conformes al gusto de los reyes. Pero la conducta insolente de la gente menuda que seguía la corte produjo tanto disgusto en la de la ciudad, que hubieron de volverse á Bellver, lo prolongaron su residencia y pasatiempos, hasta que en 28 de noviembre volvieron á embarcarse en Portopí, dejando á Mallorca con el dolor de que tantas demostraciones y gastos como hiciera en obsequio de aquellos soberanos no bastasen á templar su desagrado, ni á evitar otras consecuencias que no son de este lugar y de que acaso se dirá algo en el apéndice. Mut. lib. vii, cap. 5, da noticia de este suceso; pero consta mas por menor en algunos diarios de aquel tiempo, de que tal vez se hablará en el apéndice.

(6) Pues la poesia provenzal se presenta tantas veces á mi imaginacion, ya como tan amada de los reyes que resiliaron en este castillo, ya como tan análoga á sus circunstancias y verdaderamente poéticas formas, no quiero resistir á la tentacion de copiar aquí para usted una carta que pocos dias há escribió acerca de ella un amigo de entrambos (b). Espero que su lectura servirá á usted de entretenimiento, siquiera por la extension y novedad con que se trata esta materia, sobre la cual nuestros escritores han pasado muy de corrida, adoptando con demasiada buena fe las opiniones infundadas que los extranjeros presentaron como verdades infalibles.

á la música y á la poesia, todo con atención á representar grandeza y majestad... La Reina otro que tal, como cortada á la traza de su marido, aunque dentro de los límites de mujer honesta, usaba de entretenimientos semejantes. Así en la casa real todo era saraos, juegos y fiestas y regocijos. Las damas se ocupaban mas en cantar y tañer y danzar, que á su edad y á mujeres convenia... Dábanse muy aventajados premios á los poetas que conforme á las costumbres que corrian, componian y trovaban en lenguaje lemosín, y se señalaban en la agudeza y primor de sus trovas. Lo cual era en tanto grado, que despachó una embajada al rey de Francia, en que le pedía le buscase con cuidado y enviase algunos de aquellos poetas de los mas señalados.» Véase el tomo xxi de esta *Biblioteca*, II de las obras del padre Mariana, pág. 21, col. 1.º Lo mismo se lee, con una ligerísima variante, que consiste en decir poetas, los mas señalados, en vez de poetas de los mas señalados, en la edición de Madrid de 1819, ilustrada por don José Sabau y Rianco, tomo x, pág. 254. El infeliz Jovellanos estaba preso, solo y sin libros; imposible parece lo que hace, y nada tiene de particular su equivocacion.

(b) De esta carta aseguró don Carlos Posada que era obra del mismo Jovellanos, aunque lo oculta; parecelo por el estilo,



«Amigo y señor: como en la conversacion que tuvimos anoche sobre la lengua y poesia llamadas provenzales se produjeron y cruzaron muchas ideas, sin que se determinase bien ninguna, y como que usted, aunque inclinado al dictamen que yo sostuve, me pareció no bien convencido de mis razones, he pensado que no le seria desagradable leerlas reunidas y expuestas con mas orden del que permite una rápida discusion, y esto pienso hacer en la presente carta, bien que las expoudré con la misma franqueza y desaliño con que las oyó de mi boca. La materia no es del todo indiferente, y si yo no voy descominado en mi dictamen, creo que fundándole podré suplir el desenoio con que otros han tratado la materia, en desdora de nuestro Parnaso.

«Sé que la *Historia literaria* supone á los provenzales inventores de la lengua y poesia que llevan su nombre, y autores de la perfeccion de una y otra; pero ¿lo fueron? Veámoslo.

«Dos dialectos principales, sin contar otros, dividieron en su origen la lengua francesa. Entre ellos habia mucha semejanza, pero tambien notables anomalías. Una, que por mas familiar en el uso, fijó mas la atencion, empezó á distinguirla, y era que en las provincias del norte el adverbio afirmativo *si* se expresaba por la palabra *oui* y en las del sur por la palabra *oc*. De allí vino que al primero se llamase *langue d'oui*, y al segundo *langue d'oc*, y de allí tambien que por este nombre se indicase despues la provincia que así hablaba.

«Mas, sea que en la Provenza, do se hablaba tambien, se hablase mejor, ó por otra razon, que ni sé ni creo del caso averiguar, á la lengua del mediodia se la bautizó luego con el título de provenzal, y desde entonces la del norte se llamó ya *pro famosiori* lengua francesa.

«Tampoco sé por qué la primera tomó despues el título de lengua lemosina, que conserva aun. Pudo venir del pequeño condado de este nombre, y pudo del mas pequeño distrito del *Limoux*, como parece mas probable, por estar mas vecino á España, donde aquel título tuvo y tiene mas uso. Pero como quiera que sea, los dialectos de lengua de *oc*, lengua provenzal y lengua lemosina, son enteramente sinónimos y se refieren á un mismo signado.

«Lo que hace mas á nuestro propósito es, que este dialecto ó lengua nunca fué peculiar al Languedoc, ni á la Provenza, ni al Limosin, ni á otro punto del mediodia de Francia, sino comun á todos ellos, y con ellos á toda la costa del Mediterráneo español, hasta donde le detenía la lengua de los arabes. Por esto, al paso que las medias lunas eran expelidas de aquella costa, el tal dialecto, ó por mejor decir, lengua, se extendió y cundió por todo el reino de Valencia, y saltó á las islas Baleares, pudiendo decirse que antes de la mitad del siglo xii los aldeaños de su imperio estaban señalados en el Ródano, el Tura y al confin oriental á Mallorca.

«No se diga que los dialectos de estos países son diferentes; porque las anomalías que los distinguen, ó pertenecen á tiempos posteriores, ó son tan ligeras, que no destruyen su identidad, como se podría probar con un millon de ejemplos, si necesario fuese.

«Es tambien de advertir que lo que digo de la lengua ha de entenderse tambien de la poesia, y esto con barto mayor razon, pues que aquella se vino á hacer tan de moda entre los poetas, que no solo componian en ella los franceses y españoles mediterráneos, sino tambien otros del interior y muchos italianos, y algunos ingleses y alemanes hacian gala de ejercitarla.

«Ahora bien; ¿probarán nuestros vecinos que esta lengua y poesia nacieron en algun punto determinado de sus provincias, y se fueron extendiendo de él hasta las nuestras? Tanto era menester para asegurarse la gloria que pretenden.

«Pero tanto es difícil, porque las lenguas se forman, no se inventan. Brotan y crecen poco á poco; no nacen de la noche á la mañana, como los hongos. Ni nacen en un corrallo ó tertulia, ni en una plaza ó lugar circunscripto, sino en un territorio mas ó menos extendido, y siempre entre muchos pueblos, unidos con vínculos de sociedad ó con intimas relaciones de interés, trato y comercio. ¿De dónde, pues, sacarán sus pruebas? De los nombres dados á esta lengua? Pero estos las destruyen por su misma variedad, porque si el título de Languedoc no excluye el de provenzal, ni este el de lemosina, es claro que ninguno de los tres excluirá el de catalana, que tambien se dió á esta lengua, y no sin buena razon, para distinguirla de la francesa.

«¿Ocurrirán á la etimología? Pero esta prueba, aunque la mas segura para determinar el origen de las lenguas, tampoco favore-

cerá á nuestros vecinos, porque si nos citan palabras derivadas del griego, diremos que colonias griegas hubo acá como allá; si del latín, que acá y allá dominaron, y allá y acá introdujeron su lengua los romanos; si del teutónico ó gótico, que nuestros visigodos extendieron sus conquistas hasta el Ródano, y fundaron allende del Pirineo una provincia que agregaron al imperio español; y en fin, si del árabe, que tambien pasaron de acá á dominar por allá las medias lunas.

«Pero tal vez, tomando las cosas de mas cerca, nos alegrarán la dominacion de la dinastía carolina en Cataluña; eantimela que se oye frecuentemente en su boca. Mas si consta que aun en este breve periodo Cataluña fué gobernada por sus condes, bien que feudatarios; que estos condes se hicieron luego hereditarios, y luego soberanos independientes, y luego acabaron extendiendo su dominacion fuera del Pirineo por la Francia meridional, y esto antes que la lengua de que se trata hubiese, por decirlo así, cuajado, ¿qué fuerza tendrá la tal alegacion? A mas de que, tratándose de países que hablaban antes una misma lengua, esto es, la latina, y que con ocasion de guerras y alianzas y comercio reciproco andaban siempre unidos ó revueltos, y en fin, de países que por lo menos nada se debían en materia de cultura, ¿no será tan fácil probar que los catalanes llevaron allá esta lengua como que la trajeron?

«Mas no es esto de lo que trato, que fuera contra mis principios, y que tampoco merezca grande empeño. Si nuestros vecinos le tuvieren en defender la gloria de inventores, por mí, salva la verdad, que se la lleven, pero peor para ellos.

«Digolo, porque en semejante materia la invencion no es un mérito, la perfeccion sí y muy grande; aquella es hija de la ignorancia, esta de la ilustracion. Es el vulgo, no los sábios, quien forma las lenguas; los sábios, y no el vulgo, las perfeccionan. Al formarse las lenguas vulgares de Europa se puede decir que el instrumento del habla se desmejoró y echó á perder, esto es, que para la expresion de las ideas, un instrumento bueno, bien labrado y pulido, cual era la lengua latina, se fué gastando y torciendo hasta quedar imperfecto y grosero. Mas al perfeccionarse este instrumento malo se fué poco á poco mejorando, y enderezando, y puliendo y adaptando, no solo á la expresion de las ideas, sino tambien á su atavia y galanura. Veamos pues á quien toca esta gloria, que bien merece la pena.

«No repetiré lo que han dicho en este punto los eruditos jesuitas Lampillas y Andrés, ni fundaré el derecho de nuestra patria en vanos títulos; fundaréle en hechos constantes, reconocidos y atestiguados por nuestros mismos vecinos, y particularmente en dos autoridades que por fortuna tengo á la mano, y que son á cual mas respetables, á saber: la de monsieur Gaufridi en el libro ii de su *Historia de Provenza*, y la de los eruditos padres don Vaissete y don Vie, en los libros 18, 20, 25 y 26 de la Languedoc, á que me remito de una vez por no amontonar citas.

«El señor Juan Franciseo Gaufridi, baron de Trets, provenzal y coronista de Provenza, tratando del origen y progresos de la poesia de su país, dice estas notables palabras: «Con esto, viniendo á dominar en él los Berengueles, la lengua tomó nueva forma, como sucede de ordinario (ojo á la frase) cuando se recibe la lengua del Soberano.» En esta mudanza la poesia halló nuevos atractivos, ya en la novedad, ya por los grandes esfuerzos de los poetas á quienes estos principes cultivaron con sus beneficios.

«Conozco que este autor dijo aquí mas de lo que quisn decir, pues que antes diera por sentado que la lengua y poesia de su país naciera en él. Pero lo que dijo, como quiera que se interprete, siempre probará que segun su opinion la lengua de su país se mejoró y pulió con el lenguaje que introdujeron los Berengueles y al influjo de su proteccion.

«Esto mismo se confirma con los hechos acreditados por la historia del tiempo, pues sin contar el influjo que pudieron tener el trato y comercio de los catalanes con las provincias de esta lengua, su dominacion en algunas de ellas, y sus enlaces y parentescos en casi todas antes de la entrada de los Berengueles en Provenza, es constante que la soberanía de estos principes empezó allí con el siglo xi; y si su lengua, como creo, se hablaba ya en el país, solo pudo decirse nueva por mas culta y pulida. Y si lo era, ¿cómo no lo seria tambien la poesia vulgar de Cataluña, esto es, del país de donde los Berengueles llevaron su afeccion, su talento poético y su deseo de estimular y proteger á los poetas, como lo hicieron, no solo con premios y favores, sino tambien con ejemplos?

«Por una casualidad, muy feliz para Provenza, este talento y esta afeccion de sus principes, venidos primero de Cataluña, continuaron despues renovándose y recibiendo de allí nuevo vigor,

porque, ó sus condes por ser de menor edad eran llevados á educar en Barcelona con los soberanos de su familia, ó éstos, venidos á gobernar á Provenza, ya por derechos de sucesion, y ya como tutores de sus sobrinos; circunstancia que no debe ser olvidada para interpretar algunos hechos muy importantes en esta discusion, y de que se han sacado falsas, o por lo menos muy dudosas consecuencias.

«Uno de ellos, muy citado y cacareado por los provenzales, es la agradable sorpresa con que el emperador Federico Barba-roja oyó á los poetas que el conde Ramon Berenguer II, por sobrenombre Arnaldo, llevó consigo y le presentó cuando le visitó en Turin. Pero si se considera que este joven conde de Provenza se habia educado en Cataluña, que de allí acababa de salir para hacer aquella visita, que no era él, sino su tío y tutor, el conde de Barcelona del mismo nombre que murió al paso en San Balmacio, quien la habia dispuesto á iba á su cabeza; que este era el tiempo en que los poetas provenzales necesitaban todavía del ejemplo y recibían el influjo de los catalanes, y en fin, que aquel mismo Príncipe, criado con estos, habia adquirido allí o cultivado el talento que le dió la opinion de buen poeta, ¿cómo se podrá pretender que los poetas presentados á Barba-roja eran de Provenza, y no de Cataluña?

«Y ¿dónde, sino allí, se educó su sucesor Alfonso II, rey de Aragon y conde de Provenza, que en la historia de esta poética vale por muchos, no solo como su protector, sino como su distinguido alumno? Sucedió á este en el condado de Provenza otro Alfonso, su hijo, que tambien se educó en Barcelona, mientras que sus estados eran gobernados por don Pedro II de Aragon, su hermano; aquel príncipe tan galán como entendido, tan querido de las damas como loado de los poetas, y que tuvo un lugar tan distinguido entre ellos como entre sus protectores. Por fin, en Barcelona se educó Ramon Berenguer, tercero del nombre; aquel Mecénas de las poetas, tan prodigo, que según monsieur Gaufridi se empobreció por enriquecerlos, y que no dió menos gloria á la poesía con sus versos que estímulo con sus dádivas. Y si todo esto pasó en el mismo siglo en que se fue mejorando la poesía de Provenza, ¿cómo se negará á la España la gloria de haberla mejorado?

«Agréase á esto que muchos trovadores de Provenza, no contentos con la proteccion de su corte, buscaron en las de Aragon y Castilla una mas ancha esfera de aprecio y de favor. En ambas auduvieron parte de su vida Pedro Ramon, Hugo de San Gilo y el celebre Folguer d Fulguerio, obispo de Tolosa, empleado por ambas en negocios políticos y eclesiásticos. Alfonso II, que protegió tambien á estos, trajo además á su lado á Pedro Roger y Pedro Vidal; y su hijo, don Pedro II, acogió despues á este ultimo y á Ramon Mirabal, y á Aimaro, llamado el Negro de Alvi, y aun al ingrato y extravagante Perdigon, que habiendo empleado su pluma en celebrar la muerte de tan generoso bienhechor, fué despues, por su negra ingratitude, odiado y escarnecido de todos. Hasta la prudente reina doña Maria, su viuda, favoreció á las poetas, entre las cuales escogió despues su hijo, el gran don Jaime, á Pedro Cardenal, canonigo de Puy, para que le guiase en sus expediciones y conquistas.

«Y si las damas provenzales quisieron hacer, y con efecto hicieron, tan gran papel en la historia de esta poesía, ¿no es tambien cierto que recibieron el impulso de los príncipes Berengueles? A ellas ó á su influjo, confiesa el señor Gaufridi que se debió la institucion de aquellas célebres cortes de amor que estas damas establecieron, en que ellas presidían y juzgaban, y que fueron despues el mas ilustre teatro de los ingenios. Así que, mientras las condesas de Provenza los animaban, favoreciendo en su corte tan recomendable institucion, otro tanto hacían en Narbona y Carcasona, Armengola ó Ermengolda, tia de don Nuño de Lara, y en Tolosa las dos infantas de Aragon Leonor y Saucha, hermanas de don Pedro II y esposas de los dos condes Raimundos, insignes protectores de los poetas en aquella otra ilustre escena de la musa provenzal.

«Y por ultimo, ¿quién hizo volar esta musa hasta el hermoso pais de Italia, sino la discreta Beatriz, último retoño de los Berengueles de Provenza, que impacientemente, según la frase de Garibay, de no ser reina, como sus hermanas, despues de dar á la casa de Anjou el estado de sus mayores, elevó á Carlos, su marido, á coronarse en Roma y ocupar el trono de Nápoles, y que allí, en medio de los poetas que siempre la seguían, dió el grito de vela, que despertó los felices ingenios de aquel clima, á quienes tanta gloria llevó despues la poesía vulgar?

«Pero si los príncipes españoles tuvieron la de haber educado en su infancia la musa provenzal, y protegida y perfeccionándola en su edad adulta, otra mayor adquirieron por haber fomentado su vejez y preservándola de la ruina y conservado en España todo su esplendor. Es verdad que monsieur Gaufridi la hace vivir en su país hasta el siglo XV, pues la supone fallecida en manos del pretencioso rey de Nápoles Renato. Pero á esta época se puede decir que habia poetas en Provenza, y mas no que habia poesía. El mismo señor Gaufridi confiesa y lamenta su decadencia y abandono, y en esto va de acuerdo con los historiadores de Languedoc. Pero el dictamen de Juan Nostradamus es todavía mas decisivo en el asunto, por mas cercano á estos tiempos, bien que su critica no sea sin tacha para los mas antiguos.

«Hablando este autor de la poesía provenzal y de los profesores que se distinguieron en ella, cierra, por decirlo así, su historia, diciendo expresamente que los poetas y sus Mecénas acabaron con la famosa Juana de Nápoles. *Alors, dice, defaillirent les Meccenes, et defaillirent aussi les poetes.* Y como la trágica muerte de esta reina hubiese acaecido en 1382... es claro que el término de la poesía provenzal en Francia coincide con el del siglo XIV. Este es el que le señalan tambien los autores del teatro francés, pues que citando la opinion de Nostradamus, dan bien á entender que despues de aquel tiempo ya no hubo en la Francia meridional trovadores señalados, sino juglares, que cantaban y repetían las composiciones de los antiguos.

«Ahora bien, que en esta misma época y despues de ella floreciesen las musas de Aragon es cosa que no admite disputa, y cuando no se probase con el testimonio de muchos historiadores, se probaria con tantas buenas poetas como se compusieron en Cataluña, muchas de las cuales vieron la luz y son harto conocidas.

«Con todo, hay en este punto una duda, y no está todavía bien disipada, y sobre la cual me permitiré usted detenerme algun tanto.

«Ha ocasion á ella la famosa embajada que el rey don Juan I envió á Francia pidiendo algunos poetas de Tolosa para su corte, de lo cual resultan al parecer dos consecuencias; una que hacían falta en ella, otra que los habia en Francia. El hecho es constante, pero su sencilla exposicion hará ver que las consecuencias deducidas de él son falsas.

«Asentemos primero que el rey don Juan no podia desear poetas, porque tenia demasiados en su corte, como censura Mariana y atestigua Zurita. Y cuando le faltasen, la fama de su proteccion y generosidad, ¿no bastaria para atraerlos á ella sin ruegos ni embajadas? ¿Quién no sabe que los trovadores de aquel tiempo andaban á caza de ella, no solo de corte en corte, sino de castillo en castillo, y que á este genero de moscas bastaba presentarle la miel para que volase á buscarla? No atestigua monsieur Gaufridi que el mas celebre trovador de aquel tiempo, el caballero Cibo, llamado despues el Monje de las Islas de Oro, y que fué el primer coronista de la poesía provenzal, anduvo siempre al lado de la reina Yolanda, y consagró su musa á su alabanza y á la del Rey, su esposo? Luego estos príncipes deseaban otra cosa, y ¿qué podia ser sino la academia poética que habia en Tolosa, para señalar mas y mas su proteccion á la poesía, trasladando á su corte una institucion que le podia dar tanto esplendor?

«Para que esto no quede en estado de simple conjetura conviene saber que la institucion del tribunal ó consistorio de amor de Tolosa no era una institucion antigua, sino moderna, ni del buen tiempo de la poesía provenzal, sino del de su decadencia, la que empezó á sentir luego que le faltó la proteccion y sombra de la familia Berenguela. Habia tenido su origen en la asociacion que hicieron algunos particulares en 1325 con deseo de restaurar la antigua gloria de la poesía; habíala por tanto abrigado y autorizado el ayuntamiento de Tolosa; pero ni tuvo ordenanzas ni recibió su última forma hasta 1355. Hízose á la verdad muy celebre desde sus principios; pero no debió esta celebridad á la excelencia de sus poetas, de que es buena prueba que el primero que fué laureado por aquella junta, Arnaldo de Vidal, vino allí de la corte de Aragon á disputar el premio. Hebióla á la pompa y celebridad con que por el mes de mayo de cada año tenia sus sesiones (de do les vino el nombre de juegos florales), y al aparato y solemnidad con que se adjudicaban los premios (que eran una violeta de oro y una mosqueta y una caléndula de plata); y en fin, la debió á la codicia con que acudían á estos premios los ingenios, ¿quién no suele mover mecos la vanidad que el interés. Todo esto, ya se ve, hacia mucho ruido desde lejos, y le hacia mayor en una cor-



le tan amiga de la poesía y donde hormigueaban los poetas. Los reyes de Aragón deseaban para ella una institución semejante, y para erigirla no bastaban sus poetas. Faltábanle las leyes, las fórmulas y el completo ceremonial de aquel cuerpo literario, que fomentaba á un mismo tiempo la poesía y la elocuencia, y sobre todo, le faltaban poetas prácticos y duchos en los usos y estilos del mismo cuerpo. Hé aquí ya el objeto de la embajada del rey Juan, tan caeareada como mal entendida. La decadencia de la poesía provenzal en aquel tiempo, y la prosperidad sucesiva de la de Cataluña, no dejan la menor duda en esta explicación.

•Pero tiene además un firme apoyo en el hecho mismo; pues que en efecto el establecimiento de la corte de amor se verificó en Barcelona, y aun se repitió despues en Tortosa; y esta institución, lejos de decaer, como asienta el erodito don Juan Andrés, prospero bajo los sucesores del rey don Juan.

•A pocos años de haber perdido tan celoso protector la musa catalana, halló otro no menos insigne en el infante de Antequera, despues Fernando I, el principe justo y discreto, que educado en la corte de Castilla, llevó á la de Aragón, con su gran reputación y grandes virtudes, el amor á la poesía y el aprecio de sus profesores, que les manifestó desde la primera edad. Apenas fué llamado al trono por el voto de sus vasallos, cuando contando entre los cuidados del gobierno la protección de las letras, se dió á fomentar la nueva academia poética, añadió mas pompa á sus sesiones, y no se desdenó de presidir alguna vez por sí mismo las que con gran solemnidad celebraba el consistorio ó tribunal de amor de Barcelona para sus juegos floreales; ayúdese en este designio de su erudito y desgraciado tío, don Enrique de Aragón, marqués de Villena, honor de nuestro Parnaso, á quien debió España la primera poesia vulgar, la primera version de la *Eneida*, y otras obras que la envidia persiguió é hizo que se condenasen á las llamas. De la solemnidad con que estas juntas publicas se celebraban, y del aparato con que se adjudicaba en ellas la violeta de oro, consta por un precioso fragmento del mismo don Enrique, que publicó el laborioso don Gregorio Mayans en sus *Orígenes de la lengua castellana*, y de otro, no menos raro, que debemos al erudito bibliotecario don Juan Antonio Pellicer, sacado de un manuscrito de la Aganipe de don Andrés en este pasaje:

•Y cuando don Enrique de Villena  
Con don Fernando vino  
A la insigne Berceo,  
El Apolímico gremio  
De su fecunda y elegante vena  
Ilustró con aplausos y con premio;  
Donde el Rey presidia  
En trono para honor de la poesia.

•¿Y acaso no seguiria sus huellas aquel sabio hijo suyo, Alfonso V, gran Mecenas de los literatos, á quien tanto debió la literatura de Aragón y de Italia? Y de que las seguiria tambien Juan V, rey de Aragón y Navarra, ¿no será una prueba su grande afición á Virgilio, á la cual debemos la traducción de la *Eneida*, que á ruego suyo emprendió el citado don Enrique, su tío? Por fin, menos pudo faltar protección á la musa catalana en la cultísima corte de Fernando II de Aragón, V de España, de cuya época datan las letras y las artes españolas su renacimiento. Así es como la musa llamada provenzal, muda ya y casi muerta en todas partes, pero cortada todavia por los poetas y protegida por los soberanos aragoneses, se mantuvo en vida y esplendor hasta que unidas las dos coronas, se adornó dulcemente en brazos de la musa castellana.

•No cerraré esta carta sin decir algo de la parte que pudo caber á Mallorca en la gloria de la poesia *soi disant* provenzal, ya que de la que cupo á Valencia han hablado otros mas á la larga. Entró en Mallorca favorecida del gran don Jaime, su conquistador, que hijo y nieto de los soberanos distinguidos por su talento poético y por su amor á las buenas letras, tanto las cultivó en su juventud, que pudo un dia, como César, ser coronista de sus altos hechos. Amó la poesia, la honró y distinguió, pues ya hemos advertido cómo trajo siempre á su lado al canónigo trovador Pedro Cardenal, y tambien al dulce Jaime Febrer, tan conocido por sus trovas, á quien sacara de pila y diera su nombre, y á quien protegió siempre con amor de padrino y generosidad de soberano.

•Nos coasta además que entre los ilustres caballeros que le acompañaron en la conquista, venia el célebre poeta Hugo de Matallana, que murió gloriosamente al lado del valeroso don Ramon de Moncada, y de otros profesores de su mesnada y familia en el encuentro de la Porrassa.

•Don Jaime II de Mallorca, su hijo, beredero de esta noble afi-

ción, fué tambien grande amante de la poesia. De él sabemos que se complacia en proponer algunas dudas difíciles á los poetas para que las discutiesen en sus contones; y yo conservo copia de una cuestion teológica que propuso en Pavia al célebre Raimundo Lull, y que este resolvió en doscientos versos. Ni es de dudar que esta noble afición adorasé á su hijo don Sancho, y mas aun á su cultísimo y desgraciado nieto don Jaime III, último rey de Mallorca, cuando este principe en sus discretísimas leyes palatinas no se desdenó de destinar un título para los mimos y juglares de su palacio.

•Pero el solo nombre de Lull vale por cuantos testimonios se pudieran alegar en favor de Mallorca. En la esfera inmensa de sus escritos se descubre un amor decidido y un felicísimo talento para la poesia. Han perecido á la verdad los innumerables versos de amor y galanterías que confiesa haber escrito en su extraviada juventud, y aun yacen olvidados muchos de sus poemas piadosos; pero bastan los que se conunen para prueba de que ningún trovador del siglo xiii le igualó ni en hermosura de dición ni en pureza de estilo. Lo mas digno de notar es, que mientras los demás trovadores envilecian su profesión y número, copiándose y repitiéndose unos á otros ideas lúbricas y pensamientos frívolos, solo Lull, levantándose en las alas de la filosofía y de la religion, consagraba su estro, ora á la expresion de las ideas mas sutiles y abstractas, tal como en su *Lógica* y *Retórica* en metro catalán, ora á los pensamientos mas sublimes y piadosos, como en su patético poema del *Desconart*, y en los que escribió sobre los cien nombres de Dios y sobre el órden del mundo. De forma que si usted considera que Lull nació en Mallorca dos años despues de la conquista; que recibió en ella su educación, y que pasó su juventud en la corte de sus reyes, no solo hallará que la musa balear ganó por él un puesto muy distinguido en el Parnaso catalán, sino que á él deben la lengua y la poesia catalana su majestad y esplendor.

•Yo no sé si esta fué la razon que tuvo el docto Mariana para decir que los poetas de la corte de don Juan I componian y trovaban en lenguaje mallorquín (*ai*); pero el syfo fué siempre muy exacto, y sus frases siempre muy pensadas, para que creamos que asentó aquella sin alguna buena razon. Lo que no tiene duda es que el ilustre ejemplo de Lull no fué perdido para su patria. Si el descuido ha dejado olvidar en ella, como en otras partes, las producciones de sus trovadores, la frecuente residencia de los reyes de Mallorca en Cataluña y Francia; la gran cabida que tuvieron los mallorquines, así en su corte como en la de Aragón; su afición constante á los buenos estudios, y el genio que en ellos acreditaron, y que se podría comprobar con muchos y buenos testimonios, no permite que se les excluya de la participacion de esta gloria, cuanto menos consagrándonos el aprecio que siempre hicieron de los escritos de su ilustre paisano, cuyos libros aodaban á todas horas en sus manos, y el esplendor con que sus discípulos cultivaban todavia la poesia nacional en el siglo xv y á la entrada del xvi. Diganlo los piadosos poemas del presbítero Francisco Prats, lullista de la escuela de Randa, y los del erodito don Arnaldo Descons, catedrático en la de Mallorca; digalo el certámen celebrado en la ciudad á honor del mismo Lull en 1502, en que era decidor y llevaba la voz Antonio Masot, y en que fueron mantenedores sin contar los aventureros) Juan Odon de Menorca, Jorge Alberti y Gaspar Veri, á quien con gran pompa y solemnidad se adjudicó la joya; diganlo, en fin, el *Cancionero* del sabio Jaime Oleza, y otras obras que acreditan cómo la musa catalana, huyendo de todas partes, estaba aun acogida y estimada en Mallorca, donde respira todavia, y donde algunos eruditos caballeros travesan alguna vez graciosamente con ella, etc.

•Postdata. Aunque la disputa actual supone la identidad de los dialectos mediterráneos, oigo que alguno duda de ella, juzgándolos sin duda por su estado presente, en que tanto han variado, no solo de país á país, sino dentro de cada uno. Ya en el siglo xvi se quejaban los catalanes de que no entendian bien su antigua lengua, pues que muchas de sus palabras estaban sin uso, y su construcción se habia alterado notablemente. Así que, el cotejo, para ser concluyente, debería hacerse sobre documentos antiguos y coetáneos. Sin detenerme pues á buscarlos, porque esta ya es otra cuestion, y no del dia, quiero que usted presencie una prueba de identidad que me parece harto decisiva, y es, que el adverbio afirmativo *oc*, que dió su primer nombre á la lengua de que tratamos, se usaba

(a) Véase la nota del colector, á la pág. 405. Aquí se ocurre en el mismo error que allí, asegurando que Mariana dice *mallorquín*, siendo así que dice *lemosín*. Nueva prueba de que la carta es del mismo JOVELLANOS, como asegura Posada.

en Cataluña como en Francia. Los testimonios que lo prueban son muy distinguidos.

«El primero es del siglo xiii, y del rey don Jaime el Conquistador, que al cap. 65 de su *Crónica*, refiriendo cierta pregunta que hizo á uno de sus caballeros, estando sobre Mallorca, dice: *E dicem nos: ¿Et sabets ne als? ve, dix ell.* Y dijimos nos: ¿Y sabets otra cosa?—Sí, dijo él.

«El segundo es del sábio Raimundo Lull, y del mismo siglo, pues que en el poema intitulado *el Concho*, á la copia 9, dice:

*E mant oc est pijor que no.  
Y mucho sí, es peor que no*

«Y á la copia 48:

*Senyors prelats, no es leó  
Qui non faga tembre u moltó,  
E qui diu oc e puy diu no.*

Señores prelados, no es león  
El que no hace temblar al cordero,  
Y quien dice sí y después dice no.

«El tercero es del siglo xiv, y del rey don Pedro IV de Aragón, que en su *Crónica vulgar*, refiriendo el primer parlamento que tuvo con los mallorquines cuando vino á conquistarlos en 1343, dice: *E apres folos demanai si el rey de Mallorques era en la illa, e dix hu que oc.* Y después fué preguntado si el rey de Mallorca estaba en la isla, y dijo que sí. (Vide Nut., lib. v, cap. 10.)

«Estos ejemplos pueden servir también para probar que la palabra *oc* es de origen latino, y que introducida en la media edad la costumbre de expresar la afirmación, primero por la palabra *hoc est*, y luego por solo el pronombre *hoc*, al cabo se dió á este la misma significación que al sí, y se le convirtió en adverbio afirmativo.

«Y no diremos lo mismo del *oui*? Parece que empezó expresándose la afirmación por la palabra *audire*, esto es, yo lo oí, que esta fué corrompiéndose hasta pronunciarse *oui*, y que así el preterito latino se convirtió en adverbio afirmativo vulgar. ¿Qué miseria, dirá usted! Pero mal año para quien no se divierte con ellas, etc.»

Si en los hechos y reflexiones que se han reunido en esta carta no va descaminado su autor, la opinión establecida en ella no dejará de hacer buena figura en nuestra historia literaria.

(7) Entre las cortes de amor del siglo xiv fué muy célebre la que tenía en su palacio Taneta\* Cantelmi, señora de Romanil, así porque asistían en ella las mas distinguidas y discretas señoras de la Provenza, como porque esto mismo la hacia mas frecuentada de los nobles trovadores de aquel tiempo. Pero nada la hizo tan famosa como la presencia de Laura, sobrina de Taneta, que educada á su lado, ocupó después un lugar distinguido en aquel hermoso coro. Instruida esta ilustre doncella en las buenas letras, y discreta en la poesía, realizó admirablemente con los dotes de su ingenio las gracias soberanas que debió á la naturaleza, y así se formó aquel modelo de hermosura, discreción y honestidad que inspiró alcorazon de Petrarca tan puros y tiernos sentimientos, y á su musa conceptos tan delicados y sublimes.

(8) Contaré á usted, aunque sea solo para que se ría de mi estupidez, una de mis ilusiones bellverías, á que dió ocasion esta mariposita. Hallábame yo encerrado, y solo y á oscuras, una de las primeras noches que pasé aquí, y estaba ya recogido, aunque desvelado, cuando al abrir los ojos vi con sorpresa una luz amarillenta, pequeña, pero muy viva, hácia la imposta mas cercana á mi cama. La primera idea que excitó en mi este raro fenómeno fué que entreabiertos los sillares del muro por la vejez de la obra, dejaban algo pequeño resquicio, por do se entraría la luz de la luna; y sin reflexionar que esto era imposible en muros de doble sillería de tan enorme espesor, rellenos de grueso mampuesto, y unidos por un fuerte mortero, me volví á dormir. Lo mas raro es que esta ilusión duró algunos dias, sin que tan obvia reflexion me ocurriese hasta que advirtiéndome después igual luz bajo del bufete en que leía, y bajándome á reconocerla, hallé que salía de una de las mosquitas que solían revolotear en torno de mi velon.

La vida de este insecto es muy breve, pues que aparece al fin de la primavera, y al cabo de un mes desaparece. ¿Si será la mariposita del gusano que llamamos luciérnaga?

9) A cuatro plantas dan aquí el nombre de estepa: primera, la estepa blanca, así llamada, sin duda porque el verde de su hoja velluda y pulposa es blanquecino, aunque su flor, rosacea y de cinco pétalos, es carmesí; segunda, la estepa negra, cuya flor es blanca, y en lo demás igual á la primera, pero su hoja, replegada, resinosa y estrecha, es de verde oscuro; tercera, la estepa bosch,

cuyo título equivale al de montesa, aunque yo solo la he descubierto en la cañada de Puigdorfla. Su flor es en color, forma y tamaño igual á la precedente, pero el verde de su hoja es mas claro y está mas ancha y redonda. Creo que estas tres especies pertenecan á las cistóides. Cuarta, pero no así la estepa joana, cuyo título debe ser corrupción de jaune por el color de su flor. Esta es amarilla, mas menuda y también de cinco pétalos, pero largos, estrechos y algo levantados sobre el horizonte. De entre ellos sube perpendicularmente gran numero de estambres del mismo color, que se abren un poco para formar corona. La planta es mas que doble de las otras en tamaño; su tronco y ramas mas leñosos, y sobre todo, la distinguen dos caracteres muy visibles: primero, las hojas, que son pequeñas, redondas, de dureza coriácea, vueltas y rizadas en su orilla, de verde alegre y barniz brillante, y todas llenas de agneritos, que dan paso á la luz, aunque cubiertas de una membrana blanca y transparente; segundo, las ramas, que hácia lo alto se ven cubiertas de gotas ó globulillos carmesíes y algo transparentes, cuya sustancia es una resina blanda muy pegajosa, y de muy fuerte y no desagradable olor. No se ve sino en las cañadas del bosque, pero en ellas abunda. Todas cuatro sirven para el consumo de los hornos, y la última, segun me han dicho, es la que describe Linnæo con el nombre de *Hypericon Bulearicum*.

(10) Como estas observaciones pueden interesar á los disceptantes de geología, cuyo numero crece por dias, daré aquí razon mas individual de los hechos á que se refieren, en obsequio de los que se aplicaren á estudiar la historia natural de Mallorca.

1.ª La tongada de grandes conchas bivalvas, de que habla el texto, corre horizontalmente este oeste; está situada de diez á doce piés bajo la superficie del cerro, y tendrá como de dos á tres de espesor; pero es de notar que de estas mismas conchas se encuentran en otras partes y á casi igual altura y á flor de tierra, ya amontonadas y en grupos, como ante las casitas de *can Teau* y á la entrada del predio de *san Boté*; ya aisladas é incrustadas en la peña, como en el camino que pasa por los mismos puntos á *Calmayor*, y ya sueltas, y rotas y levantadas por el arado en las tierras labradas de aquel contorno.

Es de notar también que las mismas conchas se descubren en puntos mucho mas bajos, ya en el camino que corta la falda meridional del cerro, ya en los que suben desde él al predio de *sa Cora*, cerca del santuario de la *Bonanora*, y en estos puntos también agrupadas ó incrustadas: en peña, ó sueltas y esparcidas.

Es de notar, por último, que son de la misma especie las que se hallan incrustadas en la masa interior de los sillares del castillo, señaladamente en el umbral de la torre que mira al este y en el antepecho del puentecillo de la del homenaje, donde pega con su muro á mano derecha. Y como la cantería de do salieron estos sillares tiene su entrada á mas de doce piés bajo de la gran tongada, y sus galerías van descendiendo á mayores profundidades, es claro que la accion de la causa (sea la que fuere) que las depositó en la superficie y en el centro del cerro, y á tan diferentes alturas en él, y en los lugares circunyacentes, no fué una sola y simultánea, sino repetida en diferentes períodos, ó por lo menos sucesiva y continuada en alguno de mucha duracion.

2.ª Las petrificaciones de barrenas ó terebrátulas se descubren en lo alto del cerro, ya en la costa que forma su superficie, ya en piedras sueltas y destacadas de ellas. Yo las he observado solo en la senda á camino que va desde el castillo á los predios situados al oeste, bien que piedras de la misma especie, con impresiones del mismo marisco, y sin ellas, aunque con señales de haber sido labradas por estos ú otros insectos, se descubren sueltas en las cañadas del norte ó en la superficie de la peña hácia la misma playa.

En cuanto á este fenómeno es de notar: primero, que las impresiones de que se habla no presentan la forma exterior del marisco, ni el menor indicio de la materia, forma y color de su concha, sea que esta se hubiese disuelto, y por decirlo así, transustanciada en la materia de su matriz, ó por otra razon que no alcanzo. Lo que representan es la imagen completa de la espiral que formaba la carne ó sustancia interior del insecto, pero tan entera y perfectamente marcada con todas sus vueltas y revueltas, que no parece sino que fué fundida sobre aquel molde; segundo, que lo mismo se observa en las petrificaciones, las cuales ofrecen la espiral entera de la carne del animal completamente petrificada, ó por mejor decir, cristalizada, pues que está convertida en una sustancia cristalina, aunque opaca, de color blanquecino, muy dura, pero quebradiza. A esta sustancia cuadra siempre en su matriz la impresion correspondiente grabado en fondo, bien que sin adhesión alguna, pues que se separan al mas pequeño impulso; tercero, que la



matriz que encierra estas petrificaciones, y en que está hecha su petrificación, parece de la misma sustancia que toda la superficie del cerro, aunque se distingue: primero, en que tiene la forma escoriosa; segundo, en que su grano es mas fino y su color mas amarillo; tercero, en que es mas dura y parece mas pesada, bien que sobre todo esto nada se puede juzgar exactamente sin someterlo al análisis químico.

5.ª La roca, ó peña, ó piedra, ó lava, que forma la superficie del cerro, es de color blanco, algo tirante á amarillo ó á rojo, de grano grueso y arenoso, medianamente dura, pero quebradiza y bastante ligera, aunque no tanto como la piedra pómez ni como las lavas finas. Por estas señas se parece mucho á la lava blanca térrea del Vesubio, de que habla monsieur Patrin. La costra que forma es de corto espesor en la cima del cerro, pues que está entre un pie y dos y medio, y aun en algunas partes es tan delgada, que presenta las formas de las piedras y materias que envuelve en sí; pero en el fondo y cañadas del cerro tiene un enorme espesor y es difícil de calcular. Con todo, se puede formar de él alguna idea por la peña del fondo de la cascada de aguas dulces que recibe de las vertientes del norte de Bellver, al través del predio de *son Arriadans*, cuya forma y materia es harto digna de la observacion de un geólogo.

La tierra que se halla entre algunas aberturas de esta costra (cuando no es resultante de su misma descomposicion ó de la de los vegetales que naceu sobre ella) es de color rojo muy subido pero en algunas partes se descubre en grandes masas y en diferentes estados de concrecion ó dureza, hasta acercarse al de piedra, siempre echada en pequeñas capas ó tongadas, aunque muy rota y resquebrajada. El que quiera observarla en estos diferentes estados, vea con atencion la cortadura del camino á la derecha del mismo sitio de Aguas-Dulces, un poco mas adelante de la ya dicha cascada.

4.ª Bajo esta costra se ve por todas partes una tongada de piedrezuelas, ya incrustadas en lo interior de su superficie en forma de pudinga, ya mezclada con tierras que parecen de la misma sustancia. La de estas piedras es diferente, así como sus formas, colores y tamaños; por la mayor parte son angulosas, aunque hay puntos en que predominan las obtusas ó rodadas; haylas pequeñas, medianas y muy grandes; haylas blancas, jaldes, plomadas, azuladas y negras; las hay, en fin, de un blanco muy subido y de grano finoísimo, aunque estas por la mayor parte son mas bien una tierra covereta y parecida á la que llaman tierra de pipa. Finalmente se ven tambien envueltos en esta costra grandes trozos de roca compuesta; pero con la singularidad de que entre las piedrezuelas que entraron en su composicion se ven algunas que son pedazos de otra roca, tambien compuesta, y por consiguiente mucho mas antigua. Este raro fenómeno se ve en el camino que va por el extremo meridional del cerro hácia Bonanova.

5.ª Por bajo de esta costra y primera capa empiezan las tongadas terrizas, ó mas bien cenicientas, pues que su grano es finísimo, aunque con mezcla de otros mas gruesos, y además se distinguen por su color y diferentes grados de concrecion; siendo de notar que entre todas ellas se suelen encontrar muchas piedras de las arriba indicadas, ya sueltas en sus diferentes capas, y ya en grandes grupos ó filones, que las cortan en diferentes sentidos. Determinar la naturaleza de estas tierras ó cenizas, toca solo á los mineralogistas y químicos. Basteme decir que ni bien pertenecen separadamente á las silíceas ni á las aluminosas; pero que estas dos sustancias las componen principalmente, predominando en ellas, ya los granos arenosos, y ya los calizos.

6.ª Estas capas ó tongadas preceden y siguen á las de las grandes conchas; pero luego suceden las del *marés*, ya puro, ya con mezcla de las piedras arriba citadas, que aparecen esparcidas horizontalmente, ó salpicadas sin orden alguno por lo interior de su masa. Algunas de estas tongadas, aunque interrumpidas por otras de diferentes sustancias, se van sucediendo hasta lo mas bajo del cerro, y aun en las peñas de la orilla del mar se ven las mismas sustancias del *marés*, tan puro, que sirve de cantera para las obras, como se puede ver actualmente en *Cala mayor*. Con todo, en algunos otros puntos de la orilla, la peña parece de la misma sustancia que la superficie del cerro.

7.ª Como he dicho que en la costra superficial de este habia algunas señas de fusion, es de mi cargo indicárlas: primero, la materia de esta costra es en la mayor parte lisa, finamente unida, acomodada á la forma de las materias que cubre, y siguiendo siempre la direccion del cerro. A la simple vista aparece como si su masa, antes líquida y espesa, hubiese fluído desde la altura en

grandes ondas, según la inclinacion del terreno, envolviendo en sí, ó arrastrando consigo las materias que contenia ó que encontraba, y cuajándose y deteniendolas al paso que descendia; segundo, pero en algunos puntos de la superficie tiene la forma escoriosa, y aparece como una espuma espesa y cuajada, llena de ampollas y huequedades. Su materia entonces es, ó puramente arenosa, y cual la del *marés*, ó con mezcla de varias sustancias y aun de piedrezuelas. Tiene tambien forma escoriosa la que envuelve los mariscos petrificados, ó sus impresiones, aunque en la sustancia de su matriz predominan al parecer las materias calizas; tercero, en otros puntos, y por las alturas vecinas del cerro, se descubren sobre la superficie otras impresiones, al parecer formadas por las aguas, como si hallándose en materia á medio cuajar, las hubiese recibido desde lo alto, ya en fuertes chorros, ya en lluvia de fuertes gotas, y corrido después sobre ella, marcando las huellas de los diferentes hilos y regueros por donde la inclinacion del terreno la obligaba á colar y dividirse. El que guste de hacer esta observacion, que me parece muy curiosa, podrá seguir el camino que baja desde el predio de *sa Cora* a los de *son Llodro*, y *son Toells*.

Pero observé mas particularmente la garganta que desde el valle de *son Berga* abre la entrada al camino que traen los leñadores del monte de *Bendinat*. Allí las grandes masas de piedra que están sobre el fondo de la cañada, y al norte de ella, se presentan profundamente aserradas y cortadas, como si grandes chorros de agua ó de otro líquido hubiesen caído repentinamente sobre ellas, hallándose su masa en estado de coagulacion, y abriendo en su superficie diferentes canales para seguir hasta el fondo; lo cual es tanto mas notable, cuanto la materia de esta piedra es por la mayor parte caliza, y sin que por eso indique diferente origen; pues que envolviendo tambien en sí piedras de diferentes formas y sustancias, y algunas de roca compuesta, no parece probable que hayan tenido el origen primitivo que Buffon y otros señalan á las materias calizas.

8.ª Por último, debo advertir que las observaciones que llevo hechas sobre la costra ó superficie del cerro son aplicables en general á todo el terreno que corre fuera de el por el oeste hasta la dicha entrada del camino de *Bendinat*, y á igual latitud del que va á *Calviá*, donde empieza ya la peña caliza; pero á la del norte, hasta mas de tres cuartos de legua del castillo.

Me guardaré yo bien de sacar consecuencias de estas observaciones, así porque desconfío de mis cortos conocimientos en la materia, como porque las creo insuficientes, no solo para formar un sistema, mas ni aun una simple hipótesis. Pero si las cerraré con una observacion, que tal vez es nueva, y que á usted, como á mí, parecerá mas importante.

9.ª Sépase usted que en esta disposicion de la superficie de tan vasto terreno libró la misericordiosa providencia de Dios el bienestar de sus moradores y la felicidad del terreno sobre que vierten su sudor. Yo me explicaré: primero, esta costra de piedra se levanta y remueve con suma facilidad, por su corto espesor y poca dureza; segundo, debajo de ella se halla un terreno, no solo capaz de cultivo, sino muy fértil, y aunque muy pedregoso, esto mismo es una ventaja, pues que las piedras en un suelo que no recibe mas agua que la del cielo, sirven para conservar la frescura y jugos de la tierra; tercero, esta misma piedra, sacada de la superficie, es muy propia, por su poco peso, para levantar paredones, formar hancrales, establecer el cultivo, que sin ellos seria impracticable, por la inclinacion de los terrenos; y sirve tambien para hacer las cercas, sin las cuales ninguna propiedad seria completa ni segura en un suelo que no solo se labra, sino que está cubierto de árboles frutales; cuarto, estos árboles, ó son indígenas del suelo y nacen espontáneamente en él, penetrando por las hendiduras de su costra, como sucede con los acebuches y algarrobos, en que el hombre no ha menester ni pone mas industria que la de limpiarlos, guiarlos ó injertarlos; ó son de plantío, como la higuera y el almendra, y entonces bástale abrir un hoyo en la superficie, poner el árbol, cubrirle, y cátele asegurado.

Si en lo demás, que dejo antes observado, cabe mucho de ilusion, por lo menos no cabe alguna en esto último, porque debe saber usted que todo el terreno de que hablo, no solo está cultivado y produciendo anualmente habas, trigo y cebada, sino lleno de olivos, algarrobos, almendros ó higueras, que dan copiosos frutos sin perjuicio de los sembrados, y esto sin que tenga otra gota de agua que las que le caen del cielo. Sin reprobar, pues, el estudio de su historia y naturaleza, admiremos cómo nuestro

bueno Dios, de las revoluciones mismas que parecen mas destructivas y horrendas sabe sacar nuevas ventajas en beneficio del género humano.

(11) *Pan caritat*. Como este nombre es tan ajeno de su significado, puso alerta mi curiosidad, siempre propensa á subir por el origen de las palabras al conocimiento de las cosas. Meditando, pues, sobre él, sospeché que la costumbre á que se refiere podia ser un resto de aquellos convites religiosos que los antiguos cristianos, para estrechar su mutua caridad, celebraban con el nombre de *agapes* despues de recibido el pan eucarístico, pareciéndome muy verosímil que en esta ocasion se ejercitase mas particularmente la caridad, distribuyendo pan á los amigos ó necesitados.

Pero habiendo oido despues que el caballero Fournas, capitan del regimiento Infanteria de Borbon, opinaba que esta costumbre podia venir de las charistias de que habla Valerio Máximo (lib. II, cap. I, examiné con mayor cuidado la materia y me persuadi que la opinion de este erudito era mas acertada y digna de adoptarse por las siguientes razones:

1.º El texto de Valerio dice: «Instituyeron tambien los antiguos un convite solemne, con nombre de charistia, al cual solo asistian los parientes y allegados, para que si entre ellos se hubiesen suscitado algunos resentimientos, se concordasen en medio de las piadosas ceremonias de la mesa y con la mediacion de tan buenos conciliadores.» Hasta aqui va conforme con la romana la costumbre mallorquina, pues que el *pan caritat* es un convite de familia, á que no asisten sino los que pertenecen á ella por parentesco ó por muy estrecha amistad.

2.º Pero un pasaje de Ovidio (lib. II de los *Fastos*) confirma tambien esta idea. Dice así:

*Proxima cognati dixeret charistia cari,  
Et venit ad socios turba propinqua dapet.*

Se ve por él que el nombre de *charistia* ó *caristia* (pues de uno y otro modo se halla escrito en antiguos manuscritos) significaba caridad solo en el sentido de afición ó cariño, y aun la palabra griega *charistos*, de donde se derivó, significa obsequio, agasajo, generosidad, nacidos del mismo principio; y este es precisamente el sentido que tiene esta palabra en *pan caritat*, esto es, pan ó convite de cariño.

3.º Estos convites se celebraban el 8 de las kalendas de marzo (ó 25 de abril), segun el calendario de Constantino, que por lo mismo llama á este día *dies epularum*. Y aunque los de Mallorca no convienen en el día, convienen á lo menos en la estacion, pues se celebran por Pascua de Resurreccion. Y el no tener día señalado páreceme á mi que nace de la interposicion de la Cuaresma, que es tiempo poco á propósito para tales fiestas.

4.º Páreceme tambien que se puede aplicar al *pan caritat* una reflexion de Ovidio sobre las charistias, y es, que las hacia mas agradables en Roma la circunstancia de suceder á ciertas ceremonias fuerales:

*Scilicet á tumulis, et qui periere propinquis,  
Profluvius ad viros ora referre juvat.*

¿No se podrá decir tambien que el salir de un tiempo de tristeza y penitencia, cual es la Cuaresma, realza considerablemente la alegría del *pan caritat* en Mallorca? El hecho responde.

5.º Es preciso ocurrir al reparo que alguno tendrá en que esta costumbre venga de tan alto origen, y que desde la dominacion romana haya podido pasar hasta nosotros por medio de la de los go-

dos y árabes, y á pesar de tanta diferencia de gentes, usos y ritos. A esto dire que ya se suponga el Cristianismo introducido en Mallorca bajo la dominacion romana, como es muy probable, ó que le introdujesen los godos, no repugna que esta costumbre, así como otras muchas, modificada, y por decirlo así, cristianizada, se hubiese conservado aqui. Y diré tambien que de ningun modo repugna que la adoptasen los árabes, porque la historia acredita que todo pueblo vencedor, establecido en sus conquistas, adopta facilmente las costumbres del pueblo vencido cuando no son contrarias á su carácter. Y por ventura hay carácter á quien repugnen las fiestas en que solo se trata de comer, beber y divertirse?

Los que opinen que el estudio de la etimología es muy importante para averiguar los orígenes de los usos y aun de las opiniones de los pueblos, no me culparán de que me haya detenido en describir el *pan caritat*.

12.º *Sa, Son, Can*. Este modo de intitular los prédios ó quintas de Mallorca debe parecer á usted tan extraño como á mí, y por lo mismo le comunicaré las conjeturas que he formado acerca de él.

Tres palabras preceden á estos títulos: primero, *sa* á los que se toman del lugar en que está situado el prédio, siendo de género femenino, como *sa Taulera*, *sa Cava*; segundo, *son*, y tercero, *can* á los que se tomaron del apellido de sus primeros ó antiguos dueños, como *son Durcia*, *son Armadans*, ó como *can Virella*, *can Heyá*.

En cuanto al primero no cabe duda en que es un artículo femenino, equivalente al castellano, y que *sa taulera*, *sa cava*, vale tanto como *la tejera*, *la cueva*. Tampoco hay duda en que es de origen latino, y que así como el artículo *la* viene del pronombre *illa*, el mallorquin *sa* se formó del pronombre *ipsa*, corrompiéndose la pronunciacion de uno y otro, al mismo tiempo que se convertian de pronombres demostrativos que eran, en simples artículos. La prueba de esto es que para indicar títulos de género masculino se emplea en vez del castellano, el articulo *es* mallorquin, diciendo *es terren*, *es paredó*, por *el terreno*, *el paredon*, así como se dice en el dialecto de la isla *sa mana*, *sa cama*, por *la mano*, *la pieza*, y *es bras*, *es peu*, por *el brazo*, *el pie*.

De aquí he colegido ya que *son* es tambien un artículo de la misma significacion y origen, con la diferencia de haberse formado sobre la terminacion neutra *ipsum*; y esta diferencia pudo venir de que el título á que precede es un apellido, á que le dió la terminacion neutra, como propia de los adjetivos sustantivos. Pudo venir tambien de la misma terminacion en acusativo, en el que es comun al masculino y al neutro, y que lo que hoy se dice *son Durcia*, *can veri*, antes se dijese *ad ipsum Durcia*, *ad ipsum veri* ó *verinum*.

No se puede atribuir igual origen á la particula *can*, aunque derivada tambien del latin; pues que á mí ver no es otra cosa que un sinecdo de la palabra *casum*. He observado que esta particula precede mas bien al título de pequeños que de grandes prédios, é inferido que en lo antiguo se aplicó sola á una pequeña casa rústica. Puede probar esto el que en algunos no se dice *can*, sino *cas*, como *cas gaynus*, *cas canonge*, y en el plural se usa frecuentemente de la palabra latina entera, como *sas casas de Génova*, *sus casas de can Trau*. Ni se extrañe la terminacion de acusativo *casum*, porque en el latin de la media edad era muy frecuente decir *ad casum*, *vel ad casas de N*.

Como quiera que sea, en el día, así esta como las otras particulas se usan ya en calidad de simples artículos.



## APÉNDICE PRIMERO

### LA DESCRIPCION HISTÓRICO-ARTÍSTICA DEL CASTILLO DE BELLVER.

*Sed finge magnum me aliquod et insigne  
vulnus accepisse, quantum mihi census ex-  
tare praesidi et superesse solatii ex his lit-  
terulis, quas in puero hausi?*

SEÑOR DON JUAN CEA BERNÚDEZ.—Mi querido amigo: Pues que usted ha leído con gusto la primera parte de mi descripción, espero que le tendrá mayor en leer los apéndices que voy trabajando para ella, y de los cuales va con esta el primero. Conozco el ansia de usted por noticias conducentes para la historia de nuestra arquitectura, en que trabaja tanto tiempo há, y bástame haber recogido un buen número de ellas, harto curiosas y raras, para contar de antemano con el placer que tendrá en recibir las; cuanto mas, si considera que solo una extraña casualidad las pudo hacer salir de los archivos en que yacian, á tanta distancia del continente. en que usted vive, y cuanto mas, cuando vea que se refieren á tres edificios que pueden ser contados entre los mejores de la media edad que posee España, y en los cuales admira Mallorca reunidas todas las bellezas que la arquitectura ultramarina consagró á la religion, á la seguridad y á la policia pública de su capital.

Tales son la catedral, el castillo de Bellver y la lonja de Palma, que darán materia á estos apéndices; á los cuales añadiré otro relativo á los monasterios de Santo Domingo y San Francisco de la misma ciudad, en que no faltan noticias de las que usted busca y desea, y que harán buena figura en su copiosa coleccion.

El apéndice de Bellver, que ahora envio, será para usted mas apreciable por lo que promete que por lo que da. Dígolo porque cuán largo es, todavía solo en la menor parte toca á la historia arquitectónica. Mas con todo, creo que será leído sin fastidio por usted, entre otras razones, porque el trabajo que puse en averiguar sus memorias le hará brujular en que habré puesto en descubierto otras mas de su propósito, y tambien convencerse de que no porque camino á tientas dejo de entrarme sin tropiezo por las mas escondidas callejuelas.

Si las noticias que he mezclado en él parecieren á algunos inoportunas, nada me importa. Confesando que muchas de ellas son ajenas de su objeto principal, daré á usted dos razones que me han movido principalmente á escribirlas: una, que así como para animar la descripción del castillo de Bellver y sus vistas he sembrado en ella algunas reflexiones que la presencia de los objetos excitaba, tambien para no hacer cansada la lectura de unos hechos que nada ó poco tienen de agradable, he

querido entrelazar con ellos algunas noticias coetáneas no indignas de saberse, y que al mismo tiempo pueden servir á su ilustracion. Otra, que así como no he querido que se pierdan las noticias que forman la materia principal de mis apéndices, que son inéditas, y en la mayor parte ignoradas antes de ahora aun en Mallorca, tampoco he querido que se pierdan otras descubiertas al mismo tiempo que ellas, y que sobre no ser menos ignoradas, pueden dar mucha luz á la historia de esta isla, y suplir algunos descuidos ó equivocaciones en que cayeron sus cronistas.

Por la misma, y aun mayor razon, añadiré á mis apéndices y á sus notas la copia de algunos documentos, que sirven de prueba á los hechos y noticias á que se refieren, aunque en esto procederé con mas reserva, for ahorrir tiempo y trabajo.

A pesar de todo, confieso á usted llanamente que á los que no son de nuestro gusto parecerá uno y otro trabajo poco digno de la fatiga que he empleado en buscar y ordenar estas memorias; sobre todo si consideran el tiempo y la situacion en que le he emprendido y seguido. Porque veo que algunos tienen por cosa extraña en mi esta ocupacion, y que usted mismo admira, y por decirlo así, se espanta de la serenidad de espíritu que suponen semejantes tareas. ¿Qué no pensarán pues los que no me conocen? Pero ya he dicho á usted otra vez, y ahora repito, que en este trabajo solo trato de entretenerme y entretenerle, y esto me debiera bastar por respuesta. Mas ahora, para satisfacer á usted y á todos de una vez, diré lo que el docto patriarca de Aquileya en situacion semejante, aunque á la verdad menos dura, escribia á un amigo suyo en carta de 17 de diciembre de 1191 (a):

«¿Por qué no me entretendré contigo mientras que algunos hombres de ánimo apocado piensan que debo llorar? Suponen que desdice un semblante alegre de situacion tan poco agradable, y aun á otros chocaba y ofende esta especie de constancia y buen humor, de tal manera, que parecen mas descontentos los que hacen daño que quien lo sufre; pero yo nada aprecio tanto como esta fortaleza de ánimo que debo á Dios, y nada

(a) Epist. Hermol Barbari Antonio Calvo, inter Epist. Angelico-lit., pág. 403. (Nota del autor.)

es para mí de mayor consuelo, puesto que, como ya dije á usted otra vez, no solo me hace sufrir con moderacion la adversidad, sino sacar provecho y deleite de lo mismo que sufro. Yo de nada me quejo, nada solicito, á nadie ofendo ni acuso, y la paz y la alegría y humilde reconocimiento á la bondad del cielo me consuelan cuando estoy en vela, y hacen mi sueño reposado.»

A buen seguro que gocen de igual tranquilidad, no digo los que me persiguen, sino algunos que no sufren persecucion. Y no crea usted que esto sea efecto de poquedad ó estupidez de espíritu, ni menos de soberbia ó afectacion. Nace de haber meditado bien sobre la condicion de las cosas humanas, y tener siempre á la vista su término. Porque, amigo mío, si en lo que tanto anhelamos en esta vida hay algo de grande, todavía es do tener en poco, porque es cierto que durará muy poco; pero si todo es pequeño y deleznable, la consecuencia es mas fácil de sacar.

Con este apéndice envío á usted los dibujos: uno de la reja de la capilla, con muestra del gusto de puertas y ventanas del castillo, y otro de los edificios de Portopí, para que nada le quede que desear.

Y ahora no me dé usted prisa, por Dios, sobre el envío de los otros apéndices; ellos se van corrigiendo, copiando y enriqueciendo con dibujos, y allá irán cuando puedan ir; basta que usted considere el entretenimiento que ha'lo en este trabajo, y el gusto que tengo en complacerlo, para que ni se apure ni me apure.

Y con esto, quédese con Dios, y mande á su constante y fino amigo. — GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS.

## MEMORIAS

### DEL CASTILLO DE BELLVER.

Las memorias del castillo de Bellver son de algun interés para la historia general de la arquitectura, y tambien para la de esta isla, y aunque en lo demás ofrezcan poco cebo á la curiosidad publica, pueden, con todo, satisfacer el gusto de los que desean conocer á fondo la historia de la media edad. Y como por otra parte hay algunas razones que las hacen muy apreciables para usted y para mí, he procurado recoger cuantas me vinieron á la mano, y tales cuales son, quiero darles lugar en este apéndice.

A creer á don Vicente Mut, debería dar principio á ella desde la entrada del siglo ix. Hablando este coronista de cierta expedicion que el almirante catalán don N. Daro hizo contra Mallorca en el año de 802, cuando mandaba en Barcelona el conde Cínofre, despues de referir los maravillosos hechos de aquella empresa, desembarco, batalla, victoria, toma de la capital y expulsion de los moros de la isla (1), dice, entre otras cosas: *Fué nombrado por alcaide del castillo de Bellver, que estaba junto á la ciudad, don N. Bellver, y por ventura, añade, desde entonces se llama Bellver.* Mas esta expedicion es una de las consejas que el patrañero de fray Estéban Barellas ingirió en el capítulo 123 de su centuria (ó mas bien novela) de los condes de

Barcelona. Y además de que prueba el intento, pues que allí se trata del castillo de la ciudad, y no de otro, bastábale á Mut reflexionar que aquella obra se dice traducida de un rabino catalán, llamado Capdevila, del cual, ni de su original, hay noticia cierta, para desechar su autoridad como espúrea é indigna de la historia.

El nombre mismo de Bellver resiste tanta antigüedad, pues que conocidamente pertenece á la edad media y á la lengua vulgar catalana.

Es bien sabido que *Bellver, Belvedere, Belloviso* etc., valen tanto en ella como *Bucnavista* en castellano; que tales títulos se dan á pueblos ó edificios situados en lugares altos, que tienen ante sí, como este, una hermosa perspectiva, y por lo mismo, que nunca preceden á su fundacion, sino que nacen con ellos, y son como su nombre de bautismo. Así es que en los documentos antiguos vulgares este se nombra siempre *Castell de Bellver*, y en los latinos *Castrum de pulchro viso*.

Es verdad que algunos pretenden tambien que aquí hubo antes lugar y parroquia, especie igualmente infundada, pues que no existiendo en todo este recinto ruina ni vestigio de iglesia ni caserío (salvo un trazo de pared formácea, que no indica grande antigüedad), ni constando tampoco del establecimiento de tal parroquia, no se puede asentir á su existencia. Demás que si este término pertenece al de la antigua parroquia de Santa Cruz, y no se halla documento ni memoria que acredite su desmembracion ni reunion, es claro que siempre perteneció á ella. Bien es posible que se halle noticia, como me han asegurado, de una antigua parroquia de Bellver; pero habiendo en la isla otros distritos con el mismo nombre, á ellos se deberá aplicar, y no á este cerro.

Es tambien para mí muy dudoso que en otro tiempo fuese cultivado, por mas que don Vicente Mut asegure, sin decir de dónde lo supo, que los términos de Bellver y San Carlos estaban en lo antiguo plantados de viñedo. Porque ¿cómo es posible que en un suelo pedregoso, en que apenas se halla una ligera capa de tierra, y en que hoy solo se descubren plantas indígenas, se hubiese hecho semejante plantío y cultivo, sin que quedasen algunos rastros y señales de los trabajos que en él se hicieron?

Creo por tanto que al tiempo de la conquista de Mallorca por el rey don Jaime no habia lugar, torre ni castillo alguno, y que el cerro de Bellver era lo que ahora es, un espeso bosque producido por la naturaleza, sin que la industria hubiese hecho en él otra cosa que mondar los pinos, ingerir algunos acebuches y algarrobos, y aprovechar los frutos y leñas de todos.

Para creerlo así, me fundo, además de lo dicho, en el silencio de la historia de la conquista. Porque constando de ella que el ejército de Aragon desembarcó hacia esta parte de la costa, y que el terreno que media entre el punto del desembarco y la ciudad se disputó palmo á palmo (2). ¿cómo es posible que si existiese aquí algun castillo ó fortaleza, no se hiciese memoria de él? Y si el ejército cristiano se acampó en la llanura, apoyando su derecha al mar, pues que siempre tuvo comunicacion con la escuadra que estaba en la *Porrassa*, ¿cómo pudo dejar de mentarse una defensa, que si



existiese, sería de tanto apoyo para los sitiadores como de estorbo para los sitiados? No me he detenido en esto para probar que entonces no existía el presente castillo, pues que de esto hay testimonios mas positivos, sino para hacer ver que antes de él no existió aquí otro alguno. Detúveme tambien para ilustrar una conjetura que no debo omitir, por mas que no asienta á ella. Hléa aquí.

Convencido por propia experiencia el conquistador del daño que habian sufrido los moros descuidando la defensa de este importante punto de la costa, ¿cuán natural parece atribuir á príncipe tan sábio el designio de fortificarle! Y al verle tomar tan acertadas providencias para organizar el gobierno civil, militar y eclesiástico de la ciudad y de la isla, ¿quién creará que olvidó la mas necesaria para su seguridad? Mallorca en aquel tiempo estaba defendida al este por el antiguo castillo de Pollenza, que cubria su bahía y la de Alendia; tenia el fuerte castillo de Santueri para proteger los puertos del mediodía, y el de Alaron servia para defender la montaña situada al norte. Solo estaba indefensa la parte de poniente, esto es, la mas importante por su mayor cercanía á la capital y por la proteccion que requerian sus puertos y los mejores fondeaderos de la bahía. Si acaso existian el cubo que defendia la cadena de Portopí y las dos almenaras que cubrian la boca de su canal, podrian servir á lo mas para defender la entrada del puerto, y no el paso á la ciudad. No sería, pues, extraño que don Jaime I hubiese formado la idea de levantar este castillo, y esta conjetura es tanto menos voluntaria, cuanto no consta hasta ahora cuándo se empezó á construir.

Con todo, tengo para mí que el principio, así como la conclusion de esta obra, pertenece al reinado de don Jaime II. Aun cuando la hubiese ideado su heróico padre, eran muchos y graves los objetos que llamaban su atencion y absorbían los fondos de su erario, para que creamos que pudo llenarlos todos á la vez. Dejando pues á un lado lo que es dudoso, vamos ahora á lo que se ha podido descubrir de positivo.

No cabe ya duda en que el castillo de Bellver se acabó de construir en tiempo de don Jaime II de Mallorca, pues que consta así del último libro de cuentas de su fábrica. A fuerza de diligencias é importunidades, se pudo al fin dar con este libro, que empieza en 1.º de abril y acaba en fin de diciembre de 1309. La simple vista de las partidas acredita que la cuenta que contiene es la última. Pero ¿es total? Hé aquí lo que se duda.

Dígolo porque el sugeto que á mi ruego reconoció este libro, advirtiéndome el gran número de maestros y trabajadores ocupados en las obras, además de los esclavos del Rey, y la singular circunstancia de haberse habilitado los días festivos para seguir sin interrupcion y con celeridad los trabajos, se persuadió desde luego á que la cuenta era total, y de consiguiente á que esta obra se habia empezado y concluido en el breve plazo de nueve meses.

Mas yo no puedo acceder á esta opinion, que me parece resistida por la misma obra; porque ¿quién creará que un edificio tan grande, tan fuerte, de tan-

tas y tan altas torres y profundos fosos, como usted habrá visto por su descripción y planos; un edificio á que además se agregaron tantos, tan varios y tan diligentemente acabados accesorios, no solo de arquitectura, sino tambien de herrería, carpintería y aun de pintura, como luego diré, se hubiese empezado y concluido en tan breve tiempo? El número de trabajadores no era por cierto excesivo, porque los maestros, bajo cuyo nombre creo comprendidos tambien los oficiales, no llegaban á sesenta, los esclavos del Rey eran solo siete, y aunque las mujeres empleadas llegaron alguna vez á ciento cuarenta y ocho, se sabe que su ocupacion se reducía á sacar tierra y broza, lo que prueba mas bien la grandeza de la obra, y de consiguiente la necesidad de darle una duracion proporcionada á ella.

Además, que los maestros y obreros no solo se ocupaban en fabricar, sino tambien en sacar y labrar la piedra de la cantera, pues consta que subía ya preparada desde ella. Aun por eso en las cuentas se notan tantas partidas de aceite, con expresion de que eran para los maestros que trabajaban en la mina. Y hé aquí por qué si se reflexiona cuántos escombros darian estas galerías y las enormes excavaciones de los fosos, no parecerá excesivo el número de manos en ellas ocupadas. De todo lo cual se puede concluir que la cuenta de que se trata es solo la del último año de la obra.

Dado pues que se remató en 1310, y suponiendo que la empezó don Jaime II de Mallorca, no se puede fijar su principio sino á la entrada del siglo xiv. Verdad es que este príncipe sucedió en el reino en 1276, y vino luego á coronarse en Mallorca, pero sin detenerse aquí. Volvió despues en 1278, pero solo se detuvo á nombrar los síndicos que debían prestar á nombre de estas islas el homenaje y feudo que exigió de él su hermano mayor, el rey don Pedro III de Aragon.

Poco despues sobrevinieron aquellas grandes desavenencias entre los dos hermanos, que al fin rompieron en abierta guerra, y trajeron á don Jaime, no solo ausente de Mallorca, sino tambien despojado de su dominio, habiéndola conquistado, á nombre de su padre, el infante don Alonso de Aragon. Y como la concordia que apaciguó estas turbaciones no se verificó hasta fines del siglo xiii, es claro que no se puede anticipar á ella el principio de nuestra obra.

Pero á la entrada del xiv vemos ya á nuestro don Jaime residiendo tranquilo en su reino, pues de una pragmática que cita Bosch (*Titulos y honores de Cataluña*) consta que en 10 de agosto de 1300 residia en Valdemusa. Desde entonces le vemos tambien emprendiendo aquellos venerables y benéficos establecimientos, que le hacen acreedor al título de fundador de su reino, y su nombre tan venerable como digno de la gratitud de estos isleños. A este tiempo, pues, refiero yo el principio de las obras de Bellver.

Porque no dudo que esta fuese la primera de sus empresas, puesto que sobre ser tan necesaria la defensa de la isla, como queda dicho, una triste experiencia acababa de convencerle que en la ambicion de los aragoneses tendrian sus hijos un enemigo perpétuo

y poderoso, contra el que ninguna precaucion seria por demás. Por tanto, en lugar de nueve meses, doy sin reparo á esta obra la duracion de nueve años, sin que á esto repugne la actividad advertida en los trabajos; pues que á cualquiera que la observe de cerca y considere despacio su grandeza y perfeccion, quedará todavía mucho que admirar de que un edificio tan vasto y tan magnifico se hubiese construido en este plazo, cuando otros de su clase suelen durar siglos.

Ahora pues, determinado así su principio, vamos á tratar de sus circunstancias, de las cuales, llevando por guia el libro ya citado, diré á usted las que pudieron extractarse en un rápido reconocimiento (pues que no hubo proporcion para mas), y las que creo mas conducentes para la historia de la obra y de nuestra arquitectura.

Empezando por su materia, y asentando primero que todo el edificio es de buena sillería, así exterior como interiormente, advierto que en él se emplearon tres diversas piedras, aunque de una misma especie.

La primera y principalmente empleada es la que se sacó del mismo cerro. Las profundas galerías de sus canteras existen, y ellas son tantas y de tal extension, que convienen muy bien con la grandeza de la obra.

Pero además se notan por toda la superficie del bosque tan hondos socabones y tan grandes cortaduras y huellas de canteras, que tengo para mí que de él salieron tambien la mayor parte de los edificios levantados en Palma despues de la conquista, y que con alguna razon se puede decir que esta ciudad es hija de las entrañas de Bellver.

La segunda piedra fué la llamada de *Portals*, traída de una cantera que hay sobre la ensenada de este nombre, entre Cala-Figuera y la isla de la Porrassa, á cosa de una legua de aquí. Es mas dura que la antecedente, y por lo mismo sirvió para los muros y obras exteriores, expuestas al ataque.

La tercera vino de la famosa cantera de Santañi, situada en el término de esta villa, á ocho leguas de Palma. Es la mas preciada en esta isla, así por la finura de su grano como por la limpieza, igualdad y hermosura de su color, sin que lo desmerezca por su finura, pues tiene cuanta cabe en piedra de su clase. Aun por esto fué empleada tambien en todas las obras de ornato y delgadeza en los insignes edificios de la catedral y lonja.

Todas estas piedras se hallan en la costa y todas son arenosas y de la clase conocida comunmente con el nombre de *asperon*; circunstancias que no deben perder de vista los que estudien la geografia de Mallorca, pues que segun mis noticias, estos lechos de *asperon* corren hasta el extremo oriental de la isla.

Mas en cuanto á la tercera, no quisiera que usted olvidase lo que le tengo dicho en mi descripcion, esto es, que por su excelencia fué escogida y llevada á Nápoles para reedificar la célebre fortaleza de *Castelnovo*, la mas respetable de aquella ciudad. He leído que Carlos I de Anjou construyó aquella fortaleza en 1270; pero ó por considerarse muy débil contra la moderna artillería, ó por estar arruinada en tiempo de Alfon-

so V, se pensó en levantarla de nuevo en 1450. Pudo notar este sábio principe que la piedra llamada *piperna*, empleada en los castillos de aquel pais, era poco á propósito para semejantes obras, como que no es otra cosa que una lava del Vesubio. Deseando, pues, reedificar aquella fortaleza en forma mas grande, fuerte y magnífica, quiso emplear en ella la piedra de Santañi, la mas bella y fina que conocia en sus dominios. Pidióla en su consecuencia á Mallorca, y su real ó den, fecha en Nápoles el 6 de marzo de aquel año, y dirigida á Juan Alberti, su procurador en Palma, existe original en los archivos de la universidad. He apuntado esta noticia, así para probar el parentesco que establece entre este y aquel célebre castillo, como porque ofrece un hecho digno de conservarse en la historia de nuestra arquitectura.

Nada diré á usted en cuanto á la forma del castillo, así porque de ella he hablado ya en su descripcion, como porque en este punto habla mas el dibujo que las palabras. Pero sí le diré de sus autores, porque usted espera sin duda con impaciencia que le descubra el nombre del arquitecto que dirigía estos trabajos, suponiendo que debe constar en nuestro libro, como así es. Llamábase Pedro Salvá, y era, al parecer, mallorquin, pues que este apellido es antiguo y conocido en la isla, y aun existen en Palma familias que le llevan. Es verdad que la circunstancia de ser este el principal arquitecto de la obra no se halla expresada en la cuenta, ni en ella se le da semejante título; mas yo la infiero de las siguientes reflexiones: primera, á ninguno de los maestros se señala en la cuenta por su nombre, sino á Pedro Salvá; los demás se indican colectivamente y sin nombrarlos. Segunda, siempre su nombre, ó por lo menos el de maestro Pedro, está colocado el primero en la lista. Tercera, él es el que tiraba el mayor salario entre todos los llamados maestros. Cuarta, el nombre de arquitecto no estaba entonces en uso por aquí, como ni en otras partes, puesto que á los mas señalados profesores de arquitectura no se daba otro título que el de maestros, expresado á los mas por el nombre de *lapicidas* en latin, y *picapedreros* en lengua del pais, como usted verá en documentos de aquel siglo; de todo lo cual se debe concluir que mientras no conste por otras pruebas que esta obra se empezó en tiempo del conquistador, ó fué inventada y trazada por otro, la gloria de haberla construido se debe al buen rey don Jaime II como su autor, y á Pedro Salvá como su inventor y director; gloria, á la verdad, no pequeña, y bastante para perpetuar sus nombres en la historia de la arquitectura, pues que el castillo de Bellver es, á mi juicio, la primera entre las obras militares que existen en aquella ciudad.

Por lo que conduce á la misma historia, y aun á la civil y económica de Mallorca, diré tambien á usted que Pedro Salvá ganaba solamente dos sueldos y cuatro dineros al día; esto es, veinte y ocho dineros, que equivalen á catorce cuartos ó cincuenta y seis maravedis de vellón. Los demás, aunque llamados maestros, no siendo mas que oficiales de cantería ó picapedreros, ganaban veinte y dos dineros, que hacen cuarenta y cuatro maravedis; de forma que la diferen-



cia entre el maestro y los oficiales era solo de doce maravedís al día. Sobre esta observación diré algo más en la historia de la catedral. Vamos ahora á los accesorios de nuestra obra, dejando á un lado las de madera y tierra, de que no me curé, pues que conducen poco para la historia de las artes. Diré, sin embargo, que en el gran número de puertas y ventanas del castillo, que se acercan á ciento, se nota estar todas trabajadas sobre una idea y dibujo y además con gran gusto, diligencia, y sin que haya en ellas otra cosa notable que la gran reja de madera que tiene la capilla, de que enviaré á usted un dibujo, si pudiere, para acreditar el buen gusto de aquel tiempo.

¡Ojalá pudiera yo darle también idea de la pintura que se empleó en el adorno de lo interior del castillo! Pues que consta que se pintaron todas sus habitaciones, y hallándose en la cuenta muchas partidas de huevos, con la expresión de ser para preparar los colores, fácilmente inferiría usted cuál era la especie de pintura que se hizo en ellas. Mas por desgracia toda desapareció, y en su lugar solo se ven los pegotes y chorreaduras de cal que hoy la reemplazan. Consérvase, sin embargo, el nombre del artista principal que dirigió esta pintura, y se llamaba Francisco Cabatí, que yo leo Cabaleri ó Caballeri. El que reconoció el libro leyó Cambali; mas como este apellido sea desconocido y extraño, y la nota de abreviatura no atravesase solo la primera sílaba, sino también las siguientes, tengo por mas seguro leer Caballeri, aunque sin insistir en ello, puesto que borradas ya las obras, importa poco el nombre de su autor.

De otro accesorio, borrado también, quedan todavía bastantes vestigios para hacerle servir al complemento de estas memorias. Era el rico pavimento de estuco, que cubrió, no solo las habitaciones interiores, sino también la galería alta. Componíase de cal viva ó de yeso y pedruzuelas, pero con mezcla de colores, y con tan gran diligencia bruñido, que representaba un hermoso mármol ó mas bien pórfido. Gastado en la mayor parte este pavimento, fué reemplazado después en las habitaciones con losas de márés, y en la galería con platas de yeso y guijarros, tan feos á la vista como incómodos á la huella. Con todo, entre el polvo y roña de la galería se divisan acá y allá algunos trozos, que bien lavados y fregados por mí, descubren su primitiva belleza. Alguno tendrá por impertinente esta observación; yo la creo importante para la historia de esta obra, y usted no la despreciará en la de la arquitectura.

¡Cuánto menos otra, que tengo por mas rara y curiosa, y que puedo dar también como descubrimiento mío! Leyendo yo poco há, en ciertos apuntamientos de don Buenaventura Serra, hallé que la obra de la lonja de Mallorca había sido barnizada. Hízome mucha novedad esta especie; pero por una razón de analogía inferí que á ser cierta, podría muy bien haberse hecho otro tanto en la obra de Bellver, y en efecto así sucedió, pues que examinándola con cuidado, hallé que habían sido barnizadas todas sus obras interiores, descubriéndose aun los restos del barniz en las columnas y antepechos de las galerías, y do quiera que las piedras no han sido enjalbegadas ó sufrido rozamien-

to; y aun se advierte que el barniz era tan espeso y brillante, que sin dejar percibir la menor huella de la escoda, daba á estos asperones el aspecto de un hermoso y bien bruñido mármol. ¡Quién, pues, á vista de esto, no admirará la sabiduría y gusto de los artistas y la magnificencia de los señores de aquella edad!

Este descubrimiento era demasiado curioso para que yo no insistiese en confirmarle. Con este fin hice preguntar si alguno había hecho observaciones en otros edificios notables de la ciudad, ó si en ella se conservaba alguna memoria de un arte de que Serra habla como perdido en su tiempo. Nadie me dió mas luz sobre uno ni otro; solamente el escultor don Francisco Tomás, director de la escuela de dibujo, y tan distinguido por sus conocimientos en la teórica de las artes como por su excelente pincel, me hizo asegurar que en Menorca se sabía aun barnizar la piedra, y que el barniz de que allí se usaba, se hacia con espíritu de vino y cebolla marina. Encargóse además de hacer sobre este punto mas indagaciones y aun algunas experiencias, y la cosa queda en buenas manos (3). Cuánto convendría restablecer este arte, usted lo conoce; á mí me basta darle noticia de él, para que á lo menos preserve su memoria en la historia de nuestra arquitectura.

Y ahora bien, cuando no constase por otras pruebas que este castillo fué destinado para habitación de soberanos, ¿no lo inferiría usted de unos adornos tan magníficos, como ajenos del objeto principal de toda fortaleza? Pero oiga ahora otra circunstancia que prueba lo mismo, y no es menos curiosa, ni menos digna de notarse. Al fin de la cuenta que contiene nuestro libro, se halla una partida de gasto en *quinientos cántaros para conejos*. ¡Cuánto he celebrado que no se escapase esta observación! ¿No inferirá usted de ella que el rey don Jaime quiso que este fuese un sitio real para recreo y esparcimiento de sus sucesores, y ya que este benigno clima no admite ninguna especie de fieras, convertir el bosque en un parque de caza de conejos? El suelo era peñascoso, pero el Rey, queriendo fundar esta nueva colonia, les dió hechas sus madrigueras para que desde luego viviesen y amuchigasen en ellas. Y á fe que no respondieron mal á sus deseos, pues que no ha podido extirpar sus familias la horrible devastación de este suelo, ni la continua caza que persigue á estos animalejos con manadas de perros y tal vez con hurones. Pero si usted lo admira, admire también la diferencia de los tiempos. ¿Quién diría á los mallorquines, que pidieron por una embajada á Roma, bajo el imperio de Augusto, los librasen de los conejos que asolaban sus campos, que trece siglos después sería necesario plantar una nueva colonia para multiplicarlos en este bosque? (4).

Por corona de las noticias y observaciones extractadas de nuestro libro, pondré una que me condujo al descubrimiento de otra, que aunque perteneciente á distinta obra, da mucha luz para la historia de Bellver. Su hallazgo fué debido á una casualidad de las que no pocas veces acontecen, como usted sabe, á los cazadores de noticias antiguas. Es el caso que el pagador ó ministro real que pagaba y autorizaba todos los gas-

tos de nuestra obra, era un fray Pedro, cuyo nombre se repite frecuentemente, sin apellido ni otra nota de su empleo ó profesion. Pero leyendo despues en una obrita del padre Antonio Raimundo Pascual, hallé que este padre se llamaba fray Pedro Dez-Coll, y era de su hábito, esto es, cisterciense. Vea usted cómo.

En la disertacion que el citado autor publicó en Madrid, en 1789, sobre la invencion de la aguja náutica, que atribuye á su corifeo el venerable Lull, y en uno de sus apéndices, en que habla de la proteccion que don Jaime II de Mallorca dispuso á los monjes de su monasterio de Santa Maria de la Real, dice, á la página 223, lo siguiente: «El padre don Pedro Dez-Coll fué muchos años procurador real con un caballero seglar... Corrió á su cargo la fábrica del palacio real de Mallorca. Y en el archivo de mi monasterio vi un pergamino del año 1340, con que el Rey le abonó y aprobó las cuentas sobre dicha fábrica.»

Va inferirá usted el ansia con que yo desearia ver este pergamino. Era tanto mayor, cuanto no me parecia extraño que se diese á este castillo el nombre de palacio, y cuanto la fecha y la materia del documento convenian con las del libro ya extractado. Buseóse, pues, con gran diligencia; pero no pareció, ó se dijo que no parecia, en la Real. Continuóse la pesquisa en la ciudad, pero en vez de él se halló el libro de cuentas á que se referia, y que contiene las de otra obra, de que voy á dar á usted las noticias que pueden convenir á nuestro propósito.

Es el caso que don Jaime II, al mismo tiempo que construia este castillo para su seguridad y su recreo, emprendia otra obra en Palma para tener habitacion conveniente á su estado y dignidad cuando residiese en la capital de su corte. Ambas obras iban tan á la par, que este libro, así como el otro, empieza en 1.º de abril y acaba con el año de 1309. Solicité, pues, que se examinase con cuidado, y lo que de sus cuentas se puede sacar se reduce: primero, á que el llamado palacio no fué obra de nuevo construida, sino una reforma del antiguo castillo de la Almudaina, que habia en la ciudad, acomodándole á la forma mas conveniente al destino de habitacion real, que entonces se le daba, bien que con toda la magnificencia que este requeria, y que convenia á la noble sencillez de aquellos tiempos; segundo, que en el principio de esta cuenta se carga fray Pedro Dez-Coll cierto alcance que le resultaba del año anterior, y pues esto prueba que la obra habia empezado antes, con mayor razon se podrá decir de la del castillo de Bellver; tercero, que por lo mismo que no se nombra el arquitecto director de esta segunda obra, es de presumir que lo seria Pedro Salvá, pues que se trabajaba á una con la de Bellver, y ambas iban al cuidado de unas mismas personas; cuarto, que Francisco Caballeri ó Cambali era el artista que dirigia todas las obras de pintura, expresándose que tres pintores oficiales pintaron la capilla real, el oratorio privado del Rey, la alcoba de la Reina y de madona la Infanta, y las celdas de las doncellas ó camaristas; quinto, que en la misma obra se empleó un escultor llamado Francisco Campredoni (3), traído de Perpiñan para construir la estatua del ángel, que se

colocó sobre el altísimo homenaje del antiguo castillo, el cual todavia existe, aunque la torre fué posteriormente rebajada; sexto, que como esta estatua sea de bronce, se puede inferir que por aquel tiempo, ó no habia fundidores en Mallorca, ó no los habia de tanta fama; sétimo, que el rey don Jaime ponía tanto cuidado en esta obra, que hizo llevar el angelote, así dice, á la villa de Sineu, donde residia cuando se acabó, para reconocerle; octavo, que el salario señalado á Campredoni era de tornesa y media al dia, contando desde que salió de su casa hasta su vuelta á ella, con la expresion de que valia diez y siete dineros y un óbolo; noveno, que no estando claro en el extracto si aquella expresion de equivalencia se refiere al valor de la tornesa, ó al de todo el salario, se puede dudar si Campredoni ganaba al dia de treinta y cinco á treinta y seis ó de cincuenta y dos á cincuenta y tres maravedís. Inclino me á esto último, porque entónces el salario de Campredoni se acercaba al que ganaba Salvá. Pero si acaso fuese lo primero, se podria presumir que Campredoni era un simple fundidor ó vaciador, y que la estatua que sirvió para el molde se habria ejecutado por algun escultor del país; décimo, por último, que pues Perpiñan pertenecia entónces á la corona de Mallorca, este Campredoni debe ser contado entre los artistas nacionales, y no entre los extranjeros. Y esto me basta, pues que ni quiero cansar á usted con otras menudencias, ni privarle de estas noticias, que por recónditas pueden merecer su aprecio.

No cerraré la historia de este edificio sin declarar á usted una sospecha que he formado observando el torreón que mira al mediodía. Dió motivo á ella el ver en lo mas alto de sus sillares esculpidas las armas de Aragon, sin la barra traviesa que distingue las de Mallorca. Con esto examiné con mas cuidado aquella torre, y advertí que toda su sillería, y aun la del muro que corre desde el garitón que está á su izquierda hasta cerca del de la derecha, parece de obra mucho mas fresca y conservada que la que está á uno y otro lado; cosa tanto mas notable, cuanto es la mas expuesta á los vientos y lluvias australes. Contando pues que la obra primitiva se remató del todo en 1309, es de creer que esta parte hubiese padecido alguna ruina y reparádose despues. Si esto sucedió así, el blason aragonés probará que la reparacion no fué anterior al 1344, puesto que en 29 de marzo de aquel año se incorporó la corona de Mallorca en la de Aragon, ni posterior al de 1516, en que ambas cayeron en la de Castilla y en la cabeza de doña Juana, hija de los Reyes Católicos. Y esto baste para un artículo que no merece mayor indagacion.

Dejando ya á un lado las memorias relativas á la obra de Bellver, recogerémos aquí las de los sucesos que pasaron en ella, que aunque poco notables, sirven á completar su historia y á ilustrar la de este país.

Habiendo sobrevivido el rey don Jaime dos años á la construccion de este castillo, de creer es que le hubiese disfrutado en algunas temporadas, como obra que era de su magnificencia y buen gusto, y levantada para su recreo. No me atrevo á suponer lo mismo de don Sancho I, su hijo, siendo tradicion que por consejo de los médicos solia habitar en el palacio de Vall-



demusa para templar el afecto asmático de que adolecía con los aires saludables de aquel valle, y aun se señala en el monte del Teix, que está á su espalda, el lugar do subia á respirarlos, con el nombre de *silla del rey don Sancho*. De don Jaime III, su sobrino, se sabe que residió mas de propósito en su capital, y que en ella tuvo muy brillante corte. Pero si acaso habitó este castillo, seria en los primeros y tranquilos años de su reinado, y mientras la persecucion del rey don Pedro de Aragon no turbó la paz de sus días, forzándole á andar prófugo y desterrado de su reino, hasta que volvió á morir valerosamente defendiéndole.

Sea lo que fuere de esto, por la cercanía de la capital y el destino de esta bella y grande fortaleza, no podia dejar de ser por estos tiempos muy considerable el cargo de su gobernador, pues que entonces el que le regia era en cierto modo uno de los oficiales del palacio, si ya no estaba confiado este gobierno á alguno de los que servian habitualmente á la persona del Príncipe; pero reconquistada Mallorca y confundida entre las provincias de la corona de Aragon, el esplendor de esta castellanía vendria á menos en proporcion de la mayor distancia de la corte, y acaso por eso son tan escasas las memorias que de ella se conservan, y mas lo fueran todavia si yo no hubiese procurado sacar del polvo de los archivos algunas que desdénó la pluma de los coronistas mallorquines.

Cuando acaeció esta reduccion era gobernador de Bellver, nombrado por don Jaime III, Nicolás Marin, noble mallorquin, que en tan crítica ocasion se acreditó de leal y esforzado caballero para con su señor. Habian los aragoneses cuidado de preparar la ruina de este príncipe, fomentando contra él en Mallorca aquel gran partido que tanto contribuyó á facilitar la conquista de la isla en 1343. Desamparado don Jaime en el primer encuentro y mal seguro de los suyos, habiendo abandonado primero el campo y luego la ciudad, se salvó por mar. Habian ya los jurados de Palma prestado la obediencia al rey don Pedro IV de Aragon; habia ya entrado en ella este rey, y coronándose en la catedral, y habian, por fin, rendiéndose á él casi todos los castillos de la isla, y todavia Marin permanecia teniendo el de Bellver por su rey don Jaime. El de Aragon, que no se creia en plena seguridad mientras no le poseyese, encargó al caballero Bernardo Sort que pasase con una partida de almugavares á apoderarse de él. Voló allá. Requerido Marin á la entrega, juntó en consejo á los suyos, exploró su dictámen, los exhortó á seguir el partido que el honor dictaba, y á su voz y su ejemplo se manifestaron prontos á la defensa. Entre tanto, cumplido el plazo que Marin pidiera para deliberar, se le hizo segunda intimacion, á nombre del Rey, por su notario Francisco Fos, al cual tardó en contestar, porque ya entonces Jaime Bauzá, uno de los ochenta soldados que componian la guarnicion, empezó á temer y á hablar de entrega. Por fin, vuelto á requerir por el capitán Sort, respondió resueltamente, que teniendo el castillo por el rey don Jaime, su señor, y habiéndole jurado defenderle, no podia faltar á su juramento ni entregarlo á otro sin órden suya. Con esto, preparándose él para la defensa y los del Rey para el ataque, se

descubrió que el ejemplo de Bauzá habia contagiado tanto á sus compañeros, que arrastrando consigo hasta setenta y seis, desampararon el castillo, signiéndole poco despues los otros tres que quedaban con el Gobernador. Eutonces, despechado Marin, arrojó las llaves, y entrando Sort, se apoderó del castillo y le guarnició con sus almugavares.

No parece que tan honrada temeridad fué de daño para el capitán Nicolás Marin. Por lo menos hallo que tratándose despues de prestar el juramento al rey don Pedro, uno del mismo nombre y apellido se mienta entre los que le prestaron en el órden de la nobleza.

Infiero yo por este hecho que el primer gobernador de Bellver en la época aragonesa habrá sido el caballero Bernardo Sort, siendo muy verosimil que á aquel fiasse el Rey su guarda á quien confiara su ocupacion.

A este hubo de suceder en el gobierno Raimundo Dager, nombrado por el mismo rey don Pedro, y que le ocupó durante su vida, y falleció en 1384.

Por muerte de Dager nombró el Rey por gobernador al doncel Nuño de Onís ó Unis, por real cédula expedida en Corro en 24 de octubre de 1384; pero sin que se exprese si el nombramiento era *ad nutum* ó por vida. Entró á regirle desde luego; pero parece que tardó poco en ser despojado de él, ó por lo menos suspenso en sus funciones. Es el caso que por aquel tiempo aun existian en Mallorca no pocos amigos del infeliz don Jaime, cuya descendencia no estaba aun extinguida, y esto tenia en gran recelo á los aragoneses, á quienes fácilmente se hacia sospechosa la fidelidad de los isleños; cosa que abria un anejo camino á la envidia y á las delaciones, y daba frecuente ocasion á privadas venganzas. De aqui es que Nuño Onís ó Unis, acusado por Pedro Pardo de haber hablado mal del Gobierno, fué llamado á la corte de Aragon, donde compareció, y siendo oido, tuvo la dicha de justificar su inocencia. Con esto, no solo fué reintegrado en su buena opinion y en su empleo, sino que el rey don Pedro declaró que le debía gozar por toda la vida. Su real cédula fué expedida en Barcelona en 2 de noviembre de 1386, expresándose que era el 31 de su reinado.

Don Juan I de Aragon y Mallorca no hizo nombramiento alguno de gobernador de Bellver, continuando Unis en esta comandancia durante su breve reinado. Por eso tuvo la honra de alojar á este rey en su castillo, con la ocasion de que ya hablé á usted en una de las notas á la primera parte de mi descripcion. Mas como este solo suceso sea tan señalado en las memorias de Bellver, daré á usted de él una razon mas individual, ó por mejor decir, copiaré lo que se halla en los preciosos diarios del notario Mateo Salcet, que copió de los archivos de la ciudad el pavorde (a) Terrasa, y de él el erudito capuchino fray Cayetano de Mallorca, y que yo he disfrutado en sus manuscritos.

Traduciendo pues al castellano la relacion de Salcet, que está en dialecto del país, dice: « Domingo por la mañana, á 18 de julio del dicho año (habla de 1394), el ilustrísimo don Juan, rey de Aragon, vino de Barcelona

(a) Los originales de Mateo Salcet, notario, se hallan actualmente en el archivo de la santa iglesia, donde los copió Terrasa, y de él el padre Cayetano. (Nota del autor)

con la ilustre Reina su mujer, y con cierta hija suya, y con una hija del rey don Pedro, su padre, y con gran multitud de milicia, barones, donceles y otras notables personas, con cuatro galeras armadas, y desembarcó en el puerto de Sóller. Dicho día, después de comer, dicho señor Rey se vino de Sóller á Ruñola, y de aquí á Valldemusa, donde estuvo hasta el miércoles, y este día 21 de julio, el señor Rey se vino al castillo de Bellver, donde permaneció hasta el miércoles siguiente. Miércoles 28 de julio, dicho señor Rey y la señora Reina, con las señoras infantas y doncellas y personas notables, entraron en la ciudad después de vísperas, por lo cual fué hecha fiesta muy solemne, que duró cuatro días. Al quinto se celebraron fiestas, dispuestas por los jurados, para cuya solemnidad se vistieron treinta personas con paño de oro y terciopelo y paño blanco de Florencia. Después de haber estado en la ciudad y vuelto á Bellver, como se verá por lo que sigue, dichos rey, reina é infantas, hubo en ella grandes novedades y opresión y fuerza á las gentes, así por los alojamientos que se daban á nobles, caballeros, ciudadanos y otras personas, como por infinitas cosas que los oficiales de dicho señor Rey hicieron contra hombres de calidad, ciudadanos, mercaderes, notarios y menestrales; tanto, que por lo dicho, y por sacar el gobierno de la tierra de las manos de los que le tenían, dieron dichos regidores, según decían, cien mil florines de oro. Con la ocasión de dichas oposiciones fueron arrestados los veedores de los oficios, y los barberos y especieros, y algunos de los notarios. Miércoles 27 de octubre, fueron restituidos los libros á los dichos notarios, y esto porque la tierra lo había acabado con el don sobredicho. Jueves 28 de noviembre, los señores Rey, Reina, infantas y otras personas partieron de Mallorca, y se embarcaron en la galera real en Portopí, sin que se hubiesen despedido de la ciudad ni entrar en ella, habiendo residido largo tiempo en el castillo de Bellver, y partieron con cinco galeras. Miércoles 2 de noviembre, se hizo pregon general de remisión, que hizo el Rey, de cualesquiera crímenes que se hubiesen cometido, y esto por ciento cuatro mil florines que le prometió la tierra. La audiencia del dicho señor rey había quedado en la ciudad, y permanecido por tiempo de más de dos meses antes que el Rey partiese. Martes 23 de mayo 1393, por relación de cierto patron de llaut, enviado con este motivo por los consejeros y prohombres de Barcelona y otras ciudades de Aragón, el honorable Berenguer de Montegudo y el noble Ramon de Aquila, gobernador de Mallorca, fué anunciado que el ilustrísimo señor don Juan de Aragón, por juicio de Dios, había muerto súbitamente en el lugar de Fuxá, el viernes 19 de dicho mes y año.

Usted no entenderá bien esta relación de Salcet, si yo no le digo que á los gastos y disgustos que ocasionó la venida de los reyes á Mallorca, se agregaron los de un procedimiento que entonces se seguía en Palma contra los reos de diferentes crímenes y excesos cometidos en ella en 1394. Hubo en aquel año una casi general insurrección de los pageses ó labradores contra los magistrados y caballeros de la ciudad, en la cual se ejecutaron muchos daños y excesos, que cuenta el mismo Salcet. Además se había ejecutado allí el saco de la ju-

dería, como en otras ciudades de Aragón, por el mes de agosto del mismo año. En este último hecho, so pretexto de perseguir á los judíos, se había atumultuado el pueblo, aquí como allá, y ejecutado robos, muertes y excesos contra muchas personas, y señaladamente contra nobles y ricos. El Rey, irritado, según explica en su real cédula, expedida en el monasterio de Pedralvas á 16 de julio de 1392, y refrendada por Pedro de Alzinellas, se había propuesto castigarlos con el mayor rigor; pero movido, según dico, por la interposición y ruegos de la reina Yolanda, su esposa, le cometió á la misma el cuidado de averiguar dichos excesos, con libre facultad de hacer, en razón de ellos, la justicia ó la gracia que bien le pareciese. Cuenta Mut que la Reina, usando de este derecho, condenó el reino de Mallorca en ciento cincuenta mil florines; que los caballeros, representando que lejos de haber participado de tales excesos, habían contribuido á reprimirlos y contener el populacho, le pidieron los eximiese de la composición; que la Reina les juró, por lo que llevaba en sus entrañas (pues que estaba en cinta), que les haría justicia; mas que no hizo otra cosa que rebajar la composición á ciento veinte mil florines, y añade Mut que malparió luego. Acaso la rebaja al fin fué á ciento cuatro mil, los que dice Salcet. Tal es el hecho, tal la causa de tantas quejas y disgustos, pues que desde entonces derivan los coronistas de la isla su decadencia. Lo cierto es que si sobre tantos servicios como hiciera Mallorca á los reyes de Aragón, pagó tan dura é indistinta condenación, y además gastó, como cuenta el mismo Mut, quinientos mil sueldos en obsequios y fiestas tan mal pagadas, barto justificadas están (6); por eso tienen en su apoyo el testimonio de los extraños, pues que el historiador Carbo-nell, catalan contemporáneo y testigo presencial, hablando de esta venida del rey don Juan, dice: *E volgué passar en la isla de Mallorca, é hi passam en tal punt, que aquella isla vench en destrucció.*

Tales consecuencias eran poco atendidas en una corte cuyo liviano carácter describe el regañon de Mariana tan elegantemente como usted habrá visto en mis notas. Reír, bailar, divertirse, de esto se trataba; y en lo demás, como suele decirse, árlase la casa; á esto seguían otros abusos, y entre ellos uno mas de nuestro propósito, el de dar en futura los empleos, ya señalada, ya indistintamente; esto es, el primero que vacase. Así solía proveer el rey don Juan las castellanías de esta isla. Don Martin el Humano, su hermano y sucesor, cedió al principio á la costumbre; pero al fin revocó por una pragmática todas estas gracias, cerrando así la puerta á las proposiciones del favor.

Entre tanto Nuño de Unis, cuyo nombramiento era vitalicio, continuaba gobernando en Bellver y frustrando las esperanzas de tantos agraciados. Pero ya entonces se acercaba la época en que este castillo debía tener un gobernador inmortal y ser regido por meros interinos. Oiga usted la explicación de esta paradoja.

Los padres cartujos, que tenían ya pruebas de la devoción del nuevo rey á su orden, pues que don Martin, siendo aun príncipe, había fundado en Valencia el monasterio de Valdecristi, cerca de Segorve, andaban en solicitud de que fundase otro en Mallorca. Ya desde



1390 manifestara este designio don Juan de Elvira, alias Mestre, que al entrar en el monasterio de Portaceli, nombró por heredero de sus bienes á la cartuja de su patria, y cuando no, á la en que tomaba las trabas. La corte del rey don Juan no era, al parecer, muy inclinada á fundaciones; mas al subir don Martín al trono, y luego que venido de Sicilia, pudo dar su cuidado al manejo de los negocios, se abrió esta pretension, y fué de él graciosamente recibida. Poco se tardó en las diligencias previas, pues las letras del general don Guillermo Raynaldo, en que autoriza la fundacion, y da comision para ella á dos monjes franceses, están datadas á 26 de octubre de 1398. Parece que el Rey habia destinado á este fin los palacios que tenia fuera de la ciudad, puesto que en el *Tratado de las ermitas de Mallorca*, que escribió el pavorde don Guillermo Terrasa, dice que el primer sitio que reconocieron los fundadores fué el castillo de Bellver, el cual, aunque por otras circunstancias el mas á propósito, desecharon por la falta de aguas, con lo cual pasaron á reconocer y adoptaron el alcázar de Valldemusa, do hoy se hallan.

Lo mas de nuestro caso es que el Rey, tratando de dotar el monasterio sin perjuicio de su erario, expidió en Barcelona dos reales cédulas en su favor el 10 de junio de 1400. Por la primera concede perpétuamente al prior y monjes de Jesus Nazareno las veinte y cinco libras señaladas por salario á la castellanía de Valldemusa, cuyo alcázar, por otra anterior, habia concedido para establecimiento de la comunidad. Por la segunda (suspendiendo en favor de la piedad del objeto su propósito de no conceder futuras) dió y concedió al ciudadano militar de Mallorca Beltran Roig la primera que vacase en la isla, con calidad de que la hubiese de servir á nombre del monasterio de Jesus Nazareno, que acababa de fundar, y al cual concedió el goce de su salario, tambien á perpetuidad.

Esta última gracia fué ratificada por otra real orden de 23 de mayo de 1403, dirigida al virey ó gobernador de Mallorca, en que se le manda que verificada cualquiera vacante de castellanía en la isla, ponga en posesion de ella al citado Roig, para que la sirva á nombre del monasterio de Jesus Nazareno, y se acuda á este con el salario correspondiente.

Entre tanto con la vida de los gobernadores de las castellanías de Mallorca se prolongaban las esperanzas de Roig y de los cartujos; pero al fin murió Nuño Unís en 1408, y con esto se fijaron en Bellver; bien que no se cumplieron sin algun tropiezo y contradiccion.

Fué el caso que sabida en Barcelona la muerte de Unís, acudió luego al Rey Garceran de Moratona, criando de su real casa, solicitando la alcaldía de Bellver, en virtud de una futura que se le habia concedido por don Juan I para la primera vacante que se verificase en Mallorca. A su ejemplo acudieron tambien con la misma pretension Jaime Zacoña y Francisco de Olmos á Oms, ciudadanos de Mallorca, fundándose en gracias especulativas que el mismo rey don Martín les concediera. Sentido que hubieron este estorbo, volaron á Barcelona Roig y el procurador de los cartujos, y expusieron su preferente derecho, con lo cual se trabó un pleito renidísimo, que se signió con toda solemnidad en el

consejo del Rey; pero al fin, el mas claro y bien fundado derecho del monasterio, que además contaba con la aficion del Principe, venció en la contienda, y obtuvo favorable sentencia, en la cual, recordando las dos pragmáticas expedidas, una revocando las futuras antes concedidas, y otra prohibiendo que los oficios y alcaldías se concediesen á vida, se declaró preferente el derecho del monasterio y Roig á la castellanía de Bellver; se impuso perpétuo silencio á los colitigantes, y se les reservó el derecho que pudieran tener á otras vacantes; á consecuencia de lo cual se mandó expedir real provision ejecutoria en 1 de setiembre del mismo año 1408, autorizada por el canceller Speraneu Cardona, refrendada por el notario Matías Iusti, y en virtud de ellas se verificó llanamente la posesion de Roig.

Las circunstancias de este acto, que por menudas que sean, merecen algun lugar en estas memorias, son como siguen: primera, que por ausencia del Gobernador ó Virey, la posesion se mandó dar por el veguer de Mallorca Bernardo Miron, y se dió por ante el notario Guillermo Blanchi; segunda, que por muerte de Unís se hallaba gobernando interinamente el castillo Juan Pardo; tercera, que requerido este por el Veguer, se negó á abrir las puertas del castillo, diciendo haber jurado al gobernador de la isla no entregarle á otro que á él; bien que advertido de que estaba ausente, y que el Veguer ejercia sus veces, y absuelto de su juramento, las abrió, y franqueó la entrada; cuarta, que en este acto se presentaron con el interino, como empleados del castillo, Antonio Puja y el maestro Andrés, al cual se le llama *argentario*; quinta, que á la entrega precedió formal inventario de los efectos existentes en la torre mayor, *ubi* (dice el acto) *sunt arma, et arnetia dieti castrí* (7); sexta, que entre las tales armas inventariadas no se mienta alguna de fuego, y las que habia de otra especie eran pocas y mal paradas; sétima, que entre otros miriñaques que reza el inventario, habia ciertas cajas para hirones, que me hicieron acordar de los cántaros para conejos.

Quedaron con esto asegurados, así la gracia personal de Roig, como el derecho perpétuo de la Cartuja. Desde entonces el prior de Jesus Nazareno fue considerado como gobernador titular de Bellver; como tal se conserva en su celda la llave dorada del castillo, como insignia de este titulo, y además otra que dicen de la mina; como tal disfrutó y percibió siempre el salario de la castellanía, salvas las interrupciones y alteraciones á que dió ocasion el estado sucesivo del real erario, y en fin, como á tal se le han dirigido hasta el día las órdenes de la corte que por circular se comunican á los demás del reino, gozando de esta representacion con doble titulo, esto es, como castellano de Valldemusa y de Bellver.

El buen rey don Martín, que habia dispensado estas gracias, sobrevivió muy poco á su confirmacion, habiendo fallecido en 1410. Sucedióle don Fernando el Honesto, por sobrenombre el de *Antequera*, que despues de un interregno de dos años, fué llamado al trono por voto del reino en 1412, y le ocupó solos cuatro años; pero en uno y otro tiempo tuvieron cumplido efecto, no solo el derecho del monasterio, sino tambien el

de Roig, aunque su título era mutual ó amovible.

Al malogrado don Fernando sucedió el magnánimo don Alfonso V de este nombre, por el mes de abril; y apenas ocupó el trono, cuando Roig pasó á Barcelona á solicitar la prorogacion de su empleo, y confiado en la justicia y generosidad del nuevo principe, le representó los buenos servicios que tenia hechos, y pidió por ellos y por los que estaba presto á hacer, alguna remuneracion. Concediósele el Rey muy largamente, y al mismo tiempo que confirmó en sus derechos al monasterio por la misma real cédula, que expidió en Barcelona á 4 de junio de 1416, dispensó á Beltran Roig las siguientes gracias: primera, que pues los mil sueldos del salario de la castellanía debían ser percibidos por el monasterio de Jesus Nazareno, se diesen y pagasen á él en cada un año veinte y siete libras anuales, moneda de Mallorca, para que pudiese pagar un escudero ó familiar que sirviese como cliente del castillo, cuya concesion se entendiese para él solo, y no otro de sus sucesores. *Los, dico, duntaxat, et non alii castellani; quibus de etero custodia dicti castri committetur, habeatis et regipiatis.* Segunda, que pudiese disfrutar las yerbas y pastos del monte de Bellver, aprovechándolos, vendiéndolos ó arrancándolos, lo que se entendiese tambien por el tiempo de su beneplácito y mientras gobernase el castillo. Tercera, que asimismo pudiese disfrutar por el dicho tiempo y modo las leñas, ramos inútiles, frutos y despojos de los árboles y matas del monte, pero con estas condiciones: que solo pudiese aprovecharlos de cinco en cinco años; que hiciese las cortas con intervencion del procurador real ó persona que este nombrase; que no pudiese cortar los pinos, olivos, algarrobos ni otros árboles útiles; y en fin, que fuese de su cargo y cuenta cuidar, guardar y podar los dichos árboles, segun costumbre.

Hé aquí, á mi ver, de dónde vino que los gobernadores sucesivos se creyesen con el mismo derecho, aunque la cédula expresada prueba que no estaba anexo á los goces y emolumentos de la castellanía; y pues no se halla otra concesion que tal los declarase, sino la que despues diré, es claro que los pastos y leñas, ó pertenecían á los cartujos, como comprendidos en la cláusula de la primera concesion del rey don Martin, que dice así: *Et proinde prior, et conventus monasterii vallis Jesus Nazareni, dictae insulae, quod noviter pia devotio nostra fundavit, seu procurator, et aconomus eorundem habeat et recipiat vestro nomine, et pro vobis illa vel consimilia jura, salaria, et emolumenta, etc.*; ó cuando no, pertenecerían á la corona, como es mas probable, puesto que de una parte no consta que el monasterio los disfrutase en lo antiguo, y por otra vemos que los soberanos, disponían de ellos como cosa de su libre dominio.

En 8 de junio de 1458 falleció el gran rey don Alfonso V en la famosa fortaleza del Castell-novo, que habia levantado en Nápoles, y subió á su trono su hermano don Juan II de este nombre en Aragon. Este rey ocupaba el de Navarra, aunque perteneciente á su hijo, el desgraciado principe de Viana, don Carlos, por la muerte de doña Blanca, reina legítima de aquel país, su madre. En la triste historia de las desavenencias con esta oca-

sion ocurridas entre padre é hijo, se hace alguna memoria del castillo de Bellver.

Es el caso que la nueva corona que acababa de ceñir el primero abrió alguna esperanza de concordia. Tratabase ya de ella y estuvo muy adelantada en 1459, y parece que era una de las condiciones poner al Principe en posesion de esta isla. Dióse con efecto orden para que se le entregasen todos sus castillos; y en fe de ella se vino el principe desde Italia á Cataluña, y luego á Mallorca, donde fué recibido con grandes demostraciones de alegría, y se le hizo además un considerable donativo. Mas tardó poco el principe en conocer que entre tan ostentosos obsequios se escondía alguna doblez y falsedad. En efecto, el padre, que solo miraba á sacarle de Sicilia, habia enviado á Mallorca orden reservada para que no se le entregase el castillo de Bellver. Instaba don Carlos por su posesion, como que era el principal de la isla; y viendo que se le retardaba con varios pretextos, sintió el fraude, y temiéndose de algun mas funesto designio, partió precipitadamente de Mallorca, harta mas descontento y desavenido que á ella viniera (8).

Yo creo que el gobernador coetáneo á este suceso hubiese sido el caballero Hugo Pachis, pues consta que entró á gobernar en Bellver por concesion de don Juan II de Aragon y Navarra. Parece que Pachis, no contento con el mando sin sueldo, habia aspirado á gozarle; cosa que el Rey le negó por respeto al derecho de los cartujos, que confirmó. Conformóse en apariencia Pachis, pero andando el tiempo, procuraba de hecho estorbar á los cartujos el cobro del salario de su castellanía, á cuyo fin hizo formal oposicion de que se les entregase ante el procurador real de Mallorca. Con esto el monasterio acudió con sus quejas al Rey, quien vistas las concesiones de sus predecesores y la suya, expidió una real cédula, fecha en Barcelona el 29 de mayo de 1477, por la cual refiriendo lo que va dicho, y extrañando la conducta de Pachis y desechando su contradiccion, manda al dicho su procurador real que pague al monasterio de Jesus Nazareno, y no á otro alguno, las referidas cincuenta libras, so pena de su indignacion.

Parece que dos años despues, esto es, en el de 1479, último de su vida, el mismo rey don Juan II, para remunerar á la universidad de Mallorca los grandes servicios que le hiciera con sus galeras en la guerra de Cataluña y Menorca, le concedió la castellanía de Bellver. Esta concesion no se puede referir al salario de ella, pues consta que la cartuja continuó percibiéndole, y por lo mismo debe entenderse del derecho de nombrar castellano. Debo empero advertir que no he podido rastrear nombramiento alguno hecho por la universidad, y que Dameto y Mut, fiadores de esta noticia, confiesan que en su tiempo se hacia por su majestad, y el último, como despues verémos, habla de otro hecho por el rey en 1515. Por otra parte, ninguno de estos cronistas cita el día de la data de esta concesion, y como el rey don Juan falleció en Barcelona, segun dice Garibay, el martes 19 de enero del mismo año 1479, en que la suponen, parece algo dudosa; y lo advierto, no para contradecir tan respetable autoridad, sino para ilustrarla.



Como quiera que sea, el nuevo rey don Fernando el Católico, por otra cédula expedida en Barcelona en 16 de setiembre del mismo año, en que inserta y confirma la que su padre y antecesor expidiera en 29 de mayo de 1477, mandó á su procurador real de Mallorca, bajo la pena de mil florines de oro y de su indignacion, que continuase pagando al monasterio de Jesus Nazareno las cincuenta libras anuales que le pertenecian por salario de la citada castellanía (9).

En tiempo de este rey gobernó el castillo de Bellver un caballero de la misma familia de Pach's; pero creo que habia fallecido ya en 1313. Temióse en este año que el famoso Barbaroja viniese sobre esta isla, con cuyo motivo, no solo se mandó artillar y proveer de defensores este castillo, sino que para mandar en él fué nombrado por el Rey el capitán Nicolás Quint, noble y valiente militar, segun la expresion de Mut. Esta precaucion no se tomó solamente contra aquel enemigo exterior, aunque no estando aun construido el de San Carlos, el de Bellver era por esta parte la principal defensa de la isla. Tomóse tambien contra los que la ciudad tenia dentro de sí, pues segun Zurita, se temió mucho que la gran multitud de esclavos moros que en ella habia, y que ya otras veces intentaran ponerse en armas, tratasen entonces de alguna insurreccion en favor de aquel formidable pirata. Pero la invasion no se verificó; y pasado el peligro, se cuidó menos de la defensa de este castillo, por mas que le amenazase otra mayor, y tanto mas temible, cuanto venia de enemigo tambien doméstico, pero mas poderoso.

Es bien sabida y largamente contada por don Vicente Mut en todo el libro noveno de su *Historia de Mallorca* la insurreccion que con el nombre de *Germania* se suscitó en esta isla, á ejemplo y sugestion de Valencia, en el año de 1320; insurreccion que aquí fué tanto mas sangrienta y encarnizada, cuanto estaban mal apagadas las iras de la que habia ocurrido hácia los fines del siglo anterior. En esta los comuneros, mal contentos con la firmeza del virey don Miguel Gurrea, hicieron tanto empeño en deponerle del mando, que al cabo de muchas tentativas consiguieron echarle de la isla en 17 de marzo de 1320. Nombraron entonces de propia autoridad, para que se encargase del gobierno, con título de baile, al capitán Pedro Pach's, que era á la sazón gobernador de Bellver, y tal vez seria hijo del antecesor de Quint. Aceptó Pach's el cargo, pero viendo que no se le permitia ejercerle en paz y con justicia, le abdicó á pocos dias, y se retiró otra vez al castillo. Poco despues se refugiaron tambien á él diferentes caballeros de la ciudad para salvar su vida del furor de tantos asesinos, principalmente dirigido contra la nobleza. Con esto se irritó mas la saña de los agermanados, y dando contra este asilo de la inocencia, subieron atropellados al castillo, é intimaron á su gobernador que se les entregase con todos los refugiados, á quienes daban ya el nombramiento de bandidos. Negóse Pach's á tan insolente y cruel demanda, y entonces ellos, mas y mas ensañados, trataron de tomarle á viva fuerza. Trajeron de la ciudad gente y pertrechos, pusieron en toda forma el sitio y empezaron á atacar el castillo con el mayor furor. No fué menos valerosa y

obstinada la defensa, si se atiende al corto número de defensores, y á que se hallaban desprevenidos y sin provisiones, municiones ni armas. Muchos dias duró el empeño de una y otra parte, pero creciendo el número y los recursos de los enemigos, dieron por fin el asalto, tomaron el castillo, mataron al gobernador y á su hermano Nicolás Pach's, á Mateo Net, á Jerónimo Español y á un hijo suyo, y en fin, á cuantos quisieron (10); hasta que hartos de sangre y de robos, abandonaron su conquista al solo cuidado de tres hombres.

Estos caballeros Pach's ó Pax (11), que dieron asilo á tantos nobles conciudadanos y murieron valerosamente á su lado, eran, segun leo, de una antigua é ilustre familia de la isla, fecunda en distinguidos capitanes y literatos, la cual por estos tiempos dió tantos gobernadores á Bellver, que su castellanía, pasando de padres en hijos, parecia como hereditaria en ella. Así es que por todo el siglo xvi suenan aquí gobernadores de Bellver de este apellido, y aun á los fines de él lo era otro Pedro Pach's, de quien es preciso hablar ahora.

Porque la piedad no consiente que yo excluya de las presentes memorias la de un venerable varón que santificó estos lugares con el ejemplo de sus virtudes, y cuyo nombre se respeta en ellos despues de tantos siglos; hablo del venerable hermano Alonso Rodríguez, que habiendo tomado el ropón de la compañía de Jesus en el recien fundado colegio de Palma, vivió y murió santamente en él á los ochenta y siete años de su edad, el dia 31 de octubre de 1617. Sus virtudes fueron aprobadas en grado heróico por la santidad de Clemente XIII, en decreto de 23 de mayo de 1760, y su vida, escrita primero por el sábio padre Nieremberg, fué despues ampliada por el padre Francisco Colin, y publicada en Madrid en 1652. Don Vicente Mut, *Historia de Mallorca*, libro II, capítulo 2.º, indica ya el suceso que tiene relacion con Bellver; pero pues que el padre Colin le refiere á la larga, copiaré aquí fielmente sus palabras en cuanto tocan á nuestro objeto.

«Hay, dice, en la isla de Mallorca, no léjos una milla de la ciudad, un montecillo, en cuya cumbre edificó don Jaime II, rey de Mallorca, una fortaleza para aquel tiempo inexpugnable, de hermosa traza y tan fuerte obra, que con tener mas de trescientos años de antigüedad, parece hoy nueva. Las vistas son bellísimas, y así se llama el castillo de Bellver; era alcaide de este castillo por el Rey, nuestro señor, un caballero mallorquin, llamado Pedro de Pach's, muy noble y hacendado, y procurador de la real hacienda en aquellas islas. Tenia cuatro hijas de poca edad, es á saber: doña Isabel, despues condesa de Zaballá, y doña Praxedis, vizcondesa de Rocaberti, en Cataluña; Margarita, que casó principalmente en Mallorca, y Catalina, que murió doncella. Él era viudo, y como negocios graves le llamasen á la corte, determinó recogerlas en su castillo para que en él se criasen bajo la disciplina de Juana Pax, su hermana. Confesábase esta señora con los padres de la Compañía, y con su direccion criaba sus cuatro sobrinas en aquel alcázar. Subian á menudo los padres á confesarlas, decirlas misa y comulgarlas. Solia acompañarlas algunas veces el hermano Alonso. Yendo pues un dia en compañía del padre Matías Borrassá, por ser tiempo de calores, y andar

el hermano con su mal de piernas y ordinaria falta de fuerzas, al subir de la cuesta, que es algo ágría, hallóse sobremanera fatigado. Corría el sudor por su rostro á mucha prisa; mas él, todo puesto en Dios, y ocupado en abrazar con alegría aquel trabajo con todos los del mundo, si fuese menester, cuidaba poco de enjugarle. Iba algo desviado el padre, que también subía rezando, cuando súbitamente vino á él, vertiendo suavidad y dulzura, la Reina de los ángeles; y renovando aquel favor tan tierno con que se refiere en semejante ocasión haber animado el trabajo á un santo lego de Claraval, le enjugó y limpió el rostro con un lienzo que traía en sus manos. Quedó el hermano no menos corrido que gozoso del favor, subió ligero lo que quedaba de la cuesta, y entrando en el castillo, se recogió en un rinconcillo de la pieza, donde mientras el padre estuvo ocupado en sus ministerios, perseveró inmóvil y como absorto con la consideración del beneficio recibido... Y en los largos ratos que solía estar en aquel castillo, mientras los padres se ocupaban en los ministerios de su profesión, los pasaba el hermano arrimado á un poyo, en tan profunda contemplación, que las palomas caseras llegaban á sentársele encima, sin que él ó lo advirtiese ó las apartase de sí. Tanta era su modestia y recogimiento interior y exterior.»

En memoria de este prodigio se erigió aquí un pequeño monumento, que aun existía entero á nuestra llegada. Es un pedestal de piedra grosera, en cuyo frente oriental, que mira á la ciudad, se veía embebido un cuadrado de azulejos, que representaba el suceso. Pero el azulejo desapareció, ya casi del todo destruido, sin duda á pedradas, por los borrachos que frecuentemente pasan á par de él. Entre tanto muchas personas piadosas reparan con su devoción esta irreverencia, pues de cuando en cuando se les ve venir en derecha de la ciudad ó destacarse del paseo, sin otro objeto que el de rezar á san Alonso ó al *Santo*, que así le apellidan.

Largo tiempo pasó despues sin que la historia tuviese que hacer memoria de este castillo; porque no habiendo ocurrido en Mallorca ocasion alguna de guerra ni inquietud, no pudo prestar materia digna de ella. Diré á usted empero lo que se pensó respecto de él á mediados del siglo xvi, siquiera para que admire á cuántos y cuán diferentes objetos estuvo destinado con ocasion de la horrible peste que sufrió la isla de Mallorca desde fines de 1651 hasta principios de 1653. Se trató de convertir otra vez este castillo en teatro de dolor y muerte. Ocupados ya todos los lugares que se hallaron á propósito para lazaretos, y creciendo cada dia el número de los enfermos, resolvió el magistrado de Palma establecer uno en el castillo de Bellver. Su distancia proporcionada de la ciudad, su alta y saludable situacion, su gran capacidad, y la ventaja de poder clasificar en él los enfermos, custodiarlos y asistirlos con menor número de empleados, justificaban esta providencia, y al parecer la exigian. Con esto los jurados acudieron con la proposicion al Virey, conde de Montoro; pero aunque una y otra vez le instaron sobre ella, siempre les fué respondido que habiendo allí un castellano, que con juramento y homenaje estaba obli-

gado á guardar el castillo, no podia el Virey acceder á la instancia sin permiso de la corte. Con esto tuvieron que representar á ella los jurados para obtener esta gracia; pero creciendo el mal, y siendo el peligro inminente, y urgente el remedio, se abandonó el pensamiento y se buscó otro recurso. Hallóse en el convento de Jesus, donde se estableció un ámplio y cómodo lazareto, en el cual desde 24 de julio hasta 16 de octubre de 1652 cayeron al soplo de la peste las dos mil seis victimas que aquel monstruo tuviera destinadas á llenar los fosos del castillo ó las cavernas del cerro de Bellver.

El público, cuya imaginacion se exalta siempre al paso que crecen sus peligros, murmuró altamente en este de la conducta del Virey. Su censura fué tanto mas amarga, cuanto le vió trasladar su residencia de la ciudad á Bellver, donde habitó con su familia hasta que cesó el contagio, y cuando la corte, accediendo, aunque tarde, á las instancias del magistrado de Palma, parecia justificarlas. Mas nada de esto basta para condenar la memoria de un jefe, que segun el testimonio de don Vicente Mut, contemporáneo, se distinguió entre todos sus antecesores por el celo é integridad de su mando. Aun es mas favorable á su opinion el testimonio de don Jerónimo Alemany, como libre de toda sospecha de parcialidad; porque un siglo despues, describiendo este contagio, se hace lenguas de la actividad y vigilancia que manifestó el conde de Montoro en tan triste y apretada ocasion. El mismo diarista, que historió á la larga los trámites y estragos de la peste, y que ni disimuló ni reclinó la censura del público, confiesa que el Virey bajaba todas las mañanas á la ciudad, que permanecía en ella por espacio de hora y media despachando los negocios ocurrentes, y que no volvía al castillo hasta haber dictado las providencias que tan grave calamidad exigia. Nada mas se le podia pedir, ni nada mas consentia la prudencia; que no es mejor general el que se expone con su ejército que el que se preserva con él, dirigiéndole á la victoria ó salvándole en la retirada. Y si á todo se agrega que el primero y mas bien regulado lazareto que tuvo y que todavía disfruta Mallorca se debió al celo de este virey, su conducta, no solo aparecerá libre de censura, sino tan digna de la gratitud de la posteridad, como de este desagravio, que hago con mucho gusto en obsequio de la justicia y de su ilustre memoria.

Es de creer que en esta lastimosa temporada mandaba aquí Alfonso, el capitán de la caballería, pues que don Vicente Mut le nombra como gobernador de Bellver en el estado secular de Mallorca que dió en 1650, en que acabó su historia. Mas ya entonces este gobierno habia decaído tanto de su antiguo esplendor, cuanto el castillo en fuerza y consideracion. Construido antes que sonase en España el horrendo trueno de la artillería, y perfeccionado mas y mas cada dia este arte mortífero, Mallorca hubo de buscar en ella nuevos apoyos para su seguridad, y la respetable fortificacion de su plaza, empezada en 1574, estaba ya casi concluida. Además el sábio virey don Carlos Coloma habia levantado otra fortaleza con nombre de San Carlos, construida á la moderna, segun dice Da-



meto, sobre la boca de Portopí, para defender aquel puerto y proteger la bahía, y cuyo capitán era entonces Pedro Jorge Puigdorfilá, como refiere el mismo Mut. Con esto era ya notorio que Bellver, débil por su construcción, por su forma y por su misma ancianidad, no podía tenerse contra la terrible fuerza de los modernos ataques. Si existía era solo porque habia existido, y porque habiendo preocupado la situación mas peligrosa para la ciudad, podía todavía alejar de ella por algun tiempo á un enemigo repentino; y á esta consideración debió despues los reparos con que fué reforzado en el último siglo á la parte del poniente, como usted habrá visto. En fin, era ya entonces lo que es hoy, un monumento flaco, sí, y despreciable por su fuerza, aunque venerable por las memorias que conserva en su existencia y forma para la historia de la nación y la de las artes.

Esta degradación del castillo hubo de influir tambien en la de los derechos de la castellanía, y por lo mismo no cerraré estas memorias sin decir algo sobre las vicisitudes á que estuvieron expuestos.

En cuanto al monasterio, las pensiones que se le debían por las dos castellanías de Valldemusa y Bellver, aunque cortas, pues que juntas solo componían setenta y cinco libras, se hacían de cada día mas gravosas al erario, cuya penuria crecía á par de las urgencias del Estado, empeñado en tan largas y costosas guerras. Por eso la Cartuja empezó á experimentar mucho retardo é interrupciones en sus pagos. De cuando en cuando se le libraban algunas cantidades, pero tenia que protestar que las recibía á buena cuenta, por no perjudicar su derecho á los atrasos que le restaban. Por este medio logró reintegrarse hasta el 1647 en las pensiones de Bellver y hasta 1651 en las de Valldemusa. Cesaron entonces las libranzas, y nada pudo percibir de unas ni otras hasta 1697, en que logró otra vez poner corrientes los pagos y que se le continuasen hasta 1713, aunque sin percibir los atrasos. Pero en este año los pagos cesaron de todo punto, sin que valiesen en favor suyo ni sus instancias repetidas, ni las órdenes del señor don Felipe V para que de su real erario se pagasen en Mallorca todas las cargas pías que tenia sobre sí, sin exceptuar el tiempo del intruso gobierno austriaco.

Mas entre tanto que los cartujos reiteraban en vano sus instancias, no se descuidaban los gobernadores, sus substitutos, de promover sus intereses, y lo hacían con mejor suceso. Ya por entonces los que lo eran gozaban separadamente de sueldo señalado por el real erario, pues que solia conferirse este empleo para premio y descanso de algun oficial retirado del ejército, cual lo era en 1718 el teniente coronel don Pedro de Montellano, que construyó á su costa el retablo de esta capilla, como usted habrá visto en las notas á la primera parte de mi descripción. Tenían por consiguiente alguna proteccion en la corte y algun influjo en la plaza. Sea, pues, que hasta aquel tiempo hubiesen disfrutado los productos del bosque, que obtuviera de don Alfonso de Aragon Beltran Roig, como dejo apuntado, y que entonces se les opusiese algun obstáculo por la intendencia de Mallorca, ó sea que privados de ellos,

aspirasen á renovar y asegurar para siempre aquella gracia concedida á su antecesor, ello es que sobre este objeto hubieron de hacer y promover formal instancia, aspirando no menos que á ser propietarios del bosque. Tal se puede inferir de la real orden que el señor don Felipe V se sirvió expedir á su favor en San Ildefonso, el 10 de octubre de 1737, y comunicada por el secretario del despacho don Casimiro Ustáriz al intendente de Mallorca, don Antonio Orbeagozo y Sandaeta, cuyo tenor es como sigue:

«El Rey ha resuelto que el territorio real de la jurisdicción del castillo de Bellver se apropie al gobernador que es actualmente del castillo, ó fuere en adelante, para que goce y disfrute á su favor las pasturas, caza y demás obvenções y beneficios que pueda producir el referido terreno, con la obligacion de la limpieza y cultivo de los pinaos y demás árboles que hay en él, prece-diendo á este fin el que usía disponga se forme inventario de todo lo que contenga aquel distrito, con explicación de su número y calidad, para la entrega que ha de hacerse con intervencion de esa intendencia, á cuyo cargo ha de correr la inspección del citado territorio; y el gobernador actual de Bellver y sus sucesores en el empleo han de dar recibo de la entrega para su permanente existencia, y este ha de parar en la contaduría principal, despues de cuya ejecución no ha de tener facultad de permitir el corte de ninguno de los árboles del inventario, por pequeño que sea, sin tener orden por escrito de los capitanes generales ó intendentes, en que se exprese el fin del real servicio á que se destinan, sin cuyo requisito se hará al gobernador del castillo el cargo correspondiente, no solo por lo respectivo á su valor, sino tambien por la inobservancia de esta resolución, etc. (12).»

Parece que esta real orden acabó con la paciencia de los cartujos, que sobre estar privados de sus pensiones, no pudieron ver sin sentimiento pasar á otras manos un derecho á que su monasterio podía aspirar con mas justo título. Fatigados, pues, de tantas repulsas experimentadas en las oficinas de Palma, resolvieron elevar directamente al Soberano sus quejas, con la reclamación de sus derechos, y lo hicieron en una representación dirigida al señor don Felipe V. En ella recordaron á su majestad las gracias concedidas al monasterio por su piadoso fundador y confirmadas por sus sucesores; quejáronse de las largas interrupciones y atrasos que se les hacían sufrir en el pago de sus pensiones; calcularon el importe de las que estaban devengadas y no satisfechas; expusieron la necesidad en que se hallaba el monasterio de reparar su iglesia y cláustros, que amenazaban ruina, sin tener medios ni fondos para ocurrir á ella, y suplicaron por conclusion que se les mandase reintegrar en los atrasos que se les eran debidos, y poner corrientes para lo de adelante los pagos de las pensiones de sus castellanías, y acaso indicaron tambien el mejor derecho que tenían á disfrutar los rendimientos del bosque, segun se puede colegir de la real resolución de esta súplica.

Esta representación, tan justa y bien fundada, fué remitida por su majestad á su consejo de Hacienda, para que examinando la instancia del monasterio, le con-

sultase lo que convenia resolver acerca de ella. El Consejo reconoció los privilegios y títulos presentados por el monasterio, pidió informes á la intendencia y oficinas de Mallorca, y despues de haber instruido en toda forma el expediente, propuso al Rey su dictámen en consulta de 1711. Este dictámen fué sin duda favorable al monasterio, pues que su majestad, en vista de él, y por real cédula expedida en San Ildefonso, en 21 de julio de 1712, y dirigida al intendente de Mallorca, fué servido de resolver y mandar lo siguiente: «Que ahora, y sin perjuicio del derecho de conquista del expresado reino de Mallorca, se sitúen al enunciado monasterio y se paguen anualmente las expresadas setenta y cinco libras en el producto de las yerbas de la comprension del castillo de Bellver, respecto de que el castellano lo arrienda en mayor cantidad todos los años y lo aplica á su beneficio, *además del sueldo que le está señalado*. Y en cuanto á los atrasos, es mi voluntad que lo acuerde el monasterio cuando lo pidan las urgencias, etc...»

Tal es el último estado que hallo escrito de los derechos de este gobierno, sin que haya podido descubrir acerca de ellos recurso, resolucion ni documento alguno posterior á la cédula del señor don Felipe V. Las diligencias hechas á este fin fueron tanto mas activas, cuanto el estado presente de las cosas es de hecho enteramente contrario á lo que dispone, pues que el gobernador actual y sus inmediatos antecesores está y estuvieron en pleno goce y posesion de los productos del bosque, vendiendo sus leñas, arrendando sus pastos y caza, y usando y abusando de cuanto hay en él, sin pagar pension alguna, sin que nadie reclame, ni de ello se cure ni les vaya á la mano, y lo que es mas raro todavia, sin que ni á su entrada preceda inventario ni entrega del arbolado, ni despues se haga por ninguna autoridad visita ni reconocimiento del bosque, ni otra diligencia relativa á su conservacion.

Que este abandono, y los escandalosos excesos que de él nacieron y de que ya dije algo en mi descripcion, nace de la complicacion de jurisdicciones, fácil es de concebir, pues que ignorándose ó dudándose si el cargo de esta vigilancia toca á la capitania general, al gobierno de la plaza, al jefe de los ingenieros, á la marina ó á la intendencia, no es mucho que se descuide por todos. Asi es como la subdivision de la jurisdiccion real, que de suyo es indivisible, y la moda de multiplicar los fueros *in infinitum*, da millares de ejemplos de semejante abandono en millares de pueblos y materias. Mas que un cuerpo perpétuo, cual es la Cartuja, hubiese abandonado ó perdido de vista un derecho tan precioso, tan claro y tan solemne-

mente asegurado, es lo que parece incomprendible, por mas que se quiera explicar con la tradicion que allí se conserva, y que á mi se me contó, y que voy á decir á usted por conclusion de estas memorias.

Cuando llegó á Palma la real cédula de 1712 era gobernador de Bellver el capitán N., que por la cuenta no andaba tan sobrado que no se le hiciese muy duro el desfale de setenta y cinco libras de la dotacion anual. La resolucion de la real cédula era demasiado solemne y decretoria para que pudiese esperar ventaja alguna de los recursos que contra ella intentase. Parecióle pues que el mas seguro era entregarse á discrecion y esperar lo todo de la piedad de los monjes. Los de Valldemusa son todos naturales de la isla, y la mayor parte de la ciudad, y el Gobernador, como residente en ella, conocia muy bien los resortes que podian mover la voluntad de cada uno. Dióse por tanto á buscarlos, y cargado de recomendaciones y esperanzas, voló al monasterio, recorrió las celdas, expuso, ponderó á cada monje las miserias de su familia, rogó, imploró, plañió, y en fin hizo cuanto de hacer era y cuanto fué bastante para mover los ánimos de aquellos piadosos solitarios, tan propensos á la compasion como ajenos y desprendidos de codicia. Seguro ya en su intento, representó formalmente á la comunidad, pidiendo que por el tiempo de su gobierno se le eximiese del pago de la pension decretada; juntóse el capitulo, púsose en deliberacion la súplica, tuvo el Gobernador buenos abogados, y no solo ganó la votacion, sino que para mas seguridad, aprovechando el buen momento, pidió y obtuvo tambien el otorgamiento de una escritura, por la cual, reconociendo él su obligacion, se autorizó la exencion vitalicia de la pension, de que le hacia gracia el monasterio, y que despues, ó el descuido de unos ó la maña de otros convirtió en perpétua: *relata refero*.

Y con esto doy fin á las memorias de Bellver, pues las que tocan á este siglo deben ser ya de cargo de otro; pues la historia nunca será lo que debe ser, depósito de la verdad y maestra de la vida, si el cuidado de escribirla no se deja para personas y tiempos en que ninguna especie de interés pueda alterar su sinceridad y su fe. Si pues el cuidado de la posteridad no andoviere perdido, como decia Tácito, entre injuriantes y quejosos, recoja estas memorias el que quiera para entretenimiento ó instruccion de los venideros: pero aun entonces el cuidado de extenderlas y publicirlas sea solo de quien pueda decir con el historiador: *Mihi Galba, Otho, Vitellius, nec beneficio, nec injuria cogniti*.



## NOTAS.

(1) Muy de desear es que algun hábil militar mallorquin nos dé el plan de la célebre batalla que aseguró al rey don Jaime la conquista de esta isla, y cuya descripción no anda muy clara en sus historiadores. La empresa no sería difícil para quien, conociendo la topografía del terreno en que se lidió y el modo con que entonces se lidiaba, meditase despacio la relación que de este suceso nos dejó el mismo Rey en sus preciosos comentarios. Mientras pues que alguno se anime á comenzarla, hê aquí las proposiciones que le presentamos, apoyadas en la misma relación.

1.º Que Abobía, rey de Mallorca, se acampó en el cerro de Portopí la tarde antes de la batalla, pues que al punto se le avisó al rey don Jaime que se le había descubierto con sus tiendas asentadas allí. Pero pues que el gran ejército de aquel rey no cabía en tan estrecho lugar, aun cuando bajo el nombre de cerro de Portopí se comprendían las alturas de Bellver, Bonanova y Cala mayor, es claro que apoyando en Portopí la izquierda de su ejército, se extendía con el centro y derecha hasta las alturas de Bendinat y Burguesa, ocupando sus espaldas, cubriendo sus gargantas y desfiladeros, y avanzando con su vanguardia hasta la vista de los nuestros; juicio tanto mas probable, cuanto los que observaron la situación del moro y avisaron al rey don Jaime fueron los de las naves, surtas en el cabo de la Porrassa, desde donde las alturas nombradas aparecen como unidas al continente de Portopí, con cuyo nombre fueron señaladas.

2.º Que supuesto la tal situación del enemigo, se infiere cuál fué la de los nuestros; esto es, que apoyando su derecha en el mar de la Porrassa para cubrir las naves, se extendieron por los términos de Santa Ponza, hacia el noroeste, para que no pudiesen ser rodeados ni flanqueados por los moros.

3.º Que la vanguardia del ejército aragonés se avanzó á batir la del enemigo hasta el cerro llamado hoy *Coll de la Batalla*, del término de Santa Ponza; pero que no fué sola, como generalmente se cree, en empeñar el primer combate, sino que al mismo tiempo el conde de Ampurias, con su gente, que formaba nuestra derecha y la de los templarios, atacó á la izquierda enemiga, pues así dice el Rey que le informó aquel caballero, de quien indagó la causa del gran rumor que le puso en tanto cuidado.

4.º Que en este primer periodo de la acción debemos suponer al rey don Jaime en el centro de su ejército y hacia la parte de la Porrassa: primero, porque se le ve ocupado en detener los peones que se retiraban á las naves surtas allí; segundo, porque ignoraba lo que pasaba en el *Coll de la Batalla*, que quedaba á su izquierda; tercero, porque percibió el rumor de los encuentros que allí hubo, cual podía del punto en que le suponemos.

5.º Que de aquí resulta que el conde de Rosellon, don Nuño Sanz, estaba en la izquierda de nuestro ejército hacia Santa Ponza, y en mayor proporción de socorrer á nuestra vanguardia, como el Rey lo encargó con avisos repetidos, aunque no lo hizo, porque ó no pudo ó no quiso hacerlo.

6.º Que esto último es lo mas probable; cosa que no me atreveria á decir si el mismo Rey en su crónica no diese motivo para ello. Los apoyos de este juicio son: primero, el conde don Nuño y el señor de Bearne, antes muy amigos, se enemistaron despues por un motivo algo ligero, pero tan gravemente, que anduvieron en división y guerra abierta, y aunque adhirieron á la paz general que con tanta prudencia amañó el joven don Jaime entre sus ricos hombres antes de esta conquista, todavía el resentimiento de los partidos quedó escondido en el corazón de los partidarios, como se ve por la serie de la historia; segundo, á don Nuño, honrándole como á primo del Rey, propusieron los Moncadas que atacase á la vanguardia enemiga; don Nuño lo rehusó, y volvió sobre ellos el mismo encargo, y aunque el señor de Bearne, continuando en honrarle, atribuyó su excusa al deseo de reservarse para el mayor empeño de la batalla, bien se echa de ver que los ánimos no estaban sinceramente acordes; tercero, luego que el Rey oyó el rumor de los primeros choques de la vanguardia avisó á don Nuño para que acudiese á socorrerla; lo que prueba que era el que estaba mas á mano, y cuando vió que no lo hacía, lejos de suponerle impedido, indica que se detenía á comer, y se manifiesta tan inquieto como disgustado de su tardanza; cuarto, el empeño de las

dos vanguardias no fué de tan poca duración, que no diese lugar al socorro, puesto que los Moncadas desalojaron hasta tres veces á los moros del *Coll de la Batalla*, y solo en el cuarto ataque fueron envueltos y derrotados; quinto, por último, cuando don Nuño se movió, en vez de acudir al lugar en que lidiaban los Moncadas, se vino hacia la costa donde estaba el Rey, pues cuando este se informó de los tres primeros choques que se habia dado, y cuando se apareció el infeliz Guillem de Mediona, herido en ellos, esto es, cuando el empeño se decidía á favor de los moros, estaba ya presente el conde don Nuño. El lector juzgará de él lo que quiera. Yo respeto la piadosa memoria de tan gran caballero; *sed magis amica veritas*.

7.º Que en el periodo que sucedió al de que acabamos de hablar se hallaron ya vencidos los Moncadas en nuestra vanguardia, vencedor el conde de Ampurias de la izquierda del enemigo, y esta rechazada y unida al centro de su ejército. La prueba es que el Rey, aunque desarmado todavía por el afán con que acudió y trabajó para detener su infantería, tomar informes y dar órdenes convenientes al suceso, armado que se hubo con armadura prestada, subió con el conde don Nuño á la Sierra, vió desde ella la infantería de los moros, que ocupaban en gran fuerza su altura, y resolvió ir sobre ella; y aunque le detuvieron por entonces, acudió que hubo la gente de don Nuño, y dado órden por este á Jasperto de Barberan para que atacase con los setenta caballos que le seguían, el Rey con los suyos, que á la sazón llegaron, y el Conde con el resto de su gente fueron en pos y tomaron parte en aquel reñido y general combate, en que fue roto, deshecho y puesto en retirada el enemigo. Es pues claro que este ataque no fué en ninguno de los puntos en que pasaron aquellos empeños, y que uno y otro estaban ya decididos.

8.º Que de esto se infiere que la sierra de que habla el Rey no puede ser otra que la de Bendinat; que el mayor empeño de la batalla se lidió en aquella altura que linda por el oeste con el término de Santa Ponza, y afronta con la costa de la Porrassa, y que allí fué donde, batidos los moros con grande estrago y mortandad, tomaron el partido de retirarse por las lomas que corren á confluir con el término de Burguesa, hacia el norte.

9.º Que esta retirada del ejército sarraceno no fué precipitada, pues que decidida ya la victoria, y resuelto el Rey á marchar á la ciudad, todavía para empeñar á su primo don Nuño en este partido le mostró los moros que estaban desordenados en la montaña, y hablando de Abobía, añadió: *E podesta veer en aquella mola, que vestit es de blanc e estellar ven de la rila*. Lo que prueba que el jefe moro trataba aun de reunir los suyos y detener á los que iban en desórden por aquellas alturas.

10. Que en efecto el joven rey de Aragon, mas animoso que prudente, y sin oír el consejo del caballero Ramon Alemani, bajó al cañon de la ciudad, y empeñado en cortar el paso al enemigo, marchó hacia ella como una milla, y no se detuvo hasta que el obispo de Barcelona le anunció la rota de su vanguardia. Y esto prueba: primero, que las alturas que dominan el camino de la ciudad por la costa estaban ya desamparadas por el enemigo; segundo, que la milla que anduvieron por él los nuestros no se puede contar sino desde el límite oriental de Santa Ponza hacia el este.

11. Que por lo dicho hasta aquí, y por lo que sigue refiriendo el Rey, se determina tambien el lugar en que el obispo de Barcelona le detuvo con la triste nueva de la rota de los Moncadas, pues que enterado que se hubo de ella, y despues de haber llorado la pérdida de tan buenos caballeros, dice él mismo: *E anamas en poc á la serra de Portopí, e vecm Mallarques, e sembrans la pus bella rila que hanc haguesem vista*. Luego el punto en que esto pasó es precisamente aquel en que viniendo de Santa Ponza, se descubre primero la ciudad de Palma, y por consiguiente que fué en el término de Bendinat, cuyas alturas hacia la parte del mediodía eran, como hemos visto, comprendidas bajo el nombre de cerro de Portopí, lo cual se confirma además con otra circunstancia, á saber: que tratando el Rey de hacer alto, y preguntado si tendria agua por allí, supo por el caballero Pelegrin de Trosillo que la habia cerca, y esta agua era sin duda

la de la fuente de las Ermitas, la única que se conoce, y de que se debe todavía por aquellos lugares.

12. Que en este punto y sazón, sintiéndose hambriento el Rey, y diciéndole que hallaría que comer en la tienda de Oliver y Termes, que estaba por allí, se fué á ella, y en ella comió, ó mas bien cenó, pues que dice él mismo que ya lucían las estrellas.

Una antigua tradición asegura que esta comida se hizo en el lugar que hoy ocupa la casa de Bendinat, perteneciente á la ilustre familia de Salas, y que da nombre á todo su gran término; de que ya fuere que esta tradición no se formó, como otras, por el nombre, sino que el nombre salió de aquel hecho y se conservó en la tradición.

13. Que otro suceso de aquel lugar y aquella noche confirma nuestro juicio, pues dice el Rey que después de haber cenado resolvió ir á reconocer y recoger á la luz de antorchas los cadáveres de los malhadados Moneadas, y habiéndolo verificado, y hecho sobre ellos el tan bien merecido duelo, se resolvió á reposar en la misma tienda, lo que prueba que no estaban aun muy distantes del Coll de la Batalla.

14. Que mientras esto pasaba, los moros habían tomado ya el partido de retirarse y dividir su ejército en dos trozos: uno que, atravesando las cordilleras por Santa Eulalia y son Vila, tomó las montañas de Esporlas, Valldemusa y Buñola, á las órdenes del general Infanilla, de quien hace mención la crónica, y otro que se recogió á la ciudad, sin duda por el camino alto de Calvia ó por el de Puig-Puñent, que viene por son Quint, quedando todavía algunos caballeros moros en el llano, como acredita la venturosa negociación y entrega del poderoso Ben-Naxet, á quien el Rey dice que miró como á un ángel.

15. Por último, la confirmación de todo lo dicho es que á la mañana siguiente, resolviendo los nuestros asentar su albergada, se mudaron, dice la crónica, esto es, marcharon y fueron á acampar sobre la acequia, colocando á un lado de ella los aragoneses, y los catalanes al otro, y que permanecieron algunos días tranquilos, aunque muy estrechos, hasta que allí trataron de asentar su real y formalizar el cerco de la ciudad, de que se infiere que de resultados de la batalla los moros abandonaron toda la parte de la isla que está al occidente de ella, pues que tan sin miedo ni embarazo se movieron y acamparon los nuestros á uno y otro lado de la acequia.

He dicho todo esto, no tanto para demostrar que en Bellver y sus cercanías no había en aquel tiempo castillo ni fortaleza alguna, cuanto para provocar á los mas entendidos en una topografía que solo conozco por el mapa, á que ilustren tan importante punto de la historia de Mallorca, pues ciertamente que la descripción de estos combates, del campo asentado á consecuencia de ellos, de su extension y apoyos y reparos de sus líneas, de los ataques y defensas de los sitiadores y sitiados, de las poderosas máquinas que emplearon y admirables obras que hicieron los nuestros, y de los encuentros que sostuvieron, y de los obstáculos y dificultades que superaron, ofrecen muy nueva y curiosa materia, no solo para una memoria histórica, sino tambien para una historia militar de la conquista de Mallorca.

*Est nobis voluisse satis.*

(2) Este es otro de los puntos que no están bien destinados en la historia de Mallorca. Muntaner dice que la isla fué ocupada por los aragoneses en virtud de cierto convenio que secretamente hicieron entre si los dos reyes hermanos, Pedro III de Aragon y Jaime II de Mallorca. El objeto del tratado, segun este grave autor, fué evitar que el Papa, empeñado en derribar del trono al primero, y el rey de Francia, en colocar en él á su hijo, á quien el Papa le concediera, moviesen ó forzasen al segundo á que les diese esta isla, punto importantísimo para facilitar aquel designio. He este empeño dieron noticia á Pedro III sus confidentes, y añade Muntaner que le fomentaban tambien los *comunes*, esto es, las repúblicas de Italia, que envidiosas del comercio de Cataluña y del rápido engrandecimiento de Mallorca, querian mas ver este reino unido á la Francia que feudatario de Aragon. Para forzar al rey de Mallorca á la cesion proyectada, el de Francia tenia como en rehén á sus dos hijos mayores, Jaime y Sancho, y ocupaba con las armas sus estados de allende el Pirineo. Ni el de Aragon se habia descuidado tampoco en tener prendas no menos seguras; á cuyo fin apoderándose de la reina de Mallorca, de otros tres hijos y una hija, y de muchos bienes y dinero de su hermano, los tenia á buen recaudo en el castillo de Torrella de Mangrí, como refiere Asclot. Tal era el estado de las cosas. Ahora bien, ¿quién será el que considerando

la estrecha situacion de nuestro don Jaime entre tan poderosos contendientes, no prefiera la relacion de Muntaner, autor coetáneo y sincero, á lo que dice Asclot y tan ciegamente siguieron Zurita y Hameto? Y ¿quien, pensando maduramente de una parte las razones de inclinacion e interés, y aun las de obligacion y decoro que tanta este tan justo y prudente príncipe, y de otra los horrores y estragos que á guisa de conquistadores y enemigos hicieron los franceses en sus tierras, no le creará mas inclinado al partido de Aragon? Y ¿quién no tendrá por mas probable su confianza en la secreta, aunque peligrosa, propuesta de su hermano que en la insidiosa liga que se le achaca con el rey francés?

Es verdad que don Alonso III de Aragon retuvo el dominio de la isla de Mallorca, y la gobernó como soberano durante su vida. Es verdad que Jaime II, su hermano y sucesor, la poseyó y retuvo tambien, hasta que en virtud de la concordia que refiere Hameto á la página 419, la restituyó á nuestro don Jaime. Pero esto ¿qué prueba, sino que la ambicion es tan perezosa para soltar como lista para recibir, y mas cuando tiene á mano pretextos especiosos de que valerse para retener?

Mas para mí ninguna cosa confirma mejor la relacion de Muntaner que la facilidad con que los mallorquines se rindieron sin resistencia alguna al rey de Aragon, que segun el, solo trajo consigo quinientos caballeros. Y digo sin resistencia, porque lo que se cuenta de los defensores del castillo de Alaró, aunque tragado y tenazmente sostenido por los cronistas Dameto y Serra, mas merece ser puesto en cuenta que en cuenta por la buena critica.

En efecto, si se considera el entusiasmo de los mallorquines por la reciente memoria de su ilustre conquistador, el amor que habían adquirido á don Jaime mientras que á su nombre los gobernó con tanto acierto y dulzura; la opinion que necesariamente tenían del noble y generoso carácter, y del celo y amor público de este príncipe, á quien con tanto placer habían coronado y jurado pocos años antes; y sobre todo, si se reflexiona cuánto mas lisonjero era para estos valientes isleños vivir bajo de un rey propio y en un reino independiente, aunque pequeño, que formar una provincia subalterna del gran reino de Aragon, ¿quién será el que no crea que la facilidad con que se dieron á Alfonso III no fué un efecto de infidelidad ni cobardía, sino una condescendencia á las órdenes secretas que truían de su soberano?

Con todo, como este punto anda muy embrollado en las historias de Mallorca, no quiero perder la ocasion que me ofrece para dar á usted noticia de dos notables privilegios, que no han sido publicados hasta ahora por ningún escritor, que yo sepa, y que servirán para ilustrarle. El primero es de Alfonso III de Aragon, y en él, á ruego de sus vasallos de Mallorca, les confirma sus buenos usos, fueros y costumbres, y les concede otros de nuevo, y jura su observancia, junto con sus barones, sobre los santos Evangelios. La data y distinciones de este privilegio suenan así:

*Assí fone fet la següent jorn a l'entrada de Jenner en l'any de MCLXXXV. Se'ñal den Amphas per la G. de D. Rey d'Arago, de Mallorcen, etc., qui las demunt ditas coses loham, é lohar, é fermar, é jurar ho manan per los nobles de noll escrits, dels quals los senhols e firmants avall sun posats.—Se'ñal den P. Moneada. S. den Blasco d'Alago, S. den Roger de Lloriana, S. den P. Garces Not. S. de Lams d'Antilo, S. den P. Gesse, S. den Esbert de Mediona, S. den Blasen Eximius de Aierbo, S. den Curcas, Sor. de Rabollet (y despues de varios testigos), se'ñal den P. Marques, Notari del demunt dil señor Rey, etc.*

Fecha el día siguiente, á la entrada de enero de 1285. Señal de Alfonso, por la gracia de Dios, rey de Aragon, de Mallorca, etc., que lo arriba dicho loamos y mandamos loar y confirmar por los nobles infrascritos, cuyos signos y confirmaciones se ponen abajo. Lo demás como al márgen.

El otro privilegio es mas señalado todavía, pues que segun las firmas, parece otorgado en solemnes cortes por don Jaime II de Aragon. En la copia que tengo á la vista se encabeza así: *Sapient tui com nns en Jaume, Rey d'Arago, etc.* Y la data dice: *Fet en Santa Maria de Mallorques nls 6 idus d'agost 1291.* Contiene la confirmacion de los fueros y privilegios concedidos á Mallorca por sus predecesores, y está firmado y confirmado bajo de esta cláusula general: *Se'ñal dels nobles caballers, é ciutadans aci lloans.* Siguen confirmando: primero, bajo el título de nobles quince señores, que parecen ricos-hombres de Aragon y Cataluña; segundo, Gali Martinez, procurador de la caballería de Valencia; tercero, Arnau Zafont y Tomas Vinió Vines, procuradores de Valencia; cuarto, Pere Ricart, Ramon Melium, Bonafanat de Vall Hebrera, procurador de Lérida; quinto, Berenguell Mallort y Tomás Groni, procura-



dores de Barcelona; sexto, con el nombre de caballeros otros trece, uno de los cuales es Ramon Adarro, *cabiscol de Mallorques*; y acaba: *Foren testimonis del dit acte que relé; Guillerm de Solanes, Notari y Escriba del Señor Rey.*

De estos privilegios he visto dos copias en los manuscritos del capuchino fray Cayetano de Mallorca. La del primero, que está duplicada y de distinta letra, es íntegra y cita al márgen: *Del libre de Sant Pere, de cartys 157*. El segundo está solo en extracto, es de letra del cronista don Jerónimo Alemany, y dice al márgen: *Libre de Sant Pere, pliegos 115*. Por donde se ve que uno y otro son copiados del archivo real de Mallorca, y por consiguiente auténticos. Puédese sospechar que está errada en una y otra copia la data del primero de estos privilegios, y que debe decir 1286; mas si no lo estuviere servirá para probar: primero, que Pedro III de Aragón no murió en noviembre de 1285, sino de 1284; segundo, que Mallorca fué entrada por los aragoneses en este año, y no en el anterior; tercero, que ó se engañan los historiadores en decir que Alfonso III volvió al continente en enero de 1286, ó este príncipe se mantuvo en Mallorca todo el año de 1285.

Pero sea lo que fuere de estas datas, de uno y otro privilegio se deduce: primero, que pues Alfonso III y Jaime II de Aragón fueron pacíficamente reconocidos y jurados por los mallorquines, y dominaron sin contradicción en esta isla por tiempo de trece años, no hay razón para que no se los incluya en el catálogo de los reyes de Mallorca; segundo, que el título de rey de Mallorca que tomó desde luego Alfonso III, fué el que le dió pretexto para tomar el de rey de Aragón, y motivó á sus estados para enviarle la embajada de que habla Jerónimo Blancas en sus *Coronaciones*, reconstituyendo de que era contra las costumbres del reino, por no estar jurado en él; puesto que la disculpa dada á los embajadores fué que debiendo tomar el título de rey de Mallorca, ni le convenía el de infante de Aragón, ni tampoco anteponer ni posponer este título al de rey; tercero, que no fué solo Alfonso III el que tomó el título de rey de Aragón antes de ser jurado por aquel reino, puesto que el segundo privilegio prueba que Jaime II hizo lo mismo que su hermano; cuarto, que este rey no vino directamente desde Sicilia á Barcelona, sino á Mallorca, donde fué personalmente reconocido y jurado, y se tituló rey de Aragón antes de pasar al continente; quinto, que de esta circunstancia se infiere, ó que desde aquí convocó á los ricos-hombres, caballeros y procuradores de las ciudades de sus reinos para solemnizar su jura en Mallorca, ó bien que los que confirmaban el privilegio que expidió en Mallorca eran los representantes de su reino, que pasaron á reconocerle en Sicilia, y de cuya asistencia se sirvió para el mismo fin; y por consiguiente, que todos estos consintieron que se titulase rey de Aragón antes de tocar en su reino.

Lo que conduce mas á nuestro propósito es que con motivo de esta ocupación estuvo Jaime II de Mallorca privado del dominio de la isla por tiempo de trece años; pues aunque la concordia se empezó á tratar por el Papa en 1235, Dameto, siguiendo á Zurita, asegura que no se concluyó ni se le restituyó en sus estados hasta 1298, ni yo hallo memoria que acredite haber residido en Mallorca antes de 1500. Y como tampoco la hallé de haber estado aquí después de 1279, puedo colegir que este buen rey no fué visto en Mallorca en el largo espacio de veinte y un años. Y ciertamente que lo que hizo en los siguientes basta para conocer cuánto perdió en tan larga ausencia esta isla, levantada á tanto esplendor en el último tercio de su reinado.

(5) Habiendo fallecido después de escrito este apéndice el hábil y aplicado escultor don Francisco Tomás, no espero averiguar cosa de provecho sobre el modo de hacer y dar barniz á la piedra. Últimamente me han asegurado que se barniza todavía en Mahon dándole con aceite de linaza hirviendo; pero que habiéndose probado lo mismo aquí, no surtió el efecto que se esperaba; prueba de que le preparan con algunos ingredientes que ignoramos todavía, si ya no es con lo que aquí llaman ceba ó cebolla marina, que tampoco estoy cierto si es la albarrana.

(1) Parecería increíble este hecho, si no se apoyase en el testimonio de autores coetáneos y del mayor crédito, Estrabon y Plinio. No tengo á la mano la obra del primero; pero el segundo, que aunque mas moderno, es en el asunto de mas grave autoridad, en el cap. 55 del lib. vii de su historia dice así, según la edición de Bernolao Barbaro:

«Hay además (habla de las liebres) los que llaman en España conejos, que son de prodigiosa fecundidad, y suelen ser causa de hambres en las islas Baleares, destruyendo sus mieses... Lo cierto es que los moradores de estas islas pidieron socorro militar á Au-

gusto para evitar su multiplicación. Por eso estiman tanto los honores para cazarlos. Métenlos en sus madrigueras, que son subterráneas y tienen muchas salidas (y por eso les dieron el nombre de *cuniculos*), y haciéndolos salir afuera, los atrapan.»

*Sunt et quos Hispania cuniculos appellat, fecunditatis innumerae, fumenque Balcariis insulis, populatis messibus, afferentes... Certum est balcaricos adversus proventum eorum auxilium militare à Divo Augusto petisse. Magna propter venatum eorum vicereis gratia est. Immergant eos in specus, qui sunt multiformes in terris (unde est nomen animalis), atque ejectos supernè capiunt.*

El lugar de Estrabon no es menos expresivo, y otros relativos al mismo objeto pueden verse en Dameto, lib. 1, pág. 140 de su historia.

(5) Presumo ahora que este Francisco Campredoni era escultor, y que con ocasion de venir á hacer la estatua de bronce que corona la torre del Angel, hubo de establecerse en Mallorca. Nace mi conjetura de haber descubierto que en 1550 vivia en Mallorca un escultor del mismo apellido, trabajando en las obras de la Seu, en cuyos libros de fábrica, al folio 57 de la cuenta de aquel año, se menciona un A. Campredó, imaginario, esto es, Antonio Campredó ó Campredoni (que equivale á Campo-redondo), imaginero ó escultor. En la abreviatura del nombre no cabe duda. La interpretación del apellido es conforme á la ortografía y pronunciación del país. Habiendo pues pasado solo veinte años desde que el escultor perpignanés vino, llamado del rey don Jaime, para trabajar en la Almudaina, y no hallándose antes este apellido en la isla, ¿por qué no presumiremos que se quedó en ella, y fué el padre y maestro del que trabajó en la Seu en 1550?

(6) Como de la venida de don Juan I de Aragón á Mallorca hable con poca exactitud don Vicente Mut, y la relación del notario Mateo Salect, aunque mas completa, deje todavía que desear acerca de ella, haré aquí algunas observaciones, que no serán desagradables á los que entiendan la historia de este país: primera, que aunque he colocado esta venida en 1594, siguiendo la copia del diario de Salect, que hallé entre manuscritos de fray Cayetano de Mallorca, tengo ya por cierto que en el original se refiere en 1595, en que realmente sucedió. Sospecho que el padre Mallorca la antepuso, engañado por la autoridad de Mut, el cual, no solo la refiere en 1594, sino que pone en el de 95 la muerte del Rey, verificada el año siguiente á su venida; pero el padre Mallorca no advirtió que don Vicente Mut corrigió este descuido, porque habiendo descubierto, impresa ya su historia, un privilegio del mismo Rey, expedido en abril de 1599, con la expresion de ser el décimo de su reinado, advirtió su equivocación en la fe de erratas, como se puede ver á la línea veinte; segunda, que en efecto la muerte del rey don Juan sucedió en el tiempo y de la manera que con su acostumbrada individualidad expresa Estéban de Garibay, á quien pudieron muy bien haber consultado Mut y Mallorca. «Venido (dice) á Castillon, murió repentinamente, andando á montería de lobos en el bosque de Torá, unos dicen á caballo, otros á mula, otros que cayendo quebró la cerviz, de que habiendo nueve años y tres meses y trece dias que reinaba, falleció el día 18 de mayo, día jueves del año 1595.» De aquí es que pues vino á Mallorca el año anterior á su muerte, los hechos que habemos referido pasaron en el verano de 1595; tercera, que los ciento cuatro mil florines de oro, en que se ajustó la composición, eran de moneda mallorquina, pues que se halla una pragmática del mismo rey don Juan, del año 1590, en que permite á Mallorca que acuñe esta moneda de florines. Vió su original don Guillermo Terrasa en el archivo de esta ciudad (lib. de S. Pere, fol. 72), y según los diarios de Salect, se labró con efecto en la casa del maestro Escoto, se promulgó solemnemente en 18 de diciembre del mismo año de 1590, y se declaró ser su valor de quince sueldos cada florin. Por consiguiente, los ciento cuatro mil florines harían un millon quinientos sesenta mil sueldos, equivalentes á setenta y ocho mil libras mallorquinas, ó á diez millones cuarenta mil reales vellón. El mismo doctor Terrasa advierte que no se hallaba ya aquí una de estas monedas, y por lo mismo, no sin razón, sospecha que la arrebañaron toda los aragoneses en aquella triste ocasion; cuarta, que aunque esta contribucion, que agregada á los cinco millones de sueldos que dice Mut se gastaron en fiestas, forma una suma de ciento tres mil libras, parece enorme para aquellos tiempos, todavía se debe agregar á ella lo que pagó el estado eclesiástico por una concordia del mismo tiempo, y de que daré aquí razon, porque conduce á ilustrar los hechos enlazados con las memorias de Bellver. Debe advertirse pues que mientras la corte se holgaba en los salones de este castillo, y sus ministros seguian en Palma con gran calor

sus procedimientos criminales, se publicó de repente en la misma ciudad un real decreto mandando que todas las personas ó cuerpos eclesiásticos que poseyesen bienes ó censos sujetos al derecho real de amortización, presenten sus títulos dentro de diez días ante Jaime García, so pena de ocupación de temporalidades. Pasado el plazo, se mandó por otro edicto real, bajo la pena de quinientos maravedís de oro y pérdida de bienes, que nadie fuese osado de pagar á las personas ó cuerpos eclesiásticos ningún censo ó derecho por cualquiera título que se les debiese, sin exceptuar los bienes de alodio episcopal. Y para asegurar mas bien el cumplimiento, se procedió á rerrar y sellar á mano real la curia de la porción temporal. Y de paso he aquí lo que explica algunas oscuras expresiones de los diarios de Salcet. Era entonces obispo de Mallorca don Luis de Prades, pariente muy cercano del Rey, el cual, á su nombre y del estado eclesiástico, representó contra estos procedimientos, pidió que alzase el secuestro, y ofreció estar á derecho. Yo tengo para mí que la corte trataba solo de hacer dinero, y que con dineros compuso este negocio, aunque confieso que los apuntamientos del doctor Terrasa, de donde he sacado esta noticia, nada dicen sobre los medios de la composición; pero ello es que se hizo tan de prisa y se anduvo en ella tan á carrera, que el Rey la firmó estando ya en Portopí y en el punto mismo de poner el pie en su galera, según se colige de la fecha de la concordia, combinada con los diarios de Salcet.

(7) Entre los papeles que he descubierto para formar el presente apéndice, hay un inventario de los efectos de esta capilla, que no merece citarse sino para advertir la diferencia del tiempo en que se hizo y el presente. Entonces, con ser tan caros los manuscritos y tan raros los metales preciosos, había en ella siete misales de pergamino con tablas cubiertas de talleite verde, y además siete pequeños cálices de plata sobredorada. Hoy no hay mas que un misal roto y desencadenado, y un solo cálix. El inventario de que hablo se hizo á la entrada de Nido de Onís, y por consiguiente en 1584.

(8) No quiero omitir aquí una curiosa memoria, relativa á este príncipe desgraciado, en crédito de que, con otras excelentes prendas, tuvo la de grande alicion á las letras. Existe en los archivos del cabildo una escritura, que otorgó ante el notario Pedro Lidra, y firmó ante el altar mayor de la Sen el día 25 de marzo de 1460, á la hora de vísperas. En ella confiesa el príncipe don Carlos haber recibido en empréstito del cabildo de Mallorca, en sede vacante, un ejemplar de la *Suma de Santo Tomas*, expresando menudamente sus partes; cuyo precioso manuscrito había llegado á esta iglesia el anterior obispo don fray Juan García, dominicano y confesor que fuera de Alfonso V de Aragón. Obligase el Príncipe á restituir dentro de un año aquel libro, ó en su defecto, á pagar al cabildo ciento veinte florines de oro de Aragón. Como este manuscrito no existe aquí, es de creer que las persecuciones y muerte del Príncipe dieron ocasión á su extravío.

Por los apuntamientos del notario Francisco Milia consta que el príncipe don Carlos de Navarra arribó á Mallorca con cuatro galeras el martes 21 de agosto de 1459, que desembarcó cerca de la Lonja, en un puente de madera que se levantó sobre el mar, y fue recibido bajo un palio damasquino; que las calles se colgaron y el suelo se cubrió de arrayanes, y que el clero y el cabildo, en procesión, le salieron al encuentro y le acompañaron hasta la Sen. Residió en Mallorca cosa de siete meses; pues de un calen-

dario antiguo que se halla en el archivo del Real Patrimonio consta que partió para Cataluña, con cinco naves y una galera, en el 25 de marzo de 1460. He apuntado estas noticias para que sirvan de suplemento á las que andan publicadas en la historia de este príncipe.

(9) De un sínodo celebrado por el señor obispo don Ponçe Jar din en 1298, consta que la renta de cada canónigo era de cincuenta libras de Valencia, pues que establece que si aquella moneda dejase de correr, se les den en su lugar cuarenta y dos libras mallorqueses, otra moneda usada aquí, de que hay frecuente memoria en los instrumentos del tiempo próximo á la conquista, de la cual no se tiene hoy conocimiento, y sobre que dire á usted algo en el apéndice de la Lonja. En otro sínodo celebrado por el señor obispo don Guillermo Vilanova en 1515, sube ya la renta de las canonjías á sesenta libras, moneda mallorquina, esto es, de la que acuñó Jaime II en 1500. De aquí infiero yo que la dotación de la capellanía de Bellver en cincuenta libras de la misma moneda, hecha, como tengo por cierto, en 1510, andaba, poco mas ó menos, á la par con la renta de un canónigo, que hoy, despues de tantas deducciones como se hacen de ella, se regula todavia en Mallorca en dos mil libras libres.

(10) Uno de los caballeros que murieron á mano de estos feroces comuneros fué N. Albertin, hermano del sábio don Arnaldo, canónigo y dean de esta iglesia, inquisidor de Mallorca y Valencia, y electo obispo de Patti, en Sicilia. Son dignas de copiarse las palabras con que este docto mallorquin recuerda aquel triste suceso en una epístola, dirigida á su sobrino Bernardo Albertin, que se halla al frente de un tratado *De hereticis*, publicado en Valencia en 1554. *Habes, le dice, in nostra tuaque familia jurisprudentia, doctores praestantes, quos admirari, imitarique potes, et gentioris tui celum, qui pro Caesare rege nostro, ac patriae protectione, gladius occubuit; quos divina, humanaque ultio eripuit. Eorum causa alii praesidis jussu dilamioti; alii vero manibus infidelium cessi, truncatique sunt. Caeteros, denum, mare obsorbuit, ut privatae vindictae locus non concedatur.*

(11) La muerte de estos hermanos Pax consta mas determinadamente de los curiosos extractos que hizo el donado Ramon Calafat, de quien hablaré á usted mas oportunamente en otro lugar. De los libros de sepulturas de San Francisco, al fol. 56 de dicho libro, se halla la partida siguiente: *Als 50 de decembre 1598 enterren en lo ras de Pax la señora Juana de Pax, donzella; y mas adelante: Als 28 setembre 1600 depositaren en la capella de santa Julian, propria de Vivots, lo illustre señor Pera de Pax, procurador real, y estigné en deposit fins que la mena capella de Pax se orabá de fer.*

(12) Cuando me propuse recoger algunas memorias de esta fortaleza, ya se echó de ver que contaba con hallar en ella, si no un rico archivo, á lo menos algunos papeles conservados por sus gobernadores, como títulos de sus derechos y prerogativas. Pero tardé poco en descubrir que toda su diplomacia se reduce á una copia simple de la orden que va citada en el texto, mirada y guardada por ellos, como por los príncipes de Alemania la famosa bula de oro, rota y cancelada en nuestros dias; y á fe que en esto han sabido entenderla, porque la tal carta, ya que no de título, ha servido de cobertura para la horrible devastacion que peca á poco y mucho á mucho fueron haciendo de este dominio real.



## APÉNDICE SEGUNDO.

### MEMORIA SOBRE LAS FÁBRICAS DE LOS CONVENTOS DE SANTO DOMINGO Y SAN FRANCISCO, DE PALMA.

MI QUERIDO AMIGO : Aunque tengo ya en mi poder cuantas noticias pudieron recogerse sobre la fábrica de esta catedral , y aunque he empezado á ordenarlas en una memoria , quiero anticipar á ellas las que tenia anteriormente extendidas para el último de mis apéndices , y quedar del todo desembarazado para continuar un escrito que pide mayor prolijidad y detenimiento.

Las que envío ahora se refieren á los monasterios de Santo Domingo y San Francisco , las cuales no entraron en el primer objeto de mis investigaciones ; pero habiéndome venido casualmente á las manos algunos apuntamientos acerca de ellas , me pusieron en el empeño de completarlas , y al cabo lo hice hasta donde pude y usted verá en este escrito.

Hele dividido en dos partes , como pedia su doble objeto. En la primera hallará usted las notas que tocan al convento de Santo Domingo , y las que al de San Francisco , en la segunda. Acaso ni unas ni otras satisfarán la curiosidad de usted , como no satisfacen la mía ; pero ¿ qué harémos , cuando los mas interesados en recogerlas se contentan con menos de lo que alcanzamos nosotros ? Paciencia , y voy á ellas.

Entre los grandes edificios que al arribar al puerto de Palma se descubren á espaldas del coloso de la catedral , llaman principalmente la atencion y la vista , por su situacion y su bulto , los conventos de Santo Domingo y San Francisco. Su forma exterior nada presenta de regular ni de bello , y aunque el interior de sus templos sea noble y digno de la arquitectura del tiempo en que se levantaron , no hay en ellos cosa de que no se pueda formar idea por otros edificios de la misma edad y gusto. Por esto , sin detenerme en describirlos menudamente , diré solo lo que baste para servir á la historia de la arquitectura y satisfacer la curiosidad de su cronista.

Si hemos de creer á los historiadores de la orden de Santo Domingo , su convento es el mas antiguo de Palma , pues que le hacen nacer en los primeros dias de la conquista. La devocion del conquistador á esta orden , recién fundada , es tan constante en la historia , como el aprecio que hizo de sus frailes , á quienes , no solo fió la direccion de su conciencia , sino que los solia llevar consigo en sus expediciones militares , y en ellas valerse de su auxilio y consejo. A la de Mallorca le acompañó fray Miguel Fabra , su confesor , y á este fray Berenguel de Castalbibal , que lo fué despues , y ambos contribuyeron no poco con su predicacion á animar los trabajos del cerco de la ciudad ,

como testifica el mismo Rey en su crónica. Al padre Fabra dió además el honroso encargo de entrar el primero en la ciudad , luego de rendida , con algunos caballeros , para ocupar la ciudadela , llamada Almudaina , y poner á buen recaudo los tesoros del rey vencido.

Añade á esto Dameto , tomándolo de la crónica ó memorias manuscritas de este convento , que en el dia siguiente al de la entrada del Rey en la ciudad , el mismo padre Fabra erigió , con su acuerdo , un pequeño oratorio ó capilla , con advocacion de Nuestra Señora de la Victoria , donde los obispos conquistadores celebraron el santo sacrificio , y en el dia despues las exequias de los ilustres caballeros que murieron en la faccion de la Porrassa. Tal supone que fué el origen de este convento. El padre Francisco Diago , sin referir estas menudencias ni citar ninguna autoridad , coincide en la misma opinion , pues supone fundado el convento por el padre Fabra , y fija su principio entre enero de 1230 y octubre del mismo año , en que aquel religioso dejó la isla para seguir al Rey en sus expediciones.

Con todo , muchas razones me hacen dudar de estos hechos : primera , la confusion en que se halló la ciudad , entrada desde luego á saco por los soldados durante los primeros ocho dias , y con tal desenfreno , que el mismo Rey cuenta que algun dia se vió desamparado de todos sus domésticos , sin tener qué comer , si no le hubiese convidado á su mesa un caballero aragonés , llamado D.... Ladron. Segunda , que tantos eran los cadáveres que cubrian , tanta la sangre que inundaba las calles y plazas de la ciudad , que el primer cuidado del Rey , prelados y caballeros fué librarla de aquella infeccion , sacando al campo y quemando indistintamente los cadáveres. Tercera , que habiéndose erigido el primer dia de entrada en la ciudad el altar de San Miguel , y celebrándose en él la primera misa , no es verosimil que en medio de tanta confusion se erigiese otro al siguiente dia , ni que el Rey y señores se ocupasen en actos , que aunque piadosos , pedian mucha quietud y vagar. Cuarta , que fray Miguel Fabra menos podia atender á ellos , cuando tenia á su cargo la custodia del tesoro de la Almudaina , el cual , en aquel desorden y baraunda , corrió tanto peligro , que se hubo de trasladar , luego que se pudo , al castillo del Temple para mayor seguridad. Quinta , que el sitio en que estuvo la antigua capilla de la Victoria no fué donado á los dominicos hasta dos años despues , y que en la donacion no se mienta tal capilla. Sexta , que

fray Pedro Marsilio, dominicano, que estuvo en Mallorca, donde trató á algunos de los que asistieron á la conquista, y que trasladando al latín la crónica del Rey, añadió á ella cuantas acciones piadosas llegaron á su noticia, y sobre todo las que eran favorables y en honor de los frailes predicadores, nada dice de tal capilla, de tales sucesos ni de tal origen de este convento.

Dicho esto, que importa mas para historia que para nuestro asunto, vamos á lo que consta de mas cierto, y es que el rey don Jaime, por privilegio de 21 de mayo de 1231 donó á la Madre de Dios, á santo Domingo y á la orden de predicadores, en la plaza mayor de la Almudaina, el terreno que de una parte miraba á la ancha calle de Benazet, y de otra á la misma Almudaina, y cuyo ángulo afrontaba con las torres del real palacio. Y dice expresamente el instrumento que se concedía aquel terreno *ad construendum et aedificandum monasterium, et ecclesiam dicti ordinis Praedicatorum*. Hé aquí pues el verdadero origen de esta fundación.

Ayudaron despues ámpliamente á dotarla y enriquecerla el infante don Pedro de Portugal, siendo ya señor de la isla, por privilegio que otorgó en Mallorca á 8 de abril de 1236, y el conde de Rosellon, don Nuño Sanz, por otro, cuya fecha no consta, pero que fué confirmado por el conquistador en Barcelona á 19 de mayo de 1254. Y como en la donacion del infante sueñen ya casa ó convento, y prior y frailes residentes en él, no se puede dudar que el primer convento se empezó á edificar entre los años 1234 y 1236. La obra continuaba en 1256, como resulta de un testamento otorgado por Bernardo Félix á 21 de julio de aquel año (1), que entre las limosnas que dejó para varios edificios piadosos que se levantaban en Palma, fué una de cinco sueldos para la mesa de Santo Domingo, que así se llamaba entonces el lugar do se recogian estas limosnas.

No sé yo si esto se entenderá de la obra que hoy vemos, pues su principio no consta con bastante claridad. Consta, sí, que su actual iglesia empezó muchos años despues, y que su autor la tenia tambien á su cargo. Juzgará usted si era regular que se empezase á trabajar antes en las habitaciones que en ella; yo juzgo que á la par.

La crónica manuscrita del convento y el padre Diago y Dameto asientan que la primera piedra de esta iglesia fué colocada en 17 de diciembre de 1296, y la última en 1359 (2). Es edificio de una sola nave, apoyada en altísimas columnas de escaso diámetro. Estas columnas suben arrimadas al muro, y cortando una estrecha faja ó cornisa, que corre por lo alto de él, se levantan todavía á recibir en sus capiteles ó impostas las fajas que se cruzan para sostener la altísima bóveda. En los intercolumnios están los grandes arcos que dan entrada á las capillas que hay á una y otra parte. La mayor, ó presbiterio, forma un semicírculo, y es obra de gran majestad y osadía, por la mucha altura y bella forma de su bóveda. De todo podrá usted formar mejor idea por las medidas que traen la crónica citada, y Dameto y Diago, que por no estar de acuerdo entre sí copiaré según las hallo. Hélas aquí:

|              | Crónica. | Dameto. | Diago. |
|--------------|----------|---------|--------|
| Largo. . . . | 281.     | id.     | 279.   |
| Ancho. . . . | 158.     | 92.     | 159.   |
| Alto. . . .  | 152.     | id.     | 198.   |

La crónica y Dameto dan al frontispicio ciento cincuenta y ocho palmos de ancho, sobre ciento setenta y ocho de alto, lo que advierto para que se conozca que ambos se equivocaron en algunas medidas de la iglesia.

En esta obra y la del actual convento trabajaba un insigne arquitecto, entrado ya el siglo xiv, sin que me atreva yo á asegurar que él solo la empezó y acabó, puesto que entre el principio y fin de la iglesia mediaron sesenta y tres años. Lo que consta es que en una y otra obra trabajaba por aquel tiempo Jacobo ó Jaime Fabra, vecino de Mallorca, segun una escritura que otorgó en 1317, en que se cita otra anterior, y se supone ya trabajada mucha parte de las obras puestas á su cargo. Por lo cual el autor de la Crónica le nombra como al único autor de la iglesia.

En la citada escritura se refiere que hallándose Jaime Fabra dirigiendo las obras de este convento en 1317, y teniendo que pasar á Barcelona, adonde el rey de Aragon y el obispo de aquella ciudad le llamaron, los frailes de Santo Domingo exigieron que antes de partir se obligase á volver para continuarlas y concluiras. Con este motivo en 6 de junio de aquel año se otorgó la escritura que va indicada, en la cual los contratantes se refieren á otra antes otorgada con el prior fray Arnaldo Burguet, sin expresar su fecha. Se halla en las memorias del convento que este padre Burguet fué prior en él por los años 1313 y 14, y en este, segun Diago, fué nombrado provincial de Aragon por el capitulo general de Lérida, bien que consta por otra parte que en el año de 1307 se hallaba ya en Mallorca enseñando la lengua arábiga, como es de ver en la crónica del dicho padre Diago.

Como quiera que sea, en la escritura de 1317 se obliga Jaime Fabra al superior fray Pedro Alegre y á los religiosos de Santo Domingo de Mallorca á que cada y cuando fuere por ellos requerido, volverá desde Barcelona, adonde va para hacer ó dirigir ciertas obras, á ruego del muy alto y señor rey de Aragon y del venerable obispo de aquella ciudad, abandonando cualesquiera otros encargos ó negocios en que se hallare ocupado, salvo legitimo impedimento, y que entonces continuará y concluirá todas las obras del convento que tenia estipuladas con el venerable fray Arnaldo Burguet, antes prior, todo bajo la pena de cincuenta libras de reales menudos de Mallorca, y de fianza que por él dió y otorgó Maimó Peris, vecino de esta ciudad, obligándose de mancomun con Fabra al cumplimiento del contrato. Pasó esta escritura ante Jaime Rausin, y de ella dió testimonio el notario Pedro de Cardona en 16 de febrero de 1318, como usted verá en una copia al fin de este apéndice.

El cronista del convento, viendo que en la escritura se obligan de mancomun Fabra y Peris, tuvo á entrambos por arquitectos, y supone que el segundo ayudó al primero en las obras; pero la simple vista de las cláusulas de la escritura descubre su equivocacion, y hace ver que Maimó no intervino en ella con otra



personalidad que la de fador de Fabra. De este Maimó Peris, que debía ser hombre acandalado, hallará usted memoria en el padre Pascual, á la pág. 161 de su disertacion sobre la aguja náutica.

Otra equivocacion del cronista es asegar que la escritura de contrata se otorgó en Barcelona y firmó á presencia del Rey y del Obispo; cosa que no conviene al instrumento de que hablamos, aunque pudo verificarse en el otorgado con el prior Burguet, que no le podido adquirir.

Pero dejemos por un rato la obra de Santo Domingo de Palma para seguir á Fabra, y tratar de las que le esperaban en Barcelona, que sin duda eran de mucha consideracion, cuando para ellas le llamaban no menos que el Rey y el obispo de allí.

Empeñado yo en esta indagacion, logré descubrir una noticia, en que acaso usted y yo nos habrémos dado de hocicos. Redúcese á que algunos años despues del tiempo de que habemos hablado, Jaime Fabra se hallaba en Barcelona dirigiendo las obras de aquella catedral, pues que en calidad de arquitecto asistió en 1339 á la traslacion de las reliquias de la virgen y mártir santa Eulalia, barcelonesa, y á su colocacion en una preciosa urna, que para ella se habia fabricado. De la belleza de esta urna y de sus ricas entalladuras y ornatos hace alguna indicacion el cronista Diago, por lo cual es de creer que Fabra la hubiese ejecutado, y que para esta obra le hubiesen llamado á Barcelona el Rey y el Obispo; que pues se le nombra como arquitecto en el acta de traslacion de las reliquias, no es creible que debiese á otro titulo tan distinguida memoria. Hállase esta noticia en la *España sagrada* del M. Florez, y como supongo que usted la habrá leído allí, he aquí por qué le digo que nos habrémos encontrado en ella.

Pero ¿qué seria si por medio de ella hubiésemos dado con el autor de la insigne catedral de Barcelona? Yo tengo para mí que lo fué Jaime Fabra, por lo menos en la mayor parte. Fúndome en que esta iglesia se empezó á fabricar en 1299 bajo los auspicios de don Jaime II de Aragon (3). Pocos años despues vemos á Fabra en Mallorca, trabajando en la insigne obra de Santo Domingo, que empezara en 1296. Vémosle luego llamado á Barcelona por el Rey y el Obispo, y en 1317, para obras importantes que se hacian allí, y sin duda en la iglesia catedral, pues que le llamaban su fundador y su prelado. Vémosle, en fin, asistir en 1339 á la traslacion de las reliquias de la santa Patrona, como arquitecto de la iglesia. ¿Y no creerémos que lo habia sido desde su principio? Yo conjeturo, segun mi costumbre; la decision sea de usted.

Volviendo ahora á Santo Domingo de Palma, la obra de su iglesia, que segun la expresion del cronista del convento, es una de las mas acabadas de España, pareció tan alta y atrevida, que dió ocasion á una de aquellas tradiciones vulgares, que tan fácilmente traga la ignorancia en cosas que están fuera de sus alcances. No la callaré por condescendencia con el escritor, que refiriéndose á antiguas memorias del convento, dice estar notado en ellas que puesta ya la clave del arco toral, en que, segun él, descansan otros ocho muy delgados,

y temiendo el maestro que quitados los andamios se viniese la obra á tierra, partió para Barcelona, dejando aquel encargo y peligro á uno de sus esclavos, con promesa de la libertad si la obra se mantuviese, como mantuvo y mantiene. Esto dice; por mí, *plura transcribo quam credo*.

Aunque se dice arriba que la obra de la iglesia quedó concluida en 1359, no lo entienda usted al pié de la letra, porque consta que hay en ella obras ejecutadas despues. No lo entienda, primero en cuanto á su pavimento, que aun no estaba concluido en 1362, como resulta del testamento del célebre cardenal Nicolás Rosell, hijo de esta ciudad y de este convento. Otorgóle en Perpiñan á 12 de marzo de aquel año, y en él, entre otros legados, dejó cierta suma para este objeto; *sin lo cual*, dice el cronista Diago, *dejó al convento de Mallorca con que aderezar el suelo de su iglesia*.

Enfermo ya este cardenal, volvió á morir en su patria, donde fué enterrado, sin que yo pueda asegurar si descansan en ella sus cenizas, porque hallo en este punto muy ambiguas las noticias del padre Diago. *Dejó* (dice, tratando del testamento) *su cuerpo en Santa Catalina mártir de Barcelona, en un tímulo que ya tenia labrado para si en medio del coro, mandando juntamente que se labrasen otros dos hermanos y principales en la capilla mayor para las infantas doña Maria y doña Leonor* (de quienes fuera tutor), *hijas del rey de Aragon don Jaime II, que ya estaban en la misma capilla enterradas*. Pero luego refiriendo la muerte del cardenal en Mallorca, *Murió* (dice) *á 23 de marzo de 1362, como lo escribe el maestro fray Jaime Domingo, y fue puesto su cuerpo en un tímulo encima de la puerta principal de la iglesia*. Si fué ó no trasladado á Barcelona, no es del presente asunto. Eralo, sí, hacer algun obsequio á la memoria de un ilustre mallorquin, hijo de este convento, y tan recomendable por supiedad y sabiduria, como por su inclinacion á la arquitectura (4).

Tampoco es de contar entre las obras antiguas de esta iglesia la gran capilla de Nuestra Señora del Rosario; obra que se puede decir adyacente á ella, pues que tiene su entrada principal por defuera. Ya don Vicente Mut dió noticia de haberse empezado en 1480; pero yo copiaré por mas exacta la que da el mismo fray Francisco Diago al cap. 43 del lib. II de su *Crónica*. Hablando allí del venerable fray Alonso de Castro, dice: «Por ser este buen padre muy devoto del santo rosario, emprendió la fábrica de la capilla del Rosario, de este convento, que tiene dentro de sí otras cuatro, para que sin salir de ella se puedan hacer las estaciones y ganar las indulgencias. Dióle principio en el año 1480, y para acabarla predicaba mucho, así en la ciudad como en la isla, y en bajando del púlpito tomaba un plato en la mano y pedia limosna.» Acabóla en el de 1517. Como de estos prodigios debe la arquitectura á los que saben promover la devocion de los pueblos.

La que levantó esta obra, la fué poco á poco adornando, y me aseguran que en sus retablos hubo bellísimos enadros. Hizolos desaparecer el mal gusto en una remodelacion que á la entrada del último siglo hizo en esta capilla fray Alberto Burguñi, religioso de la

nisma casa, el cual á las bellas pinturas que allí habia substituyó los feos retablos que se ven hoy, llenos de garambainas y relumbrones, segun la moda de aquel tiempo. El tal fray Burguñi es tambien contado entre los poetas mallorquines; pero si sus versos eran del mismo gusto que sus esculturas, mal año para unos y otros (5).

En la sacristia de esta iglesia existen dos hermosas piezas, que merecen alguna memoria en la historia de las artes. La una un facistol de bronce, que se dice construido en Génova y es obra del siglo xiv. Fórmale una columna octágona, partida por fajitas horizontales, y apoyada en una gran base ó pedestal de forma piramidal y tambien octágona, esculpida con hermosos dibujos del gusto de aquella edad. Sostiénenle cuatro leones, y tiene en los frentes principales los blasones del dedicante. Sobre la columna está asentada la figura de un unicornio, la cual forma el atril del facistol. Al presente se halla esta pieza sin uso y arrinconada en la sacristia; pero conserva la memoria del bienhechor que la costeó, entallada en una cinta, que á manera de orla gira en torno de la base con esta inscripcion:

*Aquest facistol hic á dad Nandreu Sescala á onor de Deo é de Sant Domingó, en remisió de sos pecats fo l'any M.CCC.LXXXIV.*

Ha dado este facistol Andrés de Escala, en honor de Dios y de Santo Domingo, para remision de sus pecados. Fué en el año 1581.

Parece que este Andrés era hijo de otro de su mismo nombre, fallecido en octubre de 1346, y á cuya memoria erigió su generoso hijo el sepulcro que hoy se ve ante la capilla de Santo Tomás de esta iglesia.

La otra pieza es mas moderna y pertenece á un ilustre escritor mallorquin, llamado Juan Valero (6), de quien hablan con mucho encarecimiento sus paisanos Mut y Pascual. Redúcese á un busto que representa á este insigne varon sobre una columna de mármol blanco, en cuyo plinto se lee: *Testa Joannis Valerii*. Pegada á la misma columna resalta en lo alto de ella una lápida, en que se lee la siguiente memoria: *Qui primam quotidie missam celebraturus est, qualibet feria quarta, pro anima honorabilis Simonae Sala, uxoris primae honorabilis Joannis Valerii, Alfonsi, excelsi regis secretarii, celebrare teneatur cum absolutioe super ejus tumulum, apud majus altare facienda: 1181 (7).*

Aquí me atrevo á dar á usted una conjetura que puede ser probable, y fué causa de que me detoviese algun tanto en estas noticias. Redúcese á que el busto de Juan Valero puede ser obra del famoso Guillermino Sagra, pues que habiendo sido secretario de Alfonso V, y residiendo, como yo creo, en Nápoles cuando Sagra estaba allí dirigiendo la obra del Castell-novo, es en gran manera verosímil que el secretario prefiriese su paisano á otros artistas del país para confiarle su retrato, así como el Monarca le prefirió para aquella hermosa fortaleza.

Saliendo ahora de la iglesia, poco me queda que decir de la restante obra del convento. El mas pequeño de sus cláustros, que yo creo coetáneo á la obra de la iglesia, tiene algo de caprichoso en su apariencia, pues

las columnas aisladas, sobre que cargan sus arcos punteados, son elíptico-octógonas. Parece que Fabra no les dió esta forma por mero capricho, sino para aumentar la luz de los arcos, dejando entre ellos el diámetro menor de la elipse, y dando al mismo tiempo mayor esbelteza y elegancia á las columnas.

El otro cláustro es muy grande y sencillo, y sus arcos, tambien punteados, solo apoyan sobre estribos lisos y sin adorno alguno. En él se ve una riquísima ventana, que da luz al capítulo, pieza grande y hermosa. Otra pieza que le precede, y es como su antecámara ó antecapítulo, presenta una de aquellas travesuras del arte con que solian entretenerse los antiguos arquitectos, ostentando en ellas su ingenio, como los poetas en sus acrósticos y laberintos. Es un paralelogramo, de la mitad de cuyos ángulos arrancan cuatro arcos, que vienen á posar en una sola columna, colocada en el centro. Pero esta columna se apoya sobre una tabla ó mesa redonda de piedra, que está al ras del plano, y sube de una especie de pozo abierto en él. Esta base ó mesa carga en unos cuantos pilarecillos, que la sostienen en torno, de forma que la columna, cargada de tan enorme peso, parece cargar sobre vano, aunque en realidad no es así, porque en el centro hay otro pilar ó falsa base, que sube del fondo del pozo, perpendicular al fuste de la columna, y es el que verdaderamente la sostiene.

Y hé aquí cuanto por informe ajeno y diligencia propia puedo decir á usted de las obras de Santo Domingo, y con lo que debe usted contentarse mientras paso á tratar de las de San Francisco.

En la historia de la fábrica de San Francisco me ocuparé mas la discusion que el número de las noticias, pues que son mas las dudosas que las ciertas. No hay que extrañar, si es que esta comunidad, como dicen, no conserva un solo papel de sus primeros tiempos, y que cuantos tenía (que no serian pocos, puesto que sus rentas eran muchas) fueron arrebatados y llevados por los frailes claustrales cuando su expulsion. Acaso por esto se ha recurrido á la tradicion para llenar los vacíos de la historia, y hé aquí el origen de la incertidumbre, que yo procuraré disipar como pueda, para no dar á usted cosa que su buena critica deseche.

No consta que los franciscanos hubiesen venido á la conquista de Mallorca, aunque fray Jaime Soliveretas, que puede ser contado entre sus cronistas, no solo afirma, bien que sin autoridad, que asistieron á ella dos frailes de su orden, sino que por una razon de analogía cree que fueron fray Iluminado y fray Pedro Sude, que acompañaron al rey don Jaime en la conquista de Valencia.

Mas cierto parece el que residian ya aquí en 1232, al tiempo que se autorizaba el repartimiento de las tierras, que publicó Dameto traducido, el cual, segun la copia que poseo en lengua vulgar, tomada de los manuscritos del padre fray Cayetano de Mallorca, dice así:

*Item: es hort qui est dit Riat Abbadille-Abnazac, la' hon son*

*las frares menors.*

Item: el huerto que es llamado Riat Abbadille-Abnazac, allí do están los frailes menores.

Pero el establecimiento de la comunidad no se puede



colocar antes del año 1238, pues que entonces fué cuando el rey don Jaime concedió á la orden de San Francisco sitio para fundar convento dentro de la ciudad, segun dice Dameto, aunque sin citar, como fuera de desear, el lugar y data del privilegio.

En este sitio, que es el que hoy habitan las monjas de Santa Margarita, cerca del muro, edificaron los franciscanos, segun se cuenta, un gracioso convento, do residieron hasta que adquiriendo por cambio el de las monjas, fueron trasladados á él, y en él se construyó el que ocupan actualmente.

El padre Soliveretas, á quien cito con preferencia, porque extrajo con bastante diligencia en sus tablas manuscritas cuanto dijeron los cronistas de la orden y cuanto halló en la tradicion sobre nuestro asunto, supone que sus frailes obtuvieron este sitio de don Jaime II, y que tomaron posesion de él en 26 de diciembre de 1277; pero á mi ver se equivoca en uno y otro. En el primero, porque consta expresamente que le adquirieron por título particular, esto es, por el cambio que doña Berenguela, priora de Santa Margarita, con sus monjas, y el guardian y frailes de San Francisco otorgaron de un monasterio por otro; y lo segundo, porque el rey don Jaime no hizo mas que loar y confirmar este cambio, por el privilegio de 20 de diciembre de 1278, que publicó Dameto, y no es creible que en aquellos tiempos la posesion del sitio precediese á la confirmacion del contrato.

No extraño yo que para solemnizar con un prodigio la fundacion del nuevo convento se mezclase en su historia un cuento, que el mismo privilegio desmiente, porque es harto ordinario aun en reinos, ciudades y familias ilustres la pretension de ennoblecer su origen con tradiciones fabulosas. El privilegio citado prueba que á este hecho no precedió milagro alguno, ni halló para qué, pues que provino de un cambio de conventos, en el cual, como en todo contrato, se combinó la convenienciarecíproca de las partes, y el habersido las monjas las que pidieron la confirmacion del cambio basta para asegurar que no fueron perjudicadas en él.

La tralacion de los frailes al convento de las monjas se hizo, segun mi fray Jaime, en 1.º de julio de 1279, procesionalmente y con asistencia del obispo don Pedro Morey ó de Muredine. Hecha que fué, pensaron luego en levantar un nuevo convento, porque probablemente se hallarian estrechos en el que las monjas ocuparan. Con esto el rey don Jaime, para señalar su devocion á esta orden, y su ternura al hijo primogénito de su nombre, que ya entonces entrara, ó muy luego entró en ella, colocó por sus manos la primera piedra para la nueva iglesia en 31 de enero de 1281, con asistencia del mismo prelado y del guardian y custodio del convento, fray Pedro Villarrasa y fray Ramon Tortosa, y con gran solemnidad y concurso de gente. Cinco años despues se empezó á edificar el convento, y las vastas ideas con que se emprendió esta obra se infieren de haber dado á su planta, á lo que llaman dormitorio, doscientos setenta y dos piés de largo, y aun nada le sobra para ciento cincuenta y cuatro religiosos que le habitan (8).

Bien quisiera decir á usted quién fué el primer autor

de estas obras; pero solo puedo contentarle con noticias, que sobre vagas, me parecen poco seguras. Tratando de ellas el padre fray José Hebrera, uno de los cronistas de la orden, dice: «Determinó el Rey el sitio para la fundacion dentro de la ciudad, y buscó fuera de su reino arquitectos de gran fama, para que vistas muchas plantas y diseños, se eligiese el mejor y mas suntuoso.» Desde luego se engaña el padre Hebrera en lo primero, porque el rey que entendió en el sitio para edificar dentro de la ciudad no fué el que concurrió á la fábrica del convento, y porque el cambio hecho con las monjas de Santa Margarita prueba que la conveniencia particular, y no la eleccion del Soberano, determinó su última situacion. Lo segundo es inverisímil, porque habiendo entonces en Mallorca buenos y aun bonisimos arquitectos, como prueban las obras coetáneas, no es de creer que don Jaime II buscase en lejanas tierras lo que tenia dentro de casa.

Como quiera que sea, en 1317 iba tan adelante la obra del claustro ó iglesia, que segun el padre Soliveretas, el dia del santo Patriarca, 4 de octubre de aquel año, se trasladó el culto, y se celebraron por primera vez los divinos oficios en la parte concluida del nuevo templo. Y pues que hasta este mismo año habia estado aquí dirigiendo las obras de Santo Domingo el arquitecto mallorquin Jaime Fabra, como tengo dicho á usted, si quisiere creer que dirigió tambien las de San Francisco, créalo enhorabuena, porque los edificios no lo resisten, siendo diferentes en la idea, pero no en el gusto.

En este estado quedó la iglesia hasta despues de la mitad del mismo siglo XIV, y además se hallaba solo cubierta de artesonade; por lo cual el generoso obispo franciscano y mallorquin don Pedro Cima, para completar tan bella obra, emprendió su continuacion y la gran bóveda de piedra que hoy la cubre, y costó una y otra, por cuya razon se puso el escudo de sus armas en cinco claves de ella, como se ve en los apuntamientos del laborioso donado Ramon Calafat.

Mas tratando del autor de estas obras, damos con otra noticia no menos aventurada que las del padre Hebrera. Tráela otro analista franciscano, y tal es, que medió tanto gozo al leerla como enfado al descubrir su incertidumbre. El ilustrísimo Gonzaga, en su *Origen del orden-seráfico*, donde trata de la provincia de Mallorca, despues de atribuir al rey don Sancho la fábrica de este convento, que como hemos visto, empezó en tiempo de don Jaime II, su padre, y despues de ponderar la granleza y elegancia de su iglesia, pasa á hablar de la obra que se hizo en ella en tiempo del señor Cima, con esta expresion:

*Caeteri ii (caeterum) duo fratres uterini, cognomine Asinelli, qui ejus turris Bononiae sub eodem nomine erectae, opifices fuere, extremum hujus ecclesiae partem belgico more construxerunt. Unde in praecipuo hujus loci claustro, lapideo sepulchro aere contexto, eorum corpora recondi meruerunt.*

Pero la última parte de esta iglesia fué construida á la manera flamenca, por dos hermanos uterinos, llamados Asiueli, los mismos que edificaron en Bolonia la torre de su nombre, por lo que merecieron que sus cuerpos fuesen enterrados en lugar principal del claustro, en sepulcro de piedra, cubierto de bronce.

Ahora pues, ¿quién no se engañaría á vista de noti-

cia tan circunstanciada? Ni ¿quién sospecharía que un religioso que se puede reputar español, pues Gonzaga, aunque nacido en Mantua, tomó el hábito é hizo sus estudios en Alcalá; que fué empleado como embajador por nuestra corte; que con este título y el de general de su orden anduvo mucho tiempo por Italia; y sobre todo, que de ella tuvo ó pudo tener las mas puntuales y auténticas noticias; quién, repito, sospecharía que con tales señales nos diese noticias tan groseramente equivocadas?

Pues de este jaez son, amigo mío, las que usted acaba de leer. Despues de mil diligencias, hechas para descubrir el tal sepulcro de piedra, forrado en cobre, en el claústro de San Francisco, salimos con que ni existe, ni existió allí, ni hay en el convento rastro, memoria ni tradicion alguna de tal lápida ni tal cobre ni tales arquitectos, hermanos de vientre; y añada usted á esto que de una diligente coleccion de memorias sepulcrales, sacadas de libros auténticos de San Francisco, y protocolos públicos, por el hermano Ramon Calafat (de quien ya hablé á usted en otro lugar) resulta que jamás fué conocida en aquel claústro sepultura de ningun arquitecto del convento.

Añada usted tambien que tratando de ver si por la obra de Bolonia, de que habla el cronista Gonzaga, podia yo sacar alguna luz acerca de los arquitectos de San Francisco, he venido á descubrir que la torre de Bolonia, llamada de *gli Asinelli*, fué construida en 1107, esto es, mas de un siglo antes que Mallorca saliese de poder de los moros. Por lo menos así lo asegura el autor de la descripcion de Italia (9). Y ahora fiese usted en noticias de letra de molde, y en titulos y campanillas de los que escriben é imprimen enanto oyen ó sueñan.

No he dejado yo de sospechar que siendo por aquel tiempo conocido en Cataluña el apellido *Acinellas* ó *Alcinellas*, pues le hallo en instrumentos de 1392, pudo llamarse así el arquitecto de nuestra obra, y nacer de esto la equivocacion de Gonzaga; pero lo mas probable es, que pues en tiempo del señor obispo Cima habia en esta varios arquitectos de primera nota, como verá usted en mi apéndice de la fábrica de la Seu, fuese alguno de ellos el que trabajó en la de San Francisco.

Hame ocurrido tambien que lo del sepulcro lapideo, cubierto de bronce, pudo verificarse en el del señor Cima, que fué enterrado en San Francisco, aunque no en el claústro, sino al pie del altar mayor, como resulta de los apuntamientos del donado Calafat. Mas tampoco podemos aclarar esto, pues que con motivo de cierta cava ó subterráneo, hecho en el siglo pasado para enterramiento de los frailes, fueron removidos de allí los antiguos sepulcros, y entre ellos el de aquel insigne bienhechor de la iglesia. Y ¿lo creerá usted? No solo no se repuso la antigua memoria, sino que tampoco se sustituyó otra en su lugar, como la piedad y gratitud requerian, y lo que es mas, no se sabe adónde fueron á parar sus despojos.

Acabemos, antes de pasar adelante, desvaneciendo otra patraña, á que dieron lugar dos bultos, que á manera de cabezas se perciben sobre la clave del arco principal de la iglesia, pues que tambien se decia en el convento que allí se habian depositado las cabezas de

sus arquitectos. Por fortuna, con motivo de cierta embarradura que se hace actualmente en la bóveda de la iglesia, pude yo examinar este punto. Y ayer mismo mi dibujante, embarcado en un cajon aerostático, subió al altísimo andamio, desde donde observó que lo que allí habia eran dos cabezas entalladas en el frente de la clave, las cuales bosquejé, y su forma es esta (a).

De ella infiero yo que la cabeza de la derecha, en que parece alguna forma de cerquillo cerrado, es el retrato del ilustrísimo Cima, que costeó la bóveda, y la de la izquierda, con barba larga, la del maestro arquitecto que la ejecutó, y cuyo nombre yace en el olvido. Alguno ha querido inferir que las tales cabezas representan al rey don Jaime el Segundo y á su hijo fray Jaime, pero habiéndose ejecutado la bóveda por otro bienhechor, y siendo obra de los fines del siglo xiv, téngolo por improbable.

Pero vamos á noticias mas ciertas, para que usted no diga que pretendo contentarle con patrañas y conjeturas.

Aunque estaba concluido el cuerpo principal de la iglesia, fuéronse despues construyendo unas y renovando otras de sus muchas capillas. Una de aquellas, dedicada á la Virgen Maria, y llamada tambien del *Beato Ramon Veil*, merece distinguida memoria en este apéndice, así por los objetos á que está consagrada, como por el sugeto que la hizo construir.

El doctor Juan, ó Pedro Juan Llobet, el mas célebre de los sectarios de Raimundo Lull, y acérrimo defensor y propagador de su doctrina en el siglo xv, fué tambien muy celoso en la preservacion de las cenizas de aquel extraordinario varon, las cuales, al parecer, no estaban á tan buen recaudo como la alta opinion de su talento y virtudes merecian. Con este objeto trató de consagrar á su memoria una nueva capilla, y consta que se hallaba ya construida en 1448.

Para evitar equivocaciones, antes de hablar de esta capilla prevendré á usted que no es la que hoy tiene el nombre del *Beato Ramon Nou* (10) y en la que se le da culto, por mas que no fuese este el objeto de su ereccion ni en ella esté su sepulcro. De esta última, que es harto mas antigua, aunque remodelada, hace el padre Custurer el siguiente elogio. «En esta misma iglesia tiene (R. Lull) su capilla propia y retablo, de hermosa arquitectura, de obra corintica y compuesta, dorada y estofada con relieves, y en ella su altar, en que se dice misa, estatua con rayos y lámpara que arde. Al pié de la estatua se lee esta inscripcion: *Beatus Raimundus Lullius, martir...* El pavimento, los balaustrados que la cierran y otros adornos son de piedra fuerte bruñida y de varios colores y embutidos. Adórnanla hermosos pinceles de su vida y hechos. Costara la fábrica pasadas de cinco mil libras, segun la deposicion del arquitecto que la fabricó, la cual habemos visto firmada de su mano.»

Esto Custurer; pero el buen padre, con el desénido ó menosprecio de la memoria de los artistas, que por

(a) Estas dos cabezas faltaban en el original de donde se sacó la copia.



desgracia es demasiado común, nos llamó el nombre de este arquitecto, que nos pudo dar en media línea, y hubiera lucido harto mas que otras menudencias, de que están atestadas sus notas.

Hecha esta prevención, volvamos á la capilla de Llobet, quien teniendo por objeto el decoro y la seguridad del cuerpo de su maestro, ideó tambien á este fin la traza de un magnífico monumento, y le empezó y continuó hasta su muerte. Es todo de piedra de Santañi; pero tan singular por su invencion, por su arquitectura y escultura, y por sus muchas y raras alegorias, que merece una menuda descripción; y yo me detendría á hacerla, si no se hubiese tomado ya este trabajo el citado Custurer en sus *Disertaciones lulianas*, donde además de interpretar el sentido de las alegorias que contiene, publicó la traza en una estampa que anda al frente de su libro, y representa fiel, aunque groseramente, el sepulcro, y á ella me remito.

Ahora no cabe duda en que la traza de esta obra, así como la de la capilla en que está, fué del mismo maestro Llobet, porque así lo asegura un testigo coetáneo, conterráneo y de mayor excepcion para el asunto (11).

Muerto Llobet á principios de 1460, el maestro Gabriel Descalpes, su discípulo y sucesor en la enseñanza del sistema luliano, canónigo entonces de Barcelona y consejero de don Juan II de Aragon, escribió desde Gerona, donde le halló esta noticia, y con fecha de 24 de mayo de aquel año, una carta consolatoria á sus discípulos de Palma, en la cual, entre otras cosas, les dice:

*Totes ses obres dirigia á fi de augmentar y honrar la doctrina del benaventurat Ramon Lull, com á fael dexeple seu... edificá acabadament aquella magnífica capella, en la qual pogues estar transferit la reverenciabla cos del ya dit felicísimo mestre Ramon Lull; y tenia pensat y trasat un singular y bell orden per exornar la sepultura, representant memoria suicient del contingut en aquell, com se ve en les principis allí colocalas.*

Todas sus obras dirigia al fin de aumentar y honrar la doctrina del bienaventurado Raimundo Lull, como fiel discípulo suyo... Edificó con toda perfeccion aquella magnífica capilla, á la cual pudiese ser trasladado el venerable cuerpo del sobredicho felicísimo maestro Raimundo Lull; y habia ideado y trazado un singular y bello diseño para adornar el sepulcro, que representase suficiente memoria de la contenido en él, como se ve en los principios que están allí colocados.

Ya ve usted que aquel *haber ideado* una planta ó diseño, como traduce Custurer, tratándose de una capilla que estaba ya acabada, y de un monumento empezado á construir, basta para mirar al maestro Llobet como á su único arquitecto. Pero además la misma obra acredita en su forma que solo pudo ser inventada por un lullista, mas atento á recomendar en ella el carácter de su doctrina que no el de la arquitectura, de cuyos tipos se apartó de propósito, para que la idea fuese tan singular como el objeto á que se consagraba. Ni crea usted que un sábio de aquel siglo y escuela se desdijese de hacer esta traza, pues que ni entonces era raro el que algunos sábios se diesen al estudio de la arquitectura, ni hay quien ignore que los antiguos lullistas se blasonaban de *omniseios*, y aseguraban que por medio del arte magna se podía alcanzar la enciclopedia de las ciencias.

Aunque el maestro Descalpes habla de este monumento como que estaba en sus principios á la muerte del doctor Llobet, cree Custurer que su autor dejó acabado el primer cuerpo, salvo las siete estatuas, que todavía faltan en él. Lo que resta pertenece propiamente al sepulcro, y trabajado años despues, como irémos viendo.

Ya dejo dicho que en tiempo de Llobet no estaba á buen recaudo el cuerpo de su venerable maestro; pero acabada su capilla en 1448, parece que fué trasladado á ella, segun opina Custurer, aunque no consta dónde se colocó, y desde luego no pudo ser ni en la urna destinada para guardarle, ni en el segundo cuerpo que debia contenerla, pues que uno y otro se construyó mucho despues.

Estas obras fueron hechas muchos años despues, y de ellas daré á usted individual noticia, como de cosa mas conducente á mi propósito.

Parece que hacía el año de 1481 se supo que el cuerpo del venerable Lull se halló fuera del lugar do se le habia depositado, y estaba con poco resguardo y seguridad en la sacristia del convento. Con este motivo los jurados de la ciudad, que siempre contaron las cosas de tan ilustre paisano entre las de público interés, trataron mas de propósito de su seguridad y decoro, y fueron sucesivamente tomando varias providencias, en que no me detendré por no interrumpir mi narracion (12).

Una de ellas, que pertenece ya al año 1487, fué tratar de la conclusion del sepulcro, construyendo una urna de alabastro (13) para depositar el cuerpo, y una capilla ó nicho para colocar la urna y coronar la obra.

Confianon uno y otro á dos hábiles profesores del pais, la urna al presbítero mosen Francisco Sagrera (14), cuyo apellido renueva la memoria de una familia muy ilustre en la historia de las artes mallorquinas, y la parte de arquitectura al honorable Juan Vicens, que segun el distinguido título que le dan los jurados en su acuerdo, no debia ser un artista vulgar.

El presbítero Sagrera fué mas diligente ó mas apremiado en la ejecucion de su obra, pues que la hermosa urna de alabastro se concluyó en la forma que hoy se ve en el monumento, con varias entalladuras y bajos relieves, de que dará razon el padre Custurer, y aunque este jesuita infiera que no está del todo acabada por el rellano que se ve en su remate, y supone destinado para recibir una estatua del héroe, tengo para mí que se engaña en su juicio, porque ni es extraño tal remate, ni en él cabria tampoco urna ni estatua que no fuese muy mezquina, y ajena del buen gusto que muestra lo restante de su trabajo.

El segundo cuerpo, que se encargó al honorable Vicens, se reduce á una cosa que yo llamaria ático, si á plan de tan extraordinario gusto pudiera acomodarse la nomenclatura del arte. Aquí lo llaman capilla, y en efecto se le puede dar este nombre, porque es un nicho bastante alto y fondo, cubierto con una graciosa bovedita formada por cuatro arcos, que partiendo de sus ángulos, suben á unirse en una sola clave, segun el gusto ultramarino. Al exterior, que tiene la forma de una alta portada, cubren como cinco partes de sus jami-

has unas pilastras con cuatro pequeños nichos, abiertos en el frente de cada una, como para colocar ocho estatuitas, y sobre cuyo capitel están dos animaluchos. A la espalda se desahue el arco, medio cubierto con la cenefa de las cortinas que se le han sobrepuesto para ocultar la urna de alabastro, que sobre un zócalo de vara y media de largo se levanta en lo interior del nicho, y que remata en una pirámide cortada en su ápice, que tendrá de alto dos palmos. Describir los accesorios de esta obra fuera muy largo. Usted buscará el libro del padre Custerer en la biblioteca de la universidad, donde no puede faltar, pues que reúne todos los que fueron de los jesuitas de allí. Y al fin, si faltare, verémos cómo formar un rasguño, para que tenga usted idea de este rarísimo monumento.

Salgamos ya de él para decir á usted que mientras se trataba de concluirle, y cuando iba á engrandecerse con la insigne capilla del Rosario la obra de Santo Domingo, la de San Francisco, herida por un rayo que cayó en ella en el mismo año de 1180, perdía su hermoso frontispicio, con las dos claves de su iglesia que le seguían, las dos primeras de sus inmediatas capillas, y el antiguo coro que las cobijaba. Esta ruina tardó mucho en repararse, sin duda porque la guerra encendida de muy atrás entre claustrales y observantes, y que se prolongó por el siguiente siglo, quitó á los primeros la gana de reedificar una obra de cuya posesion temian ser expelidos, como efectivamente lo fueron, por los segundos. Aun estos, establecidos en ella, despues de muchas idas y venidas, en 1567, tardaron todavía en poderlo hacer. Por fin halló que ya se trataba de ello en 1618, en que se acordó suprimir una clave con las dos primeras capillas que contenia; que en 1621 se acabó el nuevo frontispicio, salvo la portada, de que hablaré luego, y que entre tanto se trabajaba en la segunda, hoy primera clave, que edificó en 1626 el guardián fray Rafael Burguera. El frontispicio actual es de forma muy sencilla y grandiosa, atendida la cual, no tengo duda que se copió de la del antiguo. Costeáronle la munificencia del señor don Felipe IV y la piedad de la ilustre cofradía de San Jorge y del colegio de mercaderes. De sus autores nada he podido averiguar, si ya no fueron los que poco adelante trabajaron en otra obra, que es aquí muy ponderada.

Hablo de la cisterna abierta en el claústro grande del convento, y de cuyas aguas no solo bebe la comunidad, sino buena parte de la poblacion vecina. Es notable por su solidez y capacidad, pues tiene cien palmos de fondo, cincuenta de ancho y ochenta y cinco de largo, con su brocal al exterior, bien trabajado, puerta, escalera y demás necesario para su buen uso, limpieza y conservacion. Construyóse desde 10 de diciembre de 1633 hasta 4 de agosto de 1638. No se puede determinar quién fuese su autor, porque en los libros de cuentas de la obra suena un gran número de oficiales empleados en ella á un mismo tiempo. Parece que era el principal Pedro Orrac, pues que se le nombra siempre con alguna preferencia. En el frente del brocal se ven esculpidas las armas del señor obispo franciscano Santander, que gobernó esta diócesis des-

de 1632 hasta 1644, y obtuvo esta distincion por haber costeadó gran parte de la obra, y entalló su escudo Antonio Boineor, escultor de Palma.

Este generoso prelado señaló su sepultura, y fué enterrado en la iglesia de que vamos hablando; pero en la devastacion que hizo desaparecer el sepulcro del señor Cuna, pereció tambien el de este otro bienhechor del convento. Con todo, á la diligencia del donado Calafat debemos la conservacion de la inscripcion, que á lo que dice, estuvo grabada en una piedra negra, bajo el último escalon del presbiterio, y era esta:

*Sepulchrum Illustrissimi ac Reverendissimi D. D. Fr. Joannis de Santander, ordinis Sancti Francisci. Obiit XXV januarii anni M.DC.XXXIV.*

Despues de concluida la obra del aljibe, y ya hacía los fines del siglo xvii, se dió principio á la magnífica portada principal, obra grande y majestuosa por su altura y ornatos de no mal gusto de arquitectura, aunque afeada con algunos colgajos y moños, pero de muy buena escultura, pues que se ven en ella cuatro grandes estatuas, la de san Jorge en lo mas alto del arco exterior, la de la Virgen Inmaculada, sobre la columna ó pilastra que divide las dos puertas contenidas en él, y abajo, al uno y otro lado, las de san Francisco y el sutil Escoto; todo ello trabajado con mucha diligencia y buen gusto en la hermosa piedra de Santañi.

Una casualidad indicó al autor de esta obra, y le hizo venir á Palma para ejecutarla. Hallábase en Mahon, hacía el fin del siglo xvii, un grave religioso de este convento, en ocasion de que arribó á aquel puerto el arquitecto escultor Francisco de Herrera, que volvía de hacer sus estudios en Italia. Conocidos por el religioso su profesion y su talento, le propuso esta obra, de que entonces se trataba, como muy propia para emplearlos. Aceptó Herrera, vino á Palma, emprendió la grande obra y la llevó al cabo. Como larga que era, se avecindó en esta ciudad y la eligió por patria suya (15). A su muerte dejó un hijo y discípulo, llamado Gregorio, por cuyo medio se arraigó y fructificó en Mallorca el buen gusto de su padre. De este Gregorio fué discípulo el escultor don Miguel Tomás, alias *Mozo*, que hoy vive, y á quien debo estas noticias, y de don Miguel lo fué su hijo don Francisco Tomás, aquel digno artista que acaba Palma de perder, excelente dibujante, y buen escultor en mármol, de quien ya di á usted alguna noticia, que ampliaré cuando haya recogido las demás que espero de sus obras.

Mientras se trabajaba en reconstruir la parte arruinada del templo, no se descuidaban los prelados de mejorar y enriquecer su ornato interior. Ya en los principios del siglo, desechado el primer retablo de la capilla mayor, que era muy viejo y humilde, se había construido el actual, para el que trabajó la bella estatua principal del santo Patriarca el mejor escultor que produjo Mallorca, Jaime Blanquer. Las demás estatuas fueron hechas despues por un hábil aficionado á la escultura, el caballero don Jerónimo Berard, que se ocupaba mucho en ella. Debe exceptuarse la del venerable maestro Raimundo Lull, pues que fué costeadá por Baltasar Contesti, síndico del convento, que falleció en 1613, y en su testamento dejó sesenta libras



para este fin. La de san Jorge fué acabada por el presbitero don Gabriel Coll, otro aficionado á la escultura, que trabajaba con mucho crédito en barro y cera. El cronista don Ventura Serra, á cuyos apuntes debo estas últimas noticias, dice, hablando de las estatuas, que las vació don Juan de Aragón, lo que me hace creer que sean de estuco ó de cartón. Las demás obras de otras capillas no entran en mi plan.

Pero el mismo cronista, loando la magnificencia de esta iglesia, añade: «Aunque en estos últimos tiempos se ha gastado mucho en afearla con obras y adornos de muy mal gusto.» Tiene mucha razón, si como creo, alude á un gran zócalo de mármoles, que se sobrepuso por

todo el interior del templo hácia la mitad del siglo pasado, sobre el cual se levantan entre los arcos de las capillas ciertos pilastrones de madera estriados y marmoleados al gusto moderno, y sin razón ni oficio alguno conocido, pues que nada carga sobre ellos, ni siquiera igualan en altura á los ya dichos arcos. Y si á esta deformación añade usted un blanqueo con fajas de pintura y colorines, con que se van embadurnando actualmente todas las paredes y bóvedas de este hermoso templo, hallará que nada han dejado de hacer los frailes modernos para desterrar de él su venerable antigua forma, cumpliendo á la letra lo que tantas veces resuena en su coro: *Recedant vetera, nova sint omnia.*

## NOTAS.

(1) Por este testamento consta que en aquella época se construían en Palma, además de la obra de Santo Domingo, la de los conventos de San Francisco y Santa Margarita, de la parroquia de San Miguel, y de los hospitales de San Andrés, la Magdalena y San Antonio. Creemos que estuviese ya la grande iglesia de Santa Enlalia, que se emprendió desde luego y continuó con ardor á devoción de los conquistadores catalanes, y ya en 2 de diciembre de 1279 se celebraron en ella las cortes del reino para el reconocimiento de su feudo al rey de Aragón, como se puede ver en Dameto. De otras muchas obras consta por otros documentos, que acreditan que la última mitad del siglo XIII forma la época mas rica, si no la mas gloriosa, de la arquitectura mallorquina.

(2) Tres escritores trabajaron en recoger las memorias del convento de Santo Domingo de Palma. El primero, fray N. Fluxà, vivía á fines del siglo XVI, y trabajó, de orden de sus superiores, un grueso tomo en 4.<sup>o</sup>, que mas que historia, se reduce á apuntamientos sueltos, sin orden y en borrador. A fines del siguiente siglo continuó el mismo trabajo el padre fray Vicente Pons, de quien existe en el convento un tomo en folio, que perecerá si no se dan prisa á copiarle, porque su tinta, cargada de caparrosa, le va corroyendo por instantes. Amitad del siglo pasado continuó la misma materia fray Tomás Febrer, maestro que era de retórica; pero esta obra manifiesta el mal gusto de su tiempo y el malísimo de su autor.

(3) Véase á Feliu, en los *Anales de Cataluña*, lib. XII, cap. 6. En este año (de 1299), dice, se dió principio, por las kalendas de mayo, á la suntuosa fábrica de la catedral de Barcelona; fábrica que permanece, por el natural afecto y devoción del Rey, concluyéndose en 1450 por el patriarca de Jerusalem y obispo de Barcelona, don Francisco Climent.

(4) Fray Nicolás Rosell nació en Mallorca el 3 de noviembre de 1511, tomó el hábito en este convento de Santo Domingo en 1526, siendo de poco mas de doce años, é hizo aquí sus estudios. Muy aprovechado en ellos, enseñó la filosofía y teología en Lérida y Barcelona, y la orden premió su virtud y sus letras, nombrándole provincial de Aragón en el capítulo de 1550, y en el mismo año el papa Clemente VI le nombró inquisidor general de la misma corona. Tuvo gran cabida con el rey don Pedro IV, y aun he leído en los apuntamientos del don Jerónimo Alemany que fué su confesor. Fué tambien tutor de las infantas doña Leonor y doña María, hijas de don Jaime II, y ejecutor de sus testamentos, con cuya representación fundó el convento de dominicas de Barcelona. Llamado antes de San Pedro Mártir, y hoy de Monte-Sion. A ruegos del mismo don Pedro IV, el papa Inocencio VI le elevó á cardenal, con el título de San Sixto, en 1556, y fué el primero de aquella corona que obtuvo esta dignidad, segun prueba Diago. Dicese que escribió unos Comentarios sobre San Mateo, y un tratado sobre el instituto dominicano, acerca de lo cual se puede ver á don Nicolás Antonio. Hallándose en Perpignan adoleció y otorgó su testamento; pero con deseo de recobrar la salud, se hizo traer á

Mallorca, donde falleció y fué enterrado, como se dice en el texto.

(5) Despues de escrito este apéndice, he podido ver una historia de Mallorca, que se halla manuscrita entre los apuntamientos del cronista don Buenaventura Serra, en la que entre otras noticias de la fábrica de Santo Domingo, se halla, en cuanto á la capilla de nuestra Señora del Rosario, lo siguiente:

«Pero es menester confesarlo: despues que se quiso renovar, cubriendo sus paredes, bóvedas y capillas con maderas y adornos de moda, siguiendo los mas extraños pensamientos é ideas que puedan imaginarse, señaladamente en sus ventanones, donde en lugar de grifos se representaron los papas que concedieron privilegios é indulgencias al santísimo rosario, con unas carátulas, que parece estan vibrando excomuniones en lugar de conceder indulgencias. Pero mas que todo, en el retablo de nuestra Señora, que no es fácil de adivinar lo mucho que ha perdido de la augusta majestad y respeto que infundia su fábrica antigua. Fué el autor fray Alberto Burguñá, religioso lego y escultor, hombre ciertamente original, que si bien manifestó en esta y otras obras que ejecutó su buen deseo, acreditó el mal gusto de que estaba dotado para las ideas y obras de escultura, siguiéndole muchos que en las obras que ejecutan dejarán un testimonio irrefragable á la posteridad del mal gusto de este siglo y de lo poco que alcanzaba en su arte. Quisiera omitirlo; pero está tambien demasiado visible la máquina de cosas que ideó y ejecutó el mismo autor para adorno del órgano que se hizo nuevamente en dicha iglesia, que por lo que mira á lo esencial de voces é instrumentos y registros, es la admiración de los inteligentes, en que acreditó sumamente su habilidad el artífice. que fué don Jorge Bosch, actualmente empleado en la corte, con mucho aplauso, en componer los de la real capilla de su majestad, y llamado, segun tengo entendido, para componer los de Córdoba y otros de España.

(6) Este docto caballero fué secretario de los reyes don Alfonso V, llamado el Sábio, y don Juan II de Aragón, y mereció tal confianza á estos soberanos, que segun refiere en su historia manuscrita el caballero Fortuny, consta de privilegios que conserva su familia, que le daban firmas en blanco para que arreglase y expidiese segun su buen juicio algunos negocios. Los tullistas se glorian de contarle en su gremio por no sé qué comentario que Mut y Pascual dicen haber escrito sobre las obras del venerable maestro, y Pascual habla de otra que se conserva en esta ciudad, intitulada *Summae veritatis Rosarium*. Yo tengo mucha duda en que esta obra sea del secretario del rey don Alfonso, porque el padre Pascual dice que está dedicada al rey don Fernando el Católico, que fué acabada en el año de 1500, expresando el autor que entonces tenía sesenta años. Luego naciera en 1440, y á la muerte del rey don Alfonso V, acaecida en 1458, solo tendría diez y ocho años. ¿Quien, pues, creará que antes de tan tierna edad hubiese sido ya secretario de tan sábio Rey y merecidole tan extraordinarias confianzas? Juzgo pues que el *Rosario* será obra de otro sábio mallorquin del mismo nombre y apellido. Y este tambien pudo ser el comentador de Lull.

(7) Arabo también de ver en los manuscritos del doctor Serra que en la misma sacristía, en que está el busto de Juan Valero, se halla un precioso crucifijo de marfil, de mano de Juan Antonio Oms, célebre escultor mallorquín, que es muy digno de ser observado y admirado por el primor de su hechura.

(8) He hallado en el *Memoriale Provinciae Majoricarum* que este gran dormitorio fué emperado en abril de 1286 por el gran fray Pedro Cuadrís; mas parece que entonces se le dió un solo alto, y que visto el grande aumento que tomó la comunidad en el restablecimiento de la observancia, el guardián fray Juan Bautista Mestre hizo edificar los otros dos que hoy se ven, y en ellos otras setenta celdas.

(9) El autor de la *Descripción de Italia*, artículo *Bolonia*, dice lo siguiente: «En una plazuela que está á la mitad de la calle Mayor se ven dos torres de ladrillo, la una llamada de *gli Assinelli* y construida en 1107, que sin la capula, tiene de alto trescientos siete pies de París, y la otra *Garisanda*, que solo tiene ciento cuarenta y cuatro y medio pies de altura. Está medio inclinada, como la de Pisa. La primera tiene solo tres medios pies de inclinación, la otra ocho pies y dos pulgadas.» Sobre este texto, que es algo confuso, debo advertir: primero, que segun su autor, ambas torres tomaron su nombre de los arquitectos que las fabricaron; segundo, que el paralelo de la inclinación de la torre *Garisanda* parece mas bien referirse á la de *gli Assinelli*, que allí se cita tambien para indicar la inclinación, y no el grado de ella; tercero, que si esto no es así, el autor se desmiente á sí mismo, pues que al artículo *Pisa* dice que el desnivel de esta torre es de quince pies sobre ciento ochenta y ocho de altura; cuarto, que adonde el autor dice que la torre *Garisanda* solo tiene tres medios pies de inclinación, parece que quiso decir tres y medio pies.

(10) La capilla llamada hoy del Beato Ramon Nou no tomé, á lo que yo creo, este nombre hasta la entrada del siglo xvii. El que antes tenia, y se le da en varios testamentos, reconocidos por el donado Ramon Calafat, de los años 1373, 1426 y 1480, era de San Matías ó San Matias. Y como los otorgantes de dichos testamentos, y que tenían allí su enterramiento, sean del apellido Bri, y las armas de esta familia se vean en la primera y mas antigua clave de esta capilla, sospecho que su patronato perteneciese á aquella familia que hoy se halla confundida en la de Contesti, como indica el mismo Calafat. Segun este, en 1600 se ahondó y extendió esta capilla por el doctor Bartolomé Lull, canónigo de la santa iglesia (y fundador del colegio de la Sapiencia para estudiantes lullistas), dándole una clave mas, en la cual puso las armas de los Lulls, así como en el nuevo retablo, que hizo construir particularmente, dedicado al Beato Ramon Lull, el cual, con otros accesorios, se acabó en 1611. Esta ampliación es la obra que tanto pondera Custurer por su hermosura y riqueza; y es la que desde entonces se conoce con el título del Beato Ramon Nou, en que se cambió el de San Matias, y probablemente se llamó nueva para distinguirla de la capilla de Llobet, que desde entonces tambien se empezó á llamar del Beato Ramon Veill. De todo lo cual se colige que el culto particular que se da en la capilla nueva á Raimundo Lull se debe á la devoción del canónigo Lull, y no tiene mas antigüedad que los principios del siglo xvii, época en que con tanto ardor se promovia la causa de la beatificación de nuestro venerable. Debo prevenir tambien que el retablo de esta capilla, tan ponderado por el padre Custurer, pudo merecer sus elogios en el tiempo en que fué construido; pero sus columnas espirales del segundo cuerpo, su cornisamento, interrumpido con entradas y salidas, sus conchas y adornos caprichosos de tarjetones y otras zarandajas, que anuncian ya la decadencia de la escultura y arquitectura de retablos hácia el gusto riberosco, no pueden merecerlos en nuestra época. Así podrá usted verlo en las *Aclús de los santos*, al tomo iv del mes de junio, donde están las del venerable Lull, y en estas los dibujos de sus sepulcros y del retablo de que vamos hablando, con otros pertenecientes á su vida.

(11) El doctor don Pedro Juan Llobet, presbítero y natural de Cataluña, pasó en Mallorca la mayor parte de su larga vida, primero retirado en los valles y en el monte de Randa, cuyo eremitorio reparó, y luego enseñando la doctrina de Lull, ya en este eremitorio, y ya en la ciudad de Palma. La capilla y sepulcro que aquí edificó no fueron el único ni el mejor monumento que levantó á la memoria de su maestro; pues mientras construía aquellas obras, difundia con tanto celo su doctrina entre sus compatriotas, que con justa razon le deben mirar como el fuadador de esta enseñanza en Mallorca. Porque si bien hay indicios de que

muchas personas la estudiaban aquí desde antiguo, no consta que antes del tiempo de Llobet hubiese ni cátedra establecida, ni maestro autorizado para leerla; así como la hubo en Cataluña, donde se leyó y cultivó con ardor por todo el siglo xiv y xv. Tampoco consta cuándo el maestro Llobet empezó sus lecturas en la ciudad; pero pues que en 1448 se hallaba ya concluida la capilla que el mismo habia trazado y edificado en honor de Lull, y que en el privilegio que obtuvo en el siguiente año se dice que de muchos años antes se habia ocupado en aquella enseñanza, no sería mucho suponer que la hubiese abierto entre los de 1450 y 1460.

Como quiera que sea, durante esta enseñanza hubo de sufrir el doctor Llobet algunas fuertes contradicciones en Mallorca, las cuales Custurer y Pascual indican, aunque no las declaran. Fatigado de ellas, acudió á implorar la protección del señor don Alfonso V de Aragón, que entonces se hallaba en Nápoles, y este soberano, por su privilegio, dado en Castel-novo de aquella ciudad, á 26 de octubre de 1449, autoricó al doctor Juan Llobet para que se mantuviese y continuase en la lectura de su cátedra, tomándole, así á él como á los que sustituyese, y á los que le sucediesen en la enseñanza, bajo su real amparo y protección. Con esta salvaguardia continuó con tanto celo su enseñanza, que la fama de su escuela cundió por todas partes, constando, por la carta del doctor Desclapés, su discípulo, que acudían á oír sus lecciones muchos sujetos, no solo del continente de España, sino de Italia y Francia. De aquí es que se le debe mirar tambien al maestro Llobet como el mayor propagador del lullismo, pues que el crédito y favor que logró esta escuela en la corte de los señores Reyes Católicos se debe, así á la fama de su sabiduría, como á los célebres discípulos Clapés, Daguf, Cabaspre, Dezens, Pax, Caldentey y otros de su escuela. Pero mientras el maestro Llobet la acreditaba con sus trabajos literarios, no se descuidaba de ennoblecirla con las obras que habia ideado y emprendido en honor de su maestro, puesto que la capilla de que hablamos en el texto se concluyó por junio de 1448, y la parte del sepulcro que edificó, que segun Custurer, es el primer cuerpo, esto es, la mayor y mas principal del monumento, se debe suponer construida en el tiempo que corrió hasta su muerte. Verifícase esta en Palma el 9 de mayo de 1460 con general sentimiento, pero señaladamente de los lullistas, que veían extinguida tan brillante lumbrera y fallecido tan valiente mantenedor de su escuela. Buscaban pues algun consuelo honrando y perpetuando su memoria, y el magistrado de la ciudad, que siempre aparece al frente de este partido, solicitó que se le diese sepultura en la catedral y en la capilla del Angel Custodio. Hicieronse allí grandes exequias, en las cuales predicó sus honras un religioso lullista, y muy nombrado en la historia de la guerra que por este tiempo ardía entre claustrales y observantes, y en la que el poder de los primeros fué al fin vencido por la constante protección que el magistrado y el lullismo dieron á los segundos. Consta esto de uno de los anales de la sacristía de la Seu, en que se lee esta memoria:

*Dimenge 11 de mayr soterram á mestre Joan Llobet, lo lulliste, é preycia mestre Joan Llobet, frare de la observancia.*

Domingo 11 de mayo dimos sepultura al maestro Juan Llobet, el lullista, y predicó el maestro Juan Llobet, fraile de la observancia.

No contento con este honor el partido lullista, erigió despues á la memoria de tan insigne varon un monumento mas durable en el hermoso sepulcro de marmol que hoy se ve en la misma capilla, y cuya forma me hace creer que fué construido en el mismo tiempo y por la misma mano que el de una célebre heroína del lullismo, la ilustre señora doña Beatriz de Pinos, que en su testamento dejó la mitad de sus cuantiosos bienes para aumentar la dotación de las cátedras de esta escuela. En uno y otro sepulcro grabaron los lullistas dos epitafios, que copiaré á la par uno de otro, pues que no es justo separar en esta nota la memoria de dos personajes que su escuela quiso que estuviese siempre unida en aquel lugar. Dicen pues así:

*Terreo Joannis tenet hic lapis ossa Lupeti,  
Ante mira Lulli nodosque enigmata solvit.  
Huc eadem, monstrante palo, christumque, dumque,  
Atque docens conceptam ullo sine crimine matrem.  
Fuit ad extremum solvens quodcumque tributum  
Quem nos, ó superi, nil jam coelestibus ullis  
Debetem scimus. Tua numina sancta precamur,  
O Pater Omnipotens, cum sanctis vivat. Amen.*



*Dum colit aethereos sedes Pinosa Beatrix,  
Hoc habet in tumulo membra soluta brevi,  
Francisca teneris Pinoso nupserrat annis,  
Debet uterque uni nobile nomen Aeo,  
Ille ubi decessit saceris pia pectora votis  
Hoc dicat adque unum conciliare Deo.  
Jurerat inque artem Lullii studiosa Ramunda:  
Casta voluptatum dum fugit omne genus.  
Jam gravis huc patriis tandem concessit ab oris,  
Nec moro, supremos explicuitque dies.  
Pars una ex opibus nostros respexit egentes,  
Et cessit labris altera pars studiis.  
Si meruit coelos aequum quid laudibus addo,  
Piramide, et longu cormine digna fuit.*

*Obiit namque secunda et vicesima novembris die, anno  
salutis humanae quodringentesimo octuagesimo  
quarto supra millesimum.*

Si usted quisiese noticias mas abundantes del doctor Llobet, acuda al examen de la crisis del reverendísimo padre don Antonio Raimundo Pascual, donde podrá satisfacer su deseo, al tomo I, disertacion 3.ª, párrafo 5.

(12) Con ocasion de las tenaces disputas y contradicciones que ocurrieron por todo el siglo XVII, así sobre el culto como sobre la doctrina del venerable Raimundo Lull, acordaron los magníficos jurados de Mallorca que se trabajasen de propósito los diferentes puntos controvertidos, en una obra que reuniese y ordenase todos los fundamentos de autoridad y razon que favorecian la memoria de tan sabio y piadoso varon. Dieron en consecuencia este encargo al docto padre Jaime Custurer, de la compañía de Jesus, que la desempeña en dos muy eruditadas disertaciones, en la primera de las cuales, dividida en seis capitulos, trató de probar el culto inmemorial dado á Raimundo en Mallorca, y en la segunda, dividida en diez, la pureza y ortodoxia de su doctrina. Esta obra, que forma un volumen de mas de setecientas páginas en 4.ª, se imprimió en Mallorca en el año de 1700, á nombre de los jurados del reino, que la dedicaron al señor don Carlos II. Creyendo pues haber triunfado con esto de toda contradiccion, solicitaron, y obtuvieron despues de los padres llamados Bolandistas, que diesen lugar en las actas de los santos al venerable Lull, y en efecto sus actas, escritas por el padre Juan Bautista Solter, fueron publicadas, primero en el tomo II del mes de junio de aquella grande obra, y separadamente en un volumen en folio, que en 1708 dedicó á los jurados de Mallorca. A estas obras pues deberá usted ocurrir: á la de Custurer, para ver la menuda descripción que hace del sepulcro ideado por Llobet, y á la de Solter para ver, así su estampa, que es mas exacta y completa, como la del retablo que hizo de la capilla del venerable Ramon Nou, que aquel describió tambien, pero no publicó, y que prueba bien claramente la época á que pertenece.

(13) Habia pensado yo dar á usted noticia de las traslaciones que sufrió el cuerpo del venerable Raimundo Lull; pero la materia es tan oscura, y al mismo tiempo tan curiosa, que no pudiendo acomodarla á los limites de una nota, me propongo tratarla en una memoria separada, que escribiré cuando otro objeto mas agradable no llame mi atención (a).

(14) Aunque las noticias relativas á esta obra se hallan en las disertaciones del padre Custurer, como es posible que usted no las tenga á la mano, copiaré aqui las que son mas del caso y tambien mas auténticas.

• Dia 23 de octubre de 1187. El dia y año sobredichos fueron firmadas por los magníficos jurados del presente reino por una parte, y el discreto mosen Francisco Segrera, presbitero, por otra, los capitulos del tenor siguiente: Capítulos hechos y firmados entre los magníficos jurados de una parte, y el discreto mosen Francisco Segrera por la otra parte, sobre una urna de alabastro, que el dicho Segrera ha de hacer para poner el cuerpo del reverendo maestro Raimundo Lullio en la iglesia de San Francisco; y primeramente los magníficos jurados han de dar al sobre dicho mosen Segrera el alabastro para hacer dicha urna, el cual han de hacer llevar á su casa á gastos de los magníficos jurados; y por cuanto se duda que el alabastro baste para la urna y las armas que se han de hacer ahí, si es menester una pieza de piedra de Santafí para hacer las armas, los magníficos jurados la pagarán, etc. (No publicó mas Custurer.)

(e) Se ignora si la escribió; en tal caso se ha perdido.

Pero en el acta final de los jurados hay noticia mas puntual de este encargo, y al mismo tiempo de las providencias que tomaron para la seguridad del cuerpo de su insigne ciudadano.

«Para hacer el honor que se debe (dice el testamento) al cuerpo de aquel venerable y de santa vida, el maestro Raimundo Lullio, habemos deliberado se haga una urna de alabastro en la iglesia de San Francisco, en que estén aquellos huesos, dignos de veneracion. La cual urna ó sepulcro ha de labrar mosen Francisco Segrera, presbitero. Habémosle ofrecido cuarenta y seis libras para que la haga conforme al diseño que ha hecho, segun podrán ver vuestras magnificencias en la capitulacion firmada entre él y nosotros. Ha de estar acabada la obra dentro de los seis meses primero venientes. Así, sirvanse vuestras magnificencias estar á la mira sobre dicho mosen Segrera para que esté acabada la obra en el tiempo que ha prometido, ó antes si puede ser. Ha recibido de Mosen Compañó, por las hechuras, nueve libras y diez sueldos. Agora están dichos huesos en una caja que habemos comprado, con dos llaves, las cuales han sido dadas y encomendadas al jurado ciudadano mas antiguo. Habemos encargado la obra al honorable Juan Vicente, que tiene el diseño; y así, pediránle por ella, que él dará razon.

«Tambien proponemos á vuestras magnificencias, como no ignoran, que en esta ciudad está el cuerpo del reverendo bienaventurado maestro Raimundo Lullio, en el monasterio de los frailes menores de dicha ciudad, en el cual se hizo ó se dió principio á un suntuoso sepulcro, que convendría se acabase, porque no tiene la perfeccion debida, por ser su cuerpo tan digno de veneracion como es, y tambien por ser hijo de la tierra; por tanto representamos á vuestra sabiduria sea de su agrado determinar se haga para esto la limosna que les parecerá.»

(15) Como la enseñanza que estableció en Palma el arquitecto escultor Francisco Herrera forma una época señalada en la historia de las artes mallorquinas, justo es que yo reuna en esta nota las noticias que pude adquirir acerca de ella. Hasta ahora no me ha sido posible descubrir la patria de este artista, aunque el anciano escultor Miguel Tomás, su nieto en el arte, asegura que era vizcaino. Mas como semeja dictado se de vulgarmente á todos los naturales del país vascongado, no es fácil determinar á cual de las tres provincias pertenece. En la duda demos el mejor derecho al señorío de Vizcaya, mientras yo trato de descubrir su partida de entierro, y por ella su testamento, y por este, noticias mas claras de su patria, padres y descendencia.

Aunque tampoco consta el año de la venida de Herrera á Mallorca, se puede determinar entre los años 1680 y 1690, en fe de una memoria sacada del *Memoriale provinciae Majoricensis*, que dejó escrita fray Andrés Noguera, y se conserva manuscrita en el convento de Jesus, extramuros de esta ciudad, en que dice: *Anno Domini 1699, die vero 5 decembris, exiit minister provincialis electus A. R. P. F. Joseph Palou, lector jubilatus, S. Officii qualificator, et ex-definitor. Ejus cura, ostium ecclesiae S. Francisci civitatis, fuit constructum, cum suis statuis, et reliquis scultis* (así dice, *cum esset ejusdem conventus guardianus*). Si pues se habia concluido en el guardiansato del padre Palou una obra tan rica de arquitectura y escultura, y esto antes del año 1699, fácil es de creer que su único autor hubiese venido aqui muchos años antes.

Yo no he visto obra alguna de la mano de Francisco Herrera; pero con referencia al informe de algunos artistas y á la opinion pública, se puede asegurar que era artista de mucho mérito, pues que sus obras son generalmente estimadas, y de algunas, por ejemplo, las efigies de san Antonio y san Martin en las capillas de estos titulos de la catedral, se hace particular ponderacion. De estas y demás obras pondré al fin lista separada, así como de las de sus discípulos.

De Francisco Herrera fué hijo Gregorio, que estudió el dibujo con su padre, ejerció la escultura y la pintura, y era, segun la expresion de uno de sus mejores discípulos, artista de excelentes principios. Ninguna obra suya es conocida en esta ciudad, pues que casi trabajó siempre para las villas, sin que yo haya podido descubrir de sus obras mas que las que usted verá en la lista de abajo.

De este Gregorio fué discípulo el escultor don Miguel Tomás, que hoy vive y acaso es octogenario. De algunos borrones y dibujos suyos que he visto, infero sus buenos principios, y de esto, que sus obras, que tampoco conozco, tendrán igual mérito. La lista dará á usted cuáles y cuántas son, y por ellas verá que se ejercitó mucho en trahar así en piedras como en madera; lo que supone gran facilidad en el manejo del cincel.

Don Francisco Tomás nació en Palma el 26 de febrero de 1762, y fue bautizado el mismo día en la parroquia de Santa Eulalia. Fueron sus padres el escultor Miguel Tomás y Antonina Rotger, y destinándole aquel al ejercicio de su profesión, empezó muy temprano á enseñarle el dibujo, en cuyo estudio le detuvo por tiempo de cuatro años. Viendo sus grandes progresos, le ejerció despues por espacio de otros cuatro en modelar figuras en barro, y con esto pudo elevarle por sí solo algunas figuras de escultura, siendo la primera que trabajó un Jesus niño, por encargo del caballero don Antonio Ferrá, regidor de esta ciudad, y sucesivamente hizo otras diferentes, cuya lista, formada por su mismo padre, pondré al fin.

Después Tomás se distinguió entre los artistas de su patria, de extender sus talentos y acreditados fuera de ella, se aplicó á trabajar en piedra; y habiendo vencido las dificultades que presenta esta materia, se animó á emprender alguna obra que pudiese ser aprobada por los buenos conocedores. En consecuencia hizo en mármol un busto de Julio César, y le llevó y presentó á la academia de San Carlos de Valencia, la cual apreciando justamente el talento acreditado en aquella obra, premió á Tomás con el título de academico de mérito, y con la estimación que de él hicieron los mas distinguidos individuos del mismo cuerpo. Desde Valencia pasó á la corte, asistiendo ver los grandes modelos de las artes que en ella y otros reales se conservan, y despues de satisfecho este deseo, volviendo por Valencia, fue admirablemente retratado allí por su amigo, el distinguido pintor don Vicente Lopez.

Restituido á su patria, se dedicó con nuevo ardor al ejercicio de su arte, no menos que al servicio del público, en la escuela de dibujo, que con tanto celo había fundado y con tanto provecho de su patria sostiene la Sociedad Mallorquina, entre cuyos primeros alumnos se había alistado, donde había obtenido el premio de dibujo, y entre cuyos maestros tuvo luego distinguido lugar, habiéndosele nombrado segunda director del dibujo y primero de la escultura, cargos que desempeñó, con tanto celo como inteligencia, por tiempo de diez años.

Parece que Tomás no vivía sino para su profesión, creyendo en el mas y mas cada día el ansia de conocer sus teorías; lo que le llevaba á leer cuanto se había escrito de bueno sobre las bellas artes, y á juntar y recoger cuanto su caudal permitía, de estampas, dibujos y pinturas, con una generosidad poco común. Y como la instrucción que por este medio adquiría, unida á una conducta decorosa y urbana, hiriese su trato y su conversación muy agradables á los aficionados é inteligentes, obtuvo facilmente el aprecio y aun la amistad de aquellos caballeros de este país que mas se distinguen en instrucción y amor á las artes.

En los últimos años de su vida, con ocasión de tratar al cartujo fray Manuel Rayen, que vino desde Aragón á pintar las bóvedas de la nueva iglesia de la Cartuja de Valldemusa, se dedicó con ardor á la pintura, en la cual, á lo que se puede inferir de su aplicación, de su destreza y gusto en el dibujo, y de la gracia que manifiestan algunos ensayos copias que trabajó, habría hecho grandes progresos si la muerte no le arrebatase en la mitad de su carrera. Falleció de pulmonía el 1.º de abril del año pasado 1807, en la edad de cuarenta y cinco años, y fue enterrado en la parroquia de San Nicolás. Había contraído matrimonio en 1784 con Juana Lliteras, con quien vivió no bien avenido, y en quien no tuvo hijos. Fuera de matrimonio dejó una niña, por nombre Maria Magdalena, que hoy se cria á expensas de los amigos de su padre. El excelente retrato de Tomás, citado arriba, con algunos de sus dibujos y ensayos de pintura, lo recogió á su muerte un ilustre amigo de las bellas artes, que le honrara en vida con su amistad.

La real sociedad económica de Amigos del país de Mallorca honra también la muerte de este digno artista, que se alistaba entre sus socios de mérito, en el periódico que con título de *Semanario publica* todos los sábados, y en el del 11 de abril de 1807, con un breve, pero justo elogio de su talento y celo público, y con la manifestación del sentimiento de su pérdida.

#### LISTA DE LAS OBRAS QUE PRODUJO ESTA ESCUELA.

De don Francisco Herrera.

La portada de San Francisco, con sus seis estatuas, dos cariátides y algunos ángeles.

La capilla de San Nicolas de Tolentino, para la iglesia de Agus-

tipos de Palma, cuya cupula es muy ponderada, aunque según don Buenaventura Serra, la parte de escultura quedó solo desbastada.

El retablo de la capilla de San Antonio de Pádua en la catedral, y en él la estatua del Santo predilecto, y otras que representan su auditorio, del tamaño natural. Dos virtudes de mayor tamaño, San Pablo, primer ermitaño, y un Niño Jesus.

En la capilla de San Martín, el Santo á caballo partiendo la capa, que es de gran mérito, y en lo alto San Pedro de Alcántara.

Capilla de San Bernardo: el Santo recibiendo la leche de la Virgen, San Cayetano y San Andres Avelino, los cuatro doctores sosteniendo una silla en lo alto, y un bajo relieve, que representa á San Bernardo.

En la iglesia parroquial de San Miguel, el santo Arcángel en el retablo mayor, San Rafael y San Gabriel, San Francisco y San Antonio á los lados, y la Purísima en el ático.

En las monjas Teresas, en el retablo mayor la Santa fundadora escribiendo, y San José y San Elias.

Para la iglesia de la villa de Santa María una efigie de San Isidro Labrador.

Gregorio Herrera.

Trabajo para las villas de la isla, y por lo mismo nada se conoce de su mano en la capital, ni aun se sabe cuáles fueron sus obras fuera de ella, salvo una efigie de la Asunción de la Virgen para la villa de Sinen, y cuadros al olio, que representan dos arcángeles del tamaño natural.

Miguel Tomás.

Una efigie de San José para la villa de Alago, otra del mismo santo para la iglesia de San Nicolás de Palma.

Una estatua de piedra de San Pedro para la portada del seminario de este título.

Una estatua de la beata Tomasa para Barcelona.

Una efigie del Niño Jesus para un caballero.

Catorce escudos de armas en piedra, con sus adornos, para Montesión (antes colegio de Jesuitas, y hoy Universidad literaria), para la cárcel, el matadero, el hospital general, sin contar otros para caballeros particulares.

Francisco Tomás.

Un Jesus Niño, de tres palmas, para el caballero regidor don Antonio Ferrá.

Un crucifijo, de seis palmas, para el hospital general.

Una efigie de la Concepción, del tamaño natural, para la villa de Muro.

Otras dos de los beatos Miguel de los Santos y Simon de Rojas, para la iglesia de los Trinitarios, de catorce palmas de alto.

Otra de la beata Catalina Tomás, con dos niños, para la villa de Andraitx, de tamaño natural.

Otra de la misma beata, de cinco palmas, para la ciudad de Barcelona.

El busto de Julio César en mármol, presentado á la real academia de San Carlos de Valencia.

El busto y retrato del señor marqués de la Romana, muerto en la playa de Argel, tambien en mármol.

Un bajo relieve, que representa las tres gracias, tambien en mármol.

Una estatua de San Antonio de Pádua para Iviza.

Una cabeza de Medusa en mármol.

Varias figuras al olio y algunos retratos en miniatura, con muchas plantas de arquitectura y perspectiva, en que se ejercitaba con frecuencia.

ESCRITURA OTORGADA POR JAIME FABRA, ARQUITECTO DE BARCELONA, CON EL SUPERIOR Y RELIGIOSOS DEL CONVENTO DE SANTO DOMINGO DE PALMA. SOBRE LA CONTINUACION DE LAS OBRAS QUE TENIA A SU CARGO EN DICHO CONVENTO. A.

*Sic omnibus notum, quod ego magister Jacobus Fabra, lapicida, civis Majoricarum, praesentis stipulatione convenio vobis, fratri Petro Alegre, gerenti vi-*

Sea notorio á todos cómo yo, el maestro Jaime Fabra, arquitecto, vecino de Mallorca, por la presente escritura me obligo á vos, fray Pedro Alegre, sub-

a Documento que insertó el autor como comprobante de este apéndice.



*ees prioris conventus fratrum Praedicatorum Majoricarum antedicti, et notarii infrascripti stipulantis, rice et nomine dicti conventus; quod quando prior dictae domus fratrum Praedicatorum Majoricarum, vel ejus locum tenens voluerit, et requisiverit me, quod redeam ad hanc civitatem Majoricarum, ex Barchinone, quod iturus sum in praesenti, causa facienda illuc aliena opera, vel ea dirigendi, cum licentia vestra, et fratrum dictae domus ad preces Illustrissimi Domini Regis Aragonum, et venerabilis Domini Barchinonensis Episcopi; ego illico recepta monitione, vel requisitione vestra, vel prioris dictae domus, seu ejus locum tenentis omnibus operibus et negotiis postpositis, redeam ad hanc civitatem Majoricarum, salvo justo impedimento, et quod vobis, et fratribus vestri conventus faciam, et consumabo opera vestri monasterii, et alia opera faciam pro ut pactus sum, et facere teneor, ut continetur in quodam publico instrumento, facto inter me, et venerabilem fratrem Arnaldum Burgueti, dudum priorem dictae domus; quod instrumentum sit validum, et nihil pro praedictis illi videatur innovatum, aut mutatum. Quod si per me steterit, quod non redeam, cum citatus fuero, et non compleverim praedicta, cum ea complere possim, teneare dare, et pro valida et sollemnem stipulationem dare promitto operi vestri dicti monasterii, in manu et posse notarii infrascripti, vice et nomine dicti operis stipulantis, pro poena, et nomine poenae quinquaginta libras regatium majoricensium monetae, perpetuae minutorum, quae pro damnis, et interesse computantur. Qua poena soluta, vel non, nihilominus rota maneat haec praedicta, et caetera contenta in instrumento inter me, et dictum fratrem Arnaldum Burgueti facto, et pro praedictis attendendis, et non contraveniendis, obligo vobis, et vestro conventui supradicto, et nomine infrascripti stipulantis, vice et nomine ejusdem monasterii me, et omnia bona mea, ubique habita, et habenda. Ad haec ego Maimonius Peris, civis Majoricarum, amore et precibus dicti magistri Jacobi, constituto me paejussorem in praedictis, et promitto vobis dicto fratre Petro Alegre, et dicto conventui*

prior del convento de frailes predicadores, y al infrascripto notario, que en voz y nombre del dicho convento interviene en este convenio, que cuando el prior de dicha casa de los frailes predicadores de Mallorca, ó quien sus veces haga, me requiriere para que vuelva á esta ciudad desde la de Barcelona, adonde tengo que ir, con permiso vuestro y de los frailes del dicho convento, para hacer ó dirigir allí algunas obras, á ruego del muy ilustre señor rey de Aragon y del venerable señor Obispo; y yo luego que recibiere vuestro aviso ó requerimiento, ó del prior del citado convento ó quien sus veces haga, posponiendo cualesquiera otras obras ó negocios, volveré á esta ciudad de Mallorca, salvo si algun legitimo impedimento lo estorbare, y que entonces ofrezco á vos y á los frailes del referido convento que haré y acabaré todas las obras de vuestro monasterio, y haré además otras obras, como tengo estipulado y soy obligado por cierto instrumento público, otorgado por mí con el venerable fray Arnaldo Burguet, antes prior de dicha casa; el cual instrumento quiero que sea valedero, sin que parezca que por presente se innova ni muda cosa alguna en cuanto á él. Y si requerido no volviere ó no cumpliere lo que llevo expresado, pudiéndolo hacer y cumplir, será obligado á dar, como por este solemne instrumento lo prometo, para la obra de dicho vuestro monasterio, y á entregar al infrascripto notario, que á nombre de ella estipula cincuenta libras de reales menudos de Mallorca por vía de pena y en compensación de los daños ó intereses; la cual pena pagada ó no pagada, quede siempre rato y valedero, así lo contenido en la presente escritura como en la otorgada con el referido fray Arnaldo Burguet. Al cumplimiento de lo cual, y para el caso de contravención, me obligo á vos, á vuestro convento y al infrascripto estipulante, á voz y nombre vuestro, con todos mis bienes habidos y por haber. Además de lo cual, yo, Maimon Perez, vecino de Mallorca, por amor que tengo al citado maestro Jaime, y á su ruego, me constituyo su fiador para todo lo que va expresado, y prometo á vos, dicho fray Pedro Alegre,

*stipulantis, vice, et nomine dicti conventus de praedictis, cum dicto magistro Jacobo, et sine eo, ubique teneri, et sub bonorum meorum omnium obligatione. Actum est hoc Majoricis, octavo idus junii anno Domini millesimo trecentesimo decimo septimo. Sig. num. magistri Jacobi Fabra. Sig. num. Maimonis Peris, praedictorum qui haec firmamus et laudamus. Testes hujus rei sunt: Bartholomaeus Gamundini, presbiter Jacobus Bagueras, et Arnaldus de Columbario. Sig. num. Petri de Cardona, notarii publici Majoricarum, qui haec, prout in notulis Jacobi Rausini unquam notarii Majoricarum invenit, auctoritate curiae scribi fecit, et clausit xiv Kal. Martii, anno Domini m.ccc.xviii.*

y á vuestro convento y al infrascripto vuestro apoderado, el cumplimiento de lo aquí contenido, junto con el dicho maestro Jaime, ó sió él, en todo tiempo, y á ello me obligo con todos mis bienes. Fecho en Mallorca, á 8 de los idus de junio de 1317. Señal del maestro Jaime Fabra. Señal de Maimon Perez, arriba dicho, que esta escritura loamos y confirmamos. Siendo testigos Bartholomé Gamundi, presbitero; Jaime Bañeras y Arnaldo Columbario (ó Palomar). Señal de Pedro de Cardona, notario público de Mallorca, que hallé lo aquí referido en notas de Jaime Rausin, antes notario de Mallorca, y por autoridad de la curia lo hice escribir y cerrar á 14 de las calendas de marzo, año del Señor 1318.

#### SUPLEMENTO Á LA NOTICIA HISTÓRICA DEL REY DON JAIME II DE MALLORCA (a).

Cuando don Jaime II, libre de la injusta guerra que la ambición de su hermano y sobrino le suscitara, volvió á sentarse en el trono, y tendió la vista por su nuevo dominio, halló que casi todo estaba por hacer en él, y que si su padre le había conquistado con las armas, á él quedaba el cuidado de fundarle con su prudencia. Halló poblada la capital, pero desierta la isla; defendida su población, pero abiertas y sin reparos sus avenidas; halló que si tenía morada en que alojar á su familia, le faltaba palacio en que reunir su corte; que la agricultura estaba abandonada por falta de brazos, y el comercio por falta de signos, y que la industria, sin materias ni capitales, no podía crecer ni concurrir al aumento de la riqueza pública. Tanto faltaba, y tanto proveó este buen rey; al mismo tiempo que convertía el enorme castillo de la Almudaina en un palacio, si grosero en su exterior, bello y magnífico por de dentro, levantaba de nuevo á su vista el fuerte y hermoso castillo de Bellver; fundaba las once villas, á que debe la isla su principal opulencia; daba en ellas brazos á los campos y materia á la industria de la ciudad, y acuñando aquella excelente moneda, que tan apreciada fué después en las escalas del Mediterráneo, animaba el comercio, antes desalentado, así por la variedad é incertidumbre de las monedas extrañas como por la falta de signos propios... Resplandece su piedad en la real capilla de su palacio, que construyó y dotó en el colegio de Miramar, que fundó para convertir los infieles domiciliados en su dominio, y puso la primera piedra del insigne templo de las Llagas de san Francisco, para mostrar su ternura á un santo hijo, que renunciaba la corona por el sayal de los mejores.

#### NOTICIA DE DON FRAY PEDRO DE CIMA, OBISPO DE MALLORCA (b).

El generoso franciscano don fray Pedro de Cima, que desde la iglesia de Elna fué trasladado á la de Mallorca, su patria, dejó una memoria, que debe ser muy grata á la arquitectura balear, por los muchos edificios que costó, así en esta isla como en Menorca. Don Vicente Mut dice que construyó á sus expensas (y es así, por acreditarlo sus armas) la segunda nave mayor de la catedral, y emprendió otras obras, cuya importancia y grandeza, así prueba el celo que le animaba para el esplendor de la Iglesia, como su afición y buen gusto á la arquitectura.

(a) Del autor

(b) Del mismo.

## APÉNDICE TERCERO.

### DESCRIPCION HISTÓRICO-ARTÍSTICA DEL EDIFICIO DE LA LONJA DE PALMA

¿No fuera bueno, mi querido amigo, que yo privase á usted de las noticias que tengo recogidas sobre la hermosa fábrica de la lonja de Palma, en castigo de la impaciencia con que me arrancó, sin tiempo ni sazón, las primeras que empezaba á recoger? Mas no tema que lo haga, porque ni quiero perder el gusto que tengo en publicar mis descubrimientos, ni quiero privar á usted del que tendrá en saborearse con ellos, ni quiero en fin defraudar á la historia de la arquitectura de España de muchas preciosas memorias que podrán ilustrarla. Y como además no puede ser duro en perdonar los ímpetus de la curiosidad quien los conoce y suele sentir, hé aquí que voy á dar á usted cuantas noticias he podido rebuscar acerca de este noble edificio, con mas algunas reflexiones que juzgo necesarias para su ilustracion.

Usted tiene ya de antemano la prueba que le envié de que el proyecto de la Lonja fué coetáneo á la conquista; pero antes de hablar de él conviene conocer las razones que le inspiraron.

Cualquiera que lea los fueros que el Rey conquistador de Mallorca concedió á sus pobladores luego que hubo descansado en la nueva capital, conocerá que se propuso establecer aquí un pueblo navegador y comerciante, así por el derecho que les dió de cortar maderas para construir naves y leños, de navegar y pescar libremente en sus mares, como por la exencion de toda especie de impuestos en la entrada y salida de mercaderías de su puerto, y otras franquizas que dicen inmediata relacion al tráfico. Por eso la profesion de la mercaderia formó desde el principio uno de los estamentos de la isla, y entró en su jerarquía civil y en su gobierno municipal. Así se ve que desde que se organizó el cuerpo de jurados, encargado del gobierno de la ciudad y la isla, se compuso siempre de un caballero, dos ciudadanos militares, dos mercaderes y dos artesanos. Y cuando se estableció despues el grande y general consejo, los mercaderes (bajo cuyo nombre se entendia entonces todo comerciante) tuvieron en él igual representacion.

El historiador Dameto coloca la institucion de los jurados en 1249; pero el padre Mallorca asegura que fué anterior, diciendo que existe el privilegio del Rey conquistador, expedido en Valencia el 7 de julio de 1240, y refrendado por su secretario Guillermo Rabasa, en que concede á Mallorca la facultad de nombrar jurados. Además que de estos magistrados, segun el mismo

padre, se halla ya memoria en otros documentos de aquel tiempo.

Puede servir de confirmacion y apoyo de estas noticias el primer documento que trata de la Lonja, y de que ya di razon á usted antes de ahora; esto es, el privilegio mismo en que el rey don Jaime I concedió terreno para edificarla, expedido en Barcelona el 22 de agosto de 1246; por él se concede á Ferrer de Granada en censo (ó establecimiento, como aquí dicen) la plaza ó espacio de tierra que habia junto á la puerta del Mar, y empezaba desde el ángulo de la barbacana, hácia el hospital (hoy iglesia de San Juan), siguiendo por quince brazas de ancho y veinte de largo, entre el mar y el arroyo (*la Riera*), para que en él se construyese una Lonja y Hospedería para uso de los mercaderes, á los cuales, y á sus efectos y mercancías, ofrece el Rey seguridad y proteccion, todo bajo las siguientes condiciones: primera, que no se edifique sobre el muro; segunda, que entre este y el nuevo edificio se deje una ancha calle, y tercera, que sobre él se cargue un censo reservativo de seis *macemutinas*, que son cinco sueldos cada una (1), pagaderas en el día de San Juan de cada año. Confirman la escritura Ponce Hugo, conde de Ampurias, Guillem de Cruillas, Bernardo de Aones, Guillem de Moncada, Bernardo de Santa Eugenia, y antes de este, aquel Jaspert de Barberan, á quien Miedes llama capitan de ingenieros, y de quien ya hablé á usted en mis memorias de la fábrica de la *Seu*. Todo lo cual se verá mas de lleno en la misma escritura, de que pondré al fin copia á la letra, si pudiere lograrla, y si no, en extracto cual la tengo ya, tomada de los apuntamientos del erudito capuchino fray Cayetano de Mallorca (2).

Pero si yo no me engaño, todavía el proyecto de la Lonja fué mas antiguo que el privilegio que ya citado. Infiriólo de una expresion del mismo documento, si es que se entiende como á mi juicio debe entenderse; pues hablando el Rey de las brazas de terreno conce-

1) Segun el señor Boyer, en su *Historia de la casa real de Mallorca y noticia de las monedas proprias de esta isla*, el *macemutino* ó *macemutina* de oro, moneda catalana corriente en Mallorca durante la dominacion arábiga, valia seis sueldos barceloneses. Tambien el padre Terreros dice que valia seis sueldos de real una moneda antigua de España, que él llama *masamutino*. Pero en un privilegio de don Jaime II, que tiene la fecha de 23 de marzo de 1300, se dice que el valor de una *macemutina* era el de cinco sueldos de Valencia. Este documento tendria presente Jovellanos para asegurar que son cinco sueldos cada una.

(2) Ni uno ni otro documento han podido hallarse.



dido, añade: *Quas Nos assignavimus in Majorica* (que Nos habemos señalado en Mallorca). ¿Qué quiere esto decir, sino que el Rey había señalado por sí mismo aquel sitio y espacio para la Lonja, hallándose en esta ciudad? No habiendo pues estado en ella desde 1232 hasta 1269, y siendo la fecha anterior á esta última venida, resultará que el proyecto de la Lonja pertenece á los años de 1230, 31 ó 32, en los cuales vino á Mallorca; y yo me inclino á que pertenece al último, pues que en esta tercera venida fué cuando cedido ya el señorío de la isla al infante don Pedro de Portugal, acabó y autorizó el repartimiento de las tierras conquistadas, y entonces cuando dispuso de las que le quedaban de su porción, y dió otras providencias propias de la suprema soberanía, que se había reservado.

Pero, amigo mío, como *del dicho al hecho hay gran trecho*, la Lonja se proyectó, el terreno para ella se señaló y concedió, y su propiedad fué adquirida por el comercio; pero el comercio ó no pudo ó no quiso en mucho tiempo levantar el edificio. Hay memoria de que tenían aquí lonja los genoveses y aun los ingleses, y todavía el comercio nacional carecía de ella. Bien creo yo que para sus juntas tuviesen los negociantes alguna casa alquilada ó comprada, y aun tambien que la llamasen Lonja, pues que en la memoria de ciertas ventas hechas por el gobernador Centellas y los procuradores reales en 1351, se cita la de una casa *en la Lonja* (1); mas que no tuviesen edificio construido á este fin, es indudable.

Tenemos en prueba de ello documentos positivos, para cuya perfecta inteligencia debo tambien anticipar á usted algunas noticias, que al mismo tiempo servirán para la historia civil de esta isla.

Aunque los mercaderes, segun hemos visto, entraron desde luego en la jerarquía municipal de Mallorca, y formaron uno de sus estamentos civiles, pasó mucho tiempo antes que se reuniesen ó constituyesen en cuerpo político. Para los negocios que pertenecian á su profesion, y para aquellos en que la generalidad de los que la ejercian tenia que concurrir á los del público, se juntaban privadamente, segun que la ocasion lo requeria; conferian y acordaban entre sí lo conducente á ella; y si era necesaria representación formal de la clase, nombraban diputados para tratar y contratar por esta lo conveniente al caso.

Tal era el estado civil del comercio de Mallorca en el tiempo de su mayor prosperidad, cuando con su industria y esfuerzos concurría al incremento y gloria de este reino, cuando muchos ciudadanos militares ejercian esta recomendable profesion, y engrandecian con ella su estado y familias; y en fin, cuando los mas enopetados caballeros, lejos de desdenarla, aspiraban á entrar en ella, segun atestigua Mut. Mas cuando los grandes servicios hechos por Mallorca á los reyes aragoneses en sus guerras, y el aumento progresivo y enorme de impuestos fueron apurando los medios de proveer á las necesidades públicas, el magistrado civil, que hallaba ya poco auxilio en otras clases, volvió principalmente los ojos á aquella, en que el valor, la in-

dustria y buena economía habían atesorado mas riqueza y conservádola mejor. De aquí vino que al paso que las necesidades y ocasiones de apuro se hacian mas frecuentes, se multiplicasen tambien las conferencias y tratados del magistrado con el comercio, y se hiciese mas palpable la falta de una constitucion que reuniese sus individuos; de representantes naturales que llevasen su voz, de lugar oportuno y decoroso para sus juntas y deliberaciones, y en fin, de una organizacion legal y autorizada. Hé aquí el origen del colegio de la mercadería, y de la fábrica de su lonja.

Hallábase Mallorca en 1409 en grande alago y falta de recursos, no solo por las causas de que ya dije algo en las memorias de Bellver, sino tambien por los recientes y enormes gastos que tuviera en el armamento de la poderosa escuadra con que reforzó la armada *Santa*, y de los bajeles con que ayudó despues á las guerras de Sicilia y Cerdeña, en que sus marinos y militares tuvieron tanta parte. Sobre esto le pedía todavía el rey don Martin de Aragon otras dos galeras para acabar la reduccion de Cerdeña, y el magistrado, nunca reacio ni detenido en manifestar su celo, le habia ofrecido armarlas y enviárselas dentro de cuatro meses. Ocurrió con esta ocasion á los mercaderes, y estos la miraron como muy oportuna para lograr el arreglo de su constitucion. Aprovecháronla pues, propusieronla á los jurados, y estos al grande y general Consejo. Hubo sobre el asunto varios tratados y conferencias, y concordados de una y otra parte diferentes artículos, se redujeron á acto público, y se elevaron al Rey para obtener su sancion. Envió Mallorca á este fin, como su embajador, al caballero Arnaldo Albert, el que pasando á Barcelona, obtuvo la aprobacion del tratado por real privilegio, expedido en aquella ciudad á 23 de marzo del dicho año 1409, y refrendado por Bartolomé Gras, notario del Rey.

Este precioso privilegio, aunque mal copiado y peor impreso, se halla entre otros al frente de un libro que publicó el colegio de mercaderes en 1665, y se reimprimió en 1733; y dejando aparte cuanto no conduce á nuestro propósito, copiaré solamente de él los dos artículos 3.º y 6.º, con las respuestas á las peticiones que contiene.

Dice la peticion quinta que por parte de la universidad se suplique al señor Rey que para el buen régimen de la mercadería, que redunde en gran provecho y sustentacion de la causa pública, sea servido de otorgar á los mercaderes del dicho reino el que puedan tener colegio aprobado.

*Respuesta.* Place al señor Rey que para los negocios y ordinaciones del dicho colegio se puedan juntar una y muchas veces hasta el número de veinte personas, y no mas.

Peticion sexta. Item, que sea suplicado al dicho señor Rey y se obtenga que abolidos los citados derechos para reduccion de los capitales de dichos censos (habla de los tomados para el armamento de las galeras), puedan los mercaderes imponer la contribucion de una malla ó dinero por libra sobre todas las mercaderías de particulares ó extranjeros entrantes ó salientes de este reino, cuyo producto perciban y destinen para defensa de

(1. Apuntamiento del padre Mallorca. *(Nota del autor.)*

los mares y buena conservacion de la mercaderia, y para que con el sobrante puedan hacer y construir Lonja para ennoblecimiento de su profesion y de la dicha ciudad; dándoseles licencia por el señor Rey para tomar todos los solares ó casas necesarias ó útiles para la construccion de dicha Lonja, estimándose antes sus propiedades, é indemnizalos sus dueños á conocimiento del señor veguer de la ciudad, del procurador real y de cuatro prohombres elegidos por las partes, y amortizándose, si necesario fuere, los dichos solares destinados para la Lonja.

*Respuesta.* Place al señor Rey.

Vea usted aquí el proyecto formal de la Lonja nuevamente aprobado, dotado y pronto á ser llevado á ejecucion. Y digo nuevamente porque no duda que se tuviese á la vista la antigua concesion del rey conquistador, puesto que la Lonja ocupa precisamente el mismo espacio de terreno que fué en ella señalado.

Corriendo esta empresa á cargo de un cuerpo tan pudiente y celoso, no es de dudar que desde luego se empezase á trabajar en la nueva lonja, por mas que yo no haya podido descubrir ni el primer autor, ni los primeros pasos de esta fabrica, ni tampoco la causa que interrumpió su curso, como consta que lo estaba algunos años despues.

Pero el colegio de mercaderes, deseoso de llevarla adelante, hizo en 1126 nueva contrata con el insigne arquitecto Guillermo Sagrera, el cual por escritura pública, otorgada en Palma á 11 de marzo de aquel año ante Bernardo Sala, notario y escribano del colegio, se obligó á continuar y concluir la obra de la Lonja, desde el punto en que se hallaba entonces, con varias condiciones, de las cuales pondré aquí algunas para mayor claridad de estas memorias.

Por la primera, segunda y cuarta se obliga Sagrera á acabar de construir la Lonja, en la forma y manera en que estaba empezada, y segun la traza por él formada y presentada; á que ejecutaria esta obra hasta la cubierta de las bóvedas en los doce años siguientes, con la altura de ocho canas de Montpellier desde el piso á la llave; y á que en los tres años siguientes á los doce haria y acabaria las torres, almenas y demás obras superiores. Por la quinta y sexta se obliga á hacer todas las columnas, claves y pavimento de piedra de Santañi, y las pendientes ó enjutas de las bóvedas de la de Sollerich. Por las cuatro siguientes se obliga á hacer, para decoro de la obra, diferentes ornatos, á saber: primero, sobre la puerta principal que mira al este un solemne tabernáculo con la efigie de nuestra Señora; segundo, en cada uno de los otros tres frentes una estatua de ángel con su tabernáculo encima, y las armas reales y de la ciudad á los lados; tercero, en los cuatro ángulos del edificio cuatro grandes estatuas, en esta forma: en el que mira á Portopí la de san Nicolás, en el opuesto la de san Juan Bautista, en el que está hacia la Atarazana la de santa Catalina, y la de santa Clara en el que mira á la Almudaina; con otras cosas que usted habrá visto en el texto de la escritura, que con su version castellana me arrancó tanto tiempo há.

Bajo de estas condiciones se obliga Guillermo Sagrera á ejecutar de su cuenta, y por ajuste alzado, todas

las dichas obras, y los defensores del colegio de la mercaderia, Francisco Anglada y Juan Ferriola, y los fabricqueros nombrados para el enidad de la empresa, Antonio Quint, Nicolás Pax y Jaime Viñolas, se obligan por su parte á dar y pagar al dicho Sagrera veinte y dos mil libras de reales menudos de Mallorca, consignadas en el producto *del dinero por libra*, impuesto sobre las mercaderias entrantes y salientes del reino, el cual le cedieron del todo, y sin otra reserva que la de ciento cincuenta libras para gastos del colegio. Sagrera debía recibir cada año y á su riesgo este producto de los asentistas á quienes se vendiese ó arrendase aquel derecho, afianzando estos el pago á su satisfaccion, y por último, era de su cargo gastar en las obras, no solo la cantidad total que por aquel título recibiese cada año, sino además quinientas libras de su propio fondo en cada uno.

Usted conoce bien cuántas reflexiones pudieran hacerse sobre el tenor de este instrumento; yo me reduciré á las que son mas á mi propósito.

Una de ellas es, que pues no se trataba de empezar, sino de continuar y concluir un edificio ya empezado, queda en pié la duda de quién fuese su primer autor. Si no lo fué Sagrera, es muy de sentir que el nombre de un artista que supo trazar tan bello plan quede sumido en el hondo rincón de algun archivo, pues que mis diligencias no han bastado para sacarle á luz. Con todo, me parece que no debemos afligirnos, pues que á mi juicio, á Sagrera, y no á otro, pertenece toda la gloria librada en su belleza. Fúndolo en el tenor de la cláusula cuarta de la citada escritura, que dice así:

*Item: que la dit Guillem s'ia tingut de continuar é acabar la dita obra de la dita Lonja, en la forma é manera que es comensada, é segons las mostrars per aquell Guillem als dits honorables obrers dadas é llibradas.*

*Hem: que el dicho Guillermo sea obligado á continuar la obra de la dicha Lonja, en la forma y manera en que esta comenzada, y conforme á la traza por él dada y entregada á los dichos honorables fabricqueros.*

Si estas expresiones no son del todo concluyentes, por lo menos hacen en gran manera probable que no se trataba de ejecutar un plan nuevo, sino de continuar el que estaba empezado, porque si la obra debia continuarse *en la misma forma y manera* en que estaba empezada, claro es que á ser otro el autor, no tendria Sagrera que presentar muestras para ella, sino que deberia seguir las presentadas por aquel, y de consiguiente que la cláusula se refiere al plan ó muestras primitivas que Sagrera habia presentado.

La otra reflexion es, que pues Guillermo Sagrera debia gastar cada año de su propio fondo en la obra quinientas libras, además de lo que recibiese de los asentistas; es decir, que pues se obligaba á anticipar siete mil quinientas libras en los quince años que abraza la contrata, es preciso que fuese notablemente rico; porque el alto valor que tenia entonces la moneda no deja presumir que fuese tomando á crédito tan fuerte cantidad, en un tiempo en que el interés del dinero era proporcionalmente subido.

Tal era el autor, y tales los auspicios y condiciones con que se emprendió la continuacion de este edificio



bajo de un plan tan bello y magnífico, que así prueba el genio del artista que le concibió como el espíritu del cuerpo que le emprendía.

Sagrera, cumpliendo sustancialmente las condiciones de su contrata, continuó y acabó según ella el edificio, salvo algunos accesorios, de que hablaré después. Pero la desavenencia que interrumpió al principio el curso de esta obra, hubo de retonar hacia su fin; pues consta que cuando este se acercaba, había empezado ya entre Sagrera y el colegio aquel pleito de que hablan los cronistas de este reino, y de cuyo éxito nada cierto sabemos, ni por ellos ni por la tradición.

Este pleito, si ya no antes, empezó en 1448, pues que á 20 de enero del siguiente año, ya Sagrera, que era actor en él, había obtenido del señor don Alfonso V, rey de Aragón y de Nápoles, un real despacho de comision, por el cual nombró á Juan Serralta y Juan Ferriola, mercaderes de Mallorca, para que conociesen de él y le determinasen. Y del documento que luego citaré se puede colegir que así Sagrera como los dichos jueces delegados se hallaban entonces en Nápoles, y que el Rey, ó por la importancia del asunto, ó por favorecer á Sagrera, deseaba que la causa se decidiese en aquella corte.

Es el caso, que notificado en Mallorca el despacho de la comision, fué luego reclamado por el colegio de la mercadería, el cual ocurriendo al rey don Alfonso, la contradijo, y pidió formalmente su revocacion. Por principal fundamento de este recurso, alegó el colegio que dicha comision era contraria á los privilegios y franquezas del reino de Mallorca, según las cuales todos los pleitos y causas de sus moradores debían ser seguidos y terminados dentro de la isla. El Rey reconoció la justicia de este recurso, accedió á la súplica del colegio, y revocando la primera comision por otro real despacho, dado en Castel-novo de Nápoles á 21 de octubre de 1450, cometió de nuevo el conocimiento de la causa al gobernador de Mallorca, Berenguel de Oms, ó su lugarteniente. Es visto, pues, que los primeros comisionados se hallaban en Nápoles, porque á no ser así, mal pudiera fundarse el colegio en semejante alegacion.

No me ha sido posible descubrir los autos ó proceso de este pleito, donde sin duda existirían muchas noticias relativas á nuestra obra. Los historiadores que hablan de él no vieron tampoco el proceso, y su relacion nos deja en mayor oscuridad. Sin embargo, algo puede colegirse de que dicen que Sagrera intentó la lesion *ultra dimidium*, esto es, se quejó de haber sido perjudicado en su contrata en mas de la mitad del justo precio. Don Juan Dameto, para probar la prosperidad del antiguo comercio de esta isla, «Testigo de esto, dice el sumptuosísimo y grandioso edificio de la Lonja, ó casa de contratacion, que de hechuras costó quince mil ducados, sin los gastos de cantería y otros pertrechos; y aun después el maestro de esta insigne obra formó pleito, pretendiendo lesion y agravio en el precio sobredicho.» En esto siguió Dameto, como casi en todo, la autoridad del doctor Juan Binimelis; pero este, refiriéndose á algun documento ó apuntamiento que sin duda había leído (pues dice: *Segun queda en memoria*

*escrito*), asegura que el arquitecto de la Lonja *se quejó de engaño y perjuicio en mas de la mitad*, siendo el precio ajustado entre ellos de quince mil ducados.

Sea lo que fuere, es muy creible que la decision de este pleito fuese favorable á Sagrera, porque aunque la cantidad del ajuste parezca grande, atendido el valor de la moneda en aquellos tiempos, ¿á quién no parecerá mucho mas grande y dispendiosa la obra que ejecutó?

Pero dejando á cargo de algun curioso mallorquín que deslinde este punto, y dejando por ahora á Sagrera en Nápoles, donde le buscaremos después, volvamos á su obra, de la cual ya dijimos que dejaba acabada, salvo algunos accesorios. Averiguar, pues, cuáles fuesen estos, y quiénes los acabaron, era demasiado curioso para que yo lo olvidase; y por fortuna, trabajando en ello, logré dar con algunos documentos, que me ayudaron á descubrir uno y otro.

El primero es un privilegio del mismo rey don Alfonso V, dado en Castel-novo á 8 de enero de 1449. Habia comisionado el colegio de mercaderes á Pedro Zavila, uno de sus individuos, para que pasando á Nápoles, presentase al Rey varios artículos, dirigidos al bien y aumento del comercio, que suponía estar muy menguado, y á su restablecimiento á los términos en que antes floreciera en Mallorca. Muchos de estos artículos no son de nuestro asunto. Eslo el séptimo, en que refiriéndose que el colegio, *para construir la Lonja y casa de consejo de mercaderes*, habia tomado varios censos sobre el consabido derecho de *dinero en libra*, con cargo de abolirle luidos que fuesen los censos, se propone, no solo que el dicho *dinero en libra* no fuese suprimido hasta tanto que la obra *estuviese enteramente concluida*, y redimidos los censos, sino que se pudiesen tomar sobre él otros censos, así para la *conclusion de la obra* como para otros objetos necesarios. Por el artículo 12 se pide al Rey permiso para comprar y derribar algunas casas, *á fin de ensanchar la plaza de la Lonja*, y con cargo de indemnizar á sus dueños, y por el 13 exponiendo que *ante la Lonja habitaban varios toneleros y carpinteros, que por su oficio causaban continuo rumor, el cual resonaba tanto en ella, que los mercaderes no se oían ni entendían*, pidieron el permiso de tomar dichas casas por cuenta del colegio para arrendarlas á quien le pareciese. A todo lo cual condescendió benignamente aquel soberano.

Combinados estos artículos, se descubre que á principios de 1449, en que las obras de la Lonja no estaban *enteramente concluidas*, el edificio lo estaba en lo principal, y puesto ya en uso, pues que el artículo 13 demuestra que los mercaderes se congregaban ya en él para sus juntas y negocios.

Esto prueba tambien otro privilegio del mismo rey de 13 de julio de 1450, por el que se manda que los asentistas del derecho arriba mencionado le cobrasen en la *misma Lonja*, y abonasen al colegio, *á titulo de alquiler*, doce libras en cada año; claro argumento de que el edificio servia ya enteramente á sus destinos.

Pero otro documento, muy de nuestro propósito, pone en la mayor claridad este punto, y determina específicamente cuáles eran los accesorios que Sagrera

dejó por concluir en el edificio de la Lonja. En una escritura de contrata, otorgada en Palma, en 19 de marzo de 1451, entre los honorables Ramon Zaforteza y Bernardo Cotoner, mercaderes y defensores del comercio mercantil de Mallorca, y Guillermo Vilasolar, que se intitulaba *lapicida, civis Majoricarum, magister fabricae Lotigiae mercatorum dictae civitatis*; por la cual el citado Guillermo se obliga «á hacer dentro de un año todas las claraboyas y remates ó coronas que se han de hacer en la fábrica de la Lonja, de piedra de Felanix; á saber: las claraboyas de dos de dichas ventanas, segun la muestra (ó dibujo) que él había presentado, y las claraboyas y remates de las otras cuatro, segun que estaban empezadas per mestre Guillem Sagrera, olim mestre de la fábrica de la dicha Lonja». Y los defensores se obligaron á dar y pagar á Vilasolar, por dicha obra (que debía ser enteramente de su cuenta), doscientas ochenta libras de moneda de Mallorca, las cincuenta de contado, y las restantes segun que fuese obrando dichas claraboyas y remates.

Finalmente, por otra memoria del mismo año consta que Vilasolar estaba ya trabajando en las obras de su contrata, y que trabajaba con él Miguel Sagrera, que probablemente seria hijo ó pariente del autor de la Lonja.

Por estos tres instrumentos se ve: primero, que en 1449 la Lonja estaba, no solo acabada, sino sirviendo á su destino; segundo, que si el colegio hablaba entonces de continuarla, es porque se referia á aquellos cortos accesorios, que contrató despues con Vilasolar, y á otras obras exteriores, que no eran de cargo de Sagrera y de que luego diré algo; y el tercero, que cuando este se ausentó, dejó ejecutado cuanto hoy se ve en el edificio de la Lonja, salvo el adorno de dos ventanas, que corrió del todo á cargo de Vilasolar, y parte del de otras cuatro, que dejó empezadas.

Por lo mismo no hay contradiccion alguna en que Guillermo Vilasolar se titulase en 1451 maestro de la obra de la Lonja, pues lo era con respecto á dichos adornos y obras exteriores; á cuyo fin ha de saber usted que el colegio de mercaderes, además del edificio principal, hizo construir, para complemento de este y su propia comodidad, otras obras accesorias, y entre ellas un hermoso jardin, con fuentes, estatuas y otros adornos, de que nada diré á usted, porque nada conozco de ello, porque nada pude averiguar de sus autores, y porque aludó se ha de dejar á la curiosidad y diligencia de los eruditos del país.

Pero si diré, en honor del celo de sus antiguos comerciantes, y de la proteccion que les dispensó aquel buen monarca, que el embajador ó comisionado Pedro Zavila anduvo tan diligente, y el Rey tan generoso, que dos dias despues de expedido el privilegio de que hablé á usted anteriormente, se expidió otro por el cual don Alfonso da y concede al colegio de mercaderes de Mallorca (á quibus, dice, *plerumque grata et accepta servitia accepimus*), en la fuente del sepulcro ó cualquiera otra, ó en la acequia de la ciudad, tanta agua cuanta correr pudiese por un agujero de la anchura de dos sueldos mallorquines. Cuya noticia no he querido omitir, porque esta agua era sin duda destina-

da para las fuentes del jardin de la Lonja, y prueba que en aquel tiempo no se pensaba ya sino en obras accesorias y de mayor comodidad.

Ya, pues, que hemos salido enteramente de ellas, volvamos á nuestro Sagrera, á quien dejamos en Nápoles, adonde no crea usted que le llevó su pleito, sino la fama que ya tenia de grande arquitecto. Admirelo usted, pero no lo dude, porque consta auténticamente que en 1450 estaba ya dirigiendo la obra de la nueva fortaleza de Castel-novo, que en aquel año empezó á levantar don Alfonso V de Aragon. Dos testimonios muy solemnes existen de esta verdad.

El primero es el real despacho de 21 de octubre de 1450, antes citado, en que se revoca la comision dada por el pleito de Sagrera, que se encabeza así: *Alphon-sus, etc. Magnifico et dilecto consiliario, et Camerlengo nostro Berengario de Ulmis, militi gubernatori regni Majoricarum, vel ejus locum tenenti, salutem et dilectionem: quamquam superioribus diebus causam, et quaestionem quae vertitur inter fideles nostros Guillemum Sagrera castri nostri novi proto-magistrum ex una, et defensores collegii mercatorum dictae civitatis ex alia, partibus, etc.*

El segundo es una carta real del mismo don Alfonso, con fecha de 6 de marzo de aquel año, dirigida á su procurador real en Mallorca, Juan Albert, en la cual le manda que envíe á Nápoles la piedra de la cantera de *Santani*, necesaria para la fábrica de Castel-novo. De forma que uno y otro documento determinan y demuestran, así el tiempo preciso en que emprendió aquella magnífica obra, como el autor á quien se encargó, y á quien pertenece la gloria de haberla construido.

Vea usted pues á nuestro arquitecto mallorquin dirigiendo aquel insigne edificio, y encaramado sobre todos los arquitectos de Nápoles, pues que el título de *protomaestro* prueba que otros trabajaban con él, y que él era el primero y principal de todos. Presiento que usted saltará de gozo al leer un descubrimiento tan glorioso para la historia de la arquitectura española; porque cuánto no la honra ver aquel sábio y magnífico protector de las letras y las artes, en el país que se cree y llama segunda patria de unas y otras, al mismo tiempo que alentaba allí las primeras con tanto favor y auxilios, como pregonaba la historia literaria, ofrecer á su admiracion un monumento de arquitectura tan grande y bello, en que, así como el fundador, era español el arquitecto, y lo eran hasta las piedras, para que nada hubiese en él que no se debiese á su patria!

Ahora pues, mientras dejo á cargo de usted averiguar la forma y carácter de este célebre edificio, cuyas robustas torres, profundos fosos, altísimo homenaje, hermosa iglesia y reales habitaciones son tan ponderadas, y mientras le dejo calificar por estas obras, así el parentesco de su arquitectura con la de la lonja de Palma, como el mérito del artista que construyó unas y otras, quiero yo decir algo sobre el origen de aquellas, y desvanecer al mismo tiempo la duda á que su nombre puede dar ocasion.

Porque usted habrá notado ya en la data de los privilegios que dejo citamos, que antes del año de 1450 la fortaleza de que hablamos estaba habitada por el mismo



rey don Alfonso, y con el nombre de *Castel-novo*. Era este en efecto su nombre primitivo, puesto que le habia erigido en 1170 don Carlos I de Anjou, y acaso á influjo de aquella célebre catalana Beatriz Berenguel, su esposa, que tanta parte tuvo en todos sus diseños. Llamósele desde entonces *el Castillo nuevo*, con respecto al antiguo castillo del Ovo á bien al de San Telmo, que siglos despues renovó y engrandeció nuestro Carlos V. Deteriorada pues la obra de Castel-novo, mas que por el tiempo, por la flaqueza de su materia, y siendo además por su forma incapaz de resistir los ataques de la nueva tormentaria, el sábio y magnífico Alfonso le hizo caer á tierra para reedificarle en mas firme y augusta forma. La piedra de Nápoles, deleznable, aunque dura, y además de oscuro y triste color, por ser casi toda volcánica, le pareció poco adecuada á la firmeza y hermosura de una obra que destinaba para defensa de aquella corte, morada de sus reyes y primer depósito de sus propias cenizas. Guillermo Sagera, llamado para este gran diseño, entró en todos los consejos de su ejecucion, y le inspiró al Rey el pensamiento de pedir á Mallorca para esta obra la piedra de Santañi, que sobre firme y hermosa, era capaz de todo el lujo y delicadezas del ornato que aquella edad apreciaba. Atribuir á Sagera este pensamiento es conjetura mia, pero es muy probable; porque ¿quién pudo sugerirle, sino el que habia visto empleada aquella piedra en las obras de los castillos y catedral de Mallorca, y además conocia, por experiencia propia, cuánto contribuyera á la solidez y hermosura de la lonja de Palma? Si se nota pues que Sagera residia ya en Nápoles desde 1448; que la piedra de Santañi se pidió á Mallorca en 1450, y que ya en aquel año le llama el Rey *protomaestro de la obra de Castel-novo*, no creo que se pueda tachar de temeraria mi conjetura. Usted le dará el aprecio que le parezca, y aun podrá formar sobre mis noticias otras muy oportunas para la obra en que trabaja; que yo me contento con haber apuntado las que dicen relacion al honor de los artistas y las artes mallorquinas.

Tornemos ahora á la Lonja, que como hemos visto, llegó á su fin en 1451, aunque en las obras del jardin y otras accesorias presumo que se trabajó por mas tiempo. Ella misma dice que Sagera no solo llenó los términos de la contrata, sino que al parecer los mejoró; pues que el pavimento, que segun ella, debia ser de piedra de Santañi, es de hermosos y bien bruñidos mármoles. Además ya dije á usted en otra parte que toda la obra habia sido barnizada. He encargado que se buscasen en ella los restos de este barniz, y me dicen que no existen; pero la autoridad del doctor don Buenaventura Serra, y mis observaciones en la obra de Bellver, no permiten dudar de esta noticia. Acaso desapareció el barniz, así como las pinturas con que tambien fué decorada, y no por efecto del tiempo, sino por la injuria con que se trató despues el edificio, y de que habla el Rey Católico en una real cédula, que merece ser mencionada en estas memorias.

Habíase introducido, ó mas bien tolerado por el colegio de mercaderes, el abuso de almacenar en su lonja trigos y otros efectos de comercio; y como esto se hiciese muchas veces á solicitud del magistrado público, no

tenian ya los defensores bastante fuerza para resistirlo. Acudieron por tanto al Rey, el cual, por real cédula, expedida en Barcelona á 13 de junio de 1503, *atendiendo, dice, á que la lonja de nuestra ciudad de Mallorca es en sí muy bella y de singulares edificios* (¿cabe mas cumplido y mas autorizado elogio?), y que fué construida para que los mercaderes de la ciudad y reino estén y negocien cómodamente en ella, y á que se embarazaba todos los dias con trigos y mercaderías, que á veces estaban inficionadas y podridos, lo cual era en su perjuicio, y en *destruición y denotación de las arborescentes é pinturas* (así dice el pésimo impreso) *de la dicha lonja*, concluye prohibiendo dicho abuso, y mandando que en adelante no se pongan en ella mercaderías algunas, si ya no fuesen sedas, paños y telas, ni tampoco velas, ni otros efectos pertenecientes á navíos, ni en lin, trigos del público, á no ser que faltase lugar en que colocarlos. Así pues, habiendo desaparecido del todo las pinturas, no será mucho que el barniz desapareciese con ellas.

No mereció menor elogio la Lonja en la ocasion solemne en que vino á Mallorca Carlos V en 1541, y de que ya hablé á usted en las memorias de la fábrica de la *Scu*. Pasando ante ella aquel gran monarca, y admirando su hermosura y grandeza, preguntó si era algun templo. Pero creció sobremanera su admiracion cuando la respuesta le hizo conocer cuál era su verdadero destino.

Mas ¡ay! que los tiempos eran ya muy otros para la profesion y los usos á que este magnífico edificio fuera destinado! El comercio de los mallorquines, antes tan floreciente, habia recibido un golpe terrible desde que los portugueses abrieron una nueva senda por el Atlántico á las preciosas mercaderías de Oriente, que antes venian desde Egipto y Siria á los puertos del Mediterráneo para derramarse por Europa. Mallorca entonces, además de participar, como otros, de tan rico comercio, era para todos una escala general de arribada y descanso. Pero cuando Colon, Cortés y Pizarro, descubriendo y conquistando en los extremos del Océano otra India mas rica y dilatada, llamaron hácia Occidente todas las especulaciones mercantiles, y cuando Sevilla y Cádiz se hicieron sucesivamente los emporios del comercio español, el de Mallorca recibió el golpe mortal y cayó en el último desaliento. Así se ve que al frente del monumento que el colegio de mercaderes levantó en obsequio de Carlos V, al lado de su lonja, pudo leer aquel gran Rey la dulce lamentacion con que lloró su decadencia en los siguientes versos del erudito Juan Genovard:

*Dum fortuna dabat titulis quod pingeret auri,  
Ivdisse mihi plurima regna putes;  
Non eram infraenis numidis directa, sed illi  
Nomine pollebant candidiore meo.  
Tuac rca tercentum complebant littora puppes  
Mercibus et variis; Carole, dives eram;  
Nunc jaceo infelix: vix sum miserabilis ulli,  
Vixque meo possum tutior esse sinu.  
Quare moesta, precor, prisco me redde nitore,  
Ponendo Numidis dura lupata feris;  
Respice sollicitum, Caesar, mitissime princeps;  
Principis est, miseris eripuisse molis.*

Con todo, la lonja de Palma existe, y espera el resta-

blecimiento del comercio para recobrar su antigua dignidad. Abierto el Nuevo-Mundo, por la sabiduría de Carlos III, á todas las provincias de España, las naves de Mallorca aguardan solo el momento en que la paz las deje volar libremente fuera del estrecho, en busca de la riqueza y de la gloria que otro tiempo hallaban en su golfo. El consulado, mejorada su constitucion por el mismo au-

gusto soberano, prepara y anima el comercio para tan noble intento. Traiga el cielo cuanto antes esta ansiada y venturosa época. Entonces la Lonja, que conserva sin mengua su primera firmeza y hermosura, ennoblecida mas y mas su destino, llevará á la posteridad el nombre de Sagrera y el de los ilustres ciudadanos que la levantaron.



# INTRODUCCION

Á UN ESCRITO PRESENTADO AL TRIBUNAL EN UN PLEITO QUE SE LITIGABA ENTRE DON MARIANO COLON  
Y EL DUQUE DE VERAGUAS.

ENTRE los grandes y tristes ejemplos con que acredita la historia de las naciones cultas cuán mal pagadas han sido siempre las fatigas de los hombres célebres que consagraron su vida y su reposo al bien de sus hermanos, ninguno se presenta tan señalado como el del incomparable don Cristóbal Colon, primer descubridor y conquistador de las Indias Occidentales. Ora se gradúa la importancia de los servicios que hizo á la nacion española por el aumento de esplendor y riqueza á que la levantó, ora por la suma de conocimientos y virtudes que desenvolvió en la ejecucion de sus maravillosas empresas, su mérito habia subido á aquel punto de heroicidad y alteza á que no puede negarse sin escándalo la veneracion universal. Tan admirable por la grandeza de los designios que concibió, como por la sabiduría con que los concertó y la constancia con que los llevó al cabo, Colon debió arrancar á sus contemporáneos aquel tributo de respeto y benevolencia, que es la mas infalible, así como la mas sabrosa recompensa del heroismo.

Mas no fué tal ciertamente la suerte de este primer descubridor de las Indias. Despreciado antes como un soñador en su patria, en la corte de Lisboa, y aun en la de España, que le acogió despues arrepentida, si logró al fin conciliarse la proteccion de esta última, parece que fué solo para acreditar al mundo la injusticia con que debian ser premiadas sus grandes hazañas. A la vuelta de su famosa expedicion, cuando España le vió llegar triunfante de los riesgos del mar y de la envidia, apareció por algun tiempo en ella como un genio bienhechor, destinado por el cielo para labrar su gloria y su felicidad. Entonces seguido de la admiracion y del respeto, y en medio de las aclamaciones de los pueblos, que le rodeaban atónitos, venia modesto y confiado á poner ante el trono español un nuevo y opulento mundo, que habia descubierto y sujetado á su imperio. ¡Grande espectáculo por cierto, si se mira á la luz de las ideas que forma el vulgo de las cosas humanas! Pero mucho mayor todavía á los ojos de la filosofia, que al compararle con la série de injusticias y desprecios que le siguieron, no puede dejar de contemplar en él la inanidad de semejantes aplausos.

Pocos años despues que el entusiasmo los habia deramado tan pródigamente sobre Colon, empezó á ser objeto de los celos y de la desconfianza de la corte el mismo que lo habia sido antes de su admiracion y sus caricias; y abierta una vez la puerta á la emulacion y

á la envidia, ya no tuvieron límite sus amarguras y desgracias. Vendido por sus compañeros, abandonado de sus amigos, censurado de sus émulos, y perseguido de una de aquellas facciones de envidiosos que rara vez dejan de esconderse en los palacios, Colon se vio al fin pesquisado, procesado, preso, conducido á España entre cadenas, despojado de todos sus honores y enteramente privado del fruto de sus grandes trabajos.

¡Qué importa que su constancia le hubiese hecho superior á ellos, si al fin vió la Europa, llena de lástima y asombro, al conquistador del Nuevo-Mundo morir desairado y pobre en la capital de la misma nacion cuya gloria habia tanto ensalzado, y llevar por única recompensa al sepulcro los hierros con que le habia infamado la ingratitud y oprimido la calumnia!

Por una circunstancia bien singular se distinguirá siempre en la historia la suerte de Colon de la de todos los hombres grandes que nos presenta. Si es cierto que apenas hay entre ellos uno que no experimentase semejante ingratitud de sus coetáneos, no lo es menos que al fin vino para todos un tiempo en que la posteridad los vengase. Parece que esta imparcial vengadora del mérito, atenta siempre á desagraciarlos, solo olvidó á Colon en el desempeño de tan piadoso oficio. Los nombres de otros héroes aparecen todavia en la historia cubiertos del esplendor de sus hazañas, y sus familias gozan hoy tranquilamente del fruto debido á ellas y á la conservacion de su memoria. Pero Colon no ha recibido todavia de su posteridad la justicia ni la recompensa á que se hizo mas acreedor que otro alguno.

Apenas habia muerto, cuando la suerte empezó á combatir su voluntad y su memoria. Sus testamentos rotos, redargüidos ó sepultados en tinieblas, negado á su familia el cumplimiento de las mas ricas y solemnes promesas, privada por varios accidentes de la escasa fortuna que le habia dejado su heroico fundador, deslucido y aun manchado el lustre de su estirpe, dispersos y oscurecidos sus nietos y descendientes, fué preciso que pasase el largo periodo de ciento cincuenta años para que lograrse revindicar la pequeña parte de recompensa destinada á tan altas acciones, única señal en que está hoy vinculada la conservacion de su memoria.

Ni fué menos funesta á la gloria de Colon la conducta de sus mismos descendientes. Olvidados unos

del gran nombre que debian conservar, dados otros á oscurecerle con una conducta tenebrosa y disipada, y divididos los demás en eternas discordias, solo atentos á robarse el fruto de los trabajos de aquel grande hombre, apenas pudo alguno disfrutarle con tranquilidad. Multiplicadas demandas, artículos innumerables, recíprocos insultos y recriminaciones, injurias, perjurios, suplantaciones y todo cuanto ha podido inventar la codicia litigiosa y la superchería curial en menoscabo de la verdad, tanto se puso en obra para destruir el órden de una sucesion, tan sábiamente dispuesta y tan claramente señalada por el fundador.

A la muerte de su nieto don Cristóbal, y cuando apenas se habian enfriado las cenizas del heróico abuelo, ya se quiso poner en duda el derecho de su bisnieto don Diego, único llevador de tan ilustre nombre. Treinta y seis años de reñidos litigios, seguidos con imponderables dispendios en la audiencia de Santo Domingo y en los supremos consejos de Castilla é Indias, costó la determinacion del juicio posesorio ejecutoriado en favor del número 38; dilacion enorme si no estuviera disculpada con tantos ejemplos, pero sobre todo con el del juicio de propiedad, en que fué preciso alterar las fórmulas mas solemnes de los juicios, atropellar las leyes que las fijaron, y desairar escandalosamente la autoridad de los tribunales sus depositarios, para prolongar la instancia por espacio de cincuenta y seis años, y cerrarla con la sentencia injusta, cuya revocacion se pide.

Temeraria el señor don Mariano Colon que se tratase de arrogante esta censura si no la hallase tan claramente confirmada en los autos. La historia del foro no ofrecerá en pais alguno de la tierra ejemplo mas escandaloso que el que en ellos se registra. Un pleito concluso y visto en 1622, vuelto á ver solemnemente en 1623, prolongado el plazo de indecision hasta 1627, abierta entonces la puerta á nuevos litigantes y franqueado el paso al intrincado laberinto de nuevas demandas, excepciones, artículos y pruebas, se declaró por fin otra vez concluso en 1631 y se repitió su solemne vista en 1632. Tres años de importunos esfuerzos y de maliciosos é ilegales artículos costó el solo señalamiento del dia para la votacion, fijado no menos que por sentencias ejecutorias para el primer dia hábil despues de San Juan de 1633, abriéndose con esta condescendencia á la malicia una ancha avenida, que por fortuna se cerró despues para siempre, pues ya no permitirán abrirla de nuevo la ilustracion y la integridad de nuestro siglo.

Pero la astucia del interés conoce muchos caminos, y cuando halla cerrados los de la justicia, sabe buscar un paso á sus torpes fines por las sendas tenebrosas del favor. En efecto, apuradas ya todas las estratagemas forenses, el duque de Veraguas recurrió á los de la política, y hallándose á la sazón fuera de España, se valió de este accidente para gritar que estaba indefenso, y prolongar la resolucion de una instancia cuyo mal suceso le hacia temer la misma debilidad de su derecho. Lograban entonces los parientes del Duque gran influencia con el parcial y prepotente ministro del señor don Felipe IV, ante quien les fué fácil hacer valer este

pretexto, por mas despreciable que fuese á los ojos de la razon y de las leyes. A fuerza pues de importunidades lograron arrancar en aquel año una real órden, que trasladó la votacion del pleito para el 15 de enero de 1636, con calidad de que si entonces no hubiese vuelto el Duque á España, continuase suspensa la votacion, por no dejarle indefenso.

Tres años de inaccion indujo la monstruosa calidad que contenia esta órden, y aun despues de ellos, ni el tenor de su letra ni las mas vivas instancias de los litigantes lograron verificar la deseada determinacion.

Restituido el Duque á España en 1639, una nueva y mal forjada cadena de efugios y de ardides, tan indecorosos al litigante que los inventó como al tribunal que tuvo la paciencia de tolerarlos, fué sucesivamente trasladando por medio de artículos, sentencias y ejecutorias los señalamientos para la votacion al mayo de 1660, al primero dia despues de *Cuasimodo* del 1661, al octubre del mismo año, al enero y al abril de 1662, y finalmente, despues de otros dos años de maliciosas discusiones, al mayo de 1664, dia en que sin nueva vista, sin ninguno de los jueces que asistieron á las dos primeras, las únicas que se pudieron llamar legales y solemnes, y sin concurrencia de oído de los catorce nombrados para la decision; seis solos jueces, los dos ausentes y que volaron por escrito, y los cuatro restantes que asistieron á pronunciar sus votos, formaron la injusta sentencia de vista, único y débil testimonio que tiene en su favor el duque de Veraguas.

¡Cuánta consternacion no debió causar esta sentencia en los demás litigantes, en unos litigantes tan sentidos de buen derecho como escasos de influjo y conveniencias para promoverle; en unos litigantes que librando todas sus esperanzas sobre el santo patrocinio de la justicia, tenian el desconsuelo de verle profanado por el favor y la prepotencia! Sin embargo, el primer impulso de su resentimiento les hizo tomar las armas para defenderse, y llevados de él, suplicaron en tiempo oportuno de la sentencia de vista. Pero muy luego el escarmiento de las pasadas angustias y la horrible perspectiva de las inquietudes, dispendios y amarguras con que les amenazaba en la nueva instancia un enemigo tan poderoso y tan protegido, las derribó de sus manos, contentándose todos con dejar preservados sus derechos en aquella reclamacion para un tiempo en que la justicia pudiese mas libremente asegurarlos.

Este tiempo llegó por fin, bajo de un monarca que dispensa con religiosa igualdad su proteccion á todos sus súbditos, y en un tribunal ante cuyos integros y sábios ministros, siempre atentos á hacer respetable la justicia por medio de la inflexible imparcialidad con que la distribuyen, desaparecen todas las distinciones de la riqueza y el poder. Un siglo entero hubo de pasar para que se formase esta favorable revolucion, y tanto fué menester para inspirar aquella justa seguridad, que animó á los legítimos sucesores del gran Colon al uso de sus dormidos derechos.

Este ejemplo de ilustrada firmeza se debió á un magistrado tan respetable por su probidad, como por su sabiduria. Don Pedro Colon, sexto nieto del descubridor de las Indias, se presentó en 1763 á seguir la súplica de



la sentencia de vista interpuesta un siglo antes. Sin mas apoyo que la proteccion de unas leyes que tan bien conocia y sabia dispensar, emprendió este largo litigio, sacrificando á la justicia de sus derechos la escasa fortuna que ellos mismos le dieron, y que apenas era suficiente á tanta empresa, aunque aumentada con la recompensa de las fatigas de su honroso ministerio. Cuántos y cuán maliciosos estorbos se le hubiesen opuesto para detenerle desde el primer paso, constan menudamente del memorial ajustado; y si las intrigas forenses no pudieron debilitar su constancia, lograron á lo menos prolongar extraordinariamente la conclusion del nuevo juicio, y robarle el consuelo de asegurar á sus hijos el fruto de los trabajos de tan ilustre abuelo.

Mas al fin, si no pudo dejarles tan rica sucesion, les traspasó en su probidad y constancia una legitima herencia mas digna de un padre tan virtuoso. Su primogénito, el señor don Mariano Colon, siguiendo sus huellas y mas arrastrado de su ejemplo que del deseo de mendigar del foro un esplendor que el lustre de su cuna y la dignidad de su ministerio le hacen mirar sin envidia, promovió con mas celo que impaciencia la conclusion de la instancia de revista, y al cabo de tantas y tan reñidas contiendas, ha logrado por fin colocar sus esperanzas en la augusta balanza de la justicia.

Si hubo un tiempo en que los legitimos sucesores del gran Colon pudieron temer la influencia de aquellos artificios con que se suele oscurecer la verdad ó torcer la justicia, el señor don Mariano, tan ajeno de temor como de presuncion, se presenta hoy tranquilo ante el tribunal respetable destinado á desagraviarle. La sabiduría de los magistrados que le componen, la religiosa entereza con que el Gobierno protege la libertad de los juicios, la generosa buena fe de los contendedores con quien hoy litiga, y la copia de documentos y ratiocinios que han esclarecido la presente discusion, le inspiran la mas justa confianza; pero la tiene sobre todo en los robustos é ineluctables fundamentos de su derecho.

Donde quiera que el señor don Mariano Colon vuelva los ojos encuentra en su favor la razon y la autoridad. Los hechos que sirven de apoyo á su justicia han llegado al mas alto punto de certilumbre legal. El derecho ofrece copiosamente los mas claros fundamentos á su intencion, y sobre todo la voluntad del fundador, ley suprema, á cuya fuerza todo debe rendirse en esta especie de juicios, le señala á la sucesion como con el dedo. Pudiera por lo mismo desentenderse de muchas cuestiones agitadas en las antiguas instancias, que en el día han venido á ser inútiles y reducirse á una sola, la única acaso que puede parecer todavía digna de discusion. Sin embargo, porque no se crea que desprecia las armas con que ha sido combatido, se hará cargo de casi todas ellas, y tendrá la satisfaccion de persuadir á sus jueces que no hay punto alguno de cuantos se han puesto en disputa, que no esté concluyentemente demostrado en su favor.

A este fin dividirá la presente memoria en tres secciones: en la primera demostrará ser séptimo nieto

legítimo, y por legitima descendencia derivado del señor don Cristóbal Colon, primer descubridor, conquistador y almirante de las Indias; sexto nieto de don Diego Colon, su primogénito, primer llamado en el testamento y codicilo del testador, y primer poseedor del mayorazgo que se disputa: quinto nieto de don Cristóbal Colon de Toledo, que fué nieto del fundador, y segundo poseedor del mayorazgo; y cuarto nieto de doña Francisca Colon de Toledo, hisnieta del fundador, de varon en varon, en quien y en su linea, por muerte de su tio don Luis y de su hermano don Diego, y en falta de todos los demás varones agnados, llamados preferentemente á la sucesion, se refundió todo el derecho á ella.

La segunda seccion se dividirá en tres partes: en la primera se hará ver por la letra y tenor del testamento y codicilo del fundador, ser su voluntad que en caso de faltar los varones agnados, las hembras debian entrar en pleno derecho de suceder al mayorazgo, como de sucesion regular; en la segunda se demostrará la misma proposicion por medio de los rigurosos principios de la interpretacion; y en la tercera se demostrará lo mismo por la autoridad del derecho.

En la tercera seccion, que tambien se dividirá en dos partes, se demostrará: primero, que aun cuando se crea que este mayorazgo está reducido á la calidad de masculinidad, todavia el derecho de suceder pertenece y siempre perteneció á los varones de la linea de doña Francisca Colon, y que este derecho está plena y únicamente refundido en el señor don Mariano Colon; segundo, que esta linea ni estuvo jamás ni está actualmente postergada, ni por la naturaleza ni por las sentencias anteriores, sino solo despojada de la posesion que debió dársele, por haberse ido trasfiriendo á los individuos de ella la civil y natural por ministerio de la ley.

Por conclusion demostrará en un corolario el señor don Mariano Colon que todas las objeciones opuestas á su derecho por la parte del Duque son de ningun aprecio, y se dará á cada una la mas completa satisfaccion, y lo mismo se hará con las propuestas por el marqués de Bélgida.

El nombre respetable á que están unidos los derechos que se disputan en el presente litigio, su importancia, su antigüedad, sus varios casos precedentes, las altas circunstancias de las personas que en él contienden, y la grande espectacion con que el público espera su decision, estimulan poderosamente al defensor del señor don Mariano Colon para que redoble sus esfuerzos en el exámen de las cuestiones que envuelve. Por lo mismo nada omitirá de cuanto pueda conducir á esclarecer el objeto de ellas, y espera que sus lectores, si alguna vez le hallaren acalorado ó difuso, dispensen el ardor ó la flemma de su estilo, en obsequio de los nobles impulsos que agitan su corazon y mueven su pluma (1).

(1) Ganó el pleito don Mariano Colon, padre del actual duque de Veraguas. Es aquel á quien está dirigida la *Epistola* del Pául, que se halla á la pág. 41 de este tomo.

## INFORME

DE LA REAL SALA DE ALCALDES AL CONSEJO DE CASTILLA, SOBRE INDULTOS GENERALES (1).

Ex papel que don Antonio Martínez de Salazar, vuestro secretario de gobierno, dirige con fecha de 8 del pasado al gobernador de esta sala, le dice de orden de su majestad, para que lo haga presente en ella, que por otra real orden, comunicada al Consejo por la vía reservada de Estado, se le manifiesta haber reflexionado su majestad que muchos de los malhechores que infestaban actualmente las provincias, con grave riesgo y aun con efectivo daño de los viajantes, eran de aquellos á quienes habia alcanzado la gracia de los indultos concedidos con ocasion de los nacimientos y matrimonios de algunas personas de la real familia, ó bien de aquellos que despues de cumplidas sus condenas en los presidios, se abandonaban á todo género de desórdenes, en lugar de manifestarse enmendados de sus antiguos vicios. Que su majestad, creyendo digno este punto de particular atencion, juzgaba que sin faltar á la práctica de conceder indultos en las ocasiones de público regocijo, se debian tomar las oportunas medidas para evitar estos inconvenientes; que no ignoraba que los delitos graves se exceptúan en los indultos; pero que creia que con el pretexto de no estar bien probados estos delitos, ó por puro impulso de la piedad connatural á los ánimos españoles, se extendian demasiado estas gracias; que comprendia que la repeticion de ellas podia llenar insensiblemente el reino de gentes perniciosas; que por lo mismo queria su majestad que el Consejo le propusiese las reglas y precauciones convenientes al intento, siendo los principales puntos de su atencion fijar el moderado número de sujetos que hayan de indultarse, y si podrá ser por sorteo ó en otros términos; especificar la clase ó calidad de ellos, y el modo de evitar los abusos por piedad mal entendida, y señalar reglas para que estos indultados se conviertan en vecinos útiles; y así mismo queria su majestad le propusiese el Consejo lo conveniente en cuanto á los cumplidos de presidio, para que la plena libertad de estos no frustase el efecto de las sábias y cristianas providencias que da oportunamente el Gobierno para recoger los vagos y mendigos; finalmente, que el Consejo, enterado de todo, y de que los indultos se ejecuten por dos ministros de la real Cámara con asistencia de algunos alcaldes, habia acordado que la sala le informase sobre el asunto lo que se le ofreciere.

Enterada la sala de los puntos que contiene esta orden, y conociendo su importancia, prisa á proponer sencillamente su dictámen, animada de aquel celo por el bien público y rectitud de intencion con que siempre procede en el ejercicio de sus funciones, y ahora exige la confianza que debo á la justificacion del Consejo.

Con efecto, Señor, la sala está convencida por la experiencia de que ninguna cosa da tanto impulso á la ejecucion de los delitos, como la esperanza que conciben sus autores de evitar el castigo que les señalan las leyes; y lo está tambien de que nada fomenta tanto esta esperanza, como la muchedumbre de ejemplos de impunidad ofrecidos á la vista del público.

Juzga por lo mismo que la resolucion con que su majestad se inclina á reducir el número de estos ejemplos, poniendo limites á la misma real clemencia, es un efecto de su soberana y bien acreditada justificacion, digno de nuestra parte de la mayor gratitud y de los mas sinceros elogios.

Pero al mismo tiempo que la sala admira en la real orden este testimonio del amor de su majestad á sus vasallos, y del paternal desvelo con que procura asegurar su tranquilidad, debe confesar ingénuamente, lo primero, que los indultos no han sido tan frecuentes en el presente reinado, que no lo hayan sido mas en algunos de los anteriores, aun de tiempos mas remotos; y lo segundo, que habiéndose añadido poco á poco nuevas excepciones á estas gracias, en ningun tiempo han tenido menos extension que en el presente. Por tanto, le parece á la sala que no es conveniente destruir la generalidad de los indultos, ni limitar su efecto á un número determinado de personas; y está persuadida á que sin abrazar este remedio, que reduciria demasiado el uso del principal atributo de la soberanía y el ejercicio de la real clemencia, se puede ocurrir á los inconvenientes que vienen indicados.

Las excepciones añadidas en las cédulas de indulto son como unos preservativos de los inconvenientes que pudiera producir su ilimitada extension. Estas excepciones reducen la generalidad de los indultos, pero sin destruirla, separan del perdón los delitos, y no las personas, y hacen que recaigan las gracias sobre los que no se han hecho indignos de ellas. Así juzga la sala que todo el remedio de los males propuestos se debe cifrar en añadir algunas nuevas excepciones, que parecen necesarias, y en limitar los efectos de los indultos, en los casos graves, á solo una parte de la pe-

(1) Escrito por JOVELLANOS cuando era parte de la misma real sala.



na, dejando algun lugar á la correccion de los mismos indultados.

Primeramente, juzga la sala que podrán exceptuarse todos los delitos cometidos en la corte, y todos los delincuentes que huyendo de la justicia, hubiesen venido á refugiarse á ella. Esta excepcion está indicada en una ley de la *Recopilacion* del título de los Perdones, hecha y repetida en cortes desde los siglos xiv y xv (en que los indultos eran acaso mas frecuentes que ahora), bien que no la hayamos visto observada despues, ni comprendida en las cédulas que se expidieron en nuestro tiempo.

La inmensa poblacion de una corte hace por una parte mas frecuentes los delitos en ella, y por otra mayor la dificultad de descubrirlos. Por consiguiente, en la corte, mas que en otra parte, se deben quitar todos los estímulos que deben aumentarlos, y abrazar todas las ocasiones de disminuirlos. La corte es la fuente de la justicia, y de ahí es que los delitos cometidos en ella tienen cierta especie de gravedad peculiar, tomada del lugar de su ejecucion, donde la presencia del Monarca y de sus primeros magistrados hace mas responsable el menosprecio de las leyes contra cuya autoridad se cometen. Finalmente, la corte debe ser el centro de la seguridad y la quietud, y no podrá esto verificarse mientras no arroje de sí á aquellos miembros que se han empeñado en turbarla, y aun á aquellos que la han buscado como asilo para vivir, en medio de su confusion, del castigo que les amenaza en otra parte. Sin esta precaucion, ¿cómo será posible purgar la corte de habitantes peligrosos?

Tambien juzga la sala que convendrá exceptuar en los perdones generales á aquellos reos que hayan gozado otra vez de indulto, aunque fuese por distinta causa. Todo delito es una infraccion de las leyes, y bajo de este concepto, el que delinque dos veces es un verdadero reincidente. Por otra parte, el que delinque despues de haber sido indultado hace presumir que le hizo falta el castigo para la enmienda, y despues de haber abusado de la primera gracia, queda menos acreedor á la segunda. Tambien esta excepcion está indicada en la ley que hemos citado, bien que nos conste igualmente su inobservancia.

Tambien le parece á la sala que sería muy conveniente exceptuar de los indultos el homicidio por punto general, y aunque no fuese calificado. Por una parte reflexiona que este delito es muy frecuente, especialmente en algunas provincias; por otra, que como quiera que se cometa, siempre produce un gran escándalo en el público, porque nunca se cree menos seguro el ciudadano que cuando ve temerariamente levantada la mano de su prójimo para quitar la vida á otro ciudadano y privar á la sociedad de un miembro. Las injurias, las provocaciones, las contiendas precedentes al homicidio pueden disminuir la malicia de parte del reo; pero no disminuyen el daño ni el escándalo que produce su accion; por lo mismo los ejemplos de impunidad son mas perniciosos en este caso, y nunca bien recibidos del público. Pero si acaso pareciere muy dura esta excepcion, la sala juzga que á lo menos podrá declararse que el indulto solo deberá eximir al ho-

micidio de la pena ordinaria que le corresponda segun la calidad de su exceso, quedando sometido á una pena extraordinaria, regulada por el arbitrio judicial, que le sirva de correccion, y aleje de los ojos del público un ejemplo de absoluta impunidad.

Esto mismo que dejamos dicho en cuanto al homicidio, se podrá declarar en cuanto á los demás delitos graves que no están exceptuados en las cédulas. En ellos el indulto solo deberá servir á los reos para librarlos de la pena ordinaria de sus delitos, y para que no dejen de sentir los efectos de la real clemencia, de que no se han hecho enteramente indignos; pero los mismos jueces ejecutores de la gracia les deberán señalar una pena extraordinaria y correctiva, si el estado de la causa lo permitiere, y cuando no, la dejarán reservada para el tiempo de su conclusion y sentencia.

Si estas excepciones que van propuestas merecieren la superior aprobacion, deberán explicarse en términos claros y precisos en las cédulas de indulto que en adelante se despacharen, para que no dé lugar á interpretaciones que extiendan indebidamente estas gracias.

Con el mismo fin, se deberá declarar que al tiempo de la ejecucion de las cédulas, no se haya de estar al mérito, sino al título de las causas, para declararlas comprendidas ó exceptuadas en el real indulto. En estas gracias se exceptúan los delitos sin consideracion á su prueba, y así lo declaró expresamente el señor don Felipe IV en su real cédula de 14 de febrero de 1677, dirigida al virey de Valencia, conde de Oropesa. Con esta precaucion no podrá hacer la piedad mal entendida que alcance el indulto á casos y personas que no deban ser comprendidos en él.

Pero no podemos dejar de hacer presente que en caso de no exceptuarse enteramente el homicidio en los indultos ulteriores, es preciso seguir una regla distinta en cuanto á este delito. Los demás están exceptuados del perdon por su misma esencia; el homicidio solo lo está por su calidad. Así deberá constar á lo menos semiplenamente de esta calidad que funda la excepcion, para declararle exceptuado, siguiendo en esto la regla adoptada para la declaracion de la inmunidad local, segun las últimas bulas. Pero si al contrario no constare de la calidad del mo lo que hemos dicho, deberá ser comprendido en el indulto con la limitacion que ya queda expuesta.

Con estos temperamentos cree la sala que podrán correr en lo sucesivo los indultos generales, y que sin temor de que influyan en el trastorno de la tranquilidad y el buen orden, los mirará la nacion como un efecto de la real clemencia, derramada sobre los infelices en testimonio del regocijo universal y en reconocimiento de los beneficios recibidos del cielo.

Para informar la sala sobre los otros puntos que comprende la órden del Consejo, debe anticipar una reflexion, que la experiencia le obliga á repetir muchas veces, y es que la residencia de los presidios, lejos de servir de remedio á la frecuencia de los delitos, se ha convertido en un manantial de nuevos desórdenes. Al paso que es muy frecuente ver entregados á mayores y mas escandalosos excesos á los reos que sufrieron una

vez aquella reclusion, miráramos como una especie de prodigio el hallar uno que volviese de ella corregido y enmendado. Ora sea que la malignidad de algunos reos condenados á los presidios se comunique como por contagio á todos los demás, ó ya que la igualdad de la suerte en que todos viven, y la vil é infame condicion á que pasan indistintamente los inspire igual abatimiento, y horre de sus ánimos todas las ideas de honradez y probidad, ello es que tocamos por experiencia que los presidios corrompen el corazon y las costumbres de los que pasan á ellos; que los perversos se consuman allí en su perversidad, y los que no lo son vuelven perversos. Por tanto, juzga la sala que solo deberian destinarse á los presidios aquellos reos de delitos feos, que por su malignidad no quepan ni puedan vivir sin riesgo en otro destino; pero de ningún modo aquellos que han delinquido mas por inconsideracion y fragilidad que por malicia, y en quienes la esperanza de la enmienda sea justa y bien fundada.

Esto supuesto, y pasando á hablar de los que han cumplido sus condenaciones en los presidios, nos parece que conviene ante todas cosas alejar de la corte esta especie de gentes corrompidas, que jamás vuelven á ella con buenos fines. La sala lo ha representado así á su majestad, por mano del Conde presidente, el año pasado de 1772, con motivo de los que venian á Madrid prófugos de los presidios y arsenales, sin que hasta ahora se le haya comunicado resolucion alguna. El punto es digno de consideracion y de remedio, y la sala cree que seria muy conveniente declarar que los reos condenados á presidio no puedan despues de cumplidos entrar en la corte, su rastro, ni sitios reales, pena de doscientos azotes y demás que pareciere conveniente, cuya circunstancia se añada y exprese precisamente en las condenaciones que se hicieren por cualesquiera jueces y tribunales del reino.

Creemos que no se halle reparo en esta prohibicion, respecto á que por las mismas razones que van expuestas, se ha mandado á los tribunales del reino que cualquiera sentencia de destierro que impusiesen se entienda tambien de Madrid y sitios reales, y que esta circunstancia se exprese en las mismas sentencias. Por lo mismo, esperamos que se les mande ahora que en las condenaciones á presidio lleven la adiccion de que cumplidos, no pueda el reo volver á la corte ni sitios reales.

Pero como esta providencia seria demasiado gravosa á los reos naturales ó domiciliados en Madrid, pues los condenaria á un destierro perpétuo de sus propios hogares, en perjuicio de sus hijos é inocentes familias, podrian exceptuarse estos de la regla general, quedando al arbitrio de sus jueces el añadir ó no aquella prohibicion en las sentencias con respecto á la gravedad de su delito, al mayor ó menor arraigo que tengan en la corte, y la falta que hicieren en sus familias.

Tambien convendrá declarar que todo reo condenado á presidio, cumplido su tiempo, deba volver precisamente á su antiguo domicilio para vivir en él aplicado á su oficio, si le tuviere, ú otra honesta ocupacion, en que gane lo preciso para su subsistencia, sin

que puedan salir á establecerse en otro pueblo ni mudar de residencia, que no sea con justa y legitima causa, acreditada ante sus justicias, y llevando licencia de estas *in scriptis*. De este modo podrán velar los jueces de los pueblos sobre la conducta de estas gentes, observar sus pasos, y proveer de remedio siempre que los vean deslizarse á sus antiguas costumbres, ó faltar á la observancia de las saludables reglas que aquí van señaladas.

Y para que no se frustre el efecto de esta precaucion, será preciso tomar otras dos: primera, que en todos los tribunales del reino se forme un libro general de reseñas, donde se anoten todos los condenados á presidio, su naturaleza, domicilio, edad, causa, dia, lugar y tiempo de su aplicacion. Si el domicilio del reo no fuere en el pueblo en que reside el tribunal que hace la aplicacion, se deberá pasar desde este á las justicias de aquel, testimonio de la misma aplicacion, para que á su tiempo puedan observar si el aplicado cumple ó no con el precepto de volver á su domicilio, y dar cuenta en caso de contravencion, para tomar las providencias convenientes.

La segunda precaucion será, que las licencias que se den á los presidiarios cumplidos contengan la calidad expresa de que se hayan de presentar precisamente dentro de treinta dias ó mas (segun la distancia) ante las justicias de su domicilio, para que tomen razon de ella, y den cuenta al tribunal que hubiere hecho la aplicacion. De forma que aquel á quien se le encontrare pasado dicho término, aunque sea con la licencia, como no esté presentada ni intervenida, se le haya de aprehender y castigar como si fuese verdadero desertor ó quebrantador del presidio.

Lo mismo deberá practicarse en su caso con los vecinos de esta corte aplicados á presidio, sin exclusion de que puedan volver á ella. Estos deberán presentarse ante el alcalde del cuartel donde fijaren su residencia, para que tomando razon de su licencia, los haga anotar en su respectiva matrícula, y vele por si y por medio de sus alcaldes de barrio y ministros de su ronda sobre la conducta de estos individuos.

La sala no puede proponer por ahora otras precauciones para reducir á un tenor de vida mas arreglada á los que han habitado en los presidios. Quisiera ver erigidas unas casas de correccion, donde pudiese destinarlos por algun tiempo, aunque fuese rebajándoles de sus condenas, para que acostumbrándose allí á un trabajo mas suave y menos forzado que el de los presidios, y viviendo algunos años bajo de una disciplina mas recogida y provechosa, pudiesen reformar sus costumbres, recibir mejores ideas, acostumbrarse al recogimiento y al trabajo, y finalmente convertirse en vecinos útiles. Pero tales establecimientos no existen, ni es fácil en estas materias llegar de una vez hasta la perfeccion.

Por lo mismo, se ha contentado la sala con proponer unos medios mas fáciles y sencillos, en cuya práctica no puede hallar el Gobierno ningún reparo, ni dificultades que le detengan en el deseo de caminar al bien por sendas llanas y conocidas.

Ha dicho la sala que no conviene enviar á los pre-



sidios á los reos que han delinquido , mas que por malicia ó corrupcion , por fragilidad ó por otros impulsos mas disimulables á la humana flaqueza. Estos reos deberán aplicarse al servicio de las armas , para el cual son por lo comun muy á propósito. Una orden superior lo previene así , aunque no con la individualidad que quisiéramos , ni con prohibicion de destinar esta especie de reos á los presidios. El tiempo de sus condenas deberá medirse por la mayor ó menor gravedad de sus excesos. Si en algun caso pareciese necesario agravarles mas esta pena , podrán aplicarse á los regimientos fijos de los mismos presidios , donde no se deban temer los inconvenientes que hemos anunciado , porque la suerte del soldado es allí mas cómoda y mas honrada que la del presidiario. El rigor de la disciplina militar podrá tal vez hacerlos mejores , y cuando no , siempre causan un bien efectivo al Estado , que es el de llenar una plaza á que de otro modo iria destinado el labrador ó el artesano , con perjuicio de la agricultura ó de la industria.

Este mismo destino se podría dar á los reos de aquellos delitos de alguna gravedad á quienes alcanza la gracia del indulto , si esta solo los hubiese de eximir de la pena ordinaria de su exceso , segun va propuesto por la sala.

Entonces el homicida sin cualidad , el contraban-

disto , el amancebado , el jugador y otros de esta clase sentirian los efectos de la real clemencia , sin que el público los viese enteramente libres , y sin que el Gobierno temiese que la absoluta impunidad los hiciese peores ó incorregibles.

Alguna vez convendrá castigar á los reos de esta segunda clase con una pena mas dura y alictiva que el servicio personal en la milicia. Para estos casos podrán servir los arsenales , aunque la sala teme en ellos los inconvenientes que en los presidios , y además el riesgo de que se fuguen con facilidad , como ha acreditado la experiencia.

En lugar de esta aplicacion , tambien se podrá destinarlos á las obras públicas. Apenas hay capital que no las tenga , en un tiempo en que el Gobierno se esmera tanto en mejorar la policía de los pueblos y su adorno , y en que se trata de hacer y reparar por todo el reino los puentes y caminos. Acaso para esta clase de reos serian tambien convenientes las casas de correccion que quedan enunciasdas ; pero este remedio no es de ahora , ni pudiera establecerse sin una deliberacion mas madura y detenida.

Esto es cuanto ocurre á la sala , en cumplimiento de la orden del Consejo , quien en vista de todo podrá determinar lo que fuere mas de su agrado.

La sala , á 1.º de julio de 1779.

## PLAN

DE UNA DISERTACION SOBRE LAS LEYES VISIGODAS, PRESENTADO Á LA ACADEMIA DE LA HISTORIA  
EN 1783.

SEÑORES: Para corresponder á la confianza de la junta y cumplir con su encargo, he formado el adjunto *Plan de una disertacion sobre el Fuero Juzgo*. Él describe por sí mismo el objeto que me propuse en su formacion; pero como la junta pudiera tener otras ideas acerca de este trabajo, creo de mi obligacion enterarla de las razones que me movieron á considerarle con la extension que manifiesta el Plan presentado.

Si contemplamos á la Academia solamente en calidad de editor del *Fuero Juzgo*, no hay duda en que llenará todas las obligaciones que le impone este encargo con presentar al público una edicion de aquel código la mas completa, exacta y auténtica que sea posible, y en este sentido bastaria que en el prólogo de su nueva edicion enterase al público de los medios de que se habia valido para la perfeccion de su empresa. Bastaria que diese una idea de los códigos que habia tenido á la vista, del esmero con que los habia reconocido y cotejado, y de la diligencia con que habia deducido de ellos los textos latino y castellano de su nueva edicion. Y ciertamente que no seria este un pequeño servicio hecho al público de nuestra nacion, y aun al mundo literario, si se considera por una parte la importancia de las leyes que se van á publicar, y por otra la corrupcion con que se habian publicado antes de ahora.

Pero entre muchas razones que me mueven á pensar que la Academia debe aspirar á mayor perfeccion, son para mí muy atendibles las que voy á proponer á la consideracion de la junta.

La Academia, como el primer cuerpo literario de la nacion, está obligada, no solo á conservar, sino tambien á aumentar su reputacion. Debe pues buscar la gloria y nombre literario por todos los medios posibles, y caminar á este objeto á costa de cualesquiera trabajos y fatigas. La ocasion que se le presenta es oportuna. El aprecio de la obra que trata de publicar no se circunscribirá en los límites de España; pasará á las naciones extrañas y remotas, y llevará su nombre á todos los pueblos donde el estudio y el amor á las letras tengan alguna estimación.

Pero sobre todo debe moverla el deseo de la comun utilidad. De poco servirá ofrecer al público una nueva y exacta edicion de este precioso código, si no se le proporcionan los medios de leerle con fruto. Cuando se publican leyes nuevas, ó bien recientes y contemporáneas, puede bastar aquel trabajo, porque si son buenas,

serán tales que las pueda entender hasta el pueblo rudo, y no necesitarán ilustracion; y si son malas, mas merecerán ser combatidas que ilustradas. Pero la Academia trata de publicar unas leyes antiguadas y muertas; unas leyes que ya nadie obedece, pero cuyo conocimiento es esencialísimo, ora se consideren como depósito de la constitucion y el derecho que gobernó á nuestros abuelos, ora como fuentes de la constitucion y las leyes en que vivimos nosotros. Debe pues ilustrar las leyes que publica.

Pero cuando tantas causas no nos moviesen á emprender este trabajo, la espectacion del público debería bastar para resolvernos á abrazarle. De los esfuerzos de cualquiera particular aplicado espera siempre el público la mayor perfeccion. ¿Qué no esperará, qué no exigirá de los de un cuerpo literario, que renne en sí tantas luces y tantos auxilios? Las personas nombradas por la Academia para desempeñarle bajo de su direccion, no disminuirán ciertamente sus esperanzas, y por mas que yo rebaje mi reputacion y mis talentos, siempre se afianzarán sobre otros que ciertamente no las dejarán frustradas.

Estas razones me han hecho creer que la Academia, no solo debe publicar, sino tambien ilustrar las leyes visigodas. No quiero decir en esto que hagamos sobre ellas un comentario. Librenos Dios de caer en el error de los que creen que se mejoran las leyes con glosas é interpretaciones. Esta especie de herejía literaria ha hecho de la jurisprudencia una ciencia arbitraria y vernal; ha vuelto á su caos original los principios de la justicia primitiva, y ha abierto un arsenal abundantísimo, donde la injusticia y el fraude se proveen frecuentemente de armas para triunfar de la justicia y la inocencia.

No, señores: la ilustracion de que hablo debe dirigirse á otro objeto mas saludable, á la perfecta inteligencia de estas leyes, al conocimiento de su origen, esencia, uso y autoridad.

Con esta idea he dividido mi plan en dos partes principales. En la primera se deberá tratar de la coleccion de las leyes visigodas, y en la segunda de su exámen analítico.

Como nuestro designio sea publicar á un tiempo el código latino y el castellano, la primera parte se dividirá naturalmente en dos secciones, y en cada una de ellas se tratará de uno de estos códigos. Por lo tocante al có-



digo latino, se trata de sus primeros compiladores, del título y varios nombres con que fué conocida la última compilación, del orden y división de la materia legal, del estilo de los códices manuscritos que se han tenido presentes, de las anteriores ediciones latinas, y últimamente de la edición que piensa dar al público la Academia.

En la segunda sección se debe tratar del código castellano, de su título, su versión, su estilo, de los manuscritos reconocidos, de la edición de Villadiego y su comentario.

La segunda parte se dividirá en cuatro secciones. La primera tratará del origen y fuentes del derecho visigodo, y en calidad de tales, de los usos y costumbres de donde se puede derivar, y de aquellos derechos que contemporáneamente se reconocían en España, y de que se tomaron varias máximas legales relativas á su gobierno civil y eclesiástico.

La segunda sección tratará del espíritu de las leyes visigodas, y se examinarán separadamente en dos artículos, en cuanto dicen relación, ya con el derecho público, y ya con el privado de aquellos tiempos.

En el primero de estos artículos, que se dividirá en párrafos, se examinarán estas leyes con respecto á la constitución, y como partes esenciales de ella, se tratará de las jerarquías civil, militar y eclesiástica en tiempo de los godos, con lo cual se abrazarán los principales objetos que comprende toda constitución política, la cabeza y los miembros, el derecho de los que mandan y de los que obedecen.

En el artículo segundo se examinarán estas leyes con respecto al derecho privado, y bajo de esta relación se consideran las leyes civiles y las criminales. También abrazará este artículo los tribunales y los juicios, pues aunque se hablará de los primeros como una parte de la jerarquía civil, aquí se deben considerar con relación al modo y forma de desempeñar su ministerio en la discusión de las causas; esto es, á los juicios.

La sección tercera se destinará á tratar de los autores de estas leyes, y con este respecto se examinará el modo de formarlas, ya por los monarcas, ya por la nación congregada en los concilios.

También se tratará de la sanción real dada á estas leyes, y de la autoridad del código en que fueron recopiladas. La junta conocerá que este es uno de los puntos mas necesitados de ilustración y mas dignos de ocupar su estudio y sus desvelos.

En la cuarta y última sección se tratará del uso y observancia de este Código, no solo bajo el imperio de los godos, sino también bajo los reyes de Asturias y Leon que le observaron, y aun bajo los de Castilla, que le dieron por fuero municipal á muchos pueblos, donde fué observado hasta que la publicación de las Partidas y los Ordenamientos generales le desterraron del foro.

Por corolario de toda la obra se deberá tratar en artículo separado de las utilidades que puede producir el estudio de las leyes visigodas, con lo cual quedará, en mi dictámen, completa la ilustración en todos sus números.

Bien conozco que la extensión de este plan es grande; pero creo que examinados y meditados separada-

mente los puntos y tratados que abraza en disertaciones particulares por los que componemos esta junta, podían reunirse sin notable dificultad todas las luces y conocimientos necesarios para su desempeño. Sobre todo, la junta sabe cuanto debe esperar de la sabiduría del señor Lardizábal, á cuyo cargo ha de correr el dar forma á nuestros trabajos y poner en ellos aquel sello de perfección que caracteriza todos los que salen de su pluma (1).

## PLAN DE LA DISERTACION QUE SE CITA EN EL DISCURSO ANTERIOR.

### PARTE PRIMERA.

#### DE LA COLECCION DE LAS LEYES VISIGODAS.

##### SECCION I. *Del código latino.*

- ART. 1.º De los primeros compiladores del código latino.
- 2.º De la última compilación del código latino.
- 3.º Del título del código latino.
- 4.º Del orden y división de las materias.
- 5.º Del estilo y lenguaje.
- 6.º De los varios códices latinos.
- 7.º De las varias ediciones latinas y sus autores.
- 8.º De la nueva edición latina de la Academia.

##### SECCION II. *Del código castellano.*

- ART. 1.º De la traducción del código latino.
- 2.º Del título del código castellano.
- 3.º Del estilo y lenguaje.
- 4.º De los códices castellanos.
- 5.º De la edición de Villadiego.
- 6.º Del comentario de Villadiego.
- 7.º De la nueva edición castellana de la Academia.

### PARTE SEGUNDA.

#### EXÁMEN ANALÍTICO DE LAS LEYES VISIGODAS.

##### SECCION I. *Del origen y fuentes de las leyes visigodas.*

- ART. 1.º Costumbres septentrionales.
- 2.º Costumbres de España bajo el gobierno romano.
- 3.º Costumbres de España bajo la dominación de los godos.
- 4.º Derecho romano.
- 5.º Derecho eclesiástico.

##### SECCION II. *Espíritu de las leyes visigodas.*

- ART. 1.º De las leyes que dicen relación al derecho público.
  - 1.º Constitución.
  - 2.º Jerarquía civil.
  - 3.º Jerarquía militar.
  - 4.º Jerarquía eclesiástica.
- ART. 2.º Leyes que dicen relación al derecho privado.
  - 1.º Leyes civiles.
  - 2.º Leyes criminales.
  - 3.º Jueces y tribunales.
  - 4.º Juicios.

##### SECCION III. *Autoridad de las leyes visigodas hechas por los monarcas.*

- ART. 1.º Monarcas.
- 2.º Concilios.
- 3.º Sanción real de las leyes conciliares.
- 4.º Autoridad del código visigodo.

##### SECCION IV. *Uso, observancia y destino del código visigodo.*

### COROLARIO.

#### *De la importancia y utilidad del estudio del código visigodo.*

(1) Al frente de la edición del *Fuero Juzgo* que publicó la Academia se puso en efecto un discurso preliminar del señor Lardizábal. Pensaba sin duda JOVELLANOS emprender por sí alguna obra sobre el mismo asunto, porque consta que dejó apuntes sobre cada uno de los artículos que debían entrar en ella. Mas nunca llegó á escribirla, ya sea por falta de tiempo, ya por respeto al señor Lardizábal, cuyo discurso es excelente, pero no llena del todo las miras que el autor se había propuesto en este plan.

## CONSULTA

DEL REAL Y SUPREMO CONSEJO DE LAS ÓRDENES Á SU MAJESTAD ACERCA DE LA JURISDICCION TEMPORAL DEL MISMO, EXTENDIDA POR EL AUTOR.

SEÑOR: Con motivo de dos competencias, suscitadas por la chancillería de Granada, acerca del conocimiento de dos causas que se seguían en el territorio de las órdenes, la una civil y á instancia de partes, sobre eleccion de oficios de justicia de la villa de Horecayo, y la otra criminal, formada de oficio por la de la villa de Socuéllamos contra Juan Heman, vecino de ella, sobre varios excesos, recurrieron algunos interesados á vuestra majestad por la vía reservada de Gracia y Justicia, y por dos reales órdenes que el vuestro secretario de aquel despacho, don Manuel de Roda, comunicó al conde presidente de este consejo en 4 de agosto de 1778 y 21 de octubre de 1780, fué vuestra majestad servido de declarar que el conocimiento de aquellas causas tocaba á la chancillería de Granada, y desaprobando los procedimientos de este consejo, tuvo á bien prevenirle que en adelante se arreglase en iguales casos á lo literalmente mandado en el auto acordado 9.º, tit. 1, lib. iv de la *Recopilacion*.

El Consejo, despues de haber obedecido ambas reales órdenes con el debido respeto, las mandó pasar al vuestro fiscal, quien en su vista, y en consideracion del estado de disminucion é incertidumbre en que se halla la jurisdiccion que los gloriosos ascendientes de vuestra majestad comunicaron á este consejo, expuso y pidió en él lo que resulta de la copia que tenemos el honor de dirigir á vuestra majestad.

Visto el dictámen fiscal por el Consejo, y teniendo presentes los perjuicios á que habia dado ocasion el referido auto acordado, la cautelosa ambigüedad con que está concebido, los errores, las notorias equivocaciones y falsos supuestos que envuelve su letra, y considerando por otra parte que desde su publicacion ha sido este auto acordado un manantial inagotable de dudas y competencias, muy perniciosas á la pronta y buena administracion de justicia, acordó consultar á vuestra majestad lo conveniente sobre este punto, y suplicarle se sirviese hacer en él una declaracion expresa y terminante, que fijando los términos de su jurisdiccion, quitase para siempre á la malicia de las partes y á la ambicion de otros tribunales todo motivo de turbarla en lo sucesivo.

El Consejo, Señor, se abstendria de molestar con esta súplica la atencion de vuestra majestad, si no temiese que su silencio, á vista de unos perjuicios tan notorios y tan repetidos, le haria de algun modo responsable á

los daños que de ellos redundan en el público; y este temor es tanto mas justo, cuanto se halla persuadido á que la causa de estos males es una sola, y que acaso no se ha removido de una vez, porque deteniéndose en el exámen de los efectos que producía, no se levantó la vista á buscar el origen de donde dimanaban, ó se atribuyeron equivocadamente á otras causas, que no existirían si no se hubiesen derivado de aquel mismo principio.

Mucho menos piensa el Consejo en extender su jurisdiccion, ni aun en recobrar para ella los límites que los angostos ascendientes de vuestra majestad le han señalado; conoce que la mano que le confió este precioso depósito puede disminuirle y aumentarle segun su albedrío, y que la voluntad de vuestra majestad es la única medida de su jurisdiccion y facultades; pero desea al mismo tiempo que esta voluntad sea clara y manifiesta, y que cuando haya autorizado la potestad de este consejo, la nota de usurpacion recaiga solamente sobre los que se oponen á sus decretos, y no sobre los que fieles á su obligacion, obran exactamente segun ellos.

Deseoso pues el Consejo de hacer ver la irresistible fuerza de justicia en que funda los agravios de que se queja á vuestra majestad, subirá hasta el origen de la jurisdiccion que ejerce, y seguirá por el orden de los tiempos el progreso y alteraciones de esta misma jurisdiccion hasta nuestros dias. Para esto hablará separadamente de las tres épocas principales que tuvo la jurisdiccion de las órdenes, á saber: la primera desde su establecimiento hasta la incorporacion de los maestrazgos en la corona; la segunda desde la creacion de este consejo, coetánea á la incorporacion, hasta el año de 1714, en que se publicó el citado auto acordado; y la tercera desde esta publicacion hasta el presente. De este modo podrá dar á la materia toda la ilustracion apetecible, y sin la cual en vano esperaria el remedio que solicita.

En esta exposicion no se propone el Consejo tratar de la jurisdiccion graciosa y voluntaria que ejerce en las materias de gracia, gobierno y patronato á nombre de los soberanos, como maestros de las órdenes, y en virtud de la cual consulta todos los empleos civiles y dignidades eclesiásticas de ellas, provee sin consulta los beneficios curados de sus pueblos, nombra escribanos para su territorio, aprueba ordenanzas, despacha privilegios de villazgo, vinculaciones, rompimientos y



cerramientos de tierras, y en fin, usa con pleno ejercicio de la jurisdiccion graciosa, ya con consulta del Soberano, ó ya sin ella, en la extension de su territorio, así como lo hace la real Cámara en lo demás del reino. Esta preciosa parte de la jurisdiccion de este consejo no estuvo en otro tiempo menos expuesta á invasiones y combates que su jurisdiccion necesaria y contenciosa, especialmente cuando en el reinado del señor don Felipe III se conspiró de propósito para despojarle de ella. Pero aquel piadoso monarca, despues de haber oido atentamente sus representaciones, tuvo la bondad de ampararle en el uso de todos sus derechos, de que hoy goza tranquilamente, á excepcion de alguno que ha logrado arrebatarse la prepotencia de otros tribunales, mas activos ó mas dichosos en la defensa de los suyos.

Tampoco hablará el Consejo en esta consulta de la jurisdiccion eclesiástica, que tambien ejerce en su territorio, pues aunque derivada del mismo principio y expuesta á iguales inconvenientes, ni está igualmente necesitada de remedio, ni sería justo envolver agravios de otra naturaleza con los que intenta representar ahora.

Finalmente, no hablará el Consejo de la jurisdiccion de la órden de Montesa, gobernada por reglas y principios enteramente diversos.

La jurisdiccion temporal contenciosa del territorio de las órdenes de Santiago, Calatrava y Alcántara será el único objeto de las reflexiones del Consejo, y aunque hablará tambien de la que le compete sobre los caballeros y personas de órden, esto será solo para dar una cabal idea de la autoridad que ejerció en otros tiempos, por si fuese del agrado de vuestra majestad renovar los decretos que sobre este punto han expedido sus gloriosos ascendientes, desde los señores Reyes Católicos hasta su augusto padre. En todo procurará la mayor brevedad, y aunque la extension y gravedad de la materia pide profundas discusiones, solo entrará en las que sean precisas para demostrar á vuestra majestad los agravios de que se queja, y excitar su angusta justificacion al remedio de ellos.

#### PRIMERA ÉPOCA.

Las tres órdenes militares, fundadas en España por privada autoridad despues de mediado el siglo xn, tardaron poco en recibir su aprobacion de la autoridad pública y en ser miradas como unos establecimientos útiles á la religion y al Estado.

Los reyes de Leon y Castilla, que conocieron desde luego las ventajas que podrian sacar algun dia de su instituto, procuraron situarlas sobré las fronteras de aquellos dominios que estaban aun ocupados de los moros y sufrían de su parte frecuentes irrupciones. Conforme á este sistema, inspirado por una sábia política, se dió á los caballeros de Calatrava la antigua villa de este nombre, para que contuviesen á los moros de Andalucía. Se situó á los de Santiago en Cáceres y Telés, para hacer frente á los de Extremadura, Mancha y Cuenca; y para tener á raya los de Portugal y Sevilla, fueron puestos los caballeros de Alcántara, prime-

ro en San Julian de Pereiro, y despues en la villa que les dió su nombre.

Cuán bien hubiesen llenado el fin de su instituto estos ilustres guerreros, es bien notorio á cuantos tienen alguna idea de las historias de aquel tiempo, pues no solo defendieron las fronteras de las vecinas irrupciones, sino que las adelantaron y extendieron, haciendo muchas conquistas sobre el dominio de los moros fronterizos. Inquietábanlos con frecuentes correrías y sorpresas, talaban sus campos, incendiaban sus mieses, saqueaban y destruían sus pueblos, y reducían á esclavitud sus habitantes, forzando así al enemigo natural del Estado á una perpétua guerra, y sirviendo como de antemural insuperable á sus armas.

Esta marcial conducta anunció á los reyes de Castilla que del engrandecimiento de las órdenes debía resultar el de su poder y autoridad, y que nada facilitaría tanto el gran designio de exterminar la morisma de nuestro continente, como el auxilio de unos cuerpos religiosos y militares, cuyo principal instituto se dirigía tambien á destruirla. Desde entonces empezaron á distinguir estos cuerpos con singulares beneficios. Diéronles la facultad de conquistar y el derecho de adquirir y hacer suyo, ya el todo, ya parte de lo conquistado; deramaron sobre sus individuos grandes privilegios y distinciones, y en fin, hicieron de las órdenes militares un especial objeto de su generosidad y proteccion.

Las órdenes por su parte, reconocidas á tantos beneficios, se empeñaron en dar á sus soberanos las mas constantes pruebas de su fidelidad y gratitud. Siguiéronles en sus empresas y hechos de armas, y estuvieron siempre á su lado en los easos de necesidad y conflicto. Pueden ser una prueba irrefragable de esta verdad las gloriosas conquistas de los reinos de Jaen, Córdoba, Murcia, Sevilla y Granada, donde sirvieron con tanto esplendor los pendones de las órdenes, y cupo tanta parte en la gloria del triunfo á sus valientes individuos.

A cada una de estas conquistas seguía un repartimiento, que los príncipes vencedores hacían de las tierras conquistadas entre los compañeros de sus triunfos, y en esta distribucion el mérito de los auxilios que habian recibido era la medida de su generosidad. Por lo mismo las órdenes tuvieron en la recompensa tanta parte como habian tenido en el trabajo, y por un medio tan glorioso como este crecieron considerablemente su autoridad y su riqueza.

En efecto, cuando aquellos generosos monarcas abrian la mano para agraciarse á los compañeros de sus conquistas, parecia que no se hallaba término á su generosidad; sus donaciones no solo eran grandes por la extension de los terrenos que comprendían, sino tambien por las gracias de que se acompañaban. Concedían el dominio solariego de las tierras, el señorío de los vasallos, la jurisdiccion, las alzas, las calumnias ó penas de cámara, y en fin cuanto podían dar y conceder. Parece que cansados alguna vez de hallar en la esencia de su soberanía un estorbo á su liberalidad, se esforzaban por romperle, dividiendo su dignidad suprema, y cediendo aquellas mismas regalías que por su naturaleza se han juzgado siempre inabdicables é inseparables de ella.

No dice esto el Consejo movido de ambicion ni de vanidad. El estado de las cosas ha cambiado del todo, y la jurisdiccion de los maestros, tal cual fuese, volvió, por la reunion de su dignidad á la corona, á la fuente de donde se habia derivado. De esta misma fuente se deriva la que hoy ejerce este consejo; pero siendo, como se ha dicho, la voluntad de vuestra majestad su única medida, lo que deja sentado solo puede contribuir á dar una idea de lo que fué aquella jurisdiccion en su origen, y esta idea seria muy imperfecta si no abrazase todas sus prerogativas.

Por eso continuará el Consejo hablando de ellas con alguna individualidad, y procurando descubrir la jerarquia establecida en su virtud para el gobierno civil de las órdenes, que es lo que mas conduce al propósito del dia.

Desde entonces, y por un efecto de estas inmensas concesiones, la constitucion de las órdenes tomó una forma estable y regular, que no desconocerán los que quieran buscarla en su legislacion y en su historia. Segun esta constitucion, la alta y suprema potestad residia en los maestros, bien que limitada en su uso y ejercicio por el concurso simultáneo de otras potestades. Para los negocios graves y de interés comun debian seguir los maestros el dictámen de los capitulos generales, que eran como las cortes de sus órdenes. En otras materias de importancia, pero de interés privado, procedian con acuerdo de las dignidades mayores de la orden, como eran los treces en la de Santiago. Los demás negocios comunes se resolvian por los maestros, ó á su nombre por los alcaldes mayores de su casa, que formaban su consejo privado. En fin, nada se hacia en el gobierno de las órdenes que no recibiese de los maestros su sancion y autoridad.

Asi los vemos desde muy antiguo haciendo y derogando leyes generales para su territorio, dando fueros y ordenanzas á sus pueblos, creando oficios, jueces y tribunales, concediendo hidalguías, imponiendo tributos, y en fin obrando como soberanos, y aun usando sin contradiccion de este ambicioso título; prerogativas que acaso parecerán escandalosas, miradas á la luz de las presentes ideas, y que no dejaron de producir graves inconvenientes en los tiempos en que fueron usadas y adquiridas.

La administracion de justicia estaba tambien á cargo de los maestros. Para la expedicion de las causas comunes habia en las villas y lugares de las órdenes alcaldes ordinarios, que conocian de ellas en primera instancia. Algunos comendadores tenian el derecho de conocer de las alzadas en las causas civiles de su territorio, pero todas las demás, civiles ó criminales, iban ante el maestro, que conocia de ellas, ya por medio de los alcaldes provinciales de Castilla y Leon, que eran unos jueces de alzadas creados para recorrer sus provincias dos ó tres veces al año y conocer de las apelaciones en los mismos pueblos donde se interponian, ya por sí mismos, oyéndolas en el consejo privado, que formaban los alcaldes mayores de su casa. De este modo se acababan los juicios dentro de la orden, y estos juicios eran siempre regulados por sus leyes y fueros peculiares. De forma que ora se considere la consti-

tucion política de estos cuerpos, ora su gobierno jerárquico y civil, es preciso decir que las órdenes formaban en aquellos tiempos una especie de estados soberanos, bien que subordinados y dependientes de la alta soberania de los príncipes que las habian admitido en sus dominios.

Tanta autoridad concedida á los maestros no podia dejar de hacer muy apetecible la dignidad á que estaba unida. Asi sucedió desde el siglo xii: los primeros hombres del reino, los hijos mismos de los reyes aspiraban al maestrazgo, y desde entonces la calidad y altos enlaces de los que le obtuvieron dieron mas esplendor á esta dignidad y mas extension y firmeza á sus prerogativas. La historia ofrece muchos ejemplos de la influencia que tuvieron desde aquel siglo los maestros en los negocios públicos y en los acaecimientos políticos, y los que probarian mejor esta verdad son bien conocidos, aunque no son para citados.

Tal fué el estado de las cosas mientras el gobierno de las órdenes militares estuvo á cargo de maestros particulares. El Consejo reconoce que este gobierno y las prerogativas á él conexas no eran iguales en todas; pero siendo imposible seguir la historia particular de cada una, ha formado el bosquejo que acaba de presentar, que es sin duda el mas conforme al sistema general de gobierno establecido en todas, y á las memorias y documentos que conservan sus archivos.

Ya sea que los reyes de Castilla empezasen á mirar con desagrado el exceso de grandeza á que habia subido el poder de los maestros; ya que hubiesen juzgado conveniente refundir en la suya una autoridad que habia salido de sus manos y era peligrosa en otras; ya en fin que quisiesen cortar de una vez la raiz de las discordias que excitaban en las vacantes de los maestrazgos los poderosos pretendientes que aspiraban á ellos; lo cierto es que por alguna de estas causas, ó por todas, pensaron hácia la mitad del siglo xv en hacerse maestros de las órdenes. El primero que anunció este rasgo de acertada política fué un príncipe, digno por él y por sus virtudes de la mas tierna memoria de sus pueblos, el señor don Juan II, que despues de la muerte de su privado don Alvaro de Luna, obtuvo el maestrazgo de la orden de Santiago en administracion, y le disfrutó por corto tiempo. A su muerte, y por bula de la santidad de Calixto III, se dió la administracion de este maestrazgo á su hijo, don Enrique IV, que la obtuvo por espacio de quince años. Diósele tambien la del maestrazgo de Alcántara, que disfrutó por menos tiempo, pues al cabo de tres años la renunció, para agraciár á su valido don Gomez de Cáceres y Solís, en 1458.

Los Reyes Católicos, nacidos para levantar la autoridad de su corona á un punto de grandeza donde no habia subido hasta entonces, dieron un paso mas señalado hácia el complemento de este gran designio; y desde el año de 1488 hasta el de 1499 lograron reunir en sí, en virtud de concesiones pontificias, los maestrazgos de las tres órdenes, tambien en administracion y por todo el tiempo de sus vidas.

El rey don Carlos I, siguiendo las huellas de su glorioso abuelo dió el último complemento al proyecto



de reunion de los maestrazgos; pues no solo pensó en continuar la administracion, sino en reunir la para siempre á la corona de Castilla; gracia que consiguió fácilmente en 1523 de su mismo maestro, ya entonces elevado á la silla de san Pedro y conocido con el nombre de Adriano VI.

#### SEGUNDA ÉPOCA.

Esta reunion pedia una nueva forma en el gobierno y administracion de las órdenes, que en tiempo de los maestros particulares eran el mas principal objeto de su ocupacion y desvelos. El señor don Enrique IV, en el tiempo de su administracion, despachaba los negocios de las órdenes por medio de los miembros de su consejo á quienes nombraba para este fin. Los Reyes Católicos, obtenida la administracion del maestrazgo de Calatrava, formaron en su corte un consejo para el gobierno de esta órden, sin suprimir el que los maestros tenian en Almagro para el conocimiento de las apelaciones de su territorio. A este consejo de la corte aplicaron despues el de las del territorio de Santiago, de que tambien obtuvieron la administracion; pero habiendo finalmente reunido á estas dos administraciones la del maestrazgo de Alcántara, y no pudiendo aplicar su atencion á la muchedumbre de negocios que producía el gobierno de tres cuerpos tan poderosos y tan vastos, suprimieron los consejos particulares de los maestros, y reservándose la parte mas alta é importante de este gobierno, arreglaron en su corte un consejo, compuesto de individuos de las tres órdenes, en quien depositaron toda la administracion civil de ellas. Desde este punto debe empezar la segunda época de la jurisdiccion de las órdenes, y el Consejo va á exponer ahora la nueva forma que se dió en ella á la administracion de justicia, y las frecuentes y reñidas contiendas que tuvo que sufrir por conservar el depósito de autoridad que los primeros soberanos administradores pusieron en sus manos.

Para proceder en esta época con la debida distincion, el Consejo hablará primero de aquella parte de su jurisdiccion alta y territorial que ejerce á nombre de los maestros en todos los pueblos de las órdenes, y despues, de la jurisdiccion ordinaria que es respectiva al fuero de sus individuos. Como estas dos jurisdicciones, aunque derivadas de un mismo principio, son de diferente naturaleza, cree el Consejo que no podría confundirlas sin perjuicio de la claridad. Por eso dividirá en la segunda época en dos partes, y hablará en la primera del derecho que tiene á conocer exclusivamente de las apelaciones del territorio de las órdenes, y en la segunda del que tiene para conocer de las causas de los comendadores, caballeros y demás individuos de las mismas.

##### *Primera parte de la segunda época.*

Entre los varios objetos que los señores Reyes Católicos pusieron al cuidado del nuevo consejo de las Órdenes, fué sin duda el mas principal el encargo de conocer á su nombre en segunda instancia de las apelaciones que se interpusiesen de sentencias de los gobernado-

res, alcaldes mayores y ordinarios de los tres territorios. A este fin autorizaron por sus reales cédulas al Consejo para el ejercicio de esta jurisdiccion, y expidieron las correspondientes á los demás consejos y audiencias reales, para que entendiesen que no debian mezclarse en los negocios sometidos á ella.

La audiencia de Ciudad-Real, fundada por don Juan II no muchos años antes, conocia, á nombre de la real persona, de las apelaciones de un inmenso territorio, y desvanecida con el uso de tanta autoridad como se habia puesto en sus manos, apenas vió erigido otro tribunal con igual jurisdiccion, bien que en un territorio mas reducido, cuando formó el proyecto de destruirle, ó á lo menos de someterle á su suprema censura.

Estaba situada esta audiencia en el centro del campo de Calatrava y rodeada de pueblos pertenecientes á esta órden, y por lo mismo miraba con muchos celos que la jurisdiccion del nuevo consejo llegase á tocar las puertas de su mismo tribunal. En efecto, sus primeras tentativas tuvieron por objeto esta órden.

Habíase suscitado ante el gobernador de Calatrava cierto pleito, que litigaba el comendador Cristóbal Mendez, de la misma órden, con Juan de Tobas, vecino de Almagro. De la sentencia del Gobernador apeló Tobas para ante el consejo de las Ordenes, donde se sustanció y terminó la segunda instancia; pero habiendo suplicado de la sentencia del Consejo, y admitiéndose el grado de revista, dió su majestad comision al mismo Consejo para conocer en última instancia de la causa, la cual en efecto se ejecutorió allí por su sentencia.

No contento el comendador de su decision, volvió á suplicar para ante la audiencia de Ciudad-Real; desprecióse su recurso, presentóse de hecho en la audiencia, y esta libró sus provisiones para atraer los autos en compulsa; y por no haberlas obedecido el escribano del Consejo, procedió contra él por apremio y multa. Informados sus majestades los señores Reyes Católicos de tan extraordinario empeño, libraron su real cédula, dada en Alfaro á 10 de noviembre de 1495, por la cual mandaron á la Audiencia que se abstuviese de aquel conocimiento y devolviese la ejecucion del negocio al Consejo, á quien le tenian cometido. La Audiencia, léjos de obedecer, continuó los apremios, no solo contra el escribano del Consejo, á quien puso preso, sino tambien contra el clavero de la órden, en quien existian los autos; atentado que se supo con admiracion por sus majestades, y dió lugar á que se expidiese otra real cédula, dada en Almazan á 21 de junio de 1496, por la cual mandaron á la Audiencia real que en cuanto á las apelaciones y demás tocante á las órdenes, cumpliese exactamente las cartas que en razon de ello se le habian librado.

El Consejo no puede dejar de copiar aquí los términos en que estaban concebidas estas cédulas, porque ellos deben servir de principal apoyo á sus quejas en el progreso de esta consulta, en la cual será preciso recordarlos mas de una vez.

«Ya sabeis, dicen los señores Reyes Católicos, hablando con el obispo, presidente, y oidores de la au-

diencia de Ciudad-Real, cómo Nos habemos formado consejo en nuestra corte para los pleitos y causas que se ofrecen en las órdenes de Santiago y Calatrava (no estaba aun incorporado el maestrazgo de Alcántara), y hemos mandado y ordenado que de las sentencias de los gobernadores de las dichas órdenes ó sus tenientes, los que se sintieren agraviados apelen para ante los que residen en el dicho consejo de las Ordenes, como se acostumbró apelar para ante los maestros de las dichas órdenes, y que de las causas que en el dicho consejo se conociesen y determinasen, los que se sintiesen por agraviados pudiesen apelar para ante Nos, para que Nos, como reyes y señores superiores, conociésemos de ello y lo mandásemos conocer á quien por bien tuviésemos, y de las sentencias de los tales comisarios no hubiese lugar mas á apelacion.»

Como quiera que sea, la conducta que tuvo la audiencia de Ciudad-Real en esta causa del comendador Cristóbal Mendez prueba que el primer objeto de su ambicion fueron las segundas, y no las primeras apelaciones, pues aunque despues, como dirémos mas adelante, redujo sus pretensiones á las primeras, esto no fué hasta que á fuerza de ver frustradas sus vanas y repetidas tentativas, perdió del todo la esperanza de obtener tan singular prerogativa. Esta circunstancia nos obliga á dar á vuestra majestad una clara idea de lo dispuesto por sus augustos ascendientes en este punto.

Cuando los señores Reyes Católicos atribuyeron á este consejo el derecho de conocer á su nombre y en calidad de maestros, de las primeras apelaciones del territorio de las órdenes, reservaron á su real persona, y en calidad de soberanos, el de las segundas, como prueban las últimas palabras de la cédula que se ha citado. Esta reserva era muy conforme á la máxima establecida en las cortes de Burgos por el señor don Enrique II, y ampliada por su hijo, el señor don Juan el Primero, en las de Guadalajara de 1390, por la cual se declaró tocar exclusivamente á la soberanía el derecho de las últimas apelaciones de cualquiera tribunal ó jurisdiccion, aunque fuese de particular señorío.

Parece que el ejercicio de este derecho, en cuanto á las segundas apelaciones del territorio de las órdenes, fué atribuido al principio á las audiencias reales, pues hallamos que habiéndose introducido este consejo á admitir las que se interponian del consejo particular de Calatrava, residente entonces en Almagro, declararon sus majestades que estas segundas apelaciones tocaban privativamente á su soberanía, y debian admitirse para ante sus audiencias reales, salvo en aquellos casos en que particularmente se mandase conocer de ellas en la corte.

La experiencia manifestó muy luego que era indispensable convertir en regla general el caso de la excepcion, pues residiendo en la corte el primer consejo de las Ordenes, era sumamente gravosa á las partes la necesidad de llevar los recursos de las sentencias á unos tribunales tan distantes, como eran las audiencias. De aquí nació que empezaron á dar comision al mismo consejo de las Ordenes para conocer, á nombre de sus majestades, y en revista, de las súplicas interpuestas á sus sentencias para ante la real persona, y esto se hizo

ya desde 1495 en la causa del comendador Cristóbal Mendez, como hemos visto.

Hubo de reclamar contra estas comisiones la audiencia de Ciudad-Real, como si le tocase por derecho ordinario el conocimiento de todos los recursos interpuestos á la real persona, ó como si los reyes, en el ejercicio de este acto de soberanía, no fuesen libres para expedirle por medio del tribunal ó persona que mas mereciese su confianza. Lo que consta es, que mal llamada aquella audiencia con que las reales cédulas de 1495 y 1496, que hemos citado, le privasen del conocimiento de las segundas apelaciones de este consejo, envió á su escribano, Francisco de Medina, para que negociase en su favor la recuperacion de esta prerogativa; y en efecto, á sus instancias, por una real cédula, dada en Burgos á 3 de noviembre del mismo año, se mando que de las sentencias de este consejo hubiese lugar á apelacion para ante la audiencia de Ciudad-Real.

Pero este triunfo fué para ella de muy corta duracion, porque el interés mismo de las partes hacia necesario el recurso á un tribunal mas inmediato. La residencia de este consejo era en la corte, y conociéndose en ella de las primeras apelaciones, era muy cómodo á las partes que en ella tambien se conociese de las segundas. Así lo declararon sus majestades por otra real cédula, dada en Zaragoza á 20 de agosto de 1498, por la cual se estableció que de las sentencias de este consejo no hubiese lugar á apelacion para ante las audiencias reales, sino que se suplicase para ante sus majestades, quienes, como reyes y señores, cometerian las súplicas á quien les pareciese, y se mandó que esta cédula se insertase en las comisiones dadas por sus majestades para el conocimiento de estas súplicas y en las ejecutorias á su consecuencia expedidas.

Este fué el verdadero origen de la real junta de Comisiones, que hoy conoce á nombre de vuestra majestad de las apelaciones de este consejo. Es verdad que en 1502 lograron las audiencias reales que se sobrecartase la cédula que les atribuia el conocimiento de las segundas apelaciones; pero esta sobrecarta nunca estuvo en uso. La costumbre de suplicar para ante la real persona y de nombrarse por vuestra majestad jueces de comision para el conocimiento de las súplicas, duró hasta el reinado del señor don Felipe IV, en el cual se arregló este tribunal en la forma que hoy existe.

En efecto, el método de nombrar jueces para el conocimiento de cada súplica parecia muy embarazoso, y lo era en realidad, porque se gastaba en pedir y señalar la comision el tiempo que debiera destinarse á la terminacion del juicio. Para ocurrir á este inconveniente, el señor don Felipe IV expidió en 23 de enero de 1628 una real cédula (1), por la cual dió comision á los licenciados don Juan de Frias Mesia y don Pedro Marinolejo, caballeros del hábito y ministros del Consejo Real, y al doctor don Juan Jimenez de Oca y don Fernando Pizarro de Este, individuos de las órdenes, para que conociesen de todas las súplicas que se interpusiesen de las sentencias de este consejo en el espacio de aquel año, declarando que sus sentencias causarían ejecutoria, y cometiendo la ejecucion de ellas á los citados consejeros de órdenes Jimenez y Pizarro. Despues acé



se ha observado constantemente el mismo método, nombrando su majestad en principio de cada año dos ministros de este consejo y dos del de Castilla para formar la junta de Comisiones, y desde entonces esta real junta es ya un tribunal estable y perpétuo, aunque compuesto de ministros aiales y amovibles.

Pero si fué vano el empeño de las audiencias reales en cuanto al conocimiento de las segundas apelaciones, no lo fué menos por lo respectivo á las primeras, á que tambien aspiraron obstinadamente. En efecto, cuando la de Ciudad-Real envió á la corte á su escribano Francisco de Medina, para reclamar contra la determinacion tomada por su majestad en el pleito del comendador Cristóbal Menlez, no solo pretendió que debian ir á ella las segundas apelaciones, sino tambien las primeras del territorio de las órdenes. Fundaba una y otra pretension en la costumbre, asegurando que en tiempo de los maestros conocia de unas y otras. Pero esta costumbre fué siempre negada por el Consejo; y á la verdad que los mismos términos de la pretension de la Audiencia daban una prueba de la falsedad del supuesto en que la fundaba, pues por una parte, para lograr las segundas apelaciones, aseguraba que conocia de las sentencias de los maestros, á quienes iban siempre las primeras, y por otra, para usurpar las primeras, aseguraba tambien que estaba en posesion de ellas en tiempo de los maestros; contradiccion extravagante, que está descubierta á primera vista, y que sobre todo no puede hacerse compatible con la idea que hemos dado del gobierno y jerarquía civil de las órdenes en tiempo de los mismos maestros.

Sin embargo de esto, en la real cédula que determinó las pretensiones de la Audiencia real, y hemos citado arriba, se mandó que en este punto, así como en los demás, se estuviese á la costumbre.

Esto fué bastante para que la Audiencia aspirase á usurpar de lleno el conocimiento de las primeras apelaciones, especialmente despues que por la real cédula de 1498 se le privó de la esperanza de conocer de las segundas. Ningun recurso de los que se interponian á ella era desechado, y atenta siempre á fijar en su tribunal esta jurisdiccion, abría las puertas á cuantos acudian á quejarse en él de las sentencias de los jueces de las órdenes. Cansáronse estas, y se cansó el Consejo de sufrir tantos atentados; ocurrieron á representar á su majestad el despojo que con ellos se causaba en su jurisdiccion; y tomándose sobre el asunto el debido conocimiento, se expidió una real cédula en Valladolid (2), á 26 de junio de 1513, por la cual se mandó al presidente y oidores de las audiencias de Valladolid y Granada se abstuviesen de conocer de estas apelaciones, y que si alguna fuese ante ellos, la remitiesen al Consejo.

Frustrado por esta declaracion el efecto de aquella tentativa, ocurrió la audiencia de Granada á otro medio, que al principio tuvo para ella el suceso mas feliz. Representó al señor don Carlos I que el conocimiento de las apelaciones atribuido al consejo de las Ordenes de su territorio, no solo era contra las leyes, sino tambien contra la utilidad pública; que las partes sentian en esto grave perjuicio por el dispendio á que los obligaba

la distancia del camino, y concluyó de aqui que era preciso concederlas el derecho de apelar á aquella audiencia.

La apariencia de utilidad que envolvia esta representacion movió el real ánimo en su favor, y en efecto, por una cédula dada en Valladolid, á 7 de agosto de 1523, se mandó que sin embargo de lo determinado por las anteriores, pudiese la audiencia de Granada conocer de las causas que fuesen á ella en grado de apelacion.

Como en esta resolucion no se privaba al Consejo de conocer tambien de las apelaciones que fuesen ante él, quedó establecida entonces una especie de jurisdiccion acumulativa y á prevencion, que han pretendido conservar hasta ahora las chancillerías, sin embargo de haberse revocado muchas veces, como vains (3) á demostrar.

Hemos hablado aqui de las chancillerías, porque en consecuencia de la citada cédula, tanto la de Granada como la de Valladolid empezaron á oir todas las apelaciones que se llevaban á ellas del territorio de las órdenes. Entraron estas en gran cuidado al verse despojadas de la mejor parte de su jurisdiccion. Reclamaron altamente este perjuicio en los capítulos generales que en el mismo año y el siguiente celebraron en Valladolid y en Búrgos, tomós sobre el asunto el debido conocimiento, examináronse las cédulas y decretos dados acerca de él en diferentes tiempos, y en vista de todo, se acordó expedir una nueva cédula, dada en Vitoria, á 5 de marzo de 1524, por la cual se renovó en todo y por todo la del año anterior, y se dió sobre el asunto una providencia perentoria, que está aun en vigor, pues no fué posteriormente revocada por otra alguna.

El Consejo no puede dispensarse de copiar aqui las palabras con que se intimó esta decision á la chancillería de Valladolid, en cuyas ordenanzas se halla incorporada. «Porqué vos mando (dice) que conforme á las dichas cédulas, ahora y de aquí adelante, cuanto mi merced y voluntad fuere, cada et quando ante vos fueren ó se presentaren (4) alguna ó algunas personas en grado de apelacion de los dichos alcaldes ordinarios, y alcaldes mayores et gobernadores de las dichas órdenes, de sentencias por ellos dadas en causas civiles ó criminales ó por jueces de comision, dados por los dichos gobernadores ó los del nuevo consejo, las remitais á las del nuestro consejo de las Ordenes, como solíades hacer, para que ellos conozcan en el dicho grado de apelacion de tales causas, y hagan en ellas justicia, guardando el tenor y forma de las dichas cédulas, *no embargante la revocacion de las dichas cédulas que mandamos hacer con acuerdo de los del nuestro consejo por una muestra cédula en la villa de Valladolid.*»

Esta real cédula puso la jurisdiccion del consejo de las Ordenes en tal grado de firmeza y claridad, que no parecia poderse temer nuevos atentados contra ella, y en efecto pasaron algunos años sin que hubiese sido notablemente inquietada. Pero no bien se hubo desvanecido la reciente memoria de aquellas decisiones, cuando las chancillerías discurrieron nuevos arbitrios de usurparla, y como los objetos de las antiguas controversias estaban tan deslindados en las citadas reales cédulas, fueron poco á poco metiendo la mano en otros,

que aunque sustancialmente contenidos, no estaban literalmente declarados en ellas.

Empezaron primero admitiendo apelaciones de las sentencias de los jueces de residencia que enviaba este consejo para averiguar la conducta de sus gobernadores, alcaldes mayores y ordinarios, y de las de los jueces pesquisidores y de comision nombrados por el mismo Consejo. Pasaron de aquí á admitirlas de las sentencias de los visitadores generales de las órdenes, y últimamente las admitieron tambien de las dadas por los mismos gobernadores y jueces ordinarios en pleitos sobre inventarios y disposiciones de comendadores, caballeros, priores y frailes, y aun sobre rentas, derechos, preeminencias y otras cosas tocantes á las mesas maestras, encomiendas, conventos, monasterios, hospitales, ermitas y cofradías, sin exceptuar las materias que tenían anexa espiritualidad.

Los muchos atentados produjeron nuevas quejas, dadas algun tiempo en vano; pero finalmente oídas cuando la voz de las órdenes juntas en sus capítulos generales de 1554 las presentó al señor Emperador, que tantas veces las había asegurado la misma jurisdiccion y privilegios que ahora se violaban de nuevo. La resolución no pudo ser mas favorable, pues por dos reales cédulas, expedidas en Valladolid, á 11 de mayo de aquel año, se declaró que en todos los pleitos y negocios que se han mencionado, y de que hacen la mas menuda expresion, las apelaciones no puedan ir, ni vayan ante las audiencias y chancillerías, ni á otra parte sino ante las del consejo de las Ordenes.

Era muy grande el empeño con que las chancillerías atacaban la jurisdiccion del Consejo, para que se conformasen sin réplica con estas decisiones. En efecto (3), suspendieron su ejecucion y trataron de representar contra su contenido. El fiscal de la caballería de Santiago, Alonso Gonzalez de la Rúa, á nombre de su orden y de las de Calatrava y Alcántara, dió cuenta de esta novedad al príncipe don Felipe, que ya entonces se hallaba en la Cornia, pronto á embarcarse para Inglaterra. No quiso aquel celoso príncipe llevar consigo aquel cuidado, y por una sobre-carta, dada en aquel puerto á 5 de junio del mismo año, mandó á las chancillerías que observasen puntualmente las dos primeras cédulas. Aun no se aquietó la de Valladolid, y el Príncipe despachó segunda sobre-carta en 5 de julio siguiente. Resistió por tercera vez la ejecucion aquella chancillería, y reclamó de nuevo su cumplimiento el representante de las órdenes, de forma que fué necesario un cuarto precepto para conseguirle. Esta tercera sobre-carta fué librada por la serenísima princesa doña Juana, gobernadora entonces de estos reinos, á nombre de sus abuelos, padre y hermano, en Valladolid, á 5 de marzo de 1555.

Ejecutadas finalmente las reales órdenes, no por eso cesaron las chancillerías en el empeño de eludir sus resoluciones. Es el caso que en ellas había exceptuado su majestad un artículo, que no quiso someter exclusivamente á la jurisdiccion de este consejo. Siguiendo la cláusula de la excepcion, se concibió en estos términos: «Salvo, dice la real cédula, en las cosas y casos que fueren sobre estancos y nuevas imposiciones, las

cuales queden sujetas á la disposicion del derecho y leyes de estos reinos, para que la parte que se agraviare pueda, si quisiere, ocurrir al dicho nuestro consejo de las Ordenes ó á las dichas nuestras audiencias y chancillerías reales, donde viere que mas le conviene.

Esta excepcion dió lugar á ulteriores contiendas. Las voces de *estancos y nuevas imposiciones* se empezaron á interpretar vaga y arbitrariamente por las chancillerías, y eran muy raros los asuntos de que no pretendiesen conocer como comprendidos en ellas. El afecto de las partes fomentaba tambien la discordia, dividiendo los recursos entre los tribunales que tenían la jurisdiccion preventiva, y haciendo que á un mismo tiempo conociesen unos y otros de unos mismos asuntos, y se causasen un reciproco embarazo; inconveniente á que entre otros, estará siempre expuesto el derecho de conocer á prevención. De este modo el empeño de los tribunales contendientes produjo competencias, y las competencias recursos, que hicieron necesaria otra declaracion.

Hízola por fin el señor don Felipe II en la real cédula dada en Monzon de Aragon, á 7 de noviembre de 1563, por la cual mandó que las audiencias y chancillerías se abstuviesen de conocer en las materias declaradas en las cédulas anteriores, *aunque se alegase por las partes ser sus causas sobre estancos y nuevas imposiciones, y aunque lo fuesen con efecto, y que los pleitos pendientes sobre estos puntos se remitiesen (6) al Consejo para su determinacion.*

Fué obedecida esta real cédula por las chancillerías; pero como en ellas se hablase solamente de las apelaciones, continuaron conociendo de las nuevas demandas que sobre los mismos asuntos llevaban ante ellas en primera instancia algunos concejos, universidades y otras personas á quienes el derecho concede caso de corte. La queja de este nuevo exceso produjo otra nueva declaracion, cuyo tenor era el siguiente: «Declaramos y mandamos que lo dispuesto y contenido en ella (habla de las cédulas de 11 de marzo de 1554 y 7 de noviembre anterior) sea y se entienda generalmente, y que en grado de apelacion, ni por caso de corte, ni por otra manera alguna, no puedan ir ni vayan á las dichas nuestras audiencias, sino que se guarde lo contenido en las dichas nuestras provisiones, y que los dichos pleitos y causas se determinen en el dicho nuestro consejo de las Ordenes. Dado en Monzon de Aragon, á 29 de noviembre de 1563.»

Aun fué preciso librar nueva sobre-carta para la chancillería de Valladolid, que había suspendido el conocimiento de la primera, y en efecto se libró por el mismo soberano en Monzon, á 6 de enero del año siguiente de 1564.

Esta conducta uniforme y constante, con que el prudente rey don Felipe y su augusto padre sostuvieron siempre la jurisdiccion del Consejo, acabó de persuadir á las audiencias y chancillerías que serian vanos todos los esfuerzos dirigidos á menoscabarla. En efecto, se aquietaron por entonces y la reconocieron sin resistencia. La audiencia de Valladolid insertó en sus ordenanzas, reimpresas en 1566, todas las cédulas en que se aseguraba. Siguió su ejemplo la de Granada cuando,



á consecuencia de la visita que hizo de ella el licenciado don Juan Acuña, del Consejo y Cámara, se le mandó en 1597 recopilar é imprimir sus ordenanzas, lo que verificó en 1601, bien que con lanotable particularidad de que insertando en ellas la cédula del señor don Carlos I de 1523, que le daba el derecho de conocer de las apelaciones en el territorio de las órdenes, suprimió cuidadosamente la de 1524, que la revocaba. También la audiencia de Sevilla publicó en 1603 algunas de las citadas cédulas, aunque con igual disminución. Por este medio fué generalmente reconocida la jurisdicción del consejo de las Ordenes, y aunque la envidia ó el descuido nunca quisieron dar un lugar entre las leyes del reino á las reales resoluciones que le autorizaban, no por eso dejaron de ser notorias todas sus facultades.

Desde estos tiempos hasta los fines del siglo corrieron para este consejo muchos años de paz y de esplendor, sin que nos conste que en ellos fuesen notablemente turbados los confines de su jurisdicción. Pero en los primeros años del siglo xvii volvieron á retoñar las antiguas discordias, y declarada otra vez la guerra, se hicieron nuevas invasiones, no solo sobre el derecho de conocer de las apelaciones, sino también el de juzgar única y privativamente á los caballeros y personas de orden. El Consejo hablará con separación de uno y otro punto, para no confundir las facultades que son de distinta naturaleza.

Cuando entró el siglo pasado, la conducta de las chancillerías había ya hecho renacer los clamores y las quejas de las órdenes, justamente ofendidas con la usurpación de sus derechos. El pretexto que se tomó para dar color á la contravención de tantas y tan claras decisiones como se han citado, fueron las querellas de capítulos que algunas partes llevaban ante los tribunales reales contra los gobernadores, alcaldes mayores y jueces de comision nombrados por el Consejo. Era fuera de duda que este caso estaba comprendido en las cédulas de 1524, 1534, 1563 y 1564, pero á las chancillerías les bastaba que no estuviese expresado en ellas. A vuelta de este exceso se propusieron á otro mas notable, que fué el de conocer de los pleitos de estancos y nuevas imposiciones, contra lo mandado en la citada cédula de 1564. El capítulo general celebrado por la orden de Calatrava á la entrada del siglo se quejó de estos excesos, y el señor don Felipe III, por real cédula, dada en Aranjuez á 16 de mayo de 1602, mandó (7) nuevamente que las chancillerías y otros tribunales no pudiesen conocer de las querellas y capítulos puestos á los gobernadores y sus tenientes; que cuando las partes acudiesen ante ellas con semejantes instancias, las remitiesen al consejo de las Ordenes, y que asimismo cumpliesen las cédulas que mandaban remitir al mismo Consejo cualquiera pleito sobre imposiciones y estancos que se moviesen á las órdenes por cualesquiera jueces, así de mestas y cañadas, como por otros, ó por personas particulares.

Comunicóse esta cédula á la chancillería de Valladolid, residente entonces en Medina del Campo, y para detener su cumplimiento opuso su fiscal un alegato tan lleno de falsas aserciones é impertinentes argumentos, que pudiera citarse como un ejemplo de la

ofuscación á que conduce el deseo inmoderado de sostener una mala causa. La chancillería y las órdenes acudieron á un tiempo ante la real Cámara; fundáronse por una y otra parte las recíprocas pretensiones, y se oyó sobre ellas al fiscal del Consejo Real, don Gil Ramirez de Arellano. Este celoso ministro, obrando conforme á la buena fe de su oficio y su conciencia, reconoció abiertamente la jurisdicción de este consejo acerca de los puntos disputados, y citó en su abono las mismas ordenanzas de Valladolid, con que no había contado la ofuscación de su fiscal. Solo notó que el punto que sometía á la jurisdicción de las órdenes las apelaciones de los jueces de mestas y cañadas era nuevamente declarado en la cédula que daba causa á la cuestión, y parecía depresivo de las facultades de la junta del Consejo y Cabaña real, donde presidía uno del Consejo Real y conocía de los excesos de estos jueces. También manifestó que había algen inconveniente en que fuesen al consejo de las Ordenes las apelaciones de los jueces de residencia, fundado (aunque por equivocación, como demostraremos después) en que sería mas cómodo á las partes acudir á las chancillerías, por su menor distancia. Como quiera que sea, la real Cámara, sin detenerse en estos reparos, y menos en los que había maquinado el fiscal de la chancillería, mandó expedir la correspondiente sobre-carta en 10 de diciembre, para que se cumpliese en todo y por todo la de 16 de mayo, ya citada.

Resistió la Chancillería su cumplimiento con el pretexto de que hablaba con el Consejo Real, y que allí debía presentarse. Mandó se librase segunda sobre-carta en 11 de mayo de 1603, para que se cumpliesen las anteriores sin mas excusa ni dificultades, y que si en razon de ello tenia la Chancillería algo que exponer, lo hiciese ante la real Cámara. Tampoco fué cumplida esta sobre-carta, ni acudió la Chancillería, como se la mandaba, á la real Cámara, sino al Consejo Real, á quien dirigió una consulta con fecha 18 de marzo. El Consejo envió los papeles á la Cámara, y visto en ella todo, se dignó su majestad expedir nueva cédula, dada en Burgos á 24 de junio de aquel año, por la cual mandó cumplir en todo y por todo las anteriores y sus insertos inviolablemente y sin nueva réplica.

Tanto fué menester para que las chancillerías reconociesen la jurisdicción del Consejo, ocho veces confirmada en este solo punto desde 1554 hasta 1603. Tuviron por fin cumplimiento estas últimas providencias, obedecidas lisa y llanamente por la chancillería de Medina (8) y por la de Granada en aquel mismo año. Su observancia fué constante en todo el siglo pasado, y si alguna vez se trató de alterarla, las representaciones de este consejo, favorablemente oídas, lograron detener en su principio los nuevos atentados, y conservaron entero el depósito de autoridad que los soberanos le habían confiado.

No molestará el Consejo la atención de vuestra majestad con la menuda relación de sus triunfos judiciales; pero no puede pasar en silencio dos casos, que ponen en la mayor claridad los puntos que hoy se controvierten.

De resultados de los capítulos generales que en 1632

celebraron las tres órdenes, presididas por su soberano y maestro el señor don Felipe IV, se suscitaron algunas dudas acerca de la naturaleza de la jurisdicción de este consejo. Querian sus desafectos que siendo exactamente la misma que pertenecía á los maestros, fuese puramente abadenga, sin reflexionar que erigido este consejo por real autoridad, y declarada por la misma la extension de sus facultades en el territorio de las órdenes, era preciso que participase tambien de la naturaleza de jurisdicción real. Esta duda fué decidida por aquel monarca en su real decreto de 20 de noviembre de 1653, en que declaró que en este Consejo concurrían la jurisdicción real en sus distritos y la del Gran Maestro, unida á la corona (9).

Seis años despues pretendieron las chancillerías introducirse en el conocimiento de los recursos tocantes á elecciones de oficios de justicia en los pueblos del territorio de las órdenes (10); opuso el Consejo su privativa jurisdicción para este conocimiento; alegaron unos y otros tribunales cuanto les convino; y visto todo por la real junta de competencias, se declaró que el conocimiento de los asuntos de elecciones de justicias tocaba privativamente á este consejo en el territorio de las órdenes.

Otros muchos ejemplares y resoluciones pu liéramos citar para hacer patente que en todo el siglo pasado no sufrió menoscabo alguno este ramo de la jurisdicción del Consejo; pero nos parece que habiendo demostrado este punto irrefragablemente, sería importuna la alegacion de otros documentos. El que quiera poner en duda esta verdad deberá alegar testimonios de igual valor y energia; pero está muy seguro este consejo de que nadie acometería con buena suerte tan difícil empeño.

### *Segunda parte de la segunda época.*

Hasta aquí ha procurado el Consejo compendiar la historia de las controversias que suscitaron las chancillerías con el empeño de usurparle el conocimiento de las apelaciones de su territorio, y ahora va á referir brevemente las que tuvo que rebatir para asegurar el fuero de las personas de orden contra las tentativas de las mismas chancillerías y de otros tribunales del reino. Con este objeto es preciso que suba otra vez al origen de la segunda época de la jurisdicción de las órdenes, y que siga de nuevo el orden de los tiempos y de los sucesos que forman la materia de esta segunda parte.

Que los comendadores, caballeros y demás personas de orden hubiesen estado en la primera época sujetos solamente á sus superiores y jueces regulares, tanto en las causas civiles como en las criminales, es una cosa fuera de controversia. El Consejo puede asegurar con verdad no tener presente ni haber visto documento alguno por donde pueda inferirse que este fuero les fuese negado en aquellos tiempos. La primera memoria que halla en sus archivos de haberse puesto alguna duda acerca de él, es la que ofrece una real cédula del señor don Enrique IV, dada en Erija á 4 de setiembre de 1455 (11). Habían pretendido los jueces

eclesiásticos de Sevilla por aquel tiempo conocer y proceder en diferentes causas contra algunos caballeros y otras personas de la orden de Santiago. Quejáronse estos al cardenal de Hostia, gobernador entonces de aquel arzobispado, y le exhibieron los privilegios é indultos apostólicos que les concedían el fuero de su orden y la exención de la jurisdicción ordinaria. El cardenal mandó que se les guardasen en todo y por todo, pero esto precepto no detuvo en su empeño á aquellos jueces eclesiásticos, y fué forzoso á la orden llevar sus quejas al señor don Enrique IV, que acababa de obtener la administracion de su maestrazgo. Enterado el Rey del asunto, tuvo á bien expedir la real cédula ya citada á todos los arzobispos, obispos, cabildos, provisorios, vicarios y jueces eclesiásticos del reino. Su decision es como sigue: «Por quanto al presente yo tengo la administracion de la dicha orden de Santiago, é mandé diputar ciertos del mismo consejo para que conozcan de los negocios de los dichos comendadores é caballeros de la dicha orden, mandé dar esta mi carta para vosotros en la dicha razon, por la cual os mando á todos é cada uno de vos que vos no entrometáis de conocer ni conozcáis de pleitos ni negocios algunos de los comendadores, caballeros é freiles de la dicha orden de Santiago, ni de algunos de ellos, civil ni criminalmente, mas que los remitáis é enviéis ante Mí é ante los de mi consejo, que por Mí son diputados para los dichos negocios de la dicha orden; porque yo lo mande ver, é mande proveer sobre todo como la mi merced fuese é de justicia se deba hacer, et si ante vos ó ante alguno de vos están pendientes algunos de los dichos pleitos é negocios, cesédes de conocer é non conozcáis de ellos, y los remitáis é enviéis ante Mí é ante los dichos del mi consejo, por Mí diputados para los dichos negocios, como dicho es, é los unos ni los otros non fagáis ende ál por alguna manera, so las penas en que caen los prelados y personas eclesiásticas que non son obedientes á los mandamientos de su rey y señor natural.»

Continuaron los caballeros militares gozando tranquilamente de su fuero bajo la sujecion de los maestros, hasta que erigido este consejo por los señores Reyes Católicos, se le mandó conocer en primera instancia de todas las causas pertenecientes á ellos. Pero la audiencia de Ciudad-Real, á quien su situacion hacia émula natural del Consejo, tentó por varios medios de defraudarle tambien en esta parte de su jurisdicción. Sus primeros esfuerzos se dirigieron contra los caballeros de Calatrava, cuya independencia le parecia tanto menos llevadera, cuanto vivian mas cerca de su tribunal. Empezó pues á tomar conocimiento de sus causas, á emplazarlos para que viniesen ante él, y condenarlos en varias penas cuando no venian. Subió la queja á los señores Reyes Católicos, y en vista de ella, se sirvió expedir una real cédula (12), dada en Almazan á 21 de junio de 1496, cuyo tenor es el siguiente: «Por otras nuestras cartas vos hobimos enviado mandar la forma que habeis de tener acerca de las apelaciones y de las otras cosas tocantes á las órdenes de Santiago, Calatrava y Alcántara. Aquello vos mandamos que cumpláis y fagáis así. Y porque por parte de los ca-



balleros de las dichas órdenes nos es fecha relacion que vosotros conoceis de las causas y pleitos tocantes á sus personas y rentas, emplazándolos seyendo ellos reos, y condenándolos en penas, debiendo ser convenidos ante el consejo de las dichas órdenes, lo cual diz que es contra su privilegio y exenciones que tienen, y que ellos reciben agravio, mandámosvos que las tales causas, quando se ofrecieren, remitádes al dicho nuestro consejo de las Ordenes, para que en él sean vistas y determinadas segun su regla, establecimientos y definiciones de las dichas órdenes, y non fagádes ende ál.»

Esta desdecision fué tambien reclamada por el representante de la audiencia, Francisco de Medina, quando vino á la corte á negociar el conocimiento de las apelaciones de que ya hicimos memoria, y en efecto, alegando una costumbre que no prohibió, ni habia, logró que en la real cédula dada en Búrgos á 3 de noviembre del mismo año, de que tambien hemos hablado, se mandase que la Audiencia continuase conociendo contra los comendadores de la orden de Calatrava en aquellos casos y cosas en que acostumbraba hacerlo.

La Audiencia interpretó esta decision conforme á sus deseos, y en consecuencia trató de someter á su juicio todos los de inventario y última disposicion de los comendadores y caballeros de Calatrava; pero enterado el Rey Católico de este exceso, expidió su real cédula (13) dada en Búrgos á 20 de enero de 1508, por la cual mandó á la Audiencia se abstuviese de conocer de semejantes juicios, y que los que pendiesen ante ella los remitiese á su majestad.

No bastó este precepto para contener el empeño de aquel tribunal real, ni el de otros, que continuaron siempre en tratar de someter á su jurisdiccion los caballeros y personas de orden, juzgando de su profesion por el vestido, y creyendo que no podian ser religiosos unos hombres que se cubrian con el peto y la coraza. Empezaron á tratarlos como á seculares y no exentos, y admitir, no solo las demandas civiles, sino tambien las querellas criminales propuestas contra ellos. Las quejas y los exhortos de los jueces de orden eran desatendidos. Nada los contenia, todo se atropellaba, y la misma lentitud con que procedia el Gobierno en el remedio de estos excesos, autorizaba las vias de hecho é iba poco á poco canonizando el despojo de las órdenes y sus individuos.

Era preciso que esta conducta produjese nuevas quejas, y con efecto las produjo muy agrias y reñidas. Las órdenes reclamaron altamente contra la violacion de un privilegio que nacia de su mismo instituto, estaba confirmado con diferentes bulas pontificias y decretos reales, y jamás habia sufrido semejante disminucion; pero entre todas instó con mayor ardor la orden de Santiago, congregada en capitulo general en el colegio de San Gregorio de Valladolid, el año de 1527. El señor don Carlos I, que habia mandado juntar cortes allí por el mismo tiempo, quiso tomar algun temperamento en asunto tan delicado, y lo trató por una parte con el conde de Osorno, presidente entonces del consejo por la orden de Santiago, y por otra con los ministros de su real jurisdiccion.

El negocio á la verdad parecia ambiguo y espinoso.

Por una parte la profesion de los caballeros hacia de ellos una clase separada y exenta, mirada hasta entouces como verdaderamente religiosa, y solo sujeta á sus jueces y superiores de orden; por otra los caballeros eran unas personas poderosas y ricas, mezcladas continuamente en negocios públicos y civiles, y que por su representacion tenian una grande influencia en el gobierno. Las órdenes alegaban diferentes privilegios, ganados en remuneracion de los servicios hechos al Estado y á la Iglesia, y los fiscales del Rey decian que estos privilegios eran perniciosos al mismo Estado, que no habian llegado jamás á su noticia, y que si se manifestasen, expondrian sobre ellos lo conveniente. La sazón tampoco era favorable para dirimir una controversia sostenida por tan poderosos contendedores, y pedia mas bien un acomodamiento. El poder de las órdenes, congregadas entonces en aquella ciudad, las cortes juntas al mismo tiempo en ella, las recíprocas y mal avenibles pretensiones de la corona y del reino, la memoria de las recientes y no bien apagadas inquietudes, todo persuadia á que se tomase algun temperamento, y en lugar de una decision se hiciese una concordia. Este medio eligió la alta providencia del señor Emperador. El Consejo no molestará á vuestra majestad con la menuda relacion de los capítulos de esta concordia, de que acompaña copia por no haberse incorporado en las leyes del reino. Sin embargo, como tendrá que hablar en lo sucesivo de ella, dirá aquí, en resúmen, que por el capitulo 2.º quedó confirmado á este consejo el conocimiento de las primeras apelaciones de todo el territorio de las órdenes, y reservadas las segundas á la real persona; por el 4.º, que en los delitos de herejía, lesa majestad, nefando, connocion pública y alta traicion, cometidos por caballeros, conociesen las justicias reales; por el 5.º, que en otros delitos enormes y atroces, como raptos ó forzadores públicos, incendiarios, quebrantadores de iglesia ó monasterio, y otros de igual enormidad, conociesen á prevencion el Consejo y las justicias reales; pero en todos los demás delitos, aunque fuesen graves y mereciesen pena capital, conociese solo y privativamente este Consejo.

Tal fué el tenor de la célebre concordia, que léjos de producir el efecto deseado, solo sirvió de excitar en lo sucesivo mayores y mas reñidas contiendas. La misma orden de Santiago, para quien solamente se hizo, la reclamó antes de disolverse el capitulo general, en que estuvo antes congregada, la protestó de nuevo en (1) que celebró en Madrid en 1573; y no celebró despues alguno en que no hubiese repetido sus reclamaciones y protestas. Las demás órdenes, con quienes no hablaba la concordia, se unieron tambien á la de Santiago para destruirla, porque siendo uno mismo el origen del fuero en los individuos de todas tres, creyeron que negado ó cercenado á los caballeros de Santiago, no estaria muy seguro el de los de Calatrava y Alcántara.

Y los tribunales reales justificaban con su conducta este recelo; porque fundados en la identidad de razon, trataban de extender los efectos de la concordia á todas las personas de orden indistintamente. De este modo cada juicio producía una competencia, y cada

competencia muchas quejas y muchos atentados.

El señor don Felipe II, á cuya singular prudencia no podian esconderse los grandes perjuicios que llevan tras de sí estas guerras judiciales, procuró por diferentes medios apacuarlas y contener á cada tribunal en sus justos límites. No contento con disminuir prontamente las disputas que se ofrecian, hizo particular encargo á los presidentes de su consejo real para que velasen continuamente sobre este punto, y son muy dignas de memoria las instrucciones que dió acerca de él al célebre don Diego de Covarrubias en 1572, y á Rodrigo Vazquez en 1592. En esta última, que le envió escrita de su puño, y es un estimable monumento de la sabiduría de aquel monarca, le dice: «Para la postre dejo una cosa que no la tengo por de menos importancia que las que he dicho, sino por de mas, y es que conviene que haya mucha conformidad en todos los tribunales de esa corte y fuera de ella, y que no haya competencias, ni quererse tomar los negocios los unos á los otros, sino que cada uno haga lo que le toca, y en eso entienda que no hará poco; y así, os encargo que de esto tengais muy particular cuidado, y de no consentir lo contrario ni en el Consejo Real ni en los demás, porque en esto suele haber desórden algunas veces, y no conviene que le haya, sino mucha conformidad.»

Estos desvelos del prudente monarca, y el celo de sus sábios magistrados, pudieron á la verdad mitigar el mal, mas no le cortaron de raíz. Conoció aquel buen rey que las órdenes estaban defraudadas de sus mas preciosos derechos, y que, como soberano y maestro, tenia doble obligacion á reintegrarlas en su goce. Discurrió á este fin diversos expedientes, pero sin hallar alguno que llenase sus deseos; y temeroso de que le sorprendiese la muerte sin llevarlos al cabo, quiso declarar su última voluntad sobre este punto. Son bien dignos de memoria los capítulos xix y xxvii de su testamento, otorgado en Madrid á 7 de marzo de 1594, y el tercero de su codicilo, otorgado en San Lorenzo á 23 de agosto de 1597, que tratan acerca de la restitution de los vasallos enajenados de las órdenes.

Pero sobre todo, lo son las cláusulas del capítulo iv de este mismo codicilo, donde explica su voluntad acerca de la jurisdiccion de las órdenes y del fuero de sus individuos, y su tenor es como sigue:

«Y porque yo he deseado dar orden y asiento á las diferencias que se ofrecen entre las justicias, seglares y el mi consejo de Ordenes, y personas de las tres órdenes de Santiago, Calatrava y Alcántara, declaro que habiéndolo mirado y hécholo mirar muy de propósito, tengo pensada una buena forma, en que la sustancia es, que todos los negocios criminales tocantes á los caballeros profesos de las dichas tres órdenes vengán en primera instancia al dicho mi consejo de Ordenes, y por graves que sean los casos, y aunque estén presas las personas, se remitan ellos y ellas al mi consejo de Ordenes, y por él sean sentenciadas las causas en primera instancia, con intervencion de ancianos, segun derecho y orden, y que de allí se pueda apelar á otros cuatro jueces, dos del mismo Consejo

Real y otros dos del mismo consejo de las Ordenes, y que de esta segunda sentencia se pueda tambien suplicar para ante mí y mis sucesores, para que conmigo y con ellos á sus tiempos, consultándome, lo mandemos determinar definitivamente por nosotros, por medio de la persona ó personas que fuéremos servido, y que esta forma y asiento se entienda que haya de durar todo el tiempo que la administracion perpétua de los maestrazgos de las dichas tres órdenes anduviere reunida con la corona de estos reinos, y no mas, si acaesiere que en algun tiempo se apartase; todo lo cual traigo en términos de concluirlo y asentarlo presto. Mas por si nuestro Señor se sirviese de llamarme antes, he querido dejallo declarado, y que sepa el Príncipe, mi hijo, el estado en que esto queda, y que entienda que el llevarlo adelante y ponerlo en ejecucion con la mayor brevedad que se pueda, será cosa que estará bien á su servicio y al sosiego y quietud de estos negocios, y que la traza es cual convieno para que se cumpla con todo, y así lo enaergo mucho.»

La muerte de aquel monarca en el año siguiente de 1598 causó á las órdenes el mayor desconsuelo, porque les arrebató á su bienhechor al mismo punto que iba á poner en claro sus mas preciosos derechos. Sin embargo, concibieron grandes esperanzas de recobrarlos cuando vieron que apenas ocupó el trono su hijo, el señor don Felipe III, aplicó toda su atencion al cumplimiento de la última voluntad de su padre. No bien fué avisado por los testamentarios de lo dispuesto en el cap. 4.º del codicilo ya citado, cuando despues de oír el dictámen de personas sábias y timoratas, encargó á su embajador en Roma que impetrase breve declaratorio del fuero de los caballeros de las tres órdenes, y de la forma que se debía observar en el principio, progreso y término de sus causas; y con efecto, en 30 de enero de 1600 la santidad de Clemente VIII expidió un breve (14), por el que redujo este punto á los mismos precisos terminos del codicilo del señor don Felipe II, que se habian insertado en las preces.

En este breve no se concedió á los caballeros fuero alguno para las causas civiles, porque en efecto, despues de la concordia de 1527 habia prevalecido la práctica de que en semejantes juicios respondiesen ante los jueces seculares; pero los juicios criminales se reservaron indistintamente á este consejo, que debía terminarlos con asistencia de ancianos de orden. La primera apelacion se dió á la junta de Comisiones, y la súplica se reservó á la real persona, todo con arreglo á lo dispuesto por el señor don Felipe II.

Para poner en ejecucion este breve, le envió el duque de Lerma á la real Cámara, á nombre de su majestad, con los papeles conducentes á la materia. La Cámara fué de dictámen que agregando otros documentos y noticias, debía pasar este negocio al Consejo Real, para que tratado en él con audiencia del fiscal de su majestad, se le consultase lo conveniente. Esto en sustancia era dar largas á la ejecucion del breve, sometiendo á nuevo exámen un negocio agitado desde 1527, y que habia pasada ya por muchos criterios. Por eso su majestad, en 26 de noviembre de 1600, se sirvió decretar de su real mano (15) aque pues el Rey, que haya gloria, tuvo



tanto cuidado del asiento de la jurisdicción de las órdenes, como se vió en su último fin, y en consecuencia se mandó pedir aquel breve, era su real voluntad que á las órdenes se les guardase el breve en las causas criminales y mistas, y que á los caballeros que las justicias seglares prendieren en fragante delito, los remitan á las órdenes, siendo requeridos, sin hacerles molestia, para que digan sus dichos, aunque tengan cómplices de la jurisdicción seglar. Que las justicias seglares podrán conocer de las causas civiles de los caballeros de órden, mentre tanto que se da otra, y que para esto se traiga breve. Que de aquí adelante tengan licencia general para jurar ante las justicias seglares, así en los negocios en que fueren presentados por testigos, como en los pleitos que trataren como actores ó reos, para lo cual tambien se traiga el breve que fuere menester. Que para la ejecución y cumplimiento de todo esto, Gonzalez (el secretario de las órdenes) hiciese los despachos que fuesen menester, y los enviase á firmar á su majestad, y que se comunicasen sobre ello con el presidente de Ordenes».

Resistió la Cámara la ejecución de este decreto, insistiendo siempre en que era negocio que debia remitirse al Consejo Real, y representando sobre ello á su majestad; lo que dió motivo á que en 1602 se formase de nuevo una junta para examinarle, compuesta de los presidentes de Castilla y de Ordenes, del confesor de su majestad y de don Dionisio de Ayala, donde se llevaron todos los papeles relativos á la materia, y se empezó á conferir sobre ella en 7 de noviembre de aquel año.

No puede asegurar el Consejo cuál fué el dictámen de esta junta, pues aunque conserva en su archivo muchos papeles relativos á ella, no existe su última determinación. Pero no duda que fuese del todo favorable á los deseos de las órdenes, pues se halla que en 1608 se impetró á nombre de su majestad otro breve de la santidad de Paulo V, que confirmó en todo y por todo el de su predecesor, Clemente VIII, y añadió á él que los dos jueces de comisiones tomados del Consejo Real para conocer de las apelaciones en las causas criminales de los caballeros hubiesen de ser tambien caballeros de hábito, para que estos juicios se decidiesen siempre por personas religiosas, conforme á las bulas de incorporación. Para dar vizzor y autoridad á estas decisiones pontificias, el señor don Felipe III se sirvió expedir una real cédula, dada en Madrid á 19 de enero de 1609, por la cual mandó á todos los consejos, audiencias, tribunales y justicias del reino que cumpliesen y guardasen el tenor de los dichos breves, como mas cumplidamente consta de la copia que dirigimos á vuestra majestad.

No era difícil de adivinar que la publicación de esta real cédula excitaria los celos de los tribunales del reino, defraudados por ella en su pretendido derecho de conocer contra los caballeros militares. Eran estos tantos y tan poderosos entonces, que no podiamirarse con indiferencia su general ejecución. El fiscal del Consejo Real, don Melchor de Molina, fué el primero que se declaró contra los breves, suplicando de ellos para ante su santidad, y pidiendo se recogiese la real cédula que los mandaba ejecutar. El consejo de Castilla, oido el recurso, formó una nueva cédula, en que declaraba el fuero

de los caballeros, limitándolo á los casos comprendidos en la concordia del conde de Osorno, y aun añadiendo otras excepciones mucho mas dilatadas. El señor don Felipe III no quiso conformarse con esta nueva cédula sin el dictámen de su confesor, que se redujo á que solo debia correr y ponerse en ejecución la primera, pues su contenido era conforme á justicia y habia sido expedida con el debido conocimiento de causa.

Mientras esto pasaba en 1610, se preparaban sordamente nuevos embarazos para detener el efecto de la real cédula del año anterior. La mayor y mas justa dificultad que se oponia á su ejecución era el fuero de los caballeros empleados en varios cargos y destinos públicos. Parecia á la verdad muy repugnante que los que segnian la milicia, los que ocupaban algun cargo en el gobierno civil, y los que servian inmediatamente á su majestad en los oficios de su real casa, no estuviesen sujetos á sus jefes y superiores inmediatos, y esta repugnancia era tanto mayor, cuanto siendo incapaces los caballeros, por su profesion, para estos empleos, como lo declararon los señores Reyes Católicos en 1480 (16), habian sido habilitados para obtenerlos por el señor don Felipe II (17), y parecia que no podian aceptarlos sin renunciar tácitamente su fuero en cuanto á ellos. Vencióse el señor don Felipe III á estas consideraciones, y para fijar de una vez un punto tan controvertido, dió orden, en 22 de mayo de 1612, al duque de Taurisiano, su embajador en Roma, para que obtuviese un nuevo breve conforme en todo con los dos primeros, salvo en las tres excepciones que debian añadirse al fuero de los caballeros, á saber: que los que ocupasen actualmente algun empleo en la tropa, en la administracion de justicia ó el palacio, no gozasen de fuero alguno en los delitos cometidos en sus empleos y por causa de ellos.

La ausencia de un cardenal miembro de la congregacion donde se habia reunido el exámen de las preces, retardó en Roma su despacho, por mas ealor que el ministro de España quiso dar á la negociacion. Entre tanto se suscitaban acá nuevas dudas sobre la materia, porque su ambigüedad era mas favorable á los tribunales que la dilataban, que pudiera serles la mas ventajosa decision. El presidente de Castilla, don Juan de Acuña, dirigió á su majestad una consulta, acompañada de tres papeles, en que se combatian de lleno las facultades de este consejo de las Ordenes. El presidente de ellas respondió á los papeles, y puso en claro los paralogismos en que se apoyaban; oyéronse varios dictámenes, que todos fueron favorables á la excepcion de los caballeros; y ya el punto estaba en sazón para ser perentoriamente decidido, cuando un nuevo embarazo dió ocasion á mayores dilaciones.

Fué el caso, que al cabo de dos años, esto es, con fecha de 2 de mayo de 1614, el embajador de España en Roma envió una minuta del nuevo breve que se pedia, diciendo que aquella corte, antes de expedirle, queria saber si seria ó no admitido. Por desgracia el breve no venia en forma corriente; y ya fuese que no se entendió bien en Roma el tenor de las preces, ó ya que aquella curia quiso vincular en su misma ambigüedad la esperanza de ulteriores recursos, ello es que insertó en el breve minutado ciertas cláusulas que no parecían

ron admisibles, y así lo juzgaron los confesores de su majestad y el serenísimo Príncipe, su hijo, á quien se consultó este negocio en dictámen de 18 de julio de aquel año.

Para salir de esta nueva duda mandó su majestad, por decreto de 31 del mismo mes, comunicado por el duque de Lerma al padre confesor, que se formase una junta en su celda, compuesta de tres ministros del Consejo Real y tres del de Ordenes, y que en ella se examinasen todos los papeles relativos á la materia.

Pasaron cuatro ó cinco años sin que ni la junta ni el Gobierno hubiesen determinado cosa alguna sobre esta materia, bien que consta que á principios del de 1619 se entendía en ello por otra junta, formada de los presidentes del Consejo Real y el de las Ordenes, de tres ministros de cada uno de estos consejos, del Inquisidor general y el confesor de su majestad. Pero tampoco esta junta fué mas activa que las otras, pues á pesar de las instancias del presidente de Ordenes, no se pudo lograr que los de Castilla diesen paso alguno en la materia. Además de esto, el viaje de su majestad á Evora, donde debia seguirle el padre confesor, la célebre causa del marqués de Siete-Iglesias, en que entendían los mismos ministros de Castilla que eran miembros de la junta, y otros diferentes embarazos quitaron á este consejo hasta las esperanzas de ver terminado aquel negocio. Representóse sin embargo á su majestad, quien por su decreto, firmado en Evora á 18 de mayo de 1619, mandó al presidente de Castilla lo siguiente: «Veréis las dos consuitas hechas del Consejo y presidente de Ordenes, que tratan de la junta que está mandada hacer en la materia de jurisdiccion; y porque de tanta dilacion pueden resultar muchos inconvenientes, convendrá que sin dar lugar á mas, se haga luego esta junta, nombrando para ella, en lugar de los jueces que estuvieren ocupados en otras cosas que impidan esto, otros menos embarazados, que no tengan impedimento, y así os lo encargo.»

¿Quién creyera que tantos desvelos, tantos y tan repetidos encargos no hubiesen bastado á cumplir el justo deseo de aquel piadoso monarca! Pues así fué. Verificóse su muerte dos años despues, sin que hubiese logrado poner en ejecucion la voluntad de su augusto padre, tan expresamente declarada en este punto.

No puede decir el Consejo qué acomodamiento se tomó sobre él en los principios del siguiente reinado, que no fué para las órdenes menos turbulento; lo que sí puede asegurarse, que el señor don Felipe IV, menos detenido en los embarazos que podian prolongar el complemento de la voluntad de su padre y abuelo, se sirvió expedir un decreto, en 27 de mayo de 1614, por el cual puso un término feliz á tantas controversias, mandando guardar y cumplir la real cédula de 19 de enero de 1609, en que encargaba poner en ejecucion los breves de Clemente VIII y Paulo V.

No hubo resolución contraria en muchos años, aunque sí frecuentes y reñidas competencias. Las órdenes clamaron siempre por la conservacion de este privilegio, y aquel monarca, puesto á la frente de ellas como su soberano y maestro, en los capitulos generales se la ofreció repetidas veces, como consta de las peticiones y respuestas que andan impresas en sus definiciones.

En el reinado del señor don Carlos II estuvo sujeto á muchas contiendas; pero no padeció disminucion alguna el fuero de los caballeros, antes puede citar el Consejo un testimonio bien claro de la propension de este monarca á conservarle, en la real cédula que á representación de este Consejo se sirvió expedir en Madrid, á 27 de mayo de 1681, por la cual mandó guardar y cumplir en todo y por todo la de 19 de enero de 1609, y el decreto de 27 de mayo de 1614, de que ya hemos hecho mencion, como puede verse en el documento ya citado.

Tal fué el estado de la jurisdiccion del Consejo acerca del conocimiento de las causas de los caballeros y personas de orden, cuando entró la presente centuria, en que le estaban reservadas nuevas y mas notables vicisitudes.

La primera duda que se suscitó en este punto fué agitada con mucho interés y calor, porque las circunstancias coetáneas la hicieron grave é importante, y porque nunca fueron tibios los esfuerzos de los invasores de la jurisdiccion de este consejo.

Fué el caso, que algunos caballeros de las órdenes, tocados del venenoso de la discordia que dividia entonces los ánimos de los españoles, se dejaron empujar en el injusto partido de los austriacos. Este delito pareció tanto mas grave en ellos, cuanto los demás de su instituto habian favorecido noblemente la causa de la nacion y la justicia. Fué por lo mismo preciso tratar de su castigo, y el Consejo, á quien tantas decisiones atribuian el conocimiento de sus causas, empezó desde luego á proceder contra ellos. No faltó quien inspirase al augusto padre de vuestra majestad que seria mejor sacar estos reos de la sujecion de los jueces naturales, y someterlos á un tribunal arbitrario y momentáneo, que determinase sus causas con mas brevedad y secreto; pero no quiso su majestad resolver este punto sin oír sobre él á su Consejo real. Los dictámenes fueron en él varios y disconformes. Algunos opinaron por la jurisdiccion privativa de este consejo, y se fundaban en las bulas que se le atribuian, especialmente en las de Paulo V y Clemente VIII; pero la mayoría estuvo en contra, y el dictámen consultado á su majestad en 29 de octubre de 1706 se redujo á que los caballeros debian ser juzgados por individuos de su orden, y no por jueces seculares; pero que era libre en su majestad la eleccion de jueces de orden, puesto que las bulas que le concedian la jurisdiccion para esta y no otras materias eclesiásticas le daban la facultad de nombrar los jueces que hubiesen de ejercerla, y la de mudarlos á su arbitrio.

Entonces fué cuando el augusto padre de vuestra majestad dió una relevante prueba de su respeto al instituto de las órdenes y su confianza en el consejo nombrado para regirlas, pues por tres decretos sucesivos aseguró de un modo irrefragable el fundamento de su jurisdiccion. En el primero, de 3 de diciembre del citado año, declaró su majestad que era innegable la incapacidad de los jueces seculares para conocer de causas criminales y mistas de caballeros de las órdenes, y poder ser castigados solo por sus jueces de orden. Por el segundo, de 17 de abril de 1707, que es



el auto acordado 6.º del lib. iv, tit. 1 de la *Recopilación*, usando su majestad de la facultad de elegir los jueces de orden, nombró á los ministros de este consejo que eran caballeros profesos, para conocer de las causas que entonces pendian contra los caballeros infidentes. Y por el tercero, expedido á 22 del mismo mes y año, mandó que de las dichas causas pendientes, y las que ocurrieren en lo sucesivo contra los caballeros, conociesen solamente los del consejo de Ordenes, aunque no fuesen profesos, con intervencion de dos ancianos, segun Dios y orden, y con las apelaciones á la junta de Comision; todo con arreglo á los breves de Paulo V y Clemente VIII, sin embargo de alegarse estar suplicados; y para el cumplimiento de este decreto libró su majestad real cédula, dada en el Buen-Retiro á 12 de mayo siguiente, en la cual se mandó que así se observase, y que todas las causas que pendiesen ante cualesquiera otros jueces y tribunales, á quien se inhibió perpétuamente, se remitiesen á este consejo, como todo consta de la adjunta certificación que acompañamos.

Estas reales determinaciones, religiosamente obedecidas hasta el año de 1713, pusieron término á la segunda época de la jurisdiccion de las órdenes, llevando gloriosamente su último período. El Consejo las ha referido con una satisfaccion inexplicable, no tanto por el honor que le resulta de ellas, como porque descubren los verdaderos sentimientos del augusto padre de vuestra majestad hácia sus órdenes. Los desafectos á esta misma jurisdiccion pretendieron despues sorprender su real ánimo, inspirándole ideas del todo contrarias á las que ya habia adoptado, y valiéndose para ello de supuestos erróneos y de estudiados paralogismos, cuyo artificio y falsedad se harán patentes en la última parte de esta consulta. El Consejo procederá tambien en ella con la noble libertad con que ha hablado hasta aquí, y que debian inspirarle la bondad de su causa y la alta justificacion de vuestra majestad, porque está persuadido á que cuando la verdad apoya las representaciones de un tribunal, el artificio, que la cubre ó la disfraz, es tan indecoroso á la justificacion de quien la oye como á la buena fe de quien la dice.

### TERCERA ÉPOCA.

La tercera época de la jurisdiccion de las órdenes se anunció con aquella memorable resolucion que por un breve tiempo desfiguró la forma y alteró la disciplina de los tribunales de la corte, á los fines del año de 1713. El deseo de mejorar la administracion, que acaso en el intervalo de una guerra larga y doméstica habia padecido algun menoscabo, inspiró en los primeros momentos de la paz diferentes providencias, dirigidas á mudar la antigua forma y disciplina de todos los consejos. Son bien notorias las reformas que en este punto introdujeron los reales decretos de 30 de noviembre de 1713 y sus declaraciones de 1.º de mayo y 16 de diciembre de 1714, y no lo son menos el desorden y confusion que ocasionaron estas providencias en los consejos, é inspiraron una pronta y total revocacion, que se hizo de ellas por el real decreto de 9 de junio de

1715, que es el art. 71, tit. iv del lib. ii de los *Acordados*.

El consejo de Ordenes fué tambien comprendido en esta reforma, en virtud de decreto (18) particular, que se le expidió con la misma fecha que al de Castilla, y por el cual se pusieron en él dos presidentes, se aumentó el número de sus ministros hasta el de doce, se añadió un abogado general, se hizo division de salas, se señalaron materias y negocios á cada una, y finalmente, se estableció una planta del todo nueva y diferente de la antigua.

Pero en esta reforma quedó salva del todo su jurisdiccion, y aun fué, si se puede decir así, justificada por ella, pues hablando de la division de salas, dice el real decreto: «En la de justicia concurrirán el segundo presidente y los otros seis consejeros togados, con el abogado general, y conocerá de todas las causas, así civiles como criminales, del territorio de las órdenes y de los caballeros de ellas.»

Pero los que dictaron esta reforma tenian meditada otra, que no se resolvieron á establecer hasta que el consejo de Castilla y este de las Ordenes estuviesen sobre el pié de la nueva planta, en el cual, al favor de la confusion que ocasionaban la multitud de ministros y diferencia de fórmulas introducidas en el despacho, se creyó que podria pasar cualquiera novedad. En efecto, á consecuencia de una consulta del nuevo consejo de Castilla, de 20 de julio de 1714, se expidió, en 19 de octubre siguiente, el célebre decreto que da causa á esta consulta, y es el auto acordado 9.º, tit. 1 del lib. iv.

La confusion que causaron en el consejo de Ordenes estas novedades no fué la que menos contribuyó á su general revocacion. El Consejo puede asegurar sin recelo que esta, no solo comprendió la casacion del real decreto de 40 de noviembre de 1713, sino tambien la del citado del 19 de octubre de 1714. Fúndase para esto en la letra del mismo decreto de revocacion, expedido en 27 de diciembre de 1745, donde se hallan estas palabras: «En primer lugar revoco y anulo los decretos de la nueva planta de 10 de noviembre de 1713 y cualesquiera otros expedidos en su consecuencia, como asimismo las resoluciones y declaraciones dadas sobre su inteligencia y práctica, anulando tambien, como anulo, lo que en ellos se menciona y expresa.»

Y puede ser otra prueba de esta verdad, que en la impresion que se hizo de las leyes del reino en 1723 no se recopiló el real decreto de 1714, cuya agregacion al cuerpo de las leyes se verificó por primera vez en la edicion de 1745, ó por malicia ó por descuido de los compiladores.

Como quiera que sea, el Consejo no puede prescindir de que este real decreto es en el dia la norma de su jurisdiccion para los que no tienen de ella otra idea que la que toman del cuerpo de nuestras leyes, donde está incorporado. Por lo mismo se ve en la necesidad de hacer un menudo exámen de sus palabras para demostrar los errores y contradicciones que envuelven. A este fin seguirá en el resto de la presente consulta un método puramente analítico, y sujetando á él la letra del auto acordado, hará por partes un exacto crite-

rio de cada una de sus proposiciones. Puede ser que esto le empuje en alguna mayor dilacion; pero como su intento no sea otro que sacar la verdad del abismo donde la ha sepultado la malicia, espera que se le dispensará cualquiera detencion en favor de la justa causa que hace correr su pluma.

Pero antes de entrar en este exámen debe hacer presente el Consejo que su censura no recae sobre aquella parte del auto acordado que contiene la expresion de la real voluntad, digna siempre de su mas profundo respeto, aun cuando no fuese tan favorable á los derechos de las órdenes, como demostrará despues, sino sobre las proposiciones maliciosamente insertadas en su preámbulo por los espíritus novadores, que deseaban arruinar su jurisdiccion y deslucir su autoridad.

### *Primera proposicion.*

La primera proposicion que contiene el preámbulo del real decreto se reduce á que la jurisdiccion de este consejo es limitada á las materias eclesiásticas y temporales tocantes á las órdenes.

Como quiera que se entienda, esta proposicion contiene un error de hecho, para cuya demostracion no habrá menester de raciocinio, porque si se entiende de la jurisdiccion que se ejerce en el territorio de las órdenes por medio de sus jueces, es claro que esta jurisdiccion fué siempre general y absoluta, especialmente para las materias temporales, tanto criminales como civiles, de gobierno y de policia, que fué siempre administrada por los jueces nombrados ó confirmados por los maestros, comendadores ó priores, á quienes tocaba este derecho, que fué siempre extendida á todas las materias de administracion pública, ora fuesen tocantes á las órdenes, ora á sus individuos, ora á sus vasallos, ora, en fin, á los vecinos y moradores de sus pueblos, que en suma fué siempre una jurisdiccion libre, territorial y solo limitada por los términos de sus distritos; que esto fué antes y despues de la reunion de los maestrazgos á la corona, que esto fué antes y despues de la creacion del Consejo, puesto que la incorporacion y la creacion del Consejo, lejos de menoscabar la jurisdiccion de las órdenes, la confirmaron y dieron mas vigor por medio de la nueva forma señalada para su ejercicio. ¿Cómo pues se pudo asegurar que esta jurisdiccion era limitada á las materias tocantes á las órdenes?

Pero no lo será menos, si se entiende como suena, de la jurisdiccion que este consejo ejerce por si mismo, cuya naturaleza es análoga y cuyos límites son unos con los de la jurisdiccion de las órdenes, con sola esta diferencia: que el Consejo fué creado para ejercer la parte mas noble y superior de esta jurisdiccion; esto es, para conocer por apelacion y en segunda instancia de todas las causas de que conocen en primera los jueces de las órdenes. Pero para estos casos es igualmente amplia y general, y no conoce mas límites que los señalados á sus pueblos y territorios.

### *Segunda proposicion.*

La segunda proposicion del real decreto es de la misma naturaleza que la primera. Redúcese á sentar que la jurisdiccion ordinaria que tiene y ejerce el Consejo en el territorio de las órdenes es sujeta al Consejo Real, chancillerias y demás tribunales reales.

Esta proposicion contiene un error de hecho y otro de derecho: uno de hecho, porque supone que el Consejo ejerce jurisdiccion ordinaria en el territorio de las órdenes, siendo constante que solo ejerce la jurisdiccion alta y superior para conocer de las alzadas, si ya no se entiende que ejerce esta jurisdiccion por medio de los jueces que nombra vuestra majestad á consulta suya y están sometidos á él; pero aun en este concepto se deberá decir que la jurisdiccion que ejercen aquellos jueces no es del Consejo, sino de las órdenes mismas y de vuestra majestad, que como maestro y soberano de ellas, la confiere á los jueces en el real título que les expide para su ejercicio.

El error de derecho es mas notorio; porque si, segun él, la primera, la mas cierta señal de sujecion es la facultad de oir las alzadas, ¿á quién se dirá sujeta esta jurisdiccion ordinaria? ¿Al Consejo, á quien deben ir, como hemos probado, las apelaciones de todos los gobernadores, alcaldes mayores y ordinarios del territorio de las órdenes, ó á los demás tribunales reales expresa y repetidamente inhibidos de conocer de ellas?

### *Tercera proposicion.*

En la tercera proposicion se dice que si se ha tolerado que las apelaciones vinieran ante este Consejo, habia sido por gracia, y no por justicia, como que eran á prevención.

Que el conocimiento de las apelaciones atribuido á este consejo fuese en su origen una gracia debida á los soberanos, como maestros, no se puede poner en disputa. En calidad de tales, tenian el derecho de oir las alzadas interpuestas de las sentencias de los jueces de las órdenes, y de este derecho podian usar por sí ó por medio de las personas de orden á quien quisiesen cometer su ejercicio. Pero creado por los Reyes Católicos un consejo para el ejercicio de la jurisdiccion eminente que tenian como maestros de las órdenes, y dada á este tribunal una forma estable y perpétua, ¿no es un absurdo el mas chocante asegurar que solo conoció de las apelaciones por tolerancia, y que este conocimiento le tuvo de gracia, sin que le tocase de justicia? Rejánsese las cédulas y decretos que van citados en esta consulta; recuérdense las repetidas tentativas hechas por otros tribunales para usurparle este derecho; examínense aquellas decisiones, siempre uniformes y siempre dictadas por un mismo principio y siempre dirigidas á refundir en este consejo y conservar exclusivamente en él esta jurisdiccion, este derecho de conocer de todas las apelaciones del territorio de las órdenes; y á vista de estos documentos vengan todos los letrados del mundo á decir si el consejo de Ordenes ha tenido el conocimiento de las apelaciones de su distrito solo de gracia y por tolerancia, ó si le tocaba por una clara y rigurosa justicia.



Dícese también en la tercera proposición que aquel conocimiento tolerado y gratuito de las apelaciones le tenía este consejo á provencion con los demás tribunales provinciales, esto es, que su jurisdicción para este caso no era privativa, sino acumulativa; pero ¿de dónde pudo inferirse que la jurisdicción de las órdenes tuviese esta cualidad? ¿Cuál es la cédula ó decreto que se le atribuye?

Es verdad que por la real cédula de 7 de agosto de 1523, que hemos citado, se concedió á la chancillería de Granada que pudiese conocer de las apelaciones que fuesen ante ella de los jueces de las órdenes; pero también lo es que esta concesión fué expresamente revocada por otra de 5 de marzo de 1524, que asimismo hemos citado. Es verdad que por la real cédula de 11 de mayo de 1534 y sus sobre-cartas se concedió que sobre pleitos de estancos y nuevas imposiciones pudiesen las partes apelar al Consejo ó á las chancillerías, según les pareciese; pero también lo es que esto fué expresamente revocado por otra dada en Monzon á 7 de noviembre de 1563, de que ya hemos hecho memoria. Fuera de estas cédulas, no hay otra alguna en que se concediese á las chancillerías el conocimiento de negocios de las órdenes, antes por el contrario, todas las que hemos apuntado las inhiben expresa y repetidamente de tal conocimiento. Pues ¿de dónde pudo salir esta decantada prevencion de que han hecho tanta vanidad las chancillerías?

Por honor á la verdad debe confesar el Consejo que después del auto acordado, cuya letra y espíritu vamos analizando, las chancillerías han conocido á prevencion de las apelaciones del territorio de las órdenes; pero este fué uno de los muchos abusos á que dió ocasión el mismo auto, y que seguramente no tiene otro apoyo que sus voluntarias aserciones y la práctica errónea, que se ha apoyado en ellas y ahora se trata de destruir.

#### *Cuarta proposición.*

La cuarta proposición pretende destruir de un golpe el fuero de los caballeros militares, pues supone que el conocimiento de sus causas, tanto civiles como criminales, toca á la jurisdicción ordinaria, excepto en aquellos casos en que delinquen como tales caballeros de orden.

Por fortuna la falsedad de esta proposición está tan descubierta como la de las precedentes, pues aun juzgando este punto por la famosa concordia del conde de Osorno, es claro que el fuero de los caballeros se extendió á todas las causas criminales y mistas, aunque fuesen capitales, salvo en los delitos que expresamente se exceptuaron, como dejamos dicho; pero ya hemos indicado también que las órdenes jamás han querido ni debido reconocer esta concordia, limitada en su origen á la de Santiago, hecha por un presidente de ella sin la debida autoridad, protestada primero por el capítulo general de la misma orden en el propio año de 1527, reclamada después por todas las órdenes en diferentes capítulos generales, y finalmente revocada por varias reales determinaciones de los señores don Felipe III en 1609, don Felipe IV en 1644, don Car-

los II en 1683, y el augusto padre de vuestra majestad en la real cédula de 1707, que hemos citado. Pues ¿cómo, á vista de esto, se pudo asegurar que el fuero de los caballeros era limitado á los casos en que delinquían como tales? ¿Cuánta ignorancia ó cuánta malicia no supone esta aserción en los que tuvieron la desgracia de inspirarla?

#### *Quinta proposición.*

Pero vuestra majestad oirá otra, que supone aun mayor ignorancia ó mayor malicia en sus autores. Dice la proposición quinta que lo que en este punto, esto es, en cuanto á causas de caballeros, se permitió al Consejo, no fué en fuerza de bulas, pues le consta que ni los Reyes Católicos ni otro alguno de sus descendientes las admitieron, ni toleraron su práctica.

Los testimonios que dejamos alegados nos excusan de repetir las pruebas que convencen de falsa esta proposición. En el progreso de esta consulta hemos citado un gran cúmulo de documentos que aseguran que todos los señores reyes, desde los Católicos hasta el augusto padre de vuestra majestad, han mandado que se guardase su fuero á los caballeros militares, y estos decretos iban siempre fundados en la exención que les correspondía por su instituto y privilegios. Esto solo bastaba para creer que cuando se expidieron, se tuvo consideración á las bulas y breves pontificios que les concedían esta exención. Pero el Consejo ha hecho ver también que estos mismos breves fueron impetrados de orden de los mismos soberanos, y mandados ejecutar por diferentes reales cédulas, como se ve en las de 1609, 1644, 1683 y 1707, que hemos alegado. ¿Y qué? La impetración de ellos y las reales cédulas expedidas para su cumplimiento ¿serán una prueba equivocada de su absoluta aceptación? Estas cédulas fueron expedidas con conocimiento de causa, fueron comunicadas á este consejo, fueron notificadas á todos los tribunales del reino, fueron mandadas archivar en el archivo de Simancas, para que nunca pereciese su memoria, y después de esto, ¿se podría decir que los monarcas nunca las admitieron y toleraron?

#### *Sexta proposición.*

La sexta proposición dice que todo cuanto pudo hacer este consejo había sido un efecto de la voluntad de los señores reyes, y que el augusto padre de vuestra majestad, no solo le había conservado sus facultades, sino que las había ampliado con declaraciones que jamás había obtenido.

Acaso esta es la única proposición verdadera que se encuentra en el auto acordado. El Consejo ha reconocido desde el principio que debe su jurisdicción al arbitrio de vuestra majestad, que la ha depositado en sus manos, y aunque la que es respectiva al conocimiento de las causas de caballeros sea verdaderamente eclesiástica, tampoco puede negar que la tiene indistintamente de vuestra majestad, á quien, como maestro perpetuo y superior de las órdenes y sus individuos, pertenece originalmente, en virtud de las bulas que se la conceden, con facultad de nombrar jueces de ór-

den para administrarla. También reconoce que la real cédula de 1707, expedida por el augusto padre de vuestra majestad, es la mas clara y decisiva que despues de los Reyes Católicos se ha expedido en favor de su jurisdiccion y del fuero de los caballeros. Pero ¿qué tribunal hay en España, cuya jurisdiccion no se derive del mismo principio? Los conceptos de maestro y soberano están ya tan confundidos despues de la incorporacion, que en cierto modo parecen inseparables, y no acierta el Consejo á descubrir cuál fuese el fin con que se estampó esta proposicion en el auto acordado, donde parece mas bien una reconvenccion que una advertencia, como si el Consejo pudiese desconocer el origen de sus facultades, ó como si no le fuese mas glorioso derivar su jurisdiccion de la soberania, que de otra cualquiera fuente menos ilustre y autorizada.

*Séptima proposicion.*

La proposicion que se sigue achaca á los individuos que componian entonces este consejo una nota de ambicion y temeridad, que por honor á sus cenizas debemos vindicar los que hoy tenemos el honor de ocupar su asiento. No era menester para esto de una larga y molesta apologia. La presente consulta contiene un compendio histórico de las principales contiendas que hubo de sostener este Consejo, desde su ereccion, para reprimir las ambiciosas tentativas de otros tribunales. Hemos citado una gran copia de testimonios, que acreditan que jamás turbó los límites de otra jurisdiccion; que estando siempre sobre la defensiva, se contentó con defender los de la suya, continuamente invadidos por otros tribunales, y que lejos de proceder de hecho contra los usurpadores de sus prerogativas, jamás conoció otra defensa que la de buscar en la justificacion de los principes, que le habian creado y conservado, un esendo contra las usurpaciones y atentados que tuvo que sufrir. Sin embargo, la séptima proposicion del auto acordado supone que estaba muy empeñado en querer quitar y desnudar de su jurisdiccion á los demás consejos y tribunales; imputacion calumniosa y que no podia sostenerse contra las demostraciones que van acumuladas, y que una vez descubierta al resplandor de la verdad, merece ser borrada del cuerpo de las leyes, no tanto por lo que injuria á este consejo, cuanto por lo que ofende á la piadosa memoria del monarca ante quien se atrevieron á levantarla sus desafectos.

A estas siete proposiciones, tan aventuradas y tan depresivas de la autoridad de este consejo, que se leen en el preámbulo del auto acordado, parece que debiera seguir una decision que anonadase ó redujese á los mas estrechos límites su jurisdiccion y facultades. Pero la que se halla en él, al mismo tiempo que prueba soberanamente la justificacion del augusto padre de vuestra majestad, que no quiso separarse un punto solo del ejemplo de sus predecesores, convence la ignorancia y la malicia con que se pretendieron inspirar en su ánimo aquellas proposiciones. El Consejo no dice cosa que no tenga su apoyo en hechos ó razo-

nes irrefragables. Oigase la decision del real decreto, y se verá la exactitud de este juicio.

*Conclusion.*

«Mi deseo es, dice su majestad, que se observe y practique en todo lo que se observó y practicó desde que las órdenes entraron en la corona hasta la muerte del señor Felipe IV, mi bisabuelo, que son las reglas mas seguras y sólidas en que se avanza el acierto de aquel consejo y demás tribunales.»

Despues de la demostracion que se ha hecho de las facultades que tuvo el consejo de las Ordenes en su origen bajo los Reyes Católicos, del progreso de ellas bajo de los cinco monarcas sucesivos, y de su estado al tiempo de la muerte del señor Felipe IV, es fiel de concluir que la decision del real decreto de 19 de octubre de 1714 no pudo ser ni mas ventajosa ni mas conforme á los deseos del mismo Consejo, puesto que la época señalada para servir de regla á la extension de su jurisdiccion fué precisamente aquella en que esta jurisdiccion estuvo mas extendida y mas bien asegurada.

A pesar de esto, la decision que hemos referido fué tomada en poco, y las falsas suposiciones insertadas en el decreto hicieron todo el efecto que se habian propuesto sus autores. Cuidaron estos de envolver el espíritu de aquella decision en unos términos vagos y generales, cuyo favorable sentido solo pudiesen columbrar los que sabian la historia y los derechos de las órdenes, al mismo tiempo que conciliaban las proposiciones del preámbulo en términos claros y decretorios, que pudiesen deslumbrar á los desprevenidos. Hicieron mas, y fué comunicar el decreto á todos los tribunales y justicias del reino, incluso los consejos de Guerra, Indias y Hacienda, cuya jurisdiccion jamás habia contenido con la de las órdenes, y por último, le dieron un lugar en el cuerpo de las leyes, donde jamás le habia logrado alguna de las muchas cédulas que hemos referido. Por tales y tan artificiosos medios se trató de despojar de su jurisdiccion á este consejo.

El efecto correspondió á las ideas, pues apenas se comunicó el real decreto, cuando las chancillerías empezaron á mirar cada proposicion de las que contenia su preámbulo, como una ley declaratoria de su jurisdiccion; y partiendo de este principio, procedieron á establecerla por todos los medios que sugiere el mas riguroso derecho. Conminaciones, apremios, multas, comparecencias, fueron las armas ordinarias que pusieron en uso para someter á su mando los jueces de las órdenes, y ya sometidos, las avocaciones, retenciones y otros iguales medios de usurpacion acabaron de extender la superioridad que hoy afectan sobre ellos, dimanada de aquel vicioso principio, pero ya canonizada de algun modo con la práctica.

Desde entonces sentó su trono la discordia en el territorio de las órdenes. Empeñadas las chancillerías en meter su hoz en los negocios civiles y criminales que nacen en él, y el Consejo en defender su jurisdiccion y sus derechos, nacieron frecuentes y muy reñidas competencias, cuya resolucion fué por lo comun



incierta y varia; porque obscurecida con el auto acordado la luz que debía aclarar los límites de una y otra jurisdicción, faltó un principio cierto para distinguirlos. La malicia de las partes, siempre propensas á huir del tribunal donde la suerte de sus instancias es menos dichosa, aumentó tambien esta confusion, pues algunas llevaban á las chancillerías los mismos negocios que otras habian radicado ya en el Consejo. Hasta los jueces del territorio perdieron de vista el norte á que antes conformaban sus procedimientos, y deslumbrados con las nubes del real decreto, vacilaban entre las chancillerías y el Consejo, sin saber á quién debían conceder ó á quién rehusar su obediencia. Los buenos eran muchas veces víctimas de esta perplejidad, y los malos hallaban en ella un asilo contra la vigilancia y la censura de sus legítimos superiores. Todo fué confusion en esta época, todo desórden; y el Consejo no tiene reparo en afirmar que esta incertidumbre fué para los pueblos de su territorio una especie de plaga, á que se podrán atribuir sin temeridad su atraso, su despoblacion y su pobreza.

Sería notablemente molesta la relacion de las varias contiendas que despues de la publicacion del auto acordado tuvo que sostener el Consejo contra los tribunales que apoyaban en él sus invasiones. Las consultas que dirigió al trono en 21 de agosto de 1721, 27 de febrero de 1747, 14 de abril de 1757, 23 de mayo de 1758 y 4 de junio de 1767, hacen ver que el auto en cuestion fué una señal de discordia, que sublevó todas las jurisdicciones contra la suya. Es verdad que las resoluciones dadas á aquellas consultas confirmaron de nuevo sus prerogativas: tal fué la de 1721, en que se declaró su jurisdicción inmediata y privativa en la villa de Porcuna, y el derecho de conocer de la aprobacion de sus ordenanzas; tal la de 1747, en que, á pesar de los equivocados principios que se sembraron acerca de la exencion de los caballeros de hábito en el decreto del año de 14 y en otro del de 28, que es el auto 11, tit. 1 del lib. iv de los acordados, se mandó renovar el de 1707, restabloséndolos en su fuero, conforme á las bulas de Clemente VIII y Paulo V; tal la de 1767, en que vuestra majestad mismo declaró su jurisdicción privativa para el conocimiento de talas de montes en su territorio, prohibiendo al de Castilla la facultad de hacer reasumir en él la jurisdicción ordinaria sin su real permiso; tales, en fin, otras muchas, que es forzoso omitir en favor de la brevedad; pero estas resoluciones, comunicadas solo al Consejo, quedaron por lo comun obscurecidas, sin causar otro efecto que el de convencerle mas y mas de que la disminucion de sus antiguos derechos nunca provino de falta de título para sostenerlos, sino de dicha para conservarlos.

Debemos pues concluir de todo lo dicho, que á pesar de lo dispuesto en el auto acordado, que hoy se mira como única regla de las facultades del Consejo, tiene este en el día un indubitable derecho para pretender todas las que le han pertenecido en otro tiempo. Derivadas todas de la suprema autoridad de los reyes, reconocidas en su origen por todos los tribunales del reino, y confirmadas en todos los casos en que se pusieron en disputa, parece que no debiera llegar el de

sufrir nuevos atentados contra ellas. Pero aun hay otra razon suprema, que inclina á su conservacion, y es la utilidad misma de los pueblos sobre que las ejerce, y esta es la última demostracion con que debe coronar el Consejo sus reflexiones.

Que las jurisdicciones acumulativas y á prevención sean expuestas á diarias y frecuentes competencias entre los jueces que las administran, es una especie de verdad demostrada por la experiencia. Podrán ser de alguna utilidad en el recinto de un solo pueblo, donde la grande concurrencia de negocios haga multiplicar el número de los jueces de una misma clase, pero siempre son embarazosos y perjudiciales en pueblos diferentes; cuanto hemos dicho en la presente consulta es otra nueva prueba de la solidez de esta máxima. Es pues necesario que vuestra majestad declare la jurisdicción alta y superior en el territorio de las órdenes á un solo tribunal, ora sea este consejo, ora el tribunal provincial en cuyo distrito estén situados.

Prescindase, pues, por un instante de que esta jurisdicción toca originalmente á las órdenes, y debe ejercerse en muchos puntos por lo dispuesto en sus establecimientos y definiciones. Prescindase de que este consejo fué creado solamente para ejercerla á nombre de la soberanía, despues que se unieron perpétuamente á ella los maestrazgos. Prescindase de que privado de esta prerogativa, seria menester suprimirle, pues sus demás funciones pudieran fácilmente llenarse por una junta de ministros cruzados, que se congregasen un solo día en la semana. Prescindase de que seria tambien necesario suprimir la junta de Comision, solo creada para conocer de las segundas apelaciones de este Consejo á nombre de la real Persona. Prescindase, en fin, de que la chancillería de Granada, en cuyo territorio está engastado por la mayor parte el de las órdenes, extiende su mando por un distrito inmenso, sobre el cual se reparten débil y perezosamente los influjos de su celo; pero ¿cómo podrá prescindirse de la utilidad de los pueblos que viven bajo el gobierno de las órdenes, á quien es mas conveniente traer sus recursos á este consejo, y cuya felicidad pende acaso de este punto? Es constante que la mayor parte de estos pueblos está colocada á mas cercanía de esta corte que de la chancillería de Granada, como podrá conocer cualquiera que tenga una mediana tñtura de nuestra geografia. Hay algunos partidos, cuyos pueblos casi tocan en el rastro de la corte, como son los de Ocaña y Almonacid de Zorita. Hay otros, que estando á moderada distancia de Madrid, se hallan notablemente retirados de Granada, como son el de Alcántara, la mayor parte de los de Mérida y la Serena, y aun el gran campo de Calatrava. Otros, como el de Jerez, Llerena é Infantes, están casi colocados en el medio de uno y otro tribunal, y muchos de sus pueblos mas inmediatos á la corte. De forma que á reserva de los partidos de Martos y Segura, que están mas cerca de Granada, y los de Cieza, Alcañiz y Castro-Lorja, que lo están en Valencia, Zaragoza y Valladolid, se puede asegurar que los pueblos de todo territorio de las órdenes tienen mas fácil recurso á este consejo que á cualquiera otro tribunal provincial del reino.

Agréguese á esto que los jueces del territorio de las órdenes son todos nombrados por vuestra majestad, á consulta de este consejo, y residenciados por el mismo; que por esto sus procedimientos serán tanto mas arreglados, cuanto mas estén sometidos al exámen del mismo tribunal que tiene en su mano su premio y su castigo; que en este Consejo reside por la mayor parte la jurisdiccion eclesiástica de los mismos pueblos, y la facultad de dirimir las competencias que nacen entre ella y la jurisdiccion real, sin necesidad de fuerzas ni otros recursos extraordinarios; que las elecciones de los oficios públicos, las residencias, los juicios, los pastos, los montes, los diezmos, las cuentas de fábricas, y otros muchos puntos de gobierno, tanto civil como eclesiástico, deben regularse en este territorio por una legislacion y una jurisprudencia peculiar, de que este consejo y sus inferiores han hecho siempre un cuidadoso estudio, y que descuidan ordinariamente otros jueces. Y despues de esto, ¿habrá quien dude que no solo la justicia, sino tambien la utilidad y conveniencia pública, exigen que solo el consejo de Órdenes ejerza en su territorio la plenitud de poder y jurisdiccion que tan injustamente se le disputa ó se le niega?

Pero ¿qué seria, Señor, el instituto de las órdenes si sus personas y causas se sometiesen al conocimiento de unos jueces extraños, que no le respetasen ni conociesen? ¿Por ventura le han alterado poco el descuido y la relajacion, para que se busquen nuevos medios de desfigurarle enteramente? ¿Acaso se querrá que no quede á los individuos de las órdenes otra distincion que la ilustre insignia con que se adornan sus pechos? Pues ¡qué! la profesion, los votos, las obligaciones regulares, y los vínculos de amor y confraternidad con que están unidos estos cuerpos, ¿serán unos nombres vanos, solo porque la ignorancia y la ambicion los menosprecian? ¿No quiera Dios que el Consejo, cuyo celo ha trabajado siempre por mantener la pureza de disciplina en estos ilustres y piadosos institutos, aconseje jamás á vuestra majestad cosa que pueda ser contraria á su conservacion!

Los angustos ascendientes de vuestra majestad, lejos de desdeñarse del título de maestros, le apreciaron siempre como uno de los que mas ilustraron su corona; presidian personalmente los capítulos generales, atendian por sí mismos al gobierno de las órdenes, cuidaban escrupulosamente de conservar sus privilegios, y el glorioso padre de vuestra majestad no fué quien dió menos ejemplos de esta vigilancia y este aprecio. El Consejo, Señor, conoce por repetidas experiencias que el piadoso corazon de vuestra majestad no está menos propenso á procurar el lustre de las órdenes, el restablecimiento de su disciplina y la conservacion de sus privilegios. Por lo mismo ha creído que ninguna ocasion era mas oportuna que la presente para llevar sus clamores al trono. Por eso ha hecho un esfuerzo extraordinario y superior á su misma moderacion, para representar á vuestra majestad, por una parte las inmensas gracias con que la generosidad de los reyes de Castilla recompensó en otros tiempos los ilustres servicios de las órdenes, y las que derramaron

sobre este Consejo despues que tuvieron el título de maestros, y por otra los celos y las persecuciones que excitaron estas mismas gracias en otros tribunales ambiciosos de mando y de poder, á quienes eran odiosas. Por eso ha recorrido la memoria de los tiempos pasados, ha recopilado los monumentos que yacian entre el polvo de sus archivos, y ha procurado dar una idea la mas clara que le ha sido posible de la jurisdiccion, del gobierno y de la jerarquia civil de las órdenes, ya en tiempo de los maestros particulares, ya despues de la incorporacion de esta dignidad á la corona, y ya, en fin, despues del auto acordado de 1714, que tanto los ha desfigurado, y tanto daño y confusion causó á las mismas órdenes y á este consejo. Réstale pues hacer unas breves deducciones, que nacen inmediatamente de lo que lleva expuesto, para que dignándose vuestra majestad de examinarlas con su alta penetracion, se sirva determinar en consecuencia lo que fuese mas conforme á su notoria justificacion.

#### *Primera deduccion.*

Siendo constante que los maestros de las órdenes han tenido el conocimiento de las alzadas de sus respectivos territorios antes de la incorporacion; que despues de ella los Reyes Católicos crearon un consejo y le atribuyeron este conocimiento en los territorios de las tres órdenes; que los monarcas sus sucesores declararon por diferentes reales cédulas que le debia ejercer exclusivamente, parece que no se puede dudar que todas las apelaciones del territorio de las órdenes, ya sean en causas civiles ó en criminales, deben venir á este consejo.

#### *Segunda deduccion.*

Siendo igualmente constante que las chancillerias nunca tuvieron el derecho de conocer de las apelaciones del territorio de las órdenes, ni en tiempo de los maestros, ni despues de creado este consejo; de que las dos únicas reales cédulas que al parecer se la atribuyeron en 1523 y 1563, fueron inmediatamente revocadas por otras de 1521 y 1564; que la práctica de conocer de ellas, en que hoy está, es abusiva y solo fundada en una proposicion errónea, que maliciosamente se insertó en el auto-acordado 9.º del tit. 1, del lib. iv, y contraria á la decision del mismo auto; tampoco puede dudarse que las chancillerias y demás tribunales reales no tienen jurisdiccion alguna acumulativa ó privativa en el territorio de las órdenes.

#### *Tercera deduccion.*

Siendo cierto que la mayor parte de los pueblos del territorio de las órdenes están á menor distancia de la corte que de cualquiera otro tribunal de provincia; que los jueces que ejercen esta jurisdiccion son nombrados, consultados ó confirmados por este consejo, y por lo mismo le están mas subordinados; que muchos de los juicios que ocurren en su comprension deben dirimirse por leyes de las órdenes, y que por otra parte, el uso de la jurisdiccion acumulativa entre tribunales



distantes es muy perjudicial á la pronta y buena administracion de justicia, no hay duda en que seria muy conveniente atribuir al consejo de Ordenes el privativo conocimiento de las apelaciones de su territorio, aun cuando no le tocara, como le toca, de justicia.

#### *Cuarta deducccion.*

Siendo los caballeros militares unas personas verdaderamente exentas, ya por la esencia de su instituto, ya por diferentes bulas y privilegios pontificios, y ya en fin, por varias reales cédulas que confirman esta exencion, al menos en cuanto á las causas criminales y mistas, y habiendo por otra parte muchas dudas sobre los verdaderos términos que deben prescribirse á este fuero, especialmente en el dia, en que la mayor parte de los caballeros siguen la profesion militar, ó sirven á vuestra majestad en otros destinos públicos, parece indispensable que se haga sobre este punto una declaracion especifica, señalando los términos y casos de esta exencion, para quitar todo pretexto de competencias y discordia entre los tribunales.

#### *Quinta deducccion.*

Habiendo nacido toda la incertidumbre y confusion en que hoy se halla la jurisdiccion de las órdenes y la de este consejo, de las falsas y equivocadas proposiciones que se insertaron en el preámbulo del real decreto de 19 de octubre de 1744, contra la mente del augusto padre de vuestra majestad, expresamente declarada en su decision, y estando revocado este decreto por los de 27 de diciembre de 1713 y 27 de febrero de 1747, será, no solo conveniente, sino necesario, suprimir en la primera edicion que se hiciere de los autos acordados, el 9.º del tit. 1 del lib. IV, que contiene aquel real decreto.

#### *Sexta deducccion.*

Siendo ignorada del público, y aun de todos los jueces y tribunales del reino, la verdadera jurisdiccion del consejo de las Ordenes, por no haberse recopilado en el cuerpo de las leyes las cédulas y decretos que especificamente la declaran, es indispensable que se manden ordenar estas cédulas, y formar de ellas un título, que se inscriba: *De la jurisdiccion del consejo de Ordenes*, el cual se añada á la primera reimpression que se haga de las leyes del reino, poniendo al fin de él la declaracion que vuestra majestad se dignase hacer en vista de la presente consulta.

Estas son, Señor, las consecuencias que legitimamente se deducen de cuanto hemos dicho en esta consulta. El Consejo ha creído muy propio de su obligacion representarlas á vuestra majestad, para que delibere, en vista de ellas, lo que su suprema justificacion le dictare. No le ha movido á este paso ningun espíritu de ambicion ni de resentimiento, sino el celo de vuestro real servicio y el bien de la causa pública. Repite por lo mismo lo que dijo al principio; esto es, que no aspira á extender, sino á aclarar, su jurisdiccion. Contento con ejercer la que vuestra majestad se dignare depositar en sus manos, solo desea que su augusta voluntad se manifieste en términos tan claros y decisivos, que no dejen entrada á las continuas y perniciosas competencias, que tanto han turbado antes de ahora á este consejo y tanto han afligido á los pueblos que viven bajo de su gobierno. Dígnese pues vuestra majestad de concederle esta gracia, mientras ruega fervorosamente al Altísimo por la conservacion y felicidad de su augusta persona, para consuelo de sus fieles vasallos y gloria de la monarquía.

## NOTAS.

(1) Esta cédula anda impresa al frente de la crónica de las órdenes que publicó Cano de Torres.

(2) Ordenanzas de Granada, allí, número 4.

(3) Ordenanzas de Granada, allí, número 5.

(4) Ordenanzas de la chancillería de Valladolid, lib. 1, pág. 2, edicion de 1566.

(5) Ordenanzas de Granada y Valladolid, en los lugares citados; Ordenanzas de la real audiencia de Sevilla, lib. 1, tit. XIII, y número 30.

(6) Ordenanzas de Valladolid y Granada, pág. 6 y pág. 52; ordenanzas de la audiencia de Sevilla, lib. 1, tit. XIII, pág. 267 y siguientes.

(7) Definiciones de Calatrava, tit. XVI, cap. IV.

(8) Definiciones de Calatrava, allí.

(9) Bulario de la orden de Alcántara, al fin.

(10) Decreto de 1659, que se halla en el mismo bulario.

(11) Esta cédula existe original en el archivo de la secretaría del Consejo.

(12) Ordenanzas de la chancillería de Granada, pág. 41.

(13) Ordenanzas de Granada, pág. 49, núm. 7.

(14) Este breve y el de la santidad de Paulo V, dado posteriormente sobre lo mismo, se encuentran en todos los bularios.

(15) Este decreto y los demás papeles que se citarán sobre este punto existen en el archivo de la secretaría del Consejo.

(16) Ley 12, tit. XVI, lib. II del *Ordenamiento real*.

(17) Ley 14, tit. V, lib. III de la *Recopilacion*.

(18) Este decreto existe en el archivo de la secretaría del Consejo.

## REFLEXIONES

SOBRE LA LEGISLACION DE ESPAÑA EN CUANTO AL USO DE LAS SEPULTURAS, QUE PRESENTÓ  
Á LA ACADEMIA DE LA HISTORIA EL AÑO DE 1781.

1. En el *Fuero Juzgo* hay un título, que es el II del lib. XI, en que se trata de la violación de los sepulcros, *De inquietudine sepulchrorum*. Esto hace creer que en el tiempo de aquella compilación estaba en vigor la práctica de enterrar en lugares abiertos, pues de otro modo no sería la quietud de los muertos un objeto de la vigilancia de las leyes, así como no lo es en el día, en que descansan sus cenizas en lo interior de los templos.

2. El título citado consta de dos solas leyes, la primera de las cuales dispone que el violador del sepulcro, ó el que despojase alguna muerto y le quitase sus vestidos ó ornamentos, restituya lo robado y pague una libra de oro á los herederos del difunto, si los tuviere, y si no, al fisco, y lleve además cien azotes; pero si el tal fuere siervo, se le den doscientos azotes, sea quemado y restituya el robo.

3. De esta ley se deduce que por aquellos tiempos se acostumbraba enterrar los cadáveres con vestiduras y adornos de algun valor, que siendo objeto de la codicia de los hombres criminosos, excitaba contra ellos la vigilancia de los legisladores.

4. Concerda la misma ley en este punto con la XII de la partida I, tit. *De las sepulturas*, que prohíbe enterrar á los muertos con ricas vestiduras y otros guarnimientos preciados; bien que de esta regla exceptúa, no solo á los reyes y sus familias, á los obispos y clérigos, sino también á los caballeros y *hombres honrados*, que deben enterrarse según la costumbre de la tierra. Como quiera que sea, de estas dos leyes se infiere que desde el siglo VII hasta el XII continuó la costumbre de enterrar los cadáveres vestidos de ropas y adornos de valor; lo que también comprueba la ley I.<sup>a</sup>, título XVIII, lib. IV del *Fuero Real*, que citaremos después.

5. La 2.<sup>a</sup> ley del *Fuero Juzgo* puede dar lugar á muy curiosas reflexiones. Su contexto es como sigue: *Qui signis mortui sarcophagum abstulerit, dum sibi vult habere remedium, duodecim solidos: iudice insistente, haeredibus mortui cogatur exsolvere, etc.*

6. Sin entrar en discusiones ajenas de nuestro objeto, y reduciéndonos á él, nos contentamos con prevenir que por la palabra *Sarcophagum* se debe entender en esta ley el ataúd ó caja en que se ponía el cadáver para incluirle en el sepulcro, como se comprueba por varias autoridades que alega Ducange en su *Glosario*, *verbum Sarcophagus: quia urea in qua mortuus po-*

*nitur quam sarcophagum vocant*, dice san Isidoro en el libro VIII de las *Etimologías*, cap. II, pág. 157 de la edición de Grial. De modo que si la ley I.<sup>a</sup> del *Fuero Juzgo* da lugar á creer que en aquel tiempo no estaban los sepulcros en lugares cerrados, de la 2.<sup>a</sup> se infiere que los mismos sepulcros no lo estaban tampoco, ó al menos que estaban expuestos á ser abiertos y violados por los hombres criminosos.

7. He dicho arriba que de la primera ley del *Fuero Juzgo* podía deducirse la práctica de enterrar en lugares abiertos, y esto quiere decir que se enterraría en cementerios; pero enál fuese el lugar y forma de estos es del todo incierto. En el *Fuero Juzgo* no hay memoria ninguna de ellos.

8. En el fuero de las leyes, llamado vulgarmente *Fuero Real*, hay también un título, que es el XVIII del libro IV, que trata de los que desenterran los muertos. La ley I.<sup>a</sup> dice así: «Si algun home abriere ó mandare abrir luciello ó huesa de muerto, ó le tomare las vestiduras ó algunas de las otras quel vieren, para honra, muera por ello, é si lo abriere é no tomare ninguna cosa, peche cien sueldos de oro, la meitad al Rey é la otra meitad al heredero del muerto.»

9. Prescindiendo pues de las diferencias que se notan entre esta ley y la primera que hemos citado del *Fuero Juzgo*, y aun entre ella y las de la Partida, no hay duda que conviene, como las otras, de que en el siglo XII duraba la práctica de enterrar fuera de las iglesias, puesto que señala contra los desenterradores penas mas fuertes que la ley citada; á que se deben añadir dos reflexiones: primera, que la ley no usa de la palabra *rompiere* ó *quebrantare*, sino simplemente de la palabra *abriere luciello*, en lo que indica que esto pudiera verificarse sin rompimiento ni quebrantamiento de iglesia; segunda, que la palabra *luciello* significa también ataúd, y corresponde perfectamente á la palabra *sarcophago*, de que usa el *Fuero Juzgo*. En efecto, esta palabra se deriva de la palabra *locellus*, adoptada en la infima latinidad, y corrompida de *loculus*, y una y otra significan el féretro ó ataúd, según puede verse en Ducange, *verba locellus, locellus, lucellus*. Esta etimología se confirma con un epitafio que copió Ambrosio de Morales en la capilla del rey Casto de la catedral de Oviedo, que dice así: *Incolit hic tumulus ex regali semine corpus Gelvire Reginae, hoc loculo qui ejus* (debe decir *quies*). (Cit., *Viaje Santo*, tit. XXVII, núm. 2, pág. 81.)



10. La ley 2.<sup>a</sup> del *Fuero Real*, que prohíbe que ninguno se entierre en huesa ajena sin la voluntad de su dueño; la 3.<sup>a</sup>, que prohíbe que ninguno tome pilares ni columnas, ni otras piedras puestas en la labor de la huesa, y la 4.<sup>a</sup>, que prohíbe la venta de los lugares religiosos, esto es, de las huesas en que ya se hubiere enterrado algún cadáver, nos ofrecen repetidos argumentos de que en el siglo xiii los sepulcros estaban fuera de las iglesias, y acaso en territorios de dominio privado y particular.

11. Pero sobre todo, la práctica y disciplina de nuestras iglesias acerca de las sepulturas debe deducirse del célebre tit. xiii de la partida primera, donde se trata esta materia, pues aunque algunas leyes de las allí contenidas están tomadas del cuerpo del derecho canónico, y hacen sospechar que el rey Sábio quiso conformar nuestra disciplina á la universal de la Iglesia, con todo eso, los mismos reglamentos hechos sobre esta materia prueban que la mayor parte eran conformes á los usos ya establecidos, y conspiraban á evitar los abusos que pudieran introducirse. Como quiera que sea, nos vemos en la necesidad de dar una breve idea de la doctrina que contiene este título por el orden de sus leyes.

12. El prólogo ó rúbrica á ellas expone el dogma respectivo á esta materia, y despues de reprobear la creencia de aquellos que no reconocen la inmortalidad de las almas, de los que creen la metempsicosis, de los que seguian el error de los milenarios, y finalmente, de los que sostenian la inutilidad de los suffragios hechos por los muertos, hace la exposicion de la doctrina de la Iglesia con mucha claridad, y concluye dividiendo la materia de las leyes, sentando como principio universal que los santos Padres tenian determinado que los fieles tuviesen sepultura cerca de las iglesias, y que no se los enterrase en lugares yermos y apartados de ellas, ni por los campos, como si fuesen bestias.

13. La ley 1.<sup>a</sup> define la sepultura diciendo *que es lugar señalado en el cementerio para soterrar el cuerpo del home muerto*, y dispone cuatro cosas: primera, que los clérigos no lleven dinero por enterrar; segunda, que no se pueda vender el lugar destinado para sepultura en los cementerios; tercera, que el que tuviere sepulcro propio, donde nadie se hubiese enterrado, puede venderle; y cuarta, que si alguna tierra se comprase ó diese para hacer cementerio privado, solo se podrá enterrar en ella aquel cuya fuera. La 2.<sup>a</sup> ley es muy notable, porque contiene las razones de piedad que movieron á los santos Padres á determinar que las sepulturas estuviesen cerca de las iglesias. Estas razones fueron cuatro: primera, porque así como la creencia de los cristianos es la que mas se acerca á Dios, así tambien las sepulturas deben estar cercanas á sus templos; segunda, porque los que concurriesen á las iglesias, se excitarian á pedir á Dios por los difuntos, viendo allí las *fuesas* de sus amigos y parientes; tercera, porque rogarian por ellos á los santos titulares de las iglesias; y cuarta, porque los diablos no se puedan acercar á los cuerpos que descansan en los cementerios. «Pero (concluye la ley) antiguamente los emperadores é los reyes de los cristianos hicieron establecimiento é leyes, é

mandaron que fuesen fechas iglesias, é los cementerios fuera de las cibdades é de las villas, en que soterrasen los muertos, porque «*el fechor de ellos non corrompiese el aire nin malase los vivos.*» De cuyas últimas palabras debe inferirse: primero, que los cementerios debian estar fuera de las ciudades; segundo, que cada cementerio debia tener su iglesia contigua, con lo cual se podría hacer una admirable conciliacion de la doctrina de las leyes y los cánones antiguos.

14. De la ley 3.<sup>a</sup> se deduce que el señalamiento de los cementerios es de la jurisdiccion privativa de los obispos, y el derecho de sepultar, de las iglesias á quien el Obispo hubiese concedido cementerio. Se deduce tambien que todo hombre se debe enterrar en fuesa propia, ora la hubiese adquirido en vida, de los clérigos, ora se la diesen sus parientes y amigos, ó la hiciese de nuevo.

15. La ley 4.<sup>a</sup> trae la etimología de la palabra *cementerio*, diciendo que se llama así como *logar* donde se *tornan* los cuerpos en ceniza: lo que interpreta Gregorio Lopez así: *Coemeterium quasi cinisterium, quia ibi cinis mortuorum teritur: vel dicitur coemeterium á cinos, quod est dulce tenor quod est dulce statio, quasi dulcis statio.* Creo que los buenos etimologistas no aprobarán estos orígenes; pero en su discusion no será justo que nos detengamos por ahora.

16. De esa misma ley se deduce *que los obispos deben señalar cementerios á las eglesias que tovieran por bien que haya sepulturas*, de manera que en las *catedrales* ó *conventuales* haya en cada una de ellas cuarenta pasadas á cada parte *para cementerios*, é las *parroquias treinta*, entendiéndose los pasos de á cinco piés de hombre perfecto cada uno, y cada pié de á quince dedos de travieso; pero esto ha de ser cuando los castillos ó las casas que estuvieren cerca de las iglesias no lo impidan.

17. La ley 5.<sup>a</sup> dispone que á cada hombre se entierre en el cementerio de su parroquia, sin que por esto se quite á los fieles la libertad de elegir sepultura en otro cementerio, ó para enterrarse con sus parientes, ó por otra razon, dando á lo propia parroquia lo que fuere costumbre, y á falta de ella, la cuarta funeraria.

18. La 6.<sup>a</sup> habla de los derechos parroquiales acerca de los que mueren *ab intestato*.

19. La 7.<sup>a</sup> de los que deben enterrarse en el cementerio de los monasterios, ó en otra parte fuera del parroquial.

20. La 8.<sup>a</sup> dispone que no se dé sepultura en los cementerios á los moros, judíos y herejes, ni á los descomulgados con excomunion mayor, y aun menor, si incurriesen en ella por desprecio y á sabiendas, y prescribe la forma que debe guardarse con los que fueren enterrados contra el tenor de esta ley.

21. La 9.<sup>a</sup> extiende la prohibicion antecedente á los usureros públicos y á los que mueren impenitentes.

22. La 10. hace igual extension contra los robadores y matadores públicos y contra los que mueren en torneo. Esta última disposicion es bien notable, respecto de que en España se conservó el uso de

los torneos hasta el siglo xv, y que estos festejos, que de ordinario se hacian entre las personas de primera distincion, eran presenciados y autorizados por los príncipes; lo que nos hace sospechar que la iglesia de España nunca admitió esta disciplina.

23. La ley 11 señala las personas que deben recibir sepultura dentro de la misma iglesia, que son reyes, reinas y sus hijos, obispos, priores y comendadores de las órdenes, prelados de las iglesias conventuales. *Ricos homes é los homes honrados que ficiessen iglesias de nuevo ó monasterios, ó escogiesen en ellas sepulturas, é á todo home que fuese clérigo ó lego, que lo mereciese por santidad de buena vida ó de buenas obras.* Dispone tambien esta ley que si alguno, contra su tenor, fuese enterrado en la iglesia, le mande sacar el Obispo, á quien pertenece el derecho de hacer desenterrar en los demás casos de ley.

24. La 12 trata de los gastos funerales, y su preferente deducccion del caudal del muerto.

25. La 13 dice: «Ricas vestiduras nin otros guarnimientos preciados, así como oro ó plata, non deben meter á los muertos, sinon á personas ciertas, así como á rey ó reina ó alguno de sus lijos, ó á otro home honrado ó caballero, á quien soterrasen segun la costumbre de la tierra, ó á obispo, ó á clérigo, ó á quien deben soterrar con los vestimentos que les pertenece segun la órden que han.» Funda esta prohibicion en tres razones: primera, en que este obsequio no aprovecha á los muertos; segunda, en que es un gasto supérfluo; tercera, porque los *homes malos, por codicia de tomar los ornamentos que les meten, quebrantan los lucellos y desotieran los muertos.*

26. La 14 señala las penas contra los que incurren en este delito. Es de notar en esta ley que la pena que señala es pecuniaria, reducida á la cantidad

en que el mismo injuriado apreciase la satisfaccion de la injuria, pero con dos limitaciones: la una, de que el juzgador pueda regular el aprecio, si fuere excesivo, y la otra que este aprecio nunca del e subir de cien maravedises. Es tambien muy notable la suavidad de esta pena á vista de la severidad con que se castiga el mismo delito en la ley del *Fuero Real* que hemos citado. Si el *Fuero Real* contenia una legislacion dispuesta á preparar la publicacion de las *Partidas*, y con efecto se puso desde luego en observancia en algunas villas, á quienes se dió por fuero, ¿cómo es que contenia unas disposiciones tan severas? Yo no hallo otra solucion, sino decir que la ley del *Fuero Real*, aunque mas severa, está tomada del *Fuero Juzgo*; que este código estuvo en observancia en la mayor parte de España; que el sábio legislador no quiso alterar de repente la actual legislacion, y que reservó para el tiempo de la publicacion de las *Partidas* la mitigacion de estas y otras penas.

27. La ley 15 y última dispone que por razon de deudas no se niegue á alguno la sepultura. Es creible que la codicia de los acreedores hubiese introducido sobre este punto algunos abusos, á cuyo destierro conspiraba esta ley.

28. En lugar de hacer observaciones sobre estas admirables leyes, nos ha parecido mejor extractarlas, como va hecho, porque su doctrina ofrece abundante materia para el objeto que se propone la junta.

29. En los códigos recientes de nuestra legislacion nada se halla respectivo á cementerios ni sepulturas, porque introducida la práctica de sepultar dentro de las iglesias, se hizo de ella un ramo de jurisdiccion eclesiástica, y dejó de entender en estas materias el Gobierno.



# MEMORIA

## PARA EL ARREGLO DE LA POLICÍA DE LOS ESPECTÁCULOS Y DIVERSIONES PÚBLICAS, Y SOBRE SU ORIGEN EN ESPAÑA.

### ADVERTENCIA DEL AUTOR.

Deseoso el supremo consejo de Castilla de arreglar la policía de los espectáculos, mandó á la real academia de la Historia, por orden de 1.º de junio de 1786, le informase lo que la constase acerca de los juegos, espectáculos y diversiones públicas usados en lo antiguo en las respectivas provincias de España; y la Academia, para desempeñar este trabajo, cometi6 á mi cuidado su preparacion. Desde entonces me dediqué á recoger con la posible diligencia los hechos y noticias que acerca de la materia encargada andan dispersos en varias crónicas, historias particulares y otras obras de erudicion, y esperaba una temporada libre de ocupaciones para reunirlos y ordenarlos cual convenia. Pero las funciones ordinarias de mi empleo, y algunas extraordinarias tareas derivadas de ellas, prolongaron esta esperanza de un día en otro, hasta que en 1789 las vi desaparecer casi del todo.

En junio y noviembre de dicho año se dignó su majestad confiarme dos comisiones fuera de Madrid: primera, visitar el colegio militar de Calatrava, en Salamanca, y formar el plan de sus estudios, y segunda, promover el cultivo y comercio del carbon de piedra en Asturias. Desempeñé la primera desde abril hasta agosto de 1790, y dado que hube cuenta de ella en el real consejo de las Ordenes, volví á partir para este principado, y empecé desde luego la visita de sus ricas y numerosas carboneras. En esta ocupacion me halló el oficio de la Academia, que dió la última ocasion á esta Memoria.

Este oficio fué causado por otra orden del real Consejo, que con fecha de 13 de octubre de dicho año, y á instancia del señor Fiscal, encargaba á la Academia el breve despacho del informe que le tenia pedido desde 1786.

Va se ve que la Academia, que habia descuidado este trabajo en fe de que yo le promovia, tenia derecho á culpar mi tardanza. Pero haciendo justicia á mi diligencia, y persuadida á que algun inevitable embarazo fuese la causa de tan larga demora, se contentó con preguntarme, por oficio de 14 de noviembre siguiente, en qué estado tenia ó habia dejado su encargo.

Tan generosa atencion movió fuertemente mi ánimo, y por lo mismo, aunque envuelto en tan nuevos cuidados, ausente de mi casa y mis libros, sin el auxilio de muchos curiosos apuntamientos que tenia entre ellos, y lo que es mas, sin el que pudiera hallar en la direccion y las luces de la Academia, me arrojé á extender la presente Memoria, que dirigí á sus manos en 29 de diciembre de 1790.

La favorable acogida que mereció entonces de la real Academia recompensó superabundantemente mi tra-

bajo; pero la distincion con que la honró despues, leyéndola en la primera junta pública de 11 de julio de 1796, y destinándola á la prensa, fué muy superior á mis esperanzas y aun á mis deseos.

Sin duda que para aparecer mas dignamente ante el público necesitaba de mucha correccion y mucha lima, y fuera yo el primero á dárseles, como lo soy á echárselas de menos, si no durase todavia aquella falta de proporcion y auxilios, que fué causa y debe ser disculpa de su imperfeccion. El lector imparcial sabrá ser indulgente con un trabajo preparativo, emprendido con el celo mas puro en obsequio del público, y á su solo bien consagrado.

### INTRODUCCION.

Siendo tantos y tan varios los objetos de la policía pública, ni es de extrañar que algunos, por escondidos ó pequeños, se escapen de su vigilancia, ni tampoco que ocupada en los medios, pierda alguna vez de vista los fines que debe proponerse en la direccion de los mas importantes. Algo de uno y otro se ha verificado entre nosotros respecto de las diversiones públicas, en unas partes abandonadas á la casualidad ó al capricho de los particulares, como si no tuviesen la menor relacion con el bien general, y en otras, ó vedadas ó perseguidas con arbitrarios é importunos reglamentos, como si nada interesase en ellos la felicidad individual.

Para ocurrir á entrambos inconvenientes, el primer tribunal de la nacion trata de arreglar este importante ramo de policía, y conociendo cuánta luz puede recibir de los ejemplos de la antigüedad, convida á la real Academia para que teja su historia. El desempeño de tan estimable confianza requería alguna preparacion, y la real Academia, honrándome con la suya, me encarga que reuna los hechos y noticias antiguas que dicen relacion con las diversiones públicas. Tales son el impulso y el objeto de esta Memoria.

No me toca á mí recomendar mi trabajo, ponderando la extension y dificultad de la materia, y la falta de auxilios con que le he emprendido; tócame sí adelantar dos advertencias, que creo convenientes para instruccion de mis lectores: primera, que no he puesto grande empeño en fijar la introduccion de los espectáculos en cada una de nuestras provincias; porque ha-

biéndose adoptado todos en casi todas, no me ha parecido ni necesaria ni provechosa esta prolija indagación; segunda, que he puesto mas intenso cuidado en descubrir las relaciones políticas del objeto de esta Memoria, porque destinada á la instruccion de un expediente gubernativo, debí creer que la parte de erudicion seria en ella la menos importante.

En consecuencia, he dividido mi trabajo en dos partes, destinando la primera á descubrir el origen de las diversiones públicas en España, y su progreso hasta nuestros dias, y la segunda á indicar el influjo que ellas pueden tener en el bien general, y los medios que me parecen mas convenientes para conducir las á tan saludable fin. De este modo la real Academia, que reuno en su seno tanta erudicion histórica y tanta doctrina política, mejorando la imperfeccion de este escrito, sabrá llenar los deseos del Consejo de un modo digno de su nombre y de la pública espectacion.

### PRIMERA PARTE.

Para entrar en materia no subiré á épocas muy remotas. Las que precedieron á la dominacion romana son demasiado oscuras y distantes para que merezcan nuestra atencion. Perteneciendo á lo que podemos llamar nuestros tiempos heroicos, ¿qué nos presentarian sino fábulas y tinieblas? La critica puede seguir entre unas y otras las huellas de la historia nacional hasta columbrar sus orígenes; pero la política debe buscar una luz mas cierta y clara para observar nuestros usos y costumbres con algun provecho.

Bajo los romanos gozó España de los juegos y espectáculos de aquella gran nacion; pues que habiendo adoptado su religion, sus leyes y costumbres, mal rehusaria los usos y estilos que de ordinario introduce la moda sin auxilio de la autoridad. Cuando faltasen otras pruebas de esta asercion, las ruinas de circos y teatros, de anfiteatros y naumaquias, que existen en Toledo, en Mérida, en Tarragona, en Corniña, en Santiponce y en Murviello, y las dedicaciones y monumentos erigidos con ocasion de estos espectáculos, no me dejarían dudar que nuestros padres conocieron las luchas de hombres y fieras, las carreras de carros y caballos y las representaciones escénicas de aquella edad.

Estos espectáculos debieron cesar de todo punto con la entrada de los septentrionales. Puestos ya en descrédito, y aun prohibidos en gran parte por los emperadores y los concilios, como enlazados con el culto y ceremonias gentílicas, faltaba poco para su total exterminio, y esto poco se halló por una parte en el horror con que los miraba la ruda sencillez de los godos, y por otra en la religiosa piedad de muchos de sus principes. Así que, no se conserva memoria alguna, que yo sepa, de semejantes juegos en el tiempo de su dominacion, ni la historia los presenta en la paz dados á otra diversion que la caza.

### § I.

#### ORÍGEN GENERAL DE LAS DIVERSIONES Y ESPECTÁCULOS DE ESPAÑA.

##### Caza.

Pero la caza, arte privativa y necesaria entre los salvajes, vino á ser, si no el único, el mas agradable divertimento de los pueblos bárbaros. Los que inundaron el imperio romano difundieron esta aficion por toda Europa, y aun hicieron de ella un objeto de legislación y policía, como es de ver en la coleccion de leyes bárbaras. Fuera de la guerra, ningún ejercicio podia ser mas agradable á aquellos pueblos, cuyo carácter inculto, pero activo, se avenia tan mal con la fatiga del espíritu como con el reposo del cuerpo, y no acertaba con el placer sino en medio de la agitacion y violento ejercicio.

De la caza de fieras, mas fácil, mas agitada y aun mas provechosa, se pasó naturalmente á la de aves, cuyo deleite era mayor, porque lo era tambien su artificio, y porque en ella empezaba á tener mayor cabida el ingenio. De aquí nació la division de la caza en aquellas dos fumosas especies de montería y cetrería, que ocuparon y entretuvieron á la nobleza de Europa por tantos siglos.

El origen de la primera se perdió en los tiempos mas remotos; de la última no es fácil señalar la introduccion en España. Puede asegurarse que no precedió á la dominacion goda, puesto que los romanos apenas la conocian en tiempo de Vespasiano. Tal se infiere de un pasaje de Plinio, que hablando de las aves de rapiña (*Historia natural*, lib. x, cap. 40 y 41), solo describe la caza hecha con ellas, como ejercitada en cierto lugar de Tracia junto á Amfipolis. Y como despues ocurra frecuentemente mencion de la caza de halcones en las leyes sálicas, longobárdicas, ripuarias, y otras que establecieron en Europa los septentrionales (1), es de sospechar que á nosotros nos la trajesen tambien los visigodos, por mas que no se halle mencion en sus leyes.

Ello es que así de la caza de montería como de la de cetrería se halla ya frecuentemente memoria desde los principios de la monarquía asturiana. Es bien conocida en la historia la aficion que tuvo á la primera el hijo de nuestro don Pelayo, muerto á manos de un oso en los montes de Cangas, y el mismo Favila, ó sea otro señor de su tiempo (2), se ve todavía entallado con su halcon en mano en el capitel de una columna de la iglesia de Villanueva, que fundó su cuñado y sucesor, Alfonso el Católico. Esta representacion es harto frecuente y repetida en otras esculturas de aquella edad, como lo es tambien en sus privilegios y donaciones la mencion de estos cazadores con el nombre de *venationes* y *aztoreras* (3), y uno y otro no deja dudar que ambas cacerías fuesen ejercitadas y comunes por aquellos tiempos.

No hallo yo en ellos memoria alguna de otra diversion aparatosa, ni aun bajo de los reyes leoneses y condes castellanos. Ni es tampoco probable que se introdujese en unos tiempos en que nobleza y plebe anda-



ban muy fatigadas en la guerra, y en que eran demasiado breves los períodos de la paz para darse á pasatiempos mas estudiados. Por tanto, me atrevo á decir que hasta despues de la conquista de Toledo no conoció España diversion alguna que mereciese el nombre de espectáculo público.

La mejor prueba de esta asercion se puede tomar de nuestro estado político coetáneo. Hasta la época que citamos, nuestra poblacion fué muy escasa; y digan lo que quieran otros calculistas, la abundancia de pastos, bosques y términos incultos, la falta de artes y de industria, y el atraso del comercio y navegacion, apenas conocidos, debieron reducir mucho el número de las subsistencias, y por consiguiente el de los habitantes, pues que estas dos cosas están, y no pueden dejar de estar, en proporecion igual. Esta pequeña poblacion vivia desunida y dispersa, habitando los nobles sus castillos, y el pueblo, que apenas conocia otra profesion, dado á arrendar sus ganados y á cultivar las pocas tierras que estaban libres de las incursiones de los moros, al abrigo de las fortalezas ó en el recinto de alguna poblacion fuerte y murada. Fuera de Búrgos y Leon, no se presenta ciudad alguna populosa antes del siglo xii, ni estas podian serlo mucho, si se atiende á que la corte no estaba permanente en ellas, á que la nobleza vagaba ó vivia en sus casas fuertes, á que el clero secular era muy escaso, y el regular casi eremita, y sobre todo, á que el pueblo suplía las necesidades naturales con su industria doméstica; ignorados todavía el lujo extranjero y las artes de pura comodidad, y reunidos en los hogares rústicos el cultivo de la tierra y las artes necesarias.

En semejante situacion ni habia espectáculos, ni las diversiones eran objeto de la legislacion ni de la policia. La nobleza pasaba en la caza los breves intervalos de paz que permitía la dura condicion de los tiempos, dada tambien al ejercicio y estrépito de las armas en este pasatiempo, que era una verdadera imágen de la guerra; y si alguna vez se recreaba, *alzando, bofordando ó rompiendo tablados*, no hacia mas que variar la forma, sin mudar el objeto de su imitacion, pues que todos estos juegos se reducian á ostentar pujanza y destreza en el tiro del *bofordo* ó *lanza*, arma principal del noble en los combates.

Ni eran por aquel tiempo menos sencillos los entretenimientos del pueblo, que sin derecho ni representacion conocida en el órden civil, parecia menos digno de la atencion del Gobierno; siguiendo el pendon de sus señores en la guerra, ó atado á sus solares en la paz, no conocia otra recreacion que el descanso. En un día festivo, claro y sereno, el esparcimiento y la cesacion del trabajo hacian su mayor delicia, y si en él se daba á la carrera, al salto y á la lucha, como los pueblos de la antigüedad, era porque amigo como ellos de accion y movimiento, aborrecia las diversiones sedentarias; ó porque lleno de vigor, y sóbrio y endurecido como ellos, se complacia en la ostentacion de sus fuerzas y cifraba en su ejercicio su mayor récreo.

En esta época sin duda creció y se fomentó el gusto de las romerías, cuyo origen se pierde en los tiempos de la primitiva fundacion de todos los pueblos. La devocion sencilla los llevaba naturalmente á los santuarios vecinos en los dias de fiesta y solemnidad, y allí, satisfechos los estímulos de la piedad, daban el resto del día al esparcimiento y al placer. Reunidos en un punto por la identidad de deseos, buscaban el solaz en comun, y entonces la concurrencia y la publicidad aumentaban el interés de sus juegos, que pudieran llamarse espectáculos, á ser mas estudiados ó menos casuales. El luchador, el tirador de barra, el jóven diestro en la carrera y en el salto, sentia crecer su interés y su gusto á par del número de sus espectadores; y la gloria del vencimiento le hacia percibir por la vez primera aquella especie de sensacion grata que mas lisonjea el corazón humano.

Si no se introdujeron, por lo menos es de sospechar que en este tiempo se propagaron el uso y la aficion á nuestras danzas populares. La mayor parte de ellas son tan sencillas y ajenas de artificio, que indican un origen remotísimo y acaso anterior á la invencion de la gimnástica. Empero hay muchas en que una cuidadosa observacion pudiera, por su forma y enlaces, atinar con la época de su establecimiento, y entonces sin duda se hallaria coincidiendo con la que hemos determinado (4). Importa poco esta averiguacion; harto mas importa la observacion de que existen muchos pueblos todavía, que preservados de la infeccion del vicio, no reconocen otro récreo que estas alegres concurrencias, y los inocentes juegos y danzas que hacen en ellas su delicia. Esto es el país en que vivo, y esto era España antes del siglo xii.

Pero conquistada Toledo, y asegurado de incursiones el país que está acunado de Guadarrama, empezó á crecer y prosperar la poblacion de Castilla. Renacieron entonces sus antiguas ciudades, y se llenaron de habitantes; Avila, Salamanca y Segovia se repoblaron á la entrada del siglo xii, y tras ellas, Zamora, Toro, Valladolid y otros pueblos de gran nombradía. Ya por aquel tiempo estaba España llena de extranjeros, que venian á bandadas á buscar fortuna en nuestras guerras, y el lujo y la cultura traídos de Oriente empezaban á templar la rudeza de las antiguas costumbres. Instituyéronse las órdenes militares á semejanza de las de Jerusalem; gran parte de nuestra nobleza abrazó su instituto, y en la restante se imbuyó su espíritu. Así entraron y cundieron por España los usos y costumbres de Ultramar, la disciplina, la táctica, los juegos y espectáculos de Oriente, que tanto brillaron en los siguientes siglos.

Pero en el xiii una feliz reunion de favorables circunstancias acabó de elevar el espíritu y de modificar el carácter de nuestros caballeros. Las conquistas de los reinos de Jaen, Córdoba, Murcia y Sevilla, debidas á su esfuerzo, los llenaron de gloria y de riqueza, y habiendo arrinconado á los moros en Granada, pudieron ya gozar de algunos intervalos de paz mas larga y segura. Que los diesen solo al descanso, no era de esperar de unos hombres tan acostumbrados á la accion, y que

habian recibido ya algunas semillas de cultura. Fué pues tan natural que los consagrasen á su diversion y entretenimiento, como que hallasen su mayor recreo en el ejercicio de las armas. Y sea que ningun otro ejercicio llamara mas poderosamente al trato de las mujeres, segun la justa observacion de Aristóteles (5), sea que en el camino del placer nada sale tan pronto al paso como el amor, ello es que tardaron poco nuestros caballeros en asociar los objetos de su amor al de sus placeres, y que las damas fueron admitidas luego á participar de sus diversiones. Y hé aqui el mas natural y cierto origen de la galanteria caballeresca. La hermosura, admitida á las fiestas y espectáculos públicos, vino á ser con el tiempo el árbitro soberano de ellos. Llamada primero á celebrar las proezas del valor, hubo de juzgarlas al fin; y aunque solo se buscaba su admiracion, fué necesario reconocer su imperio, tanto mas seguro, cuanto la ternura del interés fortificaba el influjo y el poderio de la opinion que le servia de apoyo.

Desde aquel punto ya nadie quiso parecer á vista de las damas grosero ni robarde; y el valor, aliado con la galanteria, fué tomando aquel tierno y brillante colorido, que si no cubria del todo su liebreza, por lo menos la hizo mas agradable. Así se amoldó y fijó el carácter de los caballeros de la edad media; carácter que dirigió desde entonces todas las acciones; que se descubren principalmente en sus fiestas de monte y sala, en sus torneos y justas, y juegos de caña y de sortija, y hasta en las luchas de toros; y que al fin reguló el ceremonial y la pompa, y la publicidad y el entusiasmo con que llegaron á celebrarse estos espectáculos.

#### *Juegos escénicos.*

Ni fué otro el origen de los juegos escénicos, por mas que parezcan distantes de aquel principio. Es sin duda que el siglo xiii fué el siglo de los trovadores y juglares, y en el que, si no empezó, tomó mas vuelo la poesia vulgar. Esta poesia era entonces cantada y por la mayor parte dramática. En la historia de los trovadores del abate Millot hay un documento muy concluyente á este propósito, y es una sentencia de Alfonso el Sábio, que distinguiendo las artes de entretenimiento y placer, declara la estinacion debida á cada uno de sus diferentes profesores; prueba de que Castilla estaba ya llena de trovadores, juglares y juglaresas, de danzantes, representantes y menestrales, de mimos y saltimbanquis, y otros bichos de semejante ralea. Mientras los mas sobresalientes, admitidos en los palacios y castillos, consagraban su talento á la diversion de los grandes y señores, los menos entretenian con sus bufonadas al pueblo, congregado en las plazas y corrillos. Así empezó la representacion de los misterios, y así tambien la de acciones profanas, que despues verémos coincidiendo con esta época.

Es de notar que ya por aquel tiempo el pueblo que asistia á todos estos espectáculos empezaba á ser algo. Reunido en ciudades ó villas populosas; siguiendo en la guerra el estandarte real bajo el pendon de sus coneejos, y protegido en la paz á la sombra del gobierno municipal; representado en las Cortes por procurado-

res, y regido en su casa por jueces electivos; y finalmente, dado al pacífico ejercicio de la industria y las artes en corporaciones privilegiadas, se le ve existir civilmente y empezar á ser menos dependiente y mas rico; y si no se mezcló en las diversiones de la nobleza, por lo menos se dió con ansia á verlas y admirarlas, y á un mismo tiempo se enriqueció y se entretuvo con ellas.

#### *Juegos privados.*

Por último, el siglo xiii nos ofrece abundantes testimonios de todas las recreaciones públicas y privadas que se conocieron despues hasta los Reyes Católicos. En él hay memoria de los juegos de *ajedrez* y *damas*, que menciona la *Historia de Ultramar* con los nombres de *escaques* y de *tablas*. La hay de los juegos de *pelota*, de *tejueto*, de *dados*, y otros diferentes que citan las leyes de Partida, y prueban que la nobleza y pueblo se iban aficionando á diversiones mas sedentarias, y que si aquella cazaba menos, este no necesitaba salir en romería para solazarse.

Tal era el estado de Castilla cuando nacieron sus espectáculos, y tal tambien el de Aragon, aunque no havamos hablado particularmente de sus usos y costumbres. Los que conocen su historia saben que los juegos y regocijos de su nobleza y pueblo distaban poco, en el siglo xiii, de los que hemos indicado. Una razon particular hace creer que en este reino se habrian arraigado primero los que vinieron de Oriente, ya porque á las guerras de Ultramar pasaron de sus provincias mayor número de aventureros con el conde de Tolosa, que no de España la mayor, y ya por su trato íntimo y frecuente con el país francés, que adoptó mas temprano estas usanzas. La misma causa debió producir los mismos efectos en Navarra, y con menos duda debemos suponer el mismo gusto en Portugal, como que era una astilla recientemente cortada del tronco castellano.

Fuera cosa larga seguir paso á paso el progreso y término de estos espectáculos; pero ya que indicamos su origen general, pide el objeto de este informe que digamos lo que baste para conocer la forma y espíritu de cada uno, y mas aun su influencia política. Porque recoger y apuntar estérilmente los hechos, ni es difícil ni provechoso; reunirlos, combinarlos, y deducir de ellos axiomas y máximas políticas, es lo que mas importa, y lo que solo puede hacer la historia, ayudada de la filosofía.

#### § II.

##### HISTORIA PARTICULAR DE LOS ESPECTÁCULOS.

#### *Caza.*

Aquella notable revolucion en el gusto y las ideas, que iba puliendo los ánimos y templando poco á poco las costumbres, se sintió primero en los pasatiempos conocidos; porque el espíritu humano está siempre mas pronto á mejorar que á criar de nuevo. La caza, usada de tan antiguo como hemos visto, tan recomendada á los príncipes y señores por el rey Sábio (6), en que se



mostró tan entendido Alfonso XI (7), y á que fueron tan aficionados despues Juan II y Enrique IV, de un entretenimiento privado y montaraz, vino á ser una diversion cortesana. Extendido su uso y mejorada su forma, ya los reyes y grandes no salian solos y en privado á correr monte, sino en público, con grande aparato y comitiva, y bizarramente vestidos y armados al propósito. Seguiales gran número de monteros, ballesteros y halconeros, con muchedumbre de perros y neblías: aquellos adornados con galanas libreas, y estos con ricos collares y capirotos. No resonaba solo en los montes, como otro tiempo, el áspero son del cuerno, sino que los llenaba la fiera armonía de atabales, bocinas y trompetas. Ni ya cazaban solo los caballeros y escuderos; que tambien nuestras gallardas matronas, concurriendo á la diversion, la hacian mas agradable y brillante. Seguidas de sus dueñas y doncellas, y bien montadas y ataviadas, penetraban por la espesura y gozaban del fiero espectáculo sin miedo ni melindre. Lo comun era que observasen desde andamios, alzados al propósito, las suertes y lances de la caza, sin que fuese raro ver á las mas varoniles y arriscadas bajar de sus catafalcos á lanzar los halcones, ó talvez á mezclarse, con su venablo en mano, entre los cazadores y las fieras. ¡Tanto podia la educacion sobre las costumbres! Y tanto pudiera todavia si encaminada á mas altos fines, tratase de igualar los dos sexos, disipando tantas ridiculas y dañosas diferencias como hoy los dividen y desigualan.

Estas monterías, que por aparatosas y caras, estaban de suyo reservadas á los poderosos, se hicieron al fin exclusivas para su clase, cuando la legislacion, ampliando los derechos señoriales, colocó entre ellos el dominio de los montes bravos y la facultad exclusiva de perseguir las fieras. No era empero tan fácil llevar esta dominacion hasta los aires y las aves del cielo, y por eso la caza de cetrería hubo de quedar entre los derechos comunales y servir al recreo de todos. Tener un halcon y doctrinarle á lanzarse sobre las tímidas aves, y traerlas á la mano, no requería mas que ingenio y paciencia, y era dado al mas infeliz solariiego. Así fué como esta diversion se hizo general y ordinaria (8), como se perfeccionó mas y mas cada día, y como al fin formó aquel arte admirable (9), en que brillaba tanto el ingenio de los hombres como el rapaz instinto de las aves amaestradas por él.

La memoria de una y otra cacería continúa constantemente por nuestras crónicas hasta dar en los siglos cultos. En el xv estaban aun entrambas en toda su fuerza; pero vinoles al fin su hado, y cayeron entrambas en olvido, cuando de una parte la extension del cultivo y los reglamentos de montes acabaron con los bosques y las fieras; y de otra, cuando la perfeccion de las armas de fuego hizo tan inútiles los alanos y los halcones como las ballestas y catapultas.

#### Torneos.

Pero el valor de nuestros antiguos caballeros, no contento con ejercitarse en los montes, buscó en los poblados y ciudades una escena de lucimiento mas pú-

blica y solemne, y la halló en las justas y torneos. *Bofordar, alanzar y romper tablados* era diversion muy de antes conocida, y aun del torneo se halla memoria en las leyes alfonsinas, no solo como una evolucion de táctica en la guerra, sino como un pasatiempo en la paz. Mas como estas leyes no nombren las justas y torneos entre los juegos públicos, á que no debían concurrir los prelados, de creer es que hubiesen tardado algun tiempo en recibir la forma y el concepto de espectáculos.

Eranlo ya sin duda bajo de Alfonso XI, de quien dice su crónica *que aunque en algun tiempo estidiese sin guerra, siempre cataba en cómo se trabajase en oficio de caballería, faciendo torneos, el poniendo tablas redondas, et justando*. Acaso en esto, no menos parte que el gusto, tuvo la política de aquel monarca, que siempre pugnó por volver los nobles al gusto y ejercicio de las armas. Las turbulencias de las dos últimas tutorías habian corrompido sus ánimos, y convirtiendo el espíritu militar en espíritu de intriga y de partido, los habian dividido, y hécholos, mas que fieles y guerreros, faccionarios y revoltosos. Para unirlos, para elevar sus ánimos, fondó el Rey la orden de caballería de la Banda, en la cual á las fórmulas monacales que se introdujeron en los institutos de las otras, sustituyó las del amor y cortesania, mezclando y templando los preceptos militares con los de la galanteria. Esta institucion y las solemnes coronaciones que el mismo príncipe y su nieto Juan I celebraron en Búrgos, donde en medio del mas brillante aparato y de una prodigiosa concurrencia fueron armados tantos caballeros naturales y extranjeros, fueron lidiadas tantas justas y torneos, y fueron admirados tantos convites y fiestas y alegrías, acabaron de fijar y refinar el gusto caballeresco.

Desde entonces los torneos fueron la primera diversion de las cortes y ciudades populosas, y con ellos se celebraron las ocasiones mas señaladas de regocijo público: coronaciones y casamientos de reyes, bautismos, juras y bodas de príncipes, conquistas, paces y alianzas, recibimientos de embajadores y personajes de gran valía, y aun otros sucesos de menor monta, ofrecían á la nobleza, siempre propensa á lucir y ostentar su bizarría, frecuentes motivos de repetirlos. Con el tiempo se solemnizaron tambien con torneos las fiestas eclesiásticas (10), y al fin llegaron á celebrarse por mero pasatiempo; pues de una de estas fiestas, dispuesta en Valladolid por el condestable don Alvaro de Luna, en que justó de aventurero Juan II, da noticia muy individual la crónica de aquel infeliz valido (cap. 32).

Creciendo la aficion á este regocijo, crecieron tambien su pompa y el número de combatientes presentados á él. Hubo torneo de quince á quince, de treinta á treinta, de cincuenta á cincuenta, y aun de ciento á ciento; que tantos caballeros lidiaron en las fiestas con que fué celebrada en Zaragoza la coronacion del buen infante de Antequera.

Lidiábase en los torneos á pié y á caballo, con lanza ó con espada (11), en liza ó en campo abierto, y con variedad de armaduras y de formas. La justa era de ordinario una parte del espectáculo, á veces separada,

y siempre mas frecuente, como que necesitaba de menor aparato y número de combatientes. Distingúase del torneo en que este figuraba una lid en torno de muchos con touchos, y aquella una lid de encuentro de hombre á hombre. Y otro tanto se puede decir de los juegos de caña y sortija, porque estas diversiones, juntas ó separadas, admitían un mismo ceremonial y unas mismas leyes (12) con mas ó menos pompa, segun el lugar y la ocasion con que se celebraban.

Pero en todas brillaba el espíritu de galantería que las engrandeció, y fué haciendo mas espectables desde que empezaron á concurrir á ellas las damas. Las matronas y doncellas nobles no asistían como simples espectadores, sino que eran consultadas para la adjudicacion de los premios, y eran tambien las que por su mano los entregaban á los combatientes. No habia caballero entonces que no tuviese una dama á quien consagrar sus triunfos, ni dama que no graduase por el número de ellos el mérito de un caballero. Desde entonces ya nadie pudo ser enamorado sin ser valiente, nadie cobarde sin el riesgo de ser infeliz y desdenado. Y cuando el lujo introdujo en estos juegos otra especie de vanidad, abriendo á la riqueza un medio de ocultar entre el esplendor de sus galas las menguas de la gallardía, el ingenio entró en otra mas noble competencia, llegando algunas veces con la agudeza de sus motes y divisas adonde no podia rayar la riqueza con todos sus tesoros.

Asi se engrandeció este espectáculo. La idea que hoy conservamos de él es ciertamente muy mezquina y distante de su magnificencia, pero crece al paso que se levanta la consideracion á sus circunstancias. Porque ¿quién se figurará una anchísima tela pomposamente adornada y llena de un brillante y numerosísimo concurso; ciento ó doscientos caballeros ricamente armados y guarnidos, partidos en cuadrillas y prontos á entrar en lid, el séquito de padrinos y escuderos, pajes y palafreneros de cada bando; los jueces y fieles presidiendo en su catafalco para dirigir la ceremonia y juzgar las suertes; los farantes corriendo acá y allá para intimar sus órdenes, y los tañedores y menestresiles alegrando y encendiendo con la voz de sus añiles y tambores; tantas plumas y penachos en las cineras, tantos timbres y emblemas en los pendones, tantas empresas y divisas y letras amorosas en las adargas; por todas partes giros y carreras, y arrancadas y huidas; por todas choques y encuentros, y golpes y lances de lanza, y peligros y caídas y vencimientos? Quién, repito, se figurará todo esto, sin que se sienta arrebatado de sorpresa y admiracion? Ni ¿quién podrá considerar aquellos valientes paladines ejercitando los únicos talentos que daban entonces estimacion y nombradía en una palestra tan augusta, entre los gritos del susto y del aplauso, y sobre todo, á vista de sus rivales y sus damas, sin sentir alguna parte del entusiasmo y la palpitacion que herviria en sus pechos, aguijados por los mas poderosos incentivos del corazon humano, el amor y la gloria?

Por eso, cuando Jorge Manrique, deplorando la muerte de su padre, el maestro de Santiago, recordaba el esplendor y la grandeza de la corte en que don Ro-

drigo pasara su juventud, prorrumpe en estas tan sentidas palabras:

¿Qué se hizo el rey don Juan?  
Los infantes de Aragon  
¿Qué se hicieron?  
¿Qué fué de tanto galán?  
¿Qué fué de tanta invencion  
Como trujeron?  
Las justas y los torneos,  
Paramentos, bordaduras  
Y rimeras,  
¿Fueron sino devaneos?  
¿Que fueron sino verduras  
De las eras?  
¿Qué se hicieron las damas,  
Sus tocados, sus vestidos,  
Sus olores?  
¿Qué se hicieron las llamas  
De los fuegos encendidos  
De amadores?  
¿Qué se hizo aquel trovar,  
Las músicas acordadas  
Que tañian?  
¿Qué se hizo aquel danzar  
Y aquellas ropas chapadas  
Que traian?

Aquella, en efecto, fué la época en que mas brillaron el esfuerzo y la galantería castellana. Juan II, á imitacion de su tatarabuelo, fué muy dado á estas diversiones, presentándose muchas veces en ellas y logrando mas aplausos que los que desperdiciaba la adulacion. ¿Y quién de nosotros ignora aquella célebre justa que con admiracion de naturales y extranjeros mantuvo el valiente paladin asturiano, Suero de Quiñones, en el paso del puente de Orbigo, famoso por este suceso, y de la cual cantó otro poeta:

Aun dura en la comarca la memoria  
De tanta lid, y la cortante reja  
Descubre aun por los vecinos campos  
Pedazos de las picas y morriones,  
Petos, caparazones y corazas,  
En los tremendos choques quebrantados.

Con varia suerte continuó este espectáculo hasta el siglo anterior. Habíanse prohibido los concilios, privando á los que morían en él de sepultura eclesiástica, y aun los reyes de Francia vedaron los torneos fuera de la corte. Pero la prohibicion de los cánones, que no aparece en nuestra disciplina nacional, se entendió de aquellos torneos y justas que los franceses llamaban *à fer emoulu* (que pudiéramos traducir á *casquillo quitado*), porque en ellos el riesgo de muerte era próximo. Aun la que se hizo en Francia es atribuida por el presidente Hainault á la política de sus reyes, que querían atraer los nobles á la corte. Ello es que entre nosotros corrieron sin tropiezo, hasta que ridiculizadas las ideas caballerescas por la obra inmortal de Cervantes, y mas aun por el abatimiento en que cayó la nobleza á fines de la dinastía austriaca, acabaron del todo estos espectáculos, perdiendo el pueblo uno de sus mayores entretenimientos, y la nobleza uno de los primeros estímulos de su elevacion y carácter.

¿Y por qué no lo miráremos como una pérdida? Sin duda que á los ojos de la moderna cultura desaparece toda la ilusion de este espectáculo, y que nada se ve en los torneos que no huelva á ignorancia y barbarie;



pero sin aprobar lo que podia haber en ellos de bárbaro y brutal (13), ¿qué nombre darémos á esta comen-  
 zón de critica, que perdiendo de vista las costumbres  
 y los tiempos, no sabe descubrir aquel secreto vínculo  
 que tan poderosamente los enlaza? Pues ¡qué! cuando la  
 nobleza, encargada de la defensa pública, formaba  
 nuestra caballería; y en ella el mas poderoso nervio de  
 nuestras huestes; cuando se lidiaba de hombre á hom-  
 bre y cuerpo á cuerpo, y cuando la táctica de los  
 campos era exactamente la misma que la de las lizas,  
 ¿podrémos mirar como ajeno de la educacion de la  
 nobleza un ejercicio tan conforme á su profesion y á  
 sus deberes? ¡Rara contradiccion por cierto! Censu-  
 ramos como bárbaros el espíritu y bizarría de la antigua  
 nobleza, y baldonamos á la nobleza actual por haberlos  
 perdido! Seamos mas justos; y si aplaudimos el des-  
 tierro de aquel furor que reinaba en los torneos, dolá-  
 monos á lo menos de no haber acertado á mejorarlos;  
 dolámonos de no haber subrogado cosa alguna á un es-  
 peáculo tan magnífico, tan general y tan gratuito.  
 ¿Hay por ventura algo que se le parezca en nuestras  
 ruines, exclusivas y compradas fiestas? Hay alguna  
 que tenga la mas pequeña relacion ó la mas remota  
 influencia (se entiende provechosa) en la educacion  
 pública?

#### Toros.

Ciertamente que no se citará como tal la lucha de  
 toros, á que nos llaman ya la materia y el orden de este  
 escrito. Las leyes de Partida la cuentan entre los es-  
 peáculos ó juegos públicos. La 57, tit xv, part. 1, la  
 menciona entre aquellas á que no deben concurrir los  
 prelados. Otra ley (la 4.<sup>a</sup>, part. vii, tit. *De los enfama-*  
*dos*) puede hacer creer que ya entonces se ejercitaba este  
 arte por personas viles, pues que coloca entre los in-  
 fames á los que lidian con fieras bravas por dinero. Y  
 si mi memoria no me engaña, de otra ley ú ordenanza  
 del fuero de Zamora se ha de deducir que hacia los  
 fines del siglo xiii habia ya en aquella ciudad, y por  
 consiguiente en otras, plaza ó sitio destinado para ta-  
 les fiestas.

Como quiera que sea, no podemos dudar que este  
 fuese tambien uno de los ejercicios de destreza y valor  
 á que se dieron por entretenimiento los nobles de la  
 edad media. Como tales los hallamos recomendados  
 mas de una vez, y de ello da testimonio la crónica del  
 conde de Buena. Hablando su cronista del valor con  
 que este paladin, tantas veces triunfante en las justas  
 de Castilla y Francia, se distinguió en los juegos cele-  
 brados en Sevilla para festejar el recibimiento de Enri-  
 que III cuando pasó allí desde el cerco de Gijón, «A al-  
 gunos, dice, corrian toros, en los cuales non fué  
 ninguno que tanto se esmerase con ellos, así á pié  
 como á caballo, esperándolos, poniéndose á gran peli-  
 gro con ellos, é haciendo golpes de espada tales, que  
 todos eran maravillados (14).»

Continuó esta diversion en los reinados sucesivos,  
 pues la hallamos mencionada entre las fiestas con que  
 el condestable señor de Escalona celebró la presencia  
 de Juan II cuando vino por la primera vez á esta  
 gran villa, de que le hicieron merced.

Andando el tiempo, y cuando la renovacion de los  
 estudios iba introduciendo mas luz en las ideas y mas  
 humanidad en las costumbres, la lucha de toros empezó  
 á ser mirada por algunos como diversion sangrienta y  
 bárbara. Gonzalo Fernandez de Oviedo (15) pondera  
 el horror con que la piadosa y magnífica Isabel la Cató-  
 lica vió una de estas fiestas, no sé si en Medina del  
 Campo. Como pensase esta buena señora en proscribir  
 tan feroz espectáculo, el deseo de conservarle sugirió  
 á algunos cortesanos un arbitrio para aplacar su dis-  
 gusto. Dijéronla que envainadas las astas de los toros  
 en otras mas grandes, para que vueltas las puntas  
 adentro se templase el golpe, no podria resultar herida  
 penetrante. El medio fué aplaudido y abrazado en aquel  
 tiempo; pero pues ningun testimonio nos asegura la  
 continuacion de su uso, de creer es que los cortesanos,  
 divertida aquella buena señora del propósito de dester-  
 rar tan arriesgada diversion, volvieron á disfrutarla con  
 toda su fiereza.

La afición de los siguientes siglos, haciéndola mas  
 general y frecuente, le dió tambien mas regular y es-  
 table forma. Fijándola en varias capitales, y en plazas  
 construidas al propósito, se empezó á destinar su pro-  
 ducto á la conservacion de algunos establecimientos  
 civiles y piadosos. Y esto, sacándola de la esfera de un  
 entretenimiento voluntario y gratuito de la nobleza,  
 llamó á la arena cierta especie de hombres arrojados,  
 que doctrinados por la experiencia y animados por el  
 interés, hicieron de este ejercicio una profesion lucra-  
 tiva, y redujeron por fin á arte los arrojados del valor y los  
 ardidés de la destreza. Arte capaz de recibir todavía  
 mayor perfeccion si mereciese mas aprecio, ó si no re-  
 quiriérase una especie de valor y sangre fria, que rara  
 vez se combinarán con el bajo interés.

Así corrió la suerte de este espectáculo, mas ó menos  
 asistido ó celebrado segun su aparato, y tambien segun  
 el gusto y genio de las provincias que le adoptaron,  
 sin que los mayores aplausos bastasen á librarle de al-  
 guna censura eclesiástica, y menos de aquella con que  
 la razon y la humanidad se reunieron para condenarle.  
 Pero el clamor de sus censores, lejos de templar,  
 irritó la afición de sus apasionados, y parecia empeñar-  
 los mas y mas en sostenerle, cuando el celo ilustrado  
 del piadoso Carlos III le proscribió generalmente, con  
 tanto consuelo de los buenos espíritus, como senti-  
 miento de los que juzgan de las cosas por meras apa-  
 riencias.

Es por cierto muy digno de admiracion que este pun-  
 to se haya presentado á la discusion como un proble-  
 ma difícil de resolver. La lucha de toros no ha sido ja-  
 más una diversion, ni cotidiana, ni muy frecuentada,  
 ni de todos los pueblos de España, ni generalmente  
 buscada y aplaudida. En muchas provincias no se co-  
 noció jamás, en otras se circunscribió á las capitales,  
 y donde quiera que fueron celebrados, lo fué solamente  
 á largos periodos, y concurriendo á verla el pueblo de  
 las capitales y de tal cual aldea circunvecina. Se pudo  
 por tanto calcular que de todo el pueblo de España ape-  
 nas la centésima parte habrá visto alguna vez este es-  
 peáculo. ¿Cómo pues se ha pretendido darle el título  
 de diversion nacional?

Pero si tal quiere llamarse porque se conoce entre nosotros de muy antiguo; porque siempre se ha concurrido á ella, y celebrado con grande aplauso; porque ya no se conserva en otro pais alguno de la culta Europa, ¿quién podrá negar esta gloria á los españoles que la apetezcan? Sin embargo, creer que el arrojo y destreza de una docena de hombres, criados desde su niñez en este oficio, familiarizados con sus riesgos, y que al cabo perecen ó salen estropeados de él, se pueden presentar á la misma Europa como un argumento de valor y bizarría española, es un absurdo. Y sostener que en la prosperidad de estas fiestas, que por otra parte puede producir grandes bienes políticos, hay el riesgo de que la nacion sufra alguna pérdida real, ni en el orden moral ni en el civil, es ciertamente una ilusion, un delirio de la preocupacion. Es pues claro que el Gobierno ha prohibido justamente este espectáculo, y que cuando acabe de perfeccionar tan saludable designio, aboliendo las excepciones que aun se toleran, será muy acreedor á la estimacion y á los elogios de los buenos y sensatos patricios.

#### *Fiestas palacianas.*

No merece por cierto tan amarga censura otra diversion coetánea de los juegos del circo y de la liza, y harto mas racional que entrambas; esto es, los convites, saraos y fiestas palacianas. Aunque sin el apoyo de ejemplos y autoridades contemporáneos, nos atrevemos á reducirlas al origen y época comun, y á hacerlas subir hasta el siglo xii, en que era ya conocida la danza noble, y en que la música, introducida en los palacios, empezaba á servir al solaz de los príncipes y grandes señores (16).

Estos regocijos, mas privados, aunque muy concurridos, eran un accesorio de las fiestas públicas, y tan de ordinario las seguian, que nunca se echaban de menos en lo que entonces se llamaba *grandes alegrías*, y hacian la mejor parte de ellas.

Acabado el torneo, la justa ó la corrida de monte, los combatientes se juntaban á comer y departir en comun, ya en el palacio ó castillo del mantenedor de la fiesta, ya en las tiendas ó salas levantadas al propósito. Con ellos concurrían tambien las damas, prelados y caballeros que habian asistido al espectáculo, todos vestidos en gran gala (a), y seguidos de numerosas enadrillas de trovadores y juglares, menestres y tañedores de instrumentos. Ricos paños de oro y seda y brocados adornaban las salas, gran copia de cirios y antorchas las alumbraban, y los metales y piedras preciosas lucian tanto mas en los aparadores y vajillas, cuanto eran entonces mas raros. En fin, era en todo magnifico, segun las circunstancias de los tiempos, y el garbo y facultades del dueño de la fiesta.

En estas galantes asambleas, la conversacion, toda de armas y amores, corria de ordinario por los lances de la pasada fiesta y por los objetos á que iban consagrados; y dando materia á los aplausos y á las disculpas, y premiando ó consolando á los combatientes, los

hacian mas dichosos ó menos infelices. La música, que ayudada de la poesia y el canto, alternaba con la conversacion ó la cubria, tampoco sonaba sino amores y hazañas, y en ella los trovadores ó poetas líricos del tiempo pugnaban por ostentar su estro y entusiasmo, ya levantando al cielo las proezas del valor, ya los encantos de la hermosura. En medio de tanta alegría se servia la cena, siempre abundante y espléndida, y aun se puede decir que siempre delicada, si se atiende á la complexion y al hábito de vida de unos convidados que no podian echar menos la variedad de manjares y condimentos con que el arte de cocina se acomodó despues á la degradacion de las fuerzas y de los paladares. A todo sucedia y ponía fin el baile, que alternando con la conversacion y con la musica, se prolongaba, como en nuestros dias, por la alta noche. Danzábase ya entonces entre damas y caballeros; danzábase de uno á uno ó de mas á mas, y se danzaban bailes de enlace y maestría, en que la moda, á lo que se puede colegir de sus varios nombres y tonos, iba introduciendo cada dia nuevos artificios y usanzas extranjeras. Que tambien entonces como ahora, y en esto como en mas graves cosas, los hombres, siempre instables y livianos, miraban con hastío lo conocido, y se perecian por lo raro y lo nuevo.

Pero en medio de esta liviandad, tan propia de nuestra condicion, observemos el gran paso dado, al favor de las fiestas palacianas, hácia la cultura del espíritu, y cómo fueron haciendo á los hombres mas sociables, mas sensibles, y cómo poco á poco los fueron guiando hácia los tranquilos y honestos placeres de la buena compañía. En ellas los caballeros, olvidada su ferocidad, y los riesgos y los odios del combate, entraban á distinguirse en una nueva palestra de ingenio y galantería. Allí ya no brillaba la riqueza con su lujo y sus galas, si la urbanidad y delicadeza del trato no la sostenian, ni el imperio de la hermosura dejaba de necesitar para conservarse del chiste y la agudeza. Y el valor brutal, la grosera ostentacion, la fria, muda é insignificante belleza quedaban deslucidos en unas concurrencias donde reunidos los hombres, y comparados por las dotes del ánimo, la excelencia y la palma era siempre adjudicada por la justicia á las sublimes gracias del ingenio.

#### *Juegos escénicos.*

Acaso fué necesaria esta preparacion para que los españoles gustasen del incomparable placer que les estaba guardado en los juegos escénicos, de que ahora vamos á hablar. Su historia no es menos curiosa que la de las diversiones caballerescas. Dejamos indicado su origen en la representacion de los misterios; pero estas farsas sagradas no podian saciar la curiosidad de un siglo que habia combinado ya la religion con la marcialidad, y la devocion con la galantería. Fuéronse poco á poco introduciendo en ellas asuntos y personajes ridiculos, y al fin se redujo el espectáculo á acciones, chocarrerías y danzas del todo profanas. Una ley de Partida prueba que esta mezcla empezó muy temprano, y sus palabras son demasiado notables y oportunas al propósito para que no merezcan la atencion de la Academia. «Nin deben (dice la ley 34, tit. vi, part. i,

(a) De gran gala, diría mejor, sin incurrir en un galicismo indisculpable; pero respetamos las ediciones anteriores, aunque á veces dudemos de su exactitud.



hablando de los clérigos) ser facedores de juegos de escarnios, porque los vengan á ver gentes como se hacen. E si otros homes los ficieren, non deben los clérigos hi venir, porque facen hi muchas villanías é desaposturas. Nin deben otrosí estas cosas facer en las eglesias, antes decimos que los deben echar dellas deshonradamente... Pero representacion hay que puedan los clérigos facer, así como de la nascenciade nuestro Señor Jesueristo, en que muestra cómo el ángel vino á los pastores, é cómo les dijo cómo era nascido Jesueristo. E otrosí de su aparicion, cómo los Reyes Magos le vinieron á adorar, é de su resurreccion, que muestra que fué crucificado, é resucitó al tercero dia. Tales cosas como estas, que nueven al ome á facer bien é á haber devocion en la fe, puédenlas facer; é demás, porque los omes hayan remembranza que segun aquellas fueron las otras fechas de verdad. Mas esto deben facer apuestamente é con muy gran devocion, é en las cibdales grandes, donde hobiere arzobispos ó obispos, é con su mandado de ellos, ó de los otros que tovierén sus veces, é non lo deben facer en las aldeas nin en los logares viles, nin por ganar dineros con ellas.»

Esta notable ley nos ofrece las siguientes inducciones: primera, que á la mitad del siglo xiii habia ya representaciones de objetos religiosos y profanos; segunda, que se hacian por sacerdotes y por legos; tercera, que se hacian en las iglesias y fuera de ellas; cuarta, que no solo se hacian por meros apasionados, sino tambien por gentes de profesion, que sin duda vivian de ello, y á quienes declara infames otra ley coetánea, que ya hemos citado.

La rudeza de la poesía, y la falta de cultura de aquella época, unida á la esterilidad de los mismos objetos, debieron retardar la perfeccion de este espectáculo, y hacer que en él la ridiculidad del vestido, la descomposura de la accion y el gesto, la desenvoltura de las danzas y movimientos; en suma, lo que el sábio legislador llama *villanías y desaposturas* supliesen la falta de invencion y propiedad de chiste y agudeza en las composiciones. De aquí nacieron sin duda aquellos extravagantes personajes de que se halla mencion en nuestras antiguas memorias pertenecientes al arte mimica, y mezclados en las representaciones sagradas: los *zaharrones y remedadores*, que declara infames la ley de la partida vii, antes citada; los *juglares y juglaresas*, tachados con las mismas notas en otras leyes, y particularmente distinguidos en ellas de los que tienen instrumentos y cantan por facer placer á sí mismos ó á sus amigos, ó por dar solaz á los reyes ú otros grandes señores; las *mayas y diablillos*, cuya entrada en la iglesia prohibe una ley de las capitulares de Santiago, por la indecencia de sus danzas y truhanadas; y otras especies de *moharrillas y botargas*, igualmente empleadas en tan rudos espectáculos.

Pero estos débiles é imperfectos ensayos de nuestra dramática recibieron alguna mejora cuando empezó á cultivarse con mas método la poesía vulgar, hácia la entrada del siglo xv, en que la corte de Aragon, alegre y galante cual ninguna, se dió á ejercitarla y protegerla bajo el nombre de *gaya ciencia*, y en que la de Castilla

la vió reducida á arte por el célebre don Enrique de Villena, y llevada á tan alto punto por el marqués de Santillana, Juan de Mena y Jorge Manrique. Entonces las *églogas* y *villancescas*, puestas en accion, y los *decires* y *diálogos*, especies todas de breves y mal formados dramas, se mezclaban á los festines de la nobleza y los hacian mas plausibles. El libro de las coronaciones de Jerónimo Blancas, el titulado *Cuestion de amor*, los orígenes de la poesía castellana, los antiguos cancioneros, y otras obras llenas de estos ejemplos, nos excusan la importunidad de las citas. Bástenos decir que á los fines de aquel siglo teniamos ya en la *Celestina* un drama, aunque incompleto, que presenta no pocas bellezas de invencion y de estilo, dignas del aprecio, si no de la imitacion de nuestra edad. Tal es el origen de nuestra escena profana.

### Sagrados.

Mas entre tanto que así nacia y se criaba, y se desviaba de tan sencillos y humildes principios, la representacion de los misterios, á la sombra de su piadoso objeto, se iba alzando con la estimacion y el aplauso de la nacion. Los cuerpos mas respetables, consejos y chancillerías, audiencias y ayuntamientos, cabildos y prelados eclesiásticos, y hasta las comunidades religiosas, los veian con aficion y pagaban con generosidad, asistiendo á ellos en ceremonia en las ocasiones mas solemnes. Algunas veces estas representaciones se confundian con el culto eclesiástico, y celebraban en medio de las mismas procesiones (17). Y por fin, se hizo tan general este gusto, que hasta en los pueblos mas reducidos se representaban los autos por la fiesta del Córpus, de donde les vino el título de sacramentales. De lo cual hay un curioso testimonio en la historia de *Don Quijote*, donde elogiando el cabrero Pedro las habilidades del infeliz Grisóstomo, «olvidábaseme de decir, dice, como Grisóstomo el difunto fué grande hombre de componer coplas, tanto, que él hacia los *villancicos* para la noche del nacimiento del Señor, y los *autos para el dia de Dios*, que los representaban los mozos de nuestro pueblo, y todos decian que eran por el cabo.»

En medio de los mayores progresos de nuestra dramática, se conservó esta supersticiosa costumbre hasta nuestros dias, en que los llamados *autos sacramentales* fueron abolidos del todo. Y sin duda que lo fueron con gran razon, porque el velo de piedad que los recomendó en su origen, no bastaba ya á cubrir, en tiempos de mas ilustracion, las necesidades é indecencias que malos poetas y peores farsantes introdujeran en ellos, con tanto desdoro de la santidad de su objeto como de la dignidad de los cuerpos que los veian y toleraban.

### Profanos.

Harto mas oscura parece la historia de nuestra escena profana, y harto mas incierta la época de su establecimiento permanente. Hay quien le fije en la entrada del siglo xvi, para hacerle coetáneo de la musa dramática de Naharro, y quien le atrase hasta el reinado de Felipe II, para encontrarse con Lope de Rueda, comunmente tenido por padre y restaurador de nuestro teatro. Nosotros, cuidando mas de presentar hechos que de hacer

inducciones, dejáremos á los críticos el cuidado de ilustrar mas de propósito este curioso punto de nuestra historia literaria.

Sin duda que la *Celestina*, las comedias de Naharro y las tragedias de Fernan Perez de Oliva prueban que el buen gusto dramático rayó muy temprano entre nosotros. Es bien sabido que la primera fué escrita en el siglo xv, aunque continuada y acabada mucho despues, y que Bartolomé de Torres Naharro publicó su *Propaladia* en Roma bajo de Leon X, protector de toda buena literatura. Acaso allí escribió tambien su *Agamenon* y su *Hécuba* el maestro Oliva, que estuvo asimismo en la familia y en el favor de aquel Mecénas. Mas aunque las comedias de Naharro fueron representadas con mucho aplauso en Nápoles, donde pudieron verlas y admirarlas tantos ilustres españoles como llevaba entonces la guerra por aquellas partes, no sabemos que ni ellas, ni la *Celestina*, ni las tragedias de Oliva hubiesen subido jamás á nuestras tablas; y la imperfeccion en que permaneció nuestra escena por mucho tiempo hace creer que no era capaz todavia de tanta cultura y artificio.

Sea como fuere, los testimonios que acreditan su establecimiento á los fines del siglo xv parecen claros y positivos. Agustín de Rojas dice expresamente, en su *Viaje entretenido, que los Reyes Católicos, conquistada Granada, fundaron la comedia y la Inquisicion*. Y en otro lugar, que la comedia empezaba en España cuando Colon descubria las Indias y Córdoba conquistaba el reino de Nápoles. En efecto, por el mismo autor y por otras memorias consta que Juan de la Encina, que en la bodega de los mismos reyes habia compuesto y representado una muy ingeniosa pastoral, compuso despues tres églogas ó dramas pastorales, y los representó al almirante de Castilla y á la duquesa del Infantado; que en 1526 tenia ya el hospital de Valencia coliseo y casa de comedias de su propiedad; que en 1534 se publicó la pragmática de trajes, contenida en la ley 1.<sup>a</sup> tit. xn, lib. vii de la *Nueva Recopilacion*, comprendiendo expresamente á los comediantes de ambos sexos, músicos y demás personas que asistian en el teatro á cantar y tañer; que en 1548 se representó en Valladolid al principe don Felipe una comedia del Ariosto con muy lucidas decoraciones, de que da noticia Calvete de Estella en el viaje de aquel principe, y finalmente, que el célebre Antonio Perez habia visto tambien muchas representaciones anteriores á las de Lope de Rueda, segun se colige de una de sus cartas, escrita en París.

Con todo, por mas decisivos que sean estos hechos para probar la continuacion de nuestra escena desde el reinado de don Fernando y doña Isabel hasta el de Felipe II, no bastan para privar á aquel célebre comediante de la gloria que le da Miguel de Cervántes. No dice este que Rueda hubiese fundado la comedia, ni de esto se trataba en la conversacion que refiere. Tratábase solo de quién fuese el primero que en España la habia sacado de mantillas, puesto en toldo y vestido de gala y apariencia; y esto es en lo que al parecer da Cervántes la primacia á Lope de Rueda. El lugar de la fama de este autor fué sin duda Madrid, porque Antonio Pe-

rez dice en otra de sus cartas que este comediante era el embeleso de la corte de Felipe II, y la época de su gloria coincide tambien con la entrada del mismo reinado, pues que Cervántes le vió representar siendo muchacho, y precisamente tendria entonces de nueve á diez años, habiendo nacido en 1574.

Ahora bien; analizando las comedias que se conservan de Rueda, y lo que refieren de él y de ellas el mismo Cervántes y Agustín de Rojas, es sin duda que las dejó todavia en mucho atraso. ¿Quién se atreverá á compararlas ni en invencion, ni en disposicion, ni en regularidad con las de Naharro? ¿No se podrá por tanto establecer una distincion entre los talentos del poeta y del representante? Y suponiendo que las composiciones de Rueda fuesen las mejores que salieron á la escena, ¿no se podrá fijar su mérito en la verdad, en el chiste y en la gracia de sus representaciones? Y ¿qué otro se puede, á vista del sencillo y grosero aparato de su escena, cual es descrita por Cervántes?

Así es que los demás accidentes que la fueron ennoblecendo se atribuyen á otros autores. Segun Rojas, Berrio introdujo en ella moros y cristianos; Juan de la Cueva, reyes y principes; Rey de Artieda, encantos y tramoyas, y Per Jodar, santos, apariciones y milagros. El mismo Cervántes, el comendador Vega, Juan Franciseo de la Cueva y Loyola ennoblecieron el estilo, y Lope de Vega, que habia admirado las máquinas, las decoraciones y la música de los teatros de Italia, y cuyo ingenio jamás pudo sufrir la sujecion de los preceptos, llevó por fin la comedia á aquel punto de artificio y gala, en que la ignorancia vió la suma de su perfeccion, y la sana crítica las semillas de la depravacion y la ruina de nuestra escena.

No era por cierto la de Madrid la única en que brillaban los ingenios de aquel tiempo. Sevilla, Valencia, Zaragoza y otras ciudades tenian tambien teatros y representaciones, en nada inferiores á las de Madrid, que apenas elevada á corte permanente, no podia competir en grandeza con tan ricas y populosas ciudades. Pero cuando Felipe III hubo restituido allí el asiento de su trono, que por corto tiempo trasladara á Valladolid; cuando toda la nobleza de su séquito se avecinó á su lado; cuando la ambicion, las artes y el ingenio, buscando su alimento, se colocaron en derredor, entonces la escena se fijó tambien allí permanentemente, y su policia fué arreglada y mejorada segun las ideas del tiempo. Con todo, la preferente inclinacion del Monarca á la diversion de la danza, y su cuidado en aumentar la pompa de otros espectáculos mas populares y devotos, retardaron todavia sus progresos y el momento destinado á su gloria.

Llegó por fin en el reinado de su hijo Felipe IV, llamado por los poetas el Grande, principe jóven, dado á la galanteria, á los placeres y á las musas, que alguna vez se ocupó en hacer comedias y en representarlas, y que las protegió acaso mas apasionadamente de lo que conviniera. Todo se mejoró bajo sus auspicios, y el magnifico teatro que hizo levantar en el Buen-Retiro abrió una escena muy gloriosa á los talentos y á las gracias de aquel tiempo (18). Dirigido por dos hombres insignes, primero el marqués de Eliche, y luego aquel



gran protector de las bellas artes, el almirante de Castilla, no hubo alguna que no llevase sus dones á este templo de la ilusion y del placer. La *música*, reducida primero á la guitarra y al canto de algunas jácaras entonadas por ciegos, admitió ya el artificio de la *armonía*, *cantándose á tres y á cuatro*, y el encanto de la *modulación*, aplicada á la representación de algunos dramas, que del lugar en que mas frecuentemente se oían tomaron el nombre de *zarzuelas*. La *danza* añadió con sus movimientos medidos y locuaces nuevos estímulos á la ilusion y al gusto de los ojos. La *pintura* multiplicó los objetos de esta misma ilusion, dando formas significantes y graciosas á las máquinas y tramos inventadas por la mecánica, y animándolo y vivificándolo todo con la magia de sus colores. Y la *poesía*, ayudada de sus hermanas, desenvolvió sus fuerzas, desplegó sus alas, y vagando por todos los tiempos y regiones, no hubo en la historia ni en la fábula, en la naturaleza ni en la política, acciones y acaecimientos, vicios ó virtudes, fortunas ó desgracias, que no se atreviese á imitar y presentar sobre la escena.

Entonces fué cuando todos los ingenios se ciñeron para buscar en ella su interés ó su aplauso. Los empleos, la profesion y el estado no detenian á ninguno en esta senda de gloria, y animados todos por la proteccion y la recompensa, se vió hasta dónde podia llegar en aquella sazón el talento ayudado de la opinion y del poder. De innumerables dramas que se presentaron á esta competencia, oímos todavía algunos con gran deleite sobre nuestra escena; pero los de Calderon y Moreto, que ganaron entonces la primera reputacion, son hoy, á pesar de sus defectos, nuestra delicia, y probablemente lo serán mientras no desdénemos la voz halagüeña de las musas.

¿Quién creyera que habian de enmudecer casi del todo en el siguiente reinado? Pero la menor edad de Carlos II fué demasiado agitada, triste, supersticiosa, para que pudiese prestar su oído á tan dulces acentos. Se puede decir que en ella la Talía española habia pasado los Pirineos para inspirar al gran Molière, pues entre tanto que Paris admiraba sus divinos dramas, sabemos por testimonio de Candamo, el mas distinguido y menos mal premiado ingenio de aquel tiempo, que á duras penas se formaron en Madrid tres compañías para celebrar las bodas del Monarca; de aquel monarca tan enfermizo de espíritu como de cuerpo, y que hecho por la educacion mas pusilánime, estuvo siempre de parte del bien sin poderle hacer jamás, y amó siempre el teatro sin atreverse á protegerle ni disfrutarle. Pero sin tan buen testigo como Candamo, era fácil adivinar la parte que debió caber á los espectáculos públicos en el desaliento y decadencia general de aquella época.

La que sucedió despues, si muy gloriosa para las artes y las ciencias, no lo fué ciertamente para la escena española. Fuera de algunos bellos dramas con que la enriquecieron Zamora y Cañizares, continuó por largo tiempo en la misma oscuridad y abandono en que la dejó Carlos II. Fuéle muy funesta la generosidad con que Fernando VI protegió y llevó á la mayor pompa la escena italiana, que su padre habia acogido y dado á conocer entre nosotros. Bajo Carlos III el Bueno ganó

algo la música, y mucho la decoracion, rayando mas de una vez la esperanza de que se reformasen las demás partes de este espectáculo. Aun hubo un dichoso instante en que pareció que nuestra escena caminaba ya al mayor esplendor, pero una suerte aciaga detuvo aquel impulso. Competencias, disgustos, persecuciones, tristes accidentes, que quisiéramos borrar de nuestra memoria, volvieron á sepultarla en mayor abandono. Snecivamente se fueron cerrando los teatros de las provincias, y el espectáculo que las habia entretenido casi por el espacio de tres siglos, vino al fin á formar la diversion de tres solas capitales.

Acaso estaba reservada la gloria de reformarle al augusto Carlos IV. ¿Por qué nolo esperaríamos así, cuando el Gobierno vuelve su atencion á un objeto tan descuidado antes de ahora; cuando nos convida á tejer la historia de este importante ramo de policia pública, sin duda para ponerle en la mayor perfeccion? La Academia no puede dejar de concurrir á tan justo y provechoso designio; pero antes de discurrir sobre este punto, examinaremos los dos principales obstáculos que han retardado tan deseada revolucion.

¿En qué puede consistir el encono con que ciertas gentes, al parecer sábias y sensatas, se han empeñado en combatir el teatro desde sus primeros ensayos? No hablemos de las censuras canónicas, solo aplicables á la escena de las antiguas ó á las torpes truhanadas de la media edad (19); hablemos solo de los ataques con que han combatido la escena moderna muchos de nuestros teólogos. Felipe II, sobresaltado con sus clamores, hubo de recurrir á las universidades de Salamanca y Coimbra, sin enya aprobacion hubiera acaso enmudecido la Talía castellana. En tiempo de su hijo solo se salvó de la proscripcion al favor de los reglamentos de policia que reprimieron sus excesos. ¿Con qué vehemencia no declamó contra ellos el padre Mariana, cuando ya no salian mujeres á las tablas? Con qué calor no se encendieron de nuevo las disputas teológicas en los reinados de Felipe IV, de Carlos II y del presente siglo? El problema parece indeciso aun en nuestros días, y mientras el Gobierno se convierte á mejorar y perfeccionar los espectáculos, hay gentes que se atreven todavía á predicar y escribir que es un grave pecado autorizarlos, consentirlos y concurrir á ellos. ¿En qué consiste, pues, ó de dónde viene tan monstruosa contradiccion? ¿Por ventura la tolerancia y el silencio de la autoridad pública á vista de tan vehementes censuras, puede suponer otra cosa que una íntima conviccion de los vicios que manchan nuestra escena?

Y atendido su estado (seamos imparciales), atendidos su corrupcion y sus defectos, ¿no seria cosa por cierto durísima cerrar la boca á los ministros del altar sobre un objeto que ofende tan abiertamente, no ya los santos y severos principios de la moral cristiana, sino tambien las mas vulgares máximas de la razon y la política? Púrguese de una vez el teatro de sus vicios, restituyase al esplendor y decencia que pide el bien público, y si entonces, cuando ya hubiese callado el celo, resonaren todavía las indiscretas voces de la parcialidad y la preocupacion, la autoridad, que debe cansarse alguna vez de luchar con semejantes obstáculos, haga

valer los derechos que le dan la razón y las leyes para imponerles silencio.

Sin embargo, es preciso confesar que el atraso de la escena y la retardación de su reforma ha consistido mas principalmente en sus defensores y apologistas. Como hay siempre gentes para todo, en cada época de su persecución encontró el teatro campeones que saliesen á la palestra á rechazar los ataques; y como la opinión y el interés de la muchedumbre estuviesen siempre de su parte, jamás hallaron difícil la victoria. De este modo la ignorancia, el mal gusto y la licencia, perpetuados sobre la escena, impusieron silencio al celo y á la ilustración, é hicieron casi imposible el remedio.

Ofenderia yo la sabiduría de la Academia si la creyese de parte de tan necias apologías. ¿Cómo es posible alucinar sobre una cuestión de hecho, en la cual la asistencia de una semana al teatro vale mas que todos los miserables argumentos empleados en su favor, y aun mas tambien que las vagas declamaciones y el fastidioso fárrago de centones y lugares comunes con que los moralistas han combatido lo que no conocieron? Pero los eruditos é imparciales escritores, que despues de analizar nuestros mejores dramas, han señalado y expuesto sencillamente sus grandes defectos, Cervántes, Luzán, Nasarre, Valdeñores, Pensador, Censor, Memorial literario, la Espigadera, y otros muchos que como filósofos, como criticos, ó como políticos trataron este punto, le han puesto al fin fuera de toda controversia, y nos excusan de renovar tan añeja é importuna discusión.

Por lo que á mi toca, estoy persuadido á que no hay prueba tan decisiva de la corrupción de nuestro gusto y de la depravación de nuestras ideas, como la fria indiferencia con que dejamos representar unos dramas en que el pudor, la caridad, la buena fe, la decencia, y todas las virtudes, y todos los principios de sana moral, y todas las máximas de noble y buena educación son abiertamente conculcados. ¿Se cree por ventura que la inocente puericia, la ardiente juventud, la ociosa y regada nobleza, el ignorante vulgo pueden ver sin peligro tantos ejemplos de impudencia y grosería, de ufania y necio pundonor, de desacato á la justicia y á las leyes, de infidelidad á las obligaciones públicas y domésticas, puestos en acción, pintados con los colores mas vivos, y animados con el encanto de la ilusión y con las gracias de la poesía y de la música? Confesémoslo de buena fe: un teatro tal es una peste pública, y el Gobierno no tiene mas alternativa que reformarle ó proscribirle para siempre.

Pero ¿acaso podrá tomar sin riesgo este último partido? Hé aqui otra discusión que no puede evitar la Academia. La nación ha perdido todos sus espectáculos. Ya no hay memoria de los torneos, la hay apenas de los juegos de artificio, han cesado las máscaras, se han prohibido las luchas de toros, y se han cerrado casi todos los teatros; ¿qué espectáculos, pues, qué juegos, qué diversiones públicas han quedado para el entretenimiento de nuestros pueblos? Ningunos.

¿Y es esto un bien ó un mal? Es una ventaja ó un vicio de nuestra policía? Para resolver este problema basta enunciarle. Creer que los pueblos pueden ser felices sin diversiones, es un absurdo; creer que las nece-

sitan y negárselas, es una inconsecuencia tan absurda como peligrosa; darles diversiones, y prescindir de la influencia que pueden tener en sus ideas y costumbres, seria una indolencia harto mas absurda, cruel y peligrosa que aquella inconsecuencia; resulta pues que el establecimiento y arreglo de las diversiones públicas será uno de los primeros objetos de toda buena política. Hé aqui lo que me ocupará en lo restante de esta Memoria.

## SEGUNDA PARTE.

Para exponer mis ideas con mayor claridad y exactitud, dividiré el pueblo en dos clases: una que trabaja y otra que huelga; comprenderé en la primera todas las profesiones que subsisten del producto de su trabajo diario, y en la segunda las que viven de sus rentas ó fondos seguros. ¿Quién no ve la diferente situación de una y otra con respecto á las diversiones públicas? Es verdad que habrá todavía muchas personas en una situación media; pero siempre pertenecerán á esta ó aquella clase, segun que su situación incline mas ó menos á la aplicación ó á la ociosidad. Tambien resultará alguna diferencia de la residencia en aldeas ó ciudades, y en poblaciones mas ó menos numerosas; pero es imposible definirlo todo. No obstante, nuestros principios serán fácilmente aplicables á todas clases y situaciones. Hablemos primero del pueblo que trabaja.

Este pueblo necesita diversiones, pero no espectáculos. No ha menester que el Gobierno le divierta, pero sí que le deje divertirse. En los pocos dias, en las breves horas que puede destinar á su solaz y recreo, él buscará, él inventará sus entretenimientos; basta que se le dé libertad y protección para disfrutarlos. Un dia de fiesta claro y sereno, en que pueda libremente pasear, correr, tirar á la barra, jugar á la pelota, al tejuelo, á los bolos, merendar, beber, bailar y triscar por el campo, llenará todos sus deseos, y le ofrecerá la diversion y el placer mas cumplidos. ¿A tan poca costa se puede divertir á un pueblo, por grande y numeroso que sea!

Sin embargo, ¿cómo es que la mayor parte de los pueblos de España no se divierten en manera alguna? Cualquiera que haya corrido nuestras provincias habrá hecho muchas veces esta dolorosa observación. En los dias mas solemnes, en vez de la alegría y bullicio que debieran anunciar el contento de sus moradores, reina en las calles y plazas una perezosa inacción, un triste silencio, que no se pueden advertir sin admiración ni lástima. Si algunas personas salen de sus casas, no parece sino que el tedio y la ociosidad las echan de ellas, y las arrastran al ejido, al humilladero, á la plaza ó al pórtico de la iglesia, donde, embozados en sus capas, ó al arrimo de alguna esquina, ó sentados, ó vagando acá y acullá, sin objeto ni propósito determinado, pasan tristemente las horas y las tardes enteras sin espaciarse ni divertirse. Y si á esto se añade la aridez é inmundicia de los lugares, la pobreza y desaliño de sus vecinos, el aire triste y silencioso, la pereza y falta de union y movimiento que se nota en todas partes, ¿quién será el que no se sorprenda y entristezca á vista de tan raro fenómeno?



No es de este lugar descubrir todas las causas que concurren á producirle; sean las que fueren, se puede asegurar que todas emanarán de las leyes. Pero sin salir de nuestro propósito no podemos callar que una de las mas ordinarias y conocidas está en la mala policía de muchos pueblos. El celo indiscreto de no pocos jueces se persuade á que la mayor perfeccion del gobierno municipal se cifra en la sujecion del pueblo, y á que la suma del buen orden consiste en que sus moradores se estremezan á la voz de la justicia, y en que nadie se atreva á moverse ni cespitar al oír su nombre. En consecuencia, cualquiera bulla, cualquiera gresca ó algarazza recibe el nombre de asonada y alboroto; cualquiera disension, cualquiera pendencia es objeto de un procedimiento criminal, y trae en pos de sí pesquisas y procesos, y prisiones y multas, y todo el séquito de molestias y vejaciones forenses. Bajo tan dura policía el pueblo se acobarda y entristece, y sacrificando su gusto á su seguridad, renuncia la diversion pública é inocente, pero sin embargo peligrosa, y prefiere la soledad y la inaccion, tristes á la verdad y dolorosas, pero al mismo tiempo seguras.

De semejante sistema han nacido infinitos reglamentos de policía, no solo contrarios al contento de los pueblos, sino tambien á su prosperidad, y no por eso observados con menos rigor y dureza. En unas partes se prohiben las músicas y concerradas, y en otras las veladas y bailes. En unas se obliga á los vecinos á cerrarse en sus casas á la queda, y en otras á no salir á la calle sin luz, á no pararse en las esquinas, á no juntarse en corrillos y á otras semejantes privaciones. El furor de mandar, y alguna vez la codicia de los jueces, ha extendido hasta las mas ruines aldeas reglamentos que apenas pudiera exigir la confusion de una corte; y el infeliz gañan, que ha sudado sobre los terrones del campo y dormido en la era toda la semana, no puede en la noche del sábado gritar libremente en la plaza de su lugar ni entonar un romance á la puerta de su novia.

Aun el país en que vivo, aunque tan señalado entre todos por su laboriosidad, por su natural alegría y por la inocencia de sus costumbres, no ha podido librarse de semejantes reglamentos; y el disgusto con que son recibidos, y de que he sido testigo alguna vez, me sugiere ahora estas reflexiones. La dispersion de su poblacion, ni exige, ni permite por fortuna, la policía municipal, inventada para los pueblos agregados; pero los nuestros se juntan á divertirse en las *romerías*, y allí es donde los reglamentos de policía los signen é importunan. Se ha prohibido en ellas el uso de los palos, que hace aquí necesarios, mas que la defensa, la fragosidad del país; se han vedado las danzas de hombres, se ha hecho cesar á media tarde las de mujeres, y finalmente, se obliga á disolver antes de la oracion las *romerías*, que son la única diversion de estos laboriosos é inocentes pueblos. ¿Cómo es posible que estén bien hallados y contentos con tan molesta policía?

Se dirá que todo se sufre, y es verdad: todo se sufre, pero se sufre de mala gana; todo se sufre, pero ¿quién no teme las consecuencias de tan largo y forzado sufrimiento? El estado de libertad es una situa-

cion de paz, de comodidad y de alegría; el de sujecion lo es de agitacion, de violencia y disgusto; por consiguiente el primero es durable, el segundo expuesto á mudanzas. No basta pues que los pueblos estén quietos; es preciso que estén contentos, y solo en corazonnes insensibles, ó en cabezas vacias de todo principio de humanidad y aun de política, puede abrigarse la idea de aspirar á lo primero sin lo segundo.

Los que miran con indiferencia este punto, ó no penetran la relacion que hay entre la libertad y la prosperidad de los pueblos, ó por lo menos la desprecian, y tan malo es uno como otro. Sin embargo, esta relacion es bien clara y bien digna de la atencion de una administracion justa y suave. Un pueblo libre y alegre será precisamente activo y laborioso, y siéndolo, será bien morigerado y obediente á la justicia. Cuanto mas goce, tanto mas amará el gobierno en que vive, tanto mejor le obedecerá, tanto mas de buen grado concurrirá á sustentarle y defenderle. Cuanto mas goce, tanto mas tendrá que perder, tanto mas temerá el desórden, y tanto mas respetará la autoridad destinada á reprimirle. Este pueblo tendrá mas ansia de enriquecerse, porque sabrá que aumentará su placer al paso que su fortuna. En una palabra, aspirará con mas ardor á su felicidad, porque estará mas seguro de gozarla. Siendo pues este el primer objeto de todo buen gobierno, ¿no es claro que no debe ser mirado con descuido ni indiferencia?

Hasta lo que se llama prosperidad pública, si acaso es otra cosa que el resultado de la felicidad individual, pende tambien de este objeto; porque el poder y la fuerza de un estado no consiste tanto en la muchedumbre y en la riqueza, cuanto y principalmente en el carácter moral de sus habitantes. En efecto, ¿qué fuerza tendria una nacion compuesta de hombres débiles y corrompidos, de hombres duros, insensibles, y ajenos de todo interés, de todo amor público?

Por el contrario, unos hombres frecuentemente congregados á solazarse y divertirse en comun formarán siempre un pueblo unido y afectuoso; conocerán un interés general, y estarán mas distantes de sacrificarle á su interés particular. Serán de ánimo mas elevado, porque serán mas libres, y por lo mismo serán tambien de corazon mas recto y esforzado. Cada uno estimará á su clase, porque se estimará á si mismo, y estimará las demás, porque querrá que la suya sea estimada. De este modo, respetando la jerarquía y el órden establecidos por la constitucion, vivirán segun ella, la amarán y la defenderán vigorosamente, creyendo que se defienden á si mismos. Tan cierto es que la libertad y la alegría de los pueblos están mas distantes del desórden que la sujecion y la tristeza.

No se crea por esto que yo mire como inútil ú opresiva la magistratura encargada de velar sobre el sosiego público. Creo, por el contrario, que sin ella, sin su continua vigilancia, será imposible conservar la tranquilidad y el buen órden. La libertad misma necesita de su proteccion, pues que la licencia suele andar cerca de ella cuando no hay algun freno que detenga á los que traspan sus límites. Pero hé aquí donde pecan mas de ordinario aquellos jueces indiscretos que confunden

la vigilancia con la opresion. No hay fiesta, no hay concurrencia, no hay diversion en que no presenten al pueblo los instrumentos del poder y la justicia. A juzgar por las apariencias, pudiera decirse que tratan solo de establecer su autoridad sobre el temor de los súbitos, ó de asegurar el propio descanso á expensas de su libertad y su gusto. Es en vano: el público no se divertirá mientras no esté en plena libertad de divertirse; porque entre rondas y patrullas, entre corchetes y soldados, entre varas y bayonetas, la libertad se amedrenta, y la tímida é inocente alegría huye y desaparece.

No es ciertamente el camino de alcanzar el fin para que fué instituido el magistrado público. Si es lícito comparar lo humilde con lo excelso, su vigilancia debería parecerse á la del Ser supremo; ser cierta y continua, pero invisible; ser conocida de todos, sin estar presente á ninguno; andar cerca del desórden para reprimirlo, y de la libertad para protegerla; en una palabra, ser freno de los malos y amparo y escudo de los buenos. De otro modo el respetable aparato de la justicia se convertirá en instrumento de opresion, y obrando contra su mismo instituto, alligirá y turbará á los mismos que debiera consolar y proteger.

Tales son nuestras ideas acerca de las diversiones populares. No hay provincia, no hay distrito, no hay villa ni lugar que no tenga ciertos regocijos y diversiones, ya habituales, ya periódicos, establecidos por costumbre. Ejercicios de fuerza, destreza, agilidad ó ligereza; bailes públicos (20), lumbradas ó meriendas, paseos, carreras, disfraces ó mojigangas; sean los que fueren, todos serán buenos é inocentes, con tal que sean públicos. Al buen juez toca proteger al pueblo en tales pasatiempos, disponer y adornar los lugares destinados para ellos, alejar de allí cuanto pueda turbarlos, y dejar que se entregue libremente al esparcimiento y alegría. Si alguna vez se presentare á verle, sea mas bien para animarle que para amedrentarle ó darle sujecion; sea como un padre, que se complace en la alegría de sus hijos, no como un tirano, envidioso del contento de sus esclavos. En suma, nunca pierda de vista que el pueblo que trabaja, como ya hemos advertido, no necesita que el Gobierno le divierta, pero sí que le deje divertirse.

#### *Diversiones ciudadanas.*

Mas las clases pudientes, que viven de lo suyo, que huelgan todos los dias, ó que á lo menos destinan alguna parte de ellos á la recreacion y al ocio, difícilmente podrán pasar sin espectáculos, singularmente en grandes poblaciones. En las pequeñas, compuestas por la mayor parte de agricultores, podrá haber poca diferencia en las costumbres de sus clases. Cada una tiene sus cuidados y pensiones diarias. Los propietarios y colonos, granjeros y asalariados, todos trabajan de un modo ó de otro, y si en los ricos son menos necesarias las tareas de fatiga, tambien el destino de mayor parte de tiempo al sueño, á la comida y al descanso, ó cuando no, á la caza, la conversacion, el juego y la lectura llenan los espacios del dia, é igualan muy exactamente la condicion de unos y otros.

Esta última reflexion es tanto mas exacta, cuanto el exceso de fortuna, que suele hacer apetecibles otras diversiones mas artificiosas, saca frecuentemente á los ricos de los pueblos pequeños y los acerca á las grandes ciudades, donde confundidos en la clase que les pertenece, siguen las costumbres, los usos y las distribuciones de los demás individuos de ella, y desde entonces están colocados en la segunda parte de nuestra division, de que hablaremos ahora.

La influencia de la riqueza, del lujo, del ejemplo y de la costumbre en las ideas de las personas de esta clase, las fuerza, por decirlo así, á una diferente distribucion de su tiempo, y las arrastra á un género de vida blanda y regalada, cuyo principal objeto es pasar alegremente una buena parte del dia. La ociosidad, y el fastidio, que viene en pos de ella, hace necesarias las diversiones, y esta es la verdadera explicacion del ansia con que se corre á ellas en los lugares populosos. Es verdad que una buena educacion seria capaz de sugerir muchos medios de emplear útil y agradablemente el tiempo sin necesidad de espectáculos. Pero suponiendo que ni todos recibirán esta educacion, ni aprovechará á todos los que la reciban, ni cuando aproveche, será un preservativo suficiente para aquellos en quienes el ejemplo y la corrupcion destruyan lo que la enseñanza hubiere adelantado, ello es que siempre quedará un gran número de personas para las cuales las diversiones sean absolutamente necesarias. Conviene pues que el Gobierno se las proporcione inocentes y públicas, para separarlas de los placeres oscuros y perniciosos.

Cuando esta razon no bastase para establecer la necesidad de los espectáculos, otra muy urgente y poderosa aconsejaria su establecimiento, cual es la importancia de retener á los nobles en sus provincias, y evitar esta funesta tendencia que llama continuamente al centro la poblacion y la riqueza de los extremos. Las recientes providencias dadas para alejar de Madrid á los forasteros prueban concluyentemente esta necesidad, pues ciertamente los que se hallaban en la corte sin destino no vinieron en busca de otra cosa que de la libertad y la diversion, que no hay en sus domicilios. La tristeza que reina en la mayor parte de las ciudades echa de sí á todos aquellos vecinos que poseyendo bastante fortuna para vivir en otras mas populosas y alegres, se trasladan á ellas, usando de su natural libertad, la cual, lejos de circunscribir, debe ampliar y proteger toda buena legislacion. Tras ellos van sus familias y su riqueza, causando, entre otros muchos, dos males igualmente funestos: el de despoblar y empobrecer las provincias, y el de acumular y sepultar en pocos puntos la poblacion y la opulencia del Estado, con ruina de su agricultura, industria, tráfico interior y aun de sus costumbres. Veamos pues cuáles son los remedios que se pueden aplicar á estos males.

#### *Maestranzas.*

Entre varios entretenimientos propios para ocupar la nobleza de las ciudades, hay uno mas digno de atencion de lo que comunmente se cree. Hablo de las maes-



tranzas, cuyo instituto, perfeccionado y multiplicado, pudiera producir grandes bienes. Ningun ejercicio tan inocente, tan saludable, tan propio de la educacion de un noble, como el que forma el principal objeto de estos cuerpos. Su gobierno, su policia, su ensenanza metódica, sus regocijos, sus fiestas, no solo ocuparian y entretendrian útilmente á los nobles de las provincias, sino que despertarían hasta cierto punto aquella varonil y bizarra galanteria de nuestros antiguos caballeros, de que apenas ha quedado una débil sombra, y que combinada con las ideas de un siglo mas culto é ilustrado, fuera mas conforme al espíritu y á los deberes de la nobleza.

Sin embargo, las maestranzas, tan protegidas en otro tiempo, han sido muy desfavorecidas en nuestros dias, y desde entonces, sintiendo su decadencia, han perdido ellas mismas gran parte de su disciplina y aun de su decoro. No hay provincia que no esté plagada de maestrantes, cuyo título apenas supone ya otra cosa que el derecho de llevar un uniforme, y entre tanto las capitales van perdiendo hasta la memoria de sus antiguos *manejos, parejas, juegos de cañas, de sortija, de estofermo, de cabezas, de alcancías*, y semejantes. Se ha declamado mucho contra sus fueros y exenciones; pero en todo hay un medio. ¿No es mejor perfeccionar que abolir? El buen agricultor no destruye; dirige y cultiva sus plantas, y saca de cada una todo el fruto que puede.

#### *Academias dramáticas.*

La corte de Parma ha dado en estos últimos tiempos el ejemplo de otra institucion digna de ser imitada entre nosotros. Autorizó una academia dramática, y la dotó con proporcion á los objetos de su instituto, que se dirige á cultivar todos los conocimientos relativos á este importante ramo de la poesia. Esta academia propone asuntos para la composicion de buenos dramas, los juzga rigurosa é imparcialmente, premia los ingenios que mas sobresalen, y finalmente, perfecciona prácticamente y por principios científicos el arte de la declamacion, ejercitándola los académicos por sí mismos en teatros privados.

¿Por qué no pudiera verificarse igual institucion en muchas de nuestras ciudades, y principalmente en la corte? Fuera de la utilidad que produciria en cuanto á la reforma del teatro, de que hablaremos despues, ¿cuán útil y honestamente no ocuparía á nuestros nobles! Cuánto no mejoraría su educacion en lo que pertenece á policia, esto es, en aquella parte en que suelen ser tan insuficientes, si no ya enteramente inútiles, las fórmulas de los pedagogos y preceptores! Estos ejercicios enseñarian á presentarse con despejo, á andar y moverse con compostura, á hablar y gesticular con decoro, á pronunciar con claridad y buena modulacion, y á dar á la expresion aquel tono de sentimiento y de verdad que es el alma de la conversacion, y tan necesario para agradar y persuadir, como raro entre nosotros. Desde él pasarian naturalmente nuestros nobles á cultivar por sí mismos la buena poesia, y para ello las humanidades, y no seria imposible que

andando el tiempo, se convirtiesen estos cuerpos en unas verdaderas academias de buenas letras. ¿Qué ocupacion mas útil, mas agradable pudiera presentarse entonces á las personas nobles y ricas!

#### *Saraos públicos.*

Aunque los saraos ó bailes nobles y públicos no sean acomodables á pequeñas poblaciones, rara ciudad habrá en que no puedan celebrarse algunos con lucimiento y decoro. Dirigidos por personas distinguidas, costeados por los concurrentes, arreglado el precio de los boletines de entrada con respecto á su número y á la exigencia del objeto, y bien establecida su policia, ¿cuán fácil no fuera disponer esta diversion, y repetirla en las temporadas de Navidad y Carnaval, en que la costumbre pide algun regocijo extraordinario! Donde hubiere teatro ó casa de comedias, el magistrado público pudiera franquearle á este fin. Donde no, tampoco faltaria otro edificio, público ó privado, conveniente para el objeto. El magistrado, lejos de desdeñar esta intervencion, debiera prestarse voluntariamente á ella, sin tomar en la diversion mas parte que la necesaria para fomentarla y proteger el decoro y el sosiego del acto, y aun esto sin forma de jurisdiccion ó autoridad, que se avienen muy mal con el inocente desahogo.

#### *Máscaras.*

Tal vez de aqui se podría pasar sin inconveniente al restablecimiento de las máscaras, que así como fueron recibidas con gusto general, tampoco fueron abolidas sin general sentimiento. Aun parece que la opinion pública lucha por restaurarlas, pues que se repiten y toleran en algunas partes, y que fuera menos arriesgado arreglarlas, puesto que la autoridad puede hacer mas cuando dispone que cuando disimula. Una docena de estos bailes, dados entre Navidad y Carnaval, rendirian un buen producto para sostener los espectáculos permanentes en las capitales, así como sucede en algunas de Italia, y señaladamente en Turin. No se diga que las máscaras están prohibidas por nuestras antiguas leyes. Las máscaras y disfraces (24) de que habla una de la *Recopilacion* son de otra especie, y por tales lo están y estarán en todos tiempos y países. Puede haber ciertamente en esta diversion, como en todas, algunos excesos y peligros, pero ninguno inaccesible al desvelo de una prudente policia. Si aun se temieren, permítanse los honestos disfraces, y prohibase solo cubrir el rostro. Cuando haya vigilancia y amor público en los que autorizan estas fiestas, todo irá bien. La licencia y el desórden solo pueden ser alentados por el descuido.

#### *Casas de conversacion.*

Hace tambien gran falta en nuestras ciudades el establecimiento de cafés, ó casas públicas de conversacion y diversion cotidiana, que arreglados con buena policia, son un refugio para aquella porcion de gente ociosa, que como suele decirse, busca á todas horas donde matar el tiempo. Los juegos sedentarios y lícitos de

*naipes, ajedrez, damas y chaquete*, los de útil ejercicio, como trucos y villar, la lectura de papeles públicos y periódicos, las conversaciones instructivas y de interés general, no solo ofrecen un honesto entretenimiento á muchas personas de juicio y probidad en horas que son perdidas para el trabajo, sino que instruyen tambien á aquella porcion de jóvenes que descuidados en sus familias, reciben su educacion fuera de casa, ó como se dice vulgarmente, en el mundo.

#### *Juegos de pelota.*

Los juegos públicos de pelota (22) son asimismo de grande utilidad, pues sobre ofrecer una honesta recreacion á los que juegan y á los que miran, hacen en gran manera ágiles y robustos á los que los ejercitan, y mejoran por tanto la educacion fisica de los jóvenes. Puede decirse lo mismo de los juegos de *bolos, bochas, tejuelo y otros*. Las *corridas de caballos, gansos y gallos*, las *soldadescas* y *comparsas de moros y cristianos*, y otras diversiones generales, son tanto mas dignas de proteccion, cuanto mas fáciles y menos exclusivas, y por lo mismo merecen ser arregladas y multiplicadas. Se elama continuamente contra los inconvenientes de semejantes usos; pero ¿qué objeto puede ser mas digno del desvelo de una buena policia? ¿Rara desgracia por cierto la de no hallar medio en cosa alguna! ¿No le habrá entre destruir las diversiones á fuerza de autoridad y restricciones, ó abandonarlas á una ciega y desenfrenada licencia?

Acaso cuanto he dicho será oído con escándalo por los que miran estos objetos como frívolos é indignos de la atencion de la magistratura. ¿Puede nacer este desden de otra causa que de inhumanidad ó de ignorancia; que de no ver la relacion que hay entre las diversiones y la felicidad pública, ó de creer mal empleada la autoridad cuando labra el contento de los ciudadanos? Llena nuestra vida de tantas amarguras, ¿qué hombre sensible no se complacerá en endulzar algunos de sus momentos?

#### *Teatros.*

Esta reflexion me conduce á hablar de la reforma del teatro, el primero y mas recomendado de todos los espectáculos; el que ofrece una diversion mas general, mas racional, mas provechosa, y por lo mismo el mas digno de la atencion y desvelos del Gobierno. Los demás espectáculos divierten hiriendo fuertemente la imaginacion con lo maravilloso, ó regalando blandamente los sentidos con lo agradable de los objetos que presentan. El teatro, á estas mismas ventajas, que reúne en supremo grado, junta la de introducir el placer en lo mas íntimo del alma, excitando por medio de la imitacion todas las ideas que puede abrazar el espíritu y todos los sentimientos que pueden mover el corazon humano.

De este carácter peculiar de las representaciones dramáticas se deduce que el Gobierno no debe considerar el teatro solamente como una diversion pública, sino como un espectáculo capaz de instruir ó extraviar

el espíritu, y de perfeccionar ó corromper el corazon de los ciudadanos. Se deduce tambien que un teatro que aleje los ánimos del conocimiento de la verdad, fomentando doctrinas y preocupaciones erróneas, ó que desvle los corazones de la práctica de la virtud, excitando pasiones y sentimientos viciosos, léjos de merecer la proteccion, merecerá el odio y la censura de la pública autoridad. Se deduce, finalmente, que aquella será la mas santa y sábia policia de un gobierno que sepa reunir en un teatro estos dos grandes objetos: la instruccion y la diversion pública.

No se diga que esta reunion será imposible. Si ningún pueblo de la tierra, antiguo ni moderno, la ha conseguido hasta ahora, es porque en ninguno ha sido el teatro el objeto de la legislacion, por lo menos en este sentido; es porque ninguno se ha propuesto reunir en él estos dos grandes fines; es porque la escena en los estados modernos ha seguido naturalmente el casual progreso de su ilustracion, y debiéndose al ingenio de algunos pocos literatos, sin que la autoridad pública haya concurrido á ella mas que ocasionalmente. Entre nosotros un objeto tan importante ha estado casi siempre abandonado á la codicia de los empresarios ó á la ignorancia de miserables poetastros y comediantes, y acaso el Gobierno no se hubiera mezclado jamás á intervenir en él, si no le hubiese mirado desde el principio como un objeto de contribucion.

Pero ya es tiempo de pensar de otro modo; ya es tiempo de ceder á una conviccion que reside en todos los espíritus, y de cumplir un deseo que se abriga en el corazon de todos los buenos patriotas: Ya es tiempo de preferir el bien moral á la utilidad pecuniaria, de desterrar de nuestra escena la ignorancia, los errores y los vicios que han establecido en ella su imperio, y de lavar las inmundicias que la han manchado hasta aqui, con desdoro de la autoridad y ruina de las costumbres públicas.

#### MEDIOS PARA LOGRAR LA REFORMA.

##### *1.º En los dramas.*

A dos clases pueden reducirse todos los defectos de nuestra escena: unos que dicen relacion á la bondad esencial de los dramas, y otros á su representacion. Los vicios de la primera, ó pertenecen á la parte poética, esto es, á la perfeccion de los mismos dramas, considerados únicamente como poemas, ó á la parte política, esto es, á la influencia que las doctrinas y ejemplos en ellos presentados pueden tener en las ideas y costumbres públicas. Los de la segunda clase pertenecen, ó á los instrumentos de la representacion, esto es, á las personas y cosas que intervienen en ella, ó á los encargados de dirigirla. De uno y otro hablaré con la distincion y brevedad posible.

La reforma de nuestro teatro debe empezar por el destierro de casi todos los dramas que están sobre la escena. No hablo solamente de aquellos á que en nuestros dias se da una necia y bárbara preferencia; de aquellos que aborta una cuadrilla de hambrientos é ignorantes poetucos, que, por decirlo así, se han levantado con el imperio de las tablas para desterrar de



ellas el decoro, la verosimilitud, el interés, el buen lenguaje, la cortesania, el chiste cómico y la agudeza castellana. Semejantes monstruos desaparecerán á la primera ojeada que echen sobre la escena la razon y el buen sentido; hablo tambien de aquellos justamente celebrados entre nosotros, que algun día sirvieron de modelo á otras naciones, y que la porcion mas cuerda e ilustrada de la nuestra ha visto siempre y ve todavía con entusiasmo y delicia. Seré siempre el primero á confesar sus bellezas inimitables, la novedad de su invencion, la belleza de su estilo, la fluidez y naturalidad de su diálogo, el maravilloso artificio de su enredo, la facilidad de su desenlace, el fuego, el interés, el chiste, las sales cómicas que brillan á cada paso en ellos. Pero ¿qué importa, si estos mismos dramas, mirados á la luz de los preceptos, y principalmente á la de la sana razon, están plagados de vicios y defectos que la moral y la política no pueden tolerar? ¿Quién podrá negar que en ellos, según la vehemente expresion de un crítico moderno, «se ven pintadas con el colorido mas deleitable las solicitudes mas inhonestas; los engaños, los artificios, las perfidias; fugas de doncellas, escalamientos de casas nobles, resistencias á la justicia, duelos y desafíos temerarios, fundados en un falso pundonor; robos autorizados, violencias intentadas y cumplidas, bufones insolentes, y criados que hacen gala y ganancia de sus infames tercerías»? Semejantes ejemplos, capaces de corromper la inocencia del pueblo mas virtuoso, deben desaparecer de sus ojos cuanto mas antes.

Es por lo mismo necesario sustituir á estos dramas otros capaces de deleitar é instruir, presentando ejemplos y documentos que perfeccionen el espíritu y el corazon de aquella clase de personas que mas frecuentará el teatro. Hé aquí el grande objeto de la legislacion: perfeccionar en todas sus partes este espectáculo, formando un teatro donde puedan verse continuos y heroicos ejemplos de reverencia al Ser supremo y á la religion de nuestros padres, de amor á la patria, al Soberano y á la constitucion; de respeto á las jerarquías, á las leyes y á los depositarios de la autoridad; de fidelidad conyugal, de amor paterno, de ternura y obediencia filial; un teatro que presente principes buenos y magnánimos, magistrados humanos é incorruptibles, ciudadanos llenos de virtud y de patriotismo, prudentes y celosos padres de familia, amigos fieles y constantes; en una palabra, hombres heroicos y esforzados, amantes del bien público, celosos de su libertad y sus derechos, y protectores de la inocencia y acérrimos perseguidores de la iniquidad. Un teatro, en fin, donde no solo aparezcan castigados con atroces escarnimientos los caracteres contrarios á estas virtudes, sino que sean tambien silbados y puestos en ridiculo los demás vicios y extravagancias que turban y afligen la sociedad: el orgullo y la bajeza, la prodigalidad y la avaricia, la lisonja y la hipocresía, la supina indiferencia religiosa y la supersticiosa credulidad, la locuacidad é indiscrecion, la ridícula afectacion de nobleza, de poder, de influjo, de sabiduría, de amistad, y en suma todas las manías, todos los abusos, todos los malos hábitos en que caen los hombres cuando salen del

sendero de la virtud, del honor y de la cortesania por entregarse á sus pasiones y caprichos.

Un teatro tal, despues de entretener honesta y agradablemente á los espectadores, iria tambien formando su corazon y cultivando su espíritu; es decir, que iria mejorando la educacion de la nobleza y rica juventud, que de ordinario le frecuenta. En este sentido su reforma parece absolutamente necesaria, por lo mismo que son mas raros entre nosotros los establecimientos destinados á esta educacion. No, nuestro extremo cuidado en multiplicar cierta especie de enseñanzas científicas no basta á disculpar el abandono con que miramos la enseñanza civil; aquella que necesita el mayor número, aun entre los nobles y ricos, y que es tanto mas importante, cuanto mas influjo tiene en el bien general, y sobre todo, en las costumbres públicas.

¿Y por ventura podrémos gloriarnos de las de nuestros poderosos? ¿Dónde están ya su antiguo carácter y virtudes? Demasiado funesta fué para el Estado aquella política ratera, que pretendió labrar el bien público sobre el abatimiento de esta clase. ¿Cuál es el fruto de tan inconsiderado sistema? ¿Fué otro que despojarla de su elevacion, de su magnanimidad, de su esfuerzo y de tantas dotes como la hacian recomendable; que desviarla de los altos lines para que fuera instituida, y entregarla en las garras de la ociosidad y del lujo, para que la devorases y consumieses con su reputacion y sus fortunas?

Bien sé yo que la educacion pública, y señaladamente la de la clase rica y propietaria, necesita otros medios; pero ¿por qué no aprovecharémos uno tan óbvio, tan fácil y conveniente? Y pues que los jóvenes ricos han de frecuentar el teatro, ¿por qué, en vez de corromperlos con monstruosas acciones ó ridículas bufonadas, no los instruiremos con máximas puras y sublimes y con ilustres y virtuosos ejemplos?

Ni este medio dejaria de mejorar la educacion del pueblo, en cuya conducta tiene tanto y tan conocido influjo la de las clases pudientes. Porque ¿de dónde recibiria sus ideas y sus principios, sino de aquellos que brillan siempre á sus ojos, cuya suerte envidia, cuyos ejemplos observa y cuyas costumbres pretende imitar, aun cuando las censura y condena? Fuera de que, siendo el teatro un espectáculo abierto y general, no habrá clase ni persona, por pobre y desvalida que sea, que no le disfrute alguna vez.

Con todo, para mejorar la educacion del pueblo, otra reforma parece mas necesaria, y es la de aquella parte plebeya de nuestra escena que pertenece al cómico bajo ó grosero, en la cual los errores y las licencias han entrado mas de tropel. No pocas de nuestras antiguas comedias, casi todos los entremeses y muchos de los modernos sainetes y tonadillas, cuyos interlocutores son los héroes de la *briba*, están escritos sobre este gusto, y son tanto mas perniciosos, cuanto llaman y aficianan al teatro la parte mas ruda y sencilla del pueblo, deleitándola con las groseras y torpes bufonadas, que forman todo su mérito.

Acaso fuera mejor desterrar enteramente de nuestra escena un género expuesto de suyo á la corrupcion y á la bajeza, é incapaz de instruir y elevar el ánimo de

los ciudadanos. Acaso deberían desaparecer con él los *títeres* y *matachines*, los *palleros*, *arlequines* y *graciosos del baile de cuerda*, las *linternas mágicas* y *zotilimundis*, y otras invenciones, que aunque inocentes en sí, están depravadas y corrompidas por sus torpes accidentes. Porque ¿de qué serviría que en el teatro se oigan solo ejemplos y documentos de virtud y honestidad, si entre tanto, levantando su púlpito en medio de una plaza, predica don Cristóbal de Polichinela su lúbrica doctrina á un pueblo entero, que con la boca abierta oye sus indecentes groserías? Mas si pareciese duro privar al pueblo de estos entretenimientos, que por baratos y sencillos son peculiarmente suyos, purguense á lo menos de cuanto puede dañarle y ahuyirle. La religión y la política claman á una por esta reforma.

No se crea que tanta perfección sea inaccesible á las fuerzas del ingenio. El imperio de la imaginación es demasiado grande, y el de la ilusión demasiado poderoso, para que nos detenga este temor. En las tragedias de los antiguos, tan bellas y sublimes, no había estos afeminados amatorios, que hoy llenan tan fastidiosamente nuestros dramas. Consérvese enhorabuena el amor en la escena, pero sustitúyase el casto y legítimo al impuro y furtivo, y á buen seguro que se sacará mejor partido de esta pasión universal. ¿Acaso será menos violenta, menos agitada, menos interesante y amable cuando se pinte reprimida por las leyes del honor y de la honestidad? Y ¿que los buenos talentos no sabrán instruir y deleitar sin ella? ¿Qué de objetos, agitaciones y sentimientos, qué de revoluciones, acaecimientos y conflictos no presenta el órden natural y moral de las cosas para interesar y mover el corazón humano y conducir los hombres á la virtud y al bien? Los espíritus rectos se deleitan con todo lo que es bello y sublime, los rudos y vulgares con lo que es nuevo y maravilloso. Hé aquí los dos grandes imperios de la razón y la imaginación; las dos fuentes del deleite y la admiración, abiertas al talento, para instruir agradablemente á toda especie de espectadores. Excite el Gobierno los ingenios á cultivarlas con recompensas de honor y de interés, y logrará cuanto quiera.

Los medios no son difíciles. Abrase en la corte un concurso á los ingenios que quieran trabajar para el teatro, y establézcanse dos premios anuales de cien doblones, y una medalla de oro, cada uno para los autores de los mejores dramas que aspiraren á ellos. El objeto de la composición, las condiciones del concurso, el examen de los dramas y la adjudicación de los premios corran á cargo de un cuerpo que renna á las luces necesarias la opinión y la confianza pública. ¿Cuál otro mas á propósito que la real academia de la Lengua, á cuyo instituto toca promover la buena poesía castellana? Penetrado este cuerpo de la importancia del objeto é instruido en cuanto con luce á perfeccionarle, podrá dedicar á él una parte de sus tareas, y desempeñar cumplidamente los deseos del Gobierno y de la nación, haciéndole un servicio tan importante.

Algun año convendrá reducir la cantidad de los premios, y pedir, en lugar de tragedia ó comedia, entremeses, sainetes, letras y música de tonadillas, arreglando en los edictos las condiciones de cada uno de

estos pequeños dramas, para que nada se vea ni oiga sobre nuestra escena en que no resplandezca la propiedad, la decencia y el buen gusto.

Este sería el medio de lograr en poco tiempo algunos buenos dramas. Acaso convendrá tener al principio una prudente indulgencia, porque el espíritu humano es progresivo, el punto de perfección está muy distante, y llegar á él de un vuelo le será imposible. La Academia, honrando con el premio á los mas sobresalientes, deberá elegir los que mas se acercaren á los fines propuestos y juzgarlos dignos de la representación; cuidará de corregirlos, imprimirlos, y pondrá su frente las advertencias que juzgare oportunas, para que así se vayan propagando las buenas máximas y se camine mas prontamente á la perfección.

Fuera del concurso, escriba é imprima el que quisiere sus producciones; pero ningún drama, sea el que fuere, pueda presentarse á la escena, en Madrid ni en las provincias, sin aprobación de la misma Academia; así se cerrará de una vez la puerta á la licencia que ha reinado hasta ahora en materia tan enlazada con las ideas y costumbres públicas.

Si se dudare que tan corto estímulo basta para lograr el alto fin que nos proponemos, reflexiónese que para los talentos grandes consistirá siempre el mayor premio en el aplauso, y que este jamás faltará á las obras sublimes cuando la escena se hubiere purgado, y reinen sobre ella la razón y el buen gusto. ¿Quién sabe lo que puede este resorte? Los aplausos que mereció su *Edipo* mataron de gozo á *Sófocles*, el primero de los trágicos griegos.

## 2.º En su representación.

Perfeccionados así los dramas, restará mejorar su ejecución, cuya reforma debe empezar por los *actores* ó *representantes*. En esta parte el mal está tambien en su colmo. Es verdad que á juzgar por el descuido con que son elegidos nuestros comediantes, debemos confesar que hacen prodigios. ¿Cómo sería de esperar que entre unas gentes sin educación, sin ningún género de instrucción ni enseñanza, sin la menor idea de la teórica de su arte, y lo que es mas, sin estímulo ni recompensa, se hallasen de tiempo en tiempo algunos de tan estupenda habilidad como a miramos en el día? En ellos el genio hace lo mas ó lo hace todo. Pero nótese que tan raros fenómenos se hallan solamente para la representación de aquellos caracteres bajos, que están al nivel ó mas cercanos de su condición, sin que para la de altos personajes y caracteres se haya hallado jamás alguno que arribase á la medianía. La declamación es un arte, y tiene, como todas las artes imitativas, sus principios y reglas, tomados de la naturaleza, donde están repartidos todos los modelos de lo sublime, lo bello y lo gracioso. La teoría de este arte no ha llegado todavía en nación alguna á la perfección de que es capaz. ¿Qué objeto mas digno de las tareas de nuestra Academia Española! Qué muchedumbre de asuntos no ofrece para proponer á los ingenios, que convida por instituto y provoca con premios á cultivar la bella literatura!



Las academias dramáticas, de que hablé mas arriba, podrian promoverle acaso con mas fruto, porque consistiendo la mayor dificultad de este arte en reducir á práctica sus principios, tendrian la ventaja de promover á un mismo tiempo una y otra enseñanza. Entoncez los teatros privados, en que la gente noble y acomodada, que compondría estas academias, presentase á la imitacion los mejores y mas dignos modelos, propagarian facilisimamente el gusto de la declamacion y el conocimiento de sus principios, descubriendo muchos talentos nacidos para ella, que están ahora del tolo ignorados y perdidos.

Noseria tampoco, á mi juicio, cuidado indigno del celo y la prevision del Gobierno el buscar maestros extranjeros, ó enviar jóvenes á viajar é instruirse fuera del reino, y establecer despues una escuela práctica para la educacion de nuestros comediantes; porque al fin, si el teatro ha de ser lo que debe, esto es, una escuela de educacion para la gente rica y acomodada, ¿qué objeto mereceria mas su desvelo que el de perfeccionar los instrumentos y arcauces que deben comunicarla y difundirla?

Esta enseñanza haria desaparecer de nuestra escena tantos defectos y malos resábios como hoy la oscurecen: el soplo y acento del apuntador, tan cansados como contrarios á la ilusion teatral; el tono vago é insignificante, los gritos y aullidos descompuestos, las violentas contorsiones y desplantes, los gestos y ademanes descompasados, que son alternativamente la risa y el tormento de los espectadores; y finalmente, aquella falta de estudio y de memoria, aquella peregrina distraccion, aquel impudente descaño, aquellas miradas libres, aquellos meneos indecentes, aquellos énfasis maliciosos, aquella falta de propiedad, de decoro, de pudor, de policia y de aire noble que se advierte en tantos de nuestros cómicos, que tanto alhorota á la gente desmandada y procaz, y tanto tedio causa á las personas cuerdas y bien criadas.

Algunos premios anuales, destinados á recompensar los actores mas sobresalientes en talento, juicio y aplicacion; algunas gratificaciones extraordinarias, repartidas en casos de particular y sobresaliente desempeño; algunas distinciones de honor, á que no serán insensibles, cuando pasando el teatro á ser lo que debe ser, dejen nuestros cómicos de ser lo que son; y en fin, alguna colocacion ó decente destino fuera del teatro, dado á los mas eminentes, por recompensa de largos y buenos servicios hechos en él, acabarian de honrar y mejorar esta profesion, hoy tan atrasada y envilecida entre nosotros.

### 3.º En la decoracion.

Aun no bastaria esta reforma; el cuidado de mejorar la decoracion y ornato de la escena merece y pide tambien la atencion del Gobierno. Si en nuestros corrales, en medio y á vista de la corte, apenas hemos llegado á conocer, no digo la ostentacion y la magnificencia, mas ni aun la decencia y la regularidad, ¿qué será de los demás teatros de España? Ciertamente que á juzgar por ellos del estado de nuestras artes, se podria decir con justicia que estaban aun en su rudeza primitiva.

Tales son la ruin, estrecha é incómoda figura de los coliseos; el gusto bárbaro y *riberesco* (a) de arquitectura y perspectiva en sus telones y bastidores; la impropiedad, pobreza y desaliño de los trajes; la vil materia, la mala y mezquina forma de los muebles y útiles; la pesadez y rudeza de las máquinas y tramoyas; y en una palabra, la indecencia y miseria de todo el aparato escénico. ¿Quién que compare con los grandes progresos que han hecho entre nosotros las bellas artes este miserable estado del ornato de nuestra escena, no inferirá el poco uso y mala aplicacion que sabemos hacer de nuestras mismas ventajas? El teatro es el domicilio propio de todas las artes; en él todo debe ser bello, elegante, noble, decoroso, y en cierto modo magnífico, no solo porque así lo piden los objetos que presenta á los ojos, sino tambien para dar empleo y fomento á las artes de lujo y comodidad, y propagar por su medio el buen gusto en toda la nacion.

### 4.º En la música y baile.

¿Y qué dirémos de la música y el baile, dos objetos tan atrasados entre nosotros, y capaces de ser llevados al mayor punto de mejoramiento y esplendor? ¿Qué otra cosa es en el día nuestra música teatral, que un conjunto de insípidas é incoherentes imitaciones, sin originalidad, sin carácter, sin gusto, y aplicadas casual y arbitrariamente á una necia é incoherente poesia? ¿Qué otra cosa nuestros bailes, que una miserable imitacion de las libres é indecentes danzas de la infima plebe? Otras naciones traen á danzar sobre las tablas los dioses y las *ninfas*, nosotros los *manolos* y *verduleras*. Sin embargo, la música y la danza no solo pueden formar el mejor ornamento de la escena, sino que son tambien su principal objeto; porque al fin entre los concurrentes al teatro siempre habrá muchos de aquellos que solo tienen sentidos.

### 5.º En la direccion y gobierno.

Para dirigir esta reforma es preciso encargarla á personas inteligentes. ¿Qué se podrá esperar de la escena abandonada á la impericia de los actores, á la codicia de los empresarios ó á la ignorancia de los poetas y músicos de oficio? En tales manos todo se viciaria, todo iria de mal en peor. Mas si uno ó dos sugetos distinguidos de cada capital, dotados de instruccion y buen gusto, de prudencia y celo público, y escogidos, no por favor, sino por tales dotes, se encargasen de este ramo de policia y cuidasen continuamente de perfeccionarle, todo iria mejor de dia en dia. Donde hubiese academia dramática, podria fiarse sin recelo este cuidado, y el de nombrar entre sus individuos los directores del teatro. Cuantos sirven en la escena deberán estar subordinados á estos caballeros directores; su voz ser decisiva para la disposicion, ornato y ejecucion de los espectáculos, y sus facultades amplias y sin limites para cuanto diga relacion á ellos. Semejante objeto, que abraza una muchedumbre de menudos é impertinentes cuida-

(a) Véanse las notas al elogio de don Ventura Rodriguez, que son del mismo JOVELLANOS.

dos, sería demasiado embarazoso para los magistrados municipales, y bastaría por lo mismo que los directores proce liesen de acuerdo con ellos, reservándose siempre cuanto tocase al ejercicio de jurisdicción contenciosa, y pidiése procelimiento formal, discusión, conocimiento de causa, ejecución ó castigo. De este modo trabajarían unos y otros de consuno para conseguir el decoro y buen orden en esta general é importante diversion.

La intervencion de la justicia en ella se ha mirado siempre como indispensable, y á nadie dejará de parecerlo á vista de la inquietud, la griteria, la confusion y el desórden que suele reinar en nuestros teatros. Pero ¿quien no ve que este desórden proviene de la calidad misma de los espectáculos? ¿Qué diferencia tan grande entre la atencion y quietud con que se oye la representacion de *Atalia* ó la del *Diablo Predicador*? ¿Qué diferencia entre los espectadores de los corrales de la *Cruz* y el *Principe*, y los de los teatros de los *Caños*, aun cuando sean unos mismos! El hombre se reviste fácilmente de los afectos que se le quieren inspirar, y de ordinario la disposicion de su ánimo no es otra cosa que el resultado de las sensaciones que producen en él los objetos que le cercan, combinado con su situacion y deseos momentáneos. Así que, la forma bella y elegante del teatro, la magnificencia de la escena, la gravedad é interés del espectáculo, le inspirarán infaliblemente aquella compostura que exige la concurrencia á toda diversion pública, donde pagando todos para lograr un buen rato, son perfectamente iguales los derechos y obligaciones de cada uno á la conservacion del buen orden.

Falta sin embargo una providencia para asegurar esta tranquilidad, y es bien extraño que no se haya tomado hasta ahora. No he visto jamás desórden en nuestros teatros que no proviniese principalmente de estar en pié los espectadores del patio. Prescindo de que esta circunstancia lleva al teatro, entre algunas personas honrras y decentes, otras muchas oscuras y baldías, atraídas allí por la baratura del precio. Pero fuera de esto, la sola incomodidad de estar en pié por espacio de tres horas, lo mas del tiempo de puntillas, pisoteado, empujado, y muchas veces llevado acá y acullá mal de su grado, basta y sobra para poner de mal humor al espectador mas sosegado. Y en semejante situacion, ¿quién podrá esperar de él moderacion y paciencia? Entonces es cuando del monton de la chusma sale el grito del insolente *mosquetero*, las palmadas favorables ó adversas de los *chisperos* y *apasionados*, los silbos y el murmullo general, que desconciertan al infeliz representante y apuran el sufrimiento del mas moderado y paciente espectador. Siéntense todos, y la confusion cesará; cada uno será conocido, y tendrá á sus lados, frente y espalda cuatro testigos que le observen, y que sean interesados en que guarde silencio y circunspeccion. Con esto desaparecerá tambien la vergonzosa diferencia que la situacion establece entre los espectadores; todos estarán sentados, todos á gusto, todos de buen humor; no habrá pues que temer el menor desórden.

### *Arbitrios para costear esta reforma.*

Una reforma tan radical y completa pide sin duda grandes fondos, mas yo creo que el teatro los producirá. Cuando se inviertan en él todos sus rendimientos, el mas pequeño y pobre podrá ser tan decente y bien servido como convenga á las circunstancias del pueblo en que se hallare. ¿En qué consiste pues la pobreza de nuestros mejores teatros? ¿Quién no lo ve? En haberse hecho de ellos un objeto de contribucion. ¿Qué relacion hay entre los hospitales de Madrid, los frailes de San Juan de Dios, los niños desamparados, la secretaria del corregimiento y los tres coliseos? Sin embargo, hé aquí los partícipes de una buena porcion de sus productos. Otro tanto sucede en los que existen fuera de la corte, y sucedia en los que no existen ya. La consecuencia es que los actores sean mal pagados, la decoracion ridicula y mal servida, el vestuario impropio é indecente, el alumbrado escaso, la música miserable y el baile pésimo ó nada. De aquí que los poetas, los artistas, los compositores que trabajan para la escena sean ruinmente recompensados, y por lo mismo que solamente se vean en ella las heces del ingenio. De aquí finalmente la mayor parte de la indecencia y lastimoso atraso de nuestros espectáculos. ¿Qué no se podria hacer con los abundantes productos de los corrales de Madrid, distribuidos con discernimiento y buen gusto? ¿A qué punto de magnificencia no podrian elevar el aparato escénico? Y aun así, ¿enánto quedaria distante de la que buscaban los antiguos en sus espectáculos! En cien millones de sextercios se calculó la pérdida causada por el incendio de un teatro provisional que Emilio Scauro hizo erigir en Roma para celebrar la entrada de su magistratura. Y en el glorioso tiempo de Atenas, la representacion de tres tragedias de Sófocles costó á la república mas que la guerra del Peloponeso. No pedimos tanto; lloraríamos ciertamente al ver consumida en tan locos excesos de profusion la renta pública, formada con el sudor del pueblo; pero deseamos á lo menos que los productos del teatro se inviertan en su mejora, y que lo que contribuye la ociosa opulencia sirva para entretenerla y divertirla.

La reforma de la escena aumentará por otras razones los rendimientos del teatro; porque sobre crecer la concurrencia, se podrá alzar el precio de las entradas sin miedo de menguarlas. Esta diversion, tal cual se halla en el dia, es una necesidad para un gran número de personas, ¿y para cuánto mayor número no lo será una vez mejorada en todas sus partes? ¿Cuántos hombres graves, timoratos, instruidos y de fino y delicado gusto, que hoy huyen de las truhanadas, groserías y absurdos de nuestra escena, correrán todos los dias á buscar en ella una honesta recreacion cuando estén seguros de no ver allí cosa que ofenda el pudor ni que choque al buen sentido? Entonces será el teatro lo que debe ser, una escuela para la juventud, un recurso para la ociosidad, una recreacion y un alivio de las molestias de la vida pública, y del fastidio y las impertinencias de la privada.

Esta carestía de la entrada alejará al pueblo del tea-



tro, y para mí tanto mejor. Yo no pretendo cerrar á nadie sus puertas; estén enhorabuena abiertas á todo el mundo; pero conviene dificultar indirectamente la entrada á la gente pobre, que vive de su trabajo, para la cual el tiempo es dinero, y el teatro mas casto y depurado una distraccion perniciosa. He dicho que el pueblo no necesita espectáculos; ahora digo que le son dañosos, sin exceptuar siquiera (hablo del que trabaja) el de la corte. Del primer pueblo de la antigüedad, del que diera leyes al mundo, decía Juvenal que se contentaba en su tiempo con *pan y juegos del circo*. El nuestro pide menos (permítasenos esta expresion): se contenta con *pan y callejuela*.

Quizá vendrá un día de tanta perfeccion para nuestra escena que pueda presentar hasta en el género infimo y prosero, no solo una diversion inocente y sencilla, sino tambien instructiva y provechosa. Entonces acaso convendrá establecer teatros baratos y vastisimos para divertir en dias festivos al pueblo de las grandes capitales; pero este momento está muy distante de nosotros, y el acelerarle puede ser muy arriesgado; qué-dese pues entre las esperanzas y bienes deseados.

Estas son las ideas que he podido reunir y extender en medio de mis cuidados, y con la priesa que la diffusion y desaliño de este escrito manifiesta bien. Seguro de que la Academia sabrá mejorarlas con su sabiduría y buen gusto, se las presento con la mayor confianza,

pidiéndole muy encarecidamente que no desaproveche esta ocasion, tal vez única, de clamar con instancia al Gobierno por el arreglo de un ramo de policia general, de que pende el consuelo y acaso la felicidad de la nacion. Gijón, 29 de diciembre de 1790 (a).

a) Esta *Memoria*, uno de los mas bellos escritos que han brotado de la pluma de nuestro elocuente autor, está llena de preciosas observaciones, que hoy todavia debieran tenerse presentes; más aun hoy que en aquel tiempo seria necesario que se cuidara de no viciar en el teatro á la juventud con la representacion de dramas inmorales. Tiene pues razon en todo lo que dice sobre este punto, que es acaso el mejor de toda la *Memoria*. Pero hay un párrafo, á la pág. 496, col. 1.ª, en que despues de confesar que nuestros antiguos dramas contienen *bellezas inimitables*, se les atribuyen defectos que no hallamos nosotros, ó que por lo menos se exageran mucho. JOVELLANOS era por demás discreto y entendido, pero á la sazón prevalecia una escuela literaria exclusiva é intolerante, que si bien hizo grandes servicios á las letras, ahuyentando el mal gusto que de ellas se habia enseñoreado, y poniendo en boga buenos estudios y modelos escogidos, exageró, sin embargo, sus juicios, como acontece en todas las épocas de reaccion. Si las obras dramáticas del siglo xvii parecen peligrosas á nuestro autor, ¿qué diria si viese, como nosotros hemos visto alguna vez, ridiculizados á los ministros de nuestra santa religion, y levantada en alto la figura de una mujer venal y corrompida? ¿Quién tuviera la elocuencia, el vigor y el talento de JOVELLANOS para perseguir de muerte á esos engendros monstruosos, capaces de causar la perdicion de la mas inocente niña ó de extraviar al jóven mas bien adocctrinado! Tiene razon nuestro autor: *un teatro tal*, y nosotros añadiremos que otras cosas tales como este teatro: *es una peste pública, y el Gobierno no tiene mas alternativa que reformarle ó proscribirle para siempre*.

## APÉNDICES.

### ORDENANZAS DEL TORNEO Y DE LA JUSTA, QUE HIZO EL SEÑOR DON ALFONSO XI CUANDO INSTITUYÓ LA ÓRDEN DE CABALLEROS DE LA BANDA.

(Sacadas de un libro viejo, sin principio ni fin.)

#### I.

##### ORDENAMIENTO DEL TORNEO.

Este es el ordenamiento del torneo, que declara sobre qué cosas se ha de tomar juramento á los caballeros del torneo, y qué son las cosas que han de hacer los Fieles.

Lo primero es que los Fieles han de catar las espadas, que non las traigan agudas en el tajo ni en las puntas, sino que sean romas, y tambien que no traigan agudos los areos de las capellinas, et tomar juramento á todos que no den con ellas de punta en ninguna guisa ni de revés al rostro, et que si á alguno se le cayere la capellina ó el yelmo, que non le dén golpe hasta que la ponga, y que si alguno cayere en tierra, que lo non entropellen; é hanles de decir los Fieles que comiencen el torneo quando tañeren las trompetas et los atabales, et quando oyeren tañer el añafil, que se tiren afuera et se recojan cada uno á su parte. Et si el torneo fuere grande de muchos caballeros, en que haya pendones de cada parte, é se hobieren de trabar los caballeros

los unos de los otros para se derribar de los caballos, que los caballos de los caballeros, que fueren ganados de la una parte é de la otra, et llevados adó estuvieren los pendones, que non sean dados á los caballeros que los perdieron hasta que el torneo sea pasado. E desque sea pasado el torneo, hanse de ayuntar todos los Fieles, et con lo que ellos vieren, y preguntando á caballeros é escuderos et doncellas, de las que mejor lo pudiesen ver, escojan un caballero de los de la una parte, et otro caballero de la otra, cuales lo fueron mejor et hobieron la mejoría del torneo, é aquellos dén el prez et la honra dello; é en señal desto, que lleven dos de los Fieles sendas joyas de parte de las dueñas et doncellas que ahí se hallaren, para estos dos caballeros, escogidos como dicho es. E si fuere el torneo de treinta caballeros ayuso, que haya cuatro Fieles, dos de la una parte et otros dos Fieles de la otra. E si fuere de cincuenta caballeros ó de donde arriba, que sean ocho Fieles de la una parte et otros ocho de la otra. Et si fuere el torneo de cient caballeros ó mas, que sean doce Fieles de la una parte et otros doce de la otra.

## II.

## EL ORDENAMIENTO DE LA JUSTA.

Primeramente, que fagan cuatro venidas los que justaren, et no mas; et si en estas cuatro venidas el un caballero quebrare un asta en el otro caballero, é el otro no quebrare ninguna en él, que haya la mejoría el que la quebrare, et si quebrare el uno dos astas, é el otro no mas de una, que haya la mejoría el que quebró las dos; pero si el que quebrare la una derribare el yelino al otro caballero del golpe que le dió, que sea igualado con el que quebró las dos astas. E otrosí, si algun caballero quebrare dos astas en algun caballero, é este en quien fueron quebradas las astas derriba el caballero que las quebró en él, aunque no quiebire el asta, que sea igualado con el que quebró las dos astas, et aunque le den mas loor. E si un caballero derribare á otro et á su caballo, é el otro derribare á este sin su caballo, que haya la mejoría el caballero que cayó el caballo con él, porque parece que fué la culpa del caballo, et no del caballero, é el que cayó sin caer el caballo con él, fué la culpa del caballero, et non del caballo. Otrosí ninguna de las varas ó astas quebradas no sean juzgadas por quebradas quebrándolas atravesadas, salvo quebrantándolas de encuentro de golpe. E

si en estas cuatro venidas dos caballeros con dos astas ó sendas ficieren golpes iguales, que sean los caballeros juzgados por iguales. E si en estas cuatro venidas no se pudieren dar golpe, que juzquen que non habieron buen acaescimiento. E si se enyere la lanza á alguno yendo por la carrera ante de los golpes, que el otro caballero alce la vara, et non le encuentre con ella; ca non haría caballería ferir al que non lleva lanza. E para juzgar todo esto, que haya dos Fieles; é estos dos preguntando á caballeros é escuderos, et á dueñas et doncellas que allí estuvieren, para mejor juzgar con que ellos vieron; et con lo que estos dijeren, así juzgarán estas cosas como aquí está dicho. E despues que las justas fueren acabadas, que los Fieles que allí estuvieren pregunten á los caballeros, escuderos, et dueñas et doncellas que se hallaren presentes, los que mejor lo pudieron ver, quén fueron los que mejor lo ficiéron; et con acuerdo dellos, el caballero de los de la tabla que fuere hallado llevar la mejoría de la justa, que le sea dada una joya en galardón de los caballeros de ventura; é esto mismo se hará con uno de los de la ventura, porque el que fuere hallado entre ellos haber llevado la mejoría, que los caballeros de la tabla le den otra joya en galardón, como hirieron los de la aventura al que llevó la honra de los de la tabla.

## NOTAS.

(1) Bastan dos observaciones para graduar la alicion de los septentrionales á la caza de *cetrería*: primera, que en los embargos eran exceptuados por sus leyes el *halcon* y la *espada*, como los dos instrumentos mas preciados y usuales en la paz y en la guerra. *In compositione* (dice la ley xvi de Ludovico Pio, entre las longobárdicas) *Widrigilt* (homecillo) *volumus ut ea deatur, quae in lege continentur, excepto accipitre, et spatha*. Segunda, que entre los ripuarios el precio legal de un *halcon* se estimaba para las composiciones ó multas en tres sueldos si era bravo, y si domado, en doce; y como entonces la estimacion de una buena vaca era de un solo sueldo, se infiere que un *halcon* enseñado valia por doce vacas. *Si quis* (dice la ley II, tit. iii de los ripuarios) *Wercgeldum solvere debet... raccum cornutam viventem et soam pro uno solido tribuat... acceptorem (halcon) non domitum, pro tribus solidis tribuat, acceptorem mulatum pro duodecim solidis tribuat*. (Véase la reciente coleccion de leyes bárbaras del padre Canciani, vol. I, pág. 186, y iii, pág. 307.)

(2) Los padres Sandoval y Florez creyeron que las piedras de San Pedro de Villanueva representaban la caeria y muerte del rey Favila; yo, despues de haberla reconocido y copiado en 1782, tengo en ello alguna duda, porque tales representaciones son comunes y repetidas en otros edificios de aquel tiempo y posteriores, y no hay razon concluyente para atribuir la de Villanueva á persona y suceso determinado. Pero sea lo que fuere de esto, siempre servirán para confirmar lo dicho en el texto, pues que los artistas de entonces, echándose á imitar caerías en sus ornatos, representarian probablemente las que eran conocidas y usadas en su tiempo.

(3) Por no amontonar citas remitimos á los lectores á los apéndices del tomo xxxvii de la *España sagrada*. Los ejemplos son tantos y tan repetidos en las donaciones de los reyes y señores de Asturias, que prueban que esta provincia estaba llena de *aztoreras*, *garilanceras* y criaderos de estas aves. Si por nra parte reflexionamos en los nombres latino y griego *astur* y *astorgios*, y en que la antigua palabra *astor* parece derivada del primero,

¿no podríamos inferir, o que esta ave recibió su nombre del país en que principalmente se criaba, ó acaso que se le dió? Decidan los etimologistas.

(4) Consérvanse aun en el país en que escribo dos danzas, que pueden confirmar lo dicho en el texto, conocidas por los nombres de *danza de romeros* y *danza de espadas*. El nombre de la primera, y la esclavina, bordon y calabaza con que se adornan sus danzantes, indican bastantemente su origen; y siendo bien conocido en la historia el tiempo en que empezaron y crecieron las peregrinaciones á San Salvador de Oviedo, tampoco parece difícil determinar su época. La de la segunda, que sin duda es de mas antiguo y noble origen, puede inferirse de su forma. Todas sus mudanzas ó evoluciones terminan en una rueda, en que los danzantes, teniendo reciprocamente sus espadas por la punta y pomo forman la figura de un escudo. Formada, sube en él el caporal ó guion de la danza, y alzado por sus camaradas en alto, y vuelto en torno á los cuatro puntos principales del mundo, hace con su espada ciertos movimientos, como en desafío de los enemigos de su gente. Los que saben la fórmula de la elevacion de los reyes visigodos, poco trabajo tendrán en atinar con el origen, ó por lo menos con el tipo, de esta danza.

(5) «La alicion á las armas y á las mujeres van siempre juntas, y es de notar que las naciones mas belicosas son tambien las mas enamoradas. Así que, la antigua fábula que representa á Marte enlazado con Venus no fué una invencion caprichosa, sino una bien fundada alegoría.» Aristóteles, *Politic.*, lib. II.)

(6) Es muy notable acerca de esto la ley 20, tit. v de la part. II, y muy digna de la sabiduria de su legislador. Véase.)

(7) El *Libro de montería*, atribuido á este principe y publicado por Gonzalo Argote de Molina, dará á quien la desee mas ámplia idea de la antigua caza de monte; y aun el que quiera saber su forma y aparato los hallará en las curiosas iluminaciones del antiguo manuscrito, que conserva la cartuja de Santa Maria de las Cuevas de Sevilla. Bien copiadas y grabadas, servirían



así á la historia de nuestros usos como á la de nuestras artes.

(8) Nada prueba mejor cuán común se hizo entre nosotros este entretenimiento que el cuidado con que se distinguían las aves de presa, según sus diferentes especies y familias. Además de los particulares nombres de alcotán, alfanque, azor, borny, ferre, gavilán, gerifalte, halcón, neblí, sacre, etc., pueden verse en nuestro diccionario, bajo la palabra *Halcón*, las muchas acepciones con que se señalaban la edad, doctrina, hábitos é inclinaciones de estas aves.

(9) El Arte de cetrería. Esta obra es del célebre canceller de Castilla don Pedro López de Ayala y tiene por título *De la casa de las aves, é de sus plumajes, é dolencias, é metesinamientos*. Está dedicada á don Gonzalo de Mena, obispo de Burgos, y aun se conserva en manuscrito.

(10) «Cuando mandaba hacer muy honradas fiestas é procesiones, mandaba hacer justas é torneos é juegos de cañas, é daba armas é caballos, é ricas ropas é guarniciones á aquellos que estas cosas habían de hacer.» (*Cron. de don Enrique III*, part. I, cap. 11.)

(11) Don Pedro el Cruel fué herido en la mano derecha de una punta de espada en un torneo que celebró en Torrijos en 1355. (Véase su crónica.)

(12) Las leyes que debían observar los combatientes, así en el torneo como en la justa, se hallarán á la larga en los apéndices I y II.

(13) Todo animal (dice Ferguson) se deleita en el ejercicio de sus fuerzas. Retozan con sus garras el lobo y el tigre; el caballo, olvidando el pasto, da alguna vez su crin al viento para correr los anchos campos; y el novillo y aun el inocente recental topan con las frentes antes de sentir las armadas, como si se ensayasen para las luchas que les esperan. El hombre, oo menos propenso á ellas, se complace también en el uso de sus facultades naturales, ora ejercitando su agudeza y elocuencia, ora su fuerza y destreza corporal contra un antagonista. Sus juegos son frecuentemente imagen de la guerra; en ellos derrama su sudor y su sangre, y mas de una vez sus fiestas y pasatiempos terminan con heridas y muertes. Nacido para vivir poco, parece que hasta sus diversiones le acercan al sepulcro.» (*An essay on the history of civil society*, part. I, sect. IV.) Esta justa observación hará mirar con menos extrañeza los pasatiempos de nuestros mayores. Sin duda que el abandono de los mas feroces se debe á los progresos de la civilización; pero miremos adelante, y veremos cuánto nos falta que andar en esta ilustre carrera.

(14) *Cron. de don Pedro Nina*, part. I, cap. 7.

(15) En el libro de los *Oficios de la casa de Castilla*, que existe manuscrito en la biblioteca de San Lorenzo, y de que he formado un extracto.

(16) «Alegrías hi ha... que fueron falladas para tomar home conborte en los cuidados é en los pesares cuando los hobiese; é estas son oír cantares é sonos de instrumentos, é jugar ajedrez ó tablas, ó otros juegos semejanates de estos... é mas conviene esto á los reyes, etc.» (*Ley 21*, tit. V, part. II.)

(17) En las ordenanzas municipales de la villa de Carrion de los Condes, hechas en 1568, siendo su corregidor Mateo de Arévalo Sedeño, al título I de la procesion del Córpus, artículo 7.º, se dice: «Otrosí es ordenanza que en dicho día en cada un año haya lo menos dos outos, que sean de la *Sagrada Escritura*, que se representen en dicha procesion, el uno en la media villa arriba, y el otro en la media villa abajo, en el lugar donde le pareciere á la justicia y regimiento; y mas las *danzas* que cada un oficio quisiesen

sacar y hacer, como lo han usado otros de fuera aparte; y que por lo menos haya asimismo dos *danzas*; y lo cual todo se haga con mucha honestidad, como en tal lugar cooviene.» El artículo 8.º dispone el nombramiento de diputados para dirigir estos festejos, el 9.º impone pena contra sus perturbadores, y el 10.º fija el gasto en veinte mil maravedises.

(18) Debemos muchas noticias de las que contiene este artículo á la generosidad de nuestro buen amigo, el señor don José Antonio de Armona, corregidor de Madrid, que nos confió para extraerlo el precioso manuscrito de sus memorias sobre los teatros, obra escrita con mucha diligencia y llena de muy curiosas noticias. Y no porque la muerte le haya arrebatado nos juzgamos libres de pagarle este tributo de gratitud, tan debido á su oombre y buena memoria como á la tierna amistad que nos unia.

(19) Los santos Padres declamaron contra los teatros gentílicos, y de seguro no conocieron otros. Cuáles fuesen los de la edad media, además de lo dicho en el texto, se puede colegir de uno de los capitulares de Francia, que según nuestra conjetura, pertenece al siglo X. *Histrionum quoque (dice) turpium et obscenorum insolentias jocularum et ipsi episcopi animo effugere ceterisque sacerdotibus effugienda predicare debent*. *Additiones ad Capitula regum francorum*, cap. 71. (Véase la Colección de Canciani, tomo III, pág. 582.)

(20) Cuando escribimos esta memoria no conocíamos el país vascongado ni sus bailes dominicales; pero un viaje hecho por él en 1791, y repetido en 1797, nos proporcionó el gusto de observarlos, y nos confirmó mas y mas en lo que habíamos escrito acerca de las diversiones populares. Es ciertamente de admirar cuán bien se concilian en estos sencillos pasatiempos el orden y la decencia con la libertad, el contento, la alegría y la gresca que los anima. Allí es de ver un pueblo entero, sin distinción de sexos ni edades, correr y saltar alegremente en pos del tamboril, asidos todos de las manos, y tan enteramente abandonados al esparcimiento y al placer, que fuera muy insensible quien los observase sin participar de su inocente alegría. Tanto basta para recomendar estas fiestas públicas á los ojos de todo hombre sensible; pero el filósofo verá además en ellas el origen de aquel candor, franqueza y genial alegría que caracteriza al pueblo que las disfruta, y aun también de la union, de la fraternidad y del ardiente patriotismo que reina entre sus individuos. ¿Cuán fácil no fuera, con solo extender tan sencillas instituciones, lograr los mismos inestimables bienes en otras provincias!

(21) Es la ley 7, título VIII del título *De los levantamientos y asonadas de gente armada*, promulgada á petición de las cortes de Valladolid de 1525; su época y su título abren su interpretación. La autoridad pública era entonces muy insultada por gentes asociadas para estos fines, que usaban alguna vez de máscaras y disfraces para lograrlos mas de seguro. No se trató pues de prohibir los inocentes disfraces de personas reunidas para divertirse en lugares cerrados, señalados por el magistrado público y protegidos y velados por él, sino de que los enmascarados vagasen libremente día y noche por calles y plazas; cosa que podía provocar á delito, cubriendo sus autores.

(22) También en esto se distingue el país vascongado. No hay pueblo considerable en él que no tenga su juego de pelota, grande, cómodo, gratuito y bien establecido y frecuentado; y así como juzgamos que los bailes públicos influyen en el carácter moral, hallamos también en ellos y en estos juegos la razón de la robustez, fuerza y agilidad de que están dotados aquellos naturales.

# MEMORIA

EN QUE SE REBATEN LAS CALUMNIAS DIVULGADAS CONTRA LOS INDIVIDUOS DE LA JUNTA CENTRAL DEL REINO, Y SE DA RAZON DE LA CONDUCTA Y OPINIONES DEL AUTOR DESDE QUE RECOPRO SU LIBERTAD

## ADVERTENCIA.

Los desaires y sinsabores que sufrimos el marqués de Campo-Sagrado y yo despues de nuestra separacion del gobierno, ya en la bahía de Cádiz, ya en esta villa de Muros, nos obligaron á dirigir al supremo consejo de Regencia la representacion de 29 de marzo del año pasado, que se halla en el Apéndice, al número XXIV; y no produciendo este recurso el efecto que deseábamos y teníamos derecho á esperar, y continuando en oír y leer las indiscretas censuras con que por todas partes se insultaba sin distincion, sin justicia ni miramiento á los que compusimos la Junta Central; y agravándose así de día en día la inquietud y disgusto de nuestra situacion, que ya por otras causas era bastante amarga, resolvimos entrambos tomar la pluma para poner á cubierto de tantas inectivas nuestra personal reputacion, y esto fué lo que dió impulso á la presente *Memoria*, y á la que publicará mi compañero con respecto á las providencias y negocios del ramo militar.

Escrita ya en el tiempo que indican sus fechas, no fué tan fácil verificar su publicacion. Imprimirla en Cádiz no me era dable; en Galicia, si posible, era peligroso. Entre muchas personas distinguidas de este reino, que nos han honrado con su aprecio, y algunas muy dignas y recomendables, á quienes debimos y debemos singulares muestras de inclinacion y favor, habia tal cual otra á quien pudieran desagradar las verdades escritas en ella, y no faltar el influjo necesario para impedir su divulgacion. El real decreto de la libertad de la imprenta removió este peligro; pero la falta absoluta de medios para costear la impresion la retardó todavia. Entrado ya este año, un amigo de la justicia, de los hombres de bien y mío, tuvo la bondad de tomar este gasto á su cargo; pero como nuevos motivos me obligasen entonces á resolver mi vuelta á Cádiz, me propuse partir allá con mi escrito. Disponíame ya á hacerlo, cuando, no sin gran sorpresa, hallé que se me negaba el pasaporte, y que, con pretexto de ciertas órdenes del Gobierno, que ciertamente no se entendian conmigo, se me obligaba á pedir una licencia que ya muy de antemano tenia. Pedila en efecto; pero temiendo la lentitud de los correos marítimos, y fatigado, por fin, con tantos embarazos, abandoné mi manuscrito y le remití á la Coruña, donde hoy sufre los que las circunstancias del tiempo, combinadas con las de nuestra industria tipográfica, ofrecen á semejantes empresas. Hé aquí por qué esta *Memoria* saldrá á luz tanto tiempo despues de lo que yo quisiera y hubiera convenido.

En medio de tanta suspension, el público supo y sintió la muerte de un célebre general, de quien se habla y á quien se alude mas de una vez en esta obra (a). Sentila yo tambien, porque siempre aprecié sus talentos militares y siempre le deseé muy sinceramente toda la gloria que le hubieran podido granjear en la

(a) El marqués de la Romana, que falleció el 25 de enero de 1811

defensa de la patria. Pero la sentí mucho mas, porque mientras existia, podia hacer alguna explicacion de su conducta en los hechos en que me creí con derecho á censurarla; y entonces mi censura, pareciendo mas franca y noble, hubiera tenido mayor fuerza. Aun por eso la borraria ahora de buena gana, si en un negocio en que están comprometidos el honor del país en que nací y el deber de mi representacion, fuese mi silencio conciliable con los poderosos motivos que me obligaron á romperle. A bien que mi censura recae sobre hechos públicos, que cualquiera que tenga interés ó deseo, y se halle con razon para impugnarlos, lo podrá hacer, contra liéndolos, explicándolos ó disculpándolos, segun le pareciere. Y como, por otra parte, mi honor me ha empuñado en esta lucha de razon contra otras muchas personas autorizadas y respetables, tampoco temo que la maledicencia diga que solo tuve valor para lidiar con un muerto, cuando no me ha faltado para lidiar con tantos vivos.

He dividido esta *Memoria* en dos partes, destinando la primera á desvanecer las calumnias que divulgó la envidia contra los que compusimos la Junta Central, y la segunda á dar razon de mi conducta en la presente época. La primera parte subdividi en tres articulos, para probar, en el primero que no usurpamos ni abusamos del poder supremo; en el segundo, que ni malversamos ni pudimos malversar los fondos públicos; y en el tercero, que fieles á nuestro deber y á la patria, trabajamos por su defensa y su gloria con toda la lealtad y constancia que convenia á celosos magistrados y sinceros patriotas. Partí la segunda en otros tres articulos, exponiendo en ellos mi conducta y opiniones: primero, desde que recobré mi libertad hasta que fui nombrado para el Gobierno Central; segundo, desde la instalacion de este gobierno hasta la creacion de la Suprema Regencia; y tercero, desde este punto hasta el dia. Si en un escrito en que trato de tantas materias y negocios, sin otro auxilio que mi flaca memoria, hubiere incurrido en algun error ó equivocacion, sépase que estaré en todo tiempo tan pronto á retractarlos y á satisfacer á cualquiera que me los advirtiere de buena fe, como lo estaré á sostener la verdad si solo por resentimiento ó por malignidad fuere combatida.

## SUMARIO.

### INTRODUCCION.

#### MOTIVO Y OBJETO DE ESTA MEMORIA.

### PORTE PRIMERA.

SE DESVANECEN LAS CALUMNIAS DIVULGADAS CONTRA LOS MIEMBROS DE LA JUNTA CENTRAL.

1. Origen y autores de estas calumnias. — ARTÍCULO PRIMERO PRIMERA CALUMNIA. Usurpacion y abuso de la autoridad soberana. — Calidad y origen de esta calumnia. — El Consejo la suscita y



apoya.—13. Se rebaten los fundamentos del Consejo.—14. Pruébase que la autoridad de las juntas delegantes era legítima.—16. Que el pueblo pudo darsela y se la dió.—21. Que ellas pudieron delegarla.—22. Que el Consejo no tenía derecho para intervenir en esta delegación.—25. Que el Consejo reconoció la autoridad de las juntas supremas,—y el derecho de delegarla,—y quiso participar de esta delegación.—25. La autoridad de la Junta Central fué reconocida en España, en América y en Europa.—y lo fue por el consejo de Castilla.—26. Este reconocimiento fué tan libre y sincero como general.—27. Ninguna ley le resistía.—28. La que se cita en contra no fue hecha para el nuevo y extraordinario caso en que se halló la nación.—31. La ley en su caso exigía la convocación de las Cortes para nombrar tutores del Rey y gobernadores del reino.—34. No era ocasión de verificar lo primero,—el consejo de Castilla lo reconoció así.—35. Razones que dificultaban la convocación de las Cortes.—46. Por qué no se anunció desde luego.—48. Por qué no se nombró desde luego una regencia.—49. El consejo de Castilla reconoció que no lo permitían las circunstancias.—50. Los poderes dados por las juntas supremas no eran para nombrar una regencia.—52. Razones que dificultaban este nombramiento.—55. Injusta imputación hecha á los centrales del abuso de su autoridad.—56. Por qué conservaron las juntas provinciales.—56. Forma en que las conservaron.—57. No alteraron las funciones del gobierno civil,—ni inutilizaron sus autoridades.—60. Ni la de los consejos.—61. Por qué formaron el Consejo reunido.—64. No trastornaron el gobierno monárquico.—65. Cómo y para qué usaron del poder legislativo.—70. Espíritu de estas imputaciones.—72. Su injusticia.—73. Su imprudencia.—ARTÍCULO II. SEGUNDA COLUMNIA. *Malversación de los fondos públicos.*—Carácter de los autores de esta columna.—4. Su inverosimilitud.—5. Desvanecida por su misma naturaleza.—8. Por el sistema económico que la Junta Central mejoró y observó.—10. Por el método de inversión, en que no se mezcló y que fielmente siguió.—11. Por el de cuenta y razón, llevada siempre por las vías y personas acostumbradas.—15. Por qué no dió la cuenta ofrecida á la nación.—17. Qué fondos estuvieron á su disposición.—23. Cómo y á qué fueron destinados.—24. Injusticia de esta imputación.—ARTÍCULO III. TERCERA COLUMNIA. *Infidelidad á la patria.*—Temeridad de esta columna.—4. Desvanecida por su misma atrocidad.—6. Por la naturaleza del cuerpo á quien se imputa.—7. Por el número y carácter de sus miembros.—10. Por la improbabilidad de su objeto.—15. Por las personas que la Junta asoció á su gobierno.—Por la firmeza con que rechazó las asechanzas del enemigo.—17. Por la franqueza con que se ofreció y expuso al juicio de la nación.—19. Por la constancia con que la salvó de la anarquía.—20. Por la generosidad con que abdicó su autoridad.—21. Por la moderación de su conducta.—22. Malignidad de los calumniadores.

## PARTE SEGUNDA.

### CONDUCTA Y OPINIONES DEL AUTOR. MOTIVO. OBJETO Y MATERIA DE ESTA SEGUNDA PARTE.

ARTÍCULO PRIMERO. PRIMERA ÉPOCA.—Estado del autor en 1807.—7. Real orden para su libertad.—8. Representación á Fernando VII.—10. Salida de Mallorca,—y de Barcelona.—15. Paso por Zaragoza y Tarazona,—y llegada á Jadraque.—15. Vanas tentativas del partido francés,—órdenes de Murat, de Napoleón y José.—Persuaciones de Azanza, Ofarril, Mazarredo y Cabarrús.—20. Desecha el ministerio del Interior.—25. Es nombrado para la Junta Central y acepta.—24. Pasa á Madrid.—y solicita la reunión de los diputados allí.—27. Por qué.—28. Pasa á Aranjuez.—ARTÍCULO II. SEGUNDA ÉPOCA.—Sesiones preparatorias y instalación de la Junta Central.—52. Dictamen del autor sobre la institución del gobierno.—10. Se suspende la resolución.—Sucesos de aquella época.—42. Previsión del peligro que amenazaba al Gobierno.—45. Invasión súbita de Madrid.—41. Se acuerda la translocación de la Junta,—y el envío de comisarios á las provincias,—y se nombra a una comisión para el despacho durante el viaje.—47. Salida de Aranjuez por Toledo y Talavera.—Retención allí.—49. Reunión en Trujillo.—Acuerdos de la Junta allí.—55. Su reunión y estado en Sevilla.—54. Tentativas del enemigo.—55. Se trata de la renovación de los vocales.—57. Incidencia sobre la conducta del marqués de la Romana en Asturias.—59. Primera invasión del Principado.—60. Recursos del autor y su compañero sobre este negocio.—64. Se trata y acuerda la convocación de las Cortes.—66. Se nombra la comisión de Cortes,—y entra el autor en ella.—Operaciones de esta comisión.—Formación de juntas auxiliares.—Se dan instrucciones á estas juntas.—72. Principios del autor acerca de este grande objeto.—87. Se acuerda la reunión de las Cortes por estamentos.—La concurrencia de procuradores de las ciudades de voto,—de diputados elegidos por todo el pueblo,—de las juntas provinciales,—de suplentes por las Américas,—y por las provincias ecuatorias.—94. Tentativas sobre el nombramiento de una regencia.—Desechadas.—Por qué.—97. Se acuerda confiar el gobierno á una comisión ejecutiva.—98. Proposición del vocal Palafox.—100. Famosa representación del marqués de la Romana en 11 de octubre.—102. Se nombra la comisión ejecutiva.—105. Se señala época para las Cortes.—101. Nuevos vocales agregados á la Comisión.—105. Acuerda la organización del Congreso en dos cámaras,

y la reunión de los dos brazos privilegiados en una.—109. Proposición sobre la libertad de la imprenta.—Tratada en el Consejo,—en las juntas de legislación y de instrucción pública,—y en la comisión de Cortes.—Reflexiones de la Comisión sobre este objeto.—111. Conducta de la Junta Central acerca de él.—116. Trabajos preparatorios para la convocación de las Cortes.—Expedición de las convocatorias.—117. Por qué se atrasó la de los privilegiados.—118. Operaciones de la Junta Central en esta época.—120. Discusión sobre su translocación á la isla de León.—Se acuerda su reunión allí para el 1.º de febrero.—122. Se embarca el autor en el río de Sevilla, llega al puerto de Santa María,—y á la Isla.—126. Reunión de la Junta, y sus acuerdos allí.—Sobre la organización de las Cortes,—y formación de una regencia.—127. Reglamento para la Regencia.—128. Último decreto sobre la organización de las Cortes.—129. Nombramiento y instalación de la Regencia.—ARTÍCULO III. TERCERA ÉPOCA.—Estado de los centrales despues de la disolución de la Junta.—4. Resuelve el autor retirarse á su casa.—Obtiene su licencia.—9. Se embarca en la fragata Cornelia.—10. Los exdiputados de Asturias desalían á sus calumniadores.—Se transbordaron al bergantín Covadonga.—12. Salen de la bahía.—Peligros de la navegación.—Arribada á Muros, y buena acogida allí.—Noticia de la invasión de Asturias.—Esperanza de su libertad.—Frustrada.—16. Comisión de la junta superior de Galicia para recoger sus pasaportes, y registrar y ocupar sus papeles.—17. Conducta que observaron en este incidente.—22. Calificación de este atentado.—21. Noticia del que sufrieron sus compañeros en el Ferrol.—25. Representan al consejo de Regencia.—27. Orden de esta para el registro de los equipajes de los centrales.—Expediente á que dio ocasión.—33. Consulta y dictamen del Consejo en él.—35. Su resolución.—36. Nueva delación sobre el mismo asunto.—Verifícase el registro en la fragata Cornelia.—38. Calificación de este último atentado.—44. Conclusión.

## INTRODUCCION.

*En natura rerum est, et in temporum cursu, ut non possit ista, aut mihi, aut ceteris fortuna esse diuturna; nec haerere in tam bona causa, et in tam bonis viribus tam acerba iniuria.*

(Ciceron á Cecina, epist. 5. lib. vi, ad Famil.)

1. Por fin, la nación española se va á juntar en cortes. El real decreto que las anuncia para el próximo agosto se lee ya con entusiasmo en todas partes. A su voz, las juntas electorales se congregan en las parroquias, en las villas y en las capitales para nombrar sus diputados. Muchos, partiendo ya de sus provincias, se dirigen á la real isla de León. Aun aquellos pueblos que están separados de nosotros ó por inmensos mares ó por la cercana tiranía, concurrirán, representados por naturales suyos; y la voluntad de todos los padres de familia que habitan los vastos continentes de una y otra España va á ser declarada en este angusto congreso, el mas grande, el mas libre, el mas espectable que pudo concebirse para fijar el destino de una nación tan ultrajada y oprimida en su libertad, como maguánima y constante en el empeño de defenderla.

2. Al contemplar esta grande idea, mi corazón salta en el pecho de alegría, viendo acercarse el momento que tan ardientemente habia deseado. Despues de haber sido el primero á proponer en la Suprema Junta Gubernativa la necesidad de anunciar á la nación unas cortes generales; despues de haber procurado demostrar la justicia y utilidad de esta medida; despues de haber promovido con el mas puro celo los decretos que acordaron y fijaron su convocación, y de haber cooperado, por espacio de ocho meses, con todas las fuerzas de mi espíritu para el arreglo de su organización y la preparación de sus trabajos, ¿qué me quedaba que desear, sino el ver empezada esta grande obra?

3. No era, por cierto, el interés que en me inspiraba tal deseo. Ninguna especie de ambición, ninguna mira de provecho personal le excitaba en mi espíritu. Excitábame solamente el ardiente amor que profesó á mi patria, y la esperanza de los grandes bienes que creía cifrados en tan saludable medida. Creía yo que solo una remisión tan augusta y legítima podía inspirar los sentimientos magnánimos, preparar los inmensos recursos y producir los heroicos y unánimes esfuerzos que el peligro de la patria reclamaba. Creía que ella sola podía salvarla, y que, después de salvarla, ella sola podía restablecer y mejorar nuestra constitucion, violada y destruida por el despotismo y el tiempo; reducir y perfeccionar nuestra embrollada legislacion, para asegurar con ella la libertad política y civil de los ciudadanos; abrir y dirigir las fuentes de la instruccion nacional, mejorando la educacion, y las de la riqueza pública, protegiendo la agricultura y la industria; desterrar tantos desórdenes, corregir tantos abusos, reparar tantos agravios y enjugar tantas lágrimas como habian causado la arbitrariedad de los pasados gobiernos y el insolente despotismo del último reinado. Creía, en fin, que cuando en los profundos designios de la Providencia estuviese condenado el viejo continente de España á ser presa del tirano de Europa, ella sola, insuperable y firme en sus propósitos, podría salvar la patria en su nuevo continente; y dejando sembrados el rencor y la fidelidad en el corazon de sus hijos cautivos, para que brotasen en tiempo mas dichoso, pasar á aquellos dilatados países con la constitucion y las leyes que hubiese dictado para hacerlos felices, á renovar en medio de ellos sus juramentos de constante amor al desgraciado Fernando VII. y de eterno odio y detestacion á Bonaparte y su infame dinastia.

4. Estos eran en otro tiempo mi único deseo y esperanzas; pero otros, menos desinteresados, aunque no menos justos, han nacido en mí y unidos después á ellos. Comprendido en la persecucion mas atroz que puede presentar la historia de los gobiernos, en las acusaciones mas injustas que pudo inventar el furor de la calumnia, y en la difamacion mas general y mas negra que esta furia infernal pudo inspirar al vulgo contra sus magistrados; herido en lo mas vivo de mi honor, y casi despojado del único premio por que habia sudado y suspirado en todo el curso de mi vida, ¿qué podía yo desear, sino una proteccion á cuya sombra me fuese lícito producir libremente mis quejas; una proteccion que no pudiese corromper la intriga con sus artificios ni robarme la calumnia con sus imposturas y amenazas, y en cuya respetable imparcialidad encontrasen la iniquidad un freno poderoso y la inocencia un apoyo seguro?

5. Porque, en medio del trastorno de la opinion, del silencio de las leyes y de la ineficacia de la autoridad pública, ¿dónde buscara yo ó dónde hallaria este apoyo para reclamar mi desagravio? ¿Buscariale en alguna de las juntas provinciales, en quienes las circunstancias han reunido tan grande suma de autoridad? Pero la calumnia se presentó á sus puertas, y las cerró para mí; y el vulgo, deslumbrado y agitado por

ella, excitó contra la inocencia los mismos cuerpos que podian y debian protegerla. ¿Acudiria á las autoridades civiles? Pero ¿á cuál, cuando unas, en medio de tan espantosa y inesperada revolucion, enmudecian amedrentadas, y otras, á la sombra de ella, trataban solo de satisfacer su ambicion y vengar sus particulares resentimientos? ¿Acudiria al supremo consejo de Regencia, en quien la nacion acababa de poner su última esperanza? ¡Ah! una triste experiencia me hizo probar la ineficacia de este recurso; y si bien conocí el buen celo de esta autoridad, conocí tambien lo poco que puede la autoridad contra la fuerza de la opinion pervertida, y que toda su justicia no bastó para resistir á tantos clamores irritados, á tantos extraviados consejos ni á tantos y tan encarnizados enemigos. ¿Y qué? ¿Hubieran permitido estos á la Suprema Regencia que protegiese á los mismos que la habian creado, á los que habian ejercido y acababan de depositar en ella su mismo poder, á los que calumniados de haber usurpado este poder y de haber abusado de él, le enseñaban con su ejemplo á temer la misma imputacion? Así es que á ninguna parte podía yo dirigir mis quejas, y que de ninguna podía esperar mi desagravio, sino de mi nacion. Pero mi nacion tampoco podía oirme; las autoridades que la representaban me hacian enmudecer. Era preciso que se hallase solemnemente congregada, para que á su vista se humillase y á su voz enmudeciese toda autoridad, y para que á su sombra pudiese la inocencia producir sus quejas y esperar su desagravio. Este deseado momento se acerca, y mis quejas van á ser oidas de mis conciudadanos.

6. Sin embargo, estas quejas no irán ahora encaminadas á los augustos representantes de mi nacion, sino á la nacion misma. No los busco ahora como á mis jueces, sino como á mis protectores. Serán mis jueces cuando, para examinar la conducta del Gobierno Central, me llamaren á responder de sus operaciones, como uno de sus miembros. Serán mis jueces si alguno me acusare ante ellos de haber faltado á mi deber en el desempeño de aquellas angustias funciones. Acaso, si estuviere abierto este juicio comun, no tendria yo que dar razon de mi conducta particular. Pero ¡ah! ¿dónde está la esperanza de un juicio tan cerrado hoy para mí como para mis ilustres compañeros, que lejos de temerle, le desean, como yo, con ansia, y le esperan llenos de consuelo? Para entrar en él deberiamos estar presentes, y el furor de nuestros enemigos nos ha arrojado del teatro de la justicia. Deberiamos tener á la mano las actas de nuestras providencias, y los instrumentos y testigos de nuestras operaciones, y los medios y recursos de nuestra defensa, y de todos se nos ha alejado y defraudado. Deberiamos estar juntos, y no solo se nos forzó á dispersarnos, sino que se nos ha prohibido el reunarnos. Deberiamos ser libres, y se nos ha puesto bajo la autoridad y vigilancia de los jefes militares de las provincias en que estamos esparcidos. En fin, deberiamos estar en plena posesion de nuestros derechos, y todos han sido violados y ultrajados escandalosamente. Si pues se ha de realizar este juicio, deberá empezar reintegrando-



nos en nuestra dignidad, nuestro estado, nuestra libertad y nuestros derechos, que solo podemos perder despues de un juicio legal; y entonces, ora seamos provocados, ora llamados, ora admitidos á él, compareceremos tan serenamente ante nuestros jueces como ante nuestros acusadores.

7. Entre tanto acudo yo á otro juicio, menos solemnemente a la verdad, pero no menos legitimo ni menos respetable. Acudo al juicio de mi nacion, no cual estará representada por el clero y nobleza, y por los ilustres diputados de sus pueblos, sino cual existe en todos y en cada uno de los miembros de la sociedad en que vivo. Acudo á aquel infalible juicio de opinion que esta nacion grande y virtuosa ha ejercido siempre sobre la conducta y acciones de sus ciudadanos, y que en medio de la opresion y la tirania, y á la vista misma de los malvados instrumentos del despotismo, ha pronunciado siempre para consuelo de la inocencia y oprobio de la iniquidad. Acudo, en fin, al juicio de esta nacion gloriosa, cuya autoridad será inmortal, como ella, y que reunida ó dispersa, vencedora ó vencida, libre ó tiranizada, juzgará eternamente las buenas y malas acciones de sus hijos; respetada siempre por los propios, y no pereciendo jamás en la memoria de los extraños.

8. Tal es el tribunal augusto á quien me dirijo, tan confiado en su alta imparcialidad como en mi propia justicia. Ante él expondré con sencillez y verdad cuáles han sido mis opiniones, y cuál mi conducta en el desempeño del ministerio público que acabo de ejercer, y de él esperaré la calificacion y el desagravio de mi inocencia. De él los esperaré, no por una de aquellas sentencias que acordadas bajo la majestad del dosel y pronunciadas con fórmulas solemnes, bastan para poner la inocencia al abrigo de la injusticia; sino por una de aquellas que promulgadas por la respetable voz del público, penetran el espíritu y se graban en el corazon de todos los ciudadanos virtuosos; de aquellas que obligándolos á adoptar como suya la causa del hombre de bien, amedrentan con la terrible fuerza de la opinion á los mas poderosos partidarios de la calumnia. ¡Españoles de uno y otro hemisferio! vosotros, que sois tan distinguidos entre las naciones, tanto por vuestra rectitud y buena fe como por vuestro valor y magnanimidad, vuestra justicia invoco! ¿Qué? Despues de tantas injurias recibidas, de tantas humillaciones devoradas, de tantos atropellamientos sufridos en el discurso de mi vida, ¿no podré yo en el término de ella esperar de vuestra justicia mi desagravio? Mientras vuestros fieles representantes, examinando la conducta del Gobierno Central, confunden con sus decretos á los calumniadores de tan buenos ciudadanos como entraron en su seno, juzgad vosotros de la mia; y si la hallareis digna de vuestro aprecio y gratitud, dadme en ellos el único desagravio y la única recompensa á que aspiro; la única que ha apetecido siempre mi corazon, y la única que puede ser dulce y preciosa para un buen amigo de la patria.

9. Pero ¿podré yo hablar de mi conducta y opiniones? ¿Me atreveré á indicar el puro origen de que nacieron y el noble objeto á que fueron dirigidas, sin

disipar antes las nubes que la calumnia quiso levantar sobre ellas? Si pregunto á mi conciencia, me dice que la voz de aquel monstruo no pudo dirigirse contra mí; pero si consulto á mi honor, me advierte que su veneno fué derramado sobre todos los miembros del Gobierno Central, sin exceptuar á alguno; y que envolviendo en unas mismas imputaciones á tantos individuos, sin la menor excepcion, ni consideracion á la dignidad, al estado, al carácter, á los talentos, á los servicios ni á la reputacion de cada uno, fuera en mí ó demasiada presuncion ó muy poca delicadeza desentenderme ó darme por exceptuado en tan general difamacion. Me dice tambien que no es el juicio de mi conciencia sino el del público, quien me puede absolver de ella, y que por mas favorable que me haya sido en otro tiempo su opinion, siempre podrá decirme: «No nos hables por ahora de tu conducta; por lo mismo que no nos es desconocida del todo, no es esto lo que esperamos de ti. Eres acusado de haber concurrido con tus hermanos á la usurpacion de la autoridad soberana, al robo de la fortuna pública y á los progresos del enemigo de la patria. Danos primero satisfaccion sobre estas gravísimas imputaciones. Sin esto, por mas que nos digas de tu proceder, no podrémos determinar el aprecio ó censura á que te hayas hecho acreedor.» Esto me dice el público, y mi honor no puede no (a) respetar su voz. Voy pues á satisfacer su deseo, dividiendo este escrito en dos partes, y sin prevenir en una ni en otra el juicio de los representantes de la nacion ni el exámen de la conducta del Gobierno Central y de la mia, diré en la primera lo que baste para desvanecer aquellas calumnias, y en la segunda haré la sencilla exposicion de mi conducta, para acabar de disiparlas.

## PARTE PRIMERA.

1. Esta empresa no será tan difícil como puede parecer á nuestros émulo, puesto que la simple exposicion de los delitos que se nos achacan, basta para probar su falsedad. Ahora se considere la atrocidad de su naturaleza, ahora el número y carácter de las personas á quienes se imputan, ahora la indistinta generalidad con que les fueron imputadas, ¿quién será el que no penetre, no ya su inverosimilitud, sino aun su absoluta imposibilidad? Y si publicadas con tanto aparato, difundidas con tanto artificio, inculcadas y repetidas por tantas bocas y tantas plumas venales, y favorecidas de tan terribles y desgraciadas circunstancias, pudieron hallar acogida por algunos dias en la credulidad del vulgo idiota y en la suspicaz desconfianza de nuestros émulo, ¿quién será hoy el hombre imparcial, que considerándolas tranquilamente, no las deseché con tanto asombro como indignacion?

2. Es, con todo, necesario entrar en el exámen de estas calumnias, así para demostrar su falsedad, como para hacer ver el perverso fin á que fueron dirigidas, para lo cual bastará dar una ligera idea de su origen.

Dándola, prescindiré de sus autores, porque no es mi ánimo denigrar á otros, sino defenderme á mi. Si no son mas que enemigos míos, los desprecio y perloño; si lo son de la patria, el Gobierno cuidará de descubrirlos y escañarlos. Tal vez su misma conducta se los dará á conocer. Tal vez los columbrará entre tantos como tratan hoy de realzar su opinion á expensas de la ajena, ó entre aquellos que nunca contentos con su suerte, y sin talentos ni valor para adelantarla, promueven su ambición y busean su gloria, mas con badalonadas de celo y patriotismo, que con insignes servicios hechos, ó ilustres sacrificios consagrados á la nacion. Por mi parte muy poco ganaria en que fuesen señalados con el dedo; lo que me importa es demostrar la perversidad de sus propósitos y la iniquidad de sus medios, y esto haré, subiendo al origen de las calumnias que voy á combatir.

3. La confianza y benevolencia nacional, que rodearon á la Junta Gubernativa en sus primeros dias, no decayeron del todo en medio del gran conflicto en que puso á la patria la segunda irrupcion de los franceses. Conserváronselas, y acaso las aumentaron, el heroico celo y constancia con que en tan luminente peligro atendió á la salvacion del Estado. Aunque la ocupacion de Madrid la forzó á abandonar su residencia, mas para seguridad del supremo poder de que era depositaria, que para la suya, despues de enviar comisarios á todas las provincias para animar el espíritu público; despues de encargar á una comision activa que dictase las órdenes, siguiese las correspondencias y proveyese á los negocios que ocurriesen en el curso del viaje; despues de detenerse reunida un dia en Talavera y cuatro en Trujillo para deliberar en comun y acordar con el ministro de la nacion británica muchas medidas importantes, procedió á establecerse en Sevilla.

4. En esta residencia, la extraordinaria actividad que puso en reunir, reforzar, armar y vestir los ejércitos dispersados en las desgraciadas acciones de Espinosa, Búrgos, Tudela y Somosierra, y sobre todo, en levantar la mas numerosa caballeria que jamás habia visto España, restableció del todo la confianza pública, y llenó á la nacion de esperanza y consuelo. Con igual constancia y no menor actividad se aplicó á reparar la pérdida sufrida en la gloriosa derrota de Medellín y en otras que la sucedieron; y el esfuerzo y gloria con que vencieron nuestros ejércitos en Talavera, Almonacid y Tamames será siempre un testimonio de su celo, que las pérdidas posteriores no podrán obscurecer. Este celo, exaltado, por decirlo así, con las mismas desgracias, dictó al Gobierno Central otras medidas, no menos generosas ni menos dignas de la confianza de la nacion. Desde el mes de mayo del año pasado anunció la reunion de las Cortes para el presente, y si bien no determinó entonces su época, el nombramiento de una comision para prepararla, y la infatigable aplicacion con que sus miembros se dedicaron al desempeño de este grande encargo, serian la prueba mas constante de sus deseos cuando el decreto de 28 de octubre, que fijó la época de las Cortes para el 1.º de marzo último, no los acreditase mas eminentemente.

5. Pero entre tanto que los buenos ciudadanos aplaudian estos esfuerzos, los envidiosos y ambiciosos, que rodeaban al Gobierno Central desde su instalacion, buscaban en las desgracias públicas pretextos para desacreditar su gobierno y privarle de la confianza del público, que era el único apoyo de su poder. Cuanto mas nos afanábamos en promover la defensa de la patria, tanto mas se esforzaban ellos en censurar nuestra conducta y menguar nuestra opinion. De secretas y estudiadas murmuraciones, que empezaban en tertulias y conciliábulos, y pasaban á los cerrillos y cafés, se adelantaron ya á escritos insidiosos, cuyas imposturas, aunque envueltas en paralogismos y contradicciones, no eran mal acogidas del vulgo, siempre propenso á alear á los que mandan los males que no quisiera sufrir. Así fueron preparando los ánimos para la disolucion de un gobierno, cuyo poder deseaban usurpar. La memorable y funesta derrota de Ocaña, llenando de terror á los buenos y de sospechas á los malos ciudadanos, acabó sus esperanzas. La salida de la Junta Central para la isla de Leon les señaló el momento, y la famosa junta de Sevilla les abrió el teatro, antes preparado, para una revolucion, cuyas tristes consecuencias no son todavia bien conocidas de la nacion que las sufre.

6. En este teatro pues, y en medio del tumulto y aullidos de una chusma desenfadada, y á vil precio comprada para este objeto, fueron desenvueltos los negros designios que otras púrfidas y mas ocultas tentativas no habian podido realizar. Abrazólos con ansia aquella junta, antes tan célebre por su exaltado celo y eminentes servicios, y despues tan corrompida por su insaciable ambicion y tan envilecida por su ruin envidia; aquella junta, que poco despues, y mientras algunos de sus individuos, constantes y fieles á la patria, salian avergonzados de su seno (a), y exponiéndose á la proscripcion y á la miseria, huian á buscar un asilo en el pais de la libertad (1), los demás, ó cobardes ó vendidos al enemigo, se preparaban ya para abrirle las puertas de la rica y populosa metrópoli de Andalucía, para recibir en triunfo al rey de farsa que el tirano les enviaba, y para aclamarle y asentarle en el glorioso trono conquistado por san Fernando. Allí fué donde se pronunciaron las calumnias maquinadas contra el Gobierno Central; allí donde fué sancionada y proclamada su disolucion; allí donde usurpada escandalosamente la soberana autoridad, y allí, en fin, donde la nacion, envuelta en la mas funesta anarquía y desórden, vió á sus primeros magistrados y miembros del gobierno legitimo expuestos á la furia é insultos de un vulgo tan artificiosamente irritado contra ellos.

7. No es de este lugar recordar los atropellamientos que sufrieron ni los peligros de que se hallaron rodeados algunos de estos dignos magistrados por el efecto de unas calumnias con tanto estrépito pronunciadas en Sevilla, con tanta rabia repetidas y circuladas en sus

(a) La construccion de este periodo es viciosa, como observarán nuestros lectores. Para evitar la confusion que resulta de poner un nominativo sin régimen ó una oracion sin su complemento, debiera reformarse así: «aquella junta, en que á excepcion de algunos de sus individuos, constantes y fieles á la patria, que salian avergonzados de su seno, etc.»



diarios, y con tanta rapidez difundidas por emisarios de los conspiradores, primero en los pueblos de la carrera de Cádiz, despues en esta insigne ciudad, y luego en las provincias libres. Pero si lo es recordar á la nacion los males á que esta sedicion la expuso. Difamado el gobierno que reconocia por legitimo, perseguidos y amenazados de muerte sus miembros, menospreciada y ultrajada en ellos la autoridad suprema, y esto en medio del mas inminente peligro, con el enemigo á la espalda, la insurreccion al frente, los vinculos de la union social cortados ó disueltos, y el terror y la desconfianza difundidas por todas partes, ¿qué hubiera sido de la patria, si estos mismos magistrados, tan indignamente perseguidos, no la hubiesen salvado, llamando á su socorro los ilustres ciudadanos que hoy la defienden, y entregándoles con tanta generosidad como prudencia el supremo poder, que la intriga pretendiera arrebatar de sus manos?

8. Mientras llega el día de paz y de justicia en que la nacion, tranquila y desengañada, distinga sus verdaderos amigos de sus viles perturbadores, y reconociendo tan insigne servicio, recompense con su aprecio y gratitud á los dignos magistrados que le prestaron, entraré yo al exámen de las calumnias con que se ha pretendido oscurecer su gloria. En este exámen prescindiré de muchas que en el furor de la persecucion se han acumulado contra nosotros. Porque, si se refieren á los errores y descuidos de nuestra administracion, su censura está reservada al juicio de las Cortes; si á nuestra personal aptitud (pues tambien se nos ha tratado de ignorantes é ineptos), á esto, mas que á nosotros, toca responder á nuestros comitentes; y siendo materia de mera opinion, queda mejor reservado al juicio libre del público. Pero no puedo prescindir de aquellas que refiriéndose á nuestra probidad y carácter moral, atacan la parte mas noble y delicada de mi reputacion, y la que mas ardientemente deseo conservar.

#### ARTÍCULO PRIMERO.

9. La mas grande, aunque no la mas fea, de las calumnias difundidas contra nosotros, es la de haber usurpado violentamente la autoridad soberana; y este cargo es tambien el que mas necesita de discusion y defensa, así por su naturaleza como por los respetables apoyos que ha encontrado. En los demás, como que son de hecho, cubia muy bien que resultásemos unos culpados y otros indemnes; en este, que es de opinion, y que se debe desvanecer, no con hechos, sino con textos y raciocinios, ó todos resultarémos reos ó todos inocentes. Y si resultáramos reos, ¿no lo serémos todos del crimen de lesa majestad, y acreedores á la enorme pena que señalan nuestras leyes? Pero si al contrario resultáramos inocentes, ¿qué castigo señalará la nacion á los calumniadores, y qué indemnizacion á los calumniados?

10. Cuando considero que para rebatir este cargo tengo que venir á las manos con el supremo consejo reunido de España é Indias, mi espíritu se llena de amargura y temor, pues que tan doloroso es para mi luchar con un contrario tan respetable, como arriesgado entrar en lid con enemigo tan poderoso.

11. De mi inclinacion, de mi veneracion á este primer tribunal del reino, cuando fuesen desconocidas de sus miembros, entre los cuales tuve el honor de contar no pocos amigos, podrán testificar todos los vocales de la Junta Gubernativa, que con frecuencia me oyeron en sus sesiones defenderle, recomendarle, desear las luces de su sabiduria y el apoyo de su opinion, y tal vez exponerme á odiosidad y censura por esta noble parcialidad, de que me precio todavía. Me precin, sí, y espero que no la desmentirá este escrito, si se quiere considerar que no es mi ánimo hablar del cuerpo entero del Consejo, sino solamente de aquellos individuos que atendiendo á particulares resentimientos ó á livianas presunciones, ó cediendo al influjo de la ambicion ó á la fuerza de las circunstancias, prostituyeron su razon y su deber para seguir tan siniestros impulsos. Y si bien debo suponer que algunos fueron arrastrados al dictámen de nuestros émulos por cobardía ó tímida docilidad, ninguno de los que ofendieron mi reputacion tendrá derecho á quejarse de mí, porque ninguno ignora que es uno de los primeros oficios de la justicia, *ne cui quis noceat, nisi lacessitus injuria*.

12. Que la nota de usurpadores del poder supremo, con que se ha pretendido denigrar á los centrales, nació de algunos individuos del Consejo, cosa es que si no se puede asegurar sin reparo, se puede presumir con mucho fundamento. Si la indicó alguna junta provincial, olvidándose, en momentos de discordia y disgusto, de lo que habia pensado, hecho y dicho cuando ningún espíritu ambicioso alteraba sus sesiones é influia en sus dictámenes; si fué realizada despues en escritos sediciosos, repartidos con profusion por España y América para corromper la opinion pública sobre el descrédito del gobierno legitimo; si alguna vez dió materia á la charlataneria de los ociosos políticos de corrillo y café, no por eso dejó de derivarse de aquel alto origen. Cuando los fiscales del Consejo Real la propusieron en los primeros dias del Gobierno Central, y cuando este sábio tribunal, sin adoptar su opinion ni dejar de reconocer y prestar y jurar obediencia á la Junta Gubernativa como á gobierno legitimo, le recordó la famosa ley de Partida, y con prudencia y modestia le manifestó el deseo de otro gobierno mas conforme á ella, debo creer que sus ministros fueron solamente movidos por principios de razon y de celo público. Difícil es que su celo fuese tan puro y tan desinteresado cuando con menos oportunidad y moderacion propusieron á la Junta Suprema aquel deseo. Mas cuando en febrero último, en medio de las terribles circunstancias de aquella época, tachó el Consejo reunido de usurpacion á los centrales, no para reformar un gobierno que ya estaba disuelto, ni para substituir otro conforme á aquella ley, pues que ya estaba instalado, sino para denigrar é insultar á los que habiamos compuesto la Junta Central; cuando en su imprudente consulta de 19 de aquel mes (2), añadiendo el insulto á la injusticia, los declaró, en estilo el mas contumelioso, usurpadores del poder supremo; cuando poniéndose de parte de sus calumniadores, y sin la menor consideracion al carácter y circunstancias de tantos distinguidos ciudadanos, los envolvió á todos en este y otros atroces cargos, ¿á

qué impulso se puede atribuir su dictámen, sino al ciego resentimiento de unos pocos, ciegamente seguido por algunos otros con una docilidad tan indigna de la integridad de la magistratura como de la santa imparcialidad de la justicia?

13. Y ahora, para que no quede expuesto á interpretación cuál fué el dictámen del Consejo reunido en aquella consulta, pondré aquí sus mismas palabras. Hablando al supremo consejo de Regencia, y tratando de la autoridad que habíamos ejercido, dice: «Considerando, con respecto á los centrales, que la que han ejercido ha sido *por una violenta y forzada usurpacion, tolerada, mas bien que consentida, por la nacion*, y que la han ejercido contra lo prevenido por la ley, *con poderes de quienes no tenían derecho para dárselos*, contra lo que el Consejo les ha hecho presente con repetición, *y con espíritu el mas conocido y descubierto de amor propio y ambicion*, etc.» Prescindiendo pues de otras expresiones tan falsas como injuriosas, que acaso tomaré en consideracion mas adelante, voy á examinar ahora las proposiciones que envuelven estas tan aventuradas cláusulas, no segun el tenor en que están expuestas, sino en el que el orden analítico requiere. Y solo llamaré la atencion de mis lectores á una circunstancia que no deben perder de vista en el curso de esta defensa, y es, que los ministros consultantes, á trueque de injuriar á los centrales, han injuriado tambien á todas las juntas superiores, á toda la nacion, al supremo consejo de Regencia, y á su mismo consejo, como se verá despues; prueba bien clara de lo que desvaria la opinion cuando no es la razon, sino la pasion, quien la dicta.

14. Sin duda que si los poderes de los comitentes del Gobierno Central procedieron de una autoridad ilegítima, la usurpacion será innegable. Pero ¿de quién sería entonces este cargo? ¿No recaeria mas bien sobre las juntas provinciales, que dieron estos poderes, que sobre los vocales, que obraron en fe de ellos? La primera discusion pues que se ofrece ya no debe referirse á la legitimidad del cuerpo constituido, sino á la de los cuerpos constituyentes. ¿Y es posible que el Consejo haya propuesto en este punto una opinion tan ajena de prudencia y sabiduría, y tan diferente de la que habia adoptado en otro tiempo?

15. Porque ¿quién, sino la ignorancia y la envidia, puede desconocer el noble y legítimo origen de estos cuerpos, que con admiracion de la Europa, aplauso y consuelo de la nacion y pavor del tirano que la oprimia, nacieron de repente en todas las provincias del reino, cuando irritado su pueblo generoso á vista de las cadenas que se le presentaban, se levantó por un movimiento simultáneo, tan rápido y unánime como magnánimo y fuerte, y los congregó é instituyó para salvar su libertad? ¿De unos cuerpos que aunque creados en medio del tumulto y la indignacion popular, fueron organizados con tan maravillosa prudencia? De unos cuerpos en los cuales para legitimar mas y mas su autoridad, fueron reunidas todas las del Estado, entrando en su composicion representantes de todas las clases, profesiones, órdenes y magistraturas de las capitales, con sus primeros jefes eclesiásticos, civiles y

militares? De unos cuerpos, en fin, que apresurándose á desempeñar sus angustas funciones, mostraron tanto celo, desenvolvieron tanta energia y dieron tanto consuelo y confianza á la patria, y tanto terror y escarmiento á su pérfido enemigo?

16. El pueblo las creó, es verdad; el pueblo las creó en abierta insurreccion, y yo sé que en tiempos tranquilos no se le puede conceder este derecho sin destruir los fundamentos de su constitucion y los vínculos de la union social, uno y otro pendiente de su obediencia á la autoridad legítima y reconocida. Contra los abusos de un gobierno arbitrario ó de una administracion injusta, no hay constitucion que no prescriba remedios, ni legislacion que no ofrezca recursos; y cuando faltase uno y otro, la nacion los hallaria en los principios de la sociedad y en los derechos imprescriptibles del hombre.

17. Pero negar este derecho en un caso tan extraordinario y en circunstancias tan terribles, á un pueblo que se veia oprimido, no por una fuerza legítima, sino por una violencia extraña; á un pueblo privado repentinamente del rey que amaba, y vilmente entregado al tirano que aborrecia y á la furia y al desprecio de sus bárbaros satélites; negarle á un pueblo amenazado de la mas infame esclavitud por los ejércitos del tirano, que un traidor habia introducido en su seno, y que otros traidores socorrian y apadrinaban; negarle á un pueblo, que ansioso de conservar su libertad, se veia abandonado de los que debian defenderla, hallando á unos ó corrompidos ó alucinados, y á otros indecisos ó perplejos ó tímidos, cuando sentia ya sobre sí las cadenas; negarle, en fin, á un pueblo que en tan terrible conflicto, cautivo su rey, destruido su gobierno legítimo, levantado sobre él un gobierno tiránico, acudia á sus magistrados para pedirles la defensa de su libertad y la venganza de sus ultrajes, no solo es un monstruoso error político, sino un exceso de temeridad, que solo pudo nacer de ignorancia supina ó de malicia refinada.

18. ¿Y como evitarán esta censura los ministros que aseguraron la nulidad de nuestros poderes? ¿Ignoraban acaso que este derecho de insurreccion, si así quieren apellidarle, le tiene el pueblo español por las leyes fundamentales de su constitucion? No por cierto; sabian que una ley, llena de prudencia y sabiduría, *que el consejo de Castilla acababa de recordar y recomendar*, no solo les daba el derecho, sino que les prescribia como una obligacion el levantarse y reunirse para rechazar una fuerza ó invasion repentina, sin esperar otro impulso que el de su peligro (3). El consejo de Castilla la recordó para recomendar el celo y magnanimidad del pueblo español, y yo la copiaré al pie para recordar á los ministros del Consejo reunido el celo y la oportunidad con que la recordó en aquel tiempo á la nacion el supremo consejo de Castilla. Ahora bien, este derecho, esta obligacion, prescritos por la ley para rechazar á un enemigo intestino, ¿no serian mas fuertes cuando se trataba de rechazar á un enemigo exterior; á un enemigo que no solo conspiraba contra su rey, sino que le habia engañado, cautivado, destronado, y forzado á renunciar en él sus



derechos; á un enemigo que no solo amenazaba á su independencia, sino que tenia ya oprimida, y casi subyugada su libertad con numerosos ejércitos y poderosos partidarios? Y cuando el escándalo llenaba y exaltaba todos los espíritus; cuando la ira ardía y rabiaba en todos los pechos; cuando la justicia, la fidelidad, el honor, la compasion, la vergüenza y todos los sentimientos que pueden conmovér á un corazón generoso, excitaban por todas partes un grito general y unánime de guerra y venganza, ¿pretenderán los consultantes que el generoso pueblo español no tenia el derecho de levantarse y correr á su defensa; no tendria el de encargar la direccion de sus esfuerzos á cuerpos ó personas dignas de su confianza; no tendria el de encargarles el ejercicio de la soberanía, que se hallaba paralizada y oprimida, y el de la administracion pública, usurpada por los agentes y partidarios del tirano?

19. Mas para que en esto no quede la menor duda, otra ley, que no citó el consejo de Castilla, y que conviene recordar á los ministros consultantes, aplica la disposicion de la que hemos copiado al caso en que el pueblo debe acudir á la defensa del reino cuando fuese repentinamente entrado por algun invasor de afuera. Son tambien muy notables sus palabras, para que no se copien (4).

20. Esto dicen nuestras leyes en confirmacion de un derecho, que aun sin ellas tendrá todo pueblo para asegurar su libertad injustamente atacada; de un derecho debido á la naturaleza, y sin el cual ninguna sociedad seria firme ni estable. Si pues es loable la magnanimidad con que nuestro pueblo español corrió á defender la suya, ¿cuánto mas lo será la admirable prudencia con que buscó y descubrió el mejor, el único medio que tenia de salvarla?

21. Es muy posible que los consultantes funden la nulidad de nuestros poderes, no tanto en la ilegitimidad de las juntas comitentes, cuanto en la falta de derecho para delegar la autoridad que les confiaran los pueblos. Pero ¿acaso esta duda será mas racional que la primera? Pues qué, cuando los esfuerzos separados de las juntas habian rechazado ya tan gloriosamente al enemigo derramado por sus provincias; cuando fugitivos y medrosos sus ejércitos, se reunian en torno de su soñado rey al otro lado del Ebro, y abrigados allí, pedian y esperaban nuevos socorros; cuando su emperador, rabioso de ver abatidas sus águilas y escapada su presa, hacia formidables preparativos para vengarse y venir sobre ella, ¿no habria en las juntas supremas bastante autoridad para acordar los medios de rechazar este nuevo peligro? Y cuando ya no se trataba de defender los miembros, sino de salvar el cuerpo entero de la nacion; cuando este grande objeto pedia la reunion de todos los recursos y todos los consejos en un punto, de donde partiesen dirigidos por una misma razon y movidos por un mismo impulso; cuando, en fin, esta reunion, por tantos títulos recomendable, era el asunto de todas las conversaciones y el objeto de todos los deseos del público, ¿se podrá disputar á las juntas el derecho de verificarla? ¿Y tan mal se sabrá apreciar el ilustre ejemplo de generosidad que dieron, despojándose del supremo poder que ejercian, y re-

uniéndole en un centro para que sirviese mejor á tan altos fines, que se les dispute el derecho de realizar tan saludable medida? Porque en una época de tanto peligro y perturbacion, ¿cuál otro medio hubiera podido verificarla? Y con tanta autoridad para otros, ¿solo les faltaria para este? ¿Por ventura podrá una razon sana suponer que los pueblos que crearon las juntas para su defensa; que pusieron en sus manos todas sus fuerzas, todos sus recursos; que confiaron á su celo y á sus luces todo el poder, toda la autoridad convenientes para gobernar y salvar las provincias, no entendieron darles el que era necesario para gobernar y salvar la patria, ó que repugnarían la concentracion de una autoridad, que reunida podría salvarlos, y separada seria dañosa al santo fin para que fué creada?

22. No callaré que pudo el Consejo reunido hallar otro vicio de nulidad en nuestros poderes, que indicó en su consulta de 26 de agosto del año pasado, pero que no reprodujo en la de 19 de febrero del presente, y sobre el cual es preciso decir algo, por si el silencio de los consultantes tuvo algun misterio. Allí, cuando nuestra desgraciada y vieja constitucion andaba en decadencia, y cuando las Cortes se componian solamente de diputados de algunas ciudades privilegiadas de Castilla, se dispuso que sus poderes fuesen reconocidos por el Consejo Real. La providencia era entonces muy justa, porque siendo estos diputados ó procuradores nombrados por los ayuntamientos, parecia conveniente que estos actos de la autoridad municipal se examinasen por el supremo tribunal civil, á quien estaba sometida. Pero digan mis lectores si cabia en los principios de la lógica inferir de aquella disposicion en favor del Consejo, el derecho de reconocer los poderes dados por una autoridad tan superior é independiente como era entonces la de las juntas supremas, ó si permiten la asimilacion de casos, cuerpos y circunstancias tan diferentes. Y si cuando nuestra constitucion nació, creció y llegó á su mas florida edad, no habia nacido todavia el Consejo, digan tambien si podrá el Consejo alegar aquella disposicion formularia como una ley constitucional, así aplicable á las juntas como á las Cortes. Y digan si será ilegítima la autoridad de los regentes solo porque el Consejo no reconoció el acta de ereccion de la Regencia, en que la Junta Central los apoderó para el gobierno del reino. Y digan, en fin, si la inobservancia de aquella disposicion hará nulos los poderes de los diputados que de todas las provincias de la monarquía, y nombrados por sus pueblos, vendrán á las próximas y á las sucesivas cortes de la nacion. Que el Gobierno ó el Congreso mismo encargase al Consejo el reconocimiento de estos poderes, no fuera extraño ni ajeno de la confianza á que es acreedor este sábio y prudente tribunal; pero que lo pretenda como un derecho constitucional é indeleble, segun lo indicó en su consulta relativa á la organizacion de las Cortes, solo pudo caber en la ambiciosa jurisprudencia de algunos individuos.

23. Pero discurro en vano, cuando es mas fácil recordar á mis lectores que este derecho, hoy desconocido por los ministros del Consejo reunido, fué reconocido abiertamente en otro tiempo por el consejo de Castilla.

Entre los servicios que este respetable tribunal hizo á la nacion en aquella época memorable; servicios que algunos, con mas preocupacion que justicia, han pretendido deslucir, y que yo me complazco en reconocer de buena fe, cuenta justamente el de haber cooperado á la concentracion de la suprema autoridad, exhortando á las juntas á que la verificasen, y es muy digno de notar que los medios que para este fin propuso fueron precisamente los mismos que casi al mismo tiempo adoptaban unánimes todas las juntas. Copiaré aquí las palabras con que se dirigió á ellas, en su circular de 4 de agosto de 1808, para que nadie pueda dudar de su sentido. «Por lo que respecta á medidas de otra clase (dice el Consejo), que sin duda serán necesarias para el grande objeto de salvar la patria, y aun elevarla al grado de consideracion que logró en sus tiempos felices, solo toca al Consejo excitar la autoridad de la nacion, y co-operar con su influjo, representacion y luces al bien general de esta. Como no sea posible adoptar de pronto, *en circunstancias tan extraordinarias, los medios que designan las leyes y las costumbres nacionales*, no se detendrá el Consejo en trazar el plan que podria tal vez ser oportuno para fijar la representacion de la nacion, y se ciñe por ahora á indicar solamente que le serviría de la mayor satisfaccion *el que ruceñese se sirviese diputar á la mayor brevedad personas de su mayor confianza, que reuniéndose á las nombradas por las juntas establecidas en las demás provincias y al Consejo, pudiesen conferenciar acerca de este importantísimo objeto, y arreglarlo de conformidad, de manera que partiendo todas las providencias y disposiciones de este centro comun, fuese tan expedito como conviene á su efecto.*» Es pues claro que el consejo de Castilla reconoció entonces, así la legítima autoridad de las juntas, como el derecho de delegarla en personas de su confianza, para formar una autoridad reunida y reconcentrada; y lo es tambien que reconoció en la autoridad que resultaria de esta reunion todo el derecho y poder necesarios para proveer á la defensa, á la seguridad y al gobierno de la patria. Luego es claro que los ministros del Consejo reunido desconocieron y reprobaron en febrero de este año lo que el consejo de Castilla habia reconocido y promovido en agosto de 1808.

24. Es verdad que esta operacion no se verificó del todo segun los deseos del Consejo, puesto que los delegados de las juntas *no se reunieron con el Consejo* para formar un gobierno unico y reconcentrado: mas esto no me parece del caso para la presente discusion. Porque, aun suponiendo que habria sido mas acertado y conveniente acordar tan importante medida con un tribunal que reunia en sí tanta representacion, tantas luces y tanta experiencia, no por eso se podrá decir, ni creo que lo piense el Consejo, que la falta de su intervencion fuese un vicio esencial de aquella reunion, y vicio tal, que la hiciese nula é ilegítima. Esta circunstancia no pertenecia á la esencia de la medida, sino al modo de su ejecucion, porque las porciones de autoridad que se trataba de reunir venian todas de las juntas, y ninguna del Consejo. Queda pues demostrado que la autoridad del Gobierno Central emanaba

de una autoridad legítima; que fueron legítimos los poderes con que se reunió y formó esta autoridad, y que las centrales, lejos de haberla usurpado, entraron á ejercerla con un título legítimo y reconocido de antemano por el consejo de Castilla.

25. Pero los consultantes pretenden no haber sido igualmente reconocido por la nacion, y esto me llama al exámen de la expresion con que trataron de agravar mas y mas un cargo, que de suyo era ya gravísimo. No solo nos tachan de usurpadores de la autoridad; no solo atribuyen esta usurpacion á un *espíritu el mas nocivo y descubierto de ambicion y amor propio*, sino que para darle todo el carácter de la tiranía, la calificaron de *violenta y forzada*, y se propasaron á decir que habia sido *mas bien tolerada que consentida por la nacion*. Quizá bastará que lean hoy á sangre fria esta cláusula para que se avergüencen de haberla escrito, puesto que la opinion pública la desmentirá mas altamente de lo que yo pudiera. Desmentiránla las juntas provinciales, que aunque mas interesadas en resistir la usurpacion, pues que de sus manos habia salido, y á sus manos debia volver la autoridad, si fuese usurpada, se apresuraron á reconocerla y celebrarla. Desmentiránla los cuerpos civiles y eclesiásticos, y todos los magistrados del reino, que unánimes y prontos la reconocieron con expresiones de respeto y sumision, y aun de alegría y consuelo. Desmentiránla los generales y los ejércitos, depositarios de la fuerza pública, que le prestaron la mas franca y sincera obediencia. Desmentiránla todos los pueblos de España y de América, donde el Gobierno Central fué reconocido y recibido con el mas vivo entusiasmo, así expresado en acciones de gracias al Altísimo y en fiestas y regocijos públicos, como con aquella efusion de júbilo que solo puede nacer de los sentimientos del corazon. Desmentiránla las naciones de Europa, entre las cuales, las que estaban libres le ofrecieron su amistad y auxilios, y las oprimidas por el tirano admiraron y enviaron en secreto este declado de prudencia y magnanimidad, que presentaba á su vista el generoso pueblo español. Desmentirála sobre todo la generosa nacion británica, que levantada en medio de todas, pronta á protegerlas á todas y resuelta á humillar el orgullo del enemigo de todas, despues de haber fomentado y auxiliado el primer glorioso esfuerzo de nuestra revolucion, corrió á reconocer solemnemente el gobierno que habia nacido de ella, y á ratificarle su amistad y solemnizar su alianza. Y si á tan general, tan franco y tan unánime reconocimiento no correspondió del todo la pereza y hesitacion con que el consejo de Castilla se agregó á él, ahora es cuando el amargo estilo de los ministros consultantes nos deja columbrar que aquella hesitacion (3) y estas cláusulas, tan malignamente concebidas como indiscretamente enunciadadas, tuvieron un mismo origen y unos mismos inspiradores.

26. Y no vengan diciéndonos que estas demostraciones de aprobacion y contento suelen aparecer tambien en apoyo de la tiranía, porque entonces no es la voluntad quien las franquea, es la fuerza quien las arranca. ¿Fueron acaso tales las que mereció la institucion del Gobierno Central? Si así lo creen los consul-



tantes, vengan y señalen cuál fué el impulso, cuáles los medios, cuáles los artificios que empleó para amañarlas, ó cuál la fuerza que buscó y se presentó para arrancarlas. ¿Fueron acaso los ejércitos de la patria los que salieron á violentar el dictámen de los cuerpos políticos, ó el asenso de los pueblos? O los pueblos, que en aquella época lo podían todo, y de todo recelaban, ¿fueron acaso comprados, ó seducidos, ó forzados para apoyar la tiranía de los centrales? ¿Cuánto distan los hechos de tan indigna presunción! Sin duda que los tiranos inventan fiestas, hacen entonar himnos y negocian vivas y aplausos en su favor; pero estas forzadas demostraciones ¿qué valen en medio del silencio y abatimiento general, que leído en los semblantes, les anuncia el disgusto y la desaprobación de los corazones? No fué esto, por cierto, el carácter del reconocimiento público del Gobierno Central; y si se exceptúan las secretas murmuraciones de aquellos envidiosos que no saben aprobar sino lo que conviene á su ambición, no habrá hoy en España un hombre imparcial que, á pesar de tantas calumnias como se levantaron despues contra la Suprema Junta Central, niegue que fué reconocida y obedecida entonces por la nacion con una aprobación tan franca y sincera como libre y general.

27. Es tiempo ya de pasar al exámen de otra frase que los ministros consultantes asentaron para apoyo y complemento de su proposición. Ansiosos de dar mas fuerza á su censura, buscaron en las leyes el apoyo que no les prestaba la razon, y pronunciaron que los centrales habian ejercido su autoridad contra lo prevenido por la ley y contra lo repetidamente representado por el Consejo. Ni uno ni otro es cierto; mas como este cargo suponga la abierta infracción de una ley fundamental del reino, cual es la 3.<sup>a</sup>, tit. xv, part. II, á que se refiere, es preciso que yo entre á su exámen con tanto mayor miramiento, cuanto de una parte se presenta una ley tan célebre, y tan citada y cacareada en estos tiempos, y de otra la opinion de un cuerpo que, diciéndose depositario de las leyes, tiene en su favor todo el peso que puede dar la autoridad. Mas como tambien toda autoridad, por recomendable que sea, deba rendirse al peso de la verdad, es preciso buscar en esta sola la decision de tan importante y delicada cuestion.

28. Parece desde luego que para decidirla bastaria decir que la ley de Partida no fué hecha para el caso á que se aplica, porque es claro que no deben extenderse las leyes de un caso á otro. De los que esto hacen no se puede decir que observan las leyes, sino que las interpretan; y los ministros consultantes no ignoran que el derecho de interpretar las leyes está reservado á la autoridad que puede hacerlas. No ignoran tampoco que, además de ser reprobado, es muy peligroso dejar las leyes expuestas á la arbitrariedad de la interpretación. Y si esto es cierto con respecto á las leyes positivas, ¿qué seria de las leyes políticas y constitucionales, si quedasen abiertas á las sutilezas y cavilaciones de los juriconsultos?

29. Bien sé que dirian que el caso de la cuestion, si no idéntico, es á lo menos muy parecido al que re-

suelve la ley; y aunque no se puede desconocer la analogía que hay entre uno y otro, acaso no es tanta como querrán suponer los consultantes. La ley de Partida dispone lo que debe hacerse cuando muere el Rey sin dejar nombrados tutores para el pupilo, heredero del trono, ó cuando se vuelve demente. ¿Dónde está, pues, la exacta semejanza de estos casos, que pueden no ser raros, con el extraordinario y rarísimo en que se formó el Gobierno Central? En aquellos aparece un rey sobre el trono; en este un rey ausente, cautivo y destronado. En aquellos un poder único, legítimo y sólidamente establecido en un estado de reposo y seguridad; en este una soberanía usurpada y una administración nacional dividida en trozos, en medio de la perturbación general y de la guerra mas cruda y peligrosa. Allí se trataba de evitar peligros internos, contingentes, remotos; aquí de rechazar el mas grande é inminente peligro, y de evitar males atroces y urgentes, causados por una fuerza extraña y feroz. Allí de asegurar la justicia del Gobierno, el reposo de los pueblos, y la vida y derechos del Soberano, contra la prepotencia de algunos ambiciosos del reino; y aquí de reunir la autoridad, la fuerza y los recursos del reino contra un monstruo, que despues de cautivar al Rey y aspirar á su trono, amenazaba á la nacion con la mas infame esclavitud. No hay, pues, la semejanza que se supone, ni en los hechos ni en las circunstancias de los casos resueltos por la ley de Partida, y el caso á que la quiso aplicar el Consejo.

30. Vosé bien que la analogía que no se halla en el hecho, se puede hallar en la razon de la ley, y que la medida ordenada para evitar los peligros internos en la menor edad ó locura de un rey, pudiera convenir tambien para evitar los que amenazaban á la nacion cuando se instituyó el Gobierno Central. Reconozco asimismo que entonces se pudo, y acaso se debió acomodar la institucion del Gobierno á los términos de aquella ley. Pero esto no pertenece á la presente discusion, sino á otra, en que luego entraré. Por ahora me basta decir que en este caso ya no seria el precepto de la ley quien ordenase, sino su razon quien persuadiese aquella medida, y de consiguiente, que los que no la adoptaron no serian infractores ni violadores de la ley, por mas que fuesen mal apreciadores de su razon; y tanto basta para que no se pueda decir *que los centrales usurparon la autoridad contra lo prevenido por la ley*.

31. Mas no la dejemos de la mano, y veamos por el tenor y análisis de su texto cuán erróneamente interpretaron y aplicaron los dictadores de la consulta una ley que era el Aquiles de sus argumentos. En ella el legislador, mas bien exponiendo que disponiendo, enuncia lo que *los sábios antiguos de España, que trataron todas las cosas muy lealmente*, habian establecido para el caso propuesto. Esto es, que cuando se tratase de nombrar tutores al rey niño, para evitar que se apoderasen del mando los poderosos que solian aspirar á él, mas para enriquecerse y destruir á sus rivales que para promover el bien del Rey y del pueblo, se debian juntar los prelados, ricos-hombres y hombres buenos de las ciudades y villas en el lugar en que el

rey niño estuviere, y nombrar una, tres ó cinco personas, á quienes encargasen la guarda y educacion del pupilo y la administracion del reino; señala el juramento que deben prestar los nominadores y los nombrados; prescribe las calidades que deben concurrir en estos, siendo la octava y última, *que sean atales, que non cobdicien de heredar lo suyo* (del pupilo), *cuidando que han derecho en ella despues de su muerte*; determina el modo de acordar sus decretos, regir el reino y educar al niño; extiende la disposicion al caso en que el Rey caiga en demencia, y concluye con la indicacion de las penas que corresponden, así á los tutores que abusasen de su autoridad como á los que no les prestasen obediencia y respeto. Todo esto, considerado con relacion á nuestro intento, se puede reducir á que en los dos casos propuestos por la ley *se debian juntar las Cortes para nombrar uno, tres ó cinco tutores del Rey y gobernadores del reino.*

32. Ahora bien, suponiendo que esta ley fuese obligatoria en el caso extraordinario á que quiere aplicarse, es claro que los constituyentes del Gobierno Central solo pudieron pecar contra ella en dos puntos: primero, en no juntar las Cortes para instituir el gobierno del reino conforme á la ley; segundo, en haberle instituido en mayor número de personas que el señalado por la ley. Pero estos cargos, examinados con presenciadamente texto, son en cierta manera repugnantes entre sí. Porque si solo las Cortes tenían autoridad para instituir el gobierno, cualquiera gobierno que instituyesen por sí mismos los diputados de las juntas sería nulo, y la autoridad de las personas nombradas por ellos, fuesen pocas ó muchas, sería ilegítima y contraria á la ley. Pero si se supone que estos diputados tenían tanta autoridad como las Cortes, la ley que no los obligase á juntarlas para instituir el gobierno, tampoco los obligaría á instituirle en el número y forma que ella prescribe. Además que no pudiendo negarse á la nacion junta en cortes (6) el derecho de alterar esta forma segun que las circunstancias lo exigiesen, tampoco se le pueden negar á los centrales los que les atribuyan la misma autoridad que á las Cortes. Así que, el que los absuelva en el primer cargo, no podrá condenarlos en el segundo.

33. No he dicho esto para evadirlos, antes bien voy á entrar en su exámen, para demostrar con cuánta injusticia han sido concebidos y propuestos por los autores de la consulta. Es bien digno de notar que estos magistrados no hayan insistido sobre el primero, y que todo el peso de su consulta recaiga sobre no haber instituido un gobierno *de una, tres ó cinco personas*, sin considerar que si el nombramiento de ellas estuviere reservado á las Cortes, tan nula sería esta como cualquiera otra institucion. Si no me engaño, los ministros del Consejo reunido cayeron en esta contradiccion por respeto al dictámen del antiguo consejo de Castilla. No era la convocacion de las Cortes lo que aquel tribunal deseaba entonces. Estaba convencido de que *en tan extraordinarias circunstancias no era posible adoptar los medios que designan las leyes y costumbres nacionales para fijar la representacion de la nacion.* Deseaba por consiguiente que se adoptase un medio extraordinario, y era que *las juntas y el mismo Consejo formasen un*

*gobierno, que reuniendo en un centro comun la autoridad, repartida entonces entre tantas provincias, se encargase de la administracion pública, y la desempeñase tan expeditamente como las circunstancias requirieran.* Tales el tenor de la circular que hemos citado. Y á vista de ella, ¿cómo podrian culparlos los ministros del Consejo reunido de no haber convocado las Cortes?

34. Exige, sin embargo, la justicia que reconozcamos la prudencia con que el Consejo Real acordó la única medida que permitian las circunstancias para reconcentrar el Gobierno; pues aunque se quiera prescindir del peligro en que estaba la nacion, ¿cómo era posible que se la llamase á Cortes, faltando en ella una autoridad donde partiese el impulso y le hiciese legítimo? El consejo de Castilla, la mas respetable de las antiguas autoridades, sentia que la suya era ó dudosa ó desconocida para ese objeto. Conocia que su voz habia perdido mucha parte de aquel influjo que en otro tiempo tuviera sobre la opinion pública, y que en otras circunstancias pudiera suplir la falta de autoridad. Conocia que las juntas supremas estaban, ó celosas, ó desviadas, ó abiertamente opuestas y desconfiadas de él; y conocia, en fin, que los pueblos, exaltados contra la tiranía, y no palpando ni la opresion y amenazas con que estaban apremiados los ministros del Consejo, ni la constancia con que habian resistido la usurpacion, ni la destreza con que habian empleado toda la lentitud y todos los subterfugios que podian frustrarla, y viendo solamente que circulaban á su nombre órdenes y providencias que parecian apoyarla, y que por lo mismo se leian con escándalo en todas partes, estos pueblos, repito, se iban acostumbrando á menospreciarle. Y cuando se halló en la dura necesidad de desengañar á la nacion sobre esta su conducta, como lo procuró hacer en su enérgico manifiesto de 27 de agosto de 1808, mal podia resolverse á tomar una medida que entonces hubiera parecido dictada, mas por la ambicion de mando, que por celo del bien público.

35. En las juntas supremas residia sin duda bastante autoridad para convocar las Cortes. Pero ¿era posible que se uniformasen sobre este punto los dictámenes de tantos y tan diferentes cuerpos? Y cuando conviniesen en la necesidad de tomar esta medida, ¿era fácil que se uniformasen en cuanto al lugar, tiempo, institucion y organizacion de esta primera junta general del reino? Y siendo con respecto á ella tan diferentes y aun tan encontrados las costumbres, los derechos, las prerogativas y los intereses de tantas provincias, ¿era fácil que los concillasen antes de realizarla? ¿Y cuál sería la que hiciese la convocacion? ¿Cuál la que presidiese las Cortes? ¿Cuál...? Pero es en vano cansarse. Para congregar las Cortes era indispensable que preexistiese un poder único, supremo y legítimo, que las preparase, instituyese y convocase; y la idea, casi uniforme, de crear este poder, concebida por el Consejo y por las juntas á un mismo tiempo, hace tanto honor á la prudencia de aquel como á la generosidad de estos cuerpos.

36. El nuevo gobierno nació; su autoridad fué generalmente reconocida, y esta autoridad era bastante fuerte y legítima para verificar la celebracion de las Cor-



tes. ¿Debió convocarlas desde luego? Examinaré la cuestión con independencia de las opiniones del consejo de Castilla, de las juntas provinciales y del Consejo reunido, y aun de lo dispuesto en la ley de Partida, y creo que una sencilla indicación del estado de las cosas en aquella época bastará para decidirla.

37. Sin duda que la celebración de unas cortes generales y extraordinarias del reino era en aquella sazón tan deseable como deseada. Un rey adorado y virtuoso, vilmente atraído á las cadenas de un pérfido tirano y robado á sus pueblos; los derechos de su soberanía violentamente arrancados y usurpados; sacados del polvo, y levantados al glorioso trono de España, un rey extranjero y aborrecido y una familia obscura y detestada en la Europa; la majestad y los derechos de la nación indignamente atropellados y escarnecidos; su constitución, su religión, sus leyes y costumbres arruinadas ó trastornadas, y la propiedad, la libertad, la seguridad y todos los bienes que puede afianzar una sociedad á sus individuos, violados y puestos en el último peligro; ¿qué objetos mas grandes, mas nuevos, mas urgentes pudieron presentarse á la fidelidad, al pundonor y á la prudencia de los españoles? Y si para hacer una ley, para imponer una contribución, para resolver cualquiera caso árduo, era necesario, segun la constitución de Castilla, llamar el reino á cortes, ¿cuánto mas lo sería para hacer tantas leyes, exigir tantos sacrificios, resolver casos tan graves como las circunstancias ofrecían y para crear con el voto expreso de la nación el gobierno que debería regirla durante su orfandad?

38. Mas como en los negocios políticos nada haya mas poderoso que el imperio de las circunstancias, y como, á excepcion del honor y la justicia, nada hay que no deba ceder al bien y conveniencia pública, ninguno negará con razon que para juzgar la conducta de la Junta Central en este punto no se debe perder de vista aquella máxima.

39. Que las circunstancias en que se halló á la entrada de su gobierno fuesen sobremana apuradas y difíciles nadie lo negará, sin exceptuar los ministros del Consejo reunido; porque si el de Castilla habia juzgado un mes antes que *no permitian adoptar los medios que nuestras leyes y costumbres designaban para fijar la representacion nacional*, claro es que tampoco lo permitirian un mes despues. La diferencia de una y otra época, si alguna, era de mayor apuro en la última, porque cuando el Consejo escribia á las juntas, los enemigos, fugitivos y espantados, se retiraban de todas partes, y en fin de setiembre, no solo se hallaban reunidos sobre el Ebro, y se rehacian y fortificaban allí, sino que se sabia de positivo que Napoleon reunia poderosas fuerzas de todos los puntos de Europa para volver con mayor furor sobre nosotros. Creer, pues, que en tal estrecho no debía el nuevo gobierno toda su atención á la defensa de la patria, fuera una absurda injusticia, y bastan la buena fe y el buen seso para concederle que ningun otro objeto, por grande é importante que fuese, debió distraerle de aquel en que estaba cifrada su primera y mas santa obligacion.

40. Vuelvan ahora mis lectores su atención á aquellas circunstancias, y á los cuidados que rodearon á la

Junta Gubernativa desde el momento de su instalacion. El ejército de Valencia y Murcia estaba en marcha; el de Andalucía todavia en Madrid, pero en tal estado cual era consiguiente á las fatigas de una campaña tan laboriosa como gloriosa. Los de Galicia, Asturias y Castilla se reparaban de las pérdidas sufridas en Riosoco y se reforzaban en sus provincias. Extremadura, Aragón y Cataluña se apresuraban á competencia para formar los suyos. Nuevas y numerosas tropas se levantaban en todos los puntos de España para elevar nuestra fuerza al grado y número que pedia el peligro de la patria. Era preciso animar este impulso general, y vestir, armar, organizar y dar direccion á estas tropas; lo era proveerlas de víveres, municiones, trenes de campaña y auxilios de todas clases; lo era arreglar el plan de la nueva y terrible campaña que se abria entonces, y las medidas necesarias para seguirla con el vigor y presteza que requeria su grande objeto. Para todo eran necesarios inmensos fondos y recursos, y el Gobierno no los tenia. El tesoro real estaba exhausto, y sus entradas obstruidas. Los socorros en dinero, que con tanta generosidad habia franqueado la Inglaterra á las provincias, habian cesado ya, y los de América no habian llegado todavia. Los que produjeron los donativos, contribuciones y arbitrios extraordinarios, destinados por las juntas supremas al armamento, equipo y subsistencias de sus tropas, se habian consumido en la primera y gloriosa campaña. Todo menguaba para el Gobierno, al mismo paso que el apuro y la urgencia crecian, y con ellos la necesidad de atender y deliberar sobre todo. No es, pues, menester, ni mucha luz para discernir los grandes cuidados que tantos objetos ofrecian á la nueva Junta Gubernativa, ni demasiada equidad para reconocer que, en medio de ellos, ni debia ni podia distraerse á otros que requiriesen largo exámen y detenida meditacion.

41. Y ¿por qué no podré contar entre ellos los que eran inseparables de la organizacion del gobierno mismo, tanto mas difícil, cuanto mas desordenado y arbitrario fuera el antiguo, y mas violento y atropellado el que estableciera la regencia intrusa, y cuanto la division del mando de las juntas, que sucedió á ellos, habia dado causa á mayor oscuridad y confusion? Por desgracia, los archivos, los expedientes, las noticias, las tradiciones y la experiencia de los antiguos ministerios habian desaparecido, y muchos de sus principales agentes habian pasado al partido del usurpador. En todo faltaba sistema, para todo escaseaban las luces, y á todo se oponia cierta desconfianza, que era indispensable en aquella época. Era forzoso instituir el nuevo Gobierno Central, restablecer los ministerios y oficinas, y comprender el despacho de sus negociados, al mismo tiempo que llovian de todas partes quejas y recursos, proyectos y pretensiones. Era preciso anunciarse á todos los puntos del imperio español, y abrir inmensas correspondencias de varia y delicada naturaleza, en España, en América, en Europa y aun fuera de ella. Era preciso remediar el desórden antiguo, establecer un órden nuevo, y dar á todos los ramos del gobierno militar, civil y económico la misma unidad que empezaba á tener el Gobierno Supremo. Era preciso, en fin, inspirar por

todas partes la confianza, excitar por todos los medios posibles el espíritu público, y promover con calor, con actividad y con afán continuo la grande y sagrada causa en que estamos empeñados. ¿Qué de embarazos y dificultades no ofrecerían, y qué de discusiones, acuerdos, tareas y escritos no exigirían tantos y tan complicados objetos á unos magistrados á quienes, aun suponiéndolos los mas vastos talentos y el celo mas exaltado, debia necesariamente faltar la experiencia del mando! ¿Y qué hubiera dicho de ellos la nacion si los viese desestimar estos cuidados para engolfarse en la preparacion de unas cortes generales del reino?

12. Porque pide la buena fe que no se pierdan de vista las dificultades que presentaba este designio, y que, á medida que eran graves, requieran mayor examen y deliberacion. La nacion tenia sin duda por sus leyes el derecho, y habia estado en la costumbre de ser consultada en los negocios de general interés; pero este derecho, desfigurado ó destruido por la ambicion ó el capricho de los reyes y sus ministros, habia sufrido en diversas épocas y paises continuas vicisitudes, y ni fuera uniforme ni estaba bien definido. Castilla, Navarra, Aragon, Cataluña, Valencia, el pais Vascongado y el principado de Asturias habian tenido sus cortes ó juntas generales, no solo quando reinos separados, sino despues de su reunion en la corona de Castilla; pero en todas estas provincias era variamente constituida y ejercida la representacion. Sin hablar mas que de la constitucion castellana, ¿quién será el que pueda determinarla? Bajo los godos, reducida la representacion al clero y grandes oficiales de la corona, no se contaba con el pueblo para la deliberacion, sino solo para el otorgamiento, ó mas bien aceptacion de los decretos. Los reyes de Asturias y Leon contaron algo mas con el pueblo, pero no le dieron todavia representacion conocida. Los de Castilla, organizando en forma estable el gobierno municipal, dieron ya á los pueblos una representacion determinada, aunque imperfecta, por medio de sus concejales, y entonces, por decirlo así, nació el estamento popular. Ocuparon despues el trono reyes extranjeros, y el despotismo se introdujo con ellos. Ya el valido de Juan II habia pretendido enmudecer la voz de las Cortes, pero la nacion reclamó sus derechos, y supo conservarlos. Los ministros flamencos de Carlos I pudieron ser mas atrevidos, y lo fueron violando el artículo mas antiguo de la constitucion castellana; pues que no pudiendo sufrir el freno que oponian á su codicia los estamentos privilegiados, los arrojaron de la representacion nacional desde 1539. El hijo y nietos de este rey austriaco, traficando con los oficios municipales, haciéndolos hereditarios, y reduciendo el voto en cortes á algunas pocas ciudades, acabaron de despojar al pueblo de este derecho, pues que su voluntad no era ya representada en ningun sentido. Vagaba aun sobre la nacion la fantasma de las Cortes; pero á la entrada de los Borbones desapareció enteramente, para que, desplomándose el despotismo sobre la nacion, acabase de abrumarla con tantos males como ha llorado, y la condujese á orilla del abismo en que ahora se halla.

43. Y ahora bien, ¿no era forzoso que la Junta Cen-

tral, para convocar las Cortes, determinase una forma de representacion, ó nueva ó conocida? Adoptar alguna de las antiguas no era ni justo ni prudente; inventar una del todo nueva era injusto y peligroso. ¿Podia olvidar ó echar por tierra de todo punto nuestras antiguas leyes y costumbres, y borrar nuestras venerables instituciones? Podia atropellar todos los derechos, todas las prerogativas que ellas daban al clero y la nobleza en todos los antiguos reinos, y destruir dos jerarquías que, reconocidas y respetadas siempre entre nosotros, pertenecian á la esencia de la constitucion monárquica? Podia, finalmente, desmoronar del todo el augustó edificio de esta constitucion, para reedificarla sobre un plan de representacion nacional enteramente nuevo? Prescindiendo de si tanto cabe en el supremo poder de la nacion; pero ¿quién dirá que cabia ni en el poder ni en la prudencia de la Junta Central? Y cuando cupiese, ¿era este negocio tan llano, tan fácil, que le pudiese resolver sin examen, sin meditacion ni consejo? No por cierto. Era de su deber adoptar algun prudente medio en materia tan grave y difícil, y el que adoptó, y de que se dará razon en lugar mas oportuno, hará ver mejor, así la gravedad de estas dificultades, como el pulso y tino con que supo ó procuró conciliarlas con el fin de tan importante designio, y hará ver tambien cuán tanta injusticia se calumnió á los centrales porque no fueron bastante temerarios para empezar su gobierno por la convocacion de unas cortes.

44. No cerraré este artículo sin satisfacer á algunos fieles y ardientes patriotas, que, llenos de buen celo, piensan que hubiera convenido congregarse desde luego y de cualquiera manera las Cortes, para el solo objeto de acordar los medios y asegurar los recursos de salvar la patria, dejando la discusion de los demás objetos para tiempos de mas reposo. Confieso que hubiera suscrito de buena gana á este dictamen, tan conforme á mis sentimientos, si creyese posible llevarse á ejecucion sin exponer la nacion á funestos peligros ó gravísimos inconvenientes; porque tan difícil me parecia acordar sin examen una forma de representacion que mereciese la aprobacion nacional, como que la nacion se acomodase á cualquiera forma de representacion, por imperfecta que fuese. Y si por desgracia la que se adoptase para las primeras cortes no obtuviese esta aprobacion, ¿qué de males no resultarian de la lucha intestina del Gobierno con la opinion pública?

45. Fuera de que, ¿cómo era posible que reunidas las Cortes redujesen sus deliberaciones á un solo objeto, por grande é importante que fuese? Pues qué, despues de una opresion tan larga y dura, despues de tantos agravios y ultrajes, á vista de tantos males pasados y temores presentes, en el único momento en que la nacion podia asegurar su libertad, y cuando luchaba por defenderla, no solo contra la tiranía exterior, sino tambien contra la corrupcion y arbitrariedad del despotismo interior, ¿se esperaria que perdiese de vista ó no se atreviese á tratar de sus antiguos derechos, ni á buscar los medios de preservarlos? Basta consultar sobre esto la opinion pública, la opinion de aquellos que mas ardientemente clamaban por las Cortes. ¿Acaso la voz general, que ansiaba y clamaba por su convocacion,



no era principalmente dirigida al remedio de aquellos males? ¿No anunciaba el mas impaciente deseo de afianzar para lo sucesivo unos derechos que eran la mas preciosa hipoteca de la libertad española? Seamos justos. Que la defensa nacional sea el primero, el mas sagrado objeto en que se deben ocupar las Cortes, y á cuyo logro se deban sacrificar los demás deseos y designios, es una verdad innegable; pero que las Cortes se redujesen á no entender en otros, si no tan urgentes, no menos importantes, es una esperanza tan vana como la de que la nacion se contentaria con que una representacion cualquiera, por imperfecta é incompleta que fuese, decidiese supremamente de su futura suerte.

46. Se dirá, por fin (porque nada hay que no se haya dicho y pensado por los censores de la Junta Central), que á lo menos debió anunciar las Cortes, y dar á la nacion la seguridad de que estaba reintegrada en este precioso derecho. Pudo, es verdad, y si se quiere, debió hacerlo. Diráse adelante por qué no lo hizo; por ahora baste decir que esta proposicion fué hecha en la Junta en sus primeros dias, y aunque no resuelta entonces, no fué tampoco desechada. Que las causas que prolongaron su resolucion fueron muy graves; que cuando no bastasen á disculpar esta lentitud, quedaria plenamente disculpada con el real decreto de 22 de mayo del año pasado, en que anunció solemnemente las Cortes para el presente; con el de 15 de junio siguiente, en que nombró una comision para prepararlas; con los inmensos trabajos de esta comision para desempeñar tan difícil encargo; con el decreto de 28 de octubre, en que fijó la época de las cortes para 1.º de marzo; con las convocatorias é instruccion de elecciones, despachadas á todo el reino en 1.º de enero, y finalmente, con el decreto de 29 del mismo mes, en que, reuniendo todos los demás, dejó solemnemente arreglada y acordada la organizacion de estas primeras cortes generales y extraordinarias del reino; con aquel decreto, el último que pronunció y el postrer rasgo de su celo, en que dando á la representacion nacional la mejor institucion que permitian las circunstancias actuales y requerian las venideras, y que conciliaba todos los preciosos derechos que debia respetar con el mayor bien del público, de que no podía prescindir, coronó sus ilustres, aunque desgraciadas tareas, y la hizo, á pesar de la envidia, acreedora á la gratitud y al aprecio de la posteridad.

47. Resulta pues de todo lo dicho hasta aquí que no se puede culpar á los centrales de haber violado las leyes, ni la justicia, ni las máximas de conveniencia pública en no haber convocado desde luego las Cortes, y que el cargo de usurpacion fundado en la ley de Partida solo pudo ser inventado por la emulacion, patrocinado por la envidia, y tragado y cacareado por la ignorancia.

48. Es ya tiempo de pasar al segundo que se hace á los centrales, por no haber nombrado desde luego una regencia, conforme á la ley de Partida. Pero, antes de responder á él, permítaseme una reflexion, que me parece muy importante. Supongamos á estos magistrados resueltos á tomar tal medida. ¿Entregarían

desde luego el gobierno, en aquella época, en que todo se recelaba y de todos se sospechaba, á una ó pocas personas, á ciegas y sin preparacion alguna? ¿Nombrarian una regencia sin instituir la? ¿La instituirian sin señalar su autoridad, fijar sus limites, prescribir sus deberes y preservar los derechos de la nacion? ¿O podrian hacer esto atropelladamente y sin tomar algun tiempo para tan grave deliberacion? No sin duda. Ahora bien, entre tanto que esto se arreglase, y que la Regencia se nombrase y instalase, ¿qué deberian hacer los centrales? ¿Estarse mano sobre mano, sin proveer á ningun objeto de la administracion pública, ó dar toda su atencion á tantos como en aquellas estrechas circunstancias les presentaba el peligro de la nacion? Y en este tiempo ¿de qué linaje seria su autoridad? Por breve, por interina que fuese, ¿no seria legitima? ¿Se podría decir usurpada? Luego es preciso confesar que los centrales ejercieron por algun tiempo un poder legitimo, so pena de que fuese ilegítimo y nulo, no solo cuanto hicieron, sino cuanto se quiso que hubiesen hecho. ¿Cuál es pues el instante en que este poder dejó de ser legitimo y empezó á ser usurpado? A los que hicieron el cargo toca determinarle. Mas ¿lo podrán hacer los autores de la consulta sin comprometer su opinion y su buena fe, y sin ofender á la alta autoridad á quien consultaron y á la suya propia?

49. Permítaseme tambien preguntarles enál era sobre este punto la opinion del consejo de Castilla en aquellos dias. Hemos dicho ya como pensaba este respetable tribunal en 4 de agosto de 1808; esto es, que *no permitiendo las circunstancias arreglar el gobierno segun los medios designados por las leyes y costumbres nacionales, era su deseo que se arreglase por diputados de las juntas, reunidos al mismo Consejo*. Pero en la circular de 27 del mismo mes, dirigida con su manifiesto á las mismas juntas, exhortándolas de nuevo á que se desprendiesen de su autoridad, y pareciendo que se olvidaba ya de la suya, modificó aquel deseo, y le redujo á que *el gobierno se arreglase en la forma que estimase la nacion en cortes, ó por medio de diputados de las juntas, depositándole en las personas ó cuerpos que para ello se eligieran*. Parece pues que el depósito del gobierno, no en algunas personas, sino en un cuerpo entero ó en algunos, no hubiera sido contrario al dictámen del Consejo, y parece tambien que si por suerte los diputados de las juntas hubiesen depositado la suprema autoridad en el mismo Consejo, ó en un cuerpo compuesto de consejeros y centrales, no hubiera dicho ó no pudiera decir que obraban contra su opinion. ¿Cómo es pues que la idea de que se habian violado las leyes en no nombrar una regencia, conforme á la ley de Partida, no ocurrió al Consejo hasta que la Junta Central se halló constituida con los delegados de las provinciales solamente, y reconocida así por toda la nacion?

50. Pero acerquémonos mas á la materia de esta discusion. Yo no negaré que desde el principio formé, y sostuve despues con tenacidad, el dictámen de que se debian anunciar desde luego las Cortes y formar una

regencia, segun el modelo de la ley de Partida, y que de mi opinion eran algunos otros de mis compañeros; pero de estas opiniones debo prescindir cuando trato de calificar la que siguió la Junta. Mas tampoco dejaré de decir que los centrales que opinaron por la composicion del gobierno tal cual fué constituido entonces, no hicieron otra cosa que obrar segun los poderes que recibieran de las juntas comitentes; los cuales, todos, á excepcion de uno, si mi memoria no me engaña, léjos de autorizarlos para que nombrasen un nuevo gobierno, les prescribían expresa y señaladamente que se reuniesen en un cuerpo para gobernar la nacion. Si este pues es un cargo, pertenece mas bien á las juntas comitentes que á sus delegados, y no me engañaré en creer que si se agitate en las próximas cortes, las mismas juntas ó sus diputados sabrán responder á él con la energia y solidez que su gravedad merece.

51. Siendo esto así, ¿no será una manifiesta injusticia tachar á los centrales de usurpacion de la autoridad, solo porque no la depositaron en algunas personas, segun el tenor de la ley de Partida? Por mas que algunos miembros de la Junta Gubernativa, respetando la salubridad de esta ley y atendiendo mas al espíritu que á la letra de sus poderes, y mas que á las cláusulas de su comision, á la generosidad y patriotismo de sus comitentes, hubiesen opinado por el nombramiento de una regencia, nadie podrá culpar con justicia á los que ateniéndose á la letra y tenor de sus mandatos, siguieron la opinion que tenia mas apoyo en los principios comunes del derecho, y mucho menos unos magistrados tan acostumbrados como los consultantes, á respetar las fórmulas del foro y á no reconocer en los actos públicos otro sentido ni otro valor que los que se conforman con la letra y tenor de sus cláusulas. Y si los principios lógicos de la interpretacion son tan respetados en la jurisprudencia civil, ¿cómo podrán culpar á los que los respetaron en una materia política, en que el peso de las palabras se calcula con tanto mayor escrúpulo, cuanto mas graves pueden ser las consecuencias de la violacion de estos principios?

52. Porque ¿quien negará que por lo menos era muy peligroso entonces oponerse á la voluntad manifestada por las juntas en sus delegaciones? Ni ¿quién desconocerá los gravísimos inconvenientes que se hubieran seguido si estos cuerpos se negasen al reconocimiento de un gobierno formado contra el tenor de sus poderes? Si de una parte parecia que las juntas no querian poner su confianza sino en aquellas personas de su gremio, cuyo patriotismo habian, por decirlo así, palpado, por otra se trataba de una autoridad que venia de su mano y estaba apoyada en la opinion que se habian granjeado de los pueblos, salvándolos tan gloriosamente de la opresion y tiranía. Resistir pues abiertamente su expresa voluntad para entregar el gobierno á pocas personas, no señaladas por ellas, parecia una temeridad poco conforme con los recelos de la prudencia. ¿Y cuánto mas en un tiempo en que con tan espantosa facilidad se concebían y difundían sospechas y odios contra los mas inocentes ciudada-

nos? En él ¿cuántos generales, grandes, prelados, magistrados y literatos eran mirados con desconfianza, ya por antiguas relaciones con el infame Godoy, ya por enlaces con los nuevos partidarios de la tiranía, ya por la tibieza, indecision ó ambigüedad de su conducta, ó ya por las calumnias y chismes que en aquella época de licencia y confusion excitaba contra ellos la emulacion y la envidia? Por todas partes se graduaba ó como delito, ó á lo menos como culpable flaqueza, haber ido á Bayona, permanecer en Madrid, ó residido en otros puntos dominados por el gobierno intruso, haberse humillado á jurarle, á obedecer sus órdenes, ó á sufrir, aunque violentamente, su yugo y su desprecio. ¿Qué reputacion estuvo entonces segura? ¿Cuál no expuesta á las asechanzas de la envidia, á las imposturas de la calumnia y al furor del populacho, agitado por ellas? ¿Ignoran por ventura este peligroso estado de la opinion pública los ministros consultantes? Ignoran que no bastaron al respetable consejo de Castilla tantos heroicos testimonios de integridad como dieran poco antes muchos de sus dignos ministros, ni la prudencia con que despues, y para evitar mayores males, temporizó con algunos decretos del usurpador, ni la prudente destreza con que frustró la ejecucion de otros, ni la gloriosa constancia con que abiertamente resistió al fin los que sellaban la usurpacion, que no bastaron, repito, para excusar á este ilustre cuerpo la dura necesidad de sincerar su conducta? Ignoran que aun despues de sincerada en su enérgica apologia, costó no pequeño cuidado y amargura á algunos de su gremio disipar estas nubes que la opinion, tan fácilmente agitada entonces, esparcia sobre su conducta particular? ¿Y tendrán hoy la cruel injusticia de culpar á los centrales por el prudente desentimiento con que procedieron en aquella tan delicada situacion? ¿Ah! Acaso se puede ver aquí el origen del resentimiento que produjo una consulta tan injuriosa al honor de los centrales; al honor de aquellos mismos que con tan delicada solicitud habian protegido y salvado el suyo.

53. Bastaría lo dicho para demostrar la injusticia de los consultantes, si no fuese preciso demostrar tambien la mala fe con que nos acusaron del mas enorme abuso de la autoridad, que suponían usurpada violentamente. Copiaré primero y analizaré despues sus palabras, para que se conozca mas de lleno el espíritu de rencor y venganza que las dictó. «Podría, dicen, preguntárseles (á los centrales), y aun *hacérseles cargo* del abuso de sus poderes y autoridad, y haber arrollado y echado por tierra las leyes, anulando los tribunales, inutilizando las justicias, erigiéndose en legisladores, reunidos en sí mismos los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, y en suma trastornado enteramente el gobierno monárquico de un modo el mas arbitrario y desconocido.»

54. Este torrente de injurias, en que rompiendo los diques de la moderacion, se difundió la hiel de los ministros consultantes, ni viene del origen, ni se dirige al término que en ellas aparece. Su verdadero origen era el odio á las juntas provinciales, y su objeto vengarse de las ofensas que creían haber recibido



de ellas. *Nondum enim causae irarum... exciderant animo*. Recordaban sin duda, entre otras, aquella destemplada representacion que una de las juntas de Oriente dirigió al Gobierno y imprimió y divulgó, en desquite de otra consulta en que el Consejo reunido habia atacado, con poca oportunidad y demasiada vehemencia, á las juntas, y cuyas copias se habian difundido, tambien con mucha indiscrecion, por todas partes. Esta aversion del Consejo era tan antigua como el Gobierno Central, ora naciese de los celos que daban y el freno que oponian las juntas á su ambicion, como algunos maliciosamente sospechaban, ora del estorbo que ofrecian al total restablecimiento del antiguo órden civil, como me complazco en creer. Pero atacar directamente á las juntas en la situacion y en el lugar en que se hallaba el Consejo en febrero de este año, y á vista de la orgullosa junta de Cádiz, pareció á los consultantes tan duro y peligroso, como sabroso y seguro derramar su hiel sobre los centrales, entonces inermes y perseguidos, y que entre otros, tenían á sus ojos el grave cargo de haber ofendido su autoridad, sosteniendo la de las juntas. Es pues preciso, para desvanecer este cargo así determinado, decidir dos cuestiones: primera, si la Junta Gubernativa debió disolver desde luego las juntas provinciales, como deseaba el Consejo; segunda, hasta qué punto es cierto que los centrales, conservando las juntas, abusaron de su autoridad en los artículos que la consulta indica. En ambas cuestiones prescindiré de mi opinion particular, aunque será necesario exponerla mas adelante; porque no se trata aquí de lo que se pensó ó pudo hacer, sino de lo que se hizo. Mas para juzgar de lo que se hizo, nadie debe ni puede prescindir de las circunstancias en que se hizo, y mucho menos podrán nuestros censores, que tanto peso dieron y tanto partido sacaron en su consulta de las circunstancias en que la hicieron. Examinaré pues una y otra cuestion, no en abstracto, sino en concreto de las circunstancias á que se refieren.

53. En la primera procederé con la mayor generosidad, pues dejaré su decision á cargo de nuestros mismos censores, si quieren responder de buena fe á una sola pregunta, que no les puede parecer capciosa, pues que nace de la misma cuestion. Diganme pues si cuando la Junta Gubernativa, compuesta de delegados de las provinciales, acababa de ser, no solo reconocida, sino celebrada con entusiasmo por los mismos cuerpos que con generoso patriotismo habian resignado en ella la suprema autoridad; si cuando estos cuerpos, contando to los con su existencia, solo diferian acerca del grado de autoridad que debia quedarles bajo la del Gobierno Central; si cuando algunos, mirando-e como representados en él, pretendian dirigir desde las capitales los dictámenes de sus delegados, y conservar por este medio intervencion y directo influjo en el ejercicio de la soberania; si cuando el mas poderoso de todos, la junta de Sevilla, desvanecida con sus laureles, despues de reservarse en sus instrucciones una no pequeña porcion de este ejercicio, aspiraba todavía á establecer una especie de constitucion federal, y se afanaba por propagar en las

demás esta ambiciosa idea; diganme si cuando el nuevo gobierno no podia dar un paso en el desempeño de sus funciones sin tener cabal conocimiento del estado en que se hallaban las provincias, despues de un trastorno tan general, ni omar este conocimiento de otra parte que de los cuerpos que las habian gobernado; si cuando todos los fondos, todas las fuerzas, todos los recursos, y por decirlo así, toda la voluntad y obediencia de los pueblos estaban todavía en manos de estos cuerpos; si cuando este nuevo gobierno aunque depositario del supremo poder, no estaba rodeado del esplendor ni de las ilusiones ni de los apoyos de la soberania; diganme si mientras los celos, los recelos, la rivalidad, la envidia, los resentimientos y las reclamaciones se cruzaban entre las juntas provinciales y las autoridades civiles, eclesiásticas y económicas, y las corporaciones y los individuos, y mientras el terrible movimiento que habia trastornado el órden antiguo ondulaba todavía sobre los pueblos; diganme, repito, si en tales circunstancias hubiera sido cordura en los centrales cerrar los ojos á toda consideracion, á todo inconveniente, á todo peligro, para anonadar con un golpe vigoroso de autoridad á tantos cuerpos, tan respetables, tan respetados, tan poderosos y tan beneméritos de la nacion; si hubiera sido cordura privarse de sus luces, de sus auxilios y de los consejos de su experiencia; si hubiera sido cordura olvidar sus servicios, despreciar su poder y provocar su resentimiento; ó bien, si la atinada cordura y justo detenimiento con que los centrales se hubieron en este delicado punto, no eran liarto mas dignos de alabanza que de tan amarga censura.

56. Porque los ministros consultantes no ignoran que la Junta Central, aunque inclinada á conservar la existencia de las provinciales, trató desde el principio de fijar los límites de su autoridad. Varias órdenes dirigidas á este fin se expidieron en Araujuez, y entre ellas, algunas relativas á restablecer el libre ejercicio de las autoridades civiles, y señaladamente la del Consejo Real. Tratabase de acordar definitivamente este punto, cuando el nuevo peligro que amenazó á la patria en los últimos aciagos dias del noviembre de 1808 obligó al Gobierno á invocar de nuevo el auxilio y excitar el celo de las provincias, al mismo tiempo que á abandonar su residencia, para salvar el precioso depósito de la suprema autoridad. Pero reunida en Sevilla, volvió su atencion á este objeto, y en medio de los gravísimos cuidados de aquella época, acordó el decreto de 1.º de enero del año pasado, cuyo primer objeto fué poner expedita y libre de embarazos en su ejercicio la autoridad ordinaria de los tribunales, justicias y ayuntamientos, y circunscribir la de las juntas al solo objeto de armamento y defensa, en union con los capitanes generales. Bien sé yo que aun así no quedaron satisfechos los celos del Consejo ni los de las magistraturas ordinarias de las provincias; bien sé que les hacian sombra todavía los honores y distinciones que se concedieron, ó mas bien conservaron, á las juntas y á sus individuos, así en consideracion de sus recientes servicios, como porque existiendo para auxiliar al Gobierno en el primer objeto de sus cuidados, no debian

existir sin decoro. ¿Y qué otra cosa permitian las circunstancias? ¿Ignoran por ventura los consultantes cuántos embarazos causó al Gobierno mismo, á pesar de estos miramientos, la insubordinacion con que algunas juntas resistieron aquel decreto, á por mejor decir, el pretexto que dió á los que tiranizaban sus opiniones? No lo ignoran por cierto, pues les tocó mucha parte del resentimiento con que alguna de ellas se desahogó contra tan justa providencia. Deben pues confesar que la Junta Central ni pudo ni debió suprimir las juntas provinciales, y que cediendo su autoridad al objeto de armamento y defensa, hizo cuanto pudo y cuanto debió en aquellas circunstancias.

57. Esto supuesto, pasemos á examinar hasta qué punto los centrales, conservándolas, arrollaron y echaron por tierra las leyes, inutilizaron las justicias y anulón los tribunales, que es la materia de la segunda cuestion.

58. Nada es mas natural en el hombre que la propension á creer lo que desea, y á borrar de que otros creerán facilmente aquello á que él se ha persuadido. *Quae volumus, et credimus libenter, et quae sentimus ipsi et reliquis sentire speramus*, decía César, y esto avino á los ministros consultantes. Hubiérase sido muy sabrosa la total supresion de las juntas, para que su autoridad descollase sin menoscabo ni desaire sobre todas las demás, como en el orden antiguo sucedia; y he aquí que por haber sido conservadas las juntas que les hacian sombra, alzaron el grito contra nosotros, clamando que el orden antiguo habia sido trastornado, y las leyes que le establecian arrolladas y echadas por tierra. Pero nada de esto pasó, y su censura es en este punto tan injusta como en los demás. El mantenimiento de la antigua jerarquia civil era ciertamente muy importante; pero no lo era menos conciliarla con el estado en que se hallaba la nacion; no lo era menos combinar su existencia con la de unos cuerpos que nuevas y extraordinarias circunstancias habian hecho nacer en medio de ella, y que el influjo de las mismas circunstancias no permitia suprimir. Esto es lo que con toda prudencia y meditacion procuró hacer la Junta Central, la cual, sin inutilizar ni anular ninguna justicia ni tribunal del reino, ni menguar ni embarazar sus facultades ordinarias, procuró conservar unos cuerpos que creyó necesarios á la salvacion de la patria, les conservó la autoridad necesaria para cooperar en este grande objeto, y concilió cuanto fué posible el ejercicio de sus extraordinarias funciones con el de las funciones ordinarias de las demás magistraturas. Y si tal vez estas, á pesar del celo de la Central, ballaron algunos embarazos de parte de las juntas provinciales, ni esto basta para justificar el cargo, ni para echar sobre los centrales la culpa de un exceso que estuvo en otros, y que ellos, si no pudieron, por lo menos procuraron evitar.

59. Para mayor prueba de esta verdad, levántese por un instante la consideracion al estado en que la Junta Gubernativa halló el gobierno instituido por los pueblos en todas las provincias. Además de haber sido admitidos en la composicion de las juntas que crearon, los jefes y algunos miembros de los principales cuerpos

de cada capital, no hubo una en que sus magistraturas ordinarias fuesen suprimidas. Los ayuntamientos, las justicias ordinarias, los tribunales de apelacion fueron confirmados y mantenidos en el ejercicio de sus funciones. No hubo una en que estas funciones fuesen suspendidas ni limitadas en su legitima autoridad, aunque todos los cuerpos quedaron sometidos á la autoridad de las juntas, como que entonces representaban la soberania. Creada la Junta Central, pasaron de aquel yugo, que les parecia mas pesado, porque le imponia una mano mas cercana, á otro que al principio les pareció mas decoroso, porque representaba mas completamente la soberania, y mas ligero porque le imponia una mano mas distante. Y si los celos renacieron todavia, fué porque el espíritu de armonia y concordia es mas difícil de conservar donde la rivalidad de poder y ambicion lucha continuamente por alterarle y destruirle.

60. Esto se observó mas claramente en el Consejo Real, el que durante el imperio de las juntas habia gemido en el yugo del tirano, pero quebrantadas sus cadenas por el vencedor de Bailén, se halló de repente restablecido en su primera dignidad, y solo y sin que alguna otra la dominase ni rodease, brilló entonces con nuevo esplendor. Dividido en las provincias el ejercicio de la soberania, el Consejo le vió venir á sus manos en medio de la ilustre capital del reino; entró á ejercerle con el celo mas loable; y que entonces usó de este poder con toda la actividad y toda la prudencia que requerian las circunstancias y eran propias de su sabiduria, es una verdad que solo puede desconocer la envidia, aunque tambien lo es que dió á este ejercicio una extension tan dilatada, que mereceria la nota de ambiciosa, si la rectitud de su intencion y la grandeza del peligro no la disculpasen. Pero en medio de esta brillante situacion apareció de repente la Junta Central, y la generosidad que tuvieron las provinciales para crearla, no la tuvo el Consejo para sufrirla. Hallóse de repente sometido á ella, y esta súbita conversion le hubo de ser tanto mas amarga, cuanto no se le dió parte alguna, como habia deseado, en la composicion del nuevo gobierno, y cuanto vió que elar subsistentes las juntas que eran sus rivales. ¿Por qué, pues, no podré yo atribuir á este principio la repugnancia con que se prestó á reconocer el Gobierno Central, la tenacidad con que invocó despues las leyes para deshacerle y cambiarle por otro, y el constante empeño con que atacó la autoridad de las juntas, y so color de reclamar el orden antiguo, sostuvo que las leyes habian sido arrolladas, las justicias inutilizadas, los tribunales anulados y el gobierno monárquico destruido?

61. Con todo, el cargo que se nos hace de haber anulado los tribunales puede tener otra explicacion, si es cierto lo que algunos han sospechado. Hase querido suponer que la formacion del Consejo reunido fué mirada por algunos de sus ministros como la extincion del antiguo consejo de Castilla; que estos ministros hubieran querido que aquel su respetable tribunal reparciese en la escena, no solo con su célebre nombre, sino tambien con todas las campanillas que



antes adornaban su dosel, levantado sobre todos los demás; que nunca no les hubiera amargado la reunion de toda la autoridad que andaba repartida en los otros, la quisieran sin mezcla ni confusion con ellos. Que haber refundido en uno la representacion de todos, y metido en su santuario ministros de todos, y hécholes á todos participantes de su fama, su autoridad y sus prerogativas, les parecia una monstruosa profanacion; y en fin, que siendo el *consejo de Castilla* el único *cuerpo intermedio entre el soberano y la nacion*, y como decian en su arenga al consejo de Regencia, *un antemural entre el supremo poder y el humilde ciudadano*, la Junta Central habia defraudado á sus ministros en su autoridad y prerogativas todo cuanto habia comunicado de ellas á los ministros de otros consejos. Otras cosas se suponian en esta razon, que no son tan del caso, aunque pueda haber en ellas algo de cierto, porque es difícil explicar de otro modo la acusacion que hacen los consultantes á la Junta Central *de haber anulado los tribunales del reino*.

62. Pero en buena fe, que si este es el espíritu del cargo, poco nos costará absolverle, y aun hacerle recaer sobre nuestros censores. Porque creer que en aquella época hubiera sido cordura restablecer tantos consejos, con tanta muchedumbre de oficinas y dependencias, sería tanta temeridad como creer que no se debió establecer ninguno. Lo primero hubiera escandalizado á la nacion, viendo agravar sus apuros con un gasto tan grande y tan inútil. Lo segundo la hubiera afligido, viendo que se la privaba de aquella proteccion que podia hallar en esta alta magistratura. Hubiera además sido inhumanidad abandonar á la miseria ó mantener en ociosidad á los dignos magistrados, que fieles á su deber y á su patria, y exponiéndose á nuevos males y peligros, habian abandonado desde luego el teatro de la esclavitud, y seguido de cerca al gobierno legitimo, para ofrecerle la continuacion de sus servicios. ¿Qué es pues lo que dictaba la prudencia en semejante coyuntura? Lo que tal vez convendrá establecer permanentemente para lo sucesivo. Porque, suponiendo necesaria la alta autoridad confiada á estos cuerpos, ¿para qué tantos? Léjos de ser ventajoso dividirla en muchos, ¿no lo sería mas reunirlos en uno? ¿No tendrá entonces mas unidad, mas fuerza, mas expedicion en su ejecucion? Su division, ó por mejor decir su destrozo, no fué por cierto obra del celo, sino de la ambicion ministerial. Cada ministro quiso tener en su departamento consejo, juzgados, fueros, dependencias y dependientes separados, para dominar mas absolutamente sobre una parte de la nacion. Si alguna autoridad requeria ejercicio separado, era sin duda la del consejo de las Indias, por la distancia, la grandeza y el carácter particular de sus objetos, que no pueden ser conocidos por el estudio, si no está ilustrado por la experiencia; y la Junta Central le hubiera restablecido separada: ente si hallase á la mano bastantes ministros con que formarle. Tales fueron sus miras en la creacion del Consejo reunido; miras que distaban muy poco de las que pensaron y acordaron los sábios consejeros de Castilla é Indias para el caso de la traslacion del Gobierno, como mas ade-

lante se dirá, en la segunda parte. ¿Qué es pues lo que puede tacharse en tan prudente medida? Ni ¿quién puede desaprobala, sino este miserable espíritu de cuerpo, que apegado á sus añejas formas y costumbres, y á los pequeños objetos de su ambicion, levanta el grito contra todo lo que parece trastornarlos?

63. Me escandeezo, lo confieso, y al tratar esta materia no acierto á hallar la moderacion que es propia de mi carácter. Porque ¿quién la tendrá para oír que se culpe á la Junta Gubernativa de haber anulado los tribunales, cuando esto no puede entenderse de los existentes, sino de los que se habian ya disuelto y anulado por si mismos? En Aranjuez los confirmó á todos, en Sevilla no halló á ninguno. Si todos ó la mayor parte de los ministros de los consejos, abandonando la corte, hubiesen seguido al Gobierno y corrido á reunirse á su sombra, el cargo tendria alguna apariencia de razon. Pero ¿fué este el caso? Sin contar los apóstatas que infame y descaradamente pasaron al contrario bando, sin contar los que por miedo ó necesidad se sometieron á sus deseos, ¿cuántos fueron los que permanecieron escondidos de su vista ó buscaron otro asilo? No quiera Dios que yo ofenda el honor de muchos hombres virtuosos, á quienes su delicada salud, su honrada pobreza ó los vínculos sagrados de la naturaleza condenaron á mendigar ó perecer en el seno de su familia y léjos de los consuelos y socorros que la benignidad del Gobierno les ofrecia. Mi ánimo es solo recordar que cuando la Central trataba este punto no habia en Sevilla consejos que restablecer, ni consejeros que reintegrar, sino en pequeño número. Formó pues el Consejo reunido con los que tenia á la vista. Y ¿qué hizo con los demás? Qué hizo con aquellos mismos que detenidos en Madrid, ó por la dificultad de la salida ó por los peligros del viaje, ó por menos justas razones, fueron viniendo despues, aunque poco á poco? ¿No les acogió con la consideracion y benevolencia debidos á su carácter? No prescindió de su tardanza? No se expuso á murmuracion y censura por haberles conservado sus sneldos? Y en fin, ¿no protegió, no salvó el honor de aquellos cuya conducta tachaba la malevolencia de ambigua y sospechosa? Y ¿será posible que entre estos mismos se cobijen nuestros acusadores! Respetables magistrados que componeis el Consejo reunido, perdonadme; yo no os acuso á todos, reacuso solamente á mis acusadores. Perdonenme tambien los que se hayan atrevido á serlo. Yo no escribo para injurioslos, sino para repeler mi injuria. Su conducta, comparada con la del cuerpo que procuró honrarlos y distinguirlos, debe aparecer ante la nacion tan fea como injusta, y podria además ser tiznada con la negra nota de ingratitud, si á lo que se hace por la justicia se pudiese dar el nombre de beneficio.

64. El cargo que se hace á los centrales de haber trastornado el gobierno monárquico, por haber reunido los tres poderes, hace muy poco honor á los consultantes, porque supone en ellos ó muy crasa ignorancia ó muy refinada malicia. Para absolverle, nada tendré que decir en cuanto *al poder ejecutivo*, pues que este formaba la primera y mas esencial prerogativa del nuevo gobierno. Tampoco del *poder judicial*, porque es

notorio que la Junta Gubernativa no se entrometió á decidir pleitos ni á sentenciar causas, y si acaso inició ó promovió ó confirmó algun juicio, no usó en esto de otro poder judicial que el que nuestra constitucion da al soberano, en quien originalmente reside, para asegurar la observancia de las leyes. Y si en el uso de esta suprema autoridad hubo ó no algun exceso, cosa es que pertenece á otra cuestion, y de la cual no será nuestro juez el Consejo, sino la nacion junta en cortes.

65. Bastará pues, para desvanecer este cargo, en que se ha pretendido recopilar y confirmar los demás, hablar de el *poder legislativo*, y explicar la naturaleza de este poder segun nuestra constitucion. Prescindiré de aquel monstruoso estado en que nuestros reyes le ejercieron en los últimos siglos, sin limite alguno, decretando *motu proprio* leyes, conformes ó contrarias á la misma constitucion, las cuales el Consejo, no solo era el primero á obedecer, sino que las promulgaba y mandaba y hacia cumplir por todo el reino, como órgano y arcañuz natural de la voluntad soberana. Pero acaso en el estado mas puro, si así puede decirse, de nuestra constitucion, ¿no era en España un atributo de la soberanía el uso del *poder legislativo*? ¿Cuál de nuestras leyes no presenta á nuestros soberanos como supremos legisladores de la nacion? «La facultad de hacer nuevas leyes (dice el sábio y profundamente erudito Marina), de sancionar, modificar y aun renovar las antiguas, habiendo razon y justicia para ello, fué una prerogativa tan característica de nuestra monarquía, como propia de los vasallos respetarlas y obedecerlas.» Es verdad que este mismo autor reconoce la obligacion que tenían nuestros reyes de llamar y consultar las Cortes para establecer nuevas leyes, y corregir, mudar ó alterar las antiguas; mas no por eso da á las cortes otro derecho que el de confirmar con su aceptacion estas leyes. «Porque las leyes de los principes (dice), aunque no necesitan para su valor el consentimiento de los vasallos, y deben ser obedecidas solamente por el hecho de dimanar de la voluntad del Soberano, con todo eso, jamás se reputaron por leyes perpétuas é inalterables sino las que se publicaban en cortes. Las que carecian de esta solemnidad debían de ser cumplidas y obedecidas en calidad de pragmáticas, ordenanzas, provisiones, cartas ó cédulas reales, que no siendo por su naturaleza invariables, podían ser reformadas, dispensadas y revocadas por el monarca reinante y sus sucesores.» Tal es la opinion del hombre que mas profundamente estudió y mas sábiamente analizó nuestra antigua legislacion, á la luz de los mas recónditos monumentos de nuestra historia; y por mas que yo no suscriba enteramente á sus opiniones, como explicaré mas de propósito en otro lugar, es una verdad constante que no se halla en nuestra legislacion una ley, ni en nuestra historia un documento, que niegue á nuestros soberanos el poder de hacer leyes. Luego, en nuestra constitucion, el *poder legislativo*, como quiera que se entienda modificado, andaba unido en la soberanía con el supremo poder ejecutivo. Luego aun suponiendo cierto que la Junta Central usase de este poder, teniendo en sí el ejercicio de la soberanía, nunca se podría decir que le habia usur-

pado, ni menos que por usarle hubiese trastornado el gobierno monárquico del modo mas arbitrario y desconocido, como dijeron los consultantes.

66. ¿Y dónde y en qué hallaron este trastorno, causado por el uso de aquel poder? Yo repaso en mi memoria los decretos de la Junta Central, y aunque hallo algunos á que se puede dar el nombre de leyes temporales, no eran en realidad mas que providencias momentáneas, exigidas por y acomodadas al estado actual de la nacion. Es cierto que hay tambien algunos á que podría cuadrar mejor el nombre de leyes. ¿Los citaré? No lo querrian acaso los ministros consultantes, ni yo lo quisiera, ni lo haria, si á ello no me forzase la obligacion de mi propia defensa.

67. La Junta Central admitió al ejercicio del poder soberano los representantes de Madrid y los de las provincias de nuestras Indias. Lo primero era debido al grande y fiel pueblo cuyo heroico ejemplo y cuyos infames ultrajes excitaron en toda la extension de España aquella santa indignacion con que se levantó de repente para sacudir el yugo del tirano. Cuando todas las provincias tenían el consuelo de ser gobernadas por un cuerpo compuesto de diputados suyos, ¿se negaria este derecho á Madrid, corte y capital del reino, y cuya poblacion igualaba ó excedia á la de algunas provincias? Y se le negaria la Junta Central, que acababa de reunirse á sus puertas y que trataba entonces de trasladarse á residir en su seno? Si esta era una ley, sin duda era tan recomendada por la justicia y tan conforme con la constitucion, que es muy difícil inventar un título que la hiciese digna de censura.

68. La admission de los representantes de América fué sin duda un acto de *poder legislativo*. Pero ¿quién será el que no reconozca, no digo la prudencia, sino tambien la justicia de este decreto? Pues ¿qué? Cuando la nacion, huérfana y privada de su buen rey, erigia un gobierno provisional, en cuya composicion entraban diputados de todas las provincias de este continente; cuando era tan necesario estrechar los vínculos de fidelidad y amor social que nos unen con nuestros hermanos de Ultramar; cuando estos fieles españoles, abrazando con tan ardiente entusiasmo la causa de su rey y de su patria, ofrecian tan generosamente darles con sus caudales los auxilios que no podian con sus brazos; cuando no era menos justo acreditarles que el nuevo gobierno trataba sinceramente de reparar con consejo suyo los agravios que en una larga serie de años habian recibido del antiguo; en fin, cuando era ya tiempo de que los naturales de aquellos ricos y dilatados países empezasen á probar la igualdad de derechos con los de la metrópoli, á que los hacian tan acreedores los eternos principios de la naturaleza y de la sociedad, ¿qué máxima de prudencia, qué principio de justicia política puede tachar una medida que lejos de trastornar nuestra constitucion, tendia mas bien á perfeccionarla; una medida que necesariamente entrará en su reforma, cualquiera que sea la opinion de los dignos ciudadanos que se van á congregarse para acordarla?

69. Una serie de decretos sucesivamente expedidos por la Junta Gubernativa, á consulta de su *comision de Cortes*, y recopilados en su último decreto de 29



de enero de este año, fijó la institucion y organizacion de las cortes que habia convocado. Sin duda que los que pretendan que estas cortes debian celebrarse segun el modelo de las antiguas, hallarán que los centrales, usando para esto de *poder legislativo*, alteraron notablemente, si no la esencia de la constitucion monárquica, por lo menos sus formas y los antiguos usos y costumbres relativos á las juntas del reino. No es de este lugar examinar la justicia ó la prudencia de cada uno de estos decretos, como haré, si Dios quiere, en otro mas oportuno; pero si preguntaré á nuestros censores: si la Junta Central habia acordado la convocacion de las Cortes, ¿no era absolutamente necesario que acordase tambien la forma en que debian celebrarse? Ahora bien, esta forma habia sido notablemente diversa, como hemos advertido ya, no solo en las distintas épocas de nuestra monarquía, sino tambien en los diferentes reinos que se reunieron en ella. A las próximas cortes, como que eran generales, debian ser llamados representantes de todos estos reinos. Tratábase además de unas cortes extraordinarias, convocadas para una muy extraordinaria y muy importante emergencia; y no pudiendo acomodarse á tan extraordinarias circunstancias ninguna de las formas observadas en las antiguas cortes, era de absoluta necesidad adoptar una diferente y extraordinaria. Para adoptarla, lo era tambien resolver varias graves dudas que naturalmente se presentaban, así sobre la composicion y eleccion de la representacion nacional, como sobre su organizacion, institucion y ejercicio de sus funciones. Y ¿cómo podia proveerse á este grande objeto, ni resolverse cuanto era relativo á su arreglo, sin usar del poder legislativo? Prescindiendo pues por un instante de la calidad de aquellos decretos, ¿quién podrá culpar á los centrales por haber usado de este poder para expedirlos? Y cuando procuraron acomodarlos, acaso con mas religiosidad que la que los consultantes querrian, al carácter de la constitucion española, ¿cómo pudieron decir de nosotros que habiamos usado del poder legislativo para trastornar el gobierno monárquico del modo mas desconocido y arbitrario?

70. Difícil seria concebir el odio que fraguó contra nosotros esta muchedumbre de cargos, tan vanos como enormes, si nuestros censores no se hubiesen apresurado á descubrirle desde el punto en que lo pudieron hacer sin peligro. No bien nos hallaron separados del mando, y desarmados y perseguidos, cuando poniéndose á la banda de nuestros contrarios, anunciaron la intencion de concurrir al aumento de nuestro descrédito. El consejo de Regencia habia sido instalado en la noche del último dia de enero, y anunciándose al público el 1.º de febrero; en el dia 2 inmediato acordó el Consejo reunido la arenga con que debia complimentarle, y en ella cuidaron ya los consultantes de realzar su adulacion al nuevo gobierno con los insultos del antiguo, en la siguiente indigesta y misteriosa cláusula: «Nunca mas segura su próxima ruina (hablaban de la del enemigo, que estaba á las puertas), que habiéndose puesto vuestra majestad en este dia al frente de una nacion generosa, fiel y valiente, por su religion, por su independencia y por su rey, cuyas desgracias han con-

sistido en la desunion de voluntades, en la diferencia de opiniones, en el desvío de las mejores leyes, en la propagacion de principios subversivos, intolerantes, tumultuarios y lisonjeros al inocente pueblo, que no tiene obligacion á descubrir las ocultas minas con que semejantes gentes han intentado volar lo que mas ama.» Al fin de la arenga (y yo no diré que para combatir el pensamiento de las Cortes y la forma en que se habian convocado, y para prolongar su celebracion, porque de esto quiero que juzguen mis lectores) añadieron: «Estos son los objetos únicos en que debe emplearse vuestra soberana atencion; abandonemos todo lo que pueda distraernos, y guardémoslo para cuando la paz y la tranquilidad se consigan por vuestras victorias. Veneremos nuestras leyes, loables usos y costumbres santas de nuestra monarquía. Armáos, Señor, contra sus innovadores, que intentan seducirnos, y administrad justicia con fortaleza, sin excepcion de personas; reparad este trastorno de principios falsos, en que nos vemos sumergidos, y no dude vuestra majestad que unido intimamente con la nacion y con este supremo tribunal de ambos mundos, conseguirá mantener la religion y el trono á nuestro legítimo rey, Fernando VII, la salvacion del pueblo, la conservacion de las Américas y la justa venganza del enemigo.» He copiado fielmente sus palabras para que se vea su consonancia con las de la consulta, y para que se juzgue si los que las dictaron malograrian cualquiera ocasion que les viniese despues á la mano para exponer mas abiertamente el sentido que envolvian.

71. Creyeron hallarla cuando el consejo de Regencia, acosado por todas partes de nuestros enemigos, consultó al Consejo reunido sobre lo que convenia acordar en cuanto al destino de los individuos de la Junta Central; y entonces fué cuando los consultantes, arrojando la máscara, derramaron contra ellos todo el rencor que hervia en sus pechos, en la famosa consulta de 19 de febrero de este año. Harto he dicho ya sobre ella; mas para que mis lectores acaben de calificar su espíritu, acabaré yo tambien esta parte de mi defensa, exponiendo á su reflexion otra cláusula, en que al mismo tiempo que ensalzaron con jactancia la prudencia de sus consejos, pretendieron exponernos á la execracion del público, atribuyendo las calamidades que le alligian en aquella época á nuestra tenacidad en despreciarlos: «No pudiendo por otra parte dudarse (dijeron) que la mayor parte de los males que sufrimos, y el estrecho apuro en que nos vemos, nacen de esta su tenaz insistencia en no dejar un mando tan mal adquirido como desempeñado.»

72. Tal era la opinion que desearon inspirar á la nacion contra nosotros. No temo yo que su deseo sea cumplido, pero determinar cuál sea la opinion que corresponde á nuestro celo, á la pureza de nuestra intencion y á los servicios que hemos procurado hacer á la patria, no es de ahora, pues pertenece á otro tiempo y á otro juicio, á jueces mas augustos y á defensores mas elocuentes. Lo que á mi me toca es hacer ver á mis lectores la temeridad con que los ministros del Consejo reunido se arrojaron á juzgar tan precipitadamente de nuestra conducta. Porque ¿quién los habia

constituido jueces de la Junta Central? ¿De dónde les venia el derecho de ser nuestros censores? Y si eran nuestros jueces, ¿por qué, prevaricando en tan sagrado ministerio, tomaron la parte de nuestros acusadores? Si eran nuestros jueces, ¿quién produjo ante ellos la acusacion? ¿Dónde buscaron las pruebas del delito? ¿Quién oyó sus cargos? ¿En qué forma recibieron la defensa de los delinquentes? Véase su respuesta en la misma consulta. *La opinion pública os acusa*, dijeron en uno de sus apostrofes á los centrales. ¿La opinion pública! Pero ¿dónde? ¿Ante quién? ¿Por qué órganos? ¿Pudo profanarse mas descaradamente este nombre! ¿De cuándo acá le han merecido las voces é imposturas de la calumnia? ¿Cuándo pudo aplicarse á los rumores y dicharachos, inventados por una gavilla de ambiciosos, divulgados por sus viles emisarios y repetidos por nuestros émulos en un rincón del reino? No; no es tal el carácter de la opinion pública; de esta opinion, que nunca acusa con parcialidad ni juzga con precipitacion; de esta opinion, que se forma siempre por el juicio desinteresado de los hombres de bien, que no se guía por los susurros de la calumnia ni por los artificios de la envidia, ni se deja alucinar por las groseras ilusiones de la ignorante muchedumbre. ¡Ah! esta respetable opinion, lejos de condenarnos, deploraba entonces en secreto el horrible trastorno de cosas y de ideas, que agravaba las desgracias públicas, viendo á la calumnia triunfar de la inocencia y apadrinada por los que estaban mas obligados á cubrirla con la égida de las leyes.

73. Pero, en conclusion, lo que será siempre mas admirable en el juicio de los hombres sensatos es el espontáneo y desatado furor con que nuestros censores, sin necesidad ni provocacion, pronunciaron contra nosotros un juicio, que aun cuando fuese disculpado por la justicia, nunca podia serlo por la moderacion y la prudencia. Porque ¿cómo no vieron que acusándonos de usurpacion ante el supremo consejo de Regencia, le echaban en cara esta misma nota, pues que el poder que empezaba á ejercer era el mismo que acabamos de pasar á sus manos? Cómo no vieron que insultaban mas abiertamente á dos miembros de aquel augusto senado, que habiendo sido ministros de la Junta Central, no podian no ser cómplices en la usurpacion de su autoridad? Cómo no vieron que se injuriaban á sí mismos, pues que el cuerpo á cuyo nombre hablaban no ejercia otra autoridad que la que habiamos creado restableciéndole? Cómo no vieron que denigrando al gobierno antiguo, desautorizaban y debilitaban al nuevo, enseñando al pueblo á despreciarle, y abrian la Puerta á la anarquía, al mayor de los males sociales, y al único que puede hacer desesperada la causa de nuestra libertad? Cómo no vieron que en una censura tan general, en que todos los actos del Gobierno Central eran comprendidos y en que ninguno de sus miembros era exceptuado, hacian recaer su venganza sobre aquellos que no podian ser objetos de su odio ni de su resentimiento? Cómo no vieron que cuando algunos centrales los hubiesen desairado ú ofendido, ó se hubiesen mostrado desafectos á su cuerpo, á sus personas ó á sus dictámenes, era una enorme injusticia envolver en sus imputaciones á tantas distinguidas personas, que lejos de

ofender su mérito y de despreciar su opinion, los habian siempre respetado, y que lejos de desairarlos, los habian tratado con decoro, con amistad, con cordialidad, y héchose acreedores, si no á su gratitud, por lo menos á su aprecio y estimacion? Sobre todo, ¿cómo no vieron que el estilo mismo de su consulta, lleno de livor y menosprecio, bastaba para acreditar su parcialidad y hacer sospechosa la misma razon que pretendian persuadir? Porque es preciso reconocer que jamás el Supremo Consejo se habrá producido en tan acerbo y destemplado estilo, aun contra las personas mas indignas; estilo tan ajeno de la mútua benevolencia, por la cual existe la sociedad civil, como de la benigna indulgencia, que une á los hombres en la humana sociedad; pero mucho mas ajeno todavia de la grave y prudente moderacion, que forma el carácter de la magistratura. Tal es el tenor de un escrito que no podrán releer sin rubor sus autores, y que tal vez borrarán, arrepentidos, antes que pase á manchar los archivos del Consejo.

## ARTÍCULO II.

1. Cerrado este artículo de mi defensa, que ya se hacia tan molesto á mi pluma como era repugnante y penoso á mi corazón, entraré con paso mas libre y rápido á desvanecer las calumnias inventadas para denigrar la reputacion de los que compusimos la Junta Gubernativa. Impugnando á los ministros del Consejo reunido, la pluma marchó lentamente, detenida á cada paso por el respeto del tribunal á cuyo nombre hablaron, y por el concepto de sabiduría que es inseparable de su profesion. Deteniala tambien la consideracion que naturalmente inspiraban unos contrarios que solo pretendian atacar con las armas de la razon y se cubrian con el escudo de las leyes. No era por lo mismo posible rechazarlos sino con sus mismas armas, y esto pedia un miramiento que solo se pudo perder de vista cuando el desliz de la pluma nacia del dolor de la ofensa. Pero á unos enemigos, á quienes ningún respeto protege, por lo mismo que se encubren; á unos enemigos, que atacan en asechanza, y disparando desde sus emboscadas, solo emplean las armas prohibidas de la mentira y la calumnia, es preciso cargarlos de récio, tratarlos sin el menor miramiento, atacarlos con toda la vehemencia de la justicia y oprimirlos con todo el peso de la verdad, que tan infamemente han ultrajado.

2. Es posible que falte á mi pluma el calor que fuera necesario para tan rudo ataque, pero yo se le pediré á la indignacion que excita en mi alma la fealdad de los delitos que nos han imputado, y en que fui envuelto con los demás centrales. El cargo de *usurpacion de la autoridad soberana*, aunque gravísimo por su naturaleza, podia á lo menos darsse con aquella especie de oropel que suele engalanar los proyectos de la ambicion; pero *los de robo de la fortuna pública* y de *infidelidad á la patria*, imputados al cuerpo que estaba encargado de defenderla y salvarla, llevan consigo tan abominable y asquerosa fealdad, que á ser ciertos, dejarían impresa en los nombres de sus autores una de aquellas eternas manchas, que segun la frase de Ciceron, *ni se pueden desvanecer con el largo curso del*



*tiempo, ni lavarse con todas las aguas de los ríos.*

3. De aquí es que en la imputacion de tan hediondos delitos, es mucho mas de admirar la torpe necesidad que la maligna osadía de nuestros calumniadores, porque costándoles tan poco forjar alguna acusacion que tuviese visos de verosimilitud, forjaron unos cargos, no solo improbables por su falsedad, sino imposibles por su naturaleza. Cogábalos tanto su ambicion, que los hizo hociear al primer paso. Era su objeto apoderarse del mando; mas como para despojar de él á los que le recibieron de la nacion era preciso imputarles culpas que fuesen á los ojos de la nacion bastante horribles y enormes, hé aquí que echaron mano de las primeras que su loca fantasia creyó mas propias para excitar su odio y nuestro descrédito. Se esforzaron, aunque en vano, en hacerlas correr. Cien bocas alquiladas para repetir las divulgaron por todas partes; el vulgo las oyó con mas espanto que asenso; nuestros émulos se valieron de ellas para completar nuestra ruina, pero la nacion no se dejó engañar. Los centrales, aunque perseguidos, insultados y amenazados de muerte por los sediciosos en su tránsito á la isla de Leon, siguieron su camino sin otra proteccion que la de su inocencia, se reunieron tranquilamente allí, acabaron de arreglar la organizacion de las Córtes, que habian convocado para allí; acordaron unánimes allí la formacion de un consejo de regencia, y le nombraron y le instituyeron, y frustrando la ambicion de sus enemigos, hicieron á su patria el último y mas recomendable servicio, salvando la autoridad suprema de las ruinas manos que habian querido arrebatarla, y confiándola á otras que creyeron mas fieles, mas fuertes y mas felices. Así fué cómo los mismos que conspiraron contra nosotros, y por los mismos medios que emplearon para infamarnos y arruinarnos, vinieron á labrar nuestra gloria y su propia infamia.

4. Pero pasando ya al exámen del primero de estos cargos forjados contra nosotros, se hallará en él mismo la demostracion de su futilidad. Si el delito de *peculato* se hubiese imputado á tal cual individuo de la Junta Central, y fingido el modo y supuesto los medios por que se habia aprovechado de los fondos públicos, se hubiera á lo menos dado alguna verosimilitud á la calumnia. Pero imputar á un cuerpo entero, compuesto de mas de treinta individuos, un delito tan feo, tan difícil de cometer y tanto mas de ocultar aun por uno solo, é imputarle á trompon y á bulto, sin determinacion de personas, de tiempos, de casos ni de sumas, ¿no hace ver demasiado á las claras que solo se trataba de hacer ruido y alborotar con el estampido de una gran calumnia, sin considerar que acabada la vibracion de su sonido, se desvanecería por si misma, y descubriría el punto de donde venía el tiro, y la torpeza con que se habia errado el golpe?

5. Porque se puede asegurar que los mismos que fraguaron el cargo, sentian allá en su corazon que era del todo contrario y repugnante á la opinion pública, pues que lo era tambien á la suya; que tal es el carácter de la calumnia, que ella es la que primero se desmiente á sí misma. En medio del odio indistinto que

profesaban á todos los centrales, porque ninguno era favorable á sus designios, ¿cómo ignorarian que entre ellos habia muchos á quienes, aunque mal de su grado, debian respetar por la rectitud y noble pureza de su conducta? Yo no he menester citar los nombres de tantos ilustres calumniados; pero apostaré mi cabeza á que, si se presenta su lista á mis lectores, para que señalen con el dedo los que crean capaces de cometer tan grave y ruin delito, resultará de este criterio que la mas considerable parte de nosotros queda exceptuada y libre de tan infame presuncion. Y no temo añadir que si toda la junta sevillana, á cuya envidiosa vista ejercimos la soberana autoridad por un año entero, y los mismos que la movieron á insurreccion, y sus satélites, y sus emisarios, y sus diaristas, y sus trompeteros y fautores pudiesen ser sinceros por un solo instante, vendrian tambien á suscribir á esta tan numerosa como justa y gloriosa excepcion.

6. Mas no por eso reduciré yo á ella sola la repulsa de una calumnia, que está demasiado resistida por su misma naturaleza, para que no pueda desvanecerse por otros medios. Si estuviésemos en un juicio legal, siendo de cargo del acusador la justificacion del delito, y no habiéndose dado de él ninguna prueba, la negativa sola bastaria para nuestra defensa y absolucion. Pero se trata de un juicio de opinion, y nada haria yo si no desvaneciese hasta la mas ligera impresion que el clamor de los calumniadores pudiese haber hecho en el público. No siendo, pues, dable rebatir con excepciones específicas y directas una imputacion tan vaga y general y un cargo tan indeterminado, lo haré con excepciones indirectas y generales, pero tales, que no dejen la mas pequeña duda sobre su torpe falsedad.

7. Cuando me puse á reflexionar de qué manera pudiesen los centrales haber convertido en provecho suyo los caudales del público, hallé que solo seria posible por uno de tres medios: primero, alterando el sistema económico de la real Hacienda, y sustituyéndole otro que pudiese dar lugar á manejos y usurpaciones; segundo, acordando algunas sumas, bajo el nombre de gastos secretos, ó para objetos de inversion supuesta, para embolsárselas despues; tercero, aprovechándose de algunas sumas decretadas para objetos de verdadera y legitima inversion, y cubriendo despues el fraude con cuentas supuestas y figuradas. Si habia algun otro medio de cometer esta especie de vergonzoso fraude, confieso que mi inexperiencia y falta de penetracion en materia para mí tan nueva y odiosa no han podido dar con él. Veamos, pues, si es posible ó probable que los centrales se valiesen de alguno de estos medios para defraudar los fondos públicos.

8. Primero. Por el primero de ellos, la esponja de Godoy chupó, en el anterior reinado, la espantosa porcion de la fortuna pública que todos saben, y que, por desgracia, se nos escapó con este insigne ladrón. Suprimiendo la alternacion de los tesoreros generales, dividiendo las entradas del tesoro y el manejo de sus fondos entre la tesorería general y la caja de consolidacion; poniendo aquella á cargo de su mayordomo, y esta al de uno de sus mas hábiles y fieles adeptos; separando, en fin, bajo la mano y distribucion de este

último, los fondos de la marina real, en que él era el árbitro supremo, logró, á fuerza de reducciones de vales, misteriosas negociaciones, vergonzosos agiotajes y escandalosos monopolios, allegar aquel inmenso tesoro, que después de cebar su insaciable codicia, debía servir al esplendor y apoyo de su soñado reino cálgibico.

9. Pero la Junta Central, lejos de seguir tan abominable ejemplo, tomó el camino directamente contrario, é hizo cuantos esfuerzos pudo para restablecer el antiguo sistema de administracion de la real hacienda. Hallando pobre el tesoro público, y obstruidas sus entradas y divisidas en los tesoros particulares de las provincias, procuró desde luego reducirlas todas á la tesorería general, y dar así á la receta y salida, y á la cuenta y razon del erario, la unidad que requería el buen orden y establecian los reglamentos de nuestro antiguo sistema fiscal. Restableció la alternacion de los tesoreros generales, confirmando en su empleo á don Vicente Alcalá Galiano, á quien halló en ejercicio, acreditado ya por sus conocimientos económicos, largos servicios y experiencia, y nombró para la alternacion de la cuenta y responsabilidad á don Victor Soret, tambien acreditado por su patriotismo y servicios en la mejor época de la junta de Sevilla. No suprimió, aunque lo deseaba, la oficina de consolidacion, porque era menester penetrar antes los oscuros misterios de sus negociaciones, que con tan loable celo habia empezado á descubrir el consejo de Castilla, y lo era tambien desenmarañar los enredos de su tortuoso manejo antes de reunir el de sus fondos á los de la masa comun; pero confió la administracion de esta caja á personas de conocida probidad é instruccion, y aplicó á sus mejoras todo el cuidado que las circunstancias permitieron. Finalmente, puso al frente de este ramo de la administracion pública á un hombre generalmente venerado en la nacion por su alta probidad, por su heroico desinterés, por sus profundos conocimientos y por los ilustres y recientes servicios que habia hecho á la patria en su mayor aliecion. Diganme ahora los que conozcan este sistema de administracion que siguió la Junta durante su gobierno, si pudieron los centrales convertir en provecho suyo los fondos del Estado, sin que este robo fuese tan notorio como el que pudiera hacer una cuadrilla de bandoleros en medio de una plaza pública.

10. Segundo. Cuando la Junta Central no conociese las disipaciones á que dieron lugar, en el gobierno anterior, los decretos expedidos con el título de *gastos secretos*, y cuando sus miembros se respetasen tan poco á sí mismos, que pudiesen incidir en tan reprobado abuso, la simple inspeccion de sus actas basta para probar el cuidado con que le evitaron. Las mismas actas acreditarán que no acordaron sumas algunas para objetos figurados, por el simple cotejo de ellas con las órdenes expedidas á la tesorería general para proveer á los objetos de la guerra y á los demás gastos ordinarios y extraordinarios del Estado. Uno y otro abuso, además, era incompatible con el método constantemente observado en estas materias. Cuando estos acuerdos tenían su iniciativa en la Junta, pasaban, antes de resolverse, á la seccion de Hacienda, la cual examinaba la proposicion con el Ministro, y con su dictámen,

volvía á ser discutida y resuelta en sesion general. Cuando, por el contrario, tenían su iniciativa en el Ministerio, la proposicion, examinada y tratada antes por el Ministro en la seccion, se refería después, con su dictámen, á la Junta, donde se resolvía. Para cometer, pues, el fraude que supone el segundo medio, era preciso que fuese primero concebido por todos y luego amañado en la seccion, ó bien concebido y amañado en la seccion y luego consentido y decretado por todos en la Junta. ¿Es pues creible que treinta personas de tan distinguido y diferente carácter se uniformasen para cometer un fraude tan vergonzoso? Y cuando nuestros calumniadores tuviesen tan baja idea de nosotros, ¿la tendrían tambien del Ministro? ¿De un hombre á quien no deberían nombrar sin poner su frente en el polvo (a); de un hombre sin cuya complicidad y deliberada concurrencia al fraude no se podia cometer? Pero ¿qué digo el Ministro? ¿Podian ejecutarse tales decretos sin que pasasen antes por mil manos y vias, en la secretaría y en las oficinas que debian intervenir en su ejecucion? Que bajo el yugo de un valido, que tiene á su devocion ó intimidación y refrena con su poder á los ministros y sus dependientes, se conciben y amañen tales fraudes; que estos fraudes, aunque se conozcan, se atapen; que el mismo que los hace se burla de la opinion pública, y sus ejecutores se crean cubiertos con su sombra, esto ya se entiende, esto está en el orden, ó por mejor decir, en el desorden de las cosas, cuando una nacion viene á caer en tal desgracia, que el despotismo de un hombre solo baste para corromper ó tiranizar á todos los instrumentos que deben servir á sus delitos. Pero persuadir que en un cuerpo tan numeroso y distinguido, y en un gobierno tan liberal, tan moderado, tan popular en sus operaciones, cupiesen designios tan sórdidos y manejos tan vergonzosos, estudiados y oscuros, es una especie de desvario, que solo pudo entrar en cabezas huecas y delirantes, pero que no cabe en ninguna cabeza sana y bien organizada.

11. Tercero. La pretension de que los centrales pudiesen defraudar al público por el tercer medio es tan ridicula, que apenas se puede tratar de ella con seriedad, puesto que para cercenar por medio de cuentas figuradas alguna parte de las sumas acordadas para objetos de inversion legitima, ya no bastaria que todos ellos, y el ministro de Hacienda, y los ministros de otros ramos, y sus inmediatos dependientes fuesen hombres corrompidos y sin una pizca de vergüenza, sino que fuesen tan viles y bajos, que saliendo de su alta esfera, se abatiesen á buscar fuera de ella otros hombres tan ruines para capa y auxilio de sus ruindades. Porque ¿cómo se podian cercenar ni defraudar, en tiempos de tanto apuro y penuria, las sumas librá-las para objetos de legitima y urgente inversion, sin suponer gastos no hechos, precios no justos, sumas aumentadas, partidas ilegítimas, y otras supercherías, sin las cuales ni se podian figurar cuentas ni distraer cantidades algunas? Y cuando se pudiese, ¿cómo se verificaria, sino por medio de muchos confidentes y cómplices y participantes exteriores, puesto que la Junta Central no proveía inmediatamente á estos objetos ni libraba directamente

(a) Don Francisco de Saavedra.



por su secretaría, ni autorizaba á sus individuos ni comisiones para que lo hiciesen? Porque es menester confesarlo en honor suyo, que las órdenes de esta clase se comunicaban siempre al ministro de Hacienda para su ejecucion. Y aunque en la inmensidad de sus atenciones solia la Junta confiar á varios individuos, ya en particular, ya en seccion, ya en junta de comision, el exámen de algunas materias y el desempeño de algunos trabajos, jamás puso fondos algunos á su disposicion, ni los autorizó para librarlos directamente, ni hubo, que yo sepa, gasto alguno que no fuese comunicado por orden de la Junta al Ministerio, y pagado con órdenes de este, y expedido por los medios establecidos en este ramo de gobierno. Así que, para que se verificasen estos vergonzosos embudos, era preciso que el enjuague se fraguase entre los centrales y el Ministro, pasase por los oficiales de la secretaría de Hacienda, se extendiese á los proveedores, asentistas, comisionados y demás agentes del Gobierno, cundiese á las oficinas de cuenta y razon, y... Yo no puedo seguir por este oscuro y fangoso laberinto, cuyos ambages son para mí tan desconocidos. Diré solamente (y permítaseme esta humilde comparacion) que tan difícil me parece que los centrales usurpasen por este medio sumas grandes ni pequeñas, sin que lo supiese todo el público, como que los legos de un convento se comiesen las raciones del rectorio sin que lo entendiesen todos los frailes.

12. Pero se nos dirá, ó mas bien se nos ha dicho ya: Si tan pura fué vuestra conducta, ¿por qué despues de haber alucinado á los pueblos para atraerlos á vuestra devocion con la solemnisima oferta de darles cuenta de vuestra administracion é inversion de caudales, no cumplisteis tan recomendable palabra? Duro es para mí volver á lidiar y á estrellarme con los ministros del Consejo reunido, á quienes toca en legítima propiedad esta misteriosa reconvenccion. Nuestros calumniadores, como mas encarnizados y menos reflexivos, echaron en este punto por el atajo, y sin pararse en barras, pronunciaron redondamente que habiamos robado los fondos públicos; pero los consultantes, como hombres mas avisados y de sangre mas fria, nos arguyeron solamente de no haber dado cuenta de aquellos fondos, para que otros pudiesen inferir que los habiamos comido, sin necesidad de que ellos lo dijese. Voy pues á responder á su reconvenccion, y aunque la respuesta no es difícil, por lo mismo que es muy importante, procuraré darla tal, que pueda tranquilizar al público, satisfacer al Consejo y servir de tapa-boca á nuestros ruines calumniadores.

13. Por ahora la reduciré á dos breves cláusulas, que ampliaré despues. Primera, *la Junta Central no pudo verificar la presentacion de esta cuenta*; segunda, *la cuenta que era de cargo de la Junta Central estaba pronta para cuando se pudiese.*

Primera. La cuenta á que se refiere la reconvenccion es sin duda la del año de 1809, con inclusion de los tres últimos meses del anterior. Es pues claro que no pudo formarse, examinarse y aprobarse hasta principios de enero de este año, y este fué precisamente el tiempo en que la Junta Central acordó trasladarse á la isla de Leon para preparar las Cortes, que tenia convocadas allí. Digan pues de buena fe los que saben la

situacion en que se halló los pocos dias que allí estuvo, los graves cuidados que la rodearon, y los importantes objetos que allí acordó, si pudo volver su atencion á la formacion de esta cuenta.

14. Mas cuando pudiese, la cuenta en que debió pensar la Central no era la de 1809, sino otra que alcanza-se hasta fin de febrero de este año; porque habiendo señalado el 1.º de marzo para la apertura de las Cortes, y debiendo exponer ante esta augusta asamblea, como tenia ofrecido, cuál habia sido su conducta en el tiempo de su administracion, es claro que su exposicion debia abrazar la inversion de todos los fondos que estuvieron bajos su mano hasta aquel dia. Si pues hubiese publicado en enero de este año la cuenta que fenecia en diciembre anterior, para presentar despues á las Cortes otra de solo los dos últimos meses, es tambien claro que esta duplicacion hubiera parecido ridicula y acaso acaso misteriosa. Luego no habiendo tenido la dicha de depositar su autoridad en las Cortes ni de darles cuenta de su administracion, como siempre pensó y deseó, mal, y no sin siniestra y dañada intencion, se la pudo reconvenir de haber faltado á una promesa cuyo cumplimiento no estuvo en su mano.

15. Otra reflexion harto óbvia hace conocer la extrañeza con que los centrales fueron reconvenidos sobre este punto; porque si los consultantes tenian alguna duda acerca de la pureza de nuestra conducta, ¿no era mas prudente y mas justo que propusiesen al consejo de Regencia la necesidad de formar y publicar esta cuenta para satisfacer con ella al público, que no aumentar los recelos del público, culpándonos de no haberla dado? Ellos sabian muy bien que para esto no era necesaria nuestra intervencion, porque si bien éramos responsables de la buena ó mala inversion de los fondos públicos, no éramos nosotros, sino la tesorería general, quien debia formar la cuenta. Sabian tambien que esta cuenta debia estar próxima á arreglarse, puesto que el nuevo tesorero general se hallaba ya en ejercicio, y que este, segun nuestro sistema económico, debia abrir una nueva cuenta, así como el cesante darla de su época. Sabian que segun los reglamentos y práctica de este sistema, la razon de entradas en y salidas de la tesorería, no solo constaba en esta oficina, sino que se presentaba semanalmente al Ministro. Sabian que los documentos justificativos de su distribucion se arreglaban y recogian á la entrada del año, y que cuando faltasen algunos, estando reducidas las relaciones del cargo y data á las dependencias de Sevilla y Cádiz, era fácil reunirlos cuando se pudiesen. Sabian, en fin, que de esta operacion pendia, no solo nuestra opinion y la del Ministro, sino tambien la del Tesorero general, pues que apoyándose su solvencia en decretos de la Junta y órdenes del Ministro, no podia alterarlos sin comprometer su propio honor y echar sobre sí la ajena responsabilidad. ¿A qué pues, en vez de buscar esta luz y difundirla en el público para desengaño suyo y satisfaccion nuestra; á qué, repito, inspirar al público dudas y sospechas contra nosotros con tan imprudente reconvenccion? Y cuando el dictámen de los fiscales de su majestad, aunque tan desfavorable á nuestra conducta, les abria un

camino tan justo y legal para examinarla, ¿á qué venían las dudas, con tan afectada prudencia ponderadas, para dejar expuesta nuestra fama al insulto de los calumniadores y á las ilusiones del vulgo, agitado por ellos?

16. Pero nos dirán todavía: Y tantos socorros dados por la generosidad inglesa, tantos donativos presentados sobre las aras de la patria por la lealtad española, tanta plata recogida de los templos y de los particulares, tantas contribuciones y arbitrios y empréstitos extraordinarios, y sobre todo, tan inmensos caudales venidos de América, ¿qué se hicieron? ¿Cómo han desaparecido?

17. Muy fácil era responder en una sola cláusula: *Entraron en tesorería y salieron de ella para defensa y conservación de la patria*; y esta respuesta, tan concisa como cierta, pudo y debió preverse por los fiscales y consultantes del Consejo, para no afectar dudas tan injuriosas á su buena fe como á nuestra probidad. Sin embargo, estas dudas son demasiado graves, para que yo no crea necesario disiparlas, ampliando aquella respuesta. Harélo como Dios me ayudare, aunque aislado, sin haber intervenido en la comision de Hacienda, sin datos ni documentos á la mano, sin instruccion ni práctica en negocios de cuentas, y sin mas luces ó auxilios que los que puedo buscar en mi pobre memoria.

18. Conviene para esto hacer algunos supuestos, que no necesitan de prueba, porque se relieren á hechos notorios, ó por lo menos bien conocidos de nuestros censores. Sea el primero que aunque la Inglaterra socorrió con grandes sumas á nuestras provincias en los principios de nuestra santa insurreccion, y aunque continuó despues socorriéndonos generosamente con poderosos auxilios de tropas, armas, vestuarios, fornituras, municiones y otros varios artículos, es un hecho innegable que desde la institucion de la Junta Central no socorrió al Gobierno con una sola esterlina en dinero. Antes bien, la Junta, por corresponder á tan generosa aliada, no solo prestó, como era debido, muchos socorros á su ejército, sino que no tuvo reparo en acceder á la negociacion que propuso á su nombre el caballero Cochrane, *de librar tres millones de pesos en América, pagaderos en letras sobre Londres*; negociacion que nos resultó harto gravosa por la lentitud y pérdidas del reintegro, y que haria muy reprehensible la buena fe con que se admitió, si no la disculpase la gratitud debida al generoso gobierno á cuyo nombre fué propuesta y aceptada.

19. Sea el segundo, que en cuanto á donativos, plata recogida, empréstitos y arbitrios extraordinarios, deben distinguirse tambien dos épocas, la del gobierno de las juntas provinciales y la del Gobierno Central; y ya se ve que dividido así el cargo, quedará muy menguado el de la última. Es además constante que la Junta Central no impuso contribucion alguna extraordinaria hasta sus postreros dias, y de consiguiente, que nada percibió por este título. Y lo es, en fin, que salvo los distritos de Sevilla y Cádiz, nada, que yo sepa, percibió tampoco de las contribuciones ordinarias y extraordinarias de las provincias. Es pues claro que el cargo de su cuenta debe quedar reducido á las contribuciones ordinarias de Sevilla y Cádiz, á los fondos re-

cibidos de América y á los empréstitos de su época.

21. Todos los fondos recogidos por las juntas supremas en la suya fueron distribuidos por ellas y consagrados á la defensa de la patria en la primera y gloriosa campaña, sin que de sus sobrantes hubiese venido cosa alguna, que yo sepa, á la tesorería general, si ya no es lo que algunas generosamente ofrecieron, sin exigir reintegro, para cubrir el empréstito pedido á las provincias. De los demás no se les pidió cuenta, ni lo permitieron las circunstancias, teniendo atencion á que los habian administrado y distribuido con autoridad suprema ó igual á la que la Junta Central ejercia, y á que no era justo dudar, ni de su probidad y celo, ni de la grandeza de los objetos á que tuvieron que proveer, ni de la necesidad en que se hallaron de gastar sin detenerse en los escrúpulos de la economía, en medio de tanta urgencia, turbacion y variedad de atenciones, á trueque de cubrirlos cumplidamente.

22. Es verdad que el producto de los donativos, arbitrios y contribuciones ordinarias y extraordinarias de las provincias en la última época debió estar á disposicion del Gobierno Central y acrecer el fondo de la tesorería general; pero esto no se pudo verificar. Con el fin de reunir en aquella tesorería todos los fondos públicos, y de dar á su recaudacion, administracion y cuenta y razon la unidad, sin la cual no puede haber en su distribucion ni orden ni economía, emitió la Junta de establecerla, expidiendo la real orden de 13 de octubre de 1808 para que todas las tesorerías y oficinas de cuenta y razon abriesen nueva cuenta desde el 23 de setiembre anterior, y estableciesen su correspondencia con la tesorería mayor, alonde debian venir sus fondos. Esta real orden, comunicada al Tesorero general, fué circulada á todas las provincias; mas á pesar de ella, la administracion de sus fondos continuó bajo la autoridad de las juntas provinciales, sin que en ella se diese intervencion á la tesorería general, ni los fondos se pusiesen á disposicion del Gobierno. Lo mismo se mandó de nuevo por el reglamento de 1.º de enero del año pasado, y se repitió por la real orden de 29 de agosto, aunque con tan poco efecto. Del espíritu de independencia con que algunas juntas procedieron en esta materia, presenta un buen ejemplo la representacion que la junta de Valencia publicó en 13 de setiembre del año pasado, y á la cual contestó el Tesorero general en su informe de 22 de octubre, que tambien anda impreso. Prescindiendo pues de esta discusion de autoridad, que no es del dia, porque no se trata de los fondos que debieron estar, sino de los que estuvieron á disposicion de los centrales, resulta siempre que no pertenecen al cargo de su cuenta los que fueron percibidos y distribuidos por las provincias durante su gobierno.

23. Hechos estos supuestos, deben tener presente mis lectores que el empréstito general pedido y repartido á las provincias en 1808, no pudo completarse, por la invasion de las que ocupó el enemigo al fin de aquel año, y que de los pedidos al consulado de Cádiz y otros cuerpos se reintegró y pagó todo cuanto las circunstancias permitieron. Ahora bien; si se considera que desde 1.º de enero hasta fin de setiembre del año pa-



sado se habian pagado ya por las tesorías que estaban á disposicion del Gobierno trescientos ochenta y ocho millones y medio de reales solo para los objetos de la guerra, como demostró el Tesorero general en su citado informe; si se agregan á esta suma los que se habrán librado desde 1.º de octubre hasta fin de enero de este año, para proveer á tantos y tan numerosos ejércitos como mantenía la patria, y si se añaden los fondos invertidos en la administracion civil, y en el auxilio de tantos desvalidos como hizo la guerra, y de tantos empleados infelices como se refugiaron á la sombra del Gobierno, que tan benignamente los acogia y pagaba; de cualquiera manera que se calcularen los fondos venidos de América, el residuo de los empréstitos y el producto de las contribuciones ordinarias de Sevilla y Cádiz, fácilmente se adivinará que la cuenta que se formare (pues que de formarse tiene) de la época del Gobierno Central, léjos de cargar á este gobierno con la infame nota que le quisieron imponer sus calumniadores, será la mejor apología de la pureza y rectitud de intencion de sus miembros.

24. ¿Y por ventura pudieron formar de ellos otra opinion los que los observaron de cerca y quieran juzgarlos con imparcialidad; los que observaron el miramiento y respeto con que trataron los fondos públicos, restableciendo el buen orden y la economía en su administracion, no dispensándolos por su mano, sino por las vias y medios establecidos en este orden, y no invirtiéndolos sino en los objetos recomendados por la justicia y la necesidad; los que observaron esta economía en la supresion de todos los gastos de lujo del antiguo gobierno, y en la moderacion con que establecieron el suyo, sin aparato ni ostentacion alguna, y buscando su esplendor, no en el séquito, guardias, corte, oficiales y atuendo de que suele rodearse la representacion de la soberanía, sino en la justicia y parsimonia de su gobierno, que eran harto mas dignos de la veneracion y benevolencia de los pueblos; los que observaron esta misma parsimonia en la detenida dispensacion de gracias y pensiones, y en el religioso desinterés con que se abstuvieron de acordárlas para sí ni sus familias; los que observaron el sencillo y modesto porte de su vida privada durante su mando, y la generosidad con que le abdicaron, sin reservarse sueldo ni recompensa alguna, ni otra esperanza que la de la gratitud de la nacion, á quien tan lealmente habian servido? Y en fin, ¿la formarán los que ahora mismo, y en medio de tanta difamacion, ven por sus ojos la pobreza y desamparo á que los redujo esta misma generosidad? Conclúyase pues que si ha sido una necia y atroz calumnia el atribuirles el robo de los fondos públicos, ha sido tambien una insigne injusticia pervertir la pureza de su intencion, atribuyendo la generosa oferta de dar cuenta de su conducta al ruin y anticipado propósito de *engañar á los pueblos*, y esto sin otro fundamento que no haber cumplido una oferta que no les fué dado cumplir. Quisiera ahorrarse esta amarga reconvenccion á los que tuvieron la temeridad de hacernos otra harto mas injusta y amarga; pero *quis tam patiens ut teneat se?*

## ARTÍCULO III.

1. En la última calumnia divulgada contra los miembros de la Junta Gubernativa acabaron de vomitar sus enemigos todo el odio que en sus ruines almas escondian. Era muy grave sin duda, sobre vergonzoso, el crimen de *peculato*; pero el de infidencia á la patria en las circunstancias en que, y en las personas á quienes se imputaba, reunia toda la enormidad que podia hacerle en el mas alto grado abominable y atrocísimo. Y esto hace ver que si nuestros calumniadores fueron bastante insensatos para atribuirnos un crimen, que por inverosímil y repugnante se haria increíble ó se desvanecería por sí mismo, tambien fueron bastante malvados en aprovechar el momento que era mas favorable para producir el pronto y terrible efecto á que aspiraban. Hallábase la nacion consternada por la triste y no esperada derrota de Ocaña y por la falta del mejor de sus ejércitos; los enemigos, vencida la barrera de Sierra-Morena, venian derramándose sobre los cuatro reinos de Andalucía; uno de sus ejércitos se avanzaba al de Sevilla y amenazaba su capital; aquella populosa ciudad estaba ya en el mayor sobresalto, y en este punto el Gobierno, saliendo de ella para trasladarse á la isla de Leon, parecia abandonarla á su suerte. ¿Qué momento tan oportuno para representar los centrales como fugitivos y traidores á la credulidad de un vulgo tan acostumbrado á oír esta voz, y tan agitado y descontento entonces, como propenso siempre á atribuir á la infidelidad las desgracias públicas!

2. Pero por mas que circunstancias tristes y raras hubiesen favorecido aquella calumnia en Sevilla, por mas que su eco hubiese resonado en otras partes por algunos dias, por mas que la enulacion y la envidia hubiesen salido en su apoyo en los lugares en que se reunió el Gobierno, el tiempo solo bastó para desvanecerla; la verdad tomó su lugar, y se puede ya asegurar sin reparo que no habrá hoy en toda la extension de España un solo hombre de sano juicio y recto corazon que pueda darle el mas pequeño asenso.

3. Es sin embargo necesario confundirla, siquiera para que sus inventores no le busquen algun apoyo en nuestro silencio. Harélo pues por el único medio en que lo puedo hacer; esto es, por medio de excepciones generales, porque tambien debe contarse en la extravagante perversidad de nuestros calumniadores el no haber nombrado en esta imputacion personas, señalado tiempos ni indicado hechos ó casos, á que pudiera contraerse una defensa mas determinada y específica.

4. La primera, y acaso la mayor de estas excepciones se halla en la misma atrocidad del crimen que nos han imputado; el cual, en la lista de los delitos públicos que pueden cometerse contra la sociedad, tiene el primero y mas alto lugar, como que ataca directamente sus fundamentos y pone en riesgo su seguridad. La fealdad de este delito es tan horrible á los ojos de la ley, que no acertó á explicarla mejor que comparándole al hediondo mal de la lepra. «Traicion (dice la rúbrica del título II de la partida vii) es uno de los mayores yerros et denuestos en que los homes pueden caer; et tanto la tovieron por mala los sábios antiguos,

que conocieron las cosas derechamente, que la compararon á la gafedad. Et traicion (añade la ley que sigue á esta rúbrica) es la mas vil cosa et peor que puede caer en corazon de homes.» Al horror con que la miraron nuestras leyes corresponde la enormidad de las penas que señalaron para su castigo; pues, como si no bastasen la vida y los bienes y la fama del traidor para satisfacer á la sociedad, extendieron la pena hasta sus inocentes hijos, y por decirlo así, la eternizaron. «Et demás (dice la ley 2.<sup>a</sup>) todos sus hijos que son varones deben linear enfamados para siempre, de manera que nunca puedan haber honra de caballería nin de otra dignidad nin oficio, nin puedan heredar de pariente que hayan, nin de otro extraño que los estableciese por herederos, nin pueden haber las mandas que les fueren fechas; et esta pena deben haber por la maldad que lizo su padre.»

5. Pero la atrocidad de este crimen, considerado sin relacion alguna á sus circunstancias, crece mucho mas todavia por la calidad de las personas que le cometen, por el grado que ocupan en la sociedad y por los deberes que quebrantan ofendiéndola. Cualquiera inteligencia ó ayuda que un simple ciudadano tuviese ó diese á los enemigos de su patria fuera sin duda un delito gravísimo. Fuérato mas si el magistrado civil de una ciudad la sometiese á su dominio, más si el gobernador de un castillo ó plaza fuerte les entregase sus llaves, más aun si un ministro les vendiese los secretos importantes del gobierno, y más, en fin, si un general les entregase el ejército confiado á su mando para defender la patria. Pero todos estos delitos parecerian leves, comparados con el de un cuerpo que siendo depositario de todo el poder de la nacion, honrado con toda su confianza y encargado de gobernarla y defenderla, tratase de venderla al tirano que la oprimia. Porque elegidos nosotros para tan augusto ministerio, sin otro título que la opinion de nuestra probidad, y distinguidos entre tantos dignos ciudadanos para tan alta dignidad, y confiados á nuestro celo el ejercicio del supremo poder, y á nuestra lealtad la conservacion de los mas preciosos intereses del Estado, ¿cuántos insignes beneficios no teniamos que olvidar, altas honras y confianzas que despreciar, sagrados deberes y santos juramentos que violar y prostituir para caer en el atroz propósito que nos fué imputado?

6. Se dirá que todo cabe en la perversidad del corazon humano, y por desgracia es muy cierto que no hay delito de que no sea capaz cuando se aleja de los principios de la virtud y aloga los sentimientos de la naturaleza. Pero así como fuera necia presuncion y temeridad pretender que ningun central era capaz de caer en tan abominable delito, lo fuera mucho mayor pretender que todos pudieran reunirse y acordarse para cometerle. Fuera enorme injusticia creer que cupo en todos tanta corrupcion, tanta vileza, tanta perversidad de deseos, tan estrecha union, tan profundo secreto y tan perseverante astucia como eran necesarios para concebirle y ejecutarle. Y cuando esto se creyese posible respecto de otro cuerpo, ¿pudo creerse del que estaba tan decorosamente constituido? Porque si el esplendor de la nobleza, las sanas y religiosas máximas

de honor y probidad, el pundonor de la profesion militar, la santidad del sacerdocio y la rectitud de la magistratura no fuesen buenos y seguros fiadores de la fidelidad; si no lo fuesen la educacion distinguida, los altos empleos dignamente desempeñados, los talentos ilustrados por el estudio y la experiencia, y la reputacion y buen nombre adquiridos por una noble y virtuosa conducta, ¿dónde se hallarian calidades mas dignas de la confianza pública? Y cuando no se concedan todas á todos los centrales, ¿quién será tan injusto y temerario, que no las conceda á ninguno?

7. *Quod enim est tam desperatum collegium, in quo nemo, e decem, sana mente sit?* (7) decía Ciceron, defendiendo la institucion de los tribunos de Roma; de un cuerpo al cual se entraba á fuerza de intrigas, sobornos y bajas adulaciones; de un cuerpo cuyos individuos se distinguian á competencia, turbando el alto gobierno y persiguiendo á sus primeros y mas dignos magistrados; de un cuerpo que so color de favorecer al pueblo, tantas veces habia turbado la república, tantas protegido á los conspiradores, tantas puesto en peligro su seguridad, y que entonces mismo eran los primeros fantores de sus tiranos. ¿Y qué hubiera dicho si hablase del senado de aquella república, donde si alguna vez se vieron Apios, Verres, Catilinas y Clodios, nunca faltaron Camilos, Fábios, Lelios, Emilios y Catones? Y por mas que la envidia quiera rebajar en la comparacion, ¿qué hubiera dicho de un cuerpo de treinta recomendables ciudadanos, libremente escogidos en todas las provincias de España, y elevados á la dignidad del gobierno supremo sin otros títulos que la reputacion de lealtad y amor público, acreditados en su anterior distinguida conducta?

8. Porque ¿á quién podría persuadirse que hombres tan altamente calificados por la opinion pública cayesen todos de repente en tanta vileza y corrupcion como sus calumniadores suponian? ¿Cabria esto siquiera en el corazon humano? No por cierto. Capaz del bien y el mal, así como no se levanta de un vuelo hasta la cima de la heroica virtud, tampoco se despeña de un golpe en la sima de la iniquidad. Máximas de prudencia y justicia, de moderacion y honestidad, bebiidas en la primera educacion; ejemplos de fortaleza, de beneficencia y patriotismo presentados en la juventud, y admirados y fielmente seguidos, forman los hábitos virtuosos que le perfeccionan y elevan por grados á la primera. Ignorancia y abandono en la primera edad, malos ejemplos aplaudidos ó defectos tolerados, y pasiones mal reprimidas en la adolescencia, forman los hábitos perversos, que le corrompen y abaten hasta la segunda. Cabe sin duda en la flaqueza humana que un hombre antes inocente, agitado por el furor de una pasion fogosa y exaltado, se arroje sin reflexion á cometer alguna accion temeraria y violenta; pero ¿cabrá en este hombre un atroz designio, que no pueda concebirse sino por la mas negra iniquidad, ordenarse sino con la mas fria y profunda meditacion, ni ejecutarse sino por medios viles, oficios tenebrosos, arterias y astucias péfidamente maquinadas? Y lo que no cabe en un hombre solo, ¿cabria en mas de treinta de tan distinguido carácter y de probidad tan generalmente re-



conocida? Creer pues que todos, sin excepcion alguna, desmintiesen de repente esta probidad, y haciéndose insensibles al freno del honor y sordos á la voz de la conciencia, y olvidados de lo que debían á su Dios, á su rey, á su patria y á sí mismos, se hiciesen de repente traidores, sería creer un fenómeno, tan raro en el orden moral como el retroceso de los planetas en el orden físico.

9. Y aun dado por posible este fenómeno moral, ¿cómo lo sería que en tanto número de personas de tan diferente condicion y carácter se hallase tan estrecha union, tan estudiado disimulo, tan profundo secreto y tan tortuosa conducta como este malvado designio requeria? Y cuando esto fuera repugnante en cualquiera noble corporacion; cuando lo fuera en el mas humilde gremio ó cofradía, ¿cuánto mas no lo fuera en un cuerpo compuesto de tan nobles y tan varios elementos; en un cuerpo en que se habian reunido prelados, grandes, canónigos, militares, togados, intendentes y otras personas de diferente clase y profesion; en un cuerpo cuyos individuos se distinguian, mas todavía que por su profesion, por su clase, por su educacion, por sus talentos, por sus estudios, por sus servicios y por su conducta y carácter, y entre los cuales, por lo mismo, no podian faltar ni el deseo de dominar y distinguirse, ni la lucha y diferencia de opiniones, ni los celos y desavenencias, ni la falta de discrecion y prudencia, ni la buena ni aun la mala emulacion; vicios endémicos, que turban la concordia de todas las corporaciones? Y cuando nuestros enemigos no cesaban de llamar defectuosa é imperfecta nuestra institucion, precisamente porque entre tanto número de individuos creian difícil hallar la union, la actividad y el secreto necesario para salvar la patria, ¿cómo podian creer que solo era fácil para venderla? ¿Creian por ventura que esta union era imposible para el bien, y solo posible y fácil para el mal? ¡Insensatos! El honor, la conciencia, el respeto á la opinion pública, el amor á nuestro rey y á nuestra patria, y el odio á la tiranía nos pudieron unir y nos unieron para desempeñar fielmente nuestro deber hasta donde nuestras luces y nuestras fuerzas alcanzaron. ¿Cuáles, decid, cuáles pudieron ser los motivos que nos uniesen para prostituirle?

10. Porque siendo constante que los hombres no obran sin que algun impulso mueva ó determine su accion, y que este impulso deba ser proporcionado á la grandeza de las acciones que produce, á nuestros enemigos toca señalar cuál pudo ser el que sacándonos de la senda del honor y virtud, nos despeñó en tanta vileza y depravacion. Sentimientos de odio y de amor, de temor ó de interés, suelen mover poderosamente las acciones humanas. Y bien, ¿cuál de estos pudo movernos á ser traidores á nuestro rey y á nuestra patria? ¿Sería el odio á un rey tan virtuoso y tan desgraciado, ó á una patria tan generosa y tan afligida? ¿A un rey que libraba en nosotros la esperanza de recobrar su libertad y su trono, ó á una patria que nos habia conliado el rescate de su rey y la defensa de su libertad? ¿Sería acaso el amor? Pero ¿á quién? ¿Al mónstruo de perfidia que tan vilmente habia engañado á nuestro amado

é inocente rey, y tan cruelmente estaba ultrajando y oprimiendo á nuestra heroica y querida patria? ¿Sería el temor? Pero ¿qué podian temer los que estaban cubiertos con el escudo de la suprema autoridad y defendidos por todo el poder de una nacion tan heroica y valiente? ¿Sería el interés? Pero ¿cuál pudo tentar á los que habian abandonado sus empleos, sus casas, su fortuna y sus esperanzas para servir y ser fieles á su patria? Ni ¿qué interés pudo presentar á nuestra ambicion la ruin política del tirano? ¿De mando? ¿Cuál igualaria al que ejerciamos en el seno de nuestra patria? ¿De honores? Y ¿cuáles serian comparables á aquel á que nuestra patria nos habia elevado? ¿De otras altas recompensas? Pero ¿cuáles podria esperar nuestra perfidia de un tirano ofendido y provocado, que no pudiese esperar nuestra fidelidad de una patria generosa y reconocida? No, no; si esto no cabia en nuestro carácter ni en nuestra conciencia, menos cabia en nuestra razon ni en nuestra seguridad. ¿Podiamos acaso desconocer la condicion de un tirano, modelo de tiranos, tan sábiamente prevista y tan exactamente definida por nuestras leyes? (8). ¿Podiamos poner la menor confianza en los halagos y sugeriones de un mónstruo, para quien la religion, los dulces vínculos del amor y de la sangre, el honor, la amistad, la buena fe son nombres vanos; para quien las palabras, las promesas, los mas solemnes tratados y los mas santos juramentos no son otra cosa que medios de seduccion y perfidia?

11. Pero ¿qué digo? Los que disfrutábamos el alto honor de estar al frente de la nacion mas heroica del mundo, y aclamados en ella por padres de la patria, ¿iriamos á postrarnos á los piés del soldan de la Francia para que nos pusiese en la lista de sus viles esclavos? Iriamos á inclinar la rodilla ante el sátrapa de Madrid para ayudarle á usurpar el trono de Pelayo y robar á nuestro Fernando el Séptimo la herencia de los Alfonsos y los Fernandos de Castilla? Iriamos á mezclarnos con los Ofarriles, Urquijos y Morlas; con los Caballeros, Arribas y Marquinas, para ser, como ellos, insultados y despreciados por los insolentes bajáes del tirano, ó iriamos á confundirnos entre los demás apóstatas de la patria, para ser, como ellos, escupidos y escarnecidos por nuestros fieles y oprimidos hermanos, para ostentar á su vista la ignominia que cubre siempre el rostro de los traidores, y para ser á todas horas objeto de su odio y execracion? ¡Oh colmo de ignominia y vileza! ¡Oh asombro de malicia y perversidad! ¡Españoles, hijos de la lealtad y el honor, dechados de probidad y buena fe, sed vosotros jueces en esta causa! Juzgad, pronunciad si aquellos honrados ciudadanos que merecieron un dia vuestra confianza pudieron caer en tan vil y vergonzoso abatimiento. Y si todavía los hallais dignos de loor ó de aprecio, haced que vuestro imparcial y respetable juicio desplome sobre sus infames calumniadores toda la ignominia con que quisieron manchar sus nombres y memoria.

12. No es fácil seguir la larga cadena de reflexiones y sentimientos que se agolpan en el espíritu á la consideracion de tan negra calunnia, y mas de una vez me han hecho desear en el curso de esta Memoria que

nuestros acusadores hubiesen sido mas diestros en dar algun viso de verosimilitud á sus imputaciones, indicando personas ó hechos á que pudiese yo contraer la defensa; que hubiesen indicado el ministro que pudimos corromper, el general que pudimos ganar, la correspondencia ó inteligencia que pudimos seguir, los secretos emisarios que pudimos enviar ó recibir del enemigo para fraguar tan horrible traicion, y en fin, que pues nos imputaban un delito que no se puede cometer sin cómplices, que hubiesen indicado los agentes, los confidentes, los auxiliares y los medios de tamaña infidelidad. Pero, pues que nada de esto pudieron hacer ni siquiera inventar, acabaré yo oponiendo á su torpe y falsa acusacion la noble y franca conducta con que los centrales acreditaron en el curso de su gobierno su constante amor y fidelidad á la patria. No por eso cansaré á mis lectores con una larga apología, porque ni esto es de mi cargo, ni seria justo anticiparla al examen y juicio que debe hacer de ella la nacion. Pero sí citaré los hechos que basten para acreditar cuál ha sido la conducta de la Central en el punto en que fué tan injusta é infamemente calumniada.

13. La Junta abrió su gobierno poniendo á su frente al hombre que era entonces mas respetado de la nacion, así por sus venerables canas como por la reputacion de sus talentos políticos y larga experiencia en el gobierno; en una palabra, al que era entonces proclamado *el Néstor de la España* (a). Llamó tambien á su lado á los ilustres patriotas que gozaban de la confianza pública en el mas alto grado. No fué el favor, ni la intriga, ni la amistad, ni el parentesco, ni el paisanaje; fué solo el amor á la patria y el mas puro deseo del acierto quien eligió los ministros; ó por mejor decir, no fuimos nosotros, fué la nacion quien los eligió. Procuró tambien allegar á si, para el despacho de los negocios, personas acreditadas en el público por sus talentos, su probidad y su bien probado patriotismo. Aquel presidente y estos ministros y estos cooperadores, haciéndose cada dia mas dignos de la confianza que habia puesto en ellos, fueron conservados en sus cargos, y es absolutamente necesario, ó extender hasta ellos la negra presuncion de infidelidad, ó librar de esta nota á los que les dieron tan constantemente su confianza y su aprecio.

14. Apenas habia empezado sus funciones el gobierno de la Junta, cuando el tirano vino á invadir de nuevo con mas poderosas fuerzas el hermoso suelo de España, y no bien hubo vencido las barreras del Ebro, cuando empezó á tentar nuestra fidelidad. *Los apóstoles del napoleonismo*, que le habian vendido la patria y venian á su lado, se aunaron para servirle en tan vil propósito, y ansiosos al mismo tiempo de dorar su infamia con la nuestra, y afectando compasion y deseo de evitar los males públicos, se dirigieron al presidente de la Junta con una de aquellas insidiosas cartas que el público vió arder con tanto gusto en medio de la plaza de Madrid por la mano del verdugo. Pero mientras el público aplaudia la indignacion y el desprecio con que la Junta Central habia recibido y tratado aquella tentativa, sus miembros, por un repentino, unánime y casi inspirado movimiento, se levantaron

(a) Floridablanca.

de sus sillas, y alzando sus manos al cielo, juraron en nuevo y solemne juramento de no oír proposicion alguna ni entrar en negociacion con el tirano mientras no nos restituyese á nuestro rey y alejase sus tropas del último limite del territorio español (9).

15. Lo que juramos lo cumplimos. Dispersados los ejércitos de la izquierda y de Extremadura, y disipado tambien el de reserva, que con milagrosa actividad habiamos logrado reunir ante la capital; vencidas las barreras de Cameros y Somosierra, y amenazado ya de cerca Madrid, conservábamos todavia nuestro puesto en Aranjuez, procurando detener aquel impetuoso torrente, hasta que apareciendo ya en Móstoles las avanzadas francesas, apatamos de salvar el sagrado depósito de la autoridad, que nos fuera confiado. Traidores, se hubieran dejado sorprender, para que sepultada la nacion en la anarquía, ningun esfuerzo pudiese oponerse á los progresos del tirano. Ciudadanos fieles á su deber y constantes en su propósito, correrian á buscar nuevos recursos y oponer al tirano nuevas dificultades. Tal era nuestro deber, y este deber fué cumplido. Y si los ejércitos, que tan poderosamente le resistieron, que tanto prolongaron la lucha, que tan difícil hicieron su empresa, y que refrenan todavia su temeridad, acreditan la lealtad y constancia de nuestra heroica nacion, ¿cómo no acreditarán tambien la lealtad y constancia del gobierno que los ha reunido?

16. Establecida la Junta en Sevilla, nuevas asechanzas pretendieron tentar nuestra fidelidad. El público ha leído tambien con escándalo los insidiosos oficios que el apóstata Sotelo dirigió á la Central por medio del ilustre general La-Cuesta, y el generoso partido con que la Junta rechazó, por el mismo noble conducto, aquella indigna tramoya. Y ¿qué? ¿hubieran sido tan unánimemente despreciadas, hubieran sido desechadas sin la menor contestacion las tentativas de aquel traidor por unos magistrados que estuviesen tocados del mismo contagio de infidelidad que le inficionaba? ¿No le hubieran oído á lo menos? ¿No hubieran abierto alguna correspondencia política para preparar á la sombra de ella las vias y medios de su traicion? Volvió Sotelo desairado, y los centrales acreditaron otra vez á la nacion que no se habian reunido para negociar con el tirano, sino para salvarla, así de sus armas como de sus artificios.

17. Casi al mismo tiempo, uno de los generales del tirano intentaba, con otros insidiosos oficios y persuasiones, tantear la fidelidad de algunos generales de la nacion y de algun respetable ministro y aun de algun miembro del Gobierno Central. Pero la unánime y generosa repulsa que halló en todas las respuestas, dadas al mismo tiempo y desde diversos lugares, y estas mismas respuestas, dictadas por el mas puro y fiel patriotismo, que el público leyó con tanto placer y el Gobierno distinguió con tan honrosa aprobacion, ¿no probarán la uniformidad de sentimientos con que los jefes y defensores de la patria estaban consagrados á su defensa? (10).

18. Algunos individuos de la Junta Gubernativa habian propuesto en ella, desde el principio de su gobierno, la necesidad de anunciar á la nacion unas cortes gene-



rales, y á par que el enemigo redoblaba sus esfuerzos y que el peligro de la patria crecía, renovaban ellos con el mas puro celo sus instancias en favor de esta importante medida. Acordóse en efecto la congregacion de las Cortes, por el decreto de 22 de mayo del año pasado, para el presente año, y desde luego se comenzó á preparar esta reunion, y á buscar el consejo y luces de todos los cuerpos públicos y de los sábios de la nacion, para verificala con mayor fruto. Otro decreto de 26 de octubre siguiente fijó la convocacion de las Cortes para el 1.º de enero, y su reunion para el 1.º de marzo de este año. Este decreto se anunció á la nacion, que le recibió con entusiasmo y le aplaudió como una prueba del celo y patriotismo que animaba á su gobierno. Las convocatorias se expidieron en efecto á todos los ángulos de España en 1.º de enero, y en 13 del mismo acordó la Junta trasladarse á la isla de Leon, punto señalado para la reunion general. Era nuestro propósito dar á las Cortes la razon exacta de nuestra administracion y conducta, como habíamos ofrecido; y esta oferta, que en un gobierno permanente y corrompido pudiera ser una aňagaza para atraer y engañar la confianza de los pueblos, en un gobierno interino y justo y liberal, que conocía y confesaba su responsabilidad y que iba á resiguar su mando, no puede no ser una relevante prueba de su fidelidad y buena fe. Porque ni podian sus miembros ser tan insensatos, que esperasen sorprender la vigilancia de una asamblea tan justa y sabia, ni exponerse tan francamente á su juicio y censura, si sus conciencias no los asegurasen de la pureza de sus intenciones. ¿Cabía pues en el juicio de ningun hombre imparcial y sensato creer posible tan noble y patriótica conducta en unos hombres vendidos á los enemigos de la patria?

48. Es verdad que en medio de ella sufrió la patria la mayor de sus desgracias en la memorable rota de Ocaña. Pero es bien digno de notarse que aun cuando esta desgracia se quisiese atribuir á infidelidad ó á culpa del Gobierno, cosa que no se podrá hacer sin horrible injusticia, todavia este cargo no recaeria sobre la Junta entera, sino solamente sobre los seis individuos que componian entonces su comision ejecutiva. Saben todos que la Junta Central, ansiosa de dar mas actividad y vigor al gobierno, resignó en esta comision *toda la autoridad ejecutiva*; que desde entonces no entendió en ningun negocio relativo á ella, y señaladamente en ningun asunto de guerra; que desde entonces cesó *la seccion* encargada de este ramo, así como todas las demás; que desde entonces, así el ministro de la Guerra como todos los demás ministros, despaclaron inmediatamente con ella con la Comision; y en fin, que desde entonces la Junta ni tuvo otra intervencion en el gobierno, ni se reservó otro derecho que el de que la Comision le diese noticia de ocho en ocho dias de sus operaciones. En consecuencia de este establecimiento, todas las órdenes emanadas del Gobierno, desde 1.º de noviembre del año pasado, para el movimiento y operaciones de los ejércitos, fueron dictadas por esta comision, en la cual la voz del marqués de la Romana era principalmente seguida, no solo por ser el único militar que habia en ella, sino por la opinion

que se tenia de sus talentos. Todas además fueron previamente tratadas con la *junta militar*, compuesta de sábios generales y en concurrencia del Marqués, y todas dictadas con acuerdo de esta junta, y todas fueron directamente comunicadas á los generales sin intervencion ni noticia de la Central. ¡Ah, si entonces, como todos esperaban, nuestro ejército del centro, entrando otra vez triunfante en Madrid, hubiese tremolado sobre su real alcázar los estandartes de la nacion, de esta insigne gloria ninguna parte se hubiera querido dar á la Junta Central; toda, y ¡ojalá que así fuese! se habria dado á su comision ejecutiva. ¡Cuán atroz pues, cuán horrible no será la calumnia, que no contenta con achacar aquella desgracia á los individuos de la Junta, la atribuyó á un impulso tan negro y vil como ajeno de la lealtad y nobleza de sus principios, á un impulso para el cual no tenia ni autoridad ni fuerza!

49. Por último, llegó el instante en que los enemigos de la Junta Central, aprovechándose de su ausencia y de la agitacion en que se hallaba el pueblo de Sevilla, pronunciaron allí que habíamos vendido la patria, y aquella infiel ó cobarde junta, instigada por ellos, declaró la disolucion del gobierno legítimo, y apoderándose sacrilegamente de la soberana autoridad, dispuso de ella á su albedrio. ¿Y cuál fué en esta terrible crisis la conducta de los centrales? Acusados de traidores, insultados y perseguidos por los emisarios, que iban excitando la indignacion de los pueblos en su camino, si algun remordimiento de este delito inquietase sus conciencias, ¿no habrían esperado al enemigo, ó buscado entre sus tropas algun refugio contra el furor de sus perseguidores? No hubieran corrido á percibir el fruto de su iniquidad? No hubieran abandonado la nacion á la anarquía, ó á un gobierno espurio, que seria tan capaz como la anarquía de turbarla y perderla? ¿Se hubieran reunido tan tranquilamente para acordar, entre tantos peligros, los medios de salvarla? ¿Hubieran resignado tan generosamente su autoridad, y la hubieran depositado en manos tan fieles y tan dignas de la confianza pública? ¡Ingusto, injusto, bárbaro y desapiadado será el hombre que á vista de tan noble y prudente conducta pueda abrigar en su corazon la mas liviana sospecha contra nuestra fidelidad!

20. ¿Y por ventura no la acreditamos mejor, y por decirlo así, no la coronamos, cuando, abdicado el mando y vueltos á la condicion de hombres privados, oímos sin susto bramar el huracan de la calumnia, que levantaba contra nosotros tan horrible tormenta? ¿Cuál fué entonces nuestra conducta? Tranquilos, seguros, consolados con el testimonio de nuestras conciencias, sufrimos las injurias, la humillacion, la pobreza, el desamparo y hasta el abandono del Gobierno, á quien la malignidad de nuestros émulos arrastró á las mas injustas y escandalosas providencias contra nuestro honor. Todo esto sufrimos, y lo sufrimos con la fortaleza que solo es dado al varon justo en la tribulacion, y con aquella longanimidad que solo puede inspirar el sentimiento interior de una conciencia pura. Sin habernos reservado la menor recompensa de nuestras fatigas y servicios, y sin humillarnos á pretenderla, algunos, faltos de todo auxilio y medios para viajar,

quedaron, á la sombra del Gobierno, expuestos á las asechanzas de sus perseguidores y al insultante desprecio de sus émulos, y los demás, buscando algun reposo en el seno de sus familias ó en los asilos de la amistad, unos partieron á sus provincias, sin temer los peligros que la calumnia y la guerra habian sembrado contra ellos por todas partes, y otros, con el mismo propósito, nos embarcamos, sin temer las miradas desdeñosas de la oficialidad, ni el desprecio de la chusma marinera, ni los riesgos del mar airado, que pareció tambien conspirar contra nosotros. ¡Qué ejemplo tan nuevo y admirable de desgracia y resignacion no presentaron entonces á nuestra afligida patria tantos fieles servidores suyos, caidos, por decirlo así, desde el trono en las garras de la envidia y la calumnia, y abandonados por el Gobierno, que los debia proteger, y entregarlos á una gavilla encarnizada de facciosos que triunfaban con exultacion de su inocencia! ¡Oh ilustre y generosa nacion! Si hemos sido tales, cuales estos hombres perversos nos representaron á tus ojos, ¿por qué no cae la cuchilla de tu justicia sobre nuestras delinquentes cabezas? Pero si somos inocentes, ¿por qué los que hemos merecido algun día tu confianza, despues de haberte servido fielmente, despues de haberte consagrado nuestros cortos talentos y nuestras continuas vigilias, despues de haber sacrificado nuestra salud, nuestro reposo, nuestra fortuna á tu bien y seguridad, nos abandonas sin defensa ni proteccion al furor de nuestros enemigos?

21. Pero no; tú eres supremamente justa, y tú has empezado ya á vengarnos. Poco tiempo ha bastado para el desengaño; las ilusiones de la calumnia se han disipado, y la idea de nuestra inocencia no es ya dudosa. Lo que falta para nuestro desagravio será obra del tiempo, será fruto de nuestra constancia, y será el mas claro testimonio de la justicia de los dignos representantes que van á reunirse para asegurar tu libertad. Esta justicia asegurará el triunfo de nuestra inocencia, y mientras nosotros lo esperamos tranquilos, nuestros enemigos, avergonzados y confusos, sufren ya aquella infalible pena que está destinada por el cielo á la iniquidad; aquella pena que explica tan admirablemente una sentencia de Ciceron... *Itaque poenas luunt, non tam iuditiis, quam conscientia, ut eos agitent, insectenturque furiae, non ardentibus telis, sicut in fabulis, sed angore constientiae, fraudisque cruentatu* (11).

22. Mas ¡oh cara y afligida patria! si este triunfo basta para nuestro sosiego, no basta para tu seguridad. La calumnia, apuntando á nosotros, ha herido mas gravemente tus entrañas. Ella es la que aumenta tus peligros y lucha por colmar tus desgracias. No es la mayor que un monstruo de poder y perfidia te haya robado tu idolatrado rey y oprima tan cruelmente tu preciada libertad; no es la mayor que envíe sucesivamente sobre ti esas feroces falanges, que van pereciendo poco á poco á manos de tus valientes hijos; esto, si, que de tu mismo seno hayan salido otros infieles y bastardos hijos, que aliados con tus enemigos, los ayuden á labrar tus cadenas... unos, apóstatas infames, abrazando descaradamente la causa del tirano; otros,

ruines egoistas, esperando en cobarde neutralidad que el delfo horrible de la guerra les indique el partido mas conveniente á su interés; pero otros, tan viles como los primeros y mas crueles y dañosos que los segundos, frustrando todos tus generosos esfuerzos, y persiguiendo á todos los hombres virtuosos, que con celo y constancia trabajan por tu defensa y tu gloria. Enemigos del mérito que los ofende y de la virtud que los deslumbra, los acechan á todas las horas desde sus emboscadas para herirlos y mancharlos. La envidia es su elemento, la calumnia su arma. Con ella han pretendido despojar á tus generales de la gloria de sus laureles, á tus magistrados del patrimonio de su reputacion, á tus grandes y á tus prelados del esplendor de su nobleza y virtud, realizado por su lealtad, y á los buenos y fieles ciudadanos del fruto de los sacrificios hechos ó de la sangre derramada en tu defensa. Pero aquellos á quienes tu confianza levantó sobre los demás son y serán siempre el principal blanco del odio y de los tiros y de las asechanzas de esta infame secta. Ningun gobierno se libró, ninguno se librará de ellos. Calumniaron á las juntas provinciales, porque en ellas apareció la aurora y de ellas salieron los primeros rayos de tu libertad. Calumniaron á la Junta Central, porque á medida que crecian tus peligros, crecian tambien su constancia y su celo y se redoblaban su ardor y sus esfuerzos en defensa tuya. Calumniaron hoy á la Suprema Regencia, porque imitando la constancia de sus antecesores, resiste con igual celo y ardor los ataques terribles de tus enemigos; y calumniarán mañana, y lo pronostico, sin reparo á los ilustres ciudadanos que van á reunirse en tu nombre, porque consagrarán todo su celo y tareas á tu libertad, tu independencia y tu gloria. Y si esta angusta reunion, desenvolviendo una fuerza y vigor que no pueden caber en un gobierno precario y débil, no ahoga de una vez el monstruo de la calumnia, que es el mayor de tus enemigos, tú, ¡oh amada patria mia! tú, yo lo pronostico tambien, perecerás, no por los esfuerzos del bárbaro tirano que devastó tus pueblos, sino por los de los hijos ingratos que destrazan tus entrañas.

23. Acabé por fin esta defensa en medio de la indignacion y la angustia con que inunda mi alma este doloroso presentimiento, y la voy á cerrar con dos advertencias que creo necesarias.

24. Primera. En la defensa general que llevo hecha de los centrales, no ha sido mi ánimo comprender al total de sus individuos sino en cuanto fueron todos indistintamente comprendidos en la calumnia. Si por desgracia alguno no la pudiere desmentir con su conducta particular, cosa que no espero, nada por eso perderán de su fuerza las razones que la han repelido respecto de los demás. Cabe que en una corporacion, por noble y santa que sea, haya alguno que prostituya su honor y su deber, sin que esto degrade la nobleza ni la santidad de su gremio. Oigo que dos individuos del nuestro se hallan bajo la censura de la justicia. Su absolucion será de gran consuelo para sus hermanos; pero si no la obtuviesen, solo tendríamos que sentir que hayan desperdiciado la gloria que hubieran adquirido imitando nuestra noble y inocente conducta.



25. Segunda. Tampoco ha sido mi ánimo defender la conducta de los centrales en la totalidad de su gobierno, sino en los puntos en que esta totalidad fué atacada por la calumnia. Aquel empeño merece otro cuidado, otra pluma, otros auxilios, y está reservado á un juicio que solo pertenece á la suprema autoridad de la nacion reunida. Pretender que este gobierno fué siempre infalible, seria tan grande absurdo como fué grande iniquidad en sus enemigos atribuirle tan infames violaciones de su deber. Examinada su conducta, se podrán hallar en ella errores, descuidos, defectos, no solo porque era una junta de hombres, sino tambien de muchos y muy varios elementos compuesta, y sobre todo, porque obró en medio de los mayores peligros, embarazos y penuria que pueden rodear á un gobierno. Pero se hallará tambien que trabajó con el mas puro celo y la mas recta intencion, para alejar el peligro y asegurar la salvacion de la patria, por mas que el cielo tuviese reservada esta gloria á manos mas felices. Y no me detengo en pronosticar que los padres de la patria, á quienes no pueden deslumbrar ni los paralogismos de la envidia ni las imposturas de la calumnia, cuando hayan examinado tranquilamente la conducta de los centrales, si tal vez tropiezan en ella algun reparo, que nunca será superior á su indulgencia, admirarán tambien todo el celo, desinterés, lealtad y pureza de intencion que basten para asegurarles la única recompensa á que aspiran: el aprecio y gratitud de su nacion. Muros, 22 de julio de 1810.

## PARTE SEGUNDA.

EXPOSICION DE LA CONDUCTA Y OPINIONES DEL AUTOR  
DESDE QUE RECOPRÓ SU LIBERTAD HASTA EL DIA.

*Si quis existimat me, aut voluntate  
esse mutata, aut virtute debilitata,  
aut animo fracto, vehementer errat.  
Mihí quod potuit vis, et injuria et  
sceleratarum hominum furor detra-  
here, eripuit, abstulit dissipavit:  
quod viro forti odium non potest, id  
manet et permanebit.*

(Cicer., post redditum ad Pop.)

1. Voy á emprender la exposicion y defensa de mi conducta en la última época de mi vida pública; pero en esta parte de mi *Memoria* no podrá correr la pluma tan atrevidamente como en la que acabo de desempeñar. Defender la inocencia de mis ilustres compañeros era un oficio noble, desinteresado y recomendado por el honor y la justicia, y las altas calidades que distinguen á la mayor parte de ellos me inspiraban aliento y osadía en el empeño de su justificacion. Pero vuelto á mí solo, por mas penetrado que esté de mi propia inocencia, todavia la necesidad misma de defenderla me encoge y embaraza. Temo que algunos de mis lectores desconozcan esta necesidad, y suponiendo que en la defensa de los demás queda envuelta la mia, tachen de superabundante y afectado mi propósito. Temo que otros, con menos buena fe, quieran poner duda en los hechos que voy á referir en apoyo de mi razon, y temo, en fin, que no falte quien, demasiadamente severo, atribuya esta exposicion á orgullo y vana ostentacion de

mi mérito. Mas á pesar de tantos reparos, me es indispensable arrostrar este empeño, así para satisfacer á mi patria, cuyo bien he buscado siempre, y mas en esta última parte de mi vida, como para acallar mi conciencia, cuyos dictámenes he procurado siempre seguir. Confio por lo mismo que los lectores sinceros y imparciales honrarán mi propósito con su aprobacion. En obsequio de ellos, responderé al primer reparo, que aunque la calumnia hirió indistintamente á todos los miembros de la Suprema Junta Central, la ofensa no pudo ser igual en todos, sino proporcionada al carácter y conducta que lastimó en cada uno, y aunque yo no presuma tanto de mí, que me ponga sobre los demás, tampoco me desestimo tanto, que no me cuente entre los mas agraviados. Al segundo, que las muchas y respetables personas que pueden deponer de los hechos relativos á mi conducta pública serán fiadores bastante abonados de mi verdad y buena fe, de las cuales además darán testimonio, así las actas de la Suprema Junta y de su comision de Cortes, que deben existir en manos del Gobierno, como las copias de mis dictámenes, que he podido conservar y que publicaré por apéndice de esta *Memoria*. Y al último diré que la sensibilidad y la delicadeza del amor propio en materia de reputacion nunca pueden ser en demasia, porque la religion nos manda tener cuidado de nuestro buen nombre, y el honor nos obliga á conservarle y defenderle, y cuando en esto se mezclase algo de orgullo, seria un orgullo de tan noble linaje, que mas mereceria alabanza que censura.

2. Y ¿qué? despues de haber servido á mi patria, por espacio de cuarenta y tres años, en la carrera de la magistratura con rectitud y desinterés, desempeñado muchas extraordinarias comisiones y encargos del Gobierno, todas á mi costa y todas con notorio provecho del público; despues de haber sufrido, por mi amor á la justicia y horror á la arbitrariedad, una persecucion sin ejemplo en la historia del despotismo, y en la que sin precedente culpa, juicio ni sentencia, me vi de repente arrancado de mi casa, despojado de todos mis papeles, arrastrado á una isla, recluso por espacio de trece meses en un monasterio, trasladado despues á un castillo, y encerrado y sepultado en él por otros seis años; despues que obtenida mi libertad al punto mismo en que empezaba á peligrar la de mi patria, no solo abracé con firmeza la santa causa de su defensa, sino que me negué á todas las sugestiones y ofertas lisonjeras con que la amistad y el poder procuraron empeñarme en el opuesto partido; despues que nombrado para el Gobierno Central, cuando los muchos años y trabajos y una prolija enfermedad tenian arruinada mi salud, no solo renuncié al descanso y al deseo de conservar mi vida, sino que consagré sus restos al servicio de mi nacion, admitiendo aquel encargo, y dediqué á su desempeño la aplicacion mas continua y el mas puro y ardiente celo; despues, en fin, que al cabo de tantos trabajos y servicios, y cuando creia haber coronado con este último todos los de mi larga carrera, me veo atacado y ofendido en mi honor y desairado y insultado en mi persona, ¿podrá haber quien culpe que salga á defenderla y sincerar mi conducta?

¿O habrá quien me niegue el consuelo de buscar en la equidad y justicia de mis conciudadanos el desagravio de tantas injurias, y en su gratitud y aprecio la recompensa de tantos servicios?

3. Voy pues á solicitar esta preciosa recompensa, tan anhelada por mi corazon, no causando á mis lectores con largos raciocinios ni consentidas quejas, sino instruyéndolos con la sencilla y veraz exposicion de mi conducta y opiniones en esta época memorable. Habiendo ya rechazado, y si mi amor propio no me engaña, deshecho y confundido las calumnias en que fui indistintamente envuelto con los demás miembros de la Junta Central, restaba todavía, para mi particular defensa, oponer á sus negras imputaciones el leal y desinteresado proceder con que procuré llenar los deberes de aquel cargo. Porque gozando, al entrar en él, de una honrada y distinguida reputacion, adquirida en los varios destinos en que por tantos años servi á mi patria, nada es tan deseable para mí como recobrar y conservar este precioso patrimonio, para gozarle en paz los pocos dias que puedan quedarme de una vida tan laboriosa y agitada.

4. Bien quisiera, para lograr este suspirado objeto, extender la presente exposicion á todo el tiempo de mi larga magistratura. No lo haré, porque no se crea que quiero vanagloriarme de mi mérito; pero sí agregaré á esta *Memoria* una simple lista de los destinos que ocupé, encargos que desempeñé, servicios que hice y persecuciones que sufrí durante ella; porque escribiendo para muchas personas que no me conocen sino por el ruido que hicieron en la nacion mis desgracias, justo es que vean de lleno quién es el magistrado á quien la calumnia, sin dejarle nunca de la mano, pretende ahora robar el último y mas precioso fruto de sus servicios y trabajos.

5. Entrando pues en materia, dividiré esta segunda parte de mi *Memoria* en tres artículos. En el primero daré noticia de mi conducta desde el principio de la presente revolucion hasta mi entrada en la Junta Central; en el segundo, de mis opiniones y conducta en el desempeño de aquel augusto ministerio, y en el tercero, de mi conducta y persecuciones desde la instalacion de la Suprema Regencia hasta el día. La verdad y la buena fe, que guiaron hasta aquí mi pluma, presidirán tambien á esta última parte de mi trabajo. ¡Dichoso yo si pudiese obtener con él la compasion y el aprecio de mis conciudadanos!

#### ARTÍCULO PRIMERO.

6. La entrada de los ejércitos franceses en España en el verano de 1807, y los escandalosos decretos de octubre y noviembre, expedidos en el Escorial contra el desgraciado príncipe de Asturias, habian llenado mi alma de amargura y terror, porque al mismo tiempo que me robaban aquella débil esperanza de libertad, que solo podia fundar en una mudanza de gobierno, me hacian temblar por la vida del deseado heredero del trono y por la libertad de mi patria. Víala yo entregada al capricho de dos monstruos, cuya pérdida inteligencia y conspiracion para oprimirla se columbraba ya en la

acorde conducta de entrambos. Estos tristes presentimientos, miedos á las molestias de mi largo encierro y al anticipado rigor de aquel invierno, destemplaron sobremanera mi cabeza, y en tal grado la debilitaron, que haciéndome incapaz de leer y escribir, me privaron del único consuelo que ya tenia en aquella triste situacion. Siguióse una tos acro y continua, que me privaba del sueño por la noche y del descanso por el día, y no cediendo al régimen ni á los remedios ordinarios, me hacia mirar hácia el término de una vida que despues de sufrir tan rudos ataques, mal podia ya superar el último, en que las dolencias del cuerpo se agravaban por la opresion del espíritu.

7. Así llegó aquel memorable mes de marzo de 1808, que llenó á la España de gozo y esperanzas tan lisonjeras como rápidos, sin que bastasen á tranquilizar los espíritus de sus fieles hijos, cuando aterrado ya el traidor intestino, le vieron descubiertamente protegido y salvado por el tirano exterior de la patria. Por la tardanza de los correos marítimos, se supo tarde y de una vez en Mallorca la rápida série de los sucesos de aquella época. El 5 de abril llegó al Capitan General y á mí la real orden en que nuestro amado Fernando VII quebrantaba mis cadenas, pero en cuyas menguadas frases, su infame ministro, el marqués Caballero, habia envidado de esconder lo mas precioso de la justa y piadosa voluntad del Soberano. Decíase me solamente que su majestad mandaba que se me diese libertad y me permitia ir á Madrid (12). De forma que mientras el público celebraba el mio, entre tantos otros triunfos de la inocencia, yo solo le miraba como una nueva injuria hecha á mi justicia, porque no me interesaba tanto el logro de la libertad como el desagravio y restauracion del honor.

8. Esta triste idea me hizo aborrecer la vista de las gentes y dilatar mi presentacion en la ciudad de Palma, y por lo mismo en el siguiente día 6 salí, sin anunciar mi destino, del castillo de Bellver, para esconderme otra vez en la cartuja de Valdemuza, y pasar la Semana Santa entre aquellos piadosos anacoretas, que con tanta caridad me recibieran siete años antes y tantas muestras de amor y compasion me dieran mientras viví en su compañía. Acogióronme con lágrimas de la mas tierna alegría, y me dieron nuevos testimonios de su benevolencia y caridad. Fué allí mi primer cuidado dirigir una representacion al Soberano (13), con fecha de 18 de abril, exponiendo á su piadosa consideracion que no era tanto su real clemencia cuanto su suprema justicia la que tenia yo derecho á esperar, y suplicándole se dignase concederme un juicio, que pudiese servir á la reparacion de mi honor y buen nombre, con tantos ultrajes ofendido. Dirigi esta representacion á un amigo, para que la pusiese en manos del Rey; pero ¡ah! cuando debia recibirla, ya este infeliz monarca caminaba al abismo en que le precipitaron su excesiva buena fe y la horrible perfidia del que se apellidaba su mejor aliado y amigo.

9. Era entonces mi deseo volar á los brazos de don Juan Arias de Saavedra, ministro del consejo de Hacienda, mi segundo padre, mi primer amigo y mi singular bienhechor (14); el cual, echado de Madrid en



el tiempo de mi arresto, sin otra culpa que estos santos títulos, se hallaba desterrado en su casa de Jadraque. Esperaba yo reparar mi salud en su amable compañía, y recobradas algunas fuerzas y restaurada mi opinión, huir á esconderme en mi suspirado retiro de Gijón para acabar allí en paz una vida tan llena de contrariedades y allicciones. Escribí á este buen amigo, comunicándole mis ideas, y dediqué el tiempo que podía tardar su respuesta á dar una vuelta por la hermosa isla de Mallorca, para desahogar mi espíritu y tomar algun recreo con tan agradable ejercicio. Presentéme despues en la capital, cuyos generosos habitantes completaron con la alegría y obsequios con que me distinguieron á competencia los preciosos testimonios de aprecio y compasion con que me habian honrado y consolado durante mi largo cautiverio.

10. Recibida la respuesta de Arias de Saavedra, que aunque reintegrado en su plaza del consejo de Hacienda, rehusó pasar á Madrid por esperarme en Jadraque; resuelto mi viaje por Barcelona, embarcado ya el equipaje y parte de la familia en el correo de la isla, que me esperaba en Soller, iba yo á partir para aquella villa, cuando arribó á Palma, el 17 de mayo, mi ilustre amigo, y despues digno compañero, don Tomás de Veri, que habia presenciado en Madrid los horrores del execrable día 2, y sabido, á su paso por Valencia, la elevacion de Murat á la regencia de España, la ausencia de toda la real familia, y el dolor y espanto con que todos temblaban ya por la libertad y la vida de nuestro amado rey. Pocos dias antes, tan dolorosas nuevas me hubieran quizá movido á quedarme en aquella deliciosa isla, á lo cual me instaban con mucho ardor mis amigos mallorquines; pero el barco correo no podia detenerse, las mulas estaban á mi puerta, mi familia y equipaje embarcados, y era indispensable partir. Arranquéme pues de los brazos de aquellos buenos amigos, acompañado de mis particulares favorecedores, el generoso don Antonio y el sábio brigadier don Juan de Salas, y lleno de dolor y consternacion, pasé á dormir en Soller; me detuve allí, por falta de viento, el día 18, y embarcándome el 19, arribé al puerto de Barcelona cerca del mediodía del 20.

11. En esta ciudad me recibió el general Ezpeleta con grandes muestras de aprecio, ofreciéndome su casa, instándome muy amistosamente á que tomase en ella algun descanso. La aversion que mi largo encierro me habia inspirado al bullicio de las grandes poblaciones no me permitió disfrutar su favor. Era mi deseo partir en la misma tarde á Molins de Rey, pero rodeado de visitas y cumplidos, no pude verificarlo hasta la madrugada del 21, en que salí de Barcelona, dejando allí á mi mayordomo para que preparase coche y carnaje, y se me reuniese en aquella villa.

12. Esta precipitacion causó la primera ruina que sufrió mi pobre fortuna en la presente época. No hallándose pronto conductor para el equipaje, mi mayordomo resolvió dejarle á cargo de un conocido suyo, y buscarme con un coche de camino, en que llegó á Molins de Rey la mañana del 23, y en que al punto emprendimos nuestro viaje; pero la gloriosa insurreccion de Zaragoza cortó dentro de pocos dias toda comuni-

cacion con Barcelona, donde mi equipaje quedó entregado á la rapacidad de los franceses; pérdida pequeña en sí, grande en mi estimacion, pues contenia una corta, pero escogida coleccion de los libros, manuscritos y apuntamientos que me habian ocupado y consolado en aquel espacio de mi larga reclusion en que me fué permitido leer y escribir. Mi viaje continuó sin otra desgracia hasta Zaragoza, á pesar de que tuve que admirar y temer en todos los pueblos del tránsito la curiosidad y el recelo con que se miraba cuanto venia de Barcelona, y el descontento general, que se veia pintado en todos los semblantes; síntomas que crecian á medida que penetrábamos por el reino de Aragon, y que tardaron poco en anunciarnos la insurreccion de su gloriosa capital.

13. La confusion y desórden que suponía en ella, y eran tan poco convenientes al estado de mi salud, me hicieron resolver la continuacion de mi viaje, pasando de largo sin entrar en sus puertas; pero no me fué posible. Apenas llegué al puente, cuando me vi rodeado de gran muchedumbre de gentes de la ciudad y el campo, en cuyos semblantes torvos y resueltos se veian fuertemente expresados el despecho y el valor que agitaban sus ánimos. Informados de que venia de Barcelona, todos se agolparon en torno de mi coche, clamando unos porque se nos registrase, y otros porque nos condujesen al nuevo general. En medio de esta contienda se oyó un susurro, que decia y repetia *es Jove Llanos*, y desde entones, sosegado el bullicio, empecé á ser mirado con aprecio y compasion, y conocí cuánto habia debido mi nombre á mis pasados infortunios. Fuí desde allí conducido, en medio de la muchedumbre, al palacio del ilustre y valiente general don José Palafox, y no pudiendo verle por hallarse ocupado en una junta, fuí de su órden, y acompañado de sus ayudantes Butron y Villalba, á la casa del marqués de Santa Coloma, en que habitaba mi digno amigo don Benito Hermida, su padre político, y donde encontré la tierna y generosa acogida que á mi quebrantada salud y abatido espíritu convenia. Volví por la tarde á ver al general Palafox, que me honró con grandes muestras de aprecio, y ya fuese porque entre los aplausos de aquella mañana habian pronunciado algunos: *Este es de los buenos: este conviene que se quede con nosotros*; ó bien por solo efecto de su bondad y favor, aquel ilustre general esforzó este deseo, y me instó á que me detuviese allí, con muy finas y honrosas expresiones; pero representándole el lánguido y triste estado de mi salud, le rogué que, léjos de detenerme, protegiese la continuacion de mi viaje. Cedió á mi ruego con la mayor bondad, encargó á su ayudante Butron que me acompañase por la noche á la posada de los Reyes, que está fuera de puertas, y me dió para el siguiente día una escolta de escopeteros, mandada por el célebre tio Jorge, aquel insigne patriota que muriendo despues sobre una batería, se contó entre las heroicas víctimas de la primera gloriosa defensa de Zaragoza.

14. En el siguiente día 28, dejada la escolta en la primera venta del camino, le continuamos sin desgracia, siguiendo hasta Tarazona, adonde llegamos el inmediato día 29, que era domingo, para oír misa y hacer

mediodía. Advertimos allí los mismos síntomas que en los pueblos anteriores, y hallamos además que la juventud de la ciudad, ansiosa de que se la armase, esperaba con impaciencia á un comisionado que se decía venir al efecto de Zaragoza; cosa que atraía mayor curiosidad hácia nosotros. Entramos á oír misa, pero al salir de la catedral me vi rodeado de gran muchedumbre de jóvenes, que aclamando mi nombre, hicieron conmigo tales demostraciones de aplauso, que no las referiré porque no se atribuya á vanidad. Sacóme de en medio de ellas el caballero don Bonifacio Doz, que sosegando aquellas buenas gentes, me llevó á su casa y me ofreció generosamente su mesa, á la cual nos acompañaron algunos amigos suyos, canónigos de la catedral. Después de haber comido en tan agradable compañía, y protegido de ella, tomé mi coche y salí de la ciudad, continuando después felizmente el viaje hasta Jadraque, adonde llegué por fin á hacer noche el 1.º de junio; pero tan rendido á la fatiga y acacimientos del viaje, que mi buen amigo, al verme tan extenuado y deshecho, no pudo gozar sin mucho sobresalto del placer que se prometía en nuestra feliz reunión, después de diez años de dolorosa ausencia.

15. Sin embargo, libro ya de embarazos, escondido en aquel dulce retiro y en el seno de tan amable y virtuosa familia, contaba ya con que la salubridad de los aires de Alcarria, el reposo, los socorros de la medicina y la asistencia y consuelos de la amistad podrían sacarme del riesgo que amenazaba á mi vida, cuando al amanecer del siguiente día 2 un posta despachado de Madrid vino á trastornar esta esperanza. Traía para mí una orden de Murat, expedida por el ministro Piñuela, en la cual, secamente y sin expresión de motivo ni objeto, se me mandaba pasar inmediatamente á Madrid y presentarme á aquel nuevo regente. Esta orden puso en la mayor premura mi espíritu, porque me hizo prever la nueva lucha que se le preparaba, y por lo mismo que estaba resuelto á no desviarme un punto de la línea que me prescribían la lealtad y el honor, conocía los peligros á que esta firme resolución me exponía. Pero la Providencia, que nunca abandona al hombre de bien, me ofreció en el decadente estado de mi salud el medio mas honesto de conciliar mi constancia con mi fidelidad. Mi respuesta, por tanto, se redujo á decir al Ministro que el estado en que se hallaba mi salud no me permitía ponerme en camino, y que si acaso lograba restablecerla, pasaría á presentarme al Príncipe regente.

16. Pocos días habían pasado, cuando otro posta, despachado de Bayona, me trajo otra orden de Bonaparte y su hermano José, en que, honrándome con expresiones muy lisonjeras, me mandaban pasar á Asturias para reducir á mis paisanos al sosiego y aquiescencia al nuevo orden de cosas. Trájome también carta particular de don José Miguel de Azanza, en la cual, felicitándome por mi libertad y renovando la memoria de nuestra antigua amistad, me anunciaba en confianza estar yo destinado por el Emperador para ministro del Interior de su hermano José. Mi respuesta de oficio se redujo á dar gracias por las honras que se me dispensaban y exponer que el estado de mi salud no me per-

mitía desempeñar aquel penoso encargo; pero en mi carta particular á Azanza le manifesté cuán lejos estaba de admitir, ni el encargo ni el ministerio, y cuán vano me parecía el empeño de reducir con exhortaciones á un pueblo tan numeroso y valiente, y tan resuelto á defender su libertad.

17. Otro tanto respondí á don Gonzalo Ofarri, que tres días después, asustado con la energía y valor que desenvolvían los leales asturianos, me despachó otro posta desde Madrid con carta en que me rogaba que ya que no pudiese pasar á Asturias, á lo menos exhortase por escrito á mis paisanos á que dejaran las armas y se restituyesen al sosiego. Neguéme también decididamente á este paso, y como en la carta de Ofarri viniese una postdata de don José Mazarrado, en que me instaba al mismo efecto, escribí á este separadamente; y siendo mayor la confianza que con él tenía, por nuestro antiguo amistoso trato, le descubrí mas abiertamente mis sentimientos, concluyendo mi carta con decirle que cuando la causa de la patria fuese tan desesperada como ellos se pensaban, sería siempre la causa del honor y la lealtad y la que á todo trance debía preciararse de seguir un buen español.

18. Ya se deja discurrir que entre tantos misioneros como se buscaban para persuadirme, no podía ser olvidado mi antiguo amigo el conde de Cabarrús, que poco después vino á Madrid nombrado ministro de Hacienda y muy distinguido por el rey intruso. Sus cartas traían todo el calor y vehemencia que á su fogoso carácter y á nuestra antigua familiaridad convenían, y que tanto animaba el deseo de mirarme á su suerte. Me representó, me exhortó, me rogó cuanto cabía en la fuerza de la elocuencia y en los tiernos sentimientos de la amistad, y no, según decía, para arrastrarme á una acción infame, sino, como él se pensaba, ó por lo menos afectaba pensar, para asociarme al designio de hacer feliz á España y salvarla de los horribles males que la amenazaban. Tal era entonces el lenguaje de todos los apóstatas de la patria, si en alguno de buena fe, en los demás para dorar su perfidia. Yo no sé si Cabarrús, hombre extraordinario, en quien competían los talentos con los desvarios, y las mas nobles calidades con los mas notables defectos, era ó no sincero en sus persuasiones. Lo que sé es que pocos días antes, habiéndonos encontrado y abrazado á mi paso por Zaragoza, al cabo de diez años de persecuciones y ausencia, le hallé tan decidido por la gloriosa causa de nuestra libertad, que sus lágrimas corrieron y se mezclaron con las que me vió derramar por el peligro en que se hallaba mi patria; demostración que en un hombre disimulado y doble pudiera ser ambigua, pero que me pareció decisiva en uno en quien la franqueza de carácter pasaba ya á ser indiscreción. Si acaso me engañé, no me engañé solo, porque en el mismo concepto estaban otras muy dignas personas de Zaragoza, que entonces le daban su aprecio y confianza, entre las cuales puedo citar á los ilustres Palafox, Hermida y Sástago, con quienes había cooperado en los memorables sucesos de aquellos días. Convenimos al separarnos que me buscaría de nuevo en Jadraque, ofreciéndome que arreglaría su conducta por mis consejos; pero



extraños acacimientos, que pusieron en riesgo su vida, le forzaron á mudar de rumbo desde Agreda y á tomar el camino de Navarra. Con esto, hallándose en Burgos con el nombramiento para el ministerio de Hacienda, y en medio de los ejércitos franceses, su temor, su ligereza ó su ambicion le arrastraron al partido opuesto, en el cual, el disfavor con que se dice le miraron siempre el gabinete de Saint-Cloud y algunos ministros de José, pueden acaso probar que su corazon no habia nacido para servir á los tiranos.

19. Como quiera que sea, desde que dejó de ser amigo de mi patria, dejó de serlo mio, y sus persuasiones y esfuerzos hallaron en mi toda la refutacion y firme resistencia que á mi leal carácter convenia. Bien sé que sin embargo, no faltó quien quisiese excitar alguna odiosidad contra mi nombre por la antigua amistad que tuve en otro tiempo con este partidario y que no me desdén de confesar. Nacida en dias mas inocentes y felices, del aprecio que hacia de sus talentos y de la intimidad con que le distinguia el sábio conde de Campomanes cuando yo vine á ser alcalde de corte á fines de 1778, y en cuya casa y sábia sociedad empezó nuestro trato, creció despues á par de la reputacion que le iban granjeando sus nobles prendas y sus grandes conocimientos económicos, y con la estimacion que le profesaron los ilustres condes de Aranda, Gausa, Revillagigedo y Carpio, marqueses de Astorga, de Velamazán y de Castrillo, duques de Híjar, de Osuna y de Albuquerque, muchos distinguidos literatos y magistrados, y cuanto habia de noble y de honrado en la época de Carlos III, que fué la de su prosperidad. Creció mas todavía en la cruel é injusta persecucion que contra él y contra los establecimientos que habia propuesto le suscitaron sus enemigos en la de Carlos IV, cuando, retirándose los demás, fui yo, si no el único, uno de los pocos que no temieron manifestarse amigos suyos; pudiendo asegurar tambien que entre todos, así fui el mas fiel á su amistad en la desgracia como fuera el mas sincero y desinteresado en la prosperidad. Y esta amistad duraria todavía si él hubiese sido igualmente fiel al primero y mas santo de sus deberes, porquiesiempre he creído, con Ciceron (13), que á todo se debe anteponerla amistad menos al honor y á la virtud. Perdónese esta digresion á mi delicadeza, y si alguno reprobase todavía los sentimientos que descubre, sepa que tambien el virtuoso Sócrates fué constante amigo del vicioso Alcibiades, mientras Alcibiades no dejó de ser amigo de su patria.

20. Tantas tentativas y repulsas no bastaron para que cesase el ataque empezado contra mi fidelidad. Fui por fin nombrado ministro del Interior; vino otro correo á traerme el nombramiento, con varios despachos y una carta confidencial y muy expresiva de don Mariano Urquijo; y aunque yo contesté en los mismos términos que á los oficios anteriores, remeniando decididamente el ministerio y devolviendo los despachos, con todo, el decreto de mi nombramiento se publicó en la *Gaceta de Madrid* con el de los demás ministros, y yo hube de pasar por el grave sentimiento de que los que no me conocian ni estaban enterados de mi repulsa pudiesen dudar algunos dias de mi fidelidad.

21. Con tanto, mi espíritu habia quedado satisfecho, pero no tranquilo; porque temia que, ó por el disgusto que pudo dar mi resistencia, ó por el empeño de probar nuevas tentativas, quisiesen arrebatarme á Madrid para enredarme en los lazos del partido opuesto; pero acaso un incidente, que pudo haber aumentado este peligro, concurrió felizmente á librarme de él. Aparecióse de repente en Jadraque, hácia los últimos de junio, el arcediano de Avila, don José de la Cuesta, bien conocido por la cruel persecucion que sufrió en el anterior reinado. Decia haber salido de Madrid sin otro motivo que el darme un abrazo, y como nuestro trato, aunque amistoso, nunca hubiese sido muy íntimo, y por otra parte se dijese que era tal el que tenia con el ministro Ofarill, no faltó quien recelase que venia de explorador de su parte para indagar el verdadero estado de mi salud. Entraron con esto en algun cuidado mis amigos, y tanto mas, cuanto yo, aunque muy decaído todavía, me levantaba todos los dias antes de comer, hacia algun ejercicio por las tardes, y tenia mas bien la apariencia de un convaleciente débil que de un enfermo en peligro. Confieso que por mi parte nunca asentí al recelo de los demás, ni atribuí la visita de Cuesta á ningun oculto designio, porque no lo hallaba conciliable con la idea que tenia de la honradez y franqueza de su carácter. En consecuencia le visité en su posada; paseamos juntos por la tarde; me acompañó por la noche, ya en la tertulia, ya al lado de mi cama; hablamos sin rebozo de las cosas del dia; hallé sus sentimientos cual convenia al honor y lealtad, no le escondí ninguno de los míos, y él se despidió tan persuadido de la realidad de mi indisposicion como de la constancia de mis propósitos. Fuese pues el que se quiera el impulso de esta visita, ello es que concurrió tambien á asegurar mi tranquilidad, y desde entonces volví toda mi atencion al cuidado de mi salud.

22. Empezaba ya á experimentar mucho alivio en ella, á favor del régimen y remedios adoptados. Las píldoras de opio, calmando la tos y conciliando el sueño, me permitían algun descanso por la noche; un parche en la nuca fué descargando mi cabeza, la leche de burra templando mi sangre, y el ejercicio á orillas del Henares y por las fértiles huertas de Jadraque reparando poco á poco mis fuerzas. Cuando hube recobrado algunas, empecé el ejercicio á caballo, y aunque habia pensado terminar la curacion con los baños termales de Trillo, el médico prefirió los del Henares, que tomé por muchos dias, y como en aquella sazón la gloriosa victoria de Bailén abriese á la nacion tan ríesñas esperanzas, concurrió tambien á la total reparacion de mi salud, ya que no á la del estrago que los años y los trabajos habian hecho en mi constitucion.

23. En esta situacion me hallaba, cuando un posta despachado por la junta general del principado de Asturias llegó á Jadraque el 8 de setiembre, con el aviso de estar nombrado para el Gobierno Central, junto con mi ilustre y amado amigo el marqués de Campo-Sagrado. Por mas que este distinguido testimonio del aprecio de mis paisanos fuese tan grato para mi corazon, confieso que nie hallé muy perplejo en la aceptacion de tan grave cargo, por juzgarle muy superior al estado de

mis fuerzas. Contaba ya sesenta y cinco años; de resultas de los pasados males y molestias, mi cabeza no quedó capaz de ningún trabajo que pidiese intensa y continua aplicacion, y mis nervios, tan débiles é irritables, que no podian resistir la mas pequeña alteracion del espíritu. Cualquiera sensacion repentina de dolor ó alegría, cualquiera idea fuerte, cualquiera expresion pronunciada con vehemencia, los alteraba y conmovia, y tal vez ahudaba mi garganta y arrasaba mis ojos en lágrimas involuntarias; y esto, unido al horror y aversion que mis pasadas aventuras me habian inspirado á toda especie de mando, me hicieron vacilar mucho sobre mi resolucion. Pero al fin, el amor á la patria venció mi repugnancia y mis reparos, y resignado á sacrificar en su servicio cualquiera resto que hubiese quedado de mis débiles fuerzas, admití el nombramiento, renuncié la asignacion de cuatro mil ducados (16) que se nos señalaban por dietas, y despaché el correo con la respuesta de mi aceptacion.

21. Esto resuelto, y sabido el arribo de Campo-Sagrado á Madrid, y que se hallaban ya allí los diputados de Aragon, Cataluña y Valencia, parti de Jadrague, en la mañana del 17 de setiembre, para reunirme á ellos.

23. Acordado desde luego reunirnos en conferencia, nos juntamos en la casa del príncipe Pio, diputado de Valencia, y recayó nuestra primera y principal discusion sobre dos estorbos, que podian dificultar la concordia y retardar la reunion general de todos los diputados en Madrid. Habiamos entendido que los poderes de los diputados de Sevilla venian ceñidos á ciertas instrucciones, tan ajenas de los sentimientos de otras provincias, como de lo que la razon y conveniencia pública requerian, y que podrian, por lo mismo, dar motivo á una funesta division, y sabiamos tambien que estos mismos, y algunos otros diputados, ya fuese por preocupacion contra el Consejo, ya por otra razon, venian encargados é dispuestos á resistir el establecimiento del Gobierno Central en Madrid. La remocion del primer obstáculo era muy superior á nuestras desunidas fuerzas; pero por fortuna trataba ya de superarle el prudente y patriótico celo del general Castaños, que interponiendo su autoridad é influjo con la junta de Sevilla, y pasando á Aranjuez á tratar personalmente con sus diputados, logró que se les enviasen y admitiesen poderes sin restriccion alguna; bien que no por eso aquella junta revocó, sino que antes ratificó y remachó las instrucciones privadas que les diera. Sobre el otro obstáculo, los diputados que estaban en Madrid habian pasado ya algunos oficios con el conde de Tilli y don Rodrigo Riquelme, diputados de Sevilla y Granada, y no sé si con algun otro de los que llegaran primero á Aranjuez, para moverlos á que viniesen á reunirse con ellos, á lo cual se negaban, so pretexto de ser mas conveniente que las primeras conferencias se tuviesen allí, de cuyo empeño tampoco los pudo separar Castaños. Conferida entre nosotros la materia, nuestro unánime dictámen fué por la union general en Madrid, y ciertos de que el conde de Floridablanca, que abundaba en el mismo dictámen, acababa de llegar á Aranjuez, comisionamos al prin-

cipe Pio, su antiguo amigo, á fin de que pasando á allí, le redujese á venir á Madrid, para forzar así á los demás á seguir tan respetable ejemplo.

26. Partió inmediatamente el Príncipe, pero ya llegó tarde; porque con los primeros inciensoes que se dieron en Aranjuez á Floridablanca, se le habia inspirado la idea de que seria mas conveniente tener en aquel retiro algunas conferencias preparatorias, para acordar el modo de establecer el gobierno en la corte. Habian entre tanto llegado á Aranjuez otros diputados, y adherido á una idea que sobre tanta apariencia de prudente, tenia ya tanto apoyo; con lo cual el príncipe Pio se dejó tambien arrastrar á ella, y á los demás sin arbitrio para resistir un error, que aca-so fué ocasion de otros mas esenciales.

27. Digo esto por las grandes ventajas de que aquella idea privó al Gobierno. Si la Junta Central se hubiese instalado en Madrid, y establecido desde luego en el palacio real, antigua residencia de los soberanos, y rodeándose de todo el aparato que no desdijese de la modestia y economia que convenian á un gobierno tan popular; si se hubiese colocado al frente de los tribunales, dignidades, magistrados y personajes de la corte, y á la vista de aquel grande y generoso pueblo, ¿quién duda que hubiera aparecido con mayor decoro, que se hubiera conciliado mejor el amor y el respeto de todas las clases, y sentido mas de cerca que estos y la confianza nacional eran los únicos apoyos que podia tener y debia buscar para su nueva autoridad? Sus miembros entonces hubieran contado mas con este apoyo, respetado mas al público, estimándose mas á sí mismos, y hallado mas á la mano auxilios y consejos para el mejor desempeño de sus funciones. Y el Gobierno, desde aquel antiguo asiento de los tribunales, oficinas y archivos, en que tendria á la mano los documentos y los agentes del despacho, y donde se hallaban todavía los ejércitos que habian hecho la primera gloriosa campaña, hubiera podido expedir mejor sus órdenes, arreglar mejor los planes y buscar mejor los recursos para la segunda, y hubiera podido dar vado á los inmensos negocios de aquella época con toda la actividad y presteza que sus criticas circunstancias pedian. Pero la intriga triunfó, y logró alejar el buen momento de obtener estas ventajas, que ya no fué posible recobrar. La proposicion de trasladar la Junta á Madrid, no solo fué renovada, sino solemnemente acordada por la gran mayoría, y aun señalado día para verificarla; pero los que secretamente la repugnaban tuvieron bastante influjo en el débil ánimo del Presidente para ir dilatando la ejecucion, hasta que las ocurrencias sucesivas la hicieron ya imposible.

28. Sabido por el príncipe Pio lo acordado en Aranjuez, partimos de Madrid mi compañero y yo el 22 de setiembre; pero contando con que volveriamos muy luego á vivir en aquella capital, dejamos encargado que se nos tomase casa, comprasen muebles y coche, y previniese lo demás necesario para nuestro establecimiento, y dejando allí los equipajes que nos habian enviado de Asturias, fuimos á la ligera, y así nos mantuvo la persuasion en que permanecimos de volver á Madrid de un día á otro; y como nuestra salida de Aranjuez



fué despues tan inopinada y pronta, cuanto antes teníamos y cuanto habíamos prevenido en aquella capital quedó en las garras del enemigo, que tardó muy poco en apoderarse de ello.

29. No me avergüenzo yo de exponer al público estas menudas circunstancias y pequeños acaecimientos de aquella época, pues por poco importantes que aparezcan, de su conjunto y conocimiento se debe componer la completa exposicion y juicio de mi conducta. Y como yo no aspire á pasar entre mis compatriotas por un héroe, sino por un honrado y fiel magistrado, deseo y espero que los hechos de mi vida privada, léjos de desmentir, confirmen este concepto, que he procurado asegurar con mi conducta pública.

#### ARTÍCULO II.

30. Al llegar á Aranjuez, hallamos ya reunida allí la mayor parte de los diputados de las otras provincias, y que habian tenido ya algunas conferencias en la posada del conde de Floridablanca, con lo cual empezaron á celebrarse en la misma casa las sesiones preliminares por mañana y noche, presidiendo el mas anciano, que era el Conde, y llevando nota de los acuerdos don Martin de Garay. En estas sesiones, reconocidos por una comision y aprobados por todos, los poderes de las juntas provinciales, elegidos presidente y secretario general para la Central, acordada la fórmula de su juramento, y tomadas las demás medidas necesarias, se resolvió proceder á la solemne instalacion de la Junta Gubernativa, la cual se verificó en la mañana del 23 de setiembre, sin grande aparato á la verdad, pero con todo el júbilo y aplauso que permitia aquella estrecha situacion.

31. Desde luego empezaron las sesiones ordinarias por mañana y noche en el palacio real y á *puerta cerrada*. Y aquí no puedo dejar de advertir cuán injusta me pareció siempre la opinion de aquellos que nos culpaban de no haber celebrado nuestras sesiones en público, sin duda porque no advirtieron que el carácter esencial de la Junta Suprema era el de una autoridad ejecutiva. Porque ¿en qué cabeza pudo entrar la idea de que las deliberaciones de esta autoridad, que por la mayor parte exigen gran secreto y grande expedicion, debian ser públicas? Que sean públicas las discusiones de una asamblea legislativa, ya lo entiendo, aunque esto tendrá tambien algunas justas excepciones; pero ¿en qué gobierno del mundo, cualquiera que fuese su constitucion, se puede hallar un solo ejemplo con que autorizar semejante censura? Conozco que las que son de esta clase no necesitan respuesta; pero *sapientibus et insipientibus debitores sumus*.

32. Uno de los primeros acuerdos de la Junta Central fué nombrar una comision de cinco vocales para formar el proyecto de reglamento por que debia regirse, y uno de los nombrados fui yo. El artículo mas esencial de este reglamento, y al cual debian referirse todos los demás, era la institucion y forma del nuevo gobierno, sobre la cual habia yo declarado antes mi dictámen en conversaciones privadas, y por consiguiente á él procuré llamar desde luego la aten-

cion de mis compañeros. Hubo sobre este importantísimo punto largas discusiones y controversias, cuya materia se podrá colegir fácilmente de lo que dejo dicho en la primera parte acerca de la legitimidad del Gobierno Central. En estas conferencias expuse yo y sostuve mi parecer con tanta firmeza como poca fortuna; pero siendo tan enemigo de obstinarme en la porfia, como de rendirme á lo que desaprueba mi razon, disentiendo en todos los puntos que se oponian á mi dictámen, me reservé el derecho de exponerle mas ámpliamente cuando se presentase el proyecto de reglamento á la aprobacion de la Junta, y así lo verifiqué en la sesion celebrada á este día la noche del 7 de octubre de aquel año.

33. Mis lectores hallarán este voto en el Apéndice (17), y aunque escrito con la difusion y desórden que eran consiguientes á la prisa en que la variedad y muchedumbre de atenciones nos ponian en aquellos días, no me desdeño de presentarle en su desaliño original, porque me interesa mucho que vean en él cuál era mi modo de pensar sobre una cuestion que fué despues materia de tantas habillitas y calumnias. Esto me basta; pero sin embargo, en favor de los que quieran evitar la molestia de leer tan difuso dictámen, indicaré aquí los artículos á que reduje su conclusion.

34. Fué esta, que desde luego se anunciase á la nacion que seria reunida en cortes luego que el enemigo hubiese abandonado nuestro territorio, y si esto no se verificase antes, para el octubre de 1810; que desde luego se formase una regencia interina en el día 1.º del año inmediato de 1809; que instalada la Regencia, quedasen existentes la Junta Central y las provinciales; pero reduciendo el número de vocales en aquella á la mitad, en estas á cuatro, y unas y otras sin mando ni autoridad, y solo en calidad de auxiliares del Gobierno; que el oficio de la primera fuese velar sobre la observancia de la constitucion ó reglamento que se diese á la Regencia, verificar á su tiempo la convocacion de las Cortes y preparar los trabajos que se debian presentar á su discusion y decision, y el de las segundas, consultar ó informar por su medio al Gobierno sobre lo mas conveniente al bien del reino, y auxiliar sus operaciones.

35. Fué oido este dictámen en la Junta con grande atencion, y no sin algun aprecio. Eran muchos los que se hallaban inclinados á adoptarle (18), y no me engañaré en decir que eran pocos los que no se hubiesen persuadido entonces de su solidez. Bastaron, empero, estos pocos para que sin desecharle, se prolongase su discusion, y so pretexto de que negocio tan grave requeria mayor meditacion y exámen, lograron que la resolution se suspendiese, y se señalase para ella el 7 del inmediato mes de noviembre.

36. No molestaré á mis lectores ampliando los fundamentos de mi dictámen, como pudiera, porque no quiero que se juzgue ahora sino por las razones en que le apoyé entonces; pero sí haré dos explicaciones, que creo necesarias para que se conozca mejor la rectitud de intencion con que fué formado.

37. Algunos han censurado, y acaso no fuera de razon, que yo hubiese señalado para las Cortes una época

tan distante; pero de la oportunidad de la que señalé no se debe juzgar por los sucesos posteriores, sino por las circunstancias contemporáneas. No era entonces tan remota la esperanza del triunfo de nuestros ejércitos y de la expulsion del enemigo de nuestro territorio, como lo fué despues, y además el Gobierno gozaba en aquel momento de una confianza, que las desgracias sucesivas fueron alterando. La misma grande idea que habia yo concebido de esta operacion, los grandes bienes que esperaba de ella, y los grandes males que temia si se realizase precipitadamente y sin la debida preparacion, me determinaron por aquella época, que todavia pareció muy cercana á los que oian con sobresalto el nombre de cortes, entre quienes, saben mis compañeros que tengo derecho para citar al ilustre conde de Floridablanca. Y tanto me basta para que los hombres imparciales aprueben ó á lo menos disculpen el celo y la buena fe con que concebí y propuse mi dictámen.

38. Hase censurado tambien mi opinion acerca de la conservacion y existencia de la Junta Central y de las provinciales, aunque reducidas en su número y funciones; sobre lo cual queda dicho bastante en la primera parte de esta *Memoria*, pero todavia añadiré aqui que siempre me pareció tan injusto y tan duro dejar sin ningun influjo en el gobierno á las dignas personas que habian venido á constituirle, homradas con la confianza de las provincias, y cuyas luces y experiencia podian servir de tan grande auxilio á la regencia propuesta, como peligroso conservar á las juntas una suma de autoridad que pudiese embarazar la accion del Gobierno Supremo y la de las magistraturas inferiores. Creí por consecuencia que convenia buscar un medio para conciliar uno y otro respeto, y si no me engaño mucho, el que propuse era el único que la prudencia política podia sugerir en aquellas circunstancias. Los sucesos posteriores, por desgracia, no han desmentido mi prevision y mis temores, así por los embarazos que experimentó la Central en la desobediencia y orgullosas pretensiones de algunas provinciales, como en los que hallaron estas en el desvío y descontento de las demás autoridades del reino.

39. Habráse tal vez censurado que á la exposicion de mi dictámen hubiese yo anticipado la solemne declaracion de que jamás admitiria nombramiento alguno para miembro de otro gobierno, ministerio, presidencia ni oficio que tuviese autoridad ó mando particular; resolucion que cuando no estuviese fijada en mi alma muy de antemano, la hubiera formado entonces, no tanto para dar mas fuerza á mis razones, como para alejar de los que no me conocian la idea de que pudiese animarlas algun interés personal. Saben todos que en algunos papeles publicos de aquel tiempo, no solo se habia propuesto el pensamiento de una regencia, sino tambien indicado para ella varias personas que se creian distinguidas con la confianza pública, y que entre otros nombres, habia sonado tambien el mio. No era yo tan vano, que le creyese comparable al de tan dignos varones, pero sabia que la opinion pública habia concedido á mi conducta y mis desgracias todo lo que podia faltar á mi mérito. No fué pues afectada, sino sincera y

precisa aquella protesta, que mi conducta posterior nunca desmintió. Dentro de poco, tratándose de arreglar los ministerios, y á propuesta del Conde presidente, se quiso que me encargase del de Gracia y Justicia, pero me negué resueltamente á aceptarle. Y cuando en enero de este año se trató del nombramiento de la Regencia, fui yo uno de los que mas insistieron en que previamente se acordase, como se acordó, no incluir en ella á ninguno de los que componiamos la Junta. En otro tiempo, recordar estas pequeñas circunstancias pudiera atribuirse á jactancia ó vanidad; mas cuando se trata de defender el honor, ni puede ni debe ser tan melindrosa la modestia.

40. Como quiera que sea, la suspension de esta resolucion bastó para que sus autores lograsen el fin que en ella se proponian. Pasóse á la formacion de las secciones y al nombramiento de los ministros, distribuyéronse á los ministerios los negocios que habian pasado por la secretaria general, y el Gobierno empezó á correr en la misma forma que conservó despues hasta la creacion de la comision ejecutiva. Fuera alargar en demasia esta exposicion y salir de su objeto, el tratar de las operaciones de la Junta en aquella importante época. Básteme decir que mientras en las sesiones plenas se promovia con actividad y energia el aumento, organizacion y armamento de los ejércitos que levantaban las provincias, se instaba y urgía á los generales de la patria para que los moviesen hácia el enemigo, y se solicitaba y rogaba á los de nuestro generoso aliado para que concurriesen á participar de los laureles que prometia la ruina del tirano de Europa; sus vocales, divididos en secciones, trabajaban con aplicacion y constancia en ellas, extendiendo su celo y cuidados á los diferentes ramos del gobierno interior, para reducir su accion á unidad y hacer que todos concurriesen á una al grande y primer objeto de la defensa nacional.

41. Acercábase ya el 7 de noviembre, y aunque no dejé de recordar en tiempo el señalamiento que estaba hecho de aquel dia para examinar y votar sobre mis proposiciones, arrastrada la atencion de la Junta hácia los ejércitos, que estaban ya cerca del enemigo, no fué difícil á los disidentes prorogar la discusion, que transferida de un dia en otro, al cabo nunca llegó á verificarse.

42. Crecieron entre tanto, no solo los cuidados del Gobierno, sino tambien los peligros de la patria. Supiéronse sucesivamente las dispersiones de Espinosa y de Búrgos. La discordia de los generales en Tudela se miraba como de mal agüero para el ejército del centro, y entre las contingencias que convenia prevenir, era una la del riesgo que podia correr el Gobierno; riesgo á que debia ocurrirse con tiempo, para proveer anticipadamente, así á su decoro y seguridad, como al desórden que podria causar una traslacion precipitada y no prevenida. Procuré yo llamar la atencion de la Junta á este objeto, indicando los inconvenientes de una mudanza precipitada, y las ventajas que podrian resultar de su prevision. Produjo esto el nombramiento de una comision, que examinase este punto con el Presidente. Como uno de sus vocales, expuse mas amplia-



mente mis reflexiones acerca de él, y en consecuencia fui nombrado para pasar á Madrid á tratar y arreglar con reserva las medidas que pareciesen mas convenientes al objeto. Partí á Madrid el 23 de noviembre, traté en aquel mismo dia la materia con el decano del Consejo, don Arias Mon; formé, con su acuerdo, una junta, compuesta de aquel venerable magistrado, de los consejeros de Castilla Cortavarría y Vilches, de los de Indias Posada y Valiente, y del secretario de este último, don Silvestre Collar. En los dias 26 y 27 tuvimos diferentes sesiones, en que se acordaron todos los puntos que pudo ofrecer la mas exacta prevision, como se verá en el Apéndice, al número vi. El 28 por la tarde me restituí á Aranjuez; pero hallé que la Junta, asustada por el adelantamiento de las partidas francesas, vistas ya aquella mañana en Villarejo, habia comisionado al vocal don Pedro de Ribero para que pasando á Toledo, examinase el estado de defensa en que se hallaba aquella ciudad y las proporciones que ofrecia para el establecimiento de la Junta. Mas urgentes me parecian otras medidas. Enterando inmediatamente al Presidente del desempeño de mi encargo, le insté á que sin pérdida de tiempo juntase la Comision, para que se acelerasen las que traía que proponerle. Pero le hallé tan oprimido por sus males y tan abatido por las desgracias de aquellos dias, que no me fué posible reducirle á mi instancia en aquella noche, y menos en el siguiente dia, en que el cuidado y peligro crecía por instantes. En suma, por una de aquellas fatalidades que trastornan las mejores ideas cuando la fortuna abandona á los gobiernos, todo en este punto se previó y pensó, pero nada ó poco se pudo hacer. Con todo, conviene que el público conozca las medidas que se acordaron, y calcule las ventajas que hubieran producido y los males que se hubieran evitado con su ejecucion, para que yo pueda decir sir empacho: *Quid ultra debui facere, et non feci?* (Vid. Apéndice, número vi.)

43. El enemigo, victorioso por todas partes, se habia adelantado, con su acostumbrada rapidez, hacia la capital, y hacia que la necesidad de la traslacion del Gobierno se anticipase á las medidas meditadas para este caso. Supiéronse mas de lleno los tristes efectos de la batalla de Tudela, la separacion de los ejércitos de Aragon y del centro, el ataque de Somosierra y el peligro que amenazaba de cerca á Madrid. Con esto, en la mañana del 1.º de diciembre, habiéndose sabido por el general don Francisco Eguía que el punto de Somosierra estaba ya forzado, el Presidente reunió temprano la Junta en palacio, y despues de enterarla en los varios partes recibidos aquella noche, se pasó á tratar del socorro de la capital y de mover hacia ella todas las fuerzas y recursos disponibles, acordando á este fin las órdenes convenientes. Tratóse despues de buscar nuevos auxilios en las provincias, y pareció oportuno enviar á ellas diferentes vocales, para que, en calidad de comisarios, procurasen excitar de nuevo el espíritu público, elevarle á la altura á que habia subido el peligro, animar y inflamar el celo de las juntas, levantar nuevas tropas y buscar todos los medios y recursos que fuesen posibles para promover con ardor la defensa de la patria. Fueron pues nombrados estos comi-

sarios, y entre ellos, yo para pasar á Astúrias; pero manifestando los demás el mayor deseo de que no me separase de la Junta, sacrifiqué á él mi personal conveniencia. ¡Ah, quién me diría entonces que esta moderacion podia ser tan funesta á mi desgraciado país! Tomadas estas medidas, y con la esperanza que se habia concebido de los oficios que antes se pasaban, por medio de nuestro general Escalante, al general inglés Moore, á fin de que se adelantase con sus tropas para cubrir la Castilla, se pudo ya volver la atencion á un punto mirado antes como tan distante, y que ya pedia la mas pronta resolucion.

44. Con efecto, el Presidente propuso á la Junta la necesidad de trasladarse á otra residencia. Por mas dura que fuese esta medida, poca duda se ofrecia acerca de ella, puesto que los franceses, que habian hecho ver sus exploradores en el 28 hacia Villarejo, habian aparecido ya el 30 anterior sobre Móstoles (19). Pero el punto en que debiera fijarse el Gobierno merecia muy seria discusion. El Presidente y algunos otros vocales insistian en que desde luego se trasladase la Junta á Cádiz; pero á los que estábamos mas serenos costó muy poco persuadir que en tal dictámen se sacrificaba á la seguridad del Gobierno, no solo su decoro, sino tambien la conveniencia pública, la cual exigia que residiese en el punto mas cercano al teatro de la guerra que fuese posible. Algunos se inclinaban á Toledo; pero habiendo anunciado el vocal don Pedro de Ribero que allí no habia otra defensa ni seguridad que los que ofrecia su situacion, no tuvo séquito este dictámen. Hablóse tambien de Sevilla y Córdoba, que por la razon antes dicha tampoco hallaron apoyo. Al fin, desechados los demás, se prefirió el de Badajoz, en que yo insistí. Ninguno, á la verdad, ofrecia grande seguridad entonces; porque dispersados nuestros ejércitos, todas las provincias quedaban abiertas al enemigo, y habiendo enviado ellas todas sus fuerzas á los ejércitos, se hallaban indefensas y desprevenidas. Pero á lo menos, desde el abrigo de aquella plaza, se podia conservar mejor la correspondencia con el ejército inglés y con el que ya se formaba con los dispersos de Espinosa y Búrgos, y se reforzaba por las populosas provincias del norte, proveer mas fácilmente á la reunion de los dispersos de Somosierra para formar otro ejército en Extremadura, promover el alistamiento de nuevas tropas para reforzar el de Audalucía, y en fin, observando los movimientos del enemigo, y en caso de nuevo peligro, llevar el Gobierno hacia aquel punto, si amenazaba al poniente y al norte, ó bien si tomaba al rumbo de Sierra-Morena para invadir las Andalucías y la Extremadura, atravesar el Portugal, y refugiarse en estas provincias septentrionales, que yo miré siempre como el último baluarte de España, cual lo fueron en otro tiempo, y lo serán todavia si el Gobierno las mira con mas atencion que hasta aquí.

45. Esto acordado, se resolvió tambien que la Junta se dividiese en tandas para facilitar el viaje y evitar embarazos y gravámenes en los pueblos del tránsito, y que desde luego se partiese á Toledo para arreglar allí las disposiciones del viaje. Pero no bien se hubo acordado esto, cuando el Presidente y el arzobispo de Lao-

dicea partieron con el ministro Ceballos; los comisarios nombrados fueron saliendo para sus destinos, y otros vocales se preparaban tambien á partir, cuando los demás levantamos el grito para arreglar muchos artículos de grande importancia, sobre los cuales debía continuar y continuó la discusion. Acordóse entonces enterar de la traslacion de la Junta á los ministros extranjeros que se hallaban en Aranjuez; diéronse varias providencias para salvar las alhajas mas preciosas que habia en aquel real sitio, y entre otros puntos, se arregló uno que antes no fuera tratado. Tal era la continuacion del despacho de los negocios durante el viaje. A este fin se nombró una comision activa, compuesta del Presidente, conde de Floridablanca; del Vice-presidente, marqués de Astorga; del bailio don Antonio Valdés, del conde de Contamina, de don Martin de Garay y de mí, con el ministro don Francisco de Saavedra y con la secretaria general; se acordó que esta comision tomase y fuese siempre en la última tanda, y se la autorizó con todo el poder necesario para llevar la correspondencia y proveer á cuanto exigiesen las ocurrencias urgentes durante el viaje y mientras no se pudiese verificar la reunion de la Junta.

46. Fueron con esto partiendo los demás vocales que no pertenecian á esta comision, la cual quedó permanente toda aquella tarde y noche, tomando las providencias que una en pos de otra fueron ocurriendo. Entre estas, no olvidé yo las que se habian acordado en la junta formada por mí en Madrid para el caso en que ya nos hallábamos, y aunque algunas eran ya impracticables, se tomaron las que permitia la premura del tiempo. Fué aprobado el proyecto de la real cédula que debía publicar el Consejo para anunciar al reino la traslacion de la Junta, el cual habia formado el Decano Gobernador, de acuerdo con los consejeros Cortavarría y Vilches. Nombráronse los ministros destinados para el Consejo reunido, que debía seguir á la Junta, y se comunicaron á este fin los avisos, así como las órdenes convenientes para salvar, en caso de apuro, cuanto fuese posible; providencias tardias á la verdad, pero que todavia hubieran producido muy saludable efecto, si el hado que arrastraba los sucesos de aquel día no le hubiese frustrado. El correo partió con las órdenes á media noche; pero el Presidente, duque del Infantado, que salió á la madrugada á buscar el ejército del centro para traerle á la defensa de Madrid, ó no las recibió ó no le fué posible cumplirlas. Qué hubiese sido de ellas, y de los demás oficios pasados aquella noche, ni lo sé ni es fácil de averiguar en medio de la confusion en que se hallaban ya las autoridades de la corte en tan apurados momentos; pero sé que cuanto se oíó entonces, y voy á decir ahora, del progreso de nuestro viaje basta para probar cuán infame impostura añadieron á las demás inventadas contra nosotros, los que publicaron que la Junta Central se habia disuelto en Aranjuez, abandonando su deber, y que sus miembros habian huido y dispersándose vergonzosamente al acercarse el enemigo.

47. Era ya la media noche cuando la comision activa, arreglado cuanto pudo prevenir su celo, levantó la sesion permanente de aquel día. Entonces, tratando ya

de nuestro viaje, para reunirnos á los demás en Toledo, eché de ver que los que partieran por la mañana y tarde habian ocupado todos los coches y carruajes del sitio, y no teniéndole propio, me hallé en aquel triste punto sin coche para mí, sin caballos para la familia y sin carro que condujese el pobre resto de mi equipaje, ya reducido á pocas ropas y pocos libros. En tal desamparo, no tuve mas recurso que agregarle á mi buen amigo don Francisco de Saavedra, que me ofreció un asiento en su coche, y dejando en Aranjuez á mi mayordomo, por si podia salvar mi ropa, salimos de allí, despues de la una de la noche del 1.º al 2 de diciembre; circunstancias que no deben perder de vista mis lectores, porque ningunas califican mejor el carácter del hombre público que aquellas en que, colocado entre su conciencia y su peligro, pospone la propia seguridad al desempeño de su obligacion.

48. Llegados á Toledo, hallamos que la primera tanda, adelantada desde el día anterior, habia partido ya, y que el Presidente se disponia tambien á partir; pero la comision activa, que en tan criticas circunstancias ni queria ni debía tomar sobre sí todo el peso de tan grande responsabilidad, instó al Presidente para que se reuniese á ella, y insistió en la necesidad de que toda la Junta se detuviese en algunos puntos del tránsito, para proveer con mayor consejo á las graves ocurrencias que podian sobrevenir. El peligro, á la verdad, era grande, porque la escolta que llevaba la Junta era muy débil, y un pequeño cuerpo de caballeria bastaba para sorprenderla, ó por lo menos á los mas rezagados, y con todo, se acordó la reunion de todas las tandas en Talavera. Celebráronse allí dos sesiones, en que se acordaron diferentes providencias, y entre ellas, el nombramiento de una comision, compuesta de don Pedro de Rivero, don Lorenzo Calvo y vizconde de Quintanilla, para que quedasen en aquella villa, con el objeto de detener, reunir y organizar los oficiales y soldados dispersos de los ejércitos de Extremadura y reserva, que en grandísimo número venian por aquel punto; encargo que desempeñaron con tanto celo como utilidad. Con lo cual, y acordada otra detencion en Trujillo, continuó el viaje, celebrando la comision activa sus sesiones diarias y el despacho de la correspondencia y negocios ocurientes, bien que sin asistencia del Presidente, que por sus años y achaques se vió forzado á buscar la mejor comodidad que adelantándose á todos, podria encontrar en el camino.

49. Reunió la Junta en Trujillo, demoró allí tres días, y habiendo recibido pliegos del general Escalante, en que anunciaba la ineficacia de sus oficios con el general en jefe del ejército inglés, fué nuestro primer cuidado instar y insistir en la solicitud de su auxilio para contener los progresos del enemigo. Seguía entonces su viaje con la Junta el caballero don Juan Frere, ministro plenipotenciario de Inglaterra, asistiendo á nuestras sesiones y conferencias, y tan ardientes fueron nuestros ruegos y tan constante el celo de este ministro por el triunfo de nuestra causa, que se resolvió, con acuerdo suyo, hacer nueva y última tentativa, enviando una diputacion al malogrado general Moore, á fin de que reuniéndose á la division del general Baird



y á nuestro ejército de la izquierda, que Romana había juntado en Leon, se avansasen por Castilla la Vieja. Nombróse por parte del caballero Frere al activo coronel Stuard, y por la Junta á don Francisco Javier Caro, uno de los comisarios que debían ir á Galicia y Asturias.

50. Partieron al punto, y sus eficaces oficios produjeron todo el efecto que se deseaba; efecto que si fué muy desgraciado por las pérdidas que, en medio de tanta constancia y valor, sufrió el ejército de los aliados, también fué en gran manera favorable al objeto general de la guerra. El tirano, desvanecido con sus triunfos y irritado contra los ingleses, que despues de sacar de sus garras el Portugal, le disputaban la presa de la España, llevó contra ellos todo su furor y sus fuerzas; los hizo perseguir en su retirada hasta que tomaron las naves, y se enseñoreó por un instante de Galicia. Pero Galicia recobró su libertad por el esfuerzo de su valiente pueblo; Bonaparte perdió treinta mil hombres en esta loca empresa; el ejército inglés volvió á aparecer en España con mayor fuerza, y la Junta Central, aprovechándose de los errores de su enemigo, hizo renacer los poderosos ejércitos, que el tirano halló ya al frente de las provincias de oriente y mediodía cuando volvió á invadir las.

51. En las sesiones de Trujillo la Junta se ocupó por mañana y noche en el grande objeto de la defensa del Estado, dirigiendo á sus comisarios, á las juntas provinciales, á los generales y intendentes de los ejércitos, las órdenes mas activas para promoverla, segun constará de sus actas, concurriendo al mismo santo fin sus vocales, con oficios particulares á sus respectivos comitentes, segun se verá en el que yo dirigí entonces á la junta general del principado de Asturias, por hallarse el marqués de Campo-Sagrado destinado á la comision de Córdoba. (Apéndice, número vn.)

52. Otro punto se acordó además, ó por mejor decir, se desacordó, en las sesiones de Trujillo. Como esta ciudad ofreciese todavia la proporcion de elegir entre el camino de Badajoz y el de Andalucía, los que desearan residir allí suscitaron de nuevo la ya resuelta discusion de este punto, y tanto dijeron y tanto insistieron en su dictámen, que lograron inclinar la mayoría hácia aquel rumbo. Estuvo ya acordada la traslacion á Córdoba; pero no acomodando á los que preferian la residencia de Sevilla, lograron que se acordase últimamente la traslacion á esta ciudad; y en consecuencia fué comisionado don Francisco de Saavedra para que se adelantase á preparar allí el recibimiento de la Junta Central. Con esto quedé yo otra vez á pié, y no queriendo abandonar la comision activa, hué de agregarme á don Antonio Escaño, que habia seguido á la Junta, y en sus sesiones plenas despachado interinamente los negocios de Guerra, y este digno ministro, no solo me recibió muy amistosamente en su compañía, sino que se acomodó á seguir el viaje en la última tanda. Detúvose con la comision activa otro dia mas en Trujillo, y partiendo despues camino de Sevilla, llegamos á aquella ciudad el 17 de diciembre, y hallamos reunidos en ella á todos los demás.

53. Allí apareció de nuevo la Junta Central con toda

la dignidad que á su alta representacion convenia; allí desplegó todo el celo y constancia que requerian las estrechas circunstancias en que se hallaba la patria, y allí recobró y aseguró, por los esfuerzos de su patriotismo, la confianza del público, á que era tan acreedora, pues que solo la negra envidia podrá desconocer la actividad y energía con que se aplicó á aumentar la fuerza de nuestros ejércitos (20), á reparar las pérdidas que sucesivamente sufrieron, á levantar una poderosa caballería, y á promover los demás objetos de la defensa y bien de la nacion; materia gloriosa, que debe reservarse á otra pluma mas feliz, mientras la mía sigue el humilde objeto que me he propuesto en esta segunda parte.

54. Pero en medio de tantos afanes, los enemigos de la patria tentaban desde afuera nuestra lealtad, y los del Gobierno turbaban dentro nuestro sosiego. Tampoco me detendré á hablar de la constancia con que fueron desechadas las insidiosas proposiciones que hicieron los primeros por medio de sus emisarios *Sotelo* y *Sebastiani*, porque de ello está ya enterado el público por las gacetas de aquel tiempo, y yo he dicho lo que basta para mi propósito en el artículo iii de la primera parte de esta (21) *Memoria*. Mas conviene decir, de los varios manejos que pusieron en obra los segundos, lo que baste para que sea conocida mi conducta particular con respecto á ellos.

55. La envidia, que seguia muy de cerca los pasos de la Junta, luchaba por robarle, con la confianza de la nacion, el único premio que podía recompensar su celo. Entre las murmuraciones que suscitó contra los centrales, era una la de que trataban de perpetuarse en el mando, y con la cual, como la mas especiosa, les hacian continua guerra. No habiendo la Junta creado una regencia, ni anunciado las cortes, ni señalado época para la renovacion de sus miembros, la sospecha podria ser justa para los que ignoraban las proposiciones que estaban pendientes y tenian relacion con esta materia. Pero la junta de Sevilla obligó á tratarla de propósito. Habia nombrado á sus diputados por el solo tiempo de un año, acordado renovar uno de seis en seis meses, prevenido que la renovacion empezase al primer semestre, y ratificado este acuerdo en sus instrucciones aun despues que se allanó á enviarles poderes mas amplios. En consecuencia de esto, procedió de hecho á sortear el diputado cesante, y anunció á la Junta Suprema el deseo de nombrar otro en lugar del conde de Tilli, excluido por la suerte. Nombróse para examinar este punto una comision, en que yo entré, y con su informe se discutió la materia en general. Habia sido mi particular dictámen que la cesacion de los delegados temporales era de rigorosa justicia al vencimiento del plazo, y que cuando así no se creyese, la prudencia política, el bien del público y el decoro mismo del cuerpo requerian que todos los delegados se renovasen por mitad al cumplir del primer año, cesando uno de cada provincia. La discusion fué reñida; muchos opinaron por la amovilidad, pero la mayoría la desechó, fundada en que la limitacion de tiempo no estaba expresa en los poderes, y que la delegacion que contenian era indefinida.

36. Si este acuerdo fué muy desagradable á las juntas provinciales, no lo fué menos á los individuos de la Central que deseaban alejar de ella y de sí la idea de ambición que les achacaban sus enemigos. Todavía mas adelante, el bailio frey don Antonio Vablés, hizo la proposicion absoluta de que se acordase la renovacion de los vocales de la Junta. Mi dictámen entonces fué que al vencimiento del primer año, esto es, el 25 de setiembre, se renovase la mitad de sus vocales, cesando el mas anciano de cada provincia. (Apéndice, número ix.) Pero pendiente ya la discusion sobre el anuncio de las Cortes, se halló en ella un pretexto para no acordar esta movilidad.

37. No trataré yo de este importante anuncio sin que antes entere á mis lectores de uno de los mas desagradables incidentes que pudieron oprimir mi espíritu en aquella época, colocándole en la dura alternativa de atacar la conducta de un general á quien las circunstancias en que abrazó la causa de la patria habian dado gran nombradía, ó de abandonar la defensa de los derechos del país en que nací y de cuya representacion estaba revestido. El marqués de la Romana, miembro ya de la Junta Central, subrogado por la de Valencia al difunto principe Pio, era en aquel entonces general del ejército de la izquierda, y estaba además encargado de las comandancias generales de Galicia, Castilla la Vieja y Asturias, adonde habia pasado en los principios del mes de abril. El mal estado en que dejaba el principal ejército y la principal provincia de su mando hizo creer á todos que iba para volver volando al socorro de Galicia con alguna parte de las muchas fuerzas que la junta general de Asturias levantara para su propia defensa; pero su conducta hizo conocer muy luego que habia ido solamente á suprimir aquella junta.

38. Descontento de ella por no sé qué accidentes de su correspondencia, é incitado por algunos hombres díscolos y sediciosos, que huyendo de su justicia, fueron á calumniarla, y á buscar la sombra y á fomentar el descontento de este general, llevaba ya escondido en su ánimo aquel arrojante propósito. La junta de Asturias, legalmente elegida por todos sus concejos, segun la antigua constitucion del Principado, y compuesta de las personas mas distinguidas de él, así por su nacimiento y conducta como por su desinterés y patriotismo, estaba bien ajena de esperar tan amarga recompensa de su celo, precisamente cuando habia dado de él tan insignes testimonios así al Marqués como á la patria. Al ver su provincia rodeada de los ejércitos franceses, que ocupaban ya á Galicia, Castilla la Vieja, Leon y costa de Cantabria, acababa de hacer los mas heroicos esfuerzos para ocurrir al peligro y salvar el país confiado á su gobierno. Habia levantado á este fin una fuerza efectiva de veinte y cuatro mil hombres de buenas y robustas tropas, y las habia armado, organizado y en la mayor parte vestido. Habia además acogido, socorrido y curado un número inmenso de oficiales y soldados, que rotos, hambrientos y contagiados, se refugiaron allí después de las retiradas y dispersiones de Espinosa, Mansilla y Foncebadon. A tan grandes objetos no pudo proveer sin

grandes recursos; y privada de toda comunicacion con el Gobierno Supremo, y no pudiendo esperarlos de otra parte, los hubo de buscar dentro de su mismo país. Hizo á este fin reclutas, requisiciones, exacciones, y tomó otras medidas extraordinarias, fuertes y enérgicas, que aunque dirigidas con justicia y desinterés, no podian ejecutarse sin firmeza y vigor ni dejar de doler á los que las sufrían. Resultaron de aquí quejas y desabrimientos, señaladamente de aquellos cuerpos y personas á quienes, por mas pudientes, habia cabido mas parte en los auxilios exigidos. Los que azuzaban al Marqués le señalaron con el dedo estos descontentos para que en ellos hallasen algun apoyo las imposturas en que le habian inluido. Otro jefe mas cauto ó menos prevenido hubiera buscado la verdad en origen mas puro, informándose de personas mas imparciales, examinado por sí mismo los hechos, registrado las actas de la Junta, y aun no se hubiera desdeñado de dirigirse á sus individuos, preguntándoles, y si tanto podia, reconviéndolos, si no segun fórmulas judiciales, al menos por aquellas vias que dicta la prudencia y no desconoce la justicia. No fué así como procedió el Marqués; el golpe venia decretado, y su ejecucion le parecia ya precisa. Así que, dando por cierto cuanto se le habia insuflado, y contentándose con facultades que no tenia, ni por su empleo, ni por su comision, y que ni le dió ni le pudo dar el Gobierno, procedió de hecho en el dia 2 de mayo (¡que hasta en la eleccion de este dia fué desgraciado!) á la disolucion de la junta constitucional del principado de Asturias, encargó esta violencia á la fuerza armada, envió un batallon para que lanzase á sus individuos de la sala capitular, do estaban congregados, y se apoderó sin inventario ni recibo de las actas y papeles de la sala de sesiones, y de las secretarias general y particulares de las comisiones. Y para justificar, ó mas bien completar, tantos atropellamientos, fijó en las esquinas de la ciudad, y circuló despues por todo el Principado un edicto tan indecoroso á la representacion y conducta de todo aquel cuerpo, y tan denigrativo del honor y probidad de sus ilustres miembros, que apenas hallará ejemplo que le iguale entre los atentados cometidos por el despotismo militar en opresion y desdoro de la autoridad civil.

39. Pero mientras el Marqués, triunfante de la junta legitima, se ocupaba en organizar otra nueva y espúria, de su propia invencion y eleccion, y en atraer á ella á algunos de los que nombró y se desdeñaban de ser sus miembros, y mientras se distraía en otros negocios, tan ajenos de su cargo como de su situacion, el país, falto de gobierno y entregado al abatimiento y al desórden, se hallaba además amenazado del mas inminente peligro. El general francés Ney se ponía en marcha desde la Cornuá, tan seguro de entrar sin estorbo en Asturias, que traía ya impresa su proclama (22) á los asturianos, ofreciéndoles proteccion y recomendándoles la obediencia; Kellerman se acercaba á Leon, para entrar por el mediodia, y Bonet se adelantaba por la costa, para penetrar por el oriente. Con efecto, siguió su marcha Ney, sin que las divisiones de los ejércitos de Galicia y Asturias, que estaban al otro lado



del Eo, se moviesen. El 15 de mayo estaba ya Ney en Cangas de Tineo, de lo cual dió pronto aviso á Romana el comandante de aquella alarma, sin que por eso se tomase providencia alguna, y el 18 se hallaba ya á tres leguas de la capital, sin que en ella se supiese nada hasta el mediodía. A la sorpresa de esta noticia se agregó la de la partida del Marqués, que despues de comer salió de la ciudad, llevándose consigo la intendencia y los caudales que habian venido para la defensa del Principado y se habian recogido en él; encaminóse al puerto de Gijón, hizo que le siguiese el comandante militar de la provincia, que acababa de nombrar, embarcóse aquella misma noche en el bergantin Palomo, que de antemano tenia prevenido, y al rayar el 19 se hizo á la vela para Galicia. Entre tanto Kellerman y Bonet se apoderaban del resto de la provincia, y Ney, dejándola á su cuidado, se retiraba á su departamento. Era tiempo todavia de escarmentarle, porque el Marqués llegó luego á Figueras, tuvo noticia de su retirada antes que hubiese repasado el Navia, y en las divisiones que mandaban al otro lado del Eo los generales Mahy y Woster tenia mas que triple fuerza para cortarle el paso, derrotarle enteramente, dejar libre á Galicia, y volviendo con todo el peso de sus fuerzas, acabar con los temerarios satélites del tirano que estaban en Astúrias. Así fué como esta heroica y desgraciada provincia fué abandonada á un enemigo, que aunque escarmentado y arrojado de ella al cabo de diez y nueve dias por el esfuerzo de sus valientes hijos, quedó saqueada y assolada con toda la rabia que inspira á un bárbaro invasor la misma resistencia que inutiliza sus esfuerzos (23).

60. Muy prontamente llegaron á herir nuestra sensibilidad las quejas de los individuos de la junta suprimida, tan denigrados y agraviados por el Marqués y las del procurador general del principado, don Alvaro Florez Estrada, que no pudiendo obtener de él un pasaporte, vino poco despues, fugitivo y corriendo los mayores peligros, á Sevilla, á reclamar el desagravio de la provincia, el de su representacion y el de sus compañeros, y en pos de uno y otro llegó la noticia de la ocupacion del país. Hizo el Procurador General su reclamacion en una vehemente y bien fundada queja, y el asunto se puso á discusion en Junta plena. Desde las primeras noticias, el marqués de Campo-Sagrado y yo, léjos de tomar en esta materia la representacion que nos competia como diputados por Astúrias, cuidamos de evitar la nota de parcialidad que pudiera achacársenos por naturales del país ofendido ó por parientes de algunos de los injuriados, y confiando en la rectitud de la Junta, le representamos nuestro parecer y nos abstuvimos de votar en este negocio. Pero la Junta, siguiendo entonces aquella especie de prudencia enplastadora, que da mas consideracion á las personas y circunstancias que á la justicia de los negocios, tomó el extraño partido de nombrar dos comisionados, uno militar y otro togado, para que pasasen á Astúrias á informarse é informarla de este; confiando un asunto tan grave y urgente á un medio tan lento y aventurado, cuando la razon y las leyes indicaban el que, sin perjuicio de cualquiera averiguacion y provi-

dencia ulterior, y sin lastimar el honor del ofensor y de los ofendidos, era á un mismo tiempo el mas justo y el mas prudente.

61. Este nuevo agravio hecho á nuestra provincia nos dictó la reclamacion que presentamos á la Junta en 6 de julio siguiente. Si fundada ó no, se verá en el Apéndice, al número x. Envidias y miserias, mezcladas en este negocio, que empezaba ya á mirarse mas como nuestro que como público, hicieron que la Junta insistiese en su providencia, y que nosotros, en otra reclamacion de 10 del mismo mes, protestásemos formalmente contra ella á nombre del Principado; añadiendo que pues era uno de nosotros individuo, y ambos diputados de la junta constitucional injuriada y suprimida, si se entendiese estarlo ya, entenderiamos tambien estar concluida nuestra representacion. Pero la intriga maniobró, ganó la votada, y la Junta, sin consentir en nuestra separacion, ratificó y llevó adelante su acuerdo.

62. El objeto principal de nuestras reclamaciones era que se mandase á los comisionados que ante todas cosas reinstalasen la junta suprimida, y que si hallasen motivos justos para alterar su gobierno, hiciesen despues que se convocase una nueva junta, y que los concejos del Principado nombrasen nuevos diputados, con arreglo á su constitucion. Siendo, pues, notorio el despojo que habian sufrido, así la provincia en su gobierno constitucional como los individuos de la Junta en la representacion de sus respectivos concejos, y no siendo posible que tantas y tan dignas personas (pasaban de cincuenta) se hubiesen hecho indignas de continuar en sus funciones, nuestra súplica tenia en su favor todo el apoyo de la razon y de las leyes, protectoras del derecho de los cuerpos políticos y de los ciudadanos. Por tanto, la repulsa de tan justa súplica, unida al desaire de nuestra particular representacion, hubieran justificado suficientemente nuestra separacion de la Junta Central. Alegábase á esto el ruego de nuestros amigos, que enterados del mal suceso de nuestra instancia, y preocupados y asustados con las murmuraciones que oian á todas horas contra los individuos de la Junta, nos instaban á que aprovechásemos esta ocasion para abandonarla, y nos aseguraban que este paso tendria en su favor, no solo la aprobacion, sino el aplauso del público. Tal juzgaria yo tambien si pudiese honrar con este nombre á aquella porcion de gentes que por ambicion, por envidia ó por ligereza, formaban el partido de los enemigos y desafectos del Gobierno. Mas ¿por ventura nos permitian el honor y la justicia pasar á este partido y fortificarle y proporcionarle el triunfo á que aspiraba? ¿Nos permitian concurrir al desdoro de nuestro cuerpo y al descrédito de nuestros hermanos? Nos permitian afligir á los amigos del orden, del sosiego, de la sumision á la autoridad pública y del bien de la patria, confiada á su cuidado, con una excision tan escandalosa? No por cierto; nuestro deber en aquella crisis era olvidar nuestra ofensa y desaire particular en obsequio del bien comun, y aun de los mismos que los causaban, y añadir este nuevo sacrificio á los demás que habiamos hecho á nuestra santa causa. Esto creo que debiamos hacer, y esto hicimos. La consecuencia fué, que los co-

misiónados no parecieron en Asturias hasta principios de noviembre del año pasado; que en enero de este año nada, nada sabía el Gobierno de sus operaciones, y que al arribar nosotros á esta ría con la infausta noticia de estar Asturias nuevamente ocupada por el enemigo, hallamos también la de haber sido abandonada por los que habían venido á ser sus redentores (24).

63. Es ya tiempo de tratar de la importante deliberación, antes suscitada y resuelta en la Junta Central, y que la serie de sus consecuencias me obligó á posponer á la que antecede.

64. Hacia la mitad de abril, don Lorenzo Calvo de Rozas, diputado por Aragón, había propuesto de nuevo y fundado la necesidad de convocar la nación á cortes generales, y esta proposición, aunque desagradable á algunos, halló ya bastante apoyo en la mayoría de los vocales, para que se admitiese á exámen con la circunspección que su gravedad requería. Acordóse en su consecuencia que fuese examinada separadamente en todas las secciones en concurrencia del ministro de cada una, y que sus dictámenes se refiriesen despues á la Junta plena. Hizose así en la sesión del 22 de mayo; la discusión fué larga, las opiniones varias, pero su resultado produjo el memorable decreto de aquel día, que hará tanto honor al celo como al desinterés de aquel augusto cuerpo. El voto que yo enuncié entonces, por no estar de acuerdo con algunos de mis compañeros de sección, quedó escrito y firmado en la secretaría general, y de él se hallará una copia en el Apéndice, al número xi.

65. No se acordó esta tan deseada providencia para alucinar al público, como algunos censuraron, fundados en la indeterminación de la época señalada para las Cortes, sino para asegurar el buen efecto de una medida que tomada sin preparación, pudiera producir grandes daños, para explorar de antemano la opinión pública acerca de las grandes reformas que se esperaban de ella, y para llamar hacia estas reformas el estudio y meditación de los sábios, como acreditó bien la conducta posterior de la Junta. Con estos fines había acordado en el mismo decreto que se pidiesen informes á todas las juntas provinciales, tribunales, obispos, cabildos, ayuntamientos y universidades del reino, sobre los principales puntos de reforma y mejoras que convendría proponer á las Cortes, y que para examinar y analizar la preciosa materia que debían producir estos informes, y preparar lo demás conveniente á la congregación de tan angusta asamblea, se nombrase una comisión que entendiese en este objeto.

66. Esto acordado, se procedió luego á formar la *comisión de Cortes*. Sus miembros fueron nombrados por votos secretos, y recayó el nombramiento en el arzobispo de Laodicea, don Francisco Castanedo, don Rodrigo Riquelme, don Francisco Javier Caro y en mí. Empezamos desde luego nuestras conferencias; nombramos para secretarios de la Comisión al erudito y laborioso académico de la Historia don Manuel de Abella, llamándole de la embajada extraordinaria de Londres, en que estaba empleado, y á don Pedro Polo de Alcocer, oficial de la secretaría del despacho de Guerra. Acordamos despues los demás puntos relativos

á la organización de la Comisión. Propuse yo en ella, y fué aprobado, un proyecto de decreto, que despues se elevó á la sanción de la Junta Suprema, y es el de 15 de junio siguiente, que por impreso se comunicó á todos los cuerpos públicos, con las circulares relativas al encargo de informar directamente á la Comisión sobre los puntos señalados en el de 22 de mayo, y se hallará en el Apéndice, al número xii.

67. Era consecuencia suya que la Comisión se hallase con un inmenso cúmulo de informes, memorias y escritos, cuyas ideas seria imposible aprovechar si antes no se entresacase y ordenase su materia. Reconocimos también que para el exámen y juicio de ella no se debía liar la Comisión de sus solas luces y fuerzas, y que le era indispensable buscar buenos y sábios cooperadores, que la ayudasen en tan delicado encargo. En consecuencia, acordó, también á propuesta mia, que se formasen varias juntas, compuestas de las personas de mas instrucción y experiencia en los puntos indicados en el real decreto, que se pudiesen hallar á la mano; que cada una de estas juntas fuese presidida por un vocal de la Comisión; que cada una nombrase un secretario para refrendar sus acuerdos y corresponderse con los de la Comisión, y en fin, que trabajando separadamente cada una en el ramo de su atribución, fuese remitiendo los proyectos é ideas relativas á él con sus observaciones y dictámen; todo lo cual fué consultado á, y obtuvo la aprobación de la Junta Suprema.

68. Las juntas que en consecuencia se formaron fueron: Primera, *junta de ordenación y redacción*, cuyo único instituto era extraer lo mas precioso de los informes y escritos que viniesen á la Comisión; separar y ordenar su materia, y distribuirla á las demás juntas, para facilitar el trabajo de cada una. Segunda, *junta de medios y recursos extraordinarios*, para promover la presente guerra. Tercera, *junta de constitución y legislación*. Cuarta, *junta de hacienda real*. Quinta, *junta de instrucción pública*. Sexta, *junta de negocios eclesiásticos*. Séptima, *junta de ceremonial de cortes*. Y aunque se había pensado también en formar una *junta de guerra y marina*, pareció despues que la junta militar permanente, que existía al lado de la Central desde su instalación, podría llenar cumplidamente este objeto.

69. Ni creyó la Comisión que bastaba á su celo formar estas juntas, si no las organizaba debidamente, á cuyo fin acordó que se formase, para cada una, un reglamento ó instrucción, en que, señalando sus funciones y objetos, se llamase su atención hacia los puntos de reforma y mejora que fuesen mas dignos de ella, y sobre los cuales se deseaban mas particularmente sus luces y observaciones. La confianza con que desde el principio me honraron mis dignos compañeros puso á mi cargo este trabajo, á cuyo desempeño me apliqué con el celo y diligencia que merecia su objeto. Formé, pues, cinco instrucciones para las cinco primeras juntas que van indicadas, y que fueron revistas y aprobadas por la Comisión. Para la sexta formé solamente unos breves apunamientos, que se entregaron á su presidente, don Francisco Castanedo, con encargo de ir indicando verbalmente los puntos de reforma eclesiástica que



conviniere tratar con preferencia. Tampoco formé instrucción para la última, porque encargado don Antonio Capmany de recoger cuantas memorias históricas pudiese hallar acerca de las antiguas cortes de Castilla, Aragón, Cataluña, Valencia y Navarra, y de informar cuanto fuese relativo á la organizacion y ceremonial de estos congresos, y hallándose nombrado tambien para vocal de la junta de ceremonial, á mí, que conocia su vasta instruccion en nuestra historia y antigüedades, y sabia cuanto tenia leido, trabajado y adelantado en este encargo, me pareció que seria por demás cuanto pudiese proponer para ilustracion de su junta.

70. Las muchas dignas personas que se nombraron para estas juntas, los vocales de la *comision de Cortes*, que las presidieron, y la instruccion que se dió á cada una, constarán en las actas de nuestra comision, y los preciosos trabajos que desempeñaron, y que debieron continuar despues de nuestra cesacion, segun se acordó en el último decreto de la Central, de 29 de enero de este año, constarán tambien en los libros de actas que llevaron sus respectivos secretarios. A mí me basta referirme á unas y otras, así para que se conozca el ardiente celo con que la comision de que fui vocal se aplicó al desempeño de su importante encargo (25), como para que se calcule la porcion de trabajo que me cupo en sus útiles tareas. En el cual es justo contar el que tuve en la *junta de instruccion pública*, cuya presidencia preferí á la de *constitucion*, que me señalaban mis compañeros, por el íntimo sentimiento que estuvo siempre grabado en mi espíritu, de que *la buena instruccion pública* era el primer manantial de la felicidad de las naciones, y que de él solo se derivan todas las demás fuentes de prosperidad, sobre cuya preferencia y primacia escriben y disputan tanto los modernos economistas.

71. Mientras los individuos de la Comision, como presidentes de las juntas auxiliares, promoviamos separadamente los trabajos de cada una, reunidos despues en sesion los lunes, miércoles, jueves y viernes de cada semana, examinábamos y discutiamos en comun las importantes cuestiones que era preciso resolver antes de convocar las Cortes. Cuántas y cuán graves fuesen estas, solo podrán conocerlo los entendidos en materias políticas, que consideren este objeto en todas sus relaciones. A este fin, nada era tan importante como determinar los principios que debian dirigir nuestras resoluciones; pero á pesar de la pureza de intencion y unidad de deseos que reinaba en los vocales de nuestra comision, no era posible que reinase en todos la misma unidad de principios, y mucho menos en política, la cual, no siendo propiamente una ciencia, porque nada hay en ella demostrado, da el nombre de principios á ciertas sábias máximas, que han logrado mayor aceptacion entre sus profesores. Pero era el deber de cada uno de nosotros fijar su opinion en esta importante materia. Así procuré hacerlo yo, y léjos de esconder los principios, ó sean máximas, que me propuse seguir, y de que no me desvié un punto, los expondré sencilla y francamente á mis lectores; porque si algunos desmerecieren su aprobacion, no quiero que se achaquen á otros los errores que son míos;

y si la merecieren, tampoco quiero que se me atribuyan á mí los errores ajenos.

72. Fué el primero, que pues las circunstancias exigían que á estas primeras cortes concurriesen diputados de todos los dominios que abraza la monarquía española, no pudiendo organizarse este general y extraordinario congreso en ninguna de las formas conocidas en nuestra historia, por ser muy diferentes entre sí, y todas imperfectas, era preciso que la Junta Central, á quien, como depositaria del poder soberano, tocaba su convocacion, determinase la nueva forma en que debia ser convocado é instituido, y que esta forma se acomodase á las extraordinarias circunstancias en que la nacion se hallaba.

73. Segundo. Que sin embargo de la verdad de esta proposicion, la Junta Central no era ni se podia creer del todo libre en el señalamiento de esta nueva forma; porque teniendo jurada la obediencia de las leyes fundamentales del reino, ni podia ni debia entrar trastornándolas ni alterando la esencia de nuestra antigua constitucion, cifrada en ellas, ni tampoco derogando los privilegios de la jerarquía constitucional de la monarquía española y reinos incorporados en ella, sino que respetando y conservando uno y otro, era de su deber conciliarlo hasta donde fuese posible con lo que exigian la justicia y conveniencia pública en las extraordinarias circunstancias de la presente época.

74. Tercero. Que tampoco la nacion se hallaba en el caso de destruir su antigua constitucion, para formar otra del todo nueva y diferente; porque habiendo reconocido y jurado toda ella, con el mas libre, general y sincero entusiasmo, á su adorado rey Fernando VII y la observancia de las leyes fundamentales del reino, y no habiendo quebrantado este desgraciado príncipe ninguno de los pactos de la constitucion nacional, parecia que el celo del nuevo congreso solo se debia proponer una reforma de esta constitucion, y tal, que conservando la forma esencial de nuestra monarquía, y asegurando la observancia de sus leyes fundamentales, mejorase en cuanto fuese posible estas leyes, moderase la prerogativa real y los privilegios gravosos de la jerarquía privilegiada, y conciliase uno y otro con los derechos imprescriptibles de la nacion, para asegurar y alianzar la libertad civil y política de los ciudadanos sobre los mas firmes fundamentos.

75. Cuarto. Que aunque la Junta Central debia reconocerse sin autoridad para hacer por sí misma esta reforma constitucional, debia reconocer tambien que era de su deber, y muy propio de su celo y oficio, meditar el plan de ella y prepararle, y presentarle á las primeras Cortes, comunicándoles todas las luces y observaciones que hubiese podido recoger, no para fijar su resolucion, sino para auxiliar y facilitar sus deliberaciones sobre tan importante objeto.

76. Quinto. Que pues una buena reforma constitucional solo podia ser obra de la sabiduría y la prudencia reunidas, era muy conforme á entrambas que en el plan de ella se evitase con tanto cuidado el importuno deseo de realizar nuevas y peligrosas teorías, como el excesivo apego á nuestras antiguas instituciones, y el tenaz empeño de conservar aquellos vicios y abusos de nues-

tra antigua constitucion, que expusieron la nacion á los ataques del despotismo, y desmoronaron poco á poco su venerable edificio.

77. Sexto. Que aunque en esta nuestra antigua constitucion se hallaba la primera de las perfecciones que reconoce la política; esto es, la division de los tres poderes: el ejecutivo en el Rey, el legislativo en las Cortes, y en los tribunales establecidos el judicial, esta division era en ella muy imperfecta; porque ni estos poderes estaban exactamente discernidos, ni eran bastante independientes, ni habia en la constitucion vinculo que los uniese, ni balanza que los contrapesase y mantuviese á cada uno en sus límites. Que pudiendo los reyes de España declarar á su voluntad la guerra y hacer la paz, concertar tratados y alianzas con otras naciones, levantar tropas y mandarlas, crear magistraturas, nombrar sus miembros y dirigir por medio de ellas todo el gobierno interior, económico y político del reino, es claro que de hecho tenían en su mano la suerte de la nacion, por mas que la constitucion les prescribiese la necesidad de consultarla para imponer nuevos tributos, resolver casos áridos y pedir su aceptacion en las nuevas leyes. Que aunque el poder legislativo residiese en las Cortes (como es fácil demostrar por los mismos documentos históricos que se citan para atribuirle exclusivamente á los reyes), teniendo estos el derecho de convocarlas, disolverlas y admitir ó desechar sus proposiciones, el ejercicio de aquel poder no era, ni completo, ni libre, ni independiente. Y en fin, que aunque el ejercicio del poder judicial estuviese atribuido á los tribunales establecidos, pudiendo el Rey erigir nuevas magistraturas, nombrar los miembros de las ya instituidas, y promoverlos y deponerlos, y alterar las funciones de estos cuerpos, y atraer á su corte los casos graves, y confirmar ó revocar las sentencias capitales pronunciadas en ella, aquel poder tampoco era independiente ni libre. Y pudiendo, en fin, estos tribunales juzgar casos no prevenidos por las leyes, interpretarlas en sus juicios, dirigir la autoridad municipal de los pueblos, y entender en la policia y gobierno interior del reino, era tambien posible que el poder judicial usurpase ó alterase en alguna parte las funciones de los poderes legislativo y ejecutivo. De todo lo cual deducia yo que la reforma constitucional debia principalmente dirigirse al remedio de estos defectos.

78. Sétimo. Que debiendo suponerse en cada uno de estos tres poderes, y señaladamente en los dos primeros, una tendencia continua y constante á su engrandecimiento, la misma separacion ó independencia de su ejercicio los impeliria á la extension de sus atribuciones y límites, y los tendria en continua desavenencia, si en la misma constitucion no hubiese un vinculo que los enlazase, y una fuerza que, conteniendo los excesos é irrupciones de cada uno, mantuviese aquel equilibrio político que es absolutamente necesario, así para asegurar el orden y paz interior de la sociedad, como para dar seguridad y garantia á la constitucion establecida.

79. Octavo. Que este vinculo y esta fuerza no se debian buscar en ningun poder externo ni material, cu-

ya accion, siendo alterable por su naturaleza, podria crecer ó debilitarse, ya por los esfuerzos de la ambicion, ya por la imprevision de la ignorancia ó por el desuido de la pereza; sino en un poder moral, inmutable y constante, que obrando siempre con un mismo impulso dentro de la misma constitucion, mantuviese la union social y resistiese cuanto pudiese destruirla.

80. Noveno. Que para enlazar los poderes ejecutivo y legislativo, ningun medio dictaban la razon y la experiencia mas propio que dar al primero la sancion de las leyes, y reservar al segundo el derecho de reprimir los excesos ó faltas de su ejecucion; que sin este enlace, y obrando siempre separadamente, la autoridad legislativa podria, por medio de nuevas leyes, cercenar poco á poco las atribuciones, y entrometerse en los límites de la ejecutiva hasta menguarla ó destruirla; ó por lo menos, podria forzarla á ejecutar leyes opuestas al orden y sosiego de la sociedad, sobre que debe velar, y al bien de los ciudadanos, que debe proteger. Por el contrario, el poder ejecutivo podria tambien, ya omitiendo la ejecucion de las leyes, ya alterándolas ó excediéndose en ella, ir poco á poco menguando la autoridad del legislativo, violando los derechos de los ciudadanos, y cayendo al fin en la arbitrariedad y el despotismo.

81. Décimo. Mas como este enlace, lejos de evitar, excitaria la tendencia de los dos poderes al engrandecimiento, y tanto mas, cuanto mas los acercase y uniese su accion, es claro que la constitucion seria todavia imperfecta, si además no contuviese en sí una fuerza media que, interpuesta entre uno y otro poder, los redujese á armonia y sirviese de balanza para mantener constantemente el equilibrio político.

82. Undécimo. Que si se consultan la razon y la experiencia, se hallará que la mejor balanza constitucional que se conoce es la division de la representacion nacional en dos cuerpos: uno encargado de proponer y hacer las leyes, y otro de reverlas. Que este último, interpuesto entre el poder *estatuyente* y el *sancionante*, se hallaria tan libre de los deseos y pretensiones de uno y otro, como interesado en la conservacion del orden y bien general, y en detener la tendencia del uno hácia la democracia, y la del otro hácia el despotismo; y por tanto, no solo mantendria entre ambos la armonia y el equilibrio, sino que seria la mejor garantia de la constitucion.

83. Duodécimo. Que este cuerpo intermedio serviria tambien para perfeccionar, y por decirlo así, fortificaria el poder legislativo, confiado á la representacion nacional; pues que sujetando las nuevas leyes á doble exámen y deliberacion, no solo resistiria las que tendiesen á alterar los dos primeros poderes de la constitucion, sino tambien las que pudiesen ser dañosas al bien de la sociedad, en que él interesaria tanto mas, cuanto siempre se compondria de los que mas disfrutaban de sus ventajas, y entonces es cuando propriamente se podria decir que no serán los hombres, sino las leyes, quien dirija las acciones y defiendan los derechos de los ciudadanos, en lo cual está cifrada la suma de la perfeccion social.

84. Décimotercio. Que esta balanza política, de que



no hay ejemplo en ninguna constitucion de la antigüedad, ni rastro en los escritos de sus filósofos; que no conocieron Licurgo, Solon ni Numa, ni se halla indicada por Platon, Aristóteles ni Polibio, y que tampoco se halla admitida en las nuevas teorías de los políticos modernos (cuya propension democrática ha causado tantos males en nuestra edad), y en fin, de la cual tampoco gozan la mayor parte de los pueblos cultos de Europa; esta balanza, repito, es y se debe reconocer como el mas precioso descubrimiento debido al estudio y meditacion de la historia antigua y moderna de las sociedades. El cual, además de apoyarse en razones de la mas alta filosofia, está canonizado con el ejemplo de los dos grandes pueblos de Europa y América en que se ha dividido la ilustre nacion inglesa. A esta balanza debe el primero su prodigioso engrandecimiento, la conservacion de su libertad y la inmutabilidad de su constitucion; á ella debe el segundo el vigor con que camina con pasos de gigante al mismo engrandecimiento y á los mismos bienes, y ella asegurará á uno y otro la conservacion y el aumento de estas ventajas, si el furor democrático, destruyendo este equilibrio y garantía de sus constituciones, no se las arrebatara.

85. Décimocuarto. Por último, siendo demostrable, de una parte, que solo por falta de esta balanza ningún gobierno simple puede ser durable ni asegurar la dicha de la sociedad, y de otra, que esta balanza es acomodada á la esencia de todo gobierno misto, ora prepondere en su constitucion la forma monárquica ó aristocrática, ora la democrática, y siéndolo tambien que es acomodada á la reforma de la constitucion española, sin destruir su esencia, y conciliable con la prerogativa real, si se moderase, con los privilegios de la jerarquía constitucional, si se restringiesen, y con los derechos de la nacion, si se restituyese á su representacion el poder legislativo en toda su plenitud, creia yo que el establecimiento de esta balanza debia formar uno de los primeros objetos del plan de nuestra reforma constitucional.

86. Décimoquinto. Era por tanto mi deseo seguir estos principios ó máximas en el desempeño de mi encargo, no solo para el arreglo de la institucion del primer congreso nacional, sino tambien para el del plan de reforma que se le debia proponer, y cuyas bases, en mi juicio, deberian ser: primera, asegurar al Rey el poder ejecutivo, bien discernido y en toda su plenitud; el derecho de sancion, absoluta ó modificado, si mejor pareciese; toda la autoridad gubernativa, con cargo de ejercerla conforme á la constitucion y á las leyes, y siendo sus ministros responsables á la nacion de su observancia. Segunda, asegurar á la nacion el poder legislativo en la misma plenitud, y el derecho de ejercerla por medio de sus representantes, juntos en cortes, en periodos determinados y en casos extraordinarios, con toda la autoridad necesaria para mantener y defender la constitucion y la observancia de las leyes, y para reprimir los contrafueros que pudiesen ocurrir; y en fin, para mejorar la constitucion, aunque sin derecho para mudarla ni alterar su forma y esencia, debiendo respetarla siempre, como obra de sus

manos, aceptada y jurada por la nacion. Tercera, asegurar al poder judicial el derecho de administrar la justicia, con arreglo al tenor de las leyes, en toda su plenitud, dándole, no solo el derecho, sino tambien el encargo de proponer á la nacion los defectos que observase en ellas y en su ejecucion, y las mejoras que pudiesen recibir, pero separando de este poder cuanto perteneciese á gobierno y policia municipal. Cuarta, dividir la representacion nacional en dos cuerpos ó cámaras, la una compuesta de los representantes de todos los pueblos del reino libremente elegidos por ellos mismos, y la otra del clero y nobleza reunidos; adjudicando á la primera el derecho de proponer y formar las leyes, y á la segunda el derecho de reverlas y confirmarlas, á fin de que una discusion repetida en dos cuerpos, diferentes en carácter y pasiones, aunque igualmente interesados en el bien general, produjese constantemente leyes prudentes y saludables, conservase la armonía social, y contuviese las excesivas pretensiones de las autoridades constitucionales, para defender y hacer inalterable la constitucion; con lo cual, creia yo que mi patria aseguraria, con su prudencia, la libertad é independencia, que defiende con tanta constancia y heroicidad (26).

87. Estos principios, que en el progreso de nuestras discusiones se fueron examinando y adoptando en la Comision, fueron al fin admitidos por los vocales que de nuevo entraron en ella, y sirvieron de regla para sus resoluciones y consultas, como se verá por sus actas y por los expedientes de la Junta Suprema, que las sancionó. Y si bien estas no se extendieron á todos los puntos que debia abrazar el plan de reforma, porque la Comision no tuvo la dicha de concluir sus tareas, por lo menos se suplió esta falta con el último memorable decreto de 29 de enero de este año, con que la Junta Central coronó sus servicios, acordando la organizacion del primer congreso nacional conforme á ellos. La primera discusion suscitada en nuestra comision fué, si las Cortes debian congregarse por estamentos ó en una sola junta. Mis principios me obligaban á desear lo primero, y lo mismo opinaron el arzobispo de Laodicea y don Francisco Castaneda; pero disintieron de este dictámen los vocales don Rodrigo Riquelme y don Francisco Javier Caro, votando por una representacion indivisa y comun. La consulta acordada por la mayoría y sancionada por la Suprema Junta contiene los fundamentos de uno y otro dictámen, y se podrá ver en el Apéndice, al número xii.

88. En otra consulta unánime, respetando los antiguos privilegios de las ciudades de voto en cortes, se propuso que fuesen llamados al primer congreso un representante de cada una, así en la corona de Castilla como en las de Aragon y Navarra. Mas para que en la eleccion de sus poderes tuviese alguna parte el pueblo, segun su primitivo derecho, se acordó tambien que concurriesen á ella el síndico y diputados del comun, con mas tanto número de vecinos como hubiese de regidores perpétuos en cada ayuntamiento.

89. Todavía pareciendo á la Comision que esta representacion seria insuficiente para expresar la voluntad general de la nacion, poco conforme á los derechos pri-

mitivos del pueblo de España, y á menos á la exigencia de los objetos con que se congregaban las primeras cortes, acordó que viniesen á ellas diputados libremente elegidos por todos los pueblos del reino, en el número y forma que manifiesta la instruccion de la convocatoria general.

90. No todos conveniamos al principio en la sustancia de este acuerdo. Opinaba yo que aunque sería justo extender la voz activa ó derecho de elegir á todos los ciudadanos que no tuviesen impedimento legal, convenia circunscribir la pasiva ó derecho de elegibilidad á ciertas calidades de propiedad, estado y doctrina, en que se pudiese apoyar mejor la confianza nacional. Un voto escrito de don Rodrigo Riquelme, que resistia esta limitacion, atrajo á sí el de la mayoría, á la que cedi yo con tanta menos repugnancia, cuanto mas habia debido la nacion en la presente época á la gran masa del pueblo, y cuanto la composicion de las primeras cortes no serviria de regla precisa para las sucesivas.

91. Acordó asimismo la Comision, y sancionó la Junta, que se admitiese á estas primeras cortes un diputado de cada una de las provinciales del reino. Movióse á este acuerdo, no solo para recompensar con tan preciosa distincion á unos cuerpos que habian hecho á la patria tan insignes servicios, sino tambien porque habiendo entendido en el armamento de los pueblos, en la direccion de la guerra y en el gobierno interior de las provincias durante la primera época de la revolucion, debian tener el mas cumplido conocimiento de sus fuerzas, sus recursos, sus derechos y sus necesidades, y por lo mismo la experiencia y las luces de algunos de sus miembros podrian ser de gran provecho en la representacion nacional. Y en verdad, que atendidas estas razones, solo la envidia pudo tachar (como en efecto tachó) una medida extraordinaria dirigida á tan buen fin, solo por no ser conforme á nuestras antiguas costumbres, cuando con igual razon fueron y debieron ser alteradas en otros puntos.

92. Toda la comision estaba animada del mas ardiente deseo de extender la representacion nacional á los habitantes de los dominios españoles de América y Asia, y de este deseo habia dado ya la Junta Central el mas solemne testimonio en su decreto de 22 de enero del año pasado, en que acordó admitir en su seno á los representantes de aquellos pueblos. Fundado en esto el vocal don Rodrigo Riquelme, no solo insistia en que fuesen llamados diputados de aquellas provincias á las primeras cortes, sino en que no se procediese á celebrarlas sin su concurrencia. Oponiamos los demás á su dictámen que esto, no solo era incompatible con la reunion del congreso en la época ya acordada y publicada, sino que atendida la inmensa distancia de algunas de aquellas provincias, la retardaria y prolongaria por un tiempo demasiado largo é indefinido. Pero en el progreso de la discusion, que fué reñida, ocurrió un medio de conciliar uno y otro dictámen, y fué el de admitir á las Cortes cierto número de los naturales de aquellos dominios, existentes en este continente y elegidos entre ellos mismos, para que los representasen en calidad de suplentes; lo cual, despues de algunos

debates, fué unánimemente acordado, propuesto y sancionado por la Junta Suprema. En consecuencia consultó la Comision á diferentes ministros del Consejo reunido, de los que por haber residido en América, tenían mayor conocimiento de aquellos paises, á fin de que la informasen sobre el número de suplentes que convendria nombrar para su representacion, y entre tanto expidió circulares á las capitales y plazas de comercio del reino, para que remitiesen listas de los naturales de una y otra India residentes en ellas, á fin de convocarlos á la eleccion de sus representantes suplentes. Todo lo cual se anunció además por el real decreto de 1.º de enero de este año, cuya redaccion me fué encargada, y se hallará en el Apéndice, al número xiv.

93. Una vez adoptado este medio, fué ya fácil extenderle, y con efecto se extendió, á las provincias de España que por estar en el yugo del enemigo, no podian nombrar diputados para las Cortes. Acordóse pues que fuesen representadas por medio de suplentes, á cuyo fin se despacharon tambien circulares pidiendo listas de los naturales de aquellas provincias que se hallaban refugiados en otras libres del yugo, para que ellos mismos, y de entre ellos, eligiesen los representantes suplentes. Las razones que para esto tuvo la Comision se hallarán en el Apéndice, al número xv.

94. Pero mientras nosotros nos desvelábamos en el exámen de estos y otros puntos de nuestra incumbencia, nuevas y espinosas discusiones se suscitaban en la Junta, y la obligaban á llamarnos para su decision. Las murmuraciones de sus émulos y las intrigas de los ambiciosos erecian y andaban en continuo movimiento para trastornar el gobierno existente, y iban generalizando el deseo de una mudanza. El Consejo reunido, en una consulta de 22 de agosto, despues de atacar con vehemencia la autoridad de las juntas superiores y de indicar con menos rebozo la opinion de ilegitimidad del poder de la Central, concluia y se inculcaba en la alegacion de su favorita ley de Partida, y en una palabra, queria el nombramiento de una regencia, la abolicion de las juntas y la entera restitucion del orden antiguo, en que tanto descollaba su antoridad. De esta consulta, con estudio ó sin él, se habian difundido copias por varias partes, y era ya materia de todas las conversaciones. Llamó mas todavia hácia sí la atencion pública despues que la junta de Valencia, adonde fué á parar una de estas copias, resentida de las inectivas del Consejo, dirigió á la Central, en 23 de setiembre del año pasado, una representacion, mas elocuente que comedida, en la que relazó su injuria y hizo la apologia de las juntas, y no solo publicó y comunicó este escrito, sino que excitó á las demás, sus hermanas, á que saliesen al apoyo de su deseo. No era este enteramente ajeno del de el Consejo, pues que concluia con la necesidad de reconcentrarse en pocas manos el poder ejecutivo, asegurando que «estaría mejor depositado en tres que en cinco, y mejor aun en una que en tres personas»; bien que reservando á la Junta Central el ejercicio del poder legislativo.

95. Fué ya preciso entrar en discusion sobre estas



materias, y fué entonces cuando la opinion de los centrales acerca de ellas se descubrió mas abiertamente. Los que antes miraban con aversion la idea de un consejo de regencia, la resistian ahora con alguna mas razon, porque estando anunciadas las Cortes para el presente año, que ya se nos acercaba, parecia ocioso alterar el gobierno interino, cuando la institucion de otro mas permanente y mas conforme á las circunstancias de la nacion seria uno de los primeros objetos del próximo congreso. Ni los que antes opinábamos por la Regencia la creíamos conveniente, cuando era ya un objeto descubierto de ambicion, y amenazaba no tanto al Gobierno como á la patria con peligrosas consecuencias, y cuando era mas fácil y prudente de una parte acelerar la congregacion de las Cortes, y de otra reconcentrar desde luego la autoridad ejecutiva por otro medio menos expuesto. Prevalció pues este dictámen, y produjo, una en pos de otra, dos resoluciones, de cuya prudencia no se desdeñarían los senados de Atenas y de Roma.

96. La primera, crear una *comision ejecutiva*, á quien se encargase el despacho de todo lo relativo á gobierno, reservando á la Junta los negocios que requiriesen plena deliberacion; y la segunda (de que hablaré despues), fijar para 1.º de marzo de este año la apertura de las cortes extraordinarias.

97. Nombróse en consecuencia una comision para formar el plan ó reglamento que debia observar la ejecutiva, y este encargo recayó en el baillo frey don Antonio Valdés, marqués de Campo-Sagrado, don Francisco Castaneda, conde de Gimonde y en mí. Desempeñámosle con la posible brevedad, pero con la mayor atencion. El plan se propuso al exámen de la Junta; pero tuvo la desgracia de no merecer su aprobacion, acaso por el grande esmero que pusimos en separar de la Junta plena todo cuanto era relativo á administracion, gobierno y mando, y dejándole solamente las materias que requerian madura deliberacion. Y aunque la Junta no podia desconocer que las máximas que sirvieron de base á este reglamento eran muy conformes á su objeto, como no fuesen pocos los artículos que disgustaban á los aficionados al mando, se nombró otra comision diferente para corregir nuestro plan, ó mas bien para formar otro nuevo, el cual al fin fué aprobado y llevado á ejecucion, como luego diré; porque el objeto de esta *Memoria* me obliga á interrumpir la relacion de algunos hechos, para intercalar otros que están íntimamente enlazados con él. Tales eran los dos notables incidentes de que voy á hablar.

98. El decreto de formar una *comision ejecutiva* trastornó inesperadamente los manejos de la ambicion, aunque no sus esperanzas. Era á la verdad difícil renovar la cuestion sobre el establecimiento de una regencia, tan prudente y solemnemente desechada; pero todavía se halló quien cediendo á ajeno impulso mas que á su propia reflexion, resucitó la ya olvidada controversia precisamente cuando el plan de la comision ejecutiva se estaba examinando en la Junta. Fué este el vocal don Francisco Palafox, el cual, al desacierto de renovar aquella proposicion, añadió el de presentarla en un papel tan descomedido y insultante, que él mismo, sorprendido por

la admiracion y disgusto con que fueron oidas algunas de sus cláusulas (que tal vez otro habia dictado), seallanó á borrarlas y cancelarlas, como lo hizo en el acto mismo y sobre la mesa de la sesion. Con esto y con desestimar lo restante del papel se contentó la Junta, que nunca desmintió su generosidad en el desprecio de sus injurias. Pero no se contentaron los instigadores de Palafox, los cuales, para hacer ruido con su papel, le divulgaron, difundiendo copias de él por todas partes. Cuál fuese el espíritu de esta manobra no lo diré yo, porque podrán juzgarlo mas imparcialmente mis lectores, leyendo la representacion que la junta superior de Murcia, escandalizada de sus expresiones, dirigió á la Suprema, con fecha de 25 de noviembre, y se publicó en la *Gaceta* del 14 de diciembre siguiente. Ni tanto hubiera dicho sobre este odioso incidente, si no fuese necesario para ilustrar al público sobre la sorda y mal disimulada guerra que se hacia entonces á la Junta Central, y cuyo espíritu nadie desconocerá cuando combine este hecho con los demás que le precedieron y sucedieron, y de los cuales, por justas consideraciones, no indicaré sino lo que diga relacion con el objeto de este escrito.

99. Entre ellos, uno fué mas desagradable y ruidoso todavía, que nació entre estas discusiones, y sobre el cual tampoco detendría la pluma, si no recelase que mi silencio pudiera atribuirse á falta de valor ó de razon para referirle. Voy por tanto á instruir acerca de él á mis lectores.

100. De la segunda comision, substituida para corregir el plan de la ejecutiva que habiamos formado, fué miembro el marqués de la Romana, y este general, despues de aceptar su nombramiento, de asistir á las sesiones de la nueva comision, de entrar en la discusion de los artículos del nuevo plan, de encargarse de corregir y ordenar los ya aprobados, y en fin, despues de acordar y firmar con los demás este plan, se reservó á exponer en la Junta su dictámen particular. El objeto manifesto de este dictámen era renovar la ya fastidiosa proposicion de nombrar una regencia, bien que organizada á su manera y dirigida á los fines que él se sabia. Tal era el objeto manifesto con que en la sesion del 14 de octubre leyó en la Junta aquel pomposo, desaforado y insultante papel, que poco despues, con violacion del secreto y confianza que debia á su cuerpo, hizo imprimir en Valencia y repartió por su mano en Sevilla, y que reimpresso despues en fólío, se difundió por una y otra España, y aun salió á meter bulla fuera de sus limites, con tanta exultacion de los émulos de la Central como de los enemigos de la patria. Si al deseo de ahucinar la opinion pública para captarla en su favor, tan mal disfrazado en este papel, no hubiese mezclado el Marqués el de realzar su crédito á costa del de sus compañeros, pudieran alabarse la prudente generosidad con que la Junta Suprema, siempre confiada en la rectitud de su conducta, despreció este nuevo y atroz insulto. No opinábamos así los que penetrando el verdadero aunque encubierto fin de aquel escrito, y combinándole con otras sordas intrigas coetáneas á él, creíamos necesario proveer al decoro y seguridad del Gobierno, si no con procedimientos que aunque justos, hubieran tenido el aire de ven-

ganza, á lo menos con una concluyente y decorosa respuesta para disipar la impresion que pudiera hacer en la opinion del vulgo, y evitar otras consecuencias, *que ya se temian, y por desgracia se verificaron.* Mas la Junta anduvo tan generosa, que no solo perdonó el agravio, sino que le pagó con un beneficio. Desechada la proposicion del Marqués, se procedió al nombramiento de los miembros que debian componer la *comision ejecutiva*, y él fué el primero que se nombró para ella; sin duda porque la Junta quiso probar su celo y capacidad en el remedio de los males de que tan altamente se quejaba, y acreditar al público que sacrificaba sus resentimientos al ardiente deseo de remediarlos.

101. Fácil hubiera sido entonces desvanecer los paralogismos, demostrar la falsedad de los supuestos y poner en claro los errores políticos, contradicciones y inconsecuencias de que está plagado el papel de Romana, y mas lo fuera despues que la experiencia acreditó que los males que sirvieron de pretexto para sus reclamaciones eran tan superiores al celo y esfuerzos de la Junta como á los del Marqués. Mas ya no es tiempo de entrar en esta discusion; porque estando próxima la reunion del congreso nacional, allí es donde los centrales acreditarán con cuánta injusticia eran censurados y insultados en el tiempo mismo en que servian á la nacion, no con vana ostentacion de celo y patriotismo, sino con el sacrificio de su fortuna, sus luces y incesantes tareas. Además, que siendo consonantes los cargos que hace el Marqués con los que dejo ya rebatidos, debo esperar que cuantos lean con imparcialidad esta *Memoria* no podrán leer su papel sin indignacion. Por último, otra razon harto notableme obliga á no decir mas acerca de este punto, y es, que no habiéndose resuelto Romana, á leer su papel en la Junta, hallándonos presentes mi compañero y yo, á pronunciar aquel afectado y injurioso apóstrofe que dirige á Asturias en la página 38 de la edicion en 8.º y en la 10 de la edicion en folio, cualquiera que fuese el motivo que le inspiró esta consideracion hácia nosotros debe ser pagado por mi con la de callar ahora lo demás que sobre el apóstrofe y sobre todo el papel pudiera decir, y lo que sin duda diré si á ello fuere provocado.

102. Nombrada la *comision ejecutiva*, tan dócil como fué el Marqués en la aprobacion de su plan, lo fué despues en la admission del nombramiento, á pesar de las protestas hechas en el papel de abandonar al Gobierno si no adoptaba su dictámen. Entró, pues, al ejercicio de sus nuevas funciones, sobre las cuales nada diré sino lo necesario para la instruccion de mis lectores, reducido á las advertencias siguientes: 1.º Que uno de los artículos del plan de la Comision fué la abolicion de las secciones, y que desde entonces todo el despacho se hizo directamente por los ministros con la nueva comision, sin que las secciones que cesaron del todo, ni la Junta plena, entendiesen ya en ninguna materia de gobierno, salvo en el nombramiento de algunos altos empleos, que se reservó. 2.º Que siendo Romana el único militar que entró en la Comision, su voz fué en ella, no solo la primera, mas casi la única que decidia todas las materias relativas á la guerra. 3.º Que

aunque la comision ejecutiva se renovó á la suerte, conforme al plan, en 1.º de enero, y entonces salió de ella el Marqués, continuó este, sin embargo, asistiendo á sus sesiones, y decidiendo todas las materias relativas á la guerra en la misma forma que antes. 4.º Y por último, que extinguida también la seccion de Guerra, como las demás, el Marqués continuó asistiendo solo á las conferencias de la junta militar, y retirando sus dictámenes á la ejecutiva, que fiada en sus luces, seguía dócilmente su consejo en las resoluciones de esta clase. Advertencias que juzgo necesarias para que nadie atribuya á los miembros de la Central los defectos que pudo haber en el gobierno durante esta época desgraciada, si acaso hubo alguno.

103. Pero del fondo de estas reñidas discusiones salió por fin el decreto de 28 de octubre, en que la Junta se mostró con toda la dignidad que correspondia á sus altas funciones. El mismo empeño de rechazar una pretension que podia hacer caer la suprema autoridad en las manos ambiciosas que aspiraban á ella, alentó á los centrales que reconocian la necesidad de las Cortes para que clamasen con mas instancia por la aceleracion de su época, y hizo desmayar á los que las contradecian. Hizo esta proposicion (si no me engaña mi memoria) el mismo vocal don Lorenzo Calvo de Rozas, que habia hecho sobre el mismo objeto la de 15 de abril anterior, y aunque no faltaron debates ni contradicciones, tuvo en su favor una mayoria tan decidida, que la discusion versó principalmente sobre el tiempo y modo del decreto. Se creia ya indispensable cumplir la solemne palabra dada á la nacion en el decreto de 22 de mayo del año pasado, de congregarla en todo el presente, ó antes si las circunstancias lo permitian; condicion que parecia cumplida, pues que las circunstancias, no solo permitian, sino que exigian, su reunion. La permitian, porque en aquellos dias la esperanza de que nuestros ejércitos entrasen de nuevo en la capital era ya tan probable, que la Junta trataba de nombrar, y en efecto nombró, capitan general, gobernador y corregidor de Madrid, con dos consejeros asesores para el primero, y además don Rodrigo Riquelme y yo fuimos encargados de arreglar el plan de providencias que se debian expedir en Madrid para asegurar el orden y la tranquilidad de aquel gran pueblo en medio del primer alborozo de su libertad. Y lo exigian, porque cuando un gobierno, ya sea por su conducta, ya por las intrigas de sus émulos y enemigos, empieza á perder la confianza del público, las mudanzas y remedios parciales, mas que remedios, son paliativos de la dolencia que amenaza su disolucion. Antes de proceder á la votacion, fué consultada nuestra *comision de Cortes* sobre el tiempo necesario para concluir los trabajos previos que le estaban encargados, y no nos detuvimos en ofrecer á una que redoblaríamos nuestra aplicacion, actividad y vigilias, para que por ellos no se retardase una medida tan necesaria. Acordóse pues el citado decreto de 26 de octubre, que se anunció en la *Gaceta* del 4 de noviembre inmediato y se circuló por todo el reino, en que se señalaban el 1.º de enero de este año para la convocacion, y el 1.º de marzo para la reunion de las Cortes; decreto memorable, que á des-



pecho de la envidia, quedará inscrito con letras de oro en los fastos de nuestra heroica revolucion.

104. Lo que ofreció la Comision á la Junta Suprema lo cumplió, cuanto de su parte estuvo, á fuerza de aplicacion y trabajo, y á ello contribuyeron no poco con su actividad, su celo y sus luces los dos dignos auxiliares que entraron de nuevo en ella, don Martin de Garay y el conde de Ayamans, subrogados á don Rodrigo Riquelme y don Francisco Javier Caro, que fueron nombrados para la *comision ejecutiva*; y desde entonces nuestras operaciones tuvieron toda la celeridad que la premura del tiempo y la muchedumbre de sus objetos exigia.

105. Una difícil cuestion se habia ventilado muchas veces en nuestra comision, sin que los dictámenes acabasen de uniformarse. Acordada la reunion de las Cortes por estamentos, ocurrió desde luego el embarazo que ofreceria la deliberacion separada de los tres brazos, que era conforme á la antigua costumbre. Constaba que en las Cortes reunidas en Toledo á fines de 1538, y disueltas á principios de 1539, y que fueron las últimas que se congregaron por estamentos, los procuradores de las ciudades y los dos brazos secular y eclesiástico se juntaron y deliberaron separadamente, y tambien que no fué permitida por el Rey su reunion, aunque solicitada por la nobleza, segun se halla en una harto pesada, aunque muy curiosa, relacion que de las sesiones de este brazo dejó escrita el conde de la Coruña, y anda en la coleccion manuscrita de las cortes de Castilla. En esta cuestion, siguiendo yo mis principios, opiné siempre por la reunion de los brazos privilegiados en uno solo, y por la division del congreso en dos cuerpos ó salas ó cámaras separadas; pero á otros detenia el temor de la preponderancia que tendrian estos dos cuerpos en la representacion nacional cuando estuviesen reunidos. Aumentaba este reparo un dictámen del Consejo reunido, que consultado por la Comision sobre el modo de organizar las Cortes, creyó conservar los privilegios de la nobleza y el clero amalgamando los tres estamentos en un solo cuerpo. Habíase consultado tambien á las juntas de Constitucion y Ceremonial, y aunque no habian respondido aun, se sabia que inclinaban al mismo dictámen. Mas, á pesar de todo, la Comision, que en repetidas conferencias habia considerado esta cuestion en todos sus aspectos y relaciones, cuanto mas la examinaba, hallaba ser mas ciertas las ventajas y menos terribles los inconvenientes de reunir los privilegiados, y dividir así la representacion. Las razones en que se fundó serian largas de expresar, aunque las principales quedan suficientemente indicadas, y además se hallarán en el Apéndice, al número xv. Pero es de mi deber indicar las que tuvimos para no apreciar los inconvenientes que ofrecia nuestro dictámen, á fin de que no se crea que pudo arrastrarnos á él algun motivo de pasion ó parcialidad, que ciertamente no habia en la pureza de nuestra intencion.

106. Primeramente, no nos detuvo el gran número de individuos que se reuniria en la cámara de privilegiados, porque siempre seria muy inferior al de los representantes del pueblo, y porque teniendo una sola

voz, su número seria casi indiferente. Segundo, no nos detuvo la superioridad de influjo que podrian tener estas dignidades, por su mucho esplendor y gran riqueza, para trastornar el equilibrio constitucional, así porque ellas eran tanto mas interesadas en conservarle, cuanto mas necesario era este equilibrio para su propia conservacion, como porque su poder, por grande que se suponga, siempre seria muy inferior al poder fisico que tendrá el Monarca, como ejecutor de las leyes, y al poder moral que la opinion pública dará constantemente á los representantes del pueblo que no la desprecien; cuando, por el contrario, el poder de estas clases jerárquicas siempre será bastante para que, inclinado á una ú otra parte, pueda refrenar á la que luchase por trastornar el equilibrio y servir para mantener en fiel la balanza política. Tercero, no nos detuvo la exorbitancia de los privilegios de estas clases, puesto que todos los que fuesen onerosos al pueblo debian cesar desde luego, y desaparecer enteramente en la reforma constitucional, conservándoseles solamente los privilegios de honor, necesarios para mantener su jerarquía; cuya conservacion, lejos de ser gravosa, seria muy favorable al pueblo, porque en esta jerarquía tendria siempre una hipoteca mas de su libertad; y teniendo el pueblo, como debe tener, abierta la entrada en ella, en recompensa de grandes y señalados servicios, hallaria en este derecho un estímulo y veria un ilustre premio propuesto á la virtud y al mérito de los ciudadanos. Cuarto, no nos detuvo la conocida propension que hoy se advierte en estos privilegiados, y señaladamente en los grandes, á la autoridad real; porque ella es un efecto necesario del despojo de los derechos de su clase. Privados de su antigua representacion, fué tan natural que se acercasen al trono, de donde solamente podian venirles honras y empleos que mantuviesen su esplendor, como que se alejasen del pueblo, el cual, sufriendo sus onerosos privilegios y no pudiendo ya hallar en esta clase proteccion alguna, debia necesariamente mirarla con aversion. Quinto, no nos detuvo el temor de que el Rey pudiese atraer estos privilegiados á su partido por medio de los cargos y empleos que rodean de cerca al trono, que ellos apetecen siempre y á que nunca sube el pueblo; porque este peligro cesaria cerrando, como será justo cerrar, la entrada en la cámara de dignidades á todo el que ocupare empleo en palacio y corte del Rey; con lo cual los demás, lejos de apoyar la ambicion del poder ejecutivo, serian continuos centinelas que observasen mas de cerca su conducta y la de sus ministros y agentes. Sexto, no nos detuvieron, en fin, los vicios de orgullo, corrupcion é ignorancia, que, con mas exageracion que justicia, se suelen achacar á la alta nobleza; porque cuando los grandes sean restituidos á su primera dignidad, la educacion de su juventud empezará á ser mas cuidadosa, y tanto mas encaminada á la sabiduria y á la virtud, cuanto solo estas dotes le podrán conciliar la consideracion del Monarca, el amor del pueblo y la confianza y el respeto de su clase. Tales fueron los fundamentos de nuestro dictámen, que consultado primera y segunda vez á la Junta, obtuvo por fin su aprobacion.

107. Otros dos puntos se habian tocado ocasionalmente, aunque no resuelto por la Comision: la *iniciativa* y la *sancion* de las leyes. El primero parecia mas llano, pues aunque la proposicion de las leyes sea un derecho inherente al poder legislativo, no se podia negar al ejecutivo sin grave inconveniente; porque teniendo á su cargo la ejecucion y observancia de las leyes establecidas, la direccion de los negocios públicos, la conservacion de la tranquilidad interna y la de la seguridad exterior, por lo mismo que no tiene autoridad para establecer, debe tener derecho para excitar la atencion y el celo del poder *estatuyente*. Este derecho es ajeno sin duda del carácter del cuerpo ó cámara privilegiada; pero suponiendo libre á todo ciudadano el derecho de representacion, y pudiendo cualquiera particular representacion servir de *iniciativa* á un decreto ó ley general, tampoco parecia inconveniente en que se diese á esta cámara el derecho de proponer; bien que esto pediria algunas modificaciones, para evitar el influjo que pudiera fundar en él.

108. En cuanto á la *sancion*, opinábamos que este derecho era esencial, no solo al Rey, sino á todo poder ejecutivo; lo primero, porque sin él no podría defenderse á sí mismo, su existencia vendria á ser precaria, y la constitucion en esta parte no tendria garantia; y lo segundo, porque ¿quién proveerá mejor la inconveniencia y los peligros de las nuevas leyes, y las consecuencias y dificultades de su ejecucion, que el que encargado de la administracion pública y de velar á todas horas sobre la conducta de los pueblos, debe conocer mejor su estado, sus opiniones y sus necesidades? Pero si el derecho de *sancion* debía ser absoluto ó limitado, no era tan fácil de decidir. La experiencia acredita, en la excelente constitucion inglesa, que el *veto* absoluto sirve á su defensa y no daña á su perfeccion, y la razon y la prudencia advierten que es muy difícil limitar este derecho sin destruirle. En un poder interino y precario, como un regente ó consejo de regencia, la limitacion parece justa y aun necesaria; en el Rey seria peligrosa. Estas razones determinaron nuestro ultimo dictámen, sancionado por la Junta Central en el real decreto de 29 de enero de este año.

109. Mientras la Comision continuaba sus trabajos, se examinaba en la Junta otra proposicion del vocal don Lorenzo Calvo de Rozas, sobre que se declarase la libertad de la imprenta. La Junta en materia tan grave quiso oír el dictámen del Consejo reunido, el cual fué contrario á la proposicion, y opinó por la observancia de las antiguas leyes, exceptuando solo el ministro don José Pablo Valiente, que formó voto particular en favor de la libertad. Bajó esta consulta á nuestra comision, la cual la pasó á exámen de la junta de Instruccion pública, que yo presidia. Tratóse el punto con mucha reflexion en varias de sus sesiones; leyó en ellas una elocuente Memoria, sosteniendo la libertad de la imprenta, el canónigo don José Isidoro Morales; pasóse á la decision, hubo alguna variedad en los dictámenes; pero la mayoría de los votos fué favorable á aquella libertad, y acordó que la Memoria de Morales se imprimiese y sirviese de respuesta á la consulta pedida por la *comision de Cortes*.

110. Así se hizo; y aunque no llegó el caso de que la Comision consultase su parecer á la Junta Suprema, porque á medida que se avanzaba el tiempo, crecian la prisa y muchedumbre de nuestras atenciones, es de mi deber indicar lo que sobre esta grave materia se habia conferido y pensado en nuestras sesiones. No habia entre nosotros quien no estuviese penetrado de la excelencia y necesidad de esta nueva ley, pero no tanto de su conveniencia momentánea. Desde luego opinábamos que la Junta Central no tenia bastante autoridad para establecerla, puesto que no representando á la nacion, sino al Soberano, no podia ni debia hacer otras leyes que las que fuesen necesarias para la defensa y seguridad nacional; mucho mas cuando, hallándose tan próxima la reunion de las Cortes, nuestro deber no podia ser estatuir, sino proponer, esta nueva ley. Que además no se podia decir necesaria, cuando la libertad de escribir sobre materias políticas, aunque sujeta á ciertas formalidades, existia de hecho, y cuando el Gobierno mismo habia, por decirlo así, provocado á los sábios para que lo hiciesen en todos los puntos de reforma y mejora pública. Fuera de que la instruccion que era de desear en el día para estas materias no es de aquellas que se adquieren de repente en obras y proyectos políticos, formados y leídos de prisa, sino una instruccion sólida, adquirida de antemano en el profundo estudio de la política, y madurada con serias meditaciones y perfeccionada con la atenta observacion de los bienes y males que vienen á otros pueblos de su constitucion política. Por último, opinábamos algunos que la libertad de la imprenta nunca seria mas útil ni menos peligrosa que cuando se estableciese para apoyo y defensa de una buena constitucion; y por consiguiente, que no debia preceder, sino acompañar, á la reforma de la nuestra, como uno de sus principales apoyos. Porque siendo tan peligroso el abuso como provechoso el buen uso de esta libertad, y siendo mayor aquel peligro en sus principios, cuando no solo la malicia, sino tambien la temeridad, la ligereza, la instruccion superficial y la ignorancia hacen que el primer uso de ella decline hácia la licencia y corra desenfrenadamente por ella, la sana razon y la sana política aconsejaban que no se anticipase este peligro en una época en que las asechanzas de los enemigos exteriores y de los agitadores y ambiciosos internos, fomentando el hervor de las pasiones, podian extraviar las opiniones y las ideas, y exaltar en demasía los sentimientos del público; y que por tanto no convenia aventurar tan grave providencia hasta que con madura y tranquila deliberacion se hubiese asegurado una buena y sabia reforma constitucional. Porque, al fin, la experiencia de los pasados y de nuestros días ha demostrado en otras naciones que semejante libertad solo puede existir y ser compatible con una buena constitucion, y que de cualquiera modo que una constitucion sea imperfecta y mala, sus mismos vicios la destruirán tantas veces cuantas se pretenda establecer.

111. No me hubiera detenido en este punto, que al fin no fué decidido por nosotros, sino porque exponiendo al público mi conducta y opiniones, no debia ocultarle la que tuve y tengo acerea de una materia en



que la Junta Central ha sido tan censurada. No lo fué á la verdad sin algun fundamento, aunque sí con mucha ligereza, por falta de conocimiento en los hechos que dieron ocasion á la censura. Creo por tanto de mi deber explicarlos con franqueza, sin que sea mi ánimo erigirme en apologista del error; porque si el hombre puede merecer indulgencia cuando cae en él por ignorancia ó flaqueza de su razon, jamás será disculpable cuando por interés ó por orgullo se obstina en defenderle.

112. No bien declaró la España su propósito de ser libre, cuando las plumas, animadas del entusiasmo general, se dieron á promover sus heroicos esfuerzos, presentando á los pueblos la esperanza de su futura dicha, provocándolos contra sus tiranos, y celebrando la ruina del despotismo y la aurora de nuestra libertad. Las juntas supremas, conociendo cuánto conducia esto á inflamar el espíritu público, protegieron en todas partes la libertad de escribir. Entre tanto Madrid, oprimido por sus tiranos, callaba, pero escribía tambien; y apenas la victoria de Bailén le libró de su yugo, cuando los distinguidos ingenios de la corte consagraron su pluma y talentos á la causa de la patria, no menos protegidos por la sabiduría del Consejo Real. La España entonces se inundó de escritos patrióticos; nunca tanto sudaron sus prensas; periódicos, memorias, proyectos de guerra, de economía y de política, declamaciones, canciones, himnos, sátiras, invectivas, todo se dirigía al sagrado objeto de la gloria y libertad nacional. Y aunque á estas producciones pasajeras aplicaba la crítica lo que siempre dijo de otras, *sunt bona, sunt mala quædam, sunt mediocria multa*; sin embargo, consideradas á la luz de su alto y dignó fin, eran un ilustre testimonio del ardiente amor de libertad, que viviera mal reprimido en los corazones españoles.

113. Apareció la Junta Central, y aquel hidalgo impulso seguía produciendo nuevos escritos patrióticos, en que tenia no poca parte la política, cuyas materias y opiniones se discutian ya con mas aceptacion y con tanta mayor libertad, cuanto mas las habia reprimido y perseguido el despotismo anterior. El conde de Floridablanca, á quien no puedo menos de citar aquí, por mas que respete su nombre y su memoria, miraba con desagrado y susto esta libertad, ó porque no se conformaba con sus antiguos principios, ó segun se inferia de sus discursos, porque teniendo clavados en su ánimo los males y horrores de la revolucion francesa, los atribuía al choque y desenfreno de las opiniones políticas, que no solo fueron permitidas, sino provocadas por aquel desalumbrado gobierno. Temía, por tanto, que la exaltacion misma del espíritu de nuestros pueblos pudiese exponerlos á que fuesen conducidos desde el amor á la libertad al extremo de la licencia. Deseoso pues de que en esta especie de escritos se guardase la debida moderacion, propuso y presentó á la Junta un proyecto de decreto, que habia formado á este fin. No fueron muchos los que desaprobaron esta idea, no reconociendo la necesidad, y mucho menos la conveniencia de semejante medida; pero la mayoría se inclinó en los mismos temores que el Presidente, y como

no se tratase de poner nuevos límites á la libertad de escribir, sino de contenerla en los que le estaban señalados por nuestras leyes, aprobó el proyecto, y conforme á él se expidió el decreto, cuya publicacion se hizo mas desagradable por la inoportuna *exposicion* de su preámbulo que por su *disposicion preceptiva*, reducida (á lo que creo, pues que no le tengo á la vista) á encargar al Consejo la observancia de las leyes del reino relativas á esta materia.

114. La Junta Central conoció luego este desagrado, y lejos de promover la ejecucion del decreto, no solo dejó correr cuanto se imprimia por todas partes, sino que por sus decretos de 22 de mayo y 15 de junio convidó á los cuerpos públicos y sábios de la nacion, para que dirigiesen al Gobierno sus pensamientos acerca de todos los puntos de reforma y mejoras que conviniese proponer á su primer congreso; sistema que no desmintió despues, si ya no fué en otro incidente desagradable, de que voy á hablar.

115. El periódico intitulado *Semanario patriótico*, fruto de aquel primer impulso, dictado por el mas puro patriotismo y escrito por una pluma elocuente y sabia, que habia sido suspendido por algun tiempo, con motivo de la ocupacion de Madrid, volvió á aparecer en Sevilla, no solo sin estorbo, sino con conocida proteccion del Gobierno Central. Las materias políticas, uno de sus esenciales objetos, eran tratadas en él con plena libertad. Tratarlas sin descubrir y atacar con calor los errores y excesos en que suelen caer los gobiernos y los gobernantes, no era fácil ni era de esperar. Tal cual central, ó celoso en demasía del decoro del cuerpo, ó aplicándose á sí mismo algunas de las descripciones hechas en el *Semanario*, empezó á quejarse de esta libertad, y á inspirar el temor de que pudiese despojar al Gobierno de la confianza del público. Esta queja, aunque no elevada á proposicion formal, lejos de ser acogida, fué contradicha y disipada por los que ni la creian justa ni merecedora de providencia. El papel continuaba en su tono, el resentimiento de sus desafectos crecia, y al fin, renovada la queja en una de aquellas sesiones de noche á que la mayor parte de los vocales no asistian, por hallarse ocupados en sus secciones ó comisiones, y en que tampoco me hallé yo presente, logró tanto apoyo, que se iba ya á tomar providencia conforme á ella. Detuvo este golpe la prudencia de don Martín de Garay, que viendo desatendidas las juiciosas reflexiones con que demostró la poca justicia de la queja, buscó un medio de acallarla, ofreciéndose á tratar privadamente con los redactores del *Semanario*, y encargarles que procurasen evitar lo que pudiese dar motivo á nuevo resentimiento y contradiccion. Tal fué el hecho, segun le entendí entonces de alguno de los que le presenciaron, y si se atiende á sus circunstancias y á la conocida inclinacion con que don Martín de Garay miraba y protegia así al papel como á sus redactores, el medio que propuso no pudo ser ni mas honesto ni mas prudente. Pero el amor propio es muy vidrioso; el de los redactores se resintió en demasía, y no contentos con suspender la continuacion de su papel, la anunciaron al público en una *nota*, escrita con dema-

siada ligereza, en que tuvieron mas consideracion al desahogo de su resentimiento que á la desfavorable impresion que podría hacer, y por desgracia hizo, contra el Gobierno. Yo he apreciado siempre los talentos y alabado el celo de los redactores, ellos lo saben; pero *in hoc non laudo*. Como quiera que sea, la gran mayoría de la Junta no desmintió sus principios, y continuó protegiendo la libertad de escribir, y si fuese preciso alegar de esto algun ejemplo ó prueba, me bastará citar al *Espectador sevillano*, escrito por uno de los que trabajaban para el *Semanario*, y que empezó á publicarse en 1.º de octubre, y al *Voto de la nacion*, que se anunció mas adelante, protegido y señaladamente fomentado por nuestra *comision de Cortes*.

116. Entre tanto el grande y vasto objeto de nuestros trabajos ofrecia á cada paso nuevas materias que tratar y nuevas cuestiones que decidir; pero el tiempo instaba, y fué preciso posponerlas, para volver toda la atencion á las que se referian á la convocacion de las Cortes. Cuántas y cuán graves fuesen estas, no es difícil de concebir. Número de representantes que debían componerlas, y su distribucion entre las provincias del reino; número, funciones y facultades de las juntas electorales; forma y orden gradual de las diferentes elecciones; calidades de los electores y eligendos; actas, poderes, instrucciones; en una palabra, cuanto abrazaba este esencialísimo objeto requeria un cuidado y tareas incesantes. En él se trabajó dia y noche, y la justicia requiere que no se defraude de la gran parte de gloria que cupo en su desempeño á nuestro digno compañero don Martin de Garay, encargado de los cálculos y pormenores, y de la redaccion de la instruccion general; ni tampoco al secretario don Manuel Abella, que habien-lo acreditado en todo el desempeño de su cargo sus luces y constante aplicacion, mostró en este negocio la mas extraordinaria é incansable actividad, y tanta, que sin su auxilio hubiera sido imposible que el último dia de diciembre se hallasen ya aprobados, impresos y preparados para su despacho, tan vario y prodigioso número de convocatorias y oficios de direccion como al rayar del 1.º de enero de este año partieron de Sevilla, llevados por correos ordinarios y extraordinarios á todas las provincias libres del reino.

117. No fué posible expedir al mismo tiempo las convocatorias á los privilegiados, como se habia pensado. La Comision, deseosa de seguir, en cuanto fuese posible, las formas antiguas, habia resuelto que los privilegiados fuesen convocados, como antes lo eran, por oficios individuales, y buscado á este fin por todas partes, y señaladamente en la secretaría de Estado, las plantillas de estos oficios, que debían acomodarse á sus diferentes dignidades, particularmente en el brazo eclesiástico. No se habia podido tampoco completar las listas de nombres y títulos de los grandes y prelados, y la expedicion de tantos y tan diferentes oficios era incompatible con la operacion simultánea de la convocatoria general. Considerando además que el plazo de dos meses, señalado en esta, y tan necesario para las elecciones graduales de los representantes del pueblo, no lo era para esta convocacion individual, la suspen-

dió hasta salir de aquel embarazo; pero cuidó de prevenirlo por una nota impresa al pié de los oficios de remision, dirigiéndolos, con las convocatorias generales, á todas las juntas provinciales, cuyo tenor es como sigue: «*Nota*. Se ha remitido igual convocatoria á las ciudades de voto en cortes, con el encabezamiento que á cada una corresponde y con arreglo á lo que previene la instruccion, y se remitirá igual á los representantes del brazo eclesiástico y de la nobleza.» Pero las juntas no cuidaron de hacer publicar esta circunstancia, lo que dió lugar á una equivocacion, de que quiera Dios que no se duela la patria algun dia. Falta fué tambien, no tanto de la Junta Central como de nuestra comision, no haberla anunciado al público por medio de la *Gaceta*; falta que recordamos y sentimos con mucho dolor, por mas que estemos confiados de que se nos pueda disimular este olvido, por la muchedumbre de cuidados y negocios que nos abrumaba, por la esperanza que teniamos de expedir los oficios dentro de pocos dias desde la Isla, por el tropel de ocurrencias imprevistas que interrumpieron y trastornaron despues, así las operaciones de la Junta como las de la Comision, y finalmente, por el encargo hecho á la Regencia, en el real decreto de 29 de enero, de hacer desde luego esta convocacion.

118. Ni eran estas nuestras solas tareas, porque la gravedad de las deliberaciones en que al mismo tiempo se ocupaba la Junta nos obligaba á asistir con frecuencia á sus sesiones, y aumentaba el peso y afan de las nuestras. A las inmensas pérdidas ocasionadas por la desgracia de Ocaña, se añadían los nuevos peligros á que estaba expuesta la patria, y la Junta, falta ya de recursos para cubrir tamaños objetos, hubo de ocurrir á los medios extraordinarios, de que antes se habia abstenido, por no agravar con ellos los males y daños inseparables de la guerra. Mientras la *comision ejecutiva* dirigia con los ministros este ramo, en las sesiones de la Junta se fueron sucesivamente proponiendo, examinando y acordando los arbitrios que para sostenerle parecieron mas oportunos, ó por no ser tan graves á los ciudadanos, ó porque recaian mas directamente sobre las personas pudientes, que debían contribuir mas, por lo mismo que gozaban mas y tenían mas que conservar. De estas discusiones resultaron los reales decretos de 6 de diciembre del año pasado, publicados por cédulas de 17 del mismo: primero, para aplicar á los gastos de la guerra todos los fondos de obras pías que no tuviesen destino á hospitales, casas de caridad ó establecimientos de educacion pública; segundo, para dar igual aplicacion á todos los fondos de encomiendas vacantes ó vacaturas en las órdenes militares; tercero, imponiendo el préstamo forzoso de la mitad de todo el oro y plata de los particulares, con la misma aplicacion. Resultaron tambien los decretos de 1.º de enero de este año sobre la rebaja gradual de sueldos, haciéndola subir con proporcion á su grandeza, y sin otra excepcion que la de los militares que defendían la patria; y para la contribucion extraordinaria de guerra, en que el gravamen subía en la misma proporecion que las fortunas, y el impuesto sobre los carruajes de lujo, etc. Estas providencias, con las



instrucciones necesarias para su ejecucion, fueron el fruto de los desvelos de un cuerpo que tantos hombres maliciosos ó ignorantes se complacen hoy en denigrar, sin tomarse el trabajo de comparar los esfuerzos que hizo, las dificultades que superó y las amarguras que sufrió por desempeñar dignamente sus funciones en las apuradas circunstancias en que le pusieron unas desgracias que sola la emulacion y la envidia le pueden imputar.

119. En medio de estos cuidados, nuestra comision, libre ya del que le habia dado la expedicion de las convocatorias, y auxiliada de las juntas subalternas, se ocupaba con grande ardor en arreglar la institucion y forma del próximo congreso, la solemnidad de su apertura, su ceremonial, el método de sus discusiones, la correspondencia de las dos cámaras entre sí, y la de las Cortes con el poder ejecutivo, y sobre todo, el plan de reforma y mejoras que la Junta pensaba someter al exámen y resolucion de la angusta representacion nacional. Pero una nueva discusion abierta en la Junta Central nos obligó á interrumpir otra vez tan importantes tareas, y nos arrastró á sus sesiones. El enemigo amagaba á atacar los puntos de Sierra-Morena, y la dispersion que habian sufrido nuestras tropas no ofrecia bastante seguridad para contenerle; con lo cual parecia que las Andalucías estaban ya abiertas á sus incursiones. El peligro era mas cierto que cercano; mas para el temor nunca está distante. Propiosose, pues, en la Junta la necesidad de trasladarse á la isla de Leon, y de la resolucion que se tomó entonces sobre este punto debo dar aquí mas cumplida razon, por lo mismo que fué mirada con tanto desagrado y tuvo tan desgraciadas consecuencias.

120. La experiencia de lo acaecido en la salida de Aranjuez habia hecho que la Junta acordase el sistema que debia seguir en el advenimiento de igual peligro. Cuando la dispersion de Medellin abrió al enemigo la entrada occidental de Andalucía, se empezó á hablar tambien en la Junta de nueva traslacion, y de aqui resultó que se esparciese la voz, no solo de que iba á salir de Sevilla, sino tambien que se trasladaba á la América. Entonces las personas de temple sereno, y que tenian mas confianza en los recursos de la nacion y mas cuidado del decoro y dignidad del Gobierno, obtuvieron que la Junta permaneciese inmóvil, y que para calmar la inquietud del público se expidiese y publicase el prudente decreto de 18 de abril del año pasado. En este decreto se declaró que «la Junta nunca mudaria su residencia, sino cuando el lugar de ella estuviere en peligro, ó alguna razon de pública utilidad lo exigiese; que entonces lo anunciaria anticipadamente al público, señalando el lugar de su traslacion; que este lugar seria elegido siempre por la mayor proporcion que ofreciese para atender á la defensa de la patria, y en fin, que jamás abandonaria el continente de España mientras hubiese en él un punto en que pudiese situarse para defenderle contra sus invasores» (27). Pero al mismo tiempo, y para evitar los inconvenientes que una pronta y forzosa traslacion pudiese acarrear, se puso en discusion una excelente memoria, presentada por el conde de la Estrella, que

abrazaba cuantas providencias de precaucion convenia tomar de antemano con este objeto; discusion que penetrado de su importancia, renové yo con tanta repeticion, que mas de una vez me atrajo la nota de importuno y cansado, porque á la distancia del peligro no era bien percibida la necesidad de su resolucion.

121. Fué, pues, consiguiente á todo esto, que no pocos resistiésemos la nueva propuesta de tan anticipada traslacion, así por no aumentar con ella el sobresalto en que estaba ya Sevilla por los progresos del enemigo, como porque la presencia de la Junta en la isla no podia ser necesaria hasta pasada la mitad de febrero. Hubiera convenido sin duda que se trasladase allí nuestra comision para trabajar con menos distracciones en los objetos de su cargo y en los preparativos del Congreso; pero sus vocales nos abstuvimos de hacer esta proposicion porque no se creyese que nos movia nuestra particular conveniencia. Opinamos, portanto, que convenia ir tomando las medidas necesarias para preparar la salida de la Junta, y anunciar al público la necesidad en que se hallaba de pasar á la Isla para arreglar la apertura de las Cortes; pero sin que se señalase dia, ni se anticipase la salida á la última necesidad de hacerla. Con todo, fueron mas los que ó temiendo ó penetrando mejor los peligros que nos rodeaban, acordaron el decreto de 13 de enero de este año, por el cual se anunció al público que la Junta debia hallarse reunida en la Isla para el 1.º de febrero, residiendo entre tanto en Sevilla el competente número de vocales para atender al despacho de los negocios, y se convino además que ningun vocal pudiese ausentarse antes del dia 20.

122. Ya se ve que la continuacion del despacho en Sevilla, acordada en el decreto, se entendia principalmente con la *comision ejecutiva*, puesto que pocos negocios de los reservados á la deliberacion de la Junta plena podian ya ocurrir ni ser urgentes en aquellos dias. Sin embargo, el Vice-presidente, el Secretario general y algunos otros resolvimos permanecer en Sevilla hasta el momento preciso, y aun pasado el 20, en que empezaron á salir los demás, continuamos nuestras sesiones por mañana y noche, dando vado á lo poco que pudo ocurrir. Los miembros de la *comision ejecutiva*, sin indicarnos el motivo de su instancia, nos insinuaron mas de una vez que podiamos partir tambien, mas no por eso abandonamos nuestro propósito, hasta que habiéndonos hecho entender, en la mañana del 23, que tenian acordada su salida para la madrugada siguiente, despues de permanecer en sesion hasta las once de la noche del mismo 23, resolvimos tambien nuestra partida, la cual, por haber preocupado los coches y carruajes los que se anticiparon á salir, hubimos de hacer mi compañero y yo por el rio, reuniendo en un barco nuestras familias y equipajes, salvo lo que por ser de mas bulto quedó en Sevilla, donde pereció la pobre nueva librería que yo habia podido juntar allí, y era lo mas precioso de los restos del mio.

123. Navegamos felizmente á Sanlúcar el 24, y el 25 pasamos al Puerto de Santa-María, donde ya nos sorprendió la noticia de los peligros y insultos que habian corrido y sufrido en su tránsito los compañeros

que salieran al mismo tiempo que nosotros, con la desgracia de la proporcion de viajar en coche. Habíanse dado mas priesa que ellos los emisarios de los sediciosos de Sevilla, y conmovido en tal manera al pueblo de Jerez, que puso en el último riesgo sus vidas. No bastaron al Presidente, arzobispo de Laodicea, y al Secretario general, don Pedro de Ribero, su condecoracion y sagrado carácter, ni al Vice-presidente, al digno y respetable conde de Altamira, la ilustre y constante lealtad de su conducta, para que no fuesen apellidados infieles y traidores, y para no oír y ver cerca de sí los aullidos y los puñales de la canalla amotinada, y mal reprimida por el ingrato y pérfido Mergelina, su corregidor. Corrieron igual peligro el honrado y ardiente patriota don Antonio Cornel, ministro de la tierra, y el vocal don Felix Ovalle, que acompañaba á Altamira. Salvólos á todos la proteccion del cielo, y llegando á la isla, lograron reunirse con los compañeros, que se habian dado mas priesa para establecerse allí.

124. Entre tanto se habian juntado á nosotros en el Puerto de Santa-Maria don Francisco Castanedo, don Sebastian de Jocano y el baron de Sabasona, que vinieran tambien por el río. A las nuevas de los atropellamientos de Jerez se añadian ya los anuncios del alboroto de Sevilla y resoluciones de su junta, que sin duda se anticiparon de propósito para prevenir en contra nuestra la opinion pública, y uno y otro nos obligó á reunirnos en conferencia sobre el partido que deberiamos tomar en tan estrecha situacion. En esta conferencia, despues de acordar que se escribiese á la Isla para tomar lengua y luz sobre la suerte de nuestros compañeros, que aun ignorábamos, tardamos poco en convenir en la única medida que podria evitar la anarquía y salvar la patria. Muy luego tuvimos noticia de que el Presidente y Vice-presidente se hallaban salvos y reunidos á los demás en la Isla, y á poco tiempo recibimos la orden de pasar allí, lo que verificamos sin la menor tardanza, dejan lo en el Puerto al marqués de Campo-Sagrado para enterar del estado de las cosas y conferir con el general Castaños, que pasando á Sevilla, era esperado allí.

125. Llegado que hubimos, se nos enteró de haberse llamado allí al mismo general, que antes fuera nombrado capitan general de Andalucia por la *comision ejecutiva*, y hallamos tambien que la idea de nombrar una regencia era casi unánime en los vocales de la Junta, así como la de los principales sujetos que convenia poner en ella. Desde entonces la Junta continuó sus sesiones ordinarias en la forma acostumbrada, y entró á deliberar sobre este objeto, sin perder de vista el de la reunion de las Cortes, ya convocadas, y al cual llamamos con grande instancia su atencion los que componiamos la comision encargada de su preparacion, no tanto por no malograr el fruto de nuestras tareas, como para que la Junta, ya que no pudiese coronar, no dejase imperfecta la mas grande y gloriosa operacion de su gobierno.

126. Era de ver en aquellos apurados momentos la magnánima tranquilidad con que los depositarios de una autoridad tan perseguida y de tantos peligros rodeada se ocupaban en deliberar sobre estos grandes

objetos. Mientras los emisarios de sus enemigos, despues de haber sembrado la zizaña de la revolucion en los pueblos del tránsito, se rebullian en Cádiz para excitar la tormenta que muy luego se levantó allí contra nosotros, nosotros, cerca de sus puertas, deliberábamos con sosiego sobre los medios de restablecer el orden, destruir la anarquía, asegurar el mando supremo y promover la defensa de la patria y la suya. Varios acuerdos fueron el resultado casi unánime de estas deliberaciones: que resignásemos el mando sin reservar ni pretender otra recompensa que la honrosa distincion del ministerio que habiamos ejercido; que se anunciase esta resolucion por un edicto que instruyese á la nacion en los motivos de ella; que se nombrase una regencia de cinco individuos, siendo uno de ellos por representacion de nuestras Indias; que ninguno de nosotros pudiese ser nombrado para este nuevo gobierno; que se formase para él un reglamento, y arreglase la fórmula del juramento que debian prestar sus individuos antes de instalarle; y en fin, que reuniendo los acuerdos hechos por la Junta, á propuesta de la *comision de Cortes*, acerca de la institucion y forma de las que estaban convocadas, y determinando los puntos propuestos y pendientes acerca de este grande objeto, se sancionasen préviamente por un decreto que los declarase y contuviese.

127. La redaccion del reglamento y decreto nos fué cometida á don Martin de Garay y á mí, que desde luego nos dedicamos á trabajar uno y otro. Presentado el primero, despues de sufrir varias considerables modificaciones, fué aprobado y sancionado por la Junta (28); y lo fué asimismo la fórmula del juramento que debian prestar los miembros de la Regencia á la entrada de su cargo, que tambien nos habia sido cometida.

128. En cuanto al decreto, habiamos procurado nosotros que no quedasen olvidados ni pendientes, ni abandonados al arbitrio de ninguna otra autoridad, los puntos cuya decision era indispensable, para no dejar aventuradas ni la reunion del primer congreso ni su buena organizacion. En consecuencia de esto, se estableció por el artículo 2.º que inmediatamente se expidiesen las convocatorias á los grandes y prelados del reino. En el 4.º y 5.º se determinó la forma en que se debian hacer las elecciones de los diputados suplentes, así por las provincias de América como por las de España sujetas al enemigo. Por el 9.º se mandó crear una *disputacion de Cortes*, para que subrogada á la comision de este título, continuase los trabajos que aquella habia promovido bajo la autoridad de la Junta Suprema, y además se señalaron á esta diputacion las funciones indicadas en los artículos 4.º, 5.º y 8.º Por el 11 se confirmó la existencia y ordenó la continuacion de las juntas auxiliares de la *comision de Cortes*, creadas por autoridad de la Junta Suprema, para que continuaran sus trabajos, y los pasasen á la *diputacion de Cortes*, y esta á la Regencia, y las proposiciones y proyectos formados por ellas se presentasen á su tiempo á las Cortes. Y finalmente, por los restantes artículos, desde el 12 al 25, se acordaron los demás puntos que decian relacion á la apertura, institucion y organizacion de las próximas cortes generales y ex-





espectáculo que en aquel momento ofrecían á sus ojos los que poco antes habian tenido en sus manos la suma de la soberana autoridad. Acosados por la calumnia, que no los dejaba de la mano, desdeñados de la ambicion, que habia cambiado su envidia en desprecio, y mal vistos del vulgo, á quien una y otra preocupaban y incitaban contra ellos, volvian los ojos á todas partes, sin hallar proteccion en ninguna. Muchos que antes gozaran de alto y opulento estado, se vieron reducidos á oscura y escasa suerte, y los demás, perdidos sus antiguos empleos y su mediana ó pequeña fortuna, y cerrados para ellos sus casas y pueblos de naturaleza ó domicilio, cayeron de repente en la indigencia, y se vieron forzados á buscar algun asilo en la caridad de sus amigos y parientes, abandonados, al parecer, de la patria, á quien tan fielmente habian servido.

3. Entre tantos desgraciados, era yo de los pocos á quienes parecia haber respetado la fortuna, pues que dejaba á mi eleccion dos recursos para vivir sin ser gravoso á nadie: uno permanecer al lado del Gobierno, sirviendo mi antigua plaza de consejero de Estado; otro volverme á Gijón, para gozar en paz del pequeño patrimonio de que habian vivido mis padres, y del cual, por su muerte y la de toda su numerosa familia, quedara yo poseedor. El primero de estos medios parecia el mas ventajoso y seguro; pero el horror que tantos escarmientos y desengaños me habian inspirado á la vida pública, la necesidad en que estaba de reparar mi salud y el deseo de descansar algun tiempo de tantas y tan mal premiadas fatigas me hicieron preferir el segundo, como mas conforme á la situacion de mi espíritu. Resolví, por tanto, solicitar mi retiro, y al punto lo puse por obra.

4. En la mañana del 1.º de febrero formé una representacion al supremo consejo de Regencia, en que le suplicaba se dignase concederme mi retiro, señalar para mi subsistencia el sueldo á que me juzgase acreedor, y que cuando esto no fuese de su agrado, al menos me concediese una licencia para pasar á mi casa á restablecer mi salud. Al mismo tiempo le exponia que para no ser del todo inutil en aquel retiro, estaba pronto á continuar, si fuese de su agrado, en las comisiones que en otro tiempo y por tantos años habia desempeñado en aquel país, y señaladamente en restablecer el real Instituto Asturiano, fundado por mí en la villa de Gijón; establecimiento utilísimo, que habiendo producido ya el mas copioso fruto de buena y escogida enseñanza, fué despues perseguido y casi arruinado, en odio de mi nombre, por mis poderosos enemigos. La Suprema Regencia, en vista de esta representacion, no condescendió en mi retiro, pero desliró benignamente al resto de mi súplica por una real órden, que me comunicó el marqués de las Hormazas con fecha del siguiente dia 2, cuyos honrosos términos debo contar entre las recompensas de mis servicios, como se verá en el Apéndice, al número xxi.

5. Obtenida esta licencia, volví la atencion á los medios de realizar mi deseo; pero al examinar el estado de mi pobre fortuna, hallé que toda ella se reducía á siete mil novecientos ochenta y cinco reales vellón, como doscientas onzas de plata en cubiertos y una escri-

ban'a, mis pequeñas veneras, un escaso surtido de ropas, un cajon de libros y papeles, y lo poco que podia hallar en mi casa, saqueada ya una vez por los franceses. ¡Ah, quién me diria entonces que otra vez estos bárbaros estaban apoderados de ella y del patrimonio en que libraba la esperanza de mi descanso! Nadie extrañe que me detenga á hablar de estas miserias. Si la relacion de ellas pareciere á alguno afertada ó indecorosa (que todo podria ser), sepa que tambien la pobreza ilustra cuando es honrada, y que despues de haber sufrido calumnias tan contrarias á mi carácter y de estar herido en la parte mas sensible del amor propio, no solo tengo derecho á defender mi constante desinterés, sino tambien á gloriarme de la estrechez á que me ha reducido.

6. De esta, que si no se quiere llamar virtud, es á lo menos la prenda mas noble del magistrado, creo haber dado testimonio en la ultima, así como en las primeras épocas de mi vida pública. Dije ya que aceptando el nombramiento para la Junta Central, rehusé el honorario que la de Asturias señaló á sus diputados, porque gozando un sueldo mas que suficiente para mi subsistencia y decoro, creí cosa indigna admitir otra recompensa por un servicio á que era tan acreedora mi patria (30). Tampoco admitimos secretario ni consultor de la diputacion mi compañero y yo, ni abono de gastos á cargo del Principado, como creo que hizo algun otro. Cuando despues se trató en Aranjuez de señalar sueldo á los centrales, fué mi dictámen que no pasase de mil doblones, pues aunque escaso, creia que el estado de la nacion pedia de nosotros los primeros ejemplos de moderacion y parsimonia; y para que ninguno entendiese que en este dictámen podia tener parte el goce de sueldo superior por mi plaza de consejero de Estado, saben mis compañeros que consentia, y así lo expuse, en que se redujese á los mismos sesenta mil reales. No entiendo por esto tachar de excesivo el que se acordó, pues tratándose entonces de vivir en un pueblo tan caro y de tanto lujo como Madrid, el decreto mismo del Gobierno exigia, si no grande esplendor, mucha decencia en sus miembros, y eran pocos los que podian sostenerla sin los auxilios de la nacion.

7. No daré como prueba de desinterés la renuncia del ministerio de Gracia y Justicia, que se me ofreció y era tan ventajoso en sueldo, porque otras razones me le harian desechar, aunque estuviere dotado con todo el Potosí. Tampoco daré como mías las pruebas de moderacion que dieron todos de no haberse mezclado á disponer por su mano de ninguna especie de fondos públicos, de no haber pedido gratificacion ni ayuda de costa por ningun servicio ni encargo particular, de no haber acordado excepcion alguna á su favor en los decretos de relaja de sueldos, préstamos y contribuciones, y en fin, de haber abdicado el mando, sin pretender sueldo ni recompensa, ni recibir siquiera la última mesada vencida, cuando los mas no tenian ya de qué vivir, sino de aquel residuo, y todos, inciertos de su suerte, se hallaban forzados á emprender algun viaje ó buscar algun nuevo establecimiento con sus familias. Pero si á tan pura conducta es comparable la de los



hombres indignos que manchan sus manos en la sustancia de los pueblos, díganlo, si pueden, de buena fe los que con tanta impudencia nos asimilaron á ellos.

8. Del apuro en que yo me hallaba para emprender mi larga navegacion me sacó uno de aquellos hombres que no se llaman héroes, porque no trastornan imperios, ni ganan batallas, ni acometen atrevidas y ambiciosas aventuras; pero que realmente lo son, por el constante ejercicio de las virtudes pacíficas de su estado; virtudes nunca mas sólidas ni mas difíciles que cuando ningun estímulo de vanidad las provoca, ninguna esperanza de recompensa ó gloria humana las anima, y nacen solo de los purísimos principios de religion, honor y benevolencia. Don Domingo García de la Fuente, agregado á mi familia desde que fui nombrado, en 1797, embajador á Rusia, donde él ya antes estuviera con don Miguel de Galvez; que me siguió y sirvió despues en mi breve ministerio, y que volvió conmigo á Gijón sin ventaja alguna, se hallaba en mi compañía cuando la garra del despotismo me arrastró desde mi casa á la cartuja de Malloreu. Entonces, resuelto á acompañarme tambien en mi desgracia, no solo me siguió espontáneamente en tan incierto y largo destierro, sino que me acompañó y consoló continuamente en la profunda soledad de aquel monasterio. Arrancado de allí y trasladado al castillo de Bellver, se encerró y sepultó conmigo entre sus cerrojos, cuñó de mis intereses, me asistió en mis dolencias, toleró con resignacion las suyas, que fueron graves, y sufrió conmigo y por mí los mas insolentes y duros tratamientos, siempre con rostro sereno y con la caridad y fidelidad mas tierna. Hallábase todavia conmigo al disolverse la Junta Suprema, aunque con la plaza de primer portero de su secretaria general, y con justa esperanza de conservarla en la de la Regencia; pero no bien me vió resuelto á volver á Astúrias, cuando renunciando toda esperanza, determinó seguirme. No pude yo consentir en este nuevo y generoso sacrificio, ni él ceder sin muchas lágrimas á una separacion que era para entrambos tan dolorosa; pero tampoco consintió que en la estrecha situacion en que me hallaba buscase yo en otro el auxilio que él podia darme, y desde luego ofreciéndome doce mil reales, que era acaso toda la fortuna que habia podido juntar en trece años de buenos servicios, me hizo las mas vivas instancias para que los aceptase. Penetrado de la sinceridad de su oferta, cedí á ella, dándole las seguridades que permitian las circunstancias, y que tal vez mi desgracia y la suya habrán frustrado. Ni esto le bastó; sabiendo despues mi detencion aquí y el desamparo á que me reducía la ocupacion de Astúrias, voló á estar á mi lado, y hoy este mi honrado acreedor me sirve con la misma constancia y lealtad que si estuviese animado de las mas altas esperanzas. Lectores, no culpeis esta digresion, dictada por el agradecimiento y consagrada á la virtud, y pues que ya no puedo recompensar de otro modo la de este hombre de bien, no lleveis á mal que la haya expuesto y recomendado á vuestro aprecio, para que en él encuentre un premio tan digno de ella como de vosotros!

9. Con la noticia de que la fragata de su majestad *Cornelia* iba á partir en busca del venerable obispo de

Orense, resolví, con mi inseparable compañero y amigo Campo-Sagrado, solicitar nuestro pasaje en ella hasta Galicia, para tomar desde allí por tierra á nuestras casas de Astúrias, y obtenido que hubimos el permiso, nos trasladamos á aquel buque con nuestras familias y equipajes. El mio, junto con el de don José Acevedo Villarroel, oficial de la secretaria del consejo de Indias, que pasando con licencia á su casa, quiso, por su honradez y antiguo afecto á mi persona, asistirme en el viaje, era tan corto, que se reducía á tres cofres y un cajon de libros y papeles, con nuestras camas y la de dos solos criados. El de mi amigo era mayor, porque le acompañaban la Marquesa, su esposa; el teniente de navío don Juan Valdés, su hermano político; el capitán de infanteria don Ramon de Valdés, su tío y ayudante; el presbítero don Antonio García Arango, su capellan; un cirujano, una doncella, un ayuda de cámara con su mujer, y dos ó tres criados. Pero al montar en la fragata, hallamos embarcados tambien en ella á los vocales de la Junta Central don Francisco Castanedo y don Lorenzo Bonifaz, con sus capellanes; al conde de Gimonde y don Sebastian de Jocano, con sus criados; al vizeconde de Quintanilla, con su esposa, su cuñada, tres hijas, dos hijos, dos sobrinos y la correspondiente familia, y á don José García de la Torre, con su esposa, suegros, cuñada, hermana, hija, y con los equipajes de todos estos; circunstancias que he querido referir prolijamente, porque luego se verá cuánto conduce su conocimiento al progreso de nuestra triste historia.

10. Poco tiempo fué menester para que yo conociese, en el desden con que éramos tratados y en las atravesadas y desatentas miradas de la chusma de la fragata, el terrible efecto que las calumnias sembradas contra nosotros habian producido y hacian fermentar en ella; y como los que iban y venian de tierra nos asegurasen de los infames rumores que se esparcian en Cádiz, y en que éramos todos indistinta y confusamente envueltos, no hubo entre nosotros quien no se llenase de indignacion contra tamaña injusticia. Pero llegando á su colmo la de mi compañero y mia, y no pudiendo ya tolerarla, resolvimos salir al frente, y hacer á sus autores un público desafio, para que si alguno tuviese algo que producir contra nuestra conducta particular soítase su embozo, y se presentase á haberlas cara á cara con nosotros. Dirigimos este cartel al redactor del *Diario de Cádiz*, para que le publicase en su periódico, y á fin de que no se le pusiese embarazo pasamos oficio al general Venegas, gobernador de aquella plaza, rogándole que protegiese esta publicacion. El Gobernador y el diarista dieron cuenta de estos oficios á la junta superior de Cádiz; pero esta junta, de quien esperábamos, y que nos debia, alguna proteccion, ó tímida ó preocupada, rehusó la publicacion. Si con razon ó sin ella, lo juzgará el lector por los documentos de este incidente. *Noris voluisse sat est.* (Véase el Apéndice, número xxii.)

11. Ya entonces empezaba el susurro de ciertos pasos dados por la misma junta de Cádiz, y de cierta consulta hecha por el Consejo reunido contra los centrales, pero sin que pudiésemos traslucir el origen y objeto de estos movimientos. Impaciente yo de cono-

cerle, resolví pasar á Cádiz, mas no lo consintieron mis compañeros, temerosos de que me expusiese á algun insulto, ó por lo menos á un desaire, porque corría también la voz de que estábamos arrestados en la fragata, y su demora en bahía, cuando no le faltaba el viento y se hallaba con tan urgente comision, parecia confirmarla. Grecia con esto nuestra impaciencia, y no pudiendo sufrir tanta injusticia y detencion, como supiésemos que estaba tambien en bahía y pronto á dar la vela para Astúrias el bergantin *Nuestra Señora de Covadonga*, resolvimos mi compañero y yo aprovechar la buena ocasion de navegar directamente en él. Dimos cuenta de este designio al consejo de Regencia, por si en ello habia algun embarazo; aprobó nuestra resolucion, y con esto nos trasbordamos al bergantin, dejando encargada á personas de nuestra confianza la averiguacion y el aviso de los manejos que se urdian contra nosotros, y cuyo presentimiento nos hacia partir con mas enojo que enidado.

12. Llegó con esto el 26 de febrero, y á las seis de la tarde, soplando el viento oeste sudoeste, dimos la vela de la bahía. Del 1.º al 2 de marzo doblamos el cabo de San Vicente. Del 3 al 4, arreciando el viento de travesía y engrusando la mar, seguimos navegando nuestro rumbo, pero con gran enidado y no ya sin recelo. Del 4 al 5 el temporal se hizo terrible y tormentoso, con vientos del sudoeste al noroeste, la mar por los cielos, y grandes y frecuentes chubascadas, que fueron siempre á mas en toda la noche del 5, y en el fin de esta, cuando nos estimábamos á diez leguas fuera del cabo de Finisterre, la mar y el viento nos habian arrojado sobre la isla de Ons, contra cuyas rocas iba ya á estrellarse el buque, cuando al rayar del día 6 la luz y la proteccion del cielo salvaron nuestras vidas, dándonos el tiempo preciso para zafarnos con una virada oportuna; con lo cual, doblando el cabo de Corruvedo, pudimos tomar abrigo en esta hermosa y segura ria de Muros.

13. Pero nuestra suerte nos condenaba todavia á seguir de peligro en peligro y de una en otra desgracia. No bien habiamos anclado, cuando los individuos de la sanidad que vinieron á reconocernos nos dieron la triste noticia de que nuestro pais estaba otra vez ocupado por los franceses. El cielo se nos vino encima, pues cuando el deseo de algun descanso nos empeñaba en tantos trabajos y peligros, vimos de repente cerrado para nosotros el único asilo en que podiamos encontrarle. Igual á nuestra pena fué nuestra admiracion. Astúrias, aunque privada de la mayor y mejor parte de las fuerzas que levantara para su defensa, por haber consagrado á la patria once mil soldados escogidos, que envió al mando del general Ballesteros, y que se han llenado de gloria en el ejército de la izquierda, tenia todavia recursos y vigor suficientes para conservar su libertad, y la hubiera conservado, si la disolucion del enérgico gobierno que antes los buscaba y aplicaba, no los hubiese inutilizado, y si los comisarios que envió el Gobierno Central á redimir aquella infeliz provincia no se hubiesen ocupado mas en instruir expedientes que en formar soldados y llevarlos á la defensa del pais confiado á su mando.

14. La aegida que mi compañero y yo hallamos en la villa de Muros no pudo ser mas favorable á nuestra triste situacion ni mas digna de nuestro reconocimiento. El furioso temporal de la noche anterior, dando á conocer á sus naturales el riesgo que habiamos corrido, los hizo mirarnos como á verdaderos náufragos, y excitó su humanidad en favor nuestro. Regidores, canónigos, empleados públicos, comerciantes y hasta los últimos del pueblo nos consolaron con su compasion y honraron con muestras del mayor aprecio. Pero se distinguieron entre todos la viuda é hijos *Scndon*, del comercio de esta villa, no solamente franqueando para nuestra habitacion la mejor de sus casas, y trasladándose á vivir en otra menos cómoda, sino tambien prestándonos cuantos oficios y obsequios caben en la hospitalidad y la cortesania; bondad que crece, así como nuestra gratitud, al paso que, con nuestra detencion, se prolonga su incomodidad.

15. Despues de celebrar una solemne accion de gracias al Altísimo por nuestro salvamento en la colegiata de esta villa, cuyo distinguido cabildo nos acreditó tambien su generosidad, y pasados algunos dias, recibimos la agradable noticia de que las tropas de Astúrias, conducidas por los generales del pais, habian atacado al enemigo y arrojádole hasta el Sella, contándose ya al general Bonet al otro lado de sus fronteras. Llenos, pues, de alegría y confianza, é impacientes de rever nuestros hogares, determinamos reenlarnos en el mismo bergantin, detenido aun en la ria por falta de viento. Habiamonos ya despedido de nuestros favorecedores; estaba embarcado nuestro equipaje, el buque, levada el ancla, navegaba para ponerse en franquía, é ibamos á tomar un bote para pasar á él, cuando vimos que cambiado el viento, viraba otra vez sobre el puerto. Pero habia virado tambien la fortuna; porque á poco tiempo llegó el correo con la triste nueva de que los franceses, ataeando á los nuestros sobre Cangas de Onis, los habian rechazado y dispersado, volviendo á apoderarse de Gijón, Avilés y Oviedo, y á adelantarse hasta la derecha del Nalon. Con esto nuestras dulces ilusiones se volvieron en humo, y desde entonces continuamos en nuestra primera incierta situacion, puestos siempre entre la esperanza y el desaliento; situacion que nos fuera mas llevadera, si nuevas contradicciones y disgustos no hubiesen turbado la paz y el consuelo que hallamos en la agradable compañía de estos honrados muradanos.

16. No fué el menor de nuestros disgustos el que voy á referir á mis lectores, para que admiren hasta qué punto la suerte, conjurada contra nosotros, nos exponia á la injusticia y al desprecio de las mismas autoridades que nos debian proteger. Arrojados á este puerto, donde solo nos pudo detener la triste noticia que en él hallamos, ni nos fueron pedidos ni nos ocurrió presentar nuestros pasaportes, ni á la verdad era necesaria esta formalidad, cuando nuestros nombres y los de nuestras familias, así como el punto de nuestra direccion, constaban del rol, que fué reconocido por los individuos de la sanidad y por el comandante de marina del puerto, y cuando así mi compañero como yo éramos tan conocidos en este reino.



Además, en el día siguiente á nuestra arribada, dimos cuenta de ella y del motivo de nuestra detencion al Capitan General, rogándole que se sirviese comunicarnos las noticias que tuviese del estado de nuestro país y poniéndonos bajo de su proteccion. En el mismo día 7, enterados de no haber llegado á Galicia la fragata la *Cornelia*, ni noticia de oficio de la ereccion del consejo de Regencia, escribimos al venerable obispo de Orense, comunicándosela, con remision de los impresos que la acreditaban, y dirigimos tambien este pliego abierto al Capitan General, para que despues de enterarse de su contenido, se sirviese encaminarle á su destino. Por último, en carta confidencial al mismo general le dimos noticia de los últimos sucesos de la isla, y no sé por qué especie de presentimiento le habíamos de los pasaportes que traíamos de la Regencia; á cuyos oficios todos recibimos puntual contestacion. De forma que por este medio se hizo pública y generalmente conocida en este reino nuestra arribada, la ocasion de ella y la de nuestra detencion en Muros.

17. A pesar de esto, y á pocos dias de estar aquí, oímos ya cierto rum rum de que la junta superior de la Coruña meditaba no sé qué providencias contra nosotros; y aun se decía que un comandante de aquel resguardo, venido de allí, habia anunciado que se enviaria una comision á este efecto. La especie nos pareció tan inverosímil, que la tuvimos por una hablilla del vulgo; mas luego conocimos que no era del todo infundada. La moda de perseguir y insultar á los centrales habia sucedido á la de calumniarlos, y cundiéndose por todas partes, habia montado ya el cabo de Finisterre y prendido en la junta de Galicia, donde no faltó quien quisiese lucirlo con ella, estrenándola en nosotros. Es justo pues que sepa el público el efecto y las providencias que produjo aquí; porque nunca importa tanto instruirle en los excesos de las autoridades que le gobiernan, como cuando ha llegado el tiempo de que tengan un término, y de que los ciudadanos injuriados y perseguidos esperen mas de su proteccion que temen de sus violencias.

18. Pasaran ya tres semanas desde nuestra llegada, y en el 25 de marzo, á cosa del mediodía, volviendo nosotros de la iglesia colegial, donde, convidados por el ayuntamiento, habiamos concurrido á la misa y procesion de rogativa pública, con que se imploraba la asistencia del Altísimo en favor de nuestras armas, se apareció en nuestra casa el coronel don Juan Felipe Osorio, acompañado de un hombre, que luego supimos era escribano real. Habian entrado de secreto la noche anterior en esta villa, acompañados de un asesor y con escolta de tropa, sin que traspirase el motivo de su venida ni nosotros supiésemos de ella. Despues de los ordinarios cumplidos, y de pedir nuestros nombres, manifestó el coronel que tenia que tratar conmigo solo. No me pareció poco extraña esta entrada; pero retirándose Campo-Sagrado, creció mi extrañeza al oírle que venia con comision de la junta provincial de Santiago, emanada de la superior de la Coruña, para saber si teniamos pasaportes y recogerlos. No le escondí cuánto me sorprendia esta providencia, ni las razones de mi sor-

presa; pero le respondí que teniamos pasaportes de la Suprema Regencia del reino, y que pues cualquiera que fuese el objeto de su venida, debia bastarle reconocerlos, sin pasar á recogerlos, estaba pronto á presentar el mio, y no dudaba que mi compañero lo estaria tambien respecto del suyo. Pero insistió en que su comision le obligaba á recoger uno y otro, y siendo vanas mis reflexiones y protestas acerca de esto, hué de ceder, por no estrellarme con una autoridad que empezaba teniendo en tan poco nuestro carácter y circunstancias. Entró mi compañero, enteróse de lo ocurrido, aprobó mi resolucion y mis protestas; entregamos al coronel nuestros pasaportes, exigiendo testimonio de ellos, que nos ofreció, y con esto dábamos ya por concluido tan desagradable negocio.

19. No era así, por cierto, pues acabado el primer paso, y siendo ya las dos de la tarde, manifestó Osorio que tenia que hacer otra diligencia, y nos pidió hora para volver. Significámosle que pues habia empezado, no se detuviese en concluir su comision, para librarnos de una vez del cuidado en que nos ponía su misterioso proceder; pero insistió en suspender la diligencia hasta la tarde y pedirnos hora. Dimosela... despidióse; le convidamos á comer, no aceptó y se fué; debiendo yo confesar, en honor de este caballero, que en toda esta fastidiosa escena se portó con mucha moderacion y cortesania; y que si faltó, entrándose sin prévio anuncio en nuestra casa á ejecutar actos de justicia contra lo que exigen las reglas de policia y la urbanidad, este defecto, mas bien que suyo, pudo ser de sus comitentes.

20. Volvió pues Osorio á la hora señalada, y ya entonces nos manifestó abiertamente que su comision se extendia á *reconocer y recoger nuestros papeles*. Allí fué cuando nuestra indignacion llegó á su colmo, y mas particularmente la mia, que habiendo sentido una vez la mano feroz del despotismo ejecutando sobre mí igual atropellamiento, ni me quedó humor para sufrirle otra, ni creia que llena ya la medida de horror con que la nacion miraba estas violencias, pudiese ningun ciudadano estar expuesto á ellas. Hicelo así presente al comisionado con un calor y vehemencia que le hacian enmudecer; pero militar y ejecutor, insistia en serle forzoso cumplir las órdenes de sus jefes. La contienda duraba; pero lo que á nosotros sobraba de razon, sobraba al comisionado de fuerza para vencer en ella. En tal estrechura, no teniendo nada que temer del escrutinio de nuestros papeles, nos allanamos á que los reconociese, y si copia de alguno desease, la tomase tambien; pero al mismo tiempo le declaramos con la mas decidida resolucion que no los queriamos entregar, y que pues solo la viva fuerza armada podría arrancárnoslos, obrase como le pareciese. A vista de esto, no se atrevió á insistir, y tomándose tiempo para consultar á sus comitentes, se retiró, aprovechando nosotros esta tregua para dirigir nuestra queja al Capitan General, dar cuenta de lo ocurrido al venerable obispo de Orense y representarlo á la Suprema Regencia (31), aunque siempre temerosos de que los instigadores de la junta de la Coruña se obstinasen en consumir nuestro atropellamiento.

21. Por dicha no sucedió así. En la junta superior de Galicia habia muchas personas de noble y distinguido carácter, que conocida la sorpresa, se apresuraron á repararla; y los instigadores, tan tímidos en la defensa como fueron arrojados en el ataque, no se atrevieron á continuar la lucha con unos contrarios que tenían do valor y justicia todo lo que les faltaba de fuerza y protección. La Junta, por tanto, dió por concluida la comisión de Osorio; pero aprobó su conducta, le dió gracias por su buen desempeño, y acordada la restitución de nuestros pasaportes, le mandó retirarse con algunas prevenciones, mas bien dirigidas á justificar su error que á satisfacer nuestro agravio.

22. Y gracias á Dios que esto no creció hasta donde quiso extenderle la Junta, como supimos despues por el tenor de su comision, la cual, segun un oficio dirigido por Osorio al General, con fecha del 26 siguiente, era «para el exámen y averiguacion de los pasaportes de los excelentísimos señores don Gaspar de Jovellanos y marqués de Campo-Sagrado; destino con seguridad de sus personas, no estando revestidos de ellos; aprension de estos, y de los papeles que les hubiesen acompañado desde Cádiz, etc.» Infiérase pues cuál pudo ser el espíritu que dictó esta providencia y á cuánta ignorancia nos tuvo expuestos. Que viniésemos sin pasaportes no fuera extraño, porque dirigiéndonos por mar á nuestro país y siendo nuestras circunstancias tan conocidas, pudiéramos muy bien tener por ociosa esta formalidad, y de mí aseguro que si no hubiese visto á otros pedir sus pasaportes, no me ocurriera pedir el mio por la primera vez de mi vida. ¿Cuál pues fuera entonces nuestra suerte, cuando en esta villa no hay otro lugar seguro que una ruin cárcel y un llamado castillo, con dos cobachas, que ni merecen el nombre de calabozos? ¿Y para qué se buscara seguridad con nosotros en un punto de donde no podíamos salir sino gateando por las ásperas montañas que le rodean? Y qué fuera de nosotros si cayendo esta comision en persona menos prudente y advertida que el coronel Osorio, se hubiese procedido á arrancarnos á viva fuerza nuestros papeles, privándonos de este fruto de nuestras tareas, que luego verá la luz pública para desagravio nuestro y confusion de nuestros perseguidores?

23. Acaso la Suprema Regencia no penetró la extension de esta violencia, pues que reprobando la conducta de la Junta y su comisionado, por real orden de 27 de abril, nada proveyó sobre nuestro desagravio. Siendo pues necesario esperarle del público, cerraré este artículo haciendo honor á la parte sana de la junta superior de este reino; pero á los que la sorprendieron, y no esperarán tal obsequio, las siguientes preguntas: Primera, ¿cómo pudieron dudar que tuviésemos pasaportes, cuando lo sabia el Capitan General, presidente de la Junta? Segunda, si dudaban de nuestra asercion, ¿por qué no encargaron á la justicia de Muros que los reconociese, ó si tanto no les bastaba, que los recogiese y enviase á la Coruña? Tercera, si desconfiaban de esta justicia, y querian valerse de otra mano, ¿qué razon tuvieron para encargar tan sencilla diligencia á una comision militar, escoltada de tropa, asistida de asesor y escribano, y revestida de un aparato que la

hacia tan escandalosa en el público como injuriosa á nosotros? Cuarta, cuando por algun accidente nos faltasen los pasaportes, siendo nosotros y nuestro estado y carácter tan conocidos en este reino, ¿qué objeto de policia ni de justicia pudo sugerir la idea de nuestro arresto? Quinta, ¿cuál era la competencia de la Junta para proceder á actos tan violentos contra un consejero de Estado y un teniente general, que arrojados por la tormenta á estas playas, se hallaban aquí de tránsito para otra provincia, no habían quebrantado ninguna ley ni reglamento municipal de esta, ni contra ellos existia acusacion, queja ni motivo particular de sospecha ó desconfianza? Sexta, conocido que fué el error de la primera providencia, ¿por qué, en vez de repararle con otra que conciliase el decoro de la autoridad pública con el nuestro, trataron de sostenerle y darle con pretextos, que sin disculpar el exceso, dejaban mas descubierto el agravio? Séptima, ¿por qué, en fin, los que nos expusieron á tanto sonrojo y humillacion no recordaron la coplilla de aquel antiguo romance castellano que dice

Que non es de homes honrados  
Nin de infanzones de pro  
Facer denuesto a un fidalgo  
Que es tenuto en mas que vos?

24. Pero ¡ah! que en la larga carrera de nuestras desgracias quedaban todavía otras injusticias que admirar y otras amarguras que tragar y sufrir. Acababa de abrirse la comision de Osorio, cuando por carta de uno de nuestros compañeros que dejamos á bordo de la *Cornelia*, supimos que arribando al Ferrol, no bien tomaron tierra en el Seijo, cuando hallaron sobre sí una comision militar, enviada por la junta de la Coruña para detenerlos. Cuál fuese el objeto de esta providencia no se sabe, aunque puede inferirse por la analogia y combinacion de los sucesos contemporáneos. Lo cierto es, que el gobernador del Ferrol, so pretexto de seguridad, trasladó al castillo de San Felipe á los canónigos don Francisco Castanedo y don Lorenzo Bonifaz, al conde de Gimonde, al vizconde de Quintanilla y á don Sebastian de Jocano, todos individuos que fueran de la Junta Central. Dirigieron estos sus quejas á la de Galicia, la cual acordó luego su libertad, bien que sin otra satisfaccion que la de dorar su providencia con el título de medida de policia. Pero la misma carta nos instrua de otro insulto mas atroz que habia sido hecho á los mismos sugetos en la bahía de Cádiz con el registro de sus equipajes, de que hablaré luego. Estas noticias, al mismo tiempo que agravaron nuestra afliccion, nos dieron mas clara idea de la indigna guerra declarada á nuestros nombres, y trayendo á nuestra memoria la insurreccion que habia precedido en Sevilla, los movimientós de la intrusa y efimera autoridad que se vió nacer de ella, y las medidas tomadas allí y en Cádiz contra los que habiamos compuesto la Junta Central; y combinándolo todo con la vacilacion y tardanza de la junta superior de este reino en reconocer la Regencia, y con los atentados de Muros y Ferrol, nos hizo admirar y sentir la gran distancia á que se extendiera el influjo maligno que ocasionaba tantos escándalos, y con cuánta rabia difundia su veneno por todos los ángulos de España.



25. Siendo pues nuestra situación demasiado amarga y critica, y los insultos que sufríamos demasiado grandes y peligrosos para que guardásemos por mas tiempo el silencio, resolvimos elevar nuestras quejas al supremo consejo de Regencia, y lo hicimos en una larga representación de 29 de marzo, que se hallará en el Apéndice, en la cual, si nos es muy sensible haber hablado con alguna inexactitud de la conducta de la junta de Cádiz y del Consejo reunido, nos lo es mucho mas no haber tenido á la vista la consulta de este, y los oficios que la movieron, para que la impugnacion de los solismas ó injurias de sus autores no fuese entonces tan incompleta ni ahora tan tardía (32).

26. Mas ahora, que tengo en mis manos copia de los documentos relativos al expediente del Consejo y al que produjo el escandaloso registro de los equipajes hecho en Cádiz; ahora, que su presencia y lectura renuevan en mi alma el dolor que me obligó á tomar la pluma para escribir esta *Memoria*, voy á cerrarla con la exposicion de la última injuria que nos estaba reservada. Y digo que *nos estaba*, porque en el registro de los equipajes, hecho en la fragata *Cornelia*, hubiéramos sido comprendidos mi honrado compañero y yo, si la casualidad de nuestro trasbordo al bergantín *Co vadonga* no nos hubiese librado del bochorno y vergonzosa humillacion que los demás sufrieron, y al cual no sé si hubiéramos podido sobrevivir.

27. Apenas se instaló la nueva regencia, cuando sus dignos individuos, en medio de los grandes cuidados y peligros que los rodeaban, oyeron con susto las murmuraciones que se difundian por Cádiz contra los miembros del Gobierno Central. El espíritu que habia dado impulso á la insurreccion de Sevilla andaba ya soplando allí, *plenis buccis*, el mismo fuego, pues que no contento con destinar algunos de sus agentes á perseguirlos en su tránsito á la isla, habia adelantado otros, para que difundiesen en Cádiz las calumnias promulgadas en Sevilla y los fumosos acuerdos de su junta; porque su objeto, no solo era la disolucion del gobierno legitimo, sino tambien confirmar la intrusa y flaca autoridad que le habia sustituido. Entre otras voceadas que estos emisarios esparcian, era una, que los centrales, cargados de las riquezas que habian robado al público, se iban á escapar con su presa, y esta especiotá logró tanta acogida, que se tiene por cosa indudable que los diputados enviados por la junta de Cádiz para tratar con el nuevo gobierno hicieron mérito de ella para proponer la necesidad de tomar alguna providencia con nosotros, á cuyo fin habia ya dispuesto que no se nos permitiese partir de la bahía.

28. La Suprema Regencia, por uno de aquellos ímpetus del celo, que impaciente de hacer el bien, no se detiene en la calidad de los medios con que le busca, acordó desde luego que se hiciese un registro general de los equipajes de todos los que fueron miembros de la Junta Central. La real órden que el marqués de las Hormazas pasó á este fin, y fué extractada en otra que pasó despues al Consejo, era de este tenor: «Que habiendo llegado á noticia de su majestad que en el público, cuyo odio á la Junta Central se habia manifestado abiertamente, se decia que los individuos de ella

conducian en sus baules gruesas cantidades de dinero y alhajas de valor, prevenia á la superior de gobierno de Cádiz que de acuerdo con el comandante general de la escuadra, hiciese un registro de los equipajes de todos, para tomar, en consecuencia del resultado de esta diligencia, las providencias que fuesen justas.»

29. La junta de Cádiz, meditando con mas frescura y madurez sobre el contenido de esta órden, vaciló en el partido que debia tomar, y penetrando ya la injusticia y dureza de semejante medida, se detuvo en su ejecucion. Pero la Regencia, ansiosa de ella, instó de nuevo á la Junta, aunque ya mas considerada, ciñó su órden á que, *si habia algunos de los individuos de la Central sobre quienes determinadamente recayese la sospecha del pueblo, manifestase quiénes eran, para detenerlos*, y en caso contrario, dejaran marchar á todos.

30. Contestó entonces la junta de Cádiz, y en un oficio de 14 de febrero, en que tocó con destreza todos los inconvenientes que ofrecia la medida acordada por la Regencia, y procuró justificar con mucho arte las que habia empezado á tomar y deseaba cumplir, esquivó el encargo, y volvió sobre el Gobierno toda la odiosidad de la ejecucion.

31. Perpleja la Suprema Regencia, y comprometida ya en este negocio, resolvió asesorarse con el Consejo reunido, y en oficio que el marqués de las Hormazas pasó á su decano, con fecha del 15, con remision de los antecedentes, encargó al Consejo que con presencia de todo, consultase á su majestad «si los individuos *todos* de la Junta Central debian ser detenidos, ó *algunos* determinadamente, designando los que hubiesen de ser; si convenia ó no permitirles que pasasen á sus respectivas provincias, y finalmente, qué determinacion habria de tomarse con ellos, en el supuesto de que ya estaban arrestados don Lorenzo Calvo y el conde de Tilly, contra quienes su majestad tuvo motivos justos para dictar esta providencia (33).»

32. Entonces fué cuando el Consejo reunido destacó la horrenda consulta del 19 de febrero, sobre la cual, por haber discurrido tan á la larga en la primera parte, solo queda que tratar ahora del dictámen en que concluyó.

33. Con fecha del 16, el Consejo pasó el expediente á los fiscales, cuya respuesta daria materia á muchas justas reflexiones, si su texto, que se podrá leer en el Apéndice, y lo dicho en la primera parte sobre la consulta, no las hiciesen excusadas. Pero deben advertir en ella mis lectores la prudencia con que los fiscales procuraron, aunque en vano, inspirar al Consejo la única medida que podia convenir, para conciliar nuestro honor con las circunstancias en que se hallaban la nacion y el Gobierno. Ya en otra respuesta del 2 de febrero, y cuando se trataba de reconocer la Regencia, habian opinado que se consultase á la Regencia la necesidad de ilustrar á la nacion acerca de la conducta del anterior gobierno, obligando á sus individuos á que diese cuenta de su administracion. Este dictámen no era desacertado, pues que siéndole responsables de su conducta, no podia ser dudosa aquella obligacion; y si bien en calidad de depositarios que fuéramos del ejer-

cicio de la soberanía, la nación sola tenía legítimo y bastante poder para pedir esta cuenta y castigar nuestros delitos, si alguno de ella resultase, tampoco era dudoso que el examen de nuestra conducta se podía emprender por el gobierno existente, para someterle despues al juicio de la nación, que iba á ser congregada. Y aunque es cierto asimismo que la responsabilidad de los magistrados y ministros públicos no los obliga á dar una razon general ó individual de todos los actos de su administracion, sino solamente á responder á los cargos que sobre alguno de ellos se les hicieren, y á satisfacer las dudas ó hacer las explicaciones que sobre algunos se les propusieren, tambien lo es que en las circunstancias en que se hallaban la nación y el Gobierno, era mas conveniente al estado de la opinion, al interés del público y al honor de los mismos centrales, que se les mandase presentar la cuenta de los fondos que estuvieran á su disposicion y dar una razon cumplida de su administracion; cosa que solo podian verificar estando presentes, y teniendo á la mano las actas de su gobierno, y cosa que sin ser un juicio formal, el cual no puede instaurarse sin que preceda demanda ó acusacion determinada, seria suficiente para satisfacer al público, y aun para justificar cualquiera medida política que interinamente quisiese tomarse. Por último, es tambien digna de alabarse la prudencia con que los fiscales propusieron su dictámen acerca del registro. «El reconocimiento de los equipajes (dijeron) es un paso que solo se halla entre las actuaciones de una causa criminal, y si la seguridad individual de los señores vocales, la necesidad de satisfacer á la nación y otras razones políticas ponen á cubierto de toda censura la *detencion de sus personas*, no sucede así con el examen de sus haberes. *Este es un sagrado*, y el escudriñarle por solo las voces populares, cuando no hay peligro de que se trasporten, compromete la delicadeza de la justicia soberana y da lugar á que *ó se censure esta por los que la fuerza sujeta al reconocimiento*, ó indica que el Gobierno no ha tenido bastante prevision para evitar estos rumores.

34. Pero el dictámen que formó el Consejo en vista de tan extraños antecedentes, fué consiguiente á la tremenda exposicion en que le fundó, y con que los consultantes pusieron el sello á su malignidad, como creo haber demostrado. No se atrevieron á apoyar el registro de los equipajes, pero alabaron el celo y prudencia con que la Regencia le habia acordado, y aun censuraron indirectamente el detenimiento de la junta de Cádiz en ejecutarle, atribuyendo su repugnancia á haber mirado aquella medida como dura y difícil, por haberla considerado *á sangre fria*. Tampoco defirieron al dictámen de los fiscales, pretextando que en esta especie de negocios la resolucion tocaba *mas á la prudencia que á la ciencia del derecho*, como si los fiscales hubiesen regulado su parecer por el texto de alguna ley ó por el voto comun de los jurisconsultos. Quisieron, en fin, para si solos la gloria de sacar al Gobierno del atascadero en que se le habia metido, satisfaciendo al mismo tiempo su propio resentimiento. No conviniéndoles pues que anduviésemos á su vista los que podiamos calificar mejor la parcialidad de sus

dictámenes, no solo opinaron que no era necesaria nuestra presencia, sino que se mostraron deseosos de acelerar nuestra partida, pues que asegurando que no habia en ella ningun peligro, añadieron que convenia darnos pasaportes, *para que pudiésemos salir prontamente adonde nos pareciese*. Mas no por eso nos dejaron de la mano, sino que queriendo inspirar recelos de nuestra conducta y presentarnos en todas partes como sospechosos, propusieron tambien que todos debiamos quedar á disposicion del Gobierno; que no convenia que nos reuniésemos muchos en un punto; que cada uno, en la provincia que eligiese, estuviese bajo la *vigilancia y encargo especial de los capitanes generales u otros jefes superiores*, y en fin, para cerrarnos todo asilo, ó mas bien para que no pudiese aparecer en América ningun testigo ni victima de la persecucion en que les cupo tan buena parte, propusieron que no se permitiese á ninguno de nosotros pasar á aquellos paises.

35. Y porque semejante dictámen se hará tan increíble á mis lectores, como la resolucion con que el supremo consejo de Regencia le sancionó, copiaré aqui la real orden con que el marqués de las Hormazas la comunicó al decano del Consejo, en fecha de 21 de febrero de este año, en que está comprendido y loado, y dice así: «Ilustrísimo señor: El consejo de Regencia de los reinos de España é Indias, *adoptando con unanimidad y singular aprecio el prudente y acertado dictámen que le propone ese supremo tribunal*, ha acordado que por las causas que tiene promovidas á los centrales don Lorenzo Calvo y conde de Tili, como con la invitacion á la junta de Cádiz en razon de que indicase cualquiera otros procedimientos que intentase con algunos mas de los restantes vocales, ha llenado sus deberes en esta parte, y su majestad se propone completarlos, dejando responsables á todos ellos para con la nación junta en cortes, á efecto de que den cuenta de su administracion y publiquen el manifiesto que tienen ofrecido. De consiguiente, y en conformidad del referido dictámen, ha resuelto su majestad se franquee á los vocales libres sus pasaportes, para que puedan trasladarse á sus provincias; *pero de ningun modo para las Américas*; debiendo quedar á disposicion del Gobierno, *bajo la vigilancia y cargo especial de los capitanes generales u otros jefes superiores de las provincias adonde les convenga dirigirse*, y cuidando la Regencia que *no se reunan muchos en una provincia*. Asimismo ha dispuesto su majestad que de todo se dé noticia á la junta superior de Cádiz, en ulterior prueba de los deseos que animan constantemente al consejo de Regencia de complacerla, y de la distinguida atencion que le merecen sus representaciones, en cuanto lo permitan la justicia y las circunstancias. Todo lo que de real orden comunico á usia ilustrísima para su inteligencia y gobierno y la de ese supremo tribunal. Dios guarde á usia ilustrísima muchos años. Real isla de Leon, 21 de febrero de 1810.—*El marqués de las Hormazas* (31).» De esta manera, sin examen ni juicio previo, quedó sellada con solo el dictámen del supremo tribunal de ambos mundos, y sancionada por la autoridad soberana, la degradacion de los dig-



nos individuos que acababan de hacer á la nacion tan ilustres servicios (35).

36. Mas si esto bastó para contentar la envidia de nuestros émulos, no bastó para saciar la rabia de nuestros enemigos, á quienes faltaba todavia arrancar al Gobierno alguna medida mas estrepitosa, que completase su triunfo y nuestra humillacion. Lo que deseaban lo consiguieron fácilmente. Poniendo al punto en accion sus artificios, hicieron que uno de sus agentes apoyase ante el Gobierno los falsos rumores que ellos mismos habian esparcido, con una delacion mas abierta y determinada; y para desacreditar á un tiempo al gobierno que habian disuelto y al que deseaban disolver, le forzaron á que acordase el registro de los equipajes de los centrales que estábamos detenidos en la *Cornelia*.

37. Acordado que fué este registro, pasó inmediatamente á la fragata don Juan Paez de la Cadena, ministro del tribunal de policia, acompañado de los delatores y de un buen número de dependientes, y intimó la comision que llevaba. Oyéronla los centrales con sorpresa; pero sometiéndose á la autoridad suprema de quien emanaba, solo exigieron que se diese al acto del registro la mayor publicidad posible, á fin de que el desengaño fuese mas completo y notorio. La prudencia y circunspeccion del ministro comisionado condescendió con tan justa demanda: el reconocimiento de los equipajes se hizo en público con la mas menuda escrupulosidad, á vista de la tripulacion de la fragata y á presencia de los mismos delatores, y la horrenda falsedad de la calumnia quedó completamente demostrada en el mismo hecho, con tanta gloria de la inocencia como ignominia de sus perseguidores.

38. Yo no hablaré ahora ni del ruin delator que fraguó ó adoptó tan monstruosa calumnia, ni del hombre, mas ruin, que cediendo á ajenas sugerencias, la apoyó contra su misma evidencia y conciencia. Tampoco hablaré del poco aprecio con que la Regencia acogió la reclamacion de los injuriados, que al punto comisionaron á don José García de la Torre para que pidiese ante ella el desagravio de una injuria tan pública, ni del extraño partido que le consultó el Consejo de levantar un expediente judicial sobre una delacion tan solemnemente y á presencia de tanta muchedumbre de testigos desmentida. No me detendré en las idas y venidas del tal expediente, ni en su trasiego de unos tribunales en otros, para embarazar su conclusion y prolongar el desagravio de los interesados; ni finalmente, en la extraña y ilegal resolucion con que al cabo de seis meses se creyó reparar el ultraje de tantas dignas personas y desagraviar la vindicta pública, cuya satisfaccion era tanto mas necesaria, cuanto mas generoso fuera el perdon que los ofendidos concedieron á sus ofensores. Porque de todo esto quiero que se enteren los lectores por sí mismos, leyendo y admirando la real orden que con fecha de 10 del mes pasado, comunicó el ministro don Nicolás de Sierra, no á los interesados, que ni aun esto le debieron, sino al secretario del despacho de Estado; documento memorable, que se estampará tambien en el Apéndice (36), para que atestigüe perpétuamente á nuestros venideros el indisculpable aban-

dono con que la autoridad pública expuso á tantos buenos servidores de la patria á ser juguete de la envidia de sus émulos y del furor de sus enemigos.

39. Tal ha sido la última herida que penetró nuestro corazon, si última puede llamarse mientras la calumnia maquina, la envidia sopla, la inocencia sufre y el Gobierno duerme todavia. ¿Y no tendríamos derecho de quejarnos? No importa que de este escandaloso registro haya resultado un desengaño el mas patente de nuestra inocencia y de la iniquidad de nuestros enemigos, porque ni él era necesario para que la pureza y probidad de los que le sufrieron fuesen conocidas, ni basta la utilidad del fin para disculpar la injusticia de los medios. No achacaré toda la violencia de esta medida á la Suprema Regencia, que instigada por tan urgentes impulsos y extraviada por tan siniestros consejos, se alucinó en una resolucion que acaso creyó la mas favorable á nuestro honor. Mas no por eso aprobaré la nimia docilidad con que cedió á sugerencias cuya parcialidad pudo y debió penetrar. Ninguno conoce mejor que yo el corazon de los dignos individuos que componen este augusto cuerpo, y ninguno respeta mas sinceramente su celo y sus talentos; pero ninguno tiene mas derecho que yo para admirar la timidez con que consideró unas circunstancias que eran tan peligrosas para su propia autoridad como para nuestra opinion. Procedió sin duda con pureza de intencion; pero si esta basta para justificar aquellas providencias que no teniendo regla que señale la linea que deben seguir, penden del acierto contingente de la prudencia, no basta para cohesionar las que traspasan los dictados de la razon y los principios eternos de la justicia. La ley resistia, tanto la escandalosa medida que se tomó, como la falta que hubo en la reparacion del mal que hizo, y nada en este escandaloso incidente es mas monstruoso que el consejo de aquellos magistrados, que creyendo necesario un formal y solemne juicio para castigar á los autores de una calumnia tan evidentemente descubierta, no le juzgaron necesario para proceder, por una simple, inverosímil y increíble delacion, á un acto tan contrario á las leyes como á la seguridad, á la libertad y al honor de tantos dignos ciudadanos.

40. ¿Y por ventura no indicaba la prudencia política bien claramente la linea que convenia seguir en este negocio, y el partido que era mas decoroso á la misma autoridad pública? Un poco mas de paciencia y meditacion hubiera hecho conocer á la Suprema Regencia que nunca sería mas respetada la suya que cuando se viese desplegada con vigor para proteger la inocencia y reprimir la calumnia, y que nunca peligrarian mas su decoro y seguridad que cuando la calumnia, triunfante de los que antes representaran la soberania, se animase á perseguirla en sus sucesores. Hubiera sentido que nunca sería mas poderosa la fuerza confiada á sus manos que cuando se emplease en mantener el orden público y en refrenar á los perturbadores, que promoviendo la anarquia, eran ya mas enemigos del gobierno existente que del que habian destruido. Hubiera, en fin, previsto que si es peligroso oponerse de frente á la opinion pública, es tambien necesario desengañarla y traerla

al sendero de la justicia con la sencilla exposicion de la verdad, y que esto nunca es difícil cuando son la mentira ó la calumnia las que la sacan de él. Porque el público ama siempre la justicia, aun en sus errores; la respeta aun cuando la persigue, y nadie le desvia de este amor y respeto sino con las apariencias de aquella virtud. Alabando pues el buen celo del Supremo Gobierno, toda la veneracion que le profeso no basta para que no eche menos su prudencia y su equidad en la decision de este negocio.

41. Pero lo que sobre todo merecerá la mas plena desaprobacion de nuestros contemporáneos y la eterna censura de la imparcial posteridad, es la falta de consideracion, de prudencia, de equidad y de justicia de los que le arrastraron á tan escandalosas providencias. Porque ¿quién creará que ni los individuos de la junta superior de Cádiz, ni los ministros del Consejo, que solicitaron las medidas y dictaron las consultas de aquel tiempo, estuviesen persuadidos de la verdad de los rumores que se esparcian en aquella ciudad, y mucho menos que fuese objeto de ellos ningun central de los que estábamos embarcados en la *Carrelia*? ¿Habia por ventura en Cádiz un solo hombre público que ignorase de dónde procedian, por quién se divulgaban y cuál era el perverso fin á que se dirigian tan increíbles imposturas? ¿Qué es pues lo que pudo moverlos á promover y autorizar providencias tan injuriosas á la opinion de tantos hombres de bien?

42. Bien sé que para cohonestarlas se buscó entonces un motivo, y se buscará ahora una disculpa, en la opinion del público. La junta de Cádiz se erigió en órgano suyo, y el falso celo de los consejeros consultantes la invocó en apoyo de sus inyecciones y consejos, como si esta sola opinion señalase la única linea de conducta que debe seguir un gobierno, ó como si ninguna providencia dirigida á contentarla ó acallarla pudiese ser injusta. Pero ¿cuántas injusticias y atropellamientos no ha producido, y cuántos no puede producir esta máquina, en un tiempo en que el espíritu del pueblo está tan exaltado como el livor de la envidia y la astucia de la ambicion, que le provocan! El pueblo, si tal nombre se quiere dar á la gran masa de gente ignorante y bozal, que nunca juzga por su propia razon, sino por sugestion ajena, jamás profesa amor á su gobierno, nunca le hace justicia, y siempre halla culpas ó faltas en los que le componen! Pero estos juicios no nacen de malignidad suya; le vienen siempre de la ajena. Le vienen de los que aspirando á mandar, tienen grande interés en desacreditar á los que mandan. Le vienen de los envidiosos y presumidos, que censurando á todas horas al Gobierno, quieren pasar por entendidos en el arte de gobernar. Le vienen de los quejosos y descontentos, que nacen del ejercicio mismo de la justicia, y en fin, de los charlatanes y lenguaraces, que por ociosidad ó por vicio hablan y censuran de todo, sin entender de nada. De estos elementos se compone aquella disposicion ordinaria del pueblo, que tan discretamente definió Guiciardini: *Tale e (dice) la natura de' popoli, inclinata a sperare più di quel che si debbe, e a temere manco di quel che è necessario, e ad avere sempre in fastidio le cose presente.*

43. ¿Ab! semejante disposicion es mas desenhada en medio de las desgracias públicas, que ofrecen mas plausibles pretextos al diente de los murmuradores; y mal pecado, de esta verdad ha dado una triste confirmacion la suerte de la Junta Central. A pesar de las desgracias que acaecieron desde el noviembre de 1808, su energia y su celo le conservaron la confianza del público, aunque combatida por las censuras de sus enemigos; pero cuando era mayor esta confianza, cuando por sus ilustres esfuerzos los ejércitos de la patria iban á entrar otra vez en Madrid, la fatal rota de Ocaña le arrebató el fruto de sus patrióticos afanes. ¿Y no será un monstruo quien le atribuya esta desgracia, cuando ya no la Junta, sino la *comision ejecutiva*, dirigia los negocios de la guerra; cuando sus causas deben buscarse en el ejército, y no en el Gobierno? Pero ella era demasiado grande, sus consecuencias demasiado terribles; el vulgo las sentia, y los ambiciosos no se detuvieron en atribuir las al Gobierno, que trataban de arruinar. ¿Quién pues dijo á las autoridades de Cádiz que aquellos rumores eran el eco de la opinion pública? No, no; eran el susurro de unos advenedizos, repetido por un puñado de gente baja y soez, seducida ó comprada por ellos, mientras las personas ilustradas y sensatas, y la parte mas sana de aquella ilustre ciudad le oia con escándalo y le despreciaba y detestaba en silencio. De forma que se pudiera preguntar á los que achacaban al pueblo de Cádiz esta opinion, lo que Ciceron á Clodio, cuando pretendia que el pueblo de Roma fuera autor de su persecucion y destierro: *An tu populum romanum esse illum putas, qui constat ex his qui mercede conducuntur? Qui impelluntur ut vim afferant magistratibus? Ut obsideant senatum? Optent quotidie eadem, incendia, rapinas?...* Pero acabemos ya. El hado siniestro que presidia en aquella época á la suerte de la nacion y á la de sus mas fieles servidores desplomó sobre ellos todo el peso de rigor y severidad, que solo debió caer sobre sus perseguidores, cuyo castigo y oprobio, así como el premio y triunfo de sus víctimas, quedaron reservados al infalible juicio de la misma opinion que fué suplantada para oprimirlos.

44. Con esto levanto la mano y doy fin á esta *Memoria*, en que tal vez habré abusado de la paciencia y benignidad de mis lectores. Si así fuere, perdónese á la hidalguia del impulso que me movió á escribirla. Si hallaren demostrado en ella que ni fué usurpada la autoridad de que fui parte, ni fui culpable de abuso en su ejercicio; que no concurri á disipar ni malversar los fondos públicos, sino mas bien á su fiel y económica distribucion, y que fui siempre tan celoso y constante defensor de mi patria, como enemigo de los tiranos que la oprimen; si hallaren que consagré el último resto de mis luces y fuerzas á la defensa y servicio de la nacion, y que en este laborioso periodo de mi magistratura, mis opiniones, mis escritos y todos los pensamientos y todos los pasos de mi conducta pública fueron dictados por la lealtad y el patriotismo, sin ninguna mira de ambicion, de orgullo ni interés personal; si hallaren, en fin, que vuelto á mi primera condicion, en vez del aprecio y gratitud que



debía esperar del público, solo hallé peligros, inquietudes y desaires, y que los toleré con la moderacion y constancia que convenian á un hombre inocente, nada me quedará que desear, y mi trabajo será plenamente recompensado.

45. Con todo, al levantar la pluma, una secreta pena queda en mi corazon, que le turbará en el resto de mis dias. Yo no he podido defenderme á mi sin ofender á otros, y temo que, por la primera vez de mi vida, empezaré á tener enemigos que yo mismo haya excitado. Pero herido en lo mas vivo y sensible de mi honor, y no hallando autoridad que le protegiese y salvase, era preciso buscar mi defensa en la pluma, única arma que habia quedado en mis manos. Manejarla con templanza cuando un dolor tan agudo la impelia, era muy difícil. Otro mas diestro en estas lides la hubiera esgrimido con mas arte y herido mas, exponiéndose menos; yo, atacado con vehemencia y entrando en la lucha inexperto y solo, me entregué á ella á cuerpo descubierto, y por salir del peligro presente, no me curé de los que podian sobrevenir. Tal era el impulso que me arrastraba, que me hizo perder de vista todas aquellas consideraciones que tanto pudieran sobre mí en otro tiempo. Veneracion á la autoridad pública, respeto á las personas constituidas en dignidad, afecciones privadas de amistad, de inclinacion, de trato y familiaridad, todo cedió en mi espíritu al amor á la justicia y al deseo de que la verdad y la inocencia triunfasen sobre la envidia y la calunnia. ¿Y será tanto perdonado por los que me persiguieron, ni por los que me negaron su proteccion? Pero no importa; llegó ya para mí el tiempo en que toda desaprobacion que no venga de los hombres de bien y amantes de la justicia deba serme indiferente. Cuando me hallo tan cercano á la edad que señala un término in-

falible á la vida del hombre; cuando estoy pobre y desvalido, y sin hogar ni proteccion en mi misma patria, ¿qué me queda que desear, despues de su gloria y su libertad, sino morir con el buen nombre que procuré adquirir en ella?

46. Amados compatriotas, cualquiera region que habitareis, donde el nombre español sea respetado, si llegare á vosotros esta *Memoria*, admitidla con benignidad, leedla con atencion y pesad su materia en la balanza imparcial de la justicia. En ella hallaréis defendida ante el augustó tribunal de la opinion pública la causa del mérito y la inocencia ultrajados y perseguidos, contra la envidia y la calunnia, sus únicos acusadores. Todos vosotros seréis sus jueces, y vuestro juicio será respetado de la posteridad. Dad pues el fallo, de cuya favorable justicia me asegura mi conciencia. Y si en medio de las lágrimas que os hace derramar sobre los males de nuestra patria el furor de los enemigos exteriores, que tan cruelmente la devastan, quedan algunas para sentir las injusticias con que sus enemigos internos la afligen, concededlas á un anciano magistrado, á quien no bastaron ni los largos servicios (37) que hizo, ni las crueles persecuciones que sufrió, ni las últimas ilustres vigilias que consagró al bien y defensa de su nacion, para salvarle de la persecucion y el furor de estos espúreos españoles. Dignaos, pues, de sellar con vuestro juicio su desagravio, de consolarle con vuestra compasion y de darle en vuestro aprecio y gratitud el único premio que desca para acabar en paz sus dias. Así promoveréis á un mismo tiempo la causa de la inocencia y la de la patria, cuya gloria y seguridad no están menos cifradas en los triunfos de su valor que en los de su justicia. *Muros, 2 de setiembre de 1810.*

## NOTAS.

(1) El público no debe ignorar los esclarecidos nombres de los individuos de la junta de Sevilla que la abandonaron desde que la vieron desviarse de su mas sagrado deber; y fueron el presidente, don Francisco de Saavedra, y los vocales, don Fabian de Miranda Argüelles, dean, y don Francisco Cienfuegos Jovellanos, canónigo de aquella santa Iglesia, don José Morales Gallego, ministro del tribunal de seguridad y policia, don Victor Soret, tesorero general en alternacion, y creo que otro, cuyo nombre ignoro. Con cuánto celo continuaron promoviendo la defensa de la patria estos dignos ciudadanos, ya empleados en el Gobierno ó ya reunidos en junta, el público, á quien son notorios los esfuerzos de su celo, no ha menester que yo se los recuerde.

(2) Esta consulta, con sus antecedentes, se hallará en el Apéndice, al número 1.

5. Ley 5.<sup>a</sup>, tit. xix, part. 11: «Regno es llamado la tierra que ha rey por señor, et ha otrosí nome rey, por los fechos que ha de fazer en ella, manteniéndola con justicia et con derecho, et por ende, segund dijeron los sábios antiguos, son como alma et cuerpo, que magüer sean en sí departidos, el ayuntamiento les face ser una cosa. Onde magüer el pueblo guardase al Rey en todas las cosas subredichas, si el regno non guardase de los males que hi podrien venir, non serie la guarda cumplida; et la primera guarda destas que se conviene á fazer es quando alguno se alzase en el regno para volvello ó fazer bi otro daño, ca á tal fecho como este

deben todos venir lo mas alina que podieren, por muchas razones: primeramente, para guardar al Rey, su señor, de daño et de vergüenza, que nasce de tal levantamiento como este, ca en la guerra que le viene de los enemigos de fuera non ha maravilla ninguna, porque non han con él debdo de naturaleza nin de señorío, mas de la que se levanta de los suyos mismos, desta basee mayor deshonor como en querer los vasallos egualarse con el señor, et contender con él orgulosamente et con soberbia, et es otrosí mayor peligro, porque tal levantamiento como este siempre se mueve con grand falsedad, et señaladamente para fazer mal. Et por eso dijieron los sábios antiguos que en el mundo non havia mayor pestilencia que reseebir home daño de aquel en quien se fia, nin mas peligrosa guerra que de los enemigos de quien non se guarda, que non son conocidos, mostrándose por amigos, así como desuso dijimos; et al Rey viene otrosí grant daño porque le nasce guerra de los suyos mismos, que los ha así como fijos et criados, et viene otrosí departimiento de la tierra de aquellos que la deben ayutar, è destruyimiento de aquellos que la deben guardar, porque saben la manera de fazer hi mal, mas que los otros que non son ende naturales, et por ende es así como la ponzoña, que si luego que es dada non acorren al home, va derecho al corazon et mátao. Et por eso los antiguos llamaron á tal guerra como esta lid de dentro del cuerpo; et sin todo esto, viene ende muy grant daño, porque se levanta blasma, «non tan solamente á los que

lo faren, mas aun á todos los de la tierra, si luego que lo saben non muestran que les pesa, yendo luego al fecho, et vedándolo muy cruamente, porque tan grant omiega como esta non se enlenda, nin el Rey resciba por ende mengua en su poder nin en su honra, nin otrosí al regno pueda ende venir grant daño o destroymiento, nin que los malos atreviéndose, tomasen ende ejemplo para facer otro tal, et por eso debe ser luego amado, de manera que solamente fumo non salga ende que pueda ennegrescer la fama buena de los de la tierra. Et por todas estas razones deben todos venir luego que lo supieren á tal hueste como esta, non atendiendo mandado del Rey, ca tal levantamiento como este por tan extraña cosa lo tovieron los antiguos, que mandaron que ninguno non se pudiese excusar por honra de linaje, nin por prianza que hobiese con el Rey, nin por privilegio, nin por ser de orden, si non fuese home encerrado en cláustro, ó los que fuesen para decir las horas, que todos non viniesen ni para ayudar con sus manos, ó con sus compañías, ó con sus haberes. Et tan grant sabor hobieron de lo vedar, que mandaron que si todo lo á falliesese, las mujeres viniesen para ayudar á destruir tal fecho como este; ca pues que el mal et el daño tañe á todos, non tovieron por derecho que ninguno se pudiese excusar, que todos non viniesen á derrraigallo, onde los que tal levantamiento como este facen son traidores, et deben morir por ello, et perder todo cuanto hobieren. Otrast, los que á tal hueste como esta non quisiere venir, ó se fuesen della sin mandado, porque semeja que les non pesa de tal fecho, deben haber la pena que sobredicha es; ca derecho conosciendo es que los facedores de tal fecho como este, et sus consejeros de tal mal igualmente sean penados. Pero non caerien en pena los que non pudiesen venir mostrando excusa derecha, así como aquellos que son de menor edad de catorce años, ó de mayor de setenta, ó enfermos, ó feridos de manera que non pudiesen venir, ó si fuesen embargados por muy grandes nieves ó avenidas de rios que non pudiesen pasar por ninguna guisa; mas de la hueste non serie ninguno excusado para venirse della si non fuese enfermo ó llagado tan gravemente, que non pudiese tomar armas. Pero á lo que dice de suso de los viejos que deben ser excusados, non se entiende de aquellos que fuesen tan sabidores que pudiesen ayudar por su seso ó por su consejo á los de la hueste, ca una de las cosas del mundo en que mas son menester estas dos es en fecho d'armas; et por esta razon los antiguos facian engellos et maestrias, para levar consigo en las huestes los viejos que non podien cabalgar, para poderse ayudar de su seso et de su consejo.»

(1) Ley 1.ª, tit. xix, part. 1.ª: «Mas á la primera, que es cuando entran en la tierra para facer daño de pasada, porque es mas arrebatosa que las otras, deben luego acorrer todos los que lo supieren para defendérgela et puñar en echarlos della, et mayormente aquellos que fueron mas cerca, » ca pues que el fecho los llama, non han menester otros mandaderos nin cartas que los llamen. Et los que lo así non faciesen mostrarien que non les pesaba con deshonra de su señor, nin habien sabor de guardalle della, nin otrosí con el daño de su regno, donde son naturales; » et por ende deben haber tal pena que pierdan amor del Rey, á quien non quisieren acorrer, et sean echados del regno, á quien non hobieron sabor de amparar. Et esto fué puesto antiguamente en España, porque si en grant culpa yacen los que non quieren ayudar al Rey cuando entra á ganar algo en la tierra de los enemigos, ¿cuánto es mayor raen los que non quieren venir á amparar lo suyo cuando los enemigos entran á facer daño en la soya? Pero si por mengua de su acorro fuese el Rey muerto, ó ferido, ó preso, ó desheredado, deben haber todos los que non le acorrieron tal pena, como aquellos por cuya culpa su señor cayó en alguno de estos males sobredichos, de que le podieron guardar et non quisieron; pero por esto non se entiende habiendo excusa derecha por que non pudiesen venir, segund dice en la ley ante de esta.»

(5) En el día 25 de setiembre, en que se instaló la Suprema Junta Gubernativa, el conde de Floridablanca, su presidente, pasó al duque del Infantado, presidente de Castilla, aviso de haberse celebrado solemnemente aquel acto, para que lo comunicase al Consejo Real interin se le daban las demás ordenes convenientes á él. Contestó el duque del Infantado, en el 26 siguiente, que el Consejo quedaba enterado, y esperaba con ansia el día en que cesasen los males que afligian á la nacio por la cautividad de su amado rey, y la falta de un gobierno único que le representase legalmente. En el mismo día 26 se expidieron ordenes generales á todas las juntas superiores, consejos, tribunales y jefes de la corte y reino, y á los generales de los ejércitos, con copia certificada del

acto de instalacion, para que prestasen el juramento segun la fórmula en ella contenida, é hiciesen reconocer y obedecer el gobierno de la Suprema Junta, y en la orden que se comunicó al Consejo Real se le prevenia que despues de prestado el juramento, expidiese las cédulas, provisiones y ordenes correspondientes á todas las juntas y justicias, magistrados, virreyes y gobernadores, para que en todos los negocios de gobierno y administracion de justicia obedeciesen á la Junta Suprema, como depositaria de la autoridad soberana. Todos los cuerpos de la corte, y sucesivamente del reino, y todos los generales de los ejércitos se apresuraron á cumplir y á hacer cumplir estas ordenes, y sus contestaciones, no solo manifestaron la pronta obediencia, sino tambien el júbilo y consuelo con que veian tan firmemente establecida la autoridad del gobierno unico y supremo, que tan ardientemente deseaba la nacion. Pero el Consejo Real, siguiendo su estilo ordinario, pasó esta orden á los fiscales, lo que retardó algun tanto su cumplimiento, aunque al fin le decretó por acuerdo del 50 inmediato. Avilando de ello el presidente de Castilla, expuso que el Consejo, oidos por escrito los fiscales, segun arosuñaba en los casos áridos, y despues de un juicio bien discutido, habia procedido á la prestacion del juramento en la forma prevenida, y que procedería á cumplir lo demás que se le mandaba. Pero añadió « que el Consejo, cumpliendo con los deberes imprescindibles de su instituto, dirigiria despues á la Junta el resultado de sus meditaciones, fijadas en la observancia y conservacion de las leyes; no haciéndola antes por no retardar las funciones ejecutivas de la Junta, en atencion á la urgencia de estas ». Esta cortapisa, la ultima frase enfática de la primera contestacion, y la lentitud en el cumplimiento de la ultima orden, en medio de una aceptacion tan pronta, tan uniforme y tan general, no seotaron muy bien al conde presidente, á quien su antiguo y largo ministerio habia hecho malsufrido en estos escrúpulos de la obediencia. Propuso su disgusto en la Junta, y hallando en ella no pocos vocales que preocupados contra el Consejo, atribuian á la ambicion y resentimientos de algunos individuos lo que podia ser celo y prudencia del cuerpo, se acordó pasar al Consejo un oficio, que extendió el Floridablanca, en que con aire de advertencia se le reconocia de haber olvidado en su contestacion las extraordinarias y singulares circunstancias en que la nacio se hallaba, y que deberia tener presentes en sus ofrecidas meditaciones. Veian ahora mis lectores « si despues que el Consejo, oidos por escrito los fiscales de su majestad, y despues de un juicio bien discutido », cumplió lisa y llanamente la orden de la Junta, prestó el juramento prevenido, y expidió á todo el reino, con fecha de 1.º de octubre, las reales provisiones, mandando el reconocimiento y obediencia á la Junta Gubernativa, como depositaria de la soberania, podieron los consultantes decir con razon y verdad que la autoridad de los centrales fué usurpada, y mucho menos que fué mas bien tolerada que consentida por la nacio.

*Amicus Plato, sed magis amica veritas.* (Véanse el suplemento á la

*Gaceta de Madrid* del 4 y la *Gaceta* del 18 de octubre de 1808.)

(6) Pudiera proñarse con muchos hechos históricos que las cortes de Castilla nunca se atuvieron á la ponderada ley de Partida para el nombramiento de tutores ó regentes del reino, sino que con admirable prudencia atendieron siempre al estado y circunstancias en que se hallaba la nacio, para resolver lo mas conveniente á su bien y tranquilidad. Pero excusando molestas citaciones, haré la de un solo caso, que por sus circunstancias es mas acomodado á nuestro propósito y vale por muchos. Muerto en Alcalá don Juan I, el 9 de octubre de 1390, sucedió en el trono su hijo Enrique, tercero del nombre, llamalo el Enfermo, que era entonces de solos once años; por lo cual hallándose en Avila, expidió, en 22 del mismo mes, su real cédula convocando á los procuradores de las ciudades y villas del reino, para que con todos los prelados, maestres, condes, ricos hombres y grandes se hallasen en Madrid el 15 de noviembre siguiente; « á fin de que se ajunten (dice) con miga, para tratar y ordenar, así en fecho de mi erianza, como en cuales lugares deba ser, como del regimiento é gobernaçion de mi persona, é de otras cosas que cumplen á mi servicio, é á pro é honra é guarda de los dichos mis reinos é de otras. » Juntas las Cortes, que fueron de las mas numerosas de Castilla, y visto en ellas el testamento del Rey, se hallaron nombrados por tutores de su hijo, hasta que tuviese la edad de quince años, don Alonso de Aragon, condestable de Castilla, los arzobispos de Toledo y Santiago, el maestre de Calatrava, don Alonso de Guzman, conde de Niebla, y Pedro de Mendoza, su mayordomo mayor, con mas un ciudadano por cada una de las seis capitales del reino siguientes: Burgos, Toledo, Leon, Sevilla, Córdoba y Murcia. No acomodando esta disposi



ción á algunos poderosos, empezaron á atacarla, so pretexto de que el rey difunto estaba ya arrepentido de ella; por lo cual se trató de proceder al nombramiento de nuevos tutores. Pero los procuradores del reino exigieron que ante todas cosas se declarase la supresión de la moneda creada por Enrique II, como así se hizo por decreto de 21 de enero siguiente; y además, que los que fuesen nombrados por tutores jurasen, antes de entrar en el gobierno, la observancia de los siguientes artículos: «1.º Que no aumentarian las tropas sobre 4,000 soldados en guarnición y 1,500 jinetes. 2.º Que no harían guerra sin consentimiento de las Cortes. 3.º Que no recaudarian tributos que ellas no acordasen. 4.º Que ninguno sería condenado á muerte ó destierro sin haber sido juzgado y sentenciado por sus propios jueces. 5.º Que no se indultaría á ningún homicida. 6.º Que conservarían las antiguas alianzas, y no contraerían otras sin acuerdo de las Cortes.» Con esto se procedió al nombramiento de tutores, con calidad que no fuesen hasta que el pupilo tuviese diez y seis años, y salieron elegidos don Fadrique, duque de Benavente; don Pedro, conde de Trastámara; los arzobispos de Toledo y Santiago, el maestro de Calatrava, Pero Lopez de Ayala, alcalde mayor de Toledo; Alvar Perez Osorio, Ruy Ponce de Leon, Pedro Suarez, adelantado mayor de Asturias, y Garci Gonzalez, mariscal de Castilla. Además de estos diez, se nombraron para el consejo de Regencia á los siguientes procuradores de los reinos: por Castilla á Garci Ruiz, Sancho Garcia de Medina y Rui Sanchez; por Toledo á Per Afán de Ribera y Juan Gaston; por Leon á Alfonso Fernandez, Rodrigo Esparriegos y Juan Alvarez Maldonado; por Andalucía á Fernán Gonzalez y Lope Rodriguez; por Murcia y Jaén á Juan Sanchez de Ayala y Juan Pelaez de Burcio, y por Extremadura á Fernán Sanchez de Belvis y á Alfonso Gonzalez. Y por cuanto el gran número de regentes podía hacer embarazoso el gobierno, se acordó que gobernasen por mitad y turno de seis meses. Vese por aquí que las Cortes no se atuvieron á la ley de Partida, ni en admitir los tutores nombrados por el rey difunto, ni en la duración de la tutoría señalada en el testamento, ni al número de los tutores, ni á la forma del juramento que dicha ley prescribe, ni en una palabra, á alguno de sus artículos. Y no se atribuya esto á que no se tuvo presente aquella ley, porque el arzobispo de Toledo la citó y alegó con importuna instancia; pero la alegaba solamente para excluir los tutores nombrados por las Cortes, que no eran de su facción, y aun quería que se agregasen otros, que lo eran, á los nombrados por el Rey. Contradecía además la elección de las Cortes por el gran número de los nombrados; pero véase cómo el socarrón de Mariana caló el espíritu de esta contradicción. «El Arzobispo (dice) en público alegaba que la muchedumbre sería ocasión de revueltas, en secreto le punzaba la poca mano que tendría en los negocios.» Si sería de esta especie el espíritu de los que tanto declamaban sobre el gran número de individuos de la Junta Central?

He sacado esta relación de la vida de Enrique III, escrita por Gil Gonzalez Dávila, y de la historia del padre Mariana. No están muy de acuerdo estos autores en algunas circunstancias, pero no desacerdan en las que conducen á mi propósito.

(7) Libro III de *Legibus*.

(8) Part. II, tit. I, ley 10. «Tirano tanto quiere decir como señor cruel, que es apoderado en algún regno ó tierra por fuerza ó por engaño ó por traición; y estos tales son de tal natura, que despues que son bien apoderados en la tierra, aman mas de hacer su pro, maguer sea á daño de la tierra, que la pro comunal de todos, porque siempre viven á mala sospecha de la perder. Et porque ellos pudiesen cumplir su entendimiento mas desembaragadamente, dijieron los sábios antiguos que usaron ellos de su poder siempre contra los del pueblo, en tres maneras de arteria: la primera es que puñan que los de su señorio sean siempre necios y medrosos, porque quando tales fuesen, non osarían levantarse contra ellos nin contrastar sus voluntades; la segunda, que hayan desamor entre sí, de guisa que non se fien unos de otros, ca mientras en tal desahuerdo vivieren, non osarán hacer ninguna fabla contra el, por miedo que non guardarien entre sí fe nin porridat; la tercera razon es que puñan de los facer pobres, y de meterlos en tan grandes fechos, que los nonra puedan acabar, porque siempre hayan que ver tanto en su mal, que nonra les venga á corazón de coidar facer tal cosa que sea contra su señorio; y et sobre todo esto, siempre puñaron los tiranos de astragar á los poderosos y de matar á los sabidores, y vedaron siempre en sus tierras cofradías y ayuntamientos de los homes; y puñaron todavía de saber lo que se decie ó se facie en la tierra, y fían mas su consejo y la guarda de su cuerpo en los extraños, porque sirven á su volun-

tat, que en los de la tierra, quel han de facer servicio por premia. Otrosí decimos que maguer alguno hobiese ganado señorio de regno por alguna de las derechas razones que dejimos en las leyes ante desta, que si él usase mal de su poderío en las maneras que dijimos en esta ley, quel puedan decir las gentes tirano. Ca tórnase el señorio que era derecho en torticero, así como dijo Aristóteles en el libro que fabla del regimiento de las eibdades y de los regnos.»

Los profesores del moderno maquiavelismo ensalzan como un prodigio de penetración el ingenio con que su pernicioso maestro indicó en sus obras, y señaladamente en su *Príncipe*, las vías y medios que conducen á la tiranía y aseguran su imperio; pero á nosotros toca admirar la profunda y piadosa sabiduría con que un rey de España había enseñado algunos siglos antes á sus pueblos los artificios de la tiranía, para que viviesen alerta contra ellos. Viles partidarios de Napoleon y de vuestro pseudo-filósofo José, ¡miraos en este espejo!

(9) Léanse en el real decreto expedido en Aranjuez á 14 de octubre de 1808 estas palabras, dignas de escribirse con caracteres indelebiles: «Declara finalmente (la Junta Central) que ha jurado en un acto el mas solemne no oír ni admitir proposición alguna de paz, sin que se restituya á su trono á su amado soberano, el señor don Fernando VII, y sin que se estipule por primera condicion la absoluta integridad de España y de sus Américas, sino la desmembración de la mas pequeña aldea.» (Véase la *Gaceta de Madrid* de 18 de octubre de aquel año.)

(10) Véanse estas cartas en el suplemento á la *Gaceta* del Gobierno de 12 de mayo de 1809, y las que tocan á mi se hallarán en el Apéndice.

(11) De *legibus*, lib. I.

(12) Véase el Apéndice, número III.

(13) Esta representación se hallará en el apéndice citado, y con ella, las dos que había yo dirigido al rey padre, desde la misma Cartuja, con fechas de 24 de abril y 8 de octubre de 1801, la orden comunicada por el capitán general de Mallorca al gobernador del castillo de Bellver, y por este á los comandantes del destacamento destinado á mi encierro y custodia, y una carta confidencial que entonces dirigí á don Juan Escobiquiz para que apoyase la súplica contenida en mi última representación. Estos documentos originales, que por la desgraciada ausencia del Rey no pudieron tener curso, me fueron devueltos por mi buen amigo don Juan Arias de Saavedra, á quien los remití desde Mallorca. Tambien se hallarán en el Apéndice el oficio que pasé al decano gobernador del Consejo, y su respuesta, con motivo de la publicación que hizo un impresor de Madrid, sin noticia mia, de la representación de 24 de abril de 1801.

(14) Despues de escrita la presente *Memoria*, la muerte arrebató á este leal ciudadano, virtuoso magistrado y celoso defensor de la patria, que lleno de años y méritos, falleció en la villa de Bustares, el 23 de enero último, á la edad de setenta y cuatro años, perdiendo yo en él al primero, al mejor y al mas tierno de mis amigos. Entre las amarguras que afligieron mi espíritu en esta última época de mi vida, fué muy señalada la que sentía al considerar á este venerable anciano, forzado á abandonar su casa y bienes, y á vagar con su virtuosa familia por montes y lugares fragosos, perseguido y proscripto por los enemigos de la nacion. Ansioso de servirle y de consagrarle el ultimo resto de su fortuna y su vida, había concurrido á la formación de la junta superior de Sigüenza, en cuyo ilustre cuerpo trabajó y se desveló por la defensa de su provincia con aquel celo entendido y constante con que había desempeñado en su vida anterior todos los oficios de la justicia y de la amistad. Hombre de bien á las derechas, justo en el mas riguroso sentido de esta palabra, misericordioso, compasivo, desinteresado y amigable, fué amado de cuantos le trataron y respetado de cuantos le conocieron. Fué sobre todo el mas excelente dechado de amistad firme y sincera, de la cual ofreció los mas ilustres ejemplos, de que muchos pueden dar testimonio, pero ninguno tantos ni tan insignes como yo. En el tiempo de mis persecuciones, que traen su fecha desde el 1790, el amor que empezó á profesarme en 1764, en que me tomó á su cuidado, á mi entrada en el colegio mayor de San Ildefonso de Alcalá, subió á tal grado de ternura, que me distinguió siempre con el nombre de hijo, y ya le di el de padre, y los oficios que desempeñé conmigo y los sacrificios que hizo por mí, especialmente en la mas triste temporada de mi vida, y el amor, respeto y gratitud con que yo respondí á ellos, no desmintieron ni desmerecieron jamás estos dulces títulos. Perdió en fin la patria en el tiempo en que mas

eficazmente la servía, perdióse su amable familia cuando mas necesitaba de su apoyo, y le perdí yo cuando la noticia de su existencia y la esperanza de reunirme á él algun día era el mayor de mis consuelos, y esta nueva amargura, que ahora testifican mis lágrimas, penetrará mi alma hasta que el cielo se digne de unirle para siempre con la suya.

(15) *Quem quidam admiratione commotus saepius fortasse laudum quum necesse est*, como decía el mismo en el lib. III de *legibus*, hablando de Platon.

(16) Véase el Apéndice, al número IV.

(17) Véase el número V.

(18) Debo advertir aquí que así en esta como en todas las materias de importancia que se acordaron en la Junta Central, el dictamen del marqués de Campo-Sagrado fué siempre uno con el mio. El deudo de antigua amistad que nos unia se hizo mas estrecho por la confianza con que nuestro principado nos unió en el encargo de representar su voz en el Gobierno Supremo, pero mas todavía por el unánime propósito que ambos formamos de consagrar todo nuestro celo y nuestras tareas al mayor bien de nuestra patria. Con este fin conferíamos y acordábamos de antemano nuestros dictámenes, y la justicia me obliga á reconocer que si mis estudios y larga experiencia pudieron concurrir en algo á su acierto, el buen juicio, la atinada prudencia y los conocimientos y experiencias del Marqués en materias militares no tuvieron pequeña parte en él.

(19) Entre los grandes desaciertos de Bonaparte, que el cielo permitió en favor de nuestra santa causa, debe contarse el de no haber sorprendido, como pudo, en esta ocasion al gobierno que dirigia los negocios de España. A los fines de noviembre nuestros ejércitos estaban en completa dispersion, los suyos los perseguian en todas partes, él rodeaba con el grueso de su fuerza á Madrid, y sus avanzadas y guerrillas se habian ya adelantado sin obstáculo el 27 y 28 hasta cerca del Tajo. No teniamos sobre este rio ninguna defensa que pudiese resistirle, y fuera de una compañía de guardia, ninguna tropa ni fuerza protegia la seguridad de la Junta Central. Doscientos ó trescientos caballos, con pocas infantes, hubieran podido caer sobre Aranjuez y apoderarse de ella, y cuanto este golpe, tan propio de su pérdida astucia, hubiera contribuido á sus triunfos, nadie hay que no lo reconozca admirado. Logró, es verdad, lanzarnos de nuestro asiento, pero no logró destruir nuestra autoridad, ni menos enlazar aquel celo ni doblegar aquella constancia que creciendo á la par de los peligros que nos rodeaban, supo oponer á su ambicion obstáculos, que no ha podido todavía vencer, ni vencerá, si el cielo no nos desampara.

(20) A pesar de las enormes pérdidas que sufrió la patria al principio de nuestra segunda campaña, se puede asegurar que el Gobierno Central opuso en ella al enemigo, en los cinco ejércitos que le hacian frente en Cataluña, la Mancha, Extremadura, Castilla y Asturias, y en las tropas levantadas en Valencia, Aragon, Murcia y Galicia, una fuerza que pasaba de ciento cincuenta mil combatientes, en que habia mas de veinte mil caballos, sin contar la muchedumbre de partidas sueltas de guerrilla que se fueron levantando por todas partes, y que de continuo le acuchillaban ó refrenaban; hecho que no tiene ejemplo en nuestra historia, y tendrá pocos que se le puedan comparar en la de Europa. Débese esto sin duda á la heroica constancia del patriotismo español; pero si se consideran las esfuerzos que hizo el Gobierno para auxiliar y dirigir esta constancia, y los escasos medios con que, y las criticas circunstancias en que los hizo, y las inmensas dificultades y contradicciones con que hubo de luchar para realizarlos, la posteridad imparcial no negará á los miembros de la Junta Central alguna parte de la admiracion que con que recuerde este prodigio de valor y constancia española.

(21) La carta del general Sebastiani y mi respuesta se hallarán en el Apéndice, al número VII.

(22) Esta proclama, en lengua francesa y española, impresa en la Coruña el 8 de mayo de 1809, seis dias despues de la supresion de la Junta, y de la cual conservo un ejemplar, se hallará en el Apéndice, al número X.

(23) Yo no saco consecuencias, pero expongo hechos notorios y constantes, que si alguno posiere en duda, estoy pronto á justificar.

(24) Otros graves negocios se trataron en la Junta Central por estos tiempos, en que yo no me desdeñaria de publicar mi opinion, si fuese necesario á mi propósito y si razones de prudencia no me obligasen á omitirlo. A bien que nada fué ni pudo ser secreto en un cuerpo tan numeroso y franco, y que siéndolo yo por carácter, mi modo de pensar nunca fué disimulado ni encubierto á quien quiso saberle. Advertencia que deberán tener á la vista los que notaren mi silencio sobre algun artículo.

(25) Si no temiese ser tachado de presuncion, daria aqui una larga noticia de la extraordinaria diligencia con que los individuos de la comision de Cortes, penetrados de la importancia de nuestro encargo, nos aplicamos á buscar la instruccion necesaria para su mejor desempeño. De mí sé decir que desde que fui nombrado para él, me mire mas bien como individuo de la Comision que de la Junta, á la cual solamente asistia cuando se trataban cuestiones relativas á cortes u otras de igual importancia, ó era particularmente avisado para venir á ella. Todos buscabamos con ansia instruccion y consejo, ya en nuestro estudio privado, ya en las luces y auxilio ajeno; de lo cual, además del encargo hecho á don Antonio Capmany, y que arriba indiqué, citaré, entre otros muchos que pudiera, el que consta del oficio pasado con el general don Francisco Venegas, para atraer por su medio á nuestro auxilio la persona que creíamos mas profundamente instruida en la historia civil de la nacion, y mas ansiosa de que recobrarse su antigua gloria. (Véase el Apéndice, número XII.)

(26) Alguno, oyéndome discurrir sobre estos principios, me reconvino: «¿Con que usted quiere hacernos ingleses?—Si usted, le respondí, conoce bien la constitucion de Inglaterra; si ha leído lo que de ella han escrito Montesquieu, De-Lolme y Blackstone; si sabe que el sábio republicano Adams dice de ella que es en la teoría la mas estupenda fábrica de la humana invencion, así por el establecimiento de su balanza como por los medios de evitar su alteracion... y que ni la invencion de las lenguas ni el arte de la navegacion y construccion de naves hacen mas honor al entendimiento humano; si ha observado las grandes bienes que este ilustre y poderoso pueblo debe á su constitucion, y si ha penetrado las grandes analogias que hay entre ella y la antigua constitucion española, y en fin, si usted reflexiona que no solo puede conformarse con ella, sino que cualquiera imperfeccion parcial que se advierta en la constitucion inglesa, y cualquiera repugnancia que tenga con la nuestra, se pueden evitar en una buena reforma constitucional, ciertamente que la reconvencion de usted será tan poco digna de su boca como de mi oído.»

(27) Véase el Apéndice, número XVI.

(28) Como este proyecto de reglamento pertenecia tambien á la historia de mis opiniones, le publicaré en el Apéndice, al número XVII.

(29) Es harto notable que este real decreto no se haya publicado hasta ahora ni puesto en ejecucion. Pudo haber para ella grandes motivos, que la distancia y falta de noticias en que me hallo no me permite conocer; pero, pues que es justo que le conozca el público, se hallará en el Apéndice, al número XVIII.

(30) Vid. Apéndice, número IV.

(31) Véase el Apéndice, número XXIII. Echóse menos que no nos hubiésemos dirigido á la Junta; pero conocida ya su disposicion, recordamos lo que dijo Tulio: *Hoc animo qui sunt deteriores, sunt rogati.* (Ad Familiares, lib. II, epist. 17.)

(32) Vid. Apéndice, número XXIV.

(33) Véase el Apéndice, número I.

(34) Aquí es donde debo pedir á mis lectores que pasen los ojos por la lista de los individuos de la Junta Central (Apéndice, número II), contra quienes se dirigian las flechas disparadas por los consultantes, y condenados á sufrir la vergonzosa degradacion en que los puso su dictamen. Yo no sé si el Consejo consultó el registro de equipajes que se hizo en la *Cornelia*, pero sé que aplaudió el que anteriormente habia mandado la Regencia á la junta de Cádiz hacer de todos los de los individuos de la Junta Central.

(35) Vid. Apéndice, número I.

(36) Véase el Apéndice, número XXV.

(37) Vid. Apéndice, número XXVI.



# APÉNDICES

## A LA MEMORIA EN DEFENSA DE LA JUNTA CENTRAL.

### ADVERTENCIA.

Después de haber hecho la exposicion de mi conducta y opiniones en la *Memoria* que precede, me ha parecido conveniente apoyarla con los documentos y escritos que pude conservar entre tantos como se han perdido ó extraviándose en mis viajes forzosos y repentinos, entre los cuales me es mas sensible la falta de muchos que pertenecen al artículo primero de la segunda parte, abandonados en mi equipaje de Madrid, á mi salida de Aranjuez, y en cuya publicacion hubiera tal vez ganado mi nombre algo mas que en otros menos importantes.

Publicando los demás, que por la mayor parte fueron escritos en medio de la premura de tantos negocios y de la perturbacion de tan rápidos sucesos, y cuando yo me hallaba muy lejos de la idea de que viesan la luz publica, debo pedir á mis lectores que disimulen su difusion y desaliño, en gracia del celo y pureza de intencion que los dictaron. Si no contase con esta indulgencia, no me resolveria á imprimirlos, porque siempre temi aparecer ante el público como autor, y si alguna produccion de mi pluma vió en otro tiempo la luz, saben todos que no fué publicada por mí, sino por los cuerpos que la emplearon en objetos del bien comun. Mas ahora, que aspiro á merecer el aprecio del público, espero que no juzgará con severidad unos escritos que fueron consagrados tambien á su servicio, y que cuando no me granjeen la opinion de sabio, podrán asegurarme la que vale mucho mas, la de buen ciudadano y fiel patriota.

Otro motivo me retraeria tambien de publicar estos escritos, si mas poderosas razones no me obligasen á ello, y es la poca conformidad que aparecerá entre algunas de mis opiniones y otras que andan muy validas en nuestros dias. Esta consideracion me ha obligado á explicar algunas de ellas en las notas que van al fin, porque respeto demasiado la opinion pública, para que no desee que las mias sean juzgadas con pleno conocimiento de los sanos principios en que he procurado siempre apoyarlas. *Santa Cruz de Riva de Ulla, 2 de mayo de 1811.*

### NÚMERO I.

#### CONSULTA DEL SUPREMO CONSEJO REUNIDO.

OFICIO DEL MARQUÉS DE LAS HORMAZAS.—OFICIO DE LA JUNTA SUPERIOR DE CÁDIZ.—DICTÁMEN DE LOS FISCALES DE SU MAJESTAD.—EXPOSICION DEL CONSEJO.—DICTÁMEN DE ESTE.—RESOLUCION DEL CONSEJO DE REGENCIA.

#### I.

##### Consulta.

SEÑOR: El marqués de las Hormazas, con fecha en la real isla de León, 15 del corriente, dice al vuestro decano del Consejo lo siguiente:

#### Oficio del marqués de las Hormazas.

Ilustrísimo señor: Habiendo llegado á noticia de su majestad el consejo de Regencia de los reinos de España é Indias, que en el público, cuyo odio á la Junta Central se ha manifestado abiertamente, se decia que los individuos de ella conducian en sus baules gruesas cantidades de dinero y alhajas de valor, previno á la superior de gobierno de Cádiz que, de acuerdo con el comandante general de la escuadra, *hiciese un registro de los equipajes de todos*, para tomar, en consecuencia del resultado de esta diligencia, las providencias que fuesen justas.

El consejo de Regencia, que esperaba una contestacion tan pronta cual lo exigia la naturaleza del negocio y la urgente necesidad de que se hiciesen á la vela los buques que permanecen en la bahía, volvió á decir á la junta de Cádiz que «si habia algunos de los individuos de la Central sobre quienes determinadamente recayese la sospecha del pueblo, manifestase quiénes eran para detenerlos, y en caso contrario, dejase marchar á todos».

Contestó la junta de Cádiz con el papel adjunto, de 11 del corriente; pero el consejo de Regencia, que desca en todo el acierto, el servicio y la salud de la patria, no ha podido menos de asesorarse en tan delicado punto como el actual con la sabiduria de su consejo. Por tanto, espera que correspondiendo, como lo ha hecho siempre, á las confianzas de su majestad, le consultará este tribunal con presencia de todo «si los individuos todos de la Junta Central deben ser detenidos, ó algunos determinadamente, desigoando los que hayan de ser; si conviene ó no permitirles que pasen á sus respectivas provincias; y finalmente, qué determinacion habrá de tomarse con ellos;» en el supuesto de que ya están arrestados don Lorenzo Calvo y el conde de Tili, contra quienes su majestad tuvo motivos justos para dictar esta providencia. Lo que, de orden de su majestad, comunico á vuestra ilustrísima para que inmediatamente lo haga presente al tribunal, á fin de que con la misma brevedad diga á su majestad su parecer.

El papel de la junta de esta ciudad de 14 del mismo mes, que acompaña á dicha real orden, dice así:

#### II.

##### Oficio de la junta de Cádiz.

Excelentísimo señor: Esta junta superior de Gobierno se ha propuesto contemplar en todos sus pasos y operaciones el resultado del acierto, principal mira del encargo que le ha confiado el pueblo fiel, que la obligó con solemnidad; sobre esta base invariable entiende que, sin olvidarse jamás del sufragio general de la nacion, de que se considera parte, y bajo el sistema de circunspeccion que se ha propuesto acerca del Gobierno Supremo, debe elevar á la sabiduria del mismo, por medio de vuerelencia, los extremos que observa tocante á la salida de los señores que compusieron la Junta Central, ó de la continuacion de su residencia en esta provincia hasta coyuntura mas adecuada y segura.

El cuerpo nacional soberano fué representado por los mencionados señores hasta que reunida la mayor parte, creyó estaba en el caso de transmitir su autoridad suprema, creando el consejo de Regencia. Por consecuencia, la nacion, que nombró aquel, tiene un derecho indudable de examinar sus procedimientos, así en lo respectivo al establecimiento del nuevo gobierno, como por lo que hace á la administracion que tuvo á su cargo, y de que debe dar cuenta, segun su oferta solemne, máxime cuando sabe que algunos de sus miembros están arrestados. La purificacion de estos extremos no

parece se adapta bien á las circunstancias del día; y mientras en ambos no explica la nación sus votos, podría ser muy afortunado el permiso de que los señores centrales se dividiesen, tanto por la dificultad de reunirlos despues, como porque es propio estén á la vista del Gobierno, que habrá de mandarlos juzgar si la nación lo estima preciso. Por otra parte, el juicio mas perspicaz no alcanza á prever la extension del influjo que puede causar su presentacion en las diferentes provincias en que intenten los señores centrales fijar su residencia. El pueblo español no ha olvidado la grandeza de su instalacion; pero está resentido de los sucesos adversos, y la opinion general se fija «en que dichos señores, ó no han llenado, por falta de alcances y conocimientos, las funciones de su alto carácter, ó que lo han hecho servir á fines torcidos».

El analisis de estas cuestiones, ni pertenece á la junta de Cádiz, ni puede ser obra que de una suprema resolucion, á vista de datos positivos. Entre tanto aquel influjo que indicamos puede ser pernicioso, porque las opiniones se alarman segun el concepto con que se forman; y «si se encamina alguno de dichos señores á la América, á pesar de las restricciones que prescribe la prudencia, son tanto mas de temer resultados funestos, pues que dividida la opinion, debe arruinarse el edificio social sobre que se sostiene».

La permanencia de los expresados señores, tal como existen, no deja de ofrecer inconvenientes por otro respecto. Las provincias que los eligieron podrian quizá quejarse de esta medida, calificandola de rigor contra el augusto carácter que parcialmente les delegaron; y en tal caso, un descontento de las mismas podria ser el anuncio de reclamaciones directas contra el nuevo gobierno que sus representantes acaban de establecer, cosa muy terrible en la crisis que hoy nos rodea.

Demás, si, como lo expresa la real orden, razones políticas no aconsejan su permanencia y reunion, parece que las mismas no favorecen á su absoluta libertad y dispersion en los momentos actuales, si debe respetarse el voto y la tranquilidad comun. La Junta quisiera conciliar los diversos puntos de estos extremos con el de la seguridad personal de aquellos señores; pero careciendo de autoridad legal para resolverlo, puesto que los mismos se despojaron de la que tenían, y la transmitieron al supremo consejo de Regencia, este es quien podrá determinar con mayor conocimiento lo que conviene al mejor servicio del Rey y á los derechos y deseos de la nación, que *clama por justicia* y por no ser presa del mayor de los tiranos. Nuestro Señor guarde á vuecencia muchos años. Cádiz, 11 de febrero de 1810. —Excelentísimo señor. —Francisco Venegas. —Por acuerdo de la Junta, Manuel María de Arce, secretario. —Excelentísimo señor marqués de las Hormazas.

Todo se pasó á los fiscales el 16, y estos magistrados expusieron lo que tuvieron por conveniente, con fecha del mismo día, en su respuesta, del tenor siguiente:

### III.

#### Respuesta fiscal.

Los fiscales, en vista de lo expuesto á su majestad por la junta superior de esta ciudad con fecha de 11 de este mes, y real orden dirigida al Consejo con la del día siguiente, para que inmediatamente manifieste su parecer, dicen: que por una peticion formal, su fecha 2 del corriente, presentada al tribunal en el mismo acto en que entregaron su dictámen sobre el real decreto de ereccion del consejo de Regencia, solicitaron que vuestra majestad tuviese á bien consultarle acerca de los medios que propusieron para establecer mejor la autoridad real y conciliarla el voto publico de la nación, en unas circunstancias en que, por nuestra desgracia, habia sido vilipendiada y degradada en las personas de algunos de los individuos de la Junta Central, que entre otros la habian tenido á su cargo.

Pidieron además que el Consejo consultase lo conveniente, que era el que en el mismo día de la publicacion de la Regencia se diese al reino este testimonio de su justicia y rectitud. Convencidos los fiscales de que este, y no otro, era el camino que debian seguir para desempeñar sus deberes, *que se cifran en promover la observancia de las leyes, de la cual depende la defensa de los derechos de la nación y la de los que pertenecen á los respetables individuos que la han gobernado, insisten en la misma pretension si acerca de ella no se ha tomado providencia por el Consejo*, pues la circunstancia de no hallarnos en la época en que juzgaron produciria mejores efectos no la priva del mérito que tiene, segun su juicio, antes al contrario podrá realzarlo mas el atinado y circunspecto de vuestra majestad, ballándola recomendada con la expe-

riencia, que es la que ha decidido al consejo de Regencia á expedir la real orden ya referida, excitado por los rumores del publico, los cuales ciertamente se hubieran prevenido con la providencia propuesta por los fiscales u otra semejante.

«La opinion publica no es favorable á los señores vocales que han compuesto la Junta Central. Esta verdad es demasiado notoria, para que el ministerio fiscal se detenga en comprobarla. No es menos cierta la de que hay infinitos hechos que son el fundamento de este voto universal. Tampoco puede dudarse que esta no es la ocasion de emplear el criterio legal en el examen del mérito intrínseco que en si tengan; pero todos están conformes en que unos sujetos que han sido depositarios de la soberanía y disfrutado de la noble confianza de que una nación entera se haya sometido á sus deliberaciones en los ramos de la administracion publica, deben corresponder á ella, manifestando cuál ha sido su conducta, para que á la amargura que les causará el ver nuestras desgracias, que casi han puesto á la patria en el borde del precipicio, no les acompañe la de que su imperiosa y general voz los condene como autores de estos males, ó por ignorancia ó por malicia. Los fiscales, estimulados por la justicia, excitados por unos clamores, que previan habian de nacer de las desgracias mismas, y desearos de contribuir con todas sus fuerzas á mantener el orden publico, que veian anunciado con la ereccion de un cuerpo soberano, presentaron á vuestra majestad la instancia de que queda hecha expresion, con cuyo contenido y súplica acreditaron sus patrióticos y legales sentimientos y los fines políticos que les animaron. Nada tienen que añadir á lo que entonces expusieron y reproducen; pero si insinuarán el modo de que los señores vocales de la Junta Central tengan la satisfaccion de dar un testimonio de su conducta á España y las Américas, y no omitirán el hacer aquellas observaciones que crean mas análogos á las intenciones que descubre su majestad en la real orden comunicada al Consejo.

El oficio fiscal le hizo presentes todos los males que se seguian de que en una monarquía se estableciese un cuerpo soberano, compuesto de un crecido número de personas, y se opuso á su reconocimiento. Posteriormente han tenido la honra los fiscales de escribir sobre este asunto tan importante, ya de oficio, y ya en virtud de órdenes de su majestad, y siempre han clamado por la observancia de una de nuestras instituciones fundamentales, como el medio de remediar nuestras desgracias; y para estimular á la Junta á tomar esta providencia, no temieron hacerla el funesto vaticinio que de no adoptarla, llegaria el día en que se viese expuesta su seguridad personal. Sobre este particular, creen los fiscales que debe responder á la nación, «pues si bien la ley dura de la necesidad la obligó á reconocerla, no por esto perdió el derecho de exigir que la diese cuenta de los motivos que la precisaron á mantenerse con el mando, contra los dictámenes del Consejo, contra las vivas reclamaciones de sus fiscales, y sobre todo, contra el decoro de la soberanía, que de día en día ha caminado al mayor descrédito, y que se ha hallado al punto de espirar, como tantas victimas, que han hecho desaparecer familias enteras.»

La administracion pública en materia de real hacienda es otro ramo, no menos fecundo que el politico y legal ya insinuado, que presta margen al celo de los señores vocales para que acrediten al reino todo su pureza y desinterés. Tanto donativos, así en dinero como en efectos, tanto numerario venido de las Américas, tanta plata recogida, exigen que los que han manejado estas riquezas, ó por mejor decir, los que han mandado disponer de ellas, den cuenta á todo el reino de su legitima inversion, satisfaciendo de este modo á un deber que el mando lleva anexo, y al que la Junta ha dado la mayor solemnidad con sus ofrecimientos.

Los fiscales carecen de conocimientos en el ramo militar, pero el consejo de Guerra, que por su instituto y experiencias está instruido en estas materias, y lo mismo la junta militar, que tienen entendido se creó y ha subsistido para dirigir al Gobierno Supremo en negocio de tanta entidad, podrán insinuar los puntos que pongan á la Junta en disposicion de acallar los clamores que atacan, «no solo sus conocimientos en la ciencia de gobernar, sino hasta su probidad y patriotismo,» no olvidándose de que en el hecho de haberse instalado, toda ella es responsable de la opinion pública, que conceptuó tenían sus señores vocales, pues si hubiera creído que alguno de ellos carecia de este indispensable requisito conforme á la ley, ó que le faltaba algun otro de los que la misma exige, no le hubiera tolerado.

Estas insinuaciones, que el oficio fiscal se ve en la precision de



hacer, no tienen el menor aspecto de criminalidad. La nación quedó huérfana, porque perdió su soberano, y así como un menor puede pedir que su tutor le dé cuenta de su conducta, del mismo modo el consejo de Regencia, velando por la suerte de aquella que le está confiada, puede y debe, en obsequio de la autoridad real, exigir la cuenta de esta tutela universal de los que la han tenido a su cargo.

El decoro de sus personas, que jamás olvidarán los fiscales, por el carácter con que han estado nombradas, lo miran en contradicción con el orden que ha pensado seguir el consejo de Regencia en negocio tan delicado y de tanta trascendencia. El reconocimiento de los equipajes es un paso que solo se halla entre las actuaciones de una causa criminal; y si la seguridad individual de los señores vocales, la necesidad de satisfacer á la nación, y otras razones políticas, ponen á cubierto de toda censura la detención de sus personas, no sucede así con el exámen de sus haberes. Este es un sagrado, y el escudriñarlos por solo las voces populares, cuando no hay peligro de que se transporten, compromete la delicadeza de la justicia soberana, y da lugar á que, ó se censure esta por los que la fuerza sujeta al reconocimiento, ó indica que el Gobierno no ha tenido bastante prevision para evitar estos rumores.

Los fiscales repiten que no los habria si en el momento de su instalacion se hubiera acallado los de la nacion toda, ofreciendo darla un testimonio del desempeño de las funciones de la Junta en el tiempo de su mando. Ya que no se ha hecho, epiden formalmente que se informe á su majestad la necesidad de ejecutarlo, y que en el interin subsistan los señores vocales de la Junta en el lugar que se crea mas seguro y decoroso á la alta dignidad que han disfrutado; haciéndolo así entender á la nación, para que sus derechos queden preservados, sean atendidos los de aquellos, y no menos los respetos del trono.

#### IV.

##### *Exposicion del Consejo.*

El Consejo, en vista de todo, confiesa á vuestra majestad con la confianza y franqueza que le es propia, y le ha caracterizado en todas épocas, que jamás se ha visto mas perplejo y dudoso en el acierto que apetece en los dictámenes que presenta al trono, que en el que va á proponer á la sabiduría y discrecion de vuestra majestad. Mirado este negocio por las reglas generales de derecho, que obligan á cuantos ocupan empleos de administracion pública á dar razon de las acciones á quien tiene derecho á pedirselas; considerando, con respecto á los centrales, que «la que han ejercido ha sido por una violenta y forzada usurpacion, tolerada mas bien que consentida por la nacion, y que la han ejercido contra la prevenida por la ley, con poderes de quienes no tenían derecho para dárselos, contra lo que el Consejo les ha hecho presente con repeticion, y con un espíritu el mas conocido y descubierto de amor propio y ambicion; teniendo al mismo tiempo presente que uno de los medios con que procuraron alucinar á los pueblos para atraerlos á su devocion» fué la solemnisima oferta que les bicion de dar cuenta y presentar manifiestos de su conducta y administracion é inversion de caudales; no pudiendo, por otra parte, dardarse que la mayor porcion de los males que sufrimos y estrecho apuro en que nos vemos nacen de esta «su tenaz insistencia en no dejar un mando tan mal adquirido como desempeñado, y que esta es la comun opinion», á la que hoy mas que nunca conviene acallar y satisfacer, por lo mucho que interesa contar con ella para cuanto pueda hacerse de útil y ventajoso á la salud y bien público, y por lo respetable que debe ser para cimentar el gobierno, por bien sentido y recibido que se encuentre; atendidos estos solos presupuestos, era muy sencillo, y aun tambien seria muy justo, el decirles: «Habeis concluido vuestra administracion, habeis ofrecido dar cuenta de ella; no la habeis dado, interesa á vuestro honor mismo el darla, aunque no hubiera otro motivo; además los reveses que ha sufrido la accion bajo de ella, y la opinion pública os acusan de ser causa de la ruina que nos amenaza y de los males que sufrimos; dad pues cuenta de ella, y para este efecto se os facilitarán todos los medios que tuvisteis en vuestro poder para poderlo hacer cuando debisteis; pero en tanto no os separaréis de la vista del Gobierno, y para ello y vuestra propia seguridad estaréis detenidos en los lugares que se os señale.» Todo esto, y aun mucho mas, podria y aun debia hacerse, mirado este negocio aisladamente y sin otras consideraciones y respetos; podria aun hacerse mas, pues podria preguntárseles, y

aun «hacerseles cargo del abuso de sus poderes y autoridad, y haber arrollado y echado por tierra las leyes, anulado los tribunales, inutilizado las justicias, erigido en legisladores reunidos en sí mismos los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, y en suma trastornado enteramente el gobierno monárquico de un modo el mas arbitrario y desconocido;» pero ¿adónde íbamos á dar, Señor? ¿Tenemos proporciones para hacer todo esto? ¿Es tiempo acaso de hacerlo? Esto es justamente lo que debe gobernarse por la prudencia mas que por la ciencia del derecho. Si pudiéramos mandar en toda la Peninsula, ó su mayor parte, adonde sin duda seria preciso que llegaran las resultas ó consecuencias de este procedimiento, ó bien por parte de los centrales para dar razon de sus acciones, ó por parte del Gobierno para pedirselas, habria esta dificultad de menos; si para este mismo efecto no fuera necesario, como lo seria, el que se les entregaran, si los pedian, todos ó los mas papeles de los diferentes ramos de la administracion del reino, ó copias, que aun era mas complicado, faltaria este inconveniente gravísimo, impracticable, si á esto no fuera consiguiente el que los ministros, que necesariamente debian hacer en este negocio una parte muy principal, debiesen estar pendientes de este juicio, lo que en el dia seria escandaloso y sumamente perjudicial; y últimamente, si hubiera sitios decentes y acomodados donde colocarlos, pues donde están no lo son, y si una mancion sobramente rigorosa para los mas graves delinquentes, podria acaso pasarse por los defectos que en sí envuelve «una semejante pesquisa general, pues no seria en realidad otra cosa, aunque se cubra con las protestas de que no se les acusa, ni se pide que se proceda criminalmente contra sus personas»; pero con todas estas dificultades, ¿es prudente, Señor, meterse en un empeño que necesariamente ha de acarrear, y aun esto sin fruto, una inmensidad de males, que jamás podrá tener fin, y cuyo principio resisten las leyes, la política y el estado actual, en el que no conviene se distraiga el Gobierno, ni ocupe sino en el grande empeño de arrojar de nuestro suelo al enemigo y de proporcionar á este solo objeto todas las fuerzas y caudales que se necesiten? ¿Será esto posible, y aun el que se cierran los ojos al modo con que nuestros aliados, y particularmente los ingleses, podrian mirar esta conducta, ó la conducta que podria ofrecérseles con respecto á los tratados que tengan hechos con ellos, ó traten de hacer con vuestra majestad, cuyo gobierno considerarán expuesto á iguales vicisitudes por solo no tener valor para contrarrestar la «opinión pública, que aunque respetable, les acusa de todo, pero de nada en particular?» Parece verdaderamente imposible. El celo patriótico que manifiesta esta junta superior, en honor á la opinion pública que le mueve, y en justo horror á los que por su voz estimen autores de los males que padecemos, ha merecido con mucha razon la atencion de vuestra majestad; mas la misma Junta, ni se atreve á calificar el reato, ni se decide á proponer los medios de descubrirlos; y si los apunta ó insinúa, es acompañando otras tantas reflexiones de consideraciones que dejan el punto enteramente ambiguo, aun con respecto á poderse hacer juicio de su dictámen y de sus deseos, y en una palabra, es un papel en pro y en contra de la cuestion, que solo sirve para conocer que si su celo los mueve á satisfacer la opinion pública contra los centrales con alguna demostracion, igualmente pública, contra sus personas, la fuerza de la razon y otras muchas consideraciones que hacen le presentan mil dificultades. Vuestros fiscales, que en cuantas ocasiones se han ofrecido han dado las pruebas mas acendradas de su celo, las repiten en esta su respuesta fiscal, reproduciendo otra que dieron por separado en el expediente sobre el nuevo gobierno que representa á vuestra majestad. En ella pidieron substancialmente, pero con formalidad, casi lo mismo que apunta esta junta superior de Cádiz en orden á la detencion de los centrales, y razon que debian dar de su administracion, con la sabiduría y discrecion propia de sus luces y conocimientos, de las que tomó el Consejo las que tuvo por convenientes «para la consulta que entonces hizo y comision que mandó á cumplimentar á vuestra majestad», reservándose, por las dificultades é inconvenientes que van manifestados, el dar providencia en tiempo oportuno á su peticion en la principal.

#### V.

##### *Dictámen del Consejo.*

En medio de este laberinto, cree el Consejo y es de dictámen que vuestra majestad ha empezado ya á hacer lo único que es posible y practicable en este negocio en la actualidad; por el

NÚMERO II.

MIEMBROS DEL GOBIERNO CENTRAL.

JUNTA SUPREMA. — SECCIONES Y MINISTERIOS. — ESTADO. — GRACIA Y JUSTICIA. — GUERRA. — MARINA. — HACIENDA. — COMISION EJECUTIVA. — COMISION DE CORTES. — SECRETARIA GENERAL.

LISTA de los individuos que compusieron la junta suprema central gubernativa de España é Indias, por el orden alfabético de las provincias que los nombraron.

Por Aragon.

Don Francisco Palafox y Melci, *gentilhombre de cámara de su majestad con ejercicio, brigadier del ejército, y oficial de reales guardias de corps*.

Don Lorenzo Calvo de Rozas, *vecino de Madrid y intendente del ejército y reino de Aragon*.

Asturias.

Don Gaspar Melchor de Jovellanos, *caballero de la orden de Alcántara, del consejo de Estado de su majestad, y antes ministro de Gracia y Justicia*.

Marqués de Campo Sagrado, *teniente general del ejército y inspector general de las tropas del principado de Asturias*.

Canarias.

Marqués de Villanueva del Prado.

Castilla la Vieja.

Don Lorenzo Bonifaz y Quintano, *dignidad de prior de la santa iglesia de Zamora*.

Don Francisco Javier Caro, *catedrático de leyes de la universidad de Salamanca*.

Cataluña.

Marqués de Villet, *conde de Darnius, grande de España y gentilhombre de cámara de su majestad con ejercicio*.

Baron de Sabasóna.

Córdoba.

Marqués de la Puebla de los Infantes, *grande de España*.

Don Juan de Dios Gutierrez Rabé.

Extremadura.

Don Martin de Garay, *intendente de Extremadura y ministro honorario del consejo de Guerra. Fué el primer secretario general y despachó interinamente los negocios de Estado*.

Don Felix Ovalle, *tesorero de ejército de Extremadura*.

Galicia.

Conde de Gimonde.

Don Antonio Aballe.

Gronada.

Don Rodrigo Riquelme, *regente de la chancillería de Granada*.

Don Luis de Funes, *canónigo de la santa iglesia de Santiago*.

Jaen.

Don Francisco Castaneda, *canónigo de la santa iglesia de Jaen, prior y vicario general de su obispado*.

Don Sebastian de Jorano, *del consejo de su majestad en el tribunal de contaduría mayor, y contador de la provincia de Jaen*.

Leon.

Frey don Antonio Valdés, *bailio gran cruz de la orden de San Juan, caballero del Toison de oro, gran cruz de la orden de Carlos III, caballero mayor y gentilhombre de cámara de su majestad con ejercicio. Fué presidente de la Junta*.

Don Pedro de Silva, *patriarca de las Indias, gran cruz de la orden de Carlos III, y antes mariscal de campo de los reales ejércitos. Falleció en Aranjuez, y no fué reemplazado*.

Madrid.

Conde de Altamira, *marqués de Astorga, grande de España, caballero del Toison de oro, gran cruz de la orden de Carlos III, caballero mayor y gentilhombre de cámara de su majestad con ejercicio. Fué presidente de la Junta*.

Don Pedro de Silva, *patriarca de las Indias, gran cruz de la orden de Carlos III, y antes mariscal de campo de los reales ejércitos. Falleció en Aranjuez, y no fué reemplazado*.

VI.

Resolucion del consejo de Regencia

Ilustrísimo señor: El consejo de regencia de los reinos de España é Indias, adoptando «con unanimidad y singular aprecio» el prudente y acertado dictámen que le propone ese supremo tribunal, ha acordado que con las causas que tiene promovidas á los centrales don Lorenzo Calvo y conde de Tili, como con la invitación á la junta superior de Cádiz, en razon de que indicase cualesquiera otros procedimientos que intentase con algunos mas de los restantes vocales, ha llenado sus deberes en esta parte; y su majestad se propone completarlos, dejando responsables á todos ellos para con la nacion junta en cortes, á efecto de que den cuenta de su administracion y publiquen el manifiesto que tienen ofrecido. De consiguiente, y en conformidad del referido dictámen, ha resuelto su majestad se franquee á los vocales libres sus pasaportes para que puedan trasladarse á sus provincias, pero «de ningún modo para las Américas, debiendo quedar á disposicion del Gobierno, bajo la vigilancia y cargo especial de los capitanes generales ú otros jefes superiores de las provincias adonde les convega dirigirse, y cuidando la Regencia que no se reúnan muchos en una provincia».

Asimismo ha dispuesto su majestad que de todo se de noticia á la junta superior de esa ciudad, en ulterior prueba de los deseos que animan constantemente al consejo de Regencia de complacerla, de la distinguida atencion que le merecen sus representaciones, en cuanto lo permitan la justicia y las circunstancias.

Todo lo que de real orden comunico á vuestra ilustrísima para su inteligencia y gobierno, y la de ese supremo tribunal. Dios guarde á vuestra ilustrísima muchos años. Real isla de Leon, 21 de febrero de 1810.—El marqués de las Hormazas.



## Mallorca.

Don Tomás de Veri, *caballero de la orden de San Juan, teniente coronel del regimiento de voluntarios de Palma.*

Conde de Ayamans, *teniente coronel de las milicias de Palma.*

## Murcia.

Conde de Floridablanca, *caballero del Toison de oro, gran cruz de la orden de Carlos III, gentilhombre de cámara de su majestad con ejercicio, y antes primer secretario de Estado, interino de Gracia y Justicia.* Fué el primer presidente de la Junta Central. Falleció en Sevilla, y fué subrogado por el

Marqués de San Mamés, que no tomó posesion.

Marqués del Villar.

## Navarra.

Don Miguel de Balanza. } *Individuos de la muy ilustre diputa-*  
Don Carlos de Amatria. } *ción del reino de Navarra.*

## Toledo.

Don Pedro de Ribero, *canónigo de la santa iglesia de Toledo.* Fué secretario general.

Don José García de la Torre, *abogado de los reales consejos.*

## Sevilla.

Don Juan de Vera y Delgado, *arzobispo de Laodicea, coadministrador del señor cardenal de Borbon en el de Sevilla, y después obispo de Cádiz.* Fué presidente de la Junta Central.

Conde de Tilli.

## Valencia.

Conde de Contamina, *grande de España, gentilhombre de cámara de su majestad con ejercicio.*

Príncipe Pio, *grande de España, coronel de milicias.* Falleció en Aranjuez, y fué subrogado por el

Marqués de la Romana, *grande de España, teniente general de los reales ejércitos y general en jefe del ejército de la izquierda.*

## Portero.

Don Lorenzo Bonavia.

## SECCIONES Y MINISTERIOS.

## Estado.

El Presidente.

Conde de Altamira.

Bailío Valdés.

Marqués de Villél.

Don Pedro de Ribero.

Conde de Coutamina.

Marqués del Villar.

Don Martin de Garay.

*Ministro:* Don Pedro Ceballos. *Sucedióle,*

*En interin don Martin de Garay, y en propiedad don Francisco de Saavedra.*

## Gracia y Justicia.

Arzobispo de Laodicea.

Patriarca de las Indias.

Don Gaspar de Jovellanos.

Don Rodrigo Riquelme.

Don Francisco Javier Caro.

Don Juan de Dios Rabé. *Pasó á Guerra.*

*Ministro:* Don Benito Ramon de Heróida.

## Guerra.

Príncipe Pio.

Marqués de Campo-Sagrado.

Don Tomás de Veri.

Don Francisco Palafox.

Don José García de la Torre.

Conde de Tilli.

Marqués de la Romana.

*Ministro:* Don Antonio Cornet.

## Marina.

Marqués de la Puebla.

Conde de Ayamans.

Conde de Gimonde.

Don Carlos Amatria.

Don Antonio Aballe.

Vizconde de Quintanilla.

Don Lorenzo Bonifaz.

*Ministro:* Don Antonio Escaño.

## Hacienda.

Don Francisco Castanedo.

Raron de Sabasona.

Don Sebastian de Jocano.

Don Lorenzo Calvo.

Don Miguel Balanza.

Don Felix Ovalle.

*Ministro:* Don Francisco de Saavedra. *Sucedióle el*  
Marqués de las Hormazas.

## COMISION EJECUTIVA.

*En 1.º de noviembre de 1809.*

El presidente de la Junta.

Marqués de la Romana.

Don Rodrigo Riquelme.

Don Francisco Javier Caro.

Don Sebastian de Jocano.

Don José García de la Torre.

Marqués de Villél.

*En 1.º de enero de 1810.*

El presidente de la Junta.

Marqués de Villél.

Don José García de la Torre.

Don Sebastian de Jocano.

Conde de Ayamans.

Marqués de Villar.

Don Felix Ovalle.

## COMISION DE CORTES.

Arzobispo de Laodicea.

Don Gaspar de Jovellanos.

Don Francisco Castanedo.

Don Rodrigo Riquelme.

Don Francisco Javier Caro.

Conde de Ayamans. } *Subrogados á los dos que anteceden.*  
Don Martin de Garay.

## Secretarios.

Don Manuel de Abella.

Don Pedro Polo de Alcocer.

## SECRETARÍA DE LA JUNTA CENTRAL.

## Secretario general.

Don Martio de Garay. *Sucedióle*

Don Pedro Ribero.

## Oficiales de la secretaría.

Don Manuel José Quintana.

Don Ignacio García Malo.

Don Pascual Genaro Ródenas.

Don Pio Agustín Landa.

Don José Costa y Gali.

Don José Ceballos.

Don Francisco Leunda, *archivero.*

## Porteros.

Don Domingo García de la Fuente.

Don Francisco de Paula Campos.

## NÚMERO III.

## LIBERTAD DEL AUTOR.

REAL ÓRDEN. — REPRESENTACION Á FERNANDO VII. — PRIMERA Y SEGUNDA REPRESENTACION Á CARLOS IV. — CARTA CONFIDENCIAL Á DON JUAN ESCOITIZ. — CONSIGNA EN BELLVER. — VARIAS ÓRDENES SOBRE EL ARRESTO ALLÍ. — INCIDENTE SOBRE LA IMPRESION DE LAS REPRESENTACIONES.

## I.

## Real orden.

Excelentísimo señor: El Rey, nuestro señor, don Fernando VII se ha servido alzar á vuecelencia el arresto que sufre en ese cas-

tillo de Bellver, y su majestad permite á vuecelencia que pueda venir á la corte. Lo que de real órden lo comunico á vuecelencia para su inteligencia y satisfaccion. Dios guarde á vuecelencia muchos años.— *Avanzuez, 22 de marzo de 1804. — El marques Caballero. — Señor don Gaspar Melchor de Jovellanos.*

II.

*Representacion al señor don Fernando VII.*

Señor: Después de haber dado gracias al Todopoderoso por el beneficio de mi libertad, y de haber implorado su santa proteccion para la real persona de vuestra majestad y prosperidad de su reinado, ocurro á exponer á sus reales pies el resto de amargura que en medio de tantos sentimientos de gratitud y regocijo queda todavia en mi corazon. Bien se, Señor, que el alzamiento de mi arresto y el permiso de pasar á la corte, que vuestra real piedad se ha dignado dispensarme, bastan para borrar en el concepto público las ignominiosas impresiones que mis enemigos han pretendido excitar contra mí; pero el escandaloso aparato con que fui arrastrado á esta isla, la rigorosa reclusion que me hicieron sufrir por espacio de siete años, y á que me habian condenado sin termino, abusando del augusto nombre del Rey, padre de vuestra majestad, acreditan que á tales extremos de crueldad hubieron de preceder horribles imputaciones y calumnias; que estas existirán consignadas en alguno ó algunos expedientes de la via reservada, y que mientras estos existan, mi opinion y buen nombre quedarán en una incertidumbre que solo pueda borrar la suprema justicia de vuestra majestad.

Esta, Señor, es la que imploro, despues de haber experimentado tan largamente su real piedad, y en un tiempo en que vuestra majestad se digna ofrecer á los injustamente perseguidos su completo desagravio. A este fin dirijo á vuestra majestad la copia de las adjuntas representaciones, que desde el momento de mi confinacion en la Cartuja de esta isla dirigí al augusto padre de vuestra majestad, y que acaso no han llegado á su real oido, puesto que no produjeron otro efecto que agravar mas y mas la ignominia y doreza de mi tratamiento, trasladandome al rigoroso encierro en el castillo de Bellver, y el arresto y continuacion de un respetable sacerdote, individuo de mi casa, en quien fueron interceptadas por el alcaide de corte don Jose Marquina. A ellas acompaño la copia número 3, para acreditar la constancia con que fue sostenida mi opresion, y no agrego otros documentos y pruebas de las vejaciones y humillaciones que hebe de sufrir durante ella, porque no aspiro al castigo de mis opresores, sino á la completa reintegracion de mi buen nombre.

Ruego portanto á vuestra majestad que mandando reunir cualesquiera expedientes que existan en las secretarías del despacho, relativos á mi conducta publica ó privada, y agregar á ellos estos documentos, se digne cometerlos al tribunal ó personas que vuestra majestad señalaré, para que examinándolos con mi audiencia, ó en la forma que fuere de su real agrado, se consulte á vuestra majestad lo que correspondiere en justicia para mi desagravio.

Y si, como mi conciencia me asegura, resultare de este examen, no solo mi inocencia, sino tambien el constante celo y desinterés con que serví á los augustos padre y abuelo de vuestra majestad desde el año de 1767, ruego humildemente á vuestra majestad se digne declarar uno y otro por su real decreto, mandando anular y suprimir los citados expedientes, y las órdenes expedidas á consecuencia de ellos, la restitucion de todos mis papeles, la indemnizacion de las personas que hubieren sufrido por mi causa, y lo demás que su suprema justicia estimare necesario para la completa reintegracion de mi estado y buen nombre.

Nuestro Señor guarde la católica y real persona de vuestra majestad por dilatados años, para consuelo de los oprimidos y bien de todos sus vasallos. Mallorca, 18 de abril de 1804.—Señor.—A los reales pies de vuestra majestad.— *Gaspar de Jovellanos.*

III.

*Primera representacion al señor don Carlos IV.*

Señor: Sorprendido en mi cama, al rayar el dia 15 de marzo último, por el regente de la audiencia de Asturias, que á nombre de vuestra majestad se apoderó subitamente de mi persona y de todos mis papeles; sacado de mi casa antes de amanecer el siguiente dia y entre la escolta de soldados que la tenían cer-

cada, conducido, por medio de la capital y pueblos de aquel principado, hasta la ciudad de Leon; detenido allí, y recluso en el convento de franciscanos descalzos por espacio de diez dias, sin trato ni comunicacion alguna; llevado despues entre otra escolta de caballería, y en los dias pasados solenes de nuestra religion, por las provincias de Castilla, Rioja, Navarra, Aragon y Cataluña, hasta el puerto de Barcelona; entregado allí al Capitan General, y de so orden nuevamente recluso en el convento de Nuestra Señora de la Merced; y finalmente, como si se quisiese dar un nuevo ejemplo de rigor en mí, ó como si ya no fuese digno de pisar el continente español, embarrado en un correo, trasladado á Palma, presentado á su capitan general y conuenciado al destierro y confinacion de esta Cartuja, he sufrido con resignacion y en silencio, por espacio de cuarenta dias, todas las fatigas, vejaciones y humillaciones que pueden oprimir á un hombre de honor; he pasado por el bochorno de aparecer como reo en medio de mi nacion, que me vio llevar con escándalo á mas de doscientas leguas de mi domicilio y arrojar á esta parte de sus mares; y por fin, estoy padeciendo en una vergonzosa reclusion las mas crueles privaciones, sin saber cual pueda ser la causa de tan duro y ignominioso tratamiento.

Pero en medio de esta amargura, lo que pade el alma á mi desgracia y hiere mas vivamente mi corazon es la dolorosa idea de haber perdido la gracia de vuestra majestad y el concepto de fiel y reconocido vasallo suyo. Porque, Señor, ¿cómo será posible que á nombre de vuestra majestad se hayan cometido en mi persona tan rigorosos y no vistos atropellamientos, si antes no se hubiese preocupado su real ánimo con la imputacion de algun delito que me hiciese digno de ellos? Ni ¿cómo cabria en la suprema justicia de vuestra majestad ni en la rectitud de su piadoso corazon que mandase tratar tan ignominiosamente á un vasallo que algun dia poseyó su augusta confianza, si no hubiese sido representado á sus ojos como reo de alguna gravísima culpa, y tal, que le expusiese á los extremos de su real indignacion?

Mas ¿cual, Señor, puede ser este delito de que se pretende acusarme? Si es conocido, si está probado, ¿cómo es que no se empezó interrogándome acerca de él, haciéndome el cargo ó cargos que se crea resultar contra mí, oyendo mis satisfacciones y admitiéndome aquella defensa que el derecho natural y positivo conceden, y que vuestra majestad no niega al mas infeliz de sus vasallos?

Y si no hay todavia pruebas de tal delito, si ha sido concebido por alguna grosera equivocacion ó figurado y supuesto por algun delator calumnioso, como no puedo dejar de temer, ¿por que en vez de inquirir y averiguarle, se ha empezado despojándome de mi libertad, de mi estado, de todos mis derechos? Por qué, arrojándome del suelo de mi patria, desterrándome á una isla remota, confinándome en una triste reclusion y condenándome á tanta vergüenza y tantas privaciones? Por que al mismo tiempo que se me da el concepto de delincuente, se me pone á tanta distancia y en tan absoluta imposibilidad de ser acusado y defendido? Por qué, en fin, á toda indagacion, á toda acusacion, á todo juicio, se ha hecho preceder una pena tan acerba y tan infamatoria?

Porque, Señor, cuando yo, olvidado de los nobles principios de mi educacion, de las altas obligaciones de mi estado, y lo que es mas, de los intimos sentimientos de amor que profeso á vuestra majestad y de gratitud á las bondades que ha derramado sobre mí, hubiese tenido la desgracia de incurrir en alguna culpa, ¿cual no debería ser su enormidad, para corresponder á pena tan acerba y exquísita como la que se ha ejercutado en mi persona; á una pena que robándome mi honor y estado, me ha puesto en una verdadera muerte civil, y que me hubiera quitado mil veces la vida natural, si el valor que me inspiran mi inocencia y mi confianza en la justicia de vuestra majestad no me hubiese confortado y hecho superior á ella?

Acaso, Señor, para justificar tan rigorosos procedimientos se habra creído que mis delitos y sus pruebas se hallarian en mis papeles, los cuales, tal vez con este solo fin, se ocuparon súbitamente y sin excepcion alguna. Pero, Señor, si antes de esta ocupacion no existian contra mí pruebas de ningun delito, ¿cómo es que por alguna aparente sospecha ó por alguna delacion calumniosa se ha tomado conmigo tan violenta y extraña providencia? Pues ¿qué? allanar la casa de un hombre que está en plena posesion de su inocencia, escudriñar hasta sus últimos retretes, invadir y ocupar, sin distincion alguna, todos sus papeles; unos papeles en que debian estar consignados, no solo sus intereses, sus derechos, sus escritos y el fruto de sus estudios y trabajos, sino



también sus pensamientos, sus aficiones, sus flaquezas, las conanzas de sus amigos y parientes, y en una palabra, los mas intimos secretos de su conciencia y de su vida, ¿no habrá sido lo mismo que invadir y violar el mas sagrado de todos los depositos? No habrá sido profanar, atropellar y hollar con los pies la mas preciosa de todas las propiedades, la mas íntima, la mas religiosa, la mas identificada con la vida y existencia del hombre? Y cuando el mas glorioso título de vuestra majestad, como soberano y padre de sus vasallos, es el de protector de esta sagrada propiedad, que las leyes de todas las naciones y las máximas de todos los gobiernos han mirado siempre como libre y exenta de toda jurisdicción, de toda inspección, de todo insulto, ¿cómo se pudo interponer su angustioso nombre para autorizar, en quien menos lo merecía, una violación tan escandalosa?

No me quejo yo, Señor, tan amargamente de esta violencia, porque tema el escrutinio de mis papeles, pues mas bien lo celebraría, si celebrarse pudiese que bajo el piadoso nombre de vuestra majestad se ofreciese á los ojos de la nación un ejemplo tan nuevo de opresión y arbitrariedad; un ejemplo que habrá llenado de adhesión á todos sus fieles vasallos, cuya libertad, cuya seguridad, cuya propiedad personal y doméstica han sido violadas en la mía. Y digo, Señor, que lo celebraría, porque ¿qué se hallará en mis papeles, sino una no interrumpida serie de testimonios que acrediten mi inocencia y integridad de mi vida, consagrada por espacio de treinta y cuatro años al servicio de vuestra majestad y al bien común? ¿Qué se hallará, sino los continuos esfuerzos de mi celo, siempre y constantemente dirigidos al bien y á la gloria de mi nación? ¿Qué se hallará, sino que mis estudios, mis meditaciones, mis escritos, mis viajes y todos los pasos y acciones de mi vida han sido siempre regulados por tan dignos objetos? Y pues me debe ser lícito gloriarme de ello, cuando tan cruelmente se trata de ennegrecer mi reputación, que ha sido siempre el ídolo de mi vida, y hoy es el único patrimonio que deseo conservar, ¿qué se hallará en mis papeles, sino que desempeñando con exactitud y integridad los distinguidos cargos y comisiones que la piedad de vuestra majestad y de su augusto padre se dignaron confiarme, y consagrando mi celo y mis pobres talentos al bien de mi patria, he logrado labrarme esta reputación pura y sin mancha, que hoy hace mi único consuelo, y que jamás me robará ni amareillará la calumnia, si la protección y justicia de vuestra majestad no me abandonaren?

No quiera Dios que vuestra majestad atribuya á orgullo esta seguridad. En medio de la ignominia y abatimiento en que me hallo sumido, mal pudieran caber en mi alma tan livianos sentimientos. No, Señor, estoy muy lejos de crearme libre de imperfecciones, flaquezas y defectos, y antes reconozco que mi natural franqueza y docilidad me pueden haber hecho incurrir en ellos mas frecuentemente que á otro alguno. Pero en medio de este sincero reconocimiento, mi razón y mi conciencia me autorizan para asegurar á vuestra majestad que el mas rigoroso exámen de mi conducta y mis escritos nunca, nunca podrá acreditar que yo, ni como ciudadano, ni como magistrado, ni como hombre público, ni como hombre religioso, haya cometido jamás advertidamente el menor delito que me hiciese indigno de la gracia de vuestra majestad y del aprecio de la nación.

Esto es, Señor, lo que me inspira tanta seguridad, y lo que me hace llegar á los pies de vuestra majestad con tanta confianza. No la pongo ciertamente en mi mérito, que al cabo no es otro que haber cumplido fielmente con las obligaciones de mi estado. Pero la pongo en la protección y justicia de vuestra majestad, que no puede permitir que la calumnia triunfe de mi inocencia, y menos abandonar á un vasallo, que consagrado desde su primera juventud al servicio de vuestra majestad, despues de haber llenado dignamente los cargos de ministro de la real audiencia de Sevilla, de alcalde de casa y corte, de consejero de Ordenes, de secretario de Gracia y Justicia, y desempeñado con celo y desinterés muchas árduas y importantes comisiones; despues, en fin, de haber obtenido los mas honrosos testimonios de aprobación y aprecio, así de vuestra majestad y su augusto padre como de la opinion pública, se hallaba en sus cincuenta y ocho años, consagrando el último trozo de su vida á mejorar la educación pública y á perfeccionar un establecimiento que vuestra majestad fundó y se dignó confiar á su celo; y que, si no le faltare su augusta protección, será algún día el mas glorioso monumento de su reinado.

En fe, Señor, de estas verdades, que estoy pronto á sellar con mi sangre, os ruego humildemente y llen de confianza á vuestra majestad, no ya para implorar su gracia, sino para reclamar su suprema

justicia. Si he sido calumniado, yo me ofrezco á confundir y desvanecer cualquiera imputación calumniosa que se haya levantado contra mí; pero si alguna material equivocación ó aparente sospecha han dado causa á mi desgracia, yo me ofrezco también á desvanecerla, y en cualquiera caso á justificar plenamente ante vuestra majestad que lejos de merecer el rigoroso tratamiento con que estoy oprimido, he sido siempre, por mi inocencia, mi fidelidad, mis servicios, y por la plena integridad de mi conducta, acreedor á la gracia de vuestra majestad y al aprecio de la nación.

Así que, ruego humildemente á vuestra majestad que obrando segun los principios de equidad y justicia inseparables de su piadoso corazón, se digne mandar: primero, que si algún delito se me hubiere imputado ante vuestra majestad, se me haga desde luego cargo de él, y se me oigan mis defensas segun las leyes; segundo, que cualquiera juicio que contra mí se haya de instaurar, se instauré y siga, no ante comisionados ó juntas particulares, sino ante algún tribunal públicamente reconocido, ora sea el consejo de Estado, de que soy miembro, ora el de Ordenes, como caballero profeso de la de Alcántara, ora ante el Consejo Real, que es el primer tribunal civil de la nación, ora, en fin, pues que se me ha trasladado á esta isla, ante el acuerdo de su real audiencia; pues en ellos ó cualquiera otro estoy pronto á responder de mi conducta; tercero, que declarada que sea mi inocencia, de que estoy bien seguro, se digne vuestra majestad, no solo reintegrarme en mi antiguo estado, sino también reparar íntegramente y en la forma que mas fuere de su real agrado la nota y baldon que tantas violencias y atropellamientos cometidos en mi persona hayan podido cansar en mi reputación y buen nombre. Así lo espero de la justicia y rectitud de vuestra majestad, por cuya vida y prosperidad quedo rogando fervorosamente al cielo. — Cartuja de Valldemunza, en Mallorca, á 21 de abril de 1804. — A los reales pies de vuestra majestad. — Gaspar de Jovellanos.

#### *Segunda representacion al mismo.*

Señor: Luego que llegué á esta reclusión dirigí á vuestra majestad la representación de que acompaño copia; porque en la amargura de mi situación, y cierto como estaba de mi inocencia ¿á quién podía acudir con mas confianza que á vuestra majestad, que es el supremo defensor de la de sus vasallos?

Pero intimidados por el aparato y rigor de mi tratamiento cuantos podían tomar alguna parte en mi alivio y defensa, he sabido con el mayor dolor que aquella reverente súplica no llegó á las reales manos de vuestra majestad, y entre tanto va para seis meses que continúo en una afrentosa conlaoeion, sin que hasta ahora se me haya intimado orden alguna, ni hecho saber de otra manera cuál sea la causa de tan rigoroso tratamiento ó cuál la voluntad de vuestra majestad acerca de mi existencia.

¿Y es posible, Señor, que bajo el justo gobierno de vuestra majestad y á nombre de un rey tan humano y virtuoso, se niegue á un distinguido vasallo suyo lo que las leyes conceden á cuantos viven á la sombra de su protección y justicia? Si se me tiene por reo, ¿por qué no se me conceden los derechos de tal? Por qué no se me acusa, se me oye y se me juzga, y por qué trastorno de todos los principios de justicia y humanidad se anticipa el castigo al juicio, y la pena á la sentencia?

No, Señor, vuestra majestad no es capaz de autorizar una violencia tan notoria; yo conozco bien la rectitud de su ánimo y la bondad de su corazón, y sé que no cabe en una ni otra que sin previo juicio ni sentencia abandone á un inocente á suerte tan horrible. Yo he sido tratado como no facineroso, y todavía pesa sobre mi opinion la infamia de este concepto. Mi fidelidad, mi religion, mi conducta, mi fama y buen nombre han sido de una vez, no ya atacados y puestos en duda, sino denigrados, envilecidos, escarnecidos á los ojos del público. Mi antigua opinion, antes íntegra y sin mancha, ha perecido con mi existencia civil. ¿Y á semejante opresión se añadirá la injusticia de cerrarme las puertas á la defensa y al desagravio? Y se negará á un hombre de honor y de mérito lo que el derecho divino, natural y positivo, estos derechos cuya protección confió á vuestra majestad el Altísimo, conceden al mas infeliz y depravado delincuente?

Yo ignoro de dónde me puede venir tanto mal; si alguna extraña equivocación, si alguna aparente sospecha dieron ocasión á él, dígame, y yo las desvaneceré en un punto; pero si algún indigno delator osó poner su infame boca sobre mi opinion y mi inocencia para sorprender á los ministros de vuestra majestad, dígame también y póngasele cara á cara conmigo, para para que yo le con-

venza, le confunda y le exponga á toda la indignacion de vuestra majestad y al horror y execracion del público.

Imploro, Señor, la justicia de vuestra majestad, no solo para mí, sino para mi nacion, porque no hay un hombre de bien en ella á quien no interese mi desagravio. La opresion de mi inocencia amenaza la suya, y el atropellamiento de mi libertad pone en peligro y hace vacillante la de todos mis conciudadanos.

Vuestra majestad, Señor, me debe esta justicia, se la debe á sí mismo, la debe á las glorias inalterables virtudes que abriga en su corazon, y la debe, en fin, á los dulces nombres de rey justo, bueno y piadoso, sobre que libran su conlanza y consuelo todos sus vasallos. — Cartuja de Jesus Nazareno, 8 de octubre de 1801. — Señor. — A los reales piés de vuestra majestad. — *Gaspar de Jovellanos.*

## IV.

*Carta á don Juan Escobizar.*

Mi respetable amigo y señor: *Laqueus contritus est, et nos liberi sumus.* Pero, no sentirá vuestra merced, como yo, la necesidad en que estoy de clamar todavía para que nuestro amable rey complete con otro rasgo de justicia el de insigne piedad que se ha dignado dirigir hácia mí? La necesidad de la solemne declaracion de mi inocencia lo es de mi corazon, y lo es tambien de la justicia pública, que nuestro adorado rey ofrece y la nacion espera, y á la cual debo aspirar y aspiro, como vuestra merced vera, en la adjunta representacion y documentos, que le ruego ponga en sus reales manos. No aspiro á otra cosa, ni estoy para ella. Sobre los pasados sufrimientos y decadencia de mi vista, la extraña desigualdad y destemplanza de este invierno han debilitado mi cabeza y atacado mis nervios, á tal punto, que ni puedo leer ni escribir, ni aplicarme á ningun trabajo de provecho. Las varias y violentas sensaciones que penetraron mi alma desde el pasado octubre me han hecho casi incapaz de vivir en el público; y en fin, al soy el que era, ni touchísimo menos, aunque nunca mucho. Así que, logrado que haya la declaracion de mi inocencia, solo pretenderé, en premio de mis servicios, que se me permita volver al rincón de donde me sacaron. Mas como el hombre avezado á trabajar por el público desfallece y se deshace en la inaccion, pretenderé tambien que se me restituyan las comisiones en que me ocupé con tan buen suceso de sus objetos: primero, de fomentar el comercio del carbon de piedra de Asturias, hoy muy desanimado; segundo, de establecer y perfeccionar el Instituto Astoriano, perseguido por la rabia de mis enemigos, sin que el nombre de nuestro amable príncipe, bajo cuya proteccion crecí y prosperé, bastase á salvarle de ella; tercero, y en fin, de dirigir el camino de Asturias y Leon, para hacer felices á dos grandes provincias. En todo lo cual, salvo el triste periodo de mi rápido ministerio, trabajé desde 1790 hasta el 15 de marzo de 1801.

Estos puros sentimientos de mi corazon van ahora á depositarse en el de vuestra merced. Mi sobrino Tineo pondrá en sus manos esta con los papeles adjuntos, porque no sé que haya otro medio de que pueda enterar á su majestad de su espíritu, y prevenirle en favor de mi justicia y mis deseos. Quisiera volar á hacerlo por mi mismo, pero el estado de mi salud no lo permite antes que pueda restaurarla con algunas aguas minerales, tomadas en reposo y fuera de los embarazos en que me tiene metido este repentino paso á la luz desde tan larga obscuridad. No exijo pues que vuestra merced responda, sino que se digne tratar con mi sobrino lo que conviniere, y que me avisará de lo que vuestra merced resolviera. Lo que pido, sí, encarecidamente, es que vuestra merced disimule esta molestia, en la fe de la íntima confianza que tengo en su gran carácter, tan bien acreditado en la adversidad como antes de ella. Salvándonos la santa Providencia de la furia que vivirá en la memoria de la posteridad para horrendo ejemplo de atrocidad en sus venganzas, parece que ha oido nuestra amistad con un nuevo vínculo. Me pongo pues en los brazos de vuestra merced, y quedo, como siempre, su fiel y constante, apasionado amigo y servidor. — Cartuja de Jesus Nazareno, 11 de abril de 1808. — *Gaspar de Jovellanos.* — Señor don Juan de Escobizar.

## V.

*Consigna dada al oficial de la guardia.*

Ordenes que debe observar el oficial empleado en la custodia y reclusion del excelentísimo señor don Gaspar Melchor de Jovellanos, para cuyo fin destinará un cabo y nueve soldados de la satisfaccion del comandante del destacamento, para mantener dos

centinelas, la una situada en la puerta de la habitacion que está destinada para dicho señor, la que no permitirá se acerque persona alguna á ella; y para cuando necesite alguno de sus criados, para su aseo ó otra urgencia conducente á su salud, avisará al referido oficial de guardia, para que á su presencia evacue el doméstico la diligencia en que sea empleado por su amo, sin dar lugar á que pueda comunicarle algunos asuntos reservados ni entregarle carta ó billete, pues debiera celar cuando estos le entren la comida, ó en otra ocasion, no le introduzcan papel, tintero, ó lápiz y pluma, como igualmente se le mantendrá sin comunicacion de persona alguna, avisándole inmediatamente de cualquiera novedad que ocurra.

La otra centinela se apostará enfrente de la muralla, enfrente de la ventana de la dicha habitacion del señor Jovellanos, con el fin de impedir se pare á su inmediacion persona alguna con el fin de tener ni aun la mas leve comunicacion, y precaviendo no introduzcan tintero, papel, lápiz ó pluma, avisando al cabo inmediatamente de cualquiera novedad que advierta, para que por el conducto de este llegue á noticia de su oficial y me dé parte, y recomendando la actividad del referido, use de todos los arbitrios que le dicte su celo para verificar las ideas y fines de la superioridad, haciéndole responsable de su puntual cumplimiento, á mas de su buena opinion y con su empleo, á la menor tibieza que noto en todo lo arriba expresado.

Cada vez que entrare algun criado del señor don Gaspar de Jovellanos, será reconocido muy escrupulosamente en su persona, para ver si lleva escondido papel, tintero, pluma ó lápiz, y cuando saliere del cuarto de dicho señor, de haber manejado alguno de los muebles, y especialmente la cama, será nuevamente reconocido muy menudamente; y de hallarle alguna cosa el cabo de la guardia, que es el que hará esta funcion, se me dará puntual parte, presentandome lo que se le hubiere encontrado.

El oficial de la guardia tendrá siempre la llave del cuarto habitacion del señor Jovellanos, tanto de dia como de noche, estando bien asegurado por sí mismo de que la puerta está bien cerrada, y no la hará á persona alguna ni á individuo de su guardia, y no dejará por pretexto alguno entornada la puerta.

El dicho oficial dormirá de noche precisamente en el cuarto inmediato al de la habitacion de dicho señor Jovellanos, con la posible inmediacion á la puerta, y cuidará la vigilancia de la centinela destinada á su custodia, dando parte sin pérdida de tiempo de cualquiera ocurrencia.

Para la puntual observancia de lo expresado arriba existirá esta órden, pasando de uno á otro, y se me dará recibo de ella, como igualmente de la entrega del expresado señor don Gaspar Melchor de Jovellanos. — Castillo de Bellver, á 4 de mayo de 1802. — *Ignacio García.*

## VI.

VARIAS ÓRDENES SOBRE EL ARRESTO ALLÍ.

*Ordenes de Bellver.*

## 1.ª

*Muy reservada.*—El teniente coronel don Francisco de Toro, sargento mayor del regimiento de dragones de Numancia, entregará á vuestra merced la persona del señor don Gaspar Melchor de Jovellanos, á quien mantendrá vuestra merced con la correspondiente custodia, sin comunicacion y privado del uso de papel, tinta, pluma y lápiz, tratándole con todo el decoro y comodidad posibles, y facilitándole para la conservacion de su salud aquellos auxilios que sean compatibles con las referidas precauciones; y en su consecuencia, le colocará vuestra merced en la habitacion que para el efecto le mandado disponer en ese castillo, á cuyo fin, y para que pueda vuestra merced nombrar una guardia diaria de oficial, con un cabo y nueve hombres, que mantengan dos centinelas, en los parajes que tengo á vuestra merced indicado de palabra, he dado la órden conveniente para que se aumente ese destacamento con un oficial y tropa competente.

Al oficial de guardia hará vuestra merced formalmente la entrega de su excelencia, tomando recibo, que conservará vuestra merced en su poder, y este tendrá en el suyo la llave del cuarto en que se encierre, y siempre que el criado de dicho señor haya de entrarle la comida, hacerle la cama ú otro cualquiera servicio que necesite para su comodidad y aseo, deberá estar presente el oficial para precaver habie reservadamente con su amo, ni pueda darle papel, tinta, etc., quedando el expresado oficial responsable con su empleo si faltase al cumplimiento de todo lo preveni-



do; á cuya fin le dará vuestra merced la orden por escrito de estas advertencias, y vuestra merced, como gobernador, celará no se falte en la mas minima cosa de cuanto dejo mandado, avisándome puntualmente si ocurriere alguna novedad en la salud del mencionado caballero, ó de cualesquiera otro caso. Dios guarde á vuestra merced muchos años.—Palma, 4 de mayo de 1802.—*Juan Miguel de Vives*.—Señor don Ignacio García.

## 2.ª

**Guerra.**—El Rey sabe que el señor don Gaspar Melchor de Jovellanos ha hecho dos representaciones, sin embargo de estarle estrechamente prohibida toda comunicacion, y el uso de papel, tinta, pluma y lápiz, como se previno á vuecelencia en 21 de abril último. Esto prueba evidentemente falta de cuidado, exactitud y vigilancia en el gobernador ó oficial encargado de la custodia de dicho señor en el castillo de Bellver, y abandono en el cumplimiento de las órdenes que le están comunicadas; por lo que su majestad hace á vuecelencia inmediatamente responsable de cualquiera falta que en esta materia llegue á notarse en adelante, pues tiene las facultades necesarias para remover los sujetos encargados de la custodia del señor Jovellanos que no le merezcan confianza, y reemplazarlos con otros que sean de su mayor satisfacción. Lo digo á vuecelencia de real orden para su gobierno y puntual cumplimiento, y de quedar enterado me dará aviso, para noticia de su majestad. Dios guarde á vuecelencia muchos años.—Barcelona, 7 de octubre de 1802.—*Caballero*.—Señor capitán general de Mallorca.

## 3.ª

De orden de su majestad me dice el señor ministro interior de la Guerra, con fecha de 7 del actual, lo siguiente:

«El Rey sabe que el señor don Gaspar Melchor de Jovellanos ha hecho dos representaciones, sin embargo de estarle estrechamente prohibida toda comunicacion, y el uso de papel, tinta, pluma y lápiz, como se previno á vuecelencia en 21 de abril último. Esto prueba evidentemente falta de cuidado, exactitud y vigilancia en el gobernador ó oficial encargado de la custodia de dicho señor en el castillo de Bellver, y abandono en el cumplimiento de las órdenes que le están comunicadas.»

Y lo traslado á vuestra merced para que en su consecuencia, y á mayor abundamiento de cuanto le previene en 4 de mayo de este año, redoble la mayor vigilancia y cuidado, sin desviarse en lo mas minimo, en la segura inteligencia de que tanto á vuestra merced como al oficial en quien llegare á comprender (lo que no es presumible) la mas simple condescendencia, le suspenderé desde luego de su empleo y daré cuenta al Rey.

Para mejor asegurar la puntualidad con que se ha procedido desde que el mencionado señor de Jovellanos se halla en ese castillo, y particularmente durante mi permanencia en la isla de Menorca, mando á vuestra merced me diga cuanto pueda haber habido ó advertido, y en tal caso el día ó días, si fuere posible; tambien me propondrá vuestra merced si cree necesario mayor auxilio de oficiales ó tropa para llenar perfectamente los deberes de los preceptos del Soberano.

Como aun estas prevenciones pueden, sin embargo, no dejarme con la satisfacción y confianza que busco, haré vuestra merced además un exacto y escrupulosísimo reconocimiento en la habitacion de dicho señor, sin dejar escondrijo libre de ello, para ver si se halla tintero, pluma, lápiz ó papel; y en este caso lo recogerá y pasará á mis manos, siendo vuestra merced el portador.

Dios guarde á vuestra merced muchos años. Palma, 15 de octubre de 1802.—*Juan Miguel de Vives*.—Señor don Ignacio García.

## 4.ª

Respecto de hallarse algo indispuerto el gobernador de Bellver, y no poder cuidar con la exactitud que está mandado por la superioridad, de la persona del señor don Gaspar Melchor de Jovellanos, que se halla preso en aquel castillo, he elegido á vuestra merced por las noticias que tengo de su celo, exactitud en el cumplimiento de cuanto se le manda y buena conducta, para que pase inmediatamente á entregarse del mando de aquel castillo y de las órdenes que tengo dadas para su custodia; y á fin de que esté privado de toda comunicacion, dando á vuestra merced facultades para que tome todas las medidas que estime convenientes, á mas de lo prevenido en mis órdenes; en la inteligencia que debe vuestra merced ser responsable con su empleo de cualquiera falta que se nute, y lo mismo los oficiales que están á sus órdenes en aque-

castillo para el mismo efecto; y si para ello necesita vuestra merced de mas auxilios, puede pedírmelos y se los facilitaré.

El Gobernador hará á vuestra merced entrega de dicho señor, de las órdenes que le tengo dadas, y demás papeles que se hallen en su poder relativos á su custodia, y para que desde el momento en que se le haga á vuestra merced dicha entrega quede responsable de todo, le mando que á presencia de vuestra merced se haga un exacto reconocimiento de cuanto hay en el cuarto del preso con la mayor escrupulosidad, para que quede vuestra merced seguro na tiene en su poder papel, pluma, lápiz, tinta, ni otra cosa con que pueda escribir, que es el principal encargo de la superioridad.

Si el expresado señor Jovellanos necesitase para la conservacion de su salud salir de su encierro para tomar el aire y hacer un poco de ejercicio en la terraza del castillo, elegirá vuestra merced las horas, acompañándole, y tambien el oficial que esté de guardia á su persona. Si ocurriere alguna novedad, tanto en su salud como en cualquiera otra cosa que vuestra merced advierta contraria al cumplimiento de mis órdenes, por falta de los oficiales destacados, me dará vuestra merced puntual aviso.

Dios guarde á vuestra merced muchos años. Palma, 16 de octubre de 1802.—*Juan Miguel de Vives*.—Señor don Manuel de la Cruz.

## 5.ª

En 8 de noviembre próximo pasado, desde la villa de Esparraguera, le comunicué á vuecelencia lo que sigue:

«He leído al Rey la carta de vuecelencia de 30 de octubre último, y el oficio que incluye y le pasó el gobernador interino del castillo de Bellver, con fecha del mismo día, proponiendo á vuecelencia cinco dudas relativas al modo de permitir al señor don Gaspar Melchor de Jovellanos el trato con su criado en los casos que refiere y demás que contienen. Su majestad ha extrañado que se haya detenido vuecelencia en resolverlas, pues estando privada á dicho señor toda comunicacion, es claro que ni la del criado se halla exceptuada de aquella regla.»

Quiere igualmente su majestad que los sueldos del señor Jovellanos se le abonen mediante la asercion de vida que dará vuecelencia, y que el confesor se le permita con las precauciones debidas y acostumbradas en estos casos.—Lo repito á vuecelencia de real orden, por si la primera hubiere padecido extravío, para su gobierno y cumplimiento.—Dios guarde á vuecelencia muchos años. Aranjuez, 2 de febrero de 1803.—*Caballero*.—Señor capitán general de Mallorca.

## 6.ª

Al señor don Gaspar Melchor de Jovellanos le haré vuestra merced saber que cuando le acomode puede confesarse, como y segun antes lo acostumbraba, ó bien mas á menudo, si le pareciere; pero debe vuestra merced estar advertido de que antes de entrar el confesor á oírle, se le deberá tomar la palabra, *in verbo sacerdotis*, de no tratar mas con dicho señor que de aquellos casos y negocios pura y precisamente de confesion.

La asercion ó certification de vida que se le ha dado cada mes, legalizada de escribano, la cual remite el criado mayor á su pais para el cobro de los sueldos que percibe, queda á mi cargo el dársele de aqui en adelante, y así, cuando la necesite, se me presentará el criado para recogerla.

A esto se reduce la aclaracion de las cinco dudas que vuestra merced me propuso en carta de 30 de octubre del año próximo anterior, y ofreci satisfacer, bajo cuyo supuesto, todas las demás órdenes que tengo dadas quedarán y se cumplirán sin la menor alteracion.

El confesor ya queda prevenido por el ilustrísimo Obispo.

Dios guarde á vuestra merced muchos años. Palma, 10 de mayo de 1803.—*Juan Miguel de Vives*.—Señor don Manuel de la Cruz.

## 7.ª

El señor don José Antonio Caballero me dice, de orden de su majestad, con fecha de 2 del actual, lo siguiente:

«He enterado al Rey de lo expuesto por vuecelencia con fecha de 21 del mes próximo pasado, con el motivo de la enfermedad que padece el señor don Gaspar Melchor de Jovellanos, y en su vista, ha resuelto su majestad permitirle tomar baños de mar en la forma que vuecelencia propone, acompañándole el Gobernador, quien responderá á su majestad con su persona de su seguridad, y de que no ha de tener comunicacion ni correspondencia alguna.»

Y lo traslado á vuestra merced para su inteligencia, gobierno

y cumplimiento; debiendo advertirle que después de haber hecho saber esta real resolución al expresado señor Jovellanos, para que cuando le acomode pueda principiar á tomar los referidos baños de mar, ha de acompañarle, junto con vuestra merced, el oficial de guardia, y además dos soldados de la misma, en calidad de asistentes.

Queda á la voluntad de su excelencia hacer el camino á pie ó á caballo, es decir, según se crea mas favorable para su salud; reencargando á vuestra merced muy estrecha y particularmente la seguridad de su persona y exactitud de cuanto va prevenido en la real orden.

Dios guarde á vuestra merced muchos años. Palma, 20 de setiembre de 1805. — Juan Miguel de Vives. — Señor don Ignacio García.

8.º

Los baños recetados al señor don Gaspar Melchor de Jovellanos por el cirujano del regimiento de suizos de Courten, don Jaime Hobatel, podrá tomarlos en la casa que llaman de Vilella, inmediata al mar, donde podrá bajar su excelencia según y como tengo á vuestra merced manifestado en mi oficio del día 20 del actual.

Dios guarde á vuestra merced muchos años. Palma, 25 de setiembre de 1805. — Juan Miguel de Vives. — Señor don Ignacio García.

9.º

*Reservada.* — El señor secretario del despacho de Gracia y Justicia me dice de real orden, con fecha de 20 del que fenecce, lo siguiente:

«He enterado al Rey de lo expuesto por vuestre excelencia en su carta de 4 de este mes, con motivo del estado de salud en que se halla el señor don Gaspar Melchor de Jovellanos, y en su vista, ha venido su majestad en permitirle tomar baños de mar en la forma que propuso vuestre excelencia, y le previene en real orden de 31 de agosto del año próximo pasado, á saber, acompañándole el gobernador del castillo de Bellver, quien deberá responder á su majestad con su persona de su seguridad, y no debiendo tener comunicacion ni correspondencia alguna; pero le permite su majestad que pueda testar, como solicita, y comunicar sobre esto con sus hermanos y apoderados por medio de cartas, que ha de dirigir abiertas á vuestre excelencia, y después de sacar copia de ellas, y quedarse con estas vuestre excelencia, me remitirá las originales, tambien abiertas y con cubierta cerrada de vuestre excelencia, á quien lo participo de real orden para su inteligencia, y lo interesado y su cumplimiento.

Trasladado á vuestra merced para su noticia y la de dicho señor de Jovellanos, quien luego que el facultativo lo considere á tiempo, podrá dar principio á los baños de mar, bajo la propia forma que queda prevenido; advirtiéndole á vuestra merced que, en caso de no poder bajar acompañándole, á causa de alguna indisposicion que le prive absolutamente el hacerlo, ó por otro poderoso equivalente motivo, deberá acompañar á su excelencia el capitán comandante de esa guardia, quedando en tal caso con igual responsabilidad que vuestra merced, expresándose así antes, para que le conste.

Por lo que respecta á las cartas, debe vuestra merced tener entendido que así como su excelencia las escriba y cierre por su mano, con cubierta para mí, se me deberán dirigir.

Dios guarde á vuestra merced muchos años. Palma, 50 de junio de 1804. — Juan Miguel de Vives. — Señor don Ignacio García.

VII.

INCIDENTE SOBRE LA IMPRESION DE LAS REPRESENTACIONES.

Diario de Madrid del viernes 25 de setiembre de 1808.

De orden superior, y á instancia de su autor, se inserta la siguiente carta:

*Oficio al decano gobernador del Consejo.*

Ilustrísimo señor: Esta tarde ha llegado á mi mano un impreso de veinte y una páginas en 8.º, con el título *Copia de la representación hecha por don Gaspar de Jovellanos á la majestad de Carlos IV desde su destierro*, que seña publicado con licencia, en Madrid, en la imprenta de Sanchez.

No puedo escondec á vuestra señoría ilustrísima cuán grande fué mi sorpresa y mi disgusto al ver que sin intervencion ni noticia mia salia á luz y se vendia y clamoreaba públicamente un escrito que, cuando no fuese tan reservado por su naturaleza, bastaba que llevase al frente mi nombre para que nadie se arrogase el derecho de publicarle.

Cuando esto no fuese, la época de esta publicacion li hace sobremana importante; porque nunca, y sobre todo en ella, puede ser conveniente preocupar ni llamar la opinion publica por medio de la prensa hácia determinadas personas, puesto que á esta sola toca calificarlas, y apreciar ó desestimar, sin ociosas sugerencias.

Así que, sin poner en cuenta la imperfeccion y notables defectos de esta edicion, ya sea que se hiciese por mera especulacion de interés, ó ya que envuelva el designio malicioso de hacer caer sobre mí la nota de tan intempestiva publicacion, lo pongo en noticia de vuestra señoría ilustrísima, á fin de que se sirva mandar que inmediatamente se recoja este escrito, y que se haga público que ha salido á luz sin mi noticia ni intervencion, y con mi positiva desaprobacion.

Nuestro Señor guarde á vuestra señoría ilustrísima muchos años. Madrid, 20 de setiembre de 1808. — Ilustrísimo señor. — Gaspar Melchor de Jovellanos. — Ilustrísimo señor decano del consejo de Castilla.

*Contestacion.*

Excelentísimo señor: Al punto que recibí el papel de vuestre excelencia del 20, di las órdenes mas estrechas para que se suspendiese, como era justo, la venta y circulacion del papel impreso, titulado *Copia de la representación hecha por don Gaspar de Jovellanos á la majestad de Carlos IV desde su destierro*; é hizo recoger una porcion de ejemplares que aun existian en la imprenta, previniendo ademas se insertase en el diario el expresado papel de vuestre excelencia, como lo advertirá en el adjunto ejemplar, para que el público supiese habia sido dado á luz sin noticia e intervencion de vuestre excelencia, y con su positiva desaprobacion.

Puede vuestre excelencia persuadirse de que si antes hubiese tenido noticia de la expedicion de este impreso, lo habria estorbado en su origen, por contemplarla ajena del día, y mas que todo, contraria á la moderacion é intenciones de vuestre excelencia, que justamente reclama ahora tan intempestiva publicacion.

Dios guarde á vuestre excelencia muchos años. Madrid, 25 de setiembre de 1808. — Excelentísimo señor. — Arias Mon. — Excelentísimo señor don Gaspar Melchor de Jovellanos.

NÚMERO IV.

NOMBRAMIENTO PARA EL GOBIERNO CENTRAL.

OFICIO DE LA SUPREMA JUNTA DE ASTURIAS. — OTRO CON SEÑALAMIENTO DE DIETAS. — CONTESTACION Á LA RENUNCIA DE DIETAS.

I.

*Oficio de nombramiento para la Central.*

Excelentísimo señor: La serenísima junta suprema de esta provincia, en quien reside la soberania mientras no sea restituido en el trono nuestro legitimo monarca, el señor don Fernando VII, acordó, en la sesion del día 1.º de este mes, nombrar á vuestre excelencia, en union con el excelentísimo señor marqués de Campo-Sagrado, teniente general é inspector de este ejército, quien va caminando al propio intento, para representarla en la Junta Central del reino, que se convoca en Ciudad-Real.

Espera su alteza serenísima del patriotismo de vuestre excelencia aceptará tan augusto encargo, y empleará su conocido talento é instruccion en su desempeño.

Adjuntos van los documentos correspondientes, y en seguida recibirá vuestre excelencia las instrucciones que la Suprema Junta determinase dirigirlle; advirtiéndole que para el 10 del corriente llegarán al paraje señalado los diputados de Sevilla, Granada, Extremadura y Cataluña, y esperamos con fundamento se decida Valencia á nuestro impulso, pues solo espera la opinion de la mayor parte.

Dios guarde á vuestre excelencia muchos años. Oviedo, 3 de setiembre de 1808. — Por acuerdo de la Junta Suprema. — Baltasar de Cienfuegos Jovellanos, representante secretario. — Excelentísimo señor don Gaspar Melchor de Jovellanos.

II.

*Otro señalando dietas.*

Excelentísimo señor: La Junta Suprema en la tarde de ayer acordó que las dietas con que este principado debe concurrir á vuestre excelencia como comisionado para la reunion de la Junta Central,



son las de cuatro mil ducados anuales, abonando á vuecelencia por separado los gastos propios de la comision.

Lo que comunico á vuecelencia de órden de la Suprema Junta, para su conocimiento é inteligencia.

Dios guarde á vuecelencia muchos años. Oviedo, 5 de setiembre de 1808.—Por acuerdo de la Junta Suprema.—*Baltasar de Cienfuegos Jovellanos*, representante secretario.—Excelentísimo señor don Gaspar Melchor de Jovellanos.

### III.

#### *Contestacion á la renuncia de dietas.*

Excelentísimo señor: El secretario representante de esta Suprema Junta dió parte de la carta de vuecelencia, fecha del 10 de setiembre en Jadraque, recibida el 26. Enterada su alteza serenísima de la generosa oferta que vuecelencia hace de los cuatro mil ducados, señalados como honorario de la comision que ha tenido á bien confiar á vuecelencia, me encarga esta contestacion, y que signifique, á nombre de su alteza serenísima, el agradecimiento mas cabal por este rasgo patriótico y generoso, que la estrechez de las circunstanas obliga á aceptar.

Dios guarde á vuecelencia muchos años. Oviedo y setiembre 28 de 1808.—*José Valdés Flores*.—Excelentísimo señor don Gaspar Melchor de Jovellanos.

## NÚMERO V.

### DICTÁMEN DEL AUTOR SOBRE LA INSTITUCION DEL GOBIERNO INTERINO.

DICTÁMEN.—COPIA DE LA LEY DE PARTIDA.—IDEM DE LA LEY DEL ESPECTULO.—IDEM DE LOS DECRETOS DEL SEÑOR DON FERNANDO VII.

#### *Dictámen del autor sobre la institucion del nuevo gobierno.*

Señor: Persuadido á que el asunto de que se trata es de la mas alta importancia, por su naturaleza, sus consecuencias y las circunstancias del dia; el mas abierto al deseo y á la espectacion del público, y aquel en que están mas fuertemente comprometidos el decoro y el crédito de esta Suprema Junta, deseo consignar mi dictámen en el acta presente, para que constando siempre en ella, pueda descansar mi conciencia sobre tan solemne testimonio de sus sentimientos.

Muchas causas me han detenido al formarle, y la primera fué el temor de que alguno de los que no me conocen creyese que me le pudo inspirar la ambicion ó alguna otra mira de personal interés. Pero este temor se tranquilizará en el punto en que deje aquí ratificado por escrito un propósito que ya manifesté abiertamente y de palabra en la comision y fuera de ella; propósito que me han inspirado el triste conocimiento de la decadencia de mis fuerzas físicas y morales, la repugnancia natural é invencible que siempre he tenido á todo lo que es mando ó gobierno, y el doloroso escarmiento con que fué castigada la única condescendencia que tuve para admitir alguna parte en él, cediendo á la voz de un hermano, á quien respetaba como á padre. Este propósito es el de no admitir, ahora ni nunca, en esta junta ni fuera de ella, ningun nombramiento á empleo, ministerio, presidencia ó cosa que no sea la noble funcion de decir sencillamente el dictámen que crea mas conveniente al bien de mi patria, en desempeño de la alta representacion con que me honró el país en que nací.

Deteniamé tambien la necesidad de tratar de la naturaleza y autoridad de las juntas provinciales, como reunida y representada en esta suprema. Ninguno habrá que respete y ame mas de corazon á estos cuerpos, tan distinguidos por su origen, tan recomendables por el ardiente celo con que han desempeñado la confianza de los pueblos, y tan dignos de eterna loa y señalada recompensa por los altos servicios que hicieron á la patria en la presente crisis. Mas como no sea posible formar juicio exacto ni dictámen acertado y justo en la materia cuyo exámen fué confiado á nuestra comision, sin tener á la vista el carácter y poder de esta venerable asamblea, como representante de las juntas comitentes, creo que nadie echará en mala parte cuanto acerca de esto dijere.

Deteniamé tambien el temor de que mi dictámen fuese mal mi-

rado, ya por ser el que lleva consigo menos atractivos, y ya por su misma singularidad, puesto que he tenido la desgracia de no poder combinarle con el de los sábios compañeros de la comision nombrada para el caso. Pero la franqueza con que entré en la deliberacion de su importante materia, de que puedo testificar sus excelencias, y el peso mismo que se dignaron dar á algunas de mis razones, debe consolarle en la desgracia de haber sido de diferente y singular opinion, así como en el temor de que esta no sea agradable ni adoptada por la Junta Suprema; porque no tratándose ya de una discusion hipotética, sino de una resolucion decretoria, en un punto sobre que están librados el bien de la nacion, el crédito de la Suprema Junta, y el de todos y cada uno de sus miembros, espero que la firmeza en sostener lo que mi razon y mi conciencia me dictaron para salvar tan grandes objetos, nunca podrá atribuirse á obstinacion ó á deseo de singularizarme, sino que, aun mirado como un error de entendimiento, se disculpará como procedido del celo del bien público; de cuyas ilusiones están acaso menos libres aquellos en cuyo corazon está mas arraigado.

Esto supuesto, y que para decidir con acierto el punto delicado que la Suprema Junta confió á nuestra comision es absolutamente necesario subir á los altos principios de derecho público, por los cuales, y no por otros, se debe resolver; partiendo de ellos, asentaré las siguientes proposiciones, que miro como otras tantas verdades, á cuyo exámen llamo la atencion de vuestra majestad.

1.º Ningun pueblo, sea la que fuere su constitucion, tiene el derecho ordinario de insurreccion. Dárselo seria destruir los cimientos de la obediencia á la autoridad suprema, por ella establecida, y sin la cual la sociedad no tendria garantia ni seguridad en su constitucion.

Los franceses, en el delirio de sus principios políticos, dieron al pueblo este derecho en una constitucion, que se hizo en pocos dias, se contuvo en pocas hojas y duró muy pocos meses. Mas esto fué solo para arrullarle mientras que la cuchilla del terror corría rápidamente sobre las cabezas altas y bajas de aquella desgraciada nacion.

2.º Pero todo pueblo que se halle repentinamente atacado por un enemigo exterior, que siente el inminente peligro de la sociedad de que es miembro, y que reconoce sobornados ó esclavizados los administradores de la autoridad, que debia regirle y defenderle, entra naturalmente en la necesidad de defenderse, y por consiguiente adquiere un derecho extraordinario y legitimo de insurreccion.

3.º De este derecho usó el generoso pueblo de España al verse repentinamente privado de un rey que adoraba, y vendido á un pérfido extranjero por un monstruo indigno del nombre español. Corriendo entonces, por un movimiento simultáneo de las principales provincias del reino, á la insurreccion, juró vengar sus agravios, rescatar á su rey y defender su propia libertad; y ansioso de lograr este grande objeto, erigió las juntas provinciales para que le dirigiesen á él.

4.º Siguese que las juntas provinciales, cualquiera que sea la forma en que se constituyeron, anunciaron y obraron, son de origen legitimo, y que lo es tambien su autoridad; pero se sigue asimismo que esta autoridad será siempre determinada para aquel objeto, y reducida y contenida en sus limites.

5.º La Junta Central tiene hoy reunida en sí la autoridad de todas las juntas provinciales, caracterizada y reducida por el mismo objeto que determina y circunscribe la de las juntas comitentes. Ellas no fueron erigidas para alterar la constitucion del reino, ni para derogar sus leyes fundamentales, ni para alterar la jerarquia civil, militar ni económica del reino. Luego la Junta Central, en todo lo que no pertenezca directamente á su objeto ó á sus inmediatas relaciones, debe arreglarse á la constitucion y leyes fundamentales del reino, y lejos de alterarlas, debe respetarlas, como habemos jurado todos sus miembros.

6.º Siguese asimismo que la Junta Central ni tiene en sí el poder legislativo ni el judicial de la soberania, sino solamente el ejercicio de sus funciones en los negocios relativos á su objeto. Pero le tiene tal como le tuvieron las juntas comitentes, y aunque su poder reunido sea mas general, mas fuerte y mas respetable que el de aquellas, con todo, no será mas extendido ni menos reducido por los limites naturales de su objeto.

7.º La Junta Central no representa verdadera y propiamente á los reinos, aun cuando sus municipalidades hayan reconocido las juntas establecidas en la capital de cada uno. Porque, ni todos los

pueblos han nombrado estas juntas, ni aun los de las capitales, hablando en general, han elegido sus miembros, ni en estos nombramientos se ha tenido consideración á las clases y estamentos demandados por la constitucion. No se puede por tanto dar á su representacion el título de nacional, pues aunque la que tiene proceda de origen legitimo, ni la tiene completa, ni la tiene constitucionalmente. No por eso resistiré yo que se diga de su representacion que es nacional, ni que obre como si la tuviese dentro de los terminos de su objeto, con tal que reconozca que no es verdaderamente tal para los demas objetos á que se extiende el poder soberano.

8.º De aquí es que los hechos y procederes de las juntas provinciales, en cuanto hubieren sido conformes al grande objeto de su ereccion, serán legitimos, y los que no, oo. Que los primeros, no solo deberan confundirse, sino alabarse y recompensarse, así en los cuerpos como en los individuos; y que aunque convendra que los segundos se confundan u olviden, por las circunstancias y recto fin con que se verificaron, nunca se podrá reconocer por ellos que tuvieron mas autoridad que la que convenia al objeto de su ereccion.

9.º Si esto es así, se seguirá tambien que todo cuanto resolviere y obrare la Suprema Junta fuera de los limites de su objeto, será nulo, y quedará expuesto á la censura y juicio de la nacion, á quien es responsable de su conducta; cosa que jamás debe perder de vista en sus operaciones.

He dicho esto mas para explicar lo que es, en mi concepto, el poder de la Suprema Junta, que para restringirle, puesto que no convendría, en las actuales circunstancias, ofrecer embarazos á su accion, cuando se dirige principalmente á un fin tan importante y sagrado. Pero lo he dicho para que nunca olvide que en todo aquello que pueda, debe obrar conforme á la constitucion, arreglarse á ella y respetarla.

Esto asentado, la Junta Suprema, para determinar la naturaleza de su poder y funciones, deberá consultar nuestras leyes; y pues es llamada á que establezca un gobierno que ejerza la soberania durante el impedimento en que nuestro amado rey se halla de ejercerla por si mismo, debe arreglarse á lo que para el caso disponen estas leyes.

Cuando estas proveyeron á los casos en que el Soberano estuviese impedido en el ejercicio de su soberania, dispusieron que la nacion fuese llamada á cortes, para establecer un gobierno de regencia, y aun señalaron el modo de formarle. ¿Que razon pues habrá para que la Junta no se someta á las leyes fundamentales en materia de tan grande y general interés?

Concluyo pues que la Junta Suprema debe convocar las Cortes para la institucion de un consejo de regencia, con arreglo á las leyes; y pues que las circunstancias del dia no permiten esta convocacion, por lo menos debe anunciar á la nacion la resolucion en que está de hacerla, y señalar el plazo en que la hará.

Así que, es mi dictámen que la Junta desde luego, y ante todas cosas, declare y anuncie á la nacion, por una real cédula, que luego que el enemigo deje de pisar su territorio, la convocará á cortes generales para el establecimiento del gobierno del reino. Y que si por desgracia esto no se verificase dentro de dos años, la convocacion se verificará para el 1.º de octubre ó noviembre de 1810.

Tres caminos puede tomar entre tanto para proveer al gobierno: primero, constituirse á si misma en congreso interino de regencia del reino; segundo, nombrar un regente interino; tercero, nombrar un consejo interino de regencia, de pocos y escogidas personas.

En la primera de estas formas hay muchos y graves inconvenientes; en la segunda muchos peligros; en la tercera menos de uno y otro, y ventajas muy conocidas.

Las funciones de la regencia pertenecen principalmente al poder ejecutivo, porque durante ella el legislativo y judicial pueden y deben ser ejercidos, no por la Regencia sola, sino por esta, por el cuerpo de la nacion, y por los tribunales y autoridades constituidas por ella.

Pero es bien conocido que el poder ejecutivo debe ser en su ejercicio, uno, activo, vigoroso y secreto, y estas calidades no parece que se podrán hallar en un cuerpo numeroso, sino por una especie de milagro.

Si este cuerpo le erige en el conjunto de sus individuos, es claro que en sus resoluciones no habrá conformidad, porque la division, la discordia, y aun las facciones se introducen mas facilmente entre muchos que entre pocos. No habrá secreto, porque

¿quién le esperará de tantos? No habrá actividad, porque las resoluciones serán tanto mas lentas, cuantos mas sean los votantes que concurrán á su exámen, discusion y determinacion. Y en fin no habrá vigor, porque el poder estará en razon inversa del numero de los elementos que le compogan. Cuantos mas estos, menos aquel.

Si para evitarlo el cuerpo se divide en secciones ó comisiones, la falta de unidad será mas visible. Porque si estas secciones han de resolver y ejecutar por si, sin referirse á todo el congreso, en lugar de una, habrá tantas regencias como comisiones en la Junta, y faltando un centro de unidad en el gobierno, su accion será incierta y embarazada; no será regulada por un sistema cierto y constante, y sus relaciones serán alteradas y confundidas á cada paso, en detrimento de sus objetos y en daño del publico.

Si las comisiones han de referir los negocios á la junta entera, el embarazo y la lentitud serán tanto mayores, cuanto mas se abra el círculo de la administracion, puesto que los negocios pasaran de las secretarías á la seccion, y de la seccion á la Junta; y cuanto obrando el Gobierno por departamentos separados, la rivalidad entre las secciones, y los partidos y discordias consiguientes á ella, serán inevitables.

En uno y otro caso peligrará mas el secreto, el cual en todos los negocios que no piden de suyo publicidad, y singularmente en los que pertenecen al poder ejecutivo, es de absoluta necesidad para el decoro del Gobierno y la firmeza de sus operaciones.

De los inconvenientes y peligros que puede acarrear el nombramiento de un regente, hay poco que hablar. Baste decir que, sobre los muchos que lleva naturalmente consigo el gobierno de uno solo, aun cuando sea del soberano legitimo, tiene otros mas grandes y temibles.

Un regente, depositario de todo el poder, se puede convertir facilmente en dictador, y un dictador se convierte mas facilmente en un tirano, sin otra diligencia que prolongar el tiempo de su dictadura.

Entre estos extremos está un consejo de regencia compuesto de pocos y escogidos. Tiene sin duda sus inconvenientes, porque ¿qué forma de gobierno habrá que no los tenga? Mas para probar que estos inconvenientes son menores, basta decir que en esta forma de gobierno el poder no está aglomerado en uno solo ni dividido entre muchos.

Este consejo, por lo mismo, no se deberá componer de muy pocos, porque no se acerque á los peligros de un regente, ni de muchos, para que se eviten los inconvenientes de una junta numerosa.

Parece pues que el justo medio estaria en que la Junta Suprema nombrase un consejo de cinco personas, una de las cuales fuese precisamente un prelado eclesiástico. Y si fuese posible que hallase personas que separadamente posesesen, además de una probidad y un patriotismo superior á toda sospecha, la experiencia y los talentos políticos, económicos, civiles y militares de mar y tierra, es claro que juntas reunirían en si toda la suma de bienes que piden los varios ramos de la administracion, y que harian llenar su confianza y la de la nacion.

El consejo de regencia que instituyese la Junta Suprema debería existir solamente por el tiempo que corriese hasta la convocacion de las primeras cortes, que como va dicho, la misma Junta dejará solemnemente declarada y anunciada antes de instalarle. Por consiguiente nunca podrá durar mas que dos años.

Entonces la forma de gobierno que propongo, y que en mi dictámen debe preferir la Junta hasta la convocacion de las Cortes, será la mas conforme á nuestras leyes fundamentales; porque así lo previene expresamente la 3.ª, tit. xv de la partida ii, que copiaré al fin bajo el numero 1, y la ley 5.ª, título xvi, lib. ii del libro intitulado *El Espéculo* (que es tambien un código nacional y auténtico), que va copiada al numero 2.

Sería asimismo la mas conforme á la voluntad de nuestro soberano, expresada en sus reales decretos de 5 de mayo último, comunicados á la junta de Gobierno y al Consejo Real; los cuales se hallan impresos en la exposicion del señor don Pedro Ceballos, á las páginas 41 y 42 de su manifesto, y que si no por auténticos, se deben mirar como ciertos y fehacientes, por lo extraordinario del caso. Su copia se hallará adjunta, números 3 y 4.

Ultimamente, si yo no me engaño, esta forma de gobierno interino será la mas conforme á los deseos de la nacion y al decoro de esta Suprema Junta, la cual abdicando la porcion del precioso poder que hoy ejerce, para someterse á las leyes que ha jurado, y asegurar mejor el publico bien para que fué congregada, dará



á la España el testimonio mas heroico y relevante de su generoso desinterés y de su celo por la justicia.

Oigo decir que la Junta no puede instituir esta forma de gobierno por falta de poder en sus individuos; pero cuando este reparo no cesase á vista de la amplitud de los poderes, cuando no fuese cierto que instituida y nombrada la Regencia por la Junta, ella seria quien se entendiese gobernar, puesto que el Consejo gobernaría por su autoridad, bastará decir que cualquiera restricción de poder bajo un congreso que ha jurado observar las leyes, si fuese contraria á ellas, y si lo fuese á lo mejor y á lo mas conveniente y justo en materia de público y general interés, es de suyo nula y de ningun valor y efectos, y así está declarado (a) con respecto á las Cortes.

Pero si la Junta, opinando de otro modo, quisiere, sin convocar las Cortes, ejercer por sí misma, ahora y en adelante, este poder regente, la ruego que no pierda de vista: primero, que siendo nombrados sus vocales sin determinación de tiempo, la nación vendrá á quedar bajo una regencia que además de no ser nombrada ni instituida por ella misma, tendrá una duración indefinida, y la tendrá sin ser señalada por ella; segundo, que si esta junta no se creyese ahora obligada á consultar la nación para la institución de la Regencia, menos se creará obligada despues á consultarla en los casos señalados por nuestra constitucion. ¿Y qué será esto, sino destruir de un golpe la constitucion del reino, y dejarle expuesto á la arbitrariedad? Y pues que es propio de la ambicion humana que todo poder perpetuo decline naturalmente á esta arbitrariedad y camine á la tiranía, sin duda que la Junta, con el progreso del tiempo, podría tiranizar la nación; y esta tiranía fuera tanto mas dura, cuanto seria una tiranía aristocrática.

Y en fin, si para evitar este mal la Junta quisiere reducir á tiempo y plazo limitados la representación de sus miembros, y sin convocar la nación, nombrase por sí misma otros representantes, visto se está que no siendo esto conforme á la constitucion, seria esta violada tanto mas esencialmente, cuanto se constituiria entones y por un tiempo indefinido, superior á ella y á la nación misma.

Esto supuesto, y volviendo á mi dictámen, diré que aunque creo conveniente que el consejo de Regencia dure hasta la celebracion de las primeras cortes, si la Junta Suprema juzgare mas acertado renovarle de tiempo en tiempo, podrá resolver que al cabo de un año se elijan nuevos consejeros, ó por lo menos que se renueven por mitad, cesando los dos ó tres últimos nombrados; y esto parece mas conveniente.

Y si por cualquiera accidente se prolongare por otro año la reunion de las Cortes, en el citado dia de 1810 cesarán igualmente los tres mas antiguos, y así sucesivamente de año en año.

El consejo de Regencia tendrá un presidente, ó por todo el tiempo de su duracion ó por un tiempo breve.

Si, como algunos han pensado, la Junta creyese que conviene poner al frente del Consejo un personaje de la familia reinante, para que recuerde siempre su memoria á nuestro respeto; es decir, si juzgare que conviene nombrar al señor cardenal de Borbon, entones el cargo de presidente durará en su eminencia mientras durare el Consejo.

En este caso, dentro del Consejo, además del voto de consejero, ejercerá las funciones ordinarias de todo presidente, y entones no habrá otro consejero eclesiástico.

Fuera del Consejo obrará siempre y en todo con acuerdo y en compañía de dos adjuntos, miembros de la Regencia, nombrados por ella, y renovados uno á uno por meses, con obligacion de vivir á su lado.

Si no se confiriere este cargo al personaje indicado, el presidente del Consejo se tomará precisamente de su cuerpo, durará solo el tiempo de tres meses, y se renovará por turno, que empezará primero en el que nombrare la Junta Suprema, y luego seguirán los demás, por el orden de su nombramiento.

En este caso las facultades del Presidente podrán y deberán ser mas amplias, y se determinarán por un reglamento particular, que esta Junta Suprema formará con toda la meditacion y detenimiento que pide la materia.

Para el despacho de los negocios tendrá el Consejo cinco mi-

nistros, á cuyo cargo corran los ramos de Estado, Hacienda, Justicia, Guerra y Marina; los cuales despacharán inmediata y diariamente los negocios con todo el consejo de Regencia ó con los vocales que no estuviesen legitimamente impedidos.

Si se creyese que para el gobierno de las colonias y despacho de sus vastos negocios conviene formar un ministerio particular, á cargo de persona que haya residido en ellas y las conozca, y tenga la experiencia y conocimientos que necesita este importante ramo, entones habrá un ministro separado de las colonias, ó de Indias, y los ministerios serán seis.

La Junta Suprema deberá formar con igual meditacion y detenimiento el reglamento de estos ministerios, así para determinar las facultades de los ministros, como para arreglar la distribucion de los negociados, segun sus atribuciones, que hoy andan tan dislocadas y confusas.

El consejo de Regencia deberá tener un secretario particular para los negocios generales y la correspondencia del cuerpo. Su reglamento se formará tambien por la Junta Suprema, así como el de todo el parmenor de su organizacion y ceremonial, que no deben quedar abandonados á la arbitrariedad.

Para que la institucion y instalacion de la Regencia no se retarde mas de lo que conviene al estado de las cosas, deberá fijarse la época en que ha de estar hecha una y otra, y á mi juicio conviene que se señale el dia 1.º del año venidero de 1809 para la solemne instalacion.

Entre tanto la Junta Suprema en cuerpo continuará despachando los negocios ocurientes, como hasta aquí, aunque dividiéndose en comisiones, encargadas de los negocios relativos á cada ministerio, para su mas facil expedicion.

El secretario general dará cuenta en ella de los negocios ocurientes, y la Junta, resolviendo sobre la tabla los urgentísimos, remitirá todos los demás á las comisiones, distribuyéndolos segun la atribucion de cada una.

Cada comision se encargará de instruir los expedientes que se le envien, y concluidos para el despacho y extractados, dará cuenta de ellos á la Junta con su dictámen.

No tendrán secretarios exteriores, sino que para los oficios, extractos y demás relativo á la instruccion de los expedientes, cada comision habilitará de secretario á uno de sus miembros, con el titulo de vocal *referente*.

Esto quiere decir que cada una formaria un ministerio, y por lo mismo soy de sentir que no se deben nombrar los ministros hasta que se nombre el consejo de Regencia.

En los negocios que se hayan de tratar á boca con la Comision, es decir, los que se refieran á la instruccion de los expedientes, los interesados se referirán al Vicepresidente ó al vocal referente, pues los que se refieran á la Junta deberán tratarse con el serenísimo señor Presidente.

Este método tiene sin duda, como arriba dije, muchos inconvenientes; pero considérese que se trata solo de un plazo de menos de tres meses, y que parece imposible que se halle otro menos libre de ellos.

En este corto plazo las facultades del serenísimo señor Presidente podrán ser aun mas amplias, y tanto mas, cuanto para él ha puesto ya la Junta su coñianza en el venerable personaje que tenemos al frente.

Podrá por consiguiente conferirsele todo cuanto no puede expedirse inmediatamente por la Junta, sin perjuicio y detrimento del despacho, á saber: tratar con los embajadores y generales, seguir las correspondencias y preparar las resoluciones que deban referirse á la Junta, las enales, por punto general, se entenderá ser todas cuantas no tengan la calidad ó de urgencia momentánea ó de secreto indispensable.

No me detengo en las funciones de este cargo en cuanto al interior, pues serán las que su alteza ejerce en el dia. Tampoco en las que le pertenezcan relativas á ceremonial, sobre las que me remito á la comision encargada de este objeto.

En los negocios y casos que no tengan calidad de urgentes ó secretos, su alteza procederá de acuerdo con el respectivo vocal referente de la comision á que pertenecieren, y de lo acordado en ella en cuanto á unos y otros se dará cuenta á la Junta, cuando no hubiere peligro en la retardacion ó manifestacion.

Esto supuesto, los trabajos de la Junta Suprema, fuera del despacho de los negocios ocurientes, será formar el reglamento del consejo de Regencia, por artículos separados, en que se detallen la autoridad, funciones, prerogativas, sueldo y distinciones que correspondan al presidente, consejeros, ministros y secretarios

*Por real cédula de Felipe IV, expedida en 13 de noviembre de 1745, en la cual se declara que los poderes que traigan los procuradores de cortes deben ser amplios, para que puedan acordar y resolver sobre cuanto en ellas se proponga. Se halla citada esta real cédula en la Carta sobre el modo de establecer el consejo de Regencia del reino. Madrid, 1808, pág. 56. (Nota del autor.)*

del Consejo, y además preparar todo cuanto sea relativo á la institución, ceremonial, instalación del Consejo en el día que queda señalado.

Cuando esto se verificare, no por eso la Junta Suprema se disolverá del todo, sino que quedará permanente, aunque reducida á menor número, y á más determinadas funciones; para este caso, sin contar los vocales que hubiesen sido nombrados para el consejo de Regencia ó sus ministerios, se formará una junta, compuesta de un vocal de cada representación, con el nombre de *junta central de Correspondencia*.

Esta junta estará encargada de la correspondencia con las juntas subalternas, por el tiempo que duraren, en la forma que después dire; pero no podrá resolver por sí cosa alguna, sino que referirá todos los negocios de la correspondencia al consejo de Regencia, comunicándole todas las noticias que juzgue convenientes para su instrucción.

Será de su cargo celar y vigilar sobre la observancia de la constitución, que la Junta Suprema hubiere dado al consejo de Regencia, y le advertirá cuanto observare que sea contrario á no conforme á ella. Esto parece necesario y será suficiente, puesto que el consejo de Regencia, sus miembros y ministros serán responsables á la nación, congregada en cortes, de su conducta en el desempeño de sus funciones.

A esta *junta de Correspondencia* tocará nombrar los miembros del consejo interino de Regencia en un caso de renovación.

Y si por alguna causa ó circunstancia gravísima, de cualquier especie que fuere, no fuese posible celebrar las Cortes para 1.º de octubre ó noviembre de 1810, la *junta de Correspondencia* cuidará de renovar de año en año, y por mitad, los individuos del consejo de Regencia, y nombrará los que hayan de reemplazarlos.

Y para evitar que la posibilidad ó imposibilidad de convocar las Cortes quede al solo juicio del consejo de Regencia, al decreto que se diere para convocar ó suspender las Cortes habrán de concurrir necesariamente los vocales de la *junta de Correspondencia* con voto en el Consejo.

Si la estrecha situación y circunstancias de los tiempos hicieren necesaria alguna alteración en la constitución del Consejo, por pequeña que fuere, el Consejo no podrá acordarla sin concurrencia de los vocales de la *junta de Correspondencia* y con aprobación de la mayoría de estos.

Estos vocales, durante el uso de sus funciones, gozarán el mismo sueldo, distinción y prerrogativas que gozaban cuando eran miembros de la Junta Suprema.

Como es necesario que en la institución que diere al consejo de Regencia esta Suprema Junta le prescriba los objetos en que debe ocuparse, y los trabajos que debe preparar y presentar á la sanción de las Cortes sobre las mejoras que puedan admitir nuestra constitución legislación ó instrucción pública, guerra, marina, real hacienda, etc., y como los planes ó proyectos relativos á estas reformas deberán concebirse y trabajarse por las personas que nombrare, y que sean las más entendidas en cada ramo, y en juntas separadas que dejará formadas; será también conveniente que cada una de estas juntas sea presidida por un miembro de la *junta de Correspondencia*, encargado de activar sus trabajos y dirigirlos al grande objeto de la felicidad nacional.

Los vocales que quedaren, después de la formación de esta *junta de correspondencia*, y que serán señalados por elección ó por suceso, cesarán en el ejercicio de sus respetables funciones; pero la Junta Suprema deberá antes recompensar el mérito que hubieren contraído en ella y en las de las provincias, dándoles además una distinción conveniente á la alta representación que ahora tienen, como partes de un cuerpo depositario de la soberanía.

Si hubiese algun miembro que por sus achaques ó otra justa causa quisiera renunciar el derecho que tiene á quedar en la *junta de Correspondencia*, ora se haga por elección ó por suerte, la Junta Suprema deberá condescender á sus deseos.

Las juntas provinciales deberán cesar desde luego y disolverse, puesto que habiendo delegado el poder que tenían del pueblo en sus diputados al Gobierno Central, quedan por el mismo hecho sin él.

Si ellas existiesen en la misma forma que tomaron, se ballaría el gobierno de la nación convertido en una verdadera república, tanto más ajena de nuestra constitución y aun de los principios políticos, cuanto el ejercicio de la soberanía no residirá entero en la reunión de sus representantes, como en los gobiernos federados, sino separado y destruido entre ellos y sus comitentes.

Más como en cada una de estas juntas habrá todavía muchos y graves negocios que arreglar y redondear bajo la autoridad del Gobierno Supremo, y este mismo necesita de sus luces y auxilios en los casos más graves, es mi dictamen que cada una de las juntas provinciales quede reducida al número de cuatro individuos, que serán un presidente, un secretario y dos vocales, cesando todos los demás en el uso de sus funciones.

Estas juntas se llamarán *juntas de Consulta y Correspondencia*, y su ministerio se reducirá á dar á la suprema Central las luces y noticias que les pida para el ejercicio de su gobierno, y proporcionarle el conocimiento de cuanto fuere relativo al que ejercieron hasta ahora.

Si se instituyese un consejo de regencia y una *junta central de Correspondencia*, como ya dicho, las *juntas particulares de Correspondencia*, la llevarán directamente con esta última.

A los presidentes de las *juntas de Consulta y Correspondencia* se dará el tratamiento de excelencia, y á sus vocales y secretario el de señoría.

La Junta Suprema cuidará también de recompensar los servicios de los individuos resantes de las provinciales, previo el conocimiento de los que cada una hubiese hecho.

La duración de las *juntas correspondientes*, será, como la del consejo de Regencia y la de la *junta central de Correspondencia*, hasta la celebración de las primeras cortes en el plazo que va señalado.

Ni la *junta central correspondiente* ni las que quedaren en las provincias podrán ejercer acto alguno de autoridad ni jurisdicción. Sus funciones serán precisamente instructivas y consultivas.

Desde ahora el ejercicio del poder judicial, económico y administrativo será restablecido y del todo reintegrado en el ejercicio de sus funciones en toda la extensión del reino y todas sus magistraturas, sin otra dependencia que la del Gobierno Supremo, á quien está confiado el ejercicio de la soberanía, y en la misma forma en que se hallaban antes de la creación de las juntas provinciales.

Esta restitución de las porciones diseminadas del Gobierno Supremo al orden jerárquico, jurisdiccional y administrativo, no solo es absolutamente necesaria para la unidad y actividad del Gobierno, sino también para que la Junta Suprema ó el consejo de Regencia, en el ejercicio de sus altas funciones, obren sin detención ni embarazos, procedan en todo por las vías comunes, conocidas y legales, aseguren el respeto y la obediencia debidos á su suprema autoridad, y allanen sobre ellos la conservación del orden y del sosiego público, tanto más necesarios, cuanto más turbados han sido en estos tristes tiempos de inquietud y trastorno.

Resumiendo pues mi dictamen, digo:

1.º Que la Junta Central debe, ante todas cosas, anunciar solemnemente á la nación que la llamará á cortes generales luego que tenga noticia segura de que el ejército enemigo no pisa ya nuestro territorio.

2.º Que debe anunciar asimismo que si, por nuestra desgracia, se retardase este bien por tiempo de dos años, se convocarán las Cortes para el día 1.º de octubre ó noviembre de 1810.

3.º Que entre tanto procederá á establecer un consejo de regencia interino del reino, ocupándose desde luego en formar su constitución sobre las bases más seguras, para que su gobierno sea digno de la confianza de la nación.

4.º Que arreglada esta constitución, y nombradas las personas que han de formar el Consejo, verificará su solemne instalación el día 1.º del año venidero de 1809.

5.º Que en el tiempo que mediere hasta la entrada del año próximo, la Junta Suprema continuará trabajando con el mayor celo y aplicación en el importante objeto de la defensa pública, en restablecer por todas partes el gobierno interior y sus autoridades al pié en que estaban antes de los pasados movimientos, y en instituir la regencia interina con toda la prevision y precauciones que requiere la alta confianza que debe depositar en ella.

6.º Que para dar más orden y celeridad á sus trabajos se dividirá en secciones, según los diferentes ramos del gobierno, y lo anunciará al público, para que sean conocidas las funciones de cada sección.

7.º Que verificada la instalación del consejo de Regencia, la Junta Suprema, depositando en él su autoridad, se reducirá á la mitad del número de sus vocales, y se formará en *junta de Correspondencia y Consulta*, para los objetos que también anunciará al público.



S.º Y finalmente, que la Junta Suprema, antes de disolverse, dejará nombradas las personas de mayores luces y experiencia que conociere, á quienes respectivamente encargará la formación de varios proyectos de mejoras: primero, en la constitucion; segundo, en la legislación; tercero, en la hacienda real; cuarto, en la instrucción pública; quinto, en el ejército; sexto, en la marina. Los cuales proyectos trabajados bajo la direccion y inspeccion del consejo de Regencia y de la junta de Correspondencia y Consulta, serán presentados á las Cortes para su aprobacion.

De forma que cuando la nacion tenga la dicha de recobrar á su deseado soberano Fernando VII, pueda presentarle, no solo el mas alto testimonio de su amor en los generosos esfuerzos que habrá hecho para sacarle del cautiverio y restituirlo al trono, sino tambien el de su ardiente celo en arreglar para lo de adelante la conducta del Gobierno, cuyas riendas habrá de tomar á fin de que pueda regirle conforme á los deberes de su soberania, á los derechos imprescriptibles de su pueblo, á las obligaciones que le impone la constitucion del reino, y al deseo de su propio corazon, que no puede ser otro que la felicidad y la gloria de España.

Esto es lo que á mi juicio puede, y esto lo que debe hacer y acordar la Junta Suprema; esto lo que mas conviene al objeto de su institucion y al decoro de sus miembros; y esto, en fin, lo que hecho con la sabiduria, prudencia y ardiente celo que los anima, y con el generoso desinterés que supongo en personas tan altamente calificadas con la confianza de los pueblos, los hará dignos de que sus nombres sean grabados con letras de oro sobre un glorioso monumento de mármol, que los recuerde á las edades futuras, y lleve su gloria á la mas remota posteridad, la cual no podrá leerlos sin raptos de admiracion y sin lágrimas de pura y tierna gratitud. Aranjuez, 7 de octubre de 1808.—*Gaspard de Jovellanos*.

DOCUMENTOS DE QUE SE HACE MENCION EN EL ANTERIOR DICTAMEN.

#### Número 1.

##### Ley de Partido.

«Aviene muchas veces quando el Rey muere finca niño el hijo mayor, que ha de heredar, et los mayores del reino contienen sobre él quién lo guardará, fasta que sea de edad, et desto nascen muchos males; ca las mas veces aquellos quel codician guardar, mas lo facen por ganar algo dél ó por apoderarse de sus enemigos, que non por guarda del niño nin del regno. Et desto levantan grandes guerras et robos et daños, que se tornan en grant destroimiento de la tierra, lo uno por la niñez del Rey, que entienden que non gelo podrá redar, et lo ál por el desacuerdo que es entre ellos, que los unos puñan de facer mal á los otros quando puecan. Et por ende los sábios antiguos de España, que cataron las cosas muy lentamente, é las supieron guardar, por tirar todos estos males que habemos dicho, establecieron que quando el Rey fuese niño, si el padre hubiese dejado homes señalados que le guardasen, mandándolo por palabra ó por carta, que aquellos hobiesen la guarda, et todos lus del regno fuesen tenidos de los obedecer en la manera quel rey lo hobiese mandado; mas si el rey linado desto non hobiese fecho mandamiento ninguno, estonce débense ayuntar allí do el Rey fuere todos los mayores del regno, asi como los perlados et los ricos homes, et otros homes buenos é honrados de las villas, é desque fueren ayuntados dehen jurar sobre los santos Evangelios que anden primeramente en servicio de Dios, et en honra et en guarda del señor que han, et á pro comunal de la tierra et del regno, et segun esto, que escojan tales homes en cuyo poder lo metan, que lo guarden bien et lealmente et que hayan en si ocho cosas; la primera, que teman á Dios; la segunda, que amen al Rey; la tercera, que vengan de buen linaje; la quarta, que sean sus naturales; la quinta, sus vasallos; la sexta, que sean de buen seso; la setena, que hayan buena fama; la ochava, que sean tales, que non codicien de heredar lo suyo, cuidando que han derecho en ello despues de su muerte. Et estos guardadores deben ser uno ó tres ó cinco, é non mas, porque si alguna vezgada desacuerdo hubiese entre ellos, aquello en que la mayor parte se acordase fuese valedero. Et deben jurar que guarden al Rey su vida et su salud, et que fagan é alleguen su pro et honra dél et de su tierra en todas las maneras que pudieren, et las cosas que fuesen á su mal et á su daño que las desvien et las toelgan en todas maneras, et quel señorío guarden que sea bueno el sea uno, et que non lo dejen partir nin enajenar en ninguna manera, mas que lo acrescienten cuanto pudieren con derecho, et que

lo tengan en paz et en justicia fasta que el Rey sea de edad de veinte años, et si fuere hija la que lo hubiere de heredar, fasta que sea casada, et que todas estas cosas farán et guardarán bien et lealmente, asi como desuso son dichas; et despues que esto hobieren jurado, deben meter al Rey en su guarda, de manera que faga con consejo de ellos todos los grandes fechos que hobiere de facer, et cutianamente deben tener tales homes con él, quel sepan mostrar aquellas cosas por que sea bien acostumbrado, et de buenas mañas, asi como desuso son dichas en las leyes que fablan en esta razon. Et todas estas cosas sobredichas decimos que deben guardar y facer, si aeaciese quel Rey perdiese el seso, fasta que tornase en su memoria ó finase; pero si avieniese que al rey niño fincase madre, ella ha de ser el primero et el mayor guardador sobre todos los otros, porque naturalmente ella lo debe amar mas que otra cosa, por la laceria y el afan que levó trayéndolo en su cuerpo et desi criándolo, et ellos débennla obedecer como á señora, é facer su mandamiento en todas las cosas que fueren á pro del Rey et del regno; mas esta guarda debe haber en cuanto non casare, et quisiere estar con el niño. Onde los del pueblo que non quisiesen estos guardadores escoger, asi como sobredicho es, ó despues que fuesen escogidos non los quisiesen obedecer, non faciendo ellos por qué, farien traicion conocida, porque darien á entender que non amaban guardar al Rey et al regno. Et por ende deben haber tal pena, que si fueren homes honrados han de ser echados de la tierra para siempre, et si otros fueren, deben morir por ello. Otrosí decimos que quando alguno de los guardadores errase en alguna de las cosas que es tenuto de facer en guarda del Rey et de la tierra, que debe haber pena segunt el yerro que feciere.» (Ley 5.ª, tit. xv, part. II.)

#### Número 2.

##### Ley del Espéculo.

«Mandamos que quando el Rey moriere, é dejase fijo pequeño, que vayan todos los mayores homes del regno do el Rey fuere... E esto decimos por los arzobispos é obispos é los ricos homes buenos de las villas. E por eso mandamos que vayan hi todos, porque á todos tañe el fecho del Rey é todos hi han parte. E si fallaren que el rey su padre lo ha dejado en tales homes que sean á pro dél ó del regno, é que sean para ello, *aun con todo esta tenemos por bien que tal recabdo tomen dello, é tal firmadumbre, de manera que non venga dende daño al Rey é á su tierra*. E si fallaren que el rey su padre non lo dejó en mano de ninguno, juren todos sobre santos evangelios, é fagan pleito é homenaje, so pena de traicion, que cateo los mas derechos homes que fallaren é los mejores, á quien lo den, é despues que esto hobieren jurado, escojan cinco, é aquellos cinco escojan uno, en cuya mano lo metan, que lo crien é lo guarden. E este uno, si fuere de aquellos cinco, faga, con consejo de los quatro, todo lo que ficiere en fecho del Rey et del regno, et si non fuere de ellos aquel que escogieren, faga lo que ficiere con consejo de los cinco. Estos que dijimos, quier sean cinco ó quatro, fagan todo lo que ficiere en consejo de la corte, cuanto en las cosas granadas. Pero lo que ficiere, en tal manera lo debe facer, que sea á pro del Rey et del regno. Epues que ellos las vasallos son, é para esto son escogidos, si ál ficiessen, farien traicion conocida al Rey é al regno, é deben haber pena de traidores. E este uno, en cuya mano lo dejaren, mandamos que no sea home a tal que hayo codicia de su muerte por razon de heredor el regno ó parte dél; mas decimos que codicie su bien é su honra, é que quiera pro del Rey é de los pueblos, é que haya razon de lo facer por naturaleza é por vasallaje; é si el niño non fuere de edad, este reciba los homenajes por él, é recabde todas las cosas que para él fueren, é guarde todos los derechos del Rey et del regno, con consejo de aquellos quatro ó cinco. E este, con ayuda de los otros del regno, defendida el regno é empárello, é téngalo en paz é en justicia é en derecho, fasta que el Rey sea de edad que lo pueda facer; é ninguno que contra esto feciere, ó robase sus bodegas, ó sus cilleros, ó sus rentas, ó sus judíos, ó sus honores, ó tomase otra cosa de lo que del Rey fuere, por fuerza, si fuese alto home, mandamos que sea echado del regno é que sea desheredado; é si fuese otro home, reciba muerte por ello é pierda lo que hobiere. E esto decimos porque facen dos alexes conocidos, al muerto é al vivo, é por esto les mandamos dar esta pena.»

(Libro del *Espejo de todos los derechos*, ley 5.ª, título xvi, libro II, citado por don Francisco Martínez Marina, en el *Ensayo histórico sobre la antigua legislación*, pág. 274.)

Número 5.

DECRETOS.

*Reales decretos del 5 de mayo, citados por el señor Ceballos á las páginas 11 y 12 de su exposicion á la junta de Gobierno.*

Que (su majestad) se hallaba sin libertad, y consiguientemente imposibilitado de tomar por sí medida alguna para salvar su persona y la monarquía; que por tanto autorizaba á la Junta en la forma mas ámplia, para que en cuerpo, ó substituyéndose en una ó muchas personas que la representasen, se trasladase al paraje que creyese mas conveniente; y que en nombre de su majestad y representando su misma persona, ejerciese todas las funciones de la soberanía. Que las hostilidades deberían empezarse desde el momento que internasen á su majestad en Francia, lo que no sucedería sino por la violencia. Y por ultimo, que en llegando ese caso, tratase la Junta de impedir, del modo que pareciese mas á propósito, la entrada de nuevas tropas en la Península.

Número 1.

*Al Consejo Real.*

Deia su majestad que en la situacion en que se hallaba, privado de libertad para obrar por sí, era su real voluntad que se convocasen las Cortes en el paraje que pareciese mas expedito; que por de pronto se ocupasen unicamente en proporcionar los arbitrios y subsidios necesarios para atender á la defensa del reino, y que quedasen permanentes para lo demás que pudiese ocurrir.

NÚMERO VI.

MEDIDAS PARA LA TRASLACION DEL GOBIERNO.

ACUERDOS DE LA JUNTA FORMADA POR EL AUTOR EN MADRID.

*Señores de la Junta.*

Jovellanos, *presidente.*  
 Mon y Velarde, *decano del Consejo Real.*  
 Vilehes, } *del mismo consejo.*  
 Cortabarría, }  
 Posada, } *del consejo de Indias.*  
 Valiente, }  
 Collar, *secretario del mismo consejo.*

ACUERDOS DE LA JUNTA CELEBRADA EN MADRID EN LOS DIAS 26 Y 27 DE NOVIEMBRE DE 1808, Á NOMBRE DE SU MAJESTAD, SOBRE LAS MEDIDAS PREVIAS Á LA TRASLACION DEL GOBIERNO.

*Puntos de discusion, y sus resoluciones.*

- 1.º ¿Si conviene hacer la traslacion de las autoridades? Conviene y es necesario.
- 2.º ¿Qué autoridades se deben salvar? Los consejos de Castilla y de Indias deben acompañar á la Junta Suprema Central.
- 3.º ¿Si en total ó en parte? Se tomará porcion de ministros de uno y otro.
- 4.º ¿A que número de ministros quedarán reducidos los consejos? A diez el de Castilla, además de su presidente y de los dos fiscales que están en ejercicio, y dos alcaldes de casa y corte; y á ocho el de Indias, con su gobernador, con los dos secretarios y un fiscal.
- 5.º ¿Con qué dependientes y oficinas? Con las escribanías de gobierno de Castilla y Aragon, tomando algunos oficiales de una y otra, para despachar tambien lo de justicia, y con las secretarías de la Cámara y una oficina, con oficiales de ambas. Con las secretarías de Indias y una sola oficina, que arreglarán los secretaríos, y la escribanía de cámara. Irán tambien las oficinas de registro y sello de ambos consejos.
- 6.º ¿Qué se hará de los demás tribunales? Seguirán á la Junta un ministro togado y otro militar de los de Guerra y Marina, dos del consejo de Ordenes y dos del de Hacienda; los cuales, con los secretarios de estos últimos, se reunirán al de Castilla, para que en salas formadas en él se despachen los negocios mas graves y urgentes de su respectiva pertenencia.
- 7.º ¿Qué se hará con los ministros restantes de dichos tribunales?

Se les mandará que vayan abandonando la corte y retirándose á vivir en los pueblos de su naturaleza ó otros que mas convenga á su comodidad y seguridad; pero avisando cada uno de su residencia, así para disponer el pago de sus sueldos, como para que la Junta Suprema se valga de su celo y sus luces, á fin de que promuevan las miras y desempeñen las comisiones del Gobierno, y de que animen á los pueblos de las provincias en que residieren á que concurren con el vigor que pide el interés del Estado á la defensa y tranquilidad pública.

8.º ¿Y los tribunales de la Suprema, y Inquisicion de corte? Que se sitúen en uno de los de Inquisicion de provincia, que eligiere el primero, con el número de ministros que señalare; y si convinere, sea en el pueblo mismo en que fijare su residencia la Junta Suprema.

9.º ¿Y en cuanto á la Rota?

Se haga lo que acordaren su alteza serenísima y monseñor Nuncio.

10.º ¿Y al de Cruzada?

Que el señor Comisario general siga al Gobierno, y se asesore con los ministros de su tribunal que se hallaren con el Consejo unido, ó proponga otros á la Suprema Junta.

11.º ¿Qué preciosidades convendrá salvar?

A los jefes de palacio, y señaladamente al mayordomo mayor, se mandará que con la formalidad y sigilo correspondientes vayan separando y encajonando todas las alhajas preciosas de plata, oro y piedras del real palacio y su capilla, poniéndose, en cuanto á estas, de acuerdo con el juez y vicario de la misma, para que puedan ser transportadas á su tiempo.

Y cuando parezca oportuno se avise al señor cardenal de Scala, para que de las providencias oportunas á fin de salvar las alhajas preciosas de plata, oro y piedras de las parroquias y conventos, sin excepcion alguna.

Que se encargue al señor juez protector del Monte de Piedad la preservacion de su depósito.

Que se tengan á mano los fondos necesarios para costear esta traslacion, por la pobreza de los que deben ir en ella.

Que á los consejeros de Estado se les dé aviso de esta resolucion, previniéndoles que, en consecuencia de ella, no deben quedar en Madrid, y si trasladarse á los parajes ó pueblos que mas conviniere para su comodidad y seguridad, sin excluir el que fijare la Junta para su residencia.

Que los restantes alcaldes de corte, con su gobernador, permanezcan en el uso y ejercicio de sus oficios, para la seguridad y policía de Madrid.

Que hayan de permanecer en los mismos términos en la corte el Corregidor, su teniente y todos los regidores, que componen el ayuntamiento, para los mismos fines.

Que en cuanto al hecho, conviene que en un anuncio, que se publique de antemano, se haga ver que, aunque estamos distantes de creer que el enemigo se atreva á invadir la corte, no puede dudarse que será una de sus miras el apoderarse del Gobierno; y que cuando la Junta reconociere que pueda haber algun cercano peligro, cuidará de trasladarse á lugar en que pueda atender con seguridad y sosiego, así á salvar la nacion, como á la defensa misma de Madrid (a).

Que en cuanto llegue el caso de la traslacion, se publique por un decreto, en que se comprendan los puntos y providencias que quedan arreglados.

Que la salida de los ministros no se haga furtivamente; pero sí con la cautela de que no salgan juntos ni en un mismo dia, sino en varios y por diferentes puntos; y lo mismo en cuanto á la traslacion de los archivos, etc.

NÚMERO VII.

OFICIO Á LA JUNTA GENERAL DE ASTURIAS DESDE TRUJILLO.

Excelentísimo señor: Con noticia de que los enemigos habian forzado el paso de Somosierra, y con fundadas sospechas de que trataban de sorprender á la Suprema Junta Central, decretó esta

(a) Se formó el proyecto de este anuncio por el consejero don Jose Pablo Valiente, y el de real cédula por el decano de Castilla, don Arias Mon.—(Nota del autor.)



el día 1.º del corriente, su traslación, para salvar el depósito de la soberanía, y la verifíco, parte en aquel día y parte en el siguiente. Al mismo tiempo acordó que varios de sus vocales volasen á las provincias, para animar en ellas el espíritu público y mover los pueblos á la defensa de la patria. Entre estos, mi compañero, el señor marques de Campo-Sagrado, fué destinado á los reinos de Jaén y Córdoba, y partió en aquel mismo día, con gran dolor mio y de la Junta entera, á la cual habia servido, en la seccion de Guerra, con tanta actividad, celo y prudencia, como general y plena aceptacion. Una comision de siete fué nombrada, además, para que entendiese en dar las providencias necesarias durante el viaje, y fueron el serenísimo señor Presidente y los excelentísimos señores Altamira, Valdes, Contamina, Garay, Saavedra y yo, sin excluir á los demás que fuesen accidentalmente en compañía.

El primer punto señalado para la traslación fué Toledo, aunque luego se determinó el de Badajoz, que entonces pareció mas á propósito para tomar, en un caso urgente, al norte ó al mediodía. Pero, despues de cinco dias de marcha, y uno de detencion en Talavera, llegamos á esta ciudad, donde en sesion plena, celebrada esta mañana, acaba de acordarse que la Junta pase á Andalucía y se fije en alguno de los pueblos cercanos á su costa; y esto con el objeto de buscar fondos, á que ofrece mayor proporcion aquel país; de recoger los que vinieren de América, y de atender con mayores recursos á la defensa de las provincias del mediodía, oriente y poniente, hoy mas descubiertas. Esto es lo resuelto hasta ahora, que aviso á vuecelencia, para que lo eleve á la noticia de la junta general de nuestro principado, sin perjuicio de avisar en postdata lo que ocurriere hasta el punto del correo.

Dire también á vuecelencia que entre los grandes ahogos que angustian á la Suprema Junta Central, es uno la falta absoluta de dinero para mantener nuestros ejércitos. El de Cataluña, que tiene á Barcelona en aprieto, es hoy de cuarenta mil hombres. Se espera reunir en Talavera otro de catorce mil, que cubrirá la entrada de esta provincia, donde se fortifican los puentes de Almaraz y del Arzobispo. El del centro, mandado por el general La Peña, tiene orden de cubrir la de Andalucía, siempre que no pueda servir al socorro de la capital, como ya, por desgracia, parece cierto; y del ejército del norte sabemos que reúne veinte y cinco mil hombres, aunque no todos en buena organizacion. tanta tropa exige poderosos socorros; la nacion, exhausta, no puede darlos, y de fuera apenas nos atrevemos á esperarlos por ahora. Parece pues justo que nuestra junta general verifique, si ya no lo hubiere hecho, el envío del millon de reales que, despues de los otros dos, ya recibidos, tenia ofrecido, y del cual no hemos tenido otra noticia; y espero que vuecelencia se servirá dar las órdenes mas activas para remitirle, por la via de Salamanca, al señor don Francisco Saavedra, que se adelanta á Sevilla para socorrer al ejército que se va formando sobre el paso de Sierra-Morena, ó ya por medio de letras giradas á Sevilla ó Cadiz, á favor del mismo señor Saavedra.

No es menos urgente que si no hubiesen partido ya los tres mil hombres que últimamente se pidieron, y fueron ofrecidos por el Principado, se envíen prontamente, para reunirlos al ejército que manda el señor marques de la Romana. El ruado de este ejército se dejará á la prudencia militar de este sábio general, puesto que el ejército inglés de Astorga ya ya en retirada á la Coruña, y el de Salamanca retrocede á Portugal. Y aunque en la sesion de esta noche, celebrada con asistencia del ministro extraordinario de Inglaterra, se acordó enviar al caballero Stuard y al voral de la Junta Suprema don Francisco Javier Caro, con las mas encarecidas instancias al general Moore para que haga detener uno y otro, y espere la reunion de la Romana, se teme que la dureza de aquel general se niegue á todo buen partido, como ha hecho hasta aquí, y nos abandone.

Yo iré dando á vuecelencia las noticias que vayan ocurriendo, segun lo permittiere el progreso de nuestro viaje, y entre tanto ruego á nuestro Señor guarde su vida muchos años. Tinjillo, 8 de diciembre de 1808. — *Gaspar de Jovellanos*. — Excelentísimo señor presidente de la junta general del principado de Asturias.

## NÚMERO VIII.

TENTATIVA DEL GENERAL SEBASTIANI.

CARTA DEL GENERAL.—RESPUESTA.

Al excelentísimo señor don Gaspar de Jovellanos (a).

Señor: La reputacion de que gozais en Europa, vuestras ideas liberales, vuestro amor por la patria, el deseo que manifestais de verla feliz y floreciente, deben haceros abandonar un partido que solo combate por la Inquisicion, por mantener las preocupaciones, por el interés de algunos grandes de España y por los de la Inglaterra. Prolongar esta lucha, es querer aumentar las desgracias de la España. Un hombre cual vos sois, conocido por su carácter y sus talentos, debe conocer que la España puede esperar el resultado mas feliz de la sumision á un rey justo é ilustrado, cuyo genio y generosidad deben atraerle á todos los españoles que desean la tranquilidad y prosperidad de su patria. La libertad constitucional bajo un gobierno monárquico, el libre ejercicio de vuestra religion, la destruccion de los obstáculos que varios siglos há se oponen á la regeneracion de esta bella nacion, serán el resultado feliz de la constitucion que os ha dado el genio vasto y sublime del Emperador. Despedazados con facciones, abandonados por los ingleses, que jamás tuvieron otros proyectos que el de debilitaros, el de robaros vuestras flotas y destruir vuestro comercio, haciendo de Cádiz un nuevo Gibraltar, no podéis ser sordos á la voz de la patria, que os pide la paz y la tranquilidad. Trabajad en ella de acuerdo con nosotros, y que la energia de la España solo se emplee desde hoy en cimentar su verdadera felicidad. Os presento una gloriosa carrera; no dudo que acojais con gusto la ocasion de ser útil al rey José y á vuestros conciudadanos. Conoceis la fuerza y el número de nuestros ejércitos, sabéis que el partido en que os hallais no ha obtenido la menor vislumbre de suceso; hubierais llorado un día si las victorias le hubieran coronado, pero el Todopoderoso, en su infinita bondad, os ha libertado de esta desgracia.

Estoy pronto á entablar comunicaciones con vos, y daros puebas de mi alta consideracion. — *Horacio Sebastiani*.

### Contestacion.

Señor General: Yo no sigo un partido; sigo la santa y justa causa que sostiene mi patria, que unánimemente adoptamos los que recibimos de su mano el augusto encargo de defenderla y regirla, y que todos habemos jurado seguir y sostener á costa de nuestras vidas. No lidiamos, como pretendéis, por la Inquisicion ni por soñadas preocupaciones, ni por el interés de los grandes de España; lidiamos por los preciosos derechos de nuestro rey, nuestra religion, nuestra constitucion y nuestra independencia. Ni creais que el deseo de conservarlos esté distante del de destruir cuantos obstáculos puedan oponerse á este fin; antes, por el contrario, y para usar de vuestra frase, el deseo y el propósito de regenerar la España y levantarla al grado de esplendor que ha tenido algun día, y que en adelante tendrá, es mirado por nosotros como una de nuestras principales obligaciones. Acaso no pasará mucho tiempo sin que la Francia y la Europa entera reconozcan que la misma nacion que sabe sostener con tanto valor y constancia la causa de su rey y de su libertad contra una agresion tanto mas injusta cuanto menos debia esperarla de los que se decian sus primeros amigos, tiene tambien bastante celo, firmeza y sabiduria para corregir los abusos que la conduxeron insensiblemente á la horrible suerte que le preparaban. No hay alma sensible que no llore los atroces males que esta agresion ha derramado sobre unos pueblos inocentes, á quienes, despues de pretender denegarlos con el infame título de rebeldes, se niega aun aquella humanidad que el derecho de la guerra exige, y encuentra en los mas bárbaros enemigos. Pero ¿á quién seran imputados estos males? ¿A los que los causan, violando todos los principios de la naturaleza y la justicia, ó á los que lidian generosamente para defenderse de ellos, y alejarlos de una vez y para siempre de esta grande y noble nacion? Porque, señor General, no os dejéis alucinar; estos sentimientos, que tengo el honor de expresar, son los de la nacion entera, sin que haya en ella un solo hombre bueno, aun entre los que vuestras armas oprimen, que no sienta en

(a) Estas cartas fueron escritas en francés, y la traduccion que se publica de la de Sebastiani venta inclusa en el mismo pliego con la original.

su pecho la noble llama que arde en el de sus defensores. Hablar de nuestros aliados fuera impertinente si vuestra carta no me obligase á decir en honor suyo que los propósitos que les atribuis son tan injuriosos como ajenos de la generosidad con que la nación inglesa ofreció su amistad y sus auxilios á nuestras provincias, cuando desarmadas y empobrecidas, los imploraron desde los primeros pasos de la opresion con que la amenazaban sus aoligos.

En fin, señor General, yo estaré muy dispuesto á respetar los humanos y filosóficos principios que, segun nos decís, profesa vuestro rey José, cuando vea que ausentándose de nuestro territorio, reconoce que una nación cuya desolacion se hace actualmente á su nombre por vuestros soldados, no es el teatro mas propio para desplegarlos. Este seria ciertamente un triunfo digno de su filosofía; y vos, señor General, si estáis penetrado de los sentimientos que ella inspira, deberéis gloriaros tambien de concurrir á este triunfo, para que os toque alguna parte de nuestra admiracion y nuestro reconocimiento. Solo en este caso me permitirán mi honor y mis sentimientos entrar con vos en la comunicacion que me proponéis, si la Suprema Junta Central la aprobare. Entre tanto recibid, señor General, la expresion de mi sincera gratitud por el honor con que personalmente me tratais, seguro de la consideracion que os profeso. Sevilla, 24 de abril de 1809.—*Gaspar de Jovellanos*.—Excelentísimo señor general Horacio Sebastiani.

## NÚMERO IX.

### DICTÁMEN SOBRE LA AMOVILIDAD.

Don Gaspar de Jovellanos se adhiere al dictámen escrito del señor baillo Valdés, opinando que la renovacion de los vocales de la Suprema Junta, cuya delegacion fué temporal, es de rigurosa justicia, y la de los demás, muy conforme al espíritu general de las delegaciones, á las mas sanas máximas del derecho público, á la perfeccion de la constitucion de la misma Junta Suprema, al decoro de los miembros que actualmente la componen, y al interes y al deseo y á la espedicion del publico. Añade que la renovacion deberá hacerse, cesando al vencimiento del primer año los mas ancianos de la representacion de cada provincia, como los mas arcedores al desrango, y que se debe avisar á las juntas superiores para que cada una elija otro vocal. Y últimamente, se reserva el derecho de exponer su dictámen acerca de la eleccion del nuevo vocal por el principado de Asturias, para el caso en que su majestad acordare por punto general la amovilidad de sus vocales. Sevilla... de setiembre de 1809.—*Gaspar de Jovellanos*.

## NÚMERO X.

### RECURSOS CONTRA EL MARQUÉS DE LA ROMANA.

PRIMERA REPRESENTACION A LA JUNTA.—SEGUNDA.—TERCERA.—RESOLUCION.—EDICTO DEL MARQUÉS.—PROGRAMA DEL GENERAL NET.

#### 1.

##### Primera representacion.

Señor: Tenemos el honor de presentar á vuestra majestad la representacion y copias adjuntas, que acabamos de recibir, y lejos de querer preocupar su real ánimo en cuanto á su contenido, declaramos y pedimos á vuestra majestad que suspendiendo toda providencia, espere las noticias ó informes que el marqués de la Romana diere á vuestra majestad acerca de los negocios en que ha entendido y de las providencias que ha dictado á su real nombre. Pocos pueden presentarse á vuestra majestad de mayor gravedad y interés. De una parte se halla comprometida la autoridad del marqués de la Romana, individuo de este angosto cuerpo, general en jefe de los ejércitos del norte, y particularmente encargado por vuestra majestad del mando de aquellas provincias con las mas amplias facultades. De otra, la autoridad de la junta general del principado de Asturias, erigida, no tumultuaria ni ocasionalmente, sldo con arreglo á las leyes municipales de la provincia; libremente elegida por todos los concejos, que segun

las mismas leyes, tienen derecho legitimo de representacion para formarla; instalada conforme á la antigua inmemorial costumbre y á las franquezas del país, y compuesta de las personas mas señaladas y arreditadas en él, por su nacimiento, instruccion y desinterés. El Marqués, lleno de celo y calor, y movido de los informes, buenos ó malos, que pudo recibir, no solo extinguió y suprimio de hecho la junta general, ó cortes del Principado, y creó y subrogó, de propia autoridad, otra en su lugar, sino que para justificar su providencia, publicó por edicto impreso los graves exresus y delitos que atribuyó indistintamente á los individuos de la primera. Estos, llenos de dolor y confusion, reclaman la justicia de vuestra majestad, y se quejan de que el Marqués, sin audiencia ni juicio, ni otra justificacion que los informes de algunos descontentos, que jamás faltan al Gobierno cuando obra con firmeza y rectitud; abusando de las facultades que le estaban cedadas, y sin legitima autoridad para tan extrema providencia, se hubiese arrojado á dictarla, atropellando los derechos del Principado, con injusticia y desdoro de sus legitimos representantes. En causa, pues, de tan grave y delicada naturaleza, si es necesaria toda la justicia de vuestra majestad para darla con imparcialidad y firmeza á quien la tuviere en su favor, lo es mucho mas su alta prudencia, para que un ejemplo que aparece con tanto aire de escandaloso no tenga influjo ni consecuencia peligrosa en el gobierno, el cual solo podra atender dignamente á los graves objetos que le ocupan, cuando reine la paz interior de las provincias, la observancia de sus leyes y loables costumbres, y el respeto á las autoridades que bajo la augusta proteccion de vuestra majestad rigen sus pueblos.

Por nuestra parte, siendo parientes ó amigos de los individuos querellantes, y estando nombrados por la misma junta condenada y extinguida, nos abstenemos desde ahora de tomar parte en las providencias que vuestra majestad se digne acordar. Repetimos que creemos conveniente esperar la exposicion ó informes que diere el marqués de la Romana, para dictarlas con el mas pleno y cumplido conocimiento; y si para salir de tan espinoso encuentro pudiere valer algo nuestro consejo, por el conocimiento práctico que tenemos del Principado, estaremos siempre prontos á darle á vuestra majestad con toda la imparcialidad que su naturaleza requiere, y que es tan propia de nuestro carácter.

Nuestro Señor prospere el justo y sábio gobierno de vuestra majestad. Sevilla, 20 de mayo de 1809.—Señor.—*Gaspar de Jovellanos*.—*El marqués de Campo-Sagrado*.

#### II.

##### Segunda.

Señor: El marqués de Campo-Sagrado y don Gaspar de Jovellanos, movidos, no tanto de su amor al país en que nacieron, como del que profesan á la justicia y al orden, y del interés que toman en la conservacion del decoro y la gloria de vuestra majestad, tienen el honor de elevar á su suprema atencion algunas reflexiones, que creen dignas de ella, antes que el delicado expediente de que se trató en la sesion de ayer sea llevado á su última resolucion.

La primera es, que la queja presentada á vuestra majestad por el procurador general del principado de Asturias abraza dos especies de agravios, que exigen de justicia diferente exámen y remedio: unos, hechos al mismo Principado, cuya constitucion ha sido violada, su representacion menospreciada y ultrajada, y sus fueros y franquezas escandalosamente desatendidos y atropellados; los otros, relativos á la conducta de los individuos que componian su junta general, acriminada por el marqués de la Romana con muy graves imputaciones. Y si los exponentes, por el solo efecto de su delicadeza, se abstuvieron de dar dictámen en un negocio que en el último de esos respetos pudiera interesarles personalmente, viven muy persuadidos á que vuestra majestad no le desdeñaria en el primero, en el cual, no solo tenían derecho á darle, sino á que fuese buscado y atendido con alguna particular consideracion.

Los exponentes tenemos entendido que se trata de enviar comisionados á Asturias para averiguar las causas que pudieron mover al marqués de la Romana á tomar las providencias que dieron ocasion á este expediente, y esta resolucion, tan llena de justicia y tan propia de la alta prudencia de vuestra majestad en cuanto dice relacion á los individuos de la junta general de Asturias, no presenta los mismos caracteres respecto de la junta misma que representaba al Principado. El agravio de este no ha menester averi-



guaciones; es de mero hecho, es notorio, y su reparacion debe serlo tambien. Porque ¿quién tendrán que averiguar las comisionadas acerca de él? Que el principado de Asturias desde el restablecimiento de la monarquía goda fué gobernado por su propia constitucion? Que lo que hoy se llama la junta general, era entonces y durante los trece primeros reyes, la junta ó corte general del reino? Que trasladada la corte á Leon, quedó Asturias como provincia, con el mismo gobierno que tuviera como reino, y que esta su constitucion fué mantenida y conservada por espacio de diez y ocho siglos, sin que las irrupciones del despotismo se hubiesen atrevido á violarla? O en fin, ¿tendrán que averiguar los comisionados si el marqués de la Romana tuvo hasta el poder para abolir una junta cuya naturaleza mirará vuestra majestad mismo como inviolable, pues que no cabe en su suprema justicia el alterar la constitucion interior de los pueblos, cuando para remediar sus imperfecciones los convoca á cortes, no queriendo hacer esta novedad sin consejo de la nacion?

No, Señor; vuestra majestad para juzgar los agravios del Principado no ha menester ajena ilustracion. A su profunda sabiduria no puede ocultarse que las indicadas son otras tantas verdades conocidas; que las saben cuantos tienen alguna pequeña tinitura en la historia; que la ignorancia de ellas no puede disculpar á ningun jefe, militar ni político, y pues que la ofensa hecha en despreciarlas y traspasarlas es notoria, su reparacion es urgente y exige la mas pronta y satisfactoria providencia.

Porque, como quiera que el marqués de la Romana haya considerado este asunto, debió reflexionar que si los individuos que componian la junta general de Asturias eran culpables de algun exceso, el cuerpo entero de la representacion era inviolable, y que mientras aquellos debiesen responder de su conducta personal y del abuso de su ministerio, la representacion debió ser respetada y protegida por la autoridad, como lo está por las leyes.

Y cuando se quiera decir que el Marqués, para castigar á los individuos de la Junta, pudo despojarlos á todos de su representacion, disolver el cuerpo, cosa que ciertamente es ajena de todo principio político, ¿de dónde le vendria el poder para despojar al Principado del derecho que tiene, y que es inamisible, á ser regido por representantes de su propia eleccion? De dónde el poder de entregarle al gobierno ilegítimo de una junta espuria, formada por su solo capricho? ¿Y cómo es que en tan larga mansion como hizo en la capital, no le ocurrió el medio legal y sencillísimo de intimar á los concejos que nombrasen otros representantes? Y pues que asegura que todos estaban quejosos y descontentos de los individuos de la junta suprimida, ¿cómo no le ocurrió que los concejos se apresurasen á nombrar otros mas dignos de su confianza? El Marqués, obrando así, hubiera por lo menos preservado con una mano la constitucion del Principado, que alteraba con otra. Pero este medio no cupo en su prevenida imaginacion, ni en su conducta puede vuestra majestad desconocer el impulso que la envidia y las siniestras sugestiones que sorprendieron su ánimo, ni tampoco dejará de columbrar las bocas de donde venian. A buen seguro que los concejos de Asturias, llamados á nueva eleccion, no hubieran puesto su confianza en los pocos y marcados individuos que aceptaron su nombramiento para la nueva junta.

De todo esto deducen los exponentes que en la resolucion de este importante negocio no podrá resplandecer aquella alta justicia que vuestra majestad está tan acostumbrado á dispensar, si ante todas cosas no mandase reinstalar la legitima junta del principado de Asturias en el mismo estado en que se hallaba cuando la sorprendió y destruyó el Marqués. Si vuestra majestad mirase solo á los principios comunes de justicia, no puede ocultarse á su sabiduria que pues es notorio el despojo causado á la representacion del Principado, su restitucion debe preceder á cualquier discusion que se haga acerca de sus causas. Y si este negocio se quisiera regular por máximas de prudencia política, tampoco se ocultará á vuestra majestad que las ofensas hechas á los cuerpos públicos piden una reparacion mas pronta y solemne. Y en fin, vuestra majestad penetrará que si en esta clase de atentados hay algunos á que las circunstancias del día añadan mayor gravedad, serán sin duda aquellos en que la fuerza militar aparece atropellando la justicia y el órden público y destruyendo la jerarquia civil de los pueblos.

Bien conocemos que á vuestra majestad pudo detener en esta medida la impresion que habrán hecho en su ánimo las imprudentes acusaciones del marqués de la Romana contra los individuos de la Junta; pero es de nuestro deber oponer á ellas dos refle-

xiones muy dignas de su soberana atencion. Es la primera, que á los individuos acusados protege el mismo derecho que á la Junta misma. ¿No han sido violentamente despojados de su honor y sus empleos? No han sido juzgados sin ser oídos, sin proceso ni forma de juicio, y condenados en globo sin determinacion especifica de delitos, ni aun de personas á quienes debiesen imputarse? Y vuestra majestad ¿podrá dudar que este procedimiento, tan ajeno de razon y justicia, y tan contrario á las leyes mas sagradas del reino, solo puede repararse restituyendo las cosas á su antiguo estado, como único remedio señalado en las mismas leyes?

Porque, Señor, y esta es la segunda reflexion que nos ocurre al calificar las imputaciones del Marqués, ¿quién se personará á que todos los individuos de la junta de Asturias fueron culpables? ¿Quién á que todos lo fueron igualmente? Quién, sabiendo que allí, como en las demás juntas del reino, dividido el manejo de los negocios en varios departamentos y confiados á diferentes individuos, creará que todos á una, y con igual abandono y prostitucion de su honor, se hicieron reos de los excesos que el Marqués les imputa en globo? El no nombra uno solo; uno solo no ha sido exceptuado en su censura ni en la pena señalada á sus excesos; y esta consideracion basta para que vuestra majestad, calificando el espíritu de sus providencias, reconozca la necesidad de reparar su efecto por medio de una completa restitucion.

¿Y acaso la desmerecen los vocales de la junta de Asturias? Ya su procurador general, confundido tambien en las providencias del Marqués, indicó á vuestra majestad la clase de personas que la componian. Pero nosotros debemos recordar que desde el presidente, don José Valdés y Florez, brigadier de la real armada, hasta el secretario, don Baltasar de Cienfuegos, reunia en su seno cuando hay de mas granado en aquella provincia, no solo por su enojo y sus títulos, sino tambien por su instruccion, su reputacion y su celo público. No recordaremos, porque no es del día, los grandes servicios que estos dignos ciudadanos hicieron á la causa pública, esperando el tiempo en que puesta en claro la verdad, podamos con voz mas libre y severa oponerlos á la malignidad de sus calumniadores. Pero pues vuestra majestad no ignora estos servicios, ¿qué es lo que puede temer de los que los hicieron? Ellos reconocen su soberana autoridad, y á vista de los comisionados, que irán revestidos de ella y se pondrán á su frente, se gloriarán de respetarla y obedecer sus órdenes. Si de las averiguaciones que se hicieren, resultaren cargos personales contra alguno ó algunos individuos de la Junta, la suspension de sus funciones, y aun el arresto, será conforme á derecho. Y cuando todos (lo que ni siquiera puede soñarse) resultaren reos, ¿no podrán los comisionados convocar nueva junta, y conservar al Principado el gobierno constitucional, que siempre tuvo y que nunca debió perder, consultando así al decoro de la autoridad suprema, sin menoscabo de los mas preciosos derechos del Principado?

Los exponentes deben concluir con una reflexion, que aunque relativa á su propio decoro, interesa tambien al de vuestra majestad. Si la junta suprimida era ilegítima y formada por intrigas, como indiscretamente publicó el Marqués, ¿cómo creeremos nosotros que es legítima nuestra representacion, derivada de aquel principio? Y si vuestra majestad no se dignare restituirla al estado y concepto de legítima, de que fué despojada, ¿dónde hallaremos nosotros un vínculo que enlace nuestro derecho con el origen de que fué derivado? En este caso tendríamos que retirarnos á vivir como personas particulares adonde vuestra majestad nos permitiese. Pero no podemos esperar que semejante desgracia quepa en la justicia de vuestra majestad; porque menos temeremos que oida esta exposicion, persista vuestra majestad en la idea de despojar al principado de Asturias de una representacion y gobierno de que ha gozado por tantos siglos, con gran provecho de la provincia y de la causa pública.

Vuestra majestad resolverá lo que fuere de su mayor agrado. Sevilla, 6 de julio de 1809.—Señor.—*El marqués de Campo-Sagrado.*—*Gaspar de Jovellanos.*

### III.

#### Tercera.

Señor: El marqués de Campo-Sagrado y don Gaspar de Jovellanos, ratificando juntos lo que en representacion separada tiene el honor de exponer á vuestra majestad uno de nosotros, imploramos en esta su suprema atencion y benigna indulgencia, á fin de que se digne oír con ella las consideraciones que de nuevo

es ocurren acerca de la resolución del desgraciado expediente del principado de Asturias.

Para presentarlas á vuestra majestad no tomarán el título de diputados de aquel principado, porque las reclamaciones de este han sido ya elevadas á su suprema atención por el procurador general, que es su representante legítimo y constitucional. Tampoco el de individuos del augusto cuerpo depositario de la autoridad soberana, en cuyo concepto se rinden, como es su deber, á todas las resoluciones de vuestra majestad, y las veneran con toda la sumisión que es propia de su fidelidad y del interés que tienen en su prosperidad y su gloria. Hablarán solamente como simples ciudadanos de aquel principado y en uso de la acción y derecho que á ninguno de los que han nacido en él puede negarse en negocios de su general interés, y mucho menos en los que tocan á la conservación de su constitución, fueros y libertades. En esta calidad, venerando las providencias acordadas por vuestra majestad, no pueden dejar de implorar su justicia, á fin de que se digne reformarlas según su prudencia y sabiduría le dictasen.

En esta reclamación estarán muy lejos los exponentes de olvidar las consideraciones debidas á la dignidad y carácter del marqués de la Romana, y mas aun á los ilustres testimonios que ha dado de fidelidad á nuestro amado Fernando VII y de amor á la causa pública que defendemos; porque los que representan están persuadidos á que, cuando este digno general se halle libre de las sugestiones que le empeñaron en las aventuradas providencias que constan en el expediente, será el primero á arrepentirse de ellas, y á reconocer aquellas inocentes errores en que tal vez extravió el celo cuando tiene la desgracia de ser dirigida por malas guías. Y cuando los exponentes no hallasen dentro de sí mismos el impulso de esta moderación, bastarían para ella la desgracia que persigue á este general desde su vuelta á España, no solo en los accidentes y vicisitudes de la guerra, que no le permitieron desenvolver su bien acreditada bizarria y sus conocimientos militares, sino tambien en los demás asuntos de su mundo, en que sus providencias aparecen, como vuestra majestad no ignora, mas bien productos de ajena y sinistral inspiración que dictámenes de su propia prudencia.

Pero respetando la justa reputación del marqués de la Romana, los suplicantes no pueden prescindir del grande drudo de amor y naturaleza que deben á la venerable constitución y al gobierno legítimo de la provincia en que nacieron. Menos pueden prescindir de la notoria violación que de uno y otro se ha hecho, ni del derecho que les asiste para insistir en su reparación; ni en fin, de la sagrada obligación que tienen de reclamar y protestar contra cualquiera providencia que sea contraria á ellos. Y vuestra majestad no debe llevar á mal que lo hagan así con la mayor firmeza, porque en esto usan de un derecho legítimo, que el Gobierno mismo ha reconocido y respetado aun en la época de su mayor arbitrariedad, en la cual, no solo ha representado el Principado contra las providencias emanadas de la soberanía, sino que ha resistido abiertamente la ejecución de las que eran contrarias á sus fueros, con toda la constancia que fue compatible con la fidelidad y amor que siempre le han distinguido.

Poco importaría al Principado que una fuerza extraña hubiese atropellado su constitución; poco que le hubiese despojado de una representación que reconocia y obedecía como legítima; poco que sin noticia ni intervención de los concejos, que le constituyen, se hubiese creado y levantado á su vista un gobierno espurio y mal escogido, y ver sometida la provincia entera á su extraña dirección; poco, en fin, por mas que esto no pueda mirar sino con la mas íntima amargura, que en medio de estas violentas providencias y esta monstruosa anarquía, hubiese visto su territorio súbitamente invadido, sus capitales civil y mercantil robadas, y asoladas las casas de sus representantes ante vuestra majestad, y las de aquellos celosos ciudadanos, á quienes habia conferido su gobierno y cuya reputación acababa de ser tan cruelmente herida, entregadas á saqueo y rabiosamente destruidas, porque al cabo libraba el remedio de tantos males en la confianza que tenia en la suprema justicia de vuestra majestad, de cuyo celo paternal esperaba que se apresurase á reparar aquellos que fuesen reparables, y á templar con mano consoladora los que solo fuesen capaces de conmiseración y consuelo.

Pero, Señor, que vuestra majestad niegue al Principado el que tan justamente reclama su procurador general; el que seria mas caro al corazón de sus buenos patricios; el unico que será capaz de curar las profundas heridas hechas en su constitución, cuya

sagrada carta ha sido rota y destruída por una fuerza extraña, por la misma fuerza que estaba destinada á respetarla y conservarla; y en fin, el unico que puede restablecer sus fueros atropellados, salvar sus libertades destruidas y reintegrarle en su decoro y sus derechos, sera para el principado de Asturias un nuevo y mas grave motivo de dolor, que no puede esperar de la misma mano en que busca su alivio.

El que imploramos de la justicia y esperamos de la equidad de vuestra majestad es la reinstalación de su representación constitucional al estado de que fue despojado á viva fuerza. ¿Y qué será lo que pueda oponerse á providencia tan justa? ¿Daráse por ventura el hecho del despojo, esto es, la supresión de la junta nombrada por el principado? Pero el marqués de la Romana le confiesa en su oficio; un edicto suyo, solemnemente publicado, impreso, fijado en todas las esquinas de la capital, del cual la Junta presenta á vuestra majestad certificación, que obra en el expediente, y que reprodujo despues el Procurador general, testigo y víctima de aquella violación, ¿no bastarán á probar un hecho que por su naturaleza misma es de pública y manifiesta notoriedad? ¿Y á qué cosa se dará este nombre, este carácter, si vuestra majestad no los reconoce en un hecho de esta naturaleza y de tan público estrándalo?

Los que representan prescindirán de si el marqués de la Romana tuvo ó no autoridad para hacer lo que hizo, porque ¿á qué conduciría este exámen? ¿Acaso las violencias se justifican por la autoridad del que las comete? No se trata aquí de autoridad; trátese de justicia, y en la materia de despojo, verificado el hecho, nada mas pide la justicia ni las leyes para acordar la restitución. No quiera Dios que erra ninguno de aquellos á quienes vuestra majestad comisionare con tan ámplios poderes como los que tenía el marqués de la Romana, de cualquiera orden y clase que fuere, y mucho menos si tuviere á la mano la fuerza militar, que vuestra majestad ha querido ó entendido autorizarlos para semejantes atentados y violencias. ¿Qué seria entonces del orden, de la seguridad y del sosiego público? Qué seria de las autoridades constituidas del reino? ¿No quedarían todas miserablemente comprometidas, sin fianza ni garantía alguna contra el capricho de un individuo? Porque ¿cómo seria posible que vuestra majestad confiase á ninguno este poder dictatorial, este visirato, este centro de despotismo, tan ajeno de la equidad y dulzura del gobierno que ejerce sobre los pueblos de España? ¿Y cuán funesto, cuán ominoso no sería hoy á una generosa nación, en que no hay pueblo ni hay individuo que animado del sentimiento de la libertad, no esté pronto á sacrificar toda su existencia á este bien, que espera ansioso recobrar de vuestra majestad!

Si pues el despojo de la representación del Principado es notorio, y si haciéndole, el marqués de la Romana abusó de su autoridad y de la de vuestra majestad, ¿cuál puede ser el remedio de este atentado? Si le buscamos en las leyes, basta recordar las de todos los tiempos y de todas las naciones. Y si en la prudencia política, ¿cuál otro se podrá hallar, fuera de la reintegración de la junta suprimida? Porque, Señor, ¿qué providencia será prudente si no fuere regulada por la justicia? Y cuando la razon y el principio de justicia es uno, ¿cómo no gozará un cuerpo político de la protección que dan las leyes al mas humilde de los ciudadanos? ¿Será acaso un remedio oportuno el que vuestra majestad, oídos los informes de sus comisionados, resuelva la instalación de la Junta? Pero ¿que sería esto, sino prolongar la duración del despojo de la representación del Principado, pues que entre tanto existirá por la primera vez sin un cuerpo legítimo que le represente, y esto, no ya por la providencia del despojo, sino por las de vuestra majestad? ¿Quién será entonces el que promueva sus derechos ante las comisionados? ¿Quién les recordará sus fueros, presentará sus títulos y reclamará la observancia de sus libertades? ¿Quién registrá el gobierno interior, cuya autoridad ningún otro cuerpo tiene ni puede tener en aquella provincia? Porque, Señor, el Principado, considerado como cuerpo político, ya no existe; el marqués de la Romana le condenó á la extinción y á la muerte, y solo vuestra majestad puede resucitarle. La junta que le subrogó no le representa. Ella es en su seno una autoridad hechiza, desconocida, de origen ilegítimo y de ninguna manera necesaria donde la constitución tiene en sí misma todo y mucho mas de lo que á su atribución pertenece. ¿Puede pues dársele que cualquiera otra providencia, sobre ser ajena de la justicia, que debe regular esta materia, estará preñada de muy graves inconvenientes y reparos?

No se diga que los comisionados suplirán esta falta, reasumiendo



do toda autoridad y jurisdicción; porque no debe ser este su oficio, y los exponentes piden á vuestra majestad que se digne meditar esta cláusula de su último decreto. Los comisionados, revestidos de la autoridad de vuestra majestad, no necesitan reasumir autoridad ni jurisdicción alguna, porque su autoridad será sobre todas. Ellos no van á suprimir ninguna de las autoridades, sino á presidirlas y ponerlas á raya; ellos presidirán la real Audiencia, pero no votarán sus pleitos; presidirán, si quieren, el Ayuntamiento, pero no tasarán los abastos ni entenderán en la limpia y policía de la capital; estarán sobre todas las justicias ordinarias y privilegiadas, pero no ejercerán su jurisdicción; cada cuerpo conservará su representación y ejercerá bajo aquella suprema autoridad sus funciones. Y ¡qué! ¿entre tanto, y mientras van los comisionados de vuestra majestad á buscar los informes, y mientras estos vienen de doscientas leguas de distancia á la noticia de vuestra majestad, y mientras vuestra majestad dicta sus providencias y las envía al Principado, ¿solo el Principado existirá sin representación alguna, sin funciones, sin el derecho de reverenciar á los comisionados de vuestra majestad, y sin voz para representarles sus privilegios y sus agravios?

No lo esperamos, Señor, los exponentes, de la justicia de vuestra majestad, ni ya tenemos tampoco que una falsa prudencia aleje su soberano juicio de la norma que ella prescribe. ¿Qué es lo que puede recelar esta prudencia paliadora? ¿Algun peligro en la restauración de la Junta? ¿Alguna ofensa del decoro de quien la suprimió? ¿Uo y otros nos obligan á llamar sobre estos temores la atención de vuestra majestad?

¿Qué peligro es el que se teme? ¿No irán los comisionados á presidir la junta restaurada? No tendrán una autoridad superior á ella? No podrán congregarla cuando bien les pareciere, presidirla á nombre real, prescribir las materias de que debe tratar, y si necesario lo creyeren, intimar desde el primer instante la congregación de los concejos para formar una nueva junta? Y en esto ¿qué riesgo se preve? Cuando la autoridad de los comisionados no bastase para contener á cualquiera que pretendiese oponerse á sus órdenes, ¿no tendrán en su mano la fuerza necesaria para hacerse respetar? ¿Y podrá vuestra majestad persuadirse á que la junta de Asturias se componga de cervices tan duras é inflexibles, que no se doblarán á la voz de su suprema autoridad?

Señor, nosotros nada debemos ocultar á vuestra majestad de lo que creemos y tememos en este desgraciado negocio; porque si es nuestro deber consultar á los derechos del Principado como participantes de su constitución y sus prerogativas, lo es mas sagrado preservar el decoro y la autoridad de vuestra majestad. Debemos por tanto declarar que si en esta materia se puede concebir algun peligro, le habrá en la ejecución de la providencia que acaba de acordarse. Cuando el Principado vea atendido su decoro, reparadas sus injurias y preservados sus derechos, no solo no se deberá dudar de su obediencia, sino que debe esperarse que concurrirá á la mas plena ejecución de vuestras soberanas providencias; y si nos fuere lícito tomar su voz, no dudaremos de prometer á su nombre la mas sumisa obediencia. Mas si, por el contrario, viese que á vuestra majestad no mueven sus clamores, y que desestimada la pronta reparación de sus agravios, nosotros no responderemos de las consecuencias. Sabemos los derechos que da al Principado su constitución; sabemos que tiene el de no obedecer y reclamar toda providencia que fuere contraria á ella, y de resistirlas hasta donde le permitan su fidelidad y su respeto; y no ver algun peligro en excitar esta lucha entre la autoridad soberana y los derechos de un pueblo respetable, entre la fuerza armada de la una y el amor á la libertad del otro, será no conocer á los hombres de todos los tiempos ni el espíritu de los españoles del día.

El decoro del marques de la Romana es para nosotros muy digno de consideración; pero ¿lo será menos el de una provincia, y una provincia como el principado de Asturias, cuna de la libertad española y ejemplo ilustre de los esfuerzos que puede hacer un pueblo para conservarla y recobrarla? ¿Qué otro cuerpo político, nacido de su propia constitución, en medio de su pobreza y desamparo, sin un soldado, sin un peso duro, sin ningún próximo apoyo, levantó no grito mas alto contra la tiranía, y presentó á la nación mas prontos, mas enérgicos, mas vigorosamente conservados esfuerzos de valor y independencia? ¿Y tan poco valdrá á los ojos, tan poco en la estimación de vuestra majestad, que cuando se halla tan injustamente ofendido, tenga su decoro tan liviano peso en esta balanza, que se le sacrifique á pequeñas y miserables contemplaciones? Se trata, Señor, de la supresión de una

junta constitucional; se trata del descrédito que la causarán unas providencias atropelladas, cuyo eco se hizo resonar lejos de nuestro continente y repetir en las gacetas extranjeras. Y cuando el decoro de tantos ilustres individuos pesase poco en el concepto de vuestra majestad, ¿tendrá la misma desgracia el cuerpo que representaban? Y cuando vuestra majestad trata con tanto miramiento las quejas dadas contra otras juntas del reino por el ilustre origen que tuvieron, ¿solo la de Asturias será indigna de su consideración é indulgencia?

Al decoro del marques de la Romana, Señor, debe ser muy indiferente que la junta suprimida sea ó no reinstalada. Vuestra majestad reconoce que la que él creó no debe existir y que debe ser deshecha, sin que en esto vaya tampoco su decoro; lo que importa mucho á él es que las imputaciones que se le sugirieran contra los individuos de la primera junta sean bien probadas y calificadas. En este punto harlo ha dicho ya el procurador general del Principado, y harlo tendrán que decir á los comisionados aquellos ilustres y celosos ciudadanos, cuyo honor y fama están comprometidos tan cruelmente. Si en esto comprometió ó no el marques de la Romana su propio decoro, lo dirá el tiempo. La suerte está echada, y la prudencia de los comisionados ilustrará á vuestra majestad para que, sin contemplacion de unos ni otros, deje correr la balanza del rigor adonde la inclinare la justicia.

Por lo que toca personalmente á nosotros, contentos con haber expuesto á vuestra majestad cuanto nos ocurre, con la sencillez y franqueza que debemos á la autoridad soberana y á nuestro propio honor, enmudeceremos desde este punto. Pero si vuestra majestad acordare llevar adelante sus providencias, entonces afligidos con la humillación de no haber podido recabar de su justicia el pronto desagravio del principado de Asturias, le pedimos humildemente se digne permitirnos que nos abstengamos de nuestra audaz representación en el cuerpo soberano hasta que este desagravio se haya verificado, ocupándonos entre tanto, si fuere de su real agrado, en servicios privados de vuestra majestad ó de la causa pública, para que tengamos el consuelo de acreditarle nuestra constante veneración y nuestro íntimo deseo de su prosperidad y su gloria. Sevilla, 10 de julio de 1809.—Señor.—*El marqués de Campo-Sagrado.*—*Gaspar de Jovellanos.*

## IV.

*Real resolución.*

Excelentísimos señores: La Junta Suprema Governativa del reino ha visto las exposiciones de vuecelencias de 6 y 10 del corriente, en que tratando de las últimas ocurrencias de Asturias, manifiestan los inconvenientes que encuentran para asistir á la Junta como representantes de aquel principado; y enterado de todo, su majestad se ha servido acordar se diga á vuecelencias, como lo ejecuto, que no hay motivo alguno para dudar de la legitimidad de su representación en el cuerpo nacional, y que así, continúen vuecelencias asistiendo á sus sesiones con el celo, rectitud y patriotismo que lo han hecho hasta aquí. De real orden lo comunico á vuecelencias para su inteligencia y efectos convenientes. Dios guarde á vuecelencias muchos años. Real alcázar de Sevilla, 10 de julio de 1809.—*Martin de Garay.*—Señores don Gaspar de Jovellanos y marqués de Campo-Sagrado.

## V.

*Edicto del marqués de la Romana.*

ASTURIANOS: Cuando irritada nuestra nación heroica de las pérdidas del tirano de Francia, desplegó toda su energía para defender su libertad, su religion y los sagrados derechos del trono, y conoció los males y flaquezas en que podrian sumergirla su propia division y falta de concierto en las medidas de defensa, los pueblos, destituidos de cabeza legitima, señalaron personas de su mayor satisfaccion, que reconcentrasen la autoridad, uniesen el poder y tomasen las medidas mas oportunas de hacerle respetable y provechoso. Formáronse las juntas provinciales, y á esta coalicion, que parece inspirada ó milagrosa, atendidas las circunstancias, se debieron aquellos triunfos que al principio lograron muchas provincias sobre las tropas enemigas, y aquellos generosos esfuerzos con que otras sostienen los ejércitos y auxilian vigorosamente á sus jefes, reparando los sucesos infaustos y escarmentando á aquellos viles partidarios.

Pero en medio de estas satisfacciones, me es forzoso manifestar con mucho sentimiento que la actual junta de Asturias, aunque

de las mas favorecidas por la generosidad británica en toda clase de subsidios, es la que menos ha coadyuvado á la grande y heroica empresa de arrojar á los enemigos de nuestro patrio suelo. Formada esta junta por Intriga y por la prepotencia de algunas sugetos y familias conexas, se propuso abrogarse un poder absoluto é indefinido, servirse los individuos mutuamente en sus proyectos y despoques, desechar con pretextos infundados y aun calumniosos al que no suscribiese á ellos, y contentar á los menesterosos con comisiones ó encargos de intereses.

Muy distante yo del Principado, y en las fronteras de Portugal, llegaron á mis oídos repetidas noticias y quejas de tamaño desorden; suspendí el asenso bajo la reflexion de que podrian ser hijas del resentimiento ó de la envidia, sin despreciarlas ni admitirlas de lleno; aguardaba que el tiempo y circunstancias me aclarasen lo que entonces no podia definir; pero cuanto mas me iba acercando á esta provincia, crecia la confirmacion de aquellas especies tan tristes y dañosas, y desaparecia la posibilidad consoladora de que fuesen falsas ó supuestas.

En efecto, personas de todas clases, del mas alto y distinguido carácter, me aseguraron del enorme abuso que se hacia del poder y autoridad, que debian dirigirse á objetos de otro orden, y lo calificaban las operaciones y resultados de ellas. La actual junta, solo con blasonar que esta noble provincia ha sido la primera que alzó el grito sagrado de la libertad, abandono sus primarias obligaciones, y como si la guerra estuviese acabada, á pudiese corresponder á su instituto la discusion de pleitos ó intereses particulares, se dedicó á ellos de propósito por un vano prurito de mandarlo todo, entorpeciendo el curso legitimo y regular de los negocios con general disgusto, dilacion y daño insufrible de los mismos interesados; representantes sin luces ni instruccion solo podian dedicarse á objetos frivolos. La predileccion de algunos regimientos, en que militan los conexados de aquellos, llenaba de disgusto á los demás, y los empréstitos forzados y desiguales, y adelantamientos de dinero, dictados sin otro nivel que el del capricho, pedidos con altanería y exigidos con la dureza y el insulto, hicieron creer á los pagadores que su exaccion disminuía, mas que de la necesidad, de una pura arbitrariedad ó impulso de una venganza ó odio encubierto.

Si, amados asturianos; aunque habeis sido preservados casi enteramente de las calamidades de la guerra, he conocido y visto con claridad en vuestros rostros que sufriais mil amarguras, ya que no sus estragos; y no pudiendo desentenderme del remedio llado á mi mando y mi cuidado, me dirigí á vuestra capital. En ella, por las personas mas doctas é imparciales, por las representaciones de los cuerpos mas respetables, y al fin por otras medidas que he tenido por conveniente tomar, no solo resultaron los abusos y quejas de que ya hecha indicacion, sino otros muchos de la mas notable gravedad y trascendencia á vuestra quietud y seguridad.

Debia esta junta recomendar y procurar la observancia de las leyes de nuestro soberano y de la Suprema Central, el respeto á sus tribunales y magistrados; pero lo ha hecho tan al contrario, que despreció unas leyes, derogó expresamente otras, ocultó órdenes, interceptó las correspondencias de oficio y aun de particulares; y por ultimo, abusando de una autoridad que se abrogó ilegítimamente, escudada con una fuerza que debia destinarse á la defensa de la nacion, se propuso continuar ejerciendo un poder arbitrario y una soberanía absoluta.

Habitantes de Asturias: Yo confío que agradeceréis esta efusion de sentimiento por las molestias y desaires que habeis sufrido; yo me prometo mucho de vuestra nobleza, fidelidad, valor y sufrimiento, grabados en los anales de la nacion y en la tradicion misma desde los tiempos mas remotos; sois los primeros vasallos del primogénito de nuestra monarquía, y su restauracion se principió en vuestro recinto. Soldados asturianos: yo espero mucho de vosotros, y si hasta ahora no hiesteis cosas grandes, no fué vuestra culpa, sino por falta de ocasion y por las trabas que cruzaron vuestras operaciones; yo os haré partícipes de la gloria que se adquiere en los campos del honor luego que se rectifique el rumbo y direccion de los negocios. Por ello, usando de las facultades que me ha conferido la Suprema Junta Central Gubernativa del reino, y en cumplimiento del estrecho encargo que ultimamente me ha hecho el mismo cuerpo soberano para observar y hacer se guarden exactamente las resoluciones comprendidas en el reglamento de 1.º de enero de este año, que yo he comunicado á esta superior junta, que sin embargo, contraviene á algunos de sus capítulos, por los motivos indicados, y otros que en mi reser-

vo, he determinado que todos los vocales que componen dicha junta superior de esta provincia cesen desde luego en sus funciones, queden suprimidos desde ahora los tribunales ó comisiones creadas por ellos, se restablezca el orden que segun las leyes se observaba en el curso de los pleitos y negocios pertenecientes á cada ramo, y se cree una nueva junta de armamento y observacion, compuesta de nueve individuos de conocida probidad, prudencia y patriotismo, que son los designados al margen, de quienes debéis y podéis esperar el mas acertado desempeño en sus funciones, y yo vuestra puntual obediencia y respeto á sus mandatos. Dado en Oviedo, á 2 de mayo de 1809.—*El marqués de la Romana.*

*El conde de Agüero, presidente. — Don Ignacio Flores. — Conde de Turena. — Don Andrés Angel de la Vega Infanzon, secretario con voto. — Don Gregorio Jove. — Don Motias Menendez. — Don Francisco Ordonez, secretario en ausencias y enfermedades. — Don Juan Arquesles Mier. — Don Fernando de la Riva Valdes Canlla.*

## VI.

SON EXCELLENCE LE MARÉCHAL DUC D'ELCHINGEN, grand-cordon de la Legion d'Honneur, grand-croix de l'Ordre du Christ, chevalier de la Couronne de fer, commandant en chef en Galice.

AUX HABITANTS DES ASTURIENS.

ASTURIENS: Je suis chargé par sa majesté l'empereur des français, de faire reconnaître dans la principauté des Asturies le roi Joseph Napoléon, son auguste frère.

Mon vœu le plus cher est de remplir cette honorable mission sans effusion de sang, et d'épargner à votre pays les maux affreux que la guerre amène après elle.

Je vous exhorte à rester tranquilles dans vos foyers, à déposer les armes que vous auriez reçues, et à vous soumettre sans murmure aux décrets de la Providence, qui dispose à son gré de tous les trônes du monde.

Asturiens, vous avez été trompés; on a employé pour vous soulever le mensonge et la perfidie, et vos chefs se sont appliqués à entretenir votre erreur par de fausses nouvelles et des espérances chimériques.

Il est temps de vous faire connaître le véritable état des affaires que l'on a eu si grand soin de vous cacher.

La presque totalité de l'Espagne est soumise; Saragosse a été prise après un siège qui a fait périr les trois quarts des habitants de cette grande ville; Valence a ouvert ses portes sans résistance; l'armée du duc de l'Infantado et celle du général Cuesta ont été entièrement détruites dans trois batailles; la Junta Centrale s'est réfugiée à Cadix, et bientôt elle n'aura plus d'asile.

Dans cette situation des choses, que pouvez-vous faire, que pouvez-vous espérer? Si vous n'êtes pas insensibles à la raison, examinez attentivement ro-

EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR MARISCAL DUQUE DE ELCHINGEN, gran cordon de la Legion de Honor, gran cruz de la orden de Cristo, caballero de la Corona de fierro, comandante en jefe en Galicia.

Á LOS HABITANTES DE ASTURIAS.

ASTURIANOS: Yo soy el encargado por su majestad el emperador de los franceses, de hacer reconocer en el principado de Asturias al rey Josef Napoleon, su augusto hermano.

Mi unico deseo es el de cumplir este honroso encargo sin efusion de sangre, y libertar á vuestro pais de los tremendos males que la guerra trae consigo.

Os exhorto á que permanezcais tranquilos en vuestras casas, que dejéis las armas que hubieseis tomado, y que sin repugnancia os sometais á los decretos de la Providencia, que dispone á su voluntad de todos los tronos del mundo.

Asturianos, habeis sido engañados; para sublevaros se ha empleado la mentira y la perfidia, y vuestros jefes se han aplicado á entretenerlos en el error con noticias falsas y con esperanzas quiméricas.

Va es tiempo de haceros conocer el verdadero estado de los negocios, que tanto cuidado hubo para ocultarlos.

Casi toda la España está sometida. Zaragoza ha sido tomada despues de un sitio que ocasionó la muerte de mas de las tres cuartas partes de los habitantes de aquella gran ciudad; Valencia ha abierto sus puertas sin resistencia; el ejército del duque del Infantado y el del general Cuesta han sido enteramente destruidos en tres batallas; la Junta Central se ha refugiado á Cádiz, y muy luego le faltará hasta este asilo.

En tal estado de cosas, ¿qué podeis hacer vosotros? ¿qué podeis esperar? Si no sois insensibles á la razon, reflexionad atentamente vuestra situacion,



*tre position, et n'écoulez d'autres conseils que ceux de la prudence.*

*Examinez surtout quels sont ceux qui vous excitent à la rebellion; les anglais, qui sont les ennemis naturels de l'Espagne, comme de toutes les nations qui ont une marine; le marquis de la Romana, qui, sans armée, sous aucun espoir de succès, ne cherche qu'à prolonger de quelques instants son séjour dans sa patrie; les jantes, composées d'hommes turbulents, qui profitent des troubles pour acquérir des richesses et de l'autorité; quelques prêtres, enfin, qui oubliant la dignité de leur état et l'esprit de l'Évangile, prêchent le meurtre au nom du Dieu de miséricorde.*

*Asturiens, vous manquez de sagesse si de pareils hommes obtiennent encore votre confiance; ne voyez vous pas que leurs intérêts sont différents des vôtres; qu'ils vous demandent des sacrifices, et qu'eux mêmes n'en veulent point faire? Ne devinez vous pas qu'après vous avoir engagé dans une guerre que vous ne pouvez soutenir, ils s'embarqueront pour l'Angleterre, et vous abandonneront aux rigueurs de votre sort?*

*Profitez donc de mes avis salutaires en ne cherchant point à vous opposer à la marche des troupes françaises.*

*Comptez sur la parole que je vous donne de faire respecter vos personnes et vos propriétés, de défendre les recherches sur le passé, et d'accueillir favorablement tout individu qui après avoir pris part aux troubles, désirerait rester paisible au sein de sa famille.*

*Asturiens, puisse le ciel vous éclairer, et ne pas me mettre dans la nécessité d'user contre vous du droit terrible de la guerre. La Corogne, le 8 mai 1809.—Le maréchal duc d'Elchingen.—(Signé.)—Ney.*

y no escuchéis otros consejos que los de la prudencia.

Sobre todo, examinad quiénes son los que os excitan á la rebellion: los ingleses, que son los enemigos naturales de la España y de todas las naciones que tienen una marina; el marqués de la Romana, que sin ejército, sin ninguna esperanza de suceso, solo procura prolongar por algunos instantes la permanencia en su patria; las jantes, compuestas de hombres revolucionarios, que se aprovechan de las tribulaciones para adquirir riquezas y autoridad; algunos sacerdotes, en fin, que olvidándose de la dignidad de su estado y del espíritu del Evangelio, predicán la muerte con nombre del Dios de la misericordia.

Asturianos, os falta la prudencia si semejantes hombres logran aun vuestra confianza. ¿No veis que sus intereses son diferentes de los vuestros; que os exigen sacrificios cuando ellos mismos no los quieren hacer? No concebís que después de haberos empeñado en una guerra que no podéis sostener, se embarcarán para la Inglaterra, y os abandonarán á los rigores de vuestra suerte?

Aprovecháos pues de mis saludables consejos, sin procurar oponeros á la marcha de las tropas francesas.

Contad sobre la palabra que yo os doy de hacer respetar vuestras propiedades, de prohibir toda indagación sobre lo pasado, y de acoger favorablemente todo individuo que después de haber tenido parte en la turbación, quisiese quedar pacífico en el centro de su familia.

Asturianos, quiera el cielo ilustraros, y no ponerme en la necesidad de usar contra vosotros del terrible derecho de la guerra. Coruña, 8 de mayo de 1809.—El mariscal duque de Elchingen.—(Firmado.)—Ney.

## NUMERO XI.

### DICTAMEN DEL AUTOR SOBRE EL ANUNCIO DE LAS CORTES.

Señores: Arzobispo de Landieca.—Don Gaspar de Jovellanos.—Don Francisco Castaño.—Don Rodrigo Riquelme.—Don Francisco Javier Caro.

Señor: La comisión nombrada por vuestra majestad para preparar la convocación de las Cortes ha examinado en la sesión del lunes 19 del corriente una duda que estimó de mucha importancia, á saber: si las Cortes se deberían formar por los tres brazos eclesiástico, militar, y civil ó popular, ó bien en la forma de congreso general, sin distinción de estamentos.

Deliberada maduramente la materia, la Comisión se inclinó á la primera de estas formas, estimándola como la mas propia y conforme á la esencia de la monarquía española, y á ello se movió por las siguientes consideraciones.

1.ª Porque desde la fundación de la monarquía se halla que la nación era representada en las Cortes generales por el clero y la milicia, esto es, por los prelados y magnates del reino solamente, no teniendo todavía el pueblo en aquel tiempo un estado civil para la representación.

2.ª Que aunque en aquella época hay memoria de la presencia del pueblo en las Cortes, no era para tratar ni formar las resoluciones, sino para oír su publicación ó promulgación.

3.ª Que el pueblo, propiamente hablando, no tomó estado ni tuvo representación civil en las Cortes hasta que fueron establecidos y organizados los concejos por diferentes fueros ó cartas-pueblas; lo que no se halla en la historia hasta los principios del siglo xiii.

4.ª Que en esta nueva época empezaron á concurrir á las Cortes los procuradores de los concejos en uno con la nobleza y el clero, formando un estamento ó brazo separado en ellas; y este fué entonces el estado mas perfecto de nuestra constitución, el cual duró sin alteración por todos los siglos xiii, xiv, xv y hasta cerca de la mitad del xvi.

5.ª Que cuando alguna vez en esta época se trató de alterar esta forma, fué reclamada tal novedad al señor don Juan II y restablecido el orden antiguo en las cortes de Madrid de 1419.

6.ª Que aunque después los reyes anstiacos empezaron á tratar algunos negocios con los procuradores de los concejos solamente, son de advertir tres cosas: primera, que los brazos privilegiados no fueron propiamente excluidos de la representación, sino omitidos, ó no llamados á ella para aquellos negocios; segunda, que aun en esta época y después de ella fueron llamados los brazos del clero y la nobleza para los negocios grandes y de general interés, y señaladamente para las coronaciones de los reyes y juramento de los principes, y tercera, que esta fué ya una irrupción del poder arbitrario de los ministros que no puede dar ni quitar el derecho.

7.ª Que á pesar de esta novedad hecha en Castilla, á las cortes de Aragon, Cataluña, Valencia y Navarra siempre concurren los brazos privilegiados; y debiendo de abrazar todo el reino las que se trata de celebrar, tan injusto fuera privar al clero y nobleza de aquellas provincias de una posesión que siempre conservaron, como conservársela al mismo tiempo que se excluyese de la representación á los prelados y nobles de Castilla.

8.ª Que la concurrencia de estos brazos á la representación nacional, además de ser esencial en nuestra constitución, es propia de toda monarquía, porque ninguna puede sostenerse sin que haya algun cuerpo jerárquico intermedio, que de una parte contenga las irrupciones del poder supremo contra la libertad del pueblo, y de otra las de la licencia popular contra los legítimos derechos del Soberano.

9.ª Que supuestas estas verdades, no reside en la Suprema Junta poder bastante para alterar esta constitución, aun cuando alguna razon de utilidad la aconsejase; porque en negocio tan grave, el Soberano mismo, cuyo poder representa, no podría ni debería hacer tal alteración sin la concurrencia de las Cortes.

10.ª Ni acaso seria conforme á prudencia proponerla en las actuales circunstancias, no solo porque en los esfuerzos hechos por la nación para sostener su libertad no hay clase ni estado que no haya tenido mucha parte, sino porque dada toda la representación indistintamente al pueblo, la constitución podría ir declinando insensiblemente hacia la democracia; cosa que no solo todo buen español, sino todo hombre de bien, debe mirar con horror en una nación grande, rica y industriosa, que consta de veinte y cinco millones de hombres, derramados en tan grandes y separados hemisferios.

Los señores Caro y Riquelme, separándose de este dictamen, expusieron el siguiente: «Como el principal y mas importante objeto de convocar inmediatamente las Cortes es el de restablecer en su antiguo uso nuestras leyes fundamentales, y hacer en ellas las adiciones y mejoras que son absolutamente necesarias para que en lo sucesivo estén á cubierto de toda usurpación y violencia los sagrados e imprescriptibles derechos del pueblo español, creo que dichas cortes deberán ser una verdadera representación nacional, pues á toda la nación, y á nadie mas que á la nación, legítima é imparcialmente representada, le toca hacer unas reformas de las cuales ya depende la libertad ó la esclavitud de

la generacion presente y de las vejderas. Asi, opino que para la celebracion de las próximas cortes deberemos atenernos, no á la forma que tuvieron en tiempo de los godos, ni á la que se les dio despues de introducido y organizado el gobierno municipal de los pueblos, sino á la que recibieron en los siglos mas cercanos al nuestro, en los cuales se componian dichos congresos de solo los representantes, diputados ó procuradores de las ciudades y villas que por privilegio ó costumbre tenían derecho á ser representadas en ellos.

Estas razones, lejos de separar á la Comision de su dictamen, le confirmaron mas y mas en él; porque no puede creer que la nacion esté mas legitima ó imparcialmente representada por los solos procuradores de las ciudades que segun el ultimo uso y costumbre eran llamados á las cortes ordinarias, que cuando, segun la original, primitiva, constitucional y inconcusa costumbre de quince siglos, lo era en todas las cortes por el clero y nobleza, como estamentos jerárquicos del Estado, y mucho menos cuando la costumbre de nuevo introducida no fué ni diuturna ni uniforme, puesto que hasta nuestros dias el clero y la nobleza han seguido concurriendo á las juntas nacionales celebradas para los grandes negocios de la coronacion de los reyes y juramento de los príncipes herederos. Lo que basta para conservar su antigua prerogativa, aun cuando fuese de tal naturaleza, que pudiese perderse por actos arbitrarios del Soberano.

La Comision debe, sin embargo, exponer á vuestra majestad que por este dictamen, relativo á las próximas primeras cortes solamente, no intenta prevenir el que podrá formar en adelante, cuando se trate de perfeccionar la representacion nacional para las cortes ulteriores. A lo cual aplicará á su tiempo el mas maduro examen, para que las mejoras que este importante objeto pueda recibir se propongan, previa la suprema aprobacion de vuestra majestad, á las primeras cortes, sin cuyo consejo no cree que deba resolverse ni pueda establecerse cosa alguna.

Vuestra majestad resolverá, con su alta sabiduria, lo que estimare mas conforme á justicia y prudencia.—Palacio arzobispal de Sevilla, 22 de junio de 1809

## NÚMERO XII.

### CONSULTA SOBRE LA CONVOCACION DE LAS CORTES POR ESTAMENTOS.

1. Señor: Entre los grandes y continuos esfuerzos que ha hecho vuestra majestad para procurar la seguridad, la independencia y la felicidad de la nacion española, ninguno, á mi juicio, califica mas altamente el celo, la justicia y la generosidad de vuestra majestad que el que es objeto de la presente sesion. Defender á la España del alevoso tirano que la ultraja y pretende esclavizar, puede ser un empeño inspirado por la necesidad y el interés de la propia conservacion, por un sentimiento de pundonor y noble orgullo y por un justo deseo de venganza y de gloria; pero volverle el mas precioso de sus derechos, un derecho de cuyo ejercicio estuvo despojada por tan largo tiempo; un derecho que parecia siempre repugnante á la suprema autoridad, y que lo sería á vuestra majestad, si vuestra majestad fuese capaz de ambicion, y en fin, volvérselo sin recomnacion, sin estímulos, y en un tiempo en que tantos y tan graves cuidados llaman su suprema atencion, es un rasgo de aquella sublime y generosa justicia que solo pudo caber en el ardiente y desinteresado patriotismo de vuestra majestad.

2. Pero esta oiedia, que hará amables e ilustres en la posteridad los nombres de los virtuosos ciudadanos que la concibieron por el bien y la gloria de su nacion, será en ella mas recomendable, por el prudente detenimiento con que vuestra majestad la ha meditado y trata de llevarla á ejecucion. Vuestra majestad ha reconocido que si es importante y provechosa por su naturaleza, es tambien delicada y puede ser peligrosa por sus consecuencias, ora sea que no se vuelva á la nacion libre y cumplido el derecho de que ha sido despojada, y que desea con ansia recobrar, ora se la restituya con mas amplitud que la que señalan nuestras antiguas leyes, y se la provoque al abuso de un poder que siempre es ó funesto ó peligroso cuando no está limitado por la razon y la prudencia política. Por esto, despues de haber examinado la materia en comun, y mandado que se examinase separadamente en las secciones, quiere todavía vuestra majestad que cada uno de los que componemos este angusto congreso presentemos en él nuestras privadas reflexiones, para renir en un punto cuantas lo-

ces pueda recibir materia tan nueva y de tan general interes.

3. Así que, penetrado yo de mi obligacion y del deseo de vuestra majestad, diré mi dictamen con toda la franqueza y candor con que he hablado siempre en este lugar, tan lejos de la nebia presuncion de que valga mas que el de tantos sáblos compañeros, como del empeño de que sea apreciado y seguido; porque si en el ejercicio de nuestras funciones debemos á la patria el tributo de nuestro celo y nuestras luces, tambien le debemos el sacrificio de nuestras opiniones, y por decirlo así, de nuestro amor propio, cuando por desgracia no parecieren dirigidos á su mayor gloria y felicidad.

4. Y pues que la materia de que tratamos pertenece al derecho público y á sus altos principios, y por ellos se debe juzgar si se quiere asegurar el acierto, expondré primero estos principios tal cual yo los entiendo y tengo grabados en mi espíritu desde que destinado á la magistratura, sentí que debian formar el primer objeto de mi meditacion y estudio.

5. Haciendo, pues, mi profesion de fe política, diré que segun el derecho público de España, la plenitud de la soberania reside en el Monarca (a), y que ninguna parte ni porcion de ella existe ni puede existir en otra persona ó cuerpo fuera de ella. Que por consiguiente es una herejía política decir que una nacion cuya constitucion es completamente monárquica, es soberana, ó atribuirle las funciones de la soberania; y como esta sea por su naturaleza indivisible, se sigue tambien que el Soberano mismo no puede despojarse ni puede ser privado de ninguna parte de ella en favor de otro ni de la nacion misma.

6. Pero la soberania no es un ente real; es un derecho, una dignidad inherente á la persona señalada por las leyes, y que no puede separarse aun cuando algun impedimento físico ó moral estorbe su ejercicio. En tal caso, y durante el impedimento, la ley, ó la voluntad nacional dirigida por ella, sin comunicar la soberania, puede determinar la persona ó personas que deben encargarse del ejercicio de su poder. Cuáles sean estas en España, y cómo deban señalarse, está bien claramente determinado por nuestras leyes; sobre lo cual no cansaré la atencion de vuestra majestad, contentándome con recordar á su memoria lo que en el asunto tuve el honor de representarle en 7 de octubre del año pasado, cuando se trataba de arreglar la institucion del gobierno interino, que debia encargarse del ejercicio de la soberania en la ausencia de nuestro amado y deseado rey.

7. Pero el poder de los soberanos de España, aunque ámplio y cumplido en todos los atributos y regalías de la soberania, no es absoluto, sino limitado por las leyes, en su ejercicio, y allí donde ellas le señalan un limite, empiezan, por decirlo así, los derechos de la nacion. Se puede decir sin reparo que nuestros soberanos no son absolutos en el ejercicio del poder ejecutivo; pues aunque las leyes se le atribuyen en la mayor amplitud, todavia dan á la nacion el derecho de representar contra sus abusos, y que de este derecho haya usado muchas veces, se ve claramente en nuestras Cortes, las cuales mas de una vez representaron al soberano, no solo contra la mala distribucion de empleos, gracias y pensiones y otros abusos, sino aun contra la disipacion y desórdenes interiores de su palacio y corte, y pidieron abiertamente su reforma.

8. Menos se puede decir que los monarcas de España son absolutos en el ejercicio del poder legislativo (b), pues aunque es suyo sin duda, y suyo solamente, el derecho de hacer ó sancionar las leyes, es constante en las nuestras que para hacerlas, ó debe aconsejarse antes con la nacion, oyendo sus proposiciones ó peticiones, ó cuando no, promulgarlas en cortes y ante sus representantes; lo cual substancialmente supone en ellas, de una parte el derecho de proponerlas, y de otra el de aceptarlas ó representar contra ellas; del cual es notorio que han usado siempre las Cortes del reino, como despues diré mas oportunamente.

9. Por ultimo, no es ilimitado tampoco el ejercicio de la potestad judicial en nuestros soberanos. Suya es toda jurisdiccion, suyo el imperio. Aun hubo un tiempo en que los reyes oian y juzgaban por si mismos las quejas de sus súbditos, ayudados por las luces de su consejo; pero despues que la monarquia tomó una forma mas análoga á su extension y al aumento y complicacion de los intereses nacionales, fue ya una máxima constante y fundamental en nuestra legislacion que los juicios y causas deben ser instruidos segun las formas prescritas en las leyes, y juzgados por jueces y tribunales establecidos y reconocidos por la nacion; á

(a) Véase la nota primera al fin de los apéndices.

(b) Véase la nota segunda al fin de los apéndices.



cuya maxima deben sujetarse, así los reyes, como los magistrados nombrados por ellos.

10. Tal es, pues, el carácter de la soberanía segun la antigua y venerable constitucion de España, y al considerarle, no puede haber español que no se llene de orgullo, admirando la sabiduría y prudencia de nuestros padres, que al mismo tiempo que confiaron á sus reyes todo el poder necesario para defender, gobernar y hacer justicia á sus súbditos, poder sin el cual la soberanía es una sombra, una fantasma de dignidad suprema, señalaron en el consejo de la nacion aquel prudente y justo temperamento al ejercicio de su poder, sin el cual la suprema autoridad, abandonada al sordo influjo de la adulacion ó á los abiertos ataques de la ambicion y el favor, puede convertirse en azote y cadena de los pueblos que debe proteger.

11. Dedúcese de todo que la única y mejor garantía que tiene la nacion española, contra las irrupciones del poder arbitrario, reside en el derecho de ser llamada á cortes para proponer á sus reyes lo que crea conveniente al pro comunal, ó examinar lo que ellos tratan de establecer con el motivo ó pretexto de tan saludable objeto.

12. Si pues la nacion tiene este derecho cuando está inmediatamente gobernada por su legitimo soberano, ¿quién dudará que le tendrá tambien cuando el ejercicio de la soberanía este confiado por la ley, ó la voluntad nacional á alguna persona ó cuerpo determinado? Así lo ha reconocido vuestra majestad, y sin embargo, para justificar mas y mas tan sabia resolucion, diré brevemente alguna cosa sobre su justicia, su necesidad y su utilidad.

13. El derecho de la nacion española á ser consultada en cortes nació, por decirlo así, con la monarquía. Nadie duda ya que los antiguos concilios de España eran una verdadera junta nacional, á la cual, no solo asistían los prelados, sino tambien los grandes oficiales de la corona, que entonces, aunque parece que representaban la nobleza, representaban verdaderamente el brazo militar, puesto que en aquellos tiempos la profesion de las armas era esencial e inseparable de la nobleza. En estos concilios ó cortes se bicieron ó confirmaron todas las leyes que se contienen en el precioso código visigodo, llamado el Fuero-Juzgo. Y si bien no se hallaba entónces bien deslinada la representacion del pueblo, es tambien constante que las leyes y decretos hechos en estos congresos eran publicadas ante él, y aceptados por una especie de aclamacion suya, como se ve en las actas existentes de aquellos concilios.

14. Lejos de alterar esta sabia constitucion los reyes de Asturias, se empeñaron en restablecerla, de lo cual hay clarísimos testimonios en nuestra historia, y en ella se ve que á los concilios de esta primera época de la restauracion asistían, como de antes, los prelados y los grandes del reino, y que en ellos, así se establecian las leyes eclesiásticas como las civiles, sin que falte algun ejemplo de la concurrencia de los pueblos á estas asambleas (a), segun se ve en las actas del concilio de Coyauza, hoy Valencia de Don Juan.

15. No estaba por entonces organizado el gobierno municipal; mas hacia la entrada del siglo xiii los reyes y las Cortes, para dar á los pueblos una proteccion mas constante, inmediata y legal, y al mismo tiempo para asegurar en ellos una fuerza que refrenase la prepotencia de los nobles y el clero, les atribuyeron institucion y forma, y señalaron funciones estables, con tanta extension de autoridad para el gobierno interior de sus distritos, que así acredita la sabiduría de este establecimiento como descubre las irrupciones que hizo despues el poder arbitrario para desfigurarle y casi destruirle. Desde aquel tiempo hallamos ya que los procuradores de los concejos, como representantes del pueblo, asistieron constantemente á las Cortes, y aun se reunieron algunas, sin mas concurrencia que la suya.

16. Los ayuntamientos de las ciudades y villas, compuestos de concejales elegidos inmediatamente por el pueblo, eran entónces los ordinarios representantes de su voluntad, y por consiguiente juntos en Cortes, representaban la voluntad nacional. Es verdad que enajenados estos oficios y convertidos en propiedad particular, no se puede decir en rigor que tienen esta representacion. Vendrá un dia en que la nacion misma, regulando la eleccion de sus representantes, ocurra á este inconveniente; pero entre tanto el derecho de representacion se halla contenido virtualmente en la propiedad de sus oficios municipales, y no se les puede negar sin despojarlos de una posesion que adquirieron y conservaron por

títulos estimados y reconocidos, por legitimos, entre tanto que los propietarios no sean reintegrados de sus capitales, y extinguidos ó incorporados sus oficios.

17. De todo se infiere que cuando las leyes no hubiesen prescrito la necesidad de consultar las Cortes para la imposicion de los tributos, para la resolucion de casos áridos y graves, hablasta esta antigua y constante costumbre para que la nacion hubiese adquirido un derecho de justicia á ser consultada en ellas. Esta costumbre es la verdadera fuente de la constitucion española, y en ella debe ser estudiada y por ella interpretada; porque ¿qué constitucion hay en Europa, que no se haya establecido y formado por este mismo medio?

18. Ni la costumbre de que voy hablando da á la nacion un derecho vago é indeterminado, sino cierto y conocido, señaladamente para la formacion de las leyes. Cualquiera que esté medianamente versado en nuestra historia sabe que el reino se juntaba en cortes con mucha frecuencia; que á veces no pasaba un año sin que se convocasen, y que alguna se celebraron dos cortes en uno mismo. Ni se juntaban solo y precisamente para negocios determinados, sino para oír las proposiciones de los pueblos, que, admitidas, se convertían en leyes; pudiendo asegurarse que la mayor parte de las contenidas en nuestra recopilacion, ó recayeron sobre las peticiones de las Cortes, ó se establecieron y sacaron de los ordenamientos, esto es de los códigos de leyes, presentados, publicados y aprobados en cortes; y solo en los tiempos en que empezaba á deslizarse la arbitrariedad en el Gobierno, se empezó tambien á insertar en algunas leyes la cláusula de que tuviesen valor como si fuesen publicadas en cortes; cláusula que basta por sí sola para probar cuánto valor recibían las leyes de aquella solemnidad.

19. Bien sé que no se puede negar que el derecho de convocar las Cortes era propio y privativo de la soberanía; pero tambien es cierto que si alguna vez se retardaba esta convocacion, eran requeridos los reyes para que la verificasen. Es tan memorable como terrible en este punto el hecho que conserva la historia en el tiempo de don Juan II, cuando el representante de Toledo, Pedro Sarmiento, requirió á este soberano, mal gobernado y aconsejado por su favorito Alvaro de Luna, sobre que llamase á sí los prelados, grandes y procuradores de las ciudades y villas del reino; que oyese sus consejos y que los pusiese por obra. «E non lo queriendo facer (le dijo), que ellos (esto es, los de Toledo) se apartaban é substraían de la obediencia y sujecion que le debían como á su rey y señor natural, por sí y en nombre de las ciudades y villas del reino, los cuales se juntarian con ellos á esta voz, é traspassarian é cedrian la justicia é jurisdiccion real eo el ilustrísimo Príncipe, su hijo y heredero.»

20. Por último, la convocacion de cortes en esta época, llena de peligros y esperanzas, tiene en su favor la expresa voluntad de nuestro soberano, comunicada en uno de los decretos que expidió en Bayona, cuando miraba esta medida como el mejor remedio á que su majestad y la nacion podían recurrir en el terrible conflicto en que iba á ponerlos el pérfido enemigo que le habia cogido en sus lazos (b).

21. Probada así la justicia que asiste á la nacion para ser llamada á cortes, ¿puede dudarse todavía si existe la necesidad de convocarla á ellas? Pero si la nacion debe ser consultada en los casos áridos y graves, y señaladamente para la imposicion de tributos y para la formacion de nuevas leyes, pregunto yo: ¿se le han presentado jamás casos mas graves que resolver, impuestos mas grandes y gravosos que acordar y exigir, ni leyes y providencias mas generales que dictar, para proveer á su seguridad y su independencia? ¿Por ventura el recobro de nuestro amado rey, la futura sucesion de su trono, la confirmacion del actual gobierno ó el nombramiento de otro para el tiempo de su ausencia, son materias de tan poca monta, que se puedan resolver sin consultar á la nacion, tan interesada en ellas? Por ventura, cuando hay tantos abusos que corregir, tantos males que remediar, tantas reformas que hacer, despues de veinte años de escandaloso despotismo, no será acreedora esta nacion á que se cuente con ella para las grandes medidas que son indispensables? Porque, una de dos: ó vuestra majestad se ha de determinar á ejecutar por sí solo, y sin consejo de la nacion, estas medidas, tomando sobre sí la enorme responsabilidad en que cualquiera error, cualquiera descuido, pudiera constituir la a sus ojos, ó bien será necesario contar con ella y consultarla para la ejecucion de tan grandes de-

(a) Véase la nota tercera al fin de los apéndices.

(b) Vid. Apéndice, número v.

signios. En lo primero, concibo que habria mucho peligro, y lo estimó muy ajeno de la alta prudencia de vuestra majestad. Infero por lo mismo que se debe abrazar el segundo medio, no solo como el mas justo y decoroso, sino tambien como el mas necesario y seguro.

22. De la utilidad que resultara de la convocacion de las Cortes no se puede dudar, una vez que este probada la justicia y necesidad de esta medida, porque, como decia Ciceron, nada que sea justo y necesario puede dejar de ser útil. Mas, como su ejecucion presente algunas dificultades e inconvenientes, parece indispensable tratar de ellas para resolver sobre este punto; que al fin, no tanto recaerá sobre la justicia, cuanto sobre la conveniencia de esta convocacion.

23. Hase dicho que estando bajo el yugo de los enemigos muchas de nuestras provincias, la representacion nacional no puede ser completa. Pero pregunto ¿estas provincias se reputan conquistadas ó no? Si lo primero, la nacion existe completa en las provincias libres. Si lo segundo, es claro que las cautivas solo pertenecen á ella por medio de su union moral, y bastará por lo mismo que sean virtualmente representadas en las Cortes, lo cual se puede verificar, ya sea por diputados que nombre vuestra majestad y que sean nacidos en su territorio, ó ya representándolas en las Cortes los mismos que las representen ante vuestra majestad, ó en fin, por vuestra majestad mismo, que reuniendo en sí la representacion nacional, puede sin duda refundir una parte de ella en algunos de sus miembros.

24. Otro inconveniente se encuentra y opone en que una junta tan numerosa como las Cortes no puede ser á propósito para arreglar tantos y tan graves negocios como piden urgente remedio. Pero este argumento prueba poco, por lo mismo que prueba demasiado, puesto que probaria que en ningún tiempo y en ninguna parte se deberá juntar una nacion para el arreglo de negocios graves. Huxamos, pues, que ya es tiempo, del lenguaje del despotismo, y oigamos solamente la voz de la razon. Nadie dice ni puede decir que las Cortes hayan de trabajar y hacer en sus sesiones estos grandes arreglos. Las medidas y providencias que se reputen necesarias deben examinarse maduramente y muy de antemano, y presentarse despues á las Cortes, ya digeridas, por decirlo así, para su aprobacion. Ni tampoco se deben presentar de una vez tantas y tamañas medidas á una junta de cortes, sino aquellas de mayor urgencia, dejando para las demas, otras, cuya preparacion requiera mas detenido examen. Basta pues por ahora anunciar á la nacion que se la reintegra en el derecho de ser consultada y oída, y que se examinarán las materias que deban presentarse para su aprobacion. Si ademas de ellas, los diputados hicieren algunas peticiones de fácil exámen y expedicion, se resolverán en las primeras cortes, y si fuesen otras graves y dignas de exámen, se dejarán á la resolucion de dias ulteriores. Porque no se debe nunca perder de vista que á la nacion congregada toca solo admitir ó proponer, pero al Soberano es á quien pertenece la sancion.

25. Y aquí notaré que oigo hablar mucho de hacer en las mismas Cortes una nueva constitucion y non de ejecutarla, y en esto sí que, á mi juicio, habria mucho inconveniente y peligro. ¿Por ventura no tiene España su constitucion? ¿Tiénela sin duda, porque, ¿qué otra cosa es una constitucion, que el conjunto de leyes fundamentales, que fijan los derechos del Soberano y de los súbditos, y los medios saludables de preservar unos y otros? ¿Y quien duda que España tiene estas leyes y las conoce? ¿Hay algunas que el despotismo haya atacado y destruido? ¿Hestablezcanse. ¿Falta alguna medida saludable para asegurar la observancia de todas? Establezcanse. Nuestra constitucion entonces se hallará hecha, y merecerá ser envidiada por todos los pueblos de la tierra que amen la justicia, el órden, el sosiego publico y la verdadera libertad, que no puede existir sin ellos.

26. Tal será siempre en este punto mi dictámen, sin que asienta jamás á otros que so pretexto de reformas, traten de alterar la esencia de la constitucion española. Que en ella se hagan todas las mejoras que su esencia permita, y que en vez de alterarla ó destruirla, la perfeccionen, será digno del prudente deseo de vuestra majestad y conforme á los deseos de la nacion. Lo contrario ni cabe en el poder de vuestra majestad, que ha jurado solemnemente observar las leyes fundamentales del reino, ni en los votos de la nacion, que cuando clama por su amado rey, es para que la gobierne segun ellas, y no para someterla á otras, que un celo acalorado, una falsa prudencia ó un amor desmedido de nuevas y especiosas teorías pretenda inventar.

27. Pero se dice: Las cortes ó estados de Francia fueron el origen de tantos horrores como lloró y llora aquella desventurada nacion, y cuyas resultas lloramos nosotros ahora. Y, ¿qué! ¿nos expondremos á caer en otros semejantes? He aquí el mayor de todos los inconvenientes que oigo oponer á la resolucion de que se trata, y que es grave sin duda. Pero, quien, que conozca nuestra historia; quien, que no haga injuria al grave y prudente carácter de los españoles, podrá temer de ellos los males acaecidos en aquel infeliz y desalumbado pueblo? He oído alguna vez entre nosotros, y no lo puedo recordar sin vergüenza, atribuir á nuestras cortes males é inquietudes parecidos á los que sufrieron nuestros reinos, y he oído señaladamente atribuirles el origen de las comunidades y germanías, que afligieron á la España á la entrada del siglo xvi, y que solo nacieron y resultaron de la arbitrariedad y las violencias de los ministros flamencos de Carlos V; no merece, no, tal injuria la fidelidad española. La historia, por el contrario, acredita á cada paso los bienes y servicios que se debieron á las juntas del reino en todo tiempo. A ellas solas debió España su seguridad y su reposo en aquellas épocas de confusion y discordia civil, en que los aspirantes al mando ó la tutela de los reyes, pueblos ó imbeciles ponian al Estado, con sus bandos y pretensiones ambiciosas, á orilla de su ruina. Acudíase entonces á buscar el ultimo remedio en las Cortes, y estas respetables asambleas, atrayendo á unos, amedrentando ó refrenando á otros; ya haciendo observar religiosamente las leyes, ya templando su rigor algun tanto, para traer á conciliacion los partidos contendientes, conseguian asegurar con su constante y firme prudencia la paz y sosiego interior del reino, que eran inasequibles por otros medios. No temamos pues las Cortes; deseémoslas antes. Y sobre todo, no perdamos de vista que si en el día el peligro comun reúne á todos los buenos ciudadanos en turno del gobierno que crearon, para afirmarle y ayudarle en la noble causa que promueve con tan admirable celo; y si esta dichosa reunion ahoga el espíritu de partido y los susurros de la envidia y los ocultos manejos de la ambicion, puede venir otro día, y puede no estar muy distante, en que sola la tremenda voz de la nacion reunida sea capaz de refrenar los perversos designios de los ambiciosos, que siempre se agitan en la esfera del poder y viven en asechanza contra sus fieles depositarios.

28. Ni el triste ejemplo de la Francia nos debe intimidar para que no recurramos á tan saludable medida; porque ¿quién ignora que todos los males de aquella revolucion fueron efecto de la imprudencia de su gobierno? ¿No fué él quien empezó abriendo la puerta á la desenfrenada libertad de imprimir; quien provocó y dió impulso á tantas y tan monstruosas teorías constitucionales? ¿No fué él quien toleró, quien autorizó desde el principio aquellas tumultuosas y sediciosas juntas, llamadas *clubs*, donde al fin se fraguaron tantos horrores y tantos crímenes? Y sin embargo, si seguimos la historia de la asamblea constituyente, hallaremos que su objeto no era otro al principio que la reformation de abusos ciertos y conocidos; que no hubo clase, cuerpo ó individuo que no la diese y que no se prestase generosamente á ella, y que solo la resistencia que le oponia aquel mal aconsejado gobierno, irritando los ánimos, sirvió de pretexto á su ruina. No nos olvidemos, pues, de lo que fuimos, ni dudemos aun de lo que somos, y no injuríemos á la lealtad y gravedad española, comparándola con la liviandad é inconstancia francesa. Sobre todo, no olvidemos que aquella revolucion estaba preparada muy de antemano por una secta de hombres malvados, que abusando del respetable nombre de la filosofía, siempre vano y funesto cuando no está justificado por la virtud, corrompieron la razon y las costumbres de su patria para turbarla y desunirla. Semillante linaje de hombres no hay ciertamente ni puede haber en España, si el ojo vigilante del Gobierno atisba y descubre y entrega al cuchillo á los que nuestro pérido enemigo quiera introducir entre nosotros.

29. Concluyo pues diciendo que es justo, es necesario, es provechoso y sin inconveniente, que la nacion española recobre el precioso derecho de ser convocada á cortes; que se le anuncie desde luego que vuestra majestad, á nombre y por la expresa voluntad de nuestro amado Fernando VII, la declara solemnemente reintegrada en este derecho; pero que no permitiendo las estrechas circunstancias en que se halla, una pronta convocacion de cortes, será infaliblemente llamada á ellas en todo el año próximo de 1810; que esta convocacion y el día de la apertura de las primeras cortes se anunciará con dos meses de anticipacion, así como el lugar y forma en que deben celebrarse; que á estas cor-



tes serán llamados los diputados del clero y la nobleza en representación de sus estamentos, así como los procuradores de las ciudades para la de sus concejos; que en la primera junta del reino se guardará, en cuanto sea compatible con las circunstancias actuales, la costumbre antigua, entre tanto que se medita y propone á las mismas cortes un mejor arreglo de la representación nacional; que vuestra majestad recibirá con aprecio las memorias y escritos que los sabios amantes de la patria le dirijan, para lograr el mejor acierto y sacar el mayor fruto de esta saludable medida; y en fin, que meditando entre tanto las providencias necesarias y urgentes para la defensa de la nación y arreglo del Gobierno, se le propondrán en las primeras cortes á fin de asegurar su independencia y echar los cimientos á todas las mejoras en que está cifrada su futura felicidad.

50. Estas decisiones, ó las que vuestra majestad se sirviere aprobar, se publicarán en un real decreto, con la posible brevedad y claridad, y con aquella noble sencillez que conviene á la gravedad de su grande objeto, dejando para el tiempo de la convocación de las Cortes la publicación de un manifiesto, que instruya á la nación del bien que se le hace, y de la moderación con que debe recibirle si quiere ser tan dichosa como merece.

Sevilla, 21 de mayo de 1809.—Señor.—*Gaspar Melchor de Jovellanos.*

### NÚMERO XIII.

#### SOLICITUD DE COOPERADORES.

##### CARTA CONFIDENCIAL AL GENERAL VENEGAS.—RESPUESTA.

###### I.

*Carta al general don Francisco Venegas.*

Excelentísimo señor: Mi estimado dueño: en medio de los grandes cuidados que rodean á usted, tenga la bondad de volver su atención á uno que no la merece. La comisión nombrada para preparar la convocación de cortes necesita de grandes auxilios para examinar las proposiciones que empiezan á venir de todas partes con relación á este grande objeto, y á este fin desea reunir en torno de sí todas las personas de instrucción y talentos en que pueda encontrarlos. Con esta mira, hemos puesto los ojos, entre otros, en el académico de la Historia don N., reputado por uno de los mas sabios en materia de cortes, de constitución y legislación española, sobre lo que ha publicado el año pasado la mejor obra que conocemos, y que es única en su género. Nos dicen que este digno eclesiástico salió de Madrid y se refugió en... y quisieramos que se le hiciese entender que acá le deseamos, y que resuelto á venir, le proporcionase usted los medios de hacerlo con seguridad. Nuestro deseo se extiende á que, aun cuando se le halle en Madrid, tenga la misma noticia y la misma proporción, y si tanto se pudiese, que sacase consigo, de la preciosa colección de papeles que posee, aquellos que fuesen mas necesarios para el objeto indicado. No es en manera alguna nuestro ánimo comprometer á usted, ni tampoco poner en riesgo á este digno literato; pero si recomendamos á su celo por el bien de la patria nuestro deseo, dejando á su arbitrio y prudencia los medios de cumplirle. Este deseo no es solo mío, sino de todos los que componemos la comisión de Cortes, á cuyo nombre escribo, aprovechando esta ocasión para renovar á usted la seguridad de mi sincera inclinación y aprecio, con lo que soy siempre de usted muy apasionado y fino servidor, que su mano besa.—Sevilla, 8 de agosto de 1809.—*Gaspar de Jovellanos.*—Excelentísimo señor don Francisco Venegas.

###### II.

*Su respuesta.*

Real Carolina, 15 de agosto de 1809.—Excelentísimo señor: Mi muy apreciable amigo y señor: recibí á su tiempo la estimada de usted del 8, cuya contestación me han hecho retrasar las circunstancias de estos dias desde la batalla del 11 en Almonacid. Allí nos atacaron con mas fuerzas de lo que creíamos, y á pesar de que los cálculos podian ser siempre arrojar veinte y seis mil hombres de fuerza, sin contar con que hubiesen podido traer alguna de Aragón, los deseos que tenia este ejército de que la nación conociese sus deseos de servirle se combinaban mal con una retirada á secas, que hubiera comprometido el concepto de su valor.

El resultado no fué la apetecida victoria, mas al fin el honor de estas tropas no ha padecido, y es indudable que los enemigos derramaron mucha mas sangre que los nuestros, en medio de que tuvimos desgracias; por otra parte, la práctica del oficio debe hacerse con estas pruebas, y el publico podrá esperar de nosotros que en otra ocasión sepamos conseguir mejores efectos.

Mucho he sentido que se nos dilate el agradable dia de redimir á nuestros dignos compatriotas de Madrid; cosa que parecia la mas segura, y de que yo no dudaba un momento, contando con que atacásemos despues de la acción de Talavera.

Mucho gusto hubiera tenido en proporcionar la ida á Sevilla de don N., deseado por la comisión de Cortes por su grande instrucción en este ramo, cuya obra, publicada el año pasado, vi en Madrid, por setiembre, en casa de un amigo instruido, que me hizo elogios de ella, y que yo no pude leer por hallarme en el estrépito de las armas, que no permiten dividir el tiempo con aquella agradable ocupación; echando uno mucho menos las gustosas y pacíficas horas que tan agradablemente se pasaban en otros tiempos sobre el informe de la ley agraria y otras, escritas con semejante maestría, orden y buen gusto.

Sin embargo de haberse pasado la próxima ocasión de recobrar á N., no dejare de dar algunos pasos para poder avisarle en... los deseos de que concurra á la inmortál obra que se prepara con la convocación de cortes, y avisarle el resultado, que es cuanto permite el tiempo y papel, quedando de usted reconocido y afectuoso servidor, que su mano besa.—*Francisco Venegas.*—Excelentísimo señor don Gaspar de Jovellanos.

### NÚMERO XIV.

#### REPRESENTACIÓN SUPLETORIA DE AMÉRICA.

##### *Proyecto de decreto para la elección de diputados de cortes por representación de las Américas.*

Cuando los vínculos sociales que unen entre sí á los individuos de un estado no bastasen para asignar á nuestros hermanos de América y Asia la igualdad de protección y derechos que gozan los españoles nacidos en este continente, hallarian el mas ilustre y firme título para su adquisición en los insignes testimonios con que han acreditado su amor al Rey y á la patria, y en el ardiente entusiasmo y esfuerzos generosos con que han ayudado á defenderlos contra la pérdida invasión del tirano de Europa. Penetrada de esta verdad la Suprema Junta Gubernativa de España é Indias, desde el principio de su feliz instalación acordó llamar los representantes de una y otra India á la participación del ejercicio del poder soberano, y por el real decreto de 22 de enero declaró, á nombre y en voz de nuestro amado rey, el señor don Fernando VII, el número de vocales que debían completar el cuerpo augusto á quien la nación habia confiado el supremo gobierno del reino. No satisfecha con esto la Suprema Junta, y reconociendo que los mismos títulos daban á los naturales de aquellas provincias igual derecho á concurrir á las cortes generales del reino, acordó, por su decreto de 22 de mayo, consultar á los cuerpos y personas respetables del reino sobre la parte que deberá señalarse á aquellas vastas provincias en la representación nacional, en cuyo objeto se ocupa actualmente la comisión de Cortes con toda la atención y celo que merece su grande importancia. Mas como la urgente necesidad de acudir prontamente con mayores esfuerzos y recursos á la defensa de nuestra libertad é independencia obligase á convocar unas cortes extraordinarias que los acordasen, y no fuese practicable que en el dia 1.º de marzo próximo, señalado para su reunión, concurriesen á ella diputados elegidos por las mismas provincias, la Suprema Junta halló un medio oportuno y equivalente de satisfacer sus deseos y suplir la ausencia de aquellos diputados, y á consulta de la referida comisión de Cortes acordó lo que sigue:

1.º Concurrirán á las próximas cortes extraordinarias, por representación de las dos Américas, islas de Barlovento y Filipinas, veinte y seis diputados que sean naturales de sus provincias, y que tengan las calidades que requiere la instrucción general acordada para las elecciones del reino.

2.º Estos veinte y seis diputados vendrán por representación de dichas provincias, en esta forma.

3.º Si no fuere posible reunir el número de individuos naturales de cada una de dichas provincias para llenar el de sus diputados,

se llenará dicho número con personas que sean naturales de otras provincias de los mismos dominios.

1.º A este fin se han pedido y están formando listas de todos los naturales de la América y Asia españolas residentes en el continente.

2.º Que para completar estas listas cuanto sea posible, se avisara por medio de la *Gaceta* á los naturales de dichas provincias que residan en España (a), á fin de que envíen á la secretaría de la comisión de Cortes noticia de sus nombres, naturaleza, edad, carrera que hubieren seguido, actual destino y residencia, dirigiendo sus plegios á don Manuel de Abella, secretario de la misma comisión.

3.º Que completa que sea la lista general, se formen por ella listas particulares, que contengan los nombres y circunstancias de todos los naturales de cada una de dichas provincias, para que se tenga presente en la elección de sus respectivos diputados.

4.º Que para presidir y dirigir estas elecciones se formará una junta, compuesta, primero, de los representantes de una y otra India que al tiempo de hacerlas se hallaren reunidos á la Suprema Junta Central; segundo, de cuatro ministros del supremo consejo de España á Indias, nombrados por el mismo; tercero, de cuatro sujetos distinguidos, naturales de los mismos dominios, que elegirán los individuos de la misma junta arriba indicados.

5.º Que formada que sea esta junta, se procederá á las elecciones de los dichos veinte y seis diputados, en la forma siguiente.

6.º Los nombres de todos los individuos naturales de cada una de las provincias de una y otra India, que se hallaren residentes en esta ciudad, se pondrán en un cántaro, y de ellos se sacarán por suerte doce electores, á quienes tocase nombrar los diputados que pertenecieren á su provincia.

7.º Si el número de individuos de una provincia no llegare á diez y ocho, para que se pueda verificar el sorteo se agregaran á ellos tantos individuos de otras provincias, sacados también á la suerte, cuantos faltaren para completar dicho número, y esto hecho, los diez y ocho entrarán en cántaro para sacar de él los doce electores por aquella provincia.

8.º La elección de diputados de cortes por cada provincia se irá haciendo según el orden en que quedan inscriptos sus títulos al artículo 1.º

9.º Los doce electores de cada provincia nombrarán, uno á uno, los diputados que pertenezcan á ella, en esta forma.

10.º Estos electores nombrarán primero tres personas para cada diputación, y formadas cédulas de sus nombres, se pondrán en cántaro, y de él se sacará á la suerte una cédula, y el nombre que contuviere señalará el primer diputado, y esta operación se repetirá sucesivamente hasta completar el número de los diputados que pertenezcan á aquella provincia.

11.º Los nombres de todos los que hubieren entrado en suerte, y á quienes no hubiese cabido la de diputado, se volverán á entrar en cántaro, y de ellos se sacará uno á la suerte, el cual será diputado suplente por aquella provincia.

12.º Este orden se seguirá en la elección de diputados y suplentes de todas las provincias de América y Asia.

13.º Las elecciones se harán á puerta abierta, anunciándose de antemano el día, hora y lugar en que se hayan de celebrar, y los nombres de las personas que habrán de componer la junta electoral que queda indicada.

## NÚMERO XV.

### EXPOSICION SOBRE LA ORGANIZACION DE LAS CORTES.

*Exposición hecha en la comisión de Cortes sobre la organización de las que iban á convocarse, conforme á lo acordado por la Suprema Junta Central, ó consulta de la misma comisión.*

1. Si alguna cosa puede frustrar los grandes bienes que la nación espera de la augusta reunión en que va á ser congregada, es sin duda el impaciente deseo con que algunos los buscan y se afanan por conseguirlos. Creyéndolos únicamente cifrados en la adquisición de una libertad ilimitada, no ven ante sus ojos sino la opresión y los males á que los reduce el despotismo de la pasada

privanza, y ansiosos de alejar de sí tan pesado yugo, quisieran subir de un salto á la mayor altura de la independencia, como si en aquella enorme cima no hubiesen de vivir expuestos á continuas tormentas y siempre rodeados de riesgos y precipicios.

2. Estos fogosos políticos, deslumbrados por su mismo celo, ni se detienen á estudiar nuestra antigua constitución, ni á investigar la verdadera causa de su ruina, ni cuáles fueron los males y abusos que inmediatamente se derivaron de ella; y sin hacer atención á las leyes que obedecemos, ni á la religión que profesamos, ni al clima en que vivimos, ni á las opiniones, usos y costumbres á que estamos tan apegados, en vez de curar y reformar, solo piensan en destruir para edificar de nuevo; y á trueque de evitar los males que han sufrido, se exponen sin recelo á caer en otros mayores, y tanto mas funestos, cuanto para mejorar el cuerpo social juzgan necesario empezar disolviéndole.

3. Tal es el origen de no pocas opiniones presentadas hasta ahora á la comisión de Cortes, y para cuya calificación pudiera bastar la discordia que tienen entre sí mismas, y con las que muchos cuerpos y sabios respetables han ofrecido á su meditación.

4. A nosotros no toca calificar, ni menos prevenir, el juicio de la nación acerca de estas opiniones; pero siendo tanto distantes de las que ha adoptado el Gobierno para la composición de las próximas cortes, es de nuestro deber dar alguna razón de estas, así como de los medios que ofrecen á la representación nacional para acordar con seguridad y sosiego todas las reformas que era necesarias para la futura independencia y prosperidad de la patria.

5. No se pierda de vista que así como las circunstancias en que se halla nuestra nación son, sobre nuevas y raras, apuradas y difíciles, así también debe ser nueva y extraordinaria la forma de su congregación. No se olvide tampoco que no la congrega una autoridad constitucional ni de antiguo establecida, sino una autoridad del todo nueva, y aunque alta y legítima, pues que la han erigido y adoptado los pueblos, tal, que sus funciones y límites no están ni suficientemente demarcados ni por desgracia muy uniformemente reconocidos. Por mas que este gobierno se halle autorizado para ocurrir á los males y peligros presentes, pudiera dársele si tenía bastante poder para destruir la máquina política que halló montada y cuyo régimen se puso á su cargo. Hubo, pues, de proceder con todo el tino que pedían su situación y la de la nación misma, y el hallarle no fué materia de poca perplejidad. Entrar derogando todas las antiguas formas, aboliendo todos los antiguos privilegios, y menospreciando y violando los decretos mas ciertos y bien establecidos, para formar una representación enteramente nueva, fuera usurpar un poder que solo tiene la nación misma, fuera prevenir su juicio acerca del mayor objeto de su interés y de su deliberación. Si por otra parte, respetando en demasía las antiguas formas y antiguos privilegios, convocase unas cortes tales como las últimas congregadas en 1789, ó bien cuales las de los siglos xvi y xvií, ó como las que precedieron al año de 1558, ó en fin, como las que se celebraron bajo la dominación goda y las dinastías asturiana y leonesa, con mayor razón se le diría que empleaba su autoridad para resucitar un cuerpo monstruoso, incapaz de representar su voluntad, y que se le quitaba la esperanza de remediar sus males, entregando su suerte y futura dicha al arbitrio de unos pocos ciudadanos, que acaso no serían los mas interesados en defender los derechos de su generoso pueblo y en promover el bien general del Estado.

6. En medio de esta perplejidad, hemos adoptado un rumbo que creemos muy conforme á lo que la mas alta prudencia pudo sugerir en tan nuevas y extraordinarias circunstancias; y por lo mismo, esperamos que la porción mas grande, sana y sensata de la nación no le desaprobará. Sin destruir la antigua constitución del reino, antes bien restableciendo su antigua jerarquía y reintegrándola en los derechos que por tanto tiempo habia visto atropellados ó dormidos, habemos llamado á las Cortes á todas las ciudades que tenían voto, no solo en las de la corona de Castilla, sino también en las de Aragón y Navarra; pero hallando que el despotismo habia usurpado en muchas partes á los pueblos el derecho de elegir su gobierno municipal, se ha arrojado la elección de los procuradores de cortes de tal manera, que el pueblo tenga igual parte en el nombramiento de los que habrán de representarle. Y si no se ha preservado igual derecho á las villas de la corona de Aragón y Navarra, ha sido por no ofender á las de la corona de Castilla, donde ninguna, fuera de Madrid, era llamada á cortes, y para que así no resultase una representación mas imperfecta. Pero al mismo tiempo se ha indemnizado superabundantemente, así á estas villas como á las demás del reino, dándoles

(a) Este aviso se publicó y comunicó por impreso en 1.º de enero de este año. (Nota del autor.)



una representación mucho mas amplia y legítima, ya llamando diputados de las juntas superiores, en quienes los pueblos depositaron tan justamente su confianza, y ya aumentando su representación en proporción de la población de las provincias en que están situadas.

7. Llamar á las Cortes por medio de representantes á los infelices pueblos que rimen bajo la enchilla del tirano era tambien una sagrada obligacion del Gobierno. Por mas que oprimidos por la fuerza, sus leales corazones son siempre de la patria, y considerándolos como partes integrantes de ella, se da á la representación nacional un fuerte apoyo, y á esta su cautiva parcion un consuelo y una segura esperanza de que nunca serán olvidados en el sagrado empeño de hacerlos libres y felices; mas no pudiendo estos cuerpos expresar legalmente su voluntad, el Gobierno ha suplido por un medio sencillo y seguro á la eleccion de algunos de sus provinciales, que vendrán á hacer oír sus clamores en el congreso, y á excitar mas y mas en su favor el interes y la compasion de la nacion entera.

8. El Gobierno hubiera querido tambien fortificar la representación nacional con la asistencia de representantes elegidos por las provincias de una y otra India. Considerándolas, no como colonias, sino como partes integrantes del imperio español, las habia llamado al cuerpo depositario de la soberanía, y habia consultado á los sábios sobre la parte que deberan tener en la representación constitucional para las cortes sucesivas. Pero el plazo señalado para las que ahora se convocan no era compatible con el cumplimiento de este justo deseo. Ocurrióse, con todo, á esto por un medio supletorio, y con consejo de sujetos de carácter, bien instruidos en el estado de esta preciosa parte del reino, se elegirán para representarle algunas personas naturales de aquellos países y residentes en este continente, que llevando su voz y promoviendo sus derechos, llenarán cuan cumplidamente se pueda la representación de la entera voluntad nacional.

9. Y ¿cómo pudieran faltar en tan augusto congreso diputados de las juntas superiores del reino? Su admision á las próximas cortes era un deber de gratitud y de justicia, que la Junta Suprema se apresuró á desempeñar á nombre de la nacion. Una gran suma de reconocimiento era debida á los altos servicios de estos ilustres cuerpos, al heroico patriotismo con que frustraron la astucia y el poder del tirano en su primera y pérdida invasion, al generoso desinterés con que delegaron la soberana autoridad para fortificarla, reuniéndola en no solo cuerpo, y á la constante energia con que ayudaron despues á la Suprema Junta para rechazar la agresion manifiesta del enemigo, y sostener la magnífica causa de nuestra independencia. Pero aun era debida mayor suma de consideracion al celo y á las luces que habian reunido en su seno, á la actividad y prudencia con que las habian empleado en bien de la patria, y á la experiencia consumada que habian adquirido en todos los ramos de la administracion pública. La nacion, pues, solemnemente congregada, verá con placer y gratitud á sus ilustres libertadores, y los oirá llena de consideracion y confianza cuando vengán á coronar en su augusto congreso la grande obra de la libertad que prepararon y promovieron en sus provincias.

10. Estos diputados entrarán en la composicion del brazo popular, porque el pueblo, que creó las juntas, y que les fió el glorioso encargo de su defensa, no podria verlos confundidos en otros cuerpos, que aunque respetables, debiesen solo su representacion á la dignidad ó al nacimiento.

Pero estos cuerpos respetables ¿podrian ser excluidos de la representación nacional sin faltar á la justicia y á la prudencia política? No por cierto. Eso fuera ofender u olvidar sus antiguos derechos é ilustres servicios. Hase pues preservado á los brazos eclesiástico y militar ó noble la representacion que la constitucion atribuya á su dignidad. Los principales miembros de uno y otro brazo serán llamados á estas cortes, y aunque, por no hacerlas en demasia numerosas, no vendrán en ellos algunos cuerpos y dignidades que antes admitian sus individuos, serán tambien ampliamente indemnizados con el derecho, harto mas precioso, de ser elegidos por los pueblos para representar sus deseos y sus necesidades.

11. Ni por esto se pretende que la organizacion de la representación nacional adoptada para las próximas cortes sea la mas perfecta ni la que mas convenga para las sucesivas. Baste decir que el Gobierno, temeroso de usurpar á la nacion un derecho que ella sola tiene, deja á su misma sabiduria y prudencia acordar la forma en que su voluntad será mas completamente representada en los tiempos venideros.

12. Pero entre tanto la parte que los estamentos privilegiados debían tener en estas primeras cortes fué materia de no pequeña dificultad para el Gobierno. Agregarlos á los representantes del pueblo, para formar con él un solo estamento, era lo mismo que destruir su representacion jerárquica y arruinar una parte esencial de la constitucion que España reconoció por mas de eatorce siglos, y por cuyo restablecimiento ha suspirado tantos años y hace ahora tantos sacrificios; y el Gobierno ha estado tanto mas léjos de admitir esta idea, propuesta por algunos, cuanto le pareció, no solo que sería sin provecho, sino con daño ó peligro de la nacion.

13. Porque ¿quién no ve los inconvenientes que de esta indistinta reunion nacerian? Si los prelados y grandes fuesen libremente elegibles, ¿quién duda que su dignidad y sus riquezas podrian atraer hácia sí la atencion de los electores? Y si su número preponderase en las resoluciones, ¿de cuánta consecuencia no sería su influjo? Aun supuesta la inferioridad de su número, el esplendor de su clase, la reputacion de su prudencia y experiencia en los negocios ¿no les daría siempre la mayor preponderancia? Pero si para evitar este inconveniente, se redujese mas y mas su número, no admitiendo sino algunos pocos á las Cortes, sus derechos civiles; no quedarían injusta y notoriamente violados? Pues ¿qué! dirían, y no sin mucha razon, al Gobierno: Cuando la nacion va á recobrar todos los derechos que le arrebató el despotismo, ¿no basta que se olvide la jerarquia constitucional y que se destruya el mas precioso de nuestros privilegios, sino que se nos baje del nivel de las demás clases? Y cuando no hay un ciudadano que no pueda ser llamado á las Cortes, sea la que fuere su clase ó condicion, ¿solo en los individuos de la nuestra será tasado el derecho de venir á ellas? Y ¿tan poco valdrán nuestro patriotismo, nuestras luces, nuestro consejo, que léjos de busearlos para tratar del bien de la nacion, nos alejais de su seno, como si pudieran serle dañosos?

14. He aquí lo que decidid á la Suprema Junta á la convocacion de los brazos eclesiástico y militar á las próximas cortes, en calidad de estamentos; pero una cuestion mas ambigua ocupó por mucho tiempo su meditacion. ¿Debian estos brazos reunirse en distintos cuerpos ó en uno solo? La razon inclinaba desde luego a esto último, cuando no fuese por otra causa, para evitar la multiplicacion de los cuerpos deliberantes, siempre embarazosa, aun cuando estuviesen bien avenidos. Porque es claro que dividida la junta en tres cuerpos, ó deliberarian á un tiempo sobre varias y diversas materias, sin eleccion, sin orden ni unidad en la discusion y en las resoluciones, ó mientras uno deliberase, los otros esperarían ociosos el turno de su deliberacion; y co ambos casos la comunicacion sería lenta y embarazada, y el acuerdo difícil y dudoso.

15. Y por ventura, renoidos los prelados y grandes en un solo estamento, ¿no tendrá el estamento popular tan poco que temer como mucho mas que esperar? Siendo diferentes los privilegios de estas dos clases, es claro que será mas difícil que se avegan para promoverlos en daño del pueblo. Y cuando se delibera sobre los intereses del pueblo, ¿no será mas fácil que sus representantes hallen apoyo en aquella clase á quien sus proposiciones no dañen, ó dañen menos? Y pues la opinion pública será siempre favorable á los derechos del pueblo, y estará siempre vigilante contra los privilegios que puedan ofenderlos, ¿quien no ve que ella sola será el mas fuerte freno contra los privilegiados ambiciosos y el mas firme apoyo de los moderados y justos?

16. Ni se deben perder de vista las ventajas de su reunion en un solo estamento, el cual será desde luego como un firme baluarte levantado en defensa de la constitucion. Colocado entre el pueblo y el trono, mientras de una parte oponga una continua y constante fuerza de inerxia contra las desmedidas pretensiones que el espíritu democrático, tan ambicioso y temible en nuestros dias, quiera promover; de otra, alzando el grito contra la arbitrariedad y la tiranía, reprimirá á todas horas aquellos abusos del supremo poder que tanta sangre y lágrimas suelen costar á los pueblos cuando no tienen centinela que los guarde, voz que los guie ni escudo que los defienda. Interesado como el Soberano en la conservacion de sus prerogativas, y como el pueblo en la defensa de los intereses comunes, lo es tanto mas co uno y otro, cuanto mas altos son el grado que tiene que mantener y la fortuna que conservar; de forma que el empeño mismo de afirmar y sostener su jerarquia hará que los prelados y grandes sean los continuos celedaños del equilibrio político y del bien del Estado. Porque ¿cómo ignorarán que cuando el pueblo se desenfrena y corre á la

anarquía, son las mas altas cabezas las primeras que se presentan á su furia? Ni cómo que cuando el despotismo mueve su centro de fierro empieza siempre oprimiendo las clases elevadas y las personas ilustres, para caer después con todo su peso sobre las medianas y pequeñas?

17. Otras grandes ventajas, poco atendidas de los que se gobiernan por meras abstracciones, ofrece la reunion de los grandes y prelados en un cuerpo, con respecto á la formacion y á la sancion de las leyes. No basta ni la mas larga discusion, ni el mas detenido exámen de una proposicion, hecha en un solo cuerpo deliberante, para determinar la necesidad, la hondad y la conveniencia de una ley; y si es cierto que de las buenas leyes pende la dicha de los estados, ¿quién no reconocera la ventaja de que sea examinada dos veces y por dos distintos cuerpos? Una triste y reciente experiencia ha acreditado que cuando un solo cuerpo delibera, el empeño de los proponentes, el apoyo de sus mantenedores y la docilidad de aquel gran número de hombres que se hallan siempre expuestos á ser deslumbrados por la elocuencia ó arrastrados por el falso celo, suele erigir en leyes las proposiciones mas aventuradas, y aun las mas perniciosas. Si por desgracia alguna tal fuese aprobada en el estamento popular, ¿qué perderá el Estado en que un cuerpo libre de extrañas influencias examine con imparcialidad y sosiego los fundamentos de aquella resolusion? ¿Y cuanto no ganará en que la solida verdad descubra la liviandad de los paralogismos retóricos, en que la prudencia temple los fervores del celo irreflexivo y en que la experiencia descubra los males escondidos bajo las apariencias de una ley saludable?

18. Por el contrario, si la ley propuesta fuere saludable y buena, ¿quién tendrá mayor interés en apoyarla que los que puedan sacar mas fruto de ella? Porque es cierto que en la conservacion del bien comun de la sociedad, aquellos tienen mayor interés que mas poseen y mas arriesgan. Sin duda que las leyes propuestas por el estamento popular pueden luchar alguna vez con el interés ó con los privilegios de los prelados y grandes, mas si se tratare de derechos justos y de privilegios legítimos y canonizados por la constitucion, la resistencia del estamento privilegiado, lejos de ser dañosa, será favorable á la constitucion misma. Y si por suerte se tratare de promover privilegios desmedidos ó pretensiones ambiciosas, ya sea en favor de su estamento ó en apoyo de la arbitrariedad ministerial, ¿cómo temerá el pueblo una oposicion que sin su concurrencia será temeraria y vana? Cómo temerá el mal, teniendo en su mano el remedio?

19. Pero mayor ventaja promete la reunion de estos dos brazos en cuanto á la sancion de las leyes. Cuando una nueva ley acordada en el estamento popular y de nuevo examinada sea confirmada por el estamento privilegiado, ¿qué peso de opinion y autoridad no recibirá de esta confirmacion al subir á la sancion del Soberano? Cualquiera que sea la intervencion que la constitucion le diere en el poder legislativo, y aunque sea el derecho ilimitado de repeler las leyes propuestas por las Cortes, sin dar razon de su repulsa, ¿cómo puede temerse que una ley pedida por el pueblo, apoyada por los prelados y grandes, reclamada por toda la nacion y fortificada con el peso de la opinion publica, que en este caso jamás le faltará, pueda ser desechada por el Soberano? ¿Qué le podria mover á esta repulsa? ¿Su capricho? Pero el sabra que solo pueden tener caprichos los tiranos, y que los pueblos son los jueces de sus delirios. ¿Moverale la sugestion de sus ministros? Pero siendo estos responsables á la nacion de su conducta, ¿serán tan temerarios, que atraigan sobre sí el odio publico, sin razon bastante para justificarle?

20. Porque tampoco es justo equivocarse en tan importante materia. Para un sazonar una ley, por bien concebida que sea, puede haber razones que sus proponentes no hayan considerado ni previsto. Ninguna ley puede ser buena si no fuere conveniente, y ninguna lo sera si de su ejecucion puede resultar mas daño que provecho. Ahora bien, ¿quién conocerá mejor esta conveniencia que el poder ejecutivo, que está levantado en medio de los demas para velar sobre el bien y seguridad del Estado, antever sus males, conocer y prevenir sus remedios, y estar siempre avisado y ilustrado por la experiencia, para labrar la dicha nacional?

21. Así es como se puede establecer y afirmar la balanza política en una constitucion monárquica, y solo así. Atribuida la potestad legislativa á un solo estamento, ¿qué garantía quedaria al poder ejecutivo, ni qué equilibrio á la constitucion? ¿Habria alguna fuerza en manos del Soberano para sostener las prerrogativas que ella le hubiese confiado, ni para rechazar las irrupciones de la legisla-

cion, dirigidas á su ruina y la de ella? Y pues que en tal estado, el poder legislativo no podia no hallarse en fuerte y continua tendencia hácia estas irrupciones, si no tuviese dentro de sí mismo un brazo que mantuviese el fiel de la balanza entre las dos potestades, ¿quién no adivinará que dentro de poco, ó por lo menos á largo andar, ha crecido el segundo poder con los despojos del primero, la legislacion y la ejecucion se confundirian en uno solo, y que entonces la anarquía levantaria su horrible cabeza, y sus continuas agitaciones, después de llenar el Estado de turbacion y llanto, acabarían disolviendo todos los vínculos, arruinando todas las bases de la constitucion, sin cuya firme estabilidad el edificio social seria arruinado?

22. Una cuestion, tambien importante y que está intimamente enlazada con la que se acaba de tratar, es, ¿qué parte deban tener en la iniciativa de las leyes, así el estamento privilegiado como el Soberano? Pero esta cuestion merece examinarse separadamente y resolverse con mucho detenimiento; su misma gravedad lo requiere así, y su decision no es tan urgente, que debamos atropellarnos para hacerla en el día. Contentémonos pues con haber demostrado que el gobierno actual, ansioso de hacer á la nacion el mayor bien posible, y rodeado de tantas consideraciones y respetos, que ni era justo desatender ni posible atropellar, no pudo hacer menos ni debió hacer mas que lo que tiene acordado para la organizacion de las proximas cortes. — Jovellanos.

## NÚMERO XVI.

### REAL DECRETO DE SU MAJESTAD SOBRE LA RESIDENCIA DEL GOBIERNO.

Las desgracias ocurridas en nuestros ejércitos en los últimos dias del mes pasado han ocupado tan poderosamente la atencion de la Suprema Junta Central, que por ocurrir á su pronto remedio y á la defensa del Estado, ha perdido de vista, y por decirlo así, despreciado su propia seguridad. Pero después de haber proveído al refuerzo y armamento de los ejércitos, y á todos los socorros que en tal situacion reclamaban la defensa de los cuatro reinos de Andalucía y de esta muy noble y ilustre ciudad, volviendo hácia sí la consideracion, ha reconocido mas tranquilamente que su seguridad era inseparable de la del Estado; que la conservacion del depósito de la soberanía, puesto en sus manos, es la primera de sus obligaciones, y que no puede exponerle otra vez al peligro de ser ocupado ó destruido, sin ofender á la nacion, que se lo ha confiado. La precipitacion con que el tirano de Europa cayó sobre la capital de España y adelantó sus tropas hasta las cercanías de Aranjuez en los fines de noviembre del año anterior, cuando la dispersion de nuestros ejércitos tenia abiertas la Mancha, la Extremadura y las Andalucías á una rápida y fácil invasion, ha hecho manifiesto que entre las pérdidas miras de su feroz política, era la mas principal dar un golpe mortal en la cabeza del Gobierno, y apoderándose del cuerpo que le rige, cortar todos los vínculos de la asociacion política y sepultar la nacion en la última confusion y desamparo. Que estas sean todavía sus miras se infiere de la direccion que continúa dando á sus ejércitos, pues que confiado mas de la astucia que de su fuerza, se le ve acechar y perseguir al Gobierno en su residencia, sin duda para apoderarse de él y abusar desecradamente de esta ventada, ensileciéndole á los ojos de la nacion á fuerza de proposiciones y tentativas infames, renovando las escandalosas escenas de Bayona, forzándole á autorizar su usurpacion ó sacriándole cruelmente á su furia en caso de resistencia, para obligar después las provincias á transacciones tan injustas como análogas á los designios que concibe en medio de la insolencia y fortuna de su despotismo. Para evitar pues y prevenir estos males la Junta Suprema Central Gubernativa del reino ha decretado:

1.º Que cuando quiera que vea amenazado el lugar de su residencia ó cuando lo persuada otra razon de utilidad, hará su traslacion á otra, donde, asegurado el augusto depósito de la soberanía, pueda atender tranquilamente á la defensa de la nacion y á su bien y prosperidad.

2.º Que al tiempo de verificar esta traslacion la anunciará al publico, señalando el lugar que eligiere para su nueva residencia.

3.º Que la eleccion de este lugar será siempre determinada por



la mayor proporcion que ofrezca para atender á la defensa, conservacion y buen gobierno del Estado.

4.º Que cualesquiera que sean los accidentes de la guerra, la Junta Suprema jamas abandonará el continente de España, mientras halle en el lugar en que pueda establecerse para defenderle contra la fuerza y las asechanzas de su pérdida enemigo, como solemnemente lo ha jurado.

5.º Que este decreto se comunique á todas las juntas provinciales y autoridades civiles y militares del reino, para su noticia.

Tendréislo entendido y dispondréis lo conveniente á su cumplimiento.—El *marqués de Astorga*, vicepresidente.—Real alcázar de Sevilla, 19 de abril de 1809.—A don Martin de Garay.

## NÚMERO XVII.

### PROYECTO DE REGLAMENTO Y JURAMENTO PARA LA SUPREMA REGENCIA.

#### I.

#### *Reglamento.*

1. La Regencia creada por la suprema junta central gubernativa de España e Indias, en decreto de este día, será instalada en el día 2 del mes próximo.

2. Los individuos nombrados para esta regencia que residieren en el lugar en que se halla la Suprema Junta, prestarán ante ella el juramento, según la fórmula que va adjunta.

3. Prestado que le hayan, entrarán en el ejercicio de sus funciones, aunque solo se reúnan tres.

4. Los individuos nombrados que se hallaren ausentes prestarán el mismo juramento en manos de los que lo hubiesen hecho ante la Suprema Junta.

5. Instalada que sea la Regencia, la Suprema Junta cesará en el ejercicio de todas sus funciones.

6. La Regencia establecerá su residencia en cualquiera lugar ó provincia de España que las circunstancias indiquen como mas á propósito para atender al gobierno y defensa del reino.

7. La Regencia será presidida por uno de sus individuos, por turno de semanas, empezando este por el orden en que se hallan escritos sus nombres en el decreto de este día.

8. La Regencia despachará á nombre de nuestro amado rey Fernando VII, tendrá el tratamiento de majestad, su presidente en turno el de alteza serenísima, y los demás individuos el de excelencia entera.

9. Los dos consejeros de regencia suplentes, nombrados por la Suprema Junta para llenar las vacantes que pudiesen ocurrir, se escribirán en pliego cerrado, y si antes de la reunion de las Cortes se verificare vacante, el presidente del Consejo, en cuyo poder estará siempre el pliego, le abrirá á presencia de los demás individuos, y pondrá en posesion al sujeto cuyo nombre hallare primero escrito.

10. La Regencia no podrá hacer leyes permanentes, sino temporales y sometidas á la confirmacion de las primeras cortes.

11. Ningún decreto que tenga por objeto una ley temporal se publicará sin que sea antes remitido al Consejo reunido, para que se publique y circule por una real cédula, según la antigua costumbre del reino, y en la cual se contenga la siguiente cláusula: «Y esta real cédula se guarde y cumpla hasta la reunion de las Cortes, que se hallan convocadas.»

12. La Regencia no podrá proveer empleo alguno de magistratura, ni obispado, ni dignidad, ni prebenda eclesiástica, que de cualquiera modo vacare, y aunque sea por vía de resalta, en España ni en América, sin que preceda consulta de la comision del Consejo reunido.

13. No podrá admitir proposicion ni entrar en negociacion alguna, ni hacer paz ni tregua ni armisticio, con el emperador de los franceses, que sea contraria á los derechos de nuestro rey y sus legítimos sucesores, ó á la independencia de la nacion.

14. No podrá hacer tratados de paz ó guerra, de amistad ó de alianza con otras potencias, sino previo el consejo de la diputacion celadora de los derechos del pueblo, de que despues se hablará.

15. Los individuos de la Regencia reunidos en consejo, y presentándose al público en cuerpo, vestiran una toga de grana, y en

particular usarán de la insignia adoptada por la Junta Suprema para sus individuos.

16. Los individuos de la Regencia y los ministros serán responsables á la nacion de su conducta en el desempeño de sus funciones.

17. Si lo estimaren conveniente, podrán nombrar un consejo y un ministerio separado para los negocios de Indias, señalándoles sus respectivas atribuciones.

18. No podrán conceder títulos, decoraciones ni pensiones sino por servicios hechos á la patria en la presente guerra nacional.

19. La Regencia propondrá necesariamente á las Cortes una ley fundamental, que proteja y asegure la libertad de la imprenta, y entre tanto protegerá de hecho esta libertad, como uno de los medios mas convenientes, no solo para difundir la ilustracion general, sino tambien para conservar la libertad civil y politica de los ciudadanos.

20. Los individuos de la Regencia gozarán el sueldo de cien mil reales, mientras la nacion junta en Cortes no señale mayor dotacion.

21. La Regencia guardará y observará religiosamente lo mandado por la Suprema Junta Central, en decreto de este día, en cuanto á la celebracion de las Cortes.

#### *Diputacion celadora de la observancia del reglamento y de los derechos de la nacion.*

1. Se creará una diputacion de ocho individuos, cuyas funciones sean velar continuamente sobre los derechos de la nacion.

2. Seis de estos individuos serán nombrados por el continente de España, y dos por los de América y Asia.

3. La Junta Suprema, desprendiéndose del derecho que tiene para ejercer estas funciones ó para hacer este nombramiento, le cede y traspasa al consejo de Regencia, sin otra condicion que la de que los dos individuos de la Diputacion que haya de nombrar por las provincias de América sean precisamente de los que dichas provincias hubieren nombrado para vocales de la Suprema Junta, y que por lo respectivo al continente, el nombramiento haya de recaer precisamente en vocales de las juntas superiores.

4. Esta diputacion celará la observancia del presente reglamento, y reclamará ante el consejo de Regencia cualquiera providencia que estimare contraria á sus artículos.

5. Reclamará igualmente cualquiera providencia que estimare contraria á las leyes fundamentales del reino ó á los derechos de la nacion.

6. Si la reclamacion no fuere atendida ni satisfecha, la Diputacion protestará renovarla en las primeras cortes, y la imprimirá y publicará.

7. La Diputacion Celadora tendrá tambien á su cargo verificar la celebracion de las Cortes, ya sea en el día y lugar señalado, si las circunstancias lo permitieren, ó si no, en el primer día y lugar que fuere oportuno.

8. Cuando se verificare varante en el consejo de Regencia, la Diputacion Celadora tendrá el derecho de nombrar el sujeto que deba llenarla, y este nombramiento se verificará en la forma siguiente: luego que constare de la vacante, la Diputacion se juntará para nombrar un nuevo consejero de Regencia, ó suplente, si uno de estos hubiere ocupado su lugar, y el nombramiento se entenderá hecho en el sujeto que renriere en su favor los votos de dos tercios de la Diputacion.

9. Si esto no pudiere verificarse, se procederá á nombrar por mayoria absoluta, y una á una, tres personas, y echada la suerte entre ellas, aquel á quien tocare se entenderá nombrado para llenar la vacante de consejero ó de suplente.

10. Si aun no se pudiere verificar la mayoria absoluta, se procederá á nombrar tres personas por simple mayoria de votos; se echará entre ellas la suerte, y aquel á quien tocare se propondrá al consejo de Regencia.

11. Este consejo podrá aprobar ó excluir la persona así nombrada, y si la excluyere, la Diputacion procederá á hacer nueva eleccion en la forma prescrita, y en este caso la Regencia no tendrá derecho de excluirla.

12. En las vacantes que ocurrieren en la Diputacion Celadora, tendrá esta el derecho de proponer, para llenarlas, tres personas en quienes concurran las calidades señaladas en el artículo 5.º, y el consejo de Regencia elegirá una de las tres.

13. Los sueldos de los diputados serán de sesenta mil reales

anales. Real Isla de Leon, 29 de enero de 1810.—Caspar de Jorrellanos.—Martin de Garay.

*Juramento.*

¡Jurais a Dios y a Jesucristo crucificado, cuya imagen tenéis presente, que en el desempeño de la regencia de España e Indias, para que habéis sido nombrado por la representación nacional, legítimamente congregada en esta isla de León, haced cuanto esté de vuestra parte para conservar en España la religión católica apostólica romana, sin mezcla de otra alguna, expeler los franceses de nuestro territorio, y volver al trono de sus mayores al rey, nuestro señor, don Fernando VII, y en su defecto, sus habientes derecho, según las leyes fundamentales de la monarquía, no perdonando medio ninguno de cuantos puede practicar la industria humana para conseguir estos sagrados fines, aun á costa de vuestra propia vida, salud y bienes?

¡Jurais no reconocer en España otro gobierno que el que ahora se instala, hasta que la legítima congregación de la nación en sus cortes generales determine el que sea mas conveniente para la felicidad de la patria y conservación de la monarquía?

¡Jurais contribuir por vuestra parte á la celebracion de aquel augusto congreso en la forma establecida por la Suprema Junta, y en el tiempo designado en el decreto de creacion de la Regencia?

¡Jurais no quebrantar, ni permitir que en manera alguna se quebranten, antes si que religiosamente se observen, las leyes, usos y costumbres de la monarquía, especialmente las que se dirigen á la seguridad y propiedad de los ciudadanos, y sobre todo, las que se dirigen á conservar en la familia del Rey, nuestro señor, la sucesion á la corona de España e Indias, según el órden establecido por las mismas leyes fundamentales del reino?

¡Jurais la observancia del presente reglamento?

NÚMERO XVIII.

ÚLTIMO DECRETO DE LA JUNTA CENTRAL SOBRE LA CELEBRACION DE LAS CORTES.

Arzobispo de Laodicea, *presidente*.—Marqués de Astorga, *vice-presidente*.—Bailío Valdes.—Marqués de Villal.—Jovellanos.—Marqués de Campo-Sagrado.—Garay.—Marqués del Villar.—Biquelme.—Marqués de Villa del Prado.—Caro.—Calvo.—Castanedo.—Bonifaz.—Jucano.—Amatria.—Balanza.—García Torre.—Conde de Gimonde.—Baron de Sabasona.—Ribero, *secretario*.

El Rey, y á su nombre la suprema junta central gubernativa de España e Indias.

Como haya sido uno de mis primeros cuidados congregar la nacion española en cortes generales y extraordinarias, para que representada en ellas por individuos y procuradores de todas las clases, órdenes y pueblos del Estado, despues de acordar los extraordinarios medios y recursos que son necesarios para rechazar al enemigo que tan perfidamente la ha invadido y con tan horrenda crueldad va desolando algunas de sus provincias, arreglase con la debida deliberacion lo que mas conveniente pareciese para dar firmeza y estabilidad á la constitucion, y el orden, claridad y perfeccion posibles á la legislacion civil y criminal del reino y á los diferentes ramos de la administracion publica; á cuyo fin mandé, por mi real decreto de 15 del mes pasado, que la dicha mi Junta Central Gubernativa se trasladase desde la ciudad de Sevilla á esta villa de la isla de León, donde pudiese preparar mas de cerca y con inmediatas y oportunas providencias la verificacion de tan gran designio; considerando:

1.º Que los acontecimientos que despues han sobrevenido, y las circunstancias en que se halla el reino de Sevilla por la invasion del enemigo, que amenaza ya los demas reinos de Andalucía, requieren las mas prontas y energicas providencias;

2.º Que entre otras, ha venido á ser en gran manera necesaria la de reconstituir el ejercicio de toda mi autoridad real en pocas y hábiles personas, que pudiesen emplearla con actividad, vigor y secreto en defensa de la patria; lo cual he verificado ya, por mi real decreto de este dia, en que he mandado formar una regencia de cinco personas, de bien acreditados talentos, probidad y celo publico;

3.º Que es muy de temer que las correrías del enemigo por va-

rias provincias, antes libres, no hayan permitido á mis pueblos hacer las elecciones de diputados de cortes, con arreglo á las convocatorias que les han sido comunicadas en 1.º de este mes, y por lo mismo, que no pueda verificarse su reunion en esta isla para el dia 1.º de marzo proximo, como estaba por mi acordado;

4.º Que tampoco seria facil, en medio de los grandes cuidados y atenciones que ocupan al Gobierno, concluir los diferentes trabajos y planes de reforma que por personas de conocida instruccion y probidad se habian emprendido y adelantado, bajo la inspeccion y autoridad de la *comision de cortes*, que á este fin nombre por mi real decreto de 13 de junio del año pasado, con el deseo de presentarlas al exámen de las próximas cortes;

5.º Y considerando, en fin, que en la actual crisis no es facil acordar con sosiego y detenida reflexion las demas providencias y órdenes que tan nueva e importante operacion requiere, ni por la mi suprema Junta Central, cuya autoridad, que hasta ahora ha ejercido en mi real nombre, va á transferirse en el consejo de Regencia, ni por este, cuya atencion será enteramente arrebatada al grande objeto de la defensa nacional:

Por tanto, yo, y á mi real nombre la Suprema Junta Central, para llenar mi ardiente deseo de que la nacion se congrege libre y legalmente en cortes generales y extraordinarias, con el fin de lograr los grandes bienes que en esta deseada reunion están cifrados, he venido en mandar y mando lo siguiente:

1.º La celebracion de las Cortes generales y extraordinarias, que estan ya convocadas para esta isla de León y para el primer dia de marzo proximo, será el primer cuidado de la Regencia, que arabo de crear, si la defensa del reino, en que desde luego debe ocuparse, lo permitiere.

2.º En consecuencia, se expediran inmediatamente convocatorias individuales á todos los reverendos arzobispos y obispos que están en ejercicio de sus funciones, y á todos los grandes de España en propiedad, para que concurran á las Cortes en el dia y lugar para que están convocadas, si las circunstancias lo permitieren.

3.º No serán admitidos á estas cortes los grandes que no sean cabeza de familia, ni los que no tengan la edad de veinte y cinco años, ni los prelados y grandes que se hallaren procesados por cualquiera delito, ni los que se hubieren sometido al gobierno francés.

4.º Para que las provincias de América y Asia, que por la estrechez del tiempo no pueden ser representadas por diputados nombrados por ellas mismas, no carezcan enteramente de representacion en estas cortes, la Regencia formará una junta electoral, compuesta de seis sujetos de carácter, naturales de aquellos dominios, los cuales, poniendo en cántaro los nombres de los demás naturales que se hallan residentes en España y constan de las listas formadas por la comision de Cortes, sacarán á la suerte el número de cuarenta, y volviendo á sortear estos cuarenta solos, sacarán en segunda suerte veinte y seis, y estos asistirán como diputados de Cortes en representacion de aquellos vastos paises.

5.º Se formará asimismo otra junta electoral, compuesta de seis personas de carácter, naturales de las provincias de España que se hallan ocupadas por el enemigo, y poniendo en cántaro los nombres de los naturales de cada una de dichas provincias que asimismo constan de las listas formadas por la comision de Cortes, sacarán de entre ellos en primera suerte hasta el número de diez y ocho nombres, y volviendolos á sortear solos, sacarán de ellos cuatro, cuya operacion se irá repitiendo por cada una de dichas provincias, y los que salieren en suerte serán diputados de Cortes por representacion de aquellas para que fueren nombrados.

6.º Verificadas estas suertes, se hará la convocacion de los sujetos que hubieren salido nombrados por medio de oficios, que se pasarán á las juntas de los pueblos en que residieren, á fin de que concurran á las Cortes en el dia y lugar señalado, si las circunstancias lo permitieren.

7.º Antes de la admision á las Cortes de estos sujetos, una comision, nombrada por ellas mismas, examinará si en cada uno concurren o no las calidades señaladas en la instruccion general y en este decreto para tener voto en las dichas cortes.

8.º Libradas estas convocatorias, las primeras cortes generales y extraordinarias se entenderán legítimamente convocadas; de forma que aunque no se verifique su reunion en el dia y lugar señalados para ellas, pueda verificarse en cualquiera tiempo y lugar en que las circunstancias lo permitan, sin necesidad de



nueva convocatoria; siendo de cargo de la Regencia hacer, á propuesta de la diputacion de Cortes, el señalamiento de dicho dia y lugar, y publicarle en tiempo oportuno por todo el reino.

9.ª Y para que los trabajos preparatorios puedan continuar y concluirse sin obstáculo, la Regencia nombrará una *diputacion de Cortes*, compuesta de ocho personas, las seis naturales del continente de España y las dos últimas naturales de América, la cual diputacion será subrogada en lugar de la *comision de Cortes* nombrada por la mi Suprema Junta Central, y cuyo instituto será ocuparse en los objetos relativos á la celebracion de las Cortes, sin que el Gobierno tenga que distraer su atencion de los urgentes negocios que la reclaman en el dia.

10. Un individuo de la *diputacion de Cortes*, de los seis nombrados por España, presidirá la junta electoral que debe nombrar los diputados por las provincias cautivas, y otro individuo de la misma *diputacion*, de los nombrados por la América, presidirá la junta electoral que debe sortear los diputados naturales y representantes de aquellos dominios.

11. Las juntas formadas con los titulos de *junta de Medios y recursos* para sostener la presente guerra, *junta de Hacienda*, *junta de Legislacion*, *junta de Instruccion publica*, *junta de Negocios eclesiásticos* y *junta de Ceremonial de congregacion*, las cuales, por autoridad de la mi Suprema Junta y bajo la inspeccion de dicha *comision de Cortes*, se ocupan en preparar los planes de mejoras relativas á los objetos de su respectiva atribucion, continuarán en sus trabajos hasta concluirlos en el mejor modo que sea posible, y fecho, los remitirán á la *diputacion de Cortes*, á fin de que despues de haberlos examinado, se pasen á la Regencia, y esta los proponga, á mi real nombre, á la deliberacion de las Cortes.

12. Serán estas presididas, á mi real nombre, ó por la Regencia en cuerpo, ó por su presidente temporal, ó bien por el individuo á quien delegare el encargo de representar en ellas mi soberania.

13. La Regencia nombrará los asistentes de cortes que deban asistir y aconsejar al que las presidiere á mi real nombre, de entre los individuos de mi consejo y camara, segun la antigua práctica del reino, ó en su defecto, de otras personas constituidas en dignidad.

14. La apertura del solio se hará en las Cortes en concurrencia de los estamentos eclesiástico, militar y popular, y en la forma y con la solemnidad que la Regencia acordará, á propuesta de la *diputacion de Cortes*.

15. Abierto el solio, las Cortes se dividirán, para la deliberacion de las materias, en dos solos estamentos, uno popular, compuesto de todos los procuradores de las provincias de España y América, y otro de dignidades, en que se renirán los prelados y grandes del reino.

16. Las proposiciones que á mi real nombre biciere la Regencia á las Cortes se examinarán primero en el estamento popular, y si fueren aprobadas en él, se pasarán por un mensajero de estado al estamento de dignidades, para que las examine de nuevo.

17. El mismo método se observará con las proposiciones que se biciere en uno y otro estamento por sus respectivos vocales, pasando siempre la proposicion ya aprobada del uno al otro, para su nuevo exámen y deliberacion.

18. Las proposiciones no aprobadas por ambos estamentos se entenderán como si no fuesen hechas.

19. Las que ambos estamentos aprobaren serán elevadas por los mensajeros de estado á la Regencia, para mi *real sancion*.

20. La Regencia sancionará las proposiciones así aprobadas, siempre que graves razones de publica utilidad no la persuadan á que de su ejecucion pueden resultar graves inconvenientes y perjuicios.

21. Si tal sucediere, la Regencia, suspendiendo la sancion de la proposicion aprobada, la devolverá á las Cortes, con clara exposicion de las razones que hubiere tenido para suspenderla.

22. Así devuelta la proposicion, se examinará de nuevo en uno y otro estamento, y si los dos tercios de los votos de cada uno no confirmaren la anterior resolucion, la proposicion se tendrá por no hecha, y no se podrá renovar hasta las futuras cortes.

23. Si los dos tercios de votos de cada estamento ratificaren la aprobacion anteriormente dada á la proposicion, será esta elevada de nuevo por los mensajeros de estado á la *sancion real*.

24. En este caso la Regencia otorgará á mi nombre la *real sancion* en el término de tres dias, pasados los cuales, otorgada ó no, la ley se entenderá legitimamente *sancionada*, y se procederá de hecho á su publicacion en la forma de estilo.

25. La promulgacion de las leyes, así formadas y sancionadas, se hará en las mismas Cortes antes de su disolucion.

26. Para evitar que en las Cortes se forme algun partido que aspire á hacerlas permanentes ó prolongarlas eu demasia, cosa que, sobre trastornar del todo la constitucion del reino, podria acarrear otras muy graves inconvenientes, la Regencia podrá señalar un término á la duracion de las Cortes, con tal que no baje de seis meses. Durante las Cortes, y hasta tanto que estas acuerden, nombren é instalen el nuevo gobierno, ó bien confirmen el que ahora se establece, para que rijá la nacion en lo sucesivo, la Regencia continuará ejerciendo el *poder ejecutivo* en toda la plenitud que corresponde á mi soberania.

En consecuencia, las Cortes reducirán sus funciones al ejercicio del *poder legislativo*, que propiamente les pertenece, y confiando á la Regencia el *poder ejecutivo*, sin suscitar discusiones que sean relativas á él y distraigan su atencion de los graves cuidados que tendrá á su cargo, se aplicarán del todo á la formacion de leyes y reglamentos oportunos para verificar las graodes y saludables reformas que los desórdenes del antiguo gobierno, el presente estado de la nacion y su futura felicidad hacen necesarias; llenando así los grandes objetos para que fueron convocadas.

Dado, etc., en la real isla de Leon, á 29 de enero de 1810.

## NÚMERO XIX.

### ÚLTIMO EDICTO DE LA SUPREMA JUNTA CENTRAL.

#### ESPAÑOLES:

La Junta Central Suprema Gubernativa del reino, siguiendo la voluntad expresa de nuestro deseado monarca y el voto público, habia convocado á la nacion á sus cortes generales, para que reunida en ellas, adoptase las medidas necesarias á su felicidad y defensa. Debía verificarse este gran consejo en 1.ª de marzo próximo, en la isla de Leon, y la Junta determinó y publicó su traslacion á ella cuando los franceses, como otras muchas veces, se hallaban ocupando la Mancha. Atacaron despues los puntos de la Sierra y ocuparon uno de ellos, y al instante las pasiones de los hombres, usurpando su dominio á la razon, despertaron la discordia, que empezó á sacudir sobre nosotros sus antorchas incendiarias. Mas que ganar cien batallas, valia este triunfo á nuestros enemigos, y los buenos todos se llenaron de espanto oyendo los sucesos de Sevilla eu el dia 24; sucesos que la malevolencia compaña y el terror exageraba, para aumentar en los unos la confusion y en los otros la amargura. Aquel pueblo generoso y leal, que tantas muestras de adhesion y respeto habia dado á la Junta Suprema, vió alterada su tranquilidad, aunque por pocas horas. No corrió, gracias al cielo, ni una gota de sangre; pero la autoridad publica fué desatendida y la majestad nacional se vió indignamente ultrajada en la legitima representacion del pueblo. Lloremos, españoles, con lágrimas de sangre un ejemplo tan pernicioso. ¿Cuál sería nuestra suerte si todos le siguiesen? Cuando la fama trae á vuestros oidos que hay divisiones intestinas eu la Francia, la alegría rebosa en vuestros pechos y os llenais de esperanzas para lo futuro, porque en estas divisiones mirais avanzada vuestra salvacion y la destruccion del tirano que os oprime. Y nosotros, españoles; nosotros, cuyo carácter es la moderacion y la cordura, cuya fuerza consiste en la concordia, ¿giramos á dar al déspota la horrible satisfaccion de romper con nuestras manos los lazos que tanto costó formar y que han sido y serán para él la barrera mas impenetrable? No, españoles, no; que el desinterés y la prudencia dirja nuestros pasos, que la union y la constancia sean nuestras áncoras, y estad seguros de que no pereceremos.

Bien convenida estaba la Junta de cuán necesario era reconcentrar mas el poder. Mas no siempre los gobiernos pueden tomar en el instante las medidas mismas de cuya utilidad no se duda. En la ocasion presente parecia del todo inoportuno cuando las Cortes anunciadas, estando ya tan próximas, debian decidirla y sancionarla. Mas los sucesos se han precipitado de modo, que esta detencion, aunque breve, podria disolver el Estado, si en el momento no se cortase la cabeza al monstruo de la anarquia.

No bastaban ya á llevar adelante nuestros deseos, ni el incónciente afan con que hemos procurado el bien de la patria, ni el

desinterés con que la hemos servido, ni nuestra lealtad acendrada á nuestro amado y desdichado rey, ni nuestro odio al tirano y á toda clase de tiranía. Estos principios de obrar, en nadie han sido mayores, pero han podido mas que ellos la ambición, la intriga y la ignorancia. ¿Debíamos acaso dejar saquear las rentas públicas, que por mil conductos asustaban devorar el vil interés y el egoísmo? ¿Podíamos contentar la ambición de los que no se creían bastante premiados con tres ó cuatro grados en otros tantos meses? ¿Podíamos, á pesar de la templanza que ha formado el carácter de nuestro gobierno, dejar de corregir con la autoridad de la ley las faltas sugeridas por el espíritu de facción, que caminaba impudicamente á destruir el orden, introducir la anarquía y trastornar miserablemente el Estado?

La mitridatid nos imputa los reveses de la guerra; pero que la equidad recuerde la constancia con que los hemos sufrido y los esfuerzos sin ejemplo con que los hemos reparado. Cuando la Junta vino desde Aranjuez á Andalucía, todos nuestros ejércitos estaban destruidos, las circunstancias eran todavía mas apuradas que las presentes, y ella supo restablecerlos y buscar y atacar con ellos al enemigo. Batidos otra vez y deshechos, exhaustos al parecer todos los recursos y las esperanzas, pocos meses pasaron, y los franceses tuvieron enfrente un ejército de ochenta mil infantes y doce mil caballos. ¿Que ha tenido en su mano el Gobierno, que no haya prodigado para mantener estas fuerzas y reponer las enormes pérdidas que cada día experimentaba? ¿Que no ha hecho para impedir el paso á la Andalucía por las sierras que la defienden? ¿Generales, ingenieros, juntas provinciales, hasta una comisión de vocales de su seno, han sido encargados de atender y proporcionar todos los medios de fortificación y resistencia que presentan aquellos puntos, sin perdonar para ello ni gasto, ni fatiga, ni diligencia. Los sucesos han sido adversos, pero la Junta tenía en su mano la suerte del combate en el campo de batalla?

Y ya que la voz del dolor recuerda tan amargamente los infortunios, ¿por qué ha de olvidarse que hemos mantenido nuestras felices relaciones con las potencias amigas, que hemos estrechado las brazos de fraternidad con nuestras Américas, que estas no han cesado jamás de dar pruebas de amor y fidelidad al Gobierno, que hemos, en fin, resistido con dignidad y entereza las pérdidas sugestiones de los usurpadores?

Mas nada bastaba á contener el odio que desde antes de su instalación se habla jurado á la Junta. Sus providencias fueron siempre mal interpretadas y nunca bien obedecidas. Hecendecadas, con ocasion de las desgracias públicas, todas las pasiones, han suscitado contra ella todas las furias que pudiera enviar contra nosotros el tirano á quien combatimos. Emperaron sus individuos á verificar su salida de Sevilla con el objeto tan público y solemnemente anunciado de abrir las Cortes en la isla de Leon. Los facciosos cubrieron los caminos de agentes, que animaron los pueblos de aquel tránsito á la insurrección y al tumulto, y los vocales de la Junta Suprema fueron tratados como enemigos públicos, detenidos unos, arrestados otros y amenazados de muerte muchos, hasta el mismo Presidente. Parecia que dueño ya de España, era Napoleon el que vengaba la tenaz resistencia que le habíamos opuesto. No pararon aquí las intrigas de los conspiradores, escritores viles, copiantes miserables de los papeles del enemigo, les vendieron sus plumas, y no hay género de crimen, no hay infamia que no hayan imputado á vuestros gobernantes, añadiendo al ultraje de la violencia la ponzoña de la calumnia.

Así, españoles, han sido perseguidos é infamados aquellos hombres que vosotros elegisteis para que os representasen; aquellos que sin guardias, sin escuadrones, sin suplicios, entregados á la fe pública, ejercían tranquilos á su sombra las augustas funciones que les habíais encargado. Y ¿quienes son, gran Dios, los que los persiguen? Los mismos que desde la instalación de la Junta trataron de destruirla por sus rrimientos, los mismos que introdujeron el desorden en las ciudades, la division en los ejércitos, la insubordinación en los cuerpos. Los individuos del Gobierno no son impecables ni perfectos; hombres son, y como tales, sujetos á las flaquezas y errores humanos. Pero como administradores públicos, como representantes vuestros, ellos responderán á las imputaciones de esos agitadores, y les mostrarán donde ha estado la buena fe y patriotismo, donde la ambición y las pasiones que sin cesar han destruído las entrañas de la patria. Reducidos de aquí en adelante á la clase de simples ciudadanos por nuestra propia elección, sin mas premio que la memoria del celo y afanes que hemos empleado en servicio público, dispuestos

estamos, á mas bien ansiosos de responder delante de la nación en sus cortes, ó del tribunal que ella nombre, á nuestros injustos calumniadores. Tengan ellos, no nosotros; teman los que han seducido á los simples, corrompido á los viles, agitado á los furiosos; teman los que en el momento del mayor apuro, cuando el edificio del Estado apenas puede resistir al embate extranjero, le han aplicado las teas de la disension para reducirle á cenizas. Acórdos, españoles, de la rendición de Oporto. Una agitación intestina, excitada por los franceses mismos, abrió sus puertas á Soult, que no movió sus tropas á ocuparla hasta que el tumulto popular impusió la defensa. Semillante suerte os vatiendó la Junta, despues de la batalla de Medellín, al aparecer los síntomas de la discordia que con tanto riesgo de la patria se han desenvuelto ahora. Volved en vosotros, y no hagais ciertos aquellos funestos presentimientos.

Pero aunque fuertes con el testimonio de nuestras conciencias, y seguros de que hemos hecho en bien del Estado cuanto la situación de las cosas y las circunstancias han puesto á nuestro alcance, la patria y nuestro honor mismo exigen de nosotros la ultima prueba de nuestro celo, y nos persuaden dejar un mando, cuya continuacion podrá acarrear nuevos disturbios y desavenencias. Si, españoles; vuestro gobierno, que nada ha perdonado desde su instalación de cuanto ha creído que llenaba el voto público; que el distribuidor de cuantos recursos han llegado á sus manos, no les ha dado otro destino que las sagradas necesidades de la patria; que os ha manifestado sencillamente sus operaciones, y que ha dado la muestra mas grande de desear vuestro bien en la convocación de cortes las mas numerosas y libres que ha conocido la monarquía, resigna gustoso el poder y la autoridad que le confiasteis, y la traslada á las manos del consejo de Regencia, que ha establecido por el decreto de este día. Puedan vuestros nuevos gobernantes tener mejor fortuna en sus operaciones, y los individuos de la Junta Suprema no les envidiarán otra cosa que la gloria de haber salvado la patria y libertad á su rey.

Real isla de Leon, 29 de enero de 1810. — *El arzobispo de Lacedica, presidente.* — *El marqués de Astorga, vicepresidente.* — *Antonio Valdes.* — *Francisco Costanedo.* — *Gaspar Jovellanos.* — *Miguel de Balanza.* — *El marqués de la Puebla.* — *Lorenzo Calvo.* — *Carlos Amatrin.* — *Félix de O-valle.* — *Martin de Garay.* — *Francisco Javier Caro.* — *El conde de Gimonde.* — *Lorenzo Bonifaz Quintana.* — *Sebastion de Jorcano.* — *El vizconde de Quintanilla.* — *El marqués de Villet.* — *Rodrigo Riquelme.* — *El marqués del Villar.* — *Pedro de Ribero.* — *El conde de Aynans.* — *El baron de Sabasona.* — *Josef Garcia de la Torre.*

## NUMERO XX.

### DESPEDIDA DE LA SUPREMA JUNTA CENTRAL.

Señor: Los individuos que compusieron la representación nacional tienen el honor de ser los primeros que se presentan á vuestra majestad, y con el mayor gusto, así como con el mayor respeto, son los primeros que juran á vuestra majestad fidelidad y obediencia. Quisieran que al entregar á vuestra majestad un mando que jamás apelericieron, el estado de nuestra patria fuese tal, cual siempre hemos deseado, y que para conseguirlo no hemos perdonado medio ni fatiga ninguna. Las actas de nuestras operaciones, que originales quedan todas en poder de vuestra majestad, hablarán por nosotros; que no es razon que la primera vez que tenemos el honor de hablar con vuestra majestad molestemos su atención con nuestra apología, y mucho menos cuando entre los sucesos que han ocurrido durante nuestro mando, los hay de tal tamaño, que ellos por sí solos bastan para formarla ante el tribunal de la razon y de los hombres justos. Y si no, recordemos aquellos tristes días en que batido el ejército del centro en Tudela por causas que no es de este lugar el referir, lo poco que tardó en reorganizarse y ponerse en estado de defender las entradas de Andalucía é impedir los progresos del enemigo; recordemos la indefensa absoluta en que quedaron estas despues de la desgraciada cuanto gloriosa batalla de Medellín y dispersion de Ciudad-Real, y el breve tiempo que la Junta empleó en poner en campaña mas de setenta mil infantes y doce mil caballos, además de los ejércitos de Galicia, Cataluña y Asturias, que siempre han sido objeto de sus cuidados; recordemos, Señor, el número, calidad y aprovisionamiento del mejor ejército que ha reunido la nación en un solo punto desde Carlos V, y que fue batido en los campos de Ocaña,



## NUMERO XXI.

## DESPEDIDA DEL AUTOR.

REPRESENTACION DEL AUTOR A LA SUPREMA REGENCIA. — OFICIO DEL MARQUÉS DE LAS HORMAZAS.

## I.

*Representación del autor a la Suprema Regencia.*

contra la esperanza de toda la nación y la nuestra; recordemos, en fin, otras mil cosas dignas del aprecio de vuestra majestad y de la nación; pero no bastan estas memorias, que al paso que llenan de amargura el corazón de los buenos, manifiestan el ardiente celo con que los antecesores de vuestra majestad han procurado llenar sus altas obligaciones. ¡Cuán triste, cuán triste es, Señor, que aun cuando los individuos que han compuesto el cuerpo soberano no esperasen premio, porque ninguno apetecían ni esperaban, contentándose con el agradecimiento de sus conciudadanos y el testimonio de sus conciencias, esperando el día en que resignando el mando en otras manos, pudieran retirarse á sus domicilios y gozar desde ellas el fruto de sus afanes y desvelos; cuán triste, repetimos, es tener que reclamar justicia de vuestra majestad, no contra sus conciudadanos, sino contra un pequeño número, que seduciendo á los incautos, han atacado la representación nacional, que desde el principio trataron de minar por sus fundamentos, continuando combatiéndola por la ambición, el interés individual, el egoísmo y todas las pasiones, que mas que el tirano, clavan en el seno de la triste patria nuestra el puñal del infortunio! Si, Señor; los individuos de la Junta Suprema, llenos de tanto dolor como amargura, se ven inflamados en el público de la manera mas escandalosa, no habiendo crimen de que los enemigos de la nación no los hayan acusado. Se avergonzaria la Junta en repetirlo; sobrado sentimiento ha causado su lectura á todos los buenos, para que queramos molestar de nuevo á vuestra majestad con su relación; pero al mismo paso faltarían á sus obligaciones, y á la confianza que se hizo de ellos por sus provincias, si antes de despedirse de vuestra majestad no clamasen pidiéndole justicia, y pidiéndola del modo enérgico con que debe hablar el hombre, cuando lejos de cargos, tiene muchos méritos que exponer. Nuestro desistimiento tan absoluto y tan desinteresado del mando, nuestra convocación á las cortes generales, que fue obra nuestra en todas sus partes, es sobrada prueba de la tranquilidad de nuestros conciencias y del deseo de manifestar á la faz del mundo nuestra conducta y patriotismo; y si esto no basta todavía, examine vuestra majestad nuestra situación individual; vea qué empleos, qué pensiones, qué destinos nos hemos adjudicado para nosotros y para nuestras familias; examine vuestra majestad nuestra situación actual uno por uno: pobreza y miseria son el fruto de nuestros afanes y desvelos, y hasta tal punto, que apenas hay uno que pueda contar con su subsistencia para el día de mañana. Los empleos que unos obtenían, perdidos, las haciendas de otros, confiscadas y vendidas como bienes nacionales, por haber pertenecido al cuerpo soberano. Esta es, Señor, nuestra situación; situación que nos es tan agradable y hoorada, como tristes y desahridas las calumnias con que se nos persigue, las cuales piden satisfacción y pideo que vuestra majestad no las olvide. Encargado del mando supremo de la nación, vuestra majestad es tan interesado como nosotros en descubrir los malos ciudadanos y en evitar que por iguales medios logren iguales ventajas. La nación destinada por la Providencia á dar el primer ejemplo de resistencia al yugo del tirano, perecerá á manos de la intriga y de las pasiones, si vuestra majestad con mas fortuna que nosotros no consigue sofocarlas. Nosotros, entre tanto, satisfechos con el testimonio de nuestras conciencias y confiados en la justicia de vuestra majestad, la esperamos de su rectitud, y la mayor satisfacción que gozaremos en nuestros retiros será saber que vuestra majestad es feliz en sus operaciones, que todos los ciudadanos, reunidos al rededor del trono de vuestra majestad, contribuyen al fin tan deseado de ver á la nación libre é independiente, y restituído al trono de sus mayores al rey, nuestro señor, don Fernando VII.

Tales son, Señor, nuestros deseos y nuestras esperanzas. La Providencia, que conoce nuestros corazones, las bendiga y prospere, hasta que llegue el deseado día en que podamos todos descansar de tantos infortunios. *Isla de Leon, 31 de enero de 1810.—El arzobispo de Lacedica.—M. El marqués de Astorga.—Antonio Valdés.—El marqués de Villet, conde de Darnius.—El marqués de la Puebla.—El conde de Tili.—Lorenzo Bonifaz Quintano.—Martin de Goray.—Rodrigo Riquelme.—El marqués del Villar.—Miguel de Balanza.—El vizconde de Quintanilla.—Francisco Javier Caro.—Francisco Castañedo.—Gaspar de Jovellanos.—Sebastián de Jorcano.—Pedro de Ribero.—M. El marqués de Villanueva del Prado.—El marqués de Campo-Sagrado.—Félix de O-volle.—El conde de Gimonde.—Lorenzo Calvo.*

## II.

*Oficio del marqués de las Hormazas.*

Excelentísimo señor: El consejo de Regencia se ha enterado muy por menor del contenido de la representación que ha dirigido vuecelencia á su majestad, con fecha de ayer, en que exponiendo vuecelencia sus trabajos, persecuciones y dilatados servicios, solicita el retiro de su empleo de consejero de Estado, con el sueldo á que sus servicios le pudieren hacer acreedor, ó bien que se le conceda una licencia temporal para buscar en su casa en Gijón algun reparo á su salud y algun descanso de tantos trabajos y fatigas que ha padecido, ofreciendo vuecelencia consagrar el resto de su vida al servicio de la patria en aquel país, donde juzga vuecelencia podrá ser útil si le renovasen los encargos que desempeñaba anteriormente, de promover la explotación y el comercio

del carbon de piedra, que estableció, y de perfeccionar el real Instituto Asturiano que vucelencia fundó, y su majestad, habiéndose hecho cargo de todos y de cada uno de los puntos que abraza la citada representación, me manda asegurar á vucelencia que se halla muy satisfecho de los méritos é importantes servicios que ha hecho vucelencia á la patria, y bien conveenido del beneficio que resultará á la misma de la continuacion, no consiente de ningun modo la separacion de vucelencia al que se retira de su plaza de consejero de Estado, pero ha venido su majestad en conceder á vucelencia licencia para transferirse á su casa por todo el tiempo necesario para curar de su salud, bien entendido que restablecida esta, deberá vucelencia reunirse al consejo de Estado para coadyuvar con sus nobilísimas luces, acreditado celo y acendrado patriotismo á la salvacion de la nacion. Al mismo tiempo se ha servido su majestad resolver que se autorice á vucelencia para continuar desempeñando los mencionados encargos de promover la explotacion y el comercio del carbon de piedra, de perfeccionar el real Instituto Asturiano y restablecer á su primitivo estado aquel importantísimo establecimiento; y a cuyo efecto paso las ordenes correspondientes, igualmente que al ministerio de Hacienda para que disponga que por la tesorería de rentas de Gijón se le pague á vucelencia el sueldo por entero de consejero de Estado, respecto á que su majestad deja al arbitrio de vucelencia el emplear la mitad, que ha ofrecido ceder durante las presentes urgencias, del modo que le dicten su celo y patriotismo y que juzgue mas oportuno para el bien de la patria. Todo lo que de real órden participo á vucelencia para su inteligencia, satisfaccion y gobierno. Dios guarde á vucelencia muchos años.—Isla de Leon, 2 de febrero de 1810. — *El marques de las Hormazas*. — Señor don Gaspar de Jovellanos.

P. D. En la drden á Hacienda se previene que se le pague á vucelencia el sueldo en Gijón ó en donde vucelencia avise podrá convenirle mejor.

## NÚMERO XXII.

### DESAFÍO A LOS CALUMNIADORES.

OFICIO AL REDACTOR DEL DIARIO DE CADIZ.—OTRO AL GOBERNADOR DE CÁDIZ.—RESPUESTA DEL GOBERNADOR.—REPUESTA DEL REDACTOR.—CARTA CONFIDENCIAL DEL GOBERNADOR.

#### I.

Señor Redactor: Entre tanto que la falta de viento favorable nos detiene en esta bahía, los rumores que corren en esa ciudad contra los individuos que compusieron la pasada Suprema Junta Central, llegan aquí, para hacernos mas penosa nuestra situacion. Podríamos despreciar las imputaciones que difunden, ó por vagas, pues que no determinan cargos ni señalan delinquentes, ó por inverosímiles, porque son indignas de toda creencia ó ascenso racional; pero nuestra delicadeza no nos permite callar en medio de tantas y tan indiscretas habillitas. Si las calumnias de los enemigos de la Junta han podido excitarlas, y las últimas desgracias del ejército hacerlas admitir, estamos bien ciertos de que jaseada la primera sorpresa, la verdad ocupará su lugar en la opinion publica, la cual investigando tranquilamente las causas y los instrumentos de aquellas desgracias, hará la justicia que es debida á un gobierno compuesto de honrados y celosos patriotas, á quienes pudieron faltar luces, medios y fortuna para hacer que los ejércitos de la patria triunfasen siempre de los enemigos, pero nunca faltó ni el deseo mas vivo, ni la aplicacion mas constante, ni la firmeza mas enérgica para proporcionarnos esta ventaja. Llegará sin duda un día en que sin necesidad de apologías ni manifestos, la nacion reconozca los servicios que le han hecho estos dignos patriotas; pero entre tanto nuestro pundonor y nuestra conciencia no nos permiten esperar un juicio tan tardío. Por lo mismo, con la confianza que ellos nos inspiran, apelamos al juicio de nuestros contemporáneos, y si entre los rínes calumniadores ó detractores aludados de la Junta Central hay alguno que se atreva á censurar la conducta publica de los dos individuos que hemos venido á ella por representación del principado de Asturias, desde luego le desafiámos y provocamos, por medio de este escrito, á que declare los cargos que pretendiere hacernos, bien sea ante el supremo consejo de Regencia ó ante el tribunal que su majestad se dignare nombrar, ó bien por medio del diario de usted ó de cual-

quiera otro escrito público, pues en cualquiera forma que sea, estamos prontos á desmentirle y confundirle, demostrando que en nuestros escritos y nuestras opiniones, y todo el curso de nuestra conducta publica, no solo hemos acreditado constantemente la mas asidua aplicacion, el mas heroico desinterés y el mas sincero patriotismo, sino que por ellos nos hemos hecho tan superiores á toda censura, como acreedores al aprecio y gratitud de la nacion.

Tenga usted pues la bondad de insertar esta carta por suplemento á su diario, y seguro de nuestro reconocimiento, sirvase de mandarnos como á sus mas atentos servidores, que besan su mano. Bahía de Cadiz, á bordo de la fragata *Cornelia*, 20 de febrero de 1810. — *Gaspar de Jovellanos*. — *El marques de Campo-Sagrado*.

#### II.

Excelentísimo señor: Con esta fecha dirigimos al redactor del Diario de esa ciudad la carta de que la adjunta es copia, y esperamos que vucelencia, á quien toca dar la licencia para su impresion, no tendrá reparo en concedérsela. Esto, que esperamos de la justicia de vucelencia, se lo rogamos encarecidamente, pues que reducidos ya á la condicion de personas privadas, nada debe interesarnos tanto como la conservacion de nuestro buen nombre, ni nada puede sernos mas precioso que el uso de aquellos medios de asegurar la que las leyes permiten á todo ciudadano. Agregue vucelencia á esto la necesidad en que estamos, al restituírnos á nuestro principado, de llevar á el en toda su integridad aquella buena opinion á que debimos la alta confianza que depositó en nosotros cuando nos nombró para representarle en la Junta Suprema.

Con este motivo ofrecemos á vucelencia la seguridad del íntimo aprecio que le profesamos, y del sincero afecto con que rogamos á nuestro Señor guarde su vida muchos años. Bahía de Cadiz, á bordo de la fragata *Cornelia*, 20 de febrero de 1810. Excelentísimo señor — *Gaspar de Jovellanos*. — *El marques de Campo-Sagrado*. — Excelentísimo señor don Francisco Venegas.

#### III.

Excelentísimos señores: Recibí, con el oficio de vucelencias, la copia de su carta, dirigida al redactor de este diario, con el fin de que diese mi licencia para insertarla en el. Nada hay indiferente para mí de cuanto es relativo á dos personas tan beneméritas de la patria y tan dignas de consideracion bajo cualquiera aspecto en que se considere á vucelencias, y prescindiendo de este esencial motivo, hay para mí otro no menos atendible, cual es el de un conocimiento y amistad tan antigua con vucelencias, que me ha hecho reconocer y admirar sus respectivas virtudes y nobles cualidades. Estos antecedentes no me hubieran dejado suspender un solo momento la licencia para la impresion, pero reasumidas estas facultades, en las presentes circunstancias, por la junta superior de Gobierno, hubié de presentar en ella la carta de vucelencias, y aunque todos sus individuos manifestaron unánimes el convencimiento de las prendas de vucelencias, creyeron no convenia esta especie de manifestos en la actualidad.

Yo me persuado que el Principado, que depositó en vucelencias la alta confianza de su representación, no podrá vacilar en su acertado y justo juicio, siendo tan notorios los principios de ilustracion y patriotismo de vucelencias.

Dios guarde á vucelencias muchos años. Cádiz, 25 de febrero de 1810. — Excelentísimos señores. — *Francisco Venegas*. — Excelentísimos señores don Gaspar de Jovellanos y marques de Campo-Sagrado.

#### IV.

Excelentísimos señores: No pudiendo publicar en mi periódico ninguna noticia sin la aprobacion de la junta superior de Gobierno de esta plaza, pase el escrito que me fué entregado de parte de vucelencias á dicha Junta, cuya contestacion copio: «La junta superior de Gobierno ha visto el oficio de usted fecha 21 del corriente, y escrito que le era adjunto, cuya publicacion en el Diario no estima conveniente por ahora la misma Junta, pues el reino tiene sus tribunales, donde deben provocarse instancias de esta naturaleza. Dios guarde á usted muchos años. Cádiz, 21 de febrero de 1810. — *Don Fernando Jimenez de Alba*. — *Don Miguel de Lobo*, vocales. — Señor editor del Diario de Cadiz.»

Lo pongo en noticia de vucelencias para su inteligencia y gobierno, deseando se me proporcionen ocasiones en que manifestar á vucelencias mis respetos y de que me empleen en cosas que solo de mí dependan.



Dios guarde á vuecelencias muchos años. Cádiz, 25 de febrero de 1810. — *El baron de Bruece, vizconde de Brie*, editor. — Excelentísimos señores don Gaspar de Jovellanos y marqués de Campo-Sagrado.

## V.

Cádiz, 8 de febrero de 1811.

Excelentísimo señor: Mi muy amado amigo: es una cosa triste que á las desgracias de la patria se agregue haberse uno de separar ó pouse á mayor distancia de las personas que tanto como usted merecen el amor y el aprecio de los que le conocemos. Me queda el consuelo de que va usted á su país nativo, donde le esperan la consideración y la confianza pública. Ojalá que variando la situación de la patria, pueda yo algún día disfrutar la amable sociedad de usted y que podamos desquitarnos de las adiciones que hoy apuran nuestros ánimos.

Hice presente en la junta de este Gobierno el oficio de usted, y aunque por las circunstancias no accedieron en el momento á dar la harina, se convencieron de la justicia de la demanda, y están en franquearla si entrando nuevas harinas ó trigos, no hubiere recelos de inmediata escasez.

Sea usted tan feliz como merece y como le desea su apasionado amigo y afectísimo servidor. — *Francisco Venegas*. — Excelentísimo señor don Gaspar de Jovellanos.

## NÚMERO XXIII.

## ARRIBADA Á GALICIA, Y SUS CONSECUENCIAS.

OFICIO DEL CAPITAN GENERAL CONTESTANDO AL AVISO DE LLEGADA. — OFICIO AL OBISPO DE ORENSE. — SU RESPUESTA. — OFICIO DE QUEJA AL CAPITAN GENERAL. — REPRESENTACIÓN Á LA REGENCIA. — OFICIO AL COMISIONADO. — SU RESPUESTA. — CONSULTA DEL COMISIONADO. — OFICIO DEL MISMO, CON LA RESOLUCION DE LA JUNTA DEL REINO. — CONTESTACION. — ÚLTIMO OFICIO DEL COMISIONADO.

## I.

*Oficio del Capitan General.*

Excelentísimos señores: El oficio de vuecelencias de 7 del corriente me ejerciara, con satisfaccion mia, de que habiendo salido de Cádiz con destino al puerto de Gijón, las noticias que tuvieron vuecelencias de la ocupacion del Principado les obligaron á arribar á ese puerto y detenerse en él. Felicito á vuecelencias por su feliz llegada, y para que durante su mansion en esa villa no carezcan de los auxilios y protección correspondiente, prevengo con esta fecha á esa justicia lo conveniente á este objeto.

No puedo manifestar á vuecelencias el verdadero estado del Principado, porque carezco de noticias proximas oficiales. Unicamente sé, por las recibidas últimamente, que los enemigos ocupan los pueblos principales, sin que por ahora haya apariencias de desalojarlos de ellos. Si recibiese alguna noticia satisfactoria, la comunicaré á vuecelencias. He dirigido al señor obispo de Orense, sin pérdida de momento, el pliego que al efecto se sirven vuecelencias incluirme, de cuyo contenido me he enterado, y doy á vuecelencias muchas gracias por los duplicados impresos que han tenido la bondad de dirigirme para mi inteligencia. Dios guarde á vuecelencias muchos años. Coruña, 10 de marzo de 1810. — Excelentísimos señores. — *Ramon de Castro*. — Excelentísimos señores don Gaspar de Jovellanos y marqués de Campo-Sagrado (a).

## II.

*Oficio al obispo de Orense.*

Excelentísimo y ilustrísimo señor: Acabando de arribar á este puerto desde la bahia de Cádiz, de donde salimos el 26 del pasado, y no sabiendo que haya aportado á Vigo la fragata *Cornelia*, que trae pliegos de oficio para vuecelencia y está encargada de conducirla á la isla de León, nos apresuramos á comunicarles las noticias que contienen los adjuntos impresos, por lo que interesa al bien de la patria en que sean cuanto antes conocidas de vuecelencia. Nosotros estamos tan persuadidos á que agregado vuecelencia á

(a) En la carta confidencial de la misma fecha decia el General lo siguiente: «Celebro infinito que ustedes vengan provistos de sus ámplios pasaportes, para que no se ofrezca dificultad en sus tránsitos, pues que todo es preciso en el día.» (Nota del autor.)

un gobierno reconcentrado y compuesto de personas de mérito tan eminente, podrá concurrir al restablecimiento de los negocios públicos, como gozosos de haber concurrido á esta saludable providencia y acertada eleccion; y felicitándole por ella muy sinceramente, no podemos dejar de dirigirla las mas vivas instancias á fin de que dando á nuestra patria afligida y á nuestra santa religion ultrajada una nueva prueba del ardiente celo que siempre ha inflamado su noble y virtuoso corazon por la gloria de una y otra, acuda ahora á su defensa y gobierno, llenando así los deseos y las esperanzas que la nacion ha depositado siempre en su digna persona.

Al mismo tiempo comunicamos á vuecelencia que la instalacion del supremo consejo de Regencia se verificó muy prontamente, exigiéndolo así las circunstancias, como tambien el que se admitiese la renuncia que hizo de su nombramiento el excelentísimo señor don Estéban Fernandez de Leon, y que en su lugar fuese substituido, por representación de las Américas, el excelentísimo señor don Miguel de Larizábal y Uribe. Nosotros, destinados al principado de Asturias, nos embarcamos en la fragata *Cornelia* para navegar en ella hasta Vigo, pero hallándose pronto á dar la vela para el puerto de Gijón el bergantin *Covadonga*, preferimos el trasbordarnos á él, para llegar mas pronto á nuestro destino. Oyendo ahora que el principado de Asturias se halla nuevamente invadido por el enemigo, damos cuenta á su majestad de esta novedad y de nuestra situacion, esperando su real resolucion acerca del punto en que debemos emplear nuestro celo en bien de la patria y en ejecucion de sus reales órdenes.

Con este motivo ofrecemos á vuecelencia el profundo respeto y estimacion que profesamos á su benemérita persona, y deseosos de emplearnos en su obsequio, rogamos á nuestro Señor la prospere por dilatados años. Muros, 7 de marzo de 1810. — Excelentísimo señor. — *Gaspar de Jovellanos*. — *El marqués de Campo-Sagrado*. — Excelentísimo y ilustrísimo señor obispo de Orense.

## III.

*Respuesta al anterior.*

Excelentísimos señores: Muy señores míos: He recibido con la de vuecelencias los adjuntos papeles, que informan de la instalacion del supremo consejo de Regencia, su reconocimiento por la junta de Cádiz y proclama de la Suprema Junta Central, y en el día tambien la provision del consejo de Castilla respectiva á lo mismo.

Los papeles públicos y partienlares noticias informaban ya en parte de lo acaecido, y no ha podido dejar de sorprenderme la nominacion y memoria que se ha hecho de mi en tan criticas circunstancias, y cuando la Suprema Junta Central estaba instruida de mi debilidad, avanzada edad y casi imposibilidad de desempeñar un cargo de esta naturaleza. Lo he hecho presente, invitado repetidas veces á que aceptase el empleo de inquisidor general y me pudiese en camino para Sevilla, y he creído que ejecutado, seria en perjuicio de la Iglesia y de la nacion, por no poder desempeñarlo. ¿Qué haré cuando se me quiere imponer una carga mas pesada y mucho mas difícil?

No sé cómo vuecelencias y los otros señores de la Suprema Junta, queriendo honrarme y favorecerme tan particularmente, han olvidado excusas tan legítimas, y no pensando, por su notorio celo, sino en el bien de la nacion, han hecho una eleccion que tanto puede perjudicarle.

Dios puede hacerlo todo y dar fuerza inesperada, y solo mirando esto como un efecto particular de su providencia, podrá verificarse un sacrificio, necesario en mí si puede ser útil, y lino de imprudencia si contase con lo que me prometen la edad, mi debilidad y cortos talentos.

Ruego y rogaré al Señor me dirija y dé luz para el acierto; doy á vuecelencias las gracias por sus honras y favor; aprecio esta ocasion de manifestarles mi afecto, mi estimacion y mis respetos y deseo de que me proporcionen ocasiones de emplearme en su obsequio y de que nuestro Señor, como se lo suplico, dé á vuecelencias toda felicidad y guarde su vida muchos años. Orense y marzo 12 de 1810. — Excelentísimos señores. — Besa las manos de vuecelencias su atento servidor y capellan, *Pedro, obispo de Orense*. — Excelentísimos señores don Gaspar de Jovellanos y marqués de Campo-Sagrado.

## IV.

*Queja al Capitan General*

Excelentísimo señor: Tan llenos de sorpresa como de dolor, hacemos presente á vuecelencia que en la mañana de ayer se presentó en nuestra posada el coronel don Juan Felipe Osorio, acompañado de un escribano real, y sin que precediese recado de atención ni otra formalidad, nos pidió nuestros pasaportes, y no contento con reconocerlos ni con tomar copia de ellos, como solicitamos, aseguró tener orden para recoger los originales, y así lo verificó. Al despedirse, indicó que tenía otra diligencia que practicar por la tarde, sin indicar cual fuese, y en efecto se presentó de nuevo á las cuatro y media, y nos intimó estar comisionado por la junta provincial de Santiago para la ejecución de una orden de la junta superior del reino de Galicia, reducida á reconocer y recoger nuestros papeles. Las protestas que sobre esto hicimos y fundamos fueron escritas y firmadas por nosotros ante su escribano, y aunque, por obsequio á la autoridad de donde dimanaba la comision, condescendimos que se reconociesen nuestros papeles y se copiasen los que se creyesen necesarios para cualquier objeto de bien público que se pudiese proponer aquella autoridad, declaramos abiertamente que de ningún modo consentiríamos se nos despojase de una propiedad tan importante y preciosa para nosotros.

No creemos necesario encarecer á vuecelencia la extrañeza y enormidad de este atentado; bastanos exponerle á su consideración para que las conozca, y para que, como primera autoridad de este reino, nos proteja contra él y contra cualesquiera otros que puedan seguirle. Vuecelencia, que nos conoce, y conoce nuestro carácter, nuestros servicios, nuestro buen nombre y la estrecha situación en que nos hallamos, penetrará también que si tenemos algun enemigo personal que nos persiga, ninguno puede serlo que no lo sea de la patria. Aunque solo sujetos á la Suprema Regencia del reino ó al tribunal que su majestad nombre para juzgarlos, no rehusaremos responder en juicio á cualquiera cargo que se quiera proponer contra nosotros, y cuando nada valgan en nuestro favor las leyes, solo la fuerza armada nos obligará á sufrir injusticias y atentados tan contrarios á ellas. Si pues vuecelencia debiera al mas infeliz ciudadano la protección que dispensan las leyes para un caso semejante, ¿con cuánta mas razón la reclamaremos nosotros? Así lo hacemos una, dos y tres veces, condados en que la justificación y rectitud de vuecelencia no nos la negará. Muros, 26 de marzo de 1810. — Excelentísimo señor. — Gaspar de Jovellanos. — Marqués de Campo-Sagrado. — Excelentísimo señor don Ramon de Castro.

## V.

*Queja á la Regencia.*

Señor: Llenos de aflicción por el atentado cometido contra nuestro estado y personas, y temerosos de otros mas graves, aunque la urgencia del tiempo no nos permita dar de ellos á vuestra majestad una razon mas cumplida, aprovechamos la ocasion de un buque que á partir va á Cádiz para elevar á sus reales manos la adjunta copia del oficio que con fecha de ayer hemos dirigido al capitán general de este reino.

El comisionado de la junta de Santiago, oídas nuestras protestas, ha suspendido sus procedimientos, sin duda para consultar á las autoridades de que dimana su comision, pues que aun permanece en este pueblo, con no poco escándalo del y peligro nuestro.

Nada hay que no podamos temer de la junta superior de este reino, no solo por la tropelia que intento hacer con nosotros y la que sufrieron nuestros compañeros en el Ferrol, sino porque su pretexto de consultar el dictamen de otras juntas, ha suspendido el reconocimiento de la autoridad suprema de vuestra majestad y publicado por impreso el acta de esta suspension, lo cual supone algun impulso, contra el cual debe vuestra majestad guardarse.

Señor, aunque reducidos al mayor desamparo, pobres, desairados y rodeados de amargura y peligros, nada es superior á la tranquilidad de nuestra conciencia y á la firmeza de nuestro carácter, sino la idea de que los atentados cometidos contra nosotros puedan poner en duda aquella buena fama que con mucho afán y largos servicios habíamos conseguido hasta ahora. A vuestra majestad sola toca protegerla, y en ninguna otra autoridad podremos buscar nuestro desagravio. A ella imploramos y de ella le esperamos, porque si vuestra majestad calla, ¿qué otra voz ha-

blara en nuestro favor? Su silencio, no solo seria ofensivo á nuestro honor y nuestra justicia, sino también á la suprema autoridad de vuestra majestad, porque ningún gobierno en que no hallen protección las leyes y amparo la inocencia puede ser respetado ni conservado.

Pedimos asimismo á vuestra majestad que si por desgracia no se verificare la evacuación de Asturias por el enemigo, de que corren ya algunas voces, se sirva vuestra majestad mandar que voláramos á su lado, como tiene ya acordado respecto de uno de nosotros, para que podamos continuar nuestros servicios al publico con el decoro y seguridad á que juzgamos ser acreedores. Nuestro Señor conserve en prosperidad á vuestra majestad. Muros, 27 de marzo de 1810. — Señor. — Gaspar de Jovellanos. — Marqués de Campo-Sagrado.

## VI.

*Oficio al comisionado.*

Señor Coronel: Habiendo pasado cinco dias sin que usá nos haya comunicado ninguna resolución acerca de las protestas que hicimos en las diligencias practicadas con nosotros en el 25 anterior, y no sabiendo si usá ha concluido ya su comision ó si trata de continuarla, pasamos á sus manos las adjuntas copias para que sirvan de explicacion á nuestros pasaportes, y nuestras protestas, y pedimos á usá se sirva agregarlas al expediente de dicha comision. Al mismo tiempo pedimos á usá se sirva mandar que el escribano de la misma comision nos de testimonio literal, así de la orden con que se procede contra nosotros, como de dichas protestas, por cuanto necesitamos uno y otro para nuestra seguridad y preservar nuestro derecho. Nuestro Señor guarde á usá muchos años. Muros, 30 de marzo de 1810. — Gaspar de Jovellanos. — El Marqués de Campo-Sagrado. — Señor don Juan Felipe Osorio (a).

## VII.

*Contestacion.*

Así que he llegado á esta villa practiqué con vuecelencias las diligencias necesarias en orden á sus respectivos pasaportes y papeles, á consecuencia de comision dimanada del excelentísimo señor presidente y vocales de la junta superior de este reino, y al siguiente dia le he dado cuenta de sus resultados, sin ulterior resolución hasta ahora; por cuya razon conocerán vuecelencias que no está en mi mano mas que incorporar, como lo haré, á mi comision el oficio de vuecelencias fecha de hoy y las copias de documentos adjuntas y rubricadas. Nuestro Señor guarde á vuecelencias muchos años. Muros, á 30 de marzo de 1810. — Juan Felipe Osorio. — Excelentísimos señores don Gaspar de Jovellanos y marqués de Campo-Sagrado.

## VIII.

*Consultas que hizo el comisionado á la junta del reino.*

Como delegado de vuecelencia, nombrado en 22 del corriente, á consecuencia de su orden del 19, por la junta provincial de Santiago, para el examen y averiguacion de los pasaportes de los excelentísimos señores don Gaspar de Jovellanos y marqués de Campo-Sagrado, destino con seguridad de sus personas en un punto decente, no estando revestidos de ellos, aprension de estos y de los papeles que les hubiesen acompañado desde Cádiz, y censura de la omision incurrida por el alcalde y ayuntamiento de esta villa en no haber dado parte á vuecelencia de los efectos de las diligencias que le previno sobre el particular, recogi ó incorporé al expediente formado en el asunto los pasaportes originales, que me entregaron dichos señores en el dia de ayer, cuyo testimonio acompaño, bajo el que me pidieron y les mandé franquear inmediatamente, y habiendo procurado me manifestasen y entregasen tambien los demás papeles, no pude conseguirlo, por las razones y pretextos que contienen las respuestas insertas en el testimonio citado, y hoy acabo de adquirir en consistorio pleno las indicaciones conducentes á identificar los motivos y cómplices de su omision, las que asimismo incluyo el propio documento.

La diversidad de aspecto que ha tomado este negocio, y la importancia y conexon de sus antecedentes é incidentes, me representan muy superiores á mis luces y términos generales de mi comision la delicadeza y oportunidad de cualquier trámite ul-

(a) Los documentos remitidos á Osorio fueron el acta de la instalacion de la Regencia y las órdenes expedidas por el marqués de las Hormazas con respecto á nuestras licencias, soldos, etc.



rior con respecto á dos personas de las circunstancias de los señores Jovellanos y Campo-Sagrado, habilitados con pasaportes absolutos, expedidos para la libertad y seguridad de su tránsito y fijación de domicilio por el serenísimo señor presidente y mas señores del consejo de Regencia, y tambien en órden á la culpa que pueda considerársele al Ayuntamiento; y por no aventurar un yerro en materia tan difícil, suspendi todo procedimiento, sin separarme de esta villa, y creí indispensable dirigir á vuecelencia, como lo hago, en diligencia estas noticias, para que se sirva darme las reglas precisas y terminantes de mi conducta sobre cada uno de los puntos indicados, como lo espero. Nuestro Señor guarde á vuecelencia muchos años. Muros y marzo 26 de 1810. — Excelentísimo señor. — *Juan Felipe Osorio*. — Excelentísimos señores presidente y mas señores de la junta de Armamento y Subsídios de este reino de Galicia.

## IX.

*Oficio del comisionado y resolucion de la junta superior del reino.*

La junta superior del reino de Galicia me dice y ordena lo siguiente:

«Enterada esta junta superior de cuanto contiene el oficio de usia fecha 26, y testimonio que le acompaña relativo á los particulares que comprende, dice, lo primero, que da á usia gracias por el celo, moderacion y discrecion con que se ha conducido en esta comision, y que hallándose ya concluida, puede retirarse cuando guste á Santiago, cuya junta provincial abonará á usia los gastos que le haya motivado este servicio.

«Devolverá usia los pasaportes originales á esos señores Jovellanos y Campo-Sagrado, previniéndoles que cuando les acomode y como gusten, pueden internarse é irse á sus destinos ó donde mejor les conviniere. Les asegurará usia tambien que la intencion de esta junta nunca ha sido vejarnos, sino un justo desempeño de su deber en la averiguacion de cuantos entran en su reino; y que si desde el principio se hubieran dirigido á ella, como debian, manifestándola que traian los correspondientes pasaportes, se hubieran terminado en el instante estas diferencias, pero que no habiéndolo hecho así, ni tampoco ese ayuntamiento, no han debido ni deben extrañar las resultas. Hágales usia igualmente entender que esta junta superior no lo es solo de los objetos que citan, sino tambien de vigilancia y seguridad, y que aunque ha usado con moderacion en todos los ramos, no estaba desnuda de la autoridad suprema, puesto que hasta ayer no ha reconocido otra desde que la Junta Central abandonó á Sevilla. Sentados estos principios, se lisonjea esta junta que esos señores, no solo comprenderán que han sido omisos y se han excedido en sus contestaciones, sino tambien de que les ha guardado particulares consideraciones en sus providencias.

«Ese ayuntamiento no satisface á las órdenes dadas por esta junta ni ha desempeñado sus deberes, y por consiguiente se ha hecho acreedor á una seria providencia; pero usando de benignidad, y en la confianza de que en los casos sucesivos serán mas exactas y puntuales, lo suspende por ahora, y se lo hará usia entender, advirtiéndoles que en lo sucesivo impidan internar solo á aquellas personas que no traigan pasaportes ó vengán de parajes sospechosos, en cuyo caso darán parte á la junta provincial de Santiago; cerrando con esto su comision y proceso.»

«Dios guarde á usia muchos años. Coruña, 30 de marzo de 1810. — Por ocupacion del Presidente. — *El marqués de Villagarcía*. — Por acuerdo de la junta superior del Reino. — *José Antonio Rivadeneyra*, vocal secretario. — Señor don Juan Felipe Osorio.»

Lo que comunico á vuecelencias para su inteligencia, y en su cumplimiento acompañan los pasaportes originales que recibí de vuecelencias, esperando su contestacion y recibo.

Dios guarde á vuecelencia muchos años. Muros, á 1.º de abril de 1810. — *Juan Felipe Osorio*. — Excelentísimos señores don Gaspar de Jovellanos y marqués de Campo-Sagrado.

## X.

*Respuesta al comisionado.*

Hemos recibido ayer tarde el oficio de usia con los pasaportes que se sirve restituirmos, y contestando á las prevenciones que la junta superior de este reino le manda hacernos, en su órden de 30 del pasado, debemos decirle, para que lo exponga á la misma junta, que nosotros no exhibimos nuestros pasaportes porque nadie los pidió, ni lo creímos necesario, porque solo entramos en este puerto para evitar un naufragio y sin ánimo de internarnos

en el país; que no se debe ni puede tacharnos de omisos, cuando al siguiente dia de nuestra arribada dimos parte de ella al señor Capitan General, á quien por tal y por presidente de la Junta reconocimos como primera autoridad de Galicia; que consideramos á la Junta como superior, y no como suprema, porque en este concepto fué instituida y permaneció; que reconocemos su autoridad respecto á la vigilancia y seguridad publica, y alabamos su cuidado en ella, como muy recomendable y necesario en estos tiempos; pero que no podian ser objeto de este cuidado dos personas de carácter tan publico y circunstancias tan notorias, que la Junta no podia ignorar, como tampoco su legitima procedencia ni su destino; que por lo mismo debió parecernos, no solo una vejacion, sino tambien un atropellamiento, la órden de recoger nuestros pasaportes, sin contentarse con su presentacion, y mucho mas la de reconocer y recoger nuestros papeles, encargados á una comision que viniendo asistida de asesor y escribano y escoltada con tropa, no podia dejar de excitar la expectacion publica, aun cuando fuese dirigida á personas menos visibles. En fin sirvase usia hacer presente á la junta superior de este reino que cuando esperábamos que reconociese la falta de justicia y miramiento con que fuimos tratados en este procedimiento, y nos acordase una satisfaccion que pudiese reparar nuestro agravio, poner á salvo nuestro decoro y disipar el escándalo que pudo causar en el público, nos debe parecer muy extraño y serenos muy doloroso que solo haya buscado pretextos para cobouestar sus providencias y hacernos prevenciones tan infundadas como indecorosas.

Y pues que la misma Junta Superior ha puesto fin á este desagradable apercio y á la comision de usia, le recordamos la instancia que tuvimos el honor de hacerle por nuestro oficio de 30 del pasado, á fin de que mandase darnos testimonio literal de la órden de comision y de nuestras protestas; el cual le pedimos de nuevo, muy confiados en que usia no agravará, con negarle, la razon de nuestra queja.

Nuestro Señor guarde á usia muchos años. Muros, 2 de abril de 1810. — Señor don Juan Felipe Osorio.

## XI.

*Último oficio del comisionado.*

En contestacion al oficio que vuecelencias se han servido pasarme con fecha de este dia, debo decir que queda unido á mi comision, y en ella verá la Junta Superior, á quien voy á remitirla, las observaciones que vuecelencias le hacen, y que así como no pude franquear á vuecelencias en 30 de marzo inmediato el testimonio literal de la órden de comision y sus protestas, por tener entonces pendientes mis facultades de consulta hecha á aquella superioridad, del mismo modo ahora me considero sin ellas para complacer á vuecelencias en la instancia que renuevan sobre el asunto, por hallarse el negocio concluido en todas sus partes.

Dios guarde á vuecelencias muchos años. Muros y abril 2 de 1810. — *Juan Felipe Osorio*. — Excelentísimos señores don Gaspar de Jovellanos y marqués de Campo-Sagrado.

## NÚMERO XXIV.

REPRESENTACION DIRIGIDA DESDE MURS DE NOYA, EN MARZO DE 1810, AL CONSEJO SUPLENTO DE REGENCIA POR LOS VOCAL DE LA JUNTA SUPREMA DON GASPAR DE JOVELLANOS Y MARQUES DE CAMPO-SAGRADO, Y EXTENDIDA POR EL PRIMERO.

Señor: Con fecha de 6 del corriente dimos noticia á vuestra majestad de nuestra arribada á este puerto, y de la situacion á que nos habia reducido la invasion de nuestro país por las tropas enemigas; pero como esta desgracia, por mas que ponga en peligro nuestro estado y existencia, sea para nosotros mas llevadera que la mengua de nuestra fama y buen nombre, nos vemos forzados á molestar de nuevo la atencion de vuestra majestad, depositando en su piadoso seno la amargura que nos oprime y buscando nuestro desagravio en su suprema justicia.

Vuestra majestad, Señor, nos debe este desagravio; vuestra majestad nos le ofreció cuando, al trasladar en sus manos la suprema autoridad, que con tan pura intencion habíamos ejercido, pusimos nuestro honor á cargo de su justicia. En fe de ello, renunciamos al derecho de permanecer cerca de vuestra majestad en el

punto que nos ofrecia mayor seguridad y convegenencia, y resolvimos retirarnos á nuestras casas con el consuelo de haber servido fielmente á la patria, y la esperanza de gozar en ella de aquella serena tranquilidad que es siempre fruto de la buena conciencia.

Pero embarcados en la fragata de su majestad Cornelia, tardamos poco en conocer que los rumores inventados en Sevilla por los enemigos de la Junta Central, y difundidos en Cadiz por los emisarios que estuvieron allí, no solo se aumentaban y corrían libremente, sino que se confirmaban mas y mas por la larga detencion de la fragata en aquella bahia, donde ya en el concepto de la tripulacion y aun de los oficiales eran mirados y tenidos como arrestados por el Gobierno, haciéndose así cada dia mas violenta y vergonzosa nuestra situacion.

Hartos ya de sufrirla, determinamos trashedarnos al bergantin Covadonga, que iba á partir para la villa de Gijón, de lo cual dimos noticia á vuestra majestad; y buscando entre tanto algun desahogo á nuestra inquietud, dirigimos al redactor del Diario de Cádiz el papel de que incluimos copia con el número 1.º y recomendamos su publicacion al gobernador de aquella plaza por un oficio, del cual, de su respuesta y de la del redactor son copia los números 2, 3 y 4 adjuntos.

Prescindimos ahora de la extraña razon en que la junta superior de Cadiz, arrogando una autoridad que no la pertenece, fundó su resistencia á la publicacion de este papel, privándonos con ella de la proteccion que las leyes conceden á todo ciudadano, pues que á todos permiten imprimir libremente cuanto no sea contrario á la religion, á la moral ó á las regalías de vuestra majestad. Mas no podemos prescindir de la noticia que al punto de nuestra salida recibimos, de ciertos pasos odiosos dados contra los individuos de la Junta Central por la misma junta de Cadiz, del expediente consultivo formado á consecuencia de ellos, ni del dictamen que se dice dado á vuestra majestad por el Consejo, pues que en todo esto se comprometió mas y mas la reputacion de los individuos del gobierno de que fuimos parte, y se dió ocasion á los atentados y atropellamientos personales que sufrieron después, y sobre los cuales hemos representado separadamente á vuestra majestad lo que se refiere á nuestras personas, reduciéndonos aquí á los agravios en que somos indistintamente envueltos con nuestros compañeros.

Elevando á vuestra majestad nuestras justas quejas, nos es doloroso comprender en ellas al Supremo Consejo reunido; pero aunque no le atribuyamos el origen de nuestra persecucion, no podemos desconocer el apoyo que esta halló en su dictamen. Sabemos que siguiendo los mas solidos principios del derecho público y de la justicia privada, consultó á vuestra majestad que la Junta Suprema Central, en la totalidad de sus miembros, solo podia ser juzgada por la nacion, y que si estos fuesen acusados de algun delito particular, lo podrian ser por el tribunal que vuestra majestad nombrare. Pero sabemos tambien que se olvidó de aquellos principios, para proponer á vuestra majestad especies y precauciones que son tan ajenas de ellos como de las máximas de equidad y prudencia, que en otros tiempos realzaron tanto la dignidad de este tribunal.

Hemos entendido que el Consejo, no contento con censurar en su exposicion la conducta de la Junta Central, se propuso á poner en duda la legitimidad de su poder; especie que se nos hubiera hecho increíble, si ya en otras consultas no lo hubiesen propuesto sus fiscales. Desentendiéndose entonces la Suprema Junta, por razones de prudencia que no son del dia, pero no podemos nosotros desentendernos ahora; porque, si á las groseras calumnias que se difunden contra el gobierno pasado se agregase el concepto de ilegítimo, que vale tanto como tiránico, y este concepto se apoyase en el dictamen del primer tribunal del reino, ¿cuál seria la seguridad de los que fuimos parte en él, ni cuál de nosotros evitaria la censura pública en un cargo en que por lo menos tendríamos la culpa de haberle autorizado y consentido?

Ni menos comprendemos cómo se pudo esender al Consejo que atacando aquella autoridad, atacaba tambien la de vuestra majestad y la suya propia, puesto que ni vuestra majestad tiene otro poder que el que la Junta Suprema depositó en sus manos, ni el Consejo otro ser que el que ella le dió al restaurarle; y era bien obvio que si la autoridad creadora fuese ilegítima, tal seria cualquieira autoridad creada e instituida por ella.

Esta opinion del Consejo reunido no puede referirse al origen del Gobierno Central; porque el consejo de Castilla, no solo reconoció la autoridad de las juntas provinciales, que formaron aquel

gobierno, sino que se gloriaba de haberlas movido y excitado á formarle. Instalado ya el mismo Consejo, le reconoció como gobierno legítimo, y le juró obediencia voluntariamente, y no por efecto de fuerza ó coaccion. Toda la nacion hizo al mismo tiempo igual reconocimiento, y le hizo en medio de aquel regocijo que excitó en ella tan ilustre testimonio de lealtad y generosidad española, cuando todas las provincias corrían unánimes á depositar en un centro comun la autoridad soberana, que separadamente habian ejercido. ¿En qué pues suodará el Consejo la ilegítimidad de aquel gobierno?

Si se atiende á sus indicaciones, parece que creyendo legítimo el origen del gobierno pasado, tuvo por ilegítima su institucion. Pero ¿con qué apoyo? Los poderes que trajeron de las juntas provinciales los constituyentes de la Central eran amplos é ilimitados. Estos poderes, á excepcion de alguno, se referian todos á la reunion, y no á la eleccion, de un gobierno central. En ninguno se prescribia la forma en que se debía instituir este gobierno. Fueron pues libres los diputados de las provincias de constituirse en la forma que estimasen mas conveniente, y cuando de la que adoptaron se pueda decir que era imperfecta, jamás se podrá decir que fué ilegítima.

Una ley de Partida, muy sabia, aunque no tanto acomodada á las circunstancias, deslumbra al Consejo, cuyo celo seria mas laudable si de ella no hubiese sacado tan sinistras consecuencias. Nosotros pues, que desde el principio hemos opinado, como el Consejo, por la formacion de una regencia de pocos, para dar al gobierno toda la union, actividad, vigor y secreto que las circunstancias requerian; nosotros, que con toda franqueza y desinteres esforzamos este dictamen ante el cuerpo de que éramos miembros, y produjimos en su apoyo la misma ley y los mismos fundamentos que después alegó el Consejo; nosotros, que nos expusimos á no pequeña odiosidad por la constancia con que insistimos siempre en esta opinion, bien tendremos ahora el derecho de decir que el Consejo á no entendido bien ó aplicó mal aquella ley, y el de rechazar un error que en las circunstancias del dia, en que nada importa tanto como consolidar y hacer respetable la autoridad de vuestra majestad, puede ser muy pernicioso.

La ley de Partida, señalando la forma en que se deben nombrar tutores para un rey niño, dice que verificada la vacante del trono, se deben reunir en la corte los prelados, grandes y hombres honrados de las ciudades, y nombrar una, tres ó cinco personas de las calidades que menudamente señala, para que gobiernen el reino á nombre del rey menor. La consecuencia, pues, que de esta ley nace no es que la Junta Central debió nombrar estas personas para el gobierno, sino que debió congregar las Cortes para que las nombrasen. Diga pues el Consejo de buena fe si cuando estaba dividido en trozos el ejercicio de la soberania, dislocado y mal seguro el gobierno interior, y no bien sosegada la primera inquietud de los pueblos; cuando se trataba de reunir las fuerzas que separadamente levantaban las provincias y de organizar un ejército que acabase de arrojar al enemigo de nuestras fronteras; cuando este enemigo, rabioso de ver batidos, rechazados á rendidos por todas partes sus ejércitos, hacia los mas poderosos esfuerzos para volver sobre su presa; cuando en medio de la mayor penuria de fondos era necesario vestir, armar, proveer y auxiliar á mas de ciento y cincuenta mil soldados; en fin, si cuando tantos y tan urgentes cuidados llamaban la atención de un gobierno que acababa de nacer, era la sazón oportuna para convocar al reino en cortes generales, para arreglar la nueva forma que las circunstancias de esta reunion requerian, para resolver las áridas cuestiones que ofrecia la ejercicio de tan gran designio, y para preparar los planes de reforma y mejoras que debian presentarse á una nacion que cansada ya de sufrir opresiones y abusos, solo suspiraba por la reforma de su constitucion y por la entera recuperacion de su libertad.

Dirá el Consejo que lo que en aquel caso pudieron hacer las Cortes, lo pudo hacer la Junta Central. Así es, y nosotros le concederemos, no solo que pudo, sino que debió hacerlo, porque tal fué siempre nuestra opinion. Pero inferir de aquí que por no haberlo hecho fué nulo cuanto hizo y ilegítima la autoridad que instituyó, es una consecuencia que hace tan poco honor á la lógica como á la buena fe del Consejo. Para la Junta Central, la necesidad de formar un gobierno de pocos no nacia de la disposicion de la ley, sino de la naturaleza de las circunstancias; no era una necesidad de derecho y justicia, sino de prudencia y política. La Junta abraza con plena y legítima autoridad, puesto que el Consejo le atribuye toda la que la ley atribuye á las Cortes. Podrá pues



decir que no adoptó la institucion mas perfecta, pero no que se constituyó ilegítimamente.

Por ventura si las Cortes, congregadas con aquel fin, hubiesen nombrado para el gobierno á los mismos diputados de las provincias, ó bien otra junta tan numerosa como la Central, ¿se podría decir que habian creado una autoridad ilegítima, solo porque se habian excedido del número señalado en la ley de Partida? Nuestra historia responderá á esta pregunta. Ella nos dice que las Cortes nunca se atuvieron al número señalado en aquella ley, por mas que alguna vez lo desearon. Nos dice que siempre regularon sus resoluciones por aquellas maximas de prudencia que dictaban las circunstancias. Nos dice que ya para emplear en el mando á los hombres de mérito, ya para temporizar con los poderosos aspirantes á él, ya para conciliar los partidos excitados por unos y otros, ó para condescender con los deseos de las provincias, ó en fin para organizar un gobierno (porque vale mas un gobierno imperfecto que una monstruosa anarquía), aumentaban mas ó menos el número de los tutores, y que alguna vez lo aumentaron en tanto grado, que el consejo de regencia nombrado por las cortes de 1590 para gobernar en la menor edad de Enrique III era mas numeroso aun que la Junta Central; lo que fué tanto mas notable, cuanto estaba á su frente un hombre que valia por todos: el ilustre infante de Antequera, tan celebre por sus virtudes como por sus victorias *a*.

Ni estas consideraciones de prudencia, que seguian en otro tiempo las Cortes, faltaron del todo á los vocales de la Junta Suprema que no opinaban por el nombramiento de una regencia de pocos. Temian que esta providencia desagradase á las juntas provinciales, que los habian nombrado para componer una junta central, y no para formar otro gobierno; y temian que se disgustasen los pueblos viendo volver sin mando á sus provincias á aquellos de cuyo celo tenian tan reciente experiencia en la activa y vigorosa conducta con que los sacaron de las garras del enemigo en su primera irrupcion; y cuando se hubiesen engañado en este concepto ó se hubiesen movido por razones ajenas de él, nunca se puede creer ni decir que miraban como ilegítima la constitucion que prefirieron.

No hemos molestado la atencion de vuestra majestad con tan prolifas reflexiones por obsequio del gobierno pasado, sino para que demostrando su legitimidad, se afiance mas y mas la de vuestra majestad, de quien tantos bienes se puede prometer la nacion. Cumpliendo pues este deber, rogamos á vuestra majestad oiga benignamente lo que se refiere á la defensa de nuestra reputacion personal.

Después de haber opinado el Consejo que los individuos de la Suprema Junta solo podian ser juzgados en comun por la nacion, y en particular por el tribunal que vuestra majestad nombra, era consiguiente que mientras la voz de la nacion ó de algun acusador no los llamase á juicio, los considerase á todos y cada uno de ellos en la plena posesion de su fama y libertad, y que toda medida que pudiese alterar una u otra fuese á sus ojos ofensiva é injusta. Pero si no miente la voz pública, el Consejo no pensó así, sino que creyó necesario que vuestra majestad tomase con ellos ciertas precauciones que seguramente son tan ajenas de prudencia como de justicia. Se nos ha asegurado que consultó á vuestra majestad, primero, que los individuos de la Junta Suprema podian volverse á sus provincias, y aunque no en calidad de arrestados, con obligacion de avisar el lugar de su residencia; precaucion que supone un destierro y equivale á una confinacion; segundo, que no pudiesen reunirse muchos en un punto; precaucion que supone una desconfianza de sus sentimientos y autoriza una sospecha contra su conducta; tercero, que aunque podrian mudar de residencia, no se les debia permitir pasar á la América, y esta precaucion contiene un verdadero despojo de su libertad.

Cuando el Consejo dictaba á vuestra majestad semejantes medidas, tal vez no previó que con ellas iba á excitar los peligros contra nuestra seguridad y las sombras sobre nuestra reputacion, de que ya nos hallamos rodeados, y que nos regirán á todas partes, si la poderosa mano de vuestra majestad no las disipa. Que volvamos á nuestras provincias, cuando las mas de ellas se hallan invadidas ó amenazadas por los satélites del enemigo! Que determinemos nuestra residencia, cuando no hay alguna que no sea incierta, ninguna que esté libre de los peligros de la guerra! Que no nos renuntemos muchos en un punto, cuando hay tan pocos en que buscar seguridad, y cuando la pobreza y desamparo de

unos solo podrá hallar socorro y consuelo en la amistad y caridad de los otros! Y en fin, ¿que no podamos pasar á América, cuando la suerte de las armas vacila, y cuando puede no quedar otro asilo en el continente á los que proscriptos y perseguidos por el tirano, aspiren al consuelo de morir en su patria! Y esto contra todos! Y esto sin excepcion ninguna! Y esto sin la menor consideracion á la edad, al estado, al carácter, á los servicios ni á la reputacion de tantos dignos individuos como se hallaban en el seno de la Junta!

No servirán para disculpar tales precauciones las calumnias inventadas en Sevilla y difundidas en Cádiz contra nosotros; porque ¿quién conocia mejor que el Consejo su origen y sus autores, ó á quién eran mas manifiestos los agentes que las propagaban y los torpes fines á que se dirigian? ¿Acusar de infidelidad á un cuerpo entero y tan numeroso; á un cuerpo escogido en todas las provincias por su amor á la patria; á un cuerpo cuyos individuos se habian ofrecido á la proscripcion y á la muerte por defenderla; á un cuerpo, en fin, en que la noion de todos era posible para el bien, pero imposible para el mal! Acusar de robos y conusiones á tantas y tan caracterizadas personas; á los que habian abandonado su fortuna y existencia á la codicia y al odio de los bárbaros; á los que acababan de publicar la inversion de los fondos que habian venido á sus manos; á los que convocaban la nacion, para darle cuenta exacta de ellos y de su administracion; en fin, á los que acababan de dar tan ilustre ejemplo de desinterés, resignando el gobierno en otras manos, y retirándose pobres y desolados, sin pretension ni esperanza de otra recompensa que la de la publica estimacion!

Señor, si la defensa no fuese necesaria contra tan groseras calumnias, nos contentariamos con invocar á vuestro favor el testimonio de vuestra majestad, que tiene en su mano las actas de todos nuestros decretos y providencias, y todos los documentos y noticias en que está consignada nuestra conducta. Invocaríamos á los ministros que vuestra majestad tiene á su lado y en su mismo seno, y que fueron ejecutores de aquellas providencias y continuos testigos del celo y pureza de intencion que las dictaron. Invocaríamos el testimonio del mismo Consejo, cuyos individuos, colocados á nuestro lado, ya por su ministerio, ya por los negocios que trataron, ya por antiguas relaciones de trato y comunicacion, conocen el carácter y sentimientos de la mayor parte de nosotros. Invocaríamos, en fin, el testimonio de la nacion entera, pues que serán muy pocos entre nosotros los que por sus anteriores destinos y servicios, su conducta publica ó su reputacion personal, no sean conocidos en las provincias, muy pocos que no lo sean, no solo como superiores á tan indignas calumnias, sino como libres de toda nota y censura individual y muy acreedores á la estimacion publica.

Bien conocemos que pudieron mover también al Consejo las misteriosas deliberaciones y los pasos oliciosos de la junta de Cádiz, pero en nada será menos disculpable que en haber temporizado con ella. Porque ¿quién conocia mejor la falta de autoridad con que aquella junta se entrometia á censurar la conducta del ultimo gobierno, y la falta de consideracion con que abrigando los susurros de la calumnia y los dicharachos de sus fautores, solicitaba providencias extensivas á todos sus individuos? Que las promoviese contra algun individuo particular, si para ello tenia motivo justo, pndo ser un efecto de celo; pero que una junta erigida para el armamento y defensa de la plaza de Cádiz, con un objeto tan determinado, en un distrito tan reducido y sin ninguna representacion para el resto del reino, se mezclase en los negocios del Gobierno y se arrogase tan extraordinaria autoridad, es una especie de atentado cuya temeridad y ligereza solo se pueden comparar con la atrocidad de su injusticia.

Por último, Señor, no disculpará las extrañas precauciones dictadas á vuestra majestad por el Consejo, el que todos los individuos de la Suprema Junta seamos responsables á la nacion de nuestra conducta, porque esta responsabilidad es una obligacion, no es un cargo; porque ella supone la accion, pero no supone la culpa. El gobierno mas justo y virtuoso es responsable á la sociedad de sus operaciones, sin que del exámen de su conducta pueda resultarle mas que gloria y alabanza. Esta responsabilidad alcanza á todas las autoridades del reino, y alcanza al Consejo mismo, sin que de aqui se infera la necesidad de anticipar medidas para asegurarla. Cuando la nacion se congrege, todo poder, toda autoridad le será sometida, todas las injusticias serán juzgadas por ella, y los que compusieron la Junta Suprema, como los demás instrumentos del Gobierno, aparecerán en este juicio universal con

(a) Véase la nota cuarta, al fin de los apéndices.

aquella seguridad ó aquel temor que preste á cada uno el testimonio de su conciencia.

Y ¿qué cuerpo se presentará con mas confianza ante aquella augusta asamblea, que el que habia resuelto congregarla, consagrado ocho meses de continuo estudio y tareas á su preparacion, llamado en torno de si y buscado las luces y el consejo de tantas personas de talento, experiencia y celo publico, para hacerla mas fructuosa, y en fin, convocádola para depositar en ella su autoridad, dándole cuenta de su administracion y someterla á su supremo examen? ¿Que el que habia acordado reunirlos, no en la forma arbitraria e imperfecta que imagino el Consejo, sino en la que conciliaba mejor nuestras antiguas instituciones con sus derechos imprescriptibles, con unos derechos que nunca pudo perder, y que por decirlo así, acababa de reconquistar? Que el que habia extendido el derecho de representacion á todas las clases del Estado y á todos los padres de familia del reino? Que el que no solo habia preservado, sino mejorado, la representacion del clero y nobleza, reuniendo todos los prelados y todos los grandes en un solo estamento, para hacerle medianero entre el pueblo y el Soberano, y darle mas fuerzas, así contra los enemigos de la libertad como contra los de la constitucion? Que aquel, en fin, que antes de resignar su autoridad exigió de vuestra majestad el solemne juramento de verificar, cuanto antes fuese posible, esta gloriosa reunion, que el no tuvo la dicha de ver realizada? ¡Ojalá, Señor, que el dia suspirado para ella amanezca cuanto antes! Entonces examinando la conducta de la Junta Central, hallará tal vez en ella errores y defectos, porque se componia de hombres, y no de ángeles, pero ciertamente no hallará manchas ni delitos, porque se componia de hombres honrados y celosos patriotas. Entonces sus verdaderos amigos, los que habemos consagrado á su bien y su gloria nuestras cortos talentos y nuestras largas vigilias; los que habemos sacrificado nuestra salud, nuestra fortuna y nuestro reposo por defender su libertad, en vez del premio de amargura y de infamia que nos prepararon nuestros enemigos, hallaremos aquella recompensa de aprecio y gratitud publica, que es la única que basta á las almas nobles, y que si no tenemos la dicha de gozarla en nuestros dias, no podrá faltar á nuestra memoria y nuestras cenizas.

Vuestra majestad, Señor, no podrá extrañar la amargura de nuestra queja cuando haya sabido las nuevas humillaciones y atropellamientos que nos ha hecho sufrir la junta superior de este reino, dispuestos sin duda á propósito para agravar nuestra injuria y hacer mas vergonzosa nuestra situacion. Nosotros los miramos como un efecto necesario de las maquinaciones fraguadas en Sevilla, fomentadas en Cádiz, abrigadas por aquella junta superior, y no combatidas ni disipadas por el Consejo; y por lo mismo que no estamos distantes de atinar con la inspiracion que las extendió desde allá, y con la que aqui las acogió y dió valor y estímulo, no podemos dejar de referirlas á aquel monstruoso y depravado origen. Cuando faltara otra prueba de ello, cuando no lo fuese muy evidente la injusta detencion y arresto de nuestros inocentes compañeros en el Ferrol, despues del vergonzoso espectáculo á que fueron expuestos en la bahía de Cádiz, lo convenceria la naturaleza misma de la violencia ejercitada con nosotros. ¿Por qué levantar pesquisas y procedimientos contra dos hombres públicos, arrojados aqui por el naufragio, y solo detenidos por la noticia de hallarse sus casas y bienes ocupados por los barbaros; contra dos consejeros de Estado, conocidos aqui, como en el resto de España, no solo por las altas funciones que acababan de ejercer, sino tambien por su carácter personal y sus pasados servicios, destinos y conducta?... ¿Y para que? Para recoger unos pasaportes que hubieramos exhibido á cualquiera que los pidiese, y que no presentamos porque nadie los pidió, y porque no siendo este nuestro destino, nos pareció bastante avisar, como avisamos, de nuestra arribada al capitán general del reino... ¿Y para qué? Para reconocer y recoger nuestros papeles... ¿Y cómo? Por medio de una comision confiada á un militar, acompañada de asesor y escribano, escoltada con tropa y asistida de todo el aparato de la justicia y de la fuerza con que son investigados los delitos y perseguidos los delinquentes. Cinco dias há, Señor, cuando esto escribimos, que se halla aqui esta comision, sin haber determinado cosa alguna sobre las vigorosas protestas que hemos opuesto á tan violento atentado, y mientras que la junta superior de este reino decide sobre nuestra suerte, nuestro honor, nuestra reputacion, y acaso nuestra existencia, se hallan comprometidos y arriesgados. Porque ¿qué juzgará este pueblo, qué todo el reino de Galicia, donde nuestro atropellamiento va resonando ahora, de dos hombres contra quienes se

procede tan escandalosamente, y de un procedimiento que emplea por el despojo de sus papeles, de su propiedad mas sagrada, de la que está mas enlazarada con su probidad y sus sentimientos? ¿Acaso la junta de Galicia quiere renovar las escandalosas escenas con que el autor de los males públicos adugió á la nacion en otro tiempo?

Señor, este tiempo, el tiempo de la tiranía debe haber pasado ya, y no debe volver para España, ni suceder á él una época de anarquía y desorden, que le fuera todavia mas funesta. Si nosotros resignamos en vuestra majestad el ejercicio del poder soberano, que nos habian confiado las provincias, fué para que le pudiese ejercer sobre toda la nacion con mas vigor y severidad, no para que las juntas provinciales le menguasen ó posesen en duda. Si tal se permitiese, no sería menester que los barbaros destruyeran la nacion; ella perecería por sus propias manos. Esto es, Señor, lo que nos aqueja, esto lo que da mas fuerza á nuestra voz, no la humillacion y violencia que personalmente nos oprime. Aunque acostumbrados á sufrir injusticias y ultrajes por el abuso del poder supremo; aunque pobres, desamparados, sin hogar ni refugio en nuestra patria; aunque condenados al desprecio, á la proscripcion y á la muerte por su perdido tirano, nada nos allige tanto como el ver deshonrada y despreciada en nosotros la soberana autoridad de vuestra majestad. Dignese pues vuestra majestad de volver por ella, volviendo por nuestra causa; dignese de vengar sus ultrajes en los nuestros; dignese de cubrir nuestro honor con el escudo de su autoridad, y de escarmentar á los que le ofenden con la espada de su justicia, y no guarde vuestra majestad por mas tiempo un silencio, que si es muy funesto para nosotros, lo puede ser mucho mas para esta nacion generosa, que de su justo y rigido gobierno se debe prometer su libertad y su gloria. Muros, 29 de marzo de 1810.—Señor.—*Gaspar de Jovellanos.—El marques de Campo-Sagrado.*

#### Resolucion.

Excelentísimo señor: Con esta fecha comuniqué al capitán general de Galicia la real resolucion siguiente:

«El consejo de regencia de España é Indias se ha enterado de los atropellamientos que el señor don Gaspar de Jovellanos y el marques de Campo-Sagrado han sufrido en Muros de Noya por el coronel don Juan Felipe Osorio, comisionado de la junta provincial de Santiago para ejecutar una orden de la superior de ese reino. En su vista, ha tenido á bien reprobare su majestad la conducta observada por la Junta y por Osorio, pues ni aquella debió mandar procedimientos ilegales, ni Osorio faltar en la ejecucion á los actos que exige la atencion y previene el derecho con respecto á las personas de las circunstancias del señor Jovellanos y Campo-Sagrado. Lo participo á vuecelencia de real orden para su noticia, y que haga saber esta soberana resolucion á los referidos interesados, á la junta superior de ese reino, á la de Santiago y al coronel Osorio.»

De la misma real orden lo traslado á vuecelencia para su inteligencia y satisfaccion. Dios guarde á vuecelencia muchos años. Isla real de Leon, 27 de abril de 1810.—*Nicolás María de Sierra.*—Señor don Gaspar de Jovellanos.

## NÚMERO XXV.

### RESOLUCION DEL EXPEDIENTE DE REGISTRO.

Por el señor secretario del despacho de Gracia y Justicia se ha pasado al primero de Estado la real orden siguiente:

«Excelentísimo señor: Sin embargo de que jamás se persuadió el consejo de Regencia que no habiendo manejado caudales públicos los vocales de la Junta Central que estaban á bordo de la fragata Cornelia en el mes de febrero de este año, pudieran haber oculto en sus equipajes las cantidades que se denunciaron al Gobierno, entendió su majestad que convenia no desatender desde luego la delacion, sino, por el contrario, tratar de averiguar lo cierto por el orden y medios legales, para que el público no aventurase conceptos equivocados, y pudiesen acrisolar el suyo los citados vocales. En su virtud, se remitió la delacion al tribunal de policía y seguridad pública, con orden de que se procediese á la formacion de la competente causa y al mas esmeroso registro de los equipajes de aquellos; todo lo cual se cumplió, constando en el expediente que los vocales embarcados en dicha fra-



gata eran el conde de Gimonde, el vizconde de Quintanilla, don Lorenzo Bonifaz, don Sebastian Jocano, don Francisco Castanedo y don José García de la Torre; que la delación dada por don Francisco de Noceda de que tenían como trescientos baules de oro y plata era calumniosa; que según declaraciones de varios individuos empleados en la fragata, los baules eran de ratore a quince y algunos cajones, y su peso arreglado al tamaño; y que como siete u ocho se habían trasbordado, igualmente que el señor don Gaspar de Jovellanos y el marqués de Campo-Sagrado, al bergantín mercante Nuestra Señora de Covadonga; que habiéndose procedido al reconocimiento de los baules, se halló en uno de Bonifaz como dos mil quinientos reales en dinero, en otro de Jocano como cuatro mil, en otro de García de la Torre cuarenta y seis mil en monedas de oro; y en uno de Quintanilla dos mil reales y en una petaca varias piezas de plata antiguas; en otro de doña Antonia Coca, hermana política del anterior, varias piezas de una vajilla antigua; que en otro de Castanedo había tres talegos con dinero, como unos sesenta mil reales en pesos fuertes y plata menuda, expresando que tenía en esta cantidad la mayor parte don José Cevallos, vecino de Almagro, su hermano político; que en otro baul del conde de Gimonde como diez y ocho cubiertos de plata; en otro de un familiar de Castanedo dos talegos, uno con ocho mil y otro con veinte y dos mil reales, propios que dijo eran de don Antonio Bustamante, racionero de Jaén, que se hallaba presente; que al concluirse esta diligencia entregaron los vocales un memorial pidiendo que se les oyese en justicia contra el delator; que el referido tribunal de policía, en vista de todo, consultó que reservando su derecho a los individuos de la Junta Central, se les manifestase que la opinión pública y las circunstancias actuales exigían las providencias que fueron acordadas; que se hiciese público el resultado de la sumaria, imponiendo silencio a los delatores; que se apercibiese a don Francisco Noceda, que fué el delator, se abstuviese en lo sucesivo de suplantar especies desnudas de fundamento sólido, y lo mismo al contador de la fragata Cornelia, don José María Croquer, en cuya presencia, así como en la de Noceda, se procedió al reconocimiento; que habiéndose dado cuenta de todo esto a su majestad, lo mandó pasar al Consejo para que consultase la providencia que debería darse en justicia contra los delatores y el modo de desagrar a los sujetos tan falsamente calumniados; pero el Consejo únicamente consultó, conformándose con el dictamen fiscal, que para que tuviese efecto la soberana voluntad era necesario dar á la causa otro estado diferente, y tal que pudiese dar margen á una providencia capaz de indemnizar el honor ultrajado de los interesados y castigar la falta de precaución ó ligereza de los delatores, pues no resultando aun plenamente convencidos estos de su malicia, de ninguna manera debían tenerse por reos, mayormente cuando no se les habían tomado declaraciones por preguntas de inquirir, ni se les habían hecho los cargos correspondientes, como lo había reconocido el propio tribunal de seguridad; creyendo por lo mismo el Consejo que en este negocio era importante se administrase rigurosa justicia, y que no teniendo para ello estado la causa, se podía devolver al tribunal de seguridad para que, sustanciándola legalmente, la determinara según derecho; que habiéndose conformado su majestad con este dictamen, se pasó efectivamente la causa á dicho tribunal, y posteriormente á la real audiencia de Sevilla, subrogada en lugar de aquel, y en donde dando curso al proceso, conforme á lo resuelto por su majestad, á consulta del Consejo, después de oído el fiscal, se mandó conferir traslado á los interesados, que es el estado en que se halla. En él han ocurrido los interesados, exponiendo que no aspiran al castigo de los calumniadores, y si solo á que se desagrar su honor y se haga pública su pureza de conducta y su inocencia. Y habiéndose conformado su majestad con tan moderada solicitud, ha resuelto que pase á vueseñencia, como lo ejecuto, una minuta de lo que resulte del referido expediente, para que se publique en la Gaceta. Dios guarde á vueseñencia muchos años. Cádiz, 10 de agosto de 1810. — Nicolás María de Sierra. — Señor secretario de Estado y del Despacho. (Suplemento á la Gaceta de la Regencia del martes 14 de agosto de 1810.)

## NÚMERO XXVI.

## RESUMEN DE LOS SERVICIOS Y PERSECUCIONES DEL AUTOR.

## Lista de servicios y persecuciones de don Gaspar de Jovellanos.

En 29 de noviembre de 1767 fui nombrado alcalde del crimen de la real audiencia de Sevilla, y promovido después á oidor de la misma audiencia, desempeñé estos cargos hasta octubre de 1778. Fui entonces nombrado alcalde de casa y corte, y ejercí aquel empleo hasta el de 1780.

Promovido al real consejo de las Ordenes militares y armado caballero de la de Alcántara, tomé posesion de mi plaza en julio del mismo año.

En 1778 había sido nombrado individuo de la sociedad patriótica de Madrid y de la real academia de la Historia, y en 1781 fui admitido en la real academia Española y nombrado académico de honor, y después consiliario de la de las Nobles Artes, y concurri con frecuencia y aplicación á los trabajos de estos ilustres cuerpos.

En 1782 hice, en virtud de real orden, la visita del real convento de San Marcos de Leon, de la órden de Santiago, cuya nueva biblioteca fundé y cuyo archivo hice arreglar.

En el mismo año pasé, de real orden, al principado de Asturias, con encargo de disponer el señalamiento, apertura y construccion de un camino de cinco leguas desde el puerto de Gijon hasta la ciudad de Oviedo. Reconoci y señalé la linea é hice levantar el plano del camino y sus obras, noobree una junta y formé la correspondiente instruccion para la direccion de ellas; en 18 de setiembre coloqué la primera piedra de la puerta que da entrada á Gijon, y dando principio á los trabajos por sus dos puntos extremos, continuaron sin interrupcion hasta quedar concluida una hermosa y solida carretera, con tres puentes, tres fuentes, muchos murallones de reten y otras obras de comodidad y ornato.

En 1785, después de informar al Gobierno sobre la continuacion del mismo camino hasta la ciudad de Leon y sobre la necesidad de abrir otros dos por los puntos de Leitiriegos y Ventaniella, para dar á los concejos de oriente y poniente de Asturias comunicacion con Castilla, formé, de real orden, una instruccion general para la direccion, construccion, conservacion y adorno de aquellos y otros caminos, cuenta y razon de los fondos destinados á ellos, establecimiento de peones camineros, casas de posta, posadas, portazgos, pontazgos y demás relativo á su objeto.

En el mismo año fui nombrado ministro de la suprema junta de Comercio, Moneda y Minas, al despacho de cuyos negocios asistí con asiduidad mientras residí en Madrid.

En 1789 fui nombrado por su majestad para visitar el colegio militar de la órden de Calatrava en la universidad de Salamanca, y arreglar su disciplina interior y estudios; cuya comision desempeñé desde abril hasta agosto de 1790.

Al mismo tiempo fui encargado de disponer la construccion de un nuevo colegio para mi órden de Alcántara. Obtenido el terreno y señalado el sitio por el ilustre ayuntamiento de Salamanca, llamé un arquitecto de Madrid, que levantó el plan de un hermoso edificio; formé la junta que debía entender en la direccion de la obra, y le deje la correspondiente instruccion impresa; hice la solemne colocacion de su primera piedra y se dió principio á los trabajos; pero ruines intrigas de una comunidad vecina, poderosamente protegidas en la corte, lograron embargarlos, y privaron al colegio de una decorosa y cómoda morada y á la ciudad de Salamanca de uno de sus mejores ornatos.

Al mismo tiempo fui tambien encargado de arreglar el antiguo archívo del convento de comendadoras de Sancti-Spiritus, de la órden de Santiago, en la misma ciudad, y con arreglo á una instruccion que hice imprimir á este fin, fué desempeñado este trabajo por don José Acebedo Villaroel, y quedó aquel archivo bien preservado y ordenado, con los extractos é índices correspondientes.

El año anterior de 1789, después de haber informado al Gobierno, en virtud de real orden, expedida por el ministerio de Marina, sobre las ventajas que podia producir á la nacion el cultivo de las minas del carbon de piedra de Asturias, había sido nombrado tambien por su majestad, á propuesta de la suprema junta de Estado, para pasar á aquel principado á examinar el estado de dichas minas, con el encargo de proponer al Gobierno cuanto es-

timase conducente para dar á este ramo de comercio interior y exterior todo el impulso y extension posible, cuya comision reservé para despues de cumplida la de Salamanca. Pero vuelto á Madrid, en agosto de 1790, para dar cuenta al Consejo de la visita del colegio de Calatrava, una intriga de corte trato de hacerme salir de allí. El motivo fué entonces bien conocido. Habia empezado la cruel persecucion que el ministro Lerena excitó contra el conde de Cabarrus, haciendole encerrar en el castillo de Batres, y sin duda ofendia en Madrid la presencia del que era contado entre sus mejores amigos. En la noche del soleado dia de San Luis me hallé con una real orden, en que, suponiéndose que habia abandonado la comision de la visita y vuelto á Madrid sin permiso de su majestad, se me mandaba que inmediatamente me restituyese á Salamanca. Contesté en la misma noche, demostrando, con la orden del Consejo, que, lejos de abandonar mi comision, concluida ya, habia vuelto á dar cuenta en él de la visita y del plan de estudios formado para el arreglo del colegio de Calatrava, y con la real licencia, expedida por el ministerio de Marina, de donde dimanaba la comision de Asturias, que no habia vuelto sin permiso. Desembuelta que fué la impostura, se revocó la orden, pero se me previno que, dado que hubiese cuenta de mi primera comision, pasase inmediatamente á Asturias á desempeñar la segunda. Así lo cumplí, habiendo obtenido antes la aprobacion de la visita y todos sus autos, y la del plan de estudios, que fué mandado llevar á ejecucion.

Convencido por este incidente de que no se me queria en la corte y de que la última orden era un honesto destierro de ella, y no descontento de ir á vivir en mi casa y á trabajar en beneficio de la nacion, pasé á Asturias en setiembre inmediato, y desde luego emprendí la visita de todas las minas del carbon de piedra que se cultivaban en sus diferentes concejos, reconocí su situacion, anchura, calidad de sus carbonos, facilidad de su saca y transporte, sus precios al pié de la mina y puntos de extraccion, fletes de conduccion por mar, objetos y puntos de consumo interior y exterior, con lo demás necesario al buen desempeño de mi encargo.

Tomada esta instruccion de hecho, y leidos con cuidado los tratados de monsieur Morand, sobre el arte de beneficiar las minas de carbon fósil, y de monsieur Venel, sobre su aplicacion á los usos domesticos é industriales, dirigí mi Informe al Gobierno, en mayo de 1791, en diferentes memorias. En la primera di una idea general y exacta de la riqueza y favorable situacion de las carboneras de Asturias y de las muchas y grandes ventajas que podia sacar la nacion de su cultivo y comercio, y procure llamar la atencion del Gobierno á tan importante objeto, proponiendo los medios que me parecieron mas oportunos para dar el mayor impulso á este ramo de industria interior y de comercio activo de España. En la segunda satisface á una representacion remitida á mi Informe del director general de Minas, don Francisco Angulo, que pretendia que las minas de carbon pertenecian á la corona, contra lo declarado por real cédula de 25 de diciembre si no me engaña mi memoria) de 1789, expedida en virtud de mi primer informe. Desvaneci los argumentos de Angulo, aseguré la propiedad de las minas á los dueños de las tierras en que se hallan, con lo que la real cédula de 89 fué confirmada por otra de agosto de 1792. En la tercera propuse la abertura de un camino breve y cómodo desde las minas de Langreo, que son las mejores y mas abundantes de Asturias, al puerto de Gijón, para facilitar y abaratar la conduccion de los carbonos y de fomentar su exportacion y comercio exterior. En la cuarta expuse la necesidad de fomentar en Asturias el estudio de la mineralogia, para aprovechar mejor estas y otras diferentes minas, de que abunda aquel pais, y á este fin la de establecer allí la ensenanza de las matemáticas físicas, y propuse la combinacion de esta ensenanza con la de las ciencias náuticas, mandada establecer en Gijón, como puerto habilitado para el comercio libre. En la quinta y sexta propuse los medios de costear el camino y dotar la ensenanza ya indicada, y en la sétima las providencias y estímulos que convenian para fomentar la exportacion marítima de los carbonos y eriar una abundante marina carbonera, que diese el mayor impulso á este objeto y produjese las grandes ventajas que habia logrado sacar la sábia economia de los ingleses en el tráfico de sus carbonos.

En el mismo año de 1791, despues de remitidas mis memorias, pasé, de real orden, á visitar los colegios militares de Santiago y Alcantara de la universidad de Salamanca; verifiqué su visita, arreglé su disciplina interior, apliqué á entrambos el plan de estudios que habia formado el año anterior; y aprobadas mis providencias por su majestad, á consulta del real consejo de las

Ordenes, me restituí á Asturias á esperar la resolucion sobre las proposiciones contenidas en mis memorias, segun se me prevenia en la real orden.

En 1792 fui nombrado subdelegado general de caminos en el principado de Asturias, y desde luego informé y propuse al superintendente general de este ramo cuanto era necesario para la continuacion de la carretera de Asturias á Leon, dando una amplia idea de las ventajas que esta comunicacion prometia para el comercio de las dos provincias.

En noviembre de 1795 se me mandó medir la distancia del camino desde el punto en que estaba construido hasta la altura que divide las vertientes y señala el limite meridional del Principado, y asistido de buenos arquitectos, verifiqué la medida y la nivelacion de la pendiente de dicha altura hasta el lugar de Puente los Fierros, que está en lo inferior de su falda, é hice formar el plan y calculo de sus obras, que dirigí, con mi Informe, á la Superintendencia General.

En el mismo año, aprobado el establecimiento de la ensenanza arriba indicada, formé el plan del real Instituto Asturiano y la ordenanza provisional en que se prescribia el orden y método de su gobierno, disciplina y estudios; y aprobado todo por su majestad, y removidos diferentes obstáculos que se oponian á la ejecucion, verifiqué la solemne instalacion de aquel establecimiento y la apertura de sus estudios el 7 de enero de 1791, en la forma que consta de la noticia del real Instituto Asturiano, que bajo la proteccion de nuestro deseado rey, entonces principe de Asturias, di á luz en el mismo año. A la ensenanza de las matemáticas puras, cosmografia y navegacion, lenguas y dibujo natural y científico, agregue en 1796 la de humanidades castellanas, en un plan que abrazaba, no solo los principios de gramática general, propiedad de la lengua, poética y retorica castellana, sino tambien los de dialéctica y parte de lógica que pertenecen á ella. Y como yo hubiese fundado anteriormente en Gijón, por encargo y como heredero fiduciario de don Fernando Moran Lavandera, abad de Santa Floridia, una escuela gratuita de primeras letras para niños pobres, propuse á su majestad la incorporacion de esta escuela con el real Instituto, aunque sin confundir sus rentas, para completar así el plan de estudios de tan útil establecimiento.

En 1797, despues de haber instalado la ya dicha ensenanza de humanidades castellanas, recibí dos reales órdenes, expedidas por los ministerios de Estado y Marina. En la primera, aprobando los arbitrios que, de acuerdo con la diputacion general del Principado, habia yo propuesto para continuar el importante camino de Leon, se me mandaba ya dar principio á sus obras. Por la segunda, que pasase reservadamente á reconocer el estado de los montes de Espinosa y fabricacion de carbonos en la Cabada y el de la mina de hierro en Jarrezuela, en Vizcaya, destinada para el mismo establecimiento, y con remision de un voluminoso expediente, formado en la via reservada de Marina, se me mandaba informar sobre una muchedumbre de recursos y quejas, así de los pueblos de Espinosa, acerca de los perjuicios causados por las cortas de leñas y maderas de aquellas montes, como del señorío de Vizcaya, que pretendia ser contra sus fueros la adjudicacion hecha á su majestad de aquella mina para las dichas fundiciones de la Cabada.

Deseoso de reunir el desempeño de ambos encargos, salí de Gijón, acompañado de dos arquitectos, al punto en que concluan las últimas obras del camino; hice señalar, medir y dividir por trozos la porcion de línea que debia construirse, para su continuacion, y dejando á los arquitectos trabajando el plan particular para las obras de cada trozo, y sus cálculos, á fin de proceder á su remate, me trasladé á la ciudad de Leon. Allí, conferenciando privadamente con los regidores y personero del conde de Leon, les expose y demostre las ventajas que hallaria aquel reino, si adoptando los mismos arbitrios que Asturias, promoviesen ante su majestad, no solo la construccion de la parte de carretera perteneciente á su distrito, sino tambien su extension hasta Toro, Zamora, Salamanca y Ciudad Rodrigo; idea que fué admitida por el ayuntamiento de Leon, y propuesta y aprobada por su majestad.

Desde allí, tomando el pretexto de un viaje de placer y curiosidad, mientras mis arquitectos desempeñaban su trabajo, emprendí mi camino por la falda meridional de las montañas de Leon y Burgos, hasta llegar á la raya de Francia, volviendo por la costa de Cantabria hasta Santander, doblando despues á la Cabada y saliendo otra vez por Villa-Carriedo y Torre la Vega á Reinos. En esta comision, no solo reconocí y pisé todos los puntos relativos é ella, sino tambien las diferentes fábricas de clavazon, de



anelas y palanquetas que hay en aquella costa, y los hornos de cementación, fundierías y otros establecimientos de esta clase, y el de Jarrezuela y las riquísimas minas de Somorostro, para poder informar al Gobierno con mas conocimiento, como lo hice en el mismo año, estando ya en el Ezeorial; debiendo prevenir que para costear mis viajes y desempeñar tantos encargos, ni yo pedi, ni el Gobierno me dió, la menor gratificación ni ayuda de costa.

Vuelto al punto en que se hallaban mis arquitectos concluyendo su trabajo, un capricho de la corte me separó de tan agradables y provechosas ocupaciones. Nombroseme entonces para pasar a Rusia con el carácter de embajador, que por primera vez se señaló al ministro plenipotenciario de España á aquella corte; pero á cosa de un mes despues recibí otra real orden, en que se me llamaba á Madrid para servir el ministerio de Gracia y Justicia. Estaba yo entonces ocupado en otra empresa, encargada tambien por el Gobierno, y era la de construir un edificio para el real Instituto Asturiano que ocupaba provisionalmente una casa propia de mi familia, que mi hermano habia franqueado á este fin. Quise antes de partir dejar emprendida esta importante obra; señalé y demarqué su sitio, dejé acopiados muchos materiales con las instrucciones convenientes á la ejecución del plan, formado por un arquitecto de la real academia de San Fernando, y habiendolo colocado solemnemente la piedra angular del nuevo edificio en el día 12 de noviembre, emprendí mi viaje á la corte.

En agosto de 1798, exonerado del ministerio de Gracia y Justicia, fui nombrado consejero de Estado y se me mandó volver á Asturias y continuar en el desempeño de mis primeras comisiones; es decir, á mi antiguo, honesto y suspirado destierro.

En 1799 agregué á la enseñanza del real Instituto una cátedra de geografia histórica, cuya dotación habia hecho su majestad en el año anterior, nombrando para servirla al vizeconde de Nais, y en consecuencia, abrí solemnemente esta nueva enseñanza.

En 1800 hice la solemne apertura de la enseñanza de física experimental, y en principios de 1801 la de los elementos de química.

En la madrugada del 15 de marzo de 1801 fui sorprendido en mi cama por el regente de la audiencia de Asturias, que, á consecuencia de real orden, ocupó todos mis papeles, sin otra excepción que los del archivo de mi familia. Fué sellada mi librería, cuyo escrutinio se hizo posteriormente por un oidor de la misma audiencia; fui separado de toda comunicacion aun con mis criados, y antes de amanecer el siguiente día fui sacado de mi casa, y con la escolta de la tropa que la rodeaba, conducido á Leon; allí, recluso por diez dias en el convento de San Froilan; de allí llevado, en medio de una partida de caballería, hasta Barcelona y recluso en el convento de la Merced; desde allí embarcado en el correo de Mallorca y conducido á Palma, y desde allí llevado inmediatamente á la cartuja de Jesus Nazareno, sita á tres leguas de la capital, en el valle de Valdemuza, adonde llegué el 18 de abril á las tres de la tarde.

Las órdenes dadas á este fin (ninguna de las cuales se entendió directamente conmigo) eran de que viviese recluso en la clausura de aquel monasterio y privado de comunicacion exterior; y pues que no se señalaba plazo ni término á esta pena, es claro que iba á sufrirla por toda mi vida. Hallándome pues con tintero á la mano, formé la representación que, con fecha 24 de abril (Apéndice, número III), hice dirigir á mi buen amigo don Juan Arias de Saavedra. Habia ofrecido el marqués de Valdecarzana, mi primo, ponerla en manos del Rey; llegada que fué, no se atrevió á presentarla, y como Arias de Saavedra hubiese salido ya desterrado á Sigüenza, tampoco pudo proporcionar su entrega.

Sabido esto, formé la representación de 8 de octubre siguiente, á incluyendo copia de la anterior, las dirigí á Gijón al presbitero don José Sampil, mi capellan, que se habia ofrecido á venir á Madrid para ponerla en manos del Rey. Hubo de traslucirse el designio de su viaje; partieron dos postas, una al camino de Leon y otra á Sigüenza, en busca de Sampil; no dieron con él; pero al entrar en Madrid fue sorprendido con las representaciones por los esbirros del juez de policía Marquina, arrestado en la cárcel de Corona, oprimido allí con molestos interrogatorios y amenazas por espacio de siete meses, y al fin llevado por alguaciles á Asturias y confinado á la capital, con obligacion de presentarse diariamente al Obispo, y sin poder hacerlo en su casa ni en la mia.

Casi al mismo tiempo era arrestado en Barcelona, por el regente de la audiencia, don Antonio Arango, mayordomo de mi buen amigo el marqués de Campo-Sagrado, sin otro motivo que haberse hallado entre los papeles de Sampil una carta suya indiferente,

Pero amistosa, y solo por la simple sospecha de que siendo yo amigo de su amo, y el de Sampil, podia haber tenido parte en el envío de las representaciones. Sufrió Arango en Barcelona por espacio de ciento veinte y nueve dias las mismas molestias y vejaciones que Sampil en Madrid, y no resultando el menor indicio que confirmase tan vana y cavilosa sospecha, fué puesto en libertad.

Pero el autor de las representaciones era yo, y en mí fué castigado con mayor rigor el enorme delito de haber reclamado en ellas la justicia del Rey. El 5 de mayo de 1802 el sargento mayor de dragones don Francisco del Toro vino á arrancarme de la tranquila y santa reclusion en que estaba, y me trasladó al castillo de Bellver, situado en un alto cerro, á cosa de media legua al poniente de Palma. El rigor y estrechez del encierro que sufrí allí se pueden ver en la consigna dada para mi custodia por el gobernador del castillo (Apéndice, número III), segun las órdenes del Capitan General, que fueron cumplidas á la letra, y *ultra*.

El viaje de los reyes padres á Barcelona en aquel verano, para celebrar el matrimonio de los desgraciados principes de Asturias, me hizo esperar que a lo menos se mitigaria algun tanto el rigor de mi encierro, pero sucedió lo contrario. En el solemne día 14 de octubre, destinado para celebrar el cumpleaños y las bodas del Principe y para derramar con profusion las gracias que alcanzaron á los mas infelices delinquentes, y al mismo tiempo en las salvas de la plaza y las banderas de los buques empavesados anunciaban tan grande celebridad y alegría, un nuevo destacamento de distinta tropa subia el cerro para relevar el antiguo, y otro gobernador venia á reemplazar al que antes mandaba el castillo. Entrados en él, un riguroso registro se hizo en mi cuarto, cama y muebles, y se estrechó mas y mas el rigor y la vigilancia de mi encierro. Fué ocasion de esta nueva violencia una orden del ministro Caballero, en que, *suponiéndose que yo habia hecho dos representaciones á su majestad*, se culpaba al Capitan General y al Gobernador de falta de vigilancia en mi custodia y se les reocargaba el cumplimiento de las órdenes anteriores. No pudiendo referirse esta orden á las representaciones del año anterior, pues que ellas habian dado motivo á mi traslacion á Bellver, y no habiendo hecho yo, ni por mí ni por interpuesta persona, ninguna otra representacion, di por seguro que se habia inventado tan indigna falsedad para agravar, en vez de dar alivio á mi triste situacion; pude engañarme, y en efecto me engañé, si fué cierto lo que se me aseguró en carta que recibí en Aranjuez, en noviembre de 1808, de un pretendiente que buscandome mi influjo, exponia por mérito que conolido de mi triste suerte, *habia puesto en manos de su majestad una copia que conservaba de mis representaciones del año anterior*; torpeza que pudo ser inocente, aunque tambien amañada, pero que como quiera que fuese, solo sirvió para agravar mi opresion y mi sufrimiento.

Hallábame yo entonces enfermo de resultas de la inflamacion de una parótida junto á la oreja izquierda, que producida por la falta de ejercicio y por el calor y poca ventilacion del cuarto en que vivia encerrado, habia hecho necesaria una operacion dolorosa para abrir el tumor, y una larga curacion para curar la herida. Con este motivo el comandante interino de la plaza, don Juan Vialonga, representó, con certificacion de facultativos, la necesidad de que se me permitiese algun desahogo y ejercicio, remitiendo el expediente al Capitan General, que se hallaba en Mahon, para que le dirigiese á la corte. Pero *hablaban á sordos*; estos oficios no tuvieron contestacion alguna, ni yo el menor alivio.

Un principio de cataratas que asomó el año siguiente en mis ojos, por efecto de la misma situacion, confirmado con dictamen de facultativos, movió al Capitan General á que solicitase para mí el permiso de tomar baños de mar. Dirigió la corte á esta instancia; pero señalándose para los baños un sitio expuesto á la vista del paseo y camino público de Portupi, y las mas indecentes precauciones para mi custodia, rehusé con indignacion este alivio; queriendo mas privarme de él que ofrecerme en espectáculo de lástima y desprecio á la vista de las gentes.

El permiso de baños, renovado por la corte, aunque con las mismas precauciones, se verificó en el año siguiente en lugar mas retirado y oportuno, y desde esta época los baños sirvieron de pretexto para que pudiese pasar en compañía del capitán de la guardia la mayor parte de las tardes del año; único alivio que disfruté, mas bien debido á la humanidad del general Vives, que á la indulgencia de mis opresores.

En una palabra, para pasar un poco dentro del castillo, para confesarme, para hacer testamento, para comunicar en cartas abiertas con mis hermanos sobre negocios de familia, fueron ne-

resarias órdenes de la corte; cuyo indecente tenor, que se podrá ver en el apéndice ya citado (número III), hará patente á todo el mundo la bajeza con que el marqués Caballero servía al odio implacable de los autores de mi desgracia.

De esta relacion, y de lo dicho en la segunda parte de la *Memoria*, resulta que despues de haber servido con buen celo á mi rey y á mi patria en varios destinos y comisiones, desde 1767 hasta 1801, y desde 1807 hasta el presente, ya atendido ó ya olvidado del Gobierno, y ahora ensalzado sin mérito, ahora ultrajado y oprimido sin culpa, llegando al sesenta y ocho de mis años, tengo todavia que buscar nil tranquilidad en aquella maxima de Cice-

ron (a): *Conscientiam rectae voluntatis maximam consolationem esse rerum incommodarum; nec ullum maximum malum praeter culpam.* (Ad fam., ep. IV, lib. VI.)

(a) Ciceron es el autor que mas frecuentemente y con mas placer he leído de los antiguos, el que mas me ha consolado y confortado en la adversidad, casi el unico que por favor de un amigo tengo á la mano al presente, en que estos ya despojados de todos mis libros, y en fin, el que he preferido siempre, no solo como al mas elocuente de los hombres, sino como al mas puro y juicioso de los filósofos: *Quem quodam admiratione commotus, saepius fortasse laudati, quam par esset, como el decia de Platon. (Lib. III de legibus.)* (Nota del autor.)

## NOTAS A LOS APÉNDICES.

### PRIMERA NOTA.

Nadie se escandalice al leer una proposicion que parece tan contraria á la que ha sancionado el Supremo Congreso nacional en sus primeros decretos, antes de examinar la exposicion que voy á hacer del sentido en que fué concebida y escrita; la cual, si no me engaño, bastará no solo para desvanecer toda apariencia de contradiccion, sino tambien para disipar varias dudas y escrúpulos, que por falta de advertencia ó de meditacion, han excitado aquellos angustios decretos.

Pero si, por desgracia, hecha esta explicacion, se hallare todavia mi dictamen poco conforme con el que han sancionado las supremas Cortes (cosa que ciertamente no espero), mi deber será respetar la autoridad de los sábios representantes de mi nacion, como humilde y sinceramente lo hago; pero mi opinion particular será siempre la misma, sin que por eso tema ofenderlos. Porque habiendo decretado tambien la libertad de opinar y escribir, mis errores podran merecer su compasion ó su desprecio, pero nunca su odio.

Si tanto divergan las opiniones de los políticos acerca de la resolucion de la *soberanía*, es sin duda por las diferentes acepciones en que se toma esta palabra, y tengo para mí que solo con determinar su significacion se conciliarian los pareceres mas encontrados sobre la idea que enuncia. Cuando las palabras indican seres inmediatamente percibidos por los sentidos, las ideas que excitan en nuestro espíritu pueden ser claras y distintas, aunque tambien en esto cabe alguna confusion y oscuridad, ya por el mal uso y ya por la imperfeccion de los idiomas. Mas cuando indican nociones formadas por reflexion, y conceptos á que hemos dado en nuestro espíritu una existencia meramente ideal, entonces toda la inexactitud y confusion que cabe en la perfeccion de estas nociones, cabe tambien en las palabras que las indican. ¿Qué de disputas no se agitaron entre los antiguos dogmáticos y académicos, que se hubieran disipado solo con que se acordasen sobre la significacion de la palabra *verdad*? Y ¿es otro por ventura el origen de esta interminable y eterna lucha de cuestiones y disputas, que se agitan á todas horas en las ciencias ó facultades metafísicas, en que, disutiéndose siempre unas mismas dudas, nunca se descubre ni tija la verdad? Pues otro tal sucede con la palabra *soberanía*, la cual, como voy á explicar, se puede tomar en dos principales y muy diferentes sentidos.

Si por *soberanía* se entiende aquel poder absoluto, independiente y supremo, que reside en toda asociacion de hombres, ó sea de padres de familia (pues que la autoridad patriarcal parece derivada de la naturaleza), cuando se renuncia para vivir y conservarse en sociedad, es una verdad infalible que esta *soberanía* pertenece originalmente á toda asociacion. Porque habiendo recibido el hombre de su Criador el poder de dirigir libre é independientemente sus acciones, es claro que no puede dejar de existir en la asociacion de algunos ó muchos hombres el poder que existe en todos y en cada uno de los asociados. Pero es menester confesar que el nombre de *soberanía* no conviene sino impropriadamente á este poder absoluto; porque la palabra *soberanía* es relativa, y así como supone de una parte autoridad é imperio, supone de otra sumision y obediencia; por lo cual nunca se puede decir con rigurosa propiedad que un hombre ó un pueblo es *soberano* de sí mismo.

Otro tanto se podria decir de la *soberanía* política, si por tal se entiende aquel poder independiente y supremo de la accion comun que una asociacion de hombres establece al cons-

tituirse en sociedad civil; porque desde entonces la *soberanía* ya no reside propiadamente en los miembros de la asociacion, sino en aquel ó aquellos agentes que hubiere señalado la constitucion para el ejercicio de aquel poder, y en la forma que hubiere prescrito para su ejercicio.

De aqui es que de ninguna nacion constituida en sociedad civil se podrá decir con rigurosa propiedad que es *soberana*, porque no se puede concebir una constitucion en que el poder independiente de dirigir la accion comun haya quedado en la misma asociacion tal como estaba en ella antes de constituirse. Aun en la mas libre democracia este poder *soberano* no reside propiadamente en los ciudadanos, ni cuando dispersos y dados á sus privadas ocupaciones, ni cuando reunidos accidentalmente, ó de propósito para su defensa, para sus ritos ó para sus espectáculos y diversiones, sino que residirá en todos, ó en los que todos hubieren elegido, cuando se hallaren solemnemente congregados, en la forma acordada por la constitucion, para el fin de determinar y dirigir la accion comun.

Sin embargo, el lenguaje ordinario de la política da el título de *soberano* á un pueblo así constituido, y no sin buena razon; porque ora sea que sus individuos se hayan reservado el derecho de congregarse para determinar y dirigir la accion comun, ora hayan confiado este encargo á cierto numero de personas, si estas fuesen elegidas sucesivamente por todos ellos, siempre se entenderá que todos dirigen aquella accion, ya inmediatamente ó ya por medio de sus representantes; y por tanto se podrá decir sin repugnancia que se han reservado la *soberanía*, puesto que en ellos queda virtualmente existente.

Por último, todavia se podria decir lo mismo cuando los constituyentes, reservándose el poder de hacer las leyes necesarias para mantener la constitucion y proteger los derechos de los ciudadanos, hubiesen confiado á una sola ó á pocas personas el poder de dirigir la accion comun segun ellas, con tal que esta persona ó personas fuesen elegidas y renovadas periódica y sucesivamente por todos los ciudadanos. Porque entonces este poder no seria propiadamente de las personas que le ejerciesen, sino de la nacion que se le confiaba y renovaba por medio de las elecciones sucesivas, y por cuya autoridad y á cuyo nombre le debian ejercer. Y por lo mismo, no á ellas, sino á la nacion, convendria mejor el título de *soberano*, pues que en ella residiria virtualmente la *soberanía*.

Pero si una nacion, al constituirse en sociedad, abdica para siempre el poder de dirigir la accion comun, y le confiese á una ó pocas personas determinadas, y si de tal manera se desprendiese de él, que su traslacion sucesiva de unas en otras se hiciese por derecho hereditario, ó en otra forma cualquiera independiente de la voluntad general, entonces ya no podria decirse, ni en el sentido natural ni segun el lenguaje de la política, que la *soberanía* quedaba existente en la nacion. La constitucion en este caso ya no seria ni se diria democrática, sino monárquica ó aristocrática, y segun la propiedad del idioma político, se diria que la *soberanía* se hallaba en aquella persona ó cuerpo encargado de dirigir permanentemente la accion comun, y no en la nacion así constituida.

Ni este lenguaje y concepto serian repugnantes cuando los asociados, al constituirse en sociedad política, se hubiesen reservado aquella parte del poder supremo que tiene por objeto el establecimiento de las leyes; porque no á este poder, sino al llamado *ejecutivo*, se atribuye el título de *soberano* en el estilo ordinario de los políticos. Y la razon es, porque aunque las leyes sean las



reglas ó dictados á cuyo tenor se debe arreglar la accion comun, no son ellas ni sus autores quien la dirige, sino aquella persona ó cuerpo á quien la constitucion concede el poder de gobernar. El poder legislativo declara y estatuye, pero el ejecutivo ordena y manda, y cuando manda por establecimiento perpétuo y á nombre propio, como en el caso de que voy hablando, él es el que dirige soberanamente la accion comun, por mas que la dirija conforme á las leyes.

Porque debe advertirse que el poder ejecutivo no se cifra solamente en la mera funcion de ejecutar las leyes, sino que se extiende á cuantas son necesarias para dirigir la accion comun, esto es, para regir y gobernar la sociedad; y aun por esto tengo yo para mí que su mas propia denominacion seria la de poder gubernativo, porque es un poder vigilante y activo, que se supone incesantemente ocupado en el gobierno y conservacion de la república. Por lo mismo, considerado en su propia y esencial naturaleza, abraza y supone funciones que de ninguna manera convienen al poder legislativo, y que no sin grande inconveniente se pueden reunir con él. Aunque las naciones se gobiernan segun sus leyes, mas que por ellas, se gobiernan por una continua, incesante serie de órdenes y providencias, que se refieren, no solo á la ejecucion de las mismas leyes y á su habitual observancia, sino á la direccion de la fuerza y á la administracion de la renta del Estado; á proveer á las ocurrencias eventuales que la conservacion del orden y sosiego interior y la comunicacion y seguridad exterior exigen; al nombramiento, direccion y conducta de los agentes que sirven al desempeño de sus funciones; y en fin, á la constante vigilancia sobre la conducta pública de los ciudadanos, cuya proteccion y defensa está confiada á su inmediata accion. Así es que mientras el poder legislativo de una nacion delibera tranquilamente sobre las leyes y reglamentos que conviene establecer para el bien de la sociedad, y los decreta en los periodos y ocasiones señalados por la constitucion (pues que una vez establecida la legislacion nacional, la necesidad de hacer nuevas leyes no puede ser ni diaria ni frecuentemente), la vigilancia y accion del poder ejecutivo son continuas, diarias, incesantes en la persona ó cuerpo que le ejerce y en sus agentes. Y como para todas ellas sean necesarios mando y imperio superior y independiente, de aquí es que al poder que ejecuta estas funciones se da y conviene el concepto y título, y se adjudican los atributos de la *soberanía*.

Débase advertir tambien que no porque la constitucion señale límites y prescriba condiciones al ejercicio del poder ejecutivo permanentemente establecida, se podrá negar que es independiente, puesto que realmente lo será siempre y mientras obre y se contenga dentro de su esfera. No podrá ciertamente salir de ella, ni traspasar los límites ni quebrantar las condiciones que se le hubieren señalado; pero cuando los respetare y guardare, la misma constitucion que los señaló y impuso protegerá su independencia en el ejercicio de la autoridad que le hubiere confiado, y le asegurará su conservacion.

Esto supuesto, nadie dudará ya del sentido en que fué asentada la proposicion que voy explicando, sin que sea necesario contraer esta doctrina á la constitucion ó leyes fundamentales de España, á que se referia mi dictamen sobre la convocacion de las Cortes. Porque cuáles sean, segun estas leyes, el poder y derechos legítimos de nuestros monarcas, es generalmente conocido; que por ellos fueron siempre distinguidos con el título y denominacion de *soberanos*, ninguno me parece lo negará. Ninguno tampoco, que pasa por un dogma constante de la política, sancionado por nuestras leyes, que la *soberanía es indivisible*. Luego en el sentido en que se dice que *nuestros reyes son soberanos*, será una herejía política decir que *la soberanía reside en la nacion*.

Pero he prevenido ya que no es uno solo el sentido en que se puede tomar la palabra *soberanía*, y que haya otro en que se pueda decir que España (ó otras naciones igualmente constituidas) es *soberana*, es lo que espero demostrar ahora con razones tomadas de los mas conocidos principios de la política. Empeño que no desaprobarán mis lectores, por el honesto y recomendable fin con que emprendo esta breve discusion.

Pueden la violencia y la fuerza crear un poder absoluto y despótico; pero no se puede concebir una asociacion de hombres que al constituirse en sociedad abdique para siempre tan preciosa porcion del poder supremo como la que pertenece á la autoridad gubernativa, para depositarla en una ó en pocas personas tan absolutamente, que no modifique esta autoridad, prescribiendo ciertos límites y señalando determinadas condiciones para su ejercicio.

Prescritos, pues, estos límites y señaladas estas condiciones en una constitucion establecida por pacto expreso, ó aceptada por reconocimiento libre, si se supone en la persona ó cuerpo depositario de esta autoridad un derecho perpétuo de ejercerla, con arreglo á los términos de la constitucion, es preciso suponer tambien en ellos una obligacion perpétua de no traspasar estos términos. Y como los derechos y las obligaciones de los pactos sean relativos y reciprocos, de tal manera, que no se pueda concebir en una parte derecho que no suponga en la otra obligacion, ni obligacion que no suponga derecho reciproco, resultará que si la nacion así constituida tiene una obligacion perpétua de reconocer y obedecer aquel poder, mientras obre segun los términos del pacto, tendrá tambien un derecho perpétuo para contenerle en aquellos términos, y por consecuencia, para obligarle á ello si de hecho los quebrantare; y si tal fuere su obstinacion, que se propusiere á sostener esta infraccion con la fuerza, la nacion tendrá tambien el derecho de resistirla con la fuerza, y en el último caso, de romper por su parte la carta de un pacto ya abiertamente quebrantado por la de su contratante, recabando así sus primitivos derechos.

Por dura que parezca esta doctrina, no solo es conforme á los principios generalmente admitidos en la política, sino tambien á nuestra constitucion, como se puede probar con ejemplos y autoridades domésticas. Los españoles la han profesado siempre, y usado del derecho que les atribuye, como de un derecho perfecto y legítimo; y si fueron siempre dechado de amor, respeto y fidelidad á sus reyes, lo fueron tambien de resolucion y constancia en la conservacion y defensa de sus fueros y libertades.

Cuando provocados por la despótica y soez insolencia de los ministros franceses y flamencos que trajera consigo el joven Carlos I, cuando irritados con el desprecio con que fueron tratadas sus reclamaciones en las espurias cortes de la Coruña de 1518, se vieron forzados á tomar las armas en uso y defensa de este derecho, entonces las principales ciudades y villas de Castilla, congregadas por medio de sus representantes en la famosa junta de Avila, despues de señalar los artículos en que sus libertades y las leyes que las protegian fueran quebrantadas, enviaron al Rey un mensaje, cuya sustancia era: «que si separaba de su lado á los malos consejeros, autores de aquella infraccion, y convocadas nuevas cortes libres, confirmase con su real asenso la reparacion de sus agravios, otorgando las peticiones que le presentaban, conformes con las leyes y antiguas costumbres del reino, que su majestad habia jurado cumplir, desde luego depondrian las armas, que contra su inclinacion se vieran forzados á tomar, y serian en adelante ejemplo de fidelidad y obediencia á su persona y gobierno.» La causa de la nacion fué vencida entonces por la intriga y la fuerza, pero su razon no pudo serlo.

Mas clara y resuelta habia sido la intimacion que Pedro Sarmiento hizo á Juan el Segundo á nombre de la ciudad de Toledo, como cabeza de las demás ciudades y villas de Castilla; la cual no repito aquí porque puede verse en el escrito á que se refiere esta nota. Y si todavia se desearan otros ejemplos en confirmacion de esta doctrina, la historia de nuestras cortes los suministrará á cada paso, así en las de Castilla como en las de Navarra, Aragon, Cataluña y Valencia.

Pero nada es tan decisivo en la materia como la ley 10, tit. 1 de la partida 11, que se ha copiado en la primera parte de esta *Memoria*; en la cual, describiéndose al trono usurpador de un reino, aplica nuestro sábio legislador su doctrina al *rey legítimo* que abusare de su autoridad y poder, por estas memorables palabras: «Otrosi decimos que maguer alguno hobiese ganado señorio de regno por alguna de las *derechas razones* que dijemos en las leyes ante de esta, que si él usase mal de su poderlo en las maneras que dijimos en esta ley, quel puedan decir las gentes *tirano*, ca tórnanse el señorio que era *derecho en torticero*, así como dijo Aristóteles en el libro que habla del regimiento de las ciudades y de los regnos.»

Ahora bien, si se considera el carácter y esencia de este derecho, se hallará de una parte que es una porcion de aquel poder absoluto é independiente que dijimos residir originalmente en toda asociacion de hombres ó padres de familia, reunidos para constituirse en sociedad política, y de otra, que es por su naturaleza un poder independiente y supremo, puesto que en su caso es superior á todo poder constitucional. Cualquiera otro poder político tiene su origen en el pacto social; este solo es original, primitivo é inmediatamente derivado de la naturaleza. Es además un poder político, puesto que esta reservado y asegurado en la constitucion. Si pues es *supremo*, y si dentro de su esfera y en todo lo que per-

tence al logro de su objeto puede obrar, no solo con total independencia, sino con superioridad á cualquiera otro poder derivado de la misma constitucion, ¿quién dudará que puede ser distinguido tambien con el dictado de soberano? Y por mas que en el lenguaje comun tenga esta voz otro sentido y acepcion, si por ella se quiere enunciar una superioridad e independencia de poder, ¿á cual convendrá mejor, atendido el origen y la naturaleza de los derechos políticos, que á este poder supremo que pertenece á todas las naciones constituidas en sociedad, y del cual ni el tiempo, ni el desuso, ni la ignorancia, ni la fuerza las pueden despojar, ni ellas mismas pueden despojarse?

Ahora, si prescindiendo de su naturaleza, se reduce la disension á saber si el dictado de *soberanía* esta mas bien aplicado en uno que en otro sentido, ¿quien no ve que esta será ya una mera cuestion de voz? Es verdad que estas cuestiones nunca son indiferentes cuando nacen, no tanto del uso y aplicacion de las palabras, cuanto de la imperfeccion del lenguaje cientifico, como en la presente materia. En efecto, siendo tan distintos entre sí el poder que se reserva una nacion al constituirse en monarquía, del que couliere al Monarca para que la presida y gobierne, es claro que estos dos poderes debian enunciar por dos distintas palabras, y que adoptada la palabra *soberanía* para enunciar el poder del Monarca, faltaba otra diferente para enunciar el de la nacion. De aqui es que, enunciado este ultimo poder por la misma palabra, bayan creido algunos que se despojaba al Monarca del poderoso derecho que le daba la constitucion; cosa que me parece del todo ajena del espíritu del real decreto. Parecia, por tanto, que para evitar equivocaciones y disipar escrúpulos, se podría adoptar otra palabra que indicase específicamente el poder nacional. Y no es de ahora este mi modo de pensar. Acuerdome que conversando un dia sobre esta misma materia con mi sabio y digno amigo, niñord Wasall-Holland, cuando se hallaba en Sevilla por el verano de 1802, le manifesté que este poder supremo, original e imprescriptible que tenían las naciones para conservar y defender su constitucion, no me parecia bien definido por el título de *soberanía*, puesto que esta palabra enunciala en el uso comun la idea de otro poder, que en su caso era inferior y estaba subordinado á él. Por lo cual me parecia que se podría enunciar mejor por el dictado de *supremacia*, pues aunque este dictado pueda recibir tambien varias acepciones, es indubitable que la *supremacia* nacional es en su caso mas alta y superior á todo cuanto en politica se quiera apellidar *soberano* ó *supremo*.

Como quiera que sea, este *supremo* poder de que he hablado hasta aqui es, á mi juicio, el que esta declarado á la nacion en el decreto de las supremas Cortes bajo el título de *soberanía*. Este, y no otro; porque ¿quién podrá persuadirse á que los sabios y celosos padres de la patria, que acababan de jurar la observancia de las leyes fundamentales del reino, quisiesen destruírlas, ni arruinar el gobierno monárquico los que entonces mismo le reconocian y le mandaban reconocer, ni menos despojar de sus legítimos derechos al virtuoso y amado príncipe á quien habian ya reconocido y jurado como *soberano*, y á quien con tanta solemnidad y entusiasmo proclamaron y juraron de nuevo, en el mismo acto, por único y legítima rey de España? Piensen, pues, otros lo que quieran; ni yo entiendo ni creo que se pueda entender en otro sentido aquel augusto decreto.

Pero cuales sean los límites de esta *supremacia*, ó sea *soberanía* nacional, es otra cuestion sobre que oigo discutir con mucha variedad, y no me atrevería á torarla, si la necesidad de explicar otras proposiciones no me obligase á añadir sobre ella algunas palabras. Pocas serán, porque aunque la materia pudiera tratarse muy á la larga, suponiendo en una nacion el poder necesario para conservar y defender el pacto constitucional, las dudas acerca de este poder solo pueden versar sobre dos puntos. Primero, ¿tiene toda nacion el derecho, no solo de conservar, sino tambien de mejorar su constitucion? Segundo, ¿tiene el de alterarla y destruírla para formar otra nueva? La respuesta, á mi juicio, es muy fácil, porque tan irracional me parecia la resolucion negativa del primer punto como la afirmativa del segundo.

En efecto, cuando una nacion señala límites é impone condiciones al ejercicio de los poderes que establece, ¿cómo podrá creerse que, reservándose el poder necesario para hacerlos observar y cumplir, no se reservó el de establecer cuanto la ilustracion y la experiencia le hiciesen mirar como indispensable para la preservacion de los derechos reservados en el pacto? Si ¿cómo que pudo proponerse el fin sin proponerse los medios de conseguirle? Podrá, por tanto, la autoridad encargada de velar sobre el manteni-

miento del pacto, esto es, el poder legislativo, expresando la voluntad general, explicar y declarar sus términos y asegurar su observancia por medio de sabias leyes y convenientes instituciones. En una palabra, podrá hacer una reforma constitucional tal y tan cumplida cual crea convenir al estado político de la nacion y á su futura prosperidad. Y, quien será el hombre que despues de tantas infracciones de nuestras mas sagradas leyes y de tantas violaciones de nuestras mas venerables costumbres, despues de tantos abusos del poder gubernativo y de tantas opresiones y agravios como la arbitrariaidad de los ministros y el despotismo de los privados hicieron sufrir á los españoles; despues, en fin, de tan tristes experiencias y de tan costosos desengaños, niegue á esta generosa y desgraciada nacion el derecho de precaverse para en adelante contra tamaños males, reformando, mejorando y perfeccionando su constitucion?

Pero supuesta la existencia de esta constitucion, y su fiel observancia por las autoridades establecidas en ella, ni la sana razon ni la sana politica permiten extender mas alla los límites de la *supremacia*, ó llámese *soberanía* nacional, ni menos atribuirle el derecho de alterar la forma y esencia de la constitucion recibida, y destruírla para formar otra nueva; porque fuera esta otra cosa que darle el derecho de anular por su parte un pacto por ninguna otra quebrantado, y de cortar sin razon y sin causa los vínculos de la union social? Y si tal se creyese posible, ¿qué fe habria en los pactos, qué religion en los juramentos, qué firmeza en las leyes, ni que estabilidad en el estado y costumbres de las naciones, ni qué seguridad, qué garantia tendria una constitucion que sancionada, aceptada y jurada hoy, pudiese ser desechada y destruída mañana por los mismos que la habian aceptado y jurado? Hé aqui por que en mi voto sobre las Cortes desaprobé el desao de aquellos que clamaban por una nueva constitucion, y hé aqui por qué en la exposicion que hice de mis principios en la segunda parte de esta *Memoria*, indiqué que el celo de los representantes de la nacion debia reducirse á hacer una buena reforma constitucional. Ni creo yo que sea otro el espíritu de los sabios decretos que se refieren á la constitucion del reino. Lo contrario seria tan ajeno del celo y lealtad como de la prudencia y sabiduria de los ilustres diputados de cortes, y lo seria tambien del voto de una nacion tan generosa y religiosa como la nuestra y tan amante de su rey; de una nacion tan constante en el propósito de defender su libertad y sus derechos, como enemiga de las peligrosas innovaciones que se pretexen de felicidad la pudiesen conducir á su ruina.

Tales eran los principios que guiaban mi pluma cuando pronuncié en la Junta Central mi dictamen sobre la convocacion de las Cortes, muy ajeno de la necesidad de publicarle, y ahora los expongo con el mismo candor y buena fe con que los asenté entonces. No me motivo á explicarlos el empeño de sostener mis opiniones, porque que pueden valer en el publico las de un solo hombre privado? Movíome el desao de conciliarlas con otras, que tal vez son menos contrarias á ellas de lo que aparecen; el de remover algunas dudas y escrúpulos, que en materia tan importante pudieran producir no poca inquietud y turbacion; y en fin, el de reunir y atraer en torno de la augusta representacion nacional la opinion de los sabios y celosos patriotas, para que les sirviese de apoyo y fuerte escudo contra los ataques de la ambicion y las preocupaciones de la ignorancia. Si estos deseos fueren cumplidos, me tendré por dichoso; pero si todavia mis opiniones desagradaren, mi desgracia será tanto mayor, cuanto respetar las ajenas esta en mi mano, asentir á ellas no. El respeto es libre, pero la conviccion no lo es.

## SEGUNDA NOTA.

He indicado ya cuán difícil es explicarse con exactitud en materias de politica, por la imperfeccion de su nomenclatura; y si de este defecto nacieron las dudas suscitadas sobre la residencia de la *soberanía*, de él tambien otras sobre la del poder legislativo.

El sabio Marina le atribuyó á nuestros reyes; yo, en mi *Memoria*, le atribuyo tambien á nuestras cortes. Hebo pues, en explicacion de mis principios, decir alguna cosa para ilustrar este punto.

Desde luego presupongo que el poder legislativo es divisible, á diferencia de la *soberanía*, que no lo es. La razon de esta diferencia se halla en la esencia de uno y otro poder. La soberanía supone mando, y el mando no admite division. Dividirle es debilitarle, embarazarle y destruírla. El poder legislativo supone deliberacion, y esta, lejos de repugnar la division, la requiere, porque es mas perfecta cuando repetida y mas meditada. De donde nació aquella



máxima política, acreditada ya por la razón y la experiencia, que reconoce que el *poder legislativo* es mas perfecto cuando repartido en dos cuerpos que cuando acumulado en uno solo.

Pasando después á analizar la naturaleza de este poder, se hallarán en él tres funciones esenciales: *la iniciativa, la resolución y la sancion*. Si estas funciones se reunieren en una sola persona ó cuerpo, allí solamente residirá el *poder legislativo*, mas si se dividen y comunican y mezclan, allí residirá donde se hallare el ejercicio de estas funciones.

Ahora bien, es indubitable que nuestros reyes tenían la *iniciativa de las leyes*, pues que expedían sus decretos *motu proprio* y sin necesidad de ajena proposición. Lo es que tenían la *resolución*, pues que las decretaban con consulta ó sin ella; y lo es, en fin, que tenían la *sancion*, pues que las promulgaban á su nombre y mandaban obedecer y cumplir, ora fuesen decretadas por ellos, ora á propuesta de las Cortes. Y hé aquí por qué el sábio Marina atribuyó solamente al Rey el *poder legislativo*.

Mas si se consideran con atención las funciones que ejercían las Cortes en esta misma materia, se hallarán en ellas todos los caracteres del *poder legislativo*. Tenían la *iniciativa*, pues que proponían al Rey todas las leyes que creían necesarias ó convenientes para el bien del Estado; y esto en tal manera, que se negaban á deliberar sobre las concesiones propuestas por el Rey hasta tanto que el Rey resolviese las *peticiones* que debían presentarle. Tenían la *resolución*, pues que estas proposiciones eran libre y separadamente movidas, discutidas y acordadas por los diputados de cortes antes de elevarse á la *sancion* del Rey. Y no porque el respeto les diese el nombre de *peticiones* perdían aquel carácter; que tambien los auxilios propuestos por el Rey á las Cortes para los objetos de administracion y defensa pública se distinguieron siempre con el nombre de *pididos*. Tenían, en fin, la *sancion*, porque el mismo Marina reconoce que ningun decreto real podía elevarse á ley permanente sin que fuese aprobado por las Cortes; lo cual era un verdadero y perfecto equivalente del derecho de *confirmacion ó sancion*, que ejercían los reyes cuando las leyes eran propuestas por las Cortes. Es pues claro que ni se puede negar que nuestros reyes gozaban del poder legislativo, ni tampoco que le gozaban las Cortes, y lo es por consiguiente que este poder residía conjuntamente en el Rey y en la nacion congregada en cortes; verdad que hace el mas alto honor á la sabiduría de nuestros padres, que con tanta prudencia y prevision supieron enlazar el ejercicio de las funciones de este precioso *poder*. Porque si todas hubiesen sido exclusivamente confiadas á los reyes, los derechos de la nacion hubieran quedado sin fianza ni defensa, é ido siempre á menos; y si todas exclusivamente á las Cortes, el *poder ejecutivo* se hubiera ido cerceando y confundiendo y amalgamando poco á poco con el *legislativo*, y en ambos casos hubiera perecido la constitucion, declinando en absoluta monarquía ó en perfecta democracia.

Ampliar esta doctrina y controvertirla con autoridades y ejemplos fuera fácil, pero ni es necesario ni lo permite una nota; bástame haber desenvuelto el sentido de mis proposiciones.

### TERCERA NOTA.

El origen de la representacion popular es tan antiguo como nuestra constitucion, segun se ve en las actas de los concilios ó cortes góticas, cuyos decretos se promulgaban solemnemente ante el pueblo de la capital, y eran aceptados y como sancionados por él.

Los reyes de Asturias, restableciendo el sistema político de los godos, conservaron esta antigua y loable costumbre, pues se halla que á la solemne confirmacion de la donacion que Alfonso II, llamado el Casto, hizo á la iglesia de Lugo, concurrieron no solo los prelados y grandes, sino tambien el pueblo.

Los reyes de Leon dieron mayor extension al derecho de asistencia á las Cortes que tenia el pueblo, ampliándole á otros fuera de la capital. En las actas del concilio de Leon, celebrado en 1108, despues de decirse que asistió con el Rey el glorioso colegio de los obispos, primados y barones del reino, se añade *civium multitudine, destitutorum à singulis civitatibus, considente*. Consta además que á la confirmacion del concilio de Oviedo de 1119 asistieron, con la reina doña Urraca y sus hijos, y sus hermanas Geloira y Teresa, y los hijos de estas, no solo los obispos y grandes, sino tambien gran número de personas de los territorios de

Asturias, Leon, Astorga, Zamora, Campos de Toro, Galicia, Castilla, Montaña y Vizcaya; y aunque las firmas dan bastante á entender la diferencia de estados, consta mas claramente la asistencia del popular por esta cláusula del prefacio: *congregatis principibus, et plebe totius predictoe regionis*.

Esto era en el siglo xii, pero en el xiii se halla ya legalmente reconocido este derecho de representacion popular, pues que la ley de Partida que trata del establecimiento de los tutores del rey pupilo dice expresamente: *Debenze ayuntor allí do el Rey fuere todos los mayores del regno, así como los perlados et los ricos homes, et otros homes buenos é honrados de las villas, et desque fueren ayuntados*, etc.; de cuya cláusula se puede colegir, no solo la asistencia del pueblo á estas asambleas, sino tambien que concurría con derecho de deliberacion en ellas, y de consiguiente, que era ya un estamento representativo en las Cortes.

No consta cómo el pueblo elegía entonces sus diputados; pero la costumbre sucesiva de venir á las Cortes procuradores de los concejos hace creer que esta eleccion se hacia por los individuos de sus ayuntamientos, como representantes habituales del pueblo.

Este derecho de representacion era sin duda general por aquellos tiempos, pues la asistencia de ciudades y villas á las Cortes en el siglo xiii, xiv y xv consta de algunos ejemplos y documentos que no son desconocidos. Mas como las reyes tuviesen la facultad de convocar las Cortes, vino á suceder con el tiempo, no solo que se contentasen con llamar á ellas los procuradores de las ciudades, seguros de que su asenso se tendria por bastante para obligar á todos los pueblos de sus distritos, sino que redujeron la convocacion á ciertas y determinadas capitales, las cuales de tal manera miraron esto como un derecho propio y exclusivo de asistir y votar en las Cortes, que al otorgar los servicios de millones, pactaron con el Rey que no le extenderia á otras ciudades. Y hé aquí lo que, en falta de memorias mas exactas, se puede decir del privilegio de *voto en cortes*, que tanto menguó el derecho de la representacion popular, hasta que al fin la venalidad de los oficios concejiles le arruinó del todo. Pero estaba reservado al celo y ilustracion de la Junta Central restituir mejorado este precioso derecho al pueblo español, para que asegurado con la sancion de sus augustos representantes, sea en adelante el mejor y mas seguro garante de su libertad.

### CUARTA NOTA.

La prisa con que se escribió esta representacion, y la falta de libros, nos hicieron caer en un anacronismo, que la buena fe exige que deshagamos aquí. El infante de Antequera no presidió las cortes de Madrid en 1590, en cuyo tiempo estaba aun en la edad pupilar, así como su hermano Enrique III, de cuya tutoria se trato entonces. Las Cortes que presidió fueron las congregadas en Toledo en 1406, hallándose su hermano enfermo de la dolencia que falleció durante ellas.

Pero deshaciendo nuestra equivocacion, no debu omitir que estas ultimas cortes, no solo fueron *señaladas por el concurso grande de todos los estados*, como dice Mariana, y porque en ellas se disputó largamente sobre el valor del testamento del Rey y la confirmacion de los tutores que nombrara para su primogénito, sino por un hecho harto notable en nuestra historia, en el cual se vió la grande extension que los miembros de los tres brazos reunidos daban al poder y derechos de su representacion. Despues de largas discusiones sobre estas materias, un partido poderoso y bien apoyado, fomentando el descontento que habia excitado en el reinado anterior la creacion de corregidores, con despojo del derecho que tenían los pueblos para nombrar sus magistrados, y so pretexto de las nuevas turbaciones y peligros con que amenazaba la larga tutela de un rey niño de veinte y dos meses, obtuvo que se ofreciese la corona á su tio el infante don Fernando. Un poco de ambicion y de condescendencia de parte de este principe la hubieran asegurado en su cabeza; pero su hercía virtud la desechó con aquella memorable respuesta, que le dió mas gloria de la que pudieran darle todas las coronas de la tierra: «La ambicion y la codicia (dijo, respondiendo al condestable de Castilla, que le hablaba á nombre de las Cortes) no son bastante poderosas sobre mí para arrastrarme á la inhumana y bárbara accion de robar la corona á un inocente huérfano, que es hijo de mi difunto hermano.»

# INDICE.

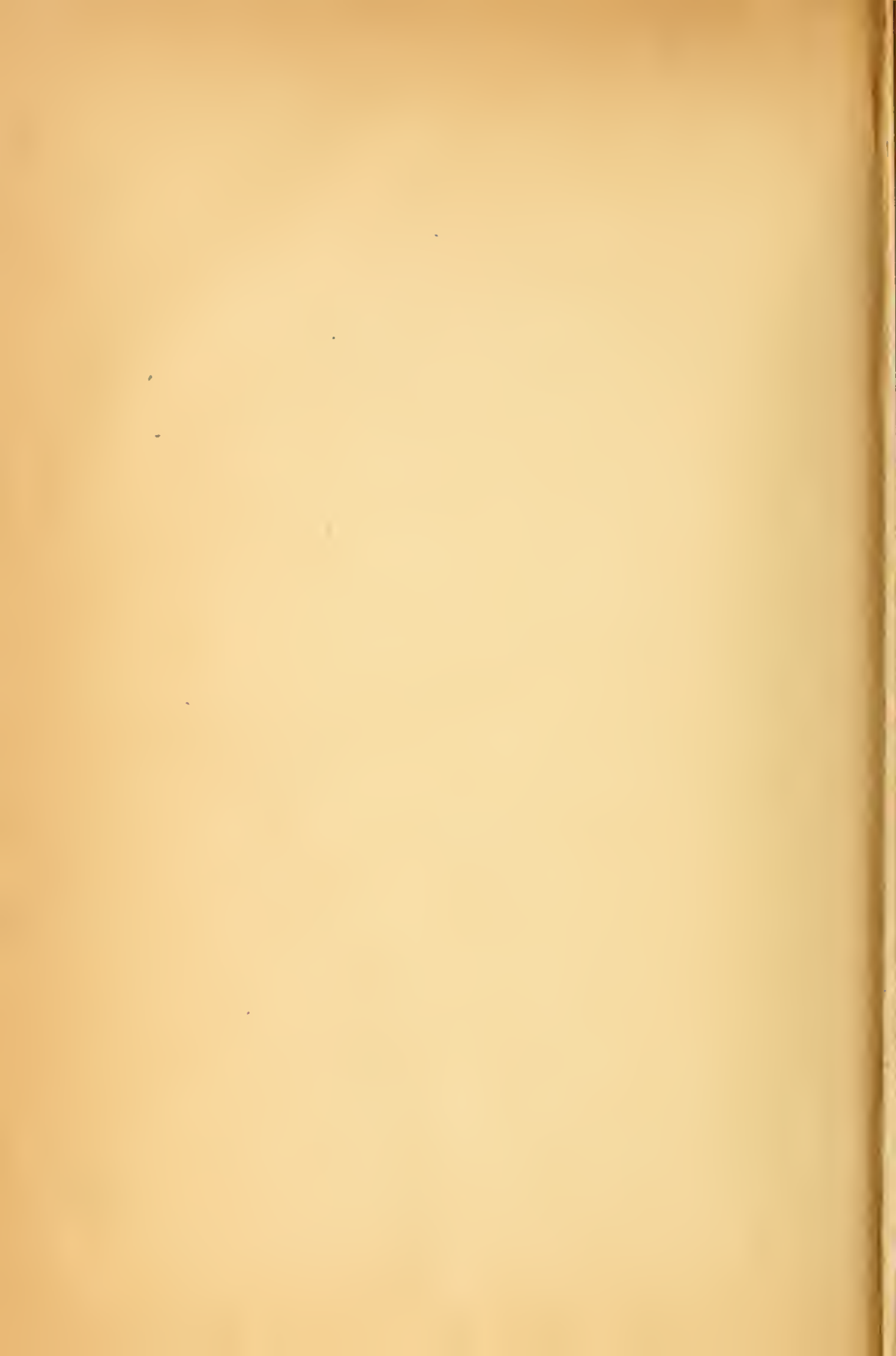
|                                                                                                                  | PAG. |                                                                                                                                                                                                                        | PAG. |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------|
| Discurso preliminar. . . . .                                                                                     | v    | del estudio de medicina en su universidad. . . . .                                                                                                                                                                     | 279  |
| Poetas.—Carta de Jovellanos á su hermano mayor, remitiéndole sus entretenimientos juveniles. . . . .             | 1    | ELOGIO FUNERARIO del marques de los Llanos de Alguazas. . . . .                                                                                                                                                        | 285  |
| Letrillas, romances, idillos, etc. . . . .                                                                       | 5    | Discurso leído por el autor en su recepcion á la Real Academia de la Historia. . . . .                                                                                                                                 | 288  |
| Epigramas. . . . .                                                                                               | 13   | Discurso leído en su entrada á la Real Academia Española. . . . .                                                                                                                                                      | 299  |
| Nueva relacion y curioso romance del caballero Antioro de Arcadia. . . . .                                       | 15   | Discurso pronunciado en la Sociedad de Amigos del País de Asturias, sobre la necesidad de cultivar en el principado el estudio de las ciencias naturales. . . . .                                                      | 302  |
| Jacara en miniatura á don Vicente Garcia de la Huerta. . . . .                                                   | 18   | FELICITACION de la Real Academia Española al Sr. don Carlos III con motivo del nacimiento de sus nietos, los infantes don Carlos y don Felipe. . . . .                                                                 | 303  |
| Dos fabulas de La Fontaine. . . . .                                                                              | 20   | FELICITACION de la real sociedad economica de Madrid á Carlos III con motivo del doble desposorio de los infantes de España doña Carlota y don Gabriel con los de Portugal don Juan y doña Maria Ana Victoria. . . . . | 307  |
| Himno á la luna. . . . .                                                                                         | 21   | Discurso sobre el lenguaje y estilo propios de un diccionario geográfico. . . . .                                                                                                                                      | 309  |
| Canto guerrero para los asturianos. . . . .                                                                      | id.  | ELOGIO DE CARLOS III, leído en la real sociedad económica de Madrid. . . . .                                                                                                                                           | 311  |
| Oda en la muerte de doña Engracia Olavide. . . . .                                                               | 22   | ONACION INAUGURAL á la apertura del real Instituto Asturiano. . . . .                                                                                                                                                  | 318  |
| Otra de Jovino á Ponce. . . . .                                                                                  | 25   | Discurso sobre el estudio de la geografia historica, pronunciado en el instituto de Gijón. . . . .                                                                                                                     | 325  |
| Otra á don Carlos Pasada. . . . .                                                                                | id.  | ONACION sobre la necesidad de unir el estudio de la literatura al de las ciencias, pronunciado en el Instituto Asturiano. . . . .                                                                                      | 330  |
| Epitalamio al señor don Felipe Ribero. . . . .                                                                   | id.  | ONACION sobre el estudio de las ciencias naturales, pronunciado en el Instituto Asturiano. . . . .                                                                                                                     | 335  |
| Al amor. . . . .                                                                                                 | 24   | ACENTAMIENTO sobre el dialecto de Asturias. . . . .                                                                                                                                                                    | 345  |
| Oda en el nacimiento del primogénito de los marqueses de Caltozar. . . . .                                       | id.  | ELOGIO DE LAS BELLAS ARTES, pronunciado en la academia de San Fernando. . . . .                                                                                                                                        | 350  |
| Otra, manifestacion del estado de España. . . . .                                                                | id.  | Notas. . . . .                                                                                                                                                                                                         | 361  |
| Sonetos. . . . .                                                                                                 | 25   | INFORME sobre la publicacion de los monumentos de Granada y Cordoba. . . . .                                                                                                                                           | 364  |
| Traduccion del primer canto del <i>Paraiso perdido</i> . . . . .                                                 | 26   | INFORME sobre la materia del anterior. . . . .                                                                                                                                                                         | 365  |
| A Ernesto, sátira 1.ª. . . . .                                                                                   | 35   | ELOGIO DE DON VENTURA RODRIGUEZ, pronunciado en la sociedad económica de Madrid. . . . .                                                                                                                               | 369  |
| Al mismo, sátira 2.ª. . . . .                                                                                    | 34   | Notas. . . . .                                                                                                                                                                                                         | 376  |
| A Eimar, epistola. . . . .                                                                                       | 36   | CARTA dirigida al redactor del Diario de Madrid, con motivo de las funciones hechas en los desposorios del señor don Fernando VII. . . . .                                                                             | 389  |
| Jovino á sus amigos de Salamanca. . . . .                                                                        | 37   | MEMORIAS histórico-artísticas de arquitectura. . . . .                                                                                                                                                                 | 391  |
| Jovino á sus amigos de Sevilla. . . . .                                                                          | 39   | Advertencia. . . . .                                                                                                                                                                                                   | id.  |
| Fabio á Anfriso (el duque de Veraguas, don Mariano Colon, desde la cartuja del Pantar. . . . .                   | 41   | Descripcion del castillo de Bellver. . . . .                                                                                                                                                                           | 393  |
| A Bermudo Clean Bermudez, desde el castillo de Bellver. . . . .                                                  | 42   | Notas. . . . .                                                                                                                                                                                                         | 405  |
| A Posidonio (don Carlos Pasada, desde Bellver). . . . .                                                          | 44   | Apéndice 1.ª — Memorias del castillo de Bellver. . . . .                                                                                                                                                               | 410  |
| Al mismo (desde Bellver). . . . .                                                                                | 45   | Notas. . . . .                                                                                                                                                                                                         | 421  |
| Respuesta á una epistola de Moratin. . . . .                                                                     | 46   | Apéndice 2.ª — Memoria sobre los conventos de Santo Domingo y San Francisco. . . . .                                                                                                                                   | 428  |
| Jovino á Ponce (don José Vargas Ponce). . . . .                                                                  | 47   | Notas. . . . .                                                                                                                                                                                                         | 436  |
|                                                                                                                  |      | Apéndice 3.ª — Descripcion de la lonja de Palma. . . . .                                                                                                                                                               | 441  |
| Pelayo, tragedia. . . . .                                                                                        | 51   | INTRODUCCION á un escrito forense para don Mariano Colon. . . . .                                                                                                                                                      | 448  |
| Prologo. . . . .                                                                                                 | id.  | INFORME de la real sala de alcaldes sobre indultos generales. . . . .                                                                                                                                                  | 451  |
| Notas. . . . .                                                                                                   | 54   | PLAN de una disertacion sobre las leyes visigodas. . . . .                                                                                                                                                             | 455  |
| EL FELICITENTE HORRADO, comedia. . . . .                                                                         | 77   | CONSULTA del consejo de las Ordenes acerca de la jurisdiccion temporal del mismo. . . . .                                                                                                                              | 457  |
| Advertencia. . . . .                                                                                             | id.  | REFLEXIONES sobre la legislacion de España en cuanto al uso de las sepulcros. . . . .                                                                                                                                  | 477  |
| Carta del abate de Valchretien. . . . .                                                                          | 78   | MEMORIA para el arreglo de la policia de los espectáculos públicos y sobre su origen en España. . . . .                                                                                                                | 480  |
| Contestacion á la carta anterior. . . . .                                                                        | 79   | MEMORIA en defensa de la Junta Central. . . . .                                                                                                                                                                        | 507  |
| Cinco de humanidades castellanas. . . . .                                                                        | 101  | Notas. . . . .                                                                                                                                                                                                         | 570  |
| Plan de esta obra. . . . .                                                                                       | id.  |                                                                                                                                                                                                                        |      |
| Rudimentos de gramática general. . . . .                                                                         | 104  |                                                                                                                                                                                                                        |      |
| Rudimentos de gramática castellana. . . . .                                                                      | 106  |                                                                                                                                                                                                                        |      |
| Lecciones de retorica y poéticas. . . . .                                                                        | 114  |                                                                                                                                                                                                                        |      |
| Tratado de declamacion. . . . .                                                                                  | 116  |                                                                                                                                                                                                                        |      |
| Tratado del analisis del discurso. . . . .                                                                       | 150  |                                                                                                                                                                                                                        |      |
| Rudimentos de la gramática francesa. . . . .                                                                     | 156  |                                                                                                                                                                                                                        |      |
| Rudimentos de la gramática inglesa. . . . .                                                                      | 164  |                                                                                                                                                                                                                        |      |
| REGLAMENTO literario é institucional del colegio Imperial de Calatrava, en la ciudad de Salamanca. . . . .       | 169  |                                                                                                                                                                                                                        |      |
| MEMORIA sobre educacion publica, tratado de enseñanza con aplicacion á las escuelas y colegios de niños. . . . . | 250  |                                                                                                                                                                                                                        |      |
| BASES para la formacion de un plan de instruccion publica. . . . .                                               | 268  |                                                                                                                                                                                                                        |      |
| INSTRUCCION dada á un joven teólogo sobre el modo de perfeccionarse en el estudio de esta ciencia. . . . .       | 277  |                                                                                                                                                                                                                        |      |
| INFORME sobre el estado de la sociedad médica de Sevilla, y                                                      |      |                                                                                                                                                                                                                        |      |



|                                                      | PÁG. |                                                        | PÁG. |
|------------------------------------------------------|------|--------------------------------------------------------|------|
| APÉNDICES á la Memoria. . . . .                      | 574  | Núm. XIV. Representacion supletoria de América. . .    | 600  |
| Núm. I. Consulta del Supremo Consejo reunido. . .    | id.  | Núm. XV. Exposicion sobre la organizacion de las       |      |
| Núm. II. Miembros del Gobierno Central. . . . .      | 577  | Cortes. . . . .                                        | 601  |
| Núm. III. Libertad del autor. . . . .                | 578  | Núm. XVI. Real decreto sobre la residencia del Go-     |      |
| Representacion á Fernando VII. . . . .               | 579  | bierno. . . . .                                        | 605  |
| Primera representacion á Carlos IV. . . . .          | id.  | Núm. XVII. Proyecto de reglamento y juramento para     |      |
| Segunda. . . . .                                     | 580  | la Suprema Regencia. . . . .                           | 604  |
| Núm. IV. Nombramiento para el Gobierno Central. .    | 585  | Núm. XVIII. Último decreto de la Junta Central sobre   |      |
| Núm. V. Dictámen del autor sobre la institucion del  |      | la relebracion de las Cortes. . . . .                  | 605  |
| gobierno interino. . . . .                           | 584  | Núm. XIX. Último edicto de la Suprema Junta Central. . | 606  |
| Núm. VI. Medidas para la traslacion del Gobierno. .  | 589  | Núm. XX. Despedida de la Suprema Junta Central. . .    | 607  |
| Núm. VII. Oficio á la junta general de Asturias des- |      | Núm. XXI. Despedida del autor. . . . .                 | 608  |
| de Trujillo. . . . .                                 | id.  | Núm. XXII. Desafio á los calumniadores. . . . .        | 609  |
| Núm. VIII. Tentativa del general Sebastiani. . . .   | 590  | Núm. XXIII. Arribada á Galicia, y sus consecuencias. . | 610  |
| Núm. IX. Dictámen sobre la amovilidad. . . . .       | 591  | Núm. XXIV. Representacion dirigida al consejo de       |      |
| Núm. X. Recursos ennta el marqués de la Romana. .    | id.  | Regencia, desde Muros de Noya, en marzo de 1810. .     | 612  |
| Núm. XI. Dictámen del autor sobre el anuncio de las  |      | Núm. XXV. Resolucion del expediente de registro. . .   | 615  |
| Cortes. . . . .                                      | 596  | Núm. XXVI. Resumen de los servicios y persecucio-      |      |
| Núm. XII. Consulta sobre la convocacion de las Cor-  |      | nes del autor. . . . .                                 | 616  |
| tes por estamentos. . . . .                          | 597  | Notas á los apéndicees. . . . .                        | 619  |
| Núm. XIII. Solicitud de cooperadores. . . . .        | 600  |                                                        |      |

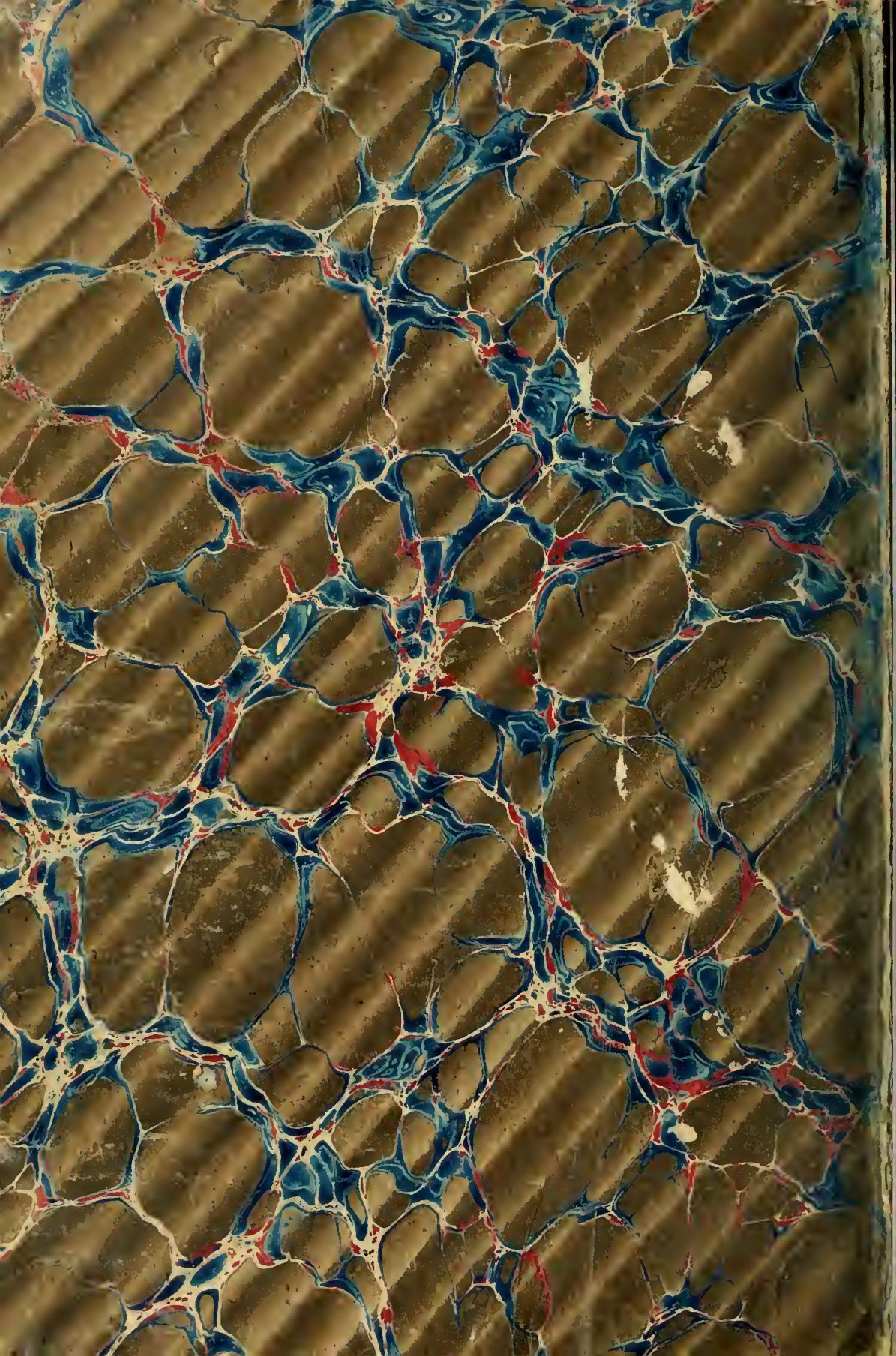














CIRCULATE AS MONOGRAPH

PQ  
6171  
A2B5  
t.46

Biblioteca de autores  
españoles

PLEASE DO NOT REMOVE  
SLIPS FROM THIS POCKET

---

---

UNIVERSITY OF TORONTO  
LIBRARY



